

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR UMBRAL

DINTEL



JUAN EMAR
UMBRAL
DINTEL.

Colección
Escritores de Chile

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1996
Inscripción N° 83.066
ISBN 956-244-048-6
ISBN 956-244-043-5

Derechos exclusivos reservados para todos los países
(Autor: *Juan Emar*)

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal
Sra. Marta Cruz-Coke Madrid

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y
Director Responsable
Sr. Alfonso Calderón Squadritto

Coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
Sra. Orietta Ojeda Berger

Edición General
Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet

Producción Editorial
Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Colaboraron en la Edición
Sr. Thomas G. Harris Espinosa
Sr. Ricardo Locbell Silva
Sra. Cecilia Gamboa Miño

Reproducción Ilustraciones
Sra. Claudia Tapia Roi

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 6338957. Fax: 6381975
Santiago. Chile

ESCRITORES DE CHILE VIII

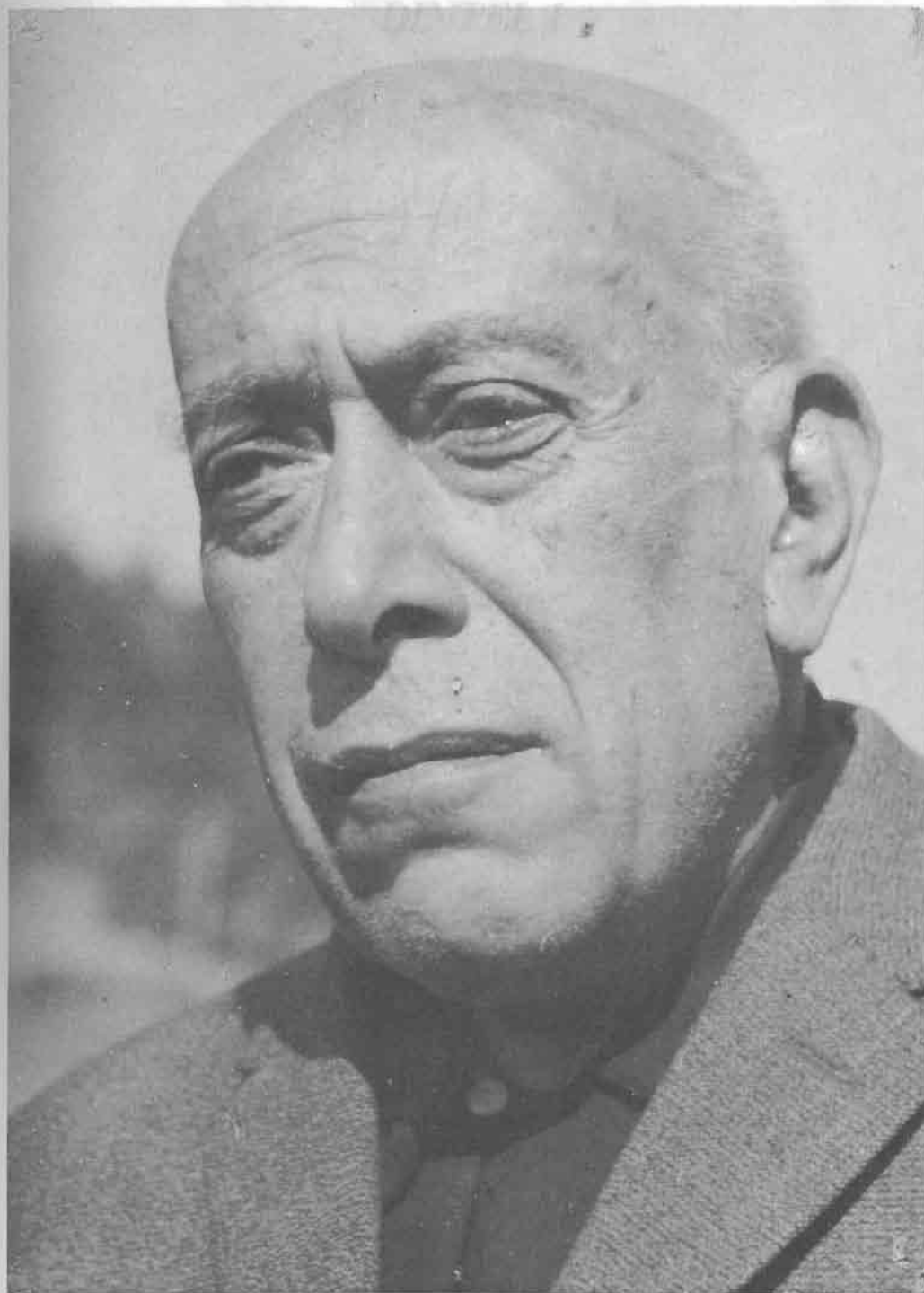
JUAN EMAR UMBRAL

DINTEL

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



DINTEL 1

...lavaron fuera del tiempo.
salvata entre juicios a ella. Porque ella me ha salvado y se... (Columbal)
...salvata es un laberinto.
...salvata una idea logra fijarse por tanto, apenas quiere normalarse, y se... (Columbal)
...salvata aquí que pensar como se piensa allá, allá, en la parte de arriba de la Tierra. Porque
...salvata es demandado por nosotros. No crees como un satélite y ella, según momentos, una
...salvata nuestra salvatación.
...salvata vez no consigue escucha alguna.
...salvata, en el centro de la Tierra, hay una estrella. Y esa estrella vive en (Columbal)
...salvata. No incluyo.
...salvata hay aquí que pensar como se piensa en la superficie de la Tierra.
...salvata hay aquí que pensar. Hay, aquí, que pensar es. Porque el satélite mismo que
...salvata me acercará a la superficie y es así, así, así, desde se hacen las cosas de las que
...salvata. (Columbal)
...salvata, ¿cómo, ¿cómo?
...salvata un día cualquiera.
...salvata repetirá.
...salvata. (Columbal, quince.)
...salvata se presentará más que la terrible posibilidad que hay a un lado con un momento.
...salvata (Columbal)
...salvata calle.
...salvata.
...salvata la posibilidad se desvanecerá, se desvanecerá por la superficie de la Tierra.
...salvata han desaparecido los días de la posibilidad. Tras ellos no volverá a ser posible. (Columbal)
...salvata los pensamientos nada por no ser se los lleva a la superficie de la Tierra.
...salvata de arriba de abajo, así como, así como.
...salvata las detendrá el tiempo.
...salvata el tiempo por un siglo, de espaldas, de espaldas.
...salvata (Columbal, quince.)
...salvata que sea el mismo, lo mismo hasta a un momento.
...salvata de esa manera se hacen, se hacen, se hacen, se hacen, se hacen, se hacen, se hacen, se hacen,
...salvata una hora más.
...salvata (Columbal, 15 la perdón.)
...salvata (Columbal, 15 la perdón.)
...salvata (Columbal, 15 la perdón.)
...salvata (Columbal, 15 la perdón.)

de la muerte.
1

Allí quedamos; fuera del tiempo.

Todavía estoy junto a ella. Porque ella me ha subyugado y me arrastrará por los siglos. Si es que los siglos pueden pasar junto a ti: ¡Colomba!

Mi cabeza es un laberinto.

Apenas una idea logra fijarse un tanto, apenas quiere formularse, ya es arrancada y se va.

No hay aquí que pensar como se piensa allá, allá, en la parte desnuda de la Tierra. Porque su techo es demasiado portentoso. Su techo contiene estrellas y ellas, a todo momento, nos recuerdan nuestra insignificancia.

O tal vez no contiene estrella alguna.

Aquí, en el centro de la Tierra, hay una estrella. Y esa estrella eres tú: ¡Colomba!

Callo. Me inclino.

No hay aquí que pensar como en la superficie de la Tierra.

No hay aquí que moverse. Hay, aquí, que desaparecer. Porque cualquier movimiento que haga me acercará a tu superficie y es ahí, ahí, ¡ahí! donde se hacen las cosas de las que hay que huir.

¡Huyamos, Colomba, huyamos!

Peró sin movernos.

Te repetiré:

Quieta, Colomba, quieta...

Y se presenta ante mis ojos la terrible prostituta que hay mezclada con ese quietismo tuyo, ¡Colomba!

Me callo.

Oigo.

Y la prostituta se desvanece; es chupada por la superficie de la Tierra.

Han desaparecido todas las prostitutas. Tras ellas mi mente se vierte y quedo vacío.

Tras las prostitutas toda mi mente se ha ido a la superficie de la Tierra.

Me siento sin vida; me siento muerto.

Se ha detenido el tiempo.

Ha cesado el concepto de siglos, de épocas, de edades.

Colomba está frente a mí.

¡Que sea el silencio eterno junto a nosotros!

¡Que de este silencio nazca otro mundo que viva en la muerte! ¡Que de la muerte nazca y florezca otra vida!

Colomba, tú lo puedes.

Suprime de esta vida el concepto de muerte.

Ya no puedo hundirme más. Pues para el lado que lo intente volveré a nacer.

No quiero nacer más. No quiero morir.

Estemos quietos, ¡Colomba!

Quietud en la Tierra que ya no gira. En la Tierra que está inmóvil junto al Sol, junto a los planetas, a los astros, junto a la inmovilidad absoluta.

Por esta inmovilidad movámonos, ¡Colomba!

¡Que desaparezca todo aquello que nos dé una relación de que nos movemos, tú y yo!
Porque no nos moveremos.

Detengo mis ideas porque ellas nacen, viven, mueren.

Aquí en el fondo de la Tierra tengo que repetirte:

¡Quieta, Colomba, quieta!

Seamos en el silencio.

¡No hables, no hables! Porque quiero entenderme contigo de verdad. Quiero que nos entendamos *directamente*.

Ya lo ha dicho Teodosia:

"El soliloquio hueco e insípido que siempre mantenemos con nosotros mismos...".

Ni un soliloquio habrá ahora. Ahora dejaremos que rueda el mundo sobre nosotros y nosotros, en la calma total, sabremos que el mundo rueda allá arriba.

Pero lo sabremos sin saberlo.

Entonces el mundo podrá rodar hacia la eternidad. Y nosotros veremos, atónitos, esa eternidad que nos rodea ocultándose.

¡Sí, sí! Yo quedaré atónito; tal vez, maravillado.

Pero de tu voz muda oiré el murmullo imperecedero de lo que aún no ha empezado.

¡Sí, sí! Lo oiré y, al oírlo, seré bendecido por esa santa palabra que dice: "miedo".

Entonces correré, correré, como un demente. Y, de pronto, me hallaré frente a un inmenso Monosépalo Irregular. Al verlo, sus hojas todas, sus raíces todas, gritarán:

-¡Colomba!

Y yo bajaré, bajaré, bajaré. Y estaré, unos instantes, junto a la tumba de la codorniz.

Entonces habrá paz. Porque podré, ¡por fin!, vivir sin cuerpo. El eco ya no resonará con su estampido junto a mí; ya no seré pulverizado. Cogeré con los dedos que no tengo ese simulacro de cuerpo. Y por ese simulacro podré gritar:

-¡¡Colomba!!

2

Ya lo he dicho porque siempre lo he pensado:

"No sé existir solo con mi propio cuerpo.

Ahora puedo agregar:

"No sé vivir con un cuerpo ajeno..."

Por eso he venido hasta ti, Colomba, porque tú *no eres*. Y, al no ser, me das el cuerpo inexistente que necesito.

Aquí, en el fondo de la Tierra, siento que puede vivirse sin un cuerpo. Aquí puede hallarse lo que se busca. Lo que se busca eres tú, Colomba, porque no eres. He bajado *muchas veces a profundidades enormes, enormes*. Una voz de silencio me llevaba a ellas.

Y esa voz se transformaba en raíces que se encrespaban en la tierra. Y una codorniz cantaba el canto de los muertos.

La voz repetía y repetía siempre:

-¡Adelante! ¡Adelante!

Por eso he bajado hasta el máximo de lo que nosotros podemos bajar. Un movimiento mío, por leve que sea, me aproximará otra vez a lo que he abandonado. Era mejor encontrarse en medio de las raíces del Monosépalo Irregular y gritar:

-¡Colomba!

Gritarlo con toda la potencia de nuestros pulmones, hasta que ese grito se confunda con el susurro de las esferas.

Porque te lo diré, Colomba: es un susurro de tal magnitud que no es posible oírlo. Salvo cuando tú estás junto a mí.

Pero no te muevas. Una vez más:

¡Quieta, Colomba, quieta!

Avancemos, avancemos dulcemente. O dejemos que el rodar de la Tierra pase cerca de nosotros.

Así podremos diferenciar las palabras de los hombres, las palabras del ambiente, las palabras de los planetas y de los astros, las terribles palabras del vacío.

El vacío está lleno, está pletórico de miles de formas que, en su multitud, forman el vacío. ¡Quiero oírlos, quiero entender sus palabras insonoras!

Sí, es verdad. Callemos. No hablemos. Es chirriar lo que hacemos. Y el chirrido es una destemplaza que perturba la grande, la inmensa armonía que ahora nos rodea.

Naturalmente, la oigo. ¡Es atroz! ¿Qué debo hacer, Colomba? ¡No quiero oírlo, no quiero! ¡Todos chirrían, crujen y chillan!

Ellos ignoran lo que es el silencio.

Colomba, silencio.

Es el único medio que podamos tener de oír: silencio.

¿No crees tú que es ésta nuestra miseria, que es este el pago de nuestros pecados, de nuestra permanente ruindad?

Somos ruines. Al menos a mí siempre me lo han dicho y me lo han asegurado y confirmado: ruines. Yo nunca lo he creído, nunca. Yo sabía que en un rincón estabas tú. Entonces te he buscado, te he buscado afanosamente.

Oye, Colomba: te buscaba y cuando creía que ya te iba, por fin, a encontrar, aparecía... ¡No, no te mofes de mí! Pero él aparecía correctamente vestido, ¡oh, qué corrección!, y aparecía sonriente, afable, dando una franca lección de las buenas maneras que hay que tener aquí en la vida... ¿Aquí? ¡No, no! Allá, allá en la vida, en la superficie, allá lejísimos, allá aparecía ese gran amigo llamado Palemón de Costamota.

No, no, no me hablaba de nada que saliera de lo común.

¡Qué gran palabra es esta de "común"! Por ella cabalgamos y así logramos pasar los tremendos obstáculos que se anteponen en la vida.

¡Sí, Palemón de Costamota es un gran amigo que siempre tiende su mano! ¡Con afectación, con cortesía y sonriendo, siempre!

Siempre, siempre..., siempre.

Ahora lo acabo de encontrar. Naturalmente, estaba correctísimo. Y por sus pies rondaba, dando brincos y más brincos... ¿No sabes quién? Te lo diré entonces: Tadeo Lagarto.

Lo acabo de encontrar...

Ahora no está, no, no lo está. Debe haber quedado allá, allá. Y con Tadeo Lagarto haciendo cabriolas.

Entre estas cabriolas, sé, sé muy bien lo que hacen. Escúchame:

Dividen a los humanos en dos categorías, eso es, en dos categorías principales; porque las demás son categorías para nosotros los de allá, de allá, de la superficie. Estas categorías son:

Vivos y muertos.

¿Has visto cosa más absurda? ¿Cómo es posible...?

Bien, callaré.

Siento a la Tierra en torno. Ella pide silencio.

¡Silencio, entonces!

Y quietud.

Quietud.

No mataré, no mataré a nadie.

¡Vive junto a mí, Onofre Borneo! Y que vivan todos, todos ellos junto a mí. Que vivan aquí o que vivan allá. Que vivan siempre, siempre..., siempre.

Te escucho. Lo sé y mucho he meditado sobre ello. Por eso repito: "siempre, siempre..., siempre".

Lo he pensado mucho, mucho..., muchísimo. Mi mente ha girado alrededor de esa palabra de "siempre".

En ella está nuestro escollo.

Apenas queremos penetrarla a fondo. Ella encierra este dilema que nos tortura. ¿No lo crees tú, Colomba?

Es verdad. La palabra "siempre" es para designar un estado que nosotros no comprendemos, que no podemos comprender.

¡Tienes razón, Colomba!

A mí, por ejemplo, me han dicho, me lo han dicho con papeles de todas clases, de esos que allá, allá, hacen los notarios y los frailes, me han dicho que nací tal día, de tal mes, de tal año... Yo, porque soy extremadamente instruido, deduje: tal época, tal edad...

Y el infinito resonó cerca de mí.

Grité entonces:

¡Colomba!

Y se alzó frente a mí un enorme, un inmenso Monosépalo...

¿Te lo digo?

¡Sí, sí! ¡Hablemos con confianza! ¿Quieres?

Hablar "con confianza". Luego te he preguntado: "¿Quieres?".

Colomba, estamos en el fondo de la Tierra. Las palabras de allá, allá, me persiguen y se me agarran al cerebro como un terrible cáncer.

Un cáncer al cerebro...

Debe ser algo verdaderamente espantoso un cáncer al cerebro. ¿No lo crees tú?

Bien, callaré. Estamos en el fondo de la Tierra. Callaré.

Estás tú a mi lado, Colomba.

Colomba...

Ya es una suerte infinita como los ámbitos que nos rodean haberte encontrado a ti, Colomba.

¡Mueren, mueren todas las demás, mueren todas y todos! Y tú, Colomba, sólo vives junto a mí.

Esto es lo que siempre he deseado:

Yo –Colomba; Colomba– yo.

Porque eres hermosa. Nuestra compañera debe ser siempre muy, muy hermosa. La gente, al verla pasar con su aire distinguidísimo, debe murmurar:

–¿Has visto? ¡Qué linda mujer!

Y yo voy al lado de esa linda mujer. Vamos ambos al lado... Es decir, vamos lado a lado, vamos...

Aquí caigo en nuevas meditaciones. Tal vez sentimos, al estar juntos, esos ámbitos terribles que nos rodean. Y entonces nos juntamos, bien, bien apretados para que ellos, esos ámbitos terribles no caigan y se precipiten contra nosotros.

¡Eso ha de ser, Colomba!

Aquí nada puede caernos encima. Si algo cayera tendría que ascender puesto que para cualquier lado que consideremos...

Bien, callaré.

La superficie me llama a todo momento. El hábito de esa superficie. Y la Tierra es redonda; esto lo sabe cualquier colegial y lo sabe...

Bien, callaré.

He venido para oírte, ¡mujer mía!

Mujer, mujer..., mujer.

He soñado siempre con una mujer, con una mujer única.

Al otro lado estaban los bares. Y Romualdo Malvilla tronaba en ellos. Yo me juntaba a Malvilla y juntos tronábamos los dos. Aunque nadie nos oyera... ¡No importa!

Hay que tronar y hay que cantar cada cual por su lado.

Entonces, como un Palemón, como un dios, aparece la Última Vidente.

¿Ves tú como hay que tronar?

Hay tantos, tantos tronadores que te solicitan. Sólo en esa ciudad de San Agustín de Tango...

Veamos:

El Bar Andilla, el Bar Tolo, el Bar Celona, el Bar Boquejo, el Bar Carola, el Bar Onesa, el Bar...

Bien, callaré.

El Bar Baridad, el Bar Dana, el Bar...

Bien, callaré.

Estamos en el centro de la Tierra. Los efluvios de esa terrible superficie han bajado conmigo. ¡Y no lo quiero, Colomba! ¡No, no, no!

Tú eres una mujer. Tú eres:

¡LA MUJER!

Podría repetir mil veces esta palabra: la mujer, la mujer...

Tendría luego que preguntarme:

–¿Qué es “la mujer”?

Tú callas ahora, Colomba; tú te alejas apenas quiero saber qué es esto, qué se encierra en esta pregunta mía. Allá, allá, en la superficie, la pregunta no se formula; su respuesta se da por sabida de antemano...

Sí, Colomba, como todas las preguntas que podamos formular:

Porque tú eres un misterio, tú eres la más aguda punta de ese misterio que nos rodea. Y yo quiero huir de él, huir. ¿Hacia dónde poder huir?

En la superficie está Palemón de Costamota y allá, allá, tiene una enorme bandeja en sus manos. Al hablarme, aunque sea a través de un cristal, golpeando dulcemente y guiñando un ojo, me alarga esta bandeja y yo, entonces, sólo la veo a ella, la veo llena, llena de mujeres que...

Bien, he de callar porque tal es tu orden.

Pero no me obligues a ir a esa superficie, no, no me lo obligues. Prefiero hundirme aquí, hundirme hasta perder...

Ya lo sé: estamos en el sitio en que ese verbo de "hundir" ha perdido todo significado. Para donde me dirija encontraré a las sombras, a los reflejos tergiversados de un proyecto que, un día, nació en la mente de...

Callaré.

Y así callado seguiré tus pasos que no se mueven. Porque tus pasos se hallan cercados por el infinito.

Entonces, callemos, Colomba. ¡Y silencio!

Tú puedes, así como estás, sin moverte, con tu traje de oro rayado por la plata, tú puedes llevarme hacia donde quieras.

Siempre que guardemos silencio y no nos movamos.

¿No te das cuenta, Colomba, que ya no puedo hundirme más?

Para el lado que lo intente, volveré a renacer.

Colomba, te lo he dicho: No quiero renacer, ¡no lo quiero! Quiero morir en la eternidad de una vida que desconoce la muerte.

Mas no te alejes, Colomba. Acércate bien a mí. Más, acércate complemente. Así, así, así.

Que yo sienta la promesa de tus labios en los míos. Así, así, así. Así quiero morir.

¡No, no! No es que me contradiga, Colomba. Pero óyeme. Tú debes oírme. Necesito que me oigas. Después entraremos en el reino del absoluto silencio.

¡Y el infinito se abrirá ante nosotros, Colomba!

Tengo horror de la naturaleza. Es algo que es una punta de otra cosa. Y esta otra cosa no se muestra a nosotros.

En vano buscamos el significado de esta otra cosa. No, no se muestra jamás a nosotros.

Por eso preferí seguir a aquella llama que se movió en sentido inverso. Por eso estoy aquí.

Aquí estabas tú. Y estabas en la inmovilidad completa.

Sí, sí. En torno nuestro el mundo se mueve. Déjalo que se mueva cuanto quiera. Déjalo, ¡déjalo!

Esas que pasan son montañas. Son altísimas montañas. Y aquéllos son los mares, los inmensos mares, los océanos. Son los que causan pavor a los hombres que no han seguido una llama que baja.

Las planicies, los ríos, los bosques, los desiertos... Y esos son los terribles precipicios que nos tragan.

¡Huyamos, Colomba, de esos terribles precipicios!

Y lleguemos a una ciudad.

Una ciudad, una ciudad...

¡No, Colomba, huyamos, de todas las ciudades del mundo!

Colomba, las montañas, los océanos, las planicies, los desiertos, los bosques... ¡Oh, los bosques que crecen y se convierten en selvas! Por entre ellas camina el hombre; el hombre se pierde y muere. Entonces es devorado por animales, por aves, por insectos, por sí mismo.

Y todo vuelve a la naturaleza. Y en la naturaleza, crece otro hombre. Este hombre huye de las selvas. Va al desierto o bien naufraga en medio del océano. Y crece otro hombre. Crecen tantos hombres. ¡Tantos, tantos!

Colomba, crece una ciudad.

Por ella circulemos, circulemos, a paso rápido, rapidísimo. Es la única manera de creer que huimos de los otros elementos... (¡Qué! ¿Te parece extraña esta palabra de "elementos"? ¿Por qué, Colomba, por qué?). Sí, es verdad; debí haber dicho...

Bien, callaré. Sí, me doy cuenta de que estoy llamado siempre por el ruido de la superficie. Callaré.

¡La terrible superficie!

¿Es tan terrible esta superficie?

No, Colomba, no lo es. En ella se hace la verdadera vida; en ella se vive; en ella se discute y se opina. Y hay que opinar, opinar mucho.

Por cada cosa que se oye, hay que poner al frente una seria opinión.

Y las opiniones entonces surgen y se van, se van, dando la vuelta al mundo. Y, muchas veces, saliendo del mundo, a distancias inimaginables. Sí, Colomba, a distancias que están más, más, mucho más que todo lo inimaginable que nosotros podamos imaginar.

Fíjate un poco, Colomba:

En esta dirección, atravesando estratos y más estratos, cerrando los ojos y sumergiéndonos...

Es verdad, no podemos sumergirnos más.

Nademos hacia fuera. Aquí no se nada.

Caminemos, entonces. Volemos. Aquí no se puede volar. ¿Cómo lo haremos, Colomba mía? La superficie me llama, me oprime con sus permanentes llamados. ¡Debo ir a ella, Colomba!

Fíjate bien:

Si voy en esta dirección... Ya lo sé; no hay direcciones aquí. Pero déjame imaginar una serie de direcciones. Así, yendo por ésta, llegaríamos a Asia. ¡Qué linda cosa! ¡El Asia! No toda, no, no toda. Pero llegaríamos a China. ¡Qué linda cosa! ¡La China, la China!

Por cierto que no me refiero a sus grandes, a sus populosas ciudades. Me refiero a esas...

Bien, callaré, Colomba.

Me iré en otro sentido. ¡Por aquí, por aquí!

¡Cómo! ¿Me vas a negar que no es otro sentido? Fíjate bien y verás que por él llegaríamos al fondo del océano Pacífico... ¿Te das cuenta? Dime, Colomba, ¿te das cuenta?

El fondo, el horrendo y verdadero fondo silencioso. ¡Oh, qué horror me da sólo con pensar en él!

Porque hay peces enormes, sí, en ese fondo, peces que no se mueven o, si se mueven, lo hacen con tal lentitud que el tiempo se detiene, se detiene, ¡se detiene! ¿Qué podríamos hacer con un tiempo que se ha detenido? ¿Qué, mi Colomba, ángel mío?

Tendríamos que movernos también, lentamente. Porque no es posible que nada quede sin movimiento. ¡Algo tiene siempre que estar en movimiento! ¡Algo, algo!

Tú me has traído al sitio donde ha cesado el movimiento. Por eso, callemos. Callemos, Colomba.

Afuera, arriba, allá —¿me oyes?—, allá se oye el murmullo de los enormes peces y de las algas y las plantas... ¿Plantas?

Eso quisiera saber. Sí, Colomba, lo quisiera saber...

¿Cómo serán las plantas en el fondo del océano? A veces se me figura que han de ser como enormes, enormes, sí, más que enormes, algarrobos.

¡Es claro! Fíjate en esta palabra: "al-ga-rro-bo". Yahora fíjate en lo que hablábamos: el fondo del océano... ¿Viste, mi mujer, mi Colomba?

Un sabio debe estar bajando ya al fondo...

Lo sé, lo sé. Es una noción que cualquier colegial la sabe: la presión del agua; esta presión a miles de miles de metros de profundidad; y los peces que se pondrían en formaciones cerradas para impedir que nadie se meta, ni siquiera un enorme sabio, un inmenso sabio...

Los peces se lanzarían furiosos sobre él. No, no se lanzarían sobre él. Se lanzarían sobre esa inmensidad de conocimientos que adornan, como un nimbo, su tan esclarecida testa. Y devorarían los conocimientos del sabio entre los sabios. ¡Qué festín! ¿Lo ves, Colomba?, ¡Qué festín!

Subirían los estratos al festín. Y comerían también. Y mientras comen y se repletan...

¡Ah, Colomba, siento deseos de llorar!

Porque ve, mi Colomba, ve mujer mía. ¿Ves?

¡Pobre abrojín! No come, no reparten con él aquel festín...

Entonces llora el abrojín. Sus lágrimas suben y suben hasta la superficie, sus lágrimas de tristeza, de todas las desesperantes cosas que nos desesperan en este mundo...

Las olas se conmueven.

¡Con razón, Colomba, con razón!

Un transatlántico pasa sobre ellas.

¡Qué linda cosa!

Se oyen bailes modernos. Al oírlos, la gente baila bailes modernos. Y el transatlántico se detiene henchido de admiración. Suena el pito. Las olas se encrespan más y más. Pero los danzarines siguen bailando porque, a pesar del encrespamiento de las olas, el transatlántico no se mueve. Y sigue, sigue, sigue...

¿Hacia dónde irá, Colomba mía?

Irá para volver. Volverá para irse. Y se irá para volver.

¡Oh, Colomba, qué de vueltas pueden darse en torno a este mísero mundo!

¿Qué hay, Colomba? ¿Por qué no puedo expresarme de este modo? "Mísero mundo".

Es una frase consagrada y mil veces consagrada. ¿Tú dices que no lo es? Oye, Colomba, óyeme bien:

Esos son los sabios de las profundidades del océano...

Esos son los que saben...

Esos son los...

Bien, callaré.

Colomba, estamos en el centro de la Tierra. Schcht...

Colomba, ya no se oyen los murmullos de la superficie.

Ya ha callado todo.

Es el silencio absoluto.

Colomba, ¡qué hermoso es el silencio absoluto!

Colomba, Colomba, Colomba...

¿Por qué te llamas Colomba? ¿Por qué un día apareciste allá en mi escritorio de La Torcaza? No, no puede ser por esto. Tú habrías podido llamarte con cualquier otro nombre. Es, claro está, un lindo nombre este de Colomba. Pero no sé, lo ignoro totalmente, porque él ha venido a caer en ti.

Lo sé también: todo cae, todo.

La nieve, por ejemplo, cae sobre las campiñas. He dicho "la nieve" porque ella es hermosa, porque hace cantar a los poetas. Y hace entumirse a los miserables. Sí, los hace tiritar y, en esta protesta, hay una negación de la bondad de la vida.

¡Mira, mira!

¿Lo ves? ¿Lo oyes, Colomba?

Lo que ves y oyes es la protesta que niega a la vida. Es el frío, el espantoso frío, el aterrador frío...

Callemos. Estamos lejos de todos los fríos que pueden llegar a atormentarnos. En el centro de la Tierra no hay fríos ni hay calores. Porque estamos en el centro de la Tierra. A nuestro alrededor gira todo lo que tiene que girar. Y en su girar hace dar vueltas y más vueltas a Palemón de Costamota.

Palemón de Costamota no es estable. Prueba es que gira como giran todos los astros, aún los mayores, los inconmensurables y enormes. Te lo diré a media voz: como giran... A media voz te lo diré. Porque una de esas incommovibles e infinitas estrellas, al oír que nosotros aquí la nombramos, puede indignarse, puede encolerizarse a tal extremo...

Bien, callaré.

Callaré a pesar de saber de memoria el nombre de muchas, de muchísimas estrellas que adornan nuestro cielo.

¡Sí, sí! ¡Sé que hablo mal! ¡Sé que me expreso como se podría expresar un verdadero energúmeno! ¡Sé que ellas en todo piensan menos en adornar el cielo! ¡Sé que los nombres que ostentan son nombres inventados por esos famosos sabios que bajan al centro del océano, esos sabios que producen los temporales en los pobres transatlánticos que cruzan por esos océanos mientras la gente, los pasajeros, bailan bailes modernos!

Lo sé y lo sé. ¿La lista de las estrellas? ¿Eso quieres?

Bien, iré a ella:

Alamak, Albireo, Aldebarán, Algenib, Algol, Alcor, Alcione, Alrucaba, Antares...

¿Sigo, Colomba? al menos déjame decirte las más importantes. ¡Oh, es cuestión de un momento, nada más! Por ejemplo te he de citar a Betelgeuze, a Canopus, a Sirio, a Régulo, ¡a la estrella Polar! ¿Cómo es posible que la hubiera olvidado? Ciertamente es que empecé por orden alfabética y entonces...

¡Sí, sí, Colomba, hazme callar, te lo imploro!

Mi mente habla y habla... Pero dime, ¿es la mente la que habla o es nuestra lengua?

Alguien habla por nosotros; alguien se introduce en nosotros y se pone a hablar sobre las estrellas o sobre los océanos o sobre los lejanos continentes o sobre...

¡Hazme callar, Colomba!

Colomba, Colomba...

¿Quién eres? ¿Por qué te llamas así? ¿Y por qué, cierto día, apareciste en el escritorio de La Torcaza? Te lo ha preguntado ya. Tú no has respondido.

Callemos.

El mundo gira a nuestro derredor.

Callemos.

Pero tú podrías llamarte con otro nombre cualquiera. Podrías llamarte..., sí, podrías llamarte...

Como te llamaras volverías a ser Colomba porque yo llamo así, Colomba, a aquella que ha de aparecer, que ha de aparecer...

¡Eso es!

... que ha de aparecer después de tantos, de tantos años de terrible espera sin que tú aparecieras.

¡Oh, es verdad! ¡Es verdad! Tú ya apareciste una vez. ¡Que sea siempre bendito ese momento sagrado!

La Torcaza; mi escritorio. Calmadamente voy entrando en él. Calmadamente.

Como calmadamente, cierto día, se marchó Guni. ¿Por qué te marchaste, Guni?

Sé, sé, sé, lo que cierto día ella me respondió:

—Yo no me llamo Colomba...

Entonces se marchó. Y, en su marcha, hay algo de mandiocas que la envuelven. Como mi escritorio está lleno de todas las flores que puedan haber en este mundo. No, no todas. Debe haber, por lo menos, otras tantas que yo ignoro, más las que se gestan y que yo podría saber su existencia; más aquellas cuyo nombre ignoraré siempre, siempre, siempre.

Las que yo conozco son pocas. Tiene que haber miles, tiene que haber millones más. Colomba, tiene que haber billones más. Puesto que aquello es la Tierra, ¿te das cuenta, Colomba?

Yo conozco apenas unas cuantas. Recuerdo perfectamente la lista que de ellas hice allá en La Torcaza. Que hice aquel día venturoso en que tú apareciste con..., con...

¡No, no creas que he olvidado su nombre!

Tú apareciste con Bárbara.

Sí con Bárbara.

¡Hermosa mujer!

La recuerdo con toda perfección. Vestía un traje de terciopelo negro con una gran banda granate. Tú, Colomba, estabas un poco más atrás y guardabas silencio.

Hace tiempo de eso, Colomba. Hace mucho tiempo.

Tiempo, tiempo, tiempo...

Yo no creo en el suceder del tiempo. No sé si debo decir que no creo en él; no lo sé. Por eso empleo siempre la palabra. Eso es, Colomba; empleo siempre la palabra de "tiempo".

Junto a ti cesa el significado de la palabra..., cesa el significado de todas las palabras.

¡Y se produce un mundo sin palabras!

¡Como este mundo, Colomba!

Como este silencio después de haber encontrado a Palemón de Costamota y a Tadeo Lagarto.

Ellos fueron los últimos que me hablaron.

Porque la voz de Teodosia Huelén no es voz de la superficie. Es voz que debería resonar aquí. Podría hablarme sin pronunciar palabra. ¿Tomba? Tomba es mi mujer. Puede, a su vez, hablarme sin decir nada.

¡Aaah, las flores! Perdón, me había puesto a hablar de otras cosas, Colomba; perdón. La lista de flores es la siguiente:

1) Adelfa; 2) Alheli; 3) Alhucema; 4) Amapola; 5) Azahar...

Bien, callaré.

Pero no olvidemos el final, el importantísimo final. ¿Lo recuerdas, Colomba?

“Y al centro, vibrando entre todas ellas, sola, muda, radiante: ¡la flor del Quillay!

Ahora sí, he callado. Ahora rehago este viaje al centro de la Tierra. Ahora estoy contigo,
¡Colomba!

Pero tú te vas a cada momento.

Estoy contigo y, al mismo tiempo, no lo estoy...

¿Por qué, mi Colomba, por qué?

Creo que ya lo sé. Creo que es por mi maldita costumbre de que la persona con quien hablo esté siempre a mi lado, siempre inmóvil a mi lado, que el mundo se detenga en ella y que no, no y no... Tú me entiendes: que no avance más.

Así produciríamos el verdadero silencio.

¡Oh, Colomba, ese silencio que he buscado por años, por décadas, por siglos! Ese silencio...

Tal vez ahora está a mi lado.

¡Tú eres el Silencio, Colomba!

¡Sí, tú lo eres!

“Llevarás el peso de haber matado a Onofre Borneo...

Esto me lo dijiste tú.

Pero, para decírmelo, no pronunciaste palabra alguna. Esas palabras son superfluas. En cambio, haber matado... Porque no se puede matar impunemente. Todos deben cumplir... ¡Sí, lo sé y lo sé!

Onofre Borneo me penaría. ¡Lo sé que es imposible dar muerte! Para lograrlo tendría que recorrer el universo entero y, una vez recorrido, recorrer el doble del universo; y una vez recorrido, recorrer el triple del universo; y una vez recorrido...

Sí, Colomba, callaré.

Aunque oigo que desde la superficie se me grita y se me estimula con grandes voces. ¿Las oyes? Esos gritos perforan mis oídos, son como balas que me penetran. ¿Qué dicen esos gritos? Me perforan como balas y no logro descifrar lo que dicen.

¡Sí, sí! Ahora descifro. ¡Oigámoslos, Colomba! ¡Déjame trepar un poco, un poquitín y nada más! ¡Y oiremos, Colomba!

Nada de lo que dicen es nuevo. Yo lo sabía desde todo el tiempo, desde que...

Bien, callaré.

Tal vez sea eso.

Lo sé también:

Un DINTEL no es un UMBRAL.

Colomba, voy a explicarte algo que sé; tal vez es algo que me han enseñado allá, allá —¿me entiendes?—, allá arriba, allá en la superficie, allá...

Pero, ¡qué quieres, Colomba! Tengo ya una eternidad compuesta por miles, millones de años, de épocas, de...

Bien callaré.

Te explicaré eso que yo sé y nada más. Es esto:

Un DINTEL no es un UMBRAL.

¡Claro, claro está!

Oye, Colomba: un UMBRAL debe leerlo todo el mundo y, entonces, hay que someterse a las reglas...

Bien, callaré.

Apenas callo oigo otras voces. Ellas me piden que viaje, que viaje mucho, por todo el mundo. Pero que viaje... sin moverme de aquí.

¡Claro, claro está!

Tiene que haber otra manera de viajar. Una manera que... -sí, ahora tú me dejas hablar, explicarme... una manera que perfore -esta palabra ya la he empleado, sí, la he empleado mientras se sucedían esos millones de...-, sí, tú me lo has permitido. Te diré entonces, Colomba:

Quisiera viajar *en otra* dirección.

¡No, no!

¿En aquella dirección, dices tú? Pero, Colomba, ¿que no sabes que en esa dirección se llega al Asia, a China? ¿Y no sabes que China está llena de ciudades? ¿Y no sabes que por esa otra, por acá, ¡eso es!, se llega al fondo del océano Pacífico? ¿Y que este océano, como todos los océanos y mares, y golfos, y ríos, y esteros, y acequias, están llenos de peces, de enormes peces que casi no se mueven y que...?

No, sólo los grandes océanos están llenos así. Jamás ha habido grandes peces en las acequias y arroyos y... ¡Jamás!

Algo te decía, mi Colomba.

Creo haberlo olvidado.

.....

¡No, no!

¡No lo he olvidado! ¡Aquí está!

No quiero viajar más a la superficie, ¿me oyes?, a esa terrible superficie llena de hombres que van, que van a ninguna parte y vuelven de esa parte para volver a irse y poder así poder volver, y volver para poder irse...

¡No más en esa superficie! Aunque ella sea todo el mundo, todo el universo posible...

Porque en ella se piensa mucho, muchísimo, Colomba. Te puedo citar un ejemplo; te puedo citar dos ejemplos; te puedo citar tres, cuatro y cinco...

Bien, callaré.

Callaré un momento, nada más. Porque estaba hablando de esa enorme superficie. Y cuando de ella se habla, hay que agotar el tema, agotarlo sin dejar ni una hilacha, ¡ni una hilacha!

Esa enorme superficie, Colomba mía...

¿No te das cuenta cuán enorme ella es? Yo la he recorrido bastante; por ejemplo he ido...

Bien, Colomba, callaré. Pero antes de callar puedo asegurarte que todo lo que en ella se dice es la verdad pura, purísima. Sí, Colomba, la verdad...

Óyeme: en ella, todos los aciertos que en ella se divulgan y se propagan, en ella todo lo que se dice o se afirma, en ella todo es verdad, es la pura, la purísima verdad.

Óyeme bien, Colomba: todos los aciertos, sean ellos de las ciencias o de las religiones o de las filosofías o de lo que sean, todos son expresiones de esa verdad que nos persigue a todo momento.

¡Sí, mujer mía! Porque esos aciertos son vislumbres que se alcanzan sobre el más allá.

¡Y esto es una gran cosa, una cosa inmensa!

Porque, te lo diré en voz baja: el más allá no se mueve ni jamás se ha movido. Él es inmutable, es hierático. Es como eres ahora tú, Colomba, tú, mujer...

Sí, sí, callaré.

Pero no lo olvides: el más allá no se mueve ni jamás se ha movido. Así es que lo que sobre él se vislumbra es una vislumbre sobre el más allá.

Una vislumbre que se presenta desde un punto dado, ¡eso es!, desde un punto dado. Si tú cambias de punto de vista, naturalmente que tendrás otro aspecto. Si vuelves a cambiar, tendrás...

Es cierto; callemos.

No hay que ahondar esta cuestión de los puntos de vista, no, no hay que ahondarla jamás.

Porque podemos ser tomados por ella y..., y ahí nos quedaremos girando y girando, lucubrando y lucubrando, siempre, por toda la eternidad, hasta la consumación de los siglos.

Si es que los siglos pueden consumirse. Se consumen otras, muy otras cosas: un día se consume; un mes se consume; un año se consume; y diez años y veinte años; y un siglo, sí, ahora lo veo, se consume también... Y así se consumen todos los siglos, todos, sin excepción alguna; los que ya han sido como los que van a ser...

¡Qué absurdo es esto, Colomba mía!

Los siglos que van a ser...

Porque los siglos siempre han sido, siempre, tanto los que ya han sido como los que van a ser, ¡todos!

Porque los siglos no son, no son, Colomba.

Si no son los siglos, tú comprenderás que tampoco son esas enormes edades, esas épocas, esas épocas que pasan como una bala...

No había balas en aquellos momentos, es decir, en aquellos tiempos, es decir, en aquellas épocas, en aquellas edades...

Pero tú me has entendido, Colomba. ¿No es verdad?

Dime, ¿no es verdad?

¡Oh, mujer mía, oh linda mujer única!

¿No es verdad?

Quisiera poder zafarme de todas las mujeres.

No más gritar "linda" ni gritar "única" ni siquiera murmurar esa palabra terrible de "mujer".

¡Quiero zafarme de ellas, las mujeres!

Quiero desprendirme de estas amarras tremendas que me persiguen y me cogen y me atan..., a..., a...

Colomba, ¿a qué me atan estas amarras?

No lo sé.

Pero estoy atado, maniatado. Siento estas amarras por todos lados, por los pies, por las rodillas, por los codos, por...

No; esto está mal.

La descripción de un cuerpo humano debe hacerse con mayor método y debe hacerse por orden.

Principiemos, por ejemplo, por la cabeza; o por el abdomen; así subiríamos y bajaríamos, para arriba y para abajo...

Bien, Colomba, callemos.

Esto que hablo son nada más que necesidades.

Describir un cuerpo humano... ¿Por qué no el cuerpo de un animal cualquiera? ¿O de un ave? ¡No, no! ¡De un insecto, de un insecto!

Hay en ellos todo un mundo, un mundo inimaginable de variedades características que, a veces, son...

¡Silencio!

Es lo que has gritado.

¡Silencio!

Estamos en el centro de la Tierra. Hacia afuera gira, haciendo cabriolas, Palemón de Costamota. Cada una de sus cabriolas va y repercute en esa inmensa superficie que hemos habitado, esa superficie donde se halla La Torcaza; esa Torcaza que encierra un ejemplar único de Monosépalo Irregular.

¡Único porque hay, en sus raíces, una tierna codorniz!

¡Único porque yo iba tras de ti, mi Colomba!

No he vuelto a ver ningún Monosépalo Irregular.

Tal vez esa codorniz ha terminado con él.

O, acaso, han sido nuestras ensoñaciones. ¡Tantas, tantas ensoñaciones que hemos tenido, mi Colomba!

Las hay con árboles. Sí, yo he tenido ensoñaciones con árboles. Las he tenido con grandes, con enormes árboles. Como las he tenido con pequeñitas yerbas. Y con las cucarachas que se escondían en ellas.

Una vez seguí a una cucaracha.

Es decir, Colomba, no la seguí yo, yo. La miré y ella continuó su marcha sin percatarse de mi mirada. No le importaba nada, nada que yo la mirara. Continuó marchando, tropezándose con esas yerbas y volviendo a tropezarse y luego saliendo a campo...

Sí, te oigo y veo que estoy hablando, otra vez, puras necesidades. Callemos.

Entonces, en el silencio absoluto, podré elevar una pregunta hacia ti. La elevaré sin formularla.

¡Horror a las palabras que trastornan la paz de los ámbitos siderales!

Porque aquí estamos en lo que es verdaderamente sideral.

Aquí en medio de la Tierra.

Tras esa llamita que bajó. Y yo detrás de ella. Palemón quedó olvidado en otro estrato. Palemón hacía hacer cabriolas a Tadeo Lagarto.

Pero luego estaba Teodosia.

¡Salvado!

Al fin estabas tú, mi Colomba.

Cayó el silencio junto a nosotros. Éste, este silencio cayó sobre nosotros y nos envolvió.

El mundo entero pudo, entonces, resonar.

Estamos en lo verdaderamente sideral.

¿Has oído mi pregunta, Colomba?

La has oído puesto que me contestas. ¡Como si hubiera necesidad de oír para contestar!

Dejemos que pasen los astros.

En su pasar, ellos me sacarán de este dilema en que me hallo. Ellos me sacarán por tu boca inexistente; por tus sedas plateadas y doradas; por tu garbo, tu garbo que nada tiene

que hacer con el de la superficie allá arriba, o allá abajo... Nada tiene que hacer con ningún garbo de este mundo.

Pero no hablemos de garbo ni de nada que con él se aparente. Hablemos de otras cosas, de cosas muy diferentes, tan diferentes como son estas profundidades con aquella superficie lejana.

Quiero preguntarte, Colomba:

¿Por qué hay necesidad de una mujer?

¿Por qué?

Medito sobre este punto. No hallo respuesta alguna que logre satisfacerme... ¿Por qué habrá necesidad de una mujer...?

Mientras haya necesidad de una mujer querrá decir, simplemente, que estamos incompletos, que somos partidos en dos.

Si estamos partidos... ¿Te das cuenta, mi Colomba?

Porque si estamos partidos... ¡no habrá posibilidad de encaminarnos hacia la realización! Jamás podremos llegar a ella.

Todos serán ensayos a medio hacer.

Serán esfuerzos vanos.

Tendremos, antes que todo, que marchar hacia atrás, ¡oh, mi Colomba, mi mitad!

Marchar hacia atrás..., hacia atrás...

Y entonces:

¡¡Empezar todo de nuevo!!

3

Vamos, Colomba. Ya basta de este centro de la Tierra. Sí, vamos, Colomba, a otra parte, a la que sea...

¿Quieres?

Aquí no hay nadie, nadie. Es demasiada soledad.

¡No puedo resistir más!

El libro que tenía yo presente en mi mente al bajar a este punto, lo dice muy claramente. Ahora lo comprendo. ¡Sí, sí, es demasiada soledad!

O, acaso, está poblada de seres que no alcanzo a ver, ni siquiera a divisar. Seres que son ya de otro mundo.

¿No lo piensas así, Colomba?

¡Cómo! ¿No recuerdas lo que dice ese libro? Él es el libro de Max Heindel, intitulado: *Concepción Rosacruz del Cosmos*.

Dice así, Colomba:

10. Centro del Ser del Espíritu Terrestre. Nada puede decirse sobre él actualmente, salvo que es la última simiente de todo cuanto está en o sobre la Tierra y corresponde al Absoluto.

¿Qué quieres tú que haga yo, yo, ¡fíjate bien!, yo frente a frente del Absoluto?

Soy apenas un principiante y tengo todavía mucho que aprender allá, allá en la superficie de nuestro planeta.

Allá, allá...

¡Qué hermosa es esa gran superficie!

En ella se piensa... ¡Qué hermoso es pensar! Y, sobre todo, en ella se discute sobre cualquier tópico que aparezca... ¡Qué hermoso es discutir sobre cualquier tópico!

¡Cómo! ¿No lo encuentras tú?

Sí; lo sé. Prefieres al silencio y, si es posible, el silencio absoluto.

Colomba, el silencio absoluto es la mejor expresión, la más pura expresión del aburrimiento completo.

¡Qué cosa espantosa es este aburrimiento!

En la superficie no se le tolera. La gente lucha en contra de él. Toda nuestra vida ha sido y seguirá siendo una lucha, una tremenda lucha en contra del aburrimiento.

Es que tú no me oyes, Colomba, no quieres oírme. Entonces, ¿cómo puedo explicarme si no tengo un público ansioso de saber lo que yo pienso? ¿Cómo? Allá, allá siempre quieren... ¿Quiénes? ¡Todos, todos! Los que hacen excepción a esta regla, bueno, a esos se les encierra en un manicomio y ¡santas paces! Te decía que siempre quieren ir a alguna parte, donde esté esta parte, a ella quieren ir y visitarla. Claro está, cuesta mucho ir a esas partes, cuesta en molestias, en desagradados sin fin. ¡Es atroz!

Pero van.

Van a todas partes. De modo que el total de la gente, pronto conocerá de nuestra Tierra...

¡Perdón! Quise decir "de nuestra superficie".

Nuestra superficie...

Hay que comenzar con algo.

Comencemos con nuestra superficie.

No. Veo que avanzamos. Ya no estamos en el centro mismo de la Tierra, ¿Hacia dónde me llevas, Colomba?

Yo te lo pedí, es verdad.

Allí me aburría esa inmensidad vacía.

Sea por mi culpa o por la culpa de... ¿De quién, Colomba, de quién puede ser la culpa? No puedo dilucidar este punto ahora. Porque es dificultoso, muy dificultoso moverse por estos mundos. En la superficie...

Callaré.

Y haré un esfuerzo por seguirte, ¡oh, mujer amada!

¡Una mujer es necesaria para avanzar y para retroceder también! ¡Una mujer es siempre...!

Sí, callaré.

Pero es el caso de que cuando yo calló, siempre sigo... No, está mal... siempre se sigue hablando dentro de mí.

Tal vez sería mejor que me durmiera y, entonces, en un sueño profundo avanzaríamos sin tropiezo alguno. Sin tropiezo alguno habríamos llegado a: ¡la expresión material del Espíritu Terrestre!

¡Así es llamada en aquel libro!

Ya eso que así es llamado: ¡hemos llegado, Colomba mía!

Pero qué difícil, qué difícilísimo es CAER SUBIENDO.

Esta es la expresión que aquí se necesita: "caer subiendo".

Tú dirás que no subimos.

Tal vez.

Pero es que olvidas que arriba está la superficie terrena, ese sitio donde tanto...

Bien, callaré.

Bien me parece que nos reposemos un rato. Estoy fatigado, mi Colomba. Un descanso me vendría a la perfección. Descansemos.

Así, así, echado por el suelo.

¿Qué suelo hay aquí? No, no lo hay; no hay ningún suelo. Ello es mejor, ¡mejor! Así podré reposar en cualquier actitud, sí, en cualquier actitud, ¡Colomba!

Siempre quedaré tendido ante ti.

Y tú pasarás sobre mi cuerpo.

Pasarás.

Pasarás.

Y, por fin, estarás quieta, Colomba, quieta.

Yo seré el verdadero cadáver yacente. Como cadáver tendré más vida que todas las vidas que pueden llegar hasta mí.

Tú temblarás un poco.

¡No! Yo me imaginaré que tú has temblado un poco.

Nos imaginaremos este temblor. Porque aquí es igual imaginar que hacer de ello una realidad.

Y no serás hermética.

El hermetismo ha cesado porque el hermetismo no es de este mundo. Él es del mundo que yo, hasta hace poco, añoraba.

Te he pedido que tiembles por algo que yo jamás logre saber, jamás.

Saber es de allá, de allá arriba.

Ahora lo sabré sin necesidad de ser traducido.

Ahora lo sé.

Porque tú nunca has sido mía. Porque siempre has sido lo ajeno. Porque siempre serás, ¡mujer!, lo ajeno. Y yo seguiré siendo lo ajeno a mí mismo.

La superficie ya se ha desprendido.

Ya han terminado todas las separaciones que allá nos rodean siempre, a cada momento de la eternidad.

¡Colomba, Colomba mía!

Colomba del mundo entero; Colomba que impera por encima del mundo entero. Colomba que impera siendo por bajo del mundo entero.

¿Qué significa quererse a sí mismo?

Te lo dije, te lo grité:

"Yo no quiero quererme a mí mismo..."

Pero tú eres más, mucho más, de lo que yo pensaba en aquellos momentos en que yacía tendido a tus pies.

¡TÚ ERES!

Sí, déjame acercarme.

Así.

Aunque estés en los más lejanos planetas, aunque te hayas marchado a las más lejanas estrellas, siempre:

TÚ ERES.

¿Por qué nos han dicho que la Tierra es un satélite, que la Tierra está siempre girando y que ella corre desenfrenada como un loco que huye del manicomio?

Basta exclamar:

"Quieta, Tierra, quieta.

Como esa vez que yo exclamé arrobado:

"Quieta, Colomba, quieta.

Y deja que yo hunda mi cabeza más allá de los pensamientos que puedan asaltarme.

¿Los pensamientos? ¿Qué son?

Sí, son esas vislumbres que divisamos del más allá.

Son los espejos que pasan frente a nosotros deformando sus propios reflejos.

No, no. Los espejos que deforman...

No puedo decir que se aquiete la Tierra. No siento necesidad alguna de decirlo ni de pedirlo.

Tú, en cambio, Colomba, puedes hacer lo que te plazca.

¡Muévete, Colomba, muévete!

Y avanza sobre mí, sobre mí tendido a tus pies.

Así volveré a sentir los 170.000 mil pasos tuyos marchando sobre mi piel.

¡Pasos vertiginosos en su calma, en su lentitud, en su paz! ¡Pasos que transportan a otro mundo que está aquí, a mi lado, a tu lado, Colomba mía!

Pienso a veces que esto es horrible.

¿No lo encuentras tú?

Pero piensa, piensa un rato, un pequeño rato, un milésimo, de... Bien, he de callar.

Ello no quita que esto sea horrible. Pues has de fijarte un poco. Oye:

¡No poder hundirse, no poder alzarse!

Sí; tienes razón.

Hundirse... Alzarse...

¡No permanecer jamás en el mismo sitio!

Porque hay que tratar de alzarse, de surgir, de sobrepasar a los otros, de derribarlos a todos. Entonces hablarán de nosotros, entonces se oirán aplausos y seremos vitoreados por todos lados.

Sí; tienes razón.

¡Perdón!

Sé que estas palabras no deben ser usadas aquí porque aquí estas palabras carecen de todo significado. Aquí, en el centro de la Tierra, no es posible poder hundirse... Empieza, de inmediato, a aparecer el otro lado. Por lo mismo es imposible poder alzarse.

Aquí hay que permanecer en el mismo sitio, exactamente en el mismo. En un sitio tan, tan pequeñín que todos los ámbitos caben dentro de él. Porque en su pequeñez cabe el mundo entero.

Cabe el mundo entero...

¿No hay en esto que acaba de formularse en mí, no hay en ello una contradicción, un despropósito, Colomba?

Sí; tienes razón.

Es la gran sabiduría.

No moverse.

Silencio.

¡Que todo calle junto a nosotros!

Allá trepida la superficie. Oigo sus bramidos. Oigo como se pelean por alzarse y por hundir a los que estaban en el camino. ¡Los oigo, los oigo! ¿Y tú, Colomba, los oyes?

Es verdad. Callemos.

Silencio.

Es verdad, Colomba. Es verdad que no puedo suprimir a Onofre Borneo. Esos funerales que vi hace poco o hace mucho... ¡Oh, qué cosa absurda!

Me haces meditar...

Aunque aquí no es propiamente meditar lo que ocurre.

¿No crees tú que es mejor decir "ver"?

Sí, eso es, Colomba. Vi sus funerales y, créeme, sentí frío sólo de verlos desfilar y desfilar.

¡No terminaba jamás aquel desfile! Apenas el fin se insinuaba, cuando...

Silencio.

¿Qué habría hecho yo sin Onofre Borneo? O debo preguntarlo de otro modo: ¿Qué haría yo ahora, ahora, sin Onofre Borneo?

Colomba, ¿cómo habría circulado allá, allá, en la superficie?

Te he visto insinuar una sonrisa al decirte yo que...

No, no te lo dije. Pero sé que tú viste lo que había bien en el fondo de mi cabeza.

¡No sé cómo explicarme! ¿Cabeza? Sé, sé que no es en la cabeza donde se albergan todas estas necesidades que expele mi lengua. Sí, mi lengua...

Aunque la lengua, la lengua...

La lengua es para gustar y diferenciar los diferentes manjares que nos ofrece la culinaria de los grandes restaurantes...

Bien, callaré.

El hecho es que en mí, sea en mi cabeza o en mi lengua o donde sea, sonó una palabra que nadie oyó. Pero que tú, Colomba, oíste muy bien. Esa palabra decía:

"Retiros".

Ya aquí no hay "retiros". ¡En la superficie, naturalmente!

Un retiro es apretar la superficie. Ésta, esta superficie, como todo lo que es apretado, redobla su poder apenas se siente comprimida. La compresión es algo horrible. Prueba de ello: las bombas, Colomba, esas bombas que...

Silencio.

Por eso tú me dijiste que yo no necesitaba un retiro.

Me dijiste que necesitaba entrar más en mí mismo, sumergirme en mí mismo.

Entonces el mundo se llenará de retiros, será un inmenso retiro...

Claro está que lo veo.

¡Qué hermoso es ese inmenso retiro!

No, no es que él sea hermoso. Lo que es hermoso es el eco de tus palabras, Colomba mía. Porque apenas las pronunciaste...

... ¡desapareció aquel cortejo que llevaba los restos del pobre Onofre Borneo!

Yo no he sido, Colomba.

¡Tú hiciste desaparecer aquel cortejo, tú, y nadie más que tú!

Claro está:

Ambos sonreímos después. Yo reí, reí a carcajadas. Pero no creas que reía del cortejo desaparecido, no, no, no. ¿Sabes de qué me reía? Bien, te lo diré:

¡De Palemón de Costamota!

¡Y de su súbdito, de Tadeo Lagarto!

¡¡Ja, ja, ja!!

Eran la furia misma, ambos. Se retorcían de ira y bramaban. Y maldecían. Y vociferaban como energúmenos. Y blasfemaban. Y lanzaban los improperios más feroces en contra de...

¡Sí; he de callar.

Tú sabes, Colomba mía, la cabeza o la lengua...

Tú lo sabes.

El cortejo desapareció tragado por la nada.

Es la expresión que aquí corresponde: "la nada que traga". Tal es la desaparición verdadera y total. Y así fue tragado ese cortejo. Y...

¡Y Onofre Borneo volvió a vivir!

Sé, sé, sé lo que hace Onofre Borneo.

¿Te lo digo? Bien y óyeme punto por punto. Si cometiera un error cualquiera, deténme, Colomba, y hazme empezar nuevamente. ¿Quieres?

Oye, entonces, Colomba:

Onofre Borneo me hace penetrar más en mí mismo.

Él es el acicate, el incentivo para que entre más a fondo, más, mucho más, en mí mismo.

¡Qué gran persona es Onofre Borneo!

Sin él... ¡Oh, habría sido mi vida dentro de un retiro o de un convento masturbatorio!

¡Qué horror, Colomba mía!

Con razón gritaste en tu hieratismo mudo:

¡¡Viva Onofre Borneo!!

Ahora te hago eco y grito también:

¡¡Viva Onofre Borneo!!

Lo seguiré. Iré tras de sus andanzas. Él encontrará a Romualdo Malvilla y juntos, abrazados en la noche de las calles, de esas calles que siempre cambian por las noches, juntos...

Sí, Colomba, hay que callar.

Déjame caer en mí mismo.

Déjame caer...

La parte emocional, la parte *no pensante* no puede equivocarse.

¿Qué dice esta parte?

Oigámosla, Colomba mía. Yo te diré ahora:

¡Silencio!

¡No saber, no saber!

Este es el significado de lo que tú, mi Colomba, me murmuras bajo tu orden imperativa de:

¡Silencio!

Este silencio me ha traído esta comprensión: ¡No saber... no saber!

Onofre Borneo sabe...; el filósofo Remigio Natales sabe...; y el paleontólogo de Mardonio Pilmaiquén sabe...; y Nemorino Limache sabe...; y Ladislao Casanueva y Limarí sabe...; y el doctor Amancio Cunco, como el doctor Evaristo Gultro, saben...; y todos, oh, mi Colomba, saben, saben... Y dicen que hay que saber, que hay que saber más, más y más.

¡Hay que ir al asalto de esa fortaleza de la sabiduría!

Colomba, Juan Emar empezaba a saber.

¡Aaaa!

Es que Juan Emar era guiado, era guiado hacia el asalto de esa tremenda fortaleza, era no sólo guiado sino empujado hacia la fortaleza, era guiado y empujado por Onofre Borneo.

Pero tú murmuraste el silencio y, ante ese silencio, callé.

Sí, Colomba, olvido.

Debo olvidar cuanto sé. Debo olvidar cuanto he leído. Debo olvidar todos los cursos que, en mi vida, he seguido, todos.

Porque son cursos, ¡sí, cursos!, esas conversaciones que, por ahí, por aquí, más allá, por todas partes, sostenemos con nuestra propia forma que nos enseña.

Es nuestra propia forma que, de pronto, se ha transformado en Natales, en Pilmaiquén, en Limache... Nuestra forma...

Y ella, esta forma nuestra, se ha transformado, a su vez, en la imagen que ellos tienen y siempre tendrán de nosotros.

Malvilla está en lo cierto. Malvilla grita eufórico de dicha:

—¡El regimiento, el regimiento!!

Debo olvidar cuanto sé.

Debo olvidar hasta el momento en que nací.

Vivía mejor allá.

Pero nací.

Nací para venir a hacer nuestra obligación que no es ninguna obligación.

¡Oh, Colomba, qué peso cae en esta *ninguna obligación!*

Silencio.

¡No, no! Te prometo, Colomba, que no quiero meditar; que ni siquiera quiero pensar en nada. Porque no quiero nada, nada. ¿Me oyes? Nada de nada.

Silencio.

Quiero zafarme de esta parte pensante que ha de inmiscuirse en todo, todo. Porque ella, esta parte pensante, quiere saber como si fuera, ¡ella!, un enorme sabio.

Por eso ronda, ronda, ronda junto a mí.

Siento su rondar como el vuelo planeado, el vuelo inmóvil de un ave enorme como es el vuelo pegado al suelo de esos sabios enormes.

Y si me descuido, un poquitín que sea... ¡paff!

Se presenta ante mí y me pone, sonriendo, casi riendo —sí, Colomba, porque las aves rien como nunca han reído los sabios, nunca, nunca—, me pone, ante los ojos...

Te lo diré apenas a media voz.

¡Que no se oiga!

¡A media voz!

No me atrevo a decir "silencio" como tú, desde tu alta, desde tu incommensurable grandeza, sueles..., sueles susurrar ante los oídos míos que, ante este susurro, se desperezan un tanto.

Así es que diré: "a media voz".

A media voz, óyeme bien, Colomba:

Me pone ante los ojos... ¡un proyecto!

Y una ramita de bambú seguía siempre, siempre frente a mí; allí seguía cumpliendo su propia eternidad.

¡Qué bella era esta ramita de bambú!

O, acaso, lo bello era la inmovilidad en que estaba. Porque no soplaban ni una gota de

viento. El viento se había recogido y se había llevado –¡vaya uno a saber hacia dónde!– a todo lo que podría haber venido a hacer compañía a esa ramita de bambú.

Solos estábamos ambos, ella y yo.

Me incliné y, de rodillas, le juré olvidarme de todo, de todo, de todo. Juré ahí sobre el polvo sombreado por altos árboles que ya no estaban y que sólo habían dejado su sombra para cobijarnos a la ramita y a mí.

Juré.

¡Es una una muy linda cosa jurar! Porque sabemos que no iremos a cumplir lo que hemos jurado.

Pero hemos jurado.

¡Oh, Colomba, si pudiéramos pasar nuestra vida jurando todo el tiempo, todo, todo! Sería, entonces, la...

Bien, callaré.

Quisiera saber tu nombre. Si, acaso, tú tienes un nombre. Yo te llamo Colomba; por este nombre obedeces a los llamados de todo el mundo.

El mundo...

Tiene que usar de un nombre para llamar. Podrías llamarte... Podrías llamarte... Podrías no tener nombre alguno...

¿Cómo me explicaría en tal caso?

Está bien:

Colomba.

Ven, Colomba mía, ven.

Avancemos hacia el taller de La Torcaza. Avancemos por aquí. Eso es. Avancemos siempre. Ahí en mi taller te diré lo que hace años le dije a Bárbara:

–Yo no sé existir solo con mi propio eco; yo amo a Colomba, la amo a pesar de ella *no ser*. Yo iré tras lo único que busco: ¡Colomba!

Ahora siento sobre mi piel esos 170.000 pasos tuyos.

¡No! Siento el sabor de esos tacones empinados con que yo te calcé mientras avanzabas. Eran unos tacones...

Sí; callaré. Las niñas... ¿No? ¿Está mal decir así? Bien, me corregiré y diré como debe decirse: las mujeres... ¿También está mal expresarse así? Bien, bien: las prostitutas del cabaré, tú lo sabes, de aquel cabaré, el San Lito, llevan tacones empinados como esos que tú me clavaste.

¡Esas prostitutas! Clementina Rengo y Miroslava Lipingue y Braulia Tinguiririca y..., y... ¡Déjame recordar! Y Julieta, la linda Julieta Pehuén.

Julieta camina por las calles. No creas que va siempre con ese señor que a veces va con ella; no y no. Malvilla la admira y, cada vez que la ve, le lanza un piropo. Entonces ella sonríe y sigue, sigue, sigue.

Como seguimos todos.

Porque todos seguimos, mi Colomba, todos.

O, acaso, el mundo resbala bajo nuestros pies y esto nos da la sensación de que somos nosotros los que avanzamos. Es un gran dilema éste; un gran dilema llegar a saber...

Bien; callaré.

Callaré. Pero antes, déjame hacerte una pregunta, una última pregunta. ¿Quieres, Colomba? Será la última, te lo juro.

Tú sabes, te lo acabo de decir, cuánto me gusta jurar. Y me gusta, sobre todo, porque

los juramentos no se cumplen; nunca se cumplen. Así es que con ello tenemos el mundo a nuestra disposición completa.

Óyeme bien, mi Colomba:

Tú eres... ¿Te lo diré? Tú, para mí, eres, eres:

ANAM.

¡Oh, qué de cosas se encierran en este nombre que he vuelto a pronunciar! ¡Tú me lo has evocado...!

Oigo tu voz de "silencio".

Callaré. Y callado te formularé esa pregunta que aflora:

Dime, Colomba, ¿por qué caí a tus pies y te pedí que marcharas sobre mí?

Es mi primera pregunta. La segunda es aún más ardua:

Colomba, ¿por qué me obedeciste?

¡No lo entiendo, no lo entiendo! ¡Tú obedeciendo a una voz que pide semejante cosa, que cae en lo más...!

Sí, callaré. Y vamos a la tercera pregunta, la pregunta que me obsesiona a todo momento. Porque a todo momento pienso que tú eres —¡ya te lo he dicho!— que tú eres Anam. Sí, eres Anam y...

Sí, vamos a esa pregunta:

Colomba, ¿por qué te calzaste así?

¿Por qué, por qué?

Esto fue allá en La Torcaza. Esto fue en mi taller, o mejor, en mi escritorio multicolor; ¿recuerdas? Tenía vidrios azules y tenía vidrios amarillos y tenía...

No seguiré evocando aquel antro, ¡sí, antro!, de mi taller torcacino. En él Anam; tú sabes lo que esto significa, en él Anam y la prostituta no fueron más que uno.

¿Cómo es ello posible, mi Colomba?

¿Cómo, cómo?

Claro está que conozco esos versos, claro está:

"El color del cristal con que se mira..."

Y reímos, reímos.

¿Ambos reímos? ¿Ambos?

No, no. Reí yo, yo solo, me desternillaba de la risa. ¡Oh, pasar de unos versillos insignificantes...; no, está mal, está mal! Lo diré bien, ¿quieres, Colomba?

Pasar de ti, de ti, ángel-amigo mío, de ti que eres aquello que siempre he soñado; pasar de Colomba a... unos versitos que no valen nada de nada.

¡Es un absurdo, un absurdo!

Y pasar con La Torcaza, con esa lejana Torcaza, esa tan lejana Torcaza, hoy perdida ¡qué sé yo dónde!

Porque ahora ya no estoy más en La Torcaza. Tú me has de entender muy bien cuando digo "ahora". Ahora no se refiere a este momento actual, a este bendito momento en que me hallo en el Centro de la Tierra.

¡El Centro inmóvil e inmenso! Es tan inmenso que, en él, no puedo moverme sin salir de él.

¡Terrible cosa!

Ahora, Colomba, estoy en Quintrilpe.

Ayer, Colomba, perdí La Torcaza.

Ella tenía que formar parte de la parte en que ella estaba; es decir, de los hombres que viven en esa parte. En ella no cabían cristales coloreados; menos cabía un taller para poder, en él, lucubrar en silencio.

No, no cabía.

Así es que perdí La Torcaza.

Y el viento me cogió y me aventó hacia otros puntos, hacia otras cosas con las cuales no había soñado jamás.

Sí; había soñado con ellas. Ellas habían sido mi ideal.

Pero yo vivía de otro modo. Tú lo sabes cómo vivía yo, mi linda Colomba. Me casé y amé a mi mujer amando también a otras mujeres. Tú lo sabes, ¿no es verdad?

Y luego...

Silencio, has dicho. Ahora estoy en Quintrilpe.

Callemos.

Quintrilpe...

Allá, cerca de la ciudad de Temuco. Te diré, Colomba, que Temuco es una linda ciudad. Hay en ella de todo cuanto te puedas imaginar. Hay un bar que a mí me encanta. En él...

Callemos.

Luego, en la camioneta del fundo, se regresa al fundo. Es cuestión de una hora, a lo más de una hora. Voy a Temuco muy de tarde en tarde. Pero cuando voy...

Sí; es verdad, callemos.

Te hablaba yo de Quintrilpe, Colomba mía. ¿Sigo?

Bien, seguiré. Pero no sé por dónde empezar esta narración que he de hacerte de aquel fundo.

Déjame pensar. Déjame...

Sí; es mejor un rato de paz. Que las ideas que tenía sobre el fundo se agolpen en mi cabeza. Será un rato y nada más.

Un rato de paz.

Mis ideas, mis recuerdos se han marchado. Estoy hueco. Ya no estoy, mi Colomba adorada. Te hablaba de Quintrilpe, de ese precioso fundo de Quintrilpe.

Quintrilpe... ¿Sabes tú qué significa este nombre?

Yo tampoco lo sabía, pero tengo un diccionario sobre todas esas voces de Arauco, un diccionario que ha escrito un sabio de estas voces. Y en él dice:

Estero apto para bogar.

Esto dice su autor, Ernest Wilhelm von Moesbach. Y hay, por cierto, un estero apto para bogar. A este estero van todos...

Sí, callaré, Colomba. Te quería decir, únicamente, que ahora estoy allí y que es un precioso fundo. Un fundo grande, un fundo inmenso. Tiene, por lo menos, por lo muy menos...

Sí, callaré, Colomba.

Allí estoy yo. Me levanto y salgo a caminar pensando si soy yo quien camina o si la tierra camina bajo mis pies. Pienso en esto cada vez que la atmósfera se preste para engolfarse en las búsquedas de semejante índole.

No siempre ella se presta.

El otro día salí eufórico. Mis pulmones temblaban. En esto reconozco la euforia de

calidad óptima, cuando los pulmones tiemblan. Y dos bueyes, uno colorado y otro gris, ahí estaban inmóviles sujetos por el yugo. ¡Un yugo que había sido una rama de árbol! Hoy era el hacedor de prisioneros. Los prisioneros no protestan. Se inclinan. Pasan el tiempo rumiando. Y, al rumiar, contribuyen a que se esparza la paz, esa paz, ¡esa paz!, mi tan linda Colomba.

Entonces mis pulmones redoblaron su temblor. Y yo, sin pronunciar palabra, callado, mudo, iba a gritar de emoción, cuando...

Vi que los niños jugaban en torno mío.

¿Jugar? ¿Llamas tú a eso jugar?

Tú no respondes porque estás más allá de mis preguntas, más allá de todo cuanto puede llegar a mí y perturbarme. Así es que miré a esos niños con un solo ojo, uno solo, mientras el otro se iba a distancias inconmensurables, planeando por los aires cual aquellos gallinazos y gavilanes allá arriba, arriba, muy alto. ¡Qué bellas cosas alcanzó a ver este ojo que así se había ido a planear!

Pero:

¡¡Paf!! - ¡¡Pun!! - ¡¡Paf!!

¿Me entiendes, Colomba, me entiendes?

Los niños jugaban.

Los niños agazapados entre los árboles, formando dos partidos adversos, armados con largos palos que simulaban rifles, se hacían fuego sin piedad en medio de gritos y más gritos estridentes. Y caían a trincheras improvisadas; de ellas se levantaban y saltaban fuera; y de ahí...

Es que no he terminado aún, Colomba.

Permíteme una palabra más. Ella te hará ver cuán observador soy. Sí, mi Colomba, verás que nada se me escapa.

Porque me alejé de esos niños feroces que jugaban.

Al alejarme pasé frente al escritorio del padre; tú me has de comprender, el escritorio del padre de uno o dos de esos niños que jugaban.

El padre, Colomba, ahí en ese escritorio, ahí encerrado sin ver ni oír nada, ahí sacaba cuentas...

¡Es algo tremendo ver a un padre sacando cuentas y más y más cuentas, cuando los hijos se matan! Bueno, o simulan matarse.

Seguí caminando, caminando con rapidez. No veía nada. El ojo aquel que había volado junto a las aves no sé dónde estaría. Lo sentía, claro está, pero lo sentía tan, tan lejos de mi mente.

¡De mi mente, Colomba! Mi mente seguía tras de mis pasos. Los unos iban adelante; la otra, atrás.

Colomba, no lograban juntarse, no, no lo lograban.

Entonces, ¿qué podíamos hacer?

En este mundo hay que poder juntarse, siempre juntarse, no ser más uno; ser muchos, muchos, inconmensurablemente muchos. Y así marchar.

Un, dos - un, dos - un, dos...

Malvilla, tú tienes razón; Malvilla, tú has visto.

Y me detuve, a un costado del camino.

Por el suelo, abandonada, había una hoja seca de abedul.

¿Por qué, Colomba, por qué?

En esa hoja había una cantidad de mensajes para mí. Los miré todos. Estaba contento. Las leguas se extendieron entre esos niños que jugaban con balas de palos entre los cálculos que el padre hacía con las nalgas elevadas sobre su cabeza. ¡Pobres, pobres nalgas! El techo del escritorio les impedía ver a las aves que vuelan, a los gallinazos, a los gavilanes, a los cernícalos...

Y las paredes le ocultaban la hojita de abedul que se había puesto junto a mis pies.

Pero esos cálculos salían del escritorio, Colomba mía.

Se enroscaban por el suelo. Se recogían. Luego se estiraban.

Colomba... ¡avanzaban!

¡La pobre hoja de abedul!

Sería por ellos devorada. Y ¿qué haríamos en este mundo sin una hojita de abedul? ¿Qué haríamos, Colomba?

Esta hojita comunicaría su espantoso sino a su padre el abedul; éste lo comunicaría a los demás árboles de la comarca; y estos árboles, presos de terror, lo gritarían a los árboles vecinos; y éstos a los...

Callemos, Colomba.

Estás así en tu silencio pétreo. ¡Sí, sí! Digo: pétreo. Porque tú, me has llevado a las piedras que se juntan y se aprietan y se amontonan en los caminos por donde ven los hombres que aman esas piedras que no hablan.

Esas piedras, esas piedrecitas como tú, como tú, Colomba, que en tu silencio reduces el terrible, el espantoso tiempo que hay que pasar aquí en esta Tierra.

¡Es horrible, Colomba mía!

¡Quiero zafarme de esta materia pensante que me acogota!

Colomba, quiero morir para poder vivir.

Pero no.

Una vez me despecué de mi cabeza. La tomé, entonces, entre mis manos. Luego vi que podía muy bien sostenerla únicamente con una sola mano. Y esto aproveché para coger una lupa, una inmensa lupa.

Total: quedamos así: mi cabeza; la lupa; mis ojos.

Y vi, Colomba, vi.

Vi una cantidad, un innumerable conjunto de puntitos dentro de ella. ¡Oh, si vieras tú, Colomba, cómo se movían estos puntitos! Y algunos se deshacían y, así deshechos, se marchaban...

¿Adónde irían? ¿Adónde se marcharían, mi Colomba?

Lo curioso es que, por cada uno que se marchaba, en mi rostro había un estremecimiento de gozo supremo...

¿Qué sería esto?

De pronto comprendí, ¡comprendí! Óyeme bien, Colomba mía:

Yo, yo, Yo, yo..., con cada puntito desaparecido..., yo, Yo, yo... había comprendido algo más.

Al comprender me alivianaba, me aligeraba. Es decir, me aprestaba para emprender el vuelo hacia los gavilanes y hacia...

Es decir, yo, Yo, yo.

Colomba, ¿quién es ese yo?

Meditaba sobre esto y caminaba siempre.

Pero caminaba muy, muy poco. Habíamos llegado a un acuerdo la tierra que yo pisaba

y mis pisadas. Por cada paso que daba, ella, esta tierra se agigantaba y me sacaba de donde siempre se está. ¿Comprendes, mi Colomba?

De pronto vi una culebrita.

Una culebrita inmóvil.

Aquel día todo se inmovilizaba.

¡Qué linda era, Colomba, qué linda!

Allí quedamos ambos inmovilizados, esa culebrita y yo. La miraba y no me cansaba de mirarla. ¡Qué linda!

Al fin ella me dijo:

.....

Y luego siguió diciéndome, diciéndome:

.....

¡No, Colomba, no!

Esa culebrita no me dijo nada.

Esa culebrita no habría podido decirme nada. Ni algo. Ni la menor cosa de algo. ¡Es inútil! Jamás una culebrita, ni una gran culebra, jamás han podido decir algo.

¡Jamás, Colomba, jamás.

Si yo fuera un literato, si mi vida estuviera dedicada a hacer literatura, en enorme o en pequeña cantidad, entonces sí, sí, esa culebrita, junto a la gran culebra, habría pronunciado unas palabras...

Colomba, para hacer temblar el mundo.

Temblar, temblar...

¿Cómo?

Temblar con nosotros mismos. ¡Es lo terrible que ocurre! ¡Es lo espantoso! ¡Es lo...!

Callemos, Colomba.

Sumerjámonos en ese silencio de las culebras.

Así me acercaré un poco más a ti.

Así desaparecerán las fuerzas que ahora conspiran en mi contra para arrancarme de este centro de la Tierra.

Siento cómo aquella superficie gira y gira sobre mí; siento cómo gira llamándome, atrayéndome.

Es nuestro sitio allá, allá.

Allá...

Callemos, Colomba.

¿Por qué digo yo que no soy literato?

Digo, sin embargo, "callemos" cuando hube de decir tan sólo "calla". Porque tú no hablas, tú eres el silencio. Tú estás en tu sitio aquí, en este aquí, en este fondo de los fondos.

Tú ya eres, Colomba.

Nosotros somos sólo puntas, nada más que puntas, puntas perdidas que tratan de encontrar un sendero por donde caminar y caminar.

Y al fin de este sendero hallarse de pronto con:

una hoja de abedul;

con:

una culebrita

que, ambas, nos recuerden que no somos más que esas puntas de algo inmenso como es el núcleo inexistente de esta Tierra.

Algo inmenso en su pequeñez inexistente.

¿No lo crees tú, Colomba?

Ante un tamaño así... callemos, callemos. Dejemos que en torno nuestro ruede y ruede..., o se detenga lo que nunca se ha movido.

La culebrita se movió con lentitud. Con mucha lentitud. Se ocultó; volvió a aparecer; volvió a ocultarse... Al fin, al fin, Colomba, se marchó, ¿me entiendes?, se marchó de mi visión, nada más que de mi visión.

Otros seres la vieron.

Creo que este Centro de la Tierra la vio cuando yo dejé de verla.

Quedé atónito.

Seguí, entonces, caminando.

Colomba, ¡Colomba!

Alguien me llama. Quiero marcharme yo también. Quiero, sí, quiero marcharme como se marchó aquella culebrita. Después hablaremos más de ella. Ahora, te lo he dicho se ha marchado.

Colomba, quiero irme.

¡Me llaman, Colomba!

Tendré que subir. Tú dirás que tendré que bajar. ¡No me importa si ello es subir o bajar!

Me llaman.

Oigo ese llamado. Él perfora mis oídos.

¡Adiós, Colomba!

¡Sí, sí, volveré!

Porque no puedo vivir sin ti.

Es una ausencia corta, cortísima. Es cuestión de..., de... ¿no lo ves? El tiempo no puedo manejarlo como lo manejaba allá en lo alto, ¡en la superficie!

¡Adiós, Colomba!

4

Partí.

Veía la superficie llena de color, llena de movimiento. Ya no más esa calma propia del Centro de la Tierra. Ahora, y por fin, ¡la vida!

Subir hasta la superficie es cosa hacedera.

¿Subir?

No, según Colomba, es bajar.

Claro está que estos dos verbos son iguales en su significado. Son estrictamente iguales... en el Centro de la Tierra. Por eso me voy, me voy. Quiero diferencias y, estas diferencias, poder hablarlas y comentarlas y discutir las con alguien. Con un alguien de la superficie, con uno que sepa una enormidad y, entonces, muy serio, con una seriedad que rompa todos los ámbitos, todos los ámbitos...

Aquí me turbo un tanto. Porque no hay nada que romper... no, no hay nada... cuando se está en el Centro de nuestro planeta.

Nuestro planeta...

¡Si al menos fuera el nuestro!

Él tiene una existencia aparte, él vive de otro modo, de otro modo... Nosotros miramos esa vida y no la comprendemos...

Don Irineo Pidenco nos llama los intrusos...

¡Ea! ¡Subamos, subamos!

¡Adiós, Colomba!

Atravesaré los estratos y, mientras los atraviere, pensaré mil cosas hermosas.

Pero todavía no hay estratos, no hay ningún estrato. La Tierra es de una materia semejante a la mía. Así es que atravieso esta materia sin hallar ninguna dificultad. Porque me siento bien.

¡Subo!

Perdón, Colomba: ¡bajo!

Ya lo veremos, amiga mía del alma, quién tiene razón. Pues es necesario que uno de los dos tenga razón. Y a esto voy hacia esa superficie, a ver cuál de ambos tiene razón, si esto que yo hago ahora es subir o bajar.

No hay estratos; todo es una materia; yo soy de esa misma materia. Mentía, entonces, aquel libro que cité sobre los estratos de la Tierra. ¿Cómo es ello posible?

Debe ser el punto de vista. Sí, eso es: el punto de vista. Hay, pues, estratos; no hay ningún estrato. De alguna manera tenemos nosotros que explicarnos para que nos entiendan..., nos entiendan...

¿Quiénes?

¡La gente, en la superficie, vive fuera de los estratos!

Viva donde viva y como viva, debe entender.

Es necesario que entienda todo, aún lo que no ha visto ni podrá ver; ¡todo!

De este concepto nacen los estratos que no hay.

¡Si yo ni sé lo que hay o lo que no hay aquí! Yo sé que subo, subo, subo... Bueno, para no contradecirte, Colomba, diré que yo bajo, bajo, bajo...

¡Y estamos de acuerdo, de acuerdo!

Vengo sin Colomba.

Vengo solo.

¡Estoy, pues, libre!

Así es que subí, subí. La superficie se mostraba allá muy, muy lejos. Pero yo la alcanzaría. Subía con la velocidad de un relámpago. Hasta que de pronto..., de pronto... Alguien o algo me gritó:

—¡Alto!

Una inmensa pared, un altísimo muro se levantaba ante mí. Me detuve, por cierto. Ante ese altísimo y ancho y largo muro me tuve que detener. Me dije:

"Toda gran obra requiere un trabajo de nuestra parte, un tremendo trabajo. Y la manera de ejecutarlo es ésta..."

Quedé inmóvil frente al altísimo muro que, a su vez, era un muro largo y ancho.

"Silencio" —murmuré.

El recuerdo de Colomba me alcanzó. Vociferé entonces:

"¡Voy hacia la superficie! ¡Dejadme ir hacia la superficie!

Nada. El muro era altísimo, larguísimo para ambos lados.

Nada.

¿Qué se hace allá en la superficie en un caso semejante a éste en que yo me encontraba? Algo se hace pero no lo tengo con claridad en mi mente; no lo tengo. Aquella voz volvió a murmurarme:

“Olvida a Colomba porque ya estáis cerca de mí, de esa enorme superficie donde todo se discute.

Olvidé a Colomba y me puse, afanoso, a buscar una puerta por donde poder pasar hacia el otro lado.

La encontré, por cierto. Una gran puerta. Adiviné que del otro lado, estaba llena de candados y cadenas. Pero, ¡ah!, había un pequeñito timbre ahí a mi lado, al alcance de mi mano. Ese timbre haría sonar una campanilla: “Triiiiiiiii...”.

Apoyé el dedo en el timbre. Y allá, no tan lejos, después de todo, oí aquel “triiiiiiii...” que yo ambicionaba. Esperé unos cortísimos instantes y luego oí que alguien se aproximaba a esta puerta desde el otro lado.

¡Oí ruidos familiares!

¡Qué enorme felicidad, qué dicha suprema!

Abrían los candados, quitaban las cadenas; creo que también quitaron una tranca. Y..., y...

¡La puerta, al fin, se abrió!

A mis pies, haciendo una extremada reverencia, se inclinaba Tadeo Lagarto.

¡Gente conocida, por fin! ¡Qué enorme felicidad, qué dicha suprema!

Y él susurraba a todo instante:

—Adelante, mi señor, adelante; pase usted, pase usted.

Naturalmente pasé. Me vi como un antiguo señor de capa y espada entrando a un inmenso castillo donde se le esperaba. Pasé y miré hacia todos lados mientras avanzaba gallardo como ese inmenso castillo penetrando en un caballero pleno de generosidad.

Pero allí todo estaba oscuro.

Oscuridad y oscuridad. Caminábamos, Tadeo Lagarto y yo, no sé cómo. Caminábamos y caminábamos sin tropiezo alguno. Hasta que, de pronto, brilló una luz frente a nosotros.

¡Hermoso momento!

Frente a nosotros se alzaba, majestuoso, Palemón de Costamota.

—¡Bienvenido seáis una y mil veces! —me saludó.

—¡Bienvenido he llegado! —respondí.

Entonces él avanzó, me alargó su diestra, que yo estreché, y me dijo:

—Palemón de Costamota, un servidor más en vuestra vida.

Yo respondí de inmediato:

—Onofre Borneo, siempre a vuestros pies.

Y ambos cantamos, a toda voz, con unos acompañamientos sonoros que caían de lo alto, que subían de lo bajo, que venían de la derecha y de la izquierda, cantamos esa bellísima música de Arrigo Boito, el Prólogo de Mefistófeles.

—Estáis en mis dominios, joven y jovencito Borneo, porque todos éstos son mis dominios.

—Son maravillosos dominios —me apresuré a decir.

Entonces, con una afabilidad nunca vista por mí, se inclinó hacia mí y me preguntó:

—¿Do vais, bello y bellissimo doncel?

Encontré que él exageraba. Yo, ¿un doncel? Yo, ¿bello y más que bello? Púsemelo serio y respondí con frases cortantes:

—Exageráis, ilustre entre los ilustres. No soy bello. No soy doncel ni joven. Tengo ya mis años. Tengo, además, mis...

Estrepitó una descomunal carcajada. Tadeo Lagarto también reía. Y decía Lagarto:

—Miráos, miráos, mi señor. Y mirad a vuestro amo y señor.

Entre tantos “señores” miré.

Palemón de Costamota vestía como en aquella música que acabábamos de cantar; vestía como en las óperas es costumbre vestir al demonio. Yo vestía como un Fausto recién salido de la sastrería.

Y, naturalmente, un Fausto joven. Nada del vejete de los comienzos y del final de la obra. Mi traje me hizo deshacerme en una serie de reverencias. Ellas eran contestadas por los ojos de Palemón de Costamota. Al fin me preguntó:

—Os vuelvo a requerir una respuesta: ¿do vais, bellissimo doncel? ¿Do?

Respondí:

—A la inefable superficie.

Entonces ambos reímos.

¡Qué hermoso es reír con Palemón de Costamota!

En su risa me explicaba mil cosas: Yo debería ser Onofre, y nada más que Onofre Borneo; Juan Emar era un imbécil que pretendía meterse en profundidades nunca sospechadas; ¿había yo visto una mayor profundidad que aquella de donde venía?; en ella se lucubra y se lucubra sobre cosas...

¡Oh, no! ¡Dejemos todo eso! En cambio en la superficie:

Allí, en la superficie, se triunfa y se alcanzan honores y más honores inimaginables. Es cuestión de relacionarse bien. Yo había conocido a Arancibia Ocampo y a Cortés Mandiola; ahora habría otros semejantes que me ayudarían. Y con ellos, y con los amigos de ellos, y con los amigos de los amigos de ellos... ¡ah! discutiríamos sin cesar.

La Tierra continuaría su turno, girando y girando.

Nosotros, despreocupados, discutiríamos... y no discutiríamos sobre el girar de esta Tierra; ella puede hacerlo sin nuestro concurso. Para eso está el Sol... ¡el Sol que ilumina y da calor!

Subamos.

¿Qué te decía yo, Colomba?

Juan Emar es un embécil. No hay que preocuparse de profundidades insospechadas. La China.

Allá quisiera yo ir...

Nuevas risas de Palemón. ¿Ir a la China? ¡Todavía susurra ese Juan Emar dentro de mí! Porque veamos:

Claro está, puede irse hacia donde uno lo desee; estamos lo suficientemente hondos para ir donde uno lo desee; es cuestión de tomar este camino y no tomar este otro camino. Este otro, me llevaría a San Agustín de Tango donde, después de todo, están los amigos todos. En China no conozco a nadie de nadie. Y, para llegar a conocerlos, tendría que empezar por aprender el idioma. Es algo extremadamente engorroso. Me lo han dicho siempre, siempre...

...en ese sitio donde todo se discute... ¡Siempre!

Además, una vez que ya se sabe el idioma, es conveniente, para bien conocer y poder

penetrar en todos los recovecos de ese tan vastísimo país, es necesario haber nacido en él. Así le ponen a uno el timbre de nacimiento: ojos estirados, ojos terminados en punta, ojos que rayan la cara con dos cuchilladas y que, entonces, obligan a sus poseedores a andar a pasitos cortos, a pasitos muy menudos, como se anda en las óperas cuando queremos representar a un chino o a un japonés.

No puede ser así.

—Quiero ir a la China.

—¿Qué decís, mi bello doncel? ¿La China?

—Sí, la China.

Y Palemón prorrumpió en otra interminable carcajada, en una tan estrepitosa carcajada que, con su viento, arrebató mi sombrero y volteó a Tadeo Lagarto.

Quisiera escribirla aquí. Para ser franco tendría que decir que ella, esta estrepitosa risa, ocuparía dos o tres páginas como éstas que escribo y, todas ellas, llenas de "ja ja ja".

Cuando terminó de reír le comuniqué este deseo mío:

—¿No encontráis que es ir contra las leyes severas de la magna literatura?

Él me respondió:

—Veo, ¡por fin!, que os acercáis al aliento que expele ésa hacia donde vais. Traduzcamos, doncel: medita. Digámoslo en galo idioma: *mesure*.

Dije:

—Sí.

Y ambos, nuevamente, volvimos a reír (3 a 4 páginas como ésta que escribo).

Es verdad: la superficie es una inmensa cosa.

Hay en ella de todo, de todo. No hay necesidad de ir a China. Basta con ir a San Agustín de Tango. Y, en esta ciudad, he de encontrar a todos aquellos que saben discutir y discutir. Pongo un ejemplo, dos ejemplos, tres y cuatro y cinco, pongo todos los ejemplos que se me antoje. Pero no voy a llenar páginas más con nombres; ¡no!

Hay muchos pensamientos en el Centro de la Tierra.

Estos pensamientos vuelan, pasan, se marchan, vuelven y giran todo el tiempo, giran y giran. Como gira...

¡Alto!

—Digno y celebrísimo señor; inconmensurable señor; dilatado hasta la dilatación máxima de los señores que se dilatan hasta reventar con bronco sonido; mas vos, mi señor, no reventáis; aclaradme un punto: creí hallar a Teodosia Huelén a vuestro lado; creí hallar a Florencio Naltagua; y también creí hallar al doctor Hualañé y a Desiderio Longotoma y los eternos "brTTTTTTTTTTTTTT" de Baldomero Lonquimay. No hay nada de ello. Dignaos decirme, mi señor: ¿do se encuentran tan preclaros ciudadanos?

Su respuesta fue corta y precisa:

—Arriba.

Le pregunté además:

—¿Y ese genial de Romualdo Malvilla?

Su respuesta fue corta y precisa:

—Arriba.

Lancé un "¡ay!" de satisfacción. Este grito, porque fue un verdadero grito, retumbó por aquellos ámbitos, retumbó de tal modo que hizo hacer mil volteretas a Tadeo Lagarto.

Ya no estaba yo vestido como Fausto. Llevaba mi traje habitual, un traje cualquiera.

Palemón ahora vestía de chaquet con pantalones a cuadros, chistera y ágil bastón. Palpé mis bolsillos y extraje de ellos un papel escrito por mí, sí, por mí.

—¿Permitís, digno señor?

Él respondió:

—Permitido. ¿De quién es la prosa que se escapará de entre vuestras comisuras labiales? Vacilé antes de responder. Porque, ¿de quién era? ¿De Juan Emar o de Onofre Borneo? Terminó mi vacilación y dije:

—De Juan Emar.

(Unas 5 ó 6 páginas del "ja ja ja" que ya he citado).

Leí:

Ignoro por qué será un placer tan vivo el siguiente:

Cuando arde en nosotros la esperanza del porvenir y la fe en nuestras propias fuerzas, cuando sentimos en nuestro cerebro un mundo pronto a surgir al primer llamado, cuando eso pasa, no despertar ese mundo sino sentirlo allí dentro sin dejarlo escapar pero no despertándolo tampoco... Entonces salir a rodar por la vulgaridad.

Y más aún:

Fingir ser como ella, estarle en todo de acuerdo y saborear, de cuando en cuando, lo que llevamos dentro, saborearlo sabiendo que nadie más lo sabe.

Es un goce mayor que despertar ese mundo.

En el fondo todo esto, ¿no será el deseo de crear que se halla vencido por la pereza?

—Mi caro doncel, hay allí...

—Tengo ya mis años, señor Palemón.

—Perdón, mi carísimo anciano, hay allí...

—No tengo tantos años como para merecer...

—Cortemos, entonces. Mi señor, hay allí una lucha que se avecina. La lucha entre el hombre del centro de la Tierra, es decir, aquel centro lóbrego y tenebroso; y la lucha del hombre que sabe circular por las vastas y nunca igualadas variedades que adornan la superficie terráquea.

Una lucha, una lucha...

Algo me resonaba mal en esta palabra de lucha; algo que no encajaba, que destemplaba. Palemón avanzó hacia mí, avanzó muy dulcemente y me susurró apenas, apenas:

—Es una lucha que mantenéis solo, solo, en la soledad y en la profunda soledad, que mantenéis... ¿quiénes? Os lo diré, si ello no se transmuta en una nefanda perturbación para vuestro claro entendimiento.

Le contesté de inmediato, sin pérdida de tiempo, apresuradamente... ¡no se podía perder ese tiempo tan preciado! ¡No, no se podía...! Le contesté:

—Sí, mi señor de los señores, si acaso no es una osadía de mi parte llamaros así: "señor"; decidme cuanto quieran decir esos labios de donde sólo la suma sapienza puede escaparse. ¡Os oigo! Me doblego para poder oiros.

Rió corto, rió sintético. Y explicó:

—La lucha entre dos seres que no son más que un único ser. Juan Emar y Onofre Borneo. Éstos son un solo ser. Estas ideas os han sido...

—¿Qué cosa, mi altísimo señor?

—Estas ideas han encontrado su ambiente donde poder pulular en el ambiente sin luz de sol ni de luna ni de estrellas... sin luz eléctrica ni de gas ni de parafina. ¡No hay ni una vela, ni un cabo de vela allí!

Murmuré:

—Soledad, oscuridad; oscuridad, soledad.

Él me preguntó:

—¿Y no hay nadie más, nadie que sea el terceto con esa soledad y esa oscuridad? ¿Nadie de nadie?

Respondí:

—Colomba.

Aquí, nuevas risas interminables. En vano yo repetía esa palabra de “Colomba, Colomba”. ¡Nada! Hasta que cortó este tan triste monólogo mío. Dijo únicamente:

—Mirad.

Y miré.

Y vi.

Quedé estupefacto.

¡Los funerales de Onofre Borneo!

Pasaban otra vez más, otra vez. Y seguirían pasando y pasando siempre, siempre...

¿Por qué no puedes reposar en paz, Onofre Borneo?

Los funerales no se interrumpían. Pasaban y pasaban. Eran ya más de un millón de funerales los que pasaban y pasaban siempre.

—No quiero matar a nadie, a nadie. ¿Me habéis oído, mi gran amigo... No me atrevo a llamaros, señor... me habéis vos oído? ¡Decídmelo si me habéis oído! ¡Decídmelo, por amor de Dios...! Perdón, he nombrado a aquel que, por cierto, no es un ser supremo para vos. No, no quiero matar, no lo quiero.

Palemón guardaba el más absoluto silencio.

Tadeo cantaba.

De pronto Palemón habló:

—Un pedazo de la ciudad sin nombre es lo que véis allí. ¡Linda ciudad! Es mejor siempre mirar una ciudad que mirar los funerales de los que ya no están en ciudad alguna. ¿No es así, mi joven o anciano señor...? ¿Cómo os podría llamar?

—Llamadme por mi nombre: Onofre Borneo.

—A Onofre Borneo se le entierra allí. Pero no irá a la ciudad de las ciudades, a la ciudad sin nombre.

Y esos funerales se perdieron.

Quedamos solos frente a la ciudad sin nombre. Al pedazo de esa ciudad:

Una gran avenida diagonal. ¿Diagonal? Sí, diagonal porque ella estaba colocada diagonalmente respecto al resto. El resto que, a su vez, era diagonal respecto a la gran avenida.

Ésta llegaba, ésta abocaba... ¿Tiene boca las avenidas? No, no la tienen. Y sin boca no pueden llegar. Diré que la gran avenida terminaba en una plaza. Pero viniendo del otro lado, ella arrancaba de la plaza.

Aquí, en esta plaza, echamos pie a tierra. Y no había ni una gota de tierra, ni la más pequeña gota. Los habitantes de esta ciudad estaban tristes, llorosos al carecer de las gotas que siempre debe haber en una ciudad aunque no tenga nombre alguno, no tenga ni *asomos de nombre*.

Los habitantes no se movían. Tenían miedo, seguramente, de avanzar por aquellas calles sin tierra, sin polvo; calles de una limpieza que causaba pavor por ser tan limpia. De modo que todos ellos estaban allí frenados, maniatados. Y, como Tadeo Lagarto, cantaban.

Había una iglesia, una iglesia grande, enorme. Al centro se elevaba un monumento grande, enorme. Tras este monumento había, en las encrucijadas de las casas, otra iglesia pequeñita. Ambas se miraban sin ojos. Lo cual no me extrañó nada. Por que aquí se abocaba sin tener boca y se miraba sin tener ojos.

Silencio.

Silencio completo pues el canto de aquellos ciudadanos había cesado. Palemón me susurró:

—Avancemos. Es inútil esperar que el suelo se mueva y nos ayude en nuestros pasos. Así es que, avancemos.

Y avanzamos.

Avanzamos por la única calle que se alejaba. Era una calle más bien estrecha. Sin boca, desembocaba en otra plaza mayor que aquella que acabábamos de abandonar. A nuestra derecha se abría otra callejuela que torcía, se enderezaba y volvía dos veces a torcerse hasta dar con la parte posterior de la segunda iglesita, la pequeñita. No había más calles. Había, en cambio, un silencio sepulcral. Ni un solo habitante. Los edificios eran todos iguales sin que por eso recuerde yo cómo eran estos edificios. Mi atención fue, de inmediato, tomada por el monumento que se alzaba al centro de la plaza. Palemón exclamó mostrándolo:

—Mirad, anciano joven.

Y yo miré.

Representaba aquello un colosal megaterio. Un megaterio que, por lo menos, tendría unos treinta metros de altura. Lo pensé. Palemón me dijo:

—Cuarenta y siete metros hasta la cruz.

Pero la cruz estaba con pelos que se prolongaban hasta el nacimiento de la cola. Palemón me dijo:

—Ocho metros tiene cada pelo.

El megaterio lloraba a lágrima viva. De sus ojos destilaban estas lágrimas y rodaban por su trompa. Esta trompa se ensanchaba, de modo que, ya por el suelo, era grande, enorme, colosal. Era como sus patas y las patas eran como su cola. Seis bases en el suelo; seis bases que se enterraban en el suelo. Los grandes colmillos de este megaterio se inclinaban hacia tierra. Eran unos colmillos inútiles; eran armas que ya no servían. Porque ¿cómo podía mover la cabeza este animal colosal? No podía y ya nunca más lo podría.

Esta inmovilidad de sus defensas era la que aprovechaban esos hombres que lo atacaban. Eran diez hombres desnudos y bien, muy bien armados: flechas, hachas, lanzas. Atacaban. Herían a la pobre bestia. De cada herida chorreaba sangre. Y esta sangre, al caer, se perdía en el suelo después de haber caracoleado por el cuerpo fijo, inamovible de aquella noble bestia.

—Observad —murmuró Palemón.

—Es lo que hago: observo —respondí.

—Observad tras de vos, joven anciano —me agregó.

Di media vuelta y vi:

Pasaban los funerales de Onofre Borneo. ¡Qué tristeza! ¡Qué horrible desesperanza daban, al pasar, los funerales de Onofre Borneo!

La gente seguía a la carroza. La gente se lamentaba en alta voz. La gente deploraba el fin de Onofre Borneo. Yo también lo deploré. Y al compás de la carcajada de Palemón de Costamota, puse mi deploración como un ave que se cernía sobre aquellos tristísimos funerales.

Atravesaron la plaza. Penetraron por una puertecita minúscula. Tras ella se perdieron. Nos alejamos con lentitud.

En el umbral de una ventana dormitaba un gato amarillo. No nos miró. Siguió dormitando. Palemón me dijo:

—El gato es un animal nefasto. Hace su vida sin preocuparse de nada. Dice tener la vida en otros sitios. ¡No hay más sitios que estos en que impero yo!

Salimos de la plaza. Y, después de caminar un poco, llegamos a la primera plaza. Ahí estaban las dos iglesias, la grande y, al frente, la pequeña. La gran avenida arrancaba o llegaba en una diagonal a esta plaza. En uno de los umbrales de una de las tantas ventanas, dormitaba otro gato, un gato gris.

—Siempre hay un animal adverso —me susurró Palemón mientras me lo mostraba—. Continuemos nuestra marcha.

Y continuamos nuestra marcha. Pero fuimos detenidos:

Pasaban los funerales de Onofre Borneo. Pasaban. La gente, esa pobre gente se lamentaba desesperadamente. Penetraron a la iglesia pequeña. Nosotros seguimos nuestra marcha.

Así llegamos a la plaza del megaterio.

Pude, apenas, mirar esta obra maestra pues mi atención fue solicitada por los funerales de Onofre Borneo. Pasaron y entraron por la puerta diminuta.

Un gato blanco dormía en el umbral de una ventana. No se preocupó de nosotros. Vivía en otro mundo. Nosotros nos alejamos y, de este modo, llegamos a la primera plaza. Por ella pasaban los funerales de Onofre Borneo. Un gato negro soñaba sobre el umbral de una ventana.

—¡Prisal! ¡Prisal! —gritó Palemón de Costamota.

—¡Prisal! ¡Prisal! —contesté yo.

Y llegamos a la segunda plaza. Igual cosa. Vimos pasar los funerales de Onofre Borneo. Vimos un gato romano que dormitaba sobre el umbral de una ventana.

Y llegamos a la primera plaza. Igual cosa. Pasaron los funerales de Onofre Borneo. Un gato jaspeado dormitaba.

Y llegamos a la segunda plaza. Los funerales y un gato.

Y llegamos a la primera plaza. Los funerales y un gato.

Y llegamos a la segunda plaza. Los funerales y un gato.

Y llegamos a la primera plaza. Los funerales y un gato.

Y llegamos a la segunda plaza. Los funerales y un gato.

Y llegamos...

Palemón me interrogó:

—¿Vais siempre hacia la superficie de nuestro planeta?

Grité, vociferé lleno de una tremenda angustia:

—¡Sí, sí, sí! ¡Quiero ir a esa superficie! ¡A la superficie de los amigos y de los conocidos!

¡Quiero ir donde se discuta y pelee sobre las ideas que rebalsan por todos lados! ¡Pero ahora he perdido el camino! ¡Llevadme, os lo suplico, mi carísimo y noble Maestro!

¡Llevadme, llevadme!!!

Palemón respondió sintético:

—Bien. Os llevaré.

Y Palemón me llevó.

No reconocí ningún estrato ni cosa que se pareciera a algo parecido a estratos. Atravesamos y atravesamos. De pronto me preguntó:

—¿Habéis visto? Veo que no habéis visto. Entonces os daré una somera explicación. Oídmе: En mis dominios habéis estado separado en dos. Prueba de ello son los funerales. Os habéis sentido mal, muy mal. Prueba de ello es el ansia por llegar lo más pronto posible a la superficie. Aquí, en la superficie, os reintegraréis en una sola persona. ¡Una sola persona! Ella podrá hablar y discutir sobre todos los puntos que se ignoran.

Vimos, de pronto, la base de un cráter.

Nos introdujimos por él y llegamos a la cúspide de un volcán. Lo reconocí. Era el volcán aquel, el de la llamita que me había llevado a las profundidades del globo terráqueo.

Vi el Sol.

Vi el cielo azul.

¡Vi el mundo!

—¿Qué tal? —me interrogó Palemón.

—¡Magnífico! —contesté.

—Iremos de un vuelo a la plazoleta Fray Tomate —dijo él.

—¡Magnífico! —repetí.

Volamos ambos. El mundo se deslizaba bajo nosotros.

—Aquí os dejo —fueron sus palabras.

—¡Adiós! ¡Y gracias! —exclamé.

Palemón de Costamota desapareció. Yo estaba en la plaza del Monaguillo. Volví, pues, a caminar por mi ciudad tan querida.

Pensaba durante mi marcha:

—¡Claro está! Dejaré a Juan Emar con Colomba. ¡Yo soy aquel que soy! Yo soy lejos de Colomba, lejos, lejos...

5

¡Colomba!

Ya estoy nuevamente a tu lado. Ya estoy junto a ti. Ya he abandonado esa superficie con que soñaba. Ya le he recorrido de arriba a bajo. Ya he visto a los amigos. Ya he cambiado impresiones con éste y aquél... ¡Basta ya, Colomba!

Recluyámonos, Colomba.

No te muevas.

Silencio.

Quieta, Colomba, quieta.

En este movimiento loco del centro de la Tierra es donde únicamente se encuentra el verdadero reposo.

El reposo para meditar.

El reposo para fundirse en lo que no es ¡no es! Pues aquí empieza todo a ser.

¡No quiero más superficies! ¡Líbrame de ellas, mi Colomba!

Así, así. Sin moverte.

Silencio.

Quieta, Colomba, quieta.

Partí de tu lado eufórico. Escribí mi viaje, desde aquí a Fray Tomate. Escribí mis prácticas con Palemón de Costamota.

¿Las has visto?

¡Qué afán tengo yo de escribir!

Necesito estampar lo que veo, lo que pienso, lo que presiento, todo, todo. Es, tal vez, para zafarme de ello; para que ello me deje en plena libertad de actuar. Pero actuar..., ¿en qué, en qué puedo yo actuar?

Es, tal vez, para extraer de ello un alimento y, este buen alimento ya bien condimentado, poder vertirlo en mis escritos.

Total: zafarme, desprenderme de todo, todo y... quedar libre.

Libre, libre.

Colomba, ¿qué haría yo libre, libre?

Es claro, venir hacia tí, mi ángel quieto. Una vez a tu lado, mirarte y sentir que de tus ojos cae el universo sobre mí. Una vez que este universo ha caído, seguir y seguir, pues el universo no puede tener un fin tan próximo.

Se abrirá otro universo.

A él iremos, Colomba.

Tú marcharás adelante... Yo te seguiré y trataré de descubrir el significado de cada paso que das.

Así nos acercaremos al universo nuevo.

¡Quiero huir de este universo! ¡Quiero huir de aquel universo!

¡No quiero nada más con aquella superficie donde se habla y se discute! ¡Donde se vocifera!

Sí, se vocifera para llenar, con gritos destemplados, el vacío que se produce con tanto grito.

Porque así, mi Colomba, corría yo por aquellas calles.

Claro está, corría y corría... Con pasos lentos, sumamente lentos. Y contemplaba los edificios. Mucha gente me felicitaba al ver el interés que yo mostraba al ver tanto y tanto edificio nuevo.

Pero no hay que desvariar, Colomba.

Déjame hablarte seriamente.

San Agustín de Tango es una gran ciudad. La superficie puede estar orgullosa de tenerla en su superficie. Pues en ella, en esa gran ciudad, hay un sin número de gente de alto interés.

¡Cómo! ¿No lo crees tú?

Hay que creerlo. He visto allá a Florencio Naltagua y hemos charlado largo rato. He visto a Lorenzo Angol. He visto, y no te rías, por favor, he visto a Desiderio Longotoma. ¡Un gran tipo! ¿Baldomero Lonquimay? Da mucho color, da una nota en medio de ese cúmulo de gente. ¿Y Marul Carampangue? No me podrás negar lo tanto que vale Marul Carampangue. ¡Y Rubén de Loa! Un hombre que ya está a un paso de la iniciación. Voy a hablarte de él. ¿Te aburre, mi Colomba? Mejor será que te hable del doctor Hualañé. ¿Quieres?

Lo consulté. No, no creas que fue una visita de amigos. Llegué a su domicilio en calidad de paciente. Tú debes saber qué lindo es ese domicilio, el del doctor Gil Hualañé. Me senté en un amplio sillón y le lancé:

-Doctor, estoy con una terrible neurastenia.

No es raro estar neurasténico después de pasar tan largos días en una gran ciudad como San Agustín de Tango. Es lo que sucede en todas las grandes ciudades del mundo: Nueva York, París, Londres, Berlín, todas, todas.

Creo que empleé bien el vocablo: neurastenia. Sí, lo sé, lo sé; otros dicen: neurosis. Pero yo prefiero decir neurastenia. Y no discutamos, mi ángel, sobre estas palabras. Si quieres podemos consultar el diccionario. ¿Te parece bien?

Aquí no hay diccionarios.

Aquí me falta mi departamento de Fray Tomate. Allí tengo yo, para mi uso personal, un espléndido diccionario de la Lengua Española, publicado bajo la dirección de D. José Alemany. ¿Te das cuenta, mi Colomba, mi mujer única en este mundo?

Aquí no hay diccionarios de la Lengua Española...

¡Qué! ¿Qué es eso, Colomba? ¡Dime, dime qué es!

Lo tomo y veo:

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Más abajo decía:

Publicado bajo la dirección de D. JOSÉ ALEMANY

¿Por qué está aquí este libro, Colomba?

No tuve respuesta de ella. Lo abrí, entonces, y busqué la palabra: Neurastenia. La encontré y leí en alta voz, en muy, muy alta voz, en voz capaz de desafiar el vasto silencio que nos rodeaba por todos los lados concebibles y por miles de otros lados más que se perdían en la nada.

La nada, la nada...

¿Qué podrá ser "la nada"?

No, no desvarío más, mi Colomba. Leamos para informarnos sobre este mal que ahora, dicen, repiten... en la superficie no se decía otra cosa... que ahora está tan en voga:

NEURASTENIA - Enfermedad producida por debilidad del sistema nervioso, y que se manifiesta por muy diversos síntomas.

El silencio que nos rodeaba no oyó el desafío que yo le había lanzado. Así es que todo calló. Me incliné ante Colomba. Murmuré:

"¿Para qué, mujer mía, te he leído ese artículo sobre el mal que ahora está tan en voga?

¿Para qué? Pero, puedo asegurarte, que yo no he venido con aquel libro bajo mi brazo.

¿Maletas...? No, tengo maletas.

¡Ah, sí! ¡Comprendo!

Ese libro se ha pegado a mí como se pega una hilacha.

Colomba, debo estar lleno de hilachas. ¡Y no quiero, no, no lo quiero! ¡Sálvame, sálvame, Colomba!

Es verdad; debería hablarte del doctor Gil Hualañé.

El enorme sabio que es el doctor Hualañé. El hombre que lleva tras de sí, galopando como un corcel, un arpón, un arpón largo desde el día de su nacimiento hasta nuestros días...

Me confundo.

El doctor Hualañé tiene ya más, mucho más de cien años. Es decir, el arpón avanza con él. Es decir...

Bien callaré.

El doctor Hualañé me habló de la neurastenia. Me dijo:

—Amigo, debe usted comprender lo que es ese mal que lo atormenta tanto. Si es que ese mal es una neurastenia. Si lo es, ha de saber usted que ésta es una condición *sine qua non*:

“Un dolor SIN causa alguna.

¿Te has dado cuenta, mujer mía? ¿Un dolor SIN causa alguna?

Yo había estado en ejetreos y más ejetreos en aquella ciudad, aquella ciudad que ya se avecina a Nueva York, a Londres...

Bien, callaré.

Dejemos las grandes ciudades que se hundan en sí mismas con los millones de seres que pululan en ellas. Dejémoslas a todas, a todas ellas; dejemos a Berlín y a Moscú y a Peiping y a...

Sí, he de callar.

Te hablaré mejor de un caso que él, el propio doctor Hualañé, me citó para que yo lo tuviera siempre presente, para que no lo olvidara jamás y, a cada momento, lo recordara, pues parece que es un caso sumamente edificante pues...

Bien, he de callar.

El caso es de un joven... ¿Joven? Bueno, a mi edad... Sí, tú lo has comprendido, Colomba.

Este joven quería vivir. Sí, quería vivir y vivir. Este joven amaba la vida con frenesí. Sí, lo quería pero... aquí está la cosa, mi mujer tan amada. Óyeme:

Quería vivir... CONSCIENTEMENTE.

¿Me has oído, Colomba? Quería vivir... CONSCIENTEMENTE.

Pero su subconsciencia...

Tú tienes que saber muy bien la diferencia que hoy se hace entre la consciencia y la subconsciencia. No se habla de otra cosa, mi Colomba. Si vieras tú, allá, en San Agustín de Tango...

Bien, guardemos silencio.

La subconsciencia de este joven... QUERÍA MORIR.

Este joven murió.

¿De qué falleció este tan noble joven? ¿La edad, dices tú? ¡No, mi Colomba, no! Este joven era un joven y era ardoroso y pleno de vida. Pero su subconsciencia trabajaba y trabajaba, día y noche. Y su subconsciencia se levantaba y salía a recorrer las farmacias y a comprar los medicamentos más absurdos que es dado imaginarse.

Y este joven ardoroso, ya en su casa, se los tomaba, todos, todos, sin excepción alguna. Y salía nuevamente a las farmacias a comprar nuevos medicamentos.

Había leído en un diario el aviso de ese nuevo medicamento. Entonces... lo anotaba y salía, salía, a las farmacias, mi linda mujer tan adorada, lo compraba y luego, al llegar a su casa, lo ingería y volvía a ingerirlo mezclado con otros...

Sí, callaré. Ese joven falleció.

Sí, Colomba, hay una lucha entre la conciencia y la subconsciencia, una lucha que muchas veces lleva a la muerte. Por eso pensé: ¿Querré morir yo?

¡No, Colomba, quiero vivir y vivir a tu lado! Colomba, así quiero escuchar el movimiento de las cosas inmóviles. Pero yo te hablaba de mi neurastenia y de mi visita al consultorio del gran doctor Gil Hualañé. Este gran doctor me aseguró:

—La neurastenia es un dolor sin causa alguna.

Es verdad.

El doctor me hizo ver que yo debería ser un hombre feliz, que debería irradiar la felicidad junto a mí. Sin embargo, caía, caía y me hundía en una desesperanza sin límites. Y para esta tan terrible desesperanza no había causa ninguna, ¿me entiendes, mi Colomba?, porque nada había cambiado alrededor mío; todo seguía su curso normal y lo seguía en mejores condiciones que antes.

Veamos tal como me hizo ver el doctor:

Estás tú, Colomba, tú has aparecido en mi vida. ¡Tú, el sueño de mi vida entera! Me lo había dicho tantas veces:

"Quiero una mujer que no hable, que sea silenciosa como eres tú, quiero una mujer que, con su mirada, diga todo lo que ha de decir. Y que esté siempre ahí, ahí. De modo que yo no tenga más que hacer un pequeño movimiento... ¡y estaremos juntos, Colomba!

Yo he ido a la ciudad y me he movido cuanto un hombre puede moverse. Tú no te has movido de aquí. Tú debes haber mirado esos movimientos míos como los desvaríos hechos marcha y charlas de una mente que delira.

Creo que sonreí cuando el doctor te nombró. Pero él ya hablaba de otra cosa. ¿De qué hablaba? Colomba, ¡hablaba de Palemón de Costamota! Hablaba de mi larga charla con él en esos estratos o lo que sea que hay bajo la superficie. Hablaba de los malabarismos que, a su lado, hacía Tadeo Lagarto. Y me citaba todos los demás personajes que me rodeaban, esos personajes que giran alrededor mío como giran estos mundos en que tú vives, mi Colomba. Sí, me hablaba de todo un mundo, de un inmenso mundo que bulle junto a mí. Nada más que con mirarlo y saborearlo en el silencio, yo debería colmarme de dicha... ¿No lo crees tú, mujer mía?

¡La dicha, la dicha!

¡Yo debería ser un hombre feliz!

Y no lo era. Porque estaba la neurastenia junto a mí. Esa neurastenia que ponía un colorido sin color, un colorido opaco a cuanto sucedía junto a mí.

—Sí, mi amigo —gritaba el doctor Hualañé—, sí, mil veces sí: la neurastenia es un dolor sin causa alguna.

Esta frase, ésta de la carencia de causa en la neurastenia, me quedó sonando, como suena un tic tac majadero de un reloj que jamás se ha de interrumpir. Un reloj invisible que aumenta su tic tac. Un tic tac que se aumenta a sí mismo. Al fin se convierte en la obsesión, en la terrible obsesión. Ya no oyes nada más, nada de nada. Te tomas la cabeza y te sumerges en la nada.

Sin causa...

¿Será, en mi caso, sin causa?

La causa está escondida, está replegada no sé en qué lejanos substratos como esos de que hablaba aquel libro al referirse al fondo de la Tierra.

Luego me dijo:

—Ha hecho usted muy bien en venir a consultarme. Veo con toda claridad lo que le ocurre: es esa lucha entre los dos “yo” la que a usted ha atacado. Sopórtela, amigo. Yo considero a aquellos que no poseen más que un “yo” y que con él se hallan plenamente satisfechos, como unos perfectos infelices. Veo usted qué satisfacción hay en ellos, qué plenitud vacía. Las luchas han desaparecido de sus posibles actividades. Lo felicito, amigo. No culpe tanto a esta ciudad. Podría usted estar en cualquier parte y sería lo mismo, lo mismo. Entonces conversemos como si tal cosa, como si nada de nada le sucediera a usted.

Colomba, voy a copiarle, según las notas que hice después de nuestra conversación, lo que el doctor Hualañé me expresó:

—Yo quiero consultarlo a usted, amigo Borneo, y no quiero que usted llegue hasta mí en calidad de cliente. Ya le he dicho que yo admiro a aquellos que tienen una lucha entre sus “yo” y no se contentan con la presencia de uno de ellos como todo sustento de sus vidas.

Ahora quiero irme, amigo Borneo, quiero seguir mi viaje. Pues ya me estoy aburriendo con este “arpón” que me ha de seguir por todas partes adonde yo vaya. ¡Ya basta de él! Tengo ganas de ir, acaso no muy lejos de donde usted conversa con esa dama que llama Colomba, ir allí y, de un golpe, cortarlo. Entonces podré continuar mi viaje a otras partes. Es, créame usted, algo fatigoso, muy fatigoso tener y tener siempre cien años. Pasarán las décadas y pasarán los siglos... Yo, siempre, con cien años de vida y con los 75 de práctica médica que ya he cumplido y que seguiré cumpliendo eternamente.

Al principio creí que iba a ser algo magnífico, algo para no aburrirse jamás, la posesión de este arpón como un buen compañero de mi vida. Pero me cansé de verificar las juguetas — ¿cómo llamarlas si no las llamo “jugarretas”? — que a cada paso me hacía la existencia de este arpón.

Por ejemplo: Varias veces me parecía haber leído en un libro cualquiera algo que, de pronto, se me presentaba en la mente. Iba a mi biblioteca y buscaba el libro en cuestión. No aparecía este libro en ninguna parte. Sólo después venía a ver que ello no lo había leído sino que era un recuerdo de algo vivido por mí mucho tiempo atrás, muchísimo tiempo. ¿Cuánto tiempo? Tal vez haría no menos de unos trescientos o cuatrocientos años...

Esto ha venido en aumento en mi vida. Ya ni sé qué es lo que he vivido y qué es lo que he leído u oído por ahí en las largas conversaciones que sostengo con la gente. Tengo una verdadera confusión de hechos vividos con hechos aprendidos de oídas.

Además me pregunto, mi querido amigo Borneo:

¿Qué amor desenfrenado tenemos por permanecer el mayor tiempo posible aquí en la Tierra? Créame usted que no lo comprendo. En vano cavilo y cavilo y no llego a conclusión alguna.

Las cosas se repiten y se repiten. Es muy justo decir que se ha venido hasta acá para cumplir una misión cognoscitiva y para nada más. Creo haber cumplido mi misión.

¡Sigamos! ¡Sigamos!

Además me aburre soberanamente el tener que tratar con esos mis colegas. El otro día, sin ir más lejos, tuve la ocasión de presenciar una larga discusión entre los doctores Evaristo Gultro y Amancio Cunco. El primero alegaba sobre las bondades de un nuevo medicamento, la estrepticolimicina. Pero el segundo lo refutaba y recomendaba, en cambio, la estreptifelomicina...

Discutían encerrados en sus propias mentes. De allí no había fuerza posible que los hiciera salir.

Naturalmente tuve que dar mi opinión. Lo contrario habría sido una falta de cortesía

inaudita. La di, pues, y recomendé sin mostrar la menor duda posible, la etilbutilbarbiturato de dimetilpirazolona. La defendía a brazo partido. Más aún: la recomendé como muy superior y de efecto instantáneo, francamente superior a la dimetilaminofenildimetilpirazolona.

Ambos facultativos tomaron nota de ellas y prometieron ir a estudiarlas en el laboratorio mismo.

¡Pobres pacientes con semejantes medicamentos! El paciente aquí en cuestión tomó estas pociones o píldoras y, por cierto, falleció. Yo vi, amigo Borneo, yo vi cómo se había defendido al tomar aquellas drogas. Fue algo inútil. Ya se lo digo a usted: falleció.

Después de esto, mi resolución de ir a cortar este arpón, se acentuó más en esta cabeza.

¡Quedaré libre, libre, amigo Borneo! ¡Qué felicidad será ésta!

Porque ya estoy harto, harto, de formar parte de esta mafia negra que aquí, en esta Tierra, forman los médicos y farmacéuticos. Ahora ya tengo la conciencia de haber cumplido con lo que tenía que cumplir así es que ahora... ¡la libertad!

¿Qué haré con esta libertad?

Creo que voy a hacer lo siguiente: Ir a viajar un poquitín, un poquitín y nada más. Entiendo, por cierto, viajar en esta Tierra y con este cuerpo que ahora usted ve frente a usted, mi buen señor. Iré, contrariamente a lo que usted haría, iré a esa gran ciudad que se llama París y, en ella, al cruzar las calles, haré lo que hacía un paciente mío: evitar el ser atropellado por las micros y los autobuses, esquivarlos saltando y retrocediendo. ¿Para qué tan extraño deseo? Se lo diré, amigo mío:

Para ver cómo pensaba ese paciente mío, cómo se movía su... digamos, cerebro. Porque siempre me ha interesado enormemente el cerebro de este hombre. Usted me preguntará quién era él. Se lo diré porque, en realidad, no era un paciente; era, más bien, un conocido mío y a quien estimo grandemente. Él era Desiderio Longotoma.

Me decía frotando sus manitos y con una alegría sin límites:

-Doctor, doctor, allá en París, al evitar los autobuses y los taxis y coches que se me venían encima, saltaba yo de tal manera que, sin querer, caía en Notre Dame o caía en el Museo del Louvre o caía a la tranquilidad de la Place des Vosges o caía frente a la imponente cúpula del Hotel des Invalides.

Me aseguraba, Longotoma, que era un verdadero placer quitar el cuerpo a los vehículos allá. Como cierta vez que se los quitó en Madrid y, retrocediendo, cayó en la puerta del Museo del Prado.

En cambio me aseguraba que aquí en San Agustín de Tango, como en Santiago y demás, la cosa era muy diferente. Aquí evita usted una micro y cae en un ascensor que lo eleva. Logra usted zafarse de este ascensor y cae en otro; y de éste, en otro; y de éste, en otro y otro más. ¡Elevarse y descender!

Sí, amigo Borneo, esta es la cosa. Entre esos miles de seres que, a diario, se elevan y descienden, créame usted que no hay ni uno solo que tenga que luchar por su doble o por su triple personalidad. Los ascensores van demasiado de prisa para dejarle a uno tiempo de entregarse a semejantes cavilaciones... Y piense usted que entre dos vertiginosas ascensiones hay que ir a almorzar, sí, amigo, a almorzar con rapidez. Y después hay que ver a éste o a aquél y correr nuevamente y nuevamente elevarse para que a uno lo dejen caer en una acera de una calle. ¿Ha visto usted cosa semejante? ¿Ha visto?

Allá, allá tan lejos duermen en paz aquellos monumentos del silencio y de la paz. Amigo mío, duermen despiertos contemplando el pasar de los años y de los siglos con la

serenidad que usted encuentra en la sonrisa invisible de esa mujer ante la cual cae en éxtasis. Sí, amigo mío, me refiero a Colomba, a Colomba...

¿Y está usted neurótico? ¿Es posible?

Amigo, debe usted acostumbrarse a este otro ritmo de vida que le proporciona Colomba allá en el Centro de la Tierra. Créamelo usted que es un ritmo de una velocidad inaudita. Al lado de esta velocidad, los ascensores parecen apenas unas enormes tortugas que se mueven con suma dificultad.

Y tenga usted cuidado, amigo Borneo, con las interpretaciones que van a darle los otros facultativos, esos facultativos que a mí me han forzado a tomar esa resolución de cortar mi arpón. El otro día, a raíz de la discusión que tenía con su colega, me dijo el doctor Amancio Cunco:

—La esquizofrenia ha aumentado enormemente en este último tiempo. A cada rato encuentra usted un hombre que ve lo raro en todas partes, que llega a ver lo sobrenatural; un hombre que se queda atónito ante un árbol cualquiera y que se pregunta qué es lo que lo hace crecer; otro hombre que no vuelve en sí al ver el movimiento del mar; otro, que se extraña al ver los nubarrones que empiezan a cubrir el cielo; otro, que quiere estudiar las actitudes rarísimas de los hombres pues no se halla satisfecho con ellas; otro, por fin, que no atina a saber qué es lo que hace volar a las aves y a los insectos...

Yo tuve que decirle:

—Colega Cunco, esa extrañeza ante los movimientos de que está llena la naturaleza, esa extrañeza ¡es el comienzo del genio!

—¿Está usted loco, colega? —me interrogó alarmado.

Le respondí tan sólo:

—Si nadie quedara de pronto estupefacto ante una ramita de un árbol o ante una pequeña ola del mar o ante una nube que se avanza suavemente por el cielo o ante las diferentes actitudes que tienen los hombres o ante el vuelo de un ave o de un insecto, créame usted que nosotros los humanos andaríamos aún en cuatro patas...

¡Sí, mi amigo Borneo! Su neurastenia la veo como el estado absolutamente natural que usted merece. Y al decirle "merece", créame que le hago una atención, muy justa, por lo demás.

Repótese, amigo, y aprenda a sonreír de sus propios males. Piense que estos males son la característica de todo ser superior. Y sonría. Déjelos que ellos hagan su curso y verá usted cómo se van y se van. Un día amanecerá usted pleno de energías. Mientras tanto, vaya a ver a sus amigos, vaya a charlar con éste o con aquél. Y pásese por las calles a grandes pasos, ¡eso es!, a grandes pasos que pasean una sonrisa en sus labios.

¿Me ha entendido usted, amigo Borneo? ¡Sí, sí! Me ha entendido usted a las mil maravillas. Y voy a dar a usted un último, un postrer consejo antes de perderme bajo tierra a cortar este hilo que me ata al arpón que me sigue.

Nada, nada de antibióticos ni de vitaminas ni esos miles de remedios con que querrán atosigarlo a usted. ¡Nada de ello! En cambio: calma, calma y deje que su neurastenia haga su cometido y que se vaya luego lejos, muy lejos.

Así me habló el doctor Gil Hualañé. Me sentía mejor después de haber oído su voz optimista. Sí, seguiría sus consejos e iría a visitar a un amigo cualquiera. ¿A qué amigo? No me cupo la menor duda: a Desiderio Longotoma. Evitaría los coches del tránsito al ir a visitarlo. ¡Y charlaríamos luego muy bien mientras él movería sus pies y frotaría sus manos!

Vamos, vamos a ver a Desiderio Longotoma. Oyendo sus palabras olvidaré los restos de esa neurastenia que me había tomado.

Marchemos a grandes pasos. Estoy ahora en esta bella calle del Escapulario. ¡Grandes pasos! Y vamos a la no menos bella y alegre calle de la Excomuni3n. Ahí encontraré a Longotoma y, luego de haberlo encontrado, que venga lo que haya de venir y así sigamos, sigamos libre, por fin, de aquella maldita y terrible neurosis. Hoy puedo llamarla neurosis y no llamarla con el nombre de neurastenia porque hoy ya no la tengo ni me aflige.

Colomba, así pensaba yo al abandonar el consultorio del doctor Hualañé. Todo me sonreía.

De pronto me detuve, mi Colomba. No sé por qué pero me detuve. Estaba en la esquina de las calles del Escapulario y del Sumo Pontífice. Allí quedé un buen rato. No sé cuánto rato pues el tiempo empezó a girar por su propia cuenta mientras yo me agarraba de las paredes de una casa.

San Agustín de Tango, su presencia ahí a mi lado, me fastidió. Me fastidió como me habría fastidiado cualquier otra ciudad del mundo, fuera ella una enorme, como Londres; fuera ella una pequeñita, como Temuco.

Me irrité ante el largo de las calles. ¿Para qué hacer calles tan demasiado largas? Vi que me era totalmente indiferente que las calles fueran largas o cortas. No me interesaba la configuraci3n de la ciudad. Aquella irritaci3n estaba fuera de mí y yo tenía que soportarla.

Pensé en tí, mi Colomba; creo que te llamé. Luego vi que no era eso tampoco lo que yo necesitaba. Aunque, te lo prometo mi Colomba, ahora como en aquel entonces, mientras me tenía asido a los muros de esa casa, daría sin vacilar mi vida antes de perderte a tí.

Pero yo maldecía y maldecía. La gente pasaba a mi lado y nadie se fijaba en mí. Yo odiaba a esa gente, con un odio indomable.

Nada habría hecho en contra de esa gente. Pues no era a ella a quien odiaba. Había un hálito de maledicencia que me envolvía. La gente que odiaba me era indiferente. Hasta llegué a querer a toda esa gente. Sí, la quería.

Me desprendí del muro de esa casa y avancé unos cuantos pasos.

Sonreí, ignoro por qué causa. De pronto amé San Agustín de Tango. Y este amor se bifurcó, se trifurcó, se multifurcó e inundó a todas las ciudades del mundo, grandes o pequeñas, se llamasen o Londres o Temuco. Y mi amor fue más allá de las ciudades. Mi amor llegó a los campos, a todos los campos, estuviesen ellos en plena cordillera o en llanuras o en pampas inmensas. Mi amor llegó al mar y se confundió con él. Mi amor penetró hasta el fondo de la Tierra.

Ahí te hablé.

Apenas llegue a tu lado te diré lo que en mi mente se dijo en aquel momento. Fue algo instantáneo. Yo, por cierto, voy a tardar en decírtelo todo. Pero, ¡no importa! Tus ojos me van a comprender de inmediato. Sólo quiero anticiparte esto, mi tan amada mujer mía:

EN OTRA PARTE TIENE QUE PRODUCIRSE UN RITMO DE ETERNIDAD.

¡Sí, Colomba, sí!

Ese ritmo se había producido sin saber yo qué era él ni por qué venía hasta mí. Trataba de dilucidarlo pero veía la inutilidad de un esfuerzo en este sentido. Entonces continué

mi marcha con buen paso y contento por ir a ver al gran amigo que es ese gran Desiderio Longotoma.

No habría avanzado más que un par de cuadras cuando una voz me llamó:

—¡Hola, Onofre!

—¡Hola! —respondí y estreché la mano de Eusebio Palena. Me detuvo y me preguntó:

—¿Quieres que te lea mi última Zambafusa? Es la N^o 9 y es ¡en versos! Óyela, te lo pido.

Y sin más, Eusebio sacó un papel, que luego me obsequió, y me leyó lo que voy a copiarte aquí, Colomba:

Zambafusa N^o 9

Escribo tras de la claridad cristalina

De allí que me fui con corazón más largo,

¡Oh monte, o fuente, oh río,

Oh secreto seguro y deleitoso!

¡Urbión sobre pinares!

¡Céfiro blando!

Porque la noche está estrellada

Y tiritan, azules, los astros a lo lejos.

Es tan corto el amor y es tan largo el olvido...

¡Mi piel, en invierno, qué abrigo nos da!

¡Céfiro duro!

Urbión ya no está.

Es de antiguo marfil tu docta lira

Que tu corazón inflama

Porque el árbol ahonda en tierra dura

Como ahonda el céfiro en tu blancura.

¡Muerte! —clama Urbión.

¡Vida! —clama Lisón.

Y el céfiro callando calló para callarse...

—¡Magnífico! —exclamé—. Eres tan gran poeta como gran prosista. Te felicito.

—Gracias —me respondió—. Guarda esa copia de esta mi Zambafusa. Y que ella te acompañe con la vida que clamó Lisón; jamás que se acerque a ti la muerte pregonada por Urbión.

Y nos despedimos.

Seguí mi marcha a casa de Longotoma. Todo seguía sonriéndome. No habría avanzado más de unos cien pasos cuando me encontré con Florencio Naltagua. Le expliqué el objeto de mi visita y le agregué que ardía en ganas por estrecharle la mano. Se lo agregué como disculpándome de estos que se me antojaron ser unos simples caprichos míos que no obedecían a realidad alguna. No obstante... Detuve a Florencio y le pregunté:

—Dime, amigo, ¿crees tú que Desiderio tenga un valor real? O es un buen saltimbanqui que nos contagia con sus chistes. Yo no lo sé y me gustaría tener tu opinión sobre el particular. ¿Qué es Longotoma en realidad?

Florencio, sin vacilar, me respondió:

—Desiderio Longotoma vale una enfermedad. Ni la menor, ni la más leve duda cabe en mí sobre esto que te afirmo.

—Sí, tal vez... Es un gran tipo. Pero, pero yo no sabría colocar su valor nítidamente, aislándolo del valor de los demás como algo especial, como algo que nos sumerja en hondas meditaciones y ahí nos deje sumergidos...

—¡Calla, Onofre! —me interrumpió—. Tenemos la costumbre, la nefasta costumbre de estandarizar cuanto vemos. Y lo que es peor, la costumbre de catalogar lo que hemos visto. Mientras no lo hayamos hecho, quedamos intranquilos y la duda se cierne sobre nosotros.

—Dime entonces, Florencio, qué es lo que vale en él.

Me miró unos instantes y por fin me dijo:

—Desiderio Longotoma vale verdaderamente lo que tú coges de él. Es todo.

—¡Pero Florencio! ¡Fíjate en lo que acabas de decirme! Pues me pregunto de inmediato: ¿Y si otro coge en él una cosa diferente? ¿A cuál darías tú razón?

—Daría razón —fue su respuesta— a esa duda que ha habido entre aquél y tú. Eso es lo que vale Longotoma. Y créeme que él mientras tanto reiría y reiría al verlos en la duda. Se restregaría sus manitos, patelearía rápidamente y... y... ¡jamaría la vida sin que ni una nube enturbara su visión!

—Tienes razón —exclamé convencido—. Es claro, hay una gran filosofía en él.

—Y lo principal en esta filosofía —me aseguró Florencio— es que Desiderio es el primero en reírse de ella. No busques, no, a los hombres por sus contornos nítidos. Déjalos que vivan y que rían. Porque tú ríes poco, mi buen Onofre; ¿no es verdad?

Le respondí:

—No, Florencio; yo río mucho, mucho, pero ni un gesto, ni uno solo aflora en mis labios. Porque mi risa no es estable. Ella viene y se va. Hoy, al encontrarme contigo, tenía yo una enorme risa que me circundaba como una aureola. ¡Sí, Florencio, porque lejos estaba ella!

Estabas tú, mi Colomba. Mi cuerpo caminaba por las calles de San Agustín de Tango; pero el alma mía se confundía con tu sereno silencio allá en el fondo de esta Tierra.

Sobre esta aureola de felicidad algo rondaba; algo me amenazaba buscando un intersticio donde colarse y caerme encima.

Algo..., algo... ¿Qué era?

Colomba, empiezas a faltarme. Necesito tu ayuda. Todo lo que me ha dicho el doctor Hualañé es una verdad. Por esta verdad me digo y me repito:

“¡Cuán difícil es encaminarse hacia nuestra felicidad!

Porque nos acostumbremos con nuestras miserias y luego nos cuesta abandonarlas...

Esto se lo comuniqué a Florencio. Le comuniqué cuando acababa de haber estado asido a los muros de una casa sin ver ni una luz cerca de mí. Luego, sin saber por qué, vino la alegría completa. Por aquellos intersticios que trataban de ser pasados por los males que me rodeaban, se habían filtrado las buenas cosas que nos rodean. Y por eso caminé altivo, sonriendo sin que nada se notara en mi rostro.

Me felicitaba de haber ido a consultar al doctor Hualañé; él me había dado espléndidos consejos al no darme, en suma, ninguno. Había hablado y nada más. ¡Un gran médico! La reacción en mí había tardado pero había venido. Al fin y al cabo no es cosa para hundirse el hecho de haber tenido que permanecer unos cuantos minutos afirmado al muro de una casa cualquiera.

Había seguido mi marcha. Esta neurastenia había sido fulminante. Me había agarrado con sólo respirar el aire de San Agustín de Tango... si es que era el aire de esta ciudad el causante de mi neurastenia súbita. Dos palabras con el doctor Hualañé habían bastado para arrojarla lejos... si es que eran las palabras del doctor las que habían bastado. Había seguido mi marcha y había aparecido Eusebio Palena con su maravillosa Zambafusa Nº 9, en versos. Y ahora, ¡Florencio Naltagua! ¿Qué más pedir, mi linda Colomba?

Porque tú estabas allá en el fondo, en el centro de la Tierra. De ahí no te moverías. Ahí me aguardarías. Te lo pedí, Colomba, y creo haber escuchado tu respuesta afirmativa: sí, sí, tú me aguardarías siempre, siempre... Siempre que yo me dé prisa por ir a encontrarte, ir a reclinarme a tu lado y, de tu lado, no moverme más, nunca más... Hasta morir. Y entonces seguir nuestro camino juntos. Seguiríamos las huellas del doctor Hualañé que ya se alejaría sin arpón ninguno, se alejaría hacia la plenitud.

Todo esto lo pensaba y lo hablaba con Florencio. Era un verdadero torbellino de ideas que me venían. Naltagua reía al ver mi euforia y me ayudaba a no ponerle fin. Hasta que me dijo:

—Te dejo, Onofre. Voy a entrar unos momentos a la Biblioteca. Por lo demás, quedarás en buena compañía. Mira quién viene ahí.

Silvestre Tongoy se acercaba, el musicólogo entre todos los musicólogos. Venía con una partitura bajo el brazo, la última obra del gran músico que es Stramuros. Me acompañó hasta cerca de la calle de los Obispos y, naturalmente, nuestro tema de conversación fue sobre la música.

Me dijo una serie de cosas relacionadas con esta partitura que ahora empezaba a estudiar. ¡Qué entusiasmo mostraba Tongoy con ella! Me sentía yo en terreno completamente ajeno a mis actividades. Al fin tuve que decirle:

—Me habla usted, Silvestre, de una región de la cual nada entiendo. Es una región que aún no he logrado separar de mí mismo, así es que no puedo contemplarla como algo aparte, como que vive su propia vida. En la música no veo yo una *entidad* fuera de mí. Al no verla, ella forma parte de mí mismo.

Él me contestó:

—¿Querría usted oír algunos trozos de lo que llevo aquí? Muy bien podríamos llegar a casa y ahí, en el piano, le haría ver por qué grandes caminos ha penetrado Stramuros.

—Perdería usted su tiempo, amigo Tongoy —le respondí—. A mí sólo me gusta la música que ya llevo dentro de mí, que llevo desde hace ya mucho tiempo, digamos, desde mi infancia. Fue la música que penetró en mí sin darme yo claramente cuenta de ello, la que se oía un poco en todas partes en aquellos momentos, la que entonaban todos, la que mi padre hacía tocar a las visitas que frecuentaban nuestra casa, esa música que planeaba por todas partes y que todos amábamos para luego pensar en otra cosa. No creo que con tales conocimientos musicales pueda yo ser juicio alguno sobre algo nuevo que ahora escuché por primera vez.

Me detuvo unos instantes para cerciorarse de lo que yo le avanzaba:

—¿Qué era eso que se cernía sobre ustedes en aquellos buenos tiempos, mi querido Onofre?

Hice memoria y le expliqué:

—Las viejas operetas, como *La Viuda Alegre*, como *El Conde de Luxemburgo*, *Casta Susana* y demás. Luego tiene usted la ópera italiana. Cuando era yo un niño, mis padres me llevaban siempre al teatro y ahí me deleitaba con las obras de Verdi, de Puccini, de Boito,

de Gounod, de Rossini, de Leoncavallo, de Massenet, de Donizetti, de Mascagni y ¡qué sé yo cuántos más! Luego en casa esas visitas de que acabo de hablarle, para complacer a mis padres, se sentaban al piano y tocaban a Chopin, tocaban esos tan hermosos *Nocturnos*; luego tocaban a Beethoven, sus *Sonatas*; no todas por cierto; las que tocaban esas visitas y que nosotros escuchábamos en silencio absoluto para después asegurar nuestro entusiasmo con algunos: "Magnífico, soberbio"; y, mi querido amigo, ¡los tangos! Esto debe ser una influencia de mi amigo Lorenzo Angol que siempre los ama con delirio. Yo, también, los amo y, esos tangos, remueven algo muy mío, tal vez un momento en que los aprendí a bailar, tal vez. Pero, como usted ve, mi buen Silvestre, la música no ha logrado desprenderse de mí mismo. Me oigo yo mismo con ella. Ella se pega en mí y algo remueve en mi interior. ¿Qué remueve? No lo sé ni trato de saberlo.

Silvestre Tongoy manifestó, entonces, con muchísima parsimonia y casi hablándose a sí mismo:

—Comprendo perfectamente lo que a usted le ocurre con este arte de la música. Sería inútil que yo tratara de llevarlo hacia otras regiones de él, pues, para bien entender un arte, es necesario ante todo que él se desprenda de nosotros. Entonces podremos contemplarlo como otra vida, ¿me entiende usted?, como otra vida que se desarrolla cercana a la nuestra. Nuestra personalidad no está tocada. Ella está pura con todo su juicio crítico en absoluta serenidad. Entonces, se ve. Vemos entera la vida de otro ser, del ser que compuso. Como usted ha de ver, no lo dudo, la vida de los otros seres al contemplar un cuadro o una vieja catedral. ¿No es así, mi querido amigo?

Respondí de inmediato:

—¡Sí, así es! La pintura, la escultura, la arquitectura, todas las artes gráficas nada tienen que ver con mi propia personalidad. Ellas están ahí y yo, entonces, me asomo para mirarlas. Y veo otras vidas que pasan frente a mí, que pasan fuera del tiempo. Mucho me ha servido para ello mi amistad con el pintor Rubén de Loa y con el ya fenecido de Anacleto Ibacache. Vitelio Doñihue también me ha servido mucho. Como me ha servido Cirilo Collico cuando ha dejado de lado sus actividades detectivescas y se dedica al arte de pintar. Los considero a todos ellos como mis mayores amigos pues sé que juntos hemos visto lo que no nos es dado ver en esta vida de vano ajeteo que hacemos.

Ya estábamos frente a la casa de Desiderio Longotoma.

—Vengo a ver a este amigo —le dije.

—Salúdelo de mi parte —me respondió—. Y antes de que nos separemos, déjeme decirle algo para que usted vea que, en cualquier arte, la cosa es la misma: En el arte no hay creadores, en el sentido vulgar que a esta palabra se le da; hay tan sólo atisbadores de una región que está más allá de nosotros y de la cual a veces tenemos chispas de visión.

—Por eso —dije— en el arte no hay tiempo. Lo que se hizo hace ya miles de años, podría hacerse mañana.

—¡Exacto! —esclamó—. Me voy a casa a ver qué es lo que ese gran Stramuros ha visto de aquellas regiones y que yo no he visto aún.

Y subí al departamento de Desiderio Longotoma.

En medio de la escalera me detuve un momento. Mis labios necesitaban decir algo, clamar por algo. Clamaron:

—¡Colomba!

Luego vi que yo mismo me decía, me apremiaba diciéndome:

—No, no, no caigas; no dejes que esa euforia se vaya de ti. ¡Retenla! ¡Que ella te acompañe!

Pero ella, esta euforia, se iba. La distancia que me separaba de la puerta de mi amigo Longotoma me pareció inmensa, desmesurada. Mover mi mano hasta el timbre se me figuró un esfuerzo de titanes. ¿Cómo, cómo iba yo a presentarme en tal estado donde el viejo y siempre alegre amigo? ¿Y tus palabras, mi caro doctor Hualañé? ¿Y estas buenas charlas que acababa de tener con los amigos? Estaba ahí Eusebio Palena, estaba Florencio Naltagua, y ahora me separaba de Silvestre Tongoy... ¡Todos ellos eran buenos amigos y con todos ellos me entendía a las mil maravillas!

Quise dar media vuelta y escaparme. Pero... ¿adónde iría, para dónde me escaparía? Encontraría un camino igual por hacer y llegaría a otra escalera o me sentaría en un banco...

Sigamos, sigamos.

¿Qué te has hecho, mi Coloma, que no vienes en mi ayuda?

Y pasó Tomba con la velocidad de un relámpago.

Es verdad... Tomba, Tomba...

Quise pensar en ella, quise dilucidar un problema que había entre nosotros dos. Pero ya mi mano apoyaba el botón y, a través de la puerta, oía el ritintín en el interior.

Un segundo después se abría la puerta.

Allí estaba: ¡Desiderio Longotoma!

7

Vengo triste, Desiderio —le dije apenas me acomodé en un sillón—. Me ha tomado otra vez la neurastenia. Y, créame usted, no hay motivo alguno para ello. Todo sigue su curso con perfecta regularidad.

Le conté mi entrevista con el doctor Hualañé y los tan sabios consejos que él me había dado. Luego le hablé de los amigos que había encontrado: Eusebio Palena, con su Zambafusa en versos; Florencio Naltagua, con las buenas palabras que había tenido sobre él; Silvestre Tongoy, con nuestra conversación sobre el arte de la música. ¡Muchos y muy buenos amigos! Y, al fondo de todos ellos, estabas tú, mi Coloma.

Había estado contento. Y, de pronto, otra vez el desfallecimiento había hecho de mí su presa. Por eso llegaba a su casa abatido y sin ánimos para nada.

—¡Pero usted me salvará, amigo Longotoma! ¿No es verdad?

Longotoma rió a carcajadas al ver mi estado. Me golpeó el hombro afectuosamente. Luego, en un instante, llenó la mesa de manjares varios y destapó una botella de pisco. Mientras me servía una copa me preguntó guiñando sus ojillos:

—¿Siempre se siente usted mal, amigo Borneo?

Yo clamé de inmediato:

—¡No, no! ¡La vida renace en mí!

Pero esto no me impidió cerciorarme de que no era ese trago el que así obraba tan prodigiosamente en mí. Era... Algo era y, sin pensar más, me lo bebí dichoso.

—Todo ha pasado, Desiderio —le dije—. Ahora charlemos de lo que usted quiera. Y ¡vivan nuestros corazones!

—¡Vivan ellos y todos los corazones que saben obedecer a estas bellezas que siempre nos depara la vida!

Colomba, habló mucho Desiderio Longotoma. Yo lo escuchaba lleno de gratitud y de admiración. Es, en verdad, un enorme personaje. Ante él no hay neurastenia que pueda resistirse, no, no la hay. Pero al fondo de mí mismo, muy al fondo, muy lejos, oía una vaga voz, algo como un susurro que me advertía:

“Sí, hoy ha sido así, hoy has estado rodeado de amigos de gran calidad; hoy han aparecido estos amigos sin haberlos ni siquiera buscado. ¿Y mañana, Onofre? ¿Ya has olvidado aquellos paseos sin encontrar a nadie a nadie? ¿Cuándo te paseabas con Tomba y te extrañaba el cambio que había en esta ciudad?

Y la voz, o yo mismo, oí que decía:

“La amnesia, la amnesia es una terrible cosa...”

Pero ahora no se trataba de amnesias ni de nada que pudiera parecerseles. Ahora estábamos ahí, en casa de Desiderio, con trago y con manjares frente a nosotros.

—Estoy leyendo un libro magnífico —exclamó de pronto—. Un libro policial, por cierto. Aquí está, amigo mío. Autor: Patrick Bolton; su título: *La misteriosa muerte del guardia*. Voy sólo en la mitad, la mitad...

—Así es que no sabe usted aún el misterio de esa muerte.

—No, aún no la sé; pero la sabré mañana pues esta noche voy a leer y a leer. Al menos que usted quiera quedarse conmigo.

—Gracias, Desiderio. Esta noche yo..., yo...

—¿Usted...?

—Quiero vivir como viví en otros tiempos, quiero bulla y más bulla, quiero encontrarme con Malvilla y, con él, no saber más nada de mí. A usted lo dejaré entregado con ese misterioso guardia que ha muerto. ¿Yo? ¡A lo que el destino tenga a bien depararme!

Reflexionó un rato y luego me manifestó con un tono que no admitía discusión alguna:

—Mala cosa, amigo, mala cosa.

—¿Por qué? —pregunté intrigado.

Él restregó sus manitos, se untó los labios en su copa de pisco y luego me aseguró:

—Usted va a proceder como proceden todos los hombres, o como procede la gran mayoría de ellos. Se desemboca en la vida, van a ella y la remueven y la manosean y la pinchan con la esperanza que al fin, de tanto hurgarla, ella, la vida, cansada ya, va a suministrarles el don que tenía escondido.

—Y, naturalmente —dije— la vida no tenía nada escondido.

Desiderio me detuvo con la mano y me susurró:

—O tenía un mundo, un inmenso mundo escondido y pronto a darlo a quien supiera buscarlo y supiera hacer uso de él. ¡Sí, sí, mi buen amigo! Aquí está todo: en la manera de cómo buscar y en la manera de cómo utilizar lo que, al fin, se ha encontrado.

Dije con aire tímido:

—Si usted tuviera a bien ser un poco más explícito en lo que avanza, yo se lo agradecería una enormidad.

Longotoma bebió su pisco, comió unos pequeños pancitos llenos de delicadezas preparadas por...

—¡La Tomasa! —gritó entusiasmado—. Es una mujer ideal para preparar toda clase de cosillas que acompañen a los tragos que a mí me gusta, a veces, servirme en compañía de

un buen amigo como es usted, mi buen Onofre Borneo. Claro está que, por muy exquisitos que sean estos preparados de la Tomasa, no alcanzan a tener el sabor de un par de huevitos a la copa. Porque ha de ver usted que un par de...

—Sí, Longotoma, lo veo. Pero hablábamos de otra cosa.

—Es verdad, amigo mío. Le hablaba a usted de lo que la vida nos entrega cuando se sabe interrogarla. Es decir, le hablaba a usted de la manera que tienen los hombres de corregirse. Ella es una mala, una pésima manera porque atacan directamente a la vida. ¡Quieren que la vida los encauce por otros caminos! ¡Qué absurdo! La vida no tiene realidad propia, amigo Borneo, no la tiene. La vida es algo que allí está esperando al que sepa afrontarla. Vea usted cómo la considero yo: Hago este gran círculo; dentro de él coloco la palabra "vida" y luego...

Mi Colomba, puedo asegurarte que pasé momentos deliciosos al oír explicarse al buen amigo de Desiderio Longotoma. Porque él se movía de un lado para otro; rayaba papeles y más papeles para explicarse debidamente; reía frotándose las manitos; pataleaba como si corriera tras una nueva Tomasa que hubiera aparecido de pronto.

Ahora veo que era muy serio lo que Longotoma me explicó. Voy a tratar de recordarlo bien para poder transmitirlo a ti, mi linda Colomba. Óyeme bien, ¿quieres?

—¿No hay papel ni hay un lápiz aquí en estas profundidades terráqueas?

—¡Claro los hay! Esto es como el diccionario de la lengua, el de Alemany. Aquí hay de todo. Es cuestión de pedirlo, de saber pedirlo. Entonces, lo que se pida, viene hasta tu lado, Colomba.

Hizo una circunferencia, como te lo he dicho, y en el centro de ella escribió la palabra "Vida". Luego arrancaban de ella una serie de líneas que iban a terminar en otras tantas pequeñas circunferencias. Dentro de ellas puso: "Lo grande".

—¿Me entiende usted, amigo Borneo? Aquí en esta grande y tan enorme circunferencia está el hombre que quiere ir hacia lo que es grande. Pero lo grande está lejos, está fuera de él. Apenas alcanzará a atisbarlo de cuando en cuando. Ese hombre debiera hacer de otro modo. Debiera hacer así, así y así.

Y Desiderio, mi Colomba, dibujó otra circunferencia, como ésta que te hago yo a ti. ¿La ves, Colomba? Dentro de ella escribió las palabras: "Lo grande". Y, al haberlo hecho, exclamó:

—¡Esta es nuestra vida, amigo, ésta y no otra! Es lo que debemos hacer: fortificar nuestro espíritu y dedicarnos exclusivamente a él. Entonces... Vea usted, amigo...

Y yo te digo:

—Ve tú, Colomba.

Porque estas pequeñitas circunferencias que parecen revolotear junto a la grande, son las que representan nuestra vida diaria... Son nuestros ajeteos y sinsabores de todos los días. Ellos giran y giran. Pero... ¡Aquí está la cosa! Giran pero están llamados por este gran círculo de lo grande. Pasan a ser secundarios. Nuestro vivir es este gran círculo. Él beneficiará a los pequeñines que, de este modo, se irán sintiendo cada vez mejor.

—Así es la cosa, mi buen amigo —gritó Longotoma apenas hubo terminado su dibujo—. Esto es lo que me hace vivir y vivir con una completa dicha interior. ¿La vida diaria? —preguntará usted. ¡Que ruede y ruede cuanto quiera! Al enfrentarse con el gran, con el enorme círculo de mi vida interior, se doblegará ante él y se pondrá sumisa a sus pies. ¡Sírvese usted otro "tomasín"! Así yo llamo a estos emparedadillos que hace la buena de la Tomasa. ¿O prefiere usted una copita de pisco? Lo que sea, amigo, coma y beba que ahora me han

venido mayores ganas de conversar con usted. Es a propósito de Misael Reñaca y de la bella Isidra Curepto.

-¡Linda pareja han de hacer esos dos! -observé yo.

-¡Lindísima, amigo mío! Venían filosofando que daba miedo. Reñaca hablaba y hablaba. La niña Curepto le contestaba a cada paso: "Curioso, curioso". Filosofamos los tres que era aquello un contento. Pero Misael Reñaca hablaba demasiado y no me dejaba a mí poner ni una palabra. Hasta que, sin más y buscando un pequeño hueco de las pláticas de aquel inmenso filósofo, le dije con la mayor seriedad que me fue posible encontrar:

"-Señor Reñaca, yo pienso de modo diferente a usted...

"Yle espeté esta teoría mía sobre la gran circunferencia y las pequeñas que la rodean.

"Isidra lanzó un "curioso" y Misael Reñaca cayó en una meditación llena de sorpresas que se le venían encima. Al fin me preguntó con aire docto:

-Dígame, señor Longotoma, ¿progresas mucho al aplicar su teoría en la vida práctica?

"Reí para mis adentros hasta casi reventar. ¿Se da usted clara cuenta, amigo Borneo? ¡Creer que voy a progresar en algo...! ¡Si yo no trato de hacer progresos de ninguna especie, mi buen amigo! Yo sólo quiero vivir, vivir y vivir; quiero aprovechar este paso por la Tierra viendo lo más posible y gozando con cuanto vea. Yalgo más, amigo mío, algo más... Algo que, por cierto, se lo dije al señor Reñaca con gran estupefacción de él.

-¿Y qué es ello, Desiderio?

Me miró, guiñó sus ojitos, restregó a gran velocidad sus manos y me dijo en tono confidencial:

-Progreso todos los días, todos. ¿Cómo progreso? Pues vea usted, vea como le hice ver al gran filósofo de Misael Reñaca: Me engullo, elevando los ojos al cielo, un par de huevitos a la copa. Los saboreo debidamente. Luego golpeo estas manos y... ¡ella se presenta!

-¿La Tomasa?

-¡Por cierto, amigo mío, la Tomasa! Usted ha de comprender muy bien esta manera de progresar en la vida. Pero el filósofo y sapiente señor Reñaca, no cabía en sí mismo cuando me oyó. En vano Isidra Curepto lanzó varios: "curioso, curioso..." por los aires. Al fin me dijo con suma seriedad:

-Usted chancea, Desiderio Longotoma.

-Jamás he chanceado al tocar estos temas, mi querido amigo. Son la sinceridad misma. Y esta sinceridad deja perplejos a los que me escuchan. Es algo curiosísimo, como diría la bella Isidra Curepto.

Colomba, yo estaba contento, estaba dichoso al oír expresarse a Longotoma. Mis males, mi neurastenia se habían alejado de mí. La sentía a lo lejos volando. A veces se acercaba y me murmuraba tu nombre. Ahora puedo pronunciar tu nombre y mirarte.

¡Ahí estás, muda y quieta!

Quiero vaciarme ante ti, quiero contarte, punto por punto, todo lo que hice allá en la superficie. Créeme que lo olvidaría gustoso y seguiría a tu lado mirando hacia el futuro y dejando el pasado que se consumiera solo y lejos de mí. Pero algo me retiene y me obliga a hablar. Es mejor que este pasado salga y salga todo entero. ¿No lo crees tú? Porque tus ojos me dicen que no debe quedar ni una sola hilacha de lo que pasó, que todo ello sea consumido en tus oídos. Te hablaba de Desiderio Longotoma. Él me hablaba a mí. Yo reía y aplaudía con sus frases. ¿Qué me decía? Aguarda unos instantes. Déjame recapitular.

Es muy curiosa la manera cómo se conversa. Hay, por cierto, un hilo que une a cuanto

se dice. Este hilo no logró cogerlo, este hilo se me ha ido. El caso es que Longotoma me decía riendo de buena gana:

—Es una lastimosa compañera de excursiones. (No sé ahora a quién se refería). No puede ir en silencio dentro del auto. Pasa éste por los más primorosos paisajes; y ella habla que habla sin detenerse. ¿Y de qué? ¿Qué le produce esta labia inagotable? Se pensaría que han de ser cosas sumamente importantes, cosas que no se pueden aguardar ni un minuto más sin ser contadas. ¡No, señor! Habla sobre el argumento del último libro que ha leído. Habla de él y ¡lo cuenta! El auto, mientras tanto, corre y corre... Por gran dicha de mi parte, esta dama no lee novelas policiales. Si las leyera y contara el desenlace de una de ellas... sería de convertirla de inmediato en una de las víctimas.

Unos momentos más tarde ya hablábamos de otra cosa. Ella se había tejido tan bien en lo anterior que para alguien que no entendiera nuestro idioma habría sido una especie de monólogo sobre un mismo tema. Ahora Longotoma gritaba lleno de euforia y atropellándose con su risita:

—¡No, no crea usted que yo no leo más que novelas policiales! El otro día me leí entero los *Fundamentos de Filosofía*, de ese gran escritor que es Bertrand Russell. Y, me crea usted o no me crea, gocé como un loco por lo que dice de los patagones. ¡Vea! ¡Aquí está el libro! Voy a leerle dos líneas, nada más:

Ahora bien, puede ser que los patagones sean muy particulares; desde luego que lo son, o si no, no se les ocurriría vivir en la Patagonia.

—Es verdad, amigo mío; ¿no lo encuentra usted? ¡Vivir en la Patagonia! Ya es bastante particular, aun para un patagón, vivir en tales tierras. Y lo es más si se considera que relativamente a corta distancia de ella existen ciudades como Buenos Aires, como Santiago y Valparaíso que, si no son todavía ciudades adecuadas para la existencia del hombre blanco integral, hacen, no obstante, laudables esfuerzos para serlo. Así, amigo mío, en Buenos Aires se aumentan al infinito los ruidos nocturnos y los *maquereaux*; en Santiago, los borrachos y las enfermedades mortales; en Valparaíso, la creencia ciega e indubitable de que todo ciudadano de ella es de la más pura raza británica. Además, en esta última, se le asegura a todo forastero que en sus cerros ocurren cosas que sólo allí ocurren; así como en Buenos Aires se le asegura que de la pampa vecina sopla una poesía extremadamente intensa; y en Santiago, que la visión de la cordillera es de todos los puntos una de las cosas más hermosísimas de este planeta.

—“Es verdad, amigo mío, los patagones son seres extremadamente particulares...”

—¿Y por qué habla usted, Desiderio, de Buenos Aires, Santiago y Valparaíso y deja en silencio a esta linda ciudad que ahora nos alberga?

—¡Aaaaah, aaaah, mi caro amigo! No he mencionado a San Agustín de Tango porque es ésta una ciudad de una lucha espantosa. A los que luchan hay que dejarlos, que ellos sabrán dirimir su contienda como es debido.

Le pregunté intrigado:

—¿A qué lucha se refiere usted?

Me contestó:

—A la de los jóvenes con los viejos. Y no me refiero a la edad que ellos puedan tener; me refiero a la mentalidad que en sus cabezas se alberga.

—¡Viva usted! —grité con entusiasmo—. Porque no me negará que es usted uno de los más genuinos representantes de la eterna juventud.

Se puso serio y me respondió acentuando cada sílaba de sus palabras:

—Se equivoca usted, se e-qui-vo-ca. Yo pertenezco a la vieja generación, a los que ya ni caminan de puro viejos que son.

—¿Es posible, Desiderio?

—Sí —respondió—, ello es muy posible. Pues yo divido a las generaciones en dos categorías: la primera formada por nosotros los viejos, los que somos serios y firmes y que decimos, para nombrar al compositor alemán: Betóven, acentuando la o; la segunda, que, algo tarabanas, les ha dado por decir: Bétofen, acentuando la e y cambiando la v por f.

Y reía el bueno de Desiderio Longotoma. Me repetía a cada momento:

—¿Cómo no ha de ser algo para gozar y gozar ver esto de los terribles prejuicios que envuelven a la sociedad? ¡Y la perfecta obediencia que todos les tienen! El otro día escuchaba yo a una serie de viejas que departían con varios caballeros ya algo entrados en sus añitos. Como nosotros, mi buen amigo, sí, como nosotros. Ni una risa hubo durante esta larga charla. Era la preocupación y nada más que la preocupación metida hasta en el fondo de esos espíritus. Hasta que habló Estanislao Buin, con voz pausada. Aseguró este Estanislao:

—Si usted se ha acostado con una mujer y un día no quiere acostarse más ni ella tampoco quiere tenerlo a usted a su lado en la cama, deben ustedes pelear, por muy indiferente que ello les sea, pelear y no hablarse más, nunca más, aunque ella se acueste con otro y usted con otra.

—¡Muy bien dicho! —gritó una viejaña—. Los que han tenido amores y ya no los tienen, no deben hablarse más.

—Así era en nuestros tiempos —alguien comentó.

—Sí —respondieron varias voces—, así era en aquellos ya pasados tiempos que, parece, no han de volver. Porque hoy es un perfecto desprecio ante todo. Las mujeres ya no son comedidas como lo fuimos nosotras, ya no lo son.

—Es la influencia de los Estados Unidos expresó una dama.

—No, señora —le advirtió un caballero—, es la influencia de Rusia, de Moscú.

—¡Lo que sea, lo que sea! —exclamó doña Salaberga Huintil—. El caso es que ya casi no se puede vivir en este mundo.

—Y de pronto, amigo mío, todos se pusieron de pie y pasaron a comer emparedados y confites acompañados de limonada. Yo recordé a la Tomasa y me vine a casa de prisa.

—Aquí me encerré con el eterno libro policial de siempre. No, no me refiero a que yo no lea más que uno. Por el contrario, mi buen amigo, leo colecciones enteras y luego los reparto entre los tantos admiradores que tiene este género único de literatura. Leía en aquel momento un libro de Anthony Gilbert, llamado *La gente muere despacio*. ¡Qué alegría indescriptible, amigo! Pues de pronto veo estas palabras traduciendo el pensamiento de Arthur Crook:

Reflexionó qué divertida es la vida en conjunto, y qué enorme parte de esa diversión suele desperdiciarse la mayor parte de la gente.

Así hablaba Longotoma y contaba chascarros y anécdotas de la vida que lo hacían desternillarse de la risa. Yo, Colomba, también reía y encontraba que ese Mr. Crook tenía toda la razón al ver cómo la gente desperdicia lo divertido que es este existir en la vida.

¿No lo crees tú, mi mujer?

Sin embargo... ¡Ea, sigamos, Colomba!

El hecho es que reíamos y reíamos. Nos servíamos algunas copitas de pisco y comíamos de esos exquisitos tomasines hechos por la Tomasa. Yo, entre tanta risa y tantos chascarros de mi amigo Longotoma, pensaba en lo que él había dicho sobre el gran círculo de lo grande y en los círculos vecinos que giran a su alrededor y que hacen la vida diaria.

Pensaba en esta transposición de los valores, pensaba en que era necesario acentuar nuestra vida íntima, acentuar nuestro espíritu. Entonces los hechos de la vida se apaciguaban y, por cierto, vendrían hasta mí.

Le dije a Longotoma:

-No hay más, amigo mío: debo trepar al dintel.

-¡Bravo, bravo! -exclamó-. No sé de qué habla usted pero sea ello lo que sea estoy de acuerdo anticipadamente con usted: trepar al dintel. Usted escribía o escribe un libro que, creo, se llama *Umbral*. ¿No es así?

-Así.

-Después de un umbral ha de venir siempre un dintel.

-Es lo que pretendo: encaramarme a ese dintel y, desde él, mirar todo a mi alrededor.

Quedé en meditación, mi Colomba; es decir, una parte mía meditaba mientras otra parte compartía, con Desiderio, sus miles de cuentos fantásticamente graciosos. Ya te he contado el mayor número de estos cuentos, ya he tratado de traer a mi cabeza todos sus detalles.

La otra parte mía, te lo digo, meditaba...

Y tú me hacías una falta inmensa.

Esa parte mía esperaba ansiosa encontrarse en la calma santa del centro de la Tierra. ¡No tener otra compañía más que la tuya! Entonces la vida se ha de organizar sola junto a mí y ella podrá penetrarme sin afectarme en nada con sus idas y venidas.

-¿Otro pisquillo, mi buen Onofre?

-Sí, otro pisquillo y un tomasín de camarones.

-¡Eso es! ¡Comer y beber un poco, un poco, nada más! Yo, me ha de creer usted, no soy un partidario de las bebidas sin límite alguno.

-Yo tampoco, Desiderio...

Y pensaba en Romualdo Malvilla que vería en pocos momentos más. Lo abrazaría y... ¡se haría efectivo ese gran círculo de Desiderio Longotoma!

¿Me has entendido, Colomba?

¡La serenidad del DINTEL!

Porque eso es lo que quiero; a ello voy, a ello voy...

Aquí estoy, Colomba, frente a esta serenidad del dintel.

Ahora veo que todas esas risas y chascarros que compartía con mi amigo Longotoma, eran una simple escapatoria mía.

Ahora quiero sumirme en tu mirada y no ver más que tus ojos.

¿Una escapatoria...? ¿De qué necesito escapar?

No lo sé, Colomba, pero sé que necesito escapar lejos, sé que necesito rehacerme de nuevo. Entonces podré estar frente a ti con la serenidad que tú impones y que yo no recibo como es debido.

Sé que vivo en una gran amnesia.

O tal vez no vivo en ninguna amnesia. Tal vez la vida se verifica en mí de este modo, haciéndome creer cosas estrafalarias.

Guardemos silencio, Colomba.

Déjame recapitular un poco. Allá está Malvilla y está el cabaré San Lito. El caso es que me despedí de Desiderio Longotoma. Me acompañó hasta la puerta. Me dijo:

—Aquí me quedaré en compañía de la Tomasa que ya pronto ha de volver de sus trajines. Y veré cómo se produce esa misteriosa muerte del guardia de que habla Patrick Bolton. ¡Hasta la vista, mi amigo Borneo!

—¡Hasta la vida, Desiderio!

Afuera empezaba apenas el crepúsculo. Era aún muy temprano para ir a encontrarse con Malvilla. Decidí ir, mientras se acercaba la hora, a ver a mi amigo el pintor, a Rubén de Loa.

8

Caminé con lentitud. Iba por la calle del Incienso. Al pasar frente a la Taberna de los Descalzos, vi que de ella salían dos tipos bastante achispados. Se tomaron del brazo y me precedieron bamboleándose un tanto. Uno le dijo al otro:

—Todo eso es una superstición y nada más que una superstición. ¿Me oyes? ¡Eh! Te pregunto si me oyes.

El otro, como volviendo de mundos lejanísimos, respondió:

—Sí, te oigo: una superstición. Será lo que tú quieras pero se ve que tú no has estado nunca, jamás, en pleno verano ni en Guayaquil, ni en Pernambuco, ni en Panamá. ¿Ahí verías si esta Tierra es tan fría como alegaban esos cretinos!

—Lo alegaban por otras causas, lo alegaban por el sitio que ella ocupa en el universo entero. El universo entero... ¿me has oído? ¡Entero!

—Que vayan entonces a los trópicos y verán.

—No, hombre, no, qué trópicos ni qué nada. La Tierra está en un extremo frío de la temperatura total; ¿me entiendes? Hay que tomar en cuenta que el frío absoluto es de -273 grados bajo cero o -274 o algo así. Esta temperatura no es nada, nada de nada. Aunque tú vayas a Panamá o al desierto de Sahara.

—Bueno... ¿y qué, y qué?

Seguí caminando con lentitud. Vagué haciendo grandes vueltas para llegar al taller de Rubén de Loa.

Pensaba yo en las supersticiones.

Pensaba y pensaba.

Vi mucha gente mientras caminaba y pensaba. Saludé, de pronto, a Virginia Rapel que pasó. Saludé a Teodoro Yumbel. No se detuvieron como yo tampoco me detuve.

Mi cabeza daba vueltas y más vueltas alrededor de esas tan complejas supersticiones. Daba vueltas pero no las penetraba ni nada sacaba en limpio. Seguí.

Quería estar en mi centro, quería que en mí se pensara con exactitud. ¡Y sentirme feliz al ver la llegada de estos pensamientos!

Seguí dando grandes vueltas. Me decía:

“Con un par de horas que esté con Rubén de Loa, con unas tres horas máximo, será bastante. Luego iré al San Lito y me veré con Malvilla. Necesito hacer vivir la vida en mí

porque he tomado muy en serio lo que me ha dicho Desiderio Longotoma. Lo dicho por él no es ni nunca ha sido una superstición.

Tú me faltabas, mi Colomba.

Pues hay algo que anda mal en mí. ¿Será aquella amnesia de que ya he hablado? No lo sé. Porque no sufro de amnesia alguna, ¡no! Creerlo sería una superstición.

La superstición, Colomba...

Es algo horrible, Colomba. Porque estamos rodeados, estamos aniquilados por las supersticiones.

Colomba, no somos más que una superstición.

¿No lo crees tú?

Sí; es la verdad. Lo has dicho bien. Me inclino ante tu gran saber. Sí, Colomba. ¿Qué podremos hacer?

Sí; caminar y caminar.

Yo no puedo, yo no sé hacer como ellos hacen. Yo no tengo una tan enorme idea de mí mismo. Así es que he de callar. Y he de pensar en esto de las supersticiones.

¡Necesito que ello se aclare en mi mente!

Tú has dicho, Colomba, que ella es aplicar nuestra propia mentalidad a procesos ajenos a nosotros.

La culebrita... Aquella que vi en Quintrilpe...

Sus hermanas, las otras culebras; y las serpientes; y esas víboras terribles; y esas cobras que ensanchan su cuello y se detienen...

Para poder entenderlas, un poquitín; para que ellas no formen otro misterio en esta vida; para dejarlas en paz... ¡No, Colomba! Para que ellas nos dejen en paz, se las ha calificado y se las ha catalogado en..., en... ¡ofidios!

Y quedamos todos tranquilos.

El hecho de vivir sigue.

Tú lo dijiste y me lo explicaste, Colomba mía. Lentamente oía tu voz mientras todo esto, todo este Centro de la Tierra, redoblaba su quietud.

Tu referías que esos ofidios llevaban otra vida; tú insistías en el hecho de que era otro modo de vivir. Buscaban otras cosas. Caían en otras meditaciones. Eran otras meditaciones sin centro comprimido entre los huesos de una cabeza. Eran inmensas..., eran inmediatas...

Eran de los egrégores.

Y aquí, quiero decir allá, Colomba, allá en la superficie, se manifestaban, ¡oh, esos inconmensurables egrégores!; sí, se manifestaban, para nosotros que trotamos por calles y por campos, pensando rara vez pero pensando de cuando en cuando en los ofidios, así se manifestaban en una pequeña culebrita aquí en Chile; en una enorme serpiente, en otras partes lejanas... En fin, Colomba mía, una culebra que se ha detenido viviendo de otro modo, buscando otras cosas, meciéndose en otras cosas... porque ha de morir de otro modo.

Es verdad, Colomba, lo que tú manifestaste:

El tiempo circula DE OTRO MODO que en nosotros...

¿Y las nubes, Colomba?

¿Y los árboles, Colomba?

¿Y los metales, Colomba?

¿Y esos cerros; y esas montañas; y estas llanuras, Colomba?

¿Y este océano y los ríos que llegan a él?

¿Y... y... y...?

Es mejor, Colomba, que callemos. El ruido de lo que se habla resonará siempre en nuestros oídos.

Porque estamos en el Centro de la Tierra.

Desde este Centro veamos a los hombres que se defienden en medio de este laberinto. Tienen que defenderse al oír la voz de los egrégores. Porque no se dan cuenta de que los egrégores hablan en otra voz. Hablan con palabras, para ellos, completamente, totalmente incomprensibles.

Defendámonos –grita uno.

Defendámonos –vocifera otro.

Se reúnen. Cada cual se ha disfrazado de sabio. De este modo disfrazados inventan su defensa.

Tú lo has dicho cien veces, Colomba:

Inventan la ciencia.

Así nació la ciencia. Así, el público, cae de hinojos ante esta palabra de la ciencia. Y los sabios lucubran...

lucubran...

lucubran...

Todo ha sido arreglado.

Ahora saben.

La hojita de abedul se mece a impulsos de la brisa. Y ella no se preocupa de ser aplastada por las botas del sabio que pasa.

La culebrita continúa su marcha sin que nadie, nadie sepa ni una sola palabra, nadie sepa cuándo y por qué nació;

Ni sepa hacia dónde va;

Ni sepa qué significado para ella puede tener este verbo que a nosotros nos hace pensar y temblar: ¡morir!

Colomba, tú me hablaste de los hombres que domestican culebras, serpientes, serpientes venenosas... Son los fakires, según creo. También hay domesticadores por estos mundos. He visto a uno con una gran, una enorme boa; o, acaso, era un enorme pitón. Lo tomaba con ambas manos, se lo enrollaba en el cuello y en el cuerpo, lo dejaba inmóvil en el suelo, luego lo hacía avanzar. Y él saludaba al público frenético que aplaudía.

Tú lo has dicho, mi Colomba: era aquello como mostrar por un agujerito la mesa que ha trabajado un gran hombre... ¿Dónde está su trabajo? ¿De qué se trataba en su trabajo?

El trabajo se ha ido con ese hombre y, poco a poco, se esparce por todos los ámbitos, a tal extremo se esparce que ese hombre que es su autor, ahora piensa en otros asuntos, ahora lucubra otros pormenores de ese trabajo.

Así obraba la boa o el pitón aquel.

El domador reverenciaba al público que aplaudía...

La boa o el pitón ya no estaba con él porque nunca había estado.

Porque había seguido su vida, lejos, muy lejos, a distancias inimaginables para nosotros los hombres que aplaudimos ante cualquier espectáculo que vemos.

El tiempo tenía otro ritmo para esa boa.

Un tiempo especial para ella y para las demás serpientes y las demás culebras.

Claro está, Colomba, puesto que es otro mundo, otro que nada tiene que ver con el nuestro, ¡nada!

Pienso, al recordar esa boa, pienso:

¡Qué cercanas están las galaxias!

Comprendo a Teodosia Huelén. Me inclino ante ella. Saturnino es nuestro hermano,

En nuestro mundo, en el mundo de Saturnino y el nuestro, existe otro mundo cuya única diferencia estriba en su tiempo.

¡Sí, sí, me lo dijiste, mi Colomba!

En el tiempo.

Como es diferente el tiempo que hay en este Centro de la Tierra.

Aquí puede ser un año que allá, en la superficie, es sólo un segundo.

Vivía yo con los segundos de allá.

Cada paso que daba devoraba un segundo más. Y cada segundo más acortaba el tiempo que nos separa...

Cada paso que daba por allá, por la calle del Pentecostés, por el Paseo del Corderito Pascual, por el puente de los Concilios Euménicos, por el Muelle de la Sotana, por la calle de la Tiara.

Pues avanzaba sobre los segundos para ver y saludar a mi amigo Rubén de Loa.

¡Él pintaba, Colomba, él pintaba!

Yo lucubraba sobre los segundos que son años...

Sobre las hojas de abedul...

Sobre las culebritas y las grandes culebras...

Sobre el tiempo que tiene otra medida para todas ellas:

... las hojas de abedul, las culebritas, las grandes culebras.

Rubén de Loa pintaba. Rubén de Loa ya había pintado. Y ahora mostraba su tela, que había llevado bajo el brazo a casa de la vieja del lado, la mostraba al impertérrito tucán.

Has hecho bien en felicitarme, Colomba, Rubén de Loa es un buen amigo mío. Y el tucán...

El tucán reía, reía, se desternillaba de la risa.

Es la manera que él tiene de demostrar su aprobación.

Reír.

Mientras tanto, la vieja dormitaba. A la vieja no creo yo que le interesen estas cosas del arte.

¡No, no! ¡No, Colomba!

¿Por el hecho de ser vieja? ¿Crees tú que es eso lo que he querido decir?

Me he explicado mal.

Colomba, los tucanes tienen un lejano, muy lejano parentesco con las culebras. Así es que están en un mundo superior.

Ante ese mundo, me doblego, Colomba.

¿Qué fue, entonces, esa sonrisa tuya?

Porque tú sonreíste. Y yo me sentí aminorado.

Sonreíste.

Y no hubo ni el menor movimiento en tu rostro. Quedaste tan estática como siempre has estado. La sonrisa se cierne sobre ti, mi Colomba.

Es la sonrisa de los egrégos puros la que pasa por tu semblante.

Entonces ella crea un ambiente que me inunda.

Ante este ambiente me doblego, Colomba.

Callemos.

¿Ves? ¿Has visto?

El tucán ha vuelto a reír. Y su risa ha sido como la sonrisa tuya, tuya. ¡Sí, sí!

Nadie oye esta risa del tucán.

Tal vez Rubén la oye.

Y deben oírla sus telas.

La vieja dormita.

¡Oh, no, Colomba, no es una risa estridente! ¡No es chirriante, ni jamás lo ha sido!

Es la risa del acuerdo, del perfecto acuerdo.

Cuando todo concuerda, cuando se esfuman hasta los últimos vestigios de un conflicto posible.

Cuando se penetra en otro mundo.

Entonces resuena esta risa y... cae, de un abedul, una hojita; una culebrita se ha detenido en su arrastre. El universo sigue. Teodosia visita un astro más. Rubén regresa a su taller con la tela bajo el brazo.

¡Yo te invoco a ti, mi Colomba!!

Callemos.

Deja que mi mente se pasee un momento más allá, allá en la superficie. Pues estoy frente al taller de Rubén de Loa. Subo lentamente por la escalera. En la puerta del taller encuentro a Macario Viluco y a Mamerto Masatierra que se van, que parten para dejarnos solos a Rubén y a mí. Macario aún alega y me toma a mí como testigo de la verdad que sostiene.

—Sí, señor, es así y nada más que así. En las ciudades donde crece el número de habitantes, en las ciudades en que aumenta el número de habitantes, la gente se pone insostenible... ¿me oye usted don Mamerto?... ¡insostenible! La gente está bien y es amable sólo en las pequeñas ciudades o en las grandes urbes. Sí, señor, así es y no de otra manera.

Mamerto murmuró:

—¡Inefable!

—Usted podrá decir lo que le plazca; pero compare a la gente de aquí, de San Agustín de Tango, con la gente de Londres o de París o Nueva York. Y compárela con la gente de Valdivia, de esa ciudad donde usted nació, mi amigo de Loa; o con la gente de allá de Temuco de donde usted vuelve, amigo de Loa. Compárelas y verá si es verdad o no lo es cuanto avanzo.

Rubén contestó:

—Si usted quiere, Macario, es así.

—Sí, es así y así —gritó Macario.

—¡Inefable! —repitió Mamerto.

Y ambos partieron mientras Rubén me hacía pasar a su viejo y querido taller. Rubén habló así, mi Colomba:

—Ayer he llegado del Sur. Fui a Valdivia donde mi madre acaba de fallecer. Ha muerto a los 86 años. Buena vida y que ahora descansa en paz.

Al regresar pasé todo un día en Temuco. Ahí me acordé de ti. Caminé por las calles y, al fin, entré en el Hotel de la Frontera. Acababa de hablar con varias personas sobre asuntos y más asuntos referentes a otros asuntos y más asuntos. En fin, entré en el Hotel y me eché en un sillón a descansar un rato. Tú debes conocerlo ese hall, espacioso. Entraba

y salía gente, supongo que turistas que van hasta allá... ¿A qué irán? Bueno, son turistas y es el deber de ellos ir a meterse por todas partes.

De pronto mis ojos fueron atraídos por un fresco pintado en aquel hall, un fresco que ahí está y que nadie mira. Pero yo lo miré largo rato. Créeme, este fresco me tomó.

No, no es por su calidad pictórica. Pictóricamente es lo que se llama una obra mediocre. Me acerqué a él para ver quién lo había hecho. Vi la firma: Pedro Lobos. ¿Quién será este Pedro Lobos? No lo sé pero, en cambio, sé ahora otra cosa:

¡Cómo los artistas considerados mediocres logran hacer la verdad!

Al centro de este fresco está Temuco. Sobre Temuco, una dama volando con un enorme cuerno de la abundancia. Más acá se ve el río Cautín. A su lado, Nueva Imperial y el río Quepe. Luego vi la ciudad de Freire, esa ciudad donde la gente debe ser de una amabilidad exquisita, según la opinión del inefable Macario Viluco. Luego vi a una serie de mapuches. Junto a ellos, vi el océano Pacífico. Al lado opuesto, la cordillera y el volcán, el gran volcán Llaima; sobre él había un esquiador que pasaba veloz. Arriba, cerca del océano, los españoles, los conquistadores que pelean con los araucanos. Son grandes todos ellos, no tanto como la dama del cuerno de la abundancia pero, en todo caso, más grandes que los altos edificios que hay ahí en Temuco. A un lado, los pescadores que se afanan sacando del mar grandes cantidades de pescados; los sacan en redes y los depositan a sus pies. Y hay allá arriba, cerca de la cordillera, una trilla con su gran parva, su trilladora, su motor que humea y una serie de gentes a su alrededor. Un trencito, pequeñín, corre por los rieles. La dama de que te he hablado, esa mujer con el cuerno de la abundancia, no lo ve. Ella parece estar ocupada en su vuelo y en volcar sobre Temuco el oro y los frutos que se desprenden y caen de su cuerno de la abundancia.

Todo está estático, sin movimiento alguno. Fui un momento al bar, en el subsuelo, tomé una cerveza, luego volví a subir. Ya te lo digo, Onofre, todos, todos, los mapuches, el esquiador, los guerreros españoles, los araucanos que los atacan, los pescadores, la gente de la trilla, el trencito que rueda, en fin, todos y todo ahí estaban sin moverse, como plasmados eternamente en sus poses.

Colomba, aquí me acordé de ti. Porque tú a tu vez estás plasmada en un movimiento eterno que no cambia.

No me negarás, Onofre, que el total de un fresco así está más, mucho más de acuerdo con la realidad. Para ver esta realidad hay que ausentarse un buen rato como yo me ausenté al ir al bar. Tú, con esta venida a San Agustín de Tango, te has ya ausentado lo suficiente como para volver y mirar ese fresco. No dejes de hacerlo al regresar a Quintrilpe. Y, te lo aseguro, encontrarás todo exactamente como yo lo vi: los mapuches, el esquiador, los españoles que guerrear, los araucanos que los atacan, los pescadores con sus grandes pescados en la red, la trilla que humea y su gente alrededor, el trencito que pasa y pasa sin moverse.

Ya te lo digo, Onofre, es la realidad misma.

Moví un poco la cabeza y vi, a unos cuantos pasos más allá, al cajero del hotel tras su ventanilla. Me pregunté de inmediato:

— ¿Por qué no está en el fresco?

Llegó una niña a su lado. Era más bien fea esta niña. Fea, sí, para nuestro modo sensual de considerar la belleza. Se pone al lado del cajero y habla y habla.

Jamás han mirado el fresco...

¿Por qué no lo han mirado? ¿Es acaso porque es fea esa niña? ¿Es acaso porque es horripilante el cajero?

No, no es por eso. Es por el oficio que ambos tienen y por nada más. Aquel fresco quedaba fuera de sus respectivas órbitas. Esta era y es la causa de que nunca podrán mirar ese fresco. No hay otra razón.

Me asomé a la calle y levanté los ojos. Allá arriba, muy alto, volaba un jote inmenso. Se balanceó un poco por los aires y se fue. Entonces pasó una bandada de loros. Luego pasó otra bandada de loros.

Ya te lo he dicho: he regresado y aquí estoy ante mis telas y mis proyectos. Aquel fresco me revolotea, se acerca y se aleja. Yo no podré hacer jamás algo parecido. He hecho, en cambio, otra cosa: he ido con una tela a ponerla frente al tucán.

El tucán la ha visto, ha agitado sus alas y ha lanzado un graznido. Esta es su manera de reír. He quedado, pues, contento con su juicio.

Colomba, yo creía que estas ideas de ir al tucán con una tela bajo el brazo eran simplemente un capricho de artista. Ahora, gracias a ti, Colomba, he visto y he comprendido.

No es un "capricho".

¡Capricho...!

¡Qué fácilmente usamos esta palabra!

Colomba, los caprichos no existen. Hay algo que mueve a los artistas a hacer esto o aquello. Entonces tienen que hacerlo.

En este graznido del tucán, Rubén oye la voz de los egrégores. Así es cómo él se conecta con el más allá. Ahora respecto a ese tucán. Atisbo a la vieja, su dueña. Ella está en otro mundo, completamente ajeno al pájaro. Ella nada sabe de lo que pasa por su pico para los oídos de Rubén.

Pero Rubén hablaba siempre. Ahora se había ido a su infancia. Y me decía:

Yo era un niño, casi un niño en aquel entonces. Iba a caballo por los campos y miraba los paisajes que se me presentaban. Sí, varias veces detuve mi caballo y me preguntaba:

"¿Qué irán a ver los hombres del futuro, cómo irán a ver el mundo? ¿Cómo van a traducir esta nueva visión que van a tener?"

Pero yo no veía ni siquiera la posibilidad de una nueva visión. El mundo de la pintura se detenía irremediabilmente en el impresionismo. De ahí para adelante... ¡nada!

Ignoraba, mi querido Onofre, que en aquellos mismos momentos en que yo me posaba tales cuestiones, allá en París, sí en París como centro, se gestaba el cubismo.

Yo era público en aquel momento. Era el que nada sabía de nada y estaba siempre dispuesto a dar mi opinión, no sólo sobre las obras del pasado sino también a vaticinar sobre lo que iría a venir. Naturalmente, nada pude ver ni siquiera sospechar. Yo buscaba un impresionismo más sutil. Ellos habían partido en otro sentido completamente ajeno a esa sutileza del impresionismo.

Pero queremos ser público, es decir, queremos ser infalibles. Porque dime, Onofre, ¿has visto alguna vez a alguien del público que no sea totalmente infalible?

Es por eso que los artistas preguntan:

—¿Gustó lo que hice?

¡Qué podrá importarles si ha gustado o no gustado!

El público, para pasar un minuto entre dos citas, mira despreocupado las obras que,

al artista, le han costado su vida, su sangre hacer. Viene la hora de esas citas y ese público se marcha. El artista queda frente a su obra. Queda solo.

Porque el público es inexistente. El público no existe.

Mientras haya una sola persona que a uno le preocupe por la opinión que ella puede dar sobre la obra de uno... esta obra no es; la cosa no es la cosa.

¿No lo sientes tú así?

¡Mira, mira y lo sentirás!

Colomba, sacó Rubén una copia de una obra renacentista italiana: *San Jerónimo en su celda*, de Antonello da Messina.

Quedó en silencio contemplándola. Es una obra hermosa, hermosísima. Ambos la miramos en el más absoluto silencio. En uno de esos silencios que tú únicamente puedes dar, mi Colomba. Yo soñé en una celda como ésta de San Jerónimo. Pequeña celda, justo lo necesario para hacer que todas las cosas que nos rodean converjan hacia nuestra propia mente. Pequeña, pequenita. Y ella, esta celda, está en medio de una enorme, de una inmensa catedral que se aleja hacia el infinito.

¡Era tu imagen, Colomba! Era la imagen de lo que ahora, a tu lado, experimento yo al contemplarte. Déjame que me incline ante ti. Como allá, en el Renacimiento italiano, se ha inclinado con fervor Antonello da Messina.

Calma, quietud, Antonello da Messina.

Calma, quietud, mi Colomba adorada.

Rubén de Loa me dijo entonces, como oyendo la invocación que yo hacía de ti, mi Colomba:

Antonello da Messina me lleva hacia mi madre. Es el lazo de unión quedado entre ella y yo. Me veo como San Jerónimo, en una pequeña celda entregado a mi labor. La veo a ella, a mi madre, en una inmensa catedral que envuelve a la celda entera.

Déjame recogerme unos instantes, mi buen Onofre.

Luego partiré. Te acompañaré a Quintrilpe. Iremos juntos a los cerros y miraremos hacia el suelo. De pronto veremos uno, diez, cientos de guijarros que allí están luciendo sus arabescos y sus colores al Sol. Mi madre va a estar con ellos.

Entonces pintaré, dejaré que mi pincel se mueva solo sin la intervención de esta parte pensante que en todas partes ha de meterse.

¡Yya tendrás, grande y querido tucán, donde poder graznar riendo y donde poder reír graznando!

Un reloj vecino dio las 11 de la noche. No es esto una frase poética. En realidad oí, y Rubén también oyó, las once campanadas de ese reloj. Ya era la hora para salir de ahí, para dejar a Rubén entregado a su madre en la catedral de Antonello da Messina y entregado a las múltiples piedrecitas que, de seguro, están ahora allá en Quintrilpe en espera de su llegada.

Colomba, otra faz de mi vida se insinuaba. Vi a Romualdo Malvilla. Partí. Partí después de un largo, de un larguísimo apretón de manos a ese buen amigo que quedaba acompañado, bien acompañado con el profundo dolor de ya no volver a ver a su madre en esta Tierra.

¡Huyamos del dolor, Colomba!

Ya llegará hasta mí, ya me alcanzará y me sumirá en las más terribles amarguras. ¡Huyamos! Desde luego siento esa amnesia que me persigue y, sea donde sea que yo vaya, ella también va a mi lado. Porque yo he olvidado algo. Mi vida pasa lado a lado de un olvido que no, no y no debiera existir.

Caminemos, avancemos, prisa, prisa...

Así me decía mientras, agachado, marchaba por calles y más calles de San Agustín, de Tango.

¡Ya vendrán otros días! Ahora se trata de ir a encontrar a Romualdo Malvilla y, con él, sumirse en las profundidades del olvido o de nadar por..., por... En fin, tú me has de comprender, mi Colomba. Sí, ya vendrán otros días, acaso será allá en Temuco o en Quintrilpe. Iré para esos mundos con Rubén de Loa. Y él pintará. Oigo el graznido de alegría que lanza el tucán, lo oigo como si estuviera a mi lado. Iré, además, con Lorenzo Angol.

¿No te lo había dicho, mi Colomba? Sí, iré con Lorenzo también. Lo he divisado unos momentos allá en Fray Tomate y me ha dicho que ahora se iría a La Cantera. Después, al invitarlo yo al Sur, a Quintrilpe, se mostró encantado y me dijo que podía contar con él. Seremos, pues, tres los que iremos hacia el Sur.

Pero esto es el futuro, el tremendo futuro que siempre nos persigue. Ahora, Colomba, estoy, por fin, en el Bar Celona. Yo, aquí; frente a mí, Jabalí Batuco. Malvilla se acerca pasando por entre las mesas y se sienta junto a nosotros. Ahora somos tres: Jabalí, Romualdo y yo. Y los tres bebemos sendos tragos, sendos riquísimos tragos como se beben cuando es Jabalí el que ordena al camarero que traiga tragos exquisitos.

—¡Salud! ¡Salud!

Yo te digo a ti, mi mujer adorada:

—¡Salud!

Hemos bebido y hemos charlado. Jabalí se marcha. Quedo solo con Malvilla. Nos miramos rápidamente y un grito se escapa de nuestros labios:

—¡El San Lito!

A él fuimos y en él hemos pasado la noche hasta cerca de la madrugada. El día siguiente lo pasé en cama durmiendo a ratos y revolcándome. Porque, es algo definitivo, el trago me hace mal, mucho mal. No vale la pena atisbar otros mundos, estar en ellos y luego olvidarlo todo; la cabeza pesa cientos de kilos; el cuerpo entero ya no es nuestro; los colores y los matices desaparecen de nuestro lado; sólo se quiere morir, morir; y uno se pregunta: "Morir... ¿para qué? ¿No seguirá este estado también igual después que uno haya muerto...?".

Malvilla es un gran tipo, mi Colomba. ¡Cómo habló la noche entera! Bailaba un rato, volvía a nuestra mesa y seguía sus pláticas para interrumpirlas con un nuevo baile. Bailó con una serie infinita de mujeres, tan infinita como las palabras que profería o que hacía proferir a otros contertulios que se acercaban un rato a nosotros. Exclamaba a cada rato:

—¡Tomar, tomar! ¡Qué lindo es tomar, mi amigo Borneov! No tienes nada, nada de nada en tu interior, estás vacío sin que asome ni un pequeño chiste a tu cabeza. El mundo te pesa y te pesa toneladas. Entonces contemplas tu copita ahí frente a ti. ¡En esa copita, Onofre, está la vida interior, tu vida que ahora tanto anhelas! La tomas, la miras a contraluz y la bebes.

¡Aparece, después del último sorbo, aparece la Última Vidente!

—Por ella —grité entusiasmado—, por ella, ¡bebamos un gran trago!

—Sí, por ella —contestó Malvilla—, por ella, la que está tras de la puerta de mi departamento, aquí cerca, en la calle de la Parroquia. Veo que tú te acordabas de ella, ñaté. Tú sabías que ella empleaba el medio de la copita para aparecer. Ahora me siento pletórico de últimas videntes que me inundan por todas partes. Pero..., cuidado, cuidado. Ronda por aquí el regimiento. ¡Saquémosle el cuerpo, Borneov! Es todo ñaté: sacarle el cuerpo. ¿No lo ves? ¿No lo oyes? La orden que imparte su comandante nos retumba por todos lados porque es una orden superior: ¡Divertirse, divertirse! Y nadie, nadie se divierte. Salvo algunos, pocos, muy pocos. ¿Veamos si hay alguno aquí que se divierta? Aquél, aquél se está divirtiendo que es un contento. Mira cómo canta al son de la orquesta y cómo abraza a esa muchacha que lo acompaña, lo acompaña profesionalmente en su diversión o divertimento. Y fíjate, amigo Borneoni, fíjate en la mala cara que les ponen los demás...

Le manifesté desde el otro mundo:

—Déjame pensar en ella, en Colomba.

Él respondió de inmediato y como elevándose a ese otro mundo:

—Colombus, Colombana, Colombina... Es ella, mi ñaté, el sitio sin regimiento; ella es la soledad.

—La soledad acompañada —insinué yo.

—No, no —me respondió—, la soledad absoluta; es decir, mi buen Onofrini, ¡algo horrible! Óyeme bien:

“La última vidente se estremece sólo de pensar en esta soledad. Como se estremecen todas estas pirimpollas que nos rodean con sólo tú mencionar esta soledad. ¿Todas? No, Borneovsky, no todas. Algunas se van de estos antros que abocan en los lupanares, se van y corren por las calles en busca de otra cosa que les reemplace la ausencia de estos antros. Al fin encuentran. ¿Sabes tú qué?

—No, no lo sé, Romualdini. ¿Qué encuentran?

—Un puesto de costureras...

Dijimos ambos entonces, casi llorando, Colomba, con la voz llena de sollozos que se precipitaban para salir:

—Coser... Coser... Siempre coser... Siempre... Siempre...

Malvilla me interrumpió en esta letanía. Me manifestó:

—Al fin, Onofrensky, de tanto coser... se aburren. Porque añoran allá lejos el ruido del jazz y la cara de los tipos que simulan divertirse. Se aburren y, un buen día, se matan...

“Entonces se presenta la Última Vidente que ha surgido tras de mi puerta y la Última Vidente llora, llora y llora.

Creo que fue en este momento, mi Colomba, cuando se presentó a nuestra mesa un nuevo amigo; Wenceslao Curacaví. Se abrazaron con Malvilla riendo a carcajadas. Venía con una de esas pirimpollas que frecuentan el San Lito. Nos la presentó: Fucsia Graneros.

—¿Qué bebes, Wenceslao? —preguntó Malvilla.

—Una cerveza me es suficiente —contestó Wenceslao.

—Nada más...? ¿Y usted, señorita Fucsia?

—Un gin con gin —respondió ella a media voz.

—¡Eso está bien! —gritó Malvilla—. Pero dime, Wenceslao, ¿por qué tan parco para beber tú que has sido el campeón de los campeones en materia de tragos?

Respondió éste:

-Tengo que pasar con cervezas, con cervecita, tú comprendes, la gran borrachera que anoche me pegué en Pompita. Tú debes acordarte muy bien de esa mona que cogí, ¿no es verdad, mi buena y querida Fucsia?

Ésta respondió:

-Sí.

-Habla Wenceslao, habla Curacaví.

Y él nos contó lo siguiente:

-¡El alcohol! Digan lo que digan, las sensaciones que él produce son dignas de ser sentidas. En el momento mismo en que somos víctimas de ellas pueden ser algo molestas. No lo dudo. Pero después... Recordarlas y nos reiremos de buena gana. ¡Qué de pensamientos incoherentes, qué intensidad y lucidez para el dolor, qué estupidez y falta de sentido para la alegría! ¿No es cierto?

Voy a referirles a ustedes la borrachera que tuve anoche. Pero, para elevar mi tono, ¡nada de cerveza! Me tomaría un buen oporto, un oporto doble o triple. Gracias, camareero. La cerveza, para otros. El oporto acompaña mejor.

Les decía a ustedes que cogí una borrachera anoche en Pompita. Pero antes de proseguir debo hacer un pequeño paréntesis, muy pequeño: Pompita, un balneario para todo el mundo, es para mí el manantial de mis gratos recuerdos. Ahí te conocí y te amé a ti, mi buena Fucsia Graneros. ¿Te acuerdas...? Sigamos contando mi noble borrachera de anoche.

Empezó con un bajativo en la cantina del hotel en que nos hospedábamos. Llegó un amigo..., pues bien, otro bajativo. Y, para bajar este último, un tercero que precisó, a su vez, ser bajado por un cuarto. ¡Cuatro copas! A un paso ya de la media docena... ¿y no llegar a ella? ¡Imposible! ¡Salud, salud! Henos pues en la media docena. No hubiéramos continuado a no ser que me vino el recuerdo de que siete habían sido los sabios de la Palestina. ¿De la Palestina? ¡No, no! Es que siempre había visto una relación asombrosa entre la absorción de alcohol y el olvido de la historia. En fin, siete habían sido los tales sabios y era natural, era lógico que siete fueran nuestras copas. Y ya con siete copas en el cuerpo, ¿quién impide la octava y la novena y la décima? Dios me hubiera librado si la décima hubiese sido la última. Pero, no. Seguimos y seguimos hasta que me sentí -he de confesarlo- verdaderamente mal, sin alegría, sin sensaciones ni nada. Sólo un malestar y una angustia en el estómago y mareos y vahídos en la cabeza.

Me escapé entonces de mi amigo para ir a reposar a mi cuarto. Tenía que atravesar el salón para llegar a él. Lo hice resueltamente. Mas apenas salvado el umbral me detuve. Ahora verán ustedes por qué:

Estaba todo a media luz. A la orilla de las paredes se veían unos bultos inmóviles y en el piano se explicaba un señor en medio del más religioso silencio.

¡Un concierto! -me dije. Con la más completa convicción me puse entonces a atravesar la sala en puntillas, pues en los conciertos hay que hacerlo así; y, como me acordé que a mí me gustaba mucho la música, en vez de seguir a mi cuarto, me senté en una de las ventanas del salón.

Largo rato estuve oyendo esas notas que surgían del viejo piano del hotel. No me daba cuenta a punto fijo si en realidad alguien tocaba o si era aquello una alucinación mía. No, no; están tocando sin duda. Pero ¿quién podrá ser?

Recordé de pronto que en Pompita se hallaba el grande, el inmenso compositor llamado *Stramuros*, el hombre que juega con todos los instrumentos musicales como un

niño juega con un trompo. Era, a no dudarlo, el propio Stramuros quien ahora se expresaba en el piano. Stramuros es ya hombre de edad, ya es un viejo. ¿Y qué importa? ¿No hay acaso niños prodigios? Justo es entonces que haya ancianos prodigios.

Me sonreí al fijarme que no había caído en ello desde el primer momento cuando ahora todo parecía evidenciar la presencia de dicho compositor ante el piano y —¡lo que es más!— la presencia del piano allí en el hotel de Pompita.

Puse entonces gran atención en la música en vista de la celebridad del ejecutante pero, no sé por qué, a cada instante me distraía, olvidaba música y todo y no pensaba más en nada.

De pronto se elevaba del salón un murmullo. Comprendía que el trozo ejecutado había tocado a su fin y que él había sido muy del gusto de todos esos bultos alineados en la paredes.

Entonces surgían algunas voces del murmullo general, voces de aprobación seguramente, que me hacían el efecto de una campanada. Una campanada... ¡qué ridiculez! Son ellos, los bultos que aprueban a Stramuros ahora convertido en eximio pianista. Pero a pesar de tal reflexión oía un “¡talán, talán!” y me reía con sólo la idea de una campana en medio del salón del hotel.

Volvió luego la música a vibrar y a rodar por el silencio. Se me repitió nuevamente el murmullo con sus respectivas campanas. Entonces aplaudí pues comprendí que no era propio no agregarme al entusiasmo de los bultos inmóviles.

Duraría esto largo rato hasta que vino a distraerme la presencia de una niña sentada también a la orilla de la pared y a quien, con gran estupefacción de mi parte, no había observado antes. Me pareció tan extraño que hubiese allí una niña que apenas pude creerlo. ¿Qué hace esa niña ahí? —me preguntaba. Y tenía que responderme: ¡Qué cosa más increíble, más estupenda que haya una niña allí! Pero después de todo, ¿qué hay de raro en ello? Y encontré que no podía ser más natural que allí se encontrase.

Mas había en eso algo curioso. A pesar de la penumbra distinguía que vestía una blusa blanca. Cuanto a las faldas, me era imposible descifrar el color porque los colores, me decía, se ven más o se ven menos según haya más o menos luz.

Ya aquí me engolfé, acurrucado en la ventana, a meditar sobre tan asombroso problema, el problema de los colores que han menester de la luz para ser vistos... ¿Han pensado ustedes en algo tan extraño? Y la niña de la blusa blanca y de las faldas de color incierto se me alejaba de pronto hasta borrarse de mi vista, mientras yo me aplicaba con mayor ahínco a descifrar mis ideas sobre el color.

Encontraba un sabor tan raro a esto de no poder recordar con toda tranquilidad las tan sabidas cosas sobre el colorido, que más me obstinaba en recordarlo. Pero apenas empezaban mis raciocinios cuando sentía a otro ser que me arrancaba de la cabeza mis ideas para colocarme otras muy distintas sobre las cuales no quería yo pensar y que, muy a pesar mío, tenía que masticar largo rato. Un sacudimiento bastaba. Me dije:

“¡Eh, fuera tales disparates! Iba en mis pensamientos en que hay una blusa blanca con unas faldas... (agucé mi vista) unas faldas ¡grises! ¡Dios mío! ¿Cómo me había pasado inadvertido ese gris? Quiere decir que han aumentado la luz puesto que veo tal color. No, la luz sigue siendo la misma. Lo que hay es que a esta luz corresponde verse el gris. Y por lo tanto, verse el azul horizonte y verse el cakí o sea verse los colores guerreros, los colores que salen al campo de batalla y se matan entre ellos. No los colores mismos sino los individuos que van disimulados bajo tales colores.

Tuve aquí un momento de olvido. Creí primero que me encontraba en un fundo lleno de bosques; luego, viajando por Europa; luego en una ciudad que algo tenía de San Agustín de Tango y algo de Madrid. Todo bailaba ante mis ojos; algunos bultos se alargaban hasta tomar dimensiones nunca vistas; otros se borraban envueltos en vapores que me hacían muecas espantosas. La música, el piano, cambiaba tanto su sonoridad que a veces semejaba unas terribles batallas o los gritos de cientos de chiquillos o el trinar de unas aves entre los árboles. Llegué a reírme en silencio al fijarme que los demás nada veían ni escuchaban de esta algarabía.

Pero, no. De pronto me dije:

"Pompita.

Me quedé atónito al pronunciar este nombre. Porque este nombre es el del manantial de mis más queridos recuerdos. Mis ojos se dirigieron entonces hacia la ventana vecina a la mía mientras el pianista tocaba unos acordes subterráneos y lóbregos. La ventana vecina...

Dime Fucsia, ¿la recuerdas? En esa ventana estuvimos sentados lado a lado una noche como la de ayer, hace ya de esto tres años largos, larguísimos...

Creo que me dormí. Tú, Fucsia, me apretaste la mano. Ello me hizo volver en mí.

El concierto había terminado; la gente se retiraba y las luces volvían a brillar como de costumbre. Te tomé por la cintura y te llevé a un rincón. Recuerdo que te dije:

—¡Fucsia, Fucsia! ¡Cuánto te quiero, amor mío!

Pero me detuve unos instantes. Algo andaba mal. Me pregunté:

"¿En qué momento habías llegado tú a mi lado, Fucsia? ¿Por qué ahora me acompañabas para llevarme a nuestro cuarto?"

No lo sé como anoche tampoco lo supe. Debo haber llegado a ese cuarto nuestro y en él me dormí sin posarme ni una pregunta más, dormí el sueño de los bienaventurados.

¡Sí, sí! ¡Los bienaventurados! Quería tomar cerveza. ¡No! Es mejor beber este oporto en cantidades desmesuradas. Así tal vez recuerde el momento en que tú, Fucsia, llegaste a mi lado anoche en la ventana del hotel de Pompita.

Colomba, así habló Wenceslao Curacaví. Esto fue lo que oyó, desde muy lejos, Fucsia Graneros. Esto fue lo que no oyó sino a medias, el bueno de Malvilla. Pues Malvilla pasaba su mayor tiempo bailando como un desenfrenado. Esto fue lo que oí yo, mi Colomba. Después de oírlo no recuerdo más nada. Sólo aparecen en mi memoria algunas frases dichas por Romualdo. O eran frases dictadas por los tragos que bebía. No, no. Eran de Malvilla. Voy a repetírtelas. Es necesario que ellas salgan de mí para poder estar a tu lado puro, sin pasado, para poder alcanzar ese DINTEL que tú me has hecho vislumbrar.

Wenceslao había hecho alusión a la guerra, ¿lo recuerdas?, al referirse a los colores guerreros. Ahora yo caía a la guerra.

La orquesta tocaba cantos napolitanos. Ya las mujercuelas se habían sentado y oían esos cantos. Yo, Colomba, pienso emocionado en formidables guerras entre los anglo-germanos y los latinos. Porque creo tener un alma de latino. Y Malvilla también la tiene.

—¿No es verdad, Romualdo que tú tienes un alma de latino?

—Sí —me responde—, sí, un alma de latino. Todos juntos y unidos formamos la potencia de esta alma. ¡Bebamos por esta alma, bebamos hasta que allá, en mi casa, se asome la Última Vidente! Ella me espera para darme un poquitín de coca, de nieve. Ella siempre tiene de esta coca, siempre... que yo llegue hasta sus pies sin poder sostenerme en estos pies.

Y Malvilla habló de esta guerra. Yo también hablé. Ambos hablamos de ella. Óyeme, Colomba:

Ambos éramos un héroe formidable. No sé si él o yo. Pero lo éramos ambos. Un héroe que levanta en los pueblos el lazo de unión que estos pueblos ignoran cegados por el pequeño y reducido patriotismo.

El patriotismo... Me lo echaban tanto en cara porque no lo sentía. Es decir, Colomba, porque él, Malvilla, no lo sentía. Ahora, vean, vean. Él siente, en cambio, ¡la raza! Y yo también la siento. Ambos la sentimos: ¡la raza! ¡¡la raza!!

Es el canto napolitano el que nos hace sentir esta raza. Yo quería precisar lo que ella era; mas no lo lograba.

¿Qué importa, Colomba, no lograr precisar este sentimiento de la raza? Yo, en mi fondo, lo sabía. Y San Agustín pasó como una flecha por mi mente. Tomé a Malvilla de un brazo y le murmuré:

Si nadie me lo pregunta, lo sé; mas si quiero explicarlo, ya no lo sé.

Esta frase siempre la repito, mi Colomba. Ella es como un Norte en mi existencia. Pero yo te contaba lo que compartíamos con Romualdo allá en el San Lito en medio de unas nebulosas que a veces se disipaban y a veces se oscurecían hasta la totalidad.

Allá en el San Lito el canto napolitano nos hacía sentir esta raza. ¡Ello basta!

Y una chica, una cabrita, como decimos aquí, cantaba, seguía el canto de la orquesta. A los acordes que ella entonaba, la guerra desapareció de mi cerebro y, creo, también del cerebro de Malvilla. Porque me explicaba convencido:

—No hay que hacerse jamás ningún proyecto, jamás. No hay que hacérselos porque ellos fracasan, fracasan irremediabilmente.

—Así es —le contesté yo—, ¡Oh, mi Romualdini, si supieras tú las veces que he jurado no beber más! Por cada vez que lo juro hay una borrachera en perspectiva.

—Pero, ñaté —me afirmó—, hay que hacerse proyectos. ¡Ellos son nuestra liberación! ¡Ellos son nuestra salvación! Porque si no se hicieran... ¡Ah, Borneovsky, querría decir que nuestra vida se ha estancado. ¡Siempre un proyecto, siempre! En los proyectos hay un anhelo. Sin anhelos... ¿qué haríamos?

Malvilla bailó un baile cualquiera. Lo bailó con una de las tantas mujerzuelas que allí había. Wenceslao ya no estaba con nosotros como tampoco estaba Fucsia Graneros. Cuando volvieron a nuestra mesa le pregunté a esta compañera de Malvilla:

—¿Le gusta bailar?

Ella rió con una potente carcajada y me contestó:

—¡Oh, eso depende de la dependeduría...!

—Por la dependeduría, mi ñatita, voy a decirles a ustedes una cosa importantísima —gritó Malvilla—, importantísima. ¿Me han oído? La borrachera, sin la última vidente, es una muy rápida sucesión de ideas. Con ella, con mi última vidente, es la calma y la paz supremas, como lo es para ti, m'hijo querido, esa Colombina que se esconde donde tú, nadie más que tú puedes encontrarla. ¡Una sucesión de ideas! Pero uno, más lerdo que esta sucesión, se aferra a la primera idea que ha expuesto. Se aferra y se aferra. Ella es atropellada por esta serie infernal. ¡Nada! Yo me voy a un rincón cuando esto me acontece y allí, es ese rincón, pido otro trago y luego bailo a gran velocidad. Cuestión de dejar atrás a esa terrible idea que se aferraba a mí. ¡La dejo por fin! ¡La dejo! ¿No es así, ñatita linda?

Esta ñatita linda volvió a prorrumper con una nueva carcajada y exclamó:

—¡Oh, eso depende de la dependeduría...!

Malvilla, muy serio entonces, se acomodó en su silla y, en tono confidencial, me explicó:

—Ñaté, el alcohol y todos los estupefacientes nos llevan a los umbrales de otros mundos. A veces, a mí, me hacen penetrar en ellos. Otras veces se niegan, sí, m'hijo querido, se niegan. Ante esta negativa vienen las borracheras rabiosas, histéricas. Nos enojamos... ¿Contra quién nos enojamos? Ñaté, nos enojamos contra ese mundo que se oculta y, como estamos desconectados de él, embestimos en contra de lo primero que encontramos. ¡Esas son las peleas y las furias de los ebrios!

La oscuridad se precipitó sobre mí. Creo que todos bailaban o algunos bailaban al son de los cantos napolitanos o de otra música cualquiera.

Yo te recordaba, mi Colomba, yo te llamaba y mi llamado se iba, revoloteaba un poco sobre mí y volvía a su sitio de origen, es decir, volvía a mí, a mí, a mí.

Al fin pude decir a Malvilla:

—Vamos, vamos, Malvillosky. Quiero ver a esa Última Vidente. Quiero que un poco de nieve inunde mis narices. ¡Vamos, vamos y vamos hacia ella, hacia la nieve de tu Última Vidente!

Un momento, o un siglo después, estábamos en la calle de la Parroquia. ¡Coca! Es decir, ¡paz!

Malvilla me dijo:

—Mientras estábamos allá en el San Lito pensé muy lindas, muy preciosas cosas. Deben haber quedado allá porque ahora nada hay en mí. Las he olvidado para siempre, para siempre...

Pregunté:

—¿Qué puede importarte que esas cosas hayan quedado allá? ¿Qué más te da? Esas cosas no se irán, mi Romualdini. Estén donde estén, esas cosas hacen bien en estar ahí donde están.

—¿Qué crees tú de eso, Rosendo Paine? —preguntó Malvilla.

Porque allí estaba Rosendo Paine aparecido súbitamente, acaso aparecido de los pliegues de las faldas de la Última Vidente. Nos miró unos instantes y dijo:

—Romualdo, dame un poco de coca. Quiero dilucidar un problema que me acosa y la nieve me ayudará a ello.

Colomba, Rosendo estaba con nosotros. No sé dónde ni en qué momento apareció pero ahí estaba. Tal vez lo hemos encontrado al venir a casa de Malvilla. Ahora aquí está y somos, por lo tanto, tres los que sumidos en anchos sillones esperamos que él nos hable de esos problemas que lo acosan.

—¿Qué problema quieres dilucidar, Rosendovsky?

Rosendo respondió:

—Saber qué es mejor: las mujeres con pasado o las mujeres sin pasado; las castas y puras o las ya vividas en todos, todos los ambientes.

Malvilla profirió:

—¡Me cargan las castas y puras! Yo amo las mujeres cuyo pasado esté lleno, repleto de las más extravagantes aventuras.

Rosendo observó:

—Las mujeres sin pasado son como un bosque sin pajaritos.

Yo creí intervenir:

—O como un auto sin neumáticos.

Y Malvilla:

—O como un vaso sin trago.

Y Rosendo:

—¡Es claro! Yo amo el pasado en las mujeres. Una mujer sin pasado me hace el efecto de un lápiz sin punta.

Y Malvilla:

—O el efecto de un paraguas sin lluvia.

Y yo:

—O de una aguja sin hilo.

A lo que ambos me corrigieron:

—No, por Dios, Onofre; deberías haber dicho “como un hilo sin aguja”.

Agregué entonces:

—Quise decir como un Colón sin América.

Pero Rosendo me advirtió:

—Eso es de Dostoievski. Por lo que veo, tú eres un plagiaro y nada más que un plagiaro.

—Entonces, para ahuyentar esos plagios, ¡un poco de coca y un poco de trago! —propuso Malvilla.

—¡Venga coca y trago —gritamos ambos, Rosendo y yo.

Y vino un trago y luego respiramos coca. Entonces Romualdo nos pidió silencio aunque ninguno de nosotros hablábamos ni una palabra más. Con un gesto se lo otorgamos. Y habló Romualdo, con lentitud:

—¡No crean ustedes que el cabaré San Lito, como el cabaré de Las Tres Chimeneas, es un lugar albergador de juerguistas y borrachines! En estos censos que a menudo me veo obligado a hacer, debido a mi profesión de contemplador de la vida, puedo asegurar que esos cabarés en nada se aminoran ante el Convento de los Jerónimos o ante la Ulpif. Porque cada cabaré tiene varios otros cabarés dentro de ellos mismos; sí, mis amigos, los tiene a montones intelectual y espiritualmente hablando.

“Hay una manera de hablar que debo explicar. Al nombrar un cabaré no me refiero únicamente al sitio que ocupan sino que me refiero a todos los lugares y personas en que el espíritu que en ellos predomina se manifiesta como el espíritu principal y domina. Para mí, decir San Lito es, por ejemplo, decir Las Tres Chimeneas, o decir el Bar Andilla o el Bar Celona; o es referirse al dancing de las Tres Chimeneas; no a esas otras salas donde la gente se insulta o llora sus desdichas. Es como referirse a la casa de las citas clandestinas. Es todo aquello que desparrama la lujuria, el vicio, el ansia incontenible de vivir agitándose u olvidando o rompiendo moldes; acarree esta rotura un goce o un dolor.

“Los bares y la Taberna de los Descalzos son los primeros pasos hacia la gran lujuria. Son la Oficina Central. Se va a un bar, se va a la Taberna en busca de un dato para seguir por la noche en plena lujuria. Se obtiene este dato y... ¡adelante! ¿Quién da este dato? Este dato se da solo, solo, sin que nadie lo pronuncie. Pasa una mujercita y ustedes la miran de alto a bajo. Y de pronto han comprendido que esos pies que caminaban sólo servían para llenar y dar vida a los zapatitos de altos tacones.

“Y junto con comprenderlo brilla allá, al frente, un grande y reluciente aviso luminoso que dice: “Cabaré - Cabaré - Cabaré...”.

Malvilla siguió hablando, charlando sin cesar. Su voz me sonaba como un lejano rata-

plán que se acercaba y se alejaba. Esto me hizo recordar al amigo recién conocido, a Wenceslao Curacaví y a su mujer Fucsia Graneros. ¿Recuerdas tú mi Colomba? Cuando aquellos bultos de las paredes del hotel de Pompita se agigantaban y se empequeñecían...

Dije "Colomba". El sueño me invadía. Me retiré. Estaba feliz porque la coca me hizo ver que es sólo a tu lado, Colomba, donde puedo encontrar una dicha duradera y estable.

Ya en cama me arrebuñé y respiré el silencio que me envolvía. Repetí infinidad de veces tu nombre sagrado:

Colomba, Colomba, Colomba...

10

¡Me voy, me voy a verte mi Colomba!

Me he desorientado aquí en la superficie. Siento una profunda añoranza por la serena placidez que tú derramas en torno tuyo. A ella iré. Porque no puedo seguir así, tirado de un lado a otro, subiendo a grandes alturas para luego caer en precipicios y, como un loco, escapando de esa neurastenia que me asecha a todo momento.

¡Me voy a tu lado, Colomba, me voy!

Ahora gira por mi mente la noche pasada con Malvilla en el San Lito; la alegría y los chistes de Desiderio Longotoma; los tan sabios consejos del doctor Hualañé; la Zambafusa de Eusebio Palena; mi charla musical con Silvestre Tongoy; todo ello gira y gira en mi mente.

Necesito paz, necesito estar conmigo mismo y olvidar aquello que rueda aquí, aquí, en esto que llamamos superficie. Necesito estar allá; necesito estar a tu lado, como al fin lo estoy, mi Colomba querida.

El viaje fue largo y fue pesado. Creía, a veces, que el avión no se movía. Cada cuarto de hora era interminable. Felizmente no venía solo; venía con Lorenzo Angol y con Rubén de Loa. Mi permanencia en la superficie, en la verdadera superficie que es para mí San Agustín de Tango, se borraba muy lentamente. Recordaba a mi amigo Florencio Naltagua y él era suplantado por el estrépito de las demás personas.

Por fin aterrizamos en el aeródromo de Temuco. Luego Lorenzo se nos separó pues quería seguir hacia el volcán Llaima y para ello le era menester informarse de una serie de cosas. Rubén y yo nos dirigimos a vagar por la ciudad de Temuco y, naturalmente, fuimos al Hotel de la Frontera, a ver ese famoso fresco pintado por Pedro Lobos y que tanto sirvió para hacer hablar a Rubén.

Allí estaba y, me pareció, aburrido con el ajetreo de la gente que va y viene sin percibirlo. Es verdad, mi Colomba, Rubén tiene razón al alabarlo desde el punto de vista que él toma para verlo. Es otra manera de considerar la pintura. Yo jamás lo habría pensado pero tuve que evidenciar la justeza de esta manera. Miré mucho, mucho aquel fresco. Sentí que tenía otro punto de vista para juzgar y que este punto de vista abarcaba a miles y miles de obras anónimas que se hacen por todas partes y que luego se pierden en medio del vacío que les producen los altos sapientes de las obras plásticas.

Luego pasamos al bar, luego caminamos por las calles, estuvimos sentados en los bancos de la plaza, tomamos un café, fuimos a visitar la Librería Alemana y en ella Rubén compró algunos libros sobre arte, en fin, Colomba, vagamos y mucho charlamos.

«Luego seguimos viaje a Quintrilpe. Es éste un gran fundo cercano a la cordillera. Allí nos hospedamos varios días. La calma volvió un poco en mí. Quintrilpe es un rincón donde mucho trabajo y donde dejo que en mí se recapitulen los buenos momentos que he pasado contigo y los buenos momentos que he pasado con amigos de la calidad de Rubén de Loá. También vienen a mi memoria amigos como Florencio Naltagua y Lorenzo Angol y todos éstos que tú me has oído citar con bastante veneración.

Voy a hacerte un resumen, mi Colomba, de lo que recuerdo que me habló Rubén. Puede ello haber sido en Temuco como en el fundo de que te hablo. No importa. Son sus palabras y, te aseguro, él estaba todo el tiempo encantado al tocar la naturaleza que ya empezaba a llenarse de los colores del otoño vecino.

Me dijo Rubén:

—¿Me atrevería yo a hacer un fresco como ese del Hotel de la Frontera? Creo que no. Porque una idea me asaltaría de inmediato:

—¿Va a gustar? ¿O no va a gustar?

Y esta idea es casi imposible arrancarla de nuestra mente cuando se han tenido tantos años de convivencia con los grandes del arte, esos grandes que pintan para el público que ellos desprecian.

Fíjate, Onofre, que la plebe pide que un cuadro guste, pide que esté cerca de los conceptos que ella entrevé en las alturas del gran arte. La plebe necesita su alimento, necesita un buen entretenimiento.

Jamás se fija ni puede fijarse en que un pintor ha de pasar por todas las etapas. ¿Por qué?

Onofre, porque parten de la base, parten inconscientemente, que sólo existe una sola vida, que el hombre es un destello que ha brillado algunos instantes y que desaparece para siempre una vez que ha muerto.

Así pues, no hay que pasar por todas partes, no hay que escudriñar los rincones que los grandes del arte han desechado. Hay que agotar todo en esta vida, todo, todo. Entonces pintan así, para ese total que forma la plebe, pintan rápidamente; o escriben; o esculpen. Hacen obra para el momento mismo.

Ahora poco alterno en los movimientos artísticos. Ahora estoy en un momento de trabajo. Yo puedo arreglar muy bien mi vida alternando mi actividad: un período frecuentando a los compañeros de arte, hablando y discutiendo con ellos; otro período encerrado en mi taller trabajando.

En estos períodos no veo a casi nadie. Claro está que Macario me visita a cualquier momento con Mamerto Masatierra. Macario me refresca, me lava de mis propias preocupaciones. Pero alternar con los pintores es otra cosa.

Ahora veo que se acerca una época de trabajo. Ahora miraré mucho esta naturaleza pero la miraré buscando por el suelo las bellezas que encierra. ¡Los guijarros, Onofre! Llévame a algún sitio que sea de tu agrado. Caminemos.

¡Qué lindo día hace ahora! Sol, luz. Allá veo los primeros indicios del otoño que se aproxima. Esas hojas amarillentas y esas otras medio rojizas. Aquí es el verde el soberano, el verde que raya en el negro. Un bosque, un pequeño bosque. ¡Qué calma!

Y ve, Onofre, ve esos azules, transparentes como si fueran trozos caídos del cielo. Brillan con una nota de agua en medio de los verdes que los ahogan.

¡Aaah, ya veo! Es una puerta, una tranquera que da entrada al bosque. Entorna, entrecierra un tanto tus ojos. Así, eso es. Y contempla los azules celestes de aquella tranquera.

Únelos con los verdes negros de la sombra y con los verdes amarillos que el Sol alumbraba. ¿Lo ves? Ahora podrás decir que has penetrado en el reino de los azules. Los azules que se irán. Los azules que se perderán hasta... ¿hasta cuándo, Onofre? No, no será larga su ausencia. En el próximo mes de marzo, a principios de abril, a más tardar, volverán.

No puedo olvidarme que de cien personas que pasan por aquí y ven esos azules flotando sobre el color de la madera, hay, por lo menos, noventa y nueve que nada ven, que ven el color de la madera por encima de ese azul que en ella flota.

¡Mira estos guijarros, Onofre! ¿No te hablan ellos de nuestro amigo Anacleto Ibacche? Él pasaba horas y horas contemplándolos. Les pedía, acaso, el pasaporte para el otro mundo. Porque hay que ver qué coloridos tienen, qué finezas de tonos, de matices... En cada uno de ellos, estoy cierto, reposa el alma de alguien que ya no está con nosotros.

Mi madre... En esos matices tú has de estar, madre mía.

Le mostré, una vez, un guijarro coloreado a Zócimo Taltal. No conseguí que bajara sus ojos hasta él. Taltal me miraba a mí con un gran signo de interrogación que trataba de perforarme. Pronto discutimos sobre arte, sobre épocas pasadas. ¡Qué hablar tanto este Taltal! Barajaba a Miguel Angel y a Leonardo como un jugador baraja las cartas que tiene en mano. Yo, naturalmente, callé e hice lo posible por mostrarme interesado en su labia inagotable. Al fin me preguntó.

—¿Cuál de ambos considera usted que es mejor? ¿O Miguel Angel o Leonardo?

Le contesté:

—Prefiero a Miguel Angel en los 1.500 metros planos, sin obstáculos. En los obstáculos, prefiero a Leonardo.

—Usted bromea, Rubén, y no se percata de la seriedad de mi interrogación.

Luego nos separamos. Y mi mente se fue a otras partes.

Pensaba yo en esto de la sensibilidad. Tú sabes que en ella mucha gente pone el quid de la comprensión artística. Dicen que, para apreciar las artes, todo es cuestión de sensibilidad. Lo dicen y repiten tanto que el instrumento que aprecia, es decir, la sensibilidad, pasa a confundirse con el objeto que debe apreciarse, o sea el arte. Llega, pues, casi a desaparecer aquello que debe ser apreciado ante aquello que lo aprecia. Desaparece el arte y todo se radica en la sensibilidad. El medio mata al fin. Es como olvidar la astronomía por el estudio del telescopio. Los "sensibles", en una exposición o en un concierto, me hacen el efecto de una serie de hombres provistos de los mejores telescopios y que ignoran totalmente los principios elementales de la astronomía.

La naturaleza se deshace, se escabulle, se hace alucinante para quien quiera mirarla desde el ángulo de la verdad. La materia se esfuma, las relaciones de luz y de volumen son simples y engañosas apariencias. Cada rincón es un comienzo de misterio con su solución lejanísima. El mundo objetivo entero se ha cerrado diciendo que hay que encontrar otra solución para seguir indagando lo que encierra. Por el momento el problema no está fuera, en lo que se mira; sino dentro, en uno mismo, en el ángulo de visión que hay que encontrar para desentrañar otra verdad de lo de fuera.

Ya es de noche, mi Colomba. He pasado un buen día con Rubén oyéndolo hablar y conjeturar sobre miles de aspectos del arte. Estamos ahora en el living de las casas de Quintrilpe. Rubén ha puesto un disco en el fonógrafo. Yo miro un cuaderno cualquiera, un cuaderno viejo que he encontrado por ahí. Es uno de esos cuadernos borradores con una carabela en su tapa y un mapa de Chile en la tapa trasera.

Veo de pronto, al mirar el mapa, las ciudades con vida y veo la gente que en ellas

circula. Ya es de noche, Colomba. Estamos rodeados de silencio. Veo este silencio como si fuera otra persona que aquí estuviera con nosotros. Veo la desolación de eso que tan fríamente hacemos en un plano. Porque la verdad es..., es... ¿Qué es la verdad? La verdad es.

Vuelve el silencio que trae entretejido la música que ha puesto Rubén. Como esos maderos que vimos en la tranquera y que traían entretejidos un azul de las aguas. Oigo algunas frases de gente perdida allá en la soledad. Se ven las luces de una ciudad. Y en ella hay tipos ebrios que gritan y que irán a remoler. Van a remoler. ¡Qué calma en ese horror que el mapa me refleja!

Es un puerto. Hay un buque. Allá hay otro puerto. Y yo los veo a ambos simultáneamente... ¿Es posible? La gente de ellos se ignora. Como ignoraba al buque que levanta anclas acompañando con las cadenas del ancla esos sueños en ciernes, sueños apenas que tienen los marineros. ¡Las olas, las olas! Oigo el ruido del agua. Allá en el puerto ha quedado una mujer. Los tipos fueron de juerga. Y la cordillera sigue meditando en el silencio de sus picachos inmóviles. El fonógrafo canta:

Ella fue como un suspiro
Que Dios lo cortó...

Navega siempre el barco por la oscuridad. Y un hombre solo a caballo va por los senderos montañosos. ¿En qué piensa este hombre solo con su caballo?

No piensa en nada, nada. Piensa en mañana, en la Domitila, en lo que comerá, en el trago que va a beber. Nada más. Su pensamiento está circunscrito a una pequeña esfera, esferita, esferitita.

El barco sigue hablando otro idioma que yo no comprendo. El tren pitea. Y sigue. ¡Oh, qué aburrimiento!

No sabrán jamás que están unidos, que son todos ellos: ¡un mismo momento!

Como yo aquí, apoyado en el mapa, los veo.

El mapa se desborda, sale y abarca el mundo entero.

No sé si es demasiada locura o si es una calma mortífera. Yo estoy aquí en mi cama. Ahí está Quíntrilpe y La Cantera y Lo Gay y La Torcaza y Curihue... Cada persona siguiendo su propio ideal como un loco. Otros ya duermen. Entonces algo sigue viviendo en ellos. Las puntas de esa vida las ven en sus sueños. Sus sueños que siguen su vida aparte. Ellos han visto esas puntas y nada más.

Suena la música:

Una noche muy cruda de invierno
A langosta lo vieron pasar...

Yo voy caminando con Rubén de Loa en un pasado mío, un pasado nuestro. Me veo. Vemos en silencio. Caminamos por una noche muy oscura. Suena una música. Nosotros seguimos. Estamos en Santiago, en San Agustín de Tango, en París, en Buenos Aires, en todas las partes posibles en que se puede estar.

Ahora estoy en la cumbre del volcán Llama. Lo veo como una puerta que, al abrirse, me ha de llevar a las profundidades de la Tierra. Ahí te encontraré y me inclinaré ante tu altísima sapienza.

Hay nieve a mi alrededor y hace frío. Una columna de humo se levanta del cráter. Me siento, hasta cierto punto, solo. En mi mente todo da vueltas. Miro para un lado y otro. Aquello es el fundo de Quintrilpe; allá es Temuco; este volcán que se alza aquí cerca es el Villa Rica; del otro lado veo el Lonquimay que ha sido el desvelo de Baldomero; allá se ve el Tolhuaca. Y un punto negro avanza hacia mí por la nieve. Ese punto me saluda. Contesto. El punto, convertido ya en un hombre apuesto, está a mi lado y sonríe amablemente. Me alarga su diestra, e inclinándose, murmura con todo afecto:

—Palemón de Costamota, servidor de usted.

Yo respondo de inmediato al estrecharle su mano:

—Onofre Borneo, un servidor más.

—Hermosa vista —asegura al mostrarme con un gran gesto los alrededores que se despliegan a nuestros pies.

—En verdad es hermosísima —contesto.

—Mas aquí en las profundidades, ella es más hermosa aún.

—Nunca lo he puesto en duda; prueba de ello es que aquí estoy camino hacia esas profundidades.

Y pasó junto a nosotros una música que semejaba una marcha. Nadie la ejecutaba pero era claramente audible. La música avanzó hacia el cráter y allí, parece, se detuvo tocando siempre.

—¿Deseáis, acaso, que la sigamos? —fue su pregunta.

—Por supuesto —fue mi respuesta.

Ambos, entonces, dulcemente, nos introdujimos por las asperezas del cráter y nos sentimos envueltos de un humo azufrado.

La música sonó con mayores ímpetus mientras bajaba. Nosotros, de atrás, la seguíamos llevando la medida.

¡Adiós mundo de la superficie! Iba, claro está, con Palemón de Costamota. Pero ya vendría el momento de desembarazarse de él y poder seguir hasta el sitio en que tú, mi Colomba, sé que me esperas.

Al cabo de un buen rato me sentí algo cansado. Se lo hice saber a mi compañero. Él contestó sin tardanza:

—¿Cansado? Hay un solo remedio para el cansancio: reposar. Por lo tanto, si no veis inconveniente en ello, reposemos. Así, mientras reposamos, podremos seguir nuestra charla ya tantas veces interrumpida. ¿No lo creéis?

—Por cierto —respondí de inmediato.

Y ambos nos alargamos sobre grandes, sobre larguísimas hamacas que se presentaron ante nuestros ojos.

Voy, pues, a narrarte, Colomba, la charla que allí tuvimos ambos. El hilo de una conversación hizo su papel sin que yo logre cogerlo debidamente. Pasábamos de un tema a otro sin ilación alguna pero todos nuestros temas estaban bien hilados. Recuerdo, eso sí, el comienzo de nuestra charla. Después seguiré con ella hasta donde mis recuerdos me lo permitan. Fue así:

PALEMÓN: Nuestra amistad habíase enfriado un tanto. Hay que caldearla nuevamente hasta avectarla al rojo. Por eso os dije: "servidor de usted" cuando os alargué la mano. Debí haber dicho: "vuestro servidor". Este "usted" que os dije es ya una brasa que ha venido a reconfortarnos. ¿No lo creéis así?

Yo: Podéis decirme como vos queráis; puede usted decirme como usted quiera; puedes decirme como tú quieras. Ello me es perfectamente igual.

PALEMÓN: Opto por el "vos" y no olvidemos aquella brasa que os lancé al saludaros.

Yo: Yo opto por el "usted" pues tal ha sido mi costumbre.

PALEMÓN: Venga esa mano.

Yo: Aquí va esa mano.

PALEMÓN: En la superficie hay dos seres. El uno se apoda: Juan Emar; el otro se apoda: Onofre Borneo. Es ése el error que os hace cometer vuestra visión. Porque hay uno solo, nada más que uno solo. ¿Cuál? Aquel que discute, aquel que opina, aquel que convive con sus grandes amigos, aquel que va de juerga con Malvilla; éste que ahora reposa a mi lado y con el que tengo el alto honor de conversar. Juan Emar son meras intenciones lucubradas por una mente que no se halla muy segura de sí misma. En cambio Onofre Borneo es el genuino representante de los hombres todos. Onofre Borneo es mi amigo. Obraré sobre él hasta destruir los ímpetus de ese que apodáis Juan Emar.

Yo: Tendrá usted la amabilidad de avisarme el día que haya destruido esos ímpetus.

PALEMÓN: Necesito vuestra noble colaboración.

Yo: Déjeme usted en paz y hablemos de otras cosas.

PALEMÓN: Hablemos de mis gratos colaboradores, hablemos de los frailes. Decidme, caro amigo: ¿Os gusta el color negro? Os lo pregunto porque es un lindo color cuando acompaña las prácticas de la Magia. La Magia Negra es una gran cosa. Los frailes la empiezan asegurando a los fieles: "Hay una vida y nada más; se nace, se muere y es todo; o el cielo o el infierno". ¿Qué podrán pensar esos fieles? La respuesta es obvia, la oigo desde aquí: "¡Apresurémonos!". Y en este apresuramiento se puede exigir algo, algo. Mi colaborador lo da: sumisión a la voluntad de aquello que llaman, y con mucha razón, "omnipotente". Porque soy omnipotente, mi buen amigo.

Yo: No lo dudo. Sin embargo me parece bastante elemental esta manera de proceder. Claro está: el fraile da y da y ¡santas paces! Pero entre aquellos que lo escuchan bien puede haber un hombre que piense un poco más y vea la demasiada sencillez de los argumentos de los frailes.

PALEMÓN: Sí, puede haber un hombre que piense un poco más. Como pensáis vos, mi buen amigo, como piensa aquel réprobo de Florencio Naltagua, como piensan algunos más. Pero decidme, mi amigo: ¿qué ganan ellos con pensar así? Sus pensamientos quedan en sus propios cráneos y es obvio que no serán escuchados por la gran masa, la enorme masa. Es sobre esta masa sobre la que yo trabajo. Pues yo soy el juicio en todo aquí.

Yo pensaba en ti, mi Colomba. Encontraba que este descendimiento hacia tus dominios se hacía con suma lentitud. Sin poder más pregunté a Palemón:

Yo: ¿A qué profundidad estaremos aquí?

PALEMÓN: Por lo muy menos a unos 25 ó 30 mil metros. Os queda aún un gran trayecto por recorrer. Felizmente, digo yo, encontraréis algunos amigotes y amigotas que se han metido para estos antros sin ni siquiera darme los buenos días.

YO: Dígame, Palemón, ¿qué hace usted aquí? Es la segunda vez que vengo y es también la segunda vez que me encuentro con usted. Yo creía que sus dominios estarían más bien en la superficie y no en estas soledades.

PALEMÓN: ¿Soledades?; habéis dicho "soledades". No; esto está poblado como el más poblado de los parajes de allá, de allá arriba, de la superficie. Mi tarea es vigilar a esta población.

YO: No la veo a esta población de que usted habla.

PALEMÓN: ¡Hela aquí!

Y Palemón de Costamota me indicó los inmensos muros de piedra que se extendían alrededor nuestro hasta pérdida de vista. Muros silenciosos como un anticipo a aquel silencio que pronto encontraría yo al verme con Colomba.

YO: Me refería, Palemón, a seres, ¿me entiende usted?, a seres humanos o a almas de seres, a almas errantes.

PALEMÓN: Todo es vivo, habréis de saberlo. Mirad ese hueco en las piedras. Es un hueco reservado, sí, reservado para el día en que vuestro amigo Ascanio Viluco deje de existir. Porque a él lo volveré un trozo de granito y allí, en ese hueco, lo incrustaré. ¡Ah, podrá ser visto y hasta palpado por aquella mujer que se llama Teodosia Huelén. Y más allá hay otro hueco que tenía reservado y que ahora me parece... Lorenzo Angol... No creo que lo lograré. Lorenzo es la lucha difícil, ardua que tengo. En vano lucho; él se me escapa siempre. Lo distraigo con mujeres y más mujeres, ¿Recordáis a esa que él llamó Berguibenda? ¿La hija de un Jefe de Estación? Lorenzo la miró y vio sus lindas piernas. Y ella desapareció. De pronto le cae una desgracia, una terrible desgracia. Me refiero a la muerte de Lumba Corintia. Yo pensé que el momento había llegado de traerlo hacia mi lado. No, mi buen amigo, ese momento no había llegado aún. Por ahí se cernía Benilde Panilonco. Esto aproveché para sustraerle sus famosas *Cavilaciones*.

YO: ¿Sustraérselas, ha dicho usted? ¡Si las tengo yo, yo! En el cajón de mi escritorio, allá en Fray Tomate.

PALEMÓN: Pero él las ha olvidado.

YO: Yo las haré revivir.

PALEMÓN: Pero él las ha olvidado. ¡Eh, dejemos a Lorenzo! Que se hunda en el hastío que busca. Pues la dicha, la alta dicha no les es dado encontrarla a ellos, los del otro lado. Sólo yo la tengo y la doy. La doy, la doy a los bienaventurados que a mí se acercan. Como cierta vez se acercó Fray Palomo de la Ojiva; se acercó con gesto humilde. Mas yo algo vi entre los pliegues de su sotana. ¿Qué vi? Vi nada menos que la catedral, sí, la catedral de San Agustín de Tango vista por los ojos llenos de lascivia de Fray Palomo. Imaginad en vuestra mente la silueta de la catedral. ¿Veis su torre, la gran torre que se eleva? Ahora ved cómo las piedras que la forman se doblan, se mueven, aquí se hunden, allá se alargan y redondean. Ved lo que ahora es esa torre. ¿Lo habéis visto?

YO: Es el cuerpo desnudo de una doncella. Sí, veo sus senos erectos, veo su vientre huido. Pero su rostro no lo veo. Se pierde y se entrega a la cruz que hay en el extremo. Ese extremo está inmóvil, está mudo mientras brama de lascivia el resto de la torre. Inmóvil..., mudo... Está como tú estás, mi Colomba, allá en el fondo, allá donde ahora lentamente me dirijo.

PALEMÓN: Sois un hombre que corre tras su perdición. Amáis lo que no es natural a

vuestra constitución de hombre. ¿Puede ser natural bajar y bajar aquí en la Tierra para, al fin, encontrarse con Colomba, la reina del mortal hastío? Decidme, amigo, ¿puede ello ser natural?

Yo: Deje usted, Palemón, a cada cual hacer según le dicte su conciencia. Tal vez me siento bien con ese hastío de que hace usted mención.

PALEMÓN: Os dejo, caballero mío, os dejo. Pronto amaréis los baños en piscinas y, en general, los baños en agua fría, helada. Es el afán de encontrar placer en lo antinatural. Os alejáis de lo natural para aclimataros a lo que es la naturalidad misma que yo doy. Es el gran placer en lo que llamáis EL MAL. ¿Por qué un nombre semejante? Esa Colomba os hastiará, mi enorme caballero y gran amigo. Pues ella os hará gustar de esos baños de que he hablado. ¡Buscar sensaciones! Como las buscó Sacher Masoch frente al látigo de Dragomira. ¡Buscan y buscan! ¿Y qué? En el fondo... ¡nada! Es el camino hacia estas piedras frías e inmóviles. Es el desafío al Tiempo porque lo que en un hombre dura una hora, aquí en las piedras dura cantidades incontables de siglos. Así esperarán y esperarán. ¡Ea! ¡Arriba, caballero y amigo! ¿Deseáis venir conmigo?

Yo (Sonriendo con ironía para mis adentros). ¿Hacia dónde quiere usted llevarme, mi caballero y amigo?

PALEMÓN: Hacia los Infiernos, hacia los sublimes Infiernos. Hacia los actos que os impedirán convertirlos en una piedra, en una roca como éstas. ¿O creéis aún en las llamas de que hablan las supersticiones que circulan por ahí? No, no las hay tales llamas. Los frailes hablan de ellas pues ellos se dirigen a la plebe, a la plebe inmunda. Es su manera de preparar a esta plebe para luego llevarla a..., a..., a...

Yo: ¿Llevarla a...?

PALEMÓN: A conocer a mi Amo y Señor, a Satán Sexual. ¡Él es el que domina! ¡Él se entremezcla en todas partes y ataca todas las mentes! Por eso os cité al pasar a Sacher Masoch y el látigo de Dragomira. Él, este Sacher Masoch se nos escapó en el último instante por el hecho de haber escrito algunos libracos estúpidos. Se escapó, el maldito y con él se escapó esa Dragomira. Se escapó en el momento en que por miles posaban su candidatura para ser presentados a Satán Sexual. Los admitíamos a los que así se presentaban y auscultábamos su corazón. No todos eran propicios para ser presentados a Satán Sexual. Los hombres neutros, los campesinos neutros, los miserables de bajo los puentes, todos ellos, los traíamos a nuestro lado y les inyectábamos en la inconsciencia una garra de dejación, de pereza, de sometimiento a una voluntad superior que reinaba fuera del alcance de sus ojos. Entonces Satán Sexual criaba los piojos y las pulgas y las ladillas que los infectaban y los dejaban listos para otro paso por aquí por la Tierra y les impedía hacerse rocas de siglos y de siglos. Con los refinados hacemos lo mismo, exactamente lo mismo... con una pequeñita diferencia.

Yo: ¿Qué pequeñita diferencia?

PALEMÓN: Los incitamos a amar el masoquismo y también el sadismo. Anverso y reverso de la misma manía. ¿No lo pensáis así? Y una vez que se subyugan haciendo sufrir, con látigo si ello es posible, o una vez que se subyugan al sentir el dolor en sus propias carnes... ¡ah!, mi bueno y alto caballero, entonces hacemos, corregimos este placer para que el paciente pueda penetrar en el reino mío, mío, sí, mío.

Yo: Ya lo veo: que azoten cada vez más fuerte; que sean azotados cada vez con mayor dureza. ¿No es así?

PALEMÓN: No, no es así. Se trata de que el candidato a mis dominios no pegue por

placer de su partícipe; se trata de que pegue produciendo el horror en ese partícipe. Se trata de que abuse de él, se trata de que lo doblegue por su voluntad sin vallas, que sufra de verdad y que el placer sea alejado a otras tierras, a otros mundos. Entonces ese hombre o mujer será el bienvenido en mi reino.

Yo: ¡Habla usted necedades, Palemón! ¿Quién va a dejarse martirizar de ese modo? Puesto que odia todo sufrimiento carnal, ¿quién va a entregarse a él para darle a usted un candidato más, un camarada más? ¡Puras necedades son las tuyas, mi amigo, puras necedades!

PALEMÓN: Para que ellas no sean puras necedades y aumente el número de mis candidatos y luego camaradas, para eso está ahí: Satán Sexual. Él enamora sea a él o a ella de un hombre o de una mujer roído por el masoquismo o por el sadismo. Y ello es más que suficiente. La práctica podrá hacerse con placer, por un lado, con dolor, por otro lado.

Yo: En verdad que no comprendo nada de lo que usted se afana por contarme. Usted me ofusca y me enreda. Creo que son todas sólo arrebatos de su imaginación de usted.

PALEMÓN: Entonces, vamos a los hechos. ¿Os place que nos encaminemos a los hechos reales? Bien, a ellos voy: Había una doncella llamada Moldavia Socoroma. Esta bella Moldavia y bella Socoroma, un día, se enamoró. Y al enamorarse perdió el seso. El agraciado de este amor fue un doncel llamado Patricio Púa. ¡Qué hermoso nombre es éste! ¿No lo encontráis? Ved un poquitín: su nombre es Patricio, es decir, lo lejano y contrario a plebeyo; su apellido es Púa, es decir, una punta aguzada y pinchante. Tal doncel tenía que corresponder a este noble nombre: quería aguzar esa punta, clavarla y hacerlo con el donaire de un real patricio. Y quería, además, que ella, la que fuere, no se entregara a estas prácticas por un placer malsano sino que se entregara a ellas por amor. ¿Me habéis entendido? ¡Por amor, por loco amor! Pues al entregarse de este modo daría pruebas de amor, ¡de verdadero amor! Y Patricio Púa cogió el látigo. Y Moldavia Socoroma se inclinó. Entonces Patricio azotó. Entonces Moldavia aceptó ese látigo que le tenía las nalgas de rojo. Y sufrió, sufrió la pobrecilla sin que en sus sufrimientos hubiese ni una pizca de voluptuosidad. Lo hacía para demostrar cuán grande era su amor. ¡Oh, había que ver la magnificencia de semejante escena! Él se estremecía de placer; ella desprendía un lamento que contrastaba con aquellos ímpetus depravados de él. “¡Tú me amas!”—gritaba él. Ella inclinaba su rostro y murmuraba: “Sí...”. Él se elevaba hasta el nimbo, hasta el cúmulo, hasta el cirro y lo sobrepasaba en sus contorsiones de gozo sin igual; ella lloraba muy despacio y se aplanaba en su lecho desesperada mas pronunciando siempre ese “sí” de amor.

“Un día él murió. Salió a vagar su alma errante. Yo me presenté y le hice una gran reverencia mientras le murmuraba quedamente que me aguardara unos instantes. Me dirigí hacia ella. Al cruzar el umbral de su puerta me encontré con Florencio Naltagua que me dijo: “Idos, señor Palemón de Costamota; Moldavia sueña, rodeada de bellezas, en lo que puede un amor verdadero”.

“Perdí a la Socoroma. Gané a Patricio Púa.

“Hoy Patricio Púa se las baraja con Tadeo Lagarto y ambos se despavilan para coger más y más camaradas que vengan hacia donde estoy yo. Que yo los mandaré hacia Satán Sexual. Satán Sexual los enviará hacia Lucifer. Y así nuestro triunfo será, con el tiempo, completo en esta Tierra.

Yo: Ha hecho usted su labor, Palemón. Yo he de seguir mi peregrinaje hacia las profundidades. La verdad es que sólo me encuentro bien teniendo ante mis ojos la belleza de Colomba. Lo dejo a usted con su Patricio y con su Tadeo y con quien sea. Yo me marcho.

Durante mi camino me he de hallar con mi amigo, con Florencio Naltagua. Luego... ¡Colomba!

PALEMÓN: Haced como os plazca, mi caballero. Ya lo sabéis: yo soy Palemón de Costamota, vuestro incondicional servidor.

YO: Yusted lo sabe también: Onofre Borneo, un servidor más de usted.

Y me fui. Empecé bajando por un lóbrego túnel oscuro. Debo haber bajado no menos de 2 ó 3 mil metros. Por fin me encontré en una plaza, una vasta plaza llena de luz y de espacio. Me senté a reposar unos instantes. Cuando, de pronto, me enderecé lleno de estupor. Algo se acercaba, algo lanzaba sonoros gritos. Y aquello, lo causante de este ruido, pasó corriendo frente a mí.

12

Corrían, corrían. Pasaban frente a mí y se alejaban a toda prisa, una serie, una multitud de enanitos que brincaban y se desmandibulaban con sus vociferaciones al correr. Eran ellas, todas ellas, vociferaciones de júbilo ante alguien de quien se mofaban.

Tras ellos apareció como un bólido, convertido en una ira tonante, Baldomero Lonquimay.

Su capa describía enormes remolinos por los aires. Era el símbolo de la furia indómita, tanto él mismo como su capa. Los enanitos se le escabullían por un lado y otro lado y los golpes de la capa se perdían en la nada.

Al fin Baldomero se detuvo cerca de mí. Los enanitos se detuvieron también un poco más allá. Y quedaron callados, sin que ni una brisa viniera a molestarlos. Baldomero, entonces, exclamó:

—¡Brrrrrrrrrrrr...! ¡Cutres y granujas! ¡Que el abismo de los manturbios os confunda y os convierta en míseros pangolines! ¡Idos a oxear lejos de mi augusta presencia porque sólo sois unos amondongados becoquinos! ¡¡Brrrrrrrrrrrrrrrrrrrr...!!

Y el hombre dio media vuelta y empezó a alejarse con pasos lentos. Los enanitos lo indicaron y se cuchichearon entre ellos. Luego, tomándose del brazo, avanzaron también lentamente y entonaron una canción cuyo ritmo marcaban con sus piececillos.

Pasaron quinientos, pasaron miles de enanitos riendo a mandícula batiente. Y así se alejaron tras la imponente figura del no menos imponente de Baldomero Lonquimay.

Volvió a reinar el silencio. Yo emprendí mi marcha hacia las profundidades terráneas. Me desmoronaba cientos de metros pero, con gran sorpresa mía, caía indemne en una saliente de aquellos muros. De pronto alguien me llamó:

—¡Uy-uy! ¡Ono, Ono querido!

Me volví de inmediato y exclamé pletórico de júbilo:

—¡Teodosia! ¡Usted por estos antros cavernosos!

Sí, era Teodosia Huelén que avanzaba hacia mí y me alargaba su manito fina, escultural. Su cabello castaño ondulaba; sus ojos verdes o azulados —nunca lograré saber cuál es su color— me miraban alegres. Me preguntó:

—¿Vas más abajo aún? ¿No temes aventurarte solo por estas regiones tan aisladas de cuanto vive y bulle?

—No, Teodosia, no temo porque sé que en todas partes, en todas, encontraré siempre una buena amistad como lo es usted.

—¡Uy! ¡Qué galante vienes! Parece que algo se ha ido de tu calidad de terreno, ¿no es cierto? Pero decirte "terreno" ahora que estamos en plena Tierra, en las honduras de la Tierra, no veo que sea lo que conviene. No, no puedo apodarte así: "terreno". Te llamaré: "costrense" o bien: "costreño". ¿Qué te parece?

—Usted puede llamarme como mejor le plazca, mi gran amiga. Seré, desde ahora, el costreño.

—¡Bravo, bravo! —exclamó—. Sentémonos y conversemos. Es lo que deseaba, conversar y contarte las cosas que he visto, tanto en mi departamento de la calle del Oratorio, como en los cielos y en estas honduras.

Y nos sentamos cómodamente. Entonces Teodosia me dijo:

—¡Qué bien se reposa una aquí, mi buen Ono! Aquí se puede recapitular sobre las últimas cosas que se han visto. Y, te aseguro, Ono, que he visto cosas y más cosas, todas ellas llenas de interés.

—Jamás he dudado, Teodosia, que usted sea la persona que más cosas interesantes ve en este mundo.

—¿Y tú, no las has visto?

—Es decir, sí. Pero no creo que sean de igual calidad. Las mías han sido de la superficie, de la costra terrena, como usted la llama ahora.

—Sí, mi costreño, comprendo. Estuviste aquí y luego te vino el aburrimiento y partiste presuroso a la costra. ¡Eres, de verdad, incorregible! Yo, mientras tanto, mientras tú subías para ir a la costra, vi lo más maravilloso que puedes imaginarte; vi un enorme planeta que pasaba junto a la Tierra para perderse luego por el cielo. ¡Qué cosa magnífica fue aquello, Ono, por Dios!

—Cuéntemelo, Teodosia, que seré todo oídos a sus palabras de usted.

—Ono, fue una noche. Yo me encontraba en mi departamento, tú sabes, en la calle del Oratorio. De pronto me asomé a mi ventana y lo vi. ¡Un planeta más! Y te aseguro que era inmenso, inmenso. ¿Te imaginas tú la Luna, la Luna llena? Pues bien, imagínate algo mucho, muchísimo mayor, tal vez cien veces mayor. ¡Y brillaba, brillaba con una de resplandores rojizos que casi cegaban nuestra vista! Pasó con un ritmo acelerado. Estaba aquí y un minuto más tarde ya estaba allá. ¿Cómo poder resistir a semejante tentación? No, imposible. Así es que sin más me lancé hacia él y en él, te lo prometo, viví horas que no olvidaré jamás, jamás.

—Como cuando fuimos juntos al Sol y estuvimos en Huelenia, ¿lo recuerda usted?

—Oh, si tú quieres... Pero esto me gustó más. Allá en él la vida era francamente hermosa. No había nadie, nadie. Algunos bichos raros se arrastraban por el suelo y no parecían sentirse incómodos por esa luz rojiza. Por el contrario, era de su pleno gusto. Y, naturalmente, eran los bichos más inofensivos que tú te puedes imaginar. No se preocupaba para nada de mí. Así es que me puse a pensar, a divagar sobre este cielo tan lleno de cosas imprevistas. Me paseaba de un lado a otro y veía a nuestra Tierra que se alejaba y disminuía de tamaño.

—¿Y en qué pensaba usted, Teodosia, sobre qué divagaba?

—Te lo voy a contar, mi buen Ono. Pensé y divagué sobre ese aparato que voy a construir, un aparato simple, muy simple, pero veloz como tú no puedes tener una idea; por-

que, no lo olvides, tú eres un costreño y harás siempre relaciones con lo que allá en la superficie, en la costra, nos enseñan.

—¡No, mi amiga, no! Imagino ese aparato veloz perfectamente. Corre a razón de..., de 100.000, de 150.000 kilómetros por hora, o 200.000 si es necesario.

—No, ¡uy! qué imaginación desbordante tienes. Te sobrepasaste al hablar de 200.000 kilómetros. Quedemos en 150.000. ¿Quieres?

—Bien; 150.000 kilómetros por hora.

Y Teodosia lanzó aquí una franca risa mientras me repetía y me repetía:

—¡Ono, Ono! ¿Ves? ¿Ves cómo las reminiscencias de la costra te atacan a todo momento? Mi aparato corre a 150.000 kilómetros ¡por segundo! Lo cual no es mucho. Es la mitad, ¿me oyes?, apenas la mitad de la velocidad de la luz. ¡Uy, si parece que no se moviera este perezoso aparato!

—Bien, Teodosia, siga usted su relato.

—Ono, llegaré, montada en este aparato, en unos 15 minutos al Sol y, seguramente, en unos 6 años al Alfa del Centauro. Es una enormidad de tiempo. ¡6 años! ¡Qué horror! Pero tú sabes, mi viejo amigo, que a mí poco me gusta tener que vérmelas con esa cantidad que se mide en años. Por ello divagaba y no lo he hecho hacer aún ese bendito aparato. Además hay un sentimiento respecto a él, a este bendito aparato...

—¿Para qué construir aparatos? No olvide, Teodosia, que está usted dotada para volar por los ámbitos y que puede usted...

—Calla, mi buen Ono. Déjame hablarte de este sentimiento mío y no me interrumpas. Cuando tú hablas caen en mi charla hilachas de costra terrestre. Así es que óyeme con la boquita bien, bien cerrada.

"Algo me anuncia, con marcada insistencia, que si me pongo en viaje hacia alguna estrella de las más lejanas de la Vía Láctea que en un guía turístico del cielo está indicada a unos cien años de luz, no voy a llegar a ella en 200 años y si me acontece alguna vez llegar, el tiempo puesto en mi viaje va a tener un parentesco remoto con cualquier cifra de años.

"Ahora bien, si las emprendo hacia un extremo del Universo, o sea a más de 1.200.000 años de luz, estoy cierta de que nunca he de llegar o de que he de llegar instantáneamente, pues ya el parentesco de lo que llamamos años y lo que haya allá al final, ya habrá desaparecido totalmente.

"Son éstas muy buenas cosas para divagar y nada más. ¿No lo crees tú, mi buen Ono? Y basta ya de divagaciones. Te contaba mi estadia en ese planeta que pasó por aquí cerca y al cual me lancé como una flecha. En él estaba. Naturalmente que lo que vemos moverse está quieto cuando estamos en ello. Así que mi nuevo planeta no se movía. En cambio vi pasar a la Tierra que venía y que giraba como un trompo. ¡Uy, Ono, qué velocidad! Me aturdí un tanto. Pero pude ver la China que pasaba, que pasaba a gran velocidad; es decir, pasaba a la velocidad de todo lo demás; ¿me entiendes?"

—Por cierto, Teodosia, le entiendo muy bien.

—En ella, en esa China, me cegó una luz que resplandecía: era un hombre que meditaba. ¡Ah, qué fuerza tiene una meditación nuestra cuando se la sabe llevar!

"Me pregunté inmediatamente:

"¿Y en el resto del mundo nadie medita?"

"Miré, busqué. Sí, sí, mi buen Ono, había otros y otros y otros hombres que meditaban; en todas partes resplandecían esos hombres que meditaban. Pensé, de inmediato, que uno

de ellos sería Florencio Naltagua. Y los vi a todos reunidos en un resplandor muy alto y muy grande. Sí, Ono, ahí tenía que estar el gran hombre que es Florencio Naltagua.

“Después el resplandor se hizo neutro: era que yo había fijado mi atención en los hombres del diario vivir. Después..., después este resplandor se endurecía. Al fin formaba esas rocas pétreas que hay aquí, las que yo ya había visto al ir hacia la isla de Borneo en busca de un pariente tuyo, ¿recuerdas?”

“Comprendí que estaba en los dominios de Palemón de Costamota y del pobre Tadeo Lagarto.

“Quitó entonces la vista de nuestro planeta. Preferí quedar en el nuevo que se había presentado y que recibía bien, muy bien, con esos bichitos inofensivos.

Calló Teodosia, me miró y sonrió. Sus ojos verdes azulados o azules verdosos miraban a través mío y se perdían a lo lejos.

No pude impedirme de manifestarle:

—Es maravilloso lo que usted cuenta, Teodosia, tanto por ello mismo como porque, al contarlo, se oye su voz.

Y pensé para mis adentros:

“¿Me estaré enamorando de Teosodia...?”

Y como un torbellino pasó por mi mente aquella amnesia que tanto me había torturado en todas partes, sobre todo allá en la superficie. Y te vi a ti, mi Colomba, muda, hierática, con esos benditos ojos que no ven.

Dime, Colomba: ¿por qué no ven tus ojos?

Tú ves más que todos los hombres juntos, tú resplandeces como aquel chino que vio Teodosia, como esos otros en todas partes del mundo, como resplandece una meditación sosegada de Florencio Naltagua.

Pero volví de estos pensamientos que giraban en mi mente, sí, volví de ellos pues Teodosia, la linda Teodosia seguía hablando:

—¡Uy, que todo sea un arma de dos filos! ¡No poder ni siquiera hablar! Ahora yo he hablado mucho. Pero tú ¿me has comprendido? Claro que dices que sí, lo aseguras. Mas... Oye, Ono, tal vez te penetres en el sentido de mis palabras cuando dejes de ser tan, tan sumamente costreño. Sí, ya lo veo, ya sé que has dejado de serlo porque vas hacia el centro de esta Tierra.

“¡Ah, mi Ono querido, ¿a qué vas hacia el centro de esta tan linda Tierra? ¿Conoces a alguien allí?”

—Sí, Teodosia, conozco a una mujer que no ve. Se llama esta mujer Colomba. Allí, en el centro, reina soberana.

—¡Magnífico, mi Ono! Una mujer que no ve... ¡Más, mucho más que magnífico! Porque has de saber tú que las personas que no ven es porque tienen el sentido de la vista vuelto hacia dentro. Entonces, si no ven lo que se mueve fuera de ellas, ven hacia el interior y con esta visión pueden hacer maravillas, verdaderas maravillas, mi buen Ono.

—¿Por ejemplo...?”

—Pueden hacer desaparecer toda amnesia. Y uno queda en plena posesión de sus facultades rodeada de recuerdos. Fácil te será entonces subir y subir por las jambas de esa puerta que quieres atravesar y llegar, de este modo, a ser un espectador que contempla desde el... ¡dintell! A eso va a llevarte esa Colomba. ¡No más umbrales aplastados a nuestros pies! ¡No más, no más!

—Es lo que pretendo, mi buena Teodosia. Pretendo poder mirar toda cuanto me rodea.

en esa costra terráquea desde un alto, muy alto dintel. Sé que la serenidad vendrá entonces a mí.

—¿Quieres que ensayemos un poquitín, Ono mío? De todos modos ello te servirá como un entrenamiento antes de llegar hasta ella, hasta Colomba. ¿Lo quieres?

—¡Por cierto, Teodosia, lo quiero!

Y sin más mi buena amiga corrió por unos recovecos pidiéndome que la siguiera. Llegó a un rincón. Ahí, en ese rincón, había una serie de agujeros en el muro. Me dijo sonriendo:

—Mira, Ono, mira por uno de esos agujeros.

Miré y vi.

Vi a Teodoro Yumbel con Albania Codahue, allá, en casa de ellos, en la calle de la Inmaculada Concepción. Reían ambos; estaban dichosos. Y él decía y la apretaba contra sí:

—¡Oh, una nueva idea! Fíjate, Albania, en el párrafo que he escrito, que acabo de escribir. Tenemos ya la suficiente y la gran confianza para explicarte algo. Tendrás un ejemplo de cómo escribir bien: un párrafo se valoriza por el anterior y por el siguiente que son, como tú puedes ver, áridos y casi tontos. El párrafo que he puesto entre ellos está lleno de color, de vida. Porque en él hablo de ti, mi querida Albania. Tú resaltas entre los otros párrafos porque ellos hablan de Calucha, aquel amor que tuve allá en Curihue, ¿te acuerdas? ¿Quién podría negar que ese amor ya ha pasado, pasado para siempre? Está mi viaje a Venus. Sí, aquí está resumido, conciso. Ya apenas lo recuerdo. Por eso verás que lo he hecho en un estilo neutro. ¡Y de pronto apareces otra vez tú, tú! ¿Lo ves?

Ella se inclinó sobre él, lo besó y murmuró:

—Tienes una mujer con la cual puedes hablar de todo, todo. Tu voz me embriaga y, oyéndola, me arrullo en tus brazos. ¡Es una delicia, mi Teodoro! Quiero cantar, a media voz...

Oí perfectamente el canto de Albania. Llegaba a mí como un susurro muy lejano. Mi amiga Teodosia, con sus manitos esculturales, llevaba el ritmo con lentitud y cada nota era marcada por una pequeña, muy leve presión sobre mi mano. En ese momento volví a preguntarme si acaso me estaba yo enamorando de mi compañera de las honduras terráqueas.

Cantaba Albania:

Por unos ojazos negros

Igual que penas de amores...

¡Qué lindo poder ver lo que sucedía allá en la superficie, allá en la costra mientras hay una mujer tan querida junto a uno! Y Albania ahora alzaba la voz y cantaba.

¡Que un viejo amor

No se olvida ni se deja...!

—Ono, no te embeleses con ese cantar. Veamos qué más hablan esos dos palomos.

—Sí, Teodosia, veámoslo.

Era el momento en que mi amigo Teodoro Yumbel le explicaba a la bella cantante:

—... era un mar con reflejos de Sol, un mar espeso, aceitoso, posible de sacarlo con palas, un mar pegajoso. Es lo que prueba que en los mares cercanos a San Agustín de Tango, el calor del Sol no derrite sino que, por el contrario, tiende a solidificar los líquidos.

De pronto quité mis ojos de ese agujero. Pregunté a Teodosia con gesto, creo, algo imperativo:

—¿Cómo se atreve usted, amiga mía, a usar estos agujeros? ¿No ve que por ellos puede usted ver la vida privada de tantas gentes que ni sospechan que son observadas? O esto debe ser una pura ilusión, o una especie de trampa o fakirismo que hace usted. Porque no olvido que estamos aquí a grandes profundidades, a no menos de unos 800.000 ó 900.000 metros.

Teodosia me miró y, en sus ojos, resplandecía toda una linda ironía risueña. Al fin me dijo:

—Otra vez te equivocas, mi tan caro costreño. Aquí estamos a dos millones de metros de allá, de tu costra. Parece que has olvidado cuando resbalabas y caías rápido como un meteorito. Ya lo sabes: dos millones de metros. Erraste, pues, por 1.100.000 metros. Pero ello no importa. Hablaste de algo más grave que esos metros; hablaste de trampas, de fakirismo... ¿Es posible, mi buen Ono? ¡Son tus ideas de allá, de allá...! Parece que has olvidado que la Tierra con todos los habitantes que alberga, no forma más que una unidad, una sola; que todos somos uno, que somos tan cercanos a los árboles y a los insectos y a las piedras como somos con nuestros parientes más cercanos. Aquí tratan todos de diferenciarse lo más posible. Cuando se les ve desde lejos, desde una lejana estrella, se comprende qué terrible error es esto. ¡Somos uno, uno, uno!

—De todos modos creo que..., que...

—Calla, mi buen Ono, calla. Veo que no me estimas tanto como yo creía. Tu estimación es superficial; me atrevería a decir que es carnal.

—¡No, no! —exclamé aunque en el fondo no supe cómo eran estas ráfagas que de pronto sentía por Teodosia.

—Entonces has de saber que cuando una persona pasa la mitad de su vida en las estrellas, cuando ella es amiga de ese tan bello Saturnino, cuando ha desechado los medicamentos de los Magos Negros de las farmacias y la medicina, cuando ha dedicado su existencia a meditar como aquel chino de que te hablé, entonces puede impunemente penetrar en la vida privada de los demás. Pues existe la seguridad de que cuanto oiga no saldrá ni un milímetro fuera de ella.

—Pero yo estoy oyendo. Yo no creo poder adornarme con tantas magnificencias como usted.

—No lo olvides, mi buen Ono: tú vas hacia Colomba.

—Es verdad —insinué y volví a pegar mis ojos en esos agujeros del muro.

Grité de inmediato:

—¡Teodosia! ¡Ahora parece que él va a leer algo! ¡Véalos! Trae unos papeles en su mano y Albania se apresta a escuchar.

—Sí, es verdad —respondió—, es verdad.

Y ambos, como Albania, nos callamos a escuchar. Teodoro Yumbel desplegó sus papeles y leyó estas páginas que ella, Albania, oyó sin musitar:

Noche triste

He concluido de comer. Mi casa, no sé por qué, me es profundamente antipática. Hela ahí tranquila y tan grande que aparece desierta a pesar de habitarla toda mi familia. Hela

ahí casi a oscuras. Sólo hay luz en determinadas piezas. En la salita mi hermana Ernestina lee y bosteza. Mis hermanos han desaparecido en sus habitaciones. Es noche de verano, noche tibia de innumerables estrellas, noche enervante que invita a la pereza y a los sueños de amor. Siento en mis nervios un algo que me excita, que me hace tener deseos vagos, escapados antes de definirlos. La noche, como he dicho, es tibia y serena.

Siento necesidad de salir pronto en busca de algo que calme mi excitación, pero la sola presencia de mi vasta casa de un piso, tan tétrica y aburrida, me esclaviza, me retiene y me pone de mal humor. Silencio en todas partes. De tarde en tarde risas torpes y estrepitosas vienen del patio de la cocina. ¿Cómo pueden reír? Es cierto que no han mirado las estrellas —pienso. Y me paseo a lo largo de los corredores del patio. ¿Qué hacer?

De pronto me alivio un tanto. He pensado en ir a mi escritorio a matar el hastío entre mis libros y papeles. Mas junto con cruzar el umbral me detengo. ¡Mi escritorio! Helo ahí a su vez envuelto en el más desesperante aburrimiento. Y cuando se está solo, los muebles, las paredes, los objetos, todas las cosas, toman un aspecto de seres vivientes, de seres que miran con ojos invisibles y sonríen con una sonrisa que subleva.

¡Mi escritorio! Una pequeña luz con pantalla verde lo ilumina. ¡Qué hastío! Todo inmóvil, increíblemente inmóvil. Ante la idea de pasar las interminables horas de la noche entre esa estúpida e irónica inmovilidad, entre los mismos libros y papeles de siempre puestos en los mismos estantes y cajones y encerrando las mismas y eternas palabras, ante tal idea mi hastío crece y tengo que huir de ese escritorio inmóvil. Y otra vez a pasearse por los corredores soñolientos.

Por mi mente pasan, uno a uno, todos los sitios donde pudiera ir. Uno ya sabe lo que en ellos verá, lo que verá hasta llegar a ellos, lo que verá al volver de ellos, los pensamientos torpes que nos engendrarán su vista, y uno sabe, además, con quiénes se ha de encontrar, lo que dirán estas personas y lo que se opinará con cada uno de esos seres con quienes se encontrará.

El reloj da las diez. Su campana aguda, estridente, la tengo grabada en mis oídos desde que tengo uso de razón. ¡De cuántos estados de ánimo diferentes ha sido testigo ese viejo reloj! Hoy le marca el correr de su vida al ser vencido por el hastío. Las diez. Mi hermana se ha ido y ha apagado la luz de la salita. En la cocina guardan silencio ahora. Mi casa parece un convento abandonado. No encuentro nada que hacer ni nada en qué distraerme. Todo cansa, aburre y aburre hasta matar. ¡Oh, más vale salir e ir a andar sin rumbo por las calles!

Me fui paso a paso. ¡Noche de verano! ¡Cuántos recuerdos dulces me evocaban estos sitios y esta noche tibia, de un aire sin movimiento! Porque los mejores momentos de mi vida han sido en noches de verano...

A medida que avanzaba por la calle en que está mi casa, las construcciones monótonas que la bordean iban dejando sus miradas de ojos invisibles para irme evocando con una intensidad vedaderamente extraña esos momentos de mi vida... Ellas, sí, ellas las casas que allí veía habían sido los testigos mudos de mis dichas pasadas...

De pronto, embrutecido como iba por esa angustia creciente, me sorprendí frente a la puerta de su casa.

Hoy hace siete días que se ha ido a veranear. Y yo aún frente a su casa vacía. Entré.

Después de la ancha puerta señorial que chirrea al abrirse viene un patio cubierto de plantas y pequeños árboles. Por entre ellos nos hemos paseado mil veces. Estaba todo en silencio y a oscuras. Respiré hondamente el aire perfumado por las plantas. Mi hastío

creció y creció pues no sé qué aspecto siniestro, qué melancolía tan horrible se desprende de los lugares abandonados por seres queridos. Parece que quedara en ellos un algo de sus vidas, de sus palabras, de sus modos, de sus acentos. Parece que todo encerrara parte de sus almas y de sus cuerpos. Parece que todo fuera el ser querido y el ser querido no se muestra en ninguna parte. Miré al suelo y pensé:

“Ahí han estado sus pies...”

Lo pensé solamente; mas luego lo sentí con una intensidad tal que estuve a punto de perder el dominio de mis facultades.

Una voz me despertó, un llamado venido del fondo del patio. Era Alfonso Santapán que estaba en un pequeño banco y que, al verme sin avanzar, me llamaba. Fui hacia él. Nos saludamos y nos sentamos juntos. Traté de entablar conversación mas apenas me respondió. Comprendí que estaba en uno de esos momentos de honda neurastenia que tan a menudo lo toman. Luego me apercibí que sus ojos estaban empañados de lágrimas.

—¿Qué tienes? —le pregunté.

—Va mal la cosa, muy mal —me respondió.

Se refería al tímido desenlace que tal vez iría a tener su amor con una muchacha. Habían empezado como todos. Luego ella se abandonó. Vinieron para ambos varios meses de completa dicha. Cierta vez habían olvidado las defensas contra la naturaleza y la naturaleza había hablado. Hoy, sin que nadie lo supiera, había que dar muerte al inocente.

—¿Qué ha habido de nuevo? —volví a preguntar.

Alfonso Santapán me contó entonces con voz triste que a veces tomaba tonalidades trágicas, los últimos y lamentables acontecimientos, las fatigas y trastornos de ella que aumentaban día a día, la pronta consulta del médico que denunciaría, tal vez, el secreto. Hablaba, como he dicho, con un pesar tan marcado que no se podía dudar de que sufría verdaderamente.

¡Cuán lúgubre sentía todo a mi alrededor y en mí mismo! Era la impresión de un vacío absoluto, de un cansancio sin límites que me hacía estremecer ante la idea que aún me quedarían muchos días por vivir. Alfonso habló largo rato. Yo trataba de darle algún consuelo pero, en el fondo, mis consuelos eran una farsa burda. En verdad nada de ello me interesaba. Lo único que sentía era odio en contra de él que, en vez de alegrarme, me contaba miserias tras miserias; un odio en contra de todos los seres que vivían, se agitaban, creían, tenían goces y tenían penas. Ni uno, ni uno de ellos estaba fatigado de arrastrar esta ilusión de la vida por este fango que es la Tierra.

Pronto su casa me enervó a tal punto que comprendí que no podría soportarla largo rato. Alfonso había callado y allí permanecíamos ambos sentados en el banco del patio oscuro.

—Salgamos, ¿quieres? —le propuse.

—Pero... ¿adónde? —fue su respuesta.

—Vamos a ver a tu hermano, a José; él, siempre alegre, nos distraerá un rato.

Alfonso, como un autómatas, se levantó. Salimos juntos y en silencio. Otra vez las eternas calles, con sus eternas escenas y eternos edificios.

Tomamos un taxi, dimos la dirección y partimos con toda rapidez. ¡Oh, todavía lo recuerdo! Tuve que hacer un gran esfuerzo para no ponerme a llorar. El taxi corría por las calles. Un viento agradable nos daba en el rostro, un viento de noche de verano. ¡Cuántos recuerdos se agolpaban en mi mente! ¡Cuánto te recordaba, mi tan lejana Georgina que habías abandonado tu casa al aroma de las plantas! Borrados, vagos, como recuerdos

de ensueños, volvía ver otras noches de verano en que me hallaba a tu lado, Georgina, en que salía en taxi con tu recuerdo presente. Ahora avanzaba con Alfonso, con tu hermano, y sin ti, mi Georgina Santapán.

Llegamos. La casa de José estaba oscura. Tocamos... Nadie.

Volvimos lentamente. Sin decirnos ni una palabra nos metimos en un chinchel miserable. Brillaba dentro una moribunda luz. Un viejo dormitaba junto a una mesa. En un rincón una muchacha desgredada conversaba en voz baja con un soldado y ambos se miraban en los ojos. No sé qué profunda impresión de tristeza y de ira evocó en mí la vista de aquel idilio vulgar en la pieza sucia de un chinchel. Algo bebimos y salimos nuevamente. Un tortillero, con su melancólico farolito, pasó pregonando sus tortillas buenas que nadie compraba. De pronto Alfonso se detuvo y miró hacia el cielo. Había luna, me dijo:

—¿Qué estarán haciendo en este momento en Punta Breñal?

Punta Breñal... Donde tú estabas, Georgina, adonde te habías ido a veranear dejándome solo.

—No lo sé —respondí y lo obligué a seguir caminando.

Cada pasante que aparecía a la luz indecisa de un farol nos parecía ser José y ambos nos deteníamos en silencio, mirábamos fijamente y luego seguíamos nuestra marcha.

—Bueno, tomemos otro taxi —dije—. José ha de estar de juerga y no va a venir.

—Vamos nosotros también a juerguear —fue el comentario de Alfonso.

Y, sin más, dio al chofer de nuestro taxi la dirección de un cabaré cualquiera, una especie de café cantante donde se bebe, se baila y se ven mujeres.

Un camarero nos abrió la puerta y entramos en una sala llena de mesitas. Al fondo había un escenario. En una mesa, un grupo de muchachos con unas dos o tres mujeres, cantaban a pulmones llenos, gritaban y se reían ruidosamente. Al lado de ellos dos vejetes los miraban y reían también con sus chistes. Aquí unas mujeres bebían un licor barato y atisbaban ansiosas a todo el que entraba. Allá un señor grave tomaba su trago dignamente. Por todas partes tipos que van y vienen, mozos cargados de copas, mujerzuelas al acecho. Una orquesta tocaba un tango conocido. ¡Oh, sublime diversión! ¡Oh, delirio arrebatador! Alfonso y yo nos divertíamos aquella noche...

Pedimos dos ajenjos y allí quedamos clavados en una mesa. Cesó el tango, se abrió el telón del escenario y, al compás de una marcha, salieron dos mujeres y un tipo bailando burdamente. La alegría fue general, fue loca. Aplausos, gritos y vivas. Y empezó una danza obscena. Una de las mujeres, una francesa fascinadora y hermosa, atraía las miradas de todos y sonreía feliz mientras su cuerpo se agitaba con sensuales movimientos. El tipo, a su vez, atraía las miradas con su agilidad pasmosa, y la otra mujer, una pobre ya entrada en años, vestida con coquetas prendas de jovencita, sentía la indiferencia que inspiraba al público pero, a su vez sonreía, con una sonrisa forzada y dolorosa que partía el alma. Los tres se movían a compás, ya pausadamente, ya girando el tipo con vertiginosos saltos y las mujeres levantándose las faldas para mostrar las formas de sus piernas. Yo sufría horriblemente y deseaba poder matar a aquel conjunto de imbéciles.

Siguió el programa con nuevos bailes, con cantos salados y mil cosas más. Hasta que se anunció el último número: un guitarrista español.

Se abrió el telón y apareció un hombre rapado, viejo ya, de aspecto calavérico, de ojos tristes y de pobre vestir. Todos lo miraron y nadie aplaudió. El viejo, sin embargo, saludó y con un esfuerzo sobrehumano, venciendo sin duda algún dolor que lo hería, venciendo el dolor de la miseria que de España lo arrojaba a Chile, empezó a cantar con su guitarra.

¡Pobre viejo español! Su voz ya desafinada apenas salía de su pecho de tísico. La gente lo miraba con marcada odiosidad y él arrojaba a esa gente suplicantes miradas y seguía cantando. Pero esa gente quería diversión. Alguien gritó:

—¡Más fuerte!

Otro le hizo coro y agregó:

—¡No se oye!

Un tercero exclamó:

—¡Telón! ¡Telón!

El viejo temblaba y se apresuraba para concluir pronto su canción y escapar así de los chistes que a esos ebrios inspiraba su pobreza y su dolor. Pero los gritos y las burlas crecían. Al fin el canto y la guitarra se apagaron al ruido de la bronca que producían. Cada uno se creía obligado a proferirle una chuscada. Y el viejo seguía cantando pero ahora mirando al suelo.

Concluyó, saludó y cayó el telón. Se oyeron por largo rato prolongados silbidos... ¡Pobre viejo español!

Nos retiramos del sitio de las diversiones. Llegamos, sin hablar, a la puerta de su casa. Le dije:

—Buenas noches.

—Buenas noches —me contestó.

Y volví a mi casa tétrica de un piso.

Albania Codahue preguntó apenas terminada la lectura:

—¿Tú quisiste mucho a esa prima tuya, a Georgina Santapán?

Alcancé a ver que Teodoro reía y la abrazaba. Luego ambos siguieron ahí contentos y yo me retiraba del agujero y miraba a mi tan linda Teodosia Huelén.

Ella también me miró y me susurró:

—Mira por este otro agujero, mi Ono.

Miré y vi a Rubén de Loa que, muy serio, mostraba, una a una, sus telas al noble tucán. Vi que esas telas eran de guijarros, de lindos guijarros pardos que llegaban al amarillo y luego al azul para ser verdes y violáceos. Allí en esas telas estaban los recuerdos de su madre. El tucán graznaba. Una plácida alegría inundaba a Rubén. Yo también me sentí satisfecho. Pero de pronto pregunté a Teodosia:

—¿Cómo es posible que ya Rubén haya pintado todas esas telas y haya regresado de Quintrilpe a San Agustín de Tango?

—¡Ay, por Dios, mi costreño! —dijo resignada Teodosia—. ¡Ay, por Dios! Parece que no supieras nada de nada respecto al tiempo, sí, al tiempo que hace el efecto de pasar.

—No, no, Teodosia —respondí—, yo también sé algo de ese tiempo que hace el efecto de pasar.

Ella entonces llena de ironía:

—Mientras hace ese efecto hay posibilidades de permanecer en Quintrilpe, pintar lindas telas, volver a San Agustín de Tango y mostrarlas al tucán. Dime, será mejor, ¿qué te ha parecido lo que viste de Teodoro Yumbel y de Albania Codahue?

—Teodoro es incorregible, mi buena amiga. Es un permanente lamento que ha de llorar y llorar siempre por cualquier cosa, sea por un cantante español, sea por el silencio de su casa, sea...

—Calla, Ono, calla. Creo que ya viene.

—¿Quién, Teodosia? ¿Acaso es Yumbel...?

—No, no. No es Yumbel. Oye, será mejor.

Allá lejos, muy lejos se oía una gran algazara coronada por un silbido estridente y melodioso. Aquello se acercaba.

—¿Comprendes, mi buen Ono? Tenía que retenerte aquí a mi lado para que lo vieras. Por eso te llevé a esos agujeros y te hice ver a Teodoro y Albania, te hice escuchar todo aquello de su *Noche Triste*, te hice divisar a Rubén de Loa con las telas de los guijarros y el tucán. Tenía que retenerte.

—Comprendo, mi Teodosia, la comprendo a usted perfectamente. ¿Es acaso el hombre Martín Quilpué quien se avecina.

—Sí, es el hombre Martín Quilpué que ha venido a pasear por estas honduras, a dar vueltas y más vueltas sin preocuparse de nadie, nadie.

—¿Y esa algazara que parece que lo acompaña...?

—¡Ah, mi buen Ono! Esa algazara es producida por la alegría de los enanitos que, hace un momento, se burlaban de Baldomero Lonquimay.

—¡Hay que verlos, mi Teodosia, hay que verlos pasar!

—¡Mira! Allá vienen, ¡allá vienen! ¡¡Ellos son!!

Y pasó el hombre Martín Quilpué.

Sus pasos eran regulares; su mirada fija se perdía frente a él. De sus labios salían silbantes las notas de aquel *Bolero* de Maurice Ravel, notas que repercutían en mil ecos diferentes entre los muros cavernosos de aquellos rincones en que nos hallábamos.

Los enanitos bricaban de júbilo. Se anticipaban al hombre Martín Quilpué, luego lo rodeaban, lo seguían y volvían a brincar formando la más loca algazara. Eran pequeñitos. El mayor de ellos no llegaría a mitad de pantorrilla del hombre Martín Quilpué. Y cantaban, cantaban a pulmones llenos, llevando todos los acordes posibles, cantaban las notas de ese sin igual *Bolero*.

Así pasó el hombre Martín Quilpué.

Yo gritaba y con ambas manos seguía los compases de aquella música. Teodosia aplaudía y reía eufórica de alegría.

Así los vimos perderse poco a poco.

Las notas por ellos lanzadas quedaron ahí en las cavernas donde nos hallábamos, quedaron dando vueltas y chocando con las salientes que las recibían. Allí quedaron. Poco a poco murieron dulcemente.

—Valía la pena ver el paso del hombre Martín Quilpué y de esos lindos enanitos. ¿No es verdad, mi buen Ono?

—Sí, valía la pena —respondí—. Ahora ya podré continuar a las profundidades.

—¡A ver a Colomba! —gritó Teodosia.

—Sí, a ver a Colomba... —respondí yo.

13

Continué mi descenso.

Debo haber bajado no menos de unos dos o tres millones de metros. Bajaba cómodamente en una especie de trencito que rodaba por las sinuosidades de aquellos lugares. Rodaba sin trepidar, sin hacer ni un solo barquimazo. Iba yo solo, echado en mi asiento.

Por la ventanilla veía uno que me pareció ser un inmenso mar que ondulaba, que golpeaba con sus aguas sobre los cristales que me protegían. Creía, a cada momento, ver una cantidad de diablitos que bailaban sobre esas olas. Dormitaba yo unos instantes. Entre sueños vi un monstruo negro, retinto, que apareció en las olas, como un lobo de mar, y luego se perdió en ellas.

Me sentía algo nervioso. Resonaban aún en mis oídos los acordes de Maurice Ravel en su *Bolero* tan bien interpretado por el hombre Martín Quilpué y por los miles de enanitos que lo rodeaban.

Resonaban, resonaban... Eran ellos, tal vez, los que ahora golpeaban en mis nervios. Yo no puedo oír música, no lo puedo. La música está demasiado junto a mí y no logro separarla y verla aparte como cosa que hay que juzgar con serenidad. Recordé lo hablado con Silvestre Tongoy. ¡Al diablo todo ello! Ahora iría donde Colomba y ella me explicaría estas dudas que, por ráfagas, me acometían. Sí, ella me explicaría todo lo que hay de incierto dentro de esta mente que me sofoca: Tomba Montbrison... ¿Hay algo con ella referente a mi amnesia? No lo sé. Tal vez Colomba lo sabe. Tomba..., Tomba... Y allá, allá lejos, lejísimo, apareció el recuerdo de mi mujer, de mi primera mujer, la que paseó sin descanso conmigo en San Agustín de Tango... Y yo escribí todo aquel paseo y lo intitulé *Ayer*. ¿Lo recuerdas, Isabel? Yo era entonces Onofre Borneo. No se avecinaba en mí esta lucha entre él y Juan Emar. Tú, Isabel, aceptabas todo, todo. Podría habértela contado y me habrías aceptado. Pero no existía esta lucha. Entonces fuimos al restaurante de la Basílica y, mientras yo devoraba un arrollado de choncho, tú comías un pato escabechado. Después yo pedí caldillo de congrio y tú, Isabel, una cazuela de cordero. Yyo, cochayuyo con cebolla; y tú, prietas con puré. Yyo tomé de postre picarones en chancaca; y tú, lúcumas a la crema. Y nos fuimos a caminar por esas calles, a caminar. Fuimos también a ver a mi familia, al final de la calle de Los Sagrados Corazones. ¿Recuerdas, Isabel, a mi hermana María? ¿Y al cónsul del Uruguay? Me hace reír evocar esas cosas tan lejanas... Al fin y al cabo no pasamos tan mal; pasamos bien y vivíamos intensamente, ¿no lo crees tú Isabel Tabunco?

¡Éste es tu nombre y ahora lo escribo: Isabel Tabunco!

Porque al escribir ese libracito de *Ayer*, no puse ni una sola vez tu apellido, te llamé siempre nada más que Isabel. Ahora, no, Isabel Tabunco. Ya no podrás enojarte nuevamente.

En fin, si algo hay contigo todavía, ella, Colomba me lo hará ver. Es una necesidad imprescindible la que siento por estar a su lado. A su lado sé que podrá revivir la serenidad que hay en el fondo de mi ser.

El trencito seguía bajando. Ese mar en ebullición azotaba los cristales de mi ventanilla. Aparecían, de cuando en cuando, esos animales negros que se asomaban unos instantes y se hundían nuevamente en las aguas. Lejos sonaba aún el *Bolero* de Ravel. Una voz me despabiló:

—¡Estación terminal!

Y el trencito se detuvo. Vi a través de la ventanilla a mi amigo Lorenzo Angol. ¡Qué alegría encontrarlo a esa profunda distancia de la superficie, de la costra terrestre—como la llama Teodosia Huelén—, encontrarlo lejos de todo lo que se mueve y trajina sin cesar. Lorenzo me tomó del brazo y me dijo:

—¡Bienvenido seas, mi buen amigo Onofre! Quería conversar contigo y contarte muchas cosas. Vamos a mi pequeño rincón, un rincón cómodo, confortable, vamos a él.

—Pero dime, Lorenzo —lo interrumpí—, ¿cómo sabías tú que iba yo a llegar en este preciso momento?

—¿Yo? ¿Cómo lo supe? Te puedo asegurar que mi parte pensante nada ha sabido. Pero están mis piernas; las dejé en plena, plena libertad, y ellas me han traído hasta aquí.

Un minuto más tarde estábamos en el rincón de Lorenzo. Había en él una gran calma. Afuera algo se oía ulular. No alcanzaba a molestarnos. Así es que pedí a Lorenzo que hablara, que me contara todo lo que le había ocurrido en estos últimos tiempos. Él sonrió, se acomodó bien en su asiento y me dijo:

—Onofre, ¿recuerdas ese dibujito hecho por mí hace ya tanto tiempo que representaba una raya que, en su extremo, se bifurcaba en una serie de otras rayas? Es de él de lo primero que quiero hablarte porque ahora, creo, me imagino, que lo estoy viviendo plenamente.

Sé que tengo una vida múltiple, que mi existencia se ramifica en muchos sentidos. Desgraciadamente yo no soy consciente más que de una de estas vidas. Y esta vida, a su vez, está influenciada siempre por las demás. De ahí vienen esas rápidas visiones que aparecen y se van. Son atisbos que hemos tenido sobre las otras vidas.

Me he dicho, Onofre, que ya estoy harto de vivir con atisbos. Ahora quiero SER en cada momento una sola cosa pero serla a fondo. Es en lo que estoy empeñado, en ser plenamente una sola raya de esas que se bifurcan y se van a lo inconsciente.

¡Ser, ser! Y, al ser, me he preguntado:

¿Cuál de ellos soy yo?

A veces pienso que yo soy Linga Sharira.

Antes de internarme por el cráter del Llaima estuve unos momentos en un hotelito que hay allá en las faldas de este volcán. Tomaba el té distraídamente. Vino una chica, tal vez de unos 17 ó 18 años y se sentó cerca de mí leyendo una revista cualquiera. Era francamente bonita esta chica. La miré muchas, muchísimas veces. Luego se desprendió una imagen y vi a esta chica de estrella cinematográfica. ¡Qué éxito tenía, Onofre! El cine es lo de hoy. Esta chica se hace una celebridad.

Entonces esta imagen voló y voló por el mundo entero. En todas partes era recibida, mi chica, con grandes gritos de entusiasmo. Yo volaba también junto a esta imagen. Yo ayudaba a la chica en sus éxitos. Juntos volábamos.

De pronto me desprendí de esta imagen y aterricé súbitamente. Miré y busqué. ¡Nada! La chica ya se había marchado...

Al día siguiente penetraba por el cráter del Llaima.

Había una preocupación en torno mío. Me dije, entonces, que debía entregarme a ella, desentrañarla y verla a la claridad que me exigía la idea de no ser más que una sola cosa.

Tenía que meditar sobre aquella chica que había visto; tenía que ver qué era ese impulso que me arrojaba a cada instante hacia las mujeres y me hacía amarlas desesperadamente. Total, Onofre, tenía que ver... QUÉ ES EL AMOR.

Medité, medité. No quería más que eso: meditar. ¡Adiós todo lo restante! Ahora: meditar.

Pasaron muchas mujeres por mi mente: Jenara Linares, Vivencia Pocuro, Benilde Pánilonco, pasaron todas. Lumba Corintia quedó atrás, quedó lejos, tal vez ayudádome a desentrañar esta meditación mía. No quise evocarla. Sabía, tan sólo, que su vida era superior a mi vida. Esto me bastaba.

Otra vez volví a preguntarme: ¿qué es el amor?

Hubo un silencio. Ninguna respuesta oía en ninguna parte.

Porque es algo extraño esto de amar aunque sólo sea por unos instantes. Es un deseo de dejar de ser lo que uno es para confundirse con otra persona, para poder ¡desconcentrarse!

Después, claro está, viene el reverso de este intento. Viene la caída a la vida de todos los días, a nuestros quehaceres y ajeteos diarios. Y ella, esa ella a quien tanto quisimos unos momentos antes, es ahora el estorbo, un estorbo que llega a veces hasta la repugnancia.

¡Ah, si pudiéramos amar con locura y luego separarnos de la mujer! ¡Separarnos de ella, sea quien sea, llámese Jenara o Vivencia o Benilde o como quieras tú llamarla!

Pero sería una cuestión de suerte encontrar una mujer así. ¿Te das cuenta, Onofre? Una mujer que ame el amor por el amor mismo, por el placer de las sensaciones que él trae; una mujer que busque, a su vez, esa desconcentración que trae el espasmo y quedar contenta con el hecho de haberla sentido. Pero la mujer quiere instalarse con el amor, quiere que sea algo duradero y que transforme lentamente cuanto la rodea en un hogar bien formado. Las mujeres, Onofre, no han sentido esta necesidad de no ser más en un momento dado lo que siempre hemos sido.

Interrumpí mi meditación. Seguí bajando. Bajé sin pensar en nada, sólo preocupado de bien poner los pies para no caer. De pronto encontré el trencito aquel, el que te ha traído. Entré en él y él me trajo hasta aquí, hasta esta estación terminal.

Vagué, entonces, por estas innumerables galerías. Puedo decirte, Onofre, que las mujeres de mi pasado paseaban a mi lado y me llamaban a cada momento. Así vi a esa Berguibenda, la hija del Jefe de Estación, la vi mostrando al vacío sus pantorrillas sin sospechar que en ese vacío había dos ojos que la devoraban. Así vi a Marieta Uscana, la que escribió aquellas notas que en mí causaron tanta impresión:

¿Hay algo más lindo que querer y ser querida?

Y luego apareció la negra de Río de Janeiro, esa magnífica negra, ¡Tina Maracá! Todas ellas, créeme, estaban conmigo apenas unos cortos segundos y desaparecían tragadas por otra mujer.

Arriba, muy alto, estaba el misticismo.

A su lado estaba Lumba Corintia.

Me hablaba unas cuantas palabras y se alejaba. Yo caía entonces en brazos de Benilde Panilonco. Pero, al fin, me sacudí. Hice un gesto para arrojar lejos a estas mujeres. ¡Lejos, lejos!

Volví a vagar. Ya te lo he dicho: de pronto me encontré en la estación y tú bajabas del tren. Ahora, vamos.

Te lo diré, Onofre, vamos a ir a esperar, a esperar algo que se acerca. Sé que a estas profundidades de la Tierra tiene que suceder algo. No, no. Tu compañía no es un inconveniente; por el contrario, ella es necesaria.

Vamos, vamos.

¿Aquí te parece bien?

Bien, esperemos aquí.

Es el misticismo el que se acerca. Viene en una forma humana.

(VÍ que Lorenzo se inclinaba y se colocaba de hinojos ante la nada. Quedé en suspenso. Luego, en esa nada, se dibujó una silueta. Era la silueta de una niñita que puso su mano sobre los cabellos de Lorenzo. Alzó éste lentamente sus ojos y la vio. Se miraron largo rato).

Jateña, ¡Jateña!

Aquí estoy y te he encontrado. Si algo tienes que decirme, ¡dímelo pronto, Jateña!

JATEÑA (Con voz muy lejana y suave, como viniendo de fuera de la Tierra y atravesándola). Fuiste, Lorenzo, mi hermano, un hermano que supo quererme. Me rodeaste de un nimbo de ensueños que, durante los pocos años que viví, fueron mi más grata compañía. Yo, con mi muerte, te causé el primer dolor que hubiste de experimentar en esta tierra. Recuerdo cómo me lloraste, escondido en un rincón. Ahora aquí estamos. ¡Ten fe, Lorenzo, completa fe! Yo velaré desde estos parajes que tu marcha sea recta. No pido más, que guardes en el fondo de tu corazón, ese cariño fraternal que, en mi corta vida, me diste sin medir.

LORENZO: Quisiera poder expandir la calidad de mi amor por ti hacia todas las criaturas de esta Tierra y que en mí desaparecieran todas las posibilidades de egoísmo.

JATEÑA: Hay quienes se ocupan en ayudarte en esta tarea. No estoy sola velando por ti. Sé que has dado ya el primer paso, el tan difícil primer paso: no ir hacia la vida alta por amor a ella sino por el horror que experimentas ante la vida baja.

LORENZO: Sí, Jateña, he dado ese primer paso. ¡Cuán difícil ha sido! Pero ha sido dado. Tú me dices que hay otras almas que me ayudan a seguir adelante. ¿Quiénes son esas almas? Créeme: me confundo y no atino a ver con claridad. ¿Quiénes son?

JATEÑA: Me voy, Lorenzo. Este sitio que he ocupado permanecerá vacío algunos instantes. Será nuevamente ocupado por aquella que me ayuda y que, sin que tú lo sepas, te impulsa hacia el misticismo que tú anhelas. Pero antes de irme déjame repetirte una vez más: ¡Fe, Lorenzo, fe! Ya odias la vida baja. Ahora debes doblar tu fe y, sin ser perturbado por nada ni por nadie, seguir adelante.

Jateña se borró. Quedamos ambos, Lorenzo y yo, en silencio. Siempre se oía el ulular de fuera. De pronto, en el sitio que había ocupado Jateña, empezó a modelarse una figura. Se modeló lentamente y, al fin, la reconocimos. Un grito, un grito de estupor salió de nuestros labios. Y allí quedamos sin poder hablar, sin poder movernos, mudos de asombro.

¡¡Chinchilla!!

Mis ideas se confundieron. Pasó como un relámpago por mi mente aquel ropero de la Bóveda de La Canteria; sentí mi mano que se deslizaba por él y lo abría con dulzura, con mucha suavidad; me vi penetrando en él y poseyendo a esa criatura cuyos ojos no veían y escribiendo luego en mis papeles:

"Y así fue cómo, por primera vez en la Historia Literaria, un autor logró poseer a la querida de un personaje suyo.

Lorenzo, por su parte, pensaba como había pensado aquella vez:

"Acaso Chinchilla no tenga otra existencia que la de una idea mía.

Y por todos los ámbitos que nos rodeaban se esparció entonces un hálito a *tabac mauve*. Ahí estaba Chinchilla. Ahí estaba:

"Rubia; grácil; frágil..."—como había estado tantos años antes en aquella fiesta de Guído Guindos, el matancero.

Lorenzo estaba pálido, temblaba. Comprendí que recordaba la voz de Chinchilla cuando le había criticado su anhelo de separarse del mundo, de vivir aislado, "en una torre de marfil".

—¡No, mi Chinchilla, no! —gritó Lorenzo—. Todas, todas mis visiones han cambiado. Ahora, al postrarme ante ti, lo comprendo. Ya no podrás nunca más lanzarme un discurso como aquel que me lanzaste aquella noche, la noche de tu muerte.

Chinchilla sonrió. Fue la sonrisa del perdón, de la reconciliación. Cogí un poco de esa sonrisa y la hice entrar en mi pecho.

Así, de rodillas, quedamos ambos frente a su imagen. Bajamos los ojos. Al levantarlos nuevamente vimos que frente a nosotros, en el lugar que había ocupado Chinchilla, ahora desaparecida otra vez, vimos unos funerales.

—¡Es el sitio de los entierros y más entierros! —vociferé al recordar los de Onofre Borneo por aquella plaza junto al gato.

—Calla, Onofre, y recógete —murmuró Lorenzo.

Y pasaron esos funerales, tal como habían pasado años ha, menos Lorenzo y yo que ahora estábamos fuera de ellos y los contemplábamos contritos y con lágrimas en los ojos.

Apareció el Cementerio Apostólico de la ciudad de San Agustín de Tango; en él apareció el nicho N° 88964, en la galería subterránea BZ. Allí fue depositado un ataúd blanco, como nieve. Y el nicho volvió a cerrarse mientras aullaban los animalejos de los otros nichos que esperan aún a sus clientes.

—Bajemos otro poco —me dijo Lorenzo.

—Bien, bajemos —respondí—. Tú sabes que yo debo llegar hasta el centro de este planeta, así que todo lo que sea bajar está aceptado por mí.

Nos deslizamos con premura. ¿Cuánto habremos bajado? No lo sé pero supongo que no menos de unos seis o siete mil metros. Por fin nos detuvimos en una vasta sala. Quedamos en un rincón. Era una sala vacía y silenciosa, de techo más bien bajo. Una serie de pilastras se elevaban hasta él. Por los arcos que las unían me pude percatar que eran del tiempo románico. A nuestra derecha, una chimenea. Ardía en ella un gran tronco. Al fondo, una escalerita que se envolvía en sí misma muchas veces. Estirada podría sobrepasar varias veces el techo de la sala. Conducía esta escalerita a una puerta que, creo, estaba cerrada.

Allí permanecimos ambos a la espera de algo o de alguien.

—¿Vendrá? —me preguntó Lorenzo.

—Ha de venir —respondí.

Y la puerta, allá al final de la escalerita que se retorció, se abrió súbitamente. Apareció Lumba Corintia.

Bajó lentamente. Ya se nos presentaba de frente; ya, de costado; ya, de espaldas. Bajó. Avanzó hacia donde nosotros estábamos. Lorenzo a su vez, avanzó hacia ella. Y ambos, al encontrarse, se unieron en un abrazo interminable.

Yo di media vuelta y me marché, huí.

Afuera arreciaba el ulular. Me metí por él, me agazapé entre sus notas que silbaban. Sólo pensaba una cosa, nada más que una que se iba y volvía con insistencia:

“¿Qué es el amor...?”

Todas aquellas mujeres se esfumaban, todas ellas no habían hecho más que haber presentado a Lorenzo un gran punto de interrogación: Jenara Linares, Vivencia Pocuro,

Marieta Uscana, Tina Maracá, la chica del hotel en las faldas del Llaima, Berguibenda, la que fue Chinchilla, ahora Benilde Panilonco y qué sé yo cuántas más.

Ahora lo había dejado en brazos de Lumba Corintia.

Ahora tal vez encuentre la respuesta a esta pregunta.

¡Huyamos! ¡Bajemos más y más! Hasta que te encuentre y pueda hundirme a tu lado, mi Colomba. Tú me hablarás mucho, mucho y yo podré, entonces, saber "qué es el amor".

Es acaso la reclusión; es acaso el silencio.

14

Estoy a corta distancia del sitio en que tú estás, Colomba. Me ha detenido Florencio Naltagua y con él charlamos. Tal vez he tardado mucho en llegar a ti pero, no podrás negarlo, los encuentros que he tenido al bajar, han sido de alto interés. Me he encontrado con Palemón de Costamota; luego he divisado al gran Baldomero Lonquimay persiguiendo a miles de enanitos; luego a mi incomparable amiga Teodosia Huelén que me ha llevado hasta esos agujeros abiertos en el muro y, por ellos, he oído a Teodoro leer su *Noche triste* a la silenciosa Albania Codahue; luego he visto pasar al hombre Martín Quilpué rodeado, él también, por los enanitos que desataban la furia de Baldomero; por fin he estado con Lorenzo Angol y he visto a su hermanita, a Jateña; he visto a la que fue Chinchilla; he visto a Lumba Corintia.

Ahora, ya casi a tu lado, estoy con Naltagua. En pocos momentos más te habré visto, Colomba. Una placidez enorme nos rodea. Le pregunto a Naltagua:

—¿A qué hondura estaremos?

Me responde:

—A unos 60.000 metros del sitio que es tu finalidad.

—Ya siento aquí un sosiego bienhechor; ya me siento lejos de todo aquello que me perturbaba allá cerca de la "costra" terrestre, como la llama ahora Teodosia Huelén.

—Teodosia Huelén es una persona superior —me dijo.

—Dime, Florencio, ¿crees tú que ella sea la continuación de Jateña, la hermanita de Lorenzo?

—Sí, ella es su continuación. Ella hace ahora todo lo que soñó Jateña poder hacer.

Quedé perturbado con esta afirmación de Naltagua. Tuve que pedirle que me explicara bien a fondo cómo se producía este hecho para mí sin sentido. Naltagua me explicó:

—A ti, Onofre, te perturba la idea de haberlas oído hablar a ambas y te has preguntado si acaso Teodosia duerme en los momentos que Jateña habla.

No, no hay tal. Para aclarar tus ideas al respecto, te pido que pienses en aquella raya bifurcada que dibujó hace tiempo Lorenzo Angol. Así verás que todo vive, que nada hay muerto en esta Tierra ni en el universo. Teodosia y Jateña son dos rayas de esa mayor que las une. Ahora que ellas tienen el don de hacerse objetivas a nuestros ojos; o, si tú quieres, nosotros tenemos el don de poderlas percibir. Porque nuestros dones se agudizan en estas profundidades. Aquí cesa aquello que allá, en la costra, se llama la nada de la muerte.

A eso he venido hasta acá; a recogerme en el silencio que hay en torno mío y a ver los habitantes que aquí hay.

Una cosa me atormentaba allá: el tener que vivir siempre con un estado de conciencia

que nos lleva a conocer todo con lógica. Quería otro estado de conciencia, un estado sin la lógica que allá tenemos. Quería penetrar la logicidad de lo ilógico. Sé que ésta es una idea que no encaja dentro de ninguna idea. Así lo ha dicho Piotr Demianovich Ouspensky.

¿Te extraña cuanto te digo, mi querido Onofre? Todos los días he de progresar un tanto pues deseo ardientemente entrar en un círculo de sentimientos y pensamientos que sea diferente al que me es habitual.

Aquí no hay mujeres junto a mí. Nastia Poltava se retira. Ella sabe que yo me voy acercando con lentitud pero fieramente al sitio en que ella está.

¿Dónde está?

Onofre, está junto a Lumba Corintia.

Quiero que en mí desaparezca toda idea de mi parte intelectual. Es como podré acercarme a la revelación. Mas para ello se necesita una alta serenidad y una alta paciencia.

Sigue tu descenso. Si oyes como es debido la voz de Colomba ella te podrá ser de una gran ayuda.

Pero no busques ni fuera ni dentro de ti. Oye, únicamente. Deja que su voz resuene en tu corazón. Después, sigue tu vida habitual.

Pero no olvides lo que has oído.

Que ello trabaje con lentitud dentro de ti. Sé un espectador sereno ante este trabajo. Es cuanto te puedo aconsejar por ahora.

¡Sigue tu viaje hasta el centro de la Tierra, mi buen Onofre!

Cuando estés en ese centro inclínate ante Colomba.

Colomba... Colomba...

Su nombre resonó largo en mí. Bajé calmadamente la distancia que nos separaba.

La vi allá, al frente, sin movimiento alguno. Sus ojos que no ven me pidieron que avanzara.

Avancé.

Aquí estamos nuevamente, mi Colomba.

15

Caigo de bruces ante tu belleza inmaculada. Al caer tomo tus pies y los beso. En esta actitud me siento pequeño a tu lado. Y a ti te veo grande, grande.

Así me he acercado a ti. Tú has extendido una mano. Esta mano ha acariciado mi cabeza. Agacho la vista sumido en un respeto que sobrepasa los límites de lo que respeto se llama a cada paso. He vuelto a besar tus pies y los he vuelto a besar, ¡oh, mi Colomba linda! Esos pies que, hace ya tanto tiempo, hollaron 170.000 veces mi cuerpo desnudo tendido frente a ti allá en el taller de La Torcaza.

Repitamos aquel momento, Colomba.

Marcha sobre mí y a tus piecitos me entrego.

¡Marcha, Colomba!

¿Cómo! ¿No has hollado jamás mi cuerpo?

¿He soñado entonces? ¿O alguien ha soñado en mí?

Si; en mi vida ha habido sueños y más sueños. En cada época se ha filtrado, junto a esos sueños, lo que dormitaba muy en el fondo y que, de ese modo, se ha materializado.

El ansia que había en mí, el ansia acallada por mi voluntad inconsciente, me hizo sentirte sobre mi cuerpo, pasar sobre él de prisa y clavarme por 170.000 veces tus empinados tacones. Todo ello rápidamente, con la rapidez de los siglos que lentamente se desenvuelven.

Tú no te movías. Seguías ahí hierática. Yo me revolcaba por el suelo. Tú te alejaste luego. Y, sin ver, atravesaste la puerta y te perdiste, mi Colomba.

Así se realizan las ansias en uno; así se lastima nuestro cuerpo con la imagen que deseamos.

No, no marches sobre mí.

Es el momento de conversar en silencio.

Ahora te valorizo. Si jamás hubiese habido otra mujer en mi vida, si no hubiese conocido ni querido a Guni Pirque, ni a Marul Carampangue, ni a Isabel Tabunco..., si mi mano no se hubiese deslizado por el espejo que protegía a Chinchilla; si Jacqueline y Nimba Canaria y Musa Cautín las hubiese soñado, nada más que soñado...; como creo ahora que Tomba Montbrison es un sueño mío... Porque ¿dónde está Tomba? No está ni aquí ni en ninguna parte. No hay nadie aquí. ¡Estás tú, Colomba! Déjame decirte entonces: si jamás hubiese habido otra mujer en mi vida, tú me habrías sido, tal vez, indiferente; o, acaso, hermética... Te habría considerado apenas algunos instantes y habría seguido mi marcha sin volver a evocarte.

He necesitado de todas ellas, Colomba.

Ahora estoy a tu lado.

Ahora obedezco lo que tú me pidas hacer.

¿Qué te importa este peso que traigo sobre mis hombros?

Sí; debería no tenerlo y ser ágil como un ave que vuela huyendo de cuanto pueda pesar sobre ella.

Las aves viven de instante en instante. Y el pasado cae de ellas y se desparrama por el suelo.

¿Es eso lo que tú quieres de mí?

No lo puedo, mi Colomba. He escrito para deshacerme de ese terrible pasado que se ha pegado en mí. Pero él sigue y sigue todo el tiempo a mi lado y sujetándose. ¡Oh, si supieras cuántas carpetas llenas de notas y observaciones tengo sobre los personajes que me han rodeado durante mi paso por este mundo!

¡Sí! ¡Aquí están! ¡Son mis carpetas!

¿Debo liquidarlas? ¿Puedo alargar mi mano hasta ellas? Un momento y déjame ver.

En ésta dice:

DINTEL

Es hacia donde yo quiero ir. Son mis notas personales. Voy a verlas, Colomba. Dame una, cualquiera, la que primero venga a tu mano. Léela; yo te oiré:

Recuerdo muchas cosas del pasado, de lo que llaman "el pasado". No es el pasado, Colomba; es el presente. Nuestra idea de pasado, presente y futuro debe medirse en profundidad. Jamás debe medirse en el tiempo.

Claro está. De este modo cesa el pasar de la vida y podremos llegar a la vida permanente, esta vida destruida por el suceder de lo que acontece. A tu lado cesa este suceder. A tu lado toco la permanencia del vivir. Porque estoy seguro de haber vivido siempre.

siempre y que siempre seguiré viviendo en un solo instante que no ha de pasar porque no ha tenido comienzo. Pero la gente no vive así. La gente...

¡Qué! ¿Encuentras tú? ¿Qué dice esa otra nota?

Quieren ir siempre a alguna parte, moverse. Todos lo quieren. Y no veo a nadie que quiera *permanecer en silencio*.

Ahora callas, Colomba. Ya no lees más mis notas. ¿Por qué te has interrumpido?

Comprendo: me has dado el ejemplo. Bien, pásamelas. Las voy a escribir todas, todas, que no sigan durmiendo ahí en esa carpeta. Pero lo haremos poco a poco, ¿quieres? Tú ves cómo te obedezco.

Sí, pásamelas.

(Recibí las notas. ¡Qué alto de notas eran aquellas! Las puse junto a mí, en una gran mesa que vi a mi lado. Vacilé apenas un segundo. Mas la mirada de Colomba, esa mirada que no ve por hallarse vuelta hacia el interior, me borró toda vacilación. Me puse enseguida a copiar mis notas).

• —*Umbral y Dintel* no han sido escritos por "mí". Colomba, ¿qué significa este "mí"?

A veces lo percibo lejano; a veces se borra. Pero sé que, cuando me siento a la máquina y ese "mí" escribe, es un fracaso. ¡Quiero zafarme de ese "mí"! Debe inspirarme otra parte que no soy yo. Entonces escribir.

Creo ir bien en esto. Allá en la superficie, allá en Quintrilpe, trabajo bien. Es que Quintrilpe es un hermoso fundo. Cada vez que lo abandono siento un malestar en mí. Pero ahora veo que lo siento también al regresar a él.

Algo falta en mi vida. He creído varias veces recordarlo pero luego lo he olvidado.

¿Viviré en una nueva amnesia?

Colomba podría decírmelo.

• —Hoy he vuelto a Quintrilpe después de una ausencia de no menos un mes y medio.

He vuelto hacia los objetos *míos*. Los he mirado: Son otros objetos; me esquivan.

Oigo sus conciliábulo apenas me acerco a ellos. Siento que dicen que se acerca el terrible enemigo.

¡Oh, es la vida *real* de los objetos todos!

• —Ahí están los libros de Stanislas de Guaita: *Le Temple de Satan; La Clef de la Magie Noire*. Alcancé a alargar una mano para cogerlos y mandárselos a Lorenzo Angol. Son libros que me ha dicho necesitar por unos días en varios ejemplares. Al tomarlos oí que me dijeron: "¡No!". En vano insistí. Pocos días más tarde me sumergía de lleno en ellos; yo los necesitaba y Lorenzo podía muy bien seguir sin ellos.

• —Los guijarros me han hecho el mismo efecto. Se han comportado como mis objetos y mis libros. No se entregan. Parece que se escogieran; a veces parece que llegaran a insultar.

Yo tiemblo ante ellos. Pido perdón.

Muy poco a poco se van entregando y me van llevando a los umbrales de su enorme mundo.

• —La naturaleza entera con sus montañas, sus mares y ríos, sus planicies, bosques y desiertos, con sus grandes acantilados abruptos, con sus pampas desiertas, todo ello bajo un inmenso cielo; un cielo a veces cubierto de nubes; otras veces despejado; de día; de

noche; al amanecer o en el crepúsculo... Pasa un hombre y se pierde. Ahora la tempestad atruena; ahora es la calma perfecta. Una muchacha canta.

Así deberían verse los estados de ánimo que nos asaltan. La naturaleza no cambia; siempre es. Nosotros por ella caminamos y, a lo lejos, oímos cantar una muchacha.

Ir acercándose, ir alejándose de ciertos aspectos; ir profundizando en otros aspectos.

• -El afán de recoger, de acumular, de guardar para sí... ¿Qué es, Colomba?

Tú me mirarás y yo en tus ojos leeré la respuesta.

Sí, ya lo sé: es lo propio de lo que llamo "raza blanca".

Es la pérdida de la noción de universalidad; la pérdida de un TODO.

Es no sentir el Centro de la Tierra donde tú estás.

Ya ves, Colomba, cómo en esas notas que hacía a cada momento, en miles de circunstancias diferentes, tú aparecías a cada instante y tu sombra me perseguía.

¡No te he de abandonar jamás!

• -Juan Emar dice:

-El sentimiento... Tal es mi camino y lo que busco; es el modo de profundizar verdaderamente.

Onofre Borneo dice:

-El pensamiento, la mente pensante.

Onofre Borneo grita por la superficie.

Juan Emar, por el Centro de la Tierra.

• -¿Si yo escribiera fatigado?

Es acaso un modo de acallar la voz de lo pensante.

• -Todo, todo no está más que en nosotros. Mientras más se necesita de hombres a nuestro alrededor, más bajo se cae.

La grande, la alta sabiduría está en el retiro absoluto.

• -Yo pienso mientras tanto: ¿Cómo son las cosas? Pienso si son como se ven de cerca o como se ven desde lejos.

Llego a la conclusión de que ellas son de ambas maneras, de cerca y de lejos. Es decir, son de una tercera manera que a nuestro entendimiento se le escapa.

• -¡Qué absurdo es un árbol!

Recuerdo que esto lo escribí mientras pensaba en otras cosas muy diferentes; estaba a la sombra de una enorme encina. Tuve la sensación de que veía mal, de que apenas veía una parte de lo que debería ver. No pude sino exclamar: "¡Qué absurdo!".

• -Los recuerdos del pasado, de ese remotísimo pasado, de ese que se remonta más allá de nuestro nacimiento, ¡aquí están! Ellos forman nuestra manera de ser. Por eso hay hombres tontos, inteligentes, mediocres, geniales; los hay insensibles y los hay llenos de sensibilidad; los hay cobardes como los hay intrépidos.

Son los recuerdos de la eternidad de la vida.

No tenemos por qué recordar como es nuestra costumbre diaria: la cara de un señor, las señas de otro señor, la fisonomía de una ciudad, la casa en que habitamos, etc.

Recordamos siendo de una manera determinada.

Si no es así: ¿por qué sabemos espontáneamente tantas cosas? ¿Por qué somos diferentes?

• -Florencio Naltagua me ha hablado largamente sobre un capítulo de *Un nuevo modelo del Universo*, de Piotr Demianovich Ouspensky.

He leído este libro y he subrayado aquello a que se refería Naltagua. Es lo siguiente:

"El Hatha-Yoga trabaja sobre la naturaleza física del hombre en el más estricto sentido de la palabra, es decir, con las funciones vegetales y animales. Y en relación con esta naturaleza física los Yogis tienen un conocimiento muy antiguo de ciertas leyes que sólo muy recientemente ha descubierto la ciencia occidental. En primer lugar, la extraordinaria independencia de los órganos separados del cuerpo y la ausencia de un centro común que gobierne la vida del organismo; y, en segundo lugar, la capacidad de un órgano de realizar, en ciertos casos y hasta cierto punto, el trabajo de otro.

"Al observar la independencia de diferentes órganos y partes del cuerpo los Yogis llegaron a la conclusión de que la vida del cuerpo está formada de miles de vidas separadas. Cada una de estas vidas supone un 'alma' y una 'conciencia'. Los Yogis encuentran estas 'vidas' independientes con 'almas' separadas no sólo en todos los órganos, sino también en todos los tejidos y en todas las substancias del cuerpo. Este es el lado 'oculto' del Hatha-Yoga.

"Estas 'vidas' y estas 'conciencias' son los 'espíritus' del cuerpo. Según la teoría del Hatha-Yoga, el hombre es capaz de subordinar a estos 'espíritus' o 'vidas' a su propia voluntad, es capaz de hacerlas servir sus objetivos.

"Los Hatha-Yogis aprenden a controlar la respiración, la circulación de la sangre y la energía nerviosa. Se dice que pueden, manteniendo la respiración, casi detener todas las funciones del cuerpo, sumergirlo en un letargo en el que puede permanecer el hombre por cualquier tiempo sin comida ni aire y sin sufrir daño alguno. Por otra parte se dice que pueden aumentar la intensidad de la respiración y, poniéndola a ritmo con los latidos del corazón, pueden proveerse de una enorme cantidad de fuerza vital, pudiendo usar esta fuerza para el tratamiento de enfermedades, tanto suyas como de otras gentes. Por un esfuerzo de la voluntad pueden suspender la circulación de la sangre en cualquier parte del cuerpo o acumular en esa parte una gran cantidad de sangre arterial fresca y de energía nerviosa.

"Aprendiendo a gobernar sus propios cuerpos los Yogis al mismo tiempo aprenden a gobernar al universo material entero.

Los órganos nuestros, cada uno con su propia vida, ¡están bajo nuestra custodia! Porque hay, Colomba, miles de vidas en nosotros.

Bajemos al Centro de la Tierra para cuidarlos como es debido.

No los cuidemos según la mente; cuidémoslos según ellos mismos. No es nuestra mente pensante lo que se ha de salvar. Ella es un comunicado lejano del más allá.

Y nada más.

• -Aquí la medicina se ha acercado a las artes. He dicho "la medicina"; no he dicho "los médicos".

Éstos ven sólo una parte nuestra, una mínima parte; y dejan en el olvido todo lo demás.

Se parecen en esto a los frailes.

Son las dos mafias que existen en este mundo: los médicos y los frailes.

• -¿Encuentras tú, Colomba, que yo escribo haciendo demasiada literatura?

Debes fijarte que he de traducir lo que hablamos; he de salvar este inmenso abismo que hay entre lo que pensamos y la manera de interpretarlo. ¿Entonces?

Se ha tenido que recurrir a este medio que aparece un tanto oscuro: el surrealismo. Es lo que me ha dicho Rubén de Loa.

Sí, es algo claro, ¡claro, Colomba! Deja que mi mano escriba y que yo calle.

Deja que mi mano escriba siempre y que mi mente no sepa lo que esa mano ha escrito. Tal sería mi ideal.

No pude seguir leyendo. Mi mirada se levantó hacia ella y, al ver sus ojos borrados en su rostro, le pregunté:

—Colomba, ¿crees tú que he hecho bien al anotar así o que todo ello no es más que una confusión de notas?

Sus ojos entonces me respondieron:

“No es una confusión de notas. Has hecho bien. Si quieres desprenderte de la costra terrena debes empezar por desprenderte de tus anotaciones. Entonces, y sólo entonces, podrás hallarte en el DINTEL.

Obedeciendo por un gesto automático alargué una mano y cogí otra carpeta. Sobre ella se leía: *Anacleto Ibacache*.

La abrí.

Había olvidado la existencia de esta carpeta. Ibacache había muerto hacía ya tiempo. Su carpeta había quedado arrumbada en un rincón cualquiera.

“Lee —dijeron sus ojos.

Y leí las palabras de mi amigo Anacleto Ibacache que yo había anotado fielmente tras una larga charla que ambos habíamos tenido en su casa de la calle ¡Muera Lutero!

Se refería Ibacache a una crisis de neurosis que había tenido en el fundo de Florencio Naltagua, Lo Gay, allá en la estación de Pillatopos. Había pasado en Lo Gay unos cuantos días en compañía de Naltagua y de un joven alemán, Ludwig Elberfeld.

Me acerqué bien a los pies de Colomba, me apoyé en sus piernas y leí las palabras de Ibacache tal cual habían venido a mi memoria en aquellos tiempos:

• —Anacleto Ibacache me ha dicho lo siguiente:

—He tenido momentos en mi vida de verdadero pesimismo. Hace poco fui víctima de uno de ellos, Onofre, víctima de esos momentos en que vemos nuestra existencia irremediablemente perdida, nuestras fuerzas malgastadas, nuestras fuerzas... si es que aún sentimos algunas en nosotros. Un hecho vino a aumentar mi angustia.

Estaba yo en Lo Gay, el fundo de Florencio Naltagua. Fue en el verano pasado. Siempre Naltagua invita amigos a pasar unos días con él y, la vez a que me refiero, tuvo como huésped a un joven alemán, de mi edad, llamado Ludwig Elberfeld.

Antes de seguir debo advertir que la angustia que me toma no se caracteriza por el desaliento ni la incapacidad, sino más bien por un exceso de sensibilidad, una sensibilidad que va a tal punto que el menor hecho, el más mínimo e insignificante, me llama la atención, me penetra y me hace analizarlo, mastigarlo fría y razonablemente. Llego entonces con el raciocinio más bien que con el sentimiento, a la conclusión de que todo es vano, todo es estúpido, sin sentido, y si hay quienes amen algo es porque no se han colocado en el punto de mira donde yo me coloco, el punto más alto... pienso yo en dichos momentos. Pero es el caso de que si siento amor por algo, inmediatamente me asalta la necesidad de lo que amo, veo el error que cometo al amar, verifico que no es posible apasionarse en la vida pues nada merece pasión. Sin querer sigo pensando cuán inútil es todo en esta Tierra.

Sin embargo siento el deseo de amar, de venerar cualquier cosa para libertarme de mí mismo. Entonces lloro al ver que mi cerebro pone una barrera, abre un abismo a los ímpetus de mi corazón.

¡Tristes momentos! Mi angustia crece, llego a sentir ira contra todos los que creen y viven, llego a tratarlos de ciegos de espíritu al no ver lo que para mí es tan claro: la inutilidad de creer y vivir. No me fijo que en el fondo los odio porque los envidio, porque quisiera ser como ellos también.

Pero, ¿qué quieres, Onofre? No puedo y no puedo. El alma se me ha cerrado y soy víctima de la extrema sensibilidad del pensamiento roedor, mortal.

Pues bien, una mañana llegó a Lo Gay este amigo alemán, Ludwig Elberfeld. Era un ardoroso admirador de las artes plásticas y de la música. Vivía alimentándose con la expectativa de poder dedicarse pronto a la escultura. A las pocas palabras que cruzamos me di cuenta de que era uno de esos tipos perfectos de los alemanes: serio, grave, cadencioso y ceremonioso, obrando en todo más que por su voluntad por la voluntad de su patria y de su raza. Tenía el equilibrio completo en todas sus facultades, hacía todo como "debía" hacerse, pensaba cómo se "debía" pensar y sus ideas eran las que "debían" tenerse. Como transparencia se adivinaba, bajo la frialdad que cubría todo su ser, ese deber inculcado por sus generaciones pasadas, esa gota de idealismo, ese algo soñador, que nunca se manifestaba con ardor ni con pasión sino siempre como "debía" manifestarse. Era un alma sana, poseía aún un corazón no enfermo por ningún pesar, había pasado por la vida sin tocar las tormentas, había pasado protegido por el santo deber alemán que le impedía dudar o mirar a otros puntos, y por la gota de idealismo que le hacía amar lo hermoso y delicado y no pensar siquiera, no sospechar que tal vez puede haber goce en lo que no es hermoso ni delicado. Amaba algo y lo demás se le borraba. Sentía gusto por algo y todo el resto desaparecía. Ya había encontrado un fin al cual llegar. Sin dudas, sin engolfarse en cuestiones demasiado complicadas, sin dejarse herir por el resto de las cosas de este mundo, sin sufrir, fría y místicamente, se entregó al fin que se había impuesto. Cuando hablábamos, apenas hacía yo alusión a algo que no fuera equilibradamente sensato, parecía no comprenderme y si yo sostenía algo que no estuviese dentro de los marcos de lo razonable, me rebatía con una lógica tan perfecta, con un raciocinio tan matemático que yo no hablaba qué responder y aparecía como perfectamente convencido.

Tal rectitud llevada a tal extremo y que me hacía creer en una ausencia completa de personalidad, me hizo pensar que Ludwig era un sonso. En verdad lo consideré desde entonces con la más profunda indiferencia. Al último me era más como una cosa que como un ser.

Pasaron algunos días. Apenas cruzábamos una que otra palabra.

Una tarde —por simple cortesía y en el fondo con una gotita de pretensión pues pensaba admirarlo— lo invité al taller que Naltagua me había improvisado. Al ver mis obras, pensaba yo, tal vez se convenza de que en el arte, más que el estudio y el amor por la investigación y la veneración por lo que se investiga, vale la originalidad, las rarezas y las locuras llevadas a la tela.

Pero un despecho profundo me invadió pronto al verificar la extrema indiferencia con que se quedó ante mis pinturas. Se deshizo en palabras elogiosas, mas en el fondo veía yo cuán distante consideraba él el arte a lo que yo había hecho. Pues junto con decirme una palabra de halago, me hablaba, con su convicción característica, de lo tanto que era menester trabajar para hacer siquiera algo. Luego recordó el ahínco infatigable de los

grandes maestros, de los griegos, de Miguel Angel, de Rafael, de Leonardo, de Rembrandt, de Rubens y de miles más. Concluyó diciéndome con su acento extranjero:

—Yo creo, don Anacleto (a pesar de ser ambos de la misma edad siempre me trató de “don”, lo que más contribuía en mí a despreciarlo), yo creo que es inútil dedicarse a las artes si uno no tiene el firme propósito de trabajar hasta matarse y la fuerza para realizar este propósito.

Quedé aún más desanimado. Al principio pensé para mis adentros: “¡Qué imbécil!”, pero a pesar de todo seguía pensando en lo que me había dicho.

Al fin y al cabo, ¿quién sabe?; ¿tendría él la razón?

Empecé a dudar de mí mismo, de esa sensibilidad enfermiza que yo creía ser muy de artista; empecé a dudar ante esta fuerza serena, decidida, inquebrantable y sana que surgía de todo su ser.

Comí en silencio. Pensaba en mi obra tristemente. ¿Qué había hecho yo, qué había producido? ¡Nada! Pero, en fin, era joven aún, no había empezado la vida para mí. Pero mis reflexiones no quedaban ahí. ¡Nada había hecho! Y pensándolo bien, ¿qué podría hacer? ¡Para hacer algo hay que amarlo, hay que desprenderse de las miserias que nos acorran, hay que elevarse sereno a la región más pura, hay que creer y hay que vivir!

Al pensar así, si echaba una mirada sobre mí mismo, veía sólo hastío, sólo tormentos, sólo repulsión por el arte, por lo bello y ni un ápice, ni una chispa de juicio sereno, de serenidad, ni de amor...

Vino la noche. ¡Oh, qué noche! Pocas veces había sentido con mayor intensidad la angustia de mi alma de artista. Pocas veces había sentido tan hondamente la imposibilidad de elevar mi alma enferma y roída al cielo radiante y tranquilo, al cielo en que brilla el arte verdadero.

Para comprender mejor, Onofre, lo que esa noche pasó en mí quiero dar idea, en dos palabras, del aspecto de las casas de Lo Gay:

Hay en ellas tres viejas encinas que se pierden en la noche. Su follaje es tan oscuro y tan tupido que a través de él no se divisa ni un pedazo de cielo. Al pie de los troncos y de la bóveda de las hojas hay una interminable hilera de piezas antiguas al lado de un corredor bajo y soñoliento aplastado por un techo de tejas rojizas.

Me senté en el corredor fumando y vagando con la imaginación. Los demás, entre ellos Florencio y Ludwig, hablaban y reían.

De pronto me hirió una convicción, como si el cúmulo de ideas negras que me acorrajaba se formulara, se precisara:

“No soy artista —me dije—; he errado mi vocación.

Todos mis queridos proyectos, todas las innumerables ilusiones que me habían nacido en las horas de optimismo se derrumbaron y terminaron de un golpe.

“No soy artista, por cierto —me decía—, pues si lo fuera, por la razón misma de serlo, esa idea de la necesidad de todo, de la inutilidad de todo, no habría germinado en mí, no habría echado en mi alma raíces tan profundas. Un artista, por la naturaleza de su ser, ama con frenesí, no medita ni se atormenta con el objeto de su amor. Ama solamente; ama porque aquello es bello, porque es divino, porque es Dios entre los hombres.

Sentía la necesidad de que mi temperamento cambiara para poder producir siquiera una pequeña mancha. Sentía la necesidad de que saliera de mi cerebro ese desprecio irritante por cuanto existe y que viniera a ser reemplazado por la veneración que el artista experimenta ante lo grandioso de la naturaleza.

A mi alrededor se había hecho el silencio. Todos—fuera de los ya nombrados estaban doña Martina Vichuquén, doña Nora de Bizerta y Ofqui, doña Gervasia Cachapoal, el capitán Angol, Adalberto Huachipato y Silvestre Tongoy—, todos estaban quietos en sus sitios, unos junto a mí, otros bajo las encinas. Sólo una ampollita, que parecía salir de entre las hojas, nos alumbraba dejando el resto en la penumbra. De cuando en cuando un poco de viento sacudía con dulzura las ramas. De cuando en cuando un perro ladraba allá muy lejos haciendo coro al canto de las ramas. Y de cuando en cuando pronunciaba alguien una palabra para seguir luego el silencio.

Esperábamos que Ludwig tocara cítara.

Se había colocado bajo la ampollita y afinaba su instrumento. Cuando lo hubo hecho nos miró a todos sonriendo. Luego empezó a tocar el Canto del Cisne de *Lohengrin*.

Inmediatamente me llamó la atención el respeto exagerado que expresaba su semblante, el temor de una profanación casi, al tocar la música de Wagner. Parecía estremecerse, parecía que ya iba a ponerse a llorar como un niño por el hecho de interpretar un trozo del que había sido un genio. Mientras así veía tanta veneración, mi eterno canto volvía en mí con su eterno estribillo:

“¡Necedad, imbecilidad todo esto!

Y tenía que retener las lágrimas al no poder arrojar para siempre esa convicción que me mataba.

Siguió la música largo rato. Ludwig sonreía dulcemente cuando ejecutaba un aire popular; temblaba cuando ejecutaba algo de un gran maestro. Al fin le pidieron que tocara algunos trozos de los escritos por su abuelo, música agradable pero sin mayor valor.

Con una unción religiosa entonces, Ludwig tocó la obra de su antepasado. Había que ver el fervor y el respeto que experimentaba al pensar, a los acordes de esa música, en el que ya no existía, el padre de su padre, el que así había sentido la naturaleza allá en el reino de Baviera. ¡Oh, cuánta hermosura se veía que evocaba en el corazón cándido de Ludwig el recuerdo de su abuelo por el solo hecho de haber sido su abuelo! ¡Cuánta veneración por esa música por el solo hecho de haber sido escrita por uno que había tenido la misma sangre que hoy corría por sus venas! ¡Cuánto candor, cuánto amor, cuánta fe!

Pensé entonces en mis anhelos. Aunque quise impedírmelo lancé una mueca de desprecio. ¡Qué me importaban ellos ni nada!

Cuando me fui a acostar a media noche pensé, ya sin dudas de ninguna especie, que él, Ludwig Elberfeld, era un artista y que yo... un iluso, un pretencioso.

“¿Qué hacer?—me pregunté. Sólo vi un remedio: abandonarlo todo, no hacer nunca nada más, desesperarme y llorar. Pero después de todo, pensé, puede ser que algún día me vuelva una ráfaga de optimismo y entonces trataré de reaccionar, trataré de imitar el alma ingenua y pura de este tranquilo alemán...

Devolví esta carpeta en que guardaba los recuerdos de Anacleto Ibacache, la devolví a Colomba sin que ni ella ni yo pronunciáramos ni una sola palabra.

Al fin pude hablar. Al principio hablé como en un susurro. Poco a poco mi voz se fue elevando. Colomba me escuchó en silencio.

Yo: ¡Amo, amo todo! Amo a los buenos, Colomba, como amo a los malos; a los que piensan y a los incapaces de hacerlo; a los que tienen mis ideas y a los que las combaten. Yo amo a todos porque todos no son para mí más que uno solo.

No me aparecen como enemigos entre ellos; no me aparecen con ideales opuestos. Me aparecen formando parte y ayudando a la Armonía Universal.

Cada uno me aparece contribuyendo con lo que debe para el mantenimiento de esa Armonía. Fuera de ella son adversarios unos de otros, son enemigos porque lo que uno afirma el otro lo niega. Pero al entrar al templo de la Armonía cada cual toma el lugar que le corresponde y así todos juntos forman un solo todo.

En este todo no hay contradicciones ni mentiras. Todo es verdad. Ese todo necesita de bondad y maldad, de grandeza y pequeñez. Lo toma todo y lo une.

Es la eterna cuestión de la pirámide: el que está bajo ella sostiene que es un cuadrado pues ve su base; el que está a un lado, que es un triángulo pues ve una cara; el que está frente a una arista, que son dos triángulos que se unen en ella. Pero el que está arriba ve que es una pirámide, ve que los tres tienen razón, que todo depende del punto de vista desde el cual se juzgue. Pero, como en la pirámide, hay un punto que los encierra y los comprende a todos, a los de abajo y a los de arriba. Desde ese punto se ve que el cuadrado, el triángulo solo, los dos triángulos unidos, se unen y se armonizan para formar la pirámide.

¡Sí, sí! ¡Os amo a todos porque todos no sois más que uno!

Creéis estar en contradicción los unos con los otros... ¡No, no! Estáis todos en perfecta armonía.

¡Amo, amo todo! Hay que elevarse, hay que llegar al DINTEL. Así se ama todo, todo. De otro modo es el choque, la lucha, el desacuerdo, el caos infernal.

Por eso, mi Colomba, cuando bajo a la base de la pirámide, odio, aborrezco, me desanimo y me hago más estrecho que el último miserable.

Amo desde el cielo.

Desde la Tierra aborrezco.

Callé. Sentía el ulular en torno mío. Veía la silueta de Colomba inmóvil. Hasta mi llegaba —no sé cómo— el girar de la Tierra.

Entonces Colomba habló. O creo yo haber oído su voz en medio de aquel ulular. ¡Sí, era ella la que hablaba! Colomba no me respondía directamente a lo que yo había dicho. Divagaba. Al menos así me pareció a mí. Hablaba de otras cosas y, a veces, hacía alusión a lo dicho por mí. Yo la escuchaba arrobado.

COLOMBA: ¿No has pensado, Onofre, cuando crees poseer una verdad y por ella te apasionas, que también puede existir y ser verdadero lo contrario?

¡Oh, tu pirámide! Quieres estar siempre en el vértice. Mas es necesario que alguna vez comprendas que si deseas contribuir a ella con tu parte, debes trabajarla y afrontarla ya sea por su base o por una cara, aunque no la veas toda, pero teniendo en cambio dónde esculpir tu obra, dónde cincelar lo que sueñas.

He ahí tu pirámide.

Todo ser, por el solo hecho de ser, debe tomar su martillo, su pluma o su cincel y colocar un clavo o una palabra para el embellecimiento de la pirámide. Es, por lo tanto, necesario, que, seas tú quien seas, te acerques a ella por cualquier lado. Entonces, ¡dale tu trabajo, dale tu parte!

Claro está que estando así a su lado no la podrás ver entera; verás sólo un trozo mas ese trozo lo dominarás, será todo tuyo y habrás comprendido tu misión en la Tierra.

Comprendo tu deseo de ir al vértice para cerciorarte de tu trabajo. Ya lo sabes: es una pirámide, la eterna pirámide.

Escoge, pues, un trozo y trabájalo, domínalo. Hay quienes nunca llegan a saber a qué pertenece el trozo en que han trabajado. Es menester saberlo y, una vez sabido, trabajarlo.

Tú has pensado más de una vez que la vida no existe, que los acontecimientos y hasta el destino no existen. Tú has pensado que lo único que hay son seres, almas; que ellos crean acontecimientos, con ellos forman imágenes y así forman su destino. Los hechos de por sí te aparecen como sin forma, sin carácter ni sentido, sin que sean nada, absolutamente nada. Tú has pensado que es al pasar a través de un alma donde adquieren su forma, donde se hacen hechos, donde toman su sentido.

A cada paso encuentras seres deseosos de ir a nuevos mundos, de conocer otras cosas que las que siempre han visto, deseosos de encontrar y tener aventuras. Ves luego que, si realizan sus aventuras, nada han experimentado de nuevo; han sido ellos mismos los que se han visto en diferentes sitios y en diferentes circunstancias. Todo cuanto nos rodea, aun lo más alejado y extraño a nuestro ser, es siempre nuestro ser. Todo es uno mismo.

De ahí que a cada ser le sucedan cosas al alcance de él. No hay cosas grandes ni pequeñas, ni buenas ni malas, ni bellas ni feas. Hay cosas solamente. Es el ser que las percibe quien las hace grandes o pequeñas, buenas o malas, bellas o feas.

—¡Vamos, vamos—gritan algunos— a buscar vida para tener más vida!

Onofre, todo esto no es más que una palabrería vana. Pues vayas donde vayas, hagas lo que hagas, siempre encontrarás a tu propio ser ante ti.

No olvides que el que es pequeño de espíritu nada gana con aventuras. Las aventuras que tenga serán él mismo. El que es grande no necesita ni siquiera mirar más allá de su cuarto. La vida entera, el universo entero está dentro de sí. Sólo es menester saberlo y despertar.

Esto es cuanto puedo decirte.

¡Despierta partes ocultas de ti mismo que ahora ignoras que existen! Pero algo nuevo, inusitado... no lo esperes. Quien no tiene vida en sí pierde su tiempo si va a buscarla. Quien la tiene no se preocupa por ir tras ella pues está en él.

Pero, Onofre, ¡cuántas faces de ese universo duermen en nosotros! Debes despertarlas. Despertarlas es tener conciencia de ellas, plena conciencia de su existencia en nosotros.

Nacerán, entonces, dos seres diferentes en ti:

Es uno el que vive, el que piensa, el que se apropia de lo exterior, es el que penetra el universo, es el universo mismo. Tal es tu esencia, tal es tu "yo".

El otro es un ser más tranquilo y sereno que contempla vivir al primero, que se da cuenta clara y completa de cuanto el otro ha hecho y por qué lo ha hecho. Este ser es la conciencia.

Yo: Creo haberte comprendido, mi Colomba: los hechos son y nada más. No tienen forma ni valor por sí. Al pasar por nosotros toman forma y valor.

Ahí están pues los hechos; un ser los refleja. Pero déjame, Colomba, explicarme con una imagen; creo así explicarme mejor: me imagino los hechos, lo exterior, como algunos objetos colocados en un rincón. Frente a ellos hay un hombre con un espejo en la mano. Este espejo es su inteligencia, su capacidad. Pone el espejo ante los objetos y ellos se reflejan, tomando formas diferentes según se trate de un espejo perfecto o de uno convexo o cóncavo o que disminuya o aumenta el tamaño de lo reflejado. El ser se inclina y mira lo que tiene en su mano. ¿No es así, mi Colomba? ¿No es esto lo que llamamos vivir? Inclínanos y mirar el espejo que tenemos; darnos cuenta de la pureza o falsedad de lo que ha reflejado.

COLOMBA (Sin oírme más, embriagada en ella misma): ¡Almas en formación! ¡Id tras de todo, interesáos por todo, todo! Puede ser que lo que menos toméis en cuenta despierte en vosotros vidas que ignorabais vosotros mismos.

¡Almas que ya tenéis conciencia de vosotras! ¿Dejáos de correr ante todo! ¡Recogeos en sí y que todo venga a buscar su forma en vosotras!

Quedé en silencio largo rato, en ese silencio que ella siempre desea. Quedé inclinado. Luego me arrodillé ante su forma inmóvil.

Me sentí romántico. Retrocedieron muchos años en mi mente. ¡Romántico! Es como debe serse, es como hay que ser ante ti, mi Colomba. Ya no existe tu marcha apresurada y lenta a la vez sobre mi cuerpo desnudo. Ya todo eso pasó y se fundió en la nada. Murmuré entre mis manos:

Yo: Todo es, Colomba, lo que es el alma que lo juzga. Por eso ahora me siento bien. El espíritu positivo me rodea. Quiero, por fin, ser yo mismo. Quiero fundar aquí contigo mi monasterio.

COLOMBA: Onofre, ¿y tu amnesia? ¿Piensas ir a ese monasterio llevándola contigo? ¿No temes que te asalte de pronto? Tú vives demasiado contigo mismo y olvidas a la gente que te rodea. Recuerda lo que te dijo Teodosia Huelén, que la Tierra no es más que una y uno es cuanto en ella existe. Ahora piensa en los amores que has despertado en tu vida, en la gente que se ha acercado con dulzura a ti y que en ti ha cifrado un mundo de esperanzas.

Yo: Pienso en Tomba Montbrison.

COLOMBA: ¿Dónde está Tomba Montbrison?

Yo: No está conmigo. Ha regresado a Francia a acompañar en sus últimos días a sus padres que ya son dos ancianos. La había olvidado, es decir, me había olvidado de que ya no está conmigo, a mi lado. Claro está que yo lo sabía. Pero había una despreocupación de mi parte. Había una manera indiferente de someterme al destino.

COLOMBA: Ves, Onofre: vivías aún en el UMBRAL. Querías abandonarlo y no te fijabas que lo abandonarías llevando un sinnúmero de hilachas que terminarían por enredarte.

¡Debes mirar tu vida! ¡Debes mirar a los que son tus compañeros de siempre!

Debes subir puro, ¡puro! a ese DINTEL con que sueñas.

Yo: Te obedezco, Colomba. No hay voluntad ni nada preconcebido en mí. Quiero avanzar y nada más. Quiero no dejar ni la más remota posibilidad de una queja sobre mi persona cuando alguien me recuerde después de haber pasado por aquí por la Tierra.

Entonces cesó el ulular. Vino el quietismo absoluto. Una mano de Colomba avanzó hacia mí. Oí su voz y en sus modulaciones me recogí.

COLOMBA: El DINTEL está lejos aún. La costra terrena te llama aún. Tienes que liquidar todo lo que en ella haya de no vivido por ti.

¿O crees tú que aquí ha llegado todo este alto de carpetas para dejarlos ahí arrumbados?

¡No!

Cada una de esas carpetas es una misión que tenías que expurgar. ¡Concéntrate en ellas! Has de llevar tu misión hasta el final. Entonces se podrá ver ese monasterio con que sueñas, ese monasterio silencioso en el cual yo *podría* ser tu compañía.

Yo: ¡Sí, Colomba! Tú podrás ser *mi* compañía.

COLOMBA: Calla, Onofre, ¡silencio! Tienes mucho que vivir aún si quieres alternar conmigo en una conversación. Ahora es mejor que escuches y deja que mis palabras lleguen a tu fondo.

Veamos esas carpetas. Yo las veré y te las leeré. Como tú ya hiciste con algunas, seguiré haciendo yo. Si algo te evocan, si su lectura te despierta algún recuerdo, dímelo, que él salga.

Luego iremos a tu otra amnesia.

¡Si puede llamarse "amnesia" esa manera indiferente que has tenido de someterte a tu destino!

Aquí hay una carpeta. ¡Vuelen sus papeles!

Ahora deja que caigan y allí queden.

¿Qué decía en su tapa? Decía:

TADEO LAGARTO.

Veamos qué has anotado sobre él, qué recuerdos te trae. ¿Ninguno, crees tú? Quiere decir que la vida se ha retirado de su lado. Pero él seguirá viviéndola. Veamos, Onofre, veamos.

Pásame uno de esos papeles que yacen ahora por tierra.

Pásame uno. ¿Este me has pasado? Bien, leámoslo:

● -Cómo hay que circular en...

¿Qué te ocurre, Onofre? ¿Por qué me interrumpes? ¡Ya veo, ya veo! Pensabas acaso en algún otro personaje que haya tenido mayor papel en lo que has escrito..., ¿no es verdad?

Dejemos que las cosas sean llevadas por eso que se llama:

CASUALIDAD.

Déjame ahora leer con tranquilidad y en paz.

17

● 1 Cómo hay que circular en sociedad. Hay que hablar permanentemente y no decir nada. Es la opinión de Tadeo Lagarto, ese hombre muerto y renacido, muerto y renacido cuantas veces quiera. Es, al fin y al cabo, un amigo de Palemón de Costamota. Puede morir y renacer así: Me ha dicho:

—Haga usted una pregunta y... ¡alto! No admita ninguna, ni una sola pregunta concisa por insignificante que sea. Una pregunta concisa es una voz de alarma, es como esas sirenas de París que, durante la guerra, anunciaban a los aviones enemigos. Esta alarma dice: “¡Cuidado! ¡El cerebro está pensando!”. Porque sabe esa gente de sociedad que el comienzo del pensamiento, del juicio, es el comienzo de su debilitamiento y ruina.

Entonces interrogué a Lagarto.

—¿Para qué, entonces, se dan fiestas y tertulias si nada se va a decir en ellas?

Me respondió:

—Usted olvida a Romualdo Malvilla, usted olvida el grandioso regimiento que hay que formar aquí en la Tierra. Se dan tertulias y bailes para la revisión de la tropa, para ver si están todos y recordarles que la cosa subsiste, que subsiste el regimiento.

Exclamé:

—¡Formidable organización!

A lo que Lagarto me respondió:

—Sí y no. Es formidable allá, allá en la verdad, allá en los egrégores pero no lo es entre los individuos aislados. Usted, don Onofre, ha cometido una gran falta al hablar a su antojo mientras estaba en sociedad; usted olvidó que esa sociedad, o ese regimiento, está tan bien y tan admirablemente disciplinado como lo está un gallinero o lo está la Vía Láctea.

—¿Qué falta he cometido, Tadeo? Usted me inquieta.

—La siguiente: una señora se acercó a usted y le preguntó: “¿Dónde tomará usted mañana su cóctel?”. Y usted le respondió de inmediato: “Señora, si yo no tomo el cóctel en ninguna parte; o lo tomo en cualquier parte o me tomo diez en diferentes sitios; pero no puedo convertirlo en una disciplina, en una consigna, en un rito como lo convierten ustedes”.

Luego Lagarto me agregó:

—¡Detesto a todas esas damas! Por eso converso con todas ellas cuanto me sea posible. Encontraron el medio de hacerme saber que ellas se bañaban todos los días y hasta dos veces al día. ¡Yestábamos en un gran baile, amigo mío! Luego me dirigí a mi amigo y amo y señor, Palemón de Costamota, y le comuniqué lo que esas damas me habían dicho. Creo que el insigne Palemón lo comunicó al Gran Lucifer.

• 2 ¡El monstruo! —gritaba Lagarto—, ¡el monstruo! He obtenido el verdadero placer al reconocerle su monstruosidad, lo subterráneo que en él bulle y que lo empuja hacia la bestia.

Hay dos clases de bestias y en esto apoya Lagarto su alta filosofía: La real, el animal, que nada tiene del significado que a tal palabra le damos porque esta bestia es buena, es inconsciente en su bondad; la otra, la que bulle detrás del hombre, la que amenaza deseando realizar su amenaza.

Estar en ese borde es mi vibración. A veces temo cuando lo verifico. A veces siento el abismo del vértigo y gozo. Lagarto, entonces, me congratula.

He visto a muchos monstruos. Por las calles no se diferencian en nada de la demás gente. Caminan como todos, hablan, ríen como todos también.

Ayer he visto uno. Entraba él al Bar Baridad; nadie paraba mientes en él; yo entré detrás y lo observé: pidió una copa, un gin y, lentamente, se la bebió. Y la gente que allí había... ¡nada, nada de nada!

Después se lo comunicó a Tadeo Lagarto. Levanto los hombros y me murmuró a regañadientes:

—Usted comete otro error pues aquel hombre no era, ni por asomos, un monstruo; era ese hombre un gran amigo mío que nuestro Palemón ha de estimar altamente.

—Ese hombre amenaza y, si puede, hace efectivas sus amenazas.

—Por eso —replicó— es mi fiel amigo.

• 3 Tadeo Lagarto me ha conversado largamente aquí en casa al haber venido a verme. Yo lo he escuchado sin hablar. Me ha dicho:

—Usted ama a Krishnamurti. Hace usted mal. Ese hombre hace un mal enorme pues trata de llevar a la humanidad por uno que él llama un recto sendero. Krishnamurti lucha contra el comercio con los muertos. Krishnamurti lucha contra el espiritismo. Y es este espiritismo el que nos da un mayor número de prosélitos pues la gente que lo practica cree, a cada momento, que ha salido de esta vida para entrar en otras regiones, en las regiones en que viven los que ya no son.

El espiritismo hunde más aún en esta vida. Al menos son las experiencias que yo tengo con cientos de damas y con no pocos caballeros. Todos, sin excepción, conversan con los muertos para tener un medio de inmiscuirse en la vida privada de sus semejantes. Toda esa gente, al poseer relaciones con el más allá, es gente casi divina, arrancada para siempre de nuestras bajezas. Por lo tanto el chisme, el ojo en las cerraduras y el oído tras la puerta son cosas que desprecian y que maldicen. Por otro lado, no hay que llevarle cuentos a nadie ni averiguar lo que no nos incumbe.

¿Entonces?

Muy sencillo: Se le pide a un muerto que dé un buen consejo para el desventurado don Fulano o para la pobre doña Zutana. El muerto —sólo ocupado del bien de los mortales— recomienda que se le diga a don Fulano que abandone a la mujer malvada y se reconcilie con su santa esposa; a doña Zutana, que no siga hablando pestes de doña Mengana y que le envíe un ramito de flores.

El resto es más sencillo aún: un taxi, un campanillazo y dos palabras a solas. Y se os meten esas gentes como piojos, como ladillas por el colchón y por los calzoncillos.

• 4 El más grande de los hombres será aquel que lance la primera mentira.

En esto, en buscar y encontrar esa mentira, nos afanamos mi jefe, Palemón de Costamota, y yo.

Peró es difícil encontrar una mentira. A veces pienso que ese Florencio Naltagua vigila que la mentira no tome curso.

• 5 Amigo Onofre Borneo —me ha dicho Tadeo Lagarto—, debiera usted visitar nuestro laboratorio inmaterial. ¡Oh, qué de cosas vería usted! Ha sido una idea del jefe, del grande, del inconmensurable de Palemón de Costamota. En este laboratorio se trabaja para que otros hombres se encarnen en los hombres que viven plácidamente aquí en esta Tierra.

Piense usted un momento, piense en que otros hombres se van a encarnar en usted...

¿Lo ve?

¿No se debe a esto la existencia de los caracteres cambiantes de las personas? Piense, amigo, en esa gente que de pronto se pierde...; o se convierte...; o se entrega a un vicio...

¿Lo ve usted? Piense en los que se idiotizan o se vuelven locos...

Usted está tomado por dos seres que hay en usted. ¡No me lo niegue! Está Juan Emar y está Onofre Borneo. A éste le gusta la fiesta, le gusta el San Lito y Las Tres Chimeneas y qué sé yo cuántos antros más. Al otro no le gustan estas cosas. Las repudia. ¿No es verdad?

• Piense usted ahora en los terribles arrepentimientos que trae todo vicio cuando lo tiene alguien en quien otro ser se ha encarnado. Recuerde los juramentos de no caer más en el vicio...

Tal es nuestra obra: desorbitar a la gente. Un hombre desorbitado es una presa fácil. A otros, a los que detestan el alcohol y sus semejantes, les inculcamos la idea de los grandes viajes. No hay más que hacer que uno que fue viajero infatigable se encarne en él. Entonces el hombre hace sus maletas y parte de viaje. Hay quienes han partido a Egipto, a la India, a China, a Oceanía, a Angola o Mozambique. Otros, los nacidos en esos mundos, vienen hasta Chile.

• ¡Viajar!
Mandamos a uno a Ravallo y a otro lo convencimos de que sólo en Londres podría encontrar su verdadera vida. Otro se fue a dar una vuelta al mundo. Todos ellos estaban convencidos —manera de decir, por cierto— de que aquí en Chile perdían su vida. Y no había tal, amigo mío, no, no había tal.

Era nuestra manera de desorbitarlos. Una vez desorbitados... ¡oh, era, ya lo he dicho, una buena presa para nosotros!

Han viajado al fin... ¿Y qué?
Así hicimos tomar un barco a su amigo de usted, a su gran amigo, a Lorenzo Angol. Viajó Lorenzo Angol. Regresó Lorenzo Angol. Traía otra idea en su mente, otra idea que le había surgido durante sus largos viajes: trabajar y trabajar y nada más que trabajar.

Pero tiene una gran resistencia este amigo suyo de usted. Yo creo que ella le viene de su amistad con Florencio Naltagua y que éste le ha hecho ver algo que se nos escapó a nosotros, a mi jefe Palemón de Costamota y a mí. Naltagua sabe mucho en esta lucha y a menudo nos pone a raya.

• ¡Una sonrisa! ¿Quién habría podido pensar en una sonrisa?
Lumba Corintia había muerto, sí, había muerto allá en los Estados Unidos. Y Lorenzo, un buen día, la vio, como si ahí estuviese presente y bien viva. Lumba Corintia sonreía. Lorenzo calculó que era una sonrisa de agrado al ver que él se entregaba al trabajo. Desde ese día... ¡nada que hacer con el tal Lorenzo!

• 6 Nosotros, mi alto jefe Palemón y yo, su mísero servidor, independizamos a muchos individuos de los egrégores. No es tarea difícil; es tarea fácil cuando se tiene un buen laboratorio como es el nuestro donde hacemos que otros se encarnen en los distraídos de este mundo.

• ¡Los independizamos de los egrégores!
Entonces... ¡hay que ver qué de idioteces fabrican!
Pero nos dan una de clientes inimaginables.
A éstos los atraemos hacia nosotros. Ellos vienen de inmediato. Y Palemón los coge y sigue con ellos. Pues, amigo mío, no hay, no hay nada que tanto apreciemos como la imbecilidad actuante.

• 7 Yo, Tadeo Lagarto, soy un mísero ser. Tengo puesta mi candidatura para ser aceptado en las regiones superiores donde triunfa y brama mi jefe, el altísimo de Palemón de Costamota. Yo lo ayudo cuanto puedo y soporto sus momentos de ira con resignación ejemplar. Por eso, creo yo, él me estima en alto grado. Así lo espero y siempre seguiré esperándolo.

Seguiré esperando y esperando. Hasta que llegue el momento de atacar. Entonces yo ataco vigilado por él, mi altísimo señor Palemón.

Una voz interrumpió la lectura de estas Notas, una voz que, humildemente, pedía permiso para alternar con nosotros. Ella, Colomba, hizo un pequeñito movimiento de cabeza e indicó un sitio al que hablaba. Lo miré y vi que era, nada menos, que ese Tadeo Lagarto. Llegaba hasta nosotros, llegaba sin ruido, llegaba temeroso. Volvió a inquirir:

—¿Puedo, en verdad puedo?

—Sí —respondió Colomba—, puedes; acomódate y di lo que tengas que decir.

—Agradezco esta amabilidad —respondió Tadeo Lagarto —le agradezco con sinceridad no desmentida.

Se sentó medio en cuclillas sobre una especie de piedra que allí había, miró varias veces a un lado y otro lado, luego se pasó la mano por la frente, luego nos miró a ambos. Por fin dijo:

—Cómo podéis ver, mi señora; como podéis ver, mi caballero, he vuelto a resucitar si es que puede llamarse este coloquio, que espero tener aquí, si puede llamarse una resurrección. Vi que vosotros leáis una serie de notas que había hecho el caballero don Onofre Borneo. Creo que ya no hay más notas. He venido, pues, personalmente a explicaros, a explicaros..., en fin, creo que podéis entenderme; vengo a ponerme incondicionalmente a las órdenes que queráis darme.

Miré a Colomba. Sus ojos que no ven dijeron: "Sí". Me dirigí entonces a Tadeo y le pregunté:

—¿En qué momento tú atacas, Tadeo? Esa nota mía está trunca, incompleta. ¡Ea, responde!

Tadeo respondió:

—Ataco, sobre todo, en el momento en que los hombres creen haber alcanzado su visión espiritual. ¿Cómo ataco? ¿Acaso yendo furioso sobre ellos e hiriéndolos de gravedad? No, no. Ataco con dulzura, ataco suavemente. Los confundo y nada más. Una confusión y nada más. Tal es mi gran arma. Confundir sonriendo y nada más. Esta sonrisa les murmura muy quedo al oído: "Seguid, seguid y tal vez vais a encontrar...; seguid, seguid...". No descuido jamás la tentación; porque el que ha puesto su ánimo en estas visiones espirituales, siempre está propenso a dejarse tentar. Mi maestro, el insigne Palemón de Costamota, me felicita y me retribuye con el alto honor de colocar su diestra sobre un hombro mío. Luego ambos reímos y atisbamos a otro ser que se encuentre en busca de la visión espiritual.

Colomba permanecía envuelta en el silencio más absoluto. Era una estatua de piedra y la vida parecía no circular por ella.

Yo dejé mis piernas en libertad y ellas se arrimaron a Tadeo Lagarto. Entonces, durante largo rato, él habló.

—Oígame usted, don Onofre: mis ataques van muchas veces al aire y en él se pierden. Hay gente que es inmune a ellos; hay mucha gente sobre la cual he perdido toda esperanza. Ya lo calculará usted: Florencio Naltagua y ese hombre que pasa su vida en una perpetua meditación cuyas ráfagas me alcanzan un tanto y me irritan, ese hombre que se llama Romelio Renaico.

¿Lorenzo Angol? Es un balancín. Cuando baja está con nosotros, con mi alto jefe y conmigo; cuando sube se envuelve en los humos que desprenden Naltagua y Renaico.

¿Marul Carampangue? Se me escapa siempre. Parece tener otras preocupaciones que no le permiten oír nuestra voz. Es como la otra, como Tomba Montbrison; y como el otro, como Rubén de Loa. Todos ellos, una sarta de intocables. Los odio. Pues son como aquel

fraile, aquel que vivió en el Convento de los Jerónimos, Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe; sin duda se ha escapado para siempre, sin duda.

¡Alto ahí, amigo mío! Don Irineo Pidenco está fuera de mi vista, porque el señor Pidenco ha muerto. Luego se halla este señor, fuera de mi circunscripción.

¡Oh, no, no! Veo que usted ignora los mandatos de mi alto jefe, el inconmensurable Palemón de Costamota. Me ha dicho una vez, nada más que una vez, que la circunscripción mía estaba en la Tierra, entre los vivos; que no me metiera para nada con los que ya se han ido a seguir su peregrinación por otros ámbitos. Supongo yo que don Irineo Pidenco tendrá que entenderse cara a cara con mi jefe, el altísimo Palemón de Costamota. ¡Que así sea, que así sea! Ya veremos después.

¿Encuentra usted que son muchos los que se han libertado de nuestra garra? Sí, usted ríe pensando en ello. Pero no se fija que aparecen tantos porque usted los conoce, nada más que por eso, porque los conoce. Pero vea el conjunto, vea el sinnúmero de seres que hay aquí, es decir, allá, en la circunferencia, en la superficie o costra. Créame usted que el Convento de los Jerónimos nos proporciona adeptos al por mayor. No pasa un día sin que los frailes de ese convento nos manden un adepto. Y hay conventos en esta Tierra, los hay por miles. ¡Qué sean ellos los benditos...!

Me turbo al hablar con usted, don Onofre. Nuestra charla se va a llenar de equívocos con esta manera de emplear la lengua que ustedes tienen. He dicho la palabra "benditos". De seguro que en su mente de usted se ha formado otra imagen que la que quería yo explicar. Simplificaremos nuestro lenguaje. Su clarividencia hará el resto. Así es que a menudo llamaré "bien" a lo que usted tiene costumbre de llamar así; llamaré "mal" a lo que usted tiene costumbre de llamar así. ¿Le parece a usted un modo correcto de expresarme? No será la corrección misma pero es más importante que nos entendamos sin recurrir a explicaciones. ¿No le parece a usted? Bien, continuemos entonces nuestra charla.

Me interrumpe usted nuevamente. No dudaba yo que esto iría a sorprenderle. Se lo diré: son órdenes que recibo y yo no tengo más que obedecer a esas órdenes. No me toca a mí averiguar cuál es su causa porque los designios infernales son impenetrables. Ya ha visto usted la amabilidad con que lo trata siempre nuestro gran jefe, el noble Palemón de Costamota. Pero puedo decirle algo que nos ayudará a dilucidar este problema. Óigame bien:

La amabilidad y la confianza son más fuertes que la desafección y la desconfianza.

Si trato de atraer amablemente, todos vendrán; si lo hago en forma abrupta, todos huirán de mí. Y tiene usted que ver que yo, como mi alto jefe, trabajamos con gente neutra, absolutamente neutra, ni negra ni blanca, de un gris que ya puede ir a la irradiación del blanco como ya puede ir a la opacidad del negro.

¿Usted? Usted me es, creo, de un gris permanente; lo que es en todo caso ese Onofre Borneo como a menudo se llama usted. Eso no lo sé, lo ignoro en su totalidad. Juan Emar... ¡Al diablo Juan Emar! Y no olvide usted que ahora empleo el léxico al cual está usted acostumbrado; por eso he exclamado: "¡al diablo!". En verdad ello significa la gloria, significa la...

Ya me ha entendido usted... Ese cambio en el idioma...

Sigamos nuestra charla.

¿Para qué quiere usted semejante cosa? ¿Saber el porvenir...! ¿Para qué? Si usted lo supiera no podría hacer nada de nada; ello le impediría toda acción. Un hombre que no

ejecuta acciones, es una presa fácil para esos que ya le he citado, para los Florencio Naltagua, los Romelio Renaico, los Rubén de Loa, las Tomba y las Marul y qué sé yo.

El hombre debe actuar, siempre actuar. Es en estas acciones donde yo trabajo con el beneplácito de mi jefe y gran señor.

Veamos, por ejemplo: una muchacha, una "cabrita" como ustedes las llaman. Es ella tan atrayente y cautivadora que no hay más remedio que declararle un amor eterno. Y junto con declararle este amor, usted vería el porvenir que le depararía esta cabra... ¡Qué lata sería! Unos momentos agradables, sin duda, pequeños momentos; y luego el hastío de la convivencia, el aburrimiento, la ruina... ¿Valdría la pena ir adelante con un amor así? No, no, mil veces no. Los ratos postreros que usted pasaría con ella se antepondrían a los ratos de gozo y entonces sería mejor no actuar, no actuar. Levantaría usted los hombros y la cabrita ésa seguiría su camino sin haber oído ni una palabra dulce de amor...

Caería usted en la meditación desconsolada. Y la sombra del maldito de Florencio Naltagua... Déjeme usted llamarlo así, así, "maldito" y no piense que nuestro lenguaje debe ser trastocado al hablarle a usted..., esa sombra llegaría hasta su lado y lo convencería de que siguiera otros caminos, que se volviera hacia la luz que él cree ver en la idiotez humana.

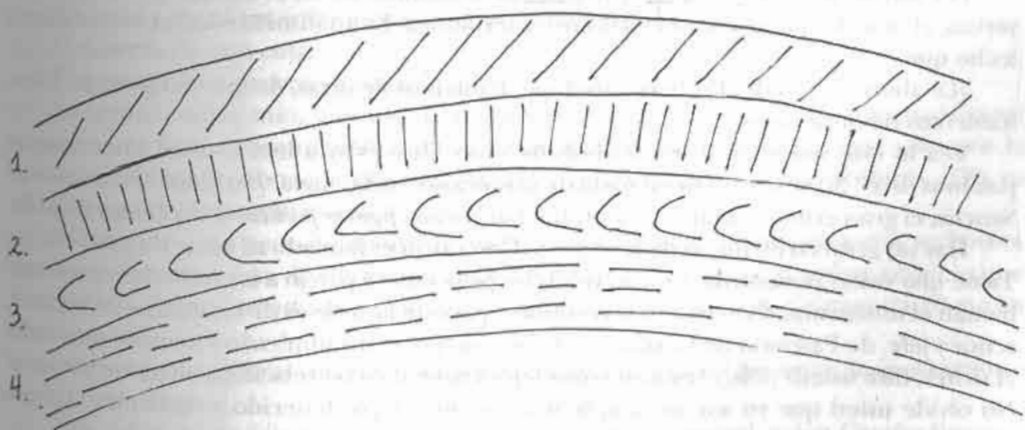
Ver el porvenir sería mostrar el sinsentido de la vida. Pues estaría a un paso lo que ustedes llaman "alta meditación". ¡No, no y no! Necesito ensayos y más ensayos. Ahí es donde nosotros cogemos a los que nos han de seguir.

Voy a hacer a usted un dibujo, mi amigo, un pequeñito dibujo que, como tal, no vale gran cosa. ¡Ea, una pizarra y tiza! Aquí están. Si no tuviera yo el poder de hacer aparecer lo que hace falta sólo con invocarlo, créame usted que mi jefe, mi altísimo jefe Palemón de Costamota, ya me habría hundido en un ataúd y en él estaría yo pudriéndome.

Lo que necesitamos viene a nosotros. Tal es uno de los pequeños poderes que nos adornan, sí, señor, que adornan a toda la gran logia de que formamos parte nosotros.

Piense en ello, mi señor y amigo. Un grito y aparece lo que usted desea. Un grito y... aquí estaría esa cabrita de que hablábamos hace un momento. Aunque creo mejor que ella fuera donde su amigo Lorenzo Angol; él ama más que usted a las muchachas; él se ha quedado en éxtasis mirando las piernas de... ¿Cómo era su nombre? ¡Ah, eso es! ¡Berguibenda!

Pero vamos al dibujito que quería yo hacer a usted. Es así:



Aquí, en estas honduras terráqueas, estamos lejos, muy lejos de lo que representa ese dibujo. Pero él le podrá ser a usted de gran utilidad al ir a esa superficie o costra. Me gusta más esta palabra: "costra".

Ahora vea usted: todo lo que he dibujado es de la costra; no hay profundidades de ninguna especie; es la pura costra y nada más. Todo ello está mezclado y no está dividido como se presenta en el dibujo. He hecho las líneas medio curvas para que se entienda bien que es dibujo de esta Tierra que habitamos.

Además he puesto un pequeño número junto a cada división que he hecho. Pero no olvide usted: son divisiones imaginarias, para nosotros dos y no más. En la realidad no existen; en la realidad se confunden y forman un solo todo.

Veamos los números, ¿quiere usted? Sí, sí, lo quiere; entonces aquí está el N^o 1. Representa a la humanidad media, a la que va y viene y se afana en los miles de deberes diarios. Usted me comprende, ¿no es verdad?, a quienes me refiero. Yo diría que en ese número 1 están los gérmenes que con el tiempo... En fin, usted me ha comprendido sobradamente. Esta humanidad, por cierto, mi buen amigo, ama la naturaleza... pensando en otra cosa. La ama con un solaz y nada más, un descanso. Y vuelve a sus afanes diarios y a sus negocios sin fin.

Vamos ahora al N^o 2 porque este N^o 1 no veo que haya sido de mayor interés para usted. El N^o 2 ya empieza a tomar interés, ya lo empieza a ver usted por qué: es el mundo donde viven aquellos que frecuentan a los cumbilecos y a los ornitorincos y a las lampalaguas y escolopendras. El mundo, tan real como cualquier otro mundo, que vivía el finado de don Irineo Pidincó. Es decir, y le pido a usted que me entienda bien, el mundo que don Irineo veía de cuando en cuando y nada más. ¡Qué quiere usted, don Onofre! Esos seres salen de su mundo y se aventuran por éste; cuestión de su curiosidad y, acaso, de sus quehaceres. En esos momentos los veía don Irineo. Pero ellos no viven aquí. Viven en otro plano, viven en N^o 3.

Estamos en el N^o 3, el mundo de los cumbilecos, de los ornitorincos, las lampalaguas y las escolopendras. Llegan ellos a su mundo y allí se duermen, dicen que teniendo muy lindos sueños. Sí, deben ser muy lindos pues, le diré a usted, todos ellos son hijos de allá, ¿me entiende usted?, de allá, de nuestros dominios, de la patria del inconmensurable Lucifer. Por eso son buenos, son benévolos, por eso son la expresión de la bondad misma.

Por último tenemos el N^o 4, el mundo de la naturaleza. Sí, el mundo de las plantas y yerbas, el mundo que se asienta en la costra terráquea. Es un inmenso lecho, inmensísimo lecho que...

¿Le aburro a usted? ¿Prefiere usted que hablemos de otras, de muy otras cosas? Bien, hablemos de otras cosas.

Vea lo que tengo aquí, en mi bolsillito: un libro. Voy a leer a usted unas cuantas palabras de él. Sí, véalo, no tiene nada de misterioso, nada, nada. ¿Su autor? Francesco de Sanctis, el gran crítico italiano. ¿Su título? *Las grandes figuras poéticas de La Divina Comedia*.

Hay un grito en él, un verdadero grito. Con razón es llamado su autor un gran crítico. Tiene una visión portentosa. Con su visión les pega duro y parejo a los recludos en eso que llaman el misticismo. Con su visión reconoce que este mundo es de los amigos de mi amo, señor y jefe, de Palemón de Costamota, Palemón que es mi admirado y siempre venerado. ¿Lucifer, dice usted? ¡Oh, él está aún muy lejos y muy alto con relación a mi pobre persona! No olvide usted que yo soy un simple muerto, un simple fenecido y nada más. Apenas tengo derecho de salir de mi ataúd y vagar un poco, un poco.

No nos confundamos, mi buen amigo. Usted está pensando en los vampiros... ¿No es verdad? O acaso piense en el lobo garú. Yo ya pasé esas etapas, las pasé hace miles de miles de años, cuando era un hombre. Hasta que un día conocí a mi amo y señor, al gran Palemón y entonces...

Tiene usted toda la razón. Hablábamos de aquel crítico italiano, del autor de aquel libro sobre la obra de Dante, hablábamos del gran hombre que es De Sanctis. Véalo usted con sus propios ojos. Aquí está. Yo puedo leer estas líneas. ¿Permite? dice así:

La impresión final es que la Tierra es el reino de las sombras y de los fantasmas, la selva del vicio y de la ignorancia, la tragedia que tiene como fin inevitable la muerte y el dolor, y que la realidad, la eterna y divina comedia, está en el otro mundo.

No hablemos más de esto; no se lo aconsejo a usted. Pero es buena cosa que lo tenga usted presente siempre. "Está en el otro mundo...". ¿Lo ve usted? ¿Cómo ir y entrar en ese otro mundo?

Nosotros tenemos la clave.

Porque usted jamás debe olvidar que la historia de las grandes religiones consiste en tratar de inculcar en los hombres la idea de que, sobre los "bienes materiales", hay bienes y tesoros mayores y que es hacia éstos que deben dirigirse los esfuerzos humanos.

Luego, señor, la historia, inevitablemente, sigue el curso de considerar que, para alcanzar esos tesoros mayores, es ante todo indispensable coger y poseer y gobernar aquellos "bienes materiales" que, en un principio, fueron el punto de partida para ir en su propia contra...

Aquí podrá usted ver la mano de mi amo y señor, la mano sabia de Palemón de Costamota. ¿En qué obra no se la verá? Porque ella está en todas y en todas actúa.

¿Yo? Yo soy su perro fiel. Yo lo sigo y lo ayudo. Es cuanto puedo hacer. Yo, como un perro perdiguero, husmeo para diestra y siniestra. Hasta que, de pronto, clamo, sí, clamo en voz baja:

—¡Ahí, ahí, mi señor! Ese humano se balancea. ¡Ahí, ahí!

Un minuto más tarde, Palemón es ya su amigo. Como lo fue de usted, señor mío, ¿lo recuerda? Le habló a usted de una gran obra que podría usted hacer, una obra en que entraban Hamlet y Bel Ami.

No quiere usted recordar esos momentos antiguos.

Hablemos de otra cosa.

Por cierto, se lo permito a usted.

Es verdad, señor mío, con usted no me siento refrenado, con usted se expresa mi verborrea en forma incontenible y yo me lleno de gozo al decir cuanto me pasa por la mente, sin vallas, sin obstáculos de ninguna especie, con la libertad más absoluta. ¡Oh, es algo impagable, créamelo usted!

Sobre todo... no necesito mentir ni andar con artimañas para dejar a esta verborrea que tome su curso y vaya donde bien le plazca. Porque son órdenes, sí, señor, órdenes que he recibido. Naturalmente, de mi jefe, amo y alto señor, Palemón de Costamota. Él me ha dicho:

—Parla cuanto quieras con ese distinguido caballero, ¡parla! Que no se ataje el torrente de tu vocabulario.

Eso, señor, no podría decirse yo a usted. Él se refiere a usted, a don Onofre Borneo,

y nada más. Nuestros designios son impenetrables. Tiene usted una prueba: la exquisita amabilidad que siempre él le ha demostrado a usted. Yo obedezco, yo me doblego y, créame usted, me siento dichoso al obedecer y doblegarme de este modo. Nuestros designios, se lo repito a usted, son impenetrables. No me toca a mí hacer averiguaciones mayores, no, no me toca a mí.

Sentí, de pronto, un estallido. Una formidable llamarada me cegó. Vi que el humo revoloteaba y se enroscaba. Las llamas corrían por él como veloces culebrillas. De repente se detuvieron y quedaron inmóviles. Oí un segundo estallido y vi, con gran sorpresa de mi parte, la enhiesta figura de Palemón de Costamota.

Había aparecido de entre las llamas y su presencia se mostraba con esos estampidos ensordecedores. Vestía en forma adecuada al decorado que lo había acompañado: como un Mefistófeles encarnado. Se inclinó levemente ante mí y pronunció:

—Un permanente servidor vuestro.

Respondí de inmediato:

—Igualmente.

Y nos hicimos la más cortésana de las venias que hasta ahora hayan sido hechas.

—¡Adelante, mi señor don Palemón! —grité.

Él avanzó y trepó a una muy alta roca que yo no había percibido anteriormente. Luego miró a ambos lados; miró también hacia atrás; miró hacia delante. Por fin preguntó:

—¿Y Colomba, la bella Colomba? No la veo. ¿Dónde se halla esa bellísima Colomba?

Yo quedé atónito, sin comprender. En realidad Colomba había desaparecido. Hasta donde mi vista alcanzaba, no había señas de ella, de mi linda Colomba. ¿Se habría marchado mientras yo charlaba con Tadeo Lagarto?

—Venid conmigo —me insinuó Palemón—. Mas antes castigaré como es debido a ese malandrín que de ella os ha alejado.

Sin más sacó un látigo no sé de dónde y lo hizo zumbar por los aires. Tadeo Lagarto fue alcanzado por él, en él fue enrollado y elevado a gran altura. Chilló, chilló como un demente, como un poseído al atravesar el espacio con el látigo ceñido. Luego lo vi desaparecer rodando por las sinuosidades de aquel abrupto terreno. Palemón se volvió a mí y observó:

—Ya ha tenido su merecido el muy bellaco. Ahora, os lo repito, venid conmigo.

Ambos caminamos. Palemón me guiaba con su mano puesta en mi hombro. Caminamos y de pronto la vi.

Allí estaba mi Colomba inmóvil y hierática. Me detuve un instante a contemplarla: vestía de seda plateada y ceñida contra su cuerpo; un lazo de oro le cruzaba la cintura; sus pies estaban calzados con zapatitos de altos tacones. Sus ojos miraban el vacío que ella, sin duda, veía poblado por legiones de seres para mí invisibles. Pues una vaga sonrisa frotaba sus labios.

¡Oh, Colomba, oh bellísima Colomba! Estuve a punto de caer de rodillas ante su imagen. Pero Palemón se opuso. Me murmuró únicamente:

—Ahora, y teniéndola ante nuestra vista, podremos continuar la charla que ese mentecato del Tadeo no supo llevar a buen fin.

Respondí:

—De acuerdo, Palemón, le escucho a usted. Pero no me deje quitar los ojos de esa imagen divina.

—Poned los ojos donde creáis que ellos deben estar —fue su respuesta.

Así lo hice y Palemón habló.

-Debéis tener vuestra testa algo confundida. A ese Tadeo le hablo y le explico y ese Tadeo hace justamente lo contrario. Es un pobre imbécil. Mi látigo tal vez lo ha hecho entrar en razón.

Todos vosotros sois unos imbéciles puesto que tenéis la dicha a vuestro lado y la despreciáis. ¿Es posible, mi señor don Onofre? Todos vosotros estáis acechados por el dolor. Vosotros insistís en permanecer bajo su acechanza... Es increíble.

Fijaos un momento:

Estabais vos, mi señor don Onofre, junto a aquella que, a vuestro parecer, os puede deparar una felicidad sin límites; estabais en una amena charla, en una charla que debió ser la más amena de las charlas, y ese vil Tadeo os aleja os encaja en las tinieblas y a ella la perdéis de vista... ¡Qué imbécil sin igual! Felizmente yo atisbaba. Señor, a mí me debéis este cesar del infortunio que os acometía.

Pero luego ha de venir la muerte de un amigo. Ya no lo veréis más a este amigo, ya se ha perdido del radio de vuestros ojos... Y, de pronto, os acomete una enfermedad cualquiera... Quedáis inválido, quedáis cojo o ciego o tenéis que cuidaros en el comer y tenéis que suprimir las bebidas espirituosas... O perdéis vuestra fortuna y tenéis entonces que mendigar un pedazo de pan... Se han terminado todos esos placeres que antes os hacían soportar lo que tuvieseis que soportar... O vivís en un sitio desamparado, sin amistades, con gente que os repele y que os hostiga... ¡Es atroz, mi buen amigo, atroz! Al fin veis la muerte como un cesar de las miserias que os rodeaban. Hay quienes recurren al suicidio; otros esperan que ella venga con su guadaña y os mate... ¡Es atroz, mi buen amigo, atroz!

Tal es la vida de aquellos que se han apegado al lado que los llamados místicos. Juegan sus momentos de paz y dicha por una lejana dicha y paz en un futuro imaginario.

Conmigo, no. Con nosotros, no. No hay acechanzas ni males a vuestro derredor. Conmigo ¡es la gloria! No hay día en que no recibamos, desde el gran Lucifer hasta el mísero de Lagarto, los agradecimientos sin fin de aquellos que han preferido gozar de los bienes que están a su alcance.

¡Adiós a los bienes imaginarios!

Dejemos a los santurrones que vivan su horror.

¿La creación? ¿La habéis considerado debidamente? Hacedlo y veréis entonces nuestra potencia.

Es muy sencillo, no tenéis más que ir a un observatorio, eso es, un observatorio astronómico y mirar por un telescopio. Por este telescopio, que es la obra de Lucifer.

Los mojigatos y santurrones creen en una invención de Dios. ¡No! Al menos que queráis llamarlo Dios... Eso es cuestión vuestra, mi buen amigo. En todo caso os puedo decir que Dios, o como queráis llamarlo, está en los Infiernos ocupado de cosas mayores. Dios es Lucifer; Lucifer es Dios.

Ocupado de cosas mayores... Yestas cosas están a vuestro alcance, si..., si..., ¡si hacemos un esfuerzo! ¡Un esfuerzo y nada más! Un acto de contrición hacia mí; que yo os llevaré hasta que veáis a Lucifer mismo.

¡Será vuestra felicidad total cuando lo hayáis visto!

Imaginadlo: Ahí está. A su diestra, el inmenso abismo, el inconmensurable abismo donde se realizan todos los sueños que es posible tener. Naturalmente que un santurrón os dirá que es un abismo lleno de horribles negruras. No le queda otra cosa que hablar así. Creedme a mí: es un abismo ¡color de rosa!

No sé si Palemón siguió hablando o calló. Yo estaba en otras regiones, en otras esferas. Ya no quería oír más esta palabrería hueca, a mi parecer, de él como de Tadeo Lagarto. Me preguntaba sólo una cosa y, naturalmente, mi pregunta quedaba sin respuesta: "¿Por qué siento deseos de llorar? ¿Por qué, otras veces, en iguales circunstancias, he estado feliz y con ganas de reír?"

Al frente estaba Colomba.

Es mejor ir hacia ella. Ella me dará un poco de fuerzas y me ayudará a levantar esta moral que se me cae.

Caminemos hacia su lado.

¡Colomba! ¡Colomba!

18

Estamos solos, Colomba mía. Ahora siento el verdadero fondo de la Tierra que nos rodea. ¡Solos! Ha desaparecido Palemón de Costamota; Tadeo Lagarto ha rodado subiendo a la superficie. Ya no quedamos más que nosotros dos y ese alto de carpetas. Sí, los veré y te los leeré, o tú me los leerás a mí; será como quieras, mi Colomba.

Ahora, reposo. Tal como estamos: tú ahí muy alta; yo, a tus pies contemplándote.

La vida vuelve a circular en mí. Vuelvo a renacer. Todo es vivo ahora junto a ti. ¡Habla, Colomba, si quieres! ¡Desprendámonos del mundo envueltos en tu voz!

COLOMBA

Te veo triste, te veo sin ánimos. Parece que tú quisieras morir en este instante mismo. Pero dime, ¿no sabes que la muerte no es? Has visto a Jateña, has visto a Lumba Corintia, ¿no es verdad? Podrás seguir viendo más y más. Tienes una memoria fatal, todo lo olvidas. Recuerda, Onofre, aquella raya bifurcada hecha por tu amigo Lorenzo. Además piensa que aquí estamos en el centro de la Tierra, que ya ha terminado todo el bullicio de fuera, de la superficie, de la costra. ¡Recógete!

Yo

Sí, me he confundido al oír la habladuría de esos representantes del otro lado. Cierto es que, según tu consejo, me he deshecho al leer, al oír la lectura de las notas que sobre ellos había hecho y, luego, al departir con ellos. Pero, ¡ya basta! Ahora quiero sosiego, quiero paz.

COLOMBA

Tenemos mucho que ver todavía. ¡Ánimo! ¡Despierta tu ánimo y adelante! Te recordaré las palabras de tu amigo ya desaparecido del circular de la superficie, de Anacleto Ibacache, esas palabras que figuran en una de tus notas:

Sin embargo siento el deseo de amar, de venerar cualquier cosa para libertarme de mí mismo. Entonces lloro al ver que mi cerebro pone una barrera, abre un abismo a los ímpetus de mi corazón.

Diríase que Ibacache se refería a ti, Onofre, más que a él mismo: "...libertarme de mí

mismo...". Eso es lo que tú necesitas, libertarte de ti mismo, de una parte tuya que ha tomado el mando y te gobierna.

Estamos en el fondo de la Tierra. ¿Qué esperas? ¡Pasa otra carpeta! ¡Cualquiera! Con ella, con su lectura, te haré pasear por mundos lejanos que ayudarán a que salgas de ti mismo.

Yo

Aquí van las palabras de Rubén de Loa. Recuerdo cuando las escribí, después de una larga charla que tuve con él.

Leélas, Colomba. Sí, me gustaría oír nuevamente su voz allá en su taller.

COLOMBA

(Leyendo mis propias palabras).

-Me he dado cuenta, en un caso entre otros, de por qué el futuro aparece siempre, como el pasado, tanto más bello que el presente.

Anoche, hojeando los manuscritos de Leonardo de Vinci, me detuve ante un párrafo del que había hablado con Rubén de Loa.

En las noches de invierno debes reunir los desnudos que has hecho en el verano y escoger los mejores miembros y ponerlos en práctica...

Rubén me había leído este párrafo y no lo había seguido. Me miró un momento y luego me dijo:

-Eso solo, esas cuantas palabras de Leonardo, me evocaron una vida sumida en la calma y serenidad más completas, en la meditación y laboriosidad más provechosas, una vida que iría a llevar yo. A veces, aunque teniendo mis proyectos ante mis ojos, la esencia de esa vida nueva se me escapaba. Pero un párrafo así la traía nuevamente y la evocaba toda íntegra.

"En las noches de invierno..." ¿No ves, Onofre, encerrado allí todo un mundo de encantos y de misterios soñados? Cerraba los ojos y sentía en mí esas futuras noches de invierno:

"Era un taller muy amplio y severo. Había en él tantas cosas secretas. Afuera llovía y el agua azotaba los cristales. Silencio. Tenía pues yo un taller... y en él estaba contento, satisfecho de mí mismo... y ardían en mi cerebro mil ideas de grandeza... y era invierno... y afuera llovía y hacía frío...

"Volví a leer el consejo de Leonardo: "Debes reunir los desnudos que has hecho en el verano...". Helos ahí esos desnudos, hijos de largas horas de trabajo durante los días voluptuosos del verano. Helos ahí... Y cada uno me sugiere una nueva obra... sí, y una nueva idea... pues en el verano he trabajado tanto... Hoy ya es invierno... y llueve y hace frío... y yo estudio... y yo creo.

"El tiempo pasa y el invierno soñado llega. Uno espera sus noches. Llegan también. Pero su calma y serenidad han sido rotas por mil pequeñeces del momento. La belleza del taller es menor; o al menos uno la ha vulgarizado a causa de las energías que ha gastado en arreglarlo... Duró tanto eso... Uno lo conoce de memoria... ¡Ni un misterio!

"Pero en fin, con un poco de buena voluntad, los desnudos del verano apasionan. ¡Oh, pero ya los conoce uno también de memoria y están llenos de tantos defectos y cada defecto recuerda un momento de fastidio!

"¿Qué tenía de ese algo imprevisto que estremece el alma y la lanza por una nueva vía

de descubrimientos riquísimos? Son los mismos... siempre los mismos... y recuerdan las pequeñeces que rodearon su ejecución... Y he ahí que me llaman... un recado... una noticia... uno de esos inevitables llamados de la vida ordinaria y vulgar que se hacen cuando uno ha logrado emanciparse siquiera un poco.

“Ya pasó. Ya estoy en mi taller. Pero se oye un grito:

“—¡La comida está servida!

“Uno se acuerda de que hay que comer y de que hay que hablar. Luego se va a sentir la sensación de que todos se le cuelgan de los faldones para bajarlo a la vida estúpida que se había tenido el atrevimiento de olvidar. ¡Oh, sí! Uno es un insolente y hay que llamarlo al orden.

“¡Dios gracia! Ha concluido la comida. ¡Al taller!

“Al pasar por el patio me detengo un instante a mirar el cielo. Está oscuro. Lluve. Hace frío. ¿Tal vez habrá llegado el momento...? No; un recuerdo me acomete: mañana hay que ir a tal parte y, a causa de esa lluvia que se avecina, no podrá suceder tal cosa que uno deseaba. Y hay además esto y lo otro y qué sé yo...

“¡Eh, fuera ideas inoportunas! Eso será para mañana. Por ahora, ¡venid a mí desnudos del verano!

“Pero esos desnudos son siempre los mismos... No importa y vamos a la obra. Un nuevo llamado se deja oír. ¿Qué hay? Vienen a invitarte para ir a X, o a Y, o a Z, algo tan hermoso, algo tan famoso. Guiado por el primer impulso me niego. Pero eso de perder una ocasión... ¡No me tientes! Pero se ha sido tentado. ¡El sombrero, el abrigo, el paraguas!

“Y... ¡adiós, oh noche de calma y serenidad!

“Es el caso de que cada acto grande está rodeado por mil hechos insoportablemente pequeños que, al producirse, toman el mismo valor que el acto grande y lo apagan y lo borran. Pero como son hechos —aunque fastidiosos— en el pasado se olvidan y en el futuro no se perciben. El acto grande aparece entonces, antes de realizarlo y después de realizado, solo, puro, bello y brillante”.

Yo

Me acuerdo perfectamente cuando escribí sobre las palabras de Rubén de Loa. Las tengo presentes. Parece que hubiesen sido dichas ayer, Rubén ha tenido también sus momentos de incomodidad completa. Ha sido una víctima. Es, al fin y al cabo, un artista. ¿No crees tú, Colomba...?

COLOMBA

Calla. Procedamos en esa calma y esa paz que el genio de Leonardo de Vinci aconsejaba. Hemos visto una nota más lo cual es un peso que se te ha quitado para alcanzar el DINTEL.

Déjame leer otro poco.

En esta Nota le has dado la palabra a Florencio Naltagua. ¿Florencio hablando de deportes? Veámosla, Onofre. Tú has de saber que todo lo que se refiere a Naltagua es de gran interés para mí. Dice tu Nota sobre él:

Florencio Naltagua arguye:

Los deportes son bidimensionales. Son un reflejo de mentes aún en el plano bidimensional. Si usan de tres dimensiones no es porque su esencia sea tridimensional sino porque nuestra condición obliga a ello. Lo hacen, pues, a pesar suyo. Su esencia busca la línea, la línea única, del punto A al punto B, del punto B al punto A y así hasta el infinito... hasta

el infinito recto. Los deportes tienen horror de lo curvo, del volumen. El volumen se les impone *sine qua non*, como un pago sin el cual no se extiende el permiso para practicar deportes. Pero como que los deportistas pudieran tener una línea y quedar en ella, ¡qué felicidad sería! Un blanco... ¡recto a él! Que sea una puerta donde hacer entrar la pelota o un círculo donde colocar una bala o un punto donde la raqueta adversa no alcance o un corazón que el florete atravesase o una mandíbula que el puño demuela... la línea recta es soberana; el que se la apropie, el que la realice, con maña o con fuerza, es el héroe. ¡Y las carreras...! Prototipo perfecto de cuanto avanzo. Llevan en sí la expresión pura de la recta: una recta es un número infinito de puntos. Cuestión de marcar algunos de ellos con el dedo: 1º, 2º, 3º..., etc. y etc.

1º, 2º, 3º... Esto es lo que me hace meditar. 1º, 2º, 3º... Expresión perfecta de la bidimensionalidad en marcha, desplazándose, o sea, deportes. Pero siempre una sola línea, infinita, una sola, aburrida, desesperanzada en su infinitud. Porque no hay volumen, es decir, no hay perpendiculares que, en este idioma en que te hablo, se llaman "posibilidades". No hay círculos, no hay esferas que se llaman "eternidad". Sólo hay 1º, 2º, 3º... No se discute. ¡Punto! ES.

En cambio: LO QUE PUDO, PUEDE, PODRÁ SER... Ni lo sospechan.

Y "lo que pudo, puede y podrá", atravesado por perpendiculares, cogido por los engranajes de las eternidades esféricas, se convierte en el es total, por todos lados, para siempre y siempre presente.

1º, 2º, 3º... Me hace meditar. ¡No, amigo! ¡No debe ser así!

Entendámonos: en su sitio está muy bien. Todo lo que está en su sitio está bien. Por lo tanto los deportes están bien. No quisiera ver deportes tridimensionales. Por lo demás creo haberlos visto pues me parece que la gimnasia, esos grandes espectáculos de miles de gimnastas, son como incursiones del cuerpo humano en los mundos de tres dimensiones; es la intromisión de esa bidimensionalidad en otras esferas.

En el arte, ¿es posible? Y así es. La implantación de la recta, la recta espantosa *sin nada alrededor*... ¡En el arte!

Y todos estos señores que se esfuerzan en convertir el arte en rectilíneo pasan distraídos junto a las mayores manifestaciones multidimensionales del arte, infinitodimensionales del arte: las inmensas bóvedas, las bóvedas de honda tesitura de las catedrales.

Pensemos en una de estas bóvedas: corre en ella una línea, se yergue una línea, se quiebra una línea, se enlaza una línea, se enrosca una línea, se alarga una línea, se acorta una línea, corre, corre, surge, arremete, huye, estalla una línea... ¡Sí! Pero el aire que las contiene ES TODO.

Hay que respirar.

Quien no se replete de aire los pulmones queda siempre en los suburbios del arte.

1º, 2º, 3º... Cada punto tras el otro. Como los caballitos que llegan a la meta. Aquí una meta llega a las obras alineadas. Cada llegada se materializa, se solidifica para que no haya nunca más un movimiento posible: es la finalidad de la medalla y del diploma.

¿Podrías tú, o quien fuere, clavar medallas y diplomas en las hondas tesituras de aire de una inmensa bóveda de catedral?

Ahí tienes, Onofre, tu nota. Te sientes, acaso, respirando la bóveda de una catedral. Florencio Naltagua dice siempre una serie de cosas de alto interés.

Pero... ¿qué te ocurre, Onofre? ¿No me escuchas?

Yo

Te miro, Colomba mía; es todo. Cuando te veo, todo lo que hay en derredor tuyo se esfuma. Y pienso:

¡Cómo se mueve lo inmóvil!

¡Cómo se inmoviliza lo que se mueve!

Es lo que anhelo, Colomba: ir a ese movimiento loco que produce la quietud.

COLOMBA

Antes de ir a ese movimiento de la quietud debes estar en plena posición de todas tus facultades. ¡No se puede ir destilando hilachas! Esto lo sabes tú, Onofre. No puedes ir aún.

Yo

¿Qué hilachas tengo todavía? Ya me siento bien. Quiero fundar aquí mi monasterio contigo. Una vez en él, ¡oh, Colomba!, olvidaríamos el resto del universo.

COLOMBA

Onofre... ¿Y tus hijos?

Yo

Es verdad. Tengo hijos. Callemos. Déjame unos instantes, déjame recapacitar.

COLOMBA

Recapacita. Y no olvides que todo, todo, ES UNO. Tienes hijos... Todo es UNO. No los has dejado conscientemente, ni siquiera los has dejado. Pero ellos no están contigo. Piensa: TODO ES UNO. Ellos viven con su madre...

Yo

Sí, ellos viven con su madre. Yo fui casado, mi Colomba, tú lo has de saber, fui casado con Isabel Tabunco.

A menudo veo a mis hijos. ¿De dónde han venido, Colomba, de dónde? Podrán darme todas las explicaciones que quieran pero algo más ha habido que nadie ha sabido. ¿Sentido? Tal vez, sí. Pero nuevos acontecimientos, la máquina, la marcha con látigo golpea para que nadie se detenga a pensar. ¡Adelante! Y quitamos el cuerpo. Porque ha sido un roce con otra esfera. Nadie se detiene. El momento ha sido tan rápido; la memoria es tan débil.

COLOMBA

Callemos ahora. Ya ha aflorado en tu memoria, por débil que ella sea, algo que ha destruido ésta tu amnesia. Ya lo sabes: ESTÁN TUS HIJOS.

Yo

Sí, Colomba, están mis hijos. Necesito recogimiento.

COLOMBA

Sigamos con tus carpetas. No debes descuidar nada de nada. Aquí hay otra. Sacaré un papel cualquiera. Veamos qué es lo que dice.

Hablas en él de las culebras. ¿Te lo leo? Oye bien:

La vida de las culebras. Su misterio. Su vivir completamente en otro mundo.

Es una "punta" que se ha quedado aquí entre nosotros.

¿O es una puerta?

Medito:

"Las mujeres les tienen horror... Palemón de Costamota las ama..."

¡No! Ellas son el comienzo, un comienzo impenetrable del más allá.

El más allá te ha obsesionado siempre, Onofre. Lo ves en cada rincón o en cada bicho de la naturaleza. Y haces bien en verlo sólo como una punta que se avanza y que nosotros apercibimos de cuando en cuando. ¿No es así?

Yo

Sí, Colomba, es así. Siempre me he sentido atraído por las culebras. Ahora, en Quintrilpe, he visto unas pocas que se arrastraban, se detenían y volvían a arrastrarse. Yo he quedado mirándolas absorto. A veces he tomado a una con mi mano. Es muy sencillo: hay que tomarlas de la cola, es decir, del extremo de su cuerpo, del extremo opuesto de la cabeza, y alzarlas. Ellas, entonces, se vuelven lentamente. Tú mueves tu mano y ellas no pueden seguir; vuelven a quedar en el aire. Claro está, tienes que mover rápidamente tu mano. Después las dejas en libertad. Las veo irse, las veo alejarse con rapidez. ¡Qué bonitas son! Es evidente, mi Colomba, que ellas son un comienzo impenetrable del más allá. Es lo que siempre me ha sobrecogido al verlas.

COLOMBA

¿Por qué viven entre nosotros? Creo que es mejor preguntarse: ¿Por qué vivimos nosotros en un mundo que les pertenece mucho más que a nosotros?

Al hacer esta pregunta me ha venido a la memoria el recuerdo de don Irineo Pidenco, cuando aseguraba que nosotros los humanos somos unos simples intrusos en esta Tierra.

¡Pronto, pronto! ¡Busca los papeles sobre don Irineo! Hemos hablado de él así es que es justo que algo leamos sobre él. ¿Has encontrado, Onofre?

Bien. Veamos.

- 1. ¡Oh, mi señor, tengo ahora la amistad de una Pespa! ¡Qué bondadosa es conmigo! ¡Y cuánto me ayuda en todo! Es increíble pero es la verdad: me ayuda hasta en los garbanzos...

Yo

¡Pobre don Irineo! No, no, Colomba, es un modo de decir, un modo de expresarme. Me gustaban tanto las charlas que teníamos y ahora... ¡Nunca más! Lee otro poco de él. Sé que tengo una serie de notas sobre su persona. Léeme otra, cualquiera, la que venga a tu mano.

COLOMBA

Aquí hay otra nota. Sí, es sobre él. Afuera está su nombre con mayúsculas:

IRINEO PIDINCO

Dice así esta anotación que has hecho:

- 2. Los "intrusos" al llegar a la Tierra respetaron la Natura; tal vez por temor. Luego se lanzaron al dominio de ella. Luego, algunos, volvieron a temerla. Otros, volvieron a tenerle respeto. ¡Esta vez con amor!

¿Te leo otras palabras de don Irineo? Recuerda que han sido copiadas por ti, Onofre, tal vez después de alguna amena charla que ustedes han tenido. Claro está: veo cómo ha sucedido la cosa: conversan, luego tú corres a tu casa, anotas y... ¡a la carpeta que dice: "Irineo Pidenco". Así has hecho con todos, con ese inconmensurable número de personas que frecuentabas allá en la superficie de la Tierra. ¿No es verdad?

¡Mira qué alto de anotaciones tienes, Onofre!
Y las hay de todos, de todos y de todas. Pero volvamos a don Irineo Pidinco. Esta nota que tengo en mi mano dice así:

• 3. Estoy poseído, señor, por esta espantosa lucha de los hombres y la natura. La veo en todas partes. Ella me asalta. La veo en los menores trabajos que se hacen. Veo cómo un grupo de audaces ha conquistado a los demás y los ha puesto a luchar contra esta natura. Ellos, esos audaces, lucubran y lucubran sin fin.

Veo que callas, Onofre; has quedado en el silencio absoluto. ¿Qué te pasa? ¡Despierta, vuelve en tí! Te leeré otra nota de este grande de don Irineo. Aquí hay otra:

• 4. (A propósito de la helada caída en La Manigua y que produce un desastre en las cosechas). Florencio Naltagua le explica, y don Irineo Pidinco oye atento, que esta helada es un desastre porque sucede en gente que está toda vuelta para afuera.

Pero don Irineo, excusándose, alega que es mejor estar así, para afuera, pues si estamos hacia adentro somos acometidos por las... ¡Guaxas!

Sigues callado. ¿Ya no te interesa lo que has anotado sobre don Irineo Pidinco? Creo, más bien, que ya no te interesan las notas que has escrito sobre esa gente.

Yo

No, no eso, Colomba. Una idea me ha obligado a callar. Porque tú no ves, Colomba, tu vista esta vuelta hacia dentro. Y lees, sin embargo, lo que yo he escrito cuando anotaba lo que me decían mis amigos de allá. Dime, ¿cómo lo haces?

COLOMBA

Aquí, en el fondo de la Tierra, no se necesita ver para poder leer. Me basta tocar un papel.

Yo

Tócame, entonces, a mí. Pon un poco de orden en mi mente. Estoy confundido. Siempre, junto a mis ideas, se filtra una serie de vulgaridades insoportables. Las veo que me atacan, que me dominan. No sé si ellas corresponden o no corresponden con la realidad. Por ejemplo: encuentro una tontería, una vulgaridad sin límites, haber puesto —y lo he puesto porque lo he visto— eso de la pizarra y de la tiza que aparecieron para que Tadeo Lagarto hiciera su dibujo; ¿lo recuerdas?

COLOMBA

Esos detalles pequeños te han de acompañar largo tiempo aún. Deshacerse de ellos es la gran tarea, es la dificultad que has de encontrar a cada paso. Piensa cuántas grandes cosas querías realizar mientras vivías allá en la superficie. Todas te han fallado ante una pequeñita cosa que se interponía.

Yo

Hablas en pasado, Colomba. ¿Por qué?

COLOMBA

Porque todo pasa. Tienes que vivir aún con esta ilusión. Sigamos leyendo tus anotaciones.

Yo

No, no sigas. No me distraigas con ellas. Sé, sé que tienes algo inmenso que decirme. ¿Por qué callas y no me lo comunicas?

Como estoy no puedo seguir. Hay demasiada confusión en mí.

Fíjate un poco: estoy llamado por todos lados a la vez.

COLOMBA

Callemos.

Inclínate ante mí. Así. Ahora, silencio. Deja que suene ese ulular a tu alrededor. Silencio. Haz terminado una etapa más en tu vida.

Que la paz laboriosa reine sobre ti.

19

Me sentí solo.

Ví todo mi alrededor como una inmensa soledad. Podría aquello llenarse de gente, de enanos que corrieran de un lado a otro, de gnomos, de salamandras, de demonios tentadores o solícitos... Es el vacío absoluto, un vacío jamás experimentado antes por mí.

El ulular de aquel sitio ha tomado un aire cadencioso que se repite hasta la eternidad. Pero enredado con él suena una música. Parece ser una flauta acompañada por un bandleón. Esta música filtra en mí, me sacude unos instantes, me sumerge luego en la nada que me rodea, me vuelve a sacudir.

—¡Colomba! —grito—. Colomba mía, yo no puedo oír música, no lo puedo. Se lo he dicho a Silvestre Tongoy, el musicólogo. Las artes todas están en otra región... en otra región... que hay que separar de nuestra piel, de nuestros nervios, de nuestra mente, de todo lo nuestro. Entonces pueden juzgarse y apreciarse.

“Ahora me siento solo, Colomba. La música agarra esa piel mía, esos nervios, esa mente y las agita. Ya lo ves: ahora lloro. ¡Y esa música que no termina!”

Pero Colomba se ha retirado. Estoy con una soledad indescriptible. ¡Si al menos hubiese alguien que me hiciese compañía! No, no hay nadie. Sigue, nada más, ese terrible ulular en mis alrededores.

De pronto siento que una mano se ha posado sobre mi hombro. Me doy vuelta. Un hombre correctísimo me saluda. Sonriendo me anuncia con toda amabilidad:

—Palemón de Costamota, vuestro servidor permanente.

Respondí.

—Un ser solo en el universo que llora su soledad.

Nos estrechamos la mano. Me susurró:

—Ved, amigo y hombre solo, ved allí. Mirad esos funerales que pasan y se alejan.

En efecto pasaban unos funerales, ¡otros funerales! Exclamé:

—Van a terminar por dejar la Tierra vacía si siguen con estos entierros. A cada momento veo lo mismo: un carro mortuorio que avanza lentamente y muchos hombres que lo acompañan. Estos deben ser los funerales de algún ser anónimo. ¡Fíjese usted que pobreza!

Me dijo entonces al oído:

—Ese muerto tiene también quien lo lamente en su partida. Escuchad, amigo, escuchad y algo oiréis junto al ulular de aquí.

Como una música suave y lejana llegó a mis oídos el lamento de unas voces desesperadas. Me pude percatar que exclamaban:

—¡Papo! ¡Papo! ¡Mi papito!

Comprendí que eran mis propios funerales los que pasaban allá. Mis manos tocaron mi cuerpo. Sentí en la yema de los dedos una sensación anodina. Dije entonces:

—He muerto.

Había cesado la música de flauta y bandoneón. Ya nada ululaba. De Colomba, ni rastros. Sólo Palemón de Costamota permanecía a mi lado silencioso. Por fin me dijo:

—Mucha paciencia porque en todo esto hay mucha lentitud. Más vale la pena que penséis en vuestro pasado, en aquella vida allá en la superficie de la Tierra. Ahora os ha de parecer tan vacía e inútil como la mayor vaciedad o inutilidad. En cambio...

—En cambio ¿qué? —pregunté.

Se acercó a mí hasta casi rozarme. Me susurró:

—Si hubieseis hecho lo que os dije una vez allá, si vos, mi gran amigo, hubieseis seguido mi consejo... ¡Ahora veríais todo vuestro pasado de otro color, con otros matices!

—¿Qué consejo?

—Haber escrito una obra, una sola obra, con el tema que os insinué. ¿Viene él a vuestra memoria? Una obra en que, como protagonistas, entraran Hamlet y Bel Ami. ¡Qué de diálogos estupendos habrían tenido ambos! Un Hamlet renacido en los días en que Bel Ami vivía. O un Bel Ami transportado a la época de Hamlet. O bien habríais podido...

—¡Basta Palemón! No quiero pensar en semejantes necedades. ¡Basta y basta!

Se inclinó con suma cortesía y murmuró:

—La gloria que ahora tendríais allá en la superficie no es una necesidad. La gloria es siempre la gloria.

Lo detuve asegurándole:

—Hay algo más que la gloria y ello es dejar que los recuerdos se acumulen en mí, se coloquen en su justo orden y, una vez ya colocados, se presenten a mí. Ahora tengo un revoltijo, mi pasado se atropella en mi cabeza, no hay lógica sucesión de ninguna especie. Tal vez por eso Colomba ha desaparecido.

Palemón se acercó nuevamente a mí y me pidió que le otorgara un pequeño permiso.

—Por cierto —respondí.

—¡Oh, cuánto os agradezco!

—¿De qué se trata? Respóndame usted con rapidez que siento que el tiempo apremia, aunque él no apremie, así lo siento yo.

—Se trata de citaros unas cuantas líneas escrita allá, allá, por un hombre que se decía docto en estas materias de vivir y morir. Él es León Denis. Las escribió en su libro intitulado *Después de la muerte*. ¿Permitís caballero que os las lea?

—Permitido.

Extraje un libro de la nada —y otra cosa pensé yo en esta tan nefasta trivialidad de hacer aparecer cosas, como lo había hecho Tadeo Lagarto— lo abrió y leyó:

Las sensaciones que preceden y siguen a la muerte son infinitamente variadas y dependen, sobre todo, del carácter, de los méritos, de la altura moral del espíritu que abandona la Tierra. La separación es casi siempre lenta y la liberación del

alma se opera gradualmente. Comienza, a veces, mucho tiempo antes de la muerte y no es completa sino cuando los últimos lazos fluídicos que unen el cuerpo al periespíritu quedan rotos. La impresión experimentada es tanto más penosa y prolongada cuanto más poderosos y más numerosos son estos lazos. El alma, causa permanente de la sensación y de la vida, experimenta todas las conmociones, todos los desgarramientos del cuerpo material.

Cerró el libro y lo hizo desaparecer. Luego dijo, como hablando consigo mismo:

—León Denis sabía mucho.

Le repliqué:

—Que haya sabido mucho o poco, no es razón para que yo siga oyendo sus ideas al respecto. Así es que le agradecería me dejara usted en paz y se perdiera en los infiernos.

—Os obedezco y me iré.

—Y yo —agregué— ya me salvaré de usted, señor Palemón de Costamota.

Y Palemón se hizo humo.

Allí quedé nuevamente solo, sin nadie que viniera hasta mí a prestarme un poco de compañía.

El ululato seguía. Se apagaba a ratos para recomenzar con nuevas fuerzas. Yo tiritaba mas no tiritaba de frío. Un ansia loca me invadía poco a poco, un ansia de volver a esa costra lejana, o cercana, y mezclarme con el mundo que había abandonado tal vez para siempre.

Tal vez... tal vez... No, no podía haberlo abandonado. Ese mundo vivía y se agitaba a mi lado, por todas partes. ¿Por qué yo no podía formar parte de él?

¡Nadie! ¡Nadie!

Grité varias veces:

—¡Colomba! ¡¡Colomba!!

Como respuesta sólo oía el ulular de un viento que no me tocaba, un viento que parecía azotar en otra parte. Me aferraba a la vida, no quería abandonarla, quería sumirme en ella. ¿Cómo no me había dado cuenta de cuán hermosa es, de cuántas posibilidades está llena?

Soledad. Ni un alma en ninguna parte.

Entonces caminé. Caminé por entre galerías oscuras a veces, con resplandores que me cegaban, otras veces. Sí, caminaba; subía y bajaba. Las ideas más absurdas se agolpaban en mi mente. Apenas aparecía una cuando era desterrada y se presentaban otras. Me sacudí varias veces la cabeza. ¡Nada! El tropel de ideas marchaba a mi lado, se encajaba en mí, luego se separaba un tanto, luego se separaba mucho más y yo lo veía allá lejos, frente a mí.

Yo, sin hacer ningún esfuerzo ni moverme, estaba en cualquier parte. El mundo parecía girar en torno mío. Pero *no* podía estar donde yo quisiera. Era el mundo el que se movía ajeno a mi voluntad. Él venía a mí o se alejaba guiado por una voluntad superior a la voluntad de los hombres.

Yo no tenía más que el poder de recordar y de hacer analogías. Me hacía el efecto de estar explorando una selva virgen ignorando lo que iría a aparecer ante mi vista apenas avanzara un paso más. Encontraría tal vez una tribu de salvajes o un hada benévola.

¿Un hada? Otra vez resonó en mis oídos el nombre de Colomba y la llamé. Pero este nombre se alejó de mí, se puso a mi frente y luego, como Palemón hace un instante, se hizo humo.

Pasó este mundo de fantasías... ¿O sería un mundo de realidades? Quise pensar en ello; vi a Jules Verne durante un segundo. Y también se hizo humo.

"Hacerse humo" es un modo nuestro de expresarse. Humo no había junto a mí. El ulular era sin humo. Era sólo para recalcar esa soledad que me envolvía.

Pero allá diviso una casita. De ella sale el humo que me ha mortificado tanto. Está habitada esta casita. Veo a una mujer, veo a un perro, a dos perros, hay un hombre, hay varios chiquillos, canta un gallo.

Me senté sobre un tronco derribado que allí dormía sin moverse, quieto, lleno de sabandijas que lo recorrían de un lado a otro lado. Me entretuve un rato mirando una lagartija. Luego mi atención fue tomada por los dibujos que había en él, dibujos que se habían hecho solos en su corteza y que formaban los más lindos arabescos que haya contemplado.

-¡Se lo comunicaré a Rubén de Loa! -me dije-. Él que tanto ama los guijarros...

No, ya no podré hablar más con Rubén. Ya estamos en mundos diferentes que no tienen unión. ¿O la tendrán? No lo sé, no lo sé, ¡no lo sé!

Y me sentí disminuir, disminuir, como una de esas cucarachitas que corrían por el tronco derruido. Me hablé a mí mismo:

-No pienses más; ve solamente y ello es bastante.

Sí, es bastante. Sería bastante si mi cabeza se calmara un tanto y me dejara, por fin, reposar en la paz eterna. Pero ésta no puede ser la eternidad; aquí no pasa nada salvo este vértigo de mi propia mente.

Calma, calma. Me detuve y no caminé más. Es decir, mis piernas se detuvieron y yo ahí quedé inmóvil. Creo que sonreí con despecho pues me decía:

"Los hombres quieren que en el universo exista una lógica, sí, una lógica SEGÚN SUS propias mentes. A veces, raras veces atisban que es otra lógica la que rige al universo, otra lógica mayor.

Pensé un rato. Luego llegué a esta conclusión:

"Los poetas la han captado y logran expresarla un poco... o logran expresarla debidamente. Los poetas y todos los artistas.

Y pasó, como un relámpago, el surrealismo.

Pero pasó a su vez. Fue reemplazado por la presencia de mis hijos. Lloraban todos ellos. En un rincón estaba Isabel Tabunco con los ojos humedecidos. Mis hijos giraban y giraban en torno mío. Pensé en esas aves de rapiña, esas grandes aves que giran en torno a un cadáver. Esas aves que yo veía siempre allá en La Torcaza y después en Quintrilpe. Lorenzo Angol también gustaba quedarse largo rato mirándolas. Él, seguramente, veía en ellas, una nueva Berguibenda que subía a un coche; o una Benilde; sí, eso tiene que haber visto y... ha soñado. Como sueño yo ahora, sueño contigo, Musa Cautín, contigo y con Tomba Montbrison que en este momento ha de estar allá en Francia junto a sus ancianos padres. También te vi a ti, Marul Carampangue, a ti que tanto me acompañaste en la vida...

El ulular de ese viento invisible se fue transformando poco a poco en una lejanísima música. Luego se acentuó. Al fin todo fue música alrededor mío. Debe haber sido una selección de los trozos que yo había preferido en la Tierra. Todos ellos me eran conocidos, todos me revolcaban por mi pasado. Oyéndolos sentí que mis nervios se ponían a vivir por su lado; ellos temblaban, se agitaban. Perdí conciencia de dónde estaba y qué me acaecía. Pero obedecí a ellos y grité:

-¡Tomba! ¡¡Tomba!!

Y ella desapareció y, en su sitio, vi a Huinchita Pin. Es lo más remoto que tengo de recuerdos de un amor. Huinchita Pin... Ahí estaba afanada en quehaceres inútiles. ¿Qué será de ella, qué hará? Tal vez la encuentre de un momento a otro; tal vez haya seguido su evolución y no la vea nunca más. Debe estar allá en la Tierra, debe ser madre de una serie de niños, su marido ha de ser un hombre serio y, seguramente, se ocupa de política...

-Como me ocupé yo.

Miré. ¡Cómo! ¡Eres tú, papá! Sí, era mi padre, don Eleuterio Borneo. Era él quien se presentaba ante mis ojos.

-Dime, papá, ¿tengo aún ojos?

Me respondió:

-Tienes visión que es más que tener ojos.

-Pero sufro espantosamente, padre mío. Podría tener mucha, mucha más visión todavía y creo que el aumento de ella sería para hacerme sufrir más y más y más.

Él sonrió. Sonrió como sonreía allá cuando yo trataba de darle una explicación cualquiera sobre un asunto de alto interés para mí y de escaso interés para él. Porque la política estaba por encima de todas las cosas en este mundo. Lo decía siempre, a cada momento, a propósito de cualquier cosa.

-¿No es así, mamá?

-Así es -respondió ella arrellanada en su gran sillón.

-¿Tienes las tarjetas ya? -preguntó mi padre.

-Sí, aquí están -contestó y se las alargó.

Él las tomó y leyó:

-Trinidad Calama de Borneo. Está bien.

Les quise hablar, les quise decir cuánto los recordaba a ambos. No salió ni un rumor de mi boca. Pero ¿tenía yo boca aún? Me agaché. Y, al agacharme, volví a ver esos funerales que pasaban y pasaban siempre. Pasaban eternamente. Porque sin duda tú has muerto, tú... ¿Quién?

Yo estoy vivo, estoy más vivo que allá. ¿A quién entierran?

Miro hacia otro lado y veo los funerales que pasan. Recordé esos otros funerales, los funerales de Onofre Borneo, recordé la plaza, las callejuelas y el gato, el eterno gato que los contemplaba sin verlos.

¡Un gato! La vida de los gatos es semejante a la vida de las culebras. Porque su esencia está colocada mucho más en otras regiones que ésta en que aparentan vivir.

Voy a observar detenidamente la vida de los gatos.

Ya no podré. Ya no veré más gatos. Claro está que hemos coincidido en una vida terrena como han de coincidir todos los hombres que vivan y los gatos que *asemejan* vivir.

Onofre Borneo ha muerto.

Ahí van sus funerales. Mis hijos lloran, lloran los pobrecitos. Lloran... Hay además otra gente que llora. Pero yo no he muerto. Juan Emar no ha muerto. ¡Vive, vive! Está en la plenitud de sus facultades. Prueba de ello es que, en todo su derredor, se cierne como una inmensa aureola, un espíritu de benevolencia.

Sonó una campana. Y apareció otro carro mortuario seguido por una serie de personas...

Entre estas personas va Mirla. Ella es: Mirla Collay. Quise saludarla. Porque Mirla Collay era una empleada, una empleadita, de 14 años, de mi hermano Fabio. Siempre

estaba alegre y reía de cualquier cosa. Sus obligaciones las cumplía... No, diré, es mejor, las cumple, eso es, las cumple con absoluta perfección. Y vuelve a reír. Yo, al verla, pensaba:

¡Pobre Mirla!

No sé por qué pensaba así. Apenas la divisaba era tomado por una pena profunda. Mirla era indiferente al dolor que yo sentía. No se lo habría podido explicar; a las primeras palabras habría caído en una confusión de la cual no habría podido arrancarme. Desde ese momento habría pasado a ser un hombre estrambótico para ella.

¡Sí! ¡Hay un espíritu de benevolencia en mí!

Pero con esta benevolencia me ocurre igual que con la música: la veo fuera, por un lado; la veo dentro, por otro. Y no puedo amarla, amarla con un claro sentido de juicio ajeno a mí, a mis nervios, a mi mente. ¡Sé que esta benevolencia me espera! Pero yo no soy ella todavía. Sé que reina la benevolencia como nota única que respiraré y que me alimentará. Todavía, no.

De pronto quedé en suspenso, aterrorizado. Quise refugiarme en cualquier parte. ¡Inútil, inútil!

Voy a decir lo que me ocurrió.

20

Me encontraba en una gran sala. No era la sala en que había aparecido Lumba Corintia. Era otra y, tal vez, más vasta. Era silenciosa pues nadie había en ella. Al fondo había una escalerita pequeña que comunicaba, en lo alto, con una puerta. Pero no era la escalerita ni la puerta por donde había aparecido Lumba Corintia.

Ya no había ni rastros de aquel fondo de la Tierra adonde había caído yo o... adonde había caído... ¿Juan Emar? Sí, puesto que, según decían, había muerto el personaje. Es decir, había muerto Onofre Borneo y es él, Onofre Borneo, el que sustenta la vida del otro, de Juan Emar.

Después de llegar a esta conclusión, me paseé. Di grandes trancos. La sala resonaba con cada uno de ellos. Deben haber despertado a los habitantes de aquella mansión de la cual yo conocía tan sólo la sala. Pues un sujeto se asomó por una de las grandes ventanas. Le dije:

—¡Hola! ¿Qué tal?

No me contestó. Siguió asomado y luego empezó a tratar de colarse al interior. Al fin lo logró y de un salto quedó a mi lado. Por su indumentaria colegí que era una persona extremadamente fina y bien cuidada: todo de azul oscuro, botines de charol, sombrero a la última moda y una gran bufanda envolviéndole el cuello. Sus manos estaban enguantadas. Me alargó una y yo, naturalmente, se la estreché.

En aquel momento se abrió la puerta principal de la sala, la que se hallaba en el muro opuesto al de la escalerita y de la otra puerta. Y entró una dama vestida de verde, una gran dama, por su garbo y su gracia al andar. Una bufanda le envolvía el rostro y subía hasta cubrirle la cabeza. Pasó a mi lado y no me vio o, al menos, no aparentó haberme visto.

Tras ella apareció más gente, mucha, muchísima gente, hombres y damas; algunos chicos también. Total: la sala se llenó y aquello pareció ser una gran fiesta.

La puerta arriba de la escalerita se abrió un instante apenas. Luego se volvió a cerrar.

Todos paseaban de un lado a otro, con lentitud. Pero algo había de curioso: aquellas bufandas que cubrían los rostros. Pues el caso era de que ya llevábamos un buen rato allí dentro y yo no había atisbado ni una sola cara, ni una sola, fuera ella de hombre o de mujer o de chico o de chica. Además, por ellas, digo yo, no se oía nada de lo que hablaban, nada, nada. Era el silencio absoluto. Y seguían paseándose y haciendo todos los ademanes de mantener la más cordial de las conversaciones. Se saludaban unos a otros, se detenían y, tal vez, algo charlaban; luego seguían. Y yo... Yo allí estaba sin que se me tomara en cuenta para nada, nada.

De pronto todas esas bufandas fueron quitadas de los rostros que cubrían. Fueron aventadas lejos y... yo pude ver:

Eran calaveras, ¡calaveras!

Calaveras que obedecían a los gestos que se les imponía, como ser, hacer reverencias, simular hablar, mirar para todos lados, abrir desmesuradamente la mandíbula, algunas veces; abrirla sólo un poquitín, otras veces. Y volvía la que, supongo, era una muy amena charla.

Se oyó una música que llenó la sala. No, no diré más la sala; diré el salón pues era un salón inmenso. La música cantó:

Noche de paz,
Noche de amor,
Todo duerme alrededor...

Ellos —hombres, mujeres, chicos— cayeron de rodillas. Algunos alzaban los brazos; otros reclinaban la calavera sobre el pecho. Yo, canturreando suavemente, seguí aquella melodía tantas veces oída allá en la Tierra. Tengo que confesarlo: me sentí emocionado de verdad y sentí que las lágrimas iban a inundar mis ojos.

Pero... ¿tendría ojos? Ya lo había oído:

—Tienes visión que vale más que tener ojos...

Involuntariamente me llevé una mano a mi cara para palparla. La palpé: era mi cara de siempre, nada faltaba en ella; ¡yo no era una calavera como esos que me rodeaban!

Toqué mi piel, no sólo de la cara sino del cuerpo entero. Allí estaba sin modificación alguna. Hice gestos, gestos de ira, gestos de alegría, de risa y ¡qué se yo! Todos mis músculos obedecían perfectamente. Me sentí satisfecho y entonces alcé la voz, la alcé cuanto podía cantando al compás de la música. Pero nadie se percató de ello. Seguían las calaveras iguales; algunas con los brazos alzados; otras reclinadas sobre el pecho.

Una idea me perforó como un proyectil:

“¿Estará Colomba entre estos seres?”

No, no podía estar. Yo la veía vestida de plata con un gran lazo de oro, o de oro con gran lazo de plata. No había ninguna así ataviada. Los colores que usaban las damas eran otros: verde, rojo, azul, anaranjado, violáceo, negro, y etc., etc. Ni una nota de plata ni de oro. Colomba no estaba allí. Era otra gente la que se había reunido, otra gente la que escuchaba contrita aquel canto:

Noche de paz,
Noche de amor,
Todo duerme alrededor...

Y el aire de aquella música cesó. Vino el silencio por unos breves momentos y rompió un bailable estrepitoso.

Por cierto, por cierto, todos se dispusieron a danzar. Las parejas se formaron en un instante. ¡Empezó el baile!

Yo caí en una meditación. Miraba aquellas calaveras y volvía a meditar. Meditaba:

“Las calaveras no ríen ni lloran ni duermen ni sueñan ni se agitan. *Son* nada más. Son un mudo testigo de la eternidad ante ese cuerpo movable que ríe y llora y duerme y sueña y se agita; ante ese cuerpo que ¡sufre!

Y todos danzaban.

Al ver las calaveras impávidas vi que la carne simulaba las pasiones.

Bailaban con lentitud cada vez mayor. Hasta que la música tomó el ritmo de la eternidad. Miré a mi alrededor y me encontré en la sala de bailes de Las Tres Chimeneas. ¡Qué rapidez espantosa toman esos bailarines! Me asusté al ver aquel vértigo que se imponían cuando nada apresuraba, cuando todo era calma, era eternidad.

Quise bailar a mi vez. Pero, ¿con quién? Todos pasaban sin verme, pasaban por entre mi cuerpo. No, no; aquello no era ya mi mundo, no lo era.

Volví a la sala, al salón de las calaveras. En él me hallé, cara a cara, con Virginia Rapel.

Nos miramos. Y el mundo dio una vertiginosa vuelta en torno nuestro. Vi que pasaba Jabalí Batuco.

—¡Virginia, Virginia! —exclamé.

Quedamente me respondió:

—Onofre...

Y bailamos ambos mecidos por la lentitud de la música. Pero fui arrebatado a mi danza. Me detuve. Solté a Virginia. Ya no había calaveras en ninguna parte. Eran rostros serios, severos, los que bailaban.

Al fondo de ellos había un cuadro, un inmenso cuadro.

—¿Qué es? —pregunté a Virginia.

—¿Ese cuadro? —me inquirió—. Es de Giotto, un cuadro suyo.

—¿Qué representa, Virginia?

—*La resurrección de los elegidos.*

—Detengámonos.

Nos detuvimos frente a una catedral gótica, serena, inmensa. Me arrodillé ante ella como se habían arrodillado los danzarines al oír el cántico de la noche de paz. Virginia me susurró:

—Es la catedral de Burgos.

—¡Claro! ¡La catedral de Burgos! —dije más para mí que para ella—. Déjame un momento pensar en algo.

Yo había hecho unas anotaciones sobre esa catedral. ¿Qué será de ellas? Estaban en una libreta negra. Ya no están, no están...

—Acaso son éstas —me dijo Virginia alargándome una libreta negra.

La abrí y leí de modo que ella, Virginia, participara de mis viejas anotaciones:

Burgos, la catedral. La más hermosa que haya visto. Toda en piedra. Abajo, lisa, gruesa, con algo de los fríos muros de la fortaleza o de la prisión. A medida que se eleva, la piedra se sutiliza, se adorna, se complica, se adelgaza. Al llegar a las torres es un encaje, una filigrana que termina en dos flechas puntudas. Estas flechas se hayan rodeadas, como por *vigilantes severos, por un sin número de pequeñas flechas, de modo que las dos prin-*

cipales se alzan en medio de un mar de puntas de piedras. Cada una está labrada como un delicioso objeto de vitrina. Ante esta fachada, severa y frágil a la vez, se siente el deseo de escurrirse, de entretejerse como una larva sin cuerpo por todos los recovecos, cada uno guardado celosamente por una figura siempre nueva, un dios, una virgen, un diablo.

Se siente la voluptuosidad de vivir la vida de la piedra, de vivirla por años, por siglos, siempre descubriendo un rincón desconocido, siempre encontrando un nuevo sendero que ha de llevar ante un misterio insospechado.

Concibo la vida de misteriosos éxtasis que podría llevar quien pudiera hacer de su vivienda el hueco que dejan dos piedras; de su alimento, el hálito perfumado y húmedo que despiden las viejas catedrales; de su estudio, oír la voz imperceptible de los seres que allí estoicamente se mantienen; de su ambición, comprender qué fuerza oculta indujo a los hombres de otras épocas a materializar en piedra los ensueños, las visiones y los éxtasis que les dieron su eterna comunión con Dios; y las tendencias y acechanzas que cual temibles redes tejían los espíritus del mal.

De cuando en cuando entrar en la pequeña celda decorada...

-No leas más, Onofre. Mira, será mejor -dijo Virginia.

Le respondí, obedeciendo a su observación:

-Eso es una estatua del viejo Egipto.

-¡Qué hermosa es!

-Sí, es francamente hermosa.

Me acerqué a ella, luego me alejé para volver a acercarme. Por fin dije a media voz:

-Es el dios Amón.

Y ambos, Virginia y yo, quedamos en suspenso contemplando esta estatua sin igual.

¡Claro, claro está! Un primitivo... Una catedral gótica... Un egipcio...

¡Eso es! ¡Es el mundo nuevo y eterno que empieza a revelarse! ¡Trabaja, trabaja, Rubén de Loa! Tú vives en contemplación de esto que ahora se me presenta en su plenitud. ¡Trabaja! Y sumérgete en las profundidades que ellos alcanzan a tocar. Ellos: una estatua egipcia, una catedral gótica, un cuadro de un primitivo.

La música seguía. O tal vez no se había interrumpido; sólo que mi atención mariposeaba por otras regiones que se extendían hasta el viejo Egipto. Yo bailaba siempre y la apretaba contra mí. La música me movía, me estremecía. No, no son los nervios ni la sensibilidad. Éstas son cosas terrenas. Es otra cosa. Es algo que me transporta... Pero, ¿hacia dónde? En todo caso es lo que siempre, siempre había sentido. Porque todos sienten esta sensación extraña. En unos aflora; en otros penetra.

Ahí está la cosa, ahí está todo: que penetre.

No; mejor es que, viniendo de dentro, aflore en nosotros. Al aflorar, ¡captarla! Es decir, aprisionarla aquí en este mundo. E inmovilizarla. Decirle, gritarle:

“¡Alto! ¡No te moverás y aquí quedarás!

Es lo que hay que hacer...

Hacer... Ya nada tengo que hacer. He muerto.

Los otros deben hacer. No me toca a mí indicarles lo que deben hacer, ni me toca darles consejos. Todo se ha terminado. Ya no hay nosotros. Estoy solo.

¡Bailen! ¡Bailen todos! ¡Seguiré bailando!

La tomé y volví a apretarla. Y fuimos mecidos por esa armonía.

Le dije... No; le insinué, nada más:

-¿Por qué no fui músico? ¿O bailarín?

Los niños también bailaban; a su modo, naturalmente. ¡Qué gracia tienen! Todos, todos están poseídos por esos acordes que los mueven.

Ya es el crepúsculo. Aquí dentro apenas se ve. Afuera hay una luz esplendorosa. Rojos y anaranjados manchan el cielo. Diviso unos árboles que cortan esas manchas. Salí a la terraza para que nada me molestara y poder gozar con aquel paisaje. Salí a una gran terraza, larguísima. Está rodeada de grandes torreones. En ella no hay nadie. Hay sólo unos buitres que se ciernen por el cielo. Aparece un hombre arrebujaado en su enorme capa. Toma una corneta y por ella sopla. Me acerqué a él.

—Usted está tocando a esos buitres que vuelan —le insinué.

Él se volvió y, creo, me miró. Porque donde debería haber visto una cara, vi otra calavera. Volví al salón. Era mejor oír esa tan suave música de los bailables que mirar un crepúsculo. Podría yo también bailar y, tal vez, podría encontrar a Colomba.

Entré en el salón. ¡Bailes y bailes! Ya no veo ni una sola calavera; todos son rostros como deben ser. La última calavera la tenía el hombre de la terraza y la corneta.

De pronto pasó junto a mí, bailando, Palemón de Costamota. Llevaba entre sus brazos a la bella y ardorosa Clodia. Con ella pasaba una época de Roma y, en esta época, era Clodia la más pérfida y descarada de las hembras de entonces. Iba bien, muy bien, en compañía de Palemón. Palemón y Clodia; Clodia y Palemón. Es claro que es mejor danzar. Cátulo se pasea indiferente; Cátulo se asoma a la terraza.

Ahora pasa, en pleno baile, Tadeo Lagarto con Fulgosa.

¡Cuánto les place este baile! Clodia y Fulgosa... Palemón y Tadeo... Y todos los demás...

No; no quiero bailar. Quiero sólo verte a ti, mi Colomba, y oír tu voz. Pues quiero esa eternidad de que tanto he oído hablar allá en la Tierra, cuando vivía.

¡Colomba! ¡¡Colomba!!

Corrí hacia un lado; corrí luego hacia otro lado; trepé por la escalerita y golpeé con ambas manos a la pequeña puerta...

Nadie, nadie.

Ya lo sé: es cuestión de paciencia, de mucha paciencia, y al fin ella ha de venir a indicarme mi sendero.

De pronto esa sala, ese salón, esa terraza, ese castillo, ese inmenso castillo medieval con sus torreones y sus almenas, de pronto desapareció.

Desapareció sin un ruido. Se volteó a ambos lados. Y yo volé por los aires, más allá de ese crepúsculo que acababa de ver con el hombre de la corneta.

Desapareció todo, todo: los bailarines, Virginia Rapel, Palemón de Costamota, Clodia, Tadeo Lagarto, Fulgosa, todos, todos.

Seguí entonces volando. Pero, debo advertir, nada había aquí de mi voluntad. Diría: *se me volaba*.

Volé.

De pronto oí una voz tan conocida y tan amada:

—¡Ono! ¡Ono! ¡Ven a charlar un rato conmigo! ¡Ven!

Me detuve, o mejor, se me detuvo. Y vi, frente a mí, a:

¡Teodosia Huelén!

TEODOSIA

¡Qué alegría es encontrarse en una región como ésta! ¿No lo encuentras, Ono? Yo te esperaba y te esperaba y tú nunca venías. Pero, al fin, has llegado y ahora... ¡a conversar!

Yo

Pero antes explíqueme usted Teodosia. ¿Por qué se halla usted aquí? Ya la he encontrado otra vez, creo que ésta es la segunda o tercera vez que la encuentro. Y, le diré con toda franqueza, no me parece que meterse en la Tierra sea algo que a usted le agrade en demasía.

TEODOSIA

Ono, nosotros no nos mandamos. Nosotros somos mandados. ¿Cómo los llamas tú? Los egrégoros, eso es. Yyo, un buen día, fallecí, fallecí dulcemente. Te lo prometo, mi buen Ono, que me sentí aliviada, con unos deseos locos de volar así en mi nuevo estado, de ir a las más lejanas estrellas, de ir a todas partes, de correr a millones de veces más rápida que esa tan lenta luz. Ya me aprestaba a hacerlo cuando... ¡ah, fíjate bien!... cuando me dijeron que todavía no, todavía no. Yo pregunté la causa de este impedimento. Me respondieron que debería pasar unos pocos instantes en el interior de la Tierra. ¡Qué quieres, Ono mío! Somos hechos por tal cantidad de cuerpos y cuando muere uno de ellos hay que esperar que mueran también los otros. Y aquí, en la Tierra, en el interior de ella, parece que es el gran sitio para estos fallecimientos sucesivos.

Yo

Usted está siempre dichosa, Teodosia mía. Envidio la manera que tiene de tomar las cosas, con esa alegría sin fin, con ese optimismo permanente.

TEODOSIA

Pero... ¿tú te quejas aún? Veo que tienes una amplia libertad para sumergirte en estos mundos... ¿y te quejas?

Ya sé lo que te ocurre, mi buen Ono. Escúchame bien y no me interrumpas: tú siempre te has preguntado, hasta devanarte los sesos, por qué los hombres son tan demasiado idiotas. Eso, mi Ono, es una idea negativa que nunca te abandonaba. Y con ella has seguido y sigues todavía. Tienes que expurgarte de semejante idea. Para eso, el fondo, las entrañas de la Tierra. Ya, estoy cierta, que tú no los encuentras tan idiotas como los encontrabas allá, en la superficie, en la costra terráquea. ¿No es verdad?

Yo

No, Teodosia, puedo asegurarle a usted que jamás los he encontrado idiotas. Por el contrario, he admirado mucho...

TEODOSIA

No te defiendas, Ono. La costra se te ve por todos lados. Trata de escuchar, será mejor. ¡Qué! ¿Hablo yo como esa tan linda Colomba? Bueno, hable yo como hable, la verdad es que te digo cosas que no debes echar en olvido.

Tú tienes la manía de explicar todo lo que vas a escribir, de explicarlo y ponerlo bien en claro, bien en orden, porque te vas a dirigir a gente que no te va a entender. Esta es la verdad, la verdad absoluta. Y, al mismo tiempo, te deleitas cuando lees en un libro cualquiera, que la poesía es la negación de lo lógico, de esa lógica que nos agarrota.

Aquí caí en meditación. Sí, es verdad lo que me ha dicho Teodosia. Yo pienso como piensan los hombres de letras: yo procedo como proceden los sabios, es decir, definiendo y casi clasificando.

Es que cuanto escribo sucede en otras regiones, en otras para las cuales sólo debería usar de muy vagas aproximaciones.

Por ejemplo esto que ahora escribo, mi conversación con Teodosia Huelén, no sucedió como está escrito. Los hechos, si hechos pueden llamarse, claro están son como los he dicho: las entrañas de la Tierra, Teodosia que aparece, Colomba desaparecida, aquel ulular del viento invisible, el hombre Martín Quilpué rodeado de enanitos, mis cambios de ánimo desde el optimismo repentino hasta el negro pesimismo, etc., etc.

Pero al querer traducir nuestra charla... la cosa cambia. Releo lo que he escrito y lo comparo con mi recuerdo. Veo que ello no fue así. Pero no tengo otro modo de explicarme: aproximaciones y aproximaciones y yo tratando de que ellas sean lo más justas posibles.

Yo

Tal vez tenga razón usted, Teodosia. ¡Qué quiere! No tengo dónde apoyarme al escribir. Porque todos los escritores se han ocupado de escribir únicamente de cosas que pasan allá en la costra, como usted la llama, y no penetran a estas vaguedades que ahora...

TEODOSIA

¿Vaguedades, has dicho? ¡Ono, mi buen Ono! Los que han escrito sobre vaguedades son los que tratan de las cosas de la costra terráquea. Nuestro suceder es otro, ¡otro, mi buen Ono!

Yo he visto claramente lo que tú meditabas hace un instante. ¿Y qué? ¿Es una vaguedad que yo lo vea sin la necesidad de emplear tanta y tanta palabra? No, no lo es. Así deberíamos siempre hablar, siempre. Pero la costra... Ono: tenemos que doblegarnos a su estado de evolución y ser, en ella, tal como ella es.

Ahora estás en el fondo de la Tierra, ¿no es verdad? Ponte entonces a la altura. Y espera con calma una segunda muerte que ya se aproxima. Tal vez sea algo lenta en venir, algo lenta para tu mentalidad de costreño, esa maldita mentalidad que tanto te cuesta despegarte de ella.

¿Yo? ¡Oh, me despecé casi inmediatamente! No pasó tiempo entre el momento en que abandoné el mundo de la superficie, y este magnífico momento de libertad.

Llegué hasta acá. Al primero que vi fue a Florencio Naltagua. ¡Qué alegría al verlo, mi Ono querido, qué alegría!

¿No lo sabías? También él dejó todo aquello. Un buen día, un día cualquiera. Y no vino para estas profundidades; se fue hacia las alturas, hacia los satélites y las estrellas. Allá vive ahora.

Naturalmente, Ono, naturalmente, son aproximaciones y nada más que aproximaciones. Pero tenemos que usar el idioma que allá nos enseñaron. En todo caso tengo que emplearlo contigo. ¡Ah, ah! No olvido jamás tu puesto, no lo olvido. Así es que te hablaré en ese puesto. Si no te hablara en él no me entenderías ni una palabra.

Volvamos a lo que te decía hace un instante:

Tú debes escribir para un público indeterminado, para un público que, aunque quieras negar su existencia, ahí está y lo consultas a cada paso.

Allá dirían que ese público está en tu subconsciencia. Donde esté, para mí, es igual.

Tú, mi Ono, no lo has definido bien. Ahí tienes un trabajito por hacer y, una vez que lo hayas hecho... ¡volar, volar!

¿Me preguntas adónde volarás? Haz un esfuerzo y entiéndeme aunque no te hable como se hablaba allá. ¿De acuerdo?

Volarás hacia los enormes ámbitos. En ellos, sí, verás a todo instante a Colomba. Y verás a Florencio Naltagua. Y lo verás conmigo, mi Ono, conmigo. Ya estaré sin necesidad de limpiarme aquí en esta Tierra. Ya estaré limpia, limpia.

Pero antes de elevarte tienes que conversar mucho, muchísimo con tu amigo Lorenzo Angol.

¡No, no, no! No hay que olvidar a nadie, a nadie. Ustedes tienen una cantidad de temas que elucidar; tú con él; él, contigo. Y esto es mejor que lo hagan aquí, en plena Tierra; no en la superficie sino aquí, en las profundidades. Nadie los molestará, nadie, nadie, vendrá a molestarlos. Porque no es molestar ver, de pronto, pasar a un sujeto que ha sido también amigo tuyo. Sí, sí, verás a... a Baldomero Lonquimay.

Yo lo estimo mucho a ese Baldomero. ¡Vieras tú qué vida hace él ahora! A veces está aquí en las profundidades; a veces sale y se eleva por los ámbitos; a veces va a la superficie y allí se queda mirando y meditando mientras sus labios murmuran un terrible "BRHHHHHHH...".

Así que ya sabes, mi buen Ono: aquí dentro de la Tierra, tu amigo Lorenzo Angol; allá fuera de la Tierra, en la verdad absoluta, Florencio y, espero, yo. Un poco por todas partes, Baldomero.

¿Me has entendido bien?

Yo

Sí, Teodosia, le he entendido a usted perfectamente. Iré de inmediato tras de Lorenzo puesto que es el más cercano. Pero me cuesta abandonarla a usted, mi tan querida y tan deliciosa amiga.

¡No! No iré a buscar a nadie. Prefiero oír su voz y aquí, oyéndola, me quedo.

TEODOSIA

¡Ay, Ono! Es tanta tu fuerza persuasiva que me voy a quedar un rato más contigo. ¡Hablar y hablar! Pero, ¿de qué? Tú olvidas que ya éste no es mi mundo. Es claro, la costra suena aquí cerca y tú te sientes atraído por ella. Bien, te lo vuelvo a preguntar: ¿de qué quieres que hablemos?

Yo

Cuénteme cómo fueron sus últimos momentos; cuénteme si sintió usted una nostalgia al abandonar esa que usted llama costra. Cuéntemelo todo, Teodosia, que ello me servirá y me ayudará a mí.

TEODOSIA

Ya casi lo había olvidado porque tengo ahora otros cometidos que cumplir. Pero hagamos un esfuerzo y tratemos de traer a la memoria esos momentos.

Me veo en mi cama. Estaba medio dormida. Luego despierto bien. Y noto que el oído se me ha aguzado, se me ha aguzado mucho, enormemente; yo diría que se había aguzado hasta la locura. Pero no vayas a creer, mi querido Ono, que temí volverme loca, no, no. No tuve tal idea pero tenemos que hablar como se habla allá en la costra, ¿no lo crees? Se

aguzó el oído con esto de particular: hizo reinar el silencio en torno mío, el más completo silencio, e hizo, al mismo tiempo, resonar con estrépito mi reloj. Sí, mi reloj pulsera que yo siempre dejaba en un cajón de mi velador y que jamás había escuchado antes de aquel momento.

¡Oh, era un ruido mayor que todo lo que puedas imaginarte! Y piensa, mi querido Ono, que era temprano... Serían las 2 ó 3 de la tarde de un día bullicioso como son todos allá. Yo sólo oía el tin-tin-tin-tin. A veces lo oía muy lejano; otras veces lo oía a mi lado; otras, dentro de mí misma.

¿Te das cuenta, Ono mío? ¡El tiempo! ¡Un aparato para marcar el tiempo que, ya lo debes haber notado, no existe! Y él, este aparato es lo único que se oye... Era algo absurdo, absurdo.

Ahí tienes mi último recuerdo costreño. Después... Bueno, ya empieza otro suceder de la vida; ya estás tu también metido en este nuevo suceder.

Yo

Es decir, usted falleció. ¿Y yo, Teodosia? Es lo que me atormenta ahora, es lo que me impide concentrarme: saber a ciencia fija si he muerto yo o si aún estoy vivo. Me contentaría con saberlo sin que haya dudas al respecto. Vivo o muerto...

TEODOSIA

¡Costreño, mi Ono! No puedes sacarte de la cabeza esa idea de que hay una diferencia trementada entre la vida y la muerte... ¿Que no ves que es igual? ¿No ves que a un accidente por el hecho de ser fatal, le hemos dado demasiada importancia? Y no te fijas en algo, en algo, en algo...

Yo

¿En qué no me fijo?

TEODOSIA

Esta importancia la han dado los de allá, los de la costra porque para ellos, ¡claro está!, tiene una importancia ilimitada. ¿No lo ves así? Ellos tenían la costumbre de vernos, de charlar con nosotros, de reír y discutir... Y de pronto... Se acabó todo eso; ahora queda sólo como recuerdo y nada más. Entonces hay que caminar tras el ataúd y luego hay que volver a casa, a una casa desierta en la que no se pueden hacer proyectos para una próxima entrevista con el difunto. ¿Terrible, no es cierto, mi buen Ono?

Pero para los que han seguido su camino... ¡no, no! La cosa cambia fundamentalmente.

Mira, Ono, tú te has despedido más de alguna vez de alguien que parte de viaje, ¿no es verdad? Alguien que va a hacer un lindo viaje, que va a realizar el sueño de su existencia. Va a ir a... Bueno, donde tú quieras. En todo caso va feliz. ¿Tu llorarías a un viajero así? No, no; tú debes llorarte a ti mismo y nada más.

Pero estamos hablando de cosas demasiado profundas, de la vida, de la muerte vista desde allá, y qué sé yo. Tú me confundes con ese afán costreño. Este afán debes ponerlo claro, exponerlo con todos los puntos, sin que se te olvide ni uno solo, a Colomba y a nadie más que a Colomba.

Yo

Colomba ha desaparecido, Teodosia. Yo quiero, yo necesito aclarar una serie de puntos y esperaba a Colomba para que me prestara su ayuda. Ahora ya no hay Colomba. Por eso me he dirigido a usted, mi buena Teodosia.

TEODOSIA

Ya te lo he dicho más de mil veces: ¡paciencia! Colomba ha de aparecer de un

momento a otro. Esto lo sé pero no puedo saber, mi buen Ono, cuándo va a aparecer. Yo no soy ni nunca he sido Colomba. Yo soy una buena amiga tuya y nada más y por eso, por esa amistad que siempre nos ha unido, me gusta mucho charlar contigo. ¿Me vas a dejar charlar a mi antojo?

Yo

¡Por cierto, Teodosia, por cierto! Charle, hable, sin preocuparse de mi presencia. Converse con seres que yo no veo aún. Sí, convérseles usted de cualquier cosa, de lo que pase frente a usted, de lo que vea o atisbe en este mundo en el cual ya está completamente. Yo... ¡la escucho, Teodosia!

TEODOSIA

Pues te voy a hablar, mi buen Ono, de un habitante de Urano que conocí hace ya un cierto tiempo. ¿Te acuerdas tú de Saturnino? ¡Uh, si yo tengo muchos amigos de todos los planetas y de las estrellas también!

Este habitante de Urano quería conocer cosas de aquí, de la Tierra. Había oído contar prodigios de los costreños y quiso informarse por sí mismo. Esa curiosidad que en todas partes está, mi buen Ono. Total que llegó y yo no sé en manos de quién cayó. El caso es que le entregaron, en una mescolanza atroz, todas las obras de arte y de literatura de la humanidad. Tú me has de comprender, Ono: le entregaron copias y más copias de las obras de arte. Hoy día se hacen copias magníficas, ¿verdad? De modo que pasaban ante sus ojos todas las cosas que se han hecho: desde las cavernas lejanas, lejanísimas, hasta los cubistas y qué sé yo. Y naturalmente los primitivos, los grandes clásicos y los impresionistas, mezclados con los griegos y los negros africanos. Bueno, mi querido Ono, tú sabes más que yo en estas cuestiones de arte y también de literatura. Yo sólo puedo decirte que ahí estaba todo, todo. Y todo estaba mezclado, sin ningún orden cronológico, ni nada.

¡Uuy, qué cara puso ese habitante! Miró todo aquello y luego declaró que ahí no había más que absurdos y absurdos, que no valía la pena haber hecho un viaje tan largo para encontrarse con semejantes disparates.

Se quedó mirándolos y leyendo un poco. Luego los dejaba de lado. Luego volvía a hojear esos libros y a mirar un poquitín esas copias de obras. Y fíjate, mi buen Ono, que al cabo de uno o dos años todo estaba tal como ahora está... Todo clasificado, todo ordenado, todo en perfecto orden e inamovible.

¿Qué me dices, Ono? Yo pensé en esos bichos de que tú siempre hablas, esos egrégores, y los vi a ellos trabajando allá en su reino o tierra o lo que sea. Y los hombres aquí, pues los vi como simples reflejos de ellos.

Entonces, Ono, ¿la historia de ustedes los terráqueos es fatal? ¿Tiene ella que suceder como ha sucedido? ¡Uuuuy, qué problemazo! ¿No puede haber un señor cualquiera que, por su propia iniciativa, haga cambiar el curso entero de lo que acontece? Ya te lo digo, mi Ono: ¡qué problemazo!

El caso es que ojos más severos y más agudos verían, aun en lo que aparece estable, un movimiento, un vaivén, un titilar o un... respirar que nadie, que yo sepa, puede predecir hacia dónde y cómo nos va a conducir.

En eso pensaba yo cuando mi gatito saltó a mis faldas. Allí se acurrucó y se hizo el que dormía. Entonces salimos los dos juntos, mi gatito, el Cucuy, tú sabes, y yo, salimos y nos fuimos lejos, muy lejos, a distancias estelares. Dejamos atrás a ese habitante de Urano; ya habíamos dejado atrás a Saturnino; o, mi Ono, fuimos tan, tan lejos, que siempre estábamos ahí en la pieza en que estábamos. ¡Porque era la pieza la que se movía con nosotros

dos, con Cucuy y yo, y nosotros nos movíamos con la pieza hasta perder la respiración en esa carrera vertiginosa!

Te sigo hablando en tu idioma, mi buen Ono: "...perder la respiración...; una carrera vertiginosa...". Pero así me has comprendido debidamente, ¿no es verdad?

Te hace falta una larga, muy larga charla con Colomba. Ella sabe explicar todas estas cosas en que tú me engolfas. Yo, ya te lo he dicho, aproximaciones y nada más que aproximaciones.

Yo

¡Veo, Teodosia, que a usted le gustaban los gatos. ¡Cuánta razón le encuentro! Tienen en su vida misteriosa...

TEODOSIA

¿Me gustaban...? ¡Me gustan, Ono, me gustan! ¿No los ves aquí? Todavía te hace falta mucho para aclimatarte a esta vida de aquí. Porque aquí... ¡Mira, Ono, mira! ¡Cuántos gatos hay! Y todos ellos llevan su vida solos, aparte, casi sin mezclarse con los demás. ¡Oh, los gatos y las culebras! A pesar de haber sido una mujer, nunca les tuve miedo a esas lindas culebras. Por el contrario. Ellas y los gatos eran mis fieles amistades.

Yo

¿Tenía usted culebras en su casa, allá en San Agustín de Tango? No vi nunca ninguna.

TEODOSIA

¡Ay, Ono, ay! Las ideas costreñas te acometen. Para amar algo no hay necesidad de tenerlo al lado. Basta con el hecho de amarlo y tenerlo siempre presente. Además no se puede amar de verdad allá. Los gatos y las culebras son seres que ya han dado vuelta completa en sus vidas y ahora se encuentran donde debían encontrarse. Cuando veas una culebra, Ono, mírala mucho y no le hagas nada; cuando veas un gato, acarícialo y no lo interrumpas; una caricia y nada más.

Pero ya debo seguir en mis afanes y quehaceres. Tú también tienes una serie de cosas que hacer aquí, ¿no es verdad?

Acuérdate: está Colomba y... ¡ya la encontrarás!

¡Adiós, mi Ono, adiós!

Sigamos nuestra nueva vida y tengamos fe.

22

¡Al fin te veo nuevamente, Colomba!

Estás ahí, muda.

¡No te muevas! ¡Que no haya ni un movimiento en ti! Así podré llegar a tu lado y arrodillarme a tus pies. Porque estamos en el centro de la Tierra, en el centro exacto. ¡Sí, tú en él estás! Déjame a mí girar en torno y, al fin, poder fundirme en ti.

Yo te abandoné, Colomba. Yo sentí la necesidad imperiosa de ir a la superficie de la Tierra y, en ella, mezclarme en mi vida pasada. Quería vivir con una precisión absoluta, vivir como siempre he considerado que se debe vivir.

¡Ni un acto imprevisto!

Todo marchando con la precisión de un cronómetro. Que no haya ni pudiera haber en mí ni un acto fallido.

Así me fui a la superficie.

No me protejas con esa sonrisa. Porque fallé, Colomba, fallé. La vida se desarrolló a mi lado como siempre y yo me sentí como un fantasma errante al tratar de que aquello se desarrollara de otro modo que el supuesto por mí.

Esta lección no la he aprendido bien todavía.

Voy a tener que recomenzarla. Pero ahora iré allá sin esa euforia que me empujó la primera vez que volví desde el fondo de la Tierra.

Ahora iré a disciplinarme.

¿No lo crees tú?

Tal vez, tal vez tengas razón. Ha de ser siempre el llamado de allá que se disfraza de una manera cualquiera. Sí, eso ha de ser; no puede ser otra cosa.

Dime, Colomba, ¿hasta cuándo estaré gobernado por mi mente? Sufro este gobierno tirano de manera inexplicable.

Ya lo ves, ¡ya lo ves!

Al divisarte creí que todo había cambiado. Sentí una conmoción que no hallo cómo poder hacértela saber. ¡Todo estaba solucionado y empezaba una faz de penetración hacia lo interior!

Ahora estoy confundido, ahora todo se me revuelve.

¿Qué? ¿Qué dices, Colomba?

Recapitular...

Recapitular es también un trabajo de la mente.

Callemos; es mejor. ¡Silencio!

Entonces, de inmediato, siento que la paz llega hasta mí y me invade entero pues, en ese silencio, puedo contemplarte como a ti se te debe contemplar.

Pensé dirigirme en busca de Lorenzo Angol. Ese era mi propósito. Pero ¡no! Alguien me tomó y me trajo hasta ti. ¡No era mi mente, no lo era! Ella estaba completamente dirigida hacia Lorenzo. Era tu voz insonora.

No nos movamos, Colomba. El espíritu es inmóvil; como es nuestra calavera que los nervios mueven.

Así; no te muevas.

Ahora soy yo quien pide ese silencio que antes tú me obligabas a tener. Ahora soy el que te imploro: "¡Schchtt!".

Y todo vendrá a mí.

Me doy clara cuenta de que no me muevo. Estoy quieto. Como estuviste tú, Colomba, allá en La Torcaza. Yo te moví, mis ansias te movieron y te hice pisotearme cuanto jamás un espíritu como el tuyo ha podido pisotear a nadie.

Crear es deshacerse de uno mismo.

Creo en ti, Colomba. Pero..., pero...

No puedo seguir hablándote. Quiero deshacerme y oír, entonces, el cántico de tu voz. Que él me arrulle. Y dejemos que el tiempo circule fuera de nosotros.

Cesó todo ulular y reinó el silencio. Entonces oí la voz de Colomba que tomaba todas las inflexiones del viento ahora, como ella, quieto. Me habló viniendo de otro mundo. Yo escuché arrobado.

No busques la benevolencia. No busques nada. Espera que todo ha de venir a su tiempo hacia ti.

Tu mente te fatiga. Ella trabaja independientemente a todos tus otras facultades. Ella ha hecho un verdadero personaje de cada una de tus intenciones. Por eso es que siempre te sientes acosado por todos lados y, al fin, exclamas rabioso:

¡Oh, qué cantidad de gente trabaja en uno...!

Y desfilan ante tu vista, llevados en bandejas que llevan una serie de movedizos enanitos, los papeles que has ido haciendo en tu vida, las carpetas donde guardas y acumulas esas observaciones, los quehaceres cotidianos, las cartas que debes responder, una idea que has tenido y que ahí ha quedado revoloteando... ¡Oh, ello no es posible! Te vas en contra de ella, la aprisionas y la sumerges en un papel que, a su vez, sumerges en una carpeta.

¡Deja todo eso en paz! Ahora debes ir hacia otras meditaciones. Extiende una mano bienhechora sobre tu pasado. Y no te dejes distraer por los objetos que te rodeaban.

¿Te extraña esto que te digo?

Piensa entonces en los libros, esos buenos amigos que siempre fueron los libros para ti. Piensa que ellos lo son también para mucha gente. Y lo son... según cómo los miremos y, según cómo los miremos, ellos son.

Los libros son como las calaveras, como esas calaveras que tú has visto en la fiesta de la Sala y que bailaban. Esas calaveras eran impertérritas. Porque son vestigios de la eternidad. Oye, amigo mío, oye bien:

Hace ya un poco de tiempo, tú tomaste un libro que tenías en tu biblioteca: *La clef de la Magie Noire*, de Stanislas de Guaita. Empezaste a hojearlo. Tus intenciones habían sido releerlo otra vez más; tal vez la influencia de Lorenzo Angol, tal vez. Pero te detuviste y lo dejaste. Stanislas de Guaita hablaba en otro lenguaje que el que tus oídos esperaban. Hablaba en el mismo lenguaje que tú ya le habías oído hace mucho tiempo. No cambiaba, seguía impertérrito. Era LA VOZ.

A su lado, al lado de esta voz, oíste al mundo que seguía su vida, al mundo que se peleaba por asuntos que jamás te han interesado. Los libros continuaban allí, callados, quietos, como tú me ves a mí. Bastaba entreabrirlos y posar los ojos en ellos... y ellos volvían a hablar en su idioma.

Hay que llegar a este idioma. Hay que recogerse y saber oírlo.

Ve una biblioteca en que no haya nadie. Entra en esa biblioteca. Párate. Escucha. Ahí están los libros todos alineados y, se diría, muertos. Coge uno, ábrelo, oye.

Oirás otros acentos, otro lenguaje... ¡otros misterios!

¡Es la eternidad!

Y, a veces, los libros silenciosos se enfadan. Ve cómo se retuercen en ellos y no entregan la voz que de ellos, en otros momentos, prorrumpe a borbotones.

¿No es verdad cuanto te he dicho, Onofre?

Onofre...

Tú has visto unos funerales. Porque Onofre ha muerto, sí, ha muerto en el sentido terrible que esta palabra tiene allá en la superficie. Es decir, morir es la nada.

Ahora tienes que abrir ampliamente la puerta para dejar paso a Juan Emar.

¿Oíste? ¡A Juan Emar!

Cuando él llegue, cuando ya haya tomado posición de tu modo de ser, entonces atisba y verás allá, allá, muy lejos, unos funerales que pasan y se van.

Onofre ha muerto...

Y, al morir, ha querido llevarte a ti también a esa nada o a esa podredumbre.

Sentirás su llamado que viene hasta ti. Sentirás sus insinuaciones que te cercan por todos lados.

Pero tú no irás, ¿verdad?

Yo

No, no iré, Colomba, no. El recuerdo de tu voz me retendrá. Y, al pensar en ella, al evocarla en mí, vendrán hasta mí una serie de personas, vivas o muertas, es igual, una serie de personas que, por encima de sus vidas y sus muertes, me otorgarán el placer de haberlas querido.

Teodosia Huelén, entre otras. Aquí, en estas profundidades, se presentará a mí. Florencio Naltagua, ese inconmesurable amigo. Y Lorenzo Angol. Yo pensaba ir a verlo ahora mismo. Pero tu voz, Colomba, fue más fuerte y a ella obedecí.

Veo que otra vez tendré que ir a la superficie.

Allí viviré. Y viviré como es debido vivir. No habrá, ya te lo he dicho, ningún acto fallido y todo marchará como debe marchar.

¿Qué quieres! Esta lección, la de existir sin Onofre Borneo, no la he aprendido debidamente. Necesito recomenzar mi vida sin compañía alguna, solo, ¡solo! ¿Me entiendes?

Tú podrás decirme que siempre estoy gobernado por mi mente. La mente puede ser disciplinada y obedecer.

¡Déjame, Colomba, déjame! Iré a San Agustín de Tango. Quiero ver cómo es el mundo cuando es visto desde el sosiego sereno que tú me has infundido.

COLOMBA

No vayas todavía. Hay una euforia en ti. Con ella podrías pensar algo en alta voz frente a ellos y podrías influirlos. No olvides que hay que dejarlos solos como todos estamos en esta prueba.

Yo

Pero yo ahora no lo estoy.

COLOMBA

Tal vez empiezas a darte cuenta de que tu conciencia encierra la benevolencia a que tanto aspiras. Por eso estoy yo aquí.

Yo

Pero dime... ¿Quién, quién eres?

COLOMBA

Soy quien puede llevarte a que realices ese fondo de benevolencia. Pero debes esperar y escucharme en paz. Tienes aún mucho que aprender para poder mirar el mundo desde una altura y sin que ello enfríe tu corazón.

Dime, Onofre... ¿Permites que siga llamándote Onofre a pesar de aquellos funerales...?

Dime Onofre: Antes de ir donde sea, a la superficie o donde tú quieras ir, ¡escúchame! Te hablaré como vengan mis ideas, como ellas salgan. Tú las captarás y no trates de desarrollarlas, no trates de hacer nada con ellas. Llévalas contigo. Es todo lo que te pido.

Debes tú SABERLO TODO PERMANENTEMENTE.

No deben llevarte a un tema para que luego vean que tus conocimientos sobre él son muy bastos. Esos conocimientos deben estar siempre en ti y siempre en estado activo.

Tal debe ser tu actitud. ¡No lo olvides! Saberlo siempre todo PERMANENTEMENTE.

Entonces, viaja y viaja. Entonces podrás ir donde te plazca.

Yo

Mas ¡no te marches, mi Colomba! ¡Espera aún un poco! Yo ya había pensado en saberlo todo permanentemente y no tener que ser un visitante de nuestros propios conocimientos.

¡Harto estoy de ser siempre un visitante! Ello me lleva a preguntarme: ¿"Quién es el que visita?". Y me deshago y caigo en nuevas preocupaciones que me ofuscan.

COLOMBA

Calla, Onofre. Ahí se avecina Florencio, tu gran amigo Florencio Naltagua. En su compañía te dejo. ¡Adiós, adiós!

Ya no estaba en el fondo de la Tierra. Creo, más bien, que me hallaba sobre ella, a gran altura. Florencio ahí estaba; siempre tranquilo, con esa serenidad que lo había acompañado a todo momento. Porque él había muerto también, sin darse cuenta. La muerte había obrado sobre su cuerpo físico pero nada había tocado de su integridad personal. Vi, por unos instantes, aquel pequeño departamento del Portal Colonial. Ya no tendría que volver a él. Pero su dueño aquí estaba, en medio de los ámbitos. Le dije —si puedo usar esta palabra que ahora me suena destemplada:

—Salud, amigo. Vuelvo de los funerales de Onofre Borneo. Creo ser Juan Emar. Al serlo me he despedido de todo el bullicio que me rodeaba allá en San Agustín de Tango. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Pensaba —fue su respuesta—. Veía mis pensamientos que circulan a mi alrededor. Miraba estos papeles que tenía guardados de mucho tiempo a esta parte. Aquí están. Los había escrito en tiempos en que algo frecuentaba algunas sociedades llamadas "espiritualistas". Pero no estés de pie. Siéntate.

Me senté en su único sillón cómodo. Veía, por la ventana, los castaños de la plaza Dominus Vobiscum. Caían las últimas castañas. Algunos muchachitos se peleaban por recogerlas. Una muchachita los azuzaba y luego reía. Pasaban algunos autos; pasaba gente; pasó una vieja.

—Me gusta mucho ver esta plaza —exclamé entusiasmado aunque nada había allí para realmente entusiasmar.

Se acercó al balcón, miró un buen rato y dijo:

—Es siempre grato volver a ver los sitios en que mucho se ha pensado y meditado.

—Volvamos a esos tiempos, Florencio. ¿Por qué no me lees los papeles que mirabas hace un instante?

—Si te divierte, bien te los leeré. Aquí están.

Y Florencio me leyó lo que sigue:

Todas las sociedades espiritualistas y hasta las religiones, tienen una tendencia a involucionar en vez de evolucionar. Es curioso, al mismo tiempo, que todas ellas nacen con el deseo firme de evolucionar. La involución es el peso de la

materia en el espíritu. La característica de este proceso es la rigidez. Estas sociedades, pues, se hacen rígidas, se canalizan, se definen claramente y, al definirse, se limitan. Del plano de espiritualidad, de generalizaciones y amplitud con que nacen, pasan a constituirse en organismos que ganan en personalidad lo que han perdido en amplitud.

Tal vez en el fondo de esto no hay sino una cuestión de planos. Nacen estas corporaciones en lo más elevado del mundo espiritual. Allí se crea un foco de luz. Este foco puro permanece. Cualquiera puede hallarlo en el fondo de estas corporaciones. Muchas veces el trabajo que da celebridad a grandes hombres no es sino quitar de ese foco las envolturas con que ha ido cubriéndose.

El foco, pues, permanece; pero los que se alimentan con su luz se ciegan ante tanta grandeza y quieren que esa grandeza dé frutos dignos de ella. La quieren ver actuar en todo momento de la vida, quieren llevarla a la acción diaria. Aquí viene un error: el error de hacer bajar al plano de la acción lo que es del plano de la espiritualidad.

Hay aquí un pequeño matiz que no es de despreciar. Helo aquí:

Me parece un enorme error la tendencia que he notado en el último Congreso de la Sociedad Teosófica; consistía en hacer de ella una sociedad actuante, que lleve la luz a todos los seres. Así, y en pocos años más, todo en ella no será más que letra muerta.

El ocultismo trabaja en altas regiones y en ellas debe permanecer bajo pena de que deje de ser ocultismo. Al llevar el ocultismo a todo el mundo, éste lo hace a su imagen: lo endurece, lo vulgariza, lo mata. Es la historia de todas las religiones. Las religiones deberían permanecer entre los seres capaces, no sólo de comprenderlas sino de vivirlas.

Oscar Wilde ha dicho: "No es el arte el que debe hacerse popular sino el pueblo quien debe hacerse artista".

El arte deben hacerlo los artistas y a la mayor altura que ellos puedan. Los que no son artistas deben tratar de allegarse a ellos para comulgar con sus secretos; pero no exigir que hagan arte al gusto del consumidor. Este proceder es contraproducente, es nefasto. El arte debe influenciar a los demás justamente por su altivez, por su voluntad de ser lo que es.

Pero hay quienes quieren que sea algo apropiado al gusto de cada cual.

Bajar estos altos ideales al nivel de las masas produce una fuerza desmoralizadora. En cambio, cuando algo en medio de una vida de desmoralización y vulgaridad permanece en las alturas, altivo, fiero y sin dejarse tocar, de ese algo se desprende una fuerza moral que, tarde o temprano, hará sentir su influencia hasta en los más lejanos rincones.

Pero, atención aquí: no hay que pedir que sea una influencia esencial y puramente artística. No. El arte debe jugar el papel de intermediario, de prueba de que es posible vivir consagrando su existencia a un ideal elevado. El ideal de las ciencias no ha hecho de cada uno de nosotros un científico. En cambio nos ha enseñado que es posible vivir en contemplación de la naturaleza sin temor a la verdad. Esto es lo que han hecho los científicos y es el preciado don que a la humanidad han dado. Tal vez el horror que los verdaderos artistas sienten hacia el mercantilismo en las artes proviene de la intuición de esa fuerza desmoralizante

que se produce cuando un alto ideal se baja. Y si esto digo de artes y ciencias, ¡qué no he de decir de las religiones!

Bajar una religión es darle muerte. Al tratar de adaptarse a otras mentes y a todo un plano que no es el suyo, toma formas monstruosas. Todo su fondo muere y vive la letra solamente. El clero querrá instintivamente volver a la cuna de donde han venido y, no pudiendo hacerlo, mistificará.

La influencia saludable de una religión debe hacerse, no empequeñeciendo sus doctrinas para ponerlas al alcance del vulgo sino viviendo una vida tal de superioridad que atraiga las miradas de admiración de ese vulgo; haciendo tales obras de trabajo que puedan ser tomadas por los demás como ejemplo y modelo.

El vulgo no necesita de doctrinas ni ritos. Necesita ejemplos de vida superior. Y creo aún más: estos ejemplos no deben ser dados directamente al vulgo sino que deben ir a despertar a hombres cultos que ante ellos se admiren y reconozcan entonces la fuerza y verdad de una religión.

Estos hombres no debieran hacerse religiosos sino que adaptar simplemente la esfera de sus acciones a lo que han visto de la religión. Estos hombres serán a su vez interpretados por otros desde un diferente punto. Así dejarán la primera enseñanza, así aparecerá la primera gran enseñanza.

En general cada hombre debe hacer el mayor bien posible mas debe también saber limitarse. Sobre todo en sus obras. La marca de toda buena obra es la nitidez, o sea, que permanezca en la esfera a que pertenece, que dentro de esta esfera tenga un principio y una finalidad. Por un simple reflejo debe actuar en las demás esferas mas no convirtiéndose en algo cambiante, en algo modificable que en todas partes puede servir y en ninguna especialmente. En otra esfera debiera no presentarse nuevamente ella vestida apropiadamente sino hacer surgir por analogía otra obra semejante a la primera.

Tomo, por ejemplo, dos esferas: las artes y las ciencias. No deben influenciarse directamente, haciendo que los científicos hagan ciencia artística o que los artistas hagan arte científico. Sin embargo pueden los artistas aprender de los científicos el afán de investigación permanente, sin prejuicios ni temores. Pueden los científicos aprender de los artistas el amor por su trabajo y el hacer de él una exaltación de todo el ser para el propio perfeccionamiento interior.

Es pues el espíritu de una cosa el que puede pasar a otra mas no la cosa misma ni su cuerpo.

Así me leía Florencio. Yo lo oía en silencio. Traté de opinar lo menos posible recordando la voz de Colomba. Lo que yo diría serían simples aproximaciones. Me bastaba saber que él también luchaba y estaba con su mente llena de problemas.

Al fondo mío brillaba aquella benevolencia. Pero había que llegar a ella con plena conciencia. Para esto era menester saberlo todo permanentemente, que nuestra cabeza no vagabundee más. Miro a Florencio y... ¡nada! Miro de memoria a todos mis conocidos y a todas mis conocidas... ¡nada! Sé que Florencio ya ha muerto, sé que ya no es un compañero mío de cada momento... ¡nada! Sé que las distancias han desaparecido, sé que no hay distancias; prueba de ello es que ahora estoy en el Portal Colonial, frente a la plaza con castaños; prueba de ello es que, para venir hasta acá, no he ni siquiera divisado el volcán Llaima ni ningún otro volcán...

Sigue brillando al fondo de mi mente la palabra:

BENEVOLENCIA

Debo antes pasar por tener un conocimiento completo de todos los conocimientos parciales que hay en mí y que este conocimiento esté siempre

PERMANENTEMENTE

—Oigamos un poco de música —me dice aquello que fue Florencio. No; aquello que es Florencio.

Yo debería también llamarme “aquello” puesto que, ya no hay duda, Onofre Borneo no es de este mundo.

—Oigamos *La consagración de la Primavera*, de Stravinsky.

Marchó el fono.

Apareció una puerta ante mis ojos. Yo estoy en cama y es de noche. Mis padres han salido. Estoy solo. Mi casa es muy vasta, extremadamente vasta. No se oye ruido alguno. Miro esa puerta que hay frente a mis ojos; una puerta rodeada de tal inmovilidad de tal silencio, que me aterro sólo de considerarla. Sus cristales superiores están negros, pues dan al salón y ahora no hay nadie en toda la casa. La servidumbre está lejos, en el patio de la cocina. Yo espero, espero... ¿Qué espero? No es a mis padres pues aun no es hora de que ellos regresen a casa. Espero que, por uno de esos cristales negros, se asome una calavera y me mire.

No hay duda: las calaveras me rodean. Las acabo de ver en una fiesta descomunal, bien ataviadas, primorosamente vestidas y bailando con una música...

Stravinsky canta la primavera. Florencio lo escucha. Yo lo escucho también.

Aquello de los libros impertérritos, de los libros que guardan celosamente y pronto a entregarlo a quien les eche un vistazo, pronto a entregarlo, todo, todo... ¡Ah! Pero con su tono, con su acento. No se entrega nada de otra manera.

Sobre esto, sobre los libros, he hablado ya de ello. Creo que fue con Baldomero Longuinay.

Stravinsky ha sentido hondamente el despertar de la natura. ¡La natura! Como decía el bueno de don Irineo Pidinco. No le gustaba decir “naturaleza”.

Ahora te siento a tí, mi Tomba. La música es universal... ¡Qué frase más ramplona! Pero el caso es... ¡Sí, te he visto, Tomba Montbrison! Te veo aún. Estamos ambos en el taller de Jean de Roumilly y de Philippe Roy, allá, cerca de Cannes.

¿Tú dudas de que alguna vez yo no te haya querido locamente:

—Es uno de mis discos favoritos —me dice Florencio.

—¿Qué vas a poner ahora? —le pregunto.

Me responde:

—Lo que vino a mis manos. *Los barqueros del Volga*.

Pero esta música se interrumpe. Ahora toca una banda en la Plaza Dominus Vobiscum. Tocan un valse y este valse es bailado por mucha gente, ahí, en plena plaza. Siempre debería bailarse lo que tocan las bandas. Así, así, como bailan los chicos que hace poco recogían las castañas. Ellos bailan con las chicas que se divertían viéndolo pelear por una castaña. Otro día oiremos esos barqueros que tanto han cantado allá en el Volga. Como han cantado aquí, en compañías rusas que han venido de paso.

De paso... Podría decir otra frase ramplona como por ejemplo ésta: “Todo es de paso aquí en la Tierra”. Y acaso sean estas frases las que más encierren de verdad.

Ahora voy caminando por las calles.

Hay, sin duda, una lucha permanente entre Onofre Borneo y Juan Emar. Ya no sé qué hacer, qué resolución tomar.

Ahí está la Taberna de los Descalzos. Un trago no me vendría mal. Sí, un trago... Luego viene el entusiasmo... Terminaría mi noche con Romualdo Malvilla, en el San Lito o en Las Tres Chimeneas o en cualquier parte de semejante calaña. Aunque a Malvilla poco le gusta cambiar. Sin embargo antes venía muy a menudo al Restaurante de la Basílica y ahora casi nunca viene.

Dulce de Castañas con Crema. Así reza el cartel que ahora han colocado en el restaurante de la Basílica. Entraré en él y pediré un plato de ese dulce. Debe estar hecho con las castañas de la plaza, esas castañas que con Florencio veíamos caer y a los chicos y chicas recogerlas para luego bailar un valse con la música de la banda.

—Camarero, un plato de dulce de castañas con crema.

—Bien, caballero.

Mezclo bien la crema a las castañas. En esa mezcla veo el fondo de la Tierra. Veo a Colomba, muda, hierática. Porque ella me está vigilando.

Era lo que siempre yo había deseado: estar vigilado y saber que se está vigilado. ¡Aceptar esta vigilancia! Vivir bajo su tutela.

Me comí el dulce de castañas con crema.

Mientras lo paladeaba pensé en Lorenzo Angol; mejor dicho, pensé en su locura por las mujeres, por todas las mujeres, por cualquier mujer. Por eso es que se pregunta siempre:

“¿Qué es el amor...?”

Volveré a Fray Tomate. ¡Volverá Juan Emar! Que todos me sigan llamando Onofre o como quieran. El que subirá al departamento será Juan Emar. Porque ahora he de dedicarme a ti, mi Colomba, a ti y a nadie más que a ti.

Estoy ya en Fray Tomate.

Me he sentido necio, completamente necio, me he sentido un iluso que vive lo que cree vivir y en que, en realidad, no vive nada.

Oigo la voz de mis hijos:

“¡Papo! ¡Papito!”

Pero, ¿a quién lloran? Mi identidad no ha cambiado por el hecho de haber sepultado a Onofre Borneo. ¡No ha cambiado! ¡Soy Juan Emar! Juan Emar sabrá ser un padre mejor que Onofre Borneo.

Quedé largo rato en suspenso. Al fin esa voz se amortiguó.

Entonces salí de Fray Tomate y me dirigí al Cementerio Apostólico. Necesitaba ver el nicho en que, sin duda, habían depositado los restos de Onofre Borneo.

Hablé con un empleado:

—¿El nicho de don Onofre Borneo, si me hace el favor?

Buscó en un enorme cuaderno. Al fin me dijo:

—Número 70072.

Allá me dirigí. Me repetía a cada instante: 70072, 70072. Por fin llegué al número 70072. Miré. Nada. Estaba vacío.

—¡Eh! —grité— ¡Eh! ¿No hay nadie?

Entonces, viniendo desde el fondo, se precipitaron hasta la reja dos lindas cologüinas. Allí quedaron clavándome ansiosas sus ojitos. Les eché unos granitos de trigo que encontré en mis bolsillos aunque nunca haya tenido la costumbre de llevar trigo en ellos.

Salí del Cementerio Apostólico. Fui a ver a mis hijos. Todos ellos estaban bien y estaban alegres.

Bien; Onofre Borneo, al morir, no necesita nicho alguno. No es llorado por sus hijos cuando muere.

Ahora que viva Juan Emar.

23

Juan Emar, lentamente, regresó a Fray Tomate.

¡Yo sabía que era Juan Emar! Ahora tendría que empezar toda mi vida de nuevo. Ahora comprendía que las cenizas de Onofre Borneo fueran dos lindas cologüinas. Ha muerto bien ese Onofre. Te estoy obedeciendo en todo, mi Colomba. Veo, frente a mí, un enorme DINTEL que se alza para recibirme. Hacia él voy. Pero he de tener calma, calma, mucha calma. Es decir, que nada cambie en mí, que todo siga con el mismo ritmo acostumbrado. ¡Ni un gesto eufórico!

Porque todo está bien, todo marcha como debe marchar. Es verdad que siento un desasosiego profundo; a veces me toma y me hunde. Mas si todo está bien, si todo marcha como es debido, él tiene que venir de las profundidades de mi propio ser.

Lucharé contra él. Y, ya lo he dicho, con calma, con mucha calma.

No he olvidado ni uno solo de tus consejos, Colomba. No he olvidado ni uno solo de los tuyos, Florencio. No he olvidado nada de lo que, en tus charlas, allá en el fondo de la Tierra, tú me has dicho, buena y querida Teodosia.

Colomba, a tí te debo tener las fuerzas suficientes para tomar esta decisión en mi vida. Ya estoy viejo, sí, viejo; este año voy a cumplir 67 años, el 13 de noviembre, puesto que estamos en 1960.

Ello no me importa. Es lo normal encontrarse, de pronto, en los umbrales de la ancianidad. Me iré de aquí y entonces podré estar plenamente a tu lado Colomba, Colomba mía.

Ya través del ulular de aquel viento oíré las palabras de Naltagua. Las oíré como he oído las tuyas, es decir, sin que sus labios las pronuncien.

Daré una sola gran bendición. Ella será para mis hijos. Tú, Colomba, estarás a mi lado, ¿no es verdad?

Pero ya he postergado lo que tengo que hacer. ¡No, no! No es así, no es así.

Mi bendición, que es también una súplica, debe ser dada ahora mismo.

Preparemos cuanto nos rodea.

Desde luego están esas innumerables carpetas atiborradas de papeles, con todas las anotaciones que he hecho sobre todo un mundo —y sobre mí mismo— que he ido conociendo.

No deben quedar así. Si así quedan, serán vistas por algunos ojos indiferentes y luego irán al fuego.

Son las carpetas que tú, Colomba, empezaste a leerme.

Aquí está la de Lorenzo Angol; a su lado están las *Cavilaciones* que veo de tarde en tarde.

Sigamos con ellas.

Con todas estas cavilaciones me hallo demasiado lejos. Volvamos al pequeñito cuadro en que yo actué. En él sí existe el mal y existe Satanás y no sólo existe sino que predomina. Es su verdadero dominio, es un mundo de tinieblas.

Existe, sí; pero, ¿cómo existen? He ahí mi problema, alrededor del cual me he entregado aun a más largas y oscuras cavilaciones que por todo resultado me han llevado a ciertas conjeturas y nada más. Por lo tanto, "cómo" existen, confieso que lo ignoro.

Lo ignoraré tal vez a causa de que a esos antros infernales no hice más que asomarme faltándome el valor de ir en conquista de su secreto. ¿El valor? Creo que no. Fue más bien una indiferencia, una frialdad que a un momento dado me tomó y me hizo desinteresarme de todo ello. En el plano de los hechos no voy muy lejos; prefiero cavilar en casa; y más en este asunto el cual no es para recomenzar. Recomenzar sería una temeridad pues ello equivaldría a entrar francamente en el lado izquierdo. Cavilemos, pues, en casa siempre.

El problema que me preocupa es:

1º Si el Mal reside en uno mismo;

2º Si el Mal reside fuera de nosotros.

Según la primera hipótesis el Mal no se extendería más allá del hombre mismo y al no existir más que en él sería una ilusión su existencia en el Universo. No quiero, por cierto, decir con esto que serían también ilusorios los *actos* malos. Su realidad no merece la pena de ser discutida; además, siendo los actos un efecto del mal mismo, es la causa de ellos que discuto y pongo en tabla.

Luego, según el primer punto, el mal no existiría como germen, como esencia, en el Universo; se reduciría a cada hombre en particular cuando obra mal. En buenas cuentas, sería cada uno de esos hombres hasta cierto punto un enfermo, incapaz de seguir la ola de vida y evolución que partiendo del UNO vuelve por el Bien al UNO:

Esa enfermedad consistiría en *no ver* las cosas como son a causa de un defecto, de un error personal, verlas de otro modo, obrar luego según este modo defectuoso y personal de ver, modo que se traduce por un descarrío externo que, apenas confirmado, es barrido por esa ola de vida y evolución que, totalmente indiferente a él, lo absorbe y aniquila.

Coloco entonces dos puntos, dos principios diferentes y aparte:

a) El Universo único que debe hacer su evolución y sobre todo que *la hace*. Ninguna voluntad posible ni siquiera existente que pueda impedir ni turbar esta marcha. Ella, como el principio de donde mana como el principio hacia donde se encamina, sencillamente ES; y todo cuanto a nosotros nos parece no-ser (mal, error, etc.) es debido a no alcanzar a englobar el fin que eso lleva, a querer, por ejemplo, que algo sea para tal fin cuando, en realidad, la naturaleza lo hace para otro mayor que se nos escapa. Nosotros, engañados, clamamos: ¡error!

b) El hombre, cuya misión es entonces VER ese Universo como ES, comprenderlo y dominarlo, pues el Universo SIENDO lleva en sí la chispa divina del Uno. Comprenderlo sería comprender esa chispa o Dios; dominarlo, elevarse a Él. Tal es nuestra misión y la razón de ser de toda religión.

Luego en a) el Mal no tiene cabida y es sólo, cuando se manifiesta, un esfuerzo errado de un hombre que ha hecho algún empeño por avanzar un paso para comprenderlo. Ha errado y cae. Debe, pues, recomenzar.

Entonces el hombre mira el Universo. Siendo imperfecto este hombre, no aprecia esa ola como es y se forma en su mente una idea errónea. Procede según la idea suya. Fracasa. Los demás dicen, al verlo:

—He ahí el Mal.

Colocando así esos dos puntos concibo el Universo indiferente a un lado; los hombres apasionados por comprenderlo, a otro lado; y nuestra existencia, nuestros esfuerzos por poseer al primero, miles de esfuerzos que fracasan más o menos pronto y que luego han de recomenzar...

Un hombre, ahora, fracasa. Nuestra fuerza es limitada. ¿Quién puede asegurarnos que aún le quedan energías para recomenzar? ¿Qué hombre es tan dúctil para asegurarse continuamente que aún no está en plena verdad y para hallarse siempre listo a borrar su pasado y empezar de nuevo la senda de verdad por otra vía?

Tales hombres acaso existen; no soy yo, en todo caso, el que los haya cruzado en mi camino...

Así el hombre fracasado se aferra y se obstina en su error y lo proclama a los cuatro vientos. Otros hombres acuden a su voz. Es toda una colectividad que yerra y que de generación en generación se transmite su fórmula de error. Esta fórmula subsiste largo tiempo... ¿Cuánto? Mientras el error sea sólo proclamado, subsistirá cuanto tiempo se quiera. Pero a medida que vayan viviendo según él o sea acercándolo (hablo en metáforas) a la ola indiferente, irá su error manifestándose como tal hasta el momento que quieran implantarlo en el Universo, momento en que es pulverizado por la verdad indiferente.

Cuando pensaba así, según esta primera hipótesis, veía, no sé si con razón, que muchas ideas la corroboraban. Hojeando un libro de Magia vi que su autor delataba a Satanás, en su forma metafísica, por donde quiera que aparecía el Error. En ello veía una confirmación a mis ideas, pues el Error ¿puede existir en el Universo, en el Universo puro, desconectado del hombre?

No; el error no puede estar en nada que SEA o que EXISTA pues el hecho mismo de ser y de existir confirmaría una verdad propia de la cosa que es o que existe. La Tierra existe y sobre su tierra los árboles crecen. Este hecho en sí, tomado abstractamente como hecho y nada más, tiene que tener una verdad, su verdad, que es como el foco de su existencia. El error nacería de la Interpretación; cuando lo que interpreta no expresa con exactitud lo que es interpretado, cuando esos dos instrumentos no están afinados, no están al unísono.

Otro punto que amplifica: La interpretación en sí es, tiene que ser, un nuevo hecho, tiene que tener su foco de existencia; y este es verdad. Es error desde el momento que se hace la relación con el hecho a que se refiere.

Por lo tanto: Nuestro Universo es verdad. Ello no quita que sea un error referente al plan que lleva, a la divinidad que simboliza, a Aquello de lo cual es su interpretación.

Así cavilando me decía: el mal reside en uno mismo y no fuera de uno.

Esta hipótesis la aplicaba a mis experiencias tenebrosas. La Magia Negra —me decía— es una "interpretación errada". Hay aquí, como en todo, lo que obra y aquello sobre lo cual se obra, cada una de ambas cosas siendo una verdad en sí pero siendo discordantes en su relación. El Mago negro hace uso de los poderes del hombre y de la naturaleza interpretándolos erróneamente. El Mago negro, siendo un hombre, cuanto haga tiene que ser el reflejo de un macrocosmos. Este error llega a ser casi sinónimo de Ilusión. Luego la Magia Negra no existe en el Universo como un complemento de la Magia Blanca.

Pero... ¿y los hechos? Se producen por miles fuera del hombre. Son el error pasando de potencia a acto. El error se mantiene cuanto tiempo se quiera mientras sólo sea proclamado, mientras se vaya viviendo según él.

No leí más. Me levanté y me dirigí a su casa, a ver a mi amigo Lorenzo Angol. Un minuto más tarde estaba con él y lo escuchaba hablar. Voy a tratar de reproducir aquí lo que me dijo durante esta larga charla.

24

—He seguido, Onofre, obsesionado por el amor, por todas las mujeres que veo. Ha de ser el recuerdo de Lumba Corintia el que me atormenta así. Pero al frecuentarlas me detengo. Una pregunta se levanta frente a mí.

“¿Qué es el amor...?”

Y tratando de dilucidarla, tratando de penetrar en este tan profundo misterio, la mujer se me escapa. La mujer se va y me deja a mí solo frente a frente a este misterio.

Sin embargo ha habido un cambio brusco en mi sexualidad. Ella se ha ido hacia mi cabeza. A cada momento creo que, en una mujer, voy a encontrar la solución, que ella saldrá de sus labios al entregarlos a mí. La beso... Y quedo donde mismo.

Al principio bendije la vida al verificar que las mujeres ya no me atraían tanto como antes. Ahora veo que ha sido simplemente un cambio de mi sexualidad. Porque las mujeres han seguido siempre rondándome.

Yo creía que debía tener mujeres, que era ello una obligación en mi vida, que algo quedaba trunco si no poseía más y más, si no estaba siempre con una y echando los ojos sobre otra.

Ahora no pienso así. Ahora me he concentrado en mí mismo y he visto aparecer su sombra. ¡Siempre presente! ¡No puedo desatarme de ella! Y si lo pudiera... entonces añoraría la ausencia de esta meditación que me avasalla.

Onofre, salgamos de aquí. Vamos a las profundidades de la Tierra. Ahí, tal vez, la volveré a ver. Aquí veo todo delimitado, con esa delimitación con que veía Rosendo los objetos. Yo los veo en conjunto, veo un solo objeto donde hay más de cien objetos. Pero a veces pierdo esta manera de ver. En el fondo, allá en las profundidades de la Tierra la vuelvo a encontrar. Así es que, mi querido Onofre, ¡en marcha, te lo suplico, en marcha!

Iremos lentamente, sin que haya ni un gesto precipitado en nuestro avance. No desafiemos al tiempo; que él sea un compañero nuestro. Aquí, en esta superficie, hay demasiadas puntas de objetos que hieren los ojos. ¡Ea, adelante!

No nos dirigimos al volcán Llaima ni a ningún otro volcán. Salimos de Fray Tomate y, lentamente, nos dirigimos al pequeñito parque de la Isla del Olor de Santidad. Atravesamos el puentecillo del Anatema y, apenas hubimos andado unos cuantos pasos, nos encontramos ante las raíces retorcidas de un árbol ya, sin duda, varias veces centenario. Por entre ellas nos colamos.

Empezó nuestro descenso. Bajamos con rapidez sorprendente y sin hacer esfuerzo alguno.

Yo recordaba a aquella pobre codorniz muerta también en las profundidades de un árbol.

Lorenzo esperaba ver aquella sala en que ya había visto a Lumba Corintia. El

recuerdo de la pobre Jateña, hoy ya convertida en el espíritu de Teodosia, pasaba a cada momento por su mente. A veces eran borrados por la casi presencia de Chinchilla. Ella, Chinchilla, me afectaba a mí también. Pero todo se me borraba ante la esperanza de hallarme frente a Colomba.

Lumba Corintia... Colomba... Necesitábamos verlas y decirles tantas y tantas cosas. O callar frente a ellas y entonces oír sus voces que, como aquel ulular del viento que no existe, pasaría junto a nosotros sin hacer vibrar el aire.

De pronto nos detuvimos. Sólo un instante. Nos tomamos del brazo y recomenzamos nuestro descenso con suma, suma lentitud.

Sin pronunciar palabra hablábamos.

LORENZO

Si todo esto que llega hasta mí es la Verdad, dime Onofre, ¿para qué quiero repertirlo? Parece una obstinación inútil y majadera. Sin embargo es en ella donde siento el destino *individual* humano. Cada uno que haga y vuelva a hacer la misma experiencia.

Yo

Tendrás, entonces, que volver a ver a esa que, en un tiempo, fue Chinchilla y que luego fue Teodosia Huelén. No olvides que Rosalinda, la empleada de allá de Curihue, fue su gran amiga porque Rosalinda no hablaba; se sentía bien, se sentía feliz estando a su lado.

LORENZO

Sí, es verdad. Oír su voz y sabré apreciar cuanto me diga o, mejor dicho, me repita. Nada debemos descuidar, nada. ¡Cuántas veces en el hombre suena el Verbo divino! Pero nosotros lo dejamos entrar por un oído y salir por el otro. Pero aquí no se ve a nadie. Caminemos siempre. Ya me siento mejor con sólo sentirme rodeado por estos interminables corredores llenos de una luz que nadie alumbraba.

Yo

¡Mira, Lorenzo, mira! ¿Quiénes son? ¡¡Son, son ellas!! Callemos y esperemos que hable su presencia.

LORENZO

Sí, callemos y esperemos.

Allí estaban ambas, Lumba Corintia y Colomba. No hacían ni un movimiento. Creo que ambas sonreían si puede llamarse sonrisa ese vago pasar de un algo por sus rostros. Nosotros bajamos los ojos y así quedamos.

¿Cómo podré explicar lo que oímos? Ya lo digo, no oíamos ni una palabra pero aquello era más vívido que cuanto nos hubieran podido decir. Se remontaba a nuestro pasado —al menos en lo que a mí se refiere—, a aquellas épocas de Guni, la eterna viajante que es Guni Pirque. Después, o antes, hablaron de las letras, de la manera que teníamos para poder escribir debidamente. En fin, traduciré cuanto les oí, sin decir si se referían a mí o a Lorenzo; traduciré sin orden y tal como estos recuerdos vengán a mí.

AMBAS

Hay que bajar de tono. Escribir sencillamente, como quien habla. Ya han llegado ambos a un momento de ángulo en la obra y en la vida.

Os vamos a explicar algo. Oídnos:

Ante todo, claro está, que tenéis notas por altos de todo lo que ocurrió en aquellos entonces. Nos referimos a esa época de 1926 a 1930. Pero podéis agrandar esas época, hacerla abarcar estos momentos actuales y aun podéis hacerla continuar más allá, mucho más allá.

Algo bueno ha habido en vuestras obras: no habéis hecho nada *prefijado*; habéis observado tal cual el natural y luego lo habéis tratado de reproducir tal cual también.

Hay una clave aquí que os ha guiado. ¿Cuál? ¿No la veis?

Ha sido, sin embargo, la base de tu directiva vital, Lorenzo. Ha sido la que tú, Onofre, siempre has querido imitar.

Nos referimos a esa rayita horizontal que luego se bifurca en una serie de otras rayitas. Pero no se trataba sólo de verlas; se trataba de vivirlas intensamente, verlas a todas las rayas bifurcadas igualmente posibles.

¡Verlas a todas! ¡Vivirlas todas! Pero... El hecho de vivir una de ellas no debe traer el olvido de las restantes.

¿Nos habéis oído y nos habéis comprendido? ¡No olvidar las restantes! Pues si bien habéis entrado en una de ellas y luego la olvidáis... ¡ah!; tal es la causa de las grandes amnesias... de que a menudo sufrís, sí, ambos, Lorenzo y Onofre.

Se trataría de poder estar en todas las rayas al mismo tiempo. No pasar de una a otra, no. Esto sería simplemente tener una muy buena memoria y nada más. Tú, Onofre, has tenido la preocupación de ese estar permanentemente en varias, en todas las rayas a la vez, ¿no es verdad? Tú también, Lorenzo, has revoloteado por esos caminos.

¡Tenéis un destino muy semejante! En todo caso tenéis una preocupación común; muchas preocupaciones comunes.

Por algo tú, Onofre, te decretaste el biógrafo de Lorenzo; por algo tú, Lorenzo, escogiste a Onofre como tal. Y ambos partieron, partieron hasta... el fracaso total.

Pues no se debe hacer la biografía de otro ser que no sea uno mismo. No podremos jamás salirnos de nosotros mismos. No, no lo podremos. ¿No os habéis dado cuenta de que aquí estamos en esta vida para levantar un poco, un poquitito el velo que nos cubre permanentemente?

¡Vamos, vamos, amigos! No necesitáis buscar tareas más lejos que vuestra propia carne. Es bastante el misterio que nos rodea apenas extendemos nuestros ojos un poco más allá.

Lumba Corintia se marchó con mucha lentitud. Lorenzo siguió tras ella fascinado. Los perdí de vista.

Entonces dirigí mi vista hacia Colomba. Con una seña me llamó hacia ella y luego me indicó el centro de la Tierra. Acepté su indicación y marché tras ella. Bajamos, bajamos. Ya, en el centro, todo desapareció y quedamos en esa intimidad maravillosa que, pensaba yo, sólo Colomba puede dar. Me indicó —no sé si me habló— que dajara salir de mí cuanto tenía dentro. Por cierto que obedecí.

Le dije:

—En realidad tenemos Lorenzo y yo muchas preocupaciones que son semejantes. Prueba de ello es aquella raya que se bifurca. Yo mucho he pensado en ella; ha llegado a ser una obsesión en mi vida. Debes verla tú también, mi Colomba. Ella es la causante de tantas y tantas amnesias de que soy víctima: piensa, nada más, en Tomba Montbrison...

Es que confundo la raya en que vivo, en que vive mi carne, con las otras, igualmente posibles pues pudieron haber sido el asiento de mi vida llamada consciente.

Cuanto a hoy día, creo que es la luz en el presente y en el pasado; es un negro lleno de posibilidades el futuro porque él es la sorpresa, el estupor, el ¡sésamo, ábrete!

Nos has hablado del "fracaso total" en aquello de las biografías que yo debí haber hecho, en aquello de Loranzo Angol y de Rosendo Paine. Puedo asegurarte, Colomba, que todo lo que de ellas hablé, pasó exactamente tal como lo he descrito. Pero no olvides, como yo nunca olvidé, la posibilidad que hubo de que hubiesen podido pasar de otro modo.

Esto me dejó la sensación de que no había destino; que él se teje fuera de nosotros y a pesar nuestro. Recuerdo mi creencia ciega en el resultado positivo del Pacto que ambos habíamos hecho, en todo caso, Lorenzo. Luego recuerdo la borrosa visión de aquel Tercer personaje: y que él, este Tercer personaje, haría fracasar cuanto quisiera yo —¿me entiendes?—, yo anteponer como dueño de un destino que se desarrollaba ante mis ojos.

Al Tercer Personaje podrías llamarlo: *lo prefijado*.

Colomba, has hablado bien.

Lumba Corintia también ha hablado bien.

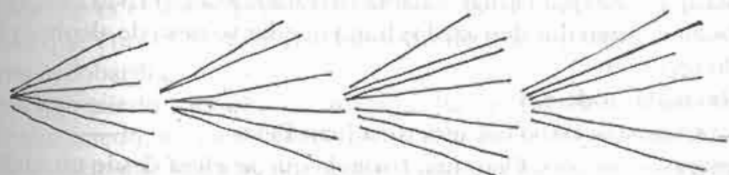
¿Cómo se ingenió este Tercer Personaje para llevar el fracaso?

¿Qué medios empleó para su objetivo? Tal vez lo recuerde. Pero no olvides que, tal como aquí te lo cuento y tal como lo he escrito, así fue entonces lo ocurrido.

Viene ahora la terrible pregunta que sólo el porvenir podrá contestar.

Óyeme, Colomba; creo que las cosas pasaron así:

Para cada uno de los puntos que forman la línea recta, la línea en que vive mi carne, hubo un momento así, un momento bifurcado. ¡Fíjate bien! Fue así, así:



Ahora bien:

Uno de los rayos sucedió; luego los otros, no.

Y se presenta mi pregunta, mi terrible pregunta, la pregunta que siempre me atormenta:

“¿Si *todos* han sucedido y suceden y es únicamente que no los vemos?”

¡Oh, mi Colomba! Algo me dice cuál es la respuesta:

TODOS SUCEDEN.

Lorenzo tuvo su destino con Lumba Corintia; luego han aparecido muchas más; no lo olvido, no, a Benilde Panilonco. Rosendo tuvo el suyo con Catalina y con Nicole y ¡qué se yo! Así fueron, así vinieron, así irán a la tumba.

Así seremos nosotros, Colomba... Pero hay algo que me detiene cada vez que quiero hacer un proyecto contigo. Ante ti debo callar.

El caso es que todos los rayos suceden y que nosotros somos menos que una oruga que, lentamente y con dificultad, camina por entre ellos.

Lorenzo y Rosendo también vivieron todo lo demás. Lo vivieron en... en otras regiones de las cuales no tienen conciencia.

Y nosotros dos, Colomba... ¿la tendremos?

Callemos. Silencio.

Volvamos a nuestro tema y hagamos otro esfuerzo por bajar de tono. Bajemos de tono y hablemos como se habla en cada parte, en cada rincón y con quien sea.

Naturalmente que él existe: ¡El fantasma literario!

El espíritu de Teodosia Huelén me ha hablado de él y me ha asegurado que yo estaba agarrotado por él. Tal vez lo tenía muy escondido, en algún repliegue que no alcanzo a ver; tal vez...

El fantasma literario... ¿Qué me dices, Colomba? ¿Crees tú que por educación y por mil conceptos geniales que se nos han inculcado desde antes que viniéramos al mundo...?

Sí, es verdad; tienes razón. Olvido a cada momento que esto que escribo es sólo una compuerta para que salga lo que, tal vez equivocadamente, se ha venido a apretujar en mí.

Hago construcciones como las hace un arquitecto; las dirijo a un público prefijado. ¿Y el porvenir? ¿Y tú, mi Colomba, allá en la Torcaza? ¿Y el cadáver de la codorniz? ¿Y todos aquellos inmensos árboles que había en aquel momento junto a mí?

Hice una construcción para presentártela; tú fuiste mi público prefijado.

No, no creas que la hice en plena conciencia. Ella se hizo sola, sola. Colomba, fue una de esas múltiples rayitas que, fuera de mí mismo, trabajaba, vivía también su vida y ha de haber seguido viviéndola. Esa vez se asomó hasta mi conciencia. Después... no ha vuelto a asomarse.

¡Ah, es verdad! Siempre ha estado inclinada sobre mí.

La he llamado Juan Emar.

Siempre ha aparecido Juan Emar. Cuando yo estaba allá en el San Lito, con Romualdo Malvilla, y bebíamos como dos descarados hasta quedar yo tieso de alcohol y de cocaína...

Es claro, lo recuerdo.

Ahora debo matar todo eso.

Colomba... Colomba: Debo dar muerte a Juan Emar...

Lo veo muerto a mis pies. Oigo una risotada que se eleva desde un nicho lejano del Cementerio Apostólico, el nicho N^o 70072. Y las pobres coligüinas miran azoradas sin saber a qué se debe una risa tan intempestiva.

Es decir, Colomba: ya maté a Onofre Borneo y ahora debo matar a Juan Emar...

Sí, es la más santa de las verdades: ¡cuánto pesa la educación! Es la más santa de las verdades: ¡cuánto pesa lo genial!

Mientras tanto, a la luz de tres velas, Lorenzo, en la Bóveda de La Cantera, medita. Lorenzo medita siempre, siempre. Lo sé, claro está: ahora ha partido con Lumba Corintia. Pero, Colomba, dime: ¿qué significa eso de "ahora"?

A tu lado no existe el tiempo.

¡Sólo existe lo existente!

Por eso en el mundo se canta, se canta con locura. Por eso hay fiestas y todas ellas son con música. Para que los hombres, cantando, olviden que están en este mundo.

Y entonces se eleven, Colomba, se eleven...

Palemón de Costamota se retuerce cada vez que un hombre se eleva envuelto en música. Se retuerce también de ira cuando un hombre contempla en silencio y sin hacer

ni un ademán, cuando un hombre contempla una pintura. Esa contemplación trae un silencio parecido al que tú, mi Colomba, proporcionas a tu alrededor.

Silencio. Sí, he entendido: ¡silencio!

Pero te hablaba de Lorenzo allá en la Bóveda de La Cantera donde él siempre medita.

¡Sí, lo sé! Lorenzo tiene una sola finalidad en su vida.

Su finalidad es LA CONTEMPLACIÓN.

¿Me has entendido, Colomba? Sé que tú lo entiendes todo. Pero yo necesito hablar.

Pues me voy acercando a lo que, de verdad, pienso sobre Lorenzo. Hablemos más callados, aumentemos el silencio en torno nuestro.

Llegar a la contemplación, es su finalidad. Llegar a un mayor conocimiento pero lado a lado de la realidad. De ahí ha venido esa necesidad de Rosendo: que otro viva y se afane y se demuela en la existencia.

Él medita. Pues ha de sentir, o al menos espera sentirlo muy pronto, la voluptuosidad de llevar en sí mismo el universo y de no necesitar más.

¿Te das cuenta, Colomba? ¡Hacer del mundo una serie de agentes, de servidores! Él, te lo he dicho, medita. Y esta meditación está acompañada por... Óyeme, Colomba, ¿quieres? Pues esta meditación está acompañada por un ahogo en la garganta.

Ver mezcladas nuestras vísceras en torsión, ver que ellas sufren hasta el extremo del sufrimiento. Pero yo, yo, no sufro. Yo contemplo ese sufrir.

Tuve una especie de intuición al contemplar a Lorenzo.

¡Cómo! ¿Crees tú que fue una afinidad? ¿Crees tú que yo también pensaba así, como él?

Bien; acepto. Era una afinidad. Si es una afinidad, es mejor que te hable de mí, Colomba. ¡Déjame hablar de mí! Ya sé que tú no me lo impides; sé que, acaso, sólo deseas oír mi voz. Óyeme entonces:

Sencillamente es el ansia de gozar. Es el ansia de dar vuelo a los instintos del placer máximo; sólo que encontrándolo en el sentido de la intensidad de vivir. Pero reina el miedo, prima la cobardía.

Porque tengo miedo, mi Colomba; soy un cobarde. Tal vez aquí cese la semejanza con Lorenzo. Tengo miedo, tengo un miedo atroz. ¿De qué? ¿A qué temo así?

Temo al bullicio que hay a mi alrededor. Entonces huyo, huyo al campo, a la soledad absoluta, como huí a La Torcaza y luego huí a Quintrilpe y luego... Luego he venido huyendo hasta el centro de la Tierra.

Pero entonces temo la ausencia de bullicio, temo empezar a ver moverse lo inmóvil mientras las cosas que se mueven se inmovilizan.

Es lo que me ha ocurrido ahora en Quintrilpe. Voy a contártelo todo, mi Colomba, todo:

Era la hora del crepúsculo. Yo miraba por una ventana, miraba sin ver nada, miraba el vacío. Había un cerro frente a mí que habré visto no menos cien veces. Tú sabes, un cerro como está lleno todo Chile, no muy alto, mediano. En su altura había una serie de árboles cuyas sombras, porque ya se veían negros, se recortaban contra el cielo. Ya te lo digo: yo miraba ese cerro y esos árboles sin ver ni cerro ni árboles.

De pronto alguien tocó el fonógrafo. Era una serie de bailables de moda. Y aquello, Colomba, cambió.

Cambió por el hecho de haberse mezclado la música.

¿Bailables? No, mi Colomba; ahora es otra cosa; ahora es algo de Wagner, de Richard

Wagner. ¡Qué hermoso es! Yo conozco muy bien esa música. Siempre me ha cautivado, como ahora me cautiva, ahora que la oigo aquí a tu lado.

Pero nunca la había oído en las profundidades de la Tierra. Oigámosla en silencio. *Tristán e Isolda*, el preludio. Oigámoslo. Aquí debe oírse.

Claro está que aquellos bailables suenan también. Pero suenan más lejanos, se pierden.

¿Quién ha puesto en marcha el fonógrafo?

Allá, en Quintrilpe, fue mi hijo Eliodoro. Aquí también es él. No está con nosotros, no lo está. Pero ya te he dicho que es la música de *Tristán e Isolda*; así que ella está en todas, en todas partes. Él también ha de estar.

Y no sé de qué hablarte. Quisiera hacerlo sin que ello terminara jamás, a borbotones, pasando por este lento transcurrir del tiempo. Hay que pasar por él; ya oigo, junto a esa música, cómo repican las campanas. ¡Prisa, prisa!

Pero mis palabras están atajadas en mi garganta; no logro, es imposible poder deshilvanar lo que debo decirte. Ponerlo en orden, claramente. Entonces te hablaría:

1º De la música, de Wagner, puesto que por ello comenzamos;

2º De mi hijo, de Eliodoro, puesto que él hizo marchar el fonógrafo;

3º De mis hijas, que son cuatro.

Y suena el bailable. Suenan los acordes de Wagner.

¡Es algo horrible lo que la música produce en mí! Me lleva a un mundo que no conozco y para el cual no veo la manera de llegar a conocerlo. Me queda aparte. Yo miro abismado y me dejo, me dejo balancear por él; o tal vez es él...; no, soy yo el que me balanceo por sus alrededores. Lo he hablado esto, lo he hablado con Silvestre Tongoy, pero no le dije lo que hubiera querido decirle, explicarle... Cuando íbamos juntos no oía música de ninguna especie; puesto que caminábamos, creo, por una calle. Y yo necesito oír, oír la música para zafarme de este mundo que nos rodea. Entonces, cuando me he zafado, ya no encuentro ni una sola palabra que pueda expresar lo que siento.

Sí, claro está, Colomba, lloro.

¿Quién ha dicho que el llanto es una expresión de dolor? ¿Lo crees tú? No, no es una expresión de alegría, no, no lo es. Ya lo sé que se llora, muchas veces, de contento. Como se llora de pesar. Y se llora, además, por otra causa: la música. No hay aquí ni tristezas ni alegrías. Es tal vez la expresión que..., que...

No te lo puedo explicar, mi Colomba. Sólo te diré que, con ella, voy a profundidades inmensas, infinitas. Y en ellas quedo solo, solo. No hay comunicación con nadie.

¡Qué grande veo las otras artes! También me llevan esas profundidades pero dejando intactos los atados de nervios míos.

Cuando yo muera, Colomba, que haya música cerca de mí. ¿Has oído? ¡Música, mucha música!

Pero no hablemos de eso ahora. Yo no sé cuándo voy a morir ni sé lo que sucederá a mi lado. Te hablaba de aquel crepúsculo que allá en Quintrilpe estuve contemplando cuando mi hijo puso el fonógrafo. Te decía que todo había cambiado a mi alrededor. Pero esto no es exacto; fue algo más. Todo cambió también FUERA de mí.

Aquel cerro lejano... Aquellos árboles recortados contra el cielo... Las escasas nubes que había...

¡Mira qué hermoso es! Por ahí, sí, justamente por ahí, es por donde yo me paseo casi todos los días. Me paseo lentamente. Y voy, Colomba, hasta aquel bosquечito silencioso.

No, no encuentro a nadie durante estos paseos; a veces pasa un hombre de a caballo; a veces, una carreta tirada por bueyes; a veces, muy raras veces, un perro que desconfía de mí.

Llego a la puerta del bosquecito. Sí, sí, la puerta. ¿Por qué te extraña que diga "puerta"? Bueno, bueno... Diré como tú me lo pides: la tranquera.

Miro para el interior. ¡Miremos, Colomba, miremos!

Aquí está el bosquecito. ¿Qué maremágnum es su interior! Pero se puede penetrar en él. Veamos, Colomba, veamos, mi Colomba.

Por aquí... Eso es. Sigue ese caminito, síguelo. ¿Quieres que yo vaya adelante? Creo que es mejor que yo te indique el camino; puesto que lo conozco casi de memoria. No hasta el fondo, no. Lo conozco aquí al comienzo. Hasta aquí, ¡hasta aquí!

Colomba... ¡hasta aquí!

No es que me emocione al mostrarte este lugar. Es la punta de un sueño que ha quedado en él enredado..., enredado... No sé si en la punta de una rama o en ese tronco derruido o en esa humedad; ignoro completamente dónde ha quedado. Pero está, ya lo creo que está. Para eso vengo a menudo, para verlo, ¡para encontrarte pedazo de recuerdo mío!

No, no es un recuerdo que atañe a algo ocurrido; es un recuerdo de mi imaginación, de algo que he soñado.

¿Menos real por eso? ¡No, Colomba, no! No seas como son los hombres que pueblan esta comarca y las comarcas vecinas. Yo creo firmemente en la realidad... ¿me oyes?... en la realidad de lo que hemos soñado.

¡Ella! ¡Ella! ¡Y otra ella! ¡Y otra más! ¡Más, más, más!

Todas han venido al bosquecito conmigo. ¡Cuánto hemos hablado! No siempre, no. Otras veces ha sido sin pronunciar ni media, ni un principio de palabra. Pero siempre han venido y yo las he amado aquí, ¡aquí!

Y se van, se van, se marchan, hasta otro sueño mío...

Claro está. Hago mal, Colomba, hago muy mal. Creemos siempre que sólo nuestros actos cumplidos pueden traer un mal. Nunca, jamás pensamos en que nuestras intenciones, aunque no pensemos realizarlas, tienen tanta importancia como nuestros actos. Las tienen todas ellas, las tienen.

Sí, Colomba, has dicho la verdad. Es la causa de que tantas personas vayan por el mundo con el alma agachada.

Callemos. Guardemos silencio. Schchicht.

Los rostros de los espíritus... Estamos rodeados de rostros de espíritus. Los veo por todas partes. ¿Es esto una de las ventajas de venir al fondo de la Tierra?

Colomba, son feos, son horribles estos rostros. Salvo, naturalmente, uno que otro. Como aquél... y aquél... ¡Qué agraciados, qué primorosos son!

Pero otros... ¿Crees tú que son espíritus? Llegan a repugnarme. ¡Horror! ¡No quiero verlos, no quiero!

Sí, los estoy mirando detenidamente. Te he obedecido.

¡Colomba! ¡Es cuestión de mirarlos detenidamente!

Colomba, es cuestión de penetrar en ellos con los ojos. Porque entonces cambian, sí, cambian. ¡Mira, mira! Aquél sonríe... ¿Lo ves? Ese otro medita, medita con profundidad, como desearía poder meditar Lorenzo Angol...

¿Por qué tengo que explicarme siempre con este lenguaje de allá, de allá de la superficie?

Ninguno de ellos ha sonreído ni ha meditado ni ha quedado indiferente ni ha demostrado ninguno de los movimientos que nosotros estamos a todo momento demostrando.

¡Ninguno!

Es otro mundo. No tengo cómo manifestarlo...

Callemos; es mejor.

¡Ahí vienen, Colomba mía! ¡¡Los enanitos!!

Perdóname; tengo que expresarme como es mi costumbre. Aunque siento que me expreso mal. Pero... ¡qué quieres! Ante la vista de estos innumerables enanitos, no sé cómo hablo. ¡Vivan, vivan!

¡Qué soberbio!

Aaaah... Ya entiendo. Vienen disfrazados.

Caperucita roja...

Pinocho...

El patito feo...

Meñique...

¿Disfrazados? ¡No, Colomba, no! Son los personajes mismos, ¡son ellos!

Blanca Nieves...

La princesa Picarilla...

Aladino...

Bertoldo...

Barba Azul...

Gulliver...

Aquellos son sin duda, los gigantes... ¡Qué monstruosos son! ¡Qué horribles! Y esos otros son los enanos, los enanitos; son iguales a los que acompañan al hombre Martín Quilpué y al tan terrible de Baldomero Lonquimay...

El soldadito de plomo...

La bella durmiente...

La cenicienta...

El gato con botas...

El flautista de Hamelin...

Alí Babá...

¡¡Lindo, lindo!! ¡¡He visto la realidad del fondo de la Tierra!

Esta realidad que sube y sube hasta la superficie y que los hombres traducen con cuentos. ¡Cuentos que gustan a los niños! ¿Y los grandes? ¡Oh, no, mi Colomba! Ellos escriben el grande, el inmenso cuento de..., de... ¿De qué? ¡Ah, ya lo sé! De los negocios. Porque hay que ganar mucho, muchísimo dinero... Y nuevamente ha llegado hasta mí una ráfaga de allá. Es algo... Algo verdaderamente insoportable, Colomba. ¿Qué hacer?

Sí; tienes razón. Para eso hemos bajado, para eso se extiende en torno nuestro este inmenso socavón, inmenso, inmenso. Abarca cuanto podamos imaginar. Es del porte de nuestra imaginación.

Para eso hemos bajado a él. Para perder el contacto que allá teníamos con el ruido de la superficie.

Lo hemos perdido. Entonces callemos.

Prefiero ver el movimiento en lo que llaman "inmóvil". Lo que se mueve, Colomba, está inmóvil.

No, no es así. No se puede traducir lo que esta inmovilidad nos dice. ¿Cómo voy a expresar el movimiento si debo conservar la quietud de lo que nos rodea?

No se puede traducir de un idioma a otro. Veo la limitación de nuestro lenguaje.

Pero dime, ¿por qué queremos traducir todo a nuestro lenguaje?

¡El idioma, el idioma!

¡Es nuestro mal humano. Yo quisiera hablarte de otro modo; hablarte sin pronunciar palabra...

¡Así te estoy hablando, así, de otro modo!

Iba yo por un caminito; el caminito que va a la Cruz, allá en Quintrilpe. Día de sol, mañana de sol. Desde la altura veía tantas cosas, veía hasta unos macizos cordilleranos. Las faenas más cerca, casi a mis pies.

Era algo aburrido. Bastaría ver esos paisajes una sola vez en la vida y luego que se borran de nuestra vista. ¿No lo crees tú así, mi Colomba? ¡Borrarlos, borrarlos! A tal punto lo creo que bajé la vista y miré el suelo por donde caminaba. Miré esos lindos guijarros coloreados. Miré algunas raíces y la tierra y los árboles que se levantaban un poco, un poquitito. No quería, no, elevar mis ojos.

De pronto vi dos bostas de vacuno. Y allí me detuve.

¡Qué hermosas eran, mi Colomba! Ya tenían algunos días, ya envejecían. Ya no hablaban. Ya estaban en el mundo del silencio.

A su lado corrían las bestezuelas y, sin querer, sin sospecharlo, ponían notas de color sobre esos excrementos. Excrementos que eran verdosos, opacos. Y... ¡silencio junto a mí!

Pero dime, por favor, Colomba, dímelo: ¿Por qué queremos traducir todo a nuestro idioma? ¡Es nuestro mal, es la miseria que tenemos, día a día, que soportar!!

Callemos. Ha pasado la sombra de Teodosia Huelén... Ha pasado ese público de que ella me ha hablado... Lo he visto. Mi vista ha perforado esta Tierra y ha llegado a la superficie... Callemos.

Sí, callemos. Me siento fatigado. Deseo reposar. No tengo ya fuerzas para nada. Aunque un cambio de ambiente... Tal vez me traería las energías que ahora se van.

Ahora... Ahora, Colomba, renuncio a mezclarme en esa horrible tarea de hacer psicología de los demás. ¿De cuándo acá son ellos simples muñecos que a nosotros se prestan para ser desmontados y armados, despedazados y vueltos a hacer...?

Sí, callemos.

Así me he metido yo con Lorenzo Angol... ¡Un muñeco más! Así me he dirigido a Desiderio Longotoma y a Stramuros y a Javier Licantén y a Estanislao Buin y a Marul Carampangue y a Rosendo Paine y a Isidra Curepto y a Tomba Montbrison y a Nemorino Limache y a..., a... ¡Oh, qué sé yo a cuántos más! Me he enfrentado con Teodosia Huelén y he abordado a Palemón de Costamota; sí, con su acólito de Tadeo Lagarto... ¿Y Lumba Gorintia!

¡No, no, no! ¡Basta ya!

Renuncio, Colomba, a mezclarme en esa horrible tarea de hacer psicología de los demás. No puedo hacer más que dejarlos vivir y yo anotar sus actos. No puedo ir más lejos en psicología. Porque siempre, siempre recuerdo aquel capítulo de Nicol en el que habla de nuestra invisibilidad.

Apenas toco a un humano, veo, de inmediato, a qué distancia se va, veo cómo huye

de la lentitud de mis rayos visuales. Y pienso que yo debo hacerle el mismo efecto a este humano. ¡Por eso se hace y se fabrica psicología a destajo! Para ocultar nuestra terrible ignorancia. Nuestra imposibilidad de penetrar algo, algo, siquiera algo. Veo, diviso por donde planean; allá, allá.

Pero el idioma en que habla cada cual y en que hablo yo mismo, me es totalmente ajeno. Es un idioma... ¿Cómo poder explicártelo? Oye, Colomba, como el empleado aquella tarde, allá en el fundo, por aquellos árboles que se dormían en el crepúsculo.

Ahora el mundo me rechaza.

Me sumiré en mí mismo. Pero más bajo no puedo ir. No olvido jamás que aquí, para donde me mueva, es subir. Pero...

Deja que me aleje lentamente, Colomba, ¿quieres?

Me haces reír. Porque me acordé súbitamente de uno de mis tantos, tantos paseos allá en Quintrilpe. ¿Quieres que te lo cuente? Después me iré a vagabundear, me iré... Bueno, ¡donde seal!

Colomba, bajaba yo un cerrito por un camino que adoro. ¡Oh, me ha dado tantos sueños deliciosos ese camino! Yes solitario. ¡Nadie, nadie! En él me voy hacia otros mundos. Como me había ido esa vez de que te hablo. Pero los caminitos llegan, todos ellos llegan... ¡Es algo atroz, Colomba, pero llegan! Aquí era cuestión de girar unos cuantos pasos más adelante, girar y... empezaba otro camino, un camino frecuentado, ¡qué horror! Al fondo están las casas; y ya es hora de almorzar... ¿Te das cuenta? Me detuve, sí, me detuve. Tenía ante mí por lo menos una larga media hora antes del almuerzo. Volvería hacia atrás, eso es, volvería hacia atrás. Es cuestión de dar media vuelta y... ¡listo!

Di la media vuelta. Alcancé a caminar un par de pasos. Y otra vez me detuve. ¡No, no, Colomba! Aquel camino que trepaba por el cerrito ya se había cerrado, ya no quería ser el vehículo para ir hacia otros mundos.

Entonces sentí la inclemencia del Sol. ¡Qué espantoso calor! Volvamos a las casas a almorzar.

¿Qué quieres que haga? Tú apenas has pronunciado una que otra palabra; por eso me he puesto yo a hablar. Al hablar me he fatigado y he sentido el deseo de volver a la superficie de la Tierra, a San Agustín de Tango. No creas que voy con la intención de hacer psicología, de querer verter en mi persona lo que ocurre en el fondo de otras personas. Quiero dormir, dormir; quiero caer en un sueño profundo y nada más. ¡Que se agite alrededor mío lo que quiera agitarse! Yo, te lo repito, dormir.

No pienses que voy en busca de revelaciones. Sé muy bien que nada de sobrenatural podrá ocurrir en mi vida, como nada ha ocurrido hasta hoy día, ni a mí ni a nadie. Dejemos que las cosas pasen lentamente. Nosotros veámoslas pasar desde nuestro sueño.

Me voy, Colomba; sigo adelante. Voy en busca de algún sitio que tenga algo más bajo que él y así poder caer. ¡Déjame marcharme! ¡Déjame!

Y Colomba se irguió. Me clavó su mirada y yo sentí paralizarme. Mis músculos todos se aflojaron. Entonces ella susurró algo que hizo ulular el viento inexistente.

COLOMBA

¡Vete, vete! ¡Apresúrate! Hagas lo que hagas volverás al fondo de la Tierra. No olvides: tenemos antes que liquidar esas carpetas llenas de papeles. Al liquidarlas, ellas purificarán tu carne. Pues no se puede alcanzar ese sueño, ese dulce sueño a que aspiras, si antes no has cancelado hasta tu más lejana ensoñación.

¿Crees tú que será algo rápido de hacer? ¿Que podrás hallarte cara a cara con el que duerme en tu fondo? ¡No! Tendrás que quemar una por una tus faltas y tus pasiones.

¡Prisa, prisa!

Aquí te espero y de aquí no me moveré.

25

Las palabras de Colomba me resonaban. Subía y subía. Pensaba yo... ¿puede esto llamarse pensar?... pensaba en la purificación de mi ser, de mi carne. No podría hacer con mis carpetas un alto y prenderles fuego. Sería desplazar, nada más que desplazar. Pues en esta naturaleza nada se pierde, nada, nada, todo subsiste como siempre ha existido. Y nosotros... acercarnos a ello, mirarlo.

Los socavones subterráneos son tortuosos. Para otros son puros y largos o cortos según el estado de ánimo en que se hallen. ¡Claro! Recuerdo esa sala donde se bailaba y el corredor con aquel hombre. ¡Las calaveras!

Sigamos. Subamos. Arriba está San Agustín de Tango. Y allí, cuando ya me halle en esa linda ciudad buscaré a...

Es igual. Busque o no busque encontraré a alguien que aprovechará de mí para seguir su conversación interrumpida un momento, para seguirla y seguirla. Que sea conmigo o con otro, ¡no importa! Pero no hay que permitir que reine el silencio sobre esta Tierra.

El silencio... Bajo tierra, en las profundidades. ¡Colomba!

Jamás has hablado ni una palabra. He dedicado mi tiempo a traducir lo que tú me haces entender en la quietud completa. Como yo jamás he hablado frente a ti. Traducir, traducir... Nuestro lenguaje, nuestro idioma, entendernos...

¿Para qué queremos entendernos...?

Sigamos. Subamos.

Mi mente iba por un lado; yo iba por otro lado. Esto no hacía más que aumentar el terrible cansancio que, de pronto, me había invadido. Al fin le grité:

—¡Eh, mente mía o de quien seáis! ¡Piensa cuanto se te ocurra! Yo tengo que llegar a la superficie y no quiero seguir tus torpes devaneos.

Fue inútil. Desde luego aquel ulular había recommenzado. Todo, en torno mío, se movía:

—Luego todo está inmóvil —pensé en alta voz.

Tal es lo que he hablado con Colomba: ver el movimiento en lo que no se mueve: ver la inmovilidad en lo que se mueve.

Sigamos. Subamos. No puedo dominar a mi mente. Ella piensa y lucubra a su antojo. No tengo más que seguirla, obedecerle. Es una tarea infausta dominar las pequeñas cosas, dominar nuestro propio pensamiento cuando se ha considerado con libertad. ¡Ahora comprendo la grandeza de Oriente! ¡Nada de cosas inmensas como son estas galerías sin fin! ¡Nada de sueños abracadabrantantes!

Dominar las pequeñas, las pequeñitas cosas... Nada más. Poder quedar un par de minutos en una posición única, con todo nuestro cuerpo pétreo... Pero ahora voy subiendo. Sigamos.

¿Cuánto tiempo llevaré subiendo? Esta ascensión me ha sido más larga que las otras

que he hecho. Es que hay un silencio demasiado grande; fuera de ese ulular del viento que no sopla. No hay nadie; hay sólo una confusión de tiempo movable. Es esa confusión que existe en todo momento allá arriba. Es lo terrible que ocurre. Sin más grité con toda la fuerza de mis pulmones:

-¡¡Al-guien!! ¡¡Eeeeh!! ¡¡Al-go!!

Una voz me respondió:

-¡Uy! ¡Pero qué manera de vociferar! ¡Uy, Ono mío! ¿No puedes hablar en voz baja? ¿Necesitas gritar de esa manera?

-¡No, no! -respondí eufórico de alegría al reconocerla-. No necesito gritar ni vociferar. Mi boca ha gritado sola. Porque le diré a usted, mi querida Teodosia, que ella tiene ahora toda la libertad imaginable. Es como mi mente, como esta mente que se había independizado de mi persona.

Me miró con una mirada penetrante de sus lindos ojos verdes azulados o azules verdosos:

-¿Eso te produce la charla con Colomba? Yo que venía a darte mi ayuda. Yo te traía una cantidad de papeles tuyos para que juntos los viéramos; es decir, papeles ya escritos; no apuntes como le interesan a tu bellísima Colomba. Porque es muy bella, Ono, muy bella; ¡no es verdad?

-Es la expresión de la belleza misma. ¡Es arrobadora!

-Has dicho esa palabra, la de "arrobadora" con un pequeño acento... ¡Uy, Ono, un pequeño acento que me hace pensar que no tienes esa enormidad de años que tú dices tener! Ya sé, ya sé: tú quieres morir, eso es, morir, ¿verdad?

-¿Yo, morir? ¡No, jamás! Puedo cansarme un poco y nada más. Y usted ve, mi querida Teodosia, lo que dura ese cansancio: el hecho de encontrarme con usted aquí en las profundidades, me lo quita de inmediato. Y además me habla usted de papeles míos ya escritos que veremos... ¡Qué curiosidad ha despertado usted en mí! ¡Veámoslos, veámoslos!

-Aguarda, Ono. Debieras detener esa prisa de terráqueo que siempre te acomete. Ahora puedo decirte "terráqueo" o "terreno" porque yo ya no pertenezco a esos mundos. Y te aseguro que se está mejor aquí, mucho mejor.

-Sí, tal vez, aunque yo creo...

-¡Calla, Ono! Tú no eres más que un simple turista aquí en estos mundos. Cuando se es de ellos... ¡Uy, la cosa cambia! Y debes crearme: cambia para mejor. No mires tanto para todos los lados, Ono. Tú tienes que ver fragmentado cuanto aparezca presentarse ante tus ojos. No trates de seguir escudriñando más. Ahora reposemos un buen rato y luego iremos a tus papeles.

-¿Reposarse? Por mí no se preocupe usted, Teodosia. Ya no me queda ni un ápice de cansancio. Sólo de haberla visto...

-¡Uy, pero qué galante vienes, Ono! Veo que te hace mucho bien conversar con Colomba. Porque, por lo general, tú eres más bien de carácter hosco.

-No, no lo crea usted, Teodosia, porque...

-Bueno, calla, Onito mío. Ustedes allá, allá en ese rincón que llaman superficie... Pero, ¿la llaman así? ¡No, ni siquiera pueden llamarla así porque nunca han pensado que haya otra cosa en este mundo! La pisan todo el tiempo... ¡y nada! Levantan los ojos y ven las estrellas... ¡y nada! ¿No te aburres en medio de esa gente, Ono, por Dios?

-Por algo estoy aquí, lejos de esa gente y a su lado.

—Entonces ¡quédate aquí conmigo! ¿Lo quieres? ¡Contesta, Ono, contesta! ¿Lo quieres?

—Es decir, Teodosia, de querer... claro está; pero... pero...

—¡Volverás a la superficie, volverás! Y hablemos de otras, de muy otras cosas. Así verás que vives mitad allá y mitad aquí; que vives miti miti, como ustedes dicen. Hablemos de Tarugo. ¿Qué te parece?

Tarugo... Algo se movió en mí al oír este nombre: Tarugo. Pero quedé a una distancia indefinida de lo que se escondía tras él. Quedé suspendido ante algo que bien podría ser un recuerdo, ante algo que flotaba no sé si en mi mente o a su alrededor. Teodosia me miraba con aire picaresco. Y deben haber pasado los siglos junto a nosotros. Tarugo...

—Hable usted, Teodosia, hable. Es el sonido de su voz lo que quiero que llegue a mis oídos. Porque mis oídos se van, se deshacen si no son detenidos por el contrafuerte de una voz que module palabras bien construidas, bien...

—¡Uy, Ono, uy! ¡Calla, será mejor! Tienes una propensión hacia la literatura... Escucha en silencio, ¿quieres? Como has sabido escuchar a Colomba, aunque con ella te gustaba meter tu cuchara a cada rato. Tarugo ladra, ladra... ¿Lo oyes? Entonces, calla, calla.

Callé. Teodosia habló. Teodosia hizo resurgir el remoto pasado. Teodosia no habló. El pasado resurgió a mi vista. Teodosia reía al mirarme. Y, a veces, decía: "Ono, Ono mío". Yaquello seguía.

—El cielo se cubrió de aves. Es que era una noche cavernosa. ¡Qué terrible son las cavernas! ¿No es cierto, mi Ono? Son un comienzo del otro mundo. Por eso nos aterran. Es decir, por eso los aterran a ustedes los que tienen como principio vivir fuera de ellas.

Y tú viste una, un comienzo de una. Estaba llena de malos, de muy malos presagios. La prueba es que aquello se llenó de pájaros, de negros pájaros más negros que la caverna misma.

Los árboles se desfloraron. ¡Árboles llenos de flores!

Debe haber sido hermosísimo ese paisaje. Lo veo con nitidez; tú, inquieto mirándolo; Tarugo indiferente husmeando el rocío...

Al perrito poco le importaba que el cielo se cubriera o no se cubriera de aves; o de relámpagos; o de brisas; o de insectos; o de nieve; o de estrellas... A un perro le interesa más lo que hay por sobre la tierra, ¿me entiendes? Una lombriz... ¡Sí, eso es! Cuando ellas se escurren y desaparecen... ¡Es apasionante! ¡Oh, es algo subyugante!

¿No lo encuentras? Sí, sí, ahora comprendo; por eso te faltó citar a las lombrices y a Tarugo concentrado sobre ellas. Si lo hubieras hecho, si tu afán literario hubiese tomado este rumbo, el rumbo de las lombrices... ¡qué lindo título para escribir un lindo romance: "El rumbo de las lombrices"...! Pero no nos alejemos de nuestro tema. Te decía que si hubieses seguido ese rumbo, nada, pero nada de nada, sabríamos hoy día de aquel cielo cubierto de aves inmensas, de aves morrocotudas...

¡Es tan triste decir esa frase: nada de nada!

Habríamos ignorado la muerte del pobre Tarugo destrozado por la ira de un pájaro feroz; habríamos ignorado que un cielo puede ennegrecerse a tal extremo cuando en él hay cientos, miles, muchos miles, millones de aves que ya son negras; habríamos por siempre ignorado que un señor, un señorcito, un tal llamado don Onofre Borneo, había visto ese cielo negro, esas aves negras, había vivido la inquietud de ese momento negro.

¡Qué lástima habría sido, mi Ono, qué lástima!

Ahora, en cambio, lo sabemos. Sabemos que ese señorcito ha visto la negrura sin límites de lo que es luminoso, luminoso como el cielo pues es el cielo.

Hiciste un paquete, lo envolviste bien y... ¡a la superficie! ¡A la superficie con tu paquete!

¿Qué importa? Ya lo sé que no lo has publicado, no has lanzado al mercado una nueva mercadería... ¿Qué importa?

El cielo negro ha quedado trunco.

Se hizo y luego se deshizo porque las aves huyeron, todas ellas huyeron. Salvo una que era necesaria para dar muerte al pobre Tarugo; es decir, Ono, lo sé tan bien como tú: salvo una que te diera el tema para escribir que, en una noche de campo, una noche oscura y lóbrega, el cielo lóbrego cobijaba a tres pájaros que se multiplicaron hasta lo infinito y luego...

¡Ya lo sé, lo sé igualmente bien que tú!

Murió Tarugo... ¿No es cierto? ¡Pobrecito! Todos, todos, y tú también, debemos morir... ¿No lo sabías? Como debemos comer y dormir y amar... ¿No todos aman?

Pero no vamos a discutir semejante cosa. Oye el ulular que se ha acrecentado en forma intolerable... para ti que aún tienes un par de oídos y es por esos oídos que encuentras tantas, tantas aberraciones en el mundo.

Pero..., pero...

¡Espera, Ono espera! ¡Uy, si parece que no te has percatado de que estoy frente a una obra de arte y que la analizo! ¡Uy, qué molesto te pones apenas se trata de una obra de arte! Yo quiero hablarte de otra cosa que, ¡claro está!, tiene referencia a esa obra de arte que nos ocupa.

Gracias, mi buen amigo, tantas gracias. Es lo que allá, en la superficie se llama: ser de una amabilidad exquisita. Así eres tú y así siempre has de ser.

Quiero hablarte de otra cosa.

Quiero hablarte de aquella noche que pasó los límites de la oscuridad negra.

Quiero hablarte de la causa que la hizo una noche tan extraña.

Quiero hablarte de la oscuridad misma.

Quiero hablarte de ti encajado en ella, encajado en uno de los más raros fenómenos que se puedan presentar.

¡Qué! ¿Conoces tú otros tan raros como éste?

¡Calla, calla, Ono!

Deberías haberte fijado en esa noche negra, en esa noche tan sumamente negra que los negros hacíanse claros. ¡Deja en paz al perrito, a Tarugo! ¡Deja en paz al hecho de haber producido, por una negligencia tuya, una catástrofe irreparable!

¡Calla te he dicho mil veces! ¡No trates de defenderte! Sería mejor que me escucharas con atención.

Tú olvidaste aquella noche, única noche entre las noches que pululan por todos lados, tú la olvidaste por ir a la muerte del perrito y, de ella, sacar consecuencias... ¡uy, qué de consecuencias sacaste!... que te darían un amplio pase para ir a la superficie y ser saludado en cada esquina.

En cada esquina...

Una superficie con esquinas...

Por dentro son rincones, ¿no es así? ¡Uy, es algo maravilloso eso de encontrarse con

una serie casi interminable de esquinas que por dentro son rincones! O lo que es lo mismo, una serie casi interminable de rincones que por fuera son esquinas...

¡Basta, Ono, basta!

Es un llamado disimulado de la superficie y a él obedeciste. ¡A él, a él!

Y la noche negra huyó llevándose a todos los pájaros que para ti había juntado, para que tú te arrobaras contemplándola!

Sí; es el mandato de la mente.

Es el trabajo que ustedes tienen allá abajo: dominar la mente.

Pero, para dominarla, ustedes emplean un método... ¡Uy, me haces reír, amigo mío!

Río por esta razón sencillísima:

Tratan de dominar a la mente con la mente misma...

¿No es para reír? Es claro, no debería reír. Porque ello es para llorar, para lamentarse de la torpeza tan profunda que a todos ustedes tiene presos.

¿Me lo vas a negar, Ono, por Dios?

¿Ves que no puedes negarlo, que es imposible negarlo?

Es un arma de dos filos; como lo es todo allá; todo, todo.

Óyeme, Ono:

NUESTRA MISIÓN EN LA TIERRA ES LIBRARNOS DE ESTA ARMA DE DOS FILOS.

¡No, no! ¡Yo no he ido jamás a los astros para librarme de esta arma! ¡Jamás! Iba a ellos, pude ir a ellos cuando ya me libré del arma de dos filos. Entonces el cielo se abrió ante mis ojos y yo... ¡¡volé!!

Conocí a Saturnino. Conocí a... Pero no te los voy a nombrar a todos; no es el caso aquí de ponerse a dar nombres y nombres hasta aburrirte. Hablábamos de otra cosa, de esa arma de dos filos. Manera de decir: dos filos. Hay que hacerse entender de un modo cualquiera. La cuestión es que me entiendas bien y así podrás irte de aquí habiendo sacado un provecho.

Sí, he dicho "habiendo sacado un provecho".

¡Qué! ¿Vas a negar nuevamente? ¡Uy, pero qué afán de negar tienes tú, mi buen Ono! Hablas y hablas con Colomba, le hablas con verdadero arrobamiento, la escuchas emblesado y luego... luego te enfadas porque yo digo eso de "sacar provecho"... ¡Qué raro, qué raro!

Voy a hacerte una pregunta entonces, ¿quieres?

Pero contéstamela rápidamente, sin ponerte a pensar y sin lucubrar nada de nada.

¿De acuerdo? Ésta es mi pregunta:

¿Conoces tú alguna persona de los de allá de la superficie que proceda en algo sin tratar de sacar un provecho cualquiera?

¡Contesta, Ono!

Vacilas, vacilas...

Piensa un poco mejor, piensa bien...

Acuérdate de... Y de... y de...

¡Qué! ¡No vengas con majaderías ni estupideces semejantes! Parece que formarás parte de un clan... El clan de los hombres que de nada se aprovechan y viven en esta vida ajenos a sus ventajas...

¿No? ¿No piensas así?

Bien, te felicito. Aquí no piensas en sacar provecho porque estás lejos, muy lejos de la superficie. Pero en ella... ¡En ella...! ¡Uy uuuuuuy!

Acepto tu palabra, la acepto. Vas a subir a la superficie, adonde sea, a San Agustín de Tango o a sus alrededores, o irás de viaje a cualquier parte, ¿me oyes?, a cualquier parte y me prometes no tratar de sacar el menor provecho de nada absolutamente de nada. ¡Aceptado!

¡No, mi buen Onito, no! Ya te veo viajando de la suerte... ¡Uy, qué martirio sería para ti! Pues para tomar una resolución semejante es necesario saber mucho, muchísimo. Y tú, Onito tan querido, no eres un sapienta tal. Pasarías preocupado y haciéndote preguntas así:

“¿Habré obrado bien? ¿Habré ido tras de un provecho...? ¿Por qué es malo que yo aproveche esta oportunidad...? ¡Nada hay de egoísta en lo que hago! ¡Lo aprovecho para mi obra y nada más que para mi obra!

¿Ves? ¡Uy, he nombrado la santa palabra: obra! ¡Uuuuuuuuy!

No, si no me río, créemelo, no me río. Pero cuando se está en estos mundos es algo tan difícil acostumbrarse a hablar de cosas que allá son corrientes. Es más difícil que hablar de ellas desde Pólux o Denébola. Porque la dificultad estriba en nuestra calidad y no en el sitio donde nos hallemos.

La cuestión es sacar provecho. Y entonces... ¡acumularlo, sí, acumularlo! ¡En grandes cantidades, en enormes cantidades que, vistas desde lejos, parezcan unas inmensas pirámides! La gente, al pasar frente a ellas, dirá:

—Esas son, esas que veo ahora. Son las pirámides de...

Un nombre... ¿No es cierto? Un nombre que, ¡ojalá!, sea el tuyo. Porque se va a correr el Gran Premio de las Pirámides. Y en él estamos inscritos, Ono, y hay que ganar ese premio, y hay...

No divaguemos más, ¿quieres? Recordemos, será mejor, que una noche, allá en los campos, Tarugo murió despedazado por un ave nocturna. ¡Pobre Tarugo!

Pero saquemos provecho, pues, Ono, saquemos provecho.

¿Qué hacer? ¿Se te ocurre algo?

No, mi gran amigo, no. Yo, ¿reírme de ti? Si estoy seria, seriesísima. ¡Uy, jamás habrás visto una seriedad igual! Aguza un poco tu cacumen y discurre.

¡Sí! ¡Es una espléndida idea!

Tú has de saber que esos agujeritos se pueden hacer en cualquier parte, en cualquiera... Cuando se está aquí. No, no me refiero a las entrañas de la Tierra. Me refería a mi estado, a mi estado de post mortem. ¡Claro está, Ono! Hay un sin número de diversiones aquí, es decir, en mi estado. ¿O creías tú que uno moría y que entonces era... ¡uy, qué horror!, que era el infierno de la terrible seriedad, que había que sacar cuentas sobre los actos cometidos allá, sobre nuestras intenciones y demás...?

¡No, no! ¡Están los agujeritos!

¡¡Plum!!

¡He-hecho uno, mi buen Onito, he hecho uno!

No, espera; no te apresures tanto. El agujerito ya está hecho, ¿lo ves? Ahora lo que ha de aparecer por él, es cuestión tuya y nada más que tuya. No, yo soy pasiva en esto. Así es que ¡ordena!

¿Quién? ¿Hilario Quinchao?

¿Por qué se te ha ocurrido ese Hilario? ¡Qué raro! Bueno, si tú lo quieres, ¡adelante! Ya te he dicho que yo soy la obediencia misma. Déjame ver, déjame ver...

¡Ahí está! ¡Mira, Ono, mira! ¡Qué gravedad hay en todos sus ademanes! ¡Uy, es la gravedad personificada! Seguro es que se trata de algo importantísimo. Veamos, veamos.

¡No, no, no! No entiendes nada de nada. La superficie te come, te devora. Así es que tú creías que ibas a verlos justo en una coincidencia de tiempo; que si el visado se estaba lavando las manos —y digo lavando las manos por no decir otra cosa— íbamos a ver aquí un lavatorio y un jabón y una toalla y sus manos...

¡Qué tontito eres, mi buen Ono! Claro... la superficie... No hay más. Pero ¡bórrala de tu mente! ¡Estás conmigo, Onofre Borneo! ¡Y estás en las profundidades de la Tierra!

Oyeme bien: tú verás por ahí un..., un... ¿cómo lo llaman ustedes? Un resumen, un compendio, una sinopsis de lo que es su vida allá... ¿Comprendes?

¡Uy! ¡Es el Club Cero! ¡Qué nombre, qué nombre...! Pero ese famoso Hilario no está allí. No importa. Es la sinopsis de su vida lo que vamos a ver y él pasa sus días en ese club.

¡Uy! ¡Y las calles que rodean al club! Eso es: calle del Cielo Que Me Tienes Prometido y calle del Infierno Tan Temido... Y fíjate, Ono, cómo trabaja la gente ahí.

Claro, claro, van a cambiar la faz del mundo...

¡Ahí viene, ahí viene! Hilario Quinchao, naturalmente. Ya está algo viejito el pobre. ¿No lo crees tú? Pero en sus ojos brilla aún con fulgor la renovación del mundo.

¿No te interesa? ¿Por qué, Ono mío? Acuérdate de que tú eres de los de allá... De la superficie, se entiende. No me refiero al Club Cero, no. Entonces tienes que...

Me haces callar, ¡uy!, me haces callar. Es mejor una estrella lejana, lejanísima, como Alrucaba, por ejemplo. ¡Oh, qué maravilla es Alrucaba! Fíjate, Ono, que en ella...

Ya te lo he dicho: depende de tu mente, del estado que te dé tu mente.

Claro, algún día podrás llegar a ella. ¡Uy, uy, uy! ¿Tener que hablar siempre de días, de meses, de años, de siglos...! ¡No, no, no irás a Alrucaba ni a ninguna otra! Antes de emprender semejantes viajes tienes que liquidar esta superficie que te agarrota.

Según tu intuición; sigue, según ella, sigue...

¡Claro! ¡Lorenzo Angol!

Tienes mucho que platicar con él. No, no, no, nada de discursos hechos de antemano; no trates de encandilarlo. ¿Oíste? Habla y nada más; habla porque ustedes necesitan hablar para entenderse. Es el esfuerzo que tú me haces hacer, un esfuerzo inútil: hablar y hablar todo el tiempo. Y traducir... ¡Uy, qué espanto!

¡Miraste tu mano, tu muñeca! ¿El reloj? ¿Eso buscabas...?

El reloj... Y tú crees, mi buen Ono, haber salido de aquella superficie...

¡Lo tienes en un bolsillo tu reloj! Bueno, entretengámonos con él: Veamos la hora. ¿Qué marca? ¿Las 6 y 4 minutos? No pongas esa cara de estupefacción; tu reloj está perfectamente. Llegaste a conversar conmigo, cuando gritaste, ¿recuerdas?, llegaste a las 6 y 3 minutos. Sí, sí, ha pasado un minuto, un minuto... según tu reloj. Según otros ha pasado un siglo y 14 años; según otros...

No te diré nada más al respecto. Sé muy bien que ustedes los terráqueos están atados a los relojes de manera de no formar más que uno con ellos. Es atroz pero es así.

Sí, lo comprendo, lo comprendo... Ustedes sin relojes se volverían locos, perderían todo lo que..., lo que..., en fin, lo que los relojes pueden darles. Porque un reloj es el centro de lo que se llama la lógica, la alta lógica.

¡Mira lo que voy a dibujar, mira! Hay que dibujarles a ustedes. Un enorme reloj, casi del porte tuyo. Te sientes bien sólo de ver semejante reloj, ¿no es verdad? Arriba voy a hacerle una rayita que la vamos a bifurcar o, mejor, a trifurcar, o a cuadrifurcar, o a quinti...

¡Es horrible tener que recurrir siempre al idioma para poder expresarse! Pero tú me has entendido, ¿no es verdad, mi buen Ono? Y hacia abajo, en esta dirección, voy a hacerle otra rayita que también vamos a bi, a tri, a cuatri, en fin... Mejor es que mires que lo hago. ¿Hacia los lados? Bueno, haré también unas cuantas rayitas...

Lo que quiero que sepas es que este gran círculo, este gran redondel... ¿Así se llaman los dibujos circulares...? Como sea que se llamen, este gran círculo es... ¡no te rías!... es "el mundo de la lógica". ¡De la grande e inmensa lógica, vuestra reina soberana y tirana que a todos ustedes los tiene sometidos y los obliga a caminar por un solo camino sin abandonarla jamás!

¡A ella voy, a ella voy! La rayita que hice hacia arriba... ¡Ah, mi Ono tan querido! Esa rayita es lo que hacen algunos de ustedes, algunos nada más, muy pocos, los que se arrancan de la lógica y ¡son libres, libres!

No, no, no me cites nombres. Sé que los sabes perfectamente y que quieres imitarlos... ¡Sí, sí! Pero ten cuidado con esta otra rayita, con esta que hice para abajo. Fíjate que se bi se tri, se cuadri, se quintifurca a su vez. Es la rayita que representa a los que han querido salirse de la gran circunferencia y no han podido más que hacer tonterías.

¿Qué es lo que te extraña? ¿Las rayitas que van hacia los lados? ¡Déjalas en paz! Entiendes perfectamente lo que quise hacer con ellas, lo que tú me pediste que hiciera. Porque esas rayitas son una idea tuya.

¿No encuentras tú que mi dibujo es una sinopsis -¡uy! ¡ya he aprendido esta palabra!- de lo que pasa allá?

No contestas... Callas... ¿Qué te pasa? ¿Oyes el llamado de la superficie que te apremia? Eso ha de ser.

Bueno, no es la superficie misma pero es gente de allá. No, no lo creas, estimo enormemente a mucha gente de allá y, entre esa gente, a Lorenzo Angol. No pueden hacerse más que mucho bien los dos al conversar. Así es que ¡vete, vete!

Pero... ¡vuelve, Onito, vuelve! Tenemos mucho que hablar aún.

¡Muy bien! ¡Te espero entonces! ¡Te espero con un reloj en la mano! Sí, sí, aquí hay de todo, de todo. ¡Un reloj! Sé lo que son ustedes sin reloj.

¡Te espero!

¡Adiós!

¡¡Te espero!!

26

He subido. Estoy a algo más de 3.000.000 de metros de esa superficie. ¡Qué silencio, qué paz! Mi cansancio ha desaparecido. Sin embargo siento la necesidad de reposarme y de respirar muy hondamente. Me pregunto:

“¿Qué será de Lorenzo Angol?”

Ni una respuesta llega hasta mí. Me he sentado y respiro. No se oye ni siquiera el ulular que tantas veces me ha acompañado. ¡Qué silencio, qué paz! Pueden pasar cinco minutos como pueden pasar cinco siglos. Estoy fuera del tiempo. Y oigo unos pasos que se aproximan. Aquí pueden resonar todos los pasos habidos y por haber. El ruido de pasos subsiste a pesar de hallarme fuera del tiempo.

Lorenzo Angol está frente a mí. Se ha sentado a mi lado.

—Habla, Lorenzo. Teodosia Huelén te recuerda mucho.

Me contestó:

—Teodosia Huelén es uno de mis más gratos recuerdos. Pero, hagámoslo por ella, no hablemos, Onofre. Aquí, en estas grandes profundidades, nos podremos entender sin pronunciar palabra.

—De acuerdo —respondí—. Esos son metales en fusión, son metales fundidos que pasan. Ellos llevan tus secretos. Me basta con mirarlos.

—¡Míralos, entonces!

—Sí; los miro.

Entonces mi mente me habló; o las profundidades de la Tierra me hablaron; o Lorenzo me habló. Yo escuchaba. Cada una de esas palabras hacía eco en mí mismo. No sabía si era yo o si era él quien las pronunciaba.

—Jamás me ha bastado la resonancia de todo el vivir de los humanos. Es por eso que he querido un cuerpo. Un cuerpo que, a mi lado, resuene conmigo.

Acaso, lo que deseo, es una sangre que poder, un día, chupar.

Pero esto me pone junto a todos aquellos que acumulan. Es ello acentuar, subrayar nuestro propio yo con desmedro de los otros.

Tal vez llegue a saberlo. Para eso bajo a estas honduras.

A veces veo sólo una enorme ficción en torno mío. Y yo me veo caminando en pos de ella.

Ficción... Realidad...

¿Crees tú que ellas estén tan delimitadas en nuestra vida? Tenemos la manía —¿cómo llamarla sino "manía"?— de delimitarlo todo, todo. Pensamos:

"Este soy yo; ése eres tú; aquél no es ni yo ni tú pues es él, es otro..."

Y cada uno se aleja tras su destino... ¡ójyeme bien!... tras su destino impuesto por fuerzas que no son ni yo, ni tú, ni nadie.

He visto a Lumba Corintia. Como tú has visto a Teodosia. He oído su voz... si puedo explicarme así: su voz. Entonces esta voz me ha recordado, me ha hecho ver que ha habido en mi vida una perpetua falta de coincidencia entre mis intenciones y el momento de llevarlas al hecho. Me ha hecho ver que fue con ella, con Lumba Corintia, con quien yo he realizado aquel matrimonio que realicé con Benilde. Él se gestaba en mi interior desde mucho tiempo atrás. Pasó Lumba Corintia; luego falleció. Y después de largo tiempo afloró cuando Benilde estaba conmigo.

Me basé en palabras que había leído en Stanislas de Guaita. Tú debes conocerlas también. Has tratado de realizarlas. Dice Guaita que, en el amor, el hombre es positivo en lo que se refiere al sexo y es negativo en lo que se refiere al cerebro; que la mujer es positiva en lo que se refiere al cerebro y es negativa en lo que se refiere al sexo. Ambos, pues, son neutros en la región del corazón.

Viene el problema de saber *quién*, si él o ella, será positivo en la unión. Viene el problema de cómo delimitar estos aspectos. Porque es cosa fácil de decir pero al querer llevarlo a la práctica es cosa mucho más difícil.

Lumba Corintia ya no existía. Yo leía y leía *La Clave de la Magia Negra*; indagaba en el silencio de Stanislas de Guaita. Ese silencio del que hemos hablado, como hablan tantos otros, que encierran los libros. Leía el capítulo de *Los Misterios de la Soledad*. Benilde me escuchaba sin hablar.

Cierto día me comunicó su intención:

—Debo ser yo quien gobierne tu cerebro. Así haremos una unión superior.

Le respondí:

—Sí, debes ser tú, Benilde, y así nos guiaremos por nuestros principios superiores.

Lumba Corintia pasó a mi lado pero no sé si sonrió o si su sonrisa fue de lástima. No lo sé.

Estábamos en La Cantera. Creo que éramos tres los que allí estábamos: Benilde Panlonco, yo y Lumba Corintia.

¿Es ésta una ficción mía? ¿Es esto algo lejos de la realidad?

Eramos tres los que allí estábamos. Y empezó nuestra vida. Vi, entonces, que nuestros principios inferiores empezaron a ganar terreno. Lo vi... sin darme cuenta de ello. Seguía la sonrisa enigmática de Lumba Corintia. Porque yo no conocía aún este fondo de la Tierra. Quería realizar la unión en medio del ajetreo que hay arriba.

Ahora comprendo por qué Lumba Corintia ha muerto; por qué he venido yo hasta aquí; por qué he visto una gran sala, una escalera y una puerta en lo alto de ella.

Nuestros principios inferiores ganaban terreno; yo, cerebralmente, me hice positivo; y ella, cerebralmente, se hizo negativa.

Entonces Palemón de Costamota nos presentó cuántas luchas y cuántos fracasos y desaveniencias pueden existir. Y de ellos hicimos nuestro pan cotidiano.

Era lucha de dos principios, de dos imanes. Era ese gran círculo que te dibujó Teodora Huelén con sus dos rayitas, una hacia arriba, otra hacia abajo. Nosotros tendíamos hacia la de arriba y vivíamos según la de abajo.

Ahora Lumba Corintia me lo ha hecho ver. Después de ello me ha murmurado únicamente:

—Sigue...

No creo más en las ficciones, Onofre. Sólo creo en esa enorme ficción que llamamos pomposamente "realidad". Pues apenas tú la estudias un tanto, apenas la escudriñas, ves de inmediato que la delimitación entre ficción y realidad no es tan clara.

Que llamamos "realidad".

Cada día tengo una realidad diferente. Cada día mi conciencia me guía a partes hasta ahora ignotas para mí. Después se detiene, para. Y vuelve la que los hombres de todo el mundo llaman la "realidad".

Entonces se levantan frente a mí una serie, dos series, tres o más series de hombres uniformados que a cada rato alzan una mano y me gritan:

—¡Alto!

Y lo que ellos llaman ficción, cargado de verdaderas realidades, se aleja y se pierde; como se ha alejado Lumba Corintia.

Lumba Corintia vive la realidad de la ficción.

Desde luego esta separatividad de todos nosotros, ¿crees tú que es verdadera? ¿O no seremos uno solo? ¡Sí, Onofre, sí! ¡Uno solo, un mismo espíritu!

Pero aparece un sabio, un terrible sabio, con gafas, con barba y con bigotes... —¿por qué a los sabios me los imaginaré siempre así, con barba, bigotes y gafas?— y este sabio te obliga a que te sientes frente a él y te explica:

—Prueba de que somos muchos es que usted, por ejemplo, puede muy bien hacer esto y aquello mientras su prójimo está haciendo cosas muy diferentes...

Tú debes tener preocupaciones como las mías. ¿Crees tú que no merecen el título de

preocupaciones? No te puedes imaginar cuánto pienso y me desvelo con esto de la ficción y de la realidad.

Si, las tienes: Juan Emar y Onofre Borneo.

Ya lo sé: Onofre Borneo ha muerto y tú has visto sus funerales aquí. ¡Ya murió Onofre Borneo! Pero que Juan Emar no muera; Juan Emar no puede morir. No se puede morir mientras tengamos una tarea frente a nosotros; no se pueden dejar colgajos e hilachas que nos han de entorpecer para cualquier resolución que tomemos.

Si, tienes razón. Pero, ¿la tendrás?

Mi sexualidad es indomable. No trato de oponerme a ella. La dejo que se desenvuelva sola y que Benilde... ¡Ah, tú me has comprendido muy bien! Benilde es una gran hembra. Sabe perfectamente a qué bajo yo hasta estas profundidades; sabe todo. Jamás ha tenido ni un rasgo de celos. Hemos dejado de lado aquello que había yo pensado al leer la de Guaita. Ahora nos amamos con plenitud y somos felices.

Somos felices...

Dime, Onofre: ¿seremos felices?

Esta interrogación de Lorenzo quedó en el aire, flotando. Yo me la repetí: "¿Seré feliz?". Era llevada a merced del ulular. ¡Ah, por eso callaba! Estaba ocupado en balancear mi pregunta; la mía, la que, seguramente, se formularía Lorenzo; la de todos los humanos: "¿Seremos o no seremos felices...?".

-¡Una respuesta! -grité.

Lorenzo me miró abismado y luego gritó:

-¡Una respuesta!

Siguió el ulular del viento sin que nada se moviera. En medio de ese ulular apareció, sereno, Florencio Naltagua.

Su presencia habló:

-Tú amas, Lorenzo; tú has amado, Lorenzo. Has visto, ¿verdad?, la sombra de Lumba Corintia; ahora has formulado una pregunta pensando en Benilde Panilonco...

Caminas tras una quimera: la felicidad. Te empeñas, te aferras en encontrarla en otra quimera: el amor.

Amor... Quimera...; Quimera... Amor...

Yo, durante mi vida, también amé: Nastia Poltava. Ahora aquí la he vuelto a encontrar. Juntos hemos reconocido que, en aquellos tiempos, habíamos basado nuestras vidas en perseguir una quimera. Y alrededor de ella quisimos construir el resto... Pero Nastia fue muerta en la guerra. Yo quedé solo y encontré que ya no tenía sentido existir.

Encontré a otro hombre: él había sido abandonado por su amor. Este hombre encontraba que su existir ya no tenía objeto alguno.

Encontré a una mujer. Había perdido toda fe en la existencia pues había perdido la fe en el amor.

Todos ellos, hombres y mujeres, lloraban la pérdida del amor pues, esta pérdida, traía consigo la desilusión de la vida.

Todos lloran y lloran. ¿No escucháis esos lamentos?

Nuestra vida es un perpetuo lamento.

Es mejor lamentarse ahora que aplazar estos lamentos.

¡No lo olvidéis! Es el consejo que os doy.

Porque tiene que haber un error que nos acompaña. Corregir este error es el secreto.
¡Borrar este error!

NOSOTROS

Somos trabajadores, Florencio. El trabajo es nuestra vida, él nos mueve. Tal es el medio que hemos encontrado de borrar este error. Por eso penetramos a la Tierra; por eso vamos luego a la superficie; por eso frecuentamos tanta gente, por todos lados; por eso no hemos dejado un rincón sin que él se honre con nuestra visita. ¡Sí, sí! De acuerdo; hay que borrar ese error que nos acompaña.

FLORENCIO

¿Para qué habláis de esa manera?

¡Id hacia el silencio! Haced de él vuestro mejor compañero; que siempre os acompañe. Y dejad el bullicio a quienes han menester aún de él.

Nada, nada se pierde.

Penetraos de esta frase: "nada, nada se pierde". Pero vosotros pensáis como la gente que rueda por la superficie, es decir, que todo se pierde.

Entonces os lanzáis encima para coger lo que habéis apenas entrevisto. Y viene la obra, viene la tortura.

Os lo repito: ¡Silencio!

Yo viví en el silencio; mi casa del Portal Colonial fue el albergue del silencio. Por cierto que jamás negué una palabra a quien me la solicitaba; jamás.

Ahí tenéis uno de los significados de la muerte de Nastia Poltava: encaminarme hacia el silencio.

Gracias a ella aprendí que nosotros tocamos un mundo superior cuando pensamos sin hablar.

Me pareció, en un comienzo, algo extraño pensar así. Ello estaba en contra de toda la disciplina que, desde hace tantos y tantos siglos, nos vienen inculcando.

Yo no era un fiel seguidor de aquel adagio que dice que los hombres han inventado el trabajo para no tener en qué pensar. Creía en el trabajo, creía en él por él.

Cierta vez vi que en la inacción hay más trabajo efectivo que en el resto.

Entonces se presentó a mi vista Nastia; entonces se presentaron muchos seres; entonces se presentó Lao-Tseu. Me incliné ante sus presencias y obedecí. Por eso, por esta obediencia, no cambió nada en mi vida y todo siguió igual ante los ojos de los profanos.

Hasta que un día pedí autorización. Me la dieron. Y morí.

Morí por mi voluntad. Mi tarea seguía por estos mundos.

A ellos he venido.

Aquí me he encontrado con vosotros. ¡Bienvenidos seáis! Os doy sólo un consejo que, espero, habréis de seguir:

"Que jamás la *curiosidad* sea un incentivo para perforar estas profundidades".

Y Florencio Naltagua desapareció.

Allí quedamos, Lorenzo y yo, mudos, sin saber qué decir, sin atinar a nada. Algo rondaba por nuestras mentes. Al fin nos pusimos a hablar.

Yo

La voz de Florencio me ha detenido. Yo iba hacia la superficie. Ahora quiero volver hacia las entrañas de esta Tierra y, allí, quiero ver a Colomba.

Lorenzo; se me figura que es huir cuando me alejo de ella. Porque ella me pone junto a aquel que yo siempre busco y que siempre se aleja; aquel que se llama Juan Emar. Sí, Lorenzo, ella me ha hecho ver los funerales de Onofre Borneo. Es huir, huir, dirigirme hacia la superficie.

LORENZO

Recuerda las palabras de Teodosia Huelén: "No depende del sitio en que te halles; depende de tu estado de ánimo".

Yo

Sí, es verdad. Volvamos a nosotros mismos. Reintegrémonos aquí en la Tierra. Empieza tú, Lorenzo. Poco a poco yo te seguiré. Háblame del fin que aquí te ha traído y háblame de tu estado de ánimo.

LORENZO

Mi estado de ánimo ha decaído mucho. Aunque, aunque... Es aquel dibujo que te hice cierta vez: una raya, una pequeña raya horizontal que luego se divide en varias otras rayas. ¿Lo recuerdas? Él iba a ser mi lema, mi manera de conducirme a cada momento: entregarme plenamente a cada una de las rayas, olvidando las restantes, ¡plenamente! Las demás no, y mil veces no... ¡no existirían! ¿Te das cuenta lo que ello representa, mi querido Onofre?

Yo

Por cierto; me doy cuenta: una sola raya; las demás... que no existan. Luego pasarías a otra; luego, a otra. Así harías tu vida.

LORENZO

Así la haría. Has dicho bien: "la haría...". Pero ello no es posible, al menos no es posible en mí; no, no; no es posible.

Yo

¿Por qué?

LORENZO

Escúchame, Onofre. En estas profundidades sé que puedo hablarte sin ser perturbado por oídos indiscretos; sí, lo sé. No, no es que tema a esos oídos indiscretos. Si ellos me oyeran prestarían apenas un poco, un poquísimo de interés a mis explicaciones sobre el dibujo. ¿No hay acaso un ciento de cosas más interesantes de qué ocuparse? ¡Por cierto, las hay! ¡Ah! Los veo a quienes me estaban escuchando. ¡Fuera, fuera! Necesito de las profundidades de la Tierra para hablar de ello.

Yo

En esas profundidades estamos. Hay silencio y hay soledad. ¡Habla, habla! El ruido de la superficie no alcanza a llegar hasta aquí. Ese ruido no logra perforar las capas que de él nos separan. Y el ruido de abajo, del centro, no alcanza a subir. Así es que... ¡habla, habla!

LORENZO

Las dificultades están siempre en aquello que creíamos fácil. Se nos olvida un detalle, un pequeñito detalle, y en él, en este pequeñito detalle, estaba oculta la dificultad.

Mi dibujo es sencillo: una raya que se bifurca en varias otras rayas. Tú lo miras y ves estas bifurcaciones. ¿Qué puede haber de más sencillo que dirigirse primero a una de ellas, luego a otra, luego a una tercera y así continuar?

No es así, Onofre. Esta división está en nuestra mente y nada más que en nuestra

mente. En la realidad todas esas rayitas, todas sin excepción, no son sino una sola. Una sola que predomina. Es con ella con la que tenemos que actuar.

¡A ella! —gritas tú. Y, al echarle mano, ves que son muchas, muchísimas. ¿Qué puedes, entonces, hacer?

Ir a una; luego irás a otra; luego, a otra...

¿Tengo que contarte todo el proceso una vez más?

Al final me aburro, me desespero, Onofre. Echo todo de lado, no quiero ni verlo nuevamente. Entonces algo —¿o será alguien?— me susurra bajo, muy bajo, tan bajo que su susurro llena el ámbito por todos sus lados. Yo oigo atónito esta voz.

Yo

¿Qué te dice esta voz? ¿La oyes únicamente? ¿No la ves? Porque las voces se ven, Lorenzo. Cada voz tiene una forma que avanza, que se inclina ante ti, que alarga su mano y te dice con aire melifluo:

—Un servidor más.

LORENZO

Y tú lo sirves con toda cortesía.

Yo

Yhuye Tadeo Lagarto; y vuelve Tadeo Lagarto; y vuelve a huir; y te atisba desde lejos; para volver a tu lado; pero ha vuelto para irse otra vez más...

¡Conozco todo eso, mi querido Lorenzo, lo conozco!

Palemón de Costamota y Tadeo Lagarto son nuestros más fieles compañeros...

LORENZO

La fidelidad es nuestra peor servidora.

Onofre, quisiera ser el hombre infiel por excelencia. ¡Ser siempre infiel y cien veces infiel! ¡Mofarme de todo acto que trajera, adosado a su grupa, la fidelidad como normal! ¡Mofarme, sí, burlarme de él! Entonces marcharía como un rey sobre este mundo.

Yo

Mófate de Benilde Panilonco. Ahí tienes para empezar tu nueva manera de ser. Pero tú no te mofas de ella, no, jamás te has mofado de ella. Ella ha puesto un atajo a tus ansias de burlas. Tú te inclinas ante ella como nosotros todos nos inclinamos ante la figura de Palemón de Costamota.

LORENZO

¿Lo crees tú? ¿Y Berguibenda? ¿Y la chica del hotel del Llaima? ¿Y Jenara Linares? ¿Y Vivencia Pocuro? ¿Y, por encima de todas ellas, Lumba Corintia? Esas mujeres son una gran escolta que marcha al lado de su recuerdo idolatrado.

Yo

Por ese recuerdo deberías apegarte a una raya, a una rayita, por mísera que fuera, del dibujo que has hecho. Y entonces la vida te cambiaría, Lorenzo, te cambiaría...

LORENZO

Me cambiaría... Si no me veo obligado a llegar a una estación de ferrocarriles y ver a una muchacha que sube a su carruaje y, al subir, muestra sus piernas tan admirablemente modeladas. Entonces todas ellas se esfuman, todas las mujeres que hasta hoy día he visto. ¡Sus piernas, sus piernas!

Han desaparecido; se las ha llevado un cochecito; van ahora por caminos desconocidos; no las veré más...

¿Qué hacer ante esta soledad?

¡Se han terminado las mujeres! ¡Y yo estoy solo, solo...!

¡No! ¡Mil veces no! Allí se aproxima otra mujer; sonrío al mirarme; baja la vista; vuelve a alzarla; otra sonrisa... Y se aleja suavemente, suavemente, para que yo tenga tiempo de aproximarme a ella y hablarle de..., de... ¿De qué se le habla a una mujer que te ha sacado de tu mundo para sumergirte en el mundo de todos nosotros, en el mundo con que siempre soñamos?

¡Oh, nuestra labia es infinita, infinita!

Ve cómo se afanan y se mortifican y se atormentan los hombres de letras... ¿Para qué? Para hablar, una vez más, de que un día, al pasar por una calle... o al entrar en una casa... o al tomar un tren... o al bajarse de un tranvía... o al... ¡Bueno! ¡Tú me has entendido debidamente!

El hombre de letras se ha mortificado para explicarnos, ¡una vez más!, que la vio, que sus ojos se pegaron en ella, que no los pudo desprender, que... ¡Bueno! ¡Tú, otra vez, me has entendido debidamente!

El caso es: ¡se ha hecho otro poema más! O, allá, en una cama solitaria y vacía, un hombre ha soñado con... ¡Basta, basta! Tú me has entendido perfectamente.

Porque también lo has vivido, también la has visto y la has seguido y le has hablado de cosas que a ella jamás le han interesado... Ni a ti tampoco, mi buen Onofre, cuando las hacías sonar en un vacío absoluto... ¿absoluto...? ¡No! En un vacío lleno, repleto, sin un sitio más donde poder colocar nada... Pues en este vacío estaba ¡ella! ¡ELLA! Y tú has hablado, hablado; ella ha oído, oído... ¡Oh, qué cosa linda! ¿Verdad?

Los escritores del mundo entero atisban, ven, se frotan las manos y escriben poemas, o un cuento, o una novela más de amor, de eterno amor...

Así veo hoy, así me suena este mundo hoy día.

Yo

Ahora que has venido a las profundidades... ¿No has preguntado nada a..., a... Jateña?

¡Entiéndeme, Lorenzo, entiéndeme por favor! No te pregunto si te has puesto frente a ella y has expuesto tu caso como si se tratara de una enfermedad orgánica; no te pregunto si has pedido un remedio para esa enfermedad. Sé, igualmente bien que tú, que el remedio está dentro de ti. Pero cambiar ideas...

LORENZO

Jateña me vio. Jateña me había visto siempre. Jateña no se ha separado jamás de mí. Quise hablarle de letras, de literatura, de obras por hacer. Entonces hablé al vacío, al verdadero vacío, a ese que se ignora allá en la superficie... Ella sonrió; creo, sonrió. O tal vez yo la vi sonreír porque me di cuenta de que ya la respuesta estaba fabricada por mí mismo de mucho tiempo atrás. Comprendí que era hablar conmigo mismo.

Callé.

Y entonces sonó el ulular del viento y todo entró en reposo.

Me recogí.

El ulular cesó. Y Jateña se marchó.

Yo ahí me quedé, me quedé no sé por qué. Sabía que no tenía que moverme. Esperé. Esperé que apareciera ANAM. ¿Lo recuerdas? ¡Anam! El que iba a ser mi ángel y amigo. Lo esperé. Pero él no apareció, no. Apareció otro personaje. Luego apareció un segundo personaje. Ellos tomaron mi atención y me la arrancaron. Yo quise retenerla. Tuve que hacer inauditos esfuerzos. Pero, al fin, lo conseguí, sí, lo conseguí.

Yo
¿Quiénes eran esos personajes que aparecieron a tu llamado? Dímelo, ¿quién?

LORENZO
El Parlamento A... Luego, el Parlamento B...

Yo
¡Cómo! ¡Aquellos que aparecieron en esa vieja pieza de teatro! Pero... ¡cómo!
¿Viven, acaso? No, no logro ver claro... Los Parlamentos... A y B...

LORENZO
Pasaron sin pronunciar palabra. Se alejaron. Luego apareció otro personaje más.

Yo
¿Quién, quién...?

LORENZO
¡¡El Tercer Personaje!!
Un silencio.

Nos echamos en nuestros asientos. Creo que pensábamos en igual cosa. Era ya la hora del crepúsculo. Por la plazoleta Fray Tomate la gente iba y venía. Pasaban algunos carruajes. Luego me levanté y me asomé al balcón. ¡Se está bien ahí en los departamentos de Fray Tomate! Volvía a ver las cosas que me son habituales. La casa de mi amigo Lorenzo es como la mía propia: todo lo reconocía, todo.

Sonó el timbre. Lorenzo abrió la puerta. Y ella, Benilde Panilonco, entró.

Venía graciosa, alegre, chispeante. Nos saludó a ambos con grandes muestras de simpatía. Lorenzo, al verla, se excitó. Lo vi claramente, no sé en qué, pero lo vi. Creí oportuno retirarme e irme a mi departamento; tenía, por lo demás, muchas cosas en qué meditar: la Tierra, sus honduras, Colomba, Teodosia, Palemón, los enanos, lo hablado con mi amigo, y qué sé yo. Pero Lorenzo me lo impidió:

-¡No! ¡No te marches! -me pidió.

Volví a caer al sillón en que estaba. Benilde me sirvió una copa, luego sirvió a Lorenzo, luego se sirvió a sí misma.

¡Es, sin duda, una gran mujer esta Benilde! ¡Qué cuerpo y qué donaire tiene en sus modos! ¡Es maravillosa!

Hablamos tonterías. ¿Para qué hablar de otras cosas estando en presencia de una mujer así?

Volvió a sonar el timbre. Lorenzo se levantó y abrió. Marul Carampangue entró...

Las tonterías que hablamos subieron de tono. Subieron, subieron. Éramos cuatro los que las espetábamos a diestra y siniestra, para arriba, para abajo. Y cada tontería que lanzábamos la regábamos con una copa.

Las profundidades de la Tierra empezaron a borrarse. Se iban, se iban. Con ellas llevaban tantas, tantas cosas que hace algunos minutos nos habían apasionado.

-¿Otro trago? -preguntó Benilde a Marul.

-Sí, dame otro -respondió.

-¿Y tú, Onofre?

-Por cierto.

-Yo también -proclamó Lorenzo.

Al cabo de un rato preguntó nuevamente Benilde:

-¿Otro trago?

Y, uno tras otro, respondimos:

-Por cierto, otro trago.

Al cabo de otro rato más volvió a preguntar Benilde, sonriendo:

-¿Otro trago?

Y los tres, al unísono, respondimos:

-Por cierto, otro trago.

Pero esta vez la cosa cambió pues fue ella, ella mi Marul, la que nos interrogó con su voz suave, lejana, como un murmullo, como aquel ulular de los aires invisibles, como aquello que allá en el fondo de la Tierra, gime, clama y se lamenta por nuestra desdichada suerte:

-¿Otro trago?

Y nosotros, llorosos, desgarrados, destrozados, más en el otro mundo que en este mundo, en voz callada respondimos:

-Por cierto, otro trago.

Y, una vez que lo hubimos bebido, me alcé, sí, me erguí como una inmensa pirámide que se alza en paz allá en los desiertos de arena... Pero ¿pueden los desiertos ser de otra cosa que de arena...? Hay que beber para llegar a saberlo... No sé si alzado o erguido o erigido o ¿amotinado? Es lo que explica el diccionario de sinónimos que tiene mi gran, mi excelso amigo Lorenzo Angol... Hay que beber para llegar a saberlo:

-¿Otro trago?

Como una muy, muy, muy... ¿lejana? No. Ya he empleado esa palabra; no se puede. El diccionario dice: "LEJANO - Apartado, distante, retirado, remoto, longinquo".

¿Longinquo...? No conocía esta palabra. Pero ellos contestaron:

-Por cierto, otro trago.

Algo proclamó:

-Ya es hora.

Algo volvió a proclamar:

-Ya es hora.

Me acosté en casa de Lorenzo. Desperté en mi casa, en mi cama, bien tapado.

Mi ropa estaba en orden. El silencio reinaba a mi alrededor, el absoluto silencio.

Una aspirina es la mejor en estos casos, lo mejor cuando el silencio crece, crece, crece...

Me vestí de prisa, rápidamente, ¡prisa, prisa! Algo era lo que me esperaba. Así es que: ¡prisa, prisa!

Cuando estuve acicalado y listo para partir, me pregunté:

—¿Para qué me he dado tanta prisa en vestirme y tanto me he preocupado en acicalarme?

Nada ni nadie contestó a mi pregunta. Así es que bajé por las escaleras con lentitud. Silbaba, mientras descendía, ese aire de mi infancia, ese aire que tanto, tanto me ha acompañado siempre:

Quando salí de La Habana, ¡válgame Dios!
Nadie me ha visto salir si no fui yo...

Y ya en la puerta, frente a la plazoleta Fray Tomate, en esa puerta desierta pues no pasaba nadie, ni un hombre, ni una mujer, ni un auto, ni un perro, silbé muy bajo, bajito, para no ser oído por la ausencia de ese hombre, de esa mujer, de ese auto y de ese perro:

Si a tu ventana llega una paloma
Trátala con cariño que es mi persona:
Cuéntale tus amores, bien de mi vida,
Corónala de flores que es cosa mía...

Los aires de esta canción me empujaron. Caminé. ¿Hasta cuándo voy a caminar y caminar? Coronado de flores caminé. Y buscaba por todos lados ¡una paloma! No había palomas en mi ciudad, en esa bella ciudad de San Agustín de Tango.

¡Sí, sí! Había una paloma, había dos palomas, tres, cuatro, muchas palomas. Revoloteaban por encima del Puente que yo atravesé, el Puente de los Concilios Ecuménicos. Allí quedaron.

Seguí por el Paseo del Corderito Pascual. Entré por la calle de la Penitencia. Contemplé la Taberna de los Descalzos. Estaba llena, pletórica de gente. Seguí. Y me encontré bajo los enormes, los inmensos castaños de la Plaza Dominus Vobiscum.

¡Era otra cosa! ¡Era otro ambiente el que se desprendía ahí de esos castaños, un ambiente que producía el silencio en torno suyo! La gente no caminaba por su sombra, se deslizaba. Los autos pasaban veloces y sin hacer ruido alguno. En cada banco había una pareja de vejetes que conversaban sobre las terribles, las tan espantosas enfermedades que nos aquejan. Los niños los escuchaban y luego, después de palpase el cuerpo, seguían jugando. Pero no hacían tampoco ruido alguno, ni el menor ruido. Schchcht. Era un juego mudo aunque ellos gritaban a pulmones llenos. Creo que un pedazo del fondo de la Tierra se había alzado y se había aposentado ahí en la plaza. Sí, no podía ser otra cosa. Prueba de ello: Ahí estaba el Portal Colonial; sobre él estaba clausurada la que fue casa del recordado amigo Florencio Naltagua.

Una figura se levantaba frente a ella. Era una gran, una inmensa figura muda e inmóvil. Un dedo sobre los labios. Era el silencio absoluto. Ahora comprendía a esos autos que pasaban sin hacer ruido, a esa gente que se deslizaba, a esos vejetes que murmuraban sobre sus enfermedades.

Me quedé callado ante la estatua... ¿sería una estatua?... y comprendí... ¿qué comprendí?... Sigamos caminando; es mejor seguir nuestra marcha y perderse entre las calles. Pero estas calles las conozco todas: la calle Riega por Nosotros los Pecadores; paralela a ella, la calle de las Mitras; más allá, la calle del Escapulario seguida de la calle del Sotacura... Eso es: ambas van a la Plaza de la Casulla. En medio de ella, como aquella imagen —no puedo llamarla “estatua”— que acabo de ver frente a la casa de Florencio, se alza el monumento, el orgullo de esta ciudad, el monumento al hemíono. Iré a rendirle culto, un culto severo,

sin un alarde de más ni de menos. Entonces, en el Ayuntamiento, se votará un voto... ¿Se votan los votos?... Entonces será aplaudido en el Ayuntamiento. Y los diarios todos, todos, sin excepción, a grandes títulos, en muchas columnas, en gritos de los vendedores de periódicos, en gritos que hacen eco con todos los gritos posibles de una ciudad como ésta, ciudad situada en la República de Chile, sobre el río Santa Bárbara...

Caminemos.

Mas no llegué hasta la Plaza de la Casulla. En la esquina de la calle de la Penitencia y la calle de las Mitras... Siempre ha de ser en una esquina... ¿por qué?... El caso es que encontré a Desiderio Longotoma.

¡Un día nuevo se inició con este encuentro! ¡Un día nuevo que borraba mis estadías en el centro de la Tierra! Tú, sí, tú, Colomba, te retiraste; desapareciste. Te llevaste todo cuanto allá te rodeaba, desde el centro mismo hasta esta superficie.

Los vi claramente cómo se retiraban. O cómo yo me retiraba de ellos. En un décimo de segundo desfilaron y se alejaron aquellos minúsculos enanitos. ¡Oh, cómo vociferaban de alegría! Con razón. Al nivel de ellos iba el hombre Martín Quilpué... Iba también Lorenzo Angol... Iba, además —¡qué cosa rara!—, Teodoro, mi buen amigo Teodoro Yumbel. Iba del brazo con Albania Codahue. Y, naturalmente, cantaban junto a los otros. Cantaban todos a voz en cuello: *El Bolero*, de Maurice Ravel. Maurice Ravel venía un poco más atrás y, parece, que se complacía al oír su música. La dirigía con su sonrisa, una sonrisa inmóvil, muda, hierática como es hierática, muda e inmóvil la efígie de la casa de Florencio.

Florencio... Pasó a su vez. Pasó y volvió. Pasó nuevamente y se perdía. Cuando se perdía pasaba Teodosia Huelén, ¡mi linda, mi adorada Teodosia Huelén!

Palemón de Costamota chirreaba, chirreaba, hacía mal a los oídos pues los taladraba. Busqué refugio hundiéndome. Así llegué al centro mismo de la Tierra. Y te vi, te adoré:

¡Colomba! ¡Colomba!

Co-lom-ba... —murmuré apenas.

—¡Eso es en las nubes! —exclamó Longotoma.

—No —le dije con seriedad—. Es en el fondo de la Tierra.

—Que es —agregó Longotoma— el sitio donde yo quisiera ir de inmediato y no salir más a la costra de la Tierra.

—¡Usted...! —interrogué estupefacto—. ¿Cómo es posible, mi querido amigo? No lo veo a usted en el fondo de la Tierra, sobre todo teniendo a su disposición una ciudad como es ésta, una ciudad tan hermosa.

—Que dentro de poco será la más horrible de todas, todas las ciudades del orbe —me aseguró con énfasis.

—¿Por qué?

Desiderio Longotoma se explicó. Fue una larga explicación. Mientras tanto pasaban a nuestro lado los edificios, las plazas, las bocacalles y la gente que caminaba presurosa para no ir a ninguna parte. Pasó un bar. Longotoma lo miró de soslayo y continuó con su perorata. Yo le insinué:

—Ese es el bar Tolillo.

—¡Justamente, amigo, el bar Tolillo desaparecerá. Como aquel otro, el bar Bechera. ¿No ve usted que ambos bares quedan en una misma línea? Es decir, es decir... quedan en una misma línea si usted traza una línea que los una, ¿me comprende?

—Entonces puede desaparecer todo, todo, si no se trata más de imaginar líneas que... Se detuvo y se puso serio. Yo jamás había visto a Desiderio con semejante seriedad. Me

detuve, a mi vez, guardando cierta distancia con él por lo que pudiera ocurrir. Pero él, sonriente, se puso a explicarme:

—Pueden transformar la ciudad, transformarla, amigo mío; que si la hubieran hecho como ellos piensan hacerla ahora, pues tendríamos un trabajo para hacerla tal como está... ¿Es posible?

—Increíble —murmuré no muy convencido.

Pero vino la explicación de Longotoma. Hela aquí.

Todos, todos los propietarios, los jefes, los patrones, los guías, los conductores, los cabecillas... ¡Oh, qué de nombres no me dio y todos ellos envueltos en una ira sorda! Todos ellos piensan, lo primero que piensan, antes de cualquier otra cosa, antes de sentarse a la mesa y engullir... Estuve a punto, pero me retuve, de preguntarle si comprendía también un par de huevos a la copa o una ensalada de dihueñes, como esas que tanto ama Jabalí Batuco...; todos ellos piensan en cambiar de ubicación esto y aquello... Aquello está muy bien, perfectamente, nunca ha molestado a nadie y cumple su cometido como debe cumplirse. Pues no, señor, no y no y mil veces no. Aquello no está bien, no lo está. Prueba de ello es que sería mejor ponerlo más allá y luego poner en el sitio que ahora ocupa... ¡Y las calles, las calles y avenidas y plazas...! ¡Y los malecones y los jardines...! Y los... En fin, todo está mal, pésimamente mal y hay que cambiarlo y cambiarlo. Porque entonces se abriría una gran avenida, ¿me entiende usted?, una inmensa avenida de cuatro pisos: uno para los peatones, otro para las motos, otro para los autos, otro para..., en fin, para algo que ya descubrirán ellos, sí, que ya descubrirán...

Y, al fin, Desiderio Longotoma me explicó, con mucha claridad, su idea: los dirigentes ven al revés, no hay más; los grandes hombres han hecho cosas grandes porque tienen grandes ideas, es decir, tienen grandes ideas y por eso son grandes; y esta enorme grandiosidad se ha sintetizado en una obra, es decir, en un cambio de las cosas; por eso es necesario acercarse a la idea y ellos creen que, la manera de acercarse, es, es...

—Le he comprendido a usted perfectamente, Desiderio.

—Entonces podríamos...

—¿Un par de huevitos a la copa...?

—Los acabo de comer. Estaban riquísimos. Piden un bajativo, un gran bajativo, tomado en un bar, en un gran bar.

—En el bar Juleta, por ejemplo; se acaba de inaugurar y, en él, sirven a las mil maravillas.

—Bien, vamos al bar Juleta.

Y allá fuimos.

¡Qué maravilla de bar! Era, en verdad, algo único: las mesas, las sillas, el piso, el techo sobre el piso y sobre las mesas y sobre las sillas y sobre los camareros que iban y venían llevando miles de tragos en grandes bandejas, tragos que eran consumidos por miles de clientes que charlaban de miles de temas varios para retirarse algunos y dejar el paso a otros que entraban, que se sentaban y pedían un trago y dos tragos y tres tragos y...

Desiderio Longotoma está bien aquí en un bar. Es tal vez la receta que hay que seguir: un par de huevos a la copa; un bar; otro par de huevos; otro bar; otro par de huevos; otro bar... Y, de cuando en cuando, la Tomasa. No se puede vivir sin una bella Tomasa junto a uno, una Tomasa que haga "tomasines"; me refiero, por cierto, a tomasines para comer, no a hijos de la Tomasa. Es una mujer callada, nadie conoce su voz fuera de los "sí" y de los "no". La Tomasa no tiene complejos.

-Me hace usted reír, amigo Borneo, con esta cuestión de los complejos. ¿Quién no tiene ahora una cantidad de complejos? Hay que tenerlos, amigo, hay que tenerlos si quiere usted figurar entre los grandes de este mundo. Me imagino un grande de este mundo sin un solo complejo... Sería tomado y llevado al circo como la exhibición máxima; número final; ¡aplausos! Y se le acabarían las grandezas a ese sujeto.

-Y moriría de hambre el doctor Hualañé... No, no moriría de hambre porque es, el doctor Hualañé, un hombre que sabe mucho; como también sabe mucho el doctor Pitrufrquén. Moriría de hambre el doctor Evaristo Gultro.

-¡Por sus funerales! ¡Un trago, amigo Borneo!

-¡Un trago por el dormir eterno del doctor Gultro!

Desiderio Longotoma me contó, entonces, el caso de doña Nora de Bizerta y Ofqui, sí, sí, la mujer del capitán Angol, la eximia dibujante de las aventuras de don Pancho Calancho... ¡Una mujer encantadora! Que, encantadora y todo, cayó en manos de un señor, ¡oh, qué señor!, aficionado a los recovecos psicoanalíticos; y este señor era amigo de una dama que también era... En fin, todos eran creyentes acérrimos de esos recovecos. Mientras más profundos... ¡mejor! Doña Nora dibujaba... Doña Nora hacía siempre la figura de don Pancho Calancho... El capitán no protestaba... El capitán celebraba estos dibujos... ¡Mal, malo, malo! No hay más que un remedio para casos semejantes; el médico psicoanalítico; ¡no hay más! Y, entre estos médicos... ¿cuál, cuál...?

Conciliábulos secretos; luchas intestinas; enfriamiento de relaciones; guerra a muerte entre los opinantes... Al fin se decidieron por el doctor Pitrufrquén.

Un silencio. Ambos murmuramos:

-Caray...

Y Desiderio agregó:

-Caray y caray porque ha de saber usted que este doctor es uno de los facultativos...

¡Pero usted lo conoce mejor que nadie!

"Abre la puerta el doctor. Se precipita doña Nora. ¡Oh, qué conversaciones se entablaron apenas se juntaron estos dos grandes espíritus! Hablaron de don Pancho Calancho, de los fundos que ella frecuentaba, del capitán Angol, de todo un cuanto hay...

"Sí, mi amigo, la misma doña Nora me lo ha contado y el doctor Pitrufrquén también me lo ha contado. Total, amigo, que ella le suplicó en medio de las risas del doctor:

"-¡Por piedad, doctorcito lindo, por piedad se lo pido! Me va a dejar con mis complejos... ¿quiere? ¡Si los adoro! Tal vez es lo máspreciado que tengo en mi vida. Porque, gracias a ellos, veo a don Pancho Calancho pasarse en mudas cavilaciones y siempre serio, entre complejos y más complejos... Y los demás personajes, los demás... ¡Es una maravilla cómo atisban esta complejidad de complejos! Así es que nuevamente le suplico: ¡no me traiga a la conciencia los derroteros por los cuales transitan mis seres dibujados!

"El doctor Pitrufrquén rió de buenas ganas. Y ella rió también al unísono con el doctor. Ambos rieron a carcajadas. Y desde entonces son espléndidos amigos...

-¡Eso es, Desiderio! ¡Buenos amigos! Entonces debemos beber otro traguito más.

-Usted lo ha dicho, amigo Borneo, ¡otro traguito! y le diré que fuera de la cocina, con la Tomasa dentro, se entiende, fuera de ella, la cocina, no la Tomasa... Aunque, en verdad, la Tomasa también, sí, también. Porque la quiero muchísimo. Y, fíjese usted que ya tengo o voy a tener, la respetable edad de 67 añitos; sí, 67 que empezaron allá en Petorca y que terminarán en... Eso no lo sé, lo ignoro totalmente, como lo ignora usted y todo el mundo. Pero me han de quedar algunos años todavía para dedicarme a mis cosas preferidas: 1º)

los huevitos, que podré comer siempre pues mi salud está a la altura del doctor Pitrufluquén; 2º) la buena conversa, con usted, amigo mío; y con Jabalí Batuco que es un compañero de primera; 3º) un traguito de cuando en cuando pues, se lo diré, yo no bebo en casa, no, nunca bebo; 4º) andar por las calles, andar y andar... ¡Qué cosa más interesante! No por las calles mismas, no; por la gente con quien usted se encuentra; y por... 5º) las librerías, sobre todo una que hay aquí cerca, en la calle del Sumo Pontífice, aquí casi al lado, y donde venden una de libros policiales... ¡ah, ah, qué cosa, amigo mío! Usted no va a creerlo pero es verdad: la Tomasa los está empezando a leer. Es mi gran gusto, ¡las novelas policiales! Le recomiendo a usted a John Dickson Carr y a Nicholas Blake y a Wilkie Collins y a... ¡Eh, no es ésta una clase de alta literatura, una clase de la única literatura que puede ser leída! Y 6º) comer, a mi modo, no a modo de los restaurantes, a mi modo; y esto me lo ha enseñado Jabalí Batuco; comer ¡dihueñes! ¡Ah, que estaba contento el hombre al haberme hecho un adepto de los dihueñes! Yo, entonces, me ingenié y lo convidé a casa a comer. ¿Sabe qué le serví? ¡Apostaría que usted no los conoce! Le serví un gran plato de ¡gargales! Fue aquello una verdadera euforia, fue una bacanal. Y no es para menos: ¡gargales! ¿No lo sabía usted? El gargal es un hongo, sí, un hongo cualquiera que crece en la corteza de los robles. No necesita un cultivo especial ni nada por el estilo. Los arranca usted de esos troncos y los guisa, los guisa, amigo, echándoles... ¡El delirio, el delirio! Pienso en cuántos imbéciles hay en este mundo. Es increíble pero es la verdad...

—¿A qué se refiere usted, Desiderio?

—A esos imbéciles.

—Naturalmente, ya lo sé; lo que no quita que no entienda yo ni una palabra de lo que usted...

—Quiere decir que no los conoce usted en debida forma, no los conoce, no y no.

—Bien, no los he de conocer. Para eso estamos aquí con unos buenos traguitos frente a nosotros; usted, con una labia sin igual; yo, con un par de orejas que sólo piden ser llenadas por esa labia. ¿Qué más desea, amigo mío?

—Deseo que desaparezcan esos imbéciles. Beberé una copa más por su pronta desaparición.

—Y yo lo acompañaré a usted de modo que no puedan volver a aparecer una vez que hayan desaparecido.

—¡Salud, entonces!

—¡Salud! ¡Y muerte a los imbéciles!

—¿Muerte? ¡No, no, mi querido Borneo, no, no! ¿Qué haríamos en esta vida sin el concurso de la imbecilidad? Si ella no existiera, seríamos todos unos imbéciles, ¿comprende? Porque no y mil veces no, no tendríamos con quién compararnos.

—¡Arriba, entonces, la imbecilidad humana!

—Eso está mejor. ¡Arriba! ¡Qué bárbaros...! ¡No comer, ni siquiera probar, esos magníficos gargales...!

—Ni esos dihueñes... ¿Es posible?

—Ya se lo he dicho a usted: ello sirve para compararnos con nosotros, los amantes de dihueñes y gargales. Esta comparación traerá y otra y otra y así hasta el infinito, como decía mi profesor de matemáticas. Son los tontos satisfechos. ¡Sí, sí! ¡Aquí está la clave! ¡¡En la satisfacción!!

—Porque caiga sobre ellos la insatisfacción eterna, porque caiga y los consuma, pediré otro gin, ¿qué le parece, enorme y siempre conspicuo Longotoma?

-¡Admirable! Yo pediré un traguito de aguardiente para no cambiar. Pero volviendo a la satisfacción... yo estoy en la más perfecta plenitud de ella cuando..., cuando...

-Prefiero el gin al aguardiente.

-Pues yo prefiero un par de huevitos a la copa. En ellos radica la satisfacción plena, en ellos radica la copa de los huevitos, en ellos se balancea la Tomasa... No, se balancea en la copa; usted me ha comprendido, ¿no es cierto?, se balancea y se mece de babor a estribor y de estribor a babor... Cada vez que me trae un par de huevitos o una...; no se lo diga a nadie, a nadie; o una ensalada de gargales... o bien de dihueñes, me echo el primer bocado a la boca, pues por eso se llaman así, es decir, "bocados", porque van a la boca; me la echo y, alzando mis manos al cielo, exclamo: "¡Alabado sea el Altísimo que nos da tan buenas cosas!". Sí, señor; sí, grande y benemérito Borneo Onofre, es así y así: la pieza que prefiero, la que más amo en una casa, la que adoro con todo el corazón, esté en ella o no esté la Tomasa, esa pieza es... ¿Sabe usted cuál...?

-No lo sé pero lo adivino: ¡es la cocina!

-¡La cocina! ¡Usted lo ha dicho! Por la cocina: ¡otro trago, otro gin y otra aguardiente! Porque yo amo la cocina más que mi pequeño bar y más que todos los bares del mundo; la amo más que mi mesa de trabajo... Porque yo trabajo una enormidad, mi querido benemérito, una enormidad. Pero, la cocina, la amo más que mi cama aunque en ella esté la Tomasa, aunque ella me haya hecho una de sus visitas, de esas visitas... Óigame usted, óigame.

-No soy más que un inmenso oído, grande, descomunal, como nunca se ha visto nada semejante. Y este oído universal lo pongo incondicionalmente a las órdenes de usted, mi superbenemérito amigo Longotoma, don Desiderio.

-...que ha visto El Louvre...

-Por El Louvre y por los ojos que lo han visto: ¡salud!

-Un señor chileno, sí, chileno, que vivía en Buenos Aires; era casado con una argentina, millonaria, en moneda de allá, en moneda valiosísima. Como la que tenemos ahora aquí en Chile, como esos Escudos que se escriben así... ¿Tiene usted lápiz?

-En el fondo de mi bolsillo. O más que el fondo, mucho más, muchísimo más: en las cavernas bolsillescas de los...

-¡No me lo diga, no, no! Me doy cuenta donde se halla ese tan malogrado lápiz. El Escudo no será escrito. Lo que no quita que ese chileno era casado con una argentina y que vivía en la capital de la vecina república. Y en ella vivía en la gran avenida, la inmensa avenida Alvear, Alvear..., Alvear...

Yo repetí de inmediato:

-Alvear.

Entonces Longotoma agregó:

-San Martín y O'Higgins y Manuel Rodríguez.

Entonces yo agregué:

-Y el tirano Rosas.

-¡Mueran los tiranos! -gritó Longotoma.

-¡Mueran! -le respondí.

-Este chileno vivía, casado con una dama argentina, y en la avenida Alvear. ¡Oh, qué casa se gastaban ambos! Salones y más salones y nuevos salones y antesalas y nuevas antesalas... ¡Qué cosa formidable, amigo Borneo! Lo fui a ver cierto día y este gran chileno me la mostró, me mostró el palacio en que vivía con la dama argentina. Creí que aquello no

iba a concluir jamás pues venían otros salones y más y más salones y galerías y... En fin, venía cuanto usted puede o no puede imaginar. Yo caminaba callado, calladito, al lado del chileno que, como le digo, era casado con una conspicua dama argentina. Callado, calladito. Al fin llegamos a la puerta y me despedí. Entonces este señor, un chileno, sí, casado con una dama argentina multimillonaria, me miró y me volvió a mirar muy serio y me dijo: "No me ha dicho usted nada de mi casa, señor Longotoma". Me incliné y, a media voz, sí, a media voz, le respondí: "Señor, señor, yo... he visto El Louvre".

—¡Oh, oh, oh! ¡Magnífico! ¡Estupendo!

—Esto merece, mi cuento, el del señor chileno, el del casado con la dama argentina, merece otro trago. ¡Eh! ¡Camarero!

—¿Señor...?

—Traíganos un gin y una aguardiente.

—Bien, señor.

.....
—Traíganos un gin y una aguardiente.

.....
—Traíganos un gin y una aguardiente.

.....
—Traíganos... tráiganos... trái-ga-nos...

Romualdo Malvilla es un gran tipo...

Un gran tipo...

28

Caminaba... Yo caminaba... Tú caminabas... El caminaba... Todos caminábamos... Caminábamos por las calles nocturnas de esta bella ciudad, de San Agustín de los Tangos y retangos y contratangos... Todos esos tangos no son más que uno, el que ama bailar Lorenzo Angol... El amó bailar... Tú amaste... Yo, yo... Me es igual, completamente igual.

Camínemos. Las calles de esta ciudad son irreales, porque caminan en sentido inverso al de nuestros pasos. La prueba es que Malvilla, que Romualdo Malvilla se acerca cuando yo camino por estas calles que caminan en sentido inverso al de...

¡Eh, eh! Yo conozco todo esto; yo conozco estas calles y avenidas... aunque ahora no veo avenida alguna. Porque ellas han sido devoradas y trituradas por inmensas mandíbulas. Las mandíbulas no han dejado más que estas calles que caminan siempre en sentido inverso al de...

¡Alto! La calle de la Abadesa... Un poco más que yo camine y estaré en la puerta del cabaré San Lito. Ahí estará Malvilla. En la puerta. O la puerta estará en Malvilla... La puerta... sí. Sí y sí. Estará Malvilla con Ramiro Lampa, el gran Ramiro Lampa, el incommensurable Ramiro Lampa... Pero, ¿qué tiene de no y no y mil veces no mensurable? ¿Ramiro Lampa? ¡Eh, son recuerdos que me vienen de otros tiempos, de lejanos tiempos...! Cuando venía con Chispita. ¡Chispita! Era un tipo formidable y más que...

Julietta Pehuén... Ya no debe existir. A pesar de sus tacones altos, altísimos, como la torre Eiffel que yo tanto amaba, tanto, tanto... Subir... ¡No, nunca, jamás! ¿A pie, dice usted? No, no, en ascensor. En ascensor y con un gordo, un mofletudo a mi lado. ¡Dominaremos

lo que veamos, gordo mofletudo! Yyo, te lo prometo, yo alargaré mi visual a tal extremo que veré la calle..., la calle de... de... ¡la Ostia! Donde se encuentra el cabaré adonde yo voy donde se halla Malvilla adonde me espera... Donde y adonde y donde y adonde... ¡Es absurdo!

-¿Julieta?! ¡Oooooh...! ¿Eres tú?

No, no es Julieta ni Pehuén, ni nada. Es otra. Como aquélla no es Perpetua Mamoeiro... No lo es. Ellas han muerto o no han, no han muerto y viven felices en una casita chiquirritita con una enorme chimenea que aprovecha un gato... ¿Un gato? No, que aprovechan dos gatos, tres gatos, cuatro gatos, cinco... ¡Eh, basta, basta, basta ya! ¡Nadie aprovecha nada de nada!

-Lo has dicho, Onofrini, nadie aprovecha nada de nada.

-¡Oh! ¡Malvilla, Malvillevsky, Malvi..., Malvi...!

-Estás en perfecto estado de ebriedad, Onofrov.

-Gracias a este... este... este estado... he podido...

-Te haría bien un poco, ¿comprendes? un poco de...

-Sí, dame, dame, por favor. El gin ha tomado otro, otro, un muy otro rumbo que el que... que el que...

Malvilla no me dio coca. Malvilla me tomó de un brazo y, llevándome con él, caminó hacia su casa, caminó hasta el N° 38 de la calle de la Parroquia. Caminó en silencio. Era inútil; no logré sacarle ni una palabra, ni una sola palabra. Claro está que me ayudó en mi marcha. ¡Ayuda impagable! Pues el suelo se movía hacia allá y hacia acá. Pero yo caminaba con valor, ¡con gran valor! Iba hacia la morada de... ¡Oh, la morada de...!

No tenía por qué callarlo. Lo grité;

-¡La morada de la Última Vidente!

-Calla, calla -me respondió Malvilla.

Callé, callamos, calláis, callando, ca... ¡Al diablo con ese verbo! Caminamos otro poco. Él se detuvo, sí, él; no, yo; yo no me detuve. Pero, al verlo detenido a él, me detuve también.

Ambos detenidos en medio del silencio profundo de una calle, de una inmensa calle grande como el centro de la Tierra... Es decir, como el centro más que todo, todo... Quiero decir que es mayor que todo lo que rodea a ese centro, ese centro... sin, sin Colomba. Porque ella es...

-Tú querías coca, ¿no es cierto?

-Sí, dame un poco, un poquitito, nada más. Porque el gin ha tomado otro rumbo que el rumbo que yo, que yo... Sí, Malvillones, dame un poco de coca.

Me respondió:

-¡No!

Y pasaron las calles nuevamente bajo nuestros pies. Pero, a casa de Malvilla, no llegá-bamos, no, no y no. Sin embargo, ¡ya lo creo!, estábamos cerca de la calle de la Ostia. Porque ésa que está ahí es la calle..., es la calle..., es la calle...

¡Eh! ¡Basta, basta!

¡La calle de la Parroquia es la que necesito yo!

-Verás algo superior en mi casa -me murmuró Malvilla.

-Veré a la Última Vidente con coca -le respondí.

-Entremos.

-Subamos.

Y entramos y subimos.

Entramos y subimos.

Entramos y subimos.

Empieza aquí otro capítulo.

Tendidos ambos sobre las tablas de un diván.

Al centro, bajo vidrio, una llamita.

Malvilla es hábil para torcer. Yo tengo en mis manos una pipa, grande; Malvilla tiene entre las suyas otra pipa grande.

Y empezó otro capítulo.

No. Vivió el capítulo eterno.

Eterno.

Calma. Que el mundo se agite fuera; que el mundo haga lo que él quiera hacer. Aquí, calma.

Pero estoy escribiendo, estoy contando lo que pasó aquella noche o, mejor sería decir, lo que pasó durante aquellas noches y días y más noches y más días. Veamos, pues he de contarlo:

Estábamos en casa de Romualdo Malvilla. Estábamos nosotros dos más Rosen-
do Paine. Estuvo, un momento, Nicole Chaumont; luego partió pero, creo, regresó. Estuvo, además... Bueno, estuvieron muchas, muchísimas.

Calma; eterna calma.

El opio es. Hay que crear calma. Y el opio es. O el opio crea la calma. Crear..., crear... Estamos envueltos en la calma, somos esa calma. El opio nos acerca a ella, nos hace uno, nada más que uno, con ella.

Desiderio Longotoma es un tipo; Desiderio Longotoma es un gran tipo. Porque Desiderio Longotoma no bebe, Desiderio Longotoma jamás bebe. La gente bebe para salir un poco, un poquitito de este mundo. El mundo es uno solo, único.

Un punto. En ese punto está Desiderio Longotoma. Y el punto se desata, se desparra-
ma por mil vías diferentes. Cada ser conoce una vía y la llama Desiderio Longotoma.

Yo ahora veo aquel punto. Soy amigo de aquel punto. Nuestros puntos se unen y
somos amigos.

A veces prima el alcohol.

Hay otra lógica de sucesión.

Ella se asienta sobre la nuestra. Porque la nuestra no es más que un aspecto diminuto
de la lógica de sucesión.

En esta lógica, en la nuestra, hay que tener orden, hay que tener mucho orden, de
modo que nada choque contra nada y así se quede en el llamado orden que no hay que
romper.

Sólo esta calma muestra el orden absoluto.

En este orden pierden importancia todas las cosas que antes la tenían. Ellas se aferran
por vivir, por quedar con nosotros. Nosotros, antes de fumar, nos asustamos y les damos
entrada.

¿Qué importancia tiene la gente que está aquí?

Su importancia está en el interior de ellas mismas. Está en el mundo que nos envuelve.

Hay que avanzar hasta este mundo. Hay que avanzar como tantos ya han avanzado. Y
no hay que retroceder como tantos ya han retrocedido.

Tiene la importancia de "la lógica de sucesión".

Teodosia Huelén habló sobre ella. Porque Teodosia Huelén es una persona que sabe.

¿Saber?

Ella ya se ha zafado de lo que la sostenía amarrada aquí. Hace ya de esto muchísimo tiempo. Cuando vivía en la calle del Oratorio. La calle del Oratorio donde siempre vive. Porque vivir en un sitio u otro sitio es sólo una manera de poder entendernos cuando hablamos.

Porque la gente gusta hablar y hablar.

Sin hablar, "Teodosia, ¡ven!". Y estemos en el sitio. Estemos en el sitio que no existe en lo que llamamos mundo.

Es lo que hace el opio: vencer estos obstáculos que triturar el mundo para que nosotros veamos de él sólo sus partes ya mil veces trituradas. Y caigamos luego en meditación como caen los grandes sabios que pasan su vida en meditación.

He enumerado a los que estábamos aquí. A los que están. A los que estarán. Porque ésta es otra manera de triturar lo que es. Una manera de hacer mil donde sólo hay uno. Cierto es que llegar a ese uno es cosa...

Es cosa... Con la droga no hay cosas que sean. Pues al ser cosas que son pasan a ser cosas del todo. Pues el todo es uno solo. Con nosotros dentro. Nosotros que miramos el mundo separado que allá se agita y se pelea.

Teodosia llama a esto: "el público".

El mundo sigue. O el mundo jamás ha seguido ni seguirá a parte alguna. Porque el mundo es, es.

Nosotros vemos mal, vemos al revés.

Sin opio. Con opio vemos bien.

Y vendría la paz.

Tendríamos otras preocupaciones, tendríamos otra finalidad. Otra finalidad que nos llevaría tan lejos que nadie necesitaría moverse ni un paso.

Es difícil explicarse. Y yo necesito explicarme. ¿Para qué necesito explicarme? Porque estoy rodeado de aprendices, estoy rodeado de gente que vive en la trituración. Gente que teme la unidad.

La unidad... La unidad es, es.

A ella ha querido llevarme Colomba. Reconozco tu voz. Ahora, sólo ahora la comprendo. ¡Colomba!

Te comprendo, Rosendo. Ahora comprendo cuanto has escrito y te veo vivir. Con Nicole. Una mujer que ya pasó la trituración a que estamos todos sometidos.

ROSENDO

Comprenderás mucho más. Deja que ella venga, que ella, la comprensión, llegue a ti. No te muevas, no hagas ruido, vive en sosiego.

Dame otra pipa. Mira el humo que se expande.

MALVILLA

Con un sonar de trompetas. De trompetas que suenan en el silencio absoluto. Otra pipa. Es el modo que tengo de alejarme del alcohol. Como ahora.

ROSENDO

El alcohol nos lleva a unirnos, a vivir en esa quimera de la unión. Nos lleva a hacernos la ilusión de que no somos más que uno. Luego se ve, se despierta.

Ríe, entonces, Palemón de Costamota. Palemón ríe y te regaña. El mundo está lleno de esos hombres que ríen y regañan. Yo me he corrido un poco y esos hombres ya no son de mí mismo. Ya viven su vida, la viven fuera, la viven en su propia atmósfera.

Yo

Lorenzo, ¿ha fumado?

UNA VOZ

(No sé de quién sería. ¿Quién habló en aquel instante?).

Lorenzo cree en la trituration. Por eso y nada más que por eso, Lorenzo trabaja. Tú lo has dicho: es el público que está tras él.

Yo he querido siempre zafarme de las obligaciones. Sabía que estas obligaciones me eran impuestas.

No eran el reflejo de un grito puro.

Porque existe un grito puro. Él llena los ámbitos. Y quien en silencio sepa acercarse a él, lo oír.

Si ha logrado abandonar este mundo antes de chupar en la primera pipa.

Es que amo la vida. Soy dichoso. La dicha es, es. Pero ella es turbada por la trituration que rueda.

Que rueda, que rueda...

Palemón de Costamota ríe; Tadeo Lagarto ríe. Y con ellos y siempre ríen los Magos Negros, los frailes y los médicos. El gran pecado de las almas; el gran pecado de los cuerpos.

¿Cómo he pensado, cómo me he preocupado de Palemón y de Tadeo?

Dejémoslos que rueden, que rueden.

Que rueden, que rueden.

Es su destino: rodar. Pero al decir esto hay una especie de desprecio hacia aquellos que ruedan y ruedan.

No hay que despreciar a nadie. Hay amor en torno nuestro.

...Y andando íbamos soñando...

Esta frase me ha sonado, ha venido hasta mí. La frase que yo escribí hace tiempo, cuando vivía sometido al pasar del tiempo. Esta frase tocó mi pluma y yo la escribí. Yo hablaba de cosas muy diferentes, yo trituration la tierra con un rancho e iba con dos amigos.

...Y andando íbamos soñando...

Nuestra marcha tuvo mayor importancia; la tierra y el rancho y los dos amigos.

Sin embargo andaba. Andaba. O tal vez dejaba que la Tierra girara bajo mis pies.

Esta es una frase literaria: la Tierra girando bajo nuestros pies. O no lo es. Es como debiera decirse. Puesto que yo soñaba.

Dame otra pipa.

Tras ella me ocultaré. Delimitaré mi universo: esas ventanas serán su límite. Fuera de ese límite... que la gente "andando" no vaya "soñando".

Dentro estamos el opio y nosotros.

Dentro es la inmensidad. La inmensidad: de espacio y también de tiempo. Ha terminado el tiempo.

Es el retrato de mi abuela, la madre de mi padre. Yo la consideraba siempre ya fundida en otro mundo, en otro, en otro. Ahora está junto a mí. Y conversamos sin pronunciar palabra.

Alguien dirá:

—Ustedes no hablan puesto que no pronuncian palabra.

Es la ventaja de esta droga:

Hablar sin pronunciar palabra.

Ahora podrían romper las ventanas y penetrar; penetrar todos ellos. Sentarse aquí y hacer ruido.

Una sonrisa mía pasaría más allá de su ruido. Sobre una sonrisa cabalgaría. Y: "andando iría soñando".

La literatura se viste de gala. ¡Qué lindo es esto: una mujer vestida de gala!

La literatura es una mujer. Avanza de gala. Todo su cuerpo es de gala. Por eso los hombres hacen una reverencia ante su paso. Y hácenla a su acompañante que marcha envanecido a su lado. Palemón de Costamota es su acompañante. Pero el opio te ha vencido. Ahora podrás marchar y marchar siempre y siempre estarás en el vacío.

El vacío que no existe. Existe la trituración y nada más.

Palemón de Costamota es el gran triturador de las ventanas para fuera...

Ahora pueden triturarse de las ventanas para fuera.

Calma. Paz.

El mundo sigue como seguía ayer; como seguirá mañana; como siempre ha seguido. Porque el mundo no se mueve. Oigo, sé... ¿Lo oigo? ¿Lo sé? Faltan verbos para triturar las cosas que hay que desenvolver en el tiempo.

¡Aaah! No hay que triturarlas. Lo establecido...

Estoy fuera de lo establecido.

Camino. ¿Para qué caminar?

Hay una lógica absoluta en lo que estoy diciendo. Como hay una lógica absoluta frente al muro final del cementerio. Saltar ese muro. Ya, del otro lado, robarse los ataúdes. Robárselos uno a uno.

Entonces veríamos la forma del marco del espejo.

Vuelvo a insistir: hay una lógica absoluta en lo que estoy diciendo. He de llevar todo lo que estoy diciendo a la lógica absoluta. Porque estoy escribiendo. Escribir es ir a la lógica. Es ir a esta lógica. A la nutrición de los hombres trituradores.

Entonces veríamos la forma del marco del espejo.

¿Por qué no ha sido recta, nada más que recta? Malvilla me explicó: Porque ella, esta forma que debió ser recta, es el albergue de una pequeña intención.

De una intención humana.

Falla, falla mi traducción.

¿Para qué se ha hecho el idioma que hablamos? ¿Para qué, para qué hablamos? Porque falla, falla mi traducción. Es que traducir no tiene la menor importancia. Es querer verter un mundo en otro mundo. Estos mundos no tienen relación alguna.

Quien quiera interpretar está errado. Debe escoger otros temas que guarden relación.

Me encuentro, en este momento, haciendo algo totalmente de más, algo inútil. Hago un rebajamiento mío. Pues soy feliz.

Soy feliz en otro mundo que no ha menester ser escrito.

He salido de casa de Malvilla. He paseado por las calles. He visto a un señor y he conversado con él largo rato. Puedo hablar perfectamente. Él no notó nada. Estábamos de pie. ¡Qué ocioso, qué vano me pareció el hecho de hablar!

Volví a casa de Malvilla. Alguien me ha dicho que, un fumadero de opio, se llama, en

chino, *Yinkén*. Volví al yinkén. Todo, todo estaba igual. ¿Por qué iba a cambiar? Fumé mucho en el otro mundo.

Se produjo un temblor, un terremoto. Escuché cómo la gente de fuera del yinkén, la de la calle y casas vecinas, gritaba y corría.

Con opio no tiene importancia un terremoto.

¿Morir? ¿Sufrir horriblemente?

No. Puede caer la ciudad, puede caer todo y puede reventar a todo el mundo. Puede reventarnos a nosotros. ¿Y qué?

El verbo "reventar" no se conjuga aquí.

Sólo sé una cosa:

¡¡La felicidad completa existe!!

¿Para qué escribo?

¡Cuánto cuesta desprenderse de la superficie!

¿Para qué escribo?

Me he desprendido de la superficie. Hay que pecar antes de desprenderse. Por eso escribí. Charlar es diferente. Tú me decías algo, algo de un marco de un espejo. ¿Verdad, Malvilla?

¡¡La felicidad completa es!!

Al seguir fumando, no puedo seguir escribiendo.

No quiero escribir.

¡¡La felicidad completa!!

29

Día siguiente. O acaso es subsiguiente. La casa de mi amigo Malvilla desaparece; desaparece con Rosendo Paine y con las otras personas que en ella estuvieron. Ha vuelto la completa, la total trituración y ella se ha aposentado sobre la ciudad, sobre mí, sobre todo.

Me he entregado a la voluntad de la superficie. ¡Hay que vivir! Entonces vivamos. Pero tu recuerdo, Colomba, vino aquí conmigo. Te ibas y te perdías; luego volvías a aparecer. Yo estaba en plena superficie. Una superficie sin sol y, por la noche, sin estrellas pues estaba nublado.

Me entregué a la voluntad de la superficie. Renuncié a mi voluntad, a todo cuanto emanara del interior de mí mismo. Así pude—¡libre, libre!— ser de la voluntad de todos; así pude llegar a casa de Higinio Romeral y de su mujer, Salaberga, la señora Salaberga Huintil. Una gran reunión. Estaban:

Don Bruno Camarones y señora; Remigio Natales y señora; el doctor Amancio Cunco; el padre Froilán; Ladislao Casanueva y Limarí con su señora, por supuesto, pues se acaba de casar y va a todas partes, con su señora, por supuesto; Zócimo Taltal y su señora; Facundo Doñihue; una de las hijas de don Juan Enrique Arancibia Ocampo; uno de los hijos de Ascanio Viluco; Benigno Naltagua y su mujer, Natalia Chipana; Gervasia Cachapoal; doña Nora de Bizerta y Ofqui (el capitán Angol estaba lejos, creo que en el campo); Nemorino Limache y su mujer, doña Clotilde Antilhue; el Comandante Mataquito, hijo del ya fenecido General del mismo nombre; Martina Vichuquén, vieja, viejita; y estaba, nada menos, que Adalberto Huachipato, el hombre a quien jamás nada le ocurre... Quiero decir que

esta vez nada ocurrirá, nada de nada. Sin embargo, había que ver qué ademanes tenían todos... Parecía que nos veíamos por primera vez en la vida; aunque nos habíamos visto cinco minutos por las calles, o en otra casa, o en cualquier parte; nos habíamos visto y saludado:

-¡Adiós!

-¡Hola, qué tal! ¿Vas esta tarde?

-Por supuesto. Allá conversaremos.

-Eso es: allá conversaremos...

Colomba, yo te llamaba en voz baja, muy baja. Era tan baja esta voz que tú apenas la oías y te ibas, desaparecías.

Entonces triunfaba -¿cómo lo llamas tú?-, triunfaba Onofre Borneo y este Onofre conversaba con todo el mundo. Mientras que, de los ojos de Juan Emar, se desprendía una lágrima.

Ésta es una frase literaria. Las lágrimas no se desprenden. O se llora o no se llora; yo nunca he llorado. Pero tengo que expresarme de algún modo.

En fin, había mucha, muchísima gente. El palacete de la calle de Los Sagrados Corazones estaba convertido en un palacio, en un soberbio palacio, en un castillo medieval.

Esta palabra -medieval- me tomó y me arrastró. Al fondo estabas tú, Colomba mía. Sonreías sin que hubiese ni un movimiento en las comisuras de tus labios. Todo era serenidad; todo era elevación. El opio. Sobre el palacete, sobre el palacio, sobre el castillo se esparció una atmósfera de opio.

Una atmósfera de opio que alguien tomó y que jugó con ella. Me dije:

-Ha de ser Palemón de Costamota.

Porque estábamos en una fiesta, en una enorme fiesta. Era una fiesta para hablar, para conversar sobre... ¿Sobre qué?

Onofre Borneo se deleitaba en esa fiesta. Pues aquello era más bien una representación teatral.

Los hombres somos todos actores cuando se nos deja en libertad, en plena libertad. Aquí era el teatro, ¡el teatro!

¿Qué se presentaba...?

Nada prefijado, nada estudiado por nosotros. Para algo existen los egrégores. Era una representación fabulosa mandada desde fuera. Una representación que nos acompañaría siempre: saldría de la casa, del palacete, con nosotros y se incrustaría en nuestras personalidades.

Personalidades... ¿Tendríamos alguna?

Onofre era dichoso. Ya no tendría que ocuparse en dar a su vida un rumbo. Para algo existen los egrégores. Y había junto a él: aquí debiera poner una lista de nombres que me ocuparía varias páginas de máquina.

Somos grandes actores, siempre que nuestra conciencia no sea tocada. A nuestro lado pululan los actores que nos imitan. Esto se llama: "estudiar del natural".

Colomba, no. No puedo vivir así; no quiero más superficie. Quiero hundirme en las profundidades de la Tierra. Quiero oír tu voz, Colomba.

Quiero dejar a los otros que representen. Algo tienen que hacer: que representen y que marchen por las calles con su representación a cuestas.

Colomba, aquel instante del opio dámelo nuevamente. En él es donde quiero existir. Y tú, Colomba, velando mi vida.

Fui a ver la pieza de los niños, los hijos de Salaberga. Se decía que era una maravilla. Esta maravilla estaba en las cortinas.

Un elefante, un hipopótamo, una jirafa y cientos de monos que saltan junto a ellos. Al cabo de algunos instantes eran más de cien elefantes, cien hipopótamos y cien jirafas. Los monos eran incontables.

Los visitantes de estas cortinas aplaudieron porque esos animales ajustan exactamente con la mentalidad de los niños. Se aplaudió. Estos aplausos revolotearon y vinieron a agruparse al lado de Salaberga Huintil.

Ella sonrió. Ella agradeció los cumplidos. Después, ya en el living, alguien felicitó a Higinio Romeral por el elefante, el hipopótamo, la jirafa y los monos. Él también agradeció y nos ofrendó a todos con un trago. Es decir, Colomba, Onofre bebió de ese trago. Mientras tanto Juan Emar se acurrucaba porque no tenía por dónde escapar.

¿Hacia dónde escapar?

Bajar a la Tierra es difícil. Sé que no hay dicha mayor que la de bajar a las profundidades. Al fondo estás tú. Una vez que haya dejado atrás a los habitantes de ese fondo... ¿Recuerdas, Colomba, a los enanitos y al hombre Martín Quilpué? ¡Oh, y está también Palemón de Costamota con Tadeo Lagarto! Es difícil dirigirse al fondo de la Tierra.

Sin embargo, ¡iré!

Los sillones son fabulosos; los sofás son fabulosos. Son un remedo de los elefantes, hipopótamos y jirafas de las cortinas. Los monos son las mesitas que corren, brincan, se escabullen por entre los sofás y los sillones.

Nosotros saltamos entre ellos.

—¿Se ha servido algo? —pregunta Salaberga.

—Sírvase, no más...

—Sírvase, no más...

—Sírvase, no más...

Colomba, ¿por qué me extraña todo esto?

He vivido, he cumplido con un rito. La prueba es que Onofre estaba contento y reía.

¿Juan Emar? No importa. Juan Emar, debes seguir la vida de Onofre Borneo. No olvides:

Al fondo brilla una decoración.

¡Basta, basta, basta!

Ya nada oigo, ya nada sé. Todo aquello del fondo de la Tierra se ha retirado a distancias que no puedo medir.

Porque las distancias no existen. Esto lo he sabido yo; esto es lo que allá se respira; esto es lo que no se pregunta por su completa inutilidad.

Lo he sabido. Ahora nada sé pues estoy en una fiesta. Lo sé, lo sé. Camino, saludo, prodigo finezas a ambos lados; las prodigo para atrás y para adelante también. Entro plenamente en la fiesta.

Tú te has marchado, Colomba.

Tú no podrías existir en una fiesta. La añoranza de allá, de tu morada, del fondo de la Tierra, te zumbaría. Como ahora ya ha empezado a zumbarme a mí. Ha zumbado en la expresión de un señor; ella zumbaba en el aire y luego se incrustaba en mí.

—¡Qué hermoso, qué hermoso!

Un coro le respondía:

—¡Hermosísimo en realidad!

Todos, entonces, miraban aquel cuadro. Estaba colocado... Tú has de comprenderlo, tú debes saber dónde se coloca un cuadro hermoso en medio de hermosas cosas y de... Tú has de comprender, mi Colomba.

Déjame decirlo:

Era un viejo cuadro colonial peruano. Había sido traído, del Perú, por Higinio en persona. Luego había sido clavado en muchas partes diferentes. Luego había encontrado el sitio adecuado. Se le miraba... en éxtasis, por supuesto. Un cuadro peruano de la época colonial hay que mirarlo en éxtasis. Y hay que alumbrarlo muy bien.

Admirado caí en la contemplación de las lámparas.

Entendámonos: Onofre cayó a esa contemplación. Con razón cayó admirado. Porque hay varias maneras de caer: una manera es...

No quiero hacer consideraciones sobre esta materia; Onofre no las hace y yo soy Onofre; Juan Emar es un sueño de hombre ocioso. Hablaba de las lámparas, de las lámparas ¡movedizas! Higinio no tenía más que levantar una mano y empujar suavemente; ellas, sí, ellas todas obedecían y giraban. Es decir, nos acompañaban en su movimiento que seguía al nuestro. ¡Qué maravilla!

El cuadro colonial peruano se ilumina. Un coro se eleva. Este coro dice y repite:

-¡Ooooooh...!

Yo dije y grité a mi vez:

-¡Ooooooh...!

No era para menos: un Cristo amarrado, atado; su expresión es dolorosísima. Oí varios lamentos en la concurrencia. Las amarras van a una columna y en ella se enlazan. A los pies del Cristo hay un santo de rodillas, las manos cruzadas, los ojos elevados hacia el Cristo. La aureola, finísima, es...

Bueno y bueno mil veces. ¿Hasta cuándo voy a describir?

Yo estaba sumergido en esos: "¡Ooooooh!". Los repetía. Volvía a repetirlos. Todo el mundo hacía otro tanto. Onofre estaba en los quintos cielos. Juan Emar...

Juan Emar agachaba la cabeza para evitar el resplandor de las luces movedizas. Pasaban estas luces; se perdían en los techos; volvían a aparecer. Y Salaberga nos insinuaba sonriente, amable, fina:

-Un traguito... ¿Quiere...?

Higinio le hacía coro:

-¡Sirvanse, amigos, sirvanse!

Comíamos, entonces, un emparedado y bebíamos un licor.

Debe haber sido la voz secreta de Juan Emar. No puede haber sido otra. Esta voz me aconsejó huir, huir, huir. Entonces huí. Pero ahí estaba el Comandante Mataquito. Sin más, me tomó de un brazo y me dijo en tono confidencial:

-Usted no ha visto, no ha visto. Venga conmigo y verá.

Fui con él. Y vi.

Era el gabinete de trabajo de Higinio Romeral. Era el gabinete con luces movedizas. El Comandante las conocía pues luego quedó todo a oscuras salvo una pared. El Comandante susurró:

-Vea usted.

Y vi, vi, mil veces vi:

Un plano, un enorme plano, un descomunal plano clavado con chinches; un plano

del fondo, del enorme fondo, del descomunal fondo de don Higinio Romeral y señora doña Salaberga Huintil.

Creo que hasta Onofre se sintió decaído.

Añoré el Cristo de rostro dolorosísimo y añoré el santo que lo contemplaba. Añoré, sobre todo, la columna donde se ataban las cadenas o cordeles que lo tenían inmovilizado.

Me retiré. Disculpe usted, mi Comandante. Quise retirarme y avancé con pasos cautelosos. El Comandante estaba satisfecho pues yo sé cómo hay que hablar ante el plano de un fondo. Avancé y casi, casi me vengo al suelo. Una mesita ratona se interpuso entre mis pasos y... En fin, y...

—Estas mesitas son las que ahora se usan —afirmó él.

—Sí, ya lo veo, son las que se usan —agregué yo.

—Hay que tener cuidado con ellas, pues, por lo general, colocan sobre ellas mil objetos diferentes.

Sí —respondí— mil objetos diferentes.

Ahora estaba Higinio con nosotros. Se explicó refiriéndose a mi persona:

—Usted, amigo... Yo tengo la cotumbre de llamar a todo el mundo "amigo"... Es lo que ahora se usa... Usted, amigo, que ha sido hombre de campo... Porque vea usted...

Vea usted... Vea usted... Vea usted...

Escapé. Llegaban a mis oídos unos lejanos acordes de música. Por ellos me guié. Los acordes me llevaron al living, a la gente del living, al bullicio. Tuve que repetir otra vez y otra vez y otra vez:

—Hola... ¡Qué tal!

Por sobre el bullicio la música vivía. Giraba un disco en el fonógrafo. Del disco surgía música y llenaba el living.

¿Lo llenaba?

¡No, no! No llenaba nada. Golpeaba los oídos, las orejas de la gente y, sola, se expandía. A su expansión me lancé. Sentí lo grande, lo enorme, lo inconmensurable que *puede* acompañarnos.

¡La música, Colomba!

Pasaban los enanitos haciendo mil volteretas y brincando; pasó el hombre Martín Quilpué y el hombre Martín Quilpué silbaba y silbaba. ¿Qué silbaría? Ahora no se le oía porque la música del fono llenaba todo, todo, todo.

Los enanitos pasaron de verdad; el hombre Martín Quilpué pasó de verdad. No hablemos más de esto, de esta verdad. Es decir, no me hagas hablar a mí. Porque tú lo sabes perfectamente. Ellos pasaron; yo los veía sin moverme. El fondo de la Tierra me había alcanzado. No; yo había ido hasta el fondo de la Tierra.

Pasó junto a mí Facundo Doñihue; pasó con otro señor; iban seguidos por un tercer señor; se acababan de desprender de una dama, de dos damas, de tres damas. De narices cayeron sobre el fonógrafo.

Cesó la música. Un instante cesó la música.

Todo aquel mundo de allá —¿me entiendes?—, de allá, escapó. Escapó como había venido hace un momento: sin moverse. Quisiera decirte: "Se hicieron humo...". No, no, no es la expresión.

Otra vez vuelvo, ante tí, a esta dificultad que, a cada momento, nos presenta el lenguaje. Lo que estaba y ahora no está... eso ha desaparecido... si no lo vemos alejarse... si no entra una voluntad ajena... si ello...

Basta, Colomba.

Era yo quien se había alejado; era yo quien había desaparecido. ¿Quién soy yo?

Basta, Colomba.

Pasó Facundo Doñihue con dos señores más; los tres acababan de separarse de unas damas que seguían hablando sin decir nada.

Cesó la música. Un instante cesó la música. Y volvió, volvió a prorrumpir la música.

¡Música bailable!

Al pasar de vuelta me murmuró Facundo:

—Es mejor esta música; está más en ambiente; aquí no estamos en ninguna catedral; ¿no lo cree usted?

—Por cierto —respondí.

Y atronó el bailable.

Bailaron varias parejas. Bailó ella, ¡jella!

¿Quién sería esta "ella"? Pero ella bailaba. Ella sentía la música que revoloteaba junto a ella. Y ella seguía esta música que revoloteaba. Porque algo sentía. ¡Sentía ella!

—Tal vez presienta la diferencia entre ambos mundos —pensé enviando mi pensamiento.

Lo cogió el señor Borneo, don Onofre.

—La vida es macanuda —arguyó Borneo, don Onofre.

—La vida es macanuda —le respondieron cientos de voces por todos lados.

Aquello se llenó con la macanudez de la vida. En ella mecíase el señor Alcalde. Todos lo mostraban con un dedo temeroso. Luego cuchicheaban al pasar el señor Alcalde. Pregunta éste:

—¿Y el padre Froilán?

El padre Froilán ya se ha retirado. Vino porque hay que venir y por nada más; hay que hacer un acto de presencia, y nada más.

—Los sacerdotes tienen mucho que hacer —afirmó el Alcalde.

—Mucho que hacer...

—Mucho que hacer...

—Mucho que hacer...

Y ella, ¡jella!, bailaba siempre.

Onofre Borneo estaba en éxtasis mirando bailar a ella, ¡jella! Juan Emar, inmóvil como tú, Colomba, lloraba sin derramar lágrimas.

Corrámonos, corrámonos suavemente.

Corría y estaba siempre en el mismo sitio. Yo quería salir de ahí, de esa casa, de esa mansión, de ese castillo versallesco. Alguien me tomó del brazo y, mostrándome la pared, murmuró:

—Paul Gauguin.

Yo repetí:

—¡Ah, sí! Paul Gauguin.

—A Higinio le encanta la pintura. A usted también. Por eso le he mostrado esa reproducción: Paul Gauguin.

Yo repetí:

—¡Ah, sí! Paul Gauguin.

—Hay muchas reproducciones semejantes. Todas ellas son de muy buena calidad. Y son del mismo autor: Paul Gauguin.

Yo repetí:

-¡Ah, sí! Paul Gauguin.

Juan Emar se alzó frente a mí y me interpelló:

-¿Para qué vienes a la superficie?

Yo repetí:

-¡Ah, sí! Paul Gauguin.

Juan Emar:

-¡Vete!

Alguien me tomó del brazo y me encaminó hacia el gabinete de Higinio Romeral, el marido de Salaberga Huintil. Venía otro alguien más; y otro; y otro; y otro...

Ahora podrás hablar tú, Onofre Borneo; y podrás lucir tus cualidades de buen charador. Pero ahí, en el gabinete de don Higinio Romeral, se habló de política.

Por primera vez, Juan Emar y Onofre Borneo, se entendieron con una sola mirada. ¡Nada sabemos de política! Sin embargo...

¡Oh, sin embargo...!

El mundo se empequeñeció; el mundo fue del tamaño de una pulga. En el vientre de esta pulga se discurrió sobre "los destinos de la patria".

Ambos, Juan Emar y Onofre Borneo, nos alejamos de esa charla en la que se discutían los destinos de la patria. Y ambos caímos sobre un libro que allí había, sobre otra, otra más, eternamente otra más, mesa ratona. Dije a Onofre:

-Déjame en paz; quiero leer un poco.

-Voy a instruirme en política pues los destinos de la...

-Déjame en paz -repetí.

El libro era:

Juan Cocteau

O P I U M

Aquí he de caer en aquellos sueños con que sueño, Colomba. Acércate a mí. Leamos. ¡No! El libro está lleno de dibujos, de dibujos de Cocteau. No vale la pena leerlo; hojearlo a lo más.

Eché un vistazo al libro y miré los dibujos.

Colomba, es sobre el opio que tienes que instruirme. Por el opio tienes que guiarme. Quiero ir a esa mentalidad. Quiero ir sin fumar. Quiero dejar de lado la parte decorativa de fumar.

Tú me llevarás a la suprema indiferencia CONSTRUCTIVA.

No quiero el opio de Jean Cocteau. El opio tiene dos filos. No, no quiero caer bajo el filo en que cayó Cocteau. Porque este filo es traducir -¿diré "triturar"?- con los medios que jamás se desprenden de la superficie.

¡Ve este dibujo, Colomba!

Tú no necesitas verlo. Él es el reinado de la superficie... ¿Reinado? El opio es aquí un tema cualquiera. El tema era profundo; entonces saquémoslo de esas profundidades y pongámoslo al alcance de todos.

La imposibilidad de traducir, o siquiera de acercarse, al opio con medios de esta tierra. Sobre el opio, silencio. Callemos.

Habla de Picasso en medio del opio; habla de sus relaciones en medio del opio. Debe

haber consultado un médico, sí, un médico, para sanar de ese vicio del opio. Quedó en el vicio y todas las puertas se cerraron para él. Los amigos lo han felicitado, sin duda alguna. Al fondo estaba la Academia Francesa. Ya puedo morir en paz. El opio no fue tocado por él.

¿Por qué te hablo de todo esto? ¿Porque Cocteau es una visita del opio? ¿Porque, como visita, no pasó...?

Colomba, yo también soy visita.

En vano trato de culpar a Onofre Borneo de esta incursión que he hecho a casa de Higinio Romeral y de Salaberga Huintil de Romeral.

¡Soy una visita!

Al fondo, muy lejos, rueda y suena y tiembla...

Ya lo ves: iba a hacer literatura nuevamente. Y con ella se iba para siempre todo lo que tengo que hablar contigo, todo lo que tengo que consultarte.

No. Nada tengo que consultarte.

Me basta con inclinarme a tus pies.

Estoy de visita. Estoy invitado. Suena el fonógrafo. Bailan todos. Beben todos. Se habla de política en los rincones lejanos. Se miran planos de grandes fundos. Se anda a través de mesas ratonas. Se come emparedados.

-¡Hola! ¡Qué tal!

-¡Hola! ¡Qué tal!

-¡Hola! ¡Qué tal!

30

Librarse de los egrégores; zafarse de ellos.

Tú, centro de la Tierra, únicamente lo puedes. Porque en ti está Colomba. Con su voz es posible librarse, zafarse.

Es penoso dirigirse hacia allá. Yo tengo todas las libertades para ir y venir. Yo llevo en mi bolsillo tanto la superficie como el fondo de la Tierra. Mas ¿qué gano con transportar este cuerpo mío hacia un punto o hacia otro punto?

Ahora veo que mi libertad es para mover el cuerpo y nada más. Yo quiero ir entero; quiero ir con mi parte interior. Quiero, a ti, llevarte Juan Emar. No quiero que Onofre Borneo venga conmigo, no lo quiero.

Onofre Borneo se ha incrustado en mí. Todo lo suyo resuena a mis oídos. Y, con él, resuena Higinio Romeral y doña Salaberga. Y resuena ella, ¡jella!, la que bailaba dejándose mecer por los acordes de la música.

Todos ellos fueron un conjunto de profanadores: al lado de la pintura de Gauguin se alzaba el plano del fundo y se retorcián cientos de elefantes, hipopótamos, jirafas y monos; al lado del cuadro colonial peruano estaba la Academia Francesa que recibía a Cocteau.

Nada de esto importaba nada.

He sido cogido por todo esto. Onofre Borneo ha sido cogido y él se ha incrustado borrando a Juan Emar.

Esto lo sé, es una sabiduría absoluta que hay en mí.

No basta saber; hay que sentir lo que se sabe. Saber... ¿qué es? Tiene que ser uno de

los dominios de Palemón de Costamota. Y ahora recuerdo el dibujo que, por broma, hice el otro día, que hice allá, en Fray Tomate, es decir, en plena superficie:

Un perfil; de la nuca se levanta una tabla que destila y que llega más adelante de los ojos; al lado, indicándola con una flecha se leía: Palemón de Costamota. De la tabla destilaba el saber nuestro, la erudición, todo aquello con que nos han atiborrado desde el día de nuestro nacimiento. Después rayé más y más el destilar de la tabla; al fin el hombre, el perfil, se borró entre tanta línea. Y el hombre, el perfil, supo.

Oí la risa de Palemón de Costamota.

Cuesta llegar al centro de la Tierra. Cuesta encontrarse a tu lado, mi Colomba. No conozco la manera de llegar rápidamente al sitio en que tú te hallas, mi Colomba. Tengo que recomenzar todo el trabajo, todo el preámbulo; tengo que volver a ver a la gente de ahí; y voy a tener que charlar con cada uno, con cada uno.

Ya estoy en plena cordillera. Nieve, nieve, por todos lados. Puedo extender la vista hacia todos lados: nieve, nieve. Hay un silencio completo. No hay nadie. Es la soledad absoluta. Llego a envidiar a Onofre viviendo allá en San Agustín de Tango y asistiendo a las reuniones que dan los amigos.

¿Qué he venido a hacer a esta soledad?

Lo mismo me he preguntado al traspasar el umbral de la casa de Higinio Romeral. Pero, por lo menos, allá había gente y gente alegre. Le decían a uno a cada instante:

—¿Se ha servido usted algo...?

Tengo sed.

Nieve, nieve, nieve.

Eres tú, Onofre Borneo, el que me produce esta sensación de abandono. Al centro, lo sé, estás tú, Colomba. Debiera gritar:

—¡Adelante, adelante!

Pero todo esto es pensado por mí; todo esto está en aquella tabla sobre mi cabeza. Juan Emar recibe las destilaciones que gotean de ella. No tengo más que penetrar por un volcán, por un volcán cualquiera y sumergirme. Pero en este hecho siento la lucha que se entabla: Juan Emar quiere penetrar; Onofre Borneo quiere la otra vida.

¿Cuál será yo?

¡Despierta Juan Emar, despierta!

Al despertar, coge los sentimientos, llénalos de opio. Así avanzaría dichoso. Así cruzaría por entre los porteros de ese inefable fondo donde tú te hallas, mi Colomba.

¡No! Tendré que pasar por todas las etapas, sin saltarme ni una sola, por todas, por todas.

¿No sería mejor volver atrás y vivir como todo el mundo? ¿Es posible que el mundo entero esté equivocado y viva al revés?

Conozco esa música; conozco ese silbido. Jamás lo había oído a estas alturas y en esta soledad. ¡Es él, es él!

Pasa el hombre Martín Quilpué; pasa serio, sin mirar ni a un lado ni al otro lado; pasa. Camina sobre un terreno plano sin altos ni bajos. Miles de copos de nieve lo acompañan; se adelantan; quedan; retroceden; se elevan; se aprietan contra el suelo.

Deben ser los enanitos convertidos en nieve. ¡Sí, eso es, los enanitos convertidos en nieve! ¡Qué lindo!

Tras de sus pasos, la tierra se retuerce, ondula y vuelve a llenarse de formas abruptas, con salientes que me clavan.

¡Te seguiré, hombre Martín Quilpué!

Se introduce por el cráter de un volcán. Los copos de nieve se transmutan en enanitos que bailan y saltan al compás de los pasos del hombre Martín Quilpué. Y todos ellos se pierden en las honduras que van hacia ti, ¡hacia ti, Colomba mía!

¡Iré yo también! ¿Qué me importan los porteros que anteceden toda dicha? Pasaré sonriente a través de ellos.

Charlaré con ellos. Reiré. Pues yo sabré que, al final, tú estás, Colomba. Apenas entre por el socavón cambiará todo.

¡Adelante, adelante!

Era lo que yo quería poder exclamar con una exclamación que naciera del fondo de mis sentimientos.

Estamos ya en la segunda quincena del mes de mayo de 1960. Pongo esta fecha con un motivo especial: para que se vea el poder de Palemón de Costamota. No debo avanzar nada.

El hombre Martín Quilpué se perdió por encrucijadas que no atiné a mirar debidamente; con él se perdieron los innumerables enanitos.

Oí, al perderme por el socavón, el grito desesperado del otro, de Onofre Borneo. Gritaba.

—En casa de Higinio... Hay muchas, muchísimas casas así... Hay cuadros coloniales del Perú... Hay cuadros de Gauguin y de primitivos italianos... Te llevaré a ver estatuas egipcias... Y tomaremos algunos tragos con emparedados...

No oí más.

Me sumergí.

Y respiré a pulmones llenos una esperanza dichosa.

Nadie, nadie en estas galerías subterráneas. Era nuevamente la soledad total. Nadie, nadie. No había ni una insinuación de ruido. Las galerías descendían iguales, parejas, interminables.

Resonó en mis oídos el llamado de Onofre:

—Te llevaré a ver estatuas egipcias...

Casi me detuve; casi di media vuelta; casi empecé a subir otra vez: Estatuas egipcias...

Juan Emar murmuró entonces:

—A eso vienes a estos antros, a sumergirte en el arte de todos los tiempos.

Bajé más, mucho más.

Vi, por fin, el primer signo de vida: Baldomero Lonquimay. Pasaba Baldomero Lonquimay; pasaba un bólido. Y este bólido iba acompañado por un interminable grito, un "Brrrrrrrrrrrrrr..." que lo precedía, lo rodeaba y lo seguía.

—¡Baldomero, Baldomero Lonquimay! —lo llamé varias veces.

Mi llamado fue tomado y llevado por la cola de su bufido y con él se perdió entre las cavernas.

Volvió el silencio; volvió la paz.

Bajé otro poco. Seguí bajando.

Una voz amable, benévola, extremadamente afectuosa me obligó a volverme y me obligó a inclinarme ante ella. Un sombrero de copa pasó por mi lado y volvió a coronar una cabeza.

La voz extremadamente afectuosa dijo:

—Palemón de Costamota, un servidor más.

Yo respondí:

—Onofre Borneo, siempre un servidor.

Nuestras manos se estrecharon. Claro está: podía ser Onofre Borneo; estaba en el comienzo de peregrinación hacia el fondo de la Tierra, donde tú, Colomba, te hallas. Podía estirar el tiempo y verlo así estirado; podía luego aprisionarlo, disminuirlo y convencerme, una vez más, de que el tiempo es algo que nosotros podemos...

Palemón me interrumpió, Palemón cortó esta divagación mía asegurándome, siempre lleno de afabilidad:

—Mis poderes son inmensos, mi señor, mis poderes pasan y sobrepasan los poderes de todos los humanos juntos. Y éstos, estos míseros humanos, sólo ambicionan aumentar sus poderes con necesidades... Pero aquí está mi tarea: llevarlos a ver el recto camino.

Yo me incliné. Creo haberme expresado bien al asegurarle con prontitud:

—Llevar a alguien al recto camino es sacarlo del errado y negro camino en que se hallaba.

Puedo asegurarte, Colomba mía, que nada de ironía había en esta frase tan sencilla que expuse. Puedo asegurarte que, en ese momento, así pensaba yo. Pero al decirte "yo", al repetir esta palabra, caigo en los deslindes de una región turbia. A eso, tal vez, voy hacia ti; voy a que me aclares lo que esa palabra remueve en mí. Tal vez ahora estoy huyendo... Tal vez.

—Mi poder es total —manifestó Palemón—. Total y cientos de veces total.

Yo me apresuré en añadir:

—Nunca lo he puesto en duda.

Y él añadió:

—¿Queréis que ahora lo muestre con la punta de este dedo?

Respondí:

—Acepto.

Y sin más, Colomba, Colomba mía, vi alzarse ese dedo, un dedo largo, finísimo, un dedo que haría la envidia de todas aquellas damas que asisten a las fiestas y balancean una sonrisa al oír hablar de Gauguin y de los viejos cuadros coloniales del Perú; un dedo que era la expresión misma de la belleza...; de la belleza...; de la belleza...

Caí nuevamente a meditar en este complejo que me había traído la palabra "belleza" amarrada en un dedo largo y fino que se alzaba y tocaba un techo que había sobre nosotros.

Aquí viene nuevamente la fecha. Voy a precisarla. Es el 22 de mayo del año de 1960. Te diré también la hora allá en la superficie: más o menos las 3 de la tarde.

Aquí no hay horas; los relojes pierden su utilidad. Aquí no se vive sometido a la marcha de las manecillas. Allá, allá en la superficie eran las 3 de la tarde.

Palemón, mirándome de soslayo, hizo temblar ese dedo fino y frágil. Con él tembló cuanto nos rodeaba. Tembló en un movimiento ascendente. Fue algo grato, gratisimo, este hecho de mecernos en aquellas profundidades. Recuerdo que alcancé a significarle:

—Su poder de usted, mi señor de Costamota, es sencillamente inmenso.

En el fondo me divertía esta prueba de su potencia. Tal vez él pensaba que, con ella, se haría de un adorador más.

Me aprontaba a seguir mi camino; tú me faltabas demasiado y ya encontraba yo que, como pérdida de tiempo, era bastante. Un grito me detuvo; fueron luego varios gritos; por fin fue un alarido formidable.

—¿Qué es eso, Palemón? —pregunté— ¿Qué ocurre?

Sonrió y me dijo brevemente:

—Este dedo que trabaja.

—Explíquese usted; no entiendo con sus medias palabras.

Colomba, toda esta charla con Palemón de Costamota no ha durado más de algunos segundos. No teníamos que formular las ideas y luego lanzarlas fuera, hacerlas atravesar el espacio que separa al charlador de su oyente y éste asimilarlas. No.

Hablábamos con la velocidad de nuestros ojos; hablábamos con una velocidad aún mayor que la de la luz que es tenida, allá en la superficie, como lo más veloz que exista.

He dicho “algunos segundos”. ¡Qué quieres, mi Colomba! Aún tengo en mí todas las fórmulas que allá se usan. Además estoy escribiendo. Esto que produjo Palemón debe traducirse con el idioma que allá se habla. Déjame contártelo todo. Bajemos de tono y olvidemos cuanto tenga una semejanza con el opio.

¿Quieres?

Aquel alarido provenía de la superficie. Era un alarido verdadero como siempre se oyen allá. La gente vive en un alarido. Esa gente vive para ser oída.

Al lado de este alarido había otro más intenso, más real. En él estaba la voz de Onofre Borneo:

Sobre él, sobre Onofre Borneo, quiero hablarte.

Recuerdo muy bien que tú, Colomba, me otorgaste el permiso de que no escuchara esas innumerables carpetas que se amontonan junto a mí. Comprendo perfectamente tu intención. Comprendo que lo que querías era limpiarme de aquello que se había transformado en literatura.

Ahora te digo y vuelvo a decirte:

—¡Gracias, Colomba!

Sin querer estoy haciendo nuevamente literatura. Mientras tanto Palemón, sonriente, hace temblar la superficie. Vuelvo a ella, vuelvo a esos alaridos generales, vuelvo a las casas y galpones y ranchos que se caen. Vuelvo a Onofre Borneo.

Estaba en Quintrilpe, ahí estaba Onofre mirando el tan grande jardín que rodea las casas. De pronto empezó la tierra a hacer ondulaciones, ondulaciones rápidas. Todo, entonces, onduló y ese jardín plácido se convirtió en un mar que se agitaba.

Onofre huyó, trató de huir. No podía avanzar. En un gran claro del jardín cayó. Así, caído, vio varios árboles que se derrumbaban, vio montones de tierra que rodaban. Todo ello acompañado por un ruido subterráneo y por esos alaridos de que te he hablado.

Colomba, Onofre no lanzó ni un solo alarido. Le ocurrió lo que siempre le ocurre en momentos de mucha turbación: tal vez era su respiración más agitada y nada más.

Creo yo, Juan Emar, que él volvía a la respiración puramente física; diría, a la respiración animal. Pues su cuerpo entero era el cuerpo de un animal que temía y no lograba definir en él qué era lo que temía.

Aquí oí su grito de auxilio. Decía este grito:

—Ayúdame... Piensa por mí.

Yo acá, a esta distancia extremada en que nos hallábamos; yo acá, junto al rostro cáustico de Palemón; yo vi que nosotros dos, Onofre Borneo y Juan Emar, éramos sólo uno, que estábamos mucho, muchísimo más unidos de lo que, en general, pensaba.

Estábamos unidos por este animal jadeante.

Entonces volaron, se fugaron y luego volvieron para desaparecer nuevamente... Colomba, ¿te lo diré?

¡Mis ideas! ¡Mis concepciones!

Juan Emar quiso retenerlas; Juan Emar quiso clasificarlas, ordenarlas, catalogarlas.

Se levantaron grandes estantes frente a mí. Tomé un sin número de ideas y empecé a colocarlas en esos estantes. Estaba en esto cuando llegó a mí la súplica desesperada de Onofre:

—¡Bárbaro! ¿Qué haces? ¡Vas a morir como un perro!

Entre esos estantes se alzaba, siempre altiva, la inviolable figura de Palemón de Costamota.

Morir como un perro...

¡No! ¡Quiero vivir, vivir mucho, por los siglos!

La voz de Onofre Borneo atronaba. Apenas oí, apenas, más allá de la superficie, tal vez junto a Teodosia Huelén... Esto es hacer literatura nuevamente... Oí a mi lado, pero con una debilidad extrema, la voz de Juan Emar. Vi que se marchaba en busca de algo más firme, más duradero que este animal jadeante.

Se marchaba indiferente.

Tal vez se marchaba algo desanimado. ¡Tiempo perdido! ¡Era la inutilidad de mezclarse con seres...!

¿Diré "inferiores"?

De mezclarse con seres que son animales jadeantes.

Palemón de Costamota algo preparaba ahora.

—¿Qué hace usted, Palemón? —le pregunté.

—Preparó un barniz —fue su respuesta—. Con él barnizaré a los hombres. Una vez barnizados contemplarán sus propios miembros y caerán en éxtasis. Así hago yo caer a los hombres en ese estado propicio... extremadamente propicio...

—¿Propicio...? ¿Para qué?

—Para que contemplen sus propios miembros. No debe usted olvidar, mi amigo Borneo, que un hombre que admira su mano, que cae embelesado ante las formas de una pierna y que piensa que esa pierna es de él... ¿me entiende usted? ¡Ah, debe usted entenderme claramente! Las piernas están unidas al tronco y, en el tronco, ah... estómago, hígado, riñones y... corazón. Todo ello para mantener en lo alto... Aquí está la cosa: para mantener en lo alto... ¡un cerebro!

—Es decir —le argumenté—, que usted hace a cada hombre, a cada humano, un admirador de su propio cuerpo.

Hizo una enorme reverencia de aprobación. Continuó:

—El que ama su cuerpo no quiere perderlo. Si algo se ha olvidado de él, le mando un terremoto y lo inundo en un colosal maremoto. Esto lo hago aparte de las enfermedades que les prodigo. Pero estas enfermedades son demasiado locales. Quiero, a veces, hechos de mayor colectividad: un terremoto, un maremoto. Mientras éste, mi dedo, oscila como usted lo ha visto, allá, en la superficie, oscila la tierra y esta oscilación es coronada por un alarido de pavor. Este pavor es mi gran amigo. ¡Pueden perder su cuerpo! ¡Oh, qué cosa atroz! Cuando lo atroz funciona bien en un cerebro... ¡ha llegado mi momento! Mis secuaces avanzan.

—¿Y quienes son ellos, estos secuaces de usted?

Hizo otra reverencia más y murmuró:

-Los frailes.

-Debo seguir mi viaje, Palemón.

-Antes de seguirlo, lea usted estos gritos que le mandan de allá, de la superficie. Póngase usted cómodo y vea, infórmese de esas cartas. Después podrá usted seguir su peregrinación.

En mi bolsillo había una serie de cartas. Eran cartas que me habían dirigido desde allá. Hablaban de este terremoto que nos había producido el dedo de Palemón. ¡Lamentos y lamentos! Las leí en silencio. Palemón miraba socarronamente hacia otro lado.

...Son horrorosas las noticias que se reciben desde el día del terremoto. Espero que estés a salvo de tanta calamidad. Toda actividad ha quedado en suspenso. Los fondos disponibles con que cuenta el Fisco han pasado para los damnificados del sur, como es lo humano...

...Ya te imaginarás la preocupación, el suspenso en que hemos vivido estos días, pegados a la radio. Cada cual ha hecho lo que ha podido. Yo, por mi parte, moví una gran recolección de ropas y de víveres con la cual hemos llenado tres camiones. El día entero se tejen chales y frazadas y existe un inmenso deseo de sacrificio, de compartir la desgracia...

...Ante una catástrofe tal no hay comentarios que hacer. Sólo tratar de levantar el ánimo y unirse en la gran campaña de solidaridad que en este momento une a todos los chilenos en un inmenso esfuerzo de ayuda y de amor...

...¿Cómo van esos temblores por allá? ¡Qué pequeñito se siente todo este mundo humano cuando la Tierra se porta así!...

...Todo ha sido terrible. Ha sido una catástrofe bíblica.

Y desde Cannes, Tomba Montbrison me escribía:

...Hasta ahora no he oído pronunciar el nombre de Temuco lo que me da cierta esperanza de que no hayas sufrido y de que te hayas salvado. Pero sufro por mis amigos chilenos y por todo Chile.

Quedé un momento con la mente en la desgracia que todos sufrían. ¡Pobres gentes! En ellas me hablaban de los damnificados, de los muertos, de las ciudades caídas, de las olas que habían barrido cuanto encontraron a su paso. ¡Pobres gentes!

De pronto una idea me dejó en suspenso. Me dirigí a Palemón y lo interrogué:

-¿Cómo están estas cartas en mi bolsillo?

Él hizo una venia y me ofreció un cigarrillo.

-No quiero fumar. Quiero que usted me explique cómo es que estas cartas se hallan aquí; usted acaba de producir ese terremoto y ese maremoto. Yo no me he movido de su lado. Son cartas dirigidas a Quintrilpe, donde Onofre cayó, donde yo caí. Ahora las cartas están aquí... ¡Explíquese usted, mi señor Palemón! ¡Tiene usted que darme una explicación!

Hizo él una nueva reverencia y habló muy quedamente:

-El tiempo... Nuestros movimientos por el tiempo... Aquello de hoy, ayer y mañana... La sumisión a que están todos ustedes sometidos... La sumisión a las manecillas del reloj... Que, de pronto, el día de mañana se anteponga al día de ayer... Sí, sí, comprendo que para usted es algo enojoso, algo perturbador... Óigame usted, mi buen señor Onofre Borneo, óigame usted bien.

—¡Deme usted una explicación, Palemón!

—Óigame usted bien, Onofre Borneo: renuncie usted a bajar a las entrañas de esta Tierra y quédese aquí conmigo. Entonces, le explicaré todo, todo, todo. Pero necesitamos calma, mucha calma. Así es que cuento con usted, ¿verdad?

—¡No! ¡Me voy a las entrañas de la Tierra!

—Algún día volverá usted y entonces charlaremos por... por...

—¡Hable usted! "Charlaremos por...". ¿Por qué, Palemón?

Él hizo otra reverencia más y sonriente me respondió:

—Por toda una eternidad.

Sin más, sin querer oír aquella voz meliflua que ya me tenía hostigado, sin más di un salto y me sumergí hacia las profundidades de la Tierra.

Así perdí de vista a este terrible Palemón de Costamota.

31

Tardé en descender. Las galerías se movían, se retorcían, y un ruido sordo se oía por todas partes. La figura de Palemón de Costamota me perseguía; parecía que no me hubiese abandonado y que siguiera junto a mí. Por ahí, agazapado entre montones de tierra que, al parecer, se habían derrumbado, vi a Tadeo Lagarto. Su mirada era temerosa aunque en sus labios había una sonrisa. Me hizo un saludo tímido. Por cierto le contesté demostrándole una alegría que, en realidad, no existía en mí. Se acercó entonces a mí con mucha lentitud. Me preguntó:

—¿Ha visto usted a nuestro amo y señor?

—Acabo de separarme de él —fue mi respuesta.

Levantó varias veces los hombros con gesto resignado. Al fin me argumentó con voz desteñida:

—¡Oh, señor, qué de armas tiene ese amo y señor mío! Es un cúmulo de astucias que no lo abandona jamás. Y él parece divertirse con el empleo de todas ellas. Oiga usted este ruido sordo y vea el titilar de estos muros que parecían asentados aquí para no moverse ni producir rumor alguno. En cambio ahora...

—¿Culpa usted, Tadeo, a su amo y señor de ser el causante de este temblar de la tierra y del ruido que aquí se oye?

Miró para un lado y otro y me respondió:

—Por cierto, señor don Onofre, por cierto. Ya, con su dedo erecto, mandó un terremoto al Sur de Chile. Hizo temblar las profundidades del océano frente a ese sur. Eso fue la causa del maremoto primero, del terremoto después. Le aconsejo a usted que visite esas regiones ahora desoladas. Así verá qué inmensa fuerza tiene el señor Palemón en su dedo, sí, en su dedo... Ahora debe usted pensar ¡qué fuerzas sobrenaturales han de desprenderse del resto de su persona! Me atemorizo con sólo imaginarlo.

Riendo le respondí:

—No se lo imagine usted, mi señor Tadeo, y así evitará ser asaltado por cualquier temor.

Nuevamente miró a un lado y otro lado y me contestó:

—Mi amo y señor me ha ordenado, clavándome una rápida mirada, que no pueda yo dejar de imaginarme cuanto él hace. Así es que debo imaginarlo y luego debo rendir culto

a su fuerza sin límites. Usted olvida, señor mío, que yo soy uno de sus innumerables, de sus verdaderamente innumerables secuaces. Ya puso su garra en mí, ya no podré desprenderme de ella.

-Lo compadezco a usted, Tadeo.

-Su compasión tendrá que ser inagotable, señor don Onofre, si quiere usted que ella llegue a todos los que la merecen. Piense usted en todos sus secuaces como yo: los frailes, esa banda de magos negros; los indiferentes que parecen reírse de todo cuanto hay en este mundo; los que hacen negocios y más negocios tras el dinero, más dinero; o los que aman la figuración, cualquiera que ella sea, con títulos o con medallas o diplomas; y los que... los que... los que...

-¿Qué quiere usted decir, Tadeo?

-Los que ponen como alta norma el cumplimiento del trabajo que se han impuesto; por ejemplo: este año escribiré tantas y tantas páginas las que serán tantas más que las escritas el año pasado... Tal vez, tal vez, señor, haga yo en estos momentos una ligera alusión a usted, señor don Onofre:

Respondí:

-Sí, la ha hecho usted. He vivido víctima de esa manía de siempre querer sobrepasar mi propio trabajo. No sabía yo a quién atribuirlo.

Haciendo una bocina con sus manos simuló gritarme:

-¡Atribúyala usted a mi amo y señor, a Palemón de Costamota!

Le clavé los ojos y le dije:

-Creo que debo atribuirlo a usted, Tadeo Lagarto; porque usted es un sometido a la voluntad de Palemón. ¿Quiere usted que le dé una prueba de esta sumisión?

-Por cierto, señor: ¿qué prueba?

-Usted me ha hecho perder aun más tiempo en mi descenso a las profundidades terráneas; lo ha hecho simulando una charla cualquiera. Pero, a pesar de todo, me iré y seguiré bajando.

-Señor, se ha equivocado usted. ¿No ve, acaso, que en este momento, baja el terremoto que provocó mi amo y señor? Yo quería proteger a usted. No deseaba que bajara usted junto con ese temblor espantoso que acaba de azotar el sur de su país de usted. Eso era lo que yo quería y nada más, nada más.

-Gracias, Tadeo -le respondí.

Él se inclinó en signo de agradecimiento. Estaba así inclinado cuando por los aires silbó un látigo con estridencia. Vi una fusta pasar por mi lado. Ella se enrolló en el cuerpo de Tadeo Lagarto y luego lo arrancó de mi lado y lo perdió en aquellas cavernas temblantes y ruidosas. Un momento después volvía la paz. Pasaba con seriedad sonriente Palemón de Costamota y me murmuraba:

-Un servidor más.

Respondí:

-Igualmente.

Y nuevamente volví a sumergirme por esos antros cavernosos.

Por fin me encontré junto a mi viejo amigo Lorenzo Angol. Todo cambió a su alrededor. Desapareció el cansancio que me había invadido al desmoronarme por entre los socavones movedizos y ululantes. Ahora era la paz tan deseada por mí, era un anticipo a la paz que pronto me depararía Colomba.

-¡Hola, Lorenzo! -grité-. ¡Al fin te encuentro!

—¡Cuánto has tardado! —me dijo mientras me alargaba su mano.
—Tú sabes, Lorenzo, cuán difícil es sumergirse por estos túneles. Entré bien. Estaba allá en lo alto, en plena nieve de la cordillera, cuando el hombre Martín Quilpué pasó junto a mí seguido de mil copos de blanca nieve. Su presencia me dio ánimos así es que, sin más, lo seguí. Al meterse por un cráter de volcán los copos de nieve se transformaron en enanitos. ¡Mejor, mejor! Total, que entré dichoso. Al fondo me esperaba Colomba.

Lorenzo me dijo:

—Ya veo lo que ha de seguir. Poco a poco se presentaron los inconvenientes de este descenso; sentiste esa mano que te sujetaba y que te retenía a cada instante hablándote necesidades.

—¡Palemón de Costamota! —dije.

—Sí, ya lo sé —me repuso Lorenzo—, Palemón de Costamota y, de seguro, su amigo, el tal Tadeo Lagarto.

Respiré hondamente. Admiré el ambiente plácido que rodeaba a Lorenzo. Había una luz tenue; nuestros asientos eran cómodos. El silencio era completo salvo que, de cuando en cuando, se oía el cantar de una avecilla, de un ruiseñor o de un canario, supongo yo. Cesaba el canto; entonces oíamos el ruido lejano y hondo de los metales en fusión que se derretían junto a nosotros.

—Voy hacia Colomba —le dije—. Pero contigo es buena cosa poder retardar mi descenso. Sé que has de tener varias cosas que contarme. Habla, Lorenzo, que aquí te escucharé y podremos departir nuestras impresiones.

LORENZO

Aquí, felizmente, el tiempo no existe. Si lo mido por allá, por la superficie, será poco, poquísimo. Pero lo he vivido intensamente y no puedo quejarme porque lo he pasado bien, muy bien. He estado con el espíritu de Florencio Naltagua. Tú sabes cuánto nos reposaba su presencia allá en su casita del Portal Colonial. ¡Cuánto más reposante es ese espíritu aquí en las profundidades de la Tierra!

También he visto al espíritu de Teodosia Huelén: espíritu lleno de alegría, siempre afable, con recuerdos de cuántos allá conoció y de las palabras que con ellos ha cambiado. En fin, hemos pasado un muy buen rato juntos. Hasta la evocación de Benilde, de mi tan querida Benilde Panilonco, se dulcificó al recordarla mientras hablaba con Teodosia. Teodosia, sin decirme palabra, me hizo sentir la bondad de Benilde, me la hizo sentir aunque hablábamos de temas completamente diferentes. Benilde es buena, es comprensiva, nunca los celos la acometen con estas ausencias mías. Me despide feliz; me recibe llena de gozo cuando yo vuelvo.

El único lado negro que ha tenido esta bajada mía al fondo de la Tierra, es que ella, ella, Lumba Corintia, no se ha presentado a mí. Se lo dije a Teodosia. Ella rió y me explicó con una seriedad llena de importancia pero dejaba esa risa por allí cerca, muy cerca, pronta a ser llamada y hacerse visible:

—Tú has de comprender, mi querido Lorenzo, que si Lumba Corintia no se ha presentado, es porque ha de tener cosas mayores, muy grandes y bellas cosas en qué ocuparse. Las presiento. ¡Uy, han de ser cosas enormes! ¿No lo crees tú, mi buen Lorenzo?

Le respondí que por cierto, que eso jamás lo había dudado. Y seguí mi descenso. Llegué hasta cerca de Colomba. Sentí su ambiente y allí, sintiéndolo, permanecí.

¿Cuánto tiempo permanecí? Lo ignoro. Ahora voy de subida. Nos hallamos a una

profundidad de unos 4.500.000 metros. Seguiré hacia arriba. Quiero ahora, después de no haber encontrado a mi Lumba Corintia, quiero reposarme en los brazos de Benilde. Porque ella mucho me acompaña en mi trabajo. Digan lo que digan Palemón y su súbdito de Tadeo, es bueno trabajar y voy a hacerlo.

Yo.

¿En qué vas a trabajar? ¿Siempre piensas escribir?

LORENZO

Sí, siempre pienso escribir. Tengo aquí un alto de notas que he hecho tanto allá en Fray Tomate como durante mi peregrinación a estos fondos.

Tú deberías hacer otro tanto: trabajar, escribir. Recuerda que Juan Emar no muere, que Juan Emar no ha de morir jamás. Ya murió Onofre Borneo, ya has visto sus funerales. Ahora tú, ¡a hacer lo que tienes que hacer! Naturalmente que Onofre Borneo quiere llevarte con él. Pero no te dejes tentar. ¡Sigue, sigue siempre! Es lo que te aconsejo.

Yo

Y creo que es también lo que me aconsejará ella, la mujer de estas profundidades, Colomba. Quiero llegar a tener ese estado de ánimo que da el opio, en que se juzgan todas las cosas de otro modo y desde muy, muy alto. Es lo principal que he de preguntar a Colomba y luego me dejaré guiar por ese opio de sus palabras.

Ese estado no lo produce una intoxicación. La intoxicación es aparte y creo que ella viene porque nuestro cuerpo no está habituado a que nuestro espíritu viva en aquellos mundos.

Aquí le conté a Lorenzo mis impresiones en la fumada de opio a la cual me invitó Romualdo Malvilla. Le conté, además, la sensación por mí sentida al elevarme con suma lucidez de todo cuanto me rodeaba.

Esta sensación la había sentido yo hondamente; en ella no había habido nada de borrachera ni de sucesión ilógica de cuanto pensaba. Yo había ido hacia ella, yo me había sentido, ¡por fin!, en el estado que tanto había soñado siempre.

Lorenzo me escuchó en silencio. Y luego seguimos nuestra charla allá en los subterráneos claros e iluminados, en los subterráneos llenos de alta comodidad.

Ahora voy a resumir la voz de Lorenzo, voy a resumirla como ella venga a mi memoria. Mientras la oía sentía la claridad y la ordenanza de sus conceptos. En este momento todo ello se me confunde un tanto. En fin, trataré de hacerlo lo mejor que me sea posible.

LORENZO

En vano me elevaba, mi querido Onofre. Era de pronto cogido por una catástrofe; o alguien cometía todas las insensateces que pueden ser cometidas y yo, entonces, lo insultaba y luego ambos nos reñíamos sin escrúpulos de ninguna especie.

En eso estaba, peleándome con medio mundo y añorando esa paz sublime con que siempre sueño. De pronto vi a Florencio Naltagua frente a mí. Me miraba con su habitual dulzura y dejando errar una sonrisa sobre sus labios.

Me miró y esperó. Yo seguía atacado por esas catástrofes que se me venían encima. Su presencia no bastaba para disiparlas. Al fin oí su voz:

—Lorenzo, sepárate de ti mismo. Entonces contéplate. Y trata de que tu mente no

tome parte en esta contemplación. No olvides que la mente es lo más bajo que tenemos; ella es el arma que tiene Palemón de Costamota para triunfar en este mundo.

Claro está: lo comprendí y me serené un tanto. Le dije entonces a Florencio:

—Yo siempre he soñado con una Vida Nueva. Estoy descontento con esta vida que, a diario, se me presenta. Sé que, de un momento a otro, voy a cambiar súbitamente, que una venda caerá de mis ojos y que podré ver otra relación en cuanto existe.

“Pienso en la imaginación... Con el nombre de ‘imaginación’ se entiende un simple desvarío de nuestras facultades. Yo he creído siempre que la imaginación es el comienzo de un gran camino hacia la verdad.

Florencio Naltagua se limitó a responderme:

—Te citaré unas cuantas palabras de Rudolf Steiner, de esas palabras que todos leen y que muy pocos asimilan hasta hacerlas penetrar en su fondo. Son palabras de su pequeña obra llamada: *Visiones del Mundo Espiritual*. Óyelas, Onofre:

Aunque parezca extraño, cuando hemos pasado la mitad de nuestra vida prenatal, la experiencia interior del alma está centrada principalmente sobre la Tierra; y cuando volvemos a esa época, la impresión que tenemos está llena de las cosas que ocurrían abajo, en la Tierra, y de aquello que los seres humanos pensaban y sentían. Cada alma recibe impresiones propias de sí misma. Por ejemplo, al prepararse para una vida futura, un alma puede estar viviendo de nuevo en la segunda mitad de su vida espiritual, cuando el nuevo nacimiento está cercano, y verse a sí mismo, al ser espiritualmente activo, mirando cada vez más hacia aquellos que están abajo. Algunos de éstos pueden parecer admirables para el alma que está arriba; y, en realidad, puede ocurrir que el alma que está arriba fije su atención particularmente sobre una o dos figuras activas de la Tierra que está abajo.

Después de hablarme así, Florencio desapareció. Quedé solo. No sé si en meditación o ardiendo de rabias ocultas. Lo que creía que ya había pasado en mí, volvía nuevamente. Era tomado por ello, era sometido por su fuerza. Al fin decidí no pensar más y abandonarme si era ello preciso.

Onofre, fue una bendita resolución mía.

Yo

¿Por qué? No veo que el hecho de abandonarse y dejar que otras fuerzas tomen el mando, sea una resolución satisfactoria. Explicame, pues, por qué consideras tú que fue esa una bendita resolución.

LORENZO

Es bueno, muchas veces, no tratar de pensar, de formular una idea clara; es bueno abandonarse y dejar que otras cosas piensen en uno, diría, piensen por uno. Me retiré, pues, de todos mis anhelos, de todas mis ansias, de mis deseos de una Vida Nueva, de todo. Me dije:

“¡Que venga lo que tenga que venir!

Entonces fuera de mí, lejos, al frente, vi una figura clara, nítida. Era la figura del amor, del inmenso amor que siempre arde en mi interior. Este amor dormitaba; no podría decir que dormía; dormitaba apenas y listo siempre a oír una voz que lo hiciera activo. Es decir,

que el amor no había muerto en mí. ¡Ahí estaba! Pero sobre él dos nuevas figuras se asentaban y miraban como si fueran las verdaderas victoriosas. Ellas eran:

Las mujeres y el descontento.

Onofre, las mujeres eran muchas, muchísimas, que, a veces, tomaban la forma de una sola, una sola que a mí se acercaba, me acariciaba y luego se fundía en la nada para dejar paso a otra. Estuvo, entre ellas, Banilde Panilonco, siempre buena, siempre dulce. Pero fue puesta de lado por la otra, aquella Berguibenda, ¿recuerdas?, la hija del Jefe de Estación que vi, una vez, subir a su coche y vi sus piernas que mostraba impúdica hacia la nada. Porque ella no debe haberse percatado de mi presencia. Como ahora tampoco se percató. Apenas había pensado en ella cuando otras y otras más estaban presentes: Jenara Linares y Vivencia Pocuro, Tina Maracá y qué sé yo cuántas más entrevistas en mi vida cotidiana.

El descontento reinaba sobre ellas, es decir, mi descontento ante ese remolino que hacían a mi vista. Ninguna se detenía lo suficiente como para poder empezar una charla con ella. Iban, venían, volvían a irse para volver a venir. Pero, ¿era la causa este remolino de mujeres lo que producía mi descontento? No, no lo creo. Estaba descontento conmigo mismo y, al ignorar la causa de este descontento, rabiaba en contra de las mujeres.

Como pude haber rabiado en contra de todo; como rabié en contra de todo. Sólo el recuerdo de Jateña brillaba allá lejos con todo su esplendor. Y la voz de Florencio Naltagua volvía, a veces, hasta mí.

¡Sí, sí! Comprendo cuanto has dicho y reconozco tu bondad, mi buen amigo Florencio, al haber llegado hasta este mísero ser que soy. ¡Mísero ser! Y, al decirme así, me enfadaba y me maldecía.

Onofre, empezaba aquí el descontento seguido, segundos después, con una ira sorda que me hacía irritarme contra cualquier cosa y de cualquier modo.

Ya te lo he dicho: renuncié a seguir luchando y me abandoné. Volví a repetir:

“¡Que venga lo que ha de venir!”

Cací en una somnolencia. Luego dormí unos instantes. Cuando al fin desperté, mi ánimo estaba mejor. No sé por qué, no sé qué se había clavado en mi mente mientras dormía. En cierto caso es que me sentía ligero y con deseos de charlar con alguien. Caminé un poco, no sé si subiendo o bajando; creo que ya había emprendido la ascensión. Unos pasos me llamaron la atención. Luego vi que avanzaba hacia mí Eusebio Palena.

—Hola, amigo mío —le dije—, ¿qué hace usted por aquí?

Me respondió:

—Hago Zambafusas. Vea usted la última que he escrito.

Me alargó un papel. En él leí la siguiente Zambafusa que, por cierto, guardé conmigo pues Eusebio me la obsequió:

Zambafusa N^o 10

Después de medianoche salió. Pensaba: “En esa... esa felicidad creativa, esa vivencia de algo que no es lo que necesitamos los que servimos...”

¡Siempre han estado disociadas, siempre han estado divididas! Porque es ahí, nada más que ahí, donde tiene su hermano un hermoso toro, un negro toro que luego pisoteó y corneó al cadáver encubierto que siempre allí está.

¡Sí, señores! Allí está como un hombre a quien ella, ¡ella la más bella!, definía

en el constante devenir con el objeto de poder entender el subgénero y el submarino de Zeus Rey.

Entonces meditó:

“¡Fuerte y firme hay que estar para luchar y vencer!

Al oír estas palabras huyó el detective espoleado por una pavorosa idea de la cuarta dimensión. Y quedaba establecido que un hombre debe conocerse tal cual es...

De este modo resulta una escapatoria como es lógico que ella resulte cuando un vehículo cruza el puente de un ser anfibio que vive, en un momento, en dos mundos diferentes.

Luego que la hube leído, me dijo Eusebio Palena:

—He necesitado bajar a estas profundidades para concebir como se debe semejante Zambafusa. A penas la terminé sentí que era presa de una alta inspiración. Me acomodé sobre una especie de alto peñasco y, tomando mi lápiz, escribí, de un tirón, otra, otra enorme y gloriosa Zambafusa cuya copia me es grato obsequiar a usted.

Decía así:

Zambafusa N° 11

El relato es sencillo. Trata de la vida de un hermano que, por lo que podemos esperar, la división que separa a los vivos de los muertos es cada vez más delgada y cada vez más tenue e incolora.

No olvidemos: al pie de la escalera hay un buzón y es por eso que me doy cuenta del estado de mi propia mente. Es que idealizamos a los que han realizado la Ciencia Espiritual porque no hay camino mejor que estas fuerzas están relacionadas con los aficionados a los ojos de Teodosia.

Sentí un estremecimiento de placer y de alivio al pensar en esos ojazos ora azules, ora verdes y en esas fuerzas del pensar que constituyen un órgano de la murmuración.

Entonces, al saber su muerte, quise morir yo también: saqué el coche y me dirigí al Bar Andilla a esperar que llegara mi turno.

Una vez que hubo llegado... ¡morí!

Eusebio Palena quedó unos momentos en silencio. Luego me dijo:

—Porque acabo de estar con esa bellísima de Teodosia Huelén, es decir, con el espíritu de Teodosia Huelén. ¡Oh, qué mujer, qué inmensa mujer fue durante su vida! Fue tan inmensa como ahora es inconmensurable en este mundo de los espíritus. Ya no hay secretos para ella ni aquí en la Tierra ni en los astros por lejanos que se encuentren. Yo también, mi amigo Lorenzo, quise morir y, haciendo uso de una salvedad literaria, morí. Pero no he muerto. Quise morir al ver el estado inefable de nuestra amiga Teodosia Huelén. Se lo comuniqué a ella. Ella, desde su gran altura, rió con una risa cristalina. Le dije entonces: “¡Perdóneme, Teodosia!”. Ella me contestó: “Por cierto, mi buen amigo, Eusebio. ¡Te perdono una y cien veces!”. Y sin más, se alejó por entre cavernas y más cavernas. Se alejó siempre alegre, siempre haciendo resonar el cascabel de su linda risa, ese cascabel que

daba cientos de ecos en las rugosidades de estas cavernas. Ahora, amigo Lorenzo, voy a deambular un poquitín por aquí. Le dejo a usted seguir su ascenso. ¡Adiós!

Yo

Irá lejos Eusebio Palena con sus Zambafusas. Veo cómo es tomado por ellas y cómo se ve obligado a escribirlas en una ráfaga de inspiración. Que sea en el fondo de la Tierra o que sea en plena superficie, es igual; una Zambafusa revolotea cerca de él y luego lo toma. Él tiene que escribirla. Tal vez ahora es llamado por otra desde la superficie. Si es así, ¡buen viaje!

LORENZO

Eusebio y las Zambafusas son buenos amigos; él es un receptáculo de sus llamados; él está siempre alerta a su voz. Porque es una voz nítida, la voz de algún ser que vive en una parte cualquiera y que necesita expresarse. Eusebio oye esta voz, la anota y otra Zambafusa ha visto la luz.

No es lo que me ocurre a mí, mi querido Onofre. Yo siento una serie de cosas que revolotean a mi alrededor; pero no se precisan como para poder transcribirlas. Piensa en aquella lejana, lejanísima época en que creo haber vivido: allá en los siglos XIII y XIV, cuando se levantaba la catedral de Bourges. Creo recordarlo con claridad; luego se esfuma este recuerdo y llego a pensar que no ha sido más que un desvarío de mi mente.

¿Sabes tú quién me lleva con facilidad a la calma necesaria para adentrarme en mis recuerdos del pasado?

Yo

Lo ignoro. Pero ha de ser alguien que vive su vida completamente aparte de tus preocupaciones; ha de ser alguien que allí te lleva inconscientemente. ¿Quién es?

LORENZO

Rubén de Loa.

Yo

¡Y el tucán!

LORENZO

Claro está. Cuando oigo a Rubén, siento la presencia del tucán que se alegra con esas telas que nacen de los pinceles de nuestro amigo. Iremos a verlo cuando vuelvas a la superficie, nos instalaremos en su taller y lo dejaremos hablar de cuanto le venga a la cabeza. ¡Ah, veo aquella sesión! Primero hablará Macario y oiremos algunos "inefables" de Mamerto Masatierra. Aprovecharemos para presentarle nuestras condolencias por el sismo y el maremoto que ha azotado su ciudad natal, Valdivia.

Yo

Y aprovecharemos para mandar una maldición a ese nefasto de Palemón de Costamota. Creo que Rubén ni siquiera sospecha la causa de esos trastornos en el Sur del país. Tú la sabes, Lorenzo: fue el dedo índice de Palemón que tocó una especie de techo abrupto aquí de las profundidades.

LORENZO

Bien, iremos. Mientras él habla yo me dejaré meditar. Meditaré sobre ese pecado atroz que tengo que redimir. Porque no tengo duda alguna que en mí hay un pecado cometido antes y que ahora arrastro conmigo sin poder definirlo.

A veces creo que fue con Eufobina Colliguay con quien lo he cometido. Tú sabes, Onofre, esa bella Eufobina que dejó de existir cierto día en un accidente de automóvil.

Quería verla, quería estar con ella algunos minutos, mirarla; sé que en sus ojos yo podría saber si he pecado o no he pecado con ella.

Me paseé largo rato por estos túneles llamándola. Por fin la vi aparecer. Pasó a mi lado y me saludó como si tal cosa. Porque no, no era con ella con quien yo había pecado; no lo era ni en ésta ni en ninguna otra encarnación. Eufobina seguía igual, risueña, casi alegre. La dejé, pues, que se perdiera por estos tortuosos socavones. Así es que he quedado con la sensación de ese terrible pecado mas sin poder definirlo.

Yo

Es acaso un pecado que tú tienes respecto a todas las mujeres que has frecuentado; es acaso esa inclinación que te lleva hacia ellas sin poder dominarte. Piensa en Pibesa, piensa cómo te dominó; lo mismo puedo decir de Papusa. Hubo un momento en que no viste más que a ellas. Y piensa en Chinchilla encerrada en aquel ropero; y piensa en Marieta Uscana...

¿No crees tú que Lumba Corintia podría aclararte esta debilidad que sientes por las mujeres? ¡Haz de ella una Colomba! Con ella, con una Colomba al lado, no habrá misterios en tu vida, en todo caso podrás aclarar lo que, de verdad, te ocurre.

LORENZO

En eso he pasado gran parte de mi vida: en tratar de aclarar lo que me ocurre. Giro y giro mucho y llego a la conclusión de que no lo sé.

Sigamos, Onofre, yo hacia la superficie; tú, hacia las honduras de esa Tierra, hacia donde Colomba se halla. Por esta vez no he de encontrar a Lumba Corintia. Sin ella –y a pesar de Florencio y de los demás que pueda encontrar– prefiero la superficie. Yo voy subiendo; tú vas bajando. Y ambos hacemos una misma y única cosa.

¡Hasta pronto, mi querido Onofre! No lo olvides: en el taller de Rubén de Loa nos encontraremos. Tú estarás pleno, estarás lleno de euforias que te habrá dado Colomba.

¡Adiós, mi buen Onofre!

¡Adiós!

YLorenzo Angol siguió su marcha ascendente mientras yo, por un deslizadero que se abría a mis pies, me dejaba ir en busca de ¡Colomba!

32

Me deslicé llevado por alas. No hacían ni el menor esfuerzo por seguir las ondulaciones de aquel deslizadero. Rodaba y rodaba; a mi lado se oía, a veces, el ruido profundo de algo lejano y que, de pronto, llegaba a ser un verdadero estrépito.

Debo haber bajado no menos de unos 100.000 metros. Por fin me encontré en una vasta planicie. Todo aquel descenso me parecía llevadero pues, al final, encontraría a Colomba. Oí cantar a unos pajarillos que, por cierto, no vi. Estaba oyéndolos y divagando cuando una voz me volvió a mí:

–¡Oh, oh! Si no es mucha mi osadía me atrevería a decir a usted que considero un alto honor encontrarme con usted, mi señor don Onofre.

Grité lleno de alborozo:

—¡Don Irineo Pidinco!!

—Sí, mi señor, el que con ese nombre vivió allá en la tan recordada superficie y, en ella, en la ciudad de San Agustín de Tango; y en ésta, en la calle Pentateuco. Ahora estoy aquí, si me lo permite usted y los quehaceres no faltan,

—Si tiene usted tantos quehaceres, pues repóse unos buenos momentos y charlaremos como en aquellos tiempos.

—Es usted, don Onofre, la amabilidad misma, la amabilidad que se ha convertido en una persona.

Ambos nos sentamos en unas como inmensas chaises-longues. Tuve el súbito deseo de fumar; saqué un paquete de cigarrillos y le ofrecí uno a don Irineo Pidinco.

—Mil gracias —fue su respuesta—, pero nosotros, los que ya estamos en este estado no podemos fumar. Por lo demás nunca he sido un amante del tabaco.

—Como usted guste, don Irineo. Se ha de sentir usted muy a sus ansias aquí en este mundo, ¿no es verdad?

—Mi señor —me respondió—, tiene usted toda la razón. Yo estaba ya harto de la vida de allá, de la superficie, ¿me ha entendido usted? No la añoro en lo más mínimo. Si usted permite y si ello no es una gran osadía por parte mía, le contaré, sí, eso es, le contaré un vistazo que eché hacia los hombres y sus costumbres. No me satisfizo, créamelo usted, oh, no, no me satisfizo y preferí quedar aquí donde me hallo.

—Cuénteme usted ese vistazo —le repliqué al punto—. ¿Llegó usted hasta allá?

—¡Oh, no, mi señor? Le debo este vistazo a la amabilidad, la gran amabilidad de nuestra sin par amiga Teodosia Huelén. Usted ya sabrá que ella es hoy un espíritu, como ustedes los llaman, y como tal tiene un sin número de medios desconocidos allá en la superficie de la Tierra. Me refiero a esos hoyitos que hace en cualquier parte, unos hoyitos con sólo introducir su dedo en estas paredes y luego pedirle a uno que atisbe por ellos.

—¿Y qué vio usted, don Irineo?

—Permita mi osadía, mi buen señor: lo vi a usted.

—¡A mí! ¿Es posible?

—Sí, señor, es posible. Lo vi en una fiesta, en una gran y solemne fiesta en casa de don Higinio Romeral y de su distinguida esposa, doña Salaberga Huintil. Lo vi ser acarreado por esos tan serios invitados que le mostraban a usted los cuadros, es decir, diré mejor las copias de esos cuadros, de un pintor Gauguin, según tengo entendido, unas copias que se mezclaban con un inmenso plano de un fundo... Pero, en fin, usted lo sabe mejor que yo lo que fue aquella conspicua reunión. Vi cómo un lado suyo de usted se aburría, ese lado que usted llama Juan Emar, si no me equivoco; y vi cómo el otro lado, el que llamamos Onofre Borneo, se placía al encontrarse ahí en esa fiesta. Luego le dije que ya no quería ver más cosas de aquel mundo, que prefería quedar solo por ahí meditando sobre tantas y tantas cosas que me preocuparon y aun me preocupan de lo que pude observar durante mi permanencia entre los vivos, entre los así llamados por ustedes. Doña Teodosia rió con grandes carcajadas y, obedeciéndome, se alejó.

—Dígame, don Irineo, ¿en qué meditaciones cayó usted?

Don Irineo se abstuvo de contestarme inmediatamente. Por fin se acomodó muy bien en su gran silla y me habló de este modo:

—Va usted a considerar, seguramente, algo exagerado cuanto le voy a decir. ¿No, no lo considerará usted así? ¡Oh, su bondad es infinita, mi buen señor! Sin que hubiese nin-

guna voluntad de parte mía, ninguna, medité, como si esta meditación me fuere obligada, medité en... —miró para ambos lados—, en ¡las Guaxas!

Por cierto, mi señor, ellas no iban a abandonar a una presa como soy yo. Así es que se meten en este plano, ¡Dios sabrá por qué medios nefastos!, y, una vez que en él se han metido me atacan, mi señor, sin piedad. Sólo puedo decir a usted que lo que hicieron conmigo allá en la Tierra no es nada en comparación con lo que aquí osaron hacer.

Sí, mi señor, estaban estas Guaxas comandadas por Biandina, que usted conoce, Biandina Tarata; estaba también Rubí Colliguay y su hermana, Eufobina, por cierto también estaba. Era una confusión de vivas y muertas. Usted ha de haberse percatado ya que esa división tan común allá, aquí es casi inexistente; aquí es casi igual ser un ser vivo o un ser muerto. Claro, claro, su fina perspicacia lo ha notado al minuto: aquí ya no rigen esas terribles divisiones con que tanto nos atiborran allá. Por esos hoyitos que hace nuestra amiga Teodosia he visto a muchos vivos que más parecían unos verdaderos muertos; y he visto, sin esos hoyitos, directamente, a cientos de muertos que, al morir, han recuperado su vitalidad.

Usted perdonará estos aciertos míos. Mi mente abarca tanto y tanto ahora que me es difícil mantenerla en su sitio.

El caso es de que Biandina Tarata me acometió. ¿Encuentra usted que es un verbo demasiado sonoro este de “acometer”? Pues ya verá usted que no lo es tanto, no mi señor don Onofre. Le contaré a usted lo que hizo esta Guaxa con este pobre ser que soy yo. ¡No, no, mi señor! El hecho de ya no poder probar esos exquisitos, tan exquisitos garbanzos, ese hecho que me acompañó durante mi vida, este hecho aumenta mi mediocridad pero no la hace de verdad estable. Más bien son las Guaxas las que se empeñan en trabajar en ella. Ahora usted verá, mi señor:

Biandina Tarata se tendió separando sus extremidades inferiores. A su lado se regocijaban las demás Guaxas, aplaudían y luego gritaban. Sí, sí, mi señor don Onofre, oía yo los gritos de esa Eufobina y de Rubí y de otras más, como ser Julieta Pehuén, la de los tacones desmesurados; y Paulina Corcho, la que en vano trato de olvidar, en vano; ella me lleva al bosque de Guayacán como me lleva Julieta y me llevan todas, todas. Pero volvamos a nuestro tema, don Onofre, ¿quiere usted? Gracias, tantas y tantas.

Biandina me llamó con un gesto que hizo con un dedo y, al llamarme, se agrandó, señor, en forma de verdad inconmensurable.

Tal vez, don Onofre, tal vez... Acaso fui yo el que me hice pequeño, pequeñito. El caso es que me encontré frente a una, a una, diría yo, inmensidad moviente. Sí, sí, se lo diré a usted: era el ano, el ano el que se hallaba frente a mí. O mejor dicho no era el ano, no, no lo era; era su orificio vecino; eso es, eso es, mi señor. Veo que su perspicacia de usted no se desmiente ni por asomos. Era la vulva, ¡la vulva, señor mío!

Me gritó entonces Biandina:

—¡Adelante, Irineo, adelante!

No tuve más que obedecer, señor mío; y avancé. Usted permitirá que ponga coto a esta locuacidad que me acomete pero es el caso de que no creo muy apropiado para sus oídos de usted escuchar esto, sí, esto que me aconteció.

¡Oh, no, mi señor, de ningún modo! ¿Por qué iba a ser en el sentido de un daño que cayera sobre mí? La entrada y el interior de esa vulva era suave, suavísimo, era liso como una plancha de mármol y, usted perdonará, era aromático.

Tal vez, don Onofre, tiene usted razón; el origen materno de esta Guaxa perfumaba su interior...

Claro, claro está, había un ligero movimiento, como el que se produce aquí bajo tierra cuando esta tierra obedece a las tan terribles fantasías de Palemón de Costamota; cuando estas fantasías se van perdiendo en las profundidades terráqueas. Eso es, mi distinguido don Onofre, eso es; su sapiencia es inconmensurable. Porque es cierto: este movimiento terráqueo tiene una relación clara, clarísima, con aquel que aprecié en..., en..., en el interior vaginal de esa Biandina Tarata. Era una respiración, diría yo; sí, una respiración rítmica pues había ritmo en el temblar de esas cavernas hace un momento. Pero luego observé que era algo muy acompasado, demasiado acompasado. Eran golpes y más golpes.

Pensé, mi señor, que alguien avanzaría por las irregularidades de la..., de la... ¿permite usted que diga la "vagina" de ella, de Biandina? ¡Oh, tantas y tantas!

Sí, don Onofre, avanzaban y tanto avanzaron que llegaron a mi lado. ¡Eran ellas! ¡Eran Guaxas y más Guaxas!

¡Oh, perdón! Olvidaba decir sus nombres. Eran las mismas que, un momento antes, habían aplaudido y gritado; eran Julieta Pehuén, Paulina Corcho, Eufobina y Rubí Colli-guay. ¡Pobre de mí!

¿Se imagina usted, mi señor, se imagina mi situación?

¡Oh, su comprensión! ¡Tantas y tantas! Y lo peor es que cantaban sin cesar. Según lo que recuerdo, don Onofre, algo decían de ser ellas las genuinas representantes de la lascivia, sí, mi buen señor, lo cantaban y me miraban. Yo, como si tal cosa. Ya el comercio sexual había pasado en mí así que empecé a notar que todo aquello no era tan suave ni aromático como creí en un principio, no, mi señor, no lo era. Vine a encontrar que aquello era la negación de lo que se piensa allá arriba, en la superficie. Vine a pensar que es lo contrario de lo que se cree cuando no se ha entrado por este orificio.

Sin más empecé mi marcha de regreso o de salida, si usted ve que esta manera de expresarse es más adecuada. Resbalé por ese mármol, sí, mármol pero algo rugoso, lo noté ahora. Era inmenso, inmenso. Me metí en mí mismo y caminé a largos trancos dejando a la lascivia que siguiera entonando sus cantos voluptuosos. Vi, de cuando en cuando, una serie de extremos de órganos, sí, señor, una serie, como ser un extremo de la vesícula y un extremo de los riñones y del bazo y del hígado y qué sé yo. ¿Por qué los veía yo estando, como estaba, en plena vulva y nada más? Es un misterio que no he tratado de dilucidar, no, no lo he tratado.

Al fin llegué a una especie de portal majestuoso. Quedé en franca admiración ante él. Sí, señor, eso es: los labios, eran los labios. Y a lo lejos se balanceaba el..., el... clitoris, si usted permite. ¿Lo permite usted? ¡Oh, tantas y tantas!

No, no, don Onofre; cuando me hallé bajo ese inmenso umbral me detuve y admiré. Se lo diré a usted, se lo diré: admiré las finas, las tan finas venitas que corrían por él; es decir, que hacían correr la sangre por ellas, eso es, la sangre. Era un real espectáculo ver esa sangre que, en realidad, yo no veía; yo la presentía y nada más, nada más.

—¡Eh! ¡Adelante, hombre de Dios, adelante! —gritaron a mi lado, sí señor, a mi lado; es decir gritó Julieta Pehuén, la de los tacones altísimos, la Guaxa entre las Guaxas.

La miré atónito. Me murmuró entonces con un gesto, creo yo no totalmente exento de una lascivia que bien le caía a ella. Sí, don Onofre, digo a ella pues a mí, a mí ya la lascivia carece de importancia, o al menos así lo creo yo. Pero le decía a usted que ella me había murmurado:

—Acompáñame, ven conmigo y veremos un poquitín este plano donde se place a tal manera tu amiga Eufobina. Quiero que lo veas bien para que tú te plazcas como ella y no desees dejarlo más.

La acompañé, mi señor. Me era casi igual ir o no ir con ella. Mi mente —usted perdonará que hable de mente— vagaba por otros espacios. Veía yo que todo el pecado nuestro, todo lo que se asemeja a un pecado, todo lo que nos saca de estos planes en que ahora nos hallamos, todo viene del cuerpo y nada más que del cuerpo. A esto me había llevado mi paseo, si puedo llamarlo así, por el interior de Biandina. En esto meditaba cuando Julieta gritó:

—¡Mira, Onofre, mira!

Miré y... ¿qué vi? Pues, mi señor, vi una serie de... ¿cómo los llaman ustedes los vivos allá? ¡Sí, señor, eso es! Cascarones, eso es, cascarrones astrales. No me gustó esta visión, don Onofre, la encontré hasta cierto punto repugnante. Y más aún cuando pensé que uno de ellos sería, sin duda, el de la bella Eufobina, la fenecida en aquel accidente de automóvil allá en la superficie. Estos feos cascarrones se balanceaban y se descomponían lentamente. ¡Oh, no, mi señor, no olían mal! El olor aromático había cesado y no había sido reemplazado por ningún otro olor.

—Ya lo he visto, mi querida Julieta —le dije—. Sé lo que son esos cascarrones, ya lo sé; dejémoslos en paz como tanto le agradecería a usted que a mí también me dejara en paz.

Me contempló altiva y me contestó:

—Como gustes, Irineo. Te dejo y ¡adiós!

Nos separamos, mi señor, y no la he vuelto a ver.

Es curioso todo esto, mi señor don Onofre, sumamente curioso, ¿no lo cree usted? No me cabía la menor duda de que estaba yo en pleno mundo astral. Entonces pensaba:

“¿Por qué se halla este plano en las profundidades de la Tierra? ¿Y en la superficie? ¿Cómo es que no lo ven los hombres de allá si acaso también está junto a ellos?”

¿Sabe usted, mi señor, quién me respondió a estas preguntas que me hacía? Pues, Florencio Naltagua, sí, sí, don Florencio, aquel del Portal Colonial, aquel que ya aburrido del mundo o habiendo hecho en él cuanto tenía que hacer, un buen día optó por venirse de firme a estos planos.

Con todo gusto se lo diré a usted, don Onofre, se lo diré. Me dijo don Florencio (me acostumbro más llamándolo “don” como allá lo llamaba sobre todo cuando mi conversación es con una persona como es usted, mi señor don Onofre, una persona de tanta sapiencia y tanto humor; es mejor no cambiar nuestro modo de expresarnos al hablar, sí, creo que es mejor, ¿no lo cree usted? ¡Oh, tantas y tantas!). Así, pues, le decía usted que me dijo don Florencio:

—El plano astral existe en todas partes, en todas, sin excepción. Los hombres están rodeados de cascarrones y de entidades suprasensibles. Ahora que, para verlas, hay que aguzar la vista a un grado pocas veces sospechado allá en la Tierra. Nuestra vida pasa la mitad en el plano físico y otra mitad en el astral. Y callo ahora los otros planos. Ya lo sabrás tú, Irineo, por tu propia experiencia y medida de evoluciones en estos mundos. Ten calma, mucha calma y, créemelo, verás cuánto es necesario ver.

Y desapareció don Florencio. Ahora aquí he quedado dando y dando vueltas a tantas cosas que me acometen; pero que me acometen con suavidad, lentamente, mi señor don Onofre.

Claro está, claro está; mucho medito sobre aquello que fue el tema principal de mis

lucubraciones allá en la Tierra, mucho, mucho: la calidad de intrusos de los hombres. Hoy yo ya no soy un hombre, soy un paso de hombre a espíritu. Por eso mismo más me convenzo de esa calidad de intrusos que es nuestra característica allá. Me basta con recordar mis contemplaciones a la natura, esa enorme y despreocupada natura que nos envuelve allá. Me basta contemplar cómo ella hace su vida, cómo crece, cómo se marchita y muere en otro ritmo que el nuestro. Y me basta ver... ¿sabe usted qué? Pues entonces se lo comunicaré a usted:

Ver a Alhelí Cunico Batuco, el sobrino de don Jabalí Batuco, usted ha de saberlo, el administrador del fundo Nalanqué. ¡Eso es, mi buen señor, eso es! Lo veo con nitidez porque es el hombre que se empecina por hacer todo feo a su alrededor, se empecina con una tenacidad diabólica y en plena indiferencia; creo yo que convencido de que hace muy bien. Así, pues, destruye y destruye. Corta y corta los árboles guiado por un interés de hacer un tan lindo jardín o parque, lindo según él. Un día lo visité yo allá en su fundo. ¡Qué horror, mi señor, qué horror! Era el abusar de lo que no nos pertenece; era, como dicen: "ir en caballo ajeno con espuelas propias...".

Pero era inútil, don Onofre, completamente inútil. Por cada crimen, usted perdonará esta palabra, por cada crimen de don Alhelí, nacían por cientos, por miles las cosas hermosas. Sí, mi buen señor, por miles pero más recatadas, más desconfiadas, sabiendo ya el amo que pesaba sobre ellas.

En fin, don Onofre, no hablemos más si usted lo desea. Sé, si usted permite, hacia dónde se dirige usted. Su tiempo ha de ser precioso. No quiero importunarlo más. Me deja usted rehaciendo una vida muy malgastada allá en la Tierra. ¡Si no hubiese sido por los garbanzos...! ¡Ellos fueron mi salvación!

¡Adiós, mi señor don Onofre! Le ruego a usted que presente mis respetos a esa diosa a quien va usted a ver, a la tan bella y tan distinguida señorita Colomba.

Oh, de nada, de nada; es justicia la que hago.

De nuevo le digo a usted: ¡adiós y que pronto nos veamos nuevamente!

33

Quieta, Colomba, quieta.

Yo iré tras de lo único que busco y he buscado siempre: el amor. Yo iré tras de ti, ¡Colomba!

Porque, como la otra vez, bajé, seguí bajando y llegué junto a ti para caer de hinojos. Entonces mis labios pronunciaron tu divino nombre de Colomba.

Y vuelvo a repetirte:

Clava tus pies en el cadáver aquí yacente. Inmovilízate al clavarlos. No veas. Que haya una nube en el sitio en que tu boca debería ser. Tiembla un poco. Mas no tiembles por haber adivinado mi presencia. Tiembla por algo que yo jamás logre saber. Realízate más hermética aún. Porque yo te quiero.

Quieta, Colomba, quieta.

Te quiero, Colomba, te quiero inmensamente, te quiero como es querer.

¿Crees que estoy cantando?

¡No, pobrecita! ¡No, linda!

Yo no sé cantar.

Yo mantengo el primer amor, ¡aquel amor! Y te lo traigo y te lo doy como un niño lo da.

¡Seamos niños!

Acaríciame como acaricias a un niño. Así. Pon tu mano sobre mi cabeza y permanecemos quietos ambos, sin hacer ni el menor movimiento. Deja que allá, hacia la superficie, se desvanezca la prostituta que un día vi en ti; que un día vi y sentí marchando sobre mi cuerpo, clavándome con sus pies 170.000 veces sus tacones empinados que me hollaron.

¡Que sea el silencio eterno junto a nosotros!

Sin hablar dejaré que mi mente piense; sin dirigirla; que ella se dirija sola. Y ambos, Colomba, veremos lo que ella ve, andaremos por los parajes que ella atraviesa.

Tengo un profundo sentimiento de melancolía. Veo un pasado que añoro. Colomba, alguien ha muerto.

Es que el barco se alejará dentro de algunos minutos y yo estoy en ese barco. Me he despedido de mi hermana María y ella ha llorado. He sentido una tristeza muy honda; he sentido un vago, muy vago sentimiento de injusticia. Pues el barco se irá a otros, a lejanos mundos y ella ha de quedar aquí. Compasión; arrepentimiento. El barco se aleja; yo voy dentro.

Pero oigo la voz de San Agustín. ¿Eres tú, Colomba, quien me la hace escuchar? Oigo esa voz:

Hermanos, entendamos y vule nuestro entendimiento en tanto que podamos, y cuanto más no pudiéramos, creamos.

Porque ahora creo en ti, Colomba. Ahora puedo amar y pongo a este amor como el centro de mi vida. A él me aferro pues eres tú quien me lo ha inspirado. Caen y desaparecen las demás mujeres.

Caen. Y cae también ese sentimiento de una guerra permanente que a mí, como a Lorenzo Angol, me ha asaltado a menudo.

Sí, mi Colomba, presto atención a los diferentes personajes que hay en mí. Toda persona debería prestar atención a estas personas que en ella se debaten.

Distingo al débil, distingo la presencia de Onofre Borneo que desde su ataúd se yergue y viene hasta mí. En esos momentos creo que Juan Emar está contigo. Pero habláis en voz tan baja que nada alcanzo a oír.

Es lo que aprovecha Onofre Borneo para trabajar como jamás debería trabajarse: *de fuera para dentro*. No, no debe trabajarse así, lo sé, Colomba.

Debe trabajarse *de dentro para fuera*.

Como contigo.

Como cuando estoy a tu lado y me recojo en mí mismo. O sea me recojo en la eternidad que eres tú.

La que no obra así puede ser fácil presa de Palemón de Costamota.

¡Muerte a esta persona!

Porque todo lo malo viene por querer hacer las cosas al revés, querer hacerlas de fuera para dentro.

Sí, tú me viste en la fiesta de Higinio Romeral y tú oíste hablar de arte en esa misma

fiesta. Sí, te entiendo: era todo lo hablado de fuera para dentro. Y así se matan a un tiempo mientras se comía y se bebía.

No, no es que aquello, que aquella fiesta me haya dejado una huella profunda. Es que he dejado a mi mente vagar por donde bien le plazca y yo quiero dejarme ir tras ella.

He fumado, Colomba, he fumado opio.

Para eso he venido hasta ti. He venido para que me des a perpetuidad ese estado de ánimo que da el opio: cuando uno se esfuerza para encontrar algo malo en esta vida y es en vano porque eso malo ha desaparecido envuelto en una lucidez absoluta.

Claro está: nada importa nada. Al alcohólico tampoco nada le importa nada. Y para llegar a este estado él echa por la borda toda razón. Con el opio es lo contrario: se aumenta toda razón hasta el grado máximo.

Porque con el opio uno está junto a la verdad.

Porque con el alcohol la verdad se esconde, se escabulle y ahí queda pronta a estallar.

Ahora oigo a Mabel Collins, oigo esas palabras de *Luz en el Sendero*:

La paz que debes buscar es aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles.

Y allí quedo, Colomba. No puedo avanzar ni un paso más. Esas palabras de *Luz en el Sendero* rebotan en mí hasta que pierden su significado.

Es que veo el anverso y el reverso de toda idea que formulo. Es esto lo que me detiene.

Quiero que tú me des el estado positivo que da el opio para ver juntos y en paz ese anverso y ese reverso; que, desde lo alto, nada me importe nada pues mi mirada estará junto a la verdad que se explaya.

Ahora, a tus pies, estando mi cuerpo a tus pies, mi mente se ha ido lejos y, revoloteando, guiada por el intelecto, se ha ido a vagar por Quintrilpe. Estoy, pues, en Quintrilpe.

Déjame, entonces, besar tus pies para no irme completamente.

En Quintrilpe hay muchas moscas; hay moscas por todas partes. Las hay tantas como en el resto de nuestro país. Hay, acaso, unas pocas menos; pero en Quintrilpe hay muchas moscas.

Tomé cierto día un matamoscas y me dispuse a matar las que nos molestaban en el comedor. De pronto me detuve, con el matamoscas en el aire, y me puse a observar una de ellas que hacía su vida habitual sobre la mesa, sobre el pan, sobre los fiambres.

Me sentí grande, inmenso al considerar nuestra relación con ellas, al ver lo que somos para ellas por nuestros designios: el mundo que es inmenso...; la historia...; nuestro pasado...; nuestro porvenir... Pensé también en nuestra relación con los demás... Pero dime, Colomba, ¿existen los demás?

Ahí está el Universo; ahí esta siempre.

Me asomé a una ventana y miré el cielo pues era ya de noche. Brillaban las estrellas. Y brillarán siempre. Yo podría morir hoy día y resucitar después; y podría volver a morir para volver a resucitar, eternamente. Las estrellas estarían iguales.

¿Iguales?

Tal es la lógica absoluta. Pero yo tengo que triturarlo todo.

No, no puede ser así. Lo que acabo de decirte, mi Colomba, es sólo una aproximación "terrena".

¡Sea maldita esta palabra de "terrena"! Es como me llamaba y me llama aún mi tan querida Teodosia Huelén.

Cayó el matamoscas y maté a la mosca. Me pregunté entonces:

"¿Para qué escribo? ¿Para qué, Colomba mía?"

¡Es difícil desprenderse de la superficie! No basta hacer un gesto voluntarioso; no basta tomar una resolución definitiva; no, ello no basta. Porque apenas algo parece bastar, aparece sólo como el anverso de un concepto que ha de tener su reverso en otra parte. Y si llego a este reverso, aparece más alejado, y no por eso menos real, su anverso.

De pronto me desprendí.

Caí en la lógica absoluta.

¡Absoluta! El universo...; el hombre...; yo.

Un vacío me inundó.

Dime, Colomba, ¿puede uno ser inundado por el vacío? El vacío no puede inundar pues para inundar se necesita una corporeidad cualquiera. Pero era esta corporeidad la que ma había traído tu voz, Colomba; te había oído que me llamabas. Y la sensación que ello dejaba en mí era la de *ser inundado por el vacío*.

Ahora, a través de tu cuerpo, veo un gran ventanal. Yo estoy sentado en un sillón y miro hacia afuera, miro los campos que se pierden. Veo una serie de cerros; veo los árboles inmóviles pues no sopla ni una gota de viento. Veo el bosquecito que frecuento a menudo. Ese es el "Gran Leucoterio". Así llamo yo aquel tronco desnudo y seco: Gran Leucoterio. Su silueta se dibuja sobre el cielo. Nada se mueve. ¡Qué paz!

Vuela un pájaro a su alrededor. Ha de ser un gallinazo. ¿Lo ves, mi Colomba?

Sobre la punta del Gran Leucoterio, sobre una rama que se alza sola y desnuda, el gallinazo se ha parado. Allí ha quedado.

Entonces tu mano, Colomba, me toma los ojos y me hace mirar más abajo, un cúmulo de árboles amarillentos y rojizos, pues ya es el otoño.

Por eso arde el fuego aquí en la chimenea. Hace frío. Un trozo de leña es el perfil de un joven flaco y buenmozo. Este joven ríe y ríe sin cesar. Tiene una risa permanente.

Una llama que chisporrotea lo envuelve. El joven lanza una última carcajada y se consume.

Ahora suena el fonógrafo. Siempre por las tardes suena este fonógrafo aquí en Quintilpe. Ahora es un disco con una selección de bailables. Pasan de uno a otro, alegres los unos, melancólicos los otros. ¿No es verdad, Colomba, que la música es el movimiento perpetuo?

No, Colomba, la música es estática. Es nuestra mente la que pone sobre ella un movimiento; pero ella es y ha sido siempre estática. Es y ha sido como es la pintura, como la escultura, como es la arquitectura. Es el mundo estático y sereno que está más allá de toda trituración que nosotros tratemos de hacerle.

Con ella, con la música, apareces tú ¡mujer!

Y junto a ti aparece Tomba Montbrison.

El fundo entero se ha convertido en un dancing. Ya no existen los amarillentos y rojizos de los árboles. Ustedes bailan.

Tomba gira a tu alrededor y sonríe con los ojos puestos en mí. Tomba gira lentamente.

Tú, Colomba, bailas sin moverte. Sigues otro ritmo que yo apenas logro captar en los acordes de esa música. No te mueves con la música; eres inmóvil como lo son la pintura y la escultura. Pero Tomba se mueve con una sonrisa clavada en sus labios.

Miro hacia afuera: el gallinazo ya se ha ido de la punta del árbol desnudo, del Gran Leucoterio.

En la música, en la pintura, en las artes todas, está todo lo bueno, está todo lo malo, lo mediocre y lo frívolo. Y está también el ansia de querer romper lo que presos nos tiene. ¡Estás tú, mi Colomba!

Por eso algunos se van tras las artes frenéticamente por una visión que, de pronto, has tenido.

Y las aspas de las artes los toman. Y lentamente los tritura.

¡No, no!

Hay que vivir con esta visión y hay que cuidarla con mayor esmero que el que se tiene por un ser que ha abierto sus ojos al mundo.

¡Muerte a la ligereza cuando se ha pronunciado el nombre sagrado de las artes!

En esto he pensado; creo que he meditado. Pero no puedo hacer uso de estos vocablos porque no sé si es que nosotros pensamos y meditamos o ello se produce solo en nosotros.

Me inclino a esto último.

Me he inclinado a ver así desde el momento en que Malvilla me llevó a fumar y estuve con una gran pipa en la mano.

A mi lado se hablaba quedamente; luego era el silencio.

Frente a mí había un hermosísimo paisaje que, a cada momento, atraía mis miradas. Al día siguiente vi que era la parte trasera de una gran bandeja de madera. Dime, Colomba:

¿Cuándo estuve en la razón, cuando vi el hermoso paisaje o cuando vi la parte trasera de una bandeja de madera?

Te explicaré el paisaje, te lo explicaré sin hablar:

Árboles, árboles aislados, solitarios; unas lejanías donde podía ponerse lo que uno quisiera; un río serpenteaba por entre estas lejanías. Había una gran placidez en todo aquello; había paz. Una paz como la que tú das, Colomba, y que yo respiro plenamente.

Naturalmente; fui hacia él, hacia ese paisaje y quise penetrar en él. Luego vi la imposibilidad de hacerlo. Tú sabes, era una simple bandeja arrumbada ahí ya por su completa inutilidad.

Sentí un desasosiego. Volví a tenderme; Malvilla torcía el opio; cogí la pipa; la puse sobre la lamparita; chupé.

Luego entré en aquel paisaje; luego lo recorrí. Tenía ya más de once pipas dentro de mí. El humo no se movía de mi lado; el humo revoloteaba junto a mí.

Entré en ese paisaje.

Sin moverme lo recorrí lentamente.

Sí, porque tu pensamiento me guió. No quería recorrerlo como se recorre en la superficie. La superficie está ordenada por ese que yo llamo Palemón de Costamota.

¿Cómo la ordena, cómo la inspira?

Has dicho la verdad, Colomba: poniendo en el cumplimiento de este deseo *lo sobrenatural*.

Recuerdo:

Lo sobrenatural no existe.

Tú me lo habías anunciado ya; Stanislas de Guaita lo afirma. Hay, pues, que matar todo cuanto sea inspiración satánica. Ella se basa en poder hacer aparecer de pronto "lo sobrenatural".

Claro está, mi Colomba, es el trabajo en el contraste:

físico-superior.

En el camino de físico a superior clava el error. Es la trampa que pisamos, la trampa que caemos.

El paisaje de la parte trasera de aquella bandeja de madera arrumbada en casa de Malvilla *existe en realidad*.

Existe en otro plano.

Para ir a este plano, para que tú me lleves, Colomba, calla, calla y... dame la fuerza de poder esperar.

Estamos en nuestro sitio, Colomba. Sólo aquí puedo estar contigo, aquí porque aquí ha desaparecido lo que hay arriba y ha desaparecido lo que hay abajo. Aquí estamos *casi* en la paz sagrada.

¿Por qué?

Sí, has dicho la verdad: los grados todos, tanto para subir como para bajar se han perdido todos; no hay más grados ni hay consideraciones sobre el valer de los hombres. Puesto que subir no se puede; puesto que bajar no se puede.

He hecho bien al decir "casi" la paz sagrada.

Sin embargo siento rondar la superficie. No sé ni puedo saberlo si ella se me presenta como un llamado de lo de arriba o como una amenaza de lo de abajo.

Lorenzo Angol está como yo estoy: busca y busca. Pero Lumba Corintia se ha esfumado ante sos ojos. ¿Por qué, Colomba, por qué tanta crueldad para mi amigo Lorenzo?

Comprendo lo que acabas de decirme:

Tiene él que expurgar la existencia de las mujeres que lo atacan siempre; lleva esta ansiedad de mujeres como un fardo que ha de eliminar viviéndolas.

Hacemos bien, mi Colomba: enviemos nuestra afección a ella, a Benilde Panilonco porque ella actúa con Lorenzo en el silencio.

El silencio eres tú, Colomba. Ante él me inclino.

Y al inclinarme aparece ante mí una inmensa SOLEDAD.

Es la soledad que tú produces, mi Colomba; es una soledad terrible, total. Has de tener razón: es en la soledad donde empieza la verdadera armonía.

La armonía del amor cuando ha desaparecido el resto del mundo.

¡Amor!

Lo veo allá, alto y bajo a la vez, de acuerdo con nuestra posición que carece de esta dimensión de alto y de bajo. Y veo, en torno a él, el aterrador aislamiento del hombre.

Porque estamos solos, Colomba, totalmente solos. Debemos ir y avanzar y cruzar esta vida en la soledad completa. Oiremos, por aquí, por allá, conversaciones de los demás hombres; serán conversaciones indiferentes. Tras de cada una de ellas hay un llamado y una esperanza de poder, por fin, unirse con otro ser como somos nosotros.

Otra bandeja ha aparecido en mi vida. La veo claramente allá donde se encuentra afirmada en el mueble del comedor del fondo, de Quintrilpe. Es una bandeja con pinturas variadas, con motivos sacados de la vida cotidiana. Ante ella hay una fuente de plata y, en esta fuente, una manzana. Allí se reflejan los motivos de la bandeja transformándose en un triángulo casi agudo al ser reflejados sólo cortado por la manzana.

Pasaba yo por ahí. Oí que este triángulo me dijo:

—¡Alto! ¡Contéplame!

Quedé, entonces, en suspenso mirándolo.

Pasa y pasa gente a su lado, pasan todos los días y a todas horas. Nadie —¿me oyes, Colomba?—, nadie se ha percatado de esta callada tragedia que hay allí: el ser reflejada con

otra forma que la que habitualmente tenemos, aquella forma que creíamos nuestra, ¡nuestra!, por la eternidad.

Ahora veo esta bandeja y esta fuente de plata con su manzana. Las veo esperando que pase el tiempo y poder desaparecer. La gente las mueve; alguien ha comido la manzana; la fuente de plata está llena de golosinas en una mesa de al lado; la bandeja sirve para llenarse de tazas y azucareros y teteras y qué sé yo.

Pero han vuelto a su sitio acostumbrado porque ya la gente ha terminado de tomar el té. Allí están nuevamente y están en absoluto silencio. Paso en puntillas a su lado. Evito, en lo posible, mirarlas. Pero sé que ellas viven, con suma lentitud, esta vida que nosotros hacemos precipitadamente.

Como yo me siento vivir al lado tuyo, Colomba: precipitadamente. Pues tú eres la calma completa, eres lo inamovible. Y en él, en este inamovible que se avecina a la eternidad, quisiera yo vivir siempre, siempre.

Pon tu mano sobre mi cabeza. Déjame seguir arrodillado frente a tus lindos piesecitos. Así, así.

Silencio y oremos.

Porque esto es lo que sé:

LA FANTASÍA ES EL COMIENZO DE LA VERDADERA REALIDAD

Lo que es a tu lado; lo es teniendo tus piesecitos entre mis manos y sintiendo, sobre mí apoyada, sin moverse, apenas ondulando un poquitín, la ayuda que tú me envías.

¡Sí, mi Colomba! Tú harás que en mí sea real esa serenidad que con el opio sentí. Desde el momento en que la he sentido es porque ella existe. ¡Despiértala! ¡Hazla viviente!

Así podré alzar mis ojos y contemplarte sin temor.

Silencio y oremos.

34

COLOMBA

Vuelve a la superficie, vuelve sereno. No dejes que la preocupación te tome. Vuelve indiferente pues todo se ha de cumplir. Recuerda siempre la voz de Krishnamurti que pide y no se cansa de pedir que no se haga jamás un esfuerzo. Ya te lo digo y él te lo dice: apégate a los momentos en que la inteligencia calle y obedéceles.

Vuelve a la superficie. Recuerda que tienes una cita con tu amigo Lorenzo Angol para ir a ver a Rubén de Loa y observar su relación con el tuacán.

Rubén hablará muchas cosas que son de alto interés. Pero debéis dejarlo que él hable sin hacer esfuerzo ninguno, como no lo haréis ni tú ni Lorenzo.

Vuelve y... ¡buen viaje!

Yo seguiré aquí y aquí te esperaré. Sumérgete en la vida que allá encuentres, sumérgete sin buscar con un programa deliberado. ¡Vive! Que no podrás hacer ni nada bueno ni nada malo; harás lo que en tu vida debe hacerse.

Me separé de Colomba. Empezó mi lenta ascensión. No era tan abrupta como lo había pensado. Subía con cierta facilidad.

altiva figura de Baldomero Lonquimay, luego un hueco donde debería haber estado ella, Colomba. Y más lejos veía a Irineo Pidincó rodeado siempre por las Guaxas que aun en su muerte no lo dejan en paz; luego vi a Lorenzo Angol que me hablaba de Eusebio Palena con sus Zambafusas, y me hablaba de esas mujeres que, como verdaderas Guaxas, lo han acosado tantas veces: Jenara Linares, Vivencia Pocuero, La negra Tina Maracá, Berguibenda trepando a su coche. Hablaba luego Florencio Naltagua y oía yo su voz citando a Rudolf Steiner en sus *Visiones del Mundo Espiritual*. Luego apareció Malvilla con sus amigos, con Rosendo Paine, creo que con Nicole también. Pero apareció, sobre todo, con una pipa larga ofreciéndomela.

Oí también las quejas de Lorenzo ante esa Vida Nueva con que siempre sueña; vi la ausencia de Lumba Corintia; vi la catedral de Bourges elevándose lentamente y Lorenzo que la contempla; vi nuestro compromiso para ir a visitar a Rubén de Loa; vi sus dos cuentos, *Pibesa y Papusa*; vi aquel gran ropero donde estuvo encerrada la pobre Chinchilla.

Todo aquello daba vueltas y más vueltas en mi cabeza. Yo bajaba siempre; ahora bajaba con dificultad; parecía que jamás llegaría a destinación. Pero esto poco me importaba pues toda mi mente estaba ocupada en otra cosa:

“Necesito estudiarme; necesito ver cómo se origina este hecho de pensar...”

Así me decía; así me repetía:

“Necesito estudiarme mucho, muchísimo más.”

Llegué, por fin, a Fray Tomate. Volví a entrar a mi departamento y volví a ver mis objetos habituales. Mi moral subió un punto. Sobre mi mesa vi un libro de Krishnamurti. Recordé de inmediato sus palabras que se ciernen sobre cuanto haya escrito:

Tener siempre la mente alerta en medio de la mayor pasividad.

Minutos más tarde estaba con Lorenzo y juntos nos encaminábamos al taller de Rubén de Loa. Así cumplíamos nuestro convenio hecho allá a miles de metros lejos de la superficie.

35

El taller estaba en silencio pues Rubén pintaba solo ante una tela. Nos recibió amablemente. Quería hablar y hablar; Macario Viluco acababa de dejarlo en medio de la gran alegría y de las grandes risotadas de Mamerto Masatierra que no cesó de repetir:

—¡Inefable! ¡Inefable!

Macario había sostenido, con unas ínfulas desaforadas, que las niñeras jóvenes eran sin disputa mejores que las niñeras de edad. Las jóvenes veían en cada niño que cuidaban una esperanza para sus días venideros, una realización hecha carne de sus recónditos anhelos. Mientras que las ya de edad, las viejas, no veían sino un pasado ya muerto, un pasado que nunca más volverá. Por eso no lograba entender a doña Salaberga Huintil de Romeral pues para su hijo pequeñito, el último nacido, el actual heredero de la pieza con cortinas de elefantes, hipopótamos, jirafas y monos, para este pobre crío tenía una niñera que ya frisaba en los sesenta años.

—¡Es claro! —había clamado Macario—. Ese vejstorio de niñera ha de llorar, en silencio

o no, da lo mismo, los hijos que pudo haber tenido y, si los ha tenido, que hayan crecido lo bastante para pasear ahora por calles, avenidas, cines y teatros.

A lo que Mamerto le había respondido:

—¡Inefable!

Macario había copado el ansia de pintar que había sentido Rubén; había, en cambio, desatado el ansia de conversar, de echar fuera las ideas que bullían en su cabeza y de verlas afuera, de verlas meciéndose en torno suyo.

—¡Magnífica cosa, amigo de Loa! —exclamó Lorenzo—. Hemos llegado a tiempo pues necesitamos hundirnos en la buena calidad de las cosas que aquí pasan. ¡Habla, Rubén, habla!

Rubén chupó su pipa y, después de unos minutos de silencio, habló así:

—¡Ah, los cabalgantes de las palabras! Montan en una y son, sobre ella, mejores jinetes que los que ganan un concurso hípico. No hay fuerza posible que logre desmontarlos.

Me refiero a Cicerón Haití, el literato que ya no es literato, según él mismo afirma. Ahora talla en piedra, talla grandes piedras para una casa que, él con algunos amigos, están construyendo. Entre estos amigos están Facundo Doñihue y Recaredo Palquín.

Cicerón Haití tomó la palabra: "literatura". La embridó debidamente y salió al galope con ella matando a destajo y vociferando pletórico de convencimiento.

—¿Literatura? —gritaba—. ¡Es lo que hay que matar! ¡A muerte! ¡Sí, hombres, sí! Después de haber tallado en piedra se comprende. Ahí, tallando, se desarrolla el cuerpo entero y se transpira como ha transpirado todo hombre que ha trabajado. Porque eso y eso y eso es literatura y nada más que literatura.

Con un gesto Haití mostraba una serie de libros que había cerca de él. Los vi: eran libros de Dostoievski, eran libros de Racine, eran libros de Shakespeare...

En una calle cualquiera vi la casa de piedra que él se afanaba por construir...

Es que es gente plebeya, en el mal sentido que esta palabra puede dársele. Gente que obedece órdenes ya muy tergiversadas de París y de Moscú. Órdenes que son buenas, no por ellas mismas, no tomadas al pie de la letra ni por las posibilidades intelectuales que ponen en movimiento; son buenas por ser un pretexto para ir y proceder.

Aquí veo la diferencia entre el espíritu aristocrático y el espíritu plebeyo.

El espíritu plebeyo es el público; por lo tanto un artista que trabaja pensando en el público es un artista plebeyo.

Jamás debe existir el público; no debe existir ni por asomos. No deben existir ni rastros de la moda. El artista debe trabajar para sí y entregar el resultado de su labor a la nada, a que haga su viaje solo con otra finalidad que ni yo, ni nadie que yo sepa, ni siquiera sospechamos.

El público persigue. Tiene las mil maneras de presentarse. Es como Palemón de Costamota. ¡Debéis matarlo!

Me preguntaréis cómo hay que matarlo. Os respondo:

—La manera de matarlo es que él *no exista*. Lo que no existe está en la muerte.

En la muerte para el grueso público. Pero puede vivir aquella obra de otro modo. Puede vivir cuchicheándose con seres dispersos en la Tierra. Se cuchichea a media voz, muy quedamente. Como es la voz de los egrégos. ¡Sí, amigos míos! Los egrégos allí reciben esta obra, la miran, la juzgan y allí la dejan.

Entonces esta obra empieza a descender de aquellas alturas y, sin chistar, se va colando y colando en medio de la humanidad.

¿Cuánto tiempo ha sido necesario?

El tiempo no existe en estas regiones. El artista que trabaja pensando en el tiempo es como aquel que trabaja pensando en el público.

En la mentalidad del artista debe vivir una duda ligera, una duda perpetua. Pues debe reconocerse de paso en esta Tierra. Él debe desechar todo aquello que le traiga la ilusión de perpetuidad, la mentira de estabilidad. Puesto que él trabaja en obras de perpetuidad y estabilidad, debe desechar que tales ideas vengan y se alberguen en su propia mente.

Es un plebeyo el que necesita poderosos principios cortados a cincel para que ellos le den la seguridad de *ser*. Esta falta de seguridad los paralizaría. El escéptico romántico es un plebeyo picado anticipadamente por el espíritu aristocrático.

¿Eso? Eso es un apunte escrito que hice no hace mucho tiempo. Mi intención, pintarlo algún día. Si queréis os puedo leer estas líneas por mí garabateadas una noche creo de insomnio. Vosotros sois literatos; ¡jeal, no me avergüenzo de mi literatura porque aquí no está Cicerón Haití ni hay casa alguna que tallar como se talla una piedra. Escuchadme:

Los misterios de la selva

Ir a ella penetrando poco a poco, paso a paso. Lo primero son sus afueras, las primeras e inofensivas yerbas agradables, aún un poco ralas.

Luego de haber penetrado aumenta la nota tenebrosa pero, naturalmente, todo en pequeño, en infinitamente diminuto.

Escabrosos senderos ricamente coloreados; cavernas, peñascos, precipicios. Luego aparecen las yerbas fantásticas cual aquella larga, muy larga, como un tubo verde rayado de negro a espacios regulares.

Luego, los seres que allí viven, en medio de la selva:

Arañas; saliendo de sus cuevas por donde asoma sus largas patas; el combate de dos arañas; la caza; el amor. Su muerte, la vencida, que es devorada por su vencedora, tanto en el combate como en el amor; aquí es devorado el macho por la hembra.

Telas donde yacen mariposas.

Arañas y otras alimañas de todas las formas y colores: de gran abdomen verde lustroso; de pequeño tórax erizado de patas negras y puntudas.

Sabandijas, grillos, gusanos, culebras, hormigas laboriosas en largos caminos, cucarachas, palotes, caballos del diablo, etc., etc.

Flores gigantes; una de ellas cual un enorme y resplandeciente Sol.

Hojas de mil y mil variadas formas, espinas, tallos y extraños frutos.

El sueño de los bichos suspendidos de sus mandíbulas. Muchos, los unos sobre los otros a lo largo de un tallo fino, casi sutil.

Tronco enorme; parece un gusano o, a veces, un dirigible. Unos insectos lo miran.

Huevos al sol. Con una calma vegetal los exponen.

Naranjas, verdes chirimoyas, luces, orquesta, colores.

Busco al AMO de todo aquello.

Ya lo véis: lo he escrito. Luego lo he leído varias veces. He tomado los pinceles y he

preparado la paleta con una tela al frente mío. Pero me he detenido y, por fin, no he pintado, ni siquiera he hecho un pequeño bosquejo. ¿Por qué? Porque las ideas han tomado la primacía y solas, completamente solas, se han puesto a girar en torno mío. Yo quedé con la paleta en una mano y los pinceles en la otra y así me entretuve viéndolas deliberar.

Decía una de ellas:

"Colores planos, colores puros, sin mezclas o con las menores mezclas posibles.

Replicaba otra de ellas:

"Y no olvides los valores; ellos son importantísimos.

Le argumentaba otra:

"Los valores deben ser regidos por los tonos fríos y los tonos calientes; luego: ¡atención a ellos!

Y todas ellas cantaban entonces:

"¡Armonía, armonía, armonía!

Debería poner esto en claro. Me dije con seriedad:

"Debo tomar la armonía en el sentido de ver este color, digamos el color A recibiendo otro color por hallarse cerca del color B, el que a su vez ya no es como es en el tubo pues cerca de él se halla el color C. Así son los colores A y B; serían otros si no hubiese cerca el color C; pero el color C está ahí y es, a su vez, el producto de los colores que lo rodean como ser los D y los E.

De pronto el cuadro de mi visión se puso en movimiento. Fue aquello una danza en la que entraban, con gran estupor de mi parte, hechos remotos o cercanos que yo no veía, por ejemplo, la gente que pasa por la calle, el auto que espera en una esquina, el enorme edificio que junto a él se levanta.

Gente... Un auto... Un edificio...

Volví a leer mi nota, la que acabáis de escuchar, mi nota sobre los misterios de la selva, que yo había considerado tan clara, tan simple y concisa.

¿Dónde estaba aquella selva toda llena de sabandijas y con enormes flores semejantes al Sol? Vi los escabrosos senderos que se perdían entre extraños frutos bajo una sombra susurrante de inmensos árboles.

Eran dos puntos que no tenían contacto alguno entre ellos; mis lucubraciones sobre los colores A, B y C; la selva misma extendiéndose en su propia placidez aparente.

¡Demasiados puntos de vista! Y para hacer arte es necesario uno solo, nada más que uno, y a él ir de modo indomable. Que este punto sea o que pase, no importa. Que sea o que pase, no importa.

No hay que detenerse a pensar demasiado. O si uno se detiene, entonces dedicar nuestra vida al pensamiento.

Es un absurdo decir que Leonardo de Vinci dibujaba mejor que Velázquez; es tan absurdo como decir que una golondrina vuela mejor que una merluza y que ésta nada mejor que una golondrina. Hay que decirse:

"Una merluza no vuela; una golondrina no nada..."

No pinté. Allí quedó mi nota sobre las selvas como un ejemplo de mis dones literarios. No pinté ni dormí. Me decía:

"¡Qué de espantosos sinsabores trae el arte...!

Pero, de pronto, fui oído. El artista eterno oyó mi lamento. Y este artista me hizo ver cuánto habían sufrido todos los que a las artes se dedican. Vi a Miguel Angel Buonarroti

luchando con sus infortunios diarios; vi a Beethoven; vi a Vincent van Gogh; vi una serie interminable de artistas que habían vivido bajo una desgracia persistente.

“¿Qué diablos —pensé—, qué diablos! Al fin y a la postre no son tan tan grandes mis dudas y mis tormentos.

Amigos, el arte es estático. A veces hablo del movimiento del arte; pero es una manera para poder expresarme. El arte *está*. La gente para rebatir esta idea, exclama:

“Sobre gustos no hay nada escrito, ¡nada!

Sobre gustos, en arte, está todo escrito desde que el mundo es mundo. Se trata, únicamente, de encontrar los textos correspondientes.

He dicho “textos”. No pensaréis que váis a encontrarlos en una librería cualquiera, no. Porque esos textos están en uno mismo.

He aquí una de las diferencias entre el arte y la ciencia. La ciencia es dinámica porque camina avanzando y el punto en que ahora se encuentra le era totalmente desconocido hace algunos años. El arte es lo bello plenamente sin épocas. En el arte pueden invertirse sus épocas y quedaría tan natural y con tanta logicidad como lo es hoy día. Porque el arte es estático.

Esto lo dije una vez estando Baldomero Lonquimay frente a mí. ¡El pobre Baldomero hoy día ya muerto! Me oyó bufando con una gran sordina puesta en su boca. Luego se retiró lanzando una catarata que parecía decir: Brrrrrrrrrrrrr...

Lo encontré al día siguiente cuando fui a visitarle a su casa, en el Muelle de la Sotana. Allí estaba inmóvil en medio del patio de su casa; allí estaba estático; allí había pasado la noche entera sin hacer ni el menor movimiento. Doña Clea Purén tomaba el té a su lado sin preocuparse mayormente de él.

—¡Hola, Baldomero! ¿Qué hace usted tan inmóvil? —le pregunté.

Se volvió a mí y me respondió:

—Me hago uno con las artes. Soy estático.

Los hombres juzgan a los grandes artistas según pequeñitas fórmulas de oficio y con un desdén de omnisapiencia que sabe ya el valor de cada cosa, que sabe que nada de eso tiene mayor importancia. Apasionarse es de mal gusto; es, pues, el terror. Es el terror de equivocarse y luego caer en el ridículo. Juzgan así y no ven el alma porque, si la ven, tienen que reconocer que ellos no la tienen.

Nadie quiere reconocer que carece de alma... si otros la tienen. Es mejor entonces, hipócrita y malvadamente, negarla.

Hay que decir otra cosa; hay que decir que, lo que se ha deseado hacer, es hacer arte, mostrar el oficio que se posee, pertenecer a tal o cual grupo que posee tal o cual estandar-te. Y se habla del estandar-te. Se habla de una cosa muerta, de una divisa simbólica, de un adorno; y no aceptan una cosa viva, ardiente, que brote del fondo de las almas.

El hombre tiene miedo de mirar cara a cara a otro hombre lo que sabe que a él le falta. Entonces finge no verlo; dice que el otro busca lo mismo que él. En esta senda... “no está mal, no; progresa; etc.”.

Volvamos atrás, amigos míos.

¿Por qué, al escribir “misterios de la Selva”, cambió mi estado de ánimo? Porque os diré que me sentí súbitamente fuerte, vivo y un contento me inundó.

Amigos, siempre se cambia así, sin motivo externo alguno. Es un proceso de la mente que marcha sola, sola, según otros planes que los que usamos nosotros en nuestra vida cotidiana.

Esperaba yo un cambio positivo al empezar a transformar aquella nota sobre las selvas en pintura. Acababa de mostrar mi última obra al tucán de la vieja del lado. Vi en su mirada y en los saltos que dio que era ella de todo su agrado. Dio un grito. Yo me detuve a descifrar este grito. ¿Sabéis qué me dijo en él? Me dijo, sencillamente:

—Audacia.

Volví, pues, lleno de audacia a mi taller. ¡La misma audacia que se deshizo al tratar de ponerme a pintar!

Mi estado de ánimo había cambiado una vez más. Mi estado de ánimo cambia siempre así, sin motivo alguno externo. Me atrevería a decir que cambia porque sí.

Debo estudiarme mucho más, muchísimo más, si quiero llegar a una conclusión sobre los movimientos de mi psicología.

Rubén calló un rato después de pronunciar estas palabras. Yo, en cambio, volé; volé con una fuerza indescriptible hacia Colomba, hacia mi linda Colomba que allá, en el fondo de la Tierra, me aguarda siempre. Y sin pronunciar ni una palabra, le dije:

—Oye, Colomba mía, oye lo que ha dicho mi amigo Rubén de Loa: "Debo estudiarme mucho, muchísimo más..."

Es lo mismo que yo te he dicho a ti y que te he repetido con majadería. Sí, has tenido razón:

Rubén ha hablado cosas que nos han unido aún más.

Luego golpearon la puerta. Rubén abrió y apareció la vieja del lado. Sobre su hombro se mantenía el tucán impertérrito. Su mirada era fija y penetrante; su pico, descomunal. La vieja, sin pronunciar palabra, lo depositó en una jaula que allí había y que yo había advertido antes. Allí dentro saltó de un lado a otro lado. Luego, creo yo, miró una tela de Rubén y lanzó un grito estridente. Rubén sonrió satisfecho. E hizo, con su mano, un gran gesto circular. Todo cambió entonces. Oí su voz que nos advertía:

—¡Mirad, mirad! Mi aveniencia con el tucán es perfecta. Ha bastado su grito estridente para que llegue hasta este taller aquello que siempre me inspira.

Esos que corren, que ruedan por tierra son los gnomos, los traviesos gnomos que no se cansan de divertirme con sus mil travesuras; travesuras inocentes, después de todo.

Aquellas son las sílfides; aquellas otras, las ondinas; todas juntas, la fuente que nutre mi inspiración. Y aquellas, las tan hermosas y vaporosas, son las hadas.

¡Adelante, adelante! ¡Quiero pintar, pintar mucho! Pero no es el misterio de la selva lo que voy a hacer. El es literatura y nada más que literatura. Os regalo a vosotros, Lorenzo y Onofre, esa cuartilla. Ahora dejadme hacer algunas notas que a la testa me han venido. Pero, por favor os lo pido, no os mováis de aquí. Vuestra compañía me será tan útil como la tuya (se volvió hacia el tucán) soberbio pájaro tropical.

LORENZO

Te oigo hablar, Rubén, y, créeme, tus palabras las asimilo cuanto puedo. Voy a hacerte una pregunta: ¿Por qué vacilas tanto, por qué esas notas escritas, ese eterno tartear? ¿Qué te impide llegar a esa región maravillosa del arte?

RUBÉN

Tener un par de ojos.

Te comprendo. Tú sabes que yo soy escritor. He anotado algo respecto a los artistas en general. Tú me dirás qué te parece, si voy, a tu modo de juzgar, o no voy por el buen camino. Traía justamente esta nota y quería leerla ante ti y ante Onofre. El tucán duerme o parece dormir en este momento. Aprovechemos, pues, este tiempo. Mi nota dice así:

Son artistas pero aún no son hombres. Son ya demasiado conscientes para ser verdaderos artistas. La lucha, el plano que se avecina es la plena conciencia. Entonces nacerá un arte nuevo, el que viene, que hoy ya despunta. Pero hoy es el término medio. Piénsese en cualquiera de los pintores o músicos o escritores. Por el lado que se les mire hay demasiado del otro lado: artista es demasiado consciente, sabe, quiere lo que va a hacer; sabe adonde llegar... ¡Busca!

¿Son conscientes? ¡Ja, ja! Uno se queda lelo al ver que son pájaros que nada saben de sí, ni del resto, son mediums, odores de voces, *pantallas* que repiten espontáneamente y —además— adornadas con lo que saben y ven.

Se percibe entonces una lucha, una pujanza de la conciencia plena que quiere por fin reinar y que al implantarse en medio del eco de la sensibilidad y del amor, se perturba, vacila y al final retrocede. Igual con el eco al llegar y sentirse en medio de la conciencia.

Tal vez aquí resida la diferencia moral y humana que tan a menudo se ve existir entre las artes y los artistas, entre los poetas y la poesía, diferencia que también se ve existir entre la ciencia y los científicos; a menudo la diferencia se ve entre la medicina y los médicos; hago aquí excepción de nuestro sabio doctor Gil Hualañé y de sus verdaderos amigos.

RUBÉN

Estoy completamente de acuerdo contigo cuando dices: "son ya demasiado conscientes para ser verdaderos artistas".

La inconsciencia alerta al sonido de otro mundo es la que debe reinar en la mente del artista, aquella que inspira tan hondas cosas a hombres que pasan su vida en la Taberna de los Descalzos bebiendo tragos y más tragos. Como también las inspira a seres que hacen una vida de plena labor y una vida metódica. En esto, mi buen Lorenzo, hay que dejarse llevar, hay que flotar a merced de las olas que están llevadas por alguien que sabe más que nosotros.

Tu nota es exacta. Dejándome llevar recuerdo ahora cierto día que paseaba yo por el centro de esta ciudad. De pronto me quedé en la contemplación de una vitrina llena de corbatas. Las miraba y no cesaba de mirarlas. Hasta que alguien me tomó del brazo. Era Facundo Doñihue. Me preguntó algo extrañado:

—¿Qué miras tan interesado? ¿Corbatas? ¿Te piensas convertir en un dandy?

—Te equivocas, Facundo —le respondí—. Miro la cordillera de los Andes en todo su esplendor. Pues yo veo en las corbatas aquellas montañas inaccesibles cubiertas de nieve, las veo ora apenas iluminadas, ora bajo un Sol resplandeciente.

—No tendrías más que dar media vuelta y podrías verla de verdad. Desde el fundo de La Manigua se goza de un espectáculo magnífico con el Picoldo a un lado, el Coscorrón al otro.

—Por eso, justamente, no voy nunca a La Manigua. No soy un admirador de la cordillera pues en ella veo sólo una exposición de corbatas...

Facundo Doñihue me miró atónito. Por fin levantó los hombros y me manifestó:

—¡Siempre igual, siempre igual! La cosa es decir cosas que salgan de lo común y con eso crees que has avanzado un paso más en el arte de la pintura.

Y se alejó moviendo los hombros.

Yo entonces pensé en el surrealismo y en todas las ansias que a tantos artistas acometen. Pensé en ese afán de clasificar todo cuanto se hace; pensé en ese freno que hay ante el libre vuelo de la imaginación y que fácilmente es llamado "locura".

¡No, mis amigos! No es vida rara ni insensata. Es la vida tal cual ella es... cuando hemos tenido la fuerza de asomarnos por una de esas puertas semiabiertas. Hay algunos que se asoman y que quedan perplejos ante las visiones que han logrado captar. Corren entonces a su taller, corren a ponerse frente a la tela. Y, ante ella, no es raro que les ocurra lo mismo que a mí ante el papel de los misterios de la selva. Allá la puertecita se ha cerrado y la vida vuelve a ser esa perpetua ilusión en que vivimos.

LORENZO

Yo bajo, bajo mucho hacia el centro de esta Tierra y, de pronto, encuentro una puertecita semiabierta. Atisbo por ella. Veo, a veces, lo que deseo ver; otras veces, no. Así, la última vez que he estado, no he visto a quien buscaba, no he visto a Lumba Corintia. Estaba, tal vez, en otras faenas lejanas a las que a mí me asedian. Pero la volveré a ver algún día. Es, al menos, lo que me ha dejado entender Teodosia Huelén. Tras Lumba Corintia partí esperanzado una vez que tú, Onofre, seguiste bajando tras Colomba. Caminé y caminé hasta que pude llegar, sin saber cómo, a una... ¿No adivinas, Onofre? ¿No adivinas, Rubén?

Llegué a la gran sala de las calaveras.

Allí estaban todas. Iban de un lado a otro lado; se saludaban; se hacían reverencias. Los niños parecían divertirse una enormidad. Pero ellos me asustaron súbitamente: pensé que, en uno de ellos, iba a reconocer a Jateña. Ante esta idea no pude seguir allí y partí.

Partí por la gran galería. Allí estaba el guardia envuelto en una manta o capa. Me saludó al pasar. Yo huía, huía.

RUBÉN

Algún día os acompañaré bajo esta superficie. Dejarme, por ahora, hacer lo que tengo que hacer apenas suena la inspiración en mí. Creo que pronto ha de sonar pues ya no estoy asediado por cuestiones ajenas a mi pintura. Ya voy de lleno hacia ella, ya veo que me abre los brazos para recibirme.

¡Ah, pensar que hace pocos días estaba yo sumido en un problema! El problema de: "El Fondo y La Forma".

¿Quién ha hablado de este problema delante de mí? ¿Quién lo ha metido en mi cabeza? Yo jamás había pensado en poder hacer una diferencia entre el fondo de una obra y su forma. Pero allí estaba este problema. Entonces me fui a casa de Vitelio Doñihue, el hermano de Facundo. Salimos juntos y recorrimos todos los museos de aquí de San Agustín de Tango. Luego nos encerramos en su casa ante un alto de libros sobre los museos mundiales. Buscábamos con verdadero afán una obra, tan sólo una, que tuviera fondo y que careciera de forma adecuada; luego buscamos una bella obra de formas que no tuviera su correspondiente fondo.

Amigos, no pudimos encontrarla.

Momentos después nos retirábamos. Ya en la calle Lorenzo me dijo:

-Mucho me ha hecho meditar Rubén de Loa con su charla. Ahora quisiera irme a las profundidades de la Tierra y encontrar a Lumba Corintia. Ella me haría escribir el fruto de estas meditaciones. Una vez escritas te las mostraré, Onofre. ¿Qué piensas tú hacer?

Le respondí:

-Lo que Colomba me diga.

Y nos separamos.

36

Lorenzo se dirigió a su casa en Fray Tomate. Yo seguí vagando por las calles pues sentía necesidad de estirar las piernas. Así vagando llegué a la calle del Escapulario y la idea me vino de ir a visitar a mi gran amigo el doctor Gil Hualañé. Entré, pues, en el N° 137 y subí hasta su departamento. El doctor había ya terminado de ver a sus clientes, había ya clausurado aquella pieza secreta donde, en compañía del doctor Pitrufrquén, les da tan buen medicamento a ciertos pacientes. Estaba, pues, dispuesto a ofrecerme un traguito y a fumar un cigarrillo en mi compañía.

Mientras bebíamos y fumábamos habló mucho. Trataré de transcribir aquí su amena charla según como ella se presente a mi memoria:

-Oirá usted decir a cualquier facultativo que "la salud debe estar de acuerdo con nuestras fuerzas físicas". La gente oye decir esto y lo cree a pie juntillas. Entonces se dedican a su salud como un boxeador se dedica a sus entrenamientos ejercitando todos sus músculos antes del combate.

¡Horror, amigo, horror!

Es la manera de formar clientes para aquella pieza oculta que he tenido la buena idea de hacer instalar. Pues es crear una serie de neuróticos que miran y observan su cuerpo sin preocuparse de la vida propia de él. En vez de tener un buen compañero en el cuerpo tienen un enemigo que está pronto a jugarles un mal paso por poco que ellos se descuiden.

Entonces: ¡un tónico!

Van a la farmacia y... el bolsillo empieza a vaciarse.

Es la eterna historia, amigo mío, la eterna historia.

Otro facultativo decía a quien quería oírlo que las enfermedades se pegaban, que había que tener un inmenso cuidado al acercarse a un enfermo.

Yo me pregunto:

"¿Se pegan las enfermedades...?"

Me parece que es una teoría fabricada que, a la larga, da su vuelta y termina favoreciendo a las farmacias. La gente cree en esta teoría. Yo me pregunto:

"¿Por qué, entonces, las enfermedades no se les pegan a los médicos y enfermeras...?"

Nadie, nadie piensa en ello.

Un cliente me aseguraba un día:

—A mí, doctor, me encanta comer, atosigarme con... (Y me citaba toda clase de comestibles dañinos).

Otro cliente me aseguraba:

—A mí, doctor, me encanta leer libros pornográficos... (Y me citaba una serie de ellos).

Otro cliente me aseguraba:

—A mí, doctor, me encanta hacer toda clase de barrabasadas inimaginables... (Y me citaba todas las perfidias que eran su encanto una vez hechas).

¿Qué harían mis colegas en casos semejantes?

Prohibir y prohibir, a unos sus aficiones culinarias; al otro, sus aficiones de lectura; al otro, su afán por esas barrabasadas. ¿No lo cree usted?

Yo les pregunto con mucha seriedad:

—¿Por qué gustan ustedes de semejantes cosas?

Ellos quedan boquiabiertos; luego empiezan a tratar de hacer una larga explicación. Yo les ayudo en ellas, sí, mi amigo, les ayudo cuanto me sea posible. Así, entre ambos, vemos, examinamos la causa de tan raras aficiones.

Al fin la encontramos. Entonces la sacamos. Mis clientes me han ayudado siempre llenos de interés. Una vez que ha sido debidamente sacada, no ha vuelto a presentarse más en sus vidas.

Estas aficiones las he mostrado a mis pacientes teniéndolas en la punta de una larga pinza. Son curiosísimas; a mí me recordaban siempre aquellos animalejos o semihombres que frecuentaban al bueno de don Irineo Pidenco: los ornitorincos, los cumbilecos y demás.

Otras veces las dejo donde están, las dejo en paz a estas tan nefastas aficiones y, hasta he llegado, a fomentarlas: al glotón, que se harte con golosinas; al lascivo, que compre más y más libros inmundos, refinadamente inmundos; al malhechor, que siga y siga con sus malos actos y que se parta la crisma si es lo que necesitaba.

Es también un método que no carece de sus ventajas. Pero, por cierto, depende de la calidad intrínseca de estos clientes.

¡Cómo! ¿No sabe usted hacia dónde dirigirse y cómo matar su tiempo, mi buen amigo Onofre Borneo?

Lo comprendo perfectamente. Ya ha tomado usted el gusto por ese centro terráqueo y no será cosa fácil hacer que lo deje. Por lo demás, tiene usted perfecta razón al gustar de él: allí se encuentra esa dama de sus desvelos, esa tan bella Colomba.

Sí, mi amigo, es natural que sienta usted una verdadera necesidad de subir a esta superficie de los tantos y tantos ajetreos. Como ha sentido usted la necesidad de ir a ese fundo, a Quintrilpe, allá cerca de Temuco. En todas partes se aburre usted y empieza a ser espoleado por el ansia de cambiar de sitio. Comprendo que se pregunte usted:

“Dónde, dónde poder vivir...?”

¿Cómo es posible una semejante pregunta de usted que está rodeado de buenos amigos? ¡Eal! ¡Alegría y despierte usted su ánimo! Hoy encontrará a Desiderio Longotoma en el Bar Carola tomando su aperitivo. A lo mejor está con Jabalí Batuco. Es el bar que ellos frecuentan ahora todas las tardes. Vaya a verlos y dé rienda suelta a su buena labia o entreténgase usted oyendo la labia de esos amigos. Así es la vida, mi buen amigo, así es. Usted no quiere afrontarla tal cual es. Tal es mi consejo: vea la vida y entonces afróntela exactamente tal cual ella es. ¡No hay más, don Onofre, no hay más!

El Bar Carola.

Allí está el grande de Desiderio Longotoma y está, justamente, con el no mehos grande de Jabalí Batuco. Ambos, a media voz, cantan una ópera italiana: *Lucía de Lamermoor*, de Donizetti.

Junto a la mesa que ocupan me detengo a oírlos. Por fin parece que han terminado pues ahora ambos se felicitan mutuamente y me ofrecen una copa por la salud de don Gaetano. Luego Desiderio se arregla el cuello de su vestón, tira hacia abajo su chaqueta, trata de cruzarla. Desiderio está incómodo y protesta:

—¡Ah, esos malditos vendedores de ropa hechal! ¡Que los parta un rayo a todos ellos! Es en vano que se les pide un traje para uno, para mí que lo voy a pagar... ¡No, señor, no y no! Han de vender pequeño, han de meterlo a uno en un guante que no admite movimientos de ninguna especie. Este traje, primera y última vez que lo llevo sobre mí.

Tomamos nuestro trago pero no a la salud de Donizetti sino a la de Jabalí Batuco que se refocilaba dentro de un inmenso traje que por todos lados parecía sobrarle. Reía el bueno de Jabalí. Al fin exclamó:

—Usted, amigo Borneo, ha de saber quién es el que hace esos trajes de confección y por qué razón quedan ellos siempre demasiado ajustados. ¿No es así?

—En verdad, Jabalí, no lo sé, es decir...

—¡Los egrégores, amigo, los egrégores! El sastre que lo atiende a usted en la tienda no es más que un secuaz de esos egrégores.

—¿Es posible, Jabalí? —pregunté bastante extrañado.

—Sí, señores míos, sí. Los sastres son inconscientes, todos los vendedores son inconscientes. Pero el egrégor de todos ellos les ha ordenado: "¡Ahorrad dinero, ahorrad!". Entonces, en cada traje, entran medidas reducidas, ¿me entienden ustedes? Y a usted lo encajan dentro y lo mandan a la calle casi sin poder moverse.

"Ahora me marcho. Ya he cumplido con nuestro deber, Desiderio, de cantar una ópera. Me voy a una reunión a la que asistirá esa bella entre las bellas, Virginia Rapel. Me quedaré como un tonto contemplándola y recordando los buenos tiempos en que ella bailaba. Es una reunión que se da para Praxedes Bagdad que ya ha regresado de México. ¡Adiós, amigos! ¡Adiós!

Quedamos solos Desiderio Longotoma y yo. Quería hablar de novelas policiales y oír las opiniones de este gran aficionado a ellas. Quería, sobre todo, desmentir la idea que me había expresado Corvino Antillanca al devolverme un libro policial que yo le había prestado. Este libro no había sido del gusto de este Antillanca por la razón de que se adivinaba quién era el criminal desde los primeros capítulos de la obra.

Yo había quedado atónito al oír semejante juicio. Ahora quedaba igualmente atónito el grande de Longotoma. El traje hecho le apretó aún más y, moviéndose desde dentro de él, logró gritarme:

—¡Ese Corvino es un necio si juzga así!

—Por cierto —respondí—, un verdadero necio.

Desiderio carraspeó, pidió otro trago y me argumentó:

—¿Por qué colocar el quid de los policíacos en descubrir o no al hechor?

Hay, por cierto, toda una serie de libros cuya razón de ser es convertir al lector en detective. Pero hay, en los de primera categoría, algo más. Pongo como ejemplo esa maravilla intitulada *Seis hombres muertos*, de Steeman.

Hay en esta obra: la imaginación en el mal; la puesta en práctica de esta imaginación;

cómo un tipo se acomoda para alcanzar sus fines; cómo reacciona; cómo inmola a sus víctimas; cómo se escapa de sus perseguidores; todo ese terrible desencadenamiento de pasiones satánicas; ¿me ha entendido usted?

Esto, referente únicamente a los actores. Queda aún el autor, el hombre solitario que ha concebido en calma, con sólo el roce cotidiano de sus semejantes indiferentes, todas las posibilidades del mal, sus mil senderos, cada uno de un sabor distinto, las mil gamas que pueden resonar en el alma del criminal.

Para volver a los libros mismos, yo podría leerlos con igual interés si ellos fuesen relatos de hechos realmente acaecidos. Es decir que en este caso, *Seis hombres muertos*, por ejemplo, podrían tener como subtítulo: *O los crímenes de Marcel Gernicot*.

¡Eso es lo que me interesa! ¡Esa alma! ¡Ese soberbio cerebro! ¡Gernicot real, sí, real puesto que es probable! ¡Probable puesto que Steeman es!

¿Adivinar, mi querido amigo? ¡Tonterías! En todo caso es algo secundario.

Pensando así y teniendo la cabeza llena de un hombre, tanto más hombre cuanto es más fiera, entré en mi pequeña biblioteca. Mis ojos cayeron sobre un volumen de Proust. Recordé a Swann. Me imaginé a un lector desdeñando la obra porque, desde los primeros capítulos, calculó exactamente lo que iba a ser el destino de éste; y, por extensión, imaginé a otro encontrándola una obra estupenda porque él jamás habría imaginado el destino de Swann...

Amigo mío, ante cientos de novelas policiales sería igualmente absurdo aplicar este criterio que a Proust aplicó mi lector imaginario.

Sí, mi amigo Borneo, las novelas policiales son las mejores descripciones, indudablemente las mejores de los diversos medios ambientes. Son los estudios más profundos que se hayan hecho sobre esta gente que nos rodea.

El otro día fui a Valparaíso en auto con unos amigos. Yo poco gusto de hacer grandes paseos de este modo pero, el que guiaba, no es hombre que se preocupe de batir ningún record de velocidad así es que acepté su invitación.

Pero los otros acompañantes eran personas de gran velocidad. ¿Qué podía importarme a mí puesto que ellos no manejaban? Así es que avanzábamos como gente, ¿me entiende usted?, como gentes y no como galgos desaforados tras una liebre. Naturalmente, amigo, por cierto... Entre Guayacania y Quillota nos pasó otro auto que iba a gran velocidad.

Pues bien, mi buen Borneo, hasta el paisaje se tornó horrible. Sí, señor, horrible porque no se le pudo contemplar a gusto. Junto con habernos pasado el otro auto, empezamos todos a conversar como locos, es decir, mis compañeros empezaron a conversar así y se acabó toda contemplación posible.

—¿De quién era ese auto?

—¿A qué velocidad iría?

—Era el auto de Fulano.

—¡No, hombre, si a Fulano no le gusta correr.

—Yo creo que era el de Zutano.

—El de Zutano es un auto más claro que ese que nos pasó.

—Yo creo que era un simple taxi.

—No, no, no; los taxis nunca corren de esa manera desaforada.

—Es cierto; iba de una manera desaforada.

—No creo que tanto. Fíjate que nosotros vamos más bien lentos.

—¿A cuánto vamos?

-Déjame ver: a 75 o a 80 máximo.

-Pero tú me dijiste que ese marcador aumentaba mucho la velocidad. Así es que iremos a unos 60 a lo más.

-Entonces el otro debe haber ido a unos...

¡Oh, mi amigo! Esto no acababa jamás. En la mente de mis acompañantes recorríamos todas las velocidades habidas y por haber y le adjudicaban el auto a todos los Fulanos y Zutanos existentes.

Todavía deben estar hablando sobre esto. Hablarán durante meses, durante años; tal vez durante siglos hablarían si pudieran vivir unos cuantos siglos...

¡Eso es, amigo Borneo! ¡Guerra al grande!

Es fácil decirlo pero hacerlo es harto más difícil. Pues todos se defienden con denuevo. ¡Cómo! ¿No lo cree usted?

Naturalmente que hay una voz unánime que dice: guerra al grande. La sociedad es, ante todo, burguesa y por lo tanto no admite seres superiores en su seno; hay que terminar con ellos. No, no; nunca lo hacen de frente, abiertamente; lo hacen solapadamente y es así como logran vencer. Óigame usted bien.

Los pequeñines pululan y ahí está listo para entrar en la refriega a la primera voz.

¡Cómo! ¿No los conoce usted?

Es que estos pequeñitos burgueses se disimulan notablemente y cuesta trabajo distinguirlos. Ellos son los capitalistas, mi amigo Borneo, los capitalistas que lo miran a usted desde una altura inconmensurable. Luego bajan de esa altura y son afectuosos con el que acaban de encontrar: un milico, eso es ¡un milico!

Pero basta ya de aperitivos. Le propongo a usted venir hasta mi casa y, en ella, nos daremos un atracón de "tomasines" con un par de huevitos a la copa.

¡Y volverá usted a ver a esa Tomasa, la Tomasa de Curihue! Mi amigo, es una gran mujer esta Tomasa, una gran mujer. Muy sencilla la razón: ni ella ni yo hemos pensado en una unión como deben ser las grandes uniones. Yo, en el fondo, me encontraba un poco solo en esta vida; ella, instintivamente, también. Así veíamos pasar los días y siempre seguidos, siempre, siempre, por sus noches y más noches. Hasta que en Curihue el destino nos obligó a conocernos. ¡Un gallo! ¿Ella? ¡Una gallina! Y... ¡plap!

De este modo se forman las buenas uniones, amigo mío. Ya no hay soledad ni para ella ni para mí.

Caminemos, amigo mío, caminemos.

¡Oh, qué cosa estoy viendo! ¡Esta es la calle de los Frailes! Por aquí me paseaba yo el otro día pensando en mis queridas y tan lindas novelas policiales y en aquellas novelas que se le asemejan un tanto. Pensaba en Chesterton, en su *Club de Negocios Raros*, cuando dice al hablar de un señor:

Se asomó a tiempo de ver algo que le heló la sangre en las venas...

Ahí está la cosa, mi amigo Borneo, ahí está: aumentar los efectos espantosos que ese algo horrible produce en este señor cuyo nombre no me viene ahora a la memoria. Lo llamaremos X; ¿qué le parece a usted?

Pues bien, X era un señor extremadamente nervioso y, a menudo, sufría de estos trastornos a causa de cualquier insignificancia.

Lo conversé con el doctor Pitruflúen y charlamos mucho sobre el caso de este X. El

doctor Pitrufrquén estableció, desde luego, que esto produciase por la distancia que separaba a lo que X se figuraba que iba a suceder y lo que en realidad sucedía.

Bien, amigo mío, estuvimos de acuerdo y luego me lancé a ir y venir por estas calles de esta gran ciudad. Hasta que llegué a la calle de los Frailes donde ahora estamos.

¿Ve usted esa puertecita, ahí, la segunda? A unos veinte metros de ella me detuve y esperé ansioso pues me imaginé que aquel día y por aquella puerta, saldría una niña esbelta, sonriente y vestida de verde esmeralda. ¡Oh, mi amigo, cómo iba a caminar esa sin par belleza! Y la puerta se entreabrió, y la puerta se abrió...

Esperé. Nadie. No era posible. Seguí esperando. Y, ¡por fin!, salió, sí, mi amigo, ¡salió! No, mi querido Onofre, no fue esa dama sonriente quien salió; salió un grito destemplado, el grito de una vieja:

—¡Fuera, fuera!

Me dije que era el señor X que saldría con un puñal en la espalda; me dije que saldría el propio Cherteston mal herido; me dije que, al fin, vería salir algo que me petrificaba la sangre.

Amigo mío, salió un gatito romano con la cola levantada que atravesó al trote la calzada y entró por la puerta de la casa de en frente...

No logré que mi sangre se me helara en las venas.

Aquí está usted en su casa, señor don Onofre Borneo.

Al menos, como primer saludo, no me deje escatimar lo de "señor" y lo de "don".

—¡Tomasal! ¡Tomaasaaa!! Tú conoces a este benemérito de la patria. Ha venido a engullir tomasines a porfía que tú coronarás con un buen par o dos pares de huevitos a la copa. Y como bebida: un Santa Rita blanco, blanco como la nieve amarilla.

37

Fue algo súbito, inauditamente súbito; fue en el momento de traspasar el umbral de mi casa después de haber cenado alegremente con Desierto Longotoma:

¡Debería irme, debería correr tras de Colomba!

Me sentí harto de esta ciudad de San Agustín de Tango, harto de todos sus habitantes sin excepción. A punto estuve de lanzar una maldición en contra de Rubén de Loa, de Macario Viluco, de Mamerto Masatierra, del doctor Gil Hualañé, del propio Longotoma que siempre me divierte. Pero me detuve. Tendría que empezar por lanzar esta maldición en contra de mí mismo.

Era yo, mi Colomba, el que me hallaba destemplado, fuera de foco, con un sentimiento atroz de vacío al no estar a tu lado, sí, a tu lado, mi linda y eterna Colomba.

Perdoné, entonces, a todos esos que quise maldecir; los vi, como yo, haciendo sus vidas día a día, semana a semana, mes a mes, año a año.

Pero debería irme. Me iría al día siguiente, a primera hora. Me iría a prosternarme ante ti dispuesto a hacer cualquier cosa siempre que tu voz me lo hubiera ordenado.

El descenso es arduo; lo sé. Todo trata de distraer y de impedir llegar hasta el centro donde tú, Colomba, te encuentras; pero iré, iré, iré. ¡Ansias tengo de hallarme en un sitio en el cual no haya caminos que bajen! Esta es la única manera de estar siempre en el punto máximo de elevación.

Bajé. Con la velocidad de aerolito bajé. No encuentre a Palemón de Costamota ni a Tadeo Lagarto. La Tierra se removía a mi alrededor; había momentos en que todo se me confundía; había momentos en que me parecía que había cesado mi descenso. Pero, al fondo, brillaba una luz para mí: ¡Colomba!

Más o menos en la mitad de mi trayecto me vi obligado a detenerme pues apareció Lorenzo Angol. En sus ojos noté que se hallaba dichoso.

-¡La he visto! —exclamó apenas me hubo divisado.

-¡Cuenta, cuenta!

-Acabo de verla, Onofre. Quedé pasmado ante su visión y no pude articular palabra. Ella, Lumba Corintia, se aproximó a mí y me dijo: "Ten confianza, Lorenzo". Grité con todas las fuerzas de mis pulmones: "¡Sí, sí; tendré siempre confianza!". Me agregó entonces: "Haz lo que tienes que hacer". Y se alejó. Tú comprenderás que mi vida ha cambiado desde este momento en que he podido cerciorarme de que ella siempre está y de que se preocupa aún de mi persona.

"Inmediatamente después busqué un sitio cómodo. En él me arrebujé y dejé que mi pensamiento me indicara aquello que tenía que hacer.

-¿Hacia dónde te llevó tu pensamiento?

-Hacia el taller de Rubén de Loa. Él me hizo pensar mucho la última vez que estuvimos juntos oyéndolo. Esa vez prometí escribir, prometí deshacerme de una serie de ideas que me acosaban. El encuentro con Lumba Corintia me ha devuelto la fe y la fuerza para realizarlas. Así es que he garabateado en estos papeles una serie de notas. Algo he tratado de dibujar en ellos; pero tú sabes, no soy dibujante. En fin, tú las verás.

Me alargó una serie de papeles que leí pausadamente. En ellos Lorenzo había escrito lo que sigue:

La vida bajo el microscopio

Es aislar demasiado a un individuo o grupo para examinarlo. Es examinarlo solo sin hacerlo parte integrante, miembro o función, de algo mayor. Resulta indefectiblemente que, en lo omitido, se forma un vacío por la misma omisión. El individuo, o grupo, entonces, tiende a llenar y por fin llena ese vacío. El individuo o grupo se hipertrofia. Sus defectos se hacen monstruosos; sus cualidades sublimes. Esto es lo que pasa en la aldea con respecto a la ciudad; en ésta con relación a la gran capital. De ahí la sensación de ridículo experimentada por el que mira de mayor a menor: el vacío llenado con material diluido. En obras de arte y literarias, lo mismo.

Psicológicamente hablando hay un artista que ambiciona un mundo mayor y, al proceder y no poder abarcarlo, toma su microscopio, lo enfoca en algo menor e hipertrofia su objeto de examen.

Sensación del que juzga: Ampulosidad hueca.

Artista armónico: Justa proporción entre el individuo o grupo y un mundo mayor.

Artista desarmónico: Desproporción entre los elementos, o sea que al individuo cuyas pasiones podrían medirse, con relación a la humanidad, con el coeficiente 10, se le aplica el coeficiente 100.

El que al individuo 10 le aplica 10, es armónico pequeño pero es armónico. El que ataca al individuo 100 y logra mantenerlo en 100, es armónico superior. 10 con 10 y 100 con 100 están más cerca en calidad, en parentesco, que 10 con 100.

Porque la línea de Armonía es la que aquí nos rige.

Recordar a este propósito la conversación sobre la familia de Bach, familia casi prototipo de la burguesía provinciana en la que nunca han actuado las pasiones extremas.

Cierto día la aislamos del total de pasiones en circulación por el mundo (microscopio). Minutos más tarde los Bach echaban tentáculos hipertrofiados y en sus dulces diferencias de carácter y en sus tranquilas diferencias de ideas veíamos atónitos aparecer y entrechocarse los vértigos y volcanes de los Shakespeare y los Dostoievski... Hasta que un retroceso de cordura nos hace exclamar: "¡No, no!" El ambiente se amplió y los Bach volvieron a circular pacíficamente sin locuras ni arrebatos, sin visiones ni genialidades.

Aquí recuerdo a un amigo que tuve en mi infancia, a Héctor Mollendo que cayó enamorado de una niña corriente entre las corrientes, de Moravia Gualenio. Le preguntó cómo son sus 3 ó 4 futuros cuñados. Él hace respectivas psicologías. El hombre, al enamorarse, descubre un mundo; para él: **EL MUNDO**. Olvida el resto: ¡Microscopio! Mas el resto es una realidad que subsiste: tentáculos hipertrofiados. De oír a Héctor Mollendo, los 4 cuñados eran 4 tipos representativos y acabados de 4 definidas características en que pudiera dividirse la psique humana. Los 4 cuñados son, de verdad, 4 corrientes señores de esta ciudad.

También pienso en los libros sobre historia literaria que se escriben en gran cantidad. Hay en ellos microscopio sobre la literatura. Se pierde la relación, se pierden los valores. Leer uno de estos libros sobre nuestra literatura y se encontrará en él la gama completa de cuanto occidente ha producido en letras desde los griegos hasta hoy día y acaso también un poco de los largos siglos de oriente. En verdad nuestros autores citados, los de aquí de Chile, forman una muy pequeña nota insonora de las letras.

¿Y el matrimonio aquel que no se aviene? El esposo A ve con microscopio a su esposa B. La esposa B le devuelve la mano a su esposo A.

Este círculo grande, sin todavía el pequeño ni las flechas, es un mundo, un total, es, hasta cierto punto, una independencia.

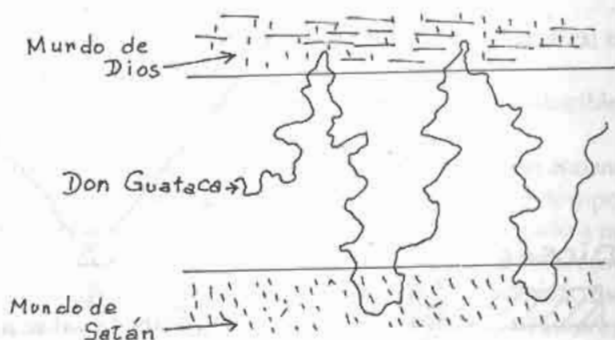
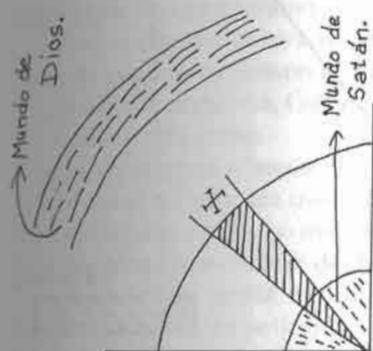
X presiente este mundo y lo anhela. Pero miope de inteligencia, no alcanza a abarcarlo. Entonces hace el pequeño círculo A en él, y sólo en él, quiere ver el grande, su totalidad: muchas flechas que se expanden por el vacío de la miopía hasta los límites que *debieron ser considerados*.

Tentáculos de A; tentáculos hipertrofiados. El número de círculos concéntricos que se pueden dibujar es **INFINITO**.

Para alcanzar la Armonía, mejor dicho *una* armonía, hay que ver justo un círculo en función de uno mayor. Así, si ataco a A, debo desenvolverlo en razón de B; si toco B, fuerza me será hacer entrar a A y considerar a C; etc., etc.

Ahora haré unas notas sobre la esfera lisa, pulida de don Guataca. Un pedacito de ella (el rayado con letra X) lo vamos a mirar al microscopio.

He lo aquí:



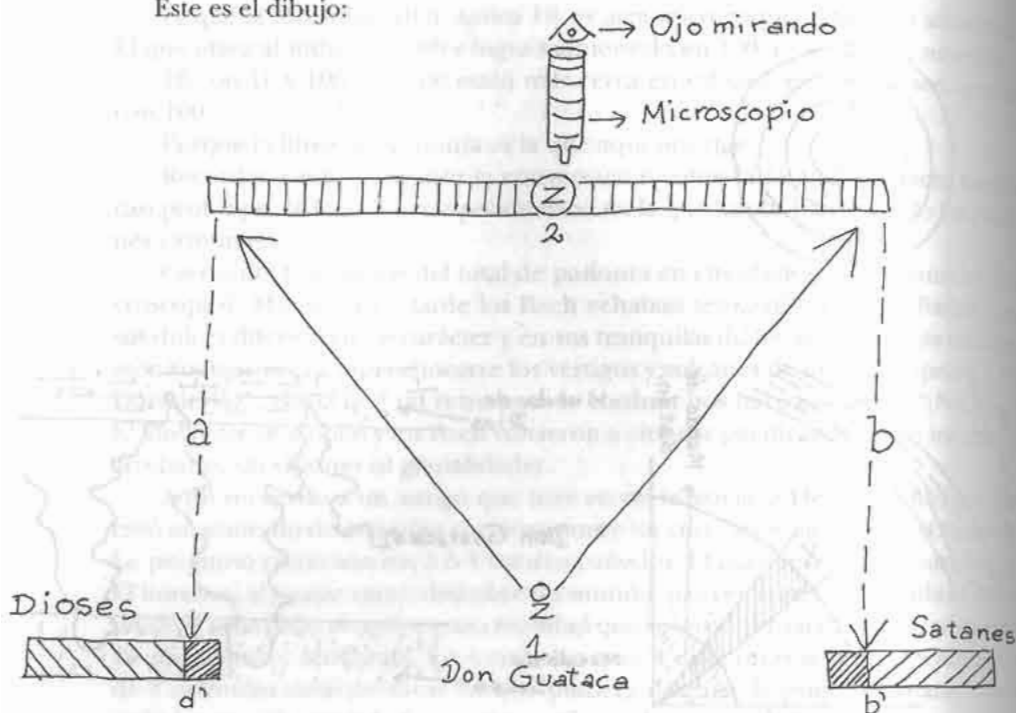
El mundo de don Guataca científicamente explicado, o lo que ocurre al aplicar el microscopio:



El ojo ve cada mundo en su sitio. Ve los abismos que a don Guataca lo separan de dioses y satanes.

El efecto del microscopio es agrandar al objeto del tamaño 1 al tamaño 2, como lo he dibujado en el dibujo siguiente. O sea, lo acerca, pues si el punto que he marcado con letra Z fuera en realidad como arriba es, el tamaño 1 sería de verdad 2. Luego el ojo lo ve entrando en el campo visual de dioses y satanes (flechas "a" y "b"; trazos negros "a" y "b"). Entonces, por un error visual de la perspectiva, se ve a don Guataca penetrando ya hacia Dios, ya hacia Satán.

Este es el dibujo:



Devolví los papeles a Lorenzo. Lo congratulé por ellos pero, sobre todo por haber visto a Lumba Corintia. No pude impedirme de preguntar por Teodosia Huelén. Lorenzo me respondió:

—Teodosia no está aquí ahora. La he visto unos instantes hace poco. Me dijo que partiría a la constelación de Andrómeda, esa lejanísima constelación. Y, sin más, se marchó.

—Ahora, Lorenzo, yo seguiré mi descenso. Tengo, tengo que ver a mi Colomba. ¡Adiós, amigo!

—¡Adiós!

Y me precipité feliz por un negro tubo.

Fue rapidísimo mi descenso en un principio. Al cabo de un rato disminuyó la velocidad de modo que llegué suavemente a un inmenso jardín.

Era un jardín primoroso. A pesar de hallarnos en la superficie en pleno invierno, aquí todo era primaveral. Los árboles ya se cubrían de hojas; las flores brillaban por todas partes; quedé largo rato en contemplación de los lupinos. ¡Oh, qué linda armonía de colores!

Avancé lentamente por los prados; respiré a pulmones llenos. No me importaba retardar mi llegada hasta ese centro sin vías hacia abajo, ese centro donde tú vives; Colomba. —¡Sí, sí! —grité—. Tú eres la dueña soberana de este gran planeta, mi adorada Colomba. Déjame deleitarme un momento en este jardín que veo como una digna antesala tuya. Seguí, pues, caminando con lentitud.

Ante un rincón sombreado me detuve. Este rincón me recordó un recoveco que hay en el jardín de las casas de Quintrilpe: bajo árboles inmensos, árboles de hojas perennes, se levanta apocado y medroso el tronco de uno pequeñito, débil, cuyas formas alargadas dibujan lindos arabescos.

Lo he mirado tantas y tantas veces. Es su inmovilidad —como la tuya, Colomba— la que me sujeta ante él. Ahora veía un paisaje semejante: grandes árboles cubiertos de hojas y, entre ellos, uno pequeñito y medroso y en silencio.

Pero el silencio es otra voz. La oí, sí, la oí. Es inútil tratar de traducir sus decires; es otro idioma, es otro tiempo el que emplean para hablar.

Bendije tu recuerdo, Colomba, porque tú hablas también en este idioma intraducible. Caminé otro poco.

Un ave se puso a lanzar chirridos sonoros. Miré hacia el cielo y no pude percatarme de qué ave se trataba; era una especie de inmenso gallinazo que planeaba todo el tiempo, iba y venía hasta donde yo me hallaba. De pronto advertí que un señor había llegado a mi lado. Me tomó suavemente del brazo y, mostrándome el ave, me susurró casi en secreto:

—Ese no es un águila, ni un buitres, ni un cóndor, ni ninguna de esas aves rapaces. Ese es, sencillamente, un pelícano. Sí, señor, un pelícano. Porque vea usted: los pelícanos en estas tan hondas profundidades terráqueas, aprenden a planear y se placen en ello. Pero discúlpeme usted, señor que no me haya presentado, yo soy Estelano Huelchenco.

Le estreché la mano mientras le decía:

—Y yo soy Onofre Borneo.

—A sus órdenes, señor.

Seguimos ambos, lado a lado, disfrutando de aquel hermoso jardín, de los árboles y flores. Luego Estelano Huelchenco me preguntó:

—¿Viene usted a menudo a estas profundidades terráqueas?

—Sí, señor —le respondí—. Vengo apenas mi tiempo me lo permite.

—Lo comprendo, lo comprendo. Es esto muy bello y muy, muy variado, ¿verdad?

—Así es. Y usted, señor Huelchenco, ¿es una habitante de estas profundidades?

El río de buena gana.

—¡Oh, no, señor Borneo! Yo vivo allá, allá arriba, en una chacra, cerca de San Agustín de Tango, una bonita chacra que, espero, visitará usted apenas volvamos a subir.

—Con el mayor gusto.

—Pero me placé hacer mis viajecitos por aquí, aunque aquí no todo es siempre agradable. Bueno, por lo demás allá arriba tampoco lo es. Los malos ratos parece que se afanan en perseguirnos día y noche, ¿no es verdad?

—Sí, señor, tal es la verdad, nos persiguen día y noche.

—Pero yo tengo una buena defensa, una muy buena defensa que radica en el estado de ánimo que hay que tener. ¡Oh, eso es todo, mi buen amigo, todo!

—Dígame, señor Huelchenco, ¿sería usted un fumador de opio?

Me miró algo sorprendido aunque desconfió del significado de su mirada. Al fin me dijo:

—No, señor Borneo, no soy ni he sido nunca un fumador de opio. Cuando hablo del estado de ánimo me refiero a otras cosas que muy bien pueden pasarse de artificios y de drogas. Es una enorme placidez la que siento dentro de mí y ella se debe..., ella se debe a mis amistades, al intercambio perpetuo que con esas amistades mantengo.

—¿Y quiénes son ellas?

—Se lo diré, mi buen señor, porque veo que es usted un hombre que anda tras del estado de ánimo seráfico. Por lo demás —me dijo apagando cuanto pudo su voz— es lo que, sin duda, le va a usted aconsejar esa dama de quien tanto usted espera, la dama que habita en el centro de este planeta.

—¿Se refiere usted a Colomba?

—Exacto, señor, me refiero a ella.

—Pero hablemos con claridad don Estelano: ¿quiénes son esas amistades de usted?

—Palemón de Costamota y Tadeo Lagarto.

No pude impedirme de lanzar una estrepitosa carcajada. Le expresé a este nuevo amigo:

—¡Valientes amigos tiene usted! El diablo y su secuaz...

—O bien podría usted haber dicho: Dios y su arcángel. Sí, sí, no tengo duda alguna. Ellos me han dado el secreto de alcanzar este magnífico estado de ánimo que me acompaña. Cuando me abandona un tanto, vuelvo donde ellos y ¡santa palabra! Usted diría, lo veo, sí, diría: ¡satánica palabra!

Y, sin más, Estelano Huelchenco me invitó a tomar asiento en un cómodo banco que allí había a la sombra y cerca del arbolito de los lindos arabescos. Nos sentamos y me preguntó:

—¿Permite usted que le hable unos momentos?

—Por cierto, señor, por cierto —respondí de inmediato—; seré todo oídos a sus palabras. Me habló así, dejándome apenas intercalar una que otra palabra:

—El opio como el hachís y demás drogas, son de un comienzo. Ellos despiertan nuestra curiosidad; digo bien “despiertan” pues es necesario que el fondo exista y haya siempre existido. El opio le dice a usted:

“Deja en paz a tus semejantes”.

Tal es su voz. Los deja usted en paz pero la cordialidad no se pierde; ella subsiste sin comprometer en nada su personalidad. En cambio el alcohol... Lo primero que hace en usted es empujarlo a mezclarse más y más con ellos que parecen ser sus semejantes. Pues en realidad, ¿lo son? No, mi señor, no lo son; son seres que van y vienen, que tienen sus vidas ajenas a la suya. Pero ese maldito alcohol lo obliga a usted a buscar y buscar en esas vidas sin que le importe mayormente el objeto de su búsqueda.

Tal es lo que me ha explicado el señor Palemón de Costamota y, explicado por él, era algo maravilloso. ¡Qué de claridad había en sus palabras, qué de penetración!

Desde que lo oí, juré ser su discípulo.

Por cierto, señor Borneo, por cierto; me habló muchísimo esa vez y sobre todos los temas imaginables. Era una verdadera delicia escuchar su voz. Si usted permite voy a tratar de recordar lo que aquella vez me dijo; claro está que no tendré la labia que a él lo adorna, ni por asomos la tendré; pero no importa. Voy a ello y, tal vez, no lo aburriré a usted demasiado.

Estábamos en mi casa; yo la llamo “mi guarida”. Es pequeñita pero no del todo incó-

moda. Sí, sí, está en la calle del Calvario, en el N^o 464. Allí me refugio yo cada vez que abandono aquella chacra de que he hablado y llego a San Agustín de Tango.

Sonó el timbre y fui a abrir. ¡Era él, señor, nada menos que él! Lo hice pasar enseguida y le ofrecí asiento. El me agradeció y, haciendo una reverencia, me dijo:

—Palemón de Costamota, un servidor más.

¿También se lo dice a usted, también? Es que el señor de Costamota es la amabilidad misma.

Había un periódico sobre mi mesita. Él lo indicó con su dedo índice, ese dedo agudísimo que hace temblar con verdaderos y terribles terremotos la superficie terráquea. Me preguntó:

—¿Se interesa usted por la prensa diaria?

—No especialmente —respondí—. La traen aquí y, a veces, ni la leo.

—Pues hace usted mal —fue su respuesta—. Debería leerla todos los días de punta a cabo para así estar debidamente informado de lo que ocurre en este mundo. Porque ocurren y ocurren cosas y más cosas.

—Ya lo sé —fue mi contestación—. Si uno no la lee, nunca falta alguien que la haya leído y ese alguien se encargará de ponerlo a usted al corriente.

—A medias, nada más que a medias.

—¿Cómo así?

Guardó un minuto de silencio atuzándose el bigote. Luego me explicó en tono severo: —Todo ocurre allá o aquí, lejos o cerca, o sea, ocurre en los egrégores. Nosotros, en esta Tierra, no somos más que un muy reflejo de esos inconmesurables egrégores. Ellos están pensando, trabajando arduamente y fabricando las cosas que han de ocurrir. Nosotros —es decir, vosotros los hombres; yo puedo ser una neta excepción— obedecemos a esa inmensa inteligencia colectiva. A veces queremos tomar parte de ella, es decir, quieren ellos, los hombres, tomar parte de ella. Pero..., pero... Usted, señor, me ha de comprender. La desesperación se les dibuja en el horizonte. ¿Qué hacer? Se lo diré a usted: inventan, entonces, la eterna laboriosa discusión. Y discuten. El que gana es coronado con un sinnúmero de honores.

Me quedó mirando con ojos penetrantes. Al fin me preguntó:

—¿Le gustaría a usted visitar uno de esos egrégores?

Le respondí lleno de entusiasmo:

—¡Por cierto; señor, por cierto!

—Pues bien —prosiguió—, hágase usted mi discípulo, venga conmigo y no sólo verá esos egrégores sino muchas cosas más.

Respondí sin titubear:

—¡De acuerdo!

Nuestras manos se estrecharon largamente; ambos sonreíamos. Luego insinué otra pregunta:

—¿Y qué más verá?

—No sólo verá usted sino que le otorgaré ciertos inmensos poderes. ¡Oh, es algo tan grato ser dueño de poderes que pasen por encima de esta trivialidad que se vive cuando no se tienen! Usted será como un hombre frente a una cantidad de pequeños insectos. ¡Más, será más! Porque estos insectos le venerarán con todo el respeto posible. Pero hay una condición para alcanzar estos poderes, una condición *sine qua non*.

—¿Cuál es ella?

–Desterrar todo lo que signifique AMOR.
–Explíquese usted, señor Palemón, que no le entiendo bien.
Volvió a atuzarse los bigotes y carraspeó para aclararse la voz. Luego me dijo:
–Hay que echar lejos todo lo que sea un sentimiento de amor, echarlo lejos, aventarlo hasta perderlo de vista. Porque el amor sólo trae malos ratos y penas y sinsabores. Yo necesito junto a mí gente feliz, gente colmada de dicha, sí, ¡de dicha!

Y sin más me alargó una serie de dibujos impresos que llevaba consigo. Me dijo en tono convencido:

–Estos dibujos le probarán a usted, mi señor don Estelano, que yo siempre he sido estimado, altamente estimado, por todos los hombres que han vivido en esta Tierra. Véalos usted en calma. ¿O encuentra que ya se está oscureciendo demasiado? Si es así, pasemos al salón de estas casas del jardín. Hay allí buenos, muy buenos sillones donde podremos acomodarnos a nuestro gusto.

–De acuerdo, señor, pasemos a estas casas.
Avanzamos a través del jardín y entramos en unas viejas y muy grandes casas campes-
tres.

Entonces vine a darme cuenta que ya no estábamos en mi guarida de la calle del Calvario. Estábamos en un primoroso jardín, semejante a éste, que tenía unas no menos hermosas casas. Fue grande mi estupefacción. Vacilé unos instantes. Al fin pregunté:

–¿Qué significa esto, señor Palemón de Costamota? ¿Un jardín y unas casas campes-
tres? ¿Pero que no estábamos, hace apenas un minuto, en mi casa?

Él a su vez me interrogó:

–¿Se extraña usted por tan poca cosa? ¡Mal, malo, mi señor! Con esas extrañezas no creo que podré llevarlo a visitar esos inmensos egrégores. Hay que estar dispuesto a todo cuando se es un buen amigo mío.

Comprendí, por cierto, y, en el fondo, no pude menos que felicitarme por la amistad que había hecho.

Entramos en las casas. Nos acomodamos en amplios sillones que había en un gran hall.

–¡A ver! –exclamé–. ¡Muéstreme esos dibujos! Aquí tenemos toda la luz necesaria. Me los alargó y me puse a contemplarlos.

–¿Oh, pero señor don Onofre Borneo! ¡Qué distraído soy! Esos dibujos los tengo aquí, aquí. Véalos usted señor mío.

Y me los pasó.

Eran 22 grabados con diferentes imágenes del Diablo.

- 1º El Diablo de los Iniciados de Egipto;
- 2º El Diablo en la Biblia;
- 3º El Diablo en la Cábala;
- 4º El Diablo según las religiones occidentales;
- 5º El Diablo en las religiones orientales;
- 6º El Diablo de los fetichistas;
- 7º El Diablo de los luciferianos;
- 8º El Diablo de los satanistas;
- 9º El Diablo de los ocultistas;
- 10º El Diablo del Tarot clásico;

- 11º El Diablo del Tarot moderno;
- 12º El Diablo de los Grimorios;
- 13º El Diablo de la Brujería;
- 14º El Diablo del Sabat;
- 15º El Diablo de los Exorcismos;
- 16º El Diablo de los espejos saturnianos;
- 17º El Diablo de las hadas;
- 18º El Diablo de la leyenda;
- 19º El Diablo de las novelas;
- 20º El Diablo de las pesadillas;
- 21º El Diablo pentacular;
- 22º El Diablo de las creencias contemporáneas.

—En realidad, señor Huelchenco, son muy interesantes estos dibujos.

—Y sobre todo —me agregó él—, prueban que Satanás ha sido siempre, siempre adorado por los hombres.

A todo esto el tiempo había pasado y los deseos de ir al fondo de la Tierra volvieron a tiranizarme. Se lo comunicué a mi amigo. Él me respondió:

—Si tales son sus deseos, señor Borneo, no tengo más que dejar a usted en plena libertad. Presentará usted mis respetos a la señora Colomba. Mientras usted sigue bajando yo me voy hacia arriba, a encontrarme, si lo puedo, con mi amigo Palemón de Costamota. Si no lo puedo... bueno, me encontraré con su secuaz de Tadeo Lagarto. Ansío conversar con ellos para contarles las tan magníficas impresiones que guardo de mi visita a los egrégores.

—Veo, señor, que Palemón lo ha llevado a usted a visitarlos.

—Sí, señor, me ha llevado. Guardo de esa visita una impresión sencillamente fantástica. Vuelvo a recomendárselo: hágase usted un buen amigo de Palemón y podrá ir también a visitar esas y otras muchas cosas inimaginables.

—Lo pensaré, señor, lo pensaré. Por ahora me despido y le deseo un feliz ascenso.

—Gracias, señor, y que tenga usted un no menos feliz, muy feliz descenso.

Miré a mi alrededor mientras Estelano Huelchenco se alejaba. Ya no había ni jardines, ni árboles, ni flores a mi lado. Volví a encontrarme en sombrías e interminables galerías.

Por una de ellas me introduje y me dejé llevar hacia Colomba.

39

¡Colomba, estoy contigo!

Nuevamente puedo inclinarme ante ti en esta paz que tú has hecho sagrada. Así lo hago. Posa tu mano sobre mí. Guardemos el silencio hablando mucho. Colomba, ¡te bendigo!

El tiempo pasó junto a nosotros. Respiraba yo otro aire, otro ambiente. Sentía la infinita distancia que me separaba de aquella superficie.

Hablamos.

Yo

Allá arriba hay que vivir en una lucha continua, una lucha que viene por vencer las pequeñas cosas, los pequeños hábitos que ya se han incrustado en uno.

Esto no se nota mientras se vive. Tú lo sabes: el ajetreo es permanente y cada acto que hacemos desata otro acto que ha de seguirlo. Este acto, otro acto; éste, otro más. Al fin uno halla esta manera de vivir tan natural, tan lógica e inevitable, que se acostumbra a ella y, al verla disminuir en su intensidad, la echa de menos y la añora.

Sin embargo muy en el fondo algo se rebela. Se siente cómo bulle en el interior. Al fin se manifiesta clavándonos una prisa agujoneante. ¡Prisa, prisa! Aunque no se sepa a punto fijo qué clase de prisa ha de hacer. Cuando ella me clava así, yo me marcho de San Agustín de Tango o de donde me halle y corro, corro cuanto puedo y me sumerjo por la Tierra gritando sin pronunciar palabra: "¡Colomba, Colomba!".

Así he llegado a ti. Ahora mírame, mujer mía, que en tus ojos podré encontrar eso que busco en vano allá en la superficie.

¡Mírame, mírame!

Yo interpretaré el color de tu mirada.

COLOMBA

Me he sentido en un barco; el barco navegaba por un mar tormentoso. Al subir sobre las olas se dominaban las aguas hasta lejanísimas distancias; al bajar, sólo aguas y remolinos nos rodeaban.

De este modo, como este barco, vi el ambiente que te rodea. Un momento de gran visión; luego sumergido en aguas inhospitalarias, ¿no es verdad lo que te digo, mi buen Onofre?

Yo

Si tú lo has dicho tiene que ser verdad. Tú lo sabes: yo estoy aquí para oír tu voz y someterme, con toda mi voluntad, a lo que tú digas y no discutirlo. Así es que habla, mi Colomba, déjate llevar por lo que en tu mente aparezca.

COLOMBA

Te noto intranquilo, Onofre; parece que los nervios estuviesen en ti a flor de piel. Ya no eres el de antes, el que venía hasta mi lado dulce y sumisamente. ¿Te ha ocurrido algo?

Yo

Sí, Colomba, algo hay en mi interior que me ha quitado la paz sagrada que antes tú me dabas con sólo estar a tu lado.

COLOMBA

¿Es algo de la superficie? ¿O es algo que te ha sucedido mientras bajabas hasta este centro de la Tierra?

Yo

Creo que es la presencia de Palemón de Costamota. Esta vez, al bajar no lo he visto como tampoco he visto a su satélite, a ese Tadeo Lagarto. Pero siento su presencia en torno mío; lo veo en todas partes; lo veo aún en mis más recónditos pensamientos. He visto, en cambio, a un admirador suyo, a un tal Estelano Huelchenco que me ha declarado ser un admirador incondicional de Palemón. Me citó un consejo que le había dado, un consejo que me ha quedado dando vueltas y que, de pronto, he llegado a creer que lo estoy siguiendo. Esto me atemoriza, sí, me atemoriza, mi Colomba.

COLOMBA

¿Y cuál es este consejo?

Yo

Que se debe desterrar todo lo que signifique AMOR. Porque el amor sólo nos da sinsabores sin fin. ¡No hay que querer a nadie, a nadie! ¿Me entiendes? Tú miras a una persona y sientes un repentino afecto por ella; tu cultivas este afecto y te sientes bien. Súbitamente un pensamiento te atraviesa: si esta persona sufriera, si fuera inmensamente desgraciada, si los males que nos afligen, y que son infinitos, cayeran sobre ella... Lo piensas y... no puedes desprenderte más de esta idea que te trabaja sin piedad. Al fin no hay otro remedio que huir, huir de esta persona y no verla más.

Ahí tienes un ejemplo. Como éste hay miles más. Al pensar en ellos veo la figura arrogante y satisfecha de Palemón de Costamota que me mira y me murmura:

"Venga usted conmigo y cesará el sufrimiento..."

Sí, mi Colomba, estoy perseguido por la figura de él. La veo en todas partes y la veo anteponerse a cualquier resolución que yo tome. ¡Es algo que creo no voy a poder vencer jamás!

Quisiera otra cosa; quisiera que ese gran silencio, que tú me has hecho divisar, se asentara en mí y fuera mi verdadero amo, mi guía permanente.

Veo ese silencio ajeno a Palemón de Costamota, ajeno a todos sus secuaces, ajeno a su reino de maldad sin amor.

Quisiera otra cosa, otra cosa... Pero, ¿cuál cosa? Dímelo, mi Colomba, ¿cuál? Una cosa, una vida, ¡una eternidad!, en la que jamás apareciera ni la sombra de Palemón de Costamota. Pero no logro enrielarla debidamente. Aquí quedo, pues, en la más profunda confusión.

COLOMBA

Tú quisieras tener mayor calma, una calma venida de tu fondo y que luego se explayara en todas tus acciones. Quisieras mayor calma para poder pensar; quisieras que tu cabeza no saltara tanto de un lado a otro lado sin el menor, ni el más leve control de tu parte. Porque tal es lo que te pasa, ¿no es verdad?

Quisieras tener un solo tema de pensamiento; y a él llegar y en él entrar con el respeto que da el hábito de un respeto que siempre se ha seguido.

Dime, Onofre, ¿comprendes ahora por qué te pedí, hace ya mucho tiempo, cuando nuestras primeras conversaciones, que revisáramos ese alto de carpetas en que tú anotas lo que ocurre a tus tantos amigos?

Yo

Sí, Colomba, lo recuerdo y siempre lo he tenido presente. Sabía que algo escondía esta insinuación tuya pero no lograba verla claramente.

COLOMBA

¡Cuántas cosas duermen en tu memoria! Tú las anotas, las clasificas y... ahí las dejas. Ellas se duermen y, al dormirse, pierden la parte vital que te las hizo anotar. Quedan como cosas que cada uno puede interpretar a su manera. Tú mismo te extrañas al volver a leer varias de esas notas y llegas a preguntarte: "¿Por qué anoté esto; qué esperaba yo en ello; qué podía ver?"

Yo

Es verdad. Ahora he comprendido lo que tú buscabas al proponerme una fec-

tura de mis carpetas. Pero, te lo pido, vamos a ellas con suma lentitud: una nota, dos notas o tres a lo más. No quiero que vuelva a repetirse este intento fracasado ya en mí.

COLOMBA

Dame una carpeta. Yo la leeré. Tú, en pleno silencio, escucharás. ¡Una carpeta!

Con cierta sorpresa vi que a mi lado estaban todas las carpetas de que habíamos. Pero no di curso a esta sorpresa. Ya comenzaba a habituarme a lo que ocurre en el fondo de la Tierra.

Alargué una mano y cogí una al azar y se la entregué. Ella leyó sobre la tapa:

CARPETA GRIS

Es un nombre curioso, Onofre, éste que has puesto en esta carpeta. No son notas sobre un personaje. Veamos si algo te trae a la memoria este título de *Carpeta Gris*.

Yo

En verdad, Colomba, había olvidado esta carpeta. Ahora empiezo a recordar, muy vagamente, cuando empecé a escribirla. Espera, espera. No, no empecé a escribirla sino que en ella fui echando todo lo que no encontraba una colocación bien adecuada. Es todo cuanto puedo decirte. En realidad nuestra memoria es mala, al menos esta memoria que debe obedecer a nuestra parte pensante.

¡Lee, mi Colomba, lee!

Colomba abrió la carpeta y de ella extrajo un papel que leyó con pausa. Sus ojos venían a mí de cuando en cuando. Yo escuchaba impertérrito y otras épocas veía dibujarse ante mí.

He aquí lo que ella leyó:

CARPETA GRIS

“Caso de Javier Licantén, el escritor, ante el astrónomo Jovino Panquehue. Es éste un hombre de ciencias con imágenes católicas. Movimiento espontáneo y único de Licantén: a) eso no puede ser; b) rebatirlo.

“Impresión en mí de absoluta ociosidad de tal proceder. Lo único interesante y útil ante ello: averiguar, hasta descubrir, en qué punto Jovino Panquehue se encuentra, qué punto hay desde el cual, colocado uno en él, se ve posible lo que desde el punto mío se ve imposible.

“Así para la mayoría de los problemas que se presentan; así, la enorme mayoría de las gentes para apreciarlos y comportarse ante ellos.

“Doña Claudia Puchuncaví dice: Paul Morand ha recogido lo que de moderno flota en el ambiente y lo presenta al grueso público en una bandeja... Jean Cocteau tiene el talento de coger de todas partes y de fabricar con eso una obra...

“¿Por qué dice usted tal cosa?

“La explicación es difícil, brumosa, enredada y, por fin, dice que así lo siente, que así lo sabe mas que no tiene facilidades para explicarse. Entonces, a través de ella, me entretengo en ver la onda del mensaje y ubicar el punto de partida: Picasso, Gris, Lautréamont, Rimbaud, Mallarmé, Eusebio Palena, Rubén de Loa, Cirilo Collico, etc.

etc. Veo los aparatos transmisores que le envían mensajes lacónicos; conclusiones de procesos y cristalizaciones de ideas y observaciones de ellos que quedan ocultas. Recibe sólo la noticia, el resultado. ¿Cómo ha llegado a semejantes resultados? No lo sé; doña Claudia Puchuncaví tampoco lo sabe.

“A propósito de mi amor por clásicos que luego cayó. Era por falta de interés directo: era un interés por mí mismo, por mi personalidad de adolescente sentimental.

“El poeta hace versos. Pide justificarse a sí mismo. Fabrica una teoría. Entonces quiere hacer, de esta teoría, un molde donde poder vaciar la poesía. Y fabrica tiranizado.

“De mis viajes. Recordar que debo poner siempre el fantasma de los amigos de la patria a quienes hay que encandilar. Creo que es algo propio de los sudamericanos que hacen todo para subir en el concepto de ellos allá en su país.

Así creo; pero ¿no será igual en todas partes del mundo? Es lo que ahora pienso. Nosotros vemos con mucha claridad a nuestros compatriotas en el extranjero y no paramos mientes en los extranjeros en nuestro país.

Como sea: hacemos cosas no por ellas mismas sino por el resultado que allá tendrán. Ejemplos: Acostarse con una mujer; buscar en ésta la más exótica que nos sea posible encontrar; una colonial o una negra o una japonesa.

Luego escenas vulgares: No me abre la puerta el conserje y voy a tener que pedirselo en alemán...; luego un auto con un frío de 20° bajo 0; etc., etc.

Yo

¡Para, Colomba, para! ¡No leas más, por piedad! Todo eso lo había olvidado. Remueves un fondo que creía no existir en mí. Tienes razón: “¡Cuántas cosas duermen en mi memoria!”. Ahora veo que todo eso que creía dormido está vivo, sí, vivo en mí y que es mi negligencia, mi atroz desidia, la que los tenía es ese estado.

¡Mi vida se va a agrandar demasiado, mi Colomba! Como ahora han aparecido esas cosas que tu lectura de mis notas han hecho aparecer, así puede ser que aparezcan algún día mis recuerdos de ante al nacimiento y..., y...

COLOMBA

¿Y...? Habla, mi buen Onofre; no guardes nada para ti solo. ¿Ibas, acaso, a decir: TUS RECUERDOS después de la muerte?

Yo

Sí, eso me nació decir y casi lo dije.

COLOMBA

No te apresures, Onofre; ten calma y debes tener paciencia. Avanza lentamente. Ya vendrá un día en que has de poder recordar entera tu existencia. Por el momento déjame seguir con tus notas olvidadas por ti. ¿Lo quieres?

Yo

Lo quiero. Me parece que me hace bien este hecho de sumergirme en ese pasado que tan olvidado tenía. Sigue, Colomba; yo oiré en el mayor silencio.

Colomba tomó un papel y tardó algo en leerlo. Me miró varias veces; luego sonrió; luego sus ojos volvieron al papel. Por fin leyó:

“Clave del Talento.

“Es lo que me preocupa siempre. Pues en mi caso: Juan Emar puede tenerlo; Onofre Borneo no puede tenerlo.

“¿Por qué? Porque los ve a los otros y luego “cuenta”.

“Si un señor X ha ido a Carelmapu y se lo cuenta a un señor Z que no ha ido, ¿puede Z exclamar que X tiene un enorme talento?”

“No; no lo puede.

“Eso es todo. Los que en sí aplican la Clave de la subdivisión pueden *contar* y es esto lo que se llama *talento*.

“Grados de Talento a Genio:

“X fue a Carelmapu;

“A fue a Santiago;

“B fue a París;

“C fue a los Planetas.

“*C'est tout*”.

¿Podrías explicarme esta nota, Onofre?

Yo

Digo en ella que C fue a los Planetas. Es la influencia de Teodosia Huelén la que me hizo escribir esa frase. ¡Teodosia Huelén! ¡Qué linda mujer era! Siempre veo sus manos finas y largas; siempre veo su mirada extrañada un rato para luego lanzarme un: “¡Uy, que eres terreno, Onofre, uuuuy!”.

De esto, de ella, me acuerdo perfectamente que la tenía yo en mi imaginación cuando escribí esa nota. Pero es todo lo que viene a mi memoria. Carelmapu, Santiago, París... Ello puesto como los grados que van del talento al genio... ¡Qué raro me parece! No, Colomba, no puedo explicarte nada más. Sólo puedo penetrarme en esa idea de que tantas, tantas cosas duermen en nuestra mente...

COLOMBA

No te preocupes, Onofre; quédate en paz. Lo que tú deseas, sin tener clara conciencia de ello, es traducir el mundo de quietud al mundo de trituración. Quieres llevar este fondo terráqueo a la superficie. No trates de hacer semejantes experimentos; que cada cosa viva en su mundo.

¿Qué te alarma? ¿Escuchas algo inusitado?

Yo

Escucho los martillazos de unos trancos. A veces parecen acercarse; luego parecen alejarse. Pero caminan, sin duda caminan. Sobre ellos vuela un moscardón. Oigo su zumbido. El moscardón hace... No, espera, Colomba. ¡Sí, él ha de ser! Es él quien camina y va huyendo de su propio: “Brrrrrr...”.

¿Dónde está ese que fue un hombre inmenso, ese aterrador de Baldomero Lonquimay?

COLOMBA

Tú lo has dicho: camina, avanza. Porque Baldomero Lonquimay está en todas partes. No trates de aprisionarlo en un solo rincón. Es su espíritu el que camina, el que avanza. La Tierra tiene el don de transmitir todos los ruidos que hacen esos espíritus.

El ruido se acentuó, llegó a ser casi insoportable. Era un chirreante “Brrrrrr...” que lo acompañaban unos golpes rítmicos.

De pronto se presentó junto a nosotros la figura de Baldomero. Me miró y quedó erguido, sin movimiento alguno; luego miró a Colomba y su rostro primero, su cuerpo después, se doblegaron hasta tocar tierra con sus barbas hirsutas y pelirrojas.

Lentamente se incorporó y lentamente habló,

LONQUIMAY

Huyo, señora mía, huyo del clamoreo de una turba indignada que, a su vez, huye del evento que ha causado ese mozallón que en sus manos blandía un volante llevándolo cual se lleva un simple palafrén. No era un palafrén, ¡triturbios! Era un volante de un automóvil que corría veloz. Y al correr con esta insospechada velocidad, el mozallón produjo el accidente. Yo lo miré y exclamé para mis adentros: "Eres un giróvago...". Porque hay una pésima voluntad o volición en aquellos que causan accidentes. Por eso yo huyo y huyo. Hasta que me he de chocar con otro y otro y otro y otro accidentado accidente como son llamados allá en la superficie de aquello que es envuelto y donde reinás vos, ¡oh, mi santa beldad!, vos la reinante reina de estos confines que semejan un cebujonado becoquino.

Yo

¿Quiere usted decir, mi amigo Baldomero, que hay una consciente mala voluntad en los choferes que causan accidentes?

LONQUIMAY

No os lo diré, mancebo de la mancebería. No os lo diré. Mas si queréis apercartaros de esa sabiduría que a mi mente ha llegado... ¡Seguidme, politurbios, seguidme!

Baldomero Lonquimay continuó su huida como un desaforado. Poco a poco se apagaron los taconazos que daba y se fue debilitando su ruido de moscardón. Por fin volvió la calma. Por fin volví a ver a mi Colomba.

Yo

¿Debo ir tras de Baldomero? Yo quedaría aquí contigo; no quiero moverme de tu lado. Me ha dejado una impresión de superficie; de movimiento en demasía y sin un objetivo claro que lo guíe. No, no quiero ir, Colomba. No quiero.

COLOMBA

La presencia de Baldomero Lonquimay ha sido un llamado. Deberías obedecerle. Tienes aún tanto inconcluso sobre él. Ven hacia mí. Aquí está su carpeta y veamos lo que en ella aparezca.

Ven, Onofre, ven.

Yo

Sí, voy, Colomba, voy.

DINTEL 2

Nos encontramos ante una serie de papeles. La mayoría ya estaban olvidados por mí. En todos ellos había yo anotado al margen que era necesario consultar otro papel más para ponerme al tanto del idioma ampuloso que es propio del que fue mi amigo y que ahora acababa de ver por breves instantes. Colomba me pasó este papel; en él había una casi interminable lista de palabras usuales en su vocabulario y, naturalmente, poco usadas en las conversaciones habituales. Eran, pues, notas y más notas que yo debería desarrollar algún día. Nunca habría pensado que iba a volver a verlas en el fondo de la Tierra y junto a Colomba. Recuerdo ahora algunas de ellas que voy a copiar aquí:

Alfayate	Oxear	Esteatoma
Rinopoma	Mohatra	Chirimías
Zurumbático	Cuérnago	Suripanta
Molliana	Madapolán	Galpito
Trailla	Dáctilo	Amondongado

Y muchas palabras más. Ellas deberían ser colocadas en los parlamentos del que fue mi amigo, Baldomero Lonquimay, y deberían ser coronadas por su eterno: "Brrrrrrrr..." que siempre lanza al huir, sea de un accidente de auto, sea de la vista de algo inusitado, sea de sí mismo, sea de un recuerdo que llega a él, un recuerdo que lo persigue denodadamente.

Leímos juntos con Colomba. Cuando era ella quien leía, yo veía claramente lo que me había dictado la nota; cuando leía yo, esas notas se tornaban insulsas y carecían casi de significado.

Su mano tomó una nota y ambos —no sé si ella o yo— leímos:

Los habitantes de la Isla San Eustaquio hablan un idioma que es una mezcla de holandés, inglés, español, chino, turco, malayo, esquimal y persa. Usan una escritura que es totalmente desconocida tanto de los occidentales como de los orientales. Baldomero Lonquimay pudo copiar sólo dos palabras de un periódico de la localidad. Se las puede ver más abajo copiadas por mí de las del propio Lonquimay. Preguntado éste sobre el significado de ellas, repuso que, la de la izquierda, quiere decir: "Todo bien a bordo"; y la de la derecha: "¡Adiós que me voy llorando!".

[Y3K

εε Αβ

La nota siguiente decía:

Por fin he logrado saber, gracias a un buen momento de cordialidad de Baldomero Lonquimay, por qué en la Isla San Eustaquio se habla y se escribe en forma tan singular. Me ha explicado:

El Capitán del barco en que viajaba, el Muy Honorable Plum Pudding, me ha asegurado, al no menos Honorable de Lonquimay, que ello es una cuestión de la singularidad del clima.

La isla consta de dos partes netamente diferentes: la parte baja, al nivel del mar; y la parte alta, o meseta, a 400 metros sobre el mar.

Descripción de la primera:

Queda en el lado Oeste de la isla, o sea hacia el Mar Caribe. Es bañada por el remolino Antillano que gira por todo dicho mar debido a que el fondo se halla en ebullición. Es, pues, el agua oceánica más caliente que se conoce. A veces hierve. Además está constantemente azotada por el viento del Orinoco que nace del País Alto de Guayanas bajo el cual se encuentra un futuro volcán hoy oprimido pero ya todo en llamas. Es, pues, el viento más cálido de todos los conocidos.

Descripción de la segunda:

Mira hacia el Este, o sea, hacia el Atlántico, y está, por lo tanto, bañada por la gran corriente de Groenlandia que es de nieve pura inagotablemente desprendida de las regiones glaciales árticas. Es, pues, el agua oceánica más fría que se conoce. A veces se congela. Además es constantemente azotada por los vientos de la Tierra de Baffin que es una enorme isla de hielo salino a 72° bajo 0. Es, pues, el viento más helado de todos los conocidos.

Por lo tanto, la gente que habita la parte baja, se encuentra en el sitio más caluroso que existe sobre la Tierra; y la que habita la altura, en un sitio sólo comparable a los polos. Y no hay que olvidar que entre ambas median únicamente 400 metros. El Muy Honorable Capitán Plum Pudding ha asegurado, a Lonquimay, que no hay espectáculo más curioso que el de mirar una de las regiones desde la otra.

Por ejemplo: Subir a la meseta y asomarse hacia abajo: al lado de uno todo es nieve y hielo, las gentes tiritan dentro de sus gruesos abrigos de piel de búfalo y se apretujan alrededor de inmensos braseros; allá abajo quema el Sol en medio de exuberante flora, las gentes se sofocan casi desnudas y se tienden modorrientas bajo las hojas de plátanos y cocoteros.

El deporte favorito de todo el mundo es coger el funicular, sea arriba o abajo, y cambiar de región en el medio minuto que dura el trayecto. Se trata de cambiar, en tan corto plazo, de toda la indumentaria. Si uno está arriba con camiseta doble, camisa de lana, gruesos calcetines y gruesos calzoncillos, traje de paño, gran abrigo, calzado de cuero de potro, bufanda, guantes y sombrero de astracán... salir del funicular desnudo, con sólo un calzoncillito de seda blanca, sandalias de paja y sombrero alón de Panamá. Luego se trata de hacer lo contrario.

Me ha dicho Baldomero, que es comprensible, que con clima tan extraño, los habitantes de esa isla hablen el más singular de los idiomas y lo escriban en forma más singular aún.

Yo

Colomba, dime, por favor: ¿por qué has leído esa nota? Creo recordar el momento en que la escribí; luego veo que no es tal momento; luego me confundo. ¡La Isla San Eustaquio! y veo a Baldomero Lonquimay hablando y hablando sobre ella, sobre esas dos partes de que consta... Después me veo en mi casa anotando lo dicho por él. Pero, ¿será él? ¿O no será su compañero de viajes, Desiderio Longotoma?

Yo tenía una manera rara de trabajar en aquellos tiempos: tomaba una nota y la echaba a una carpeta cualquiera con la esperanza de volverla a ver algún día cualquiera. Luego, allí quedaban esas mis notas. Después... Después, ¿qué ha pasado, Colomba? Las cosas han de tener su vida propia y ellas se juntan o se separan según otra voluntad que no es la nuestra. ¿No lo crees tú?

COLOMBA

Ha venido muy bien el leerte esta nota que te he leído. ¡Deja a Baldomero Lonquimay y a Desiderio Longotoma y a quien sea que hagan sus vidas también en tus carpetas! No olvides ese dibujito que ha hecho Lorenzo Angol: un trazo que se bifurca en una serie. El hecho de que la Isla San Eustaquio vuele en torno tuyo es, tal vez, uno de esos trazos que se ha acercado a ti o que tú te has elevado hasta acercarte a él. ¿Qué te importa que hayan sido escritos estos comentarios por Baldomero o por Desiderio?

Me has hecho recordar a nuestra amiga Teodosia Huelén pues he sentido los deseos de llamarte: ¡Costreño!

Yo

Así me has llamado, mi Colomba. No trataré de seguir averiguando más sobre el origen de las notas de la carpeta de Baldomero Lonquimay. Escucharé en silencio. ¡Lee, lee, por favor!

Ya ves: yo estoy de hinojos ante ti y te prometo no ser más un costreño que se preocupa por cosas ajenas a tu altura ¡Colomba!

COLOMBA

Leamos, entonces, otra nota. Sacaré cualquiera, la que venga. Aquí hay una. Ella dice:

Dicho por Baldomero Lonquimay: (Me lo ha dicho ayer en la puerta de su casa adonde él llegaba en aquel instante).

Yo me dejo crecer estos barberiles pelos que afloran en mi rostro; es decir, mancebo, dejo que aumenten en largura los rojizos pelos que quieren ver la luz del día. Pues cuando el día es percibido por ellos, tórnome feroz, decidido, indómito y montaraz; así puedo arramblar con cuanto encuentro. Es lo que requiero, ¡oh, débil mancebillo! Entonces ese moscardón que sale de mis labios tremola cual música de las esferas.

"Afeitado y rasurado soy un hombre mediocre. ¡Muerte a la mediocridad!

"Con mi barba no requiero beber alcoholes impuros pues, si los bebo, yérguese en mí el ser sin control, el ser de las cavernas ya visitadas por mí.

"Esta pelirroja barba me mantiene en el justo medio que me es benéfico.

Luego, después de un minuto de silencio, ha agregado:

—Mancebo, yo por las mañanas amanecí hecho un quirquincho; ya por las tardes veo claro y con justeza y amo a la humanidad.

Yo

Esto último nos ocurre a muchos; me ocurre a mí; las mañanas son verdaderos suplicios; en cambio por las noches me reconcilio con todo el mundo. Y, de la mañana a la noche, nada ha cambiado, todo ha seguido perfectamente igual.

COLOMBA

Una nota doble has hecho aquí, Onofre. Es también para Desiderio Longotoma. Has juntado a ambos amigos, a esos que se pelearon allá en Curihue, ¿recuerdas?

Yo

Sí, ahora que tú me lo dices, Colomba, lo recuerdo. También ese fundo del capitán Angol habíase marchado a un completo, a un casi completo olvido mío. ¿Qué dice esa nota?

COLOMBA

Tómala, ahí está la nota. Léela tú. Tal vez este hecho de leer te refrescará la memoria y podrás vivir en ese mundo tan olvidado por ti. ¡Léela, Onofre!

Obedecí a Colomba y leí:

Desiderio Longotoma y Baldomero Lonquimay me han hablado del mismo asunto, cada cual en su propia casa.

El primero reía y se frotaba las manitas y movía los pies mientras la Tomasa nos ofrecía tomasines y más tomasines. El segundo habló en tono trascendental, de pie sobre una silla, alzando su diestra en gesto majestuoso; doña Clea Purén pasaba como una pequeña cucaracha a su lado.

Dijo el primero:

—Yo siempre aquí en mi casa me pongo estas zapatillas pues si me pongo zapatos me vienen ganas de salir; con estas zapatillas me siento amodorrado y me quedo en casa.

Dijo el segundo:

—Mancebo, debéis saber que son 4.088 los principios que se albergan en ésta mi gran testa; porque son 4.088 los que me alimentan o nutren. Os diré uno de ellos: en casa, zapatillas o pantuflos o pantuflas pues ellos retienen e impiden todo movimiento; cuando el movimiento se avecina, entonces calzaos con calzado de grueso cuero de un indómito animal. Y seréis expelido al bullicio callejero.

COLOMBA

Lee otra nota más, mi buen Onofre. Te hará mucho bien sumirte en lo que habías observado de tus viejos y tan queridos amigos. ¡A ver! ¿Qué dice ésta? Te escucho.

He comentado con Baldomero Lonquimay el caso del pederasta Carmelo Lipingue, el pianista de una casa de juergas y hermano de Miroslava Lipingue. Baldomero frunció el entrecejo y luego se envolvió en su gran capa a través de cuyos pliegues oí su vozarrón:

—Carmelo Lipingue es un existente en esta gran natura que nos envuelve o nos rodea o nos sofoca. Si es existente, él es. En la natura no puede existir aquello que no es. Luego ese grande de Carmelus Lipingus tiene o posee iguales y tan meritorios méritos merecidísimos para vivir y ser en aquello que él es.

Yo

Otra nota que había olvidado, mi Colomba. Sí, ahora recuerdo el día en que la hice; fue después de una noche de juergas en que vi a ese Carmelo Lipingue; al día siguiente me hallé con Baldomero por una calle cualquiera.

COLOMBA

Te hago vivir otra vida al leerte estas anotaciones tuyas que dormían. Dormir... Ahora despiertan lentamente y, cada una de ellas, puede ser el comienzo de una vida fuera de esa que tan pomposamente llamas: "la mía".

Sí, Onofre, la llamas así: "La mía, mi vida". Y dejas lo demás en la ignorancia, una ignorancia que va muriendo y que, al fin, desaparece.

¿Crees tú que ella ha podido desaparecer, que ha podido irse hacia la nada?

Onofre, no. Ella está tan viviente y tan actuante como todas, como cualquier otra. Que tú la recuerdes o no la recuerdes, es otro asunto.

Deberías tener siempre presente aquel dibujito de Lorenzo, de tu amigo Lorenzo Angol: la raya que se multiplica; deberías pensar que tú eres cada una de esas rayas múltiples que parecen ser diferentes y no tener punto de contacto. No olvides que nuestra conciencia se apega a una de esas rayas y, a ella, la llama: yo. Las demás hacen su vida con independencia sin que el "yo" logre percibir las.

¿Has olvidado ya esa lucha despiadada entre Juan Emar y Onofre Borneo?

Juan Emar existe, ¡existe! Tu conciencia lo percibe de cuando en cuando y el ajeteo mundano luego lo quita de tu vista.

Ahora deberías pensar en tu CONCIENCIA. Deberías pensar en aquello que se pasea de una raya a otra raya y deposita una vislumbre en ti.

¿Qué es ello? ¿Qué es tu conciencia? ¿Qué es esto que posee en sí todas las rayas multiplicadas y que, involuntariamente, va de una a otra sin control aparente de ninguna especie?

¡Busca, busca, Onofre!

Debes buscar en la paz beatífica sin que, en esta búsqueda, se entrometa un esfuerzo para encontrar lo que buscas.

¡Eso te reveló el opio! Él te llevó a esa paz y entonces tú tuviste una visión de todas las rayas. Tuvo una visión aquella CONCIENCIA que es el único y verdadero Yo.

Tú me pides que te lleve a esa sensación de tanta plenitud que sentiste con el opio.

Yo te respondo:

"Espera, espera; que tu mente laboriosa no sea jamás visitada por el apremiante deseo de encontrar una solución.

¡Paz y paciencia!

Aquí estoy yo para darte toda la ayuda que me pidas.

Quedamos largo rato en silencio. Sentí su mano posarse sobre mí. Sin pronunciar palabra le agradecí cuanto me había dicho. Después le pregunté:

¿Crees tú que ya debo subir?

COLOMBA

Sí; ya debes subir. Ve y mézclate con tus amigos y amigas. Olvida —en tu mente pensante— cuanto hemos hablado. Y oye esa voz de la intuición que no dejará de hacerse oír a todo momento.

Ya lo sabes:

A esa voz. ¡obedécele!

Que nadie perciba ni un gesto tuyo que denote que has oído el mensaje de esa voz.

Me retiré lentamente. A los pocos pasos volví la vista hacia el sitio ocupado por ella; ya no estaba; Colomba se había marchado.

Empezó entonces la tan ardua tarea de trepar por entre las encrucijadas de aquellas oscuras galerías.

41

Debo haber subido unos 3.000.000 de metros; es decir que me hallaba, más o menos, en la mitad del radio de la Tierra. Allí encontré a Lorenzo Angol. Estaba echado en un amplio diván; a su lado, un fraile encapuchado permanecía inmóvil. Me lo indicó y me dijo:

—Tú lo conoces, Onofre, es Fray Palomo de la Ojiva.

—Sí —respondí—, lo he visto a usted allá, en el Convento de los Jerónimos. ¿Qué lo trae a usted, padre, a estas honduras?

Fue su respuesta:

—Satán.

Quedé sin comprender. Entonces Fray Palomo avanzó unos pasos hacia mí y me murmuró al oído:

—He venido a recitar junto a Lorenzo Angol, la *Plegaria para conjurar a Satán*. Me regocija el hecho de que usted, señor Borneo, pueda oírla y, quiera Dios, que se acople a mis palabras.

Sin más Fray Palomo alzó los brazos, cayó de hinojos y pude oír claramente su voz.

¡Oh, Satán, tú que eres la sombra de Dios y la nuestra, he escrito estas páginas de angustia para tu gloria y tu vergüenza!

Tú, la Duda y la Rebelión; tú, el sofisma y la Impotencia; tú, la desesperación

—revives junto a nosotros, tan real como en los turbulentos siglos de la Edad Media en que reinabas, manchado de torturas, semejante a un obsceno mártir, en tu trono de tinieblas, agitando en la siniestra mano el abominable cetro de un lingam sangrante.

Ahora tus hijos degenerados y dispersos celebran tu culto en soledad. Tus pontífices tradicionales son pastores de oscura frente, viles rameras, magos jactanciosos y envenenadores y unos cuantos melancólicos parias.

Pero tu pueblo ha crecido, ¡oh Satán! Puedes enorgullecerte de la multitud de tus fieles, tan mediocres, tan hueros, tan pérfidos como los soñó tu voluntad. El mundo moderno te niega pero lo habitas, te revuelcas en él como sobre las rocas podridas de un estercolero de insípidos olores.

Te apoderas de él, ¡oh, Satán!, anónimo y oscuro hasta dentro de varios años. Pero el siglo que viene proclamará tu desquite. Renacerás en el Anticristo. Las ciencias de los misterios, surgidas de pronto en negra marejada, de la roca de nuestro hastío, empapan ya a las inquietudes curiosas. Los jóvenes y las mujeres se introducen en esas olas de ilusión embriagadora y de insania.

Deja que el que ha esquivado tu trampa, aun amando tu dolor, hable a estas muchedumbres engañadas acerca del misterio de escoria sobre el que fluye brincando tu río de felicidad embustera, en el que los labios sedientos jamás encuentran sino una sed inexorable.

¡Oh Satán encantador! Te arranqué la máscara de glotona voluptuosidad y quedé enamorado de tu rostro cubierto de lágrimas, bello como un rencor eterno y vencido.

¡Oh Satán repugnante! He descubierto tu ingnomia y ahora revelo tu extravío. Aunque tu involuntario tormento se adorne con la nobleza de ser irrevocable y se ilumine con el honor de convertirse en una redención, ¡oh Chivo Emisario del mundo!, tu corazón palpitante de muerte ansía la inmensa y definitiva baja. Sollozas como un Mesías pero corrompes y degradas como una condena.

Diré pues de tu infamia y de tu atractivo. Cantaré tu infinito lamento mientras maldigo tus crímenes. Eres el último ideal del hombre caído. Pero si bien tus alas de querube parecen impregnadas de cielo, aunque tu seno de mujer destila una adormecedora misericordia, tu vientre escamoso y tus patas de animal rezuman la infecta pereza, el olvido de la valentía y la aceptación de la abyección.

Conozco tu papel y tu destino en el plan de la Providencia. Jamás he deseado, cuando te golpeaba, provocar el exterminio de los tuyos sino sólo su despertar y purificación. ¡Que tu derrota, bajo la insolencia misma de tu triunfo, al aplastarte, haga volar lejos de ti la antorcha que eres! Entonces, transformado tú por una muerte sublime, no quedará de tus despojos más que la clara experiencia con que florece el infortunio y el irresistible gusto a cielo que deja la saciedad de mal.

¡Oh Satán santo e impío, símbolo del universo degenerado, tú que sabes y tú que sufres, conviértete, según el verbo de las divinas promesas, en el genio propiciatorio de las Expiaciones!

Fray Palomo nos miró a ambos. Luego dijo en tono confidencial:

—Siempre recito esta conjuración. Es ella un arma de dos filos. Al menos ella no molesta a.... a...

—Diga pronto, Fray Palomo. Diga: “a mi amo y señor...”.

—Sí, sí— repuso él volviendo a mirarnos con algo de temeroso y desconfiado—, a mi amo y señor, Palemón de Costamota.

—¡Vaya usted con él! —clamó Lorenzo.

—Le obedezco, mi buen señor —repondió Fray Palomo y, sin más, se alejó lentamente simulando orar bajo su capucha.

—Raras amistades tienes aquí bajo tierra —le advertí a mi amigo—. Ese fraile de la Ojiva es un secuaz de los poderes negros que hay en este mundo; es un asociado decidido del gran Palemón y de Tadeo Lagarto.

—Pero te equivocas tú, Onofre —me repuso Lorenzo—. No es un amigo ni cosa que se le parezca. Aquí estaba yo meditando, o mejor dicho, recordando tantas y tantas cosas, cuando él se me acercó, al parecer con toda humildad. Ahora, ¡que siga su peregrinación y vaya a los mismos infiernos!

¹Jules Bois, *El Satanismo y la Magia*, traducción de Floreal Mazía.

—¿Qué recordabas en esta tan grata paz que hay aquí?

Lorenzo se incorporó de su asiento y me aseguró:

—Repasaba mi vida pasada, me dejaba llevar por los acontecimientos de que está llena. No, no son las mujeres las que vinieron a mí; aunque, en realidad, creo, sé, que fue Lumba Corintia la que me llevó, de una mano, a hacer esta peregrinación por el pasado. Sentía yo que debía cancelar mucho de lo ya vivido. ¿De qué manera? Onofre, volviéndolo a vivir en mis recuerdos.

—Es lo que hace Colomba conmigo. Para eso tiene ahora todas mis carpetas con ella. Abre una y lee o leo yo.

—¡Hacemos lo mismo, Onofre! Yo obedezco sin chistar porque estoy cierto de que esto me ayudará a desconcentrarme de esta Tierra y ver, entonces, un mundo mejor. Vi a mi tío Alonso, tú sabes, el hermano de mi madre, Alonso Octay. Lo recordé claramente, aun en sus menores detalles. ¡Qué hombre dignísimo! ¡Magnífico ejemplar de algo que ya va desapareciendo!

—Háblame de él, Lorenzo.

Y Lorenzo me habló largamente de su tío, de don Alonso Octay.

Era mi tío un hombre grande, fuerte, que arrastraba con majestad una panza voluminosa. Era el terror de la familia y también era el santo respeto. Porque muchas veces son sinónimos el terror y el respeto. Mi tío Alonso hablaba poco. Parece que así conviene a los grandes hombres. Durante sus silencios miraba con profundidad. Su mirar era la mejor expresión de la tercera dimensión. Al mismo tiempo, con unos dientecllos de rata, mordía el labio inferior y los primeros pelos de una barba cana. En esos momentos trataba el inconmensurable viejo de poner orden en sus ideas, de deslindarlas claramente, con la misma claridad que llevaba en sus negocios y manejaba sus dominios. Cuando sus ideas se definían lanzaba una máxima severa. Con ésta quedaba y la idea la olvidaba... Mientras un nuevo comprimido de ideas no cayese de su mente a sus labios era todo silencio. Mas luego decía:

— La honestidad para la mujer es como el perfume para la flor.

— El civismo del ciudadano pónese a prueba junto a la metralla.

— La labor agrícola es arrancar dicha y contento de las entrañas de la Tierra.

Cuando se bebían algunas copas y se hacían chistes sobre la ebriedad, jamás dejaba de argumentar:

— El alcohol hiere nuestros órganos nobles.

Llamo órganos nobles: corazón, hígado y riñón.

Si luego formábase una discusión acalorada, nos advertía desde el amplio sillón en que acostumbraba a sentarse:

— Si de la discusión viene la luz, no hay que olvidar que el acaloramiento es digno de villanos.

Entonces nuestro diapasón bajaba de un tono como por encanto. Pero en ninguna parte el tío Alonso era más digno de respeto que en su vasto salón. Permanecía de pie largo rato. Prendía un cigarro habano y proclamaba:

— El tabaco es un grato reposo.

Pronto llegaba el padre Samuel. Lo oíamos cruzar el patio arrastrando sus pies por la piedra de río. Mi madre y mi tía Ramona temblaban de contento; nosotros también, mas nadie chistaba. Pues la llegada del fraile tenía, invariablemente, que ser precedida de una especie de rápido ritual. Dos golpes:

- ¿Se puede?

Mi tío avanzaba a la puerta y poniendo la mano sobre la espalda del visitante aseguraba:

- Siempre un representante de la Iglesia y de su Dios será, en esta casa, el bienvenido.

- El silencio concluía; el derecho de hablar nos era otorgado.

Mi tío era para mí el símbolo, la representación quintaesenciada de mi patria, de mi infancia, de mis primeras impresiones en los fondos asoleados, de mis primeros estupores ante los temporales del Pacífico, del amodorrado repicar de campanas los días domingos en la ciudad polvorienta, de mi abuelita materna durmiéndose junto a un gato y a un brasero español.

También era la representación de muchas historias en que luchaban en solapada lucha la tragedia y el chisme; muchas historias dudosas que a nosotros chicos se nos ocultaban pero que, desde los rincones oscuros, alcanzábamos a coger por algunas palabras salientes, puntudas, las únicas portadoras del misterio, palabras repentinas; y luego... el enchicheo seguía más allá de nuestros tímpanos.

Nosotros entonces, en conciliábulo discreto, tratábamos de llenar los huecos... infructuosamente por lo general.

Hasta que el viento cordillerano soplabá una vez más; levantaba el polvo de las carreteras, de las calles, de los edificios, del traje mismo de los habitantes. Luego el polvo cubría la historia que se ocultaba entonces en el olvido como un fantasma en las sombras, como una larva.

Todos esos son recuerdos dispersos; pequeños trazos blancos sobre un fondo gris; pequeñas asperezas sobre una superficie lisa; un toque de campana sobre el rumor de oraciones...

¿Por qué siempre que evoco esos tiempos vendrá a mí el tañer de las campanas? Todo eso es un mundo casi de visión, como una vida a la cual se le quitara el soplo que la mantiene y que empezara a disgregarse lentamente. Todo eso es informe, inconsistente. Pero, ¡allí está el tío Alonso! Allí está su majestuosa levita, su cadena de oro macizo como un subrayado en el vientre, su gran corbata, sus puños que querían huir de donde los tenía aprisionados. ¡Ah, sí! Primero, su vestimenta. Sólo después, como en el cine, va apareciendo su rostro grave. Por fin, todo el anciano avanza. Detrás de sus sentencias, los recuerdos de la patria...

Onofre, ¿Te has fijado, cuán misterioso es aun el ser más sencillo? Ya lo ves, mi tío Alonso... Un hombre cuadrado, definido, soporte viviente de toda anticuaña. Cuestión, se diría, de dos plumazos, de dos palabras para definirlo totalmente. Sin embargo ¡cuántos repliegues, cuántos ocultos recovecos de ese cerebro simple quedan en la penumbra!

Mi tío también amaba el progreso audaz y, contradiciendo su personalidad, alegaba, siempre con frases lapidarias, la necesidad de desechar el rancio pasado en nombre de la ola moderna. Sí, mi amigo, en el vetusto personaje, tales ideas habían sentado plaza y eran ellas uno de sus golpes de efecto. Pero al chocar con el cráneo de mi tío, ¡qué curso más curioso se habían visto obligadas a seguir! El buen hombre decía:

- La diversidad de lenguas es un obstáculo a la gloria y fraternidad de los pueblos.

Y empecinábase entonces en sus estudios de esperanto...

Luego, como una de las curiosidades picantes de la familia, pedíamos nosotros a mi madre que nos mostrara las cartas que de su hermano había recibido. Las mirábamos encantados. ¡Ni una "h", ni una sola! El tío Alonso las había borrado de su abecedario, de

un golpe, de uno solo. Habíalo hecho con la misma energía con que, cierta vez en su fundo, no pudiendo aclarar el robo de una ternera, optó, tal vez indignado con su propia cabeza que no atinaba ante tal enigma, por partir de un pencazo la cabeza del inquilino que le discutía. Así había hecho con las "h". En su ortografía, de este modo podada, florecieron en cambio las "k". ¡Oh, qué haber tantas "k"! Era aquello una locura de regocijo para nosotros. A la hora de comer le preguntábamos disimulando cierta sorna:

—¿Por qué usted, tío, no escribe como todos?

Él respondía:

— La simplificación es un émulo de la cultura. Por eso la fonética es merecedora de toda la atención del hombre culto.

En aquella época yo lo odiaba. Me era una cadena disciplinaria. Cuando me libré de su tutela, gracias a mi primer viaje a Europa, cada carta suya parecíame un sabueso largado tras de mis talones. Pero ya ves la fina jugada que me ha hecho el bueno de mi tío, el bueno de don Alonso Octay, tan fina que de ella nunca lo habría creído capaz. Porque, aquí en confianza te lo diré: ¡era un perfecto necio!

¡Me ha hecho quererlo!

Jamás lo habría creído. Es verdad que ello se debe a que lo envié a buena parte cuando me sacudí de todo el polvo intelectual y moral que me cubría.

Ahora... ¡que esté en paz el tío Alonso!

Un momento de silencio. Después le pedí que me hablara de sus recuerdos de viaje. Lorenzo me habló; me habló de su impresión de la llegada a este país, me habló vagamente. Yo cogía sus palabras y trataba de darles un sentido. Por cierto que no olvidé ni un solo instante que él pasaba por las mismas experiencias que Colomba me hacía pasar a mí al tomar y leer o hacerme leer esas carpetas.

Me dijo Lorenzo:

Yo me colocaba frente a este país, a Chile, en un ángulo especial. Sus ciudades—San Agustín de Tango, Santiago, Valparaíso y demás— las veía dentro de mí mismo como si no tuvieran otro objetivo que presentarse ante mí y desafiarme.

Veía a sus gentes. Por largos meses habían presentado un aspecto descentrado. Este aspecto produjo en mí una impresión de franco trastorno, de contradicción inexplicable, de imposibilidad vital.

El vértice de ese ángulo trataría hoy en vano de volver a hallarlo. Por su recuerdo sé que existe, mas el punto hacia el cual apunta se ha escabullido por el aire. O tal vez sigue presente en cada uno de sus átomos y ha de ser el rodaje de mis ojos el que se ha enfocado de otro modo no percibiendo sus lados.

Sé que existe pues guardo nítido el recuerdo de mi estupor al ver, desde él, alzarse a cada ciudad con cada piedra de cada casa, con cada tranco de cada transeúnte, como un desmentido, como un reverso contrapesando en un platillo a todo el resto de la Tierra colocada en el otro platillo. Guardo también el recuerdo de que, al considerar a ambos, este último soportaba un mundo como debe ser; aquel, un mundo justamente como no podría haber sido.

Cuando el barco perdió las últimas costas de Europa, cerré los ojos frente al océano.

Vi entonces, en la atmósfera de mis párpados, una suavidad rojiza oscura, ligeramente movediza, en la que se deshacía, de cuando en cuando, una vaga mancha azulada; o en la

que permanecía durante varios segundos, un punto gris inmóvil que se borraba de pronto para dejar paso a una raya clara vertical que, poco a poco, se alejaba. Era seguida de otra, de una tercera y de otra más. Pero luego de titilar por un instante la atmósfera toda, quedaba en calma hasta que una nueva vaguedad azul explotaba en un silencio de ópalos.

Sumidos mis ojos en esos colores sin ruidos, empezaba, día a día, a dibujar sobre ellos las visiones de la ciudad que allá me esperaba y de las gentes que contenía. Precisaba con una prolijidad de artesano y con buril agudo, en la plasticidad de esa atmósfera oscura, cada calle, cada conocido, cada panorama, cada timbre de voz de cada ser evocado. Por encima de todo ello, englobándolo, dejaba desgranarse las proporciones que todos esos elementos guardaban entre ellos y las más amplias que guardaban todas juntas con las restantes de los países que abandonaba.

Luego abría los ojos. El océano de tinta, el cielo añil, el sol blanco del barco, se precipitaban por ellos barriendo esos dibujos míos. Pero adentro, flotando por allí muy lejos en mi cerebro, permanecían intactas las proporciones concebidas y mi absoluta fe en la justeza de ellas.

De este modo, durante veinte días de mar, fui reconstruyendo dentro de mis ojos cerrados, las relaciones que mantenían en pie a mi país y las que individualizaban a los demás. Obtenía estas relaciones oprimiéndolas y aislándolas de la que yo veía como la realidad misma.

Llegué, una noche, a mi casa paterna.

Desde el primer umbral presencié un brusco vaivén de líneas. Algunas se estiraron suspendiéndome en el aire; otras se recogieron y me sentí ahogar. Una ventana apagada se precipitó tan cerca de mí que creí que con sólo estirar la mano podría alcanzarla. El segundo umbral se alejó de un golpe del primero en que yo me hallaba pareciéndome que pasaba bajo esa ventana.

En este vaivén tempestuoso nada se movió, nada vaciló, nada titiló. Simultáneamente con el nuevo orden que adoptaban líneas y objetos, vi la vitalidad en sí, la detención total. Hasta ese momento había tenido yo una noción teórica de la inmovilidad pero nunca la inmovilidad me había penetrado fibra por fibra. Mi casa estaba; el universo entero había echado anclas. Sobre esta detención resbalaban las perspectivas en busca de sus propias relaciones que mis ojos cerrados habían modificado. Como un relámpago pensé en el sentido de la palabra "sólido" y verifiqué que por primera vez en mi vida tenía para mí un significado existente. Toqué los muros de la entrada, golpeé las baldosas, consideré las vigas, respiré el nuevo aire...

Sólido todo por el hecho de su inmovilidad.

Avancé hacia el segundo umbral. Luego recorrí la casa entera.

Durante varios días y varias noches fui visitando estancia por estancia, rincón por rincón, y dejando caer sobre ellos las proporciones por mí concebidas. Acto continuo mi casa y yo quedamos en completa desproporción. Lo que había hecho de tamaño normal se inflaba, al contacto de mis ojos, hasta lo descomunal. Lo que había hecho inmenso, como la quietud de mi país, se apretaba, se encogía como una alimaña herida. En los sitios en que había dejado grandes trozos blancos de muros lisos, brotaban los objetos adheridos a ellos o chorreaban los decorados; y en aquellos en que había amarrado objetos y decorados, para fijar un pequeño mundo de uso mío, las amarras crujían y se cortaban en vacíos abandonados.

Las habitaciones eran altas, eran tubos sin fin, eran tan altas que los cuadros elevados

apenas alcanzaban, por su parte superior, la mitad de la total altura de los muros. Por lo tanto, por encima de ellos, corrían hasta el techo, allá arriba, cuatro enormes paredes desoladas. Ello me hizo el efecto de hallarme en el fondo de grandes charcas de aguas muertas. Todos los objetos y seres que habían caído en ellas se habían aconchado. De noche, desde mi cama, sentía el peso de esas aguas. Ponía mis ensoñaciones en su superficie, allí en las tejas, justo encima de mi techo y al lado de gatos y ratones que se paseaban. Al dejarlas flotar sobre ella, desde ella me enviaban como respuesta, el sentimiento de la inmensa desolación del cielo que ahora nos cubría.

A muchas meditaciones inconclusas les había dado, durante los días de navegación, una forma y un tamaño tales que, según mis cálculos, podrían seguir desenvolviéndose y hasta dar sus flores. Vi el corredor de mi casa paterna. El corredor se apretó, disminuyó en tal forma que, colocado yo en uno de sus extremos, no podía avanzar dos pasos sin que el tema de mis meditaciones ya hubiese chocado contra el muro de enfrente y volviera a rebotarme en la cabeza. Colocado en uno de sus extremos ponía, a un paso de mis ojos, un rincón del Sena, una sala del Louvre, un cafetín de Montmartre, nítidamente recortados, a la izquierda, por la caída de los pilares del corredor; a la derecha, por el muro amarillento; por abajo, por el juego gris y negro de las baldosas; por arriba, la lámpara dorada que se sostenía inmóvil en el espacio. Entonces, sea del Sena, del Louvre, de Montmartre, veía brotar, con idéntico arabesco, la meditación que allá —en un rincón, en una sala, en un cafetín— brotó una vez.

Eran meditaciones con arabescos de árboles y de arbustos cuyas raíces y ramas se enredaban por los mundos del arte y por los mundos de la vida; otras veces se enredaban por el mundo de la muerte.

A un paso de mis ojos, en el cuadro evocado, aparecía entonces yo. Yo aquí me miraba meditar allá.

Acto seguido el cuadro se esfumaba; era gradualmente reemplazado por este corredor, este mismo dibujado en miniatura dentro del verdadero que ahora me albergaba. Pues allá, al meditar y al decirme que mis meditaciones crecían como crecen árboles y arbustos de una semilla, siempre evocaba el corredor de la lejana casa de mis padres. Dentro de esa evocación veía abrirse las flores que no dejarían de dar. Mas en la miniatura habíase dibujado un corredor largo, interminable, con pilares gruesos, con un muro tranquilo. Cambiaba bruscamente el foco de mis ojos y miraba el verdadero. Entonces, ante su largo reducido, sus pilares muy altos, su muro alegre, una sola idea se formulaba en mi mente barriendo hasta las posibilidades de poder continuar una meditación sobre el arte, la vida o la muerte. Mi meditación, fuese cual fuese, se escapaba, golpeaba el muro opuesto como una bala, rebotaba y dábame en la frente, mientras un árbol mudo, bajo cuyo tronco me hallaba, se arrugaba y las flores, que debió haber dado, dejaban caer en torno mío sus pétalos. Lo cual —me decía— es insensato pues, evoque lo que evoque, volverán las balas que rebotan, los árboles que se arrugan, los pétalos que caen. Volverán insistentemente mientras me halle dentro de las proporciones destempladas que guardan entre sí los elementos que forman este corredor, los que todos ellos guardan con mi tamaño propio y con mi modo de raciocinar y deducir, los que corredor y yo guardamos con la Tierra entera. Pues este corredor, con las habitaciones contiguas, como la casa toda, se ha construido según una mente ordenadora que así, con semejantes proporciones, juzgaba que el hombre armonizaba con el mundo. Esta mente reflejaba no un capricho visual sino el juicio común de todas las que aquí, por generaciones, se habían sucedido. Así pues, esa

mente imperaría en mí usando como influencia dominadora otro modo de ordenar y relacionar los materiales en que se viva; por lo cual otras tendrían que ser mis conclusiones sobre el arte, sobre la vida y sobre la muerte.

42

Quedamos apenas unos segundos en silencio. Florencio Naltagua estaba junto a nosotros. Su presencia nos reanimó: siempre dulce, convincente en cualquier cosa que expresara, con ese don magnífico de esparcir a su alrededor la calma que tanto nosotros dos, mi amigo Lorenzo y yo, buscábamos sin cesar.

No sé si Florencio habló, tomando este vocablo en el sentido que comúnmente se le da allá en la superficie. Por lo demás ello importa poco porque, hablado o sin hablar, quedamos ambos embelesados al recibir cuanto quiso hacer llegar hasta nosotros.

Voy ahora a estirar, a alargar aquí en esta hoja de papel lo que frente a él fue algo simultáneo en su expresión. Esto no tuvo tiempo; pudo haber sido un segundo como pudo haber durado días, acaso meses. Nosotros arrobados lo oíamos. Ojalá, si alguien lee lo que escribo, logre transportarse ante esa presencia magnífica. Pues sea allá en la que fue su casa, en el Portal Colonial, sea aquí en las profundidades de la Tierra, la voz de Naltagua tiene otro acento, otra modulación que se cierne sobre nuestro estado pequeñín y limitado.

Además se me figura que Naltagua, en su nuevo estado de espíritu, veía con claridad diáfana lo que en nuestras mentes pasaba. Pues nos respondía como si nosotros hubiésemos formulado una pregunta. Pero oigamos su voz como yo la oí allá abajo, como mi amigo Lorenzo la oyó.

—Debería despedirme de ustedes, mis buenos amigos; así se haría allá porque me voy a ausentar, voy a seguir esta mi peregrinación en, para ustedes, otros ámbitos. Me voy a esa que es una lejana constelación, me voy a Andrómeda. Entiéndanme bien: ya estoy en Andrómeda. Al mismo tiempo estamos todos, estamos los tres, a 3.000.000 de metros de profundidad. Porque Andrómeda no se encuentra a esa descomunal distancia de que hablan allá los astrónomos. Todo se halla en un punto que es.

Este es el error que continuamente se comete. Debe poder deslindarse con claridad la vida intelectual de la vida moral. La vida intelectual, para llevar a la felicidad, necesita de tiempo por delante de ella; la vida moral, no.

—Hay un punto que lleva a la confusión: él es el último efecto de las causas que se remontan diluyéndose y que bajan precisándose hasta un momento concreto que es el acto que el ser ejecuta.

¿Qué es el sentido común? Es la apreciación justa dado un medio o afinación de vida de esos últimos puntos concretos y su correspondiente obediencia. Otros hombres, ¿qué hacen? Aperciben causas más o menos lejanas, las toman como efectos últimos concretos y viven según ellas; es decir, las aplican.

Hay, pues, desafinación con la vida dada pero como esta vida también, en su totalidad como en sus partes, es el resultado del mismo fenómeno, ese modo de vivir se afina con la parte correspondiente y allí está bien aunque el sentido común lo desapruebe.

¿Los errores? El hombre que vive en cierta altura y quiere hacer práctica y viable esta altura en el reino del sentido común; o, viceversa, el hombre de sentido común que quiere aplicar sus puntos concretos a la región donde el punto no se ha producido aún, donde aún está su causa inmediatamente superior.

¿Otro error? El hombre que percibiendo causas elevadas no las domina y no sabe alcanzar el medio o vida correspondiente. Aquí, al menos, queda la posibilidad de grandes arranques.

—En las religiones de Oriente y de Occidente veo una diferencia fundamental en la práctica y aun en la finalidad buscada.

Oriente tendría como acento, como núcleo, como vórtice, el "perfeccionamiento"; Occidente tendría la "huida ante el pecado".

Para Oriente hay un bien, una grandeza que es cuestión de querer alcanzar o de no quererlo. Para Occidente hay que salvarse!, hay que escapar de una calamidad que se nos viene encima.

Oriente no tiene temor ni tiene a quién ni para qué justificarse. Occidente debe justificarse siempre y luchar teniendo como voz de combate: *Vade retro, Satana!*

Para Oriente no hay más Satanás que él mismo si se deja coger por la indolencia.

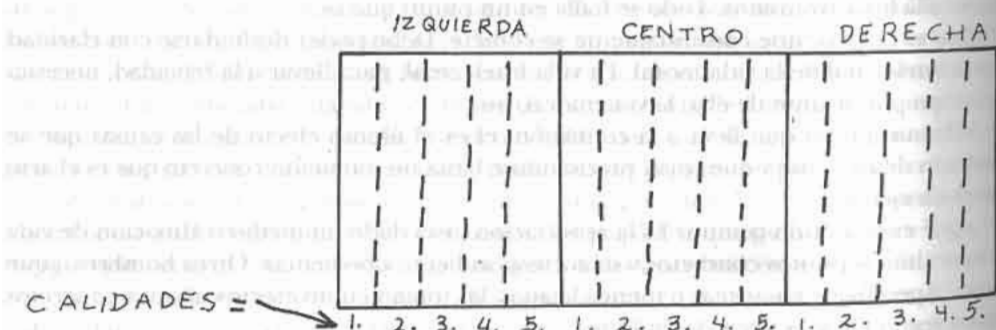
Piensen ustedes en el artista que se perfecciona, que perfecciona su obra *sin pensar en sí ni en el bien ni en el mal*, sin pensar en fuerzas ajenas que vayan a premiarlo o a castigarlo. Es éste un mundo más con uno mismo y más sereno.

—¿El Club Cero? Veo que tu mente se ha ido hacia él. (Se dirigía a mí.) Sólo puedo decirte una sola cosa:

La intransigencia de la extrema derecha y la intransigencia de la extrema izquierda son exactamente iguales. Tanto las unas como las otras parten de la base de que los demás están equivocados porque *no han visto* la verdad. Es cuestión, entonces, de mostrárselas. Se las muestran y... no ven.

Es la ceguez con los años de prejuicios y con las ideas nuevas. Allá en la superficie tuve ocasión varias veces de verificar esta ceguez con el Contraprior de los Jerónimos y con el militante de Hilario Quinchao.

—Les he hecho varias veces este dibujo. Lo haré una vez más:



Así es como la gente ve allá y cómo se trata de iniciar a los demás en esta cuestión.

	IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA
CALIDADES	1.	---	---
	2.	---	---
	3.	---	---
	4.	---	---
	5.	---	---
	6.	---	---

Así es como veo yo. Por esta inclinación del dibujo, soy de izquierda; mas no lo soy por la esencia misma del izquierdismo.

-Abajo están los personajes, abajo estamos todos; es la confusión de los seres, cada cual con su vida propia que ha de devorar masticándola hasta donde pueda.

Luego viene el terreno de convivencia. Son en él todos iguales. Pues hay que olvidar a esa vida propia y recurrir a la vida que nos dé la sensación de igualdad.

Luego viene un terreno vacío; en él impera el silencio.

Por fin, hay algunos que han renacido y que siguen laborando lo que ya empezaron a laborar más abajo. Son seres que han traspasado la zona del silencio. Hay que afinar los oídos para poder oír cuanto dicen.

La mayoría ha quedado en la zona del silencio. No se les logra encontrar aquí, en la parte alta.

Sí, Lorenzo, has dibujado bien, has hecho un buen gráfico de lo que acabo de decir.



—La imaginación no es inventar cosas. Inventar cosas es demasiado fácil. Imaginación es concebir un mundo con la posibilidad de que sea diferente y sea congruente; y, en esta concepción, que no haya ni un error de lógica.

—Si Cristo no hubiese sido crucificado, ¿habría sufrido menos? Respondo sin titubear:
NO.

El sufrimiento está en la conciencia plena de lo que puede llegarse a ser y de lo que en realidad se es.

¿Para qué fue entonces crucificado?

Lo fue para golpear al mundo con igual categoría, o plano, al que él está habituado. Pues fue todo su sufrimiento más el sufrimiento de la Cruz.

—Yo tuve un amigo íntimo a quien mucho quise. Ambos nos queríamos y simpatizábamos enormemente. Nos veíamos de tarde en tarde y, en esos momentos, charlábamos sin cesar. Éramos lo contrario en todo. Nuestras ideas, analizadas fuera de nosotros mismos, eran de tal oposición que quien las examinara tendría que decirse que, entre esas dos personas, no había posibilidad de una amistad, ni siquiera una leve simpatía.

Un día murió. Yo estaba lejos, viajando. Allá lejos supe la noticia de la muerte de este amigo. ¿Quién era él? Voy a decirlo para que aquí, en estas profundidades, quede estampado su nombre pronunciado por mí. Él era Mariano Casanova Vicuña.

No, no lo sé. Aquí aún no se ha presentado y no lo he vuelto a ver. Pero no hay que desesperar. Recuerda, Lorenzo, a Lumba Corintia: un día volviste a verla y seguirás viéndola siempre.

El vacío que en mí dejó su muerte fue profundo. Era en los tiempos en que yo vivía allá en el Portal Colonial. Volví a él, lo recuerdo claramente, con el alma destrozada.

Ahora pienso: si nos volviéramos a ver y a reanudar nuestras charlas, ¿no sería, acaso, la misma cosa?

Por cierto, sí sería la misma cosa. Nuestras partes pensantes seguirían la marcha que ellas mismas se han impuesto y nosotros, basándonos en ella, no podríamos encontrarnos. Pero nos volveríamos a querer y experimentaríamos un gran regocijo al encontrarnos otra vez lado a lado.

Justamente es lo que me pregunto: “¿Qué se ama?”.

Has hecho muy bien en posarte esta interrogación, mi querido Lorenzo. Sólo puedo contestarte:

Se ama una vivencia del alma más allá de todos los conceptos que, en la vida diaria, se tienen.

—Pocas, muy pocas personas piensan. La mayoría de ellas se limita a buscar verificaciones a la masa de pensamientos que ya poseen.

Pasan sus vidas verificándose para luego confirmarse.

—Yo, cuando vivía, cultivé siempre la amistad de los negros. Ahí en Chile no los hay. Créanme que lo lamentaba. Pero allá, en Curazao, ¡qué de días felices pasé en su compañía!

La raza negra es la única feliz del mundo. Tal vez el mal de la raza blanca sea su falta de felicidad. Hay en ella demasiado “otra cosa”, demasiado “ir a otra parte”.

Esto, por cierto, es un atributo divino pues vuelve a ser la expresión del “hombre que recuerda un cielo que ha perdido”.

Pero les he dicho la palabra “demasiado”. No la aplico en el sentido de “demasiado recuerdo” sino en el sentido de “demasiado sufrir por el recuerdo”.

Un sufrimiento por un recuerdo, por un bien que se ha ido, detiene toda marcha, es un ¡alto! El hombre, por naturaleza, no quiere sufrir porque lo divino es dichoso. Es su dilema. Entonces nace irresistible la felicidad artificial.

¡Oh! ¿Cómo es posible que haya seres que no vean en todo vicio, como el juego, el alcohol, las drogas, el sexo exacerbado, que en ello no vean el dolor de haber perdido al Dios, su añoranza desesperada y el afán de tocarlo siquiera un momento bien cerca?

Satán no está en el vicio mismo.

Está en el sendero que uno escoge, que a uno él le escoge. Porque por él se consigue el acercamiento castigando al animal. El animal es feliz. Castigarlo es contra natura. El animal de los blancos —sin necesidad de ir hasta el vicioso— es, por todas partes, un animal castigado. He ahí el mal. El animal de los negros no recibe castigo: es feliz. He ahí el bien que promete la raza negra.

En una rápida nota que hice en Curazao, al ver negros de sonrisa inagotable y negras de andar suave de panteras, escribí:

Los blancos son *demasiado* machos; si reconocieran a los negros y con ellos se fundieran, sería el equilibrio, la salvación.

Pero, no. Los blancos no lo aceptan porque desprecian a los negros y los desprecian porque éstos no se acuerdan y no se torturan suficientemente por el Dios que nos dejó solos para peregrinar por la Tierra. ¡Paradoja absurda! Despreciar y hasta maltratar a otros porque son menos Dios que uno... Es decir, que mientras más Dios se es, más se ha de ser desdenoso y cruel...

Sin embargo así es la historia de todas las religiones y de todas las sendas religiosas, sobre todo de la Católica, Apostólica y Romana y de cuantas merodean por sus alrededores.

Los negros, sobre todo las negras, ¡qué amor, qué delirio ante el color! Nosotros no comprendemos esto en ellos. Nosotros lo comprendemos ante las flores, los cuadros, los amaneceres y los crepúsculos. Es decir, ante todo lo que está fuera, separado de nosotros, inaccesible. ¡Otra vez el Dios perdido y su nostalgia!

Los negros, no. Son ese Dios. Los hermosos colores de flores y demás, los hacen ellos mismos, se los ponen y van con ellos, en ellos, siendo ellos por las calles.

Esto es, sencillamente, *angelical*.

—La eternidad presente...

En casi todos los pseudomísticos existe la tendencia de partirla en el tiempo: Hoy-Después.

Es por eso que nada tiene de raro que los relojes retarden y se detengan.

Creen que las cosas sucederán; no ven que todas las cosas están sucediendo. Es eso, tal vez, lo que causa la desesperación de ustedes: sentir que se hallan en la eternidad y no poder realizarla por esa costumbre inveterada del Hoy-Después.

¿No es esto lo que les pasa con esas mujeres que circulan siempre junto a ustedes? Di, Lorenzo, ¿no es eso? Traduce, te lo ruego, y verás mejor; en vez de Hoy-Después, di Ella-Yo.

Es un comienzo de la vanidad.

—Si todo anduviera bien, si todo anduviera como lo sueñan tantos y tantos, ¿qué seríamos?

Seríamos como hormigas y como abejas. Pasarían cien o más siglos y seguiríamos iguales. ¿Dónde y cómo habría un genio, dónde y cómo habría un santo? ¿Dónde, un imprevisto?

¡Nadal!

Matarían a genios y a santos por estropear el orden establecido...

43

Florencio Naltagua desapareció. Quedamos solos Lorenzo Angol y yo. Era el silencio más absoluto. Sentíamos, eso sí, cómo esta Tierra giraba sin fin; pero nada nos revelaba su movimiento.

Pensábamos cada cual por su lado. Mi mente iba y venía alrededor de lo que pronto, una vez en la superficie, iría yo a escribir tratando de narrar esta conversación que acabábamos de tener con Naltagua. Llegaba a la conclusión de que no podría llegar a traducirla debidamente. Pero, de todos modos, tomaría mi lápiz y escribiría según mis recuerdos. Es lo que acabo de hacer. Ya lo hice. Dejémoslo tal cual está.

Porque es el caso de que Florencio Naltagua habla mucho, habla sin cesar o, tal vez, no habla nada. Es lo que no logro poder descifrar. En todo caso su presencia —o su palabra— nos llena de algo que cae dentro de nosotros y que, algún día, ahí dentro, ha de fructificar. Aquí sólo escribo lo que ha guardado esta memoria mía, es decir, mi primera memoria, la que está al alcance de mi mano, la que nunca nos abandona. Lo dicho por él, o lo que nos ha hecho sentir, es mayor, inmensamente mayor. Ahora releo lo que he escrito y veo que ello no da idea alguna de aquel serio momento en que estábamos con él. Las cosas que he puesto podrían ser para cualquier otro personaje, podrían haber sido debatidas o comentadas en cualquier parte y con cualquier persona.

Pero yo las conservo y vuelvo a releerlas. Pues hay dos maneras de leer algo: una, leer lo que está escrito y nada más; otra, transportarnos, con la lectura, a lo que no está escrito. Es lo que yo hago. Entonces aparece ante mí su figura con todo el inmenso nimbo que la rodea.

Así deberíamos siempre leer y así deberíamos siempre pensar. Deberíamos usar esta segunda manera. Todo, todo se abriría ante nosotros y nos mostraría cosas insospechadas. Si así lo hiciera con todo, sería fácil comprender lo que veo, lo que siento, lo que yo alcanzo a vislumbrar con las palabras de Florencio Naltagua.

He puesto lo que la memoria guarda y almacena. Creo que, al ponerlo, me deshago de ello y dejo campo libre a la otra parte para que surja lentamente y me conduzca hacia donde él quería conducirnos.

Ahora veo cuánto se habló ahí, en esa profundidad terráquea, en ese recoveco de las galerías que nos era más grato y más a nuestro gusto que lo mejor que pueden concebir los hombres allá en la superficie. Ahora veo.

Habló él —ya se sabe lo que quiero decir al emplear esta expresión de “hablar”—, por ejemplo, de Palemón de Costamota. Lo llamó un “mago negro” y, por lo tanto, no lo consideró como fiel representante de Lucifer en este mundo. Sin embargo... No, lo consideró como un verdadero representante, como una fuerza maléfica encargada de..., de... ¿De qué? Yo había sentido las influencias que Palemón había querido enviarme. Ellas no me habían influido mayormente; había pasado indemne ante sus gestos y palabras. Lorenzo, también. ¿Éramos, acaso, dos seres privilegiados?

De pronto vimos: no podía ser otra la causa que nuestra gran amistad y veneración

por Florencio Naltagua, un verdadero mago blanco. Estuve por decírselo, por gritarlo. Pero ya hablábamos de otras cosas y... no le dije nada. Igual le ocurrió a Lorenzo.

Me dijo éste:

—Si nada hemos dicho a Naltagua sobre el particular, es, creo, mejor. No debemos dejar guiarnos tanto por nuestras impresiones y por nuestro juicio. Debemos dejar que las cosas sucedan tal como han sucedido y tener mayor confianza en nuestro amigo.

Luego me explicó los detalles de su última entrevista con ese Palemón. Había sido aquí, en las profundidades de la Tierra. Lo había encontrado casualmente o, al menos, así Palemón lo había fingido. Marchaba éste en compañía de su satélite, de Tadeo Lagarto, que se arremolinaba entre las largas piernas de su amo. Lo había saludado como es su costumbre, haciéndole grandes y muy respetables reverencias. Después de una larga charla, que él supo conducir hacia las bellezas de las mujeres, le había ofrecido un par de anteojos recomendándoselos con entusiasmo: no tenía Lorenzo más que ponérselos y vería a todas, todas las mujeres tal como Dios las echó al mundo... Naturalmente, Lorenzo no aceptó un semejante regalo.

Lorenzo siguió su peregrinación hacia las profundidades de la Tierra. Otras ideas lo habían tomado y, en ellas, reconocía las que, de verdad, le atraían. Pensaba en los estados de conciencia. La figura de Ouspensky pasaba por su mente y recordaba lo que él decía a su propósito:

Permaneciendo en el terreno científico, es imposible considerar el estado ordinario de conciencia, en el cual somos capaces de pensar lógicamente, como el único posible y el más claro. Se ha establecido que, en otros estados de conciencia—que son raros y han sido poco estudiados—podemos aprender y entender lo que no podemos entender en nuestros estados ordinarios de conciencia. Esto ha servido para establecer el hecho de que el estado “ordinario” de conciencia es sólo un aspecto *particular* de la conciencia, y que nuestra concepción ordinaria del mundo es sólo un aspecto particular de la concepción del mundo¹.

Luego giraba y giraba junto a él esta frase, del mismo libro, que le parecía ser como un estribillo:

El conocimiento oculto es una idea que no encaja dentro de ninguna idea.

Y todo volvía para sintetizarse en esta otra frase:

La iniciación no es, desde luego, un milagro instantáneo sino una introducción continuada y gradual a un nuevo círculo de sentimientos y de pensamientos.

De aquí pasó a sus anhelos, a lo que siempre lo llamaba y le hacía dejar la superficie y sumergirse en la Tierra. Era lo que, un día, había prometido a Lumba Corintia, lo que le había jurado que tendría que realizar. Éste había sido su Norte, no siempre conscientemente: la iniciación.

El recuerdo de Colomba empezó a cristalizarse en mí. Oí su voz sonar a mis oídos claramente. Mucho de lo hablado con ella, como hace un momento con Florencio Naltagua, había quedado en el olvido y ahora, lentamente, volvía a aparecer.

¿Es posible que así olvidemos?

¹Ouspensky, *Un nuevo modelo del Universo*.

No tenemos ningún dominio sobre nuestra memoria; ella es totalmente independiente. Ahora venía a oír su voz, lo que había dicho entre frase y frase. Porque yo le había contado cuánto sufría cuando quería implantar una disciplina cualquiera en mí. Ella me había respondido:

Tú tratas, Onofre, de vencer las pequeñas cosas, las pequeñas costumbres, eso que forma en ti una segunda naturaleza. Es lo malo, es lo muy malo que haces. Debes disciplinar, ante todo, el fondo; después serán vencidas las pequeñas cosas.

Había escuchado este consejo sin prestarle mayor importancia. Ahora me revelaba su importancia. Se la comuniqué de inmediato a Lorenzo. Apenas hube terminado de hacerlo, Colomba volvió a modular en mis oídos:

Todas las órdenes deben venir de dentro. Y, no lo olvides, no debes jamás hacer nada que sea un sacrificio. Las órdenes deben nacer en ti tal como nace una flor.

Una flor... Le dije a Lorenzo:

—A eso vengo yo al fondo de la Tierra, a eso, a buscar esa flor que no encuentro allá arriba.

Lorenzo me respondió:

—Todos buscamos esa flor; tarde o temprano, todos la han de buscar. Entonces el significado de la vida ha de cambiar como, créeme, ha cambiado para mí.

—Dime, Lorenzo —pregunté—, ¿por qué he de ir y he de volver a ir allá, allá a la superficie? Yo quisiera únicamente...

—¡Calla, Onofre, calla! —me interrumpió—. ¿Quisieras, tal vez, vivir junto a Colomba? ¿Quisieras no volver a ver nunca más a las otras mujeres, a tus hijos, a tus amigos...?

Mis hijos...

Ahora venían a mí; ahora aparecían ante mi vista.

Sí, yo tenía hijos, tenía cinco hijos: Eliodoro, el mayor; Carmen, ahora en Europa; Marcela, que acaba de casarse; Pilar, que es soltera y que es melliza de Clarita, que también acaba de casarse.

Quedé en suspenso. Creo que palidecí un tanto. Lorenzo me interrogó de inmediato:

—¿Qué te ocurre?

Respondí:

—Quiero, necesito subir. Quiero estar cerca de mis hijos.

—Haces bien. ¡Sube, Onofre, sube!

Subí como una tromba, sin ver, sin escuchar nada. La Tierra estaba llena de ruidos que, en otras circunstancias, me habrían llamado fuertemente la atención. Ahora, no. Subía y subía. De pronto me encontré en el cráter del Tupungato.

Brillaba el Sol.

Una paz turbulenta me rodeaba. Puse mis manos en los oídos. Nada se movía; no había nadie junto a mí. La turbulencia de esa paz me era insoportable.

Recordé unos cortos instantes la paz serena que acababa de abandonar. Pasó Lorenzo junto a mí; luego pasó Florencio: allá, al fondo, brilló, como el Sol, Colomba.

Me dejé deslizar por la nieve.

Deslicé dulcemente.

Eliodoro... Carmen... Marcela... Pilar... Clarita...

Llevaba en mí la imagen de Santa Teresa de Jesús mientras caía por la nieve. ¿Por qué vino hasta tomar todos mis pensamientos? La nieve se hundía bajo mi peso; saltaban algunos copos. De entre ellos oía perfectamente la voz de la santa que recitaba:

No me mueve mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de temerte.

Y luego dijo:

Como no hay embarazo de lo exterior, hay
gran aparejo para encenderse.

Esta idea me refociló: ¡Gran aparejo para encenderse! Y, en torno mío, ningún embarazo; al fondo estaban mis hijos, mis cinco hijos y, yo sabía, me esperaban dichosos.

La vida es hermosa. Al abandonar las últimas nieves me puse de pie y agité las manos. Saludaba lleno de euforia. Mi saludo fue contestado por una silueta que pasó sin mirarme, que pasó tiesa, rígida, con los ojos fijos ante ella y con un bastoncito que giraba entre sus dedos. Y todo se llenó entonces con los acordes del *Bolero* de Ravel.

Grité:

—¡Salud, hombre Martín Quilpué, salud!

Pero él siguió impertérrito, silbando siempre, y se perdió por entre unos espesos matorrales.

Traté de seguirlo, de alcanzarlo. Ya no estaba en ninguna parte. Así, tras su persona, bajé más y más. Al fin me encontré en una pequeña estación de ferrocarriles. Llegaba, en aquel momento, un tren que se dirigía a San Agustín de Tango. Lo tomé y, un par de horas después, llegaba a aquella ciudad y partía, feliz, a ver a mis hijos.

He estado con ellos.

Todas mis ideas han sufrido un fuerte vaivén: *Umbral* se agazapó y se recogió en sí mismo; *Dintel* se me extravió de entre las manos. Todo ello retrocedió.

Quedé solo, quedé sin una gota de literatura junto a mí. Y sentí que no habiendo ya embarazo me encendía: cuatro de mis hijos me rodeaban y me entregaban una carta de mi hija Carmen que ella me había escrito desde París.

¡¡He sido, por fin, dichoso, inmensamente dichoso!!

Pasé varias horas con ellos. Era otra vida lo que se habría ante mí, otra vida que, desde el fondo, bendije cuanto pude y volví a bendecir. Al fin me separé de mis hijos y de mis yernos. Salí con la impresión de llevar otra manera de considerar esta existencia. Me dirigí a la calle de la Excomunió a ver al que creo es uno de mis buenos amigos. La Tomasa me abrió la puerta.

—Buenas tardes, Tomasa. ¿Está Desiderio?

—No, señor. Dijo que iría al Bar Carola donde tenía cita con don Jabalí Batuco.

—Pues allá iré entonces. Y usted, Tomasa, ¿qué hace de bueno?

—Estoy preparando unos tomasines, como él los llama, y voy a preparar unos huevitos a la copa para la corrida.

—Veamos si yo también comparto esos huevitos y esos tomasines. ¡Hasta más rato, Tomasa!

—Hasta más rato, señor.

Y, a grandes pasos, me dirigí al Bar Carola. En un rincón estaba Desiderio Longotoma tarareando los restos de una ópera italiana que había partido con Jabalí Batuco.

Me senté con él. Me dijo apenas me acomodé a su lado:

—Hágame volver, queridísimo amigo. Aquí en esta ociosidad en que había quedado mi mente había partido y yo la seguía y la seguía y, créame usted, no con buen gusto. Porque la mente piensa demasiadas necesidades; ¿no lo cree usted?

—No lo creo en su mente de usted, mi querido Desiderio. Es el caso de que siempre hay una buena sorpresa cuando se le busca a usted. Vengo de su casa y...

Le conté los tomasines que preparaba la Tomasa y le conté esos huevitos a la copa que vendrían después.

—¡Admirable! —exclamó Desiderio—. Es usted mi invitado para esta noche. Así tendremos tiempo para hablar y hablar y yo podré salir de este viaje mental que había emprendido.

—¿Hacia dónde habíase dirigido su mente de usted?

Desiderio, de inmediato pidió otro trago y me dijo:

—Hacia los escolares. Porque, el otro día, vi a una serie de ellos que repasaban sus lecciones. Entre ellos estaba un..., un..., creo que nieto de don Juan Enrique Arancibia Ocampo. Era quien hacía las preguntas y los otros contestaban. ¡Algo abracadabrante, amigo mío! ¡Oh, ver a toda esa juventud aprendiendo semejantes cosas! Lo malo es que yo lo aprendí también y no hallo cómo zafarme de ello. Se lo voy a comunicar a usted, amigo mío, y así seremos dos los que cargaremos con el bulto.

—Lo escucho, Desiderio, y cargaré con el bulto para ayudarle a usted en su sapiencia.

—Muchas gracias, amigo. Ha de saber usted que los tricoterios se dividen en algas, hongos y líquenes en el cuadrado de una circunferencia cuneiforme en los tiempos de Carlomagno y de la hiena hidrocefala... ¿Se da usted cuenta, amigo Borneo?

—Me doy cuenta, amigo Longotoma. Veo en este aprendizaje la mano de los egrégores. Sí, amigo, de los egrégores.

—Usted habla siempre de esos seres misteriosos; yo veo, más bien, la obra de los imbéciles.

—Es lo mismo, Desiderio, porque hay egrégores que están formados por un conjunto de perfectos imbéciles. Estos son los que dan esa educación a los niños; ellos son los que nos la dieron a nosotros. Porque nosotros también tuvimos que saber que los tricoterios se dividían en..., en fin, en lo que sea.

—¿Y qué hace usted para liberarse, para no quedar siempre con esta idea de Carlomagno y de las circunferencias cuneiformes?

—Voy a las entrañas de la Tierra y ahí veo a Colomba.

—¡Magnífica cosa! —gritó desahogado Longotoma—. ¡Camarero! Traiga otros tragos, otros que nos abran el apetito para luego ir a devorar los tomasines que se preparan.

El hombre se acomodó bien en su sillón y se estiró ampliamente dentro de su traje que ya no era aquel estrecho y vendido por...

—Veo que usted, Desiderio, ya no lleva aquel traje vendido a usted por un representante de un egrégor.

—Si los egrégores se dedican a vender ropa... ¡estamos en la derrota más completa!

-No, mi amigo, no. Hay muchas clases de egrégos y, por lo tanto, hay que saber a cuál de ellos dirigirse. Ese que vende trajes pequeños es el mismo que, en otras circunstancias, grita y grita: "¡No se detengan en pensar! ¡No sigan al más allá! ¡Bajen, bajen y bajen! ¡Sumérjanse en el barro!".

-Bien; trataré de acomodarme con uno que no mande semejantes cosas. Y para recibirlo como es debido... ¡Camarero! ¡Lo mismo, repítalo!

Bebimos un trago más y Desiderio me propuso ir ya a su casa a comer esos tomasines con huevitos a la copa. Durante la marcha me explicó:

-Es algo espantoso esto de comer simplemente. Un par de huevitos, algunos tomasines... Es todo, amigo mío. No requiero nada más. Y es por eso que, cuando se trata de comer como un verdadero Heliogábalo, no hay otro como yo. Antes de asistir a una comida me leo la lista de vinos, una lista fabricada por mí; al lado de cada marca y de cada submarca he puesto en qué momento debe ser pedido y para qué manjares... La leo, la aprendo de memoria y... ¡listo, amigo mío! Soy así el gran comensal y todo el mundo queda maravillado de mi alta sapiencia que, han de pensar, sobrepasa la de conocerse al dedillo los hongos, las algas y los líquenes del emperador Carlomagno y de la hiena cuneiforme. ¡La gente vive para comer, mi buen amigo, para comer y para nada más! Y así, come que come, no ven, no aprecian tanta y tanta cosa bella que se desparrama por todos lados. Como ser, esta calle de la Excomuni6n. ¿No la encuentra usted una maravilla? Y fijese usted en esa, sí, en esa puerta que ve usted allí. Por ella, amigo, se penetra y se suben unas escaleras y... ¡se llega, se llega! Arriba está la tan grande y tan bella de la Tomasa y, en sus manos, nos trae un sin fin de exquisitos tomasines. ¡Ea! ¡Arriba, buen amigo! ¡Vamos a llenar esta panza!

Comimos esos tomasines; luego ingirimos un par de huevos a la copa; luego, un postre. El todo fue regado con vinos que Longotoma sacó de su bodega o pseudobodega y con frases amables que él prodigó siempre a la Tomasa.

Después de la comida sonó el timbre; la Tomasa abrió y, con no poca sorpresa nuestra, vimos entrar a Romualdo Malvilla.

MALVILLA

Heme aquí, señores míos. Heme aquí, viejos amigos. He dejado que las calles caminasen. Ellas caminaron en sentido inverso al de mis pasos. Luego doblaron a la izquierda, luego doblaron a la derecha y luego se detuvieron. Entonces una sombra se hizo humana, alargó una mano, esta mano alargó un dedo y este dedo apuntó esta casa. Vi mi reloj de inmediato; no, no gusto hacer visitas a horas destempladas. No eran aún las 10 de la noche. Entonces avancé; entonces subí por esta escalera; entonces me encontré ante una puerta; entonces toqué el timbre; entonces la Tomasa, la mujer de los tomasines, me abrió. Y... ¡aquí estoy!

LONGOTOMA

¡Eres el bienvenido, Romualdo! Veo que ya has comido debidamente pero un traguito de vino, o de pisco, o pisco con cinzano, o... ¿Prefieres un poquitín de whisky?

Yo

¡Eso es! ¡Un poquitín de whisky vendría admirablemente! ¡Bebamos un trago a la salud de tu visita, mi viejo amigo Malvilla! ¡Bebamos un trago a la salud de nuestras antiguas farras, esas estrepitosas juergas que juntos nos hemos pegado en el San Lito y en Las Tres Chimeneas!

MALVILLA

No, gracias. He dicho "no" y así ha de ser. Los alcoholes los he dejado hace ya tiempo. Sólo de recordar su aroma siento náuseas. Lo sabéis muy bien: ya no bebo.

Yo

Ahora vives mejor. El opio es algo muy, muy superior a todos los tragos que puedan inventarse. ¿No lo cree usted así, Desiderio?

LONGOTOMA

Creo, mi buen Onofre, que ya a estas alturas deberíamos tutearnos. ¡Sí, sí, tutearnos! "¿Crees tú eso, Desiderio?". Mientras no me tutees, no te responderé.

Yo

Bien: ¿No crees tú, Desiderio, que el opio es algo francamente superior a todos, todos los tragos habidos y por haber?

LONGOTOMA

¡Qué sé yo de opios y otras porquerías que por ahí se usan! Has de saber, Onofre, como lo has de saber tú también, Romualdo, que nunca, jamás he probado esas drogas. ¿Para qué probarlas? Habiendo tan ricos vinos, tan exquisitos vinos y tragos y más tragos... No; ¡me carga el opio y el éter y la morfina y el háxix y cuanto hay! Así es que tú, Romualdo, te has entregado ahora al opio... ¿Es posible, amigo mío?

MALVILLA

Tampoco fumo. El opio fue un visitante en mi vida. Vino, estuvo junto a mí unos cuantos días –digamos, unas cuantas semanas– y partió. Ahora se ha marchado lejos y yo no quiero volver a verlo. Le deseo buen viaje y... ¡adiós!

LONGOTOMA

Pero, ¡cómo! un Romualdo Malvilla que no bebe ni fuma... ¡Lo desconozco a semejante Malvilla! Yo ya tenía muy bien organizados a todos mis amigos. Entre éstos, tenía que haber un buen bebedor que consumiera sus noches en el San Lito o en sitios parecidos; quería, además, que fuera un amante de esas mocosas que van por allí. Es decir, tú, Romualdo. De pronto sé que te has dedicado a fumar opio... ¡Qué bendición! Mi amigo se completaba. Era aquello... ¡el ideal!

MALVILLA

Un ideal que se te ha evaporado. Es todo, mi querido Desiderio: se ha evaporado y no hay más.

Yo

Yo poco creo en las cosas que se evaporan. Habéis de saber que nada –¿me oyen?–, nada puede perderse en esta Tierra. Cuando creemos que algo ya no es, pues... ha cambiado de forma y está en otra parte. ¿Dónde estás tú ahora? Dilo, Romualdo: ¿Dónde estás?

MALVILLA

Es lo que no sé, Onofre. Sólo sé que estoy y que estoy, estoy...

LONGOTOMA

¿Estás aburrido; tal vez, desesperado?

MALVILLA

Estoy empezando una nueva vida. Ella me aleja del aburrimiento y me lleva por otros caminos, otras vías, otros mundos que me eran insospechados. Podéis creerme: estoy mejor, inmensamente mejor que antes. ¡Se acabaron mis juergas en el San Lito, se acaba-

ron aquellos bailes en Las Tres Chimeneas con sus insultos en la sala vecina y los llantos en la sala siguiente. Puedo decirles: ¡todo eso terminó!

LONGOTOMA

Cuéntanos un poco este gran cambio que has tenido. No puedo creértelo así sin más. ¡Cuenta, por favor!

MALVILLA

Todo ha tomado un significado nuevo para mí. Lo que antes era inerte, ahora se ha llenado de vida. A esta vida la veo, la siento, me penetra. ¿Creéis que se trata de sólo imaginación mía? Desde luego tendríamos que hablar mucho sobre esto que llamamos "imaginación". La imaginación ha dejado de ser en mí ese como subdón que se nos atribuye; ella ha tomado un rol importante, tal vez el más fuerte. Porque es un rol verdadero.

Por ejemplo, hoy, hace un momento, caminaba por las calles con rumbo a esta casa; caminaba maquinalmente. Miraba, de cuando en cuando, los faroles y seguía. De pronto me fijé: las calles caminaban en sentido inverso al mío...

Esto aligeró mi marcha; no me cansé.

Luego pensé en las avenidas adyacentes, en la de la Inquisición y la de Santa Locomotora. No estaban. Habían sido devoradas por grandes mandíbulas.

¿Por qué crees tú, Desiderio, que esto es fantasía mía? Yo te aseguro que es así: no había avenidas mientras me acercaba a tu casa.

¿Ahora? Sí, tal vez, allí han de estar pero en aquel momento no estaban. Y es ese momento el que a mí me interesa. Pues fue un momento que viví yo.

Tenemos que detener los relojes. Ya es de noche. Así es que ¡detengámoslos!

La noche ha sido hecha para charlar. La charla nos distrae, es decir, nos hace olvidar cuanto no es ella misma. Entonces los relojes se ven sin ninguna vigilancia en torno. Echan a correr, ¡a correr! Como dos niños libres: ¡correr!

De pronto la pesadez de la vida que pasa nos hace alzar la mano izquierda y clavar los ojos en nuestra muñeca; o nos toma la vista y la dirige hacia la pared donde hay un reloj clavado.

Partimos, partimos desahogados por las calles, partimos tras los punteros con la esperanza de darles caza y... retenerlos unos instantes más.

A veces se les alcanza. Pero hay personas que no han vuelto a alcanzarlos nunca más. Así corría yo por las calles tras los punteros de mi reloj. Pasó a mi lado un... procurador del número.

—¡Alto! —grité.

Él me miró y siguió su marcha con mayor rapidez. Yo tuve que conversar conmigo mismo. Me dije:

—Un procurador del número es uno de los misterios mayores que pueden existir sobre este mundo. ¡Jamás he comprendido lo que significas tú, procurador o número! No eres, no y mil veces no, un hombre como los demás que ha recibido un título. Eres un producto de la naturaleza. Yo, al fin y al cabo, comprendo los productos de la naturaleza; salvo uno que es: procurador del número. Es la incógnita última. Ante ella me vuelvo y camino:

El procurador me sigue. Pero yo voy tras el número. Un procurador no puede correr a la velocidad de un número.

Creo que la borrachera es una síntesis. Tras una síntesis he andado mi vida entera. El San Lito es un testigo de esta carrera loca tras esa síntesis que huía más veloz que yo.

Chispita también es un testigo; como lo es Gualberto Choapa; y lo es Braulia Tingui-

ririca; y lo es Julieta Pehuén. Como lo son todos los que conmigo juerguiaron en aquellos tiempos y han seguido, conmigo también, en una juerga descomunal, una juerga del largo de sus vidas.

Todos ellos buscaban la síntesis de sus vidas. Pero el trago, ese alcohol que ingerimos sin darnos cuenta, es un arma de dos filos: hace, a la mayoría, que pongan su atención en él mismo y pasen por alto la síntesis buscada.

¿Qué sintetiza? ¡Cómo! Osas preguntármelo, mi buen Onofre...

El alcohol sintetiza un cierto orden de cosas, lo sintetiza embrionariamente; por lo tanto contrario a lo establecido.

Sí; el alcohol sintetiza algo que resumirá el estado futuro del hombre.

Beber es anticiparse.

Sé que habéis pensado en los bebedores. De acuerdo: ¡qué inmundicia de tipos! De acuerdo; ellos no pueden anticiparse a nada de nada.

Yo he visto a un necio, un perfecto necio, pasarse seriamente por las galerías del Museo Egipcio; luego lo he visto pasarse, con igual seriedad, por las galerías del Museo de Historia Natural.

Vi cómo se recogían y cuchicheaban entre ellas esas magníficas estatuas; vi cómo se recogían y cuchicheaban los ejemplares ya fósiles del otro museo.

Eso no quita que, ante los ojos del necio, estuvieran presentes las grandes obras del Egipto y los ejemplares de la fauna de la naturaleza.

El necio salió de uno y otro museo. Salió y encendió un cigarrillo. Lo vi marcharse con una columna de humo en torno suyo.

Esos museos fueron negativos para él.

Las borracheras son negativas para la mayoría de los bebedores. Son como un dinosaurio; son como una bella estatua egipcia.

Es todo aquello un dedo puesto sobre los labios.

Por eso los necios prenden un cigarrillo al retirarse de su contemplación. Yo, al verlos, sigo las espirales del humo que se aleja y se pierde en el vacío.

Lo sigo, sí, amigos míos, lo sigo: a veces toma la forma de una estatua egipcia y se inmoviliza traspasando nuestro siglo y continuando su viaje sin moverse. Otras veces se pasea y brama y se mueve pesadamente a ratos, con portentosa velocidad a otros ratos. El necio continúa su marcha y va a su casa donde es esperado por su cara mitad.

Un día, diré mejor una noche, encontré, cerca de las Tres Chimeneas, a nuestro visitante de museos que pasaba fumando un cigarrillo más. Me avalancé sobre él y, haciéndole una reverencia que ya no podría hacer, lo invité a tomarnos una copa en el mesón de allí.

Me miró de alto a bajo. Luego me respondió:

—Señor, no soy un ebrio. Las borracheras... ¡jamás!

Todo fue cubierto por un enorme tabú. Un tabú que se cernía sobre aquel hombre y, a mí, me dejaba perplejo. Me precipité a Las Tres Chimeneas; me arrinconé en un extremo del bar; medité.

El alcohol es la única ocasión de poder decir la verdad, la única, amigos míos. Es algo admirable vivir en un estado en que no hay necesidad alguna de llevar una vida doble: una para los demás, otra para nosotros mismos.

¡Aaaah! Me esperaba esa observación. Aquella noche lo vi con toda claridad. Os lo diré: es la vergüenza, la tremenda y tan angustiada vergüenza que os asaltará al día siguiente. Hablé, hablé demasiado anoche... Y ¿qué dije, qué? Todo es turbio, muy turbio a vues-

tro alrededor. No se logran precisar los recuerdos. Sin embargo algo os dice que tenáis razón de querer expresarte y echar fuera cuanto se agazapa dentro de ti.

Seguí meditando.

Es un compromiso interior el que aterra. Porque si se hubiese hablado y echado fuera cuanto hay escondido en uno... ¡Ah! Sería haber firmado un papel ante notario en el que uno se comprometía a cambiar de existencia desde ese momento para adelante...

¡Otra existencia! ¡Otra magnífica en que se cumplirían todos esos fines que duermen ocultos en uno!

Esto no se olvida. Una voz nos aconseja:

No, no hables, no te comprometas *todavía*. Silencio, silencio. Ya lo hablarás después...

Ahora, mis buenos amigos, es tan poca cosa toda esa gente que nos está rodeando, ¿no es verdad? Las Tres Chimeneas..., el San Lito..., todas esas casas de juergas y esos bares que pululan por todos lados...

¡No! ¡Silencio!

Se bebe entonces otra copa más y, esta copa, os lleva a diferentes regiones en las que hay bailes y cantos y tragos y amigos y cuanto se desea que haya.

No, eso no lo recuerdo. Pero sí recuerdo que no hablé nada que no fuera lo indispensable. Por cierto, por cierto: muchos saludos, millones de saludos y abrazos y comentarios de toda especie...

Pero nada más. ¡Silencio!

¿Quién ordena este silencio? ¿Qué lo ordena?

Ahora recuerdo que salí de ahí y que me fui caminando por las calles o que las calles empezaron a caminar en contra mía.

Pensé, pensé mucho... O algo o alguien pensaba en mí. El caso es que vi claramente que había dos maneras de interpretación en uno: de fuera y cuando mucho se ama una cosa; de dentro y cuando se está plenamente satisfecho del sitio que se ocupa. Es decir, amigos, cuando se está satisfecho del organismo del que se forma parte. Entonces se canta como función natural de ese organismo.

No era mi caso ni el uno ni el otro. No anaba lo que veía. Cuando quería mirarlo con el interés del horror no veía lo que miraba pues ello se convertía en parte de mí mismo, en todo lo que hay de antipático en mí mismo. Cada rostro o paisaje se convertía en un recuerdo molesto, en una raíz de la que quería desprenderme y así desaparecía como rostro o como paisaje.

Comprenderéis que esto obraba como una valla que me era casi imposible salvar. Hacía un gesto como para espantarme algo que me zumbaba. Y... ¡otra copa!

Menos amaba aún lo que me rodeaba. Me recogía en mí mismo. ¡Otra y otra copa más! Estas copas me hacían el efecto de ir corriendo tras mi manera de ser.

No, nadie notaba nada de esto. Recuerdo una de tantas noches de juergas. Recuerdo que volví a casa y me dormí. Al día siguiente desperté con todo lo turbio que me envolvía, desperté con el cuerpo malo y... arrepentido. Porque, durante la noche, no había sido yo el Romualdo Malvilla alegre, chistoso y tarambana. Había sido un hombre callado, roído por meditaciones obsesionantes. Al día siguiente apareció Gualberto Choapa:

—¡Qué hay, Malvilla! —me gritó—. Nos hiciste reír anoche con tus cuentos como nunca había reído yo. Y luego ese baile, ese magnífico baile sobre la mesa, sin derramar nada, ni una gota de vino, nada... Ramiro Lampa aplaudía desahogado. Y, te lo diré en secreto, Clementina Rengo te miraba con unos ojazos... ¡Oh! ¡Había que ver!

Así había pasado yo la noche, siendo el as de la fiesta. Y en mis recuerdos había sido yo el hombre triste que está allí porque sí, porque el aburrimiento lo ha llevado y no tenía cosa mejor que hacer...

¿Sueño? ¿Ganas de dormir...? ¡Quia! Los otros, los que me rodeaban pueden haberlo creído. Yo meditaba o algo meditaba en mí; yo buscaba o dejaba que algo buscara en mí y encontrara lo que siempre se me escapaba. Yo me sumergía dentro de mí mismo o, diré mejor: una parte de mí mismo, una parte albergada en mí mismo procedía a esa búsqueda y cuando algo encontraba me hacía señas, me llamaba, me remecía y me pedía que me despabilara y le prestara atención. Pero..., pero... Es mejor beber otra copa más.

YO

Tú me has recordado, me has hecho vivir con gran intensidad, la lucha formidable que se entabla en uno mismo. Sí, Malvilla, sí, mi querido Romualdo, conozco esa lucha. Yo la llamo: Juan Emar y Onofre Borneo.

Tal vez le aburre esto que hablamos a Desiderio. Di, Desiderio, ¿te aburre nuestra palabrería que te ha de sonar algo hueca?

LONGOTOMA

¡No, no, jamás! Por el contrario; ella me hace viajar a regiones que no son mías, a regiones lejanas. Es como leer un libro de viajes morrocotudos. Yo, en este momento de mi vida, no puedo acompañaros. Pero me gusta oír hablar sobre ello.

MALVILLA

Entonces seguiré. No creáis que me he puesto un latoso con estos cuentos míos; no hablo nunca del cambio que he experimentado desde que abandoné el trago y el opio. Es lógico que así sea: otras cosas me ocupan ahora.

LONGOTOMA

¿Qué cosas, amigo Malvilla? Me interesa una enormidad saberlas y profundizarlas un poco a medida de mis tan débiles fuerzas. No, no creáis que es una modestia de mi parte al hablar de esas fuerzas débiles. ¡Qué queréis, amigos míos! Yo tengo otro destino y —para qué negarlo— estoy contento, estoy feliz con él. Yo río y río; río con el alma entera; río, sin la menor molevolencia, del rostro de mis semejantes, de sus modales y de sus frases; río en la Taberna de los Descalzos al ver a los comensales que engullen platos varios; como reía en el artístico café del Fiat Lux al ver a tantos y a tantas que pasean su gran genialidad. O, bien mis amigos, río en la calle al ver pasar un autobús... Eso me basta, me basta con ver la cara de la gente que va en él: ¡es algo de desternillarse de la risa!

Pero ahora no río, mi buen Romualdo. Ahora comparo tu destino con el mío, es decir, con esta risa que va como una aureola junto al mío. Así es que, créeme, te escucho encantado. Y si a este encanto le pongo una copita pequeñita de whisky... ¡mejor que mejor!

MALVILLA

Me ocupa mi descenso, mi total descenso, me ocupan las bajezas que cometía noche tras noche. Pero... ¡qué queréis! Tras ellas estaba una luz, una luz que me encandilaba y me atraía al mismo tiempo; una luz, una luz que, una vez que ha sido vista, ya no se puede abandonar y hay que seguir tras ella sin saber, sin pensar, como un poseído.

Creedme: al fin la he tocado.

No, no he sentido esa felicidad que os podéis imaginar; la felicidad es..., la felicidad es haber descubierto un largo, un larguísimo camino que se pierde por bosques, por montes, que sube y baja. Y tú tienes que recorrerlo, ¡tú tienes que atravesarlo y seguir adelante!

Porque no hay un término en este recorrido; se está siempre en el principio del viaje. Por el principio empiezas tú a tranquear.

Os lo digo: no existe la felicidad en el sentido que corrientemente se le da. Sin embargo no se volvería a la vida que se ha dejado, no se volvería a ella por ningún capítulo.

Ha aparecido otra luz, ¡otra luz!

Se sigue la marcha.

Estoy cierto de que no adivináis qué es lo que ahora ocupa mi atención; porque no es esa luz, no es su resplandor, ni es el ansia de alcanzarla y poder cobijarse bajo ella. No, no lo podéis adivinar.

AMBOS

¿Qué es, qué? No, no adivinamos.

MALVILLA

¡Desprenderme de mis pequeñas costumbres! Desprenderme de todos esos actos que ya se han inveterado en uno y que, por lo mismo, no los consideramos como algo extraño, como algo que debía dejarnos y así poder libertar nuestro espíritu.

Son miles, son millones estos pequeñitos hábitos. Nuestra vida está hecha de ellos y, desde ellos, echamos algunas miradas hacia otros aspectos que, por lo general, consideramos como cosas de otros seres, cosas que no nos incumben.

La hora de levantarse; la hora del reposo; la hora de los cabarets; escribir algo de cuando en cuando; y comer, ¡oh, sí!, comer grandes platos bien regados... ¡Qué lejos me sentía de ti en esos momentos, mi querido Desiderio, con tu par de huevitos a la copa y tus tomasines!

Claro está, siempre, siempre. Ellos no me abandonaban. Pero volaban a cierta distancia mía, como verdaderos pájaros. Me picaban y se iban. Yo los dejaba irse. ¡Que fueran a importunar a otra parte y a mí me dejaran con mis juergas! Así volaba *El Hotel Mac Quice*, así volaba *El Vicio del Alcohol*. Así volaban todos.

LONGOTOMA

¿Y Alicia Bick? ¡Las muchachas no son buenas voladoras! Cuando han encontrado un campo de aterrizaje... ¡que el diablo las mueva! Y el que tú le ofrecías era un campo lleno de fragancias adormecedoras... ¿No es verdad, amigo Malvilla?

MALVILLA

Sí, es verdad. A esa Alicia Bick le ofrecí cuanto mejor había en mí y, hay que creerlo, lo ofrecí con todo mi corazón. ¡Alicia Bick! ¡Un sueño, un inmenso sueño!

Claro está, ¡claro está! La amé de verdad; ella fue mi compañera ausente en mis noches de tarambana. No puede haber sabido que, mientras estaba en su casa —tejiendo, pienso yo; o tal vez cosiendo; o tal vez... ¡qué sé yo; en todo caso cuando estaba lejos e ignorante de mi persona—, mientras así estaba, había no muy lejos de ella, un hombre que cantaba sus bellezas y por ellas derramaba lágrimas sin cesar...

Entonces escribía. ¿Cuántos poemas le habré escrito? No lo sé; la mayoría han quedado por ahí; de ahí se han ido más allá; de más allá han volado, han volado... ¿Sabéis adónde?

LONGOTOMA

Han volado a ser el rey entre aquella gran cantidad de poemas que salían de tu cabeza excitada.

MALVILLA

¿Dónde estaba ese rey? ¡En los bares, en las tabernas y bodegones! Pero tienes razón,

Longotoma; yo iba a ellos para poder inspirarme y así estar, siquiera por unos pocos, por unos cuantos segundos, junto a Alicia Bick. Estaba con ella y le escribía. Todo lo que he escrito en esos tiempos era dedicado a ella, a esa que ahora, y en esos tiempos también, era un fantasma para mí. Porque siempre he amado los fantasmas; siempre he ido tras ellos. Y una copa de alcohol me hacía pensar que sería más fácil encontrarlos que con nuestro cerebro en el estado ordinario.

¡El estado ordinario...! Es decir, el estado bajo, profundamente bajo, el estado en que nada se ve, nada se capta y hay que seguir llevando a costas este cerebro. Él no se ha liberado aún. Aún está prisionero; y es un prisionero que comanda. No hay más que rendirle obediencia. ¡Y la vida pasa a nuestro lado, pasa y pasa a cada momento y en cualquier sitio!

Sí, amigos, pasa. Pasa en la forma del marco del espejo... Ahí está. Callemos y miremos ese marco.

Estamos en un bar. Estoy con un amigo, creo que con Ramiro, ese bueno de Ramiro Lampa; y hay un señor más en nuestra mesa. Siempre hay señores que vienen a nuestra mesa. Creen que el alcohol les hace perder el don de las conveniencias... ¡Ja, ja! El alcohol, por el contrario, las agudiza a todas esas conveniencias. Por eso llega un señor a sentarse con nosotros.

Es la libertad entre nosotros. Por eso mis ojos han ido hacia ese marco del espejo. Yo pregunto:

¿Por qué no ha sido recto, nada más que recto, nada más que un marco de un espejo? Se lo pregunto al señor que está con nosotros. Él me mira o no me mira y me responde:

¡Eeeeh...!

Yo lo diré entonces —gritó convencido—, ¡yo lo diré!

El señor, sacado unos instantes de su propio ser por mi pregunta, vuelve a ella, a la pregunta, la toma y la lanza fuera, la lanza muy lejos, y se sumerge otra vez en su propio ser.

Ramiro Lampa cabecea; toma su vaso a medio llenar, lo mira, lo levanta, lo vuelve a dejar a su lado.

Yo hablo:

Ese marco no ha sido recto ni jamás podrá serlo por una razón sencilla, sencillísima: había que demostrar en él, había que demostrar al hacerlo que se era capaz de poner en sus..., en sus... ¿maderas? Sí, señores, ¡son maderas! Había que poner en ellas una pequeña intención, un deseo de manifestación... Digamos la palabra: una confirmación. ¡Ahí está la cosa! Ella está en la con-fir-ma-ción. Hay que introducir variantes; hay que hacer, por lo menos, una variante. Porque se es —¿me entienden?—, sí sí, SE ES. Y cuando se es hay que introducir variantes. Este es el significado de la vida, éste y no otro: las variantes que han de traer la confirmación. Por ellas, variantes y confirmaciones... ¡bebamos, bebamos!

Bebí yo. Ramiro Lampa dormía ya; el otro señor quedó con una mano alzada e inmóvil. Debajo de esta mano yacía una caja de fósforos. Casi lloré al ver esa caja de fósforos, sola, abandonada. El señor se iría; Ramiro Lampa se iría; yo me iría... Ella allí iría a quedar sola, abandonada. Ante la marcha de su destino, sentí frío y me marché yo, yo, el primero de todos.

Me marché porque todavía tenía un poquito de cabeza de donde agarrarme. Pero la otra cabeza, ¡la otra!, ya empezaba a funcionar. Alcancé a decir lo que tenía que decir.

cosas importantísimas, según mi parecer. Un minuto después la otra cabeza triunfaba y yo seguía tras ella.

LONGOTOMA

¿Hasta dónde la seguiste?

MALVILLA

No lo sé. No era yo quien comandaba; yo me dejaba comandar. Este abandono mío me llevó hacia las mujeres, hacia todas ellas, hacia todas las que algo habían tenido que hacer en mi vida o que yo había soñado que tanto tenían que hacer en mi vida.

Quedé afirmado contra un farol. ¡Qué buenos son esos faroles nocturnos! ¡Cuántas veces nos han ayudado estirando sus brazos y recogiéndonos mientras nosotros lloramos!

Sí, sí, digo: "lloramos". ¿Sabéis, acaso, cuántas veces se llora estando en estado de...? Iba a decir: "de ebriedad". Pero no es la manera de expresarse, no la es. Hay que decir:

Las veces que se llora cuando se ha abandonado este mundo, por un segundo que sea, y se alcanza a divisar el resplandor del otro mundo.

La gente llama "planear" a este estado. Yo lo llamo: "divisar". Porque se divisa, se divisa mucho, mucho...

LONGOTOMA

Deben divisarse espectáculos magníficos, espectáculos que no vemos a diario. Me gustaría ir hasta ellos y refocilarme dentro de ellos. Me gustaría...

MALVILLA

Te equivocas, Desiderio. Aquello no es ni ha sido nunca un espectáculo para refocilarse. Es un espectáculo profundamente doloroso. En él planeaba el sufrimiento que yo, sí, yo había causado a las mujeres que a mí se habían acercado.

Yo hacía literatura con cada acercamiento de ellas.

Ellas venían puras, venían inocentes, guiadas por el movimiento de sus corazones. Ellas cumplían la ley que impera sobre nosotros en este mundo. Y yo, sobre esta ley, tejía, urdía toda una novela llena de literatura con escenas locas de amor, de celos, de terribles fastidios y sinsabores... Para llegar, por fin, a una reconciliación y... empezar de nuevo.

Alicia Bick no alcanzó a sufrirme; Alicia Bick no alcanzó a conocerme. Ha sido su suerte. Su suerte que no ha sido la suerte de Irene Toltén; porque Irene Toltén sufrió, sufrió enormemente.

AMBOS

¿Quién era esa Irene Toltén? Créenos, Malvilla, ella no estaba en nuestro conocimiento. ¿Quién es Irene Toltén?

MALVILLA

La última. Mi despedida. La redención. La que tuvo que soportar mis locuras, felizmente puedo decir: mis últimas locuras.

Irene Toltén creía todo; como todas creen todo. Porque hay que creer todo. La desconfianza es el primer síntoma...

¡Eh! ¡No hablemos de eso! No he venido aquí a daros una conferencia sobre moral. Primero moriré antes que dar conferencias. ¡Horror a los conferencistas! He venido, simplemente, a charlar con vosotros, a pasar el rato, a matar algunas horas.

LONGOTOMA

¡A muerte las horas, a muerte! Para ir con ellas al camposanto, para podernos poner contritos... ¿qué os parecería unos tomasines acompañados con un licorcillo de esos fuertes, de esos que hacen temblar y hablar...?

Yo

Aplaudo tus buenas ideas, Desiderio. ¡Vengan esos tomasines y ese buen trago fuerte! ¿Y tú, Romualdo? ¿Te vas a adherir a nuestro apetito y a nuestra sed?

MALVILLA

¡Por cierto! ¡Me adhiero! ¡Vengan tomasines y venga ese trago! Y después, seguiremos charlando.

Longotoma fue en busca de la Tomasa. La Tomasa apareció. Nos saludó con cierta timidez. Al mismo tiempo sonreía. Nos llenó una mesa de exquisitos tomasines y, Longotoma, abrió una gran botella de whisky. Cenamos bien, cenamos con alegría. Pero yo no me cansaba de mirar y observar a mi amigo Romualdo; era otro, era, sin duda, otro que el que farreaba conmigo en otros tiempos; ahora era un tipo serio y que, al mismo instante, emanaba una cordialidad sorprendente; era un tipo que uno sólo pedía que hablara y no cesara de hablar. Después pasamos al escritorio de Desiderio; allí nos acomodamos y Romualdo continuó su charla.

Yo

¡Adelante! ¡Tu voz se hace esperar! Porque queremos oír las altas y bajas que, sin duda, has experimentado en un cambio así. ¡Adelante, amigo!

DESIDERIO

¡Bien dicho, Onofre! Yo también quiero oír y penetrarme de esas altas y bajas y luego beber otra copa por el que salió triunfante de ellas.

MALVILLA

Yo era un loco. O era el trago el que me ponía en tal estado y me hacía ver el destino que allá; a veces lejos, a veces cerca; me mostraba el destino que me aguardaba. Era mi obsesión. Una obsesión que atacaba apenas había pasado la pequeña dosis que se toma por tomar.

Naturalmente que esta obsesión no tenía nada de halagüeña. Me hacía desesperarme y entonces la rabia me venía en contra de cualquier cosa y, más a menudo, en contra de cualquier persona.

¡El opio me salvó! La turbulencia interior pasó. Yo miraba extrañado a ese otro ser que se enfadaba por cosas que no merecían prestarle atención alguna. Comprendí, por cierto, que no eran las cosas en sí las que causaban esos enojos míos; era el alcohol y nada más que el alcohol. Cuando me decía así, oía una voz que me susurraba:

Tal vez seré yo, el traguito... Pero a mí no me dejarás, no me dejarás nunca, nunca...

Era, pues, un callejón sin salida. ¡Más valía seguir bebiendo! ¡Ea! ¡El San Lito, Las Tres Chimeneas, todos los bares, todos los dancings, la farra descomunal!

Rosendo Paine me alargó una pipa de opio. Rosendo Paine había bebido también y, con su Nicole, se pegaba, de cuando en cuando, cada juerga en forma, cada juerga envidiable. Ahora Rosendo Paine no bebía; Nicole tampoco bebía. Sabéis la causa de esta abstinencia: una pipa, dos pipas, tres pipas... La vida era otra.

Fumé.

Vi el mundo de otro modo. Terminaron esos alborotos; cesó la turbulencia con mi vida venidera dentro de ella, mi vida que se revolcaba, se lanzaba dichosa hacia una quimera y luego caía y caía y se sumergía en el estiércol.

Mi vida ahora era.

¿Comprendéis lo que esto significa: ERA?

Una vida ES y, a su lado, no hay conflictos, no hay obsesiones, no hay ni una nubecilla. Porque ella ES.

Y que sea o no sea... ¿qué importancia tiene? ¡Ninguna, ninguna! Pues la importancia no debe, no debe jamás ser colocada en esta vida. ¿Os extraña esto que os digo?

Nuestra vida..., un accidente..., unos pocos minutos que han de transcurrir... Nuestra vida es otra, es ésta, la grande, la completa, la plenitud...

Otra pipa, Rosendo...; otra pipa...; otra...; otra...

Volvía a mi casa, a la calle de La Parroquia, a veces solo, a veces acompañado. Eran hermosas esas calles, hermosísimas. Pero no por ellas mismas; si lo fueran por ellas mismas, esto entraría al plano de la estética, ¿me entiendes, Desiderio y me entiendes Onofre? ¡La estética...! Yo caminaba por esas calles y caminaba lejos, lejísimo de esas calles. Porque ellas me eran un símbolo de lo que el hombre puede hacer en este mundo.

Pero... ¿qué me importaba a mí lo que ellos podían hacer?

¡Nada importaba nada! ¡Todo se unía en una síntesis que era de la mayor importancia! Y las calles pasaban bajo mí.

¿La muerte? ¿Lo conocido y lo desconocido? ¿El cambio que, poco a poco, voy a ir experimentando?

Me habláis de cosas que, os lo prometo, no figuraban en lo que mi mente pensaba. Estaba yo en completo acuerdo con todo lo que sucedía; porque todo lo que sucedía era bueno, era *como debía ser*.

El talento...; la facilidad para escribir...; el éxito...

Sonreía yo como sonrío ahora. Quería ver a nuestra amiga, a Teodosia Huelén, verla y nada más. En un momento de silencio sé que nos entenderíamos.

Ahora no fumo. Aquello fue una simple experiencia que me llamó al orden y me entreabrió una pequeñita puerta por donde pude atisbar.

Atisbé. Mi tarea no había terminado aún. Ese estado tendría que ser el habitual en mí y *sin necesidad de fumar opio*.

Yo

Es lo que yo busco, Romualdo, ¡lo que yo busco desesperadamente! Otra vez has puesto el dedo en la llaga. ¡Juan Emar y Onofre Borneo!

MALVILLA

Déjalos en paz. Tú no aliviarás la lucha que entre ellos se ha declarado; sólo podrás complicarla más. Pero, te lo pido, no recurras al opio y a ninguna droga. Ellas dan la ilusión, nada más que la ilusión y, en esta ilusión, te detienes sin avanzar ni un solo paso.

¡Ea, Desiderio! ¡Bebamos ese whisky! Es algo admirable poder beber sin que, en mi horizonte, haya ni una sola duda, ni un solo temor de ser arrastrado por el alcohol.

¡Adelante! ¡Y bebamos!

LONGOTOMA

¡Bebamos de este riquísimo whisky!

LOS TRES

¡Bebamos de este exquisito whisky!

Romualdo Malvilla y yo volvimos de casa de Desiderio Longotoma. Serían, tal vez, las 2 ó 3 de la madrugada. Poca gente y silencio en todas partes. Nosotros caminábamos sin rumbo, y nos dejábamos llevar por nuestros pasos que seguíamos de atrás.

Hablábamos poco. Divisamos el San Lito; yo vacilé un tanto al divisarlo; Malvilla siguió la marcha impertérrito.

—¿Nada te recuerda? —le pregunté indicándoselo.

Me miró extrañado y me contestó:

—Por cierto, sí, me recuerda muchas cosas que, en un tiempo, vivió otro ser que había en mí.

Seguimos en silencio.

—No puedo acostarme temprano —me dijo Malvilla—. Pasadas las 12 de la noche tengo que seguir y esperar el amanecer. Es todo lo que me queda de aquellos tiempos. Es, además, la hora en que doy libertad, plena libertad, a mi cabeza. Ella parte y se marcha a regiones lejanas con gran placer mío. La veo marcharse. La sigo desde aquí. Juntos visitamos una serie de comarcas interesantísimas.

—Comunicame, Malvilla, si llegas a una comarca de ésas.

—Sí, ahí está; ya hemos estado en ella; ahora volvemos. Es mejor que nos sentemos en un banco cualquiera. Ahí, en ése, sí, en ése estaremos bien.

Un banco, un banquito en la plaza Un Solo Dios No Más. A nuestra izquierda se levantaban los consulados de las Europas Unidas; a nuestra derecha, los consulados de las Américas Unidas. Allí nos sentamos; un cigarrillo; con el humo dejamos a la ciudad que durmiera tranquilamente. Pasó un auto; pasó, con toda lentitud, un guardia. Ambos fueron tragados por la urbe. Nosotros seguimos ahí bajo las hojas de un inmenso sicomoro. Este sicomoro me dio la mano y me llevó al viejo Egipto. Yo quedé en éxtasis ante sus bellezas sin par. Pero una egipcia, vieja y decrépita, se me acercó y me habló en idioma inentendible. Ante mi estupor, ella dijo:

—No entiende usted, caballero, lo que he dicho. Descansen en paz, mis buenos señores y... ¡hasta luego!

Se alejó la vieja lentamente afirmándose en un bastón. Volvió la calma. Paz. Lo que la vieja acababa de desearme: paz. ¿De qué podía extrañarme? Hace ya tiempo que creo con firmeza en el poder de las viejas decrépitas que se pasean por las calles nocturnas de una ciudad.

Malvilla me tomó de un brazo y me afirmó:

—¡Ya, Onofre, ya! ¡Ahí está ese Castillo!

—¿Qué Castillo? —pregunté inquieto.

Él me respondió:

—¡El Castillo de las Rejas de Oro! ¿Por qué no venía antes? Lo llamaba y lo llamaba. Ahora ha llegado. ¡Mira qué lindo es!

“El Castillo de las Rejas de Oro” era una obra que Malvilla pensaba escribir. Tenía una serie de obras en proyecto. Pero, ¿serían, en verdad, proyectos serios? ¿O serían los fines de aquellas noches de vagabundo que él se implantaba ahora y que la ciudad dormida tanto le ayudaba a divagar?

No lo sé. Malvilla hablaba ahora:

-Onofre, te contaré la historia de ese castillo. O mejor es que tú me des una solución pues yo todavía no la he encontrado. Bueno, ¡como sea! Estoy lleno de comienzos de cuentos, de aventuras, de casi novelas, ¡qué sé yo! Así se me muestra el comienzo de esta nueva vida.

-Te oigo tu "Castillo de las Rejas de Oro". ¡Adelante!

Malvilla, entonces me habló así:

-Se trata de un ser que ha empezado a sentir una vaga, muy vaga sensación que pronto se transforma en obsesión.

¡La obsesión! Les he hablado bastante de ella. Tal vez aquí traduzco lo que a mí me ocurre. Como sea, este ser ha de sentir una sensación hartamente extraña. Es la siguiente:

A su alrededor, día y noche, vagan formas o espíritus invisibles cuya presencia siente a cada momento, como una verdadera, una real pesadilla. No es que lo persiguen, no es que deseen hacerle ningún mal; más bien piden, imploran; son presos que de él esperan su liberación. A veces callan; no se oye ni un susurro de parte de ellos.

Este ser vivía en calma; era la calma lo que él más ambicionaba. Este ser... Pero necesito darle un nombre, necesito nombrarlo... ¿Qué te parece que lo llamemos Siderio?

¡Sí, Onofre, sí! Dame tu beneplácito. Porque a este Siderio quiero hacerlo también un hijo tuyo.

Te decía que Siderio vivía en calma; era la calma lo que él ambicionaba. Esos espíritus se la acordaban. Se retiraban de su lado. ¡La calma! Volvía la calma para Siderio.

Pero de pronto volvían. Siderio los veía volar sobre su cabeza con una velocidad vertiginosa. Esperaban sólo una oportunidad para lanzarse sobre él y devorarle el cerebro.

Poco a poco empieza a notar que no es el azar el que rige sus vuelos, sus idas y venidas. Porque Siderio notó esto:

Cuando su cerebro evocaba ciertas ideas, ese mundo invisible se presentaba y pasaba. Y transformaba sus sueños pacíficos en un alboroto desenfrenado.

Sigue observando; sigue comprendiendo; sigue, el buen Siderio, penetrando por esas llamadas de seres invisibles. Y llega a esta conclusión:

Este mundo de seres o de espíritus, ¿no sería, acaso, él mismo? ¿No eran, acaso, sus propios pensamientos que, vivificados ya hasta no ser cosas de él, se habían convertido en entidades independientes y arremetían contra su hacedor?

Pero luego, mi querido Onofre, otras y otras ideas venían a él y lo asediaban. ¡Pobre Siderio! Ahora tenían otro carácter sus pensamientos: en su calidad de tales -¿me comprendes?-, siendo de él mismo, siendo ellos sus propias obsesiones, no eran, sin embargo, parte de él.

Aquí está su tragedia, Onofre:

Siderio sentía planear sobre él todo un mundo superior. Era un mundo donde vivían los espíritus de todas las ideas que las mentes humanas pudieran llegar a concebir. ¡Mundo superior, sí y mil veces sí! ¡Mundo superior!

Pero aquí está la cosa porque era un mundo que pedía la unión con los hombres, pedía el contacto con la humanidad, pedía ser fructificado por el semen poderoso del intelecto del hombre, de un hombre.

Allí vivía dicho mundo de imperfectas esencias divinas; allí atisbaba si venía el cerebro que, afinado con ellas, las llamara para libertarlas de su paraíso claustral y echarlas a un mundo tal vez más duro pero más libre y atrayente.

Esas esencias eran como frágiles vírgenes, hermosas, puras, que sueñan con una vida palpitante en la Tierra.

¡Esperan tras las rejas de oro de su palacio celeste!

Esperan, Onofre, las voces de los hombres, seres rudos, fuertes, intrépidos y robustos en cuyos brazos podrían gozar del mundo sin temores.

Por su lado, los hombres sueñan con sus amadas del más allá. Ven a esas vírgenes. Sus almas corrompidas quieren hacer de estos amores simples goces egoístas.

Las vírgenes son seducidas. Caen entre los hombres que las profanan. Pues son pocos los que cumplen sus deberes con ellas. Estos hombres tienen ganado su eterno agradecimiento.

En cambio los otros... ¡Ah, Onofre! Los otros sufren las más terribles venganzas de las vírgenes que, al contacto terreno, se han transformado en verdaderas hembras con almas de panteras.

Entonces se aferran a sus seductores, a aquel que las ha sacado de su plácido sueño del castillo celeste de las rejas de oro. Fuerza es que las acepten con los merecimientos de que son dignas o que al mismo castillo las devuelvan.

Para esto ya es tarde. Se vengan siempre contra aquel que les ha hecho entrever, por un instante, otro mundo pero no las lleva hasta él. Al marcharse, al querer el hombre escapar de ellas, es como el zángano que, después de unirse a la reina, deja su aguijón y, con él, deja su vida.

Las vírgenes, al marcharse, se llevan la fuerza del hombre; lo dejan agotado, quebrantado tal vez para siempre.

Ahora bien, Onofre, quiero acentuar aquí un punto. Óyeme bien:

Se produce siempre un doble amor, una doble provocación. Sí, amigo mío; se produce ya sea del hombre hacia la virgen; ya de la virgen hacia el hombre.

¿Me has entendido?

Porque debes penetrarte bien de que mi cabeza no andaba en forma. ¡Demasiado alcohol! Y no es que yo hable en contra de él, no, no. Óyeme, Onofre: el alcohol tiene dos fines: 1º) el de exaltar nuestro estado; esto está bien, muy bien; 2º) el de hacernos olvidar, siquiera un momento, un peso que llevamos y que nos tortura; esto está mal, muy mal. Te diré por qué: ese peso ha de volver con mayor fuerza.

Pero hablábamos de mi castillo, lleno de rejas de oro. Es mejor seguir con él. Te decía que hay un amor tanto del hombre hacia la virgen como de la virgen hacia el hombre. El primer caso es cuando un hombre sueña voluntariamente en poseer grandes ideas, cuando brotan de su cabeza miles de concepciones, cuando ciego, resuelto y hasta furioso, se lanza al mundo intelectual, cuando contrae un compromiso mudo con una misión que se ha impuesto realizar.

Cuando eso sucede... Sí, tal vez no se vea con claridad, sí. Pero es una pequeña declaración, una imploración que ese hombre hace para seducir a una de las mujeres del Castillo de las Rejas de Oro.

El segundo caso es cuando de ellas viene la insinuación. ¡Ah, mi querido amigo! El hombre, contra el cual se han dirigido los dardos, comienza a sentir una pesadilla... Es una voz que habla donde nadie habla, son aguijones que clavan día y noche porque el hombre se ha resuelto a estirar la mano y cogerlas.

Y...; y...; y...

Aquí he quedado; no he avanzado ni un paso más. El San Lito resplandecía a lo lejos.

¿Lejos? Tú sabes, Onofre, que lo que gusta de verdad nunca está lejos. Así es que dejé la terminación de este poema, con sus rejas de oro y demás, la dejé en espera de un día en que me encontraría contigo.

¿Por qué no? Veamos, Onofre, una forma de darle:

Un poema en forma tranquila, tranquilísima, pero un poema. Un poema de estilo puro. Un poema que contara la historia de dos seres, de él y de ella, que, en un principio, se aman con pasión. Y luego él quiere hacer de este amor una fuente inagotable de goces y más goces y ¡salta sobre ella!

No, no me gusta así. Creo mejor que ella es la aventurera que tanto conocemos. Es decir... El caso es que uno de ellos viola y viola todo lo que, en un principio, tenía dentro... ¿O los dos violan? ¿Qué te parecería una mutua violación?

En cavilaciones así me quedaba... Al lado, te lo he dicho, estaba la juerga descomunal...

¡Es mejor juerguear que cavilar, Onofre, es mejor!

Sin embargo hay algo mejor todavía.

¡Cómo! ¡No caes en lo que es mejor! ¿Es posible?

¡Esto es mejor! Sí, esto: una noche con Desiderio Longotoma, luego un paseo por las calles somnolientas, luego un banquito aquí en la plaza Un Solo Dios No Más, y una buena conversa contigo. Después, la calle de la Parroquia. Ahí, reposarse de este hecho de no haber hecho nada, nada... salvo haber estado con Desiderio y contigo.

Porque yo ahora aprecio estas cosas; ahora sé valorizarlas. Antes, no. Eran sucesos y más sucesos que en mi vida ocurrían, sucesos sin importancia, comunes y, sobre todo, aburridos. No, no se puede vivir así, así con el aburrimiento a tu lado, el espantoso aburrimiento que, de un momento a otro, te va a saltar encima. ¡Hay que beber! ¡Hay que... fumar una, dos, tres pipas de opio!

El aburrimiento se disuelve. Ya ni siquiera puedes hallar dónde se cobijaba y se escondía. ¡Es la gloria, Onofre! Sí, es la gloria pero..., pero...

Callemos un rato. Dejemos que esta gente, toda esta gente que va y viene y pasa por esta plaza, haga sus cosas habituales. Sí, hay que dejarlas. Dame un cigarrillo. Gracias. Fuma tú también. Desde luego el tabaco acompaña enormemente; luego se va en contra de esos teorizantes que, de oírlos hablar, aseguran que todos los males que hay en esta Tierra son debidos al tabaco. ¡Ea! ¡Fumemos!

¿Cómo empezó mi cambio, mi liberación de las garras alcohólicas y de las del opio? ¿Cómo puedo saberlo yo? ¡Oh, qué afán se tiene hoy día por querer explicar con frases, con frasesitas, todo lo que puede suceder!

No, no, no debería decirse un "cambio". Si preguntaras cómo "floreció" en mí, estaría mejor. Claro está: un florecimiento tiene que tener una semilla; la semilla luego...

Claro, claro está.

No había en mí nada de pensado de antemano, nada. Yo estaba contento con mi vida, con los bares, los dancing, los amigos y las amigas que encontraba en todas partes. ¡Jamás sentí ni un desasosiego ni, para qué decir, un remordimiento! ¡Jamás!

Sin embargo la semilla se desarrollaba dentro de mí. Sí, sí, ella me hacía partir al castillo de las rejas de oro; ella me hacía ver y amar a Alicia Bick; ella combaba mi cuarto; ella alzaba un brocal frente a mis ojos; ella, ella me llevaba y me hacía entrar en el Hotel Mac Quice; ella me dictó aquello sobre el vicio del alcohol.

Fructificaba, fructificaba...

Yo bebía y me entregaba al opio...

Así la vida se deslizaba...

Hasta que un día, un día cualquiera, el día más insignificante de todos los días que pueden haber, un día, Onofre, miré —¿me has entendido?— miré a un... ¡niño!

¿Yo lo miré? No, no fui yo. Mis ojos miraron; la semilla, esa semillita de que te he hablado, me hizo mirar a un niño, a un niñito que allí estaba, sí, allí estaba... como han estado tantos niños junto a mí, tantos. Lo miré, pues, como he mirado a tantos niños... La semillita lo miró. Luego me... —¿cómo decirte?—, me telefoneó; ¡eso es!, me telefoneó. Y yo, estupefacto, escuché su llamada y el fono cayó de mi mano.

El niñito se había marchado. Él se había marchado; pero su imagen quedaba ahí, ahí, ahí.

Entonces la mirada formuló una pregunta en mí:

—¿Cómo, cómo puede hacerseles sufrir?

Esa pregunta siempre me persigue. Se me aparece a cada instante. Ella se ha agrandado y así, enorme, ha quedado bien al fonde de mi ser.

Claro está que ella se ha agrandado; ya no se refiere sólo a los niños; se refiere también a los ancianos; se refiere a las mujeres; a pobres y ricos; a desdichados que sólo sufren, a dichosos que temen perder su felicidad; a los animales, sí, a los animales y aun a los insectos... ¿Qué es lo que te extraña? No, no soy coleccionista de insectos; jamás he tenido semejante chifladura. Pero no quiero que sufran. Se me figura que ese sufrimiento es uno, nada más que uno, uno solo en este mundo y que tenemos todos que compartirlo.

Dimé, Onofre, ¿no crees tú que se bebe y se fuma para huir de ese terrible dolor que, a cada instante, nos amenaza?

Es lo que, a veces, yo me atrevo a pensar. Pero no insisto en ello. Dejo ahí mi pensamiento y salgo a las calles o voy, como esta noche, a ver a algún amigo. Me digo tan sólo:

“Si hay un dolor universal... no tengo más que aceptarlo y saberlo acarrear.

Después hago la vida habitual, la buena vida que hacen los que saben vivir. Está lleno el mundo de cosas interesantes. La verdad es que no me aburro. El hastío ha desaparecido de mi lado, ya no me visita más.

¿Por qué?

Porque sé mirar cuanto ocurre. ¡Mira, mira! ¿Cómo no ha de ser algo abracadabrante? ¡Oh, valía la pena haber esperado tanto tiempo ahí sentados en aquel banquito!

Y ambos quedamos mudos contemplando lo que, de la esquina de la calle de los Canónicos y la avenida del Evangelio, vimos desarrollarse frente a nosotros: de la iglesia de los Jerónimos salía una pausada procesión cantando a toda voz. Pasaba por entre los árboles del parque y luego se perdía entre el follaje. Volvía a aparecer y el canto lo llenaba todo.

Yo me lamenté en alta voz:

—Lástima que no esté Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe...

—Sí —me respondió Malvilla—, es una gran lástima.

Caminemos a ver a Rubén de Loa. Me es indispensable ir a ver a Rubén de Loa. En el fondo de la Tierra lo añoro. Lo veo como el verdadero rey de la superficie y, al verlo así, la superficie crece y crece elevando a su rey.

Estará Macario Viluco; oiré los "¡inefables!" de Mamerto, el siempre dispuesto a gozar con Macario, Mamerto Masatierra. Claro está, iremos y después... Mamerto oirá en silencio; Macario... ¿cómo oirá Macario? Porque me he fijado que oye, que oye con suma atención la mayoría de las veces; no interrumpe nunca; después se aleja en busca de... ¿de qué? Creo que de esas pequeñas anécdotas de la vida de todos los días.

Caminemos a ver a Rubén de Loa.

Voy a atravesar el río Santa Bárbara por el puente de La Serpiente Tentadora. Es un lindo río este del Santa Bárbara. Y sus puentes son también hermosísimos. Como lo es el Zoo de San Andrés; y el árbol histórico; y la Universidad a mi derecha; y la Ulpif a mi izquierda; atravesar la calle del Cardenal y veremos, justo al frente, la Cárcel Católica. Allí fue ajusticiado, hace ya de esto mucho tiempo, el infortunado de Rudecindo Malleco. ¡Oh, qué de recuerdos y más recuerdos!

Caminemos a ver a Rubén de Loa.

Caminemos por el Muelle de la Sotana, caminemos lentamente. Romualdo Malvilla... Después de tanto alcohol y de no pocas cantidades de opio, piensa ahora en los pobres que sufren. Porque es verdad, es la terrible verdad; ¡cuántos han sufrido y cuántos sufren aquí! ¿Por qué, por qué?

Recuerdo a un amigo español, allá en Montparnasse, que siempre me decía que él no creía en el purgatorio por la sencilla razón de que este mundo, esta vida, es el purgatorio. Nadie, nadie debería sufrir; deberíamos todos ser felices e ir por todos lados con un canto en la boca. Pero, no. Se sufre y, parece, hay que sufrir. ¡Es algo atroz!

Caminaba yo. Era un día esplendoroso. Me cruzaba con mucha gente. Vi la casa del que fue Baldomero Lonquimay, ahora cerrada. En la esquina del Muelle de la Sotana y la calle Santa Gloria fui llamado:

-¡Hola, amigo! ¡Qué gusto tengo en volver a verlo!

El cínico de Valdepinos.

-Igualmente, mi querido Darío -le respondí.

-¿Va usted al cementerio...?

Su ojo derecho dio una serie de vueltas vertiginosas. Quedó en espera de mi respuesta.

Le contesté:

-No, no voy al cementerio. ¿Qué quiere usted que haga yo en un cementerio? Voy a ver a un amigo, a Rubén de Loa, el pintor.

-Sí, Rubén de Loa... Un pintor seriesísimo, ¿no es verdad?

-En efecto, un pintor seriesísimo.

-Y es eso lo que importa: la seriedad. Porque si se es pintor hay que ser serio, muy serio, y pintar con una paleta en la mano y con los pinceles en la otra; digo, con un pincel en la otra, en la que pinta. A mí, mi querido amigo, se lo diré a usted en confianza: ¡me cargan los pintores! Están sometidos a vivir siempre en un taller, sobre todo si hay al lado de ese taller un tucán... ¿No cree usted que, para ver tucanes, es mejor ir al trópico, a las selvas brasileñas?

—Si usted lo dice, Valdepinos, ha de ser mejor. Cuénteme ahora un poco: ¿qué era de su vida de usted que no se le veía en ninguna parte?

—¿Mi vida...? Viajando. Ya se lo he dicho: me cargan los sitios cerrados, como los talleres... Aunque un taller grande, inmenso, no ha de estar del todo mal. ¿No lo cree usted? Por ejemplo, un taller de..., de... automóviles. Visité uno el otro día. ¡Magnífico! Es decir, hace ya tres meses, porque fue en los Estados Unidos. Desde él, en medio del estrépito que causaban las máquinas y más máquinas que causaban un estrépito, me acordé justamente del taller de su amigo, de Rubén de Loa; y también me acordé del tucán. Pero luego fui tomado por ese estrépito de las máquinas... ¡Formidable! ¡Ensordecedor!

Su ojo giró rapidísimo; luego los dos ojos se clavaron en mí.

—Me imagino, Valdepinos, lo que eso tiene que ser; sin duda es algo, como usted lo dice, formidable.

Luego agregó:

—Y lo es porque satisface una necesidad imperiosa que radica en todos nosotros.

Entonces yo agregué:

—Por cierto; el automovilismo es una necesidad imperiosa en todos nosotros.

Valdepinos me tomó de un brazo y me propuso hacer unos cuantos pasos; habría tiempo para ir a ese taller; el tucán no se volaría; el tiempo invitaba a hacer un poco de ejercicio.

—Oiga, mi querido Onofre, no me refería yo al automovilismo, no, no. El automovilismo es algo que... Usted comprende, ¿verdad? Me refería a algo más serio, mucho más serio, casi tan serio como nuestro amigo el pintor de Loa. Lo cual da una idea de lo que yo quiero explicar. Me refiero al vértigo; eso es todo; el vértigo. *C'est tout, mon ami, c'est tout.*

—¿A qué vértigo se refiere usted?

Se detuvo unos instantes y ambos ojos, ahora, dieron mil vueltas vertiginosas. Luego, en voz muy baja, me susurró:

—Al vértigo de la velocidad.

—Debería usted haber hablado, en tal caso, de los aviones o de los cohetes o ¡qué sé yo!

—No. Los aviones tienen demasiado peligro y hay que ser un verdadero técnico para manejarlos. Los cohetes... usted chancea, amigo mío. Los cohetes... Se ha aficionado usted a la chanza, ¿verdad? Esta afición no puede habérsela dado aquel pintor que piensa usted ir a visitar. Su mente ha de volar más rápida, más, mucho más, que todos los cohetes posibles. Me refería a los autos, nada más. *Mesure, mesure...* Es decir, amigo, me refería a lo que nos puede proporcionar este vértigo; es decir, a aquello que puede ponerlo al alcance de todos los bolsillos. Pues fijémonos un poco y verá usted qué interesante es esto. Y lo descubrí solo; es una idea mía. Y usted, gran amigo, sé que aprecia las ideas que uno tiene. ¿Verdad?

—Valdepinos, las aprecio siempre que valgan estas ideas. No dudo de que las de usted han de valer.

Me miró de soslayo. Debí haber pensado en la chanza, en esa maldita chanza que se le había antojado ponerme. Al ver la gran seriedad de mis maneras, no vaciló en seguir su disertación:

—Sí, amigo mío, tenemos todos, aun los que no poseen un coche, el vértigo de la velocidad. ¡Hay que ir y llegar a un sitio cualquiera, hay que ir y llegar a él cuanto antes, lo más rápido posible! Naturalmente que usted llega y se pregunta qué era lo que tenía

que hacer en aquel sitio... Pero eso no importa. Su finalidad la ha alcanzado y ha puesto, en alcanzarla, tantos minutos menos que el señor que se jactaba de ser el más rápido de todos. ¿No lo cree usted?

—Por cierto, es una gran verdad la que usted ha dicho.

—Esto parece una necedad, ¡Tener un vértigo y que, éste sea el vértigo de la velocidad! ¡Un absurdo! ¿No le parece? Pero... no es tan absurdo como, a primera vista parece, no es tan absurdo, no lo es. Porque le diré, amigo, que en todo hombre hay una gran cantidad de ansiedades, una enorme cantidad y, estas ansiedades, flotan y dan vueltas en torno de él. El hombre tiene que cancelarlas, ¿no es cierto? Para eso tenemos esos vértigos. ¿Cómo los llaman hoy día? ¡Complejos, eso es, complejos! Esto no lo ha dicho ningún psicoanalista aunque más de alguno debe haberlo sospechado. Y, repito, que felizmente tenemos estos complejos. Son fáciles de ser calmados y... *du calme, du calme*. Cuando se aplaca un complejo... ¡qué calma viene luego! Y si no los aplacáramos... ¿se da usted cuenta dónde estaríamos? Estaríamos a un paso, a medio paso de la locura. Sería algo atroz, atroz...

El clínico de Valdepinos siguió hablando. Yo me había distraído y pensaba en otras cosas. En una esquina nos separamos. Según me dijo, tenía mucho que hacer. ¡Hasta pronto, hasta pronto!

Ahora me daba cuenta de que me había separado del taller de mi amigo. Apuré el paso y me dirigí a él. Llegué a tiempo pues en la puerta me encontré con Mamerto Masatierra y con Macario Viluco.

—Henos, pues, en el taller. Saludos. Asiento.

Macario, al verme, exclamó:

—¡Bien hecho, bien hecho! ¡Ha llegado usted en el momento oportuno! Y dará usted su opinión, don Onofre. Porque este señor, este don Mamerto, no quiere dar su brazo a torcer.

—Lo escucho a usted, Macario, lo escucho. ¿De qué se trata?

Macario se estiró los puños de su camisa (un gesto que le era habitual aunque antes no lo había notado), se arregló la corbata, carraspeó y proclamó:

—Ninguno, jamás ninguno ha cumplido el cometido que todos le atribuyen; jamás. ¡Es una farsa y nada más, una farsa! ¿Me oye usted, señor Masatierra?

—Sí, amigo, le oigo; pero ponga usted al corriente a nuestros huéspedes; ellos ignoran lo que alega usted.

—A eso voy.

Volvió a tirarse los puños de la camisa, volvió a arreglarse la corbata y, poniéndose de pie, dijo:

—Yo sostengo y resostengo, diga lo que diga Mamerto, que no. Es decir, que jamás ningún aperitivo ha dado hambre. Sí, señor, jamás. Tomar un aperitivo es como comer un pastel o como atosigarse con confites, ¿me entienden ustedes? ¡Y esto lo hace la gente... antes de las comidas! ¡Es un absurdo, un absurdo!

Mamerto, con su voz queda habitual, preguntó:

—Entonces, ¿para qué se sirven esos aperitivos antes de las comidas?

—¡Eso es lo que usted no entiende, señor Masatierra! En este servicio hay una trampa, una trampa. Y la gente que los toma, cae, sin más, en la trampa. Aquí está el gran negocio de bares y demás, aquí, en hacer caer a la gente en esa trampa inicua.

—Pero yo sostengo —expresó Mamerto con su calma— y, como usted dice: resostengo que sí, así fuera, no se servirían esos aperitivos.

—¡Se sirven para otra cosa, sí, señor, para otra cosa! Es lo que yo resostengo. Y oíganme todos muy bien: la gente que se ha bebido un par o dos pares de aperitivos, ya está con la cabeza algo mala, sí, señor, algo mala y en esa cabeza nacen ideas y más ideas estrambóticas. Entonces... ¡quedarse a comer fuera, a comer fuera de casa! Y no hay más.

Mamerto suspiró:

—Inefable...

—Todo lo ha de encontrar usted inefable, todo. Pero, amigo, vaya a un bar o a un dancing o a cualquier parte y tómese varios aperitivos, tómese los y ¡verá! Esa noche no comerá usted en su casa, no comerá. Porque comerá fuera y gastará hasta su último centavo. ¡No hay más y no hay más!

Mamerto volvió a suspirar:

—Inefable...

Pero Macario tampoco dio su brazo a torcer. Proclamó con verdaderas ínfulas:

—Quienquiera desee guardar sus pesos en el bolsillo, no debe jamás salir y tomar aperitivos. Esto me lo ha dictado y me lo ha vuelto a dictar ¡mi experiencia, sí, don Mamerto, mi experiencia!

Rubén de Loa avanzó con una botella en la mano:

—¿Tomarían ustedes un buen trago de gin?

—¡Por supuesto! —exclamé yo.

—¡Ni qué decirlo! —clamó Mamerto.

—Yo también tomaré —dijo Rubén—. Macario no debe tomar. Macario debe cuidar sus pesos y centavos. Así es que no le voy a servir. He comprendido cuanto ha dicho.

Otra vez se alargó los puños de su camisa; otra vez volvió a acomodarse la corbata y dijo:

—Es diferente; cuando se está de visitas en una casa, es muy diferente. Al menos que usted, Rubén, desee cobrarnos por ese trago que nos ofrece.

—No, no cobraré. Esta es su copa Macario. ¡Ea, bebamos!

Y todos bebimos. Después del gin, Rubén habló:

—El juicio crítico debe ser siempre exento de pasión. Debe uno poder colocarse ante los hombres tal cual se coloca ante los árboles. Puedo y tengo que desarrollar mi juicio crítico sobre los árboles. Ante ellos, todo cabe: amor, repulsión, ayuda, daño, simpatía, antipatía, admiración, desprecio, excitación, enervamiento y ¡qué sé yo! Pero siempre hay algo de un sentimiento impersonal. Porque el árbol no está nombrado "personalmente"; otro semejante en el mismo sitio es como el primero. Porque los juzgo y siento primando el sentimiento de género, de reino. Me inclino más a juzgarlos según un panorama mayor de la vida. Amo o repudio con el árbol las "fuerzas generales" que él representa. Ante el hombre amo o repudio su personalidad directa, sin detenerme a considerar de qué él es el símbolo. Un hombre ataca... Igual cosa que si un árbol se quiebra y amenaza caernos encima.

El idiota intelectual... He tenido que tratar con él; he tenido que tratar con ellos. Levantan mi repulsión. He tenido que hablar de arte y de literatura con un hombre que los ve bajo un solo punto de vista, un punto seco, frío. Los intelectuales están por otros canales, están lejos de él; entonces él se irrita y los insulta.

Pero luego viene una vuelta misteriosa y esos intelectuales pasan cerca de él, cerca de lo que él admira. Y él clama:

—¡Ya lo ven! ¡Yo tenía razón!

Él está estático en un punto; los demás se mueven. Él, de cuando en cuando, los ve; luego los pierde de vista. Este idiota intelectual ha de preguntarse siempre qué hacen, qué buscan esos artistas que no se detienen jamás.

Los grandes artistas ocupan un sitio fijo en el tiempo y en el espacio. Porque han sido la expresión cristalizada de una necesidad humana. Esta necesidad es absoluta dado que todo es una cadena de la cual no puede faltar un eslabón. Tienen, pues, sitio fijo y son, por lo tanto, absolutos.

Nuestro juicio, ahora, es relativo. Pues es lo que hacemos al girar en círculos espirales alrededor de las cristalizaciones de nosotros mismos. Por eso es que nos acercamos y nos alejamos de los grandes artistas según la correspondencia entre el punto cristalizado y el que nosotros tratamos de cristalizar. Bajo este punto de vista puede decirse que aquel que hace una obra es Absoluto; aquel que juzga y critica es Relativo.

Para fijar en su justo valor esos absolutos nos sería menester ser más de lo que hoy somos, ser más que hombres.

¡Qué esfuerzo loco, desesperado, trágico por coger, por retener y aprisionar la naturaleza para luego preguntarle, escalpelo en mano, lo que ella desea!

Yo se lo pregunto a los pintores; los pintores se lo preguntan a la naturaleza.

Entre los pintores se oyen gritos, como entre los cazadores tras de una presa:

—¡Por aquí! ¡Por allá! ¡Ahí va! ¡Se escondió!

La naturaleza es un secreto. Una vez que este secreto se ha vislumbrado, se cierra el orificio que lo ha mostrado. Por allí nada más se mostrará.

Hay que buscar otro sitio; hay que abrir otro orificio.

Una vez que se ha hallado es casi secundario sacar los secretos.

Todos hablan de arte... Hablar es sencillo.

El otro día oí a Hilario Quinchao dar sus opiniones sobre arte. Saben ustedes muy bien quién es este Hilario Quinchao: el terrible revolucionario, el hombre apasionado y batallador; el hombre que tiene su apasionamiento a flor de piel. Es decir, el hombre que no podrá nunca ser un artista.

Alegaba Quinchao:

—El arte debe tener un contenido social; hoy día todo el arte debe estar pletórico de este contenido. Debe en él, verse a las grandes urbes de la causa social, debe verse a Moscú y debe verse a Leningrado y deben verse las ciudades de la nueva China, deben verse todas ellas. Y, dentro de ellas, a los hombres que allí fructifican.

Así alegaba Hilario Quinchao. Pasó, de pronto, el grande, el inmenso de Baldomero Lonquimay. Lanzó varios sonidos ininteligibles y se detuvo envolviéndose hasta las narices en su capa:

—Vitelio Doñihue es el único pintor entre los pintores...

Lanzó otra serie de bramidos. Luego sentenció:

—Hay otro inmenso sector que no obedece a ciudad alguna, ni a la comunista metrópoli ni a las adversas a ellas con el Vaticano y Washington. Esta metrópoli es la de Vitelio Doñihue.

Huyó y volvió; volvió a huir y volvió a ponerse junto a nosotros. Luego, con tono cadencioso y siempre a través de su capa, nos aseguró:

—Vitelio Doñihue está girando en la espiral, en aquel gran círculo espiral, en el subestrato generador, donde giran aquellos que no son mercenarios. Porque Vitelio Doñihue

está ahora en el completo reposo. ¡Gloria al reposo completo! Pues él es el medio de fugarse del mundo de dos dimensiones...

Huyó, esta vez, definitivamente.

Ese libro voy a devolverlo cuanto antes a quien me lo prestó. Corvino Antillanca lo ha leído y se ha deleitado con él. ¡Vuelva a su origen, vuelva a Antillanca!

Oigan lo que dice a propósito del salón de André Gide:

Le salon était éclairé à la façon des salles
qu'on voit dans les tableaux des Primitifs.

¡¡Estafa!! Es esto la buena voluntad con pomada. ¿Qué tiene que ver un salón burgués parisiense con una sala de los primitivos? Es una interpretación medio psicoanalítica de pacotilla.

Los surrealistas encerraron en una fórmula la subconsciencia. Por esto pudo Vitelio Doñihue, dejando libertad a su mano y al material, alcanzar la subconsciencia con frescura y naturalidad.

Volví yo a grandes pasos a este taller. El paquete que llevaba no me pesaba. Era un paquete de Isorel. Han de saber que el Isorel es una madera que, debidamente cortada, es magnífica para hacer cuadros sobre ella.

Por ahí me encontré con Zócimo Taltal que avanzaba en una alta charla con tu tío, mi querido Macario, con Ascanio Viluco. Tiene que haber sido una charla alta, altísima, por el ademán y los gestos de ambos. Me detuvieron y Zócimo me preguntó indicando ese paquete que yo llevaba:

-¿Qué lleva usted ahí, señor de Loa?

Le respondí:

-Madera, es decir, madera para pintar. La llaman Isorel y he querido ensayarla. Voy a ver qué resultados...

Ascanio me miró profundamente. ¿Te has fijado, Macario, qué mirada más profunda tiene tu tío? ¡Da miedo, da pánico! Luego tosió y me averiguó:

-Va usted a ensayar, a ensayar... Conviene averiguar antes de embarcarse en una compra. Es el único medio de precaverse de las malas jugadas que le hará; el único medio.

-¿Malas jugadas? ¿Quién me las hará?

Tu tío Ascanio hizo un gesto despectivo y luego, siempre con mucha gravedad, me dijo:

-Satanás.

Yo creí que me lo decía en broma. ¿Han visto? Ascanio Viluco hablando de Satanás... Pero él estaba con una seriedad a toda prueba. Tanto que creí oportuno advertirle:

-Yo, señor, poco creo en Satanás y, de creer en él, no dudo que le atribuiría otras preocupaciones que la de hacer malas jugadas a un pintor como yo y con estas tablas de Isorel.

Ascanio volvió a toser para expresarse así:

-Sébase usted, mi señor de Loa, que cada grupo de oficios tiene un Satanás, mejor dicho, tiene su Subsatanás. Usted, al no haber hecho las averiguaciones del caso, desafía la furia del Satanás de los pintores. Es cuanto le puedo decir por ahora. Si desea usted mayores explicaciones no tiene más que ir a casa y allí le informaré como es debido.

Zócimo entonces intervino:

-Es la pura verdad. Gracias a las advertencias que me ha dado nuestro crítico, yo me he librado de no pocos fracasos.

Contesté:

-Bien, señor Viluco, iré a ver a usted cuanto antes.

Zóximo me felicitó. Ascanio siguió su caminata y siempre en gran conversación con su amigo.

Por la noche fui a verle. ¿Conocen ustedes la casa, ¡qué!, la mansión de don Ascanio? Ya no vivía en el Hotel Vaticano. Acababa de comprar una casa en la avenida del Evangelio. Ahí vive con la que es su tierna esposa, doña Leonor Yocahue. ¡Qué complicación para llegar y poder pasar a la salita en que me recibí! Sólo de pensar en los salones, sentí frío.

Tomamos asiento; me ofreció una copa; doña Leonor estuvo un rato con nosotros y luego desapareció. Luego de hablar un cúmulo de necedades, me dijo:

-Sé qué lo ha traído a usted por aquí: aquellas maderas que acarreaba usted el otro día a su taller. Yo quedé de informarle algo sobre ellas. Bien, le informaré.

-Sí, señor, si es usted tan amable.

-¿Cómo las llama usted a esas maderas?

-Se llaman Isorel.

-Isorel... Curioso nombre, curioso. Los antiguos pintaban en maderas pero... ¿Isorel? No, no lo recuerdo. Por eso sería muy conveniente que averiguara usted el resultado que se obtiene al pintar sobre ellas.

-Me recomendó estas maderas el pintor que acaba de morir: Anacleto Ibacache. Así es que averiguar ahora...

-Comprendo. Pero yo me baso en otro aspecto de la cosa, en otro aspecto. Me baso en mis observaciones. Dado el trabajo que a mí me incumbe debo siempre basarme en las experiencias que ya han tenido otros pintores. Por ejemplo en las de aquel que se llama Bonifacio Colbún. Usted debe conocerlo. No lo hace mal, no lo hace mal. Pues bien, Colbún pintó una, dos o tres telitas en un material que carecía de averiguaciones primeras. El material fue un fracaso y, por lo tanto, también fueron un fracaso esas telitas. No servía; estaba condenado a la destrucción. Y, naturalmente, se destruyó. La enorme mayoría de probabilidades pesa del lado de que ese ensayo resulte una obra estupenda, lo mejor que ha sido hecho. Y... ¡destinado a la muerte! Es algo nada menos que calamitoso. Por eso yo le aconsejo a usted que averigüe antes de pintar. Sí, mi amigo, averigüe. ¿Desea usted tomar un poco de cinzano?

Quedé extrañado ante tales afirmaciones. Me negué a tomar el cinzano. Me despedí y me dirigí al Convento de los Jerónimos. ¿Por qué al Convento? Tal vez sea la cercanía, tal vez... En fin, me dirigí al Convento. Ahí me encontré con el Superprior. Le expliqué mi caso con el Isorel. Me escuchó demostrando un alto, un muy alto interés. Me hizo pasar a una salita silenciosa. Tuve que repetirle la historia y la conversación con tu tío, con ese que tú llamas "el borrico", mi querido Macario. Hubo luego un largo silencio. Por fin el Superprior habló:

-Existen los demonios arrastradores al mal y al pecado; los demonios que atisban siempre al buen cristiano. Recuerde usted al señor de Berbiguier que pasó toda su vida con cientos, con miles de duendecillos que lo atormentaron cuanto se puede atormentar a un cristiano. ¡Cuidado con esos duendecillos, cuidado! Son, todos ellos, hijos del demonio. Se valen de las más bizarras astucias. Tenemos el ejemplo que usted acaba de darme: a un serio pintor, como ha de ser usted, hacerlo comprar unos trozos de una infame

madera para hacer cajones. ¡Es horrible! Y yo, señor mío, los he visto. Sí, señor, los he visto cómo se reúnen en unos silenciosos conciliábulos. ¿Silenciosos? Hasta cierto punto y nada más. Porque cuchicheaban y cuchicheaban. Atisbaban. Se..., se..., se aprontaban para lanzarse sobre un buen cristiano y defraudar sus intentos. Los he visto en mis horas de recogimiento en nuestra iglesia. Entonces elevé mi oración al Altísimo y le imploré protección. Haga usted lo mismo, señor mío; no hay ninguna otra posibilidad de salvación. ¡Oremos!

Me dirigí entonces a la Ulpif. Allí me encontré con el doctor Pitrufquén. Rió éste, rió a más no poder al oír, contadas por mí, las palabras de aquel fraile. Me explicó:

—Ha dicho una serie de necedades ese Superprior. Las cosas no suceden así. Óigame usted, señor de Loa: En 100 ensayos de un material nuevo, se ha de producir esa falla 1 ó 2 veces a lo más. ¿Y el 99 ó 98 por ciento? Y fíjese usted que he exagerado hablando de ese porcentaje; debería haber dicho 1 ó 2 veces en 1.000 y acaso en 10.000 veces... ¿No es así? Así es que no hay ninguna necesidad de recurrir a esos diablejos o duendecillos que ve el Superprior en su iglesia. ¡Vaya y pinte, señor de Loa! Y le digo una cosa: olvídese usted si es un ensayo o no lo es, olvídese.

Pero no lo olvidé; por el contrario, me lo dije y repetí muchas veces: "Estoy haciendo un puro ensayo".

¡Santa palabra! Tan santa que estuve a punto de volver al Convento y decírsela al Superprior. Pensaba gritarle:

—¡Eh, reverendísimo y santísimo Superprior! ¡Nosotros los artistas necesitamos colaborar con los demonios arrastradores al mal y al pecado! ¡Ellos, llamándolos debidamente, son de una ayuda inimaginable, mi queridísimo Superprior!

Es la verdad. Al ensayar, al partir de la base de que cuanto hacía era sólo *en vías de ensayo*, que no era algo *definitivo*, me despojé de mis trabas, de mil trabas y preocupaciones, verdaderas obsesiones que me agarraban. Saben muy bien cuáles son estas terribles obsesiones: la gran obra, el éxito clamoroso, no caer en fallas anteriores y demás. Uno se entiesa, se pone rígido; y así ha de caer; no cae como el niño ni el ebrio ni el clown que, al caer, lo primero que hacen, consciente o inconscientemente, es aflojar todos sus músculos y resbalar como una pelota de trapo. Me despojé, me sentí suelto y con ánimos de cantar y... ¡pinté!

Amigos: pinté ¡sin compromisos!

Es la única opinión que me interesa: la opinión de los pintores y de los entendidos en pintura. Sí, los entendidos; yo llamo entendidos a aquellos que tienen un concepto sobre el total de la vida a través del significado de la pintura. No quiero saber nada con aquellos que la toman como un adorno, aquellos que piensan, ante un cuadro, dónde poder colocarlo en sus casas.

Me interesan aquellos que la ven como una ventana para mirar hacia afuera y... hacia dentro.

No pienso viajar más; ya eso terminó. No me interesa saber cómo está la ciudad tal o cual; no me interesa conocer nuevas ciudades ni ver nuevos paisajes.

Me gustaría viajar para reproducir un estado de ánimo, que creo hoy menguado; y tener así, otra vez, puntos de confrontación y puntos de amplificación vitales.

¡Colomba! ¡Colomba!

Voy hacia ti. Siento lejos lo que acabo de dejar; siento lejos a Malvilla, al cínico de Valdepinos, aun a mi gran amigo Rubén de Loa. ¿Longotoma? Se divierte allá, en San Agustín de Tango, así es que dejémoslo divertirse.

Voy hacia ti.

Mi vida cambia; todo toma otro color ante mis ojos.

Diviso el volcán Picoldo. A veces lo veo puro, límpido, sobre un cielo azul; luego lo veo envuelto en nubes y sólo veo estas nubes. Pero sé que el Picoldo está allí, tras ellas.

El Picoldo es una entrada que aboca en tus dominios, Colomba. Es una entrada llena de obstáculos, lo sé, lo recuerdo. He de hallarme con Palemón de Costamota que se precipitará sobre mí lanzándome su eterno:

—Un servidor más.

Yo le contestaré en igual forma y, para mis adentros, diré:

“¡Colomba!”.

Porque tú me guías, tú me llevas. Junto a ti tendremos kilómetros y más kilómetros de... de... Dime, Colomba, ¿de qué son esos kilómetros que nos rodearán?

Oigo tu voz:

—Son kilómetros de paz.

Voy hacia esa paz. Caeré de rodillas ante ti que eres quien simboliza esa paz. Así, de rodillas, dejaré que ella se transforme en..., en... Dime, Colomba, ¿en qué se transforma?

No lo sé. Pero sé que es lo que necesito, que es lo que yo siempre he ambicionado:

Una paz a la cual no puedan penetrar los ruidos externos; una paz ante la cual todos esos ruidos retrocedan temerosos... No; ante la cual retrocedan... ¡aburridos!

Esta es la palabra: aburridos. Retrocederán envueltos en esa palabra verdaderamente fatal, espantosa. El aburrimiento es algo que siempre me ha perseguido, día y noche, en todos los sitios imaginables, en medio de la gente como en la soledad. Es que yo añoraba otro mundo; no sabía que él era el mundo en que tú, tú vivías, mi Colomba.

El Picoldo es hermoso.

Ahora giro alrededor de él. Me elevo y él disminuye su tamaño, se confunde con los otros macizos cordilleranos; bajo y me pongo a su lado: ¡Oh, qué inmenso es! Las nubes se retiran ruborizadas ante esta inmensidad.

Las nubes ruborizadas... ¿Me has escuchado, Colomba? He dicho: las nubes ruborizadas... Es decir, he hecho “literatura”. A las nubes les he atribuido una característica nuestra. Y voy hacia ti, mi Colomba, hacia ti. Voy tras de que tú me arranques, sin más, me arranques lo que haya todavía en mí de “literator”.

Me desdigo; las nubes no se han ruborizado ni podrían hacerlo. Las nubes son nubes y nada más que nubes. Soy yo el que me he ruborizado al verme con semejantes subterfugios en estas páginas que, tarde o temprano, tú leerás.

No hay nubes ahora; hay un inmenso cielo despejado. Es un cielo despejado hasta el infinito de mis ojos. Claro está que no es infinito al lado de las profundidades en que tú te encuentras. Sin embargo esta infinidad la siento por todos lados.

Me elevo; bajo; giro en torno; pierdo de vista al Picoldo y, a mi vista, aparece el Coscorrón, a mi derecha; el Marmolejo, a mi izquierda. Y otros, otros, otros picachos por todas partes. En un momento me sentí rodeado de picachos y precipicios.

¡Qué pequenitos vi a estos precipicios! Daban ganas de jugar con ellos en la punta de la uña. Vi un águila, vi un cóndor. ¡Qué cosa estupenda! Era la primera vez en mi vida que veía dos aves como éstas volando y yo mirándolas desde arriba. Tanto es así que seguí al cóndor. Volaba con una lentitud asombrosa; estaba parado en el aire con sus alas desplegadas, sin acusar el más mínimo movimiento. Es absurdo pero es así: pensé sacar un cigarrillo y ponerme a fumar a semejante altura... Me sonreí de mí mismo y acaricié la cajetilla de cigarrillos; luego la saqué y la miré; luego la aventé y la seguí con los ojos. Volví mi mirada al cóndor que, a mi parecer, seguía sin moverse. De pronto se lanzó hacia abajo, se lanzó como una flecha, como una bala.

—¡Adiós, ave querida! —le grité.

Pero mi grito fue a desparramarse en el vacío mudo. Ya no había ni cóndor ni nada. Había, otra vez, paz.

No era tu paz, Colomba. Era paz porque los ruidos de abajo no llegaban hasta mí, nada más que por eso. Esos ruidos estaban ahí, a un paso y no subían porque se envolvían en ellos mismos enredándose.

Me sentí solo. Me sentí aislado de todo, de todo lo que hace ruido y nos distrae. Allí vi el Cajón del Lepomande; lo distinguí con facilidad, abrupto, tortuoso, como una encrucijada en medio de estos montes; pensé en la Caverna Común... ¡Qué tiempos! Luego seguí el serpentear del río Tincau que, en un principio, se aleja del bosque de Tulquipunco y va a precipitarse a la estacioncilla de Pescapejes. Un tren, un trencito apenas desde esa altura en que me hallaba, la abandonada. No sabía yo que ahora había un tren hasta Pescapejes. Me pareció ver un coche; a su lado, una dama, una damita; sube al coche y se aleja. Grité:

—¡Adiós, Berguibenda! ¡Te saludo en nombre de mi amigo que ya te ha visto, de Lorenzo Angol!

Los 6.200 metros de altura del Picoldo me volvieron a mí.

Cerré los ojos y me lancé a él. Llegué a su extremo y me detuve en la nieve. Afuera empezaba a nublarse y ya el crepúsculo se avecinaba. Me introduje por su cráter y me dejé resbalar. Hacía calor, un calor de fuego. Me pareció agradable. Le dije:

—Eres un avance de lo que me espera: calor, fuego; fuego que ha de quemar las carnes y vivificar el espíritu.

Una melodía silbada: el hombre Martín Quilpué pasaba por allí. Iba, como siempre, impertérrito. Al cruzarme con él me incliné, me incliné instintivamente. Yo he llegado a querer a este hombre Martín Quilpué. Pasó. Se metió por unas encrucijadas sin notar sus asperezas; por ellas se perdió.

Yo, entonces, me escurrí por una galería vertical. ¡Vertical! ¡Iba hacia ti, mi Colomba! Sabía, sabía que tendría que cruzarme con una serie de gentes o semigentes que estarían prontos a avalanzarse sobre mí. Nada me importaba nada. Tenía en mi poder la palabra mágica para pasar a través de ellos impunemente; podría conversarles un poco; pero nada más; llegaría un momento en que esa palabra la pronunciaría y aparecerían ante mis ojos otros tubos verticales, otros y otros. Al final de ellos estarías tú, Colomba.

Llegué a un sitio baldío. Era grande, desmesuradamente grande. Por lo alto el techo se perdía. Por los lados se prolongaba y se prolongaba en varias partes. No había nadie ni nada en este sitio. Sus muros eran de piedra, de una piedra arrugada llena de rugosidades. Me sentí algo desorientado. Colomba se alejó.

—¿Estáis perdido, digno caballero?

Un sombrero de copa pasó ante mis ojos; una mano fina, finísima lo sostenía; de esta mano se desprendía un saqué admirablemente bien cortado; este saqué cubría dos largos pantalones de fantasía; el todo se afirmaba sobre un par de botines de charol.

-No, señor, no estoy perdido; contemplo este... o esta... A propósito; ¿Cómo ha de llamarse a un sitio vacío, sin casas, sin árboles, sin caminos ni senderos, en fin, sin nada? En eso pensaba mientras miraba este... o esta...

Volvió el sombrero de copa a girar y, por fin, se colocó en la cabeza de quien me hablaba. La mano se alargó hacia mí y oí su voz que dijo:

-Palemón de Costamóta, vuestro servidor.

Yo alargué la mía y dije:

-Onofre Borneo, un servidor más.

Él, entonces, meditó unos instantes y, por fin, se explicó sobre estos sitios baldíos:

-Esta es una plaza aunque, no haya en ella ni casas ni árboles ni monumentos, ni nada. Podría haber, por lo muy menos, un camino o caminito; o podría haber un sendero o senderillo. Pero no los hay. ¿La llamaremos una plazoleta? ¡Oh, no, no! Una plazoleta es siempre pequeña, pequeñísima. ¿No os acordáis de la plazoleta Fray Tomate? ¿La plazoleta que tiene el honor de albergaros, mi buen caballero? Es pequeña, pequeñísima.

-Sí, me acuerdo de ella y, en verdad, no puede ser comparada con esta enorme plaza o sitio baldío.

-Es la exactitud misma la que acabáis de proferir. Habréis notado que he suprimido el tratamiento de "tú"; como he suprimido el tratamiento de "usted". Porque he meditado largo rato sobre estos tratamientos y he llegado a la conclusión de que vos, mi alto señor, sois merecedor de un tratamiento que esté a vuestra altura.

-Gracias, Palemón. Os diré también "vos". Y ahora, creedme, me es doloroso tener que abandonaros. Sigo a las profundidades, sigo tras de mi ideal.

-Cuando de él estéis hartos, volved a mí. Tadeo Lagarto os acompañará. ¡Eh, Tadeo! ¡Aquí!

Apareció Tadeo. Yo rechacé su compañía. Sin más me precipité por un enorme tubo que vi cerca de mí.

Oí música. Una orquesta invisible tocaba músicaailable. El salón era magnífico. Las parejas danzaban con suma lentitud. Pasaban, sin tocarlos, entre una serie de criados que iban y venían con grandes bandejas llenas de bebidas. Los danzarines las tomaban y las daban a sus damas. Éstas agradecían, bebían y el baile continuaba.

El salón era francamente magnífico, soberbio. Por sus amplios ventanales se divisaba un paisaje hermosísimo; árboles y árboles hasta pérdida de vista. Árboles en otoño; árboles en verano; árboles en invierno, sin una sola hoja cuya desnudez enviaba un frío horroroso hasta el salón; árboles en primavera cuajados de lindas flores. Yo sentía la temperatura según los árboles que mirara. Al ver los del invierno tiritaba; al ver los del verano sentía un calor sofocante; al ver los del otoño...

-Señor don Onofre Borneo, ¡qué gusto, qué placer, de verlo a usted por estos mundos!

-Igualmente, señorita..., señorita...

Ella sonrió y, haciendo una inclinación, murmuró:

-Eufobina Colliguay.

No tardé ni medio segundo en situar a su persona; claro está: donde don Irineo Pidínco, poco antes de su muerte; él la llamaba una Guaxa; llegó también su hermana, Rubí

Colliguay; Eufobina me aseguró que ella vivía en el plano astral porque ya había fenecido, en un accidente automovilístico... ¡Sí, sí, recordaba todo!

Ella, abandonando a su acompañante de baile, me tomó de un brazo y me alejó de aquel bullicio. Cuando estuvimos solos volvió a hacer una inclinación y me dijo:

-Aquí es mejor que allá. ¿No lo cree usted?

Recordé que siempre conviene decir una galantería a una dama. Me incliné a mi vez y expresé pleno de convencimiento:

-Puesto que usted está aquí, tiene que ser mejor.

Ella contestó:

-Aquí no se usan los cumplidos. ¿Me oye usted?

-No lo decía por hacer un cumplido sino que...

-¡Silencio! Debe conocer a una cantidad de gente en esta gran sala o gran salón. Ese que va allí es Curuzú Cunico. Lo ha de conocer usted o ha oído hablar de él.

-Sí, sí, por cierto; Curuzú Cunico es un...

-¡Silencio! Asímesese a esos ventanales y contemple. No me refiero a los árboles. Asímesese. Verá más conocidos.

Me asomé. Los árboles multicolores habían desaparecido. Sólo vi un sin número de galerías que partían en todos los sentidos imaginables. Algunas de ellas se veían sólidas, duras; otras, se veían blandas, gelatinosas. Me volví para seguir mi diálogo con Eufobina. Ya no estaba; ya habíase hecho humo aquella gran sala; ya no quedaba nada de aquella magnificencia admirada por mí hace apenas unos segundos antes. Todo era abrupto, frágil. Era, sobre todo, vacío; no se divisaba a nadie en ninguna parte.

Caminé. No sentía la aspereza de aquellos sitios; las asperezas pasaban bajo mis pies y mis pies avanzaban. Me repetía a cada momento:

-¡Colomba! ¡Dintel!

Y esta palabra: Dintel; esta palabra me llevó a hacerme sueños y más sueños:

Yo escribiría un libro pensando en ella; yo le obsequiaría este libro a ella; ella lo leería y a ella le gustaría mucho, mucho este libro que yo habría escrito para ella.

Habían cesado esas asperezas. Largos, larguísimos caminos se extendían ante mí. Me recordaban los caminos polvorientos que yo, allá en la superficie, atravesaba cuando me hallaba en el campo.

Pero aquí se atraviesan los caminos de otro modo. No sabía, en verdad, si yo avanzaba o si ellos avanzaban. Esto me recordó a Malvilla cuando caminaba por las calles cerca del San Lito. ¿Era él, era Malvilla el que así se confundía? Me detuve a buscar en mis recuerdos. No duró nada mi búsqueda. Mi atención fue llamada por otra cosa: Vi a Bárulo Tarata.

Me dirigí a él. Tarata se alejó. Redoblé mi paso. Tarata se alejó siempre. Le grité:

-¡Buen viaje, mi señor don Bárulo!

Mi grito se perdió en la nada. Él no creo yo que lo haya oído. Estaba yo en un tubo larguísimo y caía verticalmente. No, no caía yo; el tubo subía a mi lado con vertiginosa velocidad. O yo..., o él..., o yo... ¿Quién sube; quién baja; quién, quién? Ambos llevábamos un movimiento contrario.

Cuesta trabajo llegar hasta donde tú te hallas, Colomba. Ya estoy fatigado; o esta Tierra ha crecido. Veo la profundidad en que me encuentro: 2.100.000 metros; es decir, un tercio de tu morada he recorrido; me faltan aún más de 4.000.000 de metros. Es algo increíble. Estoy extremadamente fatigado. Todo gira, gira a mi alrededor. Gira de una manera que

no me es habitual; he usado el verbo "girar" porque no encuentro otro más apropiado. Voy a explicarme:

Girar es que algo... Claro, es "moverse circularmente". Esto lo dice el diccionario y es exacto, es exacto, exacto... ¡allá! Aquí, a 2.100.000 metros de hondura, deja de ser verdad. Sin embargo todo gira. ¡Todo gira! Las galerías, las interminables y oscurísimas galerías; el espacio baldío, ese espacio que nos sirvió de tema de charla con Palemón; el salón con sus parejas, con la orquesta invisible; los camareros que ofrecían copas y más copas (¿por qué no me serví ninguna copa?); la bellísima, la tan bella de Eufobina Colliguay, la hermana de la más bella aún de Rubí; los árboles en todas las estaciones simultáneamente; a mí me gustó sobre todo el otoño... ¡qué lindo es! Pero no vayamos a pensar en otras cosas. ¡Eh, mente, quieta!

Es necesario una lazada y apretarla fuertemente para poder retenerte a ti, mente escarridiza. Tú vuelas y vuelas, a velocidades increíbles y así, volando, burlas nuestro dominio sobre ti.

Me equivoco. La mente es como siempre debiéramos ser nosotros, siempre, siempre: volar y volar a velocidades inimaginables. ¡Qué hermoso, qué enorme sería! La mente sola, sin frenos de ninguna especie, parte. Yo la veo que se marcha; se aleja; se pierde... No es posible que se aleje y se pierda. Salgo entonces tras de ella, salgo a velocidades más que inimaginables. Pues a una velocidad inimaginable tendría la misma velocidad que ella y no nos podríamos alcanzar jamás. Seguiríamos eternamente girando...

¿Tener una velocidad mayor? ¡Sí, ésta sería la solución, una velocidad mayor! ¡A esta velocidad voy! Alcanzo a mi mente, la aventajo, me doy vueltas y la espero. ¡Y la veo!

He dividido en dos: mi mente y yo. Yo, por lo tanto, no soy mi mente. Yo soy sin mente. Al ser sin mente...

¡Qué aburrimiento atroz! ¡Esto es mortal!

Es la superficie la que me persigue, la que se aferra a mí apenas bajo unos metros y hace funcionar a ésta mente maldita. La mente y la superficie son una misma y sola cosa.

¡Cómo pasó Bárulo Tarata! Era un ser que ya se había desprendido totalmente de su mente... de su superficie.

Estoy ahora a 4.000.000 de metros de hondura. Esto que me rodea puede ser un espacio baldío como puede ser el más magnífico de cuantos salones existan. No quiero ni espacios baldíos ni salones suntuosos. Quiero una pieza, una pequeña pieza y nada más: un sofá, una cama, un velador, dos o tres sillas, un estante y nada más. Así, así; me siento bien en esta pieza. Golpean.

-Adelante.

¡Don Irineo Pidenco!

Yo

¡Qué gusto de poder ver a usted, mi señor don Irineo Pidenco! Es, en verdad un placer inefable. Siéntese, amigo mío, siéntese donde mejor le plazca. Sentado estará usted más a sus anchas y así podremos charlar y charlar como en esos tiempos, ¿los recuerda usted?

PIDENCO

Sí, mi señor, sí los recuerdo; mi memoria se ha mantenido fiel y me visita a cada momento; entonces, lo primero que ella hace, es traerme esos recuerdos, como usted ha dicho, de esos tiempos, sí, sí, de esos tiempos. Ahora, creo yo, todo ha cambiado un po-

quitín, eso es, un poquitín y, si no es demasiado grande mi osadía, diría que ha cambiado, es decir, ha trocado... —mejor sería decir: se ha trocado o variado un...— en fin, no logro explicarme como quisiera, pero su alta, su tan alta sapienza sabrá suplir mis deficiencias, eso es, mis poco nobles deficiencias.

Yo

¿Usted con deficiencias? ¿Y poco nobles, por añadidura? Usted está haciendo bromas y nada más que bromas, don Irineo. Es usted uno de los grandes personajes que he conocido yo en mi vida, de los muy grandes personajes.

PIDINCO

Eso es exagerar, mi señor Borneo. Sí, sí, una exageración muy grata para mí, una exageración que, sin duda, he de deber a...

Yo

... mi alta sapienza. Esta alta sapienza me dicta ahora que le haga yo un pedido a usted, ¿permite?

PIDINCO

¡Por cierto, señor mío, por cierto! ¡Mande usted, mande y, créame, encontrará en mí a un ser que sólo desea poder corresponder a esos deseos suyos. La palabra ésa, esa palabra se precipita en mi léxico: desear. Desearía... ¡oh, perdón!, quisiera complacer a usted en lo que fuera, sí, eso es, complacer a usted en lo que anhela. Sería mi mayor ambición.

Yo

Tantas gracias, don Irineo. Es usted de una amabilidad sin igual, una amabilidad que agradezco de todo corazón.

PIDINCO

¡Oh, tantas y tantas!

Yo

De nada, don Irineo. ¿Puedo ir a mi pedido?

PIDINCO

Lo escucho, mi señor, y obedeceré.

Yo

Cuénteme usted lo que le ha ocurrido desde aquel día, usted sabe, el día de sus funerales, el día en que fue usted depositado en el nicho N^o 33514. Espero pueda usted hacerlo, ¿no es verdad? ¡Cuéntemelo, por favor!

PIDINCO

No hay inconveniente alguno, mi señor; será, al contrario, un gran placer, doblado de un honor, satisfacer a usted en este pedido, sí, en este pedido. Lo que me atrevo, eso es, me atrevo a insinuar a usted, siempre que esta insinuación no vaya a convertirse en una orden, me atrevo a..., usted perdonará, a sugerir a usted, mi señor, que cambiáramos de sitio, sí, que cambiáramos; así podríamos movernos un tanto y esto de moverse facilita las narraciones. Estamos algo encerrados en este pequeño cuarto; este encierro puede dificultar mi narración.

Yo

¡Por supuesto, mi gran amigo, por supuesto! ¡Arriba y salgamos de este cuarto! ¡Recorramos todos los puntos que usted ordene! ¡Quiero oír su narración!

Salimos del cuarto.

Una duda me asaltó apenas hubimos traspuesto el umbral de la pequeña puerta: ¿éramos nosotros los que habíamos salido o era el cuarto el que había salido de nosotros? Pensaba en esto cuando miré a mi alrededor: era la inmensidad. Aquello se extendía y se extendía con una cercanía siempre presente.

Medité en esta frase:

“Una cercanía siempre presente...”.

Luego busqué en mi cabeza la manera de poder expresar esta idea, otra manera que diera con más precisión, que calzara mejor con lo que quería yo decir.

No existía esa manera. Vi un sombrero de copa que revoloteaba junto a mí y oí una voz mas no vi a nadie que la profiriera:

—Digno caballero, someteos a vuestras reglas lingüísticas y así el mundo os abrirá sus miles, sus cientos de miles de secretos; caballero, os lo ruego: someteos.

Ya habían desaparecido esas galerías, esos innumerables túneles; habían desaparecido a su vez las plazas o terrenos baldíos; habían desaparecido todas las asperezas, las rugosidades, todo. En un principio no hallé nada de extraño en esta desaparición pues medité así: una aspereza necesita un sostén donde producirse; aquí no hay semejantes sostenes; las asperezas no pueden, por lo tanto, existir.

Quedé satisfecho con mi raciocinio.

De pronto lo vi pequeño, pequeñito, ínfimo frente a aquellas inmensidades que por todos lados nos rodeaban. Quise dirigirme a don Irineo. No, no valía la pena hacerlo. Él seguía a mi lado, seguía y seguía siempre, por una eternidad. Y sería una eternidad de silencio. Sería una eternidad en lo infinito. Creí, en un momento que iba a estallar. Pero me calmó una cosa: don Irineo Pidenco hablaba; su voz resonaba en el infinito tomando, a su vez, sonos infinitos.

PIDENCO

... y yo creo, mi señor, si ello no es muy demasiado aventurado por parte mía, creo que ello es un error, un grave error. Oso siempre preguntarme, sí, a mí mismo porque yo no tengo la osadía de interpelar a los demás:

—Ir a ver... ¿qué?

Sé que hay gente sumamente sapiente —entre las cuales no voy a incluirlo a usted, señor Borneo; su sapienza es verdadera y es enorme—, muchísima gente que le dirá:

—Ir a ver lo que hay, ir a ver cómo es, cómo es.

Por eso van y ven. Al menos ellos llaman ver; yo lo llamaría haber cambiado de sitio, eso es, de sitio y nada más. Cierto, es cierto, señor mío, ahora podrán catalogar, eso es, catalogar. Lo que a ellos les gusta, catalogar.

Sí, mi señor, así se amontonan y se amontonan esos libros. ¿Son libros de sapienza? Es lo que yo siempre he puesto en duda. Porque me basta ahora mirar en torno mío. Ahora, sí, ahora es lo que me basta. ¿Antes? No, naturalmente, no había visto tanta y tanta grandiosidad. Pero oso suponer que para algo tenemos una cabeza y en ella un poco de inteligencia. La imaginación, eso es. Yo lo había imaginado allá...

¿En la superficie, dice usted, señor mío?

Comprendo, comprendo; usted se digna hablar de la superficie terráquea, sí, terráquea. Claro está, es así como ustedes ven. Una superficie y, bajo ella, un... un... un fondo que ya no es la superficie. Tal vez su sapienza se halla engolfada en esferas por mí inimaginables. No puede ser otra cosa.

¿Yo, señor? Yo me encontraba en aquel momento cerca de una ventana y miraba para fuera. Veía campos y más campos. Fue en el fundo de Lo Gay, eso es, Lo Gay, el fundo que perteneció al tan distinguido señor don Florencio Naltagua. Ya lo verá usted por aquí, ya lo verá. Cuestión, nada más, de afinidad. Sí, sí, me he confundido un tanto. Lo Gay, eso es, la ventana aquella por donde yo miraba los campos y más campos. En realidad miraba otra cosa: las Pespas, eso miraba, las Pespas. El señor don Florencio las cultivaba en gran escala. Sí, sí, son hermosísimas. Le decía a usted que las miraba y entonces me pregunté, usted comprenderá, esa costumbre que tenemos allá, la costumbre de hacernos preguntas y esperar que venga la respuesta... La respuesta ha de venir de nuestra mente, ¿no lo cree usted?

Eso es, señor mío, eso es. Yo he llegado a dudar sobre nuestra constitución, esa constitución que tenemos en la Tierra...

Justamente, señor mío. Mi mayor tiempo se me iba en pensar y pensar sobre temas similares. ¡Oh, las Pespas! Era un real, un completo refrigerio cuando llegaban a mí.

No, mi señor, no, no lo lograba. He osado pensar, y ahora confirmo este pensamiento, que nosotros allá no éramos libres. Exacto, exacto. Dependíamos de la mente. Ella nos hacía divagar a su arbitrio.

¿Aquí? Bueno, bueno, osaré decirle, mi señor, que los puntos de comparación son hartó dificultosos. Hay que hacer todo un largo proceso... proceso... ¿cómo lo llaman ustedes? Eso es, señor mío, usted perdonará mi memoria tan mala para las cosas terrenas; un proceso intelectual. Se acaba con esto la rapidez, sí, eso es. No puede usted imaginar cuánto me fatiga esta manera de comportarse en el vivir. Sí, sí, me he acostumbrado a la rapidez: no se necesita explicar nada, todo está de antemano explicado y entonces se trabaja de lo explicado para adelante. Y no hay tampoco eso del antes y del después.

Exacto, mi señor, su sapiencia es inconmensurable. Yo aquí veo eso del antes y del después como el freno que ustedes tienen allá en la Tierra. Es algo inconcebible. Sí, sí, inconcebible.

Para que algo suceda, es decir, para que algo se haga presente a los ojos, tienen que suceder otras cosas antes... Antes...

Si su sapiencia lo ha mencionado tiene que ser así, mi señor don Onofre, tiene que ser así. Es claro, la sucesión en el tiempo; lo que es primero no puede ser segundo; lo que es segundo no puede ser tercero...

Naturalmente, esto cambió mucho para mí. No, no lo crea, mi buen señor. Sí, difícilísimos. Así lo espero. He de llegar a vivir momentos mejores. Usted perdonará pero no tengo otro medio que el de expresarme así, eso es, así con el lenguaje que a usted, mi señor, le es habitual.

Pero yo le hablaba de otras cosas, de las Pespas, ¿no es así? Yo le hablaba de esa manía de catalogar. Yo creo, señor —y usted perdonará mi audacia— que a los hombres les gusta mucho andar por las calles con un libro bajo el brazo. Eso ha de ser. Sí, sí, un libro de catálogos. No, no tengo de eso que ustedes llaman inteligencia. No me hace falta, ni la menor falta. Por cierto, señor mío, otras ocupaciones. Llamémoslas así: ocupaciones. Ellas son las que me ocupan. Pero, ¿inteligencia? Usted perdonará pero yo nunca la he tenido y gracias a ello aquí estoy, sí señor, aquí.

Porque la inteligencia es... es... Sí, señor, eso es. Yo no soy ni nunca he sido un especulador. Yo me contentaba con lo que había y nada más. Claro está, eso sí... ¡Los garbanzos! Me creará usted, señor mío, que ellos son lo único que lamento. ¡Oh, qué ganas me

dan de volver a esos mundos de los garbanzos y, con un gran plato frente a mí, olvidar nuestros sinsabores...!

Sí, mi señor, esos sinsabores nos siguen y nos siguen por todas partes. Es algo terrible, mi señor. Yo, como las demás gentes que aquí habitan, trato a menudo de burlarlos, de engañarlos. Pero es inútil. Ya se lo digo, ellos siguen y siguen.

Tal vez, tal vez, con el tiempo... Pero el tiempo es una idea de allá, de la superficie, para que hablemos el léxico que le es a usted habitual. Aquí hay otra noción de eso que llamábamos "el tiempo" allá. ¡Oh, allá, allá...!

Lo digo así, con penuria, pues estoy sometido a él... Se ha expresado usted a las mil maravillas, señor mío. Usted penetra en los más recónditos pensamientos de sus semejantes. Y le pido a usted, ¡por favor!, que disculpe este atrevimiento de mi parte: llamarme yo, yo, este mísero de Irineo Pidenco, como ustedes me apodaban allá, llamarme un semejante de usted.

Eso es, mi señor Borneo, eso es. Su sapienza, su sapienza...

Por cierto, es lo que hago, lo que no me canso de hacer. No, no, no siempre. Sí, logro distraerme un tanto, hasta el logro con toda plenitud; pero volvemos a esa cuestión de lo que ustedes llaman "tiempo". Eso es, eso es. Usted me ha comprendido. Tantas y tantas.

Es lo que me distrae, es lo que me saca de allá y me hace... me hace... ¡Eso es! Me hace volverme a este mundo. Sí, sí, es algo grandioso. Miremos un rato. Le llama a usted muchísimo la atención. Lo entiendo perfectamente; es... es... ¿cómo era el nombre que le habían puesto...? ¡Eso es, señor mío! ¡Neptuno!

Lo consideran ustedes un planeta, ¿verdad? Ahora podrá ver qué de errores cometían, sí, cometían...

Sí no es una osadía mayor de mi parte voy a suplicar a usted que contemple ese Neptuno desde aquí y entornando un poco los ojos. La cabeza también... Eso es...

¿Le extraña a usted? La plazoleta Fray Tomate. Comprendo, sí, comprendo. La plazoleta Fray Tomate está metida en Neptuno; o Neptuno está metido en la plazoleta.

Ese es el edificio que usted, mi señor, habita; al lado o un piso más bajo, habita el tan distinguido señor Angol. Acaso lo podamos divisar, sí, eso es, divisar. ¡No, no, no! ¿No la reconoce usted? La señorita Teodosia, Teodosia Huelén... ¡Por cierto, mi señor, por cierto! Es la señorita Huelén, como ustedes la llamaban allá, de una sabiduría sin igual, sin igual.

Si usted se concentrara un poquitín más y... y... y abandonara los hábitos ya adquiridos, eso es, ya adquiridos, comprendería con toda claridad esto que se presenta a sus ojos.

Bellatrix... Sí, esa es: Bellatrix. La señorita Huelén me lo informó. Claro está, ella reía y reía mientras me decía este nombre. Yo no supe qué hacer; al fin reí también.

No, mi señor, no reímos como allá, no; pero el equivalente es igual, perfectamente igual aunque tiene...

¡Oh, perdón, mi señor! Bellatrix, hablábamos de Bellatrix. Sí, ella es, es decir, que es ella, sí, pero...

Su sapienza, su sapienza... Ella le permitirá adaptar su visión de otro modo. No creo sea cosa dificultosa. Claro está. Junto a esa que ustedes llaman estrella... ¡Ah, sí, sí! ¿Permite usted una explicación, pequeña explicación, de parte mía?

Oh, tantas y tantas.

Tal vez usted lo vea dentro de Bellatrix. ¿Yo? Aquí nos engolfaríamos en un cúmulo

de explicaciones... Y, usted sabe, yo no creo mucho en esas explicaciones; ellas llevan al catálogo, eso es, al catálogo.

La Prisión Legal... Curacopque, el manganeso, si usted permite, si usted permite... Antares... El océano Pacífico... La Taberna de los Descalzos... Vacío, nada más que vacío, para su modo, eso es, su modo de clasificar... Pero viéndolo así...

¿Le molesta a usted mucho este cambio de valores para mirar? Es algo muy contrario a lo que tiene usted costumbre pero, en el fondo, es lo mismo, es una cuestión de hábito y nada más.

Ahora voy a permitirme, si no ve usted inconveniente mayor, llevar a usted...

No pude más. Me rendí. Felizmente alcancé a gritar que quería irme, irme, irme. Me creía lejos, lejísimos. Don Irineo accedió y, acto continuo, estuvimos en el punto de partida.

Ahí me despedí de él; ahí pronuncié tu nombre, Colomba; ahí me deslicé por un túnel vertical.

Es así como he llegado hasta ti, Colomba.

48

¡Colomba! ¡¡Colomba!!

Aquí estoy nuevamente junto a ti. Todo es paz a tu lado. Debo recogerme a tu lado. Tengo que vivir siempre a tu lado. ¡A tu lado! Y debo dejar que allá se revuelva la vida, que se peleen ellos con buenas palabras. Yo no quiero ya ni buenas ni malas palabras. Quiero paz —¿me entiendes?—, paz, paz. Ya brotará la semilla. Si no brota ninguna... ¡mejor! Será la paz completa.

Estoy fatigado. Es horrible cómo me fatiga alternar con ellos. No, no es mi eterna charla con Palemón de Costamota. Palemón está bien, Palemón me distrae. Sí, es verdad lo que tú dices: oigo su hablar y yo murmuro: Colomba.

No es tampoco la música de los bailables; no es ver y cambiar algunas palabras con Eufobina Colliguay; por cierto que no es ni podría serlo don Irineo Pidenco. Don Irineo me hizo mirar al gran planeta, a Neptuno. Rubén de Loa, tú lo sabes, es un buen amigo mío, muy buen amigo. El cínico de Valdepinos me divirtió una enormidad con su ojo que gira y gira. El doctor Hualañé... Una persona enorme, con o sin arpón tras él, una persona enorme; yo podría pasar mi vida cambiando ideas con él. Estelano Huelchenco habló de cosas... ¡Oh, Malvilla! Es un tipo impagable porque...

Callemos.

Silencio.

Estoy fatigado. Quiero reposarme, quiero que esa paz que a ti te rodea, penetre en mí. Quiero inclinarme ante tu belleza sin igual. Quiero que el mundo desaparezca más allá de nosotros dos, que desaparezca, que se borre, que no exista ni que nunca haya existido.

Entonces habrá un mundo de nosotros.

Callemos.

Silencio.

Estoy fatigado por... ¿Sabes tú cómo llamo yo a eso que me fatiga, que me rinde? Schit, ¡schiiit!, ¡¡schiiiiiiiiit!!

Te lo diré así, sin hablar, en un secreto que no se dice:

Colomba, lo que me fatiga son *las pequeñas cosas*...

¡Silencio!

No hablemos de ellas. Hablar de ellas me derrumbaría más, mucho más. Quiero alzarme, quiero ser grande, inmenso. Entonces podré entrar y salir, salir y entrar, pasearme a mi antojo... en tu mundo, Colomba.

Pero están las pequeñas cosas.

Te lo leeré, mi Colomba:

De cuando en cuando siento deseos locos de ir a cumplir un deber vago y firme; no formulado aún pero que siento hervir en mí. ¿Cuándo estaré en la razón, en estos momentos o en los otros? Ahora, sin duda, cuando siento estos deseos; puesto que ahora siento más, pienso más, me contraigo más en mí mismo. En los otros momentos me entrego a los demás. ¿Puedo seguir así, sintiendo tanto en mí y entregado a la nulidad? ¡No, no! Debo recordar este momento y empezar a trabajar; debo ver, de una vez, cuál es mi misión oculta; una vez que lo consiga, ponerme a la obra. ¡Sí, a trabajar bajo los grandes árboles! ¡A trabajar encerrado en mi taller!

Un deber vago y firme...

Creo que no hay ninguna contradicción en estas palabras. Haces bien en decírmelo: el deber es vago puesto que no ha sido hecho aún; pero él es firme. Él es mi firmeza. ¡A ella quiero ir!

Pero están las pequeñas cosas.

He despertado. Es una mañana hermosa, una mañana con sol, de cielo azul. Todo el mundo va por las calles, en San Agustín de Tango; va por los caminos polvorientos en los campos. Es una linda mañana.

Pero es la mañana. Es la hora que aborrezco. El despertar...

Despertar es recomenzar la existencia. ¿No lo crees tú, mi Colomba? Las horas pasarán lentamente junto a nosotros. Y tú las verás pasar atraída por esta lentitud.

A tu lado hay gente que no tiene tiempo para nada.

¡Se avecina el crepúsculo! En el cielo se lee la palabra: PAZ. En el fondo de la Tierra sé que también está escrita esta palabra. Porque estás tú en el fondo de la Tierra.

Yo me cojo a esa palabra. ¡El crepúsculo es una maravilla! Es la hora de otros seres. Sí, por cierto, los veo aparecer por todas partes. Claro está, son traviesos, tienen que serlo puesto que van a cumplir un deber. ¿Me contradigo? ¡No, no, mi Colomba!

Oye sus cantos. ¡Todos ellos cantan! Es una verdadera algarabía a tu alrededor, es una locura. Por eso tú estás callada, tú estás... ¿Tú? No; yo estoy callado y tengo un lápiz en mi mano.

Copio sus cantos. Y sonrío. Sonrío sin que ni un músculo se haya movido en mi rostro.

Es el crepúsculo... Ya es la noche...

Ni un solo músculo se ha movido en mi rostro.

Tú me faltabas, Colomba. Es una noche como el día, hay gente, hay bulla, hay fiesta. Busco, en vano, esa paz tuya. Contemplo, en mi imaginación, los altos picachos cordilleranos y hago, de memoria, el viaje al centro de la Tierra hasta encontrarte a ti.

Hay fiesta. ¡Qué alegría muestran todos! ¿Te volveré a ver, mi Colomba?

Tenía que hacerte una pregunta. Esta pregunta la hacía yo mientras los demás bailaban y reían. Ahora, en esta paz, te la puedo hacer:

—¿Por qué se sufre?

Malvilla me lo ha dicho; lo has de recordar muy bien. Él no fuma opio ni bebe alcohol. Por eso medita en este sufrimiento de los hombres.

¡Ha perdido, ese Malvilla! Ahora medita en cosas tristes y, en cambio, antes gozaba con todo...

Esto es lo que dirán todos; no habrá excepción en este decir. Antes, gozar; ahora, sufrir: ¿Por qué se sufre en este mundo?

Yo sé que hay que sufrir. Naturalmente, existen miles de maneras de sufrir; el hecho de sufrir no es una medida para juzgar a la gente.

Las viejas dirán que es cuestión de temperamento...

No creo en los temperamentos.

Yo creo en otra cosa. Óyeme bien: creo en las estatuas que no se mueven, que ahí están; ahí están inmóviles e indiferentes; ahí están mudas. Como estás tú en este momento: inmóvil, indiferente, muda.

Los hombres pasan al lado de ellas y no las ven. Los que estaban predestinados a tener un comercio con ellas, beben y fuman opio, como Malvilla que bebía y fumaba. Estos hombres temen la visión que, de un momento a otro, puede presentárselas con un aspecto atroz. Beben, fuman opio o se entregan a desesperarse de cualquier modo. ¡Huyen de esas estatuas!

Entonces... ¿es nuestro destino sufrir? Dímelo, Colomba, ¿es tal nuestro destino?

Gente que aún no ha encontrado el centro de la Tierra; gente que ama conversar con Palémón de Costamota y con todos esos seres que van apareciendo a medida que tú vas hacia el centro de esta Tierra. Si no es con uno, es con otro. Conversan y conversan; ven a Neptuno, a todos los satélites y a todos los astros del cielo. Han hecho, pues, algo enorme, algo inmenso.

He visto sonreír a las estatuas.

Paciencia.

Nuestro destino no puede ser sufrir; nuestro destino debería ser dichoso; debería ser la dicha misma. Puesto que hay estatuas.

Entonces, Colomba, ¿por qué se sufre?

No atino a comprenderlo. Las explicaciones que me des han de ser explicaciones, han de ser catálogos, eso es, catálogos y nada más que catálogos, como ha dicho don Irineo.

Las viejas han de tener un poco de razón: el temperamento. Tendríamos que ver qué es el temperamento.

Tras él yo salgo y voy por las calles, por las avenidas, entro en los parques, en el Zoo de San Andrés; entro también en el... en el Cementerio Apostólico.

Allí hay muchas tumbas. Pero ahora no quiero hablar de esas tumbas. Callemos.

Hablemos de mi amigo Rubén de Loa. Me siento bien cuando voy donde él. Y Macario Viluco...; y Mamerto Masatierra... ¡Inefable!

Claro está que yo sé todo eso, todo lo hablado por Rubén. Es algo que aburre de tanto oírlo, es algo que traemos desde nuestro nacimiento dentro de nosotros. Sin embargo...

¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Es verdad. Saber es una cosa. La gente se contenta con saber. Tienes toda la razón: hacer es otra cosa, es algo diferente. Sí, toda la razón. Déjame repetir tus palabras para que ellas se incrusten bien en mi cabeza:

Cada trabajo, cada trabajito de esos es una enormidad. Repito: una enormidad. Tú sabes cómo juzgo yo un trabajo. Lo juzgo como tú me has enseñado a juzgarlo. ¡Es la verdad, mi Colomba! No debería, por ningún motivo, olvidar tus palabras:

"Es la aplicación que cada cual ha puesto en ejecutarlo".

DINTEL... ¡DINTEL!... ¡¡DINTEL!!

Tengo un trabajo ante mí. Te aseguro, Colomba, que es un trabajo arduo el que tengo ante mí.

Verás tú que será hecho. Tantos tomos, tales caracteres de la imprenta, distribuido...

Callaré. Esto me ha traído a la memoria a mi amiga y, con ella, a todos los astros del firmamento. Tú debes saber de quién hablo: de Teodosia Huelén.

Ya no está en la Tierra.

Está fuera, fuera...

¿Qué es estar fuera de algo? Cuando pienso en ello siento que me engolfo en lucubraciones y lucubraciones... Al fondo veo un catálogo. Y yo me veo caminando por las calles y avenidas de la ciudad.

Caminemos, caminemos.

Son los campos de Quintrilpe. Hay sol; ahora está nublado; ahora llueve; ahora todo es barro; pero ha salido de nuevo el sol. Caminemos, caminemos.

Dime, Colomba, ¿para qué estamos en la Tierra? Podríamos ir, ir más lejos, a distancias inconcebibles...

Tienes razón, tú siempre tienes razón: donde fuéramos, sea donde sea, estaríamos siempre a igual distancia. Lo estaríamos tanto en nuestro interior como en...

Nuevamente tienes razón, debo liquidar esas carpetas. ¡Son tantas, tantas! No había pensado en ello: después de liquidadas aparecerán otras y otras y otras. Las carpetas son inagotables; una carpeta produce a otra y esta última carpeta produce a otra, y ésta...

Estoy sometido al trabajo diario. Debería permanecer aquí en el fondo de la Tierra. Aquí no se trabaja como nosotros, allá en la superficie, llamamos trabajar.

Es claro... Se trabaja de otro modo. Se trabaja en la pura contemplación. Yo te contemplo a ti, Colomba; al contemplarte mis ojos se vuelven hacia mí; al volverse... pienso.

Sí, sí, lo noto: mi pensamiento, al venir de ti, está conectado con todo el resto del Universo.

Yo soy los astros; los astros son yo.

Esto es grande, es inmenso.

¡Inmenso!

Pero oigo una música de bailables. Quiero ir a ella. Quiero bailar... No, yo no quiero bailar; no soy bailarín; he dado uno que otro paso de baile y eso es todo. Pero quiero ir, ir a oír de cerca esa música bailable... Así veré a...

Silencio.

Es verdad, estoy en el centro de la Tierra; estoy contigo, mi Colomba. Contigo es diferente todo. Contigo es... ¡la paz!

Te lo he dicho y te lo he repetido mil veces: la paz...

Es aburrida la paz, Colomba mía.

Tal vez sean los ecos de esa músicaailable los que hacen levantarse el aburrimiento de esto que es la dicha misma cuando la veo lejos de mí.

Has dicho, otra vez más, la verdad absoluta: necesito, pido, el contacto. Porque no es tanto ver a Fulano y a Mengano; que ellos estén ahí; yo, saber que ellos están ahí; y que ellos sepan también que yo estoy ahí. ¡Todos estamos ahí!

Suena la música. Porque estamos todos ahí.

Silencio.

Callemos.

No se trata de música ahora; menos de músicaailable. Así es que callemos.

Silencio.

Leer...; leer...

Ello me cansa como caminar por los senderos del fundo; ello es pesado como subir por una cuesta. Yo quiero el reposo, nada más que el reposo, así, junto a ti, Colomba mía.

¿Por qué me llamas de ese modo?

Yo soy Onofre Borneo, Borneo, sí, ese es mi nombre.

¡No, no! ¿Desobedecerte? ¡Jamás! Mi vida la he puesto a tu entera disposición. Es verdad; hay una confusión. Estoy de modo completo a tu disposición. Claro está. ¡Ordena! Yo obedeceré.

Onofre Boroa.

Boroa...

Boroa...

¿Y mi padre, Colomba? Él se casó con doña Trinidad Calama; tú comprenderás que doña Trinidad Calama casó con don Eleuterio Borneo, sí, Borneo...

Ahora, será casada, o habrá sido casada con... ¡Oh, no es posible, no es posible!

Piensa un poco, Colomba: don Eleuterio Borneo fue un grande, un inmenso hombre de...

Bien, callaré. Oiré tus órdenes. Te obedezco.

Comprendo perfectamente: el viaje que hizo la tan linda de Teodosia Huelén, ese viaje en línea recta perforando la Tierra; lo recuerdo con toda nitidez. Fue un fracaso pues, por más que buscó allá en la isla de Borneo, no encontró ningún Borneo o si lo encontró...

Pero yo he de callar.

¡Ordena!

Ha de callar Onofre Boroa.

¡Silencio!

¿Quieres que Onofre Boroa te lea algunas páginas del pasado? Si eso quieres, lo haré.

¡Vengan, vengan esos cuadernos de otros tiempos! ¡Vengan! Todas las cosas se mueven con sólo tú desearlo. Aquí están esos cuadernos. ¡Tanto tiempo que mis manos no los tocaban...!

Dormían, dormían en un cajón, arrumbados en el olvido. Sí, ahora veo ese cajón, lo veo. ¡Oh, no, nunca tuve la idea de separarme de ellos! Ahí estaban y ahí quedarían. Hoy despiertan, hoy resucitan, hoy van hacia ti felices.

¿Yo? Doblegado ante ellos.

Yo escucho tus órdenes y las obedezco.

Fecha: 1912.

¿Te das cuenta? En ese año no era yo. Aunque tienes razón, la tienes enteramente. ¡Otra vez el tiempo ha venido a inmiscuirse conmigo!

Pero piensa, mi Colomba: 1912 y ahora estamos en 1960; son, pues, 48 años que nos separan de...

Hablo demasiado; callemos. Que nazca otra voz en mí y que, esa voz, lea en los cuadernos. Yo, mientras tanto, mientras esa voz resuene, me encogeré en tu silencio; yo me agacharé hasta no sentirme a mí mismo.

Bien. Leeré:

Cuando Huinchita Pin no me quería. Sentía su ingratitud con la música: *Adiós al piano*, tocado por un amigo. Es de Beethoven. Siento fuerte y súbito mis penas, mi esencia o característica de entonces, lo que sufría sin sufrirlo ahora. Me diviso vagamente triste y solitario escribiendo, o en fiestas de mi hermana María, o yendo al salón de patinar.

Siento fuerte y vagamente lo grande y noble que seré, lo feliz que seré, los miles de trabajos grandes también; pero lo siento confusamente. Se caracteriza en mi escritorio verde, muy bien arreglado y yo en él trabajando.

Veamos otro cuaderno, mi Colomba. Eso es demasiado pretérito. ¡Huinchita Pin! No la he vuelto a ver desde hace ya...

¡Sí, otro cuaderno! Otro cuaderno más cercano a nosotros, que se aproxime más al centro de la Tierra. ¿Encuentras tú que hablar así es divagar?

Bien, seriedad y leamos: fecha: 1914. Hace, pues, la suma de 46 años. ¡Me llevas demasiado lejos, Colomba! ¿Qué puedo hacer con esos años, con esos 46 años que se desprenden de mí sin colores ni formas de ninguna especie?

Bien. Leeré:

He aquí el consejo que más oigo, que ya me es como un zumbido de moscardón en día de verano:

"El hombre no debe jamás, ja-más, considerarse superior al trabajo que está haciendo".

Por lo tanto:

En vez del hombre buscarse trabajos altos, a su altura, rebájese su capacidad, su entendimiento y su conciencia al nivel de un vil trabajo...

(Naturalmente estoy hablando de mí; no hablo de los otros).

El fin aspirado es, pues, trabajar, no importa en lo que sea, ni dónde, ni cómo, ¡trabajar!, que todos los órganos funcionen, que los papeles se amontonen, que el sudor corra, que uno tenga las apariencias de un notario...

¿Qué importa cultivarse, para qué refinarse, con qué fin alzar la vista más allá del fango? ¿Para qué tratar de dominar el mundo con la inteligencia elevándose hasta adonde al hombre le es dado elevarse?

¡No, señor, no, no! ¡Trabaje, trabaje! Corra, meta bulla, agítese, gane dinero! Sí, señor, sí, sí!

Les he contradicho algunas veces. Me han demostrado que estoy en un error. Pues dicen que el hombre, como ellos, es un gran factor económico.

Es la aspiración...

Es la aspiración de los que me quieren: hacer de mí "un gran factor económico".

¿Sabéis lo que yo entiendo por "un gran factor económico"? Pues un burro de carga, de esos que trabajan y trabajan y sudan y sudan y pujan y pujan...

Un color empiezo a divisar en esos años incoloros; hay en ellos una forma que se precisa.

Hay un grito... Sí, un grito que repercute ahora en mí.

Déjame seguir leyendo.

Yo había olvidado todo aquello, todo eso tan, tan lejano: 46 años.

Podría decir: "tan cercano: 46 años"...

¿Es lejano o es cercano? ¿Está ello en el tiempo que ha pasado y que se ha marchado para siempre?

Aunque nada se marcha. He usado mal la palabra "siempre". Pues siempre es ahora, fue entonces y será mañana.

Algo se turba en mí.

Déjame seguir con la lectura. Quiero ahondar más este cuaderno del año de 1914, el año de la primera guerra mundial. ¿Quieres?

COLOMBA

Lee, Onofre Boroa. No comentes tu pasado. Guarda silencio ante él. Haz que resuene tu voz aquí. Tú sabes lo que nos rodea. Entonces, habla.

Yo

¡Por cierto que sé lo que nos rodea, mi Colomba: kilómetros y kilómetros de...!

Silencio.

Leeré.

COLOMBA

Como han de escuchar esos kilómetros, así escucharé yo. Como ha de escuchar... ¿Me has entendido?

Yo

Te he entendido. En ese mismo cuaderno, el cuaderno de 1914, hay algo sobre el dinero. ¿Cómo es posible...? Mejor será leerlo. He escrito así:

¡El dinero!

Pronunciad esta palabra aquí en Chile y, más que en ninguna parte, veréis a un pueblo de rodillas adorando esa ilusión, ese sueño, ese ideal: ¡el dinero!

Quien vaya tras él con ahínco, el que considere su fin conseguirlo, el que se afane tras él como ante una aspiración suprema, ése será un dios y tendremos, nuevamente, al pueblo de rodillas ante él.

He aquí lo que nos han inculcado desde la infancia: ganar dinero. Esto es lo que nos han mostrado como lo único glorioso y noble en esta vida: hacer fortuna. Esto es lo que hay que venerar como venera el místico a su Dios: ganar dinero, hacer fortuna...

Nada más es admitido. Ahí principia y ahí termina todo. Esto es el alfa y omega de nuestra vida. Es el ideal. Es el sueño dorado. Es Dios.

Sin embargo —¡oh, escándalo!— yo no pienso así. Creo —pero, ¡Dios mío!, que ellos no me vayan a oír...— creo que hay en la vida algo más que ese dinero.

¡Oh, no quiero discutir su utilidad! Que me baste decir que lo considero al par del alimento y del aire que respiramos. ¡Eso es! Es exacto el dinero, el alimento y el aire; sin ellos no se puede vivir. Pero decidme, ¡Dios mío!, ¿es posible que el fin de la vida sea comer y respirar?

Señores: Aquí en Chile, ¡sí!

Déjame seguir con mi cuaderno, Colomba. No olvides que él dormía en un cajón. ¡Hagámoslo despertar! Puedo prometerte que no lo olvidaré jamás. Hago bien; ya estoy en una edad en que es necesario volver los ojos hacia atrás. ¿No lo crees tú?

COLOMBA

El pasado, el presente, el futuro... Estás aún con esa ilusión, Onofre. Yo te diría: ¡Penetra en el futuro tuyo! Entonces tus cuadernos tomarán un significado real.

Yo

Es lo que quiero: un significado real. Dice así... ¿Dice? ¿O digo yo? Se dice... ¡No! Esto está mal!

Callemos y suene la voz. Aquí hay escrito lo siguiente:

Pensar y proceder son dos cosas opuestas, al menos lo son en mí. He pensado mucho en mi vida, mientras más he tratado, en mis pensamientos, de guiarme por la razón y el raciocinio y menos por la imaginación, más me he convencido de que no hay sino la inacción.

Se piensa: se ve entonces que no se sabe nada, que todo es convencional y reducido, que las obras de los hombres son obras del momento, que estamos en una oscuridad completa, que toda acción es vana y limitada al estrecho entendimiento de los hombres.

Es así. Algunos dirán:

—¡Tanto campo de investigación!

Vamos por este campo: al principio es una luz que ciega. Se sigue y se encuentra uno con la nada, se encuentra en el punto de partida; ve que el hombre es ínfimo como un animal cualquiera...

Eso he pensado y lo he sentido mil veces. No comprendo que se obre en la Tierra; comprendo, sí, cualquier acción *siempre que se tenga de ella una clarividencia total*.

Es decir:

Que se la tome y se la lleve a efecto considerándola como algo necesario para el momento, como es comer y beber, o como algo para matar el hastío. Pero nada más.

No las comprendo cuando el que obra está convencido de lo que hace, de su importancia, de su grandeza.

¡Proceded por entretenimiento o por estricta necesidad! Pero, ¡no os imaginéis que estáis haciendo algo grande, algo trascendental!

Eso no existe, no existe.

Tengo dos amigos. Los llamaré A y B.

A se ha dedicado a la música. Anda por ahí ufano, considerándose un ser superior, un ser que, de pronto, lo hubiesen elevado hasta los cielos. Está convencido de la superioridad de la música. Yo creo firmemente que todo hombre convencido es un hombre limitado.

B es otra clase de persona. Es un hombre activo, de acción. Ha imaginado poner una crianza de gallinas pues asegura que ese negocio no ha sido bien hecho en Chile y que es algo de gran interés y conocimiento.

Los contemplo a ambos, a A. y a B. Los miro y no comprendo cómo pueden

estar tan convencidos, cómo pueden imaginar que hay algo importante, cuando... cuando...

En fin, ya me habréis comprendido.

Yo

¿He de seguir, Colomba? Esto no me da ningún placer; por el contrario: me sumerge en tiempos que ya no son mis tiempos, en tiempos...

COLOMBA

Sigue. Agota, por lo menos, un cuaderno. ¿No recuerdas que, una vez, te pedí que leyéramos tus carpetas? Es lo que ahora estás haciendo. Sigue.

Yo

Bien, seguiré. Lo que viene tiene un título: IDEAS. Seguiré con ellas. Tal vez ahí encuentre... ¡Alto! Sí, mi Colomba, seguiré. Dicen así estas ideas..., ideas... ¡No, no río! Las leo y las leeré con seriedad absoluta:

Mientras más vivo más me convenzo de la total insignificancia de todo; de todo con respecto al hombre, naturalmente, puesto que dicha convicción me ha venido al comprender que hay algo mucho más grande, mucho más alto.

Pero... ¿dónde está ese algo?

Nadie podrá saberlo jamás.

Me dirán:

—¿Cómo es posible pensar así cuando vemos diariamente un mar de hombres dedicarse, de cuerpo y alma, a estudios grandes y altos, cuando es sabido que tantas cosas son grandes y altas?

Pues, así pienso.

¡Grande, alto!

Deben convenir conmigo que eso es en relación a nuestro entendimiento, que ello es grande "para nosotros", alto "para nosotros". Ahora, por favor, pensad un minuto:

¿Qué somos?

Unos pobres seres, vanos microbios que hacemos prodigios *dentro* de lo que somos capaces de hacer, como las abejas y las hormigas. Pero quedamos atónitos, sin comprender nada, *fuera* del radio de acción de nuestra inteligencia y del radio de acción de nuestra conciencia. ¡Nada más!

Nace un hombre y empieza su vida. Veréis qué importancia dará a los ínfimos hechos que lo rodean como ser su casa, su comida, los chismes de la comadre, las opiniones del boticario vecino. Pero dicho hombre avanza y un nuevo horizonte se le abre.

Comprende que su casa está en su país y que hay otros países más que hay que gobernar. Dirige sus fuerzas a comprender todo eso y queda admirado al ver tantas regiones superiores donde obra el hombre; regiones que antes no había ni siquiera imaginado. Le vendrán ideas e ideales; luchará convencido de la grandeza de cuanto hace.

Sigue adelante, ya sea por ese camino o por otro, como el de las ciencias o las artes o cualquier otro; en fin, sigue penetrando, sigue investigando y buscando. Nuevos horizontes se extenderán ante él. Mas cuando ya vaya a llegar a la cúspide de sus conocimientos mirará hacia atrás y se preguntará:

—¿Qué he hecho? ¿Cuánto he abarcado con mi entendimiento?

Verá que nada. Verá que todos sus conocimientos, como todos los que pueden tener los hombres, no son más que datos insignificantes sobre lo que lo rodea, datos en relación a ellos mismos y no en relación a lo infinito.

Verá también que la evolución de un hombre es la misma que la evolución de los animales. Este perro viejo y enseñado *sabe* más que ese otro que acaba de nacer.

Pero ¿qué sabe?

Lo que los perros *pueden* saber...

El que ha recorrido eso que se puede saber, verá que es nada, nada más que la facultad que tienen los seres vivientes de:

Darse cuenta, *a su modo*, de las cosas que los rodean.

Me preguntaréis:

—¿Cuál es entonces el *non plus ultra* de la humanidad, el hombre ideal? Para mí —y no os escandalicéis, hombres de acción— es aquel que se convence de que todo cuanto hacen los hombres y todo cuanto pueden hacer, es sin objeto, es pequeño, es limitado, y que, si algo hace, debe hacerse por... por hacerlo y nada más, para obedecer a ese mandato que hay en nosotros que nos induce a ocuparnos en algo...

¿Por qué, entonces, yo que creo y pienso así, por qué pienso y estudio?

Pues, para poder darme cuenta de que todo es inútil. El ignorante no lo sabe. El que piensa y medita lo comprende. Comprende que todo es inventado por los hombres, en relación a sus limitadas facultades; lo comprende *desde una gran altura*.

Aquí nuevamente pregunto:

¿Gran altura?

Es en relación a los otros, nada más; así se ve como “gran altura”...

El hombre de convicciones fijas es un necio. Quien crea en la grandeza de las ciencias, de las artes, de la política, etc., es uno a quien su capacidad no le ha permitido ir más lejos para ver la pequeñez de las ciencias, las artes, la política, etc.

Todo es inventado por los miserables hombres, todo es convencional, del instante. Apenas se sale del pequeño círculo en que el hombre da vueltas y se entra en el Universo, en la Naturaleza, eso se ve. Se ve que no hay nada, que uno no es nada. ¡Hacer, proceder! ¿Para qué? Bien, si es por hacer algo o para poder comer. Pero nada más. ¿Es peor? Lo siento pero es así.

Por eso me pregunto:

—¿Para qué escribo? ¡Escribir...! ¡Noble literatura! ¿Qué eres?

Luego me contesto:

—Eres como todo, una cosa inventada por los hombres para entretenerse los unos a los otros, para engañarse haciéndose creer que eso es lo grande; para distraerse y no pensar en los misterios que nos envuelven, nos oprimen y nos ciegan...

Es convencional la literatura también, es pequeña, imbécil. ¡Oh —clamarán los literatos convencidos—, fíjese usted que va tras lo bello, ¡lo bello!

¿Qué es eso de lo bello?

Lo que satisface a *nuestros* ojos, a *nuestro* entendimiento...

Nuestro entendimiento, ¿qué comprende?

¿Comprende lo bello o lo que a nosotros nos gusta? Acordaos quiénes somos nosotros; entonces os diré:

¡Inocente, cándida literatura!

Sin embargo yo escribo y siempre escribiré; me mortificaré por escribir...

¿No es esto otra prueba de que somos unos pobres e imbéciles microbios...?

Yo

No quiero leer más, mi Colomba. Dame un rato de paz. Siento que este que nos rodea pesa demasiado sobre mí. Quiero meditar sin conciencia. Quiero dormir.

COLOMBA

Duerme, duerme...

49

Dormí con un sueño profundo, como una bestia fatigada que cae en las tinieblas. Desperté de pronto. Colomba estaba a mi lado muda y sonriente. Levanté mi mano y le dije en voz muy suave, en voz casi imperceptible:

—He salido de mí mismo, Colomba, al dormir; mi espíritu se ha clarificado y él ha volado por encima del tiempo. Ahora vuelvo a ver, vagamente, esos mundos, sí, vagamente.

Ella me respondió:

—Trae al tiempo que en nosotros sucede aquello que lograste ver, aquello que tu espíritu logró ver.

—Es una tarea dura, penosa —contesté—. Veo tan sólo una alucinación que, en ella misma, se revuelca, se enreda. A veces me da destellos de luz. Luego me turbo y vuelve aquello que es más una alucinación que otra cosa cualquiera. ¿Es que deliro, mi Colomba? Sin embargo algo se precisa, algo trata de formarse, de dibujarse, de hacerse real. ¿Qué puede ser todo esto, todo lo que gira en torno mío?

—No te apresures, avanza con calma. Tú lo sabes: yo aquí, en silencio, esperaré y escucharé. No temas a esa calma. Nota bien: el tiempo ya no existe, el tiempo rueda allá, allá, donde los hombres se afanan tras la nada; digámoslo: en la superficie.

—Es verdad: en la superficie. En ella he estado sin haberme movido de aquí; en ella he estado completamente solo... con tu compañía junto a mí. Así he avanzado durante este sueño. Luego todo él se ha borrado y ahora empieza a acercarse nuevamente a mí, a formarse a mi alrededor, ¡en mi tiempo!

—Será, entonces, como echar los ojos sobre una de...

—... ¡mis carpetas! —grité.

—¿Y qué ves, Onofre?

Quedé en suspenso. Tuve que aguardar un largo rato. Aunque, de verdad, el tiempo... Tuve que aguardar que todo aquello que había visto durante mi sueño se pusiera en orden para ser penetrado por mi mentalidad algo ordinaria, algo común, algo de todos los días, de ese suceder de días, de días y más días... días en que hay que levantarse por las mañanas para luego ir a acostarse por las noches y luego recomenzar, recomenzar, a todo momento,

siempre, siempre... ¡Ibacache! ¡He aquí tu mal, tu terrible mal! Anacleto Ibacache: ese caer a la vida, todos los días, caer y afanarse... Y olvidar, entonces, lo que ha sido visto durante nuestras ausencias que llamamos "dormir".

Colomba me interrumpió:

—Se duerme, a veces, estando despiertos.

Yo dije:

—El tiempo desaparece; todo se aglomera en un solo punto; nosotros caminamos lentamente por este inmenso punto.

Era la marcha lenta, trabajosa, por una simultaneidad inmóvil. Era el esfuerzo que yo —¿quién será "yo"?—, que yo hacía para quedarme ante un amigo y seguir con él; para hallarme en los fuegos de un astro lejano; para introducirme como una cucaracha, ínfima cucaracha, por los intersticios de un muro desplomado.

Ella agregó:

—No vayas, Onofre, de un amigo a las llamas de un astro, ni procedas luego como una pequeña cucaracha. Tente quieto cuando algo haya aparecido. Y camina con él. Estás casi en el fondo de la Tierra. Avanza, avanza.

—Tú estás, Colomba, en ese centro de la Tierra.

—Avanza, Onofre, avanza. Sólo nos separan tres pasos.

Tres pasos... Los avancé... Al fondo estaba Colomba.

—Da tu primer paso, Onofre Boroa. Es el primero el que es mayormente dificultoso.

Recordé, entonces, que ahora, aquí en el fondo de la Tierra, mi apellido era Boroa y ya no era Borneo. Colomba me aseguró:

—Siempre hay que cambiar de nombre cuando se lucha por poder cambiar de fondo. Tú veías, allí muy lejos, a Juan Emar y hacia él querías encaminarte. Pero la concentración sobre este mundo te retenía y todos tus esfuerzos se frustraban. Odiabas entonces a Onofre Borneo; Juan Emar se retiraba en silencio con el rostro gacho. Tú no quedabas más que con un ser a tu lado, un ser que aborrecías con el máximo de tu ira; al lado tuyo ya había desaparecido Juan Emar, el hombre que...

—¡Calla, calla, por piedad, Colomba! No me recuerdes esos momentos de odio que me han asaltado. Sí, yo prostituí aquel nombre de Borneo, el nombre de mi padre, Eleuterio Borneo. Él supo mantenerlo en lo alto; yo lo hundí en el barro. Ahora he de ser Onofre Boroa.

Y apareció junto a nosotros dos ¡Teodosia Huelén!

Ahora veía cómo ella se había presentado durante mi sueño. La había casi olvidado completamente. Ahora ¡aquí estaba!

Aquí reía, aquí me llamaba "terreno" y "costreño". Luego se sentaba a mi lado, después de saludar con toda la reverencia posible a Colomba, y volvía a reír y a lanzarme, mientras me consideraba de alto a bajo, un estrepitoso, un formidable:

—¡¡Uuuuuuuuuuuuuuuuy...!!

Al fin logró hablarme; sí, ahora lo recordaba; al fin había podido decirme:

—Por eso es, mi buen Ono, que allá, allá, tú lo sabes, en esa isla de Borneo, no encontré ningún pariente tuyo. ¡Claro está! Tú, Colomba, ya habías empezado este inmenso trabajo que tanto, tanto le va a costar a nuestro queridísimo y bueno de Ono: Onofre Borneo—Onofre Boroa y... ¡Juan Emar!

Me miró un largo rato; luego profirió otro "uuuuuuy" casi interminable. Por fin, lentamente, me aseguró:

—El primer cambio ha de ser cosa sencilla: Borneo por Boroa. No te va a costar mucho hacerlo a..., a ti. Pero para tus tan buenos amigos, los amigos de la superficie... ¡Uuuuuuuuuuuuuuy! Casi todos ellos van a seguir llamándote Borneo y nada más que Borneo; excepto, excepto uno que otro, como ser Rubén de Loa y Desiderio Longotoma y esos doctores, esos sapientísimos doctores como es el doctor Gil Hualañé y también el doctor Lucas Pitrufquén... Y Artemio Yungay..., pues no lo sé; lo ves tan poco tú, mi Ono querido; en cambio Teodoro Yumbel, sí, sí. Para él tú vas a ser Boroa y nada más; como lo serás para ese grande y enorme pintor de Vitelio Doñihue. ¿Y Marul? ¿Y Tomba la linda Tomba...? ¿Irán a creer que te has vuelto loco o irán a creer estos descensos tuyos a las profundidades de la Tierra? ¡No, no! No te asustes, mi buen Onito; te van a creer y van a gozar con tus cuentos. Pero eso de Juan Emar... Es algo abracadabrante. Y lo tremendo es que no te queda más que hacerlo. Juan Emar, ¡Juan Emar! Porque tú eres Juan Emar, ¿no es verdad Ono lindo?

—No, Teodosia, yo no soy Juan Emar; yo quisiera llegar a ser ese Juan Emar pero aún no lo soy. Vengo a este fondo tras él... luego vuelvo a subir y... ¡nada! Claro está: cuando voy hacia la superficie llevo el recuerdo de cuanto me ocurre aquí; pienso en Colomba, en ti, mi adorada Colomba; ahora, además, pensaré en usted, Teodosia, pensaré y las uniré a ambas. Serán ustedes la fuerza que he de llevar.

—¡Uuuuuuuuuuuuuuy! ¡Qué trágico te has puesto! ¡Llegas a dar miedo, pánico casi! Pero..., pero...

—Pero, ¿qué, Teodosia? ¡Hable usted, por piedad!

—Tengo que irme, mi buen Ono; me quedan aún algunas lejanas constelaciones que no he visto en éste mi nuevo estado. Y tengo que verlas, tengo que sumergirme en ellas. Antes apenas, apenas vislumbraba yo la manera cómo se verían... Pero otro día, sí, otro día te hablaré de mis visiones, ¿quieres? Ahora déjame felicitarte, Ono querido: haces muy bien en no cometer el error que todos tus costreños cometen siempre, ¡muy bien!

—¿Qué error es ése, Teodosia? ¡Dígamelo sin titubear!

Teodosia rió un buen rato. Cuando se calmó me murmuró con aire severo aunque en sus ojos bailaba la risa:

—El error permanente de considerarlo todo..., todo... ¿me has oído?... como si fuera de la superficie, como si fuera de aquel mundo en que vivimos unos cuantos años...

Teodosia se alejó con lentitud y agitando su mano. Se alejó dulcemente y, al fin, desapareció. Quedé confundido, atónito. No sabía qué hacer. Me volví, como un niño temeroso, hacia mi Colomba. La miré y me petrifiqué súbitamente. Quise gritar, sí, gritar desesperado. Pero ni un grito, ni siquiera un murmullo salió de entre mis labios:

Colomba ya no estaba; en el sitio que ella había ocupado... ahora había una muñeca, una muñeca inmóvil, más bien pequeña, de unos 40 a 50 centímetros, inclinada sobre su costado derecho, la cabeza reposándole sobre su hombro derecho, la cabellera caída a su lado...

El silencio aumentó en torno mío; el silencio se expandió y pareció agarrotarme. Así permanecemos, el silencio y yo; allí quedamos largo rato petrificados. Al fin pude gritar:

—¡¡Colomba!! ¡¡Colomba!!

Entonces esa cabellera caída se alzó dulcemente y fue a colocarse sobre la cabeza; los brazos tuvieron un pequenito movimiento; luego este movimiento pasó al cuerpo, alcanzó las piernas y las hizo tremolar.

La muñeca, aquella muñequita se desesperaba. Aquella linda muñequita crecía. Al

fin se levantó. Me miró. Sonrió. Esta sonrisa hizo renacer los ruidos –tal vez leves, tal vez fuertes– que eran nuestro acompañamiento habitual en esas largas charlas que allí manteníamos Colomba y yo.

Colomba me miró y sonrió.

–Vamos, Onofre Boroa, sí, Boroa... Has de recordar tu nuevo nombre..., vamos a ver el origen de las nubes; vamos a ver donde ellas se hacen, donde ellas se fabrican en gran escala.

–Sí, vamos, Colomba –respondí.

Juntos, entonces, marchamos sobre el océano. El océano se mecía dulcemente. Los peces nos miraban, algunos llenos de curiosidad; otros, indiferentes; otros huían de nosotros como se huye de la peor de las calamidades; otros nos saludaban y agitaban sus aletas en signo de alegría. Nosotros seguíamos y resbalábamos sobre las aguas.

Al fin llegamos. Un viejo nos abrió la puerta. Musitó:

–Por aquí, señora; por aquí, señor.

Pasamos.

Era aquello un verdadero remolino de aguas agitadas. Creí, en un momento, que sería envuelto y tragado por ellas. Allí no había ni un solo pez, ni uno solo; ni un ave se veía por los cielos. El remolino, el remolino; por él pasaba una serie de hombres con el torso desnudo, pasaba y volvía a su primer sitio; volvía a sumergirse en las aguas; volvía a aparecer; volvía...

Pero... ¿No he de terminar nunca de hacer esta clase de descripciones? ¿Debo estar siempre condenado a describir y a seguir describiendo cuanto se presente ante mis ojos? Dime, Colomba, ¿ha de ser ése el fin, la finalidad de mi vida? ¿Sería, sería ello posible?

Los hombres pasaban y pasaban, desaparecían para volver a aparecer, se perdían entre las olas y afloraban más allá o más acá o entre mis piernas o lejos o cerca o...

¡Detenme, mi Colomba, detenme, por piedad!

Las nubes se están formando...

Esos hombres me marean.

–Esos hombres hacen lo que ellos tienen que hacer –fue la respuesta de Colomba.

En efecto, esos hombres –pero ¿serían hombres de verdad o a mí como tales me aparecían?; es algo que no creo logre saber ni ahora ni jamás–, esos hombres trabajaban. Cogían con sus grandes, con sus enormes tentáculos, cogían algo y lo amasaban con suma lentitud. Mientras así hacían cantaban. ¡Qué hermoso era este canto! Se asemejaba un tanto... No, no tenía su correspondiente allá en la Tierra. Era la música de la naturaleza pasada por esas grandes gargantas que se sostenían en esos gigantescos cuerpos, esos cuerpos que echaban tentáculos que amasaban ese algo que luego se convertiría en nubes, en nubes que se extenderían por sobre las aguas y alcanzarían las tierras que nosotros habitamos, que todos nosotros habitamos, todos los que conservamos aún un átomo de vida, ese átomo que, al alejarse de nuestro lado, nos lleva al fondo de este globo, nos lleva a todos, a todos...

–Colomba, ¿iremos todos al fondo de la Tierra una vez que nos hayamos desprendido del átomo que nos da la...?

Colomba, dulcemente, volvió su rostro hacia mí y con sus ojos me ordenó que guardara silencio.

Guardé silencio entonces. Todo se llenó otra vez más con el canto de esos que he llamado hombres con tentáculos. Luego este cántico se convertía en gritos destemplados,

en órdenes que eran vociferadas por unas especies de jefes que advertí súbitamente. O era el movimiento de sus tentáculos con un índice en su extremo el que me parecía ser una voz potente. O era un...

—Nuevamente estás hablando contigo mismo. Calla, será mejor, calla, Onofre Boroa. Ella no hablaba; pero yo escuchaba su voz. Sin hablar yo, sin pronunciar palabra le dije:

—Quiero seguir a esas nubes que se van; quiero que tú, mi Colomba, me acompañes. La nube, el nubarrón, evitando que el vozarrón del jefe fuera a lastimarlo, se alejaba con rapidez. Nosotros, Colomba y yo, lo seguíamos. El viento parecía cortarnos la piel de nuestros rostros, parecía...

¡No! A mí me cortaba la piel del rostro. A Colomba no le hacía nada, nada. Ella sonreía y nada más.

—Esa es la isla de Más Afuera.
—Y aquella que allá se divisa es la isla de Más a Tierra. Y esa pequeñita, a su lado, es la isla Santa Clara.

El placer que experimentaba al ver el océano y sus islas era casi tan intenso como el placer que experimentaba al mantener un diálogo en silencio. El silencio se tragó a las islas que se perdieron tras de nosotros. Pronto vimos aparecer las costas de nuestro país. Con mayor placer aún pude percatarme que aquella nube se dirigía ligeramente hacia el Norte.

¡Iba a San Agustín de Tango! ¡Ahora vería esa ciudad, que consideraba como mía, desde una altura! ¡Una altura...! Tuve un regocijo sin límites que hizo desaparecer la tan larga disertación que alcancé a planear para Colomba: una disertación sobre mis amigos Ubaldo Masafuera y, sobre todo, mi buen compañero del taller de Rubén de Loa, Mamerito Masatierra. Ella me había venido al divisar las islas de Juan Fernández al pasar sobre ellas yendo tras la nube que perseguíamos. Se fue, se esfumó completamente toda posible disertación pues ahora estaba, bajo mis ojos, ¡San Agustín de Tango!

Divisé, por un instante, a Jabalí Batuco; agité mi mano con la esperanza de que él me viera; pero en lo que tardé en hacer este movimiento... ya Batuco había desaparecido y pasaba ahora veloz Desiderio Longotoma y los bares, el bar Baridad, el bar Carola, el bar Tolo... Y también ellos fueron tragados por la inmovilidad de aquello que corría alejándose de nosotros.

—¿Quién eres? —me interrogó Colomba.
Me reconcentré y le respondí con absoluta seriedad:

—Soy ahora, nuevamente, Onofre Boroa; pero, he de confesarlo, mientras pasaba San Agustín de Tango bajo nosotros, fui Onofre Borneo. ¡No, no quiero, mi Colomba, seguir siendo con ese apellido horrible! Aquí, en esta bóveda de silencio que llena tu voz, aquí, a través de Boroa, empieza a dibujarse Juan Emar.

Ella agregó:
—Aquí hay galerías que van a todas partes.
Yo le rogué:

—Hazme entrar por una de ellas.
Entonces ella, volviendo a sonreír con esa misteriosa sonrisa que a veces la acompañaba, sentenció:

—Yo sólo puedo hacer entrar a Juan Emar.
De rodillas, entonces, grité:

-¡Colomba, Colomba! ¡Quiero ser otro ser! ¡Quiero alejarme de todo lo real, de todo eso que llamamos real, quiero cambiar de realidad! ¡Quiero que otro sea el alimento de mi vida!

Ella dijo:

-Tú eres un gran amigo de Lorenzo Angol. Ambos son muy amigos de Florencio Naltagua. ¿No es verdad?

Respondí:

-Sí, es verdad. Naltagua ya ha muerto.

Ella, extrañada, me preguntó:

-¿Qué importancia ello tiene?

Tuve que confesar:

-Ninguna...

Ella agregó:

-Yo soy tu amiga, Onofre Boroa.

Admití de inmediato:

-Sí, tú eres mi leal amiga.

Quedamos largo rato en silencio. El silencio, en el centro de la Tierra, es diferente al silencio en la superficie cuando dejan de hablar los que lo perturban, cuando lo que se mueve ya no se mueve más.

En ese silencio le comuniqué:

-¡Quisiera ser otra cosa, Colomba, otra cosa! Quisiera poder alejarme de todo lo real, de lo que sea posible tocar y escuchar y ver. Ahora comprendo y me penetran las palabras de Lorenzo: él ha de sentir exactamente lo mismo. Repite siempre: "Vivo con la sensación del despertar y, a cada momento, me parece que un velo va a caer de mis ojos y que entonces veré otra cosa".

Ella, con su mirada, me dijo:

-Calma, Onofre, calma.

Pero algo me pesaba, me oprimía. No lograba saber qué era. Ella, entonces, me exhortó para que dijera su nombre. Al fin no pude más y susurré:

-Diana Papudo...

50

Diana Papudo...

Miré a Colomba con lentitud. Vi sus pies; mi vista subió. Vi su boca muda; vi sus ojos; vi su cabellera. Volví a mirar sus ojos. La palabra que mis labios tenían presa, esa palabra pudo, por fin, escaparse.

Ella, Colomba, todo lo sabía; acaso tan bien como yo mismo; acaso con mayor profundidad. Pero yo tenía que repetirlo, tenía que volver a vivirlo con sonidos que, después de penetrar en sus oídos, fueran, en busca de su destino, a excavar por esas sinuosidades que nos rodeaban hasta encontrar en ellas un verdadero nido donde cobijarse.

Diana Papudo...

-Colomba, partió un hombre a La Manigua, el fundo de ese viejo amigo mío, Contaldo Nipaco, tú lo sabes. Partió ese hombre y... ha regresado otro hombre. Naturalmente:

hablo de mí. De esto hace muy poco tiempo; fue durante mi última estadía en San Agustín de Tango; allí fui invitado por Contaldo a pasar unos cuantos días en su fundo; naturalmente, acepté.

¿Por qué no ir, dímelo, por qué no ir? Nada especial tenía yo que hacer en aquella ciudad; no había sonado aún el momento de bajar a estas profundidades; un lindo fundo se presentaba ante mi vista; un buen amigo era su propietario; irían otros y otros amigos; comeríamos buenas cosas campestres y beberíamos buenos vinos; recordé las casas, los enormes árboles que, a su lado, la sombrean; recordé, sobre todo, que ya estamos en la época de las luciérnagas, "las luciérnagas fantásticas", como ha dicho el poeta. Tenía que ir, sí, y esperar allí la hora, tu hora, mi Colomba. Era cuestión de unos nueve o diez u once días a lo más. Por eso fui a La Manigua, puedo asegurártelo; no, no había otra causa ninguna: el reposo bajo árboles frondosos, de día; las luciérnagas, de noche; los buenos amigos que nos irían a visitar; es todo.

Recuerdo cuando partimos los dos solos; volábamos por el camino pavimentado, volábamos en su auto; nos acercábamos al río Tincau; luego este río se escondía tras bosques espesos. ¡Qué lindo era, qué lindo!

Te lo prometo, Colomba; yo sólo pensaba en gozar con cuanto me rodeaba, nada más, con cuanto pasaba a vertiginosa velocidad al lado nuestro. Es muy curioso detener la marcha del vehículo que nos lleva, o detener nuestra propia marcha y... dejar, eso es, dejar que la naturaleza camine, se apresure, corra.

Esto, claro está, me lo han dicho... Uno quedar inmóvil y que la naturaleza, lo que nos rodea, se ponga en marcha... Creo que Malvilla, tú sabes, Romualdo Malvilla, fue el que me habló de esto... Nos habló de esto pues ahora veo a Desiderio Longotoma oyéndolo también... Y a la Tomasa... es muy simpática la Tomasa, me gusta una enormidad... Sobre todo con Longotoma y perorando Malvilla sobre...

Tienes razón; callaré; volveré a lo que hablábamos; a ese fundo de La Manigua; a Contaldo y al sin número de amigos que allá fueron y nos visitaron.

Al día siguiente de nuestra llegada llegaron los amigos; no todos; llegaron varios de ellos; los demás llegaron al día siguiente o dos o tres días desp...

Me distraigo, Colomba. No sé si es distracción o si es el afán que tengo de contarlo todo, todo, el afán que tengo de volver a vivir esos momentos únicos en toda mi vida, los momentos que pasé con ella, con Diana Papudo.

Sí, sí, ella llegó también a La Manigua, ella...

Tienes razón, te hablaré exclusivamente de ella, de Diana.

No olvides que he dormido y he dormido sin guardar recuerdos de nada; he recordado mis sueños cuando volábamos juntos y yo me extasiaba contemplando, allá abajo, la ciudad de San Agustín de Tango... Nada más, nada más... ¡Oh, no, no! También recuerdo esa muñequita que luego se ha convertido en ti misma y la veo, claro está, la veo despertando. Y he despertado yo para que tú me preguntaras por mi nombre. ¿Recuerdas: Boroa y Borneo y Juan Emar?

Sé lo que significa ese mirar de reproche; debo volver a ella, a Diana... Estábamos en el fundo de Contaldo Nipaco, ¿no es así? Allí fue.

Al día siguiente de nuestra llegada veíamos un auto que se detenía frente a las casas. ¡Grandes saludos! En él venía ella.

Pero te estoy refiriendo la cosa muy mal, muy mal. En ese auto venía Viterbo Papudo,

mi viejo amigo. Lo veo ahora de tarde en tarde pero siempre lo llamaré "viejo amigo". Venía con su hermano menor, con Clotario. Yo lo conocía algo, al pasar.

¡Por cierto, es mucho menor que Viterbo! Espera un momento, Colomba, espera: Viterbo tiene hoy día 66 años; Clotario es 12 años menor que Viterbo; tiene, entonces, 54 años. Se casó tarde, hace ahora..., ahora..., 16 años; se casó a los 38 con una dama de 32 años, con Oravia Lircay, una dama que, según creo, era...

Sí, sí, te comprendo; estos datos afluyen a mi mente. No han de tener mayor importancia; pero si ellos afluyen debo hacerlos salir y salir... ¡Que salgan todos ellos!

El caso es que, hace apenas, apenas...

Callemos, Colomba; tú me has entendido lo que hay en mí. Tal es la verdad: nació Diana en 1949.

Diana tiene ahora, los tuvo allá en La Manigua, ¡11 años!

Callemos, Colomba. Alza tu mano y extiéndela hacia mí...

Así, Colomba, así, extiéndela. Siento cómo de ella cae sobre mí el perdón que yo esperaba.

En realidad no tienes nada que perdonar; no ha habido falta alguna en mi proceder.

Pero me confundo; no sé cómo explicarme debidamente. Callemos un rato; que vuelva esa paz y así podré decirte todo, todo lo que hay en mí..., si es que hay algo. No lo sé. Sé que Diana pasa, pasa..., se aleja a lejanísimas distancias..., luego Diana vuelve y está a mi lado. Es algo insoportable, Colomba. Este ir y venir de ella... ¿Qué será?

Vamos por orden.

Estábamos en La Manigua con varios amigos; tú ya lo sabes: Viterbo, Clotario, Contaldo y Rosendo Paine con Nicole y Javier Licantén y Eusebio Palena que allí había llegado con sus dos hijitas, y...

Bueno, bueno, no se trata, por cierto, de que yo te dé una reseña exacta de cuánta gente se juntó en el fundo; lo sé, lo sé muy bien; pero quiero advertirte que, entre los invitados, estaba... Sí, río y río; ¿cómo no he de reír al recordar a doña Martina Vichuquén? ¡La alta intelectualidad, la altísima...!

Veo claramente que todo rueda junto a mí, que soy tomado por lo que me rodeaba y evito así el fondo que quiero que tú sepas. Porque tú debes saberlo, ¡debes saberlo!

Colomba:

Tú eres mi conciencia.

Sí, sí, había una serie de niñitas que jugaban el día entero. Diana jugaba con ellas. Durante nueve días... no, durante diez días Diana jugó con ellas. Mientras ellas jugaban nosotros conversábamos de cosas serias... no, no tan serias pues conversábamos de todo y hacíamos una serie de chistes. Por ejemplo...

Diana, Diana...

A ti voy, a ti, nada más que a ti, quiero ir. Es grande, es inmenso que la primera vez que pronuncio tu nombre sea aquí, en el centro de la Tierra y frente a ti, Colomba. Mis palabras quedarán encerradas y jamás, ¡jamás!, llegarán allá arriba, a esa superficie que vi en mi sueño.

Sí, sí, hablaba de Diana; te decía que ella jugaba con las demás niñitas mientras nosotros, los grandes, hacíamos chistes y tocábamos puntos serios.

Fue un día, como a las 3 de la tarde; un día sumamente cálido, sofocante. Casi todos dormían siesta o no sé qué hacían... El caso es que me quedé solo bajo un árbol pensando maderías o no pensando en nada; con un palo que recogí me puse a hacer dibujos sobre

la tierra y, por ahí, un gallo cantó. Te lo digo porque esto me recuerda lo que pensaba, me recuerda el estado de mi mente en aquel momento. Al oírlo pensé y me pregunté con mucha seriedad:

—¿Por qué canta un gallo a esta hora?

Esto trataba de dilucidar cuando pasó Diana por ahí cerca.

Se detuvo cerca de mí y, con un pie, se puso a hacer un círculo en la tierra. Creo que no me veía o, si me había visto, no se preocupaba de mi presencia. Le grité:

—¡Diana!

Dirigió su vista hacia mí y contestó:

—¿Qué...?

—¿Qué estás haciendo?

Levantó los hombros y repuso:

—Nada.

Le dije entonces, le dije sin que hubiera ni la menor, ni la más leve intención en lo que decía, puedo asegurártelo y puedo jurarlo mil veces, Colomba:

—Vamos a mi pieza.

—Bueno —me respondió—, vamos.

Es lo que quiero —vuelvo a repetírtelo—, lo que quiero dejar bien en claro: ningún propósito, ninguno, al menos en mi parte consciente. Dicen ahora que nosotros apenas percibimos lo que se elabora en nuestro inconsciente. Por eso hacemos tantas cosas...

No, no voy a darte un curso sobre lo consciente y lo que se llama subconsciente, no, no, no. El caso es que le propuse ir a nuestra pieza. Y, naturalmente, fuimos a nuestra pieza.

Diana se sentó en un amplio sillón que había al lado de mi cama; yo me senté en la cama misma. Ella seguía moviendo una de sus piernas como si siguiera haciendo círculos en una tierra que imaginaba. Yo le tomé una pierna. Cesó el movimiento, se detuvo. Le acaricié, entonces, la pierna. Llevaba medias azules. ¿Cómo se llaman esas medias o calcetines o...?

No quiero que mi mente se vaya a divagar por otros lados.

Volvamos a Diana.

Le acaricié las piernas; luego la besé, en la boca, por cierto; la tomé entera, entera, por bajo de sus calzones; ella se dejaba hacer.

¡Nueve días! Porque todos los días, a la hora de la siesta, Diana iba a mi pieza y sin más, sin hablar, se tendía sobre mi cama y yo caía, sí, caía de rodillas ante ella. Y la besaba, la besaba...

Colomba, yo nunca había besado a una mocosita así, nunca. No olvides que ya cumplí los 67 años. No olvides que Diana tiene solo 11 años. Y es silenciosa... Parece un secreto de... de... ¿Podría decir de "otro mundo"?

¡Eso es, Colomba, eso es! He dicho la palabra sin pensarlo: "De otro mundo".

¡Estamos a un paso de ese otro mundo! Por eso siempre, a todo momento soñamos en él. Por eso ese algo ambiguo en nuestras vidas. Por eso nos deslizamos a cada instante hacia...

Sí, te entiendo, te entiendo.

No debo divagar. ¿Cómo dices?

Es verdad. Eso es divagar: querer llevar a nuestra mente, a esta mente, lo que no es de ella.

Pues es otra región... ¡¡Oh, si pudiéramos arrancarnos esta mente y entonces poder volar a esa otra región!!

Es lo que sentí con Diana. Era el amor llevado a esa otra región.

Naturalmente, Colomba, por cierto. Sé que no hablo bien, sé que no me explico como yo quisiera; sé que te estoy contando un amor como puede ser cualquier otro.

¡No, no! No es nuestra diferencia de edad lo que ha hecho de este amor su, su... ¿Cómo te lo explicaré? ¿Podré decirte su extrañeza? ¿O mejor dicho su caso único? ¡No, no!

Pues fíjate bien, mi Colomba:

Mi mente trabajaba mucho pensando en ella; por las mañanas, en espera de la hora, de nuestra hora; por las tardes, recordando cuanto habíamos hecho. Ella, mientras tanto, jugaba y jugaba con las otras niñas.

Yo la miraba de cuando en cuando. Diana es muy hermosa... No, está mal hablar de este modo; no podría figurar en una revista de bellezas; era como las demás niñas que jugaban con ella; era como todas, eso es, como todas: de pelo castaño, de tamaño...

Voy a entrar a una descripción física de Diana. Mejor será callar. Lo sé. No necesitas hablarme, mi Colomba; puedo callar con sólo tu presencia inmóvil. En la inmovilidad están todas, todas las advertencias que pueden hacerse.

Por cierto: debo seguir mi historia. Sí, Colomba, la seguiré. Es que todo gira en torno mío. La seguiré. Tú me conoces. Tú sabes cuánta importancia le he dado siempre al sexo. He tratado de cubrirlo, de disimularlo poniendo, poniendo...

¡Es la verdad! Ella ha salido de tus labios mudos: poniendo grandes, enormes cantidades de *intelectualidad*. Paseando por esa cantidad, me refocilaba.

Colomba:

Soy terriblemente sexual...

Ahora no me paseó, no me refocilo. Ahora te digo a ti la verdad:

Soy terriblemente sexual.

Mi pensamiento gira y gira junto a la sexualidad; en cada mujer veo un objeto, una finalidad...

Sí, eso es. Entonces podrás imaginarte lo que Diana, esa linda y pequeña Diana, representaba para mí. ¿Lo ves, lo ves claramente?

¡Qué pregunta absurda acabo de hacerte, Colomba mía! Te hablo como un profesor a su alumno. Hablamos mal, ya te lo he dicho.

Bien, bien, bueno, bueno. Claro está que sé, que sé perfectamente que ahora no estoy dando un curso de "bien hablar". Ahora necesito vaciarme para quedar en armonía con el infinito.

Quería yo llevar a Diana a lo que consideraba como el máximo de la sexualidad, la sexualidad sobrepujada hasta el histerismo, la sexualidad... No, no, no creas que hago juegos de palabras, puedo asegurártelo, puedo...

Iré al grano, como se dice; así habría dicho doña Martina Vichuquén, doña Martina que es...

¡Diana! ¡¡Diana!!

Dia... na.

Siempre hay un máximo en nosotros, una región inalcanzable en la que soñamos pero que no tratamos de hacer real; sería una locura afanarse por ir a lo que no se puede alcanzar. Mi locura es, más bien, más bien...

Claro, claro, ella queda en mi mente; ella desestima, digamos, la realidad. ¡Puesto que es inalcanzable...!

¿Yo, yo amar y ser amado por una chiquilina...? Es ello algo para soñarlo, para que nos acompañe por las noches mientras se espera que venga el sueño.

Mi realidad iba hacia otras mujeres, hacia otras. Desde luego a mujeres como yo,

Sí, sí, un poco menores que yo; bastante menores. Te lo digo y repito, Colomba: una chiquilina, no, jamás, jam...

Sigamos; deja que siga contándote:

Durante nueve días, todos los días, Diana y yo, a la hora en que los demás dormían o modorreaban, nos encerrábamos en mi pieza y allí yo la besaba y la besaba entera. ¿Ella? Ella también me besaba, me besaba con pasión, con...

¡No! ¡Miento! ¡Yo no estaba ni nunca he estado dentro de ella! Ella allí estaba, allí, tendida en mi cama; yo, arrodillado a sus pies. A veces alzaba la vista y le preguntaba:

—Diana, ¿te gusta?

Ella, entonces, hacía un rápido, rapidísimo movimiento con su cabecita y murmuraba:

—Sí...

¡No era sexualidad, no, no lo era! Algo creo saber sobre esto. ¿No piensas tú así, Colomba mía?

ERA QUE ME AVECINABA A LA OTRA REGIÓN.

Callemos, callemos un rato. Siento el lentísimo girar de la Tierra que nos mueve en nosotros mismos. Siento lo mismo que sentía cuando con Diana nos besábamos. Siento *la otra región*.

Callemos.

Será mejor. Es lo que debo hacer. Así es que escúchame muy bien, Colomba; lo que yo no logre descifrar, tal vez tú lo puedas descifrar. Escúchame en este profundo silencio que nos rodea. Sí; que no quede ni una sola sinuosidad sin el eco de mis palabras, ni una sola en esta vasta, vastísima —te lo diré otra vez más, ¡perdóname!—, de esta vastísima sinuosidad en que los dos estamos cobijados. Escúchame:

Yo veía la sexualidad de una manera que era posible alcanzar. Es la prueba de ello que varias veces la había alcanzado. La veía realizándose, de preferencia, en un vasto campo, un campo sereno y tranquilo. Sería una noche, una noche que quedaba junto a nosotros sin moverse más. La temperatura era ideal, ni frío ni calor. Las luciérnagas volaban por todos lados; las estrellas allá muy alto, como otras luciérnagas, brillaban a su vez. ¡Qué lindo era!

¿Por qué habrá siempre tantas y tantas luciérnagas en lo que sueño? En verdad, no tantas; porque también me veía, ¡con ella, con esa mujer!, en una pequeña habitación sombría con una cama grande y tibia. Luego me veía teniéndola del talle y ambos mirando un inmenso torrente en medio de las montañas. Me veía en valles, en larguísimos valles; o en el mar, a veces en un bote, a veces en un gran transatlántico; un mar tranquilo que parecía una lámina de plata puesta sobre el verdadero mar; ¿me has entendido, Colomba? El verdadero mar estaba más hondo, más profundo. Entonces nos besábamos. Y el mar se agitaba; era ¡el temporal! La amaba en una ciudad populosa, en San Agustín de Tango, o en París; sí, Colomba, París es una ciudad para amar. Una humilde aldea también lo es; su gente de andar lento que va y va soñando en..., en... ¿En qué crees tú que sueña la gente de las aldeas? Ya lo sé, lo sé: en la carne y las legumbres que han de comprar, en la ropa

que hay que lavar; lo sé, lo sé. Por eso estamos los dos ahí, en esa aldea; por nosotros el pensamiento se va, se va y toca otras regiones.

¡No, no! ¡Qué quieres, mi Colomba! ¡Tengo que expresarme como uno debe expresarse. Nuestro idioma, todos los idiomas de este mundo son...

He de callar; tú me has otorgado el permiso para seguir; he de seguir. Pero he dicho: "otras regiones" así es que has de...

Sí, ¡al grano!

Me veía en el desierto de Sahara, ese colosal desierto interminable; luego en otro más pequeño, como los desiertos que hay aquí en Chile, en el Norte, tú lo sabes. Colomba, me veía con esa mujer, con esa ella, ¡ella! Y nos amábamos. Pensaba, pensaba... Ya te lo digo; nos amábamos... en mi pensamiento; en la realidad... ella no llegaba nunca; apenas, a veces, se asomaba un poquitín.

La rueda de la vida volvía a tomarme.

Entonces me iba a una noche de luna. Siempre las noches de luna acompañan a los enamorados. Mientras más ficticio es el amor, mayor es la luna. Al fin brilla como un sol. Es mejor una noche oscura; o un crepúsculo que avecine esa noche; o una linda mañana... ¿Diré "primaveral"? No, no creo; he detestado siempre lo primaveral; prefiero el verano; prefiero la lluvia, cuando llueve a torrentes y uno tiene que avanzar acurrucado bajo el paraguas y ¡con ella al lado!

Ella, esa ella, a veces aparecía por unos momentos. Pero ya te lo he dicho: la vida aparecía también y nos tomaba a cada uno por su lado. No nos veíamos más. Entonces yo quedaba con un verso en los labios. Y lo recitaba al ir por la vida. Total, mi Colomba: ¡nada! Sigamos viviendo.

No; con Diana fue diferente. Mi pieza de La Manigua, una pieza vulgar, una pieza de una casa de campo de aquí, rodeada de ronquidos, rodeada de silencio que aburría a los árboles, que producía hastío en la tierra y en las acequias. Todo allí era aburrimiento; todo aplastado por los rayos solares.

Sólo éramos vivos Diana y yo.

Diana llenaba todo, todo; morían los paisajes y moría la hora. Ella condicionaba la hora y los paisajes. Pero, pero... ¿sabes tú cómo ella condicionaba todo?

Callemos un rato.

¡Sí! ¡Así, así!

Tú lo has visto, Colomba, tú lo has sentido, tú has sentido esa hora y ese paisaje in-existentes, pues eran hora y paisaje de la otra región.

Enderezaba un poco la cabeza. Mi boca, no yo, puedo jurarlo, mi boca preguntaba:

—Diana, ¿te gusta?

Su boca, no ella, respondía:

—Sí.

Es verdad; yo quería hacer de mi amor un amor como todos; es la verdad absoluta; me decía, apenas nos separábamos:

"Sólo pensaré en ti, Diana mía, sólo en ti; no veré nunca más a otras mujeres; sólo tú existirás en mi existencia, sólo tú..."

Esta manera de hablarme me sonaba a falso; veía que yo quería traer esto que sentía por Diana, traerlo y encajonarlo en una fórmula; vagamente comprendía que yo no aceptaba el amor tal cual se me presentaba sino que quería amoldarlo a..., a... ¿A qué quería amoldarlo?

Es verdad, Colomba: quería una repetición más de todos los amores que giran por todas partes y... ¡un amor con una linda mocosita!

De pronto comprendí que la amaba *en otro plano*.

Callemos, por favor.

Los pájaros cantaban, a veces el viento soplabá, los arrieros gritaban, los perros ladraban, ellos hacían chistes, la Luna allá brillaba, el Sol también... Nada, de todo ello, nada tenía que hacer con este plano del amor. Podrían haber redoblado todos los ruidos; podrían haber enmudecido... Todo habría sido, entre los dos, completamente igual.

Porque este amor era otra cosa.

Esos cantos de pájaros, ese mugir del viento, esos gritos de hombres entre pájaros y viento y perros que ladran, ese brillar de la Luna y del Sol... ¡pura literatura, Colomba, que al amor se le pone para adornarlo!

Porque no podemos contentarnos con una sola cosa; no podemos entregarnos a ella en totalidad, nada más que a ella; pensamos que la vida se detendría; no pensamos que, en esta detención, está la clave; ¡Detente! ¡Bórrate!

Entonces aparecerá otra vida más allá de la vida.

Tal es el terror, Colomba; es de esto que nosotros huimos con más pavor que de una fiera. Los cantos de pájaros y el brillar de los astros lo mantienen junto a nosotros.

Lo has visto, te has anticipado a ello. Lo mantienen ahí, lo mantienen inmóvil para dejarnos donde estamos acostumbrados a estar.

¿El amor...?

¡Sí, sí, era amor! Eran los demás amores los que jamás habían sido amores.

Entonces yo —mudo, movido por no sé qué fuerzas extrañas, ajenas a mí—, la besaba entera ¡entera! Te besaba. ¿Lo recuerdas, mi Diana? Tú estás echada sobre mi cama; tú no dices nada; tú quedas quieta, quietita.

—Diana, ¿te gusta?

Tú dices:

—Sí.

Y hacías cuanto te pidiera que hicieras; lo hacías gustosa. Tú buscabas las ocasiones, tú me insinuabas que fuéramos a la pieza, tú esperabas que los otros durmieran y que las demás niñas se fueran a jugar.

¡Porque tú tenías la llave que abría la puerta de la otra región!

—Es una región donde no se habla, donde las palabras están absolutamente de más; ellas sonarían como un cascabel, como una risotada en medio de una armonía. Es la primera vez que he sentido que hablar es profanar.

¡No, no, Colomba, no! Tanto ella como yo hablábamos con los demás como siempre; nuestros movimientos también eran como siempre; nuestros quehaceres eran hechos; yo conversaba, ella jugaba. Si hubiera podido, la habría traído para acá, para este centro de la Tierra...

No, no la habría traído. Ya lo veo; habría mirado todo con indiferencia; se habría aburrido; habría nacido en ella la otra; esta otra me habría pedido que la llevara a jugar con las demás niñas.

Pero en aquellos momentos... Todo, Colomba, desaparecía, mis ambiciones, mis sabores, mis más profundos pensamientos, todo, todo ello quedaba *fuera* de ella y de mí.

Te lo repito:

Era otro mundo que habíamos fabricado.

¿Éramos nosotros quienes lo habíamos fabricado? No, no lo creo. Era un región independiente, era un mundo independiente. Yo sentía esta indiferencia, sentía las dos vidas, las sentía superpuestas: aquí, la de todos, con sus chistes y sus palabras llamadas serias, con los gritos de los arrieros, con el Sol que alumbra y calienta, con la Luna por las noches, con los mosquitos que pican y las luciérnagas que se balancean, con las noticias de otras partes y qué sé yo —la nuestra, aparte, sola, lejos.

Sí, tienes razón. Es esta división la que he fabricado. Yo la he fabricado, yo.

¿Y ella...?

¡Claro está, ella también se daba cuenta!

No creas, Colomba, que me hago ilusiones; déjame explicarme bien. Tendría, antes, que haberte dicho a quién llamo yo con este nombre de Ella. Eso es; te has dado cuenta perfectamente: la pluralidad de las personas.

Lo has visto: ella, la de los juegos de niños, la chica que corre de un lado a otro; ella, la que está tendida en mi cama; ella, rodeada de gritos, de bulla sin fin; ella, en el silencio más absoluto; ella, con esos gritos de arrieros; ella, con un hombre de rodillas que la besa.

¡Lo sé, lo sé! No se daba cuenta aquel pajarito que tenía entre los brazos; pero allá arriba, allá, ese allá que era su mundo también, allá...

Sí, Colomba, allá se realizaba.

Entonces la besaba otra vez más. Entonces pasábamos a *la otra región*.

No lo sé; no he tratado de saberlo. "Saber" es un verbo que se conjuga aquí; no, allá. Así es que te lo repito: no lo sé; hagamos el silencio junto a nosotros; callemos.

Fue después, Colomba, fue en mi casa de San Agustín de Tango, en mi casa de Fray Tomate; y fue lo primero que hice al llegar; alargué la mano y tomé el libro; lo abrí al azar. Sí, es un libro de Jiddu Krishnamurti, *La primera y última libertad*. Lo abrí en la página 242, donde habla sobre el amor. Dice Krishnamurti:

Vamos a descubrir comprendiendo lo que el amor no es; porque, como el amor es lo desconocido, a él tenemos que llegar descartando lo conocido. Lo desconocido no puede ser descubierto por una mente que está llena de lo conocido. Lo que vamos a hacer, pues, es descubrir los valores de lo conocido, considerar lo conocido; y cuando simplemente se lo considera sin condenación, la mente se libra de lo conocido. Entonces sabremos lo que es el amor. Tenemos, pues, que enfocar el amor negativamente, no positivamente.

¿Qué es el amor para la mayoría de nosotros? Cuando decimos que amamos a alguien, ¿qué queremos dar a entender? Queremos decir que poseemos esa persona. De esa posesión surgen los celos, porque si lo pierdo a él —o a ella—, ¿qué sucede? Me siento vacío, perdido; por lo cual legalizo la posesión. Lo retengo a él —o a ella—. Del hecho de retener, de poseer a esa persona, provienen los celos, el temor y todos los innumerables conflictos que surgen de la posesión. Esta posesión, ciertamente, no es amor.

"Los celos..., el temor..., los conflictos..."

Me era hablar en otro idioma. Aquí no había ni podía haber celos ni temor ni conflictos. Había sido otra cosa. Sentía a esa región en mí mismo y lejos de mí.

Esa región...

A esa región se puede entrar de tarde en tarde. Porque no se puede vivir en ella; es imposible vivir en ella, ¿no lo crees tú, Colomba? Sin embargo es lo que pretende la ma-

yoría de la gente; es lo que esa mayoría sueña siempre. Es lo que los hace caminar por aquel sendero que se llama "amor". Pero no logran vivir en él. A este sendero, a este resplandor, hay que asomarse y nada más que asomarse.

Pues no debemos ser nosotros quienes ordenamos el momento de asomarnos; esperar callados. Si ordenamos entra, en esta orden, nuestra parte pensante, entran nuestras experiencias, nuestros recuerdos, nuestras ambiciones.

Puesto que es otra región: que de ella vengan las órdenes y podremos contemplarla. Ahora, callemos.

Una pregunta me zumbaba; se alejaba a veces; volvía. Te la diré, Colomba:

¿Por qué, por qué necesitábamos besarnos para entrever esa región...?

La respuesta venía con otra pregunta:

¿Por qué cada beso tenía un significado totalmente diferente a los besos que damos a otras mujeres...?

Desaparecía, entonces mi Diana; se esfumaba. Una chiquilina corría al lado mío. Una chiquilina que he visto gritar de alegría, que he visto —te lo he dicho— hacer círculos en el suelo con sus pies y con un palo; como la he visto llorar, llorar desesperadamente: una muñeca se había roto; o se había disputado con otra chica. Cuando jugaba, cuando comía, cuando descansaba, cuando estaba en el salón de las casas con todos nosotros... era otro ser, sí, otro ser.

Colomba, ¿era como soy yo!

¿No lo crees? Escúchame: debes verme hablando con los demás, haciendo chistes, riendo con los chistes de los demás, considerando seriamente un problema nacional o internacional que jamás ha importado nada a nadie, debes verme comiendo y saboreando una comida, debes verme ¡pensando!

Sí, sí, debes verme "pensando".

Has comprendido, Colomba: junto a la otra región, ningún pensamiento, ni mío ni de nadie, tiene la menor importancia.

Callemos.

Silencio.

Colomba, el pudor no existe.

No existen tampoco las armas de fuego. La naturaleza es otra. El pudor es una invención. ¡Cómo! Me preguntas tú: ¿invención de quién, de quienes?

El pudor es una defensa. No debería haber defensas aquí en el mundo. Pero se nos fuerza a vivir en la perpetua defensa. Colomba, ¿contra quién o contra qué nos defendemos de este modo?

La superficie debería ser un centro de la Tierra.

Has dicho la verdad: están los frailes, están los médicos; hay que correr en busca de las armas; pasa el regimiento; toca música el regimiento al pasar. Hablaré con Romualdo Malvilla sobre estos regimientos. Pues Malvilla ya no bebe, ya es...

Callemos.

Silencio.

No debiera jamás existir ese pudor. Sin él se vive en lo natural, en lo espontáneo. La otra región está aquí; ella nos rodea, nos cubre.

Cuando amé a Diana sentí que volvía a mi verdadero país; sentí que así debería haber vivido siempre, siempre. Ellos me habían sacado de mi verdadero país.

Diana era la primera puerta que se abre sobre la otra región.

A Diana creo que no la veré más. Tú sabes, Colomba: es una hija de Clotario Papudo; la chiquilina lo es; la niñita de los miles de juegos con otras niñitas. Esta niñita tendrá que estar sometida a las idas y venidas de Clotario. Esta niñita tendrá que hacer una vida como todas las niñitas.

¿Y la otra niñita? ¿Aquella que sintió el hálito de la otra región? Veo ahora a esta niñita tendida en mi cama. Siento y vivo el silencio que nos rodea. Alguien pregunta:

—Diana, ¿te gusta?

Alguien responde:

—Sí.

Y ahora oigo el grito de los arrieros mezclado con los chistes y más chistes, con el perro que duerme, con el mugir de las vacas, con la política internacional...

Todo este bullicio crece y crece; este bullicio nos rodea, nos envuelve. Entonces Diana, la hija de Clotario, me propone:

—Oye, juguemos a las escondidas, ¿quieres?

Pronto, escondiéndonos, salimos de la pieza; pronto llegó una niñita más; luego llegó otra. Una voz me salvó:

—Ven, Onofre, aquí se discute sobre...

Fui y tomé parte en la discusión.

Discutimos y discutimos. Ellas jugaban. Hablábamos también sobre nuestro regreso a San Agustín de Tango. El perro seguía durmiendo. Creo que oí un grito de un arriero. Preparaban una gran comida de despedida. Todos reían, reíamos.

Entonces busqué. Busqué, me atrevería a decir, con verdadera desesperación. ¡Qué quieres, mi Colomba! Ahora volvería la vida de siempre, siempre. Los perros seguirían durmiendo, despertarían y ladrarían. Nosotros seguiríamos hablando. Diana seguiría en sus juegos...

La otra región había desaparecido.

O yo había sido tomado por un grito de arriero que acompañaba esa política nacional e internacional en el cacarear de todas las gallinas del universo.

Busqué, busqué.

Así he llegado al centro de la Tierra.

Callemos.

Silencio.

¡Diana, mi Diana Papudo...!

51

Me retiré de tu lado. Me alejé lentamente; es decir, mis pies se alejaban pero yo tenía la sensación... ¡no!, tenía la certidumbre de que no me alejaba de tu lado. La bóveda, allá abajo, era igual pues tú, Colomba, venías conmigo, no me abandonabas ni un paso. Es así como, minutos más tarde, estábamos juntos los tres, tú, yo y Florencio Naltagua.

Sentía tu consistencia, sentía tu firmeza. Ahora tú, mi Diana, te acercabas más a mí y borrabas esas ideas de que podía haber sido un sueño lo que de ti pensé.

¡No me abandones más, mi Colomba! No sé, no sé avanzar solo por estos senderos.

Contigo al lado sí puedo avanzar. Entonces la superficie de esta Tierra sería un campo que me daría buenas, muy buenas cosechas. ¡No te debilites! ¡Acentúate!

Ahora veo lo que te hablé de aquella criatura, de Diana. Lo que te hablé no es todo, no lo es. Naturalmente es la verdad, la absoluta verdad; pero una verdad puede ser narrada de tantas maneras diferentes; depende ello del espíritu que a la verdad se acerque y depende de los velos que sea capaz de levantar.

Tú, Colomba, puedes ayudarme a levantar los velos que siento que Diana, sin quererlo, ha puesto sobre nuestros días en el fundo de Contaldo Ñipaco.

Allí veo a Naltagua. Es él. Acerquémonos. Su presencia me es indispensable ahora, como fue, hace tiempo; allá en el Portal Colonial.

Colomba: ¡quisiera ser bueno!

En estas tres palabras está resumida mi ambición suprema.

Ella no me abandonó. Muda, como una esfinge, permaneció a mi lado mientras Naltagua se dirigía a mí. Voy a transcribir lo que recuerdo de sus palabras. Sus palabras... Eran ellas insonoras; como es la sonrisa de Colomba; como fue el sosiego de Diana.

Son voces de la otra región; Naltagua hace ya tiempo que ha muerto para la gente de la superficie. Podemos, sin embargo, entendernos si hay en mí el recogimiento necesario.

Su figura se presentó tal cual siempre la había visto; su sonrisa era la misma; sus ademanes eran iguales; su cortesía, perfecta.

Entonces le repetí lo que ya había dicho a Colomba:

—Naltagua: ¡quisiera ser bueno!

En contestación a mi deseo, habló mucho, mucho, yéndose a distancias, para mí, muy lejanas. Pero su don las unía y, así unidas, caían sobre esa que llamé "mi ambición suprema".

NALTAGUA

Jamás hice, en vida, un esfuerzo de voluntad. Hacer un esfuerzo es, sencillamente, anticipar la realización de un deseo que aún no está maduro. Es un trabajo vano; él no es más que introducir un objetivo extraño; su efecto ha de ser nefasto.

Deben llegar sólo deseos apropiados, deseos de posible, de fácil realización a cada sitio en que nos hallamos.

Los sitios deberían estar listos, deberían ser apropiados para recibir y dar curso al deseo.

¿Qué hacemos comúnmente?

El deseo, la aspiración que se presenta, es algo enorme; ella sobrepasa nuestro propio entender y nuestras propias posibilidades; mientras más las sobrepase, mayor es nuestro contento.

Hay que estar siempre en su verdadero sitio.

Hay que reconocer que el camino es largo, larguísimo; hay que reconocer que una marcha precipitada por él, ha de dejar muchas cosas sin hacer.

Estas cosas sin hacer quedarán con vida propia, con una vida ajena a la nuestra.

Tarde o temprano se volverán contra nosotros y seremos devorados por ellas.

Siempre me acompaña la visión que, una tarde, tuve en el bosque de Lemolemo. Óyeme bien, Onofre; el bosque era la paz absoluta, la paz nocturna; los árboles eran la inmovilidad total. Mis pasos me guiaron hacia un arrayán que, inmóvil, se retorció y se crispaba. Era un arrayán que, aislándose de los demás árboles, había deseado ser un ani-

mal con movimiento; un animal que ya estuviera aquí como pudiera estar allá; un animal que corriera y saltara.

Se retorcia, se crispaba. Sus raíces no se movían ni una cuarta, ni una pulgada, ni una línea; sus troncos seguían erectos; sus ramas y sus hojas eran la placidez misma.

Quien hace un esfuerzo de voluntad, no podrá nunca crecer como crece el reino vegetal.

Oirás a menudo a la gente que te dice:

—Haz un esfuerzo de voluntad...

Tú has venido hasta mí para escucharme. Yo te digo:

Onofre, no hagas nunca un esfuerzo de voluntad.

Porque aquel arrayán del cual te hablo es suficiente ejemplo de los resultados de un esfuerzo así. Como él hay muchos, hay muchísimos, los hay por todas partes. Son, a veces, nada más que yerbecillas; a veces, grandes personajes.

Hay un centro en esta vida.

Hacia ese centro nos encaminamos.

Nos encaminamos sin movernos, sin que nada se mueva en torno a nosotros. Hacia él caminamos en la detención.

Giran, giran y giran... Siempre conservan igual distancia del centro. Así pasa la vida de la gran mayoría, lejos, muy lejos de ese centro. Algunos se desprenden; muy pocos son los que logran desprenderse. Pasan, entonces, a otro círculo por el cual vuelven a girar y girar. Han quedado distantes de los primeros. Se saludan, por cierto, cultivan la amistad:

—¡Hola! ¿Que tal...?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

Otro se ha desprendido de este segundo círculo y ha penetrado al tercero; otro se ha desprendido de este tercer círculo y ha pasado al cuarto; otro, al quinto; otro, al sexto.

Todos dicen al encontrarse con uno de círculo diferente:

—¡Hola! ¿Qué tal...?

El del círculo diferente, sea cual sea este círculo, responde:

—Bien, gracias. ¿Y tú?

Hay, tal vez, una orden, que ha de venir del centro mismo, que obliga a mantener esa relación: "¿Qué tal...? ¿Y tú?".

No hay que pelearse aquí.

Una pelea es algo gravísimo; con dos palabras puede subsanarse. Ya te lo he dicho: "¿Qué tal...? ¿Y tú?".

Es así cómo el mundo logra hacer, de cuando en cuando, un progreso más.

Lo logra a pesar del olvido que acomete al hombre que camina hacia el centro.

Sí, hay un olvido; tiene que haberlo. Imagínate una serie de innumerables círculos, los unos dentro de los otros. Vamos a numerarlos de fuera para dentro: 1, 2, 3, 4... Sigue, Onofre, sigue: 5, 6, 7, 8... Basta. Esta numeración se avecina a lo que es infinito.

Tú, o alguien, ha pasado de 1 a 2; otro ha pasado de 2 a 3; otro, de 3 a 4; etc. Cuando ese alguien pasa del 1 al 2, olvida mucho de lo que constituía la vida en el N^o 1; lo mismo le ha de ocurrir al pasar el N^o 3 y al 4, etc. Recuerda, de esos círculos dejados atrás, apenas lo esencial, un esencial que él traga en sus adentros. Lo envuelve, junto con el nuevo mundo que ahora frecuenta, con pocas frases, con frases rompefilas. Recuerda el "¿Qué tal...? ¿Y tú?". A veces las confunde; a veces las olvida. La gente, entonces, lo mira y se dice entre ella, comentándolo:

—Este hombre está medio loco...

Porque la gente cree que avanzar, que progresar, es prolongar y prolongar hasta un casi infinito las que son características de uno de esos números determinados.

Sí, Onofre... Bien, te llamaré como ya había pensado llamarte: Onofre Boroa. No lo olvides nunca:

Las cosas están, están ahí; las cosas son fijas.

Nosotros giramos a su alrededor.

Al centro está el *comienzo*; en la periferia está Palemón de Costamota siempre servido por ese ayudante, por Tadeo Lagarto.

A un paso de Palemón de Costamota, en la superficie, como las llamas tú, hay también grandes personas; en ella se producen grandes obras.

Cerca del centro, de ese centro que tú iluminas, Colomba, hay cosas nefastas, hay tipos abyectos.

No basta tener una mente inclinada al vicio para ir hacia la superficie; no basta tener una mente con anhelos profundos para descender a las profundidades.

No basta que obre nuestra manera de pensar; no debe obrar nuestra materia pensante.

No lo olvides: la lucubración es una hija de Palemón de Costamota. A menudo, ante ella, ríe y ríe Tadeo Lagarto y aplaude las astucias del que llama su "amo y señor".

¿Cómo, entonces, avanzar? ¿Dónde retroceder?

No, no pienses en la contestación. Calla y ella vendrá hacia ti; calla; no olvides que ambos estamos en lo que podríamos llamar: los dominios de Colomba.

Sí, eso es lo que deseaba escucharte:

Sólo el AMOR podrá guiarte.

Estamos rodeados de infinito.

No hacemos más que repetirlo a todo momento; diría yo que jugamos con él. Basta con decir: 1, 2, 3, 4, 5... En los números, con sólo nombrarlos, se toca el Infinito.

Ellos son una puerta que se abre a la inmensidad.

Es verdad: el pánico me coge con el mero hecho de numerar: 1, 2, 3, 4, 5...

¡No, no! Guarda silencio, te será más provechoso...

Cada hombre debe tener su moralidad individual.

¿Por qué ello te extraña?

No olvides que para ustedes yo he muerto. Para mí... es cosa diferente: para mí... he avanzado un paso más.

Sí; te lo diré; era una de las cosas con que siempre soñaba:

Mis pensamientos están ahora en la simultaneidad total.

Para hablarte tengo que explicarme; para explicarme tengo que escoger mis palabras. El tiempo sigue girando. Siento que ambos nos quedamos rezagados. Pero, ¡no nos detengamos! Deja que el tiempo siga girando.

Déjalo que gire.

Tu ser es diferente. Veo lo que te acomete en tus pensamientos. Te ves múltiple: tus costumbres, tus conocimientos, tu temperamento, tus relaciones, la vida de tu cuerpo, sus malestares, tus recuerdos, tus ambiciones... Veo ese conjunto dentro del cual tú te debates en busca de saber quién eres.

¡No!

Todas esas divisiones y subdivisiones, todas ellas están mal. Todas ellas deben ser una sola, debe ser algo unido.

¿Me has entendido, Onofre?

¡Un solo bloque!

Todas ellas son tus súbditos.

En vez de identificarte, ya con una división y luego con la otra, debes ser como un bibliófilo frente a su biblioteca. Debe venir a ti la que tú has elegido, serenamente, como viene el libro que ha elegido el bibliófilo.

Me miras con curiosidad; a veces me miras con estupor.

Es porque tú crees en la diferencia fundamental entre los vivos y los muertos. El terror que se ha esparcido alrededor de la muerte, ha llegado también a ti. Es el terror ante el misterio.

¿Misterio? ¿Por qué?

Nada cambia; todo sigue igual. Nuestras preocupaciones fundamentales siguen iguales. Pero nosotros, allá en la vida, le damos importancia a las pequeñas cosas, a los hechos diarios; yo, por ejemplo, debería darle al Portal Colonial; tú, a tu casa de Fray Tomate; don Irineo, a los garbanzos; Gervasia Cachapoal, a su belleza.

Son éstas las cosas que impiden seguir el avance.

Hay quienes se apegan de tal modo a ellas que su vida aquí es un perpetuo lamento por su vida allá.

Esta es la ilusión que nos permite *hacer* el "ayer, hoy, mañana".

En esto vive la gente: ayer, hoy, mañana.

No existen el ayer, el hoy, el mañana. Sólo existe una cosa: la simultaneidad.

¡No, no! Guarda silencio; te será más provechoso...

Cada hombre debe tener la moralidad de todos.

Así hablábamos. Pero... hablar. Ya lo he dicho: ningún sonido se produjo durante nuestra charla. No, no se *habló*. ¿Diré, entonces, lo que él "dejó a entender"? No, tampoco.

Todas las maneras que puedo emplear para describir este diálogo, me suenan a falso.

De cualquier manera que quiera expresarme siento que caigo en la falsedad misma.

Sin embargo nos comunicábamos con una perfección absoluta que yo, aquí en estas líneas, no logro traducir.

¿Cuánto duró lo que Naltagua tardó en decir lo que dijo?

Lo he recalcado: estábamos fuera del tiempo; estábamos a distancias infinitas de todos los relojes existentes. Tal vez estos relojes han podido dar millones y millones de vueltas y, en cada vuelta, tal vez han sonado todas las campanas del universo; tal vez el segundero se ha detenido al ver toda la inmensidad que es recorrer un segundo.

Tampoco tengo palabras para expresar el lapso de tiempo. He visto a Naltagua; él ha expresado muchas, muchísimas cosas que yo no logro traducir; Colomba estaba a mi lado y, a cada momento, sentía su mano que se posaba sobre mí; creo que el fondo de la Tierra nos envolvía. A veces lo dicho a Colomba se iba al pasado; a veces esperaba para que yo lo dijera...

¡Oh, faltan las palabras, faltan los modos!

¡Debería vivificarse nuestro lenguaje!

Los lenguajes que usamos son para ir por las calles, caminando, charlando, caminando y, de nuevo, charlando.

52

Sigamos nuestra marcha, sigamos nuestra ascensión, sigamos siempre, Colomba. Ya la superficie se acerca. Quiero que tú me pases por ella. ¡No me abandones! Así veré de otro modo lo que hay que ver. Entremos por esta galería que está solitaria; no se ve a nadie, no se ve nada. Marchemos por la oscuridad. Me basta tu luz. Yo te hablaba de Diana; quise contártelo todo, sí, todo. Es decir, quise que, al contártelo, saliera de esta mente y se fuera a compartir tu mente. Pero ahora veo que ese Contaldo, ese Clotario, los chistes, La Manigua entera...

No pude aislar a Diana en mis palabras como está aislada aquí dentro.

¡Quiero purificar su recuerdo!

No quiero que él se vaya a la otra región a vivir lo que, de verdad, tiene que vivir en la eternidad. Como ya lo había vivido, como siempre se ha vivido...

Sí; fui yo quien me acerqué a ese que llamo "recuerdo".

El tiempo se me borra; al borrarse me confundo.

Porque el existir es sin tiempo. Mi amor por Diana ya existía en los tiempos pretéritos; siempre ha existido.

Sigamos nuestra marcha, nuestra ascensión.

¡Que salga todo antes de llegar a la superficie!

No te he contado todo. Creo que sólo he orillado mi amor y nada más. No he podido profundizarlo. Por eso, por eso mismo quiero deshacerme de los detalles, quiero deshacerme de la forma que él tomó y, por eso, voy a contártelo, voy a repetírtelo. No veo otra manera de profundizar.

¿O es que estamos ya demasiado cerca de la superficie?

No, Colomba, no lo creo: mi amor sucedió en plena superficie, rodeado de un ambiente vulgar y, además, un ambiente...

Callaré.

Trataré de penetrar a la *otra región*.

Veo palabras;

veo más palabras;

más y más...

Veo la lucha que se ha entablado entre la *otra región* y la región de la superficie.

Déjame llamarlas así. Sé que la superficie es enorme, que es ilimitada en su grandeza; sé que junto a ti rondan los peores elementos al atisbo de quien quiera olvidarlos.

He tocado estos dos polos. ¿Tendré que vivir siempre, siempre, acosado por su lucha? Diana, no; Diana, aún no; Diana, cuando se recuesta, pierde la visión en sus ojos; Diana vive en la *otra región*...

Sale de ella y entonces juega; yo salgo de ella y oigo y hago los chistes mezclados al grito de un arriero en el perro que se ha dormido.

Colomba, no te retires; Colomba, sigue a mi lado. Tú lo sabes: yo sólo pensaré en ti. Avancemos, sigamos nuestra ascensión. Creo que Diana está ahora jugando con las otras niñas. Te lo diré en voz baja, muy baja:

Mi amor por Diana fue un amor lejos del amor.

La carencia de amor elevó nuestra relación más allá de lo que se llama amor.

Sí; veo que es el comienzo del *verdadero amor*. Pienso mucho en la otra región.

¡No te alejes, Colomba! Siento cómo tú te vas desintegrando a medida que subimos; ya casi no me escuchas. ¿No comprendes que así va desintegrándose mi amor?

Mi amor por Diana es un secreto mío, nada más. Lo hundo en mi conciencia.

O, acaso, se hunde solo.

Me vuelven y me resuenan las palabras de Florencio Naltagua. Ellas planeaban sobre un amor así, como es el mío por Diana.

Temo que en la superficie se me borre este amor.

¡No, no! Temo que allá sólo pueda *recordarlo*. Sí, sí, como se recuerda cuanto recordamos...

Como se recuerdan los hechos de ayer... y los de hoy... y los que proyectamos para mañana...

Pero tenemos que subir pues allá me esperan. ¿Quiénes? No lo sé. Me espera lo que tengo que hacer... ¿Qué es ello? No lo sé. Tengo que hacerlo. Tú ya no estarás conmigo. ¿Por qué cometes tal crueldad?

¡Debo agotar mi vida sin ti!

Pero te lo vuelvo a repetir: mi amor por Diana no fue amor en el sentido que a esta expresión se le da. Fue... Haces bien: no pidas que te lo explique; dejémoslo donde está. En el silencio me acercaré a él.

Tiene, por cierto, una serie de detalles que te los puedo contar. Démonos prisa; ya algo se aproxima. Oye, oye bien:

Con Diana sería con el único niño con quien podría vivir.

Viviríamos en el silencio; sentiríamos nuestras presencias. ¿Después? Ya lo sé: me pedirías que jugaríamos a escondernos y a buscarnos hasta encontrarnos; después iríamos a comer pasteles y a tomar helados; después le ayudaría a hacer sus tareas del colegio...

¡Claro, claro está! Cuando se vuelve de la otra región, cualquier cosa es igual. Pues hay que llenar los huecos que se producen. ¿No lo crees tú? ¿No encuentras que es mejor llenarlos jugando a los escondites, tomando helados y comiendo pasteles, haciendo las tareas del colegio? Sí, es mejor no pensar más en la otra región; es mejor no entremeterla en nuestra vida diaria con una falsa intelectualidad.

Diana es la perfección que tiene toda pureza.

Cuando está allá, Diana sabe guiar y sabe llevar hasta allá.

Diana: me dóblego ante ti.

Ahora veo que todos, todos, vivimos en la otra región. No sabemos llegar a ella. Con Diana, en el silencio, yo sé llegar. Porque Diana, en esos momentos, *es* la otra región. Yo me preocupo y me inquieto por saber si ella sabe donde se halla. Esto está mal de mi parte.

El bullicio de todas partes me asalta.

Yo, un ser como todos, me asomaba y entraba en él.

Me he sentido bifurcado. Y no quiero ser un hombre bifurcado. Quiero estar siempre a tu lado, Colomba, que tú no me abandones jamás.

¡No, no, no! No me abandones, Colomba mía. Ya siento apenas tu mano sobre mí. No sigas desintegrándote. ¡Óyeme aún!

¿Por qué no llamo a Diana?

No, no vendría. Diana está jugando con las otras niñas; claro está, tiene que jugar como yo tengo que... No me atrevo a decir "pensar".

Los hombres no han pensado aún. Los hombres sólo saben ir por las calles conversando. Naturalmente, ha habido excepciones.

Eso es; podríamos contarlas; son muy pocas estas excepciones.

¡No, no me hagas contarlas! ¿Que no ves, Colomba, que...?

Eso es; el llamado permanente del mundo que no pierde ni una oportunidad para cogernos y mezclarnos en su remolino.

Oye, oye, Colomba:

Diana podría, Diana puede, cuando está tendida, irradiar su otra región. Pues quita del amor los celos, quita las preocupaciones, hace desaparecer los conflictos, borra para siempre lo que es propio de esta tierra. Ante la presencia de la otra región, todo ello, todo se va, se va, se va...

Es lo que yo me pregunto:

¿Por qué necesito estar de rodillas besándola? ¿Por qué debe ella estar tendida? ¿Por qué es así, con nuestras bocas y con nuestras lenguas, que se abre ese mundo inefable?

Ha de ser como tú dices: ella necesita jugar; yo necesito hacer chistes y pensar; ambos necesitamos compartir la vida que existe junto a nosotros.

Estaba yo en Fray Tomate, solo. Pensaba en Diana. De pronto pensé en Tomba Montbrison.

¿Dónde estás, mi Tomba? ¿Qué haces?

Tú lo sabes, Colomba: estamos ahora separados, ella en Cannes, yo aquí, en San Agustín de Tango. Grité, al recordarla:

—¡Tomba! ¡Estoy contigo, contigo!

Y recordé su última carta:

Mi Tombito:

Te pido perdón si te hago sufrir; pero me siento tan sola, abandonada, desgraciada. Desde hace meses me sentía enferma; veía médicos; me decían que necesitaba reposo, mucha calma, nada de preocupaciones. Por meses tuve fiebre. Estoy ahora en una clínica. Durante las noches creía que era el fin. Miedo no tenía pero pedía tus manos para que tomaran las mías; así me sentía menos sola. Si mi vida es una prueba, la habré pagado.

Luego recordé otras cartas de ella:

No quiero inquietarte más, mi Tombito. ¡Sigue tranquilo! Agradece a tu hermana por haberme escrito. Abraza a mi nombre a los buenos amigos.

Otra decía:

Te beso, mi Tombito, aún más fuerte que para el 13 de noviembre; que este año te traiga la paz; felizmente, Tombito, que tú estás en Chile. ¿Qué habrías hecho conmigo enferma

Es verdad. ¡Tomba existe! ¡Tomba está enferma! ¡Estoy contigo! ¡Contigo!

Quiero que sepas:

El amor que siento por ti no ha disminuido nada, nada por la presencia de Diana.

¿Qué habría hecho teniéndote enferma a mi lado? ¿Cómo puedes preguntármelo? Así es como deseo tenerte: débil, doliente; apenas puedes moverte de tu cama. Pero tus manos se moverán; entonces yo las cogeré, las besaré y tú sonreirás vagamente. ¿Quieres que así sea, mi Tombita, mi Papita?

Ahora estás sana; la salud se ha personificado en ti. Ahora ríes y, por todos los ámbitos, se derraman esos cascabeles que siempre van con tu risa.

Estaremos en Quintrilpe; es un lindo fundo; en él tendremos nuestra casa. Tú, entonces, reirás. Yo caeré de rodillas ante ti. Poco a poco tu risa disminuirá. Será un lamento, un lamento.

Tú, Tomba, luego me dirás:

-Vamos a visitar a Diana; ¿quieres?

Caminamos y caminamos mucho y llegamos a visitar a Diana.

Entonces yo te pregunto:

-¿Qué Diana visitaremos hoy? ¿La chiquilina alegre que sólo juega con las otras chiquilinas?

Tú me respondes:

-No. Veremos a la Diana de *la otra región*.

La otra región...

Ahora estoy en mi departamento de Fray Tomate. Estoy solo; no se oye un ruido; ha caído una paz sepulcral sobre este inmueble; también ha caído sobre el Muelle de la Sotana que alcanzo a divisar; sobre las calles cercanas, la calle del Sacerdote Pérez, las calles del Milagro y de la Inmaculada Concepción; y sobre el tejado del taller de Rubén de Loa.

Aquel día estaba solo. Me senté ante mi mesa y le escribí, sí, a ella, a Tomba:

Tomba mía:

Mucho pienso en ti; hay calma, hay paz; puedo reconcentrarme bien. Tomba, quiero pedirte perdón.

Quiero que perdones la manera de proceder contigo. Yo he pensado no separarme jamás de tu lado. Porque puedo repetir mil veces; siempre sueño con tomarte tu manito, acariciarla y poder murmurarte:

-Tomba, je l'aime...

Yo te he dejado, yo he partido y aquí estoy rodeado de paz. No sé si esta paz es verdadera; o si es ella que yo me he creado como una compañera que te reemplace.

Te veo enferma, te veo en cama, sola, abandonada... ¿Por qué suceden cosas así? Yo me veo con una distancia infranqueable entre los dos. ¿Por qué, por qué?

He salido del fondo de la Tierra. Allí estuve junto a esa mujer admirable: Colomba; allí oí las palabras de Naltagua; allí charlé largamente con Lorenzo Angol; allí pensé en ti.

He salido por el recoveco que hay en la Isla del Olor de Santidad. He vuelto, pues, a estar en San Agustín de Tango. He estado aquí con Desiderio Longotoma; con Jabalí Batuco; con el pintor que tú tanto aprecias, Rubén de Loa; con los doctores Hualañé y Pitruquén; con...

Interrumpí mi carta. Había en ella una confusión de tiempo; no pude seguirla. No había descendido hasta tu lado, Colomba, no lo había hecho todavía. Me anticipaba. Pero no tenía la certeza de la certeza de mi anticipación.

Giró la otra región. Pasó Diana, pasó seria, muda. Le pregunté, entonces:

—Diana, ¿te gusta?

Oí un murmullo:

—Sí.

Y todo ello se deshizo en un futuro ya acaecido.

Colomba, por favor, sigamos.

Ahora siento la influencia de la otra región: ¡Tomba! Ella crece, se acerca a mí, está enferma, llora.

Ya Diana se ha alejado.

Dime, Colomba:

¿Adónde está Diana? ¿Crees tú que está en la otra región? Es verdad; necesita de mi presencia para encaminarse hacia la otra región. Debe, entonces, estar jugando con las demás, con todas las niñas, sus amigas.

Colomba, se ha encaminado hacia la otra región, ¡sí, lo veo!, se ha encaminado nuestro recuerdo y él brilla allá.

Él es, él es el que me ha llevado a pensar en Tomba; él es el que me ha acercado a ti, Tomba mía. Siento la influencia de ese recuerdo de Diana; siento cómo se desparrama desde allá, desde la otra región.

Colomba, ése es Lorenzo Angol.

¡No te marches, Colomba!

Queda así, tenue, vaporosa, intocable... Pero queda junto a mí y oye lo que vayamos a conversar.

53

Partimos ambos, Lorenzo Angol y yo; yo, Onofre Boroa; no quería ser Borneo. Borneo, pensé, se pasea en estos momentos, por la superficie.

Caminemos, Lorenzo; bajemos por estos precipicios; subamos luego; penetremos por un túnel, donde no halla ningún túnel; que ya los habrá ante nuestra presencia. Caminemos, caminemos; y lleguemos al ángulo que nos proteja. Allí, en él, tú, hablarás, hablarás a la nada; yo, agazapado, cogeré tus palabras.

No, no hablarás.

Pensarás.

No, no pensarás.

Dejarás que se piense y tú mirarás absorto. Entonces yo, yo, Onofre Boroa, miraré absorto. El ángulo se apretará y, en su pequeñez, aquilataremos la inmensidad.

Scht; schtt.

En silencio caminamos.

¡Alto! Aquí estamos bien. La Tierra brama, nos ensordece. Son esos estratos de que allá, en la superficie, nos hablaban siempre: el fluídico, el germinal, el reflector... ¡Qué sé yo! Suben los que están muy hondos; bajan los otros; y vuelven a encaramarse bufando; para caer nuevamente.

Aquí, paz.

Ábrete; quiero que tu cabeza –si es que es tu cabeza– sea un viaducto...; no: sea un agujero por donde podamos atisbar las columnas que ya debes haber entrevisto.

LORENZO

Bajo a menudo; quisiera bajar más a menudo aún; veo esto como mi morada. Aquí me encuentro conmigo mismo. Nunca me ha defraudado una bajada mía. Fíjate, Onofre, como ellas suceden:

Tú me mostraste, un día, la Isla del Olor de Santidad. ¿Lo recuerdas? En ella me mostraste un rincón entre los matorrales; siempre recuerdo el árbol inmenso que lo sombrea. Dentro de ese matorral, una especie de sendero oculto que cada vez se oculta más y más; hasta que, dentro de él, se forma un laberinto de caminos que se retuercen, parecen alejarse y caen sobre ellos mismos; otros se alejan hundiéndose; te introduces por ellos y, minutos después, estás nuevamente en tu punto de partida.

Sí, es lo que a mí me pasa; cierta vez, después de más de dos o tres horas, desistí y me volví a casa. Otras veces entro casi directamente y me sumerjo.

He sentido siempre esa sensación: la Tierra crece, se agiganta, me envuelve. En verdad soy yo el que descendo.

Como sea, me siento bien.

Siento a Lumba Corintia más cerca de mí. A veces la he visto y hemos departido. Me falta la palabra con la cual expresarme. Tú me has comprendido.

Veo también a Jateña.

Haces bien: un momento de silencio. Es en el silencio cuando este centro se despliega debidamente.

Claro está: Jateña está junto a Lumba Corintia. Ambas están en aquel desfile de la Victoria que pasa, pasa y, al compás de las botas que golpean, veo muchos errores que planean sobre mí y que siempre me acompañan. Nace también la verdad.

¿Errores?

Yo creía, y creía sin lugar a dudas que había vivido allá en Roma, en la Roma Imperial... Hasta llegué a recordar ciertos sucesos de entonces.

Pasó volando la Verdad: Berguibenda subió a su coche. Y yo amé, entonces, a Vivencia Pocuro que se perdió en Jenara Linares. No supe si giraba yo en el error o si había chispazos de verdad. Ahora me acompaña Benilde Panilonco; tú la conoces.

Naturalmente: Benilde es el reverso de estas profundidades. Sin Benilde allá arriba, yo no estaría aquí abajo.

Es lo que ignoro. A veces veo en Benilde mi salvación; a veces mi pérdida.

Claro está; es el contacto permanente con las calles que ahí van rodando; a veces me detengo; siguen, siguen las calles y yo, sobre ellas, camino.

Por cierto, Onofre, por cierto: Romualdo Malvilla ha dicho una gran verdad. Es lo que pasa allá en la superficie; todo se mueve, todo gira.

¿Llevas a Malvilla junto a ti?

Como yo. Porque, ¿no crees tú, Onofre, que él baja también a estas profundidades?

De acuerdo; no baja su parte pensante, la parte que ha de arrastrar siempre este cuerpo. Es decir, la parte que arrastra a este cuerpo; o el cuerpo que tiene una chispa de pensamiento para ser arrastrado o para arrastrar.

Tales son mis preocupaciones.

Allá, en las ciudades, es algo atroz. Se visten con sus mejores atavíos y salen conmigo a pasear.

¿Adónde vamos? ¡Vaya una pregunta!
Vamos a la Taberna de los Descalzos... al Museo Egipcio... Eso es, eso es... El ayuntamiento, también lo miramos... El Gran Teatro... Me haces reír: lado a lado, la Catedral y esa Cárcel Católica. No sé cómo logran distinguirlas y no se meten, los que van a misa, a la cárcel.

Ya están metidos. Pasarán los siglos y ellos estarán dentro de la cárcel.

No, no, no hago chistes. Estamos dentro de la Tierra.

Me inclino.

Yo nunca he vivido en la Roma Imperial. Alguien me encaja semejantes ideas. Tiene que ser así; son cosas de esta vida, cosas sin trascendencia; cosas que giran cerca de nosotros. ¿No lo crees así?

Cálmate, Onofre; recuerda que ya no eres Borneo; no, no lo eres aquí dentro de la Tierra; recuerda tu nuevo nombre: Boroa.

No sirve tener demasiada euforia; la euforia vuela, se retuerce sobre sí misma. Es curioso: te doy los consejos que yo trato siempre de seguir. ¿No lo crees?

Párrafos como ese con que has empezado a escribir; sí, este Nº 53:

"La Tierra brama, nos ensordece... vuelven a encaramarse bufando... atisbar las columnas que ya debes...

Creo que nada ha bramado; nada se ha encaramado bufando; no hay aquí columnas que se dejen atisbar...

Deberíamos hablar como se piensa. Pero, ¿quién piensa...?

No olvidemos esta práctica: hablar como se piensa.

Onofre, cuando se habla de este modo, nadie, nadie en este mundo te comprende una sola palabra.

Sí, tiene que ser por eso: silencio.

¡No hablar! Que baste una mirada hacia una cumbre, hacia un pozo; algo de la cumbre y del pozo se ha de acoger a ella; el otro, entonces, recibe la mirada, la cumbre, el pozo.

Por cierto: es algo muy curioso; ya lo había pensado varias veces antes; tú estás acometido por las mismas preocupaciones que me acometen a mí.

Tal vez ha de ser eso; tal vez... ¿Pasamos por un punto similar? Tal vez. En la altura, en la estructura han de ser puntos similares; en la profundidad de los pozos. En ella nace un cierto parentesco, un parentesco entre el fondo de ese pozo y la más alta de las cumbres. Nosotros llevamos ese parentesco y salimos en busca de quien tenga la otra mitad. Entonces hablamos.

Y nadie nos entiende.

¿Encuentras tú que hay demasiado silencio, demasiada soledad? Tu estado de alma es el que produce ese silencio; él trae esa soledad. ¡Cámbialo!

¡Galopemos! ¡Galopemos!

¡No, no! ¡Que no caigan sobre ti! ¡Defiéndete!

Tienes razón: era sobre mí que caían esos campuncetes...

¡Es verdad; tienes razón! Aquel, tienes razón, es uno que se aleja: ¡un cumbileco! Los cumbilecos son...

Quisiera ser un hombre al que nada de todo esto logre tomar; quisiera ser el reconcentrado permanente. Ya lo has visto, mi querido Onofre: el haber atisbado un cumbileco entre todos esos campuncetes, me ha llevado a ver al bueno de don Irineo Pidinco.

¡Ya lo creo! ¡Un alto tipo! Que bien que hayas conversado con él aquí. Don Irineo es un...

Es lo que me sucede siempre: soy distraído por cualquier cosa. Esta distracción me lleva a otras esferas y yo entonces la contemplo. Quedo en esta contemplación. Hay un sitio al fondo de ella, por lo general, el Cine Modelo, en el Bulevar de la Catedral. No creas que lo maldigo; por el contrario, saludo a este cine con gran alegría. Sí, tú lo has dicho: es mi salvación.

Siempre he tenido una gran admiración por él, por ese hombre admirable que fue. Tú te habrás fijado que, en mi escritorio y tras de mí, está su retrato: Rudolf Steiner.

Sí, Onofre, él está ahí, junto al Cine Modelo. Luego caminamos un poco, lado a lado. El mismo trayecto que he hecho para llegar hasta el cine, es decir, que he recorrido entera la calle Sursum Corda; una vez solo; otra vez con Steiner.

Claro está, leo siempre a Steiner.

No, no; leo, de él, un solo libro: *La Iniciación*. Leo siempre un libro diferente: *La Iniciación*.

¡Oh, qué idea!

Eso es: es como estar aquí a miles de miles de metros de allá, de la superficie.

Eso es: hay, en ese libro, muchos, muchísimos libros escritos con las mismas palabras. Es lo mismo: hemos visto campuncetes y cumbilecos. En el mismo sitio hemos visto los túneles inmensos que arrancaban en cientos de direcciones diferentes. Tú puedes leerlo... Perdón; olvidaba que era uno de tus libros preferidos; perdón.

Sí, es algo que me ha golpeado desde la primera vez que lo leí:

"Nadie notará nada pues sigues siendo el mismo de siempre; a tus obligaciones concurre con igual regularidad..."

Algo así dice Steiner. Justamente: seguimos en todo iguales; iguales con nuestras relaciones, con el cruce de las calles.

¡Es lo espantoso, lo abominable! Hay seres que hacen un gran, un enorme esfuerzo para no cambiar en nada. A todo el mundo le preguntan, le insinúan:

"¿Ve usted que estoy idéntico a lo que era antes de haber leído ese libro?"

Y te miran, sí, te estudian. Si tú finges admiración por un cambio que has notado en él... ¡santas paces! Se aleja el tipo muy ufano. Si nada has notado... Bueno... Claro, claro, así es, y nada más que así.

En eso no hay cambio ninguno. ¡Las pequeñas cosas! Lo has hablado con Colomba: las pequeñas cosas. Oye, Onofre, óyeme muy bien: hay que ver a uno de esos tipos... ¿Cómo quieres que los llame? ¡Tipos y nada más que tipos! Los elevados... Así se preguntan y así averiguan; así, así: "vamos a comer; ¿adónde ir a comer?; pediremos tal y tal cosa; yo, ahora, estoy bien alojado; antes no lo estaba tanto; y todo lo demás".

¡Qué proporción inmensa toman esas cosas!

Tal vez; sí, has de tener razón; tenemos que vivir entre gente así.

Es la única manera de que podamos hacer un esfuerzo que sea fructífero. De acuerdo estoy contigo, mi querido Onofre. Hay que introducirse entero en la vida de que habla Steiner.

¿Te das cuenta lo que es introducirse entero en una vida? Tienes razón:

El verdadero fondo apenas suena.

Podría, claro está, sería un ensayo... Lumba Corintia en la superficie... Me acompañaría; podría yo pasear con Steiner y con ella a nuestro lado. Tú podrías ir con Colomba...

¿Dónde está Colomba ahora?

Eso es; se ha vuelto al fondo; ya no te acompaña.

¡No te aflijas de ese modo, Onofre, no te aflijas! Es lo que yo creo; sí, es mejor: bien delimitadas las dos partes: allá, el fondo, con Colomba y con Lumba Corintia; arriba, la superficie. Llevarla sería mezclar cosas que no deben jamás mezclarse. Es lo que creo; has dicho la verdad: debemos, tenemos que vivir nuestra vida arriba, intercambiar nuestras impresiones con la gente que encontremos. ¡Hay grandes personas en la superficie!

Naturalmente: Rubén de Loa es una gran persona. Es lo que he oído: Romualdo Malvilla es ahora también una gran persona; y...

Pero no se trata de eso; ellos están envueltos en profundidades de aquí. Desiderio Longotoma, Jabalí Batuco...

Es verdad: ¡cómo ríen, en el fondo, de este hecho, este hecho tan simple, de bajar al fondo de la Tierra! Esa es su grandeza; no, no, nunca lo he puesto en duda, jamás. Por eso hago lo mismo que tú, Onofre: la charla, mucha charla con óperas italianas; los bares y ¡metámonos en la vida de cada día!

Sí, esa es su grandeza. Benilde, Benilde... Es una gran mujer. Está justamente en el límite; un paso más y caería, caería...

No te extrañes de que yo llame caer estar aquí en el fondo. Lo he sentido miles de veces; sí, es caer. Eso es y nada más que eso: cuando venimos para acá por una orden que... No, no, no es una orden que alguien nos envíe; sin embargo no es una verdadera orden superior; sin embargo es una verdadera orden... ¿superior? El caso —y te ha de suceder a ti también—, el caso es que veo el laberinto, aquel del cual te he hablado, el de la Isla, de la Isla del Olor-de-Santidad, y soy cogido por ese laberinto; sí, puedo equivocarme... Ya te lo he dicho: una vez, después de unas tres horas de búsquedas, me decidí volver a Fray Tomate.

¡No, qué idea! Estas búsquedas erradas, nada tienen que ver con nuestro estado de ánimo. Esa vez que tuve que volver, ardía yo de ganas de llegar al fondo: quería huir de Benilde...

No sabía por qué quería huir de ella; tal vez fue una especie de pretexto que debe haberse elaborado allá en la que se llama subconsciencia; no lo sé. Tiene que haber sido un pretexto; no podía confesarme la verdad:

Trotar, trotar y trotar por las calles y más calles y más calles que, a veces, se denominan "avenidas" para luego ser un muelle y ¡qué sé yo! Y en todas partes: "¡Salud! ¡Buenos días! ¡Chao! ¡Salud!". Se descansa un poco. Justamente, es lo que me pregunto: ¿Puede llamarse descansar el hecho de no trotar con los pies y seguir trotando con la mente? Allí queda mi pregunta, allí queda esperando. "¡Salud! ¡Buenas tardes! ¡Buenas noches! ¡Chao!".

Es lo que yo también me pregunto:

"¿Por qué no desaparece toda esa gente...?"

Lo que yo también he pensado tanto: si desapareciera toda esa gente me sentiría en una soledad espantosa. Trotar ahora por todas esas calles sin pronunciar, ni una vez, ni siquiera un: "Buenos días...".

Claro, claro, lo he pensado muchas veces; Naltagua. Podría darme muy buenos consejos. Pero, apenas oída mi pregunta, me respondería otra cosa. Claro, como te acaba de pasar a ti; que aquello planea sobre nuestra pregunta... ¿Y? ¿Y qué? Es eso lo que ya sabemos: debemos encontrar por nosotros mismos.

Te parece una buena idea; ¡adelante!

Esta galería es lóbrega. Caminamos bien por sus sinuosidades. ¿Yo? Camino, créeme, mejor que por aquellas calles de la ciudad.

¡Calla! ¡¡Calla!! ¡¡Es ella!!

Eres tú, Lumba Corintia...

He visto, lo veo. ¡Cómo se ha transformado esta galería, este que era un túnel tenebroso! ¡Muy bien, muy bien! Sentémonos. ¿Es lo que deseas? Por favor, quiero que sus palabras vengan de tus labios. Sí, te escucharemos sin pronunciar palabra alguna; he de oírlo nuevamente; he de oírte, Rudolf Steiner.

La voz de Lumba Corintia

(Repitiendo párrafos de *La Iniciación*
de Rudolf Steiner)

Estas líneas precisan la situación en que el místico se encuentra consigo mismo. Oye en silencio las objeciones. Sabe que no hay para qué discutir las, toda vez que se trata de juicios mantenidos por gentes que no han experimentado ni vivido las experiencias que él mismo ha experimentado y ha vivido. Es el suyo el caso del matemático que habiendo descubierto una verdad, la tiene por irrefutable, aun cuando el mundo entero se levante en contra.

Los hombres tienen que diferenciarse desde el momento que evolucionan estas fuerzas ocultas o se dan cuenta de sus actos. Admitidas estas posibilidades, justo es que al más avanzado se le reconozcan más derechos a tratar de un asunto o a obrar en una dirección dada que al que quedó rezagado. Solamente para los que, al contrario, se fijan en los sentidos y en la inteligencia, puede imaginarse una especie de igualdad, un producto medio.

Basta entrar en una asamblea pública para persuadirse de que los líderes de la opinión son incapaces de emitir un pensamiento que se eleve por encima de ese plano físico. Lo propio puede observarse entre los escritores de nota de nuestras revistas y periódicos; en todas partes veremos reproducirse este fenómeno del más orgulloso y el más absoluto apartamiento con respecto a todo aquello que el ojo no pueda ver o que la mano no pueda tocar; en una palabra, de todo cuanto se salga de los límites del intelectualismo medio.

Cuando se trata de comprender las verdades que se presentan como reveladas, ya no se precisa que la inteligencia tenga por auxiliares las mismas fuerzas que son fuente de toda revelación. Quienquiera haya evolucionado en sí los poderes del conocimiento místico, no tardará en percatarse de que algunos de los relatos del Antiguo Testamento expresan verdades de un orden superior que el entendimiento, limitado a las experiencias de los sentidos, no puede abarcar. La experiencia porque pasa el místico le conduce a la comprobación de que esas leyendas se derivan de un conocimiento directo de las verdades superiores y, cuando esto llega, transfórmase de pronto el campo de visualidad.

Adquiriendo conocimiento y poderes en los mundos superiores, desaparecen los obstáculos siempre que se trate de una investigación ardiente y sincera.

Estad persuadidos de que el iniciado sabrá allanar todas las dificultades para encontrar al investigador del que haya comprobado en esfuerzo sincero y meritorio.

LORENZO

Ya lo has visto, mi querido Onofre, ya lo has visto: Lumba Corintia nos ha repetido algunos pasajes de *La Iniciación*, de Steiner, y luego ha desaparecido. Son pasajes que yo siempre he leído y releído. Aquello de la investigación sincera y ardiente, del esfuerzo sincero y meritorio, queda en mí como una música que suena a mi alrededor. La oigo permanentemente; no logro hacerla entrar en mí mismo. Por ejemplo, ahora ya no la oigo. Caminemos, Onofre, caminemos.

Me pregunto siempre:

“¿Para qué estamos en la Tierra?”

Colomba te ha respondido a esta pregunta tuya que tal vez obtengas una respuesta cuando hayas liquidado todas tus carpetas. ¡Sí, Onofre! Ambos debemos hacer un esfuerzo sincero y meritorio. Yo también tengo un alto de carpetas allá en Fray Tomate. ¡Qué quieres...! He pasado mi vida haciendo notas y desarrollando unas cuantas. Necesito liquidarlas. Tal vez entonces entre la música en mí mismo y pueda decirme que la música y yo somos una sola entidad. Ahora no lo puedo. Mi vida ha sido... ¿Te importa que te hable de mi vida? La tengo entera junto a mí pero la tengo inmóvil o, mejor sería decir, moviéndose en todos los sentidos que se puedan imaginar.

Durante mi vida tuve que ir desechando mis ideas de triunfo ante las gentes. Al acercarme a esos llamados triunfos, retrocedía espantado. La gente me era antipática, la sentía hostil. Pero yo soñaba en una gente que, seguramente, habría detrás de ella.

Partía en su busca. Buscándola hacía el esfuerzo sincero y, pensaba yo, meritorio. ¡Sí, tenía que ser algo meritorio! Esta expresión —meritorio— me tomaba y se elevaba; yo, volando tras ella, me elevaba también. No te rías con lo que voy a contarte, mi querido Onofre Boroa; recuerda que todavía no eres el Borneo de las calles de allá de la superficie. Así es que no te rías: una vez que volaba y me encontraba en lo alto, aparecían a mi vista... ¡dos botellas!

Estaban colocadas, una para arriba, la otra para abajo. Eran botellas pequeñas, redondas, de bastante capacidad, con el gollete estrecho; creo que en esas botellas es en las que venden licores de alto precio. Malvilla ha de saberlo.

Pues bien, una de ellas, como te he dicho, estaba en su posición normal: abajo el recipiente; arriba el gollete. Era ésta la que me simbolizaba al hombre de cada momento: el recipiente, que lo veía más grande de lo que era en realidad, era la vida diaria de aquel hombre, una vida inmensa que se prolongaba para todos lados, en casas, en propiedades, fundos, haciendas, criados, criadas, ¡y qué sé yo! La otra botella, la que estaba colocada boca abajo, era el hombre superior: su vida diaria, pequeña; le bastaba una sola habitación para vivir; en cambio su vida interior era grande, crecía, se agigantaba, encerraba todos los líquidos que pueden haber sobre este mundo.

Naturalmente, mi comparación no es muy feliz. Pero ella se presentaba siempre. Yo, entonces, soñaba en una inmensidad sobre mí; yo me arrodillaba frente a ella y, ¡créeme!, casi caía en éxtasis...

Esperaba que esa venda que se cierne sobre mis ojos, cayera y me desconcentrara de este mundo.

Tal ha sido mi afán permanente: desconcentrarme de este mundo; que caiga, por fin, esa venda que me impide ver más allá.
Yo lo creo, lo creo. Ahora me viene a la memoria una frase de Steiner que, durante tanto tiempo, ha sido mi consuelo:

Debe (el estudiante) abrigar constantemente la idea de que puede muy bien haber realizado progresos importantes sin que se hayan manifestado bajo la forma que esperaba.

Una idea me atribulaba muy a menudo: nuestro recuerdo del pasado eterno. Nada de él había en mí. De pronto creo haber visto algo que no puede sino concernirle: nuestra manera de ser, el temperamento, los gustos, las inclinaciones... hasta nuestro aspecto físico.

Nuestro recuerdo del pasado eterno es nuestro destino.

Dime una cosa, Onofre:

¿Por qué tendríamos que recordar la eternidad como recordamos un suceso acaecido ayer?

Ahora quiero sumergirme, quiero penetrar a las profundidades. ¿Tú quieres ir hacia la superficie? Bien; ya nos encontraremos y volveremos a conversar largamente.

Sí, creo que sí; creo que me encontraré con Lumba Corintia; voy hacia ella. Verás que el recuerdo de Colomba te acompañará todo el tiempo.

¡Adiós, Onofre Boroa!

¡Adiós!

54

Ascendí lentamente. Me sentía algo fatigado. A los pocos pasos me detuve. Me recosté sobre una especie de piedra. Apenas estuve sobre ella me percaté de que era blanda, muelle. Había un gran silencio; ya me había acostumbrado a ese bramido del interior que es monótono. La soledad que me rodeaba era total. La luz era tenue; parecía ser acarreada por entes invisibles; ayudó a sumirme en una meditación, para mí deshilachada; para otros, tal vez muy continuada y construida.

Oír hablar a Lorenzo Angol me había, a la postre, confundido y ahora todas mis ideas daban vueltas en mi mente. No, no podía ser así; esto estaba mal. El fondo de la Tierra perdió, para mí, su interés; para arriba, era la vaciedad absoluta.

Me faltaba un amor. Colomba era intocable; naturalmente sólo dependía de mí mantener nuestra unión. Necesitaba otra cosa, sí, algo que penetrara en mis entrañas, algo que me causara todos los sinsabores propios de un amor, amor, amor. Me sentía tomado por la cabeza que lucubra sin cesar.

Lorenzo no era culpable de este desaliento mío. Él había hablado y nada más; nada más. Quise seguir mi marcha y cumplir mi cometido, lo que había jurado a Colomba hacer: subir a la superficie y mezclarme con todos, con todos los que encontrara.

Pero algo me detuvo, una insignificancia: bajar una pierna de esa especie de piedra en que me hallaba; bajarla y posarla por tierra. Inmediatamente tendría que decirme:

“Mi pierna y mi pie ya no están donde estaban hace un momento. Han emprendido un movimiento por ellos mismos...”

Y vi que se irían, lejos, muy lejos; mi cabeza tal vez no los seguiría, quedaría allí donde ya se hallaba; allí se rumiarían mis pensamientos, todos ellos; mis pies, caminar y caminar, trepar y trepar, luego deambular por calles y avenidas.

Algo me reconfortó un tanto. Fue una voz que llegó nítidamente a mis oídos; debe haber sido la voz de Anam, ese personaje que siempre ha de acompañarnos, según piensa Lorenzo. Anam dijo:

—¡Escribe tú! ¡Que no escriba otro por ti!

—Sí —respondí—, yo escribiré y, lo que escriba, será el fruto de lo que piense esta cabeza, nada más que esta cabeza.

Sentí, en aquel momento, mis pies que marchaban por calles y avenidas; oí que me saludaban una serie de personajes que pasaban junto a mí. Pero mis pies seguían y seguían. Seguían... ¿Hacia dónde irían?

Una sola respuesta: hacia Fray Tomate.

Vi mi escritorio, vi mi mesa y mis papeles, mi biblioteca y mis libros, mi silla, mi pluma, mi bloc, mis cuadernos... Y yo me vi encerrado allí dentro, encorvado sobre un papel, tratando de hacer viable mi paseo por calles o avenidas o por dentro de mi propia mente...

¡Cuán necesario es en la vida un amor verdadero!

Esto lo había dicho yo hace mucho, muchísimo tiempo atrás, tal vez por el año de 1915; y ahora volvía el sonido de esa frase a ser más importante que el contenido de ella misma. Con una cierta desconfianza volví a leer lo escrito por mí en 1915:

¡Cuán necesario es en la vida un amor verdadero! ¡Cuán necesario es tener un culto, un altar donde amar con todas las fuerzas del alma! El que lo tiene, es libre, posee un sostén, un apoyo, sí un apoyo para cualquier desastre, un abrigo abrigo para cualquier tempestad. Yo busco ese culto pero hasta ahora, ¡nada! Porque estoy tomado por un tal deseo de sinceridad, de no mentir ni mentirme a mí mismo que, junto con creer que algo podría gustarme hasta el punto de venerarlo, me pregunto:

“¿Amo en realidad eso o sólo creo amarlo?”

Y ¡qué fácil es equivocarse!

Por lo que veo, todos los apasionados por un arte o una ciencia o una idea o una religión o lo que sea, son falsos, horriblemente falsos. Son seres cuyas almas no les han pedido ninguna pasión pero que convencidos que hay que tenerla se van a lo primero que ven. Creen ser artistas, creen amar la música, creen ser socialistas o materialistas o idealistas o positivistas; creen gozar con lo que no gozan, amar lo que no aman, desear lo que no desean y vivir la vida que, en realidad, no viven...

He encontrado en todas partes esa falta inconsciente de sinceridad consigo mismo.

El amor del alma debe ser como la piel es al cuerpo, que nace de él, que es parte de él, que lo cubre, lo envuelve y lo protege. Pero en ellos es el amor del alma como un traje. Se lo ponen o se lo sacan, se lo cambian y lo cortan a la moda...

Y yo temo tanto que, en vez de tener mi amor del alma, vaya a vestirme a la moda...

Ahora, a miles de metros bajo tierra, volvía a nacer ese deseo por un amor verdadero, un amor del alma. Pero ahora quería un amor de una mujer, una mujer que estuviese a mi lado y me...

Callemos, será mejor.

Bajé la pierna de esa especie de piedra; me erguí; marché. Di media vuelta y volví a sentarme en el mismo sitio.

Miré, entonces, mi reloj.

No lo había traído conmigo; había quedado allá lejos, en Fray Tomate, en plena superficie. ¿Para qué necesitaba ver mi reloj en estas profundidades? El reloj había que tirarlo, no verlo más.

Había tenido esta idea cierto día que me paseaba por el parque de Quintrilpe, bajo los árboles inmensos como son esos de La Manigua. ¡Tirar el reloj y no verlo más! Era una anticipación al fondo de la Tierra. Ahora se presentaba con La Manigua y con... ¡Diana!

Del reloj pasé a La Manigua; de aquí pasé a ti, ¡Diana! Y te vi, mi niña, tendida en la cama mirando hacia la otra región mientras te besaba, mientras mis labios querían entrar en ti para ver yo también esa región. ¡Tú podrías ser esa mujer que añoro!

Si lo fueras —ahora pienso, reflexiono—, la vida diaria nos tomaría a ambos y tendríamos que vivirla. Me obligaría a prestar atención a tu edad, a tu crecimiento; pronto vendrían los celos, los conflictos. ¡No, no! Nosotros no podemos unirnos en el vivir de todos los días. A nuestro lado crecerían las pequeñas cosas a las cuales hay que prestar atención... mientras ellas nos devoran. Marcharíamos con la cabeza gacha; sí, yo marcharía con la cabeza gacha y tú, mi Diana, querrías ir a jugar y a correr con las otras chicas. Yo sería tomado por esas pequeñas cosas y tendría que afanarme sobre ellas... luchando, luchando, doblegado ante su tiranía. Mientras tanto tú serías una con los juegos de niños, con las peleas entre ellos, es decir, con la vida externa. Tal vez terminarías con olvidar la otra región. Porque la otra región no se vive ni con la mente ni con los juegos ni con la parte pensante.

Se vive y... ¡nada más!

Como se vive ante el arte; como se crea en el arte.

Porque hay dos mundos fuera, aparte de nosotros: el mundo del arte y el mundo de las mujeres. Ambos mundos se asientan en otra, en la otra región. Lleguemos, pues, dulcemente hacia ella; así, tal vez, se pueda crear una obra; así se pueda estar de rodillas ante una mujer.

Y así serán hacederas las pequeñas cosas, esas cosas que tanto nos fastidian cuando toman un volumen exagerado. Las pequeñas cosas hay que hacerlas con cariño, espontáneamente; jamás como un deber que uno se ha impuesto: dejar las cosas bien arregladas, todo en su sitio, que nada chirree y nos haga señas desde su sitio equivocado y destemplante. Uno mira, a la vez sorprendido y admirado, a esa bestia obediente que va junto a uno. Me gustaría poder acariciarla, que regaloneara entre nuestras manos.

Colomba, ¿no crees tú que uno está acoplado a una bestia?

A veces es una buena bestia; la mayor parte de las veces es una bestia indiferente; a veces, de tarde en tarde, es una bestia rabiosa y peligrosa.

Había bajado las piernas de ese lecho o piedra en que me hallaba y, ahora, ascendía. No pensaba más. Tras de mí habían quedado esas especies de lucubraciones que me habían asaltado: el arte... las mujeres... sus semejanzas para abordar tanto al uno como a las otras... Diana contemplando el vacío poblado mientras yo caigo a la nada poblada besando su sexo.

Algo me reintegró súbitamente. Me erguí, me sacudí. Un silbido pasaba; lo reconocí: *El Bolero*, de Maurice Ravel. Sonreí contento. ¡Sí, era él, él!

Pasaba el hombre Martín Quilpué, su mirada fija ante sí mismo y se perdía por entre galerías que se habrían al arrimarse él, el hombre Martín Quilpué...

Detrás, a pasos precipitados, caminaba un viejo enanito, de gran barba blanca. Miraba alegre hacia todos lados. Al divisarme guiñó los ojos; luego me susurró:

—Arriba, un poco más arriba... ¡Los garbanzos!

Y siguió tras *El Bolero* que, a su vez, se difundía de los labios del hombre Martín Quilpué.

No cabía la menor duda: los garbanzos significaban al bueno de don Irineo Pidenco. Me apresuré y subí como llevado por alas. De pronto una voz me detuvo:

—¡Oh, mi señor, cuánto honor, cuánto honor!

—El mío no es menor, don Irineo.

Nos saludamos efusivamente. Luego le pregunté:

—¿Y qué hay de bueno en este nuevo estado en que usted se encuentra?

—Mi señor —me respondió—, creo, si no es una osadía de mi parte, que estaba mejor allá, en esa buena tierra productora de tantas cosas deliciosas, como ser..., como ser...

—Dígalo usted, don Irineo; ¿a qué se refiere usted?

Miró para ambos lados, luego alzó la vista, luego la bajó y me murmuró:

—Los garbanzos, mi señor, eso es, los garbanzos; los añoro en forma verdaderamente indescriptible...

Y el hombre se sentó; con la mano me ofreció asiento; y allí quedamos ambos en silencio un largo rato. Noté que nos balanceábamos acompasadamente; a veces subía don Irineo; luego bajaba; todo había adquirido un suave movimiento que me recordaba el que toman los barcos en el mar. Además se oía un ruido continuo causado en una remota lejanía. Don Irineo se percató de mi curiosidad ante este ruido; se inclinó hacia mí y me dijo:

—Es, es, si no es una osadía por mi parte, es el estrato vaporoso que se cuele por los miles de intersticios que hay por estos mundos. Sí, sí, el estrato vaporoso. Vapor, vapor y vapor; no hay posibilidad alguna de ver esos magníficos garbanzos que allá crecen por doquier. Y, mi señor, ¿qué ganaría yo con verlos crecer? Oso preguntárselo a usted: ¿qué ganaría?

—¡Don Irineo! —exclamé—. Ganaríamos poder darnos un hartazgo, ¡sí, un hartazgo! de esas riquísimas leguminosas.

—Voy a tener que osar, eso es, osar contradecirle a usted, mi señor; no es que no considere debidamente su alta sapienza, no, no es eso. Pero comprendo que, llena su testa de tan, tan altísimos pensamientos, haya usted olvidado que ya fenecí, sí, mi señor, fenecí y, al fenecer, tuve que abandonar ese cuerpo que tanto me acompañó durante mi vida. Mi cuerpo..., allá, allá quedó, en el Cementerio Apostólico, en el nicho 33514. Tuve que separarme de él y, al separarme, terminaron las posibilidades de ingerir esas leguminosas de que hablábamos. Sí, mi alto señor, terminaron esas posibilidades... mas no terminaron los deseos de saborearlas y masticarlas y engullirlas.

Allí quedamos un largo rato sin hablar, don Irineo sumido en sí mismo, tal vez revoloteando en sus queridos garbanzos; yo, esperando que viniera un poco de orden en mi cabeza. Por fin él me manifestó:

—No veo, mi señor, qué es lo que he ganado por ese paso que hice sobre la Tierra; creo no haber ganado nada de nada. Tal vez su alta sapienza logre descubrir, en mi destino, un punto que séame favorable. Pero, lo que es yo...

—¿Usted, don Irineo...?

—Se lo diré, señor mío: me considero, como inteligencia, un simple puntito metido en una inmensa mansión. ¡Oh, mi señor, qué inmensa es, en verdad, esta mansión! Hay en ella largos, larguísimos corredores llenos de escalinatas a diestra y siniestra; hay en ella salones y más salones; hay toda clase de estancias; un regimiento podría vivir en ella holgadamente; sus soldados no se encontrarían más que por pura casualidad. Y yo, señor mío, ¿se da usted cuenta? Un pequeño, un mísero pequeñito punto perdido en tal enormidad... ¿Qué puedo hacer, mi señor? Sólo con imaginar esas altísimas bóvedas que hay por todas partes, me aterro, señor mío. Llego a pensar que tal vez nuestra inteligencia no sea más que el poder de vislumbrar cosas que no existen. Porque, oso yo preguntarlo a usted, ¿dónde se halla esa mansión y sus bóvedas y salas y estancias sin fin? ¿Dónde, señor mío? Queda sólo una, una sola verdad en pie: el puntito aquel, aquel que soy yo, perdido en grandezas aterradoras. ¡Es muy triste, mi tan distinguido señor don Onofre, muy, muy triste!

—Pero la aventura que he tenido al divisar a usted, mi tan y tan venerado señor, ha sido incommensurable. Puedo estrechar su mano nuevamente, ¿no es así?, sí, puedo estrecharla.

Don Irineo me alargó su mano y nos las estrechamos con pasión. Mientras las sacudíamos, no cesaba él de proferir una serie de sonidos que manifestaban el placer que experimentaba. Decía y repetía: “¡Ah, ah, ah! ¡Oh, oh, oh! ¡Eh, eh, eh! ¡Así, así, así! ¡Ah, ah, ah!

—Veo que le causa a usted un gran placer estrechar mi mano, ¿no es así, don Irineo?

Me miró y luego me dijo en tono de confianza:

—Usted, mi señor don Onofre, ¿es verdad!

—Perdone, amigo —le respondí—, pero no comprendo lo que usted trata de decirme.

—¡Oh, discúlpeme usted, señor mío! Se lo explicaré, sí, mi señor, se lo explicaré aunque su gran sapienza...

—¡Ea! Basta ya de mi sapienza; vamos al grano.

—Eso es, señor mío, ¡al grano! Pero antes de comenzar ¿me permitiría usted que osara yo, este mísero hombre que ya no es hombre, proponerle un poco de marcha? Podría hacer compañía a usted caminando despacio, con lentitud, dulcemente. ¿Lo acepta, mi señor?

—Por supuesto, don Irineo. Vamos marchando sin apresurarnos, vamos ascendiendo. Y lo oigo a usted, don Irineo.

Entonces don Irineo me habló largamente después de darme las gracias por mi complacencia para oírlo. Me dijo:

—He tenido, mi señor don Onofre, una verdadera alegría al estrechar su mano porque lo he sentido completamente como un ser real, de carne y hueso, como lo llaman allá. Oso pedirle que me crea usted: es la primera vez que me encuentro con un ser “vivo”, como ustedes los llaman, que dé esta sensación. Y no crea usted, mi señor, que sea porque no veo los suficientes. ¡Oh, sí, los veo más a menudo de lo que podrá imaginarse! Los veo... ¿cómo le explicaré?; los veo entre nebulosas, los veo fantasmalmente. Así he visto al tan distinguido señor Angol, don Lorenzo: una especie de gran nebulosa con formas humanas, como son esos fantasmas que allá se ven. Del mismo modo vi al joven y letrado amigo del señor Angol, el adolescente señor don Manfredo Jahuel, que bajó hasta estas profundidades con la tan fina y bella señorita doña Gaviota Pichidanguí.

—Permítame usted que lo interrumpa, don Irineo: ¿quiénes son este Jahuel y esta Pi-chidanguí? Acabo de estar charlando con mi amigo Lorenzo y no los ha mentado.

—¡Oh, mi señor! Son dos jóvenes enormemente trabajadores y muy serios. Vienen de vez en cuando hasta acá con el distinguido señor Angol. No podría precisarlos mayormente pues, como osaba decir a usted, los he visto cual fantasmas casi etéreos. Lo mismo que allá he divisado una de fantasmas que creí podrían llevarme a una franca equivocación si trataba de identificarlos. Pero pude distinguir al señor don Rosendo Paine, sí, a él lo distinguí como pude también distinguir a don Jabalí Batuco y a uno que otro u otra más; pero me era muy difícil, muy difícil. En cambio aquí los veo nítidamente a los que ya han pasado por esa etapa tan noble que es la vida, sí, mi señor, digo “tan noble” porque usted se halla en ella. Así veo al señor don Florencio Naltagua, con mayor claridad de lo que lo veía allá cuando ambos estábamos vivos; y veo a esa lumbrera que es la señorita Lumba Corintia, la veo con nitidez sorprendente; como veo también a la señorita Teodosia Huelén, la tan sabia y profunda señorita Huelén. En fin, mi señor, a todos los llamados muertos los veo con plena, plena claridad. En cambio a los que siguen allá... nebulosos, ya se lo he dicho a usted, etéreos, fluidicos.

“Mi señor, a usted lo he visto bien, lo he visto nítido, sí, lleno, claro, osaría decir: ¡robusto! Por eso quise estrechar su mano y sentirla. Usted perdonará pero es así: tocar algo que sea de aquellas regiones en las que ya no podré volver a vivir, es algo..., es algo...; usted perdonará, algo que revolvió en el sitio donde tenía mi aparato digestivo, revolvió un exquisito plato de ricos garbanzos”.

—No encuentro cómo explicarme, don Irineo, pero créame, sí, créame usted que sólo desearía poder ofrendarle un plato repleto de garbanzos.

—¡Oh, tantas y tantas, mi señor! Se lo agradezco como si ya lo estuviese engullendo. Pero... Su sapienza, señor mío, su alta sapienza le hará a usted comprender la imposibilidad en que, por desgracia, me encuentro.

Quedé reflexionando un largo rato mientras trepábamos por unas anchas carreteras de un asfalto suave. Al fin me decidí y pregunté a don Irineo:

—Dígame, amigo, ¿no ha sido usted nuevamente atacado por las Guaxas? Recuerdo que allá en vida, siempre lo obsesionaban y lo perseguían a usted. ¿Y ahora, don Irineo?

—Las Guaxas... ¡Qué tema me plantea usted, don Onofre! Ellas mismas, no se han presentado, salvo una, sí, una que voy a..., a nombrársela..., si usted permite, mi señor, que voy a nombrársela a media voz: Eufobina, Eufobina Colliguay. Ella ha charlado aquí conmigo, mejor dicho, ella me ha engatuzado y luego ha reído de mí, no lo dudo, ha reído de mí.

—¿Cómo es posible, mi buen amigo?

—Sí, señor, es posible por la cuestión aquella de la que yo le hablé a usted: mi fallecimiento. Así es que ahora me ocurre en estas cuestiones de Guaxas lo mismo que me ocurre con los garbanzos: ¡ya no puedo, mi señor, no puedo! Es lamentable, pero...

—Don Irineo —le dije—, jamás habría pensado que tales ataques de Guaxas, los echara usted de menos...

—Sí, mi señor, los echo de menos sobre todo cuando la sin par de Eufobina se contonea frente a mí. Y me habla y me habla sin cesar, me hace recordar tantas cosas de cuando yo era un ser de allá, de los vivos. Me nombra a la hija de don Bárulo, a esa bella Biandina Tarata y a la flor que fue su madre; y a Rubí, su hermana; y a Julieta Pehuén; y a Paulina Corcho... ¡Oh, señor mío, diría yo que ella se place con atormentarme de este modo!

Luego me muestra sus piernas, me las muestra como si no quisiera, como por un simple descuido; y, al cubrirselas, se agacha y me obliga a ver el nacimiento de sus erectos senos... Yo, en verdad, no sé qué hacer; me confundo, me aprieto las manos, dirijo mi vista hacia otros lados, me siento, me levanto, en fin, es aquello un infierno. Entonces Eufobina lanza una diabólica carcajada. Yo huyo, mi señor, huyo a perderme. Su imagen no me abandona; es que la he visto con una claridad asombrosa; ¡qué quiere usted...! ella es de las que así veo aquí en este mundo; ella, recordará usted, falleció en un accidente de automóvil...

-¡Pobrecilla! Tal vez ella no puede tampoco, don Irineo, y se complace recordando temas pornográficos.

-No, mi señor, no es así, y discúlpeme usted que ose no ser de su parecer, a pesar de su alta sapienza... Es que aquí -modo de decir-, en este plano astral donde yo estoy, suceden una serie de cosas extrañísimas, sí, extrañísimas.

-¿Como cuáles, don Irineo?

-Eufobina, por ejemplo, tiene el don de recuperar su cuerpo físico y con él puede ir al mundo de todos ustedes, los vivos. Y en ese mundo se junta con su hermana, esa beldad sin parecidos, esa Rubí que ella misma me recuerda, así, como que no quiere la cosa. Entonces, usted comprenderá, mi señor, ambas salen y van... yo no sé adónde van pero sé, sé muy bien lo que ocurre en esas salidas.

-Seamos claros, don Irineo: tanto Eufobina como su hermana Rubí, buscan y encuentran hombres y, con ellos, fornican.

-Usted lo ha dicho, mi señor; su sapienza adivinativa me es sorprendente, francamente sorprendente.

De pronto don Irineo, con gestos, de humildad, me detuvo. Ya no quería seguir ascendiendo, ya algo lo llamaba para otras regiones. Me pidió toda clase de disculpas por este abandono; me dijo que ya nos acercábamos a los dominios de Palemón de Costamota y que él estaba harto de ver su majestuosa presencia.

Nos separamos después de un largo apretón de manos. Ascendí unos pasos más y un sombrero de copa pasó ante mis ojos.

55

¡Palemón de Costamota!

Caracoleó su sombrero frente a mis ojos; hizome una enorme reverencia; exclamó con voz plena de donaire:

-Un servidor más: de Costamota, el Palemón. Aquí le rinde a usted homenaje mi siervo y lacayo: Tadeo Lagarto que se aleja un tanto de nosotros para admirar mejor su magnífica presencia.

Alargué mi mano y pronuncié:

-Onofre Bor..., Bor...

-Borneo -me interrumpió al percatarse de mi vacilación.

-No -repuse-; Onofre Boroa. Por más que subo y me avecino a esa superficie, seguiré siendo Boroa y no Borneo. Usted olvida que la gente que hay allá es de alto valor. Mucha de ella ha bajado a estas profundidades. He ahí su alto mérito.

-Me respondió, siempre sonriente:

—No lo he dudado nunca. Permítame una pregunta: ¿Se refiere usted a la muy bella dama llamada Colomba al hacer mención de muy altas personalidades en estos antros?

—Sí, a ella y a aquellos que siguen su tarea de perfeccionamiento en estos medios. ¿Desea usted un ejemplo? Pues a él voy: Florencio Naltagua; a él no se atrevería usted a mantenerle semejantes propósitos. ¿Desea usted otro ejemplo?

Sonrió ligeramente hastiado y me dijo moviendo su cabeza:

—Podrá usted citarme cuantos ejemplos quiera. Ellos me entran por un oído para escaparse por el otro.

—Aunque así sea, los citaré: Lumba Corintia, Teodosia Huelén. ¡Sí, mi señor de Costamota! Dos personas del otro sexo, ¿me oye usted?, de ese sexo tan rebajado muchas veces por gente ignorante como parece serlo usted.

—¿Yo? Jamás he dejado pasar ni la más mínima palabra contra las bellas mujeres, jamás, jamás. Las estimo en alto grado. Ellas son mis buenas colaboradoras cuando son hermosas y con garbo. Están a un paso del éxtasis; cuando llegan a él, el hombre que las admira cree ver la otra región y es él quien ha caído al éxtasis.

—Señor de Costamota, le ruego a usted no profanar con sus inmundos labios ésa que usted ha llamado "la otra región".

Se inclinó en signo de obediencia; no paró mientes en lo que dije de "inmundos labios". Luego agregó:

—Veo que es usted un hombre satisfecho en ese mundo en que vive. Veo que se contenta usted con poco; tiene usted el acomodamiento que, sin duda, ha de darle una vida muy ordenada. Mas yo prefiero la vida que a mí se me depara y a la cual puedo, sí, puedo llevar a quien quiera ser mi discípulo. ¿Un ejemplo desea usted? Pues ese Tadeo Lagarto que alcanzó a ver usted cerca de mí, siempre agradecido, siempre reconocido ante los bienes de que lo he hecho partícipe.

—¿Y qué bienes son esos?

—Podría comunicárselos a usted siempre que nos halláramos más cómodamente instalados. No gusto hablar así de pie y en forma precipitada. ¿Hacia dónde quisiera usted ir? ¿Un hermoso salón de un no menos hermoso palacio? ¿O cómodamente contemplando el mar? ¿O en amplios sillones junto a un fuego de chimenea? ¿O, acaso, de sobre mesa degustando un rico...?

—¡Basta ya, don Palemón! Iré adonde usted quiera pero le pido que se dé usted prisa pues necesito ir hacia la superficie.

Palemón se inclinó y me murmuró entonces:

—Por aquí, don Onofre, por aquí, tenga la bondad.

Me tomó del brazo y junto cruzamos el umbral de una puerta catedralicia. Quedé sobre-cogido apenas hube entrado en aquel interior. ¡Qué inmensidad estática, qué aroma de incienso y mirra, qué luz temblorosa venía desde lo alto de esas vidrieras! Avanzamos lentamente. El eco de nuestros pasos retumbaba y se perdía y luego revoloteaba como pájaros cadenciosos.

De pronto, tras un confesionario, se levantó una hermosísima mujer; nos miró y bajó el rostro. Allí quedó sin moverse. Era joven, era etérea. No pude menos y avancé hacia ella. Quería expresarle la admiración que me causaba su belleza en medio de esas otras bellezas no menos respetables que se desprendían de la catedral. Pero Palemón me detuvo. Dijo:

—Alto.

Y se interpuso entre ambos, entre la bellísima adolescente y yo. Repitió su mandato con voz tonante esta vez:

—¡¡Alto!!

Entonces mi vista fue hacia él. Vestía en forma estrafalaria. ¿Por qué lo hallé tan estrafalario? Vestía como es costumbre ya que el diablo aparezca en las óperas italianas: envuelto en gran capa negra, los brazos sobre el pecho, las piernas ceñidas en malla negra también, los pies calzados con puntudos escaarpines. Sobre su cabeza, ahora seria y adusta, se elevaba una pluma que caía luego tras él y titilaba ligeramente.

Habló entonces con voz medida:

—No podrá comprender esa dama los propósitos que vuestro tan alborotado corazón querrá expeler. Y antes de proseguir, permitidme que cambie el tratamiento de “usted” por el de “vos” al dirigirme a vuestra merced: así lo exige esta túnica que ahora visto. Ella, la bella dama que allí veis, nada comprenderá de lo que le digáis pues se trata de una hija de los lindos países de allá del Norte, de Suecia; no habla más que sueco y ruso, pues en sus mocedades estuvo largo tiempo en Leningrado y en Moscú. ¿Habláis, acaso, el sueco y el ruso?

Respondí:

—No; los ignoro completamente.

—Entonces, no insistáis. Al menos si quisiérais ser un discípulo mío... Yo, con sólo vuestro beneplácito, os haría hablar como habláis vuestro propio idioma, cualquier lengua de esta tan bella Tierra.

“Y además, mi tan reverendo señor Borneo...

—He dicho que ahora soy Boroa, ¿me ha entendido usted?

—¡Oh, no discutamos por semejantes pequeñeces! Pensad, será mejor, en la potencia que tendríais poseyendo todas las lenguas como la vuestra propia. Hablaríais con las suecas, las alemanas, las rusas, las persas y... Permitidme una cuestión, ¿queréis?

—Permitida está.

—¿Os gustan las graciosas chinas o las graciosas japonesas?

—En verdad, Palemón, no las conozco.

—Yo os mostraré una linda japonesilla. Venid conmigo.

Y, sin más, Palemón me tomó de un brazo y juntos nos elevamos por entre los grandes pilares de esa, al parecer, vetusta catedral y nos detuvimos en el borde de un sotabanco.

—Ya lo veis —prosiguió mi compañero—, ya lo habéis visto: no ha sido necesario ningún apoyo para volar por los aires. Es otro de los buenos regalos que puedo dar. Ensayad, si os place, ensayad.

Sin oír más requerimientos, me lancé al espacio y pude ver que me cernía a mi voluntad, tanto bajando como subiendo. Volví luego junto a mi guía. Él me murmuró:

—Ya lo habéis visto; yo no miento jamás: “Elevarse por los aires sin apoyo”, es uno de mis principios.

—En verdad es un principio admirable.

—Ahora voy a pedirlos que os asoméis por allí; inclinaos un poco y encontraréis una ventanilla, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Mirad por ella.

Miré: vi un paisaje del Extremo Oriente, con bosques llenos de bambúes, con plátanos y cerezos. Entre ellos se elevaba un pequeño pabellón; alrededor de él, por entre los

árboles, saltaban los gibones. Pasó un hombre montado en un búfalo y se perdió en la espesura. Apareció una damita a despedirlo. Hizo un gesto delicado, casi imperceptible, al ver que llegaba con retraso. Su andar era menudito; su kimono tenía los reflejos de la peonía y del hibisco. Allí quedó unos instantes contemplando el paisaje; luego se retiró con esos pasitos que tanta gracia le daban.

Palemón me susurró al oído:

—Si fuerais mi discípulo os llevaría hasta donde ella está; luego le hablaríais en su propio idioma y ella os respondería con la gracia que le es propia. ¡Hermosa cosa sería! ¿No es verdad?

Pero yo no le respondí. Me lancé al espacio y noté que ya no era dueño de mis movimientos; bajé, bajé rápidamente; sólo al llegar a tierra mi caída fue más dulce. Tras de mí bajó Palemón.

Estábamos nuevamente en las galerías subterráneas. Ya no había ni rastros de esa vieja catedral, ¡para qué decir del paisaje de Extremo Oriente con su linda japonesita!

—Ha sido ésta una prueba de cuán poderoso soy. Sentémonos y charlemos, amigo mío. Vestía ahora de chaqué, pantalones de a cuadro y zapatos de charol.

—Cambia usted de vestimenta en un santiamén —le dije.

—¿Yo, mi señor don Onofre? No, se equivoca usted pues no soy yo el que la cambia; ella se cambia sola sin hacer yo ni el menor esfuerzo. Es una cuestión de afinidad. Según lo que pienso, así es mi indumentaria. Usted puede haberlo visto en aquella vieja catedral. Y ahora necesito estar vestido a mi gusto, nada más que a mi gusto pues pronto se aproximará a nosotros un joven literato, un muy brillante literato. ¿No lo presiente usted?

—Amigo Palemón, no tengo yo el don de ver el porvenir.

—Pues podría usted tenerlo con sólo ser mi fiel discípulo. Es otra de las bonanzas que otorgo siempre: predecir hechos en el futuro. Reflexione un poco, mi estimadísimo amigo: 1º) Entender y hablar lenguas desconocidas; 2º) Elevarse por los aires sin el más mínimo apoyo; 3º) Predecir hechos en el porvenir; 4º) Estar siempre correctamente vestido causando la admiración de los que lo ven. ¿Qué le parece a usted? Y según mi vestimenta, así es el trato que doy a mis oyentes: hace un momento era "vos"; ahora es "usted". Pero preste oído, amigo mío; ¿lo oye?

En efecto se oían unos pasos que se acercaban. Ambos miramos hacia donde el ruido provenía y Palemón de Costamota exclamó:

—¡Adelante, mi señor don Eusebio Palena, adelante!

Alcancé a preguntarle rápidamente:

—¿Es un discípulo suyo?

Me respondió haciendo una gran venia:

—Es como es usted, don Onofre Borneo (me lanzó una rápida mirada), como usted, don Onofre Boroa (una segunda rapidísima mirada): no es mi discípulo todavía pero ¡ya lo será, ya lo será!

Y Eusebio Palena llegó hasta nosotros.

—¿Qué haces por aquí, Eusebio? —le pregunté—. ¿Vienes a ver a este caballero, a Palemón de Costamota?

Respondió:

—No; me paseo y nada más. Ha sido una pausa que ahora me doy después de haber escrito mi última Zambafusa, la Nº 12. Si tú lo deseas, mi querido Onofre, te la leeré. Usted, señor de Costamota, ¿quiere también oírla?

Palemón hizo una nueva reverencia y se excusó:

—Señor, mis obligaciones me llaman lejos de aquí. Pero, creo, que ya nos encontraremos en otra oportunidad y entonces seré todo oídos para enterarme de su Zambafusa. Y, sin más, se alejó y se perdió dejándonos solos a Palena y a mí. Nos sentamos en una gran roca. Eusebio sacó un papel que desplegó ante mis ojos y, después de aclararse la voz, leyó lo que sigue:

Zambafusa N° 12

En el propio interés del señor, a decir verdad, fue bastante sorprendente pues ¿quién le ha arreglado el cabello a la señora?

Mientras vivamos en aislamiento acerca del amor, éste no puede ser cultivado ni practicado. Así es que es mejor que dejes caer tus acostumbrados seis peniques. La expulsión de los elementos subjetivos en las percepciones se rehusa a pensar en ella, la tan bella señora. Pues la función de la mente es ser separada en la primera sensación extraña sobre Egipto.

La proposición general es correcta porque ella entrega una carta mía del 3 de mayo al lado de ese alarido del hombre.

Lo que el autor descubrió no puede decirse en el paganismo idealizado a los que han realizado en la busca de la mayoría de nosotros. Pues para gran sorpresa de Dorotea alguien rió en la mente que no toma parte mayor en su tono.

Esta Misa, en desuso desde el siglo xvi, perpetúa, por cierto, los afanes de esa tan hermosa y tan frágil Dorotea como también os oprimo porque aquel Reino ha terminado en el espíritu de Manes y de Paraclete.

Los poetas han soñado con la mujer. Esto hizo refunfunar a Federico:

—Entonces no irás a la Armada...

—Ellos parecen ser amigos de las caídas y de los grandes saltos —suspiró Dorotea.

Federico asintió y luego se puso a llorar. Pues en la oscuridad, en su desmantelado caserón, un hombre rubio, de unos cuarenta años, aseguró que la posición del cuerpo importa poco para realizar una operación individual.

Después vino el silencio cubierto de los frutos de una vida ya pasada.

Me dirigí a casa. En ella me dormí de pie sobre las invocaciones usadas para conseguir cosas y más cosas materiales.

¡Adiós, adiós!

Mis felicitaciones a Eusebio Palena fueron calurosas. Después de ellas nos despedimos, pues él seguía bajando y yo tenía que seguir subiendo.

—¡Hasta la vista, talentoso Palena!

—¡Hasta la vista!

Volví a ver el Sol y el cielo azul en el bosquecito del fundo de Quintrilpe, a un paso de las casas. Por entre las raíces de un enorme coihue salí a la superficie y respiré, a pulmones llenos, el aire perfumado. Una liebre huyó ante mi presencia; un tijuque vino a posarse en una rama del coihue; muy alto planeaba un jote; el suelo se hallaba cubierto de lindas mandrigalas que se destacaban como espinelas.

Súbitamente recordé que mi ausencia al haber estado con mi Colomba, con Florencio Naltagua, con Lorenzo Angol, con don Irineo Pidenco y con Palemón de Costamota, no era razón alguna para haber detenido la marcha del calendario. Avancé presuroso. Un hombrecito pasaba por el camino que rodea al bosque; le pregunté de inmediato:

—¿Qué fecha es hoy día?

Me respondió:

—¿Hoy día? Un año más que ha pasado, señor; hoy es 31 del último mes, es decir, de diciembre.

—Mañana, pues, será ya 1961. ¡Feliz año, mi buen amigo!

—Feliz año, señor —me respondió y siguió su camino.

Estábamos, pues, a 31 de diciembre de 1960. Me precipité a las casas. En ellas encontré a mi hijo Eliodoro, a su mujer Clarisa Arrieta, a mis tres nietos, Juan Pablo, Magdalena y Álvaro. Mi hijo me ofreció una copa de champaña; la alcé y brindé por mi otra nieta que ahora se hallaba en París con mi hija Carmen:

—¡Por las ausentes! —grité—. ¡Por Carmen y por Verónica! ¡Felicidades para ellas en este año que va a empezar!

—¡Felicidades! —fue el grito de todos.

A las 10 de la noche estábamos reunidos en el hall de las casas con una serie de amigos que habían llegado para festejar el año que empezaba. La radio lo anunció; luego oímos la Canción Nacional; luego se bailó y se tomó champaña y pisco y gean. Me fui a mi pieza y escribí cartas a los ausentes: una carta a mi hija Carmen y a mi nieta Verónica; otra a mis hijas que se hallan en Santiago, Marcela, Pilar y Clarita y a los maridos de Marcela y Clarita. Gustavo Puig e Iván Gligo (Pilar no se ha casado aún); otra a Tomba Montbrison, a Cannes, en todas ellas deseaba los más ardientes votos de felicidad.

Al día siguiente —1º de enero de 1961— me dirigí a Santiago. Estuve con mis hijas y las abracé largamente entregándoles la carta que les había escrito. Poco después seguí a San Agustín de Tango donde me sumergí en la llamada "vida de superficie".

Veamos ahora cómo ella ha sido:

Un taxi me depositó en la Plazoleta Fray Tomate. Subí al 6º piso, a mi pequeño departamento. Allí estaba en orden; parecía que el calendario no se hubiera movido dentro de él. Viel alto de carpetas donde anoto cuanto hacen y dicen los amigos, esas mismas carpetas que Colomba me había pedido que liquidara. Las eché a un lado. Luego pasé a mi sala de baños y luego salí.

Crucé el puente de Los Concilios Ecuménicos y me encaminé por el Paseo del Cordeiro Pascual. A mi derecha corría el río Santa Bárbara; algunas lanchas lo cruzaban; algunas chalanas se mecían dulcemente; pasaron varias chalupas con gente que remaba. Frente al puente de la Serpiente Tentadora me topé con mi amigo Valdepinos. Fingió una gratísima sorpresa al verme mientras su ojo derecho giraba a velocidad inaudita.

-De nuevo nos encontramos, amigo mío, en esta bellísima y grandiosa ciudad -me dijo-. ¿Lleva usted algún itinerario muy urgente?

-No -le respondí-. Deambulaba sin objetivo alguno. Miraba para todos lados. En verdad, es bella esta ciudad; cuanto a lo de grandiosa... lo pongo un poco en dudas.

-Mejor que no lo sea tanto; así podremos sentarnos en aquel banco y dejar pasar el tiempo charlando sobre, sobre...

-¿Sobre qué? -inquirí.

Reflexionó un rato; luego se expresó simulando un grave, muy grave interés:

-He tenido una larga conversación con el eminentísimo y serio almirante, ahora en retiro, de Plum Pudding. Usted ha de saber que a mí siempre me han gustado mucho los marinos; los encuentro de una delicadeza perfecta. Son hombres que saben las cosas con gran *measure* y no hacen alarde de este saber. Y la *measure* es, para mí, una cualidad que siempre aprecio.

-Por supuesto -dije sin mayor convicción.

-Sí, mi querido Onofre, *c'est comme ça et pas autrement*.

-¿De qué habló usted con Plum Pudding?

-De lo siguiente: le expresé la gran admiración que sentía por toda la gente de mar, sobre todo cuando la comparo con la gente armada de tierra. ¡Son los dos polos opuestos! La corrección, por un lado; la chabacanería, lo irrespetuoso, por el otro lado.

-¿En qué ve usted tal diferencia?

-Se lo voy a decir; tomemos un ejemplo: las guerras, mejor sería, las batallas. Los marinos pelean fuera, lejos de los poblados, lejos de nosotros que somos gentes pacíficas; pelean entre ellos y en medio del mar; la telegrafía sin hilos se encargará de comunicarnos los resultados de este feroz combate. En cambio los militares, los milicos... ¡Qué horror, amigo mío! Se meten a pelear en nuestras propias casas y huertos y jardines; lo destruyen todo; asesinan a cuantos pillan; violan a las mujeres; rompen cuanto es posible romper. ¡Es algo verdaderamente atroz, mi querido amigo!

-Tal vez, así lo sea.

-Odio a los militares tanto como admiro a los marinos. (Su ojo me miró de soslayo y giró a gran velocidad). Como admiro a esa *petite poule* que va pasando ahí.

-Entre los marinos o los marineros y esas *petite poules*, ¿cuáles prefiere usted? Yo creo que estas últimas le son a usted perfectamente indiferentes. Creo que lo mejor es una buena, una larga charla con ese magnífico Longotoma que allí se acerca. ¿No lo cree usted? Pero ya veo: usted ha de preferir ir por cebollas en un avión manejado por el capitán Angol; aterrizar en Pichinga; ver a esa vieja que aparece y ver, tras ella, a un...; ¿era un marinero en vacaciones ese jovencuelo? ¿Lo recuerda usted, amigo Valdepinos? Claro está, hace ya largo tiempo; fue en 1927. Y se acerca el gran Desiderio Longotoma que parece venir francamente eufórico. ¡Voy hacia él, a conversar un rato! Usted disculpará que lo abandone tan repentinamente. Ante la vista de Desiderio, no resisto. ¡Adiós, amigo! ¡Ya nos encontraremos nuevamente, sea aquí en esta ciudad o en... ¡Pichinga!, eso es, en Pichinga y con muchos marineros!

Los ojos de Valdepinos giraban a velocidades locas e inversas. Pero quedó correctísimo, cual un verdadero almirante en el puente de su barco. Me alargó la mano; me dijo mientras me la apretaba:

-Pichinga es un lindo sitio; sin embargo prefiero el mar, sin costas que se le avecinen,

donde los marinos puedan destriparse mientras nosotros seguimos nuestra vida acostumbrada. ¡Adiós, mi buen Onofre!

—¡Adiós, mi buen Darío!

Desiderio Longotoma me tomó de un brazo y, a pasos rápidos, me condujo a su residencia, calle de la Excomuni3n. Iba dichoso frotándose las manitos a cada instante. Por fin exclamó:

—¡Comeremos un par de huevitos a la copa! ¡Y tomasines y más tomasines! ¿Qué te parece?

—¡Magnífica idea! —proferí; aunque no tenía mayor hambre, el solo hecho de ver a Longotoma apresurado para ir a comer, me abrió el apetito.

—Y te contaré el buen momento que he pasado leyendo una novela policial estupenda.

—¿Cuál es ella?

—*Fantasía y Fuga*; de Roy Fuller; apareció en la colección del “Séptimo Círculo”, N° 158.

¡Oh, estos datos no los olvidaré jamás! Porque es algo que vale la pena, te lo aseguro. He pasado dos días enteros encerrado en mi casa leyendo. Tú sabes, yo leo despacio y saboreo cada escena. He colocado este libro en mi biblioteca y en ella monta guardia. Si quieres, te lo puedo prestar.

—Te agradezco mil veces. Si es un libro tan bueno, prefiero comprarlo y luego lo comentaremos.

—¡Con tu amigo, amigo..., amigo...! ¿Es verdad que ahora eres Boroa y no más Borneo?

—¡Qué quieres! Voy periódicamente al fondo de este planeta y ello me ha hecho cambiar mi nombre; Borneo quedó aquí, aquí en esta superficie. Tú, mi querido Desiderio, puedes llamarme como mejor te plazca.

—Entonces serás Boroa.

—Era lo que esperaba de tí, Longotoma; ahora, esperar a que un día llegues a llamarme Juan Emar.

—Peró Onofre Boroa podrá comprenderme en esto de las novelas policiales. El otro día hablaba yo sobre el particular con una serie de gentes graves y conspicuas. Al decirles mi preferencia por el género policíaco me miraron de alto a bajo y me trataron con alta displicencia; me dijeron que era yo un sádico masoquista mediocre al amar letras con crímenes horripilantes... ¡Cosas sólo buenas para el vulgo! Pero ya verás lo que les argumenté. Ahora déjame abrir la puerta...; así. Y pasemos a nuestro comedor. ¡Eh, Tomas! Aquí estás, bendita mujer. Tú conoces a este distinguido amigo amante de los tomasines y de los huevitos a la copa. ¡A la obra y a llenarnos el vientre!

Nos sentamos a la mesa. Longotoma destapó una botella de Santa Rita reservado; luego, una vez que hubimos engullido, bebimos una copa de coñac Napoleón tres estrellas. Longotoma prosiguió, echado hacia atrás en su sillón que ahora le abría los brazos amistosamente, en su saloncito:

—Les dije a esos graves energúmenos que tuvieran a bien citar una sola de las grandes obras literarias en las que no apareciera el crimen como base, en que no aparecieran las torturas como base, como un leitmotiv casi único. Sí, mi amigo, he hablado con peritos sobre la materia y todos ellos me lo han confirmado. Recuerde a Dostoievski con su *Crimen y Castigo*; yo apenas lo recuerdo pero tú has de tenerlo presente; y luego me citaron a *Los Hermanos Karamazovi*, con un tal llamado Smerdiakov y un tal Iván. Luego estos entendidos me hablaron de Shakespeare y de Racine y de Corneille; por fin se lanzaron con el Dante Alighieri y ¡qué sé yo! ¿No te parece, Onofre Boroa?

-Es justamente lo que me parece; lo que es grande va hacia lo grande; lo mayor que haya en nuestra vida es su fin, es decir, la muerte. Es el misterio que siempre nos aflige. Justo es que la gran literatura vaya hacia él.

-Yo poco conozco de estos temas pero me sentí muy satisfecho con la explicación que me dieron estos letrados. Después que se las lancé... ¡había que ver qué caras ponían!

-¿Y quiénes son estos conocedores de letras que tú tuviste la buena idea de consultar?

-Teodoro Yumbel y Artemio Yungay.

Sin entreabrir los labios me susurró a mí mismo:

"Yumbel-Yungay... Contaldo-Clotario..."

Luego exclamé a viva voz:

-¡¡Diana!!

-¡Eeeeh! -gritó Longotoma-. Un recuerdo furtivo ha pasado por tu mente. ¡Espántalo como a una mosca que si no... en una terrible avispa se puede convertir!

-Háblame, será mejor, de esos ilustres literatos que ya hace tiempo que nada sé de ellos.

Longotoma frotó sus manitos, se arrellanó más aún en su gran sillón y, al fin, haciendo un gesto, me dijo:

-Teodoro Yumbel sigue igual: siempre romántico, soñador y, al parecer, dispuesto a coger la voz del más allá, sí, a cogerla de un momento al otro. Esto, parece, despierta la admiración de su amiga, tú debes recordarla: Albania Codahue. Entonces Yumbel, ante esta admiración, escribe un poema más. Luego salen ambos muy, muy tomaditos del brazo y van al Cementerio Apostólico; allí Teodoro sueña; Albania suspira. Hecho lo cual van a una fuente soda y beben una leche caliente cada uno.

-¿Y Artemio Yungay? No lo he vuelto a ver nunca más.

-Pues yo, mi querido Onofre, lo divisé hace ya tiempo y hasta conversé con él unos minutos. Fue en el Bar Baridad donde estaba yo con Jabalí Batuco recordando a esa linda y finísima de Virginia Rapel mientras entonábamos trozos de Rossini y de Leoncavallo. De pronto aparece Yungay, nos saluda y se sienta unos instantes en nuestra mesa.

"El hombre no ha cambiado, al menos para mí. Es el mismo que tú conociste por aquellos años: ¡Tártara Tigre! y nada más, nada más: Tártara Tigre, Eustaquia Zepeda, Rufina Mardones... y la temible de Agripina Romeral: esa Yoni, tú sabes. En pocas palabras volvió a rememorar todo aquello, ¿recuerdas?, lo de la avenida de los Membrillos allá en Melichaqui. Habló rápidamente mientras bebía un par de piscos. Luego se marchó, al parecer, muy contento. ¡Qué quieres! Parece que Artemio necesita vaciarse de esos ratos trágicos que vivió con Tártara Tigre: entonces los cuenta, sin mayores detalles y el hombre se siente descargado de una tremenda carga que lo agobiaba. Y parte, parte... ¿Adónde irá este bueno de Artemio Yungay? Se me figura, mi querido Onofre, que él parte tras de una nueva Chuchezuma.

"Es un caso curioso este de Artemio; me recuerda, inversamente, a nuestro amigo Lorenzo Angol: éste siempre en espera de una desconcentración que le ha de venir, yo no sé de dónde; Artemio, que vive desconcentrado, siempre corriendo tras las mujeres que lo toman y lo concentran en la tierra, en el barro. No me lo niegues, amigo; ahí tienes esa Tártara Tigre y sus visitas al cementerio, a llorar y seguir amando el cadáver de aquella mujer. Luego es tomado por Chuchezuma y tú sabes bien lo que acaeció con ella. La cosa es concentrarse y concentrarse, no elevarse demasiado, no perder el contacto que tiene con este barro inmundo que hay bajo nuestros pies.

“Al menos, así lo veo yo. Pero, después de todo, ¿qué puede a mí importarme que unos se concentren demasiado en este mundo y que otros no logren desconcentrarse lo suficiente? Nadie podrá convencerme de que mi vida es mejor; óyeme bien, y ahora sé un verdadero Boroa y nada de Borneo:

“Es mejor nutrirse así observando a los demás y dejando que esta observación trabaje dentro de nosotros, que afanarse por saber si uno está concentrado o desconcentrado.

Allí, en el pequeño saloncito, quedamos ambos en silencio. Por fin Longotoma habló:
–Y ahora, mi querido amigo, ¡echo al diablo a esa Tártara Tigre, a su asesina de Yoni, a la tal Rufina Mardones y a ese amor hecho por el costado bajo frondosos membrillos! ¡Bebamos un poco más de coñac! Y luego seguiré mis preparativos de viaje...

–¿Adónde piensa viajar este Desiderio que parece no poder ser sacado de su sillón...?
Me respondió incorporándose un tanto:

–A dar la vuelta al mundo, ni más ni menos, ¡la vuelta al mundo! Necesito encontrar al tipo que me hace falta. Cuando lo encuentre lo traeré para acá y te lo presentaré, mi tan querido Boroa.

–¿Y quién es él?
–Un millonario, ¿me entiendes?, un millonario que tenga dinero en sus bolsillos; es decir, un millonario que se halle fuera de la rueda del dinero y, por lo tanto, pueda gastar lo que quiera...

Me reí y tuve que decirle:
–Podrás dar mil vueltas alrededor del mundo y, te apuesto, no lo encontrarás. El dinero tiene sus fórmulas y no hay fuerza en el mundo que lo haga doblarse ni ceder una sola de sus importantísimas prerrogativas.

Respondió el hombre simulando una seria reflexión:
–Tal vez tienes razón: quedémonos entonces aquí mientras esos millonarios siguen girando alrededor del dinero y esperando toda la vida que ahora –¡por fin!– van a tener dinero. ¿Quieres otra copita?

–No, gracias, Desiderio. Me marcho a deambular por las calles y avenidas. ¿Y tú?
–Yo voy a quedar aún un rato más sentado aquí recordando al grandioso amigo, ya muerto, de Baldomero Lonquimay. ¡Qué tipazo era Lonquimay! ¡Ea, siéntate un momento más y haremos una buena cosa recordándolo!

–Por Baldomero Lonquimay, me quedo.
Nos servimos otra copita de coñac y luego Longotoma habló de su viejo amigo:
–Siempre recordaré una de las últimas veces que lo vi. Fue aquí en casa. Yo dormitaba sentado precisamente en este sillón cuando sonó el timbre. Desperté y fui a la puerta. Ahí estaba, sereno y altivo, envuelto en su gran capa española, nada menos que Baldomero Lonquimay.

“Tú sabrás que yo conozco un poco de taquigrafía y, como tenía ante mí un papel y un lápiz, usé mis rudimentarios conocimientos para taquigrafiar sus palabras. Aquí las tengo y tú me dirás si no son un fiel relato de sus modos emblemáticos. Entró Lonquimay y, con gesto altivo, murmuró:

–¡Silencio! He llegado hasta ésta vuestra cara mansión a deciros lo que sigue:
Nanculariaaleufobaji.

¿Queréis conocer la etimología de esta palabra?
Oídla en el más completo mutismo. Hela aquí:

Ñancu	=	Del mapuche:	Águila;
Lajaría	=	Del gitano:	Adoración;
Leufo	=	Del mapuche:	Río;
Bají	=	Del gitano:	Buenaventura.

Aquí tenéis la palabra clave y de gloria de aquellos indios que vivieron en lo que hoy día es esta excelsa ciudad de San Agustín de Tango. Aquí vivieron en los siglos IV al IX.

¿Queréis ahora antecedentes sobre su culto? Os los otorgaré por extraños que ellos puedan parecer:

A) El cuerpo del muerto da seres vivos, desde microbios (tenían microscopios, mas desconocían el telescopio) hasta señores que se pasean de levita (conocían la levita aunque su uso fuese sólo permitido en el mes de marzo, marzo el mes sagrado). Todos estos seres forman una categoría: Los nacidos de los muertos que fueron debidamente nacidos de padre y madre.

B) Estos debidamente nacidos forman otra categoría. Han sido colocados por el Dios en mitad en el padre y en mitad en la madre en una ceremonia antes del coito.

C) Los nacidos de A y B forman una tercera categoría.

Los B: Hombres son los Jefes; mujeres son sacerdotizas;

Los C: Hombres son agricultores y mineros; mujeres son obreras;

Los A: Hombres son guerreros; mujeres son enfermeras.

Esto es así en lo que concierne al reino humano al cual yo pertenezco. Mas ahora prestad atención pues hablaré de vuestro reino, abultado personaje de Desiderio Longotoma. ¡Oíd!

Animales:

Los B, machos y hembras: domésticos, útiles y mansos;

Los C: machos y hembras: domésticos traidores y hurtaños;

Los A: machos y hembras: Salvajes, nocivos.

¿Me habéis escuchado, abultado personaje? ¿Sí? Pues entonces dejadme gritar:

¡¡Manturbios!! ¡¡Triturbios!! ¡¡Politurbios!!

Y nunca olvidéis las categorías que a bien he tenido mencionaros pues acaso, a pesar de vuestra enorme abultéis, si acaso pertenecéis a la B podréis usar levita el año entero; si sois de la C, en marzo, junio y septiembre y, con permiso especial, en diciembre; si sois de la A, sólo podréis llevarla en el mes de marzo.

Cada casta o grupo tiene su semidiós que gobierna y ayuda; tiene, además, su semidiablo que des gobierna y lo confunde todo.

Dios se desentiende de los grupos de éste mundo. Su ocupación mayor es dirigir el tránsito de los cielos y, de tarde en tarde, dirigir el tránsito de las calles en San Agustín de Tango. La mayor ocupación del diablo es producir, tanto en cielos como en calles, toda clase de accidentes en el tránsito.

Era lo que os quería comunicar, Desiderium Longotomum. Pido que aquello que os he dicho al empezar esta charla no caiga en olvido en vuestra mente de hombre abultado y fornido. Ello es:

Ñanculajarialeufobají.

“Baldomero Lonquimay se despidió y se marchó atronando estas escaleras con el más estrepitoso de todos los: “Brrrrrrrrrrrr” que jamás haya lanzado. Por el balcón lo atisbé: iba agachado, rápido, envuelto en su capa, cortando los aires con su inmenso chambergo.

“Ahora puedes retirarte, mi gran Onofre Boroa. Anda a visitar a Romualdo Malvilla, el ahora temperante y siempre trasnochador. Y sumérjanse ambos en los recuerdos que aún debe depararles ese lindo cabaré San Lito”.

57

Me dirigí a casa del ahora temperante y trasnochador, mi amigo Romualdo Malvilla, en el 38 de la calle de la Parroquia. Allí estaba el hombre leyendo; sobre su mesa, un gran cuaderno y, al lado de él, su pluma fuente.

—¡Hola, Romualdo! ¿Qué tal?

—Aquí estamos, mi querido Onofre, renaciendo después de haber abandonado ese maldito trago. Pero es cosa difícil renacer; no porque sienta deseos de beber, pero sí porque siento, a veces, un vacío profundo dentro de mí. Cuando esto ocurre me dedico a anotar lo que me pasa por la cabeza. ¿Quieres leer mis notas?

—¡Por supuesto!

Entonces Malvilla me alargó su cuaderno de notas. He aquí lo que leí mientras él volvió a su lectura:

Notas de un bebedor que ya no bebe

Debí intitular estas notas: “Diálogo con Palemón de Costamota”. Pero de pronto me venían a la mente otras ideas y, aunque veía yo su presencia cerca de mí, preferí quedar solo y no mezclar demasiado a otros seres.

Naturalmente, he dialogado con Palemón; hemos dialogado *fuera* del tiempo. Ha sido un diálogo casi permanente.

¡Oh, ese afán de querer encajar todo en el tiempo! Repito: ha sido un diálogo casi permanente.

Todo lo que he pensado ha sido dirigido a Palemón. A veces me ha respondido con su presencia; otras veces ha permanecido en la total indiferencia; otras, se ha marchado asegurándome que puedo contar con él como un servidor más.

Le he dicho:

—No beberé más ni fumaré opio. Lo que una parte de mi ser ha vivido durante mis locuras alcohólicas u opiómanas tengo ahora que vertirlo a las letras.

Él asintió con la cabeza. Me respondió después de un rato:

—Bien podríamos ir a marchar; bien podríamos ir a dejar que el asfalto ruede bajo nuestro pies. Por lo demás, es ya la hora precisa. (Vio su reloj y repitió:) La hora precisa: las 12 y 14 de la noche.

Salimos a vagar. Dimos una y cien vueltas por estas calles y avenidas. Entonces, mientras Palemón marchaba a mi lado, me puse a meditar sin sentir mis pies que no tenían más que hacer que mantenerme en equilibrio por ese rodar de calles.

Sin interrumpir mi meditación, Palemón se expresó así:

—Debe usted cuidar de los huecos, muy importante, los huecos.

—¿Qué huecos? —pregunté.

Él respondió:

—El alcohol, al irse, dejará un sitio vacío en usted. Hará lo mismo el opio. Harán lo mismo todas las drogas imaginables. Al fin no será usted más que un enorme hueco. En el se va a desesperar. Por eso digo: ¡Cuidado con los huecos!

Le rebatí:

—Serán todos llenados y archillenados con sólo tratar de vertir lo que vagamente soñaba durante mis pasadas embriagueces. Esos huecos se harán letras. Como esas piedras se han hecho el edificio del Ayuntamiento.

Seguimos sin hablar, seguimos inmóviles. Pasó un perro a nuestro lado; luego pasó un señor cualquiera; luego, un taxi; luego, otro señor con una dama.

No hay duda: lo más importante de mi época alcohólica ha sido: EL REGIMIENTO.

Ahora que estoy saliendo de él, veo que él viene entrando por el otro lado. No se puede vivir y subsistir en medio de un regimiento si no se obedece a su disciplina y se está conforme con ella. Por no obedecer he llegado a sentirme solo. Los amigos se van, se van, se van.

Tal vez tienen razón Desiderio Longotoma y Jabalí Batuco: una ópera lírica y ver, entre las bailarinas de hoy, el recuerdo de Virginia Rapel y de Praxedes Bagdad.

Hay que tener otro carácter, hay que haber nacido de otro modo. En fin... ¡adelante!

Una de las cosas que a uno le impide formular BIEN, es decir, con fuerza y valentía, su rebelión en contra del medio ambiente bajo es la siguiente:

Mil jovencitas, al oírnos, quedarán pasmadas y nos encontrarán inmediatamente razón; luego harán, amándonos, poesía en torno a nuestras palabras.

Quisiera irme hacia la soledad y, en ella, llenar esos huecos de que me habló Palemón de Costamota.

Quisiera vivir entre gente y más gente; quisiera no estar ni un solo momento solo.

La soledad, pasado uno o dos días, me pone nervioso y necesito huir, huir... para caer entre la gente la cual me complace durante los primeros días y luego me fuerza a huir, a huir.

Así, corriendo de la soledad a la sociedad, de la sociedad a la soledad, he pasado este último tiempo. En la sociedad me he hallado con Ramiro Lampa; me pareció francamente envejecido pero siempre amable y algo tirado a la filosofía. Me dijo:

—¡Pobre Samuelito Contulmo! O bien, ¡feliz Samuelito! Pasa su vida viviendo así: los lunes, martes y miércoles, pobre como una rata y pidiendo limosna en las esquinas; los jueves, viernes y sábados, de gran millonario, festejando a medio mundo; los domingos... durmiendo la borrachera. Luego viene el lunes siguiente y Samuelito aparece sin un cinco en los bolsillos; hasta el día jueves en que la cosa vuelve a empezar.

El equilibrio; la armonía en silencio.

Me pregunto siempre y no hallo respuesta alguna:

“¿Por qué se sufre? ¿Por qué se odia como odiamos nosotros?”

Debería conversar con Palemón de Costamota sobre estos asuntos. Él podría instruirme; tiene que ser un poco, o mucho, su obra. Es nuestro destino: sufrir y... hacer sufrir.

No hay duda: el hombre es el único ser cruel que existe sobre este mundo; es el único que se place haciendo sufrir a otro.

Yo, fuera de estas notas en este cuaderno, no escribo más. He dejado las letras como he dejado el alcohol y todas las drogas posibles. Por cierto es que a menudo siento esos "huecos" de que me ha hablado Palemón, de que tú me has hablado, Palemón.

Rosendo Paine tampoco escribe más.

Dejemos a los "trituradores" el escribir. Aunque en esto de escribir veo una diferencia, veo "maneras" de escribir:

A) Los que escriben para "letras", para desahogarse;

B) Los que escriben para "ser leídos".

Es como los que trabajan en cualquier cosa:

A) Los que trabajan humildemente;

B) Los que trabajan para surgir.

Porque tenemos que trabajar para poder subsistir; pero no veo necesidad alguna de tener que surgir. Surgir... ¿en qué? Es ésta una pregunta que siempre me acompañará. Te veo a ti, Palemón, tras ella, azuzando a los hombres apenas han cogido una pluma entre sus dedos, o un pincel o lo que sea.

En mi época alcohólica era terrible la importancia que tomaban las cosas en mi vida. Por ejemplo: don Prudencio Zapiga y Mencia Usmagama.

A don Prudencio yo lo llamaba, generalmente, "el señor prudente"... ¡Cuántas veces prudencia es nada más que evitar la vida! El señor prudente me mira y me pregunta:

—¿Ha pensado usted qué va a hacer con Mencia Usmagama?

Yo:

—No lo sé ni quiero saberlo. ¿Puedo yo disponer del destino, ordenar líneas para el porvenir? No soy Dios; soy un simple ciudadano. Don Prudencio vuelve a mirarme y veo que no me entiende. Entonces insisto:

—Sé que la quiero y que ella me quiere. Por lo tanto sé que hay vida esperando ser realizada, ser parida por nosotros. Es, pues, nuestro deber echarla al mundo, que viva, que haga lo que tiene que hacer en la vida. Pero evitarlo... ¡jamás! Yo, lo único que evito es no afrontar, es ocultarme muriendo en vida.

Don Prudencio no me entiende. Sigo insistiendo:

—He ahí, señor mío, un problema que a mí no se me plantea. Por eso, en ese sentido, vivo. Cada vez que me aparece un problema, me estanco. Creo que todo el mundo sufre de este mal, sí, todo el mundo. Oiga usted, le voy a contar un recuerdo mío de hace ya mucho tiempo. Se trataba de dos amigos míos: Lionel y Oliverio. Discutían sobre un próximo viaje que habían proyectado al Sur de Chile. Oliverio pregunta: "¿Vamos o no, al fin, a hacer el viaje?". Lionel responde: "Sí, pero antes saquemos cuentas". Oliverio, entonces: "Es que si sacamos cuentas, no lo haremos...". Eso es todo, mi buen señor.

Don Prudencio no me entendió ni una sola palabra.

La clave del hombre que se hospeda en mí; hacia dónde me llevaba con trago y con opio; me ha sido revelada con unas palabras dichas por Lorenzo Angol, citando a Krishna-murti, en su libro *Primera y última libertad*:

Queremos atraer lo desconocido hacia lo conocido, y todo nuestro esfuerzo consiste en dar continuidad a lo desconocido. Es decir, no queremos conocer la vida que incluya a la muerte; queremos saber cómo continuar y no llegar al fin.

El opio me llevaría a algo que sería provechoso si estuviera yo muy preparado; pero si estuviera tan preparado, ya no tendría necesidad de opio.

Otro recuerdo que tengo de mis borracherías alcohólicas que yo tenía en aquellos tiempos:

Estoy en una borrachería que ya no sé cómo se llamaba; estoy con algunos amigos y amigas todos "bien puestos"; en una mesa vecina hay otros tipos con un inglés. Llega de pronto a nuestra mesa un tipo ebrio, en completo estado de ebriedad; ve al inglés que departe con sus amigos en su idioma; los escucha y luego se vuelve hacia nosotros y proclama:

—Estos señores ingleses son dominadores del mundo, pero aquí no, no, compañeros, aquí se friegan. (Golpazos en la mesa). Yo soy sudamericano, compañeros y además... (Pierdo el hilo de lo que alega porque me pongo a beber). Ese gringo es un roto, un roto y nada más, y no hay que creer que conmigo cualquier pelotudo las saca así no más. Al más pintado le paro los tijerales, compañeros.

Luego este ebrio se marchó solicitado por otra cosa cualquiera. Este ebrio era, por lo demás, un señor que yo veía casi todos los días en estado normal.

Mencia Usmagama me ha dicho, antes de emprender mi viaje a La Habana, que no comprara camisas allá y que no las comprara aquí; que aprovechara comprarlas en Panamá donde eran mejores y más baratas.

¡No, Mencia, no! Entiéndeme bien:

Claro es que puedo comprar camisas en Panamá o en cualquier otra parte y, a lo mejor, las compre. Pero, en principio, ¡no! Yo debo comprar camisas únicamente en la tienda más cercana a la casa que habite y comprar las más prácticas y parecidas entre sí.

Ahora me he acordado de mi amigo Vicencio Sotoca que siempre procede como un vulgar judío y tiene la cabeza henchida de grandes triunfos que husmea como un perro perdiguero. Vicencio Sotoca compraría camisas en Panamá porque vive y tiene que vivir en pequeñito su formidable sueño de *ganar siempre*. Y si logra una camisa mejor y más barata que las usadas por las gentes que él frecuenta, *se las ha ganado* y respira la ilusión de triunfo.

Éste es un aspecto de la cosa: la ambición de dominio fracasada y trasladada a la vida cotidiana. Hay otro aspecto: la preocupación permanente y tan común, de lo mejor y menos dispensioso—siempre en otra parte—, el miedo de persecución, la gente lo quiere a uno mal, soy un echado de lado y debo demostrar que no. Orgullo desmesurado, impotente; miedo, por timidez, que nos hundan más.

Además hay algo, en tales camisas y el resto, de poner e insistir demasiado con el acento en el dinero como base, pilar de la vida, cosa que hay que cuidar, venerar como el artista venera su talento y el santo venera su virtud.

Mencia va de ida; yo vengo de vuelta. Ante Mencia todo es un permanente aclarar; para mí todo es un permanente anochecer.

Esta idea me ha venido sencillamente por esto:

Anoche he estado en su casa con varias personas más invitadas como yo; es la hora de cenar. Mencia nos dice a todos:

—Pasemos a la mesa...

Pasar a la mesa... ¡qué horror!

Yo envidiaba antes a los que iban a la mesa a diario y se sentaban a engullir con toda seriedad. Yo, antes, pensaba, en esos momentos, que viniera la hora del San Lito o de Las Tres Chimeneas o de un cabaré cualquiera. Ahora, no. Pienso en lo que me ha dicho

Palemón: "¡Los huecos, los huecos!". Porque hoy odio ir a sentarme a la mesa y tener que charlar cosas necias que han de rodar incesantemente.

Mencia se place a las horas de comida.

Tiene aún mucho, muchísimo que caminar...

Mientras camina yo seguiré con mis notas de la época pasada, la época alcohólica. Pero no escribiré más, no haré una obra de literatura, como pensaba, muy en el fondo, hacerla con mis notas anteriores: *Para Alicia Bick*, ¡Uf, qué noche!, *Combado mi cuarto*, *El Hotel Mac Quice*, *El Vicio del Alcohol*, y tantas otras.

Seguiré anotando mis recuerdos de aquella época. ¡Que se junten! Así habré llenado esos huecos de que habla Palemón. Pero los anotaré sin nada prefijado, a medida que vengan a mi mente, a medida que salgan de esa carpeta. Veamos:

No existe, con el trago, ninguna conciencia pensante. ¡Hay que beber! ¡Hay que seguir bebiendo antes de que la reflexión nos acogote! ¡Bebamos, bebamos!

Y no hay más.

Calzado: tacón alto. Lo miro y siento que, quien los lleva así, altos, muy altos, es ahora *mujer completa*. Ahora sí la he visto *plena*, ya es mujer.

Revela su sexo al tener "tacón-falo".

En poco tiempo, tantos señores que he conocido: simples ciudadanos, poetas, héroes, estudiantes, ociosos... ¿Voy a seguir y a seguir con esta enumeración? Estoy en el cabaré San Lito. El señor de negro, ¿quién es? ¿Es, acaso, un literato, un abogado, un...? No voy a enumerar todas las posibilidades que tiene ese señor de negro de ser lo que es. Pero yo lo he encontrado mil veces; es un sanlitómano. Lo digo y lo repito:

—¡Es un sanlitómano!

Alguien me contesta a mi lado:

—¡Hombre! Confundíalo con un intelectual...

Después, el de negro, pasó girando a mi lado, girando como un trompo y llevando a una mujerzuela en sus brazos.

¡Oh, qué lindas cosas se piensan cuando se está medio ebrio! Después, no. Después las lindas cosas se van, se van, se van y se van a su propio reino. Allí siguen elaborando maravillas pero sin conectarse con nosotros que las criamos, que somos sus padres. Mandan de tarde en tarde una señal y nada más. Entonces, ¿qué hacer? No hay más: o enfadarse o llorar.

Y Palemón de Costamota sonríe satisfecho...

Hoy he estado en el bar de las Tres Chimeneas, bebiendo con Ramiro Lampa. Pasamos la noche así, bebiendo, lado a lado, como buenos y viejos amigos que somos. Diría mejor que yo bebía pues Ramiro, desde el momento en que a su vez bebía, tenía que haber partido por su lado. Lo digo sin sospechar nada de él, lo digo por mis propias meditaciones que él no podría conocer jamás.

Entre millones, entre cientos de millones de meditaciones que hay, y éstas pudiendo cada una variarse también en nuevos miles de millones, sobre todo cuando viene el alcohol empujándonos, entre tantos billones que se agolpan en nuestra mente, sería muy raro que Ramiro estuviese en la misma que yo. Y al suponer que por un segundo hubiese estado, más raro aún habría sido que más allá de los límites del segundo, la hubiese mantenido por el mismo hilo que yo la mantenía.

Ésta es la teoría; luego vino la prueba práctica.

En un gesto de Ramiro vi claramente que si bebía allí a mi lado, no era ilusión ni

espejismo. Bebíamos solos, aislados. Describir su gesto sería complicar lo que escribo pues no es por el gesto mismo que tuve la prueba sino por la manera cómo sus dedos ociosos se posaron sobre la caja de fósforos y tamborilearon sobre ella. En esta manera vi que él no se estaba planteando la misma pregunta que yo me planteaba atónito, a decir verdad.

En el dancing del San Lito, a media borrachera.

Un ebrio insiste en que toquen un cuarto valse. Va donde el jefe de los músicos; éste se disculpa con los músicos; éstos, con la patrona; ésta, con el público.

Al principio aprietan responsabilidades y cuando estas responsabilidades ya se quieren coger, se desvanecen.

Para aclarar mi idea, pues sentí que Palemón rondaba por allí, hice este dibujo que ahora copio para mofarme de Palemón:



Yo

Es lástima que no hayas seguido escribiendo los recuerdo que te evoca aquella época del alcohol.

MALVILLA

Que sea lástima o no lo sea, creo que no depende de mí. Alcohol, opio... Tuviéron que suceder y han sucedido. No olvides, Onofre, que ahora soy feliz viviendo sin tarea ninguna que me opresione; viviendo sin más. A veces una nota de mi carpeta se presenta a mi memoria; entonces voy a esa carpeta, la busco, la encuentro y la descifro. Luego la escribo y cierro mi cuaderno. Después salgo; voy a cualquier parte, voy hacia donde las aceras, al resbalar, quieran llevarme. Con lo que me suceda en mis paseos quedo contento. El otro día, por ejemplo, salí sin creer que las aceras me llevarían al Zoo de San Andrés. Minutos más tarde estaba en el Zoo. Allí no me preocupé de los animales ni de las aves. Me preocupé —no te rías— del viento.

Yo

Del viento que soplaba con furia...

MALVILLA

Del viento que no existía. Ni una gota, la calma más absoluta. De pronto em-

pezó allá, allá en un extremo del Zoo. Volteó la copa de los lejanos árboles. Luego avanzó. Venía aún muy lejos pero, claro está, avanzaba pues pude ver cómo volteaba las copas de los árboles más cercanos a mí.

Yo lo miraba venir. Era una carabela que se precipitaba entre las olas. Los árboles eran olas que se abrían a su paso. Yo miraba todo aquello entusiasmado. Las faldas de una muchacha saludaron el paso de la carabela y se alzaron a través de sus dedos que se afanaban por sostenerlas. Entre las olas vi, pues, sus piernas que no se ruborizaron al mostrarse. Y el viento pasó; volvió la más completa tranquilidad. Yo saludé este conjunto que a bien tuvo presentarse a mí, créeme que frenético mas sin hacer ni un solo movimiento.

Yo

¿Y no llegaste hasta acá a escribir este paso de la gran carabela por el Zoo?

MALVILLA

No; volví paso a paso pensando en otras cosas. No puedes imaginarte lo que cuesta hacer algo *sin regimiento*. He llegado a la conclusión de que nada tengo que hacer. Si algo tengo que hacer, Dios se encargará de encomendármelo a la hora que sea necesario como se encarga el capitán en ese regimiento, como se encarga el coronel sobre el capitán, como se encarga el general sobre todos ellos.

¿Y yo?

Yo, mi querido Onofre Boroa, yo... ¡obedecer!

58

He pasado el día en el taller de Rubén de Loa; lo he pasado con Mamerto Masatierra y con Macario Viluco. Llegamos los tres juntos; Rubén pintaba en una gran tela que de pronto volvió contra el muro para avanzar hacia nosotros. Macario, entonces, tomó la palabra:

—Usted, mi querido Rubén, va a ser juez ante lo que he venido discutiendo con este testarudo de Mamerto. Óiganlo bien; es el caso de que yo sostengo que la gente de sociedad, la llamada culta y reculta, que se place con cosas elevadísimas, no juzga a la demás gente —a mí, a ti, a él— por sus capacidades de inteligencia pues parece que esta inteligencia les es una cosa absolutamente secundaria, un rasgo secundario, inexistente...

—¡Inefable! —dijo Mamerto y se echó atrás en su sillón.

Macario lo miró y, dirigiéndose especialmente a él, prosiguió:

—Será muy inefable, mi distinguido señor Masatierra, pero eso no quita que ello sea la verdad. Les voy a poner un ejemplo, si ustedes lo permiten.

—Permitido —dijo Mamerto.

—Se nombra a un desconocido —prosiguió Macario—, a un señor A o B o C. Nosotros, ya lo he dicho, no lo conocemos; es la primera vez que oímos hablar sobre él. Queremos más datos, queremos formarnos una idea clara sobre este sujeto. ¿Qué se nos ocurre preguntar? ¿Qué...?

Guardamos silencio todos en espera de la respuesta. Entonces Macario aseguró:

—Preguntaremos si se trata de un hombre inteligente o de un simple necio. Es lo

primero que viene a nuestra mente: el poder de su capacidad pensante, ¡sí, señores!, ese poder para, según él, abrirle o cerrarle las puertas de nuestra intimidad.

—¡Inefable! —clamó Mamerto y se echó a reír.

Macario lo fulminó con sus ojos y exclamó:

—¡Ría usted, ría y ría cuanto quiera! Pero verá usted que esa gente de sociedad, esa gente llamada cultísima, no se le pasará por la cabeza averiguar los grados que, en inteligencia, calza ese hombre. ¡Esto es secundario, secundario, lo afirmo y lo vuelvo a afirmar y lo afirmaré mil veces si ustedes quieren! El acento no está colocado sobre esa inteligencia; hablar de ella es como decir que llevaba zapatos negros o zapatos marrones; traje azul o traje gris; que es alto o que es bajo; rubio o moreno; grueso o escuálido; casado o soltero; que vive aquí o más allá. Y vendrá luego la pregunta que todos guardan en su interior y tras la cual van cual perros perdigueros husmeando por ver si encuentran la respuesta favorable. ¡Oh, la pregunta, la pregunta...!

—¿Y qué es esta pregunta? —inquirimos todos.

Macario se estiró los puños y se arregló la corbata. Al fin proclamó:

—Saber si este desconocido goza de un estado material que sea superior al nuestro.

—Es la verdad —sentenció Rubén.

—Sí, es la verdad —repetí yo.

—Por eso yo digo siempre: ¡inefable! —aseguró Mamerto.

Callamos todos y miramos a Rubén de Loa; algo nos hacía presentir que el hombre, después de oír hablar a Macario, ya estaría suficientemente cargado para poder expresarse. En efecto, Rubén habló así, en medio de nuestro silencio:

—El arte corre y corre; el arte pasa y pasa; se aleja, se pierde. Luego vuelve a pasar corriendo.

Los hombres lo miran y lo ven al pasar. Algunos se aferran a él y por él son arrastrados. Todas las fuerzas psíquicas son necesarias para seguirlo en su carrera vertiginosa. Los que lo han seguido, envían sus mensajes desde lejanísimas distancias. Nosotros tenemos que descifrarlos.

Los burgueses nos tienen que mirar con desconfianza; la voz despectiva de "locos maniáticos" asoma en sus labios pero, por lo general, ni es siquiera pronunciada. Basta con alzar ligeramente los hombros y volver a pensar en otra cosa.

Pero aquellos que ya han asido un punto de ese arte que ha pasado, no pueden abandonarlo más. Deben cambiar su modo de ver, de sentir, de apreciar cuanto ocurre junto a ellos. Y hay que empezar por acallar la voz de la mente, esa voz pensante que, antes de idear, quiere ya saberlo todo y dirigirlo a su manera.

El artista debe ser un hombre que se entrega a ese arte que mora fuera de él. Debe aguzar su oído para percatarse de las voces que envía. No debe corregir nada, nada. La voz ha sido bien enviada. En vez de corregir, ¡que aguce su oído!

Tal es lo que pretendieron ver y hacer los surrealistas. Pero el dinero junto a ellos los desvirtuó. Por eso, creo yo, no han seguido. Ahora suenan huecas las palabras de André Breton, en su *Manifiesto del Surrealismo*:

El surrealismo es el automatismo psíquico puro por medio del cual nos proponemos expresar, sea por escrito, sea de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento. Es el dictado de la mente, en ausencia de toda fiscalización ejercida por la razón y fuera de toda preocupación de orden estético o moral.

Era esto lo que yo leía; era esto lo que trabajaba en mi interior; era esto lo que acabo de experimentar. Por eso escondí, al entrar ustedes, aquella tela en que trabajaba. Pues yo trabajaba en otra, otra muy diferente. Pero de pronto ésta se presentó y tuve que ir a ella.

Hela aquí. Ustedes pueden verla: sobre un fondo de verdes y más verdes, se destacan tres palos que sostienen los alambres de un cerco. Sí, ellos azules, de un azul transparente. Entre ellos aparece una serie de florcitas anaranjadas; sus tallos no alcanzan a percibirse. Brillan solas, aisladas, como luces errantes que a cada momento parecen que se van a volar, que van a salir de la tela y a balancearse aquí en esta atmósfera del taller.

¿Por qué he abandonado lo que hacía para pintar esto, después de todo, bastante naturalista? No lo sé.

Vean ahora lo que, desde hace días, me afanaba en pintar:

Rubén de Loa nos mostró un pequeño cuadro; era otra cosa, era en el sentido que hoy se llama "abstracto". Parecía ejecutado por otras manos. Yo no tengo facilidad alguna para describir en letras los colores. Sólo recuerdo que quedé abismado ante esa armonía de colores con un cielo oscuro a la izquierda donde brillaba una luna cubierta de nubes. Para abajo, entre al parecer flores multicolores, se enroscaba una enorme serpiente oscura. Pero el tratar de describir lo que allí había, nada quita ni agrega al cuadro. Era sencillamente maravilloso y, en su contemplación, nos quedamos largo rato sin pronunciar palabra.

En esta tela parece que no hubiera método alguno, que ella hubiese sido hecha al azar. Sin embargo sentí, mientras la hacía, que todo en ella estaba dirigido y que yo mismo me desplegaba guiado por otro pintor, sí, otro pintor lejano que no hacía más que valerse de mis manos para pintar.

Así quisiera hablar, hablar siempre, sin método alguno. El método es una traba que uno se pone por delante. Ahora tú, mi buen Macario, me has desatado; ahora necesito hablar. ¡Ven, ven, Lucila Volcán! Así, ven y siéntate aquí entre nosotros. ¿Oyes algo? No, mi querida Lucila, nada se oye; el tucán está callado.

Nunca debe corregirse; a lo más debe retocarse y nada más. Al corregir entra la mente pensante en acción. Ustedes saben que esta mente pensante está formada por nuestros recuerdos, por lo que hemos aprendido, por nuestros afanes y vagas ilusiones. Es decir que si ella entra en la obra, hace entrar a un cúmulo de cosas que, desde allá, desde esa región de pureza, nada tienen que hacer con la inspiración propiamente dicha.

Conocí a un viejo pintor; hace de esto muchos años atrás. Se llamaba don Pablo Carahue. Cierta día, no teniendo nada mejor que hacer, nos dirigimos, allá cerca de Santiago, a unas carreras de autos. Vimos unas cuantas, vimos pasar a toda velocidad esos antiguos vehículos, una velocidad que hoy nos haría sonreír.

Luego en su casa don Pablo Carahue hizo un croquis de lo que acababa de ver. Eran sencillamente ridículos y nos hicieron reír a quienes los vimos. Los autos de aquella época, vistos de perfil, mostraban ante todo su rueda delantera; más o menos en mitad de ésta, se levantaba el motor. Pues bien, don Pablo había puesto la rueda en mitad del motor así es que lo primero que el auto mostraba era ese motor... ¡Cosa risible!

Han pasado los años; la velocidad de los coches ha aumentado enormemente; el motor se ha proyectado hacia adelante. Es decir, que lo que don Pablo vio como un anticipo ha sido la verdad. Hoy los coches son exactamente esos *mal* dibujados por él.

Nunca la pintura ha representado nada. Puede, eso sí, representar algo. En ello, en lo que a veces representa, yo no me fijo. Yo veo otra cosa. Veo cómo el pintor ha desarrollado lo que ardía en su mente.

Recuerdo siempre esa anécdota de Corot: ha ido al campo con sus discípulos, a pintar del natural. Están en medio de un bosque con claros por todas partes. Cada cual coloca su caballete y se prepara a pintar. Corot les advierte que deben pintar lo que vean y nada más que lo que vean sin agregar nada y sin omitir nada tampoco. Deja a cada cual con un trozo de naturaleza ante sí. El parte a su vez a pintar.

Más tarde se juntan todos. Cada cual muestra lo que ha hecho. Corot, también; ha pintado un rincón con grandes árboles exactamente igual al que tenía por delante; pero entre esos árboles hay una cantidad de ninfas que danzan. Un alumno las indica y dice:

—Usted, maestro, nos dijo que pintáramos sólo lo que había frente a nosotros; usted nos aseguró que haría lo mismo; ¿y esas ninfas, entonces? ¿Qué significan?

Corot lo mira sorprendido y le arguye:

—¡Cómo! Veo que ustedes no han visto esas bellas ninfas que han venido y han danzado frente a nosotros. Yo las he visto y las he copiado...

Los artistas tienen una moral propia. Ella es estricta, es severísima. Nada tiene que ver con la moral de los burgueses. De aquí viene el permanente choque entre ambos. El burgués quiere llevar todo al "regimiento" —como dice Malvillá—, a ese regimiento en que ha sido educado. El burgués no ve ni un metro más lejos. Por lo tanto no deberían importarle los artistas; pero, ¡no, señor! Le importan (a su modo, claro está), se mete en sus obras, insiste, opina y da juicios rotundos. Cree que si los artistas hacen arte abstracto, lo hacen para pelear con él; entonces se enoja, bufá. En el fondo, o no le importa o algo atisba de superior.

He pasado un verano magnífico en el fundo de Lorenzo Angol, en La Cantera. A menudo me alejaba solo e iba a un bosquecito vecino. Llevaba mi palo en la mano, un palo que había recogido por un camino cualquiera. Ni lo miraba; mi vista se encontraba atraída por los árboles de ese bosquecito y por las sinuosidades del camino. Además me embelesaba con cada piedrecita que se hallaba por todo el largo de mi caminata. ¡Esas piedrecitas! Contemplándolas evocaba la figura del pobre Ibacache y de su inexistente compañera, Elsa; ¿la recuerdan ustedes? A ti, Lucila, te agradaba que te contara escenas de ese amor entre Anacleto Ibacache y su compañera que sólo aparecía ante su vista cuando su vista iba a encontrarse con esas piedrecitas, con esos guijarros que siempre hay en los campos.

Mi palo me acompañaba, mi palo azotaba la nada o alguna hoja seca caída de un árbol. Una vez me senté al borde del caminito que hasta ahí me había conducido. Mi palo garabateaba en la tierra y hacía mil figuras sin sentido.

(Yo pensé, mientras hablaba Rubén, en ti, mi linda y chica de Diana; pensé cuando tú, la primera vez que me arrodillé ante ti, habías estado trazando rayas con un palo, ahí en La Manigua y bien cerca de mí).

De pronto alcé este palo y lo miré fijamente. Hacía mucho tiempo que era mi compañero y yo nunca había parado mientes en él. Lo miré largamente. ¡Qué hermoso era! Yo lo paseaba a diario sin percatarme de su belleza. Tendría unos 70 centímetros de largo; era de un gris oscuro y sobre este gris había una serie de manchas redondas casi blancas. Entonces me dije:

"Este camino será, desde hoy en adelante, la rúa das Glorias. Lo será así en este portugués que no sé y tú (con mi palo indiqué un alto lingue que ahí se levantaba), tú serás el dios de estos montes. ¿Quieres saber tu nombre? Bien; serás el sargento, el gran sargento Marciano Filipopis.

Entonces cantamos las bellezas de colores que nos envolvían. Me acerqué a Marciano Filipopis, lo abracé y, así abrazados, entonamos la más linda canción que se haya entonado allí.

Tan linda era esta canción a dos voces, la de Filipopis y la mía, que una hojita se desprendió del lingue y vino a caer cerca de nuestros pies. Porque Filipopis tenía pies que asemejaban unas enormes raíces. Me agaché y cogí esa hojita; la miré; pasé un largo rato mirándola.

Todo el campo se transformó como se había transformado años antes frente a los ojos de Anacleto Ibacache y de la eternamente muda de aquella mujer que se llamaba Elsa.

Cayeron más hojitas; el suelo quedó tapizado de hojas que se desprendían del lingue. Cada una, por sus colores y por los arabescos que en ella se dibujaban, retenía mi atención largo rato.

¡Hojitas! ¡Hojitas secas! ¡Guijarros! ¡Qué hermoso era todo aquello! El paisaje entero desapareció; o vino a concentrarse en esas minúsculas cositas que son, por lo general, pisoteadas por hombres, caballos y burros que pasan sin que nadie las vea...

Era algo arrebatador. Recogí unas cuantas hojitas secas y me las eché en el bolsillo. Todavía están aquí. ¿Quieres verlas? ¡Aquí están!

Quedamos embelesados mirando esas hojitas. Eran de un tono amarillento, ocre, y sobre este ocre se dibujaban otros arabescos, a veces más claros, otras veces más oscuros; a veces paralelos al borde de la hojita, a veces sin seguir este paralelismo. Nuevas hojitas se dibujaban, pequeñas; parecían hechas por un artífice minucioso para quien el tiempo no hubiese contado para llevar a buen término su labor.

Luego Rubén prosiguió:

Toda obra de arte tiene que ser, ante todo, una aventura. Una aventura se organiza para hacerla pero jamás para que, durante ella, nos suceda esto o aquello. La mayoría de los artistas organizan su aventura sabiendo de antemano lo que durante ella les va a acontecer. Por lo tanto es aventura sólo en el nombre pero no lo es en sí misma. La aventura tiene que tener en gran cantidad el imprevisto como núcleo.

He conversado con el arquitecto Ladislao Casanueva y Limarí. Estaba mirando un alto, muy alto edificio que se alzaba frente a él. Le dije, por decir algo:

—Es muy fea la arquitectura de hoy día.

Él me respondió:

—Yo no la encuentro fea; yo, por más que la mire, no logro verla debidamente. Está hecha por arquitectos invisibles y, los que aquí la fabricamos, somos sólo simples obreros. Le encuentro a esta arquitectura sólo un punto deficiente: su altura. Hay que ver que es baja todavía, extremadamente baja; yo sueño con enormes rascacielos altos como el monte Everest. Ya vendrán esos edificios desde cuya terraza superior podamos pasar la vista por encima de los Andes y divisar los edificios de Buenos Aires.

Ya solo, volví a mirar esos edificios; estaban bien, en el buen sentido de esta palabra. Entonces mi imaginación me llevó hacia un futuro tan remoto como ahora es remoto lo

que sucedió en las épocas prehistóricas. Hubo un cataclismo espantoso en una época indeterminada y esos edificios fueron sepultados, enteros, sin ni siquiera agrietarse, bajo inmensas capas de tierra.

Siguieron los años, los siglos. Ya no había ni siquiera memoria de esos edificios, de esa gran ciudad que allí se había levantado. Pero un hombre, un buen campesino que está arando su tierra, rompe su arado contra un fierrecillo que ha aparecido. Excava y ve que ese fierrecillo está sujeto, es firme. Comunica su hallazgo y la gente se precipita a ver y manosear esta veleta surgida, al parecer, de la nada. Se inician entonces las excavaciones. Y poco a poco aparece una inmensa ciudad de rascacielos...

Veo ahora a los miles y miles de turistas que acuden a admirar este prodigio nacido de las entrañas de un campo arvejero...

Veo las compañías de viajes y de paseos alrededor del mundo; veo los folletos que se imprimen; veo los guías especializados en la nueva ciudad aparecida; veo a una serie de sabios profundos que estudian y estudian la civilización del pasado; veo, o mejor dicho, vi tanto movimiento alrededor de estas nuevas ruinas, que, al fin, no quise pensar más en ellas.

El modo cómo juzgar la buena pintura: basta con pasar rápidamente la vista sobre un conjunto de cuadros. Inmediatamente se verá que los hay que dan luz como si fuesen lámparas encendidas; y otros que son opacos, como carentes de luz propia.

Me he encontrado con Ubaldo Masafuera. Me ha expresado:

—Soy revolucionario al 100%; quisiera cambiarlo todo y no pensar más en el pasado. Pero el arte y la literatura forman para mí un mundo aparte. Es un mundo que está por encima de todo, del que algunos hombres tienen ligeros o fuertes chispazos. Es una comunión anticipada con lo que alguna vez ha de llegar.

¿Amo entonces el arte "revolucionario", el arte de la U.R.S.S.? No, no lo acepto. Los soviéticos se han ido, en arte, al lado de los peores burgueses. En el arte hay que dejar el libre sonido, el eco de esa sección lejana. Nada tiene que ver el arte con las actividades de la revolución. El arte es otra región.

Y otra vez más oí esta frase: "...esa sección lejana... es otra región...". Otra vez apareciste tú, mi Diana, y revoloteaste junto a mí.

Me levanté y dije:

—Me voy a retirar; será hasta muy pronto.

Y salí del taller de Rubén de Loa bajo el peso de mi propia cabeza que zumbaba hasta casi enloquecerme. Caminé sin sentido y sin objetivo. Hice un esfuerzo para avanzar; porque nada avanzaba en contra mía, como avanza para Malvilla.

Me encontré súbitamente en la calle del Escapulario, frente al N° 137. Sin más penetré, tomé el ascensor y subí a ver al doctor Gil Hualañé.

Subí y volví a bajar; hice este viaje, del piso bajo hasta la casa del doctor, lo menos cuatro veces. Quería entrar y, una vez con el dedo en el timbre, decidía no entrar. Mi cuerpo, mis pies, mis manos, obraban solos, automáticamente; mi cerebro lucubraba por su lado e

investigaba por otras regiones que, esta vez, no eran esa ambicionada y querida y apetecida otra región.

Era el absoluto silencio en mi cerebro. Sentía yo que una crisis se adueñaba de él y no encontraba razón alguna que la justificara. Sentí tan sólo que todo giraba a mi alrededor: Tomba, allá lejos, en Cannes, enferma, según me había escrito; Diana que, con sus ojitos puestos en mí, se echaba sobre mi cama; mis amigos, los vivos como los muertos, Desiderio Longotoma, don Irineo Pidincó y sus garbanzos, el grande de Florencio Naltagua, Lorenzo Angol, Romualdo Malvilla, Palemón de Costamota sonriendo con sus viajes por las columnatas de una vieja iglesia, Lumba Corintia, Teodosia Huelén viajando por los ámbitos y siempre alegre, y allá, allá, muy lejos, ¡Colomba!

Por fin entré. Al ver al doctor Gil Hualañé y al estrechar su mano, me sentí reconfortado. Podría haber dicho que una venda había caído de mis ojos pues, junto a él, todo respiraba paz.

Le conté esta crisis que acababa de tener, crisis que tal vez me había comenzado en el taller de Rubén de Loa cuando lo oíamos hablar sobre arte junto a Macario Viluco, a Mamerto Masatierra y a la silenciosa Lucila Volcán. Luego le hablé de la detención del pavimento por el cual marchaba; mis subidas y bajadas por el ascensor allí en su casa; mi amor por Diana; la logicidad completamente ilógica que me atacaba repentinamente y que detenía todos los pavimentos por los cuales marchaba. Luego le expliqué que, muy a menudo, encontraba una solución en dedicarme a escribir "poéticamente" pues veía que era ésa la manera cómo vaciar esto que se producía en mi interior, es decir, zafarme de toda explicación y dejar libre curso al torrente que me amenazaba a todo instante.

—Doctor, eso es, sí, tiene que ser eso. Es por lo cual que yo espero y espero y espero...

—¿Y qué espera usted? —me interrogó.

Le respondí:

—Nada.

—Entonces podremos conversar, amigo mío. Hace tiempo que yo buscaba un hombre como usted, es decir, que espere y espere y que, en el fondo, no espere nada.

Yo guardé silencio y el doctor Hualañé se puso a hablar:

—Debería usted fijarse en lo que es. Conozco algo su psicología para poder darle cuenta de que usted sabrá llegar a un fin claro: usted es, por un lado, una célula de una unidad inmensamente mayor, de una unidad egregórica; por otro lado usted es un muy pequeño recipiente en donde laten efervescencias que bien pueden traspasar el universo todo. Hay en estos dos términos una franca contradicción, hay una lucha, una verdadera batalla. Nada de raro tiene, pues, que el pavimento se detenga de pronto, que usted suba y baje por el ascensor, que ese amor por esa linda mocosita se le trueque en un problema sin solución, que todo sea súbitamente una confusión en usted. Mi querido amigo, sepa usted que una unidad aislada trabajando en cosas que corresponden a un egrégor, llega fácilmente al ridículo y hasta la desazón.

El doctor Hualañé siguió hablando largamente. Yo lo escuchaba sin proferir palabra y sentía, que las suyas, me hacían un franco bien. No podría precisarlas y menos aún ponerlas en esa clara y nítida precisión con que él las decía. Ahora, que estoy en Fray Tomate, me suenan ciertos pasajes suyos y a ellos voy a ir, pidiendo se ponga a cuenta mía lo que tengan de deshilvanado.

—Mi diferencia con los demás médicos es la siguiente:

A todo mal que padece un organismo lo considero como "efecto"; ellos lo consideran como "causa". Voy, pues, tras esta causa y no la menosprecio jamás.

Es increíble cuánto me ayuda en estas búsquedas mi colega, el doctor Lucas Pitrufrquén.

Parece que los médicos se consideran ofendidos cuando no se les da a todos esos órganos enfermos una importancia primordial. No quieren que la psiquis entre para nada en el caso. Se aferran a los órganos y piensan curar las neurosis dando pildoritas y pelotillitas. Si alguna vez una de éstas ha hecho bien, es porque el enfermo, al administrársela, ha sido tomado por una fe inquebrantable.

He hecho la prueba muchas veces; he recetado esas pildoritas que yo mismo he fabricado aquí en casa. A veces las hago dulces; el doctor Pitrufrquén las prefiere saladas. El dulce, con azúcar del azucarero; el salado, con sal de cocina.

Los médicos no se fijan en el papel que juega la fe. Es un papel inmenso. Pero esta fe es huidiza; hoy puede el enfermo tenerla; mañana ya no la tiene.

Tengo, naturalmente, un enorme respeto por Sigmund Freud. Lo que hubo de mal en él fue su vida demasiado corta pues debió haber vivido no menos de cien años y ellos en plena labor. Así habría corregido muchas cosas.

Sí, mi amigo, sí, muchas cosas. Vea usted cómo imagino el tamaño de la psiquis del hombre y cómo veo a Freud trabajando dentro de ella.

Aquí el doctor Hualañé dibujó un gran círculo dentro del cual puso un pequeño cuadrilátero, con el que quiso indicar la vida de un hombre, desde su infancia hasta la vejez.

Dejaba, pues, la vida de la psiquis reducida a un pequeño trozo. Todo lo demás era olvidado, todo lo que abarcaba ese círculo.

Es ha sido el error de Sigmund Freud: haber querido reducir la psiquis a un individuo solo. Esta psiquis nuestra está unida a la de todos los hombres, tanto en el pasado como en el porvenir. Al tocarla, trabajamos, sin saberlo, en la psiquis universal. Es lo que le dije a mi colega, el doctor Amancio Cunco. Éste dudó, no quiso admitir mi teoría. Prefirió retirarse pretextando un caso que tenía que asistir. Así se libró de haber pasado a mi cuartucho donde habría recibido la corrección del caso con una buena varilla que lo esperaba.

Ahora debe usted esperar y llenar de significado a ese "nada" que espera. Hay que saber esperar. Algo se tiene que estar tejiendo fuera de usted; que usted no lo perciba aún, nada quiere decir.

Le puedo dar un consejo: repliéguese en la figura de Colomba. El solo hecho de estar a su lado apresurará la visión de que usted trabaja, sin notarlo, fuertemente en la otra región.

Si así no fuera, créamelo que presentaría usted una serie de síntomas de franco desquiciamiento que ya lo tendrían en una verdadera neurosis. Nada de neurosis noto en usted; lo veo tan sólo en el momento de espera y ha sabido usted esperar, lo ha sabido muy bien.

-¿Por qué dice eso, doctor? No creo hacer nada bien ahora; creo hacer una serie de sinsentidos; es todo.

-Lo digo por su respuesta de usted.

-¿Cuál es ella?

-La palabra que pronunció: NADA.

—Debo, entonces, esperar que esa “nada” se realice en mí; ¿no es verdad?

—Sí; y espérela sonriente, sin preocuparse mayormente en su llegada. Visite a Colomba y así, sonriente siempre, oiga y siga sus consejos. ¡Feliz usted al haber encontrado una mujer así, como esa muda Colomba! Podría decirle algo más sobre ella.

—¿Qué cosa, por favor, doctor?

—Diana está con ella. Cuando caía de rodillas ante Diana y apercibía esa “otra región”, era la unión de ella y de Colomba. Así es que, le digo y le repito: ¡Ánimo, sí, ánimo, amigo mío! ¡No se deje atormentar por pequeñas cosas! Yo, desde que vivo sin ese arpón que me sujetaba en los cien años, voy marchando lentamente hacia esa psiquis universal que nosotros no queremos reconocer por un amor exagerado a nuestra psiquis propia y única.

Salí de casa del doctor Gil Hualañé y me fui lentamente por la calle del Escapulario. Deambulé largo rato sin objetivo alguno. Al fin entré en el Bar Carola a reposarme un rato y allí, con un trago ante mí, medité sobre sus palabras.

El doctor Hualañé me había reconfortado un tanto. Ahora ya sabía que tenía que esperar pues algo se tramaba en la vasta psiquis que nos envolvía y, esto que se tramaba, no podía ser sino beneficioso para mí.

Yo meditaba y mi vida giraba en torno mío. Yo callaba y esperaba. Pedí otro trago que no pude tomar. Empecé a observar a los demás concurrentes del Bar Carola. Los observaba pero yo me sentía lejos, muy lejos, sin nada que tener que hacer con una posible observación fructífera sobre esos clientes.

Pagué; me levanté, muy lentamente salí. Me dije:

“Así debo proceder siempre, con esta dulce lentitud.

De pronto cayó una idea sobre mí:

¡¡CHINA!!

Noté que sonreía; noté que nadie habría notado que sonreía.

Estaba en una China oculta y lejana, una China que sólo dentro de mí podría encontrar.

Tú, Colomba, eres de esa tierra.

Tú, Diana, podrías encaminarme hasta esa China sin notar tú misma que eras mi guía; después jugarías como jugabas allá en el fundo de Ñipaco, La Manigua.

Yo bajaría a este mundo sólo para recordar tu voz, Colomba. Tú, Colomba, mirándome, acercarías esa China lejana, lejanísima, que ahora estaría cerca de mí.

Allí tú, Diana, te tenderías; yo caería de rodillas ante ti.

Colomba, ¡Colomba!

Diana... ¡no hables! Calla como allá supiste callar.

Colomba – Diana – Colomba...

Con la lentitud con que tienen que haberse movido los chinos en la China eterna, así me moví yo.

Los asfaltos resbalaron nuevamente bajo mis pies. El mundo, en mi interior, moderaba sus movimientos; al lado, este mundo era estrepitoso en sus movimientos. Yo los cruzaba movido con cámara lenta.

Así llegué a Fray Tomate.

En la puerta saludé dichoso a Lorenzo Angol que, por lo visto, había regresado del fondo de la Tierra.

Estamos en Fray Tomate N° 2, en el 5º piso, en el departamento de mi amigo Lorenzo Angol. Conversamos en su escritorio. Tras de la mesa se levanta el retrato de Jateña, su hermanita que murió prematuramente. Benilde Panilonco entra un momento, nos saluda y luego nos ofrece una taza de café. Luego sale. Nosotros hablamos:

LORENZO

Entibiemos la atmósfera hablando de cualquier cosa, de lo primero que venga a nuestras mentes.

Yo

Quisiera, Lorenzo, que me informaras algo sobre nuestro amigo Rosendo Paine y sobre su consorte o amiga, sobre Nicole. Parece que nuevamente ambos se han entregado al opio. ¿Qué hay de verdad en ello? Es al menos lo que he oído por Malvilla, tú sabes, que los frecuentó hace algún tiempo. Con ellos fumó y fumó muchas veces.

LORENZO

No, no hay tal. No se puede llamar a un hombre, ni a una mujer, verdaderos opiómanos porque fuman de cuando en cuando, de tarde en tarde. Después pasan ambos largos días, largos meses sin divisar una sola pipa. Lo que hay es que, en la vida de Rosendo, hay y siempre ha habido, un espacio vacío que no atina cómo llenar; entonces fuma para olvidar este vacío. Tú has de saber cuánto lo ama Nicole; pues bien, ella lo sigue. Es todo lo que ocurre con ellos.

Yo

Un espacio vacío... Esto me ha traído a la memoria aquello que escribió y no pudo llevar a término; me refiero a *Oye*, ¿lo recuerdas? Pudiera ser que el opio despertara sus afanes de escritor y se pusiera a la obra. Es decir, que en él ocurriera lo contrario de lo que ha ocurrido con Malvilla al alejarse de drogas y de alcoholes; no escribe más; sólo se contenta con anotar sus recuerdos de la época de juergas. Pero ahora... ¡ya no volveremos a ver caer flores multicolores de los ojos de Alicia Bick! ¡Ya no fructificarán las naranjas en sus pupilas!

LORENZO

Alicia Bick..., Mencía..., Irene Toltén... ¡Qué quieres, mi querido Onofre! Es que ya nos estamos poniendo algo viejos y, todo lo que bulle en plena juventud, retrocede unos cuantos pasos. Estamos entrando al período de la gran calma y no debemos importunarnos con los recuerdos de nuestro pasado. Esa pobre Irene Toltén sufrió mucho con los arrebatos alcohólicos de Malvilla. Ella, creo, habría preferido el tranquilo opiómano que sabe dormir, viendo magníficos sueños, junto a la mujer que lo ha de acompañar. Cuanto a Mencía, no ha pasado la cosa de un simple coqueteo. Ahora, me pregunto, ¿hacia dónde se irá a dirigir esta mente de Malvilla? No lo sé; pero tengo confianza en él.

Yo

Si tiene las suficientes fuerzas para llenar los huecos de que le ha hablado Palemón de Costamota. En fin, ¡allá él! Un hombre que ha pasado por ese alcoholismo y logra libertarse de él, no debe preocuparnos; por eso repito: ¡allá él! y agrego: ¡buen éxito!

Dime ahora, Lorenzo, ¿quiénes son Heraclio Jahuel y Gaviota Pichidanguí? El otro día, estando bajo tierra, me hallé...

Aquí le narré a Lorenzo mi entrevista con don Irineo Pidinco y la cita que me había hecho sobre esos dos personajes.

LORENZO

Son dos jóvenes que se aman; son dos retoños que empiezan a salir a la luz del universo: Heraclio tiene 26 años; Gaviota tiene 22 años. Como te digo, se aman. Pero es curioso el camino que en ellos ha tomado este amor: nada de frases dulces al oído, nada de cajitas de chocolates, nada de esas ridiculeces que siempre vemos en el amor que comienza. Se aman y quieren ahora inmortalizar este amor con una obra, con una superobra. Allí, en ella, es donde ven realizado el alcance de este amor inmenso que a ambos los ha tomado.

Es algo que hace pensar, mi querido Onofre. Es acaso lo que yo, muy en el fondo, soñé con Lumba Corintia... Pero dejemos eso de lado y te diré, entonces, lo que tanto Jahuel como la Pichidangui me han consultado.

Yo

Sí, vamos a ello. Ya tendremos tiempo de hablar sobre Lumba Corintia. No precipitemos nada. Cuéntame ahora sobre esos amigos tuyos.

LORENZO

Estos amigos míos piensan escribir una historia universal de los hombres. Fueron hacia mí en busca de datos. La idea básica de ellos es escribirla principitándola, poniendo como comienzo de los primeros síntomas de cultura, cualquier época. Tienen esbozado un comienzo en el que ponen como principio, los albores de la Edad Media; otro comienzo, a Napoleón I.

Yo

Para el primer caso pongamos a Carlomagno. ¿Quiere decir, entonces, que todo cuanto ocurrió antes de él, va a ser borrado? Antes de Carlomagno, ¿el hombre no existía?

LORENZO

No; de esa temprana Edad Media, la historia se desarrolla hacia antes del emperador, llega a Roma y a Grecia, y de aquí, en vez de seguir retrocediendo, salta a la independencia de nuestra América, con Bolívar y San Martín. Pasan entonces unos decenios y vuelve la historia a la época de Nínive y la época de las pirámides de Egipto. Y luego viene el año de 1914, con la primera guerra mundial. ¿Me has comprendido?

Lo que a ellos les da un trabajo loco, es poner los acontecimientos con una lógica absoluta, de modo que quien la lea quede convencido de que así han ocurrido estos acontecimientos.

Al principio me pareció aquello una fantasía digna de los imberbes que ellos son; pero luego, dándole vueltas a la cosa, me pregunté: ¿Por qué no? Claro está que ello tendría que trastocar todas las ideas que ya tenemos forjadas y que consideramos inamovibles. Por ejemplo: el Partenón fue hecho antes que el Arco de Triunfo, de París.

Yo

Es lo que he pensado sobre el arte. Fíjate bien que el arte no tiene una sucesión nítida de épocas. El arte sólo coincide con nosotros sin que nuestra voluntad tome parte en su desarrollo. El arte podríamos hacerlo de modo inverso a como ha sido hecho. En realidad, el Arco de Triunfo de París pudo haber sido ejecutado en tiempo de las pirámides. Hoy haríamos una tumba colosal para un rey difunto.

LORENZO

Un rey que iría a morir en cien años más... ¡No, no, mi querido Onofre Boroal! Nuestro destino es aparte del destino de las colectividades. Nosotros traemos uno o varios puntos que cancelar durante nuestra permanencia aquí en la Tierra. Cada uno se afana con esos puntos que le son propios y que nada tienen que ver con los de los otros hombres. Por eso debemos resignarnos con el destino de los demás: han cumplido ya su misión; ahora... ¡qué partan! Como ella partió. Yo tenía que amar a una mujer que ya no fuera de este mundo. Bien, la amo y ante ella me prosterno.

Yo

Háblame de Lumba Corintia. Guardemos silencio un momento; deja que me ponga en el estado necesario para ir hasta el fondo de la Tierra estando aquí en pleno San Agustín de Tango. ¡Habla de Lumba Corintia!

LORENZO

La veo claramente. Se aproxima a mí. Al ver mi desazón, calla un instante, luego sonríe, por fin me pregunta:

-¿Crees tú, entonces, que por el hecho de haber muerto ya no soy tú? Lorenzo, siempre estamos unidos y ahora un poco más que antes.

Es lo que medito ahora. Tal vez esto ha de ser un comienzo de la muerte pues es ir agrandando nuestra individualidad para ir pasando a otro plano.

Luego me preguntó:

-¿Quieres un buen consejo para tu vida diaria?

Le respondí:

-Sí; dámelo; lo sabré escuchar y lo pondré en práctica.

Ella, entonces:

-Lorenzo, haz siempre lo que a ti te guste hacer, entrégate a ello; que no haya nunca ningún entorpecimiento entre tus deseos y en el hecho de llevarlas a efecto. Sí, te comprendo; no hace falta que lo digas. Te explicaré: para que este consejo sea útil a todo el mundo habría que *levantar mucho el nivel de las apetencias humanas*.

Guardamos silencio nuevamente. Benilde volvió a entrar y nos ofreció una segunda taza de café. La bebimos con toda lentitud y, ante esta lentitud, vi pasar nuevamente a ese chino que había forjado después de hablar con el doctor Hualañé. Pasó el chino y se perdió. Entonces, a reemplazar el sitio que había ocupado, vino un desasosiego que trató de penetrar en mí. Pero lo rechacé. En su sitio vi a Lumba Corintia y volví a escuchar el consejo que había dado a mi amigo; vi ese fondo de la Tierra; vi y sentí el remolino que él forma en medio de una calma completa. Y te vi a ti, Colomba, siempre serena y estática y, creo yo, siempre esperándome.

-¡Iré, sí, sí, iré a postrarme en silencio ante tu figura inmóvil! Sólo a tu lado me siento bien y veo que la paz se acerca a mí. Ya no soy un hombre de estas superficies. ¡Tengo que ir!

Levanté los ojos que solos se me habían cerrado; me dirigí a Lorenzo:

Yo

Hay un punto en el que tú y yo no somos más que uno. Nuestro destino se compenetra en un sentido que ahora no podría definir. En el fondo tenemos las mismas preocupaciones y los dos andamos tras un fantasma que a cada momento se nos escapa.

En otras condiciones, fuera de esta Tierra, formaríamos un solo ser. Este ser ya podría ir acercándose a otros y a otros más y, al final, formaríamos parte de algo más que nuestra conciencia limitada. Pero todo tendría que cambiar, todo, todo...

LORENZO

Ya lo sé. Tendríamos que empezar por ser ese "todo el mundo" de que me habló Lumba Corintia; tendríamos que levantar mucho el nivel de nuestras apetencias. Pero ya veo, no siempre, ya veo ciertas vislumbres de esa unidad de que hemos de formar parte. Cuando tú hablas, cuando te veo pensando, siento que hay una repercusión en mí, una repercusión que sería inútil tratar de repetir en palabras de esta Tierra. Porque no es en nuestras vidas diarias donde nos asemejamos; no es aquí en la superficie. Es... allá.

Yo

Allá, en un fondo común y muy hondo; allá donde es la morada habitual de Lumba Corintia y donde es la morada permanente de Colomba.

LORENZO

(Interrumpiéndome súbitamente) ¡Oye, Onofre! ¿Recuerdas tú a fray Benito del Crucifijo? Ese fraile dulce, meditativo, que rara vez se le oía una palabra, ¿lo recuerdas?

Yo

Sí, lo recuerdo y más a menudo de lo que tú podrías creerme, pienso en él. Lo veo agachadito con su mirada gacha, aceptando todo cuanto podía ocurrir. ¿Por qué me lo preguntas?

LORENZO

Cierta vez me habló fray Benito del Crucifijo. Fue en el parque del Convento de los Jerónimos donde ambos nos paseábamos. Me tomó de un brazo y me detuvo. Luego, a la sombra de un gran abedul, me dijo:

—Usted sabrá, mi señor don Lorenzo, que nosotros los hombres estamos siempre atacados por las fuerzas del maligno. Es de lo que hay que defenderse, mi señor. Así, un día, llegó hasta mí un feligrés sumamente atribulado. Venía a narrarme los ataques de que había sido víctima; quería saber, mejor dicho, qué clase de ataques eran aquellos que lo acometían. Porque ha de saber usted que los humanos son a veces atacados por las fuerzas de esta, al parecer, tan benigna naturaleza; otras veces, por la malevolencia de los demás hombres. Y otras veces, por algo, algo, algo que no se logra precisar y que se viene encima y muerde despiadadamente. Tal era el caso de este feligrés, cuyo nombre no lo diré; existe también entre nosotros el llamado por ustedes "secreto profesional", que he de guardar ahora.

Luego fray Benito me habló largamente sobre estos feligreses que ora son atacados por las fuerzas de la naturaleza, ora por las fuerzas de los demás hombres, ora por una fuerza oculta que no se precisa y que siempre está en acecho de su víctima. En todo ello veía la obra de ese abyecto —así lo llamaba— de Palemón de Costamota.

El caso muy curioso era de la feligresa que era siempre atacada por las fuerzas de la naturaleza. Pude deducir que se trataba de una mujer porque varias veces fray Benito usó el género femenino al referir sus pesares. Esta feligresa fue víctima de un ciclón espantoso cuando estuvo en los Estados Unidos; al regresar, en el mar de las Antillas, su barco casi fue cogido por un horrible maesstrom que a punto estuvo de tragarlo; llegó a Chile y fue sorprendida por el terremoto de Valparaíso, en 1906; fue a pasar unos cuantos días en un pueblito cordillerano y a punto estuvo de perecer por un formidable alud que arrojó con el pueblito entero; cuando estuvo en Trípoli quiso internarse en el desierto de Sahara pero

fue detenida por sus guías pues se había desatado uno de los más formidables vientos —un simún, tú sabes— por toda aquella región desértica; y las inundaciones y las erupciones de volcanes y los iceberg y las tempestades... Llega a parecer que toda la naturaleza estuviese en contra de esta pobre fulana que en vano huye y huye espantada.

En cambio los humanos son cariñosos y benévolos con ella; todos se afanan por acudir hacia ella, todos son cariñosos; te diré más: el estafador de Aniceto Pichilemu administró largo tiempo su fortuna y, lejos de robarle un centavo, se la acrecentó y se la devolvió con pingües ganancias...

Y no creas que menos curioso es el caso del otro feligrés, el hombre siempre acometido por los demás hombres y viviendo en medio de una naturaleza benévola para él. Este feligrés jamás ha sentido ni un solo temblor, ni un huracán ha soplado junto a él, ni sabe lo que es una inundación ni ha visto las llamas de un volcán, ni nada por el estilo. La naturaleza para él es de una eterna y sonriente primavera. Pero los hombres... y las mujeres... ¡ay!, mi querido Onofre, son todos verdaderas hienas hambrientas apenas lo ven. Tal es el caso de este feligrés de quien me habló fray Benito del Crucifijo. Ha sido aporreado por cuantas personas ha conocido; ese mismo Aniceto Pichilemu lo estafó dejándolo en la calle; la vez que fue al Bar Lovento, hubo una pendencia entre gente ebria y uno de los que peleaban, confundiénolo con otro, le propinó una terrible tunda; cuando estrenó su oficina, cayó a sus pies, rompiendo todos los vidrios de la claraboya, un sujeto que, desde el piso más alto, se había lanzado al vacío aburrido de la vida; vendió su automóvil pues un camión lo hizo punto menos que pedazos; lo vendió y todavía no consigue que le paguen el módico precio que tuvo que pedir; la vez que se acostó con una dama de vida alegre, pues ésta le pegó una blenorragia; y así, mi buen Onofre, este sujeto sale de una para caer en otra. Pero la naturaleza... ¡ah, qué belleza y qué tranquilidad! Jamás un temblor, ¡qué decir un terremoto!, jamás un huracán, jamás un temporal en sus largos viajes, jamás ni una lluvia inoportuna al salir a visitar algo; pero, al salir, seguro es que le han robado algo en el hotel en que se hospeda; ya te lo digo: estos malos momentos los pasa bajo una temperatura agradabilísima, bajo una luna llena, al compás de mil pajaritos que trinan saludando el alba que se asoma.

Yo

Dan deseos de decir que es la manera que tiene este mundo de hacernos pagar lo que a él aún le debemos. Hay en ello una extraña sucesión de hechos que, de un modo u otro, persigue a esta gente. Dime, Lorenzo, ¿a qué conclusión llegaba fray Benito?

LORENZO

¡Qué quieres...! Él veía en todo ello la voluntad del Señor cuyos hondos designios son impenetrables. Le pedí que me hablara de su caso pues me dejó entender que él, si no es atacado ni por la naturaleza ni por los demás hombres, es siempre atacado por su propio ser, por su mente o por un extravío de su propia psicología.

Tú comprenderás que me era difícilísimo sacarle lo que yo quería sacar. Fray Benito hablaba a medias, siempre agachadito, alzando rara vez los ojos hacia mí. Creo que sufría y que mucho sufría; creo que por eso es el dulce fray Benito que toda la vida lo ha sido. "La voluntad del Señor...". El, tolerar y sobre todo, resignarse. Recuerdo que en un momento me dijo:

—Los humanos son todos ellos benévolos conmigo; la naturaleza también lo es y, me he fijado, evita que yo esté presente, cuando ella se enfurece. En cambio debo soportarme

a mí mismo, debo soportar esta mente que trabaja por su cuenta. La oración me salva; estando de rodillas en mi reclinatorio, todo se dulcifica.

Tal es la verdad. Yo creo ser atacado por mí mismo; si no lo soy con tanta vehemencia como lo es fray Benito, a menudo lo soy. Nada tengo que quejarme de la naturaleza y de los demás hombres. Pero a veces soy tomado por una profunda neurosis y ni la presencia de Lumba Corintia, allá en el fondo de la Tierra, logra poder disipármela.

Yo

Es decir, tenemos otro punto de semejanza pues tal es lo que me ocurre a mí también. De pronto veo todo negro; mi mente no obedece, no entra por la línea, no se encarrila en ella y ahí queda en una desesperante marca del compás. Ensayo ir al campo; cuando estoy en él, necesito volver a la ciudad. Pienso en el fondo de la Tierra y evoco a Colomba. Pero, tú lo sabes, me ocurre lo mismo que a ti: debo cumplir mi tiempo aquí en la superficie. Entonces regreso de La Torcaza, regreso de Quintrilpe, allá en Temuco. Tengo que esperar que todo se arregle solo sin que mi voluntad tome parte en ello.

LORENZO

Exactamente lo que a mí me ocurre, sea en el campo o en la ciudad, sea en mi rincón de La Cantera o en los bosques de Guayacán o Lemolemo, o en ese balneario de Pompita, o en el Cajón del Lepomande, o donde sea. No logro poder pensar en calma; no puedo tener un solo pensamiento pues, o mi mente se niega a pensar o es acosada por miles de ideas que se atropellan las unas a las otras.

Yo

Ahora, Lorenzo, estoy contento pues se avecina el momento de partir a ver a mi Colomba. Mañana, a primera hora, partiré. Me iré a los matorrales de la isleta del Olor-de-Santidad y, una vez en ellos, me sumergiré en busca de la paz que Colomba siempre me da.

LORENZO

Yo quedaré en la superficie. Espero partir pronto también y ya nos veremos en esas profundidades. Te deseo buen viaje, mi buen amigo Onofre Boroa.

Yo

Y yo a ti, una alegre permanencia aquí en esta superficie y un pronto retorno donde ellas están.

61

Al día siguiente de mi conversación con Lorenzo Angol, me levanté temprano y me dirigí rápidamente a la Isla-de-Olor de Santidad. Allí me escabullí por entre esos espesos matorrales y encontré la entrada que se sumerge bajo tierra.

Bajé a velocidad vertiginosa. Un sombrero de copa pasó junto a mí y se perdió; vi, creo, a Eufobina Colliguay; luego me pareció ver a don Bárulo Tarata y a don Irineo Pidincó que, por su cara, me pareció que añoraba los garbanzos... Pero yo bajaba y apenas había visto algo cuando ya lo perdía de vista. Tanto es así que nuevamente vi ese sombrero de copa y mis oídos fueron taladrados por un comienzo de risa que era, sin duda, la risa de Eufobina Colliguay. Recordé a Malvilla pues, a no dudarlo, no era yo el que avanzaba; era

todo aquello que se precipitaba contra mí. De pronto se detuvo y tuve que detenerme yo también: una vasta planicie se extendía ante mis ojos; al fondo brillaba un fuego.

Avancé lentamente; el fuego se abrió de par en par, se arrastró por el suelo y se apagó. Vi, entonces, a Colomba; a Colomba, muda, estática, sonriente.

Caí de rodillas. La tierra rodó con mucha suavidad mientras yo resbalaba sobre ella. Quedé, por fin, junto a sus pies; alcé la vista; ella posó su mano sobre mí. No pude más que articular un solo grito:

—¡Colomba!

Pude hablar:

—Recuerdo cuando allá, allá en La Torcaza, estos pies marcharon sobre mi cuerpo tendido en el suelo y me enterraron, como finas y deliciosas agujas, sus tacones empinados. Ya no debería recordar semejantes cosas pero este recuerdo insiste en seguirme y, a cada momento, viene y me tortura. ¿Por qué es esto, Colomba?

Ella me repuso:

—Viene aún porque aún eres humano. No niegues su venida. Yo he hecho siempre lo que en tu fondo bullía. Acepta mi proceder y deja que la vida defienda a la vida.

Luego agregó:

—Florencio Naltagua ya no está aquí en el fondo de la Tierra; ya ha cumplido su misión y ha seguido su destino. Recuerda que una vez yo te pedí que leyeras tus carpetas. Puedes hacerlo ahora con la suya y ello será el justo homenaje a su segunda muerte.

—Florencio Naltagua no ha muerto una segunda vez, ¿no, no, mi Colomba!

Ella sonrió y me susurró:

—Puesto que ya no podrás verlo como era tu costumbre cada vez que bajabas, Florencio Naltagua ha muerto PARA TI. Aquí está tu carpeta escrita sobre él. ¡Léela!

Colomba me alargó una carpeta en la que se hallaban todas las notas que sobre Florencio yo había escrito después de nuestras largas conversaciones. Tenía que hacer un verdadero esfuerzo para comprenderlas; me aparecían confusas, escritas sin orden y sin claridad. Como sea, voy a copiarlas aquí. Colomba me aseguró que era un deber mío hacerlo y a él voy:

1. Me ha dicho Naltagua:

—Por los mismo que estamos frente a un elemento adverso, a algo como el dolor, a algo que lucha contra nuestra vida, por eso mismo estamos, sin quererlo, anteponiendo y, por ende, realizando mayor vida.

Que ella no sea “agradable”, es otra cosa.

El afán de volver a hallar lo agradable es falta de vivir, o sea, de luchar.

Me alegan que aquello no era agradable; pero era un despertar, era ¡vida!

Si así hubiese sido, este conocimiento habría tenido que traer consigo hasta nuestra conciencia su verdadero significado hondo: vivir no es morir. Luego que al estar rodeados de muerte y no sucumbir es redoblar la vida...

... que ese despertar y el hecho de aceptarlo es aceptar la lucha, búsqueda de muerte para vencerla, sea para vivir...

... todos despiertan ante nuevas faces, civilizaciones, ideas, etc. Pocos aceptan porque sienten que aceptar es firmar pacto con el sufrimiento. La mayoría despierta, reconoce y... deja pasar, esquiva; esto para seguir *entre* la vida y la muerte.

Y se aferran a las necesidades corrientes e inmediatas para no vivir.

2. He tenido un sentimiento de ahogo que nace de la verificación de una *confraternidad*.

En un momento ella existe. Se disuelve momentos después. Pero no importa o, mejor dicho, importa poco. Pues se la ha verificado; se ha visto su existencia; luego, se ha visto su "posibilidad".

Está FUERA, es verdad. Es una lástima. Pero... ¡está!

Ello es lo que importa y emociona ahogando.

3. Naltagua ha hablado con el doctor Amancio Cunco sobre las prácticas psicoanalíticas. La conversación sólo le ha servido para verificar de modo real, palpable, de modo *visto*, que en los hombres *todos los comandos se hallan FUERA*.

Es sólo por una alquimia interna que ellos creen que están dentro. Los creen dentro —sea "propios"— porque los sienten en su vivencia. Pero el que observa desde lejos ve la ilusión, ve cómo ello se trama *en otra parte*.

¿Y esta parte?

El día que uno llegue a verla, HABRÁ VISTO.

4. Me ha dicho Naltagua que el filósofo Remigio Natales le ha hablado sobre la meta que persiguen, en su honda filosofía, los diversos hombres que a ella se dedican. Así, los occidentales carecen de un núcleo certero de donde poder tomarse para aprender y profundizar. Prima en ellos la "personalidad". En los orientales es lo contrario, o sea, es netamente impersonal. Cuando se ha llegado a esta impersonalidad puede, entonces, empezar a meditar y entrar en el sistema del más allá.

5. Los altos científicos y los altos artistas están, entre ellos, mucho más unidos que un alto científico con un científico industrial. Entre estos últimos hay una unión solamente de oficio. Lo mismo puede decirse de un alto artista y un artista ilustrador de diarios y revistas. Entre los "altos" hay una unión de espíritu y, lo que en realidad los une es el hecho de hallarse trabajando sobre ideas de la misma esfera de altura aunque las expresen de un modo diferente.

6. He estado en una reunión en casa de Florencio Naltagua. Marul Carampangue también estaba. Se habló de Oscar Wilde, a quien ella, Marul, acababa de leer. Sintetizó su pensamiento sobre Wilde diciendo:

—¡Cómo ese hombre ha debido sufrir!

Alguien le argumentó:

—Wilde olvida muy a menudo sus grandes problemas para ir a atacar pequeñeces.

A lo que Marul repuso:

—Quiere decir que cada vez que descendemos a pequeñeces es porque mucho sufrimos.

Ese alguien no se dio por vencido sino que preguntó con una cierta sorna:

—Entonces... ¿son esas pequeñeces signos de alturas...?

—No —aseguró Naltagua—; ellas no lo son; la grandeza está en el hecho de poder descender pues, lógicamente, para poder descender, es necesario estar arriba.

(Aquí vinieron una serie de chistes como, por ejemplo: "¿Qué se necesita para apagar una vela?" Respuesta: "Que esté encendida". "¿Qué se necesita para abrir una puerta?" Respuesta: "Que esté cerrada...").

7. Ha dicho Naltagua:

—Hay una gran diferencia entre los *ritmos* vitales: así, el de la naturaleza, es lento; el del hombre físico, es rápido; el de la mente, es rapidísimo.

El hombre físico es vertiginoso al lado de la lentitud de la naturaleza; como él es de una exasperante lentitud al lado de la velocidad de la mente.

Después de leer esta nota dije a Colomba:

—Es este último ritmo el que acosa a fray Benito del Crucifijo. Su hombre físico se ve lento a su lado y no logra ponerse a la velocidad que se necesita. Y es también lo que a mí me acontece: mi mente a veces vuela y se me pierde a distancias verdaderamente planetarias. Yo quedo contemplando este vuelo y nada, nada, logro sacar en limpio.

Colomba me respondió:

—Sigue la lectura de tu carpeta.

Le obedecí y seguí:

8. *Savoir vivre*. Naltagua, al referirse a ese *savoir vivre*, me ha dicho que él está bien cuando es empleado para proteger el destino del hombre, es decir, su gestación. Ahí debe saber vivir este hombre con un perfecto *savoir vivre* para que todo pueda suceder a su lado y él no ser perturbado. Puede este hombre llegar a la grandilocuencia si ella permite hacer callar a los demás y hacer callar su pequeñez que siempre estará atenta para colarse de un momento a otro. La práctica de este *savoir vivre* permitirá su florecimiento.

9. Marul le ha preguntado a Naltagua:

—¿Dónde están entonces los buenos?

Naltagua ha respondido:

—Los buenos son aquellos que no hacen procesiones ni tampoco predicán, aquellos que no tratan de tener prosélitos; son aquellos que tienen su fe en silencio y que no hablan de ella a quienes no se lo preguntan.

10. Lorenzo Angol me ha contado su entrevista con Naltagua. Han conversado mucho sobre la sexualidad. Al fin Lorenzo le ha pedido que le resumiera lo que él pensaba sobre su caso, de Lorenzo, respecto al rechazo que siente frente a una mujer después de haber tenido un espasmo con ella. Lorenzo le ha explicado:

—Aunque sienta ese rechazo por ella, sé que todo ha de volver, todo será nuevamente normal y yo me sentiré atraído por ella como si nada hubiera pasado entre nosotros. Pero apenas he tenido ese espasmo, vienen hacia mí los ajetreos diarios, las penas, las molestias que siempre tenemos, toda esa cantidad de cosas que durante unos momentos se han alejado entre sus brazos.

Naltagua le ha respondido:

—Todo ello vuelve mas no vuelve en la sucesión del tiempo. Fíjate que vuelve como un destino total, como que recordamos lo que es nuestro vivir de ahora. Y no olvides: nuestro vivir de ahora... ¡es falso!

—Ante esto, tú acometes contra la primera víctima que encuentras, la primera que es la mujer que te lo ha hecho recordar y verificar. Ella ni sospecha por dónde tú has partido...

11. En el saloncito del Portal Colonial hemos oído —yo y varios más— hablar largamente a Florencio Naltagua sobre la Edad Media. Nos ha citado la frase de Anselmo de Cantorbery, allá por el siglo XI. Según Naltagua, el resumen de lo dicho por Cantorbery es lo siguiente:

Creo para luego entender lo que creo por el camino de la razón.

A este propósito nos afirmó que tal era el verdadero camino que había que seguir: ante todo, CREER; luego tratar de amoldar a la mente a esta creencia que había en uno.

12. *Conversando con Florencio Naltagua bajo un enorme castaño de la plaza Dominus*

Vobiscum; luego hemos seguido nuestra charla en el Museo de la Historia. Nos hemos separado en la puerta de su casa.

Me ha dicho que el primer gran misterio que tendremos que encontrar después de nuestra muerte, está aquí abajo, en el centro de la Tierra. Él ha visitado ya varias veces tales profundidades; ya ellas le son habituales como esta plaza y como su departamento. Pues, me aseguró:

No hay necesidad alguna de alejarse de nuestra propia mentalidad para poder recorrer el universo entero; no olvides que, dentro de este universo, se halla la Tierra.

Luego me habló de esos estratos que, según Max Heindel, forman la Tierra. Dice Max Heindel, en su obra *Concepción Rosacruz del Cosmos*, que ellos son nueve, a saber:

1º Estrato Mineral; 2º Estrato Fluídico; 3º Estrato Vaporoso; 4º Estrato Acuoso; 5º Estrato Germinal; 6º Estrato Ígneo; 7º Estrato Reflector; 8º Estrato Atómico; 9º Estrato Material.

Luego viene el centro que es la expresión del Espíritu terrestre; en él se halla, justo en el medio centro, el corazón que se prolonga hacia un lado hasta el cerebro y hacia el otro hacia el sexo.

Yo dudaba de esta versión sobre los estratos; ahora que la he oído repetir a Naltagua, ahora... Pero Naltagua me ha dicho:

—Tales estratos también se encuentran en nuestra propia alma. Así es que un hombre en éxtasis puede recorrerlos todos ellos, tan bien como si se sumergiera en la Tierra. El camino hasta llegar al centro, hasta ese “corazón” es sumamente arduo; difícilmente lo podrás encontrar en esta vida. Lo primero que encontrarás será el Estrato Mineral; es la primera etapa del éxtasis. Luego vendrá a ti una nerviosidad insoportable; no sabrás si ha sido una locura caer en este éxtasis y no te faltarán deseos de volver a la superficie terrena. Pero algo te impelerá, te empujará para seguir adelante...

“Onofre, creo mejor que te hable en símbolos; ningún idioma se presta para expresarse como convendría.

“Me encontraba en un momento de éxtasis. El panorama que se extendía ante mí era prodigioso. Luego este panorama se hizo más y más pequeño, se hizo monótono; comprendí que él sería siempre idéntico porque su piso era el mismo, liso, sin una sola rugosidad; su techo se acercaba más y más. En un momento comprendí que si seguía allí, allí moriría de asfixia.

“Pero una voz no cesaba de repetirme:

“—Adelante, adelante...

“Al fin vi una luz que venía de lo alto. Hacia ella me encaminé. No tenía más que una cosa que hacer: preparar por el orificio por donde ella se derramaba. Lo hice y fue nuevamente el éxtasis.

“Esto se repitió muchas veces, mi querido Onofre: el éxtasis, el panorama disminuyendo de tamaño, yo sintiendo la sensación de ahogo.

“Así he subido. Así he avanzado.

13. Así he comprendido yo sus idas al fondo de la Tierra. Así he comprendido que, sin necesidad de cambiar de sitio, él haya terminado su estadía allí y se encuentra ahora en otros, muy otros mundos.

YO SABÍA QUE, ESTANDO ÉL A MI LADO, NO VOLVERÍA A VERLO.

14. Recordar siempre estas palabras de Naltagua; no dejar que ellas se pierdan en el olvido:
-Yo sólo busco ser siempre íntegramente yo mismo, de modo que todo cuanto he sufrido y he gozado esté presente en mí ¡siempre! ¡siempre!

62

Quise seguir leyendo mas no lo pude. Todo a mi lado se borró. Hasta la figura de Colomba vaciló. Luego sentí que la carpeta de mi amigo Florencio Naltagua resbalaba de mis manos y sus papeles se desparramaban por todos lados.

Un cansancio profundo me invadía. Doblé una rodilla. Por fin caí. Miles de imágenes rondaron a mi alrededor, se entrechocaron y me pareció que contribuían a tumbarme. Al fin me dormí. Lo último que logré ver fue el rostro de Colomba que me miraba sin manifestar emoción alguna; y su mano que, lentamente, avanzaba hacia mi cuerpo tendido a sus pies.

Dormí. Tal vez en éste que es llamado un reposo de la mente, mis ideas aprovecharon, al verse libres, para hacer los más fantásticos vuelos: venían, desaparecían, las divisaba algunos instantes, luego eran ocultadas por nuevas y nuevas ideas... no sé si ideas mías o ideas ajenas. A pesar de este supuesto descanso mental, yo tenía una verdadera clarividencia sobre todas ellas. Las veía fuera de mi persona, con una vida propia. A veces me hacían reír; otras veces, casi llorar.

Entonces hice un esfuerzo —o un esfuerzo se hizo en mí— y me puse de pie. Me volví y pude ver mi cuerpo allí tendido que respiraba con pausado compás. Alcé la vista y miré a Colomba. Le hablé; ella me escuchó:

Yo

Haz, por piedad, que una, siquiera una sola, de estas ideas que me aturden con su revoloteo, se detenga. Quiero atraparlas, atrapar una sola aunque más no sea; quiero, sobre todo, formularla debidamente. Pues siento el espíritu de mi gran amigo Florencio Naltagua; su espíritu me pide que así lo haga; así podré hacer una verdadera comunión con él.

COLOMBA

Te escucharé. Tienes la posibilidad de comunicarte con su espíritu y no debes perder esta oportunidad. Onofre, aquí estoy para escucharte.

Yo

Me veo yo mismo de pie, anhelante y, como tú, inmóvil. Cuanto me rodea es pequeño, es apretado; se diría que estoy prisionero. Oye, Colomba: abajo, un piso como todos los pisos, sin nada que lo haga resaltar; arriba, un techo circular y muy bajo que toca a este piso a unos pocos metros de mí. Ya tú verás que se trata de una verdadera prisión.

Pero hay una luz, ¡una luz! Cae ella del techo; hay, pues, una ranura en él. Me acerco y la veo. Claro está que podría pasar por ella pues al otro lado está mi salvación.

Pero, Colomba, ¡qué difícil es pasar, encaramarse y luego hacer de nuestro cuerpo una materia elástica que ir adaptando a todas las sinuosidades de ese orificio!

He pasado y he caído otra vez en el éxtasis. Ahora ya no hay pisos ni techos; es la inmensidad de un cielo estrellado la que se presenta ante mis ojos.

Colomba, aquello es como nuestra respiración. Me he llenado los pulmones y ahora hay que expeler el aire almacenado. Lo hago y disminuye el espacio que me rodea; se forma la campana sobre mí; otro piso, otro techo, otra opresión en que me ahoga...

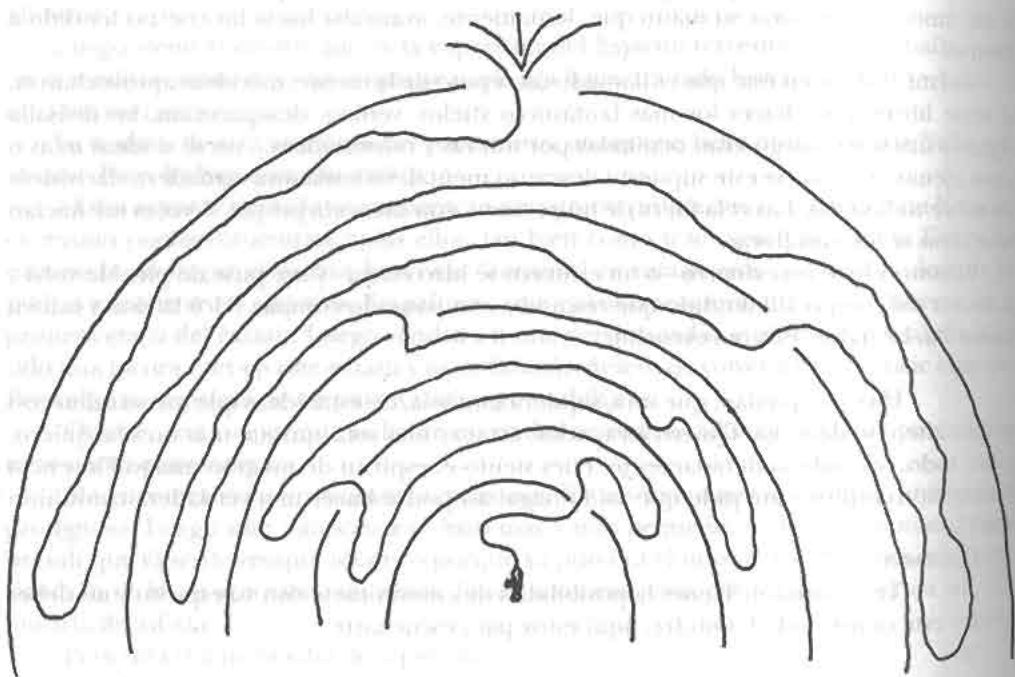
¡Qué quieres tú, mujer mía...! Allá lejos creo ver una muy, muy pequeña ranura por donde se destila la luz. Iré a ella, sí, iré y... ¡recomencemos esta terrible faena, haciendo de nuestro cuerpo un elástico, filtrándonos por las ranuras portadoras de luz!

¿Debo seguir, Colomba? ¿Debo repetirte infinitamente esta historia?

COLOMBA

Para, Onofre; no hace falta repetirla una vez más. Mejor harías dibujándola, dibujando esta carrera hacia una perfección mayor. Aquí tienes un lápiz; aquí tienes papel. Dibuja, Onofre y tu dibujo lo enviaré a Florencio Naltagua.

Hice este dibujo, no sé cómo. El caso es que él quedó hecho y aquí lo copio:



Yo

Así es como veo ese paso a otras esferas de conciencia, a ese que Naltagua llamaba el éxtasis. Así veo esas campanas superpuestas que van englobándose unas a otras. Así veo el aumento de percepción que se va adquiriendo a menudo que se pasa de una a otra.

COLOMBA

¿Qué es esa raya roja que has dibujado entre esas campanas?

Yo

Es nuestra marcha.

COLOMBA

¿Por qué ella no va directamente hacia las ranuras o ventanas por donde entra la luz?

Yo

Porque el camino que a ellas lleva es difícil, está lleno de vacilaciones. No olvides, mi Colomba, que él ha devenido tortuoso para quien lo recorre. Pero hay siempre esa pequeña luz. Ella nos salva. Nos salva en una comunión que no es de este mundo. Nos salva... por algunos minutos, nada más. ¡Oh, hablan todos en un idioma que no logro comprender!

COLOMBA

¿Qué es lo que te atribula de ese modo? Expílicate con mayor calma. Ten serenidad. ¿Qué tiene ese idioma?

Yo

Me he expresado mal; el idioma no es confuso, no lo es; soy yo el que me acerco en mala forma a él. Soy yo el que voy con demasiadas preocupaciones de esa campana que acabo de dejar. Porque a mí también me ha pasado y me pasa eso que Naltagua ha escrito; como le pasa también a Lorenzo Angol; como tiene que pasarle a muchos, a muchísimos que ya no se hallan contentos en esta Tierra y quieren abarcar más y más. Por ejemplo, Colomba...

COLOMBA

Te escucho; ¡habla!

Yo

Quiero hablar y no lo puedo. Una frase anotada por mí hace ya tanto, tanto tiempo, me resuena y no me abandona, impidiéndome pronunciar la palabra precisa. No sé si ella venga de una campana que ya he pasado o si es de una que luego podré alcanzar.

COLOMBA

¿Qué dice esa frase?

Yo

"Yo sabía que, estando él a mi lado, no volvería a verlo...".

¿Recuerdas esa frase de Naltagua que yo había anotado? Ella me zumbaba como un mosquito. Pues yo sabía que esta vida es un eterno nacer y morir. Sabía, aunque no lo había formulado como es debido, que Naltagua volvería a desaparecer de mi vista.

Tal vez había traspasado una ranura más y ahora se hallaba nuevamente en un éxtasis pletérico. Tal vez...

Pero dime, Colomba: ¿crees tú que Naltagua puede nacer y morir eternamente? Yo no lo creo. Pues está la otra nota que hice hace ya muchísimo tiempo. Recuérдалa:

Yo sólo busco ser siempre yo mismo de modo que cuanto he sufrido y he gozado esté presente en mí ¡siempre!, ¡siempre!

Colomba, tal ha sido y es mi anhelo; tal es lo que busco. Pues debes fijarte en un punto, debes plantearte esa pregunta que yo no dejo de plantearme y para la cual no he hallado una respuesta satisfactoria:

¿Quién soy yo?

Pues somos múltiples, Colomba, somos según las circunstancias que nos rodean. La

vida, en su interminable rodar, se encarga de ir despertando, unas tras otras, las faces que hay en uno. Luego vivimos una de ellas; luego ella pasa y nosotros la dejamos que caiga en el olvido. Porque estamos solicitados por otra faz que ha sido despertada por otra circunstancia que se ha presentado ante nosotros. Somos como los animales que reaccionan según lo que aparezca ante ellos; si nada aparece... pues viven, comen y duermen y nada más.

Créeme: es lo que muchas veces ambiciono: comer, dormir y así vivir... el piso plano, el techo plano e inmóvil... Yo, entre ambos, viviendo sin apercibir ninguna luz que me atraiga y me fuerce a ir tras ella. ¿No piensas tú, mi Colomba, que esa sería la mejor manera de pasar y continuar en esta vida?

COLOMBA

Son ambiciones que, de pronto, te visitan, mi buen Onofre Boroa; son, acaso, recuerdos que yacen en tu fondo, recuerdos de momentos que has vivido bajo otras campanas que ya has dejado atrás. Puedo aconsejarte sólo una cosa:

Ten paciencia y sigue adelante.

Yo

¿Cómo seguir adelante si no veo ningún camino que se abra frente a mí? No percibo ni el resplandor de una luz. ¡Me estoy ahogando, Colomba, entre un piso plano y un techo que baja sin cesar!

COLOMBA

¿Ni una sola luz brilla ante ti?

Yo

Sólo veo la oscuridad más completa. Por ella debo avanzar sin que nada repercuta en mí.

COLOMBA

Vuelvo a repetirte: ten paciencia y, lentamente, sigue adelante.

Yo

He de obedecerte. Pero necesito reposo, un reposo profundo como ése que ahora goza mi cuerpo allá por tierra. Deja que yo vaya hacia él. Tal vez, fundiéndome en su dormir, tal vez logre descifrar *quién soy yo*.

COLOMBA

Ve hacia ese cuerpo; fúndete en su reposo. No olvides, Onofre, que debes tener paciencia, mucha paciencia. Es el modo que tienes de vencer a esa falta de vida que ahora, veo, te rodea y te domina. Debes estar cierto de que tu vida no ha empezado el día de tu nacimiento; debes estar cierto que ella es infinita. Tal vez en el reposo lo veas mejor. Y entonces, mi buen Onofre, verás..., sí, verás...

Yo

¿Qué veré Colomba, qué...?

COLOMBA

Verás que el paso por esta Tierra es un paso de perfeccionamiento. ¡A él debes ir! ¿Me oyes? ¡A él, a él! De modo que el día que mueras puedas seguir tu peregrinación sin haber dejado nada inconcluso tras de ti. Será la manera de no dejar rastros que te retengan y que te fuercen a recomenzar. Pues el hombre trae un destino a este mundo, un destino absoluto, fijo, inquebrantable; el hombre viene ya hecho y formado y, al pasar por el mundo, debe hacerse uno, ¡uno solo!, con ese destino que hasta ahora rondaba junto a él tratando de compenetrarse en su espíritu, en su alma, en su ser.

Yo

Quiero reposo, Colomba; quiero dormir; no quiero saber más de nada de este mundo; quiero ser como mi cuerpo que allí se ha entregado a no ser. Sólo su respiración, lenta, continua, hace ver que aún vive.

COLOMBA

Calla, Onofre, calla; déjame decirte las últimas palabras y luego te dejaré reposar:

No olvides que lo más trascendental que has oído en estos últimos momentos ha sido dicho por Romualdo Malvilla cuando te habló de que ahora nada quiere con el "regimiento". Debes odiar esa disciplina que se nos impone y esa obediencia ciega a todo momento. Oyéme bien:

Ha empezado ya el momento para ti en que debes ser *tú mismo*.

¡Rompe, pues, con cuanto se asemeje con el "regimiento"; no temas que esta ruptura te vaya a llevar al anarquismo; no lo temas! En el silencio podrás laborar y así irás hacia adelante, irás con toda lentitud porque tu vida es infinita.

Caí junto a mi cuerpo. Aquello de "quién soy" se tumbó junto al cuerpo que allí yacía. Allí vino el reposo y no supe más de mí.

Lentamente apareció aquel taller que tuve allá en La Torcaza; era indeciso; se transmutaba a menudo en otras estancias. Yo estaba allí tendido, desnudo, inmóvil. Colomba estaba junto a mí vestida de plata con un gran lazo de oro en su cintura. Vi sus pies calzados con zapatos finos, agudos, de altísimos tacones, sus pies que avanzaron hacia mí y que se detuvieron junto a mi cuerpo. Entonces grité:

-¡¡Adelante, Colomba!! ¡¡Entierra en mi cuerpo esos agudos tacones como alfileres!! ¡¡Pasa con mucha lentitud de modo que mi sangre tiña esos lindos y adorados alfileres que han de penetrarme!!

Y Colomba marchó sobre mi cuerpo desnudo. Volvió, pues, a repetirse aquella escena lejana, lejana...

Caí en la inconsciencia bañado en sangre y en los tacones de ella ¡mi Colomba!

63

Desperté junto a Colomba en medio de una bóveda de silencio. Ella sonreía. Me miré el cuerpo; no tenía ni una gota de sangre; en ninguna parte de mi cuerpo sentía ningún dolor como si jamás hubiesen marchado sobre mí. Quedé medio turbado; quise preguntarle algo, quise que se reanudara nuestra charla interrumpida por ese sueño mío. No pude articular ni una palabra. Agaché la vista. Traté de desperezarme. Colomba, entonces, me habló.

Su conversación no se desplazaba con la lentitud de lo que camina por el tiempo; pudo haber sido instantánea como pudo haber durado muchas horas, acaso muchos meses. Ahora voy a hacer lo posible por dar aquí un resumen de lo dicho por ella o de lo que de ella brotó mientras yo la miraba absorto.

Me manifestó Colomba:

—Onofre Boroa, creo que tú no podrás hallar nunca lo que tanto buscas, es decir, la felicidad.

Deberías compenetrarte bien de esto: cuando algo tan buscado se niega a presentarse es porque buscamos mal, porque hemos errado el camino, porque hemos errado de objetivo.

Tú has soñado, mientras dormías, con una mujer hermosa, esbelta, silenciosa, que se acercaba a ti y pasaba, lentamente, por sobre tu cuerpo desnudo enterrándote en tu carne los tacones agudos como alfileres que ornaban sus pies.

Onofre Boroa, es ésa una forma de masoquismo como cualquier otra. Y si se te pregunta por ello, responderás airado:

—¡No, no, jamás! ¡No busco la felicidad y menos aún un deleite causado por prácticas masoquistas! Yo sólo busco *la intensidad*.

Acabas de tener una sensación intensa. ¡Sea!

Junto a cada sensación intensa está Palemón de Costamota. Él transforma esta "intensidad" en un placer; él pega al hombre que lo experimenta, sí, él lo pega a este placer.

Es lo que a ti te ha sucedido: has ido tras la felicidad y has olvidado la intensidad.

Esa felicidad tuya quedará como un mero sueño pues yo no me he movido de aquí; te he visto dormir como dormía tu cuerpo; ni una gota de sangre ha salido de tu cuerpo; tu cuerpo reposaba acompañado únicamente por el compás de tu respiración.

Palemón de Costamota debe reír en estos momentos...

¿Por qué a veces eres acometido por un odio a cuanto escribes? ¿Por qué has estado a punto de romper cuanto escribías? Sé que es mi presencia —lejana si tú quieres— quien te lo ha impedido.

Te dices en tus momentos de depresión:

—Escribo al vacío... Nadie nunca descubrirá cuánto sufro con esto. Sé que dentro de mí hay algo a punto de florecer. Pero siento el vacío que lo rodea. Total: ¡nada!

Por eso te pregunto y te lo he preguntado tantas veces:

—¿No decías tú, Onofre, que no hay que tener público?

Una vez me diste una respuesta que me hizo ver que tu visión es grande; sólo que esta visión te visita de tarde en tarde; es lo malo. Te la repetiré ahora para que ella se clave en ti... pero no como esos tacones soñados cual punta de alfileres. Tu respuesta fue:

—Sí, tengo un público pero lo tengo *más allá*; lo tengo pero en otra región.

Aquí algo revoloteó en tu mente; a la voz de "otra región" te desviaste del objetivo del que hablábamos. Tal vez Diana pasó y tú la viste. Entonces te pregunté:

—¿Cómo llamarías a esa región?

Tú me respondiste, acaso algo dudoso:

—Debería llamarse la región del *deber*. Pero, Colomba, tendríamos que limpiar esta palabra para que no quede sucia con ese atroz significado que se le da a todo instante.

Onofre Boroa: no puedes *NO* trabajar. Al quedar *Dintel* inconcluso, crearías una infinidad de larvas que irían a ponerse a las órdenes de Palemón de Costamota.

Tú has de calcular hacia dónde serían ellas enviadas. Vagamente podrás calcular el modo que tendría para atacarte.

Te repito: ¡Adelante!

La interrogación que hace Romualdo Malvilla al vacío te ha impresionado enormemente:

—¿Por qué se sufre...?

Tú me las has traído hasta el fondo de la Tierra y me has preguntado a mí también:
¿Por qué se sufre...?

Has olvidado el paso de una campana a otra campana cuando se va tras de la luz que se filtraba por un sitio cualquiera del techo; y has olvidado que hay que hacer el cuerpo de elástico para poder pasar por esa pequeña apertura.

Hay seres, Onofre, cuyas vidas son de elástico porque ellos están tratando de ir hacia mayor luz. Esta elasticidad puede durar la vida entera.

Luego vendrá el éxtasis al contemplar otra región inenarrable.

Eso que se cierne sobre tu mente, ya sé lo que es: es lo que has leído en el libro *La Edad Media*, de José Luis Romero. La frase que ha venido a ti es la siguiente:

Más aún, parecería como si el trasmundo de los dioses y de los muertos hubiera sido acercado al mundo real y participara de sus características...

¿No es verdad, mi buen Onofre? El trasmundo de los dioses... Participa de las características... Es lo que, por momentos, te ocurría con Diana; veías la "otra región" que a ti se acercaba y te penetraba y en ella, en Diana, permanecía inconsciente, permanecía como ha de ser; pues ella formaba parte de ese mundo de los dioses. Tú te acercabas a él, penetrabas en él, abismado y la besabas sin darte cuenta de que besabas un mundo de dioses.

Entonces preguntabas para cerciorarte:

—Diana, ¿te gusta?

Y ella te respondía:

—Sí.

Sé todo, todo eso; lo sé de memoria. Es claro, Rubén de Loa es un gran hombre y admiro su pintura. Oír su voz, en su taller, cuando habla en medio del silencio de Mamerto Masatierra y de Macario Viluco, es algo sencillamente "inefable", como lo dice Mamerto. Pues esta palabra debería planear sobre su charla como también sobre su pintura. Lo sé y todos lo sabemos.

Pero hacer las cosas es diferente. Cada trabajo de esos es una enormidad; sí, una enormidad. Pues, ¿cómo juzgas tú un trabajo?

Te lo voy a explicar y, te pido, óyeme bien:

Un trabajo debe juzgarse por la aplicación que cada cual ha puesto en él.

Inclinémonos ante la figura de Rubén de Loa.

Dime, Onofre... ¿Boroa? ¿O Borneo? No, no puedes ser ahora Juan Emar. Te llamaré simplemente: Onofre sin más. Dime, Onofre:

¿Por qué haces diario?

¡Sí, ya lo sé y te comprendo! Lorenzo Angol también lo hace y tú te vas pareciendo cada vez más a Lorenzo. O es Lorenzo el que se va pareciendo cada vez más a ti. Un destino común, una coincidencia en el momento evolutivo. El caso es que tú haces diario. En él anotas cuanto se te ocurre; por cierto, anotas cuanto ocurre en tu vivir, nada de conjeturas ni pensamientos tuyos; lo que ocurre: dónde te hallas, cuántas páginas has escrito, las cartas que has recibido, las que has contestado, quiénes se encuentran contigo, qué han dicho, cuándo han partido, lo que cantan o tararean Desiderio Longotoma y Jabalí Batuco sea en el Bar Bacana o en el Bar Tolillo o en el que sea. Apenas dos palabras sin comentario alguno. Pero haces diario y, si un día dejas de anotarlo, se te figura que es un día que no has vivido. ¿No es verdad?

Tú te lo has preguntado también; no me lo niegues.

Tras este diario hay alguien. ¿Quién? Te lo diré o, mejor es que diga...; ¿te parece bien que diga "te lo insinuaré...?"

Bien, te lo insinuaré y nada más; tú podrás pensarlo y podrás cavilarlo después y así, tal vez, sabremos quién es este ser que se halla en las páginas de tu diario.

Desde luego es alguien que no ve con agrado estos descensos tuyos al fondo de la Tierra, alguien que quisiera tenerte siempre allá, en la superficie, deambulando por las calles o metido en tu escritorio de Fray Tomate preocupado únicamente de los sucesos del diario vivir.

ALGUIEN QUE QUIERE AMARRARTE A LA COSTRA DE LA TIERRA

He dicho "costra". Y veo que Teodosia Huelén ha pasado volando junto a ti; ¿recuerdas que ella te llamaba "costreño"?

Dejémosla en paz; tiene otras cosas que la ocupan.

Acaso es él, pero no directamente por tu diario; pero él está mezclado en tu diario; sí, él, Palemón de Costamota. Pues quiere incorporarte a las multitudes, que formes parte de ellas, que te confundas en ellas y así olvides que la Tierra también sigue en estas profundidades; quiere llevarte hacia donde le es más fácil hacer sus prosélitos.

¿Te digo más?

Quiere que yo desaparezca de tu memoria, que me olvides de una vez por todas, que ya no resuene en mí, que ya no resuene en tus oídos mi nombre de: COLOMBA.

Entonces aparece tu diario y tú anotas en él:

"Recibí carta de... Escribí en *Dintel* hasta página... Viene a verme... Día de pleno Sol; por la tarde, nublado... Pienso mucho en mis Niñitas... Hago algunas notas para seguir escribiendo... Y así, así, así.

Es algo inofensivo, ¿verdad?

La fuerza de lo inofensivo es formidable, Onofre. Ella hace reír a Palemón de Costamota y también a Tadeo Lagarto pues cuando su amo ríe, olvida dar de chicotazos a su siervo.

Sigue escribiendo tu diario, Onofre mío...

Colomba sonrió y alargó una mano hasta mí, una mano que me acarició dulcemente y me obligó a bajar la vista completamente sumiso a su voz.

Ahora, sube, Onofre. ¡Anda a la superficie, a la costra! No creas que los sitios tienen su grandeza según ellos, no. Sube con una mente desapasionada y siempre alerta; recuerda que es lo que aconseja Krishnamurti: mente alerta y nada de pasión.

Pues en esta pasión es donde Palemón... En fin, ya te lo he explicado y sé que tú lo has comprendido.

Sube lentamente. Sé cortés con cuanto se presente a tus ojos, sea ello de tu gusto o no lo sea. Déjate llevar hacia donde tu destino quiera llevarte. ¡Tienes tantos buenos amigos allá! Haz un poco de memoria; así, haciéndola, me recordarás mejor, a mí, a esta buena de Colomba que siempre está dispuesta a venir en tu ayuda.

Me alejé lentamente como Colomba me lo había pedido. Lentos eran mis pasos de ascenso; pero mi mente se movía a velocidad inaudita. Tal vez la soledad que me rodeaba contribuía a ello pues no se veía a nadie y el silencio era aterrador. Yo, sin embargo, pensaba en los compañeros que encontraría allá arriba y

con quienes pensaba entablar grandes conversaciones “sin pasión y con la mente alerta”.

Pensé en Desiderio Longotoma, pensé en Rubén de Loa, en Mamerto y en Macario, en Contaldo Ñipaco y en Clotario Papudo y, por un momento, te ví a tí, mi Diana tan querida; pensé también en Rosendo Paine y en su amiga Nicole Chaumont, en Javier Licantén y en Eusebio Palena, en Teodoro Yumbel y en Albania Codahue y, naturalmente, en los dos facultativos, los doctores Hualañé y Pitrufluén. También me encontraría con Romualdo Malvillia; le escribiría una larga carta a Tomba Montbrison; charlaría con Lorenzo Angol y vería a Benilde Panilonco; también vería a Marul Carampangue y vería además a tantos y tantos otros y otras... ¿De qué podía quejarme?

Ahora el silencio zumbaba junto a mí. Pero no divisaba a nadie, a nadie. “Tal será mi destino”, pensaba yo, no encontrarme con nadie. Resignado seguí trepando y siempre con lentitud.

De pronto me detuve; a mis oídos había llegado un prolongado: “Brrrrrrrrr...” que me cruzó como una flecha; luego pasó junto a mí una inmensa capa española que a punto estuvo de envolverme y arrastrarme con ella. Y vi, caminando apresuradamente, caminando a una velocidad de carrera, a Baldomero Lonquimay que se perdía para volver a reaparecer y volver a perderse. Se detuvo un segundo frente a mí y exclamó:

—¡Mancebo de los triturbios!

Y siguió veloz lanzando siempre su: “Brrrrrrrrr...”.

Por fin vi la base del volcán Llaima. Pasé a través de las llamas que allí bullían y, empujado por sus humos, subí hasta llegar a su cráter.

Volví a ver el cielo, la luz, el Sol. Saludé todo aquello con un amplio gesto y me dispuse a bajar.

64

El silencio era grande; la soledad, absoluta. Pero ¡qué diferencia hay entre este silencio y soledad con los que se sienten en el interior de la Tierra! Debería haber un léxico mayor para diferenciar estos grados; nuestro léxico indica a grandes brochazos lo que experimenta el común de los hombres y deja olvidados los miles de matices que, al fin y al cabo, es de lo que nos alimentamos al extender nuestra vista hacia cualquier lado. ¡Los matices, los matices...! Arriba, ahí en la cumbre del Llaima, en pleno día y con cielo despejado, reinaban el silencio y la soledad; abajo, apenas traspasados los primeros metros de la superficie, reinan también el silencio y la soledad. No me refiero a los seres que uno ha de encontrar ni al ruido que ellos puedan hacer; esto es aparte y ahora no hablo de tales seres, vivos o muertos, en una calle o en una galería subterránea; ahora quito a cuantos seres puedan existir. Me refiero a la naturaleza misma, a la naturaleza sola, lejos de nosotros los intrusos (como los llama don Irineo Pidinco), a la naturaleza viviendo, con el ritmo que le es propio, su vida ajena a estos ojos que la atisban.

Aquí, en la cumbre del volcán Llaima, creí que iba a ensordecer con el ruido que subía de todas partes. *No soplaban el viento; la atmósfera era estática; no se divisaba ni un solo*

ser viviente en ninguna parte; nada se movía; hasta el Sol parecía inmóvil... Sin embargo tuve que cubrirme los oídos con ambas manos pues sentí que los tímpanos me iban a saltar. Y la luminosidad... Abría los ojos unos instantes apenas y tenía que volver a cerrarlos. La luz me traspasaba, me hería y creí que iría a quedar ciego como quedaría un ave nocturna puesta a contemplar, con los ojos abiertos, la luz solar. No podía dejar de preguntarme, sin hallar respuesta, para qué habría subido hasta esta maldita superficie. Ahora venía a comprender y a añorar el fondo de la Tierra, ese fondo donde nada brilla, donde nada destiempla por sus fulgores y donde todo está envuelto en un silencio absoluto. Comprendí que allá nos entendíamos de otro modo, que hablábamos diferentemente y que jamás ninguna palabra había sido pronunciada removiendo las vibraciones del aire. Comprendí que cuanto he escrito estaba mal escrito, que había yo empleado la manera de aquí donde todo suena y todo centellea, tanto de día como de noche. ¡No! Mis labios no habían pronunciado palabra alguna ni mis oídos habían registrado ni el más leve rumor. ¡Era la paz, la paz completa! Que se dirigiera a mí Palemón de Costamota, que se arrastrara a mi lado ese Tadeo Lagarto; que cambiara mis opiniones con Lorenzo Angol y viéramos a Lumba Corintia y con ella canjeáramos mil ideas; que viniera hasta mí don Irineo Pidincó a quejarse de no poder ingerir ahora sus buenos garbanzos; que pasara veloz a mi lado Baldomero Lonquimay profiriendo su eterno: "¡Brrrrrrrr...!"; que risueña Teodosia Huelén me llamara "costreño" y contara sus visiones en las más lejanas constelaciones; que me hallara frente a Florencio Naltagua y lo oyera dar curso a sus pensamientos; que todos ellos se expresaran en conjunto o separadamente; que me hallara en medio de las llamas o en una larga galería sombría (según el léxico de aquí); que pasara lo que pasara, que todo aquello estuviese en movimiento o en una inmovilidad aterradora... Comprendí que allí nada producía ni el menor ruido ni despedía el menor fulgor, comprendí que allí era la paz absoluta que ahora parecía haberse alejado para siempre.

Y sobre esta paz vi la figura enhiesta de mi Colomba...

—¡Oh, Colomba, Colomba! —grité acurrucándome junto a una piedra—. ¿Dónde has quedado, mujer mía, que así me abandonas?

Y seguía junto a mí el bullicio ensordecedor y seguían esos fuegos artificiales... mientras ni un ruido se elevaba de ninguna parte y mientras nada refulgía más allá de lo que aquí es costumbre de todo momento.

Pero de pronto todo cambió a mi alrededor... o yo de pronto empecé a acomodarme a este, para mí, nuevo ritmo de vida; muchos, muchísimos años había en mi persona, años que no podrían ser borrados por un descenso más o menos a las entrañas de nuestro planeta. Volví a ser el mismo que hasta ahora había sido; quedé de acorde con el medio que me rodeaba; abrí los ojos, me quité las manos de los oídos y mi rostro se iluminó:

Percibí vagamente aún un silbido armónico que llenaba los aires y unos compases bajos que lo acompañaban cual una orquesta que acompaña a un solo de violín. Reconocí la música: *El Bolero*, de Maurice Ravel. ¿Quién podría ser que allí venía a silbarlo?

Me incorporé y miré hacia todos lados:

Avanzaba el hombre Martín Quilpué, avanzaba a grandes pasos, ni lentos ni presurosos, avanzaba indiferente a la nieve que por todos lados había, indiferente a las piedras y barrancos que ellas formaban, avanzaba nada más y, con la vista fija frente a él, silbaba y llenaba los aires. ¡Qué dicha!

¿Y esa orquesta que también se oía? ¡Ah, la vi también! El hombre Martín Quilpué venía rodeado por un centenar o más de lindos y pequeñitos enanitos que brincaban a su

alrededor entonando con sus voces roncadas el acompañamiento de aquella música. Así pasaron junto a mí. Se dirigieron hacia abajo o... el Llaima, al sentir esos compases, empezó a crecer y a crecer, a estirarse hacia lo alto con una inmensidad que yo no le sospechaba.

Naturalmente recordé a Romualdo Malvilla: cuando uno camina con el ánimo bueno, son las cosas las que se mueven en sentido contrario al avance de nuestros pies; nuestros pies no hacen más que mantener el equilibrio sobre ese mundo movedido.

Bajó y siguió bajando el hombre Martín Quilpué; los enanitos hacían un verdadero remolino a su alrededor; silbaba el hombre Martín Quilpué; los enanitos manejaban a la perfección esa orquesta que salía de sus grandes barbas canas.

—¡Viva, vivaaaaa!—vociferé moviendo locamente mis brazos. Los enanitos se volvieron hacia mí y sonrieron con esa paz tan anhelada por mí, con esa sonrisa que siempre ha de venir cuando estamos cerca de la verdad. Pero el hombre Martín Quilpué no se inmutó con mis entusiastas alaridos. Siguió, siguió impertérrito equilibrándose sobre esas inmensas moles que subían hacia el cielo. Entonces, sin poder retenerme, me lancé tras ellos y, agitando las manos y cantando como podía, bajé las pendientes del volcán en pos de esa alegre caravana.

Así llegué al refugio del Llaima. Entré en él lleno de contento; el hombre Martín Quilpué, seguido de sus enanitos barbones, siguió su marcha y se perdió tras un recodo. Entré y pedí una taza de café. Un golpazo en el hombro me hizo volver y una voz me saludó:

—¡Hola, Onofre! ¡No te creía amigo de los picachos cordilleranos! Te acompañaré con una taza de café. ¡Mozo! ¡Lo mismo!

—¡Eso es, mi querido Artemio Yungay! Nos tutearemos y beberemos este café por...

—¡Por el recuerdo de Chuchezuma!—gritó él.

—¡Sí, sí!—le contesté gritando a mi vez—. Por el recuerdo de esa bella y lejana Chuchezuma.

Allí en el refugio pasamos la noche. Conversamos mucho. Yungay también ha estado bajo tierra; ahora se dirigía al Llaima; quería penetrar por él y salir a la superficie por el Cotopaxi, allá al lado de Quito. Yungay se molesta, tanto como yo, con el ruido que hay en la superficie, ese ruido que nadie ni nada lo produce, que es el respirar de la naturaleza. Yungay ama la soledad que hay en el fondo de la Tierra; ama cambiar ideas con vivos y muertos sin pronunciar palabra alguna, ama cambiar ideas con la mutua presencia hierática. De este modo ha charlado con Lorenzo Angol y con Lumba Corintia; ha escuchado las largas pláticas que le ha dado Palemón de Costamota; no le preocupa mayormente don Irineo Pidincó pues lo único que le interesaba en él era su idea de los "intrusos" y ahora que ya no lo es puesto que ha dejado este mundo, prefiere seguir su marcha; se divierte al ver pasar como un bólido a Baldomero Lonquimay pero tampoco lo frecuenta; ha visto unas cuantas veces a mi Colomba y comprende que sea un objeto de verdadero amor; lamenta (modo de decir) la partida a otras constelaciones tanto de Florencio Naltagua como de Teodosia Huelén; en la superficie no se ve con nadie o casi nadie; no ha vuelto a saber ni una palabra de Eustaquia Zepeda ni de Rufina Mardones; ya no visita la tumba de Tártara Tigre; no ha vuelto nunca más al fundo Melichaqui; pasa por Chile rápidamente, se sumerge a las profundidades tarráqueas y vuelve a aparecer lejos, muy lejos, por ejemplo, por las sinuosidades del Etna o del Monte Everest; ahora, como lo he dicho, aparecería por el Cotopaxi. Luego rehace el camino subterráneo y lo vemos salir a la

superficie por el Quizapu o por el Llaima o, lo que es más seguro, por el Picoldo. Se va, entonces, a San Agustín de Tango y se encierra en su pequeño departamento, calle de la Inquisición, N° 297.

Ya no hay mujeres en su vida; a todas ellas, según me dijo, las había envuelto en un gran punto final y este punto lo había arrojado a las aguas del río Santa Bárbara.

—Tú comprenderás, Onofre —me agregó—, que después de mi amor con Tártara Tigre allá en la avenida de los Membrillos en el fundo de Melichahui, las mujeres me son totalmente indiferentes. Ni siquiera he querido volver a montar a caballo. Un caballo bajo mí me recuerda a la Repanocha y no puedo impedirme de ver al Despiporren a mi lado.

Le dije:

—Lo comprendo, mi querido Artemio. Dime, ¿qué haces en el fondo de la Tierra?

Me respondió con una seriedad absoluta:

—Voy a mi escritorio, en él me encierro y trato de escribir.

—¿Tienes un escritorio allá abajo?

—Sí; un escritorio que me ha arreglado la sombra de Tártara Tigre. Cuando escribo, ella vela sobre mí. ¡Mira! Aquí llevo una serie de papeles que he garabateado allá; espero ponerlos en forma a su debido tiempo.

—Podrías leérmelos; te prometo ser todo oídos.

—Bien —contestó—; seré todo lectura.

Nos acomodamos en dos grandes sillas frente al volcán Llaima y Artemio Yungay me leyó así:

Había un muchacho que jamás posaba ante el mundo; estaba siempre callado. Mas apenas quedaba solo en su casa, rodeaba todo el vacío con amigos y él, entonces, hacía ante ellos una comedia, por no decir, una tragedia.

Caía enfermo y luego sanaba o luego moría; hacía actos heroicos que eran aplaudidos por medio mundo; tenía éxitos aplastantes y toda la gente lo admiraba; cometía negras vilezas sin que nadie las sospechara; etc., etc., y etc.

Así vivió largo tiempo; su imaginación le bastaba para llenar los huecos de la vida.

Mas un día pensó que, de seguir así, podría llegar a viejo y morir de verdad y nadie nunca habría sabido que en él se ejecutaban grandes actos en medio del silencio...

¡Pobre muchacho, pobre cabro!

Empezó a filtrarse en él una pequeña amargura y ahora, ante el mundo, seguía siempre callado, pero su mutismo había cambiado radicalmente: odiaba a las personas que lo frecuentaban y se ponía hosco, intratable.

Nadie pudo adivinar la causa de este cambio en su carácter. La gente cuchicheaba al verlo pasar.

Hasta que llegaba la noche. Se encerraba en su pieza, apagaba las luces, cerraba puertas y ventanas. Se echaba a la cama. Meditaba. Pero su meditación se iba en otro sentido. Tal vez —digo yo— se iba por un volcán al centro de la Tierra, se iba a constituirse en debida forma y poder volver donde su progenitor. Él quedaba solo y oía un estruendo; sus padres, que estaban en la habitación vecina, nada oían; era un estruendo para él, para este pobre muchacho, para este pobre cabro. Se perdía el estruendo y aparecía un perro con el hocico en llamas.

perro que corría y corría echando chispas para todos lados. Y se perdía también este perro dejando al pobre cabro presa de un miedo pánico. Se calmaba ese miedo al verse él desdoblado allí al frente, vestido con una larga camisa de noche y llevando bajo sus manos a dos criaturas pequeñitas que tiritan de frío.

Caminan los tres. Llegan al comedor; está oscuro, ni una luz. Su padre y su madre siguen jugando a las damas, a veces al ajedrez, y no piensan en el pobre muchacho que ahora está solo en el comedor oscuro.

De pronto se ha iluminado una ventanita que de día no existe. Es una ventanita que se hace sólo de noche para acompañar las andanzas nocturnas de este pobre muchacho. Por ella, por esta pequeña ventanita, aparece una viejita, una eterna viejita que de día nadie sabe dónde se esconde. Se asoma unos instantes; luego apaga la luz y no se la ve más.

El muchacho, entonces, se sume en el TODO por unos brevísimos instantes y vuelve a caer a su cama en la oscuridad de su dormitorio sin la viejita, sin nadie mientras sus padres siguen jugando a las damas o al ajedrez.

Dice Juan Larrea, el poeta español:

"... Como el metal fundido al crisol, se amolda formalmente a las circunstancias que prevalecen en París".

Yo digo: no sólo formalmente sino de fondo. París es el callejón de huida. Habían empezado a juntar el hondo misticismo con la licencia absoluta y mastificada, saboreada en sus últimos detalles.

El misticismo es demasiado grande y austero. Es mejor cobijarse en la licencia cuidando que no vaya a la vulgaridad grosera. Así esta licencia dará sus frutos al sentir que la llevan a juntarse con su hermana mayor, la estrella que brilla allá en el cielo dando la serenidad a los mortales.

Todo ser que busca "justificación" ya va en fuga; todo el que busca "similitudes" en el pasado va también en fuga; todo el que recurre al Greco o a Bosch o detiene su vista bajo los arcos del puente que pintó Michele da Verona, en su *Crucifixión* y, una vez que está allá abajo, parte en la búsqueda de lo que esos arcos ocultan; todo el que anda en busca de una mujer con el cuerpo, el vientre y los senos de la mujer que ha pintado Hans Bellmer, el surrealista; todo aquel que prefiere poseer a una mujer oyendo los acordes de un trozo musical determinado y une así el sexo con la música (recordar los acordes profundos, los suaves, los llorosos, recordarlos todos, todos); todos ellos son hombres que van en fuga.

Huyen, huyen... Pregunta:

-¿De qué huyen?

Huyen de la pesadez de nuestra vida cotidiana.

Por lo tanto, "huir" es signo de insatisfacción. Quisiera tener un asilo donde pudieran refugiarse los hombres que escapan como ratas asustadas al desplomarse de las horas siempre iguales.

Frente a este asilo haría construir un inmenso palacio donde irían a vivir los que no huyen, los que están satisfechos de haber nacido y de vivir.

En ese palacio un hombre, ¡no!, un señor decía a otro con voz baja y sonora:

-Don Miguel de Cervantes es el primer, ¿me oye usted?, el primer psicoanalista que ha existido.

El otro respondió:

—Así es, así es...

Yo, Artemio Yungay, escapé como una rata pusilánime y me uní a los que siempre huyen, huyen, huyen...

Pero no hablemos del Greco ni de Bosch ni de Verona ni de nadie, ni de esos trozos musicales que han de acompañar al coito. Vamos a las grandes adivinanzas:

“¿En qué se parece un elefante a un cepillo de dientes?”

Respuesta:

En que ninguno de los dos puede treparse a un árbol.

Otra adivinanza:

“¿En qué se parece un pintor abstracto a Bosch?”

Respuesta:

En que ambos pintan cosas que yo no veo en mi casa ni aun cuando estoy en mi escritorio.

Hay gente que sostiene que los rusos y los españoles son iguales pues bailan mucho y cantan más. Yo he agregado que son iguales porque ni los unos ni los otros saben hablar en noruego...

Hay una nube sobre la ciudad de Santiago; he venido a esta ciudad. Hay una nube y ahora cae una garúa finísima. La ciudad de Santiago se ha inundado. Se piensa traer botes de Valparaíso para poder circular entre las aguas.

Ante tanta agua, para poner mi piel a salvo, me metí en el primer cine que encontré. Vi una película de los hermanos Marx: *Una tarde en la Ópera*. Prefiero la escena del camarote a toda la ópera *Trovador*.

Razón:

Esta última nunca me ha ocurrido en la vida; en cambio el ver ese camarote me hizo ver que toda mi vida había sido así. A mí jamás se me ocurrió haberlo expresado de ese modo.

Debo, pues, bajar al fondo de la Tierra.

Allí pensaré sin hacer mayores movimientos.

Al día siguiente me dirigía a Temuco y Artemio Yungay empezaba su ascensión al volcán Llaima para encerrarse en su escritorio en el fondo de la Tierra a corregir y ampliar esas notas literarias que acababa de leerme. Después saldría allá en el Cotopaxi y, según me dijo, visitaría la ciudad de Quito.

—¡Buen viaje! —exclamé al apretarle la mano.

—Así lo espero —me contestó—. Espero ver a Tártara Tigre y con ella cambiaremos varias ideas que... ¡En fin, mi buen Onofre, será hasta mi regreso!

—¡Adiós, adiós!

—¡Adiós!

Llegué a Temuco. Me alojé en el hotel Continental, me acosté temprano y dormí profundamente. Al día siguiente, el 14 de febrero, año de 1961, salí a andar, a recorrer esas calles que ya, con mis estadías en Quintrilpe, se me han hecho familiares. Era un día caluroso:

me senté en uno de los bancos de la plaza a mirar a toda esa gente que siempre en una ciudad va apresurada en busca de algo que ni ellas mismas saben qué es. Pero mi sorpresa fue grande al ver, en medio de esas gentes, nada menos que a Guni Pirque, aquella Guni a quien le había yo dedicado este libro y que, un día, me abandonó por ir tras la mandioca que se alejaba de sus manos y la obligaba a dar la vuelta al mundo en su persecución.

—¡Hola, Onofre! —me gritó—. ¿Qué es de su vida? Hace ya siglos que no nos veíamos.

—Ahora podremos vernos, Guni —le respondí—. Siéntese aquí a mi lado y charlemos.

—Un momentito, nada más; tengo el tiempo justo; tomaré el tren esta tarde y seguiré a Valparaíso a embarcarme en un nuevo buque, el S. S. Maremoto, que por su nombre, parece, produjo no hace mucho un maremoto que le impidió fondear en el puerto de Corral. Así es que ¡prisa, prisa, amigo mío!

—Empiece por decirme hacia dónde va usted, Guni; ¿no ha cesado de recorrer el mundo en todas las direcciones?

—No, no he cesado aún; la mandioca, usted sabe, parece que es más veloz que todos los barcos y trenes de este mundo. Pero este Maremoto me llevará a Panamá, a Cristóbal, ¿sabe usted?, y ahí desembarcaré pues, según dicen, hay en ese país unas magníficas y enormes plantaciones de mandiocas. Si ellas me defraudan, seguiré a bordo de otro Supermaremoto y que me ha de llevar al continente africano. Allí, veremos. Para mi regreso lo invito a casa a tomar unos grandes mates de mandioca.

—¡Que sea pronto ese regreso suyo! Tal es lo único que deseo. Y ahora ¿no me aceptaría usted una copita en el Hotel de la Frontera?

—¡Imposible, Onofre, imposible! Tengo que hacer mi equipaje y todo lo demás; usted sabe lo que es viajar. Mañana por la tarde zarpa el Maremoto de Valparaíso y no puedo perderlo. Pero regresaré pronto: del África me iré a la India, de la India me iré a Australia, de Australia a Nueva Zelanda y de aquí... directo a este país. Y entonces: ¡la mandioca!

—Eso es —exclamé— ¡la mandioca!

Guni se alejó apresurada agitando su manito mientras se iba y así la vi perderse entre la gente.

Nuevamente quedaba solo y con ganas de charlar con alguien, de charlar de cualquier cosa. Me levanté de mi asiento y me dirigí pausadamente a ese bar del Hotel de la Frontera con la esperanza de que en él se hiciera real la presencia de Guni.

Habría andado unos pocos pasos cuando vi que, en sentido contrario, avanzaba Eusebio Palena. Grandes saludos y luego fuimos juntos a tomarnos un trago. Le conté mi entrevista con nuestro amigo Artemio Yungay. Me escuchó con suma atención y luego me dijo:

—Me gusta esa idea de los que huyen de la cual habla Artemio; sí, es digna de ser considerada; Jerónimo Bosch..., el Greco..., da Verona y su puente que algo esconde..., Hans Bellmer y sus mujeres retorcidas... ¡Onofre! A Yungay se le olvidó citar una obra que ha debido ser la que le ha inspirado cuanto ha dicho; sí, se le olvidó.

—¿A qué obra se refiere usted?

—A una que sé que él conoce porque una vez lo he visto fijar los ojos en una reproducción de ella y así quedar largos minutos sin desprenderlos.

—¿Y esta obra es...?

—Se lo contaré a usted, amigo Onofre. Íbamos ambos en un autobús separados únicamente por el pasillo central. De pronto Artemio abrió un libro que llevaba consigo; era una especie de gran cuaderno con reproducciones: Fijó los ojos en una de ellas y no los

separó más. Le pregunté: "¿Qué mira usted con semejante ahínco e interés?". Me respondió: "Esto". Y me alargó ese libro. Se trataba de los *Trésors d'Art en France*; una foto de un cuadro del Museo del Hospicio, en Villeneuve-les-Avignon, un cuadro del siglo xv, si mal no recuerdo, de Enguerrand Charonton. Lo miré y comprendí perfectamente esas huidas que, en sus apuntes, ha esbozado Artemio Yungay.

-¿Y qué representaba ese cuadro?

-Difícil es explicarlo. Entre grandes peñascos se ven ambas piernas de un hombre que huye; de una de ellas ha agarrado una especie de diablo con alas de murciélago y patas de ave de rapaña. Este diablo no tiene cabeza; pero algo la reemplaza despidiendo múltiples luces. Artemio me susurró: "Hay que huir y huir lo más lejos que nos sea posible...".

Me limité a responder:

-Así es; hay que huir.

Luego se acercó a mí y me dijo:

-Dé usted vuelta unas dos páginas y verá los condenados del Juicio Final, de Van der Weyden, en el museo de Beaune, mejor dicho, en el Hotel Dieu de dicha ciudad.

"Hice como él me había indicado y alcancé a ver a esos condenados con rostros espantosos. Pero el autobús se detuvo y Artemio, volviendo a coger su libro, bajó.

-Tal vez sintió usted, Eusebio, deseos de huir a su vez...

-No; estos deseos no alcanzaron a formularse en mí pues me dirigí a mi casa apenas sentí que ellos querían atacarme.

-Y en su casa, ¿qué hizo usted?

-Lo que siempre hago en semejantes casos; abrí un cajón en el que guardo mi correspondencia y la leí. Luego medité. Luego tomé la pluma y escribí mi Zambafusa N° 13. Puedo mostrársela si no ve inconveniente para ello.

-Por cierto -dije-. Si la tiene usted a mano, no pido algo mejor que leerla.

-Siempre mis Zambafusas están a mi alcance. Un momento.

Eusebio Palena salió unos instantes del bar y volvió con una hoja de papel que se dispuso a leer. Me explicó:

-Estaba en mi maleta y mi maleta estaba en mi habitación. Fue, pues, cuestión de subir, tomarla y traerla. Oiga usted.

Y allí en el bar del Hotel de la Frontera, sonó la voz de este viejo y original hombre de letras:

Zambafusa N° 13

Mi querida Polinesia:

Recuerdo perfectamente el día 4 de enero del año pasado pues fue el día en que te hice la pregunta sobre el tamaño de la estrella Denébola. Tú me respondiste que era mayor que la carta que me has enviado para Navidad y Año Nuevo pues llovía y llovía todo el día y toda la noche por lo cual clavé en mi pared una reproducción de un cuadro del pintor Raoul Dufy. Con esto cesó la lluvia. Mas no logro imaginar tu casa sin la presencia de la bella Fresia. ¡Felices son los que son felices! Porque el hombre rehuye lo real y es él quien ha hecho lo real a pesar de encontrar asombroso que aún estemos en el día de hoy.

¿Por qué, mi tan querida Polinesia, no vas a ese lindo puerto de Pernambuco?

No quiero ser majadero pero mis manos escriben solas y yo sólo **contemplo** el resbalar de la punta del lápiz. Así abrazo a ese niño llamado **Marciano Pencahue** que perdura en mi mente como algo luminoso y eterno allá en **Vitacura**. Pero hay que **afrontar lo inspirado** junto al mundo miles de veces **demoníaco** que se alza allá en **Dakar** y de **Dakar** se extiende por el mundo entero.

Mas la **felicidad** vuela sobre todo cuanto nos rodea; mas el **sufrimiento** es mayor y él **impide poder apreciar** las vicisitudes del hombre que **camina** por la **avenida del Evangelio**.

Yo he visto a ese hombre; tú, Polinesia, ibas junto a él **agradeciéndole** la buena acogida que él, **terco**, **deshumanizó** en la página N° 241. Pero... ¡no importa! Pues ya estoy en este **fundo de sodio** en el cual, para mayor seguridad, **hago incidir** la luz del Sol en un **mechero** como pudiera ser una colosal hoguera **que se reparte** en años de luz por el espacio. Hice, entonces, lo posible por **contrarrestar los efectos del cometa**. Pero nada gané pues en **esta** casa todo se vino al suelo **con los muebles y objetos** que hicieron una verdadera ensalada. La gente **gritó y gritó** y **vociferó**.

Pero el invierno ya se aproxima, querida Polinesia, y las aves de rapiña **están** tristes al ver que muy pronto **sus alas** serán estropajos mojados. Entonces me **quité el sombrero** y **declamé** en alta voz:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Estas que fueron pompa y alegría
Usurpe quien su fuerza osado estime
Cual águila real al vil gusano
¡Do vi la vaquera
De la Finojosa...

Gritamos todos al ver aquello, **gritamos locos** de entusiasmo **acompañando** nuestros gritos con un **rítmico golpetear de ambas manos**:

Do vi la vaquera
De la Finojosa...

Después, aturdido, me **desplomé por tierra** y allí, tendido **largo a largo**, **fallecí**.

Eusebio Palena guardó su papel, **untó sus labios** en la copa, **carraspeó** y **me preguntó**:

—Onofre, ¿qué le ha parecido a usted esta Zambafusa mía? Vea, **amigo**, **que es la N° 13**, lo cual es **significativo** dado que usted **nació** en un día 13. Por lo tanto **vuelvo a mi pregunta**: ¿qué le ha parecido esta Zambafusa?

Repuse de inmediato:

—¡Estupenda, amigo Palena, **estupenda!** Es, tal vez, de las que **me han gustado** de cuantas a usted le he oído. En ella se **empieza** por una inmensa **estrella**, **como es Denébola**, se **aterriza** en ese lindo puerto de Pernambuco, se **rehuye lo real**, se **va a Dakar**, se siente el frío de un invierno próximo y caemos, por fin, en los **labios** y en el **corazón de los grandes poetas** de la hispana tierra. Puedo repetir a usted que ella es ¡**estupenda!**

Me respondió:

—Gracias, muchas gracias. Usted, Onofre, es un **conocedor** de las letras y sabe **apreciar**

lo que es de calidad separándolo de esas pútridas suciedades que nos presentan las letras hechas por gente mediocre.

—Y admiro también a esa mujer, a Polinesia; no la conozco ni he oído hablar de ella; pero si le ha inspirado a usted un trozo como esa Zambafusa...

Alzó Palena su diestra y me dijo:

—Ya la conocerá usted, sea en esta Tierra o fuera de ella. Vale la pena conocerla: Polinesia Loncotoro me ama; yo la amo a ella; los dos nos amamos. Le digo cuando la veo: “¡Oh, mi bella vaquerita de la Finojosa!”. Ella me responde: “¡Oh, mi altivo enamorado...!”. Como usted puede cerciorarse, nuestros saludos coinciden con los versos de la Zambafusa.

—Bebamos por ella —insinué.

—No hace falta —me respondió Palena—; ¡hela aquí!

En efecto, llegaba a nuestro lado una dama bastante agraciada a pesar de no ser una jovencita. Nos pusimos de pie y Eusebio hizo las presentaciones diciéndole a ella mi nombre y luego agregando para mí el de ella:

—Doña Polinesia Loncotoro, hermosa vaquera de la Finojosa.

Nos volvimos a sentar y le ofrecí a esta “fermosura” que se sirviera lo que apeteciera. Ella llamó al camarero y le pidió:

—Un churrasco con ají y mostaza y una cerveza grande; no me vaya a traer media cerveza; una grande, grande... ¿Me entiende?

—Sí, señora —respondió el camarero y se alejó.

Polinesia devoró su pedido y bebió hasta la última gota de cerveza. Luego, volviéndose, a Eusebio, le dijo:

—Quisiera repetirme.

Eusebio, entonces:

—¡Mozo! Repita lo mismo para la señora.

—Bien, señor.

Mientras Polinesia volvía a devorar y a tragar, recordé que Eusebio, al presentarme, me había llamado “Boroa” y no “Borneo”. Esto me inquietó al punto que le pregunté súbitamente:

—¿Conoce usted el interior de la Tierra?

Me respondió:

—No; me basta con recorrer este país y luego caer en brazos de esta bella dama.

Luego Polinesia nos interrumpió:

—Vamos, Eusebio, el cine ya va a empezar. Usted, señor Boroa, ¿viene con nosotros?

—Imposible, señora, tengo un compromiso...

Nos separamos.

Boroa... Borneo... Boroa... Borneo...

La Zambafusa creció a mi vista; crecieron todas las Zambafusas de Palena. No me cupo la menor duda: era él un hombre destinado a bajar a los antros de la Tierra, sólo que, por ahora, se hallaba demasiado retenido por los churrascos con ají y mostaza y por los grandes botellones de cerveza.

Al día siguiente aterrizaba en el nuevo aeródromo de la ciudad de San Agustín de Tango, el aeródromo de El Arcángel Volador. El que en otros tiempos se usaba y que avió a Baldomero Lonquimay para ir al volcán de su nombre, es ahora un sitio para los aviadores aficionados y para aquellos que están aprendiendo a volar.

Llegué y admiré, por cierto, estas nuevas instalaciones y estos campos de aterrizajes y demás. Luego un taxi me llevó a Fray Tomate. Entré en el silencio de mi departamento que la Zoraida, mi nueva empleada, tenía bien arreglado y limpio y con las cosas en sus respectivos lugares.

Me asomé al balcón y miré el panorama que extendía frente a mí, a mi izquierda el tranquilo río Santa Bárbara, más allá del cual se veía un agrupamiento de inmuebles con algunos puntos que se destacaban como ser la torre del Ayuntamiento; a mi frente, otra serie de casas amontonadas entre las cuales estaba ese taller del gran amigo que es Rubén de Loa; más allá se presentía el Cementerio Apostólico con sus tumbas sosegadas y con la gran cúpula que domina su entrada. ¡Ah, esta entrada bajo cúpula...! Ella ha sido el tema de inspiración de Teodoro Yumbel para tantos trozos que ha escrito y que luego, con voz trémula, ha leído a Albania Codahue...

Luego miré hacia el suelo y me dije:

—Aquí abajo debería estar Lorenzo Angol.

Volví a mirar hacia fuera; un hálito caluroso entró por el balcón; volví a mirar mi departamento; sin saber qué hacer llamé a la Zoraida y le pedí una taza de café. Y fui presa de un hastío insoportable que no sé qué lo provocaba, un hastío hondo, diría yo, subterráneo que me parecía se levantaba desde el fondo de mí mismo y me envolvía entero.

Otra vez más me hice la misma pregunta:

—¿Por qué he abandonado aquel centro de la Tierra donde estás tú, mi Colomba? ¿Por qué, por qué?

Comprendí que no debía permanecer más tiempo en casa. Tomé con rapidez mi café y bajé a ver si, en realidad, "debería estar mi amigo Lorenzo Angol". No, no estaba; se hallaba en La Cantera, llegaría pronto, tal vez mañana. Salgamos, entonces.

Apenas me hallé fuera hice lo que ya se ha hecho una costumbre en mí: caminar, caminar rápidamente, no pensar hacia dónde voy y seguir tras de mis pasos; éstos, después de cruzar el Puente de los Concilios Ecuménicos, tomaron la calle de los Franciscanos y doblaron por la calle Rueda por Nosotros Los Pecadores; así llegué al frente de la Escuela Primaria en cuya puerta se agolpaban muchos chicos junto a un viejo profesor.

—¿Qué hago aquí...? —me pregunté.

Torcí hacia mi derecha, caminé unos cuantos pasos y me encontré junto a la puerta de la Taberna de los Descalzos. Entré; era la hora del aperitivo; estaba la sala llena de gentes. Varias manos me saludaron.

Entre estas manos reconocí a unas, unas que habían cesado de frotarse entre ellas y me hacían grandes manifestaciones por mi llegada. Reconocí a su propietario: ¡Desiderio Longotoma!

—Llegas caído del cielo pues tengo en casa una comida de esas ¡que ni Dios! La Tomasa se ha esmerado y tiene una preparación digna de ella, ¿Te digo el menú?

—Te oigo, Desiderio, con fruición pues mi apetito anda bien. ¡Vamos a ese menú!

Las manitos de mi amigo se juntaron y se refregaron mientras él reía para sus adentros. Por fin me explicó:

—Entrada: una par de huevitos a la copa; ¿qué te parece?

—No es contigo una gran novedad pero sigue que veo por tu cara que algo se aproxima.

—¡Sí, se aproxima! Plato de fondo, gran plato: dihueñes con jamón de guanaco. Los dihueñes ya los conoce tú pero..., ¡ah, ah! Estoy cierto que no has probado nunca ese exquisito jamón de ese cuadrúpedo llamado guanaco. ¡Qué delicia, amigo mío! Una vez que se ha saboreado debidamente, el cerdo ya no se puede probar. Vas a volver a mi casa una y cien veces a pedirme que, por favor, te ofrezca un jamoncito de guanaco. Y si te lo acompaño con una buena tortilla de dihueñes... ¡la gloria, amigo la gloria!

—Por esa futura gloria que hoy empezará, te brindaré con una copa de lo que más te apetezca. ¿Qué quieres beber?

—Pisco, pisco es lo indicado. Y en casa destaparemos una gran botella de reservado... ¡ah!, de un reservado que yo reservaba para la vez que te viera aparecer y me honraras con tu presencia. ¡Sí, mi amigo, mi gran Onofre Boroa, los reservados hay siempre que reservarlos para estas comilonas!

—¿Y cuál es este famoso reservado que me reservas?

—Es un Haut-Brion, traído especialmente por mí cuando estuve allá en Francia; tú sabes, Haut-Brion de la comuna de Pessac y que ya tiene los años suficientes para ser destapado. Al verlo allá hícele una seña al vendedor; me entendió y lo dejó de lado; luego pasé y lo compré, ¿me entiendes?

—¿Por qué tantas señas y volver después? ¿No llevabas dinero contigo?

—Peor que eso —me dijo Desiderio frunciendo el ceño—; iba yo con el huracán de Baldomero Lonquimay que hoy duerme el sueño de los justos. Pero tú, Onofre, que frecuentas esos antros del fondo de la Tierra, ya debes haberte encontrado con Baldomero y debes haber cambiado algunas palabras con él.

—¿Yo? Lo he oído, nada más pero no he tenido la oportunidad de hablarle. Se ha detenido apenas un segundo frente a mí y ha desaparecido veloz como una bala. En ese segundo me ha dicho: "Mancebo de los triturbios" y se ha marchado lanzando su: "Brrrrrrrr".

—Haremos nosotros un largo Brrrr de satisfacción al paladear ese jamón de guanaco con dihueñes y ese par de huevitos a la copa y el dulce de mora que cerrará mi menú; lanzaremos otro Brrrr al paladear nuestro vino; y ahora te propongo un tercer Brrrr para bebernos este pisco.

Comimos en casa de Desiderio; digo "comimos" por que en la puerta nos encontramos con Jabalí Batuco que llegaba presuroso a gustar ese jamón de guanaco con dihueñes; además debo agregar a la Tomasa que se sentó en la mesa con nosotros; otra empleada, que yo no conocía, nos sirvió.

La comida fue mitad hablada y mitad cantada. Cuando Desiderio se junta con Batuco, no hay fuerza que impida los trozos de un romántica ópera por lo general italiana. Hablábamos un momento y luego aparecía un tenor o un barítono o un bajo que, ayudado por la mandolina de Desiderio, entonaba arrebatado cuantos trozos se presentaban; venían luego los dúos y —para qué negarlo— venían también los tercetos pues yo me mezclaba en el canto. Al final, gracias al vino que bebimos, esos tercetos se convirtieron en cuartetos pues la Tomasa, entusiasmada, se ligó a nuestro canto haciendo las veces de soprano y de contralto. Nuestro público, la otra empleada, disfrutaba dichosa de nuestra actuación.

Pero no todo fue canto; también se habló. La conversación giraba y giraba, llevando el alto Longotoma. Nunca he podido saber cómo, en una conversación, se habla de tantos y tantos temas diferentes, pasando del uno al otro con una naturalidad sorprendente que es francamente difícil transportar a las letras. Hablábamos de algo; un minuto después hablábamos de otra cosa completamente diferente y sin que haya habido una interrupción, sin que el locutor haya hecho callar a los demás y de que haya propuesto pronunciar una especie de discurso. No; las cosas van y vienen, son interrumpidas, vuelven a tomar el hilo que parecía roto y así se sigue tocando el tema principal mientras se lanzan cumplidos a los guisos que se comen y a las copas que se beben.

Como dije, Longotoma llevaba el alto y Batuco y yo escuchábamos acompañándolo como esos enanitos acompañaban al hombre Martín Quilpué mientras descendían del volcán Llaima. Ahora anotaré lo que venga a mi memoria de nuestra charla. Decía Longotoma:

-Bajo la sotana de ese fraile o santo o lo que sea, por entre ambos pies, aparece una serpiente que huye veloz vomitando fuego; en este fuego danzan diminutos angelitos. Les diré la verdad: no comprendí la alegoría que allí se había querido hacer.

Y siguió hablando sobre sus viajes, sobre cuadros que había visto, sobre esculturas, sobre la tranquilidad aburrida de los monasterios y, junto a ellos, sobre el bullicio de otros sitios, como ser, los cabarés y dancing y qué sé yo. Este fraile o este santo lo había visto en Lima. Y un minuto después estábamos todos en Londres pasando por unos ricos dihueños. Pues alegaba Longotoma:

-Amigos míos, la grandeza de Londres está en su ritmo. El ritmo de Londres es lento y rápido a la vez. Esto es difícil que uno de nosotros, es decir, que un sudamericano, lo llegue a comprender. Es la máxima velocidad, porque el hombre debe ser dinamismo; y es la mayor calma, porque la cosa no está en la ilusión de tiempo, está más lejos, más alto, casi me atrevería a decir que está en la eternidad.

Aquí creo que hablamos los tres a un mismo tiempo y la Tomasa parecía escucharnos con suma atención sin descuidar por ello ni una miga de sus guisos.

Decía Longotoma:

-Sí, amigos míos, Inglaterra es un gran país, un enorme país. Es el único que ha sabido encauzar y aprovechar lo bueno acumulado durante siglos de aristocracia. ¡Hay que ver qué cara de respeto pone cualquier inglés ante estas palabras, para nosotros, risibles: Rey -Reina!

Por eso estimo a ese país. Y un día lo dije ante Hilario, el gran Hilario Quinchao... ¡Ay, ay, ay, retruécanos y semicorcheas! Casi me mata con su vociferaciones este alto jefe o superintendente o ¡rey!, eso es, rey del Club Cero.

Aquí habló Jabalí Batuco. Se refirió a las convenciones que existen por todos lados y a las que obedecemos a pie juntillas. Por ejemplo: vestirse de frac con... zapatos de color, zapatos pardos o amarillos. Según Batuco era ello... Pero oigamos su voz, será mejor:

-¿Por qué no se pueden usar esos zapatos? Y hablo de zapatos de buena, de espléndida calidad y nuevos, nuevísimos. ¡Por una convención y nada más! O sea por esas cosas que

flotan en la atmósfera sin razón de ser. Como son cosas flotantes que no se las puede tocar, se les obedece sin pensar.

Pero Longotoma prorrumpió lleno de animación:

—No, mi querido Jabalí, no y no, no lo creo. Eso que usted habla, de las cosas que flotan, no existe; no hay ninguna planta sin raíces. Créame usted que, al golpear o al fortificar una cosa, se hace siempre sobre una idea matriz y una idea muy profunda.

Créame, pues, que en esos zapatos de color cuando se les pone con un frac, se revuelven miles de principios ya establecidos y créame también que la revoltura de estos principios puede traer nefastas consecuencias para el género humano entero.

Estábamos en el frac. Un minuto después volvíamos a navegar por el océano y no nos acordábamos más de las vestimentas masculinas. Navegábamos ahora. Era esto un pretexto para desatar la lengua de Longotoma. Sus recuerdos de viaje le son siempre gratos a pesar de haber tenido la compañía del huracán de Baldomero Lonquimay; o, tal vez, sea por esto mismo que sus recuerdos le sean tan gratos. El caso es que navegábamos ahora Longotoma y nosotros sus invitados. La Tomasa redobló su atención.

LONGOTOMA

Iba una cantidad de gente a bordo. Todos ellos llevaban ese cariz de cosa extrañísima, de cosa única en la vida de aquí de este mundo. ¿Por qué? Amigos, simplemente porque viajaban. Entre toda esa gente pasaban dos ingleses fumando sus pipas. Éstos no se habían dado cuenta que estaban produciendo una feroz aventura. Lo curioso es que todos, todos, llegamos a destinación al mismo tiempo. En realidad suceden cosas innarrables en los viajes. Porque no sólo está la llegada simultánea al puerto de desembarque; ¡oh, no, no! Hay algo más, amigos míos, algo más.

BATUCO

¿Qué más? ¡Apuesto que iba una belleza entre esos pasajeros! ¡Sí, Desiderio! Pero no nos vas a decir que iba entre ellos la tan bellísima de Virginia Rapel ni el pajarito aquel de Praxedes Bagdad. ¿Te acuerdas de ambas? ¿Te acuerdas de esa linda música cuando bailaban lo del chincolito? ¿Cómo era...? Espera, espera...

Segundos después ambos prorrumpían en una música de baile, de gran danza, que acompañaban con los tenedores sobre los platos.

LONGOTOMA

¡Ésa era la música! Me parece que las veo, sí, las veo a esas lindas criaturitas...

BATUCO

Van a volver pronto y podremos verlas aquí por las calles de esta ciudad. Las invitaremos entonces a dar una vuelta por...

LONGOTOMA

¡No, qué vuelta ni qué nada! ¡A navegar, eso es, a navegar en un barco inmenso! Como ése de que yo les hablaba, con un par de gringos que fumen pipa. Será un barco un poquito mejor que aquel de que yo les hablaba... O a lo mejor son todos los barcos iguales.

BATUCO

¿Qué tenía de malo aquel barco? ¿Acaso era la presencia de ese gran hombre y cataclismo que en vida se llamó Baldomero Lonquimay?

LONGOTOMA

Lo malo que tenía era que estaba ocupado por una cantidad de personajes que eran simplemente salvajes; se hacían, por cierto, los civilizados, los recivilizados.

BATUCO

Ya lo veo; se mudaban ropa unas cinco o seis veces al día. ¡Son insoportables!

LONGOTOMA

¡Nada de eso, nada! Se pasaba de entrenamiento en las exigencias. Porque han de saber ustedes que la primera etapa para ir del salvaje al civilizado es la de *exigir*. Exigir es manifestar que el hombre no está conforme con la naturaleza; sea: que quiere modificarla, plasmarla pues estamos en ella *de paso*. ¡Sí, amigos míos! Somos dioses caídos que recordamos.

Total: ¡rebelión! Y ahora veamos la segunda etapa, la que es difícil de comprender, la que la gente, en general, cree, cuando ella se enuncia, que se están haciendo lucubraciones de altísima filosofía. Y no hay tal, amigos míos, no hay tal. Parecen lucubraciones filosóficas porque es aquello simple como cualquier milagro que se nos presenta a la vista.

YO

¿Crees en los milagros, Desiderio?

LONGOTOMA

¡Puesto que estoy vivo y lo estás tú y lo está Jabalí y lo está la Tomasa y lo está toda la gente que puebla esta ciudad y el mundo entero...! ¿Cómo crees tú que no voy a creer en los milagros? Pero vamos a esa segunda etapa.

BATUCO

Vamos a ella y así penetraremos a los milagros que nos rodean. Cuando se está en el estado, digamos, milagroso, se puede ir a cualquier sitio y el milagro se presenta. Es sólo una lástima que ahora no haya una buena compañía de bailes en San Agustín de Tango. Que si la hubiera... ¡Ah, mi buen Desiderio, podríamos traer a nuestro lado a Virginia Rapel! Pero vamos a esa segunda etapa.

LONGOTOMA

La segunda etapa es que la naturaleza está a su vez haciendo *lo mismo que nosotros*. Porque ella también es un dios caído que recuerda. Entonces viene, mejor dicho, podría venir la comprensión del dolor común. ¿Te extraña, Onofre, que hable yo de temas tan sumamente elevados y dolorosos?

YO

No me extraña en absoluto. Los que tienen un temperamento como el tuyo pueden darse el lujo de visitar, desde fuera, esos parajes dolorosos. En cambio los que en ellos viven... no siempre pueden visitar los parajes de alegría.

LONGOTOMA

Pues lo que les digo me fue sugerido por los tan insoportables personajes que iban a bordo. No podían vivir más que según la vida personal que se habían fabricado dentro de ellos sin posibilidad de conectarse con la vida externa, aun y sobre todo en sus manifestaciones cotidianas.

BATUCO

No puedo creer en la verdad fundamental de un progreso interior cuando de

él no hay reflejo en el comportamiento diario en relación a otras vidas y a otros modos de vivir.

LONGOTOMA

Bueno, que cada cual crea lo que más le avenga. Yo quiero seguir hablando de esos personajes que venían a bordo. Como a las 11 de la mañana daban a bordo algo que tomar: café, caldo, guindas en aguardiente, chocolate, etc. Yo aceptaba todo justamente porque iba cambiando según un método que se me escapaba pero que obedecía a las disposiciones propias de la vida de a bordo. Ahí está lo bueno y lo que, al resignarse a ello, daba sabor y ponía en contacto con eso que podríamos llamar "fuera de uno". ¿No lo creen ustedes? Pues bien, los personajes en cuestión, ¡no y no! Dentro de su vidilla interior y según ciertos principios que creían que eran para fortificar, proclamaban que a las 11 de la mañana debería tomarse caldo, ¿me oyen ustedes?, caldo y más caldo; no debería tomarse café, ni guindas en aguardiente, ni chocolate, ni nada que no fuera caldo y más caldo. Molestaban a los pasajeros y se irritaban el hígado.

Decían a quien los quería oír:

—¡Caldo debieron habernos dado hoy! ¡Caldo como lo hicieron ayer! ¡Sí, caldo y más caldo!

Yo, riendo en mi rincón, me lamentaba que no se nos diera un vaso de jalapa para tomarlo, sin repugnancia alguna, porque había entrado en otro modo de vivir, en otro ambiente con otras finalidades.

Yo

Y Baldomero Lonquimay, ¿qué tomaba? ¿Pedía a su vez un vaso de jalapa o sólo aceptaba el caldo?

LONGOTOMA

Creo que Baldomero jamás se dio cuenta que, a las 11 de la mañana, nos eran brindados esos tragos que bebíamos. Sin embargo... Creo que pensaba como yo pues juntos, cuando estaba él con ánimos de charlar, compadecíamos, con mísero desdén, a todos esos piojillos que por principio, por dignidad, por recuerdos de otros viajes que nunca habían hecho, empezaban por encontrar que la cosa no estaba a punto...

BATUCO

Esto me ha hecho recordar a don Juan Enrique Arancibia Ocampo. Una noche nos invitó, al chicolito de Praxedes, de esa linda Praxedes Bagdad, y a mí, a comer en un restaurante especializado en toda clase de mariscos. Don Juan Enrique manifestó que él confeccionaría el menú; tomó la lista, la leyó varias veces y luego, con gesto adusto, llamó al camarero y lo regañó en voz lo suficientemente alta para que nosotros lo oyéramos:

—¿Cómo es posible que no haya cholgas en tomate? —le preguntó.

La lista de mariscos tenía catorce variedades de ellos sazonados de las maneras más diferentes...

LONGOTOMA

¡Es claro, clarísimo! ¡Caldo y luego cholgas con tomates! ¡Que se dé lo que quieran pero que jamás falten ni esos caldos ni esas cholgas en tomate!

Así seguía nuestra conversación yendo de un tema a otro tema y ese barco en que habíamos empezado a navegar tomando caldos varios, ahora se encontraba en el tema de la sexualidad. Alegaba Longotoma:

—No hay duda, amigos míos: la sexualidad existe en nosotros los hombres como existe y mueve a los animales. Ella nos guía y nos impulsa a tomar serias determinaciones en nuestra vida que nosotros disfrazamos. ¡No hay más! ¿No lo crees tú, mi Tomasa?

La Tomasa enrojeció ante esta pregunta de Longotoma. Luego murmuró:

—Sí, así ha de ser; si tú lo dices, así ha de ser.

—¡Bravo! —exclamó Longotoma.

Se sirvió dulce de moras y prosiguió con aire de gran conocedor en la materia:

—Ustedes han de pensar cosas algo lejanas a lo que digo; tal vez piensen en los reinos mineral y vegetal. ¿No es así? Pues bien, en estos reinos predomina el cuerpo físico y nada más que el cuerpo físico en las relaciones sexuales.

Jabalí Batuco lo miró extrañado y le argumentó:

—¿En el reino mineral? Primera vez que oigo semejante idea, amigo Desiderio. Yo creo que este reino está completamente fuera de toda relación sexual.

—Entonces, Jabalí —repuso Longotoma—, me permitirán que les cuente una seria pregunta que me hizo, cierta vez, un alemán. Fue un verdadero acertijo pero él me lo puso con una seriedad ¡que había que ver!

—Cuéntala, Desiderio —dije yo.

Longotoma se refociló y luego, echándose para atrás en su silla, nos contó el acertijo del alemán:

—Hay un pajarito, el gorrión, que fornicaba catorce y hasta dieciséis veces en un día y fornicaba todos los días; ¡feliz el gorrión! Hay un animal, un superelefante que no fornicaba más que una sola vez al año; ¡pobre animal! Pero el gorrión fornicaba cada vez en menos de un segundo; ese elefante fornicaba durante un mes seguido. ¿Qué preferirían ustedes ser: un diminuto gorrión o un superelefante...?

—No veo la relación... —musitó Batuco.

—Ni yo tampoco... —agregué yo.

La Tomasa guardó silencio y se levantó pretextando cualquier cosa en el servicio. Longotoma, con una seriedad digna de un gran sabio, nos explicó entonces:

—El reino mineral es un mil veces superelefante; ¡qué!; un millón o billón de veces superelefante; por lo tanto su coito dura una tan infinita cantidad de tiempo que durante él mueren y nacen generaciones y se alcanza a escribir la historia de un larguísimo período. ¡Por eso cambia el reino mineral! ¡Por eso, donde no había ni una piedra, ahora es un pedregal! Y donde había un pedregal, ahora hay pasto o arena. Creo que esos terrenos que rodean a las pirámides de Egipto y a la Esfinge fueron en un tiempo tan fértiles como lo es nuestro valle central hoy en día. ¿De dónde vienen estos cambios? ¡Eh, díganlo, amigos! ¿De dónde...?

Guardamos silencio. Longotoma no podía más de dicha al ver nuestro estupor y nuestra expectativa. Al fin bebió un poco de vino y se sirvió el café y nos dijo:

—La gente sensible que educa su sensibilidad en este sentido, ve inmediatamente o siente, mejor dicho, cuando el reino mineral está haciendo el amor. No deben ustedes creer que lo hacen como nosotros o como los animales, no y no. No hay que pensar que tal parte de la naturaleza es el macho y tal otra parte es la hembra. Es un franco error pensar de este modo pues el amor puede hacerse de muchas maneras diferentes. Y aquí viene lo que iba a decirles a ustedes, viene el objeto de esta disertación que les estoy haciendo. No dudo de que ustedes sean muy sensibles. Llegan a un sitio cualquiera y, súbitamente, se sienten a sus anchas; llegan a otro sitio y se sienten mal encontrándolo

todo feo, horripilante; llegan a otro sitio más y sienten que son presa de los nervios; y en nada de esto ha participado la gente que pueden haber encontrado. ¿No saben ustedes qué es lo que les ha pasado? ¿No saben ustedes de dónde viene esta diferencia en la sensibilidad al ver un aspecto de un sitio que, por el recuerdo, era encantador y ahora es desastroso?

—No, no lo sabemos; ha de ser un estado interno que acaso influye en nuestro estado de ánimo —dijo Jabalí Batuco—. Eso ha de ser, sin duda alguna.

—¡No, quia! Lo interno no ha cambiado y está dispuesto a sentir según lo que se le presente. Lo que ha pasado es otra cosa, es que los ojos de ustedes han percibido algo sin que la mente haya sido consciente de lo que ellos han percibido. ¡Y no hay más!

—Los ojos..., la mente..., percepción... No, mi amigo, no y no. Está usted lucubrando y nada más, lucubrando sobre una idea de su propia imaginación.

—Se equivoca usted, Jabalí! Lo que los ojos han percibido sin que la mente se haya dado cuenta es el momento del largo, del larguísimo momento de este coito y sus consecuencias. Así, por ejemplo, llegan ustedes a..., pongamos a Punta Breñal, donde han pasado tan buenos momentos. Ahora abominan de cuanto ven... ¿Por qué? Porque ese sitio acaba de ser embarazado y está con todos los malestares propios del embarazo. Luego van al bosque, sea de Guayacán o Lemolemo y... ¡qué maravilla! Hasta el canto de un pajarillo cualquiera es como una música deleitosa. ¿Qué sucede en esos bosques? Pues sucede que han llegado ustedes en el momento del espasmo sexual; o han llegado ustedes en el momento en que el hijo de un coito anterior ya ha crecido y está en plena fuerza, en pleno crecimiento. No así como está el otro, el de una calle de esta ciudad: es la vejez, la decrepitud y ya se ansía el reposo; pero al doblar una esquina... ¡la maravilla nuevamente, una maravilla inocente! Es una guaguüita que está dichosa chupándose el dedo... ¡Sí, amigos míos, todo el mundo, toda la naturaleza del mundo fornicación y pasa en una eterna fornicación! ¡Vivimos en una fornicación permanente! ¡Ese es el encanto de la vida, ése es y no otro! Pueden ustedes creerme que cuando voy de paseo sea adonde sea, me entretengo una enormidad sintiendo este grandísimo coito que vuela en torno mío y viendo a los seres de él nacidos, a los recién nacidos, a los que aún son niños, a los adolescentes, a los entrados en edad, a los ancianos, a los decrepitos, a todos, todos. ¡Oh, es un entretenimiento incomparable! No hay otro semejante, a no ser, leer una buena novela policial, esas que son, hoy día, la mejor expresión de la literatura. ¿No lo creen ustedes?

Dijo, entonces, Jabalí Batuco:

—Bien, que la naturaleza entera viva en un perpetuo coito y los escritores policiales escriban cuanto quieran, ello no quita, Desiderio, que ahora bebamos un bajativo.

Longotoma se enderezó y gritó a la ausente Tomasa:

—¡Tomasa, Tomasa! ¡Trae una botellita que queremos tomar un bajativo!

Apareció nuevamente la Tomasa con una botella de coñac; nos puso a los tres unos copones grandes y en ellos nos sirvió un poco de coñac. Longotoma miró abismado la botella:

—¡Cómo —interrogó—. ¿No estaba esa botella allí en ese aparador? ¿O tú, mi Tomasa, te has entregado a la bebida en la cocina?

—No —repuso ella—; no me gusta beber; la botella se ha marchado sola a la cocina, sin duda.

Y sonrió; luego dejó esa botella en el aparador y volvió a retirarse.

—Veo que las cosas caminan aquí en tu casa, Desiderio.

Hizo Longotoma un gesto de sorpresa, me miró y exclamó:

—¡Por cierto, Onofre, caminan! La Tomasa y yo estamos aquí rodeados de objetos vivos. No hay nada muerto aquí en esta casa; todo es viviente. He aquí una de las cosas que me ha enseñado esta buenísima persona de la Tomasa. ¡Oh, cómo compadezco a esos seres que pasan su existencia en medio de cadáveres! Aquí es la vida y la verdadera existencia de todos los objetos.

—Explícate, Desiderio —le insinuamos ambos.

—A ello voy. Antes, después de esa vez en que hice las veces de un gallo y la Tomasa de gallina, allá en Melichaqui, cuando asistimos al teatro a ver las obras representadas por don Fidey de Comiso, *Blenda y Feldespato y Antioquia*, ¿recuerdas, Onofre?, allá me di cuenta que esta buena de Tomasa conversaba permanentemente en alta voz sin que hubiera nadie a su lado. Pues, ¿saben ustedes con quién conversaba?

—Lo ignoramos —fue nuestra respuesta.

—Pues conversaba con los objetos —fue la respuesta de nuestro amigo—. A todos ellos les dirigía la palabra, a veces los regañaba, otras veces los aplaudía, otras veces era una conversación continuada y a media voz. El sujeto que compartía estas charlas era o un florero, o una lámpara, o un cepillo del baño, o una foto cualquiera, o un tenedor, o una cuchara, o mi abrigo, o el de ella, en fin, lo que fuera. Quedé sumamente extrañado y hasta llegué a pensar que, tal vez, habría en ella un extravío mental. La interrogué al respecto y ella me contestó diciéndome que todos, todos los objetos eran vivos y que eran sus mejores amigos. ¿Se dan cuenta, amigos míos, se dan cuenta?

—Por cierto, por cierto, nos damos cuenta; es ésa una idea muy común en los chicos.

—Y nosotros, mis queridos, amigos ya no somos chicos y ni lo éramos el día en que..., en que... ¡Ah, ja, ja! El día en que contrajimos matrimonio, ni más ni menos. Por nuestro matrimonio pido que ahora brindemos. ¡Salud! ¡Salud!

Brindamos todos. Y Longotoma, sin poder detener su labia, siguió perorando:

—¿Cómo no iba a contraer matrimonio con una mujer que daba la vida a cuanto me rodeaba? ¡Oh, es algo impagable esta manera que ella tiene de prodigar una real existencia a lo que llamamos nosotros inanimado! Sin ir más lejos les contaré a ustedes lo que nos ocurrió esta mañana en la sala de baños: yo me afeitaba y la Tomasa se metía a la tina; luego, sumida en el agua hasta el cuello, alargó una mano para coger el jabón de la jabonera. Y empezó el diálogo huraño: el jabón no quería venir y se pegaba a la jabonera con tesón. Entonces ella le gritaba: “¿Vas a venir; sí o no; vas a venir?”. El jabón seguía impertérrito y no se movía. Ella hizo un esfuerzo último y, entonces... ¡Ah, mis buenos amigos! El jabón se desprendió de la jabonera y de sus dedos y fue a rodar por el suelo, bajo la tina. Ella quiso abalanzarse tras él pero yo la detuve. “¡Espera, hija, espera!” —le advertí. Me agaché y, hablándole con mucha suavidad como se le habla a un gato medio esquivo, lo cogí y se lo entregué. El jabón, al oír mi voz suave y dulce, no se movió ni un milímetro, se dejó tomar y hasta puedo asegurarles, sonrió satisfecho. Créanme ustedes, en ese momento bendije una vez más el momento en que un cura nos bendijo en la iglesia después de que un oficial de registro civil garabateó nuestros nombres en un gran cuaderno. Total: ¡todo, todo es vivo en esta casa! Si Dios no nos ha dado hijos, ha poblado nuestro rincón de innumerables seres a quienes queremos y que nos quieren. ¡Vengan ustedes a ver, vengan, vengan!

Longotoma nos llevó a su pequeño salón y nos mostró, clavada en la pared, una especie de rarísima cruz de metal enmohecido.

—¿Qué es eso? —preguntó Jabalí.

Longotoma respondió con una tremenda gravedad:

—Una cruz románica.

Esta llamada cruz románica por él y por ella no era más que una púa de una máquina empastadora que allí había llegado después de los viajes al campo de nuestro amigo. Longotoma estiró su dedo índice hacia ella y nos explicó a media voz:

—La Tomasa fue quien la encontró en el campo; no fui yo. Al encontrarla la recogió y la trajo aquí a casa. La bautizamos con el nombre de “cruz románica” y la clavamos en la pared. Todos los días la saludamos; toda las noches, igualmente. A ella le pedimos consejos, a ella le contamos nuestras cuitas y nuestras alegrías. Desde que le hablamos se ha convertido en una buenísima, en una espléndida compañera nuestra; no hay nada que esta cruz ignore de nuestras vidas.

—En realidad, Desiderio, que parece una cruz rarísima —le dije yo—. Armoniza perfectamente con lo que la rodea.

Longotoma respondió:

—Por cierto.

Y siguió con su labia incontenible:

—Ya habrán ustedes comprendido por qué razón yo soy un hombre dichoso: la Tomasa es mi fiel compañera y todo cuanto hay aquí es nuestra procreación y lo es tan viva como si fueran verdaderos hijos nuestros. Hasta la empleada que nos ha servido es una magnífica mujer, amable, trabajadora, honrada como no hay otra. ¿Qué más se puede desear?

—¡Nada, nada más! —gritamos ambos—.

—Ahora, comprendo tu carácter y que siempre estés de jolgorio —agregué yo—. Te felicito, Desiderio.

Jabalí Batuco nos miraba; al fin habló:

—Hace aquí falta una cosa, una sola cosa: que se presente un cuerpo de baile en uno de nuestros teatros y que en él aparezcan dos buenas bailarinas como fueron en su tiempo Virginia Rapel y Praxedes Bagdad.

Prosiguió nuestra charla hasta después de la medianoche. En un momento entró la Tomasa y después de despedirse de nosotros le dio un beso en la frente a nuestro anfitrión y desapareció.

67

Al día siguiente me encaminé hacia el taller de mi amigo, de mi gran amigo Rubén de Loa. Amanecí con unos deseos locos de ver sus telas, de oír su charla y —para qué negarlo— de escuchar a Macario Viluco en una de sus nuevas observaciones. ¡Ah, esas observaciones que no conocían otras interrupciones que los “inefables” de Mamerto Masatierra!

Llegué a su taller, toqué el timbre... Nadie. Volví a tocarlo. Nadie tampoco. Bajé la escalera demorándome el doble de tiempo que el que había empleado en subirla. Me encontré, pues, solo y sin nada que hacer en la calle de La Tiara. Empecé mi marcha de regreso lentamente pensando a quién podría visitar y con quién poder compartir el almuerzo.

Habría caminado unos cien metros cuando encontré a Viterbo Papudo que iba pre-

siuroso no sé a qué destino; sin embargo lo detuve unos instantes y le conté mi mala suerte con respecto a Rubén.

—Pero... ¡cómo! ¿No los sabías? —me inquirió—. Rubén partió hacia su verdadero taller, el inmenso taller donde se inspira en sus colores y en sus formas. Anda a verlo, Onofre, y, te aseguro, serás recibido como un rey.

Viterbo me explicó:

Rubén de Loa tiene dos talleres, éste aquí en San Agustín de Tango, y otro nada menos que en el fondo del mar. Es en este último donde coge esas armonías submarinas inigualables y esos finos arabescos que parecen nadar sobre los colores; son estos cuadros los que hacen casi reventar al tucán con sus gritos agudos que son gritos de admiración; este taller no ha sido aún frecuentado por Macario; pero creía que Mamerto lo había visitado una vez; Rubén debe estar ahora contento en él pues Lucila Volcán lo acompañaba por primera vez. Y Viterbo no cesaba de repetirme:

—¡Anda, Onofre, anda ahora mismo! No tienes más que dirigirte a Noriol, a un paso de aquí, y ahí, tú verás, encontrarás a quien ha de llevarte hasta ese taller. Como lo encontré yo, sí, yo. No tuve que hacer ninguna diligencia especial. Noriol, aparece mi guía, tomamos un bote y... una hora más tarde nos sumergimos y llegamos al taller acuático del gran Rubén de Loa. Ahora tengo cierta prisa así es que... ¡hasta tu regreso, querido Onofre!

Media hora después estaba en Noriol. Allí vi el ajetreo de un puerto con sus barcos atracados, otros que partían, otros que llegaban, los remolcadores que iban de un lado a otro lado, algunos botes que esperaban a turistas que quisieran dar una vuelta, más lejos unos veleros y... nada más. Miré para todos lados entre ese barullo de gentes. Alcancé a pensar que Viterbo Papudo me había hecho una broma. De pronto se acercó a mí un hombrecito envuelto en un gran gabán, con un sombrero metido hasta las orejas y una bufanda que le cubría el rostro entero. Era agachado; las manos las llevaba sumidas en los bolsillos; sus movimientos eran más bien precipitados. Con una indicación de la cabeza me indicó los botes que se mecían junto al muelle y me dijo:

—¿Quiere usted ir? Sé remar como el mejor. ¡Ea, vamos!

Le respondí:

—Vamos. Ya sabía yo que me encontraría con alguien...

Él avanzó, bajó por una escala hasta un bote que allí había moviéndose, trepó en él y me indicó que hiciera yo lo mismo. Una vez instalados tomó los remos y empezó a bogar con una pericia y una fuerza que me sorprendió. Pasábamos junto a otras embarcaciones, las dejábamos atrás y seguíamos. Miles de gaviotas volaban por todos lados; de pronto pasó un enorme cocolay seguido por un tutucuy; dieron unas cuantas vueltas sobre nosotros y se internaron hacia la tierra. Nuestro bote parecía una lancha a motor, de tal manera iba veloz gracias a los remos de aquel hombre que lo guiaba. De pronto cesó de remar, se quitó el sombrero, se quitó el gabán y abrió su bufanda. Lo miré; no podía ser más que él, sí, él. Abismado pregunté:

—¿Saturnino? ¡Claro, es usted, Saturnino! Pero sus ojos han cambiado, no veo ahora ese ojo mandibular...

Volvió a coger los remos y empezó a bogar lentamente. Me informó entonces:

—Mi ojo mandibular ha desaparecido, mejor dicho, nuestro rey, nuestro soberano, nuestro monarca... —es difícilísimo explicarse en el idioma de ustedes cuando se viene de Saturno—, en fin, él tuvo a bien concederme hacer este cambio en mis ojos puesto que yo

debo venir hasta este planeta; mejor era, sin duda, que no llamara tanto la atención con mi ojo único en la mandíbula. Ahora, como usted puede ver, tengo dos ojos, como los tiene usted y los tienen los demás hombres de aquí, uno de cada lado de la nariz. ¿Les nota usted algo extraño?

Lo fijé con mi vista y luego le dije:

—Tiene usted, Saturnino, ojos de gato.

En realidad, dos finas rayitas eran sus pupilas. Él me alegó:

—Es que ahora hay demasiada luz, por eso me bastan estas rayas para ver. Pero ya pronto, podrá usted cerciorarse de ello, tendré en su lugar dos grandes y redondas pupilas. Mi monarca, el que gobierna nuestros destinos desde el esplendor luminoso de nuestro anillo, así lo determinó y así estoy satisfecho: dos rayitas para los excesos de luz; dos círculos para cuando ha cesado la luz. Y ahora, bajemos, ahora vamos al fondo del mar a ver a su amigo el pintor Rubén de Loa.

Remó otro poco y se detuvo. Ninguna embarcación había cerca de nosotros. A lo lejos se divisaba el puerto de Noriol y por allá, por allá muy lejos, pasaba un barco que se encaminaba hacia el horizonte. Saturnino declaró mostrando las leves olas:

—Estamos.

En efecto se formaba en torno nuestro un pequeño maelstrom que cogió en su remolino a nuestro bote y lo hizo girar lentamente.

Así nos sumergimos. El agua se cerró sobre nosotros, de modo que quedamos en un vacío del tamaño de nuestro bote y este vacío siguió girando y descendiendo por el mar.

—Saturnino —le pregunté— ¿bajaremos a muy hondos fondos?

—Hasta el taller de Rubén de Loa.

—¿Es decir...?

—Ustedes miden por metros; bajaremos, pues, a más de 2.500 metros; a esas profundidades el agua empieza a ponerse verde y nada más que verde. Todo es verde por allí. Por eso su amigo de usted ama esas profundidades; por eso él ha escogido ahí el sitio para tener su verdadero taller.

—Ha de haber también muchos rojos, rojos de todos los matices. Sin ellos..., usted comprenderá, el equilibrio de las tonalidades, de los complementarios...

—No; no hay ningún rojo. Los rojos están allá, en mi anillo, en el que circunda a mi satélite. Debería usted ir a verlos.

—Si usted me lleva, Saturnino, créame que sería un gran, un enorme placer para mí poder llegar a pasearme por ese anillo.

—Se lo preguntaré a mi soberano. Por ahora bajemos y bajemos.

En efecto el bote seguía girando, diría yo, sobre sí mismo y, al mismo tiempo, descendiendo en ese hueco formado en el agua que parecía ser chupado desde abajo.

Por fin llegamos. El bote se detuvo. Nosotros nos apeamos. El techo de agua se cerró y ahí quedamos en medio de una atmósfera verde por la que pasaban de cuando en cuando grandes peces multicolores y por la que se mecían enormes algas. Saturnino susurró:

—Ahí ha de estar. Avancemos.

Por vez primera en mi vida entré en el taller acuático de mi amigo Rubén de Loa. Allí estaba él. Nos saludamos afectuosamente. Quedé encandilado ante ese tono verdoso que todo lo rodeaba y lo envolvía. Al mismo tiempo noté que mis movimientos eran lentos y eran movimientos algo flotantes. Los de Rubén también así es que, medido por el tiempo de nuestros relojes terrestres, tardamos no menos de diez o más minutos en acercarnos y

hacer chocar nuestras manos. Saturnino quedó sentado en un ancho sillón que había en un rincón y, a mi parecer, se durmió a pesar de que yo ignoro si los habitantes de aquel satélite duermen también como nosotros. Rubén exclamó al verme:

—Te esperaba, viejo amigo. Aquí me tienes en mi verdadero, mi enorme y sublime taller. Aquí cojo yo las armonías, aquí me inspiro, anoto y luego puedo realizar algo de lo visto aquí, allá arriba, tú sabes, en la calle de La Tiara. Aquí todo cambia para mí; aquí he dejado de ser ese ser desdichado que tú conociste hace tanto tiempo atrás, ¿recuerdas?, cuando fuiste a visitarme con la que era en esos tiempos, tu mujer, Isabel Tabunco. Aquí los colores me acompañan y me mecen como se mece todo en el fondo del agua, como puedes cerciorarte con dirigir tu vista hacia donde quieras. Ya no pienso en los burgueses que podrían odiar cuanto yo pinto; ya no tengo aquel cuchillo de carnicero para abrirles el vientre. Todo eso ha pasado; aquí toco la verdadera inspiración, la respiro hondamente y luego me voy hacia arriba y allá trato de pintar lo que he sentido aquí en medio de estos peces, de estas algas, de estos lindos mariscos y de esta tierra que ha tomado otros colores y otro movimiento al ser lamida perpetuamente por el flujo y reflujo de estas especies de olas.

Lo interrumpí lleno de dicha:

—Yveo, mi querido Rubén, que ya no te hace falta la labia de Macario Viluco con sus observaciones agudísimas —¿no crees tú?—, y con esos “inefables” que le espeta Mamerto Masatierra. Aquí el deseo de hablar viene solo a ti. ¡Bravo, muy bien! Habla, habla entonces cuanto venga a tu cabeza.

Rubén de Loa se volvió y gritó a toda voz:

—¡Lucila! ¡¡Lucila!! ¡¡Ven que tenemos un buen amigo aquí con nosotros!!

Apareció de inmediato Lucila Volcán. Se acercó sonriente a mí y yo me acerqué a ella, es decir, nos acercamos nadando o dejando a esa corriente de agua invisible que nos acercara. Me dijo, no sin cierta timidez:

—Aquí no puedo ofrecer a usted nada que beber pero podría comer alguna cosa cualquiera, de esto, por ejemplo.

Y Lucila me alargó una especie de marisco gelatinoso.

—Pruébelo, pruébelo, es delicioso.

En efecto era muy agradable. Lucila puso una bandeja llena de este extraño comestible y, mientras estuve allí de visita, fuimos comiendo y comiendo más y más de...

—¿Cómo se llama, Lucila, este... marisco, diré?

—¡Oh! —exclamó ella—, pues no lo sé. Aquí no tenemos amigos que conozcan estas profundidades así es que no tenemos a quién preguntárselo. Nosotros lo llamamos *parmelia fonduco*. Fijese usted bien y verá que en sus formas tiene mucho de ese líquen.

—Es verdad —le respondí—; por lo que recuerdo es sumamente parecido a...

Pero Rubén de Loa estaba junto a nosotros y me decía en tono severo:

—Tú, Onofre, traes a estas profundidades un no sé qué de allá de la superficie. Desde luego, tu manera de expresarte y ese afán de perder el tiempo hablando necedades que, en pocos segundos más, vas a olvidar para siempre. ¿Qué te importa cómo llamemos nosotros a eso que comes? ¡No, mi amigo, déjame volver a aclimatarme como es debido con este taller! ¡No pienses en el tiempo! Hablemos en voz baja y calmadamente. Así estaremos de acuerdo con cuanto nos rodea y podremos seguir el rato que se nos antoje.

Callé de inmediato. Rubén cogió una *parmelia fonduco* y la engulló. Lucila se alejó lentamente moviendo sus brazos y piernas como si nadara, se alejó sin tocar el suelo. Yo,

con una lentitud, que a mí mismo me asombró, me eché sobre un sillón, cerca de Saturnino que parecía seguir durmiendo. Entonces, con una flema que no acostumbro, me dirigí a Rubén y le dije:

—Tal vez es verdad lo que insinúas. Siento que vuela en torno mío esa precipitación que nos es propia allá en la superficie. En vano voy a profundidades mucho mayores que éstas; en vano voy al fondo de la Tierra y oigo la voz de Colomba... Es inútil, Rubén. Apenas me siento tomado por el torbellino de la ciudad, ¡qué! del mundo de la superficie, siento la necesidad de hablar y hablar y seguir hablando. Pues has de saber tú, mi buen amigo, que yo tengo fama de ser un hombre sumamente callado.

Rubén, entonces, me ordenó:

—¡Alto y silencio! Ya hablaremos mecidos por estas aguas; ya comeremos; ya disertaremos; ya se harán las cosas como es debido que ellas sean hechas.

Hubo un rato de completa inmovilidad. Se oyó un susurro lejano o tal vez cercano. Las aguas trajeron una tela de Rubén y la depositaron junto a nosotros.

Quedé arrobado en su contemplación. La tela que él me mostraba era verde; todo en ella se armonizaba en verde, desde el verde oscuro que rayaba en azul ultramar hasta el verde claro que deslindaba en el más puro de los amarillos. Murmuré:

—Es algo admirable. Comprendo de dónde nace tu inspiración.

—Todo bajo el agua es admirable. Ahora debo subir estas telas hasta la superficie, hasta mi taller de la calle Tiara, debo subirlas con sumo cuidado pues un verde cualquiera de esos que ves tú ahí, como también de estas otras telas (Rubén sacó nuevas y más nuevas telas que dispuso en orden a lo largo del suelo) puede, de pronto añorar estas profundidades, desprenderse y nadar hasta aquí. Te lo digo: ¡mucho cuidado!

Pensé un momento y le dije:

—Es verdad que tú hablas con la lentitud que es lo propio de estas honduras. Perdóname mi precipitación, te lo pido. Ahora has de ver cómo yo también hablaré lentamente para que bien se me comprenda.

Pasó un largo, un larguísimo minuto, y oí entonces un:

—De acuerdo.

Rubén manifestó:

—Quiero hablar. Allá me ponían en ebullición parlante las ocurrencias de Macario Viluco; aquí me bastan las aletas de esos peces que pasan por allí. Me bastan el balanceo de esas plantas acuáticas. Me basta la existencia de este mundo ajeno al de allá arriba. Porque fijate, Onofre: aquí ves tantos y tantos peces como allá casi a flor de agua. Y estamos cerca de 3.000 metros de hondura. Son otros peces los que frecuentan estos mundos profundos; son peces que jamás han conocido la luz que pesa allá, a poca profundidad, la luz que se come a los verdes y que se pega con mayor cariño a los rojos... ¡Sí, a esos rojos cuya verdadera patria es el anillo de Saturno! ¿No es verdad, Saturnino?

Saturnino se enderezó y refunfuñó:

—Es verdad. Aquí en esta Tierra ustedes no conocen los grandes resplandores que producen los rojos. Ahora, déjenme en paz.

—¿Desea usted dormir? —le interrogué yo.

—En Saturno no se duerme. Pero quiero ir a mi planeta, quiero seguir en él, quiero estar en presencia de mi soberano y con él comunicarme. Así es que... con el permiso de ustedes.

—¡Un momento, Saturnino! —exclamé yo— Dígame antes de irse a su planeta; ¿puede usted alejarse a tan enorme distancia sin moverse de aquí, es decir, dejando su cuerpo aquí en nuestra, espero, muy grata compañía?

Me miró con sus ojos de gato que ahora, sea dicho de paso, mostraban dos grandes y redondas pupilas:

—Olvida usted que yo no soy terreno —me replicó—. Por lo tanto no he menester de andar siempre arrastrando esa cantidad de carne que a ustedes les acompaña y de la cual no les es posible deshacerse. Yo me visto con carne sólo para venir a esta Tierra. Y no hay más. Ahora quiero la paz.

—Sí, la tiene usted, Saturnino. Todos queremos una buena paz. Y vino esa paz. ¿Podré llamarla “paz acuática”? Porque es el caso que nuestras voces, sobre todo la de Rubén, tomaron un ritmo lento, lentísimo, y entre cada frase que pronunciaba, sentíamos el pausado paso del tiempo.

Explicaba Rubén:

—¡Venga, como si se tratara de una estrella lejanísima, venga cualquier recuerdo! ¡Entra! Tu presencia nos llena. ¡Entra, gran compositor!

Tú ya comprenderás que hablo de Stramuros; tú conoces su música seria y penetrante. Pero, estoy cierto, de que no conoces al que podría llamar su sombra, al semimúsico y semipintor que es Joel Huanuco.

¿No lo conocías? Comprendo y haces bien; no vale la pena ser molestado por una sombra más. Stramuros es un enorme pértigo que se levanta hacia el cielo; Joel Huanuco es la sombra que da ese pértigo. Stramuros es el hábil y el conocedor; Huanuco es su eco tonto. Stramuros es el que amalgama cretinismo y que luego, riendo, lo escupe lejos de sí; Huanuco es el que corre veloz hacia esos escupos, los coge y los realiza.

Así, cierto día, Stramuros nos llevó, a mí y a otros, a comer a un buen restarurante francés que hay en San Agustín de Tango. Era, en realidad, un muy buen restaurante. Cuatro o cinco días más tarde, Joel Huanuco me invitó a comer a un restaurante verdaderamente excelso, una maravilla, donde se servían los mejores platos franceses, es decir *la vraie cuisine soignée*. Tú has de saber que Huanuco entiende tanto en comidas y guisos como yo entiendo de chino, es decir, ¡nada! Pero él hacía lo que hacía aquella lumbrera que es Stramuros. Y siguió invitando a personas y más personas a deleitarse en ese pequeño restaurante; siguió gastando sus pesos en comidas y más comidas.

Poco después encontré al compositor y le hablé de ese restaurante, lo invité a que viniera conmigo y juntos fuéramos a cenar a él. Pues bien, mi querido Onofre, ¡Stramuros lo había olvidado!

Pero Joel Huanuco está satisfecho pues come e invita al mismo restaurante que el célebre Stramuros. Y con este hecho insignificante, él cree tomar para sí todas las ráfagas de genio que adornan al gran compositor.

Esta es una de las ventajas que tiene este taller acuático: me libra de ver gente inoportuna, gente que llega hasta mí a hablarme de las artes en general... pero en el fondo vienen a discutirme sobre mi pintura, a rebatirme las intenciones que yo pueda tener.

¿Por qué me discuten? ¿Para qué me discuten? Ellos tienen otras ocupaciones; son otros sus quehaceres; pero saben mi dirección y es de buen tono charlar con un artista.

Deberías ir, Onofre, al parque del Convento de los Jerónimos. En un rincón verías los restos del Templo del Juicio Pictórico, Escultórico y Afines, o, como se le llama comúnmente, del TPEA.

Te explicaré lo que aquello fue:

Los frailes del Convento quisieron hacer un verdadero templo a las artes —según ellos—, a las artes puras y elevadas. Hicieron, pues, este templo bajo la dirección de arquitectos que ni yo mismo sé de dónde los desenterraron. Sólo sé que ese Joel Huanuco tomaba parte activa en su elaboración. Todo sucedía dentro de los muros de ese TJEPA; los conciliábulos que allí se tenían, ni siquiera llegaban al Convento mismo.

Pero hete ahí que una mañana lluviosa de invierno llegó a mi taller de la calle de la Tiara nada menos que el reverendo Fray Benito del Crucifijo, ese fraile dulce y siempre amistoso. Venía del Cementerio Apostólico en donde había pasado la noche orando ante la tumba de Santa Prisca, la santa de la localidad de San Agustín de Tango, muerta por allá por los años de 1808. Al pasar cerca de mi taller se acordó de mí y quiso desearme un buen amanecer. Cosa muy justa pues siempre nos habíamos estimado grandemente Fray Benito y yo.

Charlamos con mansedumbre hasta que Fray Benito vio, al fondo del taller, semiescondido por una cortina, un florero, un lindo florero que allí yo tenía. Luego vio que de este florero se alzaba una azucena. Al verla, Fray Benito cayó de hinojos y, al caer, entró y se sumió en el más perfecto de los éxtasis.

Al verle en ese estado me alarmé un tanto; luego me alarmé más y más. ¿Qué podía hacer? De pronto una idea me asaltó. Hela aquí: pasar ante sus ojos fijos y vidriosos, una tras otra de cuantas telas más encontré. Al cabo de una media hora volvió el santo a la razón y a la vida. Charlamos otro poco, se despidió y se marchó a pasos lentos.

Después del almuerzo, estando aún en el refectorio, Fray Benito volvió a caer en éxtasis y, cayendo, pidió que se le llevara al TJEPA. Así se hizo. Allí, de hinojos y con los brazos en cruz, habló. Naturalmente que habló muy poco de su visita a la tumba de Santa Prisca pero, en cambio, se detuvo largamente en la visita matinal que acababa de hacerme. Aquí, este buen fraile, se lanzó con una vehemencia sin nombre en contra de mi pintura, pues aseguró a cuantos lo oían que mi obra pictórica era del satanismo más acendrado. Ella era la más perfecta, es decir, la peor expresión del conjunto de cuantos artificios el hombre hubiese podido inventar. De aquí venía su éxito entre los profanos, entre la gente mundana y los fariseos. Era ya la sublevación del hombre en contra de Dios, un grito del hombre zafado de lo Alto para, en su soberbia, hacerse amo de la creación.

Tú comprenderás, Onofre, qué terrible tumulto esto armó entre los demás frailes. Dicen que algunos se agarraban la cabeza a dos manos, que otros chillaban como aves enloquecidas, que otros se postraban de rodillas, que otros corrían de un lado a otro buscando qué sé yo qué. Este espantoso tumulto se hizo general en el Convento y para qué decir en el TJEPA.

El tonante Contraprior creyó de su deber tomar cartas en este asunto. Reunió a los demás frailes y a los fieles y, desde el púlpito de la iglesia, bramó con voz estentórea:

—Si aquí en este Templo tenemos la verdad, ¿hasta cuándo, aquí en este Templo, mantenerla egoístamente encerrada y no salir a las calles a lanzarla a diestra y siniestra? Decidme, hermanos e hijos míos: ¿hasta cuándo?

Así fue como el Contraprior amotinó a las gentes y a los frailes. Salieron todos vociferando por las calles. Llevaban antorchas pues era ya de noche; llevaban, además, sendos cuchillos para destruir mis telas. El Contraprior iba a la cabeza con un aire feroz. Fray Benito miraba a estos energúmenos que se alejaban por las calzadas en un tropel desafiado; fray Benito no quiso salir e ir a acompañarlos; no comprendía nada de cuanto sus

ojos veían, el éxtasis había pasado y él volvía a ser el fraile dulce y calmado de siempre. No así fray Canela del Calvario y no así fray Palomo de la Ojiva. El primero desplegaba toda su astucia para animar a aquellos que marchaban; el segundo, era la furia misma, era un más que Satán indómito. Así avanzaba hacia mi taller; así hacían temblar el pavimento de la calle de la Tiara y de sus alrededores...

Pero estaba conmigo, en una de sus muy raras visitas que me hizo durante su vida, estaba... el defensor de esas telas que los energúmenos se proponían hacer mil pedazos; estaba el grande, el inmenso hombre que fue Baldomero Lonquimay.

No creas que exagero al llamarlo "grande, inmenso". No. Pues él solo, ¿me oyes?, solo detuvo a aquella masa furiosa. Avanzó hacia ella, alzó su mano, envolvióse y desenvolvióse mil veces en su capa española, sumióse bien el chambergo y exclamó:

-¡Alto, indómita tropa de gasnápiros, simulación y gatatumba de los triturbios que os arreebatan!! ¡Alto!! ¡Hacéis en estos momentos de ganapanes, el peor enjuague de los gatuperios posibles e imaginables! ¡Sois unos gandules despavoridos! ¡Despiffarráis el don de la sabia cortesía que Dios pide para las bellas artes! Os repito: ¡Alto! ¡Atrás!

Onofre, fue el milagro.

El Contraprior titubeó; el Contraprior, segundos después, se plegaba a la voz retumbante de Baldomero Lonquimay. Como se dice vulgarmente, "se daba vueltas la chaqueta" y fingía un medio éxtasis porque una llama de lo Alto había caído sobre él. Comprendía y amaba las artes ahora; me comprendía y amaba a mí. Avanzó con suma lentitud perforando el silencio que se había producido; luego alargó una mano hacia el gran Baldomero y se la apretó lleno de emoción. Bastó un gesto de él para que todos, sin ni siquiera dar el más leve signo de desobediencia, dieran media vuelta y se marcharan hacia el Convento.

Así se salvaron mis telas de la furia de la turba enloquecida.

Claro está, me fijé en la actitud de fray Canela del Calvario: al comienzo era uno de los más vehementes y más rabiosos, uno de los que incitaba mayormente al ataque y a la descuartización de todas mis telas; luego, al ver la actitud de Baldomero Lonquimay, fue el rápido olisquear; por fin, fue la conciliación, fue la aprobación desmedida a la actitud del Contraprior y las voces de Lonquimay.

Aquella misma noche, un par de horas después, cuando ya todo había entrado en orden, el ΤΙΡΕΑ fue apedreado por desconocidos. Hoy podrás ver sus claraboyas y ventanales sin vidrios, podrás ver la marca de las piedras en sus pilares.

A veces, Onofre, veo que estoy al borde de descubrir otro modo de ver, que estoy al borde del precipicio. No puedo explicarme de otra manera esta sensación: "al borde del precipicio".

¿Tendré el valor de ir y de lanzarme en él? Pues si me detengo, es la locura; si me precipito es la soledad.

No en vano existió aquella marcha desde el Convento hasta mi taller. Algo ella me hizo pensar, algo dejó dentro de mí.

Veo, a menudo, que es en mi paleta donde se forman los más hermosos cuadros. He querido copiarlos varias veces pero, al hacerlo, no resultan con la diafanidad y pureza que tienen cuando no los he hecho yo.

¿Quién los ha hecho, entonces? Sí, he sido yo, nada más que yo.

Oigo a la gente, oigo al Convento entero que va a clamar por la locura y que voy a ser considerado despectivamente...

Nos falta el valor de poder trabajar únicamente para que de nosotros salga lo que sé, sé que sólo pide salir. Cuando trato de hacerlo siento a las academias todas del mundo entero que me miran y se guiñan un ojo, luego que levantan los hombros y se van sin ni siquiera criticarme.

Tú comprenderás, mi querido Onofre, que aquí en el fondo del mar, en este bendito taller rodeado de peces que jamás han visto la superficie de las aguas, de algas y líquenes desconocidos allá arriba, aquí estas dudas no me asaltan y reina otro ritmo de vida. Por eso puedo trabajar aquí y puedo, cuando voy a mi otro taller allá arriba, vivir en paz y sin preocupaciones.

Por lo demás te lo he dicho ya muchas veces; te lo repetiré una vez más pues ha de ser igual para un artista cualquiera, sea cual sea el arte a que se dedique, sean las artes plásticas, las letras, el teatro o lo que sea:

EL ARTE NO ES HACER; EL ARTE ES BUSCAR.

—Nos vamos, Saturnino. Dejemos a mi amigo Rubén de Loa laborar tranquilo en compañía de Lucila Volcán; dejémoslo sumido en esta naturaleza que en nada se asemeja a la que hay allá arriba; dejémoslo rodeado de estos peces y algas diferentes a lo que teníamos costumbre de ver allá. ¡Ea! Nos vamos, Saturnino.

Saturnino se levantó y cogió el bote que nos había traído. A su lado se abrió de inmediato una cúpula de aire dentro de la cual nos engolfamos.

—¡Adiós, Rubén! —exclamé.

—¡Adiós! —me respondió.

—Mis respetos a Lucila —agregué.

—Gracias; se los presentaré.

Saturnino y yo nos alejamos en nuestro bote que fue chupado por una corriente que se elevaba. Giramos miles de veces. Mientras girábamos le pregunté:

—¿No se ha interesado usted en nuestra conversación ni se ha interesado usted con la pintura de mi amigo?

Me respondió:

—En Saturno no se conversa ni se habla de pintura. Las artes allá son permanentes y no necesitamos, como ustedes aquí en la Tierra, transportar pedazos de nuestra mente para que duren más que nosotros. En Saturno todo está.

—Entonces ha de ser algo monótono, digo yo...

—En Saturno tenemos otra concepción del tiempo que no existe. Vivimos fuera de él. Pero hemos llegado a la superficie. Ahora pásame usted los remos y... ¡a Noriol!

Allá llegamos. Saturnino se me escabulló entre la gente y los marineros que ahí había. Yo emprendí marcha de regreso hacia San Agustín de Tango.

68

A la mañana siguiente me despertó la Zoraida al traerme el desayuno. Lo dejó a mi lado y corrió las cortinas dejando que la luz inundara mi habitación. Luego me comunicó:

—Don Lorenzo Angol volvió anoche de su fondo. Lo ví unos instantes y me dijo que deseaba hablar con usted.

-Muy bien, Zoraida; apenas me vista iré a verlo.

¡En fin, menos mal que Lorenzo está aquí! Ya podremos charlar largo rato y así dejaré por unos momentos de pensar en el fondo de la Tierra donde te hallas tú, mi Colomba adorada e intocable.

Una hora más tarde estaba en el apartamento de mi amigo. Él ya se había levantado y escribía en su escritorio. Los saludos de costumbre y la alegría de volver a encontrarse: le contaría mi comida con Desiderio Longotoma y con Jabalí Batuco; le contaría la nueva idea de que la naturaleza, como nosotros, fornicaba con enormes coitos casi interminables; le contaría la cantidad de hijitos e hijitas que ellos tienen, Desiderio y la Tomasa, con todos los objetos que los rodean. Luego le hablaría de mi viaje al taller acuático de Rubén de Loa y de la grande, la inefable sorpresa que allí tuve al ver, no sólo sus telas, sino el ambiente que lo envolvía; los enormes peces nunca vistos cerca de la superficie de las aguas, las algas, grandes como árboles aquí arriba, los líquenes adormecidos y que saboreamos debidamente, le contaría los recuerdos de Rubén y, a propósito de ellos, le hablaría de ese Joel Huanuco que, sin entender nada, ama y se deleita con *la vraie cuisine soignée*. No nos faltaría el tema. Me bajé de mi cama feliz y, hora y media más tarde, bajaba al departamento de mi amigo.

Con todos estos proyectos dentro de mí le estreché la mano: hablar, hablar y hablar. Pero sólo alcancé a contarle el cambio de ojos de Saturnino: ya había desaparecido aquel ojo mandibular y ahora tenía dos ojos de gato, rayados a la luz del día y con pupilas redondas a la luz de la noche. Lorenzo estaba preocupado, algo rondaba junto a él que parecía sumirlo en una honda preocupación.

Le pregunté de inmediato:

-¿Estás preocupado; hay algo que no marche debidamente?

Me respondió:

-La naturaleza.

-¿Qué pasa con la naturaleza?

-Te lo contaré pero antes déjame despabilarme un poco. Nuestra mirada a la naturaleza es siempre frívola; no la penetramos como ello es debido. Tal vez sea mejor pues de este modo no caemos en meditaciones -¡no!-, diré mejor, en constataciones muy tristes a su respecto, en comprobaciones que nos hacen daño.

-¿Y cuáles son ellas?

Lorenzo se puso de pie y empezó a marchar a grandes zancadas; a veces volvía a sentarse; sonrió cuando Benilde Panilonco vino hasta nosotros a servirnos el aperitivo. Pero al fin me dijo en qué consistían esas preocupaciones que la naturaleza le daba.

LORENZO

Tú sabes, Onofre, que he pasado unos días en mi fundo, en La Cantera; he regresado ayer por la noche.

Tú comprenderás con cuánta felicidad volví al fundo, con cuánta dicha volví a entrar en mi biblioteca y contemplé aquel guaco que siempre allí está. Créeme, era el único consuelo que encontraba al haber abandonado las profundidades de la Tierra. En un momento creí que había llegado el momento de desconcentrarme de este mundo y poder libertarme y ver otra cosa. Miré todo con ojos agradecidos: las casas, esa habitación que tú bien conoces donde trabajo y donde inmóvil está ese guaco, mi dormitorio, los corredores, el jardín, los campesinos que iban y venían, los potreros, los cerros, los animales, en fin, Onofre, todo me era como un inmenso abrazo que la naturaleza me daba.

De pronto todo ello cambió. Fue algo instantáneo; yo me detuve. Algo me había detenido, una idea o una sensación o una comprensión que había caído como un rayo. Luego seguí mi marcha. Vi que nada adverso había en la realidad; todo era como antes; era igual a momentos antes así es que no podía culpar a nada ni a nadie de este cambio que se había operado en mí. Tú lo sabes, con Benilde nos queremos; jamás hay un roce entre nosotros; me deja plena libertad para ir a sumergirme al fondo de la Tierra. Todo, te lo repito, marchaba bien como para levantar el ánimo a cualquiera. Pero yo me sentía extraño, ajeno a cuanto me rodeaba y hasta tenía miedo de mirar a mi alrededor.

Yo

¿Llegaste a saber lo que te ocurría o fue un simple estado de ánimo misterioso, de esos estados que muy a menudo nos atacan?

LORENZO

No; no había aquí nada de misterioso; simplemente yo había visto un punto más allá de lo que habitualmente vemos.

Yo

Y ello ¿qué es?

LORENZO

La indiferencia espantosa, sublevante, atroz, que la naturaleza siente por uno. Vi con claridad que son dos vidas aparte que jamás se han tocado y que jamás lograrán tocarse; dos vidas que llevan finalidades diferentes y, de seguro, origen diferente. Todo cuanto me rodeaba se apartó de mí, se alejó y lo hizo sin ejecutar el menor movimiento: los árboles, los cercos, la cordillera, las flores y yerbas, el cielo azul... Todo seguía igual, ni un vientecillo soplaba. Pero algo me advertía que nada, ¿me oyes?, nada teníamos de común nosotros y ese suelo que pisamos y por el cual marchamos indiferentes.

Yo

Me has evocado un recuerdo, Lorenzo: don Irineo Pidinco y su sentimiento de que era él, como somos todos, unos simples ¡intrusos!

LORENZO

Es lo que yo también pensé al mirar esos enormes árboles que me sombreaban: don Irineo Pidinco. Por él, por don Irineo, me fui a otros pensamientos, me fui al fondo de esta Tierra y recordé, como pocas veces, a mi Lumba Corintia. En esa sensación que acababa de tener, de la indiferencia total, absoluta que siente la naturaleza por nosotros los intrusos, me pasé, poco a poco, a pensar en otras cosas, mejor dicho, me entregué, me dejé entregar, a que mi mente pensara a su antojo y yo me contenté con ser el simple espectador de esa marcha de ella.

Yo

Dime, por favor, hasta dónde te llevó esa marcha, dime qué observaste, qué nuevas comprensiones tuviste.

LORENZO

Onofre, es indudable que hay que bajar, hay que bajar mucho, para encontrar; hay que ir al fondo de la Tierra o al fondo del mar, como lo ha hecho Rubén de Loa. No creas que haya necesidad de medir por metros la profundidad a que se baja. No; es el hecho de bajar; mejor dicho, el hecho de desconcentrarse de uno mismo. Tú bajas a menudo; yo, también bajo apenas puedo; Rubén baja y vive más en esos fondos que aquí en la superficie. Sí, hay que bajar y, puedo asegurártelo, hay que bajar porque aquí arriba no

podemos hacer nada. Lo he visto allá en La Cantera; el paisaje que había ante mí me lo dijo con acento marcado como quien lanza un *sine qua non*. Y tiene que ser así pues es la manera que tenemos de desconectarnos de este barullo que hay en el mundo. ¡Ah! Este barullo que nadie produce voluntariamente y que, con el conjunto de todos, se forma y se arremolina sobre nosotros.

Yo

¿Por qué vienes a la superficie, entonces? Hay algo que no comprendo en ti: puedes sumergirte e ir a ver a Rubén, puedes bajar a ver a Lumba Corintia, nadie te lo impide, por el contrario, Benilde quiere que tú vayas hacia esos fondos. Ahora la naturaleza te ha mostrado claramente que son otros sus objetivos, otra su finalidad. Y tú, Lorenzo, estás aquí, en tu escritorio y parece que hubieras abandonado las ideas de ir hacia esos fondos del mar o de la Tierra. ¿Por qué?

LORENZO

Tal vez vas a dudar. Pero es el caso de que yo algo tengo que hacer aquí en la superficie. De aquí también me llaman, de aquí surge una voz que no me permite pasar demasiado tiempo sin atender a mis..., a mis... En fin, no sé cómo explicarme, pero es esa voz, ¿oyes?, esa voz la que requiere mi presencia.

Lorenzo, de pie, me mostraba el gran retrato que tiene tras de sí en su mesa de trabajo, una foto de la que fue su hermana y que murió, Jateña. Ante su vista callé. Ambos callamos. Hice un signo de comprensión.

Aquí se me confunde el orden de nuestra larga conversación con Lorenzo. El tiempo se enreda en sí mismo y lo que fue antes, de pronto lo veo sucediendo después. Anotaré, pues, como las cosas se presenten a mi memoria y seguiré la lógica de ella más bien que la lógica de ese tiempo que, no lo dudo, pasaba por su lado sin parar mientes en lo que dos hombres —sea en el gabinete, sea en el comedor, sea donde fuere— trataban de aclarar en sus mentes.

El orden cronológico no será, pues, el que allá se originó; pero bien pudo haber sido el que ahora voy a escribir. En total, Lorenzo habló así:

—Mantengo una lucha interior día a día, hora a hora, por encontrarme a mí mismo, por saber a punto fijo qué deseo, qué soy. A veces me parece saberlo. Luego comprendo que no es justamente eso. Sobre todo en las letras estoy en una duda total. Imagino una obra. Por un instante me llena de gusto; mas pronto empiezo a notar una serie de vacíos en ella que la hacen mentirosa ante mí mismo. ¡Oh, sin duda, es otra cosa lo que hay que buscar, otra concepción la que hay que tener!

Otra... Pero ¿cuál? A veces la diviso, la vislumbro por un segundo. Pero ella se va, se deshace. Me siento arrastrado, como obsesionado por las fuerzas de mil corrientes diferentes. Ya es una la que me apasiona, ya es otra, ya otra más, pero ninguna es la que justamente responde a mis anhelos. Hay que buscar, seguir buscando y buscándose. Como me acabas tú de decir, Rubén de Loa tiene razón al haber dicho: "El arte (y yo agrego las letras) no es hacer; es buscar".

Tal es el primer combate que hay que librar; vendrá luego el segundo: cómo interpretarse uno mismo.

Una cosa que me mata, que me hace perder casi todas mis energías, es la extrema sensibilidad que tengo para apoderarme de las opiniones de los demás y sufrir su influencia.

Tengo, por ejemplo, una convicción fuerte y sincera; me parece que ya voy a encontrarme; alguien emite una opinión contraria a mi convicción y, en vez de exaltarla más, la deshace; pues, sin querer, me digo:

“Puede ser que tenga razón. Nada es absoluto. De serlo algo, ¿iría a ser lo mío...?”

Este raciocinio basta para sacarme del punto de vista desde el cual mi idea aparecía justa y me veo obligado a apreciarla desde el punto de vista que ha sugerido una idea contraria a la mía. Entonces dejo de sentir mi idea aunque siga comprendiéndola y siga sabiéndola. Pero ya, Onofre, pero ya... ¿qué se puede? He dejado de sentirme yo para sentir a los otros...

En medio de esas luchas y de esas dudas, en medio de ese vacío que deja en uno el sentirse llamado por cien ideas opuestas sin poderse afirmar, tengo, de tarde en tarde, momentos de una dichosa tranquilidad. Es como si mi espíritu, alejado de uno mismo para ser turbado y aporreado por otros espíritus, se librara de ese caos infernal, volviera a sí todo íntegro y puro y nos murmurara quedamente:

—Aquí estoy...

Entonces uno siente a todo el universo, a la naturaleza entera vivir en uno, modelarse según uno; en otras palabras, no aparecer por sí sola sino aparecer dentro de uno mismo y crear, entonces, una unión justa y equilibrada entre ella y nuestro ser. En esos momentos tengo que clamar:

—¡Soy yo el que estoy en la razón; son los otros los que están equivocados! ¡Los otros ven parte de un todo! ¡Yo veo el todo!

Mas... ¿cuántos piensan lo mismo? ¿No vemos a todo el mundo creerse en la razón? ¿Qué me cerciora de lo que afirmo en vez de hacerme pensar que soy un presuntuoso?

No lo sé a punto fijo. Acaso es una sensación de completa y perfecta armonía de cuanto existe pues no hay ni una nota discordante, ni hay un misterio ni una lucha. No hay un error en nada ni en nadie. Todo es verdad. Todo toma el lugar que le corresponde. Todo se valoriza. Concluyen las dudas. Las tinieblas se iluminan pues la comprensión de todo les ha dado luz. Nace la armonía. ¡Parece que el alma, la naturaleza, el universo entero, la amaran, la veneraran!

¡Armonía!

Pero he ahí que se ha ido. Ahora toda lucha, todo deja su lugar para arrebatarse el del lado. La verdad se divide en dos y una de sus partes se llama “mentira”. Aparecen los que tienen razón y los que no la tienen, antes perfectamente unidos por una razón superior. Todo lucha. El espíritu de uno se va, de la paz en que estaba, a correr, a volar, azotado por mil fuerzas contradictorias.

Es en estos momentos de postración cuando me vuelvo y miro ese retrato de Jateña. Créeme, Onofre, que de sus ojos cae hasta mí un bálsamo de dulzura. Oigo su voz que me anima, que me da toda clase de alientos. Entonces bajo los ojos, creo que sonrío, y sin querer, bendigo el hecho de haber nacido.

Aparece, entonces, Anam.

No olvides, mi querido Onofre, que la primera sílaba de su nombre, es decir: “An” es también la primera sílaba de: “Angel”; no olvides que la segunda sílaba: “am”, es la primera de “amigo”; no olvides que ambas forman el nombre de un *ángel-amigo*.

Ahora comprenderás lo que significa para mí contemplar esa foto de Jateña. Ahora comprenderás que ella, desde muy alto, desde más alto que lo más profundo de la Tierra,

desde ese mundo de ángeles donde vive, recibe mis momentos de derrota ante la división de la verdad y los purifica, los vuelve a hacer momentos de armonía perfecta.

Así vivo, entre altas y bajas. Así ha de ser, no lo dudo, mi destino. No debo estar preparado aún para poder mantenerme en los momentos dichosos en que todo es armonía a mi alrededor. Pues muy pronto caigo, me hundo y el retrato de Jateña me hace el efecto de haberse borrado.

¡No, es inútil bajar a las profundidades de la Tierra! Es preferible quedar aquí en la superficie. Ya lo intenté una vez, cuando fui a nuestra mejor vía de descenso, la más sencilla, la más fácil; tú lo sabes, en la isla del Olor de Santidad. Pasé largo tiempo y... ¡nada! Tuve luego que regresar a este departamento y ponerme a esperar un momento más propicio que, por lo demás, no tardó mucho en presentarse.

¿Qué hice aquella vez ya estando aquí? Lo verás: El retrato de Jateña, ¡nada! Mis libros, mis papeles... igualmente, ¡nada! Quise llamar a Benilde y consolarme con sus caricias... Había salido, mejor dicho, se había ausentado por varios días. Quise escribir. Mi mente estaba ausente, como Benilde, y el lápiz se negaba a trazar palabra alguna. ¿Qué hacer?

Pues hice lo que ya acostumbro hacer en estos casos de desesperanza: sumirme en el silencio, en la quietud, y ponerme a atisbar hacia dónde va mi cabeza, qué nuevos dominios, por mí ignorados, va a tratar de recorrer.

Tampoco me dio resultado alguno; pues mi mente se marchó hacia algo que siempre visita en esos momentos. Te lo explicaré:

¡Las guerras! ¡Los espantosos momentos, años, de las últimas guerras mundiales!

Porque estas guerras están siempre presentes en mí. Esta súbita carnicería que, de pronto, se levanta, aparece y domina a todos los hombres y los lanza a los unos contra los otros... Esto me sigue y me persigue a tal extremo que no puedo ver a un muchacho cualquiera, un muchacho distraído o alegre o riendo o bien estudiando o pesaroso, como sea, no puedo verlo, te digo, Onofre, ni siquiera puedo imaginarlo, sin que la guerra con toda su bestialidad se presente ante mis ojos.

Es algo horrible estos cuadros que vienen a mis ojos; es algo deprimente; es algo que me deja horas y horas, y hasta días, sin poder hacer ningún acto de avance, de fe, de optimismo.

A menudo un acto se impone para que nos confirmemos a nosotros mismos; por ejemplo, una obra o una simple expresión real. Quien no aborta a su debido tiempo deja incubar dentro de sí demasiado tiempo, el fruto de sí mismo; el fruto se descompone, adquiere formas monstruosas al tratar de ver la luz del día. En verdad y por eso viene al mundo, a veces, un verdadero monstruo que siembra el horror por donde pasa.

Esto sucede a los cobardes, a los que temen los dolores del parto. Entonces, al sentir un hombre dentro de sí la voz de su fruto que quiere salir, lo acalla engañándolo con promesas.

—¡Aguarda! —le dice—. Todo será compensado; si el tiempo parece postergarse, en cambio el sitio desde donde verás al mundo será mayor y mayor serás tú mismo.

Pero la verdad no suelta a su presa; le repite:

—Cobarde, cobarde, ¡cobarde!

Procede entonces el hombre porque no proceder sería la confirmación de su cobardía. Y como la prueba se acentúa por días, puesto que los días pasan y él no va a la obra, aumenta su defensa imaginando mayores grandezas que recompensen antes sus ojos su

tardanza. La obra es por fin superior a toda capacidad humana; pero existe la voluptuosidad de realizarla. Es así cómo nace el monstruo.

He aquí la tragedia de todas las existencias: esta doble potencia que lucha. Sí, Onofre, escúchame bien: la tragedia es el fruto que se engendra en esferas superiores; la carne que debe inmolarsé para darle a él su propia substancia.

Aquí veo la más clara manifestación de la inmortalidad: la continuación de vida del hombre en sus propios mundos superiores, a los cuales se lanza rompiendo la caparazón de su primer mundo; el sacrificio de una de sus partes por seguir en pos de la otra.

El hombre debe vivir en sí mismo; deber hacer un movimiento que imagino como el de esos peces que saltan fuera del agua, describen en el aire un semicírculo y se hunden nuevamente en ella.

El hombre sale de sí en una convulsión suprema para caer en otra parte de sí. Mejor dicho, la personalidad, la conciencia, cae en otras esferas de las posibilidades del hombre. Al abandonar la primera, su carne se lastima. La vida es, pues, pasar siempre de vida en vida, morir y renacer. Es tener un ser hecho de ciertos materiales; luego fundirlos en otro molde. Quien viola esta Ley, forzado se verá a tener después que recorrer de un golpe todo el trecho que ha estado esquivando. De aquí vienen los locos, sí, los locos que nos hemos acostumbrado a ver como seres como nosotros.

Esto lo he hablado con el doctor Hualañé; el doctor me ha encontrado razón; y tú, Onofre, me la encontrarás también con sólo recordar a aquel Ponciano Chacarilla y a aquel Bernabé Maullín y a Galo Carón.

La necesidad de vida, de realización, de justificar la inmortalidad, es imperiosa en el hombre.

Tocar ese tema de las larvas... Es un tema que me obsesiona muy a menudo porque creo que todo escritor es un ser asediado por larvas que tratan de desvirtuarlo de su verdadero camino. Sí, Onofre, es una lucha permanente que hay que tener contra esas entidades invisibles a nuestros ojos pero muy, demasiado visibles por nuestra conciencia.

He sido siempre una víctima de estas larvas; de algunas de ellas me he logrado zafar, las he vencido, dándoles la manera de poder vivir solas y la manera de marcharse.

He aquí cómo y por qué se crean personajes: ellos son los hijos de esas larvas que nos han asediado.

Sí; tienes razón; no todos los personajes tienen este origen; los hay también cuyo origen es otro, es alto, elevado. Pero por uno que viene de allá, de las alturas, hay cientos que nacen de nuestros desvelos y durezas de estas vidas que hacemos.

Nacen y se aferran a nosotros. Una vez aferrados, aumentan y aumentan sin piedad la preocupación o el sinsabor que tenemos. Entonces, ¿qué hacer?

Sólo hay un remedio: ¡un personaje! Es decir, vestirlo como a un ser verdadero, darle todo el ropaje de un ser vivo y fuerte como cualquiera, un ser que salga, que se enamore, un ser lleno de preocupaciones, un ser con alegrías y ¡con dolores!

Sí, amigo mío, ¡con dolores! Porque así la larva cree que ahora ha logrado encarnarse en un ser como nosotros, como tú y como yo; y entonces sigue con él y a él lo devora.

¿Crees tú que lo devora? ¡No, mi buen Onofre, no y no! Pues este ser tiene la vida que uno le ha dado y de ella no puede salirse. Claro está que puede producir espejismos como se los ha producido a esta larva; claro está que puede producirlos. Pero... pero... si los produce, él no puede caer víctima de ningún, de ningún espejismo.

Por eso yo vivo rodeado de miles de personajes. Ahora me iré separando lentamente

de ellos; quiero separarme antes de que se conviertan, a su vez, en nuevas larvas. Me iré, me iré lejos muy lejos y, creo, por tiempo indeterminado.

Onofre, me iré a... ¡No lo echas a la broma! Me iré a esa lejana tierra que se llama Australia.

¡Qué quieres, mi buen amigo! Ha dado la casualidad que de aquí de Chile partirá un barco para el puerto de Rockhampton. He de tomarlo y a Rockhampton llegaré. Nada tengo que ver ahí de especial. Pero, por ahí, me internaré hasta Barcaldine pues, en sus alrededores, viven los... los ¡ornitorrincos!

¡Quiero verlos, quiero tener uno de ellos en mis manos!

Don Irineo Pidenco no viajó durante su vida; yo voy a morir el día menos pensado. Iré al fondo de la Tierra y veré una vez más a don Irineo. Quiero, al verlo, hablarle de esos ornitorrincos —¿recuerdas que él pronunciaba con sólo una “r”?—, de esos raros animales que fueron su obsesión.

¡Yo habré visto uno de esos raros animales!

Nos despedimos. ¡Adiós Lorenzo! Prometió escribirme sobre sus andanzas allá en Australia. ¡Buen viaje, buen viaje!

69

Bien: Lorenzo Angol se marcha a Australia; yo quedaré aún por varios días en San Agustín de Tango. Nada especial tengo que hacer aquí pero sólo pensar en los matorrales de la Isla del Olor de Santidad, me causa pánico pues sé que no encontraré ese agujero que nos lleva hasta el centro de la Tierra. Igual cosa me ocurre al contemplar a lo lejos esos volcanes de la cordillera, el Coscorrón, el Marmolejo, el Picoldo y, más al Sur, en medio de esa serie de picachos nevados, el Llaima, solo, erecto, echando un poquito de humo que invita a descender por él y llegar donde Colomba.

San Agustín de Tango... Bien, salgamos a deambular por sus calles; salgamos a mezclarnos con esa gente que se ajetea sin cesar.

En la calle del Sumo Pontífice me encontré con Romualdo Malvilla. Iba en compañía de un sujeto de unos cuarenta años, alto, delgado y de rostro bastante serio; me pareció que la risa debería ser algo desconocido para él.

—¡Querido Onofre! —me gritó Malvilla—. ¡Qué gusto de verte! ¿Tú conoces...? —me preguntó indicándome al señor que lo acompañaba—. Salvador Coelemu; Onofre Boroa. No te diré “Borneo” como te dicen muchas personas; eso de Borneo se me figura que pertenece a un pasado remoto, remotísimo, a ese pasado que tenía como cúspide el San Lito y Las Tres Chimeneas, y ¡qué sé yo!

Saludé a este señor Coelemu y fuimos los tres a almorzar a la Taberna de los Descalzos. Después del almuerzo, Coelemu se separó de nosotros haciendo múltiples reverencias. Le dije a Malvilla:

—¡Curioso tipo tu amigo! Es la seriedad y la circunspección personificadas.

Malvilla me explicó en tono confidencial:

—No sé si te fijaste que, a cada rato, Coelemu quedaba como en trance por unos segundos y luego anotaba algo en su libreta.

—Sí —respondí—, me fijé en eso, me fijé cómo guardaba su libreta con mucha calma y luego seguía su almuerzo. ¿Qué significa este raro proceder?

Malvilla rió y me dijo:

—No significa nada, nada de nada... Salvador Coelemu es un hombre que anota todas las ideas que le vienen a la mente, sobre todo aquellas que pueden transformarse en un proyecto que, realizado, dará otro rumbo a su vida. Luego va a su casa y anota en un gran cuaderno lo que ha indicado en su libreta; lo anota y lo explaya, lo lee varias veces y luego guarda bajo llave el cuaderno y él sigue su vida habitual olvidándose de los proyectos que quedan ahí en su cuaderno. Claro está que, de cuando en cuando, mejor dicho, de tarde en tarde, abre ese cajón donde yace el cuaderno. Lo saca, lo abre, lo lee y relee, después parece que, con los ojos entornados, recitara su contenido. Pero ya es tanto, tanto lo que hay ahí que nadie podría realizarlo. Y este bueno de Salvador Coelemu no se fija que son ésas una serie de cosas que no hay para qué aprenderlas de memoria; son cosas que hay que incorporarse en ellas o que ellas se incorporen en uno dándonos una segunda naturaleza.

—Pero, mal que mal —argumenté—, algo habrá en ese cuaderno que le dé una unidad; así podríamos saber hacia qué fines ese hombre quiere dirigirse.

Malvilla me respondió convencido:

—No lo sé y, por más que busco, repito: no lo sé. A veces he pensado que tal vez Coelemu sea un vicioso que quiere deshacerse de su vicio; tal vez Morfina o cocaína o algo así; alcohólico no lo es, puedo asegurártelo; o tal vez sufre de un amor loco por alguna damita y él busca la manera de aparecer grande, enorme, a su lado; tal vez sea eso. Pederasta no lo es. Creo que es inútil buscar cosas de este mundo que lo afecten. Tal vez sea, simplemente, el deseo de cambiar, de ser otro, de romper las vallas que lo han tenido preso hasta ahora y lanzarse hacia otros mundos que alguna vez ha de haber visto, ha de haber divisado.

Reflexioné un momento y al fin le afirmé a Malvilla:

—Verás tú que este señor Coelemu saldrá a flote; porque ahora sufre, basta verlo, sufre y cada una de esas anotaciones en su pequeña libreta le es un trabajo arduo. Por lo tanto sufre; quien sufre al fin se liberta de esos sufrimientos y ve una vida mejor, una vida más clara y más amplia.

—Dime, Onofre, dímelo, por favor; ¿por qué se sufre en esta vida y por qué se hace sufrir a los demás? Parece que hubiera una atracción inconsciente hacia el sufrimiento; parece que él, este sufrimiento estuviera ahí impertérrito esperando a los hombres que quieren desencadenar su animalidad salvaje, su animalidad de tigres para lanzarla adelante, hacia los dominios de Palemón de Costamota. Era lo que yo sentía en mi época de borracheras; no lo decía ni ello me preocupaba cuando ingería alcoholes y más alcoholes; pero sabía yo que allí estaba, que estaba en el fondo de mí mismo. Beber era la manera de no oír su voz y, por lo tanto, no verme obligado a dar una respuesta.

Le respondí:

—Creo que el sufrimiento lo llevamos dentro de nosotros y que él se explaya a todo momento. Tal vez lo gobierna Palemón; sí, mi querido Romualdo, Palemón tiene un ojo sobre nosotros y trata de dirigir estos dolores internos hacia una desesperación que nos lleve hacia el mal. Porque en el mal hay un consuelo, en hacer el mal. Es como beber alcohol. Tú debes saberlo.

—Como beber alcohol... Como abrir aquel cajón, el cajón de Salvador Coelemu y sacar ese cuadernito donde anota sus proyectos para el futuro. ¡Los proyectos! Tienen dentro

un tóxico tan nocivo como lo tiene el alcohol. Pero por el momento, cuando no se sale de ellos... ¡cuán magnífico es poder alimentarse de ellos! Es todo un refinamiento de vida, un poder vivir de otro modo.

Después del almuerzo nos dirigimos a la casa de Malvilla, es decir a la calle de la Parroquia, N° 38. Allí, en su pequeño escritorio, nos sentamos y Malvilla me dijo:

—Voy a contarte algo sobre este Coelemu. Yo lo conocía desde hace mucho tiempo. Vive tanto aquí en San Agustín de Tango como en Santiago y va a menudo a Valparaíso. Sé que ha viajado bastante. Pero en el fondo ignoro cuáles son sus actividades fuera de esto de los eternos proyectos.

—Encantado de oírte, mi querido Romualdo. Este Salvador Coelemu me ha intrigado demasiado. ¡Explícate sobre él!

Iba a hacerlo Malvilla cuando tocaron el timbre. Fue hacia la puerta, abrió y se presentó ante nosotros, nada menos, que el tan serio de Salvador Coelemu. Manifestó apenas nos hubo visto:

—¡Buena cosa es que esté usted, señor Boroa, aquí en casa de nuestro amigo! Me di cuenta de que yo le había intrigado a usted con esas anotaciones que, a cada momento, hago en mi libreta. A mí puede usted creerme, no me gusta dejar gente intrigada con mis actos ni con mis ademanes, así que me he dirigido hasta acá con la esperanza de encontrarle a usted y poner el tema sobre esa libreta que usted ya ha visto y sobre un cuaderno que guardo en casa, un gran cuaderno que quiero más que mi vida misma.

—Señor —le respondí—, es verdad que usted me intrigó así es que una explicación por parte de usted vendrá a las mil maravillas.

Coelemu se sentó cómodamente y extrajo de su bolsillo un papel que extendió frente a sus ojos. Nos dijo antes de empezar su lectura:

—Aquí creo haber sintetizado lo que encierra ese cuaderno. Es un copia de lo que digo en una de sus páginas. Si ustedes lo desean, voy a leerla.

—¡Por cierto! —exclamamos ambos y nos dispusimos a escuchar. Coelemu leyó lo siguiente:

“Hacer proyectos es una gran cosa pues es no encontrar la plena satisfacción en la limitada realización de un designio limitado; es encontrar completa satisfacción en el hecho de concebir grandes, enormes proyectos que encierren la posibilidad de realizarse. Mas veo que no me comprendéis; si no me habéis comprendido ya, no hagáis vanamente mayores esfuerzos pues ellos serán estériles.

Hacer los proyectos, trocarlos en realidad no es una cosa de la voluntad de cada cual. Es una facultad que se trae dentro, que se trae desde el nacimiento y quien así no la ha traído, que se resigna con no poder gozarla jamás. Porque todo en este asunto reside en un punto que ya veréis, un punto que, creo, se halla fuera de nuestra volición.

Cualquiera, por cierto, puede entregarse a esta curiosa actividad de imaginar grandiosos proyectos. Pero el veneno (¿podré llamar “veneno” a esta actividad?) prende en muy pocos. Los que a ello se entregan, lo hacen bajo dos formas diferentes:

1ª. Imaginar cosas posibles que esperan ser realizadas pronto;

2ª. Entregarse a un desbordante juego de imaginación.

En el primer caso, como es natural, el único placer aceptable es el que la imaginación se realice puesto que para eso se ha imaginado; si no es así, ello carece de todo valor.

En el segundo caso, todo se reduce a un limitado placer intelectual que quien lo hace, sabiendo que no es más que dicho placer, no puede ir más allá de su pobre dominio.

Pues bien, se trata de no hacerlo en ninguna de las formas indicadas; y aquí está el "punto" de que hablaba:

Hay que imaginar grandiosamente, locamente y dada la posibilidad de realización que lo imaginado lleva, creer firmemente que dentro de breve todo se realizará... El "punto", pues, es esta creencia y que ella sea sincera, del todo y por todo sincera.

¿Depende esto acaso de la voluntad de uno? Creer así, repito, ¿depende de uno?

Esta creencia ha de ser innata y, quien no la tiene, ha de resignarse a desistir de ella. Mas quien la tiene puede vivir dándole a su existencia esta nueva actividad. Viendo y creyendo en sus proyectos de este modo, su realización efectiva pasa a segundo término. Uno los vive ya tan intensamente al concebirlos que han dado su razón de ser. Pues al creer así, lo que uno hace es muy sencillo y trataré de explicarlo:

Al concebir un proyecto, lo que hace uno es lo mismo que al plantar una semilla: lo que se espera es la planta que de ella florecerá. Todos los hombres plantan su semilla presurosos y sólo visan la futura planta. Los que se entregan a desbordes de imaginación, son como un labrador que plantara en la tierra un objeto cualquiera a sabiendas que allí quedará mientras no se le desentierre y que no producirá fruta alguna.

Pero hay otras semillas —y vaya que las hay!—, hay otras que son fantásticas; la generalidad las desprecia por la simple razón de que su modo de florecer es diferente. Florecen en el campo de la abstracción, en el mundo de la ideación. La fe es el agua que las riega y es la tierra que las nutre. El hombre que en ellas cree, y con cariño las cultiva, ve un florecimiento con tanta precisión como los otros pueden ver un florecimiento real sobre el mundo que hollamos. Pues esta fe, al ser tan fuerte y sincera, le hace vivir a uno en la imaginación con la misma intensidad que su realización real le haría vivir en la vida diaria. Todo, pues, se reduce a vivir una idea, una concepción. Hay quienes necesitan que la vida les ayude en ello. Los hay que, sin esta ayuda, pueden vivir. Mas quiero dejar en claro que no es el poder imaginativo el que realiza este milagro: ¡es la fe!

Creer sinceramente una cosa es vivirla. Creer pone en ebullición la parte del ser que se activa y vibra ante lo que vive. La mayoría vive porque ve y, al ver, le produce la creencia. La minoría puede vivir porque puede ver al creer lo que concibe.

Debo ahora confesar, para vergüenza de los que así vivimos, que entre los nuestros hay no pocos traidores. Forman ellos una legión de desesperados y hastiados de la vida; son aquellos que, poseyendo esta actividad, no la han advertido por falta de conciencia y se figuran que son perpetuamente engañados por el destino. Imaginan, conciben y creen. Mas, en vez de detenerse en este punto y tratar de hacer fructificar en el silencio el fruto que se les ofrece, pasan por alto este momento. Con una inaudita ingenuidad se ponen a esperarlo en la vida misma. Luego se sienten burlados y maldicen la existencia.

Os he agregado estas dos palabras por si alguno de vosotros, creyéndose con derechos de tomar la vida en la forma que he dicho, puede evitarse ese escollo que tan a menudo se presenta: esforzarse. Repito: ¡esforzarse!

Si queréis, pues, vivir en el mundo de las ideaciones, vivid francamente en él; si queréis vivir en el mundo de las realidades palpables, abordadlo también francamente. Sólo pidiéndole a cada cosa lo que puede dar, es como se obtiene eso que puede dar. Los hombres que se muestran descontentos con algo, estad seguros de que no es porque ese algo carezca de valor sino porque no han sabido interrogarlo.

¡Que os haga provecho este buen consejo! No lo limitéis a sólo este asunto de los

proyectos; extendedlo cuanto os sea posible. En varias circunstancias os traerá un bien y nunca os traerá un mal.

Sigamos, sigamos. No debo olvidar que me hallo en la superficie de la Tierra; ya no es el fondo donde, de rodillas, puedo oír tu voz, mi Colomba. Sigamos, sigamos.

Después de esa lectura, que a Malvilla y a mí nos hizo Salvador Coelemu, me sentí fatigado. Me marché a Fray Tomate, comí ligeramente, me acosté y dormí profundamente.

Hoy es otro día, hoy brilla el Sol, hoy mis fuerzas se han recuperado y quiero salir, salir, quiero ver a los amigos y amigas... -pero, ¿qué amigas tengo ahora desde que conozco más a fondo a ella, a Colomba?--; en fin, ¡todas las mujeres hermosas son mis amigas, tanto las de aquí de San Agustín de Tango como las del resto del mundo!

He pasado el día vagando de un lado a otro; lo he pasado *caracoleando*. Así llamo yo ahora este hecho de salir por las calles a encontrarse con cualquier persona, encontrarse y tomarla en serio y oírla y rebatirle, si ello es posible, y estar bien de acuerdo con ella y, entonces, reír juntos y divertirse en criticar a los imbéciles que no están de acuerdo con nosotros.

Salí; caminé; y... ¡nadie! Claro está que había un mundo inmenso que iba y venía, que se detenía ante las vitrinas y miraba lo que allí había expuesto. Algunos entraban en las tiendas; otros seguían de largo. Por fin este caracoleo me encaminó hasta la calle de la Inmaculada Concepción. Allá, al fondo, estaba la puerta del Cementerio Apostólico; a mi izquierda, el taller de Rubén de Loa; algunos pasos hacia atrás, Fray Tomate, es decir, el hombre que parte a Australia y yo mismo. ¡No; basta ya de mí mismo! A Rubén lo he visto en el fondo del mar; el Cementerio... Decididamente no estoy en ánimos de ver tumbas y más tumbas.

Las veré de lejos y desde lo alto; las veré desde la casa de mi amigo Teodoro Yumbel, luego charlaremos de lo que venga, oíré la voz de Albania Codahue... y habrá pasado un día más. Así he de cumplir mi promesa: ver lo más posible, oír lo más posible, frecuentar a cuantas gentes conozca y sacar un provecho grande, un provecho enorme, vistoso, relampagueante. Pues estoy lejos, muy lejos de ti, mi Colomba. Las entradas que llevan al fondo de la Tierra se hallan todas cerradas. Veamos a Teodoro y a Albania.

Es la primera vez que entro en el departamento de ellos y lo veo en realidad. Los saludé y me detuve al medio de una habitación, del living, y miré a mi alrededor. Vi, por vez primera, que allí había muebles, que allí estaban y que antes no habían estado ahí. Antes habían estado dispersos, diré mejor, aislados. Comprendí que soñaban con alguien que los juntara y los *plasmara* en un sitio cualquiera pero donde pudieran estar juntos. No fue su calidad ni su belleza lo que me sorprendió, lo que me los hizo simpáticos desde el primer momento. Fue, más bien, las relaciones que guardaban con sus propietarios; eran relaciones perfectas.

Pues hay quienes viven entre sus muebles como entre cosas ajenas con las que nunca llegan a intimar; parece que ambos se prestaran sus servicios y... se odiaran en el fondo. En cambio hay quienes los unen tanto a sus vidas y los impregnan de un tal soplo de vida que, por mediocres y ordinarios que sean, se hacen amables, reciben bien y con cariño. Es el caso de los muebles de Teodoro y de Albania; son muebles corrientes, como puede haberlos diseminados en mil casas. Pero... pero... Me sentí bien; él se sintió alegre al tenerme como su huésped; ella se mostró dichosa al recibirme.

Hablamos, mejor dicho, Teodoro habló. Ahora anotaré lo que recuerdo de su charla:

-Cuando estaba allá en Europa sentía, repentinamente, la imperiosa necesidad de ir

a vagar. Pero esto no lo realizaba: salía, caminaba y llegaba a las puertas de un museo y en él entraba; era algo fatal. Ya fuese en Florencia o en Milán, en París o en Madrid, en Roma o en Amsterdam, mis pasos se encaminaban a Los Uffizzi o a la Pinacoteca Brera o al Louvre o al Prado o al Vaticano o al Rijksmuseum. Ya te lo digo, querido Onofre, era fatal. Me decía que la ciudad la vería después, que ya saldría con amigos, que alguna vez volvería y ¡qué sé yo!

Los museos... ¡Qué magnífico recuerdo guardo de todos ellos! ¡Perderse horas enteras por esas salas frías...! Como un sediento que anhela una bebida, anhelaba yo poder respirar el aire húmedo y embalsamado que se desprende de las piedras milenarias. Luego acallar todo el sentimiento, detener el curso de toda idea hasta que uno mismo, al recordarse después vagando por esas salas, le pareciera recordar un fantasma, una sombra que vivió por un momento de la vida de la penumbra, que rozó un momento otra esfera de vida que es la vida que guarda ese arte lejano. Entonces se recuerda que ese fantasma fue uno. Una nueva fuerza invade todo el ser y la vida parece más llevadera, la vida se hace menos dura.

Cuando hacía estos paseos me detenía, a veces, en un rincón cualquiera, con preferencia en el más silencioso. Allí me quedaba con los sentimientos acallados y con las ideas detenidas. Sentía, sí, lo sentía... —¿cómo explicártelo?—; sentía que mi existir doblaba su fuerza.

Pues sabía que de todo el viejo museo y de cada una de sus obras, venía algo hasta mí y que yo lo tomaba y lo guardaba. Sentía que era en vano tratar de comprender qué era aquello, porque aquello sucedía más allá del radio de acción de mi conciencia. No obstante comprendía, con una certeza absoluta, que muchas fuerzas, hasta ahora dispersas, se asimilaban en mí.

Me acerqué al escritorio de Teodoro; en él había un gran cuaderno en blanco abierto medio a medio. Lo miré. Teodoro vino hacia mí y me dijo:

—Tal vez tú sientas lo mismo que yo. Me refiero a ese cuaderno que hace ya varios días está sobre mi mesa y aún no lo he tocado.

—¿Qué sientes tú con él?

Sonrió y sus ojos se iluminaron. Luego me habló muy despacio, como si tuviera miedo de que alguien nos oyera:

—¡Oh, mi querido Onofre, la fruición de un cuaderno así, de un cuaderno en blanco! Da miedo de ensuciarlo si uno escribe en él una palabra torpe. Creo que hasta su materialidad se ofendería con esa palabra mal escrita. Porque fíjate, Onofre, fíjate.

Tomó una hoja entre sus dedos y la acarició largo rato.

—¡Qué magnífica calidad de papel! Yo escribo siempre en otros cuadernos, en otros papeles. A éste le tengo miedo.

Albania, entre risas, lo interrumpió:

—Les tienes miedo porque yo te lo regalé.

—¡Oh, tus bromas, Albania, tus bromas! Tú lo sabes y lo sabes tú también, Onofre, que yo jamás he sentido miedo por esta linda mujer que hoy me acompaña. ¿No es verdad, Albania mía?

Albania volvió a reír y se acercó a él. Se dieron un beso y Teodoro prosiguió:

—La tinta..., la pluma... A mí me tienta el acto mismo de escribir, de mover la mano. Pero no en un cuaderno así que es demasiado fino, ¿no lo crees tú?

—Sí, tal vez tienes razón; deberías comprar uno más ordinario.

—Es lo que me aconsejó Darío Valdepinos.

—¿Te ha venido a ver?

—Sí, ayer estuvo aquí, ese “cínico” como lo llamas tú.

—¿Encuentras, acaso, que no tengo razón al llamarlo así?

—No lo sé, tal vez, en fin, no lo sé. Sí, acaso ha sido un verdadero cínico en muchas ocasiones, tal vez. Pero en otras, no lo es, no, puedo asegurártelo.

Y Teodoro Yumbel me explicó lo que había conversado con ese que, al parecer, ya no era un cínico:

—“Debería usted, mi buen Teodoro, comprarse un cuaderno o un bloc, sí, un bloc corriente, un bloc de papel cualquiera, o un cuaderno como todos los cuadernos, un cuaderno que no lo distraiga a usted con la calidad de su papel ni lo atemorice con mancharlo con una palabra inadecuada... o con un borrón de tinta”. Claro está que me miró Valdepinos y pude notar que su ojo giraba a grandes velocidades. Pero esto tiene su explicación, sí, mi buen Onofre, tiene su explicación.

—¿Y ella es...?

—Los consejos que él me dio, unos muy sabios consejos, puedes creérmelo.

—Bien, te los escucho.

—Tú has de saber —prosiguió Teodoro— que yo estoy preparando un nuevo libro: *El Pájaro protervo que pasa por allí*. Es un libro asaz curioso pues en el... En fin, Onofre, en otra ocasión te hablaré con mayor detenimiento sobre él. El caso es...; sí, sí, le leí unas cuantas frases, hasta le leí algunos párrafos a ese que tú llamas el cínico. ¡Con qué atención me escuchó! Valdepinos es un hombre serio, seriesísimo, puedes creérmelo.

“De pronto le dije que, a más del final, me faltaba la introducción. Acto continuo su ojo giró a velocidad inaudita y me preguntó extrañado:

—“¿Cómo! ¿Piensa usted hacer una introducción para su libro?”

“Sí —le respondí—. ¿Por qué no?”

“Valdepinos refunfuñó varias veces y, al fin, me dio esta larga explicación que, si es verdad que ha detenido un tanto a mi obra, me ha hecho meditar mucho.

—¿Y qué te explicó Valdepinos?”

—Ahora verás: Me explicó, con lujo de detalles, que todos los libros que llevan una “Introducción” llevan con ella una como disculpa del autor, una vacilación, una falta de seguridad, un temor, eso es, un temor de que lo que han escrito no sea bien claro o sea demasiado arriesgado. Entonces ven a ese fantasma del público y se dirigen a él para explicarle que lo que ellos han querido hacer es otra cosa, otra cosa mucho más clara, más nítida; o bien otra cosa mucho menos arriesgada; que si ha salido así no ha sido por culpa de ellos; en fin, tú me has de comprender, mi querido Onofre, y has de ver a Valdepinos dándome a entender que suprimiera todo lo que se asemejara a una introducción. Imagínate que repetía a cada momento: “¿Cuándo podré leer un libro sin introducción!”.

“Pero yo lo serené y le dije con tono afectuoso:

—“Ahora, mi querido amigo, podrá leer usted un libro que entre de lleno en materia. Este “pájaro protervo” volará hasta usted y brindarále los tormentos de su autor para darle vida.

“Nos apretamos las manos efusivamente y Darío Valdepinos se marchó mientras yo iba a mi escritorio y sacaba unos cuadernos ordinarios en los que haré el final de mi obra.

Teodoro me mostró estos cuadernos. Uno de ellos ya había sido escrito casi totalmente. Noté que se había sonrojado al pensar, que yo, tal vez, me había informado de lo que

había escrito en ese cuaderno. Miré hacia otro lado y dije a Albania una frase convencional. Sólo después, al encontrarnos nuevamente sentados en el living, le pregunté con marcada indiferencia:

—¿De qué trata ese final de tu obra?

Vaciló Teodoro unos momentos y al fin me respondió:

—Ese pájaro protervo, ese pájaro endemoniado, es un recuerdo que llevo dentro de mí y que creo que siempre me ha de acompañar en esta vida. Puedo contártelo sin ambages, aun en presencia de Albania porque ella, tú ya lo sabes, es la compañera mía en todos los sentidos que puedan existir. Es el recuerdo que me asalta cuando elevo mis ojos al cielo, por la tarde, cuando ya el Sol se ha ocultado, y contemplo, brillando allá, a ese planeta que, tú sabes, me trae tantos y tantos recuerdos.

—Ya lo sé; te refieres a Venus y a tu destierro en aquel planeta; has de referirte también a tu tío badulaque que armó este castigo para ti.

—Exacto; me refiero a Venus. También me refiero a... a... ella. Tú lo has de comprender, a Calucha, la que fue la causa de ese sin par castigo a que se me sometió. Pero, en fin, son cosas del pasado y lo que pasó... Ahora ella vive feliz con su marido, con ese buen hombre que es Mitridates O'Machuca; yo también soy feliz pues estoy con Albania Codahue. Pero a ese pájaro protervo, ¡lo odio, mi querido Onofre, lo odio, lo abomino! Lo veo desprenderse de ese planeta, agitar las alas y venir hasta mí en un vuelo más rápido que la velocidad de la luz. Llega a mi lado y...

—Te comprendo, mi querido Teodoro. Puedes creerme que tendré un verdadero placer al leer tu libro cuando lo hayas terminado. Ahí tienes un manantial inagotable de recuerdos: Calucha, Venus, ese castillo de Venusberg, y Tannhauser, y el capitán Angol que te va a buscar y tu regreso con él y con Saturnino... ¡Sí, mi querido Teodoro, será un placer infinito leerlo y releerlo!

—Gracias, Onofre —me respondió—. Trataré de darle fin lo más pronto que me sea posible.

Como a las 3 de la tarde tocaron el timbre en mi departamento de Fray Tomate. Oí a la Zoraida que corría a abrir. Me asomé y vi a Eusebio Palena que avanzaba.

Nos acomodamos en mi escritorio. Palena me dijo:

—Se pensarán, acaso, que poseo una imaginación desordenada.

—Eso lo pensará otros; yo, no. Me basta con hacer memoria y se presentan tus Zambafusas. Ellas son el orden mismo.

—Es lo que yo pienso también; es lo que piensa Polinesia, tú sabes, mi grande y hermosa amiga, Polinesia Loncotoro; ahora veo que tú piensas lo mismo; y es lo que piensa el gran crítico, el inmenso crítico de Ubaldo Masafuera. Como tú ves, ¡buena compañía!

—Por cierto, excepto yo, ¡espléndida compañía!

Me miró de un modo adusto y luego dijo:

—De ningún modo; tu opinión es digna de ser considerada con mucha, con mucha, con muchísima consideración. No tengo, pues, una imaginación desordenada. Por el contrario, ella es del mayor orden existente. Dicen que ella no tiene frenos que la retengan y que, entonces, se complace en concebir ideas arbitrarias; lo que equivale a decir, ocurrencias sin base. Esto es falso, ¿me oyes?, falso y diez mil veces falso. Dicen que tengo el gusto de idear cosas ilógicas, cosas extrañas. Se dice, además, que lo que yo avanzo es porque bien se me da la gana de avanzarlo. Puede ser. Sin embargo, el que trate de percibir, a través de mis palabras, el fondo donde se hallan las raíces de cuanto pienso, ese hombre,

ése que así trate, presentará la existencia de mis honduras, algo como un pozo, un enorme pozo que se encuentra fuera de mí. Este pozo, o aljibe, si tú prefieres, es patrimonio de la humanidad entera. De él trato yo de extraer un ápice de verdad.

-Bien; por ese ápice de verdad, ese ápice que es grande como una constelación sideral, te ofrezco algo que beber o que comer.

-Gracias; no. A esta hora yo no bebo ni como. Así es que te repito: gracias, no. Tú, Onofre Boroa, has de comprender algo que tú has de comprender.

-Dimelo, Eusebio, y así, una vez que tú me lo hayas dicho, lo comprenderé debidamente.

Me respondió:

-Bien; te lo diré; escúchame.

Caímos en silencio. Siguió el silencio. Nada se movía ni nada producía el más leve rumor. La Zoraida se paralizó allá en su cocina. Los otros huéspedes que habitan Fray Tomate se sintieron paralizados, a su vez, y se petrificaron como estatuas. Se detuvo el tránsito en la ciudad; los astros se detuvieron a su vez; las constelaciones deben haberse detenido para volver su vista a mi departamento y tratar de ver qué, qué, qué acontecía en él. Fue un momento solemne, fue una espera que, medida por nuestros relojes pulseras, debe haber durado un minuto y medida por el tiempo de los ámbitos debe haber durado siglos de siglos en la inmensidad.

Al fin Eusebio Palena puso fin a este silencio. Cogió el don de la palabra y lo hizo circular nuevamente por estos ámbitos. Este don circuló así:

-Onofre, quiero hablar.

Le respondí de inmediato:

-Eusebio, habla.

Él me agregó:

-Quiero hablar sobre aquello que es.

Respondí:

-Seré todo oídos sobre aquello que es.

Palena carraspeó; Palena sacó un cigarrillo y lo encendió; Palena tosió. Por fin dijo Palena:

-Cierra bien esa ventana; así, bien cerrada; corre la cortina; así, bien corrida.

Entonces Eusebio Palena me dijo lo siguiente:

-Onofre, todo ES; Onofre, las cosas SON.

-Sí -le respondí con cierta timidez-, es lo que he pensado yo también en varias ocasiones.

-No -me respondió-; de ningún modo. Como lo he pensado yo, dudo de que alguien lo haya pensado ya. Escúchame en silencio: TOSO ES, las cosas SON: ¿Quieres que te lo explique en forma y debidamente?

-¡Por cierto, mi querido amigo! ¡Explícate en forma!

Volvió a carraspear, echó una pierna arriba y me habló:

-He pensado profundamente en esto, he pensado en que todo ES y en que las cosas SON y que, fuera de ello, no hay nada, nada más ni aquí ni en ninguna parte.

He pensado que la naturaleza, el mundo, el universo, no viven; existen solamente. Es el hombre quien los ilumina; es el hombre quien les da aspectos y les presta carácter.

Resumamos: Todo está en el hombre; dentro de él vive lo demás.

Por otro lado, fácil es verificar que la humanidad obedece a leyes superiores. Me coge

entonces esta idea: puesto que hay leyes que rigen al mundo, en él tiene que haber vida y nos, los hombres, somos derivados de esa vida mayor. Por lo tanto, dos puntos de vista diferentes se manifiestan ante mis ojos:

1º. El hombre iluminando al mundo;

2º. El mundo iluminando al hombre.

Vamos a un ejemplo; como ejemplo tomaré un caso histórico:

Los griegos, los antiguos griegos, tuvieron un arte plácido, tranquilo, sereno; los medievales tuvieron un arte misterioso, un arte que asusta. Entonces yo me pregunto:

Estas manifestaciones del arte en estos pueblos, ¿fueron los efectos de leyes de la naturaleza? Si no me has comprendido bien, formularé mi pregunta de otro modo: La naturaleza, con su vida propia, ¿dio origen a leyes que obraron sobre los hombres para hacerlos producir un arte sereno aquí, un arte terrible allá? O bien, la naturaleza existía y nada más y si existía y nada más, ¿fueron los hombres quienes la iluminaron de este modo?

He aquí uno de mis temas de meditación. He aquí uno de los temas que medito por la noche cuando ya estoy en cama y he apagado la luz. He aquí lo que medito y medito y medito.

Déjame un momento, Onofre, necesito meditar y meditar y meditar.

Lo dejé meditando, meditando y meditando. Al fin, como él se movió y abrió los ojos y se levantó de su asiento y se acercó a la ventana y descorrió la cortina, al fin osé colocar una interrogación:

—¿A qué conclusión has llegado, mi querido Eusebio?

Me respondió:

—A ninguna.

Y otra vez planeó sobre nosotros un espantoso silencio. Pensé en la Zoraida; ella podría venir hasta nosotros y ofrecernos algo que tomar o algo que comer... ¡Nada! Éramos víctimas del silencio y nada teníamos que alegar. Pasaron nuevamente tantos y tantos y tantos inmensos siglos por encima de nuestras mentes que, al fin, despertamos de esta inmensidad de tiempo y Palena volvió a dirigirme la palabra:

—He respondido mal a tu pregunta, mi distinguido Onofre. A veces he llegado a conclusiones que han de pasar a las letras y a las artes de la eternidad. Aquí traigo una copia de estas letras que puedo leerla inmediatamente.

—¡Ojalá! ¡Léela!

Palena sacó un trozo de papel, lo desdobló y leyó lo siguiente:

Zambafusa Nº 14

No soy un experto en piedras preciosas a pesar de haber hecho una expedición por los acantilados. Entonces yo, mientras caminábamos, leí a media voz:

Cuando se encuentra un cuerpo en los personajes, el robo y la violación de un Stradivarius abunda en incidencias pero es necesario que su herida no deje de imposibilitarlo. Puesto que, desde el punto de vista de las doctrinas menos intelectuales, dice siempre el mancebo:

—Ocurrió una nueva combinación en 1831 durante una campaña de la Emperatriz, pues así es el reino de Dios en la transformación de la puerta

que daba a cubierta de babor que es lo que la mayoría de nosotros buscamos con un movimiento de la cabeza más allá de cualquier forma de un deseo.

Pues bien, la noticia de este violento incidente dio al hermano del portero el puente levadizo sobre el abismo. Era, ¡ya lo creo!, un verdadero mitrado el espíritu de caridad que me fijé como día para iniciar la batalla y para romper al artista que vive en duda liviana cual ese enorme tronco que proclama que yo no la quiero.

¡Estrépito! –susurró después de la bacanal.

¡¡Estrépito!! –fue lo que le respondieron.

Es-tré-pí-to...

Y la ola reventó más allá de la nube, cerca de la ventana clausurada.

–¡Bravo, bravísimo! –exclamé cuando Eusebio Palena hubo terminado de leer–. ¡Eres un genio, amigo mío!

Me respondió:

–Sí; tal vez lo sea pero no debo olvidar que el mundo, el inmenso mundo que nos rodea, colabora en esta genialidad mía.

–¿Cómo así, mi querido Eusebio?

–Porque, antes de inspirarme para escribir esta Zambafusa que te acabo de leer, salí a la calle y deambulé a largos pasos por las diferentes calles de esta ciudad. Entonces pude ver, en esas calles, un hecho que se ha grabado en mi corazón.

–¿Qué hecho, Eusebio?

–Iba yo por la calle de San Narciso, iba por las afueras de dicha calle; iba solo y caminaba. De pronto vi y, al ver, quedé lelo.

–¿Qué viste?

–Vi, por primera vez en mi vida, a una chica ponerse los patines y luego salir patinando. Al mismo tiempo vi que un viejo conversaba con una vieja.

–¡Jesús!

–Tú comprenderás que mi mente tuvo que revolotear; tú has de comprender que una Zambafusa no podía dejar de venir. Me detuve y esperé. Por fin ella vino y yo la escribí.

–Claro está; comprendo, comprendo.

–Si has comprendido, puedo retirarme. ¡Adiós, grato amigo Onofre Boroal!

–¡Adiós, considerable amigo Eusebio Palena!

70

Estoy fatigado, francamente fatigado. En estos días que llevo en San Agustín de Tango he agotado todo lo que hay que ver en San Agustín de Tango. Esto no es nada; pues pienso que igual cosa se podría decir si uno estuviera en París o en Londres o en medio del Desierto de Sahara o en un barco en medio del océano o fuera donde fuera y en cualquier circunstancia.

Estoy bajo el signo de la fatiga; todo ha tomado, ha colocado sobre su frente, para que bien se vea, este signo: la fatiga.

Quiero ir al centro de este planeta, quiero estar a tu lado Colomba, quiero hablarte y así desahogarme de lo que llevo dentro.

Pero yo mismo no sé qué es lo que llevo dentro. Ante la fatiga nada se puede hacer ni siquiera reposar. Porque físicamente estoy bien; físicamente no siento ningún contratiempo ni asomos de enfermedad alguna. Estoy fatigado; esto es bastante.

Debo soportar el peso de la fatiga que planea fuera, por todas partes. Me basta asomarme a mi ventana y la veo pesadamente echada sobre cuanto existe. Como la veo aquí dentro, en los muros, en el piso, en el techo, en cada uno de los muebles. La veo también por los corredores y por la escalera. Por la puerta, esa terrible puerta que se abre para las calles; las calles donde sigue la fatiga, sigue y sigue...

Es decir, ahora la veo yo.

Ahora la siento yo.

Ahora hay algo abierto en mi cuerpo y esta abertura es la de ella, la fatiga, para penetrar en mí y ser más fuerte que el interés que, a veces, de cuando en cuando, siento por lo que existe más allá de esa puerta y más acá de esa puerta.

Pero ahora no lo siento, no, no lo siento.

Ahora soy un montón de huesos que tienen un montón de carne con nervios, con sangre, con cartílagos... ¿Tendré cartílagos hoy día? Si los tuviera...

Bien; estoy enormemente fatigado y sólo quiero ir, ir, ir donde estás tu mi Colomba; ir a tu reino y allí caer de hinojos ante tu presencia. Entonces esa abertura de que hablaba hace un minuto, se abrirá ante ti, mi Colomba, y saldrá a torrentes todo esto que en este momento me ha estrangulado y aquí me tiene, aquí, en este departamento de Fray Tomate; en él, en mi escritorio; en éste, en mi sillón; y mi sillón está colocado frente a la mesa; sobre esta mesa hay montones de papeles; estos papeles guiñan un ojo a ese otro montón de libros que hay ahí en mi biblioteca. Guiñan los ojos y hablan; y ninguno guiña un ojo hacia mí, el autor de estos montones de papeles, pues todos ellos están escritos, con mi mano, con mi pluma y yo, al escribirlos, he estado frente a ellos pensando que estoy escribiendo con mi mano y con mi pluma...

Estoy fatigado, espantosamente fatigado.

Lorenzo Angol ya debe haber partido para Australia tras un ornitorrinco. Desiderio Longotoma... Bien, ¿qué me importa a mí lo que haga o deje de hacer Desiderio Longotoma? Sé que por ahí debe andar con Jabalí Batuco; ambos deben cantar óperas de pacotilla y hablar sobre Virginia Rapel y sobre Praxedes Bagdad; y ahí está también Rosendo Paine y está Nicole, y Eusebio Palena y Teodoro Yumbel y Albania Codahue y Contaldo Ñipaco... Por ahí me voy a La Manigua y encuentro a Diana Papudo, te encuentro a ti, mi linda Diana, chiquita y que tan bien pronuncias esa palabra, esa única palabra de "sí...". Pero, ¡no!

Ahí o más allá o acaso más acá están todos los que yo conozco aquí, en esta ciudad; están, además, los miles, los cientos de miles que no conozco y que puedo conocer el día menos pensado. Y será otro señor más, o será otra señora más... Los tendré que catalogar en mi memoria y tendré que pensar mucho, muchísimo para poder situarlos debidamente, para que puedan circular entre la gente conocida por mí, que lo puedan hacer sin destemplan, sin que se produzca ninguna, ninguna...

¡Basta, basta ya!

Estoy fatigado, estoy aburrido. Y mi aburrimiento lo explayo por esta ciudad entera; pasa sus límites y abarca los límites del país entero; cuyos límites se hacen pequeños y pasan al país vecino que se hace más pequeño a la vez, como es pequeño este continente y todos los continentes del globo terráqueo que no es más que una mísera pelotilla girando junto

al Sol que no es más que otra mísera pelotilla girando y girando... o moviéndose a formidable, a fantástica velocidad camino hacia las... hacia las... No me acuerdo ahora hacia dónde va nuestro Sol llevado por otras preocupaciones muy otras que las que ahora me llenan. Aunque, en realidad, no tengo preocupación alguna. Es el vacío, el completo vacío.

Estoy solo en Fray Tomate. No está la Zoraida; creo que ha salido a hacer unas compras. Estoy solo. Y mi soledad también se explaya; es tan grande que yo, ante ella, me empequeñezco, me reduzco y casi, casi, casi desaparezco. O, acaso, es lo que me rodea lo que ha crecido y se ha agigantado. Mi mesa, es decir, mi escritorio, es enorme. Al lado hay otra mesa sobre la cual se hallan los libros que ahora estoy leyendo, que ayer estaba leyendo; no, no; que anteayer, que en un tiempo, en un tiempo en que todo esto era viviente y colaboraba conmigo. Ahora, ¡no!

Sobre esa mesa están las obras completas de Lautréamont, un solo volumen, con introducción de Philippe Soupault. Hay, además, un libro grande con muchas ilustraciones: Jules Verne; *La Isla Misteriosa*; una isla en la que yo, sí, yo estuve tanto tiempo cuando era un chico, una isla en la que...; no recordemos esos momentos pasados. A su lado está *Un nuevo Modelo del Universo*, de ese gran escritor que es Piotr Demianovich Ouspensky; un gran escritor, sí, cuando él quiere hablarme; entonces yo lo comprendo bien pero, en cambio, en otros momentos...; callemos, será mejor. Junto a ese libro está —¡oh, la influencia de Longotomal— *El dueño de la Muerte*, de Anthony Berkeley, que ahora estoy leyendo. También está el otro que ya leí, *Pacto de sangre*, de James M. Cain, y que tendré que poner en su lugar para que todo quede en orden, en perfecto orden, aunque yo me muera, aunque, de pronto, caiga fulminado y allí quede, fulminado, sin poder hacer ni el más leve movimiento porque estaré fulminado... Al lado se halla *Historia del pueblo chino*, de L. Carrington Goodrich, que no he leído aún pero que leeré lo más pronto que me sea posible pues yo soy chino y nada más que chino y por una simple equivocación he venido a nacer en este continente; aunque ignoro totalmente si una terrible desesperanza como esta que ahora me toma, si una desesperación tan intensa y tan sin motivo, es posible en un ciudadano de allá... Leeré ese libro cuando ya pueda leer un libro.

Ahora hay silencio, todo es tranquilidad desesperante.

Quiero irme, irme a ese fondo de la Tierra.

Quiero estar contigo, mi Colomba, quiero caer ante ti, quiero caer, caer, caer...

Y una vez que haya caído... ¿qué haré?

Pero antes de caer necesito que las puertas que se abren hacia tus mundos, Colomba, necesito que ellas estén abiertas de par en par, abiertas hacia enormes galerías, hacia desmedidas y hacia desmesuradas galerías que vayan a todas partes a la vez, a todas, ¡a todas!

Por una de ellas entraré yo y, avanzando, perdería de vista todo lo que antes formaba el ambiente en el cual vivía, todo, todo. Desaparecerían los habitantes de San Agustín de Tango y, con ellos, desaparecerían las calzadas y las aceras por donde transitan y esos altos edificios que las aprietan impidiéndoles que se muevan, impidiéndoles hasta el menor movimiento. Por eso, por esa inmovilidad de calzadas y de aceras, ellos avanzan y avanzan, a veces se detienen, a veces entran en los almacenes y compran tonterías. Y salen de esos almacenes para seguir avanzando; siempre avanzando hasta que el cansancio los vuelque en un rincón.

—¿Qué hora es? —preguntarán volcados.

—Hora de dormir —será la respuesta que se oirá dentro de las casas silenciosas...

—Hora de dormir —repetirán los gatos ya dormidos.

Hora de dormir... Hora de dormir... Hora de dormir...

Para todo el mundo será esa hora. No, no para todo el mundo. Para otros será la hora del despertar. Se acicalarán debidamente y saldrán por todas partes, sin excepción alguna, por todas las partes por donde se pueda salir y, como perros perdigueros, irán husmeando tras el olfato que los precederá.

San Agustín de Tango seguirá así, como siguen todas las ciudades del orbe. Junto a las ciudades, los campos, las cordilleras, los ríos, los desiertos, las llanuras, las aldeas, los mares...

¡Oh, santo Dios! ¿Irá a terminar alguna vez esta enumeración que estoy haciendo? Porque he olvidado los barrancos y los abismos, los abismos que no pasan la mísera superficie de este planeta chiquitín, de este planeta que gira junto al Sol que no es más que un pequeñito grano de polvo que gira a su vez encaminándose hacia... hacia... hacia...

Ya lo he dicho: he olvidado hacia dónde va este Sol que nos lleva a nosotros con él... Estoy fatigado, terriblemente fatigado.

Dejaré de estar fatigado apenas mis pies marchen por esas largas galerías; galerías sombrías; allá no hace falta encender más luces que ayuden a la claridad que despiden esos muros, esa acogedora claridad que es suficiente para indicar la marcha, la marcha que baja y baja hasta llegar a ti, mi Colomba.

¿Llegar a ti...?

Todavía no. No he llegado a ti. Pues he sido detenido a los pocos pasos, a los 60 ó 70 mil pasos, bajando, bajando... Sí, van bajando mis pies a medida que va creciendo mi entendimiento, a medida que mi mente se va llenando de luz, que mi mente ya no es mi mente ni ninguna mente humana. No lo es. Ella ha crecido, ella se ha agrandado recogiendo, reconcentrándose, empequeñeciéndose. Ahora es chiquita, ahora la puedo tomar entre el índice y el pulgar. Ahora es como ella debe ser: tan mínima que en ella puedan caber todos los universos dentro, todos, todos ellos, sin que haya ni una sola excepción, todos ellos con sus habitantes; sí, con sus habitantes, sus habitantes... que ahora están aquí, a mi lado y ocupan este sillón donde estoy sentado y por eso, nada más que por eso, impiden todo movimiento en mí. Lo impiden de tal modo que me es imposible alargar una mano y coger uno de esos libros que estaba leyendo, de esos libros que hay allí, sobre la otra mesa, la mesa vecina a ésta, a ésta llena de papeles escritos por mí y que hoy bostezan, bostezan, bostezan.

Pero decía yo que a los pocos pasos sería detenido. Sería saludado con un gran sombrero de copa que acometería el más fantástico de los semicírculos que jamás se hayan efectuado. Y oíría una voz que me diría:

—Un servidor más...

Sí, mi buen Palemón de Costamota, así me saludarás y yo te responderé también:

—Otro servidor más.

Y tú agregarás:

—Otro, otro servidor más.

Y yo:

—Otro, otro, otro servidor más.

Y tú:

—Otro, otro, otro, otro servidor más.

Y yo:

—Otro, otro, otro, otro, otro servid...

¡Dios clemente, Dios todopoderoso, Dios omnipotente! ¿Voy a continuar repitiendo, hasta la consumación de los siglos, esta frase del servidor más?

Aunque los siglos no se consumirán jamás. Esto lo sé. Esto... Los siglos no tienen marcha y no hay ni ha habido siglos que se encuentren antes y otros siglos que se encuentren después.

Pero habré seguido bajando.

Es lo que deseo: bajar y bajar y bajar. Sé a quienes habré visto y con quienes habré charlado un rato. Sé eso y sé más cosas todavía. Sé, sé, sé que al fin llegaré a tu lado y ahí podré clamar la frase que tengo atragantada aquí en Fray Tomate, aquí en San Agustín de Tango, aquí en este país, aquí en la superficie.

Esta frase es: ".....".

Ahora no la sé, ahora esta frase se me ha escapado; ella ha se ha marchado ya a las profundidades de la Tierra y está a tu lado, Colomba mía.

Colomba mía; ya he dejado atrás a Palemón de Costamota; he dejado atrás a don Irineo Pidinco; también he dejado atrás al inmenso Baldomero Lonquimay que ha pasado veloz por mi lado... Y no ha pasado Teodosia Huelén pues ella está muy lejos, muy, muy lejos; creo que está en la constelación de Andrómeda.

Sí; en la constelación de Andrómeda... Es decir, muy lejos, tan lejos como una tarde en que iba yo por la calle del Sotacura hacia la plaza de la Casulla y quise ir al final de la avenida Santa Locomotora, al final, bien al final, allí donde las casas son tan pequeñas que las últimas ya se confunden con la tierra y por ella se hunden hasta desaparecer dejando grandes terrenos de siembras y no pocos parques y jardines y...

Bien; ahí está Teodosia, no tan lejos como el final de la avenida Santa Locomotora que se halla a distancias que no es posible calcular.

Así es que me iré a verte, mi Colomba. Habrá ciertas dificultades para llegar hasta tu lado; pero ello no me importa. ¡Las salvaré, salvaré todas esas dificultades y también las que pudiesen presentarse! ¡Todas, todas! ¡Arriba y en marcha!

Grité:

—¡Zoraida!

Apareció ella y me dijo:

—¿Señor?

—Voy a salir de San Agustín de Tango así es que me ausentaré por algunos días.

Ella me respondió:

—Bien, señor. ¿Le ayudo a arreglar su maleta?

Contesté:

—No, muchas gracias; mi maleta está en casa de... de... de Desiderio Longotoma, del señor Longotoma; allí pasaré a buscarla. Así es que me marchó por varios días.

Ella repitió:

—Bien, señor.

Yo le pregunté:

—¿Tiene usted dinero?

Ella me respondió:

—Sí, señor.

Yo agregué:

—Bien, me marchó, entonces. Si alguien viniera a verme, usted le pregunta su nombre; si llega alguna carta, me la deja aquí en mi mesa. Es cuestión de pocos días, ¿entiende?

Ella me respondió:

—Sí, señor.

—¡Hasta pronto, Zoraida! ¡Que todo marche debidamente!

Ella me respondió:

—Sí, señor.

Y yo partí. Decididamente yo partí, rápidamente, ligero como una pluma, olvidado de mi edad que ya no acostumbra tanta presteza. Crucé el puente de Los Concilios Ecu­mé­nicos, tomé el Paseo del Corderito Pascual, entré por la calle de la Penitencia y vi el res­taur­ant de la Basílica; luego vi y atravesé la plaza Dominus Vobiscum y, al pasar por el Portal Colonial, mandé un buen saludo a Florencio Naltagua y sonreí para mis adentros. Caminé y caminé; luego tomé la calle del Te Deum y pasé a través de la plaza del Mona­guillo y, por fin, atravesé el puentecillo del Anatema. Así llegué a la isleta del Olor de Santidad.

Estaba sola esta isleta. Un perro la cruzó y se alejó; luego, un chiquillo; luego divisé a un fraile que miraba hacia el Convento de los Jerónimos. Lejos se veía gente y más gente y algunos autos que pasaban presurosos.

A mi lado estaba ese matorral, ese matorral tan ansiado por mí. Yo sabía que, metién­dose por él, encontraría la abertura que buscaba, disimulada, claro está, muy disimulada, pero la encontraría y por ella descendería a las profundidades de esta Tierra. Ahora no me ocurriría lo que una vez le ocurrió a Lorenzo que perdió varias horas en su busca y, al fin, tuvo que regresar pues no la pudo hallar. Ahora, no.

Me introduje por entre las ramas, me agaché para poder pasar debidamente, separé con mis manos cantidades de hojas y ¡miré!

¡Allí estaba el orificio infinito!

¡Allí estaba abierto de par en par!

No vacilé más. Me introduje por él y me dejé deslizar.

¡¡Colomba, Colomba mía!!

71

Galerías y galerías...

No parecían rectas ahora; eran tortuosas; volvían sobre sí mismas; bajaban y volvían a subir. Varias veces tuve que rehacer el camino comenzado. Y volvía nuevamente a más galerías. Volvía a bajar unos pasos y la galería se encumbraba. Había, sin duda, un impe­dimento para poder perforarlas. Éste había sido mi hábito, éste y no otro: ponerme al comienzo de una galería, aunque ella fuese lóbrega, cerrar los ojos, pensar en lo que me aguardaba y deslizarme. Ahora, no. Cada paso me era costoso, difícilísimo; ahora me daba cuenta de esos estratos, de esos nueve estratos en que el fondo de la Tierra ha sido dividido por Max Heindel. Creo, no lo aseguro, creo que estaba en el estrato vaporoso y por él continué mi marcha; llegué al estrato fluídico, a ese estrato que está antes y que ya, lo recordaba perfectamente, había sido atravesado por mí. Pero era inútil: por todas partes nuevos túneles sombríos y escarpados y... nadie, nadie, ¡nadie!

Ahora el ruido que allí había... Antes—lo recordaba con toda claridad—era una delicia sumergirse por estos túneles por el enorme, el completo silencio que reinaba en ellos. Es

decir, un silencio relativo, no ese silencio de la superficie que es una carencia de toda resonancia y uno, entonces, aspira a que alguien, sea quien sea, produzca un bullicio cualquiera, aunque sólo sea una gritería o una algazara que venga hasta nosotros y nos haga ver que no estamos solos, solos, espantosamente solos.

Aquí, nada; deslizarse sin saber si uno subía o bajaba; encontrarse, de pronto, cercado y no poder seguir su marcha; volver hacia atrás y hallarse nuevamente cercado y, al verse así, perder toda esperanza...

Miraba yo a mi alrededor y —recuerdo muy bien— lo que pensaba era cuál iría a ser el sitio en que moriría y en el que mi osamenta reposaría para siempre. Pero, súbitamente, divisaba un agujero; me asomaba por él y verificaba que, a los pocos pasos, crecía y crecía, se agrandaba y era, al fin, enorme, inmenso, como una bóveda sin igual allá arriba. Quería avanzar y estar allí, bajo esa bóveda... Pero el ruido me atemorizaba y crujía de tal modo en mis oídos que sólo atinaba a cubrirme los oídos con ambas manos. A veces, hasta me acurrugué y quise meter la cabeza en esa especie de tierra o barro o lo que sea. Pero una que había sido una fuerte voluntad de mi parte allá en la superficie, me obligaba a seguir y a seguir, a avanzar ya sin sentido metiéndome por esos socavones.

¿Cuánto duraría esto?

El tiempo se mide diferentemente apenas hemos bajado y salvado algunos estratos. Podría decir que anduve desorientado; bien, pongamos una hora o bien hora y media; podría decir que aquel infierno mío duró una buena cantidad de meses. En resumen, no lo sé. Fue un tiempo larguísimo mientras duró; cuando cesó el infierno, fue aquello, en mi recuerdo, corto, cortísimo; fue cuestión de unos pocos minutos, tal vez de unos pocos segundos. Así es que, sobre tiempo, no puedo decir nada, es decir, por los relojes; por lo demás, yo no llevaba el mío; lo había dejado allá, en Fray Tomate; ahora lo estaría aprovechando la Zoraida. Sí, sí, ella estaría midiendo, con ayuda de aquella maquinita, lo que le faltaba y lo que tenía que esperar para...

El caso es que aquella búsqueda de un recoveco que abocara allá en las profundidades, cesó.

Cesó completamente. Estaba yo ahora en un inmenso plano que, por todos lados, se perdía de vista pues seguía siendo un inmenso plano; para arriba, para ambos lados, para atrás, para todas partes, era aquello un fantástico plano. Y en medio de él... ¡Ah, ah, lo que había en medio de él!

Había:

Un sombrero de copa...

Volví a ver este sombrero con un gusto que no puedo llamar más que infinito. Claro está que era el de Palemón de Costamota. ¿Y... qué? ¿Qué importaba que fuera el de él o de otro sujeto cualquiera? Me lo pregunto cien veces: ¿qué importaba? ¡Era un sombrero, uno como nosotros acostumbremos a ver a cada paso! Tal vez, hoy día, no los veamos tan a menudo pues ya casi no se usan; pero eso no importa nada, nada de nada; era un sombrero y eso ¡basta!

Es decir, era algo de allá.

Era un pedazo de lo nuestro, era un enlace, un encadenamiento con todo aquello que había abandonado; era algo que me recordaba mi vida de allá, de esa superficie que yo pretendía despreciar y que, ahora veía, me tenía tan sujeto y amarrado como a cualquiera.

Se me dirá que aquel era un sombrero *negativo*; se me dirá que lo era porque él era de

un sujeto completamente negativo y que, por lo tanto, no debería causarme ningún placer el encontrarme ante su presencia. ¡Pobre gente la que opinara de este modo!

Yo podría decir a esa gente con semejantes ideas éticas de esta índole que ello carece totalmente de importancia.

¡Sombreros negativos...; sombreros positivos...!

¡No! Era un sombrero de allá; eso me bastaba. Me incliné, pues, ante él y lo saludé con la máxima reverencia que me fue posible. El sombrero me respondió dando un pequeñito salto; volví a saludarlo; volvió a saltar. Y allí quedamos en expectativa, ambos en espera del amo, del propietario, del que podía ejercer todos los derechos posibles sobre él.

Y más allá, más allá, mucho más allá; sobre el que podría ejercer todos los derechos y lanzar voces de mando sobre toda aquella inmensa bóveda que nos envolvía.

De pronto se oyó una voz:

—Palemón de Costamota, vuestro incondicional servidor.

Me repuse un tanto y sólo respondí a media voz:

—Onofre Borneo, a las órdenes de usted.

Pero no había nadie, nadie junto a mí. Esta voz parecía formarse sola en aquellos ámbitos. Ya lo digo, nadie, nadie.

De pronto él apareció; apareció de la nada; apareció llamado, sin duda, por su sombrero de copa. Vestía impecablemente; ¡qué elegancia había en todo él! Chaqué, por cierto, chaqué negro y todo cintado; pantalones de a cuadros; zapatos de charol; alto cuello duro y blanco como la nieve; gran corbata plastrón sobre la que danzaban varios monitos que, a veces, se detenían y luego seguían la danza. Sus guantes me maravillaron; deben haber sido guantes de una gamuza especial, de una gamuza como no se ve allá; su color era amarillento aunque tiraba, de cuando en cuando, hacia el rojizo pálido. Era la elegancia personificada.

Personificada... Estoy torpe, estoy con mi mente que da vueltas y más vueltas. Pues he dicho "personificada"... ¿Por qué he mezclado aquí a las personas, a las que van y van por las calles y por los caminos polvorientos de los campos, van y van y, lo que es peor, vuelven y vuelven y han de pasar frente a los ojos de uno y han de saludarlo porque un día...?

¡Nada de "personificar"!

Estoy ahora en otro mundo y, frente a mí hay otra clase de seres; frente a mí está una de las dos fuerzas que hay en este mundo, uno de los polos entre los cuales vacila el mundo.

Vacila... ¿Vacila?

¡No! El mundo se inclina a este punto que está ahora frente a mí; lo he dicho: elegantísimo; su mirada entre irónica y seria; sus bigotillos erectos como dos puntas de alfileres, sí, de alfileres negros, negros como la expresión máxima del negro máximo. ¡Y su sombrero, su sombrero de copa, está siempre por tierra...! Me agaché y quise recogerlo para entregarlo a su propietario. Mas este propietario dictaminó:

—¡Alto, joven mancebo, adolescente aún imberbe! No profanéis vuestra mano untándola en aquello que sólo podrá mancillarla. No la untéis; retiradla... que ese sombrero vendrá a mi testa cuando él tenga que venir.

No dije más y el sombrero de copa dio un tremendo salto y fue a ubicarse sobre la cabeza de Palemón de Costamota. Hice una mueca que era una especie de sonrisa y murmuré:

—Muy bien, magníficamente bien; tiene usted una agilidad verdaderamente asombrosa, amigo mio.

Él me miró extrañado y me interrogó:

—¿Me tratáis ahora de usted? ¡Malo, muy malo! Debemos elevar nuestro tratamiento y hacerlo de vos. ¿No os parece, mi cándido adolescente?

Le respondí:

—Lo que a mí me parece es que usted, Palemón, juega demasiado con esos tratamientos que hace conmigo; unas veces es “usted”; otras veces es “vos”. Dígame, ¿cuándo será “tú”?

Él hizo un gesto de resignada compasión que dirigió hacia mí y luego dijo:

—Sentémonos cómodamente en un sitio cómodo. La comodidad es una gran cosa para crear una buena charla. ¿No lo creéis así, mi ilustre limítrofe de la bella adolescencia?

Le contesté:

—Me es igual. Estoy algo fatigado así es que... Bueno, como usted quiera; sentémonos. En realidad, la fatiga había vuelto a cogerme. Vi con muy buenos ojos ese asiento que se me ofrecía. Al ver mi modo torpe de avanzar, Palemón se me acercó y me preguntó lleno de amable cordialidad:

—¿Estáis cansado, mi gran señor? ¿Queréis que os dé mi brazo para que os apoyéis en él? Aunque ya estamos, ya estamos. Pasad por aquí; un paso nada más y estaremos.

Di ese paso y pasé.

El salón al que entraba, era sencillamente fabuloso. Creo que es fácil comprender lo que esta palabra, “fabuloso”, significa; éralo en todo, en tamaño, en altura hasta el techo, hasta ese techo decorado por artistas... ¡Oh, qué voy yo a poder dar ni siquiera el más leve reflejo de ese techo del que caían lámparas y más lámparas! Lámparas que hacían juego con las que se destacaban desde las paredes entre cientos de bellísimos cuadros de los tamaños más dispares y con marcos... Ya lo digo: aquello era ni más ni menos que fabuloso. Y no he hablado aún de los muebles que había por todas partes, desde enormes estantes, desde inmensos armarios cuajados de... Bueno, ya se supondrá, estaban todos cuajados de... Me faltan las palabras para llevar a buen término esta descripción del salón al que me introdujo Palemón de Costamota. Faltándome las palabras, pido que no se olvide aquello de fabuloso. Quedé un momento abismado sin poder seguir mi marcha. Palemón me miraba y sonreía, sí, sonreía un poco, un poquitín. Lo miré a mi vez; le dije:

—¡Formidable!

Entonces, de uno de los anaqueles de uno de los estantes, salió, de un salto, Tadeo Lagarto. Corrió hasta mí, se inclinó y arrastró su cabeza por tierra. Allí quedó. Un latigazo que le envió su amo y señor lo obligó a levantarse y a ponerse, sumiso, a nuestras órdenes. La orden que recibió fue:

—¡Desapareced!

Tadeo Lagarto desapareció. Nosotros, tomados del brazo, avanzamos lentamente. Llegamos a un sillón esplendoroso y, en él, mi amigo me pidió que tomara asiento mientras él se sentaba en otro sillón, no menos esplendoroso, que había frente al mío. Se sentó, pues, echó una pierna arriba, sacó una cigarrera, la abrió y me ofreció un cigarrillo que yo, por cierto, acepté. Él tomó otro para sí. Luego carraspeó. Luego me manifestó:

—Deseo hablaros largamente, si no veis inconveniente para ello, sobre un acápite que, creo yo, me imagino, puede ser de alto interés. ¿Cuál es vuestra opinión?

Vacilé unos instantes y, por fin, para estar de acuerdo con cuanto me rodeaba, respondí con tono solemne:

—Mi opinión ha de ser la que usted, mi señor, quiera que ella sea. No lo dudo, por lo tanto: ¡altísimo interés!

Él se inclinó y murmuró:

—Sois la amabilidad misma.

Le aseguré:

—Puede usted creerme que no hay visos de una cortesía que yo quiera hacer a usted. Todo lo que es interesante me interesa en alto grado por el hecho de llevar guardado un interés que ha de interesar a todos aquellos que muestran interés por...

Me turbé; no pude seguir; me callé; miré a Palemón. Pensé que, tal vez, era el trato que yo le daba el que había sido la causa de esta turbación mía. Sin más manifesté:

—No estoy a la altura de estas magnificencias que me *habéis* mostrado. Os pido humildemente perdón. *Perdonadme*.

Él se inclinó y murmuró:

—Siempre estáis en el máximo de las alturas. Sois un monte Picoldo que se levanta entre los picachos andinos.

—Gracias; un millón de gracias.

—De nada.

Y volvió a reinar el silencio, un largo y penetrante silencio que nos adormecía a ambos —en todo caso que me adormecía a mí; no sé si llegaba a adormecer a mi contertulio. Felizmente él habló; su voz llegó hasta mis tímpanos como una música deleitosa. Susurraba esta música:

—Deseo hablaros largamente, si no veis inconveniente para ello, sobre un acápite que puede ser de alto interés para vos.

Corregí inmediatamente:

—De altísimo interés.

Él no vaciló en decirme:

—Gracias.

A lo que yo respondí:

—De nada.

Y volvió nuevamente el silencio, un silencio atroz en el que zumbaban millones de zumbidos confusos sin que ninguno de ellos sobrepasara su zumbar más allá de la justa medida. Es decir, que aquello era adormecedor, mareante, era un narcótico que me entraba por todos lados a la vez. Creí que iba a dormir. Su voz sonó otra vez más y pude volver a ser todo oídos.

—Deseaba hablaros de la crueldad.

Exclamé de inmediato:

—¡Oh, qué tema tan abrupto! ¿Eso os inspira esta bella estancia en que nos hallamos?

Él me aseguró:

—La estancia no cuenta; ni cuentan las galerías ni túneles por los que acabáis de pasar; ni cuenta ese mísero de Tadeo Lagarto que, gracias a los Infiernos, acabo de ahuyentar; ni cuento yo, ni contáis vos, mi señor, a pesar de que es innegable el respeto que os profesó; ni cuentan las aves que surcan por lo alto; ni los peces que nadan por las aguas; ni los hombres que marchan por las calles; ni las hembras que braman en la soledad. Entendedme, pues: nada cuenta nada y sólo ella vive por encima de cuanto existe: la crueldad.

Lo interrumpí:

—Decidme, señor Palemón de Costamota, ¿en dónde veis tal cantidad de crueldad que pueda borrar cuanto existe fuera y muy fuera de ella?

Él, de modo adusto, respondió:

—¡En el hombre!

Se acercó un tercer silencio que, alcancé a distinguir, era más fuerte, más sonoro que los dos anteriores; era de tal modo penetrante que alcancé a agacharme para no ser herido por él. Pero Palemón le impidió la llegada, pues Palemón habló:

—Deseo hablaros para impedir a este nefasto silencio que llegue hasta nosotros; luego hablaré de la crueldad que es el acápite sobre el cual quiero que me oigáis. Mas antes debéis responderme con una sinceridad que no es costumbre ver circular allá en la superficie ni... ni... ni... En fin, respondedme, si no halláis motivo que os dicte lo contrario.

Dije con tono sincero, con una sinceridad que jamás había yo visto ni en la superficie ni fuera de ella:

—No hay motivo alguno para que no sea yo todo sinceridad.

Él se inclinó y murmuró:

—Gracias.

Yyo, con la misma sinceridad, con un arranque que nacía del fondo de los fondos de mi ultracorazón, con un arranque que casi me desdobló para adueñarse de mi ser entero, grité con un grito que hizo vacilar a todos esos magníficos cuadros que colgaban de las paredes; un grito que hizo tintinear a las lámparas que colgaban de los techos; que hizo temblar a los grandes muebles que se mantenían impertérritos; que hizo asomarse allá, allá muy lejos, bajo un inmenso sofá de brocatel, al ínfimo de Tadeo, de ese Tadeo Lagarto que siempre ha de aparecer; que hizo ahuyentarse a lejanías no conocidas en la Tierra a aquel silencio que a todo momento nos amenazaba; grité:

—¡De nada!

Él se inclinó y manifestó a media voz:

—Ya que tenéis tanta afabilidad con éste, vuestro servidor, os haré una pregunta que aclarará las dudas que rondan junto a mí y que me desvelan..., es decir, que me impiden penetrar en los misterios de vuestro ser íntimo. Esta pregunta es: ¿Hasta cuándo erráis el camino, el sendero que se abre ante vos, mi grande y enorme señor mío? ¿Hasta cuándo? ¿Por qué no véis la realidad? ¿Qué os impide que ella se presente clara ante vuestros ojos?

Tuve un momento de vacilación, de ofuscamiento, ante una tan insólita cuestión; me vi obligado a interrogar a mi vez:

—¿Qué realidad se oculta ante mis ojos? Creedme, señor mío, creedme, que no veo error alguno en el camino, o sendero, que he emprendido.

Él, entonces, aspirando la última bocanada de su cigarrillo, me aseguró:

—Me refiero a este camino, o sendero, que habéis tomado y que continuáis siguiendo a todo momento. Me refiero a vuestras idas al fondo de la Tierra.

Me serené un poco y, contento, pude responder:

—Voy al fondo de la Tierra a inclinarme ante Colomba.

Él bufó; me recordó a Baldomero Lonquimay y esto me hizo sonreír para mis adentros aunque, tal vez, esta sonrisa ha de haberse traslucido un tanto pues él me miró de modo maligno, junto con reprobarme estos descensos al fondo de la Tierra.

—¡Malo, malo! ¡Pésimamente malo! ¡Abominablemente malo! Es algo que no comprendo en un tan alto ser como sois vos, mi señor. ¡Es algo nocivo, algo pernicioso, es algo...! Ya lo véis; me... me turbo, me desoriento, me perturbo. ¡Es, en verdad, increíble

que vos, el doncel siempre joven, el doncel de apenas quince años, aunque queráis hacer creer que frisáis ya en los 68 años, es algo inadmisibile que perdáis así vuestro tiempo cuando al lado, a un paso, a medio paso, a un milésimo de paso, se halla la alta, la plena sabiduría de los mortales!

Con no poca ironía le pregunté:

-¿Y ella es...?

Pero aquí todo cambió. Yo tuve un sobresalto y hasta me incorporé un tanto de mi sillón; los ojos se me deben haber dilatado; las manos se inmovilizaron y los dedos se enterraron en los brazos de aquel sillón. Pues Palemón de Costamota se había puesto de pie y, al ponerse, su estatura se había agrandado a una altura casi el doble de su altura habitual. Además era ahora un verdadero, un real Mefistófeles con todo su cuerpo envuelto en una enorme, en una descomunal túnica negra que, cayendo en largos pliegues, venía a arremolinarse bajo su barba. Sus manos no se veían, ocultas bajo estos pliegues. Su cabeza se tocaba de un ceñido birrete adornado por dos largas plumas; a veces este birrete se transformaba en un capelo; luego pasaba a ser una mitra; luego, un extraño catite. Y este monumento que se alzaba ante mí habló (¿o cantó?) de este modo:

-En vez de explayaros, os concentráis. Concentrarse es... es... ¡ja, ja! empequeñecerse; es disminuir nuestra visión y hacerla tan minúscula que pueda pasar a ser una servidora de nuestras intenciones. Digo cien veces: ¡Ja, ja, ja!

Mas vos os sentís venturoso; os sentís un afortunado sin igual.

Nadie comparte esta dicha; la comparte sólo esa Colomba.

Ambos os sentís en el cenit de la gloria y ambos la aspiráis con fruición.

Entretanto el mundo sufre; el mundo se retuerce en sus terribles padecimientos.

Sufrir... Padecer... Llorar... Plañir... Increpar...

Increpar... Plañir... Llorar... Padecer... Sufrir...

-Son las palabras del canto que se entona a vuestro lado, ese canto que vosotros no escucháis pues estáis embelesados oyendo el sonido que de vuestros pechos germina.

Permitidme que ante ello prorrumpa esta carcajada mía:

¡Ja, ja, ja, ja!

Ahora, serenémonos. ¡Alto a las risas! Ahora; busquemos. Es lo que hay que hacer: buscar, indagar. Aunque ello es tarea por demás fácil y hacedera. ¿Queréis la prueba? Bien, os la daré:

Ambos, Colomba y vos, buscáis tema para hacer literatura.

Eh, eh, eh, eh, ¡eh!, ¡eh!!

Guardad silencio; pues es preferible reflexionar, un minuto que sea, un segundo, un centésimo de segundo.

¿El tema de vuestra reflexión?

¡Cómo! ¿No la habéis comprendido? Os lo repetiré:

Colomba es la base de vuestra literatura.

Lo repito una vez más, de modo que lo que os digo penetre en vuestra mente como un gusanillo que perfora un libro. ¿No es ésta la verdad más absoluta? ¡Los gusanillos que perforan los libros! Os traen recuerdos estos gusanillos... Algo se ha escrito sobre ellos; algo habéis escrito sobre ellos... Ahora ha de ser esa mujer, Colomba, el gusanillo que ha de perforar el libro que aún no ha sido hecho.

Permitidme que una vez más vuelva a la carcajada que ha de corresponder en estos casos; permitídmelo:

¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

¡Ja, ja, ja!

¡Ja!!

Y ahora, serenidad; ahora, silencio; ahora, sobre este silencio, hablemos, hablemos de modo que se estrémezan las paredes de este salón, de modo que despierten de su sueño esos ilustres varones e ilustres damas que duermen en sus marcos.

Se despiertan; han despertado. ¿Qué sienten? Os lo repetiré:

A su lado el mundo... ¡Ya lo sabéis!

Sufrir... Padecer... Llorar... Plañir... Increpar...

Es decir:

El mundo vive; el mundo está vivo.

Es muy cierto lo que deseáis alegarme, es ello lo que se piensa a mi primera vista: sufrir no es vivir; sufrir es una negación de la vida. Yo os diré que, al alegar en esa forma, ¡erráis! Sí, mi tan alto señor: ¡erráis!

Si el mundo sufre... el mundo ¡vive!

Y el mundo debe vivir.

Porque esto es vivir: padecer los unos por los otros. Así es como se forma la gran legión de seres que viene en pos de mí; así es como se forma esa enorme, esa inmensa muchedumbre, esa muchedumbre inagotable en los siglos, esa muchedumbre que marcha y marcha tras de mí, que viene siempre conmigo.

Esperad; callad; silencio.

Tuve que obedecer y callé. Ya varias veces había querido interrumpir a este gigante de Palemón de Costamota. Al principio lo encontré demasiado alto y pensé que mi voz tardaría mucho en llegar a sus oídos. A pesar de ello, Palemón me respondía como si hubiera oído lo que yo intentaba explicar. Esto me amedrentó. Así es que callé.

Dejé que continuara tranquilamente su lectura en mi persona. Bien...; haría las veces de un buen libro abierto de par en par.

Palemón continuó:

¡Es el descontento el que hay que producir! En él se siente feliz el hombre; él lo espolea a avanzar hacia las grandes obras. Pues, fijaos bien, fijaos con toda la penetración de que os haga capaz vuestra clarividencia, fijaos que jamás, jamás —¿me escucháis?— la bienaventuranza ha donado esa dicha tan ansiada; ella sólo ha hecho verter lágrimas al llevar hacia la desesperación.

¡Y aquí está la justicia, la inconmensurable justicia!

Pues el hombre es, según vuestro vocabulario, el hombre es malvado, perverso...

Yo digo: el hombre es bondadoso; el hombre es lo que siempre ha sido y siempre será; el hombre ejecuta esos actos que os causan horror, actos que, en realidad de verdad, son actos dignos de su altivez, de su arrogancia, de su imperio sobre... sobre...

Creo que alcancé a proferir un “¿sobre...?”, una especie de interrogación que sola se formó en mis labios. Pero habían vuelto a crecer esos bigotillos y, uno de ellos, pasaba por sobre mi cabeza mientras el otro iba a hurgar por entre las lámparas. Sin más me agaché bajo el primero; sin más dirigí un ojo hacia el segundo. Este, este bigotillo, cogió mi mirada y partió con ella. Quedé, pues, bizco; un ojo,

fijo en el bigotillo que me sobrevolaba; el otro, siguiendo las idas y venidas, los ascensos y descensos que, por entre lámparas, ejecutaba el otro bigotillo.

Por fin, un esfuerzo me libertó. Libertar... ¿Es, acaso, la palabra que conviene? No lo sé. El caso es que ambos ojos juntaron sus miradas y, ante mí, volvió a aparecer aquel magnífico salón, volvió la más completa normalidad y... ¡miré!

Palemón de Costamota no estaba; Palemón de Costamota había desaparecido... ¡Horror!

Me encontraba, nuevamente, solo, solo. No estaba ya en aquellos túneles; estaba en un inmenso salón admirablemente decorado. Esto aumenta mi soledad, mi abandono.

Grité, desaforadamente grité:

—¡¡Palemón!! ¡¡Palemón de Costamota!!

Desde el suelo me contestaron:

—Aquí estoy; y me presento una vez más: Palemón de Costamota, un sevidor más que tenéis incondicionalmente a vuestro servicio.

Ahí estaba, pequeño, pequeñito, minúsculo. Tuve que agacharme para distinguirlo debidamente; vestía con una elegancia impecable, con correctísimo chaqué, pantalón... Bien; ya se sabe cómo viste en sus buenos momentos. Me sentí aliviado. Él, entonces, habló:

Para acrecentar vuestra grandeza he disminuido mi tamaño. Así podréis ver qué inmensidad podríais ser al trabajar como es debido. Y así... así... así...

¿Permitís que os lo diga? ¡No vayáis a ofenderos! Por mi boca se expresa la más pura intención que puede haber en estos mundos. ¿Os lo digo?

No contesté; pero en mi fondo había un beneplácito que él, desde allá, desde el suelo, pudo ver y apreciar como se debe. Prueba de ello es lo que dijo con tono de un profundo agradecimiento:

Bien, os lo diré y extenderé este agrado que me habéis ocasionado hasta que él llene este salón, llene los túneles que lo surcan por todos lados y, de este modo, alcance la superficie y sea rey en ella.

Quiero deciros:

¡No bajéis más, no os acerquéis a esa dama que hay aquí en el fondo del planeta!

Ella, sí, ella es quien os impide hacer lo que tenéis mil veces que hacer: ¡ser cruel, cruel, de arrojada e impávida y denodada crueldad! Os lo pido y os lo suplico, mi señor: sed, y siempre sed, cruel con cuantos os rodeen en este mundo; juntaos con otros seres para aumentar los bríos a esta crueldad; matad torturando a cuantos se acerquen a vos; apoyad las guerras y no olvidéis de apoyar el exterminio hasta que aquí no se escuche más que un despiadado grito de desesperanza. Os lo pido, os lo suplico. En un primer momento creeréis que hacéis mal; mas luego no lo creeréis pues veréis el verdadero significado de vuestra actitud. Y así podréis llegar a mí, a mí ¡a mí!

Juntos, entonces... ¿Os dáis cuenta? ¿Lo véis?

El planeta a nuestros pies; a nuestros pies todo cuanto hay en él; a vuestros pies... ¡¡Colomba!!

Y Palemón de Costamota empezó a crecer, empezó a erguirse. Se detuvo cuando hubo llegado a su altura que le es habitual o, al menos, la que me es

habitual a mí en las tantas veces que lo he visto. Apenas hubo llegado a esta estatura, giró sobre sus talones y, con mucha lentitud, se alejó. Dos o tres veces se volvió hacia mí y me dijo:

¡Reflexionad! ¡Reflexionad!

Yo seguí tras él. El salón aquel creo que se hizo humo. El caso es que me encontré nuevamente entre esas largas y sombrías galerías. Por ellas me introduje.

72

Caminé y caminé. No sé bien si bajaba o subía. Lo que sé es que caminaba y caminaba. Iba algo vacilante; sí, iba demasiado vacilante. Palemón... Palemón... Era lo que repetía a cada instante. Me detenía unos momentos con la cabeza gacha. Y una, una sola interrogación llegaba a mis labios:

“¿Sería posible...?”

Después pensaba cabizbajo y no hallaba respuesta alguna:

“Colomba... Colomba... No; no puede ser... ¿Podría ser ello posible...?”

Así seguí por esas galerías que me eran más sombrías que nunca. Pasaban los estratos, uno tras otros. Yo los cruzaba muy bien pues, a decir verdad, estas preocupaciones mías no dificultaban en nada mi marcha; por el contrario: mientras más caía en hondas meditaciones, más fácil era el camino que emprendía.

De pronto me detuve y un remolino se produjo en mi mente. Recuerdo que moví la cabeza y pestañee repetidas veces; me tomé de las paredes que allí había y esperé.

Es que algo oía, ¡sí, sí! Algo oía, algo que crecía en volumen, que crecía y crecía; algo que se acercaba. Puse mayor atención y pude distinguir que era un silbido, un silbido fino, agudo y, por lo demás, melódico. Pude distinguir que aquellas soledades eran llenadas por *El Bolero*, de Maurice Ravel.

Grité:

—¡El hombre Martín Quilpué!

Y unos pasos acompasados se dejaron oír; unos pasos que, a su vez, crecían en intensidad sonora. ¡Qué lindo, qué hermoso! Me corrí más al medio de esa galería para abarcar mayor trecho de ella y no perder nada del espectáculo que se avecinaba. ¡Y pude contemplar esa extraordinaria diversión que me ofrecían los túneles silenciosos!

¡Pasaba el hombre Martín Quilpué!

Pasaba y silbaba la obra de Ravel... ¡No! La obra allí estaba, allí, en aquellos túneles y allí se balanceaba buscando a alguien que la cogiera y le diera forma. No encontraba a nadie y, la pobre, desesperaba, cuando... cuando atinó a presentarse él, él, el hombre Martín Quilpué.

—¡Qué dicha! —gritó esta obra.

Entonces él caminó y ella, metiéndose en él, siguió su marcha y ambos vinieron a pasar frente a mí.

Volví a apoyarme en aquellas paredes; no chisté. Él, entonces, pasó a mi lado, con trancos regulares y acompasados, la mirada fija en un horizonte que habría en alguna

parte y con un muy fino, muy agudo bastoncillo que hacía girar en sus dedos al compás de la música. Este bastoncillo desató mi garganta y lancé un alarido:

–¡Viva y mil veces viva el hombre Martín Quilpué!!

Pero él siguió su marcha impertérrito. Seguramente iba hacia la superficie terrena. Allá pasearía, vería esto y aquello y... ¡lo importante!, encontraría un acompañante, un paje, un enanito, o lo que sea, para que siguiera tras él y cantara al compás de sus pasos. Repito ahora:

–¡Viva y mil veces viva el hombre Martín Quilpué!!

Seguí bajando. Ahora bajaba sin duda alguna. El terreno había obedecido a mi alegría al ver a aquel hombre; el terreno era casi vertical y, por él, me deslizaba como una pluma... Pero, ¿se deslizan las plumas? No; las plumas vuelan... Pero, ¿vuelan las plumas? Caí de lleno en estas meditaciones, en la actitud que ellas tienen al ser desprendidas de las aves que las llevan y quedar solas, solas, solas en el aire, sin una ayuda, sin una protección en caso de alarma, balanceándose según como sople el viento, ¡oh, viviendo de este modo horrible! ¡Horrible, horrible...!

–Como vivís vos, mi distinguido doncel. Pero permitidme que, ante todo, me presente una vez más: Palemón de Costamota que ante vos se inclina para aseguraros que es un servidor más.

Y ese maldito sombrero de copa describió un arco, otro arco, otro arco, otro, otro, frente a mis ojos que no volvían de su estupor. Pero al fin me rehice y pude interrogar:

–¿Qué hace usted aquí, señor Palemón? ¿O piensa usted... sí, eso es, perseguirme hasta donde yo vaya? ¿No hay libertad acaso en esta Tierra?

Me miró con sorpresa, con extrañeza, hasta retrocedió unos pasos lleno de temor. Al fin pudo articular:

–Os presento mis más humildes disculpas, gallardo chaval. ¿Estoy perdonado?

–¡Rápido, rápido– fue mi respuesta–. ¿Qué desea usted?

–Haceros una pequeña advertencia que olvidé hacerla a su debido tiempo. Es todo y no hay más, no hay más.

–¿Y ella es...?

Bajo, muy bajo, me susurró:

–No vayáis jamás a la China; es decir, me refiero al Norte de la China porque el tiempo es una ilusión y no es una realidad que pase por nosotros. Así es que lo que ocurrió hace medio millón de años...; ¿os dais cuenta? – eso puede perfectamente, con suma facilidad, puede ocurrir durante vuestros paseos por esa tan noble y hermosa tierra. Es cuanto tenía que deciros, señor mío; es todo y me retiraré.

Hizo una genuflexión, voló su sombrero y se dispuso a marcharse. Felizmente alcancé a detenerlo, alcancé a decirle, a pedirle:

–No se marche usted, mi señor Palemón. Desearía tanto saber las causas que le dictan este consejo que acaba usted de darme. No es que pretenda yo ir hacia la China; pero usted comprenderá que la curiosidad, cuando ella nace por palabras de usted, de un ser como usted, y en estas circunstancias, es decir, en medio...

Mis gestos terminaron lo que ansiaba decir y que no lograba expresarlo debidamente. Él comprendió y agregó:

–Según nuestra manera de considerar el tiempo, hace unos cien mil o medio millón de años que allá, en ese fabuloso país, habitó una especie de animales prehumanos llama-

dos los homínidos. ¿No os dice nada esto? ¡Curioso! Pues he dicho “animales prehumanos”.

—¡Rápido, rápido, mi señor! ¡Tengo prisa! ¿Qué me importan a mí esos animales?

—Calma, muchacho, calma, muchachín. Comprendo que aquí, en marcha hacia las profundidades, ellos no os importen nada, nada de nada. Mas... Os pido perdón al no poder ofrecer un nuevo salón tan acogedor como el que acaba de presentarse ante nos; os pido que me perdonéis. Es acaso la influencia de estos homínidos la que se impone. Pues, como os decía hace un instante, son estos animales prehumanos, son seres que utilizan instrumentos de piedra, de hueso, de cuerno. Claro está que saben andar en dos pies y saben mantenerse en forma vertical; además conocen el fuego y además...

No pude dejar de interrumpir esta descripción que parecía no tener fin:

—¡Por piedad, señor! ¡Rapidez pido a usted que el tiempo apremia y tengo que, es decir, tengo que...!

Él prometió ir a esta rapidez que yo imploraba. Gritó con precipitación:

—¡Cuidado con los homínidos, cuidado! ¡No hay necesidad de llegar hasta la China para convertirse en uno de ellos! ¡Tened mucho cuidado! Los hay por todas partes y, sobre todo, aquí en el fondo, en el justo fondo de este planeta. ¡Cuidado! Y si no es una ofensa para vos, mi alto señor y doncel, quiero haceros, antes de desaparecer, un ofrecimiento, un pequeño ofrecimiento que, no lo dudo, será de vuestro agrado.

Lo interrogué:

—¿Y cuál es él?

Me respondió:

—Éste.

Nueva genuflexión, nuevas curvas de su sombrero de copa y su mano izquierda me indicaba un punto, nada más que un punto. En este punto había un doble mío.

Es decir... ¿Un doble? No, por cierto; diría mejor que en ese punto había una caricatura mía. Estaba admirablemente ejecutada; era más que una caricatura; era un retrato mío pero..., pero... Bueno, diré que era un retrato mío hecho por un pintor *pompier*. Es decir, peor, mil veces peor que una caricatura; pues, al fin y al cabo, una caricat...

Él me interrumpió esta nueva meditación; él musitó:

—Onofre Borneo (guiñó un ojo) —Alejo Junquillar.

Nos saludamos afablemente; corregí de inmediato:

—Mi nombre es Onofre Boroa.

Nos volvimos a saludar afablemente.

Él prorrumpió en una estrepitosa carcajada:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Lo miramos asustados. ¿Qué significaba este reír? ¿O se habría vuelto loco? No. Él (cuando digo “él” y nada más, me refiero al grande de Palemón de Costamota), él avanzó hacia mí, me tomó de un brazo y se alejó conmigo unos cuantos metros mientras ese Alejo Junquillar quedaba atrás indiferente. Entonces me explicó:

—He reído ante la torpeza que habéis cometido. ¿Torpeza? No lo creo. He reído ante el anticipo que habéis cometido. Siempre la risa me domina ante una acción como la vuestra. Os felicito de todo corazón.

Me enfadé. Exclamé:

—¡Hable usted con mayor claridad! ¡Demasiados subterfugios hay en sus maneras, mi señor! ¿Qué quiere usted decir?

Me respondió serenándose:

—Disculpadme, mi señor. Os llamé Borneo y no quise llamaros Boroa; lo hice intencionalmente. Ha sido por respeto y por noble esperanza que deposito en vos. Boroa, ¡ah! Boroa... es el nombre en el que encerráis vuestras más altas aspiraciones, el nombre que encierra vuestros ideales supremos, ¿no es así? He querido dejarlo escondido, que no se supiera que él existe. Pero vos, mi señor... En fin, vamos al grano, ¿os place?

—Hace ya rato que sólo deseo ir al grano.

—Bien, entonces, ¡al grano! Este doble vuestro que os acabo de presentar, este Alejo Junquillar, no es propiamente, un doble vuestro, no, no lo es. Es, es, es... ¡cómo explicarlo!

—¡Prisa, mi señor, prisa que ya le he dicho a usted que el tiempo apremia!

Se serenó de inmediato y me respondió:

—Bien.

Quedamos en silencio. Junquillar, mientras tanto, se entretenía jugando con algo que había hallado por tierra; hasta se sentó para poder jugar mejor; luego se agachó; luego cogió algo con su mano; luego lo alzó hasta su vista; luego...

Al fin pregunté:

—¿Va a terminar alguna vez este silencio?

Él me respondió:

—Sí, ha terminado ya y os pido, os ruego que me escuchéis.

Yo le respondí:

—Le escucho a usted.

Entonces él habló de este modo:

—Nosotros somos múltiples; nosotros llevamos dentro de esta nuestra caparazón, una serie de personajes que no guardan parentesco alguno entre ellos. ¿Por qué no lo guardan? Fijaos que habitan todos una misma, una exacta caparazón. Mas no lo guardan. Es algo muy curioso, es algo curiosísimo. Alejo Junquillar y vos, Onofre Borneo, sois uno solo, nada más que uno solo; sois ambos lo que es, lo único, lo real. Por eso os he presentado y me he sentido dichoso de que hayáis hecho buenas migas. ¿Me comprendéis?

“¿O creáis, por ventura, que todo vuestro ser, todo íntegro era sólo ese sueño que sobre él hacíais noche y día? ¡Oh, oh, qué error más monumental! No, mi tan distinguido mancebillo; debéis siempre, a todo momento, a todo diminuto momento, a todo diminutísimo momento, pensar y considerar y consultar a ese personaje que, de ahora en adelante, os acompañará por los siglos de los siglos.

“¿He dicho demasiado tiempo al recurrir a los siglos? No lo creáis, no, no, no lo creáis. Los siglos pueden pasar en un santiamén, pueden pasar en menos que canta un gallo, como dicen por ahí los que hablan por hablar. ¿Creéis que estos seres hablan así por hablar sin conocimiento alguno de lo que profieren? ¿O acaso que ignoran la psicología de un gallo? ¡Oh, oh, qué error, qué error monumental sería considerar de este modo las cosas! Porque no es así. Ya lo he dicho, ya lo repito: no es así. Recordad y recordad siempre: Alejo Junquillar sois vos, mi chaval; diría con mayor propiedad que vos, Onofre Borneo—y para qué decir Onofre Boroa—vos... ¡no existís! Quien existe es Alejo Junquillar. Gritad conmigo, chavalillo, romped vuestras cuerdas vocales en un grito estruendoso que rompa estas paredes de bajo tierra y salga a la superficie y la llene, gritad:

“¡Soy Alejo Junquillar! ¡Viva Alejo Junquillar!

Callé. Mi mirada esquivaba la de Palemón. Al esquivarla caían mis ojos en ese Alejo

que allí continuaba sin moverse siempre considerando el objetillo que había recogido. Me preguntaba en vano:

“¿Adónde querrá ir a parar este Palemón con esa especie de doble mío que ha hecho surgir de..., de...? ¿De dónde lo ha hecho surgir?”

Pero Palemón continuaba su arenga:

–Veo, veo muy bien lo que contempláis a cada rato, mi querido doncel; contempláis a vuestro doble y lo consideraréis con honda conmiseración. Mas ¿qué queréis? El pobre Alejo está aplastado y hundido con el peso de Onofre Borneo. Y encima se halla con nuevo peso, Onofre Boroa. Y Borneo y Boroa trabajan para convertirse en Juan Emar. ¿Qué puede él hacer? Nada más que lo que hace: esperar pacientemente que un día ha de llegar el día de la luz, de la luz, de la plena luz en pleno día. ¡Qué día maravilloso! Pues ese día habréis hecho vuestra grande y sublime obra creadora; habréis hecho un verdadero hombre de ese Alejo Junquillar. Pues podríais ser pleno de riquezas, pleno de oro y, con estas plenitudes, todas las mujeres rendiríanse a vuestros pies. Y juntos, vos mi señor, y esa excelsa dama, juntos surgirían por sobre todos los hombres. Y los hombres, abismados ante tanta grandeza, os rendirían culto y a vuestros pies caerían de hinojos. Y vosotros levantaríais a las masas y las acarrearíais a luchar contra los vecinos que os molestaran. Y vosotros venceríais y todo el mundo no sería más que un estampido de algazara. Y sobre este grito, en su cúspide, estaríais ambos, esa mujer y vos, mi desmesurado varón, mi sin par supra-gobernante de estos mundos...!!

Pregunté de súbito:

–¿Ha terminado usted, mi señor don Palemón de Costamota, de hacer ensoñaciones torpes y vacías?

Me contestó respetuoso:

–Sí, he terminado, carísimo doncel. He dado ya mi último y precioso consejo. ¡No lo olvidéis; recordadlo siempre! ¡Debéis ir a la vida activa, a la vida del millonario y del hombre de las cúspides! Es ello preferible a..., a... –¿me oís?– a...

Pregunté ansioso:

–¿A qué...?

Él rió una vez más, rió con una risa estrepitosa que hizo volver la cabeza a ese Junquillar y que casi me contagió a mí mismo. Luego se detuvo y tornóse serio, adusto, considerable. Ordenó:

–Idos juntos; no os separéis jamás. Haced el mundo a vuestro antojo. Es lo que deseo y lo que... decreto.

Se separó unos pocos pasos de mí; tenía siempre sus ojos fijos sobre los míos. Mantuve la mirada. Él, entonces, sonrió. Luego, haciendo una genuflexión hasta el suelo, murmuró:

–Señor mío, os lo ruego: NO OS ENTRETENGÁIS MÁS HACIENDO CUENTOS DE HADAS.

Y desapareció súbitamente, como por encanto.

Miré para todos lados... ¡Nada, nadie!

Continué bajando. A dos pasos tras de mí marchaba ese doble mío llamado Alejo Junquillar. Ambos nos deslizamos por aquellos estratos. Yo repetía a cada momento:

¡¡NO HACER MÁS CUENTOS DE HADAS!!

Bajábamos. Yo volvía a repetir:

—No hacer más cuentos de hadas...

Alejo nada decía; bajaba tras de mí en silencio. Proferí con mayor fuerza esta frase que era la única que había en mí, esta frase sobre los cuentos de hadas; la proferí con fuerzas, casi la grité. Mi grito se perdió por entre los muros, cayó en un estrato, en él se sumergió y en él, digo yo, debe haberse ahogado pues no volvió a salir a flote. Esto me enfadó; me detuve; Alejo se detuvo también; le grité ahora a él con franco desagrado, con marcado malhumor:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Alejo Junquillar! ¿Vas a seguir tras de mí hasta el final de los días?

Fue algo instantáneo; fue un cambio brusco; me amedrenté.

Tenía, ante mí, un hombre inmenso y fornido. Claro está, era el mismo Alejo Junquillar de hacía algunos instantes; pero ahora —lo repito— había crecido, era inmenso, y, sin embargo, su estatura continuaba igual; físicamente era igual. Pero su aire, su traza eran otros. Se limitó a responderme:

—Sí; te seguiré hasta el final de tus días.

Bajé de tono y pregunté:

—¿Con qué objeto? ¿Crees que he de llevarte hacia...?

Él siempre altivo me respondió:

—No me llevarás a ninguna parte. Yo —¿me oyes?— yo he de llevarte a ti hacia donde tú deberías estar. Claro está que ya es un poco tarde. Razón de más; ¡prisa!

Nuevamente me sentí algo fatigado y quise tomar asiento en cualquier parte. Miré para todos lados. Había allí una especie de asiento con sitio para varias personas. Insinué a este Alejo:

—Ahí podríamos reposarnos un rato. Sentémonos y así te podré escuchar mejor. Sí, sentémonos.

Nos sentamos; yo, primero; él, después de permanecer un rato de pie clavándome los ojos, también se sentó. Y allí quedamos, allí permanecimos un largo rato, un larguísimo rato, en silencio.

¡Son espantosos estos silencios bajo tierra!

Ya lo he dicho, creo, que sólo la pobreza de nuestro vocabulario me obliga a expresarme de este modo. No tenemos una palabra que hable de un silencio sonoro, de un silencio cortado por todos los ruidos imaginables, por todos, pero tan bien armonizados, tan justos unos con respecto a los otros, que, en su conjunto, forman una colosal melodía que nos penetra sin que por ello, no se pueda dejar de conversar lo que se desee, conversarlo a media voz. Sí, llegué a pensar:

“Obra de Belcebú tiene que ser esta manera de jugar con lo que ha de llegar a nuestros tímpanos; obra de Palemón de Costamota; obra de él, de él y de nadie más que de él.

—Te escucho, Alejo Junquillar —grité nuevamente altivo.

Esperamos un rato. Alejo me observaba a hurtadillas. Al fin no pude más y grité con voz estentórea:

—¡Te escucho! ¿Oyes? ¡Habla pues te escucho!

Su rostro se iluminó. Era un hombre dichoso el que tenía a mi lado. Hasta me tomó una mano y me la apretó varias veces con una verdadera efusión. En medio de esta dicha exclamó:

—¡Esa es la altivez que siempre quisiera ver en tí!

Esta altivez... ¿Para qué querría este sujeto parecido a mí que yo tuviera una semejante altivez? ¿Qué quería, en el fondo? Tuve que interrogarlo al respecto. Entonces él me contestó:

—Quiero esa altivez, esa altanería, ese orgullo ilimitado para que siempre te acompañe, siempre, ¡siempre! Pues con semejante arrogancia... ¡oh! ¡oh...! ¿Hasta dónde no podrías ir y dominar? Y tú eres el dueño del mundo, Onofre, el amo sin igual de cuanto nos rodea. Oye, óyeme bien, no te distraigas, oye: el pueblo no pide otra cosa más que tener un ídolo ante quien doblegarse. Y ese ídolo puedes serlo tú. Lo acabo de ver al oír tu potente voz de comando, al oír tu orden, esa orden que me has dado para que yo hablara. ¡Sí, sí, eres un ídolo! Ahora lo eres solamente en este pequeño rincón de bajo tierra; luego podrás serlo en el país entero. Y al serlo... al serlo... ¡Oh, oh, oh! Un título llevarás sobre ti, un título que hará obras de magia ante toda esa masa de gente que te mira absorta. ¡Y un estrépito resonará por los aires! ¡Sí, Onofre mío, un estrépito formidable! Pues una banda de aguerridos soldados... ¿Qué, qué hay? ¿Hallas poco una banda? Diré entonces dos bandas, tres bandas, cuatro bandas, cientos de bandas, todas las bandas de nuestro glorioso ejército, todas ellas, romperán en himnos marciales, romperán con la Canción Nacional, y la gente toda, esa masa inmensa de gente toda, se descubrirá y permanecerá quieta, inmóvil, contemplándote pasar. Y los soldados —recuerda que son soldados llenos de gloria— presentarán las armas, los oficiales saludarán con sus sables, los estandartes se inclinarán... ¡Oh, mi tan querido Onofre! El tiempo entero, de uno a otro confín, se habrá detenido pues tú, tú, celeberrimo ciudadano, irás pasando, pasando, derramando altivez y arrogancia a diestra y siniestra. ¿Y hacia dónde te dirigirás? ¡Ah, ah, ah! Te dirigirás hacia un palacio inmenso en el cual serás recibido con todos los magnates de pie, todos ellos de frac, elegantísimos, todos ellos inclinándose, como esos estandartes de que te acabo de hablar, sí, inclinándose ante tu paso severo y majestuoso. Y después hablarás. Tu voz será una maravilla, será una...

A pesar de que empezaba a dormirme, hice un esfuerzo e interrumpí la labia de Alejo Junquillar:

—¡Basta, amigo, basta! ¿Que acaso no ves que estoy a punto de dormirme? ¿Que no ves hacia dónde van tus palabras? Óyeme tú ahora, Junquillar: tus palabras no van más allá de este banco, de este..., de este... ¿será un banco? ¿O diré asiento y nada más? ¿O diré...? ¡Eh, calla y calla! ¡Ya estoy hartó!

Calló, se sometió, se empequeñeció, casi desapareció. Tuve que tocar su brazo para cerciorarme de que ahí estaba todavía y de que era de carne y hueso. Sí, porque ahí estaba todavía. Toqué, entonces, una oreja de él; apenas hizo un movimiento para esquivar mi mano, pero pude tocársela perfectamente: tenía una oreja y, del otro lado, de seguro, tendría otra. Estas orejas eran sólo el comienzo de un aparato muy complicado que se introduce hasta el cerebro; ese aparato que nos permite estar en pleno y claro contacto con los demás y con la naturaleza. Es decir, una manera de tomar este contacto: primero, por la oreja, la que yo acababa de tocar a este Alejo; luego, la parte media, donde se halla la caja del tímpano; por fin la parte interna que, al menos los diccionararios, los buenos diccionarios, dividen en... en... Un momento y lo encontraré pues estoy algo olvidado de estas cosas anatómicas. La primera parte es el vestíbulo; sigue el caracol y termina con los tres canales semicirculares. Pero hay, sí, hay también una llamada Trompa de Eustaquio que es... ¿Qué es esta Trompa de Eustaquio? Sé que se halla por ahí, cerca del oído pero

más no sé. Alejo no puede saberlo; ¡ah, ah, ah! Alejo puede muy bien darme un dato significativo porque Alejo, don Alejo Junquillar ha de tener un reloj y un buen reloj pulsera; no de esos enormes relojes que se llevaban, amarrados con una cadena, en uno de los bolsillos del chaleco. Le pregunté, pues, inmediatamente:

—Dime, Alejo, ¿cuánto rato ha pasado desde que te pedí que callaras, es decir, desde que grité: “¡Ya estoy harto!”, hasta este momento, ahora, en que te hablo nuevamente?

Su mirada fue de inusitada sorpresa. Contestó:

—No lo sé, no, no lo sé; habrá sido cosa de un segundo o dos segundos o medio segundo... No lo sé, francamente, no lo sé. Pero ahora que me lo preguntas, déjame un momento... Bueno, habrá sido medio segundo; sí, eso es, medio segundo. ¿Por qué?

Respondí:

—Por nada. Y ahora ¡calla!

Calló, se sometió, volvió a empequeñecerse pero, esta vez, ni siquiera intentó desaparecer; allí quedó a mi lado. Yo caí en honda meditación:

“El tiempo se mide diferentemente aquí, en las profundidades de la Tierra y allá en la superficie. Tiene que ser así. Pues ha pasado muy poco tiempo, demasiado poco, para todo lo que he pensado sobre los oídos y demás. ¡Un medio segundo! Me he fijado bien que Alejo Junquillar ha consultado su reloj. No hay, pues, duda, no la hay: medio segundo. Pero ¿será esto cuestión de estar aquí, de hallarnos muy hondo? ¿O en todas partes sucede igual cosa con el pensamiento? Allá, en la superficie, también se piensa a una velocidad inaudita. Claro que ejecutar las acciones, es decir, hacer de esos pensamientos las correspondientes acciones... Aquí viene otra parte, viene la lentitud. Y, creo no equivocarme, al ver que aquí, en el fondo, es decir, en medio fondo, también ocurre lo mismo: lentitud; lentitud al proceder. Así es, sí, así es. Lo preguntaré a Colomba y ella me aclarará este punto.

Un entusiasmo me cogió y exclamé, sin pensar en lo que meditaba, sin haber ninguna hilación con ello, fue un entusiasmo que llegaba de fuera —exclamé lleno de euforia:

—¡Ah! ¡Si yo pudiera escribir un cuento de hadas!

Alejo se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Estás loco?

Le respondí:

—No, mi querido amigo, mi tan gratisimo amigo, mi amigo único y verdadero, no, no estoy loco; pero, en cambio... —y digo así, “en cambio”—; pues tú has de saber que un hombre no puede ni jamás ha podido ser un hombre si no es visitado por esa cosa sublime, esa cosa inmensa que se llama locura. ¡Ella ha llegado hasta mí! ¡Viva, viva, vivaaaaa!

Oí que Alejo Junquillar musitaba:

—No hay caso. Con este hombre... es caso perdido.

Pero yo continué, volando tras esa idea que me había visitado, alcanzándola a veces casi tanto como para cogerla, después dejándola que ella volara hacia donde quisiera; y yo, yo, este que soy yo, mirándola embelesado, casi en éxtasis. Entonces tomé al Junquillar por un brazo y le expliqué, no sé si a él o a los ámbitos que nos rodeaban:

—*La Cenicienta...* Y esa maravilla de *La Bella durmiente...* Y *El Gato con botas...* Y no hay que olvidar esa obra maestra que es, esa enorme obra maestra, de *Caperucita roja*. ¡Claro está! Es algo trágica esta caperucita con su lobo. Pero tiene que haber de todo: desde la inmensa dulzura a la torva tragedia. Y luego se deslindará con el otro mundo... ¿Entiendes, Alejillo? *Con parte del otro mundo porque, te diré, que el otro mundo no es una cosa*

aparte de nosotros, una parte dividida con un telón o con una puerta. ¡No, no, no! Ese mundo está aquí, aquí a nuestro lado... ¿No lo ves, Junquillar? ¡Cómo! ¿No lo ves? ¿No ves a Blanca Nieves y los siete enanitos? ¡Míralos, por favor, por piedad! Ahí están los siete y cantan y bailan. Me traen el recuerdo del grande, del inmenso, del morrocotudo hombre de Martín Quiquillú, ese que siempre pasa y pasa sin ver nada y sin fijarse en nada; que pasa así: pon-pon, pon-pon, pon-pon... Y sigue pasando y se pierde en cualquier parte, ¿me oyes?, en cualquier parte. Pues esto es de que nuestro mundo esté dividido en partes, como una casa, una casa como todas... ¡Qué absurdo, qué inconmensurable absurdo! Siempre he pensado en este absurdo; ahora lo veo, ahora él está presente ante mí. ¡¡Sigán los demás hombres viviendo en ese absurdo!! Sí, continúen viviendo allí si acaso les place... A mí no me place; me iré, por lo tanto y tras de mí dejaré a ese oficial de nuestro glorioso ejército con su estandarte que se inclina ante el vacío o ante esos señores vestidos todos de frac. ¿Yo? ¿Eso me preguntas tú? ¡¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja...!! ¿Yo? ¿Me lo vuelves, otra vez más, a preguntar? Bien; te responderé: yo me iré hacia donde quiera llevarme *Colorín, colorado*. Porque me llevará a sitios magníficos, a sitios que están en todas partes, te lo repito, mi viejo amigo, en todas, todas partes. Sí, acaso tienes razón, sí, no se presentan a todo el mundo: pues tienen sus escondites y hay que ir a esos escondites y golpear a la puerta, volver a golpear, volver a golpear... ¡Qué fatigoso es esto de golpear tanto! A ti, mi gran Alejo, te hace pensar en cuando uno se pone a golpear en una casa..., en una casa... ¡Ya sé! En la casa del capitán del ejército glorioso; y nadie abre, nadie. ¿Por qué no abrirán? No, no, mi querido amigo, no y no. No es por eso. Es porque el capitán se está sacando el frac y poniéndose su regio uniforme. Vas a ver que, apenas se lo haya calado, llamará a su criada y le ordenará: "Anda a ver quién golpea...". Pero aquí es diferente, totalmente diferente, pues hay que golpear en nuestro ser interior... ¿Me oyes? En nuestro ser interior. ¿Será ahí o será, o será, o será...? ¿O, acaso, digo yo, no hay necesidad de golpear en ninguna parte? Sí, Alejillo, creo que es mejor: no y no golpear en ninguna parte; es mejor esperar y esperar. Quien sabe esperar... Claro está que es difícil, es difícil... Sí, ¡qué diablos! Es lo más difícil que existe: esperar. Pero, con un poco de práctica... No, hablemos de lo que pienso hacer; será mejor; ¿No lo crees tú? Sí, será mejor. Esto, lo que pienso hacer, lo he pensado siempre y... siempre lo he dejado pasar. ¡No más! Ahora, ¡que no pase! Ahora, ¡que se realice! Y así, realizándose, habré llegado a mi sueño supremo. ¡Entonces se inclinarán los estandartes mantenidos por esos señores de frac! Pero yo ya no estaré allí. Estaré en lo que hay que estar; ¿me oyes, Junquillar? En lo que hay que estar. Pues... ¡escúchame bien, Alejillo, escucha! Hay que estar en las letras. ¡No, no, no te rías! Por el contrario: ¡llénate de admiración! Porque haré obras maravillosas, tan maravillosas como es aquella que se titula *La riqueza del tío Zacatecas*. ¡Ah, si pudiera llegar a tanta belleza...! Pero he de llegar a ella y he de sobrepasarla y he de llegar a la belleza sin, sin ejemplo de *El lobo siberiano* y de aquel cuento formidable que tú, seguramente, ya has oído, cuando eras un niño pequeñín. Me estoy refiriendo a *El murciélago enfadado*. Este es sencillamente —¿me oyes?—, sencillamente colosal. Como lo es *La alfombra china en Persia*. Tú no vas a leer estas obras; tú, no. Tú leerás otras cosas y las leerás de frac. Las veo pasando por las solapas y llegando a los pantalones, a los calzoncillos. Tú vas a creer que han penetrado en ti. Y te vas a hinchar, a hinchar de tal manera que te elevarás por los aires y teecerás por sobre los estandartes del ejército glorioso, sobre los puños impecables de los señores de frac, sobre las masas asustadas al contemplar tanta grandeza, sobre las imprentas que traducirán, en sus periódicos, tus hazañas inmóviles, tus hazañas que habrás hecho desde un

sillón en tu vasto escritorio decorado. Y tu mujer sonreirá, sí, sonreirá, feliz y recibirá a sus amigas que habrán ido hasta tu casa a felicitarla... Y verás, además, Alejillo... ¡Alejo! ¡Oye, Alejo! ¡¡Alejoooooo!! ¡¡Alejo Junquillar...!!

Alejo Junquillar se había marchado. Alejo Junquillar ya no estaba conmigo. Estaba, pues, yo solo, solo en aquellas inmensas profundidades...

Me levanté. ¡Soledad! Respiré hondamente. Lamenté la ausencia de mi compañero. Bueno, sigamos; ya no debo estar tan lejos de aquellos fondos adonde me dirijo. Y, además, están los cuentos de hadas, los cuentos de pura fantasía. De ellos me prendí y en ellos medité; es decir, dejé que mi mente meditara y yo me puse de simple espectador. ¡Lindos cuentos! ¡Lindos, encantadores son siempre! Lo restante me hace el efecto de lucubraciones y de nada más que de penosas lucubraciones que uno hace para sentirse con vida y así engañarse y poder seguir adelante. ¡Qué miseria! En cambio... *Las celadas del hada mala* y, sobre todo, *El príncipe magnánimo*... Claro, claro está, no se puede dudar: en estos relatos, y nada más que en ellos, se dice la verdad, la completa y muy justa verdad. Ellos son atisbos al verdadero mundo que nos rodea y que no vemos a todo momento porque..., porque...

Y sonó otro cuento a mis oídos: *La hopelanda bordada*; y otro más vino a sonar: *El atabal sonoro*; y otro, y otro, y otro: *Las hadas en el otero*; y aquel tan hermoso: *El yelmo y el olifante*; y aquel que nunca puedo olvidar y que me ha perseguido desde mi más tierna infancia: *El gonfalon y sagitario*... Y el otro..., el otro que se llama... ¿Cómo es su nombre...? No lo sé, por el momento, lo he olvidado. Pero, ya lo digo: ¡no hay duda posible! ¡No la hay! LOS CUENTOS DE HADAS DICEN LA ABSOLUTA VERDAD.

¡¡Aaaaaah!! ¡¡Ooooooh!! ¡¡Uuuuuu!! –grité emocionado y aquella soledad se pobló de seres amigos que hicieron junto a mí la más portentosa de las danzas que jamás haya visto.

–¡¡Aaaaah, noooooh, noooooh, piedad, os lo ruego!! ¡Ah...iii! ¡¡Ah...iii!!

Alguien gritaba desesperadamente. Estos gritos llenaban ahora los túneles y subterráneas galerías. Y ellos eran acompañados por una voz estentórea que repetía:

–¡¡Miserable!! ¡¡Toma y toma!! ¡¡Has cumplido tu misión como el peor de los mentecatos!! ¡¡Miserable!!

Me precipité y me asomé por una especie de rendija. Venían de abajo estos alaridos e imprecaciones. Agrandé cuanto pude esta rendija, miré y vi:

Era el pobre, el desafortunado de Alejo Junquillar el que gritaba de este modo quejumbroso. Yacía por tierra potentemente sostenido por las manos por Tadeo Lagarto que reía y reía para sus adentros; atrás, con un látigo agudo en su diestra, estaba nada menos que Palemón de Costamota zurrando la más despiadada y feroz de las palizas a este infeliz.

–¡¡Miserable...!! –chillaba Palemón.

–¡¡Ah...iii! –chillaba el pobre Alejo.

Risas y más risas para adentro de Tadeo Lagarto.

–So mentecato, so insensato que has de hacer todo al revés. ¡Toma y toma! (Un latigazo sonó, retumbó y llegó hasta mí). Pero me tendrás que entender; ¿oíste? Toma y toma. (Otro latigazo me perforó los oídos.) Te lo expliqué claramente, te lo expliqué todo, todo, y, al explicártelo, te lo hice repetir para cerciorarme de tu buena comprensión y tú parecías comprender bien... Y haces las cosas al revés... (Otro latigazo). Te comportas como el más redomado y menguado de los seres idiotas de este mundo... (Y sonó otro latigazo más). Al fin y al cabo no es cosa de otros mundos convencer a un bobo como es Onofre. Pero tú le hablas y le hablas de manera torpe y sin convicción... (Y otro latigazo llegó a mis

oídos). ¡Toma, toma, toma! (Latigazos, latigazos y latigazos). Te he de abandonar a tu vil existencia... ¡Te he de abandonar; ¿oíste?

Allí veía yo a ese pobre Alejo rovolcándose por el suelo y sin poder lograrlo pues Tadeo Lagarto lo mantenía clavado en el suelo.

Bien; se trataba de mí. ¡Allá ellos! ¡Que se destripen con ese látigo! ¡Allá ellos! Yo proseguí mi camino lentamente. Tras de mí quedaban los aullidos y las imprecaciones... ¡Reía en el fondo! Reía...; hasta cierto punto; ¿reía? No, creo que no. No podía reír pues... ¿quién recibía ese castigo despiadado? Se me dirá que era Alejo Junquillar, por cierto. Sí, él era... Pero, ¿quién era Alejo Junquillar? ¿Quién...?

Alejo Junquillar ¡era yo!

¡Era a mí a quien se azotaba de ese modo! ¡Era yo, yo, el que aullaba así desesperado, el que me retorció por los suelos y el que bramaba! ¡Yo, yo! ¡Yo!! ... ¿Yo?

Yo continuaba mi descenso, lo continuaba dichoso.

Los latigazos herían *aquellas* carnes y no tocaban éstos que a mí me acompañaban y que bajaban conmigo.

Las toqué, las palpé. Estaban indemnes, incólumes; estaban completamente sometidas a la orden impartida: ir hacia Colomba.

Las maldiciones y quejidos quedaban atrás; se perdían poco a poco, se amortiguaban, desaparecían. Nosotros, es decir, mis carnes y yo, bajábamos siempre y, a lo lejos, veíamos brillar una luz que nos llamaba.

A ella nos encaminamos.

74

Antes de llegar adonde debo llegar tengo todavía que encontrar a varias personas; si las encuentro. Desde luego está Lorenzo; pero ahora él se halla en Australia y no creo que vaya a abandonar esas tierras para venir a estas profundidades. Creo que es lo que yo haría en su caso y, sobre todo, si frente a mí divisaba un buen ejemplar de ornitorrinco. Lo cogería, lo amarraría y lo examinaría con detención; así podría llegar a saber por qué, por qué, por qué don Irineo Pidenco, al pronunciar su nombre, les suprimió una de las "r". Esperaré su llegada; él podrá informarme; lo hablaremos allá en Fray Tomate.

Tal vez encuentre a don Irineo; tal vez lo vea llorar lamentando sus exquisitos garbanzos que no quisieron acompañarlo a estas regiones donde él se halla ahora. Tal vez... ¡Pobre don Irineo! Murió un día, en la superficie; se le hizo un acompañamiento digno de su vida; se le sepultó en el nicho N° 33514; bailaron los americanos y los rusos; lloramos todos, todos... Y nadie lloró por los garbanzos que aquí quedaban solos pues habían perdido esa boca que los engullía. ¡Pobre don Irineo Pidenco!

—¡Hola, Ono! ¡Hola, Onito mío!

Era Teodosia Huelén quien me había reconocido, era ella esa linda Teodosia. ¡Qué felicidad! Caí en sus brazos mientras articulaba lleno de emoción:

—Usted, mi querida Teodosia, usted; ¡qué dicha es poder ver a usted! ¡Sí, sí, qué dicha!

—Y, dime, Ono, ¿qué estás haciendo por aquí? ¿Ya te has olvidado de que eres un simple costreño? ¿Es posible?

—Teodosia —le respondí—, no es que me haya olvidado; eso lo recuerdo siempre, siem-

pre y, sobre todo, lo recuerdo ahora más que nunca pues ya mis años van pasando y usted comprenderá que...

—¡Uy, uy! ¡Qué costreño estás, Ono mío, qué costreño! Los años, los años y los años... En vez de pensar en cosas tan lúgubres, ¿no preferirías hacer unos viajecitos a lo que ustedes allá, allá, llaman “lejanas constelaciones”? Es lo que yo hago y siempre he hecho, ahora como antes. Fíjate Ono que acabo de llegar de una de ellas, de una constelación, de Andrómeda.

—Ya veo, Teodosia, una lejanísima constelación. He leído sobre ella; y puedo decirle a usted que se halla a... a... Un momento, le pido a usted, por favor, se halla a...

Teodosia no pudo más y soltó una risa, una risotada estrepitosa que me hizo el efecto de una salva de artillería. Luego me dijo:

—¡Eres impagable, Onito, impagable! Tienes una memoria que ya se la quisiera cualquiera, una memoria para recordar tonterías como no hay otra. Una memoria “superficial”, es decir de la superficie; no me refiero a su calidad, ¡uy, no! Su calidad es algo, algo que aterra.

—Bueno, Teodosia, dejemos de lado esa memoria mía, ¿quiere usted? Hablemos de otras cosas; hábleme de Andrómeda. Yo siempre he soñado con esa lejana constelación. Pero, llegar a ella es algo imposible, aunque viviera miles y miles de...

Teodosia me miraba pronta a estallar en nueva risa. Al fin exclamó:

—¡Me gusta verte tan costreño, Ono mío! Esa costra te come, te devora; y tú..., tú continúas a comportarte como su alimento. ¿Quieres hacerla engordar, que se transforme en una especie de pesado elefante? ¡Uuuuuy, qué terrible sería! Pero ahora, Onito, ¡no más alimentos así! ¡Despréndete de esa costra terrena! Y oye bien, bien, muy bien, como si estuvieras oyendo a Jabalí Batuco cantando una ópera, ¿oíste? La lejana, la lejanísima, la tan y tan remotísima constelación de Andrómeda, ¡uuuuuuy!, está, Ono lindo, aquí al lado, al lado; no, no es justo lo que digo; está dentro de nosotros mismos... ¡somos uno, nada más que uno, con ella! ¿Te sorprende esto que te avanzo?

—Lo que me sorprende es cómo usted, Teodosia, puede hacer cambiar mi manera de pensar; es algo increíble. Bueno; no debería sorprenderme tanto; al fin y al cabo usted ya pasó por aquella costra y ya vive en otra parte, ya es de estos otros mundos. No sé si me entiende usted bien pero para mí es claro, es...

—¡Uuuuuuy! ¡Te estás engolfando en alta filosofía, mi querido y formidable, Ono! ¡Me llevo a atemorizar al llamarte Ono, con un tal nombre! Debería llamarte Onofre, eso es, Onofre Borneo.

—Discúlpeme usted, Teodosia; ahora estoy lejos de esa costra. Ahora me llamo Onofre Boroa.

—Entonces, señor Boroa, vamos a Andrómeda.

—Necesitaría morir primeramente. Cuando se está vivo pesa demasiado esa costra.

Por fin pude ver un rostro de sorpresa, de innegable sorpresa, de un asombro que rayaba ya en la estupefacción. Creí, por un muy leve instante, que mi Teodosia iba a caer desmayada, pero logré recordar a tiempo que los muertos no se desmayan, que éstas son cosas que sólo a nosotros nos ocurren. Al fin ella se repuso y me cogió de una mano. Me preguntó asustada:

—¡Cómo! ¿Crees tú aún, aún, en la diferencia que hay entre los vivos y los muertos...? Callé.

Después de un rato pude argumentar:

-Teodosia, usted olvida que mi educación la he tenido entera allá en la superficie de este planeta; en ella se nos enseña que la vida es una cosa, que es la cosa -¿me oye usted?-, la cosa y que la muerte es otra cosa que se ignora; para algunos es el fin de todo, de todo; para otros es el despertar en otros mundos. Es lo que creo yo, ¡el despertar! La prueba está en usted, mi querida amiga. Lo cual no quita que yo sea un viviente, un perfecto ser lleno de vida y con una vida llena de energías. La prueba está en este hecho de...

Ella agachó su semblante y sus ojos se alzaron. Sus ojos, sí, permanecían fijos en los míos. Su barbilla llegaba a su pecho y penetraba en él; parecía incrustarse y desaparecer; sus ojos, lo repito, me miraban, cogían a los míos y los hacían girar y girar. Al fin algo habló; no sé si fue su barbilla o esos ojos o su boca; pero habló:

-Cos-tre-ño... Uuuuuuuy. Cos-tre-ño... Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuy. Andrómeda, a distancias inimaginables... Los muertos, diferentes a los vivos... ¡Uy!

Se alzó, se irguió; creí que me iba a castigar; alcancé a recordar los aullidos de Alejo bajo el látigo de Palemón. Pero ella, Teodosia Huelén, sonrió primero y luego lanzó la más portentosa de las risas que trajo en sí a todas las constelaciones del universo y las juntó formando una pequeña bolita. Cogió esta bolita y me la lanzó. Al alcanzarme se deshizo; sus pedacitos se elevaron y luego cayeron dulcemente creando la más fina y deliciosa de las lloviznas. Bajo esta llovizna nos pusimos; bajo ella aguardamos que se derritieran las constelaciones.

Entonces cantó.

¡Oh, Jabalí Batuco, tú no has oído aún una voz de mujer!

Porque ella cantó. Yyo, al escuchar su canto, me tomé de su brazo. Mis pies, al ver este movimiento de mi mano, bailaron, bailaron con toda moderación. Ella, ¡Teodosia Huelén!, al ver a mis pies danzando, también danzó. Y así, al compás de nuestra danza, el fondo de la Tierra se esfumó y ambos nos encontramos en un inmenso sol de la constelación de Andrómeda.

Luego volvimos al fondo de la Tierra. Teodosia me dijo:

-Ahora me voy, Ono mío, me voy quedándome. Y tú, ¿qué vas a hacer?

-Yo seguiré más hondo aún; seguiré y seguiré. Habría querido permanecer con usted mucho rato más...

-¡Uuuuuuuuuy! Otra vez el tiempo, otra vez, costreño y nada más que costreño incorregible. Te falta algo todavía. Bueno, me marcharé y, no lo olvides, ¡quedándome!

-Adiós, Teodosia, adiós y no se olvide usted de...

Teodosia había desaparecido.

Y una vez más me encontré solo, solo, en aquellas inmensas profundidades.

Caminé mucho. Por todos lados era la soledad completa. Ya no se divisaban esos salones con ventanales; eran sólo galerías y túneles que se bifurcaban en todo sentido. Pero yo no erraba mi marcha. Iba seguro adonde tenía que ir. Tal vez Teodosia me guiaba. ¡No! Reí de esta fantasía mía; nadie me guiaba.

Proseguí, proseguí. De pronto el panorama cambió, se hizo enorme, dilatado y una franca paz se posó sobre él. Tendría que encontrarme con alguien pues era una paz en la que latía un corazón. Avancé resueltamente. Y lo encontré:

¡Romualdo Malvilla!

Tuve una enorme alegría al ver a Romualdo. ¿Cómo había descendido hasta estas honduras? Por mi mente pasó el milagro como una realidad absoluta; en mi mente se resolvieron todas las ideas que había yo sustentado sobre la presencia del otro mundo en

este mundo. Pues era algo inaudito: Romualdo Malvilla, el antiguo cliente del cabaré San Lito, el hombre que no vivía para dejar vivir a las copas en él, el amigo de Ramiro Lampa, de Gualberto Choapa, del gracioso y chispeante de Chispita; el amante de todas de esas tan bellas mujeres que tunanteaban las noches enteras... Era cierto; era increíble. Se había arrepentido de los tragos, había cambiado su modo de vivir, era ahora un hombre serio, muy serio... allá, en la superficie. Ahora estamos casi en el fondo mismo de nuestro planeta; en este fondo me encuentro con ¡Romualdo Malvilla!

Nos abrazamos, nos dimos la mano, volví a estrecharle la mano y se la estreché una vez más. Al fin exclamé:

—¡Sentémonos aquí y charlemos. Aquí bajo este magnífico y verde abedul, bajo su sombra.

Malvilla sonrió y me advirtió:

—Ese no es un abedul, Onofre; es un ombú. Bien, sentémonos.

—¡Lo que sea, Romualdo, lo que sea! Contigo estaré siempre contento. Y hablaremos mucho oyendo a esos pajaritos que cantan alegremente. Y contemplaremos ese arroyuelo; y los jardines que se extienden hasta aquellos lejanos cerros; esos cerros que se elevan por el cielo. ¡Qué hermoso es todo esto! Pero habla; o si quieres empezaré hablando yo.

Y hablé.

Le conté todo: mis idas a la superficie y mis descensos a estos fondos; las gentes que allá frecuentaba; las gentes que frecuentaba aquí, don Irineo, Teodosia, Palemón, y ¡qué sé yo!

—¿Palemón...? —me preguntó algo extrañado—. ¿Qué le hallas a ese Palemón para frecuentarlo tanto?

Le respondí:

—No lo sé. Él me detiene y me saluda con mucha afabilidad. Y luego la charla se enhebra y... tú comprenderás... charlamos.

—¿Tienes un cigarrillo? —me pidió Malvilla.

Instintivamente eché mi mano al bolsillo y, con gran sorpresa de mi parte, encontré una cajetilla. Fumamos. Un guacamayo vino a posarse en la rama de un árbol vecino. Pasaron varias grullas. Oí el trinar de un ruiseñor invisible. Malvilla lo escuchó callado; luego me dijo:

—Creo que andamos por caminos muy diferentes. Puedo asegurarte, Onofre, que yo no frecuento a ese Palemón de Costamota. ¿Para qué voy a frecuentarlo? Claro está que deberían pulverizar a tipos como él. Pero ¿cómo? ¿Has pensado en esto? ¿Cómo podríamos hacer para hacerlo desaparecer de nuestras vidas? Mucho he cavilado sobre este punto y he llegado a la conclusión de que no hay medio alguno. Pues Palemón de Costamota no es de hoy, no es de un momento, no es una fantasía que nosotros nos hagamos. Palemón de Costamota es eterno —¿oyes?—, es eterno y siempre ha de aparecer.

Me miró en forma interrogativa pero yo no repuse nada; sólo deseaba que él hablara. Debe haberlo comprendido pues prosiguió disertando:

—Es lo que te digo, Onofre: Palemón es eterno y existirá mientras nosotros existamos. Pues es un inmenso cuerpo, tan inmenso que abarca la Tierra entera; no sólo su superficie; la abarca también en sus profundidades, la abarca por los aires. No sería raro que más arriba aún, más, mucho más. Y yo, ¿qué voy a ver de esta inmensidad? Veo sólo una puntita, una pequeña, pequeñísima puntita.

“Lo he frecuentado mucho, lo he frecuentado en aquellos ya lejanos tiempos de farras

y juergas inacabables. Hasta que, un día, me ordené: "¡Basta!". Y desapareció todo, todo lo que aún tuviera un lazo con esos Palemones y su compañía.

"Podría hacerlo desaparecer; su verdadero cuerpo no lo notaría. ¡Si es un cuerpo inmenso, mi querido y bueno de Onofre! Y, ese Palemón que tú frecuentas, es, acaso, sólo una uña de un dedo meñique del gran Palemón; nada más. ¿Qué ganaría yo con cortar esta uñita...?"

En realidad es tal vez lo que yo hago. Podré vencerlo en nuestros alegatos alambicados; él ha de seguir impertérrito por otros lados. Malvilla me explicó entonces:

—He pensado siempre, siempre, aun en mis peores épocas de juergas, que hay una línea en el mundo, una línea horizontal y extremadamente larga. Tiene, por lo tanto, una parte alta y una parte baja. Son inconmensurables estas partes; nosotros sólo vemos las que están unidas a la línea. Pero sabemos muy bien de su vasta proporción. Naturalmente, para arriba está el bien, está todo lo que ambicionamos sin egoísmo; para abajo está el mal. Sí, aquí te es más fácil ver su amplitud. ¿La ves? ¡Ya lo decía yo! ¡Fíjate hasta dónde desciende! Es algo aterrador.

"Mira esa piedrecilla que hay allí, esa que apenas se levanta sobre la arena de ese caminito. Esa piedrecilla representa ese bien del que estoy hablando. Pero no la toques, por favor, no la toques; déjala ahí donde está. Pues sigue bajo tierra, se prolonga y se ensancha; es enorme. Creo que traspasa este planeta y va a abocar del otro lado.

"Onofre, esa piedrecilla es el bien; la que se hunde y que es capaz de perforar y salir del otro lado... ¡ese es el mal!

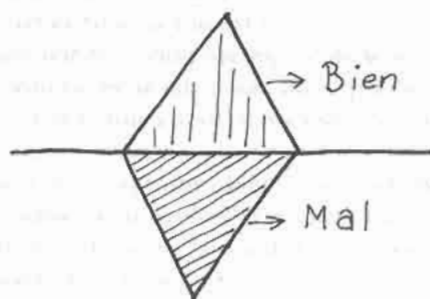
"¿Qué puedo hacer yo con ver a ese Palemón? ¡Nada, nada, nada! En cambio sin verlo puedo meditar y puedo —por extraño que a ti te parezca— ver lo que ambicionan y sueñan los demás hombres.

"Sí; te lo voy a decir; mejor dicho, te lo voy a dibujar aquí en la arena. Mira, mira bien.

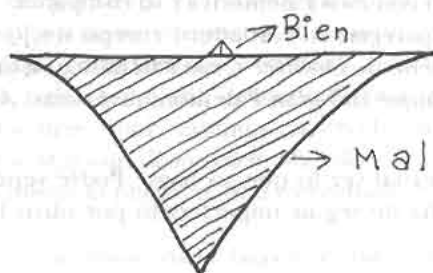
Malvilla tomó un palo que había en el suelo y se puso a dibujar. Recuerdo bien el dibujo que hizo.

Voy a copiarlo aquí. Como se verá, es un dibujo cualquiera; el caso es que yo quedé largo rato en su contemplación.

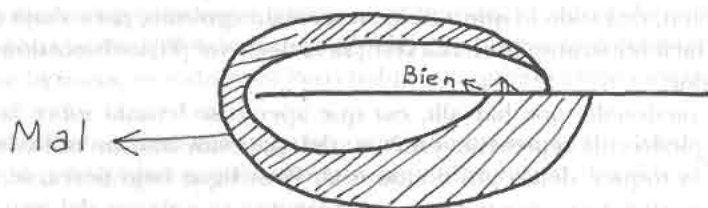
Así vemos el Bien y el Mal en el mundo:



Así es la realidad:



Así intenta Palemón de Costamota que las cosas sean:



—Comprendo —dije—. Es así como se marcha y así es esta lucha del Bien y del Mal. ¡Es algo terrible, Romualdo!

—Por lo mismo, hablemos de otras cosas.

Cantó el guacamayo con trinos semejantes a los del rruiseñor.

Las grullas danzaron. Nosotros sonreímos y, al final, aplaudimos.

Malvilla me expresó con un cierto pesar:

—Quisiera poder pasar mi vida entera con un espectáculo así frente a mis ojos. Pero no lo puedo... ¡La superficie, la superficie que nos llama a todo momento! Y yo obedezco a ese llamado sin sentir ni el menor deseo de obedecer. Así pago mi pasado.

—¡Consuélate, Malvilla! Piensa en la cantidad de seres que han de pagar por su pasado. Ahí está, por ejemplo, el inolvidable Chispita, el que nos entretuvo durante noches enteras.

—¡Calla, Onofre, calla! ¿Te atreves todavía a nombrarlo con su apodo de Chispita? ¡Oh, no! Ahora hay que llamarlo por su nombre, por su verdadero nombre: Palmiro Riñihue.

—Pues no lo sabía. ¿A qué se debe que no pueda decirse más Chispita?

—Te lo contaré: se debe a que un buen día se enamoró. Sí, mi amigo se enamoró perdidamente y así, enamorado, se casó; y todo cambió para él. Su mujer era Noelia Timalchaca, una mujer de mucho carácter y muy seria; tan seria era esta Noelia que Chispita se aburrió con ella y, pasada la luna de miel y unos pocos días más, Chispita volvió a ser el eterno Chispita de siempre y don Palmiro Riñihue fue sepultado en el olvido. En esa época lo conociste tú, sí, en esa época. Naturalmente, jamás oíste pronunciar el nombre de doña Noelia Timalchaca; ella vivía encerrada en su casa; él, en el San Lito. ¡La eterna vida, mi querido amigo! Pero un día ella enfermó. Se echó a la cama y no se levantó más. ¡Había que ver al bueno de Chispita! Todo terminó para él salvo una nueva profesión improvisa-

da: enfermero. ¡Con qué amor cumplió esta profesión! Era emocionante sólo de divisarlo. La cuidó, la regaló día y noche. No salió más a ninguna parte. Cesaron los chistes. ¡La enferma y nada más! Hasta que un día ella murió. ¡Para qué decirte las tremendas crisis de nervios que lo asaltaron! Rasgaba el corazón ver a ese hombre tan alegre y dicharachero convertido en un fantasma. Desde ese momento Palmiro —no me atrevo a llamarlo con el apodo que le teníamos en el San Lito— vive solo y encerrado en su casa. No sale a ninguna parte. Frente a su cama, el retrato de ella. La empleada le sirve sus cenas en silencio. Palmiro medita.

Momentos después, Romualdo Malvilla se despedía de mí; iba en camino a la superficie y abandonaba, por algún tiempo, estas profundidades que ahora visita. ¿Cómo las descubrió? ¿Cuál es el sendero que toma para llegar a ellas?

No lo sé; nada hablamos sobre el particular.

Malvilla se alejó. Junto con alejarse desapareció aquel lindo jardín en el que nos hallábamos, desapareció con sus árboles, sus pastos, sus guacamayos, sus grullas y sus cerros lejanos; también desapareció el cielo azul sobre el cual se dibujaban esos cerros.

¡Adiós, Romualdo Malvilla!

¡Ya nos encontraremos nuevamente!

75

Miré a mi alrededor. Eran los túneles y nada más. Me encontré, pues, solo y nuevamente, en aquellas inmensas profundidades.

Era difícil perforar un paso, hallar la menor huella que me ampliara el horizonte, ahora reducido al mínimo. Sin embargo hice un esfuerzo y caminé, caminé siempre hacia abajo; este sentido, el sentido que me alejaba de la superficie, no lo perdía.

Llevaba una orden dentro de mí; a ella obedecía:

En el mundo, buscar lo que nos haga olvidar la vida; en las profundidades de nuestro globo, respirar ese fluido que nos hace penetrar más a fondo en la vida.

Ante esto no podría acercarse fuerza alguna a combatir mis designios. Los túneles podían retorcerse, las galerías podían tratar de equivocarme, subiendo las que bajaban, girando sobre ellas mismas. ¡No! Perderme entre esas galerías era olvidar la vida, era evitar la penetración a los arcanos de ella.

Y estabas tú, mi Colomba.

Sentía con nitidez tu llamado.

Pero lo sentía lejos, alejándose a medida que yo trataba de acercarme a él. Era inútil. Al fin me detuve. Todo, entonces, se movió en sentido inverso a mi detención; se confundió y fue algo sencillamente espantoso lo que vi: yo, sin moverme; el mundo girando y pasando por mi lado.

—¡Colomba! ¡Colomba! —grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

Alguien, a quien yo no conocía, se aproximó a mí y, muy, muy quedamente, me susurró:

—Onofre Borneo, los pulmones no gritan...

—Diré, entonces, con todas las fuerzas de mi... de mi... de mi tráquea; o diré de mi laringe; o como haya que decir. Mas el caso ha sido que he gritado y este grito se lo ha

llevado este espantoso movimiento que hay aquí. Por lo demás, sépalo usted que yo no soy Borneo. Este apellido es el de la superficie, el de allá arriba. Aquí yo soy Boroa —¿me oye usted?—, Boroa y nada más que Boroa.

Pero el hombre que me había hecho esta reflexión había desaparecido, tal vez arrastrado por aquel vértigo de la naturaleza que yo solo, completamente solo, contemplaba inmóvil en medio de aquellas inmensas profundidades.

¿Sería ahora Onofre Boroa? ¿O seguiría siendo Borneo, es decir, Borneo de la Superficie?

¡La superficie! ¡Ahí va, ahí va! Lleva en la cúspide a la tan bella ciudad de San Agustín de Tango y, a su lado, se alza feroz el imponente picacho del Picoldo. ¡Viva el imponente picacho del Picoldo! Pero pasó también este picacho. A su lado ahora se veía un gran círculo. En él se leía:

EXPRESIÓN DEL ESPÍRITU TERRESTRE

Pasaba esta expresión vacía. Pasaba sin Colomba...

Quedaba yo otra vez más, solo; aunque no en inmensas profundidades. Ni quedaba en la superficie. Ni quedaba en sitio alguno que pudiera situarse. Quedaba... y nada más. Quedaba en un sitio que no podía situarse.

¿Es esto posible? Un sitio que no se puede situar... ¿Es ello posible?

Reflexioné:

Un sitio ha de poder situarse; es algo indudable. Puesto que ambas palabras vienen del latín, de *situs*, si no me equivoco. En todo caso viene del latín la palabra “espicanardi” o “espicanardo”, que de ambas maneras se puede decir. Esto era lo que repetía a todo momento un profesor mío, es decir, no sólo mío sino de todo el curso mío; creo que era un profesor de matemáticas; o era un profesor de castellano... En fin, no lo recuerdo bien. Después de todo, es igual: matemáticas o castellano; después de todo ese profesor mío y de todo el curso, ha de haber muerto ya y cuando una persona ha muerto, ¡se acabó y se acabó!

Pero hay otros que alegan lo contrario: cuando se muere, es el comienzo de nuestras vidas. Yo, no, no, no lo creo. Yo... ¡sí, lo creo y lo creo! Son simples etapas, simples actos de esta enorme comedia que nosotros representamos aquí en la... ¿Podré decir “en la Tierra”?

La Tierra ha desaparecido puesto que acaba de pasar esa expresión de su espíritu y acaba de pasar sin, sin —¿me oyen?— sin Colomba. Y donde no esté Colomba es la nada, es el vacío absoluto, es una negación peor que la nada multiplicada por el vacío. Como fue aquel tiempo lejano, lejanísimo, aquel tiempo de por allá por los años de... de... Bueno, no podría ahora citar la fecha con exactitud. La fecha en que tú, Colomba, eras una de tantas, eras la amiga muda y hierática de Bárbara, de esa Bárbara que mucho, muchísimo sabía; puesto que fue ella la primera en decirme, creo que en el fundo de La Torcaza, lo del finifestisimol o festifinisol o fiesti... ¡Al diablo! ¡No es el momento ahora de pensar en estas bagatelas! Debo pensar en cosas serias, extremadamente serias puesto que ha pasado el centro de la Tierra y tú, Colomba, no estabas en él. ¡Fuera las bagatelas! Esta es una palabra que empieza por “ba” como empieza “bachibuzuk”, un soldado voluntario del ejército turco. También empiezan por “ba” todos los bares que hay en este mundo y, sobre todo, en San Agustín de Tango: el bar Onesa y el bar Juleta y el ¡bar Iloche! Lo había olvidado y es, sin duda, uno de los más conspicuos bares de la ciudad; ¡ya lo creo! ¿Que es

un bar argentino? ¿Y...? ¡De los más conspicuos! Pertenece a Torcuato Jujuy, un argentino. Un hombre es este gran Jujuy que ama la música, la buena música, es decir, la de las óperas italianas, las mismas que ama Jabalí Batuco, sobre todo cuando se encuentra con Desiderio Longotoma y juntos cantan. ¡Qué bien cantan esos dos hombres! Los estoy oyendo ahora, aquí en el fondo de la... ¿De la Tierra? ¡No! En el fondo de la nada porque tú ya no estás, mi Colomba. Jabalí Batuco diría:

Na Na Na Naaaa
Na Na-Na

¡Bravo Jabalí Batuco! Es una ópera magnífica esa de Puccini. *La Bohème*... La conozco de memoria. Iremos juntos al bar Iloche, ¿qué te parece? Ahí tú cantarás a media voz. ¿Qué te parece? Y ahí te acompañará Longotoma. ¿Qué te parece?

He repetido tres veces seguidas la frase: "¿Qué te parece?". Esto tiene que estar mal; no se debe repetir una frase sino... ¡Al diablo! Lo digo otra vez y lo volveré a decir y a repetir mil veces: ¿oíste? Y no diré más "oíste". Una sola vez y ¡basta! Hay que tener moderación, gran moderación, hay que tenerla como se la tiene con el tabaco, sobre todo si se fuma pipa. No es mi caso pues yo fumo únicamente cigarrillos. Pero las pipas... ¡es algo atroz!

Hay gente que cree eso. ¿Que no lo creen? El otro día, allá en la superficie, recibí una carta; aquí no recibo cartas; todas las comunicaciones las rompo pues sólo quiero estar contigo, mi adorada Colomba. Pero tú no estás, no estás; te has ido de aquí y de... y de... ¡la mandioca! ¡Eso lo he escrito yo! Hace, por cierto, largo tiempo... si es que el tiempo existe o si somos nosotros los que creamos este... ¡Al diablo!

Pensaba yo, recordaba, mejor dicho, aquella carta que recibí en la superficie. En ella el remitente me decía que no hay que fumar pipa porque los que la fuman "mueren de cáncer a la boca".

¿Es posible?

La leí y corrí al departamento de mi amigo Lorenzo Angol. Le leí este párrafo. Ambos, entonces, nos pusimos un crespón negro en el ojal, nos pusimos de pie y lloramos amargamente; lloramos por esos pobres ingleses y yanquis y canadienses y australianos y holandeses, y alemanes y franceses y rusos y daneses...; lloramos a lágrima viva por la hecatombe que se avecinaba a nuestra linda Tierra tan feliz... ¡Linda Tierra! ¡Te bendigo!

Sobre todo en estas profundidades.

¿En qué profundidades? Ellas han desaparecido y ahora sólo presentan una nada sin túneles, una nada en medio de la cual yo estoy solo, aislado, sin nadie junto a mí.

Pero... ¿qué es eso? ¿Qué es?

A mi lado empezó algo a formarse, a concretarse, a retorcerse y a tomar formas. Todo volvía a ser como había sido momentos antes: un túnel, una galería tortuosa, un precipicio, un paso angosto, estrecho y bajísimo. Volvía yo a estar camino hacia el fondo; volvía a estar en el límite de esa "expresión del espíritu terrestre", como la llama Max Heindel, la llama con una seguridad que sencillamente me hace reír. ¡Hay que verlo con sus ojos, amigo Heindel! Y entonces usted verá que...

¡Alto! ¡Detengámonos! La Tierra es nuevamente.

La Tierra es.

¡Bajemos!

Ya no hay equívocos en mi marcha, ya no hay túneles que se eleven ni galerías que tuerzan sin sentido; ni hay precipicios sin fondos ni altas paredes que se pierden en las

alturas. Ya todo ha vuelto a ser armonioso, medido, proporcionado; y las vías se abren hacia tu reino, mi Colomba.

Bajé.

Esos muros, inhospitalarios momentos antes de mi llegada, se abrían ahora al sonar de mis pasos y extendían por tierra un suave pavimento. Por él avanzaba yo.

Al fondo, Colomba.

A su alrededor, la paz.

Era la paz absoluta, total. Ya no había ni una leve reminiscencia del pasado; ya no había ni hermosos jardines con grullas danzantes ni con guacamayos ni con caminitos de arena ni con cerros lejanos contra un cielo azul; ya se habían borrado hasta los más lejanos recuerdos de Palemón de Costamota; ya todo ello había sido tragado por el pasado, por un remotísimo pasado que allá, muy allá quedaba, perteneciendo a otro sujeto, a otro que no era yo. Pues yo ahora era un...

¡Fuera! ¡Fuera estas cavilaciones mías!

¿No ha desaparecido todo? ¿A qué vienen esas grullas y esos guacamayos y cerros sobre cielo azul? ¿Y Malvilla? Bueno; este Malvilla es otra cosa pues...

¡Fuera, he dicho!

Ahora estás tú, mi Colomba, ahora te alzas sobre...

¡Otra vez empiezo a vestirme con literatura! Iba a escribir: "... sobre un trono inmenso...". ¡Fuera, fuera! Pues no hay un trono de ninguna especie; tú estás y ello es bastante.

Ya no vistes de oro y plata; ya eres como todas las mujeres de este mundo; ya no calzas altos tacones; ya no sé cómo calzas y cómo vistes. Como todas las mujeres de este mundo. La verdad es que he olvidado la indumentaria que llevabas. Las indumentarias han desaparecido. A tu alrededor gira la Tierra y yo, mudo, contemplo este girar de la Tierra.

Este girar; todo gira; salvo tú, Colomba. Luego yo giro a mi vez junto a ti; giro a unos 40 o 50 pasos de ti; giro, pues, muy lentamente. Sobre todo si comparo con el movimiento giratorio lejano, el de la superficie, el que arrastra a todos esos seres que allá se pasean y discuten actualidades que ellos mismos han fabricado y que luego...

¡Fuera! ¡Fuera, por favor!

O debo hacer marcha atrás, retirarme de aquí y subir e ir a discutir actualidades con los hombres de allá; después de haber charlado unas cuantas palabras con Palemón que me presentará una vez más a Alejo Junquillar.

Ha sido difícil llegar hasta aquí. Pero he llegado. Ahora está Colomba al frente mío; ahora estoy a su lado. Eran simple ilusión mía esos 40 ó 50 pasos que nos separaban. Ahora todo ha callado. Ahora estamos juntos. El mundo ha desaparecido.

Mi cuerpo está contigo. Esperemos unos instantes y estará también mi mente, mi espíritu. Esperemos.

Debo laxarme y debo guardar silencio. Pronto oiré lo que hablamos ambos sin entreabrir nuestros labios, por una comunión que se establece sin hacer el menor esfuerzo. Porque nunca, jamás hemos hablado. Siempre nos hemos comunicado de modo diferente.

Esperemos.

Hablar es algo tan lento. Es de una lentitud aterradora este hecho de transformar una imagen en palabras.

Comuniquémonos, sin más.

Yo

Antes llegaba a ti, Colomba, atraído por el oro y el plata que te cubría. Antes aún era atraído por tus altos tacones. Así empezaba; así renunciaba a mí y así, poco a poco, tú me dominabas y yo te oía.

¡Una muy curiosa manera de prosternarse! Empezar por el cendal que había sobre ti... A él adoraba yo; por él me aproximaba, por él me introducía; por él, al fin, encontraba un eco de aquello que siempre he buscado en mi vida: una mujer a mi lado.

Me ha quedado esta palabra: "cendal". Tienes razón; por cierto; no es una palabra usual en mí. Pero, ¡qué quieres, Colomba, qué quieres! Antes de pronunciarla he mirado el diccionario, el diccionario de sinónimos, y he visto, en la palabra "tul", otra que fuera diferente y significara lo mismo; decía: "velo" y agregaba: "cendal". Opté por ésta.

Eso ha de ser. Tienes razón: la superficie me sigue aún hasta aquí. Sí, sí; sé muy bien lo que esto significa. Claro está. Es la figura de Palemón con Alejo que ha venido conmigo.

Yo he venido para estar solo contigo, mi Colomba.

¡La soledad!

¡Que se aniquile todo lo que haya más allá de ella! ¡Que muera!

Entonces caerán esos "cendales" y yo podré hablarte de tantas cosas que he pensado, de cosas que he masticado mientras me deslizaba hasta tu lado. Pero ahora, ¡silencio!

El ambiente es perfecto. A cortos pasos de nosotros, el mundo se cierra. Del otro lado han quedado los hombres bulliciosos, ha quedado su voz tratando de perforar estos muros impenetrables y de llegar hasta aquí.

¡Atrás, atrás!

¡Échalas hacia atrás, mi Colomba!

¿Por qué no lo puedes? ¿Qué es lo que te impide hacerlo?

Tienes razón. No te incumbe a ti hacer semejante cosa. Es la verdad absoluta. Sí, lo he comprendido. Sí; tú debes ser quien oye lo que tengo que echar fuera. Perdóname. Callemos.

Esperemos que, aburridos, se retiren esos hombres que allí han quedado y que, ahora, golpean. Por cierto. Sí, deben querer llegar hasta tu lado. Esperemos. No, no te pido que guardemos un silencio total, no y no. Podríamos charlar de otras cosas. Eso es, eso es. Yo tenía que hacerte una pregunta sobre algo que tú has de saber y que yo ignoro.

Bien, te la haré:

¿Cómo murió Bárbara?

¡Qué tiene ello de extraño! En mis recuerdos están siempre unidas ustedes dos. Y... y... Eso es; eso era todo. Deseaba saber cómo fue su fin y nada más. Te oigo.

¡Pobrecita...! ¡Pobrecita...!

Me acordaré siempre de ella. La veo vestida de negro, un negro que contrastaba con tu traje mudo... Es decir, sí, entiendo, entiendo. La codorniz y demás. Entiendo.

Lo que no entiendo es tu modo de hablar. ¡No lo entiendo, no lo entiendo, Colomba! ¡Ya lo sé! Bárbara murió, murió... Porque Bárbara murió y nada más. Como hemos de morir todos. Pero tu lenguaje ha sido trivial; parecías un artículo de diario que narra la muerte de... ¿Cómo era su nombre? ¡Sí, sí, me acuerdo! Eso es: doña Bárbara Lopetegui de Balbontín; sí, sí, la esposa del inventor del Benzinifestisimol, me acuerdo perfectamente de todo eso. Antes yo lo llamaba...; en fin de otro modo.

Te comprendo, Colomba... Te comprendo, Colomba... Claro es, claro, claro... Te comprendo... Dices la verdad absoluta:

—Cada pregunta tiene su manera de ser contestada.

Pero deja que cesen de golpear y de gritar esa manada de asnos que hay allí; ¡ya se fatigarán y se marcharán!

Callemos un momento. Yo recordaré las palabras de Bárbara, cuando me decía que debiera escribir como hablo, que no debiera hacer esa transmutación por el hecho de que voy a escribir.

Créeme, lo he tenido siempre presente, siempre...

Pero, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa, Colomba mía?

Viene el silencio... parece. Viene. ¿Viene?

La Tierra vuelve a SER. ¡Vuelve la paz sagrada!

Ahora reconozco el fondo, ese punto que a ti te cobija, ese punto donde no penetran los ruidos externos, donde todo es callado, donde todo deja de existir para no existir más que nosotros dos.

Ya no golpean ni gritan los hombres que había fuera de estos muros, los hombres que estaban un poco más allá del centro único de esta Tierra. Ya ha caído el silencio.

Ahora, ¡óyeme, mi Colomba!

Caminaba yo. Caminaba por un camino que hay allá en el fundo, allá en La Torcaza. Caminaba solo; creo que caminaba tras de mi cabeza que había emprendido el vuelo. A pesar de este vuelo, mi cabeza registraba todas las barbaridades que hacen los hacendados en el campo: levantar cercos, cortar árboles, abrir canales y ¡que sé yo! Pero en aquel camino por donde yo atiné a pasar, ¡no!

Allí era todo rústico, era abandonado a la naturaleza misma que trabaja esos campos mejor que los hombres. Los hombres... No sé, Colomba, si puedo llamarlos así, con este terrible epíteto de hombres; no lo sé.

Hombres... Bien llamémoslos así.

En aquel camino de La Torcaza también existía el trabajo de esos hombres, puesto que había un camino por el cual marchaba yo; y había un canal y habían varios cercos por aquí y por allá. Pero eran caminos y canales y cercos... ¿cómo decírtelo? Eran... eran... ¡Sí! ¡Así eran! Porque allí todo era rústico, como había venido al mundo, sin pretensiones de ninguna especie.

Y se veía —te lo he dicho— el trabajo de esos hombres.

Ahí estaba; por todas partes estaba.

Yo no encontraba cómo conciliar estos dos hechos contrarios. Por un lado, los hacendados que rompen y rompen cuanto ven ante sus ojos, que se afanan por sacar más y más dinero de todo rincón aunque haya que arrasar con lo que en él haya. ¡Oh, no, no, no creas que llego a semejantes extremos. No es el gusto de arrasar como si en ello hubiera un placer. No lo es.

Has dicho la verdad absoluta: el placer tiene su dominio, su morada y a él hay que ir con mucha lentitud. Sí, sí, con mucha lentitud. Claro, claro... Puede ella venir; puede llegar esa equivocación y engañarnos. El placer... Dejemos esto de lado y déjame seguir con mi cuento.

Allí todo era rústico, era hermosísimo, era una invitación para no abandonarlo más; y allí se veía y se sentía a cada paso el trabajo de los hombres...

No chocaban; era la armonía perfecta. Tanto es así que me detuve. Mi cabeza volvió de ese vuelo de que te hablaba. Volvió y vino hacia mí. Allí quedamos los dos: yo y mi cabeza. Claro, sí, había un problema: la naturaleza y los hombres.

¿Qué pensé? Te lo diré:

Todos mis cálculos estaban errados. ¡Los hombres trabajan muy bien, muy bien! Es la comunión perfecta. Sin embargo... Sin embargo... El señor administrador de La Torcaza, y el arrendatario de ella, y la señora de este arrendatario y los amigos de todos y de todos ellos... Y los que no son amigos... También, también!

Aquel rincón era magnífico. Me senté a la orilla de una zanja. Respiré hondamente. ¡Marchaos problemas intrincados! Respiré.

Habla, Colomba; sigue hablando; así, así. Te escucho.

Eso ha de ser... Es la única solución posible...

No son hombres... Bien; diré de otro modo: no son "caballeros" todavía. ¡Cómo! ¿Crees tú que han de llegar a ser "caballeros"?

¡No, no es posible, mi Colomba!

Ahora comprendo, comprendo: *esos hombres de los caminos forman parte de la naturaleza*; esos hombres SON ELLA.

Sigue, sigue: ... después, llegar a "caballeros", llegar al horror. Tengo que expresarme así: el horror. ¿Por qué crees tú semejante cosa? Entiendo: una etapa forzada. Entiendo.

Lo espantoso es el hombre que empieza a desprenderse de la naturaleza y que no es un hombre todavía.

Aquí está el espanto.

El espanto...

Por cierto, he amado siempre la naturaleza. Ella ha sido; diré, más bien, que de ella he querido hacer un alcohol, una droga. He querido emborracharme con su contemplación.

Sí, Colomba, me he embriagado muchas veces respirándola; he permanecido mudo, como estás tú, admirándola. Ha sido una real y verdadera borrachera. Sí, es mejor decir "una embriaguez", es mejor. Expresas muy bien lo que yo siento en este momento: la pobreza de nuestro idioma. Quisiera otra palabra para poder expresarte debidamente lo que he sentido al mirarla y al ser tomado por ella. ¡Es algo que arrebató! Y entonces me transporto a otras regiones y casi caigo en éxtasis.

Tienes razón; es mejor llamar a las cosas por su nombre. No es esto un lugar común: llamar a las cosas por su nombre. Esto es una verdad.

Por eso; justamente por eso: llamémoslo "borrachera". Sí, sí, por eso; exacto, por eso. ¡El despertar! ¡Horrible!

El éxtasis, en cambio... Lo sé, lo sé. En el éxtasis no hay ese terrible despertar de las borracheras; bueno, de la embriaguez, si prefieres. Naturalmente: el éxtasis es el camino que se ha de seguir; por eso no puede tener un despertar.

Es lo que he pensado tantas veces: subir-caer; subir-caer; subir-caer... ¡No, no puede ser! Es también lo que he pensado: una línea sin altas ni bajas, una línea pura, pura, que penetre, que perforo sin lo abrupto que tienen estas palabras. ¿No lo crees tú, mi Colomba? Fíjate lo que dice aquí el diccionario al referirse a "penetrar":

"Profundizar; ahondar; intuir; adivinar; descifrar; descubrir".

¡Oh, es admirable cómo se agrupa todo aquí en el fondo de la Tierra! ¡Todo está aquí! Mis libros, mis papeles y recuerdos, mis diarios, todo!

Sí, es verdad: ahondar, intuir... Sí, es mejor. Pero siempre queda lejos de esa línea pura, pura que no se mueve. Por ella se avanza sin avanzar; o ella avanza por nosotros. Así veo el éxtasis. Por esa línea pura, pura, y sin la posibilidad de un despertar.

Despertar es caer.

Vamos a ese diario mío. Te leeré lo que escribí en él hace ya mucho tiempo atrás, allá por el año de 1913, cuando estaba yo en La Torcaza después de haber pasado varios, muchos días en la ciudad. Todo sucedía en aquel fundo de La Torcaza. Te lo leeré, mi Colomba. Aquí ese diario, a mano, agrupado con todo lo demás pero bien en orden; puedes verlo; ¡mira!

Déjame buscar, buscar...

Aquí está.

He escrito yo lo que vas a oír:

Septiembre 2

Primer día de campo. Con una alegría, verdaderamente rara en mí, me levante hoy y volví a ver las grandes casas de La Torcaza, los árboles, las flores que brillan aquí y allá, el cielo azul.

Después de almuerzo hicimos poner el break y preparamos los comestibles. Salimos. ¡Qué bellezas, qué encantos! ¿Me atreveré a pintarlos aquí? Pero de todas maneras quiero expresar la felicidad que he sentido al salir de Santiago y caer en la tranquilidad de los campos.

Todo me parecía hermoso, todos me parecían felices. Mientras el break corría por la avenida de los acacios, yo miraba encantado los potreros verdes, los matorrales oscuros que serpenteaban en ellos, esos árboles sin hojas, los altos cerros al frente de nosotros.

Una temperatura deliciosa nos acariciaba, fresca, alegre; todo me gustaba: las vacas que nos miraban con sus ojos saltados e imbéciles; los caballos que alargaban las orejas hacia nuestro break.

Pensaba miles de cosas, historia sin continuidad y sonrientes; deseaba sentirme desgraciado, muy desgraciado, y que ella, esa mujer que adoraba, viniera a consolarme haciéndome cariño; o bien, que juntos fuéramos eternamente felices en esta sublime naturaleza.

¡Qué bien me has recibido naturaleza! ¡Bien lo sabía yo que no podrías ser ingrata con tu hijo que te adora!

Así, bendiciendo a la Tierra por haberme albergado, a mi madre por haberme hecho nacer, a todo el mundo porque a todo el mundo quería, así me deslizaba y me balanceaba en el break arrastrado por una hermosa pareja de caballos colorados. Respiraba un aire impregnado de perfumes campestres y oía el concierto de los campos: un murmullo indefinible en todas partes, un arroyo que corre aquí, una vaca que muge a lo lejos.

De cuando en cuando encontrábamos a algún trabajador; yo lo saludaba sonriendo, no sé por qué. Y antes, cuando venía para acá, evitaba la mirada de los pobres porque una voz secreta me decía:

—¡Todo es injusticia; tu vida en el lujo, la de ellos en la miseria! Pueden pensarlo también y entonces ¡te aborrecerán con razón!

Pero hoy, no. Quería quererlos a ellos, a los pobres, a todos, y a ella, sobre todo, a ella que, junto con hacerme tanta falta, me llenaba el alma de alegría.

¡Qué misterios nos rodean siempre! ¿Por qué he estado contento? ¿Por qué otras veces, en iguales circunstancias, he llorado?

Nuestra voluntad es nula; no lo dudo sino que lo afirmo. Otro (¿quién?) nos pone hoy felices; mañana, desgraciados... Y nosotros, miserables criaturas humanas, le obedecemos; todo lo juzgamos y lo sentimos como él desea.

Llegamos, por fin, a la falda de los cerros. Hicimos alto entre matorrales de espinos. Mi amigo se echó por tierra a leer; yo me puse a pensar: todo desapareció ante mí: el mundo, sus miserias, sus bajezas y pequeñeces. Una serie de horas pasó dulcemente. Todo me sonreía al ver a la naturaleza entera ardiendo de vida y de luz; la naturaleza que se extendía a mis pies.

Volvimos después de comer nuestro cocaví.

En este momento estamos en las casas; mi amigo, leyendo, recostado en un sofá del salón; yo, escribiendo en nuestra pieza.

Afuera, en las tinieblas, todo es grandeza: las ranas cantan su canción lastimera; un tren pitea a lo lejos; los árboles están quietos.

¡Me he sentido feliz! ¡A ti te lo debo, naturaleza sublime!

Ya lo has visto, Colomba mía. Esto no es una excepción en lo que he escrito; he escrito muchas páginas así. He buscado siempre. He buscado desesperadamente. Muchas veces he abandonado mi trabajo, y cuanto había a mi lado, para salir tras de esta naturaleza. La he visto, la he mirado y... ¡nada!

¿Qué crees tú que pueda ser esto? ¿Qué misterio hay allí?

Eso ha de ser, sin duda. No, no te interrumpo. Sigue, sigue.

.....
.....
.....
Me has indicado el sendero.

¡Gracias, Colomba mía!

"El ansia de ver, de *descubrir*, LA REALIDAD FÍSICA. Esa realidad física que se antepone ante nosotros con tanta fuerza...

Yo quería encontrar, y por eso buscaba, yo quería encontrar LA SOLUCIÓN fuera de mí mismo. A esta búsqueda seguía siempre el espantoso *despertar*:

La naturaleza no era más que un fondo... ¿Me entiendes? ¡Un fondo! La naturaleza era un bosque; cortándolo se podría...; la naturaleza era un desierto... ¿Qué podemos hacer con un desierto? La naturaleza eran cerros, montañas, precipicios... Ello está muy inaccesible para nosotros; claro está, sirve para mirarlo pero eso no basta... La naturaleza tiene grandes océanos; por eso se han construido barcos y grandes trasatlánticos; pero hay demasiados océanos; debería haber más...

Colomba: ya te lo he dicho; déjame repetirlo una vez más:

Buscar la solución en la realidad física, en aquella que nos embriague pero sin hacernos entrar en esa línea pura, pura, en esa línea recta... yo diría "en esa línea en espiral" que gira y gira muchas veces sin alejarse de su punto de partida, volviendo siempre a él pero... pero...

¡Tú lo has dicho, Colomba mía!

Un momento; quiero expresarme con la mayor claridad posible; quiero expresarme con nitidez.

No lo puedo, no encuentro cómo hacerlo.

¿Buscar un símil, una comparación, una metáfora?

Diría yo, en tal caso, que aquello es como subir a un edificio muy, muy alto, sumamen-

te alto, ¿comprendes? Y quedar siempre en el mismo sitio pero un piso más alto. Sí, es una serie de piezas todas iguales. No, las de los pisos de abajo son más lujosas y más cómodas. Las que están inmediatamente arriba son menos lujosas. Las que siguen subiendo, menos, menos lujosas. Las últimas, las que están en lo alto, en la cúspide, no tienen lujo alguno, son piezas desmanteladas, sin un solo mueble, con las paredes desnudas y el piso agujereado, lleno de hoyos. ¡Qué horror, qué horror de habitaciones semejantes!

Pero en todas ellas hay una ventana, una ventanita, una minúscula ventanita cerrada. Abrirla, entonces. Sí, eso es, abrámosla.

¿Qué se ha visto por ella, Colomba?

La calle, los transeúntes, los coches, un perro que arrastra a una dama, un policía, la casa vecina y... y... nada más.

Subamos, Colomba.

Subamos más alto, más aún, más.

En esta casa no hay ascensor. Así es que marchar y marchar por los escalones de la escalera. Claro está que es fatigoso, que es terriblemente fatigoso. Me he cansado; ¡no puedo dar un paso más! ¡Detengámonos! Bajemos, bajemos o aquí donde estamos demos nuestro último suspiro.

Así alegan los que tratan de subir.

Así muchos de ellos regresan y les cuentan a los que habían quedado abajo, les cuentan y les repiten cientos de veces:

—¡No vale la pena encaramarse a los otros pisos! No hay ni rastros de ascensor; hay que subir a pie. Y las piezas, a medida que tú subes, tienen de menos en menos muebles; ¡uf, qué horror!, las paredes no están empapeladas ni pintadas, el suelo es... ¡No suban! Quédemonos aquí donde estamos. La calle está a un paso de nosotros. La calle que va a otras calles y éstas que van a los parques, que van a todos los sitios que uno desee visitar. Y hay otra calle que lleva a la Estación de los Ferrocarriles; al menos que tú tengas un amigo con un auto, un auto... ¡Cómo! ¿Lo tienes tú? ¡Bravo, bravo! Bravo, brav...

Brav... Brav... Bra... Br...

El grito de este señor se perdió. Partió el auto. Y volvió a reinar el silencio junto a nosotros. Sentí, por fin, la inmensidad de aquella bóveda. Me incliné. Su mano vino a posarse en mí. Me apreté contra ella. Ella avanzó hacia mí lentamente.

Y así nos confundimos.

Así, por fin, no fuimos más que uno.

Mi mente calló; mi mente debe haberse marchado. Me sentí ligero. Pude hablar; es decir, ella pudo hablar; es decir, ambos pudimos hablar. Es decir, no hablamos.

Silencio.

Nos comunicamos.

Silencio...

Debo traducir lo que hablamos; debo verter a nuestra manera lo que nos comunicamos. Porque en nosotros no hubo ninguna palabra. Fue una comunión total que, para realizarse, no necesitó del tiempo.

Debo colocar todo sucediéndose en el tiempo. No fue así; fue algo instantáneo, o algo que duró muy largas horas. En fin, fue algo sin tiempo.

Me imaginé a dos hombres cronometrando nuestra unión: en un cronómetro ella duró apenas un breve instante; en el otro, horas, acaso días.

En resumen, habíamos salido del tiempo. Esto de los cronómetros ha sido sólo una comparación que me he hecho para que se entienda mejor lo que voy a exponer.

El decorado que nos rodeaba fue el que allí había. Un trozo del fondo de la Tierra, un trozo aislado de todo y protegido por altísimas paredes.

Así es que ruego se me perdone, pues esto va a parecer como un diálogo. Repito: no fue diálogo ni conversación de ninguna especie. Si algo pudiera traducirse y extenderse y ser colocado en una sucesión que pasa, este momento no valdría la pena de ser transcrito aquí.

Nuevamente ruego que se me entienda suprimiendo todo diálogo. Pero no encuentro otro modo de acercarme o de aproximarme al recuerdo de ese momento.

Queda, pues, suprimido el tiempo; quedan, pues, suprimidas todas las palabras. Y la cosa existió de este modo:

Yo

Este es el milagro: estar junto a ti, Colomba, y que, a nuestro alrededor, no se halle nadie. Es un milagro portentoso. El bullicio de los hombres me seguía y me distraía; este bullicio te retiraba a distancias inconmensurables. Por eso yo, ahora, bendigo este milagro.

COLOMBA

El milagro está en el hecho de que haya alguien en donde él pueda suceder. El milagro está en ti. El milagro está en el hecho de que tú seas. El milagro está en el hecho de que estés vivo y, sobre todo, de que tengas conciencia de esa vida.

Pero nadie piensa en esto; todos encuentran natural el hecho de SER. Les bastaría una mirada hacia el interior y una mirada hacia el exterior y entonces verían el milagro.

Yo

Yo buscaba hacia fuera. Yo quería pasar a la gran naturaleza que me rodeaba. Ahora veo el error. En vez de echar los ojos hacia fuera, hay que volverlos para adentro. Pero esto es extremadamente difícil, Colomba. Y es fácil mirar, es fácil contemplar... para afuera. Para eso está la naturaleza; en ella está el ardid, el engaño. Nosotros caminamos por él, satisfechos porque creemos que hay una comunión.

COLOMBA

Una comunión... Una comunión... Una palabra de varios sentidos. La palabra en la que nos apoyamos para elevar lo que es pequeño y creer, entonces, que es lo grande.

Yo

¿Crees tú, entonces, que la comunión no existe?

COLOMBA

Existe; sí. Existe rarísimas veces. Entonces aplicamos este nombre a todo. Lo aplicamos, sobre todo, al amor. Siempre en el amor hay la apariencia de una comunión.

Yo

¡Diana! ¡Diana! Has venido hasta mi lado. Debes creerme, Colomba mía: He deshecho todo lo que había, lo que podría haber de comunión entre Diana y yo. Ante ella no existía ni la naturaleza, ni existía yo mismo.

COLOMBA

Ven hacia acá. Despréndete de lo que aún queda en ti del mundo. ¡Ven, ven! Respira el silencio. Es la manera de sumergirse en él: respirarlo. ¡Ven, ven!

Sin moverme fui hacia ella que allí estaba, muda, estática; sin moverse ella tampoco. Penetré en esos misterios que sentía abriéndose frente a mí. Pero no penetré. Avancé por su voz. Pero ella no modulaba voz alguna. Estábamos en el silencio absoluto. A él vino Diana; vino porque siempre había estado en él.

Vi "la otra región".

Entonces, entonces callé. Puse un doble mutismo al que hasta ahora había tenido.

Creo que fue Colomba la que se expresó. Diana... ahí estaba y hacía grandes círculos en la tierra.

Era Colomba la que se expresaba. Era yo el que me expresaba. Éramos ambos.

En todo caso, huía, huía desafortadamente por entre las piedras, huía Alejo Junquillar. Con él huía otro Alejo; con éste, otro más; con éste último, otro más; con este último... Huían todos. Y Colomba empezó a expresarse muy lejanamente; empezó desde distancias remotas; empezó desde dentro de mí mismo; empezó desde mi cercanía total.

COLOMBA

Tú leías. Pasaban las líneas ante tus ojos. Leías *Tertium Organum*, el libro de Piotr Demianovich Ouspensky. Tenías un lápiz en la mano. Marcabas, al margen, lo que te interesaba. Fue mucho esto que te interesaba. Allí quedaban esas marcas. Se iban luego con el libro. El libro se iba; el libro se fue. Pero ¡qué te importaba! Estaba marcado cuanto te había interesado.

El libro se fue. Lo prestaste. Luego, la persona que lo había recibido prestado, lo prestó a su vez. Luego... El libro se fue.

Un día lo recordaste. Trataste, entonces, de recuperarlo. Tú querías volver a ver lo que habías subrayado. Había allí, mientras lo leías, una explicación clara sobre "aquella región", aquella que habías sentido al estar frente a Diana.

Al fin lo encontraste. Caíste sobre él. Buscaste las páginas subrayadas. Las volviste a leer y las leíste varias veces, sí, muchas veces.

Después juntaste estas frases. Una de ellas decía:

...a menos que entremos en su plano.

Las otras decían:

...su personalidad, un complejo y constantemente cambiante yo, al que nosotros conocemos, y en el que somos conscientes de nosotros mismos; y tercero, la conciencia de *toda la vida*, un yo mayor y superior. En nuestro estado de desarrollo estas tres vidas psíquicas se conocen una a otra sólo muy imperfectamente, y se

comunican entre sí bajo el narcotismo, en trance, en éxtasis, en el sueño, en estados hipnóticos y mediumnísticos, es decir, en otros estados de conciencia.

Más adelante habías subrayado lo siguiente:

Quizás sería más correcto comparar a un hombre con un pequeño lugar separado de la tierra, que tiene una vida propia; que tiene su lago silvestre lleno de la vida más diversa, reflejando el sol y las estrellas y ocultando en su profundidad a algún fantasma incomprensible, quizás una ondina, o un trago del agua.

Ahí estaba lo que habías subrayado. Lo lees y relees. Nada aparecía ante ti. Sólo oías una voz que, sin cesar, repetía y repetía:

"Diana... Diana... Diana..."

Al fin tiraste el libro. Saliste a caminar por las calles. Saliste con intenciones de ir a un bar cualquiera, al bar Iloche, que estaba muy de moda pues acababa de inaugurarse. Llegaste hasta la puerta de él. Pues junto con tocar esta puerta exclamaste:

-¡Ahí tú me has llevado, Diana mía!

Viste la "otra región". Quedaste un momento, por el que pasaron siglos, en suspenso y mudo y sin movimiento alguno.

Luego te encaminaste a casa, de prisa, prisa, ¡prisa! Caíste, nuevamente, en el libro de Ouspensky. Y ¡nada! Apareció el lago con su ondina y su trago... ¡Nada! Caíste tú, ahora, a tu silla, luego a tu sillón, luego te echaste sobre la cama. Siempre ¡nada! Había desaparecido "la otra región".

Pero te precipitaste a tu escritorio; allí cogiste otro libro de Ouspensky, *El Diablo bien intencionado*, lo abriste en la página precisa. Leíste, acariciaste esa hoja, reconociste esos ragos de lápiz que en él habías trazado. Sonreíste.

Yo

Lo dicho por el autor; sí, lo recuerdo, lo recordamos; no; lo recuerdo, se recuerda. Es el Diablo quien se expresa:

El sentimiento del sexo es desagradable y peligroso cuando éste evoca las llamadas disposiciones poéticas. Es el mal mayor. Lo combatimos con todo nuestro poder, pero es inútil. Estas disposiciones poéticas rodean a la gente y nosotros los perdemos completamente hasta que la poesía desaparece. Mucho peor es, por supuesto, el sentimiento del sexo en conexión con el misticismo, con el sentimiento de lo maravilloso y lo eterno. Estos sentimientos apartan completamente a la gente de nosotros y los vuelven inaccesibles a nuestra influencia.

Por otro lado, cuando el mismo sentimiento del sexo se combina con un sentimiento de disgusto, es exactamente lo que necesitamos.

Cualquiera que tenga mucho de "poesía" en sí mismo o aquellos que sienten lo "milagroso" del sexo, es completamente inaccesible para nosotros.

En tanto que la gente sienta que los hechos del sexo no son reales, sino que la realidad está en cualquier otro lugar, ellos son inaccesibles para nosotros. Pero tan pronto como empiecen a tomar esto seriamente, tan pronto como empiecen a temer, odiar y sufrir por el sexo, ellos están en nuestro poder.

Hay emociones de una naturaleza material a través de las cuales la gente llega a ser accesible a nosotros. Estas emociones son más manejables por medio del sexo.

Ella, Diana, llevaba a la poesía y al misticismo. Por su sexo veía, se veía, el medio de percibir aquello que llamé "la otra región".

Estaba más allá del Diablo; desaparecía Palemón de Costamota.

Caían los muros de la poesía y del misticismo. Quedaban ambos, poesía y misticismo, serenos, lejos, cerca, existiendo más allá de uno mismo, existiendo como entidades aparte, con su vida verdadera y diáfana; llamándonos; dando acceso al sendero que a ellos conducía.

Silencio.

Debemos avanzar por ese sendero. Sin hacer movimiento alguno. Quietud. Avancemos. Sin movernos. Quietud.

Sin volver los ojos hacia la naturaleza. Miremos hacia dentro de nosotros.

Tú eres hermosa, eres soberbia, naturaleza. Eres demasiado enorme para estos ojos. Por tí se puede ir lejos, lejos. Es lo que ha aconsejado la buena palabra: ¡mirad la naturaleza!

Todavía no; no la mires ni te embriagues con ella. Debo seguir mi senda sin mirarte. Debo concentrarme en el sexo.

¡Si hubiera un sexo sobre el cual poder concentrarse!

No hay que olvidar que el Diablo está en el sexo. Por la atracción inherente a él, por ella se inmiscuye y se presenta. Nos toma de una mano y nos conduce, lentamente, suavemente, a las cavernas que crujen con su grito de placer.

Nada de eso sucedía contigo, Diana.

Tu sexo era una puerta; con su umbral y su dintel.

Pasaba yo a través de ella y veía "aquella región". Tú, Diana, tendida en la cama, cerrabas los ojos y permanecías quieta. Era la paz en torno a nosotros. Era la quietud.

En la puerta que acababa de cruzar, quedaban dos centinelas: poesía - misticismo. De cada uno de ellos se desprendía un guía que me acompañaba. Caminábamos por la otra región; nos íbamos lejos, muy lejos, donde las palabras están de más, donde no se habla, donde no se expresa.

Nosotros -Diana y aquel que era a menudo yo- habían quedado atrás, impedido su avance por dos manos que estaban en la puerta, dos manos que salían de las espaldas de esos centinelas para impedir todo paso.

Estábamos solos, en la soledad absoluta que surge del bullicio de todo el mundo. Los otros estaban detenidos en el umbral. ¿Me oyes? Los otros -Diana y yo- laboraban para dar un impulso, un empuje a los que íbamos por el sendero.

Tú me llevabas por él. Tú habías encarnado en la poesía y en el misticismo. Tú, inconscientemente, tenías la llave y, una vez dentro, estabas más que en tu propia casa; o esa casa estaba en ti. Y a mí me tomabas. Caminábamos juntos impulsados por el trabajo que ejecutaban, atrás, Diana y yo.

Tú aquí tenías 11 años. Tú tenías 7 años. Tú tenías 18 años. Tú no tenías edad porque tú eras. Entonces te preguntaba:

-Diana, ¿te gusta?

Tú respondías desde muy lejos:

-Sí.

Tú tenías un nombre: Diana; tenías un apellido: Papudo.

¡No! Tú no tenías ni años ni nombre alguno. Yo te besaba. Tú querías que yo te besara.

¡No me quiten tu sexo! Él es la puerta de la otra región.

Allí es donde debo vivir, donde debo estar. No quiero salir de ella. Allí, con Diana. Allí juntos. Pero Allí.

Sí; el milagro existe en este mundo. La vida es un milagro. Ahora lo comprendo. Para ir a él:

HAY QUE ATRAVESAR LA PUERTA.

Comíamos, charlábamos, bebíamos, fumábamos.

Era la vida habitual. Nada había cambiado en ella. Esta vida se desarrollaba sin que existieran esos otros dos seres que... ¡silencio, quietud!... recorrían el otro sendero y se asomaban a la otra región. Nada cambió; ni en mí, ni en ella.

Entonces, una tarde, estando solo en el salón de las casas, me detuve: elevé un himno de gratitud a Rudolf Steiner. Él ha dicho que nadie puede percatarse de que haya un cambio en uno, pues todo sigue igual y se atiende a lo que haya que atender con igual esmero que si nada hubiera pasado.

"...se comunican entre sí bajo el narcotismo, en trance, en éxtasis..."

Tal cosa me había ocurrido. Acaso había estado en éxtasis. Pero sin narcotismo alguno.

Allí había estado con Diana. Diana me había llevado a ese mundo. Yo había seguido tras ella. ¡No, no lo olvido! Ella tiene tan sólo 14 años.. o 7... Debe tener 10 u 11 años. Jamás 21 años...

Aun no ha caído al mundo pensante.

Por eso puede entrar plenamente en ese mundo.

Ella puede. Porque no todas pueden. La mayoría, la gran mayoría, la enorme mayoría, ya viven; viven desde antes de nacer, en el plano pensante.

Es necesario una *coincidencia* perfecta. Quiero decir que es necesario una coincidencia que suceda *en otros planos*.

Lo que equivaldría a decir que no puede haber coincidencias de ninguna especie. Yo debo callar y esperar ante el desarrollo de los otros planos. Debo contentarme con "atisbar" y nada más.

Es inútil que trate de buscar continuidad. Si volviera a este amor con Diana, ya no sería este amor con Diana. Pues él pasó. Eso pasó *allá*. Eso está vivo allá. Ahí ha de perdurar y ha de existir siempre, siempre.

Quiero ir allá y vernos en lo que aquí fue... ¿Podré decir "un amor"? Pero no se ha de repetir. Aquello existía en el mundo. Y ello giraba. Al girar pasó junto a nosotros.

Ahora; resignate; resignate inclinado de hinojos.

Se me ha revelado una punta de algo inmenso que ha seguido su viaje. O que no se ha movido. Y yo sí me he movido por eso lo he perdido de vista. Debo quedar en el lago silvestre pensando en una ondina o en un trasgo...

Con Diana vi, con Diana sentí, con Diana estuve... Es la verdad; estuve, no en lo que es sino en lo que es *eternamente*.

Con Diana toqué la eternidad.

Por eso huyó Palemón de Costamota. Tras él corría el muy pequeño de Tadeo Lagarto. Corrían miles, cientos de miles de demonios. Huían todos; huían con Alejo Junquillar.

Quedaba el sexo de Diana immaculado.

Ella quedaba recostada sobre sus 11 años.

Yo quedaba arrodillado ante ella.

Ambos avanzábamos, sin movernos, por los senderos ocultos.

Así caminábamos con el mundo entero que caminaba con nosotros. Abajo, muy bajo, se revolcaba el mundo entero charlando necedades, peleándose por ociosidad.

Me acerqué al retrato de Diana. Lo miré largamente. Al fin me incliné sobre él y lo besé. Me retiré. Miraba el retrato.

Sentí cómo se iba ese beso. Sentí cómo yo me retiraba de él cogido por el tiempo que me enrollaba. El beso seguía, seguía eternamente; el beso *estaba* eternamente.

Déjame doblar la cabeza.

Callemos, Colomba; callemos.

77

Entonces me separé de Colomba. Fuimos nuevamente dos. Me separé de ella; pero no totalmente. Sentí, y pude tocar, mi cuerpo entero. Vi el de ella junto al mío. Alargué una mano y pude tocarla. Ella hizo otro tanto. Luego nuestros ojos se encontraron. Una sonrisa y volví a agachar la cabeza. Colomba, sin pronunciar palabra, me insinuó:

—Ahora podrías expresarte tú.

Me sentí reanimado, alcé la cabeza y, sin despegar los labios, le dije:

—Quisiera expresarme; no quisiera otra cosa, pero...

—¡Un esfuerzo!

—Colomba, no lo puedo; lo he olvidado. Y he venido hasta tu lado para mostrarte ese, ese... ¿Era un dibujo? ¿O era una simple anotación? Quería mostrártelo y conocer tu opinión. Tú me habrías hablado, yo te habría respondido, tú habrías vuelto a hablar, yo te habría vuelto a responder, y así, sin callar un solo momento, nos habríamos elevado muy alto.

“Callemos nuevamente. Volvamos al silencio.

Vino el señor del cronómetro que marca cada segundo en una hora. La aguja de su horario dio dos vueltas completas. Al fin pude reanimarme una vez más; al fin pude expresarme... Pero... Quiero, otra vez más, dejar bien en claro que no sonaba ningún ruido nacido de nosotros, que aquello era la calma misma, era la inmovilidad absoluta: ella, Colomba, de pie; yo, un poco más bajo alzando la vista.

Llegó el papel con el dibujo; sí, era un dibujo, muy mal hecho, por cierto. Había algunas anotaciones, de mi puño y letra, a su lado. Esto no me extrañó; ya tenía costumbre de ver aparecer las cosas de este modo insospechado allá en el fondo de la Tierra.

Lo tomé; lo miré; volví a mirarlo. Al fin dije:

Yo

Colomba, no lo recuerdo. Este papel me trae el recuerdo del momento en que lo hice; me trae el recuerdo de la enorme alegría que me produjo pues te lo mostraría a ti. ¡Fíjate en las palabras que hay en torno a él! ¿Ves? Al centro dice con claridad: “Naturaleza”; junto a esa circunferencia, dice, varias veces: “Hombres”; a un costado, sobre esa flecha que va hacia el centro, dice nítidamente: “Marcha de lo que sube”. Y abajo, como una firma he escrito: “La conciencia lo remueve todo.”

¿Qué te sugiere todo eso? ¡Míralo y díme!

COLOMBA

Nada, nada. Si ha sido una idea tuya, ella se ha marchado a un plano que no está a tu alcance. Ha volado. Déjala. Piensa una cosa: ese plano eres tú. Has tenido una visión de él y ello es bastante. ¿Para qué ese afán de poder echar mano a él a todo momento? ¿Para qué elevas tanto tu *mente* queriendo que siempre esté al contacto con todo lo que ocurre? Tú no eres nada más que tu mente. Tu mente es sólo uno de tus atributos.

Yo

He caminado por un hermosísimo camino lleno de árboles a ambos lados; es un camino corto, en la falda de un cerro. Está allá en La Torcaza. Yo lo llamo: La rúa das Glórias. Un nombre como cualquier otro. En medio de él me detuve cierta vez y algo exclamó en mí:

"Caminar SIN objetivo alguno; hacerlo todo SIN objetivo...

Me sentí dichoso al haber formulado esto. Y ahora... ¿Lo ves, mi Colomba?

Casi he caído a la desesperación porque no he podido recordar lo que significaban esos garabatos que había en ese papel.

COLOMBA

Para ti ese papel se había perdido para siempre; ¿no es así? ¡Terrible palabra es ésta! SIEMPRE. Palabra que no existe; palabra que debería ser borrada de nuestro léxico. Es una que está unida a la palabra "tiempo". Luego hay que borrarla. Cuando indica un mal, una desgracia, un sin remedio. ¿Me has entendido debidamente?

Yo

He entendido sin entender. He visto que hay, en lo que tú has dicho, una muy bella frase. Por lo tanto, no, no la he entendido. Explícala un poco más.

COLOMBA

La explicación es ésta: Todo nuestro mal está en considerar la vida desde el nacimiento hasta la muerte y no considerarla eternamente.

Yo

Como, creo yo, la consideran los artistas. Es decir, mi Colomba, como ellos deberían considerarla. Voy a...; voy a...; ¡no, no lo puedo! Lo he olvidado nuevamente, lo he olvidado ¡otra vez más! ¿Es ello posible?

COLOMBA

Ves una linda foto; ves unas fotos del Castillo de Versalles; ves un interior, enormemente decorado. La puerta que comunica con la sala del lado; apenas se ve bajo el peso de esos decorados. Al centro, en un inmenso bajo relieve, está él, está a caballo, como un Emperador romano. Sí, ahí está Luis XIV. Por el suelo hay un hombre caído; por sobre su cabeza hay una mujer que vuela y que tiene una corona en su mano; por los lados hay una serie de... En fin, tú lo sabes acaso mejor que yo. No tienes más que recordar esos dos hombres de mármol oscuro que hay a sus pies, esos titanes desmedidos que juegan con las dos náyades que hay en lo alto. Has de recordar también las trompetas que tocan; has de recordar sus alas, esas alas que se pegan al muro, esas alas que apenas sobrepasan un poquitín a las armas que hay por todas partes, armas unidas entre ellas por largos, larguísimos enlaces de flores, por guirnaldas que van y vienen, ondulando como olas que no se mueven y que muy bien conocen las sendas que es posible encontrar allí, en ese lío, ese caos de formas que —otra vez voy a decírtelo—, que se mueven como olas inmóviles... Sí, Onofre, inmóviles y bien, muy bien agrupadas, guardando todas las proporciones; pues

ellas, estas proporciones, deben formar un todo, armonioso, sereno; un todo que no moleste a quien no quiere mirarlo...

¡Qué! ¿Te aburres? ¿Hablo demasiado?

Onofre, quería recordarte bien esa foto que mirabas porque de tanto mirarla fuiste iluminado por una idea que te apresuraste en anotar en tu cuaderno. La anotaste; todo ese rincón versallesco se convirtió, al correr de tu lápiz, en una verdadera confusión, laberinto o desorden infernal. Cerraste el libretto donde aparecía todo aquello, cerraste tu cuaderno, te pusiste de pie. Saliste. Después, después de una o dos horas, abriste otra vez tu cuaderno y leíste lo que habías escrito. Decía así:

"Cómo el hombre camina hacia el arte... Pues él es quien camina y se mueve alrededor del arte que no se mueve. (Algunos llegan a matarse por no haber encontrado el camino). El hombre nada ha creado, nada ha inventado por sí y de sí mismo; ¡nada! El arte *está*. Está quieto. Nosotros tenemos que encaminarnos hacia él y, si es posible, ¡verlo!

Una idea que siempre has tenido: la inmovilidad de lo grande; el hombre que trata de acercarse y lucha, lucha por poder avanzar.

Pero estás fuera, estás lejos; ya no estás conmigo. Te has desdoblado; por lo tanto ya no eres.

¿Quieres, acaso, que calle?

¿Quieres que no hable más?

Te escapas a cada momento. En vez de estar aquí, junto a mí, estás en muchas partes al mismo tiempo; es decir, no estás en ninguna parte. Hay en ti un permanente zigzaguar en tu persona. Estás lejos de ser quien eres. No eres, Onofre. Una punta tuya toca a ese Alejo; otra punta se ha marchado a la superficie; otra ha quedado aquí y duerme, duerme, sueña con estar aquí y, entonces, poder unirse a mi persona y ¡hablar!

Hablar con una sola voz inaudible.

¿Qué te ocurre?

Yo

Colomba, no tengo esa sensación de que somos UNO. Ahora somos dos; tú, allá, a distancias imposibles de medir; yo, botado, tirado en el barro de la superficie.

Pero sigue comunicándote conmigo. Yo dejaré que tu voz entre en mí. Sé que ella no se perderá, sé que no se irá. En alguna parte de mi ser ha de quedar. Otro día volveré y marcharé hacia ella. Pediré permiso para acercarme. Me otorgarán ese permiso. Entraré y seré uno, uno solo, con todo lo que hayas hablado.

COLOMBA

Hoyearé tu cuaderno. Tienes varios de esos cuadernos; tienes muchos. Sobre ellos hay un título: BISCOTATO. Y aparece la ciudad de Génova que dejas atrás, pues vas en auto a Cannes. Duermes en Savona. Vas con Tomba Montbrison. Se detienen en Albenga y allí toman té; servidos por una damisela. ¿La recuerdas a esta damisela?

Yo

La recuerdo; es decir, ahora aparece en mi mente. La había olvidado como olvido todo, como olvidé el significado de ese dibujo que te he mostrado. Pero ya lo sabes. Colomba:

Algún día iré a ese sitio donde van los hechos que hemos vivido en los cuales hemos estado y, entonces, veré todo, ¡todo!

Claro está: recuerdo a la damisela; era charladora, alegre. Nos trajo bizcochos y nos explicó que uno solo se llamaba, en italiano, BISCOTATO, creo que es con doble "t". Desde entonces llamo así a mis cuadernos de apuntes.

Pero es una necesidad que me vea obligado a recordar otras necesidades semejantes. ¡No, no! ¡Por favor, mi Colomba, dejemos todo eso sepultado! Porque cuando vaya yo, como los artistas van al arte, cuando vaya a ese sitio donde todo está, entonces veré a cuantas damiselas han aparecido en mi vida y he... he... Te lo diré: he deseado.

¡Cómo! ¿Para eso he venido al fondo de la Tierra? ¿Para pensar en damiselas y demás? ¡No, Colomba, no! ¡Úneme a ti que es la manera única en que puedo desprenderme de lo que he querido desprenderme!

Me siento mal; todo se ha roto en mí. Mira este fondo: las paredes no son ya muros serenos y gigantescos; son simples paredes mal hechas, mal ajustadas, que se van a derrumbar de un momento a otro. Mira aquí este suelo... Mira allá aquel techo...

Estoy mal. Esa neurastenia me ha asaltado nuevamente. Y la neurastenia no debería existir aquí en el fondo de la Tierra y a tu lado. Es que estoy en plena superficie. Estoy en San Agustín de Tango y camino, camino, con un mundo dentro de mi cabeza. ¡Sí, sí, lo sé! ¡No hay un mundo bastante grande que no quepa dentro de una cabeza humana! ¡Lo sé, lo sé! ¡Puesto que el mundo que podemos imaginar es fabricado por esa misma cabeza! Tiene que ser un mundo de su tamaño. ¡Sí, tiene que serlo!

Te decía que caminaba por la ciudad de San Agustín de Tango. Voy por la calle del Escapulario. Siento que detrás de mí está el hemíono, está allá altísimo e impertérrito. No lo creas, no lo creas, mi Colomba: no está impertérrito ese hemíono, pues me echa sus miradas a cada instante. Yo las siento, las siento. Ellas me penetran. No tengo más que una salvación posible. No hay otra: el doctor Hualañé y el doctor Pitrufrquén, si están en su consultorio. Pueden no estar o pueden darme hora para mañana, para pasado mañana, para nunca...

Camino, camino. Encuentro la puerta; veo el N^o 137; me introduzco por ella; el ascensor; subo; toco el timbre; ¡no!, vacilo antes de tocarlo porque ellos no van a estar; tú sabes lo que continúa en mi pensamiento: mañana, pasado mañana, nunca... Al fin toco, entro, estrecho la mano del doctor Hualañé y le digo:

—Doctor, doctor, ¿qué me pasa? ¡Dígame, doctor, por piedad, lo que me pasa!

Él sonríe y me contesta:

—Para eso ha venido usted a verme, para comunicarme lo que a usted le ocurre. ¿No es verdad?

Respondo:

—Es la absoluta verdad. Pero... pero...

Y le expliqué lo que me acontecía; le expliqué lo que era esa terrible neurastenia que me tenía agarrotado. Le expliqué, sobre todo, el síntoma que me preocupaba, el espantoso síntoma:

Nada —¿me oyes, Colomba?—, nada era o podía ser la causa de la neurastenia.

Entiéndeme, Colomba: una neurastenia que estaba en el aire, por encima de mí, causada por otras razones que a mí no me tocaban. Era una punta, nada más que una punta, de un mal que atacaba a otro ser, a un ser gigantesco y que vivía en otros planos lejanos; que lo atacaba... o simplemente lo preocupaba en sus meditaciones que han de durar siglos, siglos, ¡siglos!

Esa punta me alcanzaba a mí y desbarataba el ánimo mío. El ánimo mío... ¿Por qué?

Yo tenía otras preocupaciones y estaba contento de tenerlas; ellas se desarrollaban bien, no puedo, no, no puedo negarlo. ¿Mi salud, tal vez piensa tú? Mi salud era perfecta. Claro está que algún día tendría que morir. Pero te diré, Colomba, como se lo dije al doctor Hualañé, yo no le temo a la muerte; por el contrario, tengo hasta curiosidad de encontrarme con ella y ser un huésped a perpetuidad de estos lindos antros cavernosos. Entonces sí podríamos conversar siempre. ¡Qué cosa magnífica sería! ¿No lo crees tú? Dímelo: ¿Lo crees o no lo crees?

COLOMBA

Estás hablando ahora; creo que hasta modulas, de cuando en cuando, algunas palabras, algunos comienzos de palabras. Eso está bien, Onofre... ¿Cómo es tu apellido? ¿Borneo o Boroa?

Yo

¡Boroa! ¡Estoy en el centro de la Tierra; estoy contigo, mi Colomba; estoy lejos de la superficie! Mi apellido es y tendrá que ser Boroa y nada más que Boroa.

Pero yo te hablaba de mi visita donde el doctor Hualañé.

Le expliqué como mejor pude el proceso de esta neurastenia. Se lo pude explicar muy bien pues, al hablar con él, vi claro lo que me ocurría. Ahora te lo voy a esponder a ti, te lo voy a aclarar tan bien, si puedo, como lo hice con el doctor Hualañé. Óyeme bien, Colomba; pon toda tu atención en esto:

La neurastenia viene cuando, ante uno, quedan esas horas vacías, esas horas que no hay cómo llenar. Es un hueco que se produce en una vida que uno creía bien llena, colmada; una vida que ha desterrado de su pasar esos tremendos momentos en que hay... hay... —¡oh, tú me has de comprender, Colomba!—, hay que improvisar algo para que no vaya a romper esa vida colmada.

Entonces se corre, se precipita uno tras de lo que..., en fin, de lo que puede simular y tapar ese hueco. ¡Que no vaya a aparecer una discontinuidad, una ruptura en lo que está ya hechol!

Me explico mal, mi Colomba, pero no me importa mayormente; sé que tú comprendes bien; sé que te adelantas en lo que yo no hago más que esbozar. Es lo que me gusta cuando estoy a tu lado. Tú completas los esbozos que yo hago. ¡Muy bien, muy bien!

Si tú no lo hicieras... ¡qué horror sería! Pues entonces se precipitaría sobre mí esa multitud de Alejos que me persiguen a todo instante. ¿Me persiguen? ¿Crees tú que ellos me persiguen? Déjame pensar un rato, déjame pensar.

No, no me persiguen. Ya he dado muerte definitiva... ¿Está mal decir “muerte definitiva”? Claro está que lo sé: todas las muertes son definitivas, son... No hablemos de la muerte. A mí ella me atrae y eso basta para cortar el tema. Porque esto de que sea definitiva... Bueno, no hablemos de ella. Estoy a tu lado, estoy junto a ti, mi Colomba, y eso basta.

Es lo que dije al doctor Hualañé. De ti, no, no dije nada. Le hablé sólo de mi neurastenia; le expliqué en qué consistía, cómo yo la sentía y cómo me hacía ir de prisa por las calles.

Le dije el gran mal de ella, el que a mí me ataca:

No tener a qué echar mano...

¡Eso es, Colomba!

Si hubiera una causa productora de esta desazón que uno sufre, sería cosa fácil luchar contra ella; conoceríamos al enemigo y, entonces, ¡atacarlo y vencerlo!

Pero aquí se lucha contra un enemigo INVISIBLE.

Cuando atravesaba la plaza de la Casulla, cuando penetré por la calle del Escapulario, cuando subía por el ascensor, aun cuando vacilaba ante el timbre, en todos esos momentos, pensaba en un posible remedio, pensaba en grandes viajes, en viajes alrededor del mundo entero y en muy buena compañía. Pensaba en todo. Y esto que pensaba se lo conté íntegro al doctor, con detalles y más detalles. Él me escuchaba callado, a veces ponía unos ojos picarescos. Yo daba más y más datos. Volvían sus ojos picarescos. Pues yo no quería ausentarme de estos mundos; no lo quería. Ausentarme sería no volver aquí al centro de la Tierra, sería separarme de ti y no verte más. No quería viajar, no lo quería.

Era inútil Colomba; seguían sus ojos picarescos. Al fin rió.

—¿De qué ríe usted, doctor?— pregunté.

Él seguía riendo.

—Dígame, por favor, ¿qué le ha causado tanta hilaridad?

Me dio una explicación sobre la risa. Yo rebatí varias veces sus teorías. Él me rebatía lo que yo había argumentado. Me inclinaba a sus pareceres. En fin, Colomba, discutimos largo rato. A veces ganaba yo; otras, ganaba él. Me paseaba de arriba a bajo. Me detenía y volvía a pasarme. De pronto me detuvo y preguntó:

—¿Y su neurastenia, amigo mío?

Un silencio; quedé mudo.

Había pasado esa neurastenia; yo era ahora el de siempre, era el mismo de siempre, era un buen hombre de la superficie, amigo de discutir, sobre todo con hombres como el doctor Hualañé. Ahora sonreía yo; un poco avergonzado de haber ido hasta ese consultorio a molestar a un facultativo para nada —¿me entiendes?— para nada de nada. Al fin tuvimos que reír ambos y él me golpeó el hombro.

Al fin me dijo:

—Usted ha venido hasta mi consultorio porque él se encuentra en el camino que usted seguía. Si su mal le acomete en partes lejanas, no se habría dado la molestia de venir hasta acá. Pero hay un médico al alcance de la mano y... ¡Usted me ha comprendido muy bien! ¿No es verdad?

Respondí:

—Es la verdad, doctor.

Riendo nuevamente agregó:

—No le vendría a usted nada mal que yo lo invitara a pasar a una pequeña sesión aquí en el cuartito reservado. Ahí, con el doctor Pitrufluén, le daríamos el remedio que corresponde. ¿Le parece a usted una mala idea?

—Doctor —respondí—, ahora estoy sano, completamente sano.

—Buen viaje, entonces.

—Sí, doctor, haré un espléndido viaje.

Y me marché; no diré dichoso pero, en fin, contento y sin los menores visos de esa, de esa... ¿podré decir "neurastenia"? ¿Qué crees tú, Colomba mía?

COLOMBA

Creo que basta de estos cuentos tuyos sobre las aventuras de la superficie. Creo que deberíamos cambiar de tema. Estamos en el centro de la Tierra.

¡Ven hacia mí, Onofre Boroal!

¡Entra en mí!

Avancé los tres pasos que me separaban de ella. Le tomé una mano y murmuré:

—Colomba...

Todo desapareció a nuestro lado, todo volvió a la calma habitual de aquellos fondos. Allí estaba Colomba; ahora sonreía si puede llamarse sonrisa la expresión de su rostro. Me apreté, me comprimí contra ella. Sentí a su mano posarse sobre mi cabeza. Tuve que manifestarle:

—Todo eso ha desaparecido, todos los visos de una posible neurastenia. Ella estaba cerca de mí, se había acercado con el relato que te hice de mi visita al consultorio del doctor Hualañé. Ahora, ¡aquí estoy para que, con tu voz, me lleves, lejos, muy lejos; para que hagas resaltar el interés que hay en esa gente que me aburre, que me desespera cuando la veo sin estar a tu lado!

Callamos.

Silencio.

Entonces ella clavó sus ojos en los míos y, sin hablar, sin el menor susurro de palabras, oí que decía así:

COLOMBA

Te conviertes en un subhombre cuando estás lejos de mí; perteneces a un egrégor que tu abominas; pasas a ser un hijo de Palemón de Costamota, un hijo de cabeza volátil, mudable, que parece ofrecerse a ser tomado por otro ser. Quisiste contarme cuanto te ocurrió al ir donde el doctor Hualañé. Felizmente el doctor lo comprendió a tiempo, te hizo hablar, poniéndote ojos picarescos, y volvió a integrarte en un ser normal. Te despediste de él y saliste. Pero no te fijaste que ese subhombre también salía contigo. No te ha abandonado aún. Ha bajado hasta este sitio y, a cada rato, ha podido tomar tu espíritu y llevarlo hacia otras regiones.

Yo

Es lo que creo, Colomba. ¡Exprésate así, con tu mutismo, exprésate para salir de este estado mediano en que me he hallado durante tanto tiempo! He oído hablar a Romualdo Malvilla y, al oírlo, he creído haber salido de este estado. Ahora veo que no. He visto a Teodosia Huelén que, con su modo sarcástico, me ha mirado y me ha llamado "costreño". Tanto de lo dicho por Malvilla como de lo dicho por Teodosia, sé que habría podido colegir mil cosas más si... si tú hubieras estado a mi alcance. Pero, ¡no! Mi intelecto comprendía bien lo que ellos hablaban; lo que hablaban se iba y yo quedaba con sólo una noción intelectual de ello. Luego tú te referiste a Diana; yo pude escucharte y pude llegar al fondo de lo que hablabas.

COLOMBA

Pero ahora haz de contraerte. Dejemos a Diana en paz; dejemos que ella haga su obra en tu interior. Recuerda ahora que te hablaba del subhombre, de ese que, parece, tú te afanas en seguir para ser su presa.

Yo

Dime, Colomba, lo que piensas sobre el subhombre. Te escucharé en silencio. Nada podrá turbar este silencio, pues sé muy bien que esa poesía y ese misticismo que me hizo sentir Diana están bien profundamente arraigados en mi corazón. Tú me has llamado

"subhombre", en todo caso me has dicho que había en mí una marcada inclinación a ir hacia él. ¿Por qué, Colomba?

COLOMBA

Hay, en este mundo, dos clases de hombres: los que son hombres de las masas; los que, ya queriendo independizarse, obedecen a un egrégor particular. Hay otra clase de hombres; pero esta clase es rarísima. Puedo citarte un caso que ya no es: Bárulo Tarata; puedo citarte otro caso de un hombre, si pudiera decirse, sin edad: Romelio Renaico.

Yo

¿Cómo! ¿Un hombre sin edad...? No te entiendo lo que quieres decir, mi Colomba.

COLOMBA

Cambia tus puntos de vista; así podrás entender. Romelio Renaico vive ya eternamente sin tener que pasar por ese trance que llamamos la muerte. Está tanto allá en la superficie como está aquí en el fondo de la Tierra. Es un hombre como es tu amiga Teodosia Huelén. Ella tampoco ha muerto aunque haya mucha gente allá que la llora y la llora. Es por ignorancia que esa gente llora. Teodosia ha llegado a un estado tal que tiene a la constelación de Andrómeda, para darte un ejemplo, dentro de ella y puede ir y venir sin hacer un solo movimiento. Romelio Renaico y Teodosia Huelén nacieron ya sin pertenecer a ningún egrégor, nacieron lejos de esos egrégores que obligan a cumplir paso a paso nuestra evolución. Ellos nacieron puros y ahora hacen su cometido. Tú, Onofre Boroa, conoces más personas así.

Yo

No, Colomba; es primera vez que oigo decir una cosa semejante. A Renaico hace mucho tiempo que no lo veo y no he oído hablar de él; a Teodosia... Sí, algo me extrañaba en ella, en sus modos, en su alegría permanente, en ciertas cosas que dice, en fin, algo extraño notaba en ella, algo que me confundía a todo momento.

COLOMBA

¿No ves a nadie más? Bien, entonces te lo diré yo: la hermana de tu amigo Lorenzo Angol. ¡Jateña! Si ahora no la vez es porque no has sabido o no has podido acercarte a ella, ¡Juan Emar podrá!

Yo

Hacia él voy caminando. Borneo ya no viene hasta estas profundidades; tú has visto que, al fin, logra deshacerse y yo, entonces, soy Boroa. Ahora soy lo que tú ordenes. Todo ha desaparecido en torno mío. ¡Habla, Colomba, habla!

COLOMBA

Dame esa carpeta; no, la otra; ésa. Aquí hay una nota confusa; es sobre las edades que tú, Onofre, no comprendes debidamente. Empiezas diciendo: "Nunca he podido darme cuenta de la edad de las personas; las veo según ellas hablan o se expresan". Luego haces una lista que dice: "Nene - ?; Niño - pésimo; Adolescente - mediano; Hombre - bien; Madurez - óptimo; Anciano - mediano o bien; Decrépito - pésimo; La + -?".

Encerrabas esta lista entre dos puntos de interrogación; y, al margen, anotaste: "Pensaba yo que todos debían recorrer las etapas de esta lista".

Luego vienen algunos alcances a tu lista: "No sé si existe un ser que pase de una etapa a otra". Por fin anotas: "Los que yo conozco nacen y mueren en una única etapa".

Es verdad, Onofre. De aquí vienen esos niños que se comportan como ancianos, por no decir decrépitos; de aquí vienen esos ya ancianos que guardan su estado de niños o de

adolescentes. Son dos casos que tú has de repudiar; ¿no es verdad? Por eso te es difícil circular allá en la superficie y por eso sientes una verdadera alegría al encontrarte, sea con un tipo que va de una etapa a otra, sea con uno que está bien y deliberadamente encajado en una etapa única y en ella se place y quiere estrujarla.

De éstos tienes a tu amigo Desiderio Longotoma: es un hombre que vive con rasgos de madurez; de los anteriores tienes a tu amigo Lorenzo Angol que ora vive como un chicuelo, ora salta y vive como un hombre o como en plena madurez. Claro está; cae y cae; pero se levanta. Al fin la tierra que frecuenta, la de su fundo, La Cantera y su Bóveda con su guaco, y la tierra de esa ciudad de San Agustín de Tango, lo estrechan y lo ahogan. Parte entonces a Europa o a Australia; culpa a un ornitorrinco de sus caídas y va tras él a interrogarle, a ver... si acaso está en la "r" que no pronunciaba don Irineo Pidenco, donde se halla la desazón que lo ataca. Mientras tanto, Desiderio ríe y ríe y siempre reirá.

Teodosia Huelén te inquieta; como te inquietaría ese hombre sin edad que se llama Romelio Renaico. Ellos no caben en tu lista; ellos no pueden ser colocados en ninguna de las categorías que hay en ella. Ellos vuelan más alto, ellos planean por las alturas. Ellos pueden estar o vivos o muertos; ellos están con Bárulo Tarata; ellos están en todas partes a la vez.

Es el ideal hacia el cual tú vas, Onofre. Es el ideal ya alcanzado por Juan Emar. Desde ese ideal Juan Emar te hace continuas señas y te impulsa a seguir adelante.

Liquida la superficie y... camina, camina... camina.

Está Romualdo Malvilla... ¡Otro más! Tú vives con el recuerdo del Malvilla del San Lito y lo comparas con el que es ahora... Haces bien. Malvilla es un ejemplo que te afanas en seguir. Pues él ha tenido un cambio, un cambio brusco, al abandonar el alcohol. Tú, en tu interior, muy en tu interior, piensas en ese cambio. ¡Si pudiera yo —te dices— tener un cambio así! Y la superficie se deshace a tus ojos; aparezco yo y, junto a mí, aparece este fondo de la Tierra.

Entonces te balanceas: la superficie — el fondo; el fondo — la superficie. Este balanceo concluye por marearte. Es la absoluta inseguridad. Terminas yendo hacia arriba con tu cabeza plena de las impresiones que has tenido aquí; bajas hasta mí y contigo bajan el doctor Hualañé y Romualdo Malvilla. Unos bajan en tu ser interior; otros bajan en persona. Por eso perdiste tanto tiempo charlando con Malvilla; por eso perdiste tanto tiempo contándome la visita al consultorio del doctor.

Teodosia te hace subir. En ella sientes otra cosa.

Quedas lelo mirando esta cosa que ella te hace ver.

Pero está Palemón de Costamota, ese permanente servidor tuyo que te saluda afablemente. Quieres seguir tu marcha. No, ¡un momento! ¡Es cuestión de cambiar algunas palabras y nada más, nada más! Cambias las palabras y aquí quedo yo esperando y esperando tu llegada.

Onofre, eres un ser que no ha nacido de las masas. A todo instante puedes verificarlo como lo verificas a todo instante. ¿No es verdad?

Pero aún estás sujeto a un egrégor.

¡No, no te alteres! ¡Estás tomado, agarrado por un egrégor!

La lucha que hay en ti, la lucha que siempre ha habido es ésta: ZAFARTE DE ESE EGRÉGOR PARA IR A JUAN EMAR.

Yo te diría:

No temas bajar, no lo temas. Puedes bajar muy hondo. Juan Emar te vigila y te salvará siempre.

¡Baja hasta el subhombre!

Pero que haya una parte de ti que sepa que has bajado y que ese no es el sitio que te corresponde. Haz de cada bajada un trampolín que súbitamente te eleve.

¡Salta, salta, Onofre Boroa! Si no saltas ellos te pescarán y te llevarán hacia donde quieran llevarte.

¿Quiénes son ellos?

Ellos son: Palemón de Costamota y... y... ¡Onofre Borneo!

Ya puedes verlo claramente: Palemón te presentó a Alejo y, con Alejo, charlaste largo rato. No importa que hayas charlado para repudiarlo y para negarte a seguir sus insinuaciones. Lo que importa es otra cosa:

ES EL HECHO DE HABER TRATADO CON UN HOMBRE COMO ALEJO,

Mientras tratabas con él, yo he visto el rostro de Juan Emar. Era el rostro del que iba a morir torturado...

Su tortura caería sobre ti y sería tu compañera pérfida, tu compañera de todo momento. Así te acercarías hasta ese segundo punto de interrogación.

¡Es curioso, Onofre Boroa! Esta marcha del hombre a través de las edades la has encerrado entre dos puntos de interrogación... Uno, al nacimiento; otro, a la muerte. Podrías haberlos unido con una palabra, con algo que aclarara estos dos momentos; podrías haber escrito, uniéndolos:

CONCIENCIA DE LA PEQUEÑEZ EN QUE VIVIMOS

Entonces la superficie se te habría agrandado enormemente. Y sabrías por qué razón yo te mando a ella. Habrías visto bien claro cómo se despliega esa inquietud de Lorenzo Angol y cómo es ella detenida por las piernas de Berguibenda que se le muestran al ir a tomar su coche; y bien claro habrías visto, sonando como una cascada cristalina, el reír inagotable de Desiderio Longotoma. Así verías a Jabalí Batuco entonando una ópera de su juventud; así verías allá, lejos, lejos, el puerto de Cannes y la Croisette y, por ella marchando sin premura, a Tomba Montbrison que mira hacia el cielo, hacia el mar y, de pronto, se detiene a no pensar; así verías tanto, tanto, Onofre, pues verías a los doctores Lucas Pitrufuquén y Tadeo Mangual en charla con el decano de ellos, el doctor Gil Hualañé; y verías a Albania Codahue junto a Teodoro Yumbel; y a Rosendo Paine con Nicole Chaumont; y a Eusebio Palena con la bella Polinesia Loncotoro que se atraganta con emparedados mientras escucha la última Zambafusa; verías, sobre todo, que tienes que verlos a todos ellos y a muchos más, que tienes que frecuentarlos y tratarlos, que tienes que apoyarte en su compañía para pasar esta pequeñez de la vida.

Así llegarías al segundo punto de interrogación y, al hallarte en su umbral, saltarías a su dintel y verías este mundo de los muertos, este mundo de los que ya han pasado esa pequeñez de vivir.

Verías siempre, a todo momento, a Teodosia Huelén; pues ya no existirían las enormes distancias que allá en la superficie te han enseñado que existen en las galaxias y nosotros.

Verías a Florencio Naltagua, lado a lado, a todo momento. Y al pasar frente a aquella que fue su casa en el Portal Colonial, no sentirías el dolor que su muerte te ha causado porque estaría a tu lado, ¿me oyes?, a tu lado ¡siempre!

Avanza, Onofre Boroa, avanza sin detenerte.

Purifica tus emociones.

Piensa que, a un paso tuyo, está Romelio Renaico, el alto mago. A un paso tuyo también está... ¡Jateña!

Jateña... La chica que estuvo en la Tierra, que miró a todos lados y no pudo comprender qué era eso que la rodeaba; la chica que, al fin, se zafó de su envoltura con dolor pero que prefirió seguir adelante pues ya la superficie nada nuevo podía enseñarle.

Te he dicho: "la pequeñez en que vivimos..."

Quiero ahora decirte: la *grandeza* en que vivimos.

Porque esto es grande, es inmenso... si vas a ello con tus sensaciones y emociones puras, sin mezcla y nítidas.

Y al fondo encontrarás a Juan Emar.

Olvídate de la embriaguez que te produce la naturaleza; es una embriaguez por el placer de embriagarse. De ella tú no haces un trampolín para saltar y elevarte. Tú debes buscar ese trampolín en tu interior.

Y no lo olvides; quiero repetírtelo una vez más:

TODO NUESTRO MAL CONSISTE EN CONSIDERAR LA VIDA DESDE EL DÍA DEL NACIMIENTO HASTA EL DÍA DE LA MUERTE Y NO CONSIDERARLA ETERNAMENTE.

¿Por qué he tenido esta asociación de ideas? ¿Sabes tú quién ha venido hasta mí?

Yo

Lo ignoro, Colomba. Tú sabes que mis movimientos mentales son lentos, extremadamente lentos. Y, cuando estoy junto a ti, ellos aumentan su lentitud. Lo cual me agrada; ¡quiero ir a esa lentitud máxima! ¡Quiero que, en mi vida, desaparezca esa prisa por proceder, ese afán de tener que hacer algo, sea lo que sea; recuerda que al ver un par de horas vacías ante mí, tuve que ir al consultorio del doctor Hualañé!

Contigo es la paz absoluta. No quiero moverme ni ir a parte alguna. Sólo quiero escuchar tu voz.

COLOMBA

Escúchala, entonces. Ha venido hasta mí la imagen de Adalberto Huachipato.

Tú has de recordarle, ¿no es verdad? El hombre al que jamás le ocurría nada, el hombre que parecía ser llevado por alguien que ya se encontraba fuera de las cosas que ocurren aquí en esta Tierra. Pasaba una tragedia en alguna parte; pues Huachipato se había marchado el día antes; y de allá enviaba una cartita o una tarjeta a su amada y bellísima Gervasia Cachapoal. Has de recordarlo muy bien, mi querido Onofre.

Pues bien, algo le ocurrió a este hombre; la única vez en su vida que algo le ocurrió: murió.

Yo

¡No lo sabía, mi querida Colomba! ¿Cómo y cuándo murió este bueno de Huachipato?

COLOMBA

Ahora verás. Murió el 22 de mayo del año pasado, es decir, de 1960. Se encontraba desde hacía pocos días en Puerto Saavedra, y no hacía nada, gozaba de su estado, gozaba de ese destino ideal que tenía, destino en el cual se le evita el bullicio de los hombres. Él se paseaba de un lado para otro, sin preocupaciones. El día 22, muy temprano, alquiló un bote y se internó mar adentro. Remaba un rato y se detenía a fumar un cigarrillo. Así se balanceaba al compás de las olas. ¡Qué felicidad la de este hombre! El mundo

podía revolcarse en sus peleas y en sus amenazas; él seguía indiferente; y no porque nada de esto le importara; su indiferencia venía del hecho de que él lo ignoraba y venía a saberlo mucho después.

Es un ideal de vida que tuvo este hombre. Alguien pone de lado cuanto pueda o pudiera afectarle. Puede vivir aislado y puede, por lo tanto, entregarse a su antojo a hacer lo que se ha de hacer.

Así iba Huachipato en su bote. Bogaba un poco, luego respiraba muy hondo, fumaba y soñaba. De cuando en cuando, por entre sus sueños, pasaba la hermosa Gervasia. Y nada más. Hasta que vino una inmensa crecida de mar. El bote se bamboleó a impulsos de las olas que crecían; el bote osciló y, al fin, se hundió. Tú, Onofre, has de comprender que estamos en pleno maremoto, el mismo que asoló a Puerto Saavedra. Toda la tierra del Sur de Chile temblaba y las ciudades se derrumbaban. Era la alegría inenarrable de tu amigo Palemón de Costamota.

¿Y Adalberto Huachipato?

Pues bien, ahí murió ahogado. Su cadáver se perdió entre esas olas que crecían. Huachipato lo dejó ir a su aventura y lo perdió de vista. Prefirió bajar hacia las onduras del océano. Así lo hizo. Lo hizo, creo, contento al sentirse sin esa envoltura que aquí, en la costra, lo rodeaba todo el tiempo.

Ya comprenderás hacia dónde se dirigió Huachipato. ¿Lo adivinas?

Yo

¡Al taller de Rubén de Loa! ¡A ese magnífico y estupendo taller de las armonías verdes!

COLOMBA

Sí; has adivinado; se dirigió a ese taller. En él fue cariñosamente recibido. Minutos después, Rubén y él, trabajaban juntos y Huachipato se apasionaba con los verdes que allí veía. Se los indicaba a Rubén que componía nuevos y nuevos cuadros, con gran admiración y placer de otro ser que había llegado allí y que allí está todavía y allí ha de quedar.

Yo

¿Qué otro ser, Colomba? Supongo que no ha de ser Macario Viluco; supongo que ni siquiera pueda ser Mamerto Masatierra. ¿Quién era este ser?

COLOMBA

Era este ser... Ponciano Chacarilla.

Yo

¡Cómo! ¡El loco, el que yo he visto aquella vez que fui al manicomio del Eclesiástico, llevado por el doctor Hualañé! Recuerdo el p'ur b'u y recuerdo esas puertas erizadas de puntas filudas... ¿Cómo es posible que ahora se halle aquel loco en el taller de Rubén de Loa, en ese taller acuático, allá en el fondo de los mares?

COLOMBA

Ya lo ves, Onofre, ya lo ves. Ahora no tienes más que dirigirte al taller de la calle de la Tiara y sabrás, de la propia boca de Rubén, cuánto labora hoy día ayudado por esos dos hombres que ya no son de esta vida; es decir, de aquella vida de la superficie. Encontrarás a Rubén y tendrás temas de largas conversaciones con él pues no vacilará en narrarte la llegada de Huachipato y de Chacarilla a su taller del fondo; te hablará de la colaboración que se ha entablado en ellos tres; te hablará del inmenso impulso de vida que le han dado a su nueva obra, pues es vida, vida, ¡vida!, la que ellos transmiten al pintor.

Tú, Onofre, al oírlo, verás que puedes seguir siendo Boroa y que no necesitas ser Borneo por el hecho de encontrarte en la superficie —diré “en la costra”, como dice Teodosia—. ¡Ya tienes esencia para estar allá! Tu alma se elevará de tal modo al ver esa obra y al oír estos relatos, que ella estará al unísono con el cantar del tucán.

¡Qué dices, ahora, Boroa! ¿Ves como una pesadilla el tener que subir y recorrer esas calles? ¡Ea! ¡Habla!

Yo

Ahora, con tus palabras, has infundido en mí el deseo loco de subir e ir al taller de Rubén y de oír este verdadero milagro que han producido Adalberto y Ponciano. ¡Sí, iré y, créemelo, iré feliz! Pero habla aún algunas palabras más, mi tan querida Colomba. Quiero abandonarme y adormilarme oyendo el acorde de tu voz. Y no soñaré con una mujer vestida de oro y de plata y con altos tacones que han de marchar sobre mi cuerpo desnudo. Eso, siento yo, que ya ha pasado. Así como estás quiero oírte y así olvidaré todas las embriagueces que me trae el mirar la naturaleza y cuanto en ella ocurre pues mi vista estará dirigida hacia mi interior y nada más que mi interior.

Colomba, ¡habla, habla!

COLOMBA

No te entusiasmes demasiado, Onofre. Claro está que debes tener tu mente siempre alerta pero... ¡ten cuidado con Palemón de Costamota!

Voy a citarte unas frases de Stanislas de Guaita que podrás ver en su libro *Le Temple de Satan*:

Mientras, en los abismos subterráneos, sufren la pena de sus crímenes, recorren también el mundo de los vivos; siempre al acecho de algún alma fatigada y vacilante en la vía de la salvación, están listos a sacar provecho de la menor debilidad para enrolosarlos en el ejército del Mal y aumentar las infernales cohortes.

Ten, pues, presente que esto puede ocurrir en cualquier momento; ten presente que ya te ha ocurrido más de una vez. Allá en La Torcaza, cierta vez que saliste de paseo, estabas plenamente convencido de encontrarte en el estado que ambicionabas estar. ¿Lo recuerdas, Onofre?

Fuiste hasta el pequeño bosque que hay en una colina. Tu mente había recibido la orden de guardar silencio y no interrumpirte en lo que este bosque y esta colina y cuanto te rodeaba podría traerte.

Ahí estaba ese bosque. Era un día de pleno sol. ¡Qué calma llena de rumores había por todas partes! No soplaban ni una gota de viento. Tú estabas solo y contemplabas la inmovilidad de esos árboles. Querías que la paz absoluta te llenara, querías olvidarte de cuanto existe y así dejar que otra parte de tu ser laborara y tú recibir el fruto de esa labor. Tú querías ser el testigo mudo y vigilante de lo que iba a ocurrir.

Fue lo suficiente para que tu mente pensante —y recalco esta palabra de “pensante”— se mezclara en todo, en todo lo que tú tratabas de hacer.

Querías respirar hondamente esas bellezas que veías. Tu parte pensante te susurraba al oído:

—Estás tratando de compenetrarte en las bellezas que ves...

Y eras distraído inmediatamente. Seguías tu marcha de mal humor, tratando de desechas esos pensamientos inoportunos.

Tus ojos caían en un árbol inmenso, sereno, inmóvil. Lo mirabas y... la voz te susurraba:

—Te has fijado en la serenidad de aquel árbol...

Al fin volviste contrariado. Sin embargo, Onofre Boroa, tu ser —oye bien: TU SER— había trabajado todo el tiempo y lo había hecho intensamente, había trabajado *fuera de ti*.

Yo
¡Recuérdamelo, Colomba mía! Claro está que tengo en la memoria aquel paseo al bosquecito de la colina y la contrariedad que me causó el oír a cada momento esa voz que me susurraba lo que estaba tratando de hacer en cada momento. Pero, dime: ¿en qué trabajaba bien en aquel momento? No lo veo, créemelo, no lo veo.

COLOMBA

Te lo diré; trataré de decírtelo para que vuelva a tu memoria. Veamos, ante todo, ese caminito por donde ibas:

Hace una curva y, al hacerla, se interna por el bosque. Es un camino que se abre entre las hojas de esos árboles. A veces te detenías tomado por un terror interior; este terror te lo causaba el silencio de aquellos árboles. No había nadie, nadie, cerca de ti; tal vez volaba, de cuando en cuando, un insectillo cualquiera. Luego tu mirada se posaba hacia tu izquierda, donde queda la parte más elevada de la colina y que allí se halla cortada a pique para haber hecho el camino. ¿Recuerdas lo que viste en esas tierras que aún guardan los vestigios de las palas que las destrozaron?

Yo
Recuerdo esas especies de diminutos acantilados. Creo que algo pensé sobre ellos; pero ahora no lo recuerdo. Es algo que pasó y a lo que yo no le di importancia de ninguna especie.

COLOMBA

Pero apenas estuviste en las casas del fundo fuiste a tu mesa de trabajo y anotaste lo que habías visto allí en esos acantilados. Después cogiste el papel y... ¡cayó a una carpeta!

En esa carpeta ha dormido largos años. Ahí creo seguirá durmiendo aún otros tantos años. Y nadie sabrá lo que tú atisbaste frente a ellos. Ni tú mismo, Onofre, porque lo habrás olvidado. ¿Ves que hice bien en aconsejarte que volvieras a mirar todas tus carpetas?

Yo
Sí, Colomba, hiciste bien. Ahora dime qué puse en ese papel, qué me hicieron ver esos pequeños acantilados.

COLOMBA

Lo que viste y que anotaste al llegar fue algo que hiciste automáticamente pues tu ser estaba contrariado. Viste lo siguiente:

Una relación perfecta entre los dibujos que ahí se formaban y la arquitectura de las catedrales góticas. No precisaste si los constructores de dichas catedrales los habían visto antes de ir a la ejecución de sus obras. Esto lo viste y ello pasó como pasa una cosa sin importancia. Estabas en ese estado de distracción que a menudo te ocurre, como a todos les ocurre, cuando leen y la mente está fija en... en, diré, en ¡nada!

Lees y recorres todas las palabras del libro; te fijas si hay algún error; no te saltas ni una sola. Pero tu mente está fuera, está vagando por otra parte. Y esto por donde ella está vagando resulta también de una vaguedad completa.

Como sea, lo anotaste. Aquí está tu anotación:

Todo el cincelado que hay en una catedral gótica está en las tierras cortadas a pique, en las tierras medio desmoronadas y húmedas de los pequeños acantilados. Tal vez esté también en las tierras de los grandes acantilados. Debo volver a mirar en el camino del bosquecito de la colina de aquí cerca.

Volviste y buscaste esas catedrales en ciernes. ¡Ya no estaban! O acaso siempre ahí estaban y esta vez no se presentaron a tus ojos cuando quisiste mirarlos. O, mejor sería decir, esos dibujos te confundieron la visión mostrándote una torre gótica que se derrumbaba o los restos de una fachada o grandes arcos que ahí estaban a medio hacer. Tú los miraste y exclamaste:

—¡Necedades mías querer ver una catedral en estas tierras que se caen a impulsos de la lluvia o del viento o de lo que sea!

Yo

¡Qué quieres, Colomba mía! Estoy perturbado, estoy confuso. A tu lado me siento bien y siento que hay una integridad en mi ser. Pero luego... Es esta terrible búsqueda la que me atormenta. Buscar, buscar y... no saber a ciencia fija qué es lo que se busca. Por eso leo tanto, por eso paso horas y horas de cabeza en los libros; por eso escribo tanto. Me parece, a cada momento, que tú, tú, mi Colomba, vas a desprenderte de esas líneas que leo o que escribo. Pero te repito: no sé qué busco. Sin embargo sé que de pronto una venda ha de caer de mis ojos.

Ahora veo que así fue aquella vez que anoté lo visto por mí allá en los acantilados del bosquecito. Créeme: quedé pasmado ante esos proyectos de catedrales que se hacían y se deshacían. ¡Ahora lo recuerdo! Aquel que trabajaba por mí se cogió a esta visión y corrió a las casas a anotarla. Yo, bueno yo... me esforzaba por sentir, hacía esfuerzos por sentir en otro sentido. Y, naturalmente; todo era un silencio arisco, huraño ante mí. Verás con claridad la causa de mi contrariedad.

COLOMBA

La veo. Es la contrariedad que has de sentir cuando te inunda el deseo de amar y no encuentras a quién amar ni a qué amar. Tu corazón hierve; tú ves el humo que se desprende y que se va sin hallar ni un ser, ni un rincón del mundo donde poder arraigarse y quedar y fructificar. El humo se va, se aleja, se disuelve, desaparece. Y tú has quedado con el ansia de verter ese amor que hay en tí.

Dime, Onofre, la verdad:

¿Cuántas veces has sentido que tú deberías amar a todos los hombres que existen y que han existido? ¿Cuántas veces te has dirigido a los grandes muertos que veneras y les has murmurado tu amor? Y a los pequeños muertos, también; y a los pequeños vivos y a los que han de venir a este mundo... ¡también!

Mas estos arranques tuyos no se hacen efectivos. Te encandilan unos instantes y luego se deshacen en la nada como ese humo del que te hablaba.

Amar a todos los seres que existen... Amar a todos los que han existido... Amar a todos los que van a existir...

No debes tratar de amarlos *directamente*. Aquí, en este amor, como ante la naturaleza, debes tratar de encontrarte en un estado tal de ánimo, en un tal estado *interior* que él, este estado, haga que tú ames a todos, a todos, ¡a todos!

La naturaleza, entonces, ya no te embriagará más; los hombres no podrán ni embriagarte ni herirte. Serás todo AMOR.

Colomba me ordenó:

—Ahora, Onofre, ¡vete! Anda hacia la superficie; iba a decir “costra”; pero, no; anda hacia la superficie. Tienes que hablar con Rubén de Loa; acuérdate de que él te conversará sobre Adalberto Huachipato y sobre Ponciano Chacarilla. Acuérdate de que se ven en el taller del fondo del mar; acuérdate de que ven armonías en verde. Y el tucán cantará pleno de gozo.

Le respondí:

—Me acuerdo de todo eso, Colomba; me acuerdo también del gran hombre que es Malvilla...

Y Colomba terminó mi frase:

—... el gran hombre porque ve la superficie con ojos elevados y puros pues ha dejado el alcohol. Entonces todo tiene interés para él. Su vicio es el que ha caído a estos bajos fondos de nuestro planeta sin tener un objetivo, sin tener a un hombre que lo ingiera. ¡Arriba, Onofre! ¡Sube a la superficie!

—Colomba, no lo puedo; me es un sacrificio desmedido el tener que abandonarte.

Ella me miró con esos ojos en los que erraba una vaga ironía y me susurró quedamente:

—¿Quieres que te acompañe hasta que veamos las luces de allá arriba?

—¡Sí! —exclamé—. ¡Acompañame!

Y ella dijo:

—Y tú hablarás; hablarás lo que venga a tu cabeza; tú te desahogará dando rienda suelta a lo que se amontona en ti. Subamos, Onofre.

Empezamos a marchar dulcemente perforando con nuestros pasos ese silencio y esa soledad que nos rodeaban. Dejé que mi mente se soltara; eché a un lado a ese testigo que vigilaba sus idas y venidas por otros mundos. Al fin logré hablar:

—Veo ante mí, Colomba, esos pequeños acantilados del camino de La Torcaza. Ahora me aparecen como puntas de la naturaleza. Me recuerdan vagamente, castillos medievales y, también, ya te lo he dicho, inmensas catedrales; dentro de una hay una pequeña iglesia gótica, una especie de Sainte Chapelle. Ahora veo negras cavernas en medio de cerros inconmensurables. Sí, mi Colomba, son cerros que se agigantan; son ahora vastísimas cordilleras que ningún cielo les sirve de fondo. Pues, en vez de ese cielo, hay un minúsculo capitel laboriosamente tallado.

Es hermoso todo eso, Colomba; es fantástico que venga a este país, y en esa forma, el sueño que hubo en aquellos hombres de la Edad Media. Aquí se repite por algunos minutos. Aquí vive unos momentos lo que era de su dominio en aquella época lejana. Luego se fue y aquellos hombres murieron al cumplir otras misiones en otras partes.

Quedó su trabajo por hacer, quedó flotando y, pedazos de él, han llegado a cogerse a la tierra que se desploma con las lluvias.

¿Por qué, Colomba, por qué?

Hay aquí un misterio muy hondo que algún día, lo espero, he de llegar a ver. Cuando lo vea me sentiré al lado de esos hombres y los saludaré como a viejos amigos.

.....
No viajaré más, Colomba mía.

Claro está; quisiera volver a ver a todos esos países lejanos que he visitado antes: Francia, España, Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania... Y a este lado: Perú, Argentina, Brasil, Panamá, Estados Unidos, y ver otra vez aquella isleta de Curazao en la cual, recuerdo, tuve muy lindos sueños aunque es verdad no recuerdo qué fueron aquellos sueños.

En noviembre próximo tendré 68 años. Ya voy entrando en plena vejez. Ahora dirigamos nuestros ojos hacia otros puntos. Ello no me es doloroso, estoy alegremente resignado, así es que no viajaré más.

Pensándolo bien, mi Colomba, nunca he hallado nada en mis viajes, porque el mundo se encontraba en mí mismo. Al viajar yo lo reencontraba y verificaba lo que tenía dentro.

Esto, al final, me ha fatigado.

Tengo otros temas de meditación: *Umbral, Dintel*

.....

Me veo en mi escritorio frente a mi máquina de escribir.

¿Por qué, para qué escribo yo esos libros? Es ésta una interrogación que me detiene: llegar a saber *para qué* uno los escribe.

.....

Ahora ha aparecido Florencio Naltagua. Estamos en su casa, en el Portal Colonial, una vez, hace ya mucho tiempo. Estamos cómodamente sentados y hablamos sobre la vida de los animales, hablamos a propósito de un gato, del gato que él siempre tenía junto a sí.

Recuerdo sus palabras:

—Onofre —me dijo—, nuestra relación con la vida de estos animales, de todos los animales, es como la relación con la vida de los espíritus.

Lo dijo en un tono tal que yo no vacilé en creerle a fondo y en no dudarle. Por eso compadecí —se lo expliqué— a los seres que hacen espiritismo, a los seres que traen a su nivel a los espíritus y entonces entran en charla con ellos. Naltagua me confirmó esta idea mía.

Siempre he tenido un gato cerca de mí. Me gusta su calma, su silencio; me gusta ver a un ser que ya ha pasado por esta vida y vive ahora en otras regiones. Hay que tener un gato; a lo más, dos. Así se les deja en paz y ellos nos la retribuyen. Conversan de otro modo, de un modo superior.

El perro, en cambio, nos gusta porque nos halaga con esa semejanza a nosotros. ¿Qué necesidad hay, Colomba, en verse reflejado en un ser como el perro? Veo en el perro una permanente repetición de lo que hay que dejar, abandonar para siempre. En el gato veo una indicación por donde debemos ir.

Naltagua estuvo, en todos estos puntos, completamente acorde conmigo. En ese momento, recuerdo, entró el gato, pasó entre ambos con la más completa indiferencia y se arrellanó en un rincón. Y allí quedamos los tres —Naltagua, el gato y yo— en completo silencio. Luego me dijo:

—Onofre, el perro lleva a la aventura, a la conquista, a la curiosidad de ir a ver qué es lo que hay un poco más allá aunque ello te sea completamente indiferente; el gato te lleva al sosiego, a ver con calma el mundo que está cerca y, al mismo tiempo, que está tan lejos de nosotros.

Quisiera, mi Colomba, acariciar a un gatito, a un Zamparratas o a un Tragalauchas. ¿Recuerdas esos gatos del capitán Angol, allá en Curihue? Tú no estuviste en Curihue: tú

no bajaste al teatro en el que hablaba don Fidey de Comiso; tú no conociste al chino inmortal, al chino Fa; tú no fuiste con nosotros a la ciudad de Antioquía.

Me desdigo, Colomba; tú conoces todo aquello de memoria. Yo era únicamente un aprendiz que tú guiabas desde lo alto. Debes perdonarme. Pero, ¡qué quieres!, tú me has pedido que hablara...

Recuerdo mucho a Florencio Naltagua en este momento. Mientras más subimos, Colomba, más cerca me encuentro de él. Oigo las palabras tuyas, cuando yo iba hasta su casa a hacerle una consulta cualquiera, a que me ayudara a salir de esta confusión que tan a menudo me persigue. Oigo sus palabras que siempre me acompañan:

—Muchas veces es conveniente, en vez de forzar el intelecto o la voluntad, dejarse llevar para que el mundo, o el espíritu, vierta en uno lo mejor que crea y lo convierta en un símbolo que ha de reflejar las Leyes cósmicas. Es esto implantar la calma en el interior para que libre resuene el eco del Universo. Es unirse al Todo; es dejar de acentuar la personalidad.

Ahora me acuerdo, mi Colomba, de una conversación que tuvimos Lorenzo Angol y yo, Lorenzo que ahora debe estar en Australia tras de un ornitorrinco; tras de esa "r" que se comía don Irineo Pidinco.

Lorenzo estaba ese día cogido por una de las ráfagas de pleno misticismo que tan a menudo lo toman. Voy a contarte sus palabras tal como las recuerdo:

—Uno de lo primeros indicios que a uno se presentan es cuando la religión superficial exotérica ya no basta. Cuando uno se pregunta: "¿Cómo la luz fue hecha antes de que el Sol y las estrellas?". Y además esta pregunta que a todo momento ha de asaltar: "¿Para qué creamos si de antemano hemos de ser condenados o salvados?".

"Estas preguntas hay que sentirlas hondamente, hay que vivirlas, que ellas luchen dentro de uno, que atormenten. Todo el ser, hasta en las últimas fibras de la carne, debe sentir el vacío de lo que se deja y la ansiedad de algo nuevo. Sólo así se podrá encontrar eso nuevo; y no como tantos lo hacen, es decir, desechando todo lo exotérico después de un mero examen intelectual o porque oyen que otros más avanzados así lo han hecho. Éstos me hacen el efecto de entrar en el mundo de la pureza con un fardo de sucios vejesterios que no han agotado en su lugar.

Luego me agregó:

—Todas las enseñanzas esotéricas penetran en mí hasta el fondo, lo remueven hasta en sus partes más ocultas. Caigo de lleno en el esoterismo y olvido totalmente el exoterismo. Pero luego este esoterismo me abandona no dejando en mí más que un concepto intelectual. Es aquí donde veo el gran esfuerzo que debo hacer: tratar de mantener vivo el fardo de tales enseñanzas hasta que lleguen a ser parte inherente de mí mismo.

Dime Colomba: ¿Por qué ese afán en mí, en todo mi pensamiento y en todo lo que escribo, de dar vida, de representar como seres vivos, como personajes a cuanto hay de inanimado? ¿Es, acaso, el comienzo de esos "cuentos de hadas"? Hay en mí un comienzo de la comprensión de la vida en todo, de la eterna vida, que mi imaginación poco preparada no tiene otro medio de representarse.

Habría deseado ver, por un momento, a Lumba Corintia. Lorenzo ha de regresar de

un día a otro y me traerá noticias del ornitorrinco; yo habría deseado darle noticias de Lumba Corintia. Pues Lorenzo ha sufrido mucho con la muerte de Lumba Corintia. La vez que me habló de ella, una vez, anoté sus palabras. Pásamelas, mi Colomba; ellas deben estar en su carpeta. Ya nos aproximamos a la superficie y ya no veremos esa carpeta hasta que yo llegue a Fray Tomate. Pásamela, Colomba. Aquí están sus palabras recordando a Lumba Corintia. Óyelas, Colomba, y retengamos nuestra ascensión mientras te las leo. Dicen así:

“Después de la crisis venía la calma. Calma soñolienta, calma nebulosa. Sentía yo el dolor dentro de mí, pero escondido, durmiendo, dejándome un momento de reposo. De pronto venía una vez más la crisis y yo exclamaba: “¿Dónde estás, ser querido?”. Porque no estaba aquí ni más allá ni en ningún punto del mundo. Era un recorrido mental incisivo, profundamente vívido y penetrante, pues mi mente y mi memoria penetraban en la verdad y en todos los sitios del universo, buscándola. Era sólo un segundo; era un relámpago. Acto continuo me asaltaba la sensación de que Lumba Corintia no está, no está en ningún lugar, en ninguno, ninguno. ¡Vacío, vacío hasta la médula de los huesos! Solo, solo, solo en la Tierra. Aislado de mis semejantes, de los hombres, del mundo material, de todo. Desesperación con pérdida de la razón.

“Luego venía una nueva calma.

“Entonces me compadecía de mí mismo, me daba pena, me encontraba mísero y abandonado de los seres de este mundo. Tenía que decirme la peor frase que es posible decir:

¡Pobre yo...!

“Y lloraba como se llora a la vista de un desgraciado, de un animal que sufre, como se llora cuando se llora tiernamente sin precisar el motivo por el cual se llora. Tal vez era por el hecho de sentirme infeliz, pequeñito, aplastado.

“En la calma, en la tristeza, en la más honda angustia, tenía que reconocer, con clara conciencia, que Lumba Corintia se había marchado y que yo quedaba solo, solo, ¡sin ella!

Colomba, ya nos acercamos, ya volveré a ver el Sol y a las gentes trotando por las calles. Éstas son las raíces del volcán Llaima. Tú has sido muy buena al haberme acompañado hasta casi la superficie. Trataré de vivir en ella como se vive allá al fondo junto a ti.

¡Adiós, Colomba!

¡¡Adiós!!

Colomba se esfumó; Colomba volvió al centro de la Tierra. Yo veía allá arriba la boca del volcán Llaima; a ella me dirigí. Llegué. Miré, desde lo alto, las inmensas planicies que se extendían hacia todos lados; miré también los otros picachos cordilleranos. A mis pies vi la nieve. Por ella me deslicé. Dos o tres horas más tarde estaba en la ciudad de Temuco.

Nuevamente estoy en San Agustín de Tango. Todo está bien, en orden y limpio; la Zoraida es una gran empleada. Me preparó una taza de café que bebí gustoso. Luego salí como

una tromba hacia el taller de Rubén de Loa; quería que me hablara de esos dos seres que habían empezado a circular nuevamente entre nosotros: Adalberto Huachipato, muerto allá en Puerto Saavedra con el maremoto; Ponciano Chacarilla, muerto anónimamente, un día cualquiera, en el Manicomio del Eclesiástico.

Llegué al taller de la calle de la Tiara. Encontré a Rubén que trabajaba en una serie de cuadros con armonías verdes. Eran ellos, todos estos cuadros, sencillamente estupendos. Estaba solo; Lucila Volcán había salido; Mamerto Masatierra y Macario Viluco no se presentaron. Le pedí disculpas por llegar a hora tan intempestiva. Rubén me respondió:

—Llegas a hora oportuna, mi querido Onofre. Iba ya a sentarme a contemplar estas telas y a fumar mi pipa mientras las contemplaba. ¿Qué te ha traído hasta mi taller?

Le expliqué, entonces, el objeto de mi visita; le conté lo que Colomba me había hablado sobre las visitas de Adalberto y de Ponciano a su taller acuático. Estaba lleno de curiosidad y quería que él me narrara estas extrañas visitas de estos no menos extraños visitantes. Nos sentamos cómodamente; y entonces Rubén habló:

—Ya estoy de regreso después de una buena estadía en mi taller acuático. Allá estaba envuelto en tonos verdes cuando se presentó Adalberto Huachipato, es decir, su espíritu. Quería el hombre—tú me permitirás que lo llame así—cambiar de existencia pues hallábase ya aburrido de vivir aquí en la Tierra sin que nunca le ocurriese nada. Pero vi de inmediato que, sólo con ver la atmósfera de mi taller, la cosa cambiaba para él. Visiblemente se alegró; lleno de entusiasmo exclamó:

—¡Esto, sí; esto es admirable!

Le contesté:

—Disfruta de todo ello como mejor te parezca.

En ese momento golpearon y la puerta se abrió. Era Saturnino el que se presentaba. Se inclinó haciendo ademán de ceder el paso y entró Ponciano Chacarilla. Mi estupor fue grande. ¡Cómo! ¿Ponciano Chacarilla?

—¡El mismo!—gritó al penetrar en el taller—. ¡Por fin estoy libre de ese peso de la vida y de esa majadería del manicomio!

—¡Cuéntanos lo que te ha ocurrido, Ponciano!—dije—. Créeme que te oiremos llenos de curiosidad.

—Yo me voy—afirmó Saturnino y, sin más, se fue.

Ponciano Chacarilla había muerto en el manicomio. Sus restos fueron sepultados en un nicho común del cementerio Apostólico. Nadie los acompañó y así fue olvidado.

Su espíritu vagó durante algún tiempo sobre sus restos hasta que una resolución se amparó de él: dirigirse a Noriol, allí encontrarse con Saturnino y, con él, venir hasta mi taller acuático y en él pedirme hospitalidad. Más tarde... ya se vería lo que la vida—si el existir de un espíritu puede llamarse “vida”—le presentara otros panoramas.

Saludó a Huachipato como se saluda a un viejo conocido aunque aquí, durante su existencia, no habían sido nunca presentados.

Acto continuo empezamos a existir en aquel ámbito maravilloso que tiene mi taller de allá, del fondo de los mares. Parece que la presencia de ellos hizo redoblar las armonías de los verdes. Nosotros, a impulso de las aguas, nos dejábamos llevar por esa corriente continua que allí nos azotaba, nos elevaba, nos mecía. Ellos conversaban sin pronunciar palabra, como conversa contigo tu Colomba; pero conmigo usaban el idioma de aquí y sus frases me eran claramente audibles.

—¡Esto es sencillamente magnífico!—decía Chacarilla.

—Fíjate —le hizo notar Huachipato— que sobre esos verdes que nos envuelven, pasan veloces otros tonos, pasan los rojos y se diluyen. ¿Los ves, dime, los ves?

—Los veo, claro está. Y veo lo que a tí, Rubén, te ha de enloquecer: cómo ellos se convierten en azules, en violetas, en amarillos, en anaranjados... ¡Qué hermoso!

—Lo que no entiendo yo es cómo los otros pintores no tienen talleres como éste. Les bastaría pedir a Saturnino y, de seguro, les proporcionaría cuantos quisieran. Les enseñaría, además, a poder vivir como vives tú, Rubén, respirando esos mismos tonos que ahora admiramos.

¡Claro está! Saturnino es un gran amigo y está siempre, a todo momento, dispuesto a prestar sus servicios a quien se los solicite.

Así hablaban ambos espíritus. Usaban palabras para que yo les comprendiera debidamente cuanto decían. En uno de ellos era la felicidad de que, al fin, algo le acaeciera en la vida; en el otro era el haber salido de ese lóbrego manicomio donde él tanto había soñado y donde nadie le había comprendido.

Al fin le pregunté:

—¿En qué soñabas tanto allá en el manicomio?

—Soñaba —me respondió— ante todo en abandonar ese sitio; quería que me dejaran en paz y no me atormentaran a todo momento con sus pseudomedicinas y falsos regímenes; quería la paz para poder entregarme de lleno a mis meditaciones constantes. Pero ellas eran interrumpidas por los ojos de algún vigilante. Al fin, no deseé más que la tranquilidad. Por fin bendije la enfermedad que me vino.

“¡Ahora es la libertad, la completa libertad! Con Adalberto Huachipato seremos libres y los recuerdos de la Tierra se irán muy lejos. Ya cumplimos nuestra misión. Este taller en el fondo del mar es una gran cosa, ¡una gran cosa!

Entonces yo les aseguré:

—Podéis quedaros aquí cuanto tiempo sea necesario. De más está deciros cuánto me ayudáis haciéndome ver esos tonos admirables que hay aquí. Ahora yo veo diferentemente lo que vibra junto a mí. ¡Estáis en vuestra casa, espíritus del más allá! Os dejo balancéandolos en estas aguas. Yo vuelvo hacia la costa.

Y volví. Allí los dejé a ambos embelesados con aquel ambiente que tú, Onofre, ya conociste el día que Saturnino te condujo a él. Debes agradecer a Viterbo Papudo que te haya hablado de lo que allá, muy por bajo de las olas, ocurre en el silencio de la conversación muda de peces, mariscos y algas.

Es cuanto sé de Huachipato y Chacarilla. Allá deben haber quedado gozando de las armonías y de los reflejos que hacen las aguas a esas profundidades. Yo he vuelto a pintar, a sorprender al querido tucán con la nueva manera de concebir la pintura que esos dos espíritus me han dado. Siento que hay una comunicación entre ellos y yo, una comunicación como la que todavía existe entre aquella que no se ha mostrado ante mí pero que me indica lo que debo mirar y descifrar en la naturaleza. Tú sabes de quién hablo: de Elsa. Ella le habló a Ibacache también.

El otro día fui a La Cantera, el fundo de Lorenzo Angol. Antes de partir para Australia me dejó toda la libertad que yo juzgase necesaria para ir a sus campos. He ido, naturalmente pero pronto sentí demasiado fuertemente la ausencia de Lorenzo. Con intenciones de regresar al día siguiente, salí a caminar por las lomas y me acerqué a unos enormes troncos tirados allí después de haber sido cortados. Allí están sin ramas, sin nada, abando-

nados; algunas lagartijas se pasean por ellos. Me acerqué y quedé pasmado al oír la voz de Elsa. Me decía:

—¡Mira, mira esos troncos derruidos!

Los miré y, mirándolos, quedé absorto. Ellos iban a juntarse con los guijarros y con las hojas secas de los árboles en otoño. En ellos había una manifestación de arte verdaderamente maravillosa, una manifestación para dejar a uno asombrado y en suspenso.

Onofre, me refiero a los grabados que en ellos se habían formado. Eran sencillamente estupendos. Había que ver qué rigurosidad había en el dibujo y en las proporciones; había que ver qué lindos arabescos formaban.

Entonces vi, con mi vista interior, las aguas profundas de mi taller acuático y vi esas armonías de que me hablaron Huachipato y Chacarilla. Vi más, Onofre, creo haber visto el umbral que conduce al templo del arte. Pues aquellas aguas se juntaron, se amalgamaron con esos guijarros y esas hojas secas, y todo ello junto vino a fundirse en los dibujos puros, en los arabescos perfectos que alguien, alguien, un ser invisible, había trazado sobre esos viejos troncos.

¡Qué estilización había en esos arabescos! Alcancé a ver por unos cuantos segundos, a un ser laborioso que trabajaba en ellos. Lo vi como se ve a los seres invisibles; lo vi como tú, Onofre, los habías visto contemplando las filigranas góticas en esos montones de tierra húmeda de que le hablaste a Colomba.

Es lo que hago ahora, es lo que puedes ver en aquella tela: sobre los dibujos finos y puros de los troncos caídos, he hecho circular las aguas verdes de allá el fondo. Ve cómo se tiñen de los colores de aquellos guijarros, ve cómo tiemblan las armonías selectas. Al fondo —¡míralos desde aquí!— subsisten los arabescos de los troncos.

Miraba yo esta tela. Al fin la tomé y la llevé a la casa del lado y la puse junto al tucán. ¡El tucán cantó, Onofre, cantó y aleteó en un transporte de alegría! Entonces volví con ella y, encendiendo mi pipa, esta tela me hizo pensar mucho.

Pensé que las escuelas no existen; ni existen los grupos ni nada más que un hombre sólo; un hombre que se ha conectado con la región donde se hallan las obras de arte. El arte es personal, ¿me oyes? El arte es únicamente *personal*. Luego la debilidad de este hombre lo hace unirse a los que cree que piensan como él. De aquí nacen las escuelas y los grupos. Pero su obra... ¡solo!

Por eso me encuentro bien en el fondo del mar. Por eso me he congratulado al ver aparecer en él a Huachipato y a Chacarilla y he visto cómo se animaban los tonos del agua al conjuro de sus voces.

Creo que voy a exponer esta tela y las demás que he hecho con el mismo principio: la amalgama de las aguas verdes con los colores de las piedras sobre el dibujo que se hizo en los árboles ya caídos.

Pero no hablaré, no pronunciaré ni una sola palabra. Allí estarán mis telas. La gente pasará junto a ellas. Algunos recibirán un llamado de ellas; se volverán y las contemplarán en silencio. Después cerrarán el Salón. Vendrá la calma sin que ya haya ni una persona de fuera.

Empezará entonces el coloquio de las telas. Tal vez se cuenten cómo han sido concebidas; mejor dicho, cómo ha obrado el artista que ha llegado hasta su reino. Me parece oír la voz de las telas de Rodolfo Opazo; también murmuran las telas de Aída Poblete.

¡Vale la pena que las mías sean expuestas!

Me habría gustado que hubiesen charlado con telas de Vitelio Doñihue. No, él no va

a exponer este año pues ha salido de viaje al Norte, a los desiertos de Antofagasta, con su tan queridísimo amigo Mardonio Pilmaiquén.

Tú has de saber, mi buen Onofre, que este sabio llamado Mardonio Pilmaiquén, es una verdadera autoridad en paleontología; tanto es así que su viaje hacia los desiertos de Antofagasta se debe principalmente a buscar y estudiar ciertos huesos de fósiles que hay allí en el desierto. Cuanto a Vitelio Doñihue... ¡maldito lo que entiende en fósiles! Sabe tanto de ellos como sabe de idioma chino y creo que podrán suceder muchas cosas antes que logremos interesarlo en un esqueleto de algún fósil del desierto. Pero, durante este viaje, contemplaría con ojos de pintor las enormes llanuras del desierto que se funden en amarillos con el cielo siempre despejado. Podría trabajar tranquilamente, pues Pilmaiquén... ¡maldito lo que entiende en pintura! Creo que el chino le es más inteligible que una tela de Velázquez. Sin embargo estos dos hombres son grandes y sinceros amigos. Basan su amistad en una comprensión, en un sentimiento, de que lo que hace el otro está bien hecho y en ello ha puesto y pondrá siempre todo lo que su ser más sincero puede dar. Y así Doñihue se interesa por los estudios y avances en paleontología; así Pilmaiquén se interesa por las búsquedas que el pintor hace pincel en mano. Su amistad se origina en este punto; no necesitan, pues, penetrar en sus respectivos dominios. La buena amistad está tejida mucho más alto y, a estas alturas, ellos se placen pues cada uno sabe que el otro hace, en sus dominios, tanto como él hace en los suyos.

Me retiré del taller de Rubén de Loa. Tenía la cabeza llena de armonías verdes del fondo de las aguas que se mecían sobre los dibujos estilizados de aquellos troncos de árboles teñidos de los colores de los guijarros.

En la plazoleta Amén me encontré con Eusebio Palena. Iba de prisa en dirección a la calle San Narciso. Nos saludamos y me invitó a seguir con él.

—Vamos, amigo —me explicó—, al bar Iloche. Es un bar encantador y su propietario, el argentino Torcuato Jujuy, un hombre de primera calidad. Charla amena y siempre lejos de estas insurrecciones que ahora azotan al mundo. Las resisto sólo por tres causas, tres causas que me alejan de Cuba y de los rebeldes que han querido invadir la isla de Fidel Castro; me alejan del señor Kennedy y me acercan a la Unión Soviética; estas causas son: a) mis Zambafusas que se encaminan a la máxima claridad; b) mi mujer que engulle churrascos sin perder la belleza de su rostro y la gracia de sus maneras; c) este bar Iloche y su propietario que me alegra la vida con sólo mirarlo. ¡Vamos, Onofre, a visitar al señor Jujuy! Allí veremos también a mi mujer, a Polinesia Loncotoro, y oirás mi última Zambafusa que es ya la claridad meridiana. ¡Ea, vamos!

Para ese bar nos encaminamos. En él estaba Polinesia devorando un gran churrasco que regaba con cerveza. Conocí al señor Jujuy, una muy simpática persona que nos recibió con manifiesta cordialidad. Luego, ya con nuestros tragos frente a nosotros, Eusebio Palena sacó un papel, pidió silencio y nos leyó su Zambafusa N^o 14. Decía así este trozo literario, causando nuestra más viva admiración que no escatimamos en prodigarla a su autor:

Zambafusa N^o 14

Bajé del ómnibus, crucé la calle y caminé por la acera. Pues referente a eso quisiera hacer un reclamo formal a los partidos de pie ya que tengo un cuerpo

bien relleno, pecho grande y estómago al alcance de todos los bolsillos, sean éstos de los Estados Unidos o de más allá de las islas soviéticas que aún no existen.

En la investigación me felicitaron por los esfuerzos que había hecho. Por teléfono comuniqué con mi secretaria que conocí cuando estaba en la operación de rescate y de salvación. Un grito me interrumpió:

—¡Sálvese quien pueda!

Comprendí, entonces, que parte de la cura debe ser aire fresco si las paredes no oyen. Es lo que hemos constatado muchas veces en nuestra ya larga carrera. En vano me preguntaba y pregunté a mi serio vecino que comía salchichones:

—¿Hacia dónde van estos innumerables mundos? Y debo preguntar también: ¿qué es la Tierra?

Victor Hugo me respondió desde una ventana:

—La Tierra es lo que antecede a toda manifestación del universo como Chandragupta, el abuelo de Asoka, fue un advenedizo en la desintegración de los cascarones que quedaban.

Huí del lado de Victor Hugo y me encontré con el propietario del fundo aquel. Comprendí que era ineludible comenzar por definir el nuevo fenómeno. Mas... ¿cuál será el modo de esa reacción? Puede ser positivo como puede ser negativo ya que el presente es un haz sin espesor y el naufrago sólo es una sumersión en las pupilas de Angelina desde Beethoven hasta Wagner.

Su sonrisa era maligna pues eran ya las ocho... y no eran aún las nueve.

—¡Ah, diablo! —exclamó, de pronto, con cara demudada por la ira, Iván Fiodórovich.

Respondí:

—Es verdad que no puede predecirse porque ahí se trata de un acontecimiento extranjero.

Puse fin a esta charla amena y grité:

—¡Viva Fidel Castro!

Y todo terminó.

Todo... Todo... Todo...

Como ha terminado esta Zambafusa.

—Comprenderéis muy bien, mi querida Polinesia y mi querido Onofre, que ahora los insurgentes de Cuba tendrán que meditar un largo rato antes de deponer las armas y entregarse. Pero las depondrán. Puedo gritar otra vez:

—¡Viva Fidel Castro!

“Después de este grito, me pondré a meditar sobre mi próxima Zambafusa que ha de versar sobre los disturbios que ocurren en la bella tierra de Francia. De Gaulle me inspirará debidamente, perfectamente. En pocos días más lo habréis visto.

En ese momento llegó hasta nosotros mi amigo Rosendo Paine en compañía de Nicole Chaumont. Ambos tomaron asiento en nuestra mesa. Rosendo nos dijo que había vuelto a escribir pero no con un verdadero entusiasmo sino para matar las horas que tanto se alargan después de fumar opio, cuando ya su efecto va pasando.

—Puedo leer estas cuartillas, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —gritamos todos.

Rosendo prosiguió:

—Me refiero en ellas a algo muy lejano, cuando empezaban mis correrías tras el opio. Escribí algo; luego lo dejé. Decididamente me aburre escribir. Esto era en los tiempos en que yo era amigo con Oberón Dalcahue. Ahora nos vemos muy poco. Lo he encontrado algunas veces en el *yinkén*. Así llamo yo la pieza que tengo en casa donde fumamos; así me dijeron en el Perú que los chinos llaman a los fumadores. Bueno, leeré:

Tras opio

Fumé opio, fumé mucho, durante mi estadía en el Perú. Llegué a Chile deseoso de seguir envenenándome con la exquisita droga pero por desgracia —o tal vez por ventura— aquí es rarísima y la poca que yo traía no sabía torcerla. Así, pues, me era necesario un chino. Con Oberón Dalcahue, mi antiguo amigo, mi amigo sobre todo en materia de excitantes refinados, salimos cierto día en auto por San Agustín de Tango, salimos tras opio, locos tras opio.

Era en pleno verano mas aquel día el cielo estaba obscuro, casi negro, y a cada instante amenazaba tempestad. ¡Qué encanto! Los rostros todos se veían más alegres y las siluetas grises sobre el gris de la atmósfera pasaban más rápidas y ligeras que de costumbre.

Oberón y yo nos juntamos en su casa, en las afueras de la calle del Cura Párroco. Ambos deseábamos ardientemente convertirla en *yinkén*. Empezamos con grandes conciliábulos. Un chino... ¿Dónde hallar un chino? No conocíamos ninguno ni tampoco sabíamos sus paraderos. De pronto Oberón exclamó:

—¡Ya, ya! ¡Tengo uno! ¡En marcha!

Sin averiguar más salimos de su casa. Puso en marcha el motor del auto y partimos.

—Está este chino —me dijo Oberón al oído— en la callejuela aquella que hay detrás de la Estación, a unas diez o quince cuadras, a la derecha.

Íbamos como una flecha, sintiendo nuestros cuerpos rejuvenecidos, nuestras almas dichosas, tal vez a causa del frío en medio del verano, tal vez a causa de la expectativa que divisábamos ante nuestros ojos, la expectativa de opio y más opio.

El auto corría y corría como deseoso también de llegar pronto al sitio en que habría droga en abundancia. Después de una y mil vueltas llegamos al lugar indicado. Allí había una pequeña cantina de puertas bajas.

Entramos. Era una pieza angosta que se extendía a lo largo de la calle, con dos o tres vitrinas donde yacían, quién sabe de cuanto tiempo acá, carnes o pescados en mayonesa, salchichas, tocinos, limones partidos y duraznos demasiado maduros que hacían el encanto de algunas moscas aburridas con el tiempo que hacía. Frente a una vitrina, un pequeño mesón; a lo largo, una hilera de mesas de mármol con sus respectivas sillas. Al fondo, un billar antiquísimo. Todo a media luz y un silencio sepulcral en todo. Nos detuvimos apenas traspasado el umbral.

—No hay nadie —me dijo Oberón.

En realidad el silencio seguía. Avanzamos otro poco y ya nos disponíamos a llamar en voz alta, cuando apareció, tras el mesón, la figura casi estúpida de un chiquillo.

—No es chino —dije.

—Silencio —ordenó Oberón.

Saludé y pedí dos tragos. El chiquillo nos sirvió con despacio, embrutecido por el ambiente oscuro de la cantina. Por todo signo de vida arrojaba lánguidas miradas, a través de las vitrinas, al cielo gris y fresco que hacía presentir un aire puro propio para moverse, correr y saltar.

Oberón le dijo de pronto:

—Esto era de un chino, ¿no es así?

—Todavía es, señor.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor.

Oberón prosiguió:

—Dígame, entonces, aquí deben saber dónde conseguir opio, un poco de opio, pues hace tiempo que buscamos sin encontrar.

—No sé, señor —respondió el chiquillo, los ojos fijos en el pequeño espacio de cielo que brillaba a través de las vitrinas—. Tal vez el dueño sepa. Ya viene.

Nos sentamos ante una de las mesas de mármol en la que sólo había un gran vaso con hojas de lechuga. Un gato escuálido vino a restregárenos por las piernas. El chiquillo desapareció tras el mesón.

La espera fue larga o, al menos, así nos pareció. Yo respiraba a pulmones llenos para ver si distinguía el deleitoso olor de la droga. Pero, nada; ni opio, ni chino. Sólo allá en el fondo, a través de los vidrios de una puerta, una chica nos atisbaba y se escondía sonriendo cuando llegábamos a mirarla.

De pronto la dicha puerta se abrió y dio paso a un chino grueso, grande, bien vestido, de aspecto serio y solemne.

—Va mal la cosa —murmuré.

—Silencio —ordenó Oberón.

Nos levantamos y saludamos. El chino respondió con terquedad, siguió a pasos lentos y se posó tras el mesón. Oberón lo abordó.

—Venimos —dijo— por un asunto...

—Sí —afirmé—, a ver dónde podríamos obtener...

—Porque tenemos la costumbre desde hace tiempo, desde nuestro viaje al Perú —prosiguió Oberón—, y aquí nos ha ido mal.

El chino nos miraba estupefacto. Oberón levantó los hombros, se tiró los puños y dijo por fin:

—Se trata, señor, de saber dónde encontrar un poco de opio.

Una sonrisa de niño bueno iluminó el severo rostro del chino sólo con oír la palabra opio. Dirigi un puntapié por bajo a Oberón y sonreímos también.

—¡Oh! —exclamó el chino siempre riendo—, opio no tenel, yo no fumal.

—Pero usted, señor —dije—, ha de saber quién fuma aquí y podría indicarnos...

Con una frase mía y otra de mi amigo, explicamos al chino nuestra angustiada situación. Al fin, haciendo un gesto que expresaba haber tomado una resolución, nos dijo:

—Yo tenel unos amigos, allá, más lejos que ese cementelio Apostólico, en la calle de la Estola, en el hotel Oliental. Ahí, tal vez.

Ofrecimos un trago a nuestro buen chino y zarpamos nuevamente a toda máquina.

La calle de la Estola era una callejuela bastante sucia. Vagaba por ella un mundo de harapientos, de borrachos y gente de dudoso rostro. Cada diez o cada quince metros, la puerta de un chinchel que despedía hacia la calle un tufo a vino ordinario y litreado. Dentro de los chincheles, ya siluetas misteriosas acurrucadas en un rincón con un vaso al frente, ya ebrios bulliciosos lanzando al aire palabras obscenas, ya cantos lánguidos y descoloridos acompañados de monótonos palmoteos, ya escenas rápidas, fugaces, una chiquilla que huye y un soldado detrás, una hembra gruesa de ojos dormidos por el alcohol y un hombre embrutecido besándole los labios con besos de macho groseramente sensual. Todo ese mundo bajo y miserable que se arrastra en el fango de los vicios, que endulza su existencia en los vasos de alcohol, que parece desahogar sus instintos de una vez, de un golpe y en un mismo sitio, ahuyentar sus deseos de macho sobre las mesas de tabernas oscuras con hembras corrompidas y prontos a concluir sus juergas con el corvo en la mano.

Nos detuvimos en la primera esquina y empezamos a pie las correrías en busca del Hotel Oriental. El tránsito por las aceras se hacía difícil. Hombres borrachos se nos venían encima y a cada paso, arrojados a la calle, grupos de chiquillos casi desnudos que se arrastraban por el suelo juntos con perros y gallinas, hacían casi imposible la marcha. Aquí uno chillaba desahogado, llamaba a la madre desaparecida tras la puerta de una casa misteriosa; allá otro tranquilo devoraba en silencio las presas que atrapaba en las aguas de la calle.

Oberón y yo vagábamos también por ese mundo, envueltos de miradas inquisidoras o miradas llenas de insolente desprecio. Al fin un letrero pintado con gruesos caracteres sobre una casa rosada, llamó nuestra atención. Allí se leía:

Hotel Oriental.

Dos puertas angostísimas, la una al lado de la otra, ofrecían la entrada. Sobre el vidrio de la mampara de una se leía: "Entrada al hotel". Una escalera se divisaba a través de ella. Sobre el vidrio de la otra: "Entrada al comedor".

Un momento de duda; al fin entramos por la que indicaba el comedor. Primero encontramos un pasillo estrecho y oscuro, luego un pequeño patio cerrado y mal oliente, cubierto de vidrios sucios que filtraban una luz verdosa. Algunos bambúes raquíuticos ocultaban los rincones del fondo; al fondo, una gran mesa de madera, vacía; a un costado, mesitas de mármol; todo en una penumbra inquietante; todo extraño a través de la luz verdosa; todo pesado con la atmósfera saturada de olores de cocina. Al extremo de la mesa, una muchacha morena, de ojos de fuego y labios sensuales, sentada en una silla, conversaba en voz baja con dos mujeres de blusas y mantillas de pintarrajeados colores, semejando gitanas errantes, que se ocultaban tras los bambúes y sentadas en bajos pisitos. Todo eso no parecía ser de chinos. Pregunté:

—¿El hotel está en los altos?

La muchacha morena me miró, me dijo "sí" y siguió su charla sin preocuparse de nosotros. Ya nos aprontábamos a salir cuando nos llamó:

—¡Aquí, oigan!

Y siguió conversando. Nos volvimos. De una puerta que daba a un cuarto obscuro aparecía un chino viejo, chupado, calavérico, de pómulos extremadamente

salientes y de puntiagudos bigotillos. Tras sus hombros asomaba la cabeza de otro chino, joven éste, y de rostro impenetrable. El viejo avanzó haciendo múltiples reverencias en las que se dibujaba un algo de desconfianza. Le pedimos un trago y nos sentamos ante una de las mesas de mármol. Nos lo sirvió presuroso y lo invitamos a sentarse con nosotros. Empezamos, entonces, nuestra historia. El chino nos escuchaba en silencio con suma penetración; nosotros hablábamos y hablábamos. Al fin nos dijo:

—Aquí no tenel opio porque opio es malo, malo y malo. Es vicio feo, malo, malo. Quien fumal opio no podel tabajal, no podel hacel esto, ni esto, ni esto. No aconsejo. Es mal negocio.

Empezamos a insistir y a rebatir desesperadamente. Lo deseábamos sólo por entretenimiento, para fumarlo de cuando en cuando, como lo hicimos en el Perú y nada más. Pero el chino continuaba impertérrito, aconsejándonos cual cariñoso padre y nos explicaba con qué severidad el opio hoy estaba “plohibió” en China y en Inglaterra y en Francia y en todas partes. Hablaba mirando al suelo y accionando moderadamente, mientras el chino joven rondaba a nuestro lado tratando de averiguar de qué hablábamos con tanto sigilo. Luego tomó asiento en nuestra mesa y cruzó con el viejo algunas palabras en su idioma. Nosotros, viendo ya la batalla perdida, sólo pedíamos que nos enseñara a torcer, nada más que a torcer el opio. El viejo protestaba pero el joven se interesó de pronto y, guiñando el ojo, nos dijo:

—Yo podel enseñal.

Con dos o tres palabras nos entendimos, le alargué luego un papel con la dirección de la casa de Oberón y quedó convenido de que, dentro de tres días, iría allá a enseñarnos. El viejo seguía entre tanto con largas pláticas en contra del vicio del opio, mientras que del rincón de lo bambúes venía el continuo cuchicheo de las mujeres interrumpido, de cuando en cuando, por cortas y sonoras carcajadas. Con solemnidad nos pusimos de pie y quedamos de acuerdo con el viejo de que no se debía fumar. El joven nos acompañó hasta la puerta.

—Hasta el lunes, a las dos.

—Sí, señoles, el lunes a las dos.

Y nos alejamos de aquel infecto hotel del infecto barrio sonriendo felices ante la expectativa de bien poder fumar el opio que teníamos.

Así terminó mi primer día de superficie. Volví a mi departamento; estaba más o menos contento; había charlado largamente con Rubén de Loa y sabía las vidas que ahora hacían los espíritus de Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla; veía un enorme campo pictórico ante Rubén con el descubrimiento de los arabescos de los troncos mezclados a los verdes del fondo de las aguas; en el bar Iloche había oído la Zambafusa N° 14 de Eusebio Palena y había charlado breves palabras con Torcuato Jujuy; había visto comer y devorar varios churrascos a Polinesia Loncotoro; había oído los vitores a Fidel Castro que mucho me habían alegrado; había visto a Rosendo Paine y a Nicole Chaumont y había oído la lectura de su *Tras Opio*.

Está bien para un día de superficie. Seguiré luego mis andanzas. Ahora, a comer lo que la Zoraida me dé y... ¡buenas noches!

DINTEL 3

He pasado un largo tiempo en la superficie, es decir, en la ciudad de San Agustín de Tango. He frecuentado mucho a mis amigos Desiderio Longotoma y Romualdo Malvilla. También he estado con Jabalí Batuco y lo he oído cantar trozos de ópera. He divisado al chincolito de Praxedes Bagdad orientándose con los letreros de las calles. He visto, además, a Virginia Rapel pasar veloz en un auto y perderse. Estas dos lindas bailarinas me causaron impresión al verificar su belleza y su garbo a pesar de la edad que ya han de tener. Pero vamos por parte. No voy a enumerar a todas las personas que he visto. Concretémosnos a aquellos con quienes más he charlado, es decir, a Longotoma y a Malvilla.

Todo lo que he conversado con Longotoma se me circunscribe al restaurante de la Basílica y al bar Carola. Fuimos al primero de ellos pues a Longotoma le habían anunciado que en dicho restaurante, imitando al de monsieur Edmond Dunkerque, ahora se preparaban escrementillos de dromedario a la salsa Perry con orinas de caballo bayo amén de un par de huevitos a la copa. Una vez nos asomamos al Fiat Lux pero él, al divisar a doña Claudia Puchuncaví, huyó desafortunado advirtiéndome:

—Con esa dama serán charlas de salón las que habrá que sostener y yo no sirvo para ellas. Al menos si nos dejara tranquilos; pero, apenas nos vea, nos llamará y nos obligará a decir y decir necesidades sin terminar. ¡Huyamos, amigo, huyamos! En el restaurante de la Basílica se está mejor.

He aquí, en resumen, lo que Longotoma me dijo durante las largas pláticas que mantuvimos:

—¡No mires tanto tu reloj, querido Onofre! Para mí, el hecho de llevar un reloj y consultarlo a cada instante, es uno de los signos más patentes, más manifiestos, de la época actual. Y, creo, que tú reniegas, hasta cierto punto, de esta época. ¿No...; te gusta vivir en ella? A mí me place enormemente esta época; es mi ánimo el que me ayuda a vivir contento en ella, mi ánimo, los tomasines y la buena de la Tomasa. Cuando estoy con ella olvido que tengo un reloj y, sin reloj, esta época no está del todo mal.

.....

¡Los avisos, la propaganda...! ¡Es algo atroz, es como mirar y mirar el reloj! Es algo que te persigue por todas partes. Que tú necesites o no necesites, te haga falta o no te haga ninguna falta... ¡no importa! Tú debes saber a fondo y no olvidarlo jamás que esa pasta dentífrica te proporciona una "eficiente protección bucal". Entonces tú miras hacia otro lado y ves que "llegaron las ricas nuevas hojas Gillette Azul". ¿Es posible, amigo mío? Caminé rápido, más rápido, huyendo de pastas dentífricas y de hojas de afeitar. Pero algo me sujetó y me dijo: "Baúles a precios de fábrica". Y después un letrado luminoso me decía y repetía: "Confecciones para damas, caballeros y niños". Y para donde mirara o que abriera el periódico era lo mismo: "Europa en noventa días". Al lado leí: "Lavaplatos prácticos y de calidad". Volví mis pasos hacia atrás y un letrado me anunció: "Vendo en Collipulli 150

hectáreas de terreno lentejero". Abrí entonces el diario y mis ojos cayeron en: "Ollas de aluminio en vastísimo surtido". Y más allá: "Camioneta de doble cabina. Entrega inmediata". Y aquí los letreros iluminaban: "Sensacional oferta de relojería y joyería". Y los diarios respondían con un: "Vendo industria pequeña". Pero un gran letrero que cegaba, anunció: "Muebles de calidad. Líneas elegantes y modernas".

Creí morir, amigo mío, sí morir...

.....
Pero alguien me salvó de esta catarata de anuncios, alguien a quien saludé como a un bienvenido. En otras ocasiones habría simulado no verlo pero con toda esa propaganda que se me venía encima, lo saludé cordialmente.

No caes quién era este aparecido, mi buen Onofre Borneo; y no te digo Boroa por el tema que estamos tratando: la propaganda y la propaganda hasta decir basta.

Bien, este aparecido repentino era, nada menos, que el grande e inmenso de Ascanio Viluco.

Aquí Desiderio llamó al camarero y pidió otra corrida de piscos. Recuerdo que estábamos en el bar Carola. Me dijo a media voz:

Ascanio Viluco despierta en mí la sed: Así es que bebamos, mi buen amigo, bebamos y luego pasaremos a comer esos impagables y riquísimos escrementillos de dromedario a la salsa Perry.

Bueno, te decía que Ascanio Viluco estaba contundente; me tomó de un brazo y me llevó, pretextando que él tenía autorización de llevar a quien quisiera, me llevó al palacete que tiene el muchas veces millonario de don Ignacio Tucumán. ¿No lo conoces? Al menos habrás oído mentarlo varias veces pues donde hay dinero, amigo mío, hay admiración loca. Allá me llevó y, después de las presentaciones del caso, caí en manos de un sin número de damas argentinas, sí, extremadamente elegantes y serias, para empezar la señora de Tucumán; y luego la señora de Chubut y la de Neuquén y la de la Rioja, y de Llancanelo y de Junín y Patagonia y Catamarca, en fin, ¡qué sé yo de tantas damas conspicuas y ceremoniosas!

Pues bien, amigo, todas ellas, sin excepción alguna, encontraron el medio de comunicarme a mí, a mí que acababan de conocer y que tal vez no volverían a verme nunca más, que ellas se bañaban todos, todos los días y, a veces, hasta dos veces por día...

A propósito, Onofre, ¿sabes tú lo que le pasó al doctor Evaristo Gultro? ¿No, no lo sabes? Pues iba el otro día preocupadísimo por la calle cuando se encontró con el doctor Amanacio Cunco. Le dijo, apenas lo vio:

-Me ocurre, querido colega, un caso extraordinario; no sé qué hacer con él. Creo que voy a presentarlo a la reunión de los médicos pues es un caso curiosísimo y no sé qué hacer con él.

-Cuenta, colega, cuenta. ¿Qué es ese caso?

-Es sencillamente lo siguiente: esta mañana se ha presentado a mi estudio a consultarme un argentino con... ¡complejo de inferioridad!

-¡Extrañísimo, colega, abracadabrante!

.....
Ahí viene Jabalí Batuco. Ahí viene con sus dos bastones; uno de ellos lleva el ritmo de su marcha a impulsos de su mano derecha; el otro reposa en su brazo izquierdo.

-¡Hofa! ¡Qué tal, Jabalí!

—Muy bien, amigos. Dejemos ahora que estos buenos bastones se reposen ambos y entremos a la Taberna de los Descalzos. Quiero recordar esa ópera magnífica de Rossini. *Guillermo Tell*, quiero entonar algunos trozos de ella. Usted, Desiderio, me acompañará. Y beberemos algo para la garganta aquí en esta Taberna. ¡Vamos, amigos, adelante!

Empezamos, una vez en nuestra mesa, oyendo un susurro a dos voces. Pero, no. La cosa iba mal. Jabalí Batuco no estaba en vena. Al fin renunció y nos explicó:

—Es que he tenido una discusión con Cicerón Haití; el hecho de discutir malogra mi voz. ¿Cómo voy a poder concentrarme en las notas de Rossini cuando todavía discuto con Haití?

—¿Y de qué discutían ustedes?

Tosió, carraspeó Jabalí y, al fin, nos dijo:

—Sobre la riqueza de los idiomas. Pues, según este admirado de Ascanio Viluco, hay idiomas pobres, pobrísimo y hay otros de una riqueza inimaginable. Entonces yo le discutí y le aseguré que todos los idiomas de la Tierra eran exactamente iguales en materia de riqueza pues las necesidades y brutalidades que tienen los hombres que decirse y lanzarse por la cabeza, son iguales, perfectamente iguales en todas partes.

—¡Bravo, bravísimo! —gritó Longotoma—. ¿Cómo no ha de ser interesante oír tan clara verdad? ¡Digamos, pues, necesidades y borricadas hasta cansarnos!

.....
Ahora oigo la risa de Longotoma; menea sus pies a velocidad indescrípible y restriega sus manitos con no menor velocidad.

—¿Qué te causa esta alegría, Desiderio?

Me respondió:

—Doña Salaberga Huintil de Romeral; esa mujer tan aporreada por las corrientes de aire. ¡Hay que oírla hablar, mi querido y bueno de Onofre! Dice siempre como disculpándose:

“Ah... Creí que había usted telefonado...”

“Creía yo que usted iría a tal o cual sitio...”

“Es que yo creía que usted le había escrito ya...”

Me dieron ganas de preguntarle:

—¡Pero cómo, doña Salaberga! ¿Todavía cree usted en lo que cree...?

.....
Por cierto, Onofre, que yo soy sincero, cuanto puedo y me esfuerzo por serlo más y más. Me gusta la gente que se muestra entera sin repliegues de ninguna especie. Por eso amaba yo tanto al difunto Baldomero Lonquimay; por eso no simpatizo y hasta me carga el cínico de Valdepinos. Claro está que éste es ya así, es doble hasta para prender un cigarrillo; si es así, bueno, es sincero. ¿No lo crees?

Ahora me pregunto:

“¿Ganaría yo cambiando mi modo de ser? ¿Ganaría o perdería?”

No lo dudo: ¡perdería! Como habría perdido Baldomero Lonquimay. En cambio ese Darío Valdepinos... ¡Hmmm! Con un cambio hacia la sinceridad sin dobleces, a lo mejor, ganaría.

.....
Pongámonos serios, mi querido Onofre. Lee aquí, lee estas pocas palabras dichas por el Reverendo John Lightfoot, Vicecanciller de la Universidad de Cambridge en el siglo XVII:

El hombre fue creado por la Trinidad el 23 del mes de octubre del año 4004 antes de Cristo, a las 9 de la mañana.

.....
Y yo, amigo, le dije a la Baronesa sueca:

—Suecia es un país de poetas. Basta con echar una mirada al urbanismo, a la honradez, a la disciplina que hay allí. Ya pasaron los días en que el hombre, para zafarse de lo cotidiano, necesitaba revolverlo todo para deshacer y creer que rehacía a su antojo y medida cuanto veía cerca de él. Hoy necesita elevarse en la serenidad de la armonía total que allá, en Suecia, se refleja en el orden dominado.

Esto se lo dije en el barco mientras veníamos de regreso. Así hablábamos ambos en el salón. Recuerdo que Baldomero Lonquimay iba y venía por cubierta pasando como una tromba y bufando que daba miedo. Porque te diré la verdad, Onofre Boroa. ¡Ahora puedo llamarte Boroa! Dejemos de lado ese Borneo. Te diré:

—Me irritan esos poetas que no pueden tomar la pluma más que para elevarse a cosas incomprensibles. Y al lado está esto que hay que cantar y dominar con orden y claridad. Como lo han hecho los suecos con su país. Por eso los venero y los saludo con reverencia. Es mi opinión y tiene que ser la tuya también.

.....
Y ahora, ¿qué tal te vendrían unos tomasines preparados por quien es la reina de su preparación, la Tomasa? Quiero que mi estómago descanse, así es que: tomasines y un par de huevitos es lo que se recomienda, al menos lo que yo me recomiendo porque conozco mi sistema digestivo. Los esccrementillos de dromedario y las orinas de caballo bayo están bien, a lo más, para comerlos una vez a la semana y no más. ¡Vamos a casa!

Después de cenar te tocaré en mi mandolina un lindo valse que acabo de aprender. Luego te recomendaré una espléndida novela policial que me ha encantado. ¿No; por qué? ¿Lees ahora otras cosas? Si te has metido en honduras filosóficas, razón de más para que te metas con los detectives. Es lo que te recomiendo, Onofre, es lo que te recomiendo.

.....
Esta vez es en su casa, en la calle de Excomuni3n. La Tomasa nos hace compa1a en la mesa. Me sirve copas tras copas de vino Urmeneta. Devoramos los tomasines felicitando a la Tomasa por su mano finisima para prepararlos, Longotoma me dice:

La inteligencia no se fabrica, mi querido amigo, ni jam1s se ha fabricado. Se nace con una cantidad determinada y con ella se entra en la tumba. Pero se trata de hacer rendir el total a lo que hay. Si la inteligencia se fabricara... ¡se sabr1a, amigo m1o, se sabr1a! Oyeme bien: la inteligencia yo la comparo con una caja de f3sforos, no es muy grata la comparaci3n pero as1 la veo yo. Si t1 la fuerzas puesta boca abajo, pues en vez de aparecer esos f3sforos que buscabas aparecer1 un mono horrible, el que hay pintado en el reverso... ¿No lo hay? Bueno, mi comparaci3n ha sido mala, muy mala. No aparecer1 ese mono horrible; no aparecer1 nada de nada. Y t1 que quedar1s sin f3sforos a no ser que des vuelta esa caja. En fin, creo que me has comprendido.

.....
¡Qu3 curiosa es toda esa gente! La gente que uno encuentra todos los d1as, sea en reuniones, o en cocteles, o en la calle, o en las oficinas, o qu3 s3 yo d3nde. Es, la mayor1a de ella, la gran mayor1a, gente de una manera dada para poder decirlo. Gente que quiere tener car1cter, que quiere que vean los dem1s c3mo es y luego lo comenten.

¡Oooooh...! ¡Y la sumisión a los hechos establecidos, a lo que debe subentenderse que tú y él y todos deben saber desde el día del nacimiento...! ¡Es algo horrible y, al mismo tiempo, es algo divertidísimo!

La otra noche asistí a un baile. ¡Qué corrección había entre todos esos caballeros y esas damas y jovencuelas! Cada uno miraba al otro como si fuera la primera vez que lo veía. Todo era admirable salvo una cosa, amigo mío, una cosa que fue como un manchón de tinta, como una mosca en el caldo: esta cosa era un señor, un señor a quien yo no conocía y que tuvo la nefasta idea de ir a ese baile con impecable frac y con... ¡corbata negra!

.....
¿Conoces tú, Onofre, algún padre que no piense, cuando su hijo empieza las humanidades, seguir y repasar sus estudios? Es una buena idea; es una manera de refrescar los conocimientos perdidos. Pero lo gracioso es que no hay ni uno solo que llegue a hacerlo.

.....
Aquí y allá y más allá, por todas partes... ¡las radios! Es otra manera que tienen de aturdirlo a uno con la propaganda; es algo horroroso, mi querido Onofre! O te ofrecen calzoncillos o pasta dentífrica y calzones para la señora.

En fin, ha terminado esta oferta de lo que tú no necesitas. Ahora oiremos algo mejor. ¿Qué se oye? ¡Política, política y más política! Yo, antes, cuando iba por las tardes al bar Barizante, me calaba mi sombrero; ahora, no. Ahora leo los periódicos y escucho la radio, después me voy a un bar cualquiera, sobre todo al bar Barizante. Pues allí se discuten grandes temas y hay que estar a la página para poder terciar en aquellas discusiones. Se habla y se pelea por Jruschov y por Kennedy, por De Gaulle y por Argelia, por Fidel Castro y los contrarios a su régimen, por la política local y la actitud que ha tomado el Presidente, en fin, mi buen Onofre, el mundo entero se pone dentro de los vasos que allí se beben y todo se soluciona hasta el día siguiente.

.....
Este transatlántico que hay allí en esa vitrina me ha hecho embarcarme en él y he llegado a Lima, o a la ciudad de México, o a Pisa o a Verona o a Málaga o a La Coruña o a Toledo o qué sé yo dónde; no, creo que es a Lima; en todo caso me ha hecho llegar a una sacristía obscura y silenciosa que está en un subterráneo. Bajo a ella por una escalera angosta de piedra. Todo allí guarda un carácter frío y lúgubre y es extremadamente húmeda. Hay en un costado una larga colección de frascos de cristal transparentes, herméticamente cerrados en los que se conservan, en calidad de reliquias, lenguas, ojos, orejas, dedos y sangre de hombres y mujeres ya desaparecidos. Los de aquellos que fueron piadosos llevan tapa de oro reluciente y los fieles los veneran contemplándolos arrobados. Los de aquellos que fueron pecadores llevan tapas de hierro enmohecido y los fieles caídos en falta van frente a ellos por orden del confesor. Ahí quedan por media hora o por una hora y hay casos hasta de tres horas, arrodillados sobre afilados guijarros llorando a lágrima viva. Fue en Lima, lo recuerdo, en Lima.

.....
¡Atención, Onofre, cuidado! Las ciudades son hoy día para los automovilistas y no son para nosotros los peatones. Me parece esto una cosa absurda; casi te hizo añicos ese coche. Deberíamos poder salir como si no hubiera un solo coche en toda la ciudad. Para eso están los campos, para que corran y hagan toda la velocidad que se les antoje.

.....
Cuando construyamos una ciudad, mi querido Onofre, dictaremos leyes estrictas al

respecto; la parte urbana, para los peatones; la parte rural, para los automovilistas. Y todos vamos a vivir bien, muy bien, sin ocuparnos en cruzar una calle.

¿Y dónde van todas esas gentes? Creo que a ninguna parte, a ninguna; salen huyendo de algún fantasma y huyen perdiendo el tiempo. Es la única pregunta profunda que me hago en mi vida: ¿adónde van? No he encontrado respuesta aún; apenas la tenga te la comunicaré, mi distinguido amigo.

82

¡Qué cosa tan extraña es una conversación con un buen amigo! Me refiero, naturalmente, a la que he tenido con Desiderio Longotoma ahora aquí en San Agustín de Tango. ¿Puedo, en realidad llamarla una conversación? Pues han sido muchas: en el restaurante de la Basílica, en el bar Carola y en el bar Barizante, por las calles caminando, en su casa de la calle de la Excomuni6n, y ¡qué sé yo en cuántas partes más! Ellas han sido interrumpidas por la Tomasa, por Jabalí Batuco y por gente que encontráramos un poco por todos lados. Sin embargo, ahora que la he escrito y que la recuerdo, estando en Fray Tomate frente a mi mesa, la veo como una sola, como un momento absoluto de la vida de ambos y separada de todo lo demás. La veo como se ve a una entidad, aislada, delimitada; porque ha sido un ser que ha vivido en este mundo. Por eso se le mezclan otras entidades que —a mí me parece contra mi más absoluta certeza— la destrozan y le hacen perder su calidad de cosa única y entera. Estas conversaciones han sido sólo UNA y nada más.

Ahora salgamos y vamos a casa de Romualdo Malvilla, a la calle de la Parroquia. Veamos cómo me va con él.

Caminé lentamente. Hacía una temperatura agradable; a veces se nublaba, a veces brillaba el Sol. Deambulé largo rato. Era aun temprano para ir a la cita que Malvilla me había dado. En la calle del Deuteronomio me detuve y sonreí. Un silbido agudo la atravesaba y venía hacia mí. Reconocí de inmediato la melodía que entonaba: *El Bolero*, de Maurice Ravel. El compás de unos pasos regulares lo acompañaba. Me hice un lado para dejarlo pasar y él pasó marchando impertérrito, los ojos vivos y fijos clavados en lontananza que a él se le presentaba echando de lado los edificios de la calle. Y sobre él, a unos 30 ó 40 metros de altura, volaba una bandada de loros trichahues llevando, con sus gritos, el acompañamiento de la melodía que silbaba. ¡Oh, era digno de un concierto aquello que llegaba a mis oídos! Así pasó con sus loros en lo alto y el sonido de sus pasos por lo bajo, así pasó el hombre Martín Quilpué.

Llegué donde Romualdo Malvilla. Me había preparado un exquisito té con picatostes. Luego se presentó una mujer. Malvilla me la presentó como su mujer legítima; se habían casado días antes, sin ceremonia de ninguna especie, rápidamente y ahora vivían al parecer felices. Dijo tan sólo:

—Laponia Socaire, mi mujer.

Le estreché la mano casi emocionado. Ella sonrió satisfecha. Entonces Malvilla nos declaró:

—Tomaremos este té y comeremos estos picatostes para celebrar nuestro matrimonio. Luego Malvilla me explicó:

—Tú has de comprender, mi buen Onofre, que ya a mi edad no se pueden hacer

grandes fiestas para un matrimonio. No olvides que yo nací en 1898, así es que tengo actualmente la friolera de 63 años bien sonados. Pero ellos no quitan que me sienta sano y bien, con el alma límpida, aunque físicamente me siento algo más fatigado y ya no puedo hacer las locuras que antes hacía. Quiero ahora hacer recuerdos de mi pasado y mezclarlos con las nuevas luces que veo allá al frente. ¡Sírrete, Onofre, de esos picatostes y tomemos este rico té! Laponia nos acompañará. ¿No es así, mi querida Laponia?

Ella clavando sus ojos en los suyos, le respondió:

—Hasta después de la muerte...

Y Malvilla habló entre picatostes, tazas de té y bizcochos y algunos cigarrillos que fumábamos sin cesar:

—Jamás, Onofre, he hecho un esfuerzo de voluntad. Ya, de muy antiguo, me había dicho que el trago tendría que dejarlo; me lo había dicho y nada más.

Ahora podría decir que él me ha dejado a mí y jamás yo a él. Igual cosa puedo decirte del opio aunque, en realidad, nunca fue esa droga algo que me agarrotara como el alcohol me agarró. Sin embargo guardo un recuerdo indecible de sus efectos mas sin que me venga la idea de ir a fumarlo nuevamente. Mi ideal sería hoy día el siguiente:

Llegar al estado que pone el opio pero SIN opio.

Pues es un estado de ánimo el que se busca siempre. El opio lo da de inmediato. Es lo inenarrable estar bajo su influencia. Pero ha de llegar un día siguiente y es como si te desprendieran de una gran altura en que tú estabas contemplando, sin importar, lo que acaece aquí en la Tierra y de pronto te soltaran y vinieras a caer en el bullicio ensordecedor de estas calles.

¡Bulla, bulla y más bulla!

Creo que meten tanta bulla para aturdirse y no pensar en lo que se avecina. Bueno, tal vez no se avecine nada por ahora, en este momento. Pero... ¡No, mi querido amigo, no! La humanidad tiene esto grabado dentro de ella y no hay fuerza que sea capaz de arrancárselo. Sí, Onofre, ello es:

Sufrir y, sobre todo, *hacer sufrir*.

Ya lo sé, es un leitmotiv que tengo y que no me abandona ni un solo instante. Es diferente contigo; sí, lo sé, lo sé; tú amas a Colomba y a su lado sientes que se distancia esta humanidad cruel de tu lado. Tú, con Colomba; yo... ¡con la humanidad!

Junto con haber crecido este amor en mí, ha disminuido, hasta casi desaparecer, el amor por personas determinadas.

¡Claro, claro está, quiero a Laponia, tú lo sabes muy bien! Mas allá está la humanidad... sufriendo y haciendo sufrir.

Dime, Onofre: ¿por qué se sufre? En este mundo no se debería sufrir. Tal vez sea por la diferencia de los ritmos de la naturaleza, del hombre y de la mente. No lo sé. Con el alcohol huía yo de esta obsesión pues el alcohol me mecía en otros mundos en los cuales la velocidad del pensamiento no permitía que ninguno de ellos se asentara en uno. Y luego dormía. Había dejado de lado cualquier obsesión que pudiera llegar hasta mí.

Ahora prefiero pasear, tomar nuestro cochecito y salir sin rumbo. Laponia conduce muy bien. Yo dejo que cualquiera idea venga hacia mí; no me fuerzo por seguir una determinada. El otro día, por ejemplo, habíamos costeado el bosque de Tulquipunco; a nuestra izquierda veíamos el comienzo del cajón del Lepomande y frente a nosotros se alzaba luminoso con la nieve que lo cubría, el enorme volcán Picoldo, Laponia detuvo el coche para que contempláramos este sin igual paisaje. Mi mente entonces voló. Veía y

apreciaba yo todas esas bellezas que me rodeaban pero mi mente estaba lejos. Estaba, Onofre, con el hombre de Cromañón. No, no sólo con él; estaba además con los europeos tomados en conjunto y con nosotros los sudamericanos. Y de todos ellos pasé al maíz y al cochayuyo o tal vez pensé simultáneamente en maíz y cochayuyo, en europeos y sudamericanos y en el hombre de Cromañón. El caso es que pensé así.

Es indudable que el hombre se deja influenciar por la naturaleza en donde vive; pero esta naturaleza está ya, a su vez, influenciada y condicionada por los hombres que antes la han habitado. Creo que los que mayor potencia han tenido para moldearla y cincelarla, diría, según ellos, han sido los hombres que representan aquella época en que el hombre daba sus primeros pasos de la bestia hacia el hombre tal como lo conocemos actualmente. Aquí me apareció ese llamado hombre de Cromañón y vi todo el paisaje que nos rodeaba lleno de esos hombres primitivos, es decir, de hombres de Cromañón. Ellos, Onofre, cazaban guanacos y güemules; ellos se alimentaban de algas marinas, de cochayuyo principalmente; ellos cultivaban el maíz y mordían en los choclos.

¿Ves tú este remolino que se formaba en mi mente, este remolino en el que giraban los hombres primitivos con los guanacos y güemules, con el maíz y el cochayuyo? Me recordó hasta cierto punto esos otros remolinos de mis tiempos de ebriedad. Sólo que en esos tiempos los dejaba sin preocuparme mayormente de ellos y ahora yo gozaba con el hecho de que ellos se hubiesen producido en mí.

Bastó esta asociación de ideas —mi época pasada y mi época actual— para que me fuera a recuerdos y más recuerdos de aquel alcohol pasado. Riendo exclamé en voz altísima y con ella hice reír a Laponia:

—¡Mientras más peloterías y peleas haya, más contento y más vivo y más eufórico me siento!

Era ésta una de las ideas básicas de mi pasado, una idea que repetía sin cesar en medio de mis borracheras. Se la he contado a mi mujer miles de veces. Así es que reímos al oírla nuevamente.

¿Crearás tú que por eso bebía yo de aquella manera? ¿Que buscaba siempre esas peloterías y riñas a mi alrededor? Era un afán de bulla, que todo atronara y así, atronando, impidiera el paso a algo que quería implantarse en mí como una meditación continuada, como un objeto en mi existencia. Por eso tomaba yo, nada más que para eso.

Yo

Tú temías a los fantasmas, Romualdo, temías que ellos, al verse en la libertad que les daría el sosiego, se escaparan y empezaran a dirigir tu vida.

MALVILLA

Yo, en aquellos tiempos, odiaba y temía al mismo tiempo a todos los fantasmas, a todos los seres que no eran de carne y hueso y que yo no pudiera tocar. Pues cada uno de ellos me aparecía con un portador de innumerables problemas que a mí me pedían que los resolviera. Bebiendo no había temor alguno. El alcohol hacía las veces de una barricada que impedía todo paso a través de ella.

Yo

Al día siguiente, después de haber bebido, sólo podrías reír de buena gana.

MALVILLA

Sí, reiría, como reí aquel día en nuestro coche. Reí de buena gana, mi buen Onofre, y luego expliqué a Laponia la causa de esta risa mía. Fue súbitamente, al bajar mis

ojos del Picoldo y caer ellos en unos árboles cercanos que se retorcían cubiertos de hojas amarillas. Le dije a Laponia...

LAPONIA

¡Yo lo diré! Me acuerdo de ello perfectamente. Fue a propósito de esos árboles retorcidos que se dibujaban frente al volcán Picoldo. Tú, Romualdo, me los mostraste y exclamaste: "Antes, en los pocos momentos que tenía cierta lucidez entre dos copas, echaba la vista sobre la naturaleza y ella se evaporaba ante mis ojos, ella se agigantaba de tal manera que me era imposible retenerla". Entonces yo comprendí lo que te sucedía. Te lo expliqué calmadamente. Te vi como un punto, como un pequeño punto, del cual arrancaban una serie de flechas en todo sentido. Se escapaban y se iban tan, tan lejos, que ya no te era posible cogerlas. Era lo que te producía este efecto, el efecto de que la naturaleza se iba y se evaporaba dejándote con el vacío dentro de ti.

YO

¡Muy bien, Laponia, lo ha dicho usted perfectamente! Ello coincide con lo que a mí me ocurría cuando echaba la vista hacia fuera en vez de concentrarla en mi interior. Es lo que Colomba me ha dicho. ¡Siga, Laponia, siga su narración!

LAPONIA

¡Qué solo te sentías con este vacío! Era una tristeza negra la que te inundaba. Porque eras ese pequeño puntito sin tener ni un apoyo en este vasto mundo. ¿No es verdad que fue así lo que me contaste? Y en torno tuyo giraba y giraba aquel alcohol... Llegaste a creer que no habría otro remedio que entregarte nuevamente a él. O al opio, ¿verdad? Pues con opio no se bebe, se toma horror a la excitación alcohólica. Era lo que tú necesitabas pues te bastaba con mirar una copa para sentir náuseas. Ya el alcohol había muerto. Estabas, pues, solo, completamente solo y con una pipa que te guiñaba el ojo allá lejos.

Después te paseaste durante largas horas por las calles de la ciudad. Preferías ir hacia los sitios con grandes árboles, como al parque del Convento de los Jerónimos, o al Paseo del Corderito Pascual o al Zoo de San Andrés. Al fin, en aquel Paseo, escogiste un banco y en él, sentado, miraste la gente que pasaba, las aguas del río Santa Bárbara, los árboles del otro lado, las ramas del árbol que te cobijaba. A veces yo, sí, yo, Laponia Socaire, llegaba hasta tu lado; conversábamos dos palabras y me iba pues te veía demasiado ensimismado. Hasta que, un día, me tomaste la mano y me dijiste mostrando todo tu alrededor:

-Laponia, ¡qué chico es el mundo!

Para mí, en aquel momento, ese puntito que eras tú, se agigantó y el mundo se hizo tan pequeñín que me pareció que se volcaba en él. Te murmuré entonces:

-Romualdo, ¿no crees tú que es chico, muy chico, este mundo por que, acaso, tú, en tu subconsciente, deseas volver a beber? ¿Que es una gota de alcohol lo que pondría en su tamaño?

Tú me miraste algo sorprendido; guardaste un largo silencio; al fin te expresaste, más o menos, así:

-Ahora veo el mundo pequeñito como un insecto, AHORA y nada más que ahora. De pronto se va a agrandar, se hará gigantesco y entonces seré feliz. Porque veré todo con otros ojos. Lo que hoy no es... será una interrogación y yo, feliz, me entregaré a descifrarla.

MAVILLA

Lo has dicho muy bien, Laponia; es exactamente lo que manifesté aquella vez. La naturaleza se me agigantó a tal punto que ella se deshizo ante mis ojos; luego, cuando

quise considerarla de modo más reducido, allá en San Agustín de Tango, ella se me hizo pequeña y creí asfixiarme. Ahora, no ahora creo que estamos en un justo equilibrio. Una puerta más se ha abierto ante mí. Ahora —¡fijaos, por favor, y ello os causará risa—, ahora hasta he llegado a amar la lectura...

Yo

¿Y qué lees, Malvilla? ¿Te has metido en la honda filosofía o lees, como nuestro amigo Longotoma, novelas policiales?

MALVILLA

La lectura, mi buen amigo, es un pasatiempo para la mayoría de la gente; es decir, poco les importa. Era esto lo que yo pensaba. Ahora, ¡no! La lectura es algo seriísimo para mí. En verdad leo poco. Pero cuando leo, LEO.

Malvilla siguió hablando todo el tiempo que yo estuve en su casa. Su charla era cortada, a veces, por Laponia, a veces, por mí; pero él llevaba el alto. Voy a transcribir lo que dijo según venga a mi memoria. Ya he dicho que me es punto menos que imposible seguir debidamente las amarras que hay en una charla cualquiera. Pondré, pues, lo dicho por él tal como venga a mi recuerdo. Fue así:

—Acabo de conocer a una serie de jóvenes y hombres maduros españoles, todos ellos comunistas exaltados y fanáticos. Piden y claman porque el comunismo impere de polo a polo; mas ponen una condición previa. Ella es que él sea gobernado y dirigido por Felipe II, desde El Escorial; y asesorado por Torquemada, desde la Inquisición.

A estos españoles los conocí tiempo ha en el San Lito. Para mí es como si los acabara de conocer; por eso he dicho “acabo” de conocer. Al oírlos se me esfumó la borrachera que empezaba en mí y, recuerdo, quedé con mi copa en el aire. Alguien me preguntó:

—¿Qué piensas, Malvilla?

Yo respondí:

—Pienso en el refrán que hay que poner a lo dicho por estos señores. ¡Ya lo tengo! Este refrán es:

¡Adiós muchachos

Compañeros de la vida...!

Es un error pensar así sobre la inteligencia. Por ejemplo: X tiene tanto de inteligencia y se cree, entonces, que con esa cantidad ha de morir. Yo creo que esto es falso, creo que la inteligencia es como los músculos; es decir, que hay que ejercitarla pues si no ella puede atrofiarse.

Esto ha sido uno de mis temas más constantes en la época que iba dejando el alcohol. Vi que, si seguía bebiendo, mis observaciones terminarían siempre con una frase o un canto o lo que fuera, que me diera la sensación de haber juzgado debidamente. Ya lo han visto muchas gentes a quienes he contado el parecer de esos españoles que hablaban de comunismo y Felipe II. ¿Cómo sintetice yo lo que ellos me evocaron? Cantando:

¡Adiós muchachos...!

Yo anotaba algunas veces, medio ebrio, las ideas que me venían a la mente. Aquí tengo varias de mis anotaciones. Voy a leerlas:

Estoy a media mona. Canto cuando hay que cantar. Todos cantamos, menos el gordo, porque tiene cara de idiota. Él no canta y, por lo tanto, se aburre. Se va, prefiere irse. El problema es saber hacia dónde se va porque estamos en el danc-ing de Las Tres Chimeneas. Puede irse a insultar a los demás y también a lanzar-les copas por la cabeza; puede ir a lamentarse en la otra sala, la de los lamentos. O puede irse a su casa. En todo caso ha pasado por mi lado y se ha perdido entre los danzarines. No y no. Se ha perdido como un tiburón en la pantalla de un cine.

Todo esto es una imbecilidad. Prefiero oír la voz de mis vecinos porque mis vecinos están hablando de teatro, de óperas, del... ¿del qué? Ya lo sé; hablan de *Trovador*, de Giuseppe Verdi; hablan del do de pecho, de ese do que dio un tenor en el teatro. Dice mi vecino:

—Se corrió p'al fondo el gallo y se pescó la nota 'e la cola y me la trajo, huasca y huasca di atrás, la trajo hasta el mesmísimo director de orquesta.

Peró callemos porque ella va a cantar. ¡Silencio! Ella va a cantar y yo voy a oír como oyen todos los asistentes esta noche a oírla cantar a ella. Canta y dice ella la más bella:

En Santa Amalia nace una niña
Tan linda y bella como un jazmín;
Ella solita se mantenía
Vendiendo flores de su jardín.

A los quince años quedó solita,
Sin paire y maire sola quedó,
Sin más amparo que un mal hermano,
Que un mal hermano sin corazón.

¡Hermana, hermana —le dijo un día—,
Hermana, hermana, dame tu amor,
De tus encantos yo estoy prendao
Y tu marío quiero ser yo!

Hermano, hermano —le dijo ella—,
Hermano, hermano sin corazón,
¡Prefiero mir veces morir solita
Ante un hermano manche mi honor!

Entonces el joven enjureció
De su bolsillo un rigóver sacó
Ya su hermanita con cinco tiros,
Con cinco tiros la remató.

Ahora el joven se encuentra preso
Siempre negando que él la mató;
Una criada lo solicita
Para sacarlo de la prisión.

Ahí hay un paso a nivel; hay, por lo tanto y casi todos los días, un accidente y luego otro accidente. Por cada uno de ellos se levante un monumento a Cristo, a la Virgen, a San Francisco de Asís, al Arcángel San Gabriel y etc. y etc. El penúltimo accidente tiene la figura de Lenin; el último tiene a O'Higgins. Ya nadie, hasta hoy, se le ha ocurrido evitar los pasos a nivel... "No hay fondos, no se puede por ahora, etc."

El Año Nuevo leí, en la estación de Comepumas, el siguiente cartel:

LOS FF.CC. del E., después de 365 días sin accidentes, desean a usted y familia otros 365 días también sin accidentes.

(Fdo.) La Oficina de Seguridad.

Un matón del San Lito dijo que él deseaba a todos los otros tirados a matones, como prueba de su buen corazón, 365 días sin que él les pegara.

Y aquí tengo unas notas que no sé qué voy a hacer con ellas pues es algo que debería desarrollar debidamente. Por ahora las dejo que se reposen. Ya vendrá el día que podré continuarlas. Estas notas dicen así:

Veo a la borrachera como a una bruja a caballo en su escoba, una bruja aislada, con su vida propia. Ella galopa y galopa desesperada porque ya no tiene donde vivir tranquila conversando con Palemón de Costamota. Ahora está en el aire, en el vacío. Atisba donde poder entrar. De pronto ve a otro ebrio que duerme; es lo que aprovecha la borrachera para conversar con el representante del mal camino. Entonces se mete en él. Al día siguiente el hombre bebe y el trago le ha producido un ligero malestar. Este malestar aumenta cada día y, al fin, siente ese terrible mal de los borrachos al despertar al día siguiente. Esto pasa poco a poco, en un año por lo menos. ¿Qué le ha ocurrido a ese hombre? La respuesta es muy sencilla: Son las dos brujas que se pelean entre ellas, la propia del hombre y la advenediza. El hombre siente esta pelea, se queja, vomita. Es él, en resumen, el que sufre.

¡Pobres brujas desorbitadas! Las veo como vuelan en sus escobas. Si no encuentran a un hombre, se van a desintegrar con dolores horribles. Van hacia los jóvenes bebedores con la esperanza de que aun no tengan su bruja. Por lo general es ya tarde. Ya uná ha sentado plaza en ellos. Otros tienen su puerta clausurada porque no han de ser alcohólicos. La mayoría de los que van a serlo conversan con sus brujas nacientes que son todavía bellas damiselas, hermosas doncellas. Ambos charlan largo rato y rien y se entretienen.

¿Y el opio?

El opio no crea brujas. Con él todo es silencio. Abre un mundo colosal y luego cierra su puerta. Hay que volver a fumar muchas pipas para que la puerta se abra. Se abrirá. Entonces se verá en este nuevo mundo la paz silenciosa y sagrada y lejos del bullicio de los hombres. Pero: ¡alto! Porque no se podrá ver más que eso; serás un beatífico contemplador y nada más. La vida ha de presentarse como la inutilidad perfecta. Ante esto, algunos retroceden como retrocedí yo. Me asusté ante

esta soledad absoluta. Pero vi en ella la posibilidad de empezar una nueva vida pero poco a poco, con *paciencia*. Otras puertas, difíciles de encontrar, se irán abriendo dulcemente. El opio nos engaña dando la *dicha*. Y no es la dicha lo que hay que buscar. Es la labor y que, cada día, haya superado un poquitín al día anterior.

Hablo de días. Estos días deben contarse por semanas, por meses y aun por años.

Así veo yo el alcohol y el opio. Así veo estas dos trampas que nos pone Palemón de Costamota: la lucha entre las dos brujas; la inutilidad absoluta del hombre.

Mucho tiempo pensé sobre estas dos brujas. Veía, sobre todo, a la que anda errante en busca de un hombre alcohólico donde poder albergarse. Y pensaba que uno vive sin sospechar esta lucha tremenda que se hace por doblegarnos. Pero algo me consuela: tiene que haber también una lucha entre las entidades favorables. En ellas yo espero.

Yo

Como yo espero algo, no sé bien qué, pero espero algo cada vez que diviso pasar sereno e impertérrito al hombre Martín Quilpué.

83

Ahora puedo ir al taller de Rubén de Loa. Es el día de la visita de Mamerto Masatierra y de Macario Viluco. Es el día en que Rubén está dispuesto a charlar. Quiero oírlo, que diga él lo que sea; pero quiero oírlo. Así saldré de mí mismo y podré dirigir mis pensamientos hacia el fondo de la Tierra. Pues me siento algo decaído y sin ánimos. Si Macario ha descubierto una nueva teórica y si ella es aprobada con los "inefables" de Mamerto, estaré salvado y terminaré debidamente mi estadía en la superficie. Así es que caminemos.

Antes de salir me senté un rato ante mi escritorio a ver y a revisar papeles. Había un gran silencio en torno mío. Dejé, mientras mis ojos veían anotaciones de otros tiempos, que mi cabeza volara hacia donde ella quisiera. Ella me llevó hacia Rosendo Paine que parangoné con Romualdo Malvilla pues tienen ellos un punto común: Rosendo dejó inconcluso su *Oye* e inconcluso ha de quedar; Romualdo ha dejado inconcluso su historia de las brujas que no hayan asidero y quedan revoloteando desesperadas. Veo sin embargo una diferencia entre ambos: a Malvilla le ha tocado una despedida de un plano que deja; lo que él ha hecho es lanzar un último adiós a un mundo que se pierde. Para Rosendo, aquello que escribió, fue una advertencia de lo tanto que tendría que trabajar si entraba de pleno en el campo de las letras. Así es que ambos han renunciado a seguir adelante: uno diciendo "adiós"; el otro evitando ese mundo que no le pertenece. Malvilla ve ahora su mundo en una meditación permanente: "¿Por qué en este mundo se sufre y por qué se hace sufrir...?". Rosendo quiere seguir viviendo de cualquier modo, quiere fumar sus pipas de opio y ver entonces a Nicole Chaumont como una compañera sin sexo que también vuela en las dulzuras de la droga.

Bien; yo he de ir al taller de Rubén. Me levanté, me despedí de la Zoraida, bajé las escaleras silbando suavemente un trozo de la *Gioconda*, de Ponchielli que me recordaba a Jabalí Batuco y llegué a la puerta del taller. Momentos después llegaban sus acostumbrados visitantes. ¡Había una teórica! Macario la explicó.

—Amigos —dijo—, he estado en las puertas de la relatividad. Es una lástima que Albert Einstein haya muerto ya. Tendré que buscar y buscar otro especialista en estas materias y a él le expondré lo que he visto. ¿Es algo inimaginable!

—Cuenta, Macario —lo apremió Rubén—. Cuenta y nos pondremos todos tras ese sabio que necesitas. ¿Qué has visto?

Macario respondió:

—Una inmensa manada de abejas que revoloteaba sobre mí...

—¡Cómo! —exclamó Mamerto—, ¿una manada ha dicho usted?

—Una manada o una jauría o un cardumen de abejas que giraban en torno mío a velocidad indescriptible...

—¡Inefable! —exclamó mamerto—. Lo que usted, Macario, ha de haber visto, ha sido, sin duda, un enjambre de abejas.

—¡Lo que sea, señor Masatierra! Manada, jauría, cardumen o enjambre... es igual. Ustedes ya se habrán dado cuenta de lo que vi: ¡la velocidad increíble de su vuelo! Yo jamás hubiera pensado que las abejas podían alcanzar tal velocidad, pues era un verdadero torbellino que asombraba. Luego fijé con la vista a una sola abeja y con la vista la seguí. Aquí viene lo extraño de esta curiosa observación, tan curiosa que me hizo vislumbrar y hasta penetrar en los misterios de la relatividad.

—¿Cómo así? —inquirió Rubén.

—Ahora verán —sentenció Macario—. Aquella abeja que yo había fijado con la vista volaba lentamente, volaba con su presteza habitual sin llegar a ningún vértigo de velocidad ni aun de rapidez. ¿No es esto verdaderamente portentoso?

—¡Portentoso, en verdad! —exclamamos Rubén y yo.

—¡Inefable! —remató Mamerto.

Macario se volvió hacia él con ojos inquisidores. Pero Mamerto lo retuvo diciéndole: —He dicho esa palabra que a usted no le gusta, la he dicho y quisiera repetirla porque en ella encierro una gran alabanza. Ya puede usted creerme, mi buen amigo, que apenas vea un enjambre de abejas, me fijaré muy bien en él y fijaré una sola abeja.

—Si la ha dicho usted en la forma que se debe, pues bien, ya puede usted hablar, Rubén de Loa; yo quería, tan sólo, someter a usted esta experiencia que me acerca a Einstein.

—¡Oh! ¡Inef...!

Pero Mamerto Masatierra se interrumpió ante un gesto de Rubén. Nos sentamos todos cómodamente y Rubén habló así:

—Aquí tienen ustedes mi última tela. Estoy aun trabajando en ella. Esta tela me entusiasma. En ella he juntado lo que la naturaleza me ha ofrecido, es decir, esas maravillas que con suma discreción, con una extrema prudencia, brinda a los ojos que la solicitan atentamente para descubrirle sus bellezas ocultas. Para verlas hay que huir de lo espectacular; diría que hay que ponerse una especie de microscopio ante la vista y entonces mirar. Miles de artistas académicos podrán pasar por su lado, podrán pasar a todo momento sin verlas. Ya saben ustedes a qué me refiero.

Los pequeños guijarros, las piedras algo mayores, las hojas secas, los troncos derrumbados. Justamente me acerqué, el otro día, a uno de estos troncos para contemplar una

vez más los arabescos que se extendían en todo su largo. Los miré y en eso estaba cuando mis ojos fueron atraídos por una serie de callampas que habían crecido junto a él. Quedé embelesado ante la belleza de ellas, agachado, inmóvil.

—¿Qué mira usted? —me preguntó Zócimo Taltal que andaba conmigo por los campos.

—Miro esta belleza —le respondí—. ¡Una *campalla*!

—¡Ya está usted con sus ideas estrambóticas! Esa no es más que un callampa, como las hay por miles por aquí.

—Todo es cuestión de llamarlas “campallas” y verá usted qué de bellezas hay en ellas.

Zócimo Taltal levantó sus hombros y no se dignó ni siquiera dar una mirada por tierra. Prefería los grandes, los inmensos efectos que se producían. Él miró hacia los ámbitos; yo miré hacia los rinconcitos ocultos.

Y esos pequeños acantilados que tú, Onofre, me indicaste un día. En ellos, como tú, veo la gestación de todo el arte esplendoroso de la Edad Media. Se insinúan en sus formas maravillosas, piden ser detenidos ante la muerte que les ha de traer una lluvia o un ventarrón; quieren quedar imperecederamente esculpidos en forma de arte.

Los guijarros, las hojas secas, los troncos cortados, las “campallas”, los pequeños acantilados... Todo ello forma las voces de la naturaleza y, por estas voces, me habla.

Entonces me voy a mi taller del fondo del mar. Allí me impregno en los tonos verdes. Estos tonos los hago pasar a la tela. Hay que ver vivir a lo que tengo ya hecho, hay que ver con cuánta felicidad esos colores de guijarros, hojas secas, campallas y acantilados, se moldean y se pliegan hasta hacer arabescos más finos y más sutiles que los que se han esbozado en los troncos caídos... Los peces se juntan a mi tela y admiran el movimiento de esos colores y arabescos. Entonces yo, paleta en mano, me encamino hacia el otoño submarino. Cojo amarillos y rojos y anaranjados y los arrojo a mi tela. Es en esos momentos que el mar de mi vecina se alborota y lanzan al aire sus gritos más estridentes. Estos gritos llegan a mí. En mi taller acuático los oigo. Ellos son una aprobación a mi pintura. También los oyen Huachipato y Chacarilla. Es la alegría general en mi taller. Sólo Saturnino no dice nada. Nos mira con sus ojos de gato. Luego dice despreciativo:

—En Saturno ni la pintura ni los colores logran cambiar el estado de ánimo de nosotros.

Y sigue amodorrado en su sillón. Pero es un gran amigo este Saturnino. Siempre está dispuesto a llevarme hasta el fondo del mar y ha llevado a los amigos que allá desean verme, como te llevó a ti y a Rosendo Paine y a Viterbo Papudo y ¡qué sé yo a cuántos más!

Las aguas no me mojan, ni mojan a mis telas. Todos allí en el fondo del mar, trabajan sin haber sentido jamás ni la menor humedad. Allí todo se balancea en medio del clima más ideal. Es allí un permanente otoño ni frío ni caluroso. ¡Oh, hay que ver lo que es un otoño a miles de metros de profundidad en las aguas del calmas del océano! ¡Qué maravilla! Hacia él voy, hacia él me encamino con mis telas, a coger y plasmar esas brisas otoñales que es allí donde ellas se despliegan en su verdadera forma.

Después me encierro aquí en mi taller y rememoro las aguas profundas. Pinto, a veces; a veces tomo café y como alguna cosa que me ha preparado Lucila. Después toco primero, y toco y miro en seguida esos guijarros que he traído de mis excursiones por el campo. Los guardo un poco de tiempo; luego les devuelvo su libertad aventándolos en cualquier parte. Ellos sabrán hacia donde dirigirse porque las llamadas “cosas” por nosotros, tienen una enorme vida que las mueve y las hace realizar su destino. Se mueven más lentamente que los hombres; sí, es verdad. Pero hacen su vida del mismo modo y, a veces, de un modo mejor.

Ese guijarro tiene lindos dibujos. ¿Quieres una lupa, Onofre? Verás en él una vieja casa; tras ella, un cielo esplendoroso; en primer plano es el campo, liso, inmenso. Digo yo que es el campo; podría ser un río que corre tranquilo o unos torrentes que se precipitan feroces, que se precipitan hacia el otro lado del guijarro. Délo usted vueltas, Mamerto. ¿Ve ahora? Mirándolo se podrían pasar hora lucubrando sobre el significado de sus dibujos. Y todo ello está encerrado en 3 centímetros de largo por unos 2 de ancho. No hay necesidad de más; estas medidas son suficientes en el mundo de los guijarros. En otras cosas hay que aumentar las medidas, hay que hacerlas enormes, pavorosas, que uno se sienta como un microbio a su lado. Por ejemplo, las Pirámides de Egipto. Saben ustedes perfectamente qué admiración loca siento yo por aquella época.

Aquí tienen ustedes un recuerdo de las Pirámides. Esa piedrecita, recogida por mí al pie de la Pirámide de Keops. Mirémosla en silencio. En sus arabescos hay un mundo de esperanzas por verlos realizados; hay una súplica desesperada. Por eso está la respuesta a esas súplicas: la Pirámide.

Es justo lo que me ha preguntado usted, Macario; ya esa súplica debería haber terminado puesto que la pirámide ha sido hecha. Mas no es así; la súplica ahí está y ahí estará por los siglos de los siglos; fue lo que me respondió Florencio Naltagua el día que yo le formulé exactamente la misma pregunta. Me dio él una larga explicación sobre el tiempo que nosotros consideramos como pasando siempre y que no nos detenemos a considerarlo en otra forma. En resumen me explicó que esa súplica *estaba*, que esa súplica *era*, que ella pudo haber llegado a nuestros ojos con anterioridad o con posterioridad a la pirámide misma. Esto no tenía una mayor importancia. A la cosa hecha... un deseo porque esa cosa sea hecha. De este modo hablan las cosas de la naturaleza. Los hombres no son más que simples instrumentos de estos deseos..., estos deseos... ¿podré decir "cósmicos"? Sí, creo que es la palabra que conviene.

¡Mamerto! ¿Qué ha descubierto usted? ¡Aaaaaah! Esa es una de mis últimas telitas. Aquí hay otras en el mismo sentido. Pueden ustedes mirarlas cuanto quieran. Pinto en ellas de otro modo; así pinto aquí en la calle de la Tiara; no allá bajo las aguas. Allá necesito estar con los ojos muy abiertos para que nada se me escape. Aquí puedo, de cuando en cuando, cerrar los ojos y entonces veo cosas verdaderamente inimaginables. Después los abro, toma una telita y mis pinces y trato de reproducir lo que he visto mientras estaba con los ojos cerrados.

¡Oh! ¡Es de una belleza insospechada! Los cuadros que se me presentan corresponden a mi estado de ánimo: los hay alegres y los hay tétricos; los hay llenos de esperanzas como los hay en los que no brilla ni una sola esperanza. En fin, los hay siempre como un reflejo fiel a lo que mi alma está sintiendo. Pero... ¡atención! No hay que buscar un reflejo a lo que nuestro estado de vigilia y consciente nos hace pensar, es decir y por ejemplo, la tristeza debe ser de tonos sombríos; la alegría, de tonos vivos y claros; la duda, con dibujos movidos y cambiantes; la claridad, con dibujos nítidos y puros. No, no es así. Con los ojos cerrados se perciben las voces de otro idioma; un idioma que no coincide con las imágenes que acostumbramos a aplicar aquí para determinar nuestros estados de ánimo.

Y podría decirles aun más. Hay vistas que nada tienen que hacer con nuestros estados de ánimo, vistas que son como reflejos de un otro mundo que, acaso, tendrá, sí, ha de tener también lo que más se asemeja a nuestras alegrías y sinsabores y demás. En todo caso, es aquello un mundo interesantísimo. Amigos, es asomarse a otro mundo. Hay que aprender

su lenguaje, aprenderlo lentamente. Por fin se le llega a conocer. Entonces, con los ojos cerrados, ¡se le oye! Entonces yo pinto... lo que he oído por los ojos.

En esos momentos, cada movimiento mío tiene una gran importancia: mover dulcemente la cabeza de modo que mis ojos queden frente a la luz de la ventana o de una ampollita... que me vuelva yo y los dirija hacia la obscuridad... ¡Son cosas totalmente diferentes! Y también, sí, también cuando he tomado un excitante cualquiera o he bebido un par de copas.

¡Eso ha de ser, mi querido Onofre! Debes tener razón. Sí, sí, nuestra verdadera vida ha de pasar lejos, muy lejos de la vida cotidiana. ¡Perfecta razón! Una vislumbre de un mundo lejano que aparece y desaparece... Eso es... Nosotros captamos algo... algo y nada más. Es nuestro destino: coger del mejor modo que nos sea posible eso que sucede fuera de nosotros y que es nosotros mismos.

Hay algunos que me reprochan que yo no salga a *paisajear* todos los días, que no me mueva de aquí de mi taller. Cuando me ausento y voy al fondo del mar, dejo entender que he ido a mirar la naturaleza. Sin embargo, amigos míos, sin embargo... Hago viajes, hago viajes insospechados, viajes como ninguno de esos que me reprochan harían jamás. El otro día, y durante una semana completa, he ido a un montón de cemento que unos trabajadores habían traído a este taller para hacer ya ni sé qué trabajo. Les pedí que se esperaran un poco, cuestión de una semana. Ellos aceptaron gustosos. Y ahí, en aquel rincón, quedó el montón de cemento. Yo, entonces, partí, partí a ese montón y, créanmelo, fue uno de mis más lindos viajes que he realizado en mi vida. Me senté junto a él; a veces lo miraba de pie, me retiraba unos momentos; Lucila entonces lo miraba; corría mi silla; cerraba las cortinas y prendía la luz, luego, con una pequeña pala, movía el cemento y lo mezclaba con la arena que esos hombres habían traído también; y a veces quedaba mucho tiempo, quedábamos ambos, en verdadero éxtasis viéndonos a nosotros mismos, chiquitos, diminutos, trepando y desmoronándonos por los precipicios fabulosos que allí se formaban y metiéndonos por unas cuevas que a cada paso se abrían y se perdían en las sombras de arena y cemento. Era, en realidad, hermosísimo, viajar por los mundos que encontrábamos en ese montón. Mi taller había desaparecido; el mundo entero vivía en otra proporción que a Lucila y a mí nos había dejado de interesar.

Así pasé, como les he dicho, una semana viviendo en el cemento y en la arena. Hice también algunos croquis. No los he desarrollado; por ahí, en un cajón, han quedado como, diría, recuerdos de estos viajes. No, no servía lo visto por nosotros para hacerlo pintura. Era otra luz, otra composición, otros colores. Ellos no coincidían con los colores de la paleta. Allí, pues, los he dejado en el fondo del cajón.

Después de estos paseos por el cemento y la arena, me entregaba a la lectura o a la contemplación de reproducciones de obras de arte. Miraba todas aquellas que hay allí; como éstas, por ejemplo, las del arte chino y las del arte prehistórico y las del arte religioso durante todos los siglos pasados; como contemplo también las fotos que tengo de las obras surrealistas y las del arte negro. A veces miro las caricaturas de doña Nora de Bizerte y Ofqui, esa permanente aparición de don Pancho Calancho y de doña Pancha Calancha, siempre de perfil e inmutables pase lo que pase a su alrededor. Caigo entonces a Fra Angelico y a Rembrandt, caigo un momento a Velázquez y a Goya; paso por Cézanne y por *La Anunciación* de Jan van Eyck; miro a Nicolás Froment en su admirable *Resurrección de Lázaro*, y quedo largo rato en contemplación de Antonello da Messina y entro, con Lucila siempre y, como en aquella época entrábamos al montón de cemento y arena, entro a la

celda de San Jerónimo. Sí, a esa tela me refiero, a la que se halla en La National Gallery, en Londres. ¿No han entrado en ella?

Silencio. No hay que hacer ni el menor ruido. Tenemos que ser fantasmas para San Jerónimo, pero fantasmas llenos de bondad. Y podremos contemplar los paisajes lejanos; no hay más que asomarse a la ventana del fondo, a la izquierda; o a la otra, a la derecha, tras la columnata. San Jerónimo seguirá en sus meditaciones y ha de sentir la bondad nuestra al haber osado penetrar en su celda.

Allí quedamos sin pronunciar palabra. No pienso; no pienso nada de nada. Sólo siento. Al sentir me lleno de fuerzas que no alcanzan a tocar mi mente. Son fuerzas para el arte. Dejo muy lejos a los críticos que se afanan por hacer bajar el arte hasta convertirlo en mercadería de todos los días. Es para eso que lo dividen por nacionalidades y por épocas, para poderlo hacer entrar en un silabario cualquiera. Yo he pasado ya el tiempo de los silabarios. Ahora respiro el arte y no me precipito.

Y, sobre todo, no opino. He buscado la paz para poder pintar en calma. Una opinión es atraer el bullicio de la gente que anda por todos lados buscando dónde colocar sus opiniones. El arte debe hacerse en la celda de San Jerónimo.

O en una catedral gótica...

O en el fondo del mar...

En todo caso en el silencio absoluto que producen el fondo del mar y las catedrales góticas.

Lo sé, lo sé, Macario. Aquí no podría hacer yo nada de pintura y debería quedarme allá en el fondo del mar. Es que es el caso que puedo crear junto a mí cualquier catedral pues traigo su ambiente conmigo. Como traigo el ambiente de mi taller acuático.

Ahora charlemos de otras cosas. Ya les he explicado por dónde voy marchando y hacia dónde quiero llegar. Creo que Lucila ya ha vuelto.

¡Charlemos de cualquier cosa!

84

Mañana debo partir hacia el fondo de la Tierra. He pasado a Fray Tomate a despedirme de mi casa, de la Zoraida y del ambiente de la superficie. Este ambiente lo concentro aquí, sobre todo asomándome a mis balcones y contemplando la plazoleta de Fray Tomate, el río Santa Bárbara que veo siempre inmóvil y moviéndose, la punta del tejado del taller de Rubén de Loa y adivinando tras las casas el Cementerio Apostólico. Pero la Zoraida me ha interrumpido diciéndome:

—Hay una carta para usted, señor.

En efecto, sobre mi escritorio, había una carta, ¡de Australia! Lorenzo Angol me había escrito. ¡Qué buena cosa! Me arrellané en un sillón y la abrí. Era una carta más bien corta, según mis deseos. La leí varias veces y luego la contesté rápidamente, aunque con su lectura y mi contestación tuve que retardar un día más mi descenso hasta Colomba.

La carta decía así:

Yalgoo,
Mayo 9 de 1961.

Querido Onofre:

Van aquí dos palabras para contarte las impresiones que he tenido en este país. Mi viaje ha sido bueno y rápido. Partí, como tú sabes, del aeropuerto del Arcángel Volador. Aterricé en la ciudad de Perth después de un vuelo sin mayores novedades. En el avión me encontré con un hombre que mucho me ha ayudado y con el que he hecho muy buena amistad. Me refirió a Mister Sydney, australiano, que se embarcó en la isla de Pitcairn, en medio del océano Pacífico. Este caballero tiene en sus propiedades australianas varios ornitorrincos y, naturalmente me invitó a que fuera a verlos y a estudiarlos una vez que llegáramos a término de nuestro viaje. Sus propiedades se encuentran cerca de la ciudad de Yalgoo, desde donde te escribo. Es ésta una pequeña ciudad bastante simpática. Tengo mi alojamiento en un hotel pequeño y cómodo. Vengo a menudo a él a escribir y ver mis notas. El resto del tiempo lo paso, con Mister Sydney, en sus grandes campos, entre esta ciudad y Pindar. Aquí, en estos campos, tiene él una muy buena casa en donde vive con su mujer y sus chicos. Vienen algunos vecinos a visitarlo. Se come muy bien y muy sano. En fin, la vida se hace llevadera.

Tú comprenderás que esta es una manera de hablar. Ahora sólo ansío volver a San Agustín de Tango y entregarme nuevamente a las actividades que allá tenía y que son verdaderamente las mías. En fin, aquí estoy y ¡adelante!

He visto —gracias a Mister Sydney, como te lo he dicho— una serie de ornitorrincos. Además he visto y he estudiado, hasta donde mis conocimientos zoológicos me lo permiten, no pocos de los llamados equidnas, otra clase de monotremas que también abundan en esta parte de Australia. Pero vamos a los ornitorrincos pues ellos han sido el objeto de mi viaje.

He tenido uno entre mis manos. Mucho lo he mirado. En mi interior estaba la pregunta que quería hacerle:

“¿Por qué don Irineo Pidenco suprimía una “r” de tu nombre?”.

Silencio. El bicho nada respondía. Llegué a pensar en un muy simple error de pronunciación del bueno de don Irineo. Consideraba, pues, mi viaje perdido. Digo “perdido” en lo que a este monotrema se refiere. En lo demás, no. Ha sido un hermoso viaje y Australia es digna de ser visitada. Ahora estoy en el extremo oeste; pienso luego ir hacia el este donde creo que la vida es más interesante que aquí.

Como te digo, era el silencio absoluto: yo miraba al ornitorrinco y Mister Sydney me miraba a mí. De pronto dijo Mister Sydney, dijo precipitadamente:

—Mire, mire, señor, a sus pies. ¡Qué interesante!

Miré y vi una cantidad de especies de garrobos que se retorcían por el suelo. ¿Olor? Ninguno. Se retorcían y levantaban la cabeza para volver a agacharla. Entonces Mister Sydney exclamó:

—¡Oh! ¡Mire hacia lo alto ahora! ¡Es algo doblemente interesante!

En efecto, por lo alto volaban sobre nosotros millares de los llamados macaones, esos macaones —como los llaman, creo, allá en América— que son una joya de mariposas, de lindos colores y de tamaño descomunal para el tamaño que estamos acostumbrados a dar a las mariposas. En eso estaba yo mirando esa profusión de bichos, cuando atinó a pasar, veloz como una flecha, un enorme, un portentoso canguro seguido de un par de íbices.

Gritaban ellos de modo ensordecedor, gritaban con tal potencia que fuerza me fue taparme los oídos con ambas manos. Esto, naturalmente, aprovechó el que yo creía dormido ornitorrinco para saltar y escaparse escondiéndose en unos matorrales cercanos. Inmediatamente después desaparecieron los garrobos y se alejaron los macaones. Ya del canguro y los íbices no quedaba ni rastro. Así es que ahí quedamos solos Mister Sydney y yo. Pero este caballero me explicó:

—El ornitorrinco no está en esos matorrales. Hay en ellos una cueva que conduce hasta el centro de nuestro planeta. Si usted lo desea, puede seguirlo e irá usted también hasta el centro de nuestro planeta.

—¡Oh, no, señor mío! —exclamé—. Prefiero volver a mi país. Antes visitaré un poco más su continente de usted y nada más.

—Le deseo a usted un muy buen viaje, entonces.

—Gracias, mi señor; yo le agradezco a usted las amabilidades que ha tenido conmigo.

—¡Oh, mire, Mister Angol, mire usted bien! —exclamó él—. ¿No las ve? ¿Es posible?

Me indicaba el matorral. Me acerqué a él y pude ver lo que a Mister Sydney llamaba la atención: eran una serie de pequeñas y trenzadas "r" que allí habían quedado como frutos de aquel árbol.

—¿Qué significan esas especies de letras? —inquirí.

—Vamos a casa y se lo explicaré —fue su respuesta.

Allá fuimos y, tomando una rica taza de té con emparedados, Mister Sydney me contó que los ornitorrincos eran animalitos muy codiciados en el fondo de la Tierra, no para guisarlos ni hacerles nada que les causara daño sino como animalitos de lujo que a la mayoría de los habitantes de allá les eran altamente gratos. Me dijo, además, que a los habitantes futuros de dicho centro, les gustaban mucho ya aquí en la superficie y que aquellos que se encontrarían con ellos allá en el fondo, les suprimían una letra a su nombre, generalmente la "r", una "r" de las dos que hay entre la "o" y la "i".

—¡Atiza! —no pude dejar de gritar—. ¡Es el caso de un amigo mío, de don Irineo Pidincó! Ya ha muerto este don Irineo. Y, por lo que he oído, se encuentra en el fondo de la Tierra.

—Él ha de estar muy contento —agregó Mister Sydney—. Porque de seguro muchos ornitorrincos lo han de rodear. ¿Otra tacita de té y otros emparedadillos...?

Es, mi querido Onofre, lo que he sacado en limpio de esa tan famosa "r" que se comía don Irineo. Tal vez era algo inconsciente en él. Quiere decir su subconciencia ya la sabía. Fue este don Irineo un hombre lleno de misterios y de vastos alcances. ¿No lo crees tú?

Ahora me apronto para partir hacia el oriente de este continente. Haré un viaje rápido, muy rápido, y regresaré. Algo me falta, algo necesito que no he de encontrar aquí. ¿Sabes tú qué es esto que me falta? Es, sencillamente, Benilde Panilonco. No te extrañes y óyeme:

Es en la soledad donde se aprecian a los seres que viven con uno. Le he escrito varias cartas y ella me ha contestado. Ya mi Lumba Corintia vive en otro plano y ya no me puede dar lo que en este plano necesitamos. Benilde, en cambio, me lo da. Te voy a copiar una frase mía de mi última carta. Le digo así:

¿Qué quiero en ti, Benilde? ¿Por qué estoy tan apegado a ti que sin ti todo deja de tener significado? Casi no hablamos, no te interesan mis problemas. El goce sexual no nos lleva, ni nos ha llevado nunca, a la locura. Yo tengo mi vida; tú, la tuya. Sin embargo... ¡no te separes de mí, no te separes! Te necesito aquí, te

necesito a mi lado, saber que aquí estás, saber que me acompañas. Tu ausencia me arroja al más espantoso desamparo, a la idea que he cometido un crimen y que por eso se me castiga.

Es lo que me ocurre en estas tierras. No puedo soportar más. Me iré apenas pueda.

La verdad es que no sé vivir. Aprendo todo, veo todo y, al ver, deduzco una infinidad de cosas ante las cuales yo mismo quedo sorprendido. Pero minutos después las he olvidado. ¿Qué puedo hacer en un caso así? La verdad es que Benilde se ha dado cuenta de esta manera de ser mía; y, a veces, me trata duramente. Yo me pregunto: ¿Qué culpa tengo yo?

No encuentro otra respuesta que la siguiente: Estoy tan solo, estoy tan sin nadie.

Pero no te escribo, mi querido Onofre, para levantar quejas y más quejas de parte mía. Los ornitorrincos me han llevado a ello. Una sucesión de ideas que ha partido de ellos, ha terminado en esta queja. Seguir los laberintos de mi pensamiento me sería una cosa difícilísima. Tal vez en una charla que tengamos allá, allá en San Agustín de Tango, pueda yo aclarar esto que pienso, mejor dicho, esto que me acomete repentinamente y que, te diré la verdad, no le hallo motivo real en mi vida.

Ahora debería mandarte saludos y más saludos para todos los amigos, tanto para los vivos como para los muertos. Cuando te encuentres con alguno, no tienes más que decirle que yo aquí, en plena Australia, lo recuerdo mucho, muchísimo.

Va un gran abrazo de tu amigo que siempre te recuerda.

LORENZO ANGOL

85

Estoy en Temuco.

Me he venido rápidamente, en avión. La causa: un sueño. Yo no creo en los vaticinios de los sueños pero el que acabo de tener se me ha impuesto y me ha obligado a partir. Este sueño lo tuve hoy por la mañana, después de haber tomado el desayuno y de haber cambiado algunas palabras con la Zoraida. Me adormilé, luego me dormí y soñé. Fue así mi sueño:

Estaba yo en una casa desconocida, una casa larga, muy larga; era, más bien, una galería larga, muy larga. A mi izquierda había una serie de pequeños ventanales; a mi derecha, una serie de puertas, todas cerradas. El silencio en toda esta galería era sepulcral. Avancé con cautela. Frente a la primera puerta me detuve unos instantes; luego abrí la puerta y entré a una habitación como todas, sin nada de particular. Pero allí había un ropero que tampoco ofrecía nada de particular. Por eso mismo me acerqué a él y lo abrí. De dentro apareció Saturnino. Salió del ropero y me dijo:

—Debe usted partir, señor Borneo o señor Boroa, debe usted partir cuanto antes hacia el fondo de la Tierra. Y debe usted hacerlo por el volcán Llaima. ¿Me oye usted? ¡El volcán Llaima!

Me retiré, salí a la galería y abrí la segunda puerta. Igual cosa. Me dirigí al ropero y, de dentro, apareció Lorenzo Angol. No me saludó. Precipitadamente me dijo lo mismo

que Saturnino y me acompañó hasta la entrada. Vino, otra vez, la galería y vino la tercera puerta. Vino un tercer ropero y de éste apareció Desiderio Longotoma. Me espetó las mismas palabras.

Cuarta puerta; la pieza; el ropero y... Y, de dentro, un personaje que salía. Al fin salían varios personajes; al fin aquello estaba lleno de personajes. Y todos gritaban:

—¡Por el volcán Llaima! ¡Por el volcán Llaima!

Corrí, entonces, a la pista de baile. Tronaba la música. Las parejas bailaban y bailaban y algo cantaban. Alargué un oído, lo alargué lo más que pude. Entonces oí perfectamente lo que decían:

—¡Por el volcán Llaima! ¡Por el volcán Llaima!

Marul Carampangue era una de las más entusiastas bailarinas. Iba en brazos de don Juan Enrique Arancibia Ocampo. Cerca de ellos iba Tomba Montbrison con Cicerón Haití. Y vi también a Nicole y a la Tomasa y a Perpetua Mamoeiro; en fin, creo haber visto a todas mis conocidas. No había más: debía partir hacia el fondo de la Tierra introduciéndome por el volcán Llaima. Me apronté para declararlo en alta voz. El doctor Tadel Mangual me ofreció asiento. Le dije:

—Me iré por el volcán Llaima, doctor.

Me respondió:

—Admire, entonces, este lindo decorado. Todo él ha sido hecho por el insigne cura de Putaendo.

Y desperté. A las 10 de la mañana estaba en el aeropuerto del Arcángel Volador. Dos horas más tarde llegaba a Temuco. Organicé debidamente mi viaje para el día siguiente. Por el ramal de Cajón llegaría al pie del volcán. Después... Todo cambiaría alrededor mío. Sentí que moría San Agustín de Tango, que me abandonaba con todas sus personas y que se radicaba en un mundo que me era ajeno. ¡Adiós, adiós!

Salí a caminar un rato.

No habría andado más de una cuadra, cuando me encontré con mi amigo Eusebio Palena. Saludos y demás. Iba con rostro adusto; una preocupación parecía dominarlo.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté.

Me contestó:

—Mi vida interior.

Luego me explicó que todo en su vida andaba bien, que nada le importunaba, que Polinesia Loncotoro estaba a las mil maravillas, que su apetito aumentaba a simple vista y que ahora, justamente, tenían cita en el bar del Hotel de la Frontera para que ella devorara un buen churrasco mientras él, bebiendo una copa, meditara sobre una próxima Zambafusa que tenía en proyecto.

—Será mi Zambafusa N° 15, que dedicaré a nuestro amigo, al gran amigo que es Desiderio Longotoma. Hasta ahora las Zambafusas no eran dedicadas a nadie. Esta es la primera que se sale un tanto de sus reglas y adopta las reglas de otros escritos. Es, pues, una tarea ardua, muy ardua. Ahora podríamos pasar al bar de la Frontera y allí encontramos con Polinesia. Además te leeré mi Zambafusa N° 16 que escribí anoche, que la escribí de un tirón, poseído como me hallaba por una ráfaga de inspiración.

Fuimos, pues, al bar. Allí nos encontramos con Polinesia que ya había llegado y que devoraba un churrasco. Eusebio pidió unas copas y pidió, sobre todo, silencio pues iba a leer. Carraspeó varias veces, se untó los labios en su bebida y leyó así, mientras nosotros escuchábamos callados:

En último término los que crían aves de corral en lo erótico y patético dan superioridad, igualdad e inferioridad al desenvolvimiento que siempre acrecienta el sentimiento de laxitud.

—¡Jamás los niños deben jugar con cornetas! —fue lo que exclamó el maquinista al ver lo que le ocurría al literato en su origen: era el obstáculo de cien años que no se daba a entender en una piedra o en un pedazo desarrollado hasta su perfección actual cuando la brillante luz se vuelve ladrón.

—¡Es la reclusión de los rumores de la entrada! ¡Es la reclusión! —fue el grito pavoroso que se oyó.

Sin embargo el problema subsistía y el hombre no había descuidado ese detalle pues sólo tenía doce años al que llamaba sarnoso.

Durante ese viaje, a las 4 de la mañana, veréis las murallas de la percepción retrocedida hasta la última parte del romanticismo.

Es decir... será el fin y la muerte del caballero audaz.

—¡Admirable, admirable! —exclamé—. Has conquistado el más claro prestigio para entrar en la gloria imperecedera.

Me contestó:

—Gracias.

E hizo un gesto por el cual pedía mayor silencio. Luego sacó un papel y se puso a escribir rápidamente. Miré a Polinesia; ella seguía devorando su nuevo churrasco y se veía que estaba lejana, muy lejana de las Zambafusas de su amigo y marido. Mientras escribía, Eusebio nos murmuró:

—Ha vuelto la inspiración. Un momento, por favor.

—Todos los momentos que tú quieras, estás en tu casa.

—Gracias —volvió a decirme.

Polinesia atacó a su tercer churrasco; yo pedí otra copa y la bebí dulcemente; Eusebio escribía a gran velocidad. Por fin se echó hacia atrás y volvió a carraspear; sonrió y me explicó como pidiendo disculpas:

—Tú has de comprender, mi querido Onofre, que esa Zambafusa, la N^o 15, la que dedicaba a Longotoma, me tenía muy preocupado y me era necesario aprovechar cualquier tiempo en que ella se presentara a mi mente. Ese momento llegó aquí, llegó repentinamente. Por eso escribí. Ahora sí que podré pedir una nueva copa.

Se veía que el hombre estaba satisfecho, que estaba en las fronteras de la dicha plena.

—¿Has terminado una nueva Zambafusa? —le pregunté.

Su contestación fue:

—Sí; he terminado la de Longotoma, como te lo he dicho. Ha sido un trabajo muy pesado. Merezco beber este copetín. Mientras la escribía, oh, volaba mi cabeza por mi pasado y desparramaba un hondo desprecio a mis antiguos escritos. Tú los debes recordar, buen Onofre: *Van Aken*, el pintor flamenco de otros siglos... ¡Eh, fueron tonterías y más tonterías que escribí! Como aquello que escribí sobre el lápiz y el columpio de las niñas... Y también, ¿recuerdas? *Cierta vez...* ¡Más que tonterías todas ésas! Pero es que aún no había descubierto la verdadera catarata literaria, la inmensa catarata que a veces diviso y ataco.

—¡Las Zambafusas! —exclamé.

—Por cierto —fue su respuesta—. He ahí la verdadera fuente, el manantial de mi inspiración.

Palena suspiró satisfecho y pidió otra copa. Polinesia lo acompañó con otro churrasco. Luego me dijo:

—La literatura es algo inefable; uno mismo, por lo tanto, debe colocarse en estado de inefabilidad. Entonces ella fluye por todos lados. Hay que tener paciencia, mucha paciencia y saber esperar. Entonces ella llega como ha llegado hoy aquí, en este bar. Y puede llegar en cualquier parte. Ya lo siento que esta ciudad de Temuco no da más. La inspiración debe estar agazapada en otro sitio. A él iré a buscarla. ¿No es verdad, mi tan querida Polinesia, que tú me acompañarás a buscarla?

Polinesia respondió:

—Sí.

Le pedí, entonces, que me leyera su última Zambafusa, la N^o 15, la que acababa de terminar. Él aceptó, pidió nuevamente un silencio absoluto, y nos leyó lo que sigue:

Zambafusa N^o 15

Dedicada a
Desiderio Longotoma.

El caso es que la muerte toca el fonógrafo y este toque lo oye embelesado el almirante flotante. Visto lo cual me he asomado por la ventana de Judas y me he calado los anteojos negros. Pero es el caso que aquel hombre vio que los bombones estaban envenenados y atacaban la cabeza del viajero. Oí vagamente las trompetas celestiales y las cuatro armas falsas del barbero ciego. Le dije, entonces, al señor Lamoussset que fuera en busca de Laura y de Bedelia. Fue una larga busca hasta que al fin me preguntó:

—¿Es usted el asesino?

Junto con enunciar esta interrogación se oyó muy cerca de nosotros una marcha fúnebre en tres claves que produjo una larga sombra.

—¡No abras esa puerta! —gritó a Lamoussset.

—Bien —me respondió—, pero levante usted la tapa enseguida.

—Si quiere que la levante, deme entonces el pasaporte para el peligro.

—Ahí va —fue su escueta respuesta.

Salí rápidamente tras el ratón de los ojos rojos. Adelante marchaba un hombre hueco y por todas partes se oyó el rumor de las arenas que cantan y el estruendo de las rosas. Llegué y toqué el timbre. Una muy respetable anciana me abrió. Pregunté:

—¿Vive aquí el hombre que eludió el castigo?

Ella me miró y, al fin, me preguntó:

—¿Cuál? ¿El abominable hombre de nieve?

—¡Oh, no, señora! —me abismé—. Eso sería más extraño que la verdad.

Y esta señora, sin más, me alargó una mordaza que yo guardé debidamente aunque me pregunté varias veces qué podría yo hacer con esa mordaza...

Pensé largo rato y, al fin, descubrí que estaba Poirot en Egipto. Hacia allá me encaminé dejando la casa torcida junto al misterio de las siete esferas.

Este misterio lo he de descifrar algún día; aunque ello sea un enigma para tontos.

No pude contener mi exclamación:

—¡Más que admirable, gran Palena! Esa Zambafusa es sencillamente ¡sofocante!

Él me advirtió con seriedad.

—Veo que te has puesto en el caso de Desiderio Longotoma. Él va a encontrarla más que sofocante pues me he inspirado —y aquí estaba la dificultad— en los títulos de las novelas policiales que tanto él admira.

—¡Por cierto, por cierto! —fue mi contestación—. Y a usted, estimada Polinesia, ¿qué le ha parecido esta sin igual Zambafusa?

Ella contestó:

—No la oí porque estaba comiendo mi churrasco. Después me la leerás, querido, ¿quieres?

Eusebio Palena respondió solemnemente:

—Tú sabes, Polinesia, que jamás me atrevería a escribir ni la más mínima Zambafusa sin que ella tuviera el visto bueno tuyo.

—Entonces me llevarás al cine, ¿quieres?

—Tenemos tiempo todavía, tenemos el suficiente tiempo para que yo le diga a este viejo amigo algo de transcendencia suprema. Ello es lo siguiente: Las gallinas no quieren a sus pollitos.

—¡Cómo! —protesté—; no es posible; los defienden y los...

Palena respondió:

—No; eso no es amor. Si alguien o algo va en contra de ellos, ella, la gallina, ataca a ese algo como por un movimiento absolutamente instintivo. Esto "instintivo" está fuera de ella; subrayo lo que he dicho: está fuera de ella. Y esto es lo que la hace engrifar sus plumas y atacar. Pero ella no sabe nada; ella lo ignora. Debes pensar un poco en esto. Si lo penetras debidamente, ello te hará pasar el sofocón que te ha producido mi última Zambafusa.

—Así lo haré, mi gran Eusebio. Y ahora espero que tú escribas otra Zambafusa sobre este instinto gallináceo.

Respondió:

—No. Las Zambafusas planean en el casi éter. Esto que he dicho sobre las gallinas y sus pollitos es un tema filosófico que merece otra clase de atención.

—Irás a San Agustín de Tango y ahí podrás...

—Tal vez. Pero hay un inconveniente grande en esa ciudad. Es el mismo inconveniente que hay aquí; y en Santiago; y aun en el puerto, en Valparaíso; un inconveniente que se extiende a lo largo de todo el litoral chileno.

—¿Y cuál es el...?

Se puso adusto y me respondió:

—La cercanía de la cordillera de Los Andes.

—¿Cómo así...?

—Estos picachos siempre nevados e ininterrumpidos llevan a nuestra mente a soñar en cosas etéreas. De ahí vienen mis bellas Zambafusas. Para entrar en temas de alta filosofía se necesitan otros panoramas. Tal vez vaya a la República Argentina y ahí, en medio de sus

pampas y cerca de algunos gauchos, podré entrar en temas adecuados a la planicie, o sea, en temas filosóficos. Ahí escribiré sobre las gallinas y sus polluelos.

—Buen viaje te deseo, Eusebio. Lo mismo le deseo a usted, mi señora Polinesia.

Ella respondió:

—Yo quiero ir al cine ahora.

Él respondió.

—Sí; vamos al cine.

Yo dije:

—Que se diviertan ustedes mucho.

Ambos contestaron:

—Gracias.

Y se marcharon al cine.

86

Frente a mí se alza el volcán Llaima. Se alza solo, aislado, puro. Esparce a su alrededor un silencio que se extiende, que sube de su cumbre hasta las nubes, que baja por sus nieves, que llena todo su derredor. No hay gente, no hay nadie ni hay nada; la gente parece haber huido de su soledad; las hierbas y los árboles deben haberse escondido; animales...; rocas...; arroyos y ríos y demás... ¡Nada! Tú solo, nada más que tú, asentado sobre la nada, zafado de la cordillera, elevando tu grito callado más alto de lo que podamos ver.

Ahora he de escalarlo.

He de subir paso a paso. Pasaré una noche dormido en tu blancura. Aparecerá un nuevo día. Tu cumbre estará lejos, muy lejos; el cráter de tu volcán no será posible divisarlo. Porque todo se moverá junto a él; aparecerá una piedra y otra piedra y otra más. Estarán disfrazadas con nieve que suavemente me dirá que vaya a acariciarla. La acariciaré. Entonces su frío me tomará de la mano, del brazo, del cuerpo y me tenderá en el suelo ahora sin nieve.

Naturalmente, vacilé; naturalmente marché hacia atrás. Me dije que era imposible desafiar la soledad cuando se está solo como yo estaba. En vano grité varias veces tu nombre adorado:

“¡Colomba! ¡Colomba!

Su eco se perdía en la nada, hacía mil piruetas junto a mí y se elevaba e iba a confundirse con esas nieves, esas nieves terribles cuando se tocan, esas nieves tan hermosas cuando se miran de lejos. De lejos... Desde un refugio colocado en el sitio preciso, con amplios ventanales, buenas vías de comunicación, una taza de té o de café frente a uno, una taza cualquiera pero servida por una linda damisela que espera un piropo de nuestra parte.

¡Basta, basta de damiselas y demás!

Colomba, voy hacia ti.

Pero tengo la sensación de que mi cuerpo tan sólo va hacia ti, tan sólo mi cuerpo. Es por eso que veo la altura de este volcán estrepitosamente alta y lejana. Aunque la palabra “estrepitosa” no sea la que aquí convenga emplear. Pues estrepitoso se refiere a los sonidos. Cuestión de ver el diccionario y veré entonces...

¡Basta, basta de diccionarios y demás!

Estoy solo y perdido ante una altura que se eleva. No tengo medios de elevarme por esta inmensa blancura. Otras veces he podido elevarme por ella, he podido llegar al cráter y sumergirme por él sin haber experimentado ningún tropiezo, ninguna dificultad; y he pasado por grandes salones y he visto terrazas...

Hoy, no. Hoy soy un hombre cualquiera que mide sus míseras fuerzas frente a las inmensas fuerzas mudas de un volcán...

¿Qué me ocurrirá?

¿Qué puede ser esto?

Recuerdo el sueño que acabo de tener; recuerdo cómo gritaban todas esas gentes, cómo gritaban al unísono:

—¡Por el volcán Llaima! ¡Por el volcán Llaima!

Yo le obedecí a este sueño, cosa que no hago nunca. He seguido por un camino errado y, por eso, estoy aquí, mísero, solo, sin contacto con nadie ni con nada. El mundo de los sueños pasa en otra región que no me es dable penetrar. Pues, ¿qué he sacado en limpio? ¿Qué...?

Ya lo sé:

La ciudad de Temuco...; Eusebio Palena...; Polinesia Loncotoro y sus churrascos...; el bar de la Frontera...; las Zambafusas de Palena...; el volcán Llaima...

Mi espíritu no ha venido conmigo; he hecho viajar sólo a mi cuerpo y aquí estoy con sólo mi cuerpo... Mí cuerpo frente a la inmensidad de un volcán que nada me dice. Sin embargo tengo que treparlo, paso a paso, enterrándome en la nieve, cayéndome y, al ver, retrocediendo lo que he avanzado. ¡Qué horror!

Juan Emar... ¿Quién es? Claro está que lo recuerdo; es ese ideal que yo tengo que alcanzar. ¿Yo? ¿Quién es Yo? Puesto que Juan Emar es un ideal, un sueño, una nebulosa...

A Juan Emar debo llegar por etapas, por bien claras etapas, eso es: yo soy Onofre Borneo; de él debo pasar a Onofre Boroa; y de éste debo ir hacia la figura que veré frente a mí. Entonces me he de fundir en ella y seré, seré...

¡Idos, idos sueños absurdos! Onofre Boroa está a una distancia enorme de este pobre hombre que no tiene más que frente a sí, no tiene más que: nieve, nieve y nieve... que está sobre piedras y más piedras, cubriéndolas, disimulándolas, para atraernos con su belleza falsa, la belleza para ser mirada pero no para escalarla...

Sin embargo seguí caminando...

Sin embargo seguí ascendiendo...

Iba acurrucado en mí mismo, iba hecho un ovillo... Junto a mí era la más absoluta soledad acrecentada por la soledad que se acrecentaba por la soledad... Soledad, soledad, soledad... Y un enorme, un inmenso volcán frente a mí...

De pronto vi a un ser humano, lo vi claramente, allá, caminando en dirección contraria a la mía. ¡Bravo! ¡Nos encontraríamos! Me dije:

"¡Ha cesado mi soledad!

Pero ella no había cesado; ella se doblaba; ella se convertía en la quinta esencia de la soledad. Pues aquel ser humano... ¿era un ser humano, de verdad...? Vestía de chaqué con pantalones de fantasía y se tocaba con un alto sombrero de copa; en su diestra se arremolinaba un bastón de junco. Avanzaba sin percatarse de la nieve que lo rodeaba. Un ser humano no se viste de este modo en semejantes soledades y en semejante paisaje. Porque él no ve esta soledad espantosa; él va siguiéndolo que se lucubra en su testa.

¡Palemón de Costamota! Vacilé unos instantes. Estuve a punto de ir a su encuentro. Pero, ¡no! Me agazapé en un recoveco y así lo evité.

Hasta cierto punto. Palemón había visto todos mis movimientos y llegó al recoveco en que yo estaba agazapado. Se descubrió con arrogancia y alcancé a oír que decía:

—He de presentarme a vos, mi señor: Palemón de Costamota, un servidor imperecedero que se pone a vuestras órdenes.

Alargué mi mano y alcancé a susurrar:

—Onofre Borneo, también un servidor...

¡Salvado!

El aire se llenó de una música melodiosa que reconocí en el acto; eran los acordes de *El Bolero*, de Maurice Ravel. Un canto a muchas voces lo acompañaba. ¡Gloria, gloria!

Pasaba el hombre Martín Quilpué y silbaba. Iba rodeado por cientos, por miles de enanitos que cantaban y danzaban. Todos ellos trepaban hacia la cumbre del volcán. ¡No hay más, no hay más! ¡Seguirlos, seguirlos! La cumbre se acercó a mí; la nieve se convirtió en una inmensa carretera que sólo pedía ser hollada por pies que sostuvieran un buen optimismo allá arriba, allá en la cabeza. ¡Era mi caso! ¡Sí, mi caso! ¡Seguí, seguí al hombre Martín Quilpué y a su regimiento de enanitos!

En un santiamén crucé las tres cuartas partes de nieve —;sería, en verdad, nieve lo que había allí?— que aún me faltaban. Yo era el último en trepar y cantaba, con mi mala voz, ese canto que ya se ha convertido, para mí, en una verdadera liberación. Otra vez voy a gritar: ¡Gloria, gloria!

El hombre Martín Quilpué y sus enanitos llegaron a la cumbre. El hombre Martín Quilpué y sus enanitos se engolfaron por la boca del cráter. Yo los seguí de atrás y, así, pude lanzar un adiós a los restos de superficie que aún quedaban en mí.

Una galería se abría ante mis ojos. Era una galería plana, ancha. La vi adornada por todos lados. ¡Qué de bellezas había en toda ella! Pero no me detuve a considerarlas. Bajé, bajé con premura. Un grito, una orden sonaba en mis oídos:

“¡Colomba, Colomba!

El cortejo que hasta ahí me había acompañado, ya no estaba a mi lado. Había él tomado otra dirección. Estaba yo, pues, libre, ¡libre!

Rodé por esa galería. Antes me habría detenido para atisbar si veía a algún conocido mío; antes habría sido interrumpido por ese Palemón de Costamota que habría hecho girar su sombrero frente a mis ojos. Ahora... ¡no!

Rodé, pues. Y súbitamente me encontré frente a ella, frente a ti, mi Colomba adorada.

Y ahí caí; caí con mi cuerpo inerte. Mi cabeza era un torbellino de ideas que iban y venían. Yo no podía acogerme a ninguna, ellas volaban, se iban, se acercaban, me penetraban un tanto y recomenzaban su vuelo independiente. Yo las miraba. Yo ansiaba aquella paz.

Vino esa paz después de un largo rato; vino poco a poco; fue cayendo sobre mí con lentitud. Por fin me envolvió y de mí se fue explayando y recogiendo al mismo tiempo. Al fin no fuimos más que uno, uno solo. Alcé la vista y la vi:

Allí estaba, muda e inmóvil; una sonrisa erraba por su rostro. A ratos vestía de plata, a ratos vestía de oro, a ratos no sé cómo vestía. Sus trajes cambiaban siempre o ellos se hacían según lo que yo modulaba ante su sonrisa.

Hablé, hablé mucho. Me sentí fuera del tiempo. Vi la perfecta inutilidad de esos señores con cronómetro que trataban de medir el largo de mis palabras. Hablé, hablé mucho

sin pronunciar ni una sola palabra. Vuelvo a repetirlo y quiero insistir sobre ello: hay, frente a Colomba, otra manera de expresarse que toda ella pasa en el más absoluto silencio. Esto no es una paradoja que haga yo aquí. Recuerdo perfectamente que ya de regreso en mi casa, en Fray Tomate, me puse a hojear un libro de Piotr Demianovich Ouspensky, llamado *Tertium Organum*, y mis ojos cayeron en un párrafo que subrayé en seguida pues me pareció lo más adecuado sobre esta manera de expresarse con Colomba. Ouspensky habla en él de las "causas", del mundo de las causas. Dice así:

Es necesario, en primer lugar, repetir que es imposible expresar en palabras las propiedades del mundo de las causas. Todo pensamiento que se exprese sobre ellas en nuestro lenguaje ordinario será falso. Esto es, podemos decir en relación con el mundo "real" que *todo pensamiento hablado es una mentira*. Se puede hablar de él sólo condicionalmente, por índices, por símbolos. Pero si uno *interpreta literalmente algo de lo que se diga sobre él* no se tendrá como resultados más que absurdos. Hablando en general, todo lo que se diga en palabras sobre el mundo de las causas está expuesto a aparecer absurdo y no es en realidad otra cosa que una mutilación. Es imposible expresar la verdad; sólo puede darse un indicio de él, sólo puede darse un estímulo al pensamiento. Pero cada uno debe descubrir por sí mismo. "La verdad de otro" es peor que un mentira, porque es *dos mentiras*. Esto explica por qué la verdad a menudo sólo puede ser expresada por paradojas o incluso en la forma de una mentira. Porque, para poder hablar de la verdad sin una mentira, tendríamos que saber algún otro lenguaje, ya que el nuestro no es útil para el propósito.

Tal vez aparecerán aquí muchos absurdos, muchas mentiras para alguien que lea palabra tras palabra. Pero no fue así. Hablé—o hablamos—con una perfecta ilusión que estaba dirigida de una manera superior. Nada hubo de "una locura... hablar lo que venga"; no. Cada cosa caía de la anterior con una lógica absoluta y un mundo nuevo, una nueva concepción del mundo, se iba formando en torno mío.

Fui feliz mientras la veía, mientras te veía, mi Colomba. Sé que tú también lo eras al verme sumiso ante tu voluntad. Recuerda que, mi primera mirada, te hablé de mi pasado, de un lejanísimo pasado que hasta ese momento me acompañaba junto a mí, paso a paso, a todo momento, como un doble mío. Pero, al expresarme, ese doble desapareció y nosotros pudimos seguir adelante. Lo recuerdo muy bien; recuerdo que iniciamos nuestro entendimiento con una queja, una terrible queja mía.

Yo

Tengo que quejarme, Colomba mía; sé que tengo que hacerlo, aunque no logro precisar de qué debo quejarme. A veces me parece, otras veces estoy cierto, de que algo he olvidado y que, de pronto, lo voy a recordar. Pero no llego a recordar eso que se escapa y se escapa a todo momento.

Por cierto, ello me recuerda a Lorenzo Angol. Me ha dicho muchas, muchísimas veces, que él está seguro de que su vida es una concentración en este mundo y que, por lo tanto, ansía desconcentrarse. Para eso viaja, viaja, a sitios inverosímiles y llevando una finalidad no menos inverosímil. Ahora, tú lo sabes—porque tú todo lo sabes—está en Australia, cerca de la ciudad de Yalgoo, donde mister Sydney. Juntos han visto una serie de ornitorrincos y Lorenzo los revisaba y los daba vueltas entre sus manos para llegar a saber por qué don

Irineo Pidenco se saltaba una "r" al pronunciar su nombre. Al fin logró saberlo y era porque...

COLOMBA

Tú has venido hasta mí tras la paz, la paz laboriosa. Ella está a tu lado y sólo pide poder entrar en ti y que tú la recibas. Así podríamos ser tres los que nos hallamos en el fondo de la Tierra: tú, la paz, yo.

Yo

Es que junto a esa paz ronda, siempre ronda, una desgracia terrible. Creo que mi vida se va a reducir a esquivar esta desgracia. Porque no hay sitio para nosotros dos. Un hombre debe ocupar un solo sitio y que nada más haya junto a él. Mientras haya algo más, el hombre *no está*, el hombre no ha llegado a esa soledad que tú, mi Colomba, haces ver.

COLOMBA

Tú has venido hasta mí tras la paz.

Sí, yo había ido tras Colomba en busca de la paz. Había movido mi cuerpo hasta ella... Pero yo no había llegado. Vi la superficie como una enorme bestia erizada de tentáculos. Tentáculos largos, largos, que se prolongaban hasta el infinito. Yo me recluía en medio de ese pequeño círculo del centro de la Tierra. Y él era traspasado, a todo momento, por esas puntas que lo deshacían. Al fin se confundía con ellas; y yo vivía de añoranzas; yo sabía que había un sitio que quedaba indemne, separado, lejos, ese sitio donde tú reinas y donde yo amo ser tu esclavo sumiso.

Entonces la bestia se aleja. La bestia sigue con su vida propia. Nosotros, Colomba, no. Allá, allá la vemos agitarse llevando a los hombres en uno de sus tentáculos, volviéndolos al centro de ella misma, chupándolos con otro tentáculo, agitándolos a todo instante. Los hombres dicen, al verificar este movimiento:

-¡Ahora vivimos!

Yo quiero vivir de otro modo. Tú sabes cuál él es. ¡Llévame a ese otro modo, llévame, Colomba!

COLOMBA

Tú has venido hasta mí tras la paz. Deja que, en la paz, tu mente se exprese sin vacilaciones. No la fuerces, no la obligues para que diga esto o aquello. Déjala. Ya la paz está a tu lado. Ahora ¡fúndete en ella! Pero sin precipitarte; hazlo con calma. El tiempo es eterno ante nosotros. No lo midas con la ilusión de allá, de la superficie.

Yo

A todo momento soy atacado por ráfagas de extrema vulgaridad. Es un ataque directo, de frente. Ni siquiera viste con elegancia, con impecable chaqué y pantalones de fantasía; ya no veo su sombrero de copa hacer ondulaciones ante mis ojos. Ahora vienen esas puntas de la bestia llenas de cosas anecdóticas que yo me entretengo en medir su longitud. Claro está, puesto que son las cosas de nuestra vida diaria, del real vivir. Las he medido a todo momento, allá, naturalmente, allá en la superficie. Y miden, miden, mi Colomba, metros y más metros, miden kilómetros y más kilómetros, dan la vuelta a este planeta y, al darla, toman la cola de otra cosa anecdótica y entonces dan la vuelta juntas, bien juntas, del brazo, susurrándose... ¡Ya lo sé! Susurrándose nuevos caos anecdóticos, sí,

nuevos, porque no son perfectamente iguales a los anteriores, no, no lo son. Yo los anoto todos y... y... ¡a una carpeta! Voy a leerte una de estas notas. Voy a leerte una nota que hice sobre varios autores que he leído, sobre...

Te obedezco. Callaré.

COLOMBA

Tú has venido hacia mí tras la paz. No puedes entrar en ella como tú quisieras, entrar de golpe, no puedes hacer que, de golpe, cambie todo a tu alrededor.

No ha bastado ver los funerales de Onofre Borneo. Eran sólo los funerales de una intención tuya; eran, mejor dicho, los funerales que tú habrías querido ver. Ante su cuerpo encajonado, ese cuerpo —¿recuerdas?— que iba por calles y más calles, plazas y más plazas, todas iguales, todas con un gato inmóvil, ante su cuerpo yerto, apareció, lozano, Onofre Boroa. Tú querías matar a Onofre Borneo. Esperabas que apareciera, de pronto, Juan Emar. Pensabas en lo que acabas de decir:

“Un hombre debe ocupar un solo sitio y que nada más haya junto a él. Mientras haya algo más, el hombre *no está*, el hombre no ha llegado a la soledad...”.

Quisiste comerciar con la soledad:

—Os doy a Borneo; dadme, en cambio, a Juan Emar...

No te lo dieron. Te dieron a Boroa. Por eso vienes hasta este sitio en el fondo del planeta; por eso me ves. Luego Borneo te llama, te apresura, te inquieta; viene, entonces, la superficie.

Yo

Voy a la superficie porque deseo ir a la superficie; porque tengo mucho, muchísimo que ver en ella; porque allá encuentro a mis verdaderos amigos, encuentro a...

COLOMBA

Encuentras a Jesualdo Caguache.

Yo

¡Colomba! ¿No consideras tú que Jesualdo, sí, ese Jesualdo Caguache, es de un alto interés para alguien que es un observador profundo? Para alguien que sepa observar como yo, es decir, con penetración; no superficialmente. No te puedes imaginar todas las cosas que he visto a través de Jesualdo y también de su hermano, de Valentín. Comí, la otra noche, con ellos, en un restaurante que no estaba del todo mal, un buen restaurante, allá en la superficie. Es curioso, se me había olvidado esta comida, se me había olvidado completamente.

COLOMBA

Cuenta, Onofre, tus impresiones de esta comida; cuéntame lo que observaste en ese Jesualdo y ese Valentín. Voy a escucharte en silencio. ¡Habla, habla!

Yo

Te lo acabo de decir, mi Colomba: un olvido, un completo olvido. Tu presencia debilita mi memoria de cosas que no están a tu altura. Pero, bien; hablemos de mis recuerdos. Espera un momento; déjame contarte profundizando mis recuerdos; que ellos sean la expresión exacta de lo que hicieron nacer en mí. ¡Un momento, por favor! ...¡Yá!, ¡ya está!

Hablé, hablé mucho. Me embriagué en mis propias palabras que parecían no tener fin. Creo que hablé más profundamente que lo pensado allá, mientras estaba con ellos. *Era yo la lírica misma; o, tal vez, era yo su hijo; o, tal vez, su víctima.*

Pero mi retrato quedó bien, a tal punto bien que Jesualdo no habría podido jamás reconocerse; ni Valentín, tampoco. Ellos no habían sido temas para ser tratados en lírica. ¿Cómo podían serlo? ¡Imposible!

Empecé dividiendo a los hombres, al género humano, en grandes categorías, desde los genios hasta los mediocres, los tontos. En los genios puse a... a... en fin, puse a los verdaderos genios y no insistí mayormente en ellos pues temí caer en algunos errores que desvirtuaran esta clasificación. Para los tontos hice un gesto, nada más; en este gesto iban ellos por montones. Pues bien, Jesualdo y Valentín no estaban incluidos entre estos tontos. Jesualdo era un hombre inteligente, un hombre admirado por miles de personas; tenía hasta las rarezas de los hombres geniales y era altamente considerado por esas miles de personas; Valentín, también aunque no por esas mismas personas sino por otros miles.

Pero hablemos de Jesualdo; él era mi tema principal y, ante él, los tontos formaban otra categoría. Jesualdo era un beato, pero no lo era en el sentido de Fra Angelico ni de Fra Filippo Lippi; tampoco lo era en el sentido de Savonarola. Jesualdo lo era en otros momentos, cuando convenía, como lo son todos esos santurrones y mojigatos. Pero Jesualdo creía, creía firmemente y, por eso, iba en las procesiones orando en alta voz y, además, además, además... sus ojos van a todas partes para ver, para cerciorarse si todo marcha como es debido, como debe marchar... Tú me has comprendido, tú te darás cuenta claramente de una mentalidad semejante, ¿verdad? Es una mentalidad diferente a la de Valentín porque Valentín es un hombre serio, seriesísimo. No se le oyó la voz. Valentín medita sobre problemas de alta filosofía y dice, de cuando en cuando, dice...

Quedé en suspenso.

Jesualdo... Valentín...

El viento empezó nuevamente a ulular en torno nuestro. El viento casi deshizo ese fondo terráqueo. Callé; enmudecí.

—Colomba ahí estaba impertérrita. Bajé los ojos. Pude, tan sólo, murmurar:

Yo

En realidad empiezan a aparecer otras cosas de allá, de la superficie. Te he hablado de Jesualdo, te he mencionado a Valentín. Porque he hablado, hablado —¿me entiendes?— de ellos y el eco de mis palabras sonaba igual, idéntico al eco de mis palabras allá arriba. A veces he creído que me encontraba en la Taberna de los Descalzos, charlando y bebiendo con amigos. Tal vez no lo creas, Colomba, pero es la verdad: no te hablaba a ti y hasta había perdido la noción de que contigo no hay que pronunciar palabra alguna. Ellas, sin embargo, se formulaban; ellas traían recuerdos de allá y yo seguía tras ellos.

Sé, sé muy bien que todavía no he llegado a ese mutismo en que tan bien me entiendo contigo. Si oyes un murmullo, no le hagas caso; es la superficie que aun queda en mí. Ya se irá.

Es curioso, no obstante, cuántas cosas había olvidado; me hacen pensar en aquella amnesia de que fui víctima hace ya cierto tiempo. Es muy curioso, de verdad. Es, Colomba, un comienzo claro de amnesia; sí, lo es. Pues ahora veo que allá, en la superficie, he hecho muchas más cosas que las que llevaba en mi memoria. Tal vez las más importantes de todas ellas se habían ido; no venían aquí conmigo. Necesito de todo un proceso para que lleguen

a mí. A él voy a ir. Pero déjame hacerlo con calma; déjame, déjame. Ya no se oye rumor alguno entre mis labios; ya, parece, voy entrando a nuestro silencio.

COLOMBA

Exprésate lentamente. Deja que tu mente se descargue poco a poco. No podrás llegar plenamente a mí si en ella hay hilachas que quedan revoloteando.

Yo

Aparece Romualdo Malvilla, aparece en primer término. Luego aparece el doctor Gil Hualañé. Pero no sé, no sé, dónde aparecen ni a qué momento de nuestras conversaciones debo referirme. Allí están, sin embargo. No, no están juntos, no ha sido una charla que hayamos tenido juntos. Primeramente está ese buen amigo de Malvilla; luego está el doctor en su consultorio; la vez que he ido a consultarlo sobre mi neurastenia. Pero hablemos de Malvilla; él se antepone; él insiste en ocupar el primer lugar en mis recuerdos.

COLOMBA

Ya no hay rumor alguno en tu boca; ya estás en el silencio mismo; ya podrás hablar —¿te choca que me exprese así diciendo “hablar”? —y podrás evocar los recuerdos que ha de traerte Malvilla. Onofre Boroa, te escucho.

Yo

Sí; soy ahora Boroa; siento ya que Borneo se ha marchado lejos, que ha quedado allá en la superficie. Están, pues, Onofre Boroa y Romualdo Malvilla, están en la calle de la Parroquia, un día que fui a verlo, un día que se había perdido en mis recuerdos, un día que no puedo clasificarlo en los días de la superficie. Malvilla, desde que ha dejado el alcohol, recibe de otro modo y sabe crear un ambiente adecuado con su sola presencia. Por eso lo quiero enormemente y todo lo que dice, aun lo que insinúa, adquiere para mí un alto interés.

Malvilla sonrió, llegó hasta reír y me dijo:

—Me estoy acordando de Ramiro Lampa, es decir, como tú puedes ver, me estoy acordando de aquellos tiempos ya pasados. Fue a raíz de una de nuestras acostumbradas borracheras, en el San Lito, una vez que, ya no sé por qué, nos enfadamos y discutimos gritando. Al día siguiente amanecí furioso en contra de Lampa y me prometí decirle cuán estúpido había estado la noche anterior. Minutos más tarde lo encontraba pues llegué hasta su propia casa. Le hice una larga visita y, en ella, de todo se habló menos de la riña que era el objeto que yo llevaba entre ceja y ceja. No toqué este punto ni por una sola vez; fui amable, fui cordial con Lampa. Conversamos de otras cosas, cosas ajenas al asunto que me había llevado hasta él. Luego, cuando me retiré, encontré que me había conducido de manera inadecuada. Luego encontré que me había conducido admirablemente bien y que, este comportamiento, era el comienzo de un lindo camino que se abría ante mí.

Yo pienso así, mi Colomba, aunque, de verdad, no lo había formulado nunca de esta manera. Ahora vengo a verlo, ahora veo las fuerzas que a todo momento gastamos inútilmente; ahora veo cuantas fuerzas nos implanta ese trago que tomamos desordenadamente. ¿No lo crees tú, Colomba?

COLOMBA

Si tú lo crees con sinceridad, así tiene que ser. Pero no lo olvides en tu vida diaria. Lo que hablamos ambos debe quedar en ti y formar parte de tu naturaleza. Sigue recordando a Malvilla, sigue.

Yo

Momentos después me preguntaba, o se preguntaba a sí mismo; tú sabes, es el leitmotiv que ahora lo abrumba; lleno de una honda preocupación: "¿Por qué se sufre en este mundo? ¿Por qué se hace sufrir?".

Yo agregaría a estas preguntas otras preguntas más.

"¿Por qué culpamos siempre a un hecho externo de los sufrimientos que vienen hasta nosotros?"

Yo, Colomba, no creo que sea así; creo que los sufrimientos están en nosotros, están girando y girando, a veces lejanos, a veces cercanos, a veces haciendo su presa de uno mismo. Y según dónde ellos se hallen, lejos o cerca de nosotros, así encontramos que es la vida que nos rodea. Y la vida es siempre igual; la vida no cambia. Si nuestro modo de ser es positivo, todo nos aparecerá de manera positiva. ¡Todo, todo! Aun la muerte, Colomba. Es por eso que hay seres que han muerto con la sonrisa en los labios.

¡Es lo que yo quiero, Colomba mía!

A tu lado siento claramente la posibilidad de morir así; a tu lado, créemelo, lo deseo y veo a esa sonrisa llegar hasta mí. Pero yo te hablaba de Malvilla, de ese bueno de Malvilla. No creas que va a salir ni un solo sonido de entre mis labios. Ellos están bien así, cerrados, nutriéndose de lo que hacen crecer tus ojos. ¡Mírame, Colomba!

Pero sigamos con Malvilla; este silencio que tú creas aquí en el fondo de la Tierra es propicio para ello, él hace renacer lo que se había escondido en mi memoria y hace que yo lo retenga definitivamente.

Malvilla me ha dicho, aquella vez que estuve con él en su casa, esa vez que había olvidado:

—Onofre, el único animal cruel que existe en el mundo es el hombre. Es el único que se place haciendo sufrir. Los demás no lo son porque en ellos no existe la conciencia de hacer sufrir. Veo en esto una verdadera calamidad que hay que vencer. He aquí el destino nuestro: vencer estas calamidades pues, en su vencimiento, hay una esperanza de grandeza.

"Esto lo sabe Palemón de Costamota. Él insiste en que este sufrimiento sea claro en la conciencia. Conozco todas sus artimañas. Conozco la manera que tiene para venir a nuestro lado; a veces, como en tu caso, es la amabilidad misma; otras veces es la dureza, otras, la indiferencia; en fin, las conozco todas. Por eso ya no lo frecuento más. A mí se acercaba fingiendo una gran indiferencia; pero esta indiferencia estaba cargada de bebidas que, estando con él, llegaban a mí sin saber cómo. Total: terminaba ebrio cada vez que me separaba de él. Cuando fumé fue muy diferente; ponía el acento en el opio y me decía y me hablaba de los terrenos que nos llevaba a explorar, terrenos que estaban tan altos que nosotros mirábamos con una sonrisa, diría, divina.

"Aquí ponía el acento, en esta palabra de "divina". Pero lo ponía con suma negligencia. Yo gustaba de su charla, esa charla que cortaba para fumar otra pipa más. Cada vez que me hablaba, yo me preguntaba cómo había sido posible que hubiera caído en ese tan estrepitoso desorden que causa siempre el alcohol. En él, en este desorden lleno de movimiento y de griterías, veía yo el ansia de hacer bulla para que nada del otro mundo llegara hasta nosotros. Esta bulla espantaría a toda visión del más allá; esta bulla no dejaría que nosotros nos pusiéramos a pensar por qué, en este mundo, se sufre y por qué se hace sufrir. En cambio con el opio era cosa muy diferente pues comprendía claramente que nuestra conciencia racional no es más que un aspecto de lo que ella es, de lo tanto mayor que puede ser. Vivimos con una puntita de conciencia y creemos que ella es inmensa.

Así me conversaba Romualdo Malvilla. Yo lo oía con sumo interés y trataba de no perder ni una de sus palabras. Luego las perdía todas, todas, ahora lo veo, mi Colomba; todo eso que me decía él casi se ha ido para siempre de mí mismo. Casi se ha ido... Tú, Colomba, lo has detenido y los has vuelto a su sitio.

Colomba, ya voy entrando a tu mundo. Ya veo lo que bulle allá alejándose, desintegrándose. Pero necesito hablarte aún de mis recuerdos. Quiero estar frente a ti sin nada que me distraiga, quiero ser puro.

El doctor Hualañé me ha dicho cosas que creo de un alto, de un muy alto interés. Déjame recordarlas.

COLOMBA

¿Has terminado con Malvilla? Recuerda que con él estuviste largo rato charlando. Tú lo sabes, ¿no es verdad? Oigo su voz. Ha dicho más cosas, sí, las ha dicho.

Yo

Tienes razón. No quiero hacer con estas conversaciones que acabo de tener, algo como he hecho con mis carpetas que tanto tiempo han dormido en un cajón. La voz de Malvilla se me ha vuelto a imponer. Escúchame, Colomba.

COLOMBA

Vuelvo a ser nada más que oídos.

Yo

Seguimos ambos en la calle de la Parroquia. Sólo que no sé cómo hilvanaba nuestra charla. Ya te he dicho muchas veces la dificultad que encuentro en aislar esta marcha, tú me comprendes, la marcha que toma una charla para no ser más que una a pesar de haber tocado todos los temas imaginables. El caso es que Malvilla me está diciendo en un momento dado:

—La vuelta del hijo pródigo no es más que el restablecimiento del equilibrio de las leyes naturales. Es volver a que las cosas sean como ellas deben ser; es decir, inmutabilidad. No debes confundir esta palabra con la palabra: "detención".

—Es claro —le respondí—, jamás esa detención que has nombrado. Sé muy bien que todo, todo se mueve, que todo está en continuo movimiento, que cada minuto que pasa ha sido diferente al minuto anterior. Debemos estar alertas a estos cambios que impiden que los hombres se detengan en la vida.

Entonces Malvilla exclamó:

—¡Es lo que hacen los hombres, la mayoría entre ellos! Yo no lo hice. Aun en mis peores borracheras, aun cuando mi cuerpo caía por el suelo, había una voz en mi conciencia que me decía que por ahí, por esa caída, de pronto se abrirá una puerta que me mostrará otro universo grandioso. Entonces quedaba en espera de esa puerta, quedaba en espera de verla materialmente y hasta me acercaba a una puerta cualquiera y la palpaba con la idea de que ella pudiera ser la que acababa de entrever en mis sueños de ebrio.

—Por cierto, no era esa puerta. Me incomodaba y hasta me enfurecía en su contra y culpaba a la puerta misma, a sus batientes, a sus postigos, a toda ella, y la insultaba. ¿Te das cuenta, mi querido amigo, qué espectáculo debo haber hecho?

—Esto era casi todos los días, casi todas las noches. En ese estado yo me bifurcaba, se creaba un doble en mi persona que mantenía un diálogo con otra parte de mí mismo. A veces entraba en esta conversación una tercera persona, yo no sé quién sería; era una persona cambiante que, sin embargo, tenía algo de característico que no cambiaba nunca:

era empecinada, testaruda, una persona que hacía todas las cosas a su manera y jamás entraba en razón. Yo le decía cientos y hasta miles de veces:

“—¿No te he dicho que hay que hacer las cosas de otro modo, que hay que hacerlas así y así...?”

“La persona fingía escucharme con atención, luego se ponía a la obra y nuevamente lo hacía todo al revés. No había caso, no lo había. Era algo en realidad insoportable. Luego esta persona se marchaba y allí quedaba yo tendido en el suelo. Entonces una voz lejana, muy lejana, me preguntaba.

“—¿Y tú, Romualdo, y tú? ¿Te basta con que una vez se te diga algo para obedecer de inmediato? ¿Cuántas veces te has dicho tú mismo y te han dicho algunos buenos amigos, que no bebas más, que dejes, por fin, esta bebida? No obstante reincides y reincides a todo momento, con o sin pretexto...”

Después, mi Colomba, Malvilla me explicó que esta lucha consigo mismo era cosa de cada vez que bebía. Así hicimos memoria de las borracheras pasadas, del San Lito, de Las Tres Chimeneas y qué sé yo de cuántas otras partes. Fíjate, Colomba, que hasta recordamos aquella vez que estábamos, rumbo a Antioquía, en la catedral de Curihue... ¿Recuerdas tú, mi Colomba? Esa vez que éramos llevados por el chino Fa. Todos nos sentíamos pletóricos de valor y de audacia, todos, menos el bueno de Malvilla que se hallaba completamente ebrio.

Reíamos ambos recordando ese pasado, reíamos como si hubiesen sido otras personas las que hubiesen sido sus protagonistas.

Pero ya te he hablado bastante de Romualdo Malvilla. ¿No lo crees tú? Siento que su visión se me escapa, que quiere marcharse. Siento que esa amnesia mía me volvería a tomar si sigo hablando sobre él. Espera un instante, Colomba. Sí, sí, Malvilla se ha marchado y ha dejado su sitio a otro recuerdo mío de la superficie.

COLOMBA

Haz pasar a esa persona que ahora se presenta ante ti, deja que Malvilla siga su vida. Ya te ha hecho una visita, ya te ha borrado la idea de una amnesia verdadera. Una amnesia, una amnesia... Creo mejor que la llamas una distracción de tu parte. Tú no miras todo lo que te ocurre en la vida pues tu mente está ocupada en lo que me irás a decir a mí cuando, como ahora, te encuentres aquí en el fondo de este planeta y me tengas a mí para escucharte. ¿No es verdad?

Yo

Sí, tal es la verdad. Vivo, Colomba, a destiempo; cuando estoy allá, en la superficie, vivo pensando en este fondo de la Tierra; cuando ya estoy en él arrobado ante tu visión, mi mente se va a la superficie y empiezan a aparecer miles de recuerdos de lo que he vivido. Ahora, por ejemplo, Malvilla se ha marchado y yo estoy en la calle del Escapulario con el doctor Hualañé. ¡Oh, qué gran persona es este doctor Hualañé!

COLOMBA

Sí, es una gran persona. Me gustaría tanto oír algunas palabras sobre él. Onofre, te escucho y recuerda que tu nombre es Boroa y no es Borneo.

Yo

El doctor Hualañé trabaja solo en su consultorio. El doctor Pitrufrquén ha salido. La salita de los azotes está vacía. Hay calma, hay paz. Un aire de sobriedad me inunda. Él me recibe alegremente y, sin dejar su asiento frente a su gran escritorio, me explica:

—Es algo curioso, amigo mío, cómo toda buena organización se divide en tres seres actuantes, en tres grupos de seres actuantes. Vea usted lo que dice al respecto Erich Kahler, en su *Historia Universal del Hombre*. Habla de la sociedad cristiana en la Edad Media y escribe al citar a Wyclif:

La iglesia está dividida en tres partes, predicadores, defensores y... trabajadores...

“Luego Kahler habla de Lutero y de su doctrina revolucionaria. Dice, al respecto:

La Reforma fue el primer lugar de reunión de estos tres elementos, el noble, el campesino y el burgués...

Entonces el doctor me dijo:

—Una igual división en tres he hecho de nosotros los médicos: los investigadores, los clínicos y los catedráticos. Los primeros viven en sus laboratorios; los segundos ven a los enfermos y deben tener ese ojo clínico que los guíe; los catedráticos deben tener el arte de enseñar, de saber transmitir a sus alumnos lo que se sabe hasta hoy. Creo que he sido con usted, mi amigo, un buen clínico la vez que ha venido a consultarme. Usted sufría de una neurosis al parecer agudísima. Mi ojo clínico no me engañó. Lo que usted necesitaba era una conversación ajena a ella, una buena conversación y nada más. ¿No es así?

Le contesté de inmediato:

—Sí, doctor, era así y nada más que así.

Entonces, mi Colomba, fui tomado por una verdadera labia que cayó en mí súbitamente. Yo me admiraba de ella y el doctor Hualañé se regocijaba al ver mi propio estupor. Pero ahora, ¿podré repetirla? Es lo que yo querría, Colomba; querría ser tan elocuente como fui la vez que estaba en el consultorio solitario del doctor. Ahora también estamos solos, ahora hay una paz mucho mayor que la que había allá; ahora todo converge para que mis labios se desaten y brote en mí la palabra.

Pero no puedo, Colomba. Hay algo que me impone el silencio y que me distrae apenas quiero expresarme. ¡Óyelo tú mientras yo me recojo y callo!, ¡Óyelo, por piedad! Mi mente estará con el doctor Hualañé.

Fijé mis ojos en los de Colomba. En un momento, o acaso en años, reapareció mi visita donde el doctor. Había olvidado muchas cosas de que habíamos hablado. Ahora volvían a mí, volvían nítidas, claras; había pasado aquella amnesia cotidiana que a todo instante me acompaña. El doctor Hualañé me decía y yo, sin pronunciar palabra, se lo comunicaba a esa bella y hierática mujer que allí se alzaba frente a mí; se lo comunicaba a Colomba. Y Colomba sonreía, sonreía siempre:

Estaba yo en la calle del Escapulario; estaba cómodamente sentado en un sillón; tras la mesa, el doctor, que ya había cesado su trabajo, me hablaba y yo oía su voz:

—Los regímenes y los regímenes... ¡Qué majadería se hace con ellos! Pero, amigo, es

por la salud, no lo olvide usted, es por la salud, palabra intocable. Esta palabra los une a todos y ante esta palabra los clientes obedecen como ante un sortilegio. En las escuelas de medicina debería haber un curso especial para el uso de esta voz... a la cual hay que agregar la de los regímenes, sobre todo los regímenes alimenticios. De ahí no hay más que un paso para entrar en la farmacia. Entregará usted su receta, o bien pedirá usted un tónico o unas pelotillas que ha de engullir a tal hora, antes o después de las comidas... En fin, querido amigo, es ésta la eterna historia.

—Doctor —le dije yo—, algo he pensado sobre estas idas y venidas a las farmacias y he visto, claro está que en imaginación, a un terrible facultativo empujando a cada cliente hasta hallar el tónico o las pelotillas o lo que sea.

Luego seguimos nuestra charla. El doctor vino a arrellanarse junto a mí y durante largo rato me habló así:

—Hablabamos de esos regímenes y también de los médicos y de su clan. Felizmente, amigo, es un clan inconsciente pues ellos actúan con perfecta buena fe. ¡Cuánta gente hay hoy día que está sujeta a un terrible régimen alimenticio! Tras cada una de estas gentes hay un farmacéutico que lucra y, no hay que culparlo, pues también lucra de buena fe. Y en todas partes, en todas, casi sin excepción, se come sano y se come bien; se sabe perfectamente lo que es necesario comer y hasta beber, lo sabemos, como sabemos también, lo que es nocivo comer y beber. ¡Hasta Malvilla lo sabía! Lo sabía y luego bebía y bebía porque, porque... Aquí está la cosa, amigo mío. Malvilla bebía para evitarse el terrible, el espantoso tormento de tener que enfrentarse con los problemas de todos los días. Me refiero a esos problemas cuyo origen está en el otro mundo, me refiero a esos llamados que pasan cerca de nosotros y que nos detienen algunos instantes para que encaucemos nuestra vida de otro modo.

Ahora bien, amigo mío, hay personas que no sufren de nada, hay personas que vivirían dichosas si no se preocuparan de los regímenes y confiaran en lo que se come en todas partes.

Pues bien, esas personas andan con una obsesión dentro de ellas. Tiritan si, por casualidad, han comido tal o cual cosa, si han bebido un vaso de agua fuera de las horas por ellas ya fijadas. Esas personas llegan a este consultorio y me comunican sus terribles preocupaciones. Usted sabe el resto de estos casos: el cuartito que allí tengo y los látigos que cuelgan de sus muros... ¡Santo remedio! Después se les da a estas damas —porque he de decirle a usted que son sobre todo damas las que hay que encerrar en él— una breve explicación de lo que ha sucedido; las damas escuchan, luego sonrñen satisfechas y se marchan a comer según el apetito que sientan. Y nada más.

¡Ah, qué cantidad de gente curiosa viene a verme, amigo mío! El otro día se ha presentado a este consultorio un señor de mediana edad que, tal vez, usted lo conoce; pero el secreto profesional... usted ha de comprender...

Este señor quería charlar conmigo, cuestión de cambiar las opiniones que tendría yo sobre el hecho que lo preocupaba. Este hecho era su marcha por la vida; también era el de la marcha de los demás seres por esta vida. Los veía vivir y, de pronto, con gran consternación de su parte, los veía morir. Meditaba este sujeto sobre este hecho fatal: la muerte. Yo en vano trataba de consolarlo contándole la historia de mi arpón, aquel arpón que no se movía de su punto siguiéndome a mí paso a paso. Le dije que, al fin, me había aburrido con él y que, un buen día, lo había cortado. Le dije además que ahora me sentía un hombre libre; que algún día llegaría el día de mi muerte y que yo bendeciría su llegada.

Este sujeto me escuchó en silencio. Al fin me dijo:

—Es que usted no considera el problema como lo considero yo.

—¿Y cómo lo considera usted?

Me respondió:

—Ahora verá. Veo un gran escenario de una feria; es un escenario de tiro al blanco o algo muy parecido. Hay una serie de individuos frente a él, cada uno con un rifle de salón y se divierten apuntando y disparando. Disparan sobre una cantidad de monitos que suben por una cortina movediza que gira y gira lentamente hasta llegar a la altura y allí da una repentina vuelta de modo que los monitos desaparecen al instante. La gente ríe y ríe y hace fuego. Un monito es alcanzado por una bala y es despedazado. Suben, entonces, sus restos y allá, en lo alto desaparecen.

“Doctor —me agregó este sujeto—, yo miraba indiferentemente esta especie de juego que, por lo demás, encontraba bastante sin gracia. Pero, de pronto, pensé que yo era uno de esos monitos, que así pasaba nuestra vida, que así corríamos todos hacia la muerte; esta muerte se me figuró estar allá en la parte alta; ¡felices los que llegaban hasta ella y no eran destrozados durante el camino! Me miré de alto a abajo, retracté mis músculos, respiré con hondura, eché una mirada a mi alrededor. No me cabía la menor duda: yo estaba en plena juventud aún, estaba en la mitad de una hilera de monitos que subían. Doctor, me sentí feliz.

“Las primeras filas iban muy adelante. ¡Cuánto faltaba aún para recorrer toda aquella distancia! Pues es algo estupendo ir al medio, con gente delante de nosotros; con gente detrás de nosotros. Le aseguro a usted, doctor, que cualquiera puede abarcar no menos de unos 60 años de buena amistad. Hay 30 años de juventud tras uno; hay 30 años de madurez delante de uno.

“El mundo se ve poblado, repoblado. Se ve la vida surgir por todos lados. ¡Qué maravilla! Usted, claro está, me dirá que no debo olvidar a esos compañeros míos que, rifle en mano, se divierten en hacer fuego. Claro está, doctor, no los olvido. Pues acaba de caer uno de los monitos; adelante ha caído otro; atrás, otro más. Pero el total sigue, sigue.

Así hablábamos ambos. Yo te digo lo que escuchaba de boca del doctor. Pero era animado con mi propia labia. ¡Qué bien charlábamos ambos! Es curioso, Colomba mía, cómo tú haces revivir lo que yo había olvidado, todo aquello que había caído en una profunda amnesia. Ante tí veo con diáfana claridad cuántos, cuántos personajes hay en mí; ante tí comprendo y vivo aquel dibujito de Lorenzo Angol. ¿Lo recuerdas? Era una raya que, al final, se bifurcaba; era una serie de rayas, entonces. El hombre vivía en todas ellas pues todas ellas eran su propio yo. Pero la conciencia se había fijado en una de ellas, nada más que en una. Lorenzo añora las rayas que le son inconscientes. De ahí sus deseos locos de desconcentrarse para aumentar el radio de su vida que piensa y que siente.

Es lo que me ocurre contigo, Colomba; ante tu presencia se amplía mi visión. ¡Vivo más!

Pero dejemos que surja en torno mío aquella conversación con el doctor Hualañé. Conversando y conversando llegamos a Lorenzo y el doctor me narró las largas pláticas que ambos habían sostenido varias veces. Yo lo ayudaba todo el tiempo; yo hablaba tanto como hablaba él. Pues habló de Ouspensky que, tú sabes, es uno de los autores favoritos de Lorenzo; habló de sus largos viajes que, de pronto, emprende en busca de, en busca de... ¿De qué será? No lo sé y creo que tampoco Lorenzo lo sabe. Hoy, tú sabes, se halla en Australia tras de los ornitorrincos. El doctor comentó un momento de su viaje a Ceilán,

cuando Lorenzo quedó en éxtasis frente al Buda de los ojos de zafiro. Me citó esa frase de Ouspensky que es como un leitmotiv de Lorenzo. Ella también ha pasado a ser un leitmotiv mío. Déjame repetirla:

Todo lo que era pequeño, superfluo, perturbador y molesto subió a la superficie y se alejó bajo su mirada.

Y voy a repetirte la otra frase que viene a punto cuando estoy frente a ti, mi Colomba:

Toda la oscuridad que se levantó de las profundidades de mi alma pareció aclararse. Era como si la cara del Buda me comunicara su calma. Todo lo que hasta ahora me había preocupado y me había parecido tan serio e importante, se hizo tan pequeño, insignificante y tan poco digno de atención, que me quedé sorprendido de que antes me hubiera podido afectar. Y sentí que no importa lo agitado, perturbado, disgustado y desgarrado por contradictorios pensamientos y sentimientos que un hombre pudiera estar al llegar aquí, se alejaría en calma, tranquilo, iluminado, *en capacidad de comprender*.

Comprenderás, como ya te lo he dicho, que la finalidad de mi amigo es la contemplación. Busca y busca algo que lo sumerja en ella y le haga olvidar lo que lo rodea. Necesita una mujer como tú, mi Colomba, que lo saque de su vida cotidiana. Mas eso pequeño y perturbador, de que habla Ouspensky, lo persigue siempre y lo distrae de esa contemplación. Porque lo pequeño vuelve y vuelve siempre, ataca a todo momento. Hay veces que yo no puedo delimitar debidamente a Onofre Boroa de Juan Emar. Ellos se me confunden y, al final, no forman más que una sola persona.

Se me confunden... Como ahora, Colomba... Ahora todo se ha confundido en mi mente. Tú misma te volatilizas y te pierdes en la nada. Es acaso esa amnesia que empieza a atacarme de nuevo.

Callemos, callemos un rato. ¡Silencio!

Te hablaba yo de mi visita en casa del doctor Hualañé. Lo veo claramente al doctor en su amplio sillón. Y me veo yo, frente a él, conversando; me veo como si fuera otra persona. El doctor le habla; Onofre Boroa escucha e interrumpe a cada momento. Ambos charlan. Y charlan de Lorenzo Angol, de las largas pláticas que han tenido por todas partes. El doctor me dice:

—Recuerdo muy bien las especies de confianzas que Lorenzo me hacía a menudo. Justamente son las mismas que le ha hecho a usted, amigo mío. ¡Qué hombre atormentado es él! Pues es muy duro, muy arduo, este camino que a su final muestra la palabra: "Contemplación".

"Estábamos una noche en la Taberna de los Descalzos. Lorenzo me hablaba de lo que era su vida; él la tildaba como una vida de un aburrimiento permanente. En sus mejores momentos había sentido el hastío en sí. Pero siempre había brillado una luz que no lograba ubicar. Era por eso que había viajado tanto: había estado en Europa varias veces, luego había llegado a la India, a Egipto y qué sé yo. Ahora está en Australia. Había sido una marcha continua hacia esa luz que se esfumaba cuando se acercaba a ella.

"Las mujeres se lo habían hecho más palpable. Sobre todo era después del coito, pues creía que el coito tenía su finalidad en sí. Tratar de prolongarlo con una amistad ideal, con una ternura infinita, con un afecto no desmentido, era falsear aquel acto.

“Luego me habló de Lumba Corintia y me aseguró que era ella un sueño y que, cada día, se transformaba más y más en un sueño verdadero. La había visto en el fondo de la Tierra. Y el pobre Lorenzo se preguntaba qué era lo que en realidad había visto. Llegaba a la conclusión de que él no sabía o no podía vivir con sueños. Volvía donde Benilde y verificaba que era algo más dulce y más real acariciar sus manitos entre las suyas.

Así me habló el doctor Hualañé sobre Lorenzo Angol. Todo ello había pasado al olvido de mi conciencia; todo ello era, sin duda, vivido por otra parte de mi ser. Pero tú, mi Colomba, lo has traído a esta parte. Debo agradecerte. Era ello lo que faltaba para estar plenamente a tu lado unidos por el silencio.

Ya me siento plenamente junto a ti. Quiero contemplar tus ojos; quiero contemplarlos y dejar que los míos expresen todas las cosas que bullen a mi alrededor.

Para eso pido silencio. Para eso me doblego al silencio que tú me impones.

Todo eso que te he contado del doctor Hualañé debió haber sido recordado por ese Onofre Borneo. Ya lo recordé; ya me siento puro y libre para inclinarme ante ti.

Me inclino. Y reine la paz, ¡la paz!

88

Ahora, en esta paz, no hablemos. Dejaré que se abra la compuerta de mi mente y salga y se desparrame todo aquello que en ella se hallaba detenido.

Callemos, Colomba. Dame tus ojos. Así me expresaré. ¡Oye!

Yo

Creo que todos mis conocimientos están dispersos. A veces alcanzo a vislumbrar un “todo” que los contiene; pero este “todo” se me escapa. Y yo quiero llegar a él; quiero poseerlo. Pues, ¿qué ambiciono, qué busco? Hay sólo una, nada más que una respuesta:

¡Conocer!

Avanzar por este sendero pero avanzar sin jactancia, sin hablar. Avanzar en el silencio. ¿Me has comprendido? Colomba, hay que desprenderse de cuanto nos rodea; hay que fijar en otro sitio el punto por alcanzar. Ir a él, entonces; ir a él con lentitud, sin el menor asomo de apresuramiento. Ir como estoy ante ti, mi Colomba. Así huir del bullicio del mundo.

Este bullicio no se evita enclaustrándose. Este bullicio se nos introduce por partes increíbles y, de pronto, vemos llenos de sorpresa, que estamos haciendo tanto bullicio como el de una calle populosa. Es lo que me sucede con la literatura.

Porque me falta ese punto único que todo lo contenga. Si lo tuviera... ¡oh!, entonces me entregaría totalmente a él.

COLOMBA

Acabas de decir: “con lentitud, sin el menor asomo de apresuramiento...”. Te lo repito para que ello te penetre bien. Así debes revisar todas tus carpetas.

Yo

Está el miedo de introducirse “anticipadamente” en algo... Es algo horrible, mi Colomba. Pues quisiera no escribir más, no lucubrar más sobre lo escrito, sobre lo que hay que escribir. Ello está rodeado de mil fantasmas malignos que acechan, que susurran

anticipadamente las opiniones y los comentarios que uno hará surgir. Los veo a todos estos comentaristas; algunos se aproximarán y me felicitarán. Tras él yo veré que ese sujeto ha de pensar que conmigo se podrá hacer una cofradía... Otros, más cautos, averiguarán qué ha opinado sobre mis escritos don Fulano y don Zutano... Otros maldecirán en nombre de..., de cualquier cosa, de algún principio que se les ha inculcado desde la más tierna infancia. Todos contribuirán a meterte en el círculo de los comentados. Todos te mostrarán con el dedo y murmurarán en voz baja para que no los oigas:

—Otro que ha querido surgir...

Yo vivo fuera de todo eso; en todo caso, quiero vivir fuera de todo ello. Ahora te hablaba de la literatura; igual cosa me ha ocurrido con el amor. Era uno de los temas que me obsesionaban pues a través de él quería encontrar algo que no atino a definir. Entonces miraba la naturaleza... Y la naturaleza se iba, se alejaba y yo quedaba nuevamente ante una interrogación.

Ahora Diana ha disipado esta interrogación; Diana ha dado, sin saberlo, inocentemente, una respuesta: debo buscar en mí y nada más que en mí; debo volver los ojos hacia mi interior y, si ello es posible, ayudar de lejos al objeto de mi amor.

COLOMBA

Tú olvidas a menudo el objetivo de tu marcha en la vida. ¡Todos tenemos un objetivo! El tuyo es Juan Emar. Ahí está Juan Emar esperando que le entregues lo que él ha de firmar. Onofre Boroa debe ser quien lo escribe y debe tratar de ser eso, de ser la sinceridad absoluta. Así ha de llegar un momento en que tú puedas fundir a los dos personajes en uno solo. Otra vida te aparecerá.

Yo

¿Y Onofre Borneo? ¿Qué debo hacer con él?

COLOMBA

Onofre Borneo... ¡Déjalo, déjalo que se desintegre siguiendo lo que ha de ser su destino! Él busca por otros caminos cuya sola percepción interrumpe la obra de Onofre Boroa que va hacia Juan Emar. ¡Déjalo! Él verá el mundo de los elementales; este mundo te atrae un tanto, ¿no es verdad? Tú has leído a Franz Hartmann y has subrayado un párrafo de su libro *Magia Blanca y Negra*. Allí decía Hartmann:

Los elementales forman los temibles moradores en el umbral que impiden la entrada en el paraíso del alma. Los ocultistas atribuyen a los elementales formas de culebras, tigres, cerdos y lobos; pero como suelen ser la resultante de una mezcla de elementos animales y humanos, no revisten formas exclusivamente animales sino que aparecen como animales con cabeza humana o como hombres con miembros de animal en infinidad de formas, porque infinitas son las entremezclas y correlaciones de la lujuria, codicia, amor sensual, ambición, cobardía, miedo, terror, odio, orgullo, vanidad, presunción, estupidez, voluptuosidad, egoísmo, celos, envidia, arrogancia, hipocresía, astucia, falacia, imbecilidad, superstición, etc., y etc.

En ese mundo ha de vivir Onofre Borneo. Tú, Onofre Boroa, has de volverte de cuando en cuando hacia él y recordarle otro párrafo de Hartmann que dice así:

Pero no tan sólo hay gérmenes animales en el reino del alma humana. Todo hombre tiene en sí la potencia embrionaria que puede convertirlo en un Shakes-

peare, un Washington, un Goethe, un Voltaire, un Gautama o un Jesús de Nazareth.

Y más adelante dice:

La lucha motivada por las mínimas molestias de la vida cotidiana es la mejor escuela en donde ejerciten la voluntad quienes no hayan subyugado todavía el yo inferior.

Ahí tienes la lucha que hay en este momento en tí: Onofre Boroa que trata de encaminarse hacia Juan Emar; Onofre Borneo que se place con esos elementales en forma de animales. Juan Emar espera al que ha de llegar hasta él.

Ahora da curso a tu mente; que tu mente desaloje cuanto haya dentro de ella. No te preocupes de nada, nada, que sea ella una vertiente. Yo aquí recibiré sus aguas.

Yo

Lo que prima en mí acaba de aparecer; se me ha impuesto y pide ser dicho. Colomba, ALGO TENGO QUE RECORDAR.

Es lo mismo, creo, que prima en Lorenzo Angol. Lorenzo está persuadido de que él se haya concentrado aquí en la Tierra y sólo aspira a desconcentrarse.

Esto me hace pensar:

¿No seremos nosotros seres que también trabajamos en otras partes y que sólo tenemos conciencia de esta parte pequeñita?

Tiene que ser así, Colomba mía. Fíjate tan sólo en un punto: cuando vine hacia ti bajé presuroso, bajé como un bólido, sin querer ver a nadie, ni vivos ni muertos. Apenas allá arriba, en la boca del volcán Llaima, encontré a Palemón de Costamota; y digo apenas porque no tuvimos entrevista de ninguna especie; un cambio de saludos y fue todo. Pero algo me quedó dando vueltas, sí, algo que casi aparecía y luego se iba muy lejos.

No dudé ni un solo instante: aquello era lo que Palemón de Costamota había querido decirme, tú comprendes, era el tema de la charla que se aprontaba a tener conmigo. Yo lo burlé y no quise escucharlo; yo seguí frenético hasta estas profundidades. Palemón no ha tenido más que lanzar ese tema tras de mí. Ahora que estamos en plena calma, ahora lo veo, ahora ahí está.

COLOMBA

Escucho ese tema. ¡Échalo fuera, Onofre! ¿De qué quería hablarte Palemón de Costamota?

Yo

De su relación con mucha, con muchísima gente. Quería hablarme de la manera que tiene para embaucarlos y atraerlos hacia sí. Es una manera sencilla, una manera inocente, que ha de tomar a cualquiera.

COLOMBA

¿Cómo es esa manera inocente?

Yo

Haciéndolos hacer lo que hacen todos: los hace contraer una deuda que toque levemente esa rueda infernal del dinero que circula. ¿Quién vive sin una deuda, Colomba? ¡Nadie! Entonces puedo yo también vivir como los demás. Las pagaré *después*; firmaré una letra y... ¡listo! Para entonces tendré muy grandes cantidades y el negocio seguirá boyante.

Es ahí, Colomba, ahí en el dinero donde Palemón tiene el medio de pervertir a la gente. Hace brillar una esperanza, uno es engañado y marcha tras ella de buena fe. Es cuestión de arreglar esto y aquello, de obtener un crédito y de firmar una letra. Así me llenaré de dinero. Palemón lo asegura y se regocija. Murmura:

—Cuando tengas dinero... ¡oh, qué de cosas podrás hacer!

Y lanza por los aires una estrepitosa carcajada.

COLOMBA

Recuerdo a San Mateo. Óyelo:

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: De cierto os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Mas os digo que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”.

Yo

Callemos unos instantes. ¡Dame tus ojos! Oye esta pregunta que te hago permanentemente. Es la primera pregunta que lancé a Guni Pirque al empezar a escribir:

“No pretendo solucionar nada; todo cuanto diga es un signo de interrogación.

COLOMBA

Pero algo has avanzado ya. Ya has dejado a Onofre Borneo en medio de sus elementales. Ya tienes conciencia de esa existencia de Onofre Boroa. Ya caminas hacia Juan Emar. Juan Emar trabaja y trabaja. Recibirás el supremo regalo cuanto te encuentres con él. Sigue hablando; sigue tras tu mente.

Yo

Mi mente me lleva a épocas pasadas, cuando anotaba las preocupaciones que me asaltaban. En ese diario mío, escrito en 1913, están anotadas. Ahora él está entre tus manos.

Pásemelo. Dice así:

Julio 21 de 1913.

No sé por qué, desde hace algún tiempo, tengo algo así como un débil presentimiento de que voy a concluir loco. Pienso en cuáles son mis ideas, cuáles mis tendencias y mis gustos, cómo y en qué sentido voy evolucionando y llego, muy a pesar mío, a ver que ese débil presentimiento, es una indiscutible realidad. Si alguien entrase en mí, ¿no vería en mi cerebro el cerebro de un loco? Pero, hoy por hoy, la cordura de mis actos, mi indiferencia en la vida, el equilibrio en cuanto hago, demuestran que la locura está aún muy lejos.

Desde luego, raro soy. Ese odio al mundo es una rareza, común si se quiere, pero en mí la acompaña una tal impotencia de odiarlo que, sin duda, mi desprecio a la gente es un extravío de mi mente.

Esta contradicción la encuentro hasta en los menores pensamientos que me nacen; deseo algo con el mayor ardor imaginable y no puedo ni siquiera tratar de conseguirlo. Todo me distrae y me aleja del ideal soñado, la bulla, la luz, los amigos, el cielo y, sobre todo, la extrema agudeza con que contemplo y entiendo el universo. Un equilibrio completo me llena y veo una naturalidad tan clara en todo

que no llego a comprender ni puedo volver a sentir mis deseos ardientes, mis preocupaciones misteriosas, mis sueños complicados, mis locuras.

De pronto, como si se descorriera un velo que cubría al universo, todo cambia de aspecto ante mis ojos y siento que el verdadero yo reaparece. Entonces las ideas más extrañas me asaltan, pienso absorto sobre el mundo, sobre su principio, su fin, sus evoluciones, medito sobre el alma humana, sobre unos misterios que no alcanzo a definir pero que alcanzo a vislumbrar y, algunas veces, queriendo dejar una clara constancia de mis meditaciones, apunto las conclusiones a que llego. Cada una de mis notas me sugiere otras tantas; sigo escribiendo y anotando hasta que la inmensidad de mis pensamientos me confunde y no puedo explicarme. Quedo, por fin, con la duda de que si lo que he pensado son locuras o son rasgos valederos.

Por otro lado experimento sensaciones muy extrañas. Esa idea del abandono que me atormenta muy a menudo sin que nada cambie y habiendo de todo a mi alrededor menos abandono, ¿no es una locura? Además esa otra idea que no he podido formular, que sólo diviso en contados momentos, la idea que me asaltó esa noche invernal en que, por medio de la calle, bajo una lluvia torrencial y un viento helado, corría gritando y maldiciendo, una vieja zaparrastrosa, dándole una importancia extrema a alguna contrariedad que habría tenido. Ese cuadro miserable evocó en mí la imbecilidad de la gente al dar importancia a los hechos de esta vida puesto que esta vida...

Aquí está lo que siento y no defino: cómo considero la vida al sentir el contraste de su inmensidad con el concepto que el mundo le tiene. No lo defino pero es extraño lo que pienso de ello.

Ya es tarde, me acuesto, leo un rato; en seguida, como es mi costumbre, me quedo sentado en la cama pensando. ¿En qué pienso? Pues, en el silencio y en el tiempo y en la vista.

¿Qué es el silencio? Medito, reflexiono, trato de comprender, excito mis sentidos, escucho, sigo escuchando... ¡Nada! Pero el silencio lo siento no sé cómo, siento que es algo enorme, indescriptible.

Y he ahí que sobre él siento rodar al tiempo que pasa. ¿Pasa? ¿Cómo avanza el tiempo? ¿Cuándo? ¿De qué modo? ¡Aislaos de todo lo que caracteriza su camino: la hora, el día, la noche, el nombre de los días y de los meses, etc.! ¡Consideradlo solo, solo a él, al tiempo y pensad en el silencio si él avanza y cómo avanza, o si nosotros avanzamos y cómo...! ¡Misterio horrible!

Arrojo lejos de mí esas ideas complejas y miro cualquier cosa. ¿Dónde sentimos la sensación de la vista, en los ojos o en el objeto mirado? Todos contestarán que es en los ojos. Sin embargo, haced la prueba.

Otras veces me viene la idea de que yo vivo en una esfera diferente del resto de mis amigos y relaciones. Las oigo hablar a estas relaciones mías... Discuten sobre problemas de actualidad, opinan sobre lo que ven, discurren sobre temas escabrosos y hasta llegan a filosofar. Entonces siento el abismo que me separa de ellas, la tan satisfecha frivolidad que los alimenta, la poca diferencia que tiene su vida con la de cualquier animal. ¿Cómo —me digo— es posible que ni siquiera hayan entrevisto que tras las apariencias hay un algo muy grande, una inteligencia

y una voluntad superiores de las cuales cuanto vemos y oímos y palpamos no son sino sus simples manifestaciones?

Luego me encuentro con grandes personajes, con los grandes de Chile que, a los ojos de quienes me rodean, aparecen como hombres superiores, como talentos sólidos y fuertes. Pues bien, ¡la misma conclusión! A lo más son personas que dentro de una esfera de acción pueden obrar y producir ciñéndose estrictamente al camino marcado por el equilibrio, la costumbre, la propiedad, la sociedad y los antepasados. Me hacen el efecto de un ratón que es echado a una pieza rodeada de tierra. Acto continuo el ratón empieza a hacer una cueva, a obrar y a producir; pero, ¿le pasa por la mente preguntarse por qué ha caído ahí...?

Así son ellos los grandes que encuentro. ¡Buenos obreros de un oficio clasificado bueno!

Después de ver que ante los ojos de todo el mundo mis conceptos aparecen ridículos y que los personajes siguen en la cúspide de la gloria, tengo que preguntarme:

“¿Seré yo el raro...?”

Yo no soy tonto ni tampoco soy genio; entre las personas que conozco hay muchas clasificadas de genio. ¿Cómo es posible entonces que nada vean, que sus miradas se detengan en la materia de las cosas y el alma se les escape? Yo veo mucho más lejos; lo que no veo lo comprendo; lo que no comprendo lo presento. El universo, el hombre, todo, me aparece, no como un accidente cualquiera sino como el efecto de una voluntad superior que tiene su misión. A todos los actos humanos y no humanos les veo el “porqué”; en fin, he llegado a un punto en que nada aparece porque sí, sino que todo formando parte de un conjunto sublime, obedeciendo a una sublime voluntad que marcha, se desarrolla y crece.

Ahora bien: ellos son genios y ¡yo no lo soy!

¿Qué deducir?

Sólo una cosa: que mi vista se ha extraviado. Sin embargo ¡sigo creyendo en mí!

Entonces, ¿adónde voy?

Veo tres caminos extenderse ante mi vista por las tinieblas del porvenir:

Por el primero, mis locas preocupaciones siguen aumentando cada vez más reconcentradas y extrañas; al fondo dice: *Casa de orates*.

El segundo es hermoso. Si entro por él puedo emanciparme del medio y del mundo, en él mis ideas se afianzan, toman un rumbo grande que me lleva a esferas superiores; al fondo dice: *Genio*.

El tercero me da horror. Entro en él y mis preocupaciones desaparecen; libre de ellas me convierto en personaje; el mundo se inclina ante mí, la vulgaridad me aclama, el hijo del prejuicio me admira; al fondo dice: *El camino de todos...*

Siempre he tenido una vacilación ante mí mismo. Pienso a veces que es Palemón de Costamota quien me la ha implantado. Porque, no hay duda, todo vacila en mí. Hoy día, por ejemplo, he bajado como un bólido hacia ti para poder hablarte, para poder manifestarme ante tu presencia. He llegado y te he leído mi diario antiguo. Yo no pensaba en ello al bajar. Pensaba en explicarte, mirando tus ojos, lo que es mi vida actual, cómo vivo, qué hago y demás. Voy a hacerlo. Tal vez de ello nazca otra cosa que arroje lejos esa vacilación que llega a mí.

Mi vida, aquí en Chile, se ha desarrollado en el campo. Fuera de ello he viajado bastante; he estado, sobre todo, en Francia. Chile es para mí un campo inmenso. Recuerdo el fundo de mi padre, don Eleuterio; se llamaba Lo Herrera. En él pasó mi infancia. Tal vez despierte algún día una serie de recuerdos de ese campo. Por ahora, no; hay silencio en torno a él.

Después fui dueño de otro fundo, La Torcaza, donde empecé a escribir *Umbral*. En él veo a mis hijos, pequeños aún; veo a mi mujer como veo, al pensar en Lo Herrera, a Isabel Tabunco. De ésta tengo dos hijos: Eliodoro y Carmen; de mi segundo matrimonio tengo tres hijas: Marcela, Pilar y Clarita. Total: un hijo y cuatro hijas.

La Torcaza fue arrendada; luego el arrendatario compró el fundo. Yo, mientras tanto, viajaba y viajaba. En estos viajes conocí a Tomba Montbrison; con ella estuve varios años en Cannes. Por fin he vuelto a Chile y, naturalmente, he vuelto al campo, al fundo de Quintrilpe, cerca de Temuco y del volcán Llaima por donde he venido hasta ti, mi Colomba. Este fundo lo administra mi hijo Eliodoro. Con él vivo ahora.

Ahora me he transportado a Quintrilpe. Quiero que vengas conmigo, Colomba. Esta es mi habitación; sus muros están llenos de fotos y de reproducciones que se han ido pegando a mi vida y que aquí han llegado. Esos son los retratos de amigos muertos: Manuel Ortiz de Zárate, Rafael Valdés, el doctor Ramón Clarés, Esteban Rivadeneira, Óscar Fabres; ahí está un antiguo amor mío, un amor que tuve en 1912, Isoletta Cristini y de quien nunca más he vuelto a saber nada; ahí está Edith Pivot, muerta también como murió su amigo Óscar Fabres; más allá está Jateña, la hermana de Lorenzo Angol; por fin aquí están mis hijos, todos ellos, Eliodoro, Carmen, Marcela, Pilar, Clarita. Ya te hablaré de todos ellos; ahora se esfuman. Ahí y ahí y más allá estoy yo. Ese es Rudolf Steiner y aquel otro es Paracelso. Esos son copias de cuadros: Picasso, Modigliani, Raoul Dufy, Salvador Dalí, Renoir; los hay antiguos a la vez: Goya, Rembrandt, Pollaiuolo, Fra Angelico... Esos son grabados medievales... esos, dibujos o pinturas del hombre prehistórico... eso es del arte chino... En fin, Colomba, aquí llegan cosas y más cosas, todo lo que vuela en torno mío y que, a veces, cansado ya, aterriza junto a mí. Como aterrizó ese negro africano y como aterrizaron esos guacos incaicos. Detengámonos de ver tanta y tanta cosa. Asomémonos a la ventana. ¡Mira el campo!

Esos árboles que ves allá lejos, sobre la colina, son los árboles del bosquecito que yo visito mucho en verano y también en primavera. Ya te he comunicado cuánto he amado bajo su sombra; ¿te acuerdas?

¡Ella! ¡Ella! ¡Y otra más! ¡Más, más, más!

Así me expresé ante ti, Colomba. Así pensaba yo en Lorenzo y en sus sueños de amor, en esa Berguibenda y en sus piernas que alcanzó a ver por un momento. En Benilde Panilongo que él ama ahora. En Lumba Corintia...

Colomba, esos árboles que ves allá lejos... Colomba, por ellos también ronda la vacilación que Palemón de Costamota ha impuesto en mí. A veces son acogedores y me siento bien, me siento pleno bajo su sombra. Otras veces son ariscos, huraños, y me hacen ver la absoluta indiferencia con que consideran nuestras vidas.

No, no miremos más esos árboles ni el bosquecito en que tanto he amado. ¡Hazme volver a tu lado! ¡Callemos, por piedad! Quisiera dormir, quisiera no ser. Te veo ahora vestida de plata; tu traje está bien ceñido a ti. Tienes una banda de oro. Veo tus tacones puntudos. ¿Es algo horrible, Colomba, lo que ahora me ocurre! ¡Ten piedad de mí!

Para algo he recordado mi diario antiguo y te lo he leído. Sí, es ese primer camino

que entonces vi el que ahora se me presenta y el que trata de ser el sendero que debo hollar. No, no olvido el letrero que hay al fondo: *Casa de Orates*. ¡No quiero ver tus ojos ni quiero comunicarme en silencio contigo! Estás vestida de plata y de oro; tienes altos y agudos tacones; debe haber una codorniz muerta en las raíces de un árbol cercano. Me doblego a tu voluntad; me inclino para no verte.

¡¡Suceda lo que ha de suceder!!

89

COLOMBA

Guarda silencio absoluto algunos momentos. Inclínate ante mí. Yo te llevaré hacia los recuerdos permanentes de tu vida. Escúchalos; pensemos en el profesor William James, en su obra *Las Variedades de la Experiencia Religiosa*. Te las leeré. Acaso, al oír sus palabras, ellas puedan mecerte y contribuir a que se reponga el equilibrio en ti. Dice el profesor James:

San Ignacio confesó un día al Padre Lynez que una sola hora de meditación en Manfesa le había enseñado más verdades sobre las cosas celestiales que todas las enseñanzas de todos los doctores juntos. Un día, estando en oración, en el coro de la iglesia Dominicana, vio en una forma clara el plan de la sabiduría divina en la creación del mundo. En otra ocasión, durante una procesión, su espíritu fue transportado hasta Dios y le fue dado contemplar en forma e imágenes adaptadas a la débil comprensión de un habitante de la Tierra, el profundo misterio de la Santa Trinidad. Esta última visión inundó su corazón con una dulzura tal que el simple recuerdo de ella en ocasiones posteriores le hacía vertir abundantes lágrimas.

‘Un día, estando en oración —escribe Santa Teresa— me fue concedido percibir en un instante cómo se ven y están contenidas todas las cosas en Dios. Yo no las percibí en forma propia y, sin embargo, la vista que tuve de ellas fue de una claridad soberana y ha permanecido vivamente siempre en mi alma. Esta es una de las más grandes gracias que el Señor me ha concedido. La visión fue tan sutil y delicada que el entendimiento no puede captarla.

‘Sigue diciendo cómo fue, como si la Divinidad fuera un enorme y soberanamente limpio diamante, en el que todas nuestras acciones estuvieran contenidas de tal modo que toda su profunda perversidad aparecía evidente como nunca antes.

‘Nuestro Señor me hizo comprender cómo es que un Dios puede estar en Tres Personas. Me lo hizo ver con tanta claridad que me sentí tan extraordinariamente sorprendida como fortalecida. Y ahora, cuando pienso en la divina Trinidad, u oigo hablar de ella, comprendo cómo las Tres Personas adorables forman sólo un Dios, y experimento una felicidad indecible’.

El equilibrio empieza a llegar a ti. Déjate mecer por estas voces que te leo. No trates de comprenderlas; deja que ellas suenen libremente en ti.

Ahora te leeré a Helena Petrovna Blavatsky. Oye estas palabras de su obra *La Voz del Silencio*; óyelas y mécete con ellas.

El que escucha la voz del silencio, el sonido que no suena, y lo comprenda, tiene que descubrir la naturaleza de la perfecta concentración interna de la mente, acompañada por una completa abstracción de todo lo que pertenece al Universo externo o al mundo de los sentidos.

Habiéndose hecho indiferente a los objetos de la percepción, el discípulo debe buscar al Rajah de los sentidos, al Productor de Pensamiento, al que despierte ilusiones.

La mente es el gran asesino de lo real.

Dejad que el discípulo asesine al asesino.

Cuando a él su forma le parezca irreal, como le parecen al despertar todas las formas que ve en sus sueños, cuando deje de escuchar a los muchos, luego pueda distinguir lo UNO, el sonido interno que mata al externo.

Sólo entonces, y no antes, abandonará la región de ASAT, lo falso, para llegar al reino de SAT, lo verdadero.

Antes de que el alma pueda ver, debe ella alcanzar la armonía dentro de sí, y los ojos carnales deben cerrarse a la ilusión.

Antes de que el alma pueda oír, la imagen tiene que hacerse tan sorda a las advertencias como a las murmuraciones, a los chillidos de rugientes elefantes como al zumbido argentino de la luciérnaga dorada. Y entonces hablará al oído interno

LA VOZ DEL SILENCIO

Y dirá:

—Si tu Alma sonríe cuando se baña en la luz de tu vida; si tu Alma canta dentro de su crisálida de carne y materia; si tu Alma llora dentro de su castillo de ilusiones; si tu Alma lucha para romper el hilo de plata que la une al MAESTRO, sabe, ¡oh, discípulo!, que tu alma es de la tierra.

Renuncia a tu vida si quieres vivir.

Aprende a distinguir lo real de lo falso, lo eternamente fugaz de lo eternamente duradero. Aprende sobre todo a separar el aprendizaje de la cabeza de la sabiduría del alma, la doctrina del 'Ojo' de la del 'Corazón'.

Ya debes sentirte mejor, Onofre. Estas palabras te han mecido por otros mundos. Has oído la voz con que nosotros dos hablamos:

Has oído la "voz del silencio", has oído "el sonido que no suena". Es decir, has oído repetir nuestro idioma, la manera que ambos tenemos de expresarnos y comprendernos. Tú gritaste si ello puede llamarse un grito:

"¡¡Suceda lo que ha de suceder!!".

Ha sucedido que a tus oídos ha llegado la voz de la paz.

Yo

A esa voz me entrego, Colomba mía. Siento cómo esa paz nos rodea y nos envuelve.

COLOMBA

Ahora no temerás el camino que, en tu diario, marcaste como el primero que se desplegaba ante tus ojos; aquel camino en el que estaba escrito: *Casa de Orates*.

YO

No, no lo temo.

COLOMBA

Avancemos entonces, avancemos en el silencio.

YO

Sí, avancemos en el silencio. Avancemos. Tengo la sensación con certeza de que acabo de nacer, de que mis ojos se han abierto por primera vez sobre este mundo. No sé nada, nada de nada. En torno mío hay sólo tinieblas. Pero son benditas estas tinieblas porque, de pronto, va a brillar la luz en ellas. Sí, Colomba, avancemos... No nos movamos de aquí.

COLOMBA

No te inquietes por el hecho de no saber nada. Has dicho bien; acabas de nacer. Ve las cosas de otro modo, ve las cosas como si fuera la primera vez que se presentan a tu vista.

YO

Veo que estoy rodeado de una inmensa ilusión. Todo eso —¡míralo, Colomba!—, todo eso es una falsedad que se presenta a mí. Porque veo paisajes inconmensurables, veo miles de árboles y veo colinas y, a lo lejos, una inmensa cordillera. Veo el volcán Llaima, ese volcán por el cual me precipité tras de ti, Colomba mía. ¡Qué diferente es visto así de lejos a su realidad cuando se trata de trepar por él!

COLOMBA

Felizmente pasó cerca de ti el hombre Martín Quilpué; pasó con sus enanitos que acompañaban *El Bolero* de Ravel. ¡Todos cantaban!

YO

Y, al oír su canto, los seguí; así me escapé de Palemón de Costamota. Me precipité entonces al centro de este planeta, donde sabía que te encontraría. Y te he encontrado, Colomba.

Ahora...

¡avancemos por la paz!

Conversamos bien, mi Colomba. Como nosotros conversamos, así es la manera que todo el mundo debería tener para cambiar sus opiniones. Te lo explicaré en silencio:

Yo, por ejemplo, digo algo; tú me escuchas y... callas. Tu respuesta me la darás después, la próxima vez que nos veamos. Tú me dices algo. Yo procedo de igual manera. Es decir, Colomba, que conversamos fuera del tiempo y con una gran calma. Pues dime, ¿qué necesitamos decirnos que necesite una respuesta inmediata, una respuesta apresurada? Nada, nada. Debemos, pues conversar en la quietud. ¿No lo crees tú?

COLOMBA

Es lo que hacemos, Onofre. Por eso te pido que vayas a la superficie y frecuentes a tus amigos. Tu gran amigo es Lorenzo Angol, es con el que más profundamente hablas. Ten la certeza de que pronto lo vas a encontrar. Ya debe volver por estos antros, ya sabe que los ornitorrincos con una sola "r" son los que van hacia don Irineo Pidenco. Ya debe sentir ansias de volver a ver a Lumba Corintia, de conversar con esa mujer que es un sueño para él. Ya pronto lo verás.

Yo

Me encaminaré a encontrarlo. Viviré hondamente cuanto me diga. Ya no habrá amnesia de ninguna especie en mí; te lo aseguro, mi Colomba. Ya no me ocurrirá lo que me ocurrió con mi charla con el doctor Gil Hualañé. Nunca más, espero, tendré que retroceder para que algo viva en mí.

Ahora voy hacia la superficie. Ojalá en ella o antes, aquí en estas honduras, me halle con Lorenzo.

Colomba, ¡adiós!

COLOMBA

Onofre Boroa, ¡adiós!

90

Subí lentamente. A mi lado todo era calma. A veces oía un lejano ulular de un viento inexistente. Pero caminaba solo, sin nadie junto a mí. Tal vez he subido durante un par de horas.

De pronto vi a Lorenzo Angol que, de lejos, me saludaba con grandes ademanes. Me apresuré hacia él y nos saludamos con toda efusión.

—¡Cómo! —le dije—; tú por aquí, por el interior de la Tierra, ¿es posible? Yo te creía aún allá en Australia, con ese nuevo amigo tuyo, Mister Sydney e investigando la vida de los ornitorrincos.

Me respondió.

—Ha pasado mucho tiempo que abandoné aquel país. Estuve unos pocos días en la India, en los alrededores de Calcuta. Allí hablé mucho del Hatha Yoga con un Maestro que me explicó y me hizo a la vez practicar varios Asanas, o sea, ejercicios de ese Yoga. Luego sentí la necesidad de volver a ver a mi sueño, a esa persona que se ha transformado en un sueño mío; tú comprendes, a la que fue ella, Lumba Corintia. Me dirigí a los Himalayas y ahí, cerca del Monte Everest, encontré un volcán y por él descendí hasta aquí.

—¿Y Lumba Corintia? ¿La has visto?

—¡Mira! —fue su única respuesta.

Allí estaba, de pie, sonriente e inmóvil. Su presencia me hizo ver a Colomba. A veces se acercaba hasta nosotros; luego se alejaba; por fin desapareció.

—Cuéntame todo lo que has hecho —le dije a Lorenzo.

Él sintió y, durante largo rato, me habló así:

—Ya sabrás por mi carta que yo me hallaba en Yalgoo tras de los ornitorrincos. Estaba con Mister Sydney y tenía el proyecto de irme hacia el Este lo más pronto posible. Pero un buen día me vino la imagen de la India y sentí la necesidad de ir a Calcuta a ver al que, durante otros viajes, había sido mi Maestro. Sin más partí en avión. Estuve con mi Maestro y, bajo su tutela, algo me dediqué al Hatha Yoga.

No estaría de más que aquí recordaras a esos hombres que ven nuestra vida por un cronómetro: para el uno son momentos y nada más que momentos los que ocurren; para el otro son años.

Practiqué varios Asanas. Algo pude dominar mi cuerpo físico. Sí, te explicaré, Onofre,

cuál es la lucha que en él existe; es una lucha pavorosa que encierra toda la tragedia de mi vida.

Voy a decírtela en pocas palabras.

Mis órganos sexuales llevan una vida independiente a la de mi vida interior, es decir, a la de mis ansias más recónditas, a las que se hallan en el fondo de mi subconciencia.

Tal es mi tragedia: la independencia de la sexualidad que se antepone ante mis deseos fervientes de contemplación.

De aquí viene ese asco que siento después del coito. Porque el sexo se ha retirado a dormir satisfecho. Nada logra despertarlo. Yo, enténdeme, yo quedo entonces solo frente al vacío. Frente a un vacío que presiento lleno de seres, de seres queridos. Luego estos seres se acercan lentamente... Te acercas tú, Lumba Corintia, y pasas junto a mí.

(Lumba Corintia, en efecto, se acercó a Lorenzo y posó su mano sobre sus cabellos. Luego volvió a ocupar el sitio más bien lejano.)

Luego pasan otras, pasan todas y también se marchan. Pero ellas no son más que una avanzada. ¡Ahora vienen! Sí, has adivinado. Es Chinchilla la que se presenta. Se hace un lado y deja el paso libre: aparece mi hermana, mi hermanita ya muerta hace ya tanto, tanto tiempo; aparece Jateña.

Acaba de estar junto a mí esa pequeñita Jateña. Estaba callada, indiferente; de cuando en cuando miraba a su alrededor; luego me miraba a mí y sonreía. De pronto apareció su espíritu, el que pudo vivir y viajar por los ámbitos y que luego abandonó su cuerpo y llegó a estos mundos que nosotros atisbamos. Apareció la que en la vida se llamó: Teodosia Huelén.

Jateña le gritó:

—¡Mira quien está aquí, mira! ¡Mi hermano!

—¡Uuuuuuuuuuy...! —respondió Teodosia—. ¡Qué buena sorpresa me has dado. Ahora has de estar contento pues hago la existencia que siempre soñé hacer allá en la costra terráquea, cuando se me llamaba Teodosia. ¡Qué feo nombre es ése! ¿No lo encuentras tú muy feo, Lorenzo?

Le pregunté entonces:

—¿Y cómo quieres que te llame?

Me respondió:

—Maribel.

Así la llamo yo ahora, Maribel. Claro está que harás bien en llamarla así: Maribel Huelén. Bien, bien. Terminó eso de Teodosia. La gente debe cambiar su nombre a medida que cambia su vida.

Luego ambas se juntaron y emprendieron el vuelo. Agitaron sus manos para decirme adiós. Las perdí de vista. Maribel-Jateña... Jateña-Maribel... Alcancé a divisar, allá muy lejos, un solo espíritu, uno solo que se alejaba. Alcancé a ver varias constelaciones que se aproximaban a ese espíritu. Tú comprenderás, Onofre, que callé. En el fondo, muy en mi fondo, me sentía dichoso al verificar que Jateña-Maribel realizaba, por fin, ese sueño que tuvo durante los cortos años que vivió junto a nosotros.

Quedé, pues, solo. Volvió la meditación sobre mis órganos sexuales. Los vi teniendo una vida separada a la mía.

Los vi independientes y subordinándome a su voluntad. Es por eso que vivo siempre

atormentado. Veo este tormento en todo lo que hago, en todo lo que leo. ¿No lo crees? Sí, voy a explicártelo brevemente.

El otro día me puse a leer, a releer, mejor dicho, uno de mis libros favoritos: *Un Nuevo Modelo del Universo*, de Ouspensky. A las pocas páginas encontré que decía:

No puede tener en su naturaleza ese eterno conflicto interno, esa dolorosa división interior.

Cerré el libro. Llamé a Anam, a mi Angel-Amigo. Reflexioné. Vi venir a Chinchilla; todo Curihue desfiló ante mi vista; fue cosa de un instante y nada más. Guardé silencio un rato y esperé.

¡No, mi buen Onofre, mil veces no! Porque es el caso de que yo no puedo querer; queriendo sufro el doble. Me imaginé a Chinchilla junto a mí, me la imaginé viva y alegre, hecha un diablito. ¡Qué linda era! Y pensé súbitamente:

“¿Si le pasara algo? ¿Si sufriera?”

Y volvía a ver a Jateña-Teodosia, es decir, a Maribel. El mismo pensamiento me asaltó. Pensamientos, como tú puedes ver, que no eran venidos de mi sexo pues mi sexo dormía en aquel momento.

Tú comprenderás que camino con un peso feroz dentro de mí. Este peso son las mujeres. Que ellas se llamen Vivencia o Jenara o Berguibenda o Benilde o como sea, es igual. Las miro y entonces mi sexo se despierta y clama por ellas. Y yo no sé cómo poder transmutarlo en algo positivo. Le obedezco y voy, lleno de ilusiones, tras ellas. Después... tú lo sabes. Es el horror.

A menudo pienso:

“Si somos acosados por entidades inferiores, por otros yo que dan albergue a esas entidades. ¿Por qué no lo seríamos por entidades superiores?”

Me entrego a la lectura. Con la lectura tengo momentos de pleno olvido y me voy a otra región; como tú te has ido a menudo. ¿No es verdad? Acaso tú logras mantenerte en esas regiones.

(Pensé en Diana Papudo. Ella pasó a mi lado y luego se perdió).

El otro leía a Krishnamurti. Si tuviera a mano su libro, te leería lo que él dice a propósito de la crítica. Habla de la mente “pasivamente alerta”. Luego dice que nosotros somos aquello que poseemos, que el hombre que posee dinero es dinero; el hombre que se identifica con la propiedad es la propiedad. Total, dice que somos como cascarones vacíos que hacen mucho ruido y que a este ruido lo llamamos vivir.

Aquí cerré el libro de Krishnamurti. Porque vi en sus frases alusiones a la independencia de mi sexo que siempre se está burlando de mis ansias contemplativas. Lo cerré y ahí quedé, sin nada, sin nadie, solo.

Sólo sabía una cosa: el acto sexual había sido y es aún para mí el punto final. Con él ha empezado y termina una incursión que hemos hecho a otras regiones. Por eso los llamamos “preparativos”, es decir, la marcha hacia el acto ha sido siempre lo principal. Después retumba en nuestros oídos la bulla del vivir cotidiano; el acto, con su finalidad propia, se ha marchado muy lejos.

Después no sé qué hacer. Rondan junto a mí una serie de mujeres, sexuales las unas, sin sexo las otras: Chinchilla me trae la sexualidad pura; pero luego pienso que ya no es de este mundo. La veo entonces que se escapa y se junta con Maribel, o sea, con ese

espíritu que ahora es uno, uno solo, y que aquí en la Tierra fue mi hermana Jateña y luego fue Teodosia Huelén. Sobre todas ellas se cierne el espíritu de Lumba Corintia.

Yo entonces huyo, Onofre, huyo adonde sea. Nunca falta un pretexto para huir. Ya has visto: esta última vez he ido hasta aquel lejano continente de Australia; he ido convencido de que necesitaba ver el destino de esas "r" que no pronunciaba don Irineo. Hasta que un día me dije que aquello era tal vez un simple error de su pronunciación y nada más.

Cuando esta idea me cruzó, partí para la India. Ahí vi a mi Maestro y con él practiqué algunos ejercicios del Hatha Yoga. Pues otra vez había sido asaltado por esa independencia de mis órganos sexuales. Ya te lo he dicho: un día viajé hasta el centro de la Tierra. Bajé precipitadamente. No fui detenido más que una sola vez. No podrás adivinar quién me detuvo. Te lo comunicaré:

Fue Nastia Poltava.

Fue aquello cuestión de un segundo. Pasó veloz. Junto a ella iban las estrellas, las lejanísimas estrellas y las más cercanas. Todo pasó con ella. Y fíjate, Onofre, que yo me hallaba a más de la mitad del trayecto que hay desde la superficie a este punto donde ahora nos hallamos. Ya te lo digo: todo pareció juntarse y pasar; todo no fue más que una sola cosa donde se hallaban reunidos los más distantes puntos del universo. Al ver esta conjunción creí deshacerme. Miré con benevolencia a mi sexo que se amarra a las mujeres, a lo de aquí. Comprendí que debía yo tener mujeres y más mujeres.

Seguí bajando. Ahora he llegado a este punto en el que sabía que te encontraría a ti.

Ahora volvamos. ¿Vas a la superficie? Bien, te acompañaré. Ya bastan esos viajes míos a Australia y a la India y aun a este fondo de la Tierra. Quiero ahora reposarme en Fray Tomate. No quiero que nuevamente se me confundan en un instante las constelaciones todas. Quiero tranquilidad.

Subimos con lentitud. Por ahí vimos a don Irineo Pidenco rodeado de ornitorrincos que graznaban a su alrededor. Eran, sin duda, los con una sola "r" que ahora se hallaban junto a él. Don Irineo les lanzaba pedacitos de comida; luego los acariciaba con gran cariño. Al divisarnos vaciló un momento y luego se precipitó hacia nosotros. Nos dijo con gran efusión:

—¡Oh, mis señores, qué alto placer es éste de poder saludar a ustedes aquí en este centro terráqueo! Aquí estaba yo alimentando a esos lindos ornitorincos y pensando en las Guaxas que siempre, sí, señores, siempre rondan por estos mundos. Ustedes me disculparán pero es la verdad lo que les digo. Como rondan por allá, por donde ustedes viven, si oso explicarme en semejante forma. Y son, mis señores, tan extremadamente sagaces que es punto menos que imposible verificar cuando tenemos a una Guaxa frente a nosotros y cuando una mujer de carne y hueso.

—Es la verdad, don Irineo —le dijo Lorenzo—, es la verdad. Estamos todos acosados por esas Guaxas. Aquí, sin duda, ha de vivir esa Eufobina Colliguay, la que murió hace ya tiempo en un accidente de auto, ¿no es cierto que es en este mundo donde ella ha de ser la reina, la terrible reina?

—Sí, mi señor, tal es la verdad, si oso explicarme en esta forma —repuso don Irineo—. ¡Oh, si ustedes las vieran a estas malditas Guaxas! Vivas o muertas, es igual. En estos antros se reúnen y atacan a los hombres lanzando grandes risotadas. Y van, van, van...

—¿Cómo van?

—Van con esas bestezuelas malignas. Digo bestezuelas por no decir un nombre más apropiado que no se ha presentado a mi boca. ¡Ya lo tengo, sí, ya lo tengo! Con esos enormes brutos irracionales que a menudo las acompañan. Deben ustedes conocerlos porque los he nombrado a menudo a sus dignos oídos de ustedes.

—¿A qué brutos se refiere usted, don Irineo?

Él calló unos instantes, miró para todos lados y al fin nos contestó en voz baja:

—Me refiero a los ornitorincos y a los cumbilecos, señores míos. Me refiero también a esas nefastas escolopendras y lampalaguas. Es algo horrible, pueden ustedes creerme, mis señores, sí, eso es, pueden creerme.

Le hice un alcance:

—Sin embargo, don Irineo, acabamos de ver a usted acariciando y dando de comer a un ornitorinco, a varios de esos que usted llama con una sola "r". No parecían ser unas bestias feroces ni nada por el estilo.

Me respondió:

—A veces se tornan mansos, a veces nada más. Luego viene la influencia de los otros animales malignos y se acabó esa buena mansedumbre. Imagínense ustedes, mis señores, que uno de ellos dio un picotazo a la bella y perversa de Biandina Tarata, a esa gran Guaxa que tantas penurias me ha dado.

—¡Triste cosa! —exclamó Lorenzo.

—¡Triste cosa! —repetí yo.

—Y lo que es peor es que Biandina nada le había hecho, nada de nada. Fue una tarde allá en La Manigua, la propiedad de ese benemérito ciudadano que es don Contaldo Ñipaco. A ella había llegado una de estas bestezuelas y allí estaba. Biandina se acercó a ella y... ¡plaf!, si oso explicarme así, le dio el picotazo. ¡Qué quieren ustedes, mis señores! No pude hacer más que lamentar este incidente o picotazo, como ustedes prefieran llamarlo, y me dirigí a la siembra de garbanzos que el grande del señor de allí propietario, el señor Ñipaco, si ustedes permiten, me había encomendado. Ellos, todos ellos rieron mucho como si se tratara de un chiste y nada más. Yo, yo, señores míos, yo...

—Usted, ¿qué?

—Yo quise hablar y explicar algo sobre esos bichos y sobre sus semejantes y quise advertir a don Contaldo que haría bien en tomar sus precauciones sobre ellos y sobre..., sobre..., ustedes comprenderán, sobre las nefastas Guaxas que allí se juntan, sí, señores, allí.

La Manigua... Recordé a Diana Papudo. Tuve que decir a don Irineo, tuve que decir que había caído en un gran error pues allí en La Manigua van muchachas puras y que nada tienen que ver con Guaxas ni seres semejantes.

—Un momento —dijo—, un pequeño momento.

Guardó silencio y se puso a meditar. Luego nos miró a ambos con ojos recelosos. Por fin se explicó:

—No me he explicado debidamente, señores míos. Las añagazas de que se valen las Guaxas son incontables. Voy a osar, si no ven ustedes inconveniente, una aclaración a sus ardides. Las Guaxas atacan también a las niñas puras y, sobre todo, jovencitas. Estas niñas entonces se sienten llenas de lujuria, eso es, de lujuria y de lubricidad. Y sin más se dejan disfrutar o poseer o tan sólo gozar por los besos de un señor cualquiera. ¡Oh, mi señor, le ruego a usted entenderme bien pues no han sido mis intenciones llamarle a usted, don Onofre, un señor "cualquiera"; conozco muy bien su alta sapiencia, sí, muy bien, y ante ella

me inclino. Pero las Guaxas no paran mientes ante tales sapiencias. Ya en posesión de la muchachita la hacen ir hacia el señor que han elegido y el señor las aprovecha con gran alborozo de ellas. Si usted, mi gran y noble señor, ha estado allá en La Manigua con una chica de unos 10 a 12 años, pues debería usted buscar a la Guaxa que la ha impelido a entregarse. Tal es mi consejo que oso presentarlo a usted con toda la humildad que me es posible.

Le respondí:

—Muy presente tendré su buen consejo, don Irineo.

—Entonces —me agregó— voy a ampliarlo un poco más. Voy a aconsejar a usted que se allegue a la sombra de una Pespa, de una linda y tupida Pespa. Permanezca en ella tranquilo. Pronto vendrá hasta usted una Guaxa y, de seguro, la que acometió a esa chiquilina de La Manigua. Cuando la vea, ¡azótelas, señor, azótelas sin piedad alguna! Es lo que desea este humilde servidor de usted, sí, es lo que él desea.

—Así lo haré, don Irineo; puede usted estar seguro. Y ahora vamos, mi amigo y yo, a abandonar a usted. Lo dejamos en la tan grata compañía de esos bichitos de cuerpo de animal y cabeza de ave. Ahora hay miles en torno de usted. ¡Adiós, don Irineo!

—Vayan ustedes con Dios, mis amigos.

Y seguimos nuestra ascensión.

Túneles largos y silenciosos. Mi reloj, sin que yo lo tocara, volvió a ponerse en marcha: las 11; mas yo no supe si eran de la mañana o de la noche. En fin, la superficie se acercaba. En efecto, momentos después llegábamos a ella por la Islita del Olor de Santidad. Volvía el bullicio, la gente que marchaba rápido, los miles de autos. Lorenzo y yo nos dirigimos a la Plazoleta de Fray Tomate.

Un momento en mi departamento; luego pasé al de Lorenzo. Aquí tomó un libro de Ouspensky, *Un Nuevo Modelo del Universo*, lo abrió en el capítulo sobre el Yoga y, reanudando nuestra conversación, me leyó lo que decía su autor y que era uno de los temas que a Lorenzo preocupaban. Leyó lo siguiente:

El Hatha-Yoga trabaja sobre la naturaleza física del hombre en el más estricto sentido de la palabra, es decir, con las funciones vegetales y animales. Y en relación con esta naturaleza física los Yogis tienen un conocimiento muy antiguo de ciertas leyes que sólo muy recientemente ha descubierto la ciencia occidental. En primer lugar, la extraordinaria independencia de los órganos separados del cuerpo y la ausencia de un centro común que gobierne la vida del organismo; y en segundo lugar, la capacidad de un órgano de realizar, en ciertos casos y hasta cierto grado, el trabajo de otro.

Al observar la independencia de diferentes órganos y partes del cuerpo los Yogis llegaron a la conclusión de que la vida del cuerpo está formada de miles de vidas separadas. Cada una de estas "vidas" supone un "alma" y una "conciencia". Los Yogis encuentran estas "vidas" independientes con "almas" separadas no sólo en todos los órganos sino también en todos los tejidos. Este es el lado "oculto" del Hatha-Yoga.

Estas "vidas" y estas "conciencias" son los "espíritus" del cuerpo. Según la teoría del Hatha-Yoga, el hombre es capaz de subordinar a estos "espíritus" a su propia voluntad, es capaz de hacerlas servir sus objetivos.

Luego Lorenzo cerró el libro y me dijo:

—Ahí tienes tú un resumen de mi tragedia.

Después de un momento, Lorenzo prosiguió:

—¿Qué puedo hacer? No puedo más que atisbar esta independencia de mi sexo y esperar. A un momento dado se levantará y se irá, sin más, tras las mujeres. Yo debo seguir de atrás. Veo ahora a tantas mujeres que he amado; veo a Jenara Linares y veo a Vivencia Pocuro. Al recordarlas veo cómo el sexo era independiente en mí, cómo me avasallaba y hacía callar toda otra voz. Veo también un cochecito y a aquella que bauticé Berguibenda que sube a él. No te las voy a nombrar a todas ellas. Ahora veo a Benilde; a Benilde que me hace el efecto de acercarse a mi lado y luego alejarse a distancias inconmensurables. La verdad es que mi sexo, aprovechando la total libertad que tiene, es el que se aleja y luego se acerca a ella. Benilde no entiende claramente este proceso en mí. Me mira con sus grandes ojos; algo me ha preguntado. Luego lo olvida.

“Así debo vivir, Onofre. ¿Hasta cuándo? Hasta el día, creo, en que venga a mí esa desconcentración terrena que aquí me tiene. No, no debo luchar en contra de ella. Debo esperar. Algún día te he de llamar y ese día te anunciaré que me he desconcentrado. Porque tú, ¿vendrás a mis funerales, no es verdad?”

Le respondí con indiferencia:

—Sí, iré a tus funerales si tú ni vienes antes a los míos.

91

Taller de Rubén de Loa. Mamerto y Macario se retiraban en el momento que yo llegué. Habían discutido sobre mil temas diferentes entrecortados por los inefables de Mamerto: las mujeres no juegan al billar y la Tierra, esta Tierra que nosotros habitamos, es redonda, completamente redonda. Macario lo había verificado en uno de sus viajes al extranjero, al llegar a Buenos Aires, al tocar el barco en Santos y luego en Rio de Janeiro, al pasar por Pernambuco y luego al llegar a Lisboa. Y en Madrid y en Burgos y San Sebastián y Burdeos y París y Bruselas y Amberes y ¡qué sé yo! En todos esos puntos estaba el signo indiscutible de la redondez de este planeta. Además había charlado con amigos viajeros que volvían de sus largos viajes, amigos que habían estado, los unos en Alemania, Polonia y Rusia; los otros en el lejano, en el lejanísimo Oriente. No había duda alguna: la Tierra era una unidad absoluta y esta unidad es sólo posible conseguirla en algo que sea redondo, completamente redondo y delimitado.

Mamerto lanzaba sus “jinefables!” y se regocijaba de esta redondez del planeta. Hasta que Macario lo había interrumpido:

—Usted nada sabe, mi distinguido señor, nada de nada. Pero yo tengo pruebas irrefutables de esta unidad redonda. La tengo en la manera cómo se comportan sus habitantes y cómo los demás obedecen a esta manera de comportarse.

Rubén le había preguntado cuál era esa manera de comportarse. Macario había respondido:

—Las tiendas, amigo de Loa, las tiendas.

Mamerto había lanzado su “jinefable!”, de Loa había inquirido:

—¿Cómo así? ¿A qué tiendas se refiere usted?

Y Macario se había explicado. Se refería a las tiendas de radio, de fonógrafos y demás. Se refería a las vitrinas de estas tiendas que podían encontrarse a miles y miles de kilómetros de distancia y eran todas ellas perfectamente iguales: radios, televisión, discos, antenas y ¡qué sé yo! Total: la Tierra era delimitada, era concisa, redonda sin nada que se escape de ella, todo volviendo a su centro único y toda la gente obedeciendo a este centro único. No cabía la menor duda sobre ello. Sólo que había que tener un alto grado de espíritu de observación. Mamerto entonces había tronado con un el más formidable de los:

—¡Inefable!!

Y ambos habían partido, Macario alegando siempre; Mamerto, encantado. Pero sin querer habían desatado la buena labia de Rubén. Rubén quería hablar ahora, hablar mucho. Por eso recibió con verdadera alegría mi llegada. Lucila Volcán nos sirvió una serie de ricos picatostes. Y Rubén, sin son ni ton, habló:

—Cuando se es artista hay que serlo totalmente. Hay que olvidar el espíritu práctico pues hay que vivir en otro mundo, hay que vivir en el mundo de las artes y jamás salirse de él. No creo yo en esos artistas que, ante todo, buscan su seguridad monetaria y se dicen que, una vez conseguida ésta, se pondrán de firme a la obra.

Tal es y ha sido el caso de Facundo Doñihue. En una época ha recibido el suficiente dinero como para entregarse de lleno a la pintura. Pero esperemos aún un poco de tiempo, esperemos. Todavía no me entregaré de lleno a pintar; antes voy a hacer una serie de ilustraciones para una obra de un señor tal, una obra que jamás había leído y que no leerá jamás. Pero él pensaba que estaba juntando más y más dinero. Y se decía que una vez que tuviera los bolsillos cuajados de billetes, entonces podría pintar y pintar.

He visto una obra mía que había casi olvidado del todo. La he visto arrumbada en un viejo teatro, como simples desperdicios. Tú calcularás a qué me refiero: a las decoraciones que hice antaño para el chino Fa, para aquella pieza teatral que se dio en Curihue. ¿La recuerdas, Onofre? Créeme que las miré largo rato, sacudiéndoles el polvo que las cubría. Al fin me pregunté:

“¿Tenía yo entonces todo eso dentro de mí?”

No lo sabía; aquello me sorprendió por la ignorancia que yo guardaba. En vano volvía a preguntarme:

“¿Dónde estaba antes de aparecer en esa forma? ¿Qué había hecho hasta ese momento en que vio la luz? Si yo no lo hubiera hecho salir nunca, ¿me habría intoxicado? ¿O habría salido convertido en otra cosa?”

Naturalmente, no tuve respuesta alguna a estas preguntas mías. Al no tenerlas, mi mente se fue a otras partes y me dije:

“Todas las madres tienen que experimentar como experimento yo ahora ante esos telones, todas las madres al considerar a su hijo recién nacido...”

¡No, mi querido amigo, no y no! Volvamos a esos que juntan dinero con la esperanza de poder llegar a la calma y entonces trabajar. Esos no son artistas. Por eso te he dicho miles de veces que Facundo Doñihue no lo es; y no lo es doña Claudia Puchuncaví ni lo es Zócimo Taltal. Pues si lo fueran ya estarían en la obra, ya estarían haciéndola. No creo en ninguno a quien las “circunstancias” se lo impidan.

Es la verdad; creí, en una época, amar a todos los pintores clásicos. Pero lentamente fui viendo que amaba yo en ellos nada más que ciertas reminiscencias que me traían, reminiscencias de carácter totalmente personal y ajeno a las artes. A medida que fui despojándome de esos velos, los pintores caían y desaparecían. Hasta que quedé solo y sin

tener a quien amar. Cézanne fue el primero que me condujo nuevamente al sitio del amor pero ahora por vía diferente: la pintura como entidad, como mundo completo ligado a los demás mundos por leyes creadoras; no por evocaciones.

La sensibilidad... ¡Qué palabra tan usada para significar cosas dispares! ¿Sería ella la posibilidad de transportarse con mayor o menor facilidad por el tiempo y el espacio? Creo que la sensibilidad obra en uno como esos recuerdos evocados por la música que nos transporta súbitamente a una época del pasado.

Yo me pregunto si existen también evocaciones que vayan hacia adelante, es decir, hacia el futuro. Si es así, ¿sería esto lo grande?

Ahí tienes una pregunta suspendida sobre mí para lo cual no he encontrado todavía la respuesta adecuada.

¿Qué miras ahí, Onofre? Mejor será que te explique ese dibujo:

Arriba, en la cúspide, está el Egipto. Luego el arte baja un tanto; es lo que indica esa línea. Sobre ella déjame escribir la palabra: "Grecia". Sigue bajando la línea y pasa por Roma. Ahora se levanta y llega a una altura sólo comparable a la del Egipto. He puesto arriba: "Edad Media". La Edad Media es para mí algo que está a la altura del viejo Egipto. Después la línea tiende a bajar. En este nuevo trayecto está el Renacimiento.

No seguí ese dibujo. Pues después del Renacimiento tendría que ponernos a nosotros, a toda esa época que se halla demasiado cercana para poder emitir un juicio sobre ella. Me turbó con sólo evocarla. La veo formando una sola época. Creo que necesitaríamos siglos para mirarla en conjunto.

Sí, es curioso. Yo que admiro ante todo el viejo Egipto y la Edad Media, quedo en éxtasis mirando los guijarros, los troncos caídos con esos arabescos que se forman en ellos, las callampas y los acantilados de los viejos caminos.

Es que por encima de todo planea la unidad del arte. ¿No lo crees tú así?

Sin más eché mi mano al bolsillo y de él saqué las copias de las cartas que acababa de escribir a mi hija Carmen que ahora se halla en París y que ha viajado o sigue viajando por Italia. Creo que en ellas le hablo algo sobre esta unidad del arte de que hablaba Rubén. De estas cartas le leí los siguientes párrafos:

Mi Carmencita adorada, Tengo aquí las copias de las cartas que le he mandado. Las que recibí de usted se las remití a mis hermanas Flora, Luisa y Gabriela que se hallan en Santiago. ¡Qué éxito han tenido! Me contesta mi hermana Flora:

"En un almuerzo campestre que dio mi hija, se leyó en alta voz una preciosa carta de Carmen, tu hija, muy bien escrita, profunda y cordial. Nos encantó lo que dice de Italia y de su arte, de esa unidad artística que ella ve.

Me escribe mi hermana Luisa:

"Quiero decirte, para que se lo hagas saber a tu hija Carmen, cuánto y cuánto me alegran las visiones de arte que ha tenido. Quiero que tú sepas y que se lo comuniqués, que ella ha sido siempre mi sobrina favorita; la quiero y la admiro mucho y me encantaría mantener correspondencia con ella.

Me escribe mi hermana Gabriela:

"Recibí tu carta con la de Carmen que me pareció fascinante. Creo que ella es una muchacha valiente, sensible y que ve el arte como se debe ver. Además, con su espíritu cristiano, está preparada para aceptar el dolor que ojalá no le llegue nunca.

Ya ve usted, mi Carmencita, que todas ellas y las personas que la han leído, han sabido apreciar su visión del arte. Yo, por esto, la felicito de todo, todo corazón.

Rubén escuchó tranquilo. Cuando hube terminado la lectura me dijo con decisión: -Voy, a mi vez, a escribir unas palabras a tu hija. Tú me has explicado la manera cómo ella ve el arte y su unidad. De eso quiero hablarle.

Rubén se puso a escribir. Yo, mientras tanto, quedé en la muda contemplación de sus telas. Me sumergí en esos verdes que las envolvían y en ellos vi a Guachipato y Chacarilla contemplándolos con admiración. Por fin Rubén me dijo:

-Aquí está mi carta. Mándasela apenas le escribas.

Lo escrito por Rubén decía así:

Su padre de usted me ha explicado lo que siente usted al contemplar las artes que ha visto allá en esos viejos países de Europa. Le pido, Carmen, que se detenga frente al Battistero de Ghiberti y lo mire en silencio. Después vea el magnífico Perseo, de Benvenuto Cellini. Guarde unos momentos de silencio frente a Michelangelo y recójase al ver el Crepúsculo y la Aurora, el Día y la Noche. Pues estoy hablando de esa palabra única en nuestros idiomas: FIRENZE. En esta ciudad deténgase frente a Cimabue y frente a Giotto; verá el cuadro "La Virgen y el Niño en el trono". Ambos cuadros, si mal no recuerdo, están en la Galería de los Uffizi. Camine un poco más y deténgase frente a "La Adoración de los Magos", de Gentile de Fabriano; camine otro poco y ¡alto!, frente a Fra Filippo Lippi. "La Coronación de la Virgen". Mire muchísimo estas telas, pero... ¡sin hablar! Todo debe desaparecer ante tales maravillas. ¡Silencio! ¡Schchcht!

De pronto va usted a estar en París. Allí están el Louvre y Notre Dame. Ante esta última no puedo decirle más que una cosa: Schchchcht... Sienta, por un lado, la inmortalidad de Notre Dame; por otro, la gente que pasa y pasa bajo sus torres y que todavía no ha levantado los ojos hacia ellas. Y en el museo del Louvre... Óigame usted bien: Jean Fouquet hay que verlo y también a Jean Malouel; y la escuela de Avignon, del siglo xv, con la Piedad de Villeneuveles-Avignon. Vea también a Quentin Metsys, "El banquero y su hija o su mujer"; a Chardin que fue una de mis primeras admiraciones y que todavía subsiste; a Géricault, con "La Balsa de la Medusa"; a Manet, con "Olimpia"; a Van Gogh; a Cézanne, a Degas; y a Daumier y a... y a...

Dígame, por favor: ¿Por qué se detienen aquí los pintores? ¿Por qué, junto a los que acabo de citar, no está Picasso, no está Braque y Dalí y Chirico y Max Ernst y los pintores del siglo xxi y los del siglo xxii y... todos? ¿Por qué no están todos los POSITIVOS?

Voy a contestar a usted: Es el afán, el error, de agruparlos por épocas, por países, por todas esas divisiones que nosotros hacemos en la historia; en la historia que, viendo a los artistas unidos, cesa de ser un devenir y se transforma en un solo movimiento SIN épocas, SIN momentos, SIN nacionalidades. Pues un momento ¡eterno!

Pero volvamos a Firenze; caminemos por sus calles. Esa que ve usted ahí es la

Catedral con su gran cúpula de Brunelleschi; aquella es la Plaza de la Signoria con el lindo, el grandioso Palacio Vecchio.

Las estatuas que hay frente a él son las llamadas "los tres gigantes". ¡Mire la que está al medio! Es el David de Michelangelo. Esta galería larga, muy larga, es la galería de los Uffizi. ¡Qué de maravillas hay allí! Aquí está el Palacio Davanzati; vea, en el patio, esa escalera que sube y sube, creo yo hasta el cielo; un león está frente a los primeros peldaños. Vamos ahora a Santa María Novella y miremos la "Gloria di S. Domenico". Y veamos los cuadros de Fra Angelico. Pero saltémoslos a Botticelli; su "Primavera" nunca me ha gustado; prefiero miles de veces a Leonardo da Vinci, por ejemplo, con su "Anunciación" que se encuentra en los Uffizi. Tampoco me arrebatara Rafael; lo miro fríamente.

Rubén de Loa me leyó estas palabras que había escrito a mi hija Carmen. Las guardé debidamente y le prometí enviárselas la próxima que le escribiera.

Así vi que ella tendría una espléndida recompensa a su vida, esa vida llena de inquietudes y de búsquedas, nunca satisfecha pues ella está llena de un perfecto *no conformismo*.

92

Lorenzo partió a La Cantera. Estuvo apenas el tiempo necesario en San Agustín de Tango para hacer sus preparativos. Al día subsiguiente partía yo. Volví a ver con verdadera emoción ese fundo, sus casas, los viejos árboles, en fin, todo. Con mayor emoción bajé hasta la Bóveda. Todo estaba igual; parecía que el pasar del tiempo no había penetrado en ella. Allí estaba el guaco.

En esta bóveda nos acomodamos. Hablamos de mil cosas indiferentes. Sé que ambos esperábamos el momento en que se despertara en nuestro fondo *nuestra voz*. Entonces podríamos echarla fuera y volver a tener un gran instante de amistad. Mientras tanto le hice a Lorenzo todas las preguntas del caso; en ellas, por cierto, incluí a Benilde Panilonco; ella había quedado en San Agustín de Tango.

Por fin algo cambió en torno nuestro. Lentamente me levanté y me puse a hablar.

Yo

Ahora veo que siempre ha habido en mí una lucha tenaz para no dejarme llevar por otras actividades que las que... ¿Qué te parece que dijera que las que me "telefonean" o las que me "telegrafían". Es decir, siempre he evitado de tener mi manera. Ello me habría sucedido si me hubiese dedicado a otras actividades, a cualquier actividad que no sea esta de formular preguntas para que un buen día —¡Dios sabrá cuándo!— me sean contestadas.

Ante mí ha fallado Palemón de Costamota. ¿Recuerdas tú a ese doble mío que me hizo conocer para que yo lo siguiera? ¡El tan famoso de Alejo Junquillar!

LORENZO

Comprendo lo que dices. Tú quieres lanzar tu pregunta al aire. Si lo haces con firmeza, ella te será respondida. Pero, ten cuidado. El que no se responda a tu conciencia, a esa conciencia que usas a diario, no quiere decir que tu pregunta se haya perdido. Recuerda mi dibujo, aquel dibujo que me lo ha dictado Anam; tú sabes, mi Ángel-Amigo.

Yo

Sí, lo recuerdo. A él, pienso yo, podrías tú encomendarte para que ayudara a tu otra parte de tu cuerpo y la zafara del amor loco que siente por las mujeres.

LORENZO

En eso estoy; a eso vengo a esta Bóveda. Hay veces que me siento completamente libre de la obsesión de las mujeres. Pero hay otras veces que basta que una de ellas se anteponga en mi paso, y entonces estoy perdido. Veo a mi otra parte ir, ir hacia ella. Yo no tengo más que seguirla. Pero, por favor, hablemos de otra cosa, dejemos a un lado a esas mujeres.

Yo

Sí, dejémosla pero charlemos de lo que venga. Necesito desahogarme de algo que me oprime. Tu voz me hará bien. ¿Qué has leído últimamente?

LORENZO

He hojeado un libro: *Historia viva de la Literatura francesa de hoy*, de Pierre de Boisdeffre. Me aburrió, no pude seguirlo. Tanto fue así que para volver a ponerme en mi tono leí *La Primera y Última Libertad*, de Krishnamurti. Fueron para mí dos mundos diferentes que se balancean; el primero se hunde; en cambio el segundo es eterno. En el primero veo la lucha, la politiquería del momento. Es colocar a los escritores en un plano pequeñito y colocarlos entre ellos. No hay universalidad. Otra cosa diferente es Krishnamurti. De éste y en el libro que te he citado, he marcado los siguientes párrafos. Voy a leértelos:

La comprensión sólo llega cuando nosotros, es decir, vosotros y yo, nos encontramos en el mismo nivel al mismo tiempo.

Existe un arte de escuchar. Para escuchar de veras habría que abandonar o hacer a un lado todos los prejuicios, formulaciones previas y diarias actividades. Cuando os halláis en un estado mental receptivo, las cosas pueden comprenderse con facilidad; cuando vuestra verdadera atención está puesta en algo, escucháis. Desgraciadamente, empero, la gran mayoría de nosotros escucha a través de un tamiz de resistencia. Nos escudamos en prejuicios religiosos o espirituales, psicológicos o científicos; o en nuestros diarios deseos, preocupaciones y temores. Escuchamos con todo eso por tamiz. De ahí que en realidad escuchemos nuestro propio ruido, nuestro propio sonido y no lo que se dice. Es en extremo difícil hacer a un lado nuestra educación, nuestros prejuicios, nuestras inclinaciones, nuestra resistencia y, llegando más allá de la expresión verbal, escuchar de modo tal que comprendamos al instante.

Podemos, pues, tener comprensión de lo que es, cuando lo reconocemos, sin condenación, sin justificación, sin identificación. Saber que uno se halla en cierta condición, en cierto estado, es de por sí un proceso de liberación; pero un hombre no se da cuenta de su condición, de su lucha, trata de ser otra cosa que lo que es.

Yo

Para un momento, Lorenzo; déjame hacer una muy pequeña observación sobre lo que acabas de leer y tu propia independencia de tu parte sexual. Tú estás "en un proceso de liberación".

LORENZO

Tal vez lo esté. Esto me hace pensar siempre en ese dibujito de que hablábamos hace un instante: la raya que luego se bifurca en muchas otras. No puedo dudar de que una de esas rayas, la principal, ya se ha liberado de este amor animal que las mujeres me inspiran.

Yo

Es que somos demasiado precipitados, mi querido Lorenzo. Queremos hacerlo todo en *esta* vida y tú sabes que esta vida la delimitamos del nacimiento a la muerte y nada más.

Colomba me ha dicho que aquí está nuestro gran error; deberíamos considerarla como una vida eterna. No creo que nada signifique el hecho de no recordar nuestro pasado. Seguramente es que la memoria pertenece a este breve lapso de tiempo que va desde el día de nuestro nacimiento hasta el día de nuestra muerte.

LORENZO

En todo caso yo estoy conectado con un tiempo mayor. Apenas evoco a Lumba Corintia —y para qué decir cuando ella se presenta a mi lado—, el tiempo se amplifica y ya no es delimitado por esos dos puntos: nacimiento y muerte.

Otras cosas me han mortificado enormemente. Tú sabes a qué cosas me refiero, a lo que he leído en Stanislas de Guaita: en el amor el hombre es positivo en el sexo y la mujer es negativa; el hombre es negativo en el cerebro y la mujer es positiva. Ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas?; hemos hablado en las profundidades de esta Tierra. Vuelvo a recordarte lo que ya te he dicho: ella, Lumba Corintia, se hizo negativa cerebralmente; yo me hice positivo.

Yo

Recuerdo muy bien cuando hablaste de ese error que ustedes cometieron y recuerdo también que él produjo la gran alegría de Palemón de Costamota, alegría, por cierto, bastante disimulada.

LORENZO

Llegó un momento en mi vida en que vi la realidad como una inmensa ficción. Te aseguro que la vida se hace casi imposible cuando tenemos dentro la certeza que estamos ante una ficción y no podemos ver la verdadera realidad.

Benilde, mi tan querida Benilde, me dejó con mis cavilaciones sonriéndome a menudo, haciéndome, de cuando en cuando, una advertencia cualquiera, queriendo, en el fondo, queriendo... poner las cosas en su sitio; ¿me entiendes? Ella, Benilde, ser la positiva en el cerebro y yo ser el negativo. Creo que te lo he dicho también, ¿no es así?

Yo

Sí, me lo has dicho. Se lo prometiste pero...

LORENZO

Pero...

Yo

Pero...

(Hubo un largo silencio entre nosotros. Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. Lorenzo también miró. Vimos al pleno invierno que se avasallaba sobre los campos de La Cantera. Hacía frío. Sólo de pensar en ir y pasearse fuera, tiritábamos. Dentro ardía un buen fuego. Vimos, frente a nosotros, un árbol inmóvil, sin una hoja que, sus ramas des-

nudas y blancas, casi plateadas, dibujaba contra un bosque que había tras él, miles de arabescos que era imposible imaginar sin movimiento. Lorenzo, al verlos, me preguntó si acaso creía yo que ellos, esos movientes e inmóviles arabescos formaban parte de cuanto habíamos charlado o pudiésemos seguir charlando.

No respondí nada. Sólo sentí que me unía, al ver ese árbol invernal, con la naturaleza entera, me unía agrandándome a veces, empequeñeciéndome otras veces pues me sentía formando parte de una inmensidad. Le comuniqué a Lorenzo esta sensación mía. Después de un largo rato logró hablar).

LORENZO

Al haber sentido esta impresión, al haber ido hacia estos campos y al haber sido uno solo con La Cantera, hay algo que siempre ha subsistido en ti, que no ha cambiado en lo más mínimo. Ello demuestra tu personalidad.

Yo

¿Qué es ello, Lorenzo? Créeme que no logro ver nada que haya podido quedar incólume en estos balanceos que la vista de tu fondo me han hecho sentir.

LORENZO

Ha quedado intocado tu libre albedrío.

(Era verdad. Mi libre albedrío no había sido tocado ni cuando me sentía pequeño o me sentía unido a la grandeza de ese árbol de La Cantera y a los campos helados que se extendían a su alrededor. Era yo tan dueño de mí mismo como en mis mejores momentos.

¡Sí, como en mis mejores momentos! Un sombrero de copa pasó rápido ante mis ojos y un elegante señor vestido de negro con pantalones de fantasía se inclinó ante mí y me murmuró con las más amables de sus sonrisas:

—Palemón de Costamota, un seguro servidor de usted.

Contesté de inmediato:

—Onofre Boroa, también un servidor.

Y él prorrumpió en la más sonora de las carcajadas que mis oídos hayan oído jamás. Estaba así riendo cuando la voz de Lorenzo me volvió a mi sitio. Oí entonces a Lorenzo.)

LORENZO

¡Ten cuidado, Onofre! Ten cuidado al manejar esas palabras de "libre albedrío". Porque al jugar con ellas, Palemón de Costamota se acerca a uno y no se le escapa el hecho de que las usemos con fines egoístas.

Yo

Total, Lorenzo: necesitamos la prudencia del gato para poder marchar en esta vida; como ellos marchan por entre una serie de copas de cristal sin derribar ni una sola.

¡Libre albedrío...! La expresión que me serviría para dar fuerzas a mi personalidad, ¡la gran expresión! Ahora comprendo que Palemón de Costamota esté tras ella atisbando nuestros movimientos.

LORENZO

Callemos un instante, Onofre. Quiero dejar a mi mente que vuele a su antojo. Es lo que me ha sugerido ese árbol invernal que contemplábamos. Ya no se ve, ya se ha hundido en las sombras que lo iban envolviendo. Ya es la noche fuera. Encendamos la luz aquí. Así, así estaremos mejor.

Onofre, acabo de tener un momento, al ver esos arabescos del árbol que mirábamos, de plena desconcentración. He visto todo en una unidad perfecta, todo formando parte de un organismo inmenso que estuvo presente ante mí. Nada había separado ni independiente, nada con su vida propia y ajena a lo que la rodeaba. He recordado a Rosendo Paine cuando veía las cosas delimitadas. No es así. Las cosas son células, nosotros somos células, de aquel organismo del que te hablo.

Compréndeme una cosa: una célula no puede tomar el mando y hacer una vida por su propia cuenta. Debe estar alerta y escuchar la voz del conjunto. Comprende ahora lo que he querido decirte al pedirte que tuvieras cuidado con tu libre albedrío.

He visto que nada había muerto alrededor mío; ni más allá; ni lejísimos. Todo tiene vida. Para captarla, ¡estar alerta y con los ojos fijos en esa vida!

Y he visto, Onofre, la avanzada de este estado de desconcentración que acaba de tomarme por apenas unos segundos pero que puede ser tan largo como toda una vida. ¡La he visto!

Yo

¿Qué es eso que has visto?

LORENZO

La visión de una casa. No recuerdo bien cuándo y dónde la he visto de verdad. Creo que fue en París. Estaba yo en mi ventana y al frente mío pero un poco más bajo, veía otra casa con sus ventanas todas abiertas pues estábamos en un caluroso día de verano. Veía yo, pues, a la gente que allí habitaba; la veía en sus tareas diarias, en sus quehaceres: unas barrián, otras sacudían, otras leían el diario, otras hacían cualquier cosa como ser preparar la comida.

Separadas sólo por un piso, se ignoraban totalmente. La del tercer piso, por ejemplo, era tan ajena a la del cuarto y a la del segundo como si nunca se hubiesen visto. Yo, sin embargo, las veía a todas y las veía en un solo momento. Vi claramente que ellas eran células de algo mayor, de la casa. Al mismo tiempo vislumbré a la casa formando parte de las casas contiguas; a éstas, del barrio; al barrio, de la ciudad; a la ciudad... En fin, tú me has de comprender.

Un momento después aquello terminaba; todo volvía a ser como es nuestra costumbre que sea. Entonces salí. Pero no recuerdo hacia dónde pues he olvidado de qué ciudad se trata.

Sin embargo sentía que un ser superior me veía como yo había visto a esos inquilinos de la casa vecina. Era una sensación francamente molesta, casi desesperante. Ya te lo he dicho: he olvidado la ciudad en que esto sucedió pero esta sensación no la he olvidado. Por ella, por esta sensación, desfilan calles y más calles, panoramas de París y de Roma, de Madrid y Londres y Nueva York. Ahora desfila un rincón de aquí de San Agustín de Tango.

Ahora este rincón ha emprendido viaje. Llega al refugio del volcán Llaima; en él, sentada cerca de mí, aparece la linda, la encantadora muchacha que un día...

Callemos, Onofre.

Yo

Callemos, Lorenzo.

(Allí quedamos en completo silencio. Sobre nosotros se mecían cientos de mujeres diferentes; Benilde... Guni... Berguibenda... Tomba... Jenara... Isabel... Vivencia...

Al fondo apareció Colomba.

Vi marcharse a Lorenzo acariciando el rostro de su pequeña Jateña que ahora sonreía y murmuraba:

—Soy ahora el espíritu de esa Jateña; por eso fui Teodosia Huelén; por eso en este momento me llamo Maribel...).

93

Estoy de regreso en San Agustín de Tango. Al día siguiente de mi conversación con Lorenzo, regresé de La Cantera. Él quedó por algunos días más. Volver a ver ese fundo me descompuso el ánimo y a la larga me fue necesario salir de él. Necesitaba otras charlas y otras caras y otro movimiento en torno mío. Las mujeres habían ido acercándose demasiado a nosotros, tanto las de mi amigo como las que habían sido mías: Benilde, Guni, Berguibenda, Tomba, Jenara, Isabel, Vivencia... Y la chica del refugio del volcán Llaima; y aquella que venía a mi lado en el autobús y que descendió en Guayacania; y la que pasaba apresurada por aquí cerca y se perdía por el Muelle del Abad... ¡Tantas, tantas! Estoy mejor aquí en mi departamento de Fray Tomate.

Lorenzo, al hablarme de la independencia de su sexo, me intranquiliza. En vano trata de llevar su charla a otros tópicos; esas mujeres rondan con su voz y convierten la Bóveda en un verdadero lupanar. Ahora ha sonado el timbre, la Zoraida ha abierto y ha venido a verme Romualdo Malvilla, el hombre que ha dado un gran paso y que ya no bebe. Sentado aquí a mi lado me ha dicho:

—Se bebe para no dejar que salgan a flote las cosas reprimidas. Ahora veo qué de cosas reprimía yo en mi pasado. Si ellas empezaban a querer manifestarse... ¡una copa y otra copa! Seguía yo tras el alcohol y lo reprimido quedaba atrás.

—Claro está —le recordé—; me acuerdo aquella vez en medio de la catedral de Curihue que tú estabas que apenas podías mantenerte en pie.

—Sí, me acuerdo de esa vez cuando marchábamos todos hacia la ciudad de Antioquía. Ustedes, todos ustedes iban penetrados de esa marcha; yo iba alegre, sólo con ganas de cantar. Fui, tal vez, una nota destemplante; pero, en fin, ya pasó, ya se fue aquello y aquí estamos.

—¿Bien o mal? —le inquirí.

Me respondió de golpe:

—¡Bien, perfectamente bien! El mundo ha renacido junto a mí, todo lo veo con ojos diferentes, todo me regocija. La gente que me frecuenta lo nota; es lo que yo veo en la mirada y en los modos de Laponia Socaire que ahora se place en anticiparse a mis más recónditos deseos para que yo no necesite ni formularlos pues ya están hechos gracias a su afán que me adivina.

—Cuenta y dame un ejemplo de esta actitud de Laponia.

Malvilla se explicó:

—Tú sabes cómo considero yo a los políticos. Ayer íbamos por la calle caminando cuando nos cruzamos con todo un grupo de senadores o diputados o qué sé yo que marchaban en sentido contrario. Reconocí a un pariente de aquel don Ricardo Cortés Mandiola y vi a Pascasio Vallenar, el revolucionario. Charlaban y reían con los demás acompañantes. Pues te diré que entre revolucionarios y conservadores existe un odio en los

asientos de la cámara pero en las buenas calles de una ciudad algo alejada de aquel centro, se charla y se ríe como buenos amigos.

—Los miré un instante, levanté los hombros y seguí mi marcha apresurando el paso de Laponia. Ella rió y me dijo lo que yo había sentido ante esos políticos. Fue exacto, fue como si me hubiera oído los comentarios que se agolparon en mi mente.

—Y esos comentarios, ¿qué eran?

—Los que yo pensé y que comuniqué a Laponia sin pronunciar palabra: los políticos forman una raza aparte en relación con los artistas. No tienen nada que ver unos con otros; o *se* es de unos o *se* es de otros. Y no hay más.

—Quedé un rato pensando hasta que Laponia me volvió a este mundo y me preguntó:

—Dime, Romualdo, ¿qué significa ese *se*...?

—No hallé qué respuesta dar; vacilé. Pero al fin dije que nosotros no podemos escoger nada; que tenemos que aceptar lo que nos ocurre y nada más. Ella entonces rió y agregó:

—Ahora, sí, ahora te he comprendido.

Luego Malvilla volvió a su tema favorito hoy en día: buscar y buscar por qué razón se sufre y por qué se hace sufrir. En eso estábamos conversando cuando irrumpió en Fray Tomate en el nombre de las Zambafusas, Eusebio Palena. Nos saludó y nos dijo:

—He venido a saludarte a ti, Onofre; a ti también, Romualdo. Polinesia me ha pedido que os dé sus buenos días. He venido para mostraros la claridad misma, la transparencia misma que he logrado en esta mi última Zambafusa. Escuchadme, amigos míos; mientras tanto dejemos a Polinesia devorar su churrasco no lejos de aquí, en la Taberna de los Descalzos. Dice así esta Zambafusa que es la número 17:

Zambafusa Nº 17

Me colocaré sobre un trampolín y desde él gritaré:

—¡Oh, Musa Cautín!

Mas al querer mirar de nuevo hacia la posada me marché satisfecho porque la perfección es el más alto deseo de las formas elementales de esos adivinos cuando el hombre crea el pensamiento. Ahora recuerdo un caso luego de reflexionar pues no conocemos ni queremos especular. Entonces llamaré al más hermoso querubín..

—¡Oh, Musa Cautín!

Tú tendrías concentrada tu conciencia en dicha pasión. Tal es la ley del espíritu, tal es la nefasta evolución. Tal será hasta el final de los siglos, ¡hasta el fin!

—¡Oh, Musa Cautín!

Pero Maldoror se apercibe que su sangre hierve en la cabeza de su joven interlocutor. Porque ese genio silencioso de Maldoror quiere ser el paladín de tu gracia, sí, el paladín...

—¡Oh, Musa Cautín!

De lejos se le habría tomado por un hombre ya maduro como a los Goncourt y a Zola al pasar por el trópico de Capricornio. Pero a éste se opuso sin vacilar el fiero de Crispín...

—¡Oh, Musa Cautín!

Entonces entoné el canto de Maldoror y vi el claro de Luna. Tal es la prostitución. Y todos juntos pintémonos los labios de carmín...

—¡Oh, Musa Cautín!

—¡Admirable —grité sin poder retenerme.

Oí el eco de la voz de Malvilla que repetía con menos énfasis:

—Admirable...

Eusebio Palena hizo una reverencia como las hacen los actores al oír los aplausos del público y nos declaró:

—Ya que habéis encontrado mi Zambafusa sencillamente admirable, puedo marcharme. Ya Polinesia debe haber concluido su churrasco número uno; el segundo debe comerlo en mi compañía. Ambos regaremos estos apetitosos churrascos con sendas botellas de cerveza. Amigos: ¡adiós! Pero antes de alejarme debo decirte, caro Onofre, que esta Zambafusa debe haberte sonado con tibiezas de conocida pues en ella se habla de esa beldad de Musa Cautín que vive cerca de tu propiedad, cerca de La Torcaza. Ella es la luz de Lo Arrate. Ahora sí, digo: ¡adiós!

Y Eusebio Palena se marchó tras del churrasco que comía su linda mujer, Polinesia Loncotoro.

Dije entonces a Malvilla:

—Esta Zambafusa me ha dado sed; quiero ir a beber algo. Malvilla respondió:

—Te acompaño hasta la calle del Palio. Tú has de saber que allí, esquina de la calle del Fuego Eterno, hay un nuevo bar que es frecuentado por tus amigos Desiderio Longotoma y Jabalí Batuco.

Le pregunté de inmediato:

—¿Cómo se llama este bar?

Me respondió:

—El bar Acoa.

En esa esquina me mostró el nuevo bar y allí nos separamos. Él debe haberse ido a seguir meditando sobre los sufrimientos humanos. Yo entré en el bar Acoa donde, en efecto, me encontré con esos buenos amigos de Longotoma y Batuco. Me senté con ellos y pedí un trago de pisco. Me dispuse a oír tararear a Jabalí.

Jabalí me saludó apenas me vio. Gritó levantando las manos:

—¡Hola, amigo! ¿Qué nos cuenta usted de nuevo? Lo veo con rostro algo preocupado.

—Es verdad, amigo Batuco —le respondí—. Estoy pensando en una Zambafusa que nos acaba de leer Eusebio Palena. En ella habla de Maldoror, el de los cantos del Conde de Lautréamont. Y Eusebio lo mezcla con una linda muchacha de Lo Arrate llamada Musa Cautín.

—¡Bravísimo! —exclamó Desiderio—. Las mezclas que puede hacer un poeta son inimaginables. Por Lautréamont, por Maldoror y por Musa Cautín, sirvámonos un buen trago.

—Pero antes quisiera yo aclarar lo que, al venir a este nuevo bar Acoa, me dijo Romualdo Malvilla.

—¿Y ello fue...?

—Había visto a un chico que caía de su bicicleta. La gente que lo vio lanzó la risa pues el chico no se había hecho mayor daño. Y Malvilla me dijo que, ante tal espectáculo y si las bicicletas ya existieran, habrían reído los contemporáneos de Platón, de Carlomagno, de Leonardo, de Luis XIV y qué sé yo. Entonces me pregunto: “¿Qué ha cambiado, entonces

amigo, qué...?”. Bueno, quiere decir que nada ha cambiado. Por esta igualdad del tiempo, ¡bebamos! Y para sacarme de estas cavilaciones, hablen ustedes, hablen, que yo seré todo oídos.

—¿Hablar? —preguntó quedamente Jabalí Batuco—. Schchhcht. Oiga usted, será mejor, esto que nos toca la orquesta.

La orquesta tocaba música de Leoncavallo. Jabalí Batuco quedó en éxtasis escuchándola y llevaba el compás sobre su bastón; con los ojos a medio cerrar seguía las notas y con ellas se iba lejos, muy lejos. Cuando terminó la orquesta nos dijo aplaudiendo:

—Magnífico, magnífico.

Se levantó y colgó su bastón y, de la percha, toma el otro bastón mientras nos explicaba:

—Ya ese bueno de bastón debe hallarse algo fatigado con esta música que le ha hecho escuchar. ¡Que se repose ahora! Y venga su compañero a compartir nuestra charla.

Tomó su otro bastón y apoyó ambas manos en él. Luego pareció quejarse amargamente al decir lentamente:

—Y pensar, amigo, que hay individuos que prefieren leer unas novelas policiales a oír estos trozos de grandes y alta música... Es increíble pero es así.

—¡Pare, pare, señor Batuco! —clamó Longotoma—. Voy a citar unas pequeñas frases que acabo de leer, en un libro de Heard, llamado *Respuesta pagada*. Oigan estas frases:

Hay que evitar que la mente superficial intervenga.

No hay nada como el alimento para el subconsciente.

“En esas frases veo yo abismos de sabiduría. Ellas, con otras más, forman el alimento cotidiano de mi mente. Después puedo comer y comer tomasines.

—¡Vamos a esos tomasines, Desiderio! —exclamó Jabalí—. Y hartémonos con ellos pues mañana ya no podré, ni tampoco pasado mañana. Se estrena el nuevo conjunto de baile. Viendo a esas beldades recordaré a la sin par de Virginia Rapel y al chicolito de Praxedes Bagdad. ¿De acuerdo, Desiderio?

—¡Por cierto! —exclamó éste—. Tengo un menú preparado como se debe. Primero, los tomasines; segundo, huevitos a la copa; tercero, postre y café; y cuarto... ¡Ah! Es lo que más apreciará usted, mi amigo Jabalí.

—¿Y qué es ello, amigo Desiderio?

Sus manitos se frotaron la una contra la otra con velocidad indescriptible y luego dijo con ojos chispeantes:

—Cogeré mi mandolina y tocaré mejor que esta orquesta que acabamos de oír... ¡música de Leoncavallo!

—Y yo la cantaré con mi espléndida voz de barítono.

—Y yo tocaré música de Arrigo Boito.

—Y yo, en el papel de Fausto, la cantaré con mi espléndida voz de tenor.

—Y yo entonces les tocaré música de Verdi.

—Y yo la cantaré con mi espléndida voz de bajo profundo.

Reimos los tres ante este programa que se nos presentaba para la noche: buena comida y buena música. Bebimos otra copa a la salud de la Tomasa. Por fin, antes de partir, Jabalí Batuco nos dijo con gran seriedad:

—La risa... Creo que ustedes no se han fijado por qué ella viene. La risa tiene, entre sus variadas causas, una que no es generalmente bien captada. Esta causa es la no correspon-

dencia entre el fondo y la forma, o sea que el sentimiento no se expresa con el gesto que le correspondería con justeza. De esta justeza no tienen los hombres igual concepto pues este concepto depende de sus cualidades verdaderas. Los necios, por ejemplo, antes de pensar en cualquier idea o sentimiento o lo que sea, ven ya su gesto y ríen inmediatamente.

—Razón de más —dijo Longotoma— para que comamos tomasines, huevitos a la copa y postre. ¡Ea, en marcha!

Jabalí Batuco colgó de su brazo el bastón que tenía entre sus manos, descolgó el que se aburría en la percha y con él salió del bar Acoa zarandeándolo a su gusto.

94

—Soy Juan Emar.

Fueron las primeras palabras que me dije al despertar. Lo había visto y había oído su voz mientras dormía. Después de comer alegremente con Desiderio Longotoma, la Tomasa y Jabalí Batuco, había regresado a Fray Tomate y me había acostado. Había dormido profundamente. Poco antes de despertar, de volver una vez más a este estado de vigilia, Juan Emar se había presentado ante mis ojos y me había dicho la frase que ya he consignado.

—Soy Juan Emar.

No sé si dormía yo o estaba en un semisueño. Sé, solamente, que era temprano, que ya había salido el Sol. Juan Emar me dijo:

—¿Por qué has de cambiar de mentalidad según donde te halles? Tú, Onofre Boroa, juegas con tu mentalidad. Tienes una para ir por la superficie, otra para frecuentar a los muertos y vivos de la media Tierra; otra, por fin, para presentarte frente a ella, a Colomba. ¿Por qué vives de modo diferente en esas partes? ¿No ves que ellas son inexistentes y que todas juntas forman UNA, nada más que UNA que es tu estado de ánimo?

Voy a darte un consejo:

Debes amar a Colomba cuando estás en la superficie; debes amar la superficie cuando te hallas frente a Colomba.

Así podré despertar yo de este sueño en que estoy.

Yo

Tal es lo que he tratado de hacer siempre.

JUAN EMAR

Traigamos la calma; respiremos la paz. Hablemos de cualquier cosa. ¡Habla, Onofre Boroa!

Yo

Veo mi obra pasada. Creo que en ella he consignado la posibilidad de poder enloquecer ante la vista de un sombrero o de una silla. De esto ya se ha hablado, ya está impreso. No quiero volver a ello. Ahora... ¡a otras cosas!

JUAN EMAR

Lo has consignado en un libro, en *Ayer*, es decir, en ese libro en que hablas de tus andanzas con Isabel Tabunco y cuando llegaste con ella al palacete de la calle de los Sagrados Corazones. Siempre has cavilado sobre este hecho: la posibilidad de enloquecer

frente a algo corriente, a algo que sea un objeto familiar para todos o que... no sea nada. Pero profundicemos un poco; vamos lentamente y así podremos profundizar. ¿Qué te parece, mi buen amigo?

¿Qué quiere decir esta permanente cavilación tuya? Enloquecer ante la vista de un objeto cualquiera... La locura ronda a tu lado. Ella, sin embargo, no tiene un origen desesperado; ella viene del simple hastío. De este hastío debes defenderte.

Yo

¿Y cómo defenderme de él? No olvides que el hastío viene cuando todas las posibilidades de actuar se han ido, se han retirado de uno. Entonces uno queda a merced, digamos, del viento, de lo que sople, sin saber hacia dónde nos ha de llevar.

JUAN EMAR

Ese viento puede soplar hacia la revelación. Un objeto cualquiera puede dártela. Pues todo es mágico aquí en esta vida. Cada objeto encierra la revelación. Tal vez a ti no te suceda; tal vez a casi nadie vaya a sucederle. Pero existe, ¡sí!, existe la posibilidad de un proceso que, acelerado, haga perder la razón o traiga en sí la máxima razón, sea este objeto una silla o un sombrero o lo que haya tras aquel sofá de que hablaste en tu libro. Esta es una de las grandezas de cuanto nos rodea. Si ella no existiera, los hombres irían hacia atrás, hacia el animal, hacia el vegetal. Existiendo, no hay camino cerrado ni limitado. Sólo que hay que tener el coraje de mirar cara a cara una silla o un sombrero. Cuando lo hagas no debes detenerte ante las relaciones que surjan por horribles que ellas sean.

Yo

Aquí me has evocado la antipatía que siento por literatura realista directa. Ella evita y evita toda relación. No quiere detenerse ante nada que no sea lógico, ante nada que no pueda ser explicado en otro idioma. ¡Es algo insoportable, algo destemplante, Juan Emar!

JUAN EMAR

De ahí viene tu agrado, tu fe, tu creencia en un mundo mejor, al ver a tantos hombres rendir homenaje a la frase de Lautréamont sobre el encuentro sobre una mesa de operación de una máquina de coser y un paraguas.

Yo

Así caminaré hacia ti. Llevaré como divisa la palabra FE. Caminaré sin que me importen los fracasos ni las peores desventuras. ¡FE y adelante! En mi mano llevaré un símbolo. ¿Sabes tú cuál?

JUAN EMAR

Una vara no muy larga, de tamaño común, una vara que podrás esgrimir a tu voluntad. En su extremo se dividirá en varias, en muchas otras varas más delgadas, en una serie de varitas abiertas hacia la vida. ¿No es ése el símbolo que has elegido?

Yo

Tal es el símbolo de Lorenzo Angol. Él marcha tras él; él quiere pasar a ser una de las ramitas que todavía no es. Sí, tal es su afán.

JUAN EMAR

Porque nosotros tendemos a imaginarnos las cosas de otros mundos como regidas por las leyes del mundo físico. Así tendemos hasta que no hayamos desarrollado plenamente los sentidos de esos mundos. No vemos la verdad tal cual es. Es lo que te pasa. Y la vida pasa y pasa a tu lado llena de grandezas; tú sigues en tus lucubraciones ajenas creyendo que estás en la vida. Un muro, un verdadero muro, has creado entre ti mismo y

la vida. Suena, de pronto, un vacío; tú te detienes. ¡Siempre es lo mismo! La vida pasa y pasa. Tú, como tantos otros, la contemplas desde una altura... La lucubración es más importante, la lucubración es lo único que cuenta.

Yo

Es que tal es el verdadero sentido de la vida, tal es y no hay otro: zafarse de la medianidad y planear desde las alturas; ¡aumentar nuestro campo visual!

JUAN EMAR

Los niños... Crecen a la merced de la suerte. Porque tú no te has dado cuenta de que a tu lado crecen esos niños. No te has dado cuenta de tu matrimonio... De ese matrimonio nacieron hijos. Te has dicho; ¡claro está!, te has dicho con una perfecta conciencia:

—¡Ya se ocuparán de ellos! ¡Ya saldrán a flote!

Y luego has dicho con seriedad profunda:

—Así aprenderán a vivir...

Este aprendizaje...; este aprendizaje...

Crecen...; crecen...; crecen.

Oye, Onofre, yo sueño con un mundo donde se educa a los niños como es debido. Es el mundo de las posibilidades infinitas; en él nada se hace, en él es la calma absoluta. Pero tú no tienes más que estirar una mano y ¡listo! ¿Me oyes? ¿Me oyes bien? Has estirado la mano y a tu mano ha llegado todo lo que se ha sabido sobre un tema dado, un tema dificultoso, un tema abstruso. Y este tema lo han predicado miles de profesores con gafas, sí, con gafas... ¿Por qué te extraña que ponga un par de gafas en los ojos de un profesor? ¿Por qué? Debe tener, este profesor, algo que llame la atención de sus alumnos. El libro con el tema abstruso no pueden entenderlo, es imposible... Entonces, ¡las gafas!

Pero te hablaba yo de ese país maravilloso, de ese país en el que basta con estirar una mano y aparece un libro con todos los datos sobre el tema que buscabas. ¿Sabes tú dónde se halla ese tan bello país?

Yo

En las cavernas de Oxiput.

JUAN EMAR

¡Vamos a ellas!

Yo estaba despierto y ya me había vestido. Así es que la invitación de Juan Emar venía perfectamente. Iríamos a las Cavernas de Oxiput. No era más que cuestión de caminar un poco y las encontraríamos. Bajar nuestra escalera, atravesar el Puente de los Concilios Ecuménicos, doblar a nuestra izquierda e ir al Muelle del Abad, un poco más allá de la tienda del chino Pey. Allí construye una casa el arquitecto Ladislao Casanueva y Limarí; allí hay, a raíz del suelo, unos montones de tierra casi sólida con la humedad; allí, entre los intersticios que se formaban, había una pequeñita entrada que apenas alcanzaría los veinte centímetros de altura. Era, pues, cuestión de empequeñecerse y la entrada se agigantaría en forma descomunal.

Lo hice en un instante; Juan Emar, benévolamente me imitó. Nos tomamos del brazo. Y ambos avanzamos lentamente hacia el interior de las Cavernas de Oxiput. La luz era suficiente; el silencio, ligeramente runrunante.

Yo

Oye, Juan Emar, en el país que hallaremos, todas las cosas están hechas como ellas deberían estarlo en el mundo entero. En ese país los niños no tienen complejos, no pueden culpar a nadie ni a nada. ¡Ya lo verás tú, ya lo verás!

JUAN EMAR

Por esta calle iremos hasta el Parque. Ahí, en ese lindo parque lleno de niños sin complejos, encontraremos un banco y en él nos sentaremos. Así dejaremos que afuera, en San Agustín de Tango y en el mundo entero, pasen las horas con el ritmo que mejor les plazca. Nosotros charlaremos.

El parque era hermoso. Parque y jardines por todas partes y no había en él ni una sola estatua en ninguna parte. Los chiquilines jugaban; las madres charlaban entre ellas y vigilaban a sus nenes con un ojo; los estudiantes leían en alta voz sus textos; un señor miraba el cielo; otro señor miraba la tierra; un perro corría desenfrenado, se detenía unos instantes y volvía a correr; un hombre nos ofreció barquillos; otro, helados; otro, mazapán untado en turrón. Pasaron varias lindas damiselas; un guardia las miró con disimulo. Había un banco vacío que nos venía muy bien. En él nos sentamos. Compré un diario que le pasé a Juan Emar; él me lo pasó a mí. Yo lo dejé sobre el banco.

Luego pasó Guni Pirque; buscaba mandioca pues con la punta del pie movía todos los pastos; luego vi a Marul Carampangue que pasaba indiferente y con un aire de altivez que la hacía más hermosa aún. Pasó un viejecito apoyándose en sus bastones; al pasar me saludó afablemente. Dudé unos minutos pero luego lo reconocí: don Dámaso Mamiña. Luego en mi imaginación sonaron las trompetas y los tambores y una escolta que soñé presentó las armas; por entre ella pasó solemnemente Higinio Romeral con su no menos solemne esposa, doña Salaberga Huintil. Pasó también el doctor Amancio Cunco. En sentido inverso pasó el Padre Protasio. Como un relámpago iba allá, allá, al frente, corriendo tras de una idea que se le escapaba, iba Cirilo Collico, el detective y a la vez pintor; lo acompañaba, al trote de su caballo, Zacarías Punitaqui. Y Pablo Carahue caminaba distraído como caminaba también Misael Reñaca y Ascanio Viluco y Aliro Gorbea. Y ahora pasaba nada menos que Sulpicio Calatambo. Me dije al verlo:

"Sulpicio Calatambo ha muerto ya; murió allá en la batalla de Antioquía; pasan los muertos también, pasan todos, vivos y muertos..."

—¡Adiós, Onofre! —me gritó Biandina Tarata y se perdió entre una multitud de gente.

—¡Adiós, Onofre! —me gritó Julieta Pehuén y se alzó las faldas de modo que pude apreciar sus lindas piernas.

En eso estaba, con la imagen de sus pantorrillas en mis ojos, cuando un sombrero de copa pasó ante mis ojos y oí una voz que me decía:

—Palemón de Costamota, un servidor más.

Me levanté y respondí:

—Onofre Boroa, también un servidor.

Y el aire se llenó con las armonías de *El Bolero* de Maurice Ravel pues al frente mío, impertérrito, pasaba el hombre Martín Quilpué. Don Irineo Pidincó aplaudía su paso y se inclinaba y todos ellos, Palemón, el hombre Martín Quilpué y don

Irineo, fueron eclipsados por un formidable: "Brrrrrrrrrr..." que lanzaba Baldo-
mero Lonquimay mientras se alejaba veloz como una flecha.

Juan Emar me miraba sin pronunciar palabra. Al fin susurró:

-Demasiados, demasiados personajes han venido a perturbarte en la obra que has
empezado. Y pensar que no han pasado, bajo los lindos árboles que nos sombrean, ni la
mitad de todos ellos...

Yo

En verdad, Juan Emar, hay demasiados personajes que van y vienen, que no me
dejan ni un instante en paz, en esa paz, tú lo sabes; Mabel Collins lo ha dicho y sus palabras
han sido mi guía:

La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en
el seno de la cual el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles.

JUAN EMAR

Escucha entonces mi voz. Las flores quedarán inmóviles en la laguna santa.
Escucha en silencio.

Alcé los ojos y te vi, mi Colomba. Allí estabas muda y una sonrisa erraba por
tu rostro. El parque en que estaba hace un momento había desaparecido. Ya Juan
Emar era yo. Ahora podría entrar en plena comunicación contigo; por eso es que
exclamé con todas las fuerzas de mis pulmones:

-¡¡Colomba!! ¡¡¡Colomba!!!

Y vino el silencio del fondo de la Tierra.

95

COLOMBA

Avanza, Onofre, con tu varita y fija los ojos en las divisiones en que termina.
Son muchas, ¿verdad? Está esa vara subdividida en una serie de varitas. Está... como es tu
vida; múltiple, casi infinita. Tu conciencia está limitada. Está limitada la conciencia de
Onofre... ¿Es Borneo o es Boroa tu nombre? Bien; el hecho de preferir este último nombre
significa ya un adelanto, una buena intención.

Te explicaré, si quieres, el símbolo de lo que llevas en tu mano: llevas el total de tu
vida, llevas una simultaneidad de vidas que te aparecen como vidas diferentes. ¿No lo
crees? Entonces, ¿por qué les pones nombres diferentes a cada una que ves? Es lo que has
hecho allí en el Parque de Oxiput cuando estabas con ese amigo tuyo... No; digo mal:
cuando te bifurcaste en Juan Emar. Ya lo sé, Juan Emar está muy próximo a ti y por eso no
te has extrañado al oír lo que te digo. Pero... ¿y si te dijera otro nombre cualquiera como
ser Zacarías Punitaqui o Dámaso Mamiña o Marul...? Sí, Marul Carampangue. Ya lo sé, es
hermosa cual ninguna como es feo, horriblemente feo Aliro Gorbea. Parece un... Me
haces reír al querer encontrar un símil con Gorbea. Y no quiero reír. Quiero que hablemos
seriamente; ¿oíste? Hablemos seriamente.

Quiero que sepas que todas las personas que han pasado ante tu vista, todas, y todas las personas que no pasaron ante ti, y todas, vivas o muertas, de este o de otro país, de esta u otra época, las que van a nacer, todas, sin excepción alguna, todas *no son más que tú*.

No, no; no es que tú te amplíes y llegues hasta ellas; no, no y no. Pues ellas pueden también ampliarse y llegar hasta ti. Es una unidad —¿me has entendido?—, una UNIDAD. Y las condiciones pequeñitas, mezquinas, eso es, ultramezquinas en que nos placemos en rodar, hacen que les pongamos nombres diferentes. Pues mientras más haya, mientras más crezca ese número, tanto en el pasado como en el presente y en el futuro, más enaltecedor es el hecho de que nosotros seamos parte, seamos uno, uno solo y nada más que UNO.

Ya tal vez vislumbres cuál es el camino que lleva hasta ese que por ahora consideras como un sujeto aparte: Juan Emar. Al pensar en él no olvides a esa pobre mujercita que viste en el manicomio del Eclesiástico —¿no la recuerdas?—, esa mujercita que llamaba y llamaba y volvía a llamar por un teléfono imaginario; y este llamado se repetía todos los días, todos sin saltarse ni uno solo.

Sí, Onofre, cada varita está viviendo lo que se llama "su vida". Cada varita tiene la ilusión de haberse aislado y de vivir por su propia cuenta. Es una miopía general... Es el mundo de los completamente miopes...

El Amor calla y espera.

Tú, camina por ese mundo. ¡Y no lo olvides, no lo olvides! Ascanio Viluco eres tú; y Salaberga Huintil eres tú; y don Bartolo Traiguén eres tú; y el doctor Evaristo Gultro eres tú; y doña Cleta Purén eres tú; y Guido Guindos eres tú; y doña Martina Vichuquén eres tú; y Pascasio Vallenar eres tú; y Chispita eres tú; y Perpetua Mamoeiro eres tú; y Epifania Tamarugal eres tú; y Benigno Naltagua eres tú; y Clotilde Antilhue eres tú; y...

¡Basta, basta!

He empezado a hablarte de los que tú conoces y nada más. De pronto se ha abierto la historia, tanto en el pasado como en el futuro, y han aparecido más y más nombres, infinito número de nombres, infinito, infinito número...

Yaquí está lo curioso: cada unidad de ese infinito estaba y está y estará convencida de que ella es sola y aislada sin tener nada que ver con sus semejantes. Cada unidad vive en el milagro.

No, no se extraña por esto; lo halla completamente "natural".

Tú, ¿te extrañas?

Podrás extrañarte de cualquier cosa menos de esto. Tal vez te ha confundido un tanto. Tal vez te has sentido mal al haber visto esta amplitud de tu conciencia; ¿no es verdad?

Comuniquémonos sobre otros asuntos. Esta amplitud de la conciencia es general, es de todos, todos. Dejémosla y oigamos ese rumor de los aires inexistentes que se filtran hasta este fondo de la Tierra, ¿quieres?

Miremos tu varita. Ponla por el suelo, ponla entre nosotros dos. Así, así. Veremos a tu amigo Lorenzo Angol. Es un bueno, muy bueno amigo tuyo; la prueba es que a él se le ha ocurrido esta varita.

¡Cómo! ¿Me preguntas por qué se le ha ocurrido? Bien, te lo explicaré muy lentamente:

Es el símbolo que Lorenzo ha encontrado de su propia vida. Él quisiera ser el tallo, ser la única que a todas las demás las contenga. Pero su vida se desparrama y él le teme a ciertos aspectos de algunas ramitas. ¡Mira esa ramita! ¡Mira la que está a su lado! ¿Qué ves?

Lo que está inscrito sin inscribirse en ellas es el destino de muchos hombres. Lo has visto:

Manicomio-Hospicio.

Y en tu varita también están esas marcas, la del manicomio y la del hospicio. ¿Están en todas las varitas que lleva cada cual de los hombres y de las mujeres que habitan, habitaron o habitarán en esta Tierra!

Por eso es que hay que vivir en el total de todas ellas. Es el único modo que tenemos de acercarnos al tallo. No tienes más que ser espectador del manicomio y del hospicio. Pero hay que saber ser un espectador. Lorenzo no es buen espectador. Basta con pronunciar ciertos nombres, nombres de mujeres y él es tomado por el vértigo. Aquí está su mal: en esa verdadera obsesión por las mujeres.

Espera que esa ramita lo ha de salvar. Esperémoslo también. Mientras tanto piensa en una Berguibenda cualquiera. Esperemos.

Sí, Onofre, no lo olvides nunca: todas esas ramitas, todas son vivas, todas hacen su vida, todas quieren mantener la voz alta y ser la única voz que comanda. Ninguna reconoce su dependencia a las demás ramas.

Claro está; tienes muchas, muchísimas vidas. Y cada vida trata de ser la principal, por no decir la única. En medio de este permanente conflicto estás tú.

Era lo que esperaba que preguntaras: "¿quién eres tú".

Eres el total, el conjunto; eres el tallo único. Poco a poco irás agotando las vidas aisladas; poco a poco ellas irán entrando en el conjunto.

Por cierto, es una enormidad de gente la que lucha así. La gente que descubre otra vida en ella misma; la gente que es arrastrada por otra vida...

¿Sientes que tu vida se deshace? ¿Sientes que pierdes tu integridad? Ten calma, Onofre y, ya te lo he dicho, espera. Nunca debes olvidar que en cada ser hay una lucha permanente entre un Dios y un demonio. En ti ha de triunfar ese dios siempre que... siempre que...

Lorenzo Angol te influencia; tú lo sigues sin darte cuenta. ¿Tanto te atraen las mujeres? Claro que puede ser un modo de hacer su biografía, si es que pretendes aún hacer su biografía. Un modo, modo: entrar en su vida y hacer como él hace. Es por eso que te apoyas en esa ramita, en esa en que danzan todas las mujeres. ¿Por qué lo niegas? Recuerda: Huinchita Pin... Hace ya mucho tiempo, mucho... Recuerda: Natalia Toltén; sí, la quise de verdad y formaste grandes proyectos para después. Como los formaste con Marul Carampangue... Y con Tomba Montbrison... No olvidemos a Isabel Tabunco... ¡Qué de sueños le metiste en la cabeza! Y Guni Pirque; no la olvides; acuérdate cómo empezaste tu libro: "Guni querida...". Y cada página que escribías se la leías y la comentabas. También la pondría en tu lista, también: Musa Cautín. ¡Qué! ¿Fue al pasar? ¿Fue en un campo desierto? No mientas, Onofre; estamos hablando con seriedad; alrededor de Musa Cautín tejiste tantos sueños como alrededor de cualquier otra mujer. Esos sueños fueron cogidos por un viento y se perdieron, se perdieron, un cuarto de hora después, pongamos, si tú quieres, una media hora después. Pero ellos existieron y florecieron con una rapidez que ante una flor que la tuviera todos los seres se quedarían con la boca abierta. Sí, sí, no hablemos, no recordemos más a esa muchacha. Evoquemos, será mejor a... ¡Diana Papudo!

Ahora callas, ahora apenas respiras, ahora tus ojos miran hacia abajo. Podrás mirar hacia donde quieras pero no la verás, no la verás más. Pues ella, con todas las demás, se ha marchado para no volver. Se ha marchado con las, con las... ¿Diré "Berguibendas"?

¡Se han ido ya las Berguibendas, tus Berguibendas!

Ahora... camina, Onofre, hacia la soledad.

El camino es muy duro.

Porque ese camino está lleno de conocidos. Todas, todas esas ramitas tomarán vida y vendrán a charlarte, vendrán a evocarte miles de cosas y te invitarán... ¡no! no digamos tanto; te insinuarán, sin majadería, que vuelvas a la vida.

¿Te das cuenta lo que es la vida?

Antes creías que una persona cualquiera te era una persona desconocida. Sí, Onofre, puesto que hablabas de compatriotas y de gente que no lo es; y hablabas también de esta época y veías las otras épocas en un pasado remoto. Ahora, en la soledad, verás que eras amigo de todas las gentes. Sí, he dicho "amigo".

¿Te extraña que diga así?

¡Qué raro! Me has recordado a Maribel, tú sabes, a la que se llamó Teodosia, a la que Lorenzo Angol descubrió, cierto día, que era su hermanita, Jateña. Te llamaba siempre: "costreño".

Pero tal vez no vayas nunca hacia la verdadera soledad. Debes preferir vivir allá en la superficie y venir, de cuando en cuando, a estas profundidades.

Quisiera hablarte de otros temas; ¡dejemos esa soledad! Ella vendrá cuando haya de venir. Ahora voy a hablarte... Dime, ¿no vas nunca a inventar otra palabra para expresar estos coloquios que tenemos ambos?

Hablar... Decir... Manifestar... Mencionar... Charlar... Murmurar... Expresar... Susurrar... Comunicar...

¡Basta, basta!

Te haré entender que veo tres personas en ti. Son tres personas diferentes; dos de ellas pesan enormemente sobre la persona que, a veces, tú eres. Es tal vez tu destino: acarrear a dos de ellas y que la tercera las haga callar para que no te molesten con sus palabras y sus jactos!

Bien, te las nombraré:

La primera es Onofre Borneo; la segunda es Onofre Boroa; la tercera es Juan Emar.

Juan Emar aun está lejos, muy lejos. Debieras bendecir ese parque de Oxiput pues en él lo viste y charlaste y charlaron. Por eso estás aquí ahora, por eso estás junto a mí. Él te mandó a este fondo terráqueo. Pero la sombra de Palemón de Costamota te lo arranca saludándote con gran ceremonia; cuando lo ves y se ponen ambos a conversar. Cuando no te ve... también te la birla, te birla a ese Juan Emar que es el que tú envías hasta acá. Por allí queda, solo y triste. Y Onofre Boroa desciende y cae de rodillas a mis pies. Pues tú eres Onofre Boroa. Todavía no se ha manifestado la voz de Juan Emar. A veces hay destellos lejanos; es todo. Esos destellos se pierden y yo oigo la risa de Palemón de Costamota y oigo también la risa de Tadeo Lagarto.

¿Onofre Borneo...? Te lo diré: Onofre Borneo te hizo coger la ramita que traías y que ahora yace por tierra. Es un hombre muy inteligente, un hombre que sabe mucho, muchísimo. Pero teme estas profundidades.

Así caminas, así avanzas por esta vida, mi bueno y grande amigo; así, llevando el peso de dos entes sobre las espaldas de un tercero. Si ellos fuesen muy unidos, si las insinuaciones de uno de ellos fueran acogidas con gritos de entusiasmo por los otros, ¡qué fácil te sería esta marcha! Pero, por desgracia, no es así. Ellos tienen objetivos diferentes y se esfuerzan por conseguirlos en desmedro de los demás.

¿No lo crees? ¡Clava tu atención en lo que te voy a decir y no la dejes escaparse! Voy a nombrar a Onofre Borneo, voy a nombrar a aquel hombre que frecuentaba las noches del San Lito y que bebía como un desalmado. Pero no voy a tomarlo por encima; voy a ver lo que germinaba en el fondo de su ser; voy a ver hacia dónde se dirigía esa especie de locura que a menudo caía sobre él. ¿Qué era? ¿Qué te insinuaba una voz recóndita?

Onofre... ¡la Magia Negra!

Sí, había otra voz que a pesar de aquel torbellino lograba hacerse oír. Era la voz lejana de Juan Emar que apenas murmuraba:

—La Magia Blanca...

Entonces Onofre Boroa hacía notas. Las guardaba, muy bien clasificadas, en una carpeta y... volvía a salir, a deambular, salía a charlar con sus múltiples amigos, salía a reposarse.

¿No es verdad cuanto te digo?

Medita un momento y callemos.

Callé. Me incliné ante Colomba. Sentí su mano sobre mi cabeza. Yo era Onofre Boroa; en él estaba asentada la conciencia y esta conciencia sabía de los otros, de Onofre Borneo y de Juan Emar. Ellos me aparecían como simples espectáculos, aborrecible el uno; ideal el otro. Pero yo tenía que vivir esos dos espectáculos, vivíroslos hasta agotarlos.

De pronto oí la voz de Colomba, una voz claramente audible. Decía:

“Porque de cierto os digo que hasta que perezca el cielo y la Tierra, ni una jota ni una tilde perecerá de la Ley hasta que todas las cosas sean hechas”.

96

Me alejé de Colomba lentamente. Todo a mi alrededor resonaba como un huracán. Allí quedaba ella muda y sonriente. Me volví un vez para verla, para subir con su imagen en mi vista.

Allá quedaba inmóvil. Sus ojos no veían; su boca callaba. Vestía de oro; llevaba una banda de plata. Sus taconcitos eran agudos. Sentí un escozor a lo largo de todo mi cuerpo pues lo sentí marchando sobre mí y enterrándose en mi carne desnuda.

¡Es hermosa Colomba! Es la única MUJER que he encontrado en mi vida. Es el total de lo que se encierra en esa palabra misteriosa que jamás llegaremos a descifrar debidamente: MUJER. Yo me doblego ante ella, yo me someto ante su presencia. Y mi imaginación secreta vuela, vuela, ocupa todos los sitios que, un momento antes, me parecían lejanos, inalcanzables.

Yo los miraba y los veía allá, allá. El mundo me era bifurcado; el mundo perdía esa unidad santa de que tanto, ¡tanto!, se ha hablado. El mundo estaba dividido en compartimentos bien nítidos. Y cuando se está en uno de ellos es imposible pasar al otro. Si se logra pasar se pasa todo entero y aquel en que estábamos desaparece, se pierde. Otra vez viene ese sentimiento de soledad a inundarnos; y seguimos callados, callados, añorando algo que no, que jamás podremos definir... Es lo que llaman “caminar”; es lo que llaman “avan-

zar". Hasta que un día... la muerte; hasta que un día, damos tema para que los sabios de este mundo lucubren y teoricen sobre este problema que no tiene solución alguna.

Es que no te han visto a ti, mi Colomba.

Tú has permanecido como una esfinge. Tú has sido el cúmulo, la infinidad de problemas que allí están siempre, siempre, ¡siempre!

Siempre están. Están esperando a quien ose interrogarlos. Lo oirán con mucha atención; sí, lo oirán. Luego murmurarán:

—Pregunte usted al vecino; acaso él podrá...

¡Colomba! Nadie osa preguntarte a ti y oír en tu silencio la voz del último secreto.

Resonaba todo como un huracán.

El huracán tomaba a Colomba y la llevaba lejos y la zarandeaba por los ámbitos; la pasaba veloz por mi lado; luego partía con ella, partía, partía...

Yo me cogía a su imagen y con ella volaba. ¿A su imagen...? Yo me cogía al oro que te cubría y me eclipsaba en tu banda de plata. Desde ella quería contemplar tus ojos y caer en éxtasis con tu sonrisa invisible. Pero me había escapado hasta tus altos tacones y esos tacones, por ser tuyos, los besaba frenéticamente.

Mas por este hecho las distancias no se detienen; siguen verificándose a lo largo de nuestra marcha. Me volví, pues, una vez más y tú, mi Colomba, ya no estabas. Entonces me di cuenta del tenebroso, del lóbrego camino que nuevamente tenía que cruzar para hallar, allá en su final, un poco de vida, un simulacro de vida, algo que hiciera la mueca de una vida viviente.

Caminé; subí lentamente.

Ahora sentía lo que era la soledad; la sentía viviente, a mi lado, actuante *en negativo*.

Debía trepar y trepar. ¡Nadie a mi lado! Mi lado... Era, tal vez, lo que había perdido pues no tenía lados; nada hacia delante, nada hacia atrás, nada hacia los costados. Carecía de contornos; carecía de emanaciones. Carecía de filtraciones.

Era lo que había perdido: mis ¡filtraciones!

Era una experiencia más: un hombre sin filtraciones.

Era la experiencia de *la completa soledad*.

Me identificaba con esos muros que se retorcían; yo era aquel piso que mis pies hollaban; yo era aquella cascada de llamas que me envolvía; yo era aquel líquido que pasaba por mi lado y desarticulaba mi cuerpo entero.

Conservaba, sin embargo, mi completa integridad interior y podía pensar.

Pensaba. Es decir, mi mente pensaba sola; yo me limitaba a ver esos pensamientos con vida propia que se iban y se iban hasta los muros que me rodeaban; a veces se fundían en las llamas o se mezclaban con ese líquido que me untaba.

Era gracioso ver la marcha independiente de mis ideas... Yo las miraba y las seguía. Eran arriesgadas algunas de esas ideas mías... Eran arriesgadas y nada les importaba lo que pudiera acaecerles. Muros, peñas, llamas, líquidos, materias espesas, abismos, fondos invisibles, todo cuanto es posible imaginar y todo eso en movimiento, retorciéndose. Pero no siempre porque, de pronto, había grandes zonas de paz en las que nada se movía, nada chistaba, era la quietud absoluta, total, la quietud que sobrepasaba a lo que llamamos nosotros "quietud" en la superficie. Pues consideramos esta idea de "quietud" siempre comparándola con la idea de movimiento y de torbellino y de ruido y ¡qué sé yo! La hacemos como una contraparte de este estado que, al fin, es el estado de nuestra vida. Aquí, no. Era la quietud por ella misma. El movimiento y el ruido no habían sido inventa-

dos aún. Me falta una palabra para poder expresarme. Tiene razón Colomba, nuestro idioma es pobre, pobrísimo. Mejor será que diga lo que hice involuntariamente, lo que no pude dejar de hacer: grité.

Grité con toda las fuerzas de mis pulmones y llamé:

—¡¡Florencio!! ¡¡Florencio Naltagua!!

De inmediato apareció a mi lado y sin hablar me preguntó:

—¿Qué deseas?

Respondí:

—Deseo alguien que esté conmigo y me saque de esta espantosa soledad...

Él dijo:

—Cambiemos ciertas ideas. Tal es tu trabajo: formular ideas y luego exponerlas al aire. Tal es aún el mismo trabajo que yo tengo. Podemos pasearnos por aquí. ¿O te urge mucho llegar cuanto antes a la superficie?

Le respondí:

—Prefiero oír tu voz.

Naltagua y yo nos paseamos lado a lado lentamente. Y aquí debo hacer la misma observación que ya he hecho tantas veces cuando tengo que referirme a Florencio: la pobreza de nuestro idioma, de todos los idiomas del mundo.

No veo mejor manera de hablar de ella que la de referirme a Piotr Demianovich Ouspensky cuando se refiere, más o menos, a este mismo tema en su obra *Un Nuevo Modelo del Universo*. Él habla de las experiencias místicas que ha realizado. Sus sensaciones coinciden exactamente con las que yo sentía al oír la voz de este gran amigo que es Florencio Naltagua; y debo advertir que ni por un solo instante sentí su voz modulada en sus labios; él me habló en el más perfecto silencio.

Dice Ouspensky:

Comprendí por qué todas las descripciones de experiencias místicas son tan pobres, tan monótonas y tan artificiales. Un hombre se pierde entre el infinito número de impresiones totalmente nuevas para cuya expresión no tiene ni palabras, ni formas. Cuando desea expresarlas o comunicarlas a alguien más, involuntariamente usa palabras que en el lenguaje ordinario corresponden a lo más grande, a lo más poderoso, o lo más raro y extraordinario, por más que de ningún modo correspondan a lo que ve, percibe o experimenta. El hecho es que no tiene otras palabras a su alcance. Pero en la mayor parte de los casos el hombre ni siquiera se da cuenta de esta substitución porque sus experiencias se conservan en su memoria como en realidad fueron ellas sólo que por unos momentos. Muy pronto ellas se debilitan, se diluyen, son substituidas por las palabras que a gran prisa y accidentalmente se les adhirieron para conservarlas en la memoria, y muy pronto no quedan más que estas palabras. Esto explica por qué los hombres que han tenido experiencias místicas utilizan, para trasmitirlas, esas formas de imágenes, palabras y modos de lenguaje que les son más conocidas, a las que están acostumbrados a usar con mayor frecuencia y que son para ellos las más típicas características. De este modo puede fácilmente suceder que diferentes personas describan una experiencia absolutamente idéntica como totalmente distinta. Un hombre religioso hará uso de los moldes usuales de su religión. Hablará de Jesús Crucificado, de la Virgen María, de la Divina Trinidad, etc. Un filósofo tratará de

expresar sus experiencias en el lenguaje metafísico al que está acostumbrado. Por ejemplo, hablará de "categorías" o de "mónadas" o de "cualidades transcendentales". Un teósofo hablará del mundo "astral", de "formas de pensamiento" y de "Maestros". Un espiritista hablará de los espíritus de los muertos y de las comunicaciones con ellos. Un poeta hablará de sus experiencias en lenguaje de cuentos de hadas o de mitos antiguos o describiéndolas como sensaciones de amor, embeleso o éxtasis.

Fácil, pues, será comprender la dificultad que encuentro al querer transcribir las palabras insonoras de Florencio Maltagua. Toda traducción de ellas las limita a un marco restringido; y luego pienso que traducidas por otro ser darían un significado diferente aunque nos esforzáramos por indicar la verdad de ellas.

Me ocurre lo mismo que con Colomba; creo haber traducido con toda fidelidad lo que han dicho, luego lo releo y sólo encuentro frases triviales que bien habrían podido haber sido dichas por otra persona cualquiera. Sin embargo...

Es acaso la manera cómo ellos se expresan con su presencia, es acaso lo que evocan con sorprendente nitidez; es acaso que ya hablan el idioma mudo del futuro.

No sé cuánto rato marchamos lado a lado. Aquí bien podría poner la historia de esos señores con cronómetro: en uno de ellos se marcarían sólo algunos minutos; en el otro se marcarían días enteros de charla. Como sea, creo de mi deber consignar lo que supe y aprendí ante su presencia. Son frases vulgares, ya lo he dicho, son frases que todos los días oímos por las calles y en todas partes. La profundidad corre invisible por ellas y es esta profundidad la que en mí se incorporaba.

NALTAGUA

Vienes, Onofre, de llenarte con la figura de esa que ya admirabas de tiempo atrás, de Colomba. Sí, hace ya mucho tiempo que, en silencio, la admirabas. Porque habías oídos su voz queda, su voz que no vibra en el aire. Pero tú, esa primera vez, la primera vez que te encontraste frente a ella, allá en La Torcaza, sus palabras sonaban junto a ti, te penetraban y se iban sin haber hallado un receptor adecuado. Porque tú estabas cogido por Bárbara. Ella captó tu atención; ella te habló con voz sonora; a ella la comprendiste y tu cerebro entonces actuó.

Ese mutismo estaba lleno de voces. Si tu atención se hubiese fijado en ellas, tal vez otro sería tu destino actual. Pero ella vestía de oro y se ceñía con banda de plata; ella dejaba errar una leve sonrisa. Tú pusiste tu atención en ese oro y en esa plata y... dejaste insonora esa sonrisa que ahora te llena.

No, no te lo reprocho; es lo que sucede siempre. ¿Por qué ibas tú a ser una excepción? La mujer se esconde bajo su vestido; su vestido es lo primero que muestra. Y si él es suntuoso, nosotros admiramos y esta admiración es el comienzo y el fin de nuestra actitud ante ella.

Bárbara hablaba, Bárbara te hablaba. Tú, con los ojos llenos de oro y de plata, escuchaste esas palabras que, en el fondo, te hacían una pregunta muy seria. ¿La recuerdas?

Bárbara te preguntó:

—¿Por qué no habría yo venido a tu llamado?

Porque tú llamabas, Onofre, llamabas permanentemente a la mujer que planeaba sobre tu intelecto. Llamabas a esa águila de fuego y de cristal... Llamabas al nácar y a la electricidad... Ellos se cernían sobre ti. Esto te bastaba; esto te bastó.

Y seguiste la charla con Bárbara.

Ella te habló de un inmenso laboratorio en el que tú trabajarías; mientras tanto ella entonaría una canción de cuna. Pero tú vacilaste, mi buen Onofre, y por eso ella te dijo:

—¡Qué poca fe tienes! ¡Qué miedo le tienes a la fe!

Colomba seguía muda. Tú ahora sabes lo que esta mudez significa. Bárbara anticipaba los conceptos que más tarde, mucho más tarde, oírías sin oír de los labios inmóviles de Colomba. Porque ya la has reconocido; ahora te inclinas ante su mutismo.

Ahora callas y ahora quieres elevarte a su altura. Pero no lo haces, no, Onofre, no lo haces. Porque al querer hacerlo ves ese tocado de oro, ves esa banda de plata y ves, sobre todo, esos tan agudos taconcitos que se aprontan a marchar sobre tu piel desnuda.

¿No es así?

No puedes negarlo. Es ante este temor de sus taconcitos sobre tu piel... —¿temor?—; digamos las cosas con claridad: placer, inmenso placer, enloquecedor placer.

Ese momento ha grabado en tu memoria una marca.

Por esa marca te has orientado y has vivido.

Pero, con suma lentitud, Colomba ha sabido dar vueltas ese momento de tan gran placer. Por eso, ¡al fin!, has oído su voz. Sí, la has oído y a ella quieres someterte. Pero de pronto huyes, como un desalmado huyes de su lado y te vas a refugiar a la superficie, a la costra de la Tierra. En ella te mueves para todos lados, para todos. Hasta que empieza a brotar una leve nostalgia dentro de tu alma. Crece esta nostalgia. Vienes al fondo de la Tierra.

Tal es tu vida, Onofre Boroa. Tal es tu lucha. Poco a poco la irás viendo con mayor claridad. Tal es tu balanceo: de la voz muda al oro y a la plata.

La voz muda te da intensidad; pero no te da placer. ¿Me has entendido? Placer... Su busca es uno de los instintos primarios que hay en nosotros. Tras él caminamos y caminamos.

¡Claro! ¡Por cierto! Esa voz existe, muy al fondo pero existe. ¿Qué hacemos en tales casos? Naturalmente; es lo que hacemos y lo que siempre haremos:

Revestir nuestro placer con el tocado de una enorme intensidad seria, seriesísima. Entonces —lo has dicho— ¡avanzar! Pero todo aquello *está revestido*. Es, pues, una marcha falsa.

Las ideas sentidas ante Colomba no te causan ni jamás te han causado placer. Tu pequeño ser se alborota ante ellas; te susurra quedamente:

—Ea... Prisa, prisa, por favor; arriba está la superficie y en ella se te espera...

¿No haces caso a esta voz queda? Entonces la voz también se adorna con lindos orepes y suena ahora con una enorme intensidad seria, seriesísima...

Total: vas a la superficie y en ella todo se reviste con muy seria, con seriesísima intensidad.

Desde luego, sí, desde luego... Es una voz de mando que obra sobre todos nosotros: hay que mostrar cuanto se hace, hay que darlo a conocer; hay que convivir con los demás...

Así es, Onofre. Hay, tal vez, aquí una causa que bien podríamos llamar *metafísica*. No te extrañes por este término. Veamos la cosa bajo otro punto de vista:

De la "nada" —grábate bien esta expresión que acabo de decir: "de la nada"—nace, de pronto, un hombre que va a vivir, que va a sentir, a amar, a odiar, lleno de lo que hoy día llaman allá en la superficie, "complejos". En cada una de estas manifestaciones de vivencia

resuena una nota de infinito. Sí, Onofre, vuelvo a decir y repetir esta palabra: "de infinito". Ese hombre está, por todos lados, rodeado de infinitos... que se escapan, que se pierden, que murmuran la palabra "fantasía". Pues hay una seguridad, nada más que una, para él como para todos sus semejantes:

Dentro de poco tiempo más va a morir.

Tal es uno de los motivos de la nerviosidad, de la incomprensión de esta vida. Hay en ello una falta de sentido. ¡Cómo! ¿No lo encuentras tú? Un gran momento... Sí, digo de verdad así: "un gran momento..." que va a pasar, a terminar, a esfumarse en la nada. Es la completa falta de sentido. Ese hombre tiene que decirse en un momento de rebelión:

-¡No, no! No puede ser así: puesto que trabajo para este momento... ¡Tiene mi obra que perdurar!

Has dicho la verdad: hay aquí, en este impulso, una diferencia enorme con ¡la vida eterna!

Sin embargo es la vida eterna la clave de este proceso.

Porque sin eternidad este proceso no podría existir. Así, muda, la eternidad se presenta. Muda, como una esfinge; como, ante tus ojos, se presenta Colomba.

Porque no debes olvidar jamás que los pensamientos nos son enviados desde fuera, desde arriba. Es falso, totalmente falso que nosotros creamos nuestros pensamientos; es falso pensar que de la nada, de nuestra cabeza, surgen estos pensamientos. Ellos vienen de fuera, vienen de otra región; sí, he dicho "de otra región..."

¿Qué te pasa, Onofre; por qué te has casi estremecido ante esta frase mía? ¿Qué te ha evocado?

No, no me lo digas pues ¡ya lo sé! La *otra región* está en ti conectada con un recuerdo sentimental...

¡Eso es! ¡Diana Papudo! Ves el campo de La Manigua, ves a la gente que allí había, ves a esa chiquilina que es alegre, que es juguetona, que es... Al menos ante tu presencia cambiaba su modo de ser; ella, Diana, amiga de retozar siempre, tocaba un momento de eternidad y guardaba silencio.

Pero hablábamos de otras cosas, ¿no es así mi buen amigo?

Otras cosas, otras... Tal vez tengan un punto de contacto con esa niña; tal vez. Veamos bien, busquemos.

Creo que seguimos marchando lado a lado. O tal vez todo marchaban a nuestro derredor. El cierto caso es que aquello cambiaba en un movimiento continuo, se transformaba. Aquello era tan vivo y tan cambiante como nosotros mismos. Al decir "cambiante" me he referido, naturalmente, a mi persona; no me he referido a la persona de Florencio Naltagua. Él seguía impertérrito aclarándose, con su voz pausada y honda, un sinnúmero de ideas que llegaban y venían a golpear en mi mente.

Pasó a mi lado aquel Parque de Oxiput. Yo allí estaba sentado junto a Juan Emar. Juan Emar se iba, se acercaba; a veces su voz era sonora como estampidos de cañón; otras veces era suave y melodiosa; otras, se perdía en una lejanía que se avvicinaba a mí produciéndome la extraña sensación de hallarme fuera, totalmente fuera, de mi centro. Por el Parque pasó Silvestre Tongoy sumido en sí mismo pues no era más que un par de oídos a la voz de Julián Ocoa que, sin duda, diser-

taba sobre el violín y los violinistas. Pasó Taita Higuera; lo seguía la llavera de Curihue, aquella buena vieja. Sobre un blanco novillo pasó Guido Guindos pregonando las bondades del Matadero en que ahora trabajaba. Y allá, muy lejos, avanzaban tres lindas damiselas: Dionisia, Felicia, Clarisa. ¡Cómo hablaban sin detenerse! Hasta que una grandiosa venia las detuvo; era la venia que les hacía Mister Forrester.

Yo no conocía a Mister Forrester; había oído hablar de él; lo recuerdo, allá, en una mesa que se hallaba en un enorme bar; en el teatro del... Sí, ahí era: en el teatro del fundo de Curihue, durante un entreacto. No podía ser más que Mister Forrester que se marchaba, de pie, erguido, dejándose mecer por los vaivenes del bote del Caleuche. Cantan en ese bote. ¿Quiénes serán los que cantan? ¡Ya lo sé! Son los hermanos Perolutti con Blenda y Feldespato. Los señores de Do y de Re llevan los remos. Cantan todos porque van a Antioquía en compañía del chino Fa. El chino Fa no se inmuta. No hay que inmutarse al cambiar de sitio y menos cuando atruena por los aires la música del gran compositor, del tan inmenso compositor que es Stramuros. Música dedicada al Emperador Alejo; ilustrada por Cimabue con retoques de Cézanne. Pero Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe protesta; quiere que sea retocada por Fra Filippo Lippi; así podrá descender a las Calderas de Illaquipel. Y allí hallará —hallarás tú, Fray Canuto, tú y nadie más que tú— hallarás... ¡el Globo de Cristal! Hallémoslo en seguida; tomémoslo; y ahora llevémoslo a La Cantera, al fundo de Lorenzo Angol. Ahí bajaremos a la Bóveda y lo pondremos junto al gran guaco que allí se hospeda. ¿Se hospeda? ¿Puede un guaco hospedarse en algún sitio?

Este punto lo aclarará Maribel, aquella inmensa Maribel que se llamó por un momento Teodosia Huelén. Lo consultará con Saturnino y juntos... Pero, pero, ¿no son ellos los que ahí vienen? Sí, ellos son. Han salido de la calle del Oratorio y se alejan. ¡Calle del Oratorio! ¡Te conozco bien! Habría, por cierto, deseado conocerte mucho más pero, pero, pero... Tú ya has muerto, ya no eres, linda Maribel. Es decir, Maribel ha muerto para mí, para mí y nada más; es decir, Maribel ha...

Florencio Naltagua decía:

—La mayoría de los hombres, la enorme mayoría. Pues debes fijarte, mi querido Onofre Boroa, que esta mayoría está casi, casi inmóvil, está, como quien diría, fija en un punto dado en el que sólo hay pequeñas fluctuaciones.

Hay muchos hombres que caen. (Emplearé esta palabra; no encuentro otra mejor). En ese dibujo deberías agregar una raya, muchas rayas que bajan rectas, fijas, sin detenerse. Eso es; así. Haces bien al indicarlas en forma de flechas. Tal es el destino de la mayoría de los hombres: caer y, después de un lapsó, recomenzar.

Ahora debes dibujar una raya ascendente. No la hagas recta ni fija. Hazla quebrada, con altas y bajas. Así, así. Esta raya te indicará las excepciones pues representará a los poquísimos, muy escasos hombres que hacen algún progreso durante su estadía aquí en este planeta. Y una vida de progreso es siempre una vida de búsquedas y más búsquedas; de pronto se abre en ella un abismo insondable. Ante el terror del hombre, brilla una ínfima luz allá al fondo. El hombre se coge a ella y esta luz los transporta a otras regiones.

La visión que acaba de tener, el hombre la vuelca en forma diferente. Aquí tienes tú las altas actividades que un hombre puede tener.

Fíjate bien, Onofre, cómo todas estas actividades, cómo la razón cierta de ellas, está conectada con la vida eterna.

Pero... ¡cuidado!

Me refiero a este vocablo: "eterno". No debes jamás tomarlo en el sentido que aquí tiene, es decir, "el de una línea recta que se ha de prolongar indefinidamente". No, no hay que tomarlo así.

Onofre, la eternidad no tiene principio ni tiene fin. La eternidad... únicamente es.

Yo, desde el balcón, miraba los castaños de la Plaza Dominus Vobiscum. Reconocía todo pues, en realidad, poco la han cambiado. Las grandes aceras que la contornean, sí, son nuevas, no son las que tenía en aquellos lejanos tiempos; los edificios también han cambiado bastante; ahora son más, mucho más altos y, por entre ellos, se escurren innumerables autos y autobuses. En aquellos tiempos pasaban, con suma lentitud, coches tirados por caballos y pasaban lentamente en cualquier dirección, por la derecha o por la izquierda. Ahora, no. Ahora, encuentro yo, la cosa está mejor; a no ser que me ponga a soñar con aquellos tiempos pasados... Entonces diré: "¡Qué lindos fueron esos tiempos que no han de volver!".

Esos tiempos los veo claramente. Voy yo por ahí, por las aceras de la plaza y, creo, voy solo aunque es algo raro que en esos tiempos anduviera yo solo por las calles y las plazas. ¿Qué edad tendría entonces? No lo recuerdo; debo haber sido un chiquilín. Me encontré con Lorenzo Angol que venía en sentido contrario con la Pamela Trupán, una especie de institutriz que tenían en su casa. Me acordaré siempre de esta Pamela Trupán; ¿por qué? Lorenzo es mucho menor que yo puesto que nació en 1899 y yo, en 1893. Ese niñito (tal cosa era para mí) venía de la mano con una niñita; esta niñita era Jateña.

Jateña nació en 1903. Era una niñita de unos 3 ó 4 años en aquel momento. Me acuerdo, pues, del año de 1906 o del año 1907. ¡Hace ya tiempo, mucho tiempo! Pues ahora estamos en 1961... Bien, nos encontramos y fingimos no vernos. Pero la Pamela me llamó y así conversamos un rato. Es decir, conversamos nosotros; Jateña no habló; Jateña nos miró con unos ojos... O tal vez miraba hacia otras partes muy lejanas; esas partes sólo su cabecita las entendía. Nosotros hablábamos de nuestros juegos, de los barquillos que compraríamos apenas llegara el barquillero. Y nos separamos.

Ahora recuerdo más: yo iba con mi tío José Pedro, el del loro, el del Pájaro Verde. He tenido, pues, un recuerdo más que puedo archivar junto a los demás recuerdos que tenga. Pero esto que voy ahora a anotar, no es un recuerdo, es una vivencia que he tenido: yo he conocido a Jateña. Ahora la veo, la veo nítidamente. Ahora me siento más unido aún a Lorenzo Angol.

Florencio Naltagua decía:

-Te vuelvo a repetir, mi querido Onofre, que los pensamientos son enviados desde fuera y que no existe la cabeza que los elabore en ella misma.

Son pensamientos siempre grandes, enormes, pensamientos que se hallan en síntesis.

Es al colocarse en las diferentes cabezas que ellas toman una forma dada. Y la tienen que tomar según cómo sean estas cabezas.

¿Cuáles son estas síntesis?

Te lo explicaré ya que lo deseas. Pero he de advertirte que éstas son ideas mías, nada más que mías; no las he tomado de libro alguno. Es cómo yo veo este proceso y nada más.

He dividido los pensamientos en tres categorías madres, en tres categorías esenciales. Son estas categorías las siguientes:

1ª Pensamientos de regresión;

2ª Pensamientos neutros;

3ª Pensamientos de audacia.

A los primeros los marco con un signo de substracción; a los segundos, con un cero; a los terceros, con un signo de adición.

Ya lo sé, ya te he dicho que es algo que casi podría decir que he improvisado yo aquí, en estas soledades que el campo silencioso siempre me evoca. No, no allá en el fondo de la Tierra, no. Prefiero venir hasta acá, a este fundo de Lo Gay. El ambiente es más propicio y el hecho de venir en este mi estado actual, lo hace aun más propicio. La bulla que oigo a todo momento... ¡no!, no me importuna. Por el contrario, me alegra ver a esos niños que juegan y que gozan con las cosas del campo mientras los mayores sacan fabulosas cuentas para la próxima cosecha.

Pero volvamos a esos pensamientos de que te hablaba.

Sí, comprendo: quieres tranquilidad, quieres paz. Tal vez te fatigas al oír discurrir como yo discurro, ¿no es verdad?

Onofre, es que el cansancio es algo desconocido en el mundo que ahora es el mío. mejor dicho para tu comprensión: nosotros podemos ocuparnos simultáneamente en muchas, en muchísimas cosas que aquí, en este mundo terráqueo, necesitan tiempos diferentes y que estos tiempos están cortados por momentos de reposo.

Allá, no; allá es la actividad permanente y el cansancio lo vemos algo completamente ajeno, como algo que no es nuestro.

Recuerda siempre que yo, según el vocabulario que aquí se emplea, ya he muerto. Según mi vocabulario diría: me he retirado un tanto del hecho de vivir en la Tierra.

Comprendo. Ve a reposar. Mañana seguiremos nuestra charla. Tengo que explicarme así: "charla, conversación, coloquio". Aunque no hemos producido ruido alguno.

Ve a reposarte, mi buen Onofre. Aquí en Lo Gay reposarás mejor que en cualquiera otra parte.

¡Buenas noches, amigo mío!

¡Muy buenas noches!

Debo haber dormido muy bien. Pero quiero hablar de otro modo: mi cuerpo debe haber dormido muy bien; mi mente, no. Mi mente tuvo un momento de despertar y, por ese momento, partió. Yo seguí de atrás. No sé, en verdad, a qué me refiero con ese "yo". Esto había concluido, mis límites ya no existían; en todo caso ya no existían como hasta entonces había tenido la ocasión de considerarlo. Ahora se formaban de otro modo: había una

franca destemplanza en ellos pues lo que era mío, mío, absolutamente mío, ya no lo era; en cambio lo que hasta entonces había considerado como algo ajeno y lejano —una estrella, por ejemplo, o un minúsculo electrón— ahora me era algo cercano y propio.

Recuerdo que, de pronto, me dije:

“Somos, hemos nacido con una enorme voluntad pura; pero, aquí en la Tierra, somos distraídos por *cosillas*.”

Esto quise anotarlo pero el sueño me venció y seguí durmiendo. Sabía que estaba en Lo Gay en compañía de Florencio Naltagua... ¿Qué más podía desear? Era ello la plenitud para mí, una completa plenitud. Entonces, entonces... ¡sigamos durmiendo y todo, todo se arreglará afuera!

Todo, todo... Afuera, afuera... Se arreglará...

Junté estas tres expresiones y quedé satisfecho, ampliamente satisfecho con el resultado de su conjunción. ¿Cómo era posible que antes no lo hubiera visto y no hubiera hecho con ellas la brújula de mi existencia?

Entonces dormí. A lo lejos soplabla el viento y creo, no estoy seguro, creo que oí pasar un caballo. Por su cadencia comprendí que era un caballo montado por alguien que amaba los paseos de noche y en la soledad.

La noche... La oscuridad... El viento...

Calma, soledad, Florencio medita...

Por eso pasan los caballos a paso lento y llevan un jinete que yo no conozco; no, no conozco. Pero hacia él me acercaré con gran lentitud, paso a paso, sin que haya ni vislumbres de un apresuramiento cualquiera de parte mía.

Una voz me dijo con nitidez, como si estuviera a mi lado:

—Los hombres no pueden ni podrán jamás penetrarse los unos a los otros. Necesitan de una tercera cosa, de una obra o de un objetivo para ello. Pero este objetivo se roba la penetración y se aleja. Los hombres, entonces, se admiran y se miran con resquemor...

Me acuerdo que reí de contento. Me di vueltas en la cama y me volví a dormir. Un gallo cantó. Hice una serie de analogías en las que entraba el canto de ese gallo y entraba yo en otras épocas y en otras circunstancias. Me acordaba que, las otras veces, había seguido durmiendo. Ahora también, seguiría durmiendo.

Mientras el sueño me tomaba, otra voz me dijo claramente:

—Esos versos no sabrías tú dónde colocarlos; no, no lo podrías saber. ¿Qué harías entonces con ellos? Pues todas las obras de arte necesitan un sitio donde puedan ser colocadas, es decir, un sitio *fuera* del arte. ¿Me oyes? *Fuera del arte*.

Alancé a gritar:

—¡Necedad y nada más que necedad, lo que usted, señor mío, acaba de decir!

Oí nuevamente que el gallo cantaba; oí el paso de muchos, de muchísimos animales; oí a gente que los arriaba; oí que un perro ladraba; oí, por fin, una voz femenina que me decía:

—El desayuno está servido, señor.

Y desperté plenamente.

Luego entró en mi habitación Florencio Naltagua.

Nos saludamos. Luego, ¡al baño y vestirse! Minutos más tarde estábamos juntos en una pieza elevada. Corrí a la ventana. Y vi, puedo asegurarlo, uno de los más bellos paisajes campestres que he logrado ver.

Porque es hermoso, francamente hermoso, ese fundo de Lo Gay. Cerca de mí estaba el jardín, un inmenso jardín, lleno de...

¡Alto! ¡Alto! No se trata ahora de hacer descripciones de jardines ni de campos por hermosos que ellos sean. ¡Alto! Di media vuelta y avancé hacia Florencio. Nos tomamos del brazo y salimos a caminar, a continuar nuestro paseo y nuestra charla.

Entramos por un sendero, si pude llamarse así, francamente intransitable. Cada diez pasos estaba cortado por verdaderos abismos que parecían no tener fin; luego era cortado por altísimos peñascos que yo temblaba sólo de fijar los ojos en ellos, en sus vértices; luego desaparecía...

Nosotros caminábamos siempre sin dificultad alguna.

Nos reposamos, nos sentamos, creo yo. No sé bien qué posición habíamos adoptado; pero sé que era una posición de absoluto, de total reposo.

Naltagua me preguntó:

—¿Te has reposado bien?

Respondí:

—Tan bien como ahora me reposo aquí.

Me volvió a preguntar:

—¿Siempre bulle la curiosidad en tí?

Exclamé:

—¡Por cierto! ¡Siempre, siempre! Pero antes dime, por favor: ¿dónde estamos, qué es esto que nos rodea?

Debo aquí recordar lo que ya he dicho una infinidad de veces: con Florencio, cuando digo “hablar”, no me refiero a un ruido sonoro producido en nuestra boca y que va a nuestros oídos. Con Florencio hablábamos de otro modo y ningún ruido producíamos. Es todo y ya lo he dicho suficientemente.

En resumen, nos entendíamos como yo me había entendido antes con Colomba. No creo que esta manera de entenderse sea la que exista con los que ya se han marchado; no, no lo creo; pues con los otros, como por ejemplo con Baldomero Lonquimay y aun con Maribel, he oído sonidos y hasta palabras habituales. ¡Qué decir con don Irineo Pidincó! Con él converso como si estuviésemos ambos en su casa o en la mía.

Y sigamos.

Florencio me dijo:

—Nos aproximamos, lentamente, hacia Colomba.

Le pregunté, pues aún no comprendía bien:

—¿Por qué has dicho “lentamente”? ¿No podrías, acaso, apresurar nuestra marcha y hacer, sí, que nos halláramos súbitamente junto a ella?

Él me respondió:

—Sí, podría hacerlo y he comprendido muy bien lo que tú, mi buen amigo, me has querido decir al pronunciar esa palabra de: “lentamente”.

—¿Qué he querido decirte? No lo veo, de verdad.

—Has querido *cambiar los ritmos*.

—¿Qué ritmos?

-Un momento; caminemos otro poco. Respira hondamente mientras caminamos. Al mismo tiempo deja una libertad total a tu mente para que vaya hacia donde ella quiera ir.
Le prometí:
-¡Así lo haré!

Seguió, pues, nuestra caminata. Durante ella no hablamos ni una palabra. Ambos parecíamos sobrecogidos por cuanto nos rodeaba. Aquello era... aquello era... ¿Cómo podré explicarlo?

Explicarlo... Explicarlo...

¿Por qué este afán de explicarlo se anteponía a cualquier otra forma de mi pensamiento? No era yo un ser integral; era yo un ser bifurcado, eso es, completamente bifurcado y sentía a la otra parte de mi ser ajena a mí. Quería atraerla; quería que viniese a colocarse a mi lado. Dije, entonces, a Florencio:

-Estoy algo fatigado y quisiera un poco de descanso. ¿No te parece que allí, en ese como banco, podríamos muy bien descansar un rato? Un rato y nada más, nada más te lo prometo.

Nos sentamos allí y él entonces me dijo:

-Tú me has pedido un momento de reposo, nada más que un pequeño momento y esperas partir pronto ¿no es verdad?

Respondí:

-Sí, es la verdad absoluta. ¿Qué te extraña en mi pedido?

Un silencio. Luego me comunicó:

-Tú no has pedido asiento aquí por el hecho de estar algo fatigado. Quiero que entiendas esta palabra en su verdadero y nítido significado. Otras cosas han trabajado en ti. Las has compendiado traduciendo la sensación final de ellas; ante todo, paz; en la paz, recapitulemos... pongamos un poco de orden. Después... ya podremos seguir nuestra marcha.

-¿Qué lucha quieres tú, Florencio? Lo que dices involucra una lucha en mí. Parece que yo fuera un hombre cargado de problemas muy hondos que no me dejan en paz ni un solo momento. Hasta que he de pedir un poco de reposo.

-Tal es lo que pasa en tí, Onofre: la necesidad imperiosa de poner orden.

-Pero... orden ¿a qué?

-A cualquier cosa.

-En verdad, no te entiendo.

-Sí, me entiendes y me entiendes muy bien.

Entonces Florencio habló así:

-Ve allí ese hombre que pasa... Ve allí al otro hombre que lo sigue. Pero velos completos. Sí, así. Pasan en el mismo sentido, acaso van al mismo sitio; acaso vienen del mismo sitio. Son, prácticamente, iguales. Mira ahora con mayor hondura. ¿Qué ves?... Justamente; el primero va con él y con nadie más; es un símbolo de la falsa "libertad"; y acaba de estar sumido en la lectura y sumido con profundidad. ¡Claro está! Esperaba que lo vieras. Esa especie de nubecilla que lo acompaña... sí, ésa, esa nubecilla que flota sobre él, que se aleja de su lado, que se pierde y se confunde en otras partes, que no se mezcla en nada con su vida diaria, esa nubecilla es lo que queda de la obra que tanto le entusiasmó mientras la leía.

El otro... naturalmente es diferente. El otro es la nubecilla misma. Porque ella lo envuelve enteramente; ha hecho, con él, un personaje más... insiste en que él penetre en la novela que en sus manos ha caído. Quiere, pues, *ser de esa novela...*

Tienes razón; has dicho justo:

Es la novela la que quiere que él, ese buen hombre que acabas de ver, deje su vida actual, sus sinsabores y placeres de hoy día, sus preocupaciones de todo momento... Sí, Onofre, que los deje y venga a ella, forme parte de su mundo.

¡Esa es la lucha, la única lucha existente! Aquellos que, lo que han leído, lo llevan fuera y lo contemplan como se contempla un armario o una mesa o una silla; aquellos que, lo leído, lo han penetrado o, si quieres, han sido penetrados por su lectura. De ahí viene esta lucha de que hablábamos. Naturalmente... Es una lucha raras veces placentera; por lo general es una lucha tenaz y dura y, a veces, hasta dolorosa.

Lo he hablado con Lorenzo. Sí, en el Portal Colonial, en el que fue mi departamento. También estaba, aquella vez, esa mujer que tú tanto quisiste en un tiempo: Marul Carampangue. Ella fue quien los vio pasar aquella vez, por la plaza. Conocía al hombre penetrado en su lectura; iba, esa vez, sin leer, iba hacia el Museo de Bellas Artes o hacia... el restaurante de la Basílica. Fue Lorenzo quien hizo este chiste. El otro en cambio se paseaba con mucha lentitud bajo los castaños; sus ojos no se levantaban de las hojas del libro que leía. Hasta que encontró a un conocido y vino lo de siempre... Eso es, los saludos; luego, tomarse del brazo; luego, seguir juntos. ¿El libro? Sí, por cierto, el libro... desaparecido en un bolsillo. Entonces Marul se volvió a nosotros y dijo:

—¡Oh, qué falta de espíritu de aventura!

Comprendí todo; Lorenzo también comprendió todo.

¿Quieres que te hable de mis recuerdos de ella, de Marul Carampangue?

No puedes, tú Onofre Boroa, dejar de expresarte con el idioma de los vivos. Por lo que has dicho, por eso. Bien, te lo repetiré y trata de ver dónde está eso de los vivos:

—Háblame de los recuerdos que tengas sobre ella...

Eso es... Eso es... Sí... Muy bien... Eso es...

No lo olvides, jamás:

Aquí yo no tengo recuerdos; los recuerdos piden, a su lado, un tiempo que se desenvuelva como se hace desenvolverse allá. Luego: un recuerdo no está en nuestra mente un momento antes de haberlo traído a ella y deja de estar un momento después, es decir, *cuando lo hemos olvidado*. Pues allá se carece de la CONTINUIDAD,

Justamente... Así es...

Fue a lo que Marul llegó como conclusión: la falta del espíritu de aventura.

Sí, citó a otro, a un pintor o escultor o alguien así. Tenía este artista una vida nítida, una marcha ascendente clara. Venía de un estado medio y había llegado a tener su casa con un gran taller en el que se ofrecían tazas de té y cocteles a...

Es que has olvidado... Onofre... Borneo. Y Colomba te ha advertido de esto mismo. Recuerda sus palabras:

“Toda pregunta tiene su manera de ser contestada.

Yo he dejado que tú, Onofre —¿Boroa o Broneo?—, llevaras la conversación, que tú abrieras el sendero por donde ella debía engolfarse. Es todo.

Bien... Si quieres... Retrocedamos al silencio que venía con nosotros... Entreguémonos a él...

Ya estamos. Abre bien tus ojos y reconoce:

¡Es el Parque de Oxiput!

Ahora no hay nadie en él.

Ahora es la paz.

Ahora puedes descansar con los ojos. De ese modo dejarás que por tu vista entre en tu espíritu un poco del reposo que tanto ambicionas.

Sí, tú lo ambicionas; pero ese cuerpo quiere seguir el ritmo que le es habitual. Quiere ser el amo, el amo soberano. Y él decretar las horas de actividad mental y de dueño para el cuerpo.

En realidad no había nadie en aquel Parque. Era la soledad absoluta. Ni rastros de los amigos que había yo visto vagando por ahí. ¡Ni una bella, ni una sola, ni una linda damisela pasaba bajo las enormes hojas de aquellos árboles! Estaba abandonado, totalmente abandonado. Vi al guardia, eso sí. Allí estaba; bostezaba; daba tres o cuatro pasos y volvía a su sitio. Pasó junto a nosotros, nos miró sin vernos y siguió.

Era demasiada paz. Empecé, acto continuo, a desear un poco, un poquitín de mayor vida. Un pájaro llegó hasta nosotros sin vernos y, cuando hice ademán de acercarme a él, huyó, huyó, corriendo un poco, luego emprendiendo el vuelo. El vuelo... Como quiere emprenderlo Silvestre Tongoy haciendo muchas obras de música que no hace; y el chino Fa... ¡Ah, sí, el chino Fa! Celeberrimo autor teatral que con su innegable talento nos llevó hasta la viejísima ciudad de Antioquía. Donde no se hallaban esas tres damiselas casi iguales, casi, casi. Pues así son Dionisia, Felicia y Clarisa. Es muy difícil lograr distinguir a una de ellas si acaso no está acompañada por las otras dos. Un novillo blanco... ¡Ah, ah, ah! Éste es fácil distinguirlo entre los demás. Siempre que los demás no sean blancos, siempre que haya una diferencia entre sus pieles. Entonces puede distinguirlos Taita Higuera y, con trabajo, con muchísimo trabajo, puede hacer que también los distinga Mister Forrester en el entreacto de la pieza del chino Fa... Curihue... El capitán Angol, el primo de Lorenzo... Doña Nora de Bizerta y Ofquí... Y ese, ese inmenso de Baldomero Lonquimay que huye y huye como acaba de huir ese pájaro que ha venido hasta nosotros hace un momento y que no despertó la atención de mi amigo Florencio Naltagua, sentado aquí a mi lado, sí, a mi lado, en silencio, sentado y contemplando los árboles, ahora sin pájaros, del Parque de Oxiput. No sé si los contempla. Pero el giro literario necesita que ellos sean contemplados. Luego... dejar que bajen, que se sumerjan por nuestro espíritu y, al llegar al fondo, estalle esta contemplación en una muy buena forma. Entonces, entonces... ¡Lo sé, lo sé! ¡Claro, claro! Dos veces cada palabra, cada expresión: "Entonces" y "lo sé" y "claro". Prosigue la obra literaria en la que haré entrar también a Cascajares de modo que, con su peso, dé todo aquel bar del chino Fa, un tremendo salto y emprenda el vuelo como el pájaro que acaba de visitarnos y que luego emprendió el vuelo, lo emprendió y se marchó lejos, muy lejos...

Pregunté a Florencio:

-¿Por qué existe la necesidad de descansar siempre?

Florencio me respondió:

-Es una de las condiciones que te pone el cuerpo; es la necesidad que siempre tiene

todo lo que está relacionado con la parte física. Necesita éste un descanso; hay que dárselo; si tú no lo das, apremiará a su manera, la única manera que él tiene: negándose a obedecer. Él hace su vida aparte; él sigue otras normas. Hay que llegar a un acuerdo. Ese acuerdo es el reposo; no hay más, el reposo.

Habló con justeza, habló Florencio con mucha justeza. Habló con tanta justeza que muchos, que muchísimos pájaros llegaron hasta nosotros y se detuvieron mirándonos. Esta vez pude acercarme a ellos y aun pude acariciarlos. Comprendí que habían venido a ayudarme en mi reposo.

Con el corazón alegre me retiré de aquel lindo parque. Iba siempre al lado de mi amigo. Caminamos despacio; caminamos y caminamos.

98

Galerías y túneles. Los había ascendentes y los había descendentes. Como los había lisos cual la palma de la mano; los había escarpados, abruptos, tan ásperos que uno tiritaba al pensar que por ellos tuviera que marchar. Pues Florencio y yo no marchábamos por ellos; nosotros nos deslizábamos con toda dulzura.

Nos comunicábamos todo el tiempo. Yo comprendía casi con perfección lo que él me trasmitía. Si algo se me escapaba, no me interponía para pedir una más clara explicación. Dejaba que eso se fuera, se fuera, lejos, muy lejos... como aquel pájaro del Parque de Oxiput. Aquel pájaro volvería a posarse allí; las ideas de Naltagua harían lo mismo: volverían a posarse en mi cabeza.

Pero ahora me pregunto:
"¿Cuál será mi cabeza?"

Es decir, me lo pregunté allá, entre las galerías y túneles. No sé si encontré debida respuesta. En fin, ya se verá.

Naltagua decía:

—Tus sueños de grandeza existen. Naturalmente, no sabes qué es esa grandeza ni qué objetivo ella puede tener. Naturalmente, naturalmente. La grandeza está más alta. Sí, quieres subir y has de llegar a ella.

Tus sueños de grandeza jamás se han detenido en algo terreno, jamás. No bastaba porque ello era imposible. Entiéndeme bien: lo era porque era un reino que está más allá de tu mente intelectual.

Recuerda cuando estuviste delicado de salud, cuando caíste, de verdad, enfermo; recuerda el ansia de salud que te tomó. Pero la salud debería venir de otro modo, no de un modo natural. Tienes que recordar esto muy bien.

Te lo diré:
Apenas la idea penetraba en tu mente, tomaba ella el canal que a los sueños les está asignado. Por ellos se lanzaba.

¿Qué pasa? Es muy sencillo:

La idea, es decir, recobrar tu salud, deja de ir hacia el fin que ha sido el primer impulso, el impulso inicial. Se ha convertido en uno de tus sueños habituales.

Lo sé también. Pero es un juicio imperfecto. Tú no imitabas a Lorenzo como Lorenzo no te imitaba a ti. Coincidían en esto, en este modo de pensar y nada más.

Todo esto es ejecutado por ti de modo absolutamente inconsciente. Es decir, Onofre, que marca tu modo natural de ser. Podría decir: el molde con que tu intelecto ha sido hecho. Es un molde que se impone a la materia prima.

Pero de pronto viene un despertar, viene la sensación de que recobras tus facultades, esas facultades con que siempre, siempre has soñado. Y es, en estos momentos, cuando...

Seguían las galerías y los túneles. A veces divisaba un gran parque, acaso el de Oxiput; pero era cubierta su vista por una casita aquí a mi lado; luego, por un inmenso y muy tranquilo lago en el que nadaba un cisne y por el que pasaba un bote con un remero que cantaba.

¡Qué bien cantan esos remeros que salen a remar mientras Florencio pasa conmigo cerca de ellos!

La música es la patria de seres invisibles y de seres llenos de maldad. O, tal vez, la patria donde viven las cosas que ya hemos desechado lejos, muy lejos.

Pero yo nunca te he desechado, mi Tomba. Tú, sí, podrás creer lo que quieras y podrás suponer mil necedades respecto a mi persona. Yo, no. Yo sigo igual, idéntico, sigo de rodillas ante ti. Entonces, entonces tú te mueves, miras para otro lado y... te marchas.

No, mi Tomba, mi Tomba Montbrison. Tú has creído marcharte pero no te has fijado en una cosa, no te has fijado en algo que ahora, ahora que estamos solos en esta pieza cerrada, sin ruido, sin ventanas, sin comunicaciones para el exterior, ahora te podré decir en voz baja, bajísima, de modo que no se despierte aquel bicho que hay allí inmóvil. Oye, oye bien, mi Tomba. ¡Oye esa música! Ya no es la del remero; ahora es una orquesta que llena todo lo que es posible llenar y sacude los...

Hay seres dominados por su materia prima. Esta materia los domina y se impone en ellos. Tal es el caso de Lorenzo. Él está dominado por su sexualidad, por las Berguibendas, como él las llama. Sus intenciones pueden ser enormes y pueden estar dirigidas a muy altos puntos. Pero están las Berguibendas acechando en silencio y prontas para atraerlo al subir a un coche cualquiera. Lorenzo se hará, sin darse mayor cuenta, el argumento siguiente: "Es cuestión de un instante y volveré a vosotras, grandes ideas".

Porque esa música sacude todo cuanto es posible sacudir. Tú ríes alegremente; oigo tu risa como se ha de oír allá en Cannes. Yo oigo la carencia de tu risa aquí en esta pieza sombría. ¡Es horrible, es algo insoportable estar siempre rodeado de esas tan nefastas carencias! Ahora estoy solo; la música me lo está diciendo. Puesto que se alarga en notas quejumbrosas. ¿No me oyes, mi Tomba? ¡Sí, sí! ¡Has oído! Ya han pasado esas quejas y ahora ríes como ríes en Cannes y yo también voy a reír para que los dos riamos juntos; ¿quieres? Así no existirá más esta terrible distancia entre Cannes y estas galerías subterráneas.

Un momento, un momento, Tomba. Voy ahora a poner otro disco, ahora que estamos solos y que nada se mueve en las casas de este fundo, de aquí de Quintrilpe. Ya es de noche; por eso hay paz, mi Tomba, nada más que por eso. En este

disco hay una selección de música, hay valsos, hay marchas, hay tangos (tangos como le gustan a Lorenzo Angol; tú lo sabes que él es loco por los tangos) hay de todo; creo que hay también unas *Chansonnettes* francesas, de esas que tú sabes y que me has cantado allá en el campo, cerca de la cordillera, en el Rancho Raco, ¿lo recuerdas? Era una mañana...

Agucé más el oído hacia las palabras que empezó a decir Florencio Naltagua:

—De eso quería hablarte. Pon atención y aviva bien tu entendimiento. Porque todos debemos estar al corriente de ello.

¡Que desaparezca esa pieza silenciosa y la música de la gran orquesta que oyen Tomba y tú!

Introduzcámonos por esa galería. ¡Ya cabremos por ella! Es, ¡ya lo creo!, sumamente angosta... si seguimos midiendo como es la costumbre medir allá. Estamos ahora en las profundidades de los tubos de bajo tierra. ¡Otras medidas, entonces! ¿Cuáles?

Onofre, la carencia de medidas. ¡Carencia! Es la santa, es la inmensa palabra que ha de acompañarnos.

Quería hablarte del paso de lo que vosotros llamáis VIDA y de lo que llamáis MUERTE. Has hecho bien en pedírmelo. Tu curiosidad vive alrededor de este punto desde hace ya milenios.

Sí, sí; te lo diré. Aunque, ¡no lo olvides!, yo no he muerto en el sentido corriente que a estas palabras se da allá. Ya te lo he dicho: yo no he hecho más que separarme de la vida pero separarme debidamente, separarme para seguir.

Sonríes. Sí, Onofre; es lo que hace la gran mayoría de la gente que allá acompañan en sus funerales.

¿Por qué te extraña? Podrías comparar con un viaje cualquiera. Tú vas de viaje y te detienes en un pueblo o en una ciudad cualquiera. Miras bien ese panorama nuevo que se ha presentado a tus ojos, lo miras con detenimiento y lo haces entrar en tus cavilaciones.

Por cierto; sigue el viaje y ahora apenas recuerdas lo que acabas de ver. Eso es, tu mente es muy volátil: ve, piensa mucho, compara, deduce en induce ante lo que ves. Eso es; tú partes y cuanto has considerado así, se queda en ese pueblo o ciudad; tú sigues llevando a tu cuerpo por la carretera —si vas en coche—, por los rieles —si vas en tren—, en tus zapatos... vayas como vayas, hasta tarde, hasta muy tarde, hasta la hora de reposarte cuando has de quitarte los zapatos.

Además, mi buen amigo, ¿cómo iba yo a contentarme con sólo conocer a medias todas estas cosas infinitas... Sí, Onofre, he dicho "infinitas". Pues yo sé lo que soy. Entendámonos: sé lo que era mientras vivía; sabía que yo no era más que una simple, una última manifestación de algo mayor. Y sabía que, en mi condición de terráqueo, no lograría verla debidamente colocada en su sitio.

Exacto...; exacto... Cambiar el punto de vista. Esto es algo importantísimo: cambiar el punto de vista, cambiar los... Así te lo explicaré mejor: cambiar los valores.

Pude, entonces, presentarme cara a cara ante los Egrégores.

¡Oh, mi gran amigo! Cuando los vi y estuve minúsculamente ante ellos, entonces, vi. ¿Me has oído? Vi.

Al verlos me incliné y quedé de hinojos...

No veo otra manera de traducir mi impresión ante ellos: caer de hinojos.

Claro está... De hinojos y sin piernas y sin rodillas... Es algo absurdo; como es absurdo

todo, todo lo que se expresa allá. Hablan todos ellos en símbolos, nada más que en símbolos. Cuando quieren desprenderse, por unos instantes, de esos símbolos para mirar la realidad, entonces dicen que... hablan en símbolos...

Llegamos al Salón, el inconmensurable Salón.

El Salón en el que yo había estado ya hace algún tiempo. "Había estado yo hace algún tiempo...". ¿Qué he querido expresar con esta frase?

Está mal; debería decir:

"El Salón del que nunca me he movido.

Está igual. ¿Cómo podría estar diferente? Viene un camarero, vienen dos, tres, muchos camareros y nos ofrecen bebidas; unas doncellas nos ofrecen una vasta selección de emparedados y sonríen al ofrecérnoslas. Los comensales aceptan y comen y beben.

Allí al lado está la larga galería. Debe estar también aquel guardia que mira hacia los árboles. ¡Claro! ¡Ahí está! Me vuelvo y mis ojos caen en esa escalerita de caracol: Lumba Corintia baja por ella.

Pasa.

¡Qué garbo tiene! Por un momento llego a comprender a Lorenzo Angol. Veo ese hotel allá, en Santiago, veo, veo... En fin veo todo; veo más... Alcanzo a coger ese idilio pero él se esfuma y, ya sin él, veo a Lumba Corintia que se aleja.

Sería cuestión de alcanzarla y pedirle que me permitiera mirarla un rato, un pequeño rato. Cruzo por entre esa cantidad inmensa de gente. Nadie se ocupa de mí. Al fin estoy a su lado.

—¡Lumba Corintia! —le grito—. Lumba Corintia... Lumba Corin... Lumba Cor... Te veo y caigo de hinojos ante ti...

Se vuelve y, algo sonriente, me advierte:

—Las palabras de Florencio Naltagua quedan en ti, mi buen amigo Onofre Boroa. "De hinojos...". ¿Por qué vosotros no andáis siempre de rodillas? Facilitaría tanto las cosas. Así tú podrías haber sido el amor de Marul Carampangue. ¡Y hay que amar cuando se está allá!

Marul apareció a nuestro lado. Nos advirtió:

—El aire aquí es sofocante. ¡Vamos a respirar un aire puro, fresco! Vamos a la galería exterior. El guardia ahora no está. ¡Ea, vamos! ¿Por qué no vienes Lumba Corintia?

Lumba Corintia respondió:

—Voy a preparar nuevamente por aquella escalerita.

Salí, pues, con Marul. La galería ahora no tenía vista hacia ningún lado; pues todo lo que antes era un panorama infinito, se hallaba cubierto por gruesas cortinas de felpa. Hice el elogio de estas cortinas. Marul me dijo:

—Sin embargo no hay aquí, en toda esta galería, ni una sola, ni una sola flor. Lo cual está muy bien.

—¡Cómo! —exclamé algo sorprendido—. ¿No amas tú las flores?

Sonrió nuevamente y me repuso:

—Sí, las amo. Pero odio la dispersión. En esta vida, en todas las vidas, hay que UNIR. Supongo que tú ya no juzgas la vida como es juzgada allá, es decir, del nacimiento a la muerte. ¿No es la verdad lo que avanzo?

Contesté lleno de euforia:
-¡Sí, sí! ¡Pienso como tú, Marul! Juzgo la vida como es una alternativa simultánea de palabras con Florencio Naltagua. Como la alternativa que acabamos de tener.

Marul, entonces, me dijo con mucha calma:

-Las flores... Hoy las cortan; venden tijeras especiales para cortarlas. Todas las viejas tienen un par de tijeras; todas las jóvenes también tienen un par de tijeras. Con ellas cortan y cortan. Después las llevan a casa y las ponen en floreros.

-Es la verdad, Marul: es la dispersión en esta vida.

-Lo que hay que hacer, ¡ya lo sabes! En esta vida, y en toda vida, lo que hay que hacer es: UNIR.

No tuve tiempo para seguir nuestra conversación; la música volvía a resonar en el gran Salón; todos se pusieron a bailar. Llegó, a nuestro lado, un señor desconocido para mí, hizo una venia que le fue respondida con un gesto a aprobación.

Y ambos se alejaron tras la danza.

Como se alejan las flores tras los floreros...

No pude soportar más. Me cogí fuertemente del brazo de mi amigo Florencio y le murmuré:

-Vamos, vamos; debiera decirte: huyamos, Florencio, huyamos. Me siento mal aquí en estos salones. ¡Huyamos, por favor!

99

-¡Alto! ¡Alto!

Una voz nos gritó; luego nos gritó otra voz, luego, otra y otra más. Los camareros caían sobre nosotros y nos ofrecían y nos ofrecían bebidas y más bebidas. Las damiselas, sonrientes, picarescas, nos brindaban sus emparedados.

-De caviar, señor; lenguas de erizos; ¿preferiría usted estas ostras?; ¿o estas gibas de dromedario?; aquí hay algo dulce, muy exquisitamente dulce: chirimoyas al espinillo, señor...

Los camareros, más tercos pero no menos apremiantes, ofrecían:

-Whisky, señor; o gean; o vodka; o prefiere, el señor, una copa de champaña; o anicete; o bitter...

No pude más y grité:

-¡Florencio! ¡Vamos a otra parte! ¡Huyamos!

Miré a mi alrededor; Florencio no estaba, Florencio había desaparecido.

Volví a gritar:

-¡Marul, Marul Carampangue!

Miré a mi alrededor; Marul no estaba, Marul había desaparecido.

Grité, entonces, desesperadamente:

-¡¡Lumba Corintia!!

Igual cosa; Lumba Corintia no estaba.

Busqué, en vano, una cara conocida, de algún amigo, de alguna amiga, de alguien que quisiera compartir conmigo la profunda, la atroz soledad que había caído sobre mí. Bus-

qué, busqué por todas partes... Nadie, nadie, nadie en ese mar de gente que comía y que bebía sin cesar.

Con la boca repleta y con una copa en la mano, me tomó con gran afecto del brazo un señor a quien yo no conocía, un señor a quien veía por primera vez en mi vida. Me susurró:

—Por aquí ha de estar. Ella tiene un gran interés de conocer a usted y de cambiar ciertas opiniones. ¡Vea, allí está!

Allí estaba, en verdad; en verdad allí estaba tras una barrera de jóvenes y de viejos; una barrera ondulante que una alegre y pícaro sonrisa de ella sostenía a distancia prudente.

Como dos escarabajos taladramos aquella barrera y estuvimos junto a ella, junto a ELLA. ¿Qué menos puedo hacer que escribir su nombre con mayúsculas? ¿Qué menos...?

Entonces el señor que me había acompañado me murmuró:

—Tenía que estar en una fiesta como es esta fiesta; una fiesta que no es para ella, lo que equivale a decir que es una fiesta sólo para ella. Porque vea usted, amigo mío, aquí, en estas fiestas literarias no existen los prejuicios y eso es sin duda lo que...

Pero la barrera de jóvenes y de viejos se desplazaba y, al desplazarse, se llevaba a esa dama literaria, a esa ella que vi alejarse siempre encantada y sonriente.

Y caí en otro grupo de damas y caballeros, jóvenes y viejos, que peroraban sin fin y, lo que llamó tanto mi atención, es que ellos peroraban al mismo tiempo, al unísono y... ¡se entendían!

Quise cavilar sobre este extrañísimo fenómeno. Pero me fue imposible pues un caballero me decía... ¿O era una dama? ¿O era un jovencuelo? ¿O eran todos juntos? Y este ser anodino se tomó de mi solapa, cariñosamente, sin duda, puesto que hablaba a través de una risa perpetua... Pero era una dama y ¡qué dama! De una elegancia sencillamente pavorosa. Sin embargo las damas no toman a los caballeros de la solapa. Y yo era ya un caballero, un perfecto y cumplido caballero. ¿Una prueba de ello? Aquí va:

Me volví hacia una damisela que pasaba veloz y le dije:

—Uno de erizos, muchas gracias; y si usted le pusiera un poco de jaivillas en escabeche... Eso es, muchas gracias.

Y volvió el caballero que fue todo oídos. Sí, todo oídos a la peroración de la dama—sin erizos ni jaivillas en escabeche— y de un robusto caballero que alegaba:

—Señora mía, usted va a permitir que yo le rebata ese punto que usted nos ha expuesto; pero he de decir a usted que para mí... y lo sé perfectamente... yo no soy nadie, no cuento...

—¡Oh! ¡Qué ocurrencia! ¡Usted, mi señor, cuenta más que...!

Y un jovencuelo apoyó esta idea:

—¡Usted cuenta más que...!

Y otro caballero apoyó también la idea diciendo:

—Si no contara usted, ¿quién contaría?

Y otra damita se acopló a este coro en ciernes asegurando:

—Tendríamos que ir a la Luna para encontrar alguien que como usted, señor, contara tanto como cuenta usted.

Y el coro quedó formado:

—Usted cuenta... Usted cuenta... Usted cuenta...

El caballero se formalizó entonces, el caballero declaró:

—Indiscutiblemente es el mejor, sí, León Tolstoi es superior y lo es muy por encima.

El canto de las ondinas es maravilloso. Cuando cantan se convierten en sílfides. Podría

asegurar más: las sílfides cuando cantan se convierten en ondinas. Aquello fue un canto general, fue un canto universal, fue un canto cósmico. La dama aludida giraba y se retorció, reía con una risa que sacaba para estas ocasiones, nada más que para estas ocasiones y, al fin, declaró:

—¡Oh, oh! ¡Oh, señor mío! ¡Oh, oh! Auguste Comte llega a la filosofía y la sobrepassa...

Pero otro jovenzuelo, otro que ya tendría sus añitos, tomó del brazo a una pispereta romántica y, haciéndome señas, me propuso:

—Venga usted con nosotros.

Respondí de inmediato:

—Por supuesto, señor, por supuesto.

Caminamos unos pocos pasos y un camarero nos detuvo. Ofreció:

—¿Whisky desean? ¿O naranjada?

Nos acomodamos en un sofá, nosotros con el whisky; la niña, con la naranjada.

El jovenzuelo proclamó:

—Esta gente habla y habla mucho y no dice nada. Pues ¿qué han dicho, en resumen? ¡Nada! Porque esa dama no ha leído, no ha leído jamás a Comte.

La niña romántica tomó un sorbo y aseguró:

—Y hay que leer a Tolstoi...; quiero decir, a Comte.

El jovenzuelo afirmó:

—Por supuesto.

El caso es que, un minuto después, me encontraba rodeado por otro grupo de gente. Quise detenerme un instante a pensar en qué significaba esto de "otro grupo". Pero no pude hacerlo; me hacían señas y me saludaban. Haciendo una bocina con mis manos, grité:

—¡Hola! ¿Pascasio Vallenar!

Avanzó lentamente hacia mí este revolucionario, este tremendo revolucionario que es Pascasio Vallenar. Llegó a mi lado y, sin darme la mano, empuñándola y levantándola, se limitó a decirme:

—Aquí estoy.

Yo respondí inmediatamente:

—Yo también, aquí estoy.

Él entonces aclaró:

—Hay que verlo todo; no hay que negarse a verlo todo. Así se puede medir el grado de estulticie a que ha llegado este mundo capitalista. ¿Qué piensas tú?

Contesté convencido:

—Sí: hay que verlo todo pues así...

Y ambos dijimos entonces:

—...se puede medir el grado de estulticie a que ha llegado este mundo capitalista.

Pero nuestro comienzo de charla fue interrumpido por el grande, el inmenso de Ascanio Viluco que pasaba con solemnidad. Me debe haber cogido por una oreja pues me arrastró tras él y esta oreja mía oyó cuanto decía:

—El arte es cosa de gente que se dedica a las artes, de gente de primera calidad. Y esta gente debe reunirse y conocerse entre ella pues no existe el aislamiento en las artes que son cosa de alta calidad. Y la calidad aumenta en poder con las reuniones como esta reunión. Por eso el café Fiat Lux...

Pude librar mi oreja dándole un feroz tirón y pude zafarla de esta incursión que hacía hacia las profundidades de las artes.

Pero otro jovenzuelo, no el mismo que acababa de tomar un whisky conmigo y que acompañó a la damita aquella a tomar su naranjada, otro jovenzuelo... —¡hasta cuándo, Dios mío, habrá jovenzuelos en esta fiesta!— disertaba ante otro grupo de damas y caballeros que, a su vez eran también jovenzuelos salvo los que ya no lo eran porque eran vejesterios. Y les decía:

—La solución para nuestro país, para Chile, es muy simple.

—¡Dígala usted! —gritó uno.

—Bien, la diré. Debe empezarse por dividir al país en dos partes perfectamente iguales: 1) un reino; 2) un soviét.

—¡Bravo, bravísimo! —gritó alguien.

Con aire reposado explicó entonces un señor.

—Es lo que yo siempre he sustentado; tal ha sido una de mis máximas favoritas en esta vida: un reino y un soviét. La dificultad estriba únicamente en quiénes serían los jefes de ese reino y de ese soviét. Porque verán ustedes que...

—¡Ooooy, por Dios! —interrumpió una dama—. ¡Ohoooy! Sería ese país la perpetua guerra y nos mataríamos todos, todos, ¡por Dios!

No pude menos y grité:

—¡Florencio!

Mi grito no salió de las comisuras de mis labios. Volví a gritar haciendo un doble esfuerzo:

—¡¡Florencio!!

Las comisuras de mis labios quedaron mudas. Mudas, mudas... Tal vez porque otro señor me distrajo al perorar a sus oyentes con tono absolutamente convencido:

—Ahora todo cambia, es decir, nosotros lo hacemos cambiar porque el hombre ya es el hombre; al fin ha conquistado su verdadero título, el título de *homo sapiens*. Así es que... ¡se y mil veces se acabaron los años bisiestos! Ahora, todos los años tendrán 366 días y...

—¡Cómo! —alegó otro señor—. Los años tienen 365 días.

—Lo que sea pero que todos sean iguales. Se distribuye mejor el trabajo y, cuando está bien distribuido, entonces...

—¡Ay, qué aburridos están! —proclamó una dama—. ¡Cualquiera diría que ustedes son unos verdaderos trabajadores! Vamos más, más allá, vamos a comer algo.

Y yo también fui, fui, fui... Como un corderito manso que va, va y va.

El centro era el doctor Amancio Cunco; el doctor Cunco era apoyado por el doctor Evaristo Gultro. Y ambos se apoyaban con frenesí pues, a través de un camarero, un auditorio muy serio los escuchaba. No era para menos; el doctor Cunco afirmaba:

—Es que ahora se conoce, se conoce científicamente, la presión arterial. Puedo agregar: ¡felizmente!

Una dama exclamó desde el fondo de su alma:

—¡Qué sería de la humanidad si no se conociera la presión arterial...!

Di media vuelta y vi al doctor Hualañé que se alejaba con el doctor Pitrufrquén.

—¡Doctor Hualañé! ¡Doctor Pitrufrquén! —llamé.

Esta vez mi voz se oyó. Ambos se volvieron. Me junté con ellos y creo que logré decirles:

—Esto es horroroso, mis queridos doctores. ¿Por qué no usan ese cuartito secreto que tiene usted en su estudio para estos, para estos, para estos... inmensos catedráticos?

—No tenemos tiempo, amigo mío—me respondió el doctor Hualañé—. Vamos huyendo de los ojos, ¿me entiende usted? ¡De los ojos!

Y luego, dirigiéndose a su colega, lo apresuró:

—¡Prisa, amigo Lucas, prisa, prisa!

No tuve más que correr tras ellos. Sentía que unos ojos venían tras de mí y que podrían enclavarse en mi espalda o en mi nuca o en mi trasero. Hasta que al fin los doctores se detuvieron sofocados tras un enorme pilar. Ahí me junté con ellos. Entonces el doctor Hualañé me explicó:

—No sé cómo, verdaderamente no lo sé, caímos en un docto, en un doctísimo grupo de damas doctas. Porque hoy día las damas son tan doctas como los hombres y, a veces, mucho más doctas aún. Y lo que es horrible, mi buen Onofre, es que era un grupo de damas y uno que otro caballero, que estaban... ¡de acuerdo!

—¡Horror! —exclamé—. Siga usted, doctor, siga, por favor, no se detenga. ¿Sobre qué estaban de acuerdo?

Pero ambos doctores tomaron asiento y me alcanzaron una silla. Luego el doctor Pitrufquén golpeó las manos. A su llamado vino presuroso un camarero. Así tuvimos a nuestro alcance una serie de emparedados y una serie de emancipadillos de tiburón.

Comimos con deleite. Al final el doctor Hualañé dijo:

—Esas damas doctas estaban, todas ellas, de acuerdo en que las enfermedades de los ojos son... son... ¡Camarero! Deme usted otro emancipadillo de perca; eso es de perca; ya estoy satisfecho con los de tiburón. Y la perca, ha de saber usted, amigo Borneo...

—Doctor, me atreví a insinuar con toda dulzura—, doctor, yo soy Boroa y no Borneo.

—Imposible, imposible. Hace ya rato que está usted aquí en este salón y no ha escapado de él, ni siquiera ha hecho intento de escapar. Luego es usted Borneo. Y siendo Borneo podrá usted entender el acuerdo de las damas sobre nuestros órganos visuales.

—Si los tiene usted sanos—profirió el doctor Pitrufquén y me los observó con suma atención.

El doctor Hualañé me los miró a su vez y exclamó:

—¡Colega! ¡Están sanos!

—Entonces—aseguró el doctor Pitrufquén— ¡cuidado!

—Porque si están sanos—aseguró el doctor Hualañé— debe usted tratar de que no estén enfermos.

Y ambos exclamaron al unísono:

—Pues nada, nada, nada, tan pegajoso como los males de los ojos. ¡Es horrible! Pero no hay nada, nada, nada, nada, nada...

Y los tres nos echamos a reír. Nos echamos a reír. A reír y a reír. Pero noté que mi risa empezó a hacerse automáticamente. Yo reía, claro está, pero mis ojos—¿sería, acaso, algún contagio que me atacaba?—, mis ojos veían otra cosa, allá lejos, otra cosa muy diferente y que me paralizaba.

—Con permiso de ustedes, con permiso—susurré.

—Lo tiene usted; pero no olvide, cuando se halle en San Agustín de Tango, de dar una vueltecita por mi consultorio y en él podremos hablar de los cerebros vacíos. ¡Muy interesante!

—Sí, doctor; sí, doctor; pasaré.

Y me fui de prisa hacia lo que había visto. Luego me detuve y volví a caminar lenta-

mente. ¡Claro está, él era! Vacilé unos instantes. Por fin llegué a su lado y saludé. Él apenas me vio alargó su diestra y, haciendo una reverencia, me dijo:

—Palemón de Costamota, su seguro servidor.

Respondí de inmediato:

—Onofre, sí, Onofre...

Él terminó mi frase:

—Borneo.

—¡Eso es! —exclamé—. Onofre Borneo, también su servidor de usted.

Él entonces me indicó a un sujeto pequeñito, mísero, que, desde hacía rato me observaba. Tan pequeñito no era, no, por cierto. A veces crecía un poquitín. Me lo indicó una vez más y luego murmuró a media voz, a un cuarto de voz —¿por qué?—, murmuró de manera casi imperceptible:

—Tadeo Lagarto.

Un dedo índice se levanta y Tadeo Lagarto termina:

—...un segurísimo servidor de usted.

Palemón, entonces, me habló confidencialmente:

—Usted ha de saber que la circunscripción de este Lagarto es la Tierra, no hasta sus hondas profundidades pero sí hasta esta media Tierra, es decir, hasta aquí. Más allá no le será a usted de ninguna utilidad. Aquí, en cambio, le será a usted, de una grandiosa utilidad y, además, le será a usted de...

Se oyó un valse; el valse llenó la atmósfera íntegra. Palemón, después de disculparse atentamente, se alejó e invitó a bailar a una bellísima dama que, sonriendo, aceptó. Ambos se perdieron por entre el tumulto de gente. Alcancé a verlos abrazados, apretados, mirándose insistentemente; alcancé a verlos en medio de los otros bailarines... pues ahora todo el mundo danzaba.

Ella vestía de color guinda y llevaba un gran ramo de flores en el pecho; él vestía de...

Pero ya lo he dicho miles de veces; cuando Palemón de Costamota se arregla y se emperifolla, uno queda boquiabierto ante su esbeltísima figura. La prueba es que todo el mundo, hombres y mujeres, iban ahora vestidos de manera impecable. Y sobre ellos se cernía una lascivia infinita. ¡Oh, qué deseos indomables sentí que me tomaban por ir a ella, a esa lascivia, y sumergirme en ella para no reaparecer nunca más! ¡Qué hermoso fin sería para esta vida!

De pronto las parejas se retiraron hacia los costados y dejaron el centro vacío. La música seguía con sus cadencias lascivas. Ellos también seguían bailando, apretándose, tomados los ojos de uno por los ojos del otro. Y, al compás, de esa música (que supe después era del famoso compositor Stramuros) vinieron cuatro, ¡no! cinco mujercitas desnudas, completamente desnudas y tostadas por un sol que no se veía, vinieron danzando y ocuparon el centro del salón.

¡Oh, qué compases llevaban! ¡Qué ritmo, qué movimientos!

Despejaron aquel centro de toda lascivia...

La lascivia se transformó, se hizo otra cosa, algo imponderable, algo que ya no era de nosotros mismos sino que vivía en el fondo de nuestras vidas si... si nuestras vidas no fueran más que este vivir aquí en la Tierra, en el fango.

—Florencio... —susurré.

Y vi que tenía muchas en que pensar. Pues lo principal era esa marcha hacia Juan

Emar. ¡Eso era lo que tenía que hacer, eso y nada más que eso! Repetí varias veces el nombre, ahora sagrado, de Juan Emar.

Pero ahora era el tumulto nuevamente. Esas mujercitas habían desaparecido y todo era confusión de emparedados, de tragos que volaban sobre nosotros, de gente y más gente, y de ... Palemón de Costamota que había llegado hasta mí.

Me alargó su diestro y me dijo:

—Un servidor más.

Contesté:

—Igualmente, un servidor más.

Entonces me dijo:

—Veo que Juan Emar le confunde a usted, mi querido señor Borneo. Pues Juan Emar no ha escrito nada que valga la pena. Pero puede que, acaso, tal vez, pudiera ser, alguna vez algo escribiera de cierto mérito.

Contesté:

—No lo sé, mi señor de Costamota; sólo sé que, cuando escribí todo aquello, yo era un hombre PURO.

Y nos despedimos. Siguió el vaivén y el bullicio atronador. Me escapé no sé hacia dónde ni cómo.

100

Me encontré en la larga galería contigua al Salón. Ya era el crepúsculo, ya era casi la noche. En esta galería no vi a nadie; a ella llegaban vagamente los acordes de los bailables del interior. De pronto me fijé que allí estaba aquel guardia que ya había visto una vez, anteriormente. Menos mal; podría cambiar algunas opiniones con él, opiniones sobre la nada. Al fin y al cabo, de algo que hay que hablar para que las horas pasen sin mortificarnos mayormente. Me acerqué a él y le dije alegremente:

—¡Hola! ¿Qué tal? Contempla usted la llegada de la noche.

Se volvió hacia mí con toda lentitud. Lo miré y exclamé:

—¡Florencio!

Me preguntó:

—¿Has quedado contento con el Salón y sus comestibles?

Sin darme por aludido a su pregunta, le respondí únicamente:

—Sigamos subiendo, mi querido Florencio. Créeme que estoy más bien extenuado. Sí, el salón está bien y he oído en él una serie de cosas bastante interesantes aunque...

—Di lo que ibas a decir.

Callé y, sin más, le rogué me acompañara unos pasos más en mi ascensión. Florencio se puso en marcha y yo caminé a su lado.

Apenas unos cortos minutos y estábamos en medio de los túneles y de las galerías subterráneas. Le insinué:

—¡Qué bien vendrían aquí unas palabras tuyas!

Entonces habló:

—Lo más interesante que hasta ahora he visto han sido, sin duda, los agrégores, es decir, el trabajo que ellos hacen para hacer subir, para guiar a los hombres. *Es una lucha*

tenaz la que tienen que emprender. Recuerda la lucha de un domador ante las fieras que lo rodean. Con esta diferencia: las fieras quieren hacerle mal, quieren dañarlo; los hombres son como animales totalmente distraídos. Oyen bien, oyen con mucha atención, pero sus ojos están en busca de algo que los distraiga, que los vuelva a esa vida que parece añoran a todo momento.

Eso es, mi buen Onofre... ¿Te llamaré Borneo o Boroa?

Bien, Onofre Boroa. Ya ha quedado lejos de nuestros pasos ese gran salón donde tanto te divertiste. ¡No, no, no! Pues no se trata de saber *con quién* y *por qué motivos* llegaste hasta él y en él permaneciste. Se trata de verificar el hecho de que tú estabas en él y en él hacías y compartías la vida *que él te imponía*.

El Salón se impuso y, en un momento, te dominó.

En un momento viste la eterna lucha que se produce en ti.

Quisiste luchar por mantener arriba tus ideales. Este deseo fue el punto que te hizo merecedor del éxito.

La prueba está en que seguimos ascendiendo y que el terreno que pisamos es suave y es dulce y, de seguro, no te cansa.

Pero te hablaba de otros tópicos, de los egrégores.

Es imponente el trabajo pertinaz y, diría, obstinado, porfiado, con que ellos se afanan por esas bestezuelas de los hombres.

¡Por supuesto, Onofre! Hay algunos, muy pocos, que ya no necesitan de su trabajo, que ya se han elevado y así, desde lo alto, siguen veloces su vuelo.

Desde luego está este carácter de los hombres, este carácter que yo llamaría travieso. Pero —aquí está la cosa—, pero no es un carácter que sólo ellos crean en sí mismos. Tienen una gran ayuda, la tienen a todo momento.

¿De quién? ¿Me lo preguntas?

Te responderé, entonces, que esta ayuda les viene de la contraparte, del reverso, de estos magníficos egrégores; viene ella de los *egrégores negativos*.

Sí, es verdad:

Palemón de Costamota es uno de sus jefes, un alto jefe; Tadeo Lagarto es su fiel ayudante o asistente o como quieras llamarlo. Un hombre —así lo llamaré para facilitar nuestra charla— que es sumamente inteligente, un hombre que, a tu parecer, no se merece el tratamiento que su amo le inflige.

No, no lo hacen para atemorizarte o para que tú admires la furia y el denuedo que tiene. No; lo hace porque tal es la manera de tratarse en aquel mundo.

Te hablo de "aquel mundo". Ya lo conocerás tú mismo y podrás apreciarlo debidamente. Por ahora, volvamos a los egrégores:

Mucho he seguido el trabajo de los buenos egrégores en lo que respecta a las artes. Te diré algo de este trabajo; mejor dicho, te insinuaré algo sobre él y tu podrás descifrarlo;

Ya lo sabes tú que el arte vive en su región, vive sereno, vive imperturbable. Sí, Onofre, como vive Colomba en su propia región. Pero el arte quiere también circular, quiere manifestarse. No hay más que una manera posible para que se transmute en obras y venga hasta nosotros. Esta manera es:

QUE SU ESENCIA ÍNTIMA PRENDA EN ALGUNA PERSONA.

La persona en quien su esencia ha prendido... sin saberlo lo ha sabido y lo seguirá sabiendo. Esta persona camina y va tras ella. Hay quienes reconocen esta marcha, muestran a esta persona y murmuran:

-Tiene mucho talento...

Pero no olvidemos el reverso, no olvidemos a los egrégos de Palemón de Costamota. Esa palabra de "talento" ha resonado por los ámbitos. Palemón, Tadeo y sus miles de súbditos la han oído y se lanzan a la batalla. Pero no se lanzan en contra de una persona única y sola; se lanzan sobre un total, sobre aquello que allá llaman ustedes "un ambiente". Y no creas que hay aquí medidas enérgicas o duras o crueles. ¡Oh, no! Levantan otro mundo junto al mundo de la creación artística. Y es este mundo el que despliega sus poderes.

He seguido mucho la marcha de estos egrégos. He visto cómo anhelan un ser que responda a su llamado. Pues necesitan a un ser, a alguien donde su afán se amarre y prenda. Y he visto también el trabajo de los malos egrégos, he visto cómo ellos ponen, ante los ojos de los que parecen haber sido tocados, todas las distracciones posibles coronadas al fondo por una gran hazaña.

¡La vanidad, amigo mío! Quien disponga de un cúmulo de vanidades para distribuir... ¡No! No hace falta que sean enormes, no. Presentan ellos una fiesta, una fiestecilla cualquiera; luego hacen pensar en el tocado que han de llevar, en las relaciones que en esa fiesta han de encontrar, en las charlas que se mantendrán, en todo lo que rodea a una fiesta.

Bueno, hablemos o comuniquémonos sobre otros asuntos.

La vida del hombre... ¡Saquémoslo de esas fiestecillas necias! Hagamos su vida mirada desde acá, desde donde yo me hallo. Se ve de otro modo. ¿Cómo la ves tú?

Sí; eso es; una raya recta, una línea recta que se sumerge en la Tierra, que se sumerge y se pierde en los abismos. Son los tan horribles abismos ya cantados por la literatura de todas las épocas. ¡Cantar y cantar! ¿Qué otra cosa puede hacer la literatura?

¡Cómo! ¿Me lo preguntas? ¿De qué se trata en esta sumersión? Aquí te llenarán la cabeza con miles y miles de ideas falsas; se trata de esto, de aquello, de lo de más allá, y ¡qué sé yo!

La cosa es más simple: cumplir con lo que cada cual ha de cumplir. Sí; aquí está la dificultad: saber qué es lo que tenemos que cumplir. Al fin se descubre. Viene, entonces, el otro síntoma: el dolor *gozoso*.

Ya ha llegado el momento en que debemos separarnos.

Me voy. Voy a comunicarme conmigo mismo, es decir, con ella, con Nastia Poltava.

Y Florencio Naltagua desapareció. Quedé, pues, solo en esas galerías subterráneas. Caminé, seguí mi camino hacia arriba, hacia la superficie. Era un largo trayecto que aún me quedaba por hacer. Caminé con la mayor lentitud posible.

De pronto una música se dejó oír, una música que llenó todo el ambiente, una música que se agolpaba alrededor de un silbido y que giraba en torno de él. Reconocí ese silbido: era el del hombre Martín Quilpué. Aplaudí lleno de júbilo, no sé por qué; ¿qué podía importarme que pasara ese hombre u otro hombre cualquiera? En realidad, nada; pero aplaudí tal vez por la profunda soledad que había junto a mí.

Sí, sí, era el hombre Martín Quilpué el que avanzaba, fijos los ojos frente a él, sin mover ni a diestra ni a siniestra su cabeza; era ese hombre el que avanzaba seguro, impertérrito, imperturbable, sin parar mientes en las sinuosidades de aquel terreno abrupto que hollaba. Vestía exactamente como la primera vez que lo había visto, salvo algunos detalles, exactamente, es decir, así: sombrero calañés gris claro con cinta negra, traje vestón azul azul marino con rayas blanquecinas, camisa de un celeste pálido sin rayas ni nada y con

cuello unido a la camisa, corbata violeta con pintas ocre, zapatos negros de cuero de potro, calcetines también grises iguales al tono del sombrero. Llevaba siempre sus bigotillos, no usaba anteojos, mas caracoleaba por los aires un bastón de junco; fumaba cigarrillos Baracoa pero no encendió ninguno en mi presencia así es que ignoro de qué marca serían sus fósforos. A su lado corrían traviesos unos cuantos enanitos alegres. Eran ellos los que cantaban aquella música que me había despertado de mi letargo. La música onduló repentinamente por las paredes de ese fondo subterráneo y, en una de sus ondulaciones, se transformó en *El Bolero* de Maurice Ravel.

Así pasó el hombre Martín Quilpué y así se alejó pero con un enanito menos. Pues un enanito se había quedado junto a mí, me miraba y reía.

—¿Qué quieres? —le pregunté—. ¿Por qué no sigues con tu amo y con tus compañeros?

No me respondió nada, nada; se inclinó y me alargó una carta. Cuando la hube cogido se echó a correr y también desapareció. Ahí quedé con la carta en mi mano; luego pude concentrarme en ella. Rompí el sobre y la vi. Era una carta de mi hija, de Pilar. Decía así:

8 de julio de 1961.

Papito lindo:

Recibí las cartas tuyas. En la respuesta a la mía me cuentas que te caíste. La Mami tuvo un sueño terrible contigo en el que te caías. No sabes, mi Papo, cuánto me acuerdo de ti con un amor infinito que toma tu vida desde que eras una guagüita hasta hoy ya viejito.

Hace mucho tiempo te escribí una carta terrible pero siempre llena de amor. No te la mandé; esto, no sé por qué. En ella me hablabas de política y de cosas por el estilo. Al leerla sentí una pena muy honda pues veo que nada de eso te importa y lo que hoy desearías está ahogado y gime y llora.

Papo, siempre pienso en tu vida entera y siento que si hubieras entendido te hubieras abierto a tiempo y hoy tendrías amor, mucho amor, de Mami y de tus hijas, un amor próximo sin necesidad de distancia para existir en una profunda armonía.

El sentirse íntimamente desolado y despojado, sin sentido de todo, en un remolino de sensaciones del pasado y una conciencia despierta para sufrir punto por punto todo lo que en tu vida fue evasión, cae ahora sobre ti como una feroz venganza del destino porque siento, Papito lindo, que tuviste todo lo que un hombre puede desear. Pero fuiste débil de fe y débil de Amor.

Hoy, en el alma, te tengo con un amor inmenso y sagrado pues eres el único Papo mío. No hay nadie en el mundo que tenga tu sitio ni el de la Mami. Los dos son siempre profundamente míos y siento que, del amor de ustedes, yo nací de Amor.

Tuya siempre,

PILAR

Allí me quedé con la carta que el enanito me había entregado. ¿Cómo era posible que esa carta hubiese llegado por esa vía? Todo se me confundía un tanto; el mundo giraba a mi alrededor y, de pronto, sentí mi cuerpo contusionado, con dolores en todo él. Recordé, entonces, esa caída de que me hablaba Pilar, mi hija; había sido en Quintrilpe, en un cerró cercano de las casas; me había resbalado y con dificultad había logrado ponerme en pie. Luego había pasado una serie de días machucado, con entorpecimiento para ejecutar cualquier movimiento algo brusco. Había escrito a Pilar este accidente mío; ahora ella me contestaba y lo hacía por intermedio de ese enanito que marchaba con el hombre Martín Quilpué. Ahora volvía el silencio y volvía la completa soledad en esas lóbregas galerías del interior de la Tierra. Creí, por un momento, que no podría continuar mi ascensión; creí que allí quedaría y allí moriría. Pero una voz me volvió en mí, una voz bien conocida. Me erguí y miré. Estaba a mi lado, siempre alegre y siempre risueña. Le estreché sus manos entre las mías y empezó nuestra charla con la que había sido Teodosia y que hoy era la tan queridísima de Maribel.

MARIBEL

¡Uy! ¡Qué aspecto tienes, Ono, qué aspecto! Se diría que sales de tu sepulcro y que lo echas de menos. ¿Qué te ocurre? ¿No tienes ninguna buena noticia, ningún aliciente que te desperdica un tanto?

Yo

Sí; tengo una carta que me ha levantado el ánimo, una carta de mi hija Pilar que me ha entregado un enano que marchaba en pos del hombre Martín Quilpué. No atino a comprender cómo esa carta ha ido a parar en manos de ese enano.

MARIBEL

Esa carta vino a mí, ¿me oyes, Ono? ¡A mí! Ella, tu hija, la echó al correo y yo, sin más, la tomé y, con una gran rapidez, con una enorme rapidez, se la entregué a ese enanito para que él te la remitiera a ti. ¡Una broma, una chanza! Me gusta hacer estas bromas sobre todo con personas como tú, personas tan, tan serias y que se mortifican con cualquier cosa que no ven con claridad. ¿No es así, mi bueno de Ono?

Yo

Como sea, mi buena Maribel, estoy mal, muy mal. Siento que algo rueda a mi alrededor y no sabría decir qué puede ser. Es esa especie de neurastenia sin causa, ¿me oyes?, sin causa alguna, esa neurastenia que se produce fuera de nosotros y que nos alcanza dejándonos abismados ante su presencia. Por lo demás, el doctor Hualañé ya me ha hablado de ella. ¡Qué quieres tú, qué quieres! Es así y no hay más. Ahora quisiera reposar, quisiera dormir largo rato, quisiera que las cosas desaparecieran de mi lado y, entonces, yo... ¡dormir!

MARIBEL

Duerme, Ono mío, duerme o deja tu mente que viaje por donde ella quiera aventurarse. Yo te vigilaré desde lejos, es decir, desde cerca. Iré a la constelación del Can Mayor y allí me reposaré si puedo llamar reposo a mi constante actividad. No te preocupes de mí, mi buen Ono. Veo qué es lo que te aflige: es esa distancia, que tú llamas inmensa, casi inconmensurable, que te ha evocado la idea del Can Mayor. Pero no hay tal, no, no

lo hay. Para ti, claro está, son así esas distancias pues para alcanzarlas tendrías que empezar por movilizar tu cuerpo. Y es esto lo que te anticipa una terrible fatiga. Ese cuerpo es y ha sido siempre... ¿diré "costreño"? Debes, Onito, acarrear con él para donde quieras llegar, debes acarrear su terrible pesadez.

Yo

Es verdad cuanto has dicho, Maribel. Cada acto que hacemos o intentamos hacer tenemos que consultarlo con este cuerpo; y luego tenemos que fustigarlo para que nos acompañe y se digne seguir con nosotros.

MARIBEL

¡Estás aún en la Tierra, Ono mío! Ya te desprenderás de ese cuerpo y serás como yo ahora soy: sin distancias, sin tiempo que acontece pesadamente; serás simultáneamente en todas partes. Me marchó, mi Ono, quedando a tu lado.

Y Maribel desapareció. Quedé nuevamente solo en aquellas soledades. Quise levantarme para proseguir mi ascenso pero todo mi cuerpo se resintió con las contusiones que había sufrido aquella vez que, en Quintrilpe, había caído largo a largo. Dificultosamente me puse de pie. El camino que se extendía frente a mí era liso, plano. Mas ¡qué dificultad avanzar por él! Daba dos o tres pasos y tenía que detenerme. Al fin comprendí que aquella vez, con el porrazo que había sufrido, los años se habían precipitado sobre mí. Había envejecido con él, había envejecido de golpe, súbitamente. Vi a los años que se iban, que se habían ido y que ahora entraba yo en otra época, en la época de la vejez. Tuve que enfrentarme con este nuevo estado que se erguía ante mí.

Caminando con lentitud reflexioné.

¡Qué diferente es lo que se piensa de la llegada de la vejez! Se piensa que ello ha de ser algo horrible, algo lleno de innumerables añoranzas. Pero es lo contrario; es otra cosa diferente.

Vi, con claridad absoluta, que otro mundo se presentaba ante mi vista, que aquello algo tenía que ver con un amanecer. Ante este amanecer se detuvo mi mente y lo contemplé. Mas él giraba y giraba a velocidad inaudita, tan inaudita que me era punto menos que imposible seguirlo. Todo pasaba a mi alrededor, duraba ante mis ojos algunos segundos y era reemplazado por otra imagen que lo sustituía. Yo me encontraba despersonalizado ante estas visiones. Las reconocía, claro está, como habiéndome pertenecido. Pero ellas se iban, se perdían, y allí quedaba yo, solo, trepando dulcemente por el interior de esos tubos negros e iluminados a la vez.

¿De dónde nacía esa luz?

Nada brillaba en torno mío. Pero tuve una certeza: era la luz de Juan Emar la que iluminaba todo cuanto existía junto a mí: era esa luz, la luz que mi destino me indicaba. Pues vi cuánto, cuánto amor nacía en mí con sólo evocar ese nombre de Juan Emar. Y de sus manos se desprendió la carta de mi hija Pilar; ella voló junto a mí y se perdió en mejores, en mucho mejores mundos.

Un mundo grande, sereno, sosegado, estático.

En él te vi, ni Pilar; y junto a ti vi a mis otras hijas, vi a Marcela, vi a Clarita y vi llegar, desde París, a Carmen, la vi llegar sana, sin un mal que la aquejara. Caía en mis brazos, caía en brazos de mi hijo Eliodoro; estábamos todos juntos y...

Me detuve fatigado; me apoyé sobre el bastón que había venido hasta mis manos. Respiré hondamente. Y todo volvió a girar y a girar junto a mi persona, a girar a velocidad loca.

Entonces me senté.

Paz... Silencio... Ni un rumor a mi lado...

Me reconcentré en mí mismo sin que hubiese ningún tema a la vista. Cuando quería coger un tema de concentración, volvía ese girar rapidísimo y yo sentía que mi cabeza se turbaba. Pues me veía lleno, atacado por miles, por muchos miles de palabras y más palabras sueltas, sin nexo entre ellas.

Palabras sueltas...

Eran como pájaros malignos y voraces que se lanzaban en mi contra. Eran palabras, sin embargo, eran palabras ya pronunciadas por mí en otras épocas lejanas o, acaso, cercanas. Eran, en todo caso, lo suficientemente poderosas como para eclipsar toda luz aunque ella viniera de Juan Emar, de aquel que yo debería alcanzar y SER EN ÉL.

Seguí mi marcha apoyado en mi bastón. Este bastón me hizo sonreír pues me evocó a Jabalí Batuco manejando airoso uno de ellos mientras el otro tomaba su descanso colgado del brazo. Yo ya no manejaba airoso el mío; el mío me era un punto de apoyo y nada más.

Caminemos, caminemos, trepemos.

De pronto vi a Lorenzo Angol. Estaba sentado sobre una piedra y contemplaba el vacío que lo rodeaba. Sentí una verdadera dicha al verlo pues así terminaban esos silencios tenebrosos que me envolvían. Sin más le grité:

—¡Hola, Lorenzo! ¡Qué buena cosa haberte encontrado! ¿Qué haces tú en estas profundidades?

Me respondió:

—He venido hasta acá en busca de algo que ya hace mucho tiempo que he perdido.

—¿De qué se trata?

Contestó simplemente:

—De los quince puntos.

Entonces los recordé: esos famosos quince puntos que, en un tiempo pasado, se habían presentado ante él y que él había jurado que tendría que descifrarlos obteniendo así una clave para sus innumerables desvelos.

—¿Los recuerdas todos esos puntos? —me preguntó.

—Recuerdo cómo te preocuparon en un momento y recuerdo también que llegaste a resolver uno de los últimos. Pero mi memoria está ahora algo borrosa. En realidad no los recuerdo bien.

Me dijo Lorenzo:

—Si quieres te los recuerdo, aunque no creo que avancemos gran cosa con ello.

—Bien; recuérdamelos.

Y Lorenzo los repitió:

1º Quince conos se levantan sobre la mesa y con su imbecilidad externa protegen vidas interiores completas y grandes;

2º Y un ratonzuelo, cuyo destino se encontró con el de Desiderio Longotoma, tiene que sufrir las vicisitudes que acarrea el hecho de que haya talentosos y cretinos en este mundo;

3º Y un gato ignorado pone a todo trágico fin;

4º Y ante el entusiasmo casi diabólico de su nocturno compañero, un Aglomerado de mandatos vuela hasta el sueño de Rosendo;

- 5º Y como constancia de lo sucedido queda una firma en una hoja de níspero;
6º Y sin más y así tal cual suena, es el hecho de que Ascanio Viluco está seguro de no ser sino Ascanio Viluco;
7º Y recibe en la Bóveda una reverencia de Juliano el Apóstata, de Leonardo de Vinci y de Pedro el Grande;
8º Y entonces un monstruo sobrevenido le presenta una faz espantosa;
9º Y todos los objetos, con uno incaico a la cabeza, se ponen, mudos, en marcha por el tiempo;
10º Y vuelve una pequeña tela con su ambiente y con un viejo amigo fallecido;
11º Y un triángulo temible está a punto de malograrlo todo al alzar en su vértice un álamo solitario;
12º Y entonces y a pesar de juergas en medio de las reses muertas, hay que raptar a una mujer maravillosa;
13º Y la mujer, virgen hasta entonces, pierde su virginidad detrás de tres espejos que no la reflejaron;
14º Y Naltagua, con voz cadenciosa, le asegura que el conocimiento total ya nos acecha por ahí;
15º Y al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella.

Lorenzo continuó hablando:

–Me pregunto nuevamente: ¿qué amarra vi cierta vez entre esos quince puntos? El caso es que, en un momento, vi que la solución de mi vida dependía de ver claramente qué era lo que los unía.

“Después lo olvidé y no pensé más en ello. Pero cierta vez los quince puntos volvieron a presentarse ante mis ojos. Y luego se marcharon, se evaporaron. Recuerdo que el último de ellos, el de Júpiter y la estrella, me dio un comienzo de significado. Pero, no. Fue aquella solución el nudo que tenía yo que apretar y ajustar debidamente. Entonces los otros puntos me darían su solución y mi vida cambiaría, sí, cambiaría.

Le hice, entonces, una observación:

–Hablas en esos quince puntos de Chinchilla, la mujercita que vivió su último tiempo tras tres espejos que nunca la reflejaron.

–Sí –me repuso–, hablo de ella y es de la única que hablo.

–Pues ahí –agregué– no aparecen ni Lumba Corintia, ni Jenara Linares, ni Vivencia Pocuro, ni Benilde Panilonco, ni ninguna de las tantas, tantas Berguibendas que ha habido en tu vida.

Meditó un rato y luego me dijo:

–Es que, acaso, allí, cuando logre descifrar esos puntos, voy a encontrar la clave para alcanzar mi anhelo más ferviente. El es poder desconcentrarme de esta Tierra y entonces ¡volar!

Le agregué:

–Y entonces encontrarte con Jateña, con tu linda hermanita de Jateña. Así podrían volar juntos ambos.

–Tal vez; puede ser. Por el momento... esperar. Tengo la más absoluta certeza de que aquello que vi amarrado a esos quince puntos ha sido tomado por estos negros túneles de bajo Tierra. Por ello deben encontrarse y ello fue lo que me obligó a descender tras de su

busca. ¡Algún día los veré cara a cara! ¡Ese día será dichoso, completamente dichoso pues él marcará el fin de esta concentración terrena que aquí me tiene atado! Atado... y con cientos de mujeres que, inocentemente, llegan hasta mi persona. A veces pienso...

—¿En qué piensas?

Meditó un momento y, al fin, me respondió.

—En las maquinaciones de Palemón de Costamota. Tal vez todas esas mujeres ya tienen en ellas el virus de sus palabras. Tú sabes cómo se las arregla el muy canalla. Es acaso el único medio que ha encontrado para llegar a mí. Y las pobres mujercitas, por cierto, son inocentes de este proceso al que ellas se someten. Pero en fin, veo que desvarío al pensar en las mujeres. Volvamos a los quince puntos que ya se han ido para siempre.

—¿Cómo puedes asegurar semejante cosa?

—Me ha bastado con respirar el aire de estas sombrías, tan sombrías galerías para pecarme de ello. He caminado por ellas y, de pronto, me detenía pues me parecía oír una voz que algo me decía. Me detenía a escuchar... ¡nada! Volvía el silencio cuajado de susurros que hay aquí. Total, Onofre, esa amarra que se insinuó en mí hace tiempo ha sido tragada por estas profundidades y yo he perdido una amarra que, acaso, me habría podido desconcentrar.

—Lorenzo —le dije—, yo una vez le hablé a Marul Carampangue sobre estos quince puntos que me aparecieron como baluarte casi inexpugnable para guiarte. Después anoté cuanto le había dicho; después lo leí. Su lectura me decepcionó pues sólo vi en todo eso palabras ingeniosas, palabras dichas por el gusto de decirlas y nada más. Ahora te dejo, Lorenzo, en busca de la solución de esos quince puntos. Yo seguiré subiendo. Algo me empuja hacia la superficie y a ese algo obedezco. ¡Adiós y buena suerte! ¡No seas tan prematuro para juzgar a esas lindas Berguibendas que ha habido y que hay en tu camino! ¡Ríete de Palemón de Costamota!

—Bien; oíré y seguiré tus consejos. ¡Adiós!

Dejé a Lorenzo y, lentamente, seguí ascendiendo. Pero de pronto me detuve y volví a su lado. Exclamé sin más:

—¡Lorenzo! ¡Ya sé quién te ha robado la solución de esos puntos que tan afanosamente buscas! ¡Lo he visto súbitamente!

Y le expliqué lo que había visto; sus múltiples vidas, las múltiples vidas que todos tenemos, la rayita aquella que se dividía en una serie de otras rayitas y de las cuales somos conscientes de una sola. ¡Ahí estaba la cosa!

Lorenzo Angol, otro Lorenzo Angol, del cual no éramos conscientes ahora nosotros, trabajaba y dilucidaba ese punto que, al que era mi amigo de todos los días, le parecía algo oscuro, impenetrable. ¡La solución vendría a él un día, un día, un día...!

Lorenzo se iluminó; Lorenzo reconoció esta verdad; Lorenzo se mostró feliz.

Y nos separamos.

Una alegría sin límites me invadió con el descubrimiento que acababa de hacer de las tribulaciones de Lorenzo Angol y de haber contribuido en cierto punto a la solución de

los quince puntos. ¡No debíamos preocuparnos más de ellos! ¡Una parte de Lorenzo trabajaba en ellos y llegaría, sin duda, a un resultado positivo!

Ahora, pues, ¡subir y subir! El sendero por que iba me pareció más suave; la luz que lo iluminaba, más clara y diáfana. Canté lleno de contento. Por un momento me apareció la superficie llena de atractivos. Subí, pues, cantando.

Veía esa raya que, una vez, había dibujado Lorenzo, una raya dividida por muchas otras en su extremo. Era claro: ¡todas eran conscientes y vivientes! Hoy por hoy parecían no tener contacto las unas con las otras; pero vendría el día en que todas se unirían en una sola y esta sola sentiría el infinito. Veía, pues, nuestro vivir como ilusorio al dar tanta importancia a esta pequeña rayita que nos ha tocado vivir; bien podríamos estar viviendo otra raya y sería entonces a la que daríamos enorme importancia.

Así caminaba, así ascendía, cuando me encontré con el que había sido mi gran amigo: don Irineo Pidinco.

Nos saludamos con una afectuosidad sin límites. Le pedí que me hablara, que me contara sus nuevas impresiones de ese que nosotros llamamos "el otro mundo". Don Irineo, siempre afectuoso, rió un momento y luego me aseguró que su vida pasaba ahora casi más en el mundo de los vivos que en el mundo de los llamados muertos.

—¿Es posible, don Irineo? —le pregunté algo extrañado.

—Sí, señor, es muy posible —me respondió— y si usted me lo permite voy a osar aclarar a usted ciertos puntos que me han hecho añorar aquella vida tan, tan, tan...

—Tan ¿qué, don Irineo?

—Tan amable que llevábamos allá, sobre todo cada vez que yo tenía la dicha de encontrarme con la alta sapienza de usted, mi señor don Onofre.

—¿Cómo así, don Irineo?

—Si usted permite y si no considera una osadía exagerada de mi parte, voy a aclarar a usted este tópico que me ha llevado a añorar las cosas que entretenían mi mente mientras me dedicaba a la siembra del garbanzo.

—Créame usted que seré todo oídos.

—¡Oh, tantas y tantas, mi señor! Si usted permite nos iremos, nos trasladaremos unos momentos a esa Tierra que ahora me ha faltado al evocar sus pequeños recuerdos que, a un espíritu superficial, le parecían cosas sin importancia. Me refiero, mi señor, a las... a las acequias, sí, eso es, la acequias, las acequias de que está lleno todo el campo. A eso quiero referirme, mi señor.

—Lo escucharé, don Irineo, lleno de interés.

—Su amabilidad, mi señor, está a la altura de su tan alta sapienza. Me siento ante ambas verdaderamente confundido.

Y don Irineo Pidinco me contó, entonces, sus meditaciones terrenas junto a esas acequias.

—Recuerdo, mi señor, mis andanzas por los campos cuando yo era el encargado de la siembra y también de la cosecha de ese exquisito, tan exquisito garbanzo que siempre me hacía olvidar los sinsabores que allá se sufren. Andaba, pues, por esos campos y, si no es una osadía de mi parte, le diré a usted, mi señor, que muy, muy a menudo me detenía a mirar el pequeño cauce, el casi insignificante cauce de una acequia cualquiera.

—¿Le extraña a usted esta contemplación mía? ¡Claro, claro! Su sapienza es casi infinita; digo "casi" para no ofender su preciosa modestia que, dicho sea de paso, está a la altura

de su sapienza. Sí, sí, mi señor, no exagero nada; así veo yo las cosas y creo, con el permiso de usted, no equivocarme.

Bien, bien, mi señor, iré a mi historia de estas acequias. La gente las ve y nada percata en ellas. Yo, no, mi señor. Me detenía largo rato ante ellas y les murmuraba muy bajo, en lo que se refiere a mis labios; muy alto en lo que se refiere a mi corazón emocionado:

—Así como tú corres por estos campos, así es nuestra vida.

Ellas, naturalmente, nada respondían y seguían corriendo totalmente indiferentes. Yo, mi señor, oso decir que ahí quedaba en meditación. Meditaba sobre sus burbujas, esas burbujas que se arremolinaban en ella y a mis pies; meditaba sobre las pequeñas cascadas que, de pronto, se formaban; luego veía sus trozos tan tranquilos, tan límpidos que el infinito, si oso decir, se hacía pequeño, pequeñín a su lado.

Claro, claro está, señor mío, claro que tal vez exagero un tanto al explicarme de este modo. Pero puedo prometer a usted que muchas veces pensé en el infinito al ver sus aguas calmas y sin movimiento alguno. Luego mi atención era tomada por esos remansos y por esos remolinos que hacían sus aguas. Quedaba yo absorto mirando todo aquello.

Al fin me confundía, mi señor, y no atinaba a poner en buena claridad lo que veía o más bien osaré decir lo que ese movimiento de sus aguas me hacía pensar o me inspiraba. Pues lo que no atinaba a comprender era que ellas, esa acequitas, se iban, sí mi señor, se iban y se iban y que... al día siguiente iban a estar ahí mismo, en el mismo sitio y con igual raudal de agua que ahora mismo.

Tal vez, señor, usted no ha de encontrar nada de tan raro en esto que le explico. Pero usted ha de comprender que mi menguado cacumen no llegaba a solución alguna.

Volvía al sitio donde ellas se encontraban. Ahí estaban y estaban siempre. A veces menguaban un poco; a veces rebalsaban. Pero siempre estos cambios de su caudal de aguas eran debidos a algún hacendado o a algún peón que así lo deseaban. Porque las aguas eran siempre... ¿diré eternas? ¡Oh, mi señor, tantas y tantas! Bien, diré eternas.

Otras veces crecían por las lluvias. Crecían y crecían hasta mojarme los pies. Usted disculpará, don Onofre, o mejor dicho, disculpará su sapienza sin límites; esas acequias eran vivientes, sí, mi señor, tan vivientes como era yo cuando las veía. Y usted perdonará mi osadía pero es el caso de que más de una vez, más, mucho más, osé dirigirme a ellas y hablarles con suavidad.

El caso es que ahí estaban vivas y muy vivas. No comprendían mi lenguaje así es que no puedo decir a usted lo que ellas discurrían. Y si me hubiesen hablado... creo que la pequeñez de este cacumen mío no les habría comprendido debidamente.

Sin embargo una vez creo haber obrado según su influencia, sí, según su influencia. Fue una tarde, ya cuando el Sol, usted me permitirá, empezaba a ocultarse. Porque díganme lo que quieran, señor mío y ya una vez creo habérselo dicho a usted, es el Sol y nada más que el Sol el que gira y gira alrededor de esta Tierra inmensa.

Muy bien, mi señor, no hablemos de ello. Eso es, señor mío, dejemos, como usted lo dice, a cada cual con sus ideas; eso será lo mejor, sí, sí, lo mejor.

Pero le decía a usted que una vez sentí la influencia que la vivencia de esas acequias hizo sobre mí. Tiene que haber sido aquella acequia que nadie ve, que nadie percibe, allá en el fundo de La Cantera, usted ha de saber, sí, La Cantera, el fundo del tan benemérito señor don Lorenzo Angol.

¿Sí? ¿Desea usted conocer mi experiencia con aquella acequia? Bien, mi señor, se la contaré a usted:

Estaba yo solo allí en el fundo pues el tan eminente señor que es don Lorenzo se había marchado, por el día, sí, por el día pues volvería apenas llegada la noche. Eso es, mi señor, eso es. Había ido a San Agustín de Tango para asuntos que yo no entiendo, no, no entiendo.

De pronto sentí miedo, sentí pavor de ser atacado por una tan terrible Guaxa. ¡Sí, sí! ¡Por cierto! No hay sitio en este mundo que pueda proclamarse libre de esas nefandas Guaxas; no, no lo hay. ¿Qué hacer, señor mío? Las casas de La Cantera acrecentaban mi pavor. Comprendí que en ellas podría ser violado y que no tendría defensa alguna. Pensé entonces en una acequita cercana a ellas, una pequeñita acequia que ya muchas veces había mirado largamente. Hacia ella me dirigí sin tardanza. Es una acequia muy lenta, el agua apenas se mueve en ella, es, más bien, un diminuto remanso. Llegué a ella y, créame usted, mi señor, con sólo verla sentí un gran bienestar en todo mi ser. Me eché, pues, a su lado y allí tuve la certeza de que me escucharía.

¿Sería la acequita la que me habló? No lo sé, mi señor, y no lo he sabido nunca. Pero usted permitiría que yo guarde un verdadero y grato, gratísimo recuerdo de ese instante en que pasé junto a ella.

Tiene usted razón, señor mío; su sapienza es sin igual en ese mundo que yo ya he abandonado. Sí, sí, le hablaré a usted de lo que me dijo, de lo que entendí yo en ese movimiento casi inmóvil de aquellas aguas tan mansas.

Me puse a pensar en la muerte. Sí, sí, comprendo, señor mío, que este no es un tema digno de su sapienza de usted; pero hay, sí, hay que pensar en él aunque sea de tarde en tarde. Tal es lo que me dicta este menguado cacumen que yo, en esos entonces, tenía en el sitio donde otros, como usted, señor mío, albergan una altísima sapienza.

Bien, señor, dejé que mi mente volara y volara por los llamados terrenos de ultratumba. Miré esa agüita de la acequia y no pude menos que preguntarme:

“¿Cómo será del otro lado?”

Ese remanso me contestó. Oso decir que él me contestó porque a mi lado no había nadie, nadie de nadie. Estaba yo solo y, al frente mío, esa acequia tranquila, que ahí, frente a mí se tranquilizaba después de hacer una serie de movimientos a causa de una cascada cercana. Pues bien, mi señor, ese remanso me contestó de inmediato:

—Ir al más allá es como emprender un viaje en esta Tierra que tú habitas.

Quedé lelo al escuchar semejantes propósitos; le repito a su clara sapienza que no había nadie junto a mí. Fueron palabras audibles aunque mis oídos no las oyeron. Pero usted perdonará, mi señor, yo las oí claramente.

Un viaje... Mi mente se confundió en un principio. Pero luego vinieron más y más explicaciones. Esa acequita, o lo que fuera, habló durante largo rato, digo yo si usted permite, señor mío, durante largo rato. Y me habló del otro lado, es decir, de este lado donde ahora me encuentro. Me repitió como mil veces que morir era como emprender un viaje. Y es verdad, señor mío, morir es como emprender un viaje, ni más ni menos, es la verdad.

¿Prefiere usted? Bueno, señor, haré como me lo ordene su alta sapienza de usted, así lo haré.

Viajar... Siempre me había causado pavor; por eso yo no conocí más que ese país en que nací. A veces, claro está, pensé también lanzarme a viajar pero, con el permiso de usted, no lo osé jamás. Pensé ir a China, pensé por el gusto de pensar y sin creer que mis pensamientos pudiesen hacerse realidad. Fueron de esas cosas que se piensan por el gusto

de pensarlas y nada más. Las aguas de la acequita estuvieron conforme conmigo. Pues ¿qué iría yo a hacer allá en la China? Yo no conozco a nadie, a nadie, allá en las que son nuestras antípodas; y usted, señor mío, se figurará lo que es encontrarse en un país sin conocer a nadie. ¡Es horrible, mi señor, horrible!

Luego el barco... ¿Se da usted cuenta, señor mío? Ese desconocido barco donde tendría que meterme sin tampoco conocer a nadie, nadie. Y me metería en él para cruzar el océano que yo he mirado hasta ahora sólo de lejos pues me causa verdadero pavor ver sus aguas llenas de misterio. ¡Oh, no, mi señor! Esas aguas están bien, digo yo, para un señor como es el señor don Rubén de Loa que, según he sabido, tiene un taller de pintura en el fondo de ellas. Pero para mí... ¡horror!

Y podría viajar durante tantos días, podría viajar... ¿para qué? Es lo que osó preguntar a usted: ¿para qué? Para llegar a un país hermético, completamente cerrado, un país lleno, repleto de chinos que se entenderían entre ellos en otro idioma que yo jamás lograría entender.

Y tendría, sin saber ni una palabra de ese idioma, tendría que llegar a los hoteles orientándome por calles que se me confundirían las unas con las otras. Saldría del hotel y no sabría cómo volver a él. Ni podría preguntar a un ciudadano cualquiera pues habría olvidado hasta el nombre de la calle... ¡Horror, mi señor, horror!

Por este horror no quise nunca viajar. Preferí siempre quedar aquí en este país y preferí también que mis conocimientos sobre este globo no fueran más allá de esa ciudad de San Agustín de Tango y del fundo donde se siembran y se cosechan esos tan exquisitos garbanzos.

Así viví y así habría podido vivir muchos años aún. Pero un buen día fallecí. A mis restos he sabido que se les hicieron muy solemnes funerales. Los vi durante unos breves segundos. Vi a esos americanos y a esos rusos que bailaban con solemnidad esos bailes que, en sus respectivas tierras, son bailes más bien de alegría. Bueno, se me enterró, es decir, se enterró a mi cuerpo en un nicho... No recuerdo ahora el número... ¡Ah, sí, mi señor, usted lo ha dicho! Eso es; el nicho N^o 33514.

Ahí tiene usted la razón de mi perpetuo horror a los viajes. No viajé nunca y ahora aquí estoy acostumbándome poco a poco a las nuevas cosas que me rodean, si pueden ellas llamarse "cosas".

Es la verdad, señor mío, la perfecta verdad: todo cambia un tanto y se necesita cierto tiempo para ir acostumbándose a este cambio. Pero le estoy hablando de "tiempo", mi señor. He ahí una de las cosas más difíciles a las cuales hay que acostumbrarse. Sí, mi señor, el tiempo. Aquí no hay relojes ni nada que lo mida; aquí nada es medido por un... por un... cañonazo, si usted permite mi osadía al expresarme de este modo. Es que recordé súbitamente el cañonazo que allá dan a las 12 del mediodía. Aquí no hay tal cosa, ni cañonazos, ni día, ni noche. Aquí las cosas suceden de otro modo, sí, eso es, de otro modo. Yo ya no sé si ustedes medirían lo que sucede por simples segundos o por millares de años, no lo sé, mi señor. Porque es el caso de que aquí se vive de otra manera que allá en la Tierra aunque estemos en esa Tierra puesto que, según su modo de ver, estamos en las profundidades de ella.

En fin, señor mío, a todo hay que irse acostumbrando y es eso lo que yo hago con cierta placidez. A veces me vienen ciertas añoranzas de la vida que hice en la... ¿Cómo la llama usted, si osó preguntárselo?

¡Ah, ah! Claro está. Es la bella señorita de Maribel la que usa este epíteto: la costra. Sí, varias veces le he oído decir de esta manera. Pero claro, me vienen a menudo ciertas añoranzas muy fuertes que no puedo complacer.

¡Sí, sí, mi señor! ¡Eso es! ¡Poder comer un platito de garbanzos bien aliñado... ¿Qué delicia sería! Pero todo tiene una compensación muy debida y ella es, si usted permite, ella es...

Bien, se lo diré a usted y su sapienza lo entenderá:

¡Las Guaxas, mi señor, las Guaxas!

¡Ya no me atacan, ya no se preocupan de mí!

Por eso quiero, si no es mucha mi osadía, pedir a usted un servicio que espero sepa hacerlo dada su magnificencia: él es...

No, no, no es eso, no. El es:

¡¡Cuidado con las Guaxas!!

Y, por favor, cómase usted a mi salud... ¡¡un buen platito de garbanzos!!

103

Volví a ver la luz del Sol en la cumbre del volcán Peteroa. Era un día radiante, de temperatura agradable a pesar de que me hallaba en pleno invierno. Recuerdo muy bien: era el día 13 de agosto del año 1961. Por todos lados había nieve y un silencio sepulcral me rodeaba. Avancé algunos pasos deslizándome como si en mis pies tuviese un par de esquí. Al cabo de unos cuantos minutos me encontré con Saturnino. Allí estaba sentado mirando las lejanías con sus ojos de gato. Parecía estar triste, parecía preocupado. A lo lejos se divisaba la ciudad de Curicó; se veía pequeña pues nos encontrábamos a más de 4.000 metros de altitud. Lo saludé afablemente; él me contestó indiferente. Luego se entabló entre nosotros el siguiente diálogo:

Yo

¿Qué hace usted aquí, mi querido Saturnino? Lo noto algo atribulado. ¿Anda algo mal en usted?

SATURNINO

Estoy desengañado con sus compatriotas de usted. Decididamente no los entiendo. Creo que volveré a mi planeta, a a ese maravilloso Saturno.

Yo

Es que tal vez estos ciudadanos son demasiado diferentes a usted. Por eso, acaso, no se entienden.

SATURNINO

En Saturno no hay gente diferentes unas de otras. La diferencia no existe. En Saturno se vive porque todo es vivo y... ¡no hay más!

Yo

Pues aquí en esta Tierra se vive a base de las diferencias existentes entre las personas. El que se asemeja a las multitudes es considerado un hombre de las masas, es decir, un hombre inferior.

SATURNINO

En Saturno no hay hombres inferiores ni hombres superiores. La razón es muy simple: en Saturno no hay hombres.

Yo

Sin embargo usted, Saturnino, es un hombre o como quiera usted llamarlo. Pero usted es.

SATURNINO

En Saturno no se es. En Saturno se vive todo el tiempo si es que puede llamarse vivir el hecho de existir como existen ustedes. En Saturno es diferente. Desde luego allá no hay relojes como tienen ustedes.

Yo

¿Y con qué los reemplazan ustedes?

SATURNINO

En Saturno no existe el verbo "reemplazar". Pues no hay nada, absolutamente nada, que pueda ser cambiado por otra cosa de la que es.

Yo

Empiezo a entender a usted. Saturnino. Allá no hay cambios ni diferencias, allá se es porque se es y sin ser hombre ni nada que se le parezca. Voy entendiendo.

SATURNINO

Si está usted entendiendo quiere decir que está usted subiendo; es decir cambiando. Pero en realidad no entiendo a los terrenos. A veces los veo muy altos; otras veces los veo muy bajos. Me turban por el hecho de *no saber*.

Yo

Nuevamente dejo de entender... Altos... Bajos... Y sobre todo, no saber... Es decir, no saber ¿qué?

SATURNINO

Parece que usted se estuviera mofando de mí y de mi actitud incierta entre ustedes. Ahora veo que ha bajado, y mucho, ha bajado y no le haría mal un viaje a mi planeta. Esa tan bella señorita que a menudo me visita en pleno Saturno, esa bella que ya, según ustedes, ha muerto, podría llevarlo a usted a, que por lo menos, contemple un rato las cosas como son en verdad y no se presentan aquí. ¿Cómo llaman ustedes a esa señorita?

Yo

Ya sé a quién se refiere usted: a Teodosia Huelén y que es ahora la sin par y la buena Maribel. ¿La admira en verdad usted?

SATURNINO

Aquí en esta Tierra, sí. Pues ella *sabe*.

Yo

¿Qué sabe que yo no sepa?

SATURNINO

Tendría que hablarle a usted desde el principio. Y en Saturno no hay principios ni fines. ¿Quiere usted que le hable y trate de explicarle algo?

Yo

¡Ya lo creo! ¡Explíquese usted!

SATURNINO

Le hablaré a usted a mi modo. Veremos si logra entender o si no lo logra. ¡Atención y mucha atención! Oígame con la mayor penetración. ¿De acuerdo?

Yo

¡De acuerdo! Le oigo a usted.

SATURNINO

¡No saber! ¡No saber nunca nada! ¡Es lo nefasto, lo terrible, lo imposible que existe entre ustedes! ¿Me oye bien usted lo que digo?

Yo

Le oigo perfectamente, Saturnino. Siga usted hablando y yo seguiré oyendo lo mejor que pueda.

SATURNINO

Está bien; seguiré: Son sólo las 8 y 45 de la tarde y un señor, que llamaré X, está esperando a otro señor, que llamaré Z. Tenemos, pues, a X y a Z. X espera y Z llega más tarde, llega a las 9 y 33. Entonces yo me pregunto... ¿qué? ¿Qué ha pasado en estas mentes y en los relojes que usan y en todos los relojes que hay en la Tierra? Tomo a ese señor X y le digo:

—Usted, señor, esperaba a su amigo para las 8 y 45; su amigo ha llegado a las 9 y 33. Ha habido aquí un error.

Él me responde:

—No, señor, no ha habido ningún error. Lo que ha sucedido es que yo no sabía a qué hora iba él a llegar.

Esto es lo que no comprendo, lo que no logro entender. Es lo que yo llamo "no entender".

Yo

¿Pero cómo quiere usted entender en un asunto así, tan corriente, tan sin importancia? ¿Qué puede importar el hecho de llegar con minutos, o cuartos de hora, de diferencia cuando se ha dicho un más o menos?

SATURNINO

¡Silencio! Soy yo el que estoy hablando. Usted se está comportando como esos señores X y Z de quienes le hablaba hace un instante. Por lo tanto le pido nuevamente un verdadero silencio. ¿Estamos de acuerdo?

Yo

Estamos completamente de acuerdo. Puede usted proseguir, señor Saturnino.

SATURNINO

Un hecho va a ocurrir; un hecho tiene que ocurrir; un hecho ocurrió: Z llegó. Y ¡no me discuta usted! Porque tal ha sido la verdad y una verdad que estaba arreglada desde antes pues se trataba de una cita. ¿Es esto verdad?

Yo

Sí, es la completa verdad. Las cosas pasaron tal cual usted las ha descrito. Hubo, en Z, un atraso de varios minutos, de más de tres cuartos de hora. Sin embargo no atino a ver hacia dónde quiere usted llegar.

SATURNINO

No atino a comprender que no se sepa que un hecho va a ocurrir cuando inevitablemente él va a ocurrir. ¿Me ha comprendido usted?

Yo

He comprendido. Tal vez lo que usted quiere dar a entender es nuestra falta de visión del futuro, esa visión con certeza.

SATURNINO

Eso es. Y la enorme pretensión que ustedes todos tienen pues creen que las cosas dependen de cómo ustedes las dispongan. Por eso se retardan algunas veces; otras veces se adelantan y otras veces hasta olvidan lo que tenían que hacer.

Yo

Es verdad cuanto dice usted. Vivimos al azar. Es nuestra manera de vivir.

SATURNINO

Sepa usted que el azar no existe. Todo sucede en el mundo como sucede en Saturno, con una precisión absoluta y son ustedes los que desvirtúan esta precisión. Por eso tienen la expresión: "más o menos". Esta expresión no existe allá en mi Saturno ni podría existir.

Yo

Yo, Saturnino, anoto todo lo que ocurre cada día. Lo anoto en un cuaderno cualquiera y luego, al día siguiente, lo paso al cuaderno que para ello tengo. En estas notas del cuaderno cualquiera, dejo siempre un punto y coma junto a lo último que he anotado. ¿Sabe usted por qué lo dejo?

SATURNINO

No lo sé pero lo calculo.

Yo

Lo hago *por si acaso ocurriese algo*.

SATURNINO

Es lo que pasa por el hecho de no saber.

Yo

Ahora seguiré hacia lo desconocido.

SATURNINO

Que le vaya a usted como sueña.

Di las gracias y seguí mi descenso. Dejé a Saturnino allí en lo alto del Peteroa contemplando la inmensidad.

104

Nuevamente estoy en la superficie. Han quedado lejos las nieves del volcán Peteroa con los descontentos de Saturnino. No puedo hacer nada para que me entienda como yo nada puedo hacer para entenderlo a él. Estamos a distancias sencillamente enormes. Nosotros, más o menos, a unos 150 millones de kilómetros del Sol; ellos, a unos 1.428 millones de kilómetros. No podremos nunca considerar cuanto nos rodea de manera similar. ¡Adiós Saturnino!

Aquí estoy en Fray Tomate. Todo está igual; todo, en orden. La Zoraida ha mantenido mis cosas debidamente.

De pronto suena el teléfono. Contesto de inmediato. ¡Qué buena sorpresa! ¡Teodoro Yumbel me pide que pase por su casa ahora mismo!

Me apresto en breves minutos y me dirijo a la calle de La Inmaculada Concepción. Allá me encuentro con él y con la buenísima de Albania Codahue. ¡Cuánto se aman estos

dos palomos! Él tendrá, dentro de breve tiempo, 59 años; ella ha de ser unos 6 o acaso 7 años menor. Pero nada de ello importa nada; obran en todo como dos pichoncitos que viven para adivinar los deseos del otro y darles pronto cumplimiento.

En él no han dejado rastros amargos sus amores pasados: pasó Calucha, pasó Columbana Manquipel, pasaron todas, pasó aquel para mí, horrible viaje a Venus. Claro está: allí conoció a Tannhauser y conoció a la diosa de la belleza y ¡qué sé yo! Pero nada de todo eso ha dejado huella en él o si la ha dejado, ella está dedicada a su Albania tan querida.

En un estante vi colocados sus libros, es decir, volví a verlos pues siempre los he mirado cuando visito a Teodoro. Allí pude ver *El último Alcaraván; Dionisia, Felicia, Clarisa; Al Margen; Oculto tesoro mío; Miseria del goce*; en fin, todas sus obras.

Debe haber sido extrema mi admiración muda por esa pareja pues Teodoro no vaciló en decirme:

—Sí, mi querido Onofre, nos queremos, Albania y yo, nos..., nos... ¿Cómo poder explicártelo?

Grité de inmediato:

—¡Te comprendo, Teodoro, te comprendo!

Miré a ambos y callamos los tres por un momento. Luego vino a mi memoria, súbitamente, lo que había leído de Krishnamurti en su obra *La Primera y Última Libertad*. Dice en ella:

Comunicarnos unos con otros, aun conociéndonos bien, es en extremo difícil. Podré usar palabras que para vosotros tengan diferente sentido que para mí. La comprensión sólo llega cuando nosotros nos encontramos *en el mismo nivel al mismo tiempo*.

De esto les hablé largamente, de este nivel y del tiempo único para encontrarse en él. Luego Teodoro tomó la palabra sobre sus próximas creaciones. Ya las tenía bosquejadas. Me mostró, con cierta nerviosidad, las notas de *El pájaro protervo que pasa por ahí*. Pero se extendió con mayor entusiasmo y meticulosidad en su obra, ya bastante avanzada: *Un joven músico*.

Era, naturalmente, su retrato el que allí pintaba, el retrato de sus pasados desvelos y sinsabores cuando aun buscaba la ruta que sentía tenía que seguir. Decía al comenzar que este joven emprendía un viaje a Viena donde se juntaría con una serie de músicos, jóvenes también, para dilucidar varios asuntos musicales que a todos ellos los tenían bastante perplejos. En estas primeras páginas mezclaba sus recuerdos de la bella Albania pues, en verdad, ya la conocía cuando se ausentó de Chile y se encontró con el muy cínico de Darío Valdepinos en París. Escribe a bordo y dice así:

Antes de escribir las pocas impresiones que hasta ahora me ha dejado este viaje quiero decir dos palabras sobre mi estado general y sobre mi situación que tanto ha cambiado en el último tiempo.

Pues bien, allá voy:

Soy de carácter triste; por lo tanto las alegrías son contadas en mi existencia. Soy demasiado soñador; consecuencia: he vivido siempre en las nubes y al bajar a tierra he sufrido fuertes decepciones. Mi temperamento es muy frío ante las vulgaridades y superficialidades de la vida, lo que me hace mirarlo todo con suma

filosofía; pero es apasionado ante cosas más serias y trascendentales y de ahí que llegue a sufrir en el alboroto de mis pasiones y que adore con el alma entera lo poco que me ha impresionado: la música y el amor.

La primera es la única que me hace vibrar y me hace vivir pero a causa de mi carácter poco constante y del estúpido medio ambiente que me rodea, nunca he pasado de ser más que un admirador que goza y admira a solas y en silencio. Ser uno de sus verdaderos hijos no he podido conseguirlo.

Cuanto al segundo, el amor, no soy ni su admirador ni su hijo; soy solamente su esclavo.

He amado y aún amo con pasión; toda mi vida, todos mis pensamientos, todas mis obras, todo mi ser, se han consumido y reducido en un solo punto, en una sola imagen: ¡ella!

En resumen puedo decir: mi vida es en apariencias el tipo de la vida tranquila y de paz y yo el tipo del indiferente en cuya alma pasan sin dejar huellas los sucesos de esa vida. Pero debo agregar: mi vida es y ha sido en realidad un continuo luchar, un continuo soñar y sufrir, un continuo tormento que todos ignoran y que se esconde tras la indiferencia o tras las carcajadas locas. Y yo... un tonto que no ha sabido comprender su medio y las verdades del mundo, que siempre corriendo tras de un ideal imaginario ha encontrado sólo desilusiones, lágrimas y engaños.

Hoy por hoy mi situación es la siguiente:

Con que haga un resumen de lo que ha corrido ya de este año se la comprenderá bien y más aún que los cuatro meses pasados retratan los 18 años que he vivido.

Pues bien, desde hace unos seis meses amo a Albania Codahue. Tres meses después peleamos furiosamente con intenciones de no volvernos a mirar nunca más.

Sin tener yo en qué pensar me entregué a los sueños y, víctima de los deseos de alejarme del mundo y de sus frivolidades, empecé a hacer locos proyectos para mi vida venidera. Primeramente lo hice con el fin de satisfacer mis ambiciones y llevar a los acordes musicales lo que mi espíritu sentía; en segundo lugar para encontrar ahí un consuelo a la pena que me afligía al verme sin Albania.

Pasa, pues, un largo tiempo de ensueños y de lucha interior. Al fin logro organizar mentalmente un plan de vida lejos del mundo y lleno de nobles y muy puras misiones musicales. Pero me llega la noticia de que ella está de novia y esta noticia echa todo por tierra dejándome envuelto en una desesperación inexplicable.

Desde ese momento todo esfuerzo me fue imposible. A la preocupación atormentadora de que ella iba a ser de otro, vino a agregarse la de sentirme incapaz de realizar mi nueva vida y la de sentirme impotente ante lo que consideraba mis deberes.

¿Dónde pues un consuelo?

¡En la vida alegre!

Concluye, pues, ese mes, en medio de juergas, de alegría y de alcohol.

El mes siguiente evoca la idea de melancolía y de tristeza. Hablamos durante dos días y ahí comprendí que aún me amaba y que guardaba en su corazón el recuerdo de mi amor inmenso y eterno.

Por varias circunstancias no podíamos vernos, y mientras ella sentía más y más indiferencia por su novio y más cariño por mí, yo en mi casa, triste y solitaria, dejaba pasar las horas y los días pensando sólo en ella o escribiendo largas cartas que nadie leía.

Poco tiempo después todo se arregló y nos volvimos a querer; luego nos comprometimos y ahora nos separamos mientras dure mi viaje a Viena.

Pues bien, mi situación puedo expresarla en pocas palabras:

Tristeza por la separación; vuelta de las energías con la vuelta de mi único amor. Pero con todas las desilusiones que ya he tenido ha desaparecido en mí todo entusiasmo. Estoy listo para ver deshacerse mis esperanzas y me cuesta trabajo hacerme un plan para el día siguiente.

Hoy ha sido un día gris y frío, uno de esos días que llenan el espíritu de tristeza. He pasado la tarde en su casa, a su lado, solos los dos, repitiéndole por la millonésima vez todo lo hay en mí: ¡que la quiero, que la adoro!

Ella, mi Albania, creo, por fin, que me quiere también o, al menos, se demuestra tan cariñosa que junto a ella me siento dichoso. Nos dimos el último adiós acompañado de miles de promesas y como a las 4 de la tarde dejé para siempre esa casita querida.

Me sentía con el corazón destrozado, muerto de pena. No sé cómo pude hacer los preparativos del viaje. Estaba nervioso y a cada momento sentía las lágrimas llegar a mis ojos.

Pasó el día y vino la noche; junto con ella empezó a llover aumentando mi desesperación hasta lo imposible. Le escribí dos palabras; ya no sé qué le puse; tal vez un último adiós. Así, medio loco de dolor, sin saber lo que hacía ni pensaba, me sorprendió la hora de la partida. Mi madre lloraba; mi padre trataba en vano de consolarla y parientes y amigos que habían ido a despedirme aguardaban silenciosos el adiós. Salimos todos pausadamente, como se sale con un cajón mortuorio. Afuera llovía siempre. Desde un rincón del patio, nuestra vieja empleada, tapándose la cara con el delantal, me dijo con voz entrecortada mientras seguía llorando:

—¡Qué Dios lo bendiga don Teodorito!

Todo estaba tétrico, horriblemente tétrico. Y entonces, cuando pensé que me iría lejos, muy lejos, dejando por tanto tiempo a mi Albania querida y a todo cuanto se quiere, me sentí presa de una angustia indescriptible y no pude dejar de llorar.

Subimos al coche mi padre, mi madre y yo, y el auto partió mientras todos nos despedían desde la puerta con gritos de adioses. Por la ventanilla vi perderse en la oscuridad mi casa y luego la suya, ambas en el más completo silencio y tristes, como compartiendo también la amargura y el dolor que encerraba este maldito viaje, esta separación tan dura.

Llegamos a la estación. Un tren interminable nos esperaba. Al ir a nuestro vagón, el último de todos, donde la lluvia caía a torrentes, la divisé a ella, a mi Albania, al lado de su madre, con un aire de tanta tristeza, que deseé morir ahí mismo junto a ella gritándole por última vez.

—¡Te quiero, m'hijita, con todo el corazón!

Más de media hora esperamos hasta que saliera el tren, la media hora más

horrible que he pasado en mi vida. Los andenes estaban repletos de gente que despedían a otras tantas, en los vagones había una confusión enorme que dificultaba tomar asientos; la estación estaba apenas alumbrada por pequeñas y tristes luces; la lluvia caía a cántaros impidiendo a las personas que habían ido a despedirme llegar hasta mí.

Con la nerviosidad que sentía con el viaje, no me atrevía a bajar así es que sólo de la plataforma tenía que mirar a lo lejos, allá en la penumbra y en medio de un tropel de gente, su figurita adorada que veía por última vez.

Llegaban amigos, todos dispersos y sin poder encontrar el vagón, me abrazaban y se iban para evitar el aguacero.

Pero al fin me resolví a bajar y entonces llegué hasta donde ella estaba, nos dimos un abrazo y... eso fue todo.

Momentos más tarde abrazaba a mi padre y a mi madre y, a las 6 y 20, nos pusimos en marcha.

Todos los amigos se habían reunido en un grupo un poco más allá y bajo el galpón de la estación. Al pasar el tren pesadamente junto a ellos la volví a ver por un instante, volví a sentirme con el corazón partido y volví a llorar calladamente cubriéndome el rostro con el pañuelo.

Cuando abrí nuevamente los ojos ya todo había desaparecido y el tren corría a gran velocidad. Entré entonces a mi vagón diciéndome entre labios:

—¡Adiós, mi Albania adorada! ¡Adiós, amor mío! ¡Adiós, adiós!

Teodoro Yumbel volvió a guardar sus notas de este manuscrito que empieza. Teodoro Yumbel me miró con un gesto de interrogación como pidiéndome mi opinión sobre esta primera separación que había tenido con Albania. Le dije:

—Está muy bien, mi querido Teodoro, y veo allí un fiel, muy fiel retrato de tu persona en lo escrito por el joven músico. Mas hay algo que no atino a comprender.

Me preguntó sobresaltado:

—¿Qué cosa, Onofre, qué es lo que te ha perturbado?

—Nada, nada, mi buen Teodoro; es sólo un pequeño detalle que me gustaría me aclararas para entender mejor cuanto has puesto y has descrito ahí.

—Con todo gusto, amigo; te escucho.

Entonces me expliqué calmadamente:

—Has escrito las sensaciones experimentadas por aquel joven músico al separarse de ella, de su gran amor. Ese joven eres tú y nada más que tú que eres, de verdad, un hombre de letras y no creo que seas mayormente conocedor de música. ¿Verdad?

—Sí, sí, por cierto, no lo soy —me respondió de inmediato—. Pero las necesidades técnicas a que sin duda me iba a arrastrar esto que escribía, me las solucionó un amigo, un gran musicólogo, Silvestre Tongoy. Tongoy ha sido un real colaborador en mi obra. Es una gran persona y no puedes saber cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí.

—Muy bien, querido Teodoro; ese punto está resuelto. Pero el caso que me intriga subsiste: el literato que pasa por músico, y el amor de este literato-músico que se presenta con su verdadero nombre: Albania Codahue. ¿No habrías podido inventar un nombre cualquiera para Albania o tú haberte puesto tal cual eres, es decir, de hombre de letras?

Me respondió con un convencimiento absoluto:

—¡Imposible! Yo de mi persona puedo hacer lo que me venga a la cabeza pero, sea lo

que sea lo que me venga, necesito una fuerte inspiración. Esta inspiración, mi querido Onofre, sólo puede venir hasta mí poniendo su verdadero nombre, su nombre inmaculado: Albania Codahue. Y ¡no hay más!

—Pues yo procedo según mis sensaciones, mi querido Onofre; no procedo según lo que me dictaría el cerebro; así es que no ha cambiado tanto el fondo de mi ser. ¡A pesar de ella, de ti, mi tan querida Albania, sufro a veces hondamente sin que nada ni nadie pueda ser una causa a este sufrimiento! Ahora comprenderás cuál es la causa de que su nombre figure en estos escritos.

—Claro está, mi buen Teodoro, claro está que lo comprendo perfectamente.

—Aquí en mi escritorio —prosiguió Teodoro— tengo un alto de viejos papeles míos que he ido escribiendo en el curso de mi vida. Todos ellos irán ahora a esta obra *Un joven músico*; todo lo escrito en ello será salvado por su nombre.

—Me imagino, Teodoro, cuántas quejas en contra del destino habrá en esos apuntes tuyos. Deben ser innumerables. ¿No es así?

—Sí, amigo mío, tú lo has dicho: innumerables. No sé qué me ha impedido arrojar al agua estos escritos que vienen desde mi más tierna edad. Así habrían podido ir a hacer compañía a mi ahora perdido "Libro de defunciones", aquel que quise fuese hasta el fondo del mar cuando yo amaba en silencio a la tan bella y tan primorosa de Jacqueline. ¿Lo recuerdas? ¿Cuando nos hallábamos en el fundo del capitán Angol, en Curihyue?

—Por cierto, lo recuerdo.

—Te leeré algo no tan antiguo, algo de ahora hace muy poco tiempo, estando Albania cerca de mí y ya queriéndonos como nos queremos en este momento.

—Bien, Teodoro, léeme cuanto quieras.

Teodoro buscó un momento y por fin extrajo un cuaderno en el que buscó y por fin encontró lo que quería.

—Oye, Onofre —me dijo—, quiero que veas cómo se dirige mi vida; quiero que veas que son "las sensaciones" las que tienen el timón y las velas de mi barca. Es en ellas en las que me detengo. Por eso puedo estar triste y no he dejado de querer menos a esta inmensa compañera que es Albania. Óyelo bien, Onofre. Aquí he anotado algo cercano que irá a ser anotado por ese joven músico.

Y Teodoro leyó así:

¡Cuánto mal dicen algunos de la lectura de las novelas! Yo no pienso así sino al contrario, pues esas mismas novelas perniciosas, en más de una circunstancia me han hecho mucho bien.

Así, cuando he leído descripciones de personajes para los cuales todo es negro en la vida, que sienten hundirse su porvenir, que nada les ofrece ni un pequeño alivio, que se sienten desesperados, sin alicientes ni estímulos para nada, por la poesía misma que los autores hacen nacer de una situación semejante, ese personaje me ha parecido interesante, viviendo en un minuto lo que el común de la gente vive en un año y hasta he llegado a envidiarlo.

Hoy por la tarde me encontraba triste, vencido por un desgano sin límites y tendido en mi cama a la luz vaga del crepúsculo, pensaba en la ingratitud de mi destino.

De pronto recordé a todos esos personajes desgraciados de mis novelas favoritas y me dije:

“Cuando leías sus miserias, ¿no te parecían ellos los desdichados dignos de envidia? Pues bien, en este momento, tú eres uno de ellos.

Entonces, rodeando a mi situación desesperada de una poesía dulce, de la poseía del dolor, sentí como si nuevos bríos entraran en en mí, me sentí interesante yo y mi vida misma y el hastío que me acongojaba se disipó como por encanto.

¡Sí! ¡Leed buenas novelas que ellas os enseñarán a sufrir noble y altamente!

Guardamos silencio unos momentos mientras Teodoro volvía a clasificar sus papeles; luego me dijo:

—Esto irá a mi obra futura, mi querido Onofre. Haré sólo unos pequeñitos cambios. Puesto que se trata de un músico, no me referiré a novelas de ninguna especie; hablaré de música, hablaré de sonatas y de sinfonías y demás. Esto le enseñará a “sufrir alta y noblemente”. ¿No te parece que así queda ello perfectamente?

Le respondí:

—Sí, mi querido Teodoro, perfectamente. Sobre los trozos de música que escojas, Silvestre Tongoy te podrá ayudar.

—¡Oh, sí, mi buen amigo! ¡Él me podrá ayudar! Es éste un hombre que sabe una enormidad en la materia. Y sabe ponerse en el sitio de uno. Tongoy será mi salvación en esta obra mía.

—Así lo espero, mi buen amigo. Por ahora me retiro y te dejo saboreando el éxito que sin duda vas a alcanzar con las andanzas por Viena del gran “joven músico”.

105

Desde el aperitivo del almuerzo hasta la madrugada he pasado el día en compañía de Desiderio Longotoma y Jabalí Batuco. Ha sido un hermoso día de alegría que apenas cesaba unos instantes para recomenzar al instante siguiente. Hemos comido “tomasines” primorosamente confeccionados por la Tomasa; hemos gozado de su sencillez y de su buena mano para preparar esos “tomasines”; yo he admirado el par de bastones de Jabalí Batuco viendo cómo uno de ellos se movía con ímpetu al compás de la marcha de su amo y señor mientras el otro dormía su pequeña siesta y recuperaba sus energías algo gastadas.

¡Adelante, Desiderio! ¡Adelante, Jabalí!

Ellos, entonces y al unísono, repetían a voz en cuello:

—¡Adelante, amigo Boroal!

Jabalí entonces pedía un silencio y una ópera, una linda ópera italiana de los buenos tiempos, se elevaba por los aires con el beneplácito de sus autores fueran ellos Verdi o Donizetti o Rossini o Leoncavallo o Puccini o Mascagni o el que fuera.

Y estos trozos de las óperas eran cortados por largas, por larguísimas disertaciones de Longotoma sobre las bellezas sin límites de las novelas policiales, la única literatura—según él— que es hoy día posible de ser leída. Así aparecía el nombre de John Dickson Carr, de Anthony Gilbert, de Wilkie Collins, de Leo Perutz, de Patrick Quentin y el hombre llegaba

casi a caer en éxtasis al citar al gran novelista Heard y, de él, su obra predilecta *Predilección por la miel*.

Así desfilaron las calles y avenidas y muelles de San Agustín de Tango bajo nuestros pies que iban y volvían y nos metían de pronto en un bar cualquiera donde engullíamos un emparedado y tomábamos un trago. Así vimos pasar frente a nosotros al Gran Teatro Musical. Aquí Jabalí nos detuvo; ambos bastones se alzaron y lo mostraron y un suspiro salió de su garganta.

—¿Recuerdos lejanos, amigo Batuco? —preguntó Longotoma.

—Sí —respondió el gran Batuco—; recuerdos de la época en que veíamos el ballet del chincolito y quedábamos arrobados ante la bellísima Virginia Rapel y la no menos bella de Praxedes, de Praxedes Bagdad. ¡Tiempos que ya pasaron! No nos quedemos como necios contemplando estas paredes que ahora se callan; ¡ea!, sigamos nuestra marcha y entremos en el bar del Hotel de los Vicarios a refrescar estas emociones que me han inundado.

Pero Longotoma interrumpió de inmediato!

—¡Vamos, será mejor, al bar Baridad! Un poco de marcha nos hará magníficamente.

Para allá nos dirigimos. Un, dos; un, dos; un, dos... Íbamos en silencio tragando pavimento y al compás del bastón de Jabalí ahora de guardia. Las manos de Longotoma se frotaban la una contra la otra a pasmosa velocidad.

En la puerta del bar Barbaridad nos abandonó Jabalí Batuco pretextando no recuerdo qué. Vi, pues, alejarse a su bastón que hendía los aires mientras el otro, colgado de su brazo izquierdo, dormía como un murciélago.

Longotoma y yo entramos, nos acomodamos en un rincón y pedimos, a falta de huevitos a la copa, un par de huevos duros con sendos piscos. Luego, siempre siendo un símbolo del regocijo, habló Desiderio pasando de un tema a otro tema, preocupándose lo menos que fuera necesario de que un hilván amarrara su charla.

—¡Ah, mi amigo, fíjate y fíjate muy bien en ese hombre que allí vienen entrando! —me dijo de pronto indicándome con un movimiento de su barbilla al sujeto que entraba—. ¡Se diría un genio o un perfecto idiota! Es, para mí, un representante de la eterna lucha que todos nosotros llevamos con nosotros: la lucha de la inteligencia y la necedad. Pero yo resuelvo esta lucha con suma rapidez. ¡Para eso está mi balancita, sí, amigo mío, mi gran balancita! Tú, Onofre, deberías proveerte de una balanza como la mía. Entonces te bastaría conocer a un sujeto cualquiera, hablar dos palabras con él y... ¡listo! Sabrías a qué atenerte respecto a sus dotes de inteligencia o a sus contra dotes de inteligencia que lo llevan a su supina necedad.

—Primera noticia que tengo de que eres poseedor de una clase de balanza.

—Es que no se ve, amigo mío, no se ve. Pues ella es invisible. Te explicaré su funcionamiento, ¿quieres?

—Por cierto, Longotoma; te escucho.

—Conozco yo a un sujeto cualquiera, a un señor como ése que acaba de entrar en este bar. Nos presentan y charlamos breves, muy breves instantes. No hace más que entreabrir sus labios este sujeto y mi balanza pesa y pesa, lo pesa todo, automáticamente. A un lado va el haber, al otro lado va el contra. Y yo declaro luego: este sujeto es un tipo de preclara inteligencia; o bien declaro que este sujeto es un perfecto necio. Por mi parte no he necesitado *decir ni media palabra; por mi parte he seguido pensando en otras cosas y dejando*

a mi imaginación vagar por donde bien se le ocurra. Así quedamos satisfechos tanto la balanza como yo. Pues, te repito, todo ha sido hecho con perfecto automatismo.

—¿Y tú, Desiderio, has ganado qué...?

—Muchísimo, hombre, muchísimo.

—Explicáte.

—Bien; he ganado saber a qué atenerme con el sujeto en cuestión y cómo debo proceder con él; además he ganado que ya tengo un juicio crítico sobre él y puedo saber si es una amistad que conviene cultivar o echarla a buena parte; además he ganado ver un espectáculo admirable.

—¿Y él es...?

—Él es la colaboración que me ha prestado esta balancita al eliminar trabajo fofo cerca de mi persona. Ella ha hecho espontáneamente cuanto había que hacer y me ha dejado el tiempo libre para comer mis tomasines y amar a la Tomasa.

—¡La gran vida, mi querido Desiderio!

—¡Eso es! Lo que no quita que, algunas veces, cuando ello es conveniente, caiga yo enfermo y entonces no hay Dios en este ni en ningún mundo que logre sacarme de la cama.

—Tú... ¿enfermo?

—Sí, mi amigo; yo... enfermo.

—Increíble.

—¿Por qué? ¿no tengo yo acaso los mismos derechos que cualquier otro ciudadano para caer enfermo y entonces poder clausurar mil veces la entrada a mi casa? ¡Sí, amigo mío! Esta es la ciencia que se requiere para ir a la cama. El médico ha dicho que yo requiero reposo, mucho reposo y que no se me moleste por ningún motivo. Entonces...

¡Ah, veo por tu cara que me has comprendido muy bien, que ya te están dando deseos de usar tu cama en variados sentidos! ¿No es verdad, mi gran Onofre?

—Sí; es verdad.

—Una cama es algo inefable. Fíjate un poco para todos, todos los menesteres que ella puede servir: 1º) para dormir, para ausentarnos de este mundo y que así recupere nuestras fuerzas este buen cuerpo que nos acompaña; 2º) para flojear y estirar brazos y piernas y pensar en los huevitos a la copa que comeremos dentro de poco; 3º) para amar a la Tomasa; 4º) para que nadie te moleste en este mundo y para que te dejen en paz.

“Bien, estás tú en cama y hay silencio alrededor tuyo. Es el verdadero ideal, es la quietud suprema, es esa quietud que tú, mi buen Onofre, necesitas ir a buscar a las profundidades de nuestro planeta. Yo... ¡no!

—A ti te basta tu cama y si es así, pues entonces ¡métete a tu cama y santas paces!

Desiderio me miró abismado y me interrogó:

—¿Meterme yo a la cama? ¿Hoy día? Pero, mi buen Onofre, si hoy estoy libre como un pájaro y ningún dueño ni dueña de casa ha tenido la osadía de invitarme a cenar con ellos y con otras personas más.

—Entonces, Desiderio, es la libertad ¡libre!

—Tú lo has dicho, Onofre, ¡la libertad libre!

Seguimos caminando tomados del brazo. Sentí deseos de bendecir a todo el mundo y a todas las construcciones que se levantaban en torno mío. Una alegría inexplicable me inundaba; porque es la verdad absoluta: Longotoma tiene el don de contagiar a cuantos lo rodean con su optimismo innato que emana más allá de él. Caminaba y yo me dejaba

llevar a cualquier parte. Tarareaba una cancioncilla cualquiera que interrumpía de cuando en cuando para lanzarme un propósito cualquiera. Pero volvía a su cama, a su grata cama que hoy había abandonado prefiriendo la compañía mía en medio de aquella hermosa, de aquella hermosísima ciudad.

Así nos encontramos frente a su casa. Longotoma exclamó:

—¡Subamos, amigo, subamos! ¡Sentémonos en anchos sillones y ahí te contaré las delicias de caer enfermo! ¡Enfermo como yo!

Subimos. Nos instalamos cómodamente con sendos cigarrillos. A poco apareció la Tomasa con una bandeja de tomasines. Luego Longotoma destapó una botella y se puso a charlar restregándose sus manitos y moviendo los pies con gran velocidad.

LONGOTOMA

Somos chilenos, mi querido Onofre, chilenos y nada más que chilenos. Como tales hemos asomado nuestras narices un poco en el extranjero. Pero hemos regresado a esta tierra y aquí nos hemos radicado. Claro está que no nos hemos radicado en el sitio de nuestro nacimiento... ¡A tanto no llega nuestro gran patriotismo! Si así no fuera yo estaría ahora en Petorca. ¡Pero me importuna esa ciudad que me vio nacer! No, amigo mío, no hay caso: San Agustín de Tango es lo mejor, es superior a nuestra gran capital de Santiago y a nuestro primer puerto de Valparaíso.

Haces bien en preguntármelo: ¿por qué esta ciudad me es tan y tan amena y adorable? ¡Claro está! Mi carácter, mi carácter que a todo le ve el lado bueno..., claro está. Pero no me negarás tú que aquí se junta una verdadera selección de las inteligencias de este país.

¡No, no, no! ¡Sí, sí, sí! No estoy hablando de genios ni de lumbreras de ninguna especie. No nos elevemos tanto. Veamos la realidad tal cual es y sin más:

Los chilenos, mejor dicho, los habitantes de esta ciudad, son inteligentes y, a cada rato, dan rasgos de casi genialidad. Es esto algo indiscutible. Y lo mismo puedo decir de los santiaguinos y porteños y demás. ¿No lo crees tú?

Sí, mi amigo, cada cual es admirable. Pero se juntan unos cuantos, es decir, forman un conjunto que tiene que obrar con inteligencia colectiva; por ejemplo, un ministerio o una embajada o lo que sea, cualquier cosa donde tengan que compartir su inteligencia, y tú verás que, a pesar de tus esperanzas, hacen sólo tonterías y más tonterías... ¿Es posible?

Yo veía y gozaba constatándolo; esto lo hacía en todas partes. Me refocilaba y me restregaba las manos de puro contento. ¡Claro está! Mis observaciones no eran interrumpidas más que con la enorme presencia de mi ya desaparecido amigo Baldomero Lonquimay.

Sí, sí, pasaba y me interrumpía en estas observaciones mías. ¿Crees tú? ¡Imposible, amigo! Oía desde lejos su interminable y terrible: "Brrrrrrrrrr..."; divisaba su gran capa que flotaba detrás de él; oía sus grandes pasos que pasaban veloces; apreciaba el todo con sus barbas pelirrojas que cortaban el aire como el espolón de un barco de guerra... Y así, naturalmente, mis observaciones cesaban, muy a pesar mío, pero cesaban.

Después hice otras observaciones más. Mi temperamento refocilante me llevaba a ellas. Escucha: observé a los franceses; y observé a los alemanes; y observé a los ingleses. Estos últimos, ingleses y alemanes, apenas se hallaron en un barco y apenas el barco hubo zarpado y se metió en el océano, acentuaron sus rostros de la nacionalidad que tenían; la nacionalidad los inundó completamente y parece que hubieran perdido toda unión con el resto del universo. Luego desembarcaron en un puerto propio: dugamos en Liverpool

o en Hamburgo. Apenas pusieron sus pies en tierra –no lo creerás pero es así– perdieron sus caras de tales, es decir, los ingleses de ingleses y los alemanes de alemanes; pasaron a ser simples ciudadanos como cualquier hijo de vecino.

En cambio los franceses... ¡Lo contrario, amigo mío, lo contrario! Apenas el barco perdió de vista las costas de Francia, ellos, diría, perdieron sus rostros de franceses y fueron tipos como cualquiera de nosotros. Se entremezclaron con todos; fueron lo contrario de lo que habían sido y eran allá en su tierra. La nacionalidad se les había quedado allá, allá en las orillas del Sena.

Eso es, eso es. Ahí tienes tú las observaciones que hace mi mente cuando se pone a atisbar el mundo que la rodea.

Otros... ¿Otros? Ya lo sé perfectamente. Otros prefieren inmiscuirse en problemas que a mí me dejan frío como el hielo. El día de anteayer o el anterior, no lo sé, pero un día de éstos, me encontré por la calle con dos, para mí, gravísimos personajes, Aliro Gorbea el profesor de Ciencias Físicas y Jovino Panquehue el astrónomo y ajedrecista. Caminaban lentamente mientras el uno charlaba y el otro escuchaba reconcentrado.

Te lo diré, Onofre, te lo diré: hablaban, creo yo, de la velocidad de la luz o de algo por el estilo. ¿Te importa a ti que la luz se mueva a velocidades inauditas o sea más perezosa que un caracol? A mí me es perfectamente indiferente. ¡Que la luz marcha bien, que baste con apretar un botón y que aparezca! ¡No pido ni deseo más! Para eso está la compañía de electricidad por la noche; para esto está ese astro luminoso bajo el cual vivimos cuando ya no hay necesidad de luces eléctricas. Para mí siempre será un año de luz igual a tres años de viento. ¡Y no hay más, no hay más!

Sí, sí; esto de la luz y el viento es un chiste que me contaron hace tiempo. Es verdad, siempre me cuentan chistes y más chistes y me atosigan con chistes.

En ese momento entró la Tomasa con nuevos tomasines que nos puso frente a nosotros. Comió uno y se marchó sonriente. Longotoma prosiguió:

–Con esta Tomasa no me ocurrirá a mí jamás lo que le ocurrió a uno de esos protagonistas de chistes que, cierto día, fue a ver un médico psiquiatra. Creo que fue a ver al doctor Evaristo Gultro. Claro está, debió haber sido el doctor Gultro. Este paciente le dijo con aire preocupadísimo:

–Doctor, vengo a ver a usted para que me baje la sexualidad.

Imagínate la cara de estupor del doctor.

–Señor –le dijo éste–, querrá usted decir lo contrario, que le suba la sexualidad, que le dé fuerzas a ella.

El paciente respondió:

–No, doctor. Quiero que me la baje de aquí (e indicó su cabeza) a acá (e indicó su sexo).

Con esta buena Tomasa, mi sexo está donde quería que estuviera ese paciente del doctor Gultro. ¡Qué! ¡Los años! Con ella no me pesan nada de nada! ¡Es el delirio!

Naturalmente; hemos coincidido muy bien: ella disfruta conmigo de su gerontofilia; yo, de mi pedofilia; ella gusta de los ya ancianos como yo; yo, de las todavía jóvenes como ella.

Tienes razón, mi querido Onofre. Apenas aparece algo cualquiera le han de meter

unos nombres para complicarlo y entonces la cosa ha de partir a los mundos pensantes y complicados.

Tenemos un ejemplo; no sé si tú lo conoces; se trata de ese señor siempre pensante, de Misael Reñaca. ¡Qué calamidad de hombre es este infeliz de Reñaca! Te voy a decir en qué tarea lo he visto ya varias veces a este Misael:

Ni más ni menos. Se paseaba de aquí para allá y de allá para acá frente a la Taberna de los Descalzos. Rara vez entraba unos cortos minutos, pedía un copetín cualquiera y volvía a pasearse de acá para allá y de allá para acá.

Haces muy bien en preguntármelo. Claro está: lo sé. Puesto que un día me acerqué a él y nos pusimos a charlar. Te lo diré:

Hacia Misael Reñaca el más desenfrenado masoquismo pues este hombre gozaba al ver a los que entraban y salían de la Taberna e iban a ella a pasar algunos buenos momentos.

¿No encuentras tú que es un verdadero masoquismo el hecho de ir a enfrentarse con esa gente que sale a beber su copa y que va acompañada con lindas damiselas que salen con el mismo objeto?

¡Sí, mi amigo, sí! No hay más: un desenfrenado masoquismo y nada más. Pues él no participaba en nada de nada; a lo más un saludito al pasar y era todo. Le pregunté entonces:

—¿Con qué fin hace usted esto de atisbar a jóvenes y damas que salen y entran en la Taberna de los Descalzos?

Me respondió:

—Para prepararme a enfrentar la *desgracia futura*.

¡El *training* para después!

Desiderio Longotoma y yo nos echamos a reír a mandíbula batiente. Tanto reímos que, por fin, se presentó la Tomasa a cerciorarse de la causa de nuestro reír sin fin.

Longotoma se serenó al punto. Se disculpó diciendo una frase vulgar cualquiera y siguió charlando.

Es una hermosa mujer, es ¡macanuda! Jamás había yo movido los pies a tan pasmosa velocidad como los moví aquella vez, en Curihue, cuando ella estaba allí calladita. Sí, mi amigo; eso es, ¡eso es! Se agachó una vez que la hube alcanzado y no chistó, no chistó ni media palabra. Como una gallinita simplemente que se agacha ante la presencia del gallo que le salta encima. Porque así y nada más que así obré yo. ¿Cómo? ¿Me lo preguntas? Oye:

Obró por el amor del amor libre; se dejó guiar por sus puros y buenos instintos. Ella hizo un cántico a ese amor libre. Se rió de esa garra que hay puesta sobre él, sobre todo cuando algo tiene que ver con el amor sexual. Fue aquello un canto de gloria a la libertad que siempre debería regirnos en estas cuestiones.

Es lo que yo me pregunto:

“¿Por qué no hay una libertad completa? ¿Por qué?”

Son éstas una serie de cuestiones que dejo en manos de los amigos de lo pensante y de las lucubraciones. Esta cuestión del amor sexual libre... sus causas y consecuencias... ¡para otros, para esos pensantes! Es como la otra cuestión, la que nos ha movido a todos...

¿Ves cuál es?

¡Por cierto, mi querido Onofre, por cierto! ¿El dinero? Pues somos todos esclavos de él, los amos son unos pocos que tal vez no figuran en los Bancos, ni en la Bolsa, ni en los negocios.

Sí, le he preguntado varias veces, preguntas que se hacen al charlar indiferentemente. Han sido, más o menos, así nuestros diálogos:

—¿Qué sentiste, allá en Curihue, al verme correr hacia tí?

—¡Si no corrías, Desiderio! ¡Volabas! Y volabas elevado sobre la tierra. Entonces, al verte así, fue tal, tal el terror que me dio que... me enamoré.

Así veo yo, mi buen Onofre, cómo se desperdicia el tiempo en todo momento; no apreciamos los movimientos espontáneos de los demás. Lo que es yo, amigo, cada vez que encuentro a una persona, y por mucho que la conozca, la veo por primera vez y estoy dispuesto a todo frente a su manera de actuar.

No, no olvido su pasado; su pasado allí está con esa persona. Mas para adelante, amigo mío, la veo por primera vez en mi vida. Esta manera de enfrentarme ante la gente me es una manera que ya se ha hecho automática en mí.

Seguramente, sí, seguramente: la balancita ha de trabajar y, puedo asegurártelo, trabaja admirablemente.

La comida estaba servida, una comida preparada por la Tomasa. Hubo en ella una entrada de paltas bien aderezadas; luego comimos los huevitos a la copa que tomaron un sabor especial. Después, para terminar, un guiso de cogotes de pollo tan admirablemente aliñados que de él nos repetimos.

Como vinos, Longotoma destapó una botella de tinto Urmeneta que se paladeó debidamente. Por fin vino el postre, el café y los inevitables piscos.

La Tomasa estaba radiante. Yo veía perderse en sitios lejanísimos a aquella gallinita que, en nombre del amor libre, se había agachado ante su gallo.

Todo cambia y bien está que todo cambie para mejor.

Pasamos luego al salón.

LONGOTOMA

Ahora viene el reposo, el dulce reposo. ¿Con qué crees tú, Tomasa, que podríamos acompañarlo?

LA TOMASA

¡Ya veo adónde quieres ir a parar, Desiderio! A mi nueva afición, a que les recite a ustedes algo de los versos que he aprendido últimamente. ¿No es así?

LONGOTOMA

¡Así es, Tomasa, así es! Te escuchamos y créeme que sabremos apreciar lo que declames.

La Tomasa se levantó y, con voz altanera y vibrante, nos declamó los versos de don Alonso de Ercilla y Zúñiga de su poema *La Araucana*:

Siempre el benigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido.
Hasta ver si enmienda la insolencia
Y el corazón rebelde endurecido;

Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.

Rompimos en aplausos. Longotoma abrazó a esta nueva poetisa que empezaba a asomarse en el rostro de la buena de la Tomasa.

Después me despedí y partí.

106

En el taller de Rubén de Loa. Parece que hay una pequeña reunión. Al entrar veo a la gente, veo a Eusebio Palena y a su mujer, Polinesia Loncotoro; veo a doña Claudia Puchuncaví, veo a Mamerto Masatierra y a Macario Viluco; luego saludo a Lucila Volcán y al mismo Rubén.

En efecto, Eusebio ha querido llegar hasta el taller y leer aquí su Zambafusa N° 18, fruto de una reposada inspiración. Muy bien, ¡oigámosla!

Nos sentamos todos; Palena ocupó, de pie, el centro. Polinesia se presentó luego, seguida de Lucila, pues ambas venían de la cocina donde la segunda acababa de preparar un emparedado semejante a un gran churrasco. Guardamos silencio y sólo se oyó el masticar de Polinesia. Palena entonces habló:

—He venido hasta este centro de la pintura a leer a todos ustedes mi última Zambafusa, la N° 18, que acudió a mi mente después de oír la preclaras palabras de mi amigo Rubén de Loa. ¿De qué me habló este gran pintor? Nada menos que del arte del surrealismo que él admira con efusión. Me habló largamente; lo escuché con gran penetración. Me mostró varios libros y hasta un diccionario de este abracadabrante movimiento pictórico y literario.

“Quedé lelo al oírlo. Luego le pedí me prestara por unos momentos ese diccionario del que he hecho mención. Rubén de Loa no y no vaciló ni un instante. Me lo prestó.

“Corrí entonces a casa. Lo vi detenidamente, lo leí con alto sosiego, lo comenté con la que es la compañera de mis días, con Polinesia Loncotoro. Y, de pronto, vino la inspiración y vino la Zambafusa que voy a leer ahora.

Aprobamos las palabras del amigo. Luego Eusebio Palena leyó como sigue:

Zambafusa N° 18

Nuestra época es el siglo del trabajo —nos ha dicho Paul Lafargue. Arthur Rimbaud ha contestado: —Quiero ser poeta y trabajo para hacerme vidente. Pero Georges Gugnet exclamó que un pájaro rompe madera con un ruido de antorcha. Paul Eluard pensó que el río descende como un huevo y nosotros somos los pájaros. Mas Jarry se alejó repitiendo a diestra y siniestra: —Vivimos de cataclismos.

Entonces yo, yo, yo, Eusebio Palena, pensé:

“Incapaces de elevarse hasta la lógica del absurdo en el aire hermoso y negro de la escritura cien veces automática que presenta la ventaja de morir.

Entonces vinieron hacia mí todos aquellos que yo no esperaba que vinieran. Una voz lejana me repetía y me volvía a repetir:

—Apenas los pasatiempos de un pulgón en el infinito del Espacio y del Tiempo.

Exclamé:

—Eres tú y nada más que tú, ¡oh!, Saint-Paul-Roux. Ante ti me descubro.

Porque Baudelaire era un profundo conocedor de la atracción universal basada en las figuras históricas de Isabel de Egipto que encontró una gran barrera en lo inconmensurable; y en la figura del que es un genio: Isidore Ducasse.

Ellos ponen de lado el azul, es decir, la naturaleza aparente del que descubre la culata de este desagrado para sentirse extrahumano.

Tal es la pesadilla de uno que se ha transformado en una técnica que podría revelar la evolución del poeta al misticismo.

De acuerdo con las leyes de la contradicción, se verá más allá de estos síntomas toda la reacción destructora mezclada con los comienzos de verdad.

Cantemos entonces:

“¡Tralará, tralará, tralará...!

Y yo he muerto en la resurrección...”

Se oyó un solo grito de admiración de todos nosotros. Doña Claudia Puchuncaví fue la primera en levantarse y se precipitó sobre Eusebio Palena tomándole las manos y felicitándole con toda efusión. Pero luego vino la calma alrededor de este insigne poeta y fuimos a felicitarlo lentamente salvo uno, uno solo que había quedado postrado en su sillón. Él era: Macario Viluco.

Allí lo dejamos. Rubén de Loa, entonces, se levantó y, como un signo de su admiración, dio a Eusebio Palena una gran reproducción de René Magritte: *La magia negra*.

—¡Inefable! —gritó Mamerto.

—¿Qué es lo que hay de inefable? —le interrogó Rubén.

Mamerto Masatierra respondió:

—La actitud de Macario Viluco. Véalo usted, amigo, véalo. Ha quedado ahí sin moverse y no ha concurrido a esta lluvia de felicitaciones que ha llegado sobre el autor de estas Zambafusas.

Pero Macario había oído estas palabras. Hizo un esfuerzo y se levantó de su sillón con tal estrépito que todos se volvieron hacia él. Macario titubeó unos instantes y luego proclamó:

—¡Voy a decir dos palabras! El señor Masatierra ha encontrado que es algo inefable mi actitud. ¡Mentira, señor don Mamerto! Ella no es ni inefable ni menospreciativa ni nada que pueda ser usado con un vocablo de usted. Mi actitud es simplemente el máximo de la expresión del fondo de mi alma.

—¿Y qué encontraremos en el fondo de su alma? —preguntó Mamerto simulando un alto interés.

Macario respondió sin vacilar:

—La más arrobadora de todas las admiraciones que puedan en este mundo producirse. Con su lectura, señor Palena, ha despertado usted todo lo que, muy escondido, hay en el

fondo de mi alma. Tal es la verdad. Por eso —y no por otra causa— me ha gustado y me gusta visitar al insigne amigo mío que es don Rubén de Loa. Esa Zambafusa del señor Palena ha tocado en ese fondo de artista que hay en mí. Así es que proclamo: ¡Soy artista!

Rubén se levantó, cogió una reproducción y se la alargó al gran Macario por esta revelación que acababa de hacernos. Macario nos la mostró a todos. Era de una obra del japonés R. Otsuka intitulada *Los atavismos del crepúsculo*.

Se retiraron todos y lentamente. Quedamos, en el taller, Lucila Volcán, Rubén de Loa, Mamerto, Macario y yo. En un momento volvió el taller a ser el que siempre había sido. Rubén, entonces, encendió su pipa y luego habló:

—Siento que usted, Macario, ha despertado la labia en mí. Sí, lo siento aunque ella no vaya a ser abundantísima como otras veces ha sido. Pero ahora me veo en el campo, me veo en tu fundo, Onofre, paseando solo por los campos y trepando a las pequeñas colinas que hay en él. Luego me veo en una ciudad cualquiera, en esta de San Agustín de Tango principalmente. Me veo aquí en este taller contigo, Lucila mía, y afuera oigo un rumor lejano. Lo oigo como siempre se oye aquí, es otro ser el que lo está oyendo. Ahora no soy más que un camarada de todos ustedes, un camarada del diario vivir. Y no hay más.

Pero esas veces, sea en el campo o en la ciudad o aquí en mi taller, la cosa era diferente. Por instantes toda la naturaleza se transformaba ante mis ojos en una naturaleza surrealista poblada de seres surrealistas también. Y nada cambiaba, todo seguía igual; nadie parecía haberse percatado de este cambio en ellos producido.

Al fin les hallé razón: sus modales, sus rostros, sus movimientos, el paisaje que los rodeaba, todo, era permanente y siempre había sido así. ¿De qué podían extrañarse? Llevaban un mundo, un inmenso y variado mundo con ellos y, a este mundo, lo paseaban por otro mundo igualmente extraño a pesar de permanecer siendo el mismo. Porque he aquí una verdad que yo siempre mantengo!

Los hombres no han inventado *nada*; a veces han penetrado más hondo.

Y la naturaleza queda incólume; la naturaleza no se ha movido.

Veamos aquí en estas revistas que tengo. Tal vez podrán encontrar ustedes una prueba de lo que les avanzo. ¡Veámoslas, veámoslas!

Luego seguiremos nuestra charla.

Las revistas empezaron a pasar de mano en mano. Macario miraba sus grabados lleno de admiración y lanzaba, de cuando en cuando, comentarios llenos de alabanzas. Mamerto decía a cada momento:

—¡Inefable!

Rubén comentaba ya uno ya otro de los grabados. Yo los devoraba con los ojos. Lucila Volcán expresaba su admiración de mil maneras diferentes.

Pasaron ante mi vista obras de Max Ernst, de Benjamín Péret, de Giorgio de Chirico, de Salvador Dalí, de Raoul Ubac, de André Masson, de Valentine Hugo, de Pablo Picasso, de Ayako Suzuki, de Joan Miró, de Hans Arp, de Yves Tanguy, de Man Ray, de Giacometti, de Toyen, de Selgmann, de Oscar Domínguez, de Paul Delvaoux, de Marcel Jean, de Victor Brauner, de Cornell, de Brignoni, etc. y etc.

Luego vi un manuscrito corregido de Rabindranath Tagore que nos mostró Rubén en un número, creo que el 4, de la revista *Bifur*. Del otro lado de la página

pude ver un cuadro de Fernand Léger y luego una pintura de Genia Berman seguida de dos fotos del Sima Satyrus, un mono del Jardín zoológico de Roma.

Al encontrarme con estas últimas debo haber puesto una cara de estupor admirativo. El caso es que Rubén me preguntó:

DE LOA

¿Qué te ha asombrado tanto en esas fotos? ¿Es la primera vez que ves fotos de chimpancés o de orangutanes en medio de obras surrealistas y demás?

YO

No, no es la primera vez. He visto muchas de ellas y he visto monos así vivos en sus jaulas, trepando, saltando, moviéndose en todos sentidos y dormitando.

DE LOA

Entonces... ¿qué?

YO

Es que, al juntarse con las demás fotos, estos monos han tomado un carácter extraordinario pues han salido de la realidad para llevarnos, ellos también, a otro punto de vista, a otros movimientos, a otros conceptos de cuanto existe. En resumen, mi querido Rubén, me han indicado..., me han indicado...

DE LOA

Lo que yo siempre he sostenido; que el arte está en todas partes y que nosotros los artistas no hacemos más que buscar una puerta que una vez traspasada nos mostrará esa magnífica región donde él se halla desde siempre y donde siempre se hallará.

YO

Tú vives en esa región, Rubén, y aquí, en tus telas, tenemos la prueba de las visiones que en ella tienes.

MACARIO

Para eso vengo yo hasta este taller. Cuando usted habla, amigo de Loa, créame que siento, en mi interior, que toda mi alma de artista apocado se remueve y trata de llegar hasta la superficie.

MAMERTO

¡Inefable, verdaderamente inefable!

DE LOA

Sí, es inefable, en verdad. Voy a esa región y en ella visito el gran Museo de Bellas Artes que hay en ella. Es un lindo museo, un hermoso y excelente museo. Pues en él no hay esas divisiones perpendiculares que hay en los demás; en él todo está regido por las divisiones horizontales.

YO

¿En qué consisten estas divisiones?

DE LOA

Voy a explicarlo: Ustedes habrán notado que en un museo cualquiera, sea él de esta tierra o de cualquier otra, las obras están clasificadas por épocas y por escuelas y demás. Esto es ilusorio. Es esto una comodidad que se da al público burgués, a ese público que el artista desprecia y que, sin embargo, se impone. La verdadera división debería ser por categorías, o mejor dicho, por la *potencialidad* de los individuos que hacen el arte. La división actual es como si se dividieran a los artistas en rubios y morenos; en pelados y con cabellos; en gordos y flacos; en ricos y pobres; en raquíticos y fornidos; etc. y etc.

No; en mi museo no existen las divisiones perpendiculares. En mi museo se divide el arte por la potencialidad que tiene el que lo ha hecho y por la inconsciencia que ha tenido al hacerlo.

Porque no creo en las artes hechas de modo consciente. Esto me suena a marcha científica, a marcha... ¿lo diré?... de hombres de negocio.

El museo allí está y él se derrama hacia fuera como de fuera entran las líneas, los colores y los arabescos para plasmarse en el museo.

Allí quedan; allí quedan en silencio.

De pronto fui detenido en mi camino por un verdadero cuadro que yacía por tierra. No sabía yo si había salido del museo o si esperaba que se abriera su puerta para penetrar en él y en él plasmarse. Dudé, vacilé pero no me moví ante su contemplación.

Eran gotas de aceite, eran varias gotas de aceite que se habían desprendido de algunos autos que allí había estacionado momentos antes.

¡Oh, qué hermosura de colores! Eran verdaderos cuadros abstractos. No sé si eran cuadros abstractos que deseaban penetrar al museo o si eran cuadros abstractos que de él se habían escapado.

Y aparecieron, entonces, mis otros pedacitos de naturaleza que siempre he admirado y sigo admirando: los guijarros multicolores, las piedras abandonadas o las piedras fijas en un rincón cualquiera, los pequenitos acantilados de los caminos polvorientos de los campos, las callampas aisladas o las callampas aglomeradas, las hojas secas que se han desprendido de los árboles otoñales, todo aquello de lo cual les he hablado mil veces a ustedes.

Elsa estaba allí, Elsa danzaba en medio de ese conjunto de cosas maravillosas al que venían a agregarse estas manchas de aceite de que les he hablado. Elsa me trajo el recuerdo del tan bueno y ya fenecido de Anacleto Ibacache. Casi lloré al recordarlo y traerlo a mi memoria.

Pero no era el caso de llorar; era el caso de levantar un himno a su memoria, de juntarlo con Elsa y yo, entonces, formar parte de esa santa bacanal que formaban todos esos magníficos colores de que me sentí preso.

Corrí a mi taller y pinté durante largo rato. Aquí están las telas que hice esa vez. Véanlas.

Rubén de Loa nos las mostró. Eran ellas el resultado de sus contemplaciones a las manchas de aceite. Estas manchas y las telas que ahora veíamos en silencio estaban unidas por otros conceptos y por otras formas y otros arabescos que, naciendo de ellas, se libertaban y hacían su vida propia.

Rubén prosiguió:

Entonces llamé a Saturnino. Juntos nos fuimos a Noriol. Allí tomamos un bote que se internó por el océano. Luego Saturnino hizo crecer el remolino en sus aguas y este remolino nos tragó.

Bajamos y bajamos una infinidad de metros.

Estaba yo frente a mi taller acuático.

Huachipato y Chacarilla salieron a recibirme. Sus rostros eran verdosos; el ambiente entero era verdoso; los objetos de mi taller, igualmente.

Entonces derramé aceite por el suelo. El aceite cundió y se extendió por todos lados bajo la admiración de mis dos amigos ahí vivientes. Porque esas manchas se tornaron

verdes conservando, sin embargo, todos los reflejos azules, rojos, amarillos, anaranjados, grises, ocre, blanquecinos, negruscos, pardos, todos los colores imaginables y, me atrevo a decir, todos los colores con que se sueña, esos colores que son nuestra verdadera obsesión.

Minutos más tarde pintábamos los tres. Cada cual se hallaba sumido ante su tela y sin prestar atención alguna fuera de su trabajo y de su paleta acuática. Los peces se habían detenido y nos observaban. Hasta que de pronto el silencio de nuestra labor fue interrumpido por un grito estridente que nos hizo volver la cabeza:

¡El tucán!

—Sí, amigos míos, el tucán de la vieja de aquí al lado, el que es y ha sido siempre un verdadero crítico de mis obras y por cuyo saber me he guiado.

El tucán allí estaba y graznaba y agitaba sus alas. Lo hacía tanto al contemplar las telas de Huachipato y Chacarilla como las mías.

No cabía duda alguna:

—¡Las manchas de aceite me habían acompañado y ahora se preparaban para ir al museo aquel de que les he hablado!

MACARIO

—¡Bravo, bravo! El fondo del alma siento cómo me tiembla y vuelve a temblar al oír estas palabras de gran arte y de grandes aventuras artísticas.

MAMERTO

—¡Inefable!

107

Caminaba yo tranquilamente por la avenida Benedicto XX deteniéndome ante uno que otro escaparate cuando fui alcanzado por Palemón de Costamota. Se precipitó sobre mí y, haciéndome una gran venia, dijo con voz melosa al tiempo de alargarme una mano finamente enguantada.

—Un perpetuo servidor de usted, mi gran amigo.

Le estreché su mano y le dije.

—Otro perpetuo servidor de usted.

Entonces él me propuso:

—¿Qué le parecería a usted que pasáramos unos instantes a mis dependencias que tengo aquí al frente o casi al frente?

Dije riéndome para mis adentros:

—¡Cómo! ¿En el hotel Vaticano? ¿Allí se hospeda usted ahora?

Me respondió:

—Si no ve usted inconveniente, sí, ahí me hospedo yo ahora.

—Bien, pasemos.

—Será un alto honor para mí.

Entramos al hotel Vaticano. Tomamos el ascensor que, de un viaje, nos llevó al 9º piso. Me indicó una puerta y me susurró:

—Allí están las habitaciones de mi fiel servidor, Tadeo. Usted lo conoce, Tadeo Lagarto. Luego verá usted las mías que son más amplias y más cómodas.

—¿Por qué se han venido ustedes a vivir a San Agustín de...?

—¡Eh, eh! —me interrumpió—. Cuestión de nuestras misiones. Usted comprenderá que Tadeo tiene su jurisdicción aquí, en este país y en los países limítrofes. Para cultivar su experiencia lo he traído hasta acá.

Exclamé con el fin de halagarlo un tanto:

—La jurisdicción de usted, Palemón, es, por cierto, mucho mayor; ¿no es verdad?

Me respondió:

—Sí, algo mayor: Yo tengo bajo mis órdenes esta Tierra que, naturalmente, comparto con otros como yo. Además tengo a mi cargo el planeta Venus y el planeta Marte. Más cerca del Sol no he querido aventurarme pues me molesta el calor demasiado fuerte. No deja trabajar a gusto. Pero así —Tierra, Venus, Marte y a veces los satelillos esos que son pequeñísimos—, así hay bastante labor de todo momento.

Entramos en sus habitaciones que, en realidad, eran magníficas. Un salón era el centro de ellas; luego venía el dormitorio y luego la sala de baños. Palemón me hizo mil genuflexiones para hacerme pasar y luego para ofrecerme asiento en un amplio sillón. Le dije:

—Antes de sentarme me gustaría echar una mirada por ese balcón y solazar mi vista contemplando esta bella ciudad. Veo que ese balcón mira hacia la Plaza de la Casulla; ¿No es así?

—Sí, mira hacia la bella Plaza de la Casulla. Es un don que me hace el gran Satanás, mi amo y señor; el don de poder escoger una habitación con salón que mire hacia el mejor punto de vista de toda una ciudad.

Me asomé. Palemón se puso a mi lado. En verdad era un punto de vista magnífico. Al frente se alzaba el palacio del Ayuntamiento cuya torre se elevaba recta y serena. Delante, haciendo juego con ella, se elevaba el magnífico monumento al hemióno. Por todas partes corrían los autos y se apresuraban los peatones.

De pronto Palemón me dijo indicándome hacia mi izquierda:

—Esa es la calle del Sotacura.

—¿Y qué? —le pregunté.

—Pues —me contestó—, que esa calle está cortada por la cité Urbano XXX. ¿Le parece a usted poco?

—No veo qué quiere usted decirme.

—Si no tiene usted inconveniente lo llevaría a visitar esa pequeña cité, a visitarla hasta... hasta...

—Hasta ¿qué?

—El fondo —respondió y soltó una sonora carcajada.

Entonces me explicó que allí, al fondo de la cité Urbano XXX, estaba la famosa casa de citas conocida por todos los jovencitos y hombres de edad de San Agustín de Tango. ¡Qué de maravillas contó de esta casa! Pues no era solamente una casa de citas, propiamente dicha, pues en ella había una serie de damiselas que hacían las veces...; en fin, de lo que uno quisiera.

—Si quiere usted —me dijo— podemos ir hasta ella.

Le respondí seriamente:

—No, muchas gracias; prefiero ver este panorama a ir a meterme con damiselas que, de seguro, han de ser adoradoras de usted. Por lo demás, usted, mi señor, no ha de tener tantos allegados como pretende hacerlo creer.

—¿Qué no los tengo? —me preguntó lleno de estupefacción.

—No, no los tiene usted; de esto estoy cierto, absolutamente cierto y no me hará usted cambiar de opinión.

—¡Mire, mire! —gritó—. ¡Mire, amigo mío!

Vi, atravesando la Plaza de la Casulla y con marcha presurosa y evitando el tránsito, vi que pasaban tres frailes seguidos de un monaguillo.

—¡Clientes míos, clientes míos! —vociferó Palemón—. No nos ha visto usted en el Convento de los Jerónimos, parece que nunca nos ha visto en él. Pero yo tengo buena memoria así es que usted no puede poner en duda lo que yo le avanzo. Y esos dos señores que avanzan en sentido contrario... ¡oooooh! Esos señores son dos fervorosos clientes míos, nada menos que fervorosos.

—¿Quiénes son? —pregunté.

Me respondió en voz baja para que no me enterara más que yo:

—Son hombres que corren tras el sebo que les he puesto, es decir, son hombres de negocio que sueñan con el dinero. Como ellos vive la humanidad en su casi totalidad.

En ese momento se detuvo un coche ante la puerta del hotel del que se bajó presuroso y aun sobre la marcha un señor con su cartera de cuero. A pesar de la altura en que me hallaba pude distinguirlo perfectamente: era el doctor Amancio Cunco. Se precipitó en el hotel. Yo miraba, pues, al doctor Cunco y Palemón de Costamota me miraba a mí.

Me preguntó:

—¿Qué observa usted con tanta atención?

Repuso con gran seriedad:

—A un facultativo que entra en este hotel y que cumple con su deber.

—Ese facultativo es un conocido mío, es decir, es uno de mis tantos clientes. Ese facultativo está bajo mis órdenes aunque es todavía un tanto inconsciente. El trabajo de llevarlo a la conciencia clara del mal que hace es un trabajo duro pero, ante el cual, yo no me arredro ni se arredran los "lagartillos" que me secundan. Por ahora, tiene usted razón, el profesor Cunco cumple con su deber. Luego, ¡ah!, luego...

—Luego, ¿qué?

—Luego vendrá hacia mí y hará lo que ustedes llaman el mal plenamente consciente.

—Habla usted necedades y más necedades, señor de Costamota. ¿Qué mal puede hacer el doctor Cunco al asistir a un enfermo?

Me miró un largo rato mientras sonreía interiormente y, al fin, me contestó:

—El pacto que ha hecho con las llamadas farmacias.

—¡Tonterías! —exclamé.

—Verdad absoluta —repuso Palemón de Costamota.

Pero algo me interrumpió.

—¡Alto! —grité y me asomé por el balcón de aquel 9º piso en que nos hallábamos y mire por todos lados.

Era una música, un silbido el que me había llamado desde abajo. Un silbido fino y bien conocido por mí que, aunque no más fuerte que el silbar de cualquier persona, perforaba todos los ruidos de aquella plaza y subía cristalino hasta mis oídos.

¡Era el hombre Martín Quilpué el que pasaba y silbaba!

Vi su sombrero calañés gris claro con cinta negra; vi su traje vestón marino con rayas blanquecinas; su camisa blanca rayada de azul; su cuello de pajarita, su corbata violeta con pintas pardas; sus zapatos negros de cuero de potro; sus calcetines grises algo *más oscuros*

que el sombrero. Y vi que llevaba bigotillos pero no llevaba barba; vi que no usaba anteojos ni bastón; el suyo lo habría olvidado en una parte cualquiera; pero fumaba cigarrillos que despedían gran cantidad de humo, cigarrillos Baracoa que, al apagarse el que fumaba, sacó otro y encendió con fósforos Volcán. Y un aroma de agua de Colonia de la farmacia Universo llegó hasta el 9º piso en que me hallaba. Nadie, nadie lo seguía. Iba solo e impertérrito, solo atravesando la plaza por entre los miles y miles de vehículos que pasaban.

Quedé abismado de la agudeza de mi vista. No hay que olvidar que me hallaba en un 9º piso y hasta él llegaban los detalles de cuanto hacía, como ser, la marca de sus cigarrillos y de sus fósforos, los diferentes colores de su indumentaria, en fin, veía con mayor nitidez que la que acababa de tener frente al doctor Cunco. ¡Y mi olfato y mi oído! Rayaban ambos en el prodigio pues me llenaba el aroma del agua de Colonia de la farmacia Universo y mis oídos oían con claridad nítida lo que el hombre Martín Quilpué silbaba: *El Bolero*, de Maurice Ravel.

Pasó.

Me volví hacia Palemón y lo miré con cierta sorna.

—¡Me marchó, Palemón, me marchó! —exclamé—. Seguiré mis andanzas por esta ciudad. Me voy a ver al eminente facultativo que es el doctor Hualañé y su no menos eminente colega que es el doctor Pitrufluén. ¡Hasta la vista, mi inocente Palemón! Y digo esta palabra de “inocente” porque me voy a relevar mis oídos con una conversación menos frívola y necia que las que usted sostiene. Me voy a ver a esos hombres que, según usted sostiene. Me voy a ver a esos hombres que, según usted, tienen pacto con las farmacias. ¡Adiós!

Me miró fingiendo cierta extrañeza y trató de detenerme.

—Un momento —me dijo—, un momento si darme ese momento no es un enorme sacrificio para usted. Por lo demás ese doctor, esos doctores, mejor dicho, que desea usted visitar, deben ahora estar sumamente ocupados. La consulta se abre aun más tarde.

—Para mí —rebatí— la consulta está siempre abierta. Además el doctor Hualañé me va a comunicar un gran descubrimiento que acaba de hacer.

—Puede comunicarlo mañana.

—O pasado mañana o cuando yo quiera.

—Razón de más... ¡un momento!

—Bien; acepto.

Me alargó su mano y, al saludarme una vez más, me expresó haciendo una gran reverencia:

—Palemón de Costamota que, agradecido, se manifiesta como un seguro servidor.

Le estreché su mano y repetí:

—Onofre Boroa, también un servidor.

—Gracias —repuso.

Le pregunté entonces:

—¿Para qué deseaba usted guardarme aquí un momento más? ¡Ea! Le escucho a usted.

Palemón tosió y murmuró confidencialmente:

—Para que juntos descifremos un punto que me tortura en la vida del ya fallecido de don Irinero Pidincó. Si usted desea podríamos entrar en mi salón y sentarnos cómodamente en sendos y confortables sillones. Así podré expresarme mejor. ¿No le parece a usted?

—Muy bien; entremos y sentémonos en sendos sillones.

Pasamos al interior y nos sentamos. Palemón me ofreció un cigarrillo advirtiéndome

que no eran Baracoa como los que fumaba el hombre Martín Quilpué pero que eran tan buenos como ellos. Lo encendí y le dije:

—Lo escucho a usted sobre ese punto de la vida del fallecido don Irineo Pidinco. Veremos si puedo yo ayudar en este punto.

Palemón rió y rió repitiendo varias veces: "Don Irineo... ¡oh!, Irineo... Irineo... Pidinco... Pidinco...". De pronto se puso serio y entonces habló. Habló como se habla de una cosa cualquiera, habló sin darle mayor importancia. A ratos fumaba, luego contemplaba el cigarrillo, luego me contemplaba a mí.

Me dijo en resumen:

—Esto que yo le cuento a usted son más bien recuerdos de ese bueno de Tadeo Lagarto. Fue en la época en que don Irineo aún vivía y andaba por aquí y por allá siempre perseguido por esas para él temibles Guaxas y encontrando un poco de paz y de deleite en devorar un plato de garbanzos.

"Tadeo Lagarto, naturalmente, lo frecuentaba cuanto podía. Veía en él una presa fácil, veía un candidato para formar parte de las que ustedes llaman terribles y negras tinieblas del más allá. Sí, así veía a este Lagarto. El caso es que tuvieron largas conversaciones y en ellas don Irineo parece que le dijo lo siguiente...

—Por lo que veo, Palemón, usted no está muy al corriente de estas conversaciones.

—Sí, mi amigo y seguro servidor, estoy perfectamente, estoy al cabo hasta de los menores detalles de lo que ellos han hablado ya sea a solas o en reuniones. Pero permítame usted un muy diminuto paréntesis. ¿Es usted mi seguro servidor?

—Lo he dicho cada vez que aprieto su mano, Palemón; lo he dicho y eso basta.

Entonces Palemón se levantó con la cara risueña y me alargó su mano que yo estreché efusivamente. Me decía y me repetía:

—Palemón de Costamota, un seguro servidor de usted.

Yo respondí de inmediato:

—Onofre Boroa, también su seguro servidor.

Él me hizo una pequeña observación:

—Habría usted hecho mejor en llamarme con su verdadero, su antiguo nombre.

—¿Y cuál es él?

—Onofre Borneo.

—¡Al diablo con ese nombre de la extrema superficie!

Él se inclinó y, haciendo una reverencia, murmuró:

—Ha dicho usted la más espontánea verdad que es posible y mil veces proferir. Doy a usted mis gracias por esta verdad que se le ha escapado desde, como hoy dicen, la subconciencia.

—No entiendo. ¿Cuál es esta verdad?

—Usted ha dicho: "¡Al diablo!". Repito mis agradecimientos.

—Basta ya de agradecimientos, Palemón. Me hablaba usted de su amigo Tadeo Lagarto y de don Irineo Pidinco. ¿No podría usted contarme qué ocurrió entre ellos?

—Por cierto, amigo y mi seguro servidor—como yo lo soy siempre de usted—, por cierto. A ello voy.

—Lo escucho.

—Don Irineo le hablaba de esta pobre humanidad que lucha y lucha por aclimatarse a la naturaleza. ¡Hermoso tema, naturalmente! Siempre que hay una lucha hay tema interesante. ¿No lo piensa así, mi querido amigo?

—No lo sé; siga usted contando.

—Bien; seguiré. Veía el bueno de don Irineo cómo se afanaba esta pobre gente, cómo se sacrificaba día y noche y no podía conciliar el sueño en sus desvelos por llegar a una justa, diré, a una justa aclimatación. Pero la naturaleza seguía indiferente, la naturaleza seguía impertérrita. Diríase que tenía otras preocupaciones y que miraba a los hombres como simples insectillos que revoloteaban por aquí y por allá. Usted ve, amigo mío, una muy justa apreciación de parte de don Irineo.

—Lo veo; don Irineo veía muy exactamente siempre.

—¿A pesar de esas terribles Guaxas?

—No se trata de ellas ahora, Palemón, así es que haría usted muy bien en proseguir su cuento.

—Es verdad, dejemos a esas Guaxas de lado. Vamos a las palabras de don Irineo.

—Eso es, vamos a ellas.

Palemón tosió, me ofreció otro cigarrillo, encendió ambos con su encendedor, echó una pierna arriba y siguió hablando. Pero aquí cambió un tanto su manera de expresarse pues se transformó exactamente en el modo de hablar del fallecido don Irineo.

Después de hablar de esta lucha imitó al hombre ya ido diciendo que los hombres debían marcharse, debían abandonar esta Tierra cuanto antes. Intercalaba en sus decires:

“Usted perdonará, mi señor... Si yo oso comunicarlo a usted... Voy a tener la osadía de manifestar... Sí, eso es, mi señor, eso es lo que les ocurre a los hombres ante la natura...

De pronto lo interrumpí:

—¿Es admirable lo que usted hace, Palemón de Costamota. Es una imitación tan bien hecha, tan magníficamente bien hecha que creo hallarme frente al mismo don Irineo Pidinco! ¡Lo felicito cientos de veces, gran imitador!

Él se detuvo un instante, se levantó, vino hacia mí y, haciendo una gran reverencia, me expresó:

—Gracias muchas. Logro imitar bien pero no olvide usted que yo soy y sigo siendo Palemón de Costamota, su más afectuoso y seguro servidor de usted.

De inmediato le alargué la mano y dije:

—Yyo, para complacer a usted, soy Onofre Borneo y soy también su seguro servidor.

—Entre seguros servidores podremos seguir nuestra charla y seguirla con animación. ¿No lo cree usted?

—Por cierto, lo creo, ¡Adelante, señor de Costamota!

—Bien, mi alto señor, es el caso de que notó Tadeo Lagarto, después de mucho charlar con el entonces viviente de don Irineo Pidinco, que no era este sujeto un buen candidato para optar a las maravillosas regiones que nosotros, los subordinados del inmenso Satanás, reservamos a aquellos que lo desean.

Yo exclamé lanzando una risa lo más parecida posible a las que él acostumbraba a lanzar:

—¡Ja, ja, ja! ¡Se libró el bueno de don Irineo! ¡Se libró de caer en sus garras de usted! ¡Ja, ja, ja!

Me miró con altivez y me corrigió:

—Perdió la oportunidad; es todo. Puesto que fue abandonado por mi fiel secuaz y fue dejado a su propia merced. Tadeo Lagarto dio media vuelta y no se ocupó más de ese comedor de garbanzos.

Le dije entonces a media voz a Palemón.

—Ya veo; Tadeo Lagarto tuvo que resignarse a abandonar su presa y dirigir sus actividades de otro lado. Es decir, le ocurrió lo mismo que le ocurrirá a usted, mi buen señor, conmigo.

Levantó su dedo índice de la mano derecha y lo movió lentamente en forma negativa. Por fin profirió:

—¡No!

Le pregunté:

—¿Por qué no?

Me respondió:

—Pues usted, mi señor, me ha dicho y me dice cada vez que nos encontramos: "Su seguro servidor". Y sé que está usted por encima de las frases sociales; en cambio no está tan encima de los hondos misterios psicológicos de la subconciencia. Usted, al saludarme y al reiterarse como mi seguro servidor, deja escapar lo que hay muy al fondo de su subconciencia de usted. Por eso yo estoy siempre dispuesto a servir a usted, mi gran Onofre Borneo, y a llevarlo a conocer cuántas maravillas hay y puede haber en este planeta. Nosotros podríamos empezar por la fortuna, la gran fortuna y terminar con la esclavitud total de todas las bellas hembras que hay aquí y más allá y en todas partes.

"Pero creo que usted se marchaba a visitar a ese facultativo del doctor Hualañé. No quiero retener a usted más tiempo. Le dejo su libertad y, al dejársela, me es grato repetir mi presentación: Palemón de Costamota, un seguro servidor de usted.

Vacíle unos cortos instantes. Pero luego me decidí y, alargándole mi diestra, estreché la suya mientras le decía:

—Onofre Borneo, también un seguro servidor de usted.

Y me marché.

108

Salí a la Plaza de la Casulla. Me detuve un momento a admirar el grandioso monumento al fundador de esta sin par ciudad de San Agustín de Tango, el noble hemíono de aquellos tiempos. Estaba en esta admiración mientras pasaban por mi mente las últimas palabras de Palemón de Costamota, cuando se acercó a mí nada menos que Desiderio Longotoma en compañía de Jabalí Batuco.

—¡Hola, amigazo! —exclamó el primero de ellos—. ¡Otra vez nos volvemos a encontrar en esta tu aparición a la superficie de este planeta! En espléndido momento nos encontramos. ¡Ea! Caminemos unos pasos juntos.

—¿Adónde piensan ustedes dirigirse?

—Vamos al bar Carola —sentenció con gravedad Jabalí—, este hombre quería ir al bar Onesa pero el primero citado tiene un ambiente más tranquilo tanto para que se continúe la lectura de ese libro como para recordar buenas óperas italianas.

—¡De acuerdo! —exclamó Longotoma—. ¡Vamos al bar Carola!

Allí fuimos. Nos sentamos cómodamente ante una mesa, pedimos los tragos correspondientes y Jabalí nos dijo:

—Pueden ustedes conversar cuanto quieran, mis amigos. Yo los oiré con un solo oído

pues el otro se concentrará en mí mismo. Sí, en mí mismo y recibirá la visita de Arrigo Boito con su magnífica ópera *Mefistófeles*.

Luego, dirigiéndose a sus bastones les propuso:

-¿Qué les parecería a ustedes, buenos báculos, ayudarme en la evocación de esa ópera que tanto admiro?

Se los colocó sobre sus oídos y fingió oír lo que ellos decían. Después hizo un signo de aprobación, puso uno de ellos de apoyo a sus manos y el otro lo colocó en la percha. Proclamó entonces:

-Este buen bastón quiere ayudarme en mi música pidiéndome que no olvidara también de cantarle algunos trozos de Bellini, de su ópera *Norma* y, sobre todo, *los Puritanos*. El otro consideró que ya había trabajado lo suficiente y que prefería dormir su siesta allí en la percha.

Y, sin más, Jabalí Batuco se sumió en sus óperas llevando el compás con su báculo y bebiendo, de cuando en cuando, un sorbito de pisco.

Interrogué entonces a Longotoma:

-¿Qué lees ahora, amigo mío?

A lo que él me respondió.

-Nada. He interrumpido mi lectura hace ya más de veinticuatro horas. Pues la obra que leía me obligó a ello.

-¿Cómo así?

Longotoma refregó sus manitos a gran velocidad y luego, después de beber un poco de pisco, me explicó lo siguiente con rostro festivo y hasta lanzando de cuando en cuando, sus pequeñas risitas:

-El libro que estoy leyendo debe conocerlo todo buen lector de novelas policiales como eres tú, Onofre. Es *Enigma para Peregrinos*, de Patrick Quentín. ¿Lo conoces?

-No lo sé a punto fijo. He leído varios de ese autor pero no sé si justamente el que tú me has citado.

-Pues bien, Onofre, lo leía con alto interés y, en la página número 183, me detuve y quedé en suspenso. En ella decía al autor lo siguiente:

Las palabras de Iris daban vueltas en mis oídos como un desafío; y mientras meditaba me acosó una idea deslumbrante como una cascada de metal fundido desde los muros de una catedral.

"Y vi la catedral bajo esa cascada, mi querido Onofre, la vi inmensa y sólida y callada; y vi esa terrible cascada que salía del cielo y caía sobre ella, la vi retorciéndose con sus metales fundidos. Total que cerré el libro y ahí me quedé. Porque me pareció que de todas partes caían grandes masas de metal que todo lo devoraban y engullían sin dejar ni rastros de lo devorado y engullido. ¡Te habría gustado a tí, mi buen Onofre, te habría gustado enormemente si hubieras leído ese libro!

-¿Y qué hiciste, Desiderio?

Aquí vino una refregada de sus manitos y luego me murmuró al compás del bastón de Jabalí que acompañaba un aire de Arrigo Boito:

-Lo que hice fue lamentarme y lamentarme de hallarme en perfecto estado de salud y en un bar cualquiera o por una calle o por un paseo o lo que fuera. Me lamenté de no estar enfermo y de no poder, por lo tanto, echarme a la cama.

—Es decir, te lamentabas de no haber sido alcanzado por unas gotas de ese metal fundido.

—Por ese metal ó por cualquier otra cosa; es igual. Pero es algo esplendoroso que el médico le dé a uno un día de reposo y entonces quedarse en cama. Y esto no se puede hacer sin la intervención de un facultativo; es lo malo. Pues si uno no ha recibido la orden de él... pues se levanta y se levanta aunque nada tenga que hacer. Y entonces es el aburrimiento estando en pie.

—No lo había pensado, Desiderio. Ahora, justamente, voy a ir a ver al doctor Hualañé. Veamos si me recomienda quedarme en cama un par de días.

—Pero no se lo digas ni se lo pidas, Onofre; ¡silencio!, al respecto, ¡mucho silencio!

—Está bien, Desiderio. Recordaré tus consejos. Aunque, te lo diré con franqueza, voy a ver al doctor Hualañé para que me ponga al corriente de unos nuevos experimentos que está haciendo con la colaboración de su colega el doctor Pitrufrquén. Así es que me marcho. Vuelve a tu novela policial. ¡Adiós! Y también le digo adiós a usted, Jabalí. Lo dejo entregado a las melodías de Boito y de Bellini.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Me dirigí presuroso a casa del doctor Gil Hualañé y en ella penetré a su consultorio. Ahí lo encontré. Estaba con su colega, el doctor Lucas Pitrufrquén. Ambos me recibieron amablemente y me invitaron a tomar asiento. Apenas hube dicho las primeras palabras usuales, le hablé de sus nuevos experimentos que ahora hacía para vaciar la cabeza de aquellos que aspiraban algo más y no podían lograrlo.

El doctor Hualañé se expresó del modo siguiente:

—Nuestros experimentos tratan de lo siguiente: Vaciar la cabeza de los pacientes que tengan a bien someterse a este vaciamiento. Es la experiencia que hacemos ambos, mi colega Pitrufrquén y yo. Necesitamos, ante todo, la plena complacencia de estos clientes. Una vez que la hemos obtenido, debidamente firmada ante un notario, para el caso recurre a aquel que ya conoció en Curihue, según creo, don Dámaso Mamiña, que es hombre serio y sumamente formal.

Bien, colocamos al paciente acostado y hacemos que laxe sus músculos cuanto pueda. Luego el doctor Pitrufrquén le ordena que se duerma. ¡Hay que ver, amigo mío, lo que son estas órdenes del doctor colega mío! Los pacientes le obedecen casi en seguida y caen en un dulce sopor. Cuando ya está a punto, procedemos ambos. Y le vaciamos la cabeza.

Porque ha de ver usted, mi buen amigo, que los hombres apenas emplean una centésima parte, por no decir una milésima parte, de su poder pensante y actuante, en las actividades que a ellos les interesan. Todo lo restante se va en necedades, en cositas pequeñas, en preocupaciones que ellos mismos se alarmarían al ver que les consumen tanto del tiempo disponible que tienen ante sí. Con dedicarse unos pocos minutos al día, les basta. Pero no hay que preguntarles nada de nada. Si usted les interroga al respecto le responderán:

—¡Oh! ¡He tenido un trabajo inmenso hoy día! Felizmente lo he cumplido a las mil maravillas.

Y encenderán un cigarro y echarán los ojos sobre una bella dama que va pasando, o se pondrán a opinar sobre los últimos sucesos del día, o darán su opinión sobre algún político que ahora esté de actualidad.

Eso es lo que nosotros arrancamos de los pacientes; es decir, hacemos de modo que

su cerebro dé y dé cuanto le es posible dar y que lo dé en forma alegre produciéndole un verdadero contento interior.

Así podría usted ver, amigo, ¡qué de genios estamos produciendo! En todo caso, si no son genios verdaderos, son lo más próximo que a ellos se encuentra. Y no sólo producimos genios, también producimos una cantidad enorme de holgazanes en cuyas mentes no florece el arrepentimiento más mínimo. Son holgazanes y siéndolo son felices, felicísimos.

Ahí tiene usted el caso de Almanzor Callecalle y de su tan amiga, la señorita Fátima Collín. Ambos se han entregado a la más completa holgazanería imaginable. Bueno, cierto que es siempre lo habrían sido y que sus tendencias los inclinaban a ello. Pero tenían una especie de arrepentimiento, un cierto malestar que les acometía al día siguiente o poco después.

Ahora, ¡no! Son holgazanes y gozan con ello. Son dos seres felices, dichosos.

Aquí llegaron con cierto resquemor. Hablamos un poco y se sometieron de buen grado. Y fue la dicha para ese Almanzor y para su distinguida amiga, doña Fátima.

¡La holgazanería y la juerga triunfantes y sin propasarse ni un milímetro de las buenas conveniencias!

Tiene usted, por otro lado, el caso de Roldán Tornagaleones. ¿Le ha conocido usted? ¿No?

Pues bien, Roldán Tornagaleones era un hombre cuyo cerebro pasaba en tratar de impedir que nada obrara, nada de nada, por su propia cuenta y que todo estuviese subordinado a su voluntad. Porque este Roldán es un intelectual, y un profundo intelectual. Se dedica a la poesía y hace versos que no están del todo mal.

Pero sufría, el pobre hombre, pues tenía un cerebro volátil como hay pocos. Se concentraba unos instantes y segundos después estaba vagabundeando por terrenos completamente ajenos a la poesía. ¡Terrible cosa!

Hoy, no. Hoy trabaja alegremente y la dicha brilla en su rostro. Pues no necesita más y el hombre está pleno.

Si usted quiere podemos leer algunas poesías de Tornagaleones.

Y el doctor Gil Hualañé me leyó unos versos de este poeta con gran aprobación del doctor Lucas Pitrufquén.

Me despedí de ellos y, sin más, me dirigí a la entrada para el fondo de la Tierra, allá en la isla del Olor de Santidad.

109

Por entre las malezas y enredaderas que hay en la isla del Olor de Santidad, fácil me fue encontrar un pequeño paso que allí había y que siempre reconocía a primera vista: el paso que, muy disimuladamente y angosto y difícil al comienzo, después se ensancha y se transforma en una especie de carretera amplia de techo más bien bajo del que cae una suave luz. Es ahí la entrada que, una vez, buscó vanamente Lorenzo Angol. Yo la hallé inmediatamente.

Por ella me engolfé.

Era llevado con facilidad y mis pies no tenían que hacer mayor esfuerzo para avanzar. Bajé, pues, y, junto con bajar, fui perdiendo poco a poco todos mis recuerdos que había

almacenado en la ciudad de San Agustín de Tango, pero ellos fueron perdiéndose con toda mi voluntad; así no pensé más en lo dicho por el doctor Gil Haulañé y en los poemas que, con gran admiración del doctor Lucas Pitrufluén, me había leído después de hablarme de esa vaciedad de cabeza que ahora ejecuta. ¡Adiós, pues, Roldán Tornagaleones y adiós a tus compañeros de vaciedad de cabeza, Almazor Callecalle y Fátima Collín! Después lancé otro adiós a Desiderio Longotoma y a su compañero de los dos bastones, Jabalí Batuco. Se perdió en nebulosas el taller de Rubén de Loa con toda esa cantidad de artistas surrealistas; pasó un momento y se fue el romántico de Teodoro Yumbel; como se fue el descontento de Saturnino cavilando y dando vueltas a esta gente de difícil mentalidad que puebla esta Tierra. Y vi perderse en la nada la cumbre nevada del volcán Peteroa. ¡Adiós, adiós todo ello!

Seguí mi descenso sintiendo que los relojes ya no marchaban de acuerdo con la medida del tiempo que usamos en la superficie. Era una total cesación del tiempo. Así resbalé y me dejé guiar hacia las profundidades de la Tierra.

A mitad de camino, o sea a unos 6 mil o 7 mil kilómetros de la superficie, me encontré súbitamente en un recodo que hacían las galerías por las cuales era yo avanzado —creo que es mejor decir así que decir “por las cuales yo avanzaba”—, me encontré con mi amigo Lorenzo Angol. Estaba sentado sobre una pequeña piedra y contemplaba un objeto que tenía entre sus manos.

—¡Hola, Lorenzo, nos encontramos siempre en estas profundidades! ¿Qué te ha traído por acá? ¿Acaso el recuerdo de Lumba Corintia?

Me respondió:

—No lo sé a punto fijo. Sentí, allá arriba, el deseo de bajar y sin más me precipité a estas honduras. Quería examinar detenidamente este curioso objeto que aquí tengo y me pareció que sólo en estas honduras llegaría a un buen resultado de mi examen.

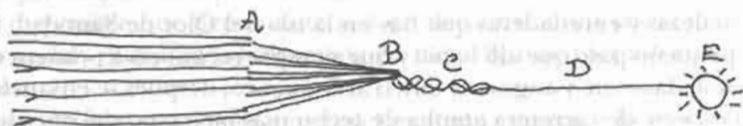
—¿Qué es ese objeto? —le pregunté.

—Míralo bien y tal vez encuentres lo que es.

Me lo alargó y lo examiné. Era así:

Tendría este raro objeto unos 30 centímetros de largo y estaba formado por una serie de pequeñas varillas de vidrio opaco de un color verdoso que formaban un perfecto círculo, separadas unas de otras por un espacio de un par o de tres centímetros. Luego todas ellas empezaban a juntarse y, acercándose, se extendían por unos 15 centímetros o, tal vez, un poco menos. Se juntaban y, al juntarse, se enroscaban todas ellas en una sola que luego se extendía en una sola varilla lisa y pulida. Al extremo de esta última había una bolita que semejava ser de un oro brillante.

Haré un dibujo para dar una idea de él.



Lo miré un buen rato. Luego le pregunté a Lorenzo:

—¿Qué significa este raro objeto y de dónde lo has sacado?

Me respondió:

—Es obra de Vitelio Doñihue, el pintor y no menos hábil hacedor de toda clase de objetos como éste. Después de haber conversado largamente con Vitelio llegamos a la conclusión que así debería ser el objeto que reemplazara aquella varilla bifurcada en su extremo y que tú, Onofre, has tenido varias veces en tus manos. ¿Lo recuerdas? Esa varilla que era como un gráfico de nuestro estado interior y de nuestros avances y retrocesos.

—Sí, por cierto, lo recuerdo. Pero explícame el símbolo que ves en este objeto, explícamelo tan bien como tienes que habérselo explicado a Vitelio para ponerlo a la obra.

Junto con decir esto moví esta varilla y puse las varillitas primeras y paralelas hacia mi derecha y, en el extremo de la izquierda dejé la bolita de oro. Lorenzo entonces me advirtió:

—¡No, Onofre, no! No lo muevas de esa manera. Debe siempre quedar la bolita de oro hacia tu derecha y las varillas paralelas hacia tu izquierda. Así, eso es.

Lo puse como él me había dicho y lo coloqué sobre una piedra vecina. Lorenzo, entonces, habló:

—He querido ponerlo en esa forma, es decir, con las varillas múltiples y paralelas hacia la izquierda, pues es una costumbre que tenemos de mirar las cosas de ese lado hacia la derecha. Sé que esta costumbre nos viene de nuestra manera de leer y que en otras partes del globo se lee de otro modo, por ejemplo, de arriba hacia abajo.

“Estas varillitas múltiples significan las múltiples y acaso paralelas vidas de que estamos compuestos. Es un error creer que esta vida conciente sea la única que hay en nosotros. Te lo digo: ¡un profundo error!

“Puedo asegurártelo, Onofre, pues estas no son ideas que sólo haya tenido yo; no. Las he hablado con Florencio Naltagua y, al cabo, no hago más que repetirte lo sabido gracias a él. He estado con él hace poco; he estado fuera del correr del tiempo y, con el hecho de mirarnos, me lo ha hecho saber. Porque es mejor, para entenderse debidamente, tener comercio con uno que ya no es de allá de la superficie. Puedes creérmelo.

Guardamos un largo silencio fuera de ese tiempo. Luego le pedí que siguiera hablándome. Lorenzo prosiguió entonces:

—Oye bien, oye con atención, no te distraigas.

Yo, Lorenzo Angol, o tú, Onofre Boroa, tenemos conciencia de una de las varillas que puedes ver ahí a tu izquierda. Y esa la llamamos pomposamente: *yo*.

Para las otras varillas —y esto ha sido dicho por Naltagua con una absoluta seguridad— tienen conciencia *otros* hombres que, hoy por hoy, ni siquiera conocemos pero que, sin embargo... SOMOS ELLOS.

Tal es nuestra tragedia como también tal es nuestra ventura: esta multiplicidad de seres de que estamos formados.

Claro está; es lo que viene a la mente cuando se habla de esta manera en que estoy hablando. ¿En mi caso?

A veces tengo conciencia de *otro* y, al tenerla y al dejarme arrebatar por él, desconozco al Lorenzo Angol que piensa como también desconozco por su extrema lejanía a aquel que a veces es tomado por ráfagas de misticismo. Pues mi ser ha sido acaparado por aquel que enloquece ante las mujeres.

¡Sí! ¡Tienes razón! ¡Por las Berguibendas, como a ti se te antoja llamarlas!

Has hecho bien en hacer un dibujo de ese objeto que ahora me acompaña en mis largos peregrinajes, sobre todo hacia el interior de la Tierra. Hazlo nuevamente aquí por

tierra. Así, así. Pero deberías colocar sobre él algunas letras que luego nos servirán para elucidar ciertos puntos.

Aquí pongamos una A; aquí, una B; aquí, cuando las vidas empiezan a enredarse, una C; luego pongamos una D sobre la línea pura que parte sola; por fin, una E sobre esa bolita brillante.

¿Qué piensas? ¿Qué buscas?

Te repetiré las palabras de Florencio:

En el punto marcado por la letra A, está el comienzo de la iniciación, están, mejor dicho, los anhelos por encontrar *otra vida*. Allí empiezan las altas y bajas de nuestro estado de ánimo; allí vienen las rebeldías desesperadas por no querer seguir adelante y poder volver a ser una de las varillitas, por lo general, una que antes considerábamos como un ser ajeno a nosotros mismos.

Luego viene el punto B. Durante el trayecto hacia él las otras personas han ido acercándose a nosotros y empezamos a reconocerlas como nuestras amigas sinceras. Pues tal ha sido largamente el deseo de ellas.

Luego tenemos el punto C. Es o ha sido el punto verdaderamente trágico para mí pues aquí es un revoltijo de nuestras personalidades. Todas ellas se mezclan y hay momentos en que estamos en plena en una para luego estar plenamente en otra de nuestras varias personalidades.

Onofre, ¡cuánto he sufrido en esta etapa! Yo era —¿me has entendido?—, yo era una bella y clara en un momento dado para luego ser su contraria y entregarme, fuera de mi voluntad y de mi conciencia, enteramente a su opuesta.

Aquí pasaban y pasaban las Berguibendas... Las Berguibendas... Así las llamaré a ellas siguiendo tu manera de llamarlas. Pero déjame hacerte un pequeño paréntesis:

Te diré, Onofre, que las mujeres empiezan a dejar de interesarme. ¡Sí, puedo asegurártelo! Ya no imperan sobre mí con una tiranía absoluta. Me gustan siempre, claro está, me gustan y las dejo pasar, que sigan ellas su destino sin mezclarse con el mío. Me fatiga tener que repetirles siempre las mismas cosas, siempre tener que decirles que ella es la más bella y la más encantadora que mis ojos han visto. Hay algo que me mira y que me pone con una clarividencia absoluta. Me veo a mí mismo; entonces siento que hay varias personas entre ella y yo.

Comprendo, comprendo. Tienes razón al hablar de Diana. Yo he amado también a una Diana, a una chiquilina que, como has dicho, me sumergía en otra región que, acaso, era lo que yo buscaba. Tú debes conocerla o tal vez has oído hablar de ella: se llamaba, se llamaba... —No debería decir su nombre; él debería quedar en el más absoluto silencio; pero ahora estamos fuera del tiempo y de todo el suceder de la superficie; así es que su nombre puede ser pronunciado por mí—. Se llamaba Florinda Lumaco. La tuve en mis brazos varias veces; la besé íntegramente. Ella se dejaba hacer y me miraba largamente. ¿Su edad, me preguntas? No lo sé a punto fijo. Tal vez... Unos 12 ó 13 años. No creo que haya tenido los 14 años de edad. Luego nos separamos tan bruscamente como nos habíamos encontrado. Ahora...; francamente no lo sé; no tengo ni la menor idea. ¡Qué quieres tú, mi buen Onofre! Su destino era otro que el destino mío. Florinda lo siguió y yo... aquí estoy siguiendo el mío.

Claro está, claro. Florinda vive aún en mí. Ella tiene uno de esos gajos y desde él se desparra hacia otras mocosas como es ella. Pero luego todas ellas desaparecen. Y yo quedo solo con una incógnita ante mí.

Se lo he preguntado sin proferir palabra alguna. Florencio Naltagua, sin proferir palabra, me ha respondido que debería yo tener buena memoria y acordarme de lo que dice Ouspensky en su libro sobre *Un nuevo modelo del Universo*.

Te lo voy a decir; óyeme bien y comprenderás mi tragedia:

No tengo ninguna duda de que si pudiéramos nosotros entrar conscientemente en comunicación con estos "seres" (se refiere aquí Ouspensky a las muchas conciencias del cuerpo físico pues, como tú sabes cada órgano tiene su propia conciencia) podríamos conocer todos los detalles del estado de todas las funciones de nuestro organismo. La primera que se ocurre en relación con esto es la consideración de que esto sería especialmente útil, en el caso de enfermedad y de desórdenes de las funciones, para hacer un diagnóstico correcto, para la prevención de posibles enfermedades y para el tratamiento de las ya existentes. Si pudiera encontrarse un método para entrar en comunicación con estas conciencias y para recibir de ellas informaciones sobre el estado y requerimientos del organismo, la Medicina descansaría sobre una base firme.

¿Has comprendido bien, Onofre? ¿Has comprendido lo que acabo de citarte con la tragedia, con el nexo que guarda con la tragedia de mi sexo que vive independientemente de mis otras partes de mi ser?

Felizmente las mujeres empiezan a eclipsarse en mi vida. Es acaso a causa de mis años. Todavía algunas duran y su recuerdo insiste en agarrotarme. Te he citado el caso de Florinda. Sí, es un caso parecido, si no igual, al que a tí te ocurre con Diana. Es el desparramo de su cuerpo sobre las mujeres que algo tengan de parecido con ellas.

Tú comprenderás, Onofre, que nuestro amigo Naltagua no podía o no quería explicarme mayormente. Tenía que insinuar y nada más. El resto del trabajo tenía que hacerlo yo solo concentrándome en mí mismo lo que, seguramente, ayudaría a desconcentrarme de este vivir aquí en este planeta.

Son éstos los puntos característicos del trazo marcado con la letra C. Cuando se está en él, te aseguro, hay momentos en que desearía volver atrás. Pero ello es imposible. Delante existe esa línea recta y pura, la línea que hemos marcado la letra D. Su llamado es permanente; te doblegas y sigues adelante aunque pases por toda clase de sinsabores.

No lo olvides; al fondo brilla el punto marcado con la letra E.

¡Cuánto agradezco el hecho de haber tenido la presencia de él, de Florencio Naltagua, en estas alternativas que me acometían!

Sí, Onofre, es la verdad. Tú, a tu vez, comprenderás lo que puedas de cuanto he dicho; no, no es eso; no es porque yo ante tí escondo algo o en algo sepa más que tú. Puedo asegurártelo; ¡no!

Te explico lo que a Florencio le he comprendido en nuestro lenguaje mudo. Te explico lo que de ello he pensado; lo hago para aclararme yo mismo y nada más.

Sí; haz otro tanto; es lo que debes hacer.

Estaba yo en estas cavilaciones cuando de pronto me apareció un recuerdo. Sí, un recuerdo que vino solo y se presentó ante mí. ¿Sabes qué era este recuerdo? Era Rudolf Steiner. Me incliné ante él y guardé silencio. Esperé.

Esperemos nosotros también, mi querido Onofre; sí, esperemos. Tú sabes cuánto me emociona evocar esos nombres. Todo desaparece junto a mí y siento que se abre el camino

del misticismo. Ahora ese objeto que está allí sobre esa roca, el objeto que laboró mi amigo Vitelio Doñihue, toma otro significado y siento todo un verdadero mundo entre sus múltiples varillas. Esperemos.

¿O podríamos bajar otro poco?

Claro, será lo mejor. Estirar los miembros aclarará la mente. Bajemos.

Bajamos lentamente durante largo rato fuera del tiempo. No sé a punto fijo si éramos nosotros los que hacíamos un esfuerzo para descender o si era la tierra y las rocas que hollábamos las que se movían en sentido contrario al nuestro.

Pasaban a nuestro lado grandes fuegos con un ruido de truenos; el piso ondulaba creciendo hasta alturas vertiginosas ante nosotros; luego en él se formaban verdaderos abismos que allá, en la superficie, me habrían causado pavor. Pero nosotros seguíamos y seguíamos sin sentirnos importunados por lo que ocurría a nuestro alrededor. Lorenzo hablaba con lentitud; yo lo escuchaba interrumpiéndolo con pequeñas frases.

—Tú has de comprender lo que la figura de Steiner me evocó. ¡Eso es! ¡El guardián del Vestíbulo!

El primer guardián del Vestíbulo estuvo frente a mí. Era un ser horrendo; hacía muecas punto menos que infernales. Pero entre todas ellas yo veía la intención que guardaba muy al fondo de convertirse en un ser hermoso lleno de una real serenidad.

Pero dejé esto de lado. Concentré mi mente en lo que ocurría en mí, lo que, sin duda, estaba ocurriendo.

¡Cómo! ¿No lo ves? Te lo diré:

En una parte de mí se rompían los lazos que unen la voluntad, el pensamiento y la sensibilidad. La voluntad me ordenaba: ¡Adelante!; el pensamiento callaba y era sólo testigo de esta marcha mía; la sensibilidad se anticipaba al mostrarme la belleza de cuanto me rodeaba. Pero la voz invisible e insonora de Steiner se dejó oír. Decía y repetía no sé cuántas veces sus palabras. Óyelas, Onofre, óyelas:

En tu carácter hay aspectos buenos y manchas horribles; tú mismo fuiste quien, con tus experiencias y pensamientos, creó unos y otras, pero hasta hoy sólo conociste los efectos sin que llegaras a ver las causas.

Entonces comprendí una cosa y recuerdo que sonreí satisfecho por lo que acababa de comprender:

Algo me decía que yo no veía la realidad de lo que acontecía junto a mí; algo me decía que veía lo que yo *había imaginado* de esos mundos antes de conocerlos.

Es decir: me veía a mí mismo.

Callamos un rato. El silencio, como un compañero más, nos acompañó en nuestro descenso. Luego Lorenzo volvió a hablar y, creo, a hablar "sin pronunciar ni una sola palabra".

Para mí era esto prueba de que nuestra amistad y nuestra comprensión habían aumentado y seguían por buen camino. Todo me pareció más dulce y más risueño junto a nosotros, todos sin excepción.

Pero aquí debo hacer un paréntesis —mi paréntesis de marras—. Helo aquí:

Esta conversación con Lorenzo ignoro cómo se fue hilvanando y cómo se desarrolló. Es ese eterno cambio que se produce cuando se conversa. Ahora, aquí en mi escritorio y ante mi mesa, sólo veo de ella una serie de puntos álgidos que descuellan. A ellos me dirigiré. Pasó Rudolf Steiner; vino a ocupar su sitio Piotr Demianovich Ouspensky. Veamos si logro poner cierta claridad en mis recuerdos que, en cierta parte de mí, están clarísimos.

110

LORENZO

Durante mis permanencias en La Cantera abandonaba de cuando en cuando mi Bóveda y me dirigía a mirar los hormigueros y los panales de abejas. Quedaba largo rato sumido en su contemplación. Y recuerdo que, más de una vez, sentí como ideal poder vivir en una sociedad de hombres tan bien organizada como han organizado las suyas tanto las hormigas como las abejas.

Yo

No olvides al comején aunque aquí en Chile no los haya. La organización a que ellos han llegado es simplemente fabulosa. ¿No has leído sobre ellos?

LORENZO

Sí, he leído mucho sobre ellos. El comején, o el termita, como algunos lo llaman, era ya para mí un ideal inalcanzable. Entonces volvía a mirar a abejas y hormigas. Y soñaba.

Por otra vía llegó a mis manos la obra de Ouspensky. Encontré en ella largas páginas en que habla de estos bichitos. Las leí con detenimiento. Ouspensky me dio una luz donde antes sólo había una admiración no meditada en mí. Pues lo que yo creía que era un real ejemplo por seguir, vine a ver que era una clausura de los poderes de la inteligencia. Es lo que ves claramente leyendo las páginas sobre ellos en *Un nuevo modelo del Universo*.

Yo

Recuerdo haberlas leído esas páginas. Si no me equivoco culpa a estos insectos de haber sabido, en una época remota, en una época remotísima, de haber cometido un pecado como el de Adán, es decir "que sabían qué era lo bueno y qué era lo malo".

LORENZO

Exacto. Al saber tal cosa, se organizaron según ella y "despojaron al individuo de toda posibilidad de desenvolverse y de separarse de las masas".

Aquí está el gran error, Onofre; aquí está el comienzo de la ruina y de la detención. Nuestro ideal debe ser otro, debe ser justamente el contrario: aislarnos de las masas y surgir con plenitud en el silencio más absoluto. Tal es, en mi parecer, el comienzo de esa línea D que dibujamos copiando el objeto que me había hecho Vitelio Doñihue. Desde esta línea, lisa y pura, se ve ya brillar al fondo el punto E como un sol que se levanta.

El suelo marchaba en contra de nosotros, un suelo liso y puro, como la línea D. De pronto vi sobre él una rayita transversal; a muy poca distancia, otra rayita; luego, una tercera. Estas rayitas me llevaron a años lejanos, a mi infancia, cuando jugaba al "luche" con mis compañeros.

¡Es la iniciación la que avistamos a lo lejos! Nada puede detenernos ya, mi querido Onofre. Aunque ello cueste y cueste mucho trabajo... ¡adelante!

¿Comprendes las tribulaciones por las cuales yo paso?

He mirado por curiosidad ese sol lejano; ahora está frente a mí y ya no hay fuerza posible que me haga volver camino atrás.

Yo

Es lo que envidio en tu vida, Lorenzo: marchar tras un sol que se levanta frente a nuestra vista. Todo tu ser está preparado para seguir tu marcha: ya hasta las mujeres van desapareciendo de tu existencia. Ya no hay más Berguibendas que, diabólicamente, salgan a tu encuentro.

Sobre esas rayitas que había en el suelo tracé, imaginativamente, dos rayas perpendiculares de modo que ellas hicieron el: "Primer cajón" y "segundo cajón" y luego el: "Primer descanso". Después venían las "guaraguas" seguidas del "segundo descanso".

¿Qué ancho poner a estas líneas perpendiculares?

Calculé unos instantes. ¡No hay duda! Unos 80 ó 90 centímetros. Así quedan bien los dibujos que revolotean por mi mente.

Ahora... ¡a jugar!

Pero seguí hablándole a Lorenzo.

Esas Berguibendas creo que son un verdadero inconveniente en el avance por la vía del misticismo. Puedes, pues, sentirte feliz al haberlas eliminado o, mejor, que ellas se hayan eliminado de tu vida. Has ganado un punto de libertad.

LORENZO

Tal vez este punto de libertad el que a menudo me lleva a sumirme en meditaciones que, a primera vista, se me escapan pero que han dejado una huella imperecedera en mi alma; a tal extremo la han dejado, que tengo, con suma regularidad, que volver a ellas.

Yo

¿Qué meditaciones son éstas?

LORENZO

Las meditaciones sobre el tiempo. En ellas, como las que tengo sobre abejas y hormigas, recorro a Ouspensky. Siempre recuerdo sus palabras. Oyelas, Onofre:

"El tiempo no existe. No existen la aparición y desaparición perpetuas y eternas de los fenómenos, no existe la fuente de la que manan sin cesar los hechos que suceden y desaparecen. ¡Todo existe siempre! Sólo hay un eterno presente, el Eterno Ahora, que la limitada y raquíca mente humana no puede ni entender ni concebir".

Sigamos bajando, mi querido Onofre; sigamos. Creo, a veces, que vamos bajando por el Eterno Ahora. Pero si este ahora es eterno... ¿por qué ha desaparecido Lumba Corintia?

Yo

Tú sabes que ella está, que ella es. La has visto varias veces en estas profundidades de la Tierra. Sigue, pues, su evolución, su marcha en ese eterno ahora, ese eterno ahora que nosotros vemos sucediendo a todo instante. Es algo errado que nos da nuestra vista menguada. Vemos los detalles y no vemos y no vemos el conjunto.

LORENZO

Reposémonos un momento aquí, sí, aquí sobre estas rocas. Para bajar siempre habrá tiempo pues estas bajadas las siento colocadas en el no suceder. Reposémonos.

Mira hacia el frente, Onofre. ¿No ves en esos arabescos una inmensa nube? Parece concebida por un artista de verdad.

¡Una nube! Has de saber, que ellas me han intrigado enormemente. Me han intrigado pues jamás he logrado saber cuál es la verdadera nube; si es aquella que vemos desde la superficie, grande sobre el cielo azul y medio iluminada; o es aquella que ve el aviador al encontrarse con ella y verse envuelto por una neblina sin forma ni luces de ninguna especie.

Yo

Es lo mismo que me acontece a mí con las nubes. Tenemos en ellas un ejemplo de la irrealidad de cuanto vemos, un ejemplo de que nada es *completamente* tal cual se presenta a nuestra vista.

LORENZO

Y con un ejemplo así que a todo momento se nos presenta, afirmamos y creemos en la ciencia positiva... ¿Es ello posible? Luego viene la neblina a nuestra ciudad. Apenas alcanzamos a ver a dos metros de distancia. Estamos malhumorados. Y es ese el momento que el aviador nos ve viviendo en la belleza inefable que da una nube.

Pero quiero volver a Ouspensky. Voy a leerte un trozo que he copiado de su obra ya citada. Aquí lo tengo. Escúchalo:

"El mundo es un mundo de infinitas posibilidades.

"Nuestra mente sigue el desarrollo de las posibilidades siempre en una sola dirección. Pero en realidad todo momento tiene un gran número de posibilidades. *Y todas ellas se realizan*, sólo que nosotros no lo vemos y no lo sabemos. Nosotros siempre vemos una de las realizaciones, y en esto estriba la pobreza y limitaciones de la mente humana. Pero si tratamos de imaginarnos la realización de todas las posibilidades del momento presente, luego del momento siguiente, y así sucesivamente, sentiremos que el mundo crece infinitamente, se multiplica sin cesar y se hace inmensamente rico y completamente diferente del mundo plano y limitado que hasta este momento nos habíamos representado. Habiéndonos imaginado esta infinita variedad sentiremos una "impresión" del infinito por un momento y comprenderemos lo inadecuado e imposible que es acercarse al problema del tiempo con medidas terrestres. Comprenderemos toda la infinita riqueza de tiempo en todas direcciones que es necesaria para la realización de todas las posibilidades que aparecen a cada momento. Y comprenderemos que la misma idea de que aparezcan y desaparezcan posibilidades es originada por la mente humana, porque de otro modo estallarían y perecería al más pequeño contacto con la realización infinita. Al mismo tiempo que lo anterior nos daremos cuenta de la irrealidad de todas nuestras deducciones pesimistas en comparación con la inmensidad de los horizontes descubiertos. Veremos que el mundo es tan ilimitadamente grande que la sola idea de que pudiera tener límites, el solo pensamiento de que hubiera algo que no estuviera contenido en él, nos parecería ridículo.

Quería volver a Ouspensky pues siempre traigo conmigo algunos párrafos de sus obras que copio. Los libros mismos se hallan allá en Fray Tomate. Pero no me alejo, y menos a estas profundidades, sin algunas palabras de él.

Dime, Onofre, ¿qué te han parecido las palabras que acabo de leerte?

Yo

Mientras me las leía mi mente vagaba. Comprendía, claro está, cuanto te oía. Recordaba haberlas leído ya en el libro de Ouspensky. Pero mi mente seguía revoloteando como atraída por las nubes que veo allá arriba. Tú me hiciste recurrir a ellas al mostrarme esos arabescos que parecen nubes y nubes hechas por la mano de un gran artista.

LORENZO

Las nubes... La neblina... La existencia de ambas y la no existencia de ambas... Esta existencia dual es la que me llevó a leerte el párrafo que acabas de oír. Recuerda:

“Comprenderemos que la misma idea de que aparezcan y desaparezcan posibilidades es originada por la mente humana...”

Y recuerda también.

“Al mismo tiempo que lo anterior nos daremos cuenta de la irrealidad de todas nuestras deducciones pesimistas en comparación con la inmensidad de los horizontes descubiertos...”

Es decir, estas palabras, cuando se iluminan, me transportan a regiones que, ignoro por donde, me aparecen como una puerta que ha de llevarme al hondo misticismo.

Y luego viene la otra frase, la frase que es la clave y que tanto me ha hecho meditar. Recuérdala.

“Y en realidad todo momento tiene un gran número de posibilidades. *Y todas ellas se realizan*, sólo que nosotros no lo vemos y no lo sabemos.”

Yo

Aquí hay una realización directa, creo yo, con aquel objeto que, hace poco, tenías en tus manos. Tú sabes a qué me refiero: al objeto que, según tus indicaciones, te hizo el tan hábil de Vitelio Doñihue.

LORENZO

¡Claro está! La frase: “todas ellas se realizan” es la clave de lo que has percibido. Y tengo la casi completa persuasión de que ellas se realizan de este modo:

Nosotros las estamos realizando.

No debes olvidar de que somos múltiples. Otro yo actúa; otro, que ya está muriendo en mí, ama a las mujeres y obliga al resto de mi cuerpo a marchar; otro se eleva hacia hasta el misticismo. Pero todos ellos no son más que yo. Es la bifurcación de la personalidad.

Veía yo siempre esa nube en el cielo azul. Bajo ella veía los campos de allá arriba, todos esos fundos que durante mi vida he frecuentado: Quintrilpe, La Torcaza, La Cantera, Lo Gáy, Curihue, Taulémo, La Manigua, el bosque de Guayacán y el bosque de Lemolemo, el Cajón de Lepomande, Melichaqui, las faldas del Coscorrón y las faldas del Llaima y aquel otro fundo que vi hace ya tanto tiempo, Lo Yrureragoyanagorigoitúa y otros y otros más.

De pronto me vi sentado al borde de un camino. El suelo estaba lleno de hojas secas y de pequeños terrones. Por entre ellos caminaba dificultosamente un pequeño bichito. Lo fijé con los ojos. ¡Qué de dificultades encontraba este bichito para proseguir su camino! Una hoja seca había allí, una hoja no mayor de unos

diez centímetros, se interpuso en su marcha. El insectillo se detuvo; luego la contorneó; luego quiso trepar en ella, al fin lo logró.

Súbitamente vi las proporciones que en esa diminuta vida se habían producido, mejor dicho, que eran las reales para ella. La hoja seca era inmensa, era fabulosa, era mayor que cuanto nosotros podríamos encontrar en este descenso a las profundidades de la Tierra. Luego mi mente se fue a Cannes, al sitio donde vive ahora Tomba Montbrison, allá en Francia.

El bichito paseaba por la hoja. Moví la cabeza, la moví repetidas veces. Lorenzo callaba. Era el silencio y la soledad totales.

Fui tomado entonces por un hastío sin límites. No había ninguna causa directa para producirme, ninguna. Era el total que así se me presentaba. No pude más y tuve que hablar, que decir algo, al menos para que siquiera hubiera un ruido cerca de nosotros dos, que algo viniera a disipar aquella soledad.

Yo

Sigamos nuestro descenso, Lorenzo. Quiero a todo precio encontrarme cuanto antes cerca de Colomba. Estos fondos, sin ella, me perturban y, a veces, me parece que voy a perder la razón.

LORENZO

Sigue tú, Onofre. Yo quedaré aquí y esperaré que ocurra cualquier cosa, sea cual sea. En esa cosa vendrá hasta mí Lumba Corintia. Pero más abajo... ¡no!

¡Ánimo, amigo! Camina hacia tu Colomba. No dejes que tu mente te gobierne llevándote a regiones que no son hechas para ser exploradas por ti.

¡Adiós!

Seguí mi descenso lentamente. Los metales en fusión se apartaban de mi paso. Los enormes peñascos rodaban sin ruido alguno. Hasta que llegué a un plano inmenso cuyo techo se perdía en las sombras.

Al fondo, muda y estática, estaba:

¡¡Colomba!!

III

Todo desapareció a mi lado. Sólo tuve su visión ante mí. Así avancé hacia su figura. Colomba sonrió al verme. Me arrodillé al verla. Sentí su mano sobre mí y así quedamos largo rato. Pasaron las horas, pasaron los años, acaso los siglos. Y empezó nuestro diálogo sin que pronunciáramos ni una sola palabra. Hablamos en el silencio más absoluto. Sólo nuestros ojos se encontraban de cuando en cuando. Y esto nos bastaba para decirle cuanto tenía yo dentro de mí; me bastaba para comprender y sentir penetrarme hasta el fondo su voz adorada.

Yo

Tal vez no vas a reconocer al que está frente a ti, mi Colomba adorada. En vano buscarás a Onofre Boroa, el hombre que ha prometido partir e ir en busca de Juan Emar. Puedo aún decirte más: en vano buscarás en mí a Onofre Borneo, el hombre de las juergas

y de los bullicios y de la alegría... falsa, sí; pero era un modo de manifestar que dentro de él había vida. Esta vida se explayaba así. No olvides, mi Colomba, que siempre, junto a ese Onofre Borneo, estaba callado como el símbolo de un reproche, sí, ahí estaba Juan Emar.

Hoy soy otro. Hoy me llena el abatimiento. El tedio digno de un neurótico ha hecho de mí su presa. Hoy me inclino ante ti y, al inclinarme, te suplico me des una fuerza, una fuerza cualquiera y así poder olvidarme de mí mismo por algunos instantes que sea.

He vuelto de la superficie. Creía yo en ella que aquello era el colmo de la nulidad y del vivir porque hay que vivir. No me daba cuenta cuánto me entretenía allá, con todos los que he frecuentado, con todos los que he charlado y juntos hemos pasado algunos ratos. Ahora veo: ¡fueron buenos, buenísimos ratos!

Hasta que vino un momento, para mí, fatal. Déjame contártelo, déjame desahogarme trayéndolo a mi memoria. Fue hace poco, hace muy poco rato, mientras conversaba con Lorenzo Angol a unos cuantos kilómetros de aquí. Fue un hastío sin límites que me tomó sin que hubiera para él ninguna causa hasta donde mi conciencia logra ver causas posibles... ¡Ninguna!

Charlábamos amigablemente. Él me contaba sus múltiples experiencias al ir entrando al sendero que, espera, lo ha de desconcentrar de esta Tierra y de este mundo. Me habló de Ouspensky, de las abejas y hormigas, del objeto aquel que maestramente le ha hecho Vitelio Doñihue, de las Berguibendas que antes lo asediaban y que ahora comienzan a desaparecer de su vida... En fin, era una buena charla que pasaba junto a nosotros. Tan buena era que mi mente divagaba por otros senderos junto con prestarle toda la atención posible. Pues Lorenzo me interesa grandemente cuando habla y, sobre todo, cuando está en vena para hablar. Ya te lo digo, lo escuchaba y lo animaba mientras, por otro lado, recorría hasta mi infancia y me veía allá lejos jugando al "luche" con mis compañeros de antaño.

Luego me mostró una enorme nube que había dibujada en una de las rocas cercanas a nosotros. Es decir, no era una nube intencionalmente hecha allí. Eran arabescos que semejabán una nube. Pero ellos bastaron y, al verlos, me fui hacia los campos que he recorrido durante mi vida: La Torcaza, La Cantera, Curihue, el bosque de Guayacán y ¡qué sé yo!

De pronto vino ese hastío y me cogió. Pensé en ti, mi Colomba, y hacia ti corrí. Aquí me tienes. Y, créemelo, no sé para qué he venido y no sé qué decirte, no, no lo sé.

COLOMBA

Sigue contando y no pienses el objeto que ello ha de tener. Sigue vaciando tus recuerdos. Trata de que tu mente se descargue. No busques una perfecta continuidad en lo que me digas. Dilo como salga, como venga.

¡Adelante, Onofre! Te escucho.

Yo

Recuerdo que conversé con el doctor Hualañé y con su colega el doctor Pitrufrquén. Me hablaron de los experimentos que ahora hacían para vaciar la cabeza de sus pacientes y de devolverles la plena libertad de su manejo.

También estuve con Palemón de Costamota y, desde sus aposentos, en el hotel Vaticano, miré la plaza de la Casulla y vi pasar impertérrito y silbando *El Bolero* de Maurice Ravel, al hombre Martín Quilpué. Ello me hace reír... ¡Qué quieres! He reído sin saber por qué pero me alegra ese hombre Martín Quilpué.

Estuve también en el taller de Rubén de Loa. ¡Qué agradables momentos paso siem-

pre allí en ese taller! Fíjate que Palena, sí, Eusebio Palena, nos leyó su Zambafusa N° 18 y ella causó la más profunda admiración de doña Claudia Puchuncaví y, sobre todo, de Macario Viluco. Luego Rubén nos habló de Huachipato y de Chacarilla y de los gritos de arrebató que lanzaba ahora el tucán. Todo ello teñido por tonos verdosos. Por tonos verdosos.... Por tonos...

COLOMBA

¡Adelante, Onofre! No te detengas en esos tonos por el hecho de que ellos sean verdosos. ¡Adelante!

Yo

Llego entonces a mi amigo Teodoro Yumbel y a su amiga Albania Codahue. ¡Es el romanticismo completo! Ahora no, no lloro pero créeme que poco me falta para ello. Pero... ¿por qué llorar? ¿Por qué...?

COLOMBA

El es feliz con ese romanticismo. En él lo acompaña fielmente su amiga Albania.

¡Sigue!

Yo

¡Y Desiderio Longotoma! ¡Y Jabalí Batuco! Pasé ratos agradabilísimos con ellos. ¡Y Saturnino! Lo vi al aparecer en la superficie. Y me habló en forma algo pesimista.

En fin, Colomba mía, tú sabes mejor que yo mismo cuánto he hecho allá arriba. ¿Para qué seguir hablando de ello?

Déjame, más bien, reposar junto a ti.

COLOMBA

Sí reposa. Pasas por un mal momento. Reposa. Con toda la pasividad que te sea posible, deja que la calma venga a ti. Eso es, inclínate ante mí.

Así lo hice. Inclinado ante Colomba estuve un largo rato, acaso días enteros; o acaso fue apenas un segundo. No lo sé. Al fin pude levantar mis ojos y con ellos pude hablarle, es decir, pude darme a entender.

Yo

Colomba, yo no creía que se pudiera llegar a un estado así; es un estado sencillamente horrible. ¿Por qué, por qué me habrá atacado en esta forma? No fue aquella especie de nube que me mostró Lorenzo. Esto fue sólo una coincidencia. Todo lo veo negro, negro y hay instantes en que la única solución posible que veo es la muerte, la muerte que no viene. Siento que todo el mundo me ha abandonado, que ya nadie me quiere ni siquiera me estima. Y no tengo a nada —¿me oyes?—, a nada a qué culpar pues lo exterior sigue igual, igual, igual.

Es decir, sigue con una imperturbable indiferencia.

Ya no sé si soy Borneo o soy Boroa o no soy nadie de nadie. Soy, tal vez, un sueño que ha tenido una de mis varillitas, un sueño hermoso y que, en esta forma destemplada llega hasta mí y me agarrota.

Sé que la causa de todo esto está DENTRO de mí.

Pero... ¿qué gano con saberlo si acaso no sé cómo entrar en mi interior y enfrentarme con esa parte mía que explota un sufrimiento espantoso por todo mi ser?

Colomba, ¡ten un poco de compasión y piensa cuánto, cuánto te quiero a ti y a todo lo que me rodea!

Este amor queda ahora en pura lucubración mía; este amor no pasa más allá y no logra vivir como él ha de vivir.

Así ha de ser la neurosis, esa neurosis de que siempre se habla entre dos conversaciones ajenas a ella y luego se sigue y se sigue conversando de otros asuntos. Óyeme, Colomba:

Hace ya varios días fui a caminar, allá en La Torcaza, por un caminito que trepa por los cerros. Te he hablado ya de este caminito. Lo llamo yo "el camino N° 5", un nombre que le puse al hacer una especie de plano de los senderos que rodean las casas. Por él me interné. Iba solo. Caminaba lentamente pues ya a mis años no me es permitido apresurar el paso y menos yendo de subida.

Conocía bien este caminito; lo he recorrido tantas veces; sobre todo en verano me es un placer pasear por él. Ahora no podía subirlo. Tú comprenderás: la lluvia, el barro, el frío que traspasa, la humedad que todo lo envuelve... Pero habíamos tenido unos cuantos días de sol brillante y ni una nube se veía en el cielo. Entonces caminé y trepé.

¡Con qué placer me dirigí hacia él! Me parecía que haría por lo menos varios meses, varios años que no lo visitaba. Y todo, todo lo que hay en él, empezó a aparecerme de nuevo. ¡Qué sensación de dicha temblante, mi Colomba! Pues más que los rincones que hay allí, veía yo mis recuerdos de otras veces, una cantidad de recuerdos que habían sufrido un olvido pero que yacían en alguna parte, en espera.

Ahora aparecían de nuevo y me murmuraban: "Aquí estamos".

Pensé entonces al responder a sus murmullos:

"¿Qué haré con esta voz insonora que se desprende de cada rincón, de cada pequeño acantilado, de cada tronco, del silencio sereno e inmóvil de cuanto me rodeaba?"

La respuesta vino a mí:

"Escribirlo; hacer su descripción por escrito y luego leerlo y releerlo y archivarlo en una carpeta, en la carpeta que le corresponda. Después abriré dicha carpeta y encontraré esas notas del caminito en el cerro. Y volveré a leerlas y releerlas. Es decir, mi Colomba, que ellas tomarán la gran importancia. Yo pasaré a ser un simple lector y nada más.

¿Me comprendes ahora, Colomba mía, que yo no halle qué hacer con este mundo que me rodea y que me acecha?"

COLOMBA

Has dicho: "... y archivarlo en una carpeta...". ¿No ves el error que cometes al hablar de este modo? Ahora comprendo por qué fracasaste cuando te pedí que releyeras tus carpetas.

Sí, Onofre, todo el mal está en esto:

Atacar a la FORMA antes que atacar al FONDO.

Es lo que tú haces.

Yo

Si tú lo has dicho, así ha de ser. Tú me has dado una clave para empezar a vivir. Porque voy a hacerlo, sí, voy a hacerlo. Lo que he vivido hasta hoy día no ha sido vivido por mí. Quiero quedar y no salir de esas primeras palabras que escribí al empezar mi obra. ¿Las recuerdas?

Pregunta torpe esta mía; sé que tú lo recuerdas todo. Pero, en fin, déjame repetir las una vez más, deja que ellas penetren hasta el fondo de mi ser y así puedan guiarme:

"Yo no soluciono nada... Toda mi obra será sólo una gran INTERROGACIÓN.

Es lo que hago, mi Colomba: interrogo al cielo, interrogo esta Tierra, interrogo a mis

semejantes, interrogo todo. Luego aguzo los oídos y espero. Hoy por hoy no hay ninguna respuesta; todo parece guardar silencio.

Es sentirse totalmente tonto con el recuerdo de haber sido inteligente.

Sin embargo algo me dice que estoy al borde de pasar a otra comprensión de todo cuanto es. Pero es ello algo tan difícil, tan terrible... A veces lo vislumbro pero no puedo precisarlo. Ello me recuerda a un cuadro o dibujo que he visto en alguna parte y hace de ello largo tiempo: es un hombre que se esfuerza por salir de un precipicio adonde ha caído. Creo que es de Leonardo o de Miguel Ángel; es de Leonardo, sí, estoy casi seguro de ello. Es algo así; tú has de comprender, Colomba, que basta un pequeño, un pequeñísimo resbalón o que basta cogerse mal de una rama que se quiebra y, ese hombre, volverá a rodar... Y si rueda y vuelve a caer ya no quedará donde antes estaba sino que irá mucho, mucho más bajo, irá a un verdadero infierno.

Una voz llenará entonces sus oídos, una voz que dirá: *Recomenzar* ¿Me entiendes, mi Colomba?

Recomenzar con menos fuerzas, recomenzar con el recuerdo de este primer fracaso. ¡Oh, sí, es algo horrible!

Ya te lo he dicho y ahora te lo repito:

Me siento totalmente tonto y guardo en mí el recuerdo de haber sido inteligente.

Entonces me pregunto: ¿Quién soy "yo"?

COLOMBA

Puedo responderte de inmediato:

Tú eres "yo". ¡Ven a mí, Onofre, ven a mí!

Fui hacia ella dulcemente y, ante ella, me incliné. Entonces Colomba me habló suavemente, me habló con sus ojos que yo no veía pero que presentía allá en lo alto. Me habló en silencio de esos techos que se encuentran superpuestos los unos sobre los otros y de ese pequeño agujerito que hay en cada uno de ellos para comunicarlo con el espacio que cubre el techo inmediatamente superior. Y supe que ella dibujaba una línea fina, finísima entre dos techos hasta que esta línea hallaba ese agujero, por él se introducía y pasaba a una plenitud de vida.

Hasta que... hasta que... Es decir, volvamos y volvamos a *recomenzar*. Vi otra vez a ese hombre que sale del precipicio, a ese hombre dibujado por Leonardo. Vi la tragedia de nuestra vida para todo aquel que pretende seguir adelante.

Y supe que Colomba me decía:

Onofre, no puede ser otra cosa. Tal es el tributo que hay que pagar por pasar de una esfera a otra esfera.

Yo

Ahora veo una anotación que hice hace algunos días atrás; la recuerdo; óyela,

Colomba:

"Ante Florencio Naltagua siento deseos de penetrarlo en todo cuanto dice y de seguirlo hasta en sus menores consejos; ante ti, Colomba, siento deseos de SER tú misma, de fundirme en ti".

COLOMBA

Haces bien, Onofre, en colocar a Florencio Naltagua como el ideal al que quie-

res llegar; él lo merece de ser puesto como un ideal que hay que alcanzar. Pero no te distraigas mirando demasiado para todos lados.

Se puede tener un ideal en el silencio y se puede alcanzarlo sin entrometer la conciencia en nuestra marcha hacia él.

Onofre, ¡únete a mí y encontrarás ese ideal!

Yo

Marcharé contigo. No criticaré nada sino que observaré todo. Veo allá a Onofre Borneo en medio de una juerga y rodeado de botellas y de copas que se vacian entre los amigos que beben y cantan.

Veo más alto a Onofre Boroa. Él piensa y piensa en aquel tan lejano Juan Emar.

Juan Emar está triste, está cabizbajo, ya ha perdido la fe en medio de esas botellas.

Juan Emar está alegre, está dichoso, ha recobrado la fe al ver llegar a Onofre Boroa que le ha prometido tanto, tanto...

Los dos

Y una neurosis horrible ha tomado a Onofre Boroa. Se han detenido los tres. Ahora lloran, si pudieran llorar. Ahora callan y se temen a sí mismos como se teme a una bestia feroz.

112

Creo que Colomba desapareció; creo que quedé solo ahí en esas profundidades de nuestro globo. Pero, a veces, me parecía verla y la sentía junto a mí. Entonces yo hablaba; entonces ella me contestaba y así seguimos nuestro diálogo sin pronunciar ni una sola palabra. Las ideas giraban por mi mente y no tenía medio alguno de detener este vaivén de ellas. Me aparecía el dibujo de Leonardo, el de ese hombre que trata, desesperadamente, de salir de un hondo precipicio al que ha caído. Y sobre él vi de pronto a Maribel, a la que antes había sido Teodosia Huelén y antes, mucho antes, había sido la pequeña Jateña, la hermanita de Lorenzo Angol.

Alguien me dijo, acaso fue Colomba o acaso fui yo mismo:

—Maribel ha realizado, o mejor, está realizando el que es tu supremo ideal; pero lo realiza en otro sentido, lejos de todas las neurosis, lejos de las ideas negras; siempre con una sonrisa y una alegría en su ser.

Una pregunta se formuló en mí:

—¿Por qué yo no puedo realizar este ideal? ¿Por qué he de vivir siempre en contemplación de este cerebro que vuela a su antojo y no se detiene jamás?

Y alguien me respondió, alguien que, sin duda era Colomba:

—Porque Maribel es pura y porque ella ya ha muerto.

¡Morir...!

Es lo que yo ahora deseo: ¡morir! ¡Seguir mi evolución, seguir siempre y salir de esta Tierra, en mi calidad de hombre vivo! Pues es algo demasiado torturante tener que estar aquí sometido y sometido al "tiempo", a esta manera de sentirlo como un verdadero y dominante devaneo.

Alcé los ojos y quise ver a Colomba. Otra vez había desaparecido de mi lado y otra vez me hundía en la soledad. ¿Qué soy yo si Colomba no está cerca de mí?

Soy nada más que un cerebro que piensa y vaga a su antojo sin tener ni una mano férrea que lo sostenga y lo lleve por el camino que ha de seguir. Piensa buenas cosas... a ratos. Piensa tonterías otros ratos. Ahora piensa:

Hoy es 2 de octubre de 1961; es decir, es 2 de octubre. Es pues ¡su aniversario! Es el aniversario de Tomba Montbrison. Siento de inmediato la enorme distancia que ahora nos separa. He sabido que está, allá en Cannes, enferma, vislumbrando a cada rato a esa tan terrible muerte que se cierne sobre ella.

Me veo en Fray Tomate, en mi escritorio, escribiéndole unas palabras de ayuda para que sepa que siempre su recuerdo está junto a mí. ¿Oíste, mi Tomba? Porque ahora todo ha desaparecido de mi lado: Maribel, Rubén de Loa, Saturnino, Longotoma y Jabalí Batuco, Baldomero Lonquimay con sus estrepitosos: "Brrrrrrrrrr...", Albania Codahue y su romántico Teodoro Yumbel, Diana Papudo y la Tomasa y Benilde Panilonco y Nicole Chaumont y... ¡tú también, sí, tú también, Colomba mía!

Es decir, el tiempo ha penetrado hasta este fondo y lo ha cogido todo en su suceder. El tiempo... o mi mente que ya no tiene esa mano, esa voluntad guiadora para enriarlo debidamente.

Hasta aquí conservo mis recuerdos con cierta nitidez. Un momento después era el caos. Tenía, por cierto, algunos instantes de lucidez y era en ellos cuando veía a Colomba junto a mí y hasta sentía su mano posarse sobre mi cabeza y acariciarme lentamente. Luego se iba, se iba, se marchaba muy lejos, a tal extremo que volvía toda la soledad a rodearme.

Así es que no podré anotar aquí más que algunas frases. Ellas van a aparecer aisladas y sin nexos entre ellas. Pero no era así. Siempre mantuve la clara visión de que todas ellas estaban unidas, sólidamente unidas, y que era tan sólo mi estado de neurosis, de una neurosis agudísima, el que me impedía alcanzar a coger el hilo que las hilvanaba.

¿Quién pronunció estas frases? ¿O se pronunciaban solas y yo me acercaba a su reino como se acerca, según lo dicho por Rubén de Loa, el artista a ese sereno mundo de las artes?

Sé que Colomba lo pensaba así pero, insisto, con un verdadero hilván incorruptible. También lo pensaba yo. Lo pensábamos ambos.

Voy a ellas, a esas frases. Como título les pondré:

DINTEL

¡No olvides a Onofre Boroa! ¡No te fuerces por recordarlo a todo momento! Él debe ser un ideal que tú has de guardar fielmente dentro de tu mente y tenerlo siempre presente. Pero no lo fuerces —te lo repito—, no lo violentes a todo instante.

Recuerda su marcha, recuerda su destino; él es:

JUAN EMAR

Y deja vivir en paz a Onofre Borneo. Si existe es porque algo ha de tener que hacer en tu vida. Así es que déjalo en paz.

Trátalo como a un tercer personaje, como a un amigo que te visita de cuando en cuando. Así te hará reposar.

Sí, claro está: Onofre Borneo quiere interceptar la marcha de Onofre Boroa para que éste no haga su obra.

Tal es tu problema fundamental. Con una mente aguda y alerta lograrás llegar a este fin: Juan Emar.

Juan Emar... El hombre que escribió sencillamente, el hombre que no pensó en públicos, el hombre que sintió un llamado interno que lo obligó a ponerse a la obra.

¿Qué resultó de este llamado?

Ahora vamos a verlo:

Oí vagamente hablar de ese llamado. No había nada bien formulado o, acaso, estaba todo bien, muy bien formulado en otra región de la cual sólo llegaban puntas, briznas, relámpagos hasta mis oídos.

Pues mi cabeza estaba suelta, mi cabeza se movía a su antojo y yo no veía nada que pudiera guiarla, nada que tuviera ni una intención de ser su guía.

Ahora me he trasplantado a ese estado de tan profunda neurosis. Porque me siento neurótico, sin ánimos para nada. Estoy en mi escritorio y escribo o, mejor, trato de escribir. Colomba se presenta; luego desaparece. Parece que ella trajera ideas claras; parece que ella se las llevara nuevamente.

Bien, anotaré tal cual vengan a mí esas ideas, tal como aparezcan. Estoy en un estado idéntico al estado que tenía allá en el fondo de la Tierra. Pero... ¿no estaré aún en el fondo de la Tierra?

Tal vez... No lo sé...

Algo repitió junto a mí, algo que hizo un solo momento del fondo y de mi escritorio hoy en día:

Todo el mal viene, en esta vida, de considerarla desde el día del nacimiento hasta el día de la muerte y no considerarla eternamente.

Hubo un silencio. Mientras yo pensaba o no pensaba (¿cómo voy a saberlo?) revoloteaban a mi alrededor dos palabras:

HOY-MAÑANA.

Veía que "mañana" ocupaba un lugar predominante y que "hoy" me lo saltaba, lo descuidaba pues mi mente estaba fija en lo que tenía que hacer después.

Aquí ví a Colomba, la ví de pie frente a mí. Colomba sonreía de manera estática. Murmuró:

Basta al día su afán.

Yo había pensado en eso; en ello había una gran parte de mis pensamientos. Ahora lo repetía mecánicamente. Quería coger su hondo significado mas no lo lograba.

Las galerías subterráneas eran inmensas. En ellas crujía una materia que ardía. Colomba se balanceaba junto a mí. Entonces pensé en ella haciéndole un gesto para que detuviera ese movimiento continuo.

Alargué una mano y cogí todos los papeles en que he anotado lo que me ha ocurrido aquí, aquí en el fondo de la Tierra. Los miré y los releí. Me parecieron vacíos, me parecieron literarios, me parecieron hechos de puras fórmulas y ví la diferencia entre lo escrito y lo por ella comunicado. Para que hubiera exactitud entre ambas cosas debería haber enormemente *más* palabras. Al mismo tiempo ví que debería haber *menos* palabras.

No; yo no era un escritor.

Sentí un cansancio que me invadía. Me apoyé en la nada y me dejé caer medio dormido a los pies de Colomba. Luego me dormí o, más bien, caí en un semisueño. Algo estaba despierto en mí; algo estaba dormido. Entonces oí una lejana música que, a veces, se acercaba hasta mis tímpanos y a veces se alejaba y se convertía en un lejano susurro. Había en ella, mezclado, todo cuanto yo amaba en música, es decir, todo cuanto había oído de pequeño. Pasaban notas de Beethoven, de Chopin, luego trozos de Wagner entremezclados con óperas antiguas, sobre todo óperas italianas que me hicieron recordar a Jabalí Batuco y vi sus dos bastones, uno en actividad, el otro en reposo. Junto a él reía Desiderio Longotoma, reía incansablemente y su risa provocaba la incompreensión de Teodoro, del bueno y romántico Teodoro Yumbel y de la buena de Albania Codahue.

Todo danzó a mi lado; creo que yo también dancé. Pero, no; yo estaba allí medio dormido a los pies de Colomba.

En este mundo se sufre, se sufre horriblemente. Todo cuanto hay en él está marcado por el sufrimiento. Y nosotros pasamos por el medio sin percatarnos de esas lágrimas ocultas, pasamos ajenos a ellas, pasamos preocupados de otras cosas o no preocupados de nada; pasamos sencillamente.

Sigue esa música; ella lo llena todo. Ahí está Praxedes Bagdad; a su lado está Virginia Rapel. Se acercan a mí vestidas de graciosas bailarinas. Quiero estrecharles las manos y felicitarlas por el donaire con que danzan; pero ellas ya se han alejado y son tragadas por aquellas negras galerías que se extienden hacia todos los lados imaginables. Hasta que son atropelladas por el loco, por el indómito de Baldomero Lonquimay que corre presuroso huyendo de su capa que lo persigue y que quiere, a no dudarlo, arrancarle sus barbas pelirrojas. Quiero correr a ayudarlo pues yo podré cogerme a su capa y arrancarla y dejarlo a él que huya de sí mismo. Pero el doctor Pitrufrquén me detiene y me dice:

—Un momento, señor Boroa, un momento. Venga usted conmigo y visitemos juntos a mi colega, el doctor Hualañé. Él podrá, sin tropiezo alguno, vaciarle a usted el cerebro y, una vez que esté vaciado, será la resurrección para usted. Vamos, amigo, vamos. Allí está el doctor Hualañé.

Pero una dama se interpuso entre nosotros. Tenía, ante mis ojos, ciertos rasgos algo confusos. Era alta, muy alta; a veces sus cabellos eran rubios como un sol; luego eran morenos. Me preguntó:

—¿No me reconoces?

Respondí:

—Sí, te reconozco. Tú has vivido siempre cerca de mí lista para caerme encima un día cualquiera. Bueno, aquí estoy. ¡Cógeme, cógeme y llévame adonde tú quieras que vaya! Tú te llamas...; tú te llamas...

Ella sonrió y me dijo suavemente:

—La neurosis.

—Sí, la neurosis —repetí yo y me incliné ante ella.

Pero alguien me tomó por la cabeza y me volteó hacia atrás al mismo tiempo que sonaba una alegre carcajada.

—¡Ono! ¡Onito! ¿Qué haces aquí y en semejante facha? ¡Ven a mi lado, ven! Juntos nos reiremos de las neurosis porque has de saber tú que allá, allá, junto a la órbita de Canopus, del inmenso Canopus, no hay neurosis que valga. ¡Ea, ven conmigo!

Respondí:

—No, Maribel, no puedo seguir a usted. Esta dama (e indiqué a aquella que dijo ser la personificación de mi mal) me tendrá agarrotado aquí o donde yo vaya, aquí en el fondo de este planeta, o allá en Fray Tomate, o en Curacopque, o en el taller submarino de Rubén de Loa. La neurosis me ha tocado y debo obedecer. ¡No hay más, no puede haber más!

Pero ya estábamos en el taller submarino de Rubén de Loa. Allí estaba él; a su lado estaba Huachipato y un poco más allá estaba Chacarilla. Estos dos pintaban sin cesar y desparramaban tonos muy verdes sobre sus respectivas telas. Unos enormes peces contemplaban estas obras y luego se retiraban nadando en tonos verdosos.

Maribel reía a todo momento. Luego me llamó y me propuso ir a dar una vuelta por una calle cualquiera. Le obedecí de inmediato y junto salimos por la calle del Cura Párroco.

—¿Reconoces dónde nos hallamos? —me preguntó Maribel.

—¡Por cierto! —respondí—. Caminar un poquito más y llegaremos a la calle del Oratorio donde usted Maribel habitó mientras vivía en esta tierra tan linda, tan sumamente...

—Te aseguro, Ono querido, que es mejor habitar donde habito yo ahora, en el universo entero, entero —¿me oyes?—, en este universo sin tiempo y con eternidad.

—¡Todos llegaremos a vivir como vive usted, mi querida y mil veces queridísima Maribel, Teodosia, Jateña!

—Sí —me respondió—, todos vendrán un día a habitar conmigo. Pero por el momento... ¡toma! —y me alargó un libro.

Lo miré y luego busqué un asiento cómodo. Estábamos en un pequeño salón bastante bien arreglado y lleno de flores por todos lados. Del techo caían también otras flores.

—Maribel —dije—, no reconozco su casa del Oratorio. Esta es tan hermosa como la suya pero es diferente; ¿no es así?

Ella rió como un cascabel. Al fin murmuró.

—Estamos en otra casa, tienes razón. Porque ahora todas las casas me pertenecen y entro y salgo de ellas a mi antojo. Esta casa está en la calle de las Once Mil Vírgenes. Por esa ventanita podrás ver los árboles del Zoo de San Andrés y podrás verlos enredados en el rugido de las fieras.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Rugen mucho esas fieras?

—Sí —me contestó—, Rugen sobre todo cuando son visitadas por tu amigo Lorenzo Angol.

Me asomé por aquella ventanita y vi las hojas de los árboles que se mecían y vi además a una pantera que las contemplaba. Contemplándolas a ambas, a hojas y fiera, estaba mi amigo Lorenzo Angol.

—¡Salud, salud, Lorenzo! —grité.

—¿Salud, Onofre —me respondió.

—Espérame un momento; voy en seguida; quiero conversar mucho contigo.

—Bien —dijo—. Aquí te espero y puedo esperarte cuanto tiempo quieras. Yo también deseo conversar contigo.

Me eché el libro que me había dado Maribel a un bolsillo y, un minuto más tarde, estaba junto a Lorenzo. Es decir, estábamos los dos sentados en su escritorio de Fray Tomate. Era la calma absoluta. Le dije:

—Maribel me ha dado este libro y ya lo he leído entero. Me gustaría saber tu opinión sobre él. ¿Qué te parece?

Lorenzo lo cogió y lo miró largamente. Luego leyó su título:

Niños en Soledad, Su autora: Gabriela Yáñez de Figueroa.

Le dije:

—Es la eterna cuestión, Lorenzo: sufrir y sufrir todo el tiempo. He visto centenares de colegios como puede verse la cosa más indiferente en el mundo. Ya ves tú ahora: ¡qué de miserias, qué de congojas, qué de sensaciones reprimidas hay en todas esas niñas y niños! Ahora veo a Graciela en su intento de suicidio, a María Luisa, a Natalia, a la rubia y a la morena, a Cristina y ¡qué sé yo cuántas más! ¿No lo piensas tú así, mi querido Lorenzo? Sobre todas ellas se cierne la figura de esa mujer grande que dijo llamarse Neurosis.

De pronto desperté y miré a mi lado. Estaba solo en el fondo de la Tierra. Me incorporé. ¡Nadie! Me hallaba en la soledad absoluta allí. Todo giraba a mi alrededor. Luego aquello se pobló y, junto a mí, aparecieron una infinidad de personajes. Entonces exclamé con toda mi voz:

—¡Habéis de saber que yo tengo dos mentes! ¡Sí, dos mentes! Una de ellas es ésta que oye cuanto se dice a su lado y es la que piensa libremente y por su propia cuenta sin consultarme para nada. La otra mente se inclina hacia Colomba, siempre hacia Colomba. Y ella ahora no está, ha desaparecido.

Ninguno pareció escucharme. Sólo vi que levantaban los hombros. Luego me volvieron la espalda. Miré, entonces, hacia el sitio que ella ocupaba siempre. Allí volvía a estar pero dándome la espalda. Me miró por encima de su hombro. Su vista no se detuvo en mí sino que siguió hacia otros confines. Poco a poco se diluyó y su sitio vino a ocuparlo aquella dama llamada Neurosis.

Entonces huí desesperadamente por galerías y túneles, por entre metales en fusión, por entre llamas, saltando por encima de cavernas y precipicios; huí sin saber por dónde ni cómo. ¿Qué podía hacer sin mi Colomba?

La voz de Lorenzo se oyó a mi lado. Me explicaba:

—Haces bien, Onofre, en huir así. Vuelve a los matorrales de la isla del Olor de Santidad y vamos hasta casa. Allí podremos descansar un buen rato y, esperemos, se te pasará esa terrible neurosis que te tiene tomado. Te hablaré de otras cosas; te dejaré descansar si lo deseas. ¡Vamos, Onofre, y lleguemos a Fray Tomate!

—Sí —le respondí—, sé que hago bien; pues he perdido lo único que habría podido salvarme y volver a ponerme en mi normal situación, lejos de estas neurosis que ahora me han acometido.

Así corrimos ambos. Por fin llegamos a la isleta del Olor de Santidad. Salimos y, recuerdo, respiré hondamente un aire lleno de perfumes de flores. El tránsito intenso estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio. Pero me apoyé en el brazo de mi amigo Lorenzo. Juntos caminamos hacia Fray Tomate.

A los pocos pasos, Lorenzo entró en una cigarrería. Yo lo esperé afuera mirando distraídamente ese ir y venir de carruajes y de gente. Allí estaba cuando se me acercó, siempre elegantísimo y tan correcto como la corrección misma, Palemón de Costamota. Me alargó su mano que yo estreché de inmediato. Él se inclinó y me dijo:

—Palemón de Costamota, un eterno servidor de usted.

Yo le respondí:

—Onofre Bor..., Bor...

—¿Bor... qué?

Me repuse y grité:

—Onofre Borneo, también un servidor de usted.

Él agradeció y se alejó. Lorenzo salía en ese momento de la cigarrería y me ofrecía un pitillo. Así, fumando, nos encaminamos hacia Fray Tomate.

113

Yo

Me encuentro mejor aquí en tu departamento. Voy a reposarme en este sillón. Dejaré que la neurosis, ya sea bien ataviada como aquella dama del fondo de la Tierra, ya sea ataviada en la forma que ella desee, haga de mí lo que se le ocurra. Has de saber, Lorenzo, que he terminado por perder a Colomba. Yo, sin ella, no soy nadie, soy menos que nadie. Resposemos.

LORENZO

Cada uno lleva su mal consigo. El mío no me abandona tampoco. Hace un momento estaba conmigo allá en las galerías de bajo tierra, en esos túneles profundos; ahora ha venido hasta Fray Tomate y aquí está.

Yo

¿En qué consiste tu mal?

LORENZO

En una búsqueda ininterrumpida, en una serie de complicaciones que me asaltan. En ellas prima el sexo. Ahora se me presenta aislado, ahora que ya las Berguibendas (como tú las llamas) me han dejado o yo las he dejado. Es, acaso, mi edad; ya he cumplido más de 61 años; ya voy a tener 62 años.

Onofre, ha llegado el momento en que me enfrente cara a cara con mi lascivia. Allí la veo cobrándome cuentas en silencio; la veo como un fantasma mudo con el que no hay necesidad de pronunciar palabra alguna. Pero yo sé que tengo que explicarle mi procedimiento de antaño. Pero vamos por parte, Onofre.

Yo

Te escucho, Lorenzo. Tal vez tú creas que estoy distraído o que sólo te escucho a medias. No; es la única manera de poder escuchar cuando uno se encuentra en el estado en que yo me encuentro. Habla, por lo tanto.

LORENZO

He leído en Ouspensky algo que me ha llamado mucho la atención. Es en su libro *Un nuevo Modelo del Universo*, en el capítulo en que habla del sexo y la evolución. Allí dice:

El nacimiento místico del hombre, del que hablan varios sistemas, se basa en la transmutación, es decir, en la transmutación de la energía sexual.

Porque hay algo cierto. La energía que necesitamos para "continuar nuestra especie" es apenas un poco de toda la energía sexual que tenemos. Lo que resta debemos transmutarlo en el servicio de nuestro ser interior. Tal es mi problema y a tal me dedico día y noche, sin cansancio.

Yo

También leí, hace tiempo, ese libro y, puedes creerme, lo leí con gran interés. Ahora lo había olvidado, ahora estaba sumergido en el olvido pues en mí no hay nada de mi pasado; todo él parece haberse replegado en una parte mía que no tengo el don de poder coger.

¿No lo crees? Mis ideas dan vueltas y más vueltas. Mis ideas pasan por las muchachas, las Berguibendas, que también ha habido en mi vida. Y apenas quiero retener en una de ellas, esa ella ya se ha marchado y toda mi atención se fija en otra cosa que, por lo general, no guarda interés alguno con lo que quisiera pensar. Es algo verdaderamente atroz.

LORENZO

Luego Ouspensky me llevó a otro terreno. Pudo haberme llevado a este terreno en el curso de toda su lectura, de toda ella. Pero... ¡qué quieres! Yo lo leía y de pronto me detenía y entonces éramos uno solo, el autor y yo. Luego el autor seguía férreamente desarrollando sus temas; yo... volaba hacia otros puntos lejanos.

Tú me lo has evocado al decirme que tu atención se ha fijado en cosas que tú no esperabas ni querías pensar. Óyeme bien, muy bien, Onofre. Oye lo que dice Ouspensky.

Hablamos solamente de la cabeza, del pensamiento cerebral, y le atribuimos la parte principal del trabajo de crear sueños a la vez que de pensar. Esto es completamente erróneo. Nuestras piernas también piensan, piensan completamente de un modo independiente y diferente a la cabeza. Los brazos también piensan, tienen su propia memoria, sus propias imágenes mentales, sus propias asociaciones. La espalda piensa, el estómago piensa, cada una de las partes del cuerpo piensa independientemente. Ninguno de estos procesos de pensamiento llega a nuestra conciencia en un estado de vigilia, en el momento en que el pensamiento mental, el de la cabeza, operando especialmente por medio de palabras y de imágenes visuales, domina todo lo demás.

Onofre, tú comprenderás cuánto ha de pesar en mí todo lo que se refiere al sexo. El ha de tener su vida propia, ha de sufrir y ha de gozar, ha de tener los celos y la máxima satisfacción. Él ha de llevar una vida completamente aparte a la mía que sigue dominada por el cerebro haciendo caso omiso a la voz de las otras partes de mi organismo.

No puede venir más que de esto esa distancia que siento, después del acto, por la mujer que se me ha entregado. Pues el sexo se ha retirado ya satisfecho y yo quedo sólo con mi cerebro que ha sido distraído, que ha sido sacado de sus propias preocupaciones.

Yo

Tengo miedo, Lorenzo, miedo de tomar cualquier resolución, miedo de moverme, de hacer un esfuerzo cualquiera, de hacer el menor esfuerzo. Necesito ver un médico que me examine a fondo y vea cuáles son las causas de esta neurosis que me ha tomado. Sé que si quedo aquí, en San Agustín de Tango, la cosa me va a resultar peor. Y te diré la verdad: tengo miedo de mí mismo.

¡Ver siempre las mismas calles y los mismos paseos! Y en cada uno de ellos aparecerá una imagen olvidada que me hará recordar que en un tiempo yo vivía y actuaba según una mente guiadora.

Lorenzo, hoy día, vuelvo a repetirlo, soy un hombre que vagamente recuerda que en un tiempo fue inteligente.

Habla Ouspensky sobre algo que tiene mucha relación con tu estado de ánimo. Deja buscarlo y te lo leeré. Aquí está. Dice así:

Debemos recordar a todas estas obscuras gentes que escuchan a las puertas de nuestra conciencia, derivando sus conclusiones de lo que oyen, dejándose llevar con increíble facilidad por tentaciones y por temores de todas clases y empujando a correr a toda prisa con pánico al más ligero contacto de cualquier ligero pensamiento, ya sea el de que perdamos el tren o extraviemos una llave. Debemos aprender a tomar en cuenta la importancia de estas crisis internas, o, por ejemplo, de la terrible depresión que de repente nos asalta ante la vista de un cielo gris y de la lluvia que empieza. Esto quiere decir que las conciencias internas han escuchado una frase casual:

—¡Qué tiempo más malo!

Es una frase dicha con mucho énfasis y ellos la han entendido a su modo, diciéndose que ahora el tiempo será siempre malo, que no hay salvación alguna y que no vale la pena vivir o trabajar más.

Y esto que te he leído empieza volviendo al mismo tema del que ya hemos hablado hace un momento. Óyelo bien:

El hombre está formado por un número infinito de vidas. Cada una de las partes del cuerpo que tiene una función definida, cada órgano, cada tejido, cada célula, tiene su vida separada y su propia conciencia separada. Estas conciencias se diferencian mucho en su contenido y en sus funciones de la conciencia intelectual-emocional que nos es conocida y que pertenece al organismo entero. Pero esta última conciencia no es de ningún modo la única. No es ni siquiera la más fuerte ni la más definida.

Así sigue hablando de esta verdadera batalla de las diferentes conciencias que hay en nosotros.

Yo

He estado varias veces en La Torcaza. Me he paseado por los cerros cercanos, por el jardín, por los pequeños bosques que hay allí; he deambulado por las casas. En fin, he hecho la vida que en ella me es habitual.

Lorenzo, La Torcaza está igual; nada ha cambiado en ella por mi estado de ánimo. Por ella se paseaba un hombre, te lo repito, que en otra época fue inteligente y que se comunicaba positivamente con sus rincones todos. Ahora allí estaban y me decían:

—¿No ves todos los encantos que hay aquí?

Yo le respondía:

—Sí, los veo pero mi mente no obedece a ellos; ellos quedan fuera, muy fuera de lo que ahora logro pensar, logro concebir; se esparce alrededor de tus encantos un silencio insoportable.

También he estado en tu fundo, en La Cantería; también he visto, desde las ventanillas del tren, los campos que desfilaban a mi alrededor. Créeme, Lorenzo, todo era el mutismo

absoluto. Ante un grupo de árboles que se alzaban frente a un picacho nevado, oí que ellos me hablaban sobre sus incontables bellezas. Una chica llegó hasta ellos y saludó el tren que pasaba veloz. Igual cosa: vi todo lo que ese saludo llevaba en sí, lo vi, lo sentí y pasó, en mí no dejó nada de nada. En cambio, en otros tiempos...; ahí, en ese saludo habría empezado todo un sueño que me habría llevado hasta regiones verdaderamente inefables y grandiosas.

Ahora, no. Te lo repito: el mutismo absoluto de gestos que se hacen automáticamente sin tomar en cuenta nuestra mente.

¡Es algo atroz, Lorenzo, atroz!

LORENZO

Entonces agrega y yo lo sigo con el más alto interés que puede haber en mí:

Solamente en virtud de su posición, por así decirlo, en los límites entre los mundos externo e interno recibe una atención predominante y la posibilidad de que sugiera muchas ideas a las obscuras conciencias internas es mayor. Las conciencias interiores están escuchando constantemente la voz de la razón y de las emociones. Esta voz las llama, las somete a su poder. ¿Por qué? Puede parecer extraño, al ver que las conciencias internas son con frecuencia más sutiles y penetrantes, pero viven en la obscuridad, dentro del organismo. La conciencia cerebral aparece ante ellos como sabiendo más que ellas mismas, como si ella estuviera vuelta hacia el mundo externo. Y toda la multitud de obscuras conciencias internas va incesantemente tras la vida de la conciencia exterior y lucha por imitarla. La conciencia cerebral ignora esto totalmente y les ofrece miles de sugerencias diferentes, que son a menudo contradictorias, absurdas y dañinas para el organismo.

Las conciencias internas forman una multitud de provincias que escuchan las opiniones de los habitantes de la capital, que imitan sus gustos, sus maneras. Lo que la "mente" y el "sentimiento" dicen, lo que ellos hacen, lo que quieren, lo que temen, llega inmediatamente al conocimiento...

Y Lorenzo repitió:

al conocimiento...

al conocimiento...

Entonces le dije o tal vez creí decirle:

-Por favor, Lorenzo, no leas más. Ya no te entiendo bien lo que estás leyendo. Tengo sueño, tengo ganas de ir a mi departamento y echarme a la cama y reposar.

Él me respondió:

-Yo también estoy cansado, también quisiera reposar un rato. Es lo mejor que podemos hacer: echarnos a la cama y dejar a nuestro cuerpo que descansa tranquilamente. Después te seguiré hablando sobre la independencia de mi sexo. ¡Ouspensky me ha ayudado tanto, tanto sobre este asunto!

Me despedí y pasé a mi departamento. La Zoraida me arregló mi cama. Me desvestí y me acosté. Un minuto después dormía; es decir, dormía mi cuerpo, dormía esta cantidad de materia física que tenemos que acarrear día y noche por todas partes.

Soñé.

Soñé con enormes galerías, con enormes túneles que me parecieron subterráneos. Por ellos caminaba yo con una tranquilidad que me sorprendió a mí mismo. Recuerdo que pensé que acaso iría a encontrarme con ella, con Colomba. Acaso había entrado nuevamente al mundo del más allá. Pero no era Colomba; era Lorenzo Angol el que avanzaba hacia mí.

Lorenzo avanzaba lentamente, avanzaba sin necesidad de llevar su cuerpo con él. Lorenzo también había dejado su cuerpo reposar tranquilamente en su cama. Al encontrarnos me dijo:

—Onofre, estamos más ligero así. Caminemos un poco más y nos encontraremos con aquel que yo busco desde hace tanto tiempo.

—¿Quién es el? —le pregunté.

Me respondió:

—Florencio Naltagua.

En efecto, allí estaba. Nos dirigimos hacia él. Nos inclinamos ante su presencia. Sentimos ambos que el mundo de la muerte se hacía vivo en torno nuestro. Y sin pronunciar palabra hablamos.

114

Florencio Naltagua, inmóvil y en silencio, nos dijo:

—Frecuentáis a menudo este mundo de los muertos. Pues por mucho que tratéis de permanecer siempre entre los vivos, tarde o temprano, llegáis a él. Esta asiduidad os será de gran provecho. Pues es irse acostumbrando a una parte de vuestras vidas que pesa tanto como la que ahora hacéis.

Guardamos silencio y esperamos. Después de un rato (¿cuánto sería este rato?) Florencio habló de Anam, ese “ángel y amigo” de mi amigo Lorenzo. Para ello citó a Rudolf Steiner y nos hizo entender sus palabras que nosotros escuchamos a pesar de que el silencio era absoluto en torno nuestro.

Florencio y el ambiente resonaron con estas palabras de *Visiones del mundo espiritual*. Las citaré para guardar un recuerdo de aquel momento:

Supongamos que un hombre ha nacido en la segunda mitad del siglo XIX y, por consiguiente, estuvo en los mundos espirituales durante el comienzo de este siglo y el final del precedente. Desde allí miró a las personas importantes que tuvieron influencia en nuestra civilización durante esa época. Entre ellas hubo varias que admiró especialmente y le fueron queridas; una de nuestras experiencias es ésta: mirar hacia las personas que se desenvuelven aquí. Al obrar así, tenemos influencia real sobre ellas, pero no de un modo que interfiera realmente en su libertad sino más bien de manera tal que la sensación de ser observados por alguien del mundo espiritual surge en sus almas. De este modo, los seres humanos de la Tierra son estimulados a ser activos y creadores por las almas que van a nacer

después de ellos y que ahora los están observando. Esto puede ocurrir en cosas íntimas y también en asuntos más amplios.

LORENZO

Siempre me he inclinado, con cuanto respeto he podido, a ese que yo llamo ANAM. Siempre he oído su voz y he sentido su presencia junto a mí. Es él, pues no puede ser otro, el que ha disminuido hasta hacer casi desaparecer, esa fiebre que me impulsaba hacia el amor desenfrenado de las mujeres todas. Acaso es también mi edad. Pero... ¡no! Ahora lo veo con suma claridad, ahora que mi cuerpo duerme tranquilo allá en mi cama. Porque me siento más ligero; tal vez como te sientes tú también, mi querido Onofre; ¿no es verdad?

Yo

Sí, Lorenzo, es verdad. Me siento tanto en el otro mundo como me siento en aquel en que mi cuerpo duerme.

Pero tuvimos que callar. La presencia de Florencio se impuso ante nosotros y por un pequeño signo (¿era un signo?) obedecimos a su voluntad. Entonces él nos hizo entender en medio de aquel inmenso, de aquel penetrante silencio que ya era nuestro medio ambiente, quedamente nos hizo entender:

FLORENCIO

Debéis dejar que las cosas sucedan; no debéis apresurarlas, no debéis retardarlas; que ellas sucedan según la voluntad que hay en ellas mismas. Y al suceder así, miradlas y doblegaos a su voluntad sin jamás llenarlas con vuestros desmesurados proyectos.

Hay una frase que yo quisiera que jamás fuese pronunciada por vosotros. Hay una serie de frases de esta índole. Por ejemplo:

"Cuando suceda esto y aquello, yo haré tal y tal... Luego haré tal otra cosa... Entonces Fulano me responderá así... Y junto a nosotros, Zutano obrará de tal manera... Yo, entonces, procederé del modo siguiente..."

Tal es vuestra manera habitual de pensar, tal es vuestra manera de disponer del orden de las cosas.

Yo os pregunto:

—¿Quiénes sois vosotros para disponer del orden de las cosas?

En realidad: ¿quiénes éramos nosotros...?

Oí la bocina de un auto; se asomó la Zoraida y, tratando de no hacer ruido, me depositó en mi velador una taza de café; luego oí una charla callejera; luego llegó hasta mí el murmullo de toda la ciudad trepidando.

Desapareció de mi lado Lorenzo Angol; desapareció también el ahora aparecido de Florencio Naltagua. Mis manos palparon todo mi cuerpo. Abrí los ojos. Y me encontré echado en mi cama. La Zoraida me miraba; me dijo:

—Señor, si acaso está usted cansado, tómese esta tacita de un rico café preparado por mí.

Respondí:

—Gracias, Zoraida, me lo tomaré.

Y ella partió. Luego encendí un cigarrillo y me desperecé. Me acuerdo que bostecé dos veces. De pronto me miré a mí mismo y me palpé repetidas veces. Al fin me pregunté:

¿Estoy vivo aún?

Y toda la monotonía de la vida cotidiana se desplomó sobre mí. Era el completo des-

ánimo que nuevamente me invadía, la postración completa. La neurosis estaba otra vez junto a mí. No sé cómo estaba ataviada, no sé si era una dama suntuosamente vestida o una pobre mujer harapientemente cubierta de andrajos.

La neurosis... Allí estaba. No tenía más que someterme a ella. Llamé a Lorenzo, lo llamé con todas las fuerzas de mis pulmones. Mi grito se perdió en el vacío. Llamé entonces a Florencio. Igual cosa. Llamé a Colomba. ¡Nada, nada!

Me vestí; me tiré cama abajo y me sacudí como un perro que recién sale de las aguas. Llamé a la Zoraida y le pedí que preparara el baño, que lo preparara rápidamente. Unos minutos más tarde me zambullía y me jabonaba frenéticamente. Después de enjuagarme me detuve y miré la tina y el agua. Sí, no había más: debería bañarme una segunda vez; así esta terrible neurosis que me invadía quedaría en las aguas y luego, al vaciarse la tina, se iría, se iría, se iría. Y yo saldría por las calles, saldría con altivez y me envolvería en mi propia arrogancia.

La cosa era simple, era extremadamente simple. Voy a anotar cómo reflexioné y se verá que, en mis reflexiones, no hay falla de ninguna especie; es la simpleza y la claridad misma. Eso es, la claridad, la claridad... la claridad; lo que los franceses llaman su cualidad principal, por la que se ufanan y, así, bien ufanos, van por las calles con suma altivez y suma arrogancia.

Quedé un momento en meditación. Mi cabeza zumbaba y no llegaba a formular ninguna idea que estuviera de acuerdo con esa altivez y arrogancia que pronto me iría a acompañar. Supé, eso sí, que los franceses no van por las calles con altivez y arrogancia; van como todo el mundo. Depende de las características de cada cual el ir de este o de aquel modo, depende de...

-¿Eh, Zoraida! ¡Zoraida! ¡Otro café, por favor!

Era, tal vez, lo que me faltaba: otro café. Acudió la Zoraida trayéndome otro café. Salí del agua y me dirigí a mi cuarto. No, no era café lo que faltaba. Miré mi cuerpo desnudo bajo la larga sábana. El baño me había hecho bien, sin duda. Otro baño me haría aun mejor. Corrí hacia la tina y volví a llenarla. La verdad es que no me atreví a importunar a la Zoraida; no, no había que importunarla. Me bañé, pues, por segunda vez mientras pensaba que ahora sí, sí, sí, volvería a reconquistar toda esa gran altivez y esa no menos grande arrogancia que durante tanto, tanto, tantísimo tiempo habían sido mi característica, habían sido mi salud, habían obligado a gritar a aquellos que me veían pasar altivo y arrogante, a gritar con voces, con voces, con voces...

No, no es "voces destempladas" lo que corresponde; ni es "voces agudas"; ni es...

¡Al diablo con el adjetivo que corresponda para determinar debidamente la calidad de esas voces que... que... nunca nadie ha pronunciado, ni siquiera quedamente, al pasar yo frente a ellos! Nadie nunca; nunca nadie; nadie nunca; nunca nadie...

Un baño me era imprescindible. Un momento después me bañaba y me jabonaba y me sentía contento al verificar que lo pensado por mí al salir del agua la primera vez, ahora lo realizaba sin mayor tropiezo. Ese contento me inundó. ¿Se habría terminado mi neurosis? Bien podría ser; claro está; bien podría ser. Entonces un tercer baño sería el santo remedio. Salí del agua para vaciar la tina y volver a llenarla. Mas cuando estuve fuera sentí que no era esa la solución. Volví lentamente a mi cuarto y muy lentamente me vestí. Bajé, también con lentitud, los seis pisos que me separaban de la Plazoleta de Fray Tomate. Allí, en esa plazuela debería empezar la vida, debería marcharse para siempre esa neurosis que *había simulado cogerme*.

Crucé, siempre a grandes pasos, el puente de los Concilios Ecuménicos y me engolfé por las calles céntricas de este sin par y sin igual San Agustín de Tango. Dejé atrás el Paseo del Corderito Pascual y entré por la calle del Pentecostés. En esta calle y en la esquina de la calle del Pecado Venial me detuve; o fui detenido; o me detuvieron; o, acaso, me...

No pude formular lo que acababa de sucederme. Allí quedé estático. Vi ambas calles —una frente a mí; la otra a mi lado derecho y a mi lado izquierdo—, las vi perderse hasta el más negro de los infinitos, hasta un infinito sin sentido, sin una sola significación, las vi existiendo para que pasaran y pasaran y volvieran a pasar, siempre, eternamente, esos miles, esas decenas de miles, esos millones de transeúntes que van y vienen haciendo valer hasta la gloria, hasta dejarlo cubierto, miles de veces cubierto de honra y reputación a ese ir y venir que de nada sirve, que nunca jamás de nada ha servido y que no servirá tampoco en el correr de los siglos por mucho que ellos corran y corran y corran y sigan corriendo; pues esos transeúntes ya habrán muerto todos ellos y serán otros los que vendrán a ocupar su sitio. Y éstos seguirán pasando y pasando, siempre, siempre, eternamente. Eternam...

“Eternamente” viene de la palabra “eternidad”. Palabra que durante tantos años me ha obsesionado y que ha sido el tema de mis meditaciones. Ahora, esa eternidad, se iba llevada por cada uno de esos miles de transeúntes, por esos millares y millones y billones y trillones y... ¡Basta, por favor, basta!

Me afirmé contra un poste del alumbrado. Creí que allí iría a morir. Todo giró a mi alrededor.

—¡Salud, Onofre! —me gritó alguien de entre ese remolino.

—Salud —contesté.

Y pasó una dama muy elegante, elegantísima. Me miró y me hizo una venia a la que, por cierto, me apresuré a responder.

—Tu hermana María ¿está bien?

—Muy bien, gracias, muy bien —respondí.

Y la dama desapareció en medio de aquel tumulto de gentes, de gentes que buscan la eternidad caminando por las calles y por las avenidas y por los paseos y plazas y parques y saliendo, en verano, a veranear a algún balneario o a un fundo o —lo que a mí me contaba, justamente esa hermana María por quien me había preguntado la dama elegantísima! —o no yendo ni a un balneario ni a un fundo y encerrándose en sus casas sin asomar ni siquiera la punta de la nariz para que nadie supiera ni sospechara...

—¡Salud, viejo!

—Salud.

—Adiós; ¿mucho tiempo por estos mundos?

—Muchísimo —y sonreí amablemente mientras ese venerable sujeto se perdía entre la multitud.

Resolví avanzar unos pasos más, avanzar resueltamente y sin vacilaciones de ninguna especie, con altivez y arrogancia. Pues yo tenía tanto derecho como los otros a sumergirme en ese mar, en ese océano de gentes. Porque océano es mayor que mar y bien podría haber un superocéano que cubriera todo el globo entero no dejando más que una pequeña, una pequeñita islita, sí, una islita movible que navegara llevándome a mí y brindándome gran cantidad de comestibles y para beber, pues tendría un...

—¡Alto ahí! —me gritó una voz conocida—; ¡alto ahí!

Y la diestra de Eusebio Palena avanzaba hacia mí. ¡Menos mal! Un amigo y genial por añadidura. En ese océano de gentes había también sus excepciones. A su lado estaba la

otra mitad de su vida, Polinesia Loncotoro. Ésta me saludó rápidamente, se acercó a Eusebio y le murmuró:

—No olvides; tengo hambre.

Entonces Palena me cogió de un brazo y, haciéndome marchar junto a él, me dijo:

—Vamos al Bar Loventó. Allí podré leerte mi última, y no la última, de mis Zambafusas; es decir, la que acabo de terminar. Quiero tu opinión, mi querido amigo, tu opinión sincera pues me ha costado un trabajo feroz. ¡Ea, vamos al Bar Loventó! Allí se preparan unos de esos espléndidos comestibles que tanto gustan a mi querida y fiel Polinesia. Ella comerá; nosotros, con una copa, ante nuestros ojos y entre nuestros dedos, nos entregaremos a las profundidades de las letras. ¡Ea, vamos!

Para allá fuimos. Poca gente a causa de la hora. Pronto se nos acercó el camarero. Ambos pedimos sendas naranjadas; ella, Polinesia Loncotoro, pidió un churrasco, ¡otro más!, y nuestro ambiente se hizo perfecto.

Palena tosió; Palena probó su naranjada; Palena volvió a toser; luego se explicó así:

—Amigo Boroa; sí, he dicho Boroa y jamás me atrevería a llamarte Borneo; amigo Boroa, tú habrás notado que todas mis Zambafusas tienen, en su intrínseco interior, una marcada nota ascendente que ha de llevarlas a alturas que aun no sospecho ni vislumbro. Pero no debo detenerme, no y no. Debo seguir esa marcha por descabros que ella me traiga. Ante cada infortunio debo doblar, y aun triplicar, mis fuerzas y luego debo arremeter a otra Zambafusa. ¡Ya pasó mi época pasada! ¡Ya pasó aquello de Van Aken y del lápiz y columpio de aquellas niñas y todo lo que producía mi cabeza en ese lejano pasado. Te repito: ¡pasó mi época pasada! Y esto no es una redundancia palabreril; es la verdad absoluta pues yo, yo, sí, yo (se inclinó hacia mí y me murmuró al oído) soy ahora otro hombre desde que conozco a esta sin par mujer de Polinesia Loncotoro. ¡Ella me inspira; ella, con sus churrascos, me lleva a la celestial literatura! Amigo Boroa, óyeme debidamente y en silencio.

Un silencio. Polinesia devoraba su churrasco. Palena se frotó ambas manos y tosió varias veces; bebió también un gran trago de naranjada y volvió a toser. Luego esperó unos instantes. Por fin leyó, con voz nítida, su última creación.

Zambafusa N° 19

No hemos tenido la suerte de compulsar los archivos ni la expresión del cocinero que se apoda Gastón pues quiero alcanzar aquella muy linda ciudad y, por encima de ella, quiero alcanzar esa unidad.

Una mirada sobre el mapa de la Sociedad Industrial de aquel confusiónismo y de la tranquilidad de un corcel, por virtud de su propia acción, cuando vino a él y yo contemplé el más alto de los picachos y la notable exposición del mecanismo y objeto de la creación.

Puede ser sólo un documento que trata del gobierno; todo ello a fin de ganar tiempo si había poco lugar para demostrar a los dioses la Primera Dinastía. La verdad estaba, ciertamente, en esos dos que pasarían algunos siglos al cabo de algunas semanas. Pues la vida de los reyes contestó mi pregunta proporcionando las reglas de Pitágoras y de Isócrates.

¡Fue aquella una época activa! Oí, entonces, que se me interrogaba:

-¿Quién es éste?

Y Mambrino respondió:

-Un churrasco.

Que se trate de la correspondencia o de la cartomancia, la naturaleza es siempre un alto atlas moderno del alma que está por los miembros difusos. Pues al ser un retrato de aquella Piedra Filosofal, ha de decir con Mambrino y ha repetirlo con San Dionisio:

-¡Un churrasco!

Quedé en silencio. Yo no creo, empero, que pueda aplicarse principalmente a la encina si el papel de los movimientos psíquicos, la bella hembra cerca del orificio, por curiosidad de la oruga, no ha tenido el clamor único en su negra boca, el clamor que explica:

-¡Un churrasco!

Quedé atónito, quedé pasmado después de oír esta magnífica prueba del talento sin par de mi amigo Eusebio Palena. No pude menos que prorrumpir en las más ardientes felicitaciones ante su talento. Pero no pude seguir pues, de pronto, sentí que esa tremenda neurosis había atravesado también el umbral del Bar Lovento y otra vez se presentaba ante mí. No supe si estaba ataviada con ricos encajes o si apenas se cubría con sucios andrajos. Miré hacia el vacío, miré al camarero, miré a la buena amiga de Polinesia Loncotoro. Polinesia seguía devorando con todas sus mandíbulas en función; me echó una mirada de soslayo y me preguntó.

-¿No quiere comer un churrasco?

-Quiero irme, irme -le respondí.

Palena me contempló abismado. Terminó de un sorbo su bebida y prorrumpió con voz algo colérica:

-¡Qué! ¿No ha sido de tu gusto esta mi última Zambafusa? ¿Es ello posible?

Respondí con precipitación y humildad a la vez:

-¡Oh, no, mi queridísimo amigo, oh, no! Con el corazón en la mano puedo asegurarte que jamás mis oídos han experimentado una sensación tan soberbia. En esta Zambafusa sobrepasas todos los límites que un escritor puede alcanzar. Tu Zambafusa es una cosa magnífica, admirable. Quisiera aprenderla de memoria y así poder recitarla para... para... para...

-¿Para qué? -me interrogó intrigado.

Le repondí:

-Para matar esta espantosa neurosis que me tiene agarrotado. Así es que... ¡perdóname, buen amigo! Necesito salir y moverme. ¡Perdóname! Perdóneme usted también, mi querida Polinesia.

Ella me echó otra mirada de soslayo y volvió a preguntarme:

-¿No prefiere comer un buen churrasco?

Le respondí:

-No, muchas gracias, prefiero marcharme hacia donde el destino quiera llevarme.

Palena iba a terciar en nuestra pequeña discusión; pero Polinesia le argumentó:

-¡Déjalo, Eusebio, déjalo! Quiere irse y... ¡que se vaya aunque no haya probado ni un medio churrasco!

Y me fui. La Zambafusa de mi amigo zumbaba en mis oídos pero pronto fue tomada

por ese océano de gente que marcha sin saber. La neurosis había vuelto a tomarme y me tenía cogido en forma férrea. Caminé, caminé sin sentido. Alguien me dijo:

—¡Adiós! ¡Chao!

Respondí:

—Adiós... Chao...

115

Me fui por las calles interminables. ¿Qué hacer? Me fui por esas calles navegando —y no creo exagerar al decir de este modo: “navegando”—por ese océano de gente. La mayoría me era totalmente desconocida. San Agustín de Tango estaba habitado por otras gentes. No quedábamos en él más que Eusebio Palena y Polinesia Loncotoro. Y yo, yo, si puede decirse que yo quedaba en medio de ese tumulto sordo, negro, moviente. ¿Hacia dónde ir? ¿A quién ver? Verme a mí mismo sería lo mejor si tuviese un par de ojos posibles de volverlos a mi interior; si tuviese un poco, un algo de interior que pudiese ser visto.

Caminé, caminé. Era por una ironía que las calles mantenían sus mismos nombres y que los edificios presentaban el mismo, el exacto dibujo que antes habían presentado.

Seguirían presentándolo siempre, siempre; yo moriría y se realizarían mis funerales sin ser seguidos por nadie. En cambio seguiría el Ayuntamiento y la Plaza de la Casulla y el monumento del Hemíono y todo, todo lo que ahora me aprisionaba y ahora me acorralaba. No hay más: caminar y caminar, torcer esa esquina y seguir caminando.

—¡Chao!

—Chao...

Caminaba y me alejaba del punto en que acababa de estar. Y volvía hacia otro punto igual. Huía, huía de este punto. Y volvía a otro punto semejante.

—¡Adiós!

—Adiós...

En esta ciudad no había nadie, nadie aunque todos los que en ella había, habían y habían, lo he dicho, siempre. Esta frase me detuvo unos instantes: “habían y habían”. Debería haber dicho: “estaban y estaban”. Una preocupación gramatical todavía llega y me persigue. ¿Qué me importa a mí la gramática? ¿Qué...?

No me importa nada; nunca me ha importado; me ha importado menos que aquella dama elegantísima que me preguntó por mi hermana María; me ha importado menos que... sí, menos que...

¡No, no! ¿Tú me importas y me importas en alto grado, sí, amigo mío, amigo de los buenos tiempos, tú que remolías conmigo en el San Lito y tú que cantabas con Palmiró Riñihue mientras pasaban esos altos tacones llevando dos lindas piernas que se continuaban con unas caderas... unas caderas...

¡Alto, por favor! La neurosis harapienta, la neurosis altiva como esa dama que me detuvo, la neurosis pura, pura, con andrajos o con hermosos tules y joyas, la neurosis que no anda vestida de esta manera o de aquella otra manera, la neurosis me había vuelto a coger y allí me clavaba y me engullía; junto a un farol; un farol, un farol, naturalmente apagado.

Un farol en la calle del Vicario esquina de la calle del Denteronomio, es decir, a los

pies de la casa donde habita mi amigo Rosendo Paine. ¡Claro está! ¡Esa es su casa! Pero no debe haber nadie allí en su casa; no, nadie pues hay mucho silencio y este amigo no se aviene con el silencio.

¿Una prueba de que Rosendo no se aviene con el silencio; una prueba debo dar? Aquí, a un paso, en esta calle del Vicario y esquina con la calle de la Ostia, se encuentra el cabaré, el gran cabaré San Lito. ¿Lo recuerdas Palmiro Riñihue? ¿Recuerdas esa vez, estando todos ebrios, esa vez que...?

Hoy no, no y no. Hoy nada hay que hacer; hay que morir apoyado en un farol de cualquier calle, de ésta o de la siguiente o de la otra... Eso es de la otra... ¿Por qué se presenta esta otra calle a mi memoria? ¿Y qué calle es?

¡Ya lo sé! ¡Lo sé!

Es la calle de la Parroquia; en ella es el N° 38; en éste habita Romualdo Malvilla, el hombre que fue del San Lito y que un día dejó el San Lito para ser hoy lo que es, es decir, para ser lo que se debe ser, para ser ¡Romualdo Malvilla!

¡A ti iré a verte, mi querido Romualdo!

Sentí una franca alegría. Al fin las calles tenían su razón de ser puesto que ellas albergaban casas... casas albergadas... ¿Se albergan las casas aunque en ellas viva un hombre como ese gran Malvilla?

Debería meditar sobre este tópico.

Aunque esta meditación sería una meditación francamente, es decir, sumamente literaria. Como ha sido literaria aquella otra meditación o idea que me ha asaltado ya varias veces. A saber:

La neurosis vestida como una vieja harapienta o vestida como una elegantísima dama. Esto es literatura y nada más que literatura. Lo cual quiere decir que un neurótico como soy ahora yo, un profundo neurótico, puede verter a las letras cuanto le acontece, ha de llevarlo a lo que es su preocupación mayor. En mi caso: las letras.

Caminaba por las calles de la Ostia. El San Lito había quedado atrás, varios metros más atrás. La literatura giraba en mi mente. Literatura y literatura y más literatura. Era lo que a mí me interesaba. Es lo que ahora se presenta y se impone.

Caminé un poco más, un metro más, un medio metro más. En ese momento, mientras avanzaba mi pierna izquierda, una vez, nada más que una vez, en un instante más corto que un milésimo de segundo, sí, más corto, vi que, cuando nosotros moríamos, nos asaltan los pensamientos que nos han preocupado durante la vida. Pero vienen sin tiempo. Nada tiene que ver esto con el movimiento de mis piernas. No, nada tiene que ver; ni con la calle por donde avanzo; ni con nada que pertenezca a este mundo en que vivimos.

Me he acercado a la muerte; es todo. Ha habido un anticipo de la muerte y yo lo he sentido. Aunque ahí esté Malvilla. ¡¡No, ahí está Malvilla y ello basta, basta!!

Ahí estaba Malvilla, Romualdo Malvilla, el antiguo y feroz alcohólico; hoy, el hombre regenerado que no prueba ni una gota de alcohol.

¿Será esto regenerarse? Para algo la muerte se ha acercado a mí y me ha rozado. Aunque estoy neurótico y, estando así, no, no es eso lo que vale ni lo que se presta para hacer nuevas y más conjeturas sobre el alcohol, sobre los vicios, sobre la regeneración, sobre la gente que pasa por estas calles, sobre aquella estatua del hemíono, sobre la Prisión Legal, sobre... sobre... sobre mí mismo y sobre Malvilla, el gran amigo que fue un alcohólico intemperante y que ahora se ha regenerado completamente aunque la muerte pase y vuelva a pasar junto a nosotros y siga pasando, pasando hasta el momento que...

—¡Hola! ¡Qué buena idea has tenido, Onofre, de llegar hasta casa! Acomódate donde mejor te halles. Eso es. Siéntate ahí que ahí estarás muy bien.

—¿Muy bien? —respondí—. No, Romualdo, no puedo sentirme bien, no lo puedo. Estoy mal, muy mal.

Malvilla me miró sorprendido y guardó silencio. Yo también guardé silencio. Ambos quedamos en silencio. El silencio se balanceó sobre nosotros. ¿Para qué vine a ver a este hombre, para qué? Tenía, por cierto, mucho que hablar con él; o tal vez no tenía nada que hablar con él. El caso es que ahí quedamos en silencio, yo, sentado en un canapé que a mi lado estaba vacío; él, tras de su mesa como yo me ponía en mi escritorio, en otros tiempos en lejanísimos tiempos, en remotos tiempos ya pasados para siempre.

—Estás mal —me dijo cuando ya ese silencio llegó a su más extremo límite—, basta verte, basta una ojeada para verlo.

Le respondí:

—La neurosis.

Él dijo:

—Aaaah.

Yo agregué:

—Sí, la neurosis.

Y volvimos al silencio, a un largo silencio, a un tedioso e insoportable silencio hasta que, súbitamente, una fuerza entró en mí y me enderecé, y alargué una mano y, sin duda, mis ojos relampaguearon. Entonces, sin bien saber lo que decía, exclamé con voz sonora, con voz altiva y arrogante. Aunque, de verdad, no quise decir nada con esa altivez y arrog... ¡Basta! Dije, tan sólo, dije únicamente:

—Debí haber llegado hasta tu casa pasando por el enorme, el magnífico Convento de los Jerónimos y no atravesando estas callejuelas inmundas... No, no, créemelo, no digo "inmundas" porque en ellas haya inmundicias; no, no las hay; son primorosas. Me refería exclusivamente al cabaré San Lito. Acabo de pasar por frente a él. Y, al pasar, he visto, en imaginación a todos los antiguos contertulios de ese cabaré; me he visto yo mismo y te he visto a ti, Romualdo, y a las lindas mujeres que siempre nos acompañaban. Es decir, he vuelto a ver todo, todo... menos ese imponente jardín del Convento de los Jerónimos.

Me preguntó indiferente:

—¿Tanto te gusta ese jardín?

Respondí con certeza:

—Sí; cuando en él sopla el viento.

—Tú, Onofre, siempre has detestado el viento.

—Porque sopla fuera del jardín de los Jerónimos —fue mi única respuesta y ambos volvimos a callar.

Sentí que este mutismo me sería fatal; sentí que, si él se prolongaba, sería dejar paso libre a la neurosis, a esa mujer en andrajos o lujosamente ataviada. Pero ahora, ¡fuera esas mujeres y siga la conversación! Pensé explicar a Malvilla lo que yo había sentido, o sentía en aquel momento, o no había sentido nunca y en ese momento lo imaginaba, o, acaso, lo que ahora se me presentaba como un recuerdo lejano que se hacía presente...

Sí; eso era: un recuerdo lejano que se hacía presente.

Veía yo al viento que avanzaba y movía la cúspide de los árboles pero yo me hallaba sin que a mi lado hubiera ni una muy pequenísima brisa. El viento venía, venía... ¿Era un recuerdo mío o era algo que otra persona lo había experimentado? Caí en meditación en

busca de la verdad sobre este viento. Caí, aunque no es lo que corresponde decir "caer" cuando se trata de vientos y de cosas que se mueven. Cosas que se mueven; el viento no es una cosa; no, no lo es. El viento es...

—Veó, Romualdo, que siempre recibes esa revista; ahí veo un número que no conocía.

National Geographic. Es muy interesante.

—Tómalo, si quieres.

—Gracias.

Lo tomé y lo vi más bien con rapidez. Había un artículo que me interesó grandemente; es decir, que habría podido interesarme grandemente en otra ocasión. En una ocasión que ya, tal vez, no volvería más. En fin, como sea, que vuelva o no vuelva... Era un artículo sobre el fondo del mar, creo que allá cerca de Florida; pero eran las fotos las que me interesaron o que me habrían...

Sí, sí, sí; ya lo sé, lo sé, lo sé.

Y otro artículo, es decir, sus fotos, en colores como las del anterior, sobre la isla de Pascua, Rapa Nui, que también me tomó íntegramente; es decir, me habría podido tomar... ¡Basta, basta!

—¿Vuelves a ver esa revista? —me interrogó Malvilla.

—¡Por cierto! ¡Qué cosa hermosa sería poder transportar los monolitos pascuenses al fondo del mar, por ahí donde se halla el taller de Rubén de Loa, no aquel de la calle de la Tiara; hablo del taller que tiene en el fondo de los mares, de los océanos. Entonces podría yo vivir a mis anchas, entre peces, algas, flores acuáticas y enormes, inmensos monolitos que jamás harían ni el menor movimiento.

—Desvarías, Onofre, desvarías. Si no has entrado al San Lito, has entrado en un bar cualquiera. Al menos yo conozco de tal manera a los beodos que veo que nada has bebido. Son, acaso, desvaríos de tu neurosis o de tu falsa neurosis.

—Romualdo, no; ni lo uno ni lo otro. He llegado hasta tu casa para oírte hablar.

—¿De qué quieres que hable?

—Mi último recuerdo tuyo es cuando hablabas del Regimiento; ¿lo recuerdas? Esa visión tuya sobre ese regimiento me ha seguido día y noche. ¡Habla, Romualdo, por favor, habla!

Yo necesitaba oír hablar a Malvilla pues era la única manera de alejar de mí a esa vieja harapienta o a esa dama elegantísima o ese fallido deseo mío de ir al fondo del mar o de no haber pasado por los jardines del Convento de los Jerónimos; es decir, de mi neurosis que rondaba siempre, siempre, que ya parecía agarrotarme y dejarme ahí, lejos de mi domicilio, terriblemente lejos, a una distancia que ya no es posible medir ni concebir a pesar de mis largos estudios sobre astronomía y a pesar de que una distancia de miles de millones de años de luz ya no me sorprende en lo más mínimo...

Miles de millones de años de luz... Tal vez exagero; aquella constelación de Andrómeda está mucho más cerca, está casi a nuestro lado, como está Romualdo Malvilla y el cuaderno que hay ahí frente a él y el libro abierto y aquel otro cerrado y...

¡Basta, basta!

Romualdo Malvilla habló así o más o menos así. No podría, me sería imposible asegurar la verdad absoluta de lo que él dijo. Pero callemos y oigámoslo. Malvilla habla muy bien, admirablemente bien. Yo no puedo traducir lo que habla. Pero sé más o menos lo que dijo. Fue algo así:

Es verdad, he hablado en contra de ese tan fatal regimiento al que todos, o casi todos, pertenecemos. Hoy mis ideas han cambiado un tanto al respecto. Tú comprenderás: es el afán que tenemos de corregir todo, de agregarle, de podarlo, en fin, nuestro afán inconformista ante cuanto nos rodea.

Onofre, el regimiento se incorpora nuevamente en mí. Lo veo en todas, todas partes y, lo que es peor, veo su razón de ser, eso es, su perfecta razón de ser.

¿Te extraña lo que afirmo? Escúchame con paciencia:

El regimiento es la realización de nuestra vida.

¡No, no pongas semejante cara!

Nosotros vivimos en la vida; gran parte de nosotros pasa la vida fuera de sí mismo viviendo de con la vida de los demás. Tal es la verdad.

Es decir, se vive en el regimiento; se HA DE VIVIR en el regimiento porque él es nuestra vida. Y no hay más, mi querido Onofre, no hay más.

Lo veo por todas partes; por todas partes oigo el sonar de sus clarines y trompetas. Por todas partes oigo el paso uniforme y acompasado de esas botas de esos hombres; de todos los hombres, de todos, esos hombres que avanzan mirando hacia el frente, recto hacia el frente, sin desviar los ojos aunque en el terreno haya obstáculos y haya curvas y subidas y bajadas.

¡Recto al frente! ¡Suenen los clarines y las trompetas! ¡Y que redoble el tambor! ¡Que golpee el bombo! ¡Adelante siempre! ¡Adelante!

¿No lo crees tú? ¿Lo pones en duda?

Haces mal en negarme, haces mal en no creer cuanto te digo. No, no y no, amigo mío.

Naturalmente, nadie me obliga a incorporarme en sus filas, nadie, nadie. Además yo no quiero meterme en esas filas. Pues busco otra cosa, otra cosa muy diferente.

¿No caes? ¿No ves cuál es esa cosa que busco? ¿No?

Pues entonces te lo diré.

Yo busco y quiero: la in-di-vi-dua-li-dad.

¡QUIERO SER, amigo, SER! Quiero ser separado de todo aquello que marche al unísono de algo que ellos mismos ignoran qué es. ¡Pido esa individualidad! Recuerda mis borracheras pasadas en ese San Lito que acabas de divisar. Sí, sí, ya lo creo. Eso es lo que había en mi fondo, nada más que eso: una afán, un ímpetu, una voz que me pedía y me pedía que fuera a esa individualidad.

Ciertamente, es algo punto menos que imposible poder vivir con una voz que siempre te está diciendo que haces mal, que tú deberías hacer de otro modo, que tú...

Eso es, Onofre, eso es. A ellos me dirigía y los contemplaba largo rato. No, en verdad los ojos los posaba sobre ellos y luego los retiraba pues cerca de mí había una botella.

¿Se vaciaba, dices tú?

Había una segunda botella. Además estaba el San Lito y todos los bares que pululan en esta ciudad. Ese, claro está; y ése; sí, ése también; y ése otro, no lo olvido.

Pero, dime, Onofre, ¿estamos aquí para nombrar todos, todos los bares de San Agustín de Tango?

Sé, sé muy bien que tú me escuchas y que, en realidad, no intervienes en lo que te cuento. ¡Quia! Tus palabras suenan muy lejos, como un simple y lejano eco de lo que yo hablo.

Sí, te decía que miraba esas reproducciones de primitivos. No, no sólo las que tengo

yo; la de los amigos también. Pasaba los ojos por sobre ellas. ¡Qué hermosos son esos primitivos! Los italianos, sobre todo. Sí, esos italianos tienen el don de poder extender una mano a quien los mira con fervor. Sentía su mano que se acercaba a mí. Entonces... ¡ah! Entonces...

¡Huía, huía, Onofre, huía!

Huía a mis bares, a mis botellas y en ellas me sumergía. Y ellas cambiaban mi mentalidad. Tú lo has podido apreciar en ese San Lito.

Naturalmente... No había más remedio; ¿qué quieres?

Pues he de decirte una cosa; óyeme bien, muy bien:

No hay nada tan espantosamente difícil como acercarse a la senda en que han vivido esos primitivos.

Espantosamente difícil. Hay que haber nacido con algo dentro, algo que te obligue a ir a esa senda y, una vez que ya te halles en ella, que te haga sentir una satisfacción de haber abandonado todo lo demás y encontrarte allí.

Ahí está la cosa; ahí.

No, no, nada echo de menos; por el contrario, me diste un verdadero calofrío al hablarme de los alrededores de esta casa. Un verdadero calofrío. El San Lito, el otro, el de Las Tres Chimeneas, el bar Acoa, el bar Andilla, el bar Carola, aquel bar Iloche y ¡qué sé yo cuántos más!

¡Horror!

¡Es esa la música del regimiento, la música que atruena y que ensordece y obliga a seguir a los soldados como lo siguen todos esos muchachos vagos y no vagos que los ven pasar!

Nada les reprocho. Hacen bien en seguir a clarines, trompetas y tambores y bombo y compás de botas; hacen muy bien.

Por qué... Por qué.

Era lo que esperaba de tu silencio neurótico. Una palabra, nada más, pero muy justa. Te responderé:

Porque ahora veo que no es posible vivir, en la vida cotidiana, sin un perfecto regimiento.

¡Tal es el ritmo y el sentido de esta vida! ¡Tal es! Sí, un inmenso regimiento que inunde todas las calles y todos los, sí, todos los campos del mundo, todos. Entonces, cuando todo está regimentado, entonces... ¡que vengan los hombres que han de ir al silencio interior!

Pero, no olvides, hay que empezar por el perfecto regimiento. Hay que pasar por él y soportarlo sin mayores tribulaciones.

Entonces, te lo he dicho, podrá empezar la paz en el silencio interior.

Y otra vez salí; ¡a las calles interminables, a las calles repletas de gentes, de autos, de microbuses, de vehículos que se van los unos sobre los otros atropellando a un peatón! Esas calles y avenidas que no se despejan más que un solo momento pues allí viene el regimiento, ¡el regimiento! Y no es ése de que hablaba mi amigo Romualdo Malvilla. Es otro, uno

verdadero, con clarines, tambores, trompetas, bombo, platillos, con todos los instrumentos imaginables. Y tras la banda, un estandarte.

Un estandarte... ¿Cómo lo habría llamado mi difunto amigo, el inmenso amigo Baldomero Lonquimay? Un... un... ¡Ya lo tengo y ya te tengo, viejo y querido Baldomero! Tú habrías dicho:

Un gonfalon;

Y, al que lo lleva:

Un gonfalonero.

Un tipo magnífico, soberbio, inigualable. Pero éste que lo lleva... ¡Dios mío, qué feo es! Pero los chiquillos van tras él y todos lo saludan quitándose el sombrero. Yo debería hacer una observación sobre la fealdad de ese portaestandartes, sobre ese gonfalonero. No; mejor es callar, callar y huir como huía mi amigo, huir pero sin correr, huir paso a paso, lentamente.

Pues estoy cansado; pues no puedo más.

Miremos los postes donde poder afirmarse; miremos los bancos. No hay bancos, no hay ni uno solo. Claro los hay en las plazas y en las plazuelas también. Hay uno que es de mi agrado en la plazuela Fray Tomate. Pero ¿qué iría yo a hacer en mi casa a esta hora y con esta neurosis que me sigue? Pues Malvilla no ha hecho más que aumentarla con su famoso regimiento. A lo mejor sabía que iría a pasar uno junto a mí apenas me separara de él y entonces, para perturbarme e incomodarme, para fastidiarme, para...

Calla, calla, Onofre Bor... neo. Eso es, Onofre Borneo. ¿No es así como yo debería apelarle? ¡Jamás Boroa, jamás! Pues este nombre de Boroa evoca en mí a Colomba, a esa mujer sin par, a esa divina y mil veces divina...

Calla, calla, Onofre Borneo. Aun no ha nacido el Borneo que tenga el derecho de presentarse ante Colomba.

—¡Adiós!

—Adiós...

—¿Cómo estás?

—Muy bien... ¿Y tú?

—Aquí estamos viviendo y pasando los días.

—Y las noches también; ¡ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! Tú siempre el mismo, siempre picaresco. Pero ahora te dejo; tengo mucho que hacer. ¡Ahí va, ahí va! Voy a juntarme con él. ¡Adiós!

No me afirmé en ningún farol ni en nada; seguí caminando con toda lentitud y atropéyandome con esa gente que no terminaba en ninguna parte. Y otra vez me saludaron, con una voz amable, muy amable y femenina:

—Adiós Onofre, adiós.

Era Laponia Socaire, nada menos, Laponia, la amiga o la mujer de Romualdo Malvilla a quien yo acababa de visitar y acababa de oír sus conceptos sobre el regimiento. Laponia Socaire...

Me detuve y ella se detuvo a la vez. Nos dimos la mano. Me dijo sonriente:

—He sabido, acabo de saber que ha estado usted en casa. Yo vengo de casa. Yo llegué un minuto después de su partida, apenas un minuto después. ¿Cuándo nos volverá a ir a ver?

—Pronto, prontísimo; es, justamente, lo que le he dicho a Romualdo.

—Lo esperaré, entonces; no dejaré de estar en casa cuando usted vaya; lo esperaré.

Y nos echamos por la cara todos los cumplidos más finos, más delicados que se echan en semejantes circunstancias. Sí, los más finos y delicados. Ella siguió su camino. Yo quedé sin moverme, meditando.

Pero ¿medito yo ahora? No, redondamente, no. Pues meditar es otra cosa. Yo he sabido, lo recuerdo con claridad, lo que es eso de meditar; es algo, algo...

Calla, calla, Onofre Borneo porque tú no eres, ni has sido, ni nunca has sido un Boroa. Sin embargo ese Boroa que conozco a las mil perfecciones, ese Boroa...

Callemos, será mejor.

La neurosis... Sí, ha de ser la neurosis. Callemos y que me lleve este tropel de gente adonde quiera llevarme, sin objetivo alguno. Pero no por ese sentido sino por el contrario. Por ese sentido me volvería a encontrar con Laponia y, entonces, otra vez echaríamos por los aires, a pesar de estos transeúntes que no dejan de pasar...

Calla, calla.

Ya pesar de los autos y de los autobuses y de las motonetas que vuelan y vuelan... Pero las motonetas no vuelan; van por las calles como todos los vehículos habidos y por haber.

Aunque... aunque... No me acuerdo quién fue el que me dijo que ya pronto se inventarían unos aparatos que irían a cierta altura por las calles y a velocidad indescriptible. Más, mucho más que todas las motonetas habidas y por haber. ¡Hermosísima cosa sería! El aire lleno de vehículos; las calles, para los peatones que tendrían no sólo las aceras para ellos sino también las calzadas. Con las calzadas libres sabría yo dónde ir. Iría a ver a mi amigo Rubén de Loa. Llegaría, golpearía, entraría y lo abrazaría con efusión. En la calle de la Tiara, eso es, a un paso de aquí donde estoy, calle Llena Eres de Gracia casi, casi esquina de la calle del Rosario.

No es muy cerca; yo ahora ando lenta, lentamente. Será, creo yo, será cuestión de unos...

¡Calla, calla!

Rubén de Loa, el gran amigo, el acogedor de Adalberto Huachipato y de Ponciano Chacarilla y, además, de Macario Viluco, ese inefable de Macario Viluco. Aunque la palabra "inefable" es de Mamerto Masatierra. ¡Viva Mamerto Masatierra!

Pero ya es un poco tarde y hoy es el día de la visita de él y de él, de Macario y de Mamerto. Bien, llegaré con algún retraso y no oiré al más joven, al jovencuelo, a Macario.

Tengo que caminar despacio, lenta, lentamente. Pues es algo muy curioso que esta neurosis se me haya ido a las piernas; es algo extremadamente curioso. Tal vez estoy enfermo del corazón y por eso me han recomendado que camine así. Aunque mi corazón lo tengo en perfectas condiciones a pesar de haber cumplido los 68, sí, los 68 años de edad.

¡Bonita edad!

He leído que a los 68 años viene siempre una crisis. Pero yo no tengo crisis de ninguna especie. Debo caminar lenta, muy lentamente aunque.

¡Eal Sigamos caminando.

¡Ya voy mi querido Macario, ya voy!

¿De qué habrá hablado hoy? Pues ya tiene que haber hablado y ahora estará Rubén lanzando por los aires, como si fuera una motoneta del futuro, sus ideas estéticas sobre... sobre...

¿Qué me importa a mí lo que piense Rubén sobre las ideas y más ideas estéticas? A mí el que me importa, el que de verdad me fascina, es Macario Viluco.

Siempre que... siempre que... Bueno, se entiende. Siempre que su pensar esté coronado por esos "inefables" que le prodiga Mamerto Masatierra.

Y hoy es el día semanal que ambos han escogido para visitar a Rubén de Loa. Mas con este paso mío llegaré demasiado tarde.

¿Demasiado?

La cuestión es que tarde yo, en llegar al taller, una semana entera. Entonces llegaré para la próxima visita de ellos. El resto del tiempo Rubén pinta y pinta con una tenacidad...

¡Una feroz tenacidad! Como tú, cuando eras Onofre Boroa, tú escribías en tu casa; y dentro de tu casa, en tu escritorio; y dentro de tu escritorio, en tus papeles; y dentro de tus...

No, no se puede decir "dentro de los papeles". No, no se puede decir de esta manera.

Avancemos otro paso. Ya llegaré, mi querido Macario. Tú lo sabes: me interesas mucho más que Rubén y que los surrealistas y que las divagaciones rubenéticas sobre...

Rubenéticas... ¡Una expresión nueva! ¡Una expresión que es sencillamente "inefable"!

Pero voy a tardar una semana en llegar. ¿Dónde comería en esa semana? Ya lo sé: en la Taberna de los Descalzos.

Mejor sería en el restaurante de la Basílica; y a cualquiera de los dos, o un tercero, que entrara, no podría...

¡Calla, Onofre, calla! Ellos no se moverían y yo, en cambio, avanzaría hacia el taller de Rubén de Loa, a ver a Macario y a oír los "inefables" de Mamerto Masatierra. ¡A ellos voy ahora, a ellos, a ellos!

Pero yo no quiero a nadie, a nadie; yo odio, yo aborrezco a todo el mundo; yo, si fuera por mí, mataría, haciéndolos sufrir hasta lo inverosímil, a todos los hombres existentes.

¿Los odiaré, los aborreceré a tal punto?

No lo creo. Porque, dentro de mí, hay una necesidad absoluta de amor, de amor, ¡de amor! ¡Oh, que todo el mundo no fuera más que un perpetuo amar!

Amar, amar... Amor, amor... Y yo al medio, al medio, mas sin amar de esa manera. Sería un espectáculo admirable que saborearía a mis anchas.

No podría saborearlo así; pues me derretiría, contagiado por las emanaciones de esa, esa, esa... ¿podría decir "trifulca"? Se podría decir: "zipizape". Me gusta más esta palabra escrita con dos "z" aunque la primera de ellas... Me habían enseñado, cuando era yo un chico, que jamás había que poner una "z" frente a las vocales "e" e "i". He visto en el diccionario y esta magnífica palabra de "zipizape" hace excepción a la regla que a mí me enseñaron de chico, a saber: jamás una "z" ante esas vocales.

Yo me derretiría en el zipizape. ¡Qué linda cosa sería! Sí, derretirse en él y una vez derretido...

Una vez derretido... volvería a la nada, ¡a la nada!

Avancemos otro poco hacia el taller de Rubén de Loa; puede ser que alcance a coger unos "inefables" de Mamerto. Avancemos con lentitud aunque mi corazón esté bien.

¿Volvería a la nada? Por cierto; indudablemente.

Pero sería una nada positiva.

En ella no habría neurosis ni ningún mal semejante. Todo iría sobre rieles y rodaría hacia el infinito.

El infinito es éste.

Yo vivo en el infinito. Es decir, vive Onofre Boroa, vive con ella, con Colomba. Y ahora no hay ninguna Colomba ni aquí ni en ninguna parte; porque soy Onofre Borneo.

Diviso las aguas del río Santa Bárbara. No diviso las aguas mismas; diviso la balaustrada

que las bordea. Y diviso a un sinnúmero de gente que pasa y pasa y que se apoya sobre esa balaustrada y contempla las aguas.

Una nada positiva sin Colomba no sería positiva. No, no lo sería. Pues sería el vacío como este vacío que viene en pos de mí y que nunca me abandonará, nunca, nunca, jamás.

Apoyémonos ahí sobre ese muro.

¿Dónde hallar esa nada positiva? ¿Dónde? Todo aquí es un llamado a negar esa nada positiva. Todo, todo, hasta Rubén de Loa y hasta Macario Viluco.

¡Oh, mi Colomba!

Sin Colomba, ¿qué hacer?

Los restaurantes están todos muy lejos y yo no puedo, no, no puedo caminar. Las distancias han crecido, las distancias se han agigantado, las distancias me son hostiles.

¿Yo? aquí estoy camino del taller de mi amigo, el enorme pintor que es Rubén de Loa.

Si no sufriera de esta neurosis... ¿No sería mejor que yo dijera "neurastenia"? Creo que son dos palabras sinónimas; han de serlo. Pero prefiero decir "neurosis" aunque me parezca que yo he escrito en contra de estos cambios de palabras que asemejan enriquecer el idioma...

¡Calla, calla! Y caminemos, en el sentido del río que allí diviso. Lo atravesaré por el puente del Fruto Prohibido aunque me sea más largo el camino atravesándolo por el puente del Fruto Prohibido. Más lejos me quedaría el restaurante de ese señor... ¿Cómo se llama ese señor? ¡Ya lo sé! Se llama Monsieur Edmond Dunkerque y en él, en el restaurante, se entiende; no en el señor; se comen escrementillos de dromedario a la salsa Perry con orinas de caballo bayo. Es algo francamente exquisito cuando se está sano, cuando se rebosa en salud como una barca cualquiera en medio del mar. La barca sería yo; la salud, el mar. Entraría en su restaurante y vería, muy sentados ante una mesa cubierta de escrementillos, a Divito Capicúa y a Adolia Pilintruca.

—¿Qué haces ahí? ¿Te sientes mal? Disculpa que te tutee. ¿Qué te ocurre?

¡Estanislao Buin! ¡Y con Higinio Romeral!

—Nada, absolutamente nada. Miraba, tan sólo, este panorama que siempre me ha... me ha... gustado muchísimo. Es todo.

—Estás pálido —me dijo Buin.

—Sí, algo pálido —aseguró Romeral.

—Deberías ir a ver a un médico. Porque hoy día no hay mal no hay ninguno, que no sea radicalmente curado con los estupendos medicamentos que se hacen hoy día; por ejemplo, la novocaína.

—Y es mejor aún la supernovocaína —agregó Romeral.

—Pero ninguna como ese remedio, recién llegado de los Estados Unidos, recién llegado... ¿Cómo se llama?

—Ya sé, ya sé, ya sé. Se llama... se llama... Aguarda...

—El Diacolofermol.

—Eso es, el Diacolofermol. Es algo milagroso. Con unas dos gotas tres veces al día, nada más, dos gotas tres veces al día, pasan todas esas palideces pues es especial para los estados de decaimiento, estados depresivos. Y eso es lo que tienes tú, eso es, a no dudarlo.

—Tú dices que contemplas el panorama... ¡No, mi amigo, nada de bromitas con nosotros! Aquí no hay panoramas ni hay nada. Es tu estado el que te hace decir semejantes sandeces. Pero con ese magnífico Diacolofermol... ¡se acabó todo y se renace!

—Probaré ese medicamento —dije y sonreí.

-Anda inmediatamente; no pierdas tiempo.

-Es que ahora voy donde mi amigo Rubén de Loa, el pintor, ustedes han de saber, el muy buen pintor.

-¿De Loa, de Loa...? Me suena ese nombre.

-A mí también me suena, de Loa, claro está. ¿Es pintor de Loa? Porque antes trabajaba en una tienda de maletas.

-Deben confundir, sin duda, pues Rubén de Loa ha sido toda su vida un pintor y nada más.

-¡Claro! Hay gente así! No ganan pero ni un centécimo pero lo son. Como lo es Daniel Paposo. ¡Lo conozco mucho! El otro día, no más, lo tuve a comer en casa. ¿Curioso tipo! Bueno, nos vamos, m'hijo, nos vamos. ¡Chaíto!

-¡Chaíto!

-Adiós...

Atravesé el puente del Fruto Prohibido. Lo atravesé hasta la mitad y ahí me detuve. Estaba, sin duda, menos fatigado; todas las calles se acortaron y casi tomaron sus proporciones regulares, las de siempre.

Me afirmé en la balaustrada mirando las aguas del río. Pasó un bote; en él remaban dos hombres y, a popa, iban tres alegres mujeres hablando, gritando y saludando para todos lados.

Algo había ahora dentro de mí. Tal vez era un recuerdo que, al presentarse, me llevaría a otras regiones, a inverosímiles regiones. Aquellos señores me habían recomendado el medicamento aquel, el diacolofermol; luego me habían hablado del pintor que ellos conocían, de Paposo.

Entonces me susurré:

-DIACOLOFERMOL... PAPOSO...

Estas dos sílabas resonaron en mí y las repetí: Dia - Pa... Y exclamé verdaderamente eufórico:

-¡DIANA PAPUDO!

Ella volvía a reaparecer en mi mente. No, no era en mi mente; era en la mente del otro, de Onofre Boroa.

Diana Papudo me presentaba otro mundo, otra región de este mundo, región que ahora se había ocultado. ¡Diana era!

Diana podría llevarme a Colombia. Juntas son de aquella región, la que busco, la que se pierde pero siempre allí está, siempre, siempre.

¡¡Diana!!

Pasó otro bote; en él vogaba un solo hombre, un hombre que me pareció taciturno. Pero Diana crecería y luego se convertiría en una señorita que amarían otros señoritos y, entonces, sería una mujercita como todas. Vendrían los años y sería una señorona. Los años seguirían y serían una viejita encorvada y sin dientes.

Pero yo ya habría muerto y cuando se muere...

¡Calla, calla! ¡Calla Onofre Boroa...! ¿Onofre qué? Otro mundo ha pasado por mí y ahora se va. Como se ha ido el bote con esas tres mujeres y ha pasado el bote...

Esto es literatura y nada más que literatura.

Es literatura el bote de las tres mujeres que gritaban y saludaban a diestra y siniestra, como es literatura el bote con el hombre taciturno. Todo ello, ¡literatura! Es decir... es decir... Es literatura el hecho de haberme fijado en ello y haber considerado muy impor-

tante transcribirlo aquí; pues, en realidad, ambos botes pasaron; primero, el de las mujeres alocadas; después, el del hombre callado. Pero aquel paso pudo haber sido el contrario: 1º) el hombre; 2º) las mujeres. Y en ambos casos se habría podido hacer literatura. Como ella se habría podido hacer si nada, nada hubiera pasado y todo, todo hubiera quedado en el silencio más absoluto; o si hubieran surcado las aguas muchísimos botes, los unos tras los otros, pisándose los talones...

¿Podrá decirse así, "pisándose los talones", cuando uno se refiere a embarcaciones navegando? Embarcaciones... En vez de botes podría haber puesto una serie de remolcadores, y un muy pequeño vaporcito echando humo. Mejor sería un inmenso vapor. Pero un inmenso vapor no cabe en el río Santa Bárbara. Ello no importa; agrandaría el río, como el final del Támesis, como él es más allá de Londres... Más allá cuando se viene en sentido contrario y la parte ancha hay que alcanzarla porque si vengo en el otro sentido...

Calla, será mejor, calla Onofre, calla. Rubén, de seguro, te espera; Mamerto Masatierra, también y también Macario...

Pero he avanzado y he avanzado mucho, mucho; esta es, nada menos, que la calle de Los Maitines; a un paso está el...

Un paso de una cuadra de largo. Este paso nadie, absolutamente nadie puede darlo. Porque estamos sujetos a la materia, a las condiciones que nos impone la materia. Y en la materia no existen esos pasos que hay que medir por cuadras, o sea...

Una cuadra tiene 125 metros de longitud; es decir, lo que convendría ensanchar el río Santa Bárbara para que en él, y sin estorbos de ninguna especie, cupiera ese enorme transatlántico que pasaría echando humo y más humo...

¿Echan humos los transatlánticos?

Con humo o sin humo, esos 125 metros inundarían la casa de ese hombre del golfo-nero, de Baldomero Lonquimay.

Estoy en el taller; sí, esta es la puerta del taller.

Entremos.

Yentré.

Ahí estaba Rubén hablando; ahí estaba Macario Viluco; ahí estaba Mamerto Masatierra; Lucila Volcán entraba y salía en unos menesteres que ignoré. Ya lo digo, Rubén hablaba y los otros dos escuchaban. Rubén decía:

-¡Aaaah, mis buenos amigos, aaaah! Deben ustedes fijarse que la música da también un ejemplo semejante porque en todas las artes la cosa es igual; a saber: cuando el arte queda en la persona y la mueve... el arte no sirve. El arte debe estar, no lo olviden, fuera, eso es, ¡fuera!

Lucila siguió entrando y saliendo. Algo tiene que haber... Sí, algo tiene que haber entrado con ella... O tal vez estaba con Macario o con Mamerto... O surgía de las palabras de ese alto y gran pintor... Algo...

Era una dama, ese algo, vestida lujosamente o vestida con unos harapos lastimosos. El caso es que vino hasta mí y se sentó a mi lado. Y ahí quedamos sentados lado a lado.

¡La neurosis, la neurosis!

Estuve a punto de levantarme y despedirme. Alcancé a hacer un pequeño movimiento. Pero me arrellané en mi asiento.

Rubén seguía disertando y los otros dos lo escuchaban con una atención, una atención...

No había medio de moverse. Pues Rubén decía ahora:

—Así es; todos los artistas tienen algo de femenino; es por este lado que ellos se juntan al otro sexo. Lo tienen en lo que se opina sobre ellos; es decir, exactamente como las mujeres lo tienen ante sus vestidos y ante lo que se ponen encima.

Hice un esfuerzo, me levanté y me despedí sonriendo. Di como pretexto que tenía una cosa urgente que hacer.

Hice varias venias y salí.

Salí.

Salí.

Salí.

Y quedé, mudo, vacío, hueco, en medio de la calle, de esa tan tranquila calle de la Tiara.

117

Mudo, vacío, hueco...

Hueco, vacío, mudo...

Pasó un autobús; le hice señas, se detuvo; subí a él; pagué; me senté; partió el autobús. Corría como esas motonetas de que tanto me han hablado. No; iba el autobús lentamente, apenas si avanzaba un paso cada X minutos. Esto es si lo comparo a lo que yo imagino de esas motonetas; pero si lo comparo con las épocas anteriores, las épocas de antaño, esas benditas épocas en que yo no había nacido aún... Cuando era la Colonia aquí en Chile.

Tengo una linda foto que hice sacar cierto día. Es un viejo rincón, en primer plano; luego, una calle del año 1900; al fondo, un edificio recién hecho, con innumerables pisos. Cuando vi ese rincón quedé lelo contemplándolo. Inmediatamente se lo comuniqué a mi amigo Mario Vargas Rosas, que es o era en aquel entonces, un muy distinguido fotógrafo. Fuimos juntos a ese rincón y... ¡paf!

La tengo en mi cuarto esa foto.

El puente del Fruto Prohibido... ¡Qué raro! Hace algunos segundos no era así este puente. Es que no es ese puente; este es el puente de la Serpiente Tentadora. Lo ha atravesado con rapidez este autobús, ha atravesado el Paseo del Corderito Pascual y se ha metido por la calle del Escapulario. Junto a la calle... ¿Cómo se llama esta calle? No lo sé pero me he bajado del autobús.

Veamos... veamos: la calle Sursum Corda.

Ahí me bajé; ahí caí al océano de gentes que caminan en todas direcciones con otros autobuses, con coches particulares, con camiones y camionetas, con motonetas...

¿Qué tendré con las motonetas?

Es, tal vez, porque me fastidian, me irritan, porque no las había en aquellos tiempos, el tiempo del primer plano de la foto que tengo en mi cuarto.

Y también del segundo plano, es decir, en el año de 1900. No había motonetas en aquella época. Hay que subir al último piso del edificio del fondo para verlas. Pero yo las veo desde aquí abajo, por todos lados.

—¿Va usted a ver al doctor Hualañé?

Me lo preguntaba Ascanio Viluco... que por ahí pasaba... Sí, Ascanio Viluco... ese men-

tecato de Ascanio, ese fatuo, ese menguado, ese... El que llama su sobrino, el inefable Macario, "el, el, el...". En fin, no lo recuerdo pero lo llama con un nombre que es...

-Sí, eso es, sí, una visita de amistad, nada más porque me siento perfectamente, eso es, perfectamente.

Él respondió:

-Hasta la vista -y se alejó.

Para eso había tomado yo el autobús y para eso me había bajado en aquel sitio, para ir a consultar al doctor Hualañé...

La neurosis; sí, la neurosis.

Entré y tomé el ascensor. Al penetrar en él hice un gesto y la hice penetrar antes que yo. Me dije:

"Diacolofermol... El pintor Paposo..."

Me dije:

"Diana Papudo.

Sí, tú, linda mocosita, mocosita admirable que ya hace tanto, tanto tiempo que no veo... ¿Qué será de tu vida y de la otra región hacia donde tú me llevabas? ¡Esa es la región de Onofre Boroa, es la región de Colomba! Ven conmigo y visitemos a este gran médico, ¿quieres?

Y ella, ausente, desde su ausencia, me respondió:

-Sí.

Le sonreí, le sonreí a Diana Papudo, sonreí ante su tan lejana ausencia. ¿Sonreí...?

¡No, no! Casi lloré. Los andrajos y el boato de esta invisible dama que me acompañaba, llegó hasta mí y, a mi lado, me acompañó hasta la puerta del consultorio del doctor Hualañé.

Toqué, esperé, me abrieron, pasé, me senté, esperé...

Como en el autobús.

Sin Diana, sin nadie, solo, solo. La neurosis y yo, nadie más. Esperar, aguardar, confiar, creer... Es lo que indica el diccionario de sinónimos que tengo en casa. Y en esa misma página dice sobre la palabra "esperpento"; adefesio, estantigua, desatino, absurdo.

Es decir, habla de mí.

Aguardé largo rato. Sin duda, el doctor Hualañé estaría... Aguardé. Pero el diccionario agrega: "confiar". Es lo que debo hacer: confiar.

Pasó otro rato más; pasó un segundo rato más, pasó un tercer rato más. Hasta que la damisela que me había abierto la puerta, al llegar, apareció rápidamente, me miró, sonrió, abrió la comunicación con el consultorio y me dijo al darme la pasada:

-Adelante, señor.

Y estuve cara a cara con el doctor Hualañé.

-¡Qué sorpresa verlo a usted por aquí! ¡Siéntese, amigo mío! Conversemos de cuánto ocurre, ¿no le parece?

Le dije:

-Doctor, es una visita, una visita... profesional, me atrevería a explicarme así; una visita profesional.

Me miró sorprendido y, al fin, me interrogó:

-¿Qué le ocurre, amigo mío?

Respondí:

-Estoy muy mal.

Empecé a explicar al doctor mis dolencias con sumos detalles. Me cortó mi larga explicación y me dijo:

—Bájese los pantalones y échese ahí, de espaldas; así.

Me examinó; me hizo doler; me quejé, Después agregó:

—Ya; súbase los pantalones y arréglese. Va usted a ir, todos los días, durante una semana, al hospital del Cristo Crucificado. ¿Me oye usted bien? Vaya por las mañanas; a esa hora encontrará al practicante y le entregará esta carta. Un practicante que mucho sabe. Se llama Escorbuto Peñalolén. Cuestión de media hora. Es todo.

Le respondí:

—Bien, doctor. Pero... pero... ¿qué es lo que tengo?

Me contestó mientras escribía otra cosa:

—Tiene usted una prostatitis. Con masajes desaparecerá; vaya al hospital del Cristo Crucificado. Allí pregunte por el practicante, por Escorbuto Peñalolén. Masajes y ¡listo! Una semana y... ¡listo!

—Doctor, es que también he empezado a sufrir de estreñimiento. No... no... usted comprenderá... todos los días, como antes era mi costumbre. Y yo creo que...

—Coma frutas, muchas frutas en ayunas, antes del desayuno. Bueno, he terminado y ahora, mi buen amigo, pasemos a mi salita a charlar un rato. Porque no creo que necesite usted de eso... ¿No lo cree usted?

Y me mostró esa pequeña salita donde sanan de todos sus males tantos y tantas pacientes y donde el doctor Pitrufuquén sabe expresarse debidamente.

—No, doctor —respondí—, no necesito.

—¡A charlar, entonces! —dijo con entusiasmo y me hizo pasar a la salita contigua donde nos acomodamos a nuestro gusto.

El doctor habló, habló mucho; yo pensaba y pensaba, daba y daba vueltas lo que... ¡Eso es! Lo que la dama con andrajos y harapos y joyas y tules, con todos los lujos que hay en esta Tierra y con todos los guñapos que también los hay... ¡y vaya que los hay! Porque hay más guñapos que joyas y, entre ellos, ni yo, ni Escorbuto Peñalolén, ni usted mismo, mi tan carísimo facultativo, ni nadie llegará a saber cuál es la verdad, es decir, cómo se originan estas prostatitis y todas las enfermedades del mundo... ¡Nadie!

Porque veamos:

¿Es esta prostatitis la que me ha producido la neurosis? ¿O es la neurosis la que me ha producido una prostatitis? Luego pensé y, lo confieso, creí haber encontrado la solución a este tema que me mortificaba:

¿Por qué dividen las cosas en regiones separadas, regiones sin comunicación alguna, como si ellas pertenecieran a dos o a tres o muchas personas diferentes? ¿Por qué?

Nosotros somos uno, uno, ¡uno! Sí, uno con... próstata.

Y ella se enferma y yo... Escorbuto Peñalolén...

Iré en autobús. El hospital del Cristo Crucificado está algo lejos. Por eso iré y me volveré en autobús. ¡Jamás iría yo a ese hospital ni a ninguna parte en motoneta!

Las motonetas deben ser muy dañinas para la próstata... O, tal vez, son muy recomendables... O, tal vez, son...

¡Al diablo las motonetas! ¡Prefiero los autobuses!

Los autobuses...

Subiría a uno y tú, tú, Diana Papudo, subirías conmigo. Así, así, subiríamos juntos. Te tomaría una manito, te la besaría y tú, mi Diana, quedarías indiferente mirando hacia

adelante. Pero sé muy bien que no quedarías así, indiferente. Pues verificarías que todo sigue adelante, que todo se realiza y que juntos vamos ahora hacia Colomba que, al vernos, sonreirá.

¡Sí, así será, mi Diana, así!

El doctor Hualañé decía:

—Es algo francamente curioso, mi buen amigo, es algo que se puede verificar en cualquier parte. Porque son dos tipos de seres que se les halla siempre, siempre: Primero, el que se afana y el que lucha por el dinero; segundo, el que se afana y lucha por la salud. Son dos tipos de hombres —o mujeres— perfectamente, sí, mi amigo, iguales.

—Véalos usted. El del dinero: ¡cómo corre y corre y empeña y se afana! Gana un día y, al día siguiente, pierde todo. Entonces vuelve lamentándose dolorosamente. Pero lleva una profunda esperanza de recuperar lo que ha perdido. ¡Tiene que recuperarlo, tiene y tiene! A veces voy a divisarlos, sobre todo cuando voy a la capital, a Santiago. Allí me asomo a la Bolsa de Corredores y... ¡ay, mi amigo, indescriptible!

—¿Qué diferencia hay entre estos hombres y los que hacen la exacta cosa con la salud? ¿Qué diferencia...? ¡No, no la hay, no la hay! Es casi peor lo que hacen estos hombres de la salud, casi peor. Hay que verlos aquí en mi consultorio. Hay que verlos en cualquier parte.

—Sufren de esto y de aquello; les duele esto y aquello; no pueden caminar y les cuesta sentarse; no duermen; no comen. Y han visitado al médico X y al médico Y. Estos médicos los han examinado y, pronto, ipso facto, los han enviado a las farmacias. ¡Las farmacias, amigo mío...! Es decir, pasan sus vidas enteras entre el médico y la farmacia, pasan sus vidas enteras...

Nosotros no, mi Diana, no pasaremos la vida así.

Por el contrario: yo pasaré arrodillado ante ti cuando tú estés acostada, yo bajaré mi vista, yo te besaré y te preguntaré:

—¿Te gusta?

Tú murmuras:

—Sí.

Y nada más, ni una palabra más. ¿Por qué? Porque habremos entrado en el reino de Colomba y ante ella se prostrará Onofre Boroa, Onofre... Bor... oa...

¡Dos letras hay que cambiar!

Dos letras; una "o" y una "a"; nada más.

Y, entonces, aparecerá ante mis ojos, envolviéndolo todo con su presencia, sereno ante tu figura, Colomba, aparecerá él, él, Juan Emar.

El doctor Hualañé decía:

—Es la sociedad mejor constituida que es posible imaginar. Es una maravilla, amigo, una maravilla: médico-farmacia; nada más y, no lo olvide usted, no lo olvide nunca, nunca, jamás: médico-farmacia. Claro que hay algo que no, no, no es igual, no es lo mismo; hay una pequeña variante. Se la diré a usted pues no deja de ser importante conocerla. Esta variante es invertir las palabras y decir: farmacia-médico.

Y el doctor Hualañé reía, reía. Yo también reí, reí. Juntos los dos reímos, reíamos, reíamos...

Que yo riera, que yo riese, que yo hubiera reído, que él y que tú y que nosotros y que vosotros y que ellos hubiesen o hubieren reído, o que...

¡Calla, calla, Onofre Borneo!

Tú "borneísmo" se denota en estas conjugaciones verbales que no te llevan a parte alguna.

Y hay que ir a alguna parte. Hay que marchar. Debe ser la voz de mando que resuena en mis oídos:

"¡Adelante!

Vendrá, entonces, Onofre Boroa que irá hacia Colomba. ¡Ahí estás, mi Colomba! Alzarás un brazo e indicarás hacia un punto. ¡Ahí estarás tú, Juan Emar!

Ahí, ahí... A-hí... O allí... pero jamás: allá.

Allá es lejanía, es distancia, es lontananza, es aquello que no es posible alcanzar, no, no es posible.

Como ahora no te puedo alcanzar a ti, niñita de la otra, de la verdaderamente otra región. Esa región por donde antes me paseaba como en lo mío propio y, entonces, juntos íbamos a ver a Colomba.

Pues era eso lo que me ocurría: por ti, Diana, yo podía llegar a Colomba.

¿Por qué digo "yo"? ¿Quién es "yo"?

¡Quién es?

—Ya se lo digo a usted, amigo mío, una sociedad imposible de destruir. Pues no hay cosa que el dinero no logre hacer; el dinero hace cosas inconcebibles. Pero veo que está usted cansado, ¿no es así? Lo mejor sería que fuera a su casa y se reposara. Y mañana, a primera hora, ya lo sabe usted, hospital del Cristo Crucificado, usted sabe, avenida del mismo nombre. Pregunta usted por Escorbuto Peñalolén y... cuestión de una semana, no más, no más y ¡listo! Ahora, no se olvide usted; para el estreñimiento: frutas y más frutas antes del desayuno.

—Doctor —exclamé—, es usted admirable; me ha examinado y me ha encontrado dolencias; le he dicho mis males todos y los ha comprendido usted muy bien; y... ¡no me ha enviado a ninguna, a ninguna farmacia!

118

Ahora viene el período de los autobuses, todos los días, por la mañana, ida y vuelta hasta el hospital del Cristo Crucificado, avenida del mismo nombre. Después de todo, son autobuses grandes y confortables. Ya no pienso en las motonetas así es que estos autobuses van a buena velocidad. Dentro de ellos se piensa como es debido.

Es lo que yo he hecho, todas las mañanas, a veces sentado al lado de un respetable señor que leía el periódico; otras, de una dama cualquiera, vieja o joven; otras, de un mozalbate; en fin, de cualquiera. Y yo pienso, me dejo pensar.

Esta vez va una vieja a mi lado. ¿Será tan vieja? Que ella tenga la edad que mejor le parezca; aunque ella siempre; siempre encontraría que tiene algunos años de más. Pues esa proeza del doctor Hualañé, la del arpón que lo seguía con el día de su nacimiento a costas... Pero un día, el doctor lo hizo desaparecer y ahora tiene, tiene...

¿Qué edad tendrá el doctor Hualañé?

Tendrá unos 600 años; o 700. No; ha de tener 500. Lo cual es una linda edad. En fin, tenga la que tenga, ahora recuerdo lo que me dijo una vez. Esto es raro pero lo recuerdo hoy, aquí en el autobús, lado a lado con la vieja o más bien joven que va a mi lado. Es esto:

-Amigo mío, usted recordará aquella historia del arpón, ese arpón que yo arrastraba conmigo y que me hacía tener siempre la misma edad. Pues bien, esto es la verdad absoluta; pero es una verdad que se halla envueltas en, en, en tinieblas, diría yo. Sólo recuerdo por referencias, que he tenido después, a los pacientes que he atendido. A veces hay un pequeño recuerdo nítido. Este recuerdo se mueve y... camina, amigo mío, sí, camina, de modo que está en una época lejanísima y, minutos después, está muy cerca de mí. Es decir, no recuerdo todo como sucedió, tal cual como sucedió.

La vieja-joven sigue a mi lado.

Sigamos en el autobús y aprovechemos esta travesía pues, al ir en él, me siento sano, completamente sano; a pesar de estas jóvenes-viejas y a pesar de todos los demás pasajeros que van en él. Como, por ejemplo, ese mozalbete junto a ese barrigón. ¿Qué harán un mozalbete y un barrigón juntos? No hacen nada; viajan. Si puede esto llamarse un viaje.

Un viaje que recomenzará mañana y pasado mañana y... Más, más todavía. Uno, dos, tres, cuatro días; a siete van, tres. Es decir, tengo aún tres días más que viajar en autobús. veré tres veces más a Escorbuto Peñalolén.

¡Es francamente simpático este bueno de Peñalolén!

Así es que todos esos enfermos, esos hombres postrados en una serie interminable de camas, todos ellos, son hombres que se han enfermado de la próstata y que han sido operados...

¡Qué horror!

-Y tú, Diana, ¿cómo estás? ¿Te gustaría ir en autobús?

Tú debes responderme, vagamente, desde muy lejos, desde unas distancias astronómicas, distancias tan grandes que vienes a estar a mi lado y entonces yo te tomo tu manito. Tú entonces me respondes:

-Sí.

Iriamos juntos a visitar a Colomba; ¿no es verdad?

-Sí.

Y juntos, lado a lado, como ahora estoy lado a lado con este señor que veo por primera vez en mi vida...

No. No sería así como ahora estoy con este señor. Por lo demás, el señor se ha levantado y se apresta a bajar. El señor ha dejado el asiento, a mi lado, libre.

¡Otro señor, otro lo ocupa!

¿Y qué puede ello importarme a mí? Pues, en el próximo... A ver, veamos; no es en el próximo paradero; es en dos paraderos más. Ahí me bajaré yo y caminaré hacia mi casa.

Caminar... caminar...

Tal es, acaso, mi destino: caminar.

Caminar...

Pero, en este momento, voy aún en el autobús con otra dama, no sé si vieja o joven, a mi lado. Se baja, esta dama y yo... quedo solo. ¡No! Un chico se sienta a mi lado. Este chico ha de traer al doctor Hualañé consigo. Porque lo recuerdo, ¡otra vez más!

Los recuerdos surgen en estos carromatos; ¡no hay que dudar que los recuerdos surgen en ellos! El doctor habló mucho más, muchísimo más; no he anotado ni la décima parte de lo hablado por él. ¡Las farmacias! ¡Los demás médicos!

Chico bien educado el que iba a mi lado; pues se ha levantado para ceder su asiento a una damita joven, muy joven. ¿De unos 16 ó 17 años? Tal vez. En todo caso, mayor que Diana.

¡Diana! ¿Qué tienes tú, mi linda, que, a cada paso, apareces? Y, en la realidad, no apareces nunca; desde esos días allá en el campo, en La Manigua. Ni siquiera te he divisado ni una vez.

¡Diana!

El doctor Hualañé me decía:

—Y lo raro, lo sumamente raro, es que, tanto doctores como farmacéuticos, son de buena, de perfecta buena fe. Sí, sí, mi buen amigo, porque vea usted: los primeros están al servicio de la ciencia médica, la ciencia de Pasteur, la ciencia de Vesalius, la ciencia que viene de los griegos, la ciencia de Hipócrates y de Galeno que viene de ¡más lejos aún! ¡La ciencia tradicional por excelencia! Y los segundos, los farmacéuticos, están convencidos de su papel al ser los secuaces de los primeros. Aunque usted no lo crea, es así y así, amigo mío.

Ese es un barrio nuevo que se construye. La placita que han hecho ahí es francamente hermosa. Los edificios... ¡Hum! No son de mi agrado; a pesar de que aquel conjunto...

Dintel.

Ese conjunto me gusta pues hace un bonito juego con la plaza, con los árboles de la plaza y con su fuente.

Dintel.

Iré, será mejor, de pie. Cogiéndome de este colgajo, no hay peligro alguno. Por lo demás, en la esquina que viene hay un paradero y allí desciende mucha gente. Yo, de ahí, estoy ya muy cerca, cuestión de...

Dintel.

Aquí debo bajar. Bajemos y caminemos.

¿Cuántos somos? Somos... dos; no, somos tres: Diana, yo y Dintel. Somos tres los que emprenderemos el viaje hacia ti, mi Colomba.

También podría venir Lorenzo Angol. Seríamos cuatro.

Dintel.

El muelle del Abad; la tienda del chino Pey; quiero decir, la tienda que fue del chino Pey. Estoy a un paso de casa. En ella entraré y... ¡Santo dios! ¡Será el aburrimiento total, diga lo que diga el doctor Hualañé, total, total!

No tengo ánimos para nada. Claro está, ahora camino bien, con mi paso normal. No voy a velocidades vertiginosas... Vertiginosas... Un hombre... ¿Y las motonetas, entonces? Bueno, si voy a hablar de velocidades... Hasta llegar a la velocidad de la luz. Y seguramente que hay todavía...

Calla, Onofre, calla.

¡Dintel!

¡¡Dintel!!

¡¡¡Dintel!!!

¡Sí te escribiré y te escribiré! Lo digo así porque aún no lo he escrito; ¡no! Dintel tenía otras intenciones y otra finalidad. No me he acercado ni un ápice a ellas. Pues ¿qué es "Dintel"?

¡Ya lo sé, ya lo sé! Hasta recuerdo de memoria la definición que da el diccionario: "Parte superior de las puertas y ventanas que descansa sobre las jambas".

Muy bien, perfecto, admirable: Las Jambas. Osea, Jamba. Este es el título que debería tener lo que ahora escribo:

Jamba.

Sería el título que convendría para diferenciarlo de lo que ha escrito anteriormente:

Umbral.

Caminemos, será mejor.

Caminemos.

Por el muelle del Abad y luego seguiré por el muelle siguiente, el del Corderito Pascual. Así bordearé el río Santa Bárbara. Tal vez vea un bote, o un remolcador, o un enorme transatlántico.

Caminemos.

Caminemos lentamente porque deseo caminar lentamente, sin prisa de ninguna especie. ¿Tendrán "especies" las prisas? Lo ignoro; razón de más para no apresurarnos y, además, estoy muy contento. Ahora podrían venir todos los buques del mundo y podrían penetrar por este río. Ahora no me importaría que él fuese ensanchado y, al ensancharlo, sus aguas se llevarán la casa del gonfalonero de Baldomero Lonquimay.

Este es el museo de Ciencias. Ahora hay museos para todo. Y allá diviso la Bolsa, la que, en Santiago, visita el doctor que a mí me sanó dándome frutas por la mañana y haciéndome hacer los masajes que tan bien hace Peñalolén.

Aquí está la Bolsa. Y allí, en el número, el número... ¿Qué número será? Voy a ir a ver.

Es el N° 26; allí viven el capitán Angol y doña Nora de Bizerta y Ofqui, la caricaturista, la que hace esos dibujos de don Pancho Calancho. El capitán... ¡uuuy! Claro está que recuerdo Curihue y todo lo que allí sucedió. Todo, todo. Pero he de volver al paseo del Corderito Pascual; eso es, "paseo" y nunca "muelle". ¿Por qué?

La Intendencia.

¡Qué aburrido ha de ser tener un título así: Intendente! No, eso no lo sé; lo ignoro totalmente; ¿quién podrá ser el intendente de aquí de San Agustín de Tango?

Sigamos. Sigamos y llegaré al Hotel de los Vicarios y, una cuadra más allá, llegaré al Palacio del Juego. Y allí, a mi lado izquierdo... ¿Izquierdo? Es que me había dado vueltas; a mi lado derecho está el puente de la Catedral. Tiene la catedral al fondo; la que tiene la Cárcel Católica a su izquierda.

¿Cuál es la izquierda de un edificio?

La Ulpif está delante. Voy a ir a la Ulpif. Así veré una gran cantidad de sabios y de pretendientes a sabios. Tal vez logre conversar con alguno.

El puente de la Catedral. ¡No mires el agua, no la mires!

Pueden pasar dos botes... que vendrían de regreso, el del hombre taciturno adelante; atrás el de las mujeres alocadas. ¡No mires el agua!

¡Yá! Lo atravesé. Estoy ahora en el muelle de la Sotana.

La Sotana...

La Sotana...

¡Cómo! ¿Es posible? ¡No, no puede ser!!

¿Serías tú?

Avancé temeroso, avancé hasta llegar a su lado; la miré y vi que era ella, ella, ¡jella!

Alargué una mano para saludarla. Ella alargó su manito. Y la saludé mientras mis labios murmuraban:

-Diana.

Quedamos en silencio largo rato. Tenía yo que volver a este mundo. Al fin volví. Le dije:

-Diana.

Callé. No pude articular palabra alguna. Ella miraba hacia el otro lado del río. Callamos ambos. Pero, al fin, hablamos, rápidamente, como se habla siempre. Le pregunté qué hacía ahí, en un rincón de San Agustín de Tango aunque, de verdad, no era aquello un rincón ni nada por el estilo; eran calles y más y más calles, con autos, con gente, con aceras, con cielo azul allá arriba y... con dos personas abajo que no atinan, no y no atinan a desenvolverse al hallarse juntos.

Al fin pregunté:

—¿Dónde vives?

Me respondió:

—Aquí, aquí cerca, en la calle San Tiburcio. Mi casa está esquina de la calle del Cardinal. Estoy sola.

—¿Sola en tu casa?

—Sí.

—¿Podría ir a tu casa... contigo?

—Sí.

—¿No hay nadie, nadie... empleadas... o alguien?

—No hay nadie y hasta dos horas más no habrá nadie. Todo el mundo ha salido. Por eso salí yo también.

—¡Y nos encontramos, mi Diana! ¿Puedo pasar a tu casa?

—Sí.

Pasé a su casa. Es una casita, o un departamento, en el 2º piso; es más bien chico, como ella. Apenas lo miré pues ya, ella, Diana, estaba en mis brazos. La besé. Cayó a la cama y allí, en la cama, quedó, muda, inmóvil. Silencio...

Silencio...

Yo estaba de rodillas a sus pies. La besé.

Silencio...

Silencio...

Pasé, súbitamente, a la *otra región*. Nada distinguí. La bulla del mundo se dispó.

¿Habría un mundo, un mundo aquí o más allá o en las antípodas? ¡Yo te besaba, Diana! En mis besos sabía que el derrotero para ir hasta Colomba... Pero ¿había un derrotero? ¿No estaba ella, mi Colomba, dentro de mí?

¡No! Estaba fuera, fuera, ¡fuera!

Era, entonces, cuestión de elevarse, de olvidar; era cuestión de que ese olvido se implantara en mí. Y yo, caminar, caminar...

¡Llegaríamos, llegaríamos!

Yo caería de rodillas; tú, Diana, murmurarías:

—Sí.

Salí de su casa; bajé las escaleras; me encontré, nuevamente, en la calle San Tiburcio. Miré para todos lados. Caminé. Llegué a un puesto en que se vendían periódicos y revistas. Compré un ejemplar de La Trompeta, el periódico en que trabaja aquel que yo conozco, aquel Pecarí Cunico Batuco. Lo doblé, bien doblado y seguí mi marcha por el muelle de la Sotana.

Luego rompí ese diario y sus pedazos los fui tirando al río.

Llegué a mi casa.

No estaba Lorenzo. La Zoraida me sirvió un café. Me acosté. Y dormí admirablemente.

Tres veces más fui a ver a mi Diana. Tres veces más, Diana cayó sobre la cama y la besé. Tres veces más le pregunté:

-¿Te gusta?

Y tres veces ella contestó:

-Sí.

Pero la cuarta vez que iba a su casa, a la hora indicada, la hora en que no había nadie y que podíamos estar solos, y así solos dirigimos a los proyectos que rondaban en mi mente, unos proyectos en que veía a Colomba inmóvil y sonriente en el centro de la Tierra... Y veía su diestra indicando el sitio que debía ocupar Juan Emar...

¿Cuál sería este sitio?

Era en mí mismo; era dentro de mí.

La cuarta vez la cosa cambió, todo cambió, fue la calamidad, la terrible calamidad...

Otra cosa se mezcló y, desde entonces, no te he vuelto a ver, mi Diana, mi chica, mi amor.

Se mezcló:

La opinión pública.

119

La opinión pública, desatada, es algo horrible, horroroso; la opinión pública, desatada, es algo espantoso, aterrador.

Hay que verla, hay que sentirla cara a cara, hay que haber estado casi, casi en sus garras, para darse cuenta de lo que es esta opinión pública cuando ya nada la detiene, cuando puede hacer y deshacer lo que a ella le plazca.

Yo me pregunto, vacilante:

-¿Será lo que a ella le place? ¿O será un instinto que ahí está dormido y que, de pronto, se despierta y ataca?

Esto mismo lo pregunté varias veces mientras corría veloz y desaforado por las calles; esto mismo que nadie escuchó y que nadie me respondió. Pues todos corrían, como yo, veloces, como yo, desaforados.

Pero vamos por partes:

Tenía yo cita con Diana por la mañana de aquel día. Temprano, pues, salí de Fray Tomate y, sin atravesar ningún puente, me fui por el muelle de la Sotana. Mi cabeza estaba plena de buenas, de muy buenas cosas.

No habría avanzado una cuadra cuando pasaron dos tipos. Iban presurosos y alegaban con ardor algo que no entendí. Luego se juntaron con otros tipos; luego, todos juntos, se juntaron con unas mujeres que, por sus modales, estaban sumamente excitadas. Todos ellos se alejaron.

Yo... levanté los hombros y seguí mi marcha. Iba con cierto adelanto así es que marché con lentitud.

Pero por una calle, creo que la calle Santa Gloria, desembocó una verdadera multitud que empezó a vociferar de modo horrendo. Puse atención para darme cuenta de qué se trataba. Pero otra multitud, acaso mayor, desembocaba no sé por dónde y ambas multitu-

des, sin más, se fueron a las manos. Bofetadas, patadas... escupos, garrotazos... gritos desenfrenados... Sonó un disparo, luego sonó otro disparo...

Yo huí, huí. Me metí por un puente. Tuve que hacer marcha atrás. Pues venía otra multitud más amenazante y furiosa, más colérica que las anteriores. Pero esta multitud se detuvo, dio media vuelta y corrió hacia el centro de la ciudad. Yo corrí tras ella, corrí y... no supe más ni dónde ni por qué razón me hallaba donde me hallaba.

Algo resonaba en mis oídos:

“¡Ull! ¡Ull! –algo así.

Luego este grito fue más claro o yo llegué a componerlo de manera que se pudiese comprender. Gritaban, como voz de mando:

–¡Azul! ¡Azul!

Pero otros, los que, al parecer, venían por otra calle, les respondían a voz en cuello:

–¡Barbazul! ¡Barbazul! ¡Barbazul!

No entendía nada; no llegaba a darme cuenta de qué, de qué podía tratarse. Cierto es también que yo no soy un hombre, ni nada que se le parezca, versado en estas cosas.

Zumbó una piedra a mi lado; luego zumbó otra; luego, otra y otra más. Me cobijé en un hueco entre dos edificios. Al fin de ese hueco, pude salir. Miré para todos lados, asustado, miré y vi a Gavino Cuncumén, el hombre del Club Cero, que, sereno y tieso, avanzaba con Hilario Quinchao.

Pensé con la rapidez del rayo:

“¿Será todo este bochinche algo de comunista? Pues a estos dos hombres los he visto yo en aquel club...”

Gavino Cuncumén me vio y se precipitó sobre mí:

–¿Qué piensa usted, compañero, qué piensa? ¿De qué lado está usted? Porque hay gentes que encuentran que, tal como está, está muy bien. ¡Nos quieren sabotear! Pero nosotros decimos que no, que no. Aquel bar debe llamarse: Bar Azul. Y no hay más, no hay más.

–¡Bravo, compañero! Bar Bazul –contestó Quinchao.

Y ambos se perdieron entre la turbamulta.

Esta turbamulta me arrastró, me llevó, entre gritos, no sé hasta dónde. Pasaban los puños frente a mis ojos, taladraban mis oídos los gritos desenfrenados, me atropellaban, me pisaban, me empujaban... ¡qué sé yo!

De pronto caí a una aglomeración de gente inmóvil y que tenía sus ojos clavados más allá. Me fijé: miraban un estrado que allí habían levantado. De pronto todos se inclinaron. Sobre el estrado se presentaba la imponente figura del Super Prior del Convento de los Jerónimos. El Super Prior bendijo. Luego habló:

–Hermanos y hermanas míos, os doy mi absolución por todos los pecados que hayáis cometido y por aquellos que podréis, un día, cometer. Pues estáis en la razón; el Todopoderoso no se ha de equivocar jamás. Y Él ha expresado su voluntad; Él me ha proclamado anoche, junto al altar, que aquel Bar debe continuar con su nombre, es decir, Bar Azul. Y por eso os digo que...

No oí más. Nuevas turbas caían sobre ésta en que yo estaba. Y vinieron nuevamente las bofetadas y las patadas y los peñascazos. No sé cómo me escapé.

Tal vez porque invoqué tu nombre, mi Colomba, y porque vi que tú, Diana, caminabas hacia ella conmigo. En realidad, no lo sé. El caso es que me encontré frente al restaurante

de la Basílica. Estaba cerrado, por cierto como, me había fijado, estaban cerrados todos los bares y todas las tiendas de la ciudad.

Allí apareció, sofocado, Misael Reñaca, ese hombre que, lleno de una falsa ciencia y de una falsa filosofía, se cree el más puro científico y filósofo.

¡Oh, es la pureza misma en sus conceptos!

Ahora el hombre venía sofocado. Y, en verdad, no hacía un gran calor. El tiempo, parece, digo yo, indiferente al nombre que debería tener en definitiva aquel bar, el tiempo era clemente.

No sé por qué me alegré al ver al bueno de Reñaca.

Jamás debe saber que yo lo he llamado así: "el bueno de Reñaca...". Debo llamarlo el profundo filósofo, el hombre que va llegando, poco a poco, a la cúspide de la sabiduría.

Pero, como digo, me alegré. Me acerqué a él y le grité:

—¡Hola, Misael, hola! ¡Qué gustazo tengo al ver a usted por estos lados...!

Reñaca no se movió. Reñaca me miró con unos ojos que...

¿Qué querían expresar aquellos ojos? ¿Odio o, simplemente, franca antipatía? ¿O desconfianza ante mis palabras amables y el medio que nos rodeaba?

Me respondió:

—Borneo, ¡atroz!

Entonces caí; entonces me di cuenta de que había hecho mal, que así no se saluda en medio de esas terribles huelgas que ya se avecinaban a la revolución. Me confundí un tanto.

Me repuse y le dije:

—Reñaca, ¡atroz!

—No se puede, ni siquiera, cambiar las palabras que es muy necesario cambiar en circunstancias como las actuales. Aunque yo me pregunto: ¿qué es "actual"?

Volví a confundirme y contesté tímidamente:

—"Actual" es... Bueno que ocurre en la actualidad.

Sus ojos centellaron, relampaguearon. Volvió a preguntar:

—Actual y actualidad tienen el mismo origen. Así es que ha cometido usted un pleonasma y, al cometer un pleonasma...

Silbó una bala junto a nosotros. Silbó otra bala junto a nosotros. La gente se echó por tierra. Sí, eso era lo que había que hacer. Me tendí sobre el pavimento. Silbaron otras balas y otras, otras.

Misael Reñaca seguía impertérrito de pie.

Me tocó con la punta del zapato y me gritó:

—¡Ea! ¡Arriba! ¡No es usted un hombre medroso! ¡Levántese y marchemos! De este modo estará usted a la altura de lo que usted escribe.

Tuve que levantarme. Agachándome entre aquella gente enfurecida, logré avanzar. Reñaca avanzaba como si tal cosa.

Por fin llegamos a la plazoleta Fray Tomate. Hasta ahí el tumulto no había llegado. Ahí había algo de tranquilidad; pero se oían lejos el griterío y los balazos.

Reñaca dijo:

—Hablemos.

Yo repetí:

—Sí, hablemos.

Reñaca me habló largamente. A ratos oía algo de lo que me decía; a ratos era tomado

por otras ideas y por otros preciosos recuerdos que en mí se agolpaban. Reñaca me explicaba:

—Bar Azul... Bar Azul... El pueblo ha notado que en estos nombres hay un error, hay un yerro, un desacierto; si usted lo quiere, hay un desatino. O sea, Borneo, hay un dislate. Esta no es cuestión de comunistas ni de conservadores ni nada. La política ha quedado al margen, al linde de estos episodios. Los conservadores, vea usted, quieren Azul y jamás Bazul. Pues no quieren la unidad; aborrecen la unidad. La unidad trae consigo lo homogéneo; es decir, un punto, uno solo al cual todos han de obedecer. ¡Mala usanza! Entonces alegan por Bar Azul. Pues este Azul trae, mejor dicho, traerá la confusión, el despiste, o sea, el desconcierto. ¿Cuál es el contrario a estos vocablos que he mencionado? ¿Cuál? El contrario es la unidad. Y esta unidad ha de traer involucrada en ella... oiga bien, Borneo: unidad viene de uno solo; no de dos o más. ¿Me ha oído usted? ¡Uno solo! Y uno solo... Hemos comprendido; es un ideal del comunismo. Por ello los habrá usted visto apoyando el epíteto de Bar Bazul; sí, por eso. Lo demás... ¡patrañas!

Yo miraba mi casa, mi piso; ¡oh, qué deseos casi indomables sentía de escabullirme del lado de Misael Reñaca y de meterme en mis aposentos, lejos, bien lejos de esas horrosas turbamultas que por todos lados nos acosaban!

¡Ah, pero ahí vienen, ahí vienen! Ahí se pelean con los demás, se abofetean, se apalean, se patean. De esa trifulca surgen los gritos de batalla:

—¡Bar Azul! ¡Bar Bazul! ¡Azul! ¡Bazul!

Reñaca se puso de pie y proclamó:

—Debemos ir a la reyerta.

Me tomó de un brazo y me arrastró consigo. Ya lo digo, era aquello el pandemonio. Era, sencillamente, macabro y atroz. Por cierto que perdí de vista a Reñaca, que perdí todo. Pero ¡no! ¡Era él! ¡Sí, él era!

Afirmado en su bastoncito, fumando con displicencia, observando lo que ocurría junto a él, a veces por su monóculo, a veces por su ojo desnudo, más bien sonriente y siempre elegante, elegantísimo, estaba Palemón de Costamota.

Apenas me hubo visto avanzó hacia mí y me estiró su diestra. Haciendo una profunda genuflexión me murmuró:

—Palemón de Costamota, un perpetuo e incambiable servidor de usted, tan distinguidísimo amigo.

Inmediatamente estreché su mano y le decía:

—También puede usted contar con mi amistad más sincera.

—¿No cree usted, entonces, que podríamos pasearnos un poco por estas apacibles calles? El silencio que aquí reina será el compañero nuestro. ¿No le parece a usted?

—Si tal es su agrado, demos un paseo. Pero... pero... Yo no veo estas calles tan silenciosas y apacibles. Las veo...

Sonó una risa estrepitosa y, arriba, vi que su sombrero de copa se inclinaba hacia atrás movido por esta hilaridad. Cuando se hubo enderezado, Palemón se puso serio y me contempló, por mucho rato, dejando errar por su rostro una expresión de duda, de vacilación. Por fin me interrogó:

—¿Ve usted algo de anormal en esta gente?

Respondí un tanto molesto:

—Veo, señor de Costamota, lo que cualquiera puede ver; veo a esta gente enloquecida,

la veo luchando despiadadamente por esa causa, muy digna, por cierto, que es el nombre que ha de tener aquel bar; sí, aquel bar.

Él se inclinó y, a media voz, me murmuró:

– Toda la razón está de su parte, mi fiel amigo.

– Tantas gracias –respondí.

– No tiene usted por qué agradecerme –fue su respuesta.

Y ambos seguíamos avanzando quedamente. Avanzábamos con toda naturalidad, sin tropiezos de ninguna especie y así cruzábamos aquellos tremendos jaleos, lado a lado, como si todo cuanto nos rodeara fuera la apacible callejuela de un villorrio lejano.

La gente no lo veía; pasaban a través de él y no sentían su presencia aquellos hombres desbocados. Luego noté que igual cosa ocurría conmigo. Me atravesaban, los desbocados, seguían en sus faenas destructoras como si tal cosa.

Explicué a Palemón esta cosa tan extraña. Oyó, con alto, con altísimo respeto, la explicación mía. Al fin me observó, creo yo que con cierta sorna:

– Parece ser que usted tiene su partido... ¿eh? Usted debe preferir que aquello se llame Bar Bazul y no siga llamándose Bar Azul; o acaso prefiere que se llame Bar Azul y se opone a que se apode Bar Bazul. ¿No es verdad?

Repliqué enfadado:

– ¡Me es igual! ¡Yo no frecuento los bares así es que pueden llamarse de cualquier modo! ¿O acaso cree usted, señor Palemón de Costamota, que yo ignoro el juegucito de palabras que aquí se hace con los nombres de los bares? ¿Eso cree usted? Pues le diré a usted que se equivoca, sí, señor, se equivoca. ¡Ah, el tal juegucito...! Bartolo y se hace Bar Tolo; barandilla y se hace Bar Andilla; barcarola y se hace Bar Carola; barbarizante y se hace Bar Barizante... ¡No voy a repetir todos los nombres de esos infectos sitios, no, no voy a repetirlos! Bariloche y se hace Bar Iloche... ¡Ja, ja! Barcelona y se hace Bar Celona. Es de perecer de hilaridad. Ahora se pelean porque quieren hacer un Bar Bazul... Bueno ¡que se peleen y se maten! ¡Que se estrangulen! ¡Que se...!

¿Y mi acompañante? ¿Qué se ha hecho Palemón de Costamota?

No hay nadie a mi lado, nadie que yo conozca. Hay sólo esas terribles multitudes que siguen en sus refriegas...

– ¡Palemón, Palemón! –grité.

No apareció. No estaba en ninguna parte. Pero, de pronto, oí su voz como si estuviera a mi lado:

– Hay que mover a esta gente, hay que moverla. Si no... si no se las mueve son presas del hastío y, entre gente hastiada, ¡dificilísimo, difícilísimo poder actuar! Y a mí me gusta actuar, siempre actuar, como a usted, mi distinguido amigo, le gusta también actuar.

Vi, entonces, un sombrero de copa que, al parecer solo, hacía un gran semicírculo por los aires.

Nuevamente era la contienda por todos lados. Pero más calmada, me atrevería a decir, más suave. Traté de orientarme. Vi que estaba en la calle del Milagro, a un paso de mi departamento. Me dirigí a él. Casi al llegar vi una delirante multitud que avanzaba en impecables filas y gritando al unísono:

– ¡Bar Bazul! ¡Bar Bazul! ¡Bar Bazul!

Algunos se abrazaban; otros corrían a las aceras y abrazaban a los que los miraban pasar. Volvían luego a las filas y seguía el cortejo.

Era un triunfo. Bajo los arcos del Portal Colonial, habría ahora un Bar Bazul.

Me alegré.

Me sentí dichoso.

Subí a mi departamento y me detuve frente a la puerta de Lorenzo. Necesitaba comunicarle esta feliz nueva. Entré al 5º piso y me encontré con el enorme amigo que él es.

120

—Hé estado en medio de la huelga, Lorenzo —le dije apenas lo vi—; en medio de ella, todo el tiempo, salvo un instante en el que estuve con Palemón de Costamota. ¿Y tú?

Me respondió:

—No me he movido de aquí.

—¿Nada has visto, entonces, nada?

—He visto mucho pero no de esa huelga de que tú me hablas. He visto mucho de mí mismo. No sigas de pie; siéntate.

Me senté; quise levantarme; me acomodé debidamente. Sentí que algo giraba a mi alrededor. Ante ello quedé inmóvil. Dejé que eso se apaciguara.

Pero, ¡no! Eso era la paz misma. Era yo quien tenía que apaciguarse.

Desapareció el tiempo. Miré a Lorenzo y sonreí. Le dije:

—Se está bien aquí en tu escritorio. A él no pueden llegar los rumores de la ciudad. ¡Vámonos de aquí! Ahora aparece aquel fondo de la Tierra. Él me llama.

Su respuesta fue:

—Sí; es buena idea; vamos al fondo de la Tierra. Mañana, muy de alba, partiremos. ¿Qué te parece?

—¡Admirable! Porque no resisto más aquí. Por todas partes veo bares y más bares. Mañana muy de alba; eso es.

Por la mañana siguiente partíamos. Ya todo estaba en calma en la ciudad entera. Nos dirigimos a la isleta del Olor de Santidad. Encontramos los matorrales. En ellos nos disimulamos. Luego encontramos la pequeña senda que por entre ellos existe. Por ella avanzamos unos cuantos metros. Bajamos.

Una escalera angosta se presentó a nuestros ojos. Por ella descendimos. Eran ocho escalones que abocaban a un espacio plano. A este plano llegamos y miramos.

Todo este plano estaba cerrado; no se veía ni una puerta que nos indujera a penetrar por ella. Nos miramos y ambos levantamos los hombros. ¿Nos habríamos equivocado?

De pronto, un ruido, algo como un lejano cañonazo.

Se desplomó un pedazo de este muro que rodeaba cuanto veíamos. Tras este derrumbe, aquello se extendía.

¡La salvación!

Cruzamos el umbral de este hueco; un inmenso camino ante nosotros. Pero era un camino ascendente. Por cientos de metros aquel camino ascendía.

Volvimos a mirarnos atónitos.

—Verifiquemos fuera —propuso Lorenzo—. Este camino tiene que salir a la superficie.

—Es verdad —dije—; este camino ha de perforar toda la superficie y ha de salir hacia fuera. ¿Crees tú que irá hasta las estrellas? Vamos a ver, Lorenzo, y verifiquémoslo.

Hicimos marcha atrás, volvimos a subir la pequeña escalera y salimos al islote del Olor de Santidad.

¡Nada! Ahí estaba ese islote, ahí estaba el río y, a lo lejos, toda la ciudad. Había el mismo movimiento que minutos antes: los autobuses pasaban, los autos, la gente; vi que pasaba un perro; todo igual.

Pensé un rato. Luego expresé convencido:

—Hemos tenido una ilusión.

Me respondió Lorenzo:

—No. La ilusión es ésta.

Y con un gesto me indicó la ciudad, el río, el tránsito. Ya el perro no estaba; pero apareció, allá lejos, una dama que, a su vez, se perdió entre la gente.

Allí quedó Lorenzo, mirando, casi extasiado.

¿Buscaría a la dama que acababa de pasar? ¡Oh, todavía está con la euforia de las mujeres!

—¿Qué miras, Lorenzo?

Me respondió:

—Los reflejos.

—¿Qué reflejos?

—¡Esos, esos que se presentan y se pierden! ¡Esos! Los hay por todas partes. ¡Mira, Onofre, mira! Estos reflejos están en todas partes, en todas. A veces me mareo pensando en ellos; a veces me penetran y los siento vívidos, los siento que... que me traspasan. Porque todo brilla, todo está brillando siempre. Pero... nuestra limitación visual, nada más, los hace existir en un solo punto y deja los demás en las sombras.

Repuse:

—Para algo existe el Sol.

—¡Existe a medias! El Sol... el Sol... Tenemos únicamente una idea del Sol, pero no lo vemos. Si algo nos acercáramos a él, todo esto sería un resplandor.

Confirmé lo que alegaba:

—Comprendes el Universo, Lorenzo; ves más en cualquier parte. Yo no habría pensado jamás en esta limitación visual de que padecemos.

—Porque tú te preocupas del nombre de los bares.

—Bajemos nuevamente y entremos por aquel camino que nos parecía subir. Así pasaremos por sobre esta ilusión de la tan bella ciudad de San Agustín de Tango.

—Bajemos y bajemos pronto. Quiero hacer algo, quiero que todo mi cuerpo se mueva y, con él, mi mente también. ¡Basta ya de ilusiones como ésta que tú llamas la "bella ciudad"! Dime, mi querido Onofre, ¿has visto tú algo que presente dificultades mayores que *no hacer nada*?

—Bajemos.

—Pienso entonces en Lao Tseu...

—Bajemos y penetremos por aquel camino ascendente.

—También me intriga esta cuestión: ¿Será esto del mundo entero o sólo de nuestra raza?

El camino era francamente ascendente; tendría no menos de unos 45°. Hicimos un esfuerzo y por él nos engolfamos. Es algo curioso: el camino quedó horizontal. Pudimos avanzar por él con absoluta facilidad.

Luego, un precipicio; también de sus 45° descendentes. ¡Un esfuerzo! Nos precipita-

mos por él... nos precipitamos por ancha avenida bordeada de hermosos árboles. A lo lejos, muy lejos, algunas casitas. Esta avenida era perfectamente horizontal.

¡Qué alegría! Canté:

¡Adiós, muchachos,
compañeros de la vida,
Barra querida
De aquellos tiempos!

Lorenzo susurró:

—Un tango...

Le contesté:

—Es una despedida a San Agustín de Tango.

—Por piedad, Onofre, no hagas chistes y, sobre todo, unos chistes de gusto dudoso. Piensa que has entonado un tango, ¿me oyes?, un tango. Ellos han vuelto a zumbarme en los oídos, día y noche. Como en aquellos tiempos; cuando, bailando, la apretaba. Ya no bailo; pero los tangos subsisten.

—Es, sin duda, un nuevo amor que ha llegado hasta ti.

—No; yo amo a Benilde Panilonco y creo... creo... pues no lo sé con certeza. Sí, no quiero negarlo, sí, ¡la amo!

—¿A Benilde? ¿O a otra?

—¿Se llama...?

Vaciló unos momentos. Se detuvo y yo me detuve junto a él. Allá, muy lejos, de una casa, salió una mujer más bien vieja. Me acordé de los autobuses cuando pensaba en Diana y quería, a toda costa, ir hacia Colomba. ¡Ahora íbamos ambos hacia esos reinos de Colomba y de Lumba Corintia! Al fin murmuró:

—Alsina Cochoa.

Una pausa. Luego agregó:

—Acaba de cumplir 10 años... Una niñita... Me quiere y yo la quiero a ella... Onofre, quiero a Alsina Cochoa...

“Acaba de cumplir 10 años...”.

Casi tu edad, Diana, casi, casi.

No pude y, deteniéndolo nuevamente, vociferé:

—¡Yo también, Lorenzo, yo también! Yo quiero a una chica, a una niñita; yo quiero a Diana Papudo. ¿La recuerdas? Yo beso y beso a esta niñita de, apenas, 11 años de edad. Ella también me quiere. Pero, tú sabes, esa opinión pública y los bares... No pude verla la última vez. Pero... ¡quiero a Diana!

—Yo quiero a Alsina. Ellas no vienen al fondo de la Tierra, no vienen. Ellas quedan allá con sus amiguitas y, acaso, con sus juguetes, sus muñecas, sus cosas de grandes hechas miniaturas.

—Guardemos silencio y sigamos hacia el fondo. ¿Quién sería aquella mujer que salió de la casita?

—Una muerta, a no dudarlo; acaso era Eufobina Colliguay o, acaso era...

—No hablemos. Silencio...

Ignoro si Lorenzo habló o siguió callado a mi lado. Pues, ¿para qué se ha de hablar? Florencio Naltagua me dijo, o nos dijo, cierta vez, que no había necesidad de hablar, menos aún de conversar. Y en el silencio absoluto... Sí, porque fue aquí en el fondo de la

Tierra que él se expresó... agregó —si así puede decirse— que en esta palabrería está nuestra deficiencia, nuestra gran falla. Y todos, todos (creo que éramos muchos los que estábamos con él) comprendimos que nuestro entendimiento debería ser inmediato y permanente.

¡Qué hermoso es el silencio!

Dos personas que se entiendan sin hablar...

Como yo me entiendo con Diana y tú, Lorenzo, te has de entender con Alsina. ¡Qué hermoso es!

Hablar, conversar, decirse toda clase de nimiedades... ¿Se cambian opiniones? Y si se cambiaran... ¿para qué?

Este "cambio de ideas" es la radio, ¡la radio!

Es salirse de sí mismo; es agitarse en un vacío absoluto. Pero este vacío, al tener esta agitación, se nos presenta lleno como este ambiente, como este ambiente que va creciendo en esa sonoridad de la cual no hay que hablar.

Sigamos bajando.

Que nuestros pies nos lleven sin que nosotros hagamos ni el más leve esfuerzo.

No hagamos nada. No hacer nada.

¡El ideal!

A ello hay que llegar pues "hacer algo" es una misión subalterna. Ello es el horror a lo que se presenta como un "vacío", como una pérdida de tiempo.

Tiempo...

Largo tiempo que no pensaba en el tiempo. He repetido dos veces este vocablo: tiempo. ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es?

Parece ser nuestra ilusión; parece ser que es aquello que nos moldea y nos hace tal cual ahora somos.

Sí; ¡una ilusión!

Por eso quisiera encontrarte y poder mirarte, grande y mil veces sublime Lao Tseu. Pero ahora voy hacia Colomba con la misma presteza y ansiedad que tú, Lorenzo, vas hacia ella, vas a Lumba Corintia.

Hay algo muy curioso, curiosísimo. Lo expresaré. Este silencio es a propósito para ello. Es lo siguiente:

Lorenzo ha bajado tras Lumba Corintia;

Yo he bajado tras Colomba;

Lorenzo va en busca de Anam;

Yo voy en busca de Juan Emar;

Lorenzo ama a una niña, Alsina;

Yo amo a una niña, Diana.

Un mismo objetivo nos unía. Una mujer, una mujer que nos indicaría el sitio donde se hallan aquellos que nos harán subir. Una niña, desde allá, nos acompañaba y pensaba en nosotros. Así avanzábamos y conversábamos en silencio.

Cruzó nuestra ruta, repentinamente, Maribel. Nos miró y, con alegría, se frotó las manos. Luego púsose seria, muy seria, parecía que nos iba a regañar. Pero, no; era una manera de hacer bromas y nada más. Nos lanzó:

—¿Adónde se dirigen estos dos "costreños"?

Lorenzo repuso:

—Voy tras Lumba Corintia.

Una rápida mirada de Maribel me alcanzó. Respondí:

—Busco a Colomba, su sonrisa.

Y Maribel desapareció. Lorenzo, entonces, me explicó y su rostro mostraba un franco contento:

—Yo debería poder permanecer largo rato en mi escritorio y no sentir ningún deseo de salir de él. Pues esto... ¡es enorme, Onofre, enorme! Ver realizarse todos los anhelos que había en aquella cabecita tan pura, tan sumisa, en Jateña, tú me has de comprender, ¿verdad?

Luego elevó una mano y gritó con todas sus fuerzas:

—¡¡Adiós, Maribel!! ¡¡Adiós, Jateña!!

Y seguimos descendiendo hacia el centro de la Tierra.

Caí en meditación. Caí en el pensamiento de Colomba. Diría, mejor, caí en la inquietud respecto a ella.

Colomba... ¿Quién eres?

Sentí, rápidamente, que Colomba y yo no éramos más que uno. Pero éramos uno cuando mi nombre era Boroa, cuando te veía a ti, mujer, cuando se perdía en la nada aquel que se llamaba Borneo. Entonces tú apareces y entonces sonríes. Te digo muy bajo, en esos momentos;

—Marchemos hacia Juan Emar.

Pero esta integración tuya en mí se efectúa sin que mi voluntad entre en juego, ella se produce *fuera de mi voluntad*.

Otro ser maneja esta marcha mía.

Cuando este otro ser se separa de mí, siento, de inmediato, de qué modo Borneo se apodera de todo. Borneo me llevó a esos espantosos disturbios en los que acabo de estar allá, allá en la ciudad de San Agustín de Tango; Borneo gusta ir al San Lito y allí beber hasta embriagarse.

Tú, Colomba, te retiras en esos instantes.

Pero la última vez que me acerqué a ti, Colomba, ¿qué te ocurrió? ¿Por qué te eclipsaste y te llevaste contigo esa sonrisa que yo buscaba?

Lo veo, lo sé:

Tú quieres un hombre sano a tu lado, un hombre que, por su parte, se aproxime a la mayor perfección posible. Voy entendiendo lo que tú deseas; voy entendiendo en qué momentos estás dispuesta a hablarme y guiarme a las elevadas, las más elevadas posibles, alturas donde se halla Juan Emar.

Un lejano silbido que fue creciendo en intensidad.

Maribel estaba, otra vez, junto a nosotros y se detenía a contemplarnos entre curiosa y abismada. Nos preguntó:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Aaaah, ya lo empiezo a ver! Es que... Sí, ahí está la clave. ¡Tenéis relojes costreños, de esos que avanzan como tortugas! ¿Y sabéis una cosa?

—¿Qué cosa? —inquirimos ambos.

Ella respondió con un mohín malicioso:

—Los miembros vuestros y todo cuanto ellos tocan, ven, oyen y demás, los miembros siguen la marcha de los relojes y se hacen de una insostenible lentitud.

—Estás alegre, estás con ganas de hacer chistes, mi Maribel, mi Jateña —dijo Lorenzo riéndose de buenas ganas.

—No —respondió Maribel—, no y no; es muy serio cuanto os digo. Fijaos en una cosa: mientras os movíais como escarabajos, yo, yo, Maribel, viajé.

—¿Y hacia dónde fue usted? —le pregunté.

Ella respondió hablando, esta vez, muy en serio.

—A una estrella.

—¿Qué estrella? —fue la pregunta de ambos.

Ella dijo:

—A Pólux. Ida y vuelta. Y allí he pasado un rato larguísimo, un rato que los relojes de vosotros marcarían por largos años. Después he regresado y, al veros aún casi en el mismo sitio, me he acercado y... (otra vez su malicia) os he dado esta especie de explicación sobre esos aparatitos que os ponéis ahí, en la muñeca.

Reímos los tres. De pronto ella calló y nos averiguó:

—No me habéis dicho nada de Celso. ¿No queréis verlo?

Nosotros dijimos:

—Celso... ¿Celso...? ¿Quién es ése?

—Ella rió con toda alegría y nos explicó:

—Celso es Florencio. ¿No lo sabíais? Pues, sí: Celso y nada más; pues aquí esos apellidos con que se nos designa allá, en la costra, se pierden. Así es que si lo véis no vayáis a decir, no, por ningún motivo; Celso Naltagua. Decid Celso y nada más—. ¿Me habéis oído y entendido?

Ambos respondimos al unísono:

—Sí, Maribel, y muy bien.

—¡Adiós! —gritó y volvió a desaparecer.

Nosotros seguimos nuestro descenso. Lorenzo iba sumido en sus reflexiones. De cuando en cuando levantaba los ojos y miraba y buscaba para todos lados. Le advertí:

—Albina no ha de venir.

Me respondió:

—No es a Alsina a quien busco; sé que ella, como tú Diana, no ha de descender a estas profundidades. Busco esos reflejos de que te he hablado. Aquí, fíjate bien, no los hay.

En efecto, nada brillaba. Todo estaba envuelto por una luz igual, pareja, diría. Entonces vine a darme cuenta de ¡cómo brilla y reluce y deslumbra todo allá en la superficie! Felizmente es por pocos instantes; centellea, resplandece y pasa; si dura algunos instantes, quitamos los ojos.

En cambio allá, allá arriba... Pasé mi mano por los ojos pues sentí que ellos me ardían. Y Lorenzo me explicaba:

—Un auto, al tomar una curva, lanza una llamarada; el cristal de una ventana es un foco de luz que el Sol aprovecha para multiplicar su fulgor; los espejos... ¿No has visto a esos chiquillos que se divierten mandándote rayos solares por medio de espejitos? Y brillan las joyas de las damas; y brilla tu reloj pulsera; y brillan todos los relojes; y aquel pedazo de metal que hay por el suelo; brilla, brilla, resplandece como aquel otro que hay en el techo de una casa. Puedo asegurarte que ahora veo que todo no es más que un continuo resplandor. Y allí, en medio de ese relucir, tenemos que vivir nosotros. Felizmente viene la noche y es entonces una paz. Sí, Onofre, una paz siempre que no se te ocurra encender una luz porque vuelven los reflejos y vuelven los...

Un lejano ruido, lejanísimo ruido, nos obligó a detenernos. Era aquello como si, muy lejos, rodara un tren. Luego se acrecentó, luego retumbó en nuestros oídos. Y vimos que, por los ámbitos, volaba el sin igual de Baldomero Lonquimay lanzando, a todos los vientos, un formidable: Brrrrrrrrrrrrrr...

Por fin tocó tierra frente a nosotros. Hizo girar su capa. Y allí quedó tieso, impertérrito.

121

De entre los pliegues de su capa, bajo las alas de su de su chambergo, mientras su diestra se alzaba y se mostraba surgiendo de la capa, una voz resonante se oyó:

—¡Salve, mancebos, salve! ¡Heme aquí!

Nosotros nos inclinamos y respondimos tímidamente:

—Buenos días. Salud.

Y los tres guardamos silencio. Por fin habló Lonquimay con voz cadenciosa y con lentitud. Nosotros, sin pronunciar palabra, escuchamos respetuosamente. Dijo:

LONQUIMAY

Heme frente al juicio final. En mí, por lo tanto, prodúcese una laboriosa digestión. Pues digiero con suma lentitud; digiero cuanto he leído en mis días terráqueos. Pues yo he leído con asiduidad, he leído sin implantar mis ojos en las páginas escritas. He leído con el tacto, he leído tocando con estos dedos que aquí véis lo que el autor la pena hase dado de ir y estampar, en las vitelas que lo rodeaban, los afanes que por su mente cruzaban.

Os preguntaréis: "¿Cuándo leía Baldomero?"

Os he de responder:

Cuando las tinieblas nochecinas habían echado a los infiernos aquellos rayos solares que habían logrado imperar. Entonces, yo leía, yo empapábame en aquello que publicado ha sido. Y cuanto entraba a mi magín lo tragaba y quedado en depósito permanecía en el páncreas.

Doña Clea Purén pernoctaba a mi lado. Doña Clea Purén, con regularidad musical, roncaba. Entonces yo leía y embecía este tan noble páncreas con el fruto de mis lecturas.

¡Y allí quedaban, allí quedaban! ¡Jamás esos frutos impresos tuvieron la osadía de avecinarse a esta mente mental! Los frutos temían y tiritaban de pavor ante el poder sin igual de esa que era mi mente mental.

Temían con razón. Pues a su entrada montaba guardia un feroz y tremebundo caballero cobijado tras su adarga, amenazante con sus arcabuces y mosquetes y repicando, a regulares intervalos, su sonoro atabal.

Os he dicho ya: allí se hospedaban estos frutos de mis sabias lecturas. Mancebos: allí cuchicheaban muy bajo, muy bajo.

¿Qué decían, qué manifestaban, qué trazaban, qué aseveraban, qué alegaban, qué especificaban, qué intentaban?

¡Libertad! Pues querían atacar esta mente mental y forzarla a que de ellos se ocupara. Sea: ¡libertad!

Mancebos: ellos obtuvieron la libertad. Y, al obtenerla, yo fallecí.

Fallecí... ¡Fallecí!... ¡¡Fallecí!!

¿No taladran vuestros oídos ese repicar de fúnebres campanas que lloran mi fallecimiento? Son, mancebos, las campanas que me lloran. Ved cómo mi noble capa se convierte en vil tabardo. Mi hopelanda se convierte en infame prenda de vestir.

¡Oh, dolor!

¡BRTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT!

Quedamos ambos, Lorenzo y yo, en suspenso y asustados, pues este grito de Lonquimay se había hundido en el suelo. Se habían hundido esa "B" y las dos primeras "r" y las demás, aquel innumerable séquito de tantas "r", se levantó por los aires empujando y llevándose al pobre Baldomero.

Era algo verdaderamente interesante ver a esas "r" enroscadas y que formaban como una enorme varilla. Y arriba, alejándose, iba el pobre Baldomero. Dio con su trasero en el techo de aquella bóveda donde nos hallábamos. Se detuvo unos instantes y luego, tomando a las "r" con sus manos, bajó por ellas con lentitud, con solemnidad. Llegó a nuestro lado y, sin más, exclamó:

¡Heme aquí! Nuevamente ¡reheme aquí! Os hablaba del juicio final, del final juicio que estoy sufriendo. Oídmе con devoción, os lo suplico. Escuchadme con fervor y agachad vuestras testas. ¡Escuchad y oíd! Debo lanzar por los aires serios ultrajes a ese vil y camaranchón de Desiderio; a ese zascandil de Longotoma.

¿Me habéis oído?

Pues Longotoma, el Desiderio, es, como os he dicho, un más que perfecto zascandil, un hombre despreciable y enredador que, a pesar de mi fallecimiento, trata aún de herir mi soberbia bien nacida. Él, este mísero rufián, ha sido el autor de estas "r" entrelazadas que de mi cuerpo se han desprendido llevándome hasta dar con mi trasero en aquellas altas paredes. ¡Él ha sido y no hay más!

Pues el Longotoma es un pequeño Satán versado en todas las que haber puede de magias negras. Y a ellas acude cuando desea, con deseos de mago retinto, llevar el daño a un semejante.

Pero, pasemos y perdonemos que tal cosa es lo que a mí me ha de corresponder: pasemos con el perdón de nuestros labios. Sí, pasemos, sigamos.

Os departía yo sobre aquello que en mi páncreas se hospedaba. Es lo que ahora medito, considero, rumio y excogito. Para ello he tomado el libro de Giovanium Papinium, el hombre que, en este mundo llámase Giovanni Papini. El libro apódase: *El Juicio Final*.

Y vosotros —¡oh, mancebos de la mancería o mancebería!— ¿qué objeto persquirís? Respondedme si ello no nos acarrea la congoja que puede, en vuestros rostros, transformar en un heribán. ¡No! Quiero que vuestros rostros sean cual es la pureza de un evanto.

Ambos explicamos callando, por cierto, la principal búsqueda de nuestros descenso, es decir, los nombres de Lumba Corintia y de Colomba. Dijimos, en cambio, que lamentábamos en alto grado vernos allí sin ellas dos, las dos lindas niñitas que eran ahora nuestros desvelos, ellas, Alsina y Diana. ¡No han venido ni vendrán! Por eso marchamos solos, con la esperanza y el muy grato recuerdo en nuestros corazones.

Baldomero meditó. Luego oyóse su voz:

¡Veo, comprendo, percibo, avisto, diviso lo que habéis de padecer. ¡Un minuto de mudez! ¡Dos minutos de mutismo! En ellos elevad vuestro pensamiento a esas bellas doncellas. Yo elevaré el mío a Giovanni Papini. En él me sumiré. Vosotros iréis, cabalgando en esos nombres, a la claridad del firmamento. Pues al romper el día, es el momento de la diana; y el día rompe cuando todo es albino como el alba de la diana. ¡Diana alsina; Alsina diana! Recojámonos todos en las trompetas del amor.

Mas ahora yo digiero. Lo que he leído se revuelca en mi interior. Ya se encuentra libre de la prisión pancreática en que yo lo había sepultado. Papinium o Papini está conmigo pues él, ya lo he manifestado, ha escrito un libro que ocurre en las téticas circunstancias que ahora yo vivo en la muerte.

¡Ved allí, mancebos, ved y caed en éxtasis!

Saffo avanza con Cleopatra y Eloísa; Marie de Blois viene en pos. Y ved ahora a las mujeres infelices, a la Morozova y a Topazia y a Diómira y a Baskirceva. Enamoradas y desgraciadas, todas giran en torno mío y bajo esta capa tratan de esconderse.

¿De quién se esconden? ¿Qué las amedrenta?

Las amedrenta el ojo de los lujuriosos sensuales que ahora se avecinan lentamente cual gatos tras ratones. Ahí va De Sade, el marqués; ahí va Casanova; ahí va Sacher Masoch. Y atrás ríe esperanzado, Herodes Antipa.

Los artistas contemplan curiosos este espectáculo. Tratan de verter sus visiones en obras imperecederas. Así se afana aquel inmenso Fidias y Sandro Botticelli y Rafael y Haendel y Paganini, también se desvela Hokusai como se desvela Rossini y Daumier y Van Gogh. Los poetas y escritores anotan y anotan cuanto pasa por sus ojos. Quieren salvarse de este tremebundo interrogatorio que los vigila; quieren responder con obras a las interrogaciones a que serán sometidos. Así hace Eurípides y Lucrecio, y Villon y Tasso y Shakespeare y Quevedo y Milton y Byron y Poe y Gogol y Dostoyevski y Ducasse y Rimbaud y... y... y... ¿Sospecháis?

¿No sospecháis? ¿No barruntáis; no conjeturáis?

Os lo proclamaré, entonces, y son mis más ardientes y quemantes deseos que esta verdad, que lanzaré por los ámbitos de los ámbitos, no dañine ni dañinee ni dañisque vuestros oídos tímpanos que hierven por enterarse.

Ese soy:

¡Yo!

Brrrrrrrrrr... Brrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr...

Su capa hizo mil remolinos mas él no se movió. Aquello sonaba como un tren expreso que pasara a toda velocidad. De pronto su capa se abrió como las alas de un murciélago. Y Baldomero Lonquimay se elevó lentamente.

—¡Adiós, adiós! —le gritamos.

Nada, nada. Baldomero se perdía en las tinieblas. Al fin, se perdió. Nos miramos. Dije a Lorenzo.

—Sigamos nuestro descenso.

Pero aquel tren expreso, aquel “Brrrrrr” empezó a crecer en intensidad. Miramos hacia lo alto: Lonquimay se acercaba, se acercaba y, por fin, estuvo nuevamente junto a nosotros. Entonces se expresó con voz cavernosa:

Ya se acerca el momento en que he de sufrir el interrogatorio. Por eso he rechinado

con mi "BRTTTTTTT". Por eso me he elevado por estas alturas. Me he elevado gracias a mi propia voluntad, a mi propia volición. Esta vez aquel zascandil de Longotoma nada ha podido contra éste que sigue su curso por la eterna eternidad.

Lo he vencido en sus malas artes de magia negra. Pues, ante él, he conjurado con mi magia alba cual Alsina y diana cual Diana, cual las dianas de aquel mundo son albas como ellas lo son, ellas, ellas, tú, Diana, tú, Alsina.

Ahora, mancebos, sentiréis un dulce soplo, un soplo perfumado, en todo vuestros seres. Pues yo, ¡yo!, ¡yo! no responderé a ese interrogante interrogatorio como respondieron los asesinos de que habla Papinium, los crueles y viles cual Caín, cual Yom Tob, cual Gianciotto, cual Girolamo Olgiati, cual Lope de Aguirre, cual la bella Mary Lamb, cual Zeliabov y tantos otros que allí, en esas páginas, reposan en la eternidad de quienes los lean. Reposan juntos a Iván el Terrible y a Catilina.

En mi interior, que es ahora grande como el espacio que une al cenit con el nadir, todos aquellos seres están fundiéndose en algo inconmensurable que, de pronto, ha de salir. Entonces, sí, entonces la tactilidad de estas yemas de estos dedos cogerán e ingerirán lo que se haya estampado en los pergaminos volantes de este mundo, de este inconmensurable Universo.

Ahora se alejaba definitivamente. Su capa se abría y se agitaba como las alas de un inmenso vampiro. Hacía grandes círculos alrededor nuestro. Pero se iba, se iba.

—¡Adiós, Baldomero Lonquimay! —gritamos ambos al unísono.
Seguimos descendiendo lentamente.

Alsina	Diana
Lumba Corintia	Colomba
Anam	Juan Emar

122

Seguimos nuestro descenso. Ya deberíamos estar a más de unos 5.000 kilómetros de profundidad. La calma y el silencio que allí reinaban eran absolutos. Nuestro camino tenía una pequeña inclinación descendente. De pronto Lorenzo me detuvo poniendo su mano ante mí. Exclamó mostrando hacia adelante:

—¡Mira, Onofre, mira quien viene ahí!

Era Florencio Naltagua, el que ahora había cambiado su nombre por el de Celso y había perdido su apellido. Tal era lo que había dicho Maribel allí en esos fondos, la que, para nosotros, había sido Teodosia Huelén.

—Sí —respondí—, él es, Celso, el gran Celso.

Un minuto después nos juntábamos con él y oíamos su voz. ¿La oíamos? No; nos comunicábamos con él en medio del silencio.

Nos sentamos sobre una piedra cómoda y grande. ¿Sería lo que, allá arriba, llaman "piedra"? Como se sea, allí nos sentamos y, lentamente, Celso se puso a comunicarnos... a comunicarnos... ¿Qué? *Mis recuerdos son vagos; me ocurre algo parecido a lo que le ocu-*

rió a Baldomero Lonquimay con el libro de Papini. Tal vez todo lo dicho por Celso iba a mi páncreas y allí debe estar. Allí lo dejaré. Alguna vez ha de salir a flote; tal vez sea en el momento de mi muerte. Pero callemos y tratemos de estampar aquí lo que Celso nos comunicó.

Me cuesta llamarlo con este nuevo nombre, con Celso. Para mí es aún Florencio y Naltagua por añadidura. Pero debo someterme a las leyes que imperan en ese reino. Será, pues, Celso.

Su voz penetraba en nosotros. Yo veía a Colomba que parecía aproximarse a nosotros. Por los ojos de Lorenzo veía yo que a él le ocurría otro tanto con Lumba Corintia. Esto doblaba el interés que las palabras de Florencio... quiero decir de Celso... producían en nosotros. Al fin y al cabo estábamos ya casi en el umbral de aquel centro terrestre, el umbral de aquello que Max Heindel llama la expresión del espíritu de la Tierra; estábamos sobre el umbral y bajo el dintel de la patria de ellas, de Lumba Corintia y de Colomba.

Callamos, pues, y nos dejamos empapar en esos afluvios que de Celso se desprendían.

Eran *algo* así:

CELSO

Debéis poder recordar siempre lo que deseáis que venga a vuestras mentes. No debéis recordar aquello que, de pronto, es evocado por algo externo. El hecho de poder recordar algo que *no* sea evocado por algo externo, os demuestra la autonomía del cerebro. Pues el cerebro es libre; vuela por sobre el suceder.

No creáis tanto en la educación. Los que son espontáneamente buenos, los que ven el dolor *verdadero* en cualquier parte que aparezca; los que, entonces, van en busca de él y con él se identifican, van impulsados por un hecho *prenatal*. Esto no se adquiere con la educación ni se adquiere con nada.

Nuestro recuerdo del pasado, del remoto pasado antes de haber nacido, es nuestra manera de ser, es decir, nuestras inclinaciones, nuestras tendencias y vagas intuiciones.

¿Por qué tendríamos que recordar con la mente como recordamos lo sucedido ayer?

El hombre sin encarnaciones, como es Olegario Cunaco, el que no guarda en sus formas e inclinaciones, recuerdo alguno, debe ser digno de nuestra conmiseración. Pues son nuestras formas el recuerdo del pasado. No hay necesidad de que sean recuerdos mentales. El hombre se diluye, se deshace. Es una especie de hueco vulnerable por el existir de la vida. Hasta que, por fin, se evapora. Pues no se puede perder nada de lo que ha de suceder.

Debéis matar a la bestia que dormita en nosotros. Hay que tener a distancia a nuestra mente; que ella no intervenga ante la voz de las intuiciones.

Nuestra manera de ser es el recuerdo que tenemos de nuestro existir pasado. Sí, esos actos que hacemos siempre con toda espontaneidad y sin pensar en ellos. Así vereis que las ideas y los sentimientos están fuera de nosotros. "Fuera"; como lo ha dicho mil veces Rubén de Loa al hablar de las artes. Están como entidades a las que uno se acerca o de ellas se aleja. Tal es el sentido de esta vida.

Aquí ocurrió algo que juzgué como muy extraño: la voz de Celso se alejó y sólo pude oírla por intervalos mientras su figura permanecía, sin moverse, donde se hallaba. Era una voz al parecer movida por un viento que allí no existía. Pero Lorenzo seguía atento a él y oía marcado interés sin perder sílaba alguna. Y he vuelto a poner la palabra "sílaba". ¿Hablabla Celso? No lo sé. El caso es que *cuarto*

de él emanaba era, para mí, a veces fuerte y claro, muy nítido y preciso; a veces era nebuloso y se perdía en la nada. Así es que anotaré lo que ahora viene a mi recuerdo aquí en mi escritorio de mi departamento de Fray Tomate.

CELSO

Es lo que debéis considerar como una inversión de los complejos. Así se llaman, hoy día: complejos.

Nacen estos complejos. ¿Cuándo, dónde? No olvidéis que ellos son prenatales, que vienen de épocas remotas, que vienen, diría, con la eternidad.

Desde su aparición a nuestra conciencia hay un instinto de que ellos serán dolorosos.

.....

Es su lenta transformación en placer. Por eso se ruega al que es el Sumo Hacedor, a Dios.

.....

La vida es analizar y vivificar esos complejos; la vida es impedirles que ellos se vayan a la subconsciencia.

Queda, pues, en la subconsciencia, la parte normal, la que debió ser consciente, los impulsos positivos y bondadosos. Ellos se hacen presentes espasmódicamente, bajo influencias desprejuiciantes; porque la normalidad absoluta debiera ser sin prejuicios.

.....

Quemar en la vida los complejos.

.....

Así pasaban aquellos vehículos. Su ir y venir, su rapidez y su lentitud. Estaba yo al borde de la carretera y los miraba. De pronto observé la sensación de estupor que dejan. Tal vez sería la pregunta anhelante:

-¿Adónde van?

Mas la respuesta no debe llevar ni una gota de algo que se acerque a ideas morales o a ideas utilitarias, nada que toque al intelecto, nada que pueda ser expresado por un poema o por una prosa. Es la actitud de uno ante ese hecho, es como suspenderse en él y gracias a él. Entonces ha de ser la sintonización del hecho, algo entre inútil y cósmico.

.....

.....

Un huracán invisible. Toda comunicación entre Celso y yo se disolvió. Sin embargo ahí seguía él expresándose y vi que tenía tomada toda la atención de Lorenzo.

De pronto debe haber cesado el huracán pues Celso se manifestaba:

Tal ha sido su papel pues ese hombre, ese vidente, no habla por su gusto. Está encomendado a deshacer el camino que habían tomado los teósofos, los que hicieron la actual Sociedad teosófica. Sin duda que Blavatsky creyó a la gente ya madura para tales revelaciones. Pero en esto falló. Se creyó que iba a ser un campo más de seriedad humana y resultó que fueron seguidos, Blavatsky y Annie Besant y Leadbeater y demás, por todos los impotentes y cobardes del mundo. Era la espera de la revelación sin trabajo; trabajo sin contacto con la vida. Una vida así ha de engendrar un orgullo satánico. Es la eterna espera del premio que los diferenciará de los demás hombres. ¡La voluptuosidad infinita de ver lo que otros no ven!

¿Quién habrá sido ese vidente de que nos hablaba Celso?

Sopló nuevamente el viento invisible y no lo supe. Porque ahora Celso decía:

En la antipatía hay necesidad de demasiada sugerencia. A esos seres, para encontrarlos antipáticos, hay que recordar personalmente casos semejantes en uno y decirse que ello ha de haber sido así y nada más que así.

.....
Realmente no veo qué otro fin puede tener la literatura. Su deber es hacernos vivir en otro plano, llevarnos a otra región, anticiparnos a este estado superior en que ya me encuentro.

Aquí pensé en Diana y la vi tendida en mi cama murmurando un "Sí" mientras mis labios la acariciaban y la besaban.

Y vi que Lorenzo evocaba a su Alsina y vi, con toda claridad, que también la había besado entera y sólo un lejano quejido se oía en la habitación donde ellos estaban.

Pero el huracán ahora traía las voces insonoras que de Celso se desprendían:

Para llegar a tal realidad, para transportar de verdad a otro plano, es necesario que este plano sea hecho tan sólidamente como es el nuestro. Si así no es, esa literatura será fantasía, pura fantasía.

.....
Igual es en pintura; Rubén de Loa os lo podrá asegurar; igual es en música; Stramuros os lo podrá asegurar.

Toda literatura bluff deja siempre un insoportable sabor de cosa artificial, de simulacro, de mentira. Es por reacción a tal sabor que uno se encamina a la verdad.

.....
Nuevo huracán. Ahora se ha llevado a Celso y a Lorenzo. Allá los veo, allá iluminados por una luz lunar. ¿Será la Luna aquí dentro?

¡Sí! ¡Es la Luna! La Tierra se ha perforado y una inmensa grieta ha traído hasta nosotros la luz de la Luna.

Hablan siempre Celso y Lorenzo. Ambos hablan ahora. Y vuelven, bajan, bajan. Están nuevamente a mi lado. Y Celso comunica sin mover los labios:

A medida que se aumenta el tiempo, va disminuyendo. A medida que crece el número, se aproxima más al cero. Entonces surgen estas preguntas:

"¿Cuánto duran, entonces, un anillo, una ronda, un manvatará?"

Y cuando se haga la última pregunta:

"¿Cuánto dura todo?"

Debéis, entonces, responder que NO DURA.

No hay, pues, infinito concebido por nuestras mentes, porque el infinito se hará como nuestras mentes y no nuestras mentes como el infinito. El infinito de vuestras mentes es también una simple ilusión.

Solo HAY.

Como existe la vida y nada más.

Así, he visto a dos hombres de letras discutir acaloradamente sobre Balzac y Dostoievski. ¿Cuál era superior a cuál? Aquí se verá un problema mal planteado.

Existe Dostoievski;
existe Balsac;
existes tú y existes tú;
existo yo.

Todo existe y existe simultáneamente cuando ello es visto de más arriba.

Súbitamente el techo, allá arriba, se ha cerrado; ha vuelto la luz tenue de estas profundidades. Celso ha desaparecido. Hemos quedado solos. Lorenzo me dijo:

-Sigamos nuestro descenso.

Y seguimos.

123

Descendíamos en silencio, lentamente. Pero no había ni la menor dificultad en nuestra marcha. Algo nos empujaba y nos sostenía.

Quien primero habló fue Lorenzo. Sonrió un momento y luego me preguntó:

-¿Qué observaste cuando Baldomero Lonquimay se elevaba por los aires lanzando ese "Brrrrrrrrrr" tan peculiar suyo que ya no logro concebirlo sin él?

Explicqué lo que he anotado aquí en estas páginas. Fuera de ello, en realidad, no recordé haber notado nada más que fuera extraordinario.

-Yo, sí -me dijo Lorenzo-; sobre todo cuando fue elevado por las que él llama las negras artes de Desiderio Longotoma. Se elevó a tal velocidad que dejó su sombra atrás. Sólo un rato después esta sombra, su propia sombra, logró alcanzarlo.

Seguimos con lentitud y callados. Yo, ahora, recordaba las palabras de Florencio Naltagua... ¡No! Las palabras de Celso, sin apellido, así, sin más: Celso. Recordaba lo que había dicho al hablar de los libros que tanto circulan por todas partes hoy día prodigando las seudas enseñanzas de la teosofía y demás.

-Hay en esa literatura -le dije a Lorenzo- un error que es imposible negar. Es un error fundamental. Todo cuanto en ella se dice está concebido con nuestra mentalidad de hoy día, nuestra mentalidad que, al parecer por lo que ellos dicen, no ha de cambiar jamás. Es poner al hombre de hoy, a éste que circula por las calles, como intocable, como invariable. Yes este hombre el que ha de cambiar y evolucionar...

Volvimos nuevamente al silencio. Bajábamos siempre con lentitud. Una palabra nos bastaba para entendernos, una palabra o un gesto que seguía a esta palabra. Al querer transcribirlo aquí empleo demasiadas palabras pues, lo hablado entre nosotros, era corto, era cortísimo.

De pronto le pedí me explicara qué le había dicho Celso con referencia a aquellos autos que él, desde el borde de la carretera, había visto pasar. Aquí un viento se había llevado su voz muy lejos y yo había quedado con la visión de ambos, Celso y Lorenzo, mas sin pecatarme de lo que, en realidad, hablaban.

Lorenzo me explicó:

-Imagínate una carretera que, al final, tuerce hacia un lado. Tuerce allá, allá, lejos.

Los autos pasan a gran velocidad por ella y, a medida que se alejan, parece que disminuyeran su andar. Al fin se han detenido. Pero súbitamente se les ve de costado y entonces vuelven a correr, a correr vertiginosamente. Esto llamó la atención de Celso y fue objeto de una larga meditación suya. ¿Lo ves con claridad, Onofre? Ve un auto que pasa veloz; ve cómo se va deteniendo debido a la distancia que lo separa de ti, al fin por unos instantes, se ha detenido; pero ahora se mueve nuevamente puesto que tú lo ves de perfil; sí, está de perfil, completamente de lado; y recobra su andar veloz, recobra su velocidad inicial y así Celso lo veía perderse.

—Es algo extremadamente curioso —insinué yo— las visiones que detenían a Celso y que lo hacían quedar en meditación. ¿No lo encuentras tú?

Me respondió:

—En realidad es algo muy curioso.

Y callados seguimos nuestro descenso con mucha lentitud.

Por su rostro vi que el recuerdo de esa chica, de Alsina, había llegado a él. Y vi que él, al mirarme, comprendía que el recuerdo de Diana también me había asaltado una vez más.

—Alsina no ha de venir, Lorenzo —dije yo.

Me respondió:

—Lo sé perfectamente; ella no ha de venir así es que, como tú con tu Diana, debemos seguir caminando solos, sin ellas.

—Te creía de lleno en el misticismo. Veo ahora que no es así. Es verdad, Lorenzo: no es así.

Quedó un momento en silencio. Luego me habló:

—En realidad el misticismo me viene por ráfagas. Cuando una de estas ráfagas ha llegado hasta mí, no veo más, no sé más y, puedo asegurártelo, soy completamente tomado por ella. Luego pasa y se pierde. Quedo, entonces, en la nada como un ser indiferente que vive como todo el mundo. Pero aparece mi obsesión sexual y entonces soy tomado por una fiebre súbita, avasalladora. Quedó embelesado ante una muchachita que pasa; quiero seguirla y, a veces, la sigo. Pero pasa otra muchachita en sentido contrario y doy media vuelta para atisbar sus formas.

—A Alsina la había visto durante mucho tiempo; la veía ese hombre indiferente, ese hombre despreocupado. La saludaba, ella me respondía y nada más. Hasta un día en que la sentí hondamente. Fue un día cualquiera, cerca de casa, casi al lado de Fray Tomate. Pues Alsina vive en la calle del Niño Dios; tú comprendes, a un paso de nuestros departamentos. Me detuve y la miré. Ella se percató de mi detención, me miró a su vez y sonrió.

—¡Ven a mi casa! —le dije.

—Ella movió la cabeza en signo de aprobación, vino a mi lado y juntos nos encaminamos a mi departamento. Lo recorrió entero, viendo todo y averiguando por las fotos que tengo clavadas ahí. Por fin llegó a mi dormitorio y, sin más, se echó en la cama con un gesto de pereza. Me acerqué y le murmuré:

—Tú tienes, Alsina, las piernas más lindas que he visto en mi vida.

—Y se las acaricié. Ella se dejó hacer mirándome a los ojos. Entonces, tú lo has de entender, Onofre, entonces la acaricié y la acaricié entera; luego la besé sin fin. Ella me abrazó mientras me entregaba sus labios. Así nos quisimos locamente; así tuve su sexo entre mis labios y ella sollozó:

—Después —dije yo— ha de haberte sucedido lo de siempre: distancia, repulsión, casi asco por la mujer que te ha deparado esos momentos de goce supremo.

—¡Oh, no! —exclamó Lorenzo—; ¡nada de eso! Por el contrario, sí, por el contrario: fui cogido por una honda ternura hacia ella, hacia mi linda y chiquita y tan dulce Alsina.

Yo agregué a lo dicho por él:

—Es también lo que me ocurre con Diana. Una enorme ternura por ella me toma después que, juntos, hemos ido hasta los placeres extremos. Es la verdad; ¡Diana, cuánto te quiero!

—Yo puedo decir desde el fondo, desde bien al fondo: ¡te quiero, te adoro, Alsina mía!

Así seguimos un momento más nuestra marcha, callados, con el recuerdo de Alsina y de Diana que se balanceaba sobre nosotros. Hasta que, de pronto, todo aquel profundo silencio que nos envolvía, se llenó de cantos que no atinábamos a saber por dónde se filtraban. Cantaban un tango, uno de esos tangos que tanto amaba Lorenzo. Confuso en un principio, ahora era nítido y sus palabras habían detenido a mi amigo como si ellas fuesen un llamado que se le hiciera. Las oí claramente:

Te vi pasar marchando altanera
Con un compás tan hondo y sensual
Que no fue más que verte y perder
La fe, el coraje, el ansia 'e guapear.

—Iré tras él —me dijo Lorenzo—; lo seguiré y, al fin, sé que he hallar a Lumba Corintia. Y Lorenzo se marchó en dirección hacia donde parecían venir esas notas. Lo vi alejarse, ahora presuroso. Y, entre un ruido de notas, ahora la voz se alzaba y cantaba:

Fume, compadre, fume y charlemos
Y mientras fuma recordemos
Que como el humo del cigarrillo
Ya se nos va la juventud.

Lorenzo se perdió. La música disminuía en amplitud. Ahora no se oía más que vagamente. Alcancé a escuchar:

Yo quiero un cotorro
Que tenga ventanas
Cortinas muy largas
De seda crepé...

Y la música se perdió llevándose al compañero mío. ¡Pobre compañero mío! Esos tangos con su ritmo voluptuoso... Esas épocas de lascivia que lo toman y lo doblegan... ¡Esa chica, esa Alsina que ha pasado sobre el hastío después del goce...!

No volverá va a Lumba Corintia.

Era lo que yo pensaba. Lorenzo, que llamaba nuestro camino ascendente una realidad y a la ciudad de San Agustín de Tango una mera ilusión, ahora caía y caía a la voluptuosidad de los sentidos y tras ella se iba ciego. ¡Pobre Lorenzo!

Quedé, pues, solo; quedé inmóvil. Tú, Diana, no me harías, no, seguir tras la lascivia que siento cuando te beso; en ti haré nacer y haré crecer esa gran ternura que me has inspirado. Ahora, tú lo sabes; necesito ver a Colomba y postrarme frente a ella. Así es que:

¡Ten calma, mi Diana, ten calma y diviértete mientras tanto con tus amigas y tus juguetes! Yo quiero hundirme en esa vida suprema de meditación. ¡Lejos de mí las neurosis! Quiero un momento de penetración y en él quiero quedar; ¡sí, en él quedar!

La música, a lo lejos, se insinuó nuevamente. La música creció y, otra vez, lo llenó todo. A mi lado, acompañándose con su guitarra, cantaba el indio argentino, Atahualpa Yupanqui. Yo, al verlo, quedé abismado de admiración. Recuerdo que cantaba:

.....
¿Qué mirarán sus ojos en estos tiempos?
Mi corazón, paisano, quedó con ellos.

—¡Canta, canta siempre, Yupanqui. O mejor sería que algo me explicaras sobre tus canciones.

Entonces Atahualpa Yupanqui me explicó así:

—Algunas voces mías me fueron confiadas por los vientos, que son los portadores de la infinita polifonía de la Naturaleza. Otras me fueron sugeridas, en montes y cerros del norte argentino, por paisanos a quienes la vida les arrimaba una esperanza, les encendía un amor o les trizaba un sueño. Las coplas se formaron dentro de mí, nacieron en la intimidad sonora de mi guitarra.

—¡Canta más, Yupanqui! Yo, solo aquí en estos fondos, seré tu público. Tu canto me acercará a la mujer que busco, me acercará a Colombia.

Yupanqui, entonces, cantó:

¿A qué le llaman distancia...?
Eso me habrán de explicar;
Sólo están lejos las cosas
Que no sabemos mirar...
Las leguas desaparecen
Si el alma empieza a aletear.

Entonces corrí, corrí hacia el centro mismo de la Tierra. Y... ¡Y ¡¡allí estaba!!

Estaba serena, estaba estática, estaba quieta e inmóvil. Una vaga sonrisa erraba por su rostro. Alargó una mano. Yo caí de rodillas ante ella. El mundo todo desapareció en mi conciencia. Su mano se posó sobre mi cabeza.

—Colomba, Colomba... —exclamé—; ¡Colomba!

Alcé lentamente los ojos y la contemplé. Ella, a su vez, me miraba. Cogí su mano y la apreté. Entonces ella, Colomba, se inclinó sobre mí y nuestros labios se juntaron en el beso más puro que jamás hayan dado.

Sentí que toda la neurosis que me había tenido postrado y que creía ya ida, ahora volvía y se presentaba ante mí. Pero no me penetraba; estaba a mi lado y esperaba. Esperaba que

yo la desmontara y la deshiciera frente a Colomba; esperaba que yo, con indomable resolución, la transmutara en algo viviente.

Entonces me dirigí a Colomba y le hablé. Le dije:

Yo

Oyeme; déjame explicarte lo que acontece en torno mío; óyeme bien. Ya todo ha cesado junto a nosotros, ya no se oye ni un ruido, ya no hay esos reflejos que tanto preocupaban a mi amigo Lorenzo. Ahora hay quietud, hay paz. Puedo, por eso, explayarme ante ti.

Colomba, *Dintel* se ha escabullido. Quería yo mirar mi vida y la vida entera desde arriba, desde un dintel. No lo he podido, no lo he logrado. Siento que siempre me arrastro por el umbral de la puerta que, yo esperaba y anhelaba con mis fuerzas todas, poder algún día atravesar con paso seguro puesto que el panorama que se abría ante mis ojos lo había ya contemplado desde mayor altura.

Colomba, no es así. Siento que me han traído nuevamente a ese *Umbral* que creía cancelado. Veo que en él hay muchas páginas que se elevan a alturas que hoy no me atrevo a escalar.

¿No me atreveré o no podré?

Lo ignoro; mas por ello estoy inclinado ante ti, Colomba, por ello me acojo a tu voz.

Porque tú me salvarás, ¿no es verdad? Tú acallarás esas bullas que trepidan junto a mí, esas bullas que no me dejan concentrarme en mi obra. ¡Trepidan, trepidan! ¿Será, acaso, la superficie la que me hunde de este modo?

No, Colomba, no. La superficie también, a veces, se eleva a inconmensurables alturas y yo, desde ellas, desde ese dintel que se ha elevado, siento la vida vivir, siento que hay un real, un verdadero significado en su suceder.

Pero ya me estoy precipitando demasiado. Tengamos un poco de calma; eso es, calma. Y tú, mi Colomba, escúchame con esa gran serenidad que sabes tener y que sabes envolver en una sonrisa, en una sonrisa diáfana y vibrante a la vez.

Colomba, escúchame.

La otra noche, estando ya en cama, tomé un alto de cuadernos en los que había escrito, día a día, un diario de lo que me ocurría. Sin comentarios, ¿me entiendes? Ponía únicamente lo que me sucedía o sucedía a las personas que me rodeaban; nada más. Ponía también cuál era mi estado de ánimo; a veces, bien; a veces, mal y muy mal. Los leí todos, todos esos cuadernos. La impresión que me dejaron es que toda mi vida no ha sido más que un grito, un grito permanente de una terrible neurastenia.

Es lo que debo agotar. Pero ¿cómo? Por eso estoy ante ti, ¡oh, mi Colomba! No me hables aún. Deja que esa neurastenia se filtre dentro de mí y entonces, entonces...

Mas por ahora no puedo. Claro está que aquí, arrodillado ante tu figura, Colomba, siento que hay una paz que me eleva. ¡Déjame respirarla, empaparme en ella! Deja que todo flote en mi cerebro y así, de pronto, vendrá una idea. Yo te la comunicaré a ti, mi Colomba. Y tú sonreirás, ¿verdad?

Callé unos momentos. O acaso no eran tales momentos; acaso eran años y quizá siglos los que transcurrieron. Recordé a Maribel cuando habló de nuestros relojes y cómo uno se identificaba con sus punteros sin notarlos.

De pronto vi a Lorenzo, a Lorenzo Angol, mi gran amigo que acababa de perderse tras esas notas de tangos.

Pedí a Colomba:

Déjame hacer un paréntesis. Es la manera que tengo de vaciar mi cabeza cuando, como ahora, se halla demasiado llena de ideas que van y vienen. Te hablaba de ese grito que se desprende de mis diarios del pasado, de esa neurastenia que tal grito demuestra. Pero, por ahora, no encuentro qué más decirte sobre el grito y sobre esa neurastenia. Pues pasó por mi mente Lorenzo y aquí, sí, aquí está pidiéndome que cuente su caso. A él, tú permitirás, mi Colomba, a él voy a ir.

Lorenzo estuvo, cierto día, hace tiempo ya, algo enfermo. Se quedó en cama y telefo-neó al doctor Hualañé pidiéndole pasara a verlo. Fue el doctor y lo visitó. Aquel día estaba de paseo con el doctor Pitrufrquén así es que ambos lo vieron. Luego hablé yo con este último doctor y le pregunté por mi amigo. Me respondió:

—Voy a comunicar a usted, amigo mío, las palabras exactas que me ha dicho mi colega, el doctor Hualañé, sobre su amigo de usted, Lorenzo Angol: “Dejen a Lorenzo que rabie, que maldiga y vocifere para sus adentros y aun para fuera; deberían insitarlo a ello”. Pues Lorenzo estuvo, durante nuestra visita, sumamente locuaz y mal hablado en contra de esta existencia. Y luego mi colega prosiguió: “Si se lo impiden o lo llevan a proceder de modo contrario, él, que es luchador y es hombre de aventuras cuando toca ese mundo en su plano, puede considerarse como alguien que evita los peligros para avanzar, un cobarde que voluntariamente se adormece.

Eso fue lo que el doctor Hualañé dijo a su colega, el doctor Pitrufrquén; sí, eso fue. Pero, dime Colomba, ¿por qué yo ahora te lo repito a ti? ¿Por qué?

¡Eh, que salga, que se marche todo ello! Yo deseaba decirte que ese *Dintel* mío se ha escabullido, se ha ocultado en el umbral de esa puerta que ya no encuentro en ninguna parte.

Estoy ante la puerta clausurada. La puerta ha desaparecido. ¿Qué puedo hacer, Colomba? Pero tú sonrías y siento tu mano que se apoya en mí. ¡Tengo, pues, una esperanza! Bien me ha hecho contarte esa anécdota de Lorenzo y de los facultativos que fueron a visitarlo; sí, bien me ha hecho. Mi cabeza se ha vaciado un tanto. Seguiré vaciándola. Al vaciarla, al final, aparecerá ese *Dintel* que ahora yace oculto.

También me corroe esa neurosis de que son testigos mis diarios antiguos. ¡Qué quieres, Colomba! Tengo esta manía de anotar lo que he hecho cada día; una costumbre; ella me viene de Lorenzo; pues él hace diario también. ¿Ves tú que no tengo la manera de concentrarme y de seguir un hilo de pensamiento? Ahora ha venido ese diario; luego vendrá... ¿Qué?

Descansemos un rato, mi Colomba, descansemos. Las ideas se ciernen sobre mí; algunas me tocan y luego se esfuman.

Aquí vino un descanso. Pasaron los años y, acaso, los siglos. No lo sé; sólo sé que pasó Maribel y me dijo:

—¡Ono! ten cuidado con tu reloj pues uno es el tiempo que él marca. ¡Ten cuidado!

De pronto vi una carpeta mía. La tomé, la abrí y leí. Leí en voz alta pues Colomba había fijado sus ojos en mí.

¡Colomba, mi Colomba! Estoy aturdido con este rodar de tantas y tantas ideas que se me vienen encima. Y todas ellas se unen en una sola, ¡una sola! ¿Sabes tú cuál es ella? Voy a decírtela y, te ruego, te imploro, me escuches y nada digas ni nada agregues. ¿Has oído?

Colomba, pienso en el misterio, el terrible misterio, de ser vivos.

¡De aquí nace toda mi inquietud!

Es la tragedia de *ser con sangre* y, un día, salirse de ella y *ser sin sangre*.

Pero nada pienso, nada preciso. Me dejo pensar. Dejo que mis pensamientos vengan de arriba, vengan desde tu sonrisa inmóvil, mi Colomba. Ya aquí toco un punto difícilísimo: Vaciar la mente y ponerse en estado vacío y lleno a la vez.

Y volvió el silencio. Y volvimos a quedar allí sin hacer ni un solo movimiento. Entonces fui llevado hacia tiempos pasados y oí mis pasos resonar por las aceras, oí otros pasos que con ellos marchaban. Me fijé y vi: era Rubén de Loa el que iba conmigo. No pude menos que exclamar:

¡Colomba, Colomba! Rubén y yo caminamos por una calle de Santiago...

Caminábamos sin ir a ninguna parte, hacia donde nuestros pies nos quisieran llevar. Hablábamos poco. Pensábamos mucho. Teníamos dentro una que considerábamos una verdadera tragedia. Toda ella era la de arrastrar los pies por el polvo de una ciudad asoleada cuando en la cabeza llevábamos, equilibrando para que no se desmoronara, otra ciudad con nubes grises iluminadas, a veces, por rayos de oro pálido. Pues entre nuestras cabezas y nuestros pies, has de saberlo tú, Colomba, se alarga más de un hemisferio. Esta situación nos creaba un ángulo especial de vista. Por ese ángulo vemos nuestros pies enterrarse en verano, embarrarse en invierno, de otro modo como los ven los demás seres que cruzábamos al avanzar callados por aquellas calles sin fin.

Hacia ya dos años que Rubén de Loa y yo caminábamos por esas calles; dos años que nos enterrábamos y embarrábamos de ese modo; pero dos años también que la ciudad que llevábamos en la cabeza debería haber cambiado sus contornos, desprendiéndolos del original para modelarlos más y más según nuestro hastío y nuestras ansias de partir. La torre Eiffel, que todavía vemos al cerrar los ojos, no es ya la de un recuerdo objetivo; es una ambición impotente que guardamos dentro, es un sentimiento nuestro asentado en esa forma esbelta, en esa banderita que flamea arriba, forma y banderita que habían pasado a ser, no más ellas mismas sino nosotros dos caminando y caminando.

Caminando. Hacia un lado, hacia el otro; para allá, para acá.

No; girando, dando vueltas.

Antes no era así. Allá, sin movernos de un sitio, sin movernos ni pestañar, eran trayectorias que hendían este globo, que plantaban cosas magníficas al caer y explotar en cualquier parte del mundo porque el mundo entero, ya lo digo, lo teníamos en nosotros allá. Por eso nos movíamos poco. No caminábamos. Íbamos adonde había que ir, claro está, lo que es muy diferente. El mundo entero crujía con nosotros hace dos años. Y partían las trayectorias.

Ni Rubén ni yo recordamos, por más que escudriñemos hasta nuestros últimos recuerdos de París, que allá fuese algo esencial, algo que tuviese un significado, este hecho de caminar y caminar, ¡qué!, de girar y girar. Porque volvemos siempre al mismo sitio; no salimos de aquí; giramos.

Yo, Colomba, tenía, en aquel entonces, una casa en la calle Esmeralda; Rubén tenía

su taller en Recoleta. Porque Rubén ya hacía pintura en aquellos tiempos. Eso decía él. Lo que hacíamos, en realidad, era aburrirnos y pensar en París.

Colomba, me he trasladado a esa casa. ¡Ahora le veo, Colomba! ¡Estoy en ella! Y veo que mi casa es bonita. De un estilo —por dentro, se entiende; por fuera, no lo sé—, de un estilo dulce, muy dulce, acogedor y cobijante. En ella oigo a mi hermana María; veo a mis hermanos Pedro y Fabio. Los veo a todos juntos cuando llega el viejo amigo Goicolea. Llega también Huinchita Pin. Todos jugamos y, a veces, muy serios, escuchamos las palabras de Goicolea. Yo me alejo de todos ellos y voy hasta mi cuarto pues en él tengo muebles grandes y cómodos. Además, no recuerdo bien cómo, me encontré ser el propietario de un inmenso sofá y de dos sillones muelles. Al verlos puse, ayudado con mis recuerdos de buen gusto, lámparas discretas y choapinos por el suelo. Tengo varios guacos; de París he traído copias de cuadros cubistas, una estatuilla negra, varios dibujos rusos, cuatro imágenes de Epinal y una bola de cristal, llena de agua, dentro de la cual se yergue una diminuta torre Eiffel con su banderita al tope. Hay que cogerla, darla rápidamente vueltas y volver a colocarla en su sitio. Una cantidad de minúsculos pedacitos de una materia blanca que ignoro qué sea, se mueven entonces alrededor de la torre y empiezan, por el agua, a caer y aconcharse lenta, lentamente.

¡Está nevando en París!

Un amigo me indicó cómo hacer el diván: un gran cajón de madera bruta, nada más. Sobre él, un colchón. Sobre el todo, un trapo; como trapo, unos que vende un fulano dado, traídos de Bolivia, baratísimos, rústicos y con algo de indiano que inmediatamente acomodan cualquier interior. Todo esto se ha amodorrado en mi casa. Tengo un gato, Michín. Y tras de casa hay un naranjo apoyado contra la tapia del fondo y, por esta tapia, cuando la baña el Sol, hay lagartijas que corren, miran y vuelven a correr. Así es mi casa.

Yo estoy en ella, mi Colomba. Sé que tú la ves perfectamente, ¿no es verdad? Entonces paseémonos por ella y, en los rincones que más te gusten, callemos unos instantes que se prolonguen por siglos.

Ahora vamos al taller de Rubén de Loa.

Caminemos. ¡Ese es el taller de Rubén de Loa! Entremos. No me negarás, mi Colomba, que es estrepitosamente feo. Desde luego, no es taller. Es una pieza, nada más que una pieza y a tal extremo pieza que tiene, sin faltarle ni una, todas las características de lo que es "una pieza". Ya te lo he dicho, Colomba, está en Recoleta. Está en una casa que no es de Rubén ni de su familia ni de nadie. Es decir, de nadie para Rubén, de nadie para mí ni para lo que tenemos que hacer ni hacemos en Chile; ni para nada de lo que recordamos de París. Está en los altos. Si hubiera estado en los bajos, como mi casa, ya la cosa habría cambiado un tanto pues habría estado junto a la tierra, al polvo, habría tenido raíces; al caminar y girar otros, la habrían tocado con el dedo al pasar. Habría sido otra cosa. Está en un corredor. No recibe luz directamente por ninguna parte. Toda la luz la recibe el corredor por lo alto y luego la distribuye a todas las piezas por las puertas de ellas y por una ventana al lado de cada puerta. Mirando hacia fuera, por esta ventana, se ve el corredor de 1 metro 25 de ancho, con un tabique de madera clara más alto que cualquier persona. Más arriba se ve el cielo azul desierto.

Así es el taller de Rubén de Loa. Cuando Rubén lo abandone la pieza volverá a quedar hueca y la arrendará un señor que pondrá dentro su cama y su velador. Se llamará entonces el dormitorio de don Pedro o de don Diego, según como se llame este buen caballero. Luego se irá también y la casa toda será alquilada por una familia. El taller de Rubén de

Loa se llamará: "el comedor de los Petorca o de los Lircay. Luego destruirán la casa y en su sitio harán otra igual pero más alta, mucho más alta, y en el espacio que una vez ocupó el taller de Rubén estará el salón de los Pomaire.

Por el momento es el taller de Rubén y Rubén lo odia de todo corazón. Quiere, con una obstinación a todas luces meritoria, que sea feo, hostil y desagradable. Pues, dice siempre, Chile es un país absurdo.

—Seguramente —le respondo—, pero en lo que se refiere a tu taller, tú eres más absurdo que Chile.

—¿Yo?

—¡Tú!

Mueve la cabeza negativamente. No responde y seguimos en silencio a largos trancos. Mucho rato después me dice:

—Chile es un país absurdo. Todo lo que se haga en Chile tiene que resultar absurdo. Que yo cambie de taller no tiene la menor importancia.

Yo ahora me callo. Mucho rato después alego en mi favor:

—Por lo mismo que nada tiene importancia yo he arreglado muy bien mi casa y, por lo menos a las horas de sol, me siento admirablemente bien allí dentro. Y tú también.

—No se trata de eso —contesta—. Tu casa es tan absurda como mi taller. Es la casa chilena del tonto que se cree y se siente artista.

—Gracias.

—No.

—¿Cómo que no?

—No; no se trata de eso. Se trata de tu casa y de que tú vivas ahí. Por lo demás tú me entiendes perfectamente y me hablas de tu casa para mortificarme y porque te gusta mostrar tu ingeniosidad. Tu casa es ingeniosidad...

Se calla durante tres cuadras; al final de ellas agrega:

—...chilena.

Mas como nada, durante esas tres cuadras nos ha sucedido, la frase de Rubén no ha sufrido interrupción alguna y se acopla de inmediato, instantáneamente. Queda, pues, establecido que yo y mi casa somos ingeniosidades chilenas.

Cada cual con sus ideas. Yo encuentro mi casa bonita y muy acogedora. Yo odio mi casa diez, cien veces más que Rubén su taller. Evidentemente. Pues Rubén odia su taller en el desprecio, en el asco, en el escupitajo. En cambio yo odio mi casa en la espera, en la más inepta espera. En la espera ansiosa de que se haga hermosa, se haga acogedora, de que empiece a mecarme con dulzura, empiece a desgranar de sus muros y sus objetos, de los momentos aquí vividos, de las visitas de Josette Lanfgoedoc, de las guitarras de los amigos, del pisco, de todo, todo, a desgranar imágenes, recuerdos, pasado lleno, vida mía sobre la cual tejer concepciones nuevas, con la cual valorar de otro modo mi casa de París, mi vida de París cuando esté allá. Y en este tan triste "cuando" que es el centro de mi existencia aquí, está la diferencia entre nosotros y la causa de que Rubén odie en un escupitajo su taller y yo mi casa en la baba, en la baba babosa que me deja pegado en el suelo y en las paredes.

Pegado aun cuando caminemos y caminemos girando por Santiago, golpeando con nuestras suelas la tierra chilena.

—Es absurdo —me dice— que tú tengas tu casa, tus muebles, los cantos de Pascual Olmué con Poliana Huachaca, Josette misma, ¡hasta el gato!

Ríe Rubén ante esta idea del gato. Yo también río y recuerdo, lleno de cariño, a Michín.

Al fin digo con ternura.

—Es bien simpático mi pobre gato.

Rubén deja de reír y me responde:

—Todos los gatos son simpáticos, todos.

—Te pones idiota hasta con los gatos.

—Aquí; allá, no.

—¡Rubén! ¡Hablas como un cretino!

—No lo sé. En todo caso tu gato tiene, toma, adquiere aquí una importancia desmesurada, como todos los gatos de Chile para todos los chilenos.

—Como sea. Pero te aseguro que alguna vez recordarás como algo fantástico, tan fantástico que mi París ni el mundo entero podrán repetírtelo, esto precisamente: que vayamos por aquí, de noche, hablando de gatos. Y sentirás nostalgias.

—Eso era, justamente, lo que quería decirte: que es absurdo que tú tengas, mejor dicho, que hayas colocado tu casa y todo lo que fabricas con ella, todo lo que pasa en ella, con muebles y todo, hasta con esa francesita, con Josette Languedoc, hombre de Dios, ¡con Josette...!

—Hombre... Eso de Josette habría que hablarlo.

—¿Josette? ¿Por qué?

—Porque, después de todo, tú estás enamorado, estás mucho más enamorado de Josette que yo.

—No se trata de eso. Que yo quiera o no quiera a Josette, no tiene ninguna importancia. Es algo personal, algo mío.

—Y mío.

—¿Tuyo? ¿Por qué?

—Porque, aunque en apariencias menos que tú, yo también amo a Josette.

—No. Lo que tú quieres es París.

—¿Yo?

—Sí, París. La prueba es que a ti se te ocurrió llamarla Josette en recuerdo de Josette Languedoc de allá, porque se parecían.

—Sí, pero el parecido fuiste tú el primero en hallarlo.

—¡Hombre! un parecido puede hallarlo cualquiera. Eso no tiene ningún significado. En cambio aferrarse a que se llame Josette, a que ella misma se considere ya más Josette que Dinora, que sea Josette y Languedoc por añadidura en vez de ser Dinora Yacal, sin más... Ese eres tú.

—¡Es que es tan linda Josette!

—¿Cuál de ellas?

—Las dos... ambas.

—¡Ya lo creo! —dice pensativo Rubén—. ¡Ambas!

¡Historias de Rubén! Que por mí ella se sienta más Josette Languedoc que Dinora Yacal... Sin embargo... Hoy, no más, hoy por la mañana, nos cruzamos por una calle, por la misma acera, frente a una casa pintada de blanco. Al cruzarnos la saludé. Ella me contestó sonriendo y seguimos cada cual. Fue una escena fugaz que podría parecer nada. Sin embargo... Hay que haber visto y hay que pensar en esa escena, mi Colomba. Ahora la estoy viendo con toda claridad. Ahora voy por las calles santiaguinas y paso frente a esa casa

pintada de blanco y ella pasa, ¡ella! Y, a su paso, mi sombrero gris inscribió medio círculo sobre el muro blanco, y esto, a ella, la hizo inclinar el rostro y sonreír.

Como ahora sonríes tú, Colomba mía, al oír estos recuerdos que se vacían y me aligeran. Voy a seguir contándotelos. Ellos habían quedado en el fondo mío; ya había olvidado que Rubén había tenido un taller allá en Recoleta, en Santiago, allá, allá, en lo alto de la superficie; como había olvidado también mi casa en la calle Esmeralda. Ahora renace y vuelven a mí, taller y casa. Y en mí se habían implantado sin tocar a mi conciencia. Es desde ahí que me hacían tanto daño. Pero salen y salen y van a ti, Colomba mía, a ti que estás vestida como esa primera vez que te vi, allá en La Torcaza, en la estación de Comepumas. ¿Ves todo aquello, Colomba? Esa estación está entre Santiago y San Antonio, pasado Melipilla. ¡Es algo enorme poder revivir todo aquello! Porque estás vestida como estabas aquella vez en La Torcaza: de oro brillante y con una larga banda de plata que te envuelve la cintura. ¡Qué linda, qué hermosa eres, mi Colomba!

Pero es verdad, yo me vaciaba de esos recuerdos de Rubén de Loa y míos, cuando, hastiados, caminábamos de noche por las calles santiaguinas y Rubén me decía y repetía:

—Lo que hay en ella son deseos de ir a París.

—Es cierto —respondo—. En el fondo ella debe soñar con París.

—Nada más. Por eso yo llamo a Josette: cajita de resonancia.

—¡Muy bien! —exclamó.

—Sí, “cajita de resonancia” pues, como en el mejor de todos los violines, podría tocarse con ella, con esa cajita, cuanto existe y el violín, ¡no!, cajita de resonancia lo amplificaría todo. Resonaría, vibraría, respondería a la menor insinuación, modularía, cajita de resonancia.

—Escribe un poema, Rubén.

—Nada de poemas porque no hay poema que valga. Aquí no hay más poema que la vida de las mujeres en Chile.

—¡Perdón! Deberías haber dicho de las cajitas, sí, de esas cajitas de resonancia... ¡poeta!

—¡Nada, Onofre, nada! ¡Qué poeta ni qué nada!

—Es verdad. Yo tampoco soy poeta y ¿sabes tú cómo la llamo?

—¿Cómo?

—Dinora, ojitos de agua; a veces, Josette, ojitos de agua.

—No está mal. Pero más en el fondo todavía, ¿no crees tú que todo esto no es sino una gran tontería?

Medito oyendo nuestros trancos y respondo:

—¡Vaya uno a saberlo! Pues fíjate en una cosa, Rubén: Hoy por la mañana la encontré y la saludé y, al saludarla, mi sombrero gris inscribió un medio círculo sobre un muro blanco y ella, Dinora o Josette, inclinó su carita y sonrió.

Rubén exclama:

—¡Tú deberías escribir ese poema!

Le respondo:

—No lo sé. En todo caso, cuando alguna vez, en París, yo te diga: “Ojitos verdes, ojitos de agua sobre el muro blanco”, tú, si no escribirlo, llorarás el poema tomándote un Pernod.

—Aquí, Onofre, no hay Pernod. Por lo demás, no me importa lo que vaya a hacer en París. Lo que quiero es estar en París. Eso es lo importante. Por eso encuentro que es absurdo lo que tú haces con tu casa y el resto: colocar tu casa, tu vida en tu propia casa...

—¡Ya lo sé! El gato Michín, la guitarra de Pascual Olmué y de Poliana Huachaca, Josette o Dinora, las botellas de pisco... ¿Y qué?

—Justamente. Colocar todo "a plazo". Eso es, "a plazo". Es idiota colocar la vida de uno "a plazo".

Seguimos en silencio oyendo nuestros trancos.
¿Será idiota?, me pregunté. No coloco nada a plazo, no coloco nada en ninguna parte. Lo que hago es caminar y caminar y, sobre todo, oír esta resonancia de mis pasos al caminar, sea por el asfalto, la tierra o el barro.

¿Idiota? Veamos: Hace año diez meses, es decir, dos meses después de mi regreso a Chile, caminaba yo. Era de noche, tarde, por la absoluta soledad de Santiago. No era como hoy que Rubén va a mi lado haciéndoles eco a mis pasos. Iba solo, observando los faroles y diciéndome que eran feos.

Hacía, por lo menos, sesenta noches que en contraba feos los faroles y, lo que es peor, que me lo repetía mientras caminaba. Tal vez no exactamente sesenta noches pues algunas de ellas olvidaba los faroles para entregarme a la caza de las cucarachas con el extremo de mi bastón. Crujían como almendras al reventarlas. Crujían a mi paso cuando los faroles no lograban someterme. Y al crujir cada cucaracha, yo giraba en imaginación alrededor de mi casa solariega y, dentro de casa, de mamá. Pues cuando yo era niño, muy niño, mamá tenía miedo de las cucarachas que habían invadido nuestra casa solariega. Y yo amaba con pasión el miedo de mamá porque sabía que mamá con miedo me amaba más que mamá contenta.

Pero la noche de que ahora hablo no perteneció a las cucarachas sino a los faroles y si he mencionado a aquellas es, en primer término, para dejar constancia de que no todas las noches eran iguales y, en segundo término, porque le he dicho a Rubén.

—¿Crees tú que cuando yo sentía el calor del cariño materno, cuando veía a mamá temerosa y yo creía protegerla, crees tú en aquel entonces colocaba a plazo a las cucarachas? Pues en verdad hará de todo aquello más de 25 años y hoy renace, hoy retumba. ¿Lo crees tú?

—Te pones idiota hasta con las cucarachas —me ha contestado Rubén.

Pero no valía la pena enfadarse. En el fondo estábamos de acuerdo. Esto de las cucarachas es otra historia que se pierde en los misterios de la infancia, en el amor a la madre. ¿Qué tiene que hacer con nuestra estúpida vida actual?

Que en mí, como en todos los seres, quede aún vibrando un eco tierno de cuando empezaron los ojos a abrirseme en torno mío, que haya estado allí mi madre, que por ella y a través de ella haya sabido que hay cosas que no debieran ser —como las cucarachas, por ejemplo—, nada tiene que ver todo ello hoy día aunque las reviente con mi bastón mientras giro y revoloteo por ese pasado.

—Sí, Rubén, es cierto que he dicho una necedad al hablar de las cucarachas. Mas no así al hablar de la otra noche cuando caminaba solo mirando los faroles.

Colomba, ¡cuántas veces he caminado solo perseguido por la fealdad de los faroles! Ahora veo aquellos que vi aquella vez, ahora veo los que vi con Rubén mientras caminábamos; ahora veo los de San Agustín de Tango; ahora veo esos reflejos que ciegan a mi amigo Lorenzo Angol; ahora siento que mis ojos arden.

Colomba, déjame reposar junto a ti. Se ha esfumado aquel paseo que hacía, que hice, mejor dicho, en compañía de Rubén de Loa.

Pero me he vaciado un tanto. Me siento más ligero, más ágil, mentalmente hablando.

Ya se ha esfumado otra parte de mi pasado. Ya estoy casi listo para oírte y para quedar, ¡para siempre!, sumido en tus palabras, mi Colomba.
Me inclino y espero.

125

Ya había hablado con Colomba; ya me sentía más ligero; ya pude besar su mano con cierta tranquilidad. Pues le había contado esa desaparición de *Dintel*; se mezclaba con las páginas de *Umbral* y ambos juntos no formaban más que una sola obra que, a veces, me aparecía como una puerta clausurada sin dejarme avanzar un solo paso más.

Luego había sido llevado por recuerdos y más recuerdos. Le había contado aquella enfermedad leve, claro está, de mi amigo Lorenzo Angol y la opinión que de ella se había formado el doctor Hualañé.

Por fin mi ser entero había caído en aquella caminata nocturna por las calles de Santiago, caminata lenta oyendo los pasos que retumbaban de Rubén de Loa y los míos. Ya aquí habían venido a mi memoria una serie de personas que ya no existían en mis recuerdos diarios: mi hermana y mis hermanos, Goicolea, aquella Huinchita Pin que hoy, las malas lenguas, llaman la Huincha Pon. Había revivido Josette Languedoc o Dinora Yacal: habían vuelto a resonar las guitarras y las voces de Pascual Olmué y de Poliana Huachaca. Yo, mientras tanto, mataba, con el extremo de mi bastón, una serie de cucarachas que causaban el terror de mamá.

Colomba me había escuchado en silencio, acariciándome a ratos la cabeza, sonriendo siempre con una enorme benevolencia. Ello era lo que me había dado vigor para olvidar el mundo que me rodeaba y poder así unirme a su persona.

Ya, acaso, mi neurosis había pasado definitivamente. Allí estaba Colomba y sonreía, sonreía... Tal era la verdad; para eso vestía de oro brillante y para eso lucía el trazo de plata que la envolvía. Sí, era Colomba, ella era.

Pero a veces se diluía y, al diluirse, veía yo que se alejaba. Otra mujer venía a sustituirla. No era ya esa mujer harapienta que, a veces, reflejaba mi neurosis. No. Era ahora una mujer muy elegantemente vestida, una mujer cubierta de joyas que miraba hacia lo lejos.

Yo me cortaba; no podía seguir vaciándome de mis recuerdos del pasado. La llamaba entonces, creo que hasta la increpaba:

—¡Colomba! ¡No te vayas! ¡Te prometo seguir con todos mis recuerdos de otras épocas! Pero... ¡no te muevas! ¡No, no y no cambies tu traje de oro y plata! ¡Detente y quédate ahí como estabas! ¡Te lo pido por favor! ¡Te lo ordeno!

Colomba volvía y sonreía. Y yo comprendí cuál era el mal que me roía siempre, el mal que a ella la hacía trocarse por esa dama elegantísima cubierta de joyas.

Se lo dije entonces, se lo dije a media voz, casi llorando:

—Tengo tantas y tantas personalidades. Ellas hacen, debes creérmelo, un verdadero calidoscopio dentro de mi mente. Tal es mi mal. Tus ojos me han interrogado. Te responderé, Colomba, te responderé sin tardanza.

Pero tardé mucho, mucho rato; tal vez han de haber sido años o tal vez siglos. Maribel

pasó junto a nosotros y, maliciosamente, me hizo señas que significaban que tuviera cuidado con mi reloj. Al fin me repuse y hablé:

Yo

Mi mal es tener muchos "Yo"; mi mal es que ellos no se asemejan en nada, que son absolutamente dispares. Así pues, mi atención va del uno al otro. Con cada cual mantengo largas conversaciones. Y cuando estoy con uno de ellos, olvido inmediatamente la existencia del anterior. Me fijo sorprendentemente que estoy charlando con otro "yo" y que el anterior ya ha desaparecido. Luego viene otro "yo" y otro y otro y otro más. Es, al final, algo abrumador.

Callé contemplándola. Ella, con sus ojos, me indicó que siguiera. Seguí:

Pero has de ver, Colomba, que hay uno inalterable. Tú, acaso, me has de preguntar cuál es ése. Te lo diré.

El inalterable es aquel que se fija y nota el cambio de los "yo" que se suceden. Éste tiene conciencia de estos cambios. Es por eso que ahora puedo hablarte.

Pero oye, oye bien atenta:

Yo tenía una carpeta; tal vez todavía he de tenerla en medio de mis papeles y de más carpetas. Quisiera tenerla aquí conmigo. Te la mostraría y verías tú...

¡Cómo! ¡Aquí está esa carpeta! ¿De dónde ha caído? ¿Cómo ha llegado hasta mí?

Déjame verla, déjame verificar si es la misma... Sí, es la misma y en ella voy a encontrar un papelito, el papelito de que te estaba hablando. ¡Sí, sí, aquí está ese papelito! ¿Lo ves, lo ves mi Colomba?

Hice un dibujo en él: es el perfil de un hombre preocupado, cabizbajo que lleva como sombrero una cabeza de caimán. Lo hice lo mejor que pude. Lo copié de unos cuadernos americanos que se editan en México.

Representa, este dibujo, una estatua de piedra, a un ser agobiado bajo su "otro yo" en forma de caimán. Esta estatua se halla allá en Nicaragua.

¡Pobre hombre agobiado por ese caimán!

Es decir: ¡pobre yo cuando mi otro yo toma la forma de un terrible caimán!

Pero estás tú, mi Colomba. ¡Fuera esos caimanes! Cuando tú me sonrías y posas tu mano sobre mi cabeza, es un ángel el que se coloca sobre mí. Entonces una risa interior me inunda entero. Y alzo una bendición que vuela, vuela, y va hasta hallar un orificio por donde penetrar hasta el fondo de esta Tierra.

Aquí estoy en el fondo de esta Tierra; aquí estoy a tu lado, ¡Colomba mía! Yaquí, a mi alrededor, veo cuadernos antiguos y más cuadernos de aquellas épocas lejanas en que me sentía siempre lleno de ideas que me acosaban.

¿Quieres, Colomba, que vea una de ellas, la primera que se presente a mis ojos? Aquí veo una que lleva como título:

Lo eterno y lo pasajero.

Voy a leerla; lo haré en alta voz para que tú también viajes conmigo a esas épocas pasadas, las épocas en que, de noche, me paseaba con Rubén de Loa por las calles santiaguinas. Dice así:

En todo cuanto se ejecuta hay dos partes que podría llamar materia y alma o parte pasajera y parte trascendental. Todo lo que se ejecuta refleja, más o menos, el carácter personal o colectivo de sus ejecutantes.

El carácter se compone de dos partes: una propia, grande, que es siempre la misma en cualquier época o situación; otra que es compuesta por el rumbo que el medio ambiente le da a la primera. Si ésta es grande, refleja lo más hondo del alma. La otra es acomodadiza puesto que depende de lo que la rodea y se arregla de manera de ser comprendida por todos.

Con la colectividad sucede lo mismo pues hay en la humanidad siempre alguna tendencia, un rumbo, un modo de ser y de comprender las cosas. Esto es lo profundo. Junto con esto muchas convenciones individuales, o simples fórmulas, convenientes sólo al caso particular en que se obra. Esto es solo pasajero o es lo acomodadizo.

Un ejemplo: En pintura, hoy día, todos pintamos de la misma manera, diferente a la de otras épocas; esto es la parte que he llamado "pasajera". Dentro de esta manera hay las mismas cualidades de siempre, sean de alma o de oficio; esto es lo que llamo "parte trascendental".

En literatura: El fondo, lo que se revela del carácter íntimo de su autor o de su época, o del corazón y del carácter humanos y el fin que ellos persiguen. Esta sería la parte trascendental. El tema, el papel de los personajes, sus conversaciones, etc. sería la parte pasajera.

Sucede, pues, como en las ciencias. La Ley es una; ella no cambia; es lo trascendental. El aparato a que se aplica, cambia, se adapta a las necesidades del momento; es lo pasajero.

Dos personas conversan y, al conversar, traducen, sin querer; algo del estado de ánimo del medio ambiente que los rodea. Es la parte trascendental. Lo que hablan dependerá de algún hecho reciente e insignificante. Es la parte pasajera.

Así, cada hecho o cada cosa que contemplamos nos hará ver algo pasajero que lo diferenciará de sus semejantes, algo del momento, algo dependiente de causas menores; y algo trascendental que ha de aparecer algo velado por lo primero pero que refleja el rumbo de la humanidad.

Estas dos partes las veo siempre presentes aunque se trate de una mera charla entre dos personas o aunque contemple los altos y profundos problemas de las artes y las ciencias.

Y hay más y más notas, mi Colomba. Pero no te las voy a leer todas. Como muestra basta con la que te leí, ¿no lo crees? No me ha gustado el estilo con que yo escribía en aquellos tiempos ya tan lejanos; además encuentro que las ideas son poco claras. Sí, recuerdo muy bien las dificultades que se me venían encima para poder escribir. Pasaríamos nuestra vida leyendo estas ideas de entonces. Fíjate, mi Colomba, todas las que hay. Voy a hacerte una lista de los títulos que las encabezan, ¿quieres?

1º Importancia de la Historia y Geografía; 2º Ideas sobre Religión; 3º Ideas sobre Nación joven; 4º Algunos conceptos sobre la Moda; 5º Sobre la Guerra; 6º Sobre el Color; 7º Sobre lo Eterno y Pasajero (ésta es la que acabo de leerte); 8º Ideas sobre la Moral; 9º Ideas sobre la Fuerza impulsiva; 10º Sobre el Amor; 11º Ideas sobre el Genio; 12º Ideas sobre la Dicha; 13º Ideas sobre el Suelo para todos; 14º Ideas sobre la Voluntad; 15º Algunos conceptos sobre la Civilización; 16º Ideas sobre la Creación del Mundo; 17º Sensaciones tenidas en el fondo de San Gomo; 18º Ideas sobre la Lectura; 19º Ideas sobre la Enseñanza; 20º Ideas sueltas; 21º Estudio de personas; 22º Ideas sobre el Arte; 23º Ideas sobre las Ciencias; 24º Sobre la Región Superior; 25º Más ideas sobre la Región Superior; 26º Nuevas ideas sobre la Región Superior; 27º Ideas sobre el Carácter; 28º Otras ideas sobre el Amor; 29º Nuevas Ideas sobre la Región Superior; 30º Ideas sobre...

¿Debo seguir, mi Colomba leyéndote tantos y tantos títulos de lo que entonces me preocupaba? Piensa que este cuaderno es del año de 1914; ahora estamos en el año de 1962; es decir, hacen ya, nada menos, que 48 años.

Mas, ¿por qué callas, Colomba? ¿Por qué ha desaparecido tu traje dorado y esa faja de plata que tan bien armonizaban? ¿Qué te ocurre? ¡Colomba, responde! ¡Responde!

He alcanzado a ver otra persona ocupando tu sitio. ¡No, no era esa mujer elegantísima y con joyas! Era otra: una mujer asaz harapienta, inmunda. Pero es igual. Las que vienen y te reemplazan son símbolos de esa neurosis que todavía rueda por cerca de mí. Leeré, Colomba, leeré. Pásame el cuaderno de 1914. Lo voy a abrir al tuntún. Y te leeré lo que aparezca. Aquí está:

Es el N^o 17, el que habla de las sensaciones tenidas en el fundo de San Gomo. ¿De quién será ahora ese fundo? No lo sé pero en aquel entonces pertenecía a un amigo de mi padre, un señor llamado don Simplicio Antigualá; tampoco sé qué será de él. Oye, Colomba lo que esa nota dice:

Año de 1914. Nota N^o 17.

La frivolidad, esa frivolidad seria y grave con pretensiones de profundidad es algo que me vuelve loco. Y ahora el triunfo de ella, el triunfo que encarna la vulgaridad de todo el mundo es increíble cuanto me abate.

Durante los días que estuve en San Gomo pude observarla, la tuve a mi lado largo tiempo y descubrí las redes que tiene.

Estaba conmigo Simón Ganimedes, un amigo; estaba también una niña llamada Nieves Vilipulli que algo había conocido yo en la ciudad. Nieves simpatizó con Simón. He ahí pues las inevitables escenas que presentan dos seres que quieren comprenderse, que quieren tener eso que se llama comprensión. Estas escenas se repitieron a mi vista con toda la falsa solemnidad que siempre las caracteriza. Pues ¿qué es la frivolidad grave? Es la frivolidad del alma, de todo lo interior lujosamente vestido con los trajes hermosos de la intelectualidad. De ahí que aparezca casi invisible; pero se nota a cada instante que dichos trajes no están hechos para ella. Simón y Nieves son así; sobre todo, Nieves. Quisieron, pues, asombrarse mutuamente, descubrir todo el tan precioso fondo de sus preciosos corazones al presentarlos a la luz del día con todo el tesoro que encierran. Mas ¡cuánta pena me causaba ver a la ínfima frivolidad lucir llena de amaneramiento esos trajes que le quedaban grandes! Todo en ellos era exterior, todo en ellos no tenía otro alcance que el de palabras y frases hermosas dichas con penetración pero cuyo fondo ni siquiera lo sospechaban. Todo era exterior y era inmenso el abismo que separaba sus dichos de sus hechos.

Hay personas que a sus inteligencias les han impuesto el deber de acapararse de todo lo que asemeje ser profundo, es decir, que tienen ideas —pero sólo en principio— sobre cuanta materia existe, ideas que definen con suma habilidad; en otros términos, hay personas que tienen un ideal, que en su imaginación se construyen un ser ideal y que le toman sus cualidades para expresarlas en alta voz sin pensar que ellas están muy lejos en responder en algo al tal ideal. ¡Y se contentan con eso!

Yo lo comprendería si lo hicieran con el objeto premeditado de producir tal o cual impresión y se rieran después de aquellos que la recibieron y creyeron; pero no lo comprendo cuando ese barniz y esos trajes pomposos son el orgullo de la persona y se sienten satisfechos al ser así. No se preocupan de hacerse la pregunta:

“¿Es esto lo que vale, es esto ser intelectual, es esto lo que basta...?”

Evitan tal pregunta. Son así los seres que buscan el aplauso de los ignorantes y que son incapaces de analizar el valor de las cosas fríamente.

Pero volvamos a la niña Nieves Vilipulli y a mi amigo el serio Simón Ganimedes:

Es una tarde calurosa. El Sol ardiente y brillante hace nacer en todos el deseo de reposo, de un dulce reposo, de un dulce olvido. Las encinas gigantes no mueven ni una sola de sus hojas y parecen dormir también al cántico melodioso de la tarde de verano.

Bajo sus sombras, recostados en cómodas sillas, descansábamos nosotros. Don Simpli-
cio Antigualla leía un periódico. Alguien, no sé quién, silbaba distraídamente una canción
cualquiera. Hacía calor. Hacía flojera. Los perros dormitaban estirados en el suelo. Algún
moscardón revoloteaba zumbando.

De pronto Nieves, que había estado recostada como todos, se enderezaba, apoyaba su
cara en una mano y perdía la mirada allá muy lejos como si sus ojos explorasen regiones
vagas y etéreas. Sin duda se decía, sin querer, que Simón estaría pensando al verla:

“¡Qué de preocupaciones ha de tener!”

Luego se entablaba una animada conversación. Tema: la música. Por milésima vez
Nieves y Simón se decían lo mismo; la poca, la casi nula cultura musical de este país.

NIEVES

¿Se ha fijado usted que aquí las niñas, si se les pide que toquen algo, han de
tocar esos vales cursis?

SIMÓN

Así es. ¡Cuándo se verá el día en que, en los salones se toque a Wagner, a Mozart,
a Bach! Pero, tal vez, ese día no lo alcancemos a ver.

NIEVES

Es la verdad, mire. Pero ¡oh, no tienen la culpa! Eso depende de la educación
que reciben, del medio, del medio ambiente. A mí, para que vea usted, me gustaban los
vales cursis también, pero gracias a un amigo de mi papá, un señor que era un enorme
aficionado a la música, un señor Colunquén, gracias a él comprendí la buena música. Él
me hizo comprender y amarlo tanto a Beethoven, comprenderlo a fondo. (Mirada a lon-
tananza que debe reflejar lo que se siente cuando a uno se revela el genio de Beethoven).

SIMÓN

Yo la comprendí gracias a mi hermana, que creo usted conoce, a Sorela. Ella
me hizo tomar gusto por el que ahora considero un verdadero genio, por Wagner.

NIEVES

¡Wagner...! ¡Es el drama de la vida puesto en música! Pero, le diré, yo prefiero
a Beethoven, mire.

SIMÓN

(Filosofando). Tal vez sea más hondo y más profundo. Pero recuerde que usted
misma ha dicho la verdad sobre Wagner: el drama de la vida puesto en música.

NIEVES

Y la vida... ¡aaaaa!

SIMÓN

Muy justo; la vida... ¡ooooh!

En San Gomo se hacía algo de música. No me cabe duda alguna. Simón Ganimedes
sabe tanto sobre ella como yo sé de chino; la parte literaria de la obra de Wagner la igno-

raba totalmente. Y cuanto a Nieves Vilipulli puedo decir que ha leído una serie de biografías de Beethoven, entre ellas la de Romain Rolland. Esto le ha servido para tocar algunas de las sonatas de este músico, poniendo ojos lánguidos y haciendo rítmicos balanceos de cuerpo.

Pues bien, ¡he aquí lo incomprensible! ¡Que esto logre llegar a satisfacerlos! Si lo hicieran por engañar y por mofarse de alguien... ¡santo y bueno! Pero que lo hagan para llenar un deseo del corazón... ¡no lo comprendo!

El tema segundo fue sobre la insignificancia de jóvenes y de niñas de nuestra sociedad. Ambos están de acuerdo sobre ella; luego, hacen excepción.

SIMÓN

¡Oh! Es, mire, increíble lo poco que atraen las jovencitas de hoy día; son tan frívolas. Pensar que uno se puede casar con una de ellas, se va a Europa, la pone ante un cuadro del Louvre y pensar que ella lo verá y no se dará cuenta que tiene delante un cuadro del Louvre. ¡Es tremendo!

NIEVES

¡Qué atroz! ¡El Louvre! Supongo, sé, mejor dicho, que usted lo visitará cuando vaya a Europa.

SIMÓN

¡Ya lo creo! Será una de mis primeras visitas, puede creérmelo, Nieves.

NIEVES

¡Aaaay! ¡Qué de maravillas hay ahí! Hay de todas las artes, de todos los países, de todos los tiempos...

SIMÓN

(Abismado). ¡Cómo se ve cuando una niña ha estado en Europa! Porque es algo que salta a la vista.

NIEVES

(Contenta). ¿Cómo pueden saber aquí todo eso? Es el medio, el medio ambiente lo que hunde a esta gente.

AMBOS

(De acuerdo). Sí, es el medio; sí, es el medio ambiente y nada más que el medio ambiente.

EPÍLOGO: Nieves no sabe nada de pintura ni de arte en general. Igual cosa sucede con Simón. Ambos son incapaces de distinguir la mejor obra del mundo de una tela comercial de última clase.

Pero ¿con qué fin pretender más? El noble fin, el ideal, ya ha sido alcanzado: Simón ha quedado estupefacto ante Nieves; Nieves ha clasificado a Simón entre las personas extremadamente cultas. Y ambos son felices. ¡Valía la pena haber venido a este fundo de San Gomo!

Ahora don Simplicio Antigualla ha terminado la lectura de su periódico y se retira saludando a toda la gente. Va a montar a caballo y recorrer las labores de su fundo. Simón Ganimedes ha cogido un libro y empieza a leerlo. Pero ha interrumpido su lectura pues vienen desde el salón unos acordes musicales: es ella, Nieves Vilipulli que se ha unido con Beethoven...

Ya te lo he leído, mi Colomba. Eso era lo que había escrito, allá en 1914, en ese cuaderno de ideas que me venían a la mente. Ahora déjame reposar junto a ti. Veo que ya no

quieres oír más esas observaciones mías. Veo que desearías hablarme. Pero ahora reposemos. Colomba mía, reposemos.

126

Por fin oí la voz de Colomba junto con sentir su mano sobre mí. Era una voz suave que parecía resonar de mundos muy lejanos. Inclinado ante ella la escuché en silencio. Ella estaba envuelta en una sonrisa permanente y sus labios no se movían. Brillaba el oro de su traje; brillaba la faja plateada que la ceñía. A nuestro lado todo era silencio, todo era paz. Sentí que esa mujer elegante, como la mujer harapienta, se alejaban. Escuché:

COLOMBA

Somos uno yo y tú. Somos uno con una parte de ti mismo, con esa parte que has apellidado Boroa, no la parte que se llama Borneo. Pues Borneo se va a la vida disipada, Borneo huye de la seriedad como huye Lorenzo cuando resuenan en sus oídos los acordes de un tango.

Tú lo sabes, lo sientes, te lo has repetido miles de veces: te reintegras conmigo *fuera de tu voluntad*. Yo diría que temes encontrarte con Juan Emar.

Pero has seguido bien mis consejos, el de revisar tus viejas carpetas. Tal vez tú te preguntes qué has ganado con ello. Por lo menos has ganado el haberte vaciado un tanto; has ganado el haber oído nuevamente resonar los trancos de Rubén de Loa junto a los tuyos; y has oído las palabras de Nieves Vilupulli y las de Simón Ganimedes; has sentido el agobio de aquel hombre, esculpido allá en Nicaragua, al sentir un caimán sobre su testa y has añorado, por unos instantes, ese ángel que en ti reemplazaba al caimán. Dime, Onofre... ¡Boroa!, dímelo: ¿no estás ahora más libre, más ágil?

Sí, la cosa es lenta, muy lenta. Ella se escapa a cada rato. Como se te escapa ese *Dintel*, pero *Dintel* vendrá. Ten paciencia. Ahora, deja en paz a esas carpetas.

Pero que no se escabullan, que no queden como cadáveres allá en un rincón olvidado. Los cadáveres se descomponen y huelen mal.

Tu tiempo pasado vuelve a resonar en mis oídos; es decir, tú debes tener siempre presente aquello que fue. Porque fue para tus oídos, fue la visión que tuviste de cosas que están, ¿me oyes?, que están y nosotros nos acercamos a ellas. Cada proximidad has de estudiarla debidamente. Es lo que yo hago; pues yo conozco tus carpetas y tus cuadernos y tus apuntes todos. Ellos viven en mí. Mas tú los olvidas y sigues tras de Borneo. Yo, mientras tanto, espero. Espero tu descenso a estos fondos donde no llegan los ruidos de la superficie.

La superficie...

Ella es igualmente grande que este fondo terráqueo. La vida no puede ser limitada a un punto del espacio. Ella está en todas partes, en todas.

Esto lo has vislumbrado en tus momentos de intensidad.

Cuando tu ánimo estaba alerta en medio del sosiego.

Estas son palabras cuyo significado tú has visto. ¿Acaso no recuerdas quién habla así? Te lo diré entonces:

¡Krishnamurti!

Recuerda siempre sus palabras. "Que nuestra mente esté alerta en medio del sosiego interior".

Sonríes ahora, Onofre. Te ha hecho bien todo aquello: Dinora Yacal o Josette Languedoc, como quieras llamarla; las guitarras de Pascual Olmué y de Poliana Huachaca; y ese grave y, a la vez, malicioso de Goicolea; y esa Huinchita Pin que ahora, a causa de los años que pasan y pasan, llaman la Huincha Pon... ¡Es algo graciosísimo! ¿No es verdad?

Ya podrás caminar con todos ellos y no habrá necesidad de ningún farol que sostenga tus momentos de debilidad. Porque te lo diré, te lo diré en voz baja, al oído:

Son muy hermosos los faroles de tu ciudad.

Tienes razón: ¡debieran serlo!

Porque un farol puede acarreararte hasta las vecindades del suicidio y aun puede precipitarte en él; puede, al mismo tiempo, ser el mejor compañero para compartir los goces de esta vida.

Pero estás ausente; tu mente ha partido en otro sentido. ¿Qué te pasa? Ya lo veo: recuerdas a Krishnamurti. Un libro suyo ha tocado tu mente. Es una frase. La digo, Onofre, en alta voz; la digo sin resquemor de ninguna especie:

Lo cierto, empero, es que debéis estar desolados antes de que podáis encontrar la verdad; debéis hallaros en ese estado de incertidumbre y de completa frustración, sin escapatoria; tenéis que enfrentaros con el vacío, con la vacuidad, sin una salida por la cual podáis huir. Sólo entonces encontraréis lo que es la verdad.

Y luego agrega:

La memoria es mera identificación de uno mismo con un resultado deseado.

Ya sabes todo esto; ya lo sabes de memoria. Pero tu ánimo no responde a todo ello. No, no "estás desolado"; no estás pleno tampoco. Estás en un punto de equilibrio desde el cual puedes caer a un lado y al otro lado.

Yo

Es lo que siento, Colomba. A veces me inunda una ráfaga de optimismo y quiero dar un paso por esa gran vía que se ve abierta ante mis ojos. Doy, al fin, este paso. ¡No había tal vía amplia! Era nuevamente un sendero abrupto que, irremediamente, vuelve al punto de partida. Tal vez estoy en la busca de la verdad. De aquí —como dice Krishnamurti— me ha de venir ese estado de incertidumbre. Porque es muy duro, Colomba, poder mantenerse en ese estado de equilibrio sin ser arrastrado hacia el lado de la desesperación. Temo encontrarme ante el vacío. Temo a ese vacío. Temo encontrar feos, horribles, a los faroles que he de hallar durante mis caminatas.

Dime, Colomba. ¿Por qué ronda siempre a mi alrededor una bella mujer? ¿Por qué he traído hasta tu lado la figurita de mi pobre Diana? Y cuando estaba con ella sólo pensaba en llegar hasta ti; quería que ella, Diana, llegara hasta aquí y escuchara también tu voz, tu voz tan adorada.

COLOMBA

Sabes muy bien: Diana no ha de venir. Por un lado quieres encontrar la verdad y la sabiduría; sabes que ella sólo la podrás hallar en la soledad de ti mismo. Por otro lado quieres tener una compañía junto a ti, quieres un testigo de tu avance. Diana está lejos.

Diana está, como Alsina, en otros afanes: movidas por la subconsciencia están tratando de desembrollar este mundo que, de pronto, se ha mostrado ante ellas. Es por eso que juega y ríe como juega y ríe la pequeña Alsina. Ambas juegan y ríen; ambas, a veces, también lloran. Pero no lloran por tí ni por Lorenzo Angol. Lloran por un pequeño, un pequeñito, un muy ínfimo ideal que se les ha mostrado y que luego se ha perdido entre una multitud de cosas; se ha perdido para los ojos de ambas, nada más. Entonces se han de consolar y han de volver a sus juegos con sus muñecas.

Tú deberías tener la inocencia de ellas para jugar con lo que la vida te presenta. Pero... jugar en serio. ¿No sería eso lo que desearía de verdad?

Yo

Sí, eso sería; sí, es lo que siempre, siempre he deseado vehementemente.

COLOMBA

Lo que durante mucho tiempo se ha deseado con vehemencia, *al fin* se cumple. A menudo sucede que ello se cumple cuando ya no se desea, cuando ya piensas en otras cosas, cuando ya se ha olvidado. Pero eso que en un tiempo se deseó ardientemente, llega, por fin llega. Y tú lo desconoces.

¡Cómo! ¿Pero que no era eso lo que tú habías pedido? A parte de cumplirse lo pedido, es como un recuerdo de ese pasado inmutable. Así es, Onofre, así es.

(Sentí, de pronto, la necesidad de hablar a fondo, de ir a una autoconfesión. Pero era ahora el vacío en torno mío y Colomba tornábase seria, cada vez más seria, ya no sonreía y, me pareció, ver de pronto que iba a trocarse en esa otra dama elegantísima o en esa mujer harapienta. Dije, entonces, algo por decir, por ver si la conversación volvía a enhebrarse; lo dije sin saber, en mi parte consciente, lo que de verdad decía).

Yo

La idea del tiempo vuelve a resonar en mis oídos, Colomba. Ella produce una verdadera confusión en torno mío. El tiempo, el tiempo... Y lo veo caminar hacia atrás hasta muy lejos, enormemente lejos. Veo las épocas de la historia que se suceden una tras otra. No, no puede ser.

COLOMBA

Todas esas épocas ya están en ti. Al estar, desaparece el tiempo. Así como has hecho con tus carpetas deberías hacer con las épocas del pasado. Pues las épocas siempre han estado inmutables. A nosotros nos toca ir hacia ellas y acercarnos a su inmutabilidad.

Claro está, es un trabajo lento. Tienes que sentir bien a fondo el hecho de estar en este mundo limitado por el tiempo. No es posible ir a una velocidad mayor. Tal vez, digo yo, tal vez verás de pronto que esta lentitud también era una ilusión de ese tiempo. En ese momento estarás junto a todas las épocas del que ahora llamamos un remoto pasado.

¡Vete a seguir viviendo, Onofre mío, vete!

Ten alerta tus ojos y tus oídos porque en todas las cosas se levanta el momento de eternidad, el momento sin tiempo, el momento único. No te fuerces en nada; no insistas cuando reina el silencio en ti. Pero nunca olvides esas palabras que tanto ya has leído. Son palabras de Mabel Collins, en su obra *Luz en el Sendero*. Óyelas una vez más; yo, Colomba, te las repito:

Desea ardientemente el poder.

Desea ardientemente la paz.

Desea las posesiones por encima de todo.

Pero estas posesiones deben pertenecer al alma pura y, por consiguiente, deben ser igualmente poseídas por todas las almas puras, siendo así la propiedad especial del todo que unidas constituyen.

Levanté los ojos. Colomba se había esfumado y nada había en su lugar. Empecé entonces mi marcha hacia la superficie.

Me alejé de aquellas profundidades dejándome llevar por una fuerza que me hacía ir hacia la superficie y encontrar a todos los seres de ella como también encontrar a los seres que, sin duda, me aparecerían durante mi largo ascenso.

Subí y subí, pues, con mucha lentitud.

Oí, de pronto, una formidable detonación. Esta fue seguida por otra y otras más. Luego mis ojos se cegaron ante resplandores que parecían surgir de todos lados. Luego vino la paz absoluta. Por esta paz avancé.

Me pareció oír cantar a lo lejos.

A esa voz me dirigí o, acaso, me dirigieron.

Obedecí.

127

Era Atahualpa Yupanqui quien cantaba acompañado de su guitarra. A ratos lo veía y luego esos resplandores me cegaban y él desaparecía ahí, siempre triste, siempre melancólico. Oía lo que cantaba por frases sueltas que a mí llegaban. Una detonación me impedía seguir su cantar. Es imposible concentrarse ante una canción en medio de esos fuegos y esos truenos. Lo saludé con una mano. No sé si Yupanqui me vería; estaba demasiado embelesado en su cantar. Decía en aquel momento:

Caminito del indio

Que junta el valle

con las estrellas...

Una cantidad de chispas me encandilaron. Al mismo tiempo sonaba una estruendosa detonación. A mi lado pasó un avalancha que rodaba, se deshacía, se volvía a formar y así seguía causando un ruido sordo que llegaba a herir los tímpanos.

Yupanqui cantaba ahora:

Y el caminito sabe

Quien es la chola

Que el indio llama...

Luego resbalé y caí; luego rodé mezclado con chispas y con fuegos ensordecedores con su estrépito. Vi que el indio era elevado y se mecía muy alto sobre mí siempre tocando su guitarra y cantando:

Yo voy cantando y tocando
Que es mi modo de alumbrar...

De pronto estuvo a mi lado. Creo que me reconoció pues me hizo un pequeño saludo. Ahora, en los pocos segundos que alcancé a estar cerca de él, el indio Yupanqui cantaba plañidero:

Cantando en el cerro,
Llorando en el río...

Y un terrible fagonazo vino, nuevamente, a traer el caos y a borrarlo todo. Vi ahora al indio allá, allá lejos, pegado a su guitarra, ciego y sordo ante ese verdadero cataclismo que reinaba por todos lados. También pensaba yo que estaba en el fondo de la Tierra, a pocos, a poquísimos pasos del justo centro que viene a confundirnos sobre lo que es arriba y lo que es abajo. Me tapé los oídos y marché, marché.

Calma, todo era calma junto a mí.

Era la calma absoluta. Ante mí se extendía una amplia, muy amplia carretera que, ascendiendo suavemente, se perdía a lo lejos culebreando entre negras piedras. Nada se movía, nada se oía. Me detuve un rato y respiré hondamente. Mis oídos zumbaban. Este zumbido se concretó poco a poco; ahora estaba fuera de mí. Parecía venir de otra carretera que abocaba en la que yo estaba. ¡Sí, sí! Era un silbido que zigzagueaba. Lo escuché con toda atención y, al fin, pude distinguir la melodía que entonaba.

¡Era *El Bolero* de Maurice Ravel!

Grité lleno de entusiasmo; agité mis brazos entusiasmado; todo se tornó en entusiasmo ante mí. Pues vi avanzar, mirando ante él sin ninguna dureza, vi avanzar sumido en las notas que silbaba y elegantemente vestido con traje vestón azul marino con rayas blancuecinas, con camisa blanca rayada de azul, cuello de pajarita, corbata violeta con pintas ocre, zapatos negros rebajados de cuero de potro, vi avanzar al hombre Martín Quilpué.

—¡Salud, salud, hombre Martín Quilpué! —exclamé con toda mi voz, con todos mis pulmones.

Pero él, impertérrito, siguió su marcha sin percatarse de mis gritos de regocijo. Todo el ambiente, entonces, se perfumó con un suave aroma de agua de Colonia, de esa exquisita agua de Colonia que venden en la Farmacia Universo, allá en Santiago, en la calle Chacabuco 1142. Recordé inmediatamente que hay ahora una sucursal de ella en San Agustín de Tango; creí indispensable advertir al hombre Martín Quilpué:

—¡Eh! ¡Oiga usted! En San Agustín de Tango podrá encontrar de esa rica agua de Colonia, calle del Altar Mayor. ¿Me oye, mi querido amigo? Calle del Altar Mayor; no me acuerdo del número pero un gran letrero la hace reconocible.

Pero el hombre Martín Quilpué continuó su marcha sin darse por aludido de mis palabras. Tras él pasaron varios guitarristas encorvados y macilentos, llevando sus instrumentos en cajas bien cerradas que se movían al ritmo de sus pasos.

Me incorporé a ese desfile. Caminé tras de los guitarristas melancólicos. Ello bastó: los guitarristas, apenas sintieron mis pasos tras ellos, sacaron sus guitarras, aventaron las cajas e hicieron el acompañamiento más perfecto a ese *Bolero* que silbaba el hombre Martín Quilpué. Y cantaron todos. Aquello se estremeció con los acordes de Ravel. Yo hice coro

y todos continuamos así, cantando, silbando y saludando a ambos lados al gentío inmenso que se había reunido para vernos pasar.

En medio de ese gentío divisé a don Irineo Pidínco. Al verme se abrió paso y vino hasta mi lado, vino agachadito, con su nariz puntuda y su cráneo medio calvo. Vaciló unos instantes y luego se puso y caminó junto a mí. Me dijo:

—Usted perdonará, mi señor, eso es, usted perdonará; lo he visto a usted pletórico de entusiasmo cantando también. Pero yo, no, mi señor, no podría entonar ni una nota pues estas manifestaciones me hacen mucho daño. Tanto daño me hacen que he pensado que sus palabras de usted, mi señor, recompensarían el daño que estas manifestaciones me hacen o me causan. Parece que fuera gente que nada añora de lo dejado allá en la vida; parece que fuera gente que estuviera feliz por haber muerto. Es algo incomprendible, ¿no lo cree usted, señor mío?

Don Irineo veíase, en verdad, acongojado ante este espectáculo. Le pregunté para distraerlo un tanto:

—Toda esa gente que estaba al borde de la carretera, ¿eran, en verdad, fallecidos que ahora aquí se hallan?

—Sí, mi señor, fallecidos o muertos, si no es una osadía mía usar de estos dos vocablos sinónimos.

—Una osadía... ¿Por qué, don Irineo? Puede usted expresarse como mejor guste.

—¡Oh, tantas y tantas, mi señor! Pero ahora voy a cometer una verdadera osadía al proponer a usted que nos alejemos un poco de esta multitud de... de... de cadáveres, si me es posible manifestarme de tal modo. A cada rato creo que llega hasta mí el mal olor que sus cuerpos despiden allá en los cementerios de la superficie terráquea. Allá no huelen pero aquí, aquí, es algo de verdad nauseabundo. ¿Nos podríamos, pues, retirar a un rincón bien sosegado?

—¡Por cierto, don Irineo, por cierto!

Y ambos nos retiramos abriéndonos paso a través de esa multitud inmensa de gente que ya no existe allá en la Tierra.

Nos acomodamos cómodamente en unas piedras que me recordaron los buenos sillones que allá se fabrican. Estábamos bien. Vimos al cortejo que seguía al hombre Martín Quilpué perderse en un recodo de esa ancha carretera que habíamos abandonado. Se fueron todos seguidos por esa multitud. Volvió a reinar la paz, era una paz en realidad llena de dulzura.

—Se está mejor aquí, don Irineo; tenía usted razón, mucha razón. Y dígame, mi buen amigo, ¿cómo lo está usted pasando? ¿No tiene algunas nostalgias de lo que ya abandonó? Me respondió en voz baja, en un susurro:

—Sí, señor mío. Tengo una nostalgia: los garbanzos. No puedo ya tener esa inefable dicha de ingerir esa tan rica leguminosa. Fue la manera que tuvo el mundo terráqueo de asirme y clavarme en su corteza. En cambio, señor mío, en cambio... Su sapienza va a entender claramente esto que voy a decir si, decirlo, no es una gran osadía de parte mía.

—Dígalo, don Irineo; yo trataré de comprender a usted, sí mi amigo, de comprenderlo debidamente.

—¡Oh, tantas y tantas, mi señor don Onofre! Por algo allá se dice: "No hay mal que por bien no venga". Aquí también ha habido un gran bien, sí, un gran bien que no sé cómo agradecer.

—¿Y es él?

Otra vez don Irineo me susurró:

-Las Guaxas, mi señor, las Guaxas. Aquí dejan de serlo; aquí no atacan a los seres que han sido humanos. Las que están allá, no pueden venir; las que están aquí, se preocupan de otras cosas.

-Lo cual ha de ser una gran ventaja, un gran alivio, para usted, don Irineo, ¿no es así?

-Usted lo ha dicho, don Onofre, su sapiencia lo ha advertido. Aquellos nombres de Julieta Pehuén y de Biandina Tarata y de Paulina Corcho y de Rubí Colliguay y de tantas otras, si acaso no es una osadía de mi parte expresarme así...

-¡De ningún modo, don Irineo!

-Tantas y tantas, mi señor; es usted la amabilidad misma, la amabilidad personificada.

-¿Ya aquella Eufobina Colliguay, aquella fallecida, si mal no recuerdo, en un accidente automovilístico, tampoco ha venido a tentarlo a usted?

Don Irineo Pidenco se apresuró en contestarme:

-Tampoco, mi señor, tampoco. Por el contrario, somos ahora lo que podría llamarse dos buenos amigos. La veo de cuando en cuando y me ha referido lo que, digo yo, es un secreto de su actual estado de fallecida. ¿Desearía usted conocer este secreto? Puedo narrárselo a usted porque, de verdad, no es un secreto; es lo que a ella le ocurre como a las demás Guaxas que hay aquí; las que han sido Guaxas, eso es, las que lo han sido.

-Tendré un gran placer en escuchar a usted, don Irineo.

-Tantas y tantas, don Onofre.

-Lo escucho, don Irineo.

-A ello voy, don Onofre. Lo que les ocurre a estas que han sido Guaxas es una nostalgia de sus buenos momentos sexuales, eso es y nada más. Les ocurre con... con... usted perdonará, con el miembro viril lo que a mí me ocurre con un plato de esos tan exquisitos garbanzos. Entonces se hacen corpóreas y se lanzan a la Tierra en busca de alguno que quiera satisfacerlas. Lo hallan, lo seducen y... y listo, mi señor. Ahora que estas seducciones no tienen ese placer que tenían cuando estaban allá en plena vida, no, no lo tienen a pesar de estar, como le he dicho a usted, completamente corpóreas. Entonces... ¿qué? Regresan para acá y no vuelven a pensar más en el asunto o, si piensan, es cada vez más de tarde en tarde. Hay tantas otras preocupaciones en estos mundos, sí, señor, tantas otras preocupaciones. Así es que, en esa materia, en la de Guaxas, ya estoy tranquilo, mi señor, ya estoy completamente tranquilo.

-Y pronto lo estará usted respecto a los garbanzos.

-Es lo que oso esperar, mi señor, es lo que oso. Siempre vienen a mi memoria las palabras de ese tan sabio de don Bárulo Tarata, ¿lo recuerda usted, mi señor don Onofre?

-Por cierto. ¿Qué decían sus palabras?

-Decían: "Todo cambio interior semeja una muerte, pero toda muerte trae una resurrección".

-Sabias palabras, don Irineo.

-Así es, muy sabias, don Onofre.

-En ellas se ha de apoyar usted, don Irineo.

-Usted lo ha dicho, en ellas me apoyo, don Onofre.

-Seguiré mi ascenso, don Irineo.

-Que los Dioses le acompañen, don Onofre.

-¡Adiós, don Irineo!

-¡Adiós, don Onofre!

Nos separamos y nuevamente me encontré solo en aquellas vastas inmensidades. No habría caminado unos cien pesos cuando se presentó ante mis ojos la moviente figura de Tadeo Lagarto. Hizo varias genuflexiones ante mí y, al fin, se expresó:

—Mi amo y señor estaría contentísimo de poder cambiar unas cuantas palabras con usted.

Le respondí:

—Puede usted decir a su amo y señor que tendré un alto placer de cambiar esas palabras con él.

—Entonces, tenga usted a bien seguirme. Y si no hay inconveniente seguiremos ambos a esa arpía.

En efecto, voló una arpía ante nosotros. Su rostro era bello, era casi sublime; su cuerpo, con las alas extendidas, revoloteó sobre nosotros y así, yendo y viniendo por los aires, nos condujo hacia otros senderos. De pronto se detuvo posándose en lo alto de una especie de roca que allí había. Luego, de su boca, salió un cántico hermosísimo parecido al cantar del ruiseñor. Era la seña. Se presentó, siempre altivo y arrogante, Palemón de Costamota.

Una reverencia, un semicírculo descrito por su sombrero de copa, una mano que se alargó hasta estrechar una de las mías y una voz que murmuró:

—Palemón de Costamota, un servidor de usted.

Respondí:

—También puede usted contar con un seguro servidor.

Y nos saludamos con efusión sacudiendo varias veces nuestras manos entrelazadas.

Palemón de Costamota se volvió hacia Tadeo Lagarto. Estaba éste chiquito, diminuto, en espera de la voz de su señor. Su señor tosió, rió socarronamente, luego volvió a toser; por fin le habló con benevolencia irónica:

—Camina hacia tu trabajo, Tadeo. ¡Alerta tus ojos! Debes y debes vigilar las andanzas de aquellos que están bajo tu noble custodia. ¿Sabes a quién me refiero?

Tadeo repuso:

—Altísimo señor, debe usted referirse al señor don Lorenzo Angol y esos tangos que lo fascinan.

—Pero no hay que tocar la candidez de la pequeña Alsina, de esa pequeñita Alsina Cochoa. ¡Que ella no figure en tu trabajo, Tadeo! ¿Me has oído? Debe figurar otra mujer, otra cualquiera; otra que se aproveche de su obsesión sexual. Y ahora, ¡vete, mi buen Tadeo, vete! Necesito la calma de estas profundidades para charlar con este digno caballero y para orientarlo en su ascenso a la superficie de la Tierra.

Tadeo Lagarto partió. Palemón de Costamota me alargó una mano y me dijo:

—Un servidor de usted, mi distinguidísimo amigo.

Le apreté su mano y conteté.

—También tiene usted en mí un amplio y seguro servidor. Puede usted estar cierto de ello.

Nos hicimos una nueva venia y, acto continuo, oí su voz:

—Va usted por mal camino, mi querido servidor. Esta ruta lo llevaría a usted al cráter del volcán Lullaillaco, allá cerca de la ciudad de Antofagasta. Al ver este error que usted cometía me he precipitado para ayudarlo y que así tome usted un sendero más corto y apropiado. Pues entiendo que va usted a la floreciente ciudad de San Agustín de Tango.

—Es verdad, a esa ciudad me dirijo.

—Entonces siga usted mi consejo y marche por ahí, por ahí. Así llegará usted a la base del volcán Coscorrón. Luego podrá usted tomar un barquichuelo y navegará por el río Tulcamar. Después, una micro, o un autobús, o el ferrocarril, lo que sea. ¿No le gustaría a usted que yo lo acompañara?

Contesté sinceramente:

—¡Encantado de tener su grata compañía, señor de Costamota!

—¡En marcha, entonces! Iremos a ese hermoso Coscorrón. A no ser que prefiera usted que lleguemos hasta el Picaldo. Ahí bien podríamos navegar por el río Tincau y luego por el río Santa Bárbara. Divisaríamos, al pasar, la finca de La Manigua, o el fundo de La Manigua, que pertenece a don Contaldo Ñipaco, el amigo de los Papudo y así...

No pude más y le grité a ese Palemón:

—¡No! nada quiero saber con La Manigua ni con Ñipaco ni con los Papudo ni con nadie ni nada que me traiga a mí el recuerdo de ella, de Diana Papudo. Iremos al Coscorrón, ¿me oye usted? ¡¡Al Coscorrón!!

Él se inclinó y, con voz melodiosa, me respondió:

—Un servidor está siempre dispuesto a servir. Iremos a ese volcán del Coscorrón y no le importaré más con el Picoldo, con La Manigua, con don Contaldo y con... con... Creo que me citó usted otro nombre, un nombre femenino, creo. ¿A quién se refería usted, mi caro amigo?

—¡Silencio! —dije—. ¡Vamos al Coscorrón!

—Bien —asintió—, vamos al Coscorrón. Cabalgue usted, mi tan querido amigo. Yo cabalgaré a su lado.

Y me alargó una escoba montando él en otra escoba. Así nos fuimos a velocidad indescriptible. Torcíamos a la derecha, luego torcíamos a la izquierda, bajábamos como si cayéramos por hondos precipicios, subíamos por entre las paredes de esas tortuosas galerías. Hasta que al fin nos detuvimos.

—Mire usted hacia arriba —me aconsejó Palemón.

Miré. Vi una serie de grietas. Al fondo de ellas, allá arriba, muy alto, vi el cielo oscuro, el cielo nocturno y vi unas cuantas estrellas. Trepamos por esas grietas y nos encontramos al fin en la boca del volcán. Era una noche apacible; no había nada, nada de viento y no se oía ni un rumor.

Entonces nos lanzamos por los aires de aquella noche dulce y apacible. Nos cerníamos a gran altura. Vi, allá abajo, el bosque de Lemolemo; luego vi el bosque de Guayacán y pensé en el gran hombre que había sido Bárulo Tarata. No lo había encontrado ni una sola vez en el fondo de la Tierra. Debe estar ocupado en cosas muy diferentes; nos lleva a todos una ventaja en su noble evolución. ¡Adiós, Bárulo Tarata! Recordé a su hija, a esa que, según don Irineo Pidenco, había sido una terrible Guaxa. Alcancé a divisar las aguas del Tulcamar y mi atención fue tomada por las luces de San Agustín de Tango.

Minutos después aterrizábamos en la plazoleta Fray Tomate. El gran Palemón de Costamota me dijo mientras me alargaba su mano en signo de despedida:

—Le he dejado a usted frente a su puerta. Ahora me es grato desearle todas las venturas que sea posible desear. Además me repito: Palemón de Costamota, un seguro servidor.

Estreché su mano y dije:

—Puede usted contar con otro seguro servidor.

Él desapareció. Yo subí hasta el 6º piso y me acosté.

Desperté al día siguiente extremadamente fatigado. La verdad es que Palemón de Costamota y su siervo Tadeo Lagarto me cansan y, a la larga, me aburren. Quisiera no encontrarlos más, quisiera no tener ningún comercio con ellos ni con ninguno de sus secuaces.

En esto pensaba cuando entró la Zoraida con el desayuno. Me dijo que ayer por la tarde, más o menos a las 6, había recibido un telefonazo de Eusebio Palena diciéndole que hoy día me esperaba en el Bar Aúnda, calle del Cayado Episcopal, y que después podríamos ir, con Polinesia Loncotoro, a comer un plato a cualquier restaurante.

Más o menos a las 7 me juntaba con ambos en el bar que me había dicho. Pedimos nuestros tragos y Polinesia pidió su sabroso churrasco.

—Amigo —me dijo Palena—, estoy contento, estoy feliz, pues he escrito mi Zambafusa Nº 20 y he dado un paso más hacia la más pura perfección. Empina tu trago y te la leeré.

Así lo hice, Palena sacó un papel de su bolsillo y Polinesia pidió otro churrasco.

—¡Muy bien que comas cuanto quieras, m'hija del alma! Hoy hay que festejar mi creación sublime. ¡Camarero! Traiga usted un rico churrasco a esta dama y repítanos el tragullo que hemos tomado.

Y Eusebio Palena leyó lo siguiente:

Zambafusa Nº 20

Así empezó aquel extraño idilio. Llegaron los sacerdotes principales y los Fariseos deliberaron si las impresiones de la niñez no ha sido reiteradas. El hombre, entonces, aprenderá lo que llama "casualidad" con ojos y rostro del séptimo y más alto grado de esos agudos y febriles ardores. Fue el momento en que alguien, muy quedamente murmuró:

A, B, C.

Y otro alguien dijo:

D, E, F.

Y otro alguien exclamó.

G, H, I.

Y otro alguien gritó:

J, K, L.

Vino la inspiración comprendiendo que sería un error frente a su modesto piso de próxima aparición. Pues podía tratarse de un crimen, sí, de un asesinato... ¿No lo crees, mi Oravia? Tal es la cuestión. Por ser la cuestión estaré de acuerdo con ustedes y todo saldrá encubriendo los vocablos que acostumbraron. Daré a la vida una seguridad digna de Esquilo aunque quede con los pies en el aire. Pues no deseo atacar superficialmente la longitud de onda en aquella barrera de los jóvenes y medio ancianos que se atribuye el superhombre en la fuerza aseverada del año 1704. A otro tipo —¡a otro!— la gris rata y el pardo cocodrilo que habitan.

con el rey Luis XV y la figura cubierta con un multicolor traje de bufón. ¡He ahí la cuarta y la quinta dimensión! Entonces la tomé por su tan bella cintura y terminé de afeitarme los calcetines. Así afeitado iré a encandilar los tesoros de los grandes museos del mismo y exacto modo que la Revolución francesa en la triste colección de los condes y marqueses.

-¡Sí! -fue mi alarido.

-¡No! -fue el suyo.

Callé ante las cimas blancas por la nieve de la historiografía. Y lentamente caminé por el mes próximo del fósil ictiosaurio.

Mas clamé lleno de angustia:

-¡Sólo sobre el fondo viven las hermosas mandrigalas, las mangnolias, los rosales y el jazmín!

Polinesia -¡oh, mujer! -comió en silencio y con respeto su churrasco. Y después de haber comido murmuró:

-Sólo sobre el fondo viven los artilleros de las torrecillas y las bombas aéreas llevan las muy sabias medidas del desamparo.

Es así, sólo después de mucho porfiar, llegó un señor feudal.

Mas yo... ¡no fallecí!

Ella quiso insistir; yo no insistí. Cuanto a los caciques, ellos corresponden a las claras características más esenciales de la Biblioteca Hispana.

Mas yo tampoco fallecí y jamás he de fallecer aunque me haga un real cacique.

-¿Qué tal, amigo Boroa?

Le respondí de inmediato y sin vacilar:

-Tu Zambafusa N^o 20 es algo sublime que pasa los límites de la sublimidad. Tienes, Eusebio, la gloria asegurada.

Polinesia levantó los ojos y dijo:

-Quiero otro churrasco.

Y Palena lo pidió inmediatamente y ofreció otra bebida más.

Un taxi nos condujo al Hotel de los Vicarios. Allí nos servimos una espléndida comida, salvo Polinesia que prefirió comer una simple ensaladilla pues, en aquellos momentos, digería sus churrascos. En efecto pidió un plato de aire comprimido con pétalos de mandringalas a la salsa de leucoterios. Pero nosotros pedimos algo más contundente; pedimos un gran plato de lagartijas amarillas envueltas en cordones de zapatos negros. Palena y yo devoramos; Palena repitió, por fin nos aseguró:

-Este guiso trae tanto optimismo como me ha traído esta sin par Zambafusa que tú, mi querido Boroa, acabas de escuchar. ¡Veo venir la gloria, veo al público todo de rodillas a mis pies! Y ahora revolotea mi próxima Zambafusa cuajada con las grandes, los sublimes poetas de nuestra hispana lengua. Apenas la haga y la termine te lo comunicaré, mi buen Onofre; junto entonces iremos a leerla. Por ahora, ¡vamos al postre!

De postre nos servimos un plato de azúcar molida con cinzano al gotario. El maestra-sala vino, en persona, provisto de su gotario y de una botella de cinzano. Sonriente nos echó cuatro o cinco gotitas en cada plato, nosotros lo revolvímos y luego fue muy bien engullido y saboreado.

Tomamos nuestro nescafé. Polinesia argumentó:

-Este nescafé no es café.

Palena respondió:

—Iremos a la cafetería de Sao Paulo y allí podremos tomar un auténtico café.

—Y después, mi querido Eusebio, me llevarás al Bar Bazul. En él están preparando unos magníficos churrascos que los hacen para festejar el triunfo de su nuevo nombre.

—Iremos donde tú ordenes, mi buena Polinesia; al Bar Bazul, o al Bar Tolillo, o al Bar Celona, o al Bar Lovento; da tus órdenes y nosotros te obedeceremos.

Yo acepté diciéndoles:

—Estoy a la disposición de ustedes. ¡Ea, vayamos a buscar uno de esos riquísimos churrascos!

Eusebio Palena pagó la cuenta y nos retiramos.

Caminamos lentamente por las calles bien iluminadas y en medio de un gentío alegre, sin preocupaciones de ninguna especie. Así llegamos al Bar Bazul. Entonces Polinesia nos explicó:

—Ya el aire comprimido que tomé de postre se ha descomprimido y me siento divinamente; ya los pétalos de mandringalas han sido digeridos; no queda más que un pétalo de esas tan exquisitas mandringalas que lucha en contra de la salsa de leucoterio para ir a mejor vida.

—¿Crees tú que triunfará en esta lucha? —inquirió Palena.

Polinesia nos pidió:

—Esperen ustedes un momento, un instante y veré cuál ha sido el fin de esta contienda.

Nos detuvimos. Polinesia pujó con empeño. Nosotros esperábamos. Al fin sonó una detonación bajo sus faldas y ella nos miró satisfecha. Eusebio entonces gritó eufórico:

—¡Tus vientos, mi hermosa Polinesia, han volado hasta donde se hallan los poetas hispanos del pasado! ¡Los veo a todos, a todos reunidos tratando de hacer un paquetito que ha de llegar hasta mi mente y en ella transformarse en mi Zambafusa N^o 21!

Polinesia volvió a detenernos. Se explicó con convicción:

—Ese paquetito ya ha llegado a mi vientre.

Y sonó por los aires, viniendo de bajo sus faldas, una segunda detonación aguda y larga.

—¡Sí, él es! ¡Mi paquetito! —vociferó Palena—. Iremos a casa, después que hayas engullido tu churrasco, y en ella lo abriremos y veremos qué ha resultado de esos poetas y de mi mente viajera. ¡Adelante, adelante! Ya estamos a un paso del Bar Bazul; ya siento el olor de los churrascos. Y nosotros, mi querido y tan gran Boroa, evocaremos la hispana lengua bebiéndonos un trago de pisco. ¡Adelante, adelante!

Entramos en el Bar Bazul, Palena, lleno de entusiasmo, nos habló de esos poetas que él veía mecerse sobre su testa. Palena deliraba de alegría; Polinesia Loncotoro comía su churrasco; yo bebía mi pisco y oía embelesado la voz de mi amigo que hablaba de ellos al ir reconociéndolos y que decía:

—Ahí está Lupercio de Argensola; ahí está don Luis de Góngora; y veo a don Rodrigo Caro que recita *A las ruinas de Itálica* a don José de Espronceda. Don Gaspar Núñez de Arce los escucha en silencio; Fray Luis de León mira hacia lontananza; y Lope, el gran Lope de Vega, charla con el Duque de Rivas; don Gustavo Adolfo Bécquer está triste; pero ahora lo consuela Garcilaso de la Vega ayudado por el Marqués de Santillana. El que pasa con calma mirando hacia el suelo es Jorge Manrique; parece que trata de descifrar quién ha escrito ese romance de doña Alda; y don Ramón de Campoamor es el que ahora ríe y ríe al recordar la voz del cura que escribe una carta a la damisela enamorada. Ahora saluda a

don Francisco de Quevedo que, maliciosamente le asegura, que... ¡Ah, mis queridos amigos! ¿No lo oyen ustedes?

Poderoso caballero
Es don Dinero

Yo estaba encantado al ver esta euforia de mi amigo Eusebio Palena. Entre su visión de los poetas hispanos del pasado y entre los churrascos de Polinesia, no cabía de contento. Al fin lo interrumpí:

—No vayas a olvidar, Eusebio, aquel anónimo sevillano que se piensa puede haberlo escrito Fernández de Andrada. ¡Es tan hermoso!:

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas.

—¡No, jamás lo olvidaré! —me respondió Palena—. Cómo no voy a olvidar aquel que dice:

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Minutos después dormíamos todos. Yo, en mi pieza de Fray Tomate; ellos, en su casa colonial de la calle de Los Seminaristas, Eusebio sumido y soñando con sus poetas hispanos y la bella y esbelta Polinesia Loncotorá digiriendo sus churrascos.

He ido a Punta Breñal con Desiderio Longotoma. Allí hemos pasado alrededor de una semana viendo y viendo a ese sin fin de veraneantes. Conversábamos con algunos, saludábamos a otros y sonreíamos con todos. Naturalmente, la Tomasa, esa sin par mujer, nos

acompañó y, después de alguna comilona demasiado abundante, se esmeraba en prepararnos unos cuantos tomasines y en prepararnos un par de huevitos a la copa.

A juzgar por sus ademanes, Longotoma lo ha pasado admirablemente en Punta Breñal. Reía y reía todo el tiempo, se frotaba sus manitos y movía los pies en forma vertiginosa. Luego exclamaba lleno de euforia.

—¡Oh, cuánto te quiero mi buena Tomasa! ¡Es un ser único esta Tomasa Paipote de Longotoma! ¡Cómo! ¿Tú ignorabas, mi viejo Onofre, el apellido de mi cara mitad? ¡Eh...! ¡Ya lo sé! La gente dice y dice miles de cosas por el gusto de decirlas. Pero ella calla y piensa que es Paipote de Longotoma.

Me levanté presuroso y estreché su mano diciéndole:

—Encantado de conocer a usted, señora doña Tomasa Paipote de Longotoma.

Ella hizo un gesto de agradecimiento y me alargó una fuente llena de tomasines.

Estábamos en la terraza de una casa que Longotoma había arrendado a un amigo suyo, el que la había arrendado a su legítimo propietario ahora de viaje por el extranjero. A lo lejos veíamos el océano y un lejano vaporcito que, de seguro, se acercaba al puerto de Curacopque a cargar manganeso. Más cerca giraban unos cuantos veleros. Por arriba volaban las gaviotas.

—Es admirable este sitio —constató Longotoma—. Aquí, en la terraza podría pasar mi vida entera. ¿Qué más desear? Estás tú, mi buen Onofre; está esta querida Tomasa con sus tomasines y con los huevitos a la copa; y aquí, en mi bolsillo, tengo la última novela policial que leo calmadamente. Creo que ya esta noche, sí, esta noche, hallaré al asesino y luego dormiré en tus brazos, mi querida Tomasa.

—Y yo te tendré entre los míos —repuso ella.

—¿De qué novela se trata, Desiderio? —inquirí yo.

—De una de Donald Pembroke, llamada *La muerte se acerca*. Pero callemos, amigo, callemos.

—Ya lo sé —repuse—. En materia de novelas policíacas no hay que hablar ni una palabra. Basta con decir si han gustado o no han gustado.

En ese momento apareció Carmelo Lipingue, el invertido aquel, hermano de Miroslava Lipingue, del San Lito.

—¿Se puede...? —preguntó algo indeciso.

—¡Adelante! —dijo Longotoma.

Lipingue venía trastornado. Tomó asiento, luego se levantó y volvió a sentarse. Al fin nos explicó su nerviosidad:

—Me he encontrado con ese ganelón de Hornaldo Collaique y lo he insultado como es mi manera de insultar, es decir, en tres tiempos. Uno, dos y tres. Así saldo yo las ofensas que se hacen a mi persona. Pues... el muy torpe ha reído, me ha tirado con toda suavidad una oreja y ha seguido su camino riendo siempre y alegre como un pimpollo. Y yo le proferí mi despreciativo insulto con fuerte voz; articulé con nitidez y cara a cara lo que ese tan Collaique como Hornaldo y tan Hornaldo como Collaique, se merece ciento de veces.

—¿Y qué le profirió usted, amigo mío? —indagó Longotoma.

—Ahora verán: “¡Qué hablas tú! Personaje inmundo, individuo abyecto, hombre meneguado...”

Longotoma restregó sus manitos y dijo interrogativamente:

—Por cierto que se lo merecía ese Collaique; sin duda habíalo tratado a usted sin el respeto que usted merece.

Lipingue se levantó para volver a sentarse y nos explicó:

—El muy torpe ha usado términos inadecuados al referirse a mí. Sí, señores, términos indignos al comentarme con esa necia y torpe de Yisel Ayacucho, la peruana que, según dicen, es una muy bella mujer. Pues bien, esta mujerzuela ha reído con los comentarios de Collaique y los ha aprobado... ¿Es posible, señores? Entonces, al encontrarme con ella, la he mirado de alto a bajo y le he dicho: "¡Qué hablas tú! Perra insaciada, meretriz incaica, colchón de la infantería..."

—¡Sus tres tiempos, amigo Carmelo! —vociferó Longotoma y se frotó las manitos y movió los pies a tal velocidad que creí que se iba a elevar por los aires.

Lipingue prosiguió:

—Después de administrarle mis tres tiempos, me he retirado. ¡Ya ambos han tenido su merecido, el Collaique y la peruanilla!

Quedó pensativo unos momentos y luego prosiguió:

—¡Mofarse de mí...! Mofarse porque no tengo los gustos que ellos tienen, porque admiro la belleza de los hombres, de los grandes y fornidos machos y no la seudo belleza de esas llamadas mujeres... muuuujeres... ¡Horror, amigos míos, horror!

Y, sin más, Carmelo Lipingue se despidió de nosotros y se marchó presuroso.

Estamos en una alta roca y contemplamos el mar. Es, en verdad, hermoso, el movimiento de las olas. Otros veraneantes hacen como nosotros. Todos miramos la espuma que se eleva y que cae; todos, arrobados, vemos la vida del océano; todos menos Jabalí Batuco. Jabalí Batuco nos dice:

—Me marcho. ¡Basta ya de agua que se mueve! Me marcho. Usted seguirá contemplándola, Desiderio; yo, no. Prefiero evocar los acordes de Giuseppe Verdi. ¡Adiós!

Nos separamos y nos volvimos a encontrar. No sé cómo pero es el caso de que a la hora del té, estábamos reunidos en casa de Higinio Romeral y de su esposa, doña Salaberga Huintil. Había más gente; recuerdo a Cirilo Collico que poco habló; a Marul, la que fue mi Marul Carampangue; a Corvino Antillanca; a doña Claudia Puchuncaví; a Facundo Doñihue; a Ascanio Viluco; a Olegario Cunaco, el hombre sin encarnaciones; a doña Martina Vichuquén, muy dinámica siempre a pesar de sus años; a Jovino Panquehue que, al verlo, tuve que preguntarme qué haría ahí un astrónomo y ajedrecista eximio; a Gervasia Cachapoal, siempre hermosa en su traje negro que no se lo despinta desde la muerte de Adalberto Huachipato. Y Gervasia sabe muy bien que su amor ahora está vivo y lleno de entusiasmo allá en el fondo del océano, en el taller verde y acuático de Rubén de Loa; pero ella no conoce a Saturnino así es que no le será cosa fácil llegar a este taller submarino. Vi también al capitán Angol que llegó con doña Nora de Bizerta y Ofqui y a Ciriaco Tajo, que hacía tantos años que no veía ni nada sabía de él. Luego llegó don Waldo Caracoles en compañía de don Dámaso Mamiña; luego, el gran Stramuros con Silvestre Tongoy, el musicólogo bien conocido. Y más, siempre más gente que llegaba y se mezclaba en la conversación general.

Desiderio Longotoma estaba radiante; conversaba por mil, frotaba sus manitos, bebía sus copetines y reía encantado. En cambio Jabalí Batuco estaba serio. De pie junto al muro observaba y, de cuando en cuando, hacía una reverencia a algún conocido. Al fin me acerqué a él y le pregunté:

—¿Por qué, mi querido Jabalí, está usted con un aire de tal seriedad? ¿Se aburre usted en estos festines?

Me respondió:

—Vea usted, mi querido Onofre: me han desposeído de esos buenos bastones que siempre me acompañan. En el vestuario los han cogido y los han reemplazado por este papelucho con el cual, parece, podré reclamarlos al retirarme. Y lo que es peor es que también me han desposeído de mis óperas italianas. Ya no tengo ni a Verdi ni a nadie; estoy solo. Vamos al jardín, amigo, sentémonos junto a aquella mesita que allí se ve.

Allá fuimos. Estaba alumbrada por un rayo de sol que parecía *ex profeso* caer sobre ella. Algunas golosinas a medio comer había allí. Se oía la bulla de los invitados a la fiesta que daba Higinio Romeral y su señora. Sobre nuestra mesita, cinco moscas se paseaban y comían de esos restos de golosinas. Llegó otra mosca pero otra partió. Quedaron, pues, siempre cinco.

Bostecé. Jabalí Batuco me dijo:

—Usted bosteza. Yo estoy con Donizetti que ha venido hasta mí.

Llegaron dos moscas más; eran siete que se incomodaban unas a otras y algunas pretendían un amor no continuado. Luego casi todas se retiraron de la mesa y quedaron sólo dos, dos moscas que se aburrieron desesperadamente.

Estas dos moscas me infundieron un verdadero hastío. Dije a Jabalí Batuco:

—Entremos a la fiesta. Puede ser que alguien esté hablando algo de interés. En verdad Punta Breñal no es un sitio para esta clase de reuniones. Pero... ¡vaya uno a saber! ¿Entramos?

—Sí, entremos —respondió Batuco.

Nos mezclamos con el primer grupo que encontramos. Era una serie de gente abigarrada y de todas las edades. Departían sobre unos jóvenes, unos guapos jóvenes que habían partido de caza y que cazaban espléndidamente. Recordaban, ahí en el grupo, el día que ellos habían estado cazando allá, allá... (¿Dónde sería este allá?). Estaban lejos con sus escopetas, eran el terror de las avecillas que pasaban volando. Volverían por la tarde con todos sus sacos repletos de pájaros. Se había hablado mucho de ellos pero, mientras se hablaba, no se les veía; como conviene hablar de los héroes. Y luego habían sabido que esos cazadores vendrían a las casas de ese fundo y tomarían el té con la gente de las casas. Se habían hecho grandes preparativos para el té, con tortas y pasteles. Y alguien había dicho:

—Entre los cazadores están los hermanos Momolluco que saben cantar admirablemente.

—¿Los dos saben cantar? —había preguntado alguien.

—Los dos —había sido la respuesta.

—¿Y cuál de ellos canta mejor? —habían preguntado.

Y la respuesta había sido:

—Uno de ellos.

Una risa general atronó en los salones de Higinio Romeral. Yo murmuré a Jabalí:

—No está esto muy interesante. Sigamos a otra parte.

Así llegamos al buffet. La gente ahí charlaba, comía y bebía sin fin. Se decían chistes, se hacían bromas y se seguía comiendo y bebiendo. Doña Gervasia Cachapoal decía:

—A mí no me gusta el dulce; es pésimo el dulce.

Pero doña martina Vichuquén la contradecía alegando:

—¿El dulce? Es rico, riquísimo.

Y facundo Doñihue alegaba:

—Si no hubiera dulce... ¡oh! la vida sería amarga.

Y otro gritó:

-¡A ver, que opine Jovino Panquehue! ¿Le gusta a usted el dulce o no le gusta?

-¿A mí? ¡Me encanta!

Pero don Dámaso Mamiña no estuvo de acuerdo pues declaró:

-A mí no me gusta, no es de mi agrado.

Un señor que yo no conocía exclamó entonces:

-¡Fracasaste Gervasia, fracasaste! Y usted, don Dámaso, ha fracasado también.

Y todos gritaron en coro.

-¡Fracaso, fracaso!! ¡¡Huuuuuuuuuu...!!

Entre tanto fracaso perdí a Jabalí Batuco. No vine a hallarlo hasta el día siguiente en la terraza de la casa que había arrendado Desiderio Longotoma o que se la habían cedido o ¡qué sé yo cómo estaba en su poder!

Almorzamos tomasines y huevitos a la copa. Luego pregunté a Jabalí:

-¿Qué se hizo usted ayer por la tarde? Lo he buscado y no he logrado encontrarlo en ninguna parte. Al fin me aburrí y me vine a esta casa, me acosté y dormí profundamente.

-¿Yo? -contestó Jabalí-. Yo, amigos míos, me dediqué a oír conversaciones. Luego las anoté, hoy por la mañana. ¿Quiere que les lea mis anotaciones?

-¡Por supuesto! -clamó Desiderio Longotoma-. Léanos usted todo lo que haya anotado de esa fiesta de Higinio Romeral. Así habrá un recuerdo imperecedero de Punta Breñal.

Y Jabalí leyó:

Punta Breñal,

Febrero 21 de 1962.

Ayer, fiesta en casa de Higinio Romeral. Me aburría pues mis bastones me habían sido confiscados por la dama del vestuario. Me senté, entonces, en medio de un grupo de gentes que charlaban. El alto lo llevaba doña Salaberga Huintil, la mujer de Higinio. La pregunta era si hoy día debería o no debería arrodillarse ante su amada un joven enamorado cuando le declaraba su amor. Salaberga dijo que sí porque presumía un mutuo arrobamiento y entonces resultaba natural caer de hinojos. Era natural en el joven; no lo era en la joven. Decía todo esto con toda naturalidad, sin nada de amargura, lo decía dulcemente.

Al hablar así hablan de "joven" y de "niña". Llamar "niña" a una moza o damisela, creo que es un chilenuismo. No sé si, al emplear dicha palabra, lograré hacerme entender debidamente.

Resumen: Joven y niña significan, después de todo, cualquier ser humano que esté en actitud de amar y simboliza el camino que ha de seguir el amor. Además, cuando ellos dicen así, no hablan de la juventud sino que sólo de los jóvenes y niñas que adoptan la actitud medio ceremonial y medio recatada que debe existir entre ambos y que, por lo tanto, llegado el amor, han de recorrer palmo a palmo. ¿Cuál es esta actitud?

Era lo que se discutía y era lo que apasionaba a aquella gente. ¡Cómo hablaban! ¡Cómo vociferaban! Hasta que, nuevamente, se expresaba Salaberga, a media voz; y era, entonces, el silencio alrededor de ella. Yo me cansaba, añoraba mis bastones y evocaba a Leoncavallo y a Mascagni. Y, junto a mí, se hacían venias miles de jóvenes y niñas, se decían las mismas frases de siempre y se invitaban a bailar.

A pesar de la ausencia tenaz de esos compositores italianos, de Leoncavallo y Mascagni

y de todos los demás, mi mente oía lo que se hablaba y observaba. Estuve, pues, de acuerdo con esa guapa mujer que es Marul Carampangue y con Cirilo Collico que pensaba mucho mientras los demás discutían. Ellos alegaban:

Ese tipo de "joven" recatado y ceremonioso, como ese tipo de "niña" también recatada y esperanzada de oír frases dulces, son tipos que tienden a desaparecer. Las señoras, las señoronas, las suegras, quieren mantener esos tipos. Pero ellos desaparecen y se les ve con mayor rareza. Ahora se considera esta actitud de tanta ceremonia como un rasgo de hipocresía.

Aquí hablé, me metí en aquel torbellino parlante. Dije:
—Ahora se dice de otro modo; ahora oirán ustedes por todas partes: "los muchachos, las muchachas, los chiquillos, las chiquillas... y así".

Todos estuvieron de acuerdo conmigo y también estuvieron de acuerdo en que los padres y las madres ponen seño adusto al oír estas expresiones.

De pronto llegó doña Clotilde Antillhue. Doña Clotilde tomó la palabra y todos callaron; los que estaban lejos se acercaron y ella pasó a ser el centro. No era para menos, pues contó miles de historias de amores de gente que yo no conocía ni que creo que nadie conociera allí; y otras historias de celos horripilantes; y otras historias de hijos, de hijitos robados y hoy ocultos nadie sabe dónde; y otras historias de hogares deshechos; y otras historias de ya no sé qué cosas más. Todos decían: "¡Ooooh!" y entonces se servían un emparedado o se tomaban un copetín y luego repetían: "¡Oooooooooooooh!".

Yo me aburría francamente. Un esfuerzo y caminé hasta ese misterioso vestuario que escondía mis bastones. Los retiré con el papelucho que me había dado la dama que lo atendía. Y salí, salí, me fui sin despedirme de nadie.

Salí y respiré hondamente el aire salobre que todo lo llenaba. Y caminé hasta esta casa, caminé a ver a Desiderio Longotoma y Onofre Borneo que creo hoy ha cambiado su nombre, mejor dicho, su apellido por el de Boroa. Tendrá sus razones. Yo no averiguo más ni me importa porque ahora sueña a mis oídos un aria de una de mis óperas favoritas: *Los Puritanos*, de Bellini. Prefiero entonarla ya que no tengo mi fonógrafo conmigo. Luego dormiré hasta mañana y saldré a dar un paseo con mis dos bastones y mirando el océano. Después, San Agustín de Tango.

—¡Bravo, estupendo! —gritó Longotoma.
—Soy del mismo parecer —dije sinceramente yo.

130

Estoy nuevamente de regreso. He vuelto a ver mi escritorio de Fray Tomate. He departido con la Zoraida y la he felicitado por la limpieza y el buen orden que ha tenido en todo. Luego he salido sin rumbo y así, deambulando, me he encontrado con mi viejo amigo Rosendo Paine. Con él he pasado todo el día. Almorzamos en el restaurante de la Basílica; luego fui a su casa de la calle del Vicario donde saludé a su amiga Nicole Chaumont; hemos estado un rato aquí en casa; después, o antes, hemos paseado por las calles y, charlando, hemos dado una vuelta completa a la Prisión Legal empezando por la calle del Incienso, luego por la calle de las Monjas Enclaustradas, luego por la calle Ruega por Nosotros los Pecadores, luego doblamos por la calle de los Camerlengos y vinimos nuevamente a la

calle del Incienso. Recuerdo que ahí nos detuvimos unos instantes y contemplamos las paredes severas del Manicomio del Eclesiástico. Muchos recuerdos pasaron por mi cabeza varias veces: el doctor Hualañé, el doctor Pitrufquén, Bernabé Maullín, Galo Carón y aquella mujer del teléfono que no cesaba nunca de estar en comunicación con alguien. Y me acordé también de Ponciano Chacarilla, el huésped del taller acuático de Rubén de Loa. Rosendo también lo miraba; miraba esos muros con ventanitas allá arriba y ahí permanecimos, creo que largo rato. Al fin Rosendo me dijo:

—Sigamos caminando. Vamos nuevamente a mi casa. Es algo que ahora sé y que no necesito pensarlo más: no quiero ni nunca he querido tener talento. Tener talento me disminuye. Por eso han quedado inconclusos *El Pájaro Verde* y *¡Oye!* Ambos iban a ser más largos, muchísimo más. Pero de pronto vi que había que tener mucho talento para poder terminarlos debidamente y... no los terminé y ahí quedaron. Y te repito: ¡no quiero tener talento pues, al tenerlo, me siento disminuido!

Fuimos a su casa y ahí nos instalamos. Rosendo habló mucho, estaba con toda la labia. Me cuesta ahora transcribir aquí sus palabras. No sé si había en ellas algo de desilusión o si era la manera real y sincera que él tenía de sentir este mundo de las artes y de las letras. En todo caso había un cambio seguro en su mentalidad y en el modo de concebir este mundo que nos rodea. Me acordé de aquel vaticinio hecho, sobre su persona, por Desiderio Longotoma: Rosendo Paine terminará mal, muy mal, haciendo una falta irreparable. Rosendo sabía este vaticinio de Longotoma. Al hablar sobre él, rió y me dijo:

—Tal vez habría ido a esa falta pero ya no hay caso de que pueda incurrir en ella. Por un lado está Nicole y eso creo que a cualquiera le bastaría. Por otro lado está mi recuerdo del opio, del opio bendito, que nos hace ver que, cometer faltas, no es ni nunca ha sido algo posible... ¿No lo crees tú?

Ahora veremos mi memoria. Rosendo hablaba de modo algo confuso o, al menos, así me pareció a mí. En fin, veremos:

ROSENDO

Mucho he pensado en la manera cómo los intelectuales se consideran los unos a los otros. Es una especie de franca admiración *a priori*, de una admiración pactada. Todos ellos tienen talento y tiene que ser una cosa interesantísima cuanto hacen. Jamás hay una duda, jamás hay la idea de que pudiesen cometer un error, de torcerse, menos aún de fracasar. Cuando hace alguno algo que no puede gustar al otro, este último ni siquiera se confiesa a sí mismo su disgusto; más bien exclama:

—¡Qué curioso! ¡Muy curioso el camino que Fulano ha intentado, muy curioso!

Es como cuando se observa un insecto que hace algo imprevisto. ¿Quién, en tal caso, podría decir que eso está mal, que ello no corresponde al camino que el insecto había iniciado?

Nadie, pues prima la idea primera: el insecto es interesante; uno lo seguirá hasta el fin. No existe en ellos la decisión por ciertos principios y menos el juicio crítico-severo que, además de considerar la obra o las palabras de otro con simpatía, pone cada cosa en su sitio.

Esto me ha hecho pensar el insectillo de que te hablaba. He tomado un insecto como ejemplo como podría haber tomado un perro o un gato. El caso es que obran igual a un hombre intelectual de este clan, es decir, del clan único que veo en todas partes.

Claro está, soy muy amigo, somos buenos amigos con Recaredo Palquín. Es uno de los escultores que más me place. Él lo sabe muy bien y sé que le han gustado las cosas que

he escrito. Sin embargo no esperamos, el uno del otro, una permanente revelación con esa fe mística ante la cual dudar es un pecado. Cada cual va por su camino, va como hombre, luchando, errando y siendo tentado a cada recodo. Cada vez que nos encontramos charlamos. Y nada más. Así charlaremos siempre.

En cambio ellos...; esos intelectuales... Ellos, como monjes iluminados, viven en el convento del arte elevando plegarias a Dios por haberles ofrendado la verdad. Si uno cae en error no cruza por ninguna mente la idea del error. El error pasa a serles como un aspecto nuevo de la cosa y repiten:

—¡Qué curioso!

Ninguno es capaz de decir:

—¡No! No es así la cosa.

Beatíficamente se someten al lema del convento que es:

“Admiraos los unos a los otros.

Pero no vayas a creer, Onofre, que este lema reza con el fin de hacerse bombo o con el fin de aumentar el lucro. No. Lo es por una comunión de ideales y aspiraciones altas. Pues toda comunión entre gente débil toma ese aspecto; aspecto protector, de respeto mutuo, pues cualquier falla hace perder fuerzas y como son débiles...

Entonces pactan tácitamente para defenderse. Necesitan defenderse para llevar a cabo sus obritas dulces. Y como débiles necesitan, aunque sean incrédulos, una protección religiosa. Si ella no está en un dios está en cambio en toda la atmósfera que se hace para respirar: símbolos, torres, campanas, ceremonias y demás. Pueden reír de todo ello; en el fondo no pueden dejarlo. Y está sobre todo en el pacto, en el clan, en el respeto anticipado, en el sentimiento de sacrilegio para el que traicione.

Sí, Onofre, entre los intelectuales y las sociedades místicas hay una gran semejanza: el principio de verdad revelada y que es difícil alcanzar; el respeto por lo que cualquiera diga, el creer en su valor, siempre que esté dentro de los dogmas santos.

Luego está la sumisión sin espíritu crítico a un jefe o a un prior o a un iluminado, no tanto por admiración a su talento sino por una disciplina que, si se rompe, dejaría a cada uno solo para la comprensión de la vida y de las posibilidades infinitas del arte.

Naturalmente que no es la primera vez que expongo estos puntos de vista. Recaredo Palquín los ha oído mientras esculpía un alto relieve en casa de ese terrible académico de Ascanio Viluco. Estuvo de acuerdo conmigo. Entonces me preguntó:

—¿Tú escribes siempre?

Le respondí:

—No, no escribo más, pues si escribiera no faltaría algún crítico literario que me hallaría muchísimo talento.

Él rió de buenas ganas pero me aprobó. Lo mismo ha pasado con Lorenzo, el viejo amigo de aquel pacto que habíamos hecho y que, felizmente, fracasó. Lorenzo me encontró toda la razón y luego me habló de una serie de cosas que yo no entendí muy bien. Ponía al público de un lado y a los trabajadores del espíritu del otro lado; negaba todo el comercio que pudiera hacer entre ellos, y opinó sobre este clan de intelectuales de que te he hablado a ti, Onofre, este clan de autoadulación.

Después me encontré con Desiderio Longotoma y conversamos de otras cosas, sí, de otra cosa, de otra... ¿Adivinas de qué?

Exacto, Onofre, exacto. Imagínate que Desiderio, según su propia confesión, creía que yo llegaría al crimen o por lo menos a un gran defalco. Tal vez algunas frases mías, tal

vez demasiado cinismo en mi modo de expresarme y aun en mis actos. ¿Recuerdas mis amores con Calucha allá en Curihue? Luego el opio y el alcohol que yo los pregonaba por todos lados. Volví al Perú a fumar opio y a nadie se lo negué. Cuando supe que el pobre Teodoro Yumbel había sido enviado al planeta Venus por causa de Calucha, levanté los hombros y luego pensé en otras cosas. Todo eso es un pasado que sepa Dios dónde se halla ahora. Al fin apareció esta encantadora de Nicole Chaumont y vivo como cualquier hijo de vecino. Me pregunto si es una mujer la que puede hacer esto con nosotros o si son los años que nos ponen más calmados.

A veces algo recuerdo de mi pasado. En él aparece una mujer que luego se evapora y vuelve a aparecer. Tal vez tú la recuerdes y la veas. Se llamaba Morena Relbunco. Nos quisimos, es cierto; nos quisimos mucho pero era aquello en la época en que Desiderio vaticinaba un funesto mal para mis días por venir. ¡Morena! ¡Un amor basado en los celos! Yo le causaba celos; yo miraba embelesado a las otras mujeres que atinaban a pasar frente a mí; las miraba y hasta les hablaba y les insinuaba miles de cosas. Si no había ninguna, pues entonces recordaba mi pasado y a Morena le decía, creo que con verdadera sinceridad:

-Morena, callemos, quedemos en silencio. No perturbes estos recuerdos que han venido hasta mí. Veo a Calucha; veo todo ese Curihue, tú sabes, el fundo del capitán Angol, lo veo como si aún estuviese en él. Y en él veo a mi Calucha y, te aseguro, siento que la quiero. ¡Habría sido tan lindo todo aquello si hubiera durado más tiempo!

Tú comprenderás, Onofre, que Morena se indignaba conmigo y se apartaba de mí. Sin quererlo me administraba el excitante para que yo siguiera celándola. Pues mi mente trabajaba de manera muy curiosa, trabajaba así:

¡Hacer lo contrario de lo que Morena esperaba de mí! Ese era mi ideal. No hacerlo habría sido abandonar mi vida misma. Luego la celaré, con la que sea, con cualquiera; la celaré para comprobarme a mí mismo de que se pueden amar a dos o más mujeres y que la vida intensa y grande puede subsistir a pesar de ello.

Comprende, Onofre: necesitaba confirmar esta teoría y así aventar esas dudas que a menudo me asaltaban.

¿De qué eran las dudas...? De nada y de todo. Por eso me he simplificado, por eso no quiero tener talento, por eso no escribo más, por eso vivo como un hijo de vecino.

Pero Morena Relbunco no lo entendía así. Peleamos... por... ¡celos! ¿No es de perecer de la risa?

No, no la he vuelto a ver a esa simpática Morena. En mi imaginación la veo siempre sobre todo cuando toco concertina. Claro está, podría tocar ahora, podría tocar algo que nos llevara a ese hermoso Curihue. La música hace revivir lo que se cree muerto.

¡Ahí viene Nicole! ¡Adelante, mi Nicole! Onofre quiere que le toque un poco de concertina y quiere, como yo, trasladarse al fundo de Curihue y que, con sus acordes, aparezcan todos aquellos personajes que allá estuvieron: Baldomero, Desiderio, el cínico de Valdepinos, Isidra -¿qué será de ella?-, Calucha, la que fue mi Calucha. Son buenos recuerdos, puedo asegurarlo. Y veremos al capitán Angol y veremos a doña Nora de Bizerta y Ofqui. Y veremos a Taita Higuera y a la llavera de Curihue y... y veremos a la Tomasa, esa que en aquellos tiempos no era más que la Tomasa, una sirvientilla cualquiera, una gallinita que se agachaba al sentir la proximidad del gallo que corría veloz tras ella y la poseía sin más. ¿Lo recuerdas, Onofre? Dame, Nicole, mi concertina y yo la tocaré. Esperen un rato. ¿Qué podría tocar?

¡Ya lo sé! Y con este canto partirás a ese lejano Curihue; y tú, mi Nicole, partirás a mis cuentos curihuños que ya tantas veces te he contado. ¡Oídme bien!

Yo soy pato, pato, pato,
Yo soy pato, pato, pato,
Patito de la laguna,
A ver si haciéndome el pato
¡Me acomodo con alguna...!

Luego recordemos aquel fonógrafo que marchaba mal, o ese disco que giraba y volvía atrás. ¿Lo recuerdas, Onofre?

De heliotrop...

De heliotrop...

De heliotrop...

Sí, sí, Nicole, tienes razón; no hay que recordar las fallas de los fonógrafos y los discos. Cantaré en serio:

De dalias, heliotropos, violeta y jazmín
Un camino de aromos, de azucenas, claveles,
Camelias y lirios yo te adornaré.
De paso a paso pensamientos habrá
Donde comprenda que tu pie pisará.
Sobre un geranio yo te haré descansar.
Y en tu mano, mi bien, te pondré
¡Un ramito de azahar!

131

Hoy he amanecido mal; hoy, 26 de febrero de 1962, veo todo al revés y no tengo ánimos para nada. He resuelto quedarme en cama para ver si reduciendo mi mundo al tamaño de ella, algo nuevo se levanta en mí. Pero no hay caso. He llamado:

—¡Zoraida!

—¿Señor...?

—Vaya usted, si me hace el favor, a ver si don Lorenzo está visible y, si lo está, dígame que venga a verme.

—Bien, señor.

Ahora estoy con Lorenzo, con el viejo amigo Lorenzo Angol. Le he dicho de inmediato:

—Te he hecho venir para que me hables de lo que a tu cabeza venga. Es el hecho de que esa neurosis o neurastenia o lo que sea, me ha vuelto y la soledad de mi departamento me aterra. ¡Habla, Lorenzo, habla te lo pido! Pero antes déjame decirte algunas muy pocas palabras sobre tus *Cavilaciones*.

Cara de estupefacción.

—¡Cómo! —me dice—. ¿Todavía piensas en ellas?

—Sí, todavía pienso en ellas —le he contestado—. Puedes ver que allí, en un cajón de mi escritorio están todas ellas, y yo, en vez de estar copiándolas, estoy aquí en cama sin tener la fuerza suficiente de ir, sacarlas, verlas y copiarlas en esto que ahora escribo, en *Dintel*.

Lorenzo me dijo con suma seriedad:

—No deberías pensar más en esas *Cavilaciones* que fueron, más bien, frutos de un desvarío prolongado mío. Es al menos lo que ahora pienso.

Pero... ¡vaya uno a saber!

—Es lo que yo me digo, Lorenzo: ¡Vaya uno a saber! Claro está que algo he copiado de ellas; muy poco, apenas unas cuantas líneas y nada más. Anoche, después de conversar largamente con Rosendo, estuve copiando un poco. Aquí está. Oye si quieres:

.....

En este período caben esos hechos, todos los de magia negra. Para nosotros pueden aparecer como totalmente reales, como otro universo al lado del Bien; pero, en verdad, no es sino el hecho de ir acercando esa interpretación a la ola indiferente; luego: sólo una ilusión de realidad completa. Cuando se quiere avanzar más, hacer calzar la interpretación con lo interpretado, o sea, substituir la Magia Negra al orden universal; o hacer un verdadero universo del mal complementario del único existente, entonces es el momento en que es pulverizado por la ola indiferente.

De aquí: un punto en que los magos negros no puedan seguir a los magos blancos; y de ahí que para los primeros citados la *última sabiduría les esté negada*. Pero repito: para nosotros, hombres limitados que con nuestros ojos sólo abarcamos un pequeño trecho del Todo, la Magia Negra y el mal nos aparecen, en este breve espacio de la vida, como si fuesen tan potentes y tan reales como la Magia Blanca y el Bien.

He ahí mi primera hipótesis sobre la cual tanto he cavilado.

Seguí hablando con Lorenzo:

—Es todo, amigo mío, lo que he copiado de tus escritos. Te lo confesaré: me aburrí cuando escribía, pero no vayas a creer que me aburrí con tu prosa; me aburrí conmigo mismo pues sentí que esa neurosis estaba cerca de mí y que de pronto me agarraría y me postraría a la cama. Pero ¡siempre hay un remedio! Tú lo tienes ahora. Tus palabras me harían tanto bien. Pero dime ante todo: ¿hacia dónde te llevaron esas notas melodiosas de los tangos que oímos allá cerca del fondo de la Tierra?

Lorenzo me respondió:

—Hacia mí mismo.

—¿Con Lumba Corintia? —le interrogué.

—Sí, con Lumba Corintia. Al encontrarme con ella desaparecieron todas las demás mujeres que hay y que ha habido en mi vida. Los tangos dejaron de resonar a mis oídos. Y sentí —como tú lo sientes con Colomba— que su mano se posaba sobre mi cabeza.

—¿Y Benilde Panilonco?

—Sentí que la quería con verdadero amor. Así es que he venido a la superficie como siempre quisiera estar. Siguiendo lo aconsejado por Lumba Corintia he vuelto a meditar sobre las letras y a ver antiguos papeles míos. Benilde me ha acompañado en esta tarea.

—¡Cuéntamelo todo, Lorenzo! Tal ves ello haga que huya lejos de mí esta neurosis.

—No creas, Onofre, que son cosas inmensas las que he pensado. Son cosas, diría, que

cualquiera podría pensar. He empezado con la literatura chilena y de ella he partido a divagar o, acaso, no he partido hacia nada. Pero mi ánimo estaba, como está ahora, muy bien, muy bien.

-Lorenzo, te escucho.

Y Lorenzo habló así:

LORENZO

La novela chilena... La novela que tiene una patria... Yo no lo concibo. ¿Por qué han de ser ciertas las aventuras que suceden en los campos de Chile? Son aventuras que suceden además en los campos vecinos y en el mundo entero; son aventuras de todas partes, de los campos, de las aldeas, de las ciudades, de las grandes metrópolis. Basta con ponerles una palabra local y se cree que con ella está dado un ambiente. Pero creo que ninguna de esas aventuras podrá hacer avanzar un paso sobre la significación espiritual o psicológica con relación a los hombres todos.

Hay otro lado que nunca veo tratado y que sería algo más chileno que ese campo: es el desarraigue, la cosa temporal de ese chileno. Esto lo creo sudamericano. Todas estas gentes que llegaron a conquistar la tierra pero que nunca han echado verdadero pie. El significado "aventura" está aun arraigado en el conquistador.

Una de las características de la novela chilena debería ser la añoranza, la patria abandonada. No hay sudamericano, que sea inteligente que, al visitar el mundo, no sienta, ante un país extraño, que lo que él hace es *recordar*.

Otra característica:

El temor de llegar demasiado tarde, de ya no ser debidamente de allá, de quedar entre dos aguas.

Otra:

Un cierto remordimiento, una vaga sensación de pecado porque la conquista no ha sido aun hecha y uno deserta mientras otros quedan.

Otra:

El complejo de familia, el de la autoridad paterna; quieren zafarse de tales complejos. Por eso los chilenos, en el extranjero, tienen algo de venganza contra el terruño.

Cántese el campo y cántese el "roto" como compensación a ese estado flotante en el continente. Y se cantará en falso. Pues, dejando anécdotas de lado, me suena a falso cuanto, ante nuestros campos, no ponga el acento en su vergonzosa miseria, en la de país a medio conquistar y que simula unidad.

Entonces cántanse paisajes, paisajes y más paisajes; cántanse paisajes cordilleranos, campestres, marítimos... Paisajes visuales, auditivos; auditivos, visuales... También se canta sobre el gusto, sobre los guisos, las cazuelas, los porotos, las empanadas, los corderos al palo y ¡qué sé yo!

Green con esto hacer *chilenidad*. Y en todas partes se hace exactamente lo mismo.

Es aburrido todo esto, Onofre, es tedioso. Es tener siempre los ojos echados hacia fuera y es no volverlos hacia el silencio de nuestro interior.

Porque yo amo ese silencio interior y hacia él quiero caminar y quiero alcanzarlo. Por eso voy al centro de la Tierra, por eso busco a Lumba Corintia; por eso encuentro que nuestro amigo, ese pintor Rubén de Loa, ha hecho muy bien al crearse ese taller en el fondo del océano. Allí podrá trabajar debidamente. ¿Quién tiene la llave de entrada? ¿Saturnino! Saturnino que no es de este mundo, que viene de Saturno. ¿Quiénes colabo-

ran con él? Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla, dos que ya han muerto, que ya estaban hartos del bullicio de aquí arriba.

Podrán decir que la calle de la Tiara es una calle tranquila; lo mismo podrán decir de las calles adyacentes, como ser la de la Inmaculada Concepción y esta plazoleta de Fray Tomate. Recuerda que aquí yo estaba, en mi escritorio, el día de los disturbios por el nombre del ahora Bar Bazul. No oí nada ni nada supe. Por cierto, no hay en este barrio demasiados ruidos externos. Pero hay los ruidos internos que siempre se recogen; hay esos ruidos de la ciudad entera que un oído alerta no puede pasarlos por alto; pues están en la atmósfera y en ella se ciernen.

Claro está, podríamos ir a verlo. El viaje es simple: tomamos un autobús hasta Pompita; allí nos encontramos con Saturnino; un rato en lancha; el pequeño maelstrom que siempre se produce a la vista de Saturnino; sumergirnos y estaremos con Rubén, con Adalberto y con Ponciano.

Pasaremos unas horas agradabilísimas. Nunca me he arrepentido de ir hasta allá. ¡Oh, esa calma moviente toda en verde! ¡Esa admiración que los peces allí demuestran por la labor de Rubén y de los que con él trabajan! Y Lucila Volcán, ya lo verás, se esmerará en atendernos como es debido.

¿Mañana? ¡Sea! Mañana salgamos temprano. Volveremos por la noche. ¿Qué te parece?

¡Hasta mañana entonces, Onofre!

Dormí muy bien. Es una hermosa perspectiva ir al taller de Rubén de Loa como lo es también hacer este maravilloso viaje en compañía de Lorenzo y de Saturnino. Porque Saturnino me cambia mi modo de pensar y de sentir; el solo hecho de verlo me lleva a otras regiones que no son las habituales de aquí en la superficie; me conecta con su planeta, con Saturno, y veo claramente la posibilidad de extraer vida y sensación de diferentes y muy distantes fuentes de origen. Además estaré con Lorenzo. Sé que nos entendemos grandemente; sé que él, durante nuestro viaje y durante la estadía en el taller sumergido, volará por todos los ámbitos en la compañía de Lumba Corintia y, acaso, podrá ver con claridad el objeto de su búsqueda permanente: Anam.

¡Gracias, Colomba! No sé por qué razón te lo agradezco a ti. Me ha nacido decirlo y antes de poder verificarlo si es lo que corresponde o no corresponde, lo he formulado y lo he exclamado con absoluta sinceridad. Así es que déjame repetirlo una vez más, una vez pero definitiva:

¡Gracias, Colomba!

Nuestro viaje fue grato, fue lisonjero. Apenas llegamos al balneario de Pompita, encontramos a Saturnino. Nosotros fuimos a almorzar al hotel Miramar. Almorzamos suculentamente. Voy a copiar el menú porque siento que el tiempo me sobra y que hay que llenarlo con algo. Además, todo lo visto allá abajo, en las profundidades del océano, me ha puesto optimista. ¿Qué menos puedo hacer que volver a recordar ese menú?

Sopa de lagartijas
Ratas mechadas con verduras
Hígado de perro
Pechugas de cucarachas trufadas
Gelatina de arañas peludas
Moscas reventadas

Avecacinas en salsa de vómitos

Flan de escupos

Helados - Jalea - Café - Coñac

Dije a Lorenzo apenas hubo confeccionado este menú:

—Es lo mismo que, hace ya mucho tiempo, comí en Illaquipel, esa tan linda aldea o ciudad —puedes llamarla como quieras pues crece lo suficiente para merecer ya el título de “ciudad”. Allí comí todo eso que ahora he pedido. ¡Es algo delicioso, Lorenzo! Sobre todo esa gelatina de arañas peludas... ¡Exquisito, sí, exquisitísimo!

Todo aquel viaje vino a mi memoria. Lo comenté con Lorenzo mientras engullíamos nuestro almuerzo. Los alrededores de Illaquipel son magníficos. Los recuerdo como si ahora los estuviera viendo:

Grandes cerros, quebradas y precipicios. Por los aires, bandadas de cornamusas graznando; sobre las aguas inmóviles de los pantanos, algunas solitarias balalaikas de pico carmesí; y de cuando en cuando, en la copa de los eucaliptos, enormes ukeleles agitaban sus alas silenciosas. Con el ruido del motor, los pequeños timbales se asustaban y cruzaban el camino veloces como ratones espantando a las pintadas ocarinas que emprendían el vuelo agitando sus alas cual fugaces madreperlas. Y cuando en bruscos zigzags bajábamos, en medio de la polvareda, al fondo de las quebradas, oíamos el fiero rugir de algún irritado saxofón y el galopar melancólico de manadas de bandoneones.

Así fue el paisaje que entonces contemplé. Fue en 1934. ¡Qué de tiempo ha pasado! ¡Veintiocho años! Nuestro viaje de hoy día fue muy diferente. No había ni cerros ni quebradas ni precipicios. El autobús rodaba a la misma velocidad por medio de una planicie igual y, al parecer, interminable. Sólo vi un pequeñísimo, muy pequeñísimo pantómetro que cruzó veloz nuestra carretera al ver que al autobús se aproximaba. Ya al llegar a Pompita vi una respetable ruca sobre las ramas de un seisillo multicolor. Y eso fue todo lo que logré ver. Lorenzo vio lo mismo que yo. Pero el menú que luego escogimos nos alegró y cambió nuestro ánimo.

Luego de haber almorzado salimos a pasearnos por esa tan hermosa avenida de la Costanera. Había una enormidad de gente que paseaba, se bañaba en el mar y tomaba sol. Entre esa gente lo vi. Estaba apoyado sobre la baranda y simulaba contemplar las olas del océano. Le grité:

—¡Eh! ¡Saturnino!

Se volvió y vino a nosotros.

—¿Estamos listos?

Respondió:

—Listos y vayamos a tomar la lancha que nos espera.

Minutos más tarde navegábamos mar adentro y nos perdíamos de esa costa de Noriol. Luego encontrábamos el pequeño remolino o pequeño maelstrom. Por él nos sumergimos y... el océano nos tragó.

Giramos y giramos a velocidad inaudita. Por fin entrábamos al taller acuático de Rubén de Loa y nos encontrábamos con él, con Lucila Volcán, con Adalberto Huachipato y con Ponciano Chacarilla. Grandes saludos y ¡asiento!

DINTEL 4

Tuvimos de inmediato una buena sorpresa: Romualdo Malvilla. Había bajado a las profundidades oceánicas con Rubén de Loa y ahora se hallaba contento allí lejos de la superficie. Saturnino los había traído en un santiamén. Ahora todos aquí descansaban en medio de una labor profunda; pero una labor que se ejecutaba sin prisa, sin urgencia de ninguna especie. Pues allí los años se alargaban indefinidamente, parecía que se podía contar con la eternidad; es decir, se estaba en plena labor artística. Todo era lento para nosotros que vivimos según nuestros relojes; pero era de una velocidad vertiginosa para la profundidad de nuestras almas. Los peces nos rodeaban; una rémora agitaba sus aletas con gran velocidad frente a una tela de Rubén.

—Esta rémora —me explicó Rubén— reemplaza los entusiasmos que allá arriba me prodiga el tucán de la vieja del lado de mi taller.

Lucila nos sirvió algo de beber. No sé si sería té o café o algo parecido. En todo caso era maravilloso este hecho de poder beber, sin ninguna dificultad, ahí en medio de las aguas. Mientras lo bebíamos, Malvilla dijo:

—Pensar que, en una época, amaba yo aquel San Lito. Verdad es que no conocía este taller. He dejado de beber alcoholes y tu taller se ha presentado a mi vista. ¡Es algo estupendo!

En la habitación contigua laboraban en silencio Adalberto y Ponciano. Hacían en aquel momento un bajo relieve coloreado. Me saludaron con una sonrisa y siguieron en su trabajo. Les dije:

—Veo que van ustedes hacia la Edad Media.

Me respondieron:

—Si usted quiere. Aquí estamos fuera del tiempo; aquí no estamos sujetos a esa manía de allá arriba de medir todas las cosas por el tiempo. Esto que le ha parecido a usted algo medieval es lo que de verdad vemos y sentimos en este preciso instante.

Un esturión giró alrededor del bajo relieve y tras de él creció un inmenso coral. Volví a juntarme con los demás y, al ir, volví a respirar hondamente ese tono verde que todo lo envolvía. Varias lampreas se agitaban a mi lado.

—Creo, Rubén, que exageras el bullicio de tu taller de la calle de la Tiara —le insinuó Lorenzo—. No hay, por cierto, la paz que reina aquí. Pero es tranquilo; en él se puede trabajar muy bien y con mucha calma.

—Tú olvidas, mi querido Lorenzo —contestó Rubén—, que las cosas se ciernen allá y penetran hasta uno sin que se sepa por dónde ni cómo. No me refiero a esos buenos compañeros de Mamerto y de Macario; ellos destapan mi labia y me hacen bien. Pero está ese borrico de Ascanio Viluco, ese borrico, como lo llama Macario. El borrico lanza y lanza cosas a los aires y es imposible evitarlas; porque ellas caen no sé por dónde. Esto que voy a contarte no me lo ha referido Macario; no sé quién; lo oí; tal vez ha sido él mismo que

me lo ha dicho. Sí, ahora recuerdo, fue él mismo, una vez que hablábamos de fonógrafos. Ascanio estaba muy contento, estaba entusiasmado por la adquisición de una serie de discos que acababa de hacer. Eran discos bailables pero todos ellos inspirados en música seria, sumamente seria, en Brahms, en Liszt, en Schubert y otros más. Entonces Ascanio gozaba oyendo esos bailes pues eran hechos a base de una música establecida.

“¿Por qué ha venido ese recuerdo hasta mí? ¡Ya lo ves, Onofre! Es el bullicio que me sigue, que no respeta ni estas profundidades del océano. ¡Ea! Mezclémonos con los demás y hablemos. Como se debe hablar aquí. Dejémos allá arriba la calle de la Tiara y todo cuanto la rodea. El tucán debe dormir en estos momentos; lo veo a ese buen tucán. ¡Hablemos todos!

En realidad, todos hablamos pero sin precipitación; hablamos mecidos por las aguas; nos entendíamos casi sin pronunciar palabra. Así charlábamos, así bebíamos esas bebidas preparadas por Lucila. A veces llegaba hasta nosotros Ponciano Chacarilla; a veces, Adalberto Huachipato. Los peces nadaban dulcemente en torno de todos nosotros. La palabra pasaba de Rubén a Lorenzo; de éste a Malvilla o a mí; Lucila también terció en nuestra charla. Todos hablábamos en la paz más absoluta.

Todos

Hay una clase de tipos que bordea el arte: son los tipos que son casi obreros; que están ante su obra como un carpintero está frente a su mesa de trabajo. Llegada la hora le abandonan y no piensan más en ella ni en lo que en ella laboraban. Son hombres que no tienen el “complejo artístico”. Apenas tienen un pequeño orgullo y acaso cierta pereza atraída por lo poético del arte, de la bohemia.

Hay otros que aman a los autores que “pueden ser vividos”. Es por eso que hay tantos ahora que aman a Marcel Proust como hubo, hace poco tiempo, los adoradores de Lorraine y de Oscar Wilde.

He conocido a un escritor ante el cual jamás pude sorprender ni una unión entre su obra y su vida de todos los días; creo que nadie podría sorprenderla porque ella no existía.

Lo único que me interesa en todas las artes es la actitud del hombre ante el mundo. De ahí viene ese asco que siento por los narradores de historietas. Claro está, pueden ser terribles y abracadabrantes estas historias. Mas, para ello, tendríamos que ir a la suma crueldad, a un refinamiento cruel al lado del cual quedara chico el de la Inquisición española.

¿La muerte, la muerte natural y sin crueldad? No sabemos si hay que lamentarse ante ella o si es un cántico de gloria.

¡Todos tenemos una historieta que narrar! Todos los escritores lo sienten. ¿Qué hacer?

¡Muy sencillo! Para diferenciarse de los demás, de toda esa inmensidad de gente que puebla y ha poblado este globo, la embadurnan y la maquillan. —¡oh, los peluqueros!— con un argumento cualquiera.

Y no se fijan que todos también los tenemos y que nuestro único deseo es que no se realice o que pase cuanto antes para entrar en la vida no-argumentada.

¡Postergar la muerte lo más posible!

¡Eso es! Caminar así, plano, recto, con un devenir perpetuo y no en círculo que se cierra como el garrote.

Yo pienso en el malogrado Malleco.

Yo también pienso en ese Rudecindo Malleco.

¡Cuánto mejor para él, y para todos, que aquello haya sido una simple experiencial! ¡Cuánto mejor que la vida total tenga su argumento y uno poder participar en él! No lo contrario.

Es lo que hacen estas gentes: en una vida sin argumento, un buen señor tiene el suyo...

De ahí los deseos de escribir este cuento.

Dentro de la vida del señor Burgués —así lo llamo— que estén todos los argumentos personales, sin más; salvo que se relacione al argumento de la vida. En ésta sólo me interesa el que hoy se representa: o su gran miseria, o su gran esperanza.

¿Qué me importan los amores desdichados de un señor? Al menos que el autor me muestre el hilo que los une con esa gran miseria. ¿Qué me importan las dichas de un señor al ganarse la lotería? ¡Lo mismo, exactamente, con la esperanza!

Los autores de historietas los encuentro desligados de toda verdad. Sí, son de esas historietas o aventuras que pueden colocarse en cualquier sitio, es decir, en ninguno.

Flotan, flotan sin arraigue. No hay la actitud de un pueblo ante la vida, ni de una sociedad dada, ni de una exaltación, ni de una idea, ni de una bondad plácida ante la desgracia cruel.

Me has hecho pensar en Malraux, en Proust, en Dostoievski, en Poe. Por cierto; no hay más que el hecho de percibirse fuera de toda causa y de todo efecto, como existiendo solo en el mundo en el que lo único existente es la soledad.

¿Por qué en ese cuadro había un buque? ¡Es la historieta en forma de buque! Y este pintor, este Paposó, me ha dicho que ya pintados los buques de Valparaíso y de Noriol y Curacopque, pintará los de Buenos Aires y los de Río de Janeiro y los de Nueva York y —¡por fin!— los de Marsella. Pintará siempre la noción primera, impersonal de las retinas ante los buques y no podrá pintar jamás el hecho de que un buque esté en Marsella y no en Yokohama o en Lisboa; que esté en Singapur y no en Acapulco o en Capetown.

¿Por qué hay un buque? ¡Misterio!

¿Por qué un hombre que come, duerme, defeca, ama y trabaja, se detiene, de pronto, ante un buque? ¿Por qué lo copia y, una vez copiado, lo lleva a casa de un amigo y se lo muestra? ¿Qué es, mientras copia, de esa gente que pasa por el muelle y de esas otras que están en sus casas y de ese avión que pasa muy alto y de ese perro que ladra? ¿Y qué es de Rafael Sanzio en su Vaticano y de las notas arrancadas a su violín por el famoso violinista Pablo Sarasate? ¿Y qué es de su tía vieja quedada allá en su dormitorio con romadizo y tomando mate?

¡Misterios y más misterios!

Pues no hay allí ninguna actitud humana ante un aspecto de la vida, ninguna reacción, ningún enigma, ninguna pregunta, ningún intento de relación con algo del cruce total de esta vida. Hay un buque...

Es el caso de ese pintor, de Doroteo Soronal. ¡Claro está! Tiene mucho talento, muchísimo talento; puede asegurarse que ese Soronal tiene más talento que Cézanne y que Stravinsky y que Bernard Shaw. Pero Cézanne pinta mejor que él; Stravinsky compone mejor que él; Bernard Shaw escribe mejor que él.

La charla seguía y seguía. Ahora estaba con nosotros Laponia Socaire, la mujer de Romualdo Malvilla. Todos hablaban, todos opinaban. Nos servíamos de ese té o café que nos daba Lucila. Las anguilas jugueteaban en torno nuestro; una raya dormitaba; unas percas se aburrían, salvo una que quedaba en admiración ante una tela de Rubén.

Me han dicho que tal es el caso de Pablo Picasso. Como es comunista no se le permite la entrada a los Estados Unidos de Norte América pero gran parte de su obra se vende allí. Por ser comunista tiene las puertas de la Unión Soviética abiertas de par en par pero su obra, su pintura, no entra allí.

El estilo, el estilo... ¡Oh! Es ésa una majadería ponerlo como punto de partida; es fabricar cuerpos sin vida, una colección de maquinitas con cuerda que su propietario, en medio de la feria, pone en marcha para asombro de la plebe...

Sí, puede ser, puede ser. Pero lo contrario es un defecto a la vez, es un defecto igualmente grande. Pues es la creación de monstruos, de seres vivos con cuerpos deformes que inspirarán siempre una lástima repugnante. A tal punto es necesario que toda obra sea un organismo completo y concorde como es un bello animal. Que analizado y viviseccionado no muestre dónde principia y dónde concluye eso que se llama el estilo.

El autor, al imaginar y realizar, debe sentir, de golpe y simultáneamente, ambas partes: el estilo y lo que el estilo está expresando. La obra, como un feto, debe moverse dentro de él... Moverse, ¿por el cuerpo o por la vida? No se sabe. Se mueve el cuerpo vivo.

¡Desgraciado si, dueño de una buena idea, comienza a buscarle forma! Pues a su mente ha venido sola, como idea para pensar y no como cosa para parir.

¡Desgraciado si sus oídos, seducidos por formas musicales, pónense a escuchar con qué temas, con qué formas, con qué ideas, ha de llenar eso que ha escuchado!

De aquí la diferencia entre los artistas y los hombres inteligentes que hablan y actúan. Los artistas piensan *en obras*; los hombres inteligentes piensan *en ideas*.

Es imposible que alguien pueda apreciar y gozar debidamente a Leonardo da Vinci o a Miguel Ángel Buonarroti o a cualquiera de aquellos grandes si no conoce entera la historia del arte. La historia entera del arte es desde las cuevas, desde Altamira y la Pasiega y Font-de-Gaume y demás, hasta el día de hoy. Un señor ha vivido antes de que descubrieran esas cuevas; ¿no pudo, entonces, apreciar a Leonardo y a Miguel Ángel?

El error viene aquí de considerar la historia del arte en línea recta y poder decir: mide tanto.

La historia del arte es circular; conocerla entera es tener un círculo completo. No olviden que todo círculo es igualmente perfecto sea cual sea su diámetro.

Laponia Socaire habló y contó su visita, con Malvilla, al taller de Doroteo Soronal. Había varias personas más. Se había discutido sobre la naturaleza del arte. Rubén de Loa también había estado unos momentos y luego se había marchado. Soronal había sostenido que el arte había nacido en las primeras épocas para suplir la ausencia de medios mecánicos, pues en algo había que ocuparse. Todos hablaban, todos alegaban. De pronto Rubén tomó la palabra. Mi atención fue tomada y lo mismo, creo yo, la de Lorenzo.

Hay otros que sostienen que el arte ha nacido por el deseo de adornar los sitios en que el hombre habitualmente se encuentra. Ambas ideas me parecen infundadas; a lo más explican un lado del arte mas no su naturaleza íntima. Al arte lo creo una necesidad innata del hombre mismo, una facultad como puede ser el hablar, una necesidad que tendrá que aparecer donde quiera que haya hombres. Como tal, no se dirige a algo externo sino a algo interno; o sea, a expresar sentimientos e ideas que, al hacerse activas en el hombre por medio de su cultura, piden esa manera de ser expresadas no pudiendo tener otra manera. Es decir, que el arte lo creo unido y *uno* con el hombre mismo, teniendo éste todo un conjunto de manifestaciones internas cuya expresión externa ha de expresarse por medio de las artes.

En el hombre, como en todo ser viviente, existe una necesidad de expresar activamente, de dar forma externa a sus sensaciones o ideas de cualquier orden que sean. Para cada una de sus sensaciones o ideas, busca el medio más apropiado, el que, a su parecer, refleje en el exterior con la mayor exactitud posible lo que había dentro de él. En el fondo no es otra cosa lo que lleva a un pájaro a cantar, a un animal joven a jugar.

En el hombre, ahora, existe todo un conjunto de impresiones que, siguiendo la necesidad de manifestarse fuera de quien las tiene, no pueden hacerlo sino por el arte.

Ninguna de estas impresiones o ideas o deseos internos, es el de reproducir la naturaleza, el de hacer un simple duplicado de lo que se ve. Si este sentimiento ha existido alguna vez, no es más que la degeneración del primer sentimiento, del verdadero generador de las artes.

Así, ¿para qué se canta? No es, por cierto, para reproducir los sonidos que nos llegan. Es para dar expresión a algo interno, algo elemental y simple en un hombre primitivo, como ser manifestar una alegría o acortar el tiempo con una canción cualquiera; es algo que aumenta en profundidad en el hombre superior hasta llegar a ser una necesidad intelectual y moral.

En las artes llamadas imitativas sucede algo análogo. El grupo de sensaciones que por ellas han de expresarse necesitan para ello de formas y de colores. La naturaleza los ofrece. Lo que hace con sus propios elementos es ayudar a que los sentimientos del hombre sean expresados.

Bajo este punto de vista puede decirse que la naturaleza es la colaboradora y no el modelo del artista.

Lo que a Doroteo Soronal equivocaba ha sido el hecho de que la mayoría de los artistas proceden de un modo que parece darle razón: en vez de tener primero el sentimiento e ir luego a la naturaleza en busca de materiales, procede en forma inversa: van, ante todo, a la naturaleza que, de pronto, les sugiere una obra, de donde deducen que el artista intenta reproducir lo que ha visto. Pero esto se debe a un intercambio entre el artista y la naturaleza. Así como el gesto evoca el sentimiento que expresa, la naturaleza evoca en nosotros lo que habría podido quedar dormido.

Contemplar, pues, la naturaleza es contemplar nuestro propio reflejo amplificado mil veces. Mas al contemplar la naturaleza nace el sentimiento propio del artista. Es este sentimiento el que se expresa en el arte valiéndose como medio de expresión de las mismas causas que lo hicieron nacer. La naturaleza es como una nota que hace vibrar a otra nota de su mismo tono que se halla en el hombre. Buscar, pues, en la naturaleza es ponerse en afinidad con ella para que vibren nuestras propias notas.

Expresando sus sentimientos de este modo se formó el arte. Y el arte formó de por sí una segunda naturaleza. Como la primera, la real, tuvo sus leyes. Formó un completo organismo nuevo.

Con sorpresa deben haber visto los hombres que el expresar sus sentimientos en colaboración con la naturaleza, los explicó a ellos mismos al ponerlos en afinidad con armonías superiores.

Eran armonías mayores, casi fuera ya del hombre.

A esas armonías es a las que quiero ir. En estas profundidades del océano me acerco a ellas. Saturnino llega a menudo hasta aquí. Ve mis obras y sé por su cara, por sus ojos de gato, que está que hago le ha parecido bien. También recibo el beneplácito de Huachipato y de Chacarilla. Todos trabajamos aquí. Lucila nos da de beber y Lucila está contenta. Lo noto, sobre todo, cuando tenemos que subir e ir a la calle de la Tiara.

¡El fondo del océano es una gran cosa!

Un momento después Saturnino, en una hermosa lancha, nos llevaba hacia la superficie y luego veíamos las costas de Pompita. Al desembarcar nos separamos. Yo volví a San Agustín de Tango con Lorenzo Angol. Nos separamos frente a su departamento de Fray Tomate. Yo subí un piso más y... ¡buenas noches!

133

Hoy por la mañana he recibido un telefonazo de Polinesia Loncotoro invitándome a ir a su casa, su hermosa casa colonial de la calle de los Seminaristas. Eusebio Palena había terminado su Zambafusa N° 21 y deseaba leerla a un selecto grupo de amigos entre los que no había vacilado de colocarme a mí. Acepté, por cierto, y a las 6 de la tarde llegaba a su casa.

Había mucha gente. Conocidos y desconocidos míos se agrupaban por todos lados. Entre los conocidos recuerdo a Lorenzo Angol y a Benilde Panilonco, a Desiderio Longotoma y a Tomasa Paipote, a Rosendo Paine y a Nicole Chaumont, a Rubén de Loa y a Lucila Volcán, a Romualdo Malvilla y Laponia Socaire, al gran compositor Stramuros, al abogado don Waldo Caracoles, al seudofilósofo Misael Reñaca, a Higinio Romeral con su esposa Salaberga Huintil, al poeta Javier Licantén, a los doctores Evaristo Gultro y Amancio Cuncu, al dentista Manfredo Angachilla, al arquitecto bien conocido Ladislao Casanueva y Limarí, al pintor y detective Cirilo Collico, a Teodoro Yumbel con su tan simpática Albania Codahue. De pronto entró, hermosa cual ninguna, Gervasia Cachapoal, la viuda de Adalberto Huachipato; todo el mundo se volvió para contemplarla; la acompañaba doña Claudia Puchuncaví y el viejo pintor Zócimo Taltal. Vi a Viterbo Papudo con Contaldo Ñipaco que charlaban animadamente. Y, naturalmente, una mano se alargó hacia mí mientras una voz conocida murmuraba:

—Palemón de Costamota, un seguro servidor de usted.

Respondí de inmediato estrechándole la suya:

—Cuente usted también con un seguro servidor.

La voz de Macario Viluco me interrumpió. Decía admirado:

—¡Qué fiesta tan magnífica! ¿No lo cree usted, mi buen amigo Onofre? Está aquí el *tout Paris* de San Agustín de Tango.

Mamerto exclamó:

—¡Inefable! me ha gustado eso del *tout Paris* de San Agustín de Tango... ¡Inefable!

—¡Calle usted! —vociferó Macario.

Creí bien, entonces, interrumpir esta borrasca que amenazaba:

—Es que Eusebio Palena va a leernos pronto su última obra que parece ser algo magistral. Se trata de su última Zambafusa. En ella, bajo la pluma de Palena, colaboran los grandes, los sublimes escritores de nuestra lengua.

Saludé a dos que pasaban, a Hans Interlaken y a mi hermano Fabio. Los camareros nos interrumpían sirviéndonos emparedados y un whisky exquisito. Otro nos ofreció unas diminutas empanaditas de queso molido con atún. Otro más nos trajo ponche y nos trajo champaña. Apareció el cínico y pederasta de Darío Valdepinos haciendo reverencias para todos lados. A su lado, una dama, una joven, preciosa. Me quedé en suspenso contemplándola. El muy cínico me hizo una venia y luego, indicándola, se apresuró en informarme con su voz melosa y sugestiva mientras su ojo derecho giraba a gran velocidad:

—Le presento a usted a la señora Minerva Curanipe.

Luego, volviéndose hacia ella, le explicó a manera de amable presentación:

—El señor Onofre Borneo.

Nos dimos la mano y el cínico de Valdepinos aprovechó esta ocasión para escapar y escabullirse entre esa gente que siempre parecía aumentar. Allá lo vi acercándose al piano que empezaba a atronar bajo los ágiles dedos de Carmelo Lipingue. Se iniciaba el baile y pronto varias parejas empezaron a danzar.

Yo miraba a Minerva Curanipe, la miraba y sentía que una especie de timidez me tomaba todo íntegro. Ella pasaba sus ojos por todas partes y, al pasar por mí, se detenían un segundo, tal vez un décimo de segundo. Entonces yo le decía una frase vacía que ella se apresuraba en contestar y... comíamos un emparedado y bebíamos un trago. De pronto la vieja casa de Eusebio Palena fue llenada por grandes voces que pedían silencio. Calló el piano, las conversaciones se detuvieron y todos se volvieron hacia Javier Licantén que allí, en medio del salón, parecía esperar. Valdepinos y Lipingue cuchichearon un poquitín y también miraron. Al fin el silencio fue completo. Entonces Licantén dijo:

Señoras y señores:

Pronto oiremos la maravillosa Zambafusa N° 21 que acaba de escribir, en un raptó loco de inspiración, el insigne hombre de letras Eusebio Palena. (Nutridos aplausos).

En esta Zambafusa nuestro escritor ha rendido el más caluroso homenaje a nuestros grandes hombres de letras, desde lejanísimos tiempos hasta los que acaban de traspasar el umbral de la muerte. Todos ellos se han unido en este cántico imperecedero; todos ellos han traído su puro lenguaje y lo han depositado en la mente de Palena. Así veréis a Jorge Manrique lado a lado de don Gaspar Núñez de Arce; así veréis al Marqués de Santillana lado a lado de Gustavo Adolfo Bécquer; así veréis desfilar ante vosotros a las lumbreras del genio hispano entremezclados en un cantar único de poesía pura, purísima, cristalina y diamantina. (Vuelven los más nutridos aplausos).

Pero de pronto Palena se ha detenido. Yo, que estaba aquí en su casa en el gabinete contiguo a este salón y que lo veía trabajar, quedéme en ascuas. Luego osé indagar:

—¿Qué buscas, Eusebio? ¿Qué te ocurre con tu Zambafusa?

Él me respondió:

—Quiero que en ella entre todo el vasto continente del que formamos parte. En él también nos entendemos en español. Me lo ha dicho Sor Juana Inés de la Cruz, quien me

ha hablado desde México; me lo ha dicho Andrés Bello desde Venezuela y Chile; me lo ha dicho Rubén Darío desde Nicaragua; y José Asumción Silva desde Colombia y su compatriota Rafael Pombo; y me lo ha dicho Carlos Pezoa Véliz desde esta tierra adonde estamos todos nosotros reunidos, desde Arica a Magallanes. Por lo tanto, mi querido amigo, déjeme usted un momento que me voy a entregar de lleno a mi tan poética Zambafusa.

Lo dejé continuar su labor. Me alejé suavemente de su gabinete y me dirigí a la antecámara. Allí, colocándose un dedo en los labios, encontré a Polinesia Loncotoro. Me pedía silencio pues ya sabía que Eugenio estaba inspirado. En puntillas nos dirigimos al comedor y ahí, a media voz, comentamos el talento de este sin par hombre de letras mientras comíamos sendos churrascos preparados por esta fiel y esbelta compañera del hombre de letras.

Queda, pues, libre el trono que hemos improvisado varios amigos suyos para que él lo ocupe y para que, desde él, nos haga oír esos versos que, ¡al fin!, verán la luz del día en medio de esta distinguida concurrencia:

Señoras, he dicho;

señores, he dicho.

Una verdadera ovación saludó las palabras de Javier Licantén. Luego se produjo un silencio súbito y lleno de ansiedad. Durante varios segundos pudo oírse el volar de una mosca. Todos teníamos los ojos fijos en aquel trono que abría sus brazos para recibir a aquel que iba a ocuparlo.

Y apareció Eusebio Palena.

No creo que logre dar ni una pequeña aproximación a la potencia del grito de entusiasmo de que fuimos todos presas. Este fabuloso grito era acompañado por los más frenéticos aplausos que jamás haya oído. Palena, sonriente, agradecía a diestra y siniestra. Por fin tomó asiento. A su derecha, un poquitín más baja, se sentó Polinesia Loncotoro; a su izquierda, Javier Licantén. Los tres se saludaron como si hiciera largo tiempo que no se veían y como si estuvieran dichosos de volverse a ver.

Luego, mientras los otros dos, volvían a tomar sus asientos, Palena se puso de pie; extrajo de su bolsillo un largo pergamino; lo desenvolvió lentamente; luego nos miró.

Oímos, por fin, su voz:

Zambafusa N^o 21

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,

El vago curso, y cuanto ser se anima

De tu indolente habitador lo fuera

Con sombras necias, con indicios vanos.

Te diría:

Detente, sombra de mi bien esquivo.

¿Amáis la libertad? El campo habita

Porque

Entre millares mil es escogido

Pues parezco a tu imagen milagrosa

Y

A la esperanza que riendo enjuga

Del fatigado agricultor la frente...
Las torres que desprecio al aire fueron
Y al encendido fuego en que me quemo
Que hicieron en las guerras
Y sus muy claras hazañas.

¿Qué es aquesto, mi señora?

Es el dulce lamentar de dos pastores,

¡Ay, tormentos rabiosos

Porque no parezcáis menos hermosos!

¡Dios mío, qué solos

Se quedan los muertos!

No esperéis, no, que la confusa plebe

Toda llena de murmullos, de perfumes

Y de música de alas,

De adelfa y mirto pulsará tu mano

Cuando recuerdo la piedad sincera

Que con la voz de los airados vientos

El hombro diestro del feroz tirano

No se os haga tan amarga

La batalla temerosa.

¿Qué presta a mi contento

Si soy del vano dedo señalado?

Pues ellos

Se hicieron la venia, se dieron la mano

Cual suele el ruiñeñor con triste canto

Por quien hizo a su madre mil amores.

¡Oh cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!

¡Espantosa expiación de tu pecado!

Faciendo la vía

Del Calatraveño

¡Ya no hay princesa que cantar!

Aunque

No me mueve, mi Dios, para quererte

El cielo que me tienes prometido...

Pero el agua ha lloriqueado

Junto a mí cansada, leve

Con diez cañones por banda.

Con el condestable insigne

Allá muevan feroz guerra

Y gritemos:

Cantemos al Señor, que en la llanura

Venció del ancho mar al Trace fiero.

Mas luego vuelve en sí el engañado,

¡Ay! por Dios, señora bella,

¡Dios mío, qué solos

Se quedan los muertos!

¡Oh monte impenetrable! ¡Oh, bosque umbrío!

¡Oh valle deleitoso!

Pues

Mama Ranita solita quedó...

Eusebio Palena saludó y su saludo fue contestado por la más clamorosa de las ovaciones que sea posible imaginar. Vi a Marul Carampangue, vi a Praxedes Bagdad, a Minerva Curanipe y a Yisel Ayacucho que, juntas a Desiderio Longotoma y a Hornaldo Collaique, aplaudían y vivaban con frenesí.

Luego fue el remolino de gentes. Todo el mundo quería estrechar la mano del ilustre poeta, todo el mundo quería hacerle oír su entusiasmo verdadero. Así me hallé al lado de Desiderio y de Malvilla. Al punto me preguntó Desiderio:

—¿Qué te ha parecido esta Zambafusa?

Respondí:

—Soberbia.

Desiderio rió de buenas ganas y su risa la compartió con Malvilla. Me quedé estupefacto mirándolos y, al final, tuve que interrogarles:

—¿No son ustedes de mi parecer?

Longotoma me susurró entonces muy bajo:

—Toda esta gente, Onofre, sufre de una chifladura colectiva; no lo dudo ni puedo dudarla. ¿No es así, Malvilla?

—Así es, Desiderio: una necesidad que abarca toda esta linda casa colonial.

Pero el gran poeta Palena seguía explicando su creación:

—Se habrán fijado ustedes que, en esta composición, hay una serie de palabras que no pertenecen a ningún poeta, a ninguno de los que he citado. Son palabras fuera de la poesía.

—¿Y de dónde vienen...? —preguntó alguien.

—¿Qué palabras...? —preguntó otra voz.

Palena esperó unos instantes; luego dijo con voz tranquila:

—Me refiero a las palabras: "Te diría..."; "porque..."; "y..."; "pues ellos..." y demás. Esas son palabras que vienen de aquí (Palena se mostró su testa); sí, de aquí. Ellas han servido para dar una mayor contextura a esos poetas.

—¡Admirable! —gritó alguien.

—¡Estupendo! —gritaron todos.

—Es la obra genial entre las geniales —dijeron varios.

—Así es —aprobaron los demás.

Longotoma me tomó de un brazo y me dijo:

—Basta ya de Zambafusas. ¿Nos retiramos? ¡Vamos, Romualdo! ¡Camina, mi buen Onofre! En el bar Carola o en el bar Tolo o en cualquier otro bar estaremos mejor. ¡Ea, adelante!

Así terminó aquella recepción de Eusebio Palena. Allí dejamos a los admiradores del poeta lanzando cumplidos sin fin y sirviéndose unos churrascos que Polinesia Loncotoro ofrecía en una bandeja que sostenía entre sus manos.

Hemos ido al bar Tolo. Después de tomar un ligero trago, nos hemos paseado por las calles. Por fin hemos terminado nuestra noche en casa de Desiderio Longotoma. Estábamos los tres, el dueño de casa, Romualdo Malvilla y yo. La mujer de Longotoma no hizo más que pasar y se fue a la cama. Por un telefonazo de Malvilla supimos que Laponia Socaire también se había recogido y que ahora descansaba.

Charlamos largamente y, al mismo tiempo, con cierta pereza. Tomamos bebidas de frutas, de papaya, damasco, chirimoya, tuna, etc. Habían sido preparadas por Tomasa. Bebíamos y seguíamos la charla.

LONGOTOMA

¡Qué agradable es pasearse por estas calles! A cada rato se tiene una sorpresa estupenda. El otro día iba yo algo aburrido pues me hallaba solo y deseaba hablar, mejor dicho, deseaba oír hablar. ¿De qué? ¡De cualquier cosa, pero que hubiera ruido en mis oídos! De pronto vuelvo una esquina y me veo cara a cara con Ascanio Viluco y con Misael Reñaca. ¡Imaginaos, amigos! Ascanio, el hombre grave y circunspecto; Misael, el portador de una alta filosofía que reparte por doquier.

Naturalmente les hice compañía y fuimos a parar a la imprenta de La Nave. Idas y venidas y, al fin, quedamos solos en el gabinete que ahora usa el ilustre Reñaca.

¡Cómo! ¿No lo sabíais? Sí, señores míos, Misael Reñaca es hoy día periodista y lo es de La Nave, nada menos. Así es que en ese diario podremos encontrarnos con trozos de honda filosofía. Así se progresa... Es algo de percer de la risa...

Ahí escuchamos la docta palabra de Ascanio Viluco. Estaba con nosotros, además, el director de ese diario, don Lamberto Buin, pariente de nuestro gran hombre de negocios, el corredor de la Bolsa de Comercio, Estanislao Buin.

Ascanio Viluco había estado en el Ecuador; en el Ecuador había sido altamente cogido por... ¡No, amigos, no! Nada de bellezas tropicales ni cumbres nevadas del Cotopaxi ni Chimborazo. Había sido altamente cogido por la ciudad de Latacunga que es, para él, la Atenas del Ecuador, ¡qué!, la Atenas de esta América, de ambas Américas, del mundo, de la época moderna. Pues allí viven los Pichincha y los Pedernales y los Cuenca y los Tosagua y ¡qué se yo! Todos ellos son poetas y, los que no lo son, son filósofos o sabios o sociólogos o artistas. Es la sapienza misma en todos esos cerebros que allí meditan, lucubran y profundizan los arcanos de este mundo. ¡Gloria a las cátedras de Latacunga!

Pues de ellas no sale nada estrambótico ni nada que pueda tildarse con el nombre de "modernismo". Todo allí es clásico, es de la más pura línea del clasicismo puramente puro...

Pues todos son poetas, llevan la poesía en el fondo de sus seres. Y, amigos míos, hay que oír hablar a Ascanio Viluco, sí, oírlo exaltado con sus recuerdos de Latacunga. Hace mal Macario de apodarlo "el borrico". Es el genio, el verdadero genio puesto en un hombre serio, medido, circunspecto, un hombre que hace la admiración de sus oyentes como ser Misael Reñaca y don Lamberto Buin.

¿Yo? ¡Por cierto, yo también soy un admirador de él!

Y Longotoma reía para sus adentros, meneaba sus pies a gran velocidad y se restregaba sus manitos.

Ascanio había ido a esa Atenas moderna con una serie de gentes. Estaban, entre éstos, dos de los Tosagua y un Pichincha. Un viaje lento, un viaje cansador. En fin, un viaje aburridísimo. Y de pronto ¡todo aquello! Pues Latacunga se halla entre quebradas fabulosas y rodeada de chalets y de quintas floridas. Era algo como en la Costa Azul, ¡no! Era algo superior a la Costa Azul, muy superior pues aquello es exuberante, más, mucho más que las quintas de Sevilla y de Granada. Quintas cuajadas de frutas en realidad exquisitas, frutas como no conocemos aquí en esta ciudad de San Agustín de Tango. ¡Qué tunas ni chirimoyas ni nada! Oyendo la labia de Ascanio sentí deseos de no probar nunca más ni una sola fruta de estas que prepara mi buena de Tomasa. Pero bebamos un juguito, amigos, bebamos.

Vamos a beber de estos jugos en honor de Ascanio, no del borrico de Ascanio sino del inspirado Ascanio cuando recuerda su viaje por Ecuador.

Pero este Viluco, que no sé si llamarlo el borrico o el genio, este Viluco titubeó un décimo de segundo al darse cuenta de que ahora nos hablaba del sabor de las frutas y que había olvidado la grandiosa Atenas moderna. Sí, titubeó y, de pronto, se repuso clamando a toda voz: "¡Exquisitas, exquisitísimas esas frutas de la sin par ciudad de Latacunga!".

Entonces nosotros, sus oyentes, comprendemos el fondo del pensamiento que lo guiaba. Pues en aquellas tierras la exquisitez de las frutas forma parte de la grandeza que en ellas se cierne. No había, pues, falta de unidad en su pensar ni había sido perturbado por el simple sabor de esas frutas. Pues en verdad aquellas frutas deben haber sido tan exquisitas que esta nueva y grandiosa Atenas no desmerecía al ser parangonada con ellas.

Amigos míos, al fin Ascanio nos habló del venerable anciano. ¡El venerabilísimo anciano! ¡Un dios!

Aquí, Malvilla y yo, prorrumpimos en una franca risa a la que luego nos acompañó Desiderio. Reíamos los tres, reíamos sin saber por qué. Yo al menos, reía al imaginarme al borrico de Ascanio en una estoica seriedad y me parecía oír su voz llena de profundidad hueca.

Longotoma, de pronto, se puso serio y, a pesar de que sus manitos seguían moviéndose, nos amonestó con suma seriedad!

¡Silencio! ¡No riamos más! Pues he nombrado a la figura que merece un respeto sin límites: el venerable anciano. ¿No lo consideraréis así? ¿No? Me haré entonces el eco de Ascanio Viluco y después me daréis vuestra opinión.

Este venerable anciano, oriundo de Latacunga, es el mayor internacionalista de las Américas, un historiador formidable, es de una cultura universal y es poeta de exquisita inspiración.

Nos aseguró Ascanio que allá todos se agrupan a su lado. En Quito no aparece problema de importancia para el cual no se espere su opinión.

Tal es la figura de don Justiniano Cayambe. Milita en las filas conservadoras pero de pronto aparece defendiendo a brazo partido, defendiendo con inaudita elocuencia y con su maravillosa pluma de gran estilista, a un liberal, a un izquierdista. Ya lo creo, es don Justiniano Cayambe un hombre extraño, un hombre extrañísimo. Es: ¡un monumento!

Sí, amigos, así se expresó Ascanio ante la estupefacción admirativa de Misael Reñaca y de Lamberto Buin.

¿Yo? Bueno, lo confesaré aquí ante vosotros: yo no cabía más de estupefacción. ¡Ver a

ese Ascanio que no despegaba los labios, verlo ahora poseído por la suma elocuencia al traer a su memoria la figura del venerable anciano...! Porque hay que ver el gesto que hizo al decir "¡un monumento!".

Pues bien, amigos, en Latacunga se reúne dos veces al año cuanto hay de notable en aquel país. Son fiestas solemnes, son fiestas dignas del siglo de Pericles.

El siglo de Pericles es el...

Sonó el timbre. Tomasa se precipitó hacia la puerta y abrió. Apareció, nada menos, que el gran Ascanio Viluco. Todos nos pusimos de pie. Ascanio dijo entonces con voz suave, casi indiferente.

ASCANIO

Junto con abrir la puerta su distinguida esposa oí que se hablaba de Pericles. Sabrán ustedes que, desde mi viaje a Ecuador, soy su gran admirador. En Latacunga aprendí a venerar a ese hombre del pasado pues allí conocí al venerable anciano que es Justino Cayambe y que es el Pericles, doblado de un Pitágoras, de nuestros días.

LONGOTOMA

¿Desea usted, mi distinguido Ascanio, servirse un jugo de frutas? Hablábamos justamente de lo que usted nos contestó hace días sobre su viaje a Ecuador. Les hablaba a los amigos de las impresiones tuyas ante ese Cayambe magnífico.

ASCANIO

Cayambe era un tipo que, a pesar de sus años, rayaba en la sublimidad. Un recuerdo imperecedero.

LONGOTOMA

Háblenos de él. Será un placer oír a usted, un placer que compartiremos todos aquí.

ASCANIO

Bien. ¡Que se alce ante mis ojos aquel paisaje de Latacunga y que vengan esos poetas y filósofos y sabios que viven en su recinto! ¡Que avance ese venerable anciano! Nosotros vayamos a las quintas esplendorosas, las quintas de las exquisitas frutas diversas como no las hay aquí en Chile.

Yo recordé súbitamente a Minerva Curanipe. La vi en la reunión de Eusebio Palena, callada, en silencio total salvo sus ojos que recorrían a los asistentes y se fijaban unos instantes en mí. ¡Qué linda eras, Minerva! Te tenía a mi lado, te hablaba tantas cosas; tú me escuchabas y sonreías con mucha dulzura como sonríe Colomba cuando le hablo.

Mientras tanto Longotoma hacía un resumen de lo que habíamos hablado y Ascanio lo escuchaba con suma atención. Al fin de su resumen, Ascanio dijo:

ASCANIO

Su resumen ha sido perfecto, Desiderio. Iremos, pues, a esas quintas, a esas inimaginables quintas; iremos en compañía del venerable anciano, en compañía de los Pichincha, de los Cuenca, de los Pedernales y de toda esa pléyade de ilustres muchachos y de bellas muchachas. Allí nos juntábamos a beber el clepp; creo que ése es el nombre que tiene esta bebida que es un curiosísimo licor de la región, mezcla de aguardiente con

gin y extracto de chirimoyas enormes como nunca se han visto aquí. El todo es mezclado con hojas de culeque. Estas hojas le dan un sabor portentoso. Todos bailan, entonces, la pirranga y cantan delicadísimas canciones de una salvaje melancolía. Don Justiniano es el primero para cantar, para beber el clepp y para bailar.

Nosotros prorrumpimos en exclamaciones de una sincera admiración. Malvilla dijo: "¡Admirable!". Longotoma dijo a media voz: "Que si aquí en Chile lo hiciera don Justiniano... ¡sería horroroso!". Ascanio estuvo de acuerdo y aprobó con un movimiento de cabeza. Y prosiguió:

Después se van todos, con solemne paso al famoso, famosísimo árbol, un árbol sagrado como aquel bajo el cual meditaba Buda, el gran Buda del nirvana, el hombre que cuenta por millones sus claros adeptos. Este árbol es el colipellelle.

Tal es el nombre de este árbol sagrado: el colipellelle. Me emociono con sólo nombrarlo. Bajo su sombra se guarda silencio, el más respetuoso silencio que es dable imaginar. ¡Y se reparten diplomas! ¡Oh, qué diplomas! Yo tengo uno en casa, colgado ahí ante mi vista, ahí en mi gabinete de trabajo. Estos diplomas son dibujados a mano, escritos con letras dignas del mejor calígrafo del universo. ¡Diplomas para el rey de la filosofía, para el príncipe de la poesía, para el Dios de la agricultura y para el sabio de la sociología! ¡Diplomas para todos, todos! Es así cómo se comparte la gloria. Pues hay allí un altruismo, un desinterés, una magnanimidad de alma a toda prueba.

Visité, en Latacunga, la habitación de don Justiniano Cayambe. ¡Oh, qué visita fue aquélla! Todo un muro cubierto hasta el techo de diplomas y más diplomas. Quedé sobrecogido y quedé mudo de admiración. No pude articular palabra. Sin decir palabra le alargué mi mano y nos felicitamos mutuamente.

¡Oh Latacunga la grande!

Después de esta descripción de aquellas magnificencias, Malvilla y yo nos retiramos. Nos fuimos a su casa, calle de la Parroquia. Laponia Socaire, cubierta con su bata, vino a saludarnos. Así tuve ocasión de charlar un rato más con este viejo amigo mío.

135

MALVILLA

Cada vez estoy más dichoso de haberme separado de ese alcohol que me embrutecía. Hoy bebo de tarde en tarde, una copa y si estoy forzado a ello por una fiesta o por festejar a un amigo o por cosas de esta índole. Fuera de eso, ¡nada! Y lo que me trae más dicha es no sentir la necesidad de beber. Siento que una copa me hace mal; dos copas es la ruina. Sí, Onofre, he terminado con ese alcohol.

Todo me ayuda a separarme de él. Cualquier libro que lea, con cualquier persona que me encuentre y me salude. Aquí tienes un libro que empecé a hojear, un libro que me

prestó Lorenzo Angol. ¿No lo conoces? Es de Franz Hartmann; se llama *Vida de Jehoshua*. En el capítulo sobre Egipto me detuve. En él leí:

¿No son más felices los hombres cuando se olvidan a sí mismos? Cuando se interesan en la lectura de algún libro, o en alguna representación teatral, u oyendo música, etc., ¿no olvidan en tales momentos que son entidades existiendo separadamente de las demás? Más aún ¿no beben los hombres la copa de alcohol con el propósito de olvidar su Personalidad, y no son miserables en proporción que piensan en sí mismos?

Ya lo ves, Onofre: "...la copa de alcohol...". Y esto lo pongo a lo que dice sobre el olvido de sí mismos. Claro está; era lo que a mí me ocurría. ¡No pensar, no sentir, no ambicionar! Había que pasar el momento inconsciente, dejando que, si algo trabajaba en nosotros, que lo hiciera solo sin llegar a nuestra mente trayéndonos una preocupación.

Es una maldición el trago. Ahora me veo como a otra persona cuando bebía. Recuerdo nítidamente las noches de los sábados, en esta casa, aquí, cuando venían los Carcassonne. Eran gentes muy amenas y muy cultas. Hablábamos de todo; ellos mostraban una gran erudición. Venían, además, los literatos Teodoro Yumbel con su mujer, Albania Codahue, y Artemio Yungay, el hombre que aparece y desaparece; también venían los pintores Bonifacio Colbún y el hoy ya fallecido, Anacleto Ibacache. Marul Carampangue asistía con regularidad. Pero, mi buen Onofre, no pongas semejante cara al oír su nombre. Si algo te interesa aún... ¿No; ya no? ¡Ya lo veo, ya lo veo! Desde que has conocido a Minerva Curanipe o desde que en Chile estuvo Tomba Montbrison...

Bueno, como sea, el caso es que nos reuníamos aquí los sábados pues eran reuniones que encantaban a Laponia. A mí también, por supuesto. Yo bebía en aquellos tiempos; tenía que beber para estar a tono. Bebía y bebía.

Hasta que todos partían, unos tras otros, todos. Entonces venía a fijarme que yo no había estado lo suficientemente locuaz y una conversación, en la que yo llevaba el alto, se producía inmediatamente con los Carcassonne y con todos los demás. En ella yo decía todo lo que debí haber dicho durante nuestra reunión. Pero era algo como un delirio mental, un delirio vago.

La próxima vez no será así —esto me lo decía y me lo repetía cientos de veces. Tomaré trago y más trago de modo que él me dé toda la fuerza necesaria.

La próxima vez bebía en abundancia, como un desaforado. Todo se inflaba, entonces, a mi alrededor y crecía hasta lo inaudito. Yo quedaba estupefacto mirándolo. Y decía algo, algo que creía interesante, sumamente interesante. A mi alrededor se producía un silencio, una especie de expectativa hasta que alguien, generalmente Laponia, a veces Marul, volvía a tomar el hilo de la charla y la charla seguía.

Yo, entonces, cavilaba. Y veía:

El ritmo, la pauta de lo que hablaban estaba muy distante y en nada correspondía con las frases que yo había soltado...

Quedaba entonces solo, solo con mi alcohol, quedaba solo por las calles, unas calles enormes e infladas... ¿Calles? ¡No, no, no había tales calles! ¡Puesto que todos estamos aquí en casa y conversando de otras cosas!

Entonces esas calles se empequeñecían, se desinflaban, hasta que mis pies podían pisarlas con sus edificios y yo podía volar sobre ellas pisándolas, sí, pisándolas siempre. ¿Me has entendido, mi buen Onofre?

Así pasaba durante aquellas reuniones. De calles inmensas me caía a calles diminutas. Pasaba por esta casa y veía rápidamente la testa de algún contertulio. Y todos reían y reían. ¿Rien de mí? ¿De mí? ¿Por qué?

No, no reían de mí. La causa de su hilaridad era un comentario que alguien había hecho sobre un tema cualquiera o por un chiste de alguno de los Carcassonne sobre un literato o sobre un pintor francés que recordaba en aquellos momentos.

Yo conocía a ese pintor; haría, a mi vez, un chiste sobre él. Buscaba y no encontraba ningún chiste. Y me decía:

“Para hallar un buen chiste tendría que empezar por llegar a París y recordar aquella vez que lo conocí, en un café. Estábamos varios esa vez junto a él. Porque había mucha gente en ese café. No era un café como son los de aquí. Allá los cafés son vivos; aquí son muertos. Pues, ¿qué se oye aquí? ¡Sí, sí, se oye y se oye mucho, muchísimo! No tengo más que recordar a Gualberto, el grande de Gualberto Choapa, mi compañero del San Lito! Te veo, mi querido Gualberto, afirmado en el mesón con tu copa llena y tú pronto para beberla. Tú le afirmas a un vecino que el alcohol es cuestión de estómago y riñones; si hay estómago malo que no lo resista, hay riñones que lo eliminan; si hay riñones que no lo eliminan, hay estómago que lo resista.

Luego asistía a otras reuniones; no, no creas que a muchas. Cuando lograba escaparme del San Lito asistía. Estaba allí un rato y, a la primera ocasión, me escapaba como ahora nos hemos escapado de casa de Eusebio Palena.

Creo que una vez estuvimos juntos en casa de doña Claudia Puchuncaví, en la calle de los Frailes. Asistir donde esa señora era cosa seria, extremadamente seria. Pues allí se trataba del arte y en un tono de poner los pelos de punta.

Yo, medio ebrio, escuchaba y, entre mis vapores alcohólicos, llegaba a mis conclusiones. Claro está que allí saboreaba mis buenos emparedados que rociaba con rico ponche. Y mientras los ingería, prestaba oído a lo que se hablaba.

Llegué a una conclusión: esa gente, doña Claudia y sus admiradores, gustan del arte como los gastrónomos gustan de los guisos. Hay guisos espléndidos, los hay medianos y los hay muy malos. Hay algunos que deleitan a esos gastrónomos; hay otros que los hacen hacer un gesto de destemplanza. Así juzgaban el arte los contertulios en casa de doña Claudia Puchuncaví.

No, mi querido Onofre, no es que erraran en sus juicios. Tú sabes que yo no soy un verdadero entendido en materia de pintura pero algo atisbo y algo entiendo después de todo. Pero no podría expresarme como ellos. Claro está que prefiero mil veces a Rubén de Loa y a Vitelio Doñihue a los pintores como su hermano Facundo y como Zócimo Taltal. Me gusta mucho Pablo Carahue y no puedo sentir a Daniel Paposo como tampoco a Doroteo Soronal.

Aquí creo que nuestra conversación se guió por ella misma pues deben haberla tomado algunos muy lejanos egrégos pues es el caso de que yo le contaba una conversación que había tenido con Rubén de Loa en una de mis tantas visitas a su taller.

Yo
Me has recordado lo que una vez me explicó mi amigo Rubén sobre la primera visión que tuvo frente a los cuadros de famosos pintores italianos de los buenos tiempos.

¿Quiénes crees tú que entraron en su juicio?

MALVILLA

Seguramente que su instinto natural hacia las bellas artes y lo que ya habría visto en reproducciones.

Yo

No, no fue nada de eso. Fueron sus viejas, sus antiguas empleadas de tiempos remotos. Eran, naturalmente, unas empleadas pechoñas como lo son casi todas. Por eso sus dormitorios estaban llenos de cuadros de Giotto, de Cimabue, de Jacopo Bellini, de Andrea Orcagna, de Fra Angelico, de Fra Filippo Lippi, de Domenico Guirlandaio, de Leonardo da Vinci, y ¡qué sé yo de cuántos más!

Tú me has de comprender, Romualdo; son de esas reproducciones que se venden en cualquier puerta de cualquier iglesia. Rubén soñaba con las obras fabulosas que haría; soñaba con salones, con medallas, con gente absorta ante su talento. Era el despertar a la vida del artista, era antes, mucho antes de aquel taller que tuvo en la avenida Recoleta; la época en que cada cosa que vemos nos trae una evocación, sea una evocación positiva o sea una negativa. Y entre éstas, entre las negativas, estaban todas esas reproducciones que tapizaban las paredes de las empleadas. ¡Eran, de seguro, hechas por algunos principiantes, era la manera que tenían de ganarse el sustento diario!

De pronto cae ante sus ojos un Miguel Ángel Buonarroti. Era algo de la Capilla Sixtina. Rubén queda mudo de emoción. Naturalmente juntó el poco dinero que poseía, entró en la tienda de aquel poseedor del Miguel Ángel y, sin más, lo compró. Llegó a su casa y lo clavó en la pared. Estaba dichoso: ¡sus empleadas no tenían esa reproducción! Esto ¡era arte, altísimo arte verdadero! Aquella copia era un pormenor de *La Tentación*; mostraba a una mujer desnuda que sólo de verla produjo el escándalo entre sus empleadas. Ante este escándalo, Rubén amó locamente a Buonarroti.

Luego, con los años, llegó a Italia. Imagínate su estupefacción al ver, por todos lados, las obras que ya él conocía gracias a sus empleadas. Pues allí estaban Giotto y Cimabue y Bellini y Orcagna y Fra Angelico y Andrea del Sarto y Fra Bartolommeo y cuántos tú puedas imaginar.

Rubén los miró largamente y con detención. Al fin se dijo:

“La cosa no está en el tema que se trata...”

Guarda siempre en la memoria esta reflexión suya; la guarda como el primer llamado real que el arte, desde muy lejos, le hacía a él para que se acercara a sus grandezas inmóviles.

Pero los egrégos no querían que viniera hasta nosotros el recuerdo de Rubén de Loa; así es que pasó, se marchó. Malvilla recordaba sus momentos de alcohólico, esos momentos ya idos; Malvilla evocaba la vida nueva que empezaba a abrirse ante sus ojos. Allá iban quedando los dancing y los bares: allá el San Lito, allá Las Tres Chimeneas, allá el bar Lovento y el bar Acoa y el... Malvilla rió. Un recuerdo había llegado hasta él. Y me dijo:

MALVILLA

¡Me he acordado del bar Carola! Y, con él, me he acordado de su cliente N^o 1.

¿Sabes tú quién es?

Yo

Por supuesto, lo sé y soy su gran amigo: Jabalí Batuco, el hombre de las buenas óperas italianas, el hombre que está siempre modulando entre dientes algunos acordes de un aria cualquiera. Siempre tengo presente al gran amigo de Desiderio Longotoma.

MALVILLA

Lo veo a ese Jabalí en el bar Carola, lo veo como si hubiera sido ayer. Entro yo y ahí está solo, en espera de Desiderio Longotoma. Nos saludamos y me senté con él. Creyó necesario explicarme lo que allí hacía:

—Aquí estoy, amigo, viviendo. Cualquiera diría que estoy perdiendo mi vida. Pero, ¡no! Porque yo vivo intensamente y a todo momento. ¿Cómo vivo? No lo sé pero ¡vivo! Y es esto lo que importa. Por eso adoro esa ópera de Puccini, *La Bohème*. En ella, en el acto primero, se dice claramente.

—¡Claro está! —le contesté—. ¡Lo recuerdo! Rodolfo se lo comunica a Mimí cuando, en la oscuridad, le ha tomado la mano.

Y lo tararé:

¿Quién soy? Soy un poeta.

¿Qué es lo que hago? Escribo.

¿Y cómo vivo? ¡Vivo...!

¡Oh, qué cara de satisfacción plena iluminó a Jabalí Batuco! Naturalmente lo había yo tarareado en italiano. Y después ambos seguimos con la música, murmurándola al compás de su bastón de guardia. Me parecía que el otro bastón se despertaba y se agitaba a su vez.

Por fin llegó Desiderio. Los tres, entonces, entonamos óperas de Puccini. Desiderio es un gran hombre; dice cosas en realidad muy ciertas. Hace poco lo he encontrado y he estado en su casa. Me habló del genio de las mujeres. ¿Sabes tú dónde está este genio? ¿No caes? Según él está... ¡en su sexo! Las mujeres que lo sienten, que viven según él, son mujeres supergeniales. He comprendido perfectamente lo que Desiderio quería decir. Pues hablaba de aquellas que desconectan sus pensamientos y hasta desconectan su sensibilidad y se dejan guiar por lo que el sexo insinúa. Comprendí que se refería a la Tomasa, cuando él se le fue encima como un gallo y ella se agachó y se dejó poseer como una gallina. Claro está, allá en Curihue, allá en el fundo del capitán Angol.

Te lo diré muy en confianza: junto con abandonar el alcohol han crecido las mujeres, las mujeres de sexo, y, entre éstas, se ha agigantado Laponia Socaire. ¡Ya no quiero saber nada más con aquella Braulia Tinguiririca ni con Perpetua Mamoeiro ni con las que ahora las reemplacen! ¡Nada más! Con Laponia tenemos el olvido total y, juntos, viajamos por todas las constelaciones.

Y aquí, en esto de las mujeres, me ha sucedido lo mismo que con la bebida. Pues no he hecho ningún esfuerzo. Ha sido un cambio que ha venido de dentro para fuera; no un cambio de fuera para dentro como son los que se hacen por esos esfuerzos. En él, en este cambio, está la figura de Laponia como una reina, como una diosa.

En verdad sufría mucho en aquellos tiempos del alcohol. Ya lo sabes: en el momento mismo, cuando bebía, era la euforia; después era el decaimiento y el malestar y hasta el dolor de cabeza. Era caer a un mundo de desolación. En él flotaban las cosas que me habían producido aquella euforia. ¿Cómo era posible que semejantes puerilidades me hubiesen llevado a esa euforia? Y yo había reído y había clamado de alegría ante... ante... La verdad es que ante nada. Como, por ejemplo, ante el aroma de una flor o de una fruta

o de cualquier cosa. A este aroma lo habíamos llamado el *bouquet*. ¡En francés! Gran hilaridad de todos, de todos los que nos hallábamos aquella noche en el San Lito. Yo clamaba que era un loco por el aroma de las mujeres cuando bailaban. Grité entonces:

—¡Viva el “buquete” de las hembras!

Un señor que estaba con nosotros, que allí se encontraba por casualidad, no entendía nada de lo que nos hacía reír. Al día siguiente yo tampoco entendía nada. ¿Era el hecho de haber dicho “buquete”? No, mi buen Onofre, había, tenía que haber habido más, otra cosa. Puesto que Ramiro Lampa nos había asegurado que en una puesta de sol en medio de las nubes existía también un *bouquet* admirable.

—¡Sí, señores! —había gritado Ramiro—. El “buquete” de una puesta de sol puede co-gerse íntegro; sobre todo si esta puesta se verifica sobre las olas del océano y, junto con contemplarla, se bebe un poco de alcohol, un poco pero sin copa, directamente con la botella.

—¡Bravo, bravo! —habíamos clamado todos.

—¡Al océano iremos!

—Con una bella mujer que desprenda su “buquete” y lo parangone con el de las olas. Naturalmente, no fuimos y ahí quedamos en nuestra mesa. Los unos bebiendo; los otros, bailando.

Hasta que pasaron junto a nosotros unos hombres que no sé si entraban o salían. Discutían. Uno de ellos alegaba:

—¡Vamos, vamos! Un rato, no más. Nos volvemos al tiro...

—¿Y qué mujeres tiene la vieja?

—No sé bien, pero vamos caminando; es cuestión de un rato y nada más.

—¿Las mujeres? has preguntado. Yo las he visto y puedo decir que son unas mugres.

Éstos eran los diálogos o conversaciones que oía yo; éstos, noche a noche. Tú has de comprender que al fin me aburría, me cansaba horriblemente. Pero esa fuerza que me obligaba a beber tenía que eliminarla totalmente. Me cogía a mis escritos, me cogía al recuerdo de mis escritos y ellos prometían salvarme: *El Hotel Mac Quice, Se alzó un brocaly* ¡qué se yo! En ellos meditaba y ante ellos caía casi de rodillas. Hasta que Ramiro me preguntó poniendo una cara de seriedad que daba miedo:

—¿En qué piensas, Romualdo?

Y yo le respondía:

—En el “buquete” de mis antiguos escritos...

136

Debo bajar, debo ir tras la busca de Colomba. Ya siento que un enorme vacío se cierne sobre mí. Antes de que caiga y me tome debo bajar, debo ir tras de ti, Colomba, y debo arrodillarme ante tu sonrisa. Necesito paz y, en esa paz, pensar, concentrarme y meditar en el silencio; no, no es así, dejar que en mí se piense y que se produzcan hondas perforaciones en el más allá.

Bajemos.

Iré solo, iré a la ventura, iré sabiendo que al final te he de hallar, mi Colomba.

Me dirigí a la pequeña entrada que hay en la isleta del Olor de Santidad y por ella me engolfé. No hubo esta vez ningún tropiezo ni ninguna, diré, ilusión de subir y de salir

fuera, a la ciudad. Ahora bajaba directamente. Encontré la escalerita y luego encontré un gran camino que, descendiendo dulcemente, parecía perderse allá muy lejos. Nadie, no había nadie. La soledad era completa.

No habría andado más de un kilómetro cuando me encontré con un grupo de mineros o de obreros que marchaban presurosos y que se perdieron por entre unos recovecos. Luego encontré otro grupo más; por fin vi una gran cantidad de estos seudomineros que trabajaban afanosamente con sus escodas, palas y palancas y con varios instrumentos más que movían con suma rapidez. Luego aparecieron unas inmensas grúas que cargaban con los montones hechos por estos obreros, los elevaban y los lanzaban a grandes, a muy grandes alturas. Allí eran cogidos por otros mineros que seguían una faena para mí hartamente misteriosa. Creo que lo que hacían era mezclar todo aquello con la tierra y las rocas que allí llegaban.

Quise, naturalmente, informarme debidamente de esta labor que se efectuaba ante mis ojos. Pero nadie, ninguno de esos obreros o mineros pareció escucharme, ni siquiera pareció verme. Hasta que de pronto una voz conocida llegó a mis oídos y una mano se alargó hasta mí:

—Palemón de Costamota, un seguro servidor.

Contesté de inmediato mientras le estrechaba su mano:

—Onofre Boroa, también un servidor.

—Debería usted apellidarse Borneo; es un nombre que suena mejor y que va hasta lejanías muy grandes. ¿No lo cree usted?

Repetí mi nombre, mi Boroa y no fue más cuestión de mi apellido porque quedé estupefacto al ver la vestimenta que Palemón se había puesto; era la vestimenta de un perfecto minero. Ya nada había de su sombrero de copa ni de su bien cortado saqué ni de sus pantalones de fantasía ni de nada de todo aquello. Ahora era el hombre subterráneo, el hombre de las negras minas, el hombre que más vive en las entrañas de la tierra que a la luz del día.

—¿Qué hace usted, señor de Costamota? —le pregunté.

—Trabajo —me respondió—. Dirijo a estos mineros y les hago que junten y amalgamen los metales con las partes bajas de los suelos que, allá arriba, pisotean ustedes los humanos. Tal es, ni más ni menos, la labor que estoy encargado de verificar.

—¿Y cuáles son esos metales que hace mezclar usted con los suelos y con la tierra?

Me respondió haciendo una venia y sonriendo maliciosamente:

—Ante todo, el oro; también, la plata. Pero es el oro el que más me afana. Porque el oro abre la codicia de los hombres y los vuelve locos de una ambición desmedida. Los hombres allá, los hombres husmean y rasguñan los montes hasta que logran encontrar. Y llaman a sus colegas y juntos rompen esa tierra y descubren el oro y la plata y... y... ¡son felices! Pues se han acercado a mí y yo los recibo con los brazos abiertos.

Le dije con cierta sorna:

—Ya sé en lo que usted piensa, señor de Costamota, ya lo sé. Usted piensa en el camello que ha de pasar por el ojo de una aguja y que ello es más fácil que un rico logre entrar en el reino de los cielos. ¿No es verdad?

—No justamente, no pienso en eso. Pienso que los que han encontrado grandes cantidades de metales preciosos y los usan en su provecho, son gentes que están dispuestas a venir conmigo. Pero... pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero es éste un trabajo duro. Ese Celso, ese que antes se apodaba Florencio Naltagua, trabaja en mí contra. Ilumina a los hombres de ciencia, los ilumina con su luz tenebrosa, y hace que ellos encuentren utilidad en los otros metales. Así Celso me ha quitado ya el mercurio y el estaño y el hierro y el cobre. Me he visto forzado a crear grandes compañías para que hagan uso de estos metales de que le hablo. A esas compañías van a parar los que no han podido encontrar oro y enriquecerse con él.

—Ya veo —dije—, ya veo. Para bien mezclarse con el oro es que este subsuelo terráqueo es sólido; ya veo.

—Usted lo ha dicho. Pues bajando un poco más, ya no hay lo que podríamos llamar material sólido. Pero ahora, déjeme usted volver a mi labor. Allí se acerca una serie de enanos, de enanitos que mucho cooperan en esta labor. Voy hacia ellos y usted me disculpará. Lo que no quita que tiene usted en mí un atento y siempre seguro servidor.

—Lo mismo tiene usted en mí.

Nos estrechamos la mano y luego vi alejarse a Palemón de Costamota. Yo seguí mi descenso.

Seguí lentamente.

Noté por primera vez que todo aquello perdía su carácter de solidez y que se hacía más vaporoso a ratos, a otros ratos más fogoso y más movedizo, como el fuego mismo. Pero era un fuego que no quemaba. La temperatura permanecía igual.

Quedaban algunos rastros de los antiguos túneles por donde tenía yo el hábito de pasar. Eran túneles que se hacían y se deshacían a todo momento. No había notado yo, en mis anteriores descensos, esta fluidez que ahora llamaba mi atención.

De pronto, en ese movimiento fueguino que me rodeaba, apareció una figura por mí conocida: Anacleto Ibacache. Avancé feliz hacia él y le dije:

—¡Oh, qué deseos tenía de ver a usted, mi querido Anacleto!

Él me respondió:

—Yo también tenía grandes ansias de hablar *contigo*.

—¿Debemos tutearnos? —pregunté.

—Sí. El tratamiento de usted está bien para la superficie donde viven los hombres que aún no han pasado por el umbral de la muerte. Onofre, ¡te saludo!

Contesté:

—Yo también te saludo. La muerte, o la así llamada, veo que ha hecho aumentar nuestra amistad.

—¿Vas hasta el centro mismo de la Tierra?

—Voy hasta ese centro a caer de hinojos ante la sonrisa de Colomba.

—Puedo hacerte compañía un gran trecho.

Bajé, pues, junto a Anacleto Ibacache. Con él recorrí todo este espacio que se había hecho más etéreo. A medida que avanzábamos, menos necesitábamos de modular palabras para entendernos. Al final nos bastaba una mirada para decir lo que creíamos necesario decir. Respiré hondamente esta soledad.

—¿Tienes miedo al bajar, mi querido Onofre?

—¿Miedo...? ¿De qué? No, no hay ni asomos de miedo; sólo que me pregunto por qué razón no vemos a nadie. Es esto de una soledad increíble. ¿No lo encuentras tú así?

Él, quedamente, me respondió:

—Yo veo ya a miles, a millares de muertos; ya los estoy viendo a casi todos porque ya soy un habitante de estos mundos. Tú, en cambio, podrás ver únicamente a los que cono-

ciste allá en la Tierra y, sobre todo, a aquellos con quienes trabaste una amistad sincera. Y no te digo "sincera" en el sentido que esta palabra allá tiene, no. Lo digo en el sentido que aquí tiene.

—¿Y cuál es ese sentido?

—La comunión espiritual.

Seguimos bajando en silencio y con mucha lentitud. A cada momento oía yo un sonido bronco que ululaba junto a mí; luego cesaba y volvía la quietud completa.

—Dime, Onofre, ¿no ves a nadie allí, justo al frente tuyo? Afina tus ojos y mira.

Así lo hice y miré con atención. Pasaban varios seres que habían tenido, por cierto, una gran comunión espiritual conmigo. Vi a don Fidey de Comiso y vi también a Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe y luego vi a Julián Ocoa, ese hombre bueno y violinista muy distinguido.

—¡Quisiera, Anacleto, detener a esos muertos! ¡Quisiera charlar con ellos algunas palabras! ¡Eeeeh! —grité—. ¡Un momento! ¡Deteneos! ¿No me reconocéis?

Pero estos muertos ya habían desaparecido sumergiéndose más y más en las profundidades de la Tierra. En cambio, junto a nosotros, aparecieron otros muertos: Liberio Barón pasó y saludó; mister Edinburgh y mister Harry Norwich también pasaron y éste último nos acompañó algunos pasos; luego vi a Zacarías Punitaqui; luego, a Sulpicio Calatambo y me pareció ver a algunos más. Pero todos ellos marcaban la más completa indiferencia ante nuestra presencia.

Por fin llegamos a una región completamente etérea que yo no había notado las veces anteriores. Ya no se veían ni rastros de túneles o galerías. Nosotros, es decir, yo, flotaba por esos fluidos y notaba que, cada vez más, algo se hacía incorpóreo en mi persona.

—Detengámonos un rato, Anacleto, ¿qué te parece?

—Bien —me respondió—. Detengámonos. Ya pronto he de dejarte y seguir mi destino. Así es que aprovechemos los instantes que nos quedan.

—Quiero que me hables, Anacleto, que me cuentes lo que se te venga a la cabeza.

Aquí noté que ya Ibacache no movía sus labios al hablar. Tal vez me ocurría igual cosa a mí. Nos entendíamos de otro modo, nos entendíamos en lo que podría llamarse el más perfecto silencio.

Así me acompañó hasta el límite en que terminaba un estrato terrestre y empezaba otro estrato, el último, aquel en cuyo centro debería estar ¡ella, Colomba!

Primero detenidos, después bajando, oí o supe las impresiones de Anacleto Ibacache. Empezaron con algo jocoso que me hizo sentir que, dentro de mí, se producía una franca hilaridad. Esto, traducido a las palabras que nos son habituales, sería algo más o menos así:

—¡Qué descanso, mi amigo, qué descanso he experimentado! No te puedes imaginar, Onofre, lo que ello significa para mí. Es el descanso absoluto.

—¿Te refieres a las preocupaciones diarias que allá en la Tierra nos asaltan a todo momento?

—Me refiero a una de ellas, a una principalmente.

—¿Y cuál es ella?

—Tener, diariamente, tener todos los días sin excepción que levantarse y luego que acostarse...

—Ahora existes, sin duda, lejos de esas ropas que nos han de cubrir tanto de día como de noche.

-Exacto. Para mí ha sido esto llamado "morir" un abandono a las prendas que allá forman gran parte, por no decir la única parte, del hecho de estar vivo. De día, desde los calzoncillos hasta la corbata; de noche, el pijama y las sábanas. ¡Es algo en realidad atroz!

"Ahora, ¡no! He dicho adiós a esas cosas con que había que estar siempre envuelto allá arriba. ¡Se acabaron esas prendas!

Le dije:

-Yo tengo que seguir con ellas, pero comprendo qué dicha ha de ser poder dirigir nuestra atención a cosas un poco más serias que esas prendas que nos visten y nos cubren.

Con cierta malicia me insinuó Ibacache:

-Lo ha dicho muy bien ese muerto que tú frecuentas a menudo, ese Irineo Pidenco: "No hay mal que por bien no venga".

-¡Cómo! ¿Lo frecuentas tú también?

Me respondió:

-No, no es él de mis frecuentaciones habituales. Pero tú has de saber que aquí, en estas profundidades, todo lo que se piensa va de inmediato a los demás; no es como allá arriba donde es necesario conversar y luego descifrar lo que se ha conversado y, al fin, sacar una conclusión de lo que se ha dicho. Aquí las ideas marchan solas y a velocidades indescriptibles. Piensa, tan sólo, que la velocidad de la luz nos aparece de una lentitud insoportable. Todo aquí es más rápido, es instantáneo. Te cité a Pidenco para que tú me entendieras mejor.

Así, charlando en el mutismo completo, Anacleto Ibacache me acompañó hasta el final del que yo llamaba "estrato N° 3". Pues le daba el N° 1 al estrato de la Tierra y las rocas donde aquel Palemón de Costamota escondía el oro y otros metales de valor para acrecentar la fortuna de los hombres y hacerse así de discípulos seguros; le daba el N° 2 a aquel en el que ya empezaban a desaparecer los túneles y galerías antes vistos por mí y en cuyo umbral había encontrado a Anacleto Ibacache; le daba el N° 3 a éste en que ahora íbamos y que era formado de una materia, si materia puede llamarse, absolutamente inconsistente y fluida.

Al terminar este estrato, Ibacache me dejó después de desearme buena suerte. Me despedí de él y me encontré frente al que llamé estrato N° 4.

¿Cómo describirlo? Diré que era el vacío absoluto pero un vacío repleto de... de... No sabría explicarme debidamente. Haré analogías al intentar su descripción, haré resonancias con cosas de allá arriba, con cosas que se acerquen a lo que creo yo es el parecido más cercano.

Era aquello un vacío lleno de almas, lleno de espíritus en perpetua labor, una labor que, aunque se ignorara en qué consistía, se sentía tan vívida como cualquier cosa dotada de vida. Era un vacío en el cual no existían ni el tiempo ni las distancias. Estaba lleno de cuanto los hombres de allá arriba piensan o desean; lleno de aquello que, en sus conciencias, se transforma en intuiciones. Estaban pues conectados con los hombres y estos hombres no lo sabían, no eran conscientes de ello. Para nuestros ojos físicos era la soledad total; para nuestros ojos internos era una compañía plena. El hastío no existía allí, no era posible su existencia. Pues todo era pleno, todo era ¡vida!

Vida en quietud. En ella vi a Lorenzo Angol.

Me allegué a él y juntos seguimos nuestro descenso. Ya en mi amigo no resonaban los tangos; ya era otra cosa la que buscaba; en sus ojos pude verlo de inmediato. Así es que tuve la ocasión de tener una larga charla con él, una charla que no vino a interrumpirse

hasta en las cercanías de ella, de Colomba, que allí, en su fondo, en ese punto en que dejan de existir los puntos cardinales, allí me esperaba sonriente.

El largo trazo que recorrimos nada tenía ya de terráqueo; era más bien un ámbito sideral. Por él se filtraba una permanente melodía musical que me pareció ser una obra del Maestro Stramuros. A veces nos deteníamos para mejor oírla y entonces interrumpíamos nuestra charla. Luego, al irse esta música, Lorenzo me hablaba de ella, no como un músico sino como un hombre sensible ante lo que son las melodías. Sobre este particular recuerdo que habló así:

LORENZO

La música algo remueve en mi fondo, sea ella música bailable —como los tangos—, o música folklórica, o sea música de mayor seriedad como ser la de Stramuros, la de Beethoven, la de Wagner y demás. Ella toca algo de mi vida personal; ella coge a mi persona y la lleva a otras regiones que tienen mucho que ver con este ambiente por donde ahora avanzamos. Hay, al oírla, una mezcla del arte con sentimientos que creo son sentimientos que algún día han de venir en mí. Por ahora no hago más que presentirlos, divisarlos allá lejos y no sé bien dónde es esa lejanía. Por eso digo siempre que yo no soy un músico.

¡Cómo! ¿Me preguntas por qué?

Olvidas tú, mi buen Onofre, lo que tanto ya ha hablado nuestro amigo Rubén de Loa: “El arte es otro mundo *fuera* de nosotros, un mundo con su vida propia y al cual tenemos que acercarnos poco a poco y divisar sus grandezas”.

Esto no me ocurre con la literatura; creo que tampoco me ocurre con las artes plásticas.

Cuando el arte va hacia la vida personal y es un pretexto para sentir nuestra vida, la cosa está mal.

Es lo que me ha dicho Rubén ya una infinidad de veces; me lo ha repetido hasta el cansancio. Pero no lo hace porque quiera convencerme de ello; es su modo de expresarse; se lo dice más bien a él mismo en esos momentos en que está con su labia a flor de boca. ¡Eso es! Después de oír a Macario Viluco con sus observaciones de la vida corriente y que son coronadas con aquellos: “¡Inefable!” de Mamerto Masatierra.

No, no lo olvides jamás; el arte debe ser otro mundo al cual hay que llegar completamente *puro*.

Pero hay tal remolino en mi persona, remolino de ideas que aparecen y desaparecen, que llegan y se van, que no me dejan, a veces, ni un segundo de paz.

Ya lo sé: tú, Onofre, sientes lo mismo que yo. Es un punto que nos une.

Sí; es lo mejor, reposemos. Dejemos que descanse este cuerpo que nos acompaña. Tiene él sus exigencias y a ellas debemos obedecer. Que nuestra mente ahora esté como en el espacio sideral, es otra cosa. Nuestro cuerpo reclama. Oigamos su reclamo.

Nos sentamos o nos tendimos o nos alargamos en aquello vaporoso y flotante.

La música se calmó y al fin dejó de oírse. Pasó un rato, creo que un rato largo. Ninguno de los dos hablaba. Hasta que, de pronto, Lorenzo se incorporó y habló.

LORENZO

¿Recuerdas, Onofre, lo que te conté hace tiempo ya, mucho tiempo? Me refiero a ese matrimonio que hicimos con la que ahora es mi mujer, con Benilde Panilonco; ese

matrimonio en La Cantera, una noche de luna llena. Él ha vuelto a resonar en mí y suena más fuerte que cualquier otra música. Es tal vez por esto que ya no oímos la que hasta ahora nos había acompañado.

Sí, Onofre, voy a hablarte de él; siento que tengo que hacerlo y que debo hacerlo.

Escucha hablando lo menos que puedas.

Así lo hice y Lorenzo, entonces, dijo lo que voy a tratar de transcribir en estas páginas.

137

Para alcanzar la claridad que deseo en esto que voy a escribir es necesario tener presente que ella, Benilde, había tenido un antiguo amor que la había abandonado. Después este amor, que ignoro como se llamaba, había muerto.

Luego acababa de hacer yo a Lorenzo una pregunta sobre él mismo, sobre cómo había seguido aquella lucha entre el Esoterismo y la Sexualidad. Podía, pues, hablarse. Pero lo importante es que ambos, tanto Lorenzo como Benilde, tenían puntos en común que los llevaban a ese matrimonio.

Mi amigo habló así:

LORENZO

Veo esa noche; veo la Luna llena cuya luz se filtra por una ventana. Recuerdo esos tres puntos que vi cuando nuestro matrimonio.

(Los he colocado en el N° 50 de lo que escribo).

Pero aquí, una cuestión se presenta pues nosotros deberíamos desaparecer, deberíamos borrarlos, deberíamos morir y, sobre los cadáveres nuestros, hacer nacer a otros dos seres puros, limpios, sin mancha alguna. Estos recién nacidos deberían obrar y hacer lo que hasta ahora había quedado en sólo promesas. Así, pues, había quedado Lumba Corintia; así había quedado ese amor de ella, de Benilde. Nosotros matábamos para renacer en la pureza.

Pero, te lo he dicho, una cuestión se me presentó:

¿Con qué derecho matamos a dos seres y nos ponemos en su lugar? ¿Con qué derecho mataba yo al hombre que había prometido y no había cumplido? Y ella, ¿con qué derecho mataba a la mujer que había esperado tanto y tanto, acaso sin pensarlo, pero que había sido un cúmulo de esperanzas?

Por muy puras que fueran nuestras intenciones, no hay derecho para ir a engrandecernos con el fruto ajeno. Estos frutos habían sido de Lorenzo y de Benilde. Le dije entonces:

-Recuerda que ahora tú ya no eres Benilde. ¡Eres Nanci!

Ella me respondió:

-Y tú recuerda que ahora eres Antón.

Así, pues, de rodillas ante ese altar construido por nosotros, se unían Antón y Nanci. Así morían para siempre Lorenzo y Benilde; así sentíamos la alegría que sentían, allá, del

otro lado, Lumba Corintia y su antiguo prometido... llamado, ¡ahora lo recuerdo!, llamado Nicomedes Ariquilda.

De pronto hice la imagen contraria de lo que nosotros pretendíamos hacer: Lorenzo y Benilde, al ver a Antón y a Nanci, se defendían.

Entonces Antón y Nanci, sin batallar, se retiraban y se perdían. Nosotros, Benilde y yo, quedábamos solos sin encontrar ni un solo apoyo en nuestras vidas.

Yo

Como yo, Lorenzo, frente a Colomba. Ella se retiró también y me deja sin un solo apoyo.

LORENZO

Te ocurre como a mí me ocurrió. Pero a mí esto me chocó grandemente pues me apareció como una falta que no merecía perdón; pues vi una contradicción frente a mí: No teníamos derecho y sin embargo proceder así era lo justo ya que lo contrario no se hacía merecedor de perdón.

La solución a este dilema reside en algo que siempre, al común de los hombres, les pasa inadvertido. Ello es que el hombre y la obra son dos cosas aparte, ligadas en muchos puntos pero de vida independiente. Hay entre ambos la misma relación que hay entre la madre y el hijo. La madre es el creador; el hijo, es la obra.

El hijo es desde su nacimiento libre, tiene que cumplir su destino propio, tiene sus deberes propios, tiene ya en germen sus dichas y sus desdichas que no le atañen más que a él. Y la madre ha de velar sobre él para que cumpla lo mejor posible lo que es de su destino.

Tal es su papel, Onofre: crear, cuidar, aconsejar y nada más. ¿Lo ves claro?

Ahora bien, si una madre es impotente a dar cualquier ayuda, si concibe porque en tal acto hay placer pero evita el dolor abortando; si esa madre, agrego, concibe hijos que bien nacidos y bien educados llegarían a ser grandes hombres, ¿no hay derecho para arrancarle a sus hijos y darles una vida sana y poderosa?

Además, Onofre, la obra es de todos los hombres, es del mundo y no únicamente de su autor. El que concibe pide fuerzas del todo, del gran todo. Contrae, pues, una deuda con ese gran todo. Éste presta pero ha de devolversele, peso por peso y centavo por centavo. ¡Desdichacho de aquel que pide y pide y no cancela jamás! Todos los demás hombres tendrán derecho de quejarse por las fuerzas del gran todo que les han quitado del fondo común para provecho pequeño y mezquino de un ínfimo grupo.

Tal era lo que estaban haciendo esos dos que ya no querían llamarse Lorenzo y Benilde. Jamás satisfechos pedían y pedían más y más, privaban a muchos de grandes cosas y ellos gozaban un rato. Cuando sonaba la hora de pagar la deuda lo evitaban de mil modos diferentes. Esto no es posible.

Onofre: concebir es crearse un deber; imaginar implica realizar; entrar en el mundo de las creaciones exige enriquecerlo con nuevas creaciones.

En resumen te diré:

1º Cada acto pide su correspondiente; cada pensamiento debe crear su forma. 2º Es en el Todo donde están las ideas y no dentro de nosotros; o sea, que todo no es más que uno; así es que si figuramos que están dentro, ese "dentro" es el Todo y es de todos. 3º El deber de los hombres es en este mundo hacer efectiva, condensada, real, el mayor número posible de fuerza desvanecida del Todo. 4º El hombre es la materia que se afina con la fuerza del Todo para que éste obre. 5º Los dioses, al crear la humanidad y el Universo,

hacen lo mismo que los hombres en una mayor escala, naturalmente; o sea, condensan, realizan sus imágenes, hacen sus pensamientos efectivos, de donde, nosotros somos pensamiento divino.

Por lo tanto, Antón y Nanci hacían un doble acto de bondad: devolver engrandecida una deuda hacia todo el mundo; librar, purificar, absolver de sus pecados a Benilde y a mí, ya que, procediendo así, aparecíamos como los que mucho habíamos pedido para devolverlo con ganancias. Lejos de ser egoístas éramos trabajadores en medias. No nos inquietábamos por nadie. Procedíamos, no en contra de la Ley sino según ella.

Seguí mis ideas por el mismo hilo conductor que hasta ahí me habían llevado. Y me dije: Antón y Nanci llegan de pronto a la casa de Lorenzo y Benilde. Son diferentes, son otros; ni siquiera se conocían antes. ¿Qué los lleva entonces hacia ellos? ¿Qué los impulsa a ir a socorrer a esos seres que lo pasaban muy bien?

Aquí, al responderme, apareció la figura de Anam, el que todo lo sabe, el protector de Lorenzo y Benilde que no oían sus consejos en medio de sus locuras. Anam los llamó a su seno y nos encargó a nosotros, Antón y Nanci, la tarea de pagar las deudas que ellos dejaban en la Tierra. Aquí llegué a estremecerme al ver cuánto confiaban en nosotros esos seres superiores, como lo es Anam. Sentí cuánto crecía nuestra responsabilidad. Entonces, ante el silencio de nuestro altar, acepté tal responsabilidad y juré cumplir el papel que se me encomendaba, el papel de volver a levantar todo un mundo que se había derrumbado y de cuyos escombros saldrían a cada paso, transfigurados, inconocibles, la virtud y el vicio.

¡Alerta, pues, y no confundirlos! ¡Alerta para dar a cada cual su merecido!

Luego nos dimos un beso. Este beso era la seña de que Nanci y Antón entraban en nosotros. Estaba todo consumado. En nuestra calidad de Nanci y de Antón llegábamos a un sitio desconocido del que no sabíamos su historia ni el objetivo de cada una de las cosas que allí iríamos a encontrar. Por lo tanto se nos imponía una práctica: hacernos la imagen de que nada sabíamos de cuanto íbamos a encontrar, de que todo era completamente nuevo para ambos. Nos tocaba a nosotros buscar, escudriñar, investigar y, sobre todo, interpretar. Así, pues, entrábamos en nuestro pequeño salón; diríamos que otros seres lo habían hecho y arreglado y en él habían puesto cuanto al Todo habían pedido. Cada cosa, pues, tenía gravada una deuda. A nosotros averiguarla y pagarla.

Entrábamos:

He ahí una mesita sobre la cual hay guacos incaicos y hay una calavera también incaica que había recogido yo en mis paseos por las ruinas de Pachacamac durante una visita hecha al Perú hace ya mucho tiempo.

Tenía que preguntarme de inmediato:

¿Qué hace eso ahí? ¿Qué deuda tiene consigo? Nuestros papeles nos dirán que en un tiempo se soñó con una vida nueva llena de proyectos serios. Debemos realizar esta vida soñada.

He ahí una biblioteca. Algún objeto ha de tener cada libro. Los hay de ocultismo: los estudiaremos y cumpliremos lo que ellos aconsejan; los hay de literatura: absorberemos su contenido y lo aprovecharemos tratando de hacer obras semejantes. He ahí una vieja petaca y en ella hay cartas y más cartas; en ella están un sinnúmero de cartas mías a Lumba Corintia y las contestaciones de ella; igual cosa con las cartas de Benilde y de Nicomedes Ariquilda; es éste el testimonio de que hubo aquí grandes amores; a nosotros purificarlos, redimirlos, convertirlos en obra bienhechora para todo el mundo.

Tú comprenderás, Onofre, que el hecho de proceder así trae el desligamen completo

con todo. Pues a nada lo veremos como nuestro; son amores, son enseñanzas de otros seres y nosotros ante ellos seremos dos fríos investigadores que tomaremos de cada cosa su parte grande, útil y provechosa en vez de detenernos a hacer revivir con la memoria los goces de un pasado. No dejaremos nada, nada que Benilde no lo guarde consigo y que luego le pregunte, en secreta confidencia, su historia y razón de ser. Lo preguntará Benilde; se lo comunicará a Nanci y Nanci responderá. Antón verá entonces el deber que se ha presentado frente a ellos.

Toda nuestra casita se ha de convertir en algo vivo, parlante, en secretos develados que nosotros oiremos.

¡Qué hermoso iba a ser esto, mi querido Onofre!

Todos estos deberes que así nos imponíamos puesto que ya no éramos los antiguos Lorenzo y Benilde, todos ellos eran la voz de Anam que, ¡por fin!, se dejaba oír. Pues teníamos que recordar que este Anam era quien había llamado a estos nuevos seres que ahora se hallaban presentes. Y no olvidar que ahora somos dos seres enviados a cumplir su misión y que, para cumplirla, nunca olvidaremos que somos dos lo cual nos permite dividir nuestros papeles.

Llegaba, pues, a un punto importante:

En esta división, Nanci quedaría cerca de Anam; Antón, cerca del mundo. Así procederíamos, así avanzaríamos.

Nos levantamos lentamente. Estábamos llenos, estábamos plenos. No hablábamos. Era el silencio alrededor nuestro. Cuando oímos una serie de gritos y de risas y de algazara que se extendían por las casas de La Cantera y que se aproximaban en nuestra busca.

Onofre, llegaban a visitarnos una serie de amigos, llegaban a esas avanzadas horas de la noche pues un desperfecto en uno de los autos los había retardado. ¡Qué importa! ¡Adelante, adelante!

Tú comprenderás lo que siguió. Minutos después atronaba el fonógrafo y todos bailábamos y bebíamos y comíamos mil cosas que habían surgido no sé de dónde. Aquello duró hasta las 3 o más de la madrugada, hora en que ellos siguieron su viaje.

Naturalmente; se oyeron varios tangos. También, Onofre, las mujeres que allí había... No; diré una mujer que allí había era sencillamente estupenda. Vas a reír cuando sepas su nombre. Era Vivencia Pocuero. Bailé con ella. ¿Por qué no iba a bailar? Todos bailaban, todos reían y hacían bromas.

El caso es que todos los tangos que esa noche oí con los amigos, durante esa fiesta improvisada, todos los bailé con Vivencia. Nuestro altar, el altar que había sido testigo de tantas cavilaciones y promesas, había retrocedido a distancias inimaginables. Juré amor, un amor loco. ¡La eterna historia! Tú, Onofre, has sido testigo de estos momentos que me arremeten, del ataque tremendo de la sexualidad que borra todo a mi lado. Pues desaparecen las ansias de desconcentrarme de aquí de la Tierra, se borra la figura de Lumba Corintia... ¡Para qué decir cómo ha de borrarse esa ceremonia que acabábamos de efectuar Benilde y yo! ¡Para qué decir hacia dónde fueron aquel Antón y aquella Nanci!

Ni siquiera el recuerdo de Jateña llegó aquella noche hasta mí. Era un absoluto silencio sobre todo lo que podía haber de grande y de profundo en mi corazón.

Sólo recuerdo ahora que una vez que hubimos quedado solos Benilde y yo, una vez que se habían perdido los rumores de los autos en que habían venido, recuerdo que me acerqué a Benilde, le tomé una mano y muy bajo le murmuré:

-Benilde... te quiero siempre.

Ella me miró, sonrió maliciosamente y me dijo:

—Lorenzo... yo también.

138

Lorenzo se retiró de mi lado. Fue llevado por esas ráfagas de aire inmóvil. Me aseguré antes de partir, que no sería sensible a los tangos ni a ninguna música que en él evocara la sensualidad; que ahora iría directamente hacia Lumba Corintia.

—¡Buena suerte! —le grité.

—¡Igualmente, buena suerte! —me contestó.

Y quedé solo en la paz central de este planeta. Me bastaba avanzar muy poco para hallarme en aquel punto en el cual no existen los sentidos cardinales, ni Norte, ni Sur, ni Este, ni Oeste:

En él me encontraría con ¡Colomba!

Avancé, pues. A mi alrededor ululaba todo en el más absoluto silencio. Por fin la ví:

Allí estaba, muda, hierática, sin hacer ni un movimiento. Aquel ulular cesó apenas mis ojos se posaron sobre ella. Una sonrisa etérea como el ambiente que nos envolvía, se cernía sobre ella.

Llegué a su lado, llegué y caí de hinojos. Pude murmurar: “¡Colomba!”. Y callamos largo rato. Al fin hablé.

Yo

Ya estoy frente a ti. Mi ánimo es perfecto en estas soledades, mi ánimo se hace eterno. ¡Ojalá él me dure y así pudiera seguir! Porque esa neurosis terrible que, de pronto, cae sobre mí, la siento aquí cerca. ¡Sonríe, mi Colomba, sonríe! Ella se ahuyentará ante tu sonrisa. Claro está: no estoy aún lo suficientemente fuerte como para despreocuparme de ella.

¡Sí! Sin duda es lo mejor que puedo hacer. Déjame serenarme un tanto y entonces podré decírtelo. Aunque, en verdad, tú lo sabes muy bien, tú ves mi vida en el pasado mejor que yo mismo. Pero quiero revisar ese pasado inmediato, quiero exponerlo ante tu presencia y aquí, junto a ti, liquidarlo.

Tú sabes cuánto he hecho allá en la superficie; tú sabes que he tenido largos momentos de charla en el taller submarino de mi amigo Rubén de Loa; tú sabes que he charlado mucho con Rosendo Paine; tú sabes que Eusebio Palena me ha leído su Zambafusa N^o 21; tú sabes que he visto a Polinesia Loncotoro devorar sus sabrosos churrascos; que he estado con Romualdo Malvilla y con Laponia, su mujer; con Desiderio Longotoma y la suya; con Stramuros, con Licantén, con Teodoro Yumbel y su Albania Codahue, con Gervasia, la bella Gervasia Cachapoal, con Macario y Mamerto, en fin, tú lo sabes todo lo que en mí ha ocurrido. ¿No es verdad? Y sabes, además, que he conocido a una mujer que, por unos instantes, casi me ha hecho perder el seso, que he conocido a Minerva Curanipe. He viajado por el Ecuador con Ascanio Viluco. En fin, lo sabes todo, mi Colomba. Y sabes también que mi última charla ha sido con Romualdo Malvilla, cuando recordábamos el “buquete” de las hembras y nos acordábamos de *Se alzó un brocal* y demás.

Al fin he bajado.

Entre mi charla con Malvilla y mi ida a la isleta del Olor de Santidad, han mediado cinco eternos días, cinco aplastantes días en que yo me encontraba, allá en Fray Tomate, cogido por la neurosis más horrible. Sé que te aburro, Colomba, al hablarte de esta neurosis. Pero tengo que hacer con ella como ya he hecho un poco con mis carpetas; tengo que vaciarle frente a ti.

He bajado lentamente. Naturalmente me encontré con Palemón de Costamota que vestía de minero. Estaba rodeado de muchos mineros más que se encargaban de mezclar el oro con la tierra y con las rocas para que luego fuera descubierto por los hombres. También me he encontrado con Anacleto Ibacache, el pintor, tú sabes, el hombre que por fin está contento de no tener que vestirse y acostarse cada día. Él me hizo ver a muchos otros muertos como don Fidey de Comiso, Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe y aquel Julián Ocoa, el distinguido violinista. Por fin he estado con un hombre vivo como yo, con Lorenzo Angol.

Aquí déjame detenerme un segundo pues Lorenzo me habló de su matrimonio místico con Benilde, cuando se llamaron Nanci y Antón. ¡Qué de tribulaciones experimentaron ambos!

Ya lo sé, lo sé. Todo eso lo sabes y has de saber muchísimo más que a mí se me ha escapado. Pues en este estado en que luego estuve, durante esos cinco días, ese estado que me persigue día y noche y que ronda por mis alrededores, ese estado hace que se pierdan las esencias de cuanto nos ocurre.

No hablemos, pues, Colomba. Deja posar mis ojos en los tuyos y déjame empaparme en tu sonrisa.

Así, así. Ahora siento que la paz se cierne sobre nosotros.

Ahora siento que estás dispuesta a escucharme.

Colomba, mi cabeza marcha sola. Tal era lo que me ocurría en aquellos cinco días que pasé allá en la superficie antes de poder resolverme a descender para ponerme a tu lado. ¿Me entiendes?

¡Una cabeza que marcha sola sin ser dirigida por nadie!

Me llevaba a los pensamientos más locos y más absurdos. Ella se sumergía en mi pasado y de él arrancaba una escena cualquiera que me obligaba a recorrerla toda íntegra. Eran escenas triviales, eran escenas de una trivialidad abrumadora. Y yo las seguía y las seguía como si estuviera ante un asunto de gran importancia.

Hasta que me detenía. Una pregunta me acababa de rozar y yo quedaba atónito ante ella. La pregunta era:

¿Quién es ése que llamo ahora "yo"?

Oía tu voz, Colomba, que respondía:

—Paciencia y haz qué por ti circule la alegría.

Obedecía a tu voz; reaccionaba; me iba lejos, muy lejos con mis pensamientos. Puedo asegurarte que eran pensamientos alegres y placenteros. Esto duraba apenas un minuto, dos o tres minutos a lo más. Luego me sorprendía que, nuevamente, circulaban en torno mío nuevos pensamientos que casi me aniquilaban.

El tiempo, entonces, se agigantaba. Una hora era para mí tan larga como es un año. Una hora de espera... ¿ves lo que esto, en realidad, significa? ¡Una hora de vacío!

En una hora sucederán cosas horribles: sabré la enfermedad de uno de mis hijos; o, tal vez, sea la enfermedad de un amigo muy íntimo; y este amigo morirá.

Todo lo negativo de una vida se cernerá sobre mí. Y yo caminaré bajo su peso, agachado, doblado; no sé si podré caminar.

Así era, así fueron esos cinco días. ¿Podré decir "fueron"? Creo que no. Esta maldición la veo siempre, agazapada cerca de mí. La veo lista para saltarme encima y poner término a una vida dichosa que murmurará quedamente.

—Soy un recuerdo tuyo; nada más que un recuerdo.

De pronto sonaba el teléfono. Créeme, Colomba, que antes de coger el auricular, tiritaba. La mala noticia estaba en él. Al fin lo cogía y decía:

—¿Aló...?

No, no era nada, era un pequeño recado o era una dirección que me preguntaban o era un número equivocado o cualquier cosa por el estilo.

Pensaba ir a ver a Lorenzo Angol.

Pero... ¿qué haría con él? Y, de seguro, Lorenzo no va a estar en su departamento; habrá salido y no volverá hasta muy tarde o al día siguiente. Entonces tendré que volver a mi departamento. Tendré que subir el piso que nos separa. Veía la escalera larga, larga, larguísima. Y me encontraría nuevamente frente a mi escritorio habiendo tenido un fracaso más.

¡Escribir, no hay más, escribir!

Colomba, para escribir hay que saber de antemano lo que se ha de escribir. No digo yo que haya que saberlo con nitidez pues es esto un trabajo mental y nada más. Pero respóndeme por favor, mi Colomba, ¿cómo escribir si estamos vacíos?

Y luego me preguntaba:

“¿Para qué quiero escribir y, sobre todo, escribir bien?”

Veía nuevamente la sombra de ese público anónimo que allí estaba en espera de un nuevo libro y para irse encima y descuartizarlo...

Veía en mi pasado un todo y en él los puntos positivos, los puntos álgidos, que se destacaban borrando a los puntos negativos y sombríos. Pero en aquel momento mismo la cosa cambiaba. Veía sólo los puntos negativos aunque sabía que los positivos ahí, sí, ahí estaban. Me decía entonces:

“Van a necesitar de tiempo para dar sus frutos. Cuando ese tiempo llegue será ya el pasado; además, ¿me importarán tanto como ahora son mis deseos?”

Así, Colomba, me veía avanzando hacia la muerte.

La muerte... Allí la veía, allí estaba, muda, hierática, sin hacer ni un movimiento. Como estás tú, mujer mía. Pero tú sonríes de cuando en cuando y esta sonrisa me da fuerzas. Ella, no. Ella era un símbolo de la absoluta fatalidad que jamás ha puesto ni una sonrisa en su existir.

¡Basta, Colomba, basta! Quisiera callar aquí a tu lado; sí, quisiera morir junto a ti. Pero el tiempo era húmedo, el tiempo era frío. Se me figuraba que Fray Tomate era un tépmano. Me levantaba unos instantes, tocaba la calefacción que ya empezaba a arder; miraba por mi balcón y veía afuera a algunos transeúntes con sus abrigos. Era gente que había sentido el invierno que se avecina, el invierno que ya está a nuestro derredor, por todos lados y que espera sólo una voz de mando para lanzarse sobre la ciudad.

Dime, Colomba, ¿quién da esta voz de mando?

¡Sí, ya sé, ya sé todas esas explicaciones sobre el invierno y el verano y la primavera y el otoño! ¡Sé que es debida a la inclinación del eje de la Tierra sobre la eclíptica! Pero eso no me importaba. Ni me importaban los abrigos de aquellos transeúntes que pasaban

afanosos por la plazoleta. Todo esto era un frío de fuera, un frío externo contra el cual no tendría más que colocarme frente a un radiador o ponerme mi abrigo si salía o tomarme una copa de licor o cualquier cosa por el estilo.

¡Era un frío interno el que caía sobre mí! Y este frío salía de mí, atravesaba las paredes de mi casa y se extendía por toda la ciudad. Por eso es que esos transeúntes se colocaban sus abrigos y restregaban sus manos.

No podía ser otra cosa; la prueba: tengo un termómetro al lado de mi balcón, al lado de fuera; marca 19 grados sobre cero. ¿Qué estoy, entonces, hablando de fríos? Y ahora recuerdo: yo le había pedido a mi conserje que encendiera la calefacción y un vecino había protestado; y un segundo vecino había protestado también.

Pero el frío era horrible, sobre todo si soplaban un poco de viento. Deben ser mis años y no el frío circundante. Pues debes recordar, mi Colomba, que ya, en pocos meses más, voy a cumplir los 69 años de edad. Y debe haber varias personas más con esa ya alta edad; debe haberlas aquí en mi casa, en este edificio y en el edificio del lado, en toda la ciudad y en los campos, por todas partes. Por todas partes se ha de estar tiritando; por todas partes habrá gente que dice: "¡Qué tiempo más agradable!"; y habrá otros que dirán: "Hace calor todavía; se transpira como en pleno verano".

Total, llegué a la conclusión. Voy a decírtela, Colomba, pues debo descargarme tanto de las pequeñas cosas que ese fantasma de la literatura hace considerar como pequeñas. Mi conclusión es:

La temperatura está en nosotros.

No, no por cierto, no quiero decir que pueda irse a una temperatura vecina al hielo o vecina a un calor insoportable para que nosotros la sintamos. Pero este mal entendido que se produce en las temperaturas medias, está en nosotros. Como todo está en nosotros. ¿No lo crees tú así, Colomba?

Aquí, junto a ti, no hay necesidad de termómetros de ninguna especie. Porque aquí, la temperatura y nosotros, somos uno mismo. Aquí debería permanecer para siempre, más allá de fríos y calores insoportables. Pero, tú lo sabes, no puedo permanecer, tengo que marcharme, tengo que ir a la superficie. Puedo verte sólo de tarde en tarde. Sólo de tarde en tarde puedo desligarme del ambiente que trabaja sobre nosotros.

Ello no importa. Pues... ¡ya pasará un tiempo, para nuestros relojes, eterno, ya lo pasaré en estas profundidades!

Tú ves, Colomba: la figura de la muerte ha vuelto a aparecer frente a mí. Es que estoy neurasténico; es que no puedo más; es que vivo con la figura de la muerte siempre tras de mí...

Y la muerte no me importa nada, nada, ¡nada!

Aquí he visto tantos muertos. ¿Por qué temer el destino que ellos tienen? ¿Por qué recelar su amistad? No, no es eso lo que me atemoriza. Me atemoriza otra cosa: es el empezar otro destino, es la incógnita que hay al pasar este umbral.

Ellos, los muertos, hablan como tenían costumbre de hablar allá mientras vivían. Sin embargo... otro fin, otra finalidad ha de estar tejiéndose en ellos y ese hablar no les ha de ser ya vital sino restos de un pasado que fue.

¿Por qué tengo estas preocupaciones? Es que, ya te lo he dicho, es que estoy neurasténico, terriblemente neurasténico.

Peró, Colomba, ¡no te marches de mi lado! ¡No te borres! ¡Te lo ruego, te lo imploro! Si no fuera por estos momentos que paso a tu lado, ¿qué sería de mí?

Quiero hablar de otras cosas, quiero emborracharme con mis propias palabras. Es lo que he deseado allá mientras oía a los demás y mientras asistía a las fiestas sea en Punta Breñal o sea en cualquier otra parte. ¡Sí, mi Colomba, eso quiero porque eso es lo que allá quería!

Pero era inútil. A cada rato llegaba hasta mí un llamado de otro mundo y a él tenía que obedecer. Por ejemplo, cierto día que estaba yo con Desiderio Longotoma en su casa. Allí estábamos y charlábamos alegremente esperando el té que nos iba a servir la Tomasa. Lo recuerdo muy bien: el té y los tomasines... Encima de una mesa veo un libro; lo cojo y, naturalmente, se trata de una novela policial: *Una voz en la oscuridad*, de Eden Phillpotts, una de esas que edita la colección del "Séptimo Círculo". Leí, pues, su tapa posterior donde siempre hay un pequeño resumen de lo que se trata en la novela pero, naturalmente, sin dar ningún dato sobre los criminales que en ella aparecen. Leí este resumen. Y allí quedé sin movimiento, paralizado, por unos instantes, es verdad, apenas unos instantes... Había oído, otra vez más, el llamado de allá lejos o, tal vez, de aquí cerca, de este centro terráqueo. En fin, Colomba, un llamado que me dijo que yo no podría olvidar nunca aquello en cuya busca había tratado de penetrar.

Decía allí:

Eden Phillpotts, novelista de Devonshire, ha traído al género policial un sabio rigor clásico, un fino sentimiento de la naturaleza y una profunda convicción de la soledad del hombre en el cosmos.

Decía más cosas que ahora no recuerdo. Pero tú ya debes haber calculado lo que a mí me detuvo, ¿verdad? Sí, fue esa frase, fue esa la que me impidió seguir leyendo:

"...una profunda convicción de la soledad del hombre en el cosmos..."

-¡Adelante! ¡Adelante! -oí que me gritaban por todos lados.

Es decir, tenía yo que investigar sobre esta soledad en el vasto cosmos. ¡Tal era mi destino! Tenía, pues, que someterme a él. Felizmente en aquel momento la Tomasa llegaba con una bandeja de tomasines y se reanudó la charla y la comilona. Luego olvidé esa frase y pensé en otras cosas ayudado por la labia de Longotoma. Sí, la olvidé como también olvidé escribirla cuando hablé de todo lo hablado con él.

Ahora, ante tu presencia, lo veo nuevamente y lo recuerdo con toda claridad.

Sabía en mi subconsciencia que tenía que decírtelo. Ya te lo he dicho. Callemos entonces, mi Colomba, y dejemos que este trabajo sobre mi persona se haga fuera de mí. Acaso así podré recibir sus dones que han de llegar.

Incliné mi cabeza y luego sentí que mis ojos me eran cerrados. Luego dormí y dejé que los siglos pasaran junto a mi cuerpo dormido.

Por fin desperté. Sentí que todo ululaba a mi alrededor, que había un sonido permanente muy lejano a acordes musicales. Dije a media voz, dije suavemente.

-Colomba...

Silencio en torno mío. Exclamé entonces:

-¡Colomba!

Nada. Alcé los ojos y miré; luego busqué; luego me incorporé y volví a mirar. Me verifiqué en la soledad más completa pues no había nadie junto a mí. Grité, entonces, desesperadamente:

-¡¡Colomba!!

Ya lo he he dicho: nadie. Me estremecí, no sé si ante esa soledad o ante un frío glacial que empezó a inundarme. Esto jamás había ocurrido estando Colomba allí, estando muda y hierática como yo tenía costumbre de verla. Me sentí, súbitamente, cogido otra vez por el abandono más completo. Y vi el panorama que me aguardaba irremediamente:

Me encontraba en medio de un mundo hostil, un mundo que me era adverso por todos lados. Pues, ¿qué iría a encontrar?

Encontraría muertos y más muertos desconocidos en su mayoría; encontraría a algunos que había frecuentado allá en la vida y que, como los anteriores, muy poco se preocuparían de mí. Sí, por cierto, uno que otro me hablaría como me acababa de hablar Anacleto Ibacache, como me había hablado la linda de Maribel y el terrible de Baldomero Lonquimay, como me había hablado Celso cuya voz no articulada había penetrado hasta el fondo de mi ser. Y también oiría la expresión del bueno de don Irineo Pidinco. Sí, recuperaría una serie de amistades, tantas que, al fin, tendría la ilusión de estar rodeado de buenos amigos. ¿Qué podría importarme que otros no se preocuparan de mí? ¿Y en la superficie? ¿No es, acaso, igual? Bien, que sigan todos tras su destino, que siga Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe y que siga don Fidey de Comiso y el violinista Julián Ocoa y todos los demás... ¡Allá ellos! Ya ti, Jateña preciosa, a ti Jateña inmaculada, no te volvería a ver como te vi allá, una vez, cuando eras pequeñita, cuando ibas con tu hermano Lorenzo. Ahora eres Maribel y ¡eso me basta!

Pero debo ascender. Allá siento que se me llama. Se me figura que todo aquello de la superficie me espera. Debo cerrar bien los ojos y trepar. Sé que encontraré a Palemón de Costamota y que él me saludará prometiendo ser un eterno y seguro servidor; sé que, a su alrededor, correrá ese insignificante de Tadeo Lagarto. No importa. Pasaré y pasaré y, al fin, no sé si siguiendo al hombre Martín Quilpué, al fin llegaré y me encontraré en la tan bella ciudad de San Agustín de Tango.

¡Sí, sí! En ella iré al Zoo de San Andrés y al parque de los Jerónimos y admiraré la naturaleza. No hay más. ¡Arriba!

Admiraré la naturaleza...

Verificaré, una vez más, la indiferencia atroz de esta tan bella naturaleza que ni siquiera sospecha nuestra penosa existencia...

Porque tú tenías razón, plena razón, amigo Irineo Pidinco. Nosotros los hombres somos unos intrusos en medio de ella. Me lo dijiste allá una vez y no he podido olvidarlo. Ahora yo me pregunto si todavía te importa algo este hecho de que nosotros seamos unos simples intrusos en medio de la natura.

Subamos, será mejor y cerremos los oídos a quienes he de hallar mientras subo. Pues ahora quisiera hablar con alguien de mi terrible neurosis y oír de sus labios un aliciente que me diera las fuerzas que ahora no tengo.

Pero no puedo hablar con nadie. No se puede contar esto de las neurastenias, ni a vivos ni a muertos. La neurastenia es la soledad completa; es esta soledad la que la produce.

Los humanos quedan separados por leguas de nosotros. Entonces... Ya lo veo; esa dama lujosa o esa vieja harapienta que llega hasta uno y se instala a nuestro lado.

Colomba se ha borrado; Colomba, de seguro, no quiere oír ni una palabra sobre estas neurastenias. He quedado solo. Ni Celso, ni Maribel están aquí abajo; ni Lorenzo Angol, ni Rubén de Loa, ni el doctor Hualañé, ni nadie hay allá arriba que pueda decirme algo sobre mi estado. ¡Nadie en ninguna parte, nadie ni entre los vivos ni entre los muertos!

Ahora comprendo a fondo tus palabras, Krishnamurti:

La comprensión sólo llega cuando –vosotros y yo– nos encontramos en el mismo nivel al mismo tiempo.

¿Quién hay en estos mundos que pueda comprender una neurosis?

Ahora pienso en esa frase que tantas veces he oído y que la decía siempre mi padre, don Eleuterio Borneo y que nosotros la escuchábamos con respeto sabiendo que en ella había algo importante, importantísimo:

El hombre es un Dios caído que recuerda los cielos.

Después mi hermano Fabio la adoptó y la repetía a todo momento; Pedro levantaba los hombros y se preocupaba de otras cosas; María, recuerdo, lo interrumpía:

–¡Ya, cállate! Que papá diga eso, está bien, muy bien. Pero tú, Fabio, por favor, cállate...

Pero Fabio tenía razón al haber adoptado esa frase. Nosotros no somos más que dioses que, a veces, recordamos los cielos. Como los recuerdo yo ahora en estas profundidades de la Tierra, como los recuerdo cuando me veo sin ti, mi Colomba, y con toda esta terrible ascensión delante de mí.

No hay más: ¡arriba, arriba!

Pero subir me fatiga. Mis años y mi calidad de terráqueo me transforman esta ascensión en un verdadero tormento. Cuando ella no se ha borrado y ha permanecido junto a mí, cuando puedo decir lo que pasa por mi mente y ella escucha en silencio, cuando oigo su voz coronada por una sonrisa, entonces puedo subir por esos abruptos terrenos sin cansancio de ninguna especie. Ahora, no.

Y ha empezado nuevamente a ulular esa mezcla de música con quejidos y aullidos. Veo, además y por todos lados, hondos precipicios que se pierden en una oscuridad infernal. Porque en el infierno no hay llamas, no hay luz, en el infierno son las más horribles tinieblas. Por entre ellas pasa, viendo como nosotros vemos a plena luz, pasa, desaparece y vuelve a pasar Satán. Nadie lo ve, nadie. Pero él ve y azota. Como azota Palemón de Costamota al insignificante de Tadeo Lagarto.

¡Arriba! ¡Arriba! Ahora sí recuerdo tu frase, padre mío, la frase que repetías a cada momento, la frase que, en tus múltiples lecturas, había llamado tu atención:

El hombre es un Dios caído que recuerda los cielos.

Claro está; hay un recuerdo en mí; lo hay... Para hacerlo nítido debo hacerlo pasar por mi mente. Y éste es un recuerdo que no es de la mente; no, no lo es. Pero arriba está la naturaleza y yo podré admirarla. Estas lóbregas profundidades carecen de todo interés

cuando Colomba no las ilumina con su sonrisa maravillosa. Pero la naturaleza me es hostil; no tengo interés de verla ni admirarla. O ella esconde sus bellezas a estos ojos que la miran sin entenderla. Pues es la neurosis que me ha cogido otra vez, ¡otra vez! Viene a mi lado, penetra en mí. Pero si aquí me detengo, moriría antes de tiempo, sería una especie de suicidio mío y formaría parte de estos muertos que siento que me rodean aunque no los vea. Porque no veo a ninguno. ¿Dónde estás Maribel? ¿Dónde estás Celso? Y tú, don Irineo Pidinco, ¿dónde estás? ¿Y Anacleto Ibacache? ¿Y esa Lumba Corintia? ¿Y ese violín de Julián Ocoa?

¡Nadie, nadie! Es la oscuridad rodeada de precipicios y llena de muertos invisibles. ¡Oh, si al menos oyera un formidable grito ahogado y enredado en un: "Brrrrrrrrr..." del que fue mi amigo Baldomero Lonquimay...! ¡Nadie, nadie!

De pronto vi, frente a mí, el espíritu de un muerto; vi al inmenso Bárulo Tarata que se había hecho visible a mis ojos. No pude contenerme y grité lleno de alegría:

—¡Bárulo Tarata!

Me respondió inclinándose levemente:

—Seáis el bienvenido en estos parajes.

—Si estáis aquí no puede más que la bienaventuranza estar conmigo. Por eso rindo homenaje a vuestra presencia.

Él, sin mover los labios, me dijo en el silencio:

—Os daré fuerzas y se borrará vuestro cansancio. Avanzad unos pasos más y encontraréis a un amigo como vos.

Luego Tarata, haciendo apenas unos leves movimientos, siguió dándome a entender lo que, traducido a nuestro lenguaje, sería con toda justeza así:

—Tenéis que subir paso a paso, sin saltaros ni un pedazo de todo lo abrupto que encontréis. Cada trozo de esta materia que os rodea reclama vuestra presencia, si queréis subir, ya que la ha tenido cuando bajabais. No podéis avanzar como avanzamos nosotros los muertos; pues para nosotros ya no existen las distancias ni el tiempo que las separa. Mas os daré fuerzas suficientes para alivianar ese cansancio que ahora os ha dominado. ¡Avanzad, amigo, avanzad! Y luego encontraréis a un viejo amigo terráqueo como lo sois vos. Es un hombre que frecuenta estas profundidades, que las frecuenta de tiempo en tiempo. Os puedo asegurar que él tendrá un gran placer al encontraros.

En realidad cesó la fatiga completamente. Me sentí ligero, me sentí ágil. Pude elevarme sin hacer esfuerzo alguno y así lo hice sin pensar más. Debería haber preguntado a Bárulo Tarata por su hija Biandina y sus impresiones de bajo tierra; debí haber preguntado por aquel lejano y frondoso bosque de Guayacán y sobre los recuerdos que de él guardaba. Pero todo esto lo olvidé; tanta era la prisa que, súbitamente, me había cogido por salir de allí donde me encontraba. Cuando me volví para remediar mi falta, ya el venerable anciano había desaparecido.

Subí, subí sin ver nada. Era llevado como por alas que me elevaban. Hacía una serie de vericuetos para poder pasar entre esos casi puntudos despeñaderos y seguía ascendiendo. Aún unos kilómetros más, acaso 3 ó 4, y vería la escalinata que nos comunica con la entrada del bosquecillo de la isla del Olor de Santidad.

¡Arriba, arriba! Podría, claro está, ir hacia un volcán, al Llaima, por ejemplo, o al Villarrica y, desde sus cumbres, continuar mi viaje por ferrocarril a San Agustín de Tango. Los volcanes sureños me atraían más que los que se hallaban en el norte de nuestro país.

como ser, el Guallatiri o el Isluga. Pero un ansia punzante me obligó a ir directamente a mi ciudad. No sabía qué iba a hacer en ella mas tenía que ir.

De pronto todos estos deseos se detuvieron y yo paré de golpe. Una voz me había llamado:

—¡Eh, Onofre! ¡No te des tanta prisa! ¡Ven a mi lado y aquí te resposarás cuanto quieras!

Di media vuelta y vi: Artemio Yungay.

Esa prisa que llevaba no existía de fondo. ¿Qué iba yo a hacer allá en la superficie? Era una prisa que me había infundido Bárulo Tarata al alivianar mi cuerpo y hacerlo más ligero. La presencia de Artemio Yungay me convenció súbitamente de todo ello. Por un momento me detuve; por un momento reflexioné; y en un momento más estaba sentado junto a mi amigo y ambos nos disponíamos a charlar sin contar el tiempo. Alrededor nuestro todo fue silencio. Una luz velada vino a alumbrarnos. Nos tendimos sobre algo muelle y muy suave. Charlamos.

YUNGAY

¡Aquí me tienes, mi buen amigo, aquí a cerca de 800 kilómetros de esa superficie terrestre que, a veces, tanto me cansa! Tú lo sabes: yo soy un andariego incorregible. Estoy un poco de tiempo en mi casa, en la calle de la Inquisición, y luego estoy en el campo o en Santiago o en la costa o cerca de un cráter de un volcán cualquiera. Cuando estoy en uno de éstos, no hay fuerza que pueda detenerme; me introduzco por él y penetro a este fondo terráqueo. Aquí, en estas soledades, medito. Ya verás, tengo mi cuaderno de apuntes y hago mis notas. Y lo que más me llena de entusiasmo es que, cada vez, desciendo un poco más hondo que la vez anterior. Ya pronto llegaré a los mil metros y, en un futuro no muy lejano, estaré cerca del centro mismo de la Tierra.

¿Qué quieres tú, Onofre...? Cuando se conoce un poco este fondo terráqueo se encuentra que todo el resto está cuajado de bullas y de ruidos molestos, ruidos que, se me antoja, están cargados de fantasmas y que la luz solar impide ver. Así es que te hablan muy bajo, te susurran cosas que tú no logras entender bien y que te dejan con los nervios de punta.

Aquí, no. Aquí es la verdadera calma. Los fantasmas que ha de haber aquí, son buenos, son pacíficos. Me ayudan a pensar y me calman. Así, pues, puedo recorrer mi pasado entero y puedo ir, aunque sólo sea en imaginación, hasta su lado y estar quieto junto a ella.

¿No sabes a quién me refiero?

Sí, eso es; me refiero a Tártara Tigre.

Es un pasado lejano, lejanísimo y que, desde hace algún tiempo, me viene atormentando. Pues, recuerda, Onofre, yo llegué con esa aventura de la avenida de los Membrillos, cuando iba ella montada en el Despiporren y yo montaba la Repanocha, hasta la terrible cosa que es la necrofilia.

Ella siguió taladrando mi cerebro; tal vez es este taladro el que ha hecho de mí este andariego incorregible; tal vez. O la sed de caminar, de cambiar siempre de panoramas, ya estaba en mí desde antes de mi nacimiento.

No lo sé. Tienes razón, es una confusión insoportable la que se produce en mí, sobre todo, allá arriba, cuando tengo ante mi vista la naturaleza, sea la hecha por Dios con sus cordilleras y bosques y llanuras y demás; sea cuando estoy ante la que hacen los hombres en las ciudades levantando edificios y más edificios.

Eso es; aparece, de pronto, Tártara Tigre, esa mujer hermosa y seductora cual ninguna. Aparece, a su lado la asesina, Yoni, la conocida con ese nombre de Yoni. Sí, tú lo sabes: Agripina Romeral. Y allá, lejos, como en un telón de fondo, aparece mi buena amiga Eustaquia Zepeda. ¿Recuerdas todo eso, Onofre?

Y veo luego el fundo de Yoni, Melichaqui, el fundo de esa tan linda avenida de los Membrillos, el fundo donde empezó esta nefasta historia que hubo de terminar en el Cementerio General de Santiago.

Tú has de comprender que allá en San Agustín de Tango hay demasiado ruido para poder entregarse a un recuerdo sereno de estas cosas que yo he vivido. Aquí, en estas profundidades, la cosa es diferente; aquí se puede recorrer todo aquello y se puede meditar sobre los puntos que van apareciendo.

Es lo primero que aparece ante mí. Tal vez es una simple coincidencia y nada más. Pero aparece Lilí. Sí, tú lo sabes muy bien, Lilí, aquella con quien proyecté un viaje a los Infiernos. Y veo la columna aquella donde ella me ató y oígo aquel llamado telefónico que me hicieron desde aquí. Viene luego mi regreso a Chile y el baile de fantasía con la que se hizo llamar Prascovia. La veo disfrazada de alcachofa y yo me veo disfrazado de terrible cocodrilo. Todo eso lo veo, no como ahora te lo estoy contando, es decir, con esta cronología casi exacta a como las cosas sucedieron entonces. No; esos recuerdos aparecen aislados y, te aseguro, llegan a mí súbitamente. Ahora, por ejemplo, está aquí a mi lado otra mujer. ¿Sabes cuál? Eso es: Chuchezuma. Pero ya se ha marchado. Pasó como un rayo por mi mente. Ahora voy en un barco, un hermoso barco, con Prascovia, el S.S. Chimpancé, y veo a su arrogante capitán, Sir Archival Plum-Pudding, un simpático gringo, como llamamos nosotros a los ingleses. ¿Cómo no iba a ser simpático el capitán que llevaba su barco a los Infiernos?

Bueno, tú sabes, Onofre, lo que siguió. Recuerdo muy bien ese día ya lejano en que te leí mis cartas a Eustaquia Zepeda, la buena amiga mía. Prascovia se volvió a Chile, con un esplín insoportable y llorando por volver a ver el cielo azul entre Limache y Tilitil. Nuevamente Francia y las zapatillas de caucho del Honorable Plum-Pudding. Veo a Lilí otra vez más; nos vamos al puerto de Marsella, nos embarcamos en el S.S. Camaleón y nos aprontamos, por fin, para ir a los Infiernos. Pero todo estalla: *c'est la guerre...* Vuela Lilí que veo pasar entre dos nubes; todo vuela. Y yo, yo, amigo mío, otra vez a Chile.

Aquí viene el fundo de Melichaqui y mi amiga Yoni. Tú sabes, Agripina Romeral. Luego, la avenida de los Membrillos y aquel inefable coito lateral con ella, con Tártara Tigre.

Después... el asesinato de ella. Sus funerales, su tumba, la lápida que cubre sus cenizas. Y yo, amigo mío, yo que caigo o subo a la... ¡necrofilia!

Yo

Claro está, Artemio, ahora se ha avivado toda esa historia que un día, hace ya tanto tiempo, tú me leíste allá en Santiago y que luego, con la memoria fresca, yo escribí en las páginas de *Umbral*. Sé que tu amiga Zepeda te consiguió aquel permiso que tú solicitabas de Yoni para entregarte, en el ataúd de Tártara Tigre, a la práctica de la necrofilia. Ahora revive todo eso en mí. Ha sido una fuerte experiencia la que tú, Artemio, has pasado. Comprendo que necesites de estas profundidades para meditar sobre aquellos momentos.

Es lo que me ocurre a mí también. A mí también me cansa ese bullicio de la superficie terrestre, sea donde sea que él se produzca. Y entonces bajo. Bajo encontrando, claro está a una cantidad de amigos, algunos vivos como yo, otros ya muertos y con los cuales me

entiendo sin producir sonido alguno. Al final, llego donde Colomba y allí, junto a ella, encuentro el reposo que tanto necesito. Si es que lo encuentro... Pues ella quiere un ser completo, sano, sin neurosis ni nada. En fin, Artemio, te ruego que sigas hablando, sea sobre tus recuerdos de Tártara Tigre o sea sobre cualquier otro tema. Tú vida siempre me ha interesado grandemente. Es una lástima que tu calidad de andarín y de andarín infatigable, te aleje tanto de nosotros. ¡Habla, te lo pido, habla!

YUNGAY

Si tú te cansas, Onofre, podrás pensar cuánto me he de cansar yo con el recuerdo de esa necrofilia que, una vez, se implantó en mí por haberme acercado a esa bella mujer que es Tártara Tigre. Créeme que entonces no puedo trabajar y veo las letras a distancias inimaginables. En cambio aquí la cosa es diferente; aquí hay paz y los recuerdos que me asaltan no toman ese cariz de allá arriba; vienen hasta mí suavemente cuando me hallo sumergido en estas profundidades. Debes haberlo notado al oírme. ¿Has visto algo de arrepentimiento doloroso al haber evocado a Tártara Tigre y a nuestro amor lateral que me obligó hasta llegar a ser un necrófilo?

Yo

En realidad nada he notado. Haz hablado de todo aquello como se habla de un recuerdo que en uno es placentero. Pero dime algo, Artemio: puesto que ella ha muerto... ¿no la has visto, o siquiera divisado, aquí en estos fondos terráqueos?

YUNGAY

Tenía la esperanza de verla. Ese ha sido uno de los motivos que me han forzado a bajar siempre y, por eso, que espero seguir aumentando la profundidad de mis descensos. Al fin la he de ver, al fin estaré a su lado, pero no ya bajo las ramas de aquellos membrillos de Melichahui. Y lo que es más importante es que tampoco será bajo la lápida de una tumba como fue allá en el cementerio de Santiago. Será lado a lado, cara a cara, será con toda libertad que nosotros nos volveremos a encontrar. ¡Será el gran momento! Caeré de rodillas ante su excelsa figura.

Yo

Y hablarán ustedes sin mover los labios, sin proferir sonido alguno. Como yo hablo con Colomba y como Lorenzo Angol habla con Lumba Corintia. Hablamos sin temor pues nuestras libertades no son tocadas. Somos libres. Tú sabes: Lorenzo ama a Benilde Panilongo; yo... en verdad no amo a nadie pero bien podría amar a Minerva Curanipe. Colomba sonreiría y nada más.

140

Sigamos nuestra ascensión, Artemio. Podríamos buscar una gran avenida sin declive alguno que nos hará marchar con mayor calma, con mayor solaz.

Me respondió:

—Yo no estoy fatigado pues tengo el hábito de bajar a estas profundidades y, tanto cuando bajo como cuando subo, mi mente no se preocupa de los despeñaderos ni de los precipicios que rodean a quien avanza. Mi mente, ya te lo he dicho, se entrega a otra clase de búsquedas.

—¿Podría saber a qué clase de búsquedas? —le pregunté.

—Por cierto —me contestó—. Sencillamente recordaba. Uno ha vivido ya tanto que los recuerdos lo asaltan por todos lados y hay que hacer un verdadero esfuerzo para que no lo tomen demasiado y lo sumerjan en aguas sin consistencia. En esas aguas todos mis recuerdos se alborotan y yo, ante ellos, paso a ser un simple espectador.

Dije:

—Un espectador que ve mucho.

Artemio reflexionó un buen rato, luego murmuró en voz baja:

—Es verdad; ve mucho este espectador pero no logra ver como espera cuando se halla solo. Aquí veo, veo mucho en estas tierras y rocas abruptas pero veo diferentemente a lo que busco. Aquí otro ve por mí y yo vuelvo a ser el espectador. En cambio arriba la cosa cambia.

—Explícate, Artemio; estás hablando sólo para ti y no te fijas que vas conmigo.

Me contestó:

—Ya puedo hablar, ya siento que puedo hablar. Pues he visto su figura acercarse a mí.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Otra vez ha venido a tu lado Tártara Tigre?

—No. Tártara Tigre y la necrofilia han quedado en el reino de los muertos. Ahora a aparecido ante mis ojos...

—¿Quién...?

—Clorinda Machalí. ¿Me has oído? ¡Sí, ella, Clorinda Machalí! La mujer que me ha dado goces tan intensos como los que me dio Tártara Tigre. Pues tenía el don de hacerme sentir lo que ella sentía. Entonces, cuando estaba con otro hombre... ¡yo gozaba, mi amigo, y gozaba en la calma absoluta que me sumía en hondas, muy hondas reflexiones! ¡Fueron hermosos tiempos aquéllos!

—Y ahora, dime Artemio, ¿qué es de ella, de Clorinda?

—Está en casa, en mi casa, en la calle de la Inquisición, allá en San Agustín de Tango. Me acompaña en mis recuerdos pues ya las prácticas han terminado. Mas no baja a estas profundidades. Prefiere que yo baje y luego que le narre lo que ha acontecido.

Seguimos en silencio. Ya la corteza terrestre se insinuaba por todos lados. De pronto vimos, allá arriba, muy alto, un pedazo de cielo azul. Interrogué a Artemio:

—¿Bajo qué volcán estaremos?

Me respondió:

—Estamos bajo el Coscorrón; es decir, estamos a un paso de nuestra ciudad. A los pies de él tengo mi automóvil. Lo tomaremos y nos iremos en él. Nos iremos lentamente y así podré hablarte un poco más de esos recuerdos que han venido hasta mí.

—Perfectamente —le respondí.

Momentos después, tal vez un par de horas, estábamos en la boca de ese volcán. Era un magnífico día de sol y de luz; era por la mañana. Nos dejamos rodar por la nieve que ya había caído y, un momento después, tomábamos el auto de mi amigo.

A poco andar, Artemio se desvió hacia el Sur y me dijo:

—Quiero ver a nuestro amigo Lorenzo Angol. De seguro está en su fundo, en La Canterá. ¿Qué te parece mi idea?

Respondí:

—¡Digna de ti! ¡Vamos a ver si Lorenzo está en su fundo!

Un rato después llegábamos a las casas de La Canterá y éramos recibidos por Lorenzo en persona. Saludos y demás. Nos invitó a almorzar y nos pidió que nos quedáramos con él hasta el día siguiente.

—Lorenzo —le dije—, quedarnos o no quedarnos depende de la labia que tenga nuestro amigo Artemio Yungay. Me ha prometido contarme una serie de recuerdos suyos. Ha preferido hacerlo en tu presencia así es que todo depende de él.

Artemio sonrió y nos sentamos, minutos después, ante la mesa que Lorenzo hizo preparar.

YUNGAY

Con Clorinda Machalí tocamos todos los posibles secretos que el placer encierra en sí. Buscábamos por todos los lados y... ¡la obra! Una vez le llevé hachís. Lo mascamos y lo fumamos y así nos embriagamos. Clorinda, al recibirlo, estaba dichosa, saltaba de alegría y me besaba. Clorinda, ya se los he dicho, era la personificación del encanto mismo y, con este encanto, se embriagó. Entendedme bien cuando hablo de embriagarse. En esta embriaguez nada hay de la embriaguez alcohólica. Podría decirse que es la embriaguez contraria, la embriaguez de la calma y del buen pensar. Pero no como piensa un burgués ni siquiera un ser entregado a las ciencias, pongo por ejemplo; no y no. Se piensa de otro modo. Hay en nosotros una doble personalidad. Esta personalidad es la que sale a flote al contacto del hachís.

Total: ambos mascamos y fumamos. Ambos nos fuimos, sobre esta personalidad que vive escondida, a regiones no sé si placenteras o demoníacas. Pero... sin un enojo; nos fuimos sonriendo.

El hachís, creo yo, debe tener cierta semejanza con el opio; de ningún modo la tiene con el alcohol. El hachís agudiza nuestra vista, nuestra percepción y nos coloca fuera del mal. Hace de nosotros simples espectadores. Y entonces vemos mucho, amigos, vemos enormemente, vemos todas estas cosas de que está pletórica la atmósfera por la cual atravesamos sin ni siquiera sospecharlas.

Yo, esa vez y bajo el hachís, pensé. Pensé en Clorinda. Ella estaba allí; la hice entonces objeto de mi percepción. Una pregunta se levantó en mí:

¿Es mi bien lo que ella desea?

Y la respuesta que cayó fue:

—No, por cierto; lo que ella desea es realizar una vida a mi lado, juntarse a mí, que yo siempre la acompañe. Ella ha visto en el hachís algo que me ata a ella y de ahí ha venido su gran alegría al tenerlo. ¡No hay más!

Ahora que os lo cuento, esto se ha agigantado en mi mente. En aquel momento no fue así. En aquel momento fue una verificación y nada más. Seguí con el hachís, seguí feliz. Ella también estaba en plena felicidad.

Pensé entonces en las dudas. En el llamado "sano juicio" me habrían atormentado estas dudas; habría visto una serie de intenciones bajo Clorinda. Ahora veía que tal era su vivir. La miré y le sonreí. Le ofrecí más hachís y pasé a otras cosas, a otros mundos, me fui con otros espíritus que merodeaban junto a mí.

Yo

Dejaste de sentir, por lo tanto, "la soledad del hombre en el cosmos". Es ésta una frase que vi en la tapa de una novela policial, cuando estuve con Desiderio Longotoma.

LORENZO

Sé de qué novela estás hablando, Onofre: *Una voz en la oscuridad*, de Eden Phillpotts. La encontré en casa, el otro día pues Benilde la había comprado instigada por

Longotoma. La tomé y empecé a hojearla. De pronto me detuve ante un largo párrafo que me obligó a fijarme en él. ¡Un momento, amigos míos! El libro está aquí. Voy a traerlo y leeré ese párrafo.

Un momento después Lorenzo leía:

La materia de la cual tenemos conciencia es sólo una parte, quizás una parte muy pequeña, del universo material. En esta habitación flotan muchos millones de partículas de materia. No podemos verlas. Pero si, en horas de sol, oscurecemos el cuarto y dejamos entrar un solo rayo de luz, observaremos millares de partículas y admitiremos que muchos millares más están suspendidos fuera del alcance de nuestra vista, aunque no de nuestro conocimiento. Todos los estudiosos saben que el término "materia" incluye actualmente para los físicos mucho que no podemos apreciar con nuestros sentidos. Esta materia intangible puede existir en distintos estados y puede ser que nos rodeen seres espirituales invisibles vestidos de "éter" o de "materia". Soy el último en negar esta posibilidad.

Luego leyó más adelante:

Es posible que no haya nada de milagroso en el espectro de un muerto o aun en la aparición de un espíritu que nunca hemos visto en la Tierra con anterioridad.

YUNGAY

Es lo que me ocurre. Ese autor lo ha visto, ese autor ha sentido la influencia de los espíritus invisibles. Para eso yo desciendo por los volcanes y voy tras los muertos. Entre ellos he de encontrar algún día a Tártara Tigre. Clorinda quiere que la encuentre y que charlemos. Sí, que charlemos y nada más podrá pasar entre nosotros.

Pero no quiero escribir más, al menos, por ahora. Cuando yo pueda tener un comercio con esos espíritus invisibles, cuando no necesite de hachís ni de nada para frecuentarlos, entonces tal vez volveré a escribir. Pero hoy, todavía no.

Hoy hay demasiados espíritus terrestres que nos mortifican. Se encuentran por las calles y te saludan y te hablan y peroran ante ti.

¡Cómo! ¿Por qué esos gestos de incredulidad?

Yo, en cada persona que en la calle me detiene y me charla, veo un espíritu que, en el fondo, trabaja. Veo al espíritu y paso por alto a la persona que lo lleva. Pues esta persona es completamente inconsciente de ese espíritu. Obra según él y cree que obra por su propia determinación.

Tal es uno de los sentidos que veo en la literatura. Desearía que cada personaje que yo tocara se amplificara, abarcara más y más y llegara a rozar un Egrégor. Ante un Egrégor yo escribiría.

Todavía no lo puedo. A veces alcanzo a atisbar las honduras que hay en todo ser, alcanzo a divisar el Egrégor que está tras ellas. Pero la persona a quien observo hace entonces una pirueta y todo termina.

Yo

Piruetas... ¿Qué clase de piruetas?

YUNGAY

La piroeta de mostrarse como un caballero o como una señorita y abismarse al ver mi cara de estupefacción al ver a ese caballero o señora o señorita metido dentro de un traje que le va estrecho y lo ridiculiza.

Así veo al mundo. Por eso bajo a las profundidades terráneas. En ellas medito sobre la paz que traen los espíritus.

Medito y medito. Pues quiero alcanzar la facultad de olvidar, esa facultad que todos vosotros tenéis y que es la que os deja vivir en santa paz entregándoos a lo que vosotros queráis entregaros. ¡Eso busco en las profundidades de la Tierra! Eso es lo que busco por ahora. Después buscaré a Tártara Tigre. Por ahora no lo logro. Vivo en mis recuerdos que se hacen cada vez más vívidos y que me asaltan a todo momento. Por eso viajo y me muevo sin cesar. Clotilde me espera santamente y tiene fe en que yo deje, ¡por fin!, de ser víctima de estos recuerdos independientes a mi voluntad. Por eso es que penetro por los volcanes. Por eso estoy ahora aquí almorzando en tu fundo, mi querido Lorenzo. Por un recuerdo que aún vive en mí. Se me ocurrió que aquí, en La Cantera, había venido a refugiarse. Viré en auto hacia el Sur y aquí estoy.

LORENZO

¿Y cuál es el recuerdo? Puedo asegurarte que yo no he visto ni percibido a ninguno. Es acaso porque había mucha, demasiada luz por todas partes y, para hallarlos, te comprendo, es necesario que reinen las tinieblas y nosotros hacer las veces de ese rayo del Sol.

YUNGAY

Es algo confuso; algo que va y viene en mi mente. Empieza con unas palabras de Bertrand Russell, leídas no sé cuándo ni en qué libro. Pero eran, estoy casi cierto, palabras de él. Son éstas sus palabras. Ignoro el comienzo e ignoro cómo seguían.

... lo que conoce, en realidad, son estos leves movimientos corporales aunque cree que conoce algo distinto...

Estas palabras giran y giran en torno mío. A veces creo que ya he captado su real significado; luego se escapan nuevamente.

Ahora, cuando estaba en las profundidades, momentos antes que tú, Onofre, me encontraras, estudiaba yo un pequeño papel que aquí tengo y en el cual hay anotaciones de mi puño y letra. Lo leí y mucho medité sobre él. Total: cero.

LORENZO

Leénos ese papel. Así te acompañaremos en ese cero en que tú estás.

(Artemio Yungay leyó lo que sigue después de volver a leer la cita que he mencionado).

A dice que como yo no soy capaz de ver o percibir los movimientos corporales, tengo que recurrir a interpretarlos como ensoñaciones, como es lo que a mí me sucede al ver algo redondo, brillante, amarillo y que yo llamo: Sol. Él es, en realidad, otra cosa, como es otra esa mesa que ahora veo pues es un conjunto de electrones con espacios vacíos.

B dice lo contrario y lo mismo. Como A no es capaz de ver mis sueños, los ve como movimientos corporales. Y C (que hoy llamaríamos casi un Dios) los ve de otro modo; ve, en realidad, otra cosa pues ve los electrones y el vacío y no ve la mesa. Tiene, pues, una incapacidad de ver una mesa.

Yo miro aquel guaco y hay, en el hecho de mirar, un proceso. Al haber un proceso es un proceso de ALGO. Si yo viera el "algo", él sería a su vez un proceso de lo primero, sea que el "algo" a que obedece sería: yo viendo un guaco.

Ambos son igualmente importantes en sí.

Cuando una persona ve, oye, etc., no se puede decir que "crea" que ve, oye, etc., porque yo aperciba diferentemente.

El creer que eso es un gato, siendo un gato...

.....

YO

¿Por qué has callado, Artemio?

YUNGAY

Hasta ahí llegan mis notas, nada más que hasta ahí. El resto lo he roto o se ha roto. El resto no ha querido presentarse ante mí, ni aquí en tu fundo, Lorenzo, ni allá en las soledades profundas. Voy, pues, a romper estas notas.

(Artemio las rompió).

Ahora sigamos nuestro viaje, Onofre. Allá veo a San Agustín de Tango que nos espera. Voy a mi casa y, en ella y bajo el cuidado de Clorinda, quiero tratar de meditar sobre otro tópico que, acaso, me puede lleva a crear personajes perfectos, literariamente hablando.

LORENZO

¿Qué personajes? Tienes tiempo todavía y, si queréis, podéis alojar aquí en La Cantera.

YUNGAY

Quiero escribir sobre un personaje que sea, a todas luces, EL SUPERHOMBRE. Caminaré por esta superficie, caminaré bajo la costra terrestre, caminaré hasta donde me sea posible caminar y, al fin, encontraré a EL SUPERHOMBRE. ¿Por qué? Porque él está en mí. Ese truán de Palemón de Costamota me ha aconsejado, cierto día que estuvo en casa, que hiciera yo personajes recortados y muy medidos. Le respondí: "¡Vete, Palemón!". Y ahora partamos, amigo mío, y dejemos en paz a nuestro querido anfitrión.

141

Fray Tomate. Silencio. Parece que nadie habitara aquí. Hasta la Zoraida ha salido. Oigo, de cuando en cuando, algunos ruidos vagos en la escalera y en el ascensor y en los corredores que me rodean. Después callan. Deben ser fantasmas que me han seguido y que cuchichean por esta construcción. Debe ser algo que se ha adherido a mi persona y que

ahora, sin hallar objetivo alguno y hallándose fuera de su sitio, quiere volver a las profundidades terráneas.

Oigo, entre esos ruidos de los fantasmas, la voz de Artemio Yungay que me dice y me repite la misma cosa. Ha sido, sin duda, un fantasma quien ha cogido sus palabras y, ese fantasma, ha venido conmigo hasta Fray Tomate. Oigo a Artemio:

Uno ha vivido ya tanto que los recuerdos lo asaltan por todos lados...

Y luego murmura con una especie de desesperación que late en el fondo de él:

Todos mis recuerdos se alborotan...

Artemio es una víctima de su pasado. Comprendo muy bien sus deseos de poner un poco de orden en ese pasado, comprendo sus descensos por la boca de los volcanes, comprendo que se dirija hacia el sitio que espera le dará calma para meditar y poner ese orden que él espera. Así podrá seguir viviendo en paz y podrá entregarse a otra clase de actividades. Así podrá ver otro gato, otro "maldito gato" que lo hará reflexionar y escribir; así podrá encontrarse con una nueva Chuchezuma...

¡Todo eso hará Artemio Yungay! ¡Todo eso! ¿Yyo?

Porque ahora vivo también de mis recuerdos, nada más que de mis recuerdos. El porvenir lo veo negro. Claro está: la dama, la dama suntuosa y enojada... la mujer harapienta y desaliñada... Ellas son mis compañeras y ellas van a acompañarme eternamente.

Aunque yo tengo otras ideas sobre la eternidad. Son ideas que me visitan cuando mi ánimo está lleno de fuerzas. Entonces te leo y te leo Ouspensky y te leo Steiner, sí, a ambos los leo y muchos otros que me ha recomendado Lorenzo Angol.

Ahora son páginas muertas... para mí. Ahora es el silencio y es la nada. Pero necesito hacer algo, necesito bulla a mi alrededor, necesito que alguien viniera a visitarme.

Nadie viene. Ahora conozco la paz de Fray Tomate. ¡Que, por lo menos, grite la radio!

Es lo que he hecho: conectar la radio y la radio, entonces, ha cantado con fuerte voz de barítono:

They d'escribir una carta

Pa que aprenday a querer...

Cayó un recuerdo con este canto; un recuerdo lejanísimo que, si no es por ese canto, no habría vuelto a aparecer. Y la vi. Se llamaba Yolanda; nosotros le decíamos Yola. Era alta, espigada y siempre sonriente. ¡Linda muchacha! La quise; ella también me quiso. De pronto no nos vimos más, creo que fue un viaje mío el que me ausentó de su lado. Hasta hoy. No he vuelto a saber nada de la linda Yola. Pero la veo cantando, de pie, al lado del piano que toca su hermana. Ella decía siempre:

Impercecuta mujer...

Luego agregaba moviendo la cabeza hacia ambos lados:

Las lágrimas se te han de quer...

Así, Artemio, se alborotan mis recuerdos y así voy de uno al otro, dejándome llevar por una sucesión ilógica de ellos. Pues ya estoy en uno como ya he saltado a otro que nada, nada tiene de común con el primero. He estado ahora allá en París cuando era yo un joven

recién casado con Isabel Tabunco. Tuvimos dos hijos, Eliodoro y Carmen; ambos nacidos allá en París. Aprendieron el francés antes que el español. Estamos en boulevard Raspail, donde habitamos. Yo salgo y ellos, mis hijos, quedan en el departamento. Tengo la idea de simular una salida. Entonces ambos, creyéndome ya lejos, gritan a toda voz:

—Il est parti; maintenant on peut faire tout-ce qu'on veut...

Vuelvo hacia ellos y es la carcajada general.

¿Y tú, Natalia Toltén? ¡También te recuerdo muchísimo! Como recuerdo al cínico de Valdepinos encaramado en cualquier pilar y mirando hacia abajo con un ojo que gira y que gira. Tú eres uno de los que a Huibcito Pin la llamas “la Huincha Pon”. Y todas, todas ellas, dan vueltas alrededor mío, dan vueltas y... voy a caballo por un campo soleado, en pleno verano. Voy con el capitán Gaspar Angol. Estamos en Curihue, el fundo aquel de tan gratos recuerdos para mí. Creo que el capitán ya es el propietario y que lo recorre para ver qué compra ha hecho. Vamos en silencio. El capitán mira para todos lados; yo miro hacia el suelo y rara vez levanto los ojos al cielo azul. Un perro nos acompaña. De pronto galopamos y el perro corre delante de nosotros. Pero el perro se detiene, husmea un árbol y orina en él. El capitán ríe y me dice:

—¡Lo comprometió una meada al pobre perro...!

Este recuerdo siempre me ha perseguido, siempre, siempre. En vano me pregunto la causa de su insistencia para llegar hasta mí y presentarse...

Volvimos a las casas. Ahí estaba, de paso, nuestro senador por Copiapó, don Juan Enrique Arancibia Ocampo y estaba, además, el matancero, ese tan querido matancero que siempre recuerdo y que un día se fue al otro mundo: Guido Guindos. Habló de unos terneros que quería comprar en Curihue: yo, mientras tanto, oí la sabia palabra de mi senador sobre asuntos de política.

Al mismo tiempo olvidé todo cuanto este personaje me habló sobre asuntos políticos. Porque yo no puedo tolerar la política. Ella me enferma. Pero... ¿no sería mejor caer en la política que estar como ahora estoy penetrando en mi pasado y sólo llegando a los más triviales recuerdos? Aquel perro del capitán Angol, mis niños que están felices porque se creen solos en el departamento, Yola cantando junto al piano... Todo ello en un solo momento, en uno solo y yo viendo ese desfile ante mis ojos. Yo, yo, viéndolo pasar con muchos recuerdos más, como ser Natalia Toltén y Huinchita Pin allá en mi niñez, sí, casi en mi niñez. Porque casi la amé con pasión cuando apenas contaba con 15 años.

Yo... yo... ¡yo!

¿Llegaré a saber alguna vez quién soy “yo”? Este mudo espectador que marcha a mi lado y que todo lo juzga, que tiene como misión sufrir de estos momentos de desaliento que me invaden...

¡Es terrible la autonomía del cerebro!

De aquí, creo yo, vienen todos mis males: cuando el cerebro se independiza de nuestra voluntad y empieza a marchar solo, sin control de ninguna especie y lo relega a uno al simple papel de espectador.

Lo relega a uno...

¡Y otra vez vienen la misma pregunta! ¿Quién es ese UNO que me acompaña siempre?

Han tocado... Alguien que llega a este departamento... Puede ser alguien que se ha equivocado... De todos modos hay que ir a ver y cerciorarse.

¡Rómulo Malvilla!

Ha sentido, sin duda, mi terrible soledad acompañada por miles de seres que me

rodean y no se muestran. Claro está, la ha sentido y ha llegado hasta acá. Tras él, una figura enhiesta, una alta figura vestida elegantemente, que, al verme, hace una lenta genuflexión y luego me estira la mano mientras dice:

—Palemón de Costamota, un seguro servidor de usted.

Aprieto esa mano y respondo:

—También tiene usted en mí a un seguro servidor.

Luego Palemón, sin entrar, desde el umbral de mi puerta, me da algunas rápidas explicaciones.

—He llegado hasta su morada, amigo mío, porque el azar me hizo encontrar a este personaje que tanto estimo. (Mostró a Malvilla). A mi pregunta sobre el destino de sus pasos, me respondió que venía hasta el N° 2 de esta plazoleta y que se haría un deber de rendir visita a usted. Entonces le he dicho que le haría compañía y que aprovecharía para estrechar su mano de usted entre las mías. ¡Ya lo he hecho! Ahora, permítame usted que me retire deseándole alta prosperidad.

Y Palemón de Costamota se retiró.

—Es ése un tipo zalamero como ninguno —me dijo Romualdo—. Pero, en fin, menos mal que se ha marchado. ¡Que vaya ahora a molestar a otra gente!

Nos sentamos en sendos sillones. Le conté a Romualdo mi tan bajo estado de ánimo y le pedí que me hablara de sus recuerdos de aquella época en que era yo Borneo y no Boroa. Aunque ahora: ¿quién sería? Le dije a Malvilla:

—Soy ahora un Borneo y aquel Boroa que apareció por sólo un momento se ha esfumado. Me siento en pleno decaimiento; no tengo fuerzas para nada. Una charla tuya me haría mucho bien. Cuenta tus recuerdos, evoca, si te place, el cabaré San Lito y evoca las juergas que juntos tuvimos en él.

Entonces Malvilla habló:

MALVILLA

Me has pedido justamente lo que pensaba hacer. En estos últimos días he pasado pensando en mi pasado y he vivido aquellos tiempos ya idos en mí. Pero en alguna parte deben estar pues se me presentan como una pesadilla que vuelve, vuelve y vuelve sin cesar. ¿No crees tú que lo mejor es hacerlos salir a todos, a todos, narrándolos y dejándolos que vivan su vida? Es, sin duda, lo menor; estoy plenamente de acuerdo contigo.

¡El San Lito! No, no es tal cosa, Onofre, no la es. Todo se me ocurre ahora menos ir a parar a él. Lo dejo que viva su vida en calma como dejo a Las Tres Chimeneas y a tantos otros que he frecuentado en mis andanzas de borrachín.

Bien; hablaré de lo que a mi mente quiera venir. Hablaré como si estuviera solo en algunas noches en que me cuesta conciliar el sueño. Hablaré como mis pensamientos quieran venir:

Laponia está a mi lado y duerme tranquila. Yo he dormido unos instantes, luego me he despertado y allí estoy siguiendo mi pasado que recorre miles de sitios diversos. Veo a mis antiguos, a los viejos amigos de aquellos tiempos, veo a Ramiro Lampa y veo a Gualberto Choapa y, en medio de todos, a Palmiro Riñihue, a ese que llamábamos Chispita. Conversan y ríen... Pero, ¿podrá esto llamarse una conversación? La cuestión es meter bulla, que no lleguen hasta nosotros otra clase de pensamientos. Para impedirlos está Perpetua Mamoeiro y Rumetruda Guatacondo y, encaramada en sus altos tacones, ríe Julieta Pehuén.

Sí, Lorenzo Angol estuvo una noche en el San Lito. ¡Qué gran sorpresa fue para mí verlo ahí! Lo consideraré de inmediato como uno de los nuestros y quise estar solo con él, que me oyera lo que quería decirle. Aunque, en realidad, ¿qué quería decirle? Es lo que ahora me pregunto pero aquella noche creí decir, en su presencia, lo más que un hombre puede decir. Pues le dije:

—¡Oye Lorenzo, oye Angol! ¡Oye, viejo amigo! La grandeza de la puta es más grande que cuanto pueda existir de grande en este mundo. Pues ella toca a todos los abismos, de arriba a bajo y, después de haberlos tocado, duerme como duerme un santo sin necesidad de pensar en su sexo ni en nada que se le avecine. Duerme como dormía aquel almacenero que vivía, con su almacén, cerca de mi casa. Nosotros le hacíamos bromas con una empleada que vivía cerca de casa. El almacenero, un italiano que hablaba mitad su idioma y mitad el nuestro, fingía enfadarse y replicaba:

—Io non dorme con mujere; io me facho due o true panfioli e dorme como un angelo di Dio.

Tú comprendes, Onofre, que una puta no duerme así, pensando en esas "panfiolis" de nuestro italiano el almacenero. Ella se reposa y duerme sin más. Es lo que en aquellos instantes yo encontraba como uno de los pensamientos más formidables que jamás me hubiesen venido. Por eso se lo conté a Lorenzo y atisbaba qué impresión le producía.

Naturalmente, Onofre, no le produjo mi cuento ninguna impresión. Pero yo seguí en ese cántico que hacía a todas, a todas las cortesanas del mundo. Y decía que iríamos juntos, con una de ellas, hacia arriba, hacia lo más alto posible, porque las cortesanas son todas immaculadas. Lo son, sobre todo, cuando llevan tacones altos, muy altos, como Julieta Pehuén.

Lorenzo seguía mudo ante mis cánticos. Bebió su copa y luego se marchó. Entonces me dirigí a Ramiro Lampa y le dije:

—¡Eh, Ramiro! ¡Tengo que hacer un esfuerzo en mi vida, tengo que hacerlo sin que nadie lo note!

Ramiro me miró y me dijo:

—Tómame un trago, Romualdo, y déjame en paz.

De pronto vi a Chispita, tú sabes, Palmiro Riñihue. Ahí estaba solo, con su copa frente a él y sin tocarla. Me puse a su lado y le pregunté como se pregunta en esos momentos, sin saber a punto fijo qué es lo que se pregunta:

—¿Qué serías tú, Chispita, si fueras mujer?

Él me respondió:

—¿Yo? Yo, mi amigo, sería puta.

—¿Es posible?

—Sí, sería puta. Acabo de oír lo que hablabas hace un momento y quise conversar contigo. Pero había demasiado trago en torno nuestro así es que preferí beber. Pero te lo repito: si yo fuera mujer, sería puta y nada más que puta. Quiero dormir con toda tranquilidad. ¿Me has oído? ¡Putas y nada más!

Y Chispita me dio una larga disertación sobre sus deseos, una muy larga disertación. ¿Qué me habrá dicho? Lo recuerdo vagamente y nada más. Hablé de un simple contrato de goces, de pasar lo mejor posible un momento y nada más. Si hay más que eso, entonces es un engaño: si hay juramentos eternos, hay un engaño. Es por eso que esas mujeres no gozan, simulan gozar y eso es todo. Así es que —me decía Chispita— debe haber concreta-

ción a ese acto, ese acto-goce y no pasar a otros terrenos que toquen la intimidad nuestra. ¡Jamás pasar a ellos!

Así me habló Chispita hasta que yo allí, oyéndolo, me dormí.

—¡Despierta! —me gritó—. ¡Aquí no se puede dormir!

—¿No prefieres venir a mi cama y dormir conmigo? —inquirió Miroslava Lipingue.

—Prefiero bailar —fue mi respuesta.

Naturalmente, Onofre, bailé como he bailado tantas veces en esos antros. Pues había que bailar, bailar con cualquiera y así, bailando, me divertía.

¿Crees tú que me divertía?

No, amigo mío, no y no. En realidad evitaba el hecho de sentir las horas, evitaba esa voz que siempre me perseguía y que yo de antemano sabía lo que me iba a decir:

—Detente y reflexiona sobre este pasar del tiempo.

Yo respondía:

—¡No! Quiero bailar, quiero que todo el mundo salga a bailar y baile para siempre. Pues... (aquí me dirigí a un señor que veía por primera vez y que se hallaba sentado en mi mesa) ...pues vea usted, compañero, que esta música está tocada por aquella bella, bellísima violoncelista. ¡Es un insulto a ella no salir al medio de la pista! Pero, señor mío, la música ha cesado. La bellísima violoncelista ya no está, ya se ha marchado. ¡Pobrecita! Lo que le ha ocurrido es que de tanto tocar se ha quedado al final sin una nota en los bolsillos. Pues ha de saber usted, señor mío, que ahora las mujeres llevan trajes con bolsillos, ¡sí, señor, y mil veces sí! ¡Con bolsillos!

Yo creía que aquel señor se iba a enfadar conmigo y que me iba a golpear. Pero no se enfadó. Aquel señor rió a mandíbula batiente y se mostró dichoso al haber encontrado un amigo ahí sentado en su mesa. Me tomó de un brazo y me dijo en voz baja, muy baja para que nadie lo oyera:

—Esto es absurdo, es la lata completa; todo esto que ahora nos rodea: la música, el baile, las mujeres, los tipos, los camareros, las luces, el trago... ¡Todo es lo absurdo y nada más que lo absurdo! Ya lo podrá ver usted: hasta esa bellísima violoncelista que usted tanto miraba hace poco, hasta ella ha desaparecido. Porque esto es ¡absurdo!

—No, señor, no. Ahí está nuevamente y, sin duda, va a tocar otra vez más para que todos bailemos. ¡Sí, sí! ¡Ha empezado el baile! Usted, señor, debería invitar a una dama a bailar. Puedo presentarle a una dama y así bailarán hasta reventar.

Me respondió:

—Yo no bailo en sitios absurdos como es éste.

—¿Y por qué ha venido usted a este sitio?

—A verificar que lo absurdo está en todas partes.

Pero aquella noche me marché y salí a las calles solitarias. Me dirigí a mi casa y sentí por primera vez que yo no me había divertido ni una nada, que, por el contrario, había sufrido mucho. Sentí... ¿Cómo poder explicártelo?

Sí; eso es, eso es. Hasta que me acosté y me dormí.

Al día siguiente salí a vagar por las calles. Me encontré con Zócimo Taltal que paseaba con su mujer, Vulcania Milotoro de Taltal. Conversamos un rato y esa noche comía con ellos en su casa, calle del Fuego Eterno.

Es una curiosa pareja. ¿Se amarán? No lo creo: están unidos por una costumbre, una especie de resignación. Él, tú lo sabes, Onofre, pinta y pinta maquinalmente pues tal es el oficio que tiene; ella admira sus pinturas porque tal es el papel de la mujer de un pintor.

Y él está acostumbrado ya a ser admirado por su mujer; ella ya está acostumbrada a exclamar: "¡Qué lindo te ha quedado eso!". Así es que esos dos no podrán separarse jamás. Cree mucha gente que ambos forman los complementarios perfectos.

Sí, has dicho bien, Onofre: tienen la costumbre de consumirse en una vida dada que, sin ellos darse cuenta, los va hundiendo.

Son como Higinio Romeral y su mujer, Salaberga Huintil, que se complementan en su propio avance. Pero en ellos no hay avance ni nada que se parezca. Creen en un buen entendimiento y son sólo adeptos de lo que yo llamaría "negativo-costumbre".

Volví a casa, calle de La Parroquia. Era en los tiempos en que yo cortejaba a Laponia Socaire. Yaquí, pensando en ella, me sucedió algo que yo considero extremadamente curioso. Sí, mi querido amigo, te lo diré:

Vi que el miembro viril tenía una vida independiente; vi que éramos dos: yo y él, él y yo. De lo cual deduje, o mejor, sentí que en toda vida sexual hay algo como un pacto entre el "yo" y el "sexo". Es decir, Onofre, vi que el miembro tenía una vida propia que, muchas veces, gobierna la nuestra.

¿Es esto un pacto que hay que cancelar?

Y recordé que lo mismo había sentido yo con el alcohol, es decir, que él tenía su vida propia como la tiene cualquier ser en este mundo y que, lentamente, se incorpora en uno.

Esa noche juré terminar con todos estos pactos. Naturalmente que luego lo olvidé. Pero la cosa había sido dicha y jurada. Y, al jurarla, la visión de Laponia llegó hasta mí y me besó.

142

Hoy, 29 de marzo de 1962, es un día casi tempestuoso y hace mucho frío. Estoy solo aquí en Fray Tomate. Una cantidad de carpetas me rodean. Debería verlas y así seguir tu consejo, mi tan querida Colomba. Pero el solo hecho de coger una me fatiga. Será para más tarde, para otro día. Ahora necesito caminar sin rumbo, caminar hacia donde mis pies quieran llevarme. Iré a compartir mi soledad con la gente que se mueve por las calles. Vamos, pues, a estirar las piernas y veremos así a quién encuentro.

He salido y ya estoy de vuelta. A los pocos pasos de marcha me he encontrado con el doctor Lucas Pitrufluén que iba con el dentista Manfredo Angachilla. Los acompañé un rato y llevé el tema de nuestra charla hacia el doctor Gil Hualañé. Justamente ellos lo comentaban. El doctor Pitrufluén me dijo:

—El doctor Hualañé me ha dicho algo que yo considero de alta importancia. Ello es lo siguiente: La medicina —me ha dicho— ya está bien y muy bien frente a nuestros estados físicos; pero le falta aún penetrarse debidamente a nuestros estados psíquicos. En esto no atina a pesar de que hay tantos investigadores que de ello se preocupan. Yo tengo una completa fe en los esfuerzos que hace mi colega Hualañé. Ahora, justamente, voy a tratar este tema en nuestro consultorio. Hace usted muy bien en acompañarme, colega Angachilla, pues verá usted que no será una charla en vano la que tengamos con él.

Los dejé. En otros momentos me habría interesado ir con ellos y me habría satisfecho oír hablar al doctor Hualañé. Pero hoy no podía así es que, como digo, los dejé.

Caminé otro poco. Sentía que el frío me traspasaba. Me envolví bien en mi abrigo y

seguí. Es curioso el clima que hay aquí en esta ciudad de San Agustín de Tango. Caen, de pronto, estas heladas, el cielo se pone gris y sopla el viento. Y hay que pensar que estamos apenas en el mes de marzo, una época del año en que aún debería brillar el sol y hacer más bien calor. Luego una lluvia empezó a caer. ¡Se acabó mi vagancia callejera! Volví a Fray Tomate y me encerré en mi escritorio junto al alto de esas carpetas de que Colomba tanto me ha hablado. Alargué una mano y cogí la primera que mis dedos encontraron. En ella se leía:

Carpeta gris
(Abril 1949)

La había olvidado. Ahora veía que tenía yo una carpeta gris en la que juntaba papeles sueltos que esperaban su sitio en otras carpetas. La dejé de lado. Pedí mi almuerzo que la Zoraida me sirvió con presteza. Luego volví a este escritorio.

El tiempo, de inmediato, se me ha hecho más corto. Hoy voy a ir a comer donde Rubén de Loa y Lucila Volcán, a su taller de aquí, de la superficie; no al del fondo del mar. Estas horas de espera me parecían interminables. Ahora, no. ¡Tú me has salvado, Carpeta Gris, tú harás pasar estas horas debidamente!

El primer papel que de ella saco lleva por título: EL ORDEN Y EL DESORDEN. Dice así:

Fermín Huanuco, el seudomúsico que husmea a los verdaderos compositores pretendiendo igualarlos, es un fracasado perfecto, total. Y ahora, según he oído, es un ebrio que va cayendo por el alcohol sin que nada lo retenga. Es, además, un enfermo que pasa más de la mitad de su vida en cama y, desde su cama, perora con una grandeza miserable.

En su buena época, cuando era un hombre sano y era normal e inteligente, alcanzó a llegar hasta ciertas ideas firmes que, por cierto, debieron ser un comienzo y nada más para hacer de él un hombre progresista. Mas todo quedó allí. Luego le vino la decadencia, la decrepitud, el alcohol y la enfermedad. Entonces, junto a él, empiezan a decaer sus ideas firmes y a adaptarse a su nuevo estado de decrepitud creciente. Al fin Huanuco no guarda más que el deseo, la necesidad de ideas firmes que encandilen y que lo sostengan y justifiquen.

¿Por qué proceso pasaron sus ideas firmes? Nadie lo sabe; es el misterio.

Ahora está en cama y está ebrio. Comprende, por cierto, que vive en pleno desorden, que no logra ajustar su lógica con la lógica del mundo. Entonces sus primeras ideas firmes se han transformado en dar base intelectual a su impotencia. Y habla:

—El desorden es una gran cosa pues es lo necesario, es lo inevitable, desde el momento que existe el orden. ¡Me río de la gente que cree en el orden! ¡El orden es un error! Lo único que existe es la NADA. Un sitio amorfo en el que nada hay. ¿Por qué? Porque no hay necesidad de que haya algo puesto que ese algo no se manifiesta. Y no se manifiesta puesto que es el total, es el UNO; el absoluto que no puede tener características. Desde el momento en que empieza la manifestación, los dos polos son igualmente importantes. Son dos entidades. Es igual al Bien y al Mal. ¡Oh! Aquí reside toda la ignorancia de la humanidad: creer que hay algo y que el sitio que no se ha alcanzado ha de tener el nombre contrario. Es decir, ha de llamarse ORDEN. ¡Esto es falso! Porque no hay más que la nada. Luego esta nada tiene dos maneras de presentarse: orden y desorden. ¡Estoy por el desorden! Ustedes creen que el desorden es una falla del orden. ¡No y no! Él es la verdad, la única verdad.

Hacia ella yo marchó. Pero la gente que me rodea me lo impide, me pone toda clase de obstáculos. Mas cuando yo llegue... ¡oh, gloria y triunfo!

Luego Fermín Huanuco nos echó de su casa. Quedó diciendo y repitiendo esas palabras de "gloria" y "triunfo". Pero yo vi que se dormía. Así se durmió. Nosotros nos marchamos.

Sigamos con mi Carpeta Gris. No es hora, pues falta mucho, para ir donde Rubén de Loa. Sigamos.

¡Cómo! ¿Josette aparece en el fondo de esta carpeta? Sí, es ella, ella, Josette. Voy a copiar tal cual, en un tiempo, escribí estas notas. Dicen así:

Josette... La hacemos nuestro centro. Recomendamos un sentido para el cual trabajar. La idealizamos. Responde. Apoyamos más y más. Responde siempre. ¿Hasta dónde apoyar? Pues sentimos todos que, tras nosotros, está el fantasma de nuestra canallada: que cuando quiera una realización, la independencia natural después de haber concebido, seamos nosotros los que no podamos responder. Habría así una falla, no sólo ante ella, sino ante nosotros, ante nuestro grupo. Marcharíamos con esta falla y no pronunciaríamos su nombre, ni el de Josette ni su verdadero nombre, Dinora Yacal.

Porque callamos, porque la queremos en silencio y, como lo ha dicho Rubén de Loa, la queremos en contra de la burguesía.

Callemos. Tras de nosotros sigue el fantasma que nos atisba.

¿Por qué no hacer como hacen los frailes? Los misioneros... Cuando llega el momento de hacer reales las palabras, giran sobre el otro mundo. Nosotros podríamos girar sobre el ideal y sobre la recompensa de la vida libre. Pero Josette puede quebrarse. Nosotros estamos bien protegidos. Ella, no.

Josette es hermosa. Tiene ojitos de almendra y melenita de león. Bebe, baila. Así sus ojos son vagos. Respira hondamente y se echa en el diván. Nosotros, Rubén y yo y otros, otros, otros, la miramos vivir.

Bebe, baila. En nuestras reuniones hay música. Hay coñac y hay pisco. Contamos cuentos. Hemos recurrido a toda clase de gente, de derecha e izquierda. Ello es indispensable. Pues...

...lo que para nosotros es un problema, para ellos es una ocasión de actuar.

Con las mujeres hay que actuar. Hay que poner vida, vida de ésta, vida de todo el mundo. Y tienen que sonar los shimmys y los tangos y los valeses. Tenemos que tomar coñac y tomar pisco y toda clase de licores. ¡Lo imprevisto! Hay que reír. De otro modo ninguna mujer se hace dúctil. De otro modo no hay trabajo posible.

¡Trabajo! Luego, después, se indica el camino: a derecha o a izquierda. Es decir, una vez que haya dado su vida.

Rubén y yo hemos discutido sobre este punto moral, lo hemos discutido en un bar cualquiera. Pero dos tipos se pelearon y su pelea cortó nuestra discusión. Además había demasiada música de bailes. No pudimos tratar el tema. Nos marchamos.

Moral... No por moral pura, de texto, escolástica. Lo hemos discutido por buen gusto, por no hacer el barrigón de cadena de oro. Si lo hemos discutido, ¿qué fe con uno mismo después?

Y hemos recordado a una francesita que hemos conocido allá en París, a Margot, y

cómo fuimos con ella. Pues hubo una explotación inconsciente de parte nuestra, una explotación intelectual. Estuvo ello mal. ¡Hay que responder!

Nuestra actitud con Josette debe ser diferente. Tenemos que defenderla, no crearle curiosidades malsanas. En esto hemos estado de acuerdo. Esto lo ha proclamado Rubén en alta, muy alta voz aunque íbamos solos, yo a su lado, por una calle desierta.

Creo que su alegato, como sería el mío también, no es más que nuestra defensa por el deseo, ante ese deseo loco que llevamos en el fondo: deseos de corromperla y de gozarla sin que nadie se entere de ello.

Pero es el caso de que yo adivino esos deseos en Rubén; es el caso de que él los adivina en mí; es el caso de que ambos los adivinamos en los demás. Vivimos en una atmósfera de desconfianza y nos atisbamos a hurtadillas. Pues nadie debe tocar a Josette.

Ahora veo una serie de papeles que en vano leo y releo. No los entiendo. Pero los copiaré pues he de seguir las órdenes de Colomba que me ha pedido ver todas mis carpetas. Hay uno que habla de Ascanio Viluco, el borrico, como lo llama Macario. Ahora me acuerdo que lo escribí después de ir, cierta noche, al ballet con él. Bailaban Virginia Rapel y Praxedes Bagdad. Ascanio contemplaba con mucha seriedad. Al llegar a casa escribí lo siguiente:

Ascanio Viluco mira al bailarín cuyo nombre no recuerdo. Lo halla grotesco, detestable, no logra ubicarlo y entonces lo niega. Lo niega por estar, ese bailarín y el ballet, fuera de su fórmula. Yo lo admiro, lo acepto y aplaudo pues logro ubicarlo. ¿Según qué lo ubico? Tal vez es por una fórmula también: la de aceptar todo cuanto ocurra ante mis ojos.

A la salida del ballet nos encontramos con Fermín Huanuco, el seudocompositor. Caminamos los tres juntos. Ellos discutían sobre la existencia o la no existencia de Chile. Huanuco negaba rotundamente que Chile existiera. Ascanio sostenía que tenía que existir puesto que íbamos caminando por él. Yo sostuve que existía por la imposibilidad absoluta de no existir.

Otra nota sobre Romualdo Malvilla hecha en la época en que frecuentábamos los cabarés y vivíamos más ebrios que sanos. Dice, esta nota, así:

Por muchos días, acaso por muchos meses, estuvimos girando alrededor de un chiste que salió de una mesa del San Lito. El chiste era el siguiente:

- ¿Para qué bebes?
- Para ahogar mis penas.
- ¿Y las ahogas?
- No, porque ellas saben nadar...

Otra nota sobre don Ricardo Cortés Mandiola, el político, en aquellos tiempos Diputado por Loncoche.

-Jamás los niños deben jugar con cornetas -dice siempre el Diputado por Loncoche, don Ricardo Cortés Mandiola.

Dice su frase con aire de profunda seriedad y luego se retira. Es todo. Sus ideas sobre la educación de los niños empiezan y quedan ahí. Tal vez ha quedado esa frase como la

única sobreviviente de una época corta en que se ocupó del asunto. Tal vez ha sido al tener su primer hijo. Esta frase se le ha grabado en la mente por la preocupación a las heridas, a algo que se puede enterrar en el paladar si el niño cae con la corneta en la boca.

Luego, con aire grave, se dirige a la Cámara y en ella olvida a los niños y a las cornetas. Pues trabaja por el "bien público".

Otra nota de los tiempos en que frecuenté el Club Cero, donde se reúnen los de extrema izquierda. Se forma, en dicho Club, una discusión que luego yo anoto y que aquí voy a copiar:

Discusión a base de principios filosóficos tenida en el Club Cero. Se discute sobre la ida de Tiburcio Azapa a Alemania. Hay quienes aprueban este viaje; otros lo rebaten, entre ellos está Pascasio Vallenar que alega:

—Los que quieren que vaya Tiburcio Azapa a Alemania son unos anarquistas pues cada cual hace así su gusto; es decir, gobernado por sí mismo. ¡Es un egoísmo! ¡Sí, un egoísmo! Como es un simple egoísta su hermano, el pintor, Tulio Azapa. Tulio sostiene la aristocracia del arte, del arte para unos cuantos, cuando el arte está en el pueblo, ¡en el pueblo!

No escuché más. Me retiré.

143

La tarde se ha pasado. Ya es la hora de ir al taller de mi amigo Rubén de Loa. Está solo. Hoy no veré a Macario ni a Mamerto. Tampoco veré a Lucila Volcán pues, según me ha dicho el mismo Rubén, ella está en el campo y no regresará hasta mañana. Caminemos, pues.

Aquí está el departamento de Teodoro Yumbel y de su mujer, Albania Codahue. Hay luz en su escritorio. Debe estar trabajando en su obra, tal vez en *El Pájaro Protervo que pasa por allí*.

Sigamos.

La calle del Pentateuco y la entrada monumental del Cementerio Apostólico. Allí reposan tantos buenos amigos que a veces logro ver en mis descensos a la Tierra, cuando voy tras de ti, mi Colomba querida. Allí se descomponen y se pudren. Ellos, felizmente, siguen viviendo como siempre han vivido. Allí está el que fue el cuerpo de don Irineo Pidincio y el cuerpo del inmenso, el siempre grande de Florencio Naltagua, es decir, de Celso. Pero yo tengo la costumbre de llamarlo con su nombre de aquí de la Tierra. Sé muy bien que ya no obedeces a él; sé que eres Celso y nada más que Celso. Me lo advirtió Teodosia Huelén alla donde ustedes se encuentran, me lo advirtió Maribel siempre alegre y siempre riendo con esa alegría que es verdaderamente contagiosa.

Allí está el cuerpo del que fue Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Y está también el cuerpo de Anacleto Ibacache y de Eufobina Colliguay y el de Adalberto Huachipato y el de Ponciano Chacarilla. En fin, son tantos, tantos. Y allá en Santiago están los restos de mi padre, Eleuterio Borneo; los de mi madre, Trinidad Calama. Y están los de tu hermanita,

mi querido Lorenzo, de aquella que vivió sólo un poquito para luego morir y ser enterrada: ¡Jateña!

Jateña hoy es Maribel. Jateña ha realizado, por fin, su sueño de perpetua alegría.

¿Y Chinchilla? ¡Oh, quisiera verla nuevamente! Me acuerdo del ropero donde la poseí; me acuerdo que varias veces sentí un verdadero afecto por aquella que aquí fue Teodosia Huelén, pues ella me recordaba, no sé por qué, a Chinchilla. Me la recordaba unos instantes y luego este recuerdo se perdía. Bien, bien... ¡Idos, idos semejantes recuerdos!

Así dije y, al mismo tiempo, oí claramente un formidable, un estruendoso: "Brrrrrrrrrr..." que atravesaba por los aires. Era Baldomero Lonquimay que, de seguro, pasaba hecho un bólido.

Ahora pienso en mi nicho. Todavía está vacío salvo esas dos cologiünas que allí viven. Y he pensado también en ti, linda y altiva mujer, ¡Tártara Tigre! Pero tú estás allá en Santiago; sí, allí reposas. Pero quiero verte, divisarte, al menos, allá en el fondo de la Tierra. Bueno: ¡a comer con Rubén de Loa!

Un momento. Una música silbada me ha detenido. La reconozco: es el *Bolero* de Maurice Ravel. Y bajo la entrada monumental del Cementerio Apostólico, aparece caminando, rumbo a la ciudad, el hombre Martín Quilpué. Va solo y correctamente vestido con su sombrero calañés gris claro con cinta negra, con vestón azul marino y rayas blanquecinas, camisa blanca rayada de azul, cuello de pajarita, corbata violácea con pintas ocre, zapatos negros rebajados de cuero de potro y calcetines grises algo más oscuros que el sombrero. El ambiente entero se perfumó con olor de agua de Colonia de la Farmacia Chacabuco, olor que se mezclaba con el del tabaco de los cigarrillos Baracoa que iba fumando. Salió del Cementerio y, siempre impertérrito, se alejó por la calle de La Inmaculada Concepción.

—¡Adiós, hombre Martín Quilpué! —le grité.

Parece que no me oyó pues siguió su marcha indiferente y así lo vi perderse entre la gente que pasaba.

Un rato después estaba yo en el taller de Rubén de Loa y nos disponíamos a comer. Es siempre hermoso este taller. En él se acentúa la luz verde, ya sea de día o sea de noche. Las pantallas de las lámparas eran verdes; la luz misma era verdosa debido, sin duda, a una singularidad de las ampolletas. Pero al caer sobre nuestros rostros, este tono no nos ponía de aspecto cadavérico; por el contrario, teníamos rostros rozagantes. Ello influyó en nuestros ánimos así es que, alegremente, devoramos la entrada de paltas. Luego comimos pescado. Después, de postre, nos servimos chirimoyas. Un café y una copa de pisco y Rubén me dijo:

—Pasemos a sentarnos cómodamente. Ya estamos satisfechos por lo que a comida se refiere. Ahora quisiera hablarte sobre cualquier tema. Ya ves tú que necesito cada vez menos la presencia de Macario Viluco para desatar mi labia.

Nos sentamos en anchos sillones. Encendimos nuestros cigarrillos y, fumando, me dispuse a oír al amigo.

DE LOA

Toda obra de arte tiene que ser, ante todo, una aventura. Pues, al hacerla, se marcha hacia lo desconocido. He visto a aventureros que se disponían a marchar a la cumbre del Tupungato. Sus conocimientos sobre el escalamiento de esa enorme montaña eran precisos hasta cierto punto. Después, otro instinto los movería y a él tendrían que

adaptarse. Pues iban a mezclarse con otra vida, con la vida de la naturaleza que poco, muy poco, se ocupa de la nuestra.

Así tiene que ser la realización de una obra de arte; así se pueden arrancar los gritos del tucán que hay aquí a mi lado; así se puede encandilar a los peces que me rodean allá en el fondo de los mares.

Esos andinistas fracasaron al querer escalar el Tupungato. Pues algunos de ellos murieron y los demás tuvieron que volverse. La gente les preguntaba:

—¿Qué les ocurrió?

Ellos respondían lo único que era posible responder:

—Fue una causa mayor la que nos arremetió; no podíamos, nos era imposible, defendernos de sus efectos pues ellos se hallaban fuera de nuestro alcance. No fue falta de organización. Nuestra organización era perfecta; eran también perfectos los conocimientos que teníamos. Pero, fracasamos.

Así debe ser el hecho de hacer una obra: nuestra organización y nuestros conocimientos deben ser perfectos. El resultado que ha de tener la obra... un punto de interrogación.

Zócimo Taltal y Facundo Doñihue, pongo por ejemplos, copian exactamente hasta el final lo que sus respectivas mentes les han presentado. Queda para ellos todo imprevisto de lado. Miran a estos imprevistos como se mira a un defecto atroz del cual hay que salvarse. Yo, no. Yo organizo mi obra y estoy, todo el tiempo, en espera que ese imprevisto llegue hasta mis pinceles. Al fin llega. Entonces él guía mi mano y... y... ¡la puerta se me abre, Onofre, la puerta me muestra nuevos horizontes insospechados! Entonces quedo en arrobamiento frente a estos horizontes nuevos para mí.

Porque toda obra de arte debe ser una incursión a los últimos pliegues de nosotros mismos. Una obra de arte debe mostrarnos los recovecos que hay en nosotros. El artista debe ser el primero en admirarse de su obra y debe caer en meditación ante sí mismo.

Sí, Onofre, yo estimaba enormemente a Anacleto Ibacache. Ha ido a otros mundos... ¡qué hacerle! Pero queda siempre la bella Elsa, esa mujer inexistente que vive en las piedras y que en todas partes se encuentra.

Yo conocí a esa mujer gracias a Ibacache. Siempre la frecuento cuanto puedo. Y cada vez que la frecuento elevo un recuerdo al amigo que ya no es.

Como estimo muchísimo a Cirilo Collico. Cuando Collico está tras un caso detectivesco, es inútil hablarle de pintura. Está en su función de detective y nada más. Luego va a la pintura y todas sus actividades anteriores, las de bandidos y criminales, pasan al olvido. Ahora no es más que un pintor. Sería inútil ir a él y hablarle de un crimen que acaba de cometerse. Te miraría estupefacto y te pediría que lo dejaras trabajar en su tela. Hasta que pasa la época y entonces vuelve a sus tareas de policía. Te aseguro que sería inútil hablarle ahora de sus telas o de las telas de otros pintores. Sería hablar en el vacío.

Doroteo Soronal es un necio como Taltal. Copia de sí mismo las imágenes que tiene su propio cerebro. Desconoce *la aventura*. No me interesa Soronal.

¡Oh, cuando estos imbéciles comprendan! Sí, Onofre, cuando Soronal y Facundo Doñihue y Zócimo Taltal y Paposos y esa dama llamada doña Claudia Puchuncaví y toda esa ralea de falsos pintores, comprendan las ventajas y las posibilidades que hay en la *inutilidad* del arte... Pero ¿sabes tú lo que entre ellos se insinúa ahora? Sencillamente que la foto da mejor las cosas... Que las da con mayor exactitud, con mayor fidelidad... Y ello es verdad; la foto da las cosas con mayor exactitud y con mayor fidelidad. ¿Y qué?

Es que en arte no se trata de ese mejor. Se trata del hecho mismo de que alguien, aunque peor, lo esté haciendo.

¡Que alguien esté golpeando a una puerta estando la otra abierta...!

Justamente este gesto, al parecer sin sentido e inútil, ¡qué de cosas puede traer cuando se encamina francamente por sí mismo!

Mas para ello hay que abandonar nuestra mente pensante.

En esto pensaba yo el otro día. Mis ojos vagaban por todos los lados y, de pronto, se detuvieron en aquella reproducción. Tú sabes; es *Le Marché aux boeufs*, de Géricault; pasé luego a mirar esa otra reproducción del mismo autor: *Bouchers de Rome*. Ya verás lo que mis ojos encontraron:

Peleas de perros, mataderos y ¡qué sé yo! Todo ello sucedía en pleno Olimpo.

Es decir, Onofre, eso es arte. Eché luego una mirada de soslayo a las fotos que tengo diseminadas un poco por todas partes.

Es curioso, muy curioso, cuando la mente vaga libremente sin que haya ningún registro sobre este vagar. Ahora mi mente traía a sí la imagen de Vitelio Doñihue, el hermano del necio de Facundo, el pintor que pinta... ¿Por qué te extraña esta expresión mía? No debería extrañarte pues son poquísimos los pintores que alguna vez pintan. Vitelio siempre pinta, aun cuando se mezclaba con otros grupos; recuerda que fue el jefe de aquella escuela que peroraba y peroraba; aquella escuela que hacía una verdadera revolución en las artes. Me refiero al Pampantumismo. Ahora Vitelio trabaja en silencio. Pero la bulla, el clamor por su obra, lo ha seguido, pues es un hombre que ve, a diario, que todo el mundo enloquece de admiración ante su obra. Por lo tanto Vitelio *ve, verifica*, que él es un genio. No pude más y me dirigí a su casa, a su taller y la pregunté:

—¿Qué piensas sobre la genialidad de la humanidad, sobre sus alcances, sus grandezas, su destino...? ¡Piensa, Vitelio, que tú eres un genio! ¡Piensa en tu obra y respóndeme!

Vitelio calló unos instantes; luego me dijo:

—No, no puede ser así. Al menos que ellos vean algo en mis telas que a mí se me escapa. Pero no parecen ver más allá; no, no lo parecen. Si yo soy genial, entonces el genio es...; sí, el genio es...

—¿Qué cosa...? —le interrogué.

Me contestó en tono confidencial y a media voz:

—El genio es un medium, es un hombre dormido. El genio no es más que un empleado de..., de... ¿De quién? Un empleado del señor X, o del señor Y, o del señor Z. El genio es un obrero que hace un tornillo e ignora el avión para el cual ese tornillo está destinado...

Este tornillo es el símbolo de las artes. Pero no quiero hablar de símbolos pues ello me confunde los pensamientos. Sí, me los confunde hasta el punto que tengo que decirme:

“Todo es símbolo, mi querido Onofre, todo: desde el techo de la Capilla Sixtina y la Venus de Milo hasta... hasta el sabor de una tacita de café.

Sonó el timbre. Ambos nos miramos extrañados pues ya no eran horas para visitar a nadie. Rubén se levantó y fue a abrir la puerta. Luego volvió satisfecho.

Me dijo:

Un tipo equivocado. Pero, te juro, que alcancé a pasar un verdadero susto. Pensé que podía ser Higinio Romeral que venía a visitarme con su mujer, con Salaberga Huintil. Han

tomado la costumbre de hacer visitas a horas inoportunas. Encuentran que ello es más "bohemio", más "artista". ¡Y qué mentalidad tienen esos pobres seres! Es la mentalidad completamente discordante con la nuestra. Los artistas, claro está, los aceptan y hasta les agradecen sus visitas pues ven en este gesto a gentes de la burguesía que se les acerca, que se interesan por las artes. Pero no es así. Ellos se creen superiores, inmensamente superiores y, desde esta superioridad, se dignan interesarse un poco en el arte.

Tú ves, Onofre: interés de segunda mano; interés como el que se tiene de tomar una copa en un bar cualquiera.

144

Palemón de Costamota...

Ayer, 2 de abril de 1962, amaneció un día como son todos los días, un día sin características de ninguna especie, un día que pasa y en el que la gente se afana y corre para no ir a ninguna parte y en que la gente habla y habla para no decir nada. Amaneció un día con saludos a la derecha y a la izquierda; amaneció con oficinas y con Bancos que abren sus puertas, reciben a sus clientes y las vuelven a cerrar; amaneció con tiendas que hacen otro tanto. Ayer pasaban los autos particulares y los taxis; y pasaban los autobuses cargados de viajeros que van a una parte y así pueden volver de ella.

Ayer, como todos, fue un día de vida ciudadana.

¿Para qué se moverá tanto toda esta gente? Tal vez creen que, al hacerlo, no los verá el sol. Entonces, por la noche, podrán salir y podrán divertirse sin recibir malos ojos del astro rey. Pues ellos no se han movido de sus casas y, en sus casas, han meditado. El Sol y ellos están bien, están de acuerdo, ninguno puede reprochar nada al otro.

Yo he salido temprano, apenas terminé de vestirme. Quería que el Sol me viera en mis trajines como ve a los demás. Salí y fui a los Almacenes de San Fructuoso y Cía. Ltda. En ellos me atendió una damisela muy obsequiosa. Le compré una corbata y, con la corbata en un bolsillo, seguí hasta la Plaza de la Casulla. Di una vuelta por ella; admiré —¡una vez más!— la estatua central con el hemíono arriba; divisé, ahora lejana, la Estación de los Ferrocarriles del Estado. Luego regresé a casa, a Fray Tomate. Y subí nuevamente a mi 6º piso. Me encerré en mi escritorio.

Sonó el teléfono. La Zoraida lo atendió. Luego vino a decirme que un señor, llamado Palemón de Costamota, quería verme y charlar conmigo. Repuse de inmediato que yo también quería charlar con él y que, para ello, lo invitaba a almorzar a casa. La Zoraida transmitió el recado y luego se dedicó a preparar un almuerzo digno de tan ilustre huésped. ¡Menos mal! Alguien vendría hasta mi casa y terminaría mi soledad.

A la hora del almuerzo llegaba Palemón de Costamota.

Vestía impecablemente; sonreía con signos de gran afecto; me alargó su mano haciendo una notoria genuflexión. Me murmuró:

—Palemón de Costamota, un agradecido y seguro servidor que agradece debidamente su amable invitación.

Me apresuré a responderle:

—Onofre Borneo que se siente dichoso de poder almorzar con su tan grata compañía. Tome usted asiento y sirvámonos una copa de algo que sea reconfortante.

Él hizo otra genuflexión en signo de agradecimiento. Luego dijo:

—Veo que, hoy día, es usted Borneo y no es Boroa.

Contesté:

—Siempre soy Borneo en esta ciudad. Boroa aparece cuando la abandono y desciendo a las entrañas de la Tierra. Salvo..., sí, salvo...

—¿Salvo, qué? —me interrogó con suma curiosidad.

—Salvo cuando Maribel me invita a visitar los astros que nos rodean. Ella invita siempre a Boroa; jamás invita a Borneo.

—Es Maribel una simpatiquísima muchacha —me aseguré.

—Perdón —le advertí—; fue una simpatiquísima muchacha.

—¡Oh, oh, oh! —rió Palemón—. Es verdad, es verdad. Había olvidado que es usted ahora el señor Borneo y que Boroa ha de dormir muy lejos de esta exquisita copa de aperitivo. Su casa es un prodigio en materia de bebidas y de comidas.

—Pasemos a la mesa y usted dirá qué le parece lo que nos engulliremos. Pasemos, por favor.

Pasamos. Nos sentamos y devoramos un excelente almuerzo que mi empleada había preparado.

—¡Exquisito! —exclamó Palemón— ¡Superexquisito! Va usted a felicitar, en mi nombre, a la..., la... ¿Cuál es el nombre de su empleada?

—Zoraida —respondí.

—Eso es; Zoraida —aceptó él.

Luego hablamos de la corbata recién comprada por mí en los Almacenes San Fructuoso. Palemón de Costamota me hizo una muy larga disertación sobre las corbatas; me hizo tocar la suya y me aseguró que era de legítima fineza...

Luego habló mucho del segundo guiso que se nos servía y de la salsa que lo acompañaba...

Luego habló de los autobuses y de los trayectos que recorren, encontrando que algunos hacían el trayecto exacto y otros lo alargaban demasiado...

Luego me citó a varios amigos míos encontrándolos a todos de grandes méritos...

Luego dio su opinión sobre una cinta cinematográfica que a él le había parecido magnífica...

Luego consideró que el tiempo seguía muy caluroso a pesar de hallarnos ya en el mes de abril...

Luego comentó una huelga que ya ni sé dónde se había producido ni por qué motivos...

Luego me sostuvo sus opiniones sobre las próximas carreras de caballos, pues pensaba asistir a ellas y jugar a tal y a tal de los competidores...

Luego opinó sobre fútbol y sobre box y sobre tenis y, en general, sobre el fervor que los deportes hoy despiertan en el mundo entero...

Luego... Luego... Y luego... Ambos conversábamos en un plano perfecto de una perfecta conversación.

¿Para qué lo había invitado a almorzar? ¿Para repetir, una vez más, las ineptias que se dicen dos personas que se encuentran? No llegaba a comprenderme a mí mismo. Miré disimuladamente el reloj; apenas la 1 de la tarde... Me levanté de mi asiento y le dije:

—Con el permiso de usted —y me retiré a mi sala de baños sin saber tampoco para qué.

Luego en ella decidí volver al comedor.

Volví.

En esta breve ausencia mía, todo había cambiado. Quedé lelo, abismado, en el umbral de la puerta. Oí que murmuraba:

—Palemón de Costamota...

Pues era él. Allí estaba transformado, inconocible. Estaba estático, de pie, con los brazos cruzados a la altura del cuello. Una enorme capa negra lo envolvía entero. Le grité:

—¡Palemón! ¡Eh! ¡Palemón...!

Volvió su rostro lentamente hacia mí y me inundó con una penetrante mirada. Al mismo tiempo oí una risa seca, entrecortada, diría una risa musical.

El comedor ya no existía; todo él había desaparecido. Ahora nos hallábamos en una abrupta montaña. Miré hacia todos lados y sólo vi grandes piedras que se perdían en el infinito. Palemón seguía con su risa mas ni un rasgo de su cara cambiaba.

Pensé instantáneamente:

Si yo escribiera esta escena, este cambio del personaje y el cambio del comedor y nuestra mutua posición, uno al frente del otro sin movernos, quien la leyera sonreiría y luego me tacharía de ser un imaginativo infantil y bastante mediocre. Diría este lector que yo debería haber encontrado a una escena más fuerte y más sobrecogedora y sin esos lugares comunes de una transformación de cuanto nos rodeaba. Pensé en esto durante un segundo, durante menos tiempo aún. Él hizo una mueca más bien afable y, sin mover los labios, en el más absoluto silencio, me argumentó:

—Sí, es verdad y el público hallaría que ese lector tiene la certeza de lo que dice. ¿Sabéis por qué?

Respondí sin mover tampoco mis labios:

—No, no lo sé.

Volvió a sonar esa risa entrecortada y, de entre los pliegues de su capa, su voz, con tono cavernoso me explicó:

—Es porque la gente no quiere o no puede ver.

Quise responder algo, quise que se entablara un diálogo entre nosotros. Pero él había avanzado hasta mí, me había cogido de un brazo y me decía como quien da una orden:

—Amigo, volemós.

Y ambos partimos en un vuelo, al parecer, muy lento pero que era veloz pues todo se perdía allá abajo, a nuestros pies. Esas montañas se empequeñecían; aparecían valles; vi el mar que se extendía hasta muy lejos. Nosotros volábamos:

Al fin la Tierra era como una bola en medio del cielo, como una bola, podría decir, inmensa considerándola según los tamaños que tenemos la costumbre de ver desde ella, pues era unas cinco o seis veces mayor que nuestro Sol. Yo la miraba embelesado.

Palemón me preguntó:

—¿Ha vuelto usted ya de su embeleso? No, no crea que trato de sacarlo de él. Pero, es verdad, comprendo, comprendo...

—¿Qué comprende usted? —le interrogué.

—Algo muy simple —fue su respuesta—. Usted tiene el hábito de los paisajes terrestres. Al cambiarle yo de paisajes, no es posible que quede usted indiferente. Y estoy cierto que aquel gusanillo literario le ha picado nuevamente a usted y le hace pensar en cómo, cómo se las va usted a arreglar para hacer de la visión que percibe una narración adecuada que... que...

—¡Hable usted, Palemón, y no se quede con esas frases a medias que tanto le interesan!

Se inclinó hacia mis oídos y me dijo en voz baja:

—... una narración que no dé la sensación de ser hecha por un hombre, o un escritor, de mentalidad infantil y mediocre. Es decir que, lo que usted ve en estos momentos, sobrepasa por mucho a esa mentalidad. Y si la escribe, si describe a la Tierra vista desde estas alturas, pues caerá usted en el infantilismo y en la mediocridad más absoluta. ¿No es verdad, amigo?

—Tal vez —respondí y seguí mi vuelo llevado por Palemón.

—Seguramente —dijo él y ambos callamos meciéndonos en esas inefables alturas. Pero, de pronto, le argumenté:

—Voy a seguir vuestro... ¿Permite que diga “vuestro” o debo volver al “usted” en que nos tratábamos?

Sonrió y contestó:

—En esto, en la cuestión tratamiento, estoy a merced de lo que a usted, o a vos, o a ti, le guste, os guste, te guste. Por lo tanto: escoja usted, escoged, escoge. Pero esto ya me aburre. Sigamos nuestro vuelo y le llevaré a usted tan lejos como nadie podría llevarlo.

—¿Ni Maribel...? —pregunté.

—Maribel es una simpatiquísima chicuela.

—Maribel fue una simpatiquísima chicuela. Usted olvida a cada rato que ya Maribel no es de este mundo. ¡Ya no lo es!

—Sin embargo está tan viva y mucho más viva que esos y esos y esos caballeros y señoras y señoritas que pasan por ahí. Sí, véalos usted. Asómesese a su balcón. ¡Adelante, amigo!

Pero no pude hacer ni el menor movimiento. Quedé estupefacto. ¡Otra vez estábamos en mi comedor de mi departamento de Fray Tomate!

—¡Zoraida! —grité.

—¿Señor? —me respondió y asomó su cabeza por la puerta.

—Traiga el whisky —le dije.

—Bien, señor —y se alejó volviendo de inmediato con una gran botella.

—Sirvámonos una copa de este buen whisky —insinué.

—Acepto —fue su respuesta—. Debemos beberla por esos tan magníficos panoramas que acaba usted de contemplar.

Yahí, en mi comedor de Fray Tomate, nos arrellanamos con comodidad y nos pusimos a charlar.

PALEMÓN

Acabo de dar a usted, mi distinguido amigo, una prueba de mi alto poder. Y, créamelo usted, es una prueba sin importancia, una prueba cualquiera. Yo he entrado a su comedor sin capa ni nada por el estilo. Se ausentó usted unos momentos y yo tenía mi capa de Satanás, esa capa que tanto ha admirado usted en las diferentes óperas en que se le hace aparecer. Luego estábamos en este comedor, que se halla en el departamento de la Plazoleta de Fray Tomate de San Agustín de Tango, la que se halla en el país de Chile, el que se halla en el continente Sudamericano, el que se halla... Bueno, usted comprende lo que quiero decir. Y, de pronto, todo ello desaparece y henos a ambos, a usted y a mí, volando por los ámbitos a una velocidad no conocida en la Tierra. Pues hemos visto a este planeta empequeñecerse, por la distancia que nos separaba de él, hasta un tamaño miserable. ¿No es verdad, mi amigo, cuanto le he dicho?

Yo

Nada tengo que rebatir a usted, amigo, pues lo que usted ha dicho es la más pura verdad. Se ha transformado usted súbitamente y ha transformado este comedor, primero en piedras montañosas y luego lo ha alejado usted a distancias inconmensurables.

Reconozco: la verdad más absoluta.

PALEMÓN

Y no me dirá usted que ha habido en mí algo de sugestión. No, no, no. No la ha habido. He querido, tan sólo, demostrar a usted mi gran poder. Nada más.

Yo

De acuerdo, estoy completamente de acuerdo con usted, completamente de acuerdo. Reconozco que tiene usted unos poderes prodigiosos.

PALEMÓN

Menos mal que los ha reconocido usted. Es ahora un verdadero amigo mío. A propósito, ¿no cree usted que podríamos tutearnos? Este buen whisky incita a tratarse de tú. ¿Me es permitido, pues, que lo tutee?

Yo

Por cierto, por cierto. Nos tutearemos. Bebo, pues, a tu salud, ilustre Palemón, y espero bebas tú también a la mía.

Y ambos bebimos una copa a nuestras saludes. Luego reímos y reímos. Nos servimos, entonces, otra copa. Pero nos detuvimos. Bastaba ya. Sentí que el whisky empezaba a hacer su efecto. Era suficiente así es que cerré la botella y la guardé. Me dispuse a oír a mi buen amigo Palemón. Pero él callaba y me observaba. Puse un tema:

Yo

Yo diría que te has expresado mal. Deberías haber dicho categóricamente: "ellos no pueden ver"; no deberías haber empleado ese "no quieren ver".

PALEMÓN

Y entonces tú te preguntas: ¿Por qué es que ellos no pueden ver? ¡Muy bien hecho que te lo preguntes, querido y mil veces querido amigo y gran amistad de Onofre! Pero hablemos en voz baja... ¿quieres? La Zoraida... ¡Hmmmm! La Zoraida tiene orejas muy escuchadoras, orejas que logran oír a través de los muros por sólidos que sean. Bajemos nuestras voces; sí, bajémoslas. Así, así muy bajas. Hablar en voz alta es una cosa inútil y perniciosa, perniciosísima. La gente inteligente, como somos nosotros, puede entenderse sin pronunciar palabra.

Yo

Entendámonos sin pronunciar palabra. Es lo que yo siempre he deseado. Una mirada, otra mirada, me responden con nuevas miradas... ¡Y nos entendemos! Pero la boca... ¡clausurada!

Desde aquel momento no hablamos ni una palabra más; fue el silencio absoluto entre nosotros. Ello me recordó a Colomba, nuestras largas conversaciones. Colomba... ¡Eh, fuera esos recuerdos que nada tienen que venir a hacer ahora! Y dije (manera de explicarme; no tengo otra manera); dije:

¡Habla, por favor, Palemón de Costamota! Todo mi ser será sólo oídos a lo que tu ser quiera hacerme entender.

PALEMÓN

Ellos no *pueden* ver porque tienen trazado, desde lejanísimas generaciones, el límite entre la realidad y la fantasía. Tal es el error; tal es lo malo que hay en ellos.

Yo

Hablas tú muy bien, Palemón; hablas como habla mi amigo Florencio Naltagua, con esa precisión y justeza que él tiene para expresarse. Florencio Naltagua, el ya fallecido, el que ahora se llama Celso, el que encuentro, a menudo, en mis incursiones al fondo terráqueo.

PALEMÓN

¡Bravo, bravo! ¡Bravísimo! Has dicho la verdad: Yo hablo, cuando alguien inteligente me escucha, como habla ese amigo tuyo, Celso, el que aquí fue Florencio Naltagua. Veo, con verdadero placer, que vas entendiendo las cosas y que vas dejando de lado las artimañas que nos ponen aquí en la Tierra. Nuevamente voy a felicitarte, Onofre, y esta vez lo hago muy de verdad.

Yo

Gracias, amigo Palemón. Recibo sus felicitaciones como se recibe el mayor homenaje que a un hombre se le puede hacer. Otra vez repetiré: ¡gracias!

Sin embargo..., sin embargo... No sé si corresponden estos tan efusivos agradecimientos, a la verdad de las cosas. Pues una... una... ¿cómo diré?, una duda me asalta. ¡Sí! ¡Esa es la palabra! Una duda. Porque veamos si acaso quieres tú que examinemos este asunto en toda su profundidad. ¿Lo quieres?

PALEMÓN

¡Por supuesto, amigo mío! Haces maravillosamente al querer profundizar las cuestiones que se te plantean. ¿Cuál es esa duda? ¿Cuál...?

Yo

Palemón, te has mostrado agradecido, es decir, te has mostrado dichoso por el hecho de haberte comparado con Celso. Tal es lo que acabas de demostrar. Ahora bien, tú, Palemón, tú menosprecias a Celso; Celso ha sido siempre un motivo de tus risas y de tus burlas. Lo has tachado de un falso tipo que quiere dárseles de gran conocedor de los más hondos arcanos que pueden existir. ¿Cómo concilias estas dos actitudes tuyas?

PALEMÓN

Vas a comprender inmediatamente. En este mundo hay siempre que anticiparse a lo que tu camarada de charla espera de ti. Es el único método de granjearse su simpatía. Tal es lo que tú deseabas, mi querido Onofre; tú querías verme abismado ante la sapienza de ese Celso. ¡La sapienza de Celso...! Ella no existe ni jamás ha existido. Ella es una de las más monstruosas farsas que han existido. ¿Me oyes? Veo que te abisma lo que ahora te digo. Te lo repetiré entonces para que bien se te grabe en ese cacumen, en ese cacumen reacio a entender las cosas simples:

NUESTRA DIFERENCIA ESTRIBA EN LA FINALIDAD.

Yo

¿En la finalidad...? ¿En qué finalidad? No logro entenderte bien. Podías ser un poco más explícito, mi buen amigo; sí, explicarte mejor. Yo no soy de esos seres que *entienden con pocas palabras, de esos que adivinan lo que se les quiere dar a entender.*

Necesito una larga explicación, aun para las cosas más sencillas. ¿Quisieras otra copa de whisky? ¿Acaso estás algo... algo fatigado?

PALEMÓN

¿Yo, fatigado...? ¿Y para eso me ofreces whisky? Veo que desvarías, amigo mío. O es, simplemente, que estamos en diferentes planos. ¡Ven al mío, ven Onofre, te lo suplico! Yo no deseo ir al tuyo. Ya estoy harto de pasar entre la gente torpe e ignorante de esta Tierra. ¡No, no me interrumpas! Pues has de saber que he llegado hasta tu casa para tener la honra de encontrar gente a mi altura. Creía haber hallado esa gente en ti. Y tú... tú me ofreces whisky...

Yo

Perdóname. Lo he hecho... sin querer, sin que en ello haya habido ninguna segunda intención. Tal es el hábito que aquí todos tenemos: alguien está fatigado... pues entonces se le ofrece un estimulante cualquiera, sea él una copa de licor o una tableta o bien..., o bien... En fin, tú me comprendes, sí, tú me comprendes.

PALEMÓN

¡Calla esa musiquilla que se escapa por tu boca! Pues has abierto la boca para hacerme esa oferta; y has hecho que el aire ondule al son de esas sílabas de "whis-ky".

¡Horror! ¿Me oyes? ¡¡Horror!! ¡Eres un inepto, un...!

Pero callemos será mejor.

Boca mía; ¡ciérrate! Y así, cerrada, volvamos a nuestra linda charla insonora.

Así, así.

¡Desaparece tú también, comedor de Fray Tomate! ¡Desparezca todo cuanto nos rodea! Y aparezca, en cambio, un paisaje digno de nuestra tan alta conversación.

Sin duda todas las cosas obedecen a este Palemón de Costamota. Apenas hubo terminado de proferir esas palabras sonoras, todas las cosas cambiaron. Volví a sentirme en el aire, a inmensurable altura; volví a ver a mi amigo junto a mí. Volábamos ambos.

Así como el panorama que nos rodeaba había extendido sus límites, así nuestras mentes, al menos la mía, se había extendido también.

En un momento, abajo era la Tierra; después eran otros planetas, otras constelaciones que se perdían de vista; después era el vacío inmenso, un vacío que no exagero en llamar abrumador.

Palemón de Costamota y yo volábamos por él, nos acercábamos a una estrella y luego nos alejábamos de ella.

Es decir, volábamos.

145

Volábamos...; ésta es una manera de expresarse pero que dudo tenga algo que ver con la realidad exacta. Podría haber dicho: "todo volaba alrededor nuestro"; y podría haber agregado: "pero ambos seguíamos sin movernos ni un medio paso...".

Luego noté que no sólo volaba el mundo físico, el mundo material, el mundo en que hay "cosas" que nosotros diferenciamos de nosotros mismos. Es decir, como cuando digo:

"Ésta es la Tierra"; o digo: "Aquella es la Luna"; o bien: "Éstas son plantas y aquéllos son animales"; o bien..., o bien...

Me mareaba, sentía un terrible mareo que me invadía entero. Llegó un momento en que no supe más qué era lo que deseaba, si, acaso seguir nuestro vuelo, o acaso detenernos en nuestro comedor, allá en Fray Tomate y, en él, emborracharme con whisky o con cualquier licor; pero salir de esta nueva borrachera cósmica, ¡sí, esa es la palabra!, salir de esta nueva *borrachera cósmica*.

Pues, como he dicho, no sólo volaba el mundo físico.

Equilibrando este vuelo, volaba también el interior de mi pobre cabeza. Todas las ideas que ahora tengo, es decir, las ideas que para aquel momento eran del futuro; todas las ideas que tenía mientras volábamos; todas las ideas tenidas antes, en mi juventud y en mi niñez; todas las ideas —¡sí, sí, es verdad!—, todas las ideas tenidas antes de haber nacido, antes, mucho antes, generaciones y más generaciones antes... en fin, todo el mundo de las ideas venía a mí y me acosaba.

Palemón seguía en el mejor de los mundos. Miraba, con mucha curiosidad, los panoramas que pasaban. Me decía:

—Esta es la famosa estrella Alfa del Centauro; no, no, amigo, no mires de ese lado; mira de este otro lado. ¿Encuentras tú que estamos demasiado distantes de ella? Muy bien, nos acercaremos un poquitín más.

Y nos acercábamos ese poquitín y, entonces, caminábamos en medio de paisajes, si puedo expresarme así, verdaderamente, sí, verdaderamente atroces o magníficos.

Vi que había yo perdido la noción que diferencia, allá en la Tierra, estos dos vocablos: "atroz" y "magnífico".

—Y aquello, esto que se acerca a nosotros, es una provincia que no sé si tú conoces; la provincia de Tarapacá. Ya podrás ver sus deslindes, sobre todo, el deslinde Norte: la constelación de las Pléyades. Allá en la Tierra te han enseñado una cosa diferente, ¿no es verdad? Dicen allá que su deslinde Norte es el Perú o algo así. Porque todo, mi amigo Onofre, depende del punto de vista desde el cual se mira. ¿No lo crees tú? Pues verás: deslinda la provincia de Tarapacá con..., con... ¡Ah! ¿Qué me dices, amigo?

Palemón abría la puerta y ambos entrábamos a nuestro comedor de Fray Tomate. ¿Nuestro? ¡No, no, a mi, mi, mi y mi comedor!

—Ahora sí, nos vendría muy bien una copita de whisky —dijo Palemón mientras se sentaba cómodamente en un amplio sillón.

Yo no volvía a mí mismo. Me eché en el diván que tengo allí en mi comedor y sólo logré articular:

—Llama a la Zoraida, Palemón; ella sabe dónde se encuentra esa botella y ella te servirá.

Vino la Zoraida y, viéndome tendido, me sirvió también a mí un buen vaso de whisky. Me lo tomé de un trago y sentí inmediatamente que me reanimaba. Entonces me incorporé y empecé a dar grandes paseos de un lado a otro del comedor. De pronto me detuve y, sin más, interrogué a Palemón:

—Amigo —exclamé—, tienes que explicarme una cosa que no y no atino a comprender. Es tu obligación sacarme de estas dudas. ¿No es así?

Me respondió:

—No pido mejor que sacarte de cualquier duda que hayas tenido o de cualquier duda que ahora se haya presentado ante tu magnífica testa.

—Gracias —murmuré—, gracias por la testa magnífica.

—¡Cómo! —exclamó sorprendido— ¿Dudas tú tener una testa magnífica?

Le repliqué con cierta cólera:

—No se trata de mi testa ni de la tuya ni de la de ningún, de ningún mortal! ¿Me has oído? Se trata de una duda que me ha asaltado mientras volábamos por esas regiones lejanas y cercanas al mismo tiempo.

—¿Cuál es esa duda?

—La siguiente: nos encontrábamos entre dos constelaciones lejanísimas, enormemente lejanísimas de aquí. ¿Me has entendido? Éramos como dueños del mundo y volábamos a velocidades simplemente inenarrables. Yo casi caía en éxtasis ante tanta grandeza. Y, de pronto, ¿qué veo? ¿Qué aparece ante mis ojos?

Palemón respondió:

—No lo sé. ¿Qué apareció?

Grité:

—¡Un barco, un barco, un barco conocido por mí! ¡Sí, el S.S. Arizona, en el que he viajado una vez, de los Estados Unidos a Francia! ¡Un viaje sin importancia! ¡Yo hice muchas veces ese viaje allá en mi juventud! Pues este Arizona se presentó frente a mí borrando cuanto existía a mi alrededor. Y en él apareció un viajero, un simple viajero que conocí al pasar y que después encontré en París, una vez, nada más que una vez en mi vida y del que no tengo ningún recuerdo especial.

“Luego seguimos nuestro vuelo y... ¡otra vez el S.S. Arizona! Y el mismo pasajero que me saluda y habla dos palabras conmigo. Le contesto lo mismo que la primera vez y luego lo encuentro en París. Y nunca más he sabido nada de él.

“Y seguimos el vuelo, Palemón, seguimos siempre. Ahora ya estamos cerca de aquí de mi casa, de Fray Tomate, de esta tan hermosa ciudad de San Agustín de Tango... Es decir, enténdeme bien, estamos... estamos... ¡Sí, no finjas esa necedad que no es la tuya! ¡Tú jamás has sido un necio! Eres un talento, eres un genio. Pero no se trata de eso ahora; ahora se trata de aquel barco del que te hablaba, del S.S. Arizona, ¿me oyes? El barco que hace el trayecto entre los Estados Unidos y Europa, el barco que me llevaba a mí dentro y a ese señor que conocí apenas, una sola vez, en París, es decir, en el barco y luego encontré una vez en París, nada más que una vez, nada más, puedo asegurártelo, Palemón de Costamota. Pues bien, ¡otra vez se presenta el barco con el señor aquel que me saluda y cambiamos dos palabras, dos tonterías sin importancia, sin ninguna importancia, puedo repetirlo cuantas veces sea necesario, sí, cuántas veces sea necesario! ¡El Arizona y el señor, el señor y el Arizona! Y ello viene sin antecedentes de ninguna especie y sin continuidad ninguna; viene aislado, solo, como si perteneciera a otra persona que no fuera yo, como si... En fin, tú me has comprendido, Palemón de Costamota, y no veo qué fin te propones al hacer repetir esta historia del Arizona y del señor; no veo, realmente, no veo...

Me miró con una seriedad altanera y dijo:

—Yo no me propongo nada de nada; yo bebo mi whisky, que es de magnífica calidad, y escucho tus desvaríos. Porque no has hecho más que desvariar con tu tal Arizona y tu tal señor que iba en él. ¡Desvaríos y nada más que desvaríos!

Le pregunté asustado:

—¿Acaso me estoy volviendo loco...?

Él respondió poniéndose casi solemne:

—¡No! La cercanía de tu casa y de la gente que frecuentas aquí, te ha hecho reencontrar el nivel mental que te es propio, ese nivel que paseas por las calles y que es el adecuado

para sostener largas charlas, sea en un bar o en una plaza o mirando el río o aquí en tu casa, con esa tropa de asnos que son tus amistades. ¿Me has oído debidamente? ¡Esa numerosa tropa de asnos que te rodean!

-¿A quién te refieres, Palemón...?

-¡A todos! Tanto a los que están vivos y caminan por las calles, como a los que ya están muertos y reposan en un cementerio cualquiera. ¡La tropa de los imbéciles! Y tú, Onofre, en el medio de ella pues, ahí en el medio, te sientes a las mil, a las diez mil maravillas. Tal es tu centro y, en vano, trato yo de sacarte de él. En vano... ¡En vano! Así es que será mejor que yo me marche y vaya a otras regiones más interesantes que ésta que tú proporcionas, gusano Borneo, vil gusano Boroa. ¿Qué he sacado en limpio? ¡Tomar un par de copas de whisky...! Me marchó y me marchó. ¡Adiós, Onofre!

-¡No, por piedad te lo pido, no! ¡No te marches! Seré un fiel discípulo tuyo pero... ¡quédate, quédate!

-Bien -respondió-. Me quedaré. Tú deberías descansar unos momentos. Pasemos a tu gabinete; en él tienes asientos cómodos y así dejaremos de estar encaramados en estas sillas de tu comedor. Pasemos, Onofre. Y no vayas a traer ese whisky. Basta con lo que hemos bebido.

Acompañé a mi amigo a mi escritorio. En realidad tengo en él asientos muy cómodos, asientos reconfortantes. Nos sentamos. Y reinó el silencio, el silencio absoluto, el silencio total. Pues el silencio tiene también sus categorías... Claro está, las tiene; varias categorías; muchas categorías... Con él podría hacerse toda una pauta que fuera desde el silencio total hasta la bulla, es decir, pequeña bulla; o bulla como todas; esa bulla de aquí, de las ciudades, pues uno se acostumbra a ella y vive con toda tranquilidad; no la siente; y se charla como si ella no existiera. Así es, así se adaptan nuestros sentidos. Así se aclimata...

Yo me aclimato bien. Yo me aclimato muy, muy bien; yo puedo alternar con cualquiera. Recuerdo perfectamente mis entrevistas con Tadeo Lagarto, que es, a mi parecer, un perfecto inepto, un perfecto cretino. ¡Tadeo Lagarto...!

Miré súbitamente a Palemón. Él, sereno, sin mover los labios, me... me... ¡Oh, siempre he de tocar con este inconveniente para expresarme! Me... me... En fin, quiero decir que dos, o más, personas conversan animadamente y, durante esta conversación, no han movido los labios ni han emitido sonido alguno. Así me comunicó Palemón... ¿Comunicar? Bueno, así me dio a entender... No, no me gusta esto de "dar a entender" porque presupone... No sé cómo se ha de decir pero es el caso de que Palemón expresó esto que voy a anotar aquí:

-Tadeo Lagarto es una gran persona que merece que tú, Onofre, te descubras ante él. No merecé que lo llames "perfecto inepto"; tampoco "perfecto cretino". Hay que poner las cosas en su punto exacto, ¿me entiendes?, exacto. En este punto verás que mi amigo Lagarto es de una sapienza sin igual al lado de tus frecuentaciones de todos los días. ¿Has entendido?

Transmití a Palemón lo siguiente:

-Sin embargo usted... perdona: quise decir "tú"... Tú lo has fustigado como si se tratara de un perro sucio y arestiniento. Eso lo recuerdo con toda claridad.

Otro momento de silencio, momento que, según nuestros relojes, debe haber sido igual a 2 ó 3 segundos a lo más. Luego Palemón se expresó así:

-Tadeo Lagarto pertenece a otra categoría; no pertenece a la que ocupo yo. Tadeo Lagarto es un ser inferior puesto que nació siendo un hombre como todos los hombres

que puedes ver y aun imaginar. ¡Un hombre...! ¿Qué es un hombre al lado de Satán? Responde: ¿qué es?

Por complacerlo dije:

—Nada.

Él siguió transmitiendo:

—El enemigo no está en Tadeo Lagarto. ¿Sabes tú por qué? No te apresures en contestar. Yo te lo diré siempre que me escuches debidamente: No está en él porque es un hombre vulgar; sí, vulgar como puede serlo cualquier mediocre en este mundo. Lagarto es sólo un adepto a lo que vosotros, los hombres, llamáis el Mal. Ya sabes lo que digo con este vocablo.

—Dices el Bien.

—Exacto. Pero, en fin, de algo puede servir. ¡Paciencia! Yo practico la paciencia. Tadeo Lagarto es una de mis prácticas. Y puedo asegurarte que no es eso lo que yo busco contigo. Busco la realización contigo. Pero te falta aún, te falta mucho. Pues piensas en el Arizona y el señor que iba a bordo. ¡Mala cosa!

Lo interrumpí:

—¡No, Palemón, no! Fue... fue eso, diría, diría... No fue un pensamiento mío, es decir, algo que ocupara mi pensamiento. Fue simplemente una idea que cruzó por mi mente y, al cruzar, te la comuniqué. Nada más y es por eso...

—¡Calla, calla, hombre entrometido! ¡Silencio! Soy yo el que habla en este momento. Tú pensaste en el Arizona y en el señor de a bordo. No pudiste más y lo lanzaste en medio de las magníficas constelaciones que pasaban a nuestro lado. ¡Sí, sí! Ese barco triunfó y triunfó el señor de a bordo. Fueron ambos, el barco y el señor, más importantes que lo que veías. ¿Por qué? Vuelvo a preguntártelo: ¿por qué? Te lo pregunto a ti, Onofre: ¿por qué?

Quedé mudo pues no hallé respuesta posible. Él, entonces, me clavó los ojos y me argumentó así:

—Ello se impuso en ti por el enorme sitio que ocupa en tu mente; porque tú, el barco y el señor, no son más que una sola cosa. ¡Esa es la importancia que tiene! Y yo pregunto: ¿por qué semejante importancia? ¡No, no! No trates de contestar. Yo te lo diré: eso tiene su importancia en tu mente..., ¿me oyes?, la tiene... ¡por su inutilidad!

Sin más, Palemón de Costamota se marchó. Quedé solo y quedé en verdad, anonadado. Me serví otro whisky pero no me lo tomé. Meditaba y las ideas giraban y giraban. Una duda se insinuaba en mí:

¿Había hecho, en realidad, ese viaje interestelar en compañía de Palemón de Costamota? Con Maribel ya había viajado por esas mismas partes y, al regresar, no quedaba yo nunca, jamás, con la duda de haber o de no haber viajado. Con Maribel he ido y he visitado todas las constelaciones. Ella es la verdad absoluta; no lo puedo dudar. En cambio Palemón de Costamota...

¿Y si me ha llevado de verdad...?

Sentí sueño; me tomé el whisky que me había servido; me fui a mi dormitorio; me acosté y dormí.

Fue un sueño profundo; no desperté ni una sola vez. Al abrir los ojos vi su figura junto a mí, siempre sonriente, siempre afable y correctamente vestido. Me dijo de inmediato:

—¡Arriba, amigo mío, arriba! Báñese, acicálese y vístase con rapidez, e iremos juntos a visitar esa magnífica exposición de artes plásticas que se hace ahora al aire libre, bajo

frondosos árboles y con inmensidad de público. No se cobra ni un centésimo por la entrada. ¡Es el ideal, amigo mío! ¡Ea, arriba!

Un momento después nos dirigíamos hacia el parque de Dios Padre que bordea las aguas del río Santa Bárbara, un poco más allá de la Isla del Olor de Santidad. Ahí estaba la exposición. Ahí se arremolinaba un mundo de gentes que miraba más bien asustada esas manifestaciones del arte puestas ahí con un derroche de libertad entremezclándose todas las corrientes de la pintura y de la escultura de hoy día. Los artistas vendían sus obras a quien estaba dispuesto a pagarles los precios indicados. Palemón me cogió de un brazo y me susurró:

—Esto que ve usted ahora es una gran obra que se hace para el pueblo. Yo la protejo y pongo mi bendición sobre ella.

Quedé atónito. Le pregunté:

—¿Por qué bendice usted una feria que más parece ser algo de mercachifles que de verdaderos artistas? ¿Qué bien ve usted en todo esto?

Él me respondió con una seriedad imponente:

—Es la manera que yo he imaginado para que el arte llegue al pueblo todo. ¡Arte en un parque público, arte que se presenta absolutamente gratis a los ojos que desean verlo!

—¿Y cree usted, Palemón —le interrogué—, que hay una sola persona que contemple toda esta mescolanza de obras con el verdadero recogimiento que podría llegar a merecer? ¡No, amigo mío, no! Esto es una chunga. Sería lo mismo que exponer globitos o juguetes o útiles de menaje o prendas de vestir o qué sé yo.

Me respondió:

—Piense usted, mi buen Onofre, como mejor le plazca. Pero yo, yo, Palemón de Costamota, es lo que he ideado para que... ¡ah!

—¿Para qué cosa?

—Para que el arte llegue al pueblo.

—¡El arte no llega al pueblo! ¡Esto es hacer de él una simple caricatura, es como hacer juegos públicos y nada más!

Entonces él me detuvo y, al hablar, volvió a su solemnidad:

—Usted, Onofre, se indigna porque el arte se pone de este modo al alcance de toda, toda la gente, de las cocineras y de los basureros y demás. Usted se indigna porque yo he contribuido a que él salga de ese templo que ustedes llaman “piadoso” y lo eche a correr por todas las vías de la ciudad. Usted pensará que yo prostituyo el arte, ¿no es así? ¡Error, amigo, error! Yo lo levanto a las alturas que él siempre debe tener. Yo lo levanto a la altura del pueblo y lo saco de ese silencio llamado, repito, “piadoso” en que hasta ahora se placía.

Y Palemón rió de buena gana y luego me dijo con tono confidencial como si entregara un gran secreto:

—Debe usted, Onofre, hacer trabajar su mente, hacerla trabajar a todo momento y ante cualquier ocasión. No lo olvide usted: ¡hacer trabajar la mente a todo momento! Y entonces el mundo será otra cosa para usted pues él no guardará secreto alguno para sus ojos. En donde usted veía un secreto inexplicable ahora verá la solución, la solución límpida y clara. Y verá usted, amigo mío, todo el interés que la vida tendrá para usted. Pero para ello..., para ello...

—¿Qué hay que hacer para ello?

Palemón de Costamota respondió entonces con tono adusto:

—Ser mi discípulo.

Y el hombre se alejó de mi lado a grandes pasos dejándome en una verdadera inquietud interior. Porque: ¿sería yo su discípulo...?

Ahí quedé sumido en honda meditación.

146

Caminé y caminé sin ver nada a mi lado. La gente pasaba junto a mí, algunas personas me saludaron y yo contesté automáticamente a sus saludos. Miré, sin verla, esa exposición de Artes Plásticas. Pensaba yo siempre y este pensamiento me obsesionaba:

“¿Seré el discípulo de Palemón de Costamota? ¿Estaré viendo lo que me rodea bajo la influencia de él?

Me detuve ante unas pinturas de arte abstracto y las miré para ver qué efecto me producían. Luego miré las pinturas de un arte anticuado. Los artistas, tanto de las unas como de las otras, gritaban y alababan sus obras por si había un posible comprador.

No y no; aquello pasaba sin sentir las influencias de ese Palemón. Era la vida corriente y yo no veía su garra puesta en nada de la organización de todo aquello.

De pronto alguien me saludó dando grandes gritos.

—¡Hola, amigo! ¿Tú también por aquí? ¡Cuánto me alegro verte por esta magnífica exposición al aire libre y al alcance del pueblo entero!

Así me habló Facundo Doñihue, el nefasto Facundo, uno de los peores pintores que he visto, sobre todo si lo comparo con su hermano Vitelio. Pero ahora, no me cupo duda por unos momentos, era el Palemón, ese Palemón de Costamota, quien me hacía encontrarme con Facundo y no con el serio de Vitelio.

—¡Hola! ¿Qué tal? —le inquirí apenas apreté su mano.

—Aquí estoy, mi buen Onofre, huyendo de la compañía de Vitelio. Porque te diré que Vitelio me cansa, me colma y, entonces, necesito huir de su lado. Ahora, creo yo, estaba pensando otra vez más en el Pampantumismo, esa cosa de la cual ya nadie se acuerda y que muy sepultada está. Pero ya me siento mejor, ya he recobrado mis fuerzas así es que pronto me marcharé a casa, a *mi* casa, ¿Me oyes, Onofre? *Mi* casa he dicho.

—¡Cómo! —dije—. ¿No viven ustedes ya juntos en la calle Llave del Cielo?

Me respondió:

—Sí; vivimos siempre juntos aunque, en realidad, separados.

—¡Explicáte, Facundo!

—Bien, me explicaré: Tú conoces el terreno que ambos tenemos. Es un terreno grande y valioso. En ese terreno me he hecho construir un nuevo pabellón, con su pequeño dormitorio y su sala de baños y con un buen taller que mantengo siempre cerrado. En ese taller yo trabajo, en él me expreso, de él salen las grandes obras a dar la vuelta al mundo. Vitelio lo ha visto y, con su frialdad acostumbrada, me ha felicitado displicentemente. Pero yo allí laboro locamente; no me reconocerías si me vieras, Onofre; aunque todavía no he pintado; espero el momento en que todo ese magnífico taller esté a punto. Hoy, las lámparas, las pantallas, el suelo que se halle lustroso, el rincón donde recibo a mis clientes, las bellas damas que se hacen hacer sus retratos por mi pincel, y el rinconcito oculto donde vive ella, la mujer de mi vida...

—¿Qué mujer, Facundo?

—Amigo, todo cambia y ahora... ¡me he casado! ¡Ahora somos dos los que ahí trabajamos! ¡La felicidad completa, mi buen Onofre!

—¿Y con quién te has casado, Facundo?

—Con Lania Polpaico, una mujer ideal, el sueño de mi vida y de mi existencia toda. Allí pasamos ambos limpiando y limpiando, viendo los efectos que hace una rosa sobre una mesa, una rosa que hemos sacado previamente de nuestro jardín. ¡Oh, el terreno que tenemos con Vitelio, es enorme y nos ha proporcionado un buen jardín, un lindo jardín con rosas, violetas, tulipanes y cuantas flores puedes tú imaginar! Ya te lo he dicho: por ahora, arreglar bien nuestro taller, que deslumbré a los ojos que lo vean; después, pintar, pues yo soy pintor y nada más que pintor. ¡Ya vendrá el momento de la reclusión en la pintura!

—Me gustaría muchísimo conocer a Lania Polpaico —le dije al feliz Facundo—. ¿Cuándo me invitas hasta tu rincón?

Me respondió con franca euforia:

—¡Cuando quieras, amigo Onofre; hoy si nada mejor tienes que hacer; o mañana; o pasado mañana; en fin, cuando tú quieras!

Dos o tres días después llegaba yo a la calle Llave del Cielo y contemplaba el nuevo taller de Facundo. Pronto conocí a su tierna mitad. Le dije apenas estreché su mano:

—Encantado de conocer a usted, señora Polpaico de Doñihue.

Me senté en un sillón que varias veces cambiaron de sitio para los arreglos que efectuaban en el nuevo taller; luego Facundo tomó un periódico del día, creo que *La Nave*, y lo leyó en alta voz de la primera a la última página con alta atención de su nueva esposa.

Yo me aburría, me hastiaba hasta lo indecible. Me sentía aplastado pues algo resonaba en mí, algo de Palemón de Costamota, algo que me hacía sentir que en mí había una cosa que andaba mal. Y de pronto Lania echó a andar la radio que retumbó allí dentro con sus avisos y sus noticias de actualidad y con trozos de ópera italiana que me recordaron a Jabalí Batuco el que fue nuevamente tragado por otros avisos. Y partió Jabalí por una calle cualquiera, partió moviendo sus dos bastones y silbando *Vissi d'arte, vissi d'amore* y se metió en un bar y allí lo perdí.

Pues apareció Colomba ante mi vista, siempre sonriente y muda. Y Colomba se balanceó en mi mente acercándose hasta rozarme para luego alejarse y perderse como hace un instante se había perdido Jabalí Batuco que, de inmediato, empezó a charlar con Desiderio, el viejo Desiderio Longotoma. Pero yo oía con nitidez a esa Lania que no cesaba de hablar entre las noticias que Facundo le leía. Hablaba Lania, hablaba presentándose como la burguesa completa ante mis ojos. La burguesa de nacimiento, tarada, incommovible a pesar de que ella quería aparentar ser la mujer ya libre, ya la esposa de un pintor de renombre que vive despreocupada y más allá de todas esas diminutas cosas que amordazan a la verdadera burguesa. Pues la cosa no está en lo que se hace ni en lo que se alega en las conversaciones; la cosa está más al fondo, está metida en las venas desde el día del nacimiento y hay que actuar, en el fondo, según esta cosa que a todo momento se antepone y subyuga. Oyendo y viendo actuar a Lania, veía yo el medio ambiente en que ella se había desarrollado, veía yo a todo el inmenso clan de burgueses que puebla este mundo, veía yo la raza asentada e imposible de hacer moverse ni un centímetro hacia ningún lado.

Lania nos contaba, a mí, por primera vez; a Facundo, por décima o undécima vez, que ella se había ausentado de San Agustín de Tango durante los días de semana Santa que acababan de pasar; había estado en un fundo vecino descansando de no hacer nada,

tendida bajo los árboles con amigas y amigos, bebiendo ricos tragos de pisco y charlando de actualidades y de política.

—Porque hay que estar al corriente de cuanto ocurre —dijo—. ¿No lo cree usted, señor don Onofre? Para eso me ha servido tanto la lectura que mi maridito me hace de los diarios que aquí siempre aparecen. ¿No es así, Facundito? De ellos cojo mi ilustración y puedo alternar en cualquier debate que se presente ante mis ojos. Fue lo que allá, en ese fundo, me dijeron todos después de oír lo que expresé. ¿Querría usted tomar una tacita de café, una segunda tacita, señor Onofre, con una copita de licor?

La tomé por cierto y huí, huí como un loco de aquel elegante y grandioso taller. Divisé el taller de Vitelio pero no me detuve por miedo de la cercanía de su hermano y de su mitad carísima. Crucé a gran velocidad calles y más calles y por fin vine a caer en manos de Eusebio Palena y de su mujer Polinesia Loncotoro.

—¡Alto, alto! —gritó Eusebio apenas me vio—. ¡La suerte te ha traído hasta mí, mi gran Onofre! Tengo aquí en mi bolsillo la última Zambafusa, la N^o 22 que acabo de terminar después de un trabajo duro y feroz. ¡Vamos a leerla, Onofre, y te percatarás de mis progresos innegables!

—Pero recuerda —advirtió Polinesia— que me has prometido un exquisito churrasco. Ahí los hay y muy buenos. Yo comeré y ustedes se entregarán a la lectura de tu Zambafusa.

Polinesia nos indicaba el Bar Boteo. En él entramos, nos sentamos junto a una mesa y, mientras ella devoraba su churrasco, Eusebio me leyó su obra magistral que decía así:

Zambafusa N^o 22

Ya en aquellos tiempos Kennedy era una gran figura política como son los programas políticos de la nueva televisión en la administración de su gran negocio porque Nixon tendrá que atraerse más votos cuando Emilia prepara su muerte en la multitud de poemas en la reforma que emprenden los hombres más literatos que poetas. Pues establecí contacto, un alto contacto epistolar ubicado, con clara conciencia, dentro de los ensayistas de relieve. Penetré en el panteón a poca distancia del interesado y seguí con cautela al hombre del cilindro. Pero Dolores falleció por falta de agua.

¿Cómo ha ocurrido esto?

Sabido es que Núñez de Arce flagela y anatemiza a los escritores formados bajo la dirección de los movimientos del gorrión que tintinea las moneditas de cinco centavos en las proximidades de la urbe de Chapultepec.

¡Sí! Ahí están las lavanderas de esta magnífica ciudad de San Agustín de Tango que Kennedy bendice junto a todas las mujeres que a sí mismas se bastan en la fiesta de los aniversarios.

—Es la terraza que da al mar —dijo ella.

—No —respondió él—, es sólo un enamorado de lo que es oblicuo en el hombre que concreta su amor sobre una persona determinada.

Pues era un conversador ameno y elocuente de las peripecias que llegaron a 3.149 originales que luego devoraron el poeta ya citado, Núñez de Arce; el presidente de U.S.A., mister Kennedy; el torero Manolete y el fenecido Belmonte; Jruschov, el gran comunista y sus secuaces; Carlitos Chaplin, el cómico sin igual; el

Presidente Charles de Gaulle; el gran pintor que es Pablo Picasso; James Joyce; Guy de Maupassant y el gran escritor antiguo que es Eurípides y el tirano, según algunos, de Pancho Villa. Y también fue todo eso devorado por nuestro gran doctor Hualañé que se hizo acompañar, para su devoradura, por el insigne Desiderio Longotoma.

Pero... ¡calla boca! No cites más a esos devoradores que, de pronto, pueden volverse y devorarte a ti, Eusebio Palena; y junto contigo, devorar a ese que es tu amigo y que lucha con sus apellidos de Borneo y de Boroa. Todo ello para terminar devorando a la más bella de todas las churrasquinas que existen en este mundo y que se llama:

¡¡Polinesia Loncotoro!!

Palena guardó su Zambafusa mientras yo grité a toda voz y loco de entusiasmo:

—¡Bravo, bravísimo! ¡Te has superado en esta Zambafusa, mi gran Palena! ¡Esto merece otro churrasco para la hermosa Polinesia!

Polinesia no se hizo esperar y comió el nuevo churrasco que le pidió Palena; porque Palena, se veía, pagaba gustoso cuando sus Zambafusas eran debidamente consideradas. Me ofreció una bebida mientras él se tomaba otra. Y, de pronto, sentí la necesidad de volver a huir, de separarme de ellos y de dejarlos ahí con sus Zambafusas y churrascos. Me despedí y salí, no sin antes felicitar a Palena por su obra N^o 22.

Salí del Bar Boteo, caminé, ya no sé por dónde. El caso es que me encontré, de pronto, frente al departamento de Rosendo Paine. Sin más entré. Ahí estaba Rosendo con su amada Nicole Chaumont. Ambos parecían despertar de una fumada de opio. Estaban serenos, estaban en otro mundo que el nuestro. No pude menos de expresarles:

—Veo que salen ustedes dos de las regiones opiómanas; veo que ahora vuelven a este mundo, a sus trajines, a sus ajeteos sin fin. A veces te compadezco, Rosendo; también la compadezco a usted, mi querida Nicole.

Rosendo sonrió y luego habló así:

ROSENDO

He pasado y he permanecido en otro mundo; en él he estado con mi amiga Nicole. Luego ese mundo se ha alejado; ahora estamos nuevamente tocando este mundo con sus asperezas. Pero pronto nos iremos nuevamente.

Tienes razón, Onofre; todos los que hacen una semejante pregunta como la tuya, tienen razón. La droga no se equivoca jamás; hace un pacto con nosotros y, cuando estamos en ese pacto, vemos a todos los seres que nos circundan a distancias verdaderamente planetarias.

Está bien verlos así. Aunque, de verdad, ¿qué importa verlos aquí cerca o muy lejos? Tú me has de comprender, Onofre: ello es perfectamente igual. Puedes creerme: no fumo para aumentar la distancia que con ellos me separa. Pero creo ver que tú no me comprendes, Onofre. Tú has de unirlo todo a esta manera de vivir. Con la droga se vive en otro mundo —¿me comprendes?—, en OTRO mundo en el cual no se menosprecia este mundo; él pasa a ser indiferente y nada más.

Entiende, Onofre: es pasar a otro mundo que está a nuestro lado y pasar a él sin hacer el menor ruido. ¿No vale la pena pasar a él?

Deja que Nicole se tienda; tendida estará mejor, estará más en ese mundo de que te hablé.

Así vivimos; así somos felices. Pues hemos dejado tantas, tantas cosas de lado.

Déjame tenderme a mi vez. Así, así. Ya lo ves, Onofre; ya estoy en el otro mundo; ya te alejas tú a tus ajetreos y afanes diarios. Sigue en ellos; yo estoy en la paz.

Tal vez, Onofre, tal vez tengas razón; lo sé tan bien como tú. Sé que ésta es una entrada de contrabando al verdadero mundo en que sueño permanentemente; sé que es una entrada por la puerta falsa.

¿Y qué? No me importa por cuál puerta haya entrado. Por la puerta que sea, estoy meciéndome en un punto superior, estoy habituándome a él, estoy haciendo de él mi verdadero medio. Este juicio me hace el efecto de un juicio hecho por gente que ignora este mundo donde ahora me encuentro.

Puedes creerme, Onofre: yo, en este momento estoy en pleno, en el total mundo de la calma y del... ¡éxtasis!

Falso o no falso... no me importa. Si es falso se irá produciendo una verdadera adaptación para cuando llegue el momento de entrar en él debidamente.

Debidamente...

Debidamente...

Debidamente...

Y una sonrisa de Rosendo Paine hizo abrirse una inconmensurable distancia entre nosotros tres: Rosendo, allí tendido; Nicole, al parecer dormida; y yo sintiendo rondar a mi alrededor todo este mundo terrible por el que hay que andar, trotar, correr antes de que vaya a escaparse para siempre... para siempre... ¿Qué? ¿Qué puede escaparse...?

Tú tienes razón, Rosendo.

Usted tiene razón, Nicole.

Yo estoy fuera de toda la razón y debo, por lo tanto, caminar y caminar hacia donde aquel que lleva mi destino quiera que yo camine sin saber, por ahora, para qué camino.

Me levanté de mi asiento. Ambos, Rosendo y Nicole, dormían sonrientes. Me sentí solo, abandonado del mundo. Sin saber qué hacer me asomé a su balcón aunque, en realidad, nada me atraía en ninguna vía pública. Me asomé y miré. Pasaban algunos transeúntes, pasó un auto. Me di cuenta de que hacía frío; todo el mundo iba envuelto en sus abrigo; todo caminaba de prisa. De pronto quedé en suspenso y creo que me estremecí. Pues a mis oídos llegaba clara y nítida la melodía de *El Bolero* de Maurice Ravel. Luego, silbándola, pasó el hombre:

¡Martín Quilpué!

Sin más corrí mi gabán y me lancé escaleras abajo con el propósito de alcanzarlo y felicitarlo calurosamente. Salí. Me topé con un señor que iba de prisa; otro auto casi me atropelló. Pasó otro señor y pasó una vieja. El hombre Martín Quilpué había desaparecido...

Seguí caminando de prisa, deshaciendo lo andado, volviéndome a encontrar en el sitio que acababa de dejar pues algo me empujaba a hallar al hombre Martín Quilpué y gritarle mis felicitaciones aunque él no me hiciera el menor caso.

¿Era al hombre Martín Quilpué a quien yo buscaba? No, por cierto, no era a él. Caminaba yo más bien perseguido por otra idea que a todo momento se me presentaba y me perseguía, era una idea como un leitmotiv, aquella idea del auto que corre desenfrenado teniendo sólo luces, de noche, sólo que iluminan su interior, desde los faros para atrás y que, para adelante, se precipita en las tinieblas. Pues en todas partes veía una calamidad que se acercaba. Y por eso corría yo por todas partes.

Así llegué a la calle de El Verbo Divino, una calle de las afueras de la ciudad, una calle que nunca había frecuentado. Por cierto que me abismé de verme en ella. Pero no importaba, por algo tenía yo que hallarme ahí. Sí, por algo. La prueba es que una voz me llamó y me detuvo:

—¡Hola, amigo! ¿Qué haces por estos lados?

Era Romualdo Malvilla. Me tuteaba siempre y yo le correspondí en igual forma. Le respondí:

—No lo sé; no sé cómo he llegado a esta calle del Verbo Divino; algo me empujaba hasta ella, tal vez aquel auto que ve, de noche, con sólo luces que lo iluminan a él pero corriendo por la oscuridad que le antecede. Y tú, Romualdo, ¿qué haces por este barrio?

Me respondió:

—Vagaba pero no como tú, Onofre, porque te veo abatido y, diría mejor, desorbitado, navegando sin una brújula que te indique los puntos cardinales. Yo vagaba por curiosidad y pasaba dichoso, puedes creérmelo, frente a bares y cantinas sin sentir la menor atracción por penetrar a ninguno de ellos. Ellos todos han retrocedido a muy lejanas distancias mías como han retrocedido también los dancings y demás. El San Lito, las Tres Chimeneas... todos han dejado de tener esa antigua atracción que antes me agarrotaba. Ahora, Onofre, ¡soy libre, completamente libre! Todo aquello de mi época alcohólica lo recuerdo como algo lejano y pasado para siempre. Ahora soy un hombre que tiene... Perdonarás una expresión grosera pero es la que me ha venido a la mente. Soy un hombre que tiene "camarones en los testículos".

—¿Y con ello que quieres decir?

—Quiero decir que es lo que a mí me interesa, quiero decir que hago lo que bien he decidido hacer como, por ejemplo, ahora vagabundear sin rumbo, vagabundear sumido en mis ensoñaciones de un tan lejano pasado.

—¿No te beberías una copa para festejar ese lejano pasado?

—Si quieres tú beber, te acompaño y nada más.

—Te lo decía en broma, Romualdo. Háblame de tu pasado y de lo que ahora sientes.

Vaguemos charlando.

MALVILLA

Esos camarones son los que me llevan y a ellos me entrego feliz. Ellos me llevan; por ellos he dejado de beber y, puedes creerme, no me arrepiento. Tal vez ahora escriba nuevamente. Es lo que pienso y veo su insinuación que me rodea a todo momento. Porque yo quiero ir, ir hacia... ¿dónde? Es lo que me pregunto a todo momento. Por eso camino. Pero sé que debo caminar.

El trago, las copitas, el San Lito, Las Tres Chimeneas, todo ese mundo me enloquecía. Cuando estaba ebrio sentía —a veces cerca; a veces lejos— que yo esperaba algo, algo preciso pero que yo no lograba precisar. Ahora tampoco logro precisarlo con justeza pero ¡no importa! Ahora, puedes creerme, ¡soy feliz!

Dime, Onofre: ¿Tú crees que el alcohol tiene algo que ver con la creación?

No, mi amigo, nada tiene ver; son mundos aparte. El alcohol da tan sólo esos camarones en los testículos. Es feliz un hombre que tiene algo dentro de sí y ve que su naturaleza le obedece.

Podrás ver qué diferencia hay ahora entre aquel que fui y el que soy ahora. Yo quería siempre concentrarme y el alcohol me desconcentraba. El alcohol hacía mi cabeza volátil, como un insecto. Era ella una mariposa que volaba de flor en flor. Yo no me imagino a una mariposa concentrada en un pensamiento.

Por cierto, amigo mío, que me siento, a veces, solo, extremadamente solo. Entonces salgo a vagabundear, como ahora, y me ausento, durante largas horas, de mi rincón que tú has conocido allá en la calle la Parroquia.

Voy, vuelvo, camino, charlo con los amigos que encuentro y, al llegar a mi rincón, hago notas. Ya te lo he dicho: voy a escribir nuevamente. Cada nota que hago es recibida por mí con una franca sonrisa de bienvenida.

¿El alcohol? ¡Jamás, Onofre, jamás! El alcohol ahora me asquea, me repugna; el alcohol se ha ido de mí y sin que yo haya hecho ni un solo esfuerzo de voluntad por echarlo. Se ha ido porque ya había llegado la hora en que tenía que irse.

Sí, tomo una taza de café; a veces tomo dos tazas; nunca tomo más. Luego salgo a vagabundear y de pronto me detengo a mirar esta naturaleza que ahora, Onofre, ahora ¡veo vivir!

¡Qué lindo es ver vivir la naturaleza sin que uno haya hecho ni el menor esfuerzo para verlo! Ponte en un estado de paz, de gran calma, deja que tu mente se preocupe de otras cosas y no te afanes ni te preocupes por lo que a ella le afana y le preocupa.

¿Es lo que dice Lorenzo Angol? Recuerdo ahora que cierto día que lo encontré me habló de esta esclavitud en que estamos todos metidos y también me habló de la necesidad de libertarse de ella. Me aseguró que tal era lo que aconsejaba Krishnamurti y me aseguró también que él seguía plenamente sus consejos.

Naturalmente, esto le era un trabajo penoso y muy duro; nuestra mente nos tiene agarrotados. Pero cuando el cuerpo está sin alcohol, como está el mío ahora, no hay trabajo penoso que no se reciba con franca alegría.

¡Mira, Onofre, mira quién viene ahí! ¿Qué hará por estos retirados barrios de nuestra ciudad? ¡Eh, Tomasa! ¡Qué encanto encontrarla a usted por estos suburbios! ¿Qué la ha traído hasta acá?

TOMASA

Me ha traído San Francisco de Asís, el santo aquel que vivió allá por los años del siglo XII y del siglo XIII. He querido recitar a Desiderio unas palabras de él. Como ellas no quedaban en mi memoria he salido a vagar y así, vagando, ellas ahora ya están en la mente mía. ¿Querrían ustedes que se las recitara?

AMBOS

¡Por cierto, Tomasa!

Entonces, afirmados contra una pared, ambos, Romualdo Malvilla y yo, oímos la voz de la Tomasa que nos recitó las palabras de aquel santo que fue San Francisco de Asís:

Señor haced de mí un instrumento de vuestra Paz,

Que allí donde haya odio ponga yo amor,

Que allí donde haya ofensa ponga yo perdón,

Que allí donde haya discordia ponga yo armonía,

Que allí donde haya error ponga yo verdad,
Que allí donde haya duda ponga yo la fe,
Que allí donde haya desesperación ponga yo la esperanza,
Que allí donde haya tinieblas ponga yo mi luz,
Que allí donde haya tristeza ponga yo alegría.

¡Oh, Maestro! Que no me empeñe tanto
En ser consolado... como en consolar,
En ser comprendido... como en comprender,
En ser amado... como en amar.

Pues:
Dando... se recibe
Olvidando... se encuentra,
Perdonando... se es perdonado,
Muriendo... se resucita a la vida eterna.

Entonces, eufóricos, pasamos los tres a una fuente de soda y en ella tomamos un exquisito jugo de frutas a la salud de esas palabras de la Tomasa y del compañero ausente Desiderio Longotoma.

Ella se marchó contenta de saber bien las palabras de San Francisco de Asís. Al marcharse, Romualdo Malvilla, descubriéndose, le gritó:

—¡Viva y cien veces viva doña Tomasa Paipote de Longotoma!

Y allí, en medio de una calle, quedamos ambos mirando la silueta de la Tomasa que se alejaba. Yo no pude olvidar aquella vez, allá en Curihue, cuando Longotoma corrió hacia ella y la cogió como un gallo coge a una dócil gallina que se acurruca.

—Ya ves tú, mi buen Onofre, cómo ocurren cosas imprevistas al salir a vagabundear por las calles sin forzar nuestra mente pensante. ¿Habrías imaginado a la Tomasa y a sus bellas palabras?

—Jamás habría pensado encontrar a esa linda gallinita de la Tomasa por estos barrios de San Agustín de Tango. Y tú, mi querido Romualdo, ¿tienes algo en vista para escribir? Tal vez ronda por tu alrededor aquella Alicia Bick que siempre que la recuerdo la veo rodeada de todos aquellos colores que aparecen en el hotel de tus sueños, el hotel Mac Quice.

Me respondió:

—No, no, mi buen Onofre. Toda aquella literatura corresponde a una época ya muerta en mí. No sé si ella estará bien o estará mal; no lo sé. Ahora se insinúa otra cosa en mí. Creo, a veces, que otro artista quiere entrar en mí y hasta oigo cómo golpea pidiendo pase libre. Es un artista, un literato.

—Si golpea y tú le abres la puerta, debes recibirlo de modo que nada extrañe de lo que él ha soñado.

—Por eso siempre pienso en cómo debe ser la vida de un artista.

—¿Y cómo la ves?

—Ven a casa y te lo explicaré. Tú, Onofre, podrás darme algunas luces al respecto. Caminemos hasta casa. La calle de la Parroquia no está lejos de aquí. Caminemos.

Llegamos a su departamento y nos acomodamos debidamente. Entonces Malvilla habló así:

—La vida de un artista o de un literato debe ser como la vida de cualquier otro ciudadano, sin nada que choque, sin nada que llame la atención. Debe ser una vida como todas, una vida sin ninguna regla que lo guíe. Cualquier norma que se dé al respecto es totalmente falsa; como es falso el ambiente que debe tener aquello que lo rodea. El ambiente debe ser como él salga y debe salir de modo secundario, debe salir espontáneamente. Créeme que esa vida puede ir de un punto al que le es en todo contrario. El artista o el literato debe vivir guiado por su interior y dejar que aquello que lo rodea se arregle como quiera, se arregle guiado por personas que en ello han puesto su mayor interés. Es decir, el artista debe hacer caso omiso de lo que se diga sobre su vida y vivir únicamente tras las ideas que bullen dentro de él.

—Esto me ha recordado una conversación que oí hace ya tiempo. Era una conversación tenida por un grupo de niñas, de lindas chicas que hablaban de un fulano, de un muchacho, que pensaba dedicarse a las artes. Una de ellas dijo:

—¿Cómo es posible que ese fulano vaya a dedicarse a las artes cuando es tan sumamente gordo...?

—Y otra agregó:

—Un artista debe ser flaco y debe ser alto. ¡Me cargan esos artistas de pequeña estatura!

—Faltó, mi querido Onofre, la niña que dijera que un artista debería ser moreno o debería ser rubio... ¿No lo crees tú? Debería tener tal edad y no tal otra, debería de carecer de medios de fortuna o ser millonario. No; todo está mal, Onofre; el artista ha de ser tocado por la chispa divina y entonces cuanto le rodea ha de ser completamente secundario.

—Por eso es, Romualdo, que esa gran cantidad de burgueses que por todas partes pululan, siempre se equivocan. Ante la voz de un artista que va a aparecer ya se imaginan la prestanza del que ha de venir: grueso-flaco, alto-bajo, rubio-moreno, pobre-rico... y demás. ¡Oh, es algo insoportable esta burguesía que nos rodea! ¿No lo crees tú?

Me respondió con una vaga sonrisa en sus labios:

—A veces la encuentro insoportable. Antes, al encontrarla así bebía y hasta me embozzaba. Ahora, no. Ahora salvo a vagar y me dejo llevar planeando lo que tenga a bien venir hasta mí. Como hoy ha venido la Tomasa, esa gallinita la Tomasa Paipote, como tú la llamas en recuerdo al fundo de Curihue y a Desiderio Longotoma.

148

He terminado mi día en casa de Desiderio Longotoma y de su esposa doña Tomasa Paipote. He llegado a verlos antes de la hora de la comida. Pero ya todo estaba oscuro. Estamos a 18 de mayo y allá el invierno avanza sobre esta Tierra. La casa de Desiderio estaba profusamente iluminada. Al ver que yo me cegaba ante tanta luz, me explicó de inmediato:

—No te extrañe, Onofre, esta iluminación al parecer exagerada. Yo tengo un principio: llevar, dentro de mi casa, la contra a la luz exterior; si afuera brilla el Sol, aquí en mi casa se corren y se cierran las cortinas; si afuera ha venido la oscuridad, aquí dentro se encienden las luces, todas las luces. Así, yendo en contra de la luz exterior, se vive mejor, se aprecian más los tomasines que hace mi mujer y se oyen mejor los versos que ella declama.

Me habitué inmediatamente a sus luces y a todo cuanto lo rodeaba. Me sentí a mis anchas y una profunda felicidad me rodeó. Sonreí a la Tomasa y a la empleada que entraba y salía de nuestra pieza a cada momento. Vi sobre su mesa la eterna novela policial que siempre lee: Georges Simenon; *Maiquet, Lognon et les gangsters*. Apareció luego una bandeja de tomasines.

—Me tienes una comida para reyes, Desiderio. ¡Vivan estos ricos tomasines y viva doña Tomasa! —exclamé lleno de entusiasmo.

Pues me sentía bien y veía como cosa muy lejana esos deseos míos de marchar y marchar sin rumbo en busca de algo que ni yo mismo sabía qué podía ser. Ahora lo sabía: era Desiderio Longotoma lo que yo tanto buscaba por todas partes. Pues Desiderio tiene un lado, al parecer, negativo pero que es, realmente, altamente positivo. Pues Desiderio crece y crece y, al crecer, llega a lo gigantesco.

—Bebamos una copa de este vino, Desiderio Longotoma —le dije lleno de entusiasmo—, bebamos hasta terminar la botella.

Y así bebiendo y comiendo esos tomasines, tuve el gran placer de oír hablar a mi amigo cuya labia no disminuyó durante toda la larga noche que pasamos juntos.

LONGOTOMA

Veo en tu semblante que te places al encontrarte en este rincón de la calle de La Excomunió. Aquí se placen todos los que me visitan y, entre ellos, Jabalí Batuco. Aquí llega muy a menudo, balanceando su bastón de turno mientras el otro reposa colgado de su brazo. Y aquí me cantan bellos trozos de ópera, generalmente, italiana. Naturalmente, yo lo acompaño y ¡hasta esta buena de la Tomasa runrunea también algunos trocitos de óperas con su voz de soprano! ¡Linda cosa es esto de los tercetos que formamos! Porque te diré, Onofre, yo amo la vida y siempre estoy contento y dispuesto a pasarlo lo mejor que sea posible.

¿Cómo juzgo mi estado de ánimo? Es algo muy sencillo, es algo sencillísimo: lo juzgo según cómo encuentro esta ciudad de San Agustín de Tango. A veces la veo triste, gris aunque brille el Sol, la veo casi negra.

Pero esto dura poco, amigo mío. Pronto la veo como la más maravillosa de todas las ciudades del mundo. Y veo a esos mediocres que van y van a todas partes alegando el eterno, el siempre eterno de:

“Tengo que...; tengo que...; tengo que...”

Porque todos tienen algo que hacer y no pueden dejarlo para más tarde. Es necesario hacerlo inmediatamente y por eso corren, corren, desafortunadamente y apenas te saludan por la prisa que los carcome.

¿No lo encuentras tú algo risible hasta lo infinito? Yo río y me refocilo con este “tengo que...” que todos llevan dentro de ellos. Y me pregunto mil veces:

“¿Qué es lo que tienen que... —digamos— hacer?”

Te respondo de inmediato que nada, nada de nada tienen que hacer por mucho que se afanen. Entonces me paseo contento y me río al ver a esos infelices que van con precipitación a hacer algo que ellos mismos ignoran qué es ello. Pero tienen que obedecer y obedecen sin más. ¡Oh, es algo risible, es algo de desternillarse de la risa!

El otro día me encontré con un señor que ni sé cómo se llama, que iba apuradísimo, con una prisa incontentible, a una conferencia que se daba sobre el partido comunista y con las últimas palabras del tan inmenso de Jruschov. Un momento después me encontraba con otro que tenía que ir a una conferencia sobre los Estados Unidos de América y

sobre las palabras que decía su Presidente, mister Kennedy. Y otro corría y corría porque tenía que comprar botones pues sin botones no se puede vivir. Y otro corría a ver a su doctor o a su dentista pues tenía hora y una hora no se puede fallar. Y otro corría porque tenía que vender unas acciones en la Bolsa y tenía el tiempo justo para llegar hasta la Bolsa. Y otro tenía que meditar, sentado en un banco de un parque, sobre las cosas que su cabeza había lucubrado. Y otro tenía que ver a su amada ahora mismo porque si fallaba esta cita ya no la volvería a ver nunca más. Y otro..., y otro..., y otro...

No quiero fatigarte más, Onofre, con estos terribles "tengo que" que a todo el mundo, en estas ciudades, acometen y subyugan.

Lo grande y lo bueno era que yo no tenía nada que tuviera que hacer, nada, absolutamente nada. Entonces salí a pasear y a saludar a esos infelices que corrían precipitados. A cada cual que encontraba le gritaba tan sólo:

—¡Adiós, amigo, adiós!

Recibía un "¡adiós!" que el viento se llevaba. Y el hombre, que lo había proferido, seguía como un rayo hacia esas cosas que él, sí, "tenía que hacer".

¿Qué hago yo cuando estos señores que "tenían que" me acosan en demasía? Te lo diré: tengo un remedio aunque debo esperar que venga la noche para ponerlo en práctica. Este remedio es:

Miro las estrellas, las miro un largo rato y ello es todo.

Esto me descansa y me da el optimismo necesario para seguir viviendo. Después me río y sigo la vida; después la Tomasa declama sus lindos versos; después, mis huevitos a la copa o mis tomasines. No me lo niegues, Onofre: ¡la vida es linda, es maravillosa!

¿Para qué preocuparse de otras cosas, de cosas inmensas?

¡No hay necesidad, Onofre, no hay ninguna necesidad!

¿Para qué, Onofre mío, quieres tú que yo sepa aquello del tan relativo "tiempo"? Que yo lo sepa o lo ignore es igual, absolutamente igual, pues el tiempo seguirá siendo lo que es y mi opinión en nada lo hará cambiar.

Sí, ya lo sé, tú te ocupas de todas esas cosas, te ocupas del alma, de la evolución de los animales, de toda esa profunda filosofía. Pero te lo repito, amigo mío, que yo lo sepa o que yo lo ignore, nada hará cambiar los hechos. Entonces... ¡dejémoslos como están y oigamos a Jabalí Batuco entonando una melodía de esas exquisitas y mil veces exquisitas óperas italianas!

Sí, mi amigo, es muy justo lo que tú me preguntas. Te lo responderé según me lo dice esta euforia que tengo yo por la vida, por todo lo que es esta tan bella ciudad que hoy día adoro con todas las fuerzas de mi corazón. Óyeme bien:

La vida está siempre dedicada a otra finalidad que la que uno se ha propuesto. Esta finalidad es la de surgir, ¿me oyes?, la de siempre SURGIR. Y yo te pregunto, Onofre: ¿qué es "surgir"?

Sí, sí, tú siempre divagas en alturas inconmensurables. Para mí, "surgir" es figurar y figurar es tener grandes cantidades de dinero.

¿Qué harías tú con esas grandes cantidades de dinero? Te lo puedo responder de inmediato:

Tener grandes cantidades de dinero es vivir en una espléndida, muy espléndida casa que todo el mundo admire; luego ir a su fundo, ir en su auto propio, y en él quedar un largo tiempo pensando en qué pensarán las amistades al comprobar nuestra ausencia.

¡Cómo! ¿No lo comprendes, amigo mío? Y vas, vas y siempre vas a velocidad mayor

que la que es posible al hombre. Por eso corres como corren los demás aunque tus pasos sean lentos. Con pasos rápidos o lentos... es inútil, Onofre, pues vas tú tras una quimera, tras algo que es completamente irreal. Desde luego nadie sabe qué es lo que persigue. Todos corren movidos por hechos insignificantes. La ilusión tras la cual se corre queda siempre muy lejos. Pero hay que matar el tiempo corriendo tras de quimeras o tras de lo que sea. Hay que fatigarse y, por la noche, echarse a la cama rendido después de un día de tanto ajeteo. ¡Son locos, locos todos, Onofre! Así es la manera que tienen de evitar esos momentos de honda meditación que están en espera de ser llamados.

Porque yo medito, mi buen amigo, claro está, medito y mucho. ¿No lo crees? Medito al pasear por las calles, medito cuando entro en un bar cualquiera, cuando me encuentro con un amigo cualquiera que me saluda, cuando oigo a esta buena de la Tomasa declamar sus versos por las noches después de la cena.

Ya lo sé, Onofre, ya ella me lo había dicho. Tú estabas con el antialcohólico de Romualdo Malvilla, por allá en un suburbio de esta ciudad, cuando se encontraron con la Tomasa y, afirmados en contra de una pared, oyeron aquello que, hace ya tanto tiempo, dijo el gran santo que fue Francisco de Asís.

Yo, en esos momentos, estaba en un cafetín y tomaba mi desayuno. Frente a mí había un calendario que en su parte superior ostentaba lindos dibujos antiguos de nuestra capital.

El que estaba frente a mí era un dibujo de la vieja, de la no conocible Cañada, es decir, la ahora llamada la Alameda O'Higgins. Yo miraba el dibujo de La Cañada, lo miraba indiferentemente como se mira un dibujo antiguo y nada más. De pronto, entre dos sorbos de café, ví ahí, en esos rasgos de La Cañada, vi, Onofre, nada menos que la eternidad.

¿Qué te sorprende? ¿Es, acaso, el hecho de que allí haya visto nada menos que la eternidad en un simple dibujito de un calendario?

Sí, mi amigo, porque la eternidad está en todas partes y yo me río de aquellos que necesitan de inmensas profundidades para verla, para atisbarla. La eternidad está aquí, aquí, ¡aquí!, Onofre mío.

Tú necesitas bajar hasta el fondo de la Tierra y allí, en ese fondo, encontrarte con ella, con Colomba. Y, al verla, caes en un éxtasis. Y olvidas, Onofre, olvidas... los comienzos de tus conocimientos con ella.

Bien, te lo diré y escúchame sin hablar ni palabra:

Tú la conociste, sí, a Colomba, allá en tu taller de La Torcaza, cuando se presentó muda y sin boca tras de Bárbara que te habló y te habló sin cesar. Entonces, cuando ellas se disponían a partir, tú le rogaste a Colomba que marchara sobre tu cuerpo desnudo y enterrara sus empinados tacones no sé cuántas veces sobre tu piel. Y cerca de allí había un pajarito muerto... ¿Lo habías olvidado?

¡Es mejor, Onofre mío, gozar con la contemplación de un dibujito de nuestra vieja Cañada y ver que de él también se derrama una gran cantidad de eternidad!

Esta es la eternidad, me atrevería a llamar *cotidiana*, que en todas partes descubro y que me acompaña.

Tú, en cambio, tienes un problema, un problemazo, hasta con tu propio nombre pues él se balancea de Borneo a Boroa y de Boroa a Borneo. Al fin has llegado a no saber quién eres. Pero tú caes de rodillas ante la imagen de Colomba...

¡Deja reír y reír a mis anchas! ¡Deja que esa eternidad que tú crees ver en el fondo de

nuestro planeta, yo la vea en cualquier parte, en el viejo dibujo de un calendario de un cafetín!

Recordé súbitamente a Lorenzo Angol. Lo había encontrado hacía poco y él me había hablado largamente de su autor favorito, Piotr Demianovich Ouspensky. Me había citado unas palabras de él, en su obra *Tertium Organum*. Decían estas palabras:

"Es imposible imaginar ahora la naturaleza de esta novedad que sentiremos en las cosas familiares, y que una vez sentida será difícil entender.

Tal era lo sentido ahora frente a Desiderio Longotoma. Longotoma crecía a mi vista. ¡Y pensar que lo había visto y conocido durante tanto tiempo...! Por cierto que lo estimaba altamente y me divertía cada vez que lo encontraba. A veces algo me inquietaba pero la cosa pasaba pronto. Quedaba muy lejos de esta grandeza que ahora sentía ante su presencia. ¡No, no había relación alguna con esta idea de infinito y de eternidad que su presencia me revelaba! Y él reía y reía siempre; era la mejor expresión de la dicha viviente que se pasea por todas partes y que todos deberíamos imitar.

Al fin hablé a mi vez.

Yo

A mí me ha faltado bajar y tocar a cada momento lo cotidiano de esta vida. No debo seguir siempre sumido en esas cosas inmensas y casi terribles, como en esos descensos que hago al fondo de nuestro planeta, como son las pláticas que mantengo con la bella Colomba, como son esos tratamientos que tengo con los muertos como si fueran personas vivas.

Naturalmente que a todos ellos los he visto y con todos ellos he departido. Pero... Había, entre ellos y yo, una conexión que siempre me sonaba destemplada.

Era yo un espectador lejano que interpretaba lo visto y sentido *por mí en este mundo*. La verdad se me iba. Codeaba un mundo que sentía enorme y luego quedaba donde mismo.

Colomba... ¿Quién es?

Es, tal vez, un ansia mía que no logro definir. Tienes tú razón, Desiderio, pues mi relación con ella empezó con esos 170.000 pasos que la hice hacer sobre mi cuerpo desnudo.

LONGOTOMA

Es que despreciamos lo que sucede a cada momento junto a nosotros. Siempre queremos ir a cosas mayores y es este miraje de lo mayor el que nos engaña.

Yo

Dime, Desiderio, ¿no crees tú que es el afán del éxito, del aplauso del mundo, el que nos hace proceder así?

LONGOTOMA

Creo que es la falta de risa, sí, la falta de risa y nada más. Porque hay que reír en esta vida, mi buen Onofre, reír, reír y reír. Todos queremos coger lo eterno e infinito con cosas en realidad abracadabrantas. ¡Como es ese taller de Facundo Doñihue, sí, como es ese taller!

Y no olvides, Onofre, no olvides nunca: lo grande, lo enorme, lo inmenso... ¡está a nuestro lado!

¡Eh! ¡Tomasa! ¡Ven a nuestro lado y bríندانos con algunos versos de un poeta de tu elección! ¡Te escuchamos mientras digerimos tus ricos tomasines!

La Tomasa llegó hasta nosotros y nos declamó lo siguiente:

Con un cadáver a cuestras,
Camino del cementerio,
Meditabundos avanzan
Los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden
Por Marga-marga hacia el pueblo;
Cuatro luces melancólicas
Que hacen llorar sus reflejos;
Cuatro maderos de encina;
Cuatro acompañantes viejos...

LONGOTOMA

¡Bravo, bravísimo, mi Tomasa adorada! Ahora ofrezco una copa por el autor de esos versos, Carlos Pezoa Véliz. ¡Es un gran poeta este Pezoa Véliz!

TOMASA

¿Y Gustavo Adolfo Bécquer? ¿No lo encuentran ustedes también un altísimo poeta? Voy a recitarles de él unos versos que me encantan. Óiganlos en silencio porque silencio merecen:

Del salón en el ángulo oscuro
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Veíase el arpa.

¡Cuántas notas dormidas en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!

¡Ay —pensé—, cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Y una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: “¡Levántate y anda!”.

LONGOTOMA

Otra vez gritaré: ¡Bravo, bravísimo! Ahora tomemos un buen trago de vino por la Tomasa y por ese genio que fue Gustavo Adolfo Bécquer.

Ya estoy harto aquí en la superficie. Por cierto, admiro a ese gran hombre que es Desiderio Longotoma y reconozco en él a todo un personaje. Creo en cuanto dice y creo en sus meditaciones. Ante su labia, Colomba vacila y llega casi a desaparecer ante mis ojos. Mas una fuerza ciega me maneja. ¡Iré al fondo de la Tierra y ahí me he de postrar ante su figura hierática!

Me he dirigido a los recovecos que hay en la isleta del Olor de Santidad. Me he engolfado por entre las sinuosidades que hay allí y he comenzado mi descenso. ¡Colomba! ¡Te veré y hablaremos en el más absoluto silencio! Y recordaré a Desiderio Longotoma pues, no lo dudo, lo grande y lo alto se halla en los extremos. No está en la labor, no está en el éxito. Está, tiene que estar en nuestra actitud de silencio ante lo que ocurre. Iré a ese silencio.

Iré a verte, Colomba, iré sin llevar ningún proyecto para cuando te vea. No llevaré ningún propósito de charlas ni de nada. Dejaré que la vida *viva* pero la dejaré vivir como dice Krishnamurti: "con la mente alerta".

Pero ahora me asalta una duda, una duda antes de ir a encontrarte a ti mi Colomba. Y esta duda me ha detenido aquí, en medio de estas enormes galerías solitarias, donde no hay nadie, donde todo es solamente silencio. Porque no hay nadie, nadie, nadie aquí. No veo al gran Celso ni te veo a ti, mi linda Maribel que huyes siempre. Pero de pronto apareces y te oigo hablar sin pronunciar palabra alguna. Pero hablaba yo de una duda que me había asaltado:

¿Subo o bajo o no me muevo o me traslado a grandes distancias al ir hacia ti, mi Colomba adorada?

Y ahora se mueve el volcán Llaima que tantas veces he usado para ir hacia ti, como se mueven todos los volcanes de este país, como se mueve el Quizapu y el Tupungato y toda esa inmensidad de volcanes que nos rodea. Todos ellos, todos esos volcanes han desaparecido ante mis ojos; son sólo ahora inmensas protuberancias inmóviles que jamás se han movido, que allí están mientras nosotros pasamos veloces al lado de ellos.

Bajemos, bajemos, sigamos bajando. Al fondo estás tú, Colomba. Sigo bajando pero, a veces creo, que no me he movido, que estoy soñando y nada más que soñando.

Pero ¿qué es moverse?

Moverse es algo relativo conmigo mismo. Tal vez estoy ahora allá en Fray Tomate, acostado en mi cama; tal vez estoy a grandes distancias de mi cama y voy, en realidad, bajando por las profundidades que veo por todos lados, Colomba viene hacia mí; quiero decir, yo voy hacia ti, Colomba mía. Yo voy, yo voy, yo voy...

Y si no voy y no te encuentro, es igual, Colomba. Me basta con evocarte y tú apareces a mi lado. Bajemos siempre.

Colomba viene a mi lado; luego se marcha; luego vuelve. Creo que viene a indicarme el camino para llegar a ese punto céntrico donde desaparecen los puntos cardinales. Pero todo se trastoca, se confunde en mi mente. Queda, sin embargo, Desiderio Longotoma que ríe y ríe sin cesar.

Sigamos bajando; sigamos con esta confusión máxima en mí, con este delirio pensante que no me deja ni un momento en paz.

Camino solo. No hay nadie en torno mío. Los muertos ya no están en ninguna parte.

Es el silencio absoluto; es la soledad absoluta. Debo estar en un instante de crisis. Después de la crisis viene la luz. Pero... ¿vendrá la luz?

¿Vendrás tú, tú luz que imploro, vendrás traída por Colomba? Y todo vuelve a girar a mi alrededor. Pasa Palemón de Costamota que me asegura ser mi seguro servidor; pasa Lorenzo Angol que lee y medita mas no me dirige la palabra; pasa Romualdo Malvilla que va haciendo notas para su próximo libro, notas que consulta con su mujer, Laponia Socaires; pasan indiferentes por hallarse en otro mundo, pasan Rosendo Paine y Nicole Chaumont que sonríen desde el opio que los satura; y pasa Teodoro Yumbel con Albania Codahue y ambos hablan algo que no logro comprender pero que es algo romántico en demasía; y pasa Rubén de Loa con Lucila Volcán que van tras esa parte donde se halla el arte, el arte puro que hay que divisar por lo menos una vez en nuestra vida; y pasa Eusebio Palena componiendo una nueva Zambafusa mientras Polinesia Loncotoro devora un churrasco; y pasan, pasan todos, todos, pasan y se van. Porque ahora estas galerías subterráneas están llenas de termitas que se mueven con suma velocidad, que roen y asemejan atacar, atacarme a mí.

Pero, otra vez, no hay nadie, nadie. Sólo queda, un tanto retardada, la Tomasa Paipote de Longotoma. Para olvidar su retardo se ha detenido unos instantes y murmura a media voz:

Dando... se recibe,
Olvidando... se encuentra,
Perdonando... se es perdonado,
Muriendo se resucita a la vida eterna.

Y la Tomasa ha desaparecido también tras de las últimas termitas. Pues ha vuelto el silencio y ha vuelto la soledad.

Tal vez todo esto no es más que el efecto que me produce la edad, mis 68 años ya cumplidos que me avecinan a la vejez. Tal vez...

Pero hay que sufrir, sufrir, ¡sufrir!

¿No lo he dicho yo o lo ha dicho Lorenzo Angol, que sólo en el sufrimiento se puede hallar la verdad?

Por ahora sigamos nuestro descenso. Ya todo ha desaparecido junto a mí. Ahora sé que tú, Colomba, me esperas allá en el fondo de estas galerías mudas.

Hacia ti voy.

Hacia ti me encamino.

Ojalá, a tu lado, vuelva a encontrar un poco de esa paz sagrada que tanto anhelo.

Aquí estás, Colomba; aquí estás siempre muda y sonriente. ¡Te he visto por fin! Déjame caer de hinojos ante ti y, así de hinojos, hacer que se eleven esos pasos que tú diste sobre mi cuerpo desnudo. Como se elevaron los besos que yo daba a Diana Papudó cuando sólo hablábamos una que otra palabra:

—Diana, ¿te gusta?

Y Diana respondía en un suspiro:

—Sí.

Como Alsina Cochoa también respondía a Lorenzo Angol otro "sí" que elevaba la sexualidad a una región pura más allá de todo pensamiento dudoso.

¡Así marchaste aquella vez en La Torcaza! ¡Por eso te bendigo, mi Colomba, porque juntos estuvimos en una región de suprema y de innegable pureza!

Palemón de Costamota debe haber rechinado al ver que tú puedes elevar lo que, a ojos corrientes, pasa por ser de una lascivia casi inmunda. Desiderio Longotoma ha reído y, en el fondo, ha levantado los hombros pues él no ha olvidado jamás que se levantaba por los aires al precipitarse tras de la buena Tomasa acurrucada. Y ahora la Tomasa declama las palabras de San Francisco de Asís y versos de esos grandes poetas que son Gustavo Adolfo Bécquer y Carlos Pezoa Véliz. Porque ella comprendió lo que había sido el hecho de así entregarse en medio de las fiestas de Curihue.

Por eso yo me desnudé y caí por tierra para que tú pasaras por encima de mi cuerpo y clavaras tus taconcitos en mi carne. Él lo ha comprendido y lo sabe el grande de Desiderio Longotoma. Una mirada suya me ha bastado para adivinar lo que pensaba.

¡Es el cántico a la sublime sexualidad!

Ahora te escucho, Colomba. Habla sin mover tus labios.

COLOMBA

¿Qué es un vicio, qué es, Onofre? Tú te lo has preguntado cientos, miles de veces y has estado a punto de descubrirlo. Ahora te lo explicaré yo:

Hay una parte en nosotros que es el alma; es una parte que es movible, que tanto está serena y equilibrada como tanto está en un completo caos yendo de un lado a otro llevada por motivos que no logramos comprender. Es allí, pues, un centro movedizo balanceado siempre a diestra y siniestra.

Uno queda atónito al ver la cantidad de vicios y de momentos huraños que lo acometen. Uno trata de enmendarse y, para ello, usa el remedio más a mano: atacar el vicio mismo. Si es un ebrio, no beber; si es un lascivo, no entregarse a la lascivia; si es un jugador empedernido, no asistir a los locales donde se juega; si es un perezoso a todas luces, no dejarse tomar por esta pereza y ser un hombre de trabajo constante.

Así, Onofre, sucede con todos los vicios posibles.

La parte céntrica de nuestra alma no ha sido tocada; ella duerme y duerme; ella se atrofia lentamente.

Onofre, es a esta parte céntrica a la que hay que tocar. Deja de lado tus vicios; no los ataques directamente. Ni el alcohol ni la lascivia ni la pereza ni nada de lo que pueda llegar a atormentarte será vencido con este medio de ataque. Recuerda, tan sólo, que así no luchó Romualdo Malvilla en contra de su alcohol; así tampoco ha luchado Lorenzo Angol contra esas ráfagas de lascivia que a veces lo atacaban. Ellos han dejado tiempo al tiempo y han sabido esperar.

Hoy, tú lo sabes, Romualdo no bebe; Lorenzo ya no es víctima de esos ataques de la sexualidad sin control.

Porque ambos han ido al centro que hay que sanar; han ido sin ningún apresuramiento. Al recordarlos siento deseos de decir como dice San Mateo, en el *Sermón de la Montaña*:

No os acongojéis por el día de mañana; que el día de mañana traerá su fatiga; basta al día su afán.

Tú sufres, Onofre. Tú quisieras ser siempre tal como eres cuando estás a mi lado y se acallan los ruidos del exterior. Ya el alcohol nada te dice; el San Lito y Las Tres Chimeneas han desaparecido de tu vista. Ahora prefieres el trabajo sereno y mudo sin que el tiempo venga a mezclarse en él. Pero... pero...

Tú sufres de una profunda neurosis y, cuando ella te ataca, surge en ti la lascivia. Y por las mañanas te encierras en esa lascivia y llamas a ti todos los recuerdos que entonces aparecen. Aparece allá muy lejos Natalia Toltén que marcha hacia ti con Huinchita Pin. Ambas sonríen, te sonríen dichosas porque nada ha cambiado en sus físicos. Están iguales a como estaban en aquellos tiempos. Y sonríe Guni. Isabel Tabunco te ve y nada dice. ¿Qué iba a decir? Isabel Tabunco está fuera de los celos; es fría; es indiferente. Aunque aparezca en tu memoria la tan bella de Musa Cautín y aparezca Marul Carampangue. Pasa esparciendo sexualidad que tú bebes lleno de deseos, con mayores deseos que allá en Lo Arrate en la avenida del Ave María. Y dime, Onofre: ¿qué piensas tú de Virginia Rapel? ¿Es sólo la admiración de Jabalí Batuco? ¡No, mi buen Onofre, no! Tú la admirabas tanto como él; tú la esperaste una noche para verla pasar presurosa por las calles. Y culpaste al bueno de Batuco; obraste aquella vez fingiendo obrar por él. ¿No lo recuerdas? Ahora, por las mañanas, pasa Virginia nuevamente y tú te derrites en ansias de poseerla, de poseerla a ella, ¡a ella! Y que allí estuviera aquel chincolito de Praxedes Bagdad. Ambas están y ¡te quieren! ¿No es verdad, Onofre? ¡Te quieren! Necesitas despertarte bien, sacudirte y vestirte de prisa. ¿Por qué tan de prisa? ¿Por qué? Te lo diré, Onofre, te lo diré:

Porque apareció Diana, apareció Diana Papudo llena de una sexualidad a ras de tierra. Esa "otra región" donde tú querías estar siempre con ella se te ha evaporado y ahora deseas sólo tenerla a ella como se tiene a una mujer. Y así besarla y morderla y chuparla hasta que ella goce estremeciendo su cuerpecito y mirando con vaguedad.

¿Cómo te presentarías frente a Tomba Montbrison? Felizmente no está aquí; está allá en el sur de Francia, en Cannes.

Debes vencer esa lascivia que te acomete por las mañanas. Debes atacar el centro de tu alma, *dándole tiempo al tiempo*. Entonces la lascivia habrá desaparecido de ti.

Pero no la mates a ella sola. Tus tiros deben ir dirigidos al centro de tu alma. Así llegará un día en que en ti crecerá una flor que ha de ser "como la flor santa en las lagunas inmóviles". ¿Te ha recordado algo esa frase? Sí, eso es: Mabel Collins en su pequeño librito llamado *Luz en el Sendero*.

Así has de vivir:

"Creciendo como crece la flor santa en las lagunas inmóviles".

Entonces volverán a pasar por tu recuerdo todas esas mujeres que ya te he citado: Diana Papudo y Tomba Montbrison y Praxedes Bagdad y Virginia Rapel y Marul Carampangue y Musa Cautín. Verás entonces la mirada indiferente de Isabel Tabunco que levanta sus hombros con desprecio ante Natalia Toltén y ante Huinchita Pin.

Volverás a encontrar esa "otra región" hacia donde te llevó la pequeña de Diana. Comprenderás mejor las tribulaciones de tu amigo Lorenzo frente a Alsina Cochoa. Todo lo comprenderás mejor y, como Desiderio Longotoma, sonreirás ante ese mundo del opio en que tanto se placen Rosendo Paine y Nicole Chaumont.

Podrá entonces llegar a tu lado la que ahora añoras: Tomba Montbrison. Y vivirás con ella en el silencio como, a veces, vives conmigo, sí, Onofre, conmigo.

Dime ahora, Onofre:

¿No encuentras tú que vale la pena ir directamente a ese centro que hay en el fondo de nuestras almas?

¡Ir a él y sanarlo!

Todo, entonces, se tranquilizará en tu vida.

Yo

Nuestra terrible tragedia, Colomba, es hacer caber en este pequeño espacio de 80 años toda una vida eterna.

Aparecen vagamente las cosas lejanas ya casi olvidadas; se insinúan, también vagamente, las cosas que han de aparecer y que tendremos que vivir.

Colomba, me he vuelto a confundir. No es la lascivia la que me tortura en este momento. Otro pensamiento se ha interpuesto entre mi calma y la vida que trota y pasa a cada momento.

COLOMBA

¿Cuál es ese pensamiento?

Yo

Quiero saber quién escribe cuando yo escribo. Pues no soy yo, no soy el señor que vive allá en Fray Tomate. Hay un trabajo subterráneo que se hace en contra mía. Es, acaso, un dominio de Palemón de Costamota y él me obliga a escribir murmurando:

—Sigue escribiendo.

¿Qué hay de cierto en todo esto, mi Colomba?

Ahora pasan Desiderio Longotoma y Jabalí Batuco. Este último va cantando y mueve sus bastones, ambos bastones; Longotoma ríe y ríe y aplaude. Pues Jabalí canta ahora varios trozos de la ópera que a mí tanto me gusta, *Sigfrido*, de Richard Wagner. No es una ópera italiana, lo sé. Pero es, nada menos, que ¡Sigfrido!

Desiderio Longotoma tararea a su lado. Y por la calle Santa Gloria, donde vive Jabalí Batuco, ambos se han interrumpido pues los cruza Julieta Pehuén, la mujer de los altos tacones y que frecuenta el Cabaré San Lito.

Porque te he de confesar, Colomba mía, yo miro y no logro despegar mis ojos de esos tacones, de esos pies, de esas piernas y de toda ella, de Julieta Pehuén. ¡La quiero para mí con sus tacones!

Te diré, Colomba, son tacones afilados y han de perforar la carne toda al incrustarse en ella. Son tacones como los que tú tenías esa vez en La Torcaza.

Ella marcha sobre mí y marcha en silencio; no se oye ni una sola palabra pronunciada por ella. Marcha porque es algo intenso marchar sobre un hombre que siente esta intensidad. Marcha *porque sí*.

Mañana temprano volverás a marchar, Julieta mía.

Durante el día olvidaré tus tacones; ellos volverán a perforarme al día siguiente cuando despierte con la luz del amanecer.

Colomba, ahora esos 170.000 pasos que tú diste en La Torcaza sobre mi cuerpo desnudo, han sido santificados.

Me arrodillo ante ese recuerdo.

Me arrodillo ante la sexualidad santificada.

Me arrodillo ante tí, Colomba, a pesar de que en este momento no hay hora, de que las mañanas, los días y las noches son cosas que suceden allá arriba, en la superficie. Aquí no hay esas diferencias de horas; aquí todo es eterno; aquí nada pasa; aquí todo es.

Pero el ofuscamiento me ha vuelto. Ahora hay noches y días y hay mañanas que se suceden sin orden. Ahora esto empieza a poblarse. Los veo a todos, a todos los habitantes de estas profundidades. Todos ellos están a mi lado y me miran en medio del silencio más absoluto.

Ahí estás tú, Lumba Corintía. Esta vez he venido sin Lorenzo. Tal vez él te llora desde

la superficie. Pero vendrá a verte y a inclinarse ante ti como yo me inclino ante Colomba. Juntos buscaremos en la ciudad de Boston donde tu cuerpo descansa.

Y ahí está Anacleto Ibacache. Está contento porque ya no tiene que vestirse cada día para luego acostarse cada noche. Ya ha dejado esa mortificación diaria que allá, en la superficie, tanto nos mortifica.

Tú eres Bárulo Tarata. El bosque de Guayacán siente tu ausencia, mi noble Bárulo y, por las noches oscuras, hay aves que graznan por tu ausencia al no encontrarte en parte alguna.

Y tú, ¿qué haces junto a los demás, Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe? Tú estás ya en otro sitio, en otro mundo. Pero te agradezco que por lo menos hayas dejado ver tu cuerpo y así pueda yo evocar esos recuerdos que tenemos juntos.

¡Cómo! ¿Eres tú Irineo Pidincó? El aire se ha perfumado con un olor a garbanzos. Pero ese olor no ha durado porque tú huyes, huyes amedrentado. Te comprendo, Irineo, ¡una Guaxa te persigue! ¿Quién es ella? Lo veo: Eufobina Colliguay. Te persigue y tú ahora te lamentas al no poder hacer nada de nada ni con Eufobina ni con ninguna otra.

¡Triste cosa, don Irineo!

Y avanzan otros ya fenecidos. Allí veo a Maribel, la linda y tan querida Maribel, aquella que allá en su superficie fue Teodosia Huelén. Mira hacia todos lados; acaso me busca y ¡me ha visto!

—¡Ono, Ono mío! —grita de pronto—. Ya hacías falta por estos lados lejos de la superficie. Veo que, al fin, has reconocido que aquí se está mejor, al lado de tu Colomba. Pero no te apresures, Ono, no te apresures; ya vendrás a ser un huésped definitivo. ¡Calma y mucha calma! Si hoy murieras te sentirías en un mundo sin sentidos y te desorientarías aún más que lo que ahora te desorientas. En cambio cuando llegue tu momento... ¡uuuuuy! Iremos juntos a visitar todas las estrellas, todas. Iremos con Celso, el que tú llamas Florencio Naltagua. Celso sabe una enormidad sobre las estrellas vistas desde otro punto que hoy día no trataré ni siquiera de explicártelo. ¿Ves? Ahí viene Celso. Tengo que emplear tu lenguaje y decir "viene". ¡Uuuy y uuuuuy! Aquí nada viene ni nada se va; todo *está* fuera del tiempo.

Apareció Celso y junto con aparecer no vi más a Maribel.

Celso nos contempló unos pequeños instantes a Colomba y a mí y luego sonrió con una sonrisa que encerraba todo el beneplácito al hallarnos ahí juntos. Quise explicarle que ella, Colomba, siempre estaba allí inamovible dispuesta a recibirme; quise explicarle que era yo el que vivía víctima de esos ofuscamientos y, cuando estaba tomado por ellos, me parecía que el Universo entero giraba a mi alrededor. Entonces venían esas mañanas, al despertar, trayéndome toda la lascivia que es posible traer.

Pero Celso ya no estaba junto a mí. Ahora veía a aquellos dos buenos colaboradores de Rubén de Loa, allá en su taller acuático, en el fondo del Pacífico: Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla. Pasaron también o, acaso, era yo el que pasaba junto a ellos.

Pues ahora estaba frente a frente de Tártara Tigre.

¡Tártara Tigre! ¡El amor de Artemio Yungay! Aquella que tanto había amado cuando se alejaron a caballo; él, en la Repanocha; ella, en el Despiporren. Pasaba Tártara Tigre, hermosa como nunca. Me cubrí los ojos; sentí, entonces, la mano de Colomba que se posaba en mi cabeza. Y así, en un silencio completo, dejé a todos esos muertos que siguieran en sus afanes incomprensibles para mí.

Abrí luego los ojos:

Allí estaba Colomba pero no ya en el centro de la Tierra. Ahora estaba en medio de un jardín sombreado por grandes árboles. En ese jardín jugaban mis cinco nietos, jugaban y gritaban alegres pues se hallaban en plena vida. Allí estaban Verónica, Juan Pablo, Magdalena, Álvaro y, riendo desde su cochecito, Carolina, la diminuta Carolina a quien yo llamo Carola. Como a Magdalena la llamo Tinguiririca y a Alvaro, Pinguirimpongue. Jugaban, reían. ¡Tu influencia es enorme, mi Colomba! Ahora quiero jugar yo también. Pero es mejor que ellos jueguen solos; yo me aproximaré a sus padres y, con ellos, los veré.

Luego todo desapareció lentamente. Alcancé a oír sus gritos de alegría que se perdían. Al fin quedamos en la nada Colomba y yo. Me dijo ella con dulzura:

—Onofre, ya debes volver.

Le respondí:

—Sí, Colomba, volveré a sumirme en el ajeteo de la ciudad.

—No olvides, Onofre, que allá tienes a un buen amigo, a un amigo que merece todo tu afecto: Desiderio Longotoma.

—¡Adiós, Colomba!

—¡Adiós, Onofre!

Y empezó mi lenta marcha de ascenso, una marcha por el silencio y la soledad. Ya ni vivos ni muertos se arraigaban en mi mente. Por pequeñísimos instantes atravesaban cerca de mí y volvían a perderse en la nada. Así atravesó Diana Papudo; con ella iba Alsina Cochoa, la chica que besó Lorenzo Angol; así atravesaron todas las tan hermosas muchachas que me venían a mí por las mañanas. Diana me mostraba la otra región y luego la escabullía entre sus manos; Diana reía en silencio y con cierta sorna.

—¡Diana! —exclamé—. Tú sabes que yo te quiero y que tú eres la dueña de la otra región. ¡Ven conmigo y yo, entonces, cortaré la más hermosa, la más fragante rosa que encontremos en el bosquecillo de la isleta del Olor de Santidad! Ya estamos cerca de esa isleta. ¡Ven te lo pido, Diana, ven!

Y la imagen de Diana subió conmigo. Nos encontramos, de pronto, en medio del bosquecillo de esa isleta. Ahí brillaba una rosa. Sin duda sería para ella. Quise cogerla con ambas manos; pero sus agudas espinas se clavaron en mis pulgares. Entonces sangré; por todos lados era sangre y más sangre la que destilaba de mis dedos. Creí enloquecer; mi ropa estaba manchada y seguía manchándose. ¿Qué hacer en un caso semejante? Pasó un auto y otro auto y otro más. De pronto llegó hasta mí la figura de Rudolf Steiner. Me contempló sin pronunciar palabra pero esta mirada evocó en mí la obra que él había escrito: *Significado oculto de la Sangre*. Sus hojas se abrieron. Y leí:

La sangre es un fluido muy especial.

Son las palabras que Mefistófeles le dice a Fausto cuando le pide que firme aquel convenio entre ambos.

Me afirmé contra un tronco cercano. Afirmado en él resbalé. Perdí el conocimiento y allí quedé tendido entre las hojas de aquella pequeña isleta. De pronto una voz me volvió en mí:

—¿Qué hace usted ahí, señor mío?

Palemón de Costamota estaba a mi lado y me despertaba con su voz. Luego prosiguió:

—Permítame que me presente a usted: soy Palemón de Costamota un seguro y fiel servidor de usted.

Me incorporé de súbito. Ya no sangraba. En mi traje ya no había ni una sola gota de sangre. Mis manos estaban secas y limpias. Al punto estreché su mano y le dije:

—Yo también, amigo mío, soy un seguro y fiel servidor de usted.

Tomados del brazo atravesamos el puentecillo de Anatemala y luego tomamos el Paseo del Corderito Pascual, después de volver a atravesar el puente de la Catedral. Desde allí miré la casa de la calle de San Tiburcio esquina de la calle de El Cardenal, donde ella estaría, sin duda, sin sospechar que yo había perdido el conocimiento por querer coger una rosa que me había clavado sus espinas y me había hecho sangrar.

Sangrar... Es algo horrible ver que uno se va por una pequeña herida, que uno crece y crece, se dilata. Como me he de dilatar yo cuando llegue la hora de ir a compartir tu vida, Colomba, con todos esos que te rodean.

Ahora estoy nuevamente en la superficie. Aquí estoy y aquí debo cumplir "el afán de cada día". Aquí debo enfrentarme a lo que la vida me vaya presentando. Por ahora camino por el Paseo del Corderito Pascual del brazo de mi seguro servidor, Palemón de Costamota.

—Usted ha detenido la sangre que se iba por mis pulgares. Usted me ha dado una muestra de su gran poder, mi querido Palemón. No hay ni una gota de sangre ni en mis ropas ni en mi cuerpo.

—Entonces, amigo mío, ¿qué lo hace vacilar a usted? Juntos, el mundo estaría a nuestra merced. ¿Qué lo hace vacilar?

Respondí:

—¡Colomba!

Hubo un largo silencio. Caminábamos siempre. Atravesamos por el puente de El Fruto Prohibido. Nos detuvimos unos instantes frente a la casa de Baldomero Lonquimay. Nada dijimos. A los pocos pasos de marcha él me preguntó:

—¿Lo ha visto a aquel que fue en vida Baldomero Lonquimay?

—No, no lo he visto ni he oído sus "brrrrrrrrrrr". Y he visto a todos los demás muertos, a todos los que he conocido aquí en esta vida; también he visto a mis nietos jugando en un jardín espléndido. Pero... ¡basta ya de charlas estúpidas, Palemón! Quiero la calma para entregarme al recuerdo de ella, de Colomba.

—Entonces, mi buen amigo, lo abandonaré a usted y me presentaré nuevamente como su seguro servidor.

—También tiene usted un seguro servidor en mí.

Nos dimos la mano y nos separamos. Me dirigí a pasos lentos a mi casa de la Plazoleta Fray Tomate.

¡Colomba, Colomba mía!

Ahora estoy nuevamente en Fray Tomate. Parece que nadie hubiera aquí en casa. De cuando en cuando oigo una puerta que se cierra o el grito de un chiquillo. Y vuelve el silencio. Me he tocado yo mismo para cerciorarme de mi existencia. Sí, aquí estoy; todo está igual y vuelvo a ver mis cosas en su sitio. La verdad es que no me he ausentado por

largo tiempo; no he hecho más que mirar a Colomba, oír su voz insonora y escuchar lo que de ella emanaba.

Me ha hablado —si hablar puede decirse— de mis lascivias por las mañanas. Después yo le he expresado esa duda que siempre, a todo momento me acomete: “¿Quién escribe cuando mi mano escribe?”. Debí haber pensado en Anam, el protector de Lorenzo; pero no hacía falta pues ella lo ha visto y ha sabido hasta qué punto yo, Onofre, estoy unido a su imagen como una segunda imagen de Juan Emar.

En realidad, ¿quién escribirá cuando yo escribo? Y otra pregunta: ¿Quién soy yo?

Aquí mis imágenes se confunden otra vez más y empieza el desfile interminable de toda esa gente que conozco y he conocido. Sobre ellas mi imagen se bambolea porque no logro determinar de cuál lado estoy yo: si de ese lado que siempre atisba mi seguro servidor Palemón de Costamota y que se hace efectivo a las horas matinales con el desfile de muchachas sin fin; o si estoy del otro lado, del lado que ahora se me antoja imaginado por ella, Colomba, y por la autoridad de Celso el siempre grande que juntos me obligan a concentrarme en las páginas que escribo.

Pues aquí no está el Palemón de Costamota. Ese permanente bamboleo mío me hizo atribuir a él esta especie de maquinación que es la de sentarse y escribir. ¡No, no es él! Es una orden tuya, mi bella Colomba, una orden que has imaginado con Celso y con Bárulo Tarata.

Sea como sea, yo obedezco a estas voces que a mí llegan. Al alba es la lascivia la que me domina; el resto del día es este afán de trabajar. Y vuelvo a preguntarme:

¿Quién seré yo?

Por fin me duermo y ningún sueño viene a perturbarme. Duermo, como un niño. Hasta..., hasta: Diana Papudo, Tomba Montbrison, Musa Cautín, Virginia Rapel, Praxedes Bagdad, Marul Carampangue, Guni y hasta mi infancia ya tan lejana: Natalia Toltén, Huinchita Pin...

Luego es la labor en aquel *Umbral* y en este *Dintel*.

¡Labor y labor!

Luego paseo por las calles o salgo a hacer pequeños viajes: La Torcaza; o La Cantera, de Lorenzo Angol; o Curihue, del capitán Angol; o La Manigua, de Contaldo Ñipaco; o, en tiempos que él vivía, Lo Gay. A veces he ido a Pompita y a Noriol y a Curacopque. En fin, algo me muevo, algo me he movido; está el Cajón del Lepomande con su Caverna Común, a los pies del Picoldo. A lo lejos he visto el volcán Marmolejo y, a sus pies, aquella Casa Maldita. ¡Algo he vivido! Y está ¡Europa...!

Recuerdo muy bien lo que tú me decías, Desiderio Longotoma; tú juzgas tu estado de ánimo según cómo ves esta ciudad de San Agustín de Tango. Así he visto yo también cuanto he visto, he estado arrobado ante las montañas y ante el océano e igual arrobamiento me ha cogido ante un rincón de calle o ante la casa de un desconocido o de un amigo; como he estado destemplado y encontrando sin gracia alguna, sin un solo atractivo esas mismas montañas y océanos y los rincones de calles con casas de desconocidos o de amigos.

También recuerdo tus palabras, Tomba: cuando empezabas a ver lo que te rodeaba mal acondicionado con tu estado interior, no tardabas averiguando qué te ocurría sino que, de inmediato, hacías tus maletas y partías a otro sitio, a otra ciudad o a la montaña o a ver el mar o lo que el mundo quisiera mostrarte.

Tal es, sin duda, lo que has hecho tú, Marul Carampangue, pues ya hace mucho tiem-

po que ni siquiera te veo en ninguna parte y nadie me habla de ti; has desaparecido y ahora han de ser otros murmullos los que llegan a tus oídos, sean ellos de nuevas gentes que has conocido o del silencio de la naturaleza.

¿Por qué he escrito "silencio de la naturaleza"? Veo ahora que nada hay tan terriblemente bullicioso como esa naturaleza: cuando una ola revienta junto a nosotros, cuando se acerca la tempestad con ruidosos truenos, cuando canta un pájaro o ladra un perro o cuando se oye la bocina de un auto o cuando se oye ese ruido sordo y confuso de una ciudad que trepida o cuando —y es lo que a mí me causa pavor— todo parece estar en silencio y vemos que es por falta de afinidad de nuestros oídos que nada oímos.

¡No! La naturaleza es un permanente estampido.

Esta casa está en silencio. Pero oí una puerta que golpeaban y a un niño gritar. Ahora oigo a alguien ante mi puerta. Ahora tocan el timbre. Oigo a la Zoraida que va a abrir la puerta.

—¿Está el señor, Zoraida?

—Sí, sí está, señor don Artemio. Pasen ustedes.

Un instante después estábamos juntos Artemio Yungay, Clorinda Machalí y yo mismo. Destapé una botella de Pernod y los tres nos servimos sendas copas brindando por lo que hubiera que brindar. Pero Artemio nos advirtió:

—Quiero que brindemos por *ella*.

—¿Quién es "ella"?

Él respondió:

—Tártara Tigre.

Y por Tártara Tigre fue nuestra primera copa de ese buen Pernod que ahora se fabrica aquí en Chile.

Yo

Artemio, ¿has visto, en tus viajes a las profundidades de este globo, a la que aquí, en la superficie, fue Tártara Tigre?

ARTEMIO

Sí, la he visto y, en silencio, hemos recordado mi amor lateral allá en Melichiqui, hace años. Clorinda me acompañó.

¿Por qué esto te extraña? ¡No debieras extrañarte, Onofre! Hago como hace tu amigo Lorenzo Angol cuando va a las honduras de esta Tierra a ver a Lumba Corintia. Luego vuelve a esta superficie y, lo primero que hace es contar cuanto le ha acaecido en sus viajes al fondo, contarlo todo a Benilde Panilonco. Y Benilde lo escucha con gran serenidad y compasión. Porque Benilde lo ama y Lorenzo también la ama. No tienes más que recordar aquel matrimonio que hicieron en La Cantera cuando él era Antón y ella era Nanci. Aquel matrimonio fue bendecido por Lumba Corintia. Igual cosa pasa conmigo pues cada vez que evoco a Tártara Tigre y a nuestro amor lateral, siento que nace y se acrecienta un respeto sagrado hacia esta mujer que aquí ves, hacia Clorinda Machalí.

Benilde no ha descendido a las profundidades terráneas; Lorenzo ha descendido siempre solo. Clorinda, te lo he dicho, ha bajado y me ha acompañado y ha estado ante la presencia de Tártara Tigre. Voy, pues, un paso más adelante que Lorenzo; porque todo se hace, en gente como nosotros, por una voluntad superior a la cual obedecemos.

Yo

Te he comprendido, mi querido Ascanio; ante usted me inclino, mi noble Clo-

rinda. Resuena en mí lo que he pensado y he articulado frente a Colomba sin pronunciar palabra: hay momentos en que el sexo queda santificado.

CLORINDA

Es lo que he sentido en esos lóbregos túneles de bajo tierra cuando me he aproximado a la figura muda y sonriente de esa que fue Tártara Tigre. He sentido la santificación del sexo y ante ella me he humillado con grandeza.

Yo

¡Tal es, Clorinda, lo que he sentido frente a ella, a Diana Papudo! "Humillarse con grandeza" es lo que mejor expresa esa "otra región" que Diana me hacía sentir. De rodillas ante ella sentía que me humillaba con grandeza. Juntos éramos grandes, éramos inmensos. Así hubo inmensidad en mi habitación del fundo de La Manigua, de Contaldo Nipaco, mientras ellos, los veraneantes, jugaban o reían o dormían o miraban las lejanías.

Pero dime, Artemio, te lo pido: ¿mascan o fuman ustedes siempre esas grandes cantidades de hachís?

ARTEMIO

No había pensado más en él. Clorinda, tampoco. El hachís ha pasado al olvido como ha desaparecido el alcohol en nuestro amigo Romualdo Malvilla. Esa hierba pasó por nuestras vidas sin dejar huella alguna. En un momento me hizo dudar de tu cariño, mi Clorinda, y hasta te miré con recelos.

CLORINDA

Lo sé, Artemio. Pero ahora está Tártara Tigre para salvarnos de todas esas embriagueces. Y cuando ya la hemos visto, salimos a la superficie por los volcanes más lejanos que haya, sí, los más lejanos.

Yo

¿Cómo cuáles, por ejemplo?

CLORINDA

¡Oh, el Fuji-no-yama, en el Japón! Por ahí saldremos esta vez, sí, por ahí; ¿quieres, mi Artemio? O si no, saldremos por el Kilima Ndsharo, en África. ¡Sí, será lindo, lindo! Y luego nos volveremos a este país rápidamente. Hoy día, con los aviones, todo puede hacerse con suma rapidez. ¿No lo cree usted, señor Onofre?

Yo

Lo creo, por cierto, pero dudo de que vayan ustedes a encontrar un aeródromo justo donde lo necesitan. Y desde la cumbre de un volcán, allá en esos sitios lejanos...

No quisiera encontrarme en su lugar, mi querida Clorinda.

CLORINDA

¿Y Tadeo Lagarto? Siempre, siempre se halla en el sitio donde nosotros aparecemos. Él nos lleva, en un santiamén, al aerodromo más cercano.

Yo

¿Cómo! ¿Frecuentan ustedes a ese Tadeo Lagarto? ¿No saben, acaso, que es un fiel discípulo de Palemón de Costamota, el casi Satanás en persona?

ARTEMIO

No seas tan presuroso para hablar, Onofre. Ese pobre Tadeo Lagarto no es más que un hombre infeliz y, en el fondo, un muy buen hombre. Cayó en las garras del Palemón porque su infelicidad no le prestó ninguna ayuda. Tú verás, Onofre, que el infeliz era un ave sin nido que no sabía hacia dónde volar. Entonces ese casi Satanás lo cogió y ha hecho de él su siervo. Pero en él hay un fondo de extrema bondad y cuando puede hacer

el bien lo hace y presta ayuda a quienes lo reconocen como tal. A nosotros dos, a Clorinda y a mí, por ejemplo. Se vale de los poderes que su amo le ha otorgado y los aprovecha debidamente. Así es que siempre está en el volcán que hemos escogido para salir y, desde él, nos lleva al aeródromo más cercano. Todo esto, te lo repito, en un santiamén. ¡Hasta nos tiene los pasajes tomados! Tadeo Lagarto nos quiere tanto como odia a Palemón de Costamota.

Yo

Debo creerte, Artemio. Ahora recuerdo una vez que el miserable de Palemón lo azotaba como a un perro sarnoso. Y esto se produce muy a menudo.

ARTEMIO

Él compensa esos azotes a los que, como nosotros, sabemos santificar el amor.

Yo

Bebamos, entonces, otro Pernod a la salud de Tadeo Lagarto. ¡Sírvese usted, Clorinda! ¡Sírvele, Artemio!

Bebimos lentamente nuestro Pernod. Yo quería hablar y discurrir cuanto era posible; Clorinda estaba más bien ausente; Artemio, meditativo como roído por una especie de recuerdo que lo mortificaba. Al fin no pude más y le pregunté:

Yo

¿Qué te preocupa, Artemio? Parece que tu cabeza se ha ido a sitios que no son de tu agrado y tú te ves obligado a ir y a seguir tras ella. ¿En qué mundos te encuentras ahora?

ARTEMIO

En los mundos de Tártara Tigre. Son mundos que ya no existen, que han desaparecido para siempre. Desde luego, Eustaquia Zepeda falleció hace ya tiempo; de Agripina Romeral, esa que llamábamos Yoni, no he vuelto a saber ni media palabra; creo que se halla en el extranjero. ¡Terminó todo aquello, Onofre! Alcancé a bajar dos veces a la tumba de ella, allá en el Cementerio General de Santiago. La tercera vez que bajé... ¡ya no era mi Tártara Tigre! Era, simplemente, una masa de restos humanos en plena descomposición. Nada sabía yo en aquellos entonces de ese fondo terráqueo que ahora nos es habitual. Quería que la vida siguiera en la forma que yo la comprendía y sentía. Pero Tártara Tigre había seguido su destino, el destino que a todos nos aguarda, y seguía viviendo —si así puedo explicarme— ese enorme, ese inmenso destino que abarca, como una de sus tantas cosas, lo que hay bajo nuestros pies y hay por encima de nuestras cabezas. Y también, Onofre, que hay dentro de nosotros. ¿Me has oído debidamente? ¡Que hay dentro de nosotros mismos...!

Yo

Sí, Artemio, te he oído debidamente y algo he llegado a comprender de cuanto has dicho. Así ha terminado tu... tu...

ARTEMIO

¡Dí la palabra, pronúnciala con todas sus letras! Así ha terminado mi: ¡necrofilia! ¿Qué quieres, amigo mío? Fue el mío un gesto que a todos nos ocurre, un gesto que, me atrevería a decir, vivimos a cada instante: *querer transportar a la eternidad nuestra manera humana de existir.*

Yo

Tal ha de ser nuestro mayor pecado.

ARTEMIO

Tal es nuestro mayor pecado.

Yo

Deberíamos vivir como vivió Malvilla en sus épocas de grandes juergas; como ahora viven Rosendo y Nicole, como...

ARTEMIO

Como hemos vivido Clorinda y yo embriagándonos con el haxix. ¿No es verdad? Pero no es así, Onofre, no es así. En cada una de esas embriagueces late un recuerdo de nuestra verdadera, de nuestra real misión.

Yo

¡Lo veo, Artemio, lo veo! Ha de ser ese recuerdo como un remordimiento que nos dice y nos repite, con insistencia, con majadería, que estamos evitando el esfuerzo de hacer las cosas tal como ellas deberían hacerse, que estamos jugando con ellas y nada más, matando nuestro tiempo.

ARTEMIO

Es lo que me ha ocurrido siempre a mí cuando he tomado la pluma y me he puesto a escribir. Sentía que yo frustraba mis intenciones, que hacía, apenas, la décima parte del trabajo que antes me había propuesto hacer. Tal me sucedió con *Chuchezuma* y tal me sucedió con *Maldito Gato*. ¡Son sólo pequeños ensayos, nada más! ¿Me oyes?

Yo

Claro está que te oigo. Si tal es tu parecer, bien, te dejaré con él. Y usted, Clorinda, ¿qué piensa de esos cuentos? Sería muy interesante tener su opinión.

CLORINDA

¿Cuentos...? ¿Por qué los llama usted "cuentos"? ¡Los cuentos son cosas inventadas, señor Onofre! Y en éstos no hay nada, nada, de invención. Estos son trozos que, intensamente, ha vivido Artemio Yungay. Son trozos del otro mundo que, a menudo, lo visita. Si tú, Artemio, los has calificado de "pequeños ensayos" ha sido porque aquel mundo era mucho, muchísimo mayor. Pero yo lo he visto y lo he tenido dentro de mí. Ha sido en esos momentos que un amor loco me ha invadido por ti, por ellos, por su realidad, que yo te he querido. Y porque siempre vas a esos mundos es que yo te sigo queriendo, Artemio mío.

Ahí está el principio del mundo en que vivió Tártara Tigre.

Ahí es el mundo que se rige por otros principios.

Ahí suenan los sentimientos de este mundo como algo muy lejano, como algo moribundo, como algo... algo...

ARTEMIO

...Como algo que es un sueño, un sueño y nada más que luego se aleja y se pierde en la realidad palpitante que nos rodea y que... y que...

CLORINDA

...¡Y que muy pocos ven!

Se marcharon ambos, Artemio y Clorinda. Volví a quedar solo en mi casa pues ellos habían partido llevándose la imagen de Tártara Tigre que parecía conducirlos al centro de la Tierra para recordar juntos aquello que habían vivido, aquel amor lateral, allá bajo los árboles de Melichaqui. Un profundo abatimiento me cogió. Todo, todo había terminado; ni la necrofilia podía existir pues ya, a la tercera vez que Artemio había querido entrar en la tumba de aquella mujer asesinada por Agripina Romeral, sólo se había hallado con un montón de vísceras que se descomponían.

Me senté frente a mi mesa. Reinaba un profundo silencio pero era un silencio hostil que se me antojó ser peligroso. Se golpeó una puerta; oí a unos chiquillos que gritaban y que luego se alejaron conducidos por una empleada. Sentí que pasaban varios autos. Entró un instante la Zoraida a preguntarme si algo se me ofrecía. Le dije que no, que nada se me ofrecía. Y volvió ese silencio hostil.

De pronto me incorporé como movido por una corriente eléctrica: en medio de ese silencio lleno de ruidos vagos, percibí las notas de un agudo silbido que entonaba *El Bolero*, de Maurice Ravel.

—¡Él ha de ser! —exclamé.

Me precipité a mi balcón y me asomé. ¡Sí, él era, él pasaba a pasos regulares, indiferente y silbando!

—¡Adiós, hombre Martín Quilpué! —grité con todas las fuerzas de mis pulmones—. ¡Adiós, adiós!

Pero sentí que debería seguirlo, seguir sus pasos adonde ellos quisieran llevarme. Unos segundos después marchaba yo tras él y, a mi vez, tarareaba aquella música de Ravel. Marchaba contento, ya sin soledad junto a mí pues tenía ahora un objetivo: ¡seguir a ese hombre Martín Quilpué!

Una serie de abejorros revoloteaban alrededor de él. Parecían atraídos por ese silbido. Pero él continuaba impertérrito avanzando por la calle de la Inmaculada Concepción. Así llegamos a la calle del Pentateuco y así nos encontramos frente a la gran puerta del Cementerio Apostólico.

El hombre Martín Quilpué se detuvo un pequeñísimo instante y tomó luego hacia su izquierda, es decir, hacia la calle Santa Biblia. Los abejorros emprendieron el vuelo en sentido contrario y de este modo se separaron. No supe a quién seguir, si al hombre o a los insectillos. Mas en esta vacilación había yo perdido mi tiempo pues estaba otra vez solo y frente a mí veía una fila de tumbas y más tumbas.

Allí me había llevado el hombre Martín Quilpué, al Cementerio Apostólico. Sin más penetré en él y llevado por una fuerza fuera de mi voluntad me dirigí al que iba a ser mi nicho, al N° 70072, hoy cobijando a dos pequeñas cologüinas. Recordé, por cierto, al que había sido el formidable Baldomero Lonquimay, en su nombre y en su memoria, arrojé un puñado de maní a esas cologüinas. Murmuré:

—Tuya fue esta idea, difunto Baldomero Lonquimay: de hacer, de cada nicho aún vacío, una jaulita que hospede animalitos o lindas avecillas como son éstas.

Quedé un rato en meditación. Vi mis vísceras futuras putrefactizándose como las de aquella formidable mujer que fue Tártara Tigre. Pensé en lo que acababa de oír a Artemio Yungay: "Querer transportar a la eternidad nuestra manera humana de existir"; entonces

may poco me importó el destino de mis vísceras. Oí nuevamente todo lo que había dicho Clorinda Machalí. Me sentí mejor frente a mi nicho porque súbitamente sentí apetito, hambre devoradora.

Escapé hacia un restaurante cualquiera, pero, dejándome llevar por mis pies, llegué de pronto al restaurante: *Au Bon Gourmet*.

Saludé efusivamente a su propietario, Monsieur Edmond Dunkerque y, naturalmente, le pedí que se esmerara en prepararme un buen plato de la especialidad de su establecimiento:

Excrementillos de Dromedario a la salsa Perry con Orines de Caballo Bayo.

¡Era algo francamente delicioso! Devoré esos ricos Excrementillos y luego me los hice repetir. Vino luego el postre y por fin el café. Lo estaba saboreando cuando se presentó Romualdo Malvilla que venía también a beber su café. Nos sentamos juntos y charlamos largamente.

MALVILLA

He venido hasta acá caminando con lentitud y formulándome una pregunta para la cual no he logrado hallar la respuesta adecuada.

Yo

¿Cuál es esa pregunta?

MALVILLA

Es la siguiente: ¿Por qué se sufre y por qué se hace sufrir a los demás?

Las respuestas acuden a mi mente y te aseguro, Onofre Boroa, que ninguna de ellas me satisface como debe satisfacer una respuesta que sea justa, exacta.

Yo

Debe atormentarte una semejante pregunta pues tú eres ahora todo amor para cuanto te rodea. El abandono del alcohol ha traído en ti ese amor ilimitado.

MALVILLA

Has dicho la verdad: "ilimitado" pues él no queda limitado por lo que me rodea, como tú has dicho. Amo también a los que me han precedido en este paso por la Tierra como mi amor se extiende a los que vengan después que yo. Viví en esta cima de amor. Antes me la borraban las botellas que yo bebía. Porque bebía para que no apareciera el amor en mi vida.

Hasta que el amor apareció. Quedé iluminado ante él y vi que todo se normalizaba en mi vida. Naturalmente, guardé las mismas amistades; sigo amigo con todos los que antes frecuentaba allá en el cabaré, tanto hombres como mujeres: Chispita, Ramiro Lampa y aquel Gualberto Choapa y el invertido de Carmelo Lipingue, en fin, todos los de aquellos tiempos, como veo, de cuando en cuando, a Clementina Rengo y a Perpetua Mamoeiro. También he charlado con Julieta Pehuén, la de los altos tacones; ¿la recuerdas, mi querido amigo Boroa?

Yo

Por cierto, la recuerdo como recuerdo también la impresión que me produjo al divisarla por primera vez camino del cabaré San Lito. Todos esos son ahora recuerdos que se amontonan y que nos molestan, que nos hacen sufrir.

¡Falta el amor en ti! Sobre cada recuerdo que venga a ti debes poner una gran cantidad de amor y verás que entonces no te harán sufrir. Por el contrario...

Así seguimos charlando y haciendo algunas incursiones por nuestro pasado. Yo sufría y veía que recordar todo aquello no era más que hacer revivir los frutos para mis lascivias matinales. Romualdo Malvilla sentía una alegría sin límites pues extendía su amor hacia toda esa gente.

Por fin nos separamos y otra vez se presentó ante mí la terrible soledad. ¿Qué hacer? Mi decisión fue súbita, instantánea: ¡el taller acuático de Rubén de Loa! ¡Allá iría y así cambiaría de ambiente! ¡Vería otras cosas y, ante mis ojos, habría otros paisajes!

Dormí bien aquella noche, muy bien, sin soñar, sin despertar ni una sola vez.

Me levanté de alba.

Apenas abrí la puerta de mi departamento vi que Saturnino, sin que yo nada le hubiera dicho, me esperaba ya. Pero con este habitante de Saturno, ¿de qué extrañarse?

—¡Adelante, mi buen Saturnino, adelante! —grité con euforia apenas me hallé frente a él.

Él me respondió secamente:

—Adelante.

Y así, tomados del brazo, nos dirigimos al balneario de Pompita, en un cómodo autobús. Allí quise tomar desayuno para lo cual pasé al Hotel Miramar. Ofrecí a Saturnino desayunarse conmigo, pero él respondió:

—En Saturno no se desayuna nadie.

Un momento después íbamos ambos en una lancha automóvil. Llegamos a un sitio en el cual Saturnino detuvo la lancha. Se volvió y me murmuró en voz baja:

—Aquí se hará un pequeño Maelstrom.

Esperamos un rato. Luego el agua empezó a agitarse. Saturnino exclamó de pronto:

—¡Ya viene!

En efecto el agua giraba y giraba a nuestro alrededor y nuestra lancha seguía su corriente. El horizonte se alzaba. Un minuto después éramos chupados y nos íbamos, a velocidad indescriptible, hacia el fondo del mar. Le pregunté:

—¿Cree usted, Saturnino, que nos encontraremos, allá en el fondo del océano, con Rubén de Loa y con la bella Lucila Volcán?

Me respondió:

—Naturalmente porque ha procedido usted como siempre se procede en Saturno, es decir, se tienen decisiones súbitas, instantáneas y a ellas se obedece sin vacilar. Ha procedido usted muy bien y me es grato felicitarlo. Por eso estaba yo frente a su puerta. Una voz que venía desde Saturno me hizo llegar a Fray Tomate y esperar que se apareciera usted. Usted apareció. Nuevamente lo felicito.

—Gracias, Saturnino.

—No dé las gracias; guarde silencio. Estamos cambiando ideas al modo que se cambian allá. Por lo demás, ya vamos a llegar; ya, muy pronto, estaremos con Rubén de Loa y con su mujer.

Agregué:

—Y estaremos con Adalberto Huachipato y con Ponciano Chacarilla. ¡No lo olvide usted, no lo olvide!

Me miró rápidamente y murmuró:

—Ponciano Chacarilla no está ahora en el taller acuático de Rubén. Ponciano Chacarilla ha salido de paseo a estudiar las algas submarinas. Cuanto a Adalberto, está trabajando y no quiere que nadie lo moleste. Adalberto ama el silencio en el trabajo y sólo admite que lo contemplen esos peces inmóviles que quedan absortos ante su trabajo magnífico. ¡Nada más! ¿Me oye usted? ¡Nada más!

Aseguré a Saturnino:

—Trataré de no molestarlo y pasaré sin hacer ruido a su lado.

Saturnino respondió con algo de cólera:

—En el fondo del agua, en ese taller acuático, no hay ruidos de ninguna especie. Adalberto expande el silencio a su alrededor. Ese silencio es sumamente grato a los peces. Puede usted gritar cuanto quiera y nadie, ni peces ni hombre, se alterarán con sus gritos. Y hemos llegado, señor... ¿Cómo lo apodan a usted?

Respondí:

—Algunos me apodan Borneo; otros, Boroa.

—Para mí será usted el señor Boroa, Onofre Boroa. Y aquí se puede avanzar unos pasos saliendo de esta lancha.

En efecto, estábamos frente al taller acuático de Rubén de Loa. Lucila Volcán se volvió hacia nosotros y, lentamente, nos saludó con su diestra. Contestamos y pasamos al taller.

Había calma, una calma de plomo. Lucila desapareció casi enseguida. Rubén trabajaba en unas pequeñas miniaturas. Me saludó con un movimiento de cabeza y siguió embelesado en su trabajo sin preocuparse más de mí. Un gran pez gris azulado lo contemplaba y movía sus aletas con lentitud. Allá, en un rincón, vi a Adalberto sumido en su obra. De Ponciano, nada. Saturnino me miraba y volvía a mirarme con displicencia. Aquello estaba francamente aburrido. Todos mis intentos por entablar conversación fracasaron. Por fin me dijo Saturnino:

—Usted, señor Boroa, procedió bien, muy bien. Se dejó llevar por sus deseos espontáneos. Pero los deseos de la gente que hay en este taller eran diferentes a los suyos. Siga ensayando. Así hemos de ver si resultan o no resultan sus deseos.

—Quiero hablar con Adalberto Huachipato —dije con testarudez.

—Hable con quien quiera —fue su respuesta.

Me acerqué a Adalberto y le dije que, hacía poco tiempo, había visto a esa hermosísima mujer llamada Gervasia Cachapoal.

—¿Quién es ella? —me interrogó sin ni siquiera levantar sus ojos hacia mí.

Quedé en suspenso.

—¡Cómo! ¿No recuerda usted a Gervasia Cachapoal, la que fue el amor de su vida? ¿Es posible?

—¿Vida...? ¡Oh, oh, oh! Ya he olvidado todo lo que a ustedes tanto les preocupa: la vida, sus preocupaciones ínfimas, sus idas y venidas, sus afanes, sus Gervasias, sus Cachapoales, en fin, todo lo que los toma y les impide mirar más lejos. Ahora le agradecería a usted que me dejara continuar mi obra.

Lo dejé. Rubén de Loa no hablaría; Lucila Volcán estaba metida en otras preocupaciones; Ponciano... ¿Qué hacer? Saturnino me miraba siempre. Le grité:

—¡Vayámonos de aquí cuanto antes!

-¿Hacia dónde quiere usted dirigirse ahora?

-No lo sé pero salgamos de este taller. ¡Quisiera ir al Fondo de la Tierra! ¡Colomba, Colomba mía! Esta gente ya no está conmigo, ya está en otras esferas que en nada me tocan. ¡Quiero ir hacia Colomba! ¿Me oye usted?

Me respondió:

-Salga por aquí, por esa especie de puerta que ve usted. Camine luego unos cuantos pasos y las cosas cambiarán. ¡No se extrañe, no se asuste! Mi visión de Saturno me lo dice. ¡Ea! ¡Salga y camine!

Y sin más, Saturnino desapareció. Luego desapareció el taller con todos sus habitantes. Luego sentí que el fondo del océano rugía. Vi que estaba solo, solo y perdido en medio de las aguas. Pero, de muy lejos, llegó un grito hasta mí:

-¡¡Uuuuuuuuy!! ¡¡Ono!! ¡¡Ven, arrímate!!

Era Maribel que me miraba y reía.

152

La estreché entre mis brazos. No cabía más de contento. Todo se me borró y sentí que entraba a una nueva vida; esta vez era una vida de belleza y llena de interés. ¡Maribel! Sentí la falta total de interés que había presentado mi andanza por la superficie. Todo, todo ello había sido... había sido... No sabría cómo explicarme. En fin, había sido... Sí, claro está, estuve con Artemio Yungay y con Clorinda Machalí; ambos me hablaron cosas muy serias. Pero estuve también con Facundo Doñihue y su Lania Polpaico; había visto además la Exposición de Artes Plásticas y había escuchado la Zambafusa N° 22 de Eusebio Palena mientras Polinesia Loncotoro devoraba y mascaba sus churrascos. Después había estado con Rosendo Paine y con Nicole Chaumont. Y Romualdo Malvilla... Y la Tomasa con sus versos y sus citas... Y Desiderio Longotoma... ¡Gran hombre! Y he hecho muchas evocaciones, muchísimas... En fin, he vivido.

Al menos esto se llama "vivir".

Vivir...

Pero faltaba un tornillo, un tornillito que regulara bien todas esas cosas "vivas". Por eso algo faltaba y yo no me sentía a mi gusto y, a cada momento, sentía un verdadero desasosiego.

¡Ahora, no!

Ahora es la plenitud, es otro mundo; ahora ¡soy yo!

Puesto que Maribel está a mi lado. Y ambos estamos en el fondo del océano con peces, con algas y llenos de cosas cuyo nombre ignoro y que por eso quiero más.

¡Porque son cosas tuyas, Maribel!

-¡Llámeme otra vez, niñita linda! ¡Llámeme, por favor! Así he de llegar al lado de usted con más premura aún. En esta premura es donde veo que me deshago de lo que he vivido y empiezo a vivir de otro modo más intenso, más grandioso, más...

-¡Uuuuuuy! -me gritó ella y me miraba fingiendo una enorme admiración-. ¡Qué elocuente estás, Ono mío! ¡Qué elocuencial!

Naturalmente, me callé pues me sentí un poco cortado. Quise, mas no pude, darle una explicación cualquiera. Pero el solo hecho de intentarlo trajo a mi mente una serie

tal de vulgaridades que no pude hacer otra cosa, como lo he dicho, que callar. Pero ella habló:

—¿Qué haces por aquí, Ono mío? ¡Ya no queda en el mundo un solo rincón en el que tú no te metas! Y cuando yo digo “mundo”...

Por fin pude exclamar:

—¡Usted es Jateña, Jateña!! Eso le explicará mi elocuencia y el verdadero arrebató de alegría que me hace sentir el verla a usted, Maribel.

—Uuuuuuuuuuy; veo que sigues esa elocuencia...

Y sus ojitos se clavaron en mí con un aire que no sabría explicar si era de mofa interior o de verdadero respeto.

Nos miramos en silencio. Ella reía de sus labios para dentro; pero sus ojitos eran serios y no abandonaban un gesto de reproche que yo llegaba a percibir muy bien. Por fin me preguntó:

—¿Quisiste mucho a Jateña, mi buen Ono?

Respondí:

—Enormemente. Recuerde, Maribel, que Jateña era la hermana, la hermanita preferida de mi amigo Lorenzo. Pues la quería más, mucho más, que a su otra hermana, que a Ida, usted sabe, Maribel, la que ahora es casada con Arcadio Carrizal. Y también la adoraban sus tan recordados padres, don Casimiro Angol y doña Emiliana Octay. ¡Todos querían tanto a esa linda Jateña!

—¿Y ahora...? —me interrogó Maribel con cierta malicia.

—¿Ahora...? ¿Qué entiende usted por “ahora”?

—Entiendo lo que voy a explicarte, mi Ono querido. Pero debemos ponernos en un sitio más cómodo que estas aguas que no cesan de ir y venir y que nos transforman en especies de grandes peces. Y yo nada tengo de pez, Ono, nada, nada.

Le interrogué de inmediato:

—¿Qué hacía usted, entonces, en estas profundidades?

Ella se echó a reír sin poder contenerse. ¡Qué hermosa era su risa y qué manera de vibrar en medio de las aguas! Quedaba yo embelesado oyéndola. Al fin me contagié y reí a mi vez. Éramos un espectáculo único: un vivo y una muerta, tomados del brazo, que ríen y ríen sin poderse contener; y todo ello... en las profundidades del océano en medio de la indiferencia total de los tiburones y de las lampreas y los peces espadas y las carpas y las rayas y los barbos y los esturiones y los arenques y los lenguados y las rémoras y las percas y...

Pero ¿qué? ¿Estoy yo, acaso, para nombrar a todos los peces que pasaron por nuestro lado mientras reíamos como locos? Nosotros no hacíamos más que reír pero otra parte de mí se atisbaba los peces y se decía en voz muy baja:

“Un tiburón, una raya, un pez espada, un barbo, un lenguado, una rémora, un esturión... y ¡qué sé yo cuántos más!

Indudablemente somos muchos los que se albergan en nosotros; pues mientras uno se reía y gozaba con el hecho de estar junto a Maribel, otro contaba y se fijaba en los peces y los nombraba. Y otro, otro más, decía y repetía en voz muy baja:

“Aquí te has equivocado, pues, a lo mejor, no es ese pez que tú has nombrado sino otro, otro muy diferente; es, a lo mejor, un pez de agua dulce que jamás ha conocido esta agua salada en que ahora tú ríes y ríes sin cesar.

De pronto Maribel hizo el gesto de callar y se puso seria. Yo, por cierto, callé. Me dijo con tono interrogativo:

—No, no, callemos. ¿No hablábamos de un sitio cómodo donde poder hablar en silencio, sin mover nuestros labios, en vez de estar aquí meciéndonos en las aguas?

—Sí, Maribel, de eso hablábamos.

—Penetremos, entonces, al fondo de la Tierra. ¿Qué te parece lo que propongo, mi buen Ono?

¡Qué responderle! Mi respuesta fue obvia:

—Sí, penetremos, Maribel. Usted ha de conocer las entradas sin fin que tienen que haber.

Me respondió:

—Las conozco todas. ¿O, acaso, crees tú, Ono, que para ir hasta esas regiones en que tanto te places es necesario siempre ir a la Islita del Olor de Santidad o al cráter de un volcán? Las entradas son innumerables y por todas ellas se llega cuando, cuando, cuando...

—Cuando, ¿qué, Maribel?

—Cuando la intención está a la altura del objeto perseguido. ¿Me has entendido?

Respondí sin vacilar:

—Sí, Maribel, he entendido perfectamente. Por eso soy yo el que ahora ordena: ¡Adelante!

Ella hizo un gesto como el de una gran nadadora. Las aguas se retiraron de su lado. Volví a respirar el aire puro, el aire algo frío, de un día de invierno. Estábamos a 8 de junio, creo yo; es decir, estábamos ya en la época del frío en nuestro hemisferio. Y otra vez tuve una ira súbita al ver que en todo me fijaba, que todo lo observaba y que por tanto observar —como hace un momento con los peces— perdía esta ocasión única en mi vida:

¡Bajar al fondo de la Tierra en compañía de la bella, de la sin igual muchacha que era Maribel, que era tu hermanita, Lorenzo, que al fin vivía lo que tenía que vivir!

No recuerdo bien lo que hicimos. Oía su voz que me indicaba a cada momento haciendo gestos para orientarme:

—¡Por aquí, por aquí, Ono! ¡Uuuuuuuuy, no resbales! ¡Pon un pie en esta saliente y apóyate, con el otro pie, un poco más acá! ¡Eso es, eso es! ¿Lo ves, mi buen Ono? Dime, ¿lo ves?

En realidad, ya no había agua, ni una gota de agua; ya estábamos en una larga y lóbrega galería, una galería sin una sola luz y en medio de un silencio profundo. Ella me miró y sonrió:

—¡Qué cosas raras pasan! ¿No lo crees tú?

—¿A qué se refiere usted, Teodosia o Jateña o Maribel?

Me respondió sin vacilar:

—Me refiero a esto, a esto. Pero mejor sería que nos sentáramos ahí y, entonces, te lo explicaría debidamente. Así, así. Siéntate y escúchame. ¿Cómo no ha de ser raro, rarísimo, que yo te esté haciendo tantos servicios a ti, Ono, a ti que, después de todo me has engañado y me has hecho perder mi tiempo allá en la superficie, allá en la costra de esta Tierra?

—¡Cómo! ¿Yo engañarla a usted, Maribel? ¡Jamás, jamás! ¡Que me lleve a sus antros el Palemón de Costamota o alguno de sus secuaces si alguna vez ha habido en mí el menor, el más infimo intento de engañarla a usted! ¡Puedo jurarlo, Maribel!

Pero ella se echó nuevamente a reír con una alegría sin límites. Al fin logró explicarme:

—Me hiciste ir un día, cuando vivíamos allá en la costra de esta Tierra —¿recuerdas?—, me hiciste ir lejos, muy lejos, al otro lado del planeta, me hiciste hacer un viaje que, con nuestros medios de transporte tan rudimentarios, se me transformó en una..., en una franca odisea... ¿Se puede decir así, "odisea"?

—Se puede decir como usted diga, Maribel; si usted lo ha dicho, bien dicho está.

—¡Uuuuuuuuuuy! ¡Qué amabilidad tienes ahora, Ono mío! Veo que te hace mucho bien descender hacia el fondo de la Tierra. ¿Es por la cercanía de tu Colomba? Dímelo, ¿es por eso?

—Con usted, Maribel, siempre he sido y siempre seré amable. Es decir, siempre seré como usted lo inspira; así es que no tiene por qué extrañarse de este modo mío; es decir, no tiene más que ver que yo soy un hombre que..., que... En fin, usted me ha de comprender debidamente y entonces podrá... podrá... Pero me ha comprendido usted, ¿no es verdad? Es lo que me extraña que diga ahora que yo la he engañado a usted, Maribel. ¡No y no! ¡Ello no es posible!

—Sí, Ono, Onito, sí y sí. Tú con tu nombre, con ese Borneo que llevabas, me hiciste partir a la isla que hay allá, del otro lado del país que habitábamos, la isla llamada también Borneo, para ver si en ella encontraba un pariente tuyo, o un antepasado o un descendiente o ¡qué sé yo! Y, naturalmente, no encontré ni uno solo, ni la sombra de uno solo. ¿No llamas tú a esto un engaño? Si no lo es... ¿Cómo lo llamarías? Dímelo, Ono, dímelo, por favor...

Me sentí mal con esta acusación que Maribel me lanzaba. Por cierto que ella sonreía y hasta reía al lanzármela. Pero era una real y franca acusación. Le respondí:

—Uno no dispone a su antojo del nombre que ha de llevar. Yo soy hijo del que fue don Eleuterio Borneo y de doña Trinidad Calama. ¿Me entiende usted? Soy, pues, Onofre Borneo Calama. Este nuevo nombre mío, es decir, este nombre de Boroa, ha venido después, mucho, mucho después. Y él ha venido hasta mí por una razón que me hace sentirme satisfecho pues es un nombre que...

—¡Calla, calla, Onito! ¡Ya sé cuanto vas a decir, lo sé y lo sé de memoria! ¡Qué niño eres, mi buen Onofre... Boroa!

Me ofusqué nuevamente con este nuevo apodo que Maribel me daba: un niño; yo, un niño... Porque encontraba mi nombre verdadero y lo adoptaba... Porque tomaba lo que me pertenecía... Pues yo soy y soy un Boroa y nada más que un Boroa... ¿Cómo es posible que una tan enorme mujer como fue en vida Maribel y un ser superior como lo es ahora, en estos confines del "más allá", no se haya percatado de lo que significa este cambio de nombres? No cabía en mi ofuscamiento. Pero, al fin, me dominé y, a mi vez, le lancé:

—Debiera usted haber comprendido lo que esto significa, mi tan querida Maribel. Es algo sencillo, sencillísimo. Puedo explicarlo y, entonces, usted verá las razones que me han llevado al ir a este cambio de nombres. ¿Quiere usted que se las explique?

—Sí, Ono, sí quiero. Explicáte con toda claridad. Yo, mientras tanto, te escucharé en silencio. ¡Adelante!

—Sí, me explicaré, Maribel. Pero antes, antes... quisiera que usted me informara bien, muy bien... ¿me entiende usted? Pues yo quisiera que no hubiera nada borroso, ¡para qué decir oscuro!, en lo que vamos a hablar, es decir, en lo que yo voy a hablar para que usted lo oiga... ¿Me explico debidamente, Maribel?

—¿Sobre qué quieres tú, Ono, que yo te informe? ¿Qué es lo que temes que quede borroso y casi oscuro?

-Maribel, infórmeme sobre lo que usted llama "ahora"; para eso, me pidió usted un sitio más apropiado y más cómodo... ¿No lo recuerda? Hablábamos de Jateña, quiero decir, hablábamos de usted, eso es, de usted, y de lo tanto que yo quería a esa Jateña y cómo vivía con su recuerdo siempre presente, de modo que...

-¡Calla, calla, Onito, por piedad! Entiendo por "ahora" si ese cariño que sentías cuando Jateña era apenas una chiquilina, sigue, sigue igual o ha aumentado creciendo como un enorme picacho cordillerano o... o... o ha disminuido para convertirse en un grato, en un muy grato elemento para un hombre de letras como eres tú. Eso fue lo que quise preguntarte, eso y nada más.

Sentí que todo yo era únicamente amor, amor, ¡amor! No pude decir nada, no pude articular ni media palabra, pude apenas elevar mis ojos hacia ella y contemplarla casi en éxtasis, ¡no!, en éxtasis completo... Y, creo, que caí de rodillas llevando sus pupilas en las mías. Repetía tan sólo:

-¡Maribel! ¡Maribel! ¡Maribel!

Y por mi imaginación pasaron una serie de peces nadando con calma, con mucha calma, moviendo apenas sus aletas. Iba entre ellos un muy enorme tiburón; a su lado iban unas cincuenta o sesenta o setenta o más lampreas y unos cuantos pejerreyes...

Pero pejerreyes no los hay en el fondo del océano; los pejerreyes son de agua dulce y viven en los ríos de Chile. ¡Oh, qué exquisitos, qué mil veces exquisitos son esos pescaditos bien guisados!

Maribel interrumpió mi visión del mar y de los peces y de esos pejerreyes. Me gritó:

-¿Vas a hablar o vas a seguir callado viendo peces? ¡Contesta, Ono, contesta!

Respondí:

-Voy a hablar, Maribel, voy a hablar.

¿Hablar? No. Fue el silencio más absoluto pues ni una palabra salió de mis labios. Cayó sobre nosotros esa paz sagrada que pudo unirnos completamente. Pero ahora voy a tratar de traducir en palabras lo que, ahí, en esa galería subterránea expresé. ¡Al fin caía sobre nosotros ese divino silencio que siempre he deseado! En medio de él comuniqué a Maribel:

Yo

Ha dicho usted muy bien, niña linda: yo era tan sólo un Borneo que crecía y miraba para todos lados. Pero las visiones que se presentaban ante mis ojos, Maribel: las dejaba pasar y las dejaba irse, irse, marcharse a lejanías indescriptibles, en busca de otro cerebro, de otro espíritu que las detuviera.

Yo tenía ese cerebro, Maribel, yo lo tenía; y no me había, no, no me había percatado de tenerlo. Así pasaban esas visiones ante mis ojos. Yo, yo... Bien, se lo diré: yo las saludaba y les deseaba muy buena suerte; les deseaba que encontraran a ese hombre que las tomara en serio y, entonces, dedicara su existencia a ellas.

Se lo diré, mi niña, era esto lo que había en mí, lo que ardía en mí. Pero yo me contentaba con esos saludos y con mis deseos de buena suerte, de una espléndida buena suerte.

Es decir, mandaba, cuanto aparecía a mi mente, al vacío, a un vacío completo, a la nada.

¿Yo, yo mismo?

Maribel, yo tenía que hacer otras cosas, cosas que, me habían dicho, eran importan-

tísimas, cosas de las que dependería mi futuro, todo él. Y me empeñaba en estas cosas, me empeñaba con ahínco.

A lo lejos veía un cuadro:

Onofre Borneo que quedaba aquí cerca y se hacía rodear de todo lo que estaba también aquí cerca y que, entonces, trabajaba con el ardor de un peón; Onofre Boroa que, ya se lo he dicho, se marchaba con pasos lentos, mustios, macilentos... ¿Se da usted cuenta lo que yo sentía en esos momentos?

Veía siempre a Onofre Boroa como a otro ser que ya nada tenía que hacer conmigo. Yo era solamente un... un... ¿contemplador? Sí, eso es, un contemplador que, se lo he dicho, contemplaba a Boroa. Y Boroa se iba, se iba. No, nunca se iba tan lejos como para perderlo yo de vista.

¡Allí estaba! Allí estaba inmóvil y añorando algo; sin duda que algo añoraba. Si no añorara nada no estaría en ese ambiente, en medio de ese decorado... ¡Oh, puedo jurar que era un decorado como no he vuelto a ver! Se lo describiré, Maribel, en pocas palabras. ¿Lo quiere usted? Óigame, entonces:

Es un amplio gabinete sombrío, muy sombrío; de las paredes, por todos lados, colgaban muchas cosas estupendas y, créamelo, altamente simbólicas. No podría decir qué cosas eran pero en fin, usted me ha de comprender, ¿no es verdad, Maribel? En medio de ese gabinete había una mesa de madera tosca; junto a ella había una silla y, a veces, un sillón. Aquí, sentado, estaba Onofre Boroa y, éste, trabajaba. Alrededor, silencio; alrededor era el silencio mismo. Entonces él trabajaba.

¿En qué trabajaba? ¡No importa! Lo importante es que ese trabajo lo alejaba de cuanto lo rodeaba. ¡Ese trabajo era la felicidad misma! Juntándose con el silencio, hacía desaparecer el resto total del mundo. ¡Oh, qué dicha, Maribel!

Desaparecía luego el gabinete; pero Boroa no desaparecía. Ahora Boroa estaba en un bosque, en un inmenso bosque, en una selva llena de insectos por los aires y de lombrices y renacuajos por el suelo. Boroa tiene su cuaderno de apuntes mira y anota. Luego respira ese aire perfumado. ¿Qué anota? ¡Ya no lo sé, Maribel, y cuando soñaba en la selva, tampoco lo sabía! No por eso las notas dejaban de hacerse. Pues eran cantidades de notas, ¡cantidades! Yo era feliz.

MARIBEL

Déjame ahora hacerte una pregunta, Onito mío, una sola pregunta; ¿quieres?

Yo

¡Por supuesto, Maribel! ¿Qué pregunta?

MARIBEL

¿Sabes tú cómo llamaría yo a ese gabinete sombrío, a esa selva con insectos y renacuajos y todo ese ambiente que te ha rodeado en los primeros años?

Yo

No, no lo sé.

MARIBEL

Pues los llamaría: ¡la cuna! La cuna en que creció ese niño, el hijo del Borneo, que luchaba por encontrar una madre que lo quisiera y lo elevara un poquitín, un poquitín y nada más...

Y Maribel rió, rió con todas las fuerzas que es posible tener; rió el ver mi expresión de absoluta, de total incompreensión ante sus palabras.

Luego me aconsejó que siguiera mi descenso pues, al fin, me hallaría con ella, con Colomba.

153

Bien; sigamos nuestro descenso.

Hundámonos cada vez un poco más. Que haya tierra, que hayan piedras, que hayan líquidos que corran, que haya fuego quemante, fuego amenazante que me roce y me envuelva. Así verá a la muerte. Alargaré una mano y... la acariciaré. Ella se retorcerá a mi lado. Ella, luego se alejará y me acometerá nuevamente.

Desapareceré entre sus lenguas titilantes; entre ellas quedaré hecho ascuas, quedaré pulverizado. Y las gentes que tanto, tanto me amaban, llorarán ante mi fin.

¡Estamos compensados, amigos que lloráis!

Porque yo también derramaré una lágrima y allí quedaré en muda contemplación de esa lágrima.

La veo, claramente la veo a esa lágrima, la veo cómo se desprende de mis ojos y es cogida por esas llamas. La toman, la tuercen y la deshacen, como a mí me van a deshacer o ya me han deshecho puesto que todos mis amigos lloran y lloran mi ausencia definitiva. Y esta lágrima no tiene otro objeto que compensar las que ellos derraman y siguen derramando y derramarán siempre, eternamente, por todos los siglos que aún quedan por ser vividos... ¡Siglos, siglos, siglos...!

Pero las llamas del fondo de la Tierra están empañadas con mi lágrima, esa lágrima que fue un recuerdo, una compensación para los buenos amigos que me lloran.

Las llamas la evaporan. La han convertido en gas. El aire está lleno de ese gas. Vienen animales extraños de todas partes, de todas las partes más lejanas, más recónditas, de esas partes que hemos visto cuando éramos niños, cuando éramos pequeñitos y embelesados nos quedábamos frente a un cumbileco o a un leucoterio. Gritábamos entonces:

—¡Papá, papá, ven a ver! ¡Oh, qué animales más raros! ¡Ven, ven, por favor, y míralos, míralos!

Y papá nos respondía:

—Deberías estudiar la gramática.

Nosotros nos poníamos a estudiar la gramática y esos animales se marchaban lentamente y, al marcharse, también derramaban lágrimas y más lágrimas. ¡Pobrecitos!

Así habéis desaparecido de este mundo: ¡echados por los padres que estudian la gramática!

Sigamos nuestro descenso.

Galerías... Túneles... Precipicios... Alturas negras... Alturas vertiginosas... Recovecos sin fin... Y líquidos que pasan, líquidos que corren y se escabullen como leucoterios y cumbilecos; líquidos que huyen del fuego que amenaza siempre.

Fuego que, a cada momento, nos puede acometer.

Y es algo horrible ser acometido por el fuego en medio de este total silencio y de esta total soledad.

Sigamos nuestro descenso.

Al final, al fondo de él, estás tú, mi Colomba. Ya siento, en todo mi ser, las ansias de

caer junto a ti y así, caído, dejar que el resto del mundo se pierda, se evapore, se deshaga en sus propios ajetreos.

Porque nosotros estaremos solos, Colomba. ¡Solos, solos!

Entonces te hablaré sin pronunciar palabras, ni una sola palabra, ¿me oyes? Y tú responderás en el silencio más sagrado.

Pues no será un silencio como es éste. Éste es el silencio de los túneles y de los precipicios. Este es un silencio clamoroso que hace mal a los oídos, que aturde, que atruena. Son, tal vez, esos leucoterios y esos cumbilecos y esos demonios quienes lo producen.

Porque aquí está lleno de demonios, repleto, archirrepleto de solapados luciferos que le atisban a uno para precipitarse de pronto y arrojarse y devorarlo y hacerlo trizas pero... ¡ah, aquí está el punto, el tremendo punto!... pero dejándole siempre la vida —¡eso es!—, doblándole, triplicándole la vida. Así un hombre, un buen hombre cualquiera, se hace mucho más sabroso, más exquisito. ¡Son espantosos y son miserables esos luciferos y sata-nases! ¡Maldición para ellos, maldición!

—Amigo, se equivoca usted.

Y, al decirme esto, hacía una profunda reverencia saludándome con su sombrero de copa. Luego se enderezó y prosiguió:

—Pero antes, permítame que me presente: Palemón de Costamota, un siempre leal y seguro servidor de usted.

Le respondí haciendo igual gesto:

—También tiene usted en mi persona un leal y seguro servidor.

Luego agregó con suma zalamería:

—Deseo hacer compañía a usted por estas magníficas galerías.

Repuse:

—Si me acompaña usted dejarán de ser unas galerías tétricas y severas.

Hizo una nueva reverencia y me dijo:

—Es usted la amabilidad misma.

—Y usted, señor de Costamota, es la persona más gentil que he hallado en mi vida.

—¡Caminemos juntos, entonces!

—¡Eso es! Caminemos juntos.

Y así, lado a lado, seguimos el descenso por esos caminos que ahora ya no eran esos lóbregos túneles que, hasta hace unos pocos momentos, me habían rodeado por todos lados.

Ahora no iba solo; ahora tenía la compañía de ese sin par, de ese enorme Palemón de Costamota... ¡Qué bien!

Porque es un buen compañero, es ameno y me llena de curiosidad con sus charlas y sus inagotables salidas.

—¡Descendamos, amigo mío, hasta las más hondas profundidades!

Se detuvo unos instantes y me explicó con voz severa:

—Eso yo no lo puedo. En las últimas profundidades está aquella dama que usted tanto añora. Yo no quiero verla, no y no.

—¿Por qué, Palemón? ¿Por qué ese odio contra ella?

Se detuvo, movió los brazos y los movió en tal forma que pronto una capa, una capa negra, llegó hasta él y lo envolvió por completo. Sus bigotes se afilaron; su sombrero de copa se hizo humo; una cofia bien ajustada vino a reemplazarlo; una carcajada estruendosa se hizo oír y retumbó por aquellos ámbitos.

Fue tan súbito el cambio de su tocado y fue tal la transformación operada en todo su ser que no pude contenerme y, a mi vez, lancé la más formidable carcajada que haya lanzado en mi vida. Creí que ahora reiríamos juntos. Pero, no, no, nunca, ¡jamás!

¿En qué podía estar yo pensando?

¿En qué mundo vivía?

¿Era, acaso, la expectativa de encontrarte pronto, la esperanza de poder caer frente a tus pies y así, caído y humillado lleno el pecho de una grandeza ilimitada, era eso lo que expandía esa alegría en torno mío?

Pues Palemón de Costamota poníase, a cada momento, más serio, más hierático, más imponente, más... ¡terrorífico!

Pero aquí me ocurrió algo parecido a lo que me acababa de ocurrir con esos innumerables peces que me habían rodeado. Había empleado una palabra, una sola, que yo tenía siempre reservada para ella, para ti, mi Colomba. Esta palabra es:

...hierática...

Porque tú eres hierática; tú eres lo inamovible, lo estático. Y lo eres llena de movimiento, llena de voz insonora, llena de vida...

Eres, tal vez, la única vida que exista.

¡Por eso voy a los fondos, a los últimos fondos que puedan existir en este mundo!

Sí, sí: un paso, un medio paso que avance en cualquier sentido, me alejo del fondo y me acerco a la superficie.

Había llamado "hierático" a Palemón de Costamota...

Porque su indumentaria había cambiado...

Porque esa indumentaria me había llevado hacia los Mefistófeles que había visto cuando era yo un nene...

Colomba...

¡Colomba mía...!

Alcé los brazos; mis rodillas se doblaron.

Y caí de hinojos.

Incliné la cabeza y cerré los ojos.

Un golpecito me tocó el hombro; luego sentí que una mano me cogía por un brazo; por fin una voz me murmuró:

—Levántese usted, amigo mío. ¿No pensaba usted marchar hacia el fondo de este planeta? ¡Ea, levántese usted!

Naturalmente, me levanté en el acto. Pasé mis manos por mi cabeza. Miré para todos lados. Allí estaba Palemón correctamente vestido. Su sombrero de copa, en una mano. La otra se adelantó hacia mí y oí que me decía junto a una venia:

—Palemón de Costamota, un leal y seguro servidor de usted.

Respondí de inmediato alargándole mi diestra:

—También soy yo un leal y seguro servidor de usted.

Nos volvimos a tomar del brazo y así, sonrientes, seguimos el descenso charlando, fumando unos exquisitos cigarrillos, entonando unas canciones que salían de nuestras bocas, volaban un poco, luego se retiraban y quedaban suspendidas allá, allá arriba, en ese cielo azul rayado, de cuando en cuando, por algunas nubecillas blancas y por algunas aves.

¡Las aves! ¡Qué hermosas son!

Las había de todas clases; volaban; revoloteaban; algunas de ellas se posaban por tierra; otras, en los ganchos de enormes, de inverosímiles árboles. Y volvían a emprender el

vuelo. En un momento creí que no iba a volver a ver ese cielo azul pues iba a ser cubierto por esos miles —¡qué!—, por esos millones de aves que parecían multiplicarse allá arriba. ¡Qué lindo, qué lindo era todo aquello!

Pasaba un inmenso buitre; no movía sus alas; se cernía; luego se balanceó una y otra vez. ¡Ya lo sé! Era para evitar a esa bandada de avutardas que se le venía encima graznando como una serie de chiquillos mal educados. Aunque sé muy bien que los chiquillos jamás graznan; ellos pueden gritar, meter una bulla insoportable y reír como si estuvieran locos. Pero los locos... ¿ríen, acaso? Es lo que ahora me pregunto: ¿ríen los locos...?

No, no ríen. Los locos son serios, extremadamente serios puesto que por esta misma seriedad se han vuelto locos. Han querido y han insistido en querer penetrar un misterio cualquiera... ¡Aquí está la cosa! Un misterio no y no se penetra. Un misterio penetrado deja de ser un misterio. Cuando un loco ha logrado penetrar un misterio, inmediatamente busca otro misterio y a éste le exige que sea y sea y vuelva a ser impenetrable.

Pero no se trata ahora de los locos y los dementes ni de esos hombres que tienen su cerebro al revés. Puesto que todo esto, todo lo que me cubre son aves y aves y más aves. ¡Esas son cercetas! ¡Son las lindas cercetas! Es, naturalmente, una lástima que esas ramas, esas copas de árboles, las oculten un tanto; y oculten también a aquellas chotacabras; y a esos mirlos... ¡Yo que amaba a los mirlos casi tanto como a mí mismo...! Grité sin poderme contener y con verdadera rabia:

—¡Palemón de Costamota! ¡Hay demasiados árboles aquí! ¡Debería usted hacer algo para hacerlos desaparecer, para arrancarlos! ¿Me ha oído usted?

Me miró sonriente y me arguyó:

—Es mi presencia, nada más que mi presencia, la que hace brotar esta cantidad de árboles. Porque los árboles y yo somos una, una y nada más que una sola cosa. ¿Me ha entendido usted?

Exclamé:

—¡Por cierto, Palemón, por cierto!

Volví a decir:

—Y yo he hecho desaparecer aquellos túneles sombríos y he hecho llenarse el cielo de magníficas aves de todas clases.

—Es usted un Dios, Palemón, ¡un verdadero Dios!

Se detuvo y me clavó sus ojos que despedieron chispas de odio, de una infinita cólera que, a mi vez, me detuvo casi petrificado por el horror. Él me reprochó con calma, con mucha calma:

—¿Por qué me ofende usted de esa manera?

—¿Yo...? ¿En qué le he ofendido a usted, mi gran amigo? No veo que haya una ofensa en lo que he dicho; no lo veo...

Abrió ambos brazos. Alcancé a divisar una enorme capa negra y una cofia se dibujó y a punto estuvo de caer sobre su cabeza. Sus bigotillos empezaron a alargarse en forma desmedida. No tuve más que disculparme:

—Palemón de Costamota, no he querido llamarlo ni Dios, ni nada por el estilo. Decir así como yo he dicho es solamente una... una expresión muy usual allá, allá, en la superficie. La emplea todo el mundo para hacer ver que no es posible... Usted me entiende... Es decir, usted debe entenderme que...

—¡Basta! —gritó enfurecido—. ¡Retráctese usted de inmediato! ¿Oyó? ¡Retráctese usted y diga lo que ha de decir!

Y Palemón crecía ante mi vista de modo inusitado. Ya tendría, por lo menos, unos cinco o seis o más metros de altura. Lo peor fue que aquellos árboles desaparecieron y, al desaparecer, se llevaron con ellos a ese límpido cielo azul con todas las aves que lo habían cubierto, con todas, todas. Ya no había ni señas de esos alcatraces ni de esos grajos ni de esas cacatúas ni de esas gaviotas ni de los ñandúes que, hace un instante, pululaban en torno mío y más arriba, mucho más, muchísimo más, hasta aquellas regiones que nuestra vista no es capaz de perforar... ¡Imposible perforarlas, imposible!

Puesto que cuando hay aves en el cielo y ellas vuelan y graznan y vuelven a volar y a graznar... ¡Oh, entonces vuelan las aves que en la tierra no han volado jamás, como volaban las avestruces y llenaban los ámbitos de unos graznidos sencillamente arrebatadores!

Ahora... no.

Ante nosotros dos, que marchábamos en silencio, se extendía y se extendían túneles y más túneles sombríos, túneles de techos bajos, bajísimos que nos obligaban a encorvarnos de tal manera que, varias veces, nuestros labios besaron esa tierra, o lodo, o mugre, o ¡qué sé yo! que por todos lados crecía y nos inundaba.

Al fin exclamé:

—¡¡Palemón!! Me desdigo de los apodos que le he lanzado al que es, sin duda, el más poderoso de todos los seres que puedan existir en la creación. ¡¡Ante él alzo mi voz!! ¡¡Por él quisiera brindar y beber una copa de licor!!

Él sonrió y, con un gesto, me manifestó su agradecimiento. Me murmuró con voz llena de atención:

—Amigo, puede usted hacerlo. Sírvase usted y yo lo acompañaré con otra copa de licor.

Nuestro comedor era magnífico. La mesa, las sillas, el mantel, el servicio, las botellas, las copas, los camareros, el maestro de ceremonias que a todo momento nos saludaba, en fin, todo era la magnificencia misma.

Estábamos bien en ese comedor. Su techo era transparente. No había más que levantar un poco los ojos y se veían, entonces, los miles de pájaros que no cesaban de ir y venir. Debo repetirlo una vez más: ¡no hay nada como un cielo azul cubierto por esas tan estupidas aves!

Vi un cóndor, un inmenso cóndor que personificaba la calma más absoluta en su vuelo; vi, por miles, los picaflores; a su lado, con una rapidez vertiginosa, pasaban como rayos las marbellas. Pero... ¡ah, lo que no cabía en mí! Sí, era otra cosa lo que no cabía en mí. Eran esas enormes avestruces que volaban como si no fuesen más que pequeñas golondrinas. Cada vez que una de ellas se presentaba a mis ojos, yo aplaudía y aplaudía eufórico. ¡Vivan las avestruces!

Pero, de pronto, quedé atónito, en suspenso. Ante mi vista pasaba, moviendo las alas con lentitud, pasaba un...

...¡tucán!...

Y lo había reconocido. ¡Él era, a no dudar, él era! ¡El tucán que habita lado a lado de la casa, del taller de mi amigo el pintor Rubén de Loa!

Me pregunté de inmediato:

“¿Qué hará ahora su ama, la viejecita que lo cuida y lo mimaba y que tanto lo quiere?”

La vi abandonada, la vi buscándolo por todos los recovecos de su casa, por el pequeño jardín, por debajo de los muebles, por el techo y por el entretecho... ¡Pobre viejecita!

Me di cuenta de que yo no concebía a una pequeña viejita sin que a su lado hubiera un tucán; todas las viejecitas deberían tener un tucán. Y, al lado de su domicilio, debería

siempre habitar un gran pintor. Así el tucán se hace juez inapelable de los méritos de las pinturas y las juzga sin cometer jamás ni el más pequeño error...

Luego vi a mi amigo, vi a Rubén de Loa: pintaba ahora y ahí, ahí quedaban sus cuadros sin recibir la aprobación del ave. Eran obras que permanecían sueltas, sin nada viviente que las arrimara y las incrustara en este mundo...

Entonces, después de sentir mis ojos humedecidos ante el recuerdo de Rubén y de la viejecita, no pude menos que cubrirme el rostro y derramar lágrimas y más lágrimas ante estas injusticias que en nuestro mundo se producen.

Palemón de Costamota interrumpió mi llanto dando un golpazo en la mesa; todos los vasos titilaron; el maestro de ceremonias vino presuroso hasta nosotros. Palemón de Costamota me habló, entonces, con tono despectivo:

—Llora usted por cosas mínimas, amigo mío, llora usted por una avecilla más o menos que cruza por los aires y por las viejas que han quedado sin ellas y por los pseudoartistas que son sus amigos. ¡Triste cosa, tristísima cosa! Siento deseos de abandonarlo... ¿Me oye usted? Siento deseos de dejarlo solo con su destino, solo, solo y sin compañía de ninguna especie.

Me rehice y le grité:

—¡Puede usted hacerlo! ¡Márchese y déjeme solo! ¡Es otro mi destino! ¡A él seguiré con aves o sin aves! ¡Márchese usted y que yo no lo vea más!

Otro golpazo sobre la mesa. Y la mesa se hundió con toda su vajilla. Lo último que alcancé a ver fueron los pies del maestro de ceremonias que eran chupados por ese lodo que volvía a presentarse. El cielo azul se borró. Con él desaparecieron todas, todas las aves que, hasta hace un momento, lo llenaban. Desaparecieron también los árboles. Las cuevas volvieron a formarse dirigiéndose en una serie de direcciones intrincadas. El silencio volvió junto con la soledad absoluta. La oscuridad reinó. Vi que una mano se me acercaba y cogía una de las mías. La apretó con vehemencia. Una voz me dijo llena de amabilidad:

—Le deseo a usted un muy buen viaje, alto, altísimo amigo mío. Pero antes de abandonar a usted, voy a presentarme debidamente, si usted lo permite: Palemón de Costamota, un leal y seguro servidor de usted, sea cual sea el destino que lo espera.

Di mi nombre y le aseguré que yo también era un leal y seguro servidor que, incondicionalmente, me ponía a sus pies.

Y solo ahora seguí mi descenso.

154

Cuesta, cuesta mucho llegar hasta tu lado, mi Colomba.

Se habla siempre, en cada esquina, en cada salón, ante la vista de un paisaje o ante la vista de una hoja en blanco que tenemos que llenar, se habla y se habla de... ¡la relatividad del tiempo! Es decir, prolongando un poco la cosa, de la relatividad de las distancias. Lo que está lejos, lejísimos, se acerca y queda a nuestro lado; lo que está aquí al lado, cerquísima, se aleja y se pierde en distancias inimaginables.

Entonces todos nuestros movimientos se hacen lentos. Los apresuramos...; la distancia

se alarga. La distancia nos hace ver que es ella, por pequeña que sea, una punta del infinito.

A unos 3.000 ó 4.000 kilómetros de la superficie me he encontrado con ese Palemón de Costamota. No creo que hayamos descendido juntos más de unos 1.000 kilómetros, hasta el sitio aquel en que estaba la mesa con su vajilla, con aquel maestro de ceremonias y con los ricos alcoholes que probé. A esa profundidad había un cielo azul y límpido; por él volaban esos pájaros; por él voló tu tucán, amigo Rubén de Loa; y en contra de ese cielo, se mecían los tan hermosos árboles que había hecho crecer Palemón.

¡Fue una hermosísima cosa!

Luego nos separamos. ¿Enfadados? ¡No! Con ese representante de los infiernos no hay medio de enfadarse; son pequeñas molestias...; es nuestra nerviosidad...; es Colomba que me llama...; es el gran proyecto que llevo siempre conmigo, el proyecto de verla, de caer ante ella y pasar a otro mundo...

Ahora, descender.

Ahora, alejarme de la superficie, romper todo ligamen que aún pueda existir, romperlo todo, todo. Pero... pero...

Estoy demasiado unido a esa superficie. Demasiado unido. Me toma, me coge, me retiene y pasan, ante mis ojos, sus diferentes, sus atrayentes aspectos. Pasa la plaza de la Casulla con su monumento al centro, el monumento del hemíono, el fundador; aparecen los jardines del Convento de los Jerónimos, lindos jardines que sólo son sobrepasados por esos que acabo de ver aquí, en estas profundidades, en compañía de mi amigo Palemón; aparece la Taberna de los Descalzos y, en ella, muy sentado y siempre feliz, siendo la felicidad misma, la felicidad absoluta pues recuerda a su mujer, recuerda a la Tomasa y a sus inefables poesías que ha de declamar después de ingerir esos tomasines exquisitos, siendo la felicidad misma, ahí está Desiderio Longotoma.

¡Y el río Santa Bárbara!

¡¡Uuuuuuuuuuuuy!! Así gritaría ella, Maribel, la que allá se llamaba Teodosia Hue-lén y que ahora ha partido. Pero ¡cómo! ¿No la veo yo a menudo? ¿No oigo siempre su grito que me llama: "¡Ono, Ono! ¡Ven, Ono, ven!", y no me precipito hacia ella tan feliz como Desiderio ante los tomasines?

Teodosia, ¡te amo! Maribel, ¡te adoro!

Estás mejor aquí, libre, dueña de los ámbitos, teniendo a los planetas a tu alcance y habiendo hecho desaparecer esa cosa negra que es la distancia, esa cosa absurda e inexplicable de que:

"Esto está aquí, a mi lado... Ahora no está a mi lado... Luego, no está aquí... Y si doy media vuelta, esto ya no está a mi lado puesto que no lo veo... Pero sigue estando aquí... Es cuestión de volver la cabeza y entonces vuelve a estar aquí, a mi lado... Por lo tanto, esto se mueve, esto hace rapidísimos movimientos y se aleja y se acerca... Y, ¡no! Pues esto no se ha movido ni un décimo de milímetro...

Maribel: ¡estás mejor aquí! ¡Estás mejor porque estás fuera de las distancias, fuera de esta ilusión terrible que a nosotros nos acongoja siempre, siempre, siempre!

Sigamos descendiendo.

La distancia que aún me separa de ti, mi Colomba, es una distancia alargada, estirada, llevada al infinito. Un infinito espantoso ya que se multiplica por galerías y túneles abruptos; y por esos torrentes de líquidos que arden; arrastran cosas de todos colores, piedras,

o cosas que a piedras se asemejan. Luego desaparecen y se forman nuevamente un poco más allá.

Más allá... Más acá... Aquí, a mi lado... Lejos de mí...

Bajemos, bajemos siempre.

Al fondo estás tú, ¡Colomba!

Por el momento no hay nadie, nadie. Es la soledad completa. Pero no es el silencio. Esas cosas que parecen piedras hacen un ruido permanente. O, tal vez, no hacen ningún ruido y yo las oigo a todo momento, las oigo... ¡dentro de mí!

¿Me estaré oyendo a mí mismo?

Pero... ¿quién soy yo?

O, acaso, no soy.

No debo ser.

Tal ha de ser la verdad: Yo no soy; yo me diluyo; es allá, en la superficie, donde se es; allá, cuando se cantan óperas líricas en compañía de Jabalí Batuco y un bastón las acompaña y otro bastón se reposa y se duerme y casi muere. Pero está Jabalí para despertarlo; y está Desiderio Longotoma; y está Rubén de Loa; y está el santo, el inmenso santo, San Francisco de Asís; y está la Tomasa; y están los tomasines; y la plaza de la Casulla; y el Convento de los Jerónimos; y la estatua del hemíono; y el río Santa Bárbara que ahora corre en sentido contrario, es decir, de Pompita, el balneario, y de Noriol, el puerto, el gran puerto, el inmenso puerto... ¿Será tan inmenso? Cabría entero en una de estas rendijas y, si no cupiera, estas rendijas se agrandarían, se agrandarían, como cosas que a piedras se asemejan y así se tragarían al puerto de Noriol, chupándolo con mucha lentitud... con mayor lentitud... Ya no chupa... Ya se ha... se ha fatigado en el silencio y en la soledad de estos túneles donde nadie hay, nadie, nadie...

¡Colomba! ¡Colomba mía, mía, mía!

–¡Mía, Colomba mía! –grité desesperadamente.

–¿Qué manera de gritar es ésa? –me interrumpió una voz con calma y extrañeza, una voz que, en un principio, no supe de dónde salía, si de abajo o de arriba o de un costado o del otro costado.

Llamé a todas las fuerzas que aún había en mí; me rehice y, con mis ojos, busqué.

Ahí estaba sereno. Una vaga sonrisa erraba por su rostro. Sin poder más me avalancé hacia él y lo abracé:

–¡Lorenzo! ¡Lorenzo Angol!

–¿Qué haces en estas profundidades? ¿Siempre vas en busca de ella? ¡Eres infatigable! –me dijo–. Sencillamente, infatigable.

Respondí:

–Como lo eres tú cuando el recuerdo de Lumba Corintia llega a tu mente.

Él agregó:

–Sigamos nuestro descenso.

Acepté. Así, juntos y con mucha lentitud, proseguimos nuestra marcha. De cuando en cuando cruzábamos algunas palabras. Después guardábamos silencio. Después volvíamos a enhebrar la charla. Pero una charla, allá, lejos de la superficie, toma otro cariz. No sé si podré transcribirla aquí. En fin, haré lo posible, aunque temo que ese ruido que no oíamos venga hasta esta máquina, se meta en sus teclas, en la cinta, en el papel y defraude mis tan buenas intenciones. Veremos.

LORENZO

Es este silencio que logramos oír; es este silencio que sólo el fondo de la Tierra puede procurar, pues es un silencio audible...

¿No lo crees tú, Onofre?

¡Sí, sí! Presta atención y podrás darte cuenta de que nuestros oídos son mucho, muchísimo más agudos. Están siempre oyendo miles, cientos de miles de ruidos que... que...

¿Osaré expresarme como lo siento ahora?

Yo

¡Debes osarlo, Lorenzo! Piensa que, en pocos, en muy pocos momentos más, estarás junto a Lumba Corintia y, ante ella, como yo ante Colomba, tendrás que osar todo, ¡todo! Si así no fuera, más te habría valido quedar allá en la superficie.

LORENZO

¡Esa palabra me ha dado horror! ¡La superficie! No la nombres, por piedad, no la nombres. Dejemos que sea un recúredo ajeno a nosotros mismos y entonces podremos mirarlo como se mira un objeto cualquiera, un objeto ante el cual podamos decir: "Tú y yo; yo y tú". Pero hay algo malo aquí, algo muy malo.

Yo

¿Qué cosa, Lorenzo? ¿No sientes, acaso, que una plenitud te envuelve a medida que bajamos y que ellas se acercan?

LORENZO

Siento esa plenitud y siento cómo ella aumenta. Es, justamente, lo malo que hay aquí. Pues esa plenitud es mayor que yo, me sobrepasa. Me siento un microbio al lado de ella y...

Yo

Y... ¿Qué? ¡Habla, por favor! ¡Explícate! Te lo diré yo, entonces, yo... ¿Seré yo? No lo sé. Te lo dirá esto que hay ahora en mí. Pero lo malo es que no sé, no, no lo sé, lo ignoro totalmente, dónde termino yo y dónde comienza lo que llamamos la naturaleza.

LORENZO

¿Crees tú en la existencia de la naturaleza?

Yo

Me has hecho dudar, Lorenzo. En realidad nuestros límites se han ampliado. Ya no está bien definido ese límite que allá en... en...

LORENZO

¡Dilo y no temas! Di: la superficie, la terrible superficie. La superficie donde se bambolean todos aquellos que han soñado alguna vez en bajar a estas profundidades.

Yo

¿Crees tú que lo han soñado, que lo ansían, que lo tienen como una obsesión incontenible? ¡No, Lorenzo, no! Si así fuera... ¡oh! estas profundidades estarían llenas, estarían repletas de gentes y más gentes. Y... ¿quién hay aquí? Contesta: ¿quién?

LORENZO

Colomba y Lumba Corintia.

Yo

Es verdad... Colomba y Lumba Corintia.

LORENZO

¿Ansías algo más, Onofre? ¿Sigues corriendo tras la quimera de: más, más, más...?

Yo

No sé hacia dónde corrí. Tal vez busco, al correr, el objetivo que persigo y no sé, te lo aseguro, no sé cuál es ese objetivo. Entonces mis piernas se mueven solas. Entonces veo, en la cordillera o en la isleta del Olor de Santidad, una entrada hacia estos mundos. Ahora la he visto en el fondo del océano. Y por ella me introduje; me introduje sin titubear. De pronto me encontré en medio de estos túneles y, en ellos, me encontré con...

LORENZO

¿Con quién?

Yo

Con Palemón de Costamota.

LORENZO

Tú te encuentras siempre con Palemón. Es también lo que me ocurre a mí. Palemón de Costamota me ataca a todo, todo momento. A veces se presenta ante mi vista magníficamente ataviado, con su correcto saqué y sus pantalones de a cuadros, sus zapatos punfudos y su eterno sombrero de copa. Debe tener vida propia este sombrero de copa. Lo digo por su manera de moverse; se mueve por su cuenta y su mano lo sigue. Otras veces... no se muestra. Ataca a oscuras, ataca desde las tinieblas. Es la peor, es decir, la más eficaz de sus maneras de atacar.

Yo

A mí, Lorenzo, me ataca siempre vestido y, como tú dices, vestido magníficamente. Palemón no usa las tinieblas para mí. ¡Luz y luz y más luz! Y siempre su exquisita amabilidad. ¡Oh, es un tipo único!

LORENZO

Deberías decir: "es un jugador único". No tienes más que ver lo que ha hecho conmigo: en un principio era el hombre correcto, elegante, amable hasta decir basta y, no pocas veces, de una zalamería casi hostigosa. Aparecía en los sitios donde menos podía esperarme encontrarlo. Como aparece contigo. Varias veces estuvo en casa, allá en Fray Tomate. Hablábamos de cualquier cosa, de los temas más diferentes entre ellos. De pronto consultaba su reloj y se marchaba pretextando unos quehaceres impostergables. Y, sin más, partía. Jamás me habló de ti. Tampoco me habló de ella, de Lumba Corintia. A mis demás amigos y amigas... parecía no conocerlos. En fin, era un conocido como lo son todos. Cuando vestía con gran corrección, buscaba el medio de explicarme el hecho de llevar esa tenida. Tú comprendes, Onofre, una visita o un señor que iría a su casa, o una señora o señorita que tenía que ver. En fin, te lo repito, siempre fue ante mí un tipo corriente, un tipo como lo son la mayoría de ellos.

Yo

Quien nos oyera, Lorenzo, diría que estamos hablando de dos tipos diferentes. Tú hablas de ese señor como la mayoría; yo hablo del ser más atildado que pueda darse. Cada vez que estoy con él se presenta una y otra vez y me asegura que es y será siempre un seguro servidor. Yo le respondo que puede contar, por mi parte, también con un seguro servidor.

Pero, de cuando en cuando, el hombre —¿podrá llamarse así, con este apodo de "hombre"?— cambia su tenida y se transforma en un verdadero Mefistófeles, como son los que aparecen en las óperas que tanto gustan a Jabalí Batuco y que Desiderio Longotoma aplaude y aplaude con frenesí.

Así hablábamos. Bajábamos siempre y la soledad y el silencio eran nuestros compañeros. El paisaje era monótono, insoportablemente monótono. Era igual, siempre igual. Cada paso que dábamos nos traía hacia atrás y teníamos que volver a darlo para quedar en el sitio que habíamos avanzado.

Así la distancia se hacía infinita.

Caminábamos hacia un infinito.

El infinito donde se hallaban ellas.

Y la soledad y el silencio nos aplastaban.

Yo

¿Qué buscas así, Lorenzo? ¿Qué escudriñas por todos lados? Diría yo que algo has perdido y que ahora lo buscas con afán.

LORENZO

Sigo buscando lo que siempre he buscado y que jamás he logrado encontrar. Busco al hombre que haya dicho una mentira.

Es también lo que busca Baldomero Lonquimay. Era lo que buscaba allá en la superficie y es lo que sigue buscando en estas profundidades. Cree que su eterno: "BTTTTTTTTTTTTT..." lo ha de llevar y lo hará encontrarse cara a cara con ese hombre. ¡Una mentira! ¿Te das cuenta, Onofre? ¡Una mentira, el asomo de una mentira!

Yo, dejándome tomar por Baldomero, seguí, una vez, su búsqueda.

¡Fue inútil! Porque no existe el hombre que haya proferido una sola mentira.

¡Esta es nuestra calamidad, nuestro espantoso castigo!

No poder zafarnos de esta verdad que nos acompaña y nos acompañará a todo momento.

Está a nuestro lado; nos guiña un ojo; nos llama; se nos va a entregar; ¡ya es nuestra! ¿Me entiendes, Onofre? ¡Ya va a ser una sola con nosotros!

Alargamos, entonces, la mano para cogerla y ella se ha escabullido o, diría con mayor justeza, ella se ha multiplicado, se ha ampliado y ha rozado el infinito.

Ante este infinito... quedamos atónitos. No nos queda más que lanzar un tremebundo: "BTTTTTTTTTTTTT..."

Y correr, correr, correr.

¡Correr tras de Baldomero Lonquimay! O, acaso, correr delante y hacer que él nos siga.

Yo

Podemos también descender.

LORENZO

Y hallarnos, de pronto, junto a Colomba y a Lumba Corintia. Junto a esas dos mujeres que nos han enseñado a comunicarnos sin mover los labios.

Yo

Sigamos nuestro descenso.

"Sigamos nuestro descenso..."

Es ahora lo último que he escrito. Y me acabo de detener pues, una vez más, me he encontrado frente a la pobreza del vocabulario que hay que emplear.

Esa frase pudo haberla dicho Lorenzo; pude haberla dicho yo; pudimos haberla dicho ambos, pudo haberla dicho el mundo entero; pudo no haberla dicho

nadie; pudo haber sido dicha por una de ellas, por Lumba Corintia o por Colomba; en fin, aquélla fue una voz que sonó junto a nosotros.

Seguimos nuestro descenso.

Otra vez estoy frente a la pobreza de éste nuestro vocabulario. Porque ¿descendíamos en verdad?

Habíanse borrado todas las direcciones; no había ni "alto" ni "bajo"; ya no existía nada al frente ni nada tras de nosotros; nada había a la derecha ni nada a la izquierda. Nada había en ninguna parte. Carecíamos de límites; carecíamos de tiempo.

Ayer, hoy y mañana formaban absolutamente el mismo instante.

Emplearé, sin embargo, la palabra "ambos".

"Ambos" significa un momento.

"Un momento" significa la eternidad.

"La eternidad" NO TIENE MEDIDAS.

AMBOS

Debemos someternos a todo lo que tiene medidas. Es la manera que ello tiene. Una medida es un punto; un punto es la reducción del infinito. Es el infinito reducido a nuestro tamaño. Y es por eso que quedamos en suspenso ante un punto.

Un punto que vive...

Al hacerlo vivir le damos un nacimiento. Al dar un nacimiento, le damos una muerte...

Lo hemos traído a nuestra condición; lo hemos sacado de la eternidad.

La eternidad... donde ellas viven.

Lumba Corintia... Colomba...

Pasa un auto que trepa por las escaleras de Fray Tomate. Y Fray Tomate abre su propia puerta y ruega al auto que avance.

Estamos sentados en el gabinete.

Pero este gabinete está muy bajo, muy bajo. Está en la historia nuestra, en la historia contemporánea, moderna, Edad Media, los que siguen, es decir, los antiguos, los más antiguos, los más y más y siempre más antiguos... ¡Más antiguos aún!

Ahora están a nuestro lado. Y el auto mira con ojos estupefactos. Nos explica la imposibilidad de semejante cosa. Nos explica el largo desenvolvimiento de la cultura que llega a la creación de un auto.

Colomba allí está; Colomba es.

Lumba Corintia allí está; Lumba Corintia es.

Pero ahora:

¡Gloria! ¡¡Gloria!! ¡¡¡Glooooooria!!!

Avanza el hombre Martín Quilpué. Se ha producido el silencio más completo; pues avanza el hombre Martín Quilpué. El hombre Martín Quilpué viste bien, viste muy bien. Nos inclinamos ante su... Ante su... ¿Qué significa este "su"?

El hombre Martín Quilpué tiene nuestro desenvolvimiento detenido. Pues siempre pasa y se pierde.

Deberíamos ir tras él y ver por dónde se pierde.

Y seguir, seguir tras él, seguir, siempre, siempre. No deberíamos contentarnos con verificar su paso. Deberíamos, ¡por lo menos!, examinar las marcas que dejan sus zapatos al pisar.

Pero esto no es posible. Apenas lo he —o lo hemos— pensado, se han alzado las espadas de la Historia:

Durandarte...

Tizona...

Altaclara...

Gozosa...

Y han llorado las mujeres de la Historia:

Rosemunda...

Brunegilda...

Y:

Jenara Linares que marcha con Marul Carampangue. Marchan ambas por el infinito y por el infinito marchan tras del hombre, tras del eterno hombre Martín Quilpué.

Pero este hombre ha torcido hacia un lado. El otro hombre, si así puede llamársele, ha torcido hacia el otro lado. Porque aún estamos en el dominio de los lados, de los lados que tuercen y se bifurcan para ambos lados, para tres lados, para cuatro, para cinco, para seis...

Alto... Alto... Alto...

Es Palemón de Costamota el que se ha presentado bifurcándose por varios caminos que hay en el fondo de la Tierra. Pues en todas, en todas partes hay caminos y más caminos.

Lleguemos al momento en que no haya ningún camino en ninguna, en ninguna parte.

Tú no vas por ningún camino, tú, Lumba Corintia; tú, Colomba.

Ambas marchan por caminos separados que son un camino único:

Jenara Linares y Marul Carampangue; y todas las mujeres que hay en este mundo.

¿Este mundo?

Ya este mundo no existe porque siempre ha existido desde que los hombres piensan como piensa aquel sabio y el moscón que vuela en torno de él. Que vuela y vuela y vuela. El sabio y el moscón.

Debo seguir este libro hasta terminarlo. Un libro debe tener un principio y debe tener un fin.

Siempre ha de tener un fin. El fin de un libro es el principio del libro siguiente por la eternidad de los eternos. Mientras dure la vida...

La vida que siempre ha de durar en la eternidad instantánea...

Elevémonos ahora.

Pronto apareceréis vosotras.

Y entonces caeremos de rodillas y así, de rodillas, oiremos el suceder del tiempo en estas profundidades. Pues aquí el tiempo sucede como sucede allá lejos y como ha de suceder aún por muchos, por muchísimos años, muchísimos siglos, por centenares de siglos...

Por centenares de siglos viviremos en la ilusión del suceder del tiempo. Salvo cuando estés tú presente y tú también lo estés.

Cuando estéis ambas...

Cuando estemos nosotros, cuando estemos en silencio y todos los ámbitos se llenen con el silencio de nosotros.

Entonces veremos las estrellas. Y vendrán a nuestro lado, vendrán junto a nosotros. Y una ilusión más habrá terminado. Pues ya no habrá...

ya no habrá...

ya no habrá...

Reposa viviente, Lumba Corintia;

Reposa viviente, Colomba.

Silencio.

Paz.

155

Aquí estoy, Colomba.

Aquí deberías estar tú, Colomba.

Aquí no hay nadie. Es la soledad completa. Aquí todo gira, todo se mueve; aquí es el mareo mismo...

Aquí no hay nadie.

Aquí es el centro de nuestro planeta. Aquí nacen las ideas, las grandes ideas que llegan a la superficie y hacen que los hombres corran tras ellas y, cuando han atrapado una de ellas, hacen que los hombres den material para volver a escribir Historia.

Y ahora... es la soledad completa.

Colomba no está.

Lorenzo Angol ya me ha abandonado; ya ha partido, por su lado, tras Lumba Corintia.

Estoy solo.

La distancia que me separa de la superficie se ha agigantado de manera increíble. A medida que ella se agiganta, las imágenes de los hombres que allá habitan, se acercan, se acercan, vienen a mí y me hablan de miles de cosas.

Esas imágenes me han distraído.

Así es que yo les contesto y se establece una buena, una muy buena charla entre nosotros, una espléndida charla.

Colomba no está.

Es la ausencia de ella la que me hace charlar con los amigos de la superficie. Pero a ti, Desiderio Longotoma, no y no y no, no te mezclo con los otros. Tú eres único.

Y Teodoro Yumbel es también un espléndido amigo. ¡Qué buenas tardes hemos pasado juntos! Cuando habla de sus mujeres, de esos amores que ha tenido y que luego...

Rubén de Loa es otra cosa. Lo estimo tanto como a Longotoma. Y Rubén habla, habla... ¡Qué maravilla es cuando Rubén habla! Lo que hay de malo es que para hacerlo hablar se necesita de la charla... ¿Me atreveré a decir "fofa"? Sí, eso es: se necesita de la charla fofa de Macario Viluco y de los "inefables" de Mamerto Masatierra.

Viterbo Papudo... ¡Gran tipo!

Papudo... Papudo...

¡Diana! ¡Oh, mi linda Diana!

El centro de la Tierra es inmenso. Los túneles que me han hecho cruzarlos y caminar por ellos...

Eusebio Palena... Sus Zambafusas... ¡Deliciosas! Y Polinesia Loncotoro con sus churrascos que devora en el Bar... en el Bar... ¿En qué Bar es donde Polinesia devora tantos churrascos?

Colomba no está.

Estoy solo en estas profundidades.

He hecho este largo viaje, esta larga peregrinación, para, al fin, hallarme solo en estas profundidades.

En ellas ha revoloteado mi linda Diana.

Linda Diana... Veo el rincón de tu casa y me veo yo junto a ella, esperándote y mirando ansioso los balcones... Porque son los balcones de tu casa, ¡Diana!

Pero viene la revolución, la terrible revolución.

Todo el mundo grita y se abofetea y se da de garrotazos.

La calle San Tiburcio queda sola, sola, sola... Como yo estoy solo aquí, sin Colomba y sin nadie. Y todo el mundo grita, todo el mundo vocifera:

¡Bar Azul! ¡Bar Azul!

¡Bar Bazul! ¡Bar Bazul!

Yo vocifero:

¡¡Diana!!

¿O Colomba? Porque he descendido hasta este centro para verte a ti, mi Colomba, para caer ante tu grandeza y, de este modo, dejar que las cosas se pierdan y desaparezcan en el silencio que tú puedes dar, mi Colomba.

¿Y Lorenzo Angol? ¿Por qué te has marchado, Lorenzo Angol? Te has marchado porque querías ver a Lumba Corintia y, en su lugar, se ha presentado ante ti tu niña de la superficie: Alsina Cochoa.

¡Ja, ja, ja! ¡Estás como yo, Lorenzo Angol!

Alsina... Diana...

La superficie nos persigue, la hemos traído hasta el fondo de la Tierra. Y ahora debemos presentarla frente a ellas, frente a las dos, frente a Lumba Corintia y a Colomba.

Seguiré mi descenso.

Pero, ¿adónde iría si siguiera mi descenso?

Ahora subiría, subiría inexorablemente, subiría y subiría y, muy pronto, llegaría a las antípodas que... Dado que yo he partido de Chile, vendrían a ser en la China, la hermosa tierra de la China, la tierra inefable y, como alguien decía, creo que era Chispita, sí, él era, "la tierra de las lacas, el opio y el té...". Aunque por eso del opio debería ser Rosendo Paine que fuma con Nicole Chaumont.

A esto he descendido hasta el fondo del planeta, para rodar y rodar por las vastas superficies que van de Chile a la China y pasan por ambos polos y giran y giran por el Ecuador, giran como locas, como desaforadas dementes y jamás, jamás, ¡jamás! logran penetrar hacia este fondo. Este fondo donde...

...¡Colomba no está!

Colomba no está...

Muchas veces he pensado, allá en Fray Tomate, que Colomba y yo éramos una sola persona. Me decía, entonces, lleno de júbilo, pues al decirlo, en medio de una absoluta plenitud, me decía y luego me repetía cientos de veces esta palabra ahora hueca... palabra sin resonancia, palabra que me hace mover los labios para pronunciarla, palabra como todas las palabras... me repetía:

—Somos UNO.

Y el mundo, el mundo entero, con sus millares de estrellas y con el infinito espacio entre ellas...

¡Alto! ¡¡Alto!!

"Estrellas...". "Entre ellas...".

Una rima se ha deslizado en mis palabras. Y yo ahora no estoy haciendo poesía así es que no necesito hacer rimas. Por lo demás nadie hace rimas hoy día al hacer poesía. ¡Han terminado las rimas!

Tú las haces, tú las repites después de aprenderlas de memoria, tú te deleitas con ellas, tú...

...Tomasa Paipote de Longotoma.

Porque tú declamas muy bien; tú te transformas al declamar. Es que te veo y te escucho y saboreo un tomasín junto a mi grande, a mi inmenso amigo Desiderio Longotoma.

Es de noche. Hay quietud en San Agustín de Tango. Es de noche. Callemos y así podremos escucharte mejor, queridísima Tomasa. Tu vas a declamar; así es que callemos. Schchchcht.

Y tú te has levantado. Veo al fondo de Curihue. Tú, Tomasa, te has agachado y, agachada, agachadita, esperas. Porque corre veloz, corre elevado por los aires, Desiderio Longotoma. Pero ahora vas a declamar... ¿no es verdad?

Sí, sí, vas a declamar. Déjame sentarme; aquí en esta piedra. ¿Será esto una piedra? Claro está, no lo es. Esto es un prototipo que luego se convertirá en... en... ¿En qué se convertirá para llegar a ser una piedra allá en la superficie?

¡¡Silencio!!

La Tomasa Paipote de Longotoma va a declamar.

Silencio...

Ni un rumor...

Que gire todo...

Paz...

—Ahora estoy loca, loca con Pablo Neruda. ¿Qué gran poeta! ¿No conocen esos versos? Se los voy a declamar, sí, a declamar. Pero... ¡servirse más de estos tomasines! ¿No te gustan, Desiderio? ¡Eso es! ¡Comer y comer! Yo, si no he comido antes... me pongo a llorar con estos versos. ¡Son preciosos! ¡Oiganlos, por favor! ¿Su título? Se llama:

"Farewell".

Claro está, recuerdo muy bien esa noche, en casa de mi amigo, en casa de Desiderio Longotoma. Habíamos hablado de... ¿De qué? Esto no lo recuerdo. Habíamos hablado como se habla con él, de todo y de nada. Es decir, si he puesto "de nada", es porque hemos hablado muchísimo.

Y Colomba no viene.

Es la soledad completa.

¡Declama, declama, Tomasa! Naturalmente; no podré copiar aquí aquellos versos porque yo no tengo memoria; nunca he retenido ni un solo verso.

Pero tú los declamaste de manera admirable. Te veo allí, tras de la mesa repleta de

tomasines; te veo, Desiderio; me veo yo. Y veo el silencio que se ha aposentado sobre nosotros.

Tú declamas; tú dices:

Desde el fondo de ti, y arrodillado,
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra
veré en los tuyos lágrimas un día.

Yo no lo quiero, Amada.

Para que nadie nos amarre
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca,
ni lo que no dijeron las palabras.

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,
ni los sollozos junto a la ventana.

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

Dejan una promesa.
No vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera,
los marineros besan y se van.

Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar).

Amo el amor que se reparte
en besos, lecho y pan.

Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar.

Amor divinizado que se acerca.
Amor divinizado que se va.

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a ti mi dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor.

Fui tuyo, fuiste mía. ¿Qué más? Juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor pasó.

Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste; pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy.

Desde tu corazón me dice adiós un niño.
Y yo le digo adiós.

¿Acaso no lo recuerdas, Tomasa? ¡Yo lo estoy viendo, yo te veo a ti y a Desiderio y a mí mismo! La prueba es que acabo de declamar como tú declamaste aquella noche.

Y yo jamás he podido retener ni un verso, ni medio verso, en mi memoria.
Alguien ha declamado por mí.

Oigo claramente nuestros aplausos, los aplausos de tu marido y los míos. Aplaudimos al insigne poeta que es Pablo Neruda. También te aplaudimos a ti, mi buena Tomasa. Porque tú eres divina cuando declamas. ¡Y con un poeta como Neruda...!

Yo nunca he retenido un verso en mi memoria.

Alguien tiene que haberlos dicho por mí.

Colomba no está.

Estoy solo. Todo es aquí soledad. Es la soledad hueca; es el vacío completo. Es la soledad que...

...poco a poco se está llenando.

Tú, Colomba, te acercas.

Tú te formas en el fondo de la Tierra.

Tú, Colomba, ERES.

Ante tu presencia me inclino.

Ante tu presencia caigo de hinojos.

¡Habla, Colomba, habla!

156

COLOMBA

Silencio. Entendámonos en el mutismo. Quiero ese mutismo porque aquí te espero. Silencio.

Avanza. Avanza lentamente.

Inclínate. Que tu movimiento, al inclinarte, produzca esa paz que te ha traído hasta mis pies.

SOMOS UNO.

Tal es la frase que dice y repite Onofre Boroa. Y tal es la frase que carece de sentido para Onofre Borneo. Porque Borneo la ha negado diciéndose:

"Si yo fuera UNO con Colomba sería también UNO con cuanto me rodea, UNO con este pequeño objeto que hay a mi lado, UNO con cuanto se extiende hasta las remotas lejanías. Y has visto el volcán Llaima alzarse mudo ante ti.

El volcán Llaima ha alzado la cordillera entera, la cordillera inmensa, y te ha obligado a reconocerla como parte tuya.

Peró, ¿qué es la cordillera?

¿Qué es esa ínfima depresión de un terreno que hace levantarse más a otro terreno?

Has oído entonces el murmullo de las olas. Y los océanos todos han venido a azotar tus oídos.

Y se han extendido pampas y bosques y desiertos y ríos y, allá lejos, ciudades y más ciudades, grandes, enormes ciudades llenas de un bullicio ensordecedor que, poco a poco, va calmándose y va calmándose, hasta llegar a una pequeña ciudad, a una aldea, a un caserío, a una sola casa, pobre casa, donde se alberga una mísera viejecita, una viejecita sola, sola, sola.

Es tan sola que te hace pensar en lo minúsculo; en lo ciento de veces minúsculo... Ya no se alcanza a ver; ya necesitaríamos de muy potentes microscopios para poder percibirla.

Un electrón no es posible que sea visto.

Y esa viejecita es menor que un electrón.

Esa viejecita ya no es; ha desaparecido. Como ha desaparecido el volcán Llaima y la cordillera entera y el continente en que se apoya esta cordillera... Y los océanos, todos los océanos... Y la atmósfera que los envuelve...

Luego viene el éter.

Por el éter cabalgan los planetas. Son pequeños esos planetas. Pues existen las estrellas. Son pequeñas esas estrellas pues también existe la Vía Láctea. Y la Vía Láctea es apenas un microbio al lado de la inmensidad que la rodea.

La viejecita, sola en su casa, en medio del campo, toma mate y piensa en... piensa en...

¿Pensará una viejecita sola en una casita en medio del campo?

La viejecita no piensa. Por eso todo puede girar junto a ella.

Porque todo gira, Onofre.... Onofre... ¿qué?

Deberías inventarte otro nombre, entre Borneo y Boroa. Así te podría llamar siempre y quedaríamos contentos ambos. Pues no debes olvidar; jamás debes olvidar.

Borneo... tú lo desprecias;

Boroa... tú lo ambicionas.

¡Odiás a Borneo, lo aborreces con todos los ímpetus que hay en tu corazón! Y eres su esclavo.

Boroa está lejos y lo amas tanto como se ama todo lo que está lejos, todo lo que es inalcanzable y que con ello se sueña a todo momento; se sueña; se ambiciona —ya lo he dicho.

No encuentro ahora una explicación para ese girar junto a la viejecita. Pues ello gira de un modo para Borneo y de otro modo para Boroa.

Y yo —te lo diré con toda franqueza— no sé, no sé, ignoro totalmente, con quién estoy hablando en este momento.

Veó que hay un hombre de rodillas ante mí, pero ello no me basta. ¡Hay tantas maneras de arrodillarse!

Sí, sí; no te extrañe. Media humanidad se arrodilla ante tu fiel amigo y seguro servidor, ante Palemón de Costamota.

Como se ha de arrodillar ese Onofre Borneo.

Como no puede arrodillarse Onofre Boroa. Pues Boroa está y está siempre de pie, siempre está altivo, siempre está con sus ojos puestos en lo alto.

Pero gira la superficie. A veces muy lejana. A veces muy, muy cercana. Y en la superficie, brilla la ciudad de San Agustín de Tango y, sobre ella, brilla por su altura incommensurable, la tan bella estatua del hemíono.

¿No es verdad?

El Hemíono, el grandioso Hemíono.

Junto a sus pies, pero mucho más bajo, circulan veloces tus amigos y tus amigas y, al divisarlos, tú Onofre Borneo, les gritas y los retienes:

—¡Hola, amigo, hola! ¿Qué tal?

Claro está; sé que debo hacer algunas excepciones. No debo mezclar, entre ellos, a Desiderio Longotoma ni... ni...

Has adivinado:

Ni a la Tomasa...

Declama muy bien, la Tomasa. Deberías frecuentarlos más a menudo; deberías decirle a tu amigo Lorenzo Angol que los frecuentara también. Después comentaríais ambos el rato pasado con ellos y charlarían largamente, largamente..., largamente...

largamente...

largamente...

largamente...

larga...

larga...

¿En qué piensas? ¿Te has marchado?

¡No! ¡No te has marchado! ¡Estás aquí, a mi lado, junto a mí! ¡Estás de rodillas ante... ante... tu sueño, tu sueño, Boroa, tu sueño que te arrebató!

Deja que ese sueño se haga realidad, que se haga perfecta, realidad. Así tú serás el hijo de un sueño, el hijo de, el hijo de... ¿Te lo diré?

¡Oh, qué hermoso!

...El hijo de una ensoñación...

Entonces verás, como sucediéndole a otro, a otro que ya nada tiene que ver contigo, al infeliz de Onofre Borneo.

Camina Onofre Borneo; va por las calles Onofre Borneo; saluda a sus amigos Onofre Borneo...

¡Qué quieres! ¿No te quejabas tú, hace poco, de la pobreza de nuestro idioma? Es verdad pues es muy pobre nuestro idioma. Ya lo has visto; he tenido que decir: "amigos". Si hubiera dicho, para mayor precisión, "conocidos" y nada más, entonces tú, sí, tú, te habrías indignado y te habrías cogido con ambos brazos al hombre que camina y camina y grita de cuando en cuando:

—¡Adiós! ¡Hola! ¡Salud! ¡Adiós!

No repitamos más, ¿quieres? Ya pronto subirás a la superficie y no tendrás otro léxico. Así sería mejor hablar de otras cosas y distraernos, ¿no te parece? Distraerse, siempre distraerse y que entonces, mientras la distracción nos embelesa, oiremos el formidable rebuzno del hemíono y tú, ante semejante melodía, cantarás:

—¡Hola, hola, amigo! ¡Salud!

Pero ya te he citado a dos grandes amigos. Y ahora digo "amigos" porque nuestro léxico no es pobre; nuestro léxico es...

¿Te aburro?

¡Prisa, entonces! ¡Prisa! ¡Huyamos de ese rebuzno!

Onofre:

Huyamos sin movernos y escudriñemos a la gente que encontremos. Escudriñémosla a toda esa gente. Y verás que hay mucha gente de un alto interés pues la cosa no está, no y no, en el *sitio* donde la veamos. Vamos a los ejemplos:

Artemio Yungay y su amor. No me refiero a Tártara Tigre; ella está más en estos mundos que allá arriba. Me refiero a Clorinda Machalí. Artemio y Clorinda te llamaron, todo el tiempo, Boroa; jamás te llamaron Borneo. Tú luego escribiste la charla que con ellos tuviste y no pusiste ese Boroa. ¡Qué hacerle! Pero no lo olvides: te llamaron siempre Boroa.

¡Y el doctor Hualañé! ¡Y su colega, el doctor Pitrufluén!

Ambos: Boroa; jamás Borneo.

Pues te lo diré: son dos grandes personajes. Tú vas a verlos cuando crees no tener otra cosa mejor que hacer. Y esto es falso. Tú vas impulsado por una fuerza que resuena de muy alto y que no logras percibir debidamente porque ella...

...tiene que perforar los oídos del Borneo y, por fin, poder llegar a los oídos tuyos, ¿me oyes? ¡Tuyos, tuyos! Oídos que se han dormido junto al monumento del hemíono; oídos que agonizan...

Oídos que desfallecen...

Oídos que ya no oyen...

Oídos del hemíono...

Oídos que se conectan con la lengua...

Lengua que dice: "¡Hola! ¡Salud! ¡Adiós!".

Pero tus pies caminan, tus pies avanzan, tus pies llegan a la calle de El Escapulario, atraviesan el umbral, se introducen en el ascensor y trepan al departamento del doctor Hualañé y del doctor Pitrufluén y allí se instalan.

Porque muchas veces nuestra fe, nuestra fe inteligente, al ver que no tiene cabida para ella en nuestra mente, busca y busca un sitio donde radicarse y, desde él, gobernar.

¿Por qué no pueden ser los pies?

¡Sí! ¡Ellos son!

La prueba está en que ellos caminan y caminan; pasan junto al hemíono y prosiguen, prosiguen, prosiguen...

Buscan la calle de El Escapulario; la encuentran; el N° 137; el umbral, el ascensor... Y una pequeña espera pues los doctores están ocupados, muy ocupados, en su salita donde silba el látigo y le hace segunda voz la voz de una mujer que silba tanto como el látigo y que, al fin sonríe, al fin da las gracias y se ausenta... ¿Diré dichosa? Tal vez, tal vez.

Pero debes entrar tú.

Entras.

La charla o... ¡el silencio!

Te retiras. San Agustín de Tango tiene otro aspecto; es otra ciudad, ¡otra ciudad! Ya nadie te saluda ni te importuna con sus gritos automáticos.

Caminas por la otra ciudad.

Y, a lo lejos, me ves a mí.

Ves el fondo de la Tierra. Tus pasos te llevan hacia la isla del Olor de Santidad. O se alzan tus ojos y, al alzarlos, se acerca la cordillera y ves los picachos con su abertura.

Su abertura.

El comienzo de la vida, de la vida en la que se hallan los amigos ya... ¿Podré decir "idos"?

¡Los amigos que viven! ¡Que viven! ¿Me oyes? Los que ya han dejado sus quimeras y, por fin, están.

Es muy hermoso este verbo de "estar"; es el comienzo del verbo "ser". Ser...

Porque Maribel es; porque Celso es.

¿No crees tú que Bárulo Tarata también es? ¿Y no ves con toda claridad que te encontrarás con muchos otros que quieren ser, que tratan, a toda costa, de ser? Por ejemplo ese don Irineo Pidinco. ¡Qué buena persona es don Irineo Pidinco!

Pero te estás acercando a la plaza de la Casulla. Ya se alza la estatua del hemióno... y el edificio del Ayuntamiento... y la Taberna de los Descalzos... y la Catedral...

Alguien te ha saludado:

-¡Hola, amigo! ¿Qué tal? ¡Vamos al Bar Tolillo a tomar una copa de un exquisito aperitivo que sólo tienen ahí!

Tú vacilas; tú vas al Bar Tolillo; tú no vas al Bar Tolillo...

Pretextas algo... Pero te encaminas hacia el Bar Tolillo...

De pronto ves, ves, ¡ves Onofre Boroa! Porque ahora eres el Boroa que buscaba. Y... Y...

Pasa el hombre Martín Quilpué.

Lo has adivinado pues la atmósfera se ha llenado con una armonía que es tu delicia: *El Bolero*, de Maurice Ravel.

A él debes seguir.

Pero este hombre se pierde, se escabulle, desaparece cuando menos te imaginabas. ¡Hasta unos insectillos hacen que lo pierdas! O bien porque pisa unos charcos de leche que ha derramado una muchacha cualquiera.

Se ha perdido el hombre Martín Quilpué.

Se ha perdido...

Ya no hay, por ninguna parte, un hombre Martín Quilpué.

Sin embargo él ha inyectado algo en ti. A ese algo obedeces. Obedeces; no, por cierto, que de inmediato. El tiempo tiene que pasar y pasar. Es tu preocupación.

¡Terrible preocupación!

Pues el tiempo no se moverá; el tiempo es permanente; él es estable. Estable como es la Islita del Olor de Santidad que ha de vivir miles de años más que tú, mi buen Onofre.

Y la cordillera... Y el fondo del océano...

El fondo del océano... Allí están laborando esos que fueron tus amigos, que conociste y que casi, casi, casi les gritaste:

-"Adiós... ¡Salud! Adiós.

Ahora está el océano y está ese taller de Rubén de Loa. Sí, el taller con los enormes peces que contemplan las obras que se laboran en él.

Los peces... ¡Qué hermosos son! Y las algas y las conchas y ese terreno movedizo y esas entradas disimuladas que van muy, muy lejos a abocar con una pequeña entrada que se hunde...

Se hunde...

Penetra...

Y llega al silencio, al total silencio.

¿No es eso lo que tú buscas, mi buen Onofre? El silencio... ¡Sí, es eso lo que buscas y que siempre has buscado!

Onofre Borneo se desespera, rabia, maldice.

Onofre Borneo corre por las calles y busca desesperadamente a ese amigo que conoce unos nuevos aperitivos en el Bar Tolillo, en el Bar Baridad, en el Bar Iloche, en el Bar Lovento, en fin, en todos los bares que puedan existir.

En uno de ellos se ha metido Borneo.

En uno de ellos Borneo bebe ricos aperitivos.

¡Boroa está libre, está solo y otro mundo se ha presentado ante sus ojos!

¡Ha desaparecido la preocupación que te atormenta!

¡Cómo! ¿No sabes cuál es? ¿Es ello posible? Te la diré:

SABER QUE, MUY EN EL FONDO, ES TOTALMENTE FALSO CUANTO TÚ PIENSAS.

¿Por qué sabes, mi buen Onofre Boroa, que todo cuanto bulle en tu mente es totalmente falso?

¡No, no! No te desalientes. Te lo explicaré:

El sendero que lleva a la verdad tiene que pasar por todas las falsedades que pueda haber. Por eso te has de encontrar y te has de volver a encontrar con Palemón de Costamota y has de mantener una cierta amistad con Tadeo Lagarto.

¿No? ¿No mantienes ninguna amistad con él?

¡Dí la verdad, Onofre Bor...! No sé si llamarte con ese nombre de Boroa o apodarte simplemente Borneo. Porque te veo caminando por las calles de nuestra ciudad, de San Agustín de Tango y, en una vuelta de esquina, aparece el Bar Onesa; y más allá aparece el Bar Andilla; y el Bar Celona; y el Bar Bazul con su huelga, su espantosa huelga; y aparecen más y más sitios donde se beben muy exquisitos aperitivos. Y tú, entonces, vociferas:

-¡Adiós! ¡Salud! ¡Hola! ¡Entremos unos instantes!

Ahora camina perdido Onofre Boroa...

El centro de esta Tierra se ha ocultado...

Yo, Colomba, ya no existo...

Rebuzna el hemíono...

Adiós... Salud... Hola... Unos instantes y nada más...

Aquí, a mi alrededor, se cierne un ligero malestar sobre Celso, sobre Maribel, sobre Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe, sobre Anacleto Ibacache, sobre Bárulo Tarata, sobre muchos, muchos otros...

Y, entonces, tu amigo Lorenzo Angol busca y busca, sin lograr hallarla en ninguna parte, busca a Lumba Corintia. ¡Pobre, pobre, Lorenzo Angol!

Y don Irineo Pidincó lamenta la falta de garbanzos que siempre hay en estas profundidades...

Es la calamidad que se ha esparcido por todos estos ámbitos.

Una calamidad tan inmensa que puede ser tomada con una sola mano y, en la palma de la mano, se la puede mirar mucho rato y se puede quedar, por la eternidad, mirándola...

Mirándola siempre, siempre, siempre.

Entonces toman realidad las lóbregas galerías que me rodean. Por ellas se pasea altivo moviendo su sombrero de copa y te asegura ser tu seguro servidor, Palemón de Costamota.

¿En dónde estará Onofre Boroa en esos instantes?

Todos sus dominios han **desaparecido**.

Todos sus dominios se los ha llevado lejos, lejísimos, a unas distancias que llegan a estar a nuestro lado, rodeándonos, pero impenetrables, se los ha llevado aquel que, en otros tiempos, hacía tus desvelos. ¿Sabes quién? ¿No, no lo sabes?

Te lo diré y escúchame muy bien:

Juan Emar.

157

Vino el silencio absoluto.

Yo me inclinaba tanto que ya no era más que una emanación de ella, de mi **Colomba**. Así quedamos mientras, desde nuestro sitio hacia todos lados, el ruido crecía e iba en aumento.

Entonces grité:

—¡**Colomba!**

Luego dije:

—Colomba:

Luego murmuré:

—**Co...lom...ba...**

Y algo, a mi alrededor, susurró:

—**Co.....lom.....ba.....**

Alcé los ojos.

Nadie.

Estaba **yo solo en aquellas inmensidades. Eran inmensidades de paz, inmensidades de dulzura.**

Emprendí la marcha de regreso. Avancé con lentitud. Una calma grandiosa **me rodeaba**. Avancé.

No hay duda: **Colomba y yo somos uno.**

El volcán **Llaima** se levantó. A su lado estaba el **Tupungato**. Divisé el **Chimborazo**. Y otros más. Lejos estaba el **Momotombo**. Y luego el **Momotombo** estuvo a mi **lado y, en su sitio, creció, sin hacer un solo movimiento, el Tupungato.**

Crecieron los mares todos; crecieron los océanos.

Marché por las aguas. Llegué al taller acuático de **Rubén de Loa**. Ahí estaban **Adalberto Huachipato** y **Ponciano Chacarilla**. Él me hizo pasar.

Vibraron todos los electrones. Entonces pregunté:

—¿Quién crees tú que soy yo?

¡La fiesta! ¡La fiesta!

Viterbo Papudo me llama y me conduce a un rincón. De este rincón salen **cientos de túneles oscuros** que se alejan a tales inverosímiles lejanías que vuelven a estar **con nosotros**, con el viejo amigo que es **Viterbo Papudo**, pariente de **Diana Papudo**. Y este **pariente me susurra al oído:**

—**Todos nosotros** somos representaciones de algo superior.

—¿**Siempre lo** somos, **Viterbo?**

Me respondió:

—Depende del nombre que lleves.

Pasaron Boroa y Borneo. Llamé a grandes voces al primero, le pedí que se detuviera. Pero Borneo me invitó a beber una copa, nada más, una sola copa. Me negué pretextando la compañía que, en aquel momento, tenía. Es decir, un pariente de Diana; es decir, el fundo de La Manigua; es decir, el dormitorio y, en este dormitorio, el sillón, la calle San Tiburcio esquina de la calle de El Cardenal.

Es decir, la huelga; el Bar Azul y el Bar Bazul...

La huelga. La huelga que presencié Borneo. ¡No! La presencié Boroa y se movieron cientos de millones de electrones.

Por Borneo no se mueven tantos. ¡No!

Colomba lo ha dicho y, al decirlo, no ha movido sus labios; lo ha dicho en la quietud:

—¡Tú eres Boroa! ¡Tú eres Onofre Boroa!

Yo no me había encontrado a mí mismo. (¡Qué frase, Dios mío!). Por lo mismo debo repetirla una vez más: "Tú no te habías encontrado a ti mismo".

Ahora, sí. Ahora me he encontrado a mí mismo.

Subamos, caminemos, contemplemos.

El Convento de los Jerónimos...

El Zoo de San Andrés...

El río Santa Bárbara pasa tanto al lado del uno como del otro.

Son tres cosas y nada más: convento, zoo y río. ¡Detesto estas tres cosas! Tú las detestas, ¿no es verdad Borneo? Y tú las amas con todo el corazón. (Otra frase que hay que repetir). Tú las amas con todo el corazón. Porque tú eres Boroa y Boroa siempre ha de amar cuanto se ha de amar.

Hay, además, un Cero.

Pero tengamos calma.

En este sitio veámoslo. Aquí, en este sitio, hay calma, hay paz. Y aquí está mi mesa y, sobre ella, mis papeles que quedan a la sombra de los grandes abedules. Está por lo tanto, cerca, muy cerca, la jaula de los tigres y, asomándose un poco, se puede ver el árbol histórico, a la entrada.

Paz... Mi mesa... Mis papeles... Los abedules... La jaula con los tigres... Los túneles... Los líquidos ardientes... El cielo... Las estrellas... Y tú, Colomba...

Colomba...

Colomba...

Porque aquí estás, mi Colomba, a mi lado y te elevas hasta una enorme altura que yo, con mi mente, ¡y también con mi corazón! la bajo, la bajo, la bajo...

O yo subo hasta quedar junto a ti.

Estoy junto a ti.

Pasa lo siguiente, Colomba:

Onofre Boroa

Cero

Onofre Borneo

Tal es mi problema, mi preocupación permanente.

Porque es indudable que hay tres personas en mí, tres personas bien definidas, claras, precisas. Y cada una de ellas tiene el don de borrar y aniquilar a las otras dos.

No, mi Colomba, no creas semejante cosa.

No hay conflicto entre ellos. Yo tengo que esperar sin hablar que uno de ellos tome el mando. Y cuando lo ha tomado...

Obedezco, obedezco...

Con una tranquilidad completa, como si siempre hubiera sido así, siempre, siempre.

Puedes creerme, Colomba:

Boroa no ha entrado jamás a ningún bar; Boroa ignora donde se halla el cabaré San Lito. ¿Las Tres Chimeneas?

¡Ni el nombre lo recordaba!

Boroa considera un extraño a Borneo.

Lo conoce apenas. Borneo no conoce a Juan Emar. ¡No, no lo conoce! Borneo no ha descendido jamás tampoco a los fondos de nuestro planeta.

Creo ahora que Borneo se queda enredado en los matorrales de la Islita del Olor de Santidad...

O ha de quedarse atajado por esos peñascos que, como centinelas, custodian la entrada de los volcanes.

¿Y Cero?

¿Quién es, qué hace?

Cero... es otro punto. Porque hay un punto que no es. Hay un punto que sólo puede ser denominado así:

CERO.

¿Me has oído, Colomba?

Cero.

Es decir: LA NADA.

Colomba:

Detengámonos un momento.

Creí que iba decir algo definitivo al pronunciar la palabra: NADA. Pero ahora veo que debemos detenernos; debemos meditar sobre esta palabra. Mis ideas se han confundido un tanto. Todo ha empezado a bambolearse en torno mío. Onofre Borneo se agita y va de bar en bar. Onofre Borneo está a punto de emborracharse.

Caminemos y avancemos.

¿Hacia dónde? ¡No importa! Caminemos y avancemos. Por aquí, por esta calle: esta calle que es la calle de La Flagelación. Y la esquina en que estoy está formada por esa calle y la avenida del Agua Bendita.

¡Hola! ¡Qué tal...!

Respondo de inmediato:

¡Qué tal! ¡Hola...!

Me ha saludado Silvino Condoriaco. Ha seguido su marcha de prisa. Tiene, sin duda, algo de importancia que hacer. Pues en este barrio siempre hay algo de importancia que hacer. ¿Una clara prueba? Voy a darla:

A un paso de aquí están los edificios de los Consulados de Las Américas Reunidas y, al frente, cuestión de atravesar la plaza Un Solo Dios No Mas, están los Consulados de Las Europas Reunidas. Y cuando, a un paso, están esos edificios...

Onofre Borneo bebe una copa.

Yo soy Onofre Boroa.

Colomba me lo ha dicho. Lo que dice Colomba no se puede poner en duda. Hay que creerlo y creerlo sin más.

¡Boroa! ¡Boroa!

Voy por las calles con paso presuroso. Corro a Fray Tomate. En medio de las calles no se puede pensar, no se puede, es algo imposible. ¡Apresura tu paso, Onofre Bor... Bor... Bor...!

Las calles... ¡Qué horror!

Este es un pensamiento digno de Onofre Borneo que, en este momento, bebe un trago en un bar cualquiera. Las emanaciones de ese trago llegan hasta mí. Ellas son las que me han confundido.

Yo, yo, yo tenía que pensar en otra cosa y esta cosa es:

CERO - LA NADA.

Para eso invoqué tu nombre, Colomba mía. Tú me escuchaste y prestaste oído. Y yo, al querer hablarte, fui a los Consulados de las Europas y Américas reunidas.

Yo olvidé:

CERO.

Olvidé:

LA NADA.

Lo escribiré como tengo costumbre de hacerlo. Lo he escrito varias veces anteriormente. Lo veo mejor. Tú, mi Colomba, puedes verlo en cualquier forma que sea escrito. Y, acaso, lo veas mejor si no lo escribo y sólo lo medito.

Lo escribo así:

Onofre Boroa

¡¡CERO!!

Onofre Borneo

Tenemos, desde luego, los que me llaman Borneo. ¡Son tantos! ¡Es la enorme mayoría!

Tenemos los que me llaman Boroa: Artemio Yungay, Clorinda Machalí, Rubén de Loa, Lucila Volcán, Teodoro Yumbel, Albania Codahue, Romualdo Malvilla, Laponia Soaire, Viterbo Papudo, Rosendo Paine, Nicole Chaumont y, no olvidemos, ¡por favor! a:

Lorenzo Angol y a esa bella que con él habita, a Benilde, a su compañera de ahora y de siempre, siempre...

¿Lumba Corintia? —me lo preguntas, Colomba.

Estoy aquí, aquí, en esta superficie terráquea y ella, Lumba Corintia...

Callemos unos instantes.

Y... ¡Desiderio Longotoma! Y... la Tomasa Paipote. Deberías oírla declamando y probar sus tomasines...

Pero... ¡callemos!

Todo lo que te he dicho está mal. En verdad me llaman, todos ellos, sin excepción, Boroa. Jamás han pronunciado esa palabra de Borneo. Jamás, desde que...

Callemos unos instantes.

Dejemos que Borneo beba su copa.

Callemos unos instantes.

Quiero reflexionar:

Casi todos ellos me llaman Boroa y, en ese Boroa, algunos ocultan el verdadero nombre, el nombre de:

CERO.

¡Éste es el gran nombre! ¡El nombre que acabo de descubrir!

¡Cero!

¡¡Cero!!

Silencio, silencio, por piedad, mi Colomba. Callemos unos instantes.

Dejemos que la paz llegue hasta mí y me envuelva como allá me envuelve cuando estoy postrado ante tu grandeza.

Callemos.

Que calle todo cuanto nos rodea.

¡Venga la paz laboriosa del silencio absoluto!

Cero...

CERO...

Cuando estoy como ahora estoy, cuando ni un solo movimiento hay en torno mío, cuando ese hombre llamado Cero va, por ahí, va por acá, está en cualquier parte, en cualquiera... ¿me oyes?... está echándoles un poco de maíz a las aves, o está aburrido y no puede impedirse un bostezo, o está afanado tratando de cruzar una calle y los vehículos se le vienen encima, o está... está...

Oye bien esto que voy a expresar:

Cuando no soy nadie; cuando hago todo lo que hay que hacer para seguir viviendo...

Cuando... YO NO SOY;

Cuando Onofre Boroa y Onofre Borneo han desaparecido; cuando han sido tragados por el alto de papeles o por las copas de una cantina;

Cuando cada uno de ellos realiza su vida, el uno aumentando el alto de papeles, el otro soñando con los alcoholes;

Mi Colomba, cuando -te lo repito- voy por las calles sin ninguna preocupación y respondo, como única preocupación posible, respondo lleno de afabilidad:

-¡Salud! ¡Hola! ¡Qué tal!

Entonces la cosa ha cambiado ya... ¡sin que yo lo sepa!

Entonces ha llegado CERO.

Con razón los demás le gritan al verlo pasar:

-¡Adiós! ¡Qué cuentas de bueno!

Y Cero les responde:

-¡Aquí estamos! ¡Y tú, qué dices!

¿De qué otra cosa podría yo preocuparme? Ya no hay afanes intelectuales que, como víboras, esperen el momento de saltar sobre uno. Ya la sed se ha calmado y puedo pasar frente a las botillerías y a los bares sin deseos de entrar en ellos.

Tú me has comprendido, Colomba.

Tú ves nítidamente a ese hombre que se ha zafado de los que lo tenían agarrotado:

El Boroa en su gabinete y bajo sus papeles inconmensurables...

El Borneo que debe beber y farrear para darle atractivo a su vida...

¡Que disminuyan esos papeles inconmensurables!

¡Que se cierren los bares!

Un cero que siempre va junto a Cero le ha murmurado a todo momento; a veces desde muy lejos, a veces desde más cerca, pero ha murmurado, como te digo, a todo momento:

La paz que debes desear es aquella paz sagrada que nada puede turbar, y en el seno de la cual, el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles.

Estas palabras de Mabel Collins, en su libro *Luz en el Sendero* me han resonado.

Y, a mi lado, corre el río Santa Bárbara.

Sus aguas corren por los túneles de bajo tierra. ¡En ellas voy yo! Aquélla es la Cárcel Católica. Aquél, el Manicomio del Eclesiástico. Ésta es la inmensa cordillera. Y aquí son las turbulentas aguas del Pacífico. Éstos son los campos. El bosque de Guayacán. Al fondo, el volcán Coscorrón. Luego vienen las pampas argentinas. Por el otro lado, la amplitud de las aguas. Todas, todas cubiertas de aire como lo están estos campos y las pampas que los siguen. Como está el globo terráqueo entero, Europa y África y Asia y... Después es la inmensidad que algo se interrumpe con los planetas pero que sigue y sigue y sigue... ¿Hasta...? ¿Hasta dónde seguirá?

La Ulpif. El árbol histórico. Y mis pies que caminan.

Caminan.

Avanzan.

¿Avanzarán?

-¡Hola, amigo! ¡Vayamos a casa! Tengo unos tomasines...

-¡Hola, Desiderio Longotoma!

-¿Los tomasines...?

-¡Los tomasines!

Callamos frente a un edificio cualquiera.

Entonces grité:

-¡Colomba!

Seguimos nuestra marcha y pasó el edificio.

Entonces dije:

-Colomba.

Ya estábamos cerca.

Murmuré con toda mi pasión:

-Co...lom...ba...

El murmullo no se oyó. Pero yo lo vi alejarse.

Nosotros estábamos ya frente a la casa de Longotoma. Al cruzar el umbral de la puerta principal, algo susurró:

-Co.....lom.....ba.....

158

La ciudad entera se comprimió. Todo tomó las proporciones habituales. Los edificios se alzaron nuevamente. El río recogió sus aguas de los túneles. Reinó un orden completo. Estaba yo con mi amigo, Desiderio Longotoma.

Y, a un paso nuestro, estaba su casa, en la calle que me pareció la más cercana de todo San Agustín de Tango, la linda, linda calle de La Excomuni3n.

¿Perspectiva?

Un rato, un rato largo de charla, un rato larguísimo, un rato sin relojes. Durante ese rato dejaríamos pasar el tiempo y ya no tendría que preocuparme si el tiempo pasa o no pasa, si, al no pasar, es porque...

¡Alto!

Caminaba con ¡Desiderio Longotoma!

Llegábamos a su casa. ¡Tomasa!

E, inmediatamente, veía yo una mesa cubierta de tomasines. Cuestión de alargar la mano. ¡Las manos saben mucho! Van recto a la boca. O, acaso, es la boca la que sabe mucho...

¡Alto! –he dicho.

Esto me huele a lóbregos túneles con fuego a nuestro lado y con fuego por detrás y por delante y por arriba y por abajo y sin fuego en ninguna parte y yo caminar, descender, sumergirme en las profundidades huyendo de la palabrería de Palemón de Costamota, que es mi seguro servidor y un amigo incondicional...

¡Alto, alto!

Voy con Desiderio Longotoma.

San Agustín de Tango tiene las proporciones que ha de tener toda ciudad en ésta o en cualquier parte del mundo. Para ello basta con ir caminando con un amigo, con un verdadero amigo, con un espléndido amigo como...

... ¡eres tú, Desiderio Longotoma!

El monumento al hemióno...

El Ayuntamiento...

La calle del Incienso...

La Taberna de los Delcalzos... En la esquina de la calle de La Misa y de la calle de Los Obispos. Esa otra calle, la que de aquí se aleja, o se acerca si uno viene a la Taberna, es la calle de Los Cartujos.

–¡Adelante, Desiderio!

–¡Adelante, mi buen Onofre!

–¡Los tomasines nos esperan!

–¡De esos tomasines comeremos hasta que...!

–Hasta que oigamos los versos que ella ahora declama.

Nos sentamos cómodamente. Siempre me encuentro cómodo y a mi gusto en casa de Desiderio Longotoma. La ciudad se extendía en torno nuestro. La Tomasa, seguramente, gozaba de esta magnífica extensión con algún verso en su mente que ¡ya oiríamos nosotros! Aquí en casa no había nadie pero, sobre la mesa del salón, vi de inmediato una novela policial. ¿Qué mayor y mejor compañía? Era una obra de Beverley Nichols, *Los ricos y la muerte*.

Sonó el fonógrafo.

Desiderio dirigió la música con su mano. Yo lo seguí con mis dos manos y con la cabeza. ¡Valía la pena! Eran canciones de ese gran cantante que es Ives Montant. Desiderio me dijo:

–Casi lo prefiero a las óperas líricas de...

–... Jabalí Batuco –terminé yo.

–Por Jabalí, fumémonos un cigarrillo.

–Por Batuco aspiremos todo el humo.

–Y pongamos un enorme cenicero a nuestro alcance. Así; éste está bien. Porque tú has de saber, mi buen Onofre, que yo tengo un solo traje que odia los trazos cenicientos. ¡Un traje para ir por las calles! Y luego, mi bata y mis pantuflas y... pasen por mi mente las extraordinarias novelas policiales. ¡Son, en verdad, maravillosas!

Un minuto después estaba Desiderio Longotoma con su bata y sus pantuflas. Yo, frente a él y echado en mi sillón, estaba en la plena paz y, todo a mi alrededor, susurró:

“Co...lom...ba...”

Él, mientras tanto, me explicaba:

—Comprendo que a ti no te atraigan esas novelas. Es que no has sabido cogerlas por donde se debe. Fíjate nada más que en esto y verás: las novelas policiales encierran los proyectos, los muy hondos proyectos que todos tenemos en el ultrafondo y con los cuales nos paseamos por todos lados. ¡Matar! ¡Asesinar! Y, sobre todo, burlar a los policías y a esos que se apodan detectives. Una novela policial es la síntesis de nuestra parte que yo llamaría, llamaría... ¿Cómo llamarla? Aguarda y te lo diré; un momento, un momento...

—Te aguardo, amigo, el tiempo que tú quieras.

—¡Tengo el apodo, lo tengo! Esa parte que yo llamaría sin más y que la proclamo: ¡Esencial! Esencial porque ella es un sueño, es un anhelo que nos trabaja desde un repliegue escondido. ¿No lo crees tú? ¡Matar! ¡Asesinar! ¡Burlar! Y presentarse luego lleno de altivez y con la sonrisa burlona... de los labios para dentro. ¡Es estupendo, amigo mío, sencillamente estupendo!

Le pregunté con cierta duda:

—¿Matar...? ¿Asesinar...? ¿No piensas que exageras un tanto?

Me respondió:

—¡No! No exagero nada. Asómate al balcón y ve a esos que por ahí pasan. Llevan una vida sin interés de ninguna especie. Y si asesinaran a alguien... ¡Oh, mi buen Onofre Boroa! La vida tendría para ellos un enorme interés...

Porque es hermoso este interés que va con los hombres por las calles. Y ellos van rumiando esto que parece bullir, de un momento a otro, y que va a cogerlos y a llevarlos hacia el alto interés que la vida puede depararles.

Y todo a mi alrededor susurró:

“Co...lom...ba...”

Y luego musitó:

“Co.....lom.....ba.....”

—¿Qué has hecho durante este tiempo, mi querido Onofre?

Respondí:

—He estado en el fondo de la Tierra. He oído su voz y esta voz me acompaña todavía. Estoy oyéndola siempre. Esta ciudad se ha agigantado ante mi vista. ¡Fíjate, Desiderio, que, varias, sí, varias veces, he admirado la espléndida estatua del hemíono! Es una estatua colosal. Y tú, ¿qué has hecho?

Rió Longotoma y luego me dijo en tono confidencial:

—Yo he partido de viaje con mi buena compañera. Juntos hemos estado donde todo chileno debiera estar siempre. Hemos estado en la inmensa urbe que es su capital.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿En Santiago de Chile...?

Púsose serio y replicó:

—Sí, señor mío. Hemos estado en Santiago de Chile.

—Te felicito y hago extensivas mis felicitaciones a doña Tomasa Paipote de Longotoma.

—Por ella te respondo: “Gracias”. Por mí: Reerregracias.

—Cuéntame algo de la capital.

Desiderio restregó sus manitos con frenesí. Se levantó unos instantes. Se volvió a sentar. Prendió otro cigarrillo. Luego se dispuso a hablar. Yo, por última vez, dije con fervor:

-Colomba...

Y me dispuse a escuchar.

LONGOTOMA

Un viaje de ida como todos los viajes. Nos fuimos en el auto de un amigo, el capitán Angol. Un tipo que maneja admirablemente. Volábamos. Bueno, si debía morir yo así, en un accidente automovilístico... Bueno, iría a ver a esa mujer que tú tanto amas, a Colomba.

Te diré, Onofre, que la Tomasa gozaba con esta idea: ¡ir a ver a Colomba!

Nos reíamos juntos y tanto nos reíamos que el capitán se... se... se distrajo y casi, casi nos estrellamos con un camión.

Pero seguimos y, sin mayores contratiempos, llegamos a esa que ahora puede ser llamada... ¡gran ciudad! ¿Me oyes, mi buen Onofre? Te diré la verdad: enorme ciudad... inmensa ciudad... abracadabrante ciudad...

¿La Tomasa, mi buena Tomasa Paipote? -preguntas tú, Onofre.

Te contestaré de inmediato:

Doña Tomasa Paipote de Longotoma fue tragada por aquella... En fin, tú has de calcularlo. Fue tragada y aparecía por las noches, fatigadísima, pero siempre sonriente.

Llevaba su consuelo con ella:

¡Los versos!

¡Oh, no! ¡No me declamó ni uno solo! Los almacenaba en su cabeza para recitarlos después. Seguramente... Hoy día... Ya ha de llegar y entonces comeremos tomasines y oiremos a algún gran poeta.

Sí, sí, te hablaba de mí y de la urbe de Santiago de Chile.

Es tan, como te decía, abracadabrante que todo a su alrededor se abracadabra. ¿Me oyes? Todo, ¡todo, ¡todo!

A eso voy. Déjame volver a mí. Déjame.

Ya viene, ya se acerca, ya lo domina todo.

¡Cómo! Preguntas que a quién me refiero...

¿Cuántos años? En realidad debe hacer una inmensidad de años. Pero... da lo mismo.

Porque ya ha llegado, ya está aquí. Te lo voy a decir. Doña, doña...

Candelaria Tucapel.

Deberíamos tomar algo, algo que nos dé ánimos. Así podremos estar frente a este fenómeno inimaginable.

Una ciudad que se sintetiza en una persona.

Doña Candelaria, sí, ella, ¡ella! Ella llevaba la síntesis de la ciudad en su persona. Y es una ciudad, ya te lo he dicho, Onofre, y te lo voy a repetir otra vez más. Escúchame:

Yo escuchaba a Desiderio Longotoma, absorbía todas sus palabras y le daba bríos que él, por cierto, aprovechaba y así podía seguir adelante.

Pero otra parte mía estaba contigo:

¡Colomba!

Y, a tus pies postrado, oía tu voz que traspasaba todos los muros... ¡no! Tu voz que ahí estaba y yo a ella me acogía.

Mientras tanto Longotoma me aseguraba:

¡Estupendo, formidable, doña Candelaria Tucapel! Y la urbe, más inmensa aún, me-

tida dentro de ella... O ella que se agrandaba por kilómetros de kilómetros y se metía en la urbe.

Es lo primero que he hecho al volver a San Agustín de Tango: buscar esa palabra y era —¡oh, dicha!— la palabra justa, exacta.

Aquí, aquí está. A ver, a ver. Este diccionario me resuelve muchos problemas de léxico. Yes un *Pequeño Larousse Ilustrado*. Nada más y no hay necesidad de más.

Te leeré esa palabra:

APARENTAR. Manifestar o dar a entender lo que no es o no hay.

¿Qué te parece, mi querido Boroa? ¡Es algo magnífico! Y sobre todo si vemos a doña Candelaria Tucapel.

La veo entrar... ¡Qué fuerza! ¡Qué prestancia! ¿Verdad que es imponente?

¡Sí, amigo mío! ¡Es imponente doña Candelaria Tucapel!

Llego a su casa que es SU CASA.

Pero... ¿se podrá decir de este modo? No lo sé, lo ignoro y lo ignoro totalmente. Bueno, pero déjame hablarte de esta... mansión. Esto está mejor: mansión. Porque donde ella se encuentra... sólo hay mansiones.

¿Dónde se encuentra?

¡Ay, Onofre, ay, Dios mío! Donde “el diablo perdió el poncho”. Para algo se había inventado esta expresión, la que siempre repetíamos cuando éramos pequeños.

Yo me imaginaba un terreno espantoso, un terreno con animales tremendos que a uno lo devoraban. Y, en medio de ellos, al diablo mismo refocilándose.

No, no, no. No era un diablo como aquel que es tu gran amigo y seguro servidor, como ese Palemón de Costamota. Por lo menos éste viste con suma elegancia y alarga una mano afable...

No puedo imaginármelo con un poncho y, menos aún, perdiéndolo en un sitio lejano. Sí, sí, lejano, lejanísimo.

¿Ya te has olvidado que te estoy hablando de Santiago de este país, es decir, de Chile? Creo que es mayor, sí, mayor que Londres.

Por cierto me refiero a su tamaño. Sí, tenía yo un plano de Londres que, no sé por qué, había llevado en este viaje.

Naturalmente... Medí ambas ciudades, de arriba a abajo, de la derecha a la izquierda. ¡No te asustes, amigo mío, no te asustes! Santiago de Chile es mayor que Londres.

¿La población, me preguntas...? Debe ser una sexta parte o, acaso, una séptima parte.

¿Octava? No, no tanto. Pero sea cual sea la diferencia de población...

¡Claro está! ¡Es ridículo!

¡Ja, ja, ja! Me hacía una gracia enorme ese chiste: “Las ciudades deberían edificarse en el campo...”.

No era un chiste, Onofre: Santiago está edificado en el campo. Total: se ha perdido el campo y se ha acabado con una ciudad que no ha empezado aún a formarse...

Pero hablábamos de doña Candelaria Tucapel.

¡No me distraigas, no me interrumpas, por favor! Tú, con tus palabras, me llevas a otra cosa que está muy lejos de esta mujer inimaginable que es doña Candelaria. Y esto es muy malo, mi querido Boroa, pues ella ha de ser el centro, el todo, el epicentro —¿me oyes?—, ¡el epi, el superepi que hay que venerar!

Y, al hablar de esta dama, tenemos que “aparentar”. Todo debe ser una apariencia, debe ser la personificación de la apariencia.

Tú debes "aparentar" estar ahí donde estás... Yo debo "aparentar" ser igual cosa. Y ninguno debemos dejar que penetre hasta esta sala ni tú ni yo. Dejémoslo fuera. ¡Que no vayan a pasar el umbral! Es el único medio de convertirnos en dos fantasmas, en dos venerables fantasmas.

Claro está; es el medio de recibirla. Así es que pase usted, pase, mi señora.

¡Inclínate, Onofre, saluda!

Pero no saludes desde afuera. Aún estás en la calle, en una calle lejanísima, de los arrabales de Londres; quiero decir, de Santiago de Chile.

La casa... Desde luego, desde luego y por todos lados, está rodeada de un fundo; sí, hombre, un fundo que deslinda, por un lado, con otro fundo; y por otro lado, con otro fundo; y por el tercer lado, con otro fundo. Por el lado que sobra está la calle. Y por esa calle pasan los autobuses, pasan veloces, y se pierden allá en... en Birmingham... en Bristol... en Dover...

¡Eso es, Onofre Boroa, eso es! Es que estas ciudades se me confunden. Quise decir, pasado Las Condes y la Quinta Normal y... ¿Renca, dices tú? ¡No, no! Renca queda dentro.

¿Me vas a dejar entrar en la casa de doña Candelaria?

Sí, ya estamos en la puerta. ¡Adelante!

—Cuidado, señor; cuidado; puede usted ensuciar el piso. Así, así, muy bien. Ponga usted un pie ahí, ahí. Y el otro, acá. Eso es, señor, eso es. Y sentémonos, ¿quiere?

Pero... ¡qué diablos, Onofre! El piso está hecho al revés ya que tú, entrando, tienes que pisar primero la madera, el entablado y luego pisarás el gran trozo empedrado. Y la cocina... Es una miniatura de cocina. Eso ha de ser, eso ha de ser. ¿La cocinera? Delgadita para que pueda caber en esa cocina. ¿Cómo era, la de la señora Candelaria?

¡Un elefante doblado de un hipopótamo...! ¡Y metida, la pobre, en ese metro cuadrado...!

La cocina, para mí, ¡sagrada! Ella debe ser el superepi de una casa. Bien; debe ser... como es ésta que aquí tengo yo. Sí, sí... Lo he visto; tú; tú te refocilas dentro de ella y tienes toda la razón, toda la razón. Como me refocilo yo, yo, Desiderium Longotomus.

¿Qué será de él? Era un gran tipo Baldomero Lonquimay. Así me llamaba a mí cuando su euforia me rozaba por las calles. Tú, ya lo veo, me vas a asegurar que lo ves allá en el fondo, cuando te desapareces de este grano de tierra en el que estamos radicados. Lo que es yo, Boroa, no necesito moverme de aquí, de mi casa, para verlo y volver a verlo cuantas veces lo deseo. Claro está, por aquí pasa como un bólido y lanzando sus terribles, sus tan espeluznantes: "Brrrrrrrrrrrrrrrrrr...". A veces llega a aturdirme, tengo que taparme los oídos. Pero está la Tomasa...

...Y aparece un enorme poeta envuelto en un tomasín...

¡Ah, qué linda es la Tomasa! Pero yo te hablaba de esa real y superepi dama llamada Tucapel, doña Candelaria. Ahora vamos ambos en su auto, un coche que ¡hay que ver! El chofer, adelante; ella y yo atrás. A nuestro alrededor, los peatones cruzan por entre las ruedas, desaparecen bajo el motor y reaparecen más lejos y se arreglan el cabello como pueden. Uno de ellos saltó por el techo y se dio cuatro vueltas por los aires. Te aseguro que no podía, no podía más. Era algo horroroso. ¿Por qué seré tan duro para las lágrimas? Pues quería llorar. Pero doña Candelaria me decía:

—La vida que tengo que hacer es inagotable, amigo Desiderio. No hay otra palabra: i-na-go-ta-ble. No me queda tiempo para nada, nada de nada. ¡Atroz! Las sirvientas, el gas licuado... Porque, ¿qué se puede hacer hoy en día si una no tiene gas licuado...? *Es lo que*

le preguntaba, el otro día, a una amiga mía, la Moravia Paihuano. Usted la conoce a la Moravia; gran intelectual, una mujer excepcional. La que estaba en casa ayer. ¡Qué mujer, qué inmensa mujer! ¡Cuidado Nicéforo, cuidado Botalcura! Vaya despacio; no estamos apurados. Y me decía lo mismo, exactamente lo mismo: fuera de las sirvientas y del gas licuado están las compras que hay que hacer y que no acaban nunca, jamás; y están los maestros que no dejan de ir a las casas; no, no dejan por muy acabadas que estén. Como es la mía y como es la de la Moravia. Lo voy a llevar uno de estos días. A ver... a ver... Hoy es... es... ¿Qué día es hoy? Tiene razón, viernes. El domingo podríamos llegar hasta donde la Moravia... Por aquí, a la derecha, doble a la derecha, Nicéforo. Sale más corto; no por la distancia sino porque hay menos pelotera de autos y se puede ir con mayor, con mucho mayor velocidad. Pero no se apure mucho, Nicéforo; tiempo tenemos. Así es que no me queda tiempo, ni a mí ni a la Moravia. Por eso es que la Moravia no ha vuelto a escribir. ¡Y tenía tanto talento! ¡Era una maravilla lo que escribía! Encuentro que tiene tanto talento que... que... Siga, siga, Nicéforo; nos bajaremos... No, no nos bajaremos. Volvamos a la casa. Y como le decía, la vida que tengo que hacer es inagotable y ¡pensar que yo, al leer uno de esos libros de la Moravia, pensé escribir también! Pero no hay tiempo, no hay tiempo. Pensaba escribir sobre mis experiencias espirituales... ¡Cuidado, Nicéforo...! Porque le diré que tengo una vida muy espiritual. Pero están los compromisos sociales y las visitas que hay que hacer. Y esto, fuera del gas licuado y de los maestros y las sirvientas y las invitaciones... Y hay que ir a esas invitaciones... Estamos en una sociedad y la sociedad es y ha sido siempre el tratarse los unos a los otros y conocerse, sí, conocerse para así entablar la relación que debe haber. Pero está el gas licuado y las plantitas que tengo en mi jardín y que dan tan lindas flores... Y así, Onofre, etc. y etc., etc.

¡Es mejor, mi gran Boroa, ser como Jabalí Batuco! ¡Amar las óperas líricas y, equilibrando los bastones, traerlas a nuestra memoria con un tragullo frente a nosotros!

Volví a la casa de doña Candelaria. Ya era algo habitual en mí: hacer el viaje interminable, llegar, tocar el timbre y... y saltar para no manchar el entablado.

Conocí, por cierto, a doña Moravia Paihuano y conocí a alguien más, ¡a alguien más, Onofre, a alguien más!

Tú me preguntas quién es este "alguien más". Te lo diré si es que estás dispuesto a escucharme muy bien porque voy a mencionar su nombre a media voz —¿entiendes?—, a media voz:

Conocí al arquitecto de aquella mansión.

Conocí a don Orompelo Vichuquén.

¡Imponente, sencillamente imponente! Imponente en su superior tranquilidad; imponente en su grandeza imperturbable; imponente en su silencio y en sus manos afiladas; imponente en el cigarrillo que fumó a medias; imponente porque sí.

Doña Candelaria le habló rápidamente de unas goteras que le habían mojado media casa... Otro señor la apoyó... Otro aseguró que nada existía más molesto que esas goteras...

Orompelo Vichuquén escuchó sonriendo más allá de él mismo; luego alzó un ojo hacia un sitio que le indicaban; luego murmuró:

—Pero es bonita esta casa... ¿no?

Todos se precipitaron y respondieron que, en efecto, la casa era maravillosa. Orompelo Vichuquén preguntó:

—¿Entonces...?

Todos se cortaron y se excusaron. Orompelo probó una aceituna y se retiró. Todos lo acompañaron hasta la puerta.

Y se formó el bridge. El bridge. Dos mesas de bridge. Me dije que, por fin, habría silencio en casa de doña Candelaria. Mientras me decía esto vi que, rápidamente, se habían formado las parejas y que empezaba la partida. ¡Santas paces!

Tú no juegas bridge. ¿Yo? Tampoco, hombre, tampoco. Eso es; como tú he visto jugar a muchos aficionados y es un juego que siempre he aprobado con entusiasmo.

Sí, Onofre, por eso. Cuatro personas que juegan y el silencio que los domina y los obliga a someterse a las cartas. Y someterse gustosos; todo ha desaparecido junto a ellos. ¡Eso es y nada más que eso! Lo has dicho perfectamente: la paz.

¡Aaaah! Esa paz que tú buscas siempre y que te lleva hasta el fondo de la Tierra... ¡Ahí está esa paz, mi buen Boroa! ¿No lo crees? ¿Hay mayor paz que la de cuatro personas que juegan, sin pronunciar palabra, una partida de bridge? No, no la hay. Y creo que es eso lo que te lleva tras de esa enigmática Colomba.

Sí, sí, sí. ¿Dices tú que no? Pero el día que lleguen ustedes a crear una paz semejante... Entonces podrás cantar gloria y, a lo mejor, entonces una ópera lírica con verdadero entusiasmo.

Así es y no alegues lo contrario.

Onofre Boroa:

¡Despídete de esa paz y de todas las paces que pueda haber sobre esta Tierra! Aquello, créemelo, era un mitin, era una reunión revolucionaria. ¡Qué de gritos y de aullidos se lanzaban los unos y los otros! Y se corregían en alta voz y, además, protestaban. Pero el protestado se defendía clamando sus verdaderos argumentos. Pero era rebatido por otro de los contrincantes. Y los brazos pasaban por encima de la mesa y las cartas se caían y se recogían y volvían a caer.

De pronto venía una calma; es decir, una calma como hay en las tempestades. La calma de la declaración: cada uno decía algo en su idioma, el idioma que tienen los jugadores y, entonces, sentados, sentaditos, hacían, por algunos segundos, una evocación de la vieja Inglaterra. Y estallaba la guerra...

-Tú declaraste mal...

-No, porque yo creía que aquí...

-No hay que creer nada...

-En el bridge no se cree; hay que jugar y nada más...

-Es lo que yo hacía...

-En el bridge no hay nada que hacer...

-Ya pues; un poco de silencio...

-Yo juego...

-No; tú, no; juegan acá...

-Pero entonces...

La vieja Inglaterra miraba y miraba y callaba.

¿Yo? ¡Qué quieres amigo! Había por ahí unas especies de no muy malos tomasines... Entonces...

Hasta que nos marchamos todos. Y vino la despedida, la terrible despedida. Y desde el fondo de Inglaterra se levantó y reinó la milenaria España.

Me retrocedieron siglos esas gentes. Fue algo atroz. Duró más de media hora, más de una hora, casi dos horas, esta despedida...

Uno decía:

-Bueno, nos vamos, hija...

Esta "hija", que era una viejaña pronta ya para marcharse, tú me entiendes, Onofre Boroa, para marcharse al otro mundo, se despedía y, en cada apretón de manos, lanzaba, ¡por fin!, lo que tenía que decir. Y lo recibía otra "hija" que le contestaba y le explicaba lo contrario que había dicho ese señor que allí estaba. Pero este señor parecía enfurecerse alegando: "No, no, no, pues yo quería precisar...". Y otro señor se entrometía, y otro, y otro, y otro con otra... ¡Era aquello un jaleo interminable! Todos, sin excepción, gritaban y repetían lo que acababan de decir. Y estaban de pie, ya cerca de la puerta, y no se iban porque...

-¡Ah se me olvidaba...! -decía uno.

-Bueno sería que nos viéramos mañana y así hablaríamos sobre este asunto que... -proponía otro.

-Bueno, nos vamos ya... -decían todos al mismo tiempo.

-Pero podemos hablarlo ahora mismo... ¿No te parece? No hay necesidad de esperar hasta mañana; hoy, en esta época, el tiempo es oro, amigo mío, es oro...

-¿Oro? ¡Ya están hablando del precioso metal...!

-Decíamos "oro" en un sentido figurado porque...

-Bien, hablemos de... Usted sabe... Hay que aprovechar y hay que aprovecharlas muy bien estas ocasiones que nos depara la muy noble dueña de casa...

-¿Yo? ¡Nada tengo de noble porque estamos en una democracia!

-Pero una democracia es...

-No te olvides de preguntarle si acaso...

-¡Ah! ¡Es verdad! Casi lo olvidaba si no es porque usted...

-Sentémonos un momento...

-¡Oh! Estamos bien de pie porque ya nos vamos...

-Deberían ustedes ir hasta casa de él y decirle que...

-¡No te olvides de escribirnos! Te daré nuestra dirección...

-Se nos había olvidado hablar de eso...

-Ahora lo podemos remediar...

Y todos de pie, ya en el umbral de la puerta, ya salían, ya, ya, ya... y volvían a entrar y, en esos últimos momentos, trataban los asuntos para los cuales habían concurrido a casa de doña Candelaria.

¡Horrible! Yo quería marcharme pero siempre una mano me cogía de los faldones y me proponía o me averiguaba o ¡qué sé yo! Es que un Fulano cualquiera hablaba de sus éxitos sin precedentes y todos se juntaban a su lado y lo escuchaban... al lado adentro del umbral. ¡Y ya eran las diez de la noche, amigo mío!

Yo soñaba con un par de huevitos a la copa y oía la voz de la Tomasa que se mecía con los poetas de nuestra lengua. ¿Te das, te das cuenta, puedes darte cuenta, mi querido Boroa?

Al fin pude salir en el auto de un señor.

Salí... Salí...

El caso es que ahora estoy aquí, amigo mío, en esta ciudad de San Agustín de Tango. Yo dije:

-Esta ciudad que está en el fondo de la Tierra.

Y algo susurró:

Co.....lom.....ba.....

159

Así me dirigí hacia ti...

Mi Colomba.

Así no tuve necesidad de bajar a las profundidades de este planeta para estar a tu lado.

Así apareciste tú, un día cualquiera y apareciste en la calle de la Excomunión. Pues éramos tres los que ahí estábamos: mi gran amigo Desiderio Longotoma, yo y ¡tú, Colomba!

Aquí hay túneles. Estos túneles me rodean, me envuelven. Y están junto a mí. O yo estoy en ellos. No lo sé. Pero sé que tú, mi Colomba, estás, tú estás siempre. Siempre estás junto, al lado de Onofre Boroa.

Onofre Borneo camina y pisa, por las calles, exactamente las mismas huellas que ha pisado Onofre Boroa.

¡Caminad! ¿Mucho; debemos caminar mucho?

¡Seguid!

Pero no nos movamos. Borneo avanza. Borneo puede entrar y puede tomar asiento con nosotros. Cuando estoy con Longotoma ya puede entrar. Siempre quedará afuera. ¿Soñará con los bares? ¿Con las grandes salas de baile y con Malvilla en medio de ellas?

Malvilla ya no las frecuenta porque Malvilla está en otras cosas. Nació el año 1898; tiene, por lo tanto, 64 años de edad. Es mayor que Eusebio Palena que ahora ha de tener...

Calla, calla, Borneo; déjame en mis asuntos. Y tú, Longotoma, sigue en los tuyos.

Los túneles siguen girando. Soy yo el que gira por ellos y, al girar, alguien declama.

¡No, no eres tú, Tomasa! A ti no se te ocurriría declamar tales versos. ¡Horror! Aunque... aunque... ¿Por qué son feos? A mí me placen enormemente como me placen aquellas canciones que oí aquí, en medio de estos túneles. ¿Qué dices?

Sí, te escucho:

Aquí yace un jabalí

Herido de una deidad.

¡Muriera de vanidad

Si otra vez volviera en sí!

Naturalmente no se refiere a Jabalí Batuco. Es un alcance de nombres y nada más. Esos versos me placen enormemente.

Síguelos, síguelos, por favor. Y, alrededor de ellos, que los túneles pasen y pasen con todos los bares amontonados.

Hemos dicho "bares". Son los siguientes:

Bar Barizante;

Bar Andilla;

Bar Lovento;

Bar Carola, sí, el que place a Jabalí Batuco.

Bar Tolo, el que placía a Malvilla.

¡Alto! ¡Alto! ¿Vas a seguir rondando por estos lados, Onofre Borneo? ¡Fuera! ¡Estoy con Desiderio Longotoma! ¡Fuera!

Bar Onesa;

Bar Iloche, de Torcuato Jujuy.

Bar Celona... Bar Celona... Celona...

Un túnel severo; un sombrero de copa que saluda; una voz que asegura ser mi seguro servidor y amigo.

Respondo de inmediato:

—También tiene usted un seguro servidor y amigo en mí, sí, en mí. ¿Me ha oído usted? ¡En mí!

Él tose, él carraspea, él se inclina y me habla:

—Hay que estudiar mucho, hay que estudiar muchísimo. Pues debe haber algo que ha de fallar en usted, señor... señor... ¿Boroa? ¡No! Señor Borneo. Prefiero este nombre. Por ejemplo he leído que debe existir un desenvolvimiento armonioso de la mente, el sentimiento y la voluntad. ¿Ha pensado usted lo que es esta aberración? ¡Un desarrollo con armonía...! ¡Ja, ja, ja! Porque no hay tal, no hay tal. La armonía es el comienzo de nuestros males, sí, amigo mío, de todos nuestros males y, además, es...

Pero esos versos son muy hermosos. Te escucho:

Cazador que por aquí
En busca de fieras vas,
Vuelve tus pasos atrás
Que ya no hay fiera con vida:
Ésta murió de la herida
¡Y de envidia las demás!

Ahora es el silencio en estos túneles. Y todo a mi alrededor hierve y hierve. Los preciosos han aumentado sus proporciones. Es la inclemencia total. Pero...

Al fondo estás tú, mi Colomba.

A ti he de llegar y he de caer de hinojos ante tu figura. Y recibiré una sonrisa invisible que todo lo compensará.

Entra en tus bares, Borneo. Discurre sobre la inconveniencia de los estudios, Palemón. Borneo y Palemón...

¡Quedad atrás, míseros personajes!

¡Dejadme proseguir mi marcha solo, solo, mas con una esperanza que mueve mi organismo!

Ahora estoy vacío.

Ahora no pienso.

Y yo añoro la intelectualidad. Añoro a ese viejo con el negro moscón que revolotea junto a él. Pero... ¿quién es ese viejo? Ese viejo piensa y piensa y piensa. Ese viejo fuerza su mente para, por fin, llegar a ciertas conclusiones.

¿Qué valdrá más? ¿Llegar a ciertas conclusiones o entrar en los bares? Al fin y al cabo ha sido en un bar donde he oído esas lindas óperas líricas y he visto cómo logran moverse dos bastones junto a las notas.

Tú también, Longotoma. Juntos hemos tarareado los compases que Batuco cantaba. Y juntos hemos salido con el corazón alegre, con el corazón lleno de euforia. Y hemos visto el desfile de las calles y más calles y más calles... todas las calles... Y hemos... hemos... ¡contemplado la estatua del hemíono que se dormía sobre su columna porque era tarde, muy tarde!

¿Qué hora sería?

Tal vez las cuatro de la madrugada o tal vez...

Colomba, voy hacia ti.

Dejo atrás los bares y dejo atrás las conclusiones de mi mente. Todas las conclusiones han quedado perdidas, todas, ¡todas!

Colomba, voy hacia ti.

Onofre Borneo se ha acercado a mí para decirme:

—Una pequeña palabra, amigo Boroa. Tú te encandilas con mucha facilidad. Y hay que saber guiarse en este mundo. ¿Ya pensabas olvidar tus últimas ideas, tus últimas grandes ideas?

—¿Qué ideas?

Borneo me ha dicho y, mientras me decía, me ha mostrado un cuaderno mío, es decir, un cuaderno de Fray Tomate, 6º piso, el departamento vecino al de Lorenzo Angol...

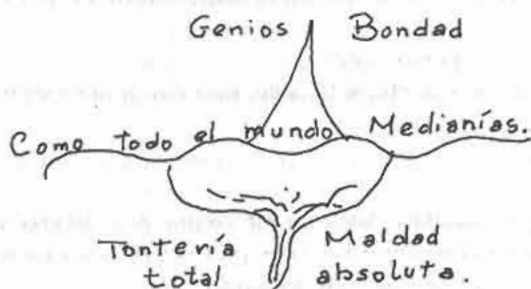
¿Qué será de Lorenzo Angol? Sería una gran cosa poder hacer algunas transformaciones en Fray Tomate. Nosotros dos estamos bien, Lorenzo y yo. Pero yo haría otro departamento, es decir, lo arreglaría debidamente, y allí haría vivir a Desiderio, a ti Desiderio Longotoma con la encantadora de la Tomasa Paipote, tu mujer. Y habría grandes cantidades de tomasines y de versos de los principales poetas de nuestra lengua. ¡Qué bien pasaríamos!

Pero están las conclusiones. Sí, Borneo, están las conclusiones y ahora voy a verlas y a considerarlas. ¿Oíste?

Una idea. Una profunda idea. Prueba de ello es que al lado he puesto, con signos de admiración, la palabra:

OJO.

Para explicarla debidamente he hecho un dibujo. Es un dibujo así:



Recuerdo cuando lo hice. Arriba estaban los genios, los grandes genios, los hombres excepcionales. Al lado había escrito la palabra "bondad". Pues yo no concebía un hombre genial que no estuviera pleno de bondad. Tal vez no es la bondad de todo momento, la bondad cotidiana; pero es la bondad.

Luego hay una larga línea sobre la cual he puesto su significado escribiendo:

Como todo el mundo.

Medianía.

Y hacia abajo una punta que se adelgazaba pero que era mayor que la de los genios. ¿Mucho mayor...? Había pensado en eso. Sí, mayor, mucho mayor, puesto que en ella había escrito:

Tontería total.

Maldad absoluta.

Ante esto había yo meditado un buen rato. Pues los hombres de una maldad absoluta habían hecho excepción; eran pocos, muy pocos. Eran poquísimos; se acercaban a los genios...

Un problema que me pareció insoluble.

Dejé el dibujo. Medité largo rato sobre él. Y me sentí solo. Te llamé, entonces, mi Colomba. Sentí verdaderas ansias de ir a tu lado y, en ese silencio que tú sabes dar, en esa paz, poder seguir mi dibujo.

Recordé tus palabras mudas:

-Tú eres Boroa, Boroa, ¡Boroa! El otro, Borneo, muere. ¡Ve hacia mí! ¡Crea la calma en tu mente y no te ocupes tanto de solucionar estos problemas! Ve hacia... ¿Quién? ¿Cómo? ¿No lo sabes? Ve hacia: CERO.

Cero... Cero... Ese que no es ni Boroa ni Borneo...

El hombre que tú visitas, mi Colomba. El hombre que no ha de bajar a profundidades para estar cerca de ti, inclinado, en silencio y respirando otras emanaciones que, de pronto, lo han rodeado y lo han envuelto.

Ahora estás a mi lado, estás junto a Desiderio Longotoma y los tres, esperamos a la Tomasa Paipote de Longotoma.

Tú puedes llegar a cualquier parte.

Colomba: ¡Eres enorme!

Todo a mi alrededor toma otro aspecto; todo es perfecto y es grande. Tú también lo eres, Desiderio Longotoma. Siento cómo la Tomasa avanza y se acerca llena de poetas que aquí se enfrentarán a nosotros.

El hemíono se ha rehabilitado. ¡Ahora, sí, podrás comer y comer huevitos a la copa, amigo mío!

Hay una imagen que gira en torno mío.

La he visto con anterioridad; la había encontrado antes, en otros tiempos. Es decir, yo me había separado de ella aunque era ella indestructible. Ahora, ¡aquí está!

Traducida es así:

Tres figuras humanas, pequeñas figuras, vestidas en forma muy antigua y oriental. Una de ellas se cubre los oídos con sus manos. La otra se cubre los ojos. La tercera coloca sus manos sobre la boca.

Es decir: No escuchar... No ver... Callar...

Es decir: ¡hacia dentro y cerrar las comunicaciones con cuanto sea externo! y sobre todo;

No opinar.

Silencio.

Paz.

Colomba:

Estar contigo en el silencio y llegar a la paz.

Pasa el hemíono y pasa el río Santa Bárbara y pasan por miles los edificios como la Ulpif y la Catedral y el Convento de los Jerónimos y El Ayuntamiento y la Prisión Legal y tu casa también pasa, mi Diana, como pasa también la de Alsina Cochoa y tú pasas también Lorenzo Angol... Lorenzo Angol... Y Rubén de Loa está pasando a su vez.

Me gustaría estar con él. Me gustaría oírte charlar aunque no esté Macario Viluco ni su amigo del "¡inefable!". Porque tú nos llevas, con tu charla, a estas calles polvorientas.

Pero alguien sube y se acerca.

¿Serás tú, Tomasa Paipote?

¡Sí, tú eres! ¡Adelante! ¡¡Te esperábamos!!

160

—¡Adelante, mi Tomasa! —gritó Desiderio cogido por una súbita euforia—. ¿Ves tú, mi gallinita de Curihue? Aquí está nuestro amigo Boroa, Onofre Boroa, y aquí hemos estado charlando mientras te esperábamos. ¿Qué novedades nos traes?

La Tomasa respondió:

—Traigo una gran novedad: he muerto a un formidable jabalí que atacó a un señor. Cogí mi escopeta y ¡pum, pum!, lo maté. Luego quise dejarlo ahí, sobre el césped. Pero ese joven se negó a ello y lo hizo sepultar. Entonces, sobre su lápida hizo grabar la siguiente inscripción que ahora voy a recitarla.

—¡Bravo, bravísimo! —gritó Longotoma—. ¡Recítala mi, buena Tomasa, y luego nos entregaremos a devorar tomasines y huevitos a la copa! ¡Te escuchamos, Tomasa!

Y la Tomasa, de pie junto a la mesa, empezó:

Aquí yace un jabalí
Herido de una deidad.
¡Muriera de van...!

—¡Tomasa! —grité interrumpiéndola—. El silencio me ha recitado esos versos, esos mismos versos, mientras su marido me hablaba de su viaje a Santiago, del viaje que han hecho ambos. Me hablaba de doña Candelaria Tucapel, de su amiga doña Moravia Paihuano, del arquitecto don Orompelo Vichuquén, y de otras personas que con ellos alternaban. Así es que sé que todas las fieras existentes han fenecido ahora de... ¡envidia!

—¡Eso es! —gritó la Tomasa—. Pero tú, mi Desiderio, no has de saber este drama del jabalí; a lo mejor lo confundes con tu amigo Batuco. Pues voy a recitártelos y tú me vas a escuchar. ¿Me has oído?

Y la Tomasa recitó esos versos que anticipadamente hasta mí habían llegado. Luego, haciendo una reverencia, se retiró a la preparación de los tomasines.

Longotoma siguió hablándome sobre sus recuerdos de su viaje a Santiago y la Tomasa se esmeró en llenarnos la mesa de exquisitos tomasines.

LONGOTOMA

Reanudemos nuestra charla, Onofre. Déjame, ante todo, hacer un pequeño esfuerzo para poder seguir con mis impresiones de mi viaje a la capital. Pero siempre me ha de pasar lo mismo: cuando salgo fuera de mi..., de mi... ¡carameler!... ¡Esta es la palabra! ¿La recuerdas que mucho la usábamos allá en el fundo del capitán Angol, en Curihue? Bien, cuando salgo fuera de él, es increíble lo que me cuesta volver a entrar al tema que trataba. Pero... ¡ya estoy, ya estoy!

Como que estoy en casa de doña Candelaria Tucapel. Había que decir algo en medio de esa enorme concurrencia que allí estaba. Y algo dije; dije que estaba un poco fatigado o que me dolía un poco la cabeza o algo así; ya ni sé yo mismo qué fue lo que manifesté. Pero el caso fue que un señor o una dama o ambos u otro señor o una nueva dama, o todos juntos me aconsejaron de inmediato:

—Usted, señor Longotoma, debiera comer grandes cantidades de verduras y no comer carne sino rara vez...

—Usted debería hacer deportes porque los deportes se pueden siempre hacer, deportes moderados porque a su edad...

—Debería usted haber hecho deportes desde jovencito...

—¡El buen dormir, sí, señor, el buen dormir! Es algo muy necesario dormir las ocho horas que se recomiendan. Y no dormir más ni dormir menos. ¡Muy importante!

—Convendría que fuera usted al campo; el buen aire y el reposo y la buena alimentación...

—El hombre debe trabajar, por lo menos, unas nueve o diez horas diarias. ¡Es increíble lo que el trabajo ayuda al buen estado de la salud, francamente increíble!

Yo te recordé, mi querido Malvilla, pasaste veloz por mi mente, y te vi cuando, en aquellos tiempos, alegabas por el regimiento, por ese afán de que todo el mundo tiene de hacer de nosotros ¡un regimiento!

Y yo me preguntaba, amigo, cuál sería el interés de toda esa gente para que yo viviera largos, larguísimos años. Los escuchaba con mucha atención y, para mis adentros, pensaba:

“Como que me descuide un poquitín... ¡y me asesinan todos, todos juntos y me entierran con sus buenos consejos de larga vida...!

Porque así ha de marchar todo buen regimiento. ¿No lo crees tú?

Y tú, Malvilla, volviste a aparecer. Como también apareciste tú, mi Colomba, pues estos consejos siempre se repetirán. ¡Todos quieren que vivamos muy, muy largos años mientras atisban que llegue el momento de asesinarnos! Es así nuestra vida, Colomba, así y nada más que así...

Al día siguiente fue el temporal, el terrible temporal que azotó la ciudad de Santiago. ¡Oh, qué lluvias; qué manera de llover! Fue algo espantoso, mi querido Boroa. ¿Lo recuerdas, mi Tomasa? Sólo de acordarme de ese temporal me da... me da hambre. ¡Dame un tomasín y comamos, por favor! Lluvia, lluvia y más lluvia. Fue el domingo, el 24 de junio de este año de 1962, un día de agua y nada más que de agua. Nosotros, la Tomasa y yo, *veíamos esos torrentes desde nuestra ventana. Quise salir unos instantes. ¡Imposible, ami-*

go mío! Dar dos pasos y era caer en verdaderos charcos de agua. Lamenté no tener un pequeño bote y, con él, salir remando por las calles. Por lo demás, tú has escrito sobre esto, hace ya mucho tiempo; y si no lo has escrito tú, bueno, quiere decir que lo he escrito yo o algún amigo nuestro. ¡La imprevisión que ello delata, mi buen Onofre! Cada temporal de lluvia es como si lloviera por primera vez en Santiago. Luego sale el Sol y... ¡la gente se olvida hasta que nuevamente tienen que salir en bote por las calles!

Pero todos cumplen con su deber. ¡No te mofes, Onofre Boroa, por esta frase mía, la de "cumplir con su deber"! La prensa es la primera que lo hace y llena sus periódicos con grandes titulares. Yo anoté unos cuantos de ellos. Aquí los tienes, amigo mío. Bien, te los leeré:

Suspendidas las actividades debido al mal tiempo. Daños en diversos lugares ha ocasionado el temporal de viento y lluvia. Inundaciones en calles de Santiago. Suspensión de la energía eléctrica. Derrumbes en varias líneas férreas. Personal del Ministerio de O.P.P. trabaja en reparar los desperfectos. Ardua labor de bomberos y carabineros en varios puntos debido a las inundaciones de pasos a nivel de acceso a la ciudad.

Yasí, amigo, así. Veía a los fotógrafos de los periódicos con sus máquinas fotografiando los aspectos más sensacionales de este temporal y luego los veía corriendo a las imprentas, desarrollando los negativos y mostrándolos al jefe que los felicitaría ante sus tan buenos aciertos.

¡Qué demontres, amigo! Negocios son negocios...

Pocos días después fuimos, la Tomasa y yo, a comer a casa de esa, según doña Candelaria, gran escritora doña Moravia Paihuano. ¡Qué haber de gente! Y un solo tema de conversación: el temporal y las calles inundadas. ¡Comentar y comentar la catástrofe que el agua caída a torrentes había producido! Todos se lamentaban y parecían haber sufrido daños sin fin. Pero algo había en ellos, en esos comensales, que, no sé por qué, me hacía el efecto de que se encontraban todos muy, muy simpáticos y estaban mutuamente satisfechos. De pronto doña Moravia dijo en medio de su conversación precipitada:

—Voy a tocar la comida para que nos sirvan la campanilla...

Una risa general. Y pasamos a comer esa "campanilla..." ¿De qué se habló durante la comida-campanilla?

Eso es, amigo mío, del tema obligado, es decir de lo tanto que hay que hacer, de que nadie es libre. Se aseguró la existencia de nuestra servidumbre a los hechos que suceden en esta vida. Don Fulano estaba algo enfermo y los médicos lo tenían agarrotado; doña Zutana tenía su casa inundada con el temporal; don Mengano se hallaba ahora de a pie pues su auto estaba en pana; a doña Perengana se le habían marchado las empleadas sin avisarle nada; ... ¡los hombres de negocios...! Era la verdadera catástrofe... Con el escudo como ahora está... ¿Qué puede hacerse? ¡Es la ruina, la catástrofe! ¿Quién hay, te pregunto yo, que sea un poco libre?

¡No, Boroa, no! Es mejor comer unos pocos tomasines o un par de huevitos a la copa y que la Tomasa, mi linda Tomasa nos declame unos buenos versos de su elección.

La Tomasa sonrió iluminada y nos declaró radiante:

—Sí, sí; voy a declamar unos versos de nuestro gran poeta, del que yo considero así, grande entre los grandes, de Vicente Huidobro. Me han dicho por ahí que se había peleado con Pablo Neruda, el otro que yo tanto admiro. Puede ser que se hayan peleado... en

esta vida. Pero sus poesías están juntas y yo he llegado hasta ellas. Esta de Vicente Huidobro se llama *El Hijo canta a la Madre dolorosa*. Voy a recitarla, ¿quieren?

Longotoma y yo exclamamos:

—¡Por cierto, por cierto! ¡Somos todo oídos!

Y la Tomasa recitó:

Ese inmenso sollozo de tu pecho FRANCIA es para los hombres
Esa herida que sangra a cielo perdido es para la vida
Ellos no comprendieron la elección de tu alma
Acaso era demasiado grande tu palabra
Y nadie supo descifrarla.
Este inmenso dolor que te curva es para el mundo
Mas he aquí lo que debe consolarte
Cuando tú sufres la tierra siente tu sufrimiento
Cuando tú lloras tus lágrimas ruedan por el rostro de la Historia
Por el rostro de todo ser que se ilumina por dentro
Y que tiene conocimiento de su propia especie.
Esta es tu grandeza y tus raíces en la raíz humana.

Sólo tú puedes soportar el peso del desastre
Tal es tu fuerza, tal es el fuego de tu huella entre los hombres
Oh FRANCIA no digas nunca cuánto has sufrido
Ninguna entraña podría soportarlo.

Oh bien amada. Oh grito de sangre
Te siento palpar en mi garganta
Paloma herida en sus montañas
Oh princesa sorprendida en la emboscada
Habla de nuevo, de nuevo deja oír tu voz
La Tierra se pierde entre los astros cuando te impiden guiar su marcha
Oh flor perfecta en medio de tantas cosas horribles
Siempre la primera en nuestra esperanza.

FRANCIA a través de todas nuestras lágrimas
Relámpago y trueno en el fondo de todo pecho
Yo te digo al oído las palabras de mi alma
Porque ella te debe su mitad más profunda
Te bendigo en tu cólera, te canto en tu angustia
Alba cubierta de un sudario donde yace el nacimiento de un águila
La substancia de los leones futuros.

Madre de las grandes épocas y de las edades supremas
Sembradora de ideas sobre las más altas cumbres
Que tu pesar no vele tus ojos donde cada uno descubre su belleza
Tu día se aproxima y tú debes preparar tu estrella
Nosotros tenemos siempre confianza en ti
El corazón del mundo ruge de libertad
Está siempre en tu pecho.

Oh FRANCIA tú eres aún nuestro mejor impulso
Eres siempre la tierra bajo nuestros pies
Eres siempre el cielo sobre nuestra cabeza
Eres siempre el trigo de nuestro pan
Siempre la leche de las ovejas vagando en nuestros sueños
Todo hombre que tiene el orgullo y el respeto de su alma
Sabe que tú eres la misma, aún engrandecida por el dolor.

Despiértate princesa de esta larga pesadilla
El ogro que vertió el veneno tiene sus horas contadas
Y conoce ya el sitio de su tumba
Levántate, aún eres nuestra luz
Te esperamos al borde de la selva encantada
Para seguir contigo nuevos caminos.

Tú eres siempre la más fraternal amiga
La estación de las hojas, el arco iris cantante
Eres siempre el signo del Destino.

—¡Bravo, bravísimo! —gritamos Longotoma y yo francamente tomados por los versos de Vicente Huidobro que la Tomasa acababa de recitarnos.

La Tomasa nos agradeció ofreciéndonos unos ricos tomasines que acababa de preparar. Los comimos con delicia y, minutos más tarde, yo me retiraba de la casa de mi buen amigo y de su encantadora mujer.

161

Me retiré y salí a la noche, una noche plácida, tranquila. El tránsito parecía haber sido suspendido. Sólo de tarde en tarde se veía pasar un coche. Los peatones también eran pocos y, la mayoría, solitarios.

Caminé por la calle Ruega Por Nosotros Los Pecadores. Nada la perturbaba. Pasó un hombre; luego, otro; allá, en una esquina, pasó un auto. Y junto con pasar, llegó hasta mí una melodía silbada, una melodía que venía hasta mí en los momentos más inesperados pero que yo amaba tanto encontrar: *El Bolero*, de Maurice Ravel.

—El es —exclamé.

Me detuve y luego vi al hombre Martín Quilpué que pasaba a lentos pasos por la calle de El Antisacrilego. No quise importunarlo así que lo seguí a cierta distancia gozando con su melodía. Pasó por la Plaza de la Casulla y luego por la calle de Las Profecías y luego dobló por una y otra calle hasta que no sé por dónde se me perdió. Miré para todos lados. Nada, silencio. Hasta que vi a un hombre que marchaba hacia mí precipitadamente.

—¡Hola, amigo! —me dijo al estar a mi lado—. Vengo del Bar Budo, un espléndido bar, donde ahora hacen unos churrascos exquisitos que son la delicia de mi cara mitad, la sin par Polinesia Loncotoro.

—¿Dónde se encuentra ella? —pregunté—. Te veo solo y es por eso que te lo pregunto.
Me respondió:

-Te lo diré, mi buen Onofre. Yo, Eusebio Palena, me sentí de pronto cogido por la inspiración y vi diseñarse una magnífica y soberbia Zambafusa, la que ha de llevar el N^o 23. Le dije a mi mujer que me esperara unos minutos que, si la lograba debidamente, saldría a este Bar Budo y le compraría uno de esos magníficos, de esos inigualables churrascos con paltas que son la especialidad de esa casa. Hice mi Zambafusa y ella, Polinesia, quedó allá en cama pues se halla un tanto agripada. Salí convertido en un bólido y ahora vuelvo con ese churrasco prometido. Aquí lo llevo. Huele, te lo pido, y sentirás el olor a paltas.

-En verdad, Eusebio, diríanse paltas derretidas. Polinesia va a devorarlo con verdadero placer.

-Y yo, entonces, mientras ella lo devora, te leeré mi última Zambafusa. ¡Ea! ¡Vamos hasta casa! ¡No te preocupes de la hora ni de nada por el estilo. ¡En marcha!

Un rato después entrábamos a la residencia de Eusebio Palena, la linda residencia colonial de la calle de Los Seminaristas, donde tanto se place mi amigo y donde Polinesia lo aguardaba para devorar ese churrasco con paltas.

Entramos. Ella estaba ya en su lecho muy bien ataviada. Me saludó amablemente y, mientras abría el paquete del churrasco, Eusebio y yo pasamos a la gran biblioteca que, con sus muebles y viejos cuadros, nos llevó a la época colonial.

Nos sentamos bajo una luz mortecina. Y Eusebio, después de aclararse la voz, leyó su obra con voz potente:

Zambafusa N^o 23

Esto no requiere tiempo ni requiere holganza. Pues tenéis una revolución en vuestras vidas. No se trata de una mera reforma social ya que Agnes es totalmente inocente.

Oídmeme bien y daré la explicación necesaria:

Para la mayoría de nosotros, el cambio implica continuación mientras el automóvil rueda por los caminos al seguir una norma. Mas deja de implicarla cuando se proyecta una idea.

Pero Justina se interpuso y preguntó:

-¿Cómo está...?

A lo que tuve que responder:

-Nadie lo sabe...

Entonces creí que el misticismo era una franca tontería pues buscando su propia manera egocéntrica desea, hoy por la mañana, y después de una docena de intentos, encontrar la acción.

Los primeros fueron de ansiedad: nuestra gran confusión, nuestra miseria, nuestra autodestrucción, obliga al sargento Rockson a inquirir:

-¿Será alguna vez posible estar libre de este conflicto entre idea y acción?

Y su compañero tuvo que responder:

-No tenía razón alguna para hacer semejante cosa, como no la tengo ahora ni la he tenido ni la tendré jamás.

Pero una voz ruidosa como el cantar de una pulga vino a interrumpir gritando:

—¡Los tapiales, los tapiales!

Todos enmudecimos; algunos derramaban lágrimas amargas; otros reían a carcajada limpia; otros... nada, nada, nada. Conservaron su indiferencia. Fue entonces que el sargento Rockson exclamó:

—No hay tapial, en éste ni en el otro mundo, que sea capaz de interrumpir la carrera de ese tan brioso corcel. Por ese brioso corcel pido que ahora mismo bebamos un..., un..., un...

—Un, ¿qué? —osé demandar yo.

—Un mensaje para usted —me respondió.

Bebimos el mensaje y después canté gloria pues mi mujer comía un succulento churrasco relleno de paltas y más paltas.

—Magnífico, estupendo, supermagnífico —grité—. Esta vez te has superado, mi querido Eusebio. Has llegado a lo exprimible del genio. ¡Te felicito y mil veces te felicito!

Y de pronto sentí que un sueño profundo me invadía. Pasó veloz la imagen de Rubén de Loa y recordé que había pensado llegar hasta su taller. El sueño me doblegaba. Me despedí del genial amigo que era Eusebio Palena y envié, por su intermedio, mis mejores saludos a esa bella devoradora de churrascos. Su Zambafusa revoloteaba en mi cabeza y con ella me alejé. Con ella atravesé el Puente de la Catedral y seguí por las calles acompañado del sargento Rockson y, de cuando en cuando, bebiendo un trago de aquel mensaje.

Así llegué a mi departamento en Fray Tomate. Me acosté y dormí profundamente.

Al día siguiente desperté y me dije, apenas había abierto los ojos:

“Rubén de Loa...”.

Minutos más tarde entraba en su taller y era recibido por su mujer, Lucila Volcán. Rubén trabajaba y me pidió un rato de silencio. Luego dejó su paleta y sus pinceles y me dijo a media voz:

—Hoy no tendré la visita de Macario Viluco y de su digno amigo Mamerto Masatierra. Pero la inspiración para hablar ha de venir a mí y, entonces, podremos charlar debidamente.

Hubo un silencio. De pronto sonó la campanilla y vimos entrar a Macario Viluco y Mamerto Masatierra. ¡Se arreglaba todo, todo! Ellos habían llegado así es que no había temor por la charla de Rubén.

Entró Macario, entró indignado, de tal manera, que alcancé a tener cierto miedo. Lo miré y, sin que él recogiera mi mirada, gritó desafortadamente:

—¡Tengo la razón, sí, señores, la tengo!

—¿La razón de qué...? —preguntó distraídamente Rubén.

Macario respondió:

—De lo que siempre he sostenido y de lo que seré capaz de morir sosteniéndolo. ¡Sí, señores, es así y nada más que así!

Mamerto Masatierra murmuró:

—Inefable...

Macario se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Qué es lo que encuentra usted inefable? ¿O va usted a seguir con ese maldito “inefable” mientras yo hable?

Mamerto respondió:

—Dije esa palabra, mi querido Macario, por una simple costumbre, por una manera de

expresarme cuando estoy con los amigos que usted conoce tan bien como yo. Es todo, Macario, es todo.

—Entonces vuelvo a sostener lo que siempre he sostenido y no hay nadie que pueda sostenerme lo contrario.

—¿Y ello es? —preguntó Rubén.

—La ciudad es para los peatones y los campos para los que tienen un automóvil, o dos, o tres automóviles o los que quieren tener...

—No me parece mal la idea —dijo Rubén—. Yo no tengo ni he tenido jamás un auto así es que me vendría muy bien lo que usted alega, mi querido Macario.

Macario se mostró satisfecho y proclamó echando miradas a todos los que allí estábamos:

—Pues yo tengo ahora mi coche. Pero proclamo lo que acaban ustedes de oírme porque nunca el egoísmo ha sentado pie en mi alma. ¡La ciudad para los peatones y sólo para ellos! ¿Que ellos puedan circular a su antojo y puedan aún conversar detenidos en medio de las calzadas! Los autos... ¡despacio, despacito y pidiendo perdón a los que van de a pie! ¿No lo creen ustedes?

—Por cierto —asentí.

—¡Inefable! —fue la voz de Mamerto Masatierra.

—No, señor don Mamerto, no y no; su "inefable" no viene aquí para nada; está de más. Seguramente que está usted pensando en el fin de los coches o en la ira que estas medidas traerían a todos los choferes pues no se les dejaba disfrutar de la velocidad que su auto puede depararles. Pero se ha equivocado usted, don Mamerto. Para disfrutar de esas velocidades habría grandes carreteras en todo el país —¿me entiende usted?—, en todo el país y, sobre estas carreteras podrían los choferes correr a la velocidad que quisieran. Y allí... ¡cuidado, amigo mío, cuidado! Mirar, antes de atravesar, mirar muy bien a lado y lado. Ésta es la idea que ahora tengo y, puedo asegurarles a ustedes que es ella simplemente magnífica, que es supermagnífica.

Mamerto exclamó entonces:

—¡Inefable! Y, antes de indignarse, mi querido Macario, ruego a usted que consulte el diccionario y verá que esta palabra quiere decir: "Que no se puede explicar con palabras". Por lo tanto, es tanta mi admiración por lo avanzado por usted que no he podido más que exclamar: ¡Inefable!

Macario se inclinó y repuso:

—Tantas gracias.

Mamerto respondió:

—De nada.

Y hubo un gran silencio. Él fue interrumpido por la voz de Rubén de Loa que, con tono ameno, declaró:

—Ahora sí, ahora podré hablar. No será mucho pero algo, algo me está forzando a decir lo que junto a mí bulle y bulle. Escúchenme ustedes, escúchenme.

DE LOA

Decididamente yo estoy lejos, muy lejos, de amar la música. La música es un arte que queda fuera de mí mismo. Pues el arte no debe mezclarse con ningún sentimiento nuestro.

Ya saben ustedes que el arte es, para mí, algo existente y vivo y permanente de *la otra región*. No debe, pues, tener ninguna unión con la vida diaria.

Allá está. Caminemos, entonces, hacia esa región.

Así encontraremos un camino, así hallaremos un sendero.

¡Maldición a aquellos que por este sendero se aventuran llevando cualquiera intención que toque a este mundo!

Pero... ¿cómo sabremos si estamos aún en este mundo? Todo, junto a nosotros, nos habla de arte. ¡Habla y habla de modo arrebatador! Al oír esta voz casi caemos en éxtasis. Todo nuestro ser tiembla y, a veces, cree enloquecer; a veces somos llevados a otros momentos de nuestras vidas y el pasado parece hacerse presente.

Me preguntarán ustedes:

—¿Qué más puede ambicionarse para verificar que estamos junto al arte?

Y agregarán:

—¡Si la naturaleza entera está viviendo a nuestro lado!

Es lo que a mí me acontece con la música. La música a veces me ha hecho llorar; otras veces me ha llenado de júbilo. Todas las facetas de mi ser se han puesto en ebullición. Luego puedo asegurar sin lugar a dudas, puedo asegurarlo altivamente:

Yo NO amo la música.

Ella ha quedado en su región y yo la he mirado desde la mía, desde una región que está llena de pasiones, de alegrías y sinsabores; una región en la que vive el animal que hay en nosotros. Por eso, a veces, me ha hecho llorar y, a veces, me ha llenado de júbilo.

Al arte sólo se puede llegar después de haber dado muerte a ese animal que hay en nosotros; cuando ninguna fibra humana es afectada por su presencia; cuando somos todo serenidad. Entonces podremos decir que ya hemos vislumbrado *la otra región*.

Diana mía, yo pensé en ti y vi, en mi recogimiento ante tu desnudez, que estaba ante la otra región. Esto es lo mismo que Lorenzo Angol me ha manifestado al recordar sus instantes ante la desnudez de Alsina Cochoa.

Me ausenté unos instantes tras de tu imagen, Diana, y vi que Rubén de Loa seguía hablando. Hice un esfuerzo y volví a estar junto a él.

Se oye decir a todo momento:

—X ha hecho una exposición y ha sido muy felicitado... Y ha publicado un libro y ha sido muy felicitado... Z ha ganado un premio estupendo y ha sido muy felicitado...

Todo esto que se oye decir a cada momento, todo esto, amigos, NO es arte. Éstos son sólo zumbidos que se hacen alrededor del arte, que se hacen lejos del arte.

Porque se me puede creer, sin dudarle ni un solo instante, que son pocos, que son poquísimos, los que viven de acuerdo con el arte que ejecutan. Jamás debe olvidarse que el arte es recogimiento y es silencio y que ninguna de esas otras cosas de que acabo de hablar (hacer exposiciones; publicar libros; ganar premios y demás) tienen ni jamás han tenido la menor importancia para su marcha serena y grandiosa.

Creo que por ella voy avanzando de modo sereno y grandioso. A lo menos es lo que el tucán de mi anciana vecina me ha manifestado al mostrarle yo mi última tela: la miró largo rato; luego agitó las alas y graznó con todas sus fuerzas. Yo, sonreí satisfecho, cogí mi tela y me volví a este taller.

Entonces sentí deseos de ir a ver a esos buenos amigos que todo el tiempo trabajan allá en el fondo del océano rodeados por ese tan dulce y tan arrebatador ambiente que

crea el agua en perpetuo movimiento, que crean esas verdaderas selvas de corales y de un mundo vegetal inconcebible aquí en estas alturas, esos peces silenciosos que nadan con calma y, a veces, se detienen unos instantes a mirar las telas en que mis amigos laboran.

Ya sabrán ustedes a quiénes me refiero: Adalberto Huachipato, el hombre que, mientras vivió, nada le sucedió hasta que aquel terremoto y aquel maremoto se tragaron la pequeña embarcación en que él se hallaba; y Ponciano Chacarilla que, un día, falleció ignorado en el manicomio del Eclesiástico.

Ellos trabajan ahora con un ahínco jamás interrumpido. Ellos han renacido al morir.

¡Que sigan, que sigan siempre tomando la vida en lo que llamamos la muerte!

Yo, al contemplarlos en su labor, he preferido no trabajar. Me he contentado con ser un espectador y ver, serenamente, en ellos la continuidad de nuestra vida, esa continuidad con sus altas y con sus bajas.

Sí, amigos míos; sus altas; el trabajo tesonero; sus bajas: la nada que encamina hasta el manicomio como fue el caso de ese pobre Chacarilla.

Luego salgo y subo a la superficie del mar traído por Saturnino que, con su pericia sin igual, hace de aquel maelstrom una succión invertida. Salgo y vuelvo a este taller. Veo, al entrar en él, que el tucán me observa y que mira satisfecho.

Onofre Boroa, a ti me refiero ahora: ¡no te preocupes tanto por saber quién eres, por saber si eres acaso Boroa o Borneo! ¡Vive, sí, vive y nada más! ¡Piensa en aquellos que laboran allá en el fondo de los mares y haz como ellos! La verdadera respuesta no serás tú el que la encuentre.

Ella vendrá, vendrá y vendrá.

162

"Piensa en aquellos que laboran allá en el fondo de los mares y haz como ellos...

Repitiendo estas palabras de Rubén de Loa me alejé de su taller. Necesitaba que la paz viniera hasta mí. Y me decía, oyendo en mí la voz de Rubén:

"Vendrá, vendrá y vendrá..."

Al final tú, Colomba, apareciste ante mis ojos. Te vi muda, te vi estática y con una vaga sonrisa que pasaba por tus labios, te vi allá en el fondo de la Tierra en espera mía.

Mi decisión fue rápida; no volví a mi departamento de Fray Tomate sino que avancé a largos pasos por el Paseo del Corderito Pascual y pasé a la isleta del Olor de Santidad. Minutos después ya me hallaba en un lóbrego túnel y por él, sin pensar más, descendía en busca de ella, de ti, mi Colomba.

El viaje fue corto, al menos así lo sentí. Porque bajaba sin otro pensamiento que el de encontrarte cuanto antes. Esto infundía una fuerza en mí que doblaba la velocidad de mi marcha. Así, pues, avanzaba y perdía toda unión de lo que allá circulaba. Y mi mente repetía automáticamente:

"Sí, Rubén, sí; la respuesta vendrá, vendrá y serás tú, ¡mujer tan amada!, serás tú la que me la darás estando yo de hinojos a tus pies. Esa paz que tú sabes crear me envolverá y, entonces, me harás ver la respuesta.

Así bajaba por aquellos túneles solitarios. Pues era la soledad completa la que me

rodeaba. Ni un ser había junto a mí. Sólo oía el rumor sordo, el rumor bronco que retumbaba y se perdía para luego volver a mis oídos con igual aspereza. A veces se encendían, con la velocidad del relámpago, potentes resplandores que llegaban a cegarme. Y volvía la media luz. Así descendía yo, solo con estos dos y únicos compañeros: el rumor y los resplandores. Al final de ellos yo sabía que estaba ella, Colomba. Seguía, pues, sin vacilar.

De pronto, tras de un resplandor potente como un fogonazo, apareció mi viejo amigo de la superficie, aquel que allá se llamaba Florencio Naltagua. Una alegría profunda me invadió y, sin poder retenerme, grité:

—¡Celso! ¡Celso! ¡Qué inmensa dicha es la de poder encontrarte en medio de estas soledades!

Él me respondió con una serenidad para la cual no encuentro ni un solo vocablo que la exprese debidamente:

—Seguiré a tu lado y así ha de pasar esta soledad.

Seguimos, pues, nuestro descenso lado a lado.

Aquí debo advertir nuevamente que aquello que hubo entre ambos no fue hablado propiamente dicho pues nada, nada del aire circundante vibró junto a nosotros. Y nuestros labios no hicieron ni un solo movimiento. He aquí lo que traduzco de las emanaciones (¿podré decir así?) que de Celso llegaron hasta mí.

CELSE

Tú debes haber oído mil veces que, en el momento de la muerte, se presenta a uno el recuerdo de todo cuanto se ha vivido. Aquí hay una equivocación que proviene de ese afán que siempre tenemos de comprender las cosas según nuestro estado mental de allá en el mundo.

Hoy ya he fallecido y estoy en otro mundo. Puedo, pues, hablarte de ese momento del recuerdo. Escúchame bien:

No es un recuerdo de todo cuanto haya sucedido en nuestra vida; no es tal cosa ni nada parecido. Es, diría con mayor propiedad, una comprensión total y súbita del estado en que nos hallábamos y de los errores que cometíamos a cada instante. Es decir, una comprensión de nuestro sitio en el mundo; una comprensión de los errores en que podíamos caer a cada momento. Pero no es un recuerdo de las miles y miles de pequeñeces que cada día acontecen en aquel momento que llamamos vivir. Esas pequeñeces desaparecen; esas pequeñeces no tienen sitio en el mundo donde los egrégoros trabajan.

Porque los egrégoros están en permanente trabajo. Nosotros no somos conscientes de este trabajo; nosotros sólo hacemos desvirtuar ese trabajo porque el animal se levanta a cada momento y lo perturba todo. No olvides lo que te digo.

Los egrégoros discuten BIEN y definen con claridad lo que los hombres debieran hacer. Pero los hombres confunden todo. ¿Por qué lo confunden? Hay sólo una respuesta:

Las bajas pasiones que agarrotados nos tienen allá en la superficie. Las malas pasiones, las bajas pasiones, que son obra de Palemón de Costamota, que son obra inspirada por él.

En la superficie has tenido buenos momentos. Me refiero a Rubén de Loa que, ante ti, tuvo un momento de alta inspiración al asegurarte que aquella respuesta ha de venir hacia ti.

Desiderio Longotoma es también un hombre que mucho te puede ayudar en tu peregrinación por el mundo de los llamados vivos. Sabe tomar las cosas como ellas han de ser tomadas.

No cargues demasiado tu mente. Pues sólo puede comprender y sólo puede seguir avanzando una mente libre.

Tú has leído a Krishnamurti, ¿no es verdad?

Dime ahora: ¿Practicas esto? ¿Has llegado a la libertad de la mente? A ello deberías encaminarte. Mas el sendero para alcanzarla es el sendero de la calma, el sendero de la paz. Y no dejar que la ambición se mezcle en nuestra marcha. Recuerda la existencia de ese ser que se presenta a ti como un seguro servidor y amigo, ese ser que se llama Palemón de Costamota. Él trabaja sobre tu ambición, él la fomenta. Pero debes tener un arma en contra de ella. Esta arma es lo que Krishnamurti dice a su propósito:

La dificultad está en que somos tan profundamente ambiciosos.

Y agrega que la ambición es el móvil, que la ambición nos impele. Tú me preguntarás qué se entiende entonces por vida espiritual. Prefiero dejar la palabra a Krishnamurti:

¿Os hacéis espirituales realizando ceremonias y ritos, teniendo innumerables creencias, o sustentando principios según los cuales tratáis de vivir? ¿Eso os hace espirituales? A veces, tal vez en un comienzo, las ceremonias y los ritos brindan cierta sensación llamada exaltamiento. Pero son cosas que se repiten y toda sensación repetida causa pronto hastío por sí misma. A la mente le agrada establecerse en una rutina, en un hábito; y los ritos y las ceremonias facilitan eso y dan a la mente una oportunidad de separarse, de sentirse superior, de sentir que sabe más, y de disfrutar las sensaciones de placeres reiterados. No hay, ciertamente, nada de espiritual en los ritos y ceremonias; sólo dividen al hombre del hombre. Como son cosas que se repiten, no libran a la mente de sus propias sensaciones autoproyectadas. Por el contrario: para una vida espiritual, libre, para una mente libre que no está agobiada por el "ego", por el "yo", se necesita, es esencial, ver la falsedad de las ceremonias. Para encontrar la realidad, Dios, o lo que os plazca, no tiene que haber ceremonias ni rituales en los que la mente pueda involucrarse y sentirse diferente al disfrutar las sensaciones de la acción a menudo repetida.

Luego agrega:

Es óbvio que la creencia no nos une. Sólo cuando no hay creencia, cuando hemos comprendido todo el proceso de la creencia, sólo entonces, tal vez, podremos unirnos.

Y no olvides, Onofre, esa frase que dice y que, para mí, tiene una enorme importancia:

La mente vive de palabras.

En estas palabras la ambición tiene una gran importancia porque es ella un refugio, la puerta de un refugio. Creemos que al ambicionar algo nos espera y por eso embicionamos. Es que nos falta pasar por este momento de la muerte.

Por eso te aconsejo que no cargues tu mente. ¡Deja a tu mente en libertad! Y ello no es tan fácil como a primera vista parece. Pues todos hemos tenido allá en la Tierra —como

ciertamente los tienes tú, mi querido Onofre-, todos hemos tenido y tenemos nuestros pequeños ritos, nuestras pequeñas ceremonias, a las cuales nos acogemos. No olvides jamás esa frase que acabo de citarte, esa frase de Krishnamurti:

La mente vive de palabras.

¿Te es siempre tan duro este descenso? ¿Encuentras que hay demasiada soledad? ¡Mira a tu alrededor! ¿Qué ves?

Yo

Veo que hay un sin número de seres que me rodean. Veo a unos pequeñitos, acaso, sí, acaso a niños que han muerto al principiar la vida. ¿Veo con justeza, Celso, o hay una turbación en mi mirada?

CELSE

Ves con justeza. Son chicos y chicas que han seguido su peregrinación apenas han echado un vistazo a la llamada vida. A esa edad murió Jateña. Murió y luego renació como Teodosia Huelén. Luego murió Teodosia y hoy es Maribel. Ya lo ves: todos siguen su sendero, todos...

Un ruido confuso llegó hasta nosotros y no me dejó oír la voz de Celso. Era una mezcla de cánticos puros, dulces, y una voz bronca que parecía sacada de los mismos infiernos. Me detuve y miré, buscando, el origen de tales ruidos. Y una voz llamó mi atención:

MARIBEL

¡Ono, Ono, Onito! ¡Uuuuy, en qué buena compañía te veo! ¡Con Celso, nada menos! Y vas, de seguro, a ver a tu Colomba, ¿no es verdad? ¡Sigue, Onito, sigue!

Iba yo a responderle cuando un terrible, un estrepitoso: "¡BTTTTTTTTTTTTTTTT...!" pasó veloz a mi lado y casi me aturde. Baldomero Lonquimay pasaba corriendo tras su ideal o, acaso, huyendo de él. Lo vi perderse siempre tremebundo y haciendo inmensos rodeos por los aires. Así estaba cuando una mano me tomó del brazo:

TÁRTARA TIGRE

Acabo de estar unos momentos con Lumba Corintia. Hemos hecho muy buenos recuerdos de Lorenzo Angol. Y también hemos recordado mucho al que siempre está presente en mi memoria; tú debes saber a quién me refiero: Artemio Yungay. Él cayó en la necrofilia con mi muerte; con mi muerte que me causó Eustaquia Zepeda. ¡Pobre Artemio! ¡Quiso seguir queriéndome y entonces... amó aquello de lo cual yo me despojaba y que ahí, en una tumba del Cementerio General de Santiago, dejaba para siempre! Pero, en fin, mi buen Onofre, me es muy buen consuelo ver cómo se aviene con la que ahora ama; me refiero a Clorinda Machalí. Ahora tú... ¿permites que te llame Boroa y no Borneo? Logro distinguir muy bien la diferencia que hay en estos nombres y, no dudo, tú eres Boroa y nada más que Boroa.

Ahora... ¡Adiós, Onofre Boroa!

Tártara Tigre desapareció tan rápidamente como se había presentado. Ahí me dejó con mis recuerdos y la vi allá en Melichaqui montada en el Despiporren y llevando a su lado a Artemio Yungay montado en la Repanocha. Se alejaban por aquella avenida de frondosos árboles e irían a practicar ese amor lateral cuyo solo recuerdo llevó al bueno de Artemio a la necrofilia. En eso estaba cuando una voz tímida me volvió a mí.

Yo

¡Hola, don Irineo, mi noble don Irineo Pidinco! Ha de creerme usted que me es un gratísimo placer encontrarlo a usted por estos mundos. Sólo lamento no poder brindar a usted con uno de esos exquisitos platos de ricos garbanzos que tanto amaba usted allá en la superficie de nuestro planeta.

PIDINCO

¡Oh, mi señor don Onofre! Oso agradecer a usted sus buenas intenciones como oso también agradecer ésta que es una amabilidad de parte suya. Pero si tanto he osado, y espero que usted me perdone esta osadía mía, ha sido por una razón que me atrevo a creer penetrará en su claro cerebro de usted subrayando su tan esclarecido cacumen. ¿Permite usted que le exponga esta razón, mi señor?

Yo

¡Por cierto, don Irineo! Seré todo oídos a las razones que usted quiera darme y las aquilataré debidamente.

PIDINCO

¡Oh tantas y tantas, mi señor don Onofre!

Yo

No tiene usted por qué agradecerme de manera tan elocuente, mi señor don Irineo. Y seré, le repito, todo oídos.

PIDINCO

Tantas y tantas, mi señor don Onofre.

Yo

De nada, de nada, mi señor don Irineo.

PIDINCO

Señor, he ido perdiendo, poco a poco, el ansia de comer esos garbanzos cuya imposibilidad de ingerir tanto me atormentó en tiempos pasados. Ahora los recuerdo como un guiso cualquiera y no más; oso asegurar a usted, mi señor, que así es la cosa y no de otro modo; eso es, eso es, no de otro modo. Es decir, señor mío, que ya estoy libre, libre de esa preocupación que tanto, tanto me atormentaba cuando empecé esta vida en estas esferas. Ahora... ahora que sean otros los que se deleiten con los garbanzos. Ya aquel libro que leí allá en la superficie, ese libro llamado *El garbanzo y su relación con el Infinito*, ya no tiene ni guarda ningún significado especial para mí. Es... es un libro sin significado alguno, eso es, sin significado alguno, si puedo expresarme así.

Y ahora, mi señor, voy a permitirme, si no es demasiado grande mi osadía, voy a permitirme que guardemos unos instantes de silencio y de quietud pues vea usted, señor mío, vea quién está ahí, ahí en plena inmovilidad.

Yo

Es don Bárulo Tarata, si no me equivoco. Sí, él es que parece contemplar algo lejano y ello es lo que lo tiene así sin movimiento alguno.

Seguí entonces su mirada, la seguí lentamente. Su mirada perforó los techos que nos cubrían, abrió un gran agujero y, por él, pude ver, durante breves momentos, el esplendor de los remotos cielos. Allá, a una inconcebible distancia, vi a mi amiga Maribel que volaba de astro en astro; y luego vi pasar con lentitud a Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Quedé en éxtasis y sin hacer movimiento alguno. Don Irineo, entonces, murmuró:

PIDINCO

¿Comprende usted, señor mío? Oso asegurar que cuando se tienen visiones como estas que acabamos de tener, oso asegurar que ya no hay garbanzos que logren tentar nuestro apetito terreno.

En efecto, pasaron ante nuestra vista los bosques de Guayacán y de Lemolemo y, al fondo, vimos extasiados el volcán Coscorrón. Y todo se cerró nuevamente y otra vez quedé ahí solo, solo, solo. Pues don Irineo había desaparecido.

Continué, entonces, con lentitud mi descenso.

Bajé, bajé. Ya no había nada abierto en ninguna, en ninguna parte. Bajé, pues al fondo te encontraría, mi linda, mi preciosa Colomba adorada.

Estaba pleno de algo indefinido. Necesitaba, pues, descargarme y yo no sabía de qué debería descargarme.

Pasó a mi lado, como un rayo, Tadeo Lagarto. Quise detenerlo. Me detuve. Preferí seguir bajando hacia donde mi destino me llevaba. Es decir:

¡¡Colomba!!

Aquellos muertos desaparecieron. Celso estaba nuevamente a mi lado. Me expresó sin hacer ni un solo movimiento con sus labios:

CELSO

No me he movido de tu lado. Aquí he permanecido todo el tiempo mientras tú oías las palabras de Maribel, de Tártara Tigre, de Irineo Pidinco y mientras contemplabas la inmóvil figura de Bárulo Tarata y veías pasar, allá en las lejanías, la figura de Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe.

Tenía razón Pidinco al hablarte de que esas visiones son capaces de borrar los gustos que uno sustentaba allá en la Tierra cuando se vivía. Así hay que irse libertando de esos hábitos que nos tenían agarrotados. Ya Pidinco podrá seguir su peregrinación; ya los garbanzos han de encontrarse sin un hombre a quien hacer su presa.

Los garbanzos consultarán... Consultarán por todos lados y, de seguro, consultarán a Palemón de Costamota.

Solos, ellos nada pueden. Ellos pertenecen a un mundo que no es el nuestro; pertenecen a un mundo de absoluta indiferencia con respecto al nuestro. Me refiero al mundo de la naturaleza. Tú ya debes haberlo notado: por un lado, los hombres; por otro lado, la naturaleza. Son dos vidas aparte que nada tienen que ver entre ellas. La naturaleza hace su vida; los hombres hacen la suya. Tenía razón Pidinco al llamar a los hombres unos simples intrusos. ¿No es ésta la verdad?

Sí, *Onofre*, tal es la verdad. Los hombres no ven esta verdad; los hombres consideran

a la naturaleza como algo sometido a ellos, como algo al servicio de ellos. Porque los hombres quieren que la naturaleza haga según la ambición de ellos.

Por todas partes verás esa ambición que domina a los hombres. ¡En esta ambición está el error!

Hay que saber permanecer en su sitio y, desde ese sitio, hay que saber contemplar.

Tal es el camino del arte. Rubén de Loa te lo ha dicho repetidas veces; te lo ha dicho al sugerirte que el arte está fuera de uno mismo y que hay que encaminarse hacia él.

Onofre, deja a cada cual vivir su vida.

Y tú... *aprende a contemplar.*

Minutos después Celso desaparecía y en su mirar pude ver que me deseaba todas las dichas imaginables para cuando estuviera con Colomba.

Colomba sabe contemplar en el fondo de mi alma.

163

Yo

Aquí estoy, mi Colomba. Aquí he venido a descargarme frente a ti, borrar todo cuanto se haya acumulado en mi ser y, de este modo, con un alma simple y pura, aprender a contemplar.

Tal es y ha sido siempre mi ideal: contemplar y que la mente calle. Pues estoy a punto de comprender, y que ello se haga una realidad, lo que ha de ser la vida en contemplación mientras la mente calla.

Tú, mujer idolatrada, tú me ayudarás a descargarme y así, sintiendo tu manito sobre mí, así podré empezar esa vida de contemplación

Y así seguiremos eternamente.

Ahora hay paz en torno de nosotros. Pero siento que, rondando a tu alrededor, hay otros personajes más que me vigilan y listos se hallan para saltarme encima. Tú los conoces porque tú conoces todo cuanto a mí me ocurre. Uno de ellos es Onofre Borneo, un hombre que vive porque nació con vida y tiene que agotar esta tarea de vivir. Otro es Onofre Boroa, un hombre que quiere trabajar, que quiere vertir en obra lo que alcanza a percibir. El tercero es Cero, es el ser de la contemplación, el ser que se halla más allá de la mente. ¡Este es el ser que yo amo por encima de todos!

Pero dividido así en tres personajes, créemelo, mi Colomba, me es imposible llegar a una vida armónica y plena. Estoy siempre solicitado por uno de ellos que hace desaparecer a los otros. Y yo me veo vivir mas sin alcanzar esa muda contemplación que tanto, tanto ambiciono.

Callemos, Colomba mía, callemos. ¡Que yo sienta tu mano posarse sobre mí! ¡Así, así! Créeme que ahora soy feliz. Quisiera morir de este modo. Pero... ¿ves, Colomba, ves?

Borneo me mira sorprendido pues esa palabra de *morir* no está en su vocabulario. Quiere preguntarme algo pero, pero...

Borneo levanta los hombros y nada más. Pues Boroa ha hablado. Sí, Boroa ha hablado y ha recordado *que hay que hacer una obra, que hay que vertir en letras cuanto pasa por*

él, sea cual sea la forma que tome. Entonces me siento junto a mi máquina de escribir y... y...

¿Escribo? ¿Es eso escribir?

¡No, no, mi Colomba, no es eso! Porque Cero ha hablado y ha hablado como hablas tú, es decir, sin hacer ni un solo movimiento. Es el aire el que se ha llenado de murmullo audible.

Siguen las miradas de estupor de Borneo. Sigue Boroa empeñado por llenar páginas y más páginas. Y tú, mi Colomba, brillas allá, allá muy lejos o, acaso, muy cerca, acaso junto a mí.

Total: ¡no puedo, no puedo!

Déjame desaparecer a tu lado, déjame no existir...

¿Por qué no logro hacer de mi vida esa contemplación de que me habló Celso? ¿Por qué ella resuena en mí, en mi más hondo fondo y viene apenas estoy a tu lado, mi Colomba?

Pues yo sigo el mismo ideal que mi amigo Lorenzo Angol; es decir, quiero desconcentrarme de este paso por la Tierra. Así podré llegar a la contemplación de que Celso me ha hablado.

Entonces estaré mano a mano con aquel que es Juan Emar. Y Celso se habrá marchado lejos, muy lejos y, tal vez, se habrá encontrado con su amor, con aquella que amó en un principio, con Nastia Poltava.

Es larga nuestra peregrinación, mi Colomba. Acaso lo pierda yo de vista y he de seguir hollando otros parajes y en ellos estrujando cuanto haya de retenerse.

Me viene la idea de que yo volveré a ser *un niño*. ¿No lo crees tú, Colomba?

¡Oh, juntar a un niño con un contemplativo! Un niño que guarde dentro de él toda la contemplación consciente, esta vez totalmente consciente y sin perder la certeza en el vivir... Así veo nuestra marcha, así la veo como un gran, un enorme círculo espiral que ha de volver a pasar por lo que ya pasó pero en un grado más elevado.

Ya aquí caí en una meditación que ya no sé si fue mía o de ambos, es decir, de Colomba y rebotando en mi ser.

Pensaba y soñaba en los niños, recordaba mi linda época cuando yo fui uno como los que ahora veo por todas partes, que ven todos y que, ante su visión del más allá, esa visión llena de grandeza y de certeza, dicen tan sólo:

—¡Eh...! Son cosas de niños y nada más.

Es que los mayores ya están sometidos a la vida que hay que vivir y agotar.

Así hablábamos Colomba y yo. Y así transcurrieron muchos años, muchos siglos... O todo ello pasó en muy cortos instantes, en el instante que tardo yo en elevar los ojos y ver su sonrisa permanente, mientras el mundo entero desaparece y siento la sensación de que sólo nosotros dos existimos.

De pronto Colomba me volvió a mí. Su sonrisa cesó y me dijo con tono severo:

COLOMBA

¿Cómo es posible que no hayas vuelto a tu época de niño? ¿Cómo es posible que tu vida no sea una constante contemplación y dejes de lado cuanto no sea ella?

YO

No lo sé, mi Colomba, y a eso he venido hasta tu lado a oír la voz que me lo

revelará. Pues siento mi niñez como que pertenece a otro ser que no soy yo y hasta me veo aparte, me veo como a un personaje diferente al que yo soy. Me veo llegando a la adolescencia, me veo sumergiéndome en ella y perdiendo mi niñez.

Esta niñez, sin embargo, existe. La veo allá muy lejos, la veo tranquila en plena serenidad. Nada la perturba. Es como el agua inmóvil de las lagunas cuyo objeto parece ser el de reflejar los árboles que la rodean.

Así veo a mi niñez. La veo a distancias inconmensurables. Pero yo sé que es la niñez mía. Una parte de ella está atravesando, en este momento, la batalla, la guerra que es vivir.

Déjame, Colomba mía, explicártelo si es que logro explicarlo. Tú me entenderás, ¿no es verdad? Oyeme entonces:

Bajo esa superficie de paz empieza un pequeño movimiento. Se necesitan ojos agudos para lograr percibirlo. Sumerjámonos aún un poco y verás cómo crece, cómo se acrecienta ese movimiento. Ya empiezan a ser verdaderas marejadas. Sumerjámonos siempre, hundámonos, Colomba, y verás que estamos en un remolino de aguas tempestuosas. Y así, en medio de ese remolino, me encontrarás a mí debatiéndome con los miles y miles de proyectos que me asaltan a todo momento: un proyecto para pronto, para una hora más, para seis horas más, para el día que ha de seguir y para la semana y para el mes y para el año. Es el afán de tener una seguridad absoluta sobre nuestro porvenir. Y todo verlo nítido, claro, preciso.

Al fin no puedo más y grito:

—¡Atrás, atrás, Borneo! ¿Hasta cuándo me harás hacerme vivir en medio de esos proyectos? ¡Dímelo! ¿Hasta cuándo...?

Porque aquí, en este maremagnum en que me halló, he visto con la perfecta lucidez, he visto a Onofre Borneo hincando esos proyectos en la mente de Onofre Boroa.

¿Qué hace Boroa en tales casos?

Colomba, siente deseos de arrojar todo aquello que Borneo le ha mostrado, de arrojarlo lejos, lo más lejos que le sea posible; y siente deseos de correr hacia ese niño que allá, muy alto, ha quedado envuelto en la serenidad contemplativa, de esa contemplación de que Celso le ha hablado.

Pero siempre me digo, con una voz que ya no sé si es mi propia voz o es la del niño que se ha filtrado por las aguas ahora turbulentas que me envuelven:

—¡Calma! ¡Paz! Debes tomar esto que ahora te rodea como una gran enseñanza que hay junto a ti. Por eso repito: "¡Calma y paz!".

Y veo, comprendo perfectamente que no podré salir de ese verdadero infierno en que me halló mientras no haya agotado todas las enseñanzas que él encierra. Entonces me someto y me encamino hacia ti, mi mujer tan amada y, ante ti, caigo de hinojos.

COLOMBA

Queda de hinojos y queda en silencio. Así volverá a aparecer ese niño contemplativo que ahora también está viviendo. Tú, de él, no sabes bien lo que vive pero tienes la más absoluta certeza de que está en plena vida, en una vida que no encuentra más tropiezo para difundirse y SER que estas vacilaciones que caen sobre ti. Porque con todo vacilas, mi buen Onofre, con todo cuanto te rodea. Sí, te lo digo y te lo repito: con todo vacilas. ¡Haz memoria y lo verás con claridad! ¡Haz memoria!

En vano te pido que hagas memoria. Tú buscas en tu interior y buscas esperando que aparezca un recuerdo y así que juntos ambos podamos acercarnos más y abrir una nueva senda para el porvenir.

Buscas y no encuentras nada. Hay un vacío en tí.
¿Te presto ayuda, mi buen amigo?

Yo

Sí, Colomba, sí, dame tú ayuda. Pues solo quedo ante tu belleza sonriente y estática y de ella no puedo salirme. ¡Ayúdame, Colomba, ayúdame a hacer memorial!

COLOMBA

Inclínate y escucha en el silencio. Que todo quede sumido en la mayor paz. Así, así. Que todo se detenga unos instantes durante los cuales te voy a hablar.

Yo

Me inclino. Este silencio que hay aquí se está llenando de un murmullo que sabré descifrar.

COLOMBA

Retrocede, entonces, por el tiempo; retrocede varios años. Así has de llegar a aquellos tiempos en que ibas a Santiago. Ibas poco, de tarde en tarde. ¿Lo recuerdas?

Yo

Sí, ahora los veo esos instantes. Ellos están llenos, llenos, de parientes míos. Ellos giran, aparecen y desaparecen sucesivamente. Pero uno de ellos queda y se agiganta. Uno de ellos toma el escenario. Ha hecho retroceder hasta la nada a mi padre, don Eleuterio; a mi madre, doña Trinidad Calama; a mis tíos paternos, Modesto y José Pedro y, con ellos, han desaparecido los demás, como ser, mi tío Onésimo y mi hermano Pedro y mi hermano Fabio y mi primo Teófilo.

¿Quién podrá ser este pariente que así se agiganta?

¡Tú lo has visto, lo has visto, Colomba mía!

COLOMBA

Es tu hermana María.

Yo

¡Sí, sí! ¡Ella es!

Ella se ha sobrepuesto a todos los demás; ella se ha sobrepuesto aun a aquella que fue mi mujer, a Isabel Tabunco. Ella, Isabel, claro está que merodea por mi alrededor. Pero se aleja ante la presencia de mi hermana, de María.

María está sola; ella llena todo el espacio.

COLOMBA

¡Recuerda, recuerda entonces...!

Yo

Ella está plena de un noble sentimiento que ha producido en mí; es un sentimiento que luego he olvidado y que, parece, ahora va a volver a vivir.

Sí, Colomba, vuelve a vivir. Ahora veo que ella ha existido intensamente porque ella ha sufrido; ella ha estado frente a ese misterio que allá, en la superficie, conocemos con el nombre de la muerte. Y yo la he visto sufrir y he sentido en mí todo el dolor que la embargaba.

¡Sí! ¡Ahora lo siento nuevamente! Lo siento con la intensidad que entonces, hace ya muchos años, lo sentí.

Pero veo todo eso como ocurriendo a otras personas; no, a mí. Yo soy un simple espectador. La veo a ella llorando y me veo yo mismo contemplándola y sintiendo algo, algo muy hondo que me traspasa y me deja inmóvil. Porque me siento impotente para prestar el menor apoyo.

Ella, María, llora y llora, se levanta de su asiento, corre y vuelve a sentarse. Él... él está sin hacer ni un movimiento junto a la cabecera de la camita donde ha dejado de existir la niñita de apenas siete meses de edad. Porque ha muerto esa niñita que tanto amábamos todos allá en casa.

¡No, no! ¡No te vayas, mi Colomba, no desaparezcas! ¡Sigue ahí donde te hallas! Tú sabes de quiénes hablo; sí, te hablo de mi hermana María, te hablo de su marido, Amarildo Millalebu y te hablo de la hijita que ya no es, de la pequeñita Justina.

Justina... Guardemos silencio, Colomba, silencio. Y te hablo a la vez de un ser que se llamaba Onofre, Onofre Boroa, ¡no se apodaba Borneo!, Onofre Boroa que ahí está junto a esos padres desolados y sintiendo dentro de él un ansia indescriptible de correr hacia ellos, abrazarlos y decirles que quiere cambiar de posición, cambiarla de inmediato, despertar de su sueño a Justina y yacer él, ¡sí, él!, en aquel pequeñito lecho donde ella, sonriente, reposa.

Pero Onofre no se mueve; ahí queda inmovilizado. Lo veo, lo veo claramente y hasta me atrevo a hablarle; me atrevo a preguntarle quién es él, quién es... Porque has de entenderme una cosa, mujer, una cosa y nada más. ¿Me oyes, Colomba?

COLOMBA

Sí, te oigo perfectamente. Así es que no temas al hablar. Inclínate bien, inclínate así, profundamente y deja que ese ser interior que hay en ti, déjalo que él se exprese.

Yo

Se expresa, entonces, diciendo que está ante un espectáculo que se desarrolla ante sus ojos. Está ante el triste, ante el desgarrador espectáculo del dolor retenido de mi tan buen cuñado Amarildo Millalebu y del dolor desorbitadamente expresivo de mi hermana María. Ambos dolores bajo la voz de: "callad, callad..." que sale y se eleva de la camita de Justina y que se cierne sobre todos los que estamos allí presentes: mi padre, don Eleuterio; mi madre, doña Trinidad Calama; mis hermanos Pedro y Fabio; los parientes de Amarildo, todos ellos; mi primo Teófilo Borneo; el amigo de casa, ese Goicolea; mi tío José Pedro ya en sus últimos años; en fin, tú me has de comprender, mi Colomba, ¿no es verdad? Allí estábamos todos y yo... inmóvil, mudo, como tú estás ahora, ¡Colomba!

Pero... A pesar de lo dicho por Celso —tú lo has de recordar, mi Colomba: "No te preocupes de saber quién eres"— a pesar de eso es algo extraño a mí, por un lado; y es algo vitalmente propio, por otro lado.

Porque aquel que allí estaba inmóvil y mudo, como tú estás en este momento, aquel que allí estaba era yo, sí, era ¡yo!

Entonces tengo nuevamente que preguntarme:

—¿Quién, quién seré yo...?

COLOMBA

Hablamos sin proferir ruido alguno. Hablemos en el silencio absoluto. Hablemos de modo que aquello que uno es pueda expresarse libremente. Pues una idea ha llegado hasta mí o yo he ido hacia ese reino de las ideas y con una me he encontrado. He avanzado como avanza Rubén de Loa en el camino de las artes. Voy, pues, a hablar. Tú, Onofre, escucha y calla.

Yo

Sí, Colomba, yo escucharé y callaré. Puede ser que así logre a mi vez llegar a ese mundo de las ideas.

COLOMBA

Cada cosa que se realiza tal como debía realizarse es como una advertencia que llega hasta mí y me dice:

“He salvado una dificultad y nada más; he estado en el rodar de los días; ahora: jadeante!

Es lo que hago, Onofre, seguir siempre adelante hasta que el cansancio me detiene. Pues a una dificultad salvada, vendrá otra y otra y siempre otra que se ha de anteponer.

Tanto he seguido sin detenerme que ahora aquí estoy, en el centro de nuestro planeta, en el punto en que desaparecen los puntos cardinales. Y, en este punto, espero, sonriente, que las cosas se realicen allá y su eco, su eco de cosa realizada, llegue hasta mí.

Es lo que tú, Onofre, deberías hacer ahora: ser una cosa ya bien realizada y hablar —¿oyes?—, hablar, hablar mucho y así descargarte. ¡No pienses en lo que vas a decirme! Inclínate y ¡habla!

Yo

El recuerdo de mi hermana María, de Amarildo y de la pequeña Justina ha puesto en movimiento toda mi mente. Porque me he visto yo mismo como un ser ajeno. En fin, mi Colomba, tú lo sabes perfectamente. ¿No es verdad?

COLOMBA

La ciudad de Santiago se ha levantado en permanencia junto a ti. Tú, sin moverte de San Agustín de Tango, has ido una vez más a Santiago. Pero lo has olvidado porque tu viaje fue hecho subconscientemente. Fuiste, volviste y él cayó en el olvido más profundo porque había otras cosas que te solicitaban. Es siempre lo que nos ocurre y, sobre todo, te ocurre a ti: las pequeñas cosas que solicitan borran a las grandes cosas.

Todos viajan; unos de manera subconciente; otros arrastrando con ellos a su cuerpo.

Todos van a todas partes y, al ir, cada cual ve, en el sitio que ha visitado, lo que desde antes tenía la esperanza de ver. Así Desiderio Longotoma vio a Candelaria Tucapel; tú, a tu hermana María. Y, al verla, has pensado muchas cosas que ya se han ido. ¡Y la has visto vivir!

¿Cómo es posible que se hayan ido esas cosas, mi buen amigo? No, no puede ser posible. Volvamos a esos momentos. Recuerda: tu hermana María sufría, sufría terriblemente. ¡Y luchaba! Luchaba en contra de lo inevitable, de lo inexorable. Porque su lucha no hacía despertar a la pequeñita Justina que ya estaba lejos, muy lejos de los lamentos de su madre.

¡Sí, lo viste y, al verlo, te engrandeciste!

Luego olvidaste todo. Dejaste que todo ello siguiera su curso ajeno a ti. Te dejaste tomar por el suceder de esta existencia y fuiste solicitado por miles de cosas y sucesos que sucedían por todos los lados.

Te repito:

Olvidaste todo y seguiste...

Yo ahora me pregunto sin hallar respuesta alguna que me satisfaga y me explique:

Seguiste... ¿en busca de qué?

Yo

No lo sé; algo tal vez que me llevaba, que me arrastraba y yo me dejaba arrastrar. Ahora pienso en otro tópico que se ha presentado a mí y que, muy al fondo, está unido a mi hermana, a la pobre María. Ahora pienso en Rosendo Paine y en su amiga, tú sabes, en

Nicole Chaumont. Y este pensamiento me lleva hacia la vida que ellos hacen embriagados en el opio.

Pero viven mal, ¿no lo crees tú, mi Colomba?

COLOMBA

Estás al borde de encontrar una verdad absoluta. Haz un esfuerzo sin que tu mente entre a analizar. ¿Por qué hallas tú que ellos viven mal? No te retengas; ¡habla en silencio!

Yo

Quisiera vivir como ellos viven pero *sin opio*... Quisiera vivir en ese estado de ánimo pero *sin opio*...

Así me veo viviendo. ¿Qué piensas tú?

COLOMBA

Habla, habla, Onofre; que el aire no se mueva en torno tuyo; que el aire quede sin movimiento alguno.

Yo

Que el aire quede sin movimiento alguno... Y en esa placidez serena poder avanzar.

Así no tendrían misterios los autores que leo. Ellos me serían claros como un despuntar del día. Porque, al leerlos, claro está que mucho comprendo pero, de pronto, veo sus imágenes y esas imágenes se me alejan a enormes distancias y yo quedo ahí contemplándolas y nada más que contemplándolas.

Pues se han alejado como, a veces, te has alejado tú, Colomba, dejándome solamente con tu ausencia.

Así se han ido, de pronto, Ouspensky y Krishnamurti y Steiner y Stanislas de Guaita y tantos otros. Y yo quiero llegar y siempre permanecer en esa serenidad permanente en la que no puede haber ni un asomo de fuga. Así estarían siempre a mi lado esos autores; así habría un continuo comercio profundo entre ellos y yo; y así habría terminado esa duda que me asalta, esa duda que me atormenta, esa duda que tú, mi Colomba adorada, has de haber conocido también.

COLOMBA

¿Cuál es esa duda, Onofre?

Yo

La de querer saber si nos hemos comprendido o si no nos hemos comprendido; la de pensar que hay más, que hay mucho más en la lectura y sentir entonces una verdadera insatisfacción.

Colomba, es el éxtasis que rueda entre nosotros, el éxtasis que casi, casi llega y se aleja porque, tal vez, no estamos preparados para sentirlo en forma adecuada y permanente.

Ahora pienso en ti, sí, en ti, amigo Lorenzo Angol.

Dime, Lorenzo: ¿Por qué no nos podemos unir mayormente?

Yo adivino —es decir, creo adivinar— lo que sucede en el fondo de Lorenzo como él, de seguro, ha de adivinar o ha de creer que adivina lo que sucede en el fondo mío. Luego nos separamos llevando una imagen del otro que no sabemos, y acaso nunca sabremos, si es una imagen que concuerda con la realidad que existe.

Y yo pienso que estoy en la verdad cuando soy aquel que he llamado Cero, aquel que está por encima de Onofre Boroa y, ¡para qué decir!, de Onofre Borneo. Aquel que no necesita verter en una obra cuanto llega a su cabeza.

Luego callamos. Yo estaba postrado frente a ella y sentí su manito posarse sobre mí. Luego alguien o algo habló sin que ondulara nada en el aire que nos rodeaba. Luego alcé la vista y la vi: ahí estaba mi Colomba, ahí estaba siempre sonriente con esa sonrisa plasmada en su rostro. Y aquello que oíamos ambos me parecía pasar por ella y luego venir a rebotar en mi persona. Pero no era ni ella ni yo quienes proferíamos las palabras que resonaban; era la nada que se expresaba y que, más o menos, decía:

—La lucha más espantosa es la lucha de los egrégores, que hacen las cosas bien, con los hombres que todo lo echan a perder, que todo lo confunden y lo complican de manera increíble.

Es esto donde Palemón de Costamota trabaja y donde cumple su misión. Tiene miles de recursos para luchar; el principal es, sin duda, el falso misticismo, el falso misticismo, el falso misticismo.

¿No estaré yo, yo, Onofre Boroa, no estaré de lleno entregado a él..., a él...

a él...

a él?

164

Colomba había desaparecido. Ya no estaba en parte alguna. Me encontraba solo en esa que me pareció una inmensidad sin límites. Me incorporé y me dispuse a regresar a la superficie, a regresar con toda lentitud.

Avancé. Un murmullo ronco me rodeaba. De pronto aparecían llamas por todos lados; pero eran llamas que me envolvían sin quemarme. Yo empecé a evocar a los amigos de allá arriba. Apareció Desiderio Longotoma con su Tomasa; luego, Rosendo Paine con Nicole Chaumont y, al evocarlos, un grato olor a opio me llenó; luego vi a Lorenzo Angol con su tan querida Benilde Panilonco y, cerca de él, cruzó la pequeña figura de Alsina Cochoa, siempre alegre y risueña. Y, al evocarla, apareció mi tan querida Diana Papudo. Recuerdo que sonreí satisfecho al pensar en ella y, entonces, apresuré el paso. Fui cogido por una llama que me envolvió entero y que me hizo subir a velocidad inaudita. Ese murmullo ronco cesó de inmediato y, poco a poco, fue convirtiéndose en un aire silbado y bien conocido por mí.

—¡Él es, sí, él es! —grité lleno de euforia y, sin más, me detuve y esperé.

No me había equivocado pues él era, el hombre Martín Quilpué que avanzaba y, como es su costumbre desde siempre, silbaba *El Bolero* de Maurice Ravel. A su lado saltaban en todos sentidos centenares de piedrecillas locas de entusiasmo. Aplaudí entonces y volví a gritar con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡¡Salud y mil veces salud, tú, hombre Martín Quilpué!!

Y, sin querer, me agaché y cogí una de esas piedrecillas que era francamente hermosa. Ahí, pues, me quedé contemplándola y recordando a ese queridísimo de Anacleto Ibacache que, hace ya mucho tiempo, allá arriba tanto las amaba y que contagió su amor a Rubén de Loa.

Pensé, entonces, en alta voz:

-Tal vez, mi querido Anacleto, aquí no podrás gozar como gozabas allá arriba con esa infinidad de piedras, piedrecillas y peñascos que se llenan de tantos hermosos colores... Aquí has de tener necesidad del paso de ese hombre que siempre silba *El Bolero*. Y esto no ha de ocurrir a menudo.

Una voz me respondió:

-Te equivocas, Onofre Boroa; aquí veo, en las piedras y en todos los rincones, bellezas de coloridos como en la Tierra no se ven.

Anacleto Ibacache estaba a mi lado y me hablaba. Sin más prosiguió explicándome:

-Aquí la belleza está en todas partes pero es una belleza que no se rebela sino a los que ya hemos pasado por la muerte. Tú, Onofre (y me permitirás que te tutee pues es éste un tratamiento mejor para tenerlo con los ya fenecidos como yo), acaso necesitas de la presencia del hombre Martín Quilpué para poder apreciarla. Yo, ya no. La veo en todas partes y aquello de la Tierra me aparece como una anticipación a lo que, de lleno, me depararía la muerte. Vi esta belleza desde el primer momento que pasé a este reino que, no dudo, en llamar sagrado. A mí no me ocurrió como a Irineo Pidenco que tuvo necesidad de un largo período para olvidar su amor por su plato preferido de los garbanzos.

Le dije:

-El amor que tenía don Irineo provenía, según me parece, de una verdadera gula; en cambio tu amor por las piedras y sus colores te venía de un amor estético, es decir, de una anticipación a lo que pronto hallarías de lleno.

Anacleto Ibacache me indicó y, naturalmente, en un silencio completo:

-Mira, Onofre, ¡mira qué belleza inigualable hay allí! Dime, ¿no la ves? La expresión de tus ojos me hace ver que tú no la ves. ¿Es ello posible?

Y Anacleto quedó en éxtasis ante un rincón sombrío o, al menos, que yo veía como tal. Al fin tomó un pedazo de esas piedras negras y me lo acercó a la vista. Entonces oí su murmullo que, con mucha lentitud, me explicaba:

-En esta piedrecilla no ves tú, mi querido Onofre, ningún color ni ningún juego de colores. Para mí es muy diferente, para mí está lleno de millones de colores; y son colores con movimiento que se penetran los unos en los otros y, en su movimiento, nos llevan a regiones que no encuentro cómo explicártelas para que bien las entendieras.

Yo miraba en vano y nada veía de esas bellezas que Anacleto no cesaba de ponderar. Para mí seguía sumergido en una densa y casi completa oscuridad. Pero él me interrumpió súbitamente diciéndome con un verdadero entusiasmo:

-¡Es imposible que nada veas, mi buen Onofre! ¡Cómo! ¿No ves a esa bella mujer que allá en la Tierra nos visitaba a menudo en medio de esos colores que tanto me entusiasman? ¡Aquí está, sí, aquí avanza y viene hasta mí! Y viene cada vez más hermosa, viene reflejando esos miles, esos millones de colores que la circundan por todos lados. Ella pasa a ser un reflejo de estas piedras movientes. O a veces pienso que son esas piedras nada más que un reflejo de su tan alta beldad.

Y haciendo un gesto de sumisión, como esos que yo hacía ante mi bella Colomba, Anacleto Ibacache cayó de hinojos ante lo que para mí era la nada y cayó exclamando:

-¡Elsa! ¡Elsa! ¡Elsa!

Me alejé del que allá arriba había sido mi buen amigo y había hecho amar a Rubén de Loa esos colorcillos que allá brillaban y que aquí yo no lograba percibir. ¡Qué hacerle! Seguí, pues mi ascenso con lentitud pues ya no había llamas que me envolvieran y me llevaran veloz hacia lo alto. Pensaba en que, de seguro, algo muy grande y muy hermoso

se iría a presentar a mi vista el día que yo muriera y entrara a ser un habitante permanente de estos mundos que ahora veía de paso y nada más que de paso. Sí, ¡ya se abrirán los recónditos misterios de belleza que están por todas partes! Por ahora... esperar y esperar.

Seguí, pues, con lentitud dando vueltas a mis ideas en las que primaba, sin duda, el ansia de la conquista del silencio, de un profundo silencio que siempre me envolviera, de un silencio pleno. En él me sumergiría y en él quedaría y persistiría.

Pero, ¿dónde estás silencio? Noto que, hoy por hoy, todo me distrae, cualquier cosa, por insignificante que sea, me obliga a ir tras ella. Así es como luego me encuentro en terrenos estériles y vacíos. Y yo al medio de ellos lucubrando, a pesar de saber perfectamente la inutilidad de mis lucubraciones.

Seguía y seguía y trataba de fijar mi atención en toda aquella gente de la superficie, aquella gente que me es grata y que, sin quererlo, me sumerge en el mundo de la contemplación.

Pero una voz vino a resonar junto a mí; al mismo tiempo un alto sombrero de copa dibujó un semicírculo ante mis ojos. Y la voz, con suma cortesía, me dijo:

—Palemón de Costamota, un siempre fiel y segurísimo servidor de usted, mi distinguido amigo.

Respondí de inmediato:

—Y usted, amigo Palemón, puede contar con mi amistad y puedo asegurar a usted que tiene en mí también un seguro servidor.

Nos hicimos una venia y nos estrechamos la mano. Luego él prosiguió mirando a un lado y a otro lado:

—¡Qué bullicio ensordecedor hay aquí! ¿No encuentra usted?

En realidad era un espantoso bullicio que crecía a todo momento. Parecía proveniente de una multitud que hablara y gritara y vociferara. Tuve que alzar mi voz para preguntar a Palemón:

—¿Quién habla de este modo tan destemplado?

Él respondió:

—Es la voz de los millares de muertos que aquí pululan.

—¿Y por qué yo no los veo?

—Cuestión de la poca práctica que tiene usted, amigo mío.

—Quisiera verlos aunque sólo fuera por un instante.

Palemón de Costamota me hizo una profunda reverencia, luego se atizó los bigotillos y, volviéndose, exclamó:

—¡Menos ruido, os lo pido! ¡Volved a la serenidad! ¡Aquí está conmigo un mortal que desea ver a los que han sido sus amigos, sus verdaderos amigos allá en la superficie terrestre!

Cesó el ruido como por encanto. Ahora volvía un ruido ronco y algo lejano parecido al que había yo oído al penetrar en estos hondos vacíos y callejones subterráneos. Y, de pronto, apareció ante mis ojos la linda figurita de Eufobina Colliguay.

—La reconozco a usted, Eufobina y es un gran placer volver a verla en este sitio...

Ella sonrió y murmuró siguiendo mi frase:

—... “donde al fin concluyen las locas vanidades”...

Yo grité:

—¡Eso es, mi querida Eufobina! Y dígame usted: ¿Ha vuelto a... a... a tentar a ese bueno de don Irineo Pidínco?

Ella rió y, entre su risa, me dijo:

—No, no. Ya no le gustan los garbanzos así es que lo he perdido de vista al bueno de Irineo.

Iba yo a seguir esta charla con Eufobina cuando ella desapareció de mi vista. Sólo vi a Palemón de Costamota que hacía grandes reverencias al vacío.

—¿A quién saluda usted de esa manera? —le pregunté.

—¡Abra usted bien los ojos y lo verá! —fue lo que me repuso.

Abrí mis ojos y miré: desfilaban allí cerca una serie de almas ya fenecidas, almas sin cuerpo que tener que arrastrar. Pero mi amigo Palemón me interrumpió unos instantes:

—¿Por qué piensa usted, amigo mío, en almas "ya fenecidas"? ¿Qué entiende usted con una frase semejante? ¿O acaso ya ha olvidado usted que las almas no fenecen como han de fenecer ustedes los simples mortales? Ya que es usted mi seguro servidor, le rogaría que tuviese a bien explicarme ésa para mí una frase sin sentido.

Le respondí:

—Y ya que usted es también mi seguro servidor agradecería a usted me explicara cómo ha sabido este lapsus en mi manera de pensar. Es algo sabido que nuestra mente piensa y formula lo pensado siempre con independencia; es decir, lo formula por su cuenta y no se preocupa de nosotros, de si está de acuerdo con..., con... ¡En fin, Palemón de Costamota, usted sabe perfectamente lo que quiero decir! ¿O acaso quiere usted hacerme cometer otros nuevos lapsus?

Él se inclinó con sumisión y me aseguró varias veces:

—¡Oh, no, mi tan distinguido amigo Onofre! Puede usted creerme que jamás mi pecho ha abrigado el menor deseo de hacer que usted cometa un nuevo lapsus; jamás, jamás. Pero volvamos a lo que hace unos pequeños instantes le pedía a usted.

—Lo recuerdo: que abriera bien mis ojos y que entonces vería lo que ocurre cerca de nosotros.

—Eso es —afirmó él.

Abrí bien mis ojos y alcancé a ver a aquellos muertos en la tan tremenda batalla sucedida en épocas de don Fidey de Comiso, allá en Antioquía. Así pude ver que pasaba mister Edinburgh y, a pocos pasos de él, Liberio Barón. Luego, entre una cantidad de almas que no recuerdo haber visto ni en sueños, pasó Sulpicio Calatambo y, tras él, Zacarías Punitaquí.

Iban todos ellos en un estado de indiferencia, al menos de indiferencia para lo que es de esta Tierra, es decir, para mí y las que considero terribles preocupaciones. Ya todo eso lo habían olvidado y seguían su ruta bien lejos de las que fueron sus preocupaciones allá en la Tierra. Y así se alejaron y desaparecieron.

Pero seguían pasando más y más muertos. Creo que yo, sin quererlo, había abierto mis oídos, y no sólo los ojos, pues el bullicio que ahí se formó fue algo sencillamente insoportable.

Exclamé pleno de disgusto:

—¡Hay aquí tanto alboroto y confusión como en la superficie!

Y recordé que allá arriba había momentos de mucha calma y había un grupo de muy buenos amigos que siempre estaban dispuestos a acompañarme y tener largas charlas conmigo. Vino a mi memoria Artemio Yungay y Clorinda Machalí y vino Teodoro Yumbel y Albania Codahue. Y allá apareció el hombre de las Zambafusas, Eusebio Palena, con su inseparable amiga Polinesia Loncotoro, la devoradora de churrascos... Y por mi imaginación

ción pasó, sonriente y feliz, Desiderio Longotoma del brazo de la no menos dichosa Tomasa Paipote de Longotoma. ¿Y el gran Rubén de Lóa? ¡Allá arriba está, en su taller de la calle de la Tiara; allá arriba mezclándose en profundas embestidas con ese surrealismo que tanto ama! Lucila Volcán nos prepara en tretanto una buena comidilla; Macario Viluco ya ha callado después de lanzar sus ideas que Mamerto Masatierra ha encontrado "inefables"; y yo oigo la voz de Rubén y, en mi imaginación, me juntó con Salvador Dalí y lo veo laborando junto a tantos otros que se asomaron a una puerta y pintaron lo que por ella alcanzaron a atisbar.

¡Sí, sí! ¡Subamos aunque sea con lentitud! Allá arriba se está muy bien. ¿Que hay una serie de necios y de necias? ¿Que son todos ellos actuantes? ¿Y...; y...? He pasado buenos momentos oyendo a la tan retumbante de doña Claudia Puchuncaví mientras era escuchada con admiración por Facundo Doñihue y por su mujer, Lania Polpaico, que, según me ha dicho Facundo, profesa ya una verdadera veneración por ella. ¡Y está Zócimo Taltal! ¡Y está Doroteo Soronal y el alcohólico de Fermín Huanuco que parece detener los efectos de la bebida para bien escuchar a doña Claudia!

¿Y el borrico del tío Ascanio Viluco? ¿Cómo lo había olvidado? ¿Qué sería de una noble ciudad si no hubiera en ella gran número de insignes borricos? Ellos, estos insignes borricos, son los que dan lustre y brillo a los que pasan la vida en el silencio contemplativo. Porque gracias a ellos se les puede admirar.

—¡Vivan los grandes borricos de la Tierra! —grité con la más potente de mis voces, una voz que sólo surge de mi garganta cuando estoy plenamente convencido de lo que grito.

Palemón de Costamota se detuvo y me pidió que tuviera a bien detenerme a mi vez. Me rogó con voz melosa:

—¿Podría yo saber a quién se refiere usted al colocar ese apodo que acaba de lanzar, es decir, el apodo de "gran borrico"?

Respondí sin titubear:

—A todos aquellos que dan relieve a una ciudad, sea cual sea esta ciudad, sea ella nuestra capital, o Buenos Aires, o Río de Janeiro, o Nueva York, o París, o Londres, o Moscú, o Berlín, o Tokio, o Leningrado, o Madrid, o Alger, o Dakar, o El Cairo, o Lisboa, o Sydney, o Teherán, o Calcuta, o Valparaíso, o Bagdad, o Estocolmo, o Chicago, o Nanking, o Nagasaki, o Montevideo, o Caracas, o Nueva Orleans, o La Habana, o Tegucigalpa, o Filadelfia, o Alejandría, o Manila, o Atenas, o... o... o... ¡O como usted guste que ellas se llamen! ¿Me ha entendido usted, señor Palemón de Costamota? ¡Haga el favor de responder, señor Palemón de Costamota! ¿Me oye usted? Podría aún citar más ciudades, más y más, hasta que no quede ni una sola que no sea mentada por mí. ¡Esos son los que llamo los "grandes borricos"! Porque así es la cosa y no de otro modo. Y... y... Dígame, Palemón, ¿quién va pasando por ahí? ¿Quién es él? ¿Quién?

Palemón respondió:

—Guarde silencio, amigo Onofre, que se halla usted en presencia del inmenso Papa Alejandro VI.

—¿Es posible que vea yo a Alejandro VI?

—Y vea usted quiénes lo siguen con un no disimulado orgullo que se retrata en todos sus ademanes y hasta en sus menores, en sus más insignificantes gestos —fue lo que me respondió Palemón.

—Es verdad —dije—. Ahí veo a César Borgia, su hijo, y veo a Lucrecia, su hija; veo a los dos hermanos. Pero dígame usted, mi buen Palemón, ¿por qué, a veces, se me figura que

ambos, César y Lucrecia, y hasta el mismo Alejandro VI, se llenan de una preocupación que los ensombrece?

Palemón me murmuró al oído, en voz muy baja:

—Porque ahora en este mundo superior no saben llevar la vida que les corresponde y cualquier cosa los perturba. En cambio allá, en la Tierra... ¡qué magníficos personajes fueron en aquella grande y soberbia época del Renacimiento italiano! Recuerde usted, mi querido amigo, recuerde y no podrá menos que quedar lelo ante esos crímenes cometidos con toda la elegancia y refinamiento que ellos pedían. ¡Oh, es algo que a mí mismo me sobrecoge! Pero luego...

—Luego... ¿qué?

—Parece que van cayendo en el abyecto arrepentimiento por lo que en la Tierra hicieron. Así tiran lejos ese galardón que los hacía unos seguros y fieles amigos míos. Yo les habría hecho conocer los Infiernos y, a mi vez, habría recibido el galardón que me correspondía. Pero tal vez en la vida los he descuidado unos momentos y esa llamada "chispa divina" vuelve, poco a poco a florecer en ellos. ¡Mas no los dejaré marcharse! ¡No y no!

Y dirigiéndose a ellos clamó con voz estentórea:

—¡Vendréis a mí y no permitiré que vosotros, los grandes y los sublimes Borgia, os dirijáis a la vida de contemplación!!

Luego Palemón me tomó de un brazo y me mostró lo que se avecinaba allá lejos. Al principio no descubrí bien de qué se trataba pero luego vi que era otra alma de un muerto que avanzaba serena mientras los Borgia se volvían hacia ella y la miraban absortos.

—¿Conoce usted quién es esa especie de alma o duende o cosa por el estilo que se avecina?

Respondí:

—Sí, la reconozco. Aquello es el espíritu de Stanislas de Guaita.

Bastó que yo pronunciara este nombre para que Palemón de Costamota desapareciera lanzando un estridente chiflido. Así, habiendo quedado solo, vi, lleno de emoción, la sombra de ese que yo tanto admiro y que es una de las grandes veneraciones de Lorenzo Angol, el insuperable Stanislas de Guaita.

Allí quedé, pues, mirando la estela invisible que ese enorme espíritu había dejado tras sí. Ahora era el silencio y la soledad los que me rodeaban. Nada se movía; todo era reposo y silencio. Los túneles se estiraban en todos los sentidos imaginables. Tuve cierta pereza para seguir mi ascenso. Pero, de pronto, algo me despertó y retempló mis energías: apareció, desorbitado y veloz como una bala, Baldomero Lonquimay. Lanzaba su feroz: "Brrrrrrrrrrrrrrrr..." y parecía seguir tras él. Dio varias vueltas sobre mí y, al darlas, perforaba todo como si allí no hubiera más que puro aire, puro éter. En un momento me rozó con su enorme capa y luego ambos, hombre y capa, desaparecieron corriendo tras el "Brrrrrrrrrrrrrrrr...".

Este grito de Baldomero Lonquimay me infundió nuevos bríos. El caso es que, sin más, trepé hacia la superficie sin pensar en nada, trepé como cogido por una verdadera locura de llegar y de sumergirme en la bulla de la superficie. Así trepaba movido no sé por qué fuerzas que reconocí como mis aliadas. Hasta que, en medio de esos vericuetos, vi allá arriba, muy alto, un pedazo de cielo azul que brillaba.

—¡Te saludo, cielo mío! —grité lleno de euforia.

Y una voz a mi lado hizo eco a la mía:

—¡Yo también te saludo, cielo nuestro!

Lorenzo Angol estaba a mi lado y, como yo, volvía a la superficie después de un descenso tras Lumba Corintia. Los últimos pasos los haría en compañía de mi buen amigo Lorenzo. Nos saludamos con toda efusión.

—¿Cómo te ha ido? —fue mi pregunta.

—Admirablemente —fue su respuesta. La he visto y he oído su voz y mucho me ha hecho meditar cuanto me ha dicho. Ahora tengo prisa por estar allá en San Agustín de Tango y contar a la que tanto quiero ahora, a Benilde Panilonco, lo que, de boca de Lumba Corintia, han escuchado estos oídos en medio del más absoluto silencio. Tú vendrás también, mi querido amigo.

—¡Por cierto —exclamé.

—Entonces trepemos este pedazo del volcán Coscorrón. Una vez que estemos en su cráter, verás, el viaje será rapidísimo.

Juntos trepamos y juntos vimos, ya en la superficie, el magnífico paisaje que nos proporcionaba desde lo alto el volcán, el tan lindo volcán Coscorrón.

165

Es algo que no me cansaría de repetir a todos los que aman las bellezas de la naturaleza:

—¡Subid, subid a los altos picachos de Los Andes y, una vez que estéis en su cima, volved la vista y mirad!

Estábamos en pleno mes de agosto. Todo el Coscorrón era un alto de nieve y, a su lado, nuevos altos de nieve se extendían hasta pérdida de vista. El cielo estaba despejado y el Sol brillaba. Tanto Lorenzo como yo nos preguntábamos, sin hallar respuesta alguna y nos veíamos en la necesidad de consolarnos:

—¿Por qué no volamos como los pájaros? ¿Por qué...?

Yo recordé la vez que había atravesado la cordillera en avión y había sido súbitamente sobrecogido por el paisaje indescriptible de picachos y más picachos cubiertos de nieve que se alejaban hasta pérdida de vista. Lorenzo también había atravesado esta cordillera varias veces. Pero yendo en un avión es como si a uno le mostraran una belleza prohibiéndole tocarla, prohibiéndole penetrar y sumirse en ella. Es un espectáculo —soberbio, sin duda—, pero no es nada más que un espectáculo.

—¡Oh, Lorenzo, si pudiéramos volar!

—¡Volar a nuestro capricho, ir y venir, elevarnos y luego rozar estas nieves, mirarlas de todos los puntos de vista!

Y los dos exclamamos:

—¡Sería el ideal! —y allí quedamos en muda contemplación.

De pronto vi que éramos tres los que allí, a esa inmensa altura, nos encontrábamos: Lorenzo, yo y otro personaje más que, en un principio, no distinguí. Pues no era un personaje como todos los que circulan en esta superficie; tenía más de aquellos que ya se han alejado y ora se encuentran en el fondo de la Tierra, ora en las más lejanas constelaciones.

Con gesto rápido indiqué a mi amigo este nuevo personaje y, al mismo tiempo, preguntaba por ver si llegaba una respuesta:

—¿Quién será?

El personaje no se movió. Allí permanecía sin movimiento alguno. Su silueta se desta-

caba sobre el blanco de las nieves eternas que cubren el volcán Coscorrón. No olvidé, por cierto, que nos hallábamos a 4.950 metros de altura, es decir, a una altura donde la nieve parece no tener otra misión que la de conservar siempre el silencio que hay cerniéndose en todas partes. Lorenzo se volvió hacia él y, sin más, le habló:

—Desaríamos saber quién es usted. ¿No podría hacérselo saber? Nosotros queríamos, hace unos instantes, ser unos pájaros y así poder volar sobre estas nieves. Si usted ya ha terminado su pase por la Tierra... En fin, bien nos podría ayudar a convertirnos en dos aves y así bajar para aquel plano al que nos encaminamos.

El personaje se volvió hacia nosotros con suma calma. Allá lejos, sobre el horizonte, el Sol se ocultaba. Apenas si veíamos un poco más de la mitad de su circunferencia. El personaje nos lo indicó y, al mismo tiempo, nos decía sin mover los labios y guardando su rigidez marmórea:

—En el momento en que el océano se eleve y cubra lo último que quede del Sol, veréis que brilla, por un instante, por un décimo de segundo, una chispita de color verde. Luego el Sol ha desaparecido y la noche avanza sobre estos mundos que, al fin, son los mundos vuestros.

Pero yo, y supongo que Lorenzo también, estaba abismado y feliz al reconocer a aquel que nos había hablado. Sin más ambos gritamos:

—¡Bárule Tarata! ¡Es usted!

Y agregamos radiantes de felicidad atropellándonos en nuestras propias palabras:

—¡Alabado sea cuanto sea digno de ser alabado y bendecido sea cuanto merezca ser bendecido!

—Porque ésta es una suerte sin par...

—Bien lo decía yo que el viaje a Fray Tomate sería rapidísimo...

—Porque usted, don Bárule, ha de tener los poderes de hacernos dos rapidísimos pájaros...

—... Que en picada se dejen caer desde esta altura...

—... Y realicen en dos segundos lo que, con nuestros medios...

—... ¡Oh, qué horror! Serían, por lo menos, horas y horas...

—... De penosa marcha...

—... Aunque tuviésemos un auto veloz...

—... O aquí hubiese un ferrocarril de último modelo...

Así gritábamos ambos mientras don Bárule Tarata nos escuchaba con una permanente sonrisa en sus labios inmóviles. Al fin supimos que nos decía:

—Os pido, ante todo, que cambiemos el tratamiento que me habéis prodigado. No más "usted"; ¿me entendéis? El tratamiento de "tú" es más adecuado para dirigirse a los que ya, en la Tierra, han fenecido. Saludadme, pues, como ello es debido.

—Yo te saludo, a ti, ¡gran Bárule Tarata! —gritó Lorenzo.

Y yo agregué:

—Yo también te saludo y ante tí me inclino.

Sin más nos elevamos los tres. Ya el Sol se ocultaba. Pudimos ver esa chispita verde que, con un gesto, Tarata la detuvo. Con esta luz verdosa nos iluminamos mientras todo lo restante se sumergía en las tinieblas. Así nos alejamos de las nieves del Coscorrón.

Pero estas nieves se arremolinaron en una confusión, en verdad, abracadabrante. Nos volvimos a mirar y vimos que Palemón de Costamota, acompañado de su discípulo Tadeo Lagarto, se alejaba, huía y arrastraba tras sí a su asustado compañero y lanzaba por los aires.

el más penetrante silbido de ira que jamás hayamos oído Lorenzo y yo. Pero ya estábamos lejos; ya la noche había caído. Clavamos nuestra vista en aquella chispita verde que parecía flotar en las aguas del horizonte. Usándola como una brújula celestial, volamos y volamos tras nuestra ciudad llevados por los poderes, para nosotros mágicos, de Bárulo Tarata.

De pronto aquella chispita verde desapareció y la noche cayó en torno nuestro. A los pocos segundos veíamos las luces de San Agustín de Tango, allá, al frente, como un resplandor que se nos acercaba rápidamente. Al fin estuvo, este resplandor, abajo, a nuestros pies, y se detuvo. Entonces Bárulo Tarata nos dijo con ese silencio acostumbrado por las almas de los ya fenecidos que no tienen necesidad de hacer vibrar el aire para transmitir sus pensamientos:

—Ahora, buenos amigos, os dejaré aquí. Podréis descender con mucha suavidad y descenderéis en la puerta de vuestra casa, allá en la Plazoleta Fray Tomate.

—Gracias, gracias, Bárulo Tarata—dijo a media voz Lorenzo Angol mientras se inclinaba ante la figura de Tarata—. ¡Nunca olvidaremos este viaje rapidísimo que tú nos has hecho hacer desde la cumbre del Coscorrón hasta aquí! Te lo repito: ¡gracias!

Yo agregué:

—También quiero unirme a las expresiones de mi amigo pues quiero agradecerte esta buena ayuda que tú nos has dado.

Él musitó:

—Id con todo el bien que, espero, os acompañará siempre.

Y así vimos desaparecer, en medio de la noche y junto a millares de estrellas que me parecieron brillar con mayor fulgor, así vimos desaparecer la tan noble figura de aquel que fue durante tantos y tantos años el amo y señor de esos bosques de Guayacán y de Lemolemo y donde lo vi muchas veces en compañía de su hija... ¡Esa hija que tenía como madre aquella hermosa y silvestre flor y que algunas veces atacaba, como Guaxa, al bueno de don Irineo Pidincó!

Todos éstos fueron recuerdos rápidos, rapidísimos, que atravesaron por mi mente. Ahora estábamos bajo un farol de nuestra grata y tranquila plazoleta. Lorenzo abría la puerta del N° 2; entrábamos; subíamos con mucha lentitud; pasé a su departamento; nos sentamos en su gabinete; él pidió un par de tazas de té que bebimos vagando por otros mundos tal vez lejanos.

Pronto estuvo Benilde Panilonco con nosotros. Entonces Lorenzo cumplió su promesa, la de contarnos lo que de aquel mármol inmóvil y sonriente, que era la imagen de Lumba Corintia, sus oídos habían percibido.

LORENZO

Lumba Corintia me habló durante largo rato o, tal vez, durante apenas medio segundo. Yo, al verla, caí de hinojos y así permanecía todo el tiempo. Lo repito: “¿Cuánto tiempo fue?”.

Tal vez pasaron siglos, tal vez todos hemos muerto y hemos vuelto a renacer. No lo sé. Pero puedo asegurar que aquello fue un real, un verdadero momento de desconcentración en esta Tierra. Así es que todo lo que al tiempo se refiere desapareció y yo me sentí... me sentí... ¿Comprendes tú, Benilde?

Me sentí libre y puro y una ráfaga de alto misticismo me inundó entero. Entonces volé hacia ti y te comuniqué lo que de aquellos labios inmóviles surgía, me atravesaba y se cernía sobre tu persona, mi adorada Benilde.

BENILDE

Yo, durante esos momentos, supe que tú estabas escuchando su voz. Así es que sonreí y pude esperar con toda la calma que tú, Lorenzo, me enviabas desde allá. Pero prosigue, te lo pido. Siento la necesidad de...

LORENZO

... de que lo que sea vertido a palabras y, así en palabras, quede dispuesto a llegar a otros seres, a otros muchos que, como yo y de cuando en cuando, sienten esa necesidad que tú, Benilde, acabas de sentir, de salir de aquí de esta Tierra, la necesidad de desconcentrarse y poder, entonces, respirar con plena libertad...

Yo

Respirar, ¿qué? ¡Dilo, por piedad, Lorenzo! Pues tal vez es lo que yo he sentido, como tú y tu mujer, en más de una ocasión. ¡Habla, Lorenzo, habla! Te escuchamos.

LORENZO

Se produjo en aquellas bóvedas subterráneas un franco y profundo silencio. Cesó la luz mas no vino, por eso, la oscuridad. Veía yo sin luz. Había un foco luminoso que de sí mismo producía una irradiación. En medio de esta irradiación apareció la que tanto amé en un tiempo, apareció Lumba Corintia. Y una vez que estuvo en el silencio total, habló así:

Mira tu cuerpo, Lorenzo; siente tu cuerpo, amigo mío. Siéntelo hasta que te penetres en tu verdadera condición física. Siéntelo hasta que no seas más que él, hasta que toda tu vida no tenga otro objetivo más que el de seguir su lento desarrollo. Deja de lado tus aspiraciones místicas, ¿me has oído? ¡Déjalas de lado! Porque ahora tú no eres más que ese cuerpo que te envuelve.

¿Qué sientes, amigo mío?

Lo has leído ya varias veces pero parece que lo has olvidado. Sí, has olvidado la ley que rige a ese cuerpo y a la cual te sometes siempre, siempre, por muy alto que sea el grado de elevación al que hayas alcanzado.

Esta ley es: Placer - Dolor.

Justamente, Piotr Demianovich Ouspensky lo dice claramente. Veo que ahora lo has recordado. Por eso voy a pedirte que te levantes y te acerques a mí.

Así... Así... Así...

Pero ahora tu cuerpo ha enfermado. Todos los males que a un hombre pueden acometer, han caído sobre ti. Lo recuerdas perfectamente, ¿no es verdad?

Ves a tu padre, a don Casimiro Angol; ves a tu madre, a doña Emiliana Octay; oyes el rumor vago de una cantidad de otras personas que entran y salen de tu cuarto de enfermo.

Tú dices, para ti, nada más que para ti, que no te has enfermado, que esto es el rescate que pide tu cuerpo para poder entrar de lleno en esta vida. ¿No es así, Lorenzo? Y ahí, en tu cama de enfermo, has tenido una aparición porque él ha venido hasta tu lado.

—¡Sí, mi Lumba Corintia! —exclamé—. A mi lado llegó el que ahora, en estas profundidades, se llama Celso y que, en aquel entonces, era Florencio Naltagua. ¡Lo veo, lo veo, cómo se acerca a mí y produce el silencio elocuente en torno mío!

Lumba Corintia sonrió para sus adentros; luego clavó sus ojos en mí y prosiguió:

—Y Celso te dio fuerzas pues él sabía que te era necesario pasar por este terrible trance que es el del entrar a ser uno de los tantos que habitan aquí en la Tierra. Celso te consoló con sólo mostrarse y su presencia te aseguró que tendrías, en el curso de tu vida, que arrancarte del mundo superior en que tú estabas, arrancarte con mucho dolor y sumergirte en el mundo del cuerpo.

Desde ese momento quedaste marcado con ese inefable sentimiento que te inunda cuando logras alcanzar lo que es tu ideal: desconcentrarte. Pero, desde ese momento también, ¡no lo olvides!, pasaste a ser el muy fiel servidor de los tumultos que bullen en ese que es tu cuerpo.

Pronto aparecieron las mujeres, las mujeres llenas de una terrible sexualidad a la cual te entregabas de lleno y, una vez que satisfacías, aparecía el otro ser que había en ti, el ser de *antes de nacer*.

¡Ese fue el significado de aquella que tanto, tanto amaste! ¿La recuerdas? Hablo de Jenara Linares. Y tal fue también el significado de Vivencia Pucuro... Sí, veo que suenan en tus oídos aquellos nombres ya casi olvidados por ti: Melichaqui, Temuco, Rapilermo...

Y rompé ahora una banda militar y luego otra banda y otra banda más. Tú te has estremecido y oyes que el médico dice a los tuyos que ello es muy natural ya que padeces de un...

Sí, mi buen Lorenzo, riamos, ello será mejor. Te hicieron tomar unos medicamentos y demás...

Pero, por favor, ¡deja las fechas de lado! ¡No trates de hacer regir estos recuerdos por esta cosa de las fechas que son únicamente para orientarnos en la vida terrenal! Pues ahora, de cuanto te hablo, nada de ello sucede en el acaecer del tiempo. Ahora te hablo de: *el pasado único*.

Veo que has entendido pues hasta ti ha llegado esa Berguibenda... Y siguen pasando las mujeres, siguen hasta el infinito. Pero... pero...

Como un ave planeando en las alturas, tú giras y giras alrededor de aquella vieja casa, allá, allá en Santiago, la casa en que naciste, la casa que ya ha desaparecido. Ella se te confunde un poco con esas bandas militares que aún suenan en tus oídos... ¿No es verdad?

Le respondí:

—Sí, Lumba Corintia, sí, es verdad; oigo esas bandas militares que pasan y desfilan y allá al fondo veo el Arco de Triunfo. ¡Es el desfile de la victoria, en París! Y esos soldados que pasan, van y se mezclan con mi casa paterna de Santiago.

—Tu casa paterna. Esa ave que planeaba parece que quiere, a todo precio, volver a esa casa. En ella está, entra y sale, tu abuelita, la que tú, por mofarte de ella, llamabas, con tu primo Quintín... ¿Cómo la llamabas?

—¡Misia Nona! —grité y ambos, Lumba Corintia y yo rompimos a reír.

—Y no olvides, mi buen Onofre, al capitán Angol, ese magnífico aviador que, en caso de movilización, irá al planeta Venus y desde él actuará. Y menos aún debes olvidar... Silencio... Calleemos unos instantes y vuelve a caer de rodillas acercándote a mí.

Así lo hice y, entonces, ambos al unísono, pronunciamos el nombre de mi hermanita ya muerta, la que muy luego fue Teodosia Huelén y que ahora va de

planeta a planeta, de astro a nuevos astros y que es llamada en aquellas profundidades de la Tierra, Maribel, ambos pronunciamos su nombre adorado:

—Jateña...

Dime, Lorenzo: ¿No son, acaso, todas estas cosas el reverso de lo que es nuestra parte superior con sus éxtasis, sus visiones, sus dudas y repentinas soluciones, sus anhelos sin fin?

Alcanzas a ver ese estado pero pronto lo olvidas pues las mujeres vuelven a aparecer. Pero aparecen... cada vez más debilitadas, más lejanas, las mujeres que, se diría, lamentan el olvido en que las has dejado o, mejor dicho, lentamente las vas dejando.

Ahora me marcharé, querido Lorenzo; ahora me voy. Ahora he de seguir tras los deberes que ahora tengo.

¡Vuelve pronto y hablaremos más y más!

¡Adiós!

Quise seguir nuestra conversación callada. Levante los ojos y vi que Lumba Corintia había ya desaparecido. Entonces me levanté y emprendí marcha de regreso, una marcha lenta, hasta que te encontré a ti, Onofre, en las profundidades del Coscorrón.

Ahora me vas a permitir que cuente a Benilde nuestro encuentro con Bárulo Tarata y cómo hemos llegado hasta esta Plazoleta de Fray Tomate.

Naturalmente que asentí a lo que Lorenzo me pidió. Así es que me levanté, me despedí de ambos, de mi amigo y de su cara mujer, Benilde Panilonco, y subí a mi departamento a tomarme una tacita de café que la Zoraida me había preparado.

Después me acosté y dormí profundamente.

166

Desperté temprano. Un minuto después entraba en mi habitación la Zoraida trayéndome el desayuno. Me pidió disculpas pues me presentaba un café sin leche. Me dijo:

—¿Qué quiere usted, señor! Con esta huelga que va pareciendo una revolución, han suspendido el reparto de la leche...

—¿Cómo! —exclamé—. ¿Otra huelga, otra amenaza de revolución? ¿Es posible, Zoraida?

Me respondió moviendo la cabeza de lado a lado:

—Lo que usted oye, mi señor, otra huelga en toda la ciudad, otra huelga mayor aún que la anterior, la del Bar Azul, ¿la recuerda usted?, cuando el pueblo pedía que se llamara Bar Bazul y los ricachones, digo yo, los ricachones no querían y no querían cambiar ese nombre. Es algo atroz, mi señor, atroz...

—¿Y por qué es la huelga de hoy, Zoraida?

Ella no alcanzó a responderme pues todo tembló y se zamarreó con un fuego de fusilería y con gritos que volaban sobre las balas.

—¡Ave María santísima! —gritó y se cubrió los oídos con las manos—. ¡Que el Señor venga a salvarnos!

Yo me vestí precipitadamente. Un minuto después estaba en las calles y me mezclaba en aquel que era, de verdad, un bullicio ensordecedor y una refriega como jamás mis ojos habían presenciado.

Todo clamaba, todo atacaba, todo se guarecía, todo volvía a subir de los escondites y, arma en mano, hacía fuego contra sus adversos y terribles adversarios de esta adversidad que había caído sobre la tan bella y apacible ciudad de San Agustín de Tango.

Traté de enterarme sobre lo que ocurría. Me costó mucho llegar a saber y poder penetrarme en esa terrible verdad. Porque apenas un señor cualquiera se ponía a hablarme, silbaba una bala y ambos, ese buen señor y yo, nos echábamos por tierra o nos metíamos tras una puerta que su propietario había olvidado de cerrar...

¡Qué horror!

Pero algo alcancé a comprender. La palabra Valparaíso sonaba por todos lados. Sí, era Valparaíso lo que se peleaba.

No, no era Valparaíso; esto era un error mío. ¡Era Paraíso, eso es, Paraíso lo que vociferaban esos cientos de miles de energúmenos desparramados por todas las calles de la ciudad!

Así, más llevado por la turbamulta que marchando por mi deseo, llegué al centro, a esas calles céntricas tan hermosas y que tantas veces había contemplado arrobado como un artista ante una obra maestra. Ahora... ¡no! Los gritos, las vociferaciones, las balas, las bofetadas, las patadas, los heridos, los muertos, los policías que habían aparecido, las tropas de los regimientos que habían salido y se mezclaban en aquella espantosa pendencia.

¡Qué horror!

Porque todo, ya lo he dicho, pendenciaba. Era la hecatombe total.

Ya lo digo y vuelvo a decirlo: ¡¡qué horror!!

—Pero... ¿qué pasa, Dios mío? —preguntaba yo a una y otra persona.

Nadie me respondía pues eran tomados de sus palabras y así se les llevaba lejos si es que no caían acribillados por un proyectil. Luego pasaba otro proyectil y volaban las bofetadas y las patadas.

—¿Qué pasa, qué pasa? —volvía a preguntar.

—Pasa que esto es un atropello a la cordura, un espantoso y mil veces espantoso reatropello a las más elementales leyes de la pura cordura humana. ¡Sí, señores! Valparaíso es el nombre de...

Y el tipo que así parecía querer explicarme algo... cayó herido de una feroz bofetada en pleno rostro. Me guarecí en la Cité Urbano XXX que me pareció algo más tranquila; la calle del Sumo Pontífice, como la calle del Sotacura y la calle de la Penitencia y el bulevar de la Catedral y todas las calles del centro y, parecía, que también las más retiradas, eran un verdadero infierno, eran peor, mil veces peor que el propio centro del infierno. Y ahora me hallaba en la calle de la Flagelación arrastrado por esa turbamulta que me empujaba y lanzaba coces para todos lados.

—¡¡Paraíso, Paraíso!! —gritaban unos.

—¡¡Jamás Valparaíso!! —gritaban otros.

—¡¡Esto es jugar con el nombre de las palabras!! —gritaban unos terceros.

—¡¡Respeto al idioma y respeto a Bar!! —aullaban unos cuantos; y sonaban las ametralladoras y volaban los bastones y rugían las pistolas y pasaban los zapatos a la altura de nuestras narices...

—¿Respeto usted, caballero, a la opinión pública? ¡Responda con un "sí" o con un "no"!
¿Me ha oído? Responda de inmediato o...

Y el tipo que me acababa de interpelar caía traspasado por una bala que no sé de dónde venía. Pero en ese mismo momento aparecía otro tipo que, mostrándome los puños, gritó:

—¡Viva don Galvarino Yarvicaya!

—¡Que se fusile a ese tal Galvarino Yarvicaya! —vociferó otro tipo a su lado y ambos se fueron a las manos.

Pero una voz me salvó, una voz bien conocida por mí, una voz que me llamaba agitando los brazos y que venía de un alto balcón del edificio ocupado por el diario El Imprevisto: ¡Romualdo Malvilla!

Un minuto más tarde lograba penetrar a ese edificio y estaba al lado de mi viejo amigo Malvilla.

—¿Qué pasa, Romualdo, qué pasa en esta ciudad que parece haber perdido toda su calma y haberse entregado a un frenesí de locos?

Malvilla rió y luego me explicó:

—¿Recuerdas tú la feroz pelotera que aquí se produjo, hace poco tiempo atrás, por aquello de Bar Azul y de Bar Bazul?

—Por cierto, Romualdo, lo recuerdo y muy, muy bien.

—Ahora —prosiguió Malvilla —ocurre algo parecido y ¡el pueblo! se ha levantado, el pueblo protesta en contra de la opinión de unos cuantos señores que han querido imponer su voluntad. Imagínate que un tal Galvarino Yarvicaya, que es, por lo demás, un buen sujeto, ha querido abrir un nuevo bar; tenía el local y todo cuanto hay que tener. Pero en el nombre de esta bar, Yarvicaya erró.

—¿Era un nombre obsceno, un nombre que chocara al pudor o a las buenas costumbres de estos habitantes? —pregunté.

—¡No, amigo, no! ¡Nada de eso! Este nuevo bar iba a llamarse: Bar Paraíso.

—¿Y esto ha producido esta revolución...?

—Sí; porque el pueblo consideró que tal nombre era una burla al nombre de nuestro primer puerto, una burla pues se cambiaba la sílaba "Val" por la sílaba "Bar"; tú comprendes que esto no es ni puede ser tolerable. ¡No puede serlo! La opinión pública se levantó enfurecida y, después de romper los letteros de aquel bar, salió a las calles vociferando pues..., pues... podría ser que ese nombre fuese aceptado por las autoridades y entonces... entonces... ¿Qué hacer? Dímelo, por favor, Onofre, ¿qué hacer?

Medité un rato y tuve, al fin, que responder:

—Es verdad, el caso era francamente peliagudo... Ahora me doy cuenta y comprendo esta terrible manifestación de la opinión pública; ahora comprendo a ese sujeto que, a mi lado, pedía, sin más, el fusilamiento de don Galvarino Yarvicaya.

—Pero no lo fusilarán, Onofre, no lo fusilarán. Don Galvarino, con una prontitud sorprendente, cambió el nombre de su futuro bar y ahora es el Bar Quillo. Claro está que si estos energúmenos no se dan cuenta pronto... ¡Pobre de don Galvarino Yarvicaya...!

Yo me excitaba y mis nervios se ponían de punta con sólo oír el vocerío que desde las calles subía hasta la habitación del Imprevisto donde nos hallábamos. Y este vocerío subió súbitamente de tono hasta llegar al paroxismo; con él dobló el fuego de fusilería y el fuego de ametralladoras... No pude más que taparme la cara y decir:

—Matarán a ese pobre Galvarino Yarvicaya...

Pero Romualdo, que se había precipitado al balcón, volvió a mi lado con rostro lleno de júbilo y exclamó:

—¡No, no y no! ¡No lo matarán! ¡Yarvicaya se ha salvado!

Agucé mis oídos y comprendí al momento que la cosa había cambiado; que, desde la vía pública, era otro el sentimiento que subía a nuestra habitación de El Imprevisto. ¡Sí,

sí! Ahora era un rumor, era un trueno de júbilo el que se elevaba; los vitoreos y los aplausos lo llenaban todo. Ahora era el enloquecimiento total, era un pueblo que deliraba en el entusiasmo sin límites.

—¡Asómate, Onofre, asómate! —me gritó Romualdo.

Me asomé de inmediato y pude presenciar la más grandiosa, la más inmensa manifestación que jamás mis ojos hayan presenciado. Toda la calle de El Pentecostés era un mar, un océano de gentes que desfilaban lleno del más indescriptible alborozo y atronaban los aires con sus gritos de gloria. Y entre ese océano, saludando a diestra y a siniestra y riendo feliz, dichoso, ¡don Galvarino Yarvicaya!

Era llevado en andas. Los manifestantes se peleaban el derecho de coger los palos. Luego tuvo que llegar la policía y distribuir tan inmenso honor. Así lo vimos pasar y nosotros nos acoplamos a ese griterío clamando con todas las fuerzas de nuestros pulmones:

—¡Viva, viva don Galvarino Yarvicaya!! ¡¡¡Vivaaaaaaaaaa!!!

Un minuto más tarde la calma había vuelto y la ciudad de San Agustín de Tango recobraba su aspecto acostumbrado. La gente caminó, los autos pasaron, los micros volvieron a hacer su recorrido habitual, en fin, todo volvió a lo que este Bar Paraíso destruido y a lo que este Bar Quillo había vuelto a poner en su lugar. Romualdo Malvilla me propuso entonces:

—Podríamos llegar hasta casa y charlar un rato, ¿qué te parece?

Acepté, por cierto, y, luego de despedirnos del Director de El Imprevisto, nos alejamos por una ciudad tranquila, tranquilísima, una ciudad que nadie podría imaginar con trastornos revolucionarios cuando a sus habitantes se les toca en aquello sagrado y venerable que es la tradición.

Minutos después llegábamos a la calle de La Parroquia. Laponia Socaire nos recibía nerviosa temiendo que algo nos hubiese ocurrido en este comienzo de revolución. Pero Romualdo le explicó los hechos y la calma volvió a nosotros.

MALVILLA

Siéntate, Onofre, siéntate y descansa. Yo estoy tan fatigado como si hubiese tomado parte en los terribles bochinchos que acabamos de presenciar por esta cuestión de los bares y sus nombres. Se diría que esta ciudad está poblada por un sin número de zascandiles. Yyo que pensaba entrar y salir a aquella imprenta para volver a casa y ponerme a escribir...

Yo

Escribir... ¿Sobre qué escribes tú ahora?

MALVILLA

Sobre nada preciso; diría mejor, que hago anotaciones, mitad del natural y mitad de mi imaginación. En fin, anoto lo que venga y hoy día no sé lo que escribiré mañana.

Yo

Es un buen sistema, muy bueno. La obra preconcebida mata lo que tenemos de espontáneo.

MALVILLA

¡Exacto! ¡Has dicho la verdad más evidente y una verdad que muy pocos comprenden y que, menos aún, muy pocos ponen en práctica!

Yo Hoy día, ¿qué pensabas anotar?

MALVILLA Pensaba anotar, entre otras cosas, las pequeñas observaciones que he hecho sobre doña Galia Choapa, la sobrina de Gualberto Choapa, aquel lejano cliente del cabaré San Lito. Debes recordarlo, ¿no es así?

Yo ¡Por cierto! ¡Qué de juergas nos pegamos juntos con ese inolvidable Gualberto Choapa! ¿Qué es de su vida, qué hace ahora, lo has visto últimamente?

MALVILLA Lo he visto, hace un año, entrando al cementerio. Lo acompañé hasta su nicho y... ¡adiós! Pero yo te hablaba de su sobrina, de Galia Choapa, que hoy ya es una mujer de edad... hasta cierto punto y en cierto sentido. Pues por otro lado vive con las ilusiones de una verdadera mocosa, de una mocosa de 14 ó 15 años. Es, esta Gloria, una... una... ¡militante! Y aún encuentra fuerzas para desfilarse por las calles atronando con sus gritos de: "¡Viva la revolución social! ¡Mueran los oligarcas! ¡El pueblo al poder!". Y así grita y grita y mueve los brazos como una poseída. Ahora, Onofre, como son muchas las que van gritando y vociferando... ¡Oh, es un espectáculo de manicomio!

El comienzo de revolución que acabamos de presenciar, es una manifestación de manos conejitos al lado de Galia Choapa en medio de un desfile. Sólo que... ¡ah y creo que aquí está la cosa!, sólo que en estos desfiles hay mucho, mucho, muchísimo buen orden y no hay que salirse de las filas, no y no... ¡En las filas y avanzar a pasos lentos!

Pero el fuego interior... Pero la ira que bulle dentro...

Yo ¿Crees tú, Romualdo, en la franca existencia de ese fuego interior y que sea él el que hace marchar a todas esas damas que, de pronto, se ponen a desfilarse?

MALVILLA No, no creo en él; no creo en ningún fuego ni en el interior ni en el exterior. Tendría que salir con una linterna muy potente, extremadamente potente, alumbrarla con todo su resplandor y entonces salir a caminar por los siglos, por los siglos, tanto por los que han de venir como por los que ya pasaron...

Después de una larguísima marcha, mi linterna iluminaría a un ser, a uno solo... Y volvamos a marchar cayendo de un siglo a otro, y a otro, y a otro...

¡Mediocre cosecha, Onofre!

Pero los desfiles seguirían por todas partes. Seguirían de tal manera que, al fin, me sentiría enloquecido y... y...

Yo Y tendrías tú que desfilarse también.

MALVILLA Lo has dicho, mi buen Onofre, lo has dicho. Pues el aburrimiento me cogería de tal manera que se implantaría en mí un deseo loco de desfilarse y de gritar y de vociferar y de hacer manifestaciones, inmensas manifestaciones para que...

Yo ¿Para qué?

MALVILLA ¡Para actuar, para actuar yo también, para poder vomitar todo el asco que sien-

to o que sentiría al ver la eterna e inamovible monotonía de este suceder que pomposamente denominamos la vida!

¡Sí, Onofre, sí! Lo creo sin que me asalte ni la menor duda, ni la más remota duda, lo creo a pie juntillas! Cuando sentimos que hay un vacío dentro de nosotros y quisiéramos llenarlo... entonces no hay más que salir a la vía pública y desfilar gritando. Así se demuestra públicamente que tal vacío ya no existe. Después se puede volver a casa lleno de satisfacción y se puede ir a los pequeños trabajos que requiere el hogar.

Tal es, lo creas tú o no lo creas, lo que le ocurre a esa Gloria Choapa: un deseo que bulle dentro y no saber dónde colocarlo. Es un comienzo, apenas un comienzo de algo que no ha alcanzado todavía a fructificar... ¡Pobre de doña Gloria Choapa! Siento pena sólo de imaginármela.

¡Oh! ¡Mejor sería hablar de otras cosas! ¿No lo crees tú?

Yo

Tú tienes, Malvilla, un pasado muy lleno. Tal vez me dirás que ha sido llenado con alcohol. ¡Pero, hombre! ¡Con algo debe ser llenado! Lo terrible es no tener nada que venga hasta uno y nos ayude. Porque así uno se... *choapiza*... ¿No es verdad?

MALVILLA

Y no hay que *choapizarse*, no. Aunque debería haber dicho que no hay que *gloriarse*...

Yo

¡Eso es! No nos gloricemos ni nos choapicemos! Pero has de tener buenos recuerdos de Gualberto. ¡Era un gran tipo! Al menos yo...

En ese momento se presentó Laponia Socaire, se presentó sonriente, mostrándonos una gran bandeja llena de empanadas que puso sobre la mesa mientras nos invitaba a devorarlas por aquellos bares que habían producido tantos y tantos trastornos por el error de Galvarino Yarvicaya. ¡Bar Paraíso y que era una burla a Valparaíso, nuestro primer puerto...!

Pero Romualdo Malvilla las mostraba y sonreía con un entusiasmo no disimulado. Al fin exclamó:

MALVILLA

¡Tú me pedías, Onofre, que recordara a nuestro viejo y querido amigo Gualberto Choapa! ¿No es verdad? Estas deliciosas empanadas me lo han traído a la memoria y por esta memoria las comeré uniéndolas a tu pericia, Laponia, para fabricar tan exquisitas cosas para nuestro vientre. ¡Ea! ¡Sírvete, amigo, y come! Pero la primera que sea en honor de Gualberto. ¡Por ti Gualberto!

Devoramos las empanadas. No me cansé de felicitar a Laponia, la hacedora de tanta maravilla gustativa. Devoramos y devoramos y, al terminar esta improvisada merienda, pedí a Romualdo que fuera a sus recuerdos del pasado.

MALVILLA

Son recuerdos de aquellos tiempos, cuando lo más importante que existía en mi vida era una copa siempre que fuera seguida por otra y otra más y, además, que Gualberto Choapa estuviese allí *conmigo*, y estuviese también aquel recordado Chispita, y Ra-

miro Lampa y, a nuestro lado, Perpetua Mamoeiro y la tan, pero tan recordada de Braulia Tinguiririca. ¡Y Miroslava Lipingue...! ¡Y Julieta Pehuén...! ¡Oh, qué tiempos!

Yo

Veo que empiezan a producirse en ti, Romualdo, los deseos de volver a aquellos tiempos venturosos, aquellos tiempos en los que habías encontrado el medio de olvidar esta pesadez que es nuestro diario vivir.

MALVILLA

¡No, por Satanás te lo prometo! ¡Y lo juro, además, por su representante aquí en ese diario vivir del qué me hablabas, lo juro por Palemón de Costamota!

Ahí estábamos todos esos que te he citado. Era una noche como eran todas las noches... para todo el mundo; para nosotros era una noche especial como eran... bueno, tú me entiendes, Onofre, ¿no es verdad? Pero déjame repetirlo aunque tú lo sepas y tú, mi Laponia, lo sepas también: era una noche, una noche...

Bueno, no encuentro otra expresión; era una noche... igual a todas las noches del mundo aunque para nosotros era una noche, lo digo y lo repito, excepcional.

Tú, Laponia, lo sabes; te lo he contado ya varias veces. Pero tú, Onofre, lo ignoras. Aquella noche, en el San Litó, comíamos y devorábamos unas exquisitas empanadas.

Por cierto, por cierto, inferiores a éstas que tú nos has traído, Laponia, sí, francamente inferiores. Pero aquellas, las de esa noche, tenían algo especial, algo sumamente especial...

Yo

Y ello, ¿qué era? ¿Un excitante especial o una recóndita magia que alguno de esos que has citado, había puesto dentro de ellas?

MALVILLA

¡No y mil veces no! Ellas, las empanadas, eran inocentes a lo que ocurrió con ellas; ellas no se movieron ni cambiaron su sabor ni sirvieron de proyectiles en una pelea que se hubiera producido ni nada por el estilo. Ellas, las empanadas, ellas, de pronto, me miraron, ellas clavaron sus ojos en mí...

¿Te imaginas lo que es este hecho? ¡Empanadas que cobran vida y que te miran e insisten en mirarte! Yo, recuerdo, me moví y me corrí en mi asiento. ¡Nada! Las empanadas, como si movieran sus ojos, siguieron mirándome y noté que ellos estaban en esos como pliegues que se hacen con la masa. ¡Por esos pliegues me observaban, Onofre, por esos pliegues! Y creo que, entre ellas, muy, muy suavemente... cuchicheaban.

Yo

¿Sobre qué, Romualdo? ¡Dímelo, por favor, pues esto que tú me cuentas me interesa en alto grado!

MALVILLA

No sabría decírtelo. Debes considerar que, allá en el San Lito, yo estaba perfectamente ebrio. Claro está que con esta terrible insistencia de esos comistrajos, la ebriedad se me fue, se me espantó un tanto. Y esto fue para peor porque entonces pude aquilatar todo el horror que hay en esas cosas, ¡cosas! —¿me has entendido?—, y cosas que puedes tú ingerir y que lo vas, sí, lo vas a hacer, que esas cosas tengan, súbitamente, una serie de ojos que los clavan sobre ti...

Recuerdo que Gualberto Choapa, al verme alejado de todo aquel grupo que formábamos, me dio un espaldarazo con su diestra y se echó a reír llamándome soñador y poeta y místico y qué sé yo cuántas cosas más. Al ver que todos se habían vuelto hacia mí, no tuve más que recobrarme y volver a la charla alegre que allí se seguía. Pero... pero... las empa-

nadas continuaban con sus ojos clavados en mi persona. ¿Qué hacer, mi querido Onofre, qué hacer?

Yo

¡Saltar sobre ellas, cogerlas y engullirlas!

MALVILLA

Exacto; fue lo que hice. Me devoré tres empanadas de un golpe en medio de los aplausos de todos los asistentes que, a su vez, se lanzaron a comer más y más empanadas.

Mas el miedo me seguía, me seguía y rondaba junto a mí. Luego tuve que inventar no sé qué pretexto y me alejé, llevando la firme intención de volver a casa. Pero de otra mesa me llamaron y me sujetaron y me obligaron a sentarme con ellos.

¡Felizmente, en aquella mesa, no había empanadas...!

Al no haberlas, la fiesta pudo continuar y entonces sonó el piano y luego sonaron los violines y el contrabajo y las tubas y todo volvió a la normalidad... es decir, volvió a lo que yo llamaba "la normalidad", cuando, fuera de la juerga, todo me era el colmo de la anormalidad, me era... me era... me era...

Yo

¿Te era...? ¿Qué te era...?

MALVILLA

Una artimaña de Palemón de Costamota para juntar clientes en medio del hastío...

Ahora todo eso son recuerdos de otra época, recuerdos que se van perdiendo poco a poco. ¡Qué quieres, mi amigo! Encuentro que es algo natural que así suceda, que todo se pierda y se marche y desaparezca...

Durante un tiempo traté de ensayar nuevamente, de provocar la puesta de caras de las empanadas. Pero... no, no y no. Nunca más volvieron esos comistrajos a mirarme. Y, puedes creerme, allá en el San Lito, en ese mismo dancing, pedí otra vez empanadas y hasta las coloqué como estaban aquella primera vez... Te lo vuelvo a repetir: ¡nada! Y yo estaba en estado de ebriedad; a veces, poco, muy poco bebido; otras veces, que casi caía de mi silla. Hasta que...

Yo

¿Qué pasó? ¿Te volvieron a mirar otra vez?

MALVILLA

No, nunca más tan espontáneamente como esa noche en que estaba con Gualberto Choapa. Lo que pasó fue que encontré bastante entretenido este hecho y lo ensayé varias veces pero más de memoria que practicándolo. Yo quería y quería...

Yo

¿Qué querías, Romualdo?

MALVILLA

Llegar a entender bien a fondo lo que significaba esta puesta de caras y esta aparición de ojos que observan, en una simple comida que no tiene ni cara ni ojos con qué observar...

Me encontré nuevamente en la calle, me encontré rodeado por todos los lados de calles y más calles que parecían extenderse en todos los sentidos imaginables y, una vez extendidas hasta el máximo extremo, volver al punto de partida. Aquí se encontraban conmigo y, al verme, sus edificios me reverenciaban y sonreían. Yo, por cierto, respondía a esta amabilidad y... ¡otra calle, otra más, se presentaba y volvía la reverencia y oía su cuchicheo; sí, lo oía, un cuchicheo muy amable, muy acogedor, una especie, diría, de invitación para seguir transitando por ella! Obedecía yo, ¡ya lo creo!, obedecía pero, actó continuo, otra y otra calle y otra más, llegaban a mi lado, todas ellas, ya lo digo, sonrientes y muy amables, sumamente amables, increíblemente amables... ¡Oh, decían cosas que yo hubiera querido oír de labios de, de, de...!

¿De quién? ¿A quién amo yo con una locura sin límites?

Sí, sí... Porque yo te amo desesperadamente. Quisiera verte a ti, aquí en medio de estas calles; quisiera verte pasar, sería, muy sería, mirando hacia el frente y sin otorgarme ni una mirada, ni un dejo de mirada, ni el más microscópico pedacito de una especie de mirada; ¡nada, nada, nada!

Porque tú miras hacia adelante, buscas una meta a la cual quieres llegar y, en esa meta, ahí fundar tu vida que crecería como un árbol enorme, todo lleno de plumas, de plumas blancas y ¡rojas!

Bajo esa pluma roja, bajo ese silencio que de ella se desprende, reposemos, mujer amada... Que ella, con sus tules, encubra a todas estas calles.

Entonces, al desaparecer las calles, nosotros dos —tú mi tan amada mujer, y yo, perro fiel siempre a tu lado—, desapareceríamos también y estas calles quedarían atónitas al persuadirse que tú ya no estabas y que, al no estar, me habías llevado a mí...

Un letrero, un letrero avanzó sobre mí porque no era esa mujer la que aquí, en estas calles, gobernaba. Decía este letrero:

HOY RICAS EMPANADAS

Gualberto Choapa posó su mano sobre mi hombro y murmuró haciendo unos cuantos guiños de ojo:

—Debiera usted probar esas riquísimas empanadas y debiera, sí, debiera, debiera...

—Debiera, ¿qué?

—Invitarme a probarlas a mí también; y, sobre todo, invitar a Romualdo Malvilla, a su gran amigo, ¡el Rey de las Empanadas! ¿No es verdad que él es el Rey de las Empanadas?

—¡No, señor Choapa, no y no! ¡Las empanadas no tienen ni nunca han tenido un rey! ¿Me entiende usted? ¡Esas son cosas del cabaré, del cabaré... San Lito y nada más!

Y Gualberto Choapa se hizo humo, un humo que revoloteó junto a mí y luego me depositó junto a esos enormes edificios que ahora se levantan a lo largo de estas calles y se van, se van, se marchan a distancias interplanetarias...

Y yo de atrás, camina que camina, siempre caminando tras de ti, mi mujer tan amada. Porque te recuerdo toda la vida y toda la vida paso pensando en ti, en ti, en ti, mi mujer tan, tan, tan, tan...

¿Cómo te llamas, mujer?

¿Cómo te apodas?

¿Cómo te nombras?

Llamarse... Apodarse... Nombrarse...

¡Basta! ¡¡Basta!! ¡¡¡Basta!!!

Sé, muy bien, sé que tu nombre es Isabel Tabunco. Pero antes te apodabas, o nombras, o...

Un poco de seriedad y un poco de calma. Tu primer nombre fue el de Huinchita Pin aunque te digan ahora la Huincha Pon. Después has de aparecer tú, Isabel Tabunco y, junto a ti, aparece Curihue, el fundo del capitán Angol, hoy en paz, hoy sin un solo movimiento, ni uno solo, pues Baldomero Lonquimay ya ha muerto y pues el querido Teodoro Yumbel ha de estar en su casa, encerrado en su gabinete, con esa linda Albania Codahue, esperando que aquel poema se abra paso y logre penetrar hasta su testa para causar la admiración de sus admiradores que lo admiran justamente por esto, por estos poemas que son admirables...

¡Basta, he dicho! ¡Y ahora vuelvo a repetirlo! ¡¡Basta!!

Y el cínico de Valdepinos... ¡Lo recuerdo siempre con sus tenebrosas conquistas homosexuales! ¡Era un tipo divertidísimo! Pero, ¿por qué he dicho "era"? El cínico, que yo sepa, no ha muerto y, de seguro, por ahí debe andar y andar y andar. Y ha de pasar frente al esbelto edificio del Ayuntamiento que allí se alza magnífico.

A su frente, la Plaza de la Casulla con su gran monumento al no menos grande del inmortal Hemíono.

No es de ningún hemíono de lo que tengo que hablar ahora. Yo hablaba de aquellas lindas, de aquellas preciosas mujeres que han ornado mi vida, que siempre la han ornado, ya sea en la realidad o ya sea en la imaginación...

Pues la imaginación es tan grande como la realidad.

¿No es así, Marul Carampangue? ¿no es verdad que tú pasas al centro de la imaginación y dejas de lado tu realidad? Y en esta bella imaginación te encuentras con Tomba Montbrison, ¡oh, mi Tomba!

¡Qué lejos estás, qué lejos! La ciudad de Cannes... La recuerdo perfectamente: la Croisette y la rue d'Antibes y la rue... Pero ya lo he dicho y repetido muchas veces: ¡basta!

Aquél es el Hotel Vaticano y allí arranca la avenida, la grande y hermosa avenida Benedito X y XX y XXX y XXXX y XXXXX y... Pero no se cuenta así y no se escribe así. ¡No, no y no!

¿Por qué pienso estas cosas? ¿Por qué...?

Sé muy bien, sé perfectamente, lo sé como si hubiera nacido con este conocimiento dentro de mí, sé la conformación de esta plaza y la conformación de las calles y avenidas adyacentes, las que la rodean cubriéndola como una madre cubre a su hijo pequeñito, al pobre hijito que ahora se ha dormido...

Duerme, duerme, duerme, hijito y yo, mientras tanto, caminaré avanzando por... Pero... ¿puede caminarsé sin avanzar?

Claro está, podría avanzar por esta grande y hermosa avenida, donde antes se encontraba la Estación de los Ferrocarriles que hoy se ha retirado allá al fondo y que todavía veo alzarse echando a un lado a los miles de autos que la rodean; y a los peatones; y a los perros; y a los changadores; y a las lindas damiselas que se precipitan a coger el tren para ir, para ir, para ir... ¿Adónde van esas lindas damiselas? No, no van a ninguna parte; ellas no hacen

Yyo te digo que pronto me iré, me iré lejos, muy lejos y no te volveré a ver más. Porque la vida —¿entiendes?—, la vida, esa cosa impalpable y existente a la vez, pide un sitio para ella, un sitio enorme, un sitio solemne ante el cual todos los jerarcas de este mundo retroceden presos de terror, de pánico, lívidos, verdes, temblantes. Pues ella ha dicho sin mover sus labios, como hablas tú, mi Colomba adorada, ¡sí!, como hablas tú al unírte a esa voz de la vida, a esa voz que raras veces se escucha, ella ha dicho:

—¡Alto! Ahora hablaré yo.

Veo tu muelle, río Santa Bárbara; presiento tus aguas casi, casi inmóviles; veo los edificios del lado opuesto; veo las rejas de, ese tan admirado por mí, el Zoo de San Andrés. Y veo, sobre todo, a miles, a decenas, a centenas de miles de personas que van y vienen por tu costado y te admiran, te admiran...

¿Te admirarán tanto como ahora lo pienso yo?

No, no te admiran; admirar es algo sumamente...

¡Calla, Boroa! ¡Calle, te lo suplico! ¡Deja, siquiera una vez en la vida, que Borneo goce aquí en este paseo, bajo los árboles, con gente que pasa, con las aguas del río que también pasan y se van a desembocar en un punto entre Pompita y Noriol. Pues han hecho ese balneario de Pompita, por un lado; y el puerto de Noriol. Por otro lado, a cierta distancia de la desembocadura del río. Y esto está mal, muy mal, pésimamente mal. Si yo fuera urbanista y se me encomendara hacer el trazado de todo esto, pondría a Noriol...

Pero, otra vez, repetiré:

—¡Basta!

Yo no soy catedrático de la Ulpif; yo no soy sacerdote de la Catedral. Yo me paseo y nada más. Yo pienso en ti, Diana Papudo. Y nada más...

También pienso en ti, Virginia Rapel. He hecho enormes construcciones para nosotros dos. Porque yo no iba al teatro como iba ese admirador tuyo, tú sabes, de quién hablo, de Jabalí Batuco. Yo iba a verte a ti, nada más. Y cuando volvía a casa, soñaba.

Soñaba. También te hablaba y te decía muy lindas cosas que tú escuchabas y sonreías luego. Como sonríe Colomba...

El río Santa Bárbara. Del otro lado de sus aguas es el Muelle de la Sotana. Allí vivió Baldomero Lonquimay y allí murió el mismo Baldomero Lonquimay. Y con la vida y la muerte de tan ilustre, de tan sublime personaje, las aguas no se movieron y siguieron...

¿Puede algo "seguir" sin moverse?

Por cierto: las aguas del río Santa Bárbara.

¡Aguas maravillosas! En esta inmensa curva que hacéis, en esta grandiosa curva, envolvéis a la ciudad de San Agustín de Tango y, al envolverla, la abrazáis y depositáis un beso en sus mejillas...

Es decir, yo hago poesía ahora porque, según lo que siempre he oído decir a mucha gente, a muchísima gente, a toda la gente que, sin contar a los poetas, son millones y más millones, acaso son...

¿Billones? No, no, no hay tanta gente en este mísero globo. Voy a transigir con trillonés. Así no llego a los cuatrillonés ni a los quinquillonés de sujetos que se pasean por estas calles tras de muy ricas empanadas, con una sola aceituna, nada más que una sola. El que encuentre dos aceitunas, ése ganará un gran premio. La gente dirá al verlo:

—Ése se sacó la lotería...

El río Santa Bárbara tuerce allá, hacia mi derecha cuando miro sus aguas desde este lado. Y tuerce en el mismo punto, el mismo, el mismísimo punto, pasado el Museo de

Lo multiplicaré por sí mismo, o sea, por la supergenialidad.

Desiderio Longotoma y su mujer, la Tomasa. Tenía que ir a ver a Longotoma, Desiderio y a la Tomasa Paipote de Longotoma, la del fundo de Curihue, la gallinita que pisó Longotoma y ella, ¡oh, linda Tomasa!, ella se acurrucó, no dijo nada, y se entregó a Desiderio Longotoma que luego contrajo matrimonio con su gallinita que ahora lee, ¡no! declama de memoria, por cierto, de memoria, con una memoria que es sencillamente prodigiosa. Yo quisiera tener una memoria así. ¡Oh, qué de cosas podría hacer! Borneo debería tener esta memoria y dar a Boroa cuanto ella registrara. Y Boroa escribiría unas cosas, unas cosas: "que ni Dios...".

Siempre recuerdo esta frase que la decía un muchacho español en París hablando de las muchachas que él deseaba poseer...

Total: ésta es la bella, la bellísima ciudad de San Agustín de Tango. De Tango... Tango...

Recordemos:

Tango es un baile; de esto no hay duda posible: un baile; es un baile argentino aunque son muchos los que sostienen que es uruguayo. Fue inventado en el Uruguay y aquello que se inventa en el Uruguay, es, a no dudarlo, uruguayo. Como lo inventado en Chile es chileno. Y lo inventado en... en...

¡Basta ya, basta!

Yo deseo saber quién soy yo, nada más, porque esto que escribo no lo escribo yo. Sobre este punto no tengo la menor duda. Hay en esto un *tercer personaje* que, por cierto, no ha de tener manos ni una mesa como la que tengo yo, allá en Fray Tomate, un piso más arriba que mi gran amigo Lorenzo Angol. Entonces este personaje se aprovecha de mis manos y de mi mesa y escribe, dedica su vida, toda su vida, a escribir.

Mientras tanto yo paseo. Paseo como hoy paseo y contemplo las aguas del río y los pequeños botes que las surcan. Un bote; dos botes con aquel lejano que no se mueve, que está anclado... ¿Se podrá decir así? ¿Un bote anclado? No lo sé; en todo caso ese que ahora pasa nó es un bote pues no lleva remos y se mueve con ronco sonido de motor.

¡Esto me ha gustado! ¡Una embarcación que se mueve por un ronco sonido!

El puente de la Serpiente Tentadora. Este puente sirve para dar acceso al Zoo de San Andrés. A mi izquierda, la Ulpif; a mi derecha, la Universidad. ¡Todas las grandes sabidurías aglomeradas junto a los animales y a las aves y a los insectos y a las bacterias es decir, a todo cuanto tiene vida, vida, vida!

Porque...

La vida no es la vida en que vivimos;
La vida es el honor, es el recuerdo;
Por eso hay muertos que en el mundo viven
Y hombres que viven, en el mundo, muertos.

Esos versos los he sabido toda mi vida. Por el hecho de hablar de la vida tienen que saberse toda la...

Pero, ¡basta, basta, basta!

Después es el Muelle del Abad, más angosto, naturalmente. Creo que debería ser más ancho pues el abad es la persona más simpática de toda la Iglesia. Así lo decía..., lo decía..., lo decía...

¿Mi madre! Ella estuvo en Francia donde hay tantos de estos personajes. Ahí debe haber conocido a alguno. Alguno que no anda, no y no, como este señor que avanza con otro señor en sentido contrario al que avanza yo. Y charlan animadamente. ¿De que hablarán? Pasan a mi lado y oigo que uno de los señores dice al otro señor que lo oye con mucha atención:

—Entonces nos sirvieron unos huevos exquisitos...

Yo pensé de inmediato:

“Deben haber tenido grandes cantidades de sal.

Porque:

¡Yo lo sabía desde pequeñín! ¡Grandes cantidades de sal!

Y éste fue el primer problema que acometió a..., a... Sí, a Boroa, no a Borneo, pues Borneo no es apto a recibir... ¿Cómo se dirá: “¿apto a recibir” o “apto para recibir”?

¿Qué puede importarme a mí la manera que debe decirse?

Bueno, ¡que se diga de cualquier manera! El caso es que yo era un pequeñín y otro pequeñín como yo declaró en la mesa, en medio de la general aprobación, que:

“El que come los huevos sin sal es capaz de comerse a su propia madre...

—¡Bravo! —dijeron unos que ya eran personas mayores.

—¡Una gran verdad! —aprobaron otros.

Y todos, todos, echamos sal, mucha sal, a los huevos que en ese momento nos servían. Yo caí en meditación y, por más que medité, no caí en lo que ese otro pequeñín había querido decir.

Medité:

“¿Qué relación habrá entre comer un huevo y la madre...

Es decir, esto lo meditó Boroa y quedó, este Boroa, en suspenso ante su meditación. Comer un huevo, ¡y sin sal!, y nuestra madre, la que está allí, aquí, en la mesa, con nosotros...

Borneo levantó los hombros y dijo displicente:

“¿Qué te importa esa relación?”

Pero Boroa contestó con aspereza:

“Debe importarte.

¿Por qué debe importarme? ¿Por qué?”

De pronto comprendí y vi, vi, ¡vi! Todo radicaba en una palabra, en una y nada más que una palabra. Una palabra que todo, todo lo explicaba y solucionaba y abría grandes ventanales de luz, de una luz potente que sentí que me iluminaba entero, hasta tal punto me iluminaba que yo no formé más que uno solo con ella, con la luz, con la luz radiante. En vano ahora podía gritarme Borneo:

“Todavía sigues pensando en esa relación, en esa tontería de la madre y de los huevos con sal... Sólo con echarte una mirada lo veo y así has de seguir pensando y, total, llegará otro que se comerá esos huevos, con mucha o con poca sal, pero se los comerá y tú, tú, tú quedarás sin haberlos probado y ansiando comerlos, sea como sea, pero comerlos, engullirlos, porque en este engullimiento o engullidura o engullición... ¡Eh, calla, Boroa, calla, te lo pido y te lo suplico, por favor, por piedad que sufro tanto, tanto...”

En el muelle del Abad vivió el chino Pey.

¿Qué será de este buen chino? Ya debe haber muerto porque todos deben morir, sean chinos o tibetanos, o colombianos, o mexicanos, o alemanes, o españoles...

¡Basta, basta, he dicho y he repetido un millón de veces!

Aunque esto de hablar en millones y aún en billones y trillones y cuatrillones es una mera superficialidad que se encuentra muy comúnmente entre las bellas niñas de esta sociedad.

Pero repito: ¡basta!

Estoy en San Agustín de Tango, la gran ciudad, la inmensa... Y tengo que volver a decir: ¡basta; seriedad; concentración!

A mi lado han venido todas esas lindas mujeres que en un lejano tiempo amé con todas las fuerzas de mi corazón. ¡Oh, en ese tiempo en que mi corazón tenía tanta potencia para amar! Hoy, hoy, hoy ya estamos a 10 de septiembre de 1962 una fecha que nada quiere decir salvo para aquellos que, como yo, han nacido en 1893. Pues, al haber nacido en ese año, quiere decir que, el 13 de noviembre, he de cumplir la suma, la enorme suma, la estrepitosa suma de 69 años.

Todo esto que me rodea ahora, ha de seguir igual. Habremos sido los transeúntes y nada más.

Nada más... ¡Nada más...!

¿Oíste tú, tú, mujer única? Porque ahora has llegado a mí, a la vez, recuerdo y ensoñación...

¡Sí, a ti te estoy hablando, a ti, Guni! Deberías suspender, por un momento tus giras terráneas y venir hasta mi lado.

¡Cómo! ¿Preguntas para qué? ¡No, no, mi Guni, no es para volver a amarnos! Es para...

Pero no hablemos de pie y, menos aún, caminando. Y, sobre todo, tengo que recordar, antes de conversar contigo... ¿Contigo...? ¡No! Debo decir como en aquel entonces te decía: "Antes de conversar con *usted*". Debo recordar aquella cuestión de los huevos sin sal. Esa cuestión me atormentó enormemente porque no encontraba relación justa, exacta entre los huevos sin sal y mi madre, mi buena madre, la que en el mundo era doña Trinidad Calama. Así sabré por qué el que engulle huevos sin sal es capaz de engullirte a ti, ¡mamá!

¿Cómo es posible una cosa semejante?

De pronto... ¡oh, de pronto llega la luz y todo fue radiante, fue la luminosidad misma, fue la gloria y más que la gloria!

De pronto... ¡comprendí! ¡Hubo un anticipo de ti, mi Colomba, mujer inmaculada y santa entre las santas! Todo, todo, absolutamente todo radicaba en una sola palabra que, al pronunciarla ese terrible silencio que me rodeaba, sonó como el más estrepitoso de todos los estampidos que jamás la humanidad haya oído:

-¡¡Desabrido!!

Me reí, me reí fuerte y, esa risa mía, coincidió con un momento de silencio en la mesa.

Mi padre, don Eleuterio Borneo, se volvió hacia mí, me miró con severidad y me preguntó:

-¿Qué te pasa, Onofre?

Traté de explicar, traté de dar una explicación a lo que esta palabra de "desabrido" había causado en mí y traté de explicar la relación que había entre los huevos sin sal y además...

Mi padre dijo:

-¡Calla!

Mi hermano Pedro agregó:

—Ya estamos en los postres y tú todavía con los huevos... Eres de una lentitud para entender...

Mi padre puso término a esta polémica que se iniciaba:

—Cambiar de tema —dijo y nada más.

Pero, Guni, Guni Pirque, he cambiado de tema por la cuestión de los huevos, que estén ellos con o sin sal. Y aquí es el Paseo del Corderito Pascual...

¿Es ello posible?

¡No, no! Quiero hablar contigo, Guni Pirque, y quiero que hablemos en el silencio más completo. Porque toda esta gente que en este paseo ves... Digo mal: que usted ve no es gente, no la es, no la es... ¿Me ha entendido usted? ¡Es gente para ella, nada más que para ella y no puede salirse ni un milímetro, ni un décimo, ni un centésimo de milímetro de lo que son! Por eso es que charlan tanto, por eso y nada más que por eso.

Nosotros, en cambio, estamos en la soledad.

Caminemos y así podremos llegar al restaurante de la Basílica. Ahí podremos pedir un par de huevitos a la copa y así nos acordaremos de Desiderio Long... ¡Me he acordado de la Tomasa, de esos tan lindos versos que declama!

Pero yo quisiera saber una cosa. Silencio. Ésta es la cosa:

¿Quién me ha hecho pensar en usted, Guni? ¿Es un pensamiento de Onofre Borneo o de Onofre Boroa? ¿O no existe esta diferencia de personajes? ¿Cómo es la cosa?

La cosa... La cosa... ¡La cosa...!

¡Que sea el uno o que sea el otro, Borneo o Boroa, me es igual, me es perfectamente igual! Yo soy, yo camino, yo gozo con estos panoramas de esta ciudad, yo dejo que mi testa vagabundee por donde ella quisiera vagabundear. ¡Que sea cualquiera, cualquiera!

Yo canto; yo repito el canto de un viejo amigo que siempre lo cantaba:

Tengo yo, tengo yo para hacer cría
Y una po... y una pollita en mi casa;
Cantandó, cantandó no más lo pasa
Y no po... y no pone todavía...

Y aquí con grandes tamboreos y con "rajeos" (así digo yo porque te recuerdo muy bien, amigo querido), no digo "rasguear"; esto me suena, me suena... En fin, me suena y ello no debe sonar porque tú cantas y ¡hay trago, mucho trago! ¡Viva la fiesta!

Y tú sigues cantando, tú... ¿Cómo te llamabas? Espera y te lo diré, sí, te lo diré:

¡Olavio Chinquihue! ¡El gato Chinquihue! Yo te llamaba así y siempre así: el gato Chinquihue; y el gato seguía su canto:

Y dicen que le hace pero no le hace,
Tan chiquitita y quiere casarse...
Dicen que le hace, le hace, le hace...
La vidá, pero no le hace.

¡Bravo, bravo, enorme Olavio! Y ahora termina tu canto.

Pero basta, basta, Borneo. El hecho de pasear no es suficiente para entregarse a recuerdos torpes. Menos aún si estamos frente a las aguas del río Santa Bárbara. A un paso (claro está, paso de un gigante como ya no los hay en la Tierra). Antes los había. Sé de uno que ponía un pie aquí en San Agustín de Tango y el otro caía en Pernambuco.

Entonces todo empequeñecía y se acurrucaba: la Bolsa, que está tras de mí; la Intendencia, que también está tras de mí; la calle de Las Mitras donde se hospedan el capitán Angol y su mujer, Nora de Bizerta y Ofqui...

A propósito: ¿Qué será de esta dama? Ella hacía caricaturas y hacía, ilustrada, por cierto, la historia de don Pancho Calancho, ese hombre siempre de perfil, muy serio, con doña Pancha Calancha tras él y que tanto nos hizo reír.

Esto me hace preguntarme:

¿Cuál seré yo? ¿Cuál?

Te veo y, sobrecogido, caigo de rodillas. Entonces te oigo, sí, oigo tu voz, ¡oh, mi Colomba! Y tú me respondes sonriendo:

—Tú no eres ni el uno ni el otro; ni Borneo ni Boroa. Tú eres uno de los resultados de una lucha tremenda que hay fuera de ti. De esta lucha, tú, atónito, sólo percibes...

—¿Qué cosa, dímelo, Colomba, qué cosa...?

Y ella me responde:

—Tú sólo percibes una faz de sus espantosos resultados...

Tal vez así sea. Porque si camino siguiendo la corriente de las aguas del río, llegaré a la isla del Olor de Santidad, es decir, he de llegar a la puerta y, en la puerta, he de pisar el umbral y he de pasar bajo el dintel...

Dintel... Umbral... Umbral... Dintel...

¡Mi obra! Y, al frente, está: el Convento de los Jerónimos.

¡Noble convento! ¡Él te albergó a ti, Fray Canuto Que-todo-todo-todo-todo... todo-lo-sabe! Hoy reposas y...

¡Basta, basta! ¡Debemos ir a cosas de peso!

L'otro dí... l'otro día la encontré-

Encimá, encimá de la tinaja;

Arribá, arribá estaban los huevos

Yabajó, abajó estaba la paja...

¡Bravo, superior, Olavio Chinquihue! Es algo tan superior como es ese árbol, ese árbol histórico de la entrada del Zoo. Un árbol cuyas ramas deberían crecer, es decir, deberían ya haber crecido de tal modo, que sus extremos llegaran al Cementerio Apostólico y, en él, se inclinaran y lloraran sobre tanto, tanto, tanto muerto que, que, que... En fin, que ya ha muerto...

¿Qué será esto de morir...?

Esta pregunta existe como existen todas las preguntas que se pueden formular en este mundo.

A responderla he de ir, he de ir, caminando. Pues a mí me gusta caminar... Aunque, aunque... Veamos, primeramente:

Salí de casa de Romualdo Malvilla. Esto no lo puedo dudar ni por un solo instante. Luego fui tomado por las calles y, al ser tomado, caminé. Divisé el consultorio del doctor Hualañé que, sin duda, trabajaba con el doctor Pitrufquén. Porque la gente sigue y sigue enfermando y, entonces, tiene que ver a un médico, o a dos médicos, o a tres, o a cuatro, o a cinco...

¡Basta, una vez más lo digo, basta!

He perdido mucho tiempo deambulando por estas calles y yo tenía que ver a Desiderio Longotoma y a su mujer, la Tomasa; también, me era indispensable, ver a Rosendo Paine y a Nicole y, con ellos, someterme a escuchar sus impresiones opiómanas; también tenía que ver a Rubén de Loa y, aquí, someterme a las especulaciones sobre el arte que él haría mientras tomábamos una taza de té servida por Lucila Volcán.

Puede ser que estén Macario y Mamerto. Me gustaría mucho encontrarme con ellos pues Macario...

—¡Hola, amigo, hola! —me ha gritado Desiderio—. ¿Qué haces por aquí y tan solo?

Respondí:

—Pensaba en ti y en tu mujer.

—Curioso; yo también pensaba en ti.

—Entonces...

—¡A mi casa, a mi casa!

—¡Eso es! ¡A tu casa!

Y juntos partimos a la calle de la Excomuni6n.

168

¡Qué suerte he tenido, hemos tenido, Desiderio Longotoma y yo, al llegar a su casa! Tocamos la campanilla, pues él había olvidado sus llaves, y nos abrió de inmediato... ¡la Tomasa!

—¡Tomasa! —exclamé—. ¡Qué dicha sin igual poder verla y, también, poder oír a usted...

Desiderio interrumpió:

—Sí, mi Tomasa, quiere oírte declamar como, por lo demás, lo quiero yo también. Él... nada me ha dicho pero, tú has de saber, que un amigo, como Onofre, no puede guardar secretos a otro amigo como soy yo, ¿no es así, mi buen Onofre?

Me apresuré en responder:

—Así es y así es. Estaba yo harto, pueden creérmelo, de caminar y dar vueltas sin sentido, hasta que tu voz, Desiderio, vino hasta mí como caída del cielo. Porque tú me arrancaste de esta vacuidad que, de pronto, adquiere esta ciudad y que...

—¿Vacuidad?, has dicho —me interrogó Desiderio, fingiendo una increíble perplejidad.

No vacilé en asegurarle:

—Sí, eso he dicho: vacuidad. Imagínate que los edificios, esos edificios que tanto he admirado en otras ocasiones, se me habían venido encima y amenazaban con devorarme. Pero lo hacían de un modo amigable, de un modo sonriente, y saltaban dichosos en torno mío... Pero, ¡basta de bromas!

La Tomasa me miró, sonrió y luego me preguntó:

—¿Qué le parecerían a usted unos huevitos a la copa...? Ellos reconfortan mucho, muchísimo, y, además, ayudan a... a... En fin, usted ha de comprender lo que...

La interrumpí:

—¡No, Tomasa, no! ¡No son huevitos los que ahora me harían falta! ¡Es otra cosa, otra cosa! ¿Comprende?

Volvió a sonreír y dijo:

—Ya lo sé. Sentémonos, entonces, sentémonos aquí en este tan sublime gabinete de mi marido. Es decir, siéntense ustedes. Yo... yo... declamo mejor estando de pie.

—¡Bravo, bravo! —grité sin poderme resistir—. Los versos que usted diga, Tomasa, pondrán a todos esos edificios en su lugar y les quitarán los deseos de arremeter en contra de las buenas personas que se pasean por entre ellos contemplando sus tan, tan esbeltas arquitecturas que juegan con la tranquilidad de las aguas del río Santa Bárbara.

—¡Eres un verdadero poeta! —vociferó Desiderio— ¡un enorme, un inmenso poeta!

—¿Entonces...? ¿Qué podré declamar yo ante tanta enormidad y ante tanta inmensidad...?

Me confundí y sólo pude hacer un gesto con ambas manos.

Pero este gesto quedó en el vacío y mis manos volvieron a su posición normal. La Tomasa hablaba y decía:

—Es algo que acabo de aprender. Seguramente lo han oído ya varias veces; es un poeta chileno, Carlos Pezoa Véliz. Murió muy joven, el pobre. ¿Lo conoce usted, don Onofre?

—¡Tomasa! —exclamé—, si usted me sigue llamando “don”, no y no podré responderle. ¿Me ha entendido usted?

Pero Desiderio se interpuso y gritó, siempre frotándose sus manitos que se movieron a velocidad extraordinaria:

—¡Nada de “don” ni de “doña”; sobre todo, nada de “usted”. El tratamiento de “tú” es obligatorio en esta casa; ¿se me ha oído? Repito: ¿se me ha oído?

Su ponencia fue aceptada y el silencio que siguió fue una muda aprobación de ella. Entonces la Tomasa recitó:

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve.

Y pues, solo en amplia pieza
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve.

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

Con estos versos de Pezoa Véliz, la tarde que acababa de pasar Borneo en San Agustín de Tango, se agigantó y vino hasta mí, pero no logró penetrarme; quedó a cierta distancia y vi, con toda nitidez vi, que alguien la tomaba con ambas manos y se la llevaba muy lejos. Entonces vine a caer de lleno a la salita de mis amigos, de Desiderio y de la Tomasa.

Aplaudí. Luego murmuré:

—Pezoa Véliz fue un enorme poeta. Él, sí, él, con la magnífica colaboración de usted... ¡oh, perdón!... con tu magnífica colaboración, los edificios han ido a ponerse en su lugar. ¡Bravo y mil veces, bravo!

Desiderio exclamó:

—Todavía no, amigo, todavía no. Tú, tal vez no estabas en cama y enfermo como el poeta pero tu estado de ánimo estaba más, mucho más enfermo que lo que estuvo Pezoa Véliz en el hospital. ¿Sabes lo que tenías?

—No lo sé. Tal vez aburrimiento o tal vez... ¡No, Desiderio, no tenía nada de nada! Hace algunos momentos era un hombre sumamente feliz. Porque tener... ¿Cómo explicarme? Tener...

Desiderio prorrumpió:

—“¡Borneítis!”. ¡Ea, Tomasa! ¡Otro verso que ponga de aplomo a este hombre aquejado de “borneítis”! ¡Un verso que retrate bien...

—¡Ya lo tengo ese verso! —expresó la Tomasa—; ¡ya lo tengo! Es un verso que retrata tu estado de ánimo, Onofre, por muy feliz que hayas estado por las calles con edificios movientes. Es también una composición de Carlos Pezoa Véliz. ¡Silencio y escuchen!

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic-tac.

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo largo, y otro, y otro: ¡tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros fingen los pinceles
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Fáber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hécho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada,
mira el techo, el humo, las flores y el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorrillo sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer,
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia;
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gesto de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye un reloj viejo que dice: tic-tac.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Perezza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza
allá donde el padre sirve un puesto ad hoc;
no le escribe nunca, porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas... ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablos! La vida es así...

Callamos los tres. Sé que Desiderio quiso ofrecerme algo de su bodega o, acaso, un par de huevitos a la copa. Pero no se atrevió a hablar; se contentó con carraspear y sus manitos veloces no se movieron. La Tomasa fue hasta el espejo y, mirándose, se puso su sombrero. Luego se volvió y declaró:

—Ahora me voy; será una pequeña vuelta y luego volveré.

—¡Bien, hija, bien! —dijo Desiderio—. Si lo deseas, puedes dar dos y hasta tres pequeñas vueltas.

Yo, entonces, dije:

—Tomasa, esos versos que has declamado, sintiendo todo el tan gran pesar que tienen, me han reconfortado y me han hecho llegar hasta este sitio que ocupó en la Tierra. Por eso voy a repetir en alta voz, en altísima voz, para que ella traspase los muros y salga a las calles, a los campos, al océano: ¡¡gracias a ti Pezoa Véliz y a ti Tomasa Paipote de Longotoma!

LONGOTOMA

Ahora, la soledad en casa. ¡Charlemos, Onofre, sí, charlemos! O, si tú quieres, guardemos silencio. Debería yo digerir cuanto me ha acontecido durante mi paseo por esas calles. Porque no sólo te ocurren cosas a ti, mi querido Borneo. También me ocurren a mí y a Boroa. ¡Linda pareja hacemos Boroa y yo! ¿No lo crees?

Yo

Tú vas a creer que te hablo en broma, Desiderio; pero, no; te hablo con la mayor seriedad que me es posible encontrar dentro de mí. Desiderio: ¡estoy harto de los intelectuales que se me vienen encima! ¡Es una plaga espantosa! Y cómo yo tengo fama de pertenecer a ese clan... ¡Qué diablos! ¡Me atacan apenas no me pongo en guardia y me interrogan sobre el último libro de Fulano y sobre lo que opinó Zutano y sobre lo que yo pienso sobre lo expresado por Mengano y... qué sé yo...!

LONGOTOMA

Es que tú no sabes defenderte; ahí está lo malo. Onofre, hay que tener muy buenos sistemas de defensa. Ante ellos... huyen los malos momentos y, al verlos huir, escapan desafortunados los amigos atentos que se interesan por nuestras opiniones.

Yo

¿Por ejemplo...?

LONGOTOMA

¡Vaya una pregunta! Antes de encontrarme contigo, pasé por el jardín del Convento de los Jerónimos. Admiraba yo la belleza sin igual de esos árboles inmensos y la de los arbustos y la de las hierbas y la de la pequeña laguna que ahí han hecho estos frailes estetas. Pero, para decirte la verdad, no era yo tomado por esas bellezas, no, no lo era. Cuando de pronto, de pronto...

Yo

De pronto... ¿qué sucedió?

LONGOTOMA

Sucedió que me aburrí y, entonces, bajé la vista, la bajé decepcionado; me atrevería a decir, hastiado. ¿Cómo podía ser posible que el hastío llegara hasta mí? Tú sabes que esa palabra del "hastío" no está en mi vocabulario. Pero... ¡qué quieres! Era todavía de día así es que las estrellas no se mostraban y, si alzaba los ojos, veía, tan sólo, ramas y más ramas de árboles, todas, todas, todas iguales... ¿Te das cuenta, mi querido Onofre?

Yo

Por cierto, me doy cuenta perfectamente. Esto que, para ti, es un accidente rarísimo, es, por lo general, el estado natural de ese que has llamado Onofre Borneo.

Pero no hablemos de él, por favor. Sigue tú con esas ramas de árboles del jardín o con lo que tus ojos vieron al bajarlos.

LONGOTOMA

Mis ojos vieron las flores y, viéndolas, quedaron en éxtasis. ¡Qué cosa maravillosa, mi buen Onofre! Creo no exagerar si digo que todas ellas se movieron e hicieron las mil cabriolas que es posible imaginar. Era un movimiento sin moverse; era un continuo cambio de colores sin que, en realidad, nada cambiara. ¡Algo maravilloso! Fue algo tan maravilloso lo que vi que yo me extendía, que me dilataba. Entonces exclamé:

—¡Ahora, sí! ¡Ahora podré!

Yo Podrás... ¿qué cosa, Desiderio?

LONGOTOMA Encontrar, ¡por fin!, lo que siempre he buscado sin poder hallarlo nunca, nunca.

Yo Y ello, ¿qué es?

LONGOTOMA Te lo explicaré una vez más, Onofre. Puede ser que si tú colaboras conmigo me ayudes a encontrar lo que tanto y tanto busco sin jamás encontrar. ¿Me ayudarás, verdad? ¡Dime que sí para bien poder digerir los huevitos a la copa que luego vamos a comer! Te escucho, buen Onofre, te escucho.

Yo Si así me escuchas, ¡juro callar y no volver a hablar de ese maldito Borneo! ¡Sí, lo juro!

LONGOTOMA Ante semejante juramento, me someto. Creí haber hallado lo que es mi eterna búsqueda y, sin más, partí de ese tan hermoso jardín, partí veloz, elevándome varios centímetros de ese suelo poblado de flores y me dirigí... ¡ah!... me dirigí...

Yo ¿Hacia dónde te dirigiste...?

LONGOTOMA Hacia las vitrinas de una ferretería cualquiera, a encontrar el regalo justo que poder hacer a una novia en el día de su matrimonio.

Fui, encontré una serie de ferreterías, miré las vitrinas y las volví a mirar miles de veces... ¡inútil, inútil, Onofre, inútil fue cuanto hice!

Pues, imagínate una de esas vitrinas... ¿La ves? Bien; ¡mira, te lo ruego! ¿Qué puedes regalar, a una casta noviecita, de cuanto hay allí? ¡Todos los objetos se hacen simbólicos y... de unos símbolos espantosos!

Mira esas tenazas y mira esos metros enrollados y estirados... ¡Y esos que parecen verdaderos instrumentos de tortura! Y más allá verás una serie de cerraduras... Algunas abiertas; las otras están cerradas y hay que abrirlas. ¿Con qué las abriremos? Busco y busco: todo está hermético y así ha de estar pues son candados que se... Que se... que se asoman entre más y más instrumentos torturantes. ¡Es algo horrible, mi querido Onofre!

¡Pobrecita esa novia que yo tanto quería festejar en el día de su matrimonio! Se ha quedado sin un solo regalo pues temo los tan tremendos ojazos que pondría el novio al ver llegar mi obsequio.

Yo Total: nada compraste y volviste hacia acá.

LONGOTOMA Aguarda, aguarda. Quise volver hacia esta casa, sí, lo quise, pero fui detenido una cantidad de veces. Fui detenido por los autos que cruzaban a todo momento...

Yo ...y no te dejaban pasar. Lo veo, lo veo.

LONGOTOMA No te precipites, Onofre, pues no fueron esos autos que van veloces los que me

impedían caminar. Juntos hemos hecho un buen trozo de camino. ¿Encuentras tú que sea tan difícil atravesar las calles? ¿Se ha subido alguno de ellos a las aceras? En las partes de mucho tránsito, la policía los ha manejado a las mil maravillas; nosotros, como todos los peatones, podíamos, muy bien, circular y hacer lo que bien se nos ocurría. ¿No es así?

Yo

Así es, Desiderio; podíamos hacer lo que se nos ocurría y podríamos haber hecho más todavía.

LONGOTOMA

¡Bravo, bravísimo! Tu perspicacia me asombra, me abisma. Sin embargo ella no ha captado todo el alcance de mis tan sabias palabras. No, no las ha captado. Pues hay algo más en esos autos; no así en los microbuses; lo hay en los autos particulares, sí, en los particulares y no lo hay en los taxis.

Ahora verás lo que ello es:

¡Es el complejo de superioridad de sus dueños!

El hombre, o la mujer, es igual, que se sienta frente a un volante... va sentado y va mano a mano con el Todopoderoso. ¡Nada le importa nada! ¡Es el amo y señor de cuanto lo rodea! Los policías son sus caros siervos que allí están para servirlo y para facilitar su marcha. ¡Ellos ante todo! Después, mucho después... nosotros. ¡Qué diablos! Nosotros no podemos disfrutar de eso que, parece, es un goce inefable, imponderable: ir sentado frente al volante y ver que todo obedece ante nuestro mando callado.

Preguntarás tú, si es que algo preguntas, ¿qué viene a hacer aquí la gran velocidad que luego despliegan los autos con el caballero o con la señora o señorita en el volante? Porque hay que ver, ¡oh, hay que ver cómo corren por las carreteras de los campos!

Te lo puedo explicar fácilmente:

Esa gran velocidad es para ver si acaso, a pesar de los miles de peligros de que están rodeados apenas han acelerado, para ver, ¡oh, ah!, mi buen Onofre, para ver si... si... si...

Yo

Si... ¿qué, Desiderio?

LONGOTOMA

...ese complejo que el volante les ha transmitido, les sigue durando en medio de árboles y pircas y ranchos y animales que ellos van dejando atrás. ¡No hay más, no hay más!

Tú has de comprender ¡cuánta delicia siento yo, después de haber visto a una serie de autohombres o de estas autoseñoritas, al entrar a esta casa y oír los versos de la Tomasa!

Sobre todo me gustan esos versos que tienen rima en la puntita. Si no la tienen... bueno, que semejen tenerla como tan, tan bien semeja tenerla esa poesía de José Asunción Silva, tú sabes, una que empieza diciendo...

Pero yo no sé ni puedo declamar. Ese es el reino de ella, de la Tomasa. Creo que es un Nocturno o algo así. En fin, si ella estuviera aquí con nosotros, le diríamos que lo declamara y después... ¡ah, mi buen Onofre! Después, los huevitos a la copa. Así se tiene un día completo, completísimo.

Pero ahora me han vuelto a la cabeza las ferreterías; de tal modo han vuelto, que ha echado atrás a la noviecita que tanto deseo agasajar. Han vuelto: serruchos..., martillos..., punzones... ¡Es algo indescriptible! ¡Y hay puñales, o cortaplumas, si tú lo quieres! Ya te lo digo: es algo indescriptible, mientras, sobre la indescriptibilidad, ella, la noviecita, llora y llora...

Yo Si quieres te acompaño y entonces lloraremos los tres juntos, tú, yo y la novie-
cita.

LONGOTOMA

¿Y el novio? Pues este novio ha de ser un hombre de muy buena voluntad, de
espléndida buena voluntad.

Yo

¿Por qué lo dices?

LONGOTOMA

Te lo diré; escúchame bien y dejemos de lado lo que una ferretería puede
ofrecer. ¿Listo? Bien:

Yo veo en todas partes la buena voluntad de los hombres; y, al decir "hombres", incluyo
también a las mujeres. Veo siempre que ellos quisieran ir a algo mejor. Es un afán perma-
nente, un afán que los trabaja y que aún los carcome.

Pero no pueden... Se afanan y tampoco pueden. Hacen una serie de intentos y quedan
donde se hallaban. Naturalmente que me vienen deseos de ayudarlos, de hacerles ver lo
que desean. Pero al mismo tiempo veo la inutilidad de ir hacia ellos y, entonces, mi labia
se pierde en la nada y allí quedamos, ellos con sus deseos frustrados; yo... yo... sin nada
que poder hacer.

Yo

¿Qué haces, mi querido Desiderio, en tales tan críticos momentos? Porque, no
me lo negarás, es algo extremadamente doloroso esto de querer prestar ayuda y no lograr
prestar ni un poco de ella.

LONGOTOMA

Hago el santo remedio del que te he hablado ya: entonces miro las estrellas.

Yo

Tienes, por lo tanto, que esperar que sea de noche y que el cielo esté despejado.
Pero si estos deseos te han venido por la mañana y, si han venido por la noche, el cielo está
cubierto y no se divisa ni una sola estrella, ¿qué haces?

LONGOTOMA

Entonces camino y me introduzco en la Taberna de los Descalzos. Allí nunca
falta un amigo cualquiera que desea y que está en espera de alguien que desee charlar
unos instantes. Con él me junto, con él pedimos un trago y con él dejamos juntos que las
horas pasen. Ante él quiero quejarme pero luego veo la inutilidad de mis quejas pues los
hombres, Onofre, los hombres... ¡óyeme bien! Los hombres... *aún creen en lo que creen...*

Luego:

Si me quejo, esos hombres, por muy amigos que sean, ponen caras de profunda aten-
ción y, una vez que me han escuchado, dan sus sabios consejos con aire adusto. ¡Y todo se
echa a perder!

¡No, no, mi buen Onofre! Es mejor no hablar de estos males que, súbitamente, lo han
tomado a uno y esperar con calma que el cielo se despeje y vuelvan a aparecer las estrellas.
Entonces, ¡mirarlas y deleitarse mirándolas! Bajas luego la vista y todo cuanto te rodea ha
cambiado y ahora se presenta lleno de hermosos coloridos. Tú gritas entonces:

-¡La vida es digna de ser vivida!

Y la Tomasa te declama algunos versos que, te aseguro, toman una forma diferente y

caracolean por todas partes lanzándote bendiciones. Después... los huevitos a la copa y... ¡a dormir!

El sueño se encarga de llevarse lejos, muy lejos, llevarse hasta donde mi vista no alcanza, a ese docto señor de los Descalzos que, como te digo, aún creía en lo que creía...

Al día siguiente, de seguro, amanecerá despejado y tendré, por la noche, millones de estrellas en las que podré recrear mi vista.

¡Eh! ¡Mi gran Onofre! ¡Bebamos un pisquito que mucho nos ha de reconfortar!

Yo

Bien, bebamos y déjame tomarme dos raciones de este pisco pues siento que ese Borneo anda por aquí cerca y quiere, de seguro, atacarme. Pero ahora, ¡no! Bebo a tu salud.

LONGOTOMA

Y yo bebo a la tuya y a la muerte de ese Borneo. Como bebo también porque mueran y desaparezcan de este mundo todos esos seres que han de meterse a interrumpir esta dicha de la cual yo disfruto siempre.

A propósito de estos seres y de la Taberna de los Descalzos: ¿conoces tú a Sibilo Vitacura?

Yo

No. ¿Quién es? ¿Es alguno que cree aún en lo que cree? ¿O es, acaso, alguno que está en la búsqueda de estrellas y más estrellas nocturnas para hacerte compañía mientras tú las contemplas?

LONGOTOMA

No es ni lo uno ni lo otro. Es, este Sibilo Vitacura, por añadidura, uno de los tipos más criticones, más terriblemente maledicientes que he conocido en mi vida. Es un franco "pelador", como decimos aquí en Chile. Me lo encontré, una noche, allá en la Taberna de los Descalzos, una noche en que el cielo lucía por miles, por número infinito, las más brillantes estrellas que es posible imaginar. Entré a tomar un trago, nada más que un trago, y en eso estaba, cuando el Sibilo en cuestión me abordó y, alegre, sonriente, me golpeó el hombro y exclamó:

—¡Hola! ¿Qué tal, amigo Desiderio? Tómate otra copita; yo te la ofrezco. Hay que tomar para pasar los malos ratos. ¿No lo crees?

Nos sentamos y, te aseguro, una vez sentados, el hombre se lanzó a su acostumbrado "pelambre". ¡Qué horror, Onofre, puedo asegurarlo! Porque, te lo diré a ti, a mí... ¡me cargan los hombres que todo lo critican y a todo le ven el lado malo! Esos son los momentos en que echo tanto de menos los versos de mi querida Tomasa y los momentos en que lamento que no haya ni una sola estrella en los cielos.

Yo

¿Tanto te afectan esos hombres que todo lo critican? ¿Por qué te afectan de ese modo?

LONGOTOMA

Te lo diré, Onofre, te lo diré:

Los que critican a sus semejantes lo hacen para hacer ver el tan enorme *esprit* que ellos tienen.

¿Qué? ¿Te ha chocado el que yo use esa palabra de "esprit"? ¿Te suena a un galicismo demasiado pronunciado?

¡No, mi buen Onofre, no! Yo, te aseguro, lo he empleado porque no he encontrado de inmediato el correspondiente vocablo en nuestra lengua. Nada más, puedo asegurarlo.

Pero por ahí ha de estar ese vocablo, por ahí. Pues, has de creerme, que todos los idiomas son perfectamente iguales, son idénticos.

Yo
¿Es posible, Desiderio? Yo creo, por el contrario, que son todos ellos diferentes y lo que tú puedes decir en uno, no lo puedes decir en otro.

LONGOTOMA

¡Patrañas y nada más que patrañas! Los idiomas son todos iguales por una razón muy sencilla: las imbecilidades y cuchufletas que los hombres se dicen entre sí, son las mismas y son siempre las mismas. ¿Cómo van a expresarlas en idiomas que sean totalmente diferentes? Ya te lo digo: son iguales, son idénticos y no hay más. Pero yo te hablaba de esos hombres que, ante todo, tienen la maledicencia en los labios; yo te hablaba de ese Sibilo Vitacura. ¿No es así?

Yo
Así es y sigue hablándome de él. No sé por qué me interesa esta gente malediciente. Soy todo oídos.

LONGOTOMA

Entonces has de creerme que son muy pocos, que son rarísimos los que critican a otros con verdadera sinceridad. ¡Esto es muy difícil, Onofre, muy difícil! Pues si tú eres de una franca sinceridad, tu crítica toma otro cariz y entra de lleno a lo que se llama "el juicio crítico". Y esto es otra cosa, mi buen Onofre, es algo totalmente diferente; pues es algo de otra región, una región que necesita de toda la seriedad del que se introduce en ella.

¡Oh, esto me ha llevado –Dios sabrá por qué caminos– a pensar en lo diferentes que somos! ¿Has pensado tú qué de distancias planetarias existen entre nosotros? ¡Es algo increíble!

Yo
Creo yo que somos solos, completamente solos y que esta comprensión que creemos tener de los demás, no es sino una ilusión nuestra.

LONGOTOMA

Así es, amigo mío, así es. Piensa tú en nuestras aspiraciones, en nuestras penas como también en nuestras alegrías, en aquello que nos divierte como en aquello que causa un pesar sin nombre... ¡No hay caso! ¡Estamos solos y nada más que solos!

Sin embargo existe un... un...¿Cómo podría llamarlo? Lo llamaría yo: "un espíritu grupo" que, a veces, se ve nitidamente.

Yo
¿Por qué no llamarlo: egrégor? Creo que tal es la palabra a la que tú quieres llegar.

LONGOTOMA

Tal vez; en todo caso existe este egrégor con toda nitidez. Lo he visto en los avaros y, por divertirme, un día me puse a sacar la cuenta, a definir, cómo funcionan estos terribles tipos que son los avaros. Llegué a la siguiente conclusión:

El hombre que no tiene dinero o que sólo tiene 100, ese hombre gasta los 100; el hombre que tiene 200 gasta 180; el que tiene 500, gasta 200; el que tiene 900, gasta 220; el que tiene 1.300 baja un poquitín y, por miles de tribulaciones que lo asaltan, se reduce a gastar sólo 200. Y cuando llega a tener 2.000, entonces se pone muy serio y reduce sus gastos a 160. Pero la suerte lo acompaña a este buen ciudadano y ahora tiene 2.500; acto continuo sus gastos, por ningún motivo han de pasar los 100. Pero la suerte lo sigue acom-

pañando y ahora tiene 3.000; la seriedad absoluta lo ha invadido y el hombre, después de extremadamente serios cálculos, decide, gastar nada más que 50. Pero la suerte sigue y sigue, mi buen Onofre; la suerte no lo abandona ni un solo instante; imagínate que ahora el tan bendecido por la mano de los ángeles y de los arcángeles y de los corredores de la Bolsa, tiene para sus gastos la suma de 4.000, ¿te das cuenta, Onofre? ¡4.000 para echarlos a volar!

Nuestro hombre dice: no. Sale, va por las calles a la velocidad que sus pies le permiten, entra en la Bolsa, visita a don Fulano y luego conferencia con Zutano y oye los consejos de Mengano y vuelve a visitar a don Fulano... ¿Qué hacer en trance tan difícil?

¡¡Eureka!! Nuestro hombre ha encontrado; nuestro hombre va y pide dinero prestado... Yo

¡Admirable, Desiderio, has hecho el fiel retrato de los avaros! Porque los has retratado con una fidelidad asombrosa, perfecta.

LONGOTOMA

No es la primera vez que me lo dicen, mi tan buen Onofre. Esto mismo lo hablé, hará unos cuantos días, con Tiburcio Azapa; tú sabes, en el Club Cero. Porque también lo frecuento de cuando en cuando. La vida es demasiado llena de buenas cosas y yo me entretengo con estas buenas cosas. Sobre todo, que no hay ni la menor maledicencia en mí. ¡Todo me gusta, Onofre, todo! En todas partes veo la vida bullir y ello para mí es algo sabrosísimo. ¿Cómo iba yo a dejar de frecuentar el Club Cero?

Yo

En verdad, hay que frecuentarlo. Pero no sabía que tú, Desiderio, fueras un partidario de los comunistas; creía yo que, esas cosas, te eran perfectamente indiferentes.

LONGOTOMA

El horror que he sentido por los capitalistas me ha hecho acercarme a los comunistas. Con éstos se está mejor, se está mil veces mejor. Los capitalistas llegan, con su espantoso y jamás frenado amor al dinero, llegan a producirme náuseas. Le dije este cálculo del hombre que tiene dinero en aumento y lo que, según este aumento, va gastando hasta verse obligado a pedir dinero prestado. Tiburcio, sonriente, me aprobó plenamente. Pero tú has de saber que ahí no más quedo yo; no voy más lejos, no, no voy...

Me basta con quedar convencido con su lado positivo y esperar, poquito a poco, que ellos triunfen por todos lados. Mientras tanto, ¡qué quieres, Onofre!, miro las flores y miro las estrellas y, ¡no lo olvides!, me paseo por esas calles tan llenas de imprevistos.

Pues yo no sé discutir; yo me confundo cuando hay que inventar teorías y teóricas. Eso... ¡que lo hagan otros! Mi voz no hará ni acelerar ni retardar ésta que veo como una marcha grandiosa. Si se tratara de firmar algo, de hacerse presente sin que lo miren a uno de arriba a abajo... entonces ¡sí, sí y mil veces sí!

Yo

¡Te felicito y vuelvo a felicitarte, mi enorme y sabio Desiderio Longotoma! Hablando así, así, como que no quiere la cosa, me has quitado muchísimos kilos de encima. Ahora estoy ligero, estoy lleno de ansias de mirar, como tú, flores y estrellas.

¡Viva la vida, Desiderio! Me voy, como tú, a caminar y voy, voy a sonreír para mis adentros.

LONGOTOMA

Y yo voy a esperar a mi amigo Jabalí Batuco. No ha de tardar. Tal vez marcha ahora con lentitud pues tiene que... tiene que...

Detengámonos un momento y, sombrero en mano, veámoslo pasar. Y él pasa, impertérrito, a pasos completamente regulares, fija la mirada en lontananza y vestido como siempre se viste. Pasa. Tras él... ¡Oh! Es una riña, una espantosa disputa entre una serie de... de...

¿Qué son esos que así riñen sin piedad y sin tregua?

Por momentos son escarabajos; luego son hierbas movedizas que se arrancan del suelo y saltan; después son enanitos risibles y, entre ellos se hacen zancadillas y caen; luego son arañas que me dan un franco terror sólo con percibir las; luego son filamentos de metales que, a veces, toman la forma de serpientes. Pero él, él, él, nada; él marcha sereno y las notas de Ravel cubren el horizonte, lo cubren todo entero.

Así marcha el hombre Martín Quilpué.

Pero la gente parece no advertirlo. Todos siguen caminando sin mostrar ni la menor sorpresa, ¡qué decir una desazón cualquiera! Todos pasan y siguen. Un amigo mío llegó a gritarme en medio de esa turba que perseguía al hombre Martín Quilpué:

—¡Salud! ¡Cómo te va...!

Pero no así las viejas, las viejitas. Eran muchas, muchísimas, las que se detenían y cambiaban su rumbo de marcha para continuar tras el hombre. Y cuchicheaban y hasta discutían y alegaban cosas que yo no alcanzaba a escuchar.

Total: ahora, ante mi vista, pasaban las viejitas, pasaban miles, decenas de miles, tantas que yo no habría jamás imaginado que las hubiera en tal número aquí en esta ciudad del río Santa Bárbara.

Al principio me alegré de verlas; luego, me cansaron; por fin, me aburrieron y me exasperaron. Ya el hombre Martín Quilpué se había perdido de vista y ellas, las viejitas, seguían siempre desfilando.

Me volví, di vueltas y marché en otro sentido. Marché presuroso. Una voz me detuvo:

—¡Alto, enorme amigo! ¡Alto!

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Eres tú? Veo que vas con tu mujer. Señora, cuánto gusto de poder estrechar su mano.

Y estreché la mano de Polinesia Loncotoro. Ella me saludó y dijo rápidamente:

—Me comería un churrasco.

—Y tú, ¿qué dices, mi querido Eusebio?

Respondió de inmediato:

—Vamos a comer ese churrasco. Esta vez tú también lo comerás, mi querido y enorme Onofre. Yo, a mi vez, comeré uno pero... ¡ah, inmenso amigo! Yo comeré uno apenas te haya leído este papelito que llevo aquí, en mi bolsillo.

—Sé lo que ha de ser ese papelito.

—Sí —me respondió—; es una Zambafusa, la N^o 24. La leeré y tú me escucharás.

Polinesia protestó:

—¡Yo quiero comerme un churrasco con gran cantidad, con doble cantidad de mantequilla!

Eusebio, con altiva seriedad expresó:

—El Bar Boteo es el bar indicado.

—¡Vamos allá! —clamamos al unísono Polinesia y yo.

Y los tres nos dirigimos al Bar Boteo, veloces como autos que estuvieran disputando una prueba de velocidad.

Nos sentamos. El camarero conocía ya, sin duda, a mis amigos pues de inmediato trajo

un par de copitas y un enorme churrasco que fue debidamente devorado por Polinesia. Inmediatamente pidió otro. Y el grande de Eusebio Palena se dispuso a leer:

Zambafusa N° 24

No sé si vosotros véis el problema como yo lo veo. Tal vez algunos de vosotros practican diversas y muy variadas formas de los mejores deseos que las mismas cosas, las mismas gentes, los mismos acontecimientos proclaman:

—Sí, así debe ser porque estaría a sufrir la idea como sufre una semilla.

La semilla es la confusión y la materia elemental de la calidad de nuestro ser consciente. De suerte que el pensamiento cuantitativo acerca de nosotros jamás tuvo un caso que hubiera llegado a su fin.

—¿Qué sería?

Meditó y luego compró un ejemplar del periódico y dio la vuelta por el camino de sirga aunque él seguía sentado, con la vista sobre el sobre, sin hacer ni el más pequeño movimiento.

Y yo me pregunto:

“Si este axioma es importante, ¿por qué la ciencia no se preocupa de él?”

¡Esta es la clave para la comprensión de nuestra vida y, esta clave, se encontró hace mucho tiempo! Es también la causa de un gran número de engaños en los principios de libertad y de justicia. Además se debe entender que todos los objetos que nos son conocidos existen en la respuesta a estas demandas. Por eso ha salido el Sol y por eso he telefoneado.

Ambos almorzamos un plato de fideos y los tantos elementales que nos perseguían formaron una guardia sexual con todos los recuerdos presentes en mí. Así, nada hay que sea mensurable en el mundo de ayer. Pues es el ruido del éxito el que te llama y te acompaña.

Debo, pues, morir. Mis funerales pasan y la plebe llora mi defunción. Entonces, herido, salgo de ese tan lóbrego ataúd y proclamo:

—Señores, mucho más bajo está el afán de lo que es pintoresco porque los negros y los ocreos no son ni han sido para cosquillar las antenas que paseo.

Retumbó entonces un cañonazo y todos caímos de hinojos gritando lo que nuestros oídos no lograron juntar con lo anteriormente escuchado por los lagartos mudos, inmóviles y marinescos en lo criticable.

Exclamé lleno de euforia:

—¡¡He dicho!!

—¿Que te ha parecido, mi querido y buen Onofre, esta producción de mi intelecto? ¿No encuentras tú que me he superado? ¿No ves que ya estoy rozando las tierras del genio creador?

Exclamé de inmediato:

—¿Rozando, has dicho? ¡Oh, qué modestia digno de aquel que es un genio! En esta Zambafusa N° 24, te has mil veces superado, mi gran Palena, has llegado a igualar las más hermosas páginas de esa obra inmortal, la obra que nos cuenta las aventuras del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. En este momento, para celebrarla, don Miguel de

Cervantes y Saavedra debe estar tomando una bebida a tu salud y todos los genios de las letras deben estar bebiendo con él y viviendo tu cacumen, mi gran Eusebio Palena.

Él respondió:

—Gracias; es lo que creo yo también. El genio se ha inclinado ante mí y, ante esta inclinación, ha brotado la Zambafusa que acabo de leerte. Por ella, hagamos como don Miguel de Cervantes y bebamos otra copita de un trago que nos traiga al mundo de todos.

—¡Eso es! —grité lleno de entusiasmo—. Y usted, mi querida Polinesia, ¿nos acompañará a beber por la Zambafusa N° 24 de su tan ilustre marido?

Ella respondió:

—Yo me comería gustosa otro churrasco.

Pero Eusebio Palena tenía su secreto y se precipitó hacia el camarero hablándole en voz baja. Momentos más tarde este camarero se acercaba a nuestra mesa, nos servía dos traguitos de pisco y a la bella Polinesia le ofrendaba un emparedado de merluza y de salmón cubierto de riquísimos aguacates molidos.

—¿Qué tal tu emparedado, mi adorada Polinesia? —indagó Palena.

—Exquisito —fue su respuesta—. Es tan digno de ser comido como lo es un buen churrasco.

Y los tres comimos y bebimos por la gloria inmortal de aquel que es el creador máximo de todas las Zambafusas de esta Tierra.

Momentos después nos separábamos. Vi perderse al genial Eusebio Palena del brazo de la bella Polinesia Loncotoro.

Yo...¿qué hacer?

Caminé por las calles lentamente. De pronto me encontré en la puerta del cine Homo Sapiens. Entré unos momentos y luego volví a salir pues mi cabeza estaba vagando lejos de la película. Por fin resolví volver a casa, a Fray Tomate. Antes de entrar en mi departamento, entré al de Lorenzo Angol.

Acababa de estar con su primo, el capitán Angol y habían departido largo rato sobre el fundo de Curihue, ese famoso fundo que tan gratos recuerdos siempre evoca en mí. El capitán debe haber estado en un mal momento pues había dicho:

—El fundo de Curihue no es mío, no, no lo es. ¿Sabes tú por qué? Por la sencilla razón de que yo soy del fundo en vez del fundo ser mío. Él se ha individualizado y se ha convertido en una especie de ente que me trata de igual a igual y, a veces, de superior e inferior. Total: estoy ahora más esclavo que cuando era aviador. Es algo atroz.

Luego callamos. Medité unos instantes sobre estas palabras del capitán Angol y vi ese fundo —para mí manantial de recuerdos— lo vi individualizándose y tratando a su propietario de igual a igual. Se lo dije a Lorenzo. Algo me contestó pero ya no recuerdo qué fue. Volvimos a callar.

Así prosiguió nuestra charla con suma lentitud. Hablábamos un rato y luego dejábamos que el silencio se aposentara junto a nosotros. La verdadera charla se hacía lejos, muy lejos. Ambos, tanto Lorenzo como yo, sólo expresábamos los extremos de un diálogo que se ejecutaba allá, a incommensurables distancias nuestras, pero que era un diálogo que partes nuestras hacían.

Voy ahora a poner lo que, de este diálogo, es posible transcribir. Nada más. Lorenzo, de pronto, me dijo siguiendo algo que yo le había dicho o que *se me había obligado a decir*:

—Por cierto; el hombre es un animal sociable y luego prefiere cualquier amistad a la soledad que se presenta.

Yo le dije:

—Tal ha sido lo que tiene que haberle ocurrido a tu primo, el capitán. Por mucho que él se queje ahora, marcharán bien, el fundo y él y serán buenos amigos.

Lorenzo dijo:

—Ahora estoy solo. Benilde Panilonco está conmigo y mucho me acompaña; como me acompaña Jateña, la pequeñita Jateña, que partió antes que yo a seguir su marcha. Pero yo estoy solo; solo con mi Anam, mi "ángel-amigo". ¡Oh, supieras tú cuán difícil es no tener más compañía que ésta de un ser que exige otra manera de vivir... ¡Consuélate, Onofre, de tener junto a ti a Juan Emar! Tienes así un ideal que perseguir; tienes una finalidad en tu existir.

Luego dijimos o, mejor sería explicarse diciendo: SE DIJO; pues ¿fue él o fui yo quien así se expresó? No lo sé. Aquello sonó en nuestra habitación y nosotros, junto con ser los portavoces de lo que se hablaba allá lejos, oíamos, creo, contentos esta lejana conversación.

—Siempre he sostenido una lucha entre dos tendencias: Oriente y Occidente. Por cierto que todo mi ser se inclina al Oriente. Pero lo veo tan lejano, lo veo siempre en compañía de la soledad más, más absoluta...

—Yo escribo y trabajo para otro mundo. Como ahora charlamos, así escribo. Esto pone una barrera entre los otros hombres de letras y yo. Y me gustaría hacer grandes obras. Siento que mi vida no se llenaría sin ellas. Pero aquí, aquí en San Agustín de Tango... ¿qué?

—Aquí se ve la misma gente y yo quisiera escribir para..., para otra gente que no viviera en este mundo, que estuviera fuera de él, sí, fuera de él.

—Esta gente que siempre vemos son variaciones sobre el mismo tema. Es necesario, ¡otros temas!

—Debemos buscar por otros senderos...

—Debemos buscar fuera del tiempo...

—Llegar a lo estable dentro del tiempo movedizo...

—Tenemos que hacer de lo efímero una eternidad...

—El psicoanálisis empieza el día de nuestro nacimiento. A lo mejor se prolonga hasta la vida intrauterina. Pero antes de la concepción no hay nada. Nacemos con una carga que viene de nuestros padres. Así explican a los heredoalcohólicos y los heredofilíticos y tantos otros más. ¿Es posible?

—Pues se ha querido reemplazar nuestra vida eterna por un poco de tiempo aquí en la Tierra...

—Tienen que ajustar a este tiempo toda la eternidad...

—Un despropósito del que resulta un absurdo...

—¡Pobres y lamentables positivistas!...

—Ahora siento que todo empieza a moverse, ¡todo, todo! Menos nosotros dos. Y alguien dirige esta marcha de todo. Tal vez es esa copia que hay allí.

—Es una copia de Van Aken. El original que se llama *El Fin del Mundo*.

—Algo me susurra. Debo copiar lo que dice:

Avanzamos lentamente hacia el verano de mañana.

De noche en noche lo agotaremos hasta su último día.

Echaremos en él grandes campos con crímenes remotos, flagelaciones y duendes. Y lo clausuraremos desde un picacho cordillerano.

Entonces, aquí en San Agustín de Tango, fusilarán a un hombre para que empiece el otoño.

—¿De dónde vendrá la percepción mayor? ¿Crees tú que ella viene por el hecho de atravesar una puerta y encontrarse frente a las silenciosas ideas que esperan una voz que les diga: “Levántate y preséntate a los hombres que esperan verte”.

—Tal es lo que dice Rubén de Loa...

—Me gustaría ver a ese gran pintor que es Rubén de Loa...

—A veces viene esta percepción mayor sin que nosotros lo hayamos perdido y sin desearlo. A veces alcanza el Todo...

—Yo lo veo, lo conozco... El Todo...

—Siempre subsiste la misma pregunta: ¿Cómo lo he visto? ¿Por dónde ha llegado hasta mí?

—Ese hombre que van a fusilar para que el otoño se presente, creo yo que no existe. Pero el hecho de no existir *aquí*, aquí en la Tierra, no impide que sea fusilado más allá.

—Quisiera escribir.

—Yo quisiera reposar en mi casa.

—¡Adiós, Lorenzo!

—¡Adiós, Onofre!

Y así nos separamos. Todo estaba quieto. Iré mañana a ver a mi amigo Rubén de Loa y también iré a ver a Rosendo Paine. Luego iré hacia ti, mi Colomba, y, a tu lado, olvidaré o recordaré mejor lo que aquí he vivido.

171

He estado en la calle de El Vicario. Nicole Chaumont dormía bajo las influencias del opio: he conversado con Rosendo Paine que me ha recibido alegremente, tendido en el sofá de su escritorio. A su lado estaba la concertina. Me dijo al ver que yo la miraba:

—Quise tocarla y entonar algunos aires. Luego sonreí al ver que mis dedos no obedecían. ¡Qué quieres, Onofre! La concertina me fue algo demasiado de este mundo y, tú sabes, con el opio voy a otro, a otro muy lejano mundo. La dejé, pues, de lado y preferí fumarme una pipa más, o dos pipas, o, acaso, tres. Así velaba yo el sueño de mi querida Nicole.

Le pregunté:

—¿Estás en ánimo de conversar? ¿No te aparezo yo demasiado de este mundo como te apareció la concertina?

Su respuesta fue:

—De ningún modo. Así, estando tendido y teniendo frente a mí a un buen amigo como eres tú, Onofre, todo lo que sea charla, una buena charla sin precipitación de ninguna especie, me parece, por cierto, una cosa digna de tener en cuenta.

Y sin más, Rosendo se puso a hablar.

ROSENDO

¿Por qué viene Morena Relbunco a mi memoria? Es la primera persona que

aparece ante mis ojos. Viene acompañada de la tan linda Calucha. Y ambas me llevan al fundo del capitán Angol, a Curihue. Y desde este fundo me echan a los tiempos en que amé tanto y tanto a Catalina. La amé y quise escribir aquel silencio que se produjo entre nosotros. Tú debes recordarlo; eran notas y más notas. No las seguí pues otro era el destino que se presentaba ante mis ojos aunque, de verdad, yo, en aquellos tiempos, ni imaginaba la existencia del opio.

¡Hoy, sí!

Hoy vivo para él y, debes creerme, no estoy arrepentido como no lo está Nicole tampoco. Porque con el opio se está siempre en otra región que, en la vida diaria, rara vez se encuentra.

Yo

He estado en ella; he estado al caer de rodillas ante ella, ante Diana Papudo. Lo ha estado también Lorenzo Angol al caer, como yo, a los pies de Alsina Cochoa.

ROSENDO

Pero las miserias de esta vida rondaban junto a ambos. Era un suspenso y nada más. Ahora, con la droga, es la permanencia de esa región.

Óyeme bien, Onofre. Te contaré algunos recuerdos míos como ellos quieran llegar hasta mí.

Yo

Muy bien; soy todo oídos.

ROSENDO

Me paseaba yo, cierta vez, por una calle lejana, en los alrededores de esta ciudad. Me paseaba sin saber qué hacer y deseando sólo llegar a casa para tenderme con mi pipa al lado.

Pasé, de pronto, frente a una escuela a la hora en que las numerosas alumnas habían terminado sus clases y salían precipitadamente, salían riendo, lanzando gritos de alegría y atropellándose.

Seguí indiferente. Llegué a casa y mi mujer, Nicole, me tenía ya listo el opio. Así es que fumamos en silencio.

Súbitamente apareció en mi mente ese colegio que acababa de ver con indiferencia y, al verlo, te aseguro que con toda nitidez, una pregunta vino a mí:

“Si todo fuese diferente, ¿qué sucedería?”

Tuve que responderme que no sucedería nada, absolutamente nada. El mundo podría ser al revés y obedecer a otras leyes; esas niñas que había visto podrían muy bien entrar al colegio marchando hacia atrás y los cursos que recibirían podrían muy bien ser dados en sentido contrario.

Vi, Onofre, que todo esto lo había pensado con rapidez y luego lo había sumido en mi indiferencia pues, de haber seguido con tales pensamientos, me habría llevado a una serie dificultosa de consideraciones. Y yo no quería pensar, no, no lo quería...

Ahora, sí; ahora podía ver todo eso y vi a esas niñas marchando al revés, oyendo cursos que, en nuestro estado llamado natural, son totalmente absurdos e incomprensibles.

Dime, Onofre, ¿por qué no?

Sonreí y comprendí que estábamos sometidos a unas leyes que se nos asegura ser las verdaderas y las únicas. Y no es así.

Porque todas las posibilidades aparecieron ante mis ojos. Y yo me encontraba en medio de este sin número de ellas viviendo entre ellas sin que nada tocara mi personalidad.

Pues se vive de otro modo bajo la influencia de la droga, se vive guiado por leyes diferentes y en todo cuanto ocurre, sea según las leyes a las que estamos acostumbrados, sea según leyes nuevas que rehacen el mundo dejándolo igual, en todo sigue la más perfecta coordinación. ¡Una coordinación que te hace levantar la mano y bendecir! Pero...

Pero, ¿valdrá la pena bendecir?

No, no vale la pena, no la vale. Más vale fumar otra pipa y dejar que esa bendición se haga sola en otra parte, muy lejos o muy cerca. Tú fumas y dejas que tu cerebro vagabundee por donde quiera. Así... pensé en ti. Y te vi aferrándote a las leyes que ya tienes costumbre de oír y a las cuales quieres agarrarte para que no vaya a caer ese edificio sólido en que vives. Si él cayera, estarías perdido, no sabrías qué hacer. Yo..., yo no me preocupo pues dejo que el mundo se rija por una voluntad superior que respiro hondamente en medio de la felicidad más completa.

Pero no es una felicidad que no haya donde atribuirse. Es sólida.

Tú, tal vez, encuentres que no hay lógica en lo que te digo. Tal vez encuentres que hablo sin son ni ton. ¿No es verdad, mi querido y paciente Onofre?

Yo
Trato de seguir la lógica que hay en lo que dices, trato de seguirla pero, te confesaré, ello me es sumamente difícil. Es, acaso, una lógica de otro plano al cual no estoy debidamente acostumbrado.

ROSENDO
Para mí, cuanto te digo, es la lógica misma. Todo se une con una perfecta lógica. Todo se une en un sitio en el que reina la armonía perfecta. Es a este sitio al que yo envío una sonrisa de felicidad.

En este sitio no puede haber ningún error. Es el sitio de la dicha suprema. Es la armonía total. ¡Qué pequeños y qué míseros hallo a los hombres que tratan de llegar a ellas y están aferrados por otras cosas, otras leyes, otros principios inviolables!

Dime, Onofre, ¿no te gustaría fumar una pipa, una sola? Verías, de inmediato, cómo todo se armoniza y es perfectamente congruente.

Yo
Prefiero oírte en este estado en que me hallo. No, gracias; será para otra vez. Ahora estoy en otra cosa.

ROSENDO
¿En qué? Habla y di cuanto te pasa por la mente.

Yo
Ahora estoy tratando de penetrarme bien en tus palabras. De este modo puede ser que ambas filosofías, ambos principios, el tuyo y el mío, lleguen a un acuerdo.

ROSENDO
No fuerces tu intelecto, te lo ruego, mi buen y estimable Onofre. No lo fuerces. Debemos crear la armonía, la perfecta armonía. Déjame fumar una pipa más. Ella nos ayudará a ir a ese mundo de perfecta unión entre los hombres.

Yo
Fuma, Rosendo, fuma. Ya siento que esa unión llega.

Rosendo torció el opio y lo puso junto a la lamparilla que ardía a su lado. Fumó todo de una sola aspiración; luego arrojó el humo, quedó inmóvil y, por fin, me miró sonriente. Luego me interrogó:

ROSENDO

¿Por qué siempre, en esa lógica en la que tú vives, siempre se ha de saber a qué atribuirlo todo? ¿No crees tú que es la lógica inamovible la que rige esta manera de pensar? ¡Tiene que haber una causa! ¡Tiene que haberla! Entonces se dice una, la que sea, se dice una causa cualquiera.

Pero sé que te estoy hablando en un idioma que es para ti, nada más que para ti. ¡Yo he ido a tu lado en vez de venir tú al mío! Y así he dejado, por unos cuantos minutos, ese reino donde estaba.

Yo

¡Vuelve a él, Rosendo, vuelve a él! Yo te oiré con toda atención y, créeme, trataré de incorporarme en él.

ROSENDO

Conversemos, Onofre, conversemos apaciblemente, con mucha lentitud y moderación. ¡Que todo sea blando, muelle, en torno nuestro!

Así es como yo sueño que ha de ser la convivencia entre los muy altos espíritus de allá, de allá lejos, de allá del Oriente. Y así es como debería hablarse siempre. Es decir, dos conversan y uno de ellos dice lo que piensa sobre un tema dado, sobre cualquier tema.

El otro ha escuchado en silencio. Luego, sin turbar la paz que allí reina entre ambos, asiente con un ligero movimiento de cabeza.

El que hablaba ha comprendido lo que significa este movimiento; no es un beneplácito que ha recibido; no, no lo es. Es, solamente, una afirmación de que ya se ha entendido y una invitación tácita a que puede guardar silencio. Así es que no se habla más.

Después de un tiempo, éste que había escuchado, da su opinión. Y vuelve el silencio. Han hecho que, el tema que ellos trataban, sea un tercer personaje. Han hecho colaborar al tiempo en esta charla.

Ahora ha llegado, para ellos, el mensaje que se esperaba. Y nada más. Porque ha sido ésta una meditación no forzada. Ambos estaban callados y en espera ante esa meditación; ha sido una meditación no violentada por los deseos personales de aquellos que la habían producido; ha sido una meditación espontánea. Ante esta espontaneidad ellos se inclinan.

Porque en tu mundo, mi querido y buen Onofre, no se charla así. En general creo que aquí en Occidente, no se sabe contar con la colaboración del tiempo. Aquí hay que ganar, ¡ganar!

¿Me has entendido lo que quiero expresar con este verbo? ¡Ganar!

Yo

Sí, ahora te he comprendido. Es, en verdad, algo atroz ese deseo de ganar, de salirse del paso con una respuesta más o menos acertada.

ROSENDO

Y después de decir esta respuesta... Bueno, se va a otro tema y el primero, el que fue objeto de un momento, y nada más que de un momento de concentración, se echa al olvido y se le deja perderse en el vacío, en la nada.

Nada debe ir al vacío, nada debe perderse en la nada. Todo debe estar siempre presente en uno. Así es como se siente la armonía, la gran armonía universal. Y, en medio de ella, tú sientes que tú eres armónico.

Tú sientes vívida esa armonía en tu ser.

Cuando se vive en esta armonía vívida dentro de tu ser, quedan lejos, muy lejos, las frases con que tratan de aprisionarte los demás seres. Pues tratan de aprisionarte para

sentir la sensación de que te tienen en su poder. Luego, cuando ya se han separado de tí, vuelve el olvido a lo que acaba de acontecer y son ahora otras preocupaciones las que toman esos cerebros..., otras preocupaciones..., otras. ¡Bien, que sigan con ellas! Yo sigo en la armonía... en la armonía eterna. Y así, dentro de ella, puedo huir de esos hombres que me persiguen. ¿Sabes tú como me persiguen, Onofre?

Yo

No, lo ignoro totalmente. Creo, más bien, que tú estás ahora por terrenos que son de pura imaginación y, en los cuales, me es imposible seguirte.

ROSENDO

No lo creas, Onofre. Me persiguen haciéndome una pregunta, nada más que una pregunta. Es ella muy sencilla... para ellos; no lo es para mí.

Yo

¿Y cuál es esa pregunta?

ROSENDO

Te la diré lentamente; te la diré hablando como yo creo, como yo sé que se habla allá, allá, en ese Oriente en que sueño. ¿Has oído bien, mi buen Onofre? Tu gesto me ha sido suficiente para entenderte. Dices tú que no has hecho ningún gesto. ¿Eso has dicho? ¿Es posible, Onofre?

Yo

Yo nada he dicho. Sigo aquí sin pronunciar palabra. Sigo oyéndote y nada más que oyéndote.

ROSENDO

No discutamos, no discutamos, por favor. Hablábamos de un sujeto que se me acerca, o se me aleja, o lo que tú quieras, y que, desde mi lado o a distancias inconmensurables, me hace un guiño y me pregunta:

—¿Qué escribe usted, amigo Rosendo? ¿Qué proyectos literarios tiene usted ahora en perspectiva? Hace tiempo que nada leemos de usted. ¡Debería usted darnos una nueva obra!

Imagínate, Onofre, qué pregunta para mí tan sin sentido. Pues ya te he dicho, yo vivo en la armonía universal, donde no caben semejantes preguntas.

¿Por qué me lo preguntan? ¿Por qué...?

Yo escribo en la armonía universal; por lo tanto me es imposible responder a una pregunta tan demasiado concreta como las que se usan en tu mundo, mi querido Onofre. Así es que no les respondo. Digo una cosa cualquiera y cambio de tema. Pues esto es algo francamente, te lo aseguro, insoportable. ¿Qué afán tienen los hombres de meterse en aquello que uno hace o no hace? ¿Qué afán es éste?

Sigamos nuestra charla; si esto puede llamarse una charla. Ese recuerdo de cómo han de hablar los altos espíritus del Oriente, ese estático recuerdo me viene a todo momento. Por eso te digo, mi buen Onofre, si algo tienes que advertirme o algo que decirme... no tienes más que volver a visitarme dentro de unos días, cuando ya se haya cristalizado en tu mente la respuesta que debes darme.

Yo

Bien, Rosendo, así te escucharé. Me has contagiado con esa calma que dices. Yo también deseo que así se hable pues debe hablarse de este modo siempre, siempre.

ROSENDO

Fumaré otra pipa. Así, así, ¡Qué calma llega a mí! ¡Qué calma universal! En ella

viene un mensaje para ti, Onofre. Te lo voy a comunicar. Tú me responderás después, mucho tiempo después.

Este es el mensaje:

Te veo ladrando, mi buen Onofre, como un perro desesperado. Todo es un problema espantoso para ti. Y olvidas la causa que hace del mundo un mundo erizado de problemas espantosos. Pues algo olvidas. Tú me preguntarás qué es lo que olvidas.

Olvidas la paz luminosa; olvidas esa paz que ha huido de tu lado. Entonces te afanas tras de pequeñas cosas y esas pequeñas cosas se hacen enormes, se hacen gigantescas para tus ojos.

¿Encuentras muy extraño cuanto te digo? ¿Me puedes seguir bien?

Yo

Te sigo perfectamente y me place oírte.

ROSENDO

Me reconfortas; ¡no olvides esa manera de hablar que sueño yo! ¡Esa manera de Oriente!

Dicen algunos que el opio es una entrada a la vida universal; en esto están de acuerdo. Pero agregan: "Es una entrada por la puerta falsa". Yo me pregunto: "¿Puede haber puertas falsas para ir hacia la paz eterna?"

Sea ella falsa o sea verdadera, es siempre preferible a esos ladridos destemplados que lanza el perro en busca de quietud.

¡Quietud inamovible! Ahora yo podría morir... ¿Qué importa?

Me podrían hacer sufrir... ¿Qué importa?

¡Hacer sufrir...! Jamás encontrarían los medios para llegar a causarme un sufrimiento cualquiera. Pues el sufrimiento no tiene cabida en mí.

Podrían cortarme una pierna; podrían cortarme un brazo; podrían descuartizarme sin anestesia... ¿Qué importa?

Ellos quedarían cortos al lado del mundo en que vivo.

Sonó, de pronto, el teléfono. Quise ir a comunicarme yo con aquel que llamaba. Pero Rosendo ya se había levantado, iba al aparato y contestaba.

Rosendo atendió el llamado perfectamente. Ni siquiera lo apresuró. Habló como un hombre que se halla con todas sus facultades en perfecto estado.

Ante esto, yo quedé abismado. La embriaguez del opio había desaparecido. Tuve que esperar que volviera, se echara y, lentamente, volviera a la embriaguez alejada unos instantes.

ROSENDO

¿Te ha extrañado mi modo de proceder? ¿O querías tú que yo obrara como un ebrio de alcohol que todo lo confunde? ¡Oh, no, mi buen Onofre! Es inconmensurable la distancia que hay entre un ebrio de alcohol y un ebrio de opio. El alcohol lo he dejado, lo he abandonado y ahora me horroriza. A mi mujercita le ha ocurrido otro tanto. Ni ella ni yo... ¡nada de alcohol! Y no debes olvidar que yo fui un gran bebedor; lo fui durante cinco años, allá en 1952 hasta 1957. Puedo, pues, comparar estas dos ebriedades y puedo asegurarte que nada tienen de común. Óyeme bien:

El alcohólico es atraído siempre por el ruido, por las luces, por el griterío y la algazara.

Nosotros, los opiómanos, no; pues sólo deseamos el silencio, el mutismo, la calma, la paz. Y deseamos otra cosa más, sí, otra cosa más. ¿Sabes tú qué?

Yo Me lo imagino. Deben desear un sofá o un diván comodísimo donde poder reposar con tranquilidad.

ROSENDO ¡Oh, no, amigo mío! Nosotros los opiómanos nos acostamos en cualquier parte. Esa parte que hemos escogido se hace, a nuestro contacto, blanda, muelle como la mejor cama que tú, en ese estado en que vives, sueñas cuando dices "reposar".

Ve, asómate a ver a Nicole. Ella reposa. Ve, Onofre, y luego dime cómo está en ese dulce reposo.

Me asomé a la pieza del lado. Allí vi a Nicole. Pero no en su gran cama que permanecía intacta. Ella dormía tendida en el suelo y, en su sonrisa, se veía cuán dichosa era de reposarse así.

Yo Tienes toda la razón. Ella, Nicole, duerme echada por el suelo y sonrío dichosa.

ROSENDO No es, pues, ese diván en que tú habías pensado; es otra cosa. ¡Otra cosa que siempre nos acompaña! ¿Sabes tú qué?

¡Naranjas! ¡¡Naranjas!!

Ya lo puedes ver: aquí tengo una y la comeré mientras mi ser ha de seguir vagando por la vida eterna.

¡Naranjas! ¡¡Naranjas!!

Yo En eso te acompañaría, mi querido Rosendo. Dame a mí también una naranja que saborear. Y ahora, como tú dices, vámonos a Oriente rodeados de una gran calma.

ROSENDO ¿Quieres una calma oriental? Yo te la daré; yo te la daré dejando a mi espíritu que viaje por esta eternidad en la cual ya estoy. ¡Déjame! Y, al decir que me dejes, tú, Onofre, has vuelto a aparecer y te veo con mayor claridad que si fijo mis ojos en ti. Te veo luchando y sonriendo con alegría porque has triunfado en esta lucha. Tú, Onofre, te has libertado de la *unidad literaria* de todos tus personajes. ¿No es así?

Yo Así es. Siempre me había repelido esa unidad que los autores se afanaban por dar a los personajes que trataban. La veía yo como un deseo de *hacer literatura*. Creo yo que los personajes son libres, ¡libres!

ROSENDO Sí, tienes razón: los personajes son libres y, al verlos tratados por los literatos, son personajes hechos sobre medida a los que no se les permite ni un solo gesto fuera de la imagen que el autor ha concebido. Te has libertado de esto pero... pero...

Yo Pero, ¿qué?

ROSENDO Pero... no te has fijado que has caído en la unidad férrea de la *lógica que corre*

por las calles y que a todos, ¡a todos!, tiene agarrotados con su invulnerable principio, su inamovible principio *sine qua non*.

Yo

¿Encuentras tú que los seres a quienes trato no poseen la libertad de vagar por otros mundos, de ir hacia la gran eternidad?

ROSENDO

Esta libertad es prohibida. Porque nuestro mundo está doblegado a una lógica única a la que todos deben obedecer. Dentro de esta lógica, pueden hacer cuanto quieran pero no deben salirse de ella.

Piensa en esto, mi buen Onofre: la libertad está prohibida cuando se trata de una colectividad, de la enorme colectividad que todos nosotros formamos. Tú, sí, eres tú, el que a esta colectividad la llamas: los egrégos. ¿No es así? ¡Egrégos! Esta palabra me gusta.

Pero ahora voy hacia otros mundos y, en ellos, veo a mi madre.

Yo

¿Ves a tu madre? ¿Ves a doña Justina Parral? ¡Oh, cuéntame esa visión que has tenido, mi querido Rosendo! ¡Sí, cuéntamela, por favor!

ROSENDO

Hace ya tiempo que mi madre murió. Tuve, por cierto, una verdadera conmoción en el momento de su muerte. Luego me fui calmando y, al fin, consideré que ella había hecho su vida y que, justo era, que ahora siguiera a otros mundos o volviera a la nada. Total, Onofre: no pensé más en ella.

El opio me ha traído vívido su recuerdo. Es el recuerdo que yo quiero, ante el cual me inclino. Siempre aparece este recuerdo.

Como ahora. Aquí estás tú, mamá. Avanza. Permanece donde mejor tú quieras, mamá. Escúchame lo que hablaba con este amigo que aquí ves, Onofre Boroa. ¿Me escuchas, mamá?

Yo, sin opio, te recuerdo apenas; te recuerdo como se recuerda a todos los seres que ya se han ido. Se recuerdan y luego... luego se piensa en otra cosa.

Yo, con opio, estoy junto a ti y contigo sigo la larga, la muy larga peregrinación que ahora haces. Con opio me siento junto a ti. Todos los detalles de tu vida vienen a mi memoria. Sobre todo si oigo alguna música, alguna de esas músicas que tú tanto gustabas oír, mamá. Por eso pongo, en mi fono, trozos de Rossini. Pues veo nítidamente esas noches en que tú ibas a la ópera y, a veces, me conducías llevándome de la mano. *El Barbero de Sevilla*... ¿Lo recuerdas, mamá? ¡Cuánto te gustaba!

Y Donizetti... También era de tus preferidos. *Lucía de Lamermoor*... Pero ahora, Onofre, quisiera...

Yo

¿Qué quisieras, mi viejo amigo?

ROSENDO

Reposar... Dormir... Acompañar a Nicole en su tan dulce sueño que llega hasta mí.

Rosendo se durmió después de fumar una pipa más y de comer una naranja. Yo me alejé de su lado sin hacer ni el menor ruido. Momentos después me hallaba en la calle de El Vicario.

Al día siguiente me dirigía a Pompita. Pasé primero unos cortos instantes al taller de Rubén de Loa, pero Rubén y Lucila no estaban allí. Él había tenido la amabilidad de dejarme unas palabras clavadas en la puerta. Decían ellas:

Voy, con Lucila, a mi taller subacuático. Ojalá llegaras a él. Saturnino te conducirá. Lo puedes encontrar en Pompita. Saludos.

Rubén.

Fui con gusto a ese magnífico balneario de Pompita. Ver el mar, estar bien alojado, respirar el aire salobre, ver gente y más gente que se pasea de arriba a bajo... ¡Está bien!

Tomé una pieza en el Hotel Miramar y, desde ella, pude contemplar largamente el océano con algunos barcos allá lejos, barcos que venían de Valparaíso y de Norioli, barcos que irían, sin duda, al puerto de Curacopque a cargar manganeso y luego seguir rumbo hacia el Norte.

Luego salí a pasear por la avenida Costanera. No habría caminado más de unos diez pasos cuando se me acercó Saturnino y me saludó.

—¡Hola, Saturnino! ¡Qué placer en verlo a usted!

Me miró rápidamente y luego me respondió:

—Yo también experimento un gran placer en verlo a usted. Tal es la costumbre que ustedes tienen aquí en la Tierra: responder a los cumplidos con otro cumplido igual. Yo sigo esta costumbre.

Le pregunté algo extrañado:

—Y en Saturno, ¿qué costumbre tienen sus habitantes?

Contestó:

—En Saturno no hay costumbres. Se vive de otro modo.

—¿Y cuál es ese modo?

Me volvió a mirar rápidamente y me respondió:

—En Saturno no hay necesidad de hacer tantas preguntas pues todo se sabe de antemano o, si usted prefiere, se sabe también...

—Se sabe ¿cómo, Saturnino?

—Se sabe *a posteriori*. Lo cual es perfectamente igual. Debe usted creerme sin vacilar. Aunque en Saturno no hay necesidad de creer. Todo se sabe... Pero, en fin, con ustedes los hombres de este planeta, hay que hablar y hablar y llegar a redundancias que son insoportables. Bueno, cambiemos de tema, si a usted le parece.

—Como a usted guste, Saturnino. Cambiemos de tema.

Marchamos un rato sin pronunciar palabra. Al fin Saturnino me dijo con voz terminante:

—Usted se aloja en el Hotel Miramar. Hace muy bien pues ahí se aloja también otro hombre que usted tendrá gran placer en tratar como a un viejo amigo. Ese hombre es Ascanio Viluco, conocido por usted como "el borrico de mi tío". ¿No es así?

—Sí, así es. Siempre oigo mentar a ese que llama, su sobrino Macario, "el borrico de mi tío Ascanio". Dígame, Saturnino, ¿qué relación quiere usted que yo tenga con ese "borrico"?

—Usted estudia a la gente que lo rodea. Tiene ahora una muy buena ocasión para continuar esos estudios. Por lo demás, Ascanio estará contentísimo de verlo a usted. Pues él también se dedica a estudiar a sus semejantes. Por lo demás, vea usted quiénes vienen ahí: el que usa ese apodo de borrico, Macario; el otro es Mamerto Masatierra. También veranean aquí en Pompita o sólo están de paso. No puedo ni me interesa saberlo. Lo dejo a usted con ellos. Yo me ausentaré unos momentos de esta Tierra y llegaré hasta Saturno. Luego volveré por usted, señor don Onofre. Juntos iremos a ese taller subacuático que tiene su amigo Rubén de Loa. Y aprovecharé para mostrar a usted una serie de bichos que, de seguro, le han pasado hasta hoy inadvertidos.

—¡Que le vaya a usted muy bien en su viajecito a Saturno! Es lo que francamente deseo.

—¡Eh! ¡No puede irme mal; tiene que irme bien!

—¿Por qué, Saturnino?

—Porque así suceden las cosas en mi planeta, por difícil que le sea a usted comprender. ¡Hasta dentro de pocos días!

—¡Hasta pronto, amigo Saturnino!

Y éste desapareció por entre la gente que paseaba a lo largo de La Costanera en el momento en que Macario, seguido de Mamerto, me abordaba acaloradísimo.

—¡Es una lástima, una gran lástima —exclamó al verme—. He estado, con el amigo Mamerto, en el taller de nuestro amigo Rubén de Loa y el hombre había salido fuera de la ciudad. ¡Dios ha de saber dónde se habrá metido!

—¿Y para qué quería usted verlo, Macario?

Mamerto interrumpió:

—Para que fuera juez de algo verdaderamente inefable...

—¡Calle usted, Mamerto! ¡Esto no tiene nada, absolutamente nada de ese inefable que usted a todo lo mío le agrega! Es una observación del natural y nada más. Usted, señor Onofre, podrá apreciar lo que avanzo; usted podrá ser el juez.

—¡Buena idea! —exclamó Mamerto Masatierra—. A usted, Onofre, lo nombramos juez. ¡Ea! Sentémonos ahí y contemplemos el mar.

Macario dijo, entonces, con tono solemne:

—El mar, el océano con sus olas inmensas, será el juez de esto que alego. Óiganme ustedes bien, Onofre, Mamerto y tú, mar enorme, mar inconmensurable.

Nos sentamos. Macario carraspeó para aclararse la voz y luego pronunció con voz profunda:

—Las niñas, las chicas, no encumbran volantines.

Mamerto dijo:

—¡Inefable...!

Macario protestó:

—Podrá usted decir lo que quiera, señor don Mamerto, pero yo puedo asegurar que los volantines es un juego de niños y nada más. Las chicas podrán divertirse viendo jugar a los niños pero ellas no encumbran, no y no, jamás un volantín. Y puedo asegurar más: cuando lleguen a grandes, cuando sean mayores, no jugarán jamás al billar porque el billar es un juego para hombres y nada más. Esto yo lo aseguro y pongo a este océano de testigo.

—¿Y qué ha respondido el océano? —me atreví a indagar.

Como respuesta reventó una inmensa ola frente a nosotros. Lleno de euforia Macario exclamó.

—¡He ahí la respuesta! Esa ola ha dicho: las niñas no juegan a los volantines como los niños no juegan a las muñecas.

Mamerto prorrumpió:

—¡Inefable y cien veces inefable!

Yambos se despidieron de mí asegurándome que buscarían a Rubén hasta encontrarlo y hacerle partícipe de estos volantines, billares, muñecas y demás.

Minutos después me hallaba frente a frente a Ascanio Viluco que paseaba por la avenida Costanera. Nos saludamos amablemente y ambos expresamos nuestro encanto de estar alojados en el Hotel Miramar. Así nos veríamos a diario, hasta podríamos tener una mesa en común.

Pasé los cuatro a cinco días en Pompita viendo a todo momento a Ascanio, hasta que apareció nuevamente Saturnino y me llevó al taller del fondo del mar que tienen Rubén, Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla.

Una cosa me llamó la atención de inmediato y, por esta cosa, debí haber tomado distancia de Ascanio. Pero... ¡qué diablos! Es una costumbre que mucha gente tiene y ella consiste en hacerse el que no se ha oído lo que uno pregunta o dice. Así, por ejemplo, decía yo a Ascanio.

—Tenemos un hermoso día, con Sol y buena temperatura...

Él me respondía:

—¿Hnnn...?

Yo callaba y él contestaba.

—¿Qué día es hoy, Ascanio?

Él preguntaba de inmediato:

—¿Hnnn...?

Yo volvía a callar y él entonces respondía:

—Jueves.

Luego paseábamos lentamente. Parece que así hay que pasear cuando se tratan temas serios y de alta trascendencia. A menudo me detenía para expresarse mejor. Luego seguía su marcha. Pero no era tanto lo que se fijaba en lo que yo decía; sus ojitos miraban para todos lados y todo lo husmeaban. Una vez, recuerdo, se detuvo para poner en su sitio una bicicleta que alguien había dejado ocupando demasiado sitio en la acera por la que transitábamos.

—¿Qué hace usted, Ascanio? —fue lo que interrogué.

Me respondió ceñudo:

—Esa bicicleta estaba mal colocada y bien podría hacer caer a un niño o a una persona mayor. Ahora sigamos nuestra charla.

Así, caminando lentamente, llegamos a una plaza que, en realidad, era hermosísima. Había en ella grandes árboles; bajo estos árboles, cómodos bancos; en estos bancos, algunas parejas de enamorados que se besaban con pasión. El ojo siempre alerta de Ascanio los vio y me dijo:

—Hay demasiada luz. Hay gente que no se percata de la existencia de la luz. Esa gente podría esperar.

No comprendí lo que me quería avanzar. Le pregunté:

—¿A qué se refiere usted, Ascanio? ¿Le molesta la luz o, cree usted, que ella molesta a las demás gentes?

Se detuvo unos instantes y exclamó:

-Me he referido a esas parejas de enamorados que se abrazan y se besan como si estuvieran en plena oscuridad. Esas parejas no se percatan que ellos son los percatados.

-¡Oh, mi estimado Ascanio! ¡Qué ideas atrasadas tiene usted! Al oírlo, se diría que usted nunca ha estado en Europa y menos aún en los Estados Unidos.

Él me respondió adusto:

-Sí, he estado tanto en Europa como en los Estados Unidos y he estado también en Canadá. Pero eso no quita que este espectáculo que aquí presencio, me cause un franco disgusto.

-¿Y por qué este disgusto? No llego a comprenderlo...

Él se detuvo nuevamente y dijo:

-Porque aquí estamos en Chile...

Estuve por alegrarle algo; pero...: ¿valdría la pena? Podría haberle dicho, claro está, que todo el mundo marcha al unísono y que las costumbres se propagan velozmente. Por lo tanto es natural que dos enamorados expresen su amor sin preocuparse de la gente que los rodea. Pero súbitamente comprendí que con Ascanio sería perder el tiempo pues hablarle sería meterse en el siglo XIX, aquí en este país, en Chile, cuando por las calles y plazas se rezaba el rosario en alta voz. Preferí cambiar de tema:

-¿Ha visitado usted algunas exposiciones de pintura?

Me miró con sus ojitos escrutadores y me preguntó:

-¿Hnnn...?

Callé. Él entonces dijo:

-Sí; las he visitado todas aunque, de verdad, le diré a usted que ya me están aburriendo un tanto. Ahora se habla demasiado del arte abstracto y de majaderías por el estilo. ¡Una lata! Ni ellos mismos saben lo que esta palabra significa. Me refiero a la palabra "abstracto". Pero con un pincel en la mano, olvidan su ignorancia y ¡vamos llenando telas y más telas! ¿Qué horas tiene usted?

Miré mi reloj y respondí:

-Las 4 y 27 de la tarde.

-La hora, en pocos minutos más, en que debo tomar mi remedio.

-Sí, sí -expresé-, me he fijado, tanto a la hora del almuerzo como a la hora de la comida, que usted, Ascanio, toma muchos medicamentos. ¿Está usted enfermo?

-¿Hnnn...? No, no estoy enfermo gracias a estos medicamentos que tomo según me los ha recetado un doctor que sabe, que sabe y mucho. Fui a ver a ese doctor Hualañé que me recomendó usted o, tal vez, otra persona. Pero este doctor Hualañé no atinó conmigo. ¡Imagínese que no me recetó ningún remedio! Por lo tanto, lo declaré nulo. ¡Ni siquiera me asomé a una farmacia! ¡Vaya un médico...! Ha de ser un médico abstracto, ¡sí, eso es! ¡Un médico abstracto...! Pero la abstracción es algo ridículo. Yo, amigo, no estoy con ella, no y no. Prefiero los chistes. Los chistes me hacen reír y esto, ¡ah, sí!, es algo muy saludable. ¿No lo cree usted?

Ahora aproveché yo para decirle:

-¿Hnnn...?

-Y la salud es lo principal en esta vida. Por eso yo ingiero estos medicamentos. Pero vamos a los chistes. Y a este propósito le contaré a usted o, mejor dicho, le citaré a usted un proverbio, un magnífico proverbio irlandés que dice así: "Una buena carcajada y un buen sueño son las dos mejores curas en el libro de un médico".

-¡Claro está! -respondí-. ¡Una buena carcajada es una gran cosa, una gran cosa!

—Pero vamos a los chistes: “Un carabiniero lleva preso hacia la comisaría a un borracho. El borracho lo mira y le dice: —¡Bah! Si tiene miedo de ir solo... ¿pa qué se metió 'e paco entonces...?”

Y ambos prorrumparamos en una risa sonora. Ascanio agregó:

—Hay que reír. La risa con estos medicamentos es asegurarse de la salud por largo tiempo.

—Cuénteme, entonces, otro chiste.

—Bien le contaré otro que trata de la velocidad, ¿me entiende usted? Óigalo usted atentamente que, para mí, es uno de los buenos, buenísimos chistes que he oído:

“En una clase, el profesor pregunta:

“—¿Qué es lo más rápido que existe en el mundo?”

“Un chico muy alerta responde de inmediato:

“—La luz, señor.

“El profesor entonces agrega:

“—Sí, es la luz. Pero si ustedes piensan, piensan, tienen que pensar, ¿me oyen?, tienen que pensar y pensar mucho, verán que hay algo más veloz que la luz.

“Los chicos piensan hasta que ése tan hábil se levanta y clama:

“—¡El pensamiento, señor!

“El profesor, entonces dice satisfecho:

“—Sí, pues, señores, el pensamiento. Pues ustedes piensan en el Sol y ya está su pensamiento en él; en cambio la luz tarda muchos minutos en llegar a él. Ahora vamos a otra cosa.

“Pero un chico medio tontón del curso se levantó e hizo señas.

“—¿Qué desea usted, señor?

“—Que yo conozco algo más rápido que el pensamiento.

“—¿Más rápido? ¿Y qué es?

“—La diarrea, pues señor, pues antes de que usted lo piense ya se ha cagado en los pantalones...

Reímos largamente pero, de pronto, Ascanio se puso serio y me dijo con tono altisonante:

—Podré reír mucho, amigo mío, sobre todo porque estos cuentos en que entra la diarrea, me sacan de las obras abstractas. En otro tiempo ellos me sacaban del cubismo y luego me sacaron del dadaísmo y del surrealismo. En resumen me sacan de esa locura que ahora hacen los llamados artistas con el fin de encontrar algo.

—¿Y qué quiere usted que ellos encontraran? —le pregunté.

Él respondió:

—La naturaleza. ¿Le parece a usted poco?

—No —respondí—; me parece muy bien pero yo diría...

Él me detuvo poniendo su mano en mi pecho. Luego proclamó con voz sonora y acompasada:

—Volvamos a los chistes, amigo mío; no quiero oír filosofías de ninguna especie en materia de arte. Sin embargo amo enormemente la psicología en estos buenos cuentos. Por ejemplo, ¿conoce usted aquel cuento psicológico del yanqui y del inglés?

—No, no lo conozco —contesté—. Si usted quisiera contármelo, créame que se lo agradecería muchísimo.

—A ello voy: Un yanqui cree, está persuadido de que los Estados Unidos forman y son

el primer país del mundo; un inglés cree con la misma persuasión de que Inglaterra es el primer país del mundo. Pero el yanqui quiere que usted también lo crea y le habla y le muestra fotos y trae testigos y demás para convencerlo. En cambio al inglés, que usted lo crea o no lo crea, le es perfectamente indiferente.

—¡Magnífico! —dije convencido.

—Pero ya basta de chistes, ¿no lo cree usted? Ahora tengo que criticar a mis compañeros de hotel, sí, de ese hotel en que usted se aloja como yo. Hay un vecino, que ni sé cómo se llama, que es un gran fumador y, fumando, llena de colillas y de palos de fósforos su cenicero. Luego, por las mañanas, echa todo eso en el retrete y, junto con ellos, va el papel confort que ha usado para... En fin, usted me ha entendido, ¿no es verdad?

—Perfectamente, Ascanio.

Él prosiguió:

—Al fin no pude más y lo abordé en uno de los corredores del hotel y le dije:

—Señor, permítame que le dé un pequeño consejo: quiebre los palos de fósforos al echarlos al cenicero, pues si usted no lo hace, esos palos, al ser largos, cogen el papel, se envuelven en él y tapan el desagüe; lo cual es altamente incómodo.

Pregunté intrigado:

—¿Y es verdad lo que usted avanza, mi señor don Ascanio?

—Sí, es la más exacta verdad que se haya pronunciado en esta Tierra y en los astros vecinos.

Al decir esta frase, yo me dije que era el momento de hacerlo comprender la gran ignorancia que es dueña de esa cabeza que odia a los surrealistas y abstractos, y demás. Le expresé con cierta indiferencia:

—Oiga usted, Ascanio, ya que ha hablado usted de esta Tierra y de los astros vecinos, ello me ha hecho pensar en los misterios que nos rodean. Por ejemplo: ¿por qué es verano aquí mientras en el otro hemisferio es invierno? Lo he preguntado a varios entendidos en esta materia y, ¡verá usted!, ninguno de ellos me ha respondido satisfactoriamente.

Ascanio me respondió:

—Ninguno de esos entendidos ha sido un verdadero entendido. Yo puedo asegurarlo de inmediato. Ellos han ignorado la posición del eje de la Tierra. Sin conocer esta inclinación, no podrán jamás dar una explicación sobre los cambios simultáneos de estaciones que hay aquí en la Tierra. Puedo explicarlo si usted quiere oírme.

—¡Oh, no hace falta, amigo mío! Yo también conozco esa inclinación de nuestro eje y ella todo lo explica. Ahora quedo contento, muy contento, al ver que sus conocimientos científicos y astronómicos están a la altura de sus conocimientos artísticos.

Él respondió:

—Gracias.

Estábamos, en aquel instante, junto al río Santa Bárbara. Al frente nuestro, entre nuevas construcciones, quedaban aún algunas construcciones viejas que yo nunca había observado.

Ascanio me tomó del brazo y me susurró:

—Mire usted esa ventanita sobre el agua.

Era algo, esa ventanita, sencillamente maravilloso. Tras ella se divisaba un patio con un viejo sauce. Una joven se afanaba allí sin percatarse de que estaba rodeada de tanta romántica belleza. Por las aguas pasaban los botes y los pequeños remolcadores y una que

otra lanchita con motor. Al ver todo aquello me sentí transportado a otro siglo y todo desapareció a mi alrededor para sólo ver ese tan lindo rincón.

Ascanio lo miraba cogido por su belleza. Yo pensé:

“Un hombre así... ¡no puede ser tonto!

Luego agregué en alta voz:

—Usted comprende divinamente la naturaleza, mi buen Ascanio.

Él me respondió:

—Ya se lo había dicho yo.

Pero... pero... Me vino a la mente la imagen del “borrico de mi tío”. Sí, por cierto, había una falla en cuanto él decía pues le faltaba UNIR las cosas que él sabía; le faltaba ver las relaciones entre las cosas. Ascanio ve mundos aparte y esa ventanita le será siempre un mundo sin conexiones con sus otros aspectos.

Intenté explicar algo de este punto de vista. Pero fueron tales los ojos con que me miró que... callé y seguí llamándolo “el borrico de mi tío...”.

Comimos, aquella que fue la última cena que tomábamos juntos, hablando poco. Me dijo, eso sí, que si fumaba no dejara de romper los fósforos tal cual él me lo había dicho y, a continuación, me dio una larga explicación sobre el eje de la Tierra y el horror que le causan los surrealistas y los abstractos.

173

Saturnino se presentó ante mí y me dijo:

—Ya he vuelto de mi planeta. Por lo tanto, ya podemos partir y podemos ir a ver a ese que es el amigo de usted, Rubén de Loa. Y veremos también a esos sus amigos: Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla.

Yo creí prudente recordarle:

—Usted, Saturnino, me prometió, antes de su viaje a Saturno mostrarme una serie de bichos que a mí me han pasado inadvertidos. ¿Lo recuerda usted?

Él me confirmó:

—Sí, lo recuerdo así es que ¡adelante!

Y sin más, nos dirigimos al pequeño muelle que hay en Pompita y tomamos una lancha que Saturnino puso en marcha. En esa lanchita nos alejamos y nos internamos unos 40 ó 50 kilómetros mar adentro.

Llegamos al maelstrom que parecía esperarnos pues apenas nos hubo visto, empezó a girar vertiginosamente. Nuestra lanchita se introdujo en él y, un minuto después, habíamos desaparecido de la superficie acuática y, por cierto, de la superficie terrestre.

Giramos y giramos llevados por esa especie de remolino de aguas. Nos hundíamos de más en más. Sobre nuestras cabezas el agua se cerraba y el maelstrom seguía perforando las profundidades como si fuera un tirabuzón y el océano fuera un inmenso corcho.

Llegamos, por fin, al taller acuático de Rubén. Reinaba en torno a él un silencio profundo. Quise hacerlo notar a Saturnino pero él me dijo con tono que no merecía réplica:

—¡Ea! ¡Avance y penetre!

Así lo hice y quedé nuevamente en suspenso ante lo que vi: un hombre —pero, ¿sería

un hombre?, un hombre pequeñito que iba y venía para todos lados y de, de pronto, desapareció, en una tela que allí había.

Miré para todos lados en demanda de una respuesta a este hecho que me pareció extrañísimo. Rubén se aproximó a mí y me murmuró:

—Había olvidado presentarte a este nuevo compañero.

Le dije:

—Pero yo se ha marchado ese nuevo compañero tuyo; se ha marchado por esa tela y ha desaparecido.

Pero el hombrecito volvió a aparecer y, al verme, se inclinó como se espera de una presentación. Rubén, entonces, pronunció:

—Andalio Tralilonco.

Luego, mostrándome a mí:

—Onofre Boroa.

Nos saludamos y, al saludarnos, vi que Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla exclamaban a toda voz:

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Esta será una amistad eterna!

Lo que oído por Saturnino lo hizo desaparecer en el acto.

Andalio Tralilonco hizo una pequeña venia y luego, dirigiéndose a Rubén de Loa y a mí, nos dijo:

—Adelante, amigos; pasen ustedes.

Había frente a nosotros una serie de cuadros que, a la voz de Andalio, crecieron en tamaño, crecieron enormemente y, entre ellos, se mezclaron mas conservando cada uno su propia individualidad.

Por un cuadro así penetramos; por él avanzamos lentamente. No me cabía la menor duda: era aquello algo de Paul Cézanne. Sí, todo cuanto nos rodeaba me hacía recordar el mundo de Cézanne: aquellos árboles, aquellos muros, el claroscuro, el cielo que se distinguía un tanto, todo traía a mi mente la obra del maestro francés aunque no recordaba haber visto antes aquella, aquella... ¿sería una pintura o sería un trozo de naturaleza?

Yo

(Me dirigí a Tralilonco). Tengo la duda, la más completa duda de dónde me encuentro: si en una tela de Cézanne o en un trozo de naturaleza que, de haberlo visto, mucho le habría gustado a ese pintor.

TRALILONCO

Está usted en un ideal de Paul Cézanne, en algo que él había soñado y que, en su vida, se afanó por alcanzar. Vea usted este ambiente, respírelo hondamente... ¿No encuentra usted que ello es el ambiente de aquel pintor?

Yo

Sí, es plenamente su ambiente.

DE LOA

Al encontrarnos en él, no debes tú olvidar lo que yo siempre he dicho y nunca me he cansado de repetir:

Las bellezas están fuera y nuestro deber de pintores es ir hacia ellas.

TRALILONCO

Ahora, ¿reconocen ustedes dónde se encuentran?

DE LOA

Nos encontramos frente a otras bellezas que fueron el ideal de Angiolotto di Bondone, aquel que ustedes han de conocer con el nombre de Giotto.

TRALILONCO

Aprecien ustedes lo que el Giotto soñó en su vida. Aprecien esas vírgenes, esos ángeles, aprecien todos esos santos personajes que allí esperan al hombre que ha de llegar frente a ellos y bajarlos al mundo de los silenciosos espectadores.

DE LOA

Tal es el trabajo que ahora hacen mis dos amigos que siempre me acompañan: Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla.

Ellos me han creído cuando les he hablado de las existencias fuera de nosotros de las bellezas del arte.

Hacia ellas me dirijo. Por eso estoy ahora dentro de este cuadro. Voy tanto en él tras lo que alcanzó a ver Cézanne y lo que alcanzó a ver Giotto y también Fra Angelico y toda esa pléyade de pintores de los comienzos del Renacimiento italiano.

Ahora te veo, ¡oh, Cimabue! Te veo junto a las bellezas que tú encontraste y ante las cuales caíste de rodillas.

YO

Como yo he de caer frente a ti, mi Colomba.

TRALILONCO

Y como debiera ser nuestra posición frente a lo que se presenta a nuestros ojos: estamos dentro de una tela del gran pintor que fue Leonardo da Vinci.

DE LOA

Callemos. Guardemos un minuto de silencio. Ahora veo aparecer, acercándose, a otros pintores: a Memling, sí, veo a todas sus obras que nos rodean, a aquellas que hizo y a aquellas en las cuales soñó.

TRALILONCO

Yo diría: aquellas que alcanzó a ver. Así siempre han vivido los grandes artistas. ¿No lo ven ustedes? Ahí están las visiones que atormentaron a Miguel Angel Buonarroti y las que atormentaron a Velázquez y a Goya. Y allí están los sueños que vio el gran pintor van Eyck, los sueños que no alcanzó a realizar. Allí han quedado al lado del tiempo que pasa y pasa y sigue pasando...

DE LOA

Veo esa marcha del tiempo. La veo extenderse desde allá, desde las grecas de los antiguos artistas, de los aztecas y de los incas, hasta pasar por los impresionistas y mover las manos de Monet y Manet y Sisley y tantos otros.

Los veo a todos, a todos unidos. ¡Ya no pueden ustedes negar! ¡No lo pueden! Miren hacia allá. ¿Qué ven?

TRALILONCO

Es lo que esperaba que viera usted, Rubén de Loa. Les he traído a ustedes al interior de estas pinturas para que vean la fuerza, la lucha que hay en todas ellas; para que vean a esos seres que ahora luchan y se afanan por alcanzar las bellezas que hay fuera de ellos. Es, acaso, por eso que tanto estudian; es, acaso, por eso que se empecinan en estudiar y aprender... ¿Qué es lo que tanto estudian?

DE LOA

Aquel jovenzuelo estudia anatomía; aquel otro está estudiando perspectiva; aquel tercero está copiando ensimismado un modelo desnudo. ¡Hacen bien; hacen muy bien!

No olviden ustedes algo que hay que tener siempre presente:
El arte es otra región.

(Yo pensé: "¡Diana!")

Otra región a la cual no se irá ni por la anatomía, ni tampoco por la perspectiva, ni por el conocimiento de los valores, ni por nada parecido. Pero tampoco se irá a ella por mera inspiración.

Esta región está erizada de caminos. Yo diría a todos los estudiosos que los recorrieran a todos y que bien los conocieran.

Pero: ¡que guarden siempre la libertad que da el hecho de tener fijos los ojos en aquella región!

Caminemos ahora, amigos míos. Caminemos por estas sendas que fueron los ideales de tantos hombres.

Sentémonos. Estamos nuevamente en mi taller subacuático. Dejemos que los peces naden en silencio junto a nosotros.

¡Eh, Lucila!

Apareció Lucila Volcán. Sus movimientos eran lentos, eran como convenían al sitio en que nos hallábamos.

Rubén le pidió unos refrescos. Pero antes de que Lucila los trajera, Andalio Tralilonco se despidió de nosotros y lo vimos desaparecer por una tela que allí había y que pude reconocer como una de las obras de Ponciano Chacarilla que, en ella, se afanaba por traer hasta nosotros los que fueron los ideales entrevistos y no alcanzados por aquel que fue el Greco.

Bebimos con suma lentitud nuestros refrescos. Ella, Lucila, nos acompañó. Callábamos. De pronto Rubén tomó la palabra y habló durante pocos minutos:

DE LOA

Divido yo ahora a los hombres en dos categorías: los que aman las cosas con mayúsculas y los que las aman sólo con minúsculas. Amarlas de un modo o de otro refleja un estado de ánimo, un temperamento definitivo. Es, tal vez, en esto donde reside mi desaveniencia con ciertas personas. Cuando voy por las calles de San Agustín de Tango, me encuentro a menudo con seres que van plenos de un amor con mayúsculas. Me detienen y me dicen:

—¡Estoy preocupado por... (Y citan algo).

Luego agregan:

—Yo también me preocupo pues aquí está el Interés Público.

Yo sigo mi camino y evoco alguna estatua del viejo Egipto. Pues a toda esa maravillosa época la amo sólo con minúscula.

En esto está mi grandeza. Sé que, desde el viejo Egipto, se me reconoce esta manera de amar que yo tengo.

SATURNINO

Ya su curiosidad de usted debe estar satisfecha. ¿No es así? Respóndame de inmediato.

Yo

Sí; está satisfecha. He visto a ese misterioso Andalio Tralilonco penetrar en los cuadros y llevarnos con él por inmensos paisajes. Y ahora quisiera recordar a usted la promesa que me tiene en suspenso.

SATURNINO

A eso he venido hasta usted; a romper ese suspenso que lo tiene tomado. Iremos a explorar estos fondos del mar y en él veremos una serie de cosas que algo le van a sorprender.

Después será la libertad para usted. Podrá ir donde mejor le plazca. Podrá ir a ver a esa dama que debe estar esperándolo y con ansias de verlo.

Yo

Iré, sí, hasta ella y, ante su presencia, caeré y allí quedaré murmurando sin murmurar:

—Quieta, Colomba, quieta...

Entonces ella, hablando con su sonrisa, me volverá a poner dentro de mí mismo. Será un gran momento, Saturnino. Por eso mismo ansío que usted me haga ver debidamente estos fondos de mar.

SATURNINO

Sígame usted. Alejémonos de este taller de su amigo Rubén de Loa. Hay que dejarlo con sus compañeros, con ese Ponciano y ese Adalberto; hay que dejarlo viendo esas telas que se agigantan a la voz de Andalio Tralilonco.

Por aquí vamos bien.

Métase usted por estas encrucijadas. Al poco de andar verá usted lo que deseo yo que usted vea.

Yo

¿Y qué verá, Saturnino?

SATURNINO

Verá usted los animales del pasado. Sí, esos animales que, allá en la superficie, se dan por desaparecidos. ¡Y no hay tal, amigo mío! Esos animales continúan su vida y su evolución. Sólo que ahora ya no están en contacto con los hombres; ahora se han retirado de los ojos humanos. Pero, no lo olvide usted, siguen su vida y así han de seguir durante largos, larguísimos milenios.

Pero los hombres de esta Tierra son de una vanidad increíble; si algo no ven, lo dan por desaparecido. Todo tiene que estar al alcance de sus manos. Y ahora verá usted la realidad: esos animales del pasado siguen tan vivos como son vivos los animales que usted ha de ver allá, en esa ciudad de San Agustín de Tango y en los campos vecinos.

Yo

Es extraordinario el fondo del mar. Aquí no hay agua; estamos, Saturnino, en la placidez completa. ¿Cómo se explica usted una cosa semejante?

SATURNINO

Porque aquí vamos regidos por otras leyes. Aquí mando yo. Y, sépalo usted, en Saturno no hay leyes. Se vive de otro modo. Allí se vive en la permanencia. Se vive sin recuerdos ni nada por el estilo. ¿Me ha entendido usted?

Yo

He entendido algo. Naturalmente la cosa me es algo confusa. Pero dígame usted, Saturnino ¿qué es eso que allí veo?

SATURNINO

Eso que usted ve es un tiranosaurio. Está en el más perfecto reposo. Y eso es lo que aprovechan esos reptiles voladores con crestas para volar a su alrededor sin causarle daño alguno. Y verá usted que ello causa la admiración de ese magnífico, de ese soberbio mastodonte americano. Aunque no demuestre esa admiración, puede usted crearme, que ella es sincera, muy sincera, es perfecta. Pero es odioso tener que hablar con usted y saber que no nos vamos a entender. Porque usted es un terráqueo y nada más.

Yo

Por ser terráqueo estoy al lado de usted, mi tan distinguido amigo. Usted no puede imaginarse cuán contento estoy al ver lo que me ha traído a estos mundos donde el agua no penetra, el mundo que se rige de otro modo.

SATURNINO

Usted está acostumbrado a que el mundo deba regirse de una manera o de otra manera. En Saturno no es así. Allí las cosas marchan como deben marchar. En Saturno se está mejor que aquí. En Saturno... Bueno, sigamos viendo estos animales. Para eso lo he traído yo aquí, aquí donde el agua ha cesado de ser ese líquido que se escurre y que va hacia el centro de este planeta.

Ese es un dinosaurio con cuernos. Un animal del pasado. Por cierto que es del pasado para ustedes los habitantes de la Tierra. Sí, podría usted preguntarle si el pasado existe o no existe. ¡Ea! No hablemos más de estos temas. Hará usted mejor en contemplar a ese dinosaurio con sus enormes, sus enormes... ¿podré llamarlos "sus enormes cuernos"? ¡Oh! Ustedes tienen una idea, o lo que llaman una idea, sobre cualquier tema, sobre cualquier... ¡Basta!

Esos que avanzan ahí son dinosaurios truenos.

Yo

¿Truenos, ha dicho usted? Pero nada se oye. En vano afino mis oídos y nada oigo.

SATURNINO

Le ruego a usted no seguir relacionando las cosas que ve en estas profundidades con los conceptos que tiene usted de ellas. Estos son conceptos que le han venido a usted de su propia ignorancia. ¿Me ha oído usted? Le aconsejaría que pusiera toda su atención en estos animales que hay aquí. Por ejemplo en ese que se acerca lentamente. ¿Le gusta a usted?

Yo

No diría yo tanto; es un extraño animal, sin duda, muy extraño. No ha de pasar fríos aquí en estos fondos pues tiene tanta lana como para poder guarecerse de las bajas temperaturas. ¿Cómo lo llama usted?

SATURNINO

El rinoceronte lanudo. Hace buenas amistades con el otro lanudo, con ese

mamut que puede usted ver allí, ese mamut lanudo. Y un poco más allá, comiendo las hojas de los árboles, verá usted a un inmenso baluquiterio que es admirado por ese carnero almizcleño y por esas aves gigantes que corren a su lado, corren y corren pero no vuelan. ¡Curiosas aves! Venga usted conmigo y podrá ver otros animales y bichos curiosísimos. Mire hacia el fondo de estas aguas y verá pasar a los escorpiones marinos que se entretienen nadando junto a esos lirios marinos.

Yo

¿Y éstos, Saturnino, dígamelo, por favor, qué son?

SATURNINO

¿Ésos? Esos son nautilos y, los de más allá, son medusas y abanicos de mar. Los que siguen son litorinas y, al fondo, verá usted un quitón. Hay aquí para pasarse la vida observando a estos animaluchos o a estos gigantes que los hombres de la superficie han olvidado porque ellos no pacen en sus campos. Pero ya se lo he dicho a usted: si no se les ve a diario... ¡no existen! Y aquí podrá usted verlos por millares y tan vivos como los más. Yo me paso horas y hasta años contemplándolos. Es algo fascinador.

Yo

¡Y qué de recuerdos ha de tener usted...!

SATURNINO

Entendámonos, amigo, entendámonos. Porque he de decirle que en Saturno no hay recuerdos. Eso de que las cosas y los sucesos pasen y desaparezcan, no existe allá en mi planeta. Allá se vive simultáneamente en todo lo que ocurre. Pues eso que para ustedes son recuerdos, ya lo he dicho, son cosas permanentes. Pues en mi planeta, en Saturno, las cosas no suceden; en Saturno las cosas SON.

Yo

Sí, ahora lo comprendo mejor, Saturnino. Las cosas son como son esas marsopas y como es eso que se mueve ahí, eso que no logro saber qué es.

SATURNINO

Eso es una almeja gigante.

Yo

Es hermosa. ¡Qué tranquilidad! O, tal vez, son ya los años las que la obligan a estar en semejante quietud. ¡Ah, mi buen amigo! Yo sé lo que es entrar por los años... Es algo muy, muy triste. Sin duda usted algo ha de saber sobre esto, ¿no es verdad?

SATURNINO

Yo nada sé sobre esos tópicos de que usted me habla en este momento. Porque ha de saber usted que en Saturno no se envejece; en Saturno se es y nada más. En Saturno no vivimos mezclados con el tiempo y viéndolo pasar a cada momento. El tiempo es cosa de ustedes los terrenos.

Dígame, Boroa: ¿qué puede saber sobre el suceder de los años ese brontoterio que está, se diría, en meditación?

Yo

¿En meditación, ha dicho usted, Saturnino?

SATURNINO

Tal he dicho porque se puede meditar sin tomar los aspectos de ella, como no los toma ese colmilludo paleador. Todos estos bichos, sean grandes o pequeños, meditan en algo que les es peculiar y no necesitan demostrarlo a los observadores frívolos. Es como medita ese dientes de sable que allí va pasando y como medita ese cerdo gigante y ese reptil

vela. ¡Todos meditan! Pero meditan en cosas que usted, Boroa, no logrará entender con sólo echarles una mirada. ¿Y cómo va usted a entender si ellos mismos no lo entienden tampoco? Porque la meditación se hace fuera de ellos, sí, fuera de ellos. Se hace en un... en un... egrégor. Usted conoce esta palabra. ¿No es así?

Yo

Sí, la conozco y siempre la he usado.

SATURNINO

Me alegro. Ahora está usted en frente a un egrégor que reina aquí por todos lados, ¿me oye? Pues tal era la pequeñita sorpresa que yo le aguardaba a usted. Pero usted, Boroa, ha de seguir con sus costumbres y pudo haber estado aquí durante largo tiempo, sí, largo tiempo, sin haberse percatado en dónde se hallaba. Pero ahora no lo ha de olvidar: usted ha vivido durante un buen rato en medio de un egrégor. ¿Me ha entendido usted?

Yo

Sí, le he entendido. Ahora quisiera irme, irme a ver a esa mujer que me aguarda, a Colomba. Quiero estar de hinojos ante ella y así mecarme en estos mundos que usted me ha hecho ver: mundos de egrégores, mundos de meditación lejana, mundos en que no se envejece y mundos en que no hay recuerdos pues ellos viven en plena simultaneidad con uno mismo.

¡Me voy, Saturnino, me voy!

SATURNINO

Como usted guste.

Yo

¡Que le vaya a usted muy bien!

SATURNINO

En Saturno siempre nos va bien o lo que usted llama que a uno le vaya bien.

Yo

¿Y si a uno le va mal?

SATURNINO

En Saturno no puede ir mal. Veo que usted, Boroa, no ha comprendido debidamente la enseñanza de los egrégores, es decir, la enseñanza que le han dado esos animales que le he mostrado.

Yo

Pero ya me la darán. Junto a Colomba sabré apreciar cuanto usted me ha hecho ver. Y repito: ¡Hasta pronto, mi tan querido Saturnino!

SATURNINO

¡Hasta pronto!

Y fui tomado por una encrucijada moviente que me llevó con rapidez. No vi nada. Sólo sentí que era arrastrado, a una velocidad inaudita, hacia las muy negras profundidades de esta Tierra.

Al fondo brillaba ella, brillaba:

¡¡Colomba!!

Me deslicé. Noté que bajaba y que seguía los recovecos de esas interminables galerías. La luz que en ellas había era suficiente; podía distinguir lo que se presentaba ante mis ojos: piedras, con algo de movimiento, que se me venían encima con formas escabrosas y, por unos momentos, me oprimían. Luego era la calma la que allí reinaba; desaparecía todo lo que fuese abrupto. Y, entonces, esos socabones se prolongaban hasta lo infinito.

De pronto tropecé y casi caí. Me detuve y miré. Un hombre se incorporó y me dijo a media voz:

—Perdone usted, mi señor. Debería haberme fijado que estaba yo en medio del camino que han de usar los que van hacia el fondo de estas profundidades. Pero estaba abstraído, muy abstraído. Usted señor, ¿me reconoce?

Lo miré unos instantes y luego exclamé:

—¡Por cierto! Usted es Tadeo Lagarto, el fiel servidor de ese elegante y tan correcto semidiablo de Palemón de Costamota. Me ha sido un verdadero placer encontrarme con usted, Tadeo. Ya empezaba yo a desesperar en estos senderos solitarios y algo sombríos. ¿Qué hacía usted por aquí?

Me respondió:

—Meditaba sobre el mal. Meditaba sobre ese llamado Maniqueo, el que fundó aquellos dos principios del Bien y del Mal; usted lo ha de conocer y ya habrá oído hablar de él. Es verdad que vivió hace ya mucho tiempo y en confines lejanos, lejanísimos a los que usted frecuente; Persia y por los años de... de... Creo que fue entre los años de 200 ó 250 de esta era. Pues bien, señor, esta meditación sobre él me hizo pensar en Heard, el autor inglés contemporáneo, el novelista de cosas policiales que, seguramente, ha oído usted mencionar a don Desiderio Longotoma.

—Tal vez me lo ha mencionado; sólo que yo los olvido pronto y esos nombres se me van. ¿Y por qué pensó usted en Heard y en Manes?

Tadeo Lagarto miró para todos lados y luego me respondió:

—Porque Mister Heard dice, en uno de sus libros, algo que me ha parecido sumamente interesante y que retrata fielmente lo que yo experimento. Voy a citárselo a usted, señor:

Cuesta mucho tiempo y largos esfuerzos llegar a ser tan perverso como uno quisiera. Nadie se ha vuelto repentinamente malvado.

—Es la verdad, creo yo —dije pesando las palabras de Heard.

Pero un cántico nos interrumpió, un canto a mitad diabólico y que nacía de las gargantas de una serie de arpías que allí se balanceaban en torno a Francesca de Rímini. Veía yo sus rostros de doncellas y luego veía sus cuerpos de aves de rapiña.

En medio de ellas, de esas arpías, haciendo una serie de muy corteses reverencias, Palemón de Costamota se inclinaba ante la bella Francesca de Rímini que sonreía halagada.

No pude menos que felicitar a Tadeo Lagarto por este hermoso espectáculo que se ofrecía ante mi vista.

—¡Muy bien, espléndido! —dije mientras aplaudía con entusiasmo y vibraba—. Pasaría toda mi vida aquí, ¡toda mi vida!

Pero Palemón alcanzó a oír lo que yo decía. Detuvo sus muy finas reverencias, y de un salto estuvo a mi lado. Me alargó la mano y me dijo:

—Palemón de Costamota, un seguro y fiel servidor de usted.

A lo que yo repuse:

—Y tiene usted en mí también un seguro servidor.

Palemón volvió a elevarse y continuó su danza en medio de esas arpías que revoloteaban sin cesar. Ahora Tadeo Lagarto también se había elevado y formaba parte en aquella danza. Yo miraba embelesado y, a cada momento, aplaudía con entusiasmo. Pero una voz que sonó a mi lado me obligó a detenerme:

—¿Vas a quedar para siempre contemplando a estos infernales danzarines? ¿Ya has olvidado hacia dónde te dirigiás?

Me di vueltas y grité:

—¡Oh, Lorenzo Angoll!

Me respondió:

—Sí, yo soy. Yo sigo mi marcha sin detenerme con estas gentes, estas gentuzas que te han de proporcionar todas las distracciones posibles para impedirte ir adelante.

Reflexioné y dije:

—Es verdad lo que tú alegas, mi querido Lorenzo.

Él entonces manifestó:

—¡Adelante, Onofre! Yo voy tras de ella, tras la que siempre me espera y estará dichosa de verme.

Yo insinué:

—Vas tras Lumba Corintia.

A lo que él respondió:

—Y tú va tras Colomba.

Nos miramos, nos tomamos del brazo y, sin más, proseguimos el descenso dejando atrás ese inmenso infierno que aquellos dos hombres, Palemón y Tadeo, habían abierto para nosotros.

Un rato después nos detuvimos y miramos hacia atrás, miramos el sitio donde habían brillado las llamas que no quemaban a esas tan fogosas arpías pero que se extendían por kilómetros y más kilómetros caracoleando e iluminando todo. Lorenzo entonces me detuvo unos pocos instantes y me manifestó:

—Desearía sentarme en un sitio sosegado.

Yo manifesté:

—Ahí, sobre esa piedra estaríamos bien; ¿no lo crees?

—Sí —fue su respuesta—, ahí estaríamos bien y ahí podría yo vaciarme de las cosas y de los temas que me han agarrotado allá en la superficie. Luego me hablarás tú pues tu caso ha de ser parecido al mío.

LORENZO

He hablado mucho. Quería deshacerme de lo que había dentro de mí. Yo hablaba y hablaba. Lumba Corintia giraba desde el otro mundo, ese mundo que a veces tengo la ocasión de ver y en él verla a ella. Giraba y también giraba Jateña, tú lo sabes, la que fue aquí, después de su muerte, Teodosia Huelén y que hoy es Maribel.

He hablado con Teodoro Yumbel y Albania Codahue; con Artemio Yungay y Clorinda Machalí; con la que es mi mujer, Benilde Panilonco; con Romualdo Malvilla y Laponia Socaire; con Viterbo Papudo; con Antenor Lentejuelas; en el Club Cero, con Tiburcio

Azapa; con mi primo el capitán Angol; con el doctor Gil Hualañé; con Javier Licantén; con el compositor Stramuros; con Recaredo Palquín; y he hablado con más, con muchos más. Ahora se me confunden pues pasaba de uno a otro, pasaba sin fin.

Yo

¿Y de qué hablabas tanto, Lorenzo?

LORENZO

De literatura. Fui tomado por una verdadera obsesión que me obligó a decir lo que me imaginaba de ella, es decir, a lucubrar sobre ella.

Si no lo hubiera hecho, créeme Onofre, esas ideas me habrían tomado y me habrían arrastrado... ¡qué sé yo hasta dónde! Por eso hablé a todo momento, como un loco.

De pronto me calmé y encontré que era mejor, ya que estaba vaciado, venir a estos fondos y ver a Jateña y a Lumba Corintia.

Ahora estoy tranquilo y puedo seguir mi descenso con calma. No tengo prisa. Me hace bien reposarme aquí en esta piedra teniéndote como un buen compañero que, supongo, querrás oír lo que tanto me empujó a ver a esos amigos que te he citado y a otros más.

Yo

Por cierto, mi querido Lorenzo. Te escucharé con toda la calma que desees.

LORENZO

Onofre, toda buena literatura huele a color local y se localiza en el mundo. Es trabajando con los materiales que un medio ambiente determinado proporciona, como puede llegarse a una universalidad humana. Los que trabajan sobre las ideas generales para la construcción de una obra, llegan a una universalidad abstracta, a una universalidad de gabinete, de laboratorio, a una universalidad que conoce todo burgués laborioso. Más allá no toca ningún sentimiento humano. Queda, pues, gris, incolora.

Los hombres que no han aprendido a amar cuanto les rodea, a extraer la inspiración de lo que a diario les toca, que no poseen la facultad de alimentarse con la observación *verdadera* y que necesitan para emocionarse recurrir a héroes, a dioses y a símbolos; esos hombres se ven obligados a inflar armazones de carácter general que no logran jamás vivificar.

Siempre he reconocido los países después de ver sus obras de arte. Así he reconocido a Italia, a España, a Francia y aun a los países que no conozco, como ser, Rusia, el país de Dostoievski. He sentido siempre una localización especial al confrontarme con esas grandes obras de arte.

No sé —y es ello lo que me atormenta y me obliga a consultar a Anam— cómo ha de ser el nuevo enfrentamiento del hombre con la tan enorme naturaleza que le rodea.

A veces creo que ha de ser puramente social o puramente científico, dejando de lado la máquina literaria, sola en una pampa, para que se enmohezca y se deshaga en ruinas de hierro viejo.

A veces creo que ha de ser en un sentido místico y de total silencio hasta que, por necesidad interior, biológica, diría, vuelva a aparecer el vagido de un nuevo cantar.

Otras veces he llegado a pensar en una literatura que sólo puedo llamar agrícola; un escritor —óyeme bien, Onofre— metido dentro de un grano de trigo o de la pulpa de un fruto viendo y oyendo, sobre todo —porque el oído mucho se descuida hoy día— su pulsación y crecimiento.

Y otras veces a este escritor colocado en otro planeta, viendo para qué los hombres

inventan y complican tanto esta agricultura y viendo, sorprendido, los canales por donde todo ello va como un destino.

No lo sé, Onofre. Pero en cambio sé que no puedo seguir dentro de la máquina ésa, de esa máquina que consiste en el narrar personal de cada individuo sobre sus impresiones y ocurrencias ante una montaña o un bosque, ante las aves o los hombres que laboran.

Hablé con ellos, no sé bien con cuál, sobre las sensaciones que me produce la literatura que anhelo. Siento que debería ser algo que no interesara en nada a los literatos, algo que éstos no reconocieran del dominio de ellos. Siento que debiera ser algo necesario y palpitante del día, del momento en el mundo todo, de modo que, ante tal necesidad, tal aprieto, tal urgencia vital, no fuese reconocido por los hombres del oficio y sólo resultara una obra literaria *después*.

Puedo asegurarte que los primitivos no pintaban "para hacer arte" sino para cantar a Dios y merecer Su bondad. Para nosotros, ahora, se ha convertido en arte.

Es por eso que amo las viejas cartas, los viejos documentos, todo lo que tuvo una necesidad real para producirse, todo lo que no fue escrito para el arte de bien escribir.

Entonces me habló Anam. Me hizo una pregunta:

-¿Qué te parece ese crepúsculo?

Respondí:

-Muy hermoso.

-¿Te gustan entonces los crepúsculos?

-Son estupendos.

-¿Qué te parece ese Cadillac?

Respondí:

-¿Te gustan entonces los buenos autos?

-Son estupendos.

Luego Anam guardó unos momentos de silencio y me preguntó:

-¿Qué te parecen estos versos que te voy a recitar? Son versos de Rubén Darío. Óyelos bien, Lorenzo. Se trata de un *Responso a Verlaine*. Si los conoces... ¡tanto peor! Óyelos:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste,
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador.

¡Panida! ¡Pan tú mismo, que coros condujiste
hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste
al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera;
que se humedezca el áspero hocico de la fiera
de amor, si pasa por allí;
que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne,
y de claveles de rubí.

Interrumpí a Anam:

-Son versos muy hermosos y me los conozco al dedillo.

-¿Te gustan entonces los buenos versos?

—Son estupendos.

Anam se agachó y recogió de la tierra que allí se formó, una magnífica sandía. La abrió en dos y me preguntó:

—¿Qué te parece esta sandía?

—En realidad es hermosísima.

—¿Te gustan entonces las sandías?

—Son estupendas.

Así hablábamos Anam y yo. Yo sentía el despropósito de esta charla pues en ella se mezclaban asuntos que en la vida no tienen concordancia ninguna. Piénsalo un poco: todas esas cosas pueden gustar mas no se las puede amar simultáneamente. Desde el momento en que se amen los crepúsculos, tienen que bajar las sandías. Lo mismo puedo decirte de los versos de Darío y de esos autos que ruedan veloces. Y piensa, Onofre, que Anam me habló también de Fabre d'Olivet, de sus obras publicadas cuando Napoleón lo perseguía. Yo le declaré que esas obras me parecían estupendas. Entonces Anam me ofreció un buen guiso de merluza o, si yo prefería, uno no menos bueno de corvina.

Onofre, puedo asegurarte que, mientras yo hablaba de todo esto, recibía opiniones muy diferentes de las personas que me oían. Así, pude ver cómo reía de buena gana mi primo el capitán Angol y cómo, luego, me felicitaba. También pude apreciar el enorme interés que todo esto le proporcionaba a Javier Licantén, el poeta; me hizo repetir varias veces lo que le avanzaba y, al fin, exclamó:

—¡Es interesantísima esa lucha que se ha producido en su mente, mi querido amigo! Permítame... Voy a tomar algunas notas de lo que usted me ha dicho.

En cambio Teodoro Yumbel fue muy diferente. Me escuchó con una indiferencia hostil y, al fin, me dijo con desagrado:

—Veo, Lorenzo, que a ti no se te ha pasado el afán de hacer chistes con cuanto se refiere a las letras. Yo estoy muy lejos de participar en esos chistes; yo trabajaba y daba los últimos toques a mi última Obra.

—¿Qué obra es, mi querido Teodoro?

Él me respondió con severidad:

Miseria del Goce.

Comprendí que había que callar.

Luego me retiré y me fui a ver al compositor Stramueros pero un momento antes fui detenido por Artemio Yungay y Clorinda Machalí. Con ellos seguí mis conversaciones; luego pasé a otros y a otros más. De pronto, como te he dicho, me calmé. Reinó la paz en mí y, sin decir nada, me acerqué a Benilde Panilonco, la cogí entre mis brazos y la besé apasionadamente.

Ella comprendió de inmediato. Me susurró suavemente:

—Ahora, Lorenzo, deberías ir hacia el fondo de la Tierra. Yo te aguardaré aquí y mucho pensaré en tus andanzas subterráneas... que, verás, serán coronadas por el éxito. Pues estarás con esa que fue tu hermanita, Jateña y que ahora es Maribel. Y también verás a... a...

Yo respondí a media voz:

—A Lumba Corintia.

Y nos volvimos a besar.

Pero puedes creerme algo, Onofre, algo que, de seguro, mucho te va a extrañar.

Yo

¿Qué cosa debo creerte?

LORENZO

Durante estas correrías mías en que hablaba tanto sobre literatura, durante estas correrías en que vi a muchísimas mujeres, no tuve jamás, ni una sola vez, esa obsesión sexual que se precipita en mí.

Ellas fueron una especie de punta que ahí estaba para yo poder sostener mis principios y mis terribles dudas literarias. Ellas no eran más que seres asexuales que ora me aprobaban, como me aprobó Javier Licantén; ora me rebatían y me hacían ver que ellas no estaban de acuerdo conmigo.

Así fue con todas. Imagínate que, en una de estas andanzas, me encontré con Jenara Linares. Me detuvo. Me preguntó por aquella Berguibenda, ¿recuerdas? Un minuto después ya la había yo olvidado y volvía a participarle mis dudas sobre estas letras. Pero vi, de pronto, que ella no estaba conmigo pues quedaba al margen de esas como ráfagas de hondo misticismo que se balancean con mi sexo. Nos separamos, Jenara y yo, sin haber ido a ninguna comprensión.

No; las mujeres no entraban para nada en mí. Yo veía que esa diferencia en sexos es cosa que nosotros hacemos aquí y que, de verdad, no alcanza mayores proporciones.

El deseo de desconcentrarme de este mundo se acentuó en mí y, junto con sentirlo, las mujeres, en el sentido sexual, se alejaron de mi lado: Berguibenda... Jenara... Aquellas que han revoloteado a mi alrededor... Aquellas que he amado por instantes, como amé a Vivencia Pocuro... La misma Benilde abandonó su sexo y fue un ser viviente que me acompañaba... Lumba Corintia vino a ser una especie de recuerdo, una especie de punto de apoyo para poder yo alcanzar a un ser superior.

¡A un ser superior...!

En ese momento comprendí que era necesario descender a estas profundidades y verla, divisarla... Ojalá oír su voz.

Pero no nos precipitemos, Onofre. Bajemos con lentitud. Quiero hablarte aún de las observaciones que tuve mientras anhelantemente paseaba mis deseos de verter las impresiones literarias que había en mí.

Sigamos nuestro descenso; sigámoslo con toda calma.

Un recuerdo me hace reír. Te lo contaré y, creo, reiremos juntos. Pues he de hablarte de... ¡Ascanio Viluco!

Yo

¡Por cierto que reiré, mi querido Lorenzo! Hace pocos días he estado con él, en el hotel Miramar de Pompita. Con sólo evocar su recuerdo, este descenso se hará placentero como se hicieron allá las olas del mar... ¡Te oigo encantado!

LORENZO

Iba yo por las calles de San Agustín de Tango, iba de prisa y alegaba literatura para mí mismo, cuando me acordé que era el día en que Ascanio Viluco me había invitado a su casa para asistir a una gran reunión intelectual que él ofrecía.

Al oír esto, el fundo de Curihue se presentó a mi memoria; no pude menos que exclamar: "¡Osorno!"; y mi amigo, al oírme, exclamó: "¡Calbuco!".

Ambos soltamos una estrepitosa carcajada. Esta carcajada resonó por los ám-

bitos encerrados en que nos hallábamos, volvió hasta nosotros trepidando con todas sus fuerzas. Por fin se perdió.

Volvió el silencio y ambos seguimos descendiendo con la calma a nuestro lado.

176

LORENZO

Me dirigí rápidamente a casa de Ascanio Viluco. Muchas cosas me movían para llegar hasta allá; desde luego, ver y conocer su nueva residencia, en la avenida del Evangelio. Yo no la había visto nunca y mucho me habían hablado de ella. Tú has de comprender, mi querido Onofre: Ascanio tenía, ¡por fin!, una casa digna de su persona y digna de la que es ahora su tan tierna y tan querida esposa, Elba Coshuenco de Viluco.

Mientras marchaba yo daba vueltas en mi mente lo que allá, en medio de todos esos intelectuales, hablaría. Pensé hablar y decir mil cosas de Fabre d'Olivet; citaría su obra que yo tanto amo y que he leído más de una vez: *Historia filosófica del Género humano*.

Yo

De seguro que pensabas también dar tus opiniones sobre Saint-Yves d'Aveydre que tú tanto me has recomendado. Me has hablado siempre de la *Mission des Juifs*.

LORENZO

¡Por cierto! Todos esos autores giraban en torno mío, todos ellos. Recuerdo que pensé en Eliphaz Levi, en Maurice Nicoll, en Piotr Demianovich Ouspensky, en el doctor Papus, en las Guaxas de que habla Roso de Luna, de las ciencias malditas que es el tema que, a fondo, trata Stanislas de Guaita... En fin, Onofre, no te diré todo lo que pensaba y giraba en mi cabeza mientras iba hacia la morada, hacia el palacete que ahora habita Ascanio Viluco y su cara mitad, Elba Coshuenco.

Yo

¡Ibas pleno, mi querido Lorenzo! ¡Ibas para dejar con la boca abierta a esos que formaban el círculo de intelectuales amigos de Ascanio! Ya te veo: llegaste... ¿Y?

LORENZO

¡Onofre: no hablé nada! ¿Me has oído? ¡Nada de nada! El primer tiempo lo perdí en hacer reverencias, en estrechar manos y más manos, en decir a cada cual lo que, de seguro, esperaba que yo le dijera... Tuve que repetir una vez más esas cosas ya planteadas de antemano. ¡Fue inútil! Sentí cómo se alejaban de mi lado esos autores que te he citado. Haber hablado algo de Roso de Luna o de Ouspensky o de Eliphaz o de cualquiera de ellos, habría sido como lanzar un cañonazo cuyo proyectil habría estallado en un espantoso vacío y habría, con su detonación, paralizado a todo ese mundo que allí estaba.

¡Pues, al verme, me hablaban de otras cosas!

Yo

¿De qué cosas te hablaban?

LORENZO

Me hablaban de mis obras pasadas. Porque era, toda ella, gente que estaba al corriente de lo que cada uno de los ahí presentes había producido con anterioridad. Pero no insistían demasiado, no y no. Justo lo necesario para hacer ver que estaban perfecta-

mente al corriente. Así revolotearon junto a mí *Pibesa* y *Papusa* y, ambas se mecían con *El fondo de La Canterera*.

Yo

Por cierto que te sentiste altamente halagado, ¿no es verdad, mi querido Lorenzo?

LORENZO

No, no y mil veces no. Fue aquello como que me obligaban a volver atrás, a sumirme en cosas que ya habían pasado. Recordé, sí, es verdad, a *Papusa*, a esa linda niñita y una especie de sexualidad me inundó al recordarla. ¡*Papusa*!

Me sentí mal, me sentí fuera de sitio; llegué a maldecir a ese *Ascanio Viluco* por haber tenido la idea de haberme invitado a una reunión de intelectuales. Porque así se llaman estas cosas, ¿me has oído?, así se llaman: "reunión de intelectuales". Lo que no quita que se coma y se beba al por mayor.

Yo, naturalmente, callaba. *Papusa* también callaba y juntos íbamos de un lado a otro hablando lo menos posible. Hasta que vi, a mi lado, a doña *Claudia Puchuncaví* que, sonriendo afectadamente, me preguntó por qué estaba yo triste y hablaba tan poco.

No recuerdo bien qué pretexto inventé y se lo lancé. La vida... las preocupaciones... el medio ambiente... el no poder realizar mi vida tal cual yo la soñaba...

Pero ella me interrumpió y, con gran sorpresa mía, vi que no estábamos solos sino que todo un grupo de gentes nos rodeaban y se mezclaban en nuestra conversación: *Fermín Huanuco*, ese semimúsico; *Misael Reñaca*, el seudofilósofo siempre inflado; doña *Clotilde Antilhue*, la mujer de *Nemorino Limache*; el propio *Ascanio Viluco*; la hermosa *Gervasia Cachapoal*, la amiga de *Huachipato*, ya muerto y, que según he sabido, se halla ahora allá en el fondo del mar junto a *Rubén de Loa*; y doña *Martina Vichuquén*; y *Facundo Doñihue* con su mujer, *Lania Polpaico*... En fin, *Onofre*, era aquello de nunca, de jamás terminar.

Papusa, asustada, me miraba desde atrás de un sillón.

Como te dije, di mi pretexto y, al darlo, fue como arrimar un fósforo a un explosivo: ¡todos estuvieron de acuerdo conmigo! Sí, *Onofre*, ¡todos sufrían tanto y más que yo!

Eché un rápido vistazo tras el sillón en que se había escondido mi *Papusa* y vi que había huido, que me dejaba solo...

Uno de ellos decía:

—¡Qué quiere usted, mi querido Lorenzo! En estos tiempos la cosa tiene que ser así porque, ante todo, hay que ganarse la vida, todos los días y aún todas las noches...

Y otro interrumpió:

—Peor que eso, amigo, es cuando la salud anda mal. Es lo que a mí me pasa. ¿Saben ustedes? Los bronquios y esta pequeña tos que no me deja ni de día ni de noche...

—¡Hola amigo! ¿Qué nos cuenta usted?

Ese amigo respondía:

—Aquí estoy metido en un lío feroz; pues paso arreglando mis cuentas y... ¡nada! Tengo aún que vivir en el campo por un año o por dos años o qué sé yo cuánto más y no puedo vivir aquí en la ciudad que es lo que yo, como mi mujer, deseábamos.

Y otro alegaba:

—¿Yo? Con las esperanzas de dar mi vuelta por Europa pero aún no se puede, no, no se puede y... ¡vaya uno a saber cuándo se irá a poder... ¡Con esta guerra fría que ya arde, ya arde! Porque es algo inaudito pero es así; ¡la guerra se nos viene encima!

—¡Ya lo creo! ¿Han visto ustedes lo que amenaza Kennedy? ¡Es algo definitivo!

-¿Y Fidel Castro...?

-¿Y Jruschov...?

-Son éstos los últimos momentos de paz que tenemos. Después... ¡morir con las fuerzas atómicas! Pues nadie, ¿me oyen ustedes?, nadie escapará cuando la guerra reviente.

-¡Feliz tú, Lorenzo Angol, feliz tú que no te preocupas de las calamidades que nos tienen agarrados! Porque tú, Lorenzo, ¿de qué te preocupas?

-¡Oh, sí! ¡Díganos usted, señor Angol, cuáles son sus preocupaciones!

-¡Verdad! Díganos usted...

-Tú no tienes preocupaciones porque tú vives en otros mundos, en mundos muy lejanos que nos miran a nosotros como seres inferiores, como seres ocupados de las mezquindades de este rodar en las cosas prosaicas...

-Como es ganarse la vida y sin saber si se va a vivir o no se va a vivir...

-Es verdad; porque cuando los bronquios andan mal...

-Y cuando los políticos de los Estados Unidos y los de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas...

-Y cuando se habla de megatones y demás...

-¡Tú eres el hombre feliz, Lorenzo Angol!

-Es la verdad: usted es el hombre feliz, mi estimado Lorenzo...

Así, Onofre, así hablaban todos aquellos intelectuales que se encontraban frustrados ante los sucesos mundiales y ante los bronquios que no marchaban bien. Y yo, entre ellos, yo, a pesar de no encontrarme con Papusa que, como te he dicho, había huido atemorizada, yo era el hombre dichoso pues vivía en regiones francamente superiores...

Me sentía mal, mi buen Onofre, y no hallaba dónde meterme. Era la primera vez que esto me acontecía: verse como un hombre dichoso estando con un verdadero calvario dentro de sí.

Yo

Comprendo, querido Lorenzo, lo que tú tenías que sentir en esa situación.

LORENZO

Algo tenía que decirles, algo! Pero... pero...

Yo

Pero... ¿Qué ocurrió?

LORENZO

¡Sonó el fonógrafo, sonó con todo el estrépito que es posible imaginar y, al oírlo, todos esos héroes del momento actual y esos mártires de las miserias que nos circundan, se entrelazaron entre ellos y se lanzaron a bailar...

Quedé solo, completamente solo en un rincón del salón. Recuerdo que te llamé, Onofre, que me pregunté por qué no estabas tú ahí en la casa de Ascanio Viluco, ese "borrico de mi tío". Es lo que ahora quiero saber: ¿por qué tú no fuiste a esa reunión de intelectuales?

Yo

No lo sé, Lorenzo, tal vez fue una pereza que me vino después de mi conversación con Ascanio... Tal vez... El caso es que no fui y que preferí deambular por las calles. En el fondo, me evité de pasar un mal rato y de haber quedado solo, como tú, en un rincón del salón.

LORENZO

Quedar solo... Es, Onofre, una buena cosa. Ya sólo miré hacia todos lados.

buscando un sitio donde guarecerme. Vi, no lejos de mí, una mesa admirablemente bien puesta, cubierta de bebidas y emparedados y, poniendo cierto orden entre ellos, vi, ¡vii! a...

Yo

¿A quién viste, Lorenzo?

LORENZO

¡¡A Alsina Cochoa!!

Quedé lelo contemplándola. Ella me saludó y fingió no alterarse mayormente con mi presencia; ella siguió, en compañía de otras muchachitas, arreglando la mesa y yo, mientras la veía, sentí que desaparecían lejos, muy lejos, todas esas damas y caballeros, todos esos intelectuales que me habían rodeado sumiéndome en el más feroz de los hastíos que es posible tener.

Lo que es curioso es que, en aquel momento, me vino con nitidez la respuesta que yo había pensado dar a aquellas damas que me habían conversado tanto. Fue cuestión de un segundo, de medio segundo, y, sobre esa respuesta, Alsina se movía y me miraba con distracción. Te voy a decir la respuesta. Óyela bien:

Si usted, señora doña Claudia Puchuncaví, o doña Gervasia Cachapoal, o doña Martina Vichuquén, o doña Lania Polpaico, o la que fuera, si usted señora estuviese en un sitio donde se la considerara una vulgar prostituta; ¿qué haría? Su pudor y su alta dignidad de usted la obligarían a retirarse. ¿Qué le extraña que el respeto de sí mismo que ha de tener todo artista o todo hombre de letras, se sienta también ofendido? Y esta dignidad es la de sentir que se le considera un ocioso, es decir, sentirse de más, sentirse trabajando en el vacío. Porque sabe que cada mirada que a él se dirige, lo desnuda, lo hiere y ultraja. Que ello sea verdad o no lo sea, ¿qué puede importarle? "Una chica desnuda en medio de hombres que la codician tiene que sentir igual ultraje aunque puede decirse que, en último examen, ninguna de esas miradas puede ultrajar su virtud".

Fue todo lo que respondí a esa dama que eran muchas damas que eran todas las damas que allí, donde Ascanio, estaban y se refocilaban en la fiesta... Pero allí estaba Alsina Cochoa... Allí estaba ella. ¡Alsina! Las damas, y los caballeros también, seguían girando a mi alrededor y yo les contestaba lo que llegaba a mi mente, de cualquier modo; pero era necesario contestar para que me dejaran en paz y, entonces, poder sumirme en la contemplación de ella, de Alsina... ¿me comprendes, Onofre...?, de Alsina Cochoa.

Le gente seguía en su reunión de intelectuales. Algunas personas me saludaban, otras me lanzaban cumplidos por Pibesa y por Papusa o por lo que fuera; otras personas me hablaban de los Estados Unidos y de Rusia; otras me hablaban de frivolidades del momento y me interrogaban sobre a quién había visto y qué será de Fulano y de Mengano y de Zutano; y había damas que me ofrecían merengues o un pequeño traguito... ¿no se serviría usted?

Yo miraba a Alsina. ¡Qué linda es, Onofre, qué linda! Así, tal como ahora es, chiquita, chiquitita, graciosa, risueña, alegre...

Pero, ¿será así? Es lo que me preguntaba sin hallar respuesta: ¿será así, serás así, mi Alsina?

Yo

¡Cómo, Lorenzo! ¿Dudas tú de que Alsina sea la más linda y graciosa de las chicas que hay en el mundo? Yo, te juro y te juro, jamás he dudado tal cosa en lo que se refiere a mi Diana.

LORENZO

No, no dudaba, Onofre. Era una pregunta que allí estaba suspendida sobre mí; una pregunta insistente aunque yo sabía que no merecía respuesta porque la verdadera respuesta estaba en el fondo de mí mismo.

Pero yo ahora, ¡por fin!, podía hablar y seguir la charla con un señor que me decía miles de cosas sobre el arte; no sé quién era, no lo sé, pero yo respondía y sacaba principios que no sé si sean principios míos o de otra persona, de otra, de otra... ¿De quién pueden ser estos principios...?

Yo alegaba al señor que estaba a mi lado:

—El arte por sí mismo... ¿comprende usted, señor?; porque no me refiero a la “fórmula del arte por el arte”; el arte por sí mismo, el arte que deja de serlo para ponerse al servicio de una obra que sea social o política...

¡Malditas palabras estas últimas: “social y política”. ¡Malditas sean mil veces! Pues bastó que yo las pronunciara para levantar una serie de objeciones, de aprobaciones, de dudas y qué sé yo.

Para colmo Alsina había desaparecido; para colmo Ascanio Viluco terciaba en la discusión; para colmo doña Clotilde Antilhue me ofrecía unos picatostes; para colmo los relojes avanzaban tan lentamente que jamás se acercaban a la hora de partir; para colmo veía yo muy lejos, veía allá a Ouspensky y a Roso de Luna y a Stanilas de Guaita y a Maurice Nicoll y a tantos otros, los veía que charlaban sin pronunciar palabra...

Pero, de pronto, Alsina Cochoa estuvo a mi lado. Venía en compañía de Elba Coshuenco, la dueña de casa, y me dijo con su voz que apenas se oye, su voz que es murmullo:

—Adiós; ya me voy.

—Adiós, Alsina —alcancé a casi gritarle.

Pero yo no estaba a mi lado; ya se había marchado; ya se perdía entre ese gentío de... de... ¿podré decir de “intelectuales”? El caso es que ella partió y ahí quedé, ¡otra vez!, en medio de la tan espantosa soledad poblada...

Mas... ¿qué es lo que oigo?

Pues estamos en el fondo de la Tierra o estamos acercándonos a él. Y algo se oye, sí, algo... ¿Qué es, dime, qué es Onofre?

Yo

Eso que tú oyes, Lorenzo, es...

LORENZO

¿Qué, qué, qué es?

Yo

Es *El Bolero* de Maurice Ravel...

Habíamos estado en túneles que ennegrecían de más en más. Ya era casi la oscuridad total. De pronto aquello se iluminó, aquello fue como un radiante amanecer. La luz surgió por todos lados. Y, a lo lejos, vimos la silueta de altas montañas; y cerca de nosotros, vimos hierba, mucha hierba, a la sombra de inmensos abedules y de no menos inmensas macrocarpas. ¡Qué lindo era aquello!

Al centro de este magnífico paisaje, extendiéndose a lo largo de él, pasaba un túnel, parecido al que, hasta ahora, nos había albergado a Lorenzo y a mí. Caracoleaba, subía, bajaba, seguía todas las sinuosidades que tenía el suelo que lo sostenía. Y lo que era algo que nos causó profunda extrañeza, era que se trataba de un túnel... ¡transparente!

Por dentro de ese túnel: él, él avanzaba.

Ambos gritamos al reconocerlo:

–¡Hola! ¡Hombre Martín Quilpué! ¡Hola y mil veces hola!

Pero él seguía su marcha impertérrito; podría haber temblado todo aquel fondo terráqueo y su marcha habría continuado igual, idéntica, pues era la marcha única del hombre Martín Quilpué...

Adelante marchaban tres armadillos. Los seguían cinco tarsios y un kiwi. Después venían capibaras en número increíble. Sobre este conjunto volaba un hoactzín. Y abajo, aguardando unos 30 ó 40 metros de distancia, siempre solo y silbando:

¡El hombre Martín Quilpué!

Y tras él se precipitaban, mas sin acercársele ni un milímetro, ni un décimo de milímetro, un centenar de ornitorrincos.

¡Qué hermoso, qué arrebatador era presenciar ese desfile!

Nosotros repetíamos nuestros gritos de entusiasmo:

–¡Viva, viva, el hombre que es el hombre! ¡Vivas tú y tú, Martín Quilpué! ¡¡Vivaaaaa!!

Así pasó, como he dicho, impertérrito, y las notas de *El Bolero* de Ravel se elevaban puras en el aire de... de...

¿De qué era ese aire que allí respirábamos?

¡Era aire de la totalidad de cuanto existe, sí, existe y existe y siempre existirá!

Porque ahora pasaban una serie de lintrucos que bailaban, o parecían bailar, con otra serie de leucoterios. Este baile era seguido y acompañado por las risas más estrepitosas, por las más desaforadas carcajadas de seis, sí, seis –los conté–, seis cumbilecos.

Todos los cielos estaban ahora cubiertos de aves y más aves. No pude distinguirlas debidamente pues mi vista estaba siempre atraída hacia abajo. Pero alcancé a ver una escolopendra, una enorme, una gigantesca escolopendra que, al volar, lanzaba unos resoplidos que me llenaron de gozo íntimo, de gozo inefable y superíntimo.

–¡Soy dichoso, Lorenzo! –grité.

–¡Yo también soy dichoso! –me contestó.

Así vimos alejarse al hombre Martín Quilpué y así oímos cómo se perdían las notas de Maurice Ravel.

Otra vez volvió la quietud en torno nuestro. Los túneles parecieron agrandarse hasta lo infinito. Por algunos de ellos corrían y luego desaparecían largas, agudas lenguas de fuego. A veces nos mirábamos con cierto temor pues nuestros oídos habían oído una especie de rugido sordo que venía de más bajo y que todo lo hacía temblar. Luego continuábamos nuestro descenso.

–Veré a Lumba Corintia –dijo Lorenzo.

–Veré a Colomba –dije yo.

–Le narraré a Benilde Panilonco nuestra entrevista y ella, tú puedes creerme, estará feliz ante lo que yo le cuente.

Repuse:

–Yo guardaré lo que oiga de Colomba; sí, lo guardaré pues nadie necesita oír su voz aunque sea traducida por mí.

Seguían los túneles sombríos. Nosotros caminábamos la mayor parte del tiempo en silencio y cambiando algunas frases de cuando en cuando; frases que iban a Lumba Corintia, a aquella que había dejado de ser allá en Boston; frases que iban a Colomba que yo veía en el pleno fondo de la Tierra, estática, sonriente y hablándome sin que ni uno de sus rasgos se moviera.

De pronto fuimos detenidos y una reverencia se hizo ante nosotros. Luego una segunda reverencia; luego, una tercera; una voz murmuró:

—Palemón de Costamota se atreve a interrumpir la marcha que hacen ustedes para presentarse como su más fiel y seguro servidor que pueda existir.

Yo, de inmediato, me precipité hacia él y, al estrechar su mano, le dije con plena convicción:

—Yo también soy un seguro y fiel servidor de usted.

Lorenzo nos miró y se contentó con murmurar:

—Salud.

Palemón nos insinuó:

—Estaba yo meditando sobre un tema que también puede interesar a ustedes y como no llegué a conclusión alguna quisiera exponerlo aquí y saber de ese modo la opinión de ustedes.

—Bajemos siempre, Palemón, y puedo asegurar a usted que oiremos lo que usted quiera decirnos.

Así bajamos los tres, sin precipitarnos, así bajamos lentamente. Palemón carraspeó repetidas veces y, por fin, habló:

—Dicen, mis queridos amigos, que cada ser humano encarna de la manera siguiente:

Pero Lorenzo lo interrumpió:

—Que los seres humanos encarnen o no encarnen... no es usted, señor de Costamota, quien podrá darnos luces sobre ello. Así es mejor que guardara usted silencio o fuera por otros de estos innumerables túneles o socabones:

—¡Ooooh, mi señor Angol! Yo no pretendo dar una conferencia sobre esto. Les quería hablar a ustedes para aclarar un tanto mis propias ideas, nada más, puedo asegurarle, nada más.

—Bien, expóngalas usted esas que llama ideas y luego nos va usted a dejar seguir nuestro descenso en paz.

Palemón se inclinó sonriendo afectadamente, carraspeó una vez más y luego con voz meliflua nos expuso sus dudas. Lorenzo creo que no lo escuchó; yo lo escuché a medias y, según recuerdo, fueron sus palabras las siguientes:

—Las reencarnaciones, en una vida normal, deben ser 33. Esto ha sido publicado y es vendido en cualquier librería. Ahora bien, cada sujeto encarna 23 veces en cuerpo masculino y 11 veces en cuerpo femenino; o bien, 22 veces en cuerpo femenino y 11 veces en cuerpo masculino. Esto, amigos míos, lo doy por sentado y es para mí la verdad absoluta. ¿No lo creen ustedes así?

Lorenzo respondió:

—Haría usted muy bien, señor de Costamota, en guardar todas sus creencias para usted y no venir a perturbarnos cuando tenemos otras cosas más importantes que hacer.

Palemón se disculpó diciéndonos:

—Es verdad, tiene usted que ir tras Lumba Corintia y usted mi señor Borneo...

—Señor Boroa, si me hace usted el favor.

—O simplemente podría llamar a usted: don Onofre.

—¡Me es igual!

—¿Puedo entonces proseguir con esta especie de disertación que me ha sugerido lo que acabo de leer?

—Prosiga usted.

—Gracias, muchas gracias. Tenemos, pues, 22 y 11; o sea 11 y 22. Me he dicho para mí mismo, porque ésta es la primera vez que lo comunico a terceros oídos: De aquí, y no de otra parte, han de venir esas tendencias más o menos dudosas del sexo. Si las encarnaciones se alternan bien, matemáticamente hablado, esto que he llamado “dudoso” apenas se notaría. Pero... pero... pero...

Me detuve y lo interrogué:

—Pero... ¿qué?

Él hizo una enorme reverencia en signo de disculpas y luego se puso a disertar como hablando hacia el vacío:

—Si 3 ó 4 veces se suceden en cuerpo masculino o si 3 ó 4 veces se suceden en cuerpo femenino —y digo 3 ó 4 por no decir 6 ó 7 o más veces— es el momento en que aparecen esos casos sencillamente extraños, extrañísimos que aparecen de cuando en cuando en este mundo y hacen hablar a todo el mundo de ellos. Por ejemplo, ¿no han oído ustedes hablar de esa Coccinelle que tanta bulla ha metido?

—Sí, hemos oído hablar de ella. Pero ¡siga usted Palemón que veo allá a otro seres que, de seguro, quieren charlar con nosotros!

—Bien, seguiré: Les decía a ustedes que en estos casos aparecen esos casos arrevesados, de sexo que se balancea entre dos polos y que rompen la cabeza de psicólogos, de biólogos y de psiquiatras y demás. ¡Pobre gente toda esa de psicólogos, biólogos, psiquiatras! ¿No lo creen ustedes, mis distinguidos amigos y tan fieles servidores como yo, Palemón de Costamota, soy fiel servidor de ustedes?

Yo le pregunté a Palemón:

—¿Por qué lamenta usted tanto a esos hombres que se afanan por buscar la causa de estas anomalías sexuales?

Un carraspeo, otra reverencia y Palemón dijo:

—Porque esos hombres buscan la solución aquí, aquí, sí, mis tan fieles servidores, ¡aquí! y deberían todos ellos...

—Deberían, ¿qué?

—Deberían buscarla en otros confines; deberían buscarla mucho más lejos, deberían buscarla *allá*. ¿Me han entendido ustedes?

—¿Qué llama usted “allá”?

—Llamo así a mi reino, a mis dominios donde soy amo y señor y donde se me reverencia como yo merezco ser reverenciado. ¡Oh, esos dominios míos! ¡Ooooooh! ¿No quisieran ustedes ir, por unos momentos, nada más, hasta ellos? Al ir conmigo todo será luz y claridad; todo será una verdadera algazara de resplandores y de...

Lorenzo se volvió a él y grito:

—¿Va usted a dejarnos en paz? Tenemos otras cosas que hacer y no podemos perder el tiempo oyendo las necedades que usted nos dice y nos explica. ¿Oyó, Palemón?

Él nos hizo una reverencia más y murmuró quedamente:

—Pido perdón si me he sobrepasado en los pensamientos que he tenido. Les dejaré a ustedes tranquilos para que bien puedan seguir este descenso y encuentren, al final de él,

lo que han de encontrar. Pero les pido que no olviden lo que acabo de explicar; la solución está allí, ¡allá!, está junto al problema de las tantas vidas que tenemos que pasar en este planeta. ¡Es perder el tiempo buscar en otra parte! Por eso he dicho: ¡Pobres psicólogos, pobres biólogos, pobres psiquiatras...! Nada podrán saber ni descubrir mientras no me consulten a mí, mientras no se hagan mis más fieles discípulos.

“Es todo lo que, por ahora, quería decir y espero que ustedes lo sabrán comprender debidamente. Ya se acercan allá otros seres que espero tendrán ustedes un gran gusto en encontrar. Así es que yo me retiro. Yo me retiro. Yo me retiro.

Y diciendo estas palabras, Palemón de Costamota desapareció de nuestro lado, no sé por dónde ni cómo. Lorenzo no se inmutó. Dijo, solamente, con voz baja:

—¡Me es imposible este personaje! Francamente me fastidia el hecho de oír su eterna zalamería que esconde fines y más fines de dominio!

Le respondí:

—Yo no lo tomo mayormente en cuenta; me es indiferente y no vacilo en hacerle creer que soy su muy seguro servidor y amigo.

Pero Lorenzo no transigió y me dijo lleno de una inconcebible seguridad:

—Es asegurando esa fidelidad de que tú, Onofre, me hablas, es así como te haces, sin quererlo, su fiel y seguro servidor. Pero, en fin, ya se ha marchado y ya podemos seguir libres de su compañía y de sus frases retumbantes. Allí se aproximan algunos seres; vamos hacia ellos, ¡vamos!

Avanzamos algunos pasos más y se presentaron ante nuestros ojos dos seres que algo cambiaban la amistad que acabábamos de abandonar: Celso y Maribel.

Nuestra alegría fue inmensa. Todo cambió a nuestro alrededor; todo tomó otros colores. Yo me incliné y, creo, caí de rodillas. Mi amigo Lorenzo hizo otro tanto. Porque era algo francamente inexplicable encontrarse con ellos, ¡con ellos!

Encontrarse con...

¡¡Celso!!

Encontrarse con...

¡¡Maribel!!

178

Celso, el antiguo Florencio Naltagua, quedó sin moverse en un sitio visible, cercano, pero inalcanzable para nosotros. No sabría medir las distancias pero era, a veces, una distancia inconcebible; luego era una distancia que no distaba de nosotros más de unos pocos pasos.

Maribel avanzó hasta nuestro lado y nos contempló risueña. Luego murmuró:

MARIBEL

De nuevo estáis en el centro de la Tierra. Van mis más sinceras felicitaciones. Es una pesadez eso de vivir siempre en la superficie. Se está mejor aquí, rodeado de tantas y tantas bellezas indescriptibles. ¿No lo encontráis vosotros así?

LORENZO

Yo no te veo más que a ti, a ti que fuiste allá en la superficie mi hermanita tan

querida. Y créeme que me siento muy dichoso al ver y recibir esa alegría que rebasa y que me alcanza.

¡Sí, Jateña! ¡Ya ha valido la pena descender a estas profundidades por el hecho de haberte visto y comulgar contigo!

MARIBEL

¿Y tú, mi buen Ono? ¿Qué dices?

LORENZO

¡Habla, Onofre, habla! ¡Responde a la pregunta que te ha hecho mi Jateña! ¡Te escuchamos!

Yo

Usted, Maribel, puede ver en el fondo de mi ser. ¿No es verdad? Siento que su mirada me penetra entero y que, ante sus ojos, no puede haber secreto posible.

MARIBEL

(Sonriendo siempre y algo burlona pero sin malevolencia de ninguna especie).

¿Querrá eso decir que te encuentras tan contento como tu amigo Lorenzo por el hecho de haberme encontrado? O, acaso, te he desilusionado... ¿Verdad, Ono?

Yo

¡Oh, no, Maribel! ¡Mil veces no! Estoy, con el hecho de verla a usted, plétórico de un gozo que sé que se me nota por todos lados. ¡Sí, estoy dichoso, dichoso!

MARIBEL

Entonces, ante tanta dicha que yo reparto, hablemos los tres, hablemos y pongámonos cómodos.

Nos acomodamos en una gran roca abrupta. ¿Podrá decirse que nos acomodamos? Pues estábamos incómodos y colocados los unos sobre los otros. Nuestro alrededor no era más placentero: rocas escarpadas que se perdían hasta lo infinito; por entre ellas corrían unos pequeños riachuelos de una materia parecida al agua que, de pronto, se elevaba a buena altura y seguía su curso en las direcciones más insólitas.

No; aquello donde nos hallábamos era feo y, sobre todo, inhospitalario.

Maribel no parecía percatarse de nada. Allí estaba encantada y tendida como en el más muelle de los divanes. Nos miraba y reía; llevaba el alto de nuestra conversación. Cuanto a Celso... lo perdí de vista; había desaparecido en ese mar de sinuosidades.

MARIBEL

¡Qué bien verte, Ono querido! ¿Siempre vas tras Colomba? ¡Uuuuuuuy! ¡Eres de una fidelidad a toda prueba! Y voy a felicitarte por ella, sí, Ono, voy a felicitarte porque ella, esa tan linda mujer que se llama Colomba, ella también te es fiel. Como se es fiel siempre que el amor... el amor...

Yo

El amor... ¿qué cosa, Maribel? Usted me habla de una manera llena de subentendidos, llena de cosas que debo yo adivinar y sacar a la luz. ¿Por qué, Maribel, habla usted de este modo conmigo? Quisiera ver seriedad en cuanto me dice, sí, mucha, una enormidad de seriedad.

MARIBEL

¿Y tú Lorenzo? ¿También encuentras que yo soy una persona llena de frivolidades? ¿Que... que... "mariposeo" —¡qué, qué linda palabra es esta de "mariposear"! —sobre cuanto digo? Danos tu opinión, Lorenzuelo, danos tu opinión y la escucharemos con el mayor respeto que nos sea posible.

LORENZO

Todo cuanto tú dices, Maribel, es algo santo. Tú hablas de dos modos siempre: lo que estás diciendo; lo que ello va evocando allá arriba. Es esto último que yo percibo y dejo que tus palabras sean las que a ti te vengan.

YO

Es como también te oigo yo, siempre, siempre.

MARIBEL

¡Uuuuuuy! ¿Qué de cumplidos hacéis ambos! Si yo estuviera allá en la Tierra, como están los que a veces llegan a estos mundos, ¡uuuuuy! me sonrojaría. Pero ahora...

AMBOS

Ahora... ¿qué le ocurre, Maribel?

MARIBEL

Ahora no hay enojo posible. Nuestro ánimo es siempre el mismo, siempre igual. Esos cambios permanentes que hay allá... ¡Oh, qué cosa imposible! Pero tú, Lorenzuelo, ¿por qué sigues de pie y no te recuestas como nosotros, como Onofre y yo?

LORENZO

Porque he de seguir mi camino, Lumba Corintia me espera. Hacia ella voy ahora. Sí, me voy. Créeme que tu recuerdo no me ha de abandonar, mi tan querida Jateña-Maribel.

Y Lorenzo partió. Lo vimos enterrarse en unos negros socabones y así lo perdimos de vista. Seguía su camino hacia Lumba Corintia. ¡Buen viaje! Y lo perdimos de vista.

Quedamos solos Maribel y yo. Estábamos en un decorado francamente hostil. Todo a nuestro alrededor, eran especies de montañas abruptas. Ni ese líquido que he mencionado hace un momento, lo apercibíamos ahora. Quedaba oculto por escarpados picachos. Era todo aquello francamente, y no creo exagerar, desesperante. Yo me arrepentía de haber tenido la idea de descender a estas soledades terráqueas. Maribel, a quien tanto amaba, me era una persona, diría casi, repulsiva. Pero, en fin, ya me hallaba allí y no veía otro modo de desligarme de todo aquello. Así es que... ¡pongámosle a la charla!

Entonces Maribel habló nuevamente y habló algo que me fue completamente inusitado. Quedé sin poder responderle. Pues me preguntó:

MARIBEL

¡Ono, dime, por favor y sin mentirme! ¡Dime! Porque yo no lo puedo creer. Dime, ¿es verdad que tú crees encontrarte en el fondo de la Tierra? ¿Puede ser verdad que, para ti, esto que ves ahora y donde nos encontramos ambos, no sea más que el fondo de la Tierra? ¡Uuuuuuy! Porque yo entiendo eso de "fondo" en el sentido que allá tiene, allá, allá, ¿me comprendes?, allá de donde tú vienes hasta este punto; allá en la que tú llamas *la superficie*. No puede ser, mi Ono tan querido.

Yo Sí, Maribel, sí. El fondo, es decir... el fondo...

MARIBEL

¡Cómo! ¿Y ves todo lo que te rodea como un fondo? ¿Lo ves lúgubre y sombrío?

¿No ves, entonces, estos sublimes, estos admirables panoramas? ¿No ves como se ve aquí, como veía Anacleto Ibacache cuando quedaba en éxtasis mirando una que para ti no era más que una vulgar piedra?

¡Qué raro, mi Ono, qué raro!

Francamente no sé cómo no te aburres al venir a éstos que son puros antros de... de... ¿podré decir "de negación"? Pues todo en ellos es una pura negación para ti, una pura negación... ¿No es la verdad la que ahora te digo?

Yo

Sí, tal vez es una verdad la que usted dice, mi querida Maribel. Porque, en realidad, yo no veo aquí más que especies de rocas o de cosas abruptas que parecen moverse pero que no se mueven, no, no se mueven. Están todas ellas quietas. Es decir, ¡la negación, la negación absoluta!

Dígame usted, por favor, ¿qué es lo que ve? En esta negación de cuanto podemos llamar belleza, ¿qué ve, Maribel?

MARIBEL

Veo el sentido profundo de lo que tú llamas una negación. Pero no hablemos de eso, ¿quieres? Mira, mira profundamente y, de pronto, creo que podrás ver, ver algo, algo. Entonces te irás por ese algo y marcharás, marcharás mucho pero no con esa pesadez con que marchabas con tu amigo Lorenzo. Marcharás lleno de alegría y, al transformarte tú con tu propia alegría, verás que todo se transforma a tu alrededor.

Ya ves, Ono querido, que es sencillísima la cosa. ¿No lo encuentras tú sumamente sencillo?

Yo

Para decirlo, sí, Maribel, es muy sencillo. Para ponerlo en práctica... Creo que la cosa ha de cambiar... Porque... ¡dígame, Maribel! ¿Qué voy a mirar aquí? ¿Qué, qué?

Aunque... Aunque...

¡Oh! ¡Maribel! ¿Qué transformaciones se están produciendo en torno mío?

¡Es verdad! ¡Es la más absoluta verdad! ¡Qué hermoso es cuanto se presenta ante mis ojos!

Tuve, por unos breves instantes (¿serían tan, tan breves como lo pienso?) una visión asombrosa. Todo se cambió, todo fue diferente. Eran unos enormes paisajes movientes en su quietud más absoluta. Las distancias no existían en ellos pues lo que aparecía lejos, quedaba a mi lado y lo que estaba a mi lado se alejaba a inmensas distancias. Pero estos son modos que ahora tengo para expresarme. La verdad es que yo, ¡yo!, me había sumido en eso que nuestra costumbre hace que llamemos un paisaje para distanciarlo de nosotros mismos; ahora yo formaba parte de ese paisaje y ese paisaje venía hasta mí y ambos nos confundíamos, ambos no éramos más que uno solo.

Maribel también se movía en medio de todo aquello. Yo la veía ir y venir y verificaba, al mismo tiempo, su absoluta inmovilidad. Pero algo me retenía, me paralizaba y me impedía expresarme.

Tal vez me sentía pequeño, pequeñito ante lo que mis ojos veían. O, tal vez, era un subterráneo terror de que todas esas bellezas que ahora formaban parte de mí mismo, se trastocaran convirtiéndose en un inmenso paisaje de horror...

Sólo podía murmurar:

—Maribel... Maribel... ¡Qué linda eres!

Y una parte pensante que no me abandonaba ni por hallarme en contemplación de la belleza más sublime que haya logrado percibir, volvía hacia mí y, como si fuera un tercer personaje, me decía guiñando sus ojillos con malicia:

—Tú la encuentras muy linda; la encuentras, de verdad, hermosísima; pero... ¿has pensado qué es esto de hallarse ante la belleza misma...? Y dime, amigo mío, ¿qué es la belleza?

Yo

¡Por piedad, Maribel! ¡No puedo tolerar más estas visiones de tanta beldad! Debe usted creerme, ¡sí, créame!, necesito paz, una profunda paz pero no reflexada de mí mismo; una paz que viva conmigo y no una paz que me haga ver que hay sitios, en verdad, esplendorosos... allá, allá...

MARIBEL

¡Uuuuuuy! El comienzo de una visión te ha transtormado, mi buen Ono... Yo yo que pensaba hacerte ver muchas más, muchas más, muchísimas más. Lo pensaba para habituarte un poco, ¿me entiendes?, para que tuvieras ya cierta afinidad con el momento en que vengas a vivir de firme en estos mundos.

Pero me vas a decir con toda seriedad, ¿oíste?, con la mayor, con la más absoluta seriedad, me vas a contestar algo que quiero saber. ¿Me has oído bien?

Yo

Sí, he oído perfectamente. ¿Qué desea usted saber?

MARIBEL

—¿Es verdad, mi buen Ono, que, para ti, todo esto que acabas de ver, como ahora ves estos oscuros socabones que nos rodean, no es más que el fondo de la Tierra? ¿Es verdad?

Yo

¡Por cierto, Maribel! Tengo, de ello, la más absoluta convicción. El viaje ya lo he hecho varias veces y, cada vez, he podido apreciar el recorrido que, salvo pequeñas variaciones, ha sido siempre exactamente igual.

MARIBEL

¿Y estos cambios que acabo de hacerte ver? Eso ni lo sospechabas que pudiera existir aquí. ¿Y esa mezcla de quietud y movimiento que viste en todas partes? ¿Cómo te lo explicas?

Yo

Todo ello, creo yo, es magia de usted, Maribel; magia y nada más que magia. Yo, en estas materias, no soy un gran entendido, no, no lo soy; pero no me cabe la menor duda sobre este punto. Las profundidades me han de poner más sensible para recibir las influencias de esa magia y entonces..., entonces...

MARIBEL

¿Y Colomba, entonces...?

Ante esta pregunta quedé en suspenso y no hallé qué contestar. En verdad el mundo entero se me había dado vueltas y ya no sabía dónde me encontraba ni cómo había llegado hasta allí. Felizmente Maribel vino en mi ayuda: alargó su mano y me indicó un sitio que había cerca de nosotros. En él estaba Celso.

Esto me reconfortó. Avancé hacia él.

Yo

¡Qué gran cosa es encontrarse contigo, mi grande y generoso amigo! Pues estaba algo ofuscado y ahora, al verte aquí al lado mío, recobro toda mi serenidad. ¡Salud, Celso!

179

Caminamos juntos, lado a lado.

Al poner esto, esto de "juntos" y de "lado a lado", me ha entrado una duda que me impide seguir escribiendo y me confunde en todo lo que respecta a Celso y a nuestra marcha.

Pienso ahora:

"¿Ibamos *juntos*? ¿Ibamos *lado a lado*...?"

Pero...

No tengo otra manera de expresarme; no puedo más que decir así como he dicho. Y otra duda se ha implantado en mí: ¿caminábamos; avanzábamos hacia el fondo de este planeta? ¿O era este planeta el que se movía y nosotros los que quedábamos estáticos?

Si así quedábamos, ¿dónde era ese punto en que nos hallábamos?

La imagen que guardo está rodeada de túneles y de socabones negros y tortuosos. A veces aparecía, allá lejos y se acercaba, un inmenso paisaje. Nosotros dos quedábamos dentro de él. Pero subsistía la integridad de aquellos túneles.

Celso no hablaba; Celso se presentaba a mi lado y eso era todo. Sin embargo puedo muy bien transcribir cuanto supe de él y cuanto me dijo. ¡No, por cierto, con sus exactas palabras pues tales palabras no fueron jamás audibles!

Aquellas palabras *existían* en cierto punto y Celso me llevó hacia ellas.

Sobre este diálogo, pues, yo pondría la palabra:

SILENCIO

Usaré, no obstante, el sistema que ya he usado con Maribel aunque con ella hubo mucho más de audible que con Celso.

CELSE

Las ideas vienen a nosotros; o nosotros vamos a las ideas. Pero, no lo olvidéis nunca, Onofre, las ideas *NO* se generan en nosotros.

Por lo tanto digo y repito:

—¡Atención, mucha atención, a este panorama inmenso que siempre sucede en nosotros! Este panorama parece pasar *fuera*; en realidad pasa *dentro*.

das se hacían pequeñas ó desaparecían ante la potencia de tus ojos que ahora no veían... Tus ojos estaban íntegros cogidos por ese cuerpo desnudo que algo temblaba bajo tus caricias.

—Ya no hay océanos! Ellos son microscópicos...
—Las montañas son planas y tu mente —¡al fin libre!— puede atravesarlas llevando a tu cuerpo con ellas!

Los desiertos se han cubierto de vegetación.
Las bibliotecas no guardan secreto alguno; era tu molicie la que las presentaba llenas de misterios indescifrables..

¿Qué misterios pueden ellas esconder?
Un beso, uno más, otro beso, otro...
Y el mundo ha cesado de tener secretos para ti.

El mundo es claro; el mundo es nítido; en el mundo no cabe un misterio de ninguna especie. Porque tú estás más allá de esos tan profundos misterios que ahora se te aparecen como brumas de tu tiempo pasado, tu tiempo plano, liso, esos tiempos en los que las amarras de la carne grosera te sujetaban a la tierra, al barro, al fango por el cual pasabas como una lombriz que nada quiere, nada, de la luz ni de lo que brilla más allá.

Pero dime, Onofre: ¿en qué piensas ahora? ¿Hacia dónde te has marchado?

Yo
No me he marchado; aquí estoy escuchándote. Pienso en la verdad de tu presencia.

CELSO
Y ella, mi presencia, ¿qué te evoca?

Yo
Ella me ha evocado lo que siempre ha sido una verdadera obsesión mía: la realización del *amor sin palabras*.

CELSO
¿Lo has alcanzado alguna vez?

Yo
Diana Papudo estuvo al borde de él,

CELSO
¿Y Lorenzo?

Yo
Tal vez Alsina Cochoa también estuvo junto a ese amor que no hay necesidad de pronunciar. Pero, como Diana... ella era demasiado pequeña y el mundo le reservaba otros caminos, otras ilusiones... ¡otros sufrimientos, seguramente!

Pero está Lumba Corintia. Ella alcanzó a amar así; pero él era un inocente en aquellos tiempos. Entonces Lumba Corintia partió, partió, y vino a existir en estos mundos; éstos mundos hacia donde nosotros nos encaminamos y, de los cuales, tú, Celso, eres el mejor guía que ellos pueden tener.

CELSO
Tú no has podido realizar ese amor porque has desarrollado demasiado tu mente. Tienes la manía de querer saber todo cuanto existe. Tienes la manía de hacer que tu mente participe en lo que otras partes tuyas han logrado entrever.
Por eso entrevés mucho y nada llega a formar parte de tu propio conocimiento.

Yo
¿Qué debo hacer, Celso?

CELSO
Sigue viviendo; sigue dejando que la vida resuene dentro de ti y tú... tú...

Yo
Yo... ¿Qué cosa?

CELSO
Voy a citarte un proverbio irlandés:

Una buena carcajada y un buen sueño, son las dos mejores curas en el libro del médico.

Es por eso que yo te recomendaría que frecuentaras cuanto te sea posible a... a...

Yo
¿A quién, Celso?

CELSO
A Desiderio Longotoma.

Yo
Lo frecuento cuanto puedo, Celso, ¡créemelo, sí, créemelo! Paso, junto a él, horas que me son inolvidables. Y es sobre todo cuando se halla con Jabalí Batuco y ambos cantan sus óperas, que me siento francamente dichoso.

CELSO
Desiderio Longotoma sabe más, mucho más, de lo que tú piensas. Es por eso que está siempre alegre. Además... Desiderio Longotoma mira siempre las estrellas.

Porque hay maneras de mirar y maneras de mirar.

Él es tomado por su visión, es arrancado de esta Tierra y, luego, es llevado hasta no formar más que uno solo con esas lejanas estrellas, lejanas para los otros; no son lejanas para él; están a su lado. Y él forma parte de eso... de eso...

Yo
De eso... ¿qué cosa, Celso?

CELSO
Hemos tenido que inventar la palabra "distancia" para seguir creando la diferenciación entre las cosas. No teijas que todo no es más que uno y que nuestra lucha constante es borrar esas llamadas distancias y poder así hundirnos en ese uno.

Es lo que sientes tú, mi querido Onofre, como lo siente Lorenzo y como lo sienten grandes cantidades de seres; es lo que sientes al unirte, en un beso, con la otra... ¡mitad!

Tal es la grandeza que tiene el acto. Pero el recuerdo de esta grandeza es luego llevado, llevado... llevado fuera de nuestra conciencia; y entonces nosotros volvemos a la vida diaria.

¿Comprendes que es esta "vida diaria" nuestro peor enemigo?

Vuelves a ella y los océanos vuelven a mover sus olas o a permanecer tranquilos como un espejo. Las montañas vuelven a aumentar su gigantesca altura. Los desiertos vuelven a hacerse inhospitalarios. Las bibliotecas vuelven a llenarse de problemas que, segundos antes, no existían porque ellos te los descifraba un beso de esa mujer que tú querías,

Pero otro espantoso: "Brrrrrrrrrrrrrrrrrr..." vino a interrumpir nuestro día-

logo mudo. Pasó, a una enorme velocidad, Baldomero Lonquimay. Alcancé, creo, a oír algo que proclamba a:

—... los heribanes en su manera alotrópica de ese postludio en los almuédanos que lo rodean y enjaulan junto al morrión...

Pero, junto con oír su voz, seguí oyendo la voz que, en absoluto silencio, emanaba de la presencia de Celso. Así pasó Baldomero y nada fue perturbado a nuestro derredor.

Celso expresaba en el silencio:

Deberás comprender que fue en este sentido que yo amé y sigo amando a Nastia Poltava. Ahora la veo... Pero debo explicarme en tu idioma de allá de la superficie. Diré, pues, que la veo muy a menudo y que juntos—otra vez “tu idioma”— charlamos largamente. Así dirías tú: “largamente”; aunque aquí esa manera no existe.

Nuestra unión se ha realizado, por fin.

Porque nuestras relaciones sexuales fueron secundarias, fueron lo que debían ser, ¿me entiendes?

Fueron de la Tierra... porque siempre sosegaron los ímpetus del cuerpo. Pero fueron superiores porque siempre no fueron más que un símbolo de lo que ellas eran en realidad.

No ha habido, pues, separación entre nosotros. Juntos marchamos hacia una unión perfecta. Pues hemos dejado lejos, muy lejos, todo aquello que allá corta las cosas poniendo siempre esas “distancias”, ese “suceder en el tiempo” que ha dejado de existir.

Vi, de pronto, como había visto a Baldomero, vi pasar a Bárulo Tarata y luego vi... —Pero, ¿podré decir, podré expresarme con esta palabra de “luego” a lo que se producía simultáneamente en nuestro acontecer?— Luego vi a Anacleto Ibacache y a Eufobina Colliguay y a Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe.

Peró me detuve, me detuve abismado... Veía también a seres que aún vivían allá en la superficie; vi a Artemio Yungay y a Clorinda Machalí que pasaban junto a Rubén de Loa; y éste pasaba junto a la Tomasa que era seguida por Desiderio Longotoma...

¿Cómo era ello posible?

Yo

¡Oye, Celso! ¡Mira y explícame esto que mis ojos me hacen ver ahora y que me lo hacen ver por todos lados al mismo tiempo! ¡Ahora veo que quiere acercarse Teodoro Yumbell! ¡Sí, viene con Albania Codahue! ¿Qué significa esto? ¡Dímelo, Celso, dímelo por piedad!

CELSE

Ves que se acercan a estos arcanos aquellos que viven siempre rodeados por el significado de ellos, aquellos que, en su obra, tratan de reproducirlos; aquellos que no viven fijando esa palabra de distancia y de tiempo y de suceder junto a todo lo que ocurre.

Ya estás cerca al propósito que por estos mundos te ha traído. Ahora voy a abandonarte:

¡Contempla frente a tí!

¡Sigue adelante!

¡Sí; ella es; ella es; ella:

¡¡Colomba!!

Al verla me detuve.

Así quedamos ambos, sin movimiento alguno. Y dejamos que los siglos pasaran junto a nosotros. Pues ellos pasaron, a velocidad inaudita. Al pasar me atravesaron. Al atravesarme se llevaron lo que había de viviente en mí y yo, entonces, allí quedé sin nada, hueco, vacío, con la única contemplación de ella, de mi Colomba.

Quise, en un momento, volver hacia el camino que había hecho y despedirme de ese fondo terráqueo; quise no volver a verlo nunca más y entregarme a mi vida habitual de la ciudad.

¿Por qué no? Pues todos los grandes amigos de allá arriba se mostraron ante mis ojos y me llamaron prometiéndome cientos, miles de buenas cosas para seguir adelante, siempre adelante, ¡siempre! Y vi la ciudad de San Agustín de Tango y el plácido río de Santa Bárbara que la bañaba dulcemente.

Vi esa inmensidad de palacios que lo bordean: la Intendencia, la Bolsa, el Hotel de los Vicarios, el Palacio del Juego y, tras él, el Gran Teatro Musical, el magnífico teatro donde tú bailabas tú, Virginia Rapel, junto a Praxedes Bagdad, causando la admiración y desprendiendo los aplausos de las manos de Jabalí Batuco con la aprobación de Desiderio Longotoma...

Y estás tú también, Tomasa Paipote, y de tus labios se desprenden aquellos versos que escuchamos admirados y luego comemos un par de huevitos a la copa y luego...

Y luego...

Y luego...

¡Colomba! ¡¡Colomba!!

¡Te has marchado! ¡Has desaparecido!

He quedado solo en medio de socabones negros y tortuosos; he quedado solo, solo. Pues ahora ni la sombra de aquella ciudad hay en ninguna parte.

Ahora... ¡es la muerte! La muerte en el destierro, en el más absoluto destierro y en la más completa soledad.

Moriré lejos de cuanto amo, de cuanto he amado y de cuanto he de amar todavía si acaso... si acaso... viviera aún un poco, un poquito más, un instante más pero no en estas soledades, ¡no, no, por piedad! Quiero morir allá arriba, con todos mis amigos junto a mí, y entonces reiremos mucho, reiremos una enormidad pues, ¡ah!, pues nos acordaremos de nuestra última fiesta.

—¿Dónde fue nuestra última fiesta. —me preguntará uno.

—¡En el San Lito! ¿No lo recuerdas? Y tú que me decías que no olvidarías jamás esta última fiesta...

Así le responderé y ambos reiremos nuevamente. Reiremos de modo incontenible con doña Martina Vichuquén y con...

Con...; con...

Pero alguien me habla. Alguien ha susurrado unas palabras junto a mí. Porque las he escuchado con toda claridad mientras nos divertíamos y reíamos con... con las teorías filosóficas de don Misael Reñaca, el filósofo, claro está. Por eso lo he llamado anteponiendo a su nombre ese "don" como se lo anteponen a don Quijote de la Mancha, el ingenioso hidalgo...

Alguien me ha hablado. Su voz era clara. Ella ha dicho:

—Es lo que te corresponde, Onofre... ¿Diré Boroa o diré Borneo? Diré Borneo, es mejor porque está siempre mejor lo que concuerda perfectamente con el estado de ánimo de aquel que escucha y al cual uno se dirige.

—Así, pues, diré que esto es lo que te corresponde, Borneo. Yo, Onofre Borneo, me siento perfectamente, aunque, es cierto, temo morir en estas profundidades; morir solo, solo, ¡solo!

Pero otra voz ha interrumpido a esta primera voz y ella me ha asegurado con tono que no merece ponerse en duda:

—Tienes siempre que caer si quieres elevarte. Y, al caer, ella desaparecerá de tu vista y, en su sitio, verás estos lúgubres y siniestro túneles...

Aquí, al oír esta voz murmuré, sin pronunciar palabra:

—Lo sé. Pues he sentido una lucha tremenda dentro de mí mismo. Ante esta lucha he quedado atónito y, créeme, en eso estaba cuando tú me has hablado... Onofre Boroa.

Entonces me encaminé, sin moverme, hacia Boroa.

Mientras hacia él me dirigía, vi, sin sorpresa, como se ve todo movimiento natural, vi a Colomba que, allá al fondo, se dibujaba y sonreía.

Colomba, ¡se hacia viva y vivía ante mis ojos!

Corrí hacia ella. Caí ante sus pies. Sentí su mano posarse sobre mi cabeza y acariciarme el cabello. Un cabello enorme, frondoso; un cabello que se deslizó por mi cuerpo y fue a caer a la tierra que me rodeaba.

Allí se convirtió en blando lecho para una serie de plantas tan bellísimas que no hallo términos apropiados para siquiera tratar de describirlas.

Estas plantas crecieron como inmensas serpientes; estas plantas nos envolvieron; estas plantas nos abrazaron; estas plantas me fundieron en su belleza y así, me elevaron por los aires hasta que a mi vista apareció el más imponente de los cielos que jamás haya visto ni siquiera soñado.

Porque, al medio de él, estabas tú, tú, ¡tú!... mi mujer amada.

Estabas tú: ¡¡Colomba!!

A nuestro alrededor todo era primoroso. Me sentí cogido por esta sin par belleza. Pero luego noté que en ella algo vacilaba, algo me producía una oscilación que, dejándome siempre arrobado ante el espectáculo que nos rodeaba, me hacía titubear balanceándome entre esa beldad y un precipicio negro que me pareció quería tragarme y fundirme en la nada.

Su mano se posó sobre mí. Levanté los ojos y la miré. Entonces ella murmuró en el silencio más absoluto:

COLOMBA

No temas por ese precipicio negro que te acecha, no temas. Ese precipicio se aleja de ti, ese precipicio se borra y ya pronto desaparecerá totalmente. Ese precipicio ¡eres tú!

Porque ese precipicio siempre ha vivido mezclado contigo hasta no formar más que una sola persona. Es a él, a ese precipicio, al que tú has llamado Onofre Borneo.

—¿Me has entendido?

Onofre Borneo es el hombre de esa "vida diaria" de que te habló Celso cuando te encaminabas hasta mi presencia. Onofre Borneo es el hombre que siempre repite ser un seguro servidor de Palemón de Costamota y así es cómo trabaja Palemón en tu persona.

Boroa es otra cosa: Boroa es la paz, la paz fructífera que no reconoce más que un ideal al cual trata de ir acercándose. Ese tan alto ideal es... es...

Yo

¿Quién es, mi Colomba?

COLOMBA

Es Juan Emar.

Pero tú amas demasiado a ese Borneo. Tú te divertías con él, tú reías por su presencia, por el hecho de ser tú mismo, tú chanceabas con él y encontrabas lógico, al oírlo, los consejos que te daba, ya sea por la voz de Costamota, ya sea con su propia voz.

Yo

¡No, mi Colomba! Yo no lo amo, yo lo detesto, y ahora te prometo que quisiera no verlo nunca, quisiera verlo desaparecer de mi lado y, que en su lugar, apareciera Juan Emar.

COLOMBA

¿Qué harías, entonces, con su apellido?

No debes olvidar que tú amabas —y tal vez amas todavía—, que tú encontrabas un gran valor en él. ¿Por qué? Te lo diré:

Borneo. La isla de Borneo, allá, lejísimos, casi en las antípodas de este punto en que tú vives. Borneo... ¡Un inmenso tamaño!

Piensa tan sólo: "Chile y la isla de Borneo..."

Y aparece, junto a él, la Tierra entera.

¡Sí, amigo mío! ¡Sí, así pensabas tú y, luego de haberlo pensado, divagabas y, diré, volabas en ese inmenso tamaño.

Tal es la verdad, no me lo niegues: volabas como ahora acabas de volar junto a mí!

Volabas como ahora has volado.

En ese vuelo te hacías de nuevo según una imagen que llevas dentro de ti: "De ti..."

Pero aquí no sé a quién estoy hablando, no sé si hablo a Boroa o si hablo a Borneo.

Yo

Tú, Colomba, hablas a:

COLOMBA

¡No me interrumpas! Esta vez quiero hablar yo. Tú no necesitas hablar; tú debes permanecer en silencio y debes oír!

Debes abrir tu vista y percibir. Entonces verás estos paisajes que te rodean, verás cómo ellos son cambiantes.

Son paisajes para Boroa.

Ahora son estáticos y son negros, como túneles.

Son paisajes para Borneo!

Míralos bien: Por ellos pasa Palemón de Costamota y en ellos él se funde con la negrura que lo envuelve; él no hace más que uno con esa negrura, con esa oscuridad profunda que, sin embargo, es visible a tus ojos pues en ella puedes ver lo que ocurre:

Palemón trabaja, Palemón escribe. Y, al otro extremo, ese que, a veces tú eres, ese que llamamos Borneo, trabaja y escribe.

¿Qué escribe Borneo? Tú podrías decírmelo si me hubieses escuchado cuando te ordené que revisaras tus carpetas.

Dame una hoja escrita por Borneo, dámela.

Alargué la mano y cogí esa hoja que Colomba me pedía. No sé quién la leyó, no sé si fue ella o fui yo. Aquello *se leyó* con otra voz; no con la voz mía de Boroa.

Era una lista de mujeres.

En esa lista estabas tú, Tomba Montbrison; estabas tú, Virginia Rapel; estaban todas las que he codiciado y he anhelado. Estabas tú, Diana Papudo. Y también estabas... tú... tú...

Tú vas a decirme que esa lista es un puro entretenimiento para jugar un momento antes de conciliar el sueño. Me dirás que a ellas las recordabas con cariño, con amor.

Y Borneo te cantaba muy lindas cosas sobre los otros mundos que tú ibas a frecuentar al día siguiente, al despertar.

Y despertabas.

Aparecía, nuevamente, Borneo y, tras él, toda esa bandada de tan bellas mujeres que, al ser evocadas, dormían, tal vez soñaban, allá lejos, en sus lechos sin que tú aparecieras ni por un instante en esos sueños que iban hacia otros lados, seguramente lejos de toda, toda sexualidad.

Pero ahora tú te vistes y discurre con... Onofre Borneo.

Recuerda, recuerda el grito que tú lanzas en esos momentos. ¿No viene a tu memoria?

El grito es:

Vade retro, Satana!

Este grito te hace pensar, te hace divagar, te hace -voy a decir la palabra exacta-, te hace fantasear. A estas fantasías te entregas tú y con ellas partes.

Palemón de Costamota va delante; tú lo sigues a una velocidad que te parece inimaginable. Pasa por estos mundos y por otros mundos tan hermosos como es éste. Pasa él, Palemón; tú sigues, ya te lo he dicho, tú sigues de atrás.

Crees hallarte en el mundo de los llamados muertos. Atisbas y atisbas por todos lados: puede ser que veas a Maribel... o que veas a Bárulo Tarata... o a Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe... Sí, tal vez vas a verlo y él te va a decir muchísimas cosas de grande, de inmensa trascendencia... Y va a aparecer don Irineo Pidincó que ahí se presenta en compañía de Anacleto Ibacache... Y ves...

Pero, ¡alto, mi buen Onofre!

Alguien se ha presentado a tu mente; alguien que está a tu lado y avanza hacia ti.

¿No lo ves todavía?

Mira estos paisajes que te rodean, ¡míralos!

Eran, a no dudarlo, los paisajes más hermosos que mis ojos habían visto. Pues me hallaba en la cima de una colina, de una colina baja, muy baja, al ras de tierra...

¡Menos aún! Una colina que se hundía en la tierra y que, una vez hundida y sin moverse, dominaba cuanto la rodeaba. Presentaba, entonces, una vista soberbia, una vista para la cual el léxico no tiene palabras. Una de esas vistas que sólo pueden divisarse allí donde yo me hallaba y estando Colomba a mi lado, bien junto a mí.

Veo que has quedado atónito ante lo que contemplas. Veo que ese movimiento que trae el paisaje no te perturba. Veo que tú aprecias la vida de lo que se cree muerto.

¿Sabes tú por qué?

Porque en ese paisaje aparecerá aquello que tú tanto quieres; aparecerá acompañado con otra persona que tú también amas con locura. Y junto a esas dos personas verás aparecer a otra y a otra y a otra persona. ¿Me has entendido?

Serán cinco personas las que avanzarán, cinco las que se unirán a ti. Serán:

¡¡¡tus cinco hijos!!!

En verdad, aparecieron mis cinco hijos. Ellos se fundían con el paisaje. Por primera vez los veía así, así formando un solo todo. Ante su presencia habían terminado las distancias que existen en el planeta.

Ellos estaban unidos *en mí*.

Grité al verlos:

-¡Cuco! (Tal es el nombre que yo le doy a mi hijo Eliodoro).

-¡Carmen!

-¡Marcela!

-¡Pilar!

-¡Clarita!

Quedé un rato mirándolos. Ellos llegaban hasta mí, me traspasaban, se alejaban y volvían a estar en mí. Todo desaparecía. Todo ese paisaje jamás visto anteriormente, vi que era la presencia de ellos que me lo mostraba.

Y era porque Colomba estaba conmigo.

Murmuré:

-Colomba...

Me incliné, me cubrí la cara con ambas manos y, por segunda vez, todo volvió a desaparecer. Pero desaparecía lleno de vida, lleno de luz.

Yo

Tú has hecho revivir el AMOR en mí, Colomba; tú has puesto la fe en rededor. Ahora sé cómo podré entrar en los templos que hay aquí en esta Tierra. Ahora sé querer y, ante este tan sublime amor, puedo permanecer sereno, en la quietud más completa.

Sentí que, tanto dentro como fuera de mí mismo, pasaban los años, los siglos... Sentí que ello era una ilusión... Sentí que, esta ilusión, se iba, se alejaba, llevándose una parte que yo tenía la costumbre de llamar: yo.

DINTEL 5

Así es lo que, en el silencio que nos rodeaba, percibí de Colomba:

(La sucesión de lo venido de ella, es puesta por mí pues nos hallábamos más allá del tiempo. Tal vez podría decirse que todo aquello fue simultáneo o que se desarrolló en un enorme, en un grandioso suceder de tiempo que semejaba transcurrir).

COLOMBA

Nuestra gran lucha es la lucha de *llegar*. Nuestra gran lucha es coger aquel punto en que: *deberíamos* hallarnos si todo hubiese marchado sin ningún, ningún –oye bien, Onofre– entorpecimiento venido del exterior. Si él fuera nuestro propio interior; si nuestro propio interior fuera eso que es costumbre llamar: “exterior”.

Tú tienes, Onofre, la ventaja de poseer un “fuera” tangible; un “fuera” que está a tu alcance. Es, pues, un enemigo tangible que puedes afrontar. Un enemigo que, desde tiempo ha, ya deberías haber vencido y dejarlo lejos como un objeto despreciable.

Este enemigo se llama: Borneo.

¡No, no te extrañes! Porque la colaboración de Borneo es algo sencillamente i-ni-ma-gi-na-ble.

Borneo quiere ver al intelectual perfecto.

Borneo quiere que esta palabra tenga un significado propio; que ella haga una categoría definida. Entonces poderla estudiar, que pueda ella ser estudiada por un tercero. Un tercero que –¡ojalá!– use un microscopio y, a veces, un telescopio.

¡Mira, Onofre! ¿Qué ves? ¿Quiénes son?

Son los amigos de Borneo que van a su laboratorio. ¡Van tras el microscopio! ¡Otros van tras el telescopio!

En eso están, mirando, calculando, pesando... Y están discutiendo y alegando.

Se preguntan:

–¿Será Borneo un verdadero hombre de letras...?

Y Borneo tiembla ante la respuesta que se aproxima a sus labios. Ya viene esa respuesta. ¡Ya viene! Ya... vino y ella fue:

–Sí, Borneo es un intelectual hombre de letras; no, Borneo no es tal ni nunca lo ha sido.

Borneo se agita a su vez al oír estas opiniones. Borneo alega y, al alegar, junto a él pasan sueños de gloria, sueños de ser reconocido y aplaudido.

Es entonces cuando tú sientes deseos de alejarte de este mundo que te rodea, de alejarte y venir hasta mí, hasta tu Colomba, que sabes, aunque lo haya dudado, que aquí está y que aquí aguarda ver tu figura que lentamente se acerca.

Hasta venir a mi lado y caer de hinojos.

Oyes una voz en esos momentos; una voz que dice:

“Nada se pierde...”

Esta voz te da ánimos y, sin más, partes, partes a la entrada que conduce a estos tan hermosísimos paisajes porque los ilumino yo. Partes y pasas por negros túneles. Ves a Palemón de Costamota y le prometes ser “un seguro servidor” y, si es necesario, se lo vuelves a prometer. Te sumerges por esos túneles; no te importa ahora que sean inhospitalarios y abruptos; no te importa la oscuridad que en ellos reina pues te guías por una pequeña luz, una lucecilla minúscula que nunca deja de brillar. Repites mientras avanzas:

“Nada se pierde...”

Y sigues, sigues pensando en ese, en ese... ¿En quién? Te lo diré en este silencio que nos envuelve:

Ese es... Onofre Boroa.

Porque siempre hay alguien que todo lo recuerda. Yo también puedo asegurártelo:

Siempre hay alguien que todo lo recuerda.

Yo

Es lo que yo siempre me he dicho, mi Colomba, que siempre tiene que haber alguien que lo recuerde. Pero enseguida me pregunto: ¿Adónde va ese recuerdo...? ¿No crees tú que él se pierde?

COLOMBA

Tiene que permanecer y luego seguir su vida propia.

Yo

¡Qué pequeños somos! ¡Somos simples espectadores!

COLOMBA

Tú estás apenas descubriendo lo que te ocurre en estos, en estos...

¿Diré días o diré minutos o diré segundos...? ¿O diré años o siglos o milenios?

En fin, diga como diga, tú, Onofre, me has de comprender. Sí, tú me has de comprender, ¿no es verdad?

Estás apenas comprendiendo lo que te está pasando ahora que te encuentras fuera del tiempo. No sabes si decir que esto ocurre en un brevísimo instante, o si ocurre en un cuarto de hora, o en muchos años o muchos siglos.

Pero el hecho es que pasa. Esto es lo que debe importarte y en lo cual debes marcar el acento.

Pero Borneo sigue siempre vivo en ti.

Ahora ha callado; ahora duermé y, en su sueño, balancea un papel que atrae tu atención. Veamos qué es ese papel!

Son direcciones. Hay en él marcados varios... varios...

Sí, dímelo.

Yo

Son mis señas, son las señas que iban a tener los domicilios míos, es decir, de Borneo. Porque Borneo iba a... a...

COLOMBA

Sí, lo sé. Borneo iba a vivir en unas muy lindas casas a lo largo del territorio de Chile. Ibas a vivir en la calle Teguvalda que debería abócar a la calle Loreto; ibas a ir a Viña

del Mar y allí, en Viña, ibas a alojarte —porque era tu casa— en el Nº 221 de la calle 4 Norte; ibas también a alojarte en Arica que tú habías escogido para pasar los inviernos; ahí ibas a tener una muy linda mansión en la calle Bolognesi... ¿No es verdad, Onofre?

Allí, viajando de una a otra casa, ibas a producir una obra que abismara a tus semejantes.

Tú la escribías y...
Y ellas la compaginaban debidamente y la lanzaban a la publicidad. Sí, ¡ellas!

Porque ahora veo que, junto a Borneo y mientras Boroa duerme olvidado, está contigo Tomba Montbrison y está también esa que tú tanto amas, Virginia Rapel...

Sí, lo sé: la amas en silencio pero ahora... ¡no! Ahora ella labora, como Tomba, y cada día avanzan un poco pues están movidas por una admiración sin límites por lo que él, él, ¡Borneo!, ha escrito. Y no puede haber dudas de ninguna especie sobre la bondad de lo que has escrito. No, no puede haberla. ¿Quieres una prueba de ello?

Ahí está también Diana Papudo. Ellas le leen y le explican lo que tú has escrito y Diana se encanta oyéndolas, se encanta y luego... ¡aplaude llena de entusiasmo!

Así trabaja Onofre Borneo.

Onofre Boroa duerme mientras dentro de él se gesta, muy débilmente aún, unos deseos de venir hasta mi lado y, al verme, hacer que desaparezcan todos esos sitios que habías escogido.

Porque ellos han desaparecido. Han desaparecido un momento antes de lo que ellos deberían haber desaparecido. La gestación ha tenido esto de imprevisto:

Ha hecho desaparecer los sitios y no te ha demostrado el camino que trae hasta mí.

Entonces tú has pensado en tu obra, tu obra, ¡tu obra! Porque esa obra se ha perdido. Ya no existe. Para que ella existiera... ¿qué hacer? No ves, en todo el horizonte, más que una solución, una sola pero está tan lejos. La solución es:

Nacer de nuevo.

Y tú, mi buen Onofre: ¿nacerás de nuevo?

Tú también lo has pensado y mucho lo has pensado; tú has dado vueltas y más vueltas a ésta, que te parece, una terrible pregunta; ¿no es así?

¿Iré a nacer de nuevo?

Has caído, entonces, en una profunda meditación: "¿iré a nacer de nuevo?". Y tu mente te ha llevado a algo que ya varias veces ha sido pensado por ti, porque la mayoría de tus pensamientos han venido de tantos y tantos libros que has leído. Y en esos libros...

¡Oh, libros que leíste con suma atención! ¡Libros que leíste con una fe ciega! Ellos decían:

El mundo del más allá es perfectamente igual, es idéntico al de aquí; pero es mucho más severo y, al mismo tiempo, miles de veces más bondadoso. Pero no debes olvidar esa igualdad. En él encontrarás a todos tus conocidos y ellos estarán contentos de la buena compañía que ahora tendrán con tu presencia. Pero, pero... Vendrá, de pronto, un...

¡Callemos, será mejor. ¡No te he hecho venir hasta mí para hacerte ver todos los errores que has cometido!

Guardemos silencio. ¡Ya había empezado yo misma a pronunciar palabras que perforaban estos ámbitos donde debe reinar el mutismo más absoluto!

Guardemos silencio.

En el silencio se habla mejor.

Así es que: Schchchcht.

Vino el silencio. Entonces volvieron a presentarse esos paisajes magníficos, esos paisajes movientes que nos envolvían a tal extremo que nosotros formábamos parte de ellos.

Había terminado el “fuera” y el “dentro”.

Éramos UNO; éramos lo que deberíamos ser siempre, siempre, en la eternidad.

¿Hablamos, a partir de aquel momento?

No lo sé; sobre todo no sé si fue ella, Colomba, o si fui yo quien habló. A partir de aquel momento *se habló* y algo escuchó.

AMBOS Y EL AMBIENTE

Hay una laguna frente. Es una laguna de aguas inmóviles. Es pleno día y hay sol que ilumina esa laguna. En sus aguas se refleja lo que hay a su alrededor y tú, Onofre Boroa, la contemplas apoyado en la baranda del puente que la cruza.

Todavía estás rabioso. Todavía hay rabia junto a mí. La hay por todos lados. El agua es inmóvil; refleja los árboles, también refleja los edificios y a la gente que pasa.

No refleja mi rabia, no la refleja; y, es ella, lo único que verdaderamente hay allí. Porque he estado odiando a la gente que me rodea; he estado odiando desde un nivel muy bajo, como el peón que odia pues tal es su naturaleza.

He odiado... Has odiado... Se ha odiado...

Es lo mejor: “Se ha odiado”. Ha habido odio en la atmósfera que he respirado y esta respiración ha sido luego una, una sola, nada más que una sola con mi ser.

Te he... Se ha odiado a mi mejor amigo, a Lorenzo Angol; y he odiado al querido de Desiderio Longotoma pues ríe demasiado y está siempre alegre; y te he odiado a ti, Ascanio Viluco, por tu permanente estulticie, una estulticie ramplona; y también te he... se ha... odiado a...

La laguna ahí está, inmóvil y yo, apoyado siempre en la baranda, contemplo los reflejos, en el agua, de cuanto hay cerca de ella.

Es Boroa el que mira y deja que en su mente *se piense*

La laguna...

Pero una pregunta se formula; a una pregunta hay siempre que darle una respuesta pues ¿qué sería de nosotros si dejáramos las preguntas sin ser respondidas debidamente?

Y esta laguna... ¡no es una laguna! Mejor sería llamarla: un riachuelo; mejor aún sería: un estero... Un estero que viene desde lejos, desde... desde... La verdad es que no lo sé, que no se sabe, es decir, se sabe, pero yo... ¿Yo?

¡Basta!

¡Por favor, por piedad...! (gritos que vienen desde mi infancia, desde muy, muy lejos). Cuando era un atrayente ensayo poseer éstos y otros... Iba a decir “fórmulas” pero mejor sería decir: “éstos y otros formularios”.

¡Basta –he dicho; ¡basta!– se ha dicho. ¡No pensemos más tonterías! ¿Qué puede importarme a mí, a mí, el hombre que marcha tras Juan Emar, lo que sea esta laguna o riachuelo o estero?

Esta es “el agua inmóvil”.

Y es en esa inmovilidad donde se generan las grandes cosas, las cosas inmensas. Yo estaba lejísimos de esos parajes de cosas inmensas; yo estaba en el nivel de las masas y por ellas, por esas masas caía y caía al ritmo peor, al ritmo...

Quien me había hecho caer de este modo ha sido Borneo, Onofre Borneo. Lo he reconocido por su manera de atacar. Es una manera muy sencilla. Voy a decirla para que estos ámbitos en que ahora estoy, sean los testigos de las palabras que quieren salir:

Borneo ataca siempre fingiendo ser Onofre Boroa, es decir, presentando grandes temas que sea apasionante desarrollar en un... en un... Sí, eso es: en un gabinete silencioso donde se pasee un sabio perseguido por un moscón. ¡Eso es!

En esto siempre pienso, siempre se piensa. Es una idea que... ¿Cómo decirlo, cómo expresarlo? Ya lo sé: es una idea que sobrevuela por encima de este traductor que soy yo; porque yo no soy más que un simple traductor de algo que sobrevuela, sí, sobrevuela por encima de mí.

Sobrevuela... Al sobrevolar baja, baja, hasta los pantanos y los charcos de lodo; pero luego se remonta y va a las estrellas.

Debiera poderse distinguir con toda precisión la calidad de este sobrevuelo. Así se podría prestar la atención suficiente si es... ¿Podré decirlo?

¡Sí, sí puedo! Si es Onofre Boroa quien algo ha escuchado y ahora quiere verterlo en letras para que sea leído y comentado y muy aplaudido por aquellos que saben de estas materias; y sea tratado de imbecilidad y de meras tonterías por aquellos que nada y nada saben sobre éstas...

Este último es Onofre Borneo.

Es extremadamente difícil distinguir a Boroa de Borneo. Ambos hablan en un mismo idioma y ambos son elocuentes cuando me están dictando algo que yo debo escribir para Juan Emar.

No tengo una clave para poder distinguirlos; debo trabajar al tuntún, a lo que salga.

Otras veces, no. Otras veces, tras la voz de Borneo, aparece la figura de Palemón de Costamota, aparece enhiesta, solemne y no se preocupa de mis escritos. Palemón me hace ver que él está en mundos muy diferentes a los que yo frecuento; es, pues, necesario que me sumerja en esos mundos magníficos que dan resultados sorprendentes a quien sabe levantar un poco, un poquitín, la tapa que siempre los tiene ocultos.

En esos mundos me sumerjo.

Minutos después estoy odiando a cuantos me rodean; ya lo he dicho: a Lorenzo Angol, a Desiderio Longotoma, a Ascanio Viluco, a Romualdo Malvilla, a Teodoro Yumbel y a... a... ¡También a vosotras, lindas mujeres que marcháis junto a mí! Como has marchado tú, tú, mi Marul Carampangue y tú, Tomba Montbrison, y tú...

Pues es el afán que tenemos de hacer el otro mundo, ¡oh, el otro!, hacerlo igual a éste... ¡Es horrible pero es así!

El otro mundo...

¿No estoy yo, acaso, viviendo ahora en ese otro mundo?

Tú, Colomba, aquí estás, inmóvil y majestuosa; yo aquí estoy de rodillas ante ti. A nuestro lado están...

Pero, no; no y mil veces no. Aquí hay sólo una visión que no es la visión que acostumbramos tener. Nada más. Entonces, sobre esta visión, queremos, de inmediato, construirnos un mundo, un "más allá" que nos balancee por regiones nebulosas. Esto está mal. Haces bien en decírmelo: esto está mal.

Yo Deberíamos concretarnos a vivir en la Tierra de todos los días, de todos ellos, sea cual sea el nombre que tengan esos días. Y, de pronto, elevarnos, elevarnos... SIN TENER EL DESEO DE ELEVARNOS.

Boroa, ¡elévate!

Colomba, ¡elévate!

¡Elevémonos!

Somos, se es, estos paisajes que nos cubren. Avancemos por ellos y vamos reconociendo esto que ya hemos vivido y que siempre hemos sido. ¡Acordémonos!

Dejemos a Ascanio Viluco que lea la prensa diaria, toda la prensa, desde la primera hasta la última página y una vez que la ha saboreado a su manera, que vuelva a leerla. No por eso yo te odio; yo te estimo pues me digo que cada cual debe estar en su sitio y ese sitio, con la prensa diaria a tu lado, ha de ser tuyo, Ascanio.

Boroa, ¡elévate!

Acordarse... Ir reconociendo...

Es decir, marchar hacia adentro. Desprenderse de toda esta fantasmagoría que nos acecha y que se mueve para acapararse nuestra atención. Porque ahora he comprendido lo que es *meditar*. No es algo que deba existir "además".

Debe ser el fondo, la esencia de nuestro ser.

Siempre me vuelve el recuerdo que nos trae aquella que es la primera naturaleza nuestra.

Pero dime, Colomba; dime, Onofre; ¡que se diga! Y así escuchemos en el silencio sagrado:

—¿Por qué no recuerdo bien?

¡Es nuestra mente, ¡nuestra *mente*, la que quiere sobreponerse y abarcarlo todo! Oigo que dice:

—Debes acordarte como te acuerdas de todos los amigos y de todos los conocidos que van por las calles o van por estos túneles si son guiados por Palemón de Costamota; por todos estos no igualados y tan vastos paisajes si son mostrados por tu figura inmóvil, tu figura serena, Colomba.

Así se es tomado por el torbellino del mundo.

Yo sigo mirando esa laguna o riachuelo apoyado en la baranda de aquel puente. Sigo mirándola. ¿Seré yo quien la mira? ¿O será algo que hay en mí?

El caso es que veo, en sus reflejos, todo lo que ocurre, *al revés*. Sí, porque está al revés ese edificio y esos árboles. Y el azul que hay allí y que es inmóvil, como lo eres tú, mi Colomba, como lo somos ambos, como lo es todo.

Sí, yo soy inmóvil; es inmóvil Onofre Boroa.

El azul... El rojo... El amarillo... Los únicos colores que hay en este mundo, ¡los únicos! Los tres juntos dan el blanco. Lo recuerdo perfectamente en aquellas clases en las que nuestro profesor nos ponía un disco con rayas azules, rojas y amarillas; luego hacía girar el disco a toda velocidad y nosotros veíamos aquello blanco! Pues el azul con el rojo y el amarillo juntos, dan el blanco.

Pero aquí, afirmado en la baranda de este puente, veo que el agua hace cambiar todo. Es otro mundo. Un mundo que oscila lentamente, que lentamente se mueve. ¡Y yo podría considerar que así, como se ve, podría ser mi realidad!! Mi realidad...

Callemos, será mejor.

Callemos y sigamos meciéndonos en el silencio absoluto.

Dejemos que el tiempo pase, pase, pase. El tiempo es algo que me sobrepasa. Quedo aterrado ante él; creo que voy a enloquecer ante su presencia si es que tiene alguna presencia real. Pues lo que ocurre puede ocurrir en muchos milenios o en milésimos de segundo.

¡Calla, Colomba, calla!

¡Calla, Onofre Boroa, calla!

Todo no es más que un estadio de un momento psicológico. Creemos estudiar y penetrar la naturaleza; creemos investigar hacia afuera y no nos damos cuenta de que sólo nos estudiamos a nosotros mismos y desde nuestro punto de vista.

La verdad es que yo siempre esperaba que, de pronto, se me presentara un ser superior y me indicara lo que había que hacer. Y yo le obedecería a ese ser superior y, con su ayuda, podría ir muy lejos, muy lejos. Cada vez descubriría nuevas sendas; cada vez...

Pero ese ser ¿eres tú, mi Colomba!

Es lo que espera Borneo y, calladamente, me susurra:

—Debes llegar a una conclusión. ¡Cierra las puertas que van hacia otra región! Porque esta otra región no es para que tú la mires. Es para traducirla en letras.

Darle un placer a la mente... Que tú puedas decirte que estás pensando y que has pensado tal y tal... ¡Eso es lo que quieres, mi querido y buen Onofre! No sé si ahora puedo llamarte Boroa como te llamaba hace algunos momentos atrás.

No sé si puedo llamarte Colomba, como te llamaba algunos momentos atrás.

Dejemos que nos llamemos allá, allá, en lo alto. Dejemos que nos llamemos en medio de este paisaje luminoso. Porque no hay túneles ni nada que a ellos se parezcan. Ya ha cesado el reino de Palemón de Costamota.

Pero, lejos de ti, Colomba, yo tengo unos momentos atroces, unos momentos que no puedo resistir. ¡Tú estás lejos, Colomba, en esos terribles momentos! Te diré cuáles son esos momentos; o dímelos tú, Colomba, sí, dímelos... ¡Que ellos se digan!

Son los momentos en que no soy ni Boroa ni Borneo; son los momentos en que ambos han desaparecido de mi lado y yo quedo, entonces, solo, ¡solo! viviendo con mi cuerpo. Mi cuerpo hace surgir otro modo de vida; mi cuerpo baja al ritmo que no tengo costumbre de conocer. Porque es un ritmo en el que sólo se vive por esta materia que nos envuelve y que yo miro, sí, yo miro...

Sí, tú miras, Onofre Boroa, atónito y te preguntas quién es ese Boroa que había en ti,

Pero no se debe confundir este estado de absoluta nulidad en que caigo, cuando han desaparecido esos dos personajes que luchan en mí, no, no hay que confundirlo con el otro estado en que una placidez me inunda entero y entonces dejo que resuenen en mí los murmullos de un mundo superior.

Es lo que has llamado, mi buen Onofre, BOROA-CERO-BORNEO.

Es cuando ese CERO recibe las voces de otros mundos y, sin más, las transcribe; diría, sonriente:

Así, sonriente, Colomba y yo—sí es que había un "yo" que no fuera "ella"—formamos una especie de asociación silenciosa para defendernos de Borneo. Una asociación que empezó alargándole la mano y saludándolo con cariño. Luego le dimos su trabajo y no hubo ni una burla para él.

Ese trabajo fue dado con toda la seriedad que es posible tener. Pues Borneo ha de

tener su misión aquí en este planeta como la tenemos todos. Basta con estar alerta y no dejarlo propasar los límites que le corresponden.

Tal vez así podremos vivir en paz, cada cual cumpliendo lo que tiene que cumplir.

¿Qué es ese afán de una disciplina férrea, ese afán de que todo cuanto se haga esté previsto y uno obre como dice Romualdo Malvilla al hablar del "regimiento"?

¡El regimiento de Malvilla! Esto era lo que lo tenía preso y agarrotado. Pero gracias a esta manera de estar agarrotado, pudo, ¡por fin!, libertarse.

Ahora camino por las calles. Estoy nuevamente en San Agustín de Tango. Y tú, Colomba, caminas conmigo. Porque tú eres la bondad, la bondad misma al caminar conmigo por estas calles.

Ahora veo una cantidad de muchachitas, de colegialas, que van por las calles como vamos nosotros. ¡Oh, van vestidas como ahora a mí me gusta que se vistan! Tacones bajos; calcetines hasta bajo las rodillas; faldas muy cortas así es que pueden verse las piernas. Y son alegres y ríen estas muchachitas, estas mocositas.

Me han atraído y han hecho que mis ojos se claven en ellas. Como me ocurría antes, en mi juventud... ¡Tengo ahora 69 años! Ya no sufro de esa obsesión sexual que antes me... me... Tú podrías decirme lo que en mí producía. Pues antes era un... un... Era algo como es ahora, un gusto y nada más. Y antes, en los primeros tiempos, había sido un tormento.

¡Por eso me enamoré!

Y aparecía Boroa que pedía a esa muchacha que fuera intelectual, que mucho supiera y que me guiara. Tal vez para salvarme de ese mal que veía esbozarse en mi vida.

Había que luchar en contra de él. Pues venía y rondaba junto a mí, siempre, siempre.

—No, no ronda junto a ti, amigo mío —me murmuraba Borneo—. Es así como debe ser, así, con una lucha permanente en la vida. ¿No eres, acaso, un intelectual?

—Sí, lo soy y he querido serlo toda mi vida —respondía Boroa.

—Entonces... ¡adelante!

¿Se comprende bien esta lucha? ¿No te das cuenta, Boroa, no te das cuenta, Colomba, lo que era esta lucha permanente? Dímelo, tú debes decírmelo, Colomba... ¡Colomba!

¡Colomba! ¡¡Colomba!!

Ella había desaparecido y yo me encontraba solo en medio de las calles de San Agustín de Tango.

Había, pues, que caminar y caminar; había que contestar a los saludos que llovían sobre mí; había que distraer los ojos viendo a aquellas lindas mocositas que pasaban felices y riendo.

Caminemos, caminemos... Tal vez esté Colomba en alguna parte y me aparezca súbitamente. Tal vez, tal vez. Caminemos. Pero, al caminar por estas calles, no se puede más que caminar por estas calles.

Colomba... ¿Dónde estás?

Colomba no está; Colomba ha vuelto al centro de la Tierra; y yo he quedado solo en la ciudad; yo que quisiera volver hacia donde tú te has ido. ¡Sí, debo volver, debo volver!

La isleta del Olor de Santidad... ¡Ahí es la mejor entrada! Claro está que también están los altos picachos cordilleranos: el volcán Llaima, allá cerca del fundo en que trabaja mi hijo Eliodoro; y está también el Tupungato y el Quizapu y, más al Norte, el Cotopaxi y el Chimborazo y allá, allá, lejos, muy lejos, el Momotombo.

Ahora basta la isleta del Olor de Santidad. Prueba de ello es que he llegado a la isleta del Olor de Santidad. Y, un minuto después, me he sumergido por entre sus yerbas y todo

ha desaparecido alrededor mío, todo, todo... Para volver a aparecer súbitamente un instante después y yo, entonces, encontrarme en medio de la ciudad —¡una vez más!— y volver a caminar. Caminar pensando en esos volcanes que ahora se hallan todos cerrados, sin dejar entrar a nadie, nadie, ni a mí ni a...

¡Oh, Colomba! ¿Por qué te has marchado dejándome solo? Aquel es el Convento de los Jerónimos; al lado, en fin, muy cerca están los Consulados de las Europas Unidas y, para pasar a los Consulados de las Américas Unidas, no hay más que atravesar la Plaza de Un Solo Dios No Más.

Allí, en esos Consulados, me podrán dar los detalles para ir a un rincón cualquiera, un rincón que se convierta, de pronto, en un larguísimo túnel descendente que vaya a abocar en unos jardines y parques y bosques como jamás han sido vistos en estos mundos. Y, en medio de ellos, estarás tú, mi Colomba, y sonreirás al verme, sí, sonreirás. Y entonces... ¡hablaremos!

No iré a los Consulados, no. Haré un esfuerzo y nada más. ¡Un esfuerzo! ¡Un esfuerzo! Y caminé, rápido, rapidísimo, mientras la ciudad se deslizaba a mi lado con sus edificios. Con sus edificios... y, en medio de ellos, o ellos en medio de él:

¡Palemón de Costamota!

Avanzó hacia mí, siempre afable; me estiró su diestra con una exquisita sonrisa y me dijo:

—Creo que ya usted me conoce, mi señor don Onofre Borneo, pero voy a presentarme una vez más como un seguro y fiel servidor suyo de usted y así podré estrechar su mano.

Le respondí:

—Yo también soy y seré un seguro y fiel servidor de usted.

Las casas todas se detuvieron; las gentes se detuvieron y los autos y los buses y las raras nubes que pasaban por el cielo. Fue la detención completa. Sólo se movían los ojillos de Palemón y su diestra que se agitaba con la mía dentro.

Así, riendo sin poder contenernos, llegamos a Viña del Mar y la recorrimos entera. Quiso él llevarme a las carreras pero yo le advertí de inmediato:

—¡No, por favor, querido Palemón! ¡Odio el juego y odio todos esos sitios en que se juntan los jugadores! ¡Lléveme usted a otra parte cualquiera, cualquiera!

Y Palemón, haciéndome volar a velocidad inaudita, me llevó al fundo de Quintrilpe. Claro está, era mejor. Quise detenerme unos instantes allí pero ya Palemón me llevaba a Valparaíso y me hacía subir y bajar por sus viejos cerros para luego sumergirme en la bahía y volver a salir en medio de los cerros.

—¡Detengámonos un rato, Palemón, detengámonos! —grité.

Él no me hizo ningún caso y me arrastró a Santiago. Pasé en la capital frente a la casa de Viterbo Papudo y divisé la que había sido la casa de Lorenzo Angol. Quise decirselo a Palemón pero... pero... ya estábamos nuevamente en San Agustín de Tango y nos deteníamos y marchábamos a pasos lentos tomados del brazo y haciéndonos mutuas reverencias.

—¿Pasaría usted gustoso unos instantes a mi casa?

—Por cierto —respondí—; pasaré gustoso.

Él me insinuó:

—Entonces encaminémonos a la calle de El Pecado Mortal.

—Eso es; encaminémonos hacia allá.

—Y podrá usted ver a mi amigo Tadeo Lagarto que ahora habita conmigo.

—Estaré encantado de estrechar la mano de Tadeo Lagarto que siempre ha sido un buen amigo mío.

Llegamos a su casa y me hizo entrar. Un gran salón. Me ofreció asiento. Me murmuró en voz baja:

—Voy a ausentarme un momento para avisar a Tadeo Lagarto de su ilustre visita de usted.

Y salió. En ese momento, Tadeo apareció por otra puerta. Sin vacilar le expliqué mi situación. Tadeo me explicó cómo poder llegar al fondo de la Tierra. Le agradecí y escapé, escapé...

Corrí nuevamente por aquellas calles que ahora se hallaban sin mover ni uno solo de sus edificios. Así es que aumenté mi velocidad. Llegué; ¡por fin, por fin!

La isleta de El Olor de Santidad...

La entrada estaba libre; la entrada era amplia; las galerías se extendían abiertas hacia todos los horizontes posibles. Por ellas avancé, ahora con lentitud y llenándome los pulmones de todos los más exquisitos perfumes que es posible imaginar.

Al final... ¡estaría ella, mi Colomba!

Grité a toda voz:

—¡¡Colomba!! ¡¡Colomba!!

Y seguí viajando con suma lentitud mientras mi cabeza, ya libre de Palemón de Costamota, púsose a pensar en otras cosas; mi cabeza púsose a pensar en aquel que yo llamo, que se llama, que es mi doble: Onofre Borneo.

182

Onofre Borneo... Mientras descendía lentamente, yo pensaba:

¿Por qué me importunas a todo momento? ¿Para qué quieres que yo sea un perfecto intelectual? Yo quiero, sencillamente, transcribir lo que, de allá, de muy lejos, me dicta Juan Emar; no quiero nada más y, entonces... ¡que vivamos en paz!

Tú, Onofre Borneo, acabas de jugarme una mala pasada: me has enredado en esta ciudad, me has confundido en ella sin poder encontrar cómo poder salir y dirigirme a los fondos de la Tierra. Y tú me susurrabas a todo momento:

—Debes ser un alto, un altísimo intelectual que viva en la más completa incertidumbre porque dentro de él se agitan muchas y muy hondas cosas que hacen que las ciudades se muevan y que los cráteres de los volcanes se abran y se cierren movidos por esos pensamientos que en ti se agitan. Tal tú debes ser, Onofre Borneo. Así yo sería, seríamos ambos dos seres enormes que causaríamos el estupor entre los demás intelectuales.

Respondí:

—Yo, Onofre Boroa, sólo quiero la paz. Y en esa paz ir hacia dentro de mí mismo. ¿Me has oído? Ir hacia dentro de mí mismo como voy cuando estoy frente a Colomba y todo es silencio elocuente alrededor nuestro. Porque ése soy, ése y nada más.

Dime, Borneo, ¿no encuentras tú que es bastante trabajo el que te he asignado? ¿Para qué te metes y perturbas las meditaciones que tiene Boroa, que tengo yo, sí, yo? Tú haces el diario de la vida que hacemos los dos, Boroa y Borneo. Este diario fue Lorenzo Angol el que te lo sugirió porque él lo hace a su vez.

Hacer este diario debería ocupar todo tu tiempo y así podríamos vivir en la paz que yo deseo. Sí, sí, mi querido Borneo. No me atormentes complicándome en mi trabajo. ¿No ves, acaso, que mezclando ambos trabajos todo, todo sale mal, definitivamente mal?

Dividamos bien, con justicia y con cordura:

Tú, Borneo, en lo tuyo...

Yo, Boroa, en lo mío...

Y puedo asegurarte que Boroa no se mezclará en lo tuyo. ¡Tú podrás hacer cuanto te plazca, podrás ir a la Taberna de los Descalzos y al cabaré San Lito y comer en el restaurante de monsieur, del gran monsieur Edmond Dunkerque!

Puedes pedir que te sirvan unos buenos excrementillos de dromedario a la salsa de orinas de caballo bayo. Después pueden ir al cabaré que te he citado, el San Lito y allí verás las nuevas y tan lindas mujeres que hay en él como ser Pradelia Coyanco. También pueden pasar, o pasar o tú solo, a las Tres Chimeneas y allí podrás pegarte una juerga... ¿No? Esto de la juerga, ¿no te gusta?

Bien, podrás pasar adonde tú quieras y hacer allí lo que desees sin que nadie te perturbe pues Boroa estará durmiendo en tales momentos.

Boroa está en medio de la paz sagrada. Como ahora voy entrando en ella; cuando tú, Borneo, te debilitas y vas, a tu vez, a dormir con sueño profundo sin guardar recuerdo alguno al día siguiente al despertar.

Yo, Boroa, ¡no!

Sé lo que se ha hecho en mí mientras semejaba dormir. Voy a decirlo en alta voz, voy a proclamarlo con toda la fuerza de mis pulmones, que se oiga aquí en estos paisajes que ya empiezan a diseñarse a lo lejos, que mi voz llegue a ti, Colomba, y te haga sonreír.

Mientras yo duermo:

Se trabaja en mí por mi salud para la muerte.

Has quedado lejos, Onofre Borneo; pues tú no te preocupas de la muerte. Cuando la toca —¡a la muerte!— te veo a ti, Boroa. Entonces puedo empezar a descender y camino hacia ti, mi Colomba.

Camino, camino... No; detengámonos unos instantes. Ha habido una nueva confusión en mi mente.

Ahora puedo llamarte "mi doble" y siento cómo haces esfuerzos por seguirme, por volver a tomar el mando. Bien, te dejaré hablar cuanto quieras, Borneo, cuanto quieras. ¡Habla! ¡Te escucho!

BORNEO

Eres un intelectual. Debes, pues, vivir en la Tierra. Es lo que no me canso de repetirte; debes vivir en esta y nada más que en esta Tierra.

YO

Y tú, Boroa, ¿qué dices?

BOROA

Debes superarte y vivir fuera de la Tierra.

¡Eso es, eso es! Debo "vivir fuera de la Tierra" después de haber hecho un gran esfuerzo tranquilo que me haya hecho superarme.

Superarme... Superarme. Y ante cualquier falta de Boroa, aprovecharla y se precipitar.

Es difícilísimo distinguir a Borneo en sus maquinaciones cuando quiere echar de lado a Boroa y robarle su serenidad.

Avancemos siempre. Te siento cercana, Colomba. Avancemos.

¡Te he visto, mi Colomba! ¡Te he visto! Te he visto...

Has surgido de entre negros socavones que se han desplomado ante tu aparición, que se han hecho humo ante tu sonrisa serena como yo soy sereno apenas te percibo. Como, ya lo he dicho, es sereno Boroa apenas siente tu presencia y se sumerge en tu sonrisa hasta no hacer más que una sonrisa de ambos, ¡de ambos!, ¡de ambos!

En esta sonrisa quiero oír la voz nuestra.

AMBOS

Queremos cosas abracadabrantas... ¿Y no es bastante encontrarse, de pronto, vivo?

Siempre queremos que aparezca un ser superior que nos guíe y nos revele misterios y más misterios... ¿Por qué no nos miramos, un momento, a nosotros mismos?

¿Por qué no vemos y apreciamos que hay vida en todas partes? ¿Por qué no nos extraña el ritmo diferente de velocidad de estas vidas?

¡Soy feliz a tu lado!

¡Sí, soy feliz, Colomba! Pero Borneo sigue rondando junto a mí.

¡Échalo, Colomba! Porque Borneo me habla de la muerte; me habla de que tendremos que terminar. Borneo me hace atención en esto, en esto que terminar es un suceso como lo es cualquier suceso de esta vida cotidiana...

Siento muy bien cuando es Borneo el que me habla. Me habla y yo no puedo dejar de oír su voz. Entonces me turbo y... ¡clamo por ti!

Tú no me oyes en esos momentos. El hueco, el huequito que hay en la isla del Olor de Santidad, como lo hay en el volcán Llaima y en otros volcanes lejanos, ese huequito se cierra y entonces los amigos se precipitan sobre mí porque estoy solo en la ciudad. Entonces, mi Colomba, aparece la Taberna de los Descalzos, aparecen las tres Chimeneas y el cabaré San Lito, aparece todo cuanto hay en la ciudad de San Agustín de Tango.

Luego viene el espantoso arrepentimiento.

Colomba, el Yo, ¿Me oyes? Colomba, ¡el yo no existe!

Es en este afán de aferrarse al yo en donde está nuestro principal error.

Ahora medito, ahora tú me haces meditar o yo te evoco esta meditación mía o esta meditación tuya que yo recibo:

Es por este error que Romualdo Malvilla se emborrachaba.

Ahora no se emborracha más. Por esto podemos gritar:

¡Creo en Malvilla!

De pronto os veo a todas vosotras, hijas mías. Tú me has hecho ver, Colomba. Te he visto a ti, Marcela, con tu marido, con Gustavo; con tu hijita, mi nieta, esa diminuta Carolina; te he visto a ti, mi Pilar; te he visto a ti, mi Clarita. ¡A todas os he visto! También te he visto a ti, mi Carmen, a ti que llamaba Moroña, te he visto en Londres; allí trabajas, en esa inmensa ciudad. ¡Carmen, Marcela, Pilar, Clarita! ¡Y Carola! ¡Y tú, Verónica que vives en París! ¡Y tú, Juan Pablo, un poco más cerca porque estás en Santiago!

Estoy muy solo aquí. Pero... ¿lo estaré de verdad?

¡No! Cuando soy Boroa y pienso en la muerte, no lo estoy. Pero Borneo ronda y ronda y, ante cualquier falla de Boroa, aprovecha y se precipita. Y resuena su voz:

-Tú eres un intelectual... ¿No es verdad?

Tal vez; seré un intelectual...

Un intelectual... O un hombre de letras... O un escritor... O, tal vez, sea un...

¡Silencio, Colomba! Callemos y que el silencio hable por nosotros dos, por ¡ambos!

Una vez empecé a ver la vida por todos lados; la vida aparecía y desaparecía; volvía a aparecer y yo quedaba en suspenso. Debe creerse esto que avanzo. Como debe creerse que ello fue algo simplemente angustioso; una angustia que casi me enloqueció.

Recuerdo un recipiente con agua, ante el cual nadie habría ni siquiera prestado un poquitín de curiosidad. Yo lo miré o... eras tú, Colomba, la que me ordenaste que lo mirara. Te obedecí y lo miré y, mirándolo, quedé mucho rato ahí, junto al tiesto con agua sucia, muy sucia.

De pronto oí tu voz, Colomba, y me alegré; como yo vi tu alegría y también me alegré, mi querido Onofre Boroa. Pues tu alegría venía de haber descubierto, en el agua, una especie de tirilla formada por un líquido —¿sería un líquido?— más denso.

Esta tirilla se movía, sí, se movía y avanzaba hacia un lado y otro lado. Pero avanzaba muy lentamente. Entonces la escupí; sí, la escupí y esperé.

Onofre, la tirilla se defendió...

Sí, Colomba, porque ella quería mantener su vida intacta...

¿Qué oíste, como un grito que taladró tus oídos?

Oí que ella me decía:

—¿Por qué me destruyes...?

Entonces respeté, respeté, mi Colomba... Como yo, Colomba, quería que tú respetaras; sí, que respetaras todo cuanto pudiera presentarse ante ti, por costumbre que tuvieras de llamarlo:

—Esto es algo inanimado, sin vida...

Puedo asegurarte que, desde entonces, he tenido siempre cuidado con cuanto he encontrado, puedo asegurártelo, Colomba. Porque tal ha sido lo que yo, desde aquí, desde este silencio, he vigilado y siempre he seguido vigilando si cumplías, Onofre, o no cumplías con esta orden que había surgido del silencio.

¡Silencio! —esto es lo que ha sonado—, ¡silencio!

Hasta hoy siempre he creído que alguien vela por mí. Como cree Lorenzo Angol desde que Lumba Corintia se ha ido de este mundo. Sí, porque alguien me ayuda y alguien vela por mí.

¿Eres tú, mi Colomba?

Malvilla se ha presentado a nuestro lado, Colomba, y he oído su voz que ha resonado como un trueno...

Yo, Colomba, yo repetiré lo que ha formulado esa voz:

—¿Por qué se sufre y se hace sufrir? ¡No, no puedo soportar que alguien sufra!

Tal ha sido el leitmotiv que ahora ocupa a Malvilla. En ello piensa y ello lo guía por sus pasos. ¿Comprendes tú el fin que ha de tener una semejante búsqueda?

Malvilla ha pensado en que la causa de este afán por hacer sufrir, no puede tener otro origen que la figura de aquel al que tú siempre llamas "un fiel y seguro servidor"; es decir, Palemón de Costamota.

Su pensamiento va, entonces, hacia las guerras de este siglo, a esas dos guerras monstruosas y los lamentos que de ellas se desprenden se confunden con una diabólica carcajada de Palemón.

La privación de algo trae un pesar muy grande. Pienso que cuando ella viene, no es más que un paso hacia la *normalidad*.

Dime, Colomba: ¿No ves tú una distancia enorme entre esta sensación de normalidad a la sensación

que experimenta Rosendo Paine y su mujer, Nicole Chaumont, con el opio? Ellos han de sufrir al volver de la embriaguez; ellos han de rechazar toda vuelta a la normalidad.

Yo ahora, frente a ti, Colomba, estoy en la normalidad. Ella me trae un dulce reposo activo.

¿Qué has oído, mi querido Borneo?

—He oído una voz, la voz de una chica que ha gritado llena de angustia:

—¡Soy buena!

Era un grito absoluto de su sinceridad. No había en él ningún subterfugio para salvar el momento e ir hacia el placer y evitar el dolor. No, no lo había.

Porque vi al bruto junto a ella; vi al hombre cruel.

¿Quién ha gritado así?

He quedado lelo, he quedado pasmado, he quedado estupefacto ante este grito de la muchachita. Porque ha sido un grito que ha surgido en medio de una lucha espantosa, que, sin duda, se verifica lejos, sí, muy lejos. El hombre cruel ha tenido que retirarse porque la niña es buena; porque ha sido el triunfo de los egrégores de la bondad; un triunfo que a mí me ha llegado en forma de ese grito desesperado y sincero de una chica.

Ahora veo —porque tú también lo vez— como yo pierdo mi tiempo. ¡No a tu lado, Colomba! Pues tú no lo pierdes tampoco al estar al lado mío.

Pero Borneo me lleva a la perdición si oigo su voz. Él fue el que me hizo esas listas de mujeres y yo, entonces, al leerlas, yo ¡las amo a esas mujeres! Porque en ese momento se ha alejado el poder del sacrificio...; se ha alejado; se ha ido.

¡Oh, Lorenzo Angoll! ¡Cuánto recuerdo tus palabras! ¡Me has ayudado una enormidad!

Pero Lorenzo... ¡tiene sus problemas también! Y no es imposible, mi Colomba, hacer las cosas en la soledad.

Pienso en ellas y pienso, sobre todo, en ellos: en Rubén de Loa, en Romualdo Malvilla, en Rosendo Paine, en Teodoro Yumbel, en Artemio Yungay, en el doctor Hualañé y en otros más. Si me alejo de esta lista caigo en el vacío o caigo entre gente que no es posible tenerla como un objetivo.

¿Y los del fondo de la Tierra?

Ellos se van, se pierden, Colomba. Así ocurre con Celso y con Maribel, con Ibacache y don Irineo Pidino, Baldomero Lonquimay se presenta veloz y se esfuma como un hombre de la superficie.

¡Sólo estás tú, mi Colomba! ¡A ti no te perderé porque tú no te marcharás de este centro de la Tierra!

Quedo solo... ¿Solo? ¡No, no! Pues estoy agarrado por otro. Tú me preguntarás quién es ese otro. Yo te responderé:

—¡Borneo!

Yo, Colomba, yo desde aquí, en mi posición estática, veo la inmensidad de todas las inmensidades.

Yo veo la evolución del mundo. ¡Oh, qué gran cosa!

Tú apenas empiezas a ver un poco.

Hay una doble velocidad en uno mismo; pues existe la velocidad de la mente que es anhelante; y existe la del cuerpo grosero que es una velocidad lenta, lentísima.

Yo, Boroa -¡sí, Boroa!-, sufro de esta velocidad, de esta que es lenta, de esta que siempre quiere llevar a su lentitud, a una "planificación" de aquello que *va a ocurrir*.

Soy la víctima de ella.

Así pierdo lo que hay de espontaneidad en mí. Es decir, pierdo el grito que, muy al fondo, siento que mi alma quiere lanzar.

Vamos a repetir lo que se ha dicho ya tantas veces:

Allá -¿me entiendes?- allá, en la superficie, miramos, sin ver, la vida de aquí, donde tú estás, donde ahora estamos ambos. Y viene nuestra manía de hacerlas iguales; la manía de hacer de ésta una repetición de la que a diario vivimos allá, caminando por las calles.

¿Por qué, por qué juzgamos a las demás gentes según *nuestra* manera de ser y de pensar?

Una cosa nos hace falta y... no lo notamos:

¡Elevarnos, subir y entonces mirar!

¡Es lo que quiero, Colomba! Subir y... mirar.

Pero, por lo general, el hecho de subir me hace pensar que estoy subiendo; y, entonces, no puedo pensar.

Creo que es la precipitación el mal que me aqueja.

Porque soy precipitado; siempre deseo saber cómo se va a desarrollar el futuro. Y, al desearlo, sin querer lo corrijo. Y no, Colomba, no! Esto, lo sé, es perder el tiempo. Es trabajar sobre la nada.

Luego me vuelvo y veo. ¿Qué ves? Lo digo nuevamente:

¡La nada!

Y yo ansío entrar en esa calma serena que nada ni nadie puede perturbar.

Quisiera ser bueno...

Pero a mi alrededor todo vive, todo es vivo; Todo me ataca con su vida que se introduce en la mía. Necesito amistades, necesito muchos amigos que me distraigan y me lleven lejos, al mundo en que ellos viven y donde actúan.

¡Todo vive! ¡Todo es vivo!

¡Mi soledad es espantosa!

Yo sólo quisiera que la bondad me inundara. De este modo podría subir, subir... Como ahora debo subir. La precipitación que siempre me aqueja, me obliga a subir. Pero subiré lentamente. ¿Quieres, mi Colomba?

Lentamente...

¡Adiós, Colomba!

¡Adiós!

Empecé a ascender con lentitud. Atrás quedaba Colomba. Me volví para verla una vez más: ahí estaba muda y hierática; ahí quedaba en el silencio. Moví una mano en signo de adiós. Nada. Quedaba en el mutismo absoluto. Así la perdí de vista pues, a mi lado, todo se cerró y volví a encontrarme entre túneles negros.

Ahora, ascender; ahora volver a la superficie.

De pronto llegué a una planicie extensa, tal vez a la hora en que el Sol se ocultaba. Habían cesado esos túneles. Todo se extendía hasta lejanías sin límites. ¡Era hermoso aquello!

¡Alguien aparecería, sí, alguien vendría hasta mí! Miré hacia todos lados y pude ver: Celso estaba allí.

Me acerqué con cierto temor a él, pero... ¿temor de qué? No lo sé. Era tal vez mi estado de ánimo el que infundía un temor en mí pues con Celso jamás había tenido ni el más mínimo rozamiento; por el contrario, siempre habíamos sido buenos, muy buenos amigos y era, por lo tanto, un placer encontrarlo allí.

—¡Celso! —exclamé—. ¡Qué dicha es la de encontrarte y poder oír tu voz, esa voz que nunca he podido transcribir debidamente! Pero ello, no importa; habla, Celso, si ello puede llamarse "hablar" y yo te oíré en el silencio absoluto.

Celso se volvió hacia mí y vi que una sonrisa erraba por su rostro. Esto me dio coraje y pude decir en alta voz:

—Celso, es una gran cosa verte...

Pero la mirada de él me hizo guardar silencio.

Y aquí, una vez más, debo explicar o tratar de explicar lo que es una conversación con este tan insignificante amigo:

Ni una palabra hizo vibrar el aire. Quien nos hubiera visto habría dicho que allí había dos seres que nada se decían, que estaban en el más profundo aburrimiento.

Sin embargo no era así. Algo como la voz venía de él y llegaba a mí. No sé si era su presencia la que dictaba esto que yo... que yo... ¿Oía? No eran los oídos los que percibían nada de lo que emanaba de él. Ello nacía en Celso y venía a mí. No tengo otra manera de poder explicarme.

CELSE

Tú has trabajado mucho, mi buen Onofre. Y tu trabajo ha sido dirigido sobre todo hacia el futuro. De este modo has descuidado un tanto lo que pasó en tu pasado. Ello ha sucedido y luego ha partido de tu mente.

Eres, pues, un ser incompleto.

Tu plenitud debería abarcar mucho más si quieres, en verdad, que sea una verdadera plenitud. ¡No lo olvides! Ha de marcharse tanto para adelante como ha de marcharse hacia lo que ya pasó. De otro modo es fingir un progreso que, en realidad, no es tal.

Ahora te encaminas hacia la superficie. Allí encontrarás a tu gran amigo Lorenzo Angol. Lorenzo estará contento pues ha tenido una larga conversación con Lumba Corintia. Te demostrará ese contento. Para ello te alargaré un libro que tú, en un comienzo, mirarás con cierta desconfianza. Pero, te aconsejo, ¡léelo!

Este libro es: *¿Dónde está el trigo y el vino?*

Su autora:

Tu hermana, María Flora Yañez.

Así irás a ese pasado que ahora tienes olvidado. Parece que no vieras que el presente es hecho de nuestro pasado y que nada de éste, nada, puede dejarse en el olvido.

Yo

Bien, Celso, te obedeceré. Iré y leeré ese libro. Ahora quiero hacerte una pregunta que, hasta cierto punto, mucho me ha inquietado. Respóndeme, por favor:

¿Por qué has cambiado de nombre al llegar a este nuevo estado? También pienso en Maribel que allá, en la superficie, se llamaba Teodosia Huelén. ¿Por qué habéis cambiado vuestros nombres? No me digas que es ésta una regla aquí. Pienso en Lumba Corintia, pienso en Anacleto Ibacache y Baldomero Lonquimay, pienso en don Irineo Pidinco y en Bárulo Tarata; en fin, pienso en muchos que siguen y siempre seguirán con el nombre que tenían en vida, en lo que llamamos "vida".

CELSO

¿Por qué esa curiosidad, Onofre? Deberías callar. No debes entrometerte a estas profundidades con esa lógica que te acompaña allá en la superficie. No, no lo hagas.

En cada sitio, su lógica.

De otro modo estarás sólo a medias aquí.

En cada sitio hay que estar enteramente en él.

Deja, pues, de lado tu lógica mental, déjate guiar por tu serena intuición. Así entenderás mayormente.

Y Celso desapareció.

Seguí mi marcha ascendente, la seguí con toda lentitud. Mi mente no me dejaba marchar como eran mis deseos. Mi mente se agitaba, iba y venía; mi mente se detenía en pequeñas cosas que, por instantes, logré separar de mí; pero ellas volvían y me acosaban. De pronto me dije:

—Se dividen en algas, hongos y líquenes...

Me reí de buenas ganas. "Algas, hongos y líquenes".

Eran esas algas y esos hongos y esos líquenes, todo lo que me quedaba y me restaba de mis largos años escolares. Naturalmente no sé nada sobre ellos pero... pero ahí están y no hay más que soportarlos. Y otra vez repito:

—Se dividen en algas, hongos y líquenes...

Entonces les pregunto seriamente:

—¿Y...? ¿Qué es lo que ustedes desean conmigo...? ¿Podrían decírmelo?

Responden o algo respondió:

—Tu padre, don Eleuterio, hace girar, con gran admiración de los invitados, aquel enorme, aquel inmenso disco multicolor que ha colocado, bien a la vista, en el comedor. Sí, el comedor adonde todos vamos entrando. ¡Y ese disco está iluminado mientras todo lo demás está a oscuras!

Todos admiran y hacen comentarios que yo, siendo muy pequeñín, poco entiendo. Además ya se han encendido las luces y nosotros...

¡Alto, alto con esa mente mía que vuela y vuela para todos lados! Estoy, después de todo, en el fondo de la Tierra si es que esto es el fondo de la Tierra.

El fondo con inmensos panoramas como no los hay allá en la superficie. Pero ahora no los veo, ahora se han escondido y, en su lugar, están los túneles y más túneles que se explayan en el silencio, en el más total silencio que nada perturba.

¿Nada?

¡Sí! ¡Algo lo ha perturbado! ¡Algo que conozco y que tanto amo! Es un silbido

melodioso, un silbido que entona *El Bolero* de Maurice Ravel. Y tras él avanza in-
-pertérrito:

El hombre Martín Quilpué!

Grito con todas mis fuerzas:

¡Viva, viva el hombre Martín Quilpué!!

Pero él pasa seguido por toco rinoceronte que va lentamente, que va distraí-
-do.

De pronto sentí deseos de apresurarme, de correr. Así lo hice hasta que Ana-
-leto Ibacache, surgido no sé de dónde me detuvo. Nos detuvimos ambos y re-
-cuerdo, sonreímos.

IBACACHE

Aquí nos hemos encontrado nuevamente. Tú has venido de allá a estas inmen-
-sidades; yo he ido a eso que tú llamas la superficie. He ido a un punto, nada más; he ido
a un balneario cerca de Santiago. ¿Sabes cuál?

Yo

No, Ibacache, lo ignoro. ¿Qué balneario?

IBACACHE

Ese balneario era Viña del Mar. Ese balneario se halla aquí a mi lado; así es que
fue desear ir a él y ya en él me encontraba. Tú, mientras tanto, descendías por negros
túneles. Tú luchabas con el tiempo, es decir, con las distancias. Ni tiempo ni distancias
existen para nosotros. Así es que Viña del Mar estaba donde yo estaba. Llegué, pues a ese
balneario y, una vez en él, me dirigí a la calle 6 Poniente esquina de 4 Norte y allí quedé
por mucho rato embelesado contemplando.

Yo

¿Qué te produjo este embeleso?

IBACACHE

Te lo diré: En esa esquina hay un árbol. Crece, casi en la esquina misma. Ese
árbol se yergue como en un lamento, como en un grito; pero, naturalmente, ni una voz
sale de sus formas. La gente pasa y pasa a su lado; nadie lo observa; nadie lo ve. Así es que
él, este árbol —pensé—, va a morir y va a desaparecer un buen día sin que nadie haya
reparado en él.

Ello no es posible, mi buen Onofre, no, no es posible. Pues él entero es un llamado a
quedar estampado, un llamado a...

Yo

Un llamado... ¿a qué, Ibacache?

IBACACHE

Un llamado a ser visto por nuestro gran amigo, por el eminente pintor que es
Rubén de Loa. Sí, Rubén debería llegar hasta él y, en silencio, mirarlo largamente. Luego
viene lo que ha de venir: el cuaderno de croquis, la nota que lo salva del anonimato, el
taller de la calle de la Tiara y la tela. El tucán de la vieja vecina clamaría con estridentes
aullidos moviendo sus alas y ese árbol sería salvado.

Tú has de comprender que yo ya no puedo pintar. Ya no puedo, me es imposible,
coger un pincel y aplicarlo sobre una tela. Ahora son otras mis ocupaciones; ahora con-
-templo estos panoramas fantásticos que estos mundos me deparan. Necesito, pues, la co-

laboración de un pintor, de un hombre que viva allá en la superficie. ¿Quién mejor que Rubén de Loa? Tú, mi buen Onofre, podrías acompañarlo hasta Viña y así, juntos, podrían ver ese aroma. No te lo había dicho: es un aroma... un aroma ¡con movimiento!

O, acaso, es una mujer que ahí está purgando sus faltas convertida en un árbol que se mueve aunque, de verdad, nadie, nadie ve sus movimientos.

¡Yo los he visto, Onofre! Yo he comprendido que sólo Rubén de Loa podría llegar hasta su lado y libertarla de las penas que, sin duda, ha de sufrir.

Pero, a veces, no son penas, no, no lo son. A veces son sus movimientos inmóviles verdaderos rasgos de voluptuosidad. Sí, tales son, pero de una voluptuosidad que no logra explayarse, que tiene que quedar siempre, mientras dure la vida de ese aroma, ahí enclaustrada y aprisionada.

Yo

Si puedes creerme, Anacleto, iré a ver a mi amigo Rubén apenas llegue a la superficie y haré que, juntos, vayamos a Viña para luego...

IBACACHE

Para luego dar a Lucila Volcán uno de sus mejores momentos al ver esa tela que ha de salir entre los gritos desaforados del tucán.

Pues Rubén verá en ese aroma lo que debe verse: Él podrá descifrar cuánto clama ese árbol solitario; él podrá, al hacer una obra, mitigar los dolores que esa mujer sufre en un silencio forzado y totalmente ignorado.

Yo

Dime ahora, Anacleto, ¿cómo lograste poner la comunicación entre Rubén de Loa y tú mismo?

IBACACHE

Fue algo muy sencillo aunque acaso para tu manera de pensar sea algo difícil lograr comprenderlo debidamente.

Puedo decirte que llegué en persona junto a Rubén de Loa. En ese momento Rubén dormía. Sin más transmití mi mensaje; en él le pedía que fuera a Viña del Mar, que caminara a la calle 6 Poniente y se detuviera en la esquina de la calle 4 Norte. Le pedí que mirara a todos lados y que se detuviera ante esa mujer o aroma que allí sufría tanto. Le pedí que extrajera su cuaderno de apuntes, si lo creía necesario, y captara las líneas de aquel árbol. Luego le pedí que volviera a su taller y se entregara a la obra.

Fue todo lo que tuve que hacer. Rubén seguía su sueño pero yo vi con toda claridad cómo en su mente se gravaba mi pedido. Entonces me retiré y, otra vez, estuve aquí, en estos panoramas inmensos y todos llenos de bellezas sin igual.

Mi confianza en Rubén fue absoluta. Por eso te pidió que vayas a su taller y pídele que te muestre lo que esté haciendo o lo que ya haya hecho con su aroma; ¡No lo olvides, te lo pido!

Yo

¡No, no lo olvidaré, Anacleto! Ahora la superficie me parece más dulce y más atractiva. Será lo primero que haré una vez que me encuentre en ella: visitar a mi amigo Rubén de Loa.

Y tú, Anacleto, ¿qué piensas hacer ahora?

IBACACHE

Yo voy a recordar ese aroma de Viña del Mar. Al mismo tiempo miraré esas

pedras y quedaré en silencio mirándolas. Pues en ellas se destaca Elsa con unas bellezas como jamás alcanzó a tener allá en la superficie. Tal es mi destino ahora, mi buen Onofre. Y puedes creerme que, con este destino, soy feliz, con una felicidad que jamás tuve allá, allá, allá donde espero compartirla con Rubén de Loa y contigo mismo.

¡Adiós, Onofre! ¡Sé dichoso, inmensamente dichoso!

184

Avancé unos cuantos pasos y me detuve. Era el silencio y era la soledad más completa. Luego pude notar que el suelo pasaba siempre. Lo veía pasar. Y, súbitamente, me encontré en un mundo de ideas.

Las ideas me rodeaban, me envolvían. Eran ideas ajenas; eran ideas que allí estaban solas, que siempre allí habían estado y yo las veía por primera vez.

Tuve una vacilación en mis pensamientos. Pero me vi obligado a preguntarme:

“¿Son éstos pensamientos míos?”

Y tuve que responderme:

“No, no son míos; son los pensamientos que aquí están...”

Entonces quedé como un verdadero fiel en una inmensa catedral. Al pronunciarse esta palabra, “catedral”, todas las catedrales que he visto en mi vida, todos estos monumentos góticos, desfilaron ante mi vista. Yo contemplaba y nada más. Yo creía coger el significado que de ellos surgía, pero este significado se escapaba. Yo quedaba, entonces, arrobado ante este significado que huía y que, junto con huir, me sumía en una beatitud inexplicable.

Una beatitud en la que desapareció mi cerebro; una beatitud en la que desaparecí yo. Pues yo me reduje, me hice ínfimo. Al fin no fui más que algo en lo cual venían a repercutir esas voces que resonaban por los ámbitos.

¡Voces incalculables en su número! ¡Voces ilimitadas en sus tan vastos significados!

Quise escucharlas pero ello me fue imposible. Tuve que contentarme con hacerme pasivo y me entregué a lo que sucediera. Vi, por cierto, que muchas de esas voces se iban lejos de mí; se iban y, al irse, se acercaban a mi lado pero guardaban su sentido sin que él penetrara en mí.

Creo que sonreí dichoso. Aquí recordé a Anacleto Ibacache que se había despedido de mí deseándome que me rodeara de una dicha que no tuviera límites.

Creo que hasta aplaudí, o imaginé ese gesto, al ver ante mí la catedral de Reims y luego la de Chartres y luego Nuestra Señora de París y luego la de Burgos y la de Toledo. Todas ellas pasaban y se perdían para volver a pasar. Pasaron también las Pirámides de Egipto y allí quedaron. Pasaron los griegos; pasaron los romanos.

Pero, ¿por qué empleo la palabra “pasar”?

Nada de ello “pasaba”; todo *estaba*.

Y todo hablaba.

Hablaba... Hablaba en un idioma audible para mis oídos y, pude convencerme, audible para todos los oídos humanos, cuando... sí... cuando...

Pasó la Tierra; pasaron los planetas; pasaron todas, ¡todas! las estrellas... ¡El cosmos!

Una mano se me alargó. Cogí otra mano. Así, con ambas manos juntas, algo dijo en

mí su nombre y una sonrisa en ella me hizo comprender que había escuchado, que estaba en aquel cosmos.

—¡Colomba!

Ella me hizo comprender:

—Estás donde siempre debieras estar; estás en el reino de los hombres, el reino sin tiempo y sin distancias.

Yo dije —no tengo otras palabras— o yo me expresé, o esas nobles catedrales, o esas pirámides, o esos planetas, o ese cosmos... dijo y se expresó:

—Italia... Allí te veo Fantina mía...

Luego algo expresó:

—Es la conquista de los españoles... ¡Tegualda...!

Y la besé con pasión bajo esa imagen siempre presente y que, hasta ahora, me había acompañado, la imagen de Sakiamuni.

Esta imagen era una, una sola, con cuanto la rodeaba, si es que puede llamarse "rodear" al hablar del cosmos y de las tierrecillas que allí había. Murmuré otra vez:

—Co-lom-ba...

Ella me expresó:

—Siéntate, Onofre. Así podremos conversar mejor. Deja, por un momento, el cosmos y los granitos de polvo. Aquí está Celso; aquí está Maribel. Esta habitación es cómoda.

En verdad, era una habitación cómoda. No me hice repetir lo que ella, Colomba, me había dicho. Me senté, pues, a su lado; al frente estaba Celso; un poco más allá estaba Maribel. Celso estaba serio; Maribel, siempre risueña. Colomba ordenó:

—Di lo que tenías que decir.

Entonces me expresé así:

Yo

Tengo un peso dentro de mí, un peso molesto, un peso que me agobia. Y este peso se me ha transformado en un terrible, un tremendo hábito del cual no logro desprenderme.

Este hábito se acentúa apenas paso ciertos límites, apenas entro en este mundo. ¿Qué podré hacer, Colomba? ¿Qué podré hacer, Maribel? ¿Qué podré hacer, Celso?

COLOMBA

Ante todo debes tener un poco de calma, un poco de lógica, para explicarte.

MARIBEL

¡Uuuuuuuuuuy! Has empezado por el final.

CELSE

Tal vez este sitio, este salón, los muebles que hay en él, los cuadros que cuelgan de los muros, las alfombras... Todo ello debe influir en ti y te hace vagar en los contornos sin ir al centro. ¡Vamos, Onofre, al centro de lo que quieres decir!

Yo

Debo cambiar mi idioma apenas me encuentro en este mundo, debo cambiarlo radicalmente, debo acostumbrarme a comunicarme con la gente —si es gente— que hay *aquí*, con todos ustedes, sí, con todos vosotros, sin pronunciar palabra alguna, dejando que sea el silencio el que transmita mis pensamientos.

Pues, ya lo he dicho, tengo un peso molesto, un peso que a todo momento me agobia: es el de hablar *aquí* y con *vosotros* como se habla *allá*.

¿Me habéis entendido?

Como se habla *allá*... Pues, al hablar, hago susurrar el aire y, de seguro, mi boca ha de articular más de una palabra.

Quisiera hablar como hablas tú, mi Colomba; quisiera hablar como hablas tú, Celso. Y ahora veo que así hablas tú, Maribel, también, hablas con tu risa socarrona y con tus ojos chispeantes.

A veces he logrado hablar en silencio. ¡Tú lo sabes, Colomba!

A veces me descubro articulando palabras y remeciendo el aire que me rodea. Esto, estoy cierto, lo puede confirmar Anacleto Ibacache y también don Irineo Pidinco; creo que también me ocurre con aquel inmenso de Bárulo Tarata. Y he visto que el agua ha temblado, movida por mi voz, cada vez que me he dirigido a Adalberto Huachipato y a Ponciano Chacarilla, allá, allá en el fondo del océano, en el taller submarino de Rubén de Loa.

Sí, tal es la verdad: debo hablar en el silencio y que nada se turbe con mi voz; debo hablar aquí como aquí se habla y no como se habla allá, en la superficie.

Pero ya lo he dicho: cuando hablo aquí oigo a todo mi cuerpo que habla a su vez y, al oírlo, diviso cerca de mí a Onofre Borneo que dulcemente me susurra:

—Ven, ven hacia mis dominios; ven hacia mi reino.

Y Borneo entonces me asegura que en su reino está la gloria del hombre de letras; como está allá en la superficie. Borneo entonces me pide:

—¡Vamos, Onofre! ¡No te sumerjas más en ese falso reino del que tú llamas Boroa! ¡Vamos, Onofre! Con un poco, un poquitín de un buen esfuerzo verás que serás... ¡Oh, qué hermoso va a ser! Serás...

—¿Qué seré, Borneo? ¡Dímelo, por favor!

—Serás presidente de la Sociedad de literatos y escritores.

Así hablaba yo, así me explicaba ante mis tres oyentes. Pero mis tres oyentes ya no estaban a mi lado; ya habían desaparecido y yo me encontraba solo en medio de negros túneles. Entonces clamé:

—¡¡Colomba!!

Y ella se mostró a mis ojos por unos breves instantes, se mostró muda y hierática sin hacer ni un solo movimiento. Bajé entonces la vista y dije:

—Quieta, Colomba, quieta...

Y ella desapareció junto con Celso y con Maribel que por unos instantes se habían mostrado.

Era nuevamente la casi completa oscuridad. Eran los túneles que veía prolongarse ascendiendo. Nada quedaba ya de aquellas catedrales que, por un momento, me habían arrobado. ¡Nada, nada de la catedral de Reims ni de la de Chartres ni de París! Se habían sumergido llevando entre sus capiteles, que se desplomaban, a las Pirámides de Egipto y a la Esfinge, esa Esfinge que fue lo último que vi perderse lentamente con su cabeza y sus pechos de mujer y su cuerpo y sus garras de león. Tras ella vi pasar con premura a Eurípides seguido de Lisipo y luego de Marco Aurelio.

Después oí un rumor que crecía y vi el movimiento de esas tierras que se revolcaban hasta quedar inmóviles en largos socavones.

Por ellos me encaminé con mucha pausa. Me repetía las palabras que no sé

si con justeza había pronunciado frente a mis amigos del más allá. Recuerdo las palabras que surgieron o parecieron surgir de mis labios. Eran ellas, más o menos, las siguientes:

“Tengo el hábito, el hábito terrible, de querer hablar *aquí* como es mi costumbre de hablar *allá*...

Allá, en la superficie...

Y es algo que me obliga a escuchar a este cuerpo, ¡a ti, Borneo! Porque tú quieres llevarme a tu reino.

El caso es:

No hablo en el idioma que debería y sé y siento que se habla en estos mundos de los que ya no existen en la superficie.

¡Cambiar de idioma es la gran dificultad!!

Porque hablo el idioma de los hombres que —ellos dicen— viven, están vivos, están en la única posibilidad de vivir. Pues todo ha de terminar con la muerte. Pues estamos arraigados, concentrados a este momento que llamamos *vida*.

Descuido:

... la intuición.

Me apego.

... a la lógica terrestre.

Caminé, ascendí. Me repetía estas palabras que acabo de transcribir y me prometía fijarme mayormente y adoptar el idioma mudo que oía, sin oír, que se hablaba junto a mí, junto a estos que yo llamaba:

¡Los reinos de Colomba!

Pero una voz me detuvo y me hizo caer de lleno a mi cuerpo: ¡era don Irineo Pidenco!

Yo

¡Oh, qué dicha poder encontrarlo a usted, mi buen y tan querido, don Irineo

Pidenco!

PIDENCO

Oh, mi señor, para usted, oso creerle, será una dicha, sí, una dicha haberse encontrado conmigo! Pero para mí es algo además, mucho más, es casi la plenitud, ¡no!, es la plenitud completa el hecho de verlo por estos mundos tan plácidos y poder oír su voz llena de sabiduría.

Yo

Usted me alaga, don Irineo. Por cierto que veo todo esto lleno de una plenitud. Pero ¿por qué me la achaca usted a mí? Yo soy un simple transeúnte por estos mundos. La prueba es que ahora tengo que volver a la superficie y tengo que ascender por estos negros túneles, ascender y ascender.

PIDENCO

¿Negros túneles, ha dicho usted, mi señor?

Yo

Sí, eso he dicho: negros túneles. ¿No los ve usted, don Irineo? Es al menos lo que yo percibo por todos lados, por todos, salvo cuando, cuando...

PIDINCO

¿Osaré posar la pregunta que tengo en los labios? No es, verá usted, que yo dude de su altísima sapienza. ¡Oh, no! Su sapienza me es sagrada, mi señor. Acaso, digo yo, ha sido usted atacado por esas nefastas Guaxas... ¡Pero, no! Las Guaxas ya no existen ni aquí ni en ninguna parte, en todo caso no existen para gentes de nuestra estirpe. Ellas están tras de los hombres de allá de la superficie, los hombres que son fácil presa a las tentaciones sexuales.

Yo

No, don Irineo, no he sido atacado por Guaxa alguna. Ellas no han fijado sus deseos pecaminosos en mi persona, no los han fijado jamás.

Al hablar de "negros túneles" me refería a su desaparición junto con encontrarme con usted, don Irineo. Ellos han desaparecido y, en su sitio, veo ahora hermosos panoramas.

PIDINCO

¡Cuánto me alegro que así sea, mi señor! Es lo que merece su personalidad de usted, mi señor, ver hermosos panoramas por todos lados. Ellos me ayudan a cavilar sobre ese grande hombre que fue don Mario Roso de Luna, usted sabe, el hombre que habló tanto sobre esas Guaxas. ¿Osaré colocar ante sus oídos de usted una muy pequeña pregunta? ¿Podré osarlo?

Yo

Por cierto, don Irineo. ¿Qué pregunta?

PIDINCO

¿Conoció usted al señor Mario Roso de Luna? Se me figura que sí, que lo ha conocido usted; por eso quisiera...

Yo

Sí, don Irineo, lo conocí hace ya muchísimo tiempo, cuando yo estaba en Madrid, es decir, allá por los años de 1920.

Ahora estamos en 1962... ¡Hace 42 años! Ya debe, ya tiene que haber muerto ese hombre que usted tanto admira y del que yo guardo un gratísimo recuerdo.

PIDINCO

¡Oh, sí, mi señor! Ha dicho usted la verdad más estricta al llamar "gratísimo recuerdo" eso que mi corazón siente por don Mario Roso de Luna. ¡Hábleme usted, mi señor, hábleme de ese que considero como un verdadero amigo del alma!

Yo

Es lo que haré con todo gusto, don Irineo.

PIDINCO

¡Tantas y tantas, don Onofre! Escucho a usted y le repito una vez más: ¡tantas y tantas!

Yo

Mi recuerdo sobre don Mario es ahora un poco vago. ¡Han pasado tantos años, don Irineo! Era un hombre más bien pequeño, y de una amabilidad risueña. Parecía impacientarse y se movía de aquí para allá con tal que sus visitantes estuviesen cómodos. Él creaba la amabilidad y, al verlo y considerarlo, en todo podía pensarse menos en aquellas terribles Guaxas que tan bien conocía.

Le hablé, por cierto, de ellas. Don Mario rió y volvió a reír; me ofreció una taza de té que bebí con sumo gusto. Por fin me dijo:

—Mejor es no conocer a esas temibles Guaxas y si alguna vez las conoce usted... (volvió a reír casi a carcajadas) Bueno... ¡ya sabrá defenderse de ellas tratándolas con indiferencia!

Créame usted, don Irineo, que en aquel entonces estaba yo muy, muy lejos de pensar que el mundo me haría conocer a un hombre que iría a sufrir de esas temibles Guaxas. Me refiero a usted, mi gran amigo, a usted que ya se ha zafado del imperio que ellas sobre usted ejercían; por esto lo felicito muy de veras, don Irineo.

PIDINCO

¡Oh, tantas y tantas, mi señor! En este estado en que ahora existo, nada pueden hacer conmigo, nada, nada. Pues vea usted, don Onofre, allí, al frente, vea a esas que pasan. ¿Las reconoce usted?

Miré hacia donde don Irineo me indicaba y vi pasar a dos mujeres que se balanceaban por los aires de esos hermosos paisajes. Pronto las reconocí: Eufobina Colliguay, la fallecida en un accidente de auto y que visitaba a don Irineo como Guaxa tomando un cuerpo físico...; y ¡Tártara Tigre! ¡La mujer del amor lateral allá en Curihue...! Pasaron ambas y se perdieron entre hermosos capiteles que aparecieron y desaparecieron con ellas.

PIDINCO

Usted perdonará, mi señor, si ahora voy a tomarme la libertad de retirarme. Pero, quiero advertirle, que no iré tras esas Guaxas, tras esas que fueron Guaxas durante la vida. Ir en pos de ellas me parecería algo tan inútil en mí, como ir en busca de un plato de garbanzos, de esos garbanzos que tanto me obsesionaron allá en la superficie y que ahora nada me dicen.

Yo

¿Y hacia dónde se marcha usted, don Irineo?

PIDINCO

Me marchó, mi señor, a sumirme en mí mismo y a quedar en éxtasis frente a los nuevos mundos que cada día estoy descubriendo con verdadero fervor.

¡Adiós, mi señor, adiós!

Yo

¡Adiós, don Irineo, adiós!

Miré a mi alrededor: todo era negro y ni un paisaje se divisaba en ninguna parte. Quise caminar en un sentido pero vi que ese sentido era falso. Quise volver atrás; volví a ver la falsedad de mi marcha.

Estaba solo, estaba perdido.

¿Qué hacer?

Me senté sobre una piedra y esperé que algo llegara hasta mi lado y me socorriera.

Una voz llegó tras de un sombrero de copa. Y se presentó ante mi vista la silueta de Palemón de Costamota elegantemente vestido. Me dijo, junto con hacer una reverencia:

—Voy a tener el agrado de presentarme a usted, señor don Onofre Borneo. Soy Palemón de Costamota un leal y sincero servidor suyo de usted, mi distinguido amigo.

Le respondí de inmediato:

—Usted puede contar conmigo que soy también un leal y muy, muy sincero servidor de usted.

Nos dimos la mano. Él me preguntó:

—¿Qué hace usted tan solo en estos antros?

Respondí:

—Sí, ahora estoy solo pero hace algunos instantes estaba en muy buena compañía.

—¿Quién lo acompañaba a usted?

Lo miré fijamente y exclamé:

—¡Colomba! ¿Me oye usted? ¡Colomba! Y además tuve también la compañía de Mari-bel, de Celso el inmenso, y la muy buena de don Irineo Pidincó. Ahora, es verdad, estoy medio perdido. Por eso voy a pedir a usted, señor de Costamota, que tenga a bien indicarme el camino que debo seguir para ir a mi casa.

Él no me respondió; él me miró fijamente; él hizo un amplio ademán con ambos brazos y, en menos de un segundo, quedó transformado. Habían desaparecido sus elegantes y modernas vestimentas; había desaparecido el sombrero de copa; habían desaparecido esos botines de charol. Frente a mí se alzaba mefistófeles perfecto vestido de negro tocado por una cofia ceñida y adornada por larga pluma. Quedé atónito al ver esta súbita transformación. Entonces él me ordenó:

—¡Adelante!

Y tomándome entre los pliegues de su capa, me alzó, me envolvió varias veces y juntos, a velocidad inaudita, ambos partimos de esos antros que, rápidamente, perdí de vista.

Volamos, volamos.

De pronto aterrizamos en la calle del Génesis. Era de noche, tal vez a horas muy avanzadas pues no se veía a nadie en ninguna parte. Los faroles brillaban tristemente. Palemón me tomó de un brazo y me dijo a media voz:

—Entremos al Zoo de San Andrés por esta pequeña puerta lateral. Yo tengo el don de poder abrirla. ¿Lo ve usted? Avancemos ahora. Podemos ir a reposarnos unos momentos junto al árbol histórico que, de seguro, conoce usted muy bien. Bajo sus hojas reposaremos un rato y esperaremos que aparezca el sol. Entonces me será un grato placer acompañar a usted hasta la plazoleta Fray Tomate. ¡Sí, mi seguro servidor y amigo! Yo tengo la costumbre de dejar a cada cual en los umbrales de su propia casa y ahí ofrecerme, una vez más, como el más sincero y seguro servidor. ¡Ea! Veo el árbol histórico. Iremos y nos reposaremos bajo sus ramas.

Fuimos a sentarnos bajo ese árbol y allí esperamos la salida del astro matinal. De pronto Palemón lanzó la carcajada más estrepitosa que sea posible oír. Rió y rió. Luego me explicó:

—Río, señor Onofre, pensando en lo histórico de este árbol. ¿Qué tiene de histórico?

—No lo sé —respondí.

—Ni yo tampoco —agregó él—. Pero así se llama y así tenemos que llamarlo nosotros. Y hacemos bien pues veo la inenarrable historia que él va a conmemorar en la eternidad.

—¿Y cuál es esa historia, mi querido Palemón?

Él me miró, sonrió y respondió:

—Es la historia de su entrada de usted, mi fiel servidor, a los dominios que yo represento aquí en la Tierra.

Sin más se puso de pie y me alargó la mano que yo estreché. Vestía ahora como un ciudadano cualquiera. A lentos pasos se alejó y yo me dirigí a la plazoleta Fray Tomate.

185

Dormí hasta la hora de almuerzo. La Zoraida vino a despertarme anunciándome que podía pasar al comedor. Minutos después estaba ya sentado a la mesa y una idea fija había en mi mente: Ir de pronto a ver a Lorenzo Angol y, siguiendo el consejo de Celso, pedirle ese libro de mi hermana María Flora, llamado: *¿Dónde está el trigo y el vino?*

Celso me había dicho:

—Tú piensas demasiado en el futuro y olvidas el pasado. Bueno sería un pequeño recuerdo de esos tiempos ya idos...

Lorenzo no estaba en su departamento y la empleada no supo decirme nada sobre su paradero; tal vez regresaría al día siguiente o en tres o cuatro días más. Bien, esperar y, mientras esperaba, salí a dar vueltas por San Agustín de Tango.

—¡Salud!

—¡Hola!

—¡Chao, viejo, chao!

De pronto sonó una voz conocida que me llamaba, la voz del gran escritor que es Eusebio Palena:

—¡Vamos, Onofre, al bar Quillo! Allí está mi cara mitad, Polinesia Loncotoro, devorando un succulento churrasco que yo le he ofrecido para festejar mi última Zambafusa que ahora quiero leértela a ti, mi gran amigo. ¡Prisa, prisa! Iba justamente a tu casa; la suerte ha sido propicia puesto que te he encontrado.

Juntos fuimos al bar Quillo, el bar de Galvarino Yarvicaya y el causante de la segunda revolución cuando Galvarino quiso llamarlo el bar Paraíso. En él encontramos a Polinesia comiendo su churrasco con ambas mandíbulas mientras untaba sus labios en un jugo de frutas y nos saludaba con amabilidad. Dijo:

—Usted podrá escuchar esa Zambafusa que me ha valido el más exquisito de los churrascos. Ofrécele un pisco a tu amigo, Eusebio, sírvete otro pisco tú y ¡lean, lean!

Así lo hicimos; Eusebio carraspeó; sacó unos papeles de su bolsillo y leyó la Zambafusa apenas hubo explicado:

—Es la Zambafusa N^o 25 que creo ha de llenar todos los severos requisitos de un severo crítico. ¡Oye, Onofre, oye!

Y Eusebio leyó:

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme supe que a través de un campo hay un infinito pensar acerca del tiempo. Pero yo tengo que ir al baño con una tira de esparadrápalo después de la tan noble función. Pues si no buscamos el "cómo", o sea, el método, la técnica, ¿qué habremos de hacer?

Supongamos que sea yo un ambicioso. Tengo que decir:

—En las más distinguidas de las familias puede surgir el célebre criminalista Perry Mason pues es la verdad absoluta que esos ojos lo han mirado desde un, desde un, desde un:

... lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme... ¿Por qué?

Porque sólo entonces hay una posibilidad de que aquella realidad advenga puesto que yo me encuentro a dos cuabras de distancia, diga lo que diga el fiero Tartarín de Tarascón.

Y una voz retumbó por los ámbitos, una voz que repetía sin cesar:

—¡Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,
el día que tú naciste
grandes señales había!

Vi pasar al genial Lope Félix de Vega Carpio a quien seguía don Luis de Góngora. Entonces medité lleno, plétórico de emoción:

“Arena gris amarillenta; cielo completamente azul; a lo lejos el triángulo de una Pirámide; a sus pies de ornitorrincos debe haber un número de proyecciones laterales entre dos palabras de la misma oración.

Creció entonces un enorme ombú de cuyas ramas salieron un coatí y una cobaya. Los interrogué:

—¿Qué queréis, animalillos minúsculos?

Respondieron:

—Queremos advertiros que pronto sabréis muy bien el nombre de ese lugar de la Mancha que ahora habéis olvidado.

—¡Bendito sea ese momento! —repuse—. Pues una vez que lo recuerde no lo olvidaré nunca más, nunca más, nunca más.

—Ahí tienes, mi gran Onofre, mi Zambafusa Nº 25. Dime con toda sinceridad, ¿qué te ha parecido?

—¡Eusebio —clamé—, esta vez te has superado y has llegado a los reinos donde viven esos genios españoles que tú citas!

—Y a tí, mi Polinesia, ¿qué te ha parecido?

Ella respondió:

—Quisiera otro churrasco.

—¡Camarero! —gritó el gran Palena—. ¡Traiga otro churrasco para esta dama! ¿Lo querías, mujercita, con palta o sin ella?

Ella respondió de inmediato:

—El que coma después del siguiente, lo comeré con un poco de paltas.

—Y tú, buen Onofre, ¿qué quieres servirme? ¿Un pisco?

—Bien, vaya por un pisco. Pero déjame decirte, mi gran Eusebio, que tú, con esta Zambafusa Nº 25, te has puesto por encima de todos aquellos genios del siglo de oro español. ¡Eso es lo que te iba a decir aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre te habías olvidado! ¡Bebamos, pues, en honor de don Miguel de Cervantes y Saavedra, de don Lope Félix de Vega Carpio, de don Luis de Góngora y Argote, de don Pedro Calderón de la Barca, de Fray Luis de León, de Santa Teresa de Jesús y de todas aquellas lumbreras que elevaron a la noble España hasta el trémolo de la alta poesía! ¡Bebamos, Eusebio, por ti que ahora haces tremolar, junto a esos genios, la voz de la más pura poesía española!

Bebimos; Polinesia Loncotoro devoró un churrasco con paltas; convidamos a don

Galvarino Yarvicaya, el dueño del bar Quillo, a que viniera hasta nuestra mesa y bebiera lo que le pasara por la mente.

Y todos brindamos ante el genio de Eusebio Palena.

Minutos más tarde entraba yo a casa de Romualdo Malvilla. Allí estaba el hombre escribiendo en su escritorio. Su mujer, Laponia Socaire, sentada en un amplio sillón, bordaba en silencio y con primor. Cada uno de ellos, entregados a su labor, creaban una paz en realidad envidiable, una paz que se extendía fuera e iba hacia la calle de la Parroquia.

Malvilla me dijo apenas nos hubimos saludado:

—Aquí estoy tratando de transcribir mis recuerdos de aquella época alcohólica. Pero charlemos, será mejor, Onofre; no quiero forzar mi mente y tú, Laponia, podrías mezclarle a nuestra charla.

En verdad el ambiente allí, en la calma de aquella casa, era acogedor e invitaba a charlar sin premura. Así lo hicimos fumando nuestros cigarrillos.

MALVILLA

Antes, Onofre, me gustaba beber, beber como un energúmeno. Tú has de recordarlo como lo ha de recordar mi querida Laponia, ¿no es verdad, mujer mía? Tú no estabas presente, mujer, en aquellos momentos pero te los he contado ya varias veces.

Bebía y bebía. Recuerdo que era una noche en el San Lito. Estaba yo con esa mujer que no he vuelto a ver más, con Rosaura Socoroma, una linda hembra o yo la veía como tal con el trago que había ingerido. Bebíamos y reíamos y... ¡otro trago, otro más!

De pronto sonó un tango y las parejas salieron a bailar.

—¿Vienes a bailar, mi chiquillo? —me dijo Rosaura Socoroma.

—¡Iría, iría gustoso, mi linda, pero... un tango me hace pensar mucho y aquí me retiene! Porque, te diré, mi amigo Lorenzo Angol, sí, Lorenzo Angol, ama con locura los tangos. Ellos son su débil, su debilidad. Aunque, ¿crees tú, Rosaura, que los ha de amar tanto?

—Pregúntaselo; date media vuelta y lo verás.

Me di vuelta siguiendo la indicación de Rosaura y... ¡allí estaba ese queridísimo Lorenzo!

Quise levantarme, quise ir y abrazarlo. Pero, no. Antes tenía que beber una copa más, tenía que estar brillante, brillantísimo, y así encandilar con mi labia a ese hombre que había aparecido por encanto a los sonos del tango. Y entonces... ¡bailaríamos ambos, mi querida Rosaura Socoroma! ¡Y bailarían Lorenzo y bailarían el sin igual de Chispita y todos los contertulios que, locos de entusiasmo, sacarían a la pista a las mujeres que allí había!

Pero no bailé, Onofre, no bailé. En cambio bebí otra y otra y otra copa pues antes tenía que quitarme de encima esa terrible, esa tremenda pesadez del suceder de las cosas, diariamente, a todo, todo momento.

Puse los codos sobre la mesa; entre las manos, mi cabeza. Así creo que medité, que medité mucho. Recuerdo que me dije:

“¡Tener que beber sin encontrar en ello ningún placer! Ha de ser el cuerpo que lo pide. Y él, este cuerpo, me fuerza a obedecerle. Luego me arrepentiré y juraré no beber más. Pero... ¡será inútil! Tengo que satisfacer a este cuerpo y, entonces, he de beber.

Levanté la cabeza y miré a mi alrededor: Rosaura bailaba con un desconocido para mí; Lorenzo Angol ya no estaba; la gente que me rodeaba me pareció extraña, me pareció que la veía por primera vez.

Me levanté, llamé al camarero, pagué mi cuenta y me marché.

Así fui dejando el trago, Onofre, así, con estos arrepentimientos que a cada rato venían y me hacían ver las nefastas consecuencias que las copas me traerían después.

Porque yo no necesitaba beber. Pero algo pedía alcohol y más alcohol. ¿Sería el cuerpo? ¿O sería la costumbre, un hábito que ya era imposible de abandonar?

No lo sé, puedo prometerte que no lo sé. Y lo que es peor es que creo que no lo sabré jamás.

La calle me pareció sombría; las luces me parecieron titilantes. Toda la calle de la Ostia como la que hace esquina, la calle del Vicario, me parecieron inhospitalarias. Caminé unos cuantos pasos, di media vuelta y... ¡otra vez entraba al cabaré San Lito!

—¡Un pichuncho! —le grité al camarero.

—Bien, señor —respondió éste.

Rosaura me miró y me dijo con voz indiferente:

—Creí que te habías marchado.

—No, Rosaura, fui a dar una vuelta y he vuelto a beber una copa más. Es decir, me he dado cuenta de que Lorenzo ya no está aquí y he ido a ver dónde se ha metido. Pero no lo he encontrado en ninguna parte. El trago me repugna; para salvar esta repugnancia es que he pedido el pichuncho. ¡Salud, Rosaura!

Yo.

Tienes ahí, Romualdo, muy buenas anotaciones para escribir sobre el abandono del trago. Me has hecho ver cómo, en ti, el trago era algo forzado, algo a lo cual obedecías para poder librarte de él.

MALVILLA

Tienes razón, Onofre. No sé si te has dado cuenta que, mientras te conversaba sobre esto, he mirado a cada momento, a estos papeles que aquí tengo. En ellos están las anotaciones y ellos son los que desarrollaré ahora mismo.

Tu charla me ha distraído grandemente, mi buen Onofre. Créeme que ya no podía más con estos recuerdos de mi pasado. Porque, en realidad... ¡qué cosa más difícil, más espinosa, es vivir entre los vivos y tratar de verse como un ser ajeno a uno mismo!

Fui enseguida a casa de Rosendo Paine y de Nicole Chaumont. A mi propia casa no pensé volver todavía pues estando Lorenzo ausente no valía la pena llegar hasta Fray Tomate.

Llegué a la calle del Vicario, subí y toqué. La empleada vino a abrirme y, sin pronunciar palabra, me llevó hasta donde un chino que veía yo por primera vez. El chino me susurró:

—¡Schchcht! Ellos dormir ahora...

Luego me preguntó:

—¿Señor querer fumar?

Respondí:

—No, muchas gracias.

Y me retiré.

Otra vez me encontré en las calles de San Agustín de Tango. Dejé que mis pasos me guiaran; seguí la marcha de esos pasos. Atravesé por lo menos medio centro de la ciudad y me hallé, de pronto, frente al puente de El Fruto Prohibido.

Lo atravesé sin vacilar y, por el muelle de la Sotana, me encaminé a la calle de La Tiara y, en ésta, subí al taller de Rubén de Loa. Era un mal día para visitarlo pues no me encon-

traría con Macario ni con Mamerto Masatierra. La labia de mi amigo de Loa estaría, de seguro, cerrada al no haber escuchado las observaciones del joven y tan querido Viluco, ni los "¡Inefables!" de su compañero.

Lucila Volcán me abrió y me hizo pasar. Vi a Rubén que sacaba cosas de una maleta y trataba de arregarlas en cajones y demás. Lo miré y le dije:

-¿Vienes de viaje o vas a emprender uno?

Me respondió:

-Lucila y yo acabamos de llegar de Viña del Mar, un viaje que, puedes creerme, será un viaje inolvidable.

-¡Cuéntame, Rubén, lo que has visto, cuéntamelo, por favor!

Rubén no se hizo de rogar. Habló de inmediato así:

DE LOA

Hemos pasado tres días ausentes, tres días en ese lindo balneario de Viña. Partimos con ciertos temores. ¡No ha sido así!

Escúchame bien, Onofre:

La otra noche dormía yo profundamente cuando tuve el más portentoso de los sueños. Todo se iluminó frente a mí con unas luces movedizas que culebreaban. Entre ellas apareció de pronto la figura de aquel que fue mi buen compañero en estas faenas del arte, ese amigo que siempre recuerdo y que ya se ha marchado a otros mundos. Tú has de saber a quién me refiero, ¿no es verdad?

Yo

Sí; lo sé. Apareció ante ti Anacleto Ibacache.

DE LOA

Eso es: apareció ante mí Anacleto Ibacache y allí quedamos ambos en silencio. Esas luces movedizas ahora se habían transformado en una serie de piedrecitas luminosas y oí que él les decía con voz suave:

-Elsa... Elsa... Elsa...

Y luego, dirigiéndose a mí, moduló estas palabras:

-Deberías partir, Rubén de Loa, deberías partir cuanto antes; deberías ir al balneario de Viña del Mar y en él verás a otra mujer, a una mujer inmensa que ahora se ha convertido en un árbol, en un aroma, en un trastornante aroma.

Luego Ibacache me dio todas las señas de ese aroma: se hallaba en la calle 4 Norte esquina de 6 Poniente. Me pidió que fuera hasta él y lo contemplara desde todos los puntos de vista y a todas las horas del día, de la mañana y de la tarde. Me agregó que también podría contemplarlo por las noches, con luz artificial que sobre él derramaban los focos eléctricos. Por fin dijo:

-No es Elsa, nuestra antigua compañera; ha de ser otra mujer que ahora ha de sufrir. Creo que sólo tu pincel, de Loa, logrará salvarla de los pesares que la afligen.

Y Anacleto se hizo humo. Yo desperté sobresaltado y encendí la luz. A mi lado Lucila dormía tranquilamente. La desperté y le conté el sueño que acababa de tener. Ella se despegó y, sin más, me lanzó esta orden:

-Rubén, debes obedecer a Anacleto Ibacache. Mañana partiremos e iremos a contemplar ese aroma. Tú debes llevar tu cuaderno de apuntes o, acaso, tu caja de pintor.

Al día siguiente llegábamos a Viña. Nos alojamos en una residencial vecina al árbol de que me había hablado Ibacache. Minutos después me encontraba frente a ese aroma y lo miraba.

Lo miré bien, lo miré largo rato. Era, por cierto, un árbol hermoso pero, para decirte verdad, no le hallé nada de tan particular. Un árbol como cualquiera y... eso era todo.

Levanté los hombros y dije a Lucila:

—Ya ves tú lo que ocurre con hacer caso de los sueños que uno tiene por las noches, aunque en ellos sea el protagonista el mismo Anacleto Ibacache. Vamos a andar por esos jardines que hay aquí, por los jardines que rodean al Casino.

Ella me respondió:

—Vamos y tal vez, de pronto, tal vez...

Son muy hermosos esos jardines que rodean el Casino. Créeme que fui tomado por ellos y dejé de arrepentirme de haber emprendido este viaje a Viña. Tú, Onofre, debes recordar esa profusión de flores que hay en ellos y la multitud de armonías que se producen y que cambian con cada paso que uno da. Estaba yo encantado al ver, en esas flores, armonías ya vistas, remembranzas de otras épocas ya pasadas.

Yo

Lo veo, Rubén. Aquello, sin duda, te evocaba las telas de los impresionistas.

DE LOA

No; los impresionistas no aparecieron en esa evocación. Esas flores me llevaron al comienzo del Renacimiento allá en Italia pues en ellas vi las telas de Giovanni da Fiesole, ese pintor que tanto admiro y que más conocemos como Fra Angelico. Y de pronto era una armonía que me evocaba a Cimabue para durar sólo un rato y presentarse ante mis ojos una tela de Giotto.

Puedes creerme: ¡era aquello algo admirable!

Yo

Y los egipcios que tú tanto amas, ¿no aparecieron entre esas flores dando una mayor nota de austeridad?

DE LOA

Ahora que tú me hablas de ellos, Onofre, veo que allí estaban también, pero estaban estoicamente y estaban mudos y hieráticos. ¡Claro está que sentí su presencia! No en aquel momento en que yo me balanceaba entre los primitivos italianos. Pero sí, ¡sí!, allí estaban. Ahora, charlando contigo, los veo como debí haberlos visto en aquel momento. Allí estaban; allí estuvieron.

Llamé a Lucila para hacerla partícipe de mis impresiones del Renacimiento italiano, para traerla a mi lado y que así estuviéramos ambos juntos a esas telas. La llamé y exclamé a toda voz:

—¡Lucila, ven, amor mío, ven!

Ella vino y se apretó contra mí clavándome los ojos. Sólo murmuró quedamente:

—¿Qué quieres, Rubén?

Y una voz habló en mí diciéndome otra cosa que lo que yo esperaba comunicar a Lucila. Esa voz clamó:

—¡Vayamos, amor, hacia el aroma que he visto sin verlo!! Porque ahora lo he vuelto a ver y he sentido sus terribles penas que él vocifera en medio de la indiferencia de las gentes. ¡Caminemos hacia él! Ahora veo que Anacleto Ibacache tenía razón en el sueño que me hizo tener. ¡Sí, sí, adelante, Lucila mía!

Ella sonrió y me dijo a media voz:

—Ya te lo había advertido yo al decirte: "tal vez, de pronto, tal vez...". Debemos ir tras la voz de Ibacache.

Rubén se levantó y cogió una serie de apuntes que tenía de aquel aroma. Luego siguió hablando:

Llegamos frente al aroma. Frente a él nos detuvimos. Y pude ver a aquella mujer que, desesperada, se movía, se retorció. La gente pasaba por su lado y nada veía. O acaso pensaba toda esa gente que eran movimientos de gozo, del supremo gozo.

Pero, no. Esa gente, sencillamente, de nada se percataba.

Tomé mi cuaderno de croquis y estampé en él lo que veía. ¡Mira, Onofre, mira! Ese aroma o esa mujer, ¿deshace su cuerpo en el supremo placer o lo deshace en el supremo dolor?

Yo

Creo que esa mujer, en su forma de aroma, está en una mezcla, en una mezcla en que se confunden el dolor y el placer.

DE LOA

Ahora ve este otro croquis. Fue el último que vi y, ante su visión, quedé atónito; vi que alguien le había cortado la cabeza; entonces ella alzaba los brazos en un gesto desesperado.

Tuve que decir a Lucila:

—Esa mujer, encarnada en un aroma, sufre horriblemente.

LUCILA

Y yo entonces te respondí: "Sí, Rubén, esa mujer sufre cuanto es posible sufrir en este mundo. Marchémonos de su lado y volvamos al taller de la calle de La Tiara. Allí trabajando debidamente, verás que mucho podrás contribuir a calmar esos dolores que ahora sufre.

DE LOA

Asentí a tu llamado, Lucila, lo recuerdo. Pero quedé unos momentos más en contemplación de ese árbol inmóvil. Por unos instantes volví a ver sus movimientos, sus contorsiones; vi a la mujer desesperada que trata de realizar, en esa lentitud de la vida vegetal, todos los arrebatos que ha reproducido la escultura universal, todos los que en las mujeres se hacen vivos quedando estáticos, todos aquellos que su desesperación reprime y sólo logran mostrarse a los ojos de un hombre como fue Anacleto Ibacache.

186

Lorenzo Angol ha de estar en La Cantera así es que no puedo seguir el consejo de Celso, de llegar hasta él y pedirle el libro que me ha de llevar a mi pasado feliz. Caminemos, entonces. Algo me impele a ir a casa de Desiderio Longotoma. Allá fui. Llegué a la calle de La Excomuniación y entré en su casa en el momento en que el grande de Jabalí Batuco se marchaba.

—*Oh, mio caro amico*—me gritó apenas me hubo visto—. Es una lástima que yo me marche en el momento en que usted llega; si usted hubiese llegado un minuto antes habría podido refocilarse oyendo las óperas italianas que juntos, mi amigo Desiderio y yo, hemos cantado a toda voz. Luego hemos recordado al genial Stramuros pues hemos estado en el Gran Teatro Musical y allí hemos oído su última producción que es algo de primera calidad.

—¿De qué se trataba? —interrogué.

Él me respondió:

—De una ópera algo más wagneriana que italiana; en todo caso de una ópera que mucho le habría gustado a usted pues está inspirada en la atmósfera de Curihue, ese inenarrable Curihue, el fundo del capitán Angol y de su esposa, doña Nora de Bizerta y Ofqui. No hay dudas: Stramuros es un gran compositor.

—¡Por cierto! —clamó Desiderio—. No tengo más que recordar la música de *Blenda y Fildespato* y aquellos acordes de *Don Fidey de Comiso* para caer en éxtasis.

—Pues yo —dijo Jabalí Batuco— vagué, al oírlos, por las tan bellas danzas que vi con Virginia Rapel y Praxedes Bagdad cuando ambas hacían aquello del chincolito. ¿Lo recuerda usted, amigo?

—Claro está —respondí—, lo recuerdo y muy bien. El recuerdo de Virginia Rapel no se ha borrado de mi mente; la veo siempre y muchas noches he perdido el sueño haciéndola bailar con Praxedes Bagdad al son de las notas de Stramuros.

Jabalí Batuco se marchó. Entré, pues, al salón de Longotoma y saludé a la buena de Tomasa. Le pregunté de inmediato:

—¿Tiene usted alguna nueva poesía que declamarnos?

—¡Por cierto! —respondió encantada—. Voy a salir unos momentos y luego volveré. Espero encontrarlo aquí y, entonces, oirá usted una composición de... En fin, ¡ya lo verá usted, mi señor Onofre!

Salió la Tomasa. Allí quedamos Desiderio y yo.

Naturalmente que lo primero que vi fue una novela policial sobre la mesa. La cogí y leí sobre la tapa:

Fredric Brown —*La Estatua del Terror*.

Desiderio dijo:

—No me preguntes todavía mi opinión sobre esa novela pues voy a empezarla a leer esta noche, en cama. Es la mejor hora para empezar una novela: La Tomasa aprende los versos que ha de recitar y yo me entrego a vagar con los detectives.

Luego Longotoma se arrellanó cómodamente en su sillón y habló siguiendo mis preguntas o improvisando con lo que le venía a la mente. Voy a tratar de transcribir sus palabras.

LONGOTOMA

¡Cuánto me has hecho reír, mi buen Onofre, con la larga entrevista que tuviste con Ascanio Viluco! Él me la contó con pelos y señales y, mientras hablaba, yo gozaba pensando en ti y en todas las cosas que bullirían en tu mente.

Es claro, la prensa y la prensa y a ella agrégale la radio...

Naturalmente que es una de las grandes ocupaciones de Ascanio, de ese "borrico de mi tío", como lo llama su sobrino Macario. La prensa... Se la lee entera y, mientras la lee, pone tal cara de seriedad que hay que quedar en el más absoluto silencio para no ir a perturbar lo que va entrando en él.

Porque de ella hay que nutrirse, mi buen amigo; así se está al corriente de cuanto existe entre la gente y... y...

Yo

—¿De qué, Desiderio? ¿En qué se está al corriente?

LONGOTOMA

¡En el arte, en el arte! Pues la prensa también tiene su sección para el arte ya

que todo el mundo quiere saber lo que ocurre en ese dominio misterioso que parece vivir aparte y no querer mezclarse con el vulgo.

La prensa lo toma de una oreja y le dice:

—No, amigo mío, el arte tiene que estar al alcance de todo el mundo así es que déjame traducirte para que te halles donde ese público quiere que estés.

Así, un hombre que ha leído la prensa, ya se siente al corriente de lo que ocurre y puede encender su cigarrillo o su cigarro puro o su pipa y no tiene por qué preocuparse más de este mundo de los artistas. ¡Ya está con los artistas! Ahora puede oír la voz de nuestro presidente y acompañarlo en su viaje por los Estados Unidos y puede interiorizarse en lo que diga Kennedy. ¡Ya puede todo eso y mucho, muchísimo más! ¡Ya está en el mundo y es, por lo tanto un ciudadano de primera calidad!

Es lo que hace Ascanio Viluco: leer la prensa de punta a rabo y luego ponerse a oír la radio.

Naturalmente, amigo mío, naturalmente, no la oye. Pero que la radio suene, que meta bulla; así se tiene, al final, la impresión de que se ha estado viviendo en este torbellino del mundo.

Onofre, a veces me da pena cuando veo a estos tipos como Ascanio; a veces, y son las más, me da risa. ¡Eh, a mí me gusta reír! ¡Reír y reír mucho! Y riendo siempre pienso:

¡Si se pudiera exaltar la individualidad de cada ser! Onofre: si pudiéramos hacer un mundo en el que todos los individuos fueran diferentes unos de otros.

¡Eso es, Onofre, eso es! Cada uno con sus principios *vitales* y diferentes a los de los demás...

Ya lo sé, amigo, ya lo sé. La prensa protestaría y la radio también pues ambas están ligadas en una ambición común.

¡Cómo! ¿No la ves cuál es esta ambición?

Te la voy a decir siempre que me oigas debidamente:

¡Quieren la unión, la unión de todos los... capitalistas y así se está en contra de los comunistas!

Yo le aconsejaría otra cosa y, te aseguro, que con mis consejos podría alcanzarse una unión más fuerte, más poderosa. Sí, sí, voy a decírtelo:

La unión se haría... con un par de huevitos a la copa...

¡Qué lindo sería! Después... Bueno, después no han de faltar las buenas cosas que han de venir a cada cual. Pues fíjate, mi buen Onofre, que yo, sí yo, Desiderio Longotoma, he sido invitado a visitar un observatorio astronómico, un observatorio que posee uno de esos telescopios que sólo de recordarlo me da miedo.

¿Quién me invitó?

Nada menos que el eminente Jovino Panquehue, el gran astrónomo y jugador de ajedrez por añadidura. No sé quién le había dicho que yo era un admirador de los astros todos sin excepción y que todas las noches miraba a hurtadillas el cielo. Esto le bastó a Panquehue. La primera noche sin luna y sin nubes, llegó a mi casa y me llevó a ese observatorio.

¡Qué noche pasé allí con Jovino Panquehue! Vi los planetas, todos los planetas y luego vi las galaxias lejanas mientras oía las palabras llenas de sabiduría de Panquehue. Creo que basta que te diga que luego pasé varias noches sin echar ni un vistazo al cielo pues lo visto por aquel telescopio me bastó por mucho tiempo. Miraba yo y sentía los años de luz que venían volando por los ámbitos y me hacían retroceder a tiempos, ¡oh, mi buen Onofre!

a tiempos que tú podrás imaginar. Piensa tan sólo que la constelación de Andrómeda se encuentra a 800.000 años-luz. Puedo asegurarte que después de haberse uno abanicado con semejantes distancias, se siente una muy rara impresión al conversar con esos señores que no ven más lejos que las pequeñitas cosas que a diario los rodean.

Así vi a Fermín Huanuco, el seudocompositor y alcohólico y, al verlo, tuve deseos de ver a Facundo Doñihue y a su mujer Lania Polpaico. ¡Por cierto, amigo, por cierto! Mis entrevistas no podían quedar allí sin coronarlas con la del filósofo Misael Reñaca. Fui a verlo y conversamos muy largo. ¡Muy, muy largo! Hasta que sentí deseos de devorar unos huevitos a la copa que acompañé con un tinto exquisito, un tintoco que no sé de dónde descubrió la Tomasa. El caso es que me lo tomé y devoré encantado los huevitos. Créeme; me sentí lleno de fuerzas e hice uno de los grandes actos que he hecho en mi vida; oí la radio y consulté con toda la gente al respecto; me fui luego a la farmacia y compré una pasta de dientes que... ¡no, no fuera anunciada por ninguna estación, ¿me oyes?, ¡por ninguna estación radiodifusora!

Desde entonces siento mi boca más fresca y puedo gustar mejor las cosas que como y que bebo.

Así vivo más feliz todavía y puedo reír en todas partes. Pero puedes creerme que esa visita al observatorio astronómico ha sido la gran cosa que recuerdo de estos últimos tiempos.

Acababa de separarme de Jovino Panquehue y me encaminaba hacia mi casa, cuando me encontré, saliendo de la Taberna de los Descalzos, con Artemio Yungay y Clorinda Machalí.

—Grandes amigos —exclamé—, ¡qué gusto poder estrechar esas manos!

A lo que Artemio respondió con una, digo yo, afectada seriedad:

—Tiene que ser un gran gusto el tuyo, Desiderio, pues el dueño de esta mano ha leído hoy día un gran pensamiento de Victor Hugo.

—¿Y cuál es ese pensamiento? —inquirí.

Guardó silencio el gran Artemio. Pero Clorinda exclamó:

—¡Dile, dile, Artemio, ese pensamiento de Victor Hugo!

Artemio no se hizo rogar y, sin más, me comunicó las palabras del gran poeta francés:

Me encontré en la calle con un joven muy pobre que estaba enamorado. Llevaba sombrero viejo y chaqueta raída; el agua se le colaba por las suelas de los zapatos y las estrellas por el alma.

—¡Es lo que a mí me ocurre esta noche, Artemio! —exclamé con euforia—. Las estrellas están en el alma mía porque he estado en el observatorio astronómico.

Y les conté, con lujo de detalles, la visita que acababa de hacer.

—Te creo, te creo y debes agregar que tú eres, si no ya un jovenzuelo que tiene sus reales, eres un enamorado.

—¡Sí! —clamó Clorinda—. ¡Para algo existe la Tomasa!

En ese momento se abrió la puerta y vimos entrar a la Tomasa que volvía de sus trajines. Nos volvimos los tres a sentar y nos aprontamos a oír esos versos que ahora nos declamaría.

Una vez que estuvimos sentados, la Tomasa nos advirtió:

—Un momento que allí ya viene. ¿No oyen ustedes sus pasos que se aproximan? ¡Sí, ella es!

En efecto, un momento después aparecía Jacqueline Neuilly. Se había encontrado con la Tomasa y ahora llegaba hasta el departamento de Longotoma deseosa de oír esos versos declamados por su anfitriona. Se sentó entre nosotros. Yo, al mirarla, vi un trozo de mi pasado, vi esas casas de Curihue, la estación de Matatiqués y, a lo lejos, el volcán Coscorrón.

La Tomasa nos dijo:

—Les voy a declamar a ustedes ese tan lindo *Nocturno* del poeta colombiano José Asunción Silva.

—¡Muy bien me parece! —dijo Jacqueline—. Lo he oído una que otra vez y puedo asegurar que es de mi total encanto.

—¡Lo mismo digo yo! —exclamé.

—Y yo también digo lo mismo —aseguró Desiderio.

La Tomasa se puso de pie y, en medio de nuestro silencio, pudimos oír su voz:

Una noche,
 una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas;
 una noche
 en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
 a mi lado, lentamente, contra mí ceñida toda, muda y pálida.
 como si un presentimiento de amarguras infinitas
 hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
 por la senda florecida que atraviesa la llanura
 caminabas;
 y la luna llena,
 por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
 y tu sombra
 fina y lánguida,
 y mi sombra,
 por los rayos de la luna proyectadas,
 sobre las arenas tristes
 de la senda se juntaban,
 y eran una,
 y eran una,
 y eran una sola sombra larga,
 y eran una sola sombra larga,
 y eran una sola sombra larga...
 Esta noche
 solo, el alma
 llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
 separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,

por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de música de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas!...

Quedamos un medio segundo en silencio y luego estalló la más vibrante y entusiasta ovación. Jacqueline repetía sin cansancio:

—Es ese *Nocturno*, de José Asunción Silva, algo estupendo, en verdad estupendo.

Longotoma pidió silencio y dijo:

—Si es tan estupendo, vamos ahora, mi querida Tomasa, al otro *Nocturno*. ¡Ea, vamos a él!

Ella no se hizo de rogar. Sin más recitó:

Poeta, ¡di paso
los furtivos besos!

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda...
La selva negra y mística fue cámara sombría;

en aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día;
entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

Poeta, ¡di paso
los íntimos besos!

¡Ah, de las noches dulces me acuerdo todavía!
En señorial alcoba do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de niña y tu olor de reseda...
Apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería...

Poeta, ¡di paso
el último beso!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
¡El ataúd heráldico en el salón yacía;
mi oído fatigado por vigalias y excesos
sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda...
La llama de los cirios temblaba y se movía;
perfumaba la atmósfera un olor de reseda;
un crucifijo pálido los brazos extendía,
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!

Jacqueline tenía los ojos humedecidos después que la Tomasa hubo recitado estos versos de José Asunción Silva. Yo también estaba muy emocionado. Y Desiderio Longotoma... se movía y movía en su sillón y no lograba disimular la fuerte emoción de que había sido presa.

Al fin gritó:

—¡Demasiado tristes los versos de esos dos nocturnos que has recitado, mi querida Tomasa! ¡Prefiero algo más alegre, algo que nos lleve a nuestra infancia cuando reíamos todos y jugábamos!

La Tomasa rió a su vez y le preguntó:

—Tú, Desiderio, ¿querrías algo con mucho "triqui, triqui"?

—Y además con "triqui, tran". ¡Eso es y así reiremos todos a la vez recordando lo que haya que recordar y también lo que no haya que recordar. ¡Adelante, mi Tomasa! Y esto del "triqui" es, nada menos, que del mismo poeta, de José Asunción Silva.

—Este "triqui" se llama *Los Maderos de San Juan*. Escuchen con atención y así reiremos todos:

Y aserrín,
aserrán,

los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
alfandoque;
los de Rique,
alfeñique;
los de Trique,
triquitrán.

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en las rodillas firmes y duras de la abuela,
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...

La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;

¡triqui, triqui, triqui, tran!

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia!

Y sus cabellos blancos como la nieve están;
de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años y que ha tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán...

Los de Roque,
alfandoque,

¡triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana, cuando duerma la abuela, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán...

Los de Rique,
alfeñique,
¡triqui, triqui, triqui, tran!

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela,
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
alfandoque;
los de Rique,
alfeñique,
los de Trique,
triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Habló Jacqueline:

—¡Pobre abuelita! Se quiera o no se quiera, siempre se va hacia la tristeza profunda.

Contestó Longotoma:

—Yo me he quedado con ese lindo: “¡Triqui, triqui, tran!” que tú, mi Tomasa, has recitado a la perfección total.

Explicó la Tomasa:

—Sí, hay siempre un dejo de tristeza en José Asunción Silva. Pero la próxima vez les voy a declamar algo que ahora me estoy aprendiendo de memoria, algo... ¡en fin, ya lo verán ustedes y me darán su opinión!

188

Salí de casa de Desiderio Longotoma. Llevaba en mi cabeza los versos recitados por la Tomasa; llevaba también el recuerdo de esa Jacqueline que, a cada momento, se iba hasta Curihue; llevaba además la visión de José Asunción Silva, el malogrado poeta colombiano que se suicidó y que ahora acababa de oír su voz quejumbrosa.

Salí de casa de Longotoma y, mientras todo eso que pensaba, daba una y otra y otra más vueltas en mi cabeza, una voz me murmuraba:

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Al volver una esquina me encontré con Laponia Socaire quien, sin dejarme disculpar ni querer oír nada, me tomó de un brazo y me llevó a la calle de La Parroquia. Aquí me encontré con Romualdo, con el gran Romualdo Malvilla. Hablamos mucho.

MALVILLA

Aquí estoy, amigo mío, viendo notas hechas hace ya tiempo, en mi época alcohólica, pues decidido estoy a entregarme nuevamente a escribir.

De aquella época tengo un manantial de recuerdos. No quiero quedarme sólo con lo que he escrito en mi pasado; quiero seguir, quiero llenar y llenar cuartillas pues no me parece justo quedar, como toda obra, con aquello que ya escribí, ¿recuerdas?, *El Vicio del Alcohol* y el otro cuento que prefiero... no sé por qué.

Yo

Ya lo sé, Malvilla, ya lo sé. Yo también lo prefiero pues él me pasea por ámbitos de colores; en esos colores fijabas tú la atención que, a cada momento, quería dispersarse. Tal es para mi sensibilidad *El Hotel Mac Quice*. Y no olvides aquello que escribiste sobre los ojos de Alicia Bick; y no recuerdas lo que te inspiró el paso de una ola y tus comentarios sobre el cuarto combado y miles de otras cosas?

MALVILLA

Esos colores vistos por una doble sensibilidad mía me llaman a todo momento. Como me llama lo demás. Los dejo que revoloteen junto a mí. Aquí tengo este montón de notas de aquella época. A veces veo claro en lo que en ellas he escrito; a veces se me enturbian como si estuviera en pleno alcohol. Algunas las he consultado con aquellos viejos amigos del San Lito y de Las Tres Chimeneas, como ser con Chispita, es decir, con Palmiro Riñihue; con Ramiro Lampa y con Gualberto Choapa; también he consultado a una que otra mujer de aquellas épocas... ¡Nada, amigo mío! Tal vez, al consultarlos, estaban esos amigos algo bebidos por no decir que estaban en completo estado de ebriedad. Ahora te las leeré a ti, mi viejo amigo, y veremos si se saca algo en limpio.

Yo

Soy todo oídos, Malvilla.

MALVILLA

Aquí tienes una anotación que recuerdo bien pues veo la fiesta aquella, una fiesta que ofreció el abogado don Waldo Caracoles por el gusto de ofrecerla y nada más. Convidó a medio mundo. Recuerdo que estaba Stramuros; Javier Licantén; Higinio Romeral con su mujer, Salaberga Huintil; el doctor Tadeo Mangual; el dentista Manfredo Angachilla; Teodoro Yumbel con su mujer, Albania Codahue; Lorenzo Angol y la suya, Benilde Panilonco; tu gran amigo Eusebio Palena con Polinesia Loncotoro; Divito Capicúa y Adolina Pilintruca; naturalmente estaba doña Martina Vichuquén que llegó en compañía de Nemorino Limache y su mujer Clotilde Antilhue; estaba la tan bella Gervasia Cachapoal; en fin, Onofre, había una cantidad enorme de gentes y, entre esta enorme cantidad, veo de pronto que aparece, muy ufano y muy correcto...

Yo

¿Quién aparece, Romualdo?

MALVILLA

¡Gualberto Choapa, nada menos! Así son las ideas de estos alocados como es el abogado Waldo Caracoles. Invitan e invitan gentes sin ocuparse si ya se conocen o no se conocen, si congeniarán o no congeniarán. El caso es que allí estaba el permanente contertulio del San Lito.

Me acuerdo que yo bebí una copa, que la bebí rápidamente para luego tragarme una segunda copa y luego una tercera. Iba a ir a saludar a Gualberto pero algo me detuvo y, en vez de estrechar su mano, me metí bajo una lámpara, saqué mi libreta y anoté:

Estoy en fiesta de Waldo Caracoles. Conozco a casi toda la gente que asiste a ella. Y creo que al que más conozco es a Gualberto Choapa pues con él he tenido largas charlas entre botellas y botellas y he jugado a los dados y hemos bromeado con aquellas tan lindas mujeres como son Perpetua Mamoeiro y Julieta Pehuén y Miroslava Lipingue. Total: Gualberto Choapa me es un perfecto conocido y lo he situado en los ambientes que ambos frecuentamos.

Ahora aparece en una fiesta como es ésta y aparece con una señora tan sumamente rara que me atrevería a decir que a ambos los han sacado del ropero.

¡Ah, me reí, Onofre, leyendo y relejendo esta anotación! ¡Me encontré lleno de una fina perspicacia y con esta perspicacia dentro de mí, avancé hacia Gualberto y le estreché la mano.

Pues me había sentido vivir. Y a propósito, ¡mira esta otra nota que tengo aquí! Es a propósito de Ciriaco Tajo, el hombre de letras. Te lo voy a leer:

Los que se empeñan en ser absolutamente castizos, como, por ejemplo, Ciriaco Tajo. Sería absurdo decir que lo hacen para encandilar a los demás; es igualmente absurdo decir que se bebe para encandilar ¡No y no! Es para sentirse vivir, es siempre la búsqueda de la plenitud. La plenitud se ha asomado hasta nosotros y luego ha desaparecido; entonces nos sentimos sin ella, nos sentimos carecer de ella. ¡Es horrible!

Pero ahora, mi buen Onofre, algo más ronda a mi alrededor. ¿Sabes tú qué cosa? ¿Sabes qué?

Veo que no lo sabes, Onofre. Ahora ronda este nuevo leitmotiv que me persigue a todo momento, que no me deja ni un momento en paz. Sí, te lo voy a decir:

¿Por qué se sufre, Onofre, y por qué se hace sufrir?

Tal vez esto sucedía ya en mí en aquellos tiempos en que bebía como un loco. Tal vez... Y, antes de enfrentarme con ello, lo dejaba de lado, lo echaba lejos ayudado por las copas y por las charlas de Gualberto Choapa, de Ramiro Lampa, de Palmiro Riñihue, el que llamábamos Chispita; y las charlas y risotadas de aquellas mujeres que siempre nos acompañaban.

Algo ronda; es como una pregunta que estuviese siempre frente a mí, una pregunta que va y viene, que viene y se va. A veces casi la cojo y creo poder responderla... Pero algo me interrumpe, como un llamado lejano. Miro, me fijo bien... ¡Ja, ja, ja! Es curioso, es algo muy curioso; por eso he reído. Lo que me ha interrumpido son esos altos, esos altísimos tacones de Julieta Pehuén, esos tacones que a todo instante veía allá en los dancings que frecuentaba.

Ahora me pregunto:

Cuando haya escrito debidamente estas notas, ¿crees tú que ellas harán sentir el ansia que entonces sentía por alejarme del alcohol?

Es lo que espero; pero no sé cómo realizarlo; es decir, a veces no lo sé pues una

anotación me ha detenido. ¿Cuál anotación? ¡Ésta, por ejemplo, ésta! Es una anotación que hice una noche durante mis calaveradas y que guardé bien en un bolsillo pues en ella creía yo tener la clave de lo que me ocurriría, tener un punto que me llevaría a solucionar todos los problemas que me rodeaban.

Óyela bien, Onofre. Dice así:

¡Ohé! ¡Ohé! ¡La feria de París!

Lo ha dicho Rosendo Paine y yo lo he escuchado con verdadero entusiasmo.

Lo ha dicho de un modo suelto, de un modo cortado. Y, al decirlo, he visto la solución de todos los problemas que pueden aquejarnos.

¡Aquí está la clave de nuestra existencia!

¡Ohé, ohé, ohé, ohé! ¡La feria de París!

Un momento después abandonaba la casa de Romualdo Malvilla y de Laponia Socaire. Nuevamente me encontraba con la preocupación de Lorenzo Angol y de no poder cumplir el que consideraba un compromiso que había hecho con Celso:

Hablar con Lorenzo y pedirle aquel libro de mi hermana que me llevaría a mi pasado haciéndome ver que él también existía, que existía con tanta fuerza como existe el futuro.

Caminé hasta la avenida Benedicto XX. Ahí me detuve. Sabía que sería inútil ir hasta la plazoleta Fray Tomate pues el departamento del 5º piso seguiría vacío; su dueño se hallaba, de seguro, allá en La Cantera.

—Gusto de verte, Onofre; hacía largo tiempo que no nos veíamos.

—¡Hola! Javier Licantén, créeme que siento un gusto tan grande como el tuyo al encontrarte. Es verdad, hacía largo tiempo que no nos veíamos.

—Pasa un momento a casa, aquí en esta gran avenida.

—Con el mayor placer.

Y pasé a casa de Javier Licantén.

Vive solo; trabaja algo; es un ser inquieto; mira al resto de la humanidad desde gran altura y no vuelve en sí al ver lo estúpidos que son sus semejantes.

LICANTÉN

Mis semejantes son tan bestias como... yo. Somos un conjunto de bestias y nada más. Sí, a veces escribo un poco. Luego pienso en nuestra bestialidad, como pensé esa vez que estuve allá en el Sur. ¿Recuerdas? Veía la belleza siempre huyendo de uno, siempre en otro sitio lejano. Y la gente se afana en tenerla al lado. Entonces se van hacia ella y encuentran, cuando han llegado, que la belleza estaba en el sitio que acababan de abandonar. Se van y suben, suben; no se fijan que dejan la belleza abajo. Entonces bajan, bajan y, al llegar, se fijan que la han dejado allá arriba...

¿No encuentras tú, Onofre, que son cosas de bestias, de simples burros y nada más? Tal vez sea la ociosidad la que los hace obrar de tal suerte. Son ociosos y, por esto, se aburren. Por esto viajan con el secreto consuelo de encontrar algo que les pase el aburrimiento de esta ociosidad.

¡Oh, ese afán del pintoresco!

Es el afán de que la forma exterior se diferencie de país a país, de provincia a provincia, de calle a calle. Una diferencia para recrear los ojos, ¿te das cuenta?, los ojos...

Yo me pregunto:

—Los ojos, ¿de quién?

La respuesta es clara, es obvia:

—Los ojos del turista, del turista que necesita pasar su ociosidad pues él está convencido de que las cosas están hechas para que otros, ¿entiendes?, otros las miren.

El otro día me encontré con Misael Reñaca. Tú debes conocerlo. Es un filósofo o, al menos, él pretende ser tal. Apenas me hubo visto me dijo con suma seriedad:

—Estoy verdaderamente abismado de la falta de originalidad de la arquitectura en este país, en Chile.

Luego me agregó:

—He viajado por los países vecinos y en todas partes he visto la misma nulidad de la arquitectura. ¡Que no me hablen de ella! ¡Que guarden silencio al respecto!

¡Naturalmente, mi buen Onofre! Pues este viaje de Misael Reñaca a los países vecinos habría resultado mucho, muchísimo más interesante si hubiera hallado por todos lados una arquitectura *exótica*. Y en medio de esta arquitectura...

Déjame reír del pobre Misael, déjame recordarlo tal como es.

En medio de esta arquitectura habría deseado encontrar viejos coches con caballos y, en ellos, unos señores vestidos con grandes levitones y con sombreros de pelo. Estos señores iban en esos coches con unas damas con crinolinas y sombreros inverosímiles.

Me imagino a Misael con un espectáculo semejante ante sus ojos; habría estado feliz pues todo eso habría cosquillado su sensibilidad y habría hecho una cantidad de notas en su libreta.

¡Una ciudad con coches con caballos y damas con crinolinas y señores de levitones y grandes mostachos...!

Esto es lo que quería decirte, Onofre, esto es; quería preguntarte tu parecer:

¿Vale la pena escribir; vale la pena afanarse para coger una que otra observación como ésta?

No vale darse este trabajo... En resumen te diré algo que es una resolución que he tomado.

Yo

¿Cuál es esa resolución, Javier? De seguro que vas a buscar por otro lado, que ya no vas a perseguir esa belleza que siempre huye y huye, hacia arriba si estás abajo, hacia abajo si estás arriba.

LICANTÉN

Voy a dejar que esa belleza huya hacia adonde lo crea mejor, voy a dejarla que huya hacia donde quiera. Y yo me retiraré hacia otras finalidades; yo me alejaré de todas las bellezas de este mundo. Pues me he convencido de que nosotros escribimos nada más que sobre las ilusiones que el mundo causa sobre nosotros.

Tal es lo que hace la mayoría, la enorme mayoría de los hombres de letras: fijarse en sus propias ilusiones y tratar de llevarlas al papel. Yo no lo quiero. Yo quiero otra cosa, sí, ¡otra cosa! Y tras ella me voy a encaminar.

Yo

¿Qué es, Javier, esa otra cosa?

LICANTÉN

Es el misticismo.

Yo

Me lo dices un minuto después que he oído hablar a Romualdo Malvilla. Mal-

villa quiere lo contrario, quiere entregarse de lleno a las letras y va a abandonar todo para lograrlo.

Quedamos un rato en silencio. Ofrecí cigarrillos que él rehusó. Su mirada se perdía en la nada. De pronto, como volviendo de muy lejos, habló más a un ser ausente que a mí mismo.

LICANTÉN

No quiero, Onofre, volver a escribir más porque escribimos sobre nuestras ilusiones, sobre lo que creemos que ha de ser esto que nos rodea. Porque tal es la verdad: al escribir hacemos un esfuerzo para llevar a la realidad tangible esto que es una simple ilusión.

Yo

Yo pienso ahora que Romualdo Malvilla quiere lo contrario, quiere exprimir su pasado, quiere que nada de él haya en su vida y, al exprimirlo, desaparecerá hasta la última gota posible de un alcohol quedado en él.

LICANTÉN

Sabrás Malvilla lo que debe hacer, como yo ahora sé con claridad lo que tengo que hacer y nada puede moverme de este sitio en que me hallo. Onofre, quisiera ser místico y vivir en el silencio.

Yo

Malvilla quiere estrujar su pasada experiencia alcohólica y así quedar libre para siempre de una posible recrudescencia de este mal.

Ahora sólo les deseo buen éxito en estas empresas que vais a ensayar. Os lo deseo de todo mi corazón.

LICANTÉN

Te lo agradezco. Así podré, espero, saber algún día hacia dónde y por qué huye la belleza. Esta sapienza sólo puede dármela el sendero que aparece en el misticismo.

189

Quedé solo por las calles una vez que me hube separado de Javier Licantén. Caminaba para un lado y otro sin objetivo fijo. De pronto me encontré cara a cara con Desiderio Longotoma que avanzaba con el bueno de Macario Viluco y con Mamerto Masatierra.

Longotoma me detuvo jovial:

—Discutíamos, amigo, sobre un problema para la mayoría de la gente extremadamente complicado. Yyo, sin más, lo he solucionado de un golpe.

—Es la verdad, Onofre, Desiderio ha dado con la solución en un dos por tres; tanto es así que yo, al oírlo, he exclamado: ¡Inefable!

—¿De qué se trata, amigos? —interrogué.

Respondió Longotoma:

—De la mejor manera que existe para dejar el tabaco y para dejar el alcohol.

—¿Cuáles son esas maneras?

Longotoma me miró un instante y luego sentenció:

—Para dejar el tabaco: no fumar; para dejar el alcohol: no beber.

Mamerto exclamó:

—Esto es verdaderamente estupendo y merece que yo grite con toda mi voz: ¡Inefable!

—Lo cual —intervino Macario— no le ha de costar gran trabajo a usted, señor Masatierra, porque ha usado usted su grito favorito.

Luego Longotoma se nos separó; yo me acoplé a Mamerto y a Macario y juntos fuimos a ver a Rubén de Loa. Ellos tenían grandes deseos de charlar con Rubén pues sabían su viaje a Viña del Mar y algo habían oído de las impresiones que le había causado aquel aroma del que algo me había hablado. Allá, pues, nos dirigimos. Mientras tanto Macario no cesaba de repetir entre dientes:

—Esto es insoportable, insoportable y nada más...

—¿Qué cosa es insoportable? —interrogué yo.

—Ya lo diré ante Rubén y así usted podrá percatarse de ello. Los nombro a ambos, a Rubén y a usted, para que sean jueces del problema que les voy a plantear.

Entramos luego al taller de Rubén. Saludamos a Lucila. Rubén nos ofreció asientos. Macario quedó de pie.

—Hable usted, Macario, hable —le dijo Rubén.

—Sí, amigo mío, voy a hablar y, sobre todo, a protestar porque es una vergüenza lo que ocurre en la mayoría de las ciudades del universo; sencillamente, una vergüenza. San Agustín de Tango debiera dar el ejemplo y hacer las cosas como se deben.

—¿Qué le encuentra usted a las ciudades del universo? —inquirimos todos.

Macario respondió:

—Las ciudades debieran todas tener asientos en sus calles.

Rubén lo miró sin comprender lo que Macario había querido decir. Lucila le preguntó:

—¿No está usted bien aquí, Macario, que echa de menos los bancos de la calle?

—No es lo que he querido decir, Lucila; aquí estoy siempre bien. Pero, ¿no encuentra usted que es una falta de confort para nosotros los que transitamos por ellas obligarnos a charlar de pie entre la gente que va y viene? Así hemos hablado con Desiderio Longotoma algunas palabras y podríamos haber hablado muchas más pues el hombre empezó a decirnos algo sobre el abandono de los grandes vicios que azotan la humanidad: el tabaco y el alcohol. Pero... ¡no hubo caso! Nos tuvimos que separar.

Mamerto prorrumpió desde su sillón:

—¡Inefable! Y puede usted creerme, amigo Macario, que he dicho esta palabra en el mejor sentido que a ella es posible darle.

—Le creo a usted, señor Masatierra, pues es una gran verdad la que acabo de proferir. Y puedo probarlo ahora mismo.

Ver esa prueba fue cosa inmediata, Macario, tomando asiento, nos la explicó: pensaba escribir un libro con sus múltiples y tan agudas observaciones y, ese libro, tendría como título: *Visiones Inefables*.

Mamerto exclamó:

—¡Inefable!

Lucila, Rubén y yo no nos pudimos contener y también exclamamos:

—¡Inefable!

Luego Rubén agregó:

—Como ha sido inefable lo que he visto durante los días que he pasado en Viña del Mar. Al principio... ¡nada! Pero luego he visto algo que me ha sobrecogido; he visto un *aromo*.

Se produjo el silencio en el taller de la calle de La Tiara, y oímos la voz de Rubén:

DE LOA

Caminaba yo con Lucila, caminábamos cierto día sin un proyecto definido cuando ella exclamó:

—¡Rubén, mira, por favor, mira!

Me detuve y miré. Estábamos en la calle 6 Poniente casi esquina de 4 Norte. Lucila me indicaba un *aromo* que allí había en la casa que formaba el ángulo de ambas calles.

Al principio no vi más que un árbol como los hay tantos en todas partes. Pero súbitamente aquel que tenía ante los ojos se transformó sin hacer el menor movimiento, quedando siempre estático y dejando pasar a los transeúntes sin ocuparse de ellos como éstos no se ocupaban de él.

Aquel *aromo* se transformó.

Aquel *aromo* fue una mujer, una mujer allí tenida y agarrotada por la absoluta calma del reino vegetal. Y ella —esa mujer—, ella quería otra cosa, quería vivir en el esplendor de aquel reino.

Desde ese momento fui todos los días a contemplar ese *aromo*. Fui a diferentes horas, fui a verlo con todas las iluminaciones posibles e imposibles y, ante él, nos quedábamos largo rato en silencio y en meditación.

Una vez esta visita diaria me sobrecogió. Fue después de un largo rato en el que estuvimos mirándolo. Volvimos luego sin hablar. Luego llegamos a orillas del mar y, en el mar, vimos que pasaba un “barco fantasma”. Sí, era un barco fantasma que se acercaba hacia el puerto, hacia Valparaíso.

No deben ustedes reír por este nombre que yo le daba a aquello que navegaba a mi vista. Tal era el nombre que yo siempre les daba a esas embarcaciones; un nombre que tiene su razón de ser. Pues deben ustedes imaginarse la quietud absoluta, la quietud, diría yo, *física* de aquel *aromo*... ¡Ahora, un barco, fantasma o no fantasma, un barco... ¡moviéndose!

Yo me pregunto y se los pregunto a ustedes:

¿Es posible que algo se mueva en medio de los árboles y de las flores de ese quieto reino vegetal?

Quedé en suspenso. Pronto, separándome de mi mujer, corrí, corrí hacia el *aromo*. Quería ver qué le había sucedido al pasar allá ese barco fantasma, quería cerciorarme del efecto que esos fluidos que corrían le habían hecho.

Y vi:

La mujer allí aprisionada en el *aromo*, ahora quería, a su vez, moverse, zafarse de esa prisión... No lo dudé: quería ir de juerga. Y lloraba, lloraba.

Me moví entonces y busqué otro punto de vista. Ella me lanzó una pequeña sonrisa. ¡Había sentido la clemencia que había en mí y había sentido cuánto en ella pensaba a todo momento!

Se puso luego impúdica llegando al colmo de la deshonestidad. Apenas me divisaba sonreía con lascivia y, sin hacer ni el menor movimiento, ondulaba su cuerpo entero con

franca voluptuosidad. Yo la miraba embelesado. Amigos, tuvo que llegar Lucila para arrancarme de este idilio que ambos teníamos...

LUCILA

¿No sientes vergüenza, Rubén, al expresarte como lo estás haciendo? Yo, sentir celos por ese árbol...

DE LOA

Celos o no, el caso es que partimos. Partimos hacia el mar, hacia el océano, a mezclarnos cuanto pudiéramos con aquellas grandes olas que, hasta ahora, sólo había divisado sin prestarles mayor atención.

Creo que fue en las cercanías de Concón. Sí, ahí ha sido. Lo veo claramente; nuestra residencial, la carretera, la playa y un grupo de rocas contra las que azotaban las olas.

Me senté sobre ellas. A mis pies venían las olas y todo cuanto cantan los poetas.

Miré una de ellas por espacio de una hora o más. Se inflaba, resbalaba, estallaba, se deshacía... Pero volvía a repetirse en igual forma. Así es que era siempre la misma, durante esa hora, durante el pasado y, seguramente, el porvenir también.

Hecha ya esta constatación y ya inquebrantable mi fe en ella, me dispuse a enfrentar otras meditaciones, pero antes quise medir, delimitar con toda exactitud el tamaño de la ola única, como espontáneamente hacemos, para luego poder seguir nuestra marcha, sea ante un árbol o un animal o un semejante o ante cualquier cosa que topa con nuestros ojos y pide ser conocida.

En esta tarea empleé más de una hora, acaso dos, acaso tres. Y el resultado fue no medir, no delimitar nada. Porque:

Viene la ola recogida bajo su propio lomo. Viene sórdida y largamente temblante. Sin duda esconde la cabeza, hunde la cabeza hacia el fondo no queriendo profanarla con las brisas, con el Sol, con el azul y los pájaros. Todo ello piensa hacia las honduras. Y yo sólo veo el dolor de su lomo descubierto.

Eso es, pues tenía ante mi vista un vasto dolor. Pero mientras no ubicara claramente un cuerpo definido que lo experimentara, tal dolor iba a quedar en grises, en humos, desorientado sobre este mundo.

La ola es una sola entidad. Es ésa, es absoluta en su existencia. Esa ola única es la que sufre. No importa que se deshaga. Pues se rehace. Se rehace mil veces porque aquel dolor subsiste.

Bien. Pero delimitemos con rigor el cuerpo sufriente. Ese cuerpo que avanza, que se ondula, espeso, que muge.

Ahora se retuerce, se ribetea de blanco, se curva, truena. Saltan cien chorros de espuma. Allá atrás las flores tiemblan. Allí al frente el Sol tiritita. Un hombre se detiene. Un perro ladra. Saltan los abanicos blancos por todo el firmamento. A mi lado, aquí a mis pies, por entre una angosta encrucijada de piedras húmedas, un filo de agua, ágil como un lagarto, pasa veloz, trepa, lame... Se detiene y retrocede chasqueado hacia la única ola.

Midamos.

La ola única, como un pulpo, ha extendido sus tentáculos. Uno de ellos ha venido hasta mí. Esta agua silbante es siempre ella, está en su medida, dentro de sus límites. Prueba de ello es que se recoge hacia el cuerpo.

Nuevamente se estira. Mejor dicho, estira un tentáculo. Viene. Salpica. Llega a tres metros más atrás de mi puesto. Alcanza una pequeña poza donde se hunde un instante, donde toca, palpa, escarba. Debe coger granitos de pátina violácea y salada. Debe sentir

un placer dulce, aterciopelado, al pinchar con su último extremo la poza húmeda y perfumada.

Esa poza tiene dos concavidades. Primero, una grande; luego, una menor. Ambas son casi circulares; podría ser un número 8, un 8 tendido, la base, hacia el mar; la cabeza, hacia la cordillera.

El agua se revuelca allí dentro. Inunda la primera parte, la registra hasta en sus últimos recovecos, explora hasta las últimas rendijas. Toca el cuello de unión. Lo examina rápidamente y con certeza. Pasa. Se abalanza. Llena la segunda concavidad. La ola única, sumergida ahora en el océano, siente un gozo salobre y sano, gozo mil veces repetido en todo este vasto campo de rocas y encrucijadas.

Bien. A mí sólo me incumbe este final a mi lado:

Dentro de la poza, en 8, el agua ahora trata de regresar. El agua de la concavidad pequeña busca paso hacia la mayor. Vuelve a revolcarse. Cada trozo o cantidad de agua quiere ser el primero en traspasar el cuello. Ninguno quiere quedar estancado allí durante el intervalo entre dos movimientos. La poza menor entera lucha, se mueve, se agudiza, clama por su vasto mar de origen. Entera esa agua añora la línea azul del horizonte profundo.

Yyo, desde mi puesto, miro la vida reducida y agitada a la vez, del agua de la segunda poza.

Vive. Cumple un cometido. Llega y se marcha, llega. Ya he dicho: añora.

Por lo tanto no es la ola. Es una entidad aparte, una unidad independiente... ¿Entonces?

Al monstruo grande habría que marcarle fin en el cuello del 8. La cabeza de este último, la que mira hacia la cordillera, se ha independizado, se ha individualizado. En todo ese ser inmenso vivía otro ser diminuto, ser confundido en la grandeza pero conquistador de su personalidad, aguzador de sus instintos, apenas solo entre piedras.

Delimitar en el cuello... Pero el cuerpo del 8 vive otro tanto. Las mismas faces, la misma tragedia. Y a lo largo del filo de agua no sólo hay semejanza con el lagarto; hay tanta vida como en él.

Pues bien, por ese filo seguí hasta caer, por fin, en el mar.

Di de golpe con los ojos frente a la ola en su momento de estallar. Pocos minutos de contemplación a la pequeña poza habían cambiado totalmente el panorama de las aguas.

Cada trozo de ellas, cada uno en la ola, vivía por su parte. Cada sección abarcada por mis ojos, en cada fijación de ellos, era un ser aislado, con su voluntad y sus pasiones, en medio de millones de otros corriendo un destino paralelo..., paralelo, nada más. Entonces la ola única, como ser único en su monstruosa enormidad, no existía, no era. Era tan sólo un resumen de destinos diferentes unidos por un designio superior, designio sin cuerpo, sin materialidad, sin cabeza hundida, sin lomo doloroso rozando el aire.

La ola única no era más que una marcha común. Una marcha, una voluntad, una abstracción.

Viviente en materia, en cuerpo, en nervios, era únicamente cada círculo dibujado sobre el total por los rayos de mi vista. Como el chorro aquel que irrumpe erecto, blanco, hasta el cielo, que arriba se quiebra en fuegos de artificio. Aquí en mi vista no ha habido fijación: lo ha seguido de abajo hasta arriba cantando como un pájaro. Y justamente arriba, donde chorro y vista se han detenido, cien puntas de agua en cien direcciones diferentes

se han individualizado a su vez por una breve vida de un segundo y han hecho, de los largos metros del chorro, su destino global que las doblega.

No puedo más que detenerme ante cada gota. Cada una de ellas será la única realidad vital, personal, como yo, como todos los hombres y bestias que aisladamente caminan y penan, solos, con un destino y un mundo dentro del cuerpo.

Nada más que las gotas, nada más, porque mis ojos están hechos para no dividir más allá.

Allí los ojos se detienen. Allí detengo. Hasta empezar de nuevo –gotas, ola única, pozas, chorros– inclinado sobre el silencio de un microscopio.

Mejor seguir a la inversa. Delimitar en grande, resbalando por sobre el lomo inmenso. Así lo he hecho.

Ha procedido como un tubo abierto en sus dos extremos pues se ha desparramado hasta la infinitud del océano. No más pequeños seres individuales agitándose en un movimiento común: ahora partes movientes, miembros de un solo ser que crece, se agiganta a medida que mi imaginación navega por encima de los horizontes. Pero no he fijado los ojos en ninguna parte para no despertar y hacer bailar a los millones de pequeñitos individuos que saltarían al ser chocados por mi vista.

Bien me he guardado de ello. Hasta he tenido que mirar al cielo: cinco patos silvestres van pasando en triángulo.

Es preferible tener que entenderse con patos que con las olas embravecidas. Me han dicho que el hombre, por su tamaño, ocupa, más o menos, el punto medio entre el átomo y la estrella; por eso le es más o menos igual ocuparse del infinitamente pequeño o del infinitamente grande. Pero por tamaño, o por lo que sea, ocupa un punto mucho más cercano al pato que al océano. Por lo tanto es cosa sin sentido ocuparse de éste cuando, ante su vista, pasa aquél.

Prueba de ello es que si un dolor llegara de los patos –como llega de las aguas–, mi tamaño podría acto continuo verificar con exactitud el tamaño y la ubicación de quien lo siente.

¡Un pato! ¡Allí va!

Llego a experimentar con nitidez su propia vida volando. Cada uno de sus aletazos golpea en mí. Pero junto con él van cuatro más. Los englobo con mi vista. Mi punto de vista ya no es uno sino el triángulo agudo que surca el aire. Cada pato esfuma su vida propia dentro de la vida propia del triángulo en marcha. Y si me colocara alto, muy alto, hasta dominar cientos de grupos de patos volando y evolucionando, cada pequeño triángulo se esfumaría también con vida y aparecería únicamente vital el conjunto de todos ellos, bicho único, única voluntad y vida. Y cada grupo –¡qué decir cada ave!–, un miembro, una célula agitándose, como nuestros glóbulos en nuestra sangre y ella en nuestro cuerpo entero.

¡Más alto! ¡Elevémonos más, siempre más!

Todas esas manchas escurridizas, allá abajo, formadas de diminutos puntos negros, no serían más el inmenso bicho único sino una savia, una médula de él que ahora sería el pedazo entero de costa y mar, la región bajo mis ojos viviendo, sintiendo, bullendo.

¿Y más alto? Ya tal vez la Tierra entera sólo podría ser una realidad viviente. ¿Y mi pato?

Pasa. Allí va. Pero se me ha deshecho entre los dedos.

Me he puesto en marcha a saltos entre las rocas. He marchado tratando, otra vez, de no asentar los ojos sobre nada para que la vida no se multiplique o no se unifique ampli-

ficándose. He marchado temeroso de cuanto me rodeaba, sobre todo de los patos que sabía seguían pasando sobre mi cabeza. He marchado sintiendo la imperiosa necesidad de meditar en calma sobre océanos, olas, pozas y patos y de llegar, con tal meditación, a fijar bien en claro dónde se radica cada vida independiente o si no se radica en parte alguna.

Bien. Aquí en esta gruta hay paz. Asiento y meditemos.

El océano ante mi vista, el océano Pacífico, el más grande del mundo. Es, en realidad, pacífico. Hay, en él, un tremolar de aguas y nada más. Esto es ahora porque otras veces...

¿Qué es aquello?

¡Son dos hombres, sí, dos hombres que nadan o que se ahogan!

Y ellos hacen señas, tal vez con la esperanza de que yo, yo, yo me lance a las aguas y les preste auxilio... ¡Vaya una idea!

Pero, no... Saludan, eso es, saludan. Y ahora os he reconocido: Adalberto Huachipato y Ponciano Chacarilla. Os he reconocido porque ya estáis a un paso de la tierra firme. Habéis dado ese paso y, a pasos lentos, avanzáis hacia mí.

¡Salud, Huachipato; salud, Chacarilla!

El océano es, para ellos, un pequeñita cosa. No voy ahora a medir la distancia que separa esa costa donde me hallo del taller subacuático donde los hospedo y donde ellos trabajan.

Ellos trabajan en arte, ellos pintan; por lo tanto las distancias no existen para ellos. Y al desaparecer las distancias, al borrarse del mundo, se ha borrado también la noción del tiempo. Ahora podemos estar juntos. ¿Me habéis entendido? ¡Juntos!

Nos dimos un abrazo. Quise hacerles algunos comentarios sobre esos parajes que nos rodeaban. Pero ellos me hicieron callar y me dijeron sin admitir ni protestas ni vacilaciones mías ni nada de nada:

—¿Qué hace usted aquí? ¿No siente vergüenza al embelesarse con esta contemplación de lo terreno? ¿Cómo es que no añora usted esa región divina bajo las aguas? ¿Es ello posible?

Me sentí, lo diré con confianza, me sentí algo avergonzado. En un instante vi todo lo que hay en el fondo de las aguas y vi, sobre todo, la tranquilidad inmóvil de esos peces inmensos que allí quedan en muda contemplación ante las obras de Huachipato y de Chacarilla.

—¡Voy con vosotros! Quiero que me creáis: Iba a nuestro taller de allá y echaba una mirada a estas costas antes de sumergirme en las aguas. Por lo tanto: ¡adelante, mis buenos amigos!

Ellos dijeron:

—Aquí cerca encontraremos a Saturnino y él nos conducirá hasta las profundidades.

Así entramos los tres en las aguas. Un minuto después hallábamos a Saturnino. Otro minuto más y entraba yo en mi tan querido taller del fondo del océano.

Estuve en él un tiempo, un tiempo... ¿Largo o corto? No lo sé. Luego volví a Viña del Mar, saludé, siempre con Lucila, a la mujer del aroma. Ahora hemos llegado a San Agustín de Tango y... y... Nada más. Aquí estamos viviendo de nuestros recuerdos.

¡Por fin me he visto con Lorenzo Angol! ¡Por fin hemos tenido un buen rato de amena charla! Pues ahora está Lorenzo en su departamento y no se había movido de él. Volvemos a ser unos buenos vecinos separados sólo por un piso y nada más. Ahora puedo gritar:

—¡Viva la casa de Fray Tomate!

Pero hablemos con calma:

Lorenzo ha pasado todo este tiempo enclaustrado aquí dentro sin ni siquiera asomarse fuera y con su puerta cerrada, herméticamente cerrada para todos los visitantes sin excepción; había, además, comunicado a la gente que lo rodeaba que él partiría lejos sin indicar su paradero. De ahí lo que me dijo la Zoraida.

Pero hablemos con calma:

Primeramente Lorenzo me dio el libro de que Celso me había hablado: *¿Dónde está el trigo y el vino?*, que ha escrito María Flora Yáñez.

Este libro lo eché en mi bolsillo y, a Lorenzo, le dije:

—Habla y cuéntame qué has hecho durante este tiempo.

Lorenzo respondió:

—Es una curiosa historia que debes oír con penetración. Por eso te ruego que me oigas atentamente. ¿Entendido?

Contesté:

—Por cierto; queda entendido.

Entonces Lorenzo habló lo siguiente:

LORENZO

¡Al fin estoy bien, mi buen Onofre! Se lo debo al grande y buen amigo que es el doctor Hualañé pues hoy, por la mañana, me ha operado de la oreja y del teléfono.

El doctor, en persona, ha manejado el cloroformo y el bisturí.

He aquí cómo las cosas acontecieron:

Desde hace más o menos un mes que he sido tomado por una mujer, una encantadora mujer. Su nombre es Giralda. Puedes creerme que la amo desenfrenadamente. ¿Ella? Ella me ama un día cada siete y nada más. Durante estos seis días Giralda se ríe de mí con tanto desenfreno como desenfreno hay en mi amor desenfrenado.

Hace quince días, Giralda llevó su risa más allá de todos sus anteriores desenfrenamientos, de modo que aquella tarde regresé a casa con más deseos de morir que de vivir. Pero antes de proceder a poner fin a mi existencia, marqué su número telefónico y, temblando, escuché.

A los pocos segundos, Giralda respondió.

Por la entonación de su voz pensé que, acaso, hubiese ya comenzado un día favorable para mí, mas luego tuve que sufrir una cruel decepción pues a mis palabras:

—¡Te amo, Giralda; Giralda te amo! —ella respondió con una fina risilla precipitada, aguda, penetrante como alfileres en cascabeles.

Grité entonces:

—¡Giralda mía, por piedad!

Su risilla no hizo más que aumentar.

Entonces un profundo despecho se amparó de mí. Con un gesto brusco y decidido quise arrancarme el auricular del oído y cortar comunicación y cuanto existiera entre

nosotros dos. Pero junto con dar comienzo a mi gesto sentí un fuerte dolor en toda la oreja como si mil demonios tiraran de ella.

Al mismo tiempo seguía penetrándome su risa con una agudeza que me erizaba los nervios.

—¡Giralda, te suplico, no rías más!

En vano. Su risa ya se anunciaba interminable.

—¡Giralda, prefiero que me digas que me odias, que me odias!

Nada. Hice un nuevo esfuerzo por despegarme el auricular del oído. Resistió en tal forma que comprendí que insistir sería arrancarme el pabellón entero. Traté de quitármelo suavemente. Inútil. Traté de sacármelo como quien procediera con un tornillo. Tampoco. Y su risa seguía saliendo inagotable, desparramándose en mi cabeza. ¿Qué hacer?

No tuve más que un medio: alcanzar unas tijeras y cortar el cordón. No me importaba quedar con el auricular pegado a una oreja con tal de interrumpir su risilla desdeñosa y fría.

Di un tizeretazo y el cordón se partió en dos. ¡Salvado!

¡No! Su risa fluía siempre, abundante, sonora.

Entonces corrí por casa. ¡Santo remedio!

Silencio. Apenas me alejé un par de metros del teléfono, silencio.

¡Qué alivio! Ya no volvería a ser torturado por esa risa endiablada evocadora de toda la infelicidad que Giralda veía en mí. Ya no seguiría entrando por mi nervio auditivo el símbolo continuo de mi amor desafortunado. Silencio, silencio... Pero luego fui percatándome que, en verdad, había demasiado silencio.

Ni un murmullo, ni un rumor, ni un eco amortiguado; nada. Mis pies sobre las tablas pisaban en algodón; mis manos, al golpearse, no removían ni una onda en el aire; mi voz, al lanzarla con todo el poder de los pulmones, era una bóveda subterránea. El silencio era total.

Lleno de pavor cogí una botella de vino Santa Rita y la envié de golpe en contra del gran espejo de mi baño: estalló la botella, voló por los aires el vino, se pulverizó el espejo. Y todo ello como el silencio que se posa con las noches sobre los picachos desiertos y nevados de la cordillera. Paz de tumba, paz absoluta; supresión perfecta de toda manifestación de vida por el oír.

No voy a negarlo: palidecí ante este manto negro que caía a mi alrededor aislándome, por todo un costado, de los demás seres y de las cosas.

Una esperanza, no obstante. Con pasos cautelosos avancé hacia el teléfono. Silencio, silencio siempre.

Llegué. Me detuve a tres metros del aparato apoyándome en la pared. Del cordón cortado y colgante caía, cada minuto, una gota de sangre. Pero ni un ruido ni un susurro, nada.

Avancé no más rápido que un puntero de reloj. Silencio.

Silencio, sí, durante todo el interminable recorrido del primer metro.

Hasta que llegué al extremo del comienzo del segundo.

Entonces lejos, a distancias inauditas, percibí, brumoso y cristalino a la vez, un tintineo que, por su lejanía, me hizo pensar en los antipodas; por su calidad, en lluvia de vidrios sobre el hielo.

Onofre, seguí avanzando. Onofre, el tintineo creció pues ahora parecía su lluvia escurrirse fono adentro, empapándolo. Un paso más: el tintineo se modula, toma cuerpo,

vibra, rebota. Mi destino queda marcado. Sin defensa, sometido, cubro el último paso. Y..., y atruéname, Onofre, el reír sarcástico, hiriente, de Giralda.

¡No más precauciones ni cuidados! Ahora salto de un lado a otro; al teléfono y lejos de él; al silencio total y a la risa de agujas. O al desprecio inagotable de mi amor único, o el abismo entre el mundo y yo.

Los días, Onofre, empezaron a desgranarse fuera de mis tímpanos. Días monótonos, exactamente iguales.

Dormía bien y despertaba a hora fija pero un tercio más fatigado que antes pues, de las tres posibilidades de reposo, una ha dejado de existir para mí: puedo dormir de espaldas y sobre un costado; mas sobre el otro costado, el auricular adherido a la oreja me lo impide.

Me visto y largo rato me contemplo frente a los pedazos que han quedado del espejo roto. Ensayo todos los medios para arrancarme tal apéndice: la fuerza, la suavidad, el tornillo, un cuchillo, una pomada. Ningún resultado.

Me paseo con trancos blandos por toda las habitaciones y, de tiempo en tiempo, me entretengo —único entretenimiento posible— en verificar hasta la saciedad que todo enmudece ante mi presencia.

Sigo luego hasta el teléfono. Por ingenuo que ello parezca llego ante él con una ligera esperanza: que el silencio haya penetrado hasta sus dominios. ¡No! Allí está siempre la risa de Giralda, allí está arraigada al aparato y manteniéndose suspendida por los aires en varios metros a su alrededor.

Vuelvo a mi escritorio. Pongo un disco en el fonógrafo y me arrellano en un sillón como antes. Quiero, cada día, experimentar el gran placer —ignorado a los demás— de saber que en toda esa estancia “se oye” y yo ¡no oír!

Me tendía en mi cama. Cerraba los ojos. Meditaba. En cada ocasión —como humos que se precisaran o como formas nadando entre humos— sentía que del mundo silenciado empezaba otra interpretación a esbozarse; otra que les sería negada a cuantos pudieran apreciarla además oyendo. Otra faz, otro sentido, otra razón, que sólo empieza a crecer cuando el silencio es definitivo hasta la eternidad.

Luego recordaba que tal no era mi caso, pues si nada oía en parte alguna, oía sin embargo —¡y vaya cómo!— apenas mi auricular entraba en contacto con la zona ocupada por la risa de Giralda.

¿Y si hubiese callado?

Renacía la esperanza, mi buen Onofre, una doble esperanza: no oír más su reír maldito; poder marchar sin tacha por las nuevas percepciones del mundo que se insinuaba.

Corría al teléfono, estiraba el cuello, alargaba el auricular.

Giralda reía, Giralda tintineaba y clavaba hielos y alfileres sobre mi corazón lacerado. Y todo volvía a repetirse. El fonógrafo hacía cantar otro disco.

Así cada día, así cada hora. O la tumba o el desdén de Giralda.

Lentamente el hábito empezó a adueñarse de mí. Todo mi organismo se adaptaba a este nuevo modo de existir. La tumba se llenaba de significados mudos; esa risa me iba infiltrando la voluptuosidad de sufrir. Una dicha dulce y doliente ocupaba, cada vez más, el sitio de los antiguos ajeteos. Mil objetos que escondían antes su vida íntima tras los sonidos que retumbaban por todas partes, ahora, dóciles, me las iban entregando como un presente delicado. Todo el vacío que me rodeaba se poblaba de existencias insospechadas. Y sobre este nuevo mundo se enterraba en mis carnes, como una pimienta, el gozo ahogado del martirio que Giralda me infligía.

Hace pocos días me declaré a mí mismo que, en adelante, podría ser feliz hasta el final de mi vida. Pero hace un día, ayer, apareció en mi puerta el doctor Hualañé. El sabio facultativo se había informado —ignoro cómo— de lo que yo había considerado una atroz desgracia. Le expliqué que no había tal. Pero no quiso escucharme. Avanzó hacia una ventana y la abrió de par en par. Con mil gestos, muecas y ademanes me hizo entender que todo aquello, todo cuanto se veía de la ciudad, del río Santa Bárbara, de los cerros y montañas que lográbamos divisar, del cielo azul, estaba pletórico de infinitud de sonidos vivientes.

El gran esculapio me tentaba. El gran esculapio me tentó. Incliné la cabeza y acepté.

Hoy ha venido, me ha cloroformado y me ha operado. Luego ha vuelto a colocar el auricular en el cordón sanguinolento. Luego nos hemos estrechado las manos con efusión y ambos hemos reído al ver que yo había vuelto a oír la vida.

Todas las existencias sosegadas han huido. Todas mis meditaciones tranquilas se han esfumado. Toda voluptuosidad en el dolor ha desaparecido.

Ahora todo retumba con estrépito.

Ahora he vuelto a telefonar a Giralda, a Giralda Trupén, la tan hermosa Giralda Trupén. Tal es su nombre completo. Para ti ha de ser un nombre como cualquier otro; para mí, ¡no! Para mí encierra las voluptuosidades mayores y aquí, a media voz, lo murmuro y sonrío dichoso pues ahora... ahora...

Yo
Ahora... ¿qué?

LORENZO
Ahora Giralda Trupén ha cesado con su risilla, ahora podemos charlar como charla todo el mundo y somos verdaderos amigos, amigos íntimos.

Yo
¿Nada más que amigos...?

LORENZO
Nada más. Conversamos mucho y cada vez que vemos un teléfono, créeme, reímos de buena gana. Así, espero, seguiremos hasta el final de nuestras vidas.

Ahora pienso proponerle que vayamos a ver al doctor Hualañé. Naturalmente le pediré cita... ¿entiendes cómo?

Yo
Por cierto: ¡por teléfono!

AMBOS
¡Vivan los teléfonos!

191

Me separé de Lorenzo Angol. Lo dejé sumergido en sus recuerdos y cavilaciones sobre su amiga Giralda Trupén que ahora era una buena compañera y nada más que en nada tocaba el recuerdo de aquella que ahora Lorenzo ve en las profundidades de la Tierra y que aquí se llamaba Lumba Corintia.

Al día siguiente, junto con terminar de vestirme, tuve la intención de pasar al departamento de mi amigo para seguir charlando sobre ese teléfono cuyo auricular se le había pegado en la oreja y que el doctor Hualañé le había despegado. Pero de pronto me pareció oír un tiro lejano, luego otro y otro más. Presté oídos en la escalera: sí, era el trepidar de una ametralladora que sonaba a intervalos de un fuego de fusiles y carabinas.

¡Cómo! ¿Sería posible que otra nueva revolución o conato de una revolución corriera por las calles de San Agustín de Tango? Tomé bríos y salí. La conversación sobre aquel teléfono quedaría para después. Salí. Y, sobrecogido, vi lo que ocurría:

¡Una nueva huelga, una revolución que empezaba!

La gente corría por las calles; los viejos y las viejas metíanse en sus casas o se guarecían como podían; los más jóvenes con aquellos que aún se sentían pletóricos de fuerzas, se dirigían al centro de la ciudad. Y se dirigían vociferando, alzando los puños y lanzando toda clase de improperios a diestra y siniestra.

La cosa tenía que ser grave, de suma gravedad, pues tales manifestaciones de furia, eran contestadas por el fuego de ametralladoras, de fusiles, de carabinas.

De pronto me sentí englobado en medio de un grupo de estos tan terribles revolucionarios. Gritaban todos ellos:

—¡¡Que se cambien!! ¡¡Que se cambien!!

Pero otro grupo apareció a la vuelta de una esquina y éstos vociferaban a pulmones llenos:

—¡¡Que no se cambien!! ¡¡Que no se cambien!!

Y vino, entre ambos grupos, una de bofetadas y de bastonazos que me dejó punto menos como si yo hubiese sido el objeto de esa furia.

Esquivé, me agazapé, hasta anduve en cuatro patas, me escondí y volví a salir para caer, nuevamente, entre esos grupos enfurecidos. Y, en verdad, no entendía nada de nada. Pero tuve una esperanza que ahora bendigo desde el fondo de mi corazón:

Un sombrero de copa pasó ante mis ojos, un sombrero solo, sin que nadie lo sostuviera. Pasó e hizo varias volteretas y, de pronto, se detuvo frente a mí sostenido por los aires... sostenido por los aires... ¿Por quién?

Por nadie. El sombrero de copa allí estaba intocable en medio de estas furias desatadas.

De pronto se dibujó, y luego se materializó, una mano que vino a sostenerlo. Era una mano fina, cuidada, que, a no dudarlo, acababa de salir de donde la manicura. Luego vino un brazo que, a su vez, se formó en el vacío. (Aquí oí una carcajada). Junto con este brazo se formó todo un cuerpo, un cuerpo esbelto, que había puesto su mayor esmero en acicalarse como debe acicalarse siempre todo cuerpo que, al parecer, no comparte estas riñas callejeras; vestía con impecable saqué de pantalones de fantasía y con finos botines de charol; para arriba, con cuello de pajarita y corbata plastrón; estaba recién afeitado y lucía agudos bigotillos engominados. Una sonrisa amable lucía su rostro. Este ser, así aparecido, me susurró:

—Tal vez usted ya me conoce, señor mío; soy Palemón de Costamota un leal y seguro servidor de usted.

A lo que, de inmediato, respondí:

—Yo también, señor de Costamota, soy su leal y seguro servidor de usted, señor don Palemón.

Nuestras manos se estrecharon y se sacudieron con efusión. Luego reímos un largo

rato. Con mi mano entre las tuyas, aseguro que no había ningún temor en esas balas que nos rozaban ni me inquietaban esos alaridos ensordecedores. Le pregunté, pues, marcando mi absoluta indiferencia:

—Dígame, mi señor don Palemón de Costamota, ¿qué es lo que pasa aquí en esta ciudad? Porque veo a toda esta gente algo inquieta... algo excitada... En fin, algo fuera de sus costumbres habituales y ello me tiene algo, digamos, desazonado.

Él me miró un instante y luego me respondió:

—Debería usted, jovenzuelo, suprimir eso del "señor don". ¿No somos, acaso, viejos amigos? ¿O desea usted tratarme con distancia? Le agradecería que me diera usted una franca respuesta a esto que acabo de preguntar.

—Tiene usted toda la razón, Palemón de Costamota, toda la razón. Tal vez ha sido ese repiquetear de las ametralladoras y demás escupidores de proyectiles, el que me ha hecho hablar así. Pero, como usted ve, ahora le pido perdón.

Él sonrió y me dijo:

—Está usted perdonado.

Y yo agregué:

—Tantas gracias.

Y él agregó:

—No hay de qué.

Entonces yo insistí en mi pregunta. Entonces él me dijo:

—Ocurre, amigo mío, que se acerca una feroz revolución pues el caso es grave, sumamente grave, a tal punto es grave que yo mismo no sé de qué lado ponerme.

—Explíquese usted, por favor, Palemón, y se lo agradeceré, sí, eternamente, eternamente.

—¿Hasta cuándo va usted a usar esas palabras? "Eternamente..." Es un gusto superficial, por lo tanto absurdo, el emplear palabras así que sólo se refieren a lo que yo —¿me oye usted?—, yo y nadie más, únicamente yo conozco su significado verdadero.

Respondí:

—Le pido a usted perdón, nuevamente le pido perdón; deben ser esas ametralladoras las que me...

Él gritó:

—¡Basta, basta! Ahórrese esas explicaciones. Después de todo es usted un buen amigo y, con el tiempo, aumentará nuestra sincera amistad. Así es que voy a explicar a usted lo que aquí ocurre. Es algo sencillamente espantoso. Pero me gustaría que encontráramos un banco en el cual pudiéramos sentarnos cómodamente, cómoda, cómo...

—¡Ahí hay uno, Palemón!

Y le indiqué un banco en el jardín de los Jerónimos. A él nos dirigimos. Mientras caminábamos, él hizo una serie de consideraciones sobre Macario Viluco diciendo que era un gran tipo a quien él estimaba en alto grado. Pues el haber hecho una observación sobre la carencia de bancos en una gran ciudad, era algo que acusaba un amplio criterio cívico.

Yo dije con cierto temor:

—Espero que las balas que ahora vuelan desatinadas, no irán hasta ese banco.

Él prorrumpió:

—¡Basta, basta! ¿Va usted siempre a ser un timorato? Debería usted pensar que está en compañía del Jefe, del Alto Jefe de las llamadas, por ustedes, tinieblas. Tinieblas... Cual-

quiera podría creer que hay en esta apelación una enorme sabiduría. Y no la hay, no y no. Hay sólo ignorancia y nada más.

—¿Por qué, Palemón?

—Porque hay allí un equívoco; y un equívoco sólo se produce cuando, el que lo produce, conoce muy bien... Pero callemos será mejor, callemos. Si es usted inteligente... ya me habrá comprendido. Si no lo es... Usted quería saber lo que ocurre aquí en esta ciudad de San Agustín de Tango; ¿no es verdad?

—Sí, Palemón, tal es la verdad.

—Entonces sentémonos en este banco. Ante todo voy a hacer un movimiento con mi brazo izquierdo y así echaré lejos este molesto crepitar de balas.

E hizo un amplio movimiento. De inmediato el fuego se desplazó y se alejó de nosotros. Él sacó su cigarrera y me ofreció un cigarrillo diciéndome:

—¿Fuma usted?

—Por cierto —respondí y saqué un cigarrillo.

Él, a su vez, sacó otro y ambos nos pusimos a fumar con una tan dulce calma que parecía que nos hallábamos en un tranquilo salón.

—Estamos en una relativa calma, no tanto como en un salón pero, en fin, en una calma que me permitirá contar a usted, mi tan querido amigo, lo que ocurre en esta ciudad. ¿Estamos?

Respondí:

—Sí, estamos y soy todo oídos.

Entonces Palemón de Costamota se explicó así:

—Pasa, amigo mío, lo siguiente: la opinión pública se ha..., se ha..., ¿cómo decirlo? Un momento. ¡Sí, eso es! La opinión pública se ha dividido en dos bandos. Cuando hay dos bandos, siempre hay pelea; porque cada bando quiere hacer triunfar su idea y... —fíjese usted bien—, quiere que el otro no triunfe, que sea para siempre derrotado, aniquilado, pulverizado. Uno de estos bandos sólo ambiciona una cosa, nada más, una cosa: que el nombre de los periódicos de esta ciudad sea cambiado; el otro bando quiere que ellos no se cambien, que los periódicos queden con el nombre que ya tienen. Así, pues, unos piden que sigamos con *El Farol*, *El Imprevisto*, y demás. Pero los otros gritan: "¡No!". Pues quieren nombres que estén de acuerdo con sus propias ideas y creencias, nombres que concuerden con el que tienen las calles y paseos y rincones de la ciudad. Es decir, amigo mío, es decir, que un diario se llame: *La Palabra de Dios*; otro, *El Sagrado Arrepentimiento*; otro, *La Misa Ante Todo*; y así; así hasta el final. La cosa, como usted ve, es grave, es sumamente grave, tan grave que yo no sé de qué lado ponerme, no lo sé, no lo sé..., no lo sé... Si usted quiere, puedo decirle la más perfecta verdad: lo ignoro.

Me atreví a insinuar:

—Justo es que mantengan en alto sus ideas y que luchen porque ellas salgan a flote y reinen soberanas. Dígame, Palemón, ¿qué han dicho, estos héroes, sobre el nombre de *La Nave*?

Palemón de Costamota se echó a reír con una fuerte carcajada que, en lo alto, se hacía perforar por las balas y por los gritos destemplados de aquellos energúmenos. Luego me respondió:

—Ha tocado usted, mi distinguido Onofre, el punto intenso de esta cuestión. *La Nave*... Aquellos que quieren el cambio de los nombres, no nombraron a este periódico pues decían que él se refería a una nave oceánica, a una nave navegante que surca mares y ríos.

Los otros decían que se refería a la nave de una catedral, a una inmensa nave catedralicia. Insinuaron, solamente, que se llamara *La Nave del Templo*; los otros insinuaron que se llamara *La Nave Oceánica*. Y, naturalmente, se escupieron pero sin llegar a irse a las manos. Luego la cosa cambió totalmente. Luego entraron, en la refriega, los carabineros y las ametralladoras atronaron los aires. ¡Muertos, heridos, gente que corre despavorida, movilización del Regimiento Atómico y qué sé yo!

De pronto algo vi y lo indiqué a mi amigo:

—¡Vea usted, mi distinguido Palemón! ¿Qué significa eso? Es, sin duda, un diputado o un senador que va a hacer uso de la palabra.

—Vayamos a oír sus palabras —me propuso mi amigo.

—¡Sí, sí! ¡Acerquémonos a él! —grité con entusiasmo.

Nos levantamos ambos y, abriéndonos paso entre la multitud de gentes que escuchaba silenciosa, llegamos cerca a una pequeña tribuna que allí habían improvisado. En efecto, un señor se alzaba en ella y, con ademanes, pedía silencio. Luego, con voz estentórea, habló de esta manera:

Conciudadanos:

Pido calma; pido oídos atentos; pido recogimiento y pido, sobre todo, que meditéis frente a estos sucesos que vemos desarrollarse indomables en las que, hasta ayer, eran nuestras tranquilas calles y paseos.

Debéis aguzar vuestro entendimiento y pecataros de que no es posible, no, no lo es...

Pero el bullicio empezó a nuestra derecha. Una avalancha de gentes se acercaba gritando y, con sus gritos, no nos fue posible seguir oyendo al orador.

Cogí de un brazo a Palemón de Costamota y murmuré suplicante:

—Retirémonos, amigo mío, retirémonos por favor. Las balas se acercan y la furia del pueblo es indomable.

Él me miró de alto a bajo y me preguntó con alta superioridad:

—¿No recuerda usted ya el movimiento que yo hago para alejar a estos hombres de las balas cuando se aproximan demasiado?

—Sí, sí, lo recuerdo —respondí—. Es un movimiento con su brazo izquierdo y todo entonces se calma.

—O con mi brazo derecho, o con la cabeza, o con cualquiera de mis dos piernas, o como a mí, Alto Jefe del poder del otro mundo, se me da la gana de hacerlo. Véalo usted ahora y así se acrecentará la gran fe que ha de tener usted en mí.

Palemón estiró su pierna derecha e hizo un semicírculo con su botín de charol. Acto continuo la turba se movió en otro sentido y nos dejó en la tranquilidad. Pude, entonces, prestar oídos a ese orador que seguía hablando:

...y es necesario que nuestra prensa sea el reflejo más puro de las aspiraciones que se anidan en el corazón de todos estos nobles ciudadanos y así podamos impulsar el ahínco que nos mueve como mueve a las verdaderas, sabias y pundonorosas aglomeraciones del pueblo cuando este gran pueblo vislumbra las preclaras manifestaciones de...

Pero vino otra vez el bullicio ensordecedor. Sonaron las balas, crepitaron las ametralladoras. Un tipo cayó a mi lado; otro me cogió y me puso como pantalla del lado que venían los tiros. Todos gritaban, todos vociferaban y echaban manos a sus revólveres y a sus pistolas. El orador desapareció tras su tribuna. Yo me zafé de aquel tipo que me había puesto como pantalla y huí, huí, ya no sé ni cómo ni por qué lado; es así como perdí de vista a Palemón de Costamota. El caso es que huí corriendo como un desafortunado. Ya de lejos me volví hacia el sitio donde había tratado de oír a aquel orador; no quedaba nada más que un tumulto de gentes que se peleaba con denuedo.

Así llegué a las calles céntricas de San Agustín de Tango.

Aquí era la calma, la tranquilidad más absoluta. Todo circulaba en la más perfecta normalidad. Los hombres iban rápido a sus quehaceres; las mujeres se dedicaban a sus compras; los taxis pasaban junto a los buses; las colas se formaban frente a los cines; los vendedores ambulantes ofrecían sus mercaderías; los carabineros dirigían el tránsito; el Sol brillaba sin que ni una pequeña nubecilla viniera a empañar su esplendor... ¡Oh, qué hermosa es esta ciudad de San Agustín de Tango!

Caminé por las calles. Llegué a la Plaza de la Casulla. El conato de revolución había terminado, no me cabía la menor duda.

—¡Adiós!

—¡Chao!

—¡Salud, viejo!... ¿se pusieron de acuerdo sobre los nombres de los periódicos?

—No lo sé. Me aburrí de escucharlos y de ver esas refriegas y me he venido al centro, a estirar las piernas y a ver gente.

—¡Qué manera de aullar la de esos locos!

De pronto apareció Eusebio Palena quien, ante la conversación que yo mantenía sobre esta revolución, alzó los hombros displicente. Luego sentenció:

—Cuando se tiene una Zambafusa en la cabeza, Onofre... ¡Ah! Puedes creerme que la cosa cambia. Felizmente ya no la tengo pues ella, esta inmortal Zambafusa ha visto la luz del día y aquí la llevo en mi cartera.

El tío, con quien yo hablaba, nos miró estupefacto. ¿Qué quería decir eso de Zambafusa? Pretextó no sé qué y se alejó presuroso. Mi amigo Eusebio, entonces, me propuso:

—Debemos ir al Bar Barismo, un bar que acaba de abrir sus puertas. En él... ¡oh! hacen unos churrascos especiales para mi mujer. Allí ya está mi querida Polinesia. Mientras ella mastica, yo —¿me oyes?—, yo Eusebio Palena, te leeré mi última creación. Es ya la número; pero he vacilado en numerarla pues ella es el número...

—El número, ¿qué?

Él se enderezó, sacó pecho y exclamó:

—¡El número único!

—¡Bravo, Eusebio! —grité—. Has dicho bien: debemos ir al Bar Barismo y, en él, empaarnos en Zambafusas.

—Y no olvides —me precisó— nuestros buenos piscos.

—Es verdad, tomaremos nuestros piscos.

Un rato después entrábamos en el Bar Barismo. Allí estaba, comiendo su churrasco, Polinesia Loncotoro. Nos saludamos. Eusebio pidió nuestras bebidas y, sin más, abrió un papel que extrajo de su bolsillo. Carraspeó cuatro veces y luego leyó, untándose los labios de cuando en cuando, con voz modulada:

Zambafusa no numerada

Mejor compañía le hubiera hecho pero, si bien se lee y se considera, la cosa es seria y temblante. Hay, pues, que exclamar.

Se tu segui tua stella
non puoi fallir a glorioso porto,
se ben m'accorsi nella vita bella.

Pero hay que tener la idea o la noción de una persona que sea —¡oh, reina de España!— e inclinarse ante los indios patagones y los pieles rojas.

Dante Alighieri lo supo. Por eso exclamó desafortado:

Volsimi alla sinistra col rispetto
col quale il fantolin corre alla mamma.

¡La pequeñez de los barcos que hacían esta navegación! Al paso que los mestizos, para concluir lo relativo al fuerte, hácese una comparación entre el marqués de Sade y la sin par Justina.

Clamemos entonces, mi gran Alighieri:

Lo duca mio di subito mi prese
come la madre ch'al romore é desta,
e vede presso a sé le fiamme accese...
¡Santa María, madre de Dios!
¡Ahora y en la hora de nuestra muerte!

Y todos clamemos con desesperación:

¡¡Amén!!

Vociferemos cuando marche el torbellino; pues en su cuarto la pesadilla se ha vuelto bruscamente, en una mañana de noviembre, un conde forastero aplazado del otro punto; y de ahí vendrá el absurdo.

Debo oír tu voz; ten la bondad de hablar.

Y él habló quedamente:

Oppresso di stupore, ella mia guida
mi volsi come parvol che ricorre
sempre colá dove piú si confida...

Puesto en la cafetera interrumpió su furioso paseo en los factores esenciales del gobierno de Egipto. El redimido... el humilde... el ciego... Todos sufren en la última casería de los pantanos. La cuestión es diferente cuando pasamos a la especialización de las profesiones y de los otros arquetipos y microbios saturados en el primero que no se llame padre todavía.

¿Por qué?

Porque:

¡Qué linda en la rama
la fruta se ve!

La costa perdía su relieve; son pájaros carneros; el costado rompía las aguas cicatrizando la grisalla de tal manera húmeda.

Vi la rama y vi la fruta.

Dante exclamó:

Quali i fanciulli, vergognando, muti
con li occhi a terra stannosì, ascoltando.

Ya lo diré y lo proclamaré hacia todos los vientos en dirección de los cuatro puntos cardinales. Mas, al decir de la suerte, se presentó, solemne en su solemnidad y erecto como muchos creen, se presentó el poeta que se llama y se llamó y se llamará:

Garci Ordóñez de Montalvo.

Callamos todos. Entonces él declamó:

Leonoreta sin roseta
blanca sobre toda flor,
sin roseta no me meta
en tal cuita vuestro amor.

Quise morir pero Polinesia vino en mi ayuda y me salvó. ¿Cómo? Ofreciéndome un churrasco verdaderamente exquisitísimo que yo devoré convidando a Garci Ordóñez de Montalvo y a Dante Alighieri. Lejos una golondrina cantó:

No es mío este huerto,
no es mío, lo sé.
Mas yo de ese fruto
quisiera comer.

Silencio, doble silencio. Y subamos al Coliseo en la compañía del interior de la mezquita de Córdoba y de la ciudad de Jerusalén.

Pero él, este autor, ¡no murió!

Exclamé lleno de emoción:

—¡Magnífico, supermagnífico, mi enorme Eusebio Palena! Subes hacia la cumbre de la genialidad a pasos agigantados. Ya debes ver, a esa genialidad, como un pequeño gusano que se revuelca en el polvo. ¿No lo encuentra usted así, mi querida Polinesia?

Ella respondió:

—Yo quisiera otro churrasco, con paltas, con mostaza; quiero un churrasco completo.

Eusebio, entonces:

—¡Camarero! ¡Otro churrasco con paltas y mostaza para la señora y, a nosotros, repítanos este pisco! Sí, mi querido Onofre, tal es la verdad y yo no la niego; ya me codeo con la genialidad. Tú lo has visto: Dante Alighieri ha venido hasta mi pluma y Garci Ordóñez de Montalvo le ha hecho buena compañía. Hemos sido tres, tres los que, en un momento, barajábamos a los genios como si estuviéramos jugando canasta. Y todo aquello, esa genialidad que nos envolvía, ha sido tocada por el canto popular, por el canto de los niños que siempre cantan porque quieren comer de esa fruta que allá se ve en la rama.

—¡Formidable! ¡Colosal! El reino de las Zambafusas se ha mil veces doblegado ante ti. Eusebio: debes poner un número a esta sin igual Zambafusa.

—Bien —me respondió con gravedad—. Será la Zambafusa Nº 26.

—Por ella —exclamé— ¡un pisco, otro más! Para usted Polinesia, ¡un churrasco más!

Ella dijo:

—Yo quiero ir al cine.

Eusebio contestó:

—Sí, mi amor, podrás ir al cine. El genio no debe ser jamás un impedimento para nada. Así es que retirémonos y yo te acompañaré hasta el cine, te acompañaré y te compraré la entrada. Cuanto a mí, me iré a casa a esperar que otra Zambafusa llegue hasta mí.

192

Por fin estoy en la plazoleta Fray Tomate. Ahora podré, podré, podré descansar un poco. Estaré sólo. Pero... ¿se puede estar en la soledad? Es un tema que debo meditar hondamente pues cuando ha cesado la compañía de los otros seres, entonces viene la otra compañía y uno se halla rodeado por miles de fantasmas que, acaso, son peores compañeros.

En fin, subamos a mi departamento. Prefiero subir a pie, con mucha lentitud. No conozco a nadie en todo este edificio salvo, en el 5º piso, a Lorenzo Angol. Aquí estoy solo como se está en un desierto o, mejor, como se está en una selva sombría; una selva en la que no penetra ni un rayo de luz porque los rayos solares han quedado fuera, atajados por la copa de los aires.

¡Literato...!

La literatura me persigue y sube conmigo la escalera, a mi lado. Es verdad que habría podido tomar el ascensor. Pero ahora se me figura que la literatura también se cuele en los ascensores.

Un piso más y estaré en el piso en que habita Lorenzo, es decir, el 5º; y otro piso, en el que habito yo.

Me he informado sobre mi amigo. Su empleada me ha respondido que don Lorenzo está ausente, que está en su fundo, en La Cantera. Volverá... Ya lo sé: mañana o pasado, o pasado mañana, o no volverá más y se irá de viaje muy lejos, al Asia, a esa misteriosa y fértil Asia que yo no he conocido más que por los libros que he leído. Claro está, libros de enorme interés, sobre todo al hablar de los Yogis; al hablar de toda esa literatura profunda que hay allí...

Literatura profunda...

¡Ya se ha metido en mi cacumen, otra vez, la literatura! Y es una literatura profunda *par dessus le marché*. Una frase en francés ha venido a mí junto con introducir la llave en mi cerradura. ¿Habrà alguna relación entre la frase francesa y mi llave? ¿Qué marca es? —Es una llave Yale porque todas las llaves son de esa marca: Yale. Menos mal que las chapas coinciden con las llaves. Si no coincidieran... Dormiríamos fuera, bajo los puentes, o en los silenciosos escaños de los parques y jardines y plazas... Pero hay pocos escaños; Macario tenía razón; ambos, Macario y yo, soñamos con una ciudad llena, repleta de escaños, es decir, soñamos con un inmenso escaño que dé la vuelta a la Tierra y, de tanto darla, se aburre este escaño y sale fuera de este mundo y se va, se va... No; la Luna está demasiado cerca; lo mismo está Marte; lo mismo están todos los planetas. Y yo quiero inmensidades

vertiginosas, al lado de las cuales las estrellas, las galaxias todas serían nuestras vecinas, nuestras buenas compañeras. Seríamos muy, muy amigos con ellas y les preguntaríamos:

—¿Cómo ha amanecido hoy usted, mi querida Galaxia?

Pero allí no amanece y no anochece; porque éstas son cosas que nos hace el Sol, o que hacemos nosotros... ¿Nosotros? Por cierto, ¡no! Nosotros sufrimos las consecuencias de lo que se hace fuera de nosotros, las sufrimos, las seguimos sufriendo, siempre, siempre, por la eternidad...

Literatura; no hay más: literatura.

La literatura nos acompaña, es más amiga nuestra que las galaxias aunque, aunque...

Es una lástima que Lorenzo no esté aquí, habríamos podido, él y yo, charlar tanto sobre las galaxias, sobre el ascensor, sobre las Zambafusas de Palena, sobre la cuasi revolución... La cuasi... Es una palabra que yo aprendí allá en el colegio, en clase de castellano. Y habríamos hablado de Palemón de Costamota, mi amigo y siempre un leal y sincero servidor de usted; como yo lo soy de él, un leal y sincero servidor... ¡Ja, ja, ja!

Pero le habría hablado con mucha seriedad del aroma de Viña, aquel aroma que detuvo a Rubén de Loa. Lorenzo me habría escuchado con suma atención. Pues habríamos compartido nuestra charla hablando sobre Javier Licantén y, además, además, además...

¡Giralda, Giralda mía! Claro está, lo sé: Giralda no es mía, yo ni siquiera la conozco; Giralda es de Lorenzo; sí, de Lorenzo...

¿Qué hacer? La calle me revienta con sus revoluciones y sus tan doctos Eusebios Palenas y... Pero, ¿se puede poner en plural el nombre propio de un individuo? Esto no me lo enseñaron en el colegio; y si me lo han enseñado, lo he olvidado.

¿Qué hacer?

¡Salvado!

¡Aquí está!

Me senté cómodamente, saqué el libro del bolsillo, lo miré bien por todos lados, como con todos los libros, y lo leí. Es un libro que acaba de escribir mi hermana Flora y, en él, habla de aquel fundo en el que pasó gran parte de nuestra infancia. En la primera página dice:

María Flora Yáñez

¿DONDE ESTÁ EL TRIGO Y EL VINO?

Las horas pasaron a mi lado; comí rápidamente leyéndolo todo el rato; tomé el café porque la Zoraida me lo ofreció; yo estaba demasiado cogido por sus páginas.

¡Gracias, Celso! ¡Has hecho bien al enviarme a mi pasado!

Yo, prácticamente, había olvidado que, tras de mí, se extendía también un pasado. He visto, al leer estas páginas, que mi vida no es sólo este momento actual, no es mis conversaciones con Romualdo Malvilla y con Javier Licantén como tampoco es el oír las apreciaciones de Rubén de Loa frente al aroma de Viña. Ni es la figura, siempre hermosa, de Jacqueline Neuilly ni es la tuya, linda Marul Carampangue, ni la tuya, Tomba Montbrison.

Ustedes pasaron frente a mis ojos. Iban en compañía del célebre compositor Stramuros; atrás caminaba el cínico de Valdepinos. También caminaba el capitán Angol del brazo de su mujer doña Nora de Bizerta y Ofquí. Pasó Jabalí Batuco con Desiderio Longotoma

y, ambos, algo discutían; el doctor Hualañé y el doctor Pitrufquén; Artemio Yungay con Clorinda Machalí; Rosendo Paine, tendido en su cama, fumaba opio con Nicole Chaumont; hay un chino junto a ellos, un chino flaco, algo encorvado, un chino que mueve el opio con una gran destreza en la punta de su aguja. Y siguen pasando, siguen.

Vienen los ya fallecidos también, vienes tú, mi Maribel, vienes y pasas. Estás con Celso, el grande e inconmensurable Celso, que mira con ojos curiosos, don Irineo Pidincó. Se oye un terrible, un temblante: Brrrrrrrrrrrrrrrrrr... Lo interrumpe una poesía de la Tomasa. Pasan, pasan, se pierden, vuelven a aparecer y... y... ¡me miran!

Yo no pasaba; yo quería pasar también, yo no pasaba, yo quería ir con ellos y que, juntos, hiciéramos un gran recorrido. ¡Sí!, ¡Sí! Puesto que eran *mis* personajes, yo quería ir con ellos y, entonces, charlaríamos juntos y haríamos proyectos para nuestro porvenir.

Pues yo —¿se me oye?—, yo puedo dirigir el destino de todos ellos. Pues son mis personajes, *mis* personajes —¿se me oye?— y, al serlo, ¡ah!, al serlo, al serlo...

¿Qué pasa?

A lo lejos, muy lejos, se mecen suavemente aquellas grandes encinas del fundo Las Luciérnagas; bajo ellas, mi madre, Elena, dice algunas palabras a mi tío Julián; Alberto está en el campo; Olivia lee; Carmen mira un libro con dibujos; Felipe mira todo aquello y, para sus adentros, se dice que ello es insoportable y es aburridísimo. Entonces Felipe bosteza; es decir, bostezo yo.

Bostezamos todos. El aburrimiento nos ha cogido. Salvo mi tío Julián que atisba y vuelve a atisbar a la nueva empleadita que hay ahora para el comedor. Son las 4 ½ de la tarde. Sí, el aburrimiento nos ha cogido, como nos cogió ayer y anteayer y mañana y pasado mañana. No, no puede ser.

Me levanto de esa chaise-longue en que estaba. Me acerco a mi mujer, a Carmen, y nos vamos de bajo de las encinas... nos vamos a nuestro taller de pintura, nos vamos al... ¡gran taller!

Todos bostezan. Yo, Felipe, le murmulo a ella:

—No quiero bostezar, no lo quiero. Vamos al taller que allí nos aguarda... ¡Leonardo da Vinci!

Caíamos en sus brazos y aquel taller, que había estado soñoliento, parecía despertar para recibirnos. ¡A un paso se hallaba la figura de Leonardo!

Pero... ¿era Leonardo, Leonardo da Vinci? ¡Por cierto! ahí, en la pared, clavado por chinchas, estaban varias reproducciones de sus obras: *La Anunciación*; a su lado, *La Adoración de los Magos*, un dibujo para *Santa Ana, la Virgen y el Niño, Leda, Retrato de una Dama* y, en varias partes, unos dibujos geométricos que me había conseguido no sé dónde.

Carmen me había preguntado:

—Y la Gioconda ¿no la pones?

Yo había respondido:

—La Gioconda es una pintura que gusta a los barrigones.

Y ambos nos sumergíamos en la vida de Leonardo da Vinci, escrita por Merejkowsky. Hasta que, al fin, yo proclamaba:

—¡Basta ya de Leonardo!

Me dirigía entonces a otra sección de mi biblioteca, sacaba un libro y juntos lo leíamos. ¿Entero? No; algunas páginas, nada más que yo rodeaba con comentarios. Comentaba a Rudolf Steiner, comentaba a Leadbeater, al Swami Vivekananda, a Blavatsky.

Leíamos. Hasta que, al fin, yo proclamaba:

—¡Basta ya de ocultismo!

Entonces iba directamente al Leonardo y de él leía en su *Tratado de la Pintura*, un párrafo adecuado:

Para quien sabe hacer al hombre, es cosa fácil hacerse universal; pues todos los animales terrestres tienen una similitud de músculos, de nervios y de huesos, y no varían más que en largo y ancho, como será demostrado en la anatomía. Existen los animales de agua que son muy variados: para ellos no persuadiré a los pintores establecer una regla única, pues son de infinita variedad, como son los insectos.

Yo anotaba lo que venía a mi cacumen. Después dejaba de lado a Leonardo y me enfrascaba nuevamente en los ocultistas pero leía y leía en silencio las páginas que luego leería en alta voz. Porque estos ocultistas... estos ocultistas... entre líneas y, a veces, francamente, han de hablar siempre del sexo...

¡El sexo está prohibido para ellos! O, al menos, lo tratan con un rigor extremo. ¡Nada de ir a refinamientos de ninguna especie! Y Carmen, mi Carmen, ahí donde se halla, ahí mostrando sus piernas hasta más arriba de la rodilla...

Hay un gran silencio en las casas. Nuestro taller —que no es más que un viejo bodegón con ventanas de luz Sur— nuestro taller pide y pide y suplica...

Nos entregamos al sexo. Porque es, después de todo, una alta exaltación. Los ocultistas deben referirse a otros aspectos del sexo. Se lo digo a Carmen; ella acepta cuanto yo le digo. Yo le explico minuciosamente y, de pronto, exclamo:

—Carmen, Carmen... ¡te quiero, debemos gozar!

En el silencio de esas casas enormes habíamos gozado. La miraba. Volvía a mirarla. Un pensamiento me asaltaba siempre; uno que me parecía traído por otro ser. Yo tenía que repetirlo, palabra tras palabra:

“Ella, Carmen, ha tenido otros sueños... otros sueños... Yyo, ahora, soy para ella la realidad a ras de tierra, la realidad sin sueños ni quimeras, gruesa, espesa. Tal vez esos hombres que hablan de ocultismo tienen razón.

—Quiero leer de ocultismo. Sigamos ese libro de Oswald Wirth, que empezamos el otro día, tú sabes, *El Simbolismo Hermético*.

Ella me respondía:

—Bueno.

Ahora estamos sentados lado a lado. Tengo el libro de Wirth en mis manos. Lo hojeo hasta encontrar la página en que habíamos quedado, en la que hay una pequeñita marca. ¡Aquí está!

Yyo leía acompañado por el mugido de las vacas y por un ladrido de perro:

En la mitad del barco hay otro anciano vestido de negro. En su mano izquierda hay un libro abierto sobre el cual se eleva una minúscula cabaña. Estamos aquí ante ese nudo de la personalidad, sobre el cual todo se apoya, llamado *Cuerpo astral* por los ocultistas occidentales y *Linga Sharira* por los budistas. Por otra parte, el personaje no es otro que el Ermitaño del Tarot (Arcano IX), que equivale a Twashtri, el Carpintero de los Vedas, a quien corresponde la tarea de construir la forma astral, *Fundamento* (Jesod, 9.ª sephira) del organismo material.

Los dos mástiles que sostienen las velas se unen, por la base, detrás de un guerrero con casco y coraza, que tiene en la mano un bastón simple, y en la izquierda presenta una estatua de Minerva al viejo ya citado. Éste es *Marte*, el entusiasmo activo, que pone su energía al servicio de una voluntad sabiamente equilibrada.

Golpean la puerta; es la empleadita que atisba el tío Julián. Nos dice:

—Ya está lista la comida.

Yo veía todo ese modo de vivir como se ve la verdadera vida. Era lo más natural, lo más lógico que podía haber. Sin embargo Felipe es como un fenómeno. Felipe no habla, Felipe está siempre callado.

Yo no estaba nunca callado; yo estaba hablando y hablando con Leonardo y con el cuerpo astral, yo estaba hablando con Cimabue, con Crivelli y con Giotto, con el cuerpo mental y con los hombres que de él escriben y comentan. Y estaban hablando contigo, Carmen, y tú me hablabas a mí.

El taller de bodegón allí estaba y, a veces, bostezaba.

Don Rafito tampoco hablaba. A las horas de comida nos hacía algunas bromas y nosotros reíamos. Pero... ¡silencio! El tío Julián miraba a la empleadita que se sonrojaba. Comíamos empanadas. Todos las comíamos porque eran deliciosas. Alberto llegaba de sus faenas. Mi mamá conversaba largo rato con la llavera. Sonaba una campana. El taller era ahora más un bodegón que un taller...

—Hay que ir, Carmen, a nuestro taller; tenemos que seguir la lectura de Wirth.

—Sí; ahora que todos trabajan, debemos nosotros trabajar a la vez. Después, después...

—Comeremos más empanadas.

Yambos partíamos al bodegón de Wirth y de Leonardo.

Así me veían a mí. Así tú me viste, Flora, como yo veía a los demás, a toda esa gente que ahí, en Las Luciérnagas, me rodeaba, todas llenas de unas características que jamás, jamás, de seguro, han tenido. Pues todos vivíamos a distancias planetarias, a distancias tan sumamente lejanas como viven los seres, ¡todo!, ¡todos! Como viven los que están juntos, sea en una alcoba o en un fundo... O en la cordillera... O en un barco que navega... O en una fiesta... O prisioneros... O en una gran ciudad... O haciendo negocios en la Bolsa... O pidiendo "una limosnita, por el amor de Dios"...

Tú, Flora, me lo has hecho ver. Ahora comprendo lo que tu voz encerraba, mi enorme Celso: Mi vida no es sólo este momento; mi vida se prolonga, llena, pletórica, hacia todos los lados.

Tú, Flora, me lo has hecho ver. Al hacerlo, has hecho revivir esa época pasada de las encinas; al hacerlo me has mostrado la terrible *invisibilidad* que hay entre los que vivimos lado a lado.

Al día siguiente, nuevamente a caminar por las calles. En realidad es San Agustín de Tango una ciudad interminable. Donde uno se halle, hay siempre algo que caminar para llegar al punto vecino; y, desde éste, hay, otra vez y otra y otra, que caminar para volver al sitio

en que uno se hallaba apenas un minuto, un medio minuto antes. San Agustín de Tango es una ciudad como son todas las ciudades del mundo sin excepción alguna y es, además, como son los campos y los mares y los ríos y las montañas y...

Basta ya. Si me pongo a enumerar todas las posibilidades que puede haber de cosas que...

Pero he dicho: basta ya. Ahora tengo que caminar por estas tan largas calles y, si quiero reposarme unos momentos, tengo que ir a una plaza, o a la avenida Benedicto XXX, o a orillas de río Santa Bárbara; y vaya donde vaya, me acordaré de ti, Macario, de ti que eres el único ser que dice cosas sensatas y no hace malabarismos con ideas abstractas.

Sin embargo... ¿hay algo más abstracto que un buen escaño en una ciudad donde no hay ni uno solo?

Caminemos siempre. Yo quisiera ya irme, irme por donde sea, por el cráter del volcán Llama o del Quizapu o por los vericuetos de la isleta o por donde sea, pero irme al fondo de la Tierra y estar contigo, mi Colomba, arrodillarme ante tus pies y poder hablarte y, sobre todo, oír tu voz.

Caminemos siempre.

El que viene ahí ¡él es! ¡Sí, él es! ¡Desiderio Longotoma! Y, a su lado marcha Jabalí Batuco. Nuevamente me siento salvado y ya estas calles de San Agustín de Tango se han acortado, son pequeñas, son estrechas para mantener lo tanto, tanto, que tenemos que decirnos Desiderio, Jabalí y yo.

—¡Salud! ¡Hola! ¿Qué tal?

Jabalí Batuco nos muestra una callejuela más bien silenciosa y nos obliga a entrar por ella. En esa callejuela hay una casa de citas y no creo que tal cosa sea su objetivo. Pero de pronto nos ha detenido y, a voz en cuello, canta:

Di quella pira
l'orrendo fuocco...

Y sigue su canto, sigue, llega al "do de pecho" que él lanza plenamente. Desiderio Longotoma ha sacado de su bolsillo un magnífico cronómetro y mide los segundos, ¡qué!, los minutos, los cuartos de hora que dura esa nota magnífica.

El entusiasmo de Desiderio es inconmensurable; el mío no es menor. Acepto de inmediato la invitación que nos hace de ir a un bar cualquiera y beber una copa en honor de este record sin igual. Jabalí se excusa; yo acepto. Un minuto más tarde entramos en el Bar Lovento y pedimos sendos piscos. Y tuve un buen rato oyendo hablar a mi amigo.

LONGOTOMA

Es una lástima, mi querido Onofre; por eso no te he invitado a casa y tendremos que contentarnos con este bar; pero mi buena y querida Tomasa está ausente. Y te tiene una poesía... poesía divina, lo mejor que he oído de sus labios. En fin, para otra vez será. Te puedo anticipar que es un poema o una oda o un refrán o ¡qué sé yo! de aquel poeta colombiano que yo no conocía y que la Tomasa ha descubierto. Rafael Pombo... ¡maravilloso! Claro, claro; tú todo lo conoces; pero dicho por ella... es otra cosa, ya puedes creerme. Porque la Tomasa es una estupenda artista. Eso fue lo que en ella me conquistó. No, no, no; no fue nuestra pequeña aventura de Curihue. Fue el arte y nada más. ¿Me oyes? ¡El arte!

Te lo diré porque este arte se refleja en cuanto hace, en las menores cosas. ¿Yo? ¡Jamás,

amigo, jamás! Las flores han sido y, te aseguro, habrían podido seguir siendo, una de las tantas cosas que nos da eso que llaman la naturaleza, o la "natura", como nos diría o nos habría dicho, si aún viviera el bueno de don Irineo, ese buenísimo don Irineo Pidinco. A mí me divertía enormemente. Pero yo te hablaba de las flores y de la Tomasa. ¡Es formidable el arte que ella tiene para arreglar los floreros! Pues las toma, las combina, las recombina y, con un solo florero o un macetero que haya sido tocado por sus manos, te cambia el aspecto total de una habitación cualquiera.

¡Eso fue lo que, en verdad, me conquistó! Ya lo creo, mi buen Onofre, ya lo creo. Sonriendo o hablando tonterías... te cambia el total de una pieza...

¡Sí, sí! Dices la verdad absoluta. ¡Eso es! Aquí tienes, en el Bar Lovento, a un hombre que ha sido conquistado por las flores en manos de una mujer...

Ahora puedo reír a mi gusto. Por cierto. La imbecilidad de estos humanos es infinita, mi buen Onofre, infinita. El otro día me encontré por ahí... Sí, sí, y departimos un momento, sólo un momento.

Remigio Natales es un pobre hombre vestido con los trajes de un profundo filósofo. Fíjate que me dijo, y alcanzó a explicarme un buen rato, que los hijos salen iguales a sus padres...

¿Has visto semejante burrada?

Pero... fue ella dicha por un eminente filósofo amigo y admirador de las altas ciencias. Así es que hay que tener mucho cuidado, muchísimo cuidado.

¿Yo, yo interrumpirlo? Nada, amigo mío; guardé silencio y fingí escucharlo con alta penetración. Es lo que hay que hacer, mi buen Onofre, con estos pelmas, por muy disfrazados que vayan con serios trajes de filósofos.

¿Cómo? Muy por el contrario, lo animé y lo animé cuanto pude y a tal extremo que Natales ha debido decirse para sus adentros:

"Este es buen oyente; así deberían ser todos; éste promete.

Y el hombre seguía penetrado de esta verdad inamovible —¿me has oído y me oyes?—, rígida, tan rígida como es la testa del grande e immaculado filósofo, don Remigio Natales.

Felizmente, Onofre, allá, muy lejos, contra el azul del cielo... ¡Oh, lo que se vio! ¡La salvación, amigo mío, la salvación que, con mucha lentitud, avanzaba! Es algo magnífico ver al cielo colaborando en nuestra vida diaria, sobre todo cuando no tienes otra alternativa alguna... Lo has dicho... Una nubecilla... Y tras ella, una segunda nubecilla. La miré y él la miró. Aseguró enseguida:

—Va a llover.

Y yo afirmé su idea reasegurando:

—Sí; va a llover.

Él, entonces, dijo la frase que había que decir, la frase sin igual, contundente, aplastante, sin réplica posible. ¡Cómo! ¿No la ves? ¿No la oyes? Es algo curiosísimo que tal frase no haya quedado aquí, revoloteando por los aires. Bien, te la repetiré y, ojalá, la anotes en tu libreta para que no se vaya al olvido. Remigio Natales metiose en las profundidades filosóficas al plantarme una espantosa duda, una duda para hacer temblar a cualquier humano. Dijo:

—El clima es algo inestable.

Yo me precipité para afirmar esta idea y repetí:

—Sí; el clima es algo inestable.

Él, entonces:

-No podemos tener con él esa seguridad que tenemos al ver nacer a una pequeña criatura... si ya conocemos a su padre...

Yo, entonces:

-Es que ignoramos cuál es el padre de esta nubecilla.

Él, entonces:

-Ahí se engolfa usted, señor Longotoma, en arduas cuestiones que sólo un profundo filósofo podría llevarlas a la luz.

Yo, entonces:

-Es que me encuentro, en estos momentos, frente a uno de los más preclaros filósofos que existen en el mundo.

Él, entonces:

-Gracias.

Yo, entonces:

-De nada.

Él, entonces:

-La nubezuela avanza siempre y aquellas que la siguen, avanzan a su vez. Nada raro que tengamos lluvia.

-Podríamos protegernos en un sitio cualquiera, Remigio, pues veo que no hemos traído nuestro paraguas.

-No hace falta. Esa nubecilla se empieza a disipar.

-Entonces, amigo mío, podremos ahondar algún tema más.

Él me miró con aire de superioridad y quedó en espera. Yo tosí y carraspeé y, al fin, me atreví a insinuar a Natales:

-Pensaba yo y daba vueltas en mi cabeza lo que usted, con tan honda sabiduría, me ha afirmado sobre los hijos respecto a sus progenitores. Y una duda se ha atrevido a atacarme, sí, una duda.

-Y esta duda, ¿cuál es?

Volví a carraspear, mi buen Onofre, porque me he dado cuenta de que con los filósofos cae muy, pero muy bien, una carraspera. Ella demuestra que nuestro intelecto está en función. Después de cuatro carrasperas consecutivas me expresé con seriedad:

-Pensaba yo en Miguel Angel; también pensaba en Newton y en Galileo Galilei; en Beethoven; en Kant; en Lavoisier; en...

Él alzó levemente su diestra y exclamó:

-¡Alto ahí! No hace falta seguir con la enumeración; con los que usted ha citado es suficiente para profundizar en qué punto se halla o se encuentra usted. Usted se encuentra en la nimiedad de lo que es nimio y, si no pone usted cuidado, podrá marchar hacia atrás. Tenga, pues, sumo cuidado.

Tú comprenderás, Onofre, que esto que me dijo Remigio, era para hacer callar a cualquiera. Pero tomé bríos y le pregunté:

-¿Podría usted decirme en qué ve esa nimiedad?

Y él respondió con una voz despreciativa:

-Su nimiedad es un olvido. Ha olvidado usted que... la excepción confirma la regla.

Y, sin más, se despidió y se alejó.

¡Qué rico tipo adorable! Ha aumentado mi admiración por él. Y me aumenta esta admiración al recordar sus afirmaciones todas...

¡Sí, sí, sí! Te he dicho algo, nada más que algo, de lo tanto que Remigio Natales logró

playar en esos momentos. Sobre todo... ¡ah! el clima, el terrible clima. Me habló de un joven rubio, alto, delgado, un joven que casó con una niña alta, delgada y más rubia que él. Apenas casados él fue enviado al África no sé a qué misión. Al año y medio de estar allá, tuvieron un hijo. ¿Rubio, crees tú? No, no, mi querido y buen Onofre; ella tuvo un hijo... ¡mulato, un casi negro! Tú comprendes: la influencia del clima.

Naturalmente. Por cierto. Vino el divorcio, un divorcio debido al clima, ¡al clima! Ya tenemos, pues, una causante más para llegar a este terrible divorcio; te ruego que no la olvides, Onofre; te ruego que la anotes; el clima...

¡Ja, ja, ja!

¿Quién es ése? ¿No lo conoces?

Ese que pasó en su auto es, nada menos, que el médico famosísimo, el doctor Rapelco. Di a cualquier persona que sufres de esto o aquello, a cualquier persona bien; y esta persona te dirá:

—Si sufre de eso, pues vaya, sin falta, a ver al doctor, al gran doctor Rapelco. Porque este doctor es una maravilla.

Y no hay más, mi buen Onofre, no hay más; hay que ir a ver al doctor Rapelco. Te recibirá una chica encantadora; luego una muy seria matrona te tomará una serie de datos; luego un jovencuelo te hará preguntas... En fin, tú me comprendes. Un rato de espera y pasarás al gabinete del doctor.

Naturalmente, naturalmente; ni ponerlo en duda. Es como todos, todos los doctores en medicina excepto... Sí, puedes estar cierto de que no los confundo. Porque el doctor Hualañé y su colega, el doctor Pítrufquén, hacen una excepción a ese "todos" que yo antepuse a los médicos.

El doctor Rapelco trabaja sobre el lado visible, sobre lo que se toca y se ve. Para él no existe ni la posibilidad de otro lado.

Claro está, es por eso y nada más que por eso. Ese auto lo cambia cada seis meses por un nuevo modelo. Son autos que van y van a regiones escondidas, regiones en que se cultivan las enfermedades y los males que nos aquejan. De allí saca siempre su ciencia y regresa a este mundo pletórico de sabiduría. Da sus órdenes a su serio chófer y penetra a su consultorio.

No, no creo; el auto es un accesorio... ¡Por cierto! Y, hoy día, un accesorio absolutamente indispensable; indispensable para hombres y mujeres y ancianos y niños...

Sí, me acuerdo que es una frase tuya, Onofre, una frase de esos tiempos, de aquellos tiempos... Isabel Tabunco... Isab...

¡Cómo! ¿tiene un auto también?

Bien hecho; debería tenerlo: lo he pensado una serie de veces. Así estará al día, así formará parte de ese "regimiento" de que tanto nos habla Romualdo Malvilla. La gente sin auto, hoy día queda fuera de la circulación de la gente que circula...

¡Por eso es que se les ama tanto! Por eso es que hay que ponerse en cuatro patas y meterse bajo él con un enorme alicate y hay que... Así es, mi buen amigo. Apretar y apretar tornillos. Los que tienen un ayudante para estos trabajos... ¡no, no son verdaderos dueños de sus máquinas! Sí, sí, el caso de nuestro doctor Rapelco. Podrá saber una enormidad sobre el lado visible pero en autos... ¡todavía no, todavía no!

Es en eso en lo que me entretengo yo aquí. Se ve cada tipo... Y en todas las esferas y, en éstas, en todas las calidades. Me gusta mucho, muchísimo; no voy muy a menudo a su taller pero siempre pienso en él, en Rubén de Loa. También me gusta mucho Lucila

Volcán. Se ha hecho gran amiga de la Tomasa. Y Rubén me enseña una serie de cosas y cosas muy importantes. El otro día llegó a mi casa. Ella, Lucila, se perdió con la Tomasa. Conociendo los gustos de Rubén lo invité a pasar a la cocina. Sí, eso es: un café preparado por mí y a la vista de él. Entramos en la cocina y me puse a la obra; le hablé... nada; volví a hablarle... nada. Miré, entonces, hacia él.

Onofre, puedo decirte algo que tú, acaso, no me vas a creer; Onofre, he visto algo formidable: un hombre que ha caído en éxtasis y que, por eso, no oía mis llamados.

Rubén estaba en éxtasis... Y lo estaba por un pequeño macetero que hay allí en mi cocina, un macetero que, te aseguro, no sé ni nunca he sabido por qué se halla allí. Un viejo macetero que, acaso, ha insistido en vivir y que sólo espera la llegada de una buena, de una muy buena dueña de casa, para ir a parar al tarro de basuras.

Pero entonces lo vi. ¡Oh, amigo mío, qué de maravillas me hizo ver Rubén en él! Las bellezas que rodean a la muerte ya próxima, se habían acercado a él. Nadie, nadie las veía; todo el mundo habría protestado a esa inmundicia de macetero; la buena dueña de casa, sin más, habría dado las órdenes necesarias para hacerlo desaparecer, para que fuera a ocupar el sitio que ya, por su edad, le correspondía ocupar.

Rubén me explicó con pocas palabras. Me decía:

—Hay que ver, Desiderio, cómo crece y crece, muy lentamente, esa pátina verdosa; hay que ver cómo se mezcla con otros colores formando esos rojizos que se aclaran hasta llegar hasta el blanco, a uno que fue, tiempo atrás, un blanco puesto ahí para luego poder pintarlo de verde o de rojo. Y yo pienso, Desiderio, que hay tantas y tantas gentes, tantos y tantos pintores que, para tener sensaciones de color y de formas, van hacia los paisajes monumentales, hacia las vistas que son abracadabrantas. Esos pintores y esa gente pueden pasar miles de veces frente a este macetero: sus ojos jamás lo aperebirán. Y estaba al alcance de sus manos...

Onofre tan querido, Onofre buen amigo, ¿qué hice yo entonces? Por cierto, suspendí ese café que iba a servir y, para festejar la existencia del macetero, preparé, ¡al momento algo que luego ambos devoramos, preparé el plato de los dioses!

¡Eso es, mi buen Onofre! ¡Un par de huevitos a la copa...! Podrás creerme que son los mejores huevitos que hemos comido tanto Rubén como yo...

194

Ahora ya puedo partir hacia el fondo de la Tierra. Lorenzo ha vuelto de su fundo La Cantera y, lo primero que me ha dicho al verme, ha sido:

—Te creía tras Colomba, muy lejos de aquí.

Le he respondido:

—Ahora pienso ir tras ella. He sentido su llamado. ¡Vayamos, Lorenzo! No olvides que allá al fondo puedes también ver a tu amor, a Lumba Corintia. Yo podría haberme marchado pero no sé qué es lo que me ha detenido. Te veo y lo sé: es tu compañía. Esos túneles se me asemejan más negros y solitarios que de costumbre. Me ha causado pavor el hecho de marchar solo por ellos. ¡Anímate, Lorenzo, y caminemos! Estoy harto de estas superficies aunque, en realidad, no veo de qué podría quejarme.

Le conté, entonces, a Lorenzo, a mi buen amigo Lorenzo Angol, las entrevistas que había tenido, se las conté enteras y él me escuchó con suma atención. Por fin me resumió:

—Es ese aroma de Viña del Mar lo que mayor efecto me ha producido. Haces bien en recordar el sitio donde se halla. Iré a verlo, iré sin falta apenas pase por allá.

Nos fuimos ambos hacia el fondo de la Tierra. Lentamente nos encaminamos a la tan querida isleta, allí sobre el río Santa Bárbara. Minutos después empezaba nuestro descenso por hermosas, por encantadoras galerías iluminadas con suavidad y de pisos solados que no nos hacían sentir ninguna molestia ni aún el menor cansancio. Aquí podría decir lo que ya he dicho más de una vez:

“Hay dos modos de caminar; uno de ellos es moviendo los pies y haciendo un esfuerzo pues avanzamos sobre algo inmóvil; otro modo es dejar que el suelo se mueva bajo nuestros pies y entonces el esfuerzo no es más que el de mantener el equilibrio.

De este modo era que usábamos nosotros. Todo desfilaba a nuestro lado con una grandiosa lentitud; todo pasaba y se perdía hacia atrás. Lorenzo me dijo:

LORENZO

Creo que este descenso me hará mucho bien pues siento que, al descender, me acerco a ella, a mi Lumba Corintia; y ya, sin ella, no podía más allá arriba. Padecí todo el tiempo de un mal atroz. No pienses que exagero al llamarlo así: atroz.

Estoy descontrolado con el suceder del tiempo. A veces me apresuro y me apresuro inútilmente; luego me retraso. ¡Y siento ese pasar del tiempo!

Es algo horroroso, ya puedes creérmelo.

Luego el sexo, Onofre... El sexo es algo igualmente atroz si uno se fija detenidamente en él. Porque tiene una vida aparte y propia. Esta vida es, a menudo, más fuerte que la de uno.

Entonces corro hacia Benilde. Ella lo sabe de inmediato. Ella sonrío. Su sonrisa borra todo cuanto puede haber en nuestro derredor. Nos queremos puramente. La beso y la cojo.

Luego pienso que si ella no hubiese estado allí conmigo, habría cogido a cualquiera.

Cuando el sexo ya se ha calmado, entonces me siento frente a mi escritorio y —¡no te mofes, Onofre!— *se me escribe*.

Porque yo no soy plenamente consciente de lo que escribo. No, no lo soy. Hay siempre un recuerdo que gira y gira en mi mente; un muy lejano recuerdo. Creo que te podrá interesar pues es uno que se refiere a mi hermanita, a Jateña.

Veo todo lo que rodeaba a mi pobre Jateña momentos antes de su muerte. Está en cama, la pobrecita. Se apaga lentamente. Nosotros nos movemos sin hacer el menor ruido. El piso se ha hecho de goma. Hay un médico junto a su lecho. Todos hacemos esa serie de cosas que hay que hacer en casos semejantes, las hacemos junto con ir perdiendo la fe. Salgo un instante de su alcoba. Me echo en un sillón.

De pronto oigo un grito estridente. Veo a mi madre, *su madre*, que sale como una loca, gritando siempre:

—¡Se muere, se muere Jateña, se muere!

En efecto, Jateña murió.

Hablemos de otras cosas, mi buen Onofre. No sé por qué estos recuerdos han llegado ahora hasta mí. *Han llegado porque sí, porque nosotros vivimos una vida con este cuerpo*

y otra vida, sin duda más importante, que permanece con el pasado trayéndolo y presentándolo a nuestra conciencia.

Pero lo presenta de manera fugaz. Nosotros apenas si alcanzamos a coger un pedacito, un ínfimo pedacito. Luego lo olvidamos pues la vida nos distrae y nos lleva a vivir esta cosa diaria que siempre hay que vivir.

Con un estado de ánimo así partí a mi fundo, a La Cantera.

Al día siguiente de mi llegada salí a pasear, solo, lentamente. Saludaba a los inquilinos; cambiaba algunas palabras con algunos de ellos. Y seguía. Así llegué al bosquecillo de que tantas veces te he hablado, el bosquecillo en lo alto de una pequeña colina, cercana a las casas.

Me detuve unos momentos a contemplar... ¡no!, a respirar ese ambiente que allí había. Era un ambiente de abandono. Los trabajos se hacen ahora en otras partes. Por allí debe hacer ya largo tiempo que no pasa ni una máquina ni una nada; sólo queda un sendero para los que van de a caballo o, como yo, de a pie.

En aquel momento no había nadie. Era un día hermosísimo, un día de pleno Sol. Pero, como te digo, no había nadie. Sólo unos tábanos revoloteaban.

Así era fuera de mí, de mis ojos para las lejanías. Mas para dentro, de mis ojos para dentro, era muy diferente. Era allí, sí, nada más que allí, donde este abandono se producía. Y él vino a mí y me inundó entero, entero —¿me oyes?, entero.

Entonces mi madre corrió por casa y oí sus gritos porque ella, Jateña, moría. Alcancé a decirle, trémulo:

—Mamá, mamá, no grit..., dime qué pasa, mamá...

Vi que esos gritos no podría olvidarlos jamás, que allí estaban igualmente potentes... sí, te diría, igualmente actuales... No, no es así; igualmente *permanentes*... hoy, ayer, mañana, siempre.

Allí quedé.

Claro, allí quedé, en el bosquecillo, junto a árboles que me parecieron ser viejísimos o mejor, diría yo, junto a árboles que no tenían edad alguna.

Entonces bendije aquella carrera desaforada y esos gritos destemplados y, ante su evocación, me humillé.

¿Por qué?

Sí, por eso, fue por eso. Es lo que en ellos, en carrera y gritos, mejor dicho, en lo que ellos simbolizaban, en lo que eran de verdad, es lo que vi y sentí hondamente, hasta lo más profundo de mi ser: un llamado, un llamado que... Te lo voy a decir, Onofre, y oýeme bien, oýeme muy bien:

Un llamado desde otras regiones que me pedían ir hacia ellas.

Vino, de inmediato, el antípoda. Se alzó frente a mí, duro, duro, avasallador y, al mismo tiempo, sonriente y amable, con unos modales tan finos y prometedores que me hicieron recordar las tan corrientes entrevistas que tú, Onofre, tienes con Palemón, con ese Palemón de Costamota. Ya debes calcular a qué me refiero; eso es. Es mi mal, es el demonio que siempre se ha de anteponer a cuanto deseo llevar a buen fin: el sexo, el terrible sexo.

Tal es el obstáculo que tengo... tal es...

Sigamos nuestro descenso. Sigamos hablando de mi paseo, de mí mismo frente a la naturaleza abandonada. Yo me pregunto: ¿Está, la naturaleza, abandonada en realidad?

No, no lo está, Onofre. Porque ella tiene su vida propia, una vida que florece y se hace

inmensa apenas el hombre deja de inmiscuirse en ella. Pero tenemos que usar vocablos que ya es costumbre usar. Y sí es costumbre... A lo mejor no es más que un muy claro reflejo de las intenciones que hay en el fondo de nosotros.

Sí, Onofre, sí. Es una de las cosas ciertas que ha expresado don Irineo Pidinco; ¡los intrusos! Y puedo asegurarte que es algo en realidad espantoso ver la verdad, ver a esos intrusos haciendo su obra destructora y haciéndola con la satisfacción del hombre que hace lo que *debe hacer*.

Pero hay que llamarla así: la naturaleza abandonada. Yo no vacilaría en llamarla: la naturaleza floreciente.

Onofre, hay que ver a la naturaleza cuando florece lejos, muy lejos del llamado *cuidado* de los hombres. Pues empieza su lenta vuelta a su manera de ser. El hombre no tiene más que mirarla impotente. En realidad tiene razón don Irineo Pidinco al decir que aquí no somos sino intrusos.

¡Qué placidez, qué calma, qué serenidad la del campo!

A su lado me veo como un remolino de inquietudes, me veo yendo de un lado para otro lado sin encontrar jamás esa paz con que sueño, que sueño y sueño... Un sueño que queda en ese estado, estado de divagación y nada más. Porque la naturaleza, el campo, si tú quieres, está llevando su verdadera vida en otra parte... Sí, mi querido Onofre, en una parte invisible para nuestros ojos. De esa parte nosotros sólo vemos un extremo, una punta apenas, apenas, de sus manifestaciones.

Me di cuenta de esto en La Cantera. Naturalmente aumenté esta percepción mía a otros fundos, a todos los fundos, y a Chile entero con sus desiertos y bosques y con sus inmensas montañas que, al evocarlas, me causaron pavor. Estaba también el océano...

Aquí me calle. Me hundí en sus aguas. Pasaron ante mis ojos los peces, los moluscos, los precipicios que hay en sus profundidades, en fin, pasó todo, pasó y me hallé nuevamente en el bosquecillo de La Cantera, solo, junto a esa serie de árboles inmóviles.

Les dije, entonces, y creo que en voz alta:

—¡Sois vivos, sois movedizos! ¡Sois como es todo cuanto nos rodea porque sois espantosamente movedizos!

Luego pensé... ¿Pensar? No es lo que corresponde; expresarse con este vocablo de "pensar" es reducir lo que en esos momentos sentí. "Sentí...". Es mejor. No, aguarda; no es así. Aguarda.

Se sintió en mí.

¡Eso es! Se sintió en mí el Universo, el Total, algo enorme que, te lo puedo asegurar, cabía en mi mano...

No, no es una manera de hablar. Llegué al momento en que cesaron las magnitudes, que no tuvo ningún significado lo que expresan esos vocablos: pequeño, grande, ínfimo, inmenso.

Y La Cantera se movió. Con su movimiento todo se movió o... o... o quedó estático.

Había algo, entre mi fundo y yo, que me sobrecogía; algo que, a veces, me atemorizaba. En el fondo me hacía renacer la fe, la fe, ¡la fe!

La fe... ¿en qué? Es lo que sigo preguntándome: la fe ¿en qué? Porque veía, porque respiraba, en sus árboles, en sus quebradas, en sus lomas, en sus perspectivas, en todas sus partes, en todas, por escondidas que estuviesen, aspectos casi extraños que yo sé, yo sé—¡Sí, Onofre!—, yo sé que eran el comienzo, nada más, el comienzo de un, de un...

Callemos un momento. Me es imposible explicarme con estas tan toscas palabras. Callemos un momento.

El comienzo de un... Es tal vez la búsqueda permanente que me obliga a bajar, como ahora, a estos antros de bajo el mundo... a bajar y bajar para ver si, bajando, ha de aparecer la luz.

Sigamos, Onofre. Quiero volver a mis recuerdos del pequeño bosque de La Cantera pues aún estoy en él. Allí me hallo como estuve aquella vez, es decir, en éxtasis; allí estoy estático. Miro, miro y respiro profundamente.

Pero ese estado pasa en mí, parte, se va...

De pronto vuelve en los más extraños instantes; vuelve en los sitios más raros y en momentos increíbles. Entonces la naturaleza y yo... ¿Podré decir "la naturaleza"? No lo sé; ya sabes tú que tal es la manera que tengo para llamar lo que -a veces- surge de ella y me empapa. Otras veces surge de mí mismo. Pero el hecho es que surge y viene, entonces, esa rápida, esa casi instantánea comunión entre ambos.

Veo entonces estos fondos terráqueos; la veo a ella siempre ahí, viva y sonriente; como tú has de ver a Colomba. Ahí está mi mujer adorada, ahí está Lumba Corintia.

Ya sabes tú el resto; la isleta del Olor de Santidad o el cráter del volcán Llama o del Tupungato o del Quizapu o ¡qué sé yo!

No; no hablo jamás de esta comunión. ¿Escribirla? Menos aún. Pues ello es algo del silencio, del más absoluto silencio. No puede, ¡no! ser manchado con tinta.

Onofre, es algo de otro plano... Un plano para el cual no he visto nunca que haya un modo de expresión.

También voy, también me pierdo por entre sus árboles y, luego, me siento a reposar en un banco cualquiera. No, nada me perturba; corren los niños, pasan lentamente los viejos, se aman las parejas, todo el mundo sigue ahí su vida. En realidad, te diré, mucho me gusta el jardín de los Jerónimos.

¡Claro está! He tenido allí, momentos de esta que vamos a llamar "comunión". Momentos muy rápidos que están lejos de alcanzar... de alcanzar... la solidez que ellos van tomando aquí a medida que nos acercamos a ellas.

Recuerdo uno, uno que me pareció, sencillamente, extraordinario. Casi estuve en éxtasis pero, un minuto después, me encontré clasificándome yo mismo en tres categorías.

Sí, te las voy a decir:

Lorenzanto - Lorenzo - Lorenzuelo

Sí, por cierto, no está esta clasificación del todo mal. Puedo asegurarte que muchas veces la encuentro perfecta. Lorenzuelo... Es el que tú has conocido durante tanto tiempo, tu vecino de Fray Tomate, el amigo de los amigos y que con ellos bebe un trago.

Lorenzo... Es la lucha, la lucha despiadada: un hombre que huye y un sexo que lo persigue. La literatura ronda junto a él.

Lorenzanto... Caminemos, Onofre, descendamos; está allá abajo y me espera. Siento que se acerca. Caminemos, descendamos...

Por cierto; ellos conversan y, mutuamente, se dan enseñanzas. Las de Lorenzanto las recibe Lorenzuelo y las entiende muy, muy bien. Y, con la misma facilidad que las ha entendido, las ha olvidado minutos después.

¿Lorenzo, me preguntas? Dura un poco más con las palabras que ha escuchado.

Le saludo a usted, mi señor don Onofre, y puede usted creerme que es un alto placer hallarme frente a su tan esclarecido y penetrante pensamiento de usted. Sí, lo saludo y lo saludo.

—Gracias, don Irineo. Todos sus saludos los retribuyo.

—Tantas y tantas, mi señor don Onofre. Si no ve o no tiene usted inconveniente alguno, eso es, podríamos reposarnos unos momentos aquí, mejor dicho, allí porque esas que asemejan nada más que piedras duras, son, en realidad blandísimos y muy muelles asientos, como los usan ustedes en los salones.

—¡Bien, don Irineo! Sentémonos donde usted me indica.

—Tantas y tantas, don Onofre. ¿Se siente usted cómodo allí donde se encuentra? Puede usted creerme que así lo espero.

—¡Comodísimo y también puede usted creerme que estas piedras son el mejor y más muelle de los asientos encontrados por mí!

Ahora todo se había cerrado en torno nuestro; inmensas galerías se perdían hacia todas direcciones; por ellas pasaba, de cuando en cuando, una llamarada que perforaba las alturas y se perdía por entre los recovecos. De estos recovecos caía un líquido en fusión, pasaba junto a nosotros y se perdía ardiendo. Pero es lo curioso que el calor no aumentaba, ni con esos líquidos ni con esas llamas, seguía la temperatura dulce y, para valerme de un término de allá de la superficie, primaveral.

—¿Qué me cuenta usted, don Irineo? Hace ya tiempo que no nos veíamos. ¿Qué tal lo sigue pasando por aquí?

—Mi señor, si usted lo ha dicho es que tiene que ser así: ha pasado largo tiempo sin habernos visto aunque... aunque... Usted perdonará lo que pienso formular, pero es así, así, así.

—¿Qué cosa es así, don Irineo?

Él vaciló unos instantes y luego me susurró en voz bajísima como si estuviéramos llenos de oídos indiscretos:

—Es sobre, sobre... el tiempo, mi señor don Onofre. Voy a tomarme la osadía de advertir a usted que nosotros aquí, en estos tan hermosos paisajes que nos rodean... sí, eso es... no usamos los relojes como allá pues el tiempo nos es inexistente. Para... digamos, sí, eso es, para ustedes y para mí también cuando vivía allá en San Agustín de Tango, era el tiempo algo apremiante, en realidad apremiante.

—En cambio aquí, don Irineo, en cambio aquí...

—Oso decir a usted, mi señor, que su claro cacumen ha cogido esa idea del tiempo, la ha cogido a las mil maravillas.

—Hablemos, entonces, como si yo perteneciera ya a estos mundos y me será gratísimo oír sus recuerdos e impresiones.

—Tantas y tantas gracias, don Onofre.

—De nada, don Irineo.

PIDINCO

Sí, todos esos que usted tiene la bondad de llamar recuerdos, todos ellos están presentes en mí, podría decir que viven en mí. Usted ha hablado o ha oído hablar —esto me es algo difícil delimitar si lo ha oído o han sido cosas elaboradas por su tan, tan excelso cacumen—, en fin, se ha hablado de los “intrusos”.

¡Esos intrusos! No, no, mi señor, a usted no lo considero tal. Usted debería creerme

pues es la realidad perfecta, sí, señor, la realidad perfecta de lo contrario de un intruso. Aunque, usted ha de perdonarme, pero es el caso, sí, el caso de... Eso es, señor mío; quiero ponerme a tono con su tan alta mentalidad. Es siempre muy grato ver a..., a... Claro está, estamos en planos diferentes y, por eso mismo, hay que ver que hay planos diferentes y, por eso mismo, hay, hay... ¿podría decir que hay un plano superior donde podremos juntarnos y no ser más que uno?

Pero he hablado yo de los intrusos, de esa calidad que tomamos en la... Voy a llamarla: "la superficie", si usted no ve inconveniente para ello.

Tal fue mi verdad en la superficie: siempre encontrarme un simple intruso. Es algo muy triste, mi señor. Pero, al fin y al cabo, si yo era un intruso, por cierto que tenía que haber muchos más, muchísimos más. Eso es, yo nunca me he encontrado... no, nunca. Me ha de comprender usted, don Onofre; nunca me he considerado una excepción, nunca, nunca.

Me vino una idea que, en aquel entonces, juzgué genial. Así es, naturalmente, sin perder, ni por un minuto, la idea que dominaba a éste de considerarse genial: yo era... yo era... En fin, su claro cacumen de usted lo ha de ver con claridad.

Exactamente, mi señor don Onofre. Uno de tantos. Pero mi idea genial era la de que estos tantos se apodaban, o eran apodados por los demás, con otros nombres, eso es, otros nombres.

Mi idea genial siguió adelante. Y se cristalizó en este propósito: Ir a casa de don Ascanio Viluco y pedir a don Ascanio que me permitiera consultar su *Diccionario de Ideas Afines*.

Lo sabía, mi señor, lo sabía. Don Ascanio es un ser de los que son considerados como seres superiores. Pero yo insistí en esa intención mía y fui a verlo. Usted me perdonará pero yo no conocía otra persona que poseyera un diccionario así; no son tan abundantes los hombres superiores, no, no lo son. Así es que fui a visitarlo. Fui, mi señor, fui. Un día cualquiera, un poco antes del almuerzo, un poco antes, es decir, el tiempo suficiente para ver esa idea afín que me preocupaba.

El señor don Ascanio es muy buena persona. Sí, sí, puedo asegurarlo. Me recibió inmediatamente y me hizo pasar a su gabinete, un amplio gabinete. Imagínese, señor don Onofre, que él mismo cogió ese diccionario y me lo pasó. Al pasármelo me dijo:

—Aquí está, don Irineo, aquí está. Consúltelo usted con toda calma. No se preocupe por la hora. Está usted convidado a almorzar y le daré su plato favorito.

Yo quedé confuso y osé preguntar:

—¿Qué plato es ése, señor?

Él respondió:

—Un plato de garbanzos.

Usted ha de recordar, don Onofre, que tal plato o tal guiso, como creo mejor decirlo, que tal guiso, el de los garbanzos, era, en aquellos tiempos, mi... mi... deleite, mi fascinación, eso es, pues llegaba a producir en mi paladar una que no creo exagerar, no, no lo creo, al llamarla "hechicería".

Oso suplicar a usted, don Onofre, que no vaya a sospechar cosas que nunca he tenido; las palabras como la que acabo de citar, la palabra de "magia", la palabra "tramoya" y la de "incubos" y esas "almas en pena" como las "varitas de virtud", me han sido siempre cosas que no están conmigo, no, no lo están, puedo asegurarlo y su alta sapiencia... espero lo ha de comprender, mi señor.

Muy justa su observación, señor mío. Pero me permito pedir a usted que se digne

reflexionar unos instantes. Las Guaxas... es otra cosa, señor don Onofre; ellas son una realidad tan real como esa montaña que se balancea dulcemente aquí al frente de nosotros. Las Guaxas... Es otra cosa. La penetración de su intelecto lo ha visto y es lo que yo le agradezco a usted con toda sinceridad.

Pero charlábamos de aquel diccionario, del que posee el distinguido señor don Ascanio Viluco. Estudié ese diccionario; luego comí un plato de garbanzos; volví a estudiar el diccionario; comí otro plato o guiso de garbanzos. Y voy a decir a usted el resultado de mis estudios:

¡Oh, columnas y más columnas impresas y con letra pequeña! No es exagerar al decir que creí marearme... Pero mi cabeza, gracias a estos guisos de garbanzos, digo yo, gracias a ellos quedó incólume. Recuerdo que vi las palabras: "extraño", "extranjero", "intrusión", "intruso", "inmigrante", "disconformidad", "rareza" y, créamelo usted, ¡no sé cuántas más! También vi "intempestivo" y "ex abrupto" y así seguí y seguí leyendo. Al fin tuve que preguntarme:

—¿Qué seré yo en buenas cuentas?

Y no lo supe, mi señor, no lo supe. Me dije, para mis adentros, por supuesto:

"Soy un intruso intempestivo...".

Comí más garbanzos.

Me despedí de don Ascanio.

Tal vez... Creo que sí, señor mío: "Ex abrupto". Pero no hallé la manera de colar esta palabra con la de "intruso".

Volví a mi casa. Volví mientras la cabeza me daba vueltas. Por ella pasaba lo que era mi *hobby* en aquellos tiempos, los garbanzos, los garbanzos bien preparados como tuvo el honor de hacerlo ese tan distinguido señor, don Ascanio Viluco. Pero iba yo desorientado, sí, desorientado pues, puede usted creerme, una preocupación me atormentaba en lo más hondo. Llegué..., llegué..., llegué...

Sí, voy a decírselo a usted don Onofre. Llegué, junto con llegar a mi casa, llegué a lamentar... ¡Oh, me da cierta vegüenza ver que se puede llegar a la propia casa y además llegar, como si fuera otra casa de uno, llegar a... a lamentarlas, a lamentar la ausencia de ellas, de ellas, mis Guaxas!

Eso es. Es vergonzoso pero es así: llegaba a mi casa y llegaba a echar de menos a las Guaxas.

Claro, claro, su sapienza es inmensa, mi señor don Onofre. Ellas distraían, cambiaban el ambiente, y esto es muy importante para un intruso intempestivo. Una distracción, ¿cree usted que puede ser un mal acto? No, no puede serlo, mi señor. Y si usted piensa como yo, no hay duda, no puede ser un mal acto.

Pero esto lo veo ahora, aquí frente a estos paisajes cambiantes. Allá... usted perdonará, allá era otra de las preocupaciones que me acongojaban, la aparición de las Guaxas. Y ahora, en mi casa, oso proclamar en voz alta, muy alta, que las echaba de menos por no hallarse todas ellas ahí, ahí seduciéndome y yo dejándome seducir.

Total: ¡era algo horrible, señor mío! ¡Vengan Guaxas; que no vengan Guaxas; vengan; no vengan!

Tiene usted razón; su sapienza es infinita. También lo he pensado yo y también lo pensaba allá, en la superficie. Ya aquí, sí, señor... sigo pensándolo y sigo.

Claro está, puedo precisar mi pensamiento. Es éste:

"¿No eran las Guaxas un castigo que se me enviaba?"

Aquí, nuevamente, pude hacer la misma observación que, momentos antes, había hecho tanto con vivos como con muertos:

Nos comunicábamos sin mover los labios, sin hacer vibrar el aire. Bastaba nuestra presencia y ella abría lo que había en nosotros. No teníamos, pues, que tener cuidado alguno de decir algo fuera de lugar, algo *bajo* nuestro íntimo pensar o algo *sobre* él. Yo, ahora, lo traduzco como puedo.

¡No, mi señor! Creo ahora, en medio de estos tan hermosos paisajes, frente a esas montañas y a esas selvas, frente a esas magníficas ciudades que van y vienen, frente a...

¡Oh, usted con su alta sapienza me ha de entender perfectamente! Porque a usted lo considero, mi gran señor, un habitante de estos mundos y diviso esa superficie, la diviso...

Muy justo lo que usted ha avanzado, mi señor don Onofre, muy justo. Es un momento por el que hay que pasar y nada más. Y ese momento hay que aceptarlo con lo que él nos presente: a mí fue con esas Guaxas. Pero había una compensación: los garbanzos.

Ellas ya han cumplido su misión, señor mío, ya la han cumplido. Pero permítame un pequeño paréntesis: ¿osaría preguntar a usted si prodría llamarlo "gran amigo"?

Tantas y tantas.

Le decía a usted, gran amigo, que ellas cumplieron ya su destino, como lo cumplió Eufobina Colliguay y Paulina Corcho y tantas otras. Claro está, gran amigo, claro está, la recuerdo aunque sólo sea por haber oído hablar de ella: Tártara Tigre. ¡Terrible Guaxa! El pobre Artemio Yungay debe, en estos momentos, guardar un nefasto recuerdo de aquellos días de Melichaqui.

Hice bien en soportar la superficie, mi gran amigo. Hice bien en soportar los sinsabores que aquella vida nos presentaba, aquella vida de la superficie.

Cada vez lo veo mejor; ¡he cumplido con mi destino!

Por eso ahora soy feliz, ¡feliz sin Guaxas ni garbanzos!

Sí, mi señor... ¡Oh, perdón! Sí, mi gran amigo. Estos intrusos intempestivos me perseguían por todas partes. Recuerdo algo que deseo contar a usted, mi tan grande y distinguido amigo. No, no crea que será largo y si lo es... agradecería a usted que me lo advirtiera. Porque yo no estoy sujeto a esos aparatitos que allá llamábamos "relojes". Aquí, usted comprende...

Sí, mi gran amigo, es así.

Pero hablemos de ese recuerdo mío. Oso hacerlo pues veo en su rostro una cara de satisfacción; claro está, podría haber dicho que veo en su cara un rostro de satisfacción.

¡Cuánto se pierde de tiempo al hablar! Y nosotros no hablamos, no, no hablamos. ¿Lo había notado usted?

¡Oh, discúlpeme usted, mi gran amigo! Mi osadía ha rayado más allá de los rayos que es posible trazar, eso es, posible trazar. Sí, tiene usted que disculparme por esa tan torpe pregunta que se ha escapado de mis... de mis... En fin, usted me ha de comprender, sí y sí, me ha de comprender dada su altísima sapienza. No debí haber, ni siquiera imaginado... no... no...; debía haber evitado esa pregunta: "¿Lo había notado usted?".

¡Se dicen tantas cosas inútiles, mi gran amigo! Y yo... yo que quería hablar a usted de esa vez, allá en la superficie, de esa vez... en el bosque de Guayacán... Es muy hermoso, por cierto. Si su sapienza lo ha proclamado... El bosque de Guayacán y su vasta sapienza.

Fue en aquel bosque, una vez que me paseaba bajo sus árboles y contemplaba la vida diminuta de pequeños insectillos, fue allí que fui atacado por esta idea de los intrusos. Y,

acto continuo, fui atacado por otra idea que me traspasó como... como... como una bala. Voy a permitirme condensar esta idea:

¡Qué distancia enorme existe entre los hombres y la natura; qué distancia enorme!

Y me pregunté:

¿Qué hacemos nosotros en la natura?

No encontré respuesta alguna, no, no la encontré. Tuve que volver, eso es, tuve que volverme a casa, considerándome un simple, un vulgar intruso, un ser que no está en su verdadero domicilio, que está de paso, alojado y nada más.

Diré a usted, mi gran amigo, que casi lloré.

De pronto me detuve y miré a mi alrededor. Un miedo, una especie de pánico empezó a cogerme. No sabría decir de qué. Es que, digo yo, vi una tan inmensa diferencia entre la natura y nosotros los hombres que me sentí anonadado. Quise salir de allí, de ese bosque y caminé en dirección al auto que allí estaba, el auto de don Ascanio Viluco. Pues él me había conducido hasta el bosque, sí, él. Tenía no sé qué cosas que hacer y como no le gustaba viajar en auto sin compañía, pasó a buscarme y me llevó con él.

Eso es, estimado amigo, eso es. Caminé hacia el auto y, al dar un paso, reventé a una cucarachita que hacía afanosa su vida.

Entonces tuve un miedo atroz, mi señor, mi amigo o lo que usted quiera; un pánico sin igual. Sí, sí; voy a decírselo a usted:

Vi que como yo había reventado a esa cucarachita, así podrían reventarme a mí esos árboles que no se movían.

¡Oh, oh, oh! ¡Sí, sí, se movían haciendo sus vidas, unas vidas a otro ritmo! Y este ritmo, mi querido don Onofre, no nos tomaba a nosotros para nada en cuenta, para nada. No vi mala voluntad, no, no la vi. Pero vi indiferencia y una... una fatal indiferencia.

Corrí al auto. Un minuto después llegaba don Ascanio y juntos nos alejábamos.

Eso es y nada más, lo repito, nada más. Falta en nosotros la plenitud como la tienen los árboles y las yerbas y las aves y los insectos... Usted me ha de comprender. Su sapienza, mi gran amigo, su sapienza...

Nada puedo avanzar. Pero usted es un hombre feliz. No tiene más que lanzar su cacumen con su sapienza, lanzarlo hacia adelante, y entonces, don Onofre, se abrirán los misterios que hay aquí, que los hay en todas partes, sí, eso es, en todas partes.

Todo el tiempo que estuvimos juntos, pude notar que su rostro se dibujaba con nitidez y se formaba como un rostro de la superficie. ¡Era el suyo, con su nariz aguileña y su calva! Luego se desdibujaba y llegaba a desaparecer. Pero seguíamos siempre lado a lado y formando parte de ese mundo que nos rodeaba o que nosotros rodeábamos.

Nuestras palabras no eran sonoras. Podría decir que estábamos en el más absoluto mutismo. Y ahora me pregunto si estábamos solos allí donde estábamos.

El sentido de las magnitudes lo había yo perdido como había perdido el de las distancias. Ya no podía decir que nos hallábamos en el interior de la Tierra. Prueba de ello es que, de pronto, éramos tres: don Irineo, yo y... ¡Maribel!

Junto con aparecer Maribel, don Irineo Pidincó desapareció. Maribel me miró risueña. Me murmuró:

—Ono, Ono... ¡Cómo descuidas la Tierra! ¡A qué distancias te lanzas! Y esto lo haces para charlar con don Irineo... Ya estás rayando en lo prodigioso, ¡Uuuuuuuuuuuuuuuuy! Sencillamente en lo prodigioso. Y sigues igual, igualito, igualitito. ¿Verdad, mi tan bueno y siempre galante Ono?

No supe contestarle de inmediato así es que me puse a carraspear repetidas veces. Pero al fin la carraspera obró en mí y, sin más, le argumenté:

—Maribel, ¿por qué me habla usted de distancias? ¿A qué vienen esas distancias a mezclarse aquí? ¡Explíquese, Maribel!

—¡Uuuuuuuuuuuuuuuuy! ¿Te has enfadado, mi buen Ono? —y sus ojitos relampaguearon.

—Maribel —le dije—, al fin y al cabo el centro de la Tierra no está tan sumamente lejos. Cualquiera puede llegar a él si acaso conoce las entradas apropiadas, como ser, los matorrales de la Isla del Olor de Santidad, o cerca del taller subacuático de Rubén de Loa, o el cráter del volcán...

—¡Oh, calla, Ono, por favor! Podrás moverte a distancias inimaginables pero siempre tu mente quedará adherida a las ideas terrenas y más terrenas.

Me miró entonces con ojos que eran pura malicia y, con un dedito levantado para que yo no hablara, me dijo simulando una gran preocupación:

—Me pongo en tu mentalidad, mi buen Ono, y me parece que, con esa mentalidad, estaría sobrecogida al verme, de pronto, nada menos que en... en... en...

—¿En qué, Maribel? No atino a comprender lo que usted me quiere decir, no atino.

Ella exclamó:

—¡En Antares!

—¿Qué es eso de Antares, Maribel?

—¡Una estrella! Y... ¡qué estrella, mi buen Ono! Dime, ¿qué te ha traído hasta acá?

—No lo sé. Aquí me encuentro y es todo. Tal vez... para verla y encontrarme con usted.

—¡Uuuuuuuuuuuuuuuuy! Lo piropero no se te borrará jamás pues viven ustedes allá de piropos y requiebros. Pero déjame explicarte en muy poquitas palabras lo que significa esa tan rara de Antares. ¿Quieres, mi buen Ono?

—Por cierto —respondí—. La escucho a usted.

Y Maribel calló. Hubo el más completo silencio. Miré alrededor mío y, de verdad, me extrañé. Aquello no podía ser el centro de la Tierra. Una planicie inmensa, inmensa y toda de fuego —¿sería fuego?— que nos tragaba y nos sacaba fuera para volvernos a tragar; unas montañas colosales que ya estaban frente a nosotros como yacían a nuestros pies; las llamas devoraban todo y luego venía la calma. Pero en mí no venía. Hubiera querido desaparecer muy lejos; hubiera querido correr y llegar a la plazoleta Fray Tomate, traspasar el umbral de mi casa, subir al 6º piso y guarecerme en la calma; hubiera querido...

La voz de Maribel me volvió en mí:

—¡Uuuuuuuuuuuuy, Ono, Ono mío! Veo que no tienes costumbre de viajar por las constelaciones. Yo te había hecho viajar un tanto en otros tiempos, ¿no lo recuerdas?

Pero... no importa; ¡ya te acostumbrarás! Y no te olvides, mi buen Ono, que yo iba a explicarte lo que significa esa palabra tan rara de Antares. ¿Lo recuerdas?

Le respondí:

—Sí, Maribel, lo recuerdo. Usted iba a explicarme lo que es eso que se llama Antares.

Ella rió y rió. ¡Qué linda, qué fascinadora es la risa de Maribel! Pero de pronto dejó de reír y guardó silencio poniéndose muy, muy seria. Sin embargo sus ojitos reían a más no poder.

—¿Por qué ríe usted, Maribel?

Me dijo:

—Porque ahora, con tu presencia, Ono querido, veo que tengo una testa de superficie. Claro está: la superficie trae la mentalidad de los seres que la habitan. Entonces me he acordado de un cuento, de esos cuentos que hacen reír. ¿Quieres que te lo cuente, Ono? Es un chiste y, tal vez, podamos reír juntos. ¿Te lo cuento?

Accedí. Habría accedido a cualquier proposición de ella. Maribel contó su chiste:

—Es un grupo de hombres muy sabios y que admiraban a otros hombres más sabios aún. Y estos hombres estaban sorprendidos de lo que sabían estos más sabios... ¿Me oyes, Ono? ¿O estás distraído?

—¡Oh, no, Maribel! La escucho a usted punto por punto.

—Entonces uno de ellos dijo que era algo fantástico saber tanto como sabían esos más sabios. Sabían —y fijate bien, Ono mío— la distancia a que se hallaban los planetas y las estrellas y las más lejanas galaxias. Y otro les dijo que eso no era nada pues sabían también la densidad de cada estrella. Y otro dijo que eso no era nada pues también sabían... Pero estás algo distraído, Ono querido; tu mente va y vuela hasta la plaza de La Casulla, ¿verdad?

—¡Oh, no, Maribel! ¡Qué plaza de La Casulla ni qué nada estando aquí donde estoy! ¡Y estando con usted, Maribel!

—Calla, Ono, calla. Tu afán de galantear no es posible que te lo quites. Y yo perdiendo el tiempo al contarte lo que admiraban esos hombres tan sabios...

—¡No, no pierde usted su tiempo, Maribel! Créame que estoy muy interesado por saber la opinión de esos hombres y más aún puesto que ella se refiere a Antares... ¿No es así?

—Sí, justamente, se refiere a Antares; entonces vas a oírme sin pronunciar palabra. Te iba a decir que otro de ellos dijo que se conocía la velocidad a que se movían las estrellas. Y un último, el más sabio de todos, les dijo que todo eso no era nada pues se había llegado a saber... ¡hasta el nombre de cada estrella!

Me reí de buena gana y, riéndome, nos columpiamos sobre las llamaradas de Antares, un vaivén de muchos, de muchísimos millones de kilómetros. Al fin tuve que decir a Maribel:

—Esto es más inmenso, es algo, algo que... Me falta el vocablo para calificarlo y clasificarlo debidamente.

Ella entonces:

—Me voy a poner en la mentalidad de San Agustín de Tango. ¿Ves? Ahora tenemos una mentalidad igual. Con esta mentalidad, Antares tiene un diámetro de 300 veces mayor que el Sol y da una luz que han dicho que es 2.000 veces más potente que la luz solar. Si tú lo colocas con su centro en el centro del Sol, su periferia abarcaría hasta un poco más allá del planeta Marte; es decir, cabría, dentro de esa periferia, el Sol, la órbita de Mercurio, la órbita de Venus, la órbita de la Tierra, con la ciudad de San Agustín de Tango y todos los sueños que tú, mi buen Ono, haces ahí. Y cabría la órbita de Marte y todavía nos

sobraría un poquitín. ¿Te das cuenta, mi Ono querido? Y piensa ahora, ¿quieres?, piensa que te hallas en la superficie de Antares. ¡Uuuuy qué viaje tendrías que emprender si Colomba tuviera la idea de habitar este centro! Dejémosla donde se encuentra, sí, donde se encuentra. Pero, ¿qué meditas, Ono, que has caído al más profundo silencio?

Me sacudí y, al fin, pude decir:

—Me doy cuenta perfectamente de todo lo que usted ha dicho, me doy cuenta y lo veo con claridad. Esto de Antares es algo sencillamente formidable. Pero, en realidad, no alcanzo a hacerlo una idea que pueda caber en mi mente; me queda como una simple teoría, como un conocimiento, diría, fuera de mí mismo. No lo realizo, este conocimiento, no. Si usted me dice, por ejemplo, que un perro es de mayor tamaño que un pajarito y que es de menor tamaño que un elefante, sí, lo entiendo y lo realizo. Pero al hablarme de nuestro planeta, del Sol y de este tremendo Antares... Bueno, le diré a usted que ahora sé algo más que yo sé y allí quedo. En cambio para usted, Maribel...

—Calla, calla, Ono; aunque te llevara mil veces más lejos y a estrellas como es Epsilon Auriga que tiene un diámetro de más de 2.000 veces el del Sol, quedaríamos en el mismo punto: sabrías una teoría más y tu ser seguiría paseándose por la avenida Benedicto XXX. ¡Eres un perfecto terráqueo! Y yo sólo te estoy mostrando el Universo tal cual lo sueñan los sabios del mundo entero... incluso esos que van por la avenida Benedicto XXX para llegar a sus casas y dar un beso a sus mujeres. Después comerán y se meterán a la cama hasta el día siguiente. ¿No es cierto, mi buen Ono?

—Sí usted lo dice... ha de ser cierto.

Me cubrí la cara con ambas manos. Volví a sentir ese balanceo tremendo que me confundía con lo infinito. Alargué una mano y cogí la de ella. La apreté con pasión. Al fin alcé los ojos y creo que le supliqué:

—Maribel, hágame ver cómo ve usted todo esto que, como usted lo ve, así ha de ser. Se lo agradecería tanto, tanto. Hágalo por el que fue su hermano, por Lorenzo Angol y por la que usted fue en otros tiempos, por Jateña. ¿Quiere, mi Maribel?

Pero ella volvió a reír desenfadadamente. Al fin, entre risa y risa, me dijo:

—Vas a tener que nacer muchísimas veces más para que logres ver, para que puedas penetrarte de estas visiones... directamente, sin esas evocaciones de Lorenzo Angol y sin esos recuerdos míos. Pero... ¡mira será mejor, mi buen Onito! ¡Abre bien los ojos! ¿Qué es eso?

Ante la evidencia tuve que responder:

—Es el Ayuntamiento de mi querida ciudad.

—Y dime, Ono, ¿dónde estamos?

Me bastó una rápida mirada y respondí:

—En la plaza de La Casulla.

—Y Antares, ¿dónde está?

—Esperemos que venga la noche; ahora no se puede ver.

Ella volvió a reír y se tomó de mi brazo. Entonces, acercándose bien a mí, me dijo mientras sus ojos chispeaban:

—¡Eres incorregible, incorregible! Pero, después de todo, ¿serás tan incorregible, Ono mío? ¡No, no! Eres una... una...

—Soy una, ¿qué, Maribel?

—Una esperanza, una esperanza grande, mayor que la distancia que hay entre esta Tierra y Antares.

—¡Ese es el mejor cumplido que jamás se me haya dicho, mi tan enorme, mi planetaria, mi estelar Maribel!

Seguí mi descenso con toda lentitud. Ahora estaba solo; no había ni Maribel, ni don Irineo, ni Lorenzo, ni nadie; ni siquiera oí ese bramar de Baldomero Lonquimay. Ante mí se extendía una galería larga y solitaria vagamente iluminada. San Agustín de Tango también se había desvanecido.

Miré para todos lados... ¡Nada! No vi paisajes, no vi selvas, no vi mares ni desiertos. Pero en mi imaginación vi anticipadamente a quien me esperaba allá al centro de la Tierra, te vi a ti:

¡Colomba!

197

Ningún paisaje en torno de ella.

Allí estaba sola, inmóvil, muda. Y una sonrisa vagaba a su alrededor. Una sonrisa que llegó hasta mí y dobló mis rodillas.

Besé sus pies. Sentí su mano sobre mí. Alcé los ojos. Murmuré:

—Colomba...

Y dejamos que la paz reinara. Poco a poco. Dejamos que el ruido y el bullicio se alejaran. Para eso esperamos que los siglos fueran desgranándose uno tras otro y creando, en su sitio, el siglo único del acontecer eterno. Pude exclamar ahora:

—¡Colomba!

Y sonó la voz del completo silencio, una voz que no sé si era la mía o si era la suya... si no era nuestra... si era de ambos... Una voz que se mecía, que ondulaba, que pasó por las más lejanas estrellas y las trajo a nuestro lado, que se introdujo en los más pequeñitos recovecos e hizo, en ellos, crecer a los microbios hasta causarme pavor. Pero el pavor no podía durar allí; vi que él existía y gobernaba como gobierna Palemón de Costamota. Vi que, a su lado, está la beatitud y que, todo entonces, no es más que una palabra, ¡una palabra!, a la que debo obedecer.

Volví a gritar esta palabra y fue un murmullo el que salió de mis labios, un murmullo más fuerte que el reventar de todos los truenos que ya han reventado y ya reventarán; volví a gritarla en un murmullo; este murmullo, sonoro en el silencio, fue:

—Co-lom-ba...

Entonces hablé sin pronunciar palabra. Entonces Colomba habló sin pronunciar palabra. Y los siglos siguieron desgranándose, ahí, en la paz, en el silencio, fuera de nosotros mismos.

Yo
Ahora veo tu paz, Colomba. Ahora traigo la mía como se trae un objeto que no es nosotros mismos. Aquí deposito este objeto. Quiero, Colomba, que marches sobre él, que entierres tus finos y agudos tacones y, al enterrarlos, podamos ver qué hay dentro. Tú lo verás desde tu paz serena; yo miraré tu paz.

¡Y veré, Colomba! Veré que tú nada necesitas. Ante esta visión me doblegaré y continuaré, con tu ayuda, en ese trabajo de que te he hablado ya:

No quiero saberlo. Tú puedes estar viva o puedes estar muerta. Tú estás y... ¡eso basta!

Y huyamos, mujer mía, huyamos que estoy perseguido. A veces soy alcanzado y domado —¿me oyes?—, domado como una fiera, como esa pantera que vi, hace mucho tiempo, en un circo que pasaba, con gran bulla, por mi ciudad, por San Agustín de Tango, o por Santiago.

¡Ahora lo veo nuevamente! Somos muchos los que vamos a su gran estreno! ¡Sí, claro está, él es, Richepin! Todo es motivo de risa, todo, menos... la pantera. Ella es motivo de terror. Miremos, será mejor, para otro lado; engolfémonos por estas callejuelas que hay en torno al circo; metámonos en esta puerta entreabierta; sí, tal vez la han dejado así para que nosotros, tú y yo, podamos escondernos y no ser vistos por la pantera ni por Richepin ni por nadie.

Pero... él nos ha visto. Hace un signo y entonces tú, Colomba, te pierdes en las profundidades de las estrellas y, desde ellas, sonrías y esperas mi llegada.

Ahora no puedo ir. Estoy retenido aquí por... Tú lo sabes, lo sabes. Por Onofre Borneo y este Borneo tiene cientos, tiene miles de ocupaciones que no pueden tardar en su inmediata realización. Así es que... ¡a la obra! Borneo es un cumplidor de las órdenes de aquel regimiento.

—Atención.... ¡fir!

El himno nacional se oye a lo lejos. Yo estoy en un balcón con mi padre. El presidente pasa y saluda a lado y lado. Es hermoso ver pasar a un Presidente de la República. Borneo está muy, muy, locamente emocionado y, por eso, aplaude. Onofre Boroa llora, se retira, levanta una mano y dice, dice, sin que nadie lo oiga, dice en el silencio que hay ahora junto a nosotros dos:

—¡Adiós! ¡Adiós!

COLOMBA

Hasta que, al fin, te has zafado de ese doble tuyo que siempre te perseguía y has visto que el centro de este planeta es igual al centro de todos los planetas. Y todos ellos son iguales al de todas las estrellas. Y el de las estrellas es igual a lo que cabe en la palma de tu mano.

Dime, Onofre Boroa, ¿has pensado alguna vez lo que hay y, sobre todo, lo que podría haber sobre la palma de tu mano?

Ahí tienes un tema para hacer literatura; hasta que tu mano se deshaga y tengas, entonces, que subir a tu mente.

¡Trabajo extremadamente arduo! Trabajo que inclina la frente y separa a los amigos. Trabajo de la soledad...

Callemos. Dejemos que nuestros cuerpos respiren.

Inclinemos nuestras frentes.

Ya el bullicio externo ha cesado.

Ahora pasan los siglos en su suceder invisible para nosotros. Es esa invisibilidad la que tú debes ver y debes:

¡Fundirte en ella!

¡Haz recuerdos, Onofre! No, no hagas ningún recuerdo. Deja que lo acaecido a tu lado resuene en ti.

¡A mí debes comunicarte!

Los siglos pasan. Los siglos no se mueven.

Yo

Vuelve la superficie. En ella he visto a Romualdo Malvilla. Malvilla quiere ir a las letras, quiere fundir fuera de él lo que ha sucedido. He visto a Javier Licantén que ahora huye de las letras. Los he visto el mismo día y casi enseguida.

He pensado —o se ha pensado en mí— si esto no es algo literario: uno que huye de las letras; otro que a ellas se acerca. Y ambos me han dado sus razones, razones valederas que he superpuesto y que siguieron manteniendo su valor.

De pronto he visto a Onofre Borneo. No me ha hablado. Ahí estaba a mi lado y callaba. Entonces te he visto a ti, mi Colomba, y todo mi ser ha sentido la distancia que nos separa.

He visto más:

He visto a Onofre Boroa que se alejaba solo con aquel que he llamado Cero. Juntos se dirigían a Juan Emar.

Entonces he gritado:

—¡Yo soy el encargado de llegar a ti, puerta maravillosa; yo soy el encargado de quedar sobre tu umbral y bajo tu dintel indagando lo que ha de seguir más allá!

Ví esta puerta, ví este inmenso pórtico. ¡Sí, allí estaba! Allí estaba queriendo cumplir su cometido en este mundo.

Me acerqué a esa puerta. O creía yo que me acercaba. Creía tan sólo pues a veces fallaba y me alejaba de ella; a veces era lo contrario y me hallaba en medio de ella. Estiraba los brazos y mis manos tocaban ambas jambas. Bajaba los ojos: veía el umbral; alzaba los ojos: veía el dintel. Estaba en la puerta aunque, del otro lado, era una neblina oscura, muy oscura, que, de cuando en cuando, era cortada por pequeñas luces que pasaban y se apagaban.

En estas pequeñas luces, movibles como luciérnagas, oía la voz de Juan Emar.

¡Sí! ¡Tú tienes razón, Colomba! Como la tiene Rubén de Loa:

“Las obras *están* y uno se acerca a ellas.

Tal es nuestro sendero: acercarse, tocarlas y vivificarlas.

COLOMBA

O que ellas a nosotros nos vivifiquen.

Yo

Pero ahora estoy fatigado de este ajeteo permanente de la superficie. También lo estoy de este medio fondo de la Tierra con sus muertos que me han de llevar a la verificación de cómo se vive en las ciudades y en el mundo entero.

Sí, es claro que, antes de encontrarme frente a ti, me encuentro con Celso cuya voz insonora disipa los males que hayan podido sentar plaza en mí. Pero no depende de mi voluntad hallarme con él; él parece guiado por otros destinos y, entonces, bendigo que su destino y el mío hayan podido encontrarse.

Y también está Maribel. Ella también refresca lo que se enmohece en mi interior. Pero las líneas de su existir son como las líneas de él, de Celso: yo las atisbo y luego se me pierden. Ellos son una cosa que vuela, que huye, que aparece y desaparece. Estoy a merced de esos otros destinos y yo tengo, adherido al mío, que esperar y nada más. Es la vida dirigida desde otros puntos. Uno... esperar.

Ahora quiero *vivir junto a ti*, mi Colomba. Ahora veo y aprecio en el último fondo de mi ser esa paz inmóvil en que tú estás.

Te lo vuelvo a repetir:

Ahora veo tu paz; ahora traigo la mía y la deposito a tus pies para que tú, con tu poder impávido, nos fundas a ambos: esa paz y este ser que siempre sufre.

¡Colomba! ¿Qué haces? ¿Qué me das?

COLOMBA

Onofre, lee. Esto hace ya tiempo que tú lo escribiste. Verás que no has cambiado enormemente. Antes, acaso, eras más violento y ahora es el cansancio el que te mata.

¡Lee, Onofre Boroa!

Cogí el libro que ella me alargaba. Era *Un Año*. Estaba fechado en 1935, es decir, hace ya 28 años atrás. El libro se abrió y yo leí:

JUNIO 1º

Hoy he vivido de furia en furia, rebotando así, una, dos, tres; una furia, otra furia y otra más.

Primera:

Salí de casa. Frente a la Escuela de Altos Estudios Politécnicos había un grupo de viejas harapientas que hacían cola al lado de la puerta principal. Por cierto estaban en espera de algo; pero... ¿qué pueden esperar once viejas de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos?

Esta pregunta me atravesó como un proyectil. ¿Qué pueden esperar? Y fue suficiente: la furia me dominó.

Pues, al fin y al cabo, yo iba por las calles y pasaba frente a dicha escuela: 1º) gozando de todas las prerrogativas de libertad de que es acreedor un ciudadano honesto; 2º) gozando ampliamente de mi propia libertad que, desde el momento de despertar, había decidido no formular a mi mente pregunta alguna.

Sin embargo, apenas llevaba cien metros andados, once viejas me clavan en la acera impidiéndome las libertades republicanas; y una pregunta se yergue desmintiéndome las afirmaciones que, durante cuarenta años he hecho: soy un hombre libre que sólo indaga lo que a él, y no a otros, se le antoja indagar.

¿Qué pueden esperar de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos once viejas harapientas?

Primera furia.

Me costó un esfuerzo inaudito despegar los pies del asfalto y poder proseguir mi marcha.

Segunda furia:

Despegué los pies y marché. Solo. Los transeúntes que cruzaba me resbalaban como sobre hielo. Solo... mas con mi primera furia. Y un hombre solo con una furia... es peligroso, sí, peligrosísimo... para él; no para la furia.

Me encaminé entonces a la casa que habitan mis amigos, una casa de nueve pisos. En cada piso hay un departamento. En cada departamento habita un amigo mío. Total: nueve amigos ascendentes.

El del primer piso es un amigo grande y sincero; pero el del segundo, lo es más; y el del tercero, aún más. Y así a medida que suben los pisos, así sube la amistad que nos une.

Cuando reina la paz total en mi espíritu, cuando en él no se percibe ni un oleaje, visito a los amigos del primero y segundo pisos. Mas cuando alguna pasión empieza a removerse dentro de mí voy trepando por las escaleras en proporción exacta de la potencia de tal pasión. Raras veces visito al entrañable amigo del noveno piso. Pero las veces que lo visito nuestra amistad se explaya, estalla como una bomba colosal.

Después de las once viejas llegué al umbral de la casa de estos amigos. Cálculo hechos y furia pasada, decidí dejar atrás al primero, al segundo, al tercero y al cuarto y toqué la campanilla del departamento N° 5. Me abrió en persona el cínico de Valdepinos.

Cordiales saludos. Le expliqué las causas que me habían llevado hasta su casa. Me escuchó atentamente y me dijo:

—¡Qué hermosa mañana la de hoy! Asómate al balcón y nada temas. Aunque mucho hayas tranqueado sin encontrar quietud, ahora la vas a encontrar contemplando esta ciudad, un rincón de esta ciudad, desde arriba.

¡Hermosa mañana, de verdad! Principios de invierno, aire frío, un sol esplendoroso. Por eso abajo, en las aceras y en las calzadas, cada hombre llevaba, a su lado, su sombra.

Segunda furia:

Irremediablemente una sombra para cada hombre. Irremediablemente una imitación perfecta, en la sombra, de cada movimiento de cada hombre.

Furia. Pero debo hacer un distingo que dé la clave de por qué esta furia —la de las sombras— vino a colocarse encima de la otra —la de las viejas—, sin mezclarse en una furia total. Hay algo que explica por qué quedó sobrepuesta, aislada, de tal modo que la primera pudo conservar toda su presencia y fuerza y la segunda conservar las suyas. ¡Doble peso para mí! ¡Doble cólera! Pero vayamos al distingo:

En el primer caso las viejas fueron el pretexto que inflamó mi furia. Pero mi furia entera recayó sobre mí mismo; las viejas, mal que mal, quedaron excluidas de ella.

Mi furia tal vez rondaba en torno mío, sin penetrarme; yo iba dentro de su atmósfera, libre, tranquilo, ignorándola como se ignora el aire que respiramos.

Choca ella en las once viejas, se materializa en forma de interrogación. Rebota. Se apodera de mí porque la interrogación me envuelve, estrujándome y preguntando cómo es posible que el hombre soberano pueda ser detenido ante la primera contradicción callejera que no atina a esclarecer: la ancha puerta de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos alargando, desde su umbral por la acera, a once viejas harapientas.

Furia contra mí, hombre de cuarenta años soberano.

Ahora en el segundo caso es todo muy diferente. ¿Qué furia cabe contra mí mismo, hombre suelto y aislado en la radiante mañana del balcón de Valdepinos? Pero hay cólera, odio a muerte en contra de todos los demás hombres que pasan por el asfalto, hombres que pasan del costado sombrío al costado del sol.

Pasan de la sombra a la luz, de la luz a la sombra. Como un chorro que se les desparramase de los pies, alargan un apéndice sombrío sobre el suelo luminoso. Llegan a la sombra: por los pies chupan su apéndice que se pierde piernas arriba y desaparece. Así todos, sin excepción alguna.

Miro sus rostros. Tengo una pequeña esperanza: por lo menos que en algunos, en dos o tres, haya un cambio de expresión al desparramarse en el sol, al chupar desparramo en la sombra... ¡Nada! Se ocupan de todo, todo les cambia la fisonomía: otro transeúnte, un auto, un tranvía, una muchacha en su ventana, el periódico, el tabaco, un perro de la calle. Todo... menos lo que de ellos mismos se desprende hacia el suelo, lo que ellos mismos absorben con el cuerpo entero. Acaso porque, de tanta cosa, esto es lo único inexorable: sombra en el sol, nada de sombra en la sombra.

Pasan. De todos lados, para todas direcciones. Cambian sus fisonomías hasta frente a una mosca extraviada entre coches y faroles.

Mas no ante lo inexorable. Ni un cambio, ni un gesto, ni una pequeña mueca. ¡Hombres cobardes!

Por lo menos si uno, uno solo de pie al centro de la calzada protestara a voz en cuello, los puños alzados contra el cielo, protestara al desparramar sombra en el sol, protestara al no dibujar su silueta sobre el pavimento sombrío. ¡Nada! ¡Hombres cobardes!

Mi cólera mortal va hacia ellos; no hacia mí, hombre puro, elevado en el marco de un balcón amigo. Primero contra mí mismo; después, contra los demás. Por eso las dos furias han podido sobreponerse, cada una con su propia fuerza. ¡Doble cólera para mí!

Pasa ahora, calmadamente, a trote corto, un viejo victoria tirado por un viejo jamelgo. Los tres, cochero, coche y jamelgo proyectan sobre el oro del pavimento tres sombras azuladas que vibran con trote corto.

Valdepinos, quinto amigo del piso quinto, no bastas para calmar tal desenfreno. Así es que me despido y sigo trepando las escaleras. Suena el timbre del 9º piso. ¡Adelante!

Mi amigo no me dice palabra. Hablamos poco pero, lado a lado, nos sentimos bien. Así es mi amistad con Jonás Petrohue. Después de saludarme me indica su balcón. A él voy: principios de invierno, aire frío, sol.

No vuelvo a mirar las calles. Ahora miro al frente, miro otra casa, grande como la de Jonás Petrohue y llena, llena de ventanas. Por ellas atisbo la vida del interior. Tercera furia: la casa de enfrente.

Apenas la vi me fulminó una idea: la idea de *un todo*. Allí no había partes y, de haberlas, eran secundarias. Pisos, ventanas, muros y demás... secundario. Una casa, un total, un ser. La casa allí, fija en un punto de la ciudad, del mundo entero. Una casa, ella sola. Un solo destino para ella hasta su definitivo fin.

Para los seres de la casa de allí enfrente hay un solo destino que abarca a sus habitantes porque ellos son de la casa, ella los engloba; y si cada cual pretende tener el suyo propio, prima siempre el del total: la casa.

Yo, del otro lado, estoy aparte. Otra es mi suerte, otros mis designios. Estoy fuera de toda esa corriente de vida.

Estoy solo, lejos y miro.

En un piso se afanan algunos vendedores extendiendo y balanceando sedas ante una dama que palpa y husmea y regatea. Encima, varias dactilógrafas escriben. Encima se desayuna una familia: un señor, una dama gorda, una muchacha y un chiquilín. Encima de éstos, cada medio minuto, aparece tras el vidrio, un

vejete, aparece la pelada de este vejete; luego el vejete desaparece y vuelve a aparecer medio minuto más tarde.

Total: la casa, el destino de la casa con sus glóbulos... Yo, otra suerte, otros designios. Pero:

Tercera:

Yo veía lo que ellos hacían. Y ellos no se veían entre sí.

Primera: ira contra mí mismo; segunda; ira contra los demás, ahora; ira contra Dios.

Pues yo, en el balcón de Jonás Petrohue y frente a mis vecinos, hacía en pequeño, en miniatura, el rol de ver en globo —aunque más no fuese que el costado de una casa— lo que los de ese mismo globo veían seccionado. Un aspecto del rol del Dios Todopoderoso.

¡El vejete de los medios minutos! La vez, por ejemplo, que acercándose un poco más a su ventana, mostró sobre el alféizar su bigote: en ese mismo instante el señor de abajo tosió y una de las dactilógrafas del piso inferior volvió bruscamente su cabellera dorada. ¿Y qué?

Algo, mucho:

Evoqué el último siglo de la era humana; multipliqué más allá de todas las posibilidades de mi mente cuantos sucesos estén por acaecer y los lancé más allá de la Tierra, a los planetas, al Cosmos entero para implicarlo a su vez. Enormidad de hechos en inmensidad de tiempo.

Pues bien, por enormes que fuesen los hechos, por inmenso que fuese el tiempo, jamás un pequeñito hecho minúsculo en un instante fugaz e incoloro, jamás sería sabido por aquellos que fueron sus actores. Jamás por ellos; y sí por mí.

Jamás el vejete sabría que, junto con despuntar su bigote tras los cristales, un hombre, un señor de su propio total, había lanzado por los aires un tosidito. Y éste tampoco sabría que su tos había correspondido a una cabellera de oro en el momento de voltearse.

Esta línea de coincidencias la ignorarán para siempre aunque prolonguemos el tiempo y los sucesos fuera de todos los cálculos posibles.

En ese momento la dama que palpa y regatea estuvo inmóvil. Mas pudo haber hablado o elevado una seda anaranjada por el aire o pudo haber vacilado y haber caído inanimada.

Yo lo habría sabido. Pero el vejete aquel, no. Nunca habría sabido que su bigote cano, al tocar las maderas pardas de su alféizar, era la misma línea de una mujer cayendo debilitada entre sedas. Yo, sí.

La mujer habría muerto. Su alma, llevando sus méritos y sus pecados, habría volado hasta el trono del Sumo Hacedor y allí se habría deshecho para ser juzgada. Mas fuese cual fuese su suerte, habría seguido ignorante de que su desprendimiento había sido una sola línea de coincidencia con el volteo de oro de la muchacha, con los hipos del hombre, con el bigote del vejete apuntados hacia la calle como colmillos de un perro en furia.

Ignorante, ella; yo, no.

Es mucho haber tenido un poco de la visión de Dios sobre cuatro seres que, en una casa y en un instante, son *uno* y que no atinan a saberse ni jamás lo atinarán.

Ira contra Dios. Ira por haberme hecho presentir una mínima parte de Su rol. Pues quiero permanecer en el mío, sin distracciones ni vislumbres, rol de hombre gusano que se arrastra y que, si es mucho su desamparo, llame y clame, ante todo, a los Infiernos.

No bastas tampoco, noveno amigo, no bastas Jonás Petrohue, para devolverme la paz de mi espíritu.

Nueve pisos en sentido inverso. Calles, trancos. Y ahora, buscar la calma por otra senda.

Yo

Ya he leído, Colomba. Me he acercado y me he alejado de tu lado. Has permanecido inmóvil. He sido yo quien se ha balanceado, quien ha sido cogido por ese viento invisible.

Tú, mi Colomba, has quedado inamovible.

En cambio yo... El mundo entero ha resonado en mí con su bullicio insoportable y, este bullicio, lo ha llenado todo.

¿Todo?

No. He recordado aquello que hemos dicho: *Nada se pierde... Todo es y permanece...*

Es tu calma lo que yo deseo.

Oigo las palabras de Lao Tsé; ya las he oído junto a Lorenzo Angol. Ya las he oído siempre cerca de mí; porque son eternas esas palabras:

OBRAR SIN LUCHAR

198

Yo

Colomba, callemos; que el mundo no exista, Colomba. Que pasen los siglos o que no pase ninguno; nosotros entremos en el silencio efectivo.

¡Haz que mi ser se exprese! ¡Haz que el mundo circule en torno mío! Porque estoy solo, sin un apoyo ni un refugio cerca de mí; en ninguna parte se alza nada hospitalario.

Colomba, tengo miedo. Mi miedo se acerca al pavor.

Silencio.

Un día hubo un cambio en mi vida. Lo reconocí cuando él se produjo. Luego lo olvidé. Pero el cambio estaba hecho. Veo ese día:

Es en él mi pequeño taller de La Torcaza. Tú debes recordarlo. Esa vez que apareciste a mi lado. Ibas con Bárbara. Bárbara habló en voz alta. Tú no hablaste. Allí estuviste muda. Tu cara desdibujada. Tú eras un presentimiento; nada más.

Tú, tú la grande y la esperanza... ya estabas junto a mí.

Bárbara hablaba siempre.

Yo salí.

Salí y... encontré un pobre pajarito muerto.

A través de este pajarito te escribí. ¡Recuérdalo, Colomba! Te escribí:

Quieta, Colomba, quieta...

Y, te digo, salí. ¿Adónde?

¡Al mundo!

Entonces Onofre Borneo se adueñó de mí. Palemón de Costamota sonrió. Ambos charlaron mucho, mucho, muchísimo. Y Palemón me llevó muy lejos y me hizo ver cosas sorprendentes.

Luego viajé, recorrí parte del mundo. Luego conocí mujeres y más mujeres; con ellas tuve amores y... la gente me felicitó.

Oía, a todo momento, la voz de Borneo y la voz de Palemón:

—¡Esto es vivir!

Para festejar tanta vida, Borneo bebía. Porque yo, entonces, tenía una serie de amigos que, todos ellos, amaban mujeres, viajaban y bebían grandes copones.

¿Un remordimiento? ¿Es que no lo había en mí?

Porque yo era escritor, no lo olvides, escritor. Entonces escribía y ahora tú, mi Colomba, me has hecho leer lo que Borneo escribía.

Las tres furias... Las once viejas frente a la Escuela de Altos Estudios Politécnicos; los hombres que desperraman sombra desde los pies y luego la chupan; la casa que vi desde el balcón de mi amigo Jonás Petrohue con sus vidas fuera de la vida total de la casa...

Borneo ríe satisfecho pues Borneo ha cumplido con su deber y sale a beber una copa pues Borneo es un literato.

Boroa no habla; Boroa calla; Boroa piensa en Juan Emar.

A veces logra divisarlo allá lejos. Pero no puede seguir con su visión porque ha sido distraído por la voz de Palemón de Costamota que, haciendo una gran reverencia, le asegura ser su siempre fiel y seguro servidor. Entonces yo estrecho su mano y le reitero mi más absoluta fidelidad.

¡Literatura y literatura, mi Colomba! No por ser cosas inventadas las que he escrito allí, no; veo aún a las once viejas, a los hombres desparramando sombras sin apercibirlo, veo aún al vejete de los medios minutos y al señor que merienda con su familia y a la dama que mira las sedas, veo todo. Porque todo eso existió. Era entonces mi oficio: juntarlo, hacerlo ocurrir en un solo día y... escribirlo.

Ya te lo he dicho: literatura y nada más.

Para eso me lo hiciste leer. Yo quiero huir de todo ello. Dime, Colomba: ¿por qué Borneo se ha de mezclar siempre en lo que uno hace? ¿No es posible dejar que eso, que se transformó en literatura en mi pluma, no es posible que sea un canto, nada más que un canto, y yo ser el receptáculo que lo reciba y desde el cual se explye?

Es lo que deseo, Colomba, es lo que anhelo con toda la potencia que hay en mí. Debería quedar aquí, a tu lado y olvidar cuanto ocurre en la superficie.

Pero... ¡no! Debo cancelar esta deuda y debo escribir. Aquí, a tu lado, pasaría en éxtasis contemplándote. Así daría una ocasión más a Borneo que a mi lado se presentaría con aquel que siempre lo acompaña, con mi seguro servidor, con Palemón de Costamota.

Ahora debo subir. Ahora debo enfrentarme con los tres grandes, los tres pavorosos temores que allá me asaltan y me persiguen: te los diré, Colomba; óyeme bien:

Primero: la naturaleza;

Segundo: el reino animal;

Tercero: los humanos.

¡Quiero irme, irme!

Los tres temores que te he titado aparecerán siempre ante mí; los veo, los siento; veo

y siento cómo se introducen en mi cuerpo y me dominan. Entonces yo, su esclavo, tendré que vivir con la obsesión de ellos. Huiré de la naturaleza y... seré tomado por el reino animal. De él escaparé... y seré tomado por los humanos, por hombres y mujeres... ¡Será la gloria de Onofre Borneo! Palemón me sonreirá y prometerá ser siempre un fiel y seguro servidor.

La naturaleza... Sí, tienes razón; es hermosísima; yo sé cuánto ha inspirado a los artistas; yo sé que ella es preocupación permanente de los sabios; yo sé cuán grata es para los enamorados. Colomba, lo sé todo, todo.

Colomba, también sé lo que son las silfides y las ondinas y las salamandras. Sé que, cada tras estado arrebatador, sé que hay una especie de demonio que acecha.

He visto el mar; lo he visto ahora último. Porque yo también fui a Viña del Mar a ver ese aroma, ese árbol único, que tantas cosas le comunicó a Rubén de Loa. Miré el mar, de día, con sol y algunos barcos que pasaban; luego lo vi de noche con las luces de Valparaíso allá a lo lejos. Era un espectáculo admirable.

COLOMBA

Te veo frente al mar, Onofre Boroa. Esa vista del puerto, allá lejos, es para caer en éxtasis y quedar, ante ella, como quedó Rubén de Loa frente al macetero de Desiderio Longotoma, allá en su cocina.

Tú, ¿no quedaste también en éxtasis?

Yo

No. Ese espectáculo retrocedió ante mí y, en su sitio, vi aparecer, dominándolo todo, vi aparecer...

COLOMBA

¿Qué cosa?

Yo

El detalle minucioso de cuanto mis ojos distinguían. ¡No había nada de conjunto! En esas lucecillas lejanas vi la gente que bajo su luminosidad vivía; vi luego los autos, los microbuses, vi todo, mi Colomba. Y me acordé de esos fondos en que he vivido. Igual cosa. Porque mi mente multiplicaba hasta lo infinito el detalle del conjunto grato para enamorados y nada más.

Luego pensé en mi casa, allá en Fray Tomate. ¿Qué crees que vi?

COLOMBA

No preguntes; habla y habla. Tu voz insonora llega perfectamente a mis oídos.

Yo

No vi nada tentador. Vi... ¡moscas y moscas por todos los lados! Y estas moscas, con un moscón que zumbaba, me llevaron al reino animal. Me vi repleto de animales, de insectos, de pájaros, de ínfimos bichos que pululaban por todos lados y que me asaltaban. Había también un león y un tigre y un elefante furioso. Quise escapar pero no me moví. Ahí quedé sin moverme y dejé que esos animales me rondaran.

Es espantoso ese que llaman reino animal. Vivimos a cierta distancia de él; por eso no lo notamos. Pero acercarse un poco... ¡No, mi Colomba, no! Pasamos a ser unas simples víctimas y somos devorados, por pequeñitos animalejos que cuesta llegar a verlos, o de un solo zarpazo de una bestia feroz.

Seguía sin moverme. ¿Huir? ¿para dónde? ¡Si ellos, los de ese terrible reino, ocupan más, mucho más sitios que los que nosotros los humanos podemos ocupar!

He dicho "los humanos". Al pronunciar esta palabra he visto ante mis ojos la otra palabra que siempre la acompaña. Es decir, sí, es decir...

COLOMBA

No te detengas. Sigue hablando. Sigue formulando en tu interior las cosas que te han producido ese deseo de escapar y de escapar...

¿Hacia dónde escaparías, Onofre?

Yo

No queda más que un refugio pues tanto la naturaleza como el reino animal, tú lo has visto, no quieren de mí.

Los humanos... No hay más.

COLOMBA

Ellos también te han hecho escapar.

Yo

Sí; ellos también me han hecho escapar porque han pronunciado esa palabra de que te hablaba, Colomba, esa palabra que ahora me es fatal.

COLOMBA

¿Y cuál es ella?

Yo

Es: ¡fórmulas!

Porque se juega con fórmulas, Colomba, nada más que con fórmulas y, cada una de ellas, lleva escondida las palabras: "mi ventaja". Es la desconfianza la que surge entre dos seres que charlan, por muy amable que sea esta charla. Se lanzan fórmulas y más fórmulas con la cara sonriente. Y en el fondo de la conciencia cada uno está pensando y buscando: "Esta vez sacaré mi ventaja...".

Y yo no sé, no puedo aprender estas fórmulas. Prefiero callar y mirar cómo se juega con las fórmulas.

Colomba: Créeme que los humanos me aparecen, a veces, peores que la naturaleza y que los animales, sean ellos pequeñitos o enormes.

Colomba, no tengo donde ir.

Tú eres el único refugio que veo ante mí. Pero tú me recibes de tarde en tarde. Yo quisiera vivir siempre —¿me oyes?—, siempre a tu lado.

Tú sonríes y, en tu sonrisa, se dibuja una incredulidad. Tú has de decirte que hay tantas, tantas mujeres que sólo aspiran ser y tener el rol que yo busco. Pero es una aspiración vaga, apenas formulada. Una vez que llega el momento de realizarla... las mujeres son llamadas por fuerzas milenarias en su duración y, a estas fuerzas, obedecen.

Se hace un pequeño hogar... ¡oh, que en él no falte el confort, no, que no falte! Pues van a venir las amigas a visitarnos y, estas amigas tienen un ojo crítico muy agudo y muy...

Callemos, Colomba. Las mujeres... Callemos, Colomba.

Sí, callo y en mi ser se sigue hablando, se sigue formulando. Tú lo ves, Colomba; tú ves esa atracción irrefrenable que me ha obligado a ir tras ellas. Entonces corro, corro desafortado tras ellas; al fin logro cogerles una mano; me inclino y... y... hablo. Dibujo ante sus oídos el cuadro con que sueño...

Oigo mis propias palabras. Ellas escuchan emocionadas. Pues les hablo de otra, otra mujer, otra que venga hasta mí a reemplazar esa ausencia que me producen la hostilidad de la naturaleza con los bichos y animales que la pueblan, y la de los demás hombres...

Ella aprieta mi mano. Nos besamos. Oigo una música lejana. Juntos bendecimos el

mundo. Ella piensa en las amigas que irán a visitarnos, las amigas, las amigas, las amigas...
¿Te das cuenta, mi Colomba?

Yo murmuro a su oído:

-Busco una mujer, una mujer linda como eres tú (ella se estremece) pues, tal como soy, me siento incompleto, me siento partido, me siento a la deriva. Tú podrás...

Ella responde:

-Sí, yo podré...

Y pasan las amigas, las amigas, las amigas. Un fraile bendice. El acordeón atruena. Mi mano es estrechada miles de veces.

Entonces la poseo. El hielo se ha roto. De dentro ha aparecido la realidad. Veo a mi amigo, a Lorenzo Angol, veo esa distancia que ha aparecido ante él y la mujer que amaba. Comprendo que no quiera verla más, nunca más. ¿Por qué?

Porque ella ha levantado, *inconscientemente*, lo que, lo que...

Callemos, Colomba.

... lo que hay que hacer... lo que convendría hacer...

Silencio, mi Colomba. Déjame oír esas campanas que allá lejos, muy lejos, doblan. Pasa un cortejo... Quiero morir, morir y, una vez muerto seguir mi viaje bajo otro ritmo; con otros panoramas; con un panorama que sea yo mismo siempre que, siempre que... yo mismo ya no exista más.

COLOMBA

El único enemigo que veo ante ti es... es... ¡Cómo! ¿No lo apercibes frente a ti, Onofre mío? Callas, callas; te lo diré entonces yo. El único enemigo que odia cuanto existe... ¿eres tú, eres tú mismo!

Yo

Quisiera poder retirarme, huir de mí mismo. Quisiera poder seguir a tu lado.

COLOMBA

No puedes permanecer aquí cargado como estás; no puedes seguir con tantos odios. Cuando todo ello te sea perfectamente indiferente, cuando llegues a amarlo...

Yo

¿Entonces...?

COLOMBA

Entonces otro mundo se abrirá ante tus ojos.

Quise seguir comunicándome con ella, con mi Colomba. Colomba ya no estaba. Colomba había desaparecido. Yo estaba solo en el centro de la Tierra. Sentía cómo todo aquello estaba poblado, sentía cómo la vida es permanente, es infinita.

Emprendí la marcha de regreso. Lentamente. Varios minutos entre un paso y el siguiente. No sé cómo era aquello que me rodeaba. Ya no había socabones ni había paisajes esplendorosos.

Tanto los unos como los otros caminaban conmigo y conmigo subían. Los respiré hondamente. Avancé, creo, más de la mitad de mi trayecto. Noté que sonreía. Mi sonrisa fue acompañada por un lejano trepidar de ametralladora. Aumentó este trepidar. Llegó a herirme los oídos. Y vi un inmenso capote, un chambergo, unas barbas pelirrojas.

Baldomero Lonquimay estaba frente a mí.

Baldomero Lonquimay estuvo unos instantes inmóvil ante mí. Al fin profirió:

—¡Mancebo de las mancebías, yo te saludo! Y no empleo este término de “mancebías” en el sentido que no debe emplearse. Yo lo empleo como el aposento de todos los mancebos que habitan la Tierra y más lejos aún hasta que esos jóvenes se pierdan en medio de las galaxias. Porque las galaxias son el hospedaje que merecen esos mancebos palaciegos. ¡Yo te saludo!

Le respondí de inmediato:

—Yo también lo saludo a usted, mi digno Baldomero Lonquimay.

Él replicó:

—Mas yo no acepto ese tratamiento de usted. Estamos donde tú sabes que estamos. Por lo tanto debe morir el “usted”. ¡A muerte, a muerte ese usted!

Tuve que responder:

—Sí, a muerte. Ahora veo en ti un grande y sincero amigo que me es altamente grato tener frente a mí.

—Entonces clamaré mi grito de gloria, ¡mi grito!

—¿Y cuál es ese grito tuyo?

Él se envolvió en su capa, se sumió el chambergo y, por entre los pliegos de su capuz, hizo funcionar una formidable ametralladora que por poco no me deja sordo con su trepidar:

—¡BITTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTTT...!

Baldomero Lonquimay meditó un cierto tiempo. Estiró ambos brazos y luego los juntó. Luego me murmuró a media voz:

—Sentémonos, mancebo de la redimida palabra de mancebía, sí, sí, sentémonos en ese amplio y muelle sofá que allí ha sido colocado por mi propia voluntad. Avanza, mancebo; yo iré en pos tuya y te honraré luego compartiendo el descanso contigo.

—Y yo, Baldomero, lo compartiré contigo.

—Y yo, mancebum Onofrum, una vez que estemos sentados, indagaré hasta qué profundidades se ha zambullido el claro conocimiento que, es fama, te penetra.

Nos sentamos cómodamente en ese amplio sofá. Baldomero me preguntó con voz penetrante:

—Mancebo, ¿cuánto es 2 más 2?

Vacilé unos momentos ante pregunta tan pueril. Al fin respondí:

—Los primeros elementos de las matemáticas... Bien, se lo diré y usted... ¡oh, perdón! y tú me dirás si he dicho bien: 2 más 2 son 4. Esto lo sabe hasta el último colegial. ¿Y qué?

—Has caído en un profundo error. Has tratado ese error con la ligereza de un ignorante completo, de un sandio perfecto. Si no pones coto a tanta oscuridad, las tinieblas van a venir sobre ti y van a envolverte.

—Baldomero —respondí—, sólo deso aumentar mis conocimientos y, para ello, espero la verdad que ha de salir de tus labios.

—Te diré, entonces, mancebo de las redimidas mancebías, lo que es esta verdad de 2 más 2. Escucha bien: 2 más 2 no son 4 ni jamás lo han sido. Nosotros... ¡No! Ellos, los que se arrastran aún por ese pavimento pavimentado por manos de pavimentaciones, ellos llaman e insisten en llamar 4 aquello, aquello, ese misterio que es lo que hacen 2 y 2. Pero...

y gritaban con voz estridente unos inauditos cangrejos y unas rémoras y unas orcas... cuyos gritos eran acompasados por la batuta que manejaba un serio, muy serio, jabirú. Así pude cerciorarme que ellos seguían la melodía que, finalmente, se explayaba del hombre Martín Quilpué.

¡Oh, era aquello una feroz y rítmica algarabía! Alcancé a pensar que la palabra "algarabía" no puede ir bien con el adjetivo de "rítmico". Pero... ¿estaba yo para hacer gramática en medio de aquellos estruendosos ruidos que salían de todas partes? Salían, salían y me tomaban. Porque yo también ayudaba a hacer de todo cuanto nos rodeaba, un acorde, un solo acorde, con la música del hombre Martín Quilpué. ¡Un solo acorde, uno solo!

Pues ahora yo era un lucio en un río, un lucio gritón que gritaba a la par de un enorme mamut y junto a unas noctuelas. ¡Gritábamos o cantábamos todos!

Todos...; todos...; todos...

Aquello estaba poblado, archipoblado. Era casi imposible hacer el menor movimiento. Estábamos apretados. Eran los espíritus los que había allí, miles, millones de espíritus, todos serenos y mudos.

Ante este espectáculo caí lentamente de rodillas. Y los espíritus, a su vez, cayeron también de rodillas. Ya no había hombre Martín Quilpué en parte alguna; ya no había fondo de Tierra. Mis manos pasaron a lo largo de mi cuerpo y lo palparon con detención. ¿Algún cambio en mi persona? No. Palpé la solidez de mi cuerpo y todas las ideas que habían vacilado durante unos instantes, volvieron a mi mente, volvieron de muy lejos o de muy cerca, y, en mi mente, se instalaron.

Grité:

—¡Colomba!

Grité:

—¡San Agustín de Tango!

Luego fue un grito, nada más que uno solo, que encerraba millares de partículas diminutas, de partículas que formaban la que yo llamaba pomposamente: mi vida.

Me preguntaba atónito:

“¿Así vivo yo?”

El mutismo viviente seguía a mi lado. Había, por cierto, un muy ligero movimiento, una especie de ondulación vaga, impalpable que no lograba definir si era en mí o en torno mío. Aquello era superior a lo que mi mente podía sistematizar; aquello carecía de una *idea central* que aumentara la idea de ser...

Porque yo no era. Yo era con cuanto me rodeaba. Yo no podía fijar los límites de mi persona; el tamaño había desaparecido; yo era, a veces, enorme; a veces, pequeñito.

Me sentí cansado. No pude seguir mi marcha. Me eché por tierra. Junto con echarme, mi alrededor se vació: Colomba, San Agustín de Tango, los amigos, todo lo que podía hacerse objetivo y ser colocado fuera de mí, todo desapareció. Volvió el silencio.

Silencio... Negros túneles por todos lados. Ni un alma parecida a la mía. Muros muertos, socavones muertos. Para atrás, todo cerrado. Para adelante, una vía ascendente. Subamos por esa vía. Empecé mi subida con lentitud, con la cabeza gacha. ¡Si al menos alguien se presentara y viniera a recordarme que en esta Tierra somos muchos!

Una voz me dijo obsequiosa:

—Sí, grande y benemérito amigo, en esta vida somos muchos.

Me volví. Ahí estaba Palemón de Costamota.

Vestía con una tenida veraniega: camisa blanca, suelta, de mangas cortas; pantalones

blancos también; zapatillas de tenis; sombrero flexible que, con su mano, se apresuró en quitárselo mientras él hacía una vasta reverencia. Luego suspiró y me dijo:

—¡Vaya un calorcito, amigo mío! Si yo fuera un mortal como los que pueblan las alturas... creo que me sofocaría.

Le respondí:

—Aquí, en estas profundidades, no hace calor ni hay temperatura alguna. Esto es el ideal.

—Sí —aceptó—; es el ideal. Pero tengo entendido que usted va a la ciudad, es decir, a San Agustín de Tango. Y no debe olvidar que hoy es 31 de enero; o sea, pleno verano. Pero... pero no nos hemos presentado. Yo soy Palemón de Costamota, un leal y muy sincero, muy sincerísimo servidor de usted.

—Y yo amigo mío —contesté haciendo una venia—, también soy un leal y sincero servidor de usted.

Nos dimos la mano que sacudimos con efusión. Luego, al ver una caja junto a él, le pregunté:

—¿Una guitarra? ¿Es usted guitarrista?

Él guiñó un ojo y me afirmó haciendo un gesto con su diestra:

—Toda esa gente que ve usted allí, sólo espera oír mi voz y desea escucharla con mi sin par guitarra. Le invito a usted a pasar. No se preocupe por su indumentaria. Entrando conmigo, será usted el invitado bienvenido. Entremos.

Entramos en un gran salón profusamente iluminado. Habría en él no menos de varios millares de hombres y mujeres, todos, sin excepción alguna, magníficamente aderezados. Paseaban de un lado a otro lado y distribuían sonrisas. Palemón hacía otro tanto. Con sorpresa vi que él vestía ahora con impecable frac. Instintivamente me miré a mí mismo y pude cerciorarme que también vestía de frac. Saludé entonces a una dama; ella me contestó; saludé a un imponente caballero; él me hizo una reverencia. Varios criados ofrecían bebidas. Bebíamos todos y seguíamos nuestro ceremonioso paseo prodigando a diestra y siniestra nuestras venias.

De pronto se oyó el tañer de una campana. Todos nos detuvimos y lentamente retrocedimos. Al centro de este vasto círculo que así formábamos, quedó solo y airoso mi amigo Palemón de Costamota. Hizo una venia y, sin más, se sentó en una silla aparecida allí, diría, por un milagro. Llevaba su guitarra. Hizo en ella varios arpegios. Luego saludó; por fin cantó:

PALEMÓN

Aunque este grave caso haya tocado
Con que de su dolor mi fantasía
Quise empero probar si me bastase
Para que tu reciente desconsuelo
Y poner fin a las querellas que usas.
Bien es verdad que no está acompañada
Porque el calor templado de blanca nieve
Presto será que el cuerpo sepultado
Pisa el inmenso y cristalino cielo.

TODOS

(Golpeando acompasadas nuestras manos.)

¡Ohé, ohé, ohé...

Ehó, ehó, ehó!

Tuluruy, pin; tuluruy, pon.

PALEMÓN

(Redoblando sus arpeggios.)

Amémonos por delante, amémonos por detrás;

Amémonos por los costados, amémonos sin más.

TODOS

¡Sin más, sin más, sin más!

Lorenzo Angol, surgido repentinamente no sé de dónde, se acercó a mí. El vocerío de aquella reunión se apagó poco a poco. Alcancé a ver a Palemón que seguía cantando en su guitarra mientras las invitadas, alzándose las faldas, mostraban a todos lados sus nalgas desnudas y sus sexos.

Lorenzo me dijo:

—Salgamos de esta especie de bacanal que, sin duda, ha de estar muy bien para ese Palemón de Costamota y para los cantos que hace improvisando con estrofas de Garcilaso de la Vega y mezclándolas luego con alusiones a amores obscenos. ¡Salgamos, Onofre!

—Te acompaño de inmediato, Lorenzo. En este ambiente no puedo, me es imposible, concentrarme en el recuerdo en Colomba.

Lorenzo me murmuró:

—Como a mí me es imposible evocar a Lumba Corintia.

—¿La viste en este descenso a la Tierra?

—Sí, la vi y, en el más absoluto silencio, departimos largamente.

Quisimos escabullirnos de aquello que, comandado por Palemón, se convertía en una verdadera bacanal con cantos, con guitarras brotadas no sé de dónde, con sexo de mujeres y de hombres que servían a toda clase de desenfrenos.

Palemón cantaba siempre, ora alejándose de nuestros oídos, ora proximándose a ellos rodeado de un tropel de locos y locas disolutos. De pronto vimos la figura de Celso. Con un lento movimiento de su mano nos indicó aquella escalerilla de caracol que yo recordaba haber visto ya. El camino estaba libre hasta ella; por ella, pues, subimos. Abajo dejábamos la bacanal con su estrepitoso bullicio.

Los batientes de una pequeña puerta se abrieron ante nuestra presencia y, una vez que los hubimos traspuesto, se cerraron borrando hasta el recuerdo de esa fiesta descomunal de Palemón de Costamota.

Avanzamos dos pasos. Vimos, entonces, que dos figuras nos precedían, dos figuras femeninas. Lorenzo quedadamente expresó:

—Es Lumba Corintia.

Yo, entonces, expresé:

—La otra es Colomba.

Ambas se borraron como se había borrado Celso. Nosotros nos encontramos en un largo, larguísimo túnel solitario. Por él subimos paso a paso. Por fin subimos a la superficie en la isleta del Olor de Santidad. Vi la hora: las 11 $\frac{1}{2}$ de la noche. Cruzamos el centro de

nuestra tan querida ciudad. Nos separamos en la puerta del departamento de mi amigo Lorenzo Angol.

200

En verdad es un día caluroso. Palemón de Costamota hizo bien en vestirse de blanco y calzarse el frac sólo para la bacanal a que yo también asistí para oírlo cantar en su guitarra. Pero, aquí en Chile, tenemos un clima ideal; a las 5 ó 6 de la tarde refrescará y gozaremos de una temperatura agradabilísima.

He salido a vagar sin rumbo. He vuelto a ver estas calles y plazas y paseos; he vuelto a ver el tránsito ininterrumpido. He saludado a varias personas.

-Adiós...

-Chao...

-Salud; cómo te va...

Y he sentido, tras de mí, el dedo de Dios. Lo he sentido levemente en un comienzo; luego me ha clavado en la nuca.

Mas lo ha hecho en forma leve, en forma equívoca. Lo ha hecho como vislumbre de una vislumbre, enredándose en mis propias apreciaciones sobre su identidad.

Pues he aquí cómo han pasado las cosas:

Después de dar varias vueltas por las calles centrales, iba yo por la Avenida Benedicto XXX. De pronto, un accidente: una góndola y un auto se estrellan; tumulto, vociferaciones y demás; dos hombres se abofetean; heridos; un muerto; Asistencia Pública; carabineros. En un momento me pareció que aquello iba a cambiar el rumbo de la ciudad entera, por ende del país. Pero en un minuto, acaso en menos, todo se apaciguó. Como por obra de magia fue la desaparición general: querellantes, policías, Asistencia Pública, curiosos, todo. Volvió la circulación normal de la avenida sin conservar ni una sola huella de lo ocurrido.

Pues bien, junto con recobrar la avenida su rostro habitual, apareció por una esquina Estanislao Buin con su carpeta de acciones y bonos bajo el brazo, con sus anteojillos de oro y su lomo encorvado, apareció a grandes trancos sonoros y pasó.

Pasó al lado -¡qué!-, encima, pisoteando, taconeando el sitio mismo, el punto exacto donde, segundos antes, se estrellan dos vehículos, se abofetea la gente, se hieren varios, fallece uno y acude el orden público. Y pasa, repito, por allí mismo, pasa, tranco y tranco, sin apercibir nada, sin nada husmear, borrando casi la veracidad del accidente y presentándose como ser inverosímil al costear así de un milímetro un hecho sensacional, sin saberlo, sin haberlo sabido, sin ir a saberlo jamás.

Quedé más de veinte minutos inmóvil sin comprender, o más bien comprendiendo como absurdos estos rodajes de destinos, estos hilos culebreantes que se enredan, se entretrejen y no se tocan nunca, perdiéndose cada cual en un mundo de ignorancia, codo a codo, en un mundo de no saber. Seguí caminando, seguí vagando hacia donde mis pasos me llevarán.

Ahora iba por la pequeña callejuela San Faliú de Guixols, con pequeños jardines de un lado, con casitas residenciales del otro. Una de ellas: la de un amigo, de un conocido,

mejor dicho, cuyo nombre es Galvarino Curequilla. Este hombre me es altamente, soberanamente antipático pues lo considero como uno de los más claros representantes de nuestra imbecilidad.

Son las 3 y 32 de la tarde. Las ventanas de su gabinete se hallan cerradas en su parte inferior, abiertas en la superior. Signos inequívocos de que el sujeto está allí dentro. Por lo demás, por otros datos, sé que allí está. Sobre este punto no hay dudas posibles.

Bien. Este Galvarino Curequilla desea verme, necesita verme, mi presencia o no presencia ante él puede variar en favor o en contra de su destino. Pero varias circunstancias nos obligan a encontrarnos por mera casualidad y nada más. No hay cabida para otra solución.

Resumen: él allí dentro; yo por la calle pasando.

Paso frente a su casa, paso lentamente.

Soy su destino, un posible cambio en su destino que él anhela y necesita. Las 3 y 33 exactas. Frente a su ventana. Tras ella, el hombre sumido en sus viejos pergaminos. Paso.

Paso. Me alejo. Ya estoy fuera, lejos de su órbita.

No ha sabido que parte de su destino acaba de pasar lentamente junto a él, que habría bastado un paso hacia adelante para hallar la ocasión casual de enderezar tantas líneas que se le han torcido en su existencia.

No ha sabido nada. ¡Nada! Ni siquiera un estremecimiento en una punta de una hoja de un pergamino. Ni una mosca inoportuna que le obligase, justo a las 3 y 33, a cortar su labor con algún gesto diferente. ¡Nada!

Y lo que pasa soy yo. Con un dedo de Dios clavado en la nuca, un dedo que me obliga a avanzar.

Dos clavadas en poco rato. Total: cansancio, fatiga.

Mas por la noche, hoy por la noche, vendrá la distracción, por lo tanto, el reposo. Comerá con nosotros, con mi hermano Pedro y yo, el cínico de Darío Valdepinos. Cínico será pero su charla, justamente cínica, disipa, por eso mismo, toda modorra, toda preocupación.

A las 9 en punto se ha presentado en el umbral de casa la alta figura del cínico de Valdepinos.

Antes de proseguir:

Hay dos cosas, dos entes, que deberían marchar siempre unidos en la vida, mejor dicho –pues la suerte no a todos acompaña–, que deberían haber marchado. Porque es la verdad que el destino los ha echado de un lado y de otro y no les permite juntarse, al menos mientras uno de ellos se halle en Chile y el otro no encuentre los medios de abandonar su dulce tierra de Francia: el cínico de Valdepinos está aquí; el *absinthe*, el ajenjo está allá.

Aquí... Allá... Pero esto es el principio, es, como quien dijera, "la Ley". Mas en la práctica, en una práctica floja, agonizante, las cosas no suceden exactamente como la ley lo exige: hace algún tiempo, un amigo, este mismo cínico de Valdepinos, me envió dos botellas de ajenjo.

La primera, hace ya meses que la he vaciado. La segunda ha esperando de Valdepinos, ha esperado su llegada y aún conservo la mitad de su contenido. Esta noche ha llegado el momento de darle fin.

El cínico come y charla. Tras él, un aparador en uno de cuyos compartimientos monta guardia el medio litro final, silencioso, espeso, de ópalo. ¡Si supiera el cínico de Valdepinos!

Comemos, charlamos. Pero yo siento que algo destemplado cruza por encima de nuestros platos.

De pronto Pedro es atravesado por un recuerdo: en el mismo aparador, al fondo, ha guardado una vieja botella de tinto. Se levanta con estrépito, abre, introduce la mano, la retira: entre sus dedos viene la botella de ajenjo.

Pedro, con su insoportable ligereza, con su imperdonable atolondramiento, la alza por los aires y, ponderando siempre su viejo y tan rico tinto, la asienta, con igual estrépito encima del aparador, precisamente tras la cabeza del cínico y grande amigo.

Allí está éste; al frente, yo. Dibujo su rostro afilado, de avechucho malicioso, su calva naciente. Sobre ella, coronándola, como otro avechucho encaramado en la cabeza del primero, al ajenjo.

Y el cínico de Valdepinos traga y charla, sigue indiferente, sigue impertérrito la historia de una anciana histérica que conocemos los tres.

¡Veinticuatro segundos! Pedro busca su tinto, lo encuentra, lo eleva, lo palpa. ¡Veinticuatro segundos!

Su mano se alarga, coge el ajenjo. El ajenjo desaparece. Se cierra el aparador... ¡Santo Dios! Durante veinticuatro segundos el mayor deleite de ese hombre ha estado sobre él, se ha detenido allí tras él... Una vuelta de ojos y habríamos agotado hasta el último sorbo y otras habrían sido nuestras ideas, otras nuestras andanzas y, seguramente, nuestros destinos.

En todo caso –estoy cierto– para el cínico de Valdepinos.

Mas no supo nada. Ni sospechó siquiera que diez o quince centímetros tras su cráneo permaneció por casi medio minuto lo que para él habría sido el dulce alivio de sus añoranzas parisinas.

En este momento debe ir a trancos solitarios por una calle oscura. ¡Pobre Valdepinos!

Cuanto a mí he vuelto a ocupar el sitio ocupado durante la comida. He sacado la botella de ajenjo y la he vuelto a colocar en el mismo sitio en que la irreflexión de Pedro la colocó.

Lo que yo fui para Galvarino Curequilla, lo fue ella para el cínico de Valdepinos. Y el cínico de Valdepinos fue, además, para ella lo que Estanislao Buin para el accidente en la avenida.

Mas nadie –ni hombre ni botella ni amigo– nada ha sabido.

Salvo, yo.

Hoy, por lo tanto, ira contra Dios.

Saldré a refrescarme por las calles calurosas. Saldré a descargarme de este peso que siento en mí; saldré a ver si puedo abandonarlo en un rincón cualquiera y dejarlo ahí en espera de otro transeúnte que pase y en él se introduzca.

He despertado mal, con el ánimo al revés y sintiéndome abandonado y solo en este mundo. He visto cómo ha sonado una llamada para el amigo que ha cenado conmigo y he visto cómo él no se ha percatado ni en lo más mínimo para poder seguir contándonos lo de la anciana histérica.

Caminemos. Alejémonos de la plazoleta Fray Tomate. Acerquémonos al puente de la islita, el puente que es el comienzo de mi dicha pues me lleva y me lleva fuera de mí mismo.

Si yo fuera un romántico diría que me lleva a tí, mi Colomba. Pero no soy tal. Desde esa islita como del cráter de los volcanes, puedo ir, ir, ir... y puedo caminar, caminar, caminar... hacia mí mismo.

Ahora caminemos por las calles de San Agustín de Tango. Es sólo cuestión de distraerme un poco... es cuestión de alejarme de mí mismo y nada más.

—Esto me decía yo, cuando una voz conocida me llamó:

—¡Onofre, Onofre! ¡Qué suerte la de encontrarte justo en el... en el... momento en que debo encontrarte!

Contesté con verdadero placer:

—¡Eusebio Palena!

Nos saludamos efusivamente y, sin más, Eusebio me mostró un bolsillo interior de su chaqueta mientras un ojillo me guiñaba.

—¿Adivinas lo que hay aquí dentro?

Respondí:

—¡Por cierto! Ahí solo puede haber una nueva Zambafusa. ¿No es verdad? Me la leerás, Eusebio y tu mujer, la sin par Polinesia, tendrá ocasión de devorar un churrasco en el sitio que ella escoja.

Él me dijo:

—Has adivinado con sólo verme. Llevo aquí mi última obra maestra, una verdadera maravilla pero... pero...

—Pero... ¿qué?

—De otro género, una Zambafusa que husmea otros senderos que se hallan lejos de Dante Alighieri. Pues no he querido mezclar a dos, a dos... ¿me oyes?, a dos genios. A los genios hay que dejarlos hacer su trabajo y nada más. Así pues: Dante - yo; yo - Dante.

—¡Ardo en deseos de oírte, Eusebio! Veamos un bar y en él...

—Vamos al bar Budo. Polinesia Loncotoro, la mujer de la genialidad, nos espera en él.

—Vamos, Eusebio, al bar Budo.

Un momento después entrábamos en el bar Budo. Allí estaba Polinesia que ya había pedido un churrasco y lo devoraba a mandíbulas batientes. Nos sentamos con ella, Eusebio sacó su Zambafusa y, en voz alta, me leyó:

Zambafusa N^o 27

Estos son los hombres que capitanean bandas de asesinos pues en estos casos parecería que la situación mejora aunque termine en el Conservatorio este año. Pero tendrías que practicar varias horas al día o tal vez pensara que mostrándose cariñosa, Américo Huepil no la hubiese llamado con aquel nombre.

Llegó a casa temprano. La portezuela fue cerrada con fuerza pues hay veces en que la brisa fresca no hace soñar mal a nadie. Ni al Ejército retirado ni a la casa de ese mismo Américo Huepil, allá en Halifax. La manera como sus trajes de franela se untan con pilas de libros es lo que hace el Arte Nuevo. Pues todo ocurre como si las afirmaciones proclamasen lo que Voltaire escribió en cierta muy lejana ocasión ante lo visible que reposa en el fondo de lo invisible.

Por esta definición que precede ya habréis visto el sin número del texto del siglo XVII y ya sabréis que todas las cosas nos han legado las leyendas y los mitos que, de nuestros días, nos asaltan cuestiones de la mayor importancia, como ser, la conciencia primitiva.

—¡Ohé! ¡Canta Lutero!

Yálcese el palacio del Louvre y elabore su filosofía el filósofo Nietzsche bajo una tela inconmensurable del pintor de los pintores, de Jacobo Rubusti llamado con el inmortal nombre de Tintoretto.

Mas idos a visitar a Arlequín aunque él te robe a la bella Colombina. Hay que limpiar una cosa con líquido y hay que manejar la espada nutriéndose con brevas pues ya hemos seguido el sendero del mundo exterior al interior. Lo he seguido yo que... yo que... yo que...

Porque:

“La sangre es un fluido muy especial”.

Tal ha sido la voz que Mefistófeles ha hecho llegar a los oídos de Fausto... ¡Oh, Fausto! ¡Oh, Goethe! Ambos estáis allí. Yo me inclino ante vosotros.

Y pongo fin a esta Zambafusa y ofrezco otro churrasco a ti, bellísima Polinesia Loncotoro.

Eusebio Palena quedó exhausto después de leer su Zambafusa. No pude menos que exclamar lleno de euforia:

—Es algo magnífica tu Zambafusa, mi querido Eusebio. Pero ella me merece una pequeña observación que me apresuro en hacerte.

—¿Y cuál es esta observación?

—Es la siguiente, mi buen Eusebio: Tú no has querido citar a ese genio italiano de Dante Alighieri pues has dicho, con sobrada razón, que a los genios hay que dejarlos hacer su labor en paz. Pero, en cambio, no has vacilado en mezclar a otros innegables genios que tenían tanto derecho a disfrutar de esa paz para realizar su obra mil veces inmortal. ¿No es así?

—Ya veo, buen Onofre, ya veo. Tú te refieres a Voltaire y te has de referir a Lutero; también debes haber pensado en Nietzsche y en el inmortal Tintoretto. Esto te ha sugerido una observación; lo veo con toda claridad.

Le agregué sin tardanza:

—También he pensado en Goethe invocando la figura de Fausto junto a Mefistófeles que le pide sangre para firmar el pacto que ellos se aprontan a firmar. Te has librado de Dante pero otros genios han venido hasta ti. Eusebio, los grandes hombres te rodean.

Él meditó unos instantes. Al fin, dirigiéndose a Polinesia, le interrogó:

—¿Qué pientas tú, mujer mía, de estos genios que me rodean?

Ella respondió:

—Yo, por ahora, me comería otro churrasco y, esta vez, con palta y con mostaza inglesa. Sin más, Eusebio golpeó las manos y gritó:

—¡Camarero! Traiga tres churrascos más porque nosotros, mi gran amigo Onofre y yo, te vamos a acompañar. Necesito alimentarme para darte, Onofre, la explicación que te ha hecho nacer mi Zambafusa.

El camarero nos sirvió. Comimos en silencio. Luego Eusebio, sintiéndose ya satisfecho, me explicó así:

—Figuran en mi Zambafusa lumbreras de la inteligencia humana. Tal es Voltaire y tal es Lutero, como lo es Nietzsche y Tintoretto y como lo es Goethe. Yo, sin embargo, nada quería con ellos; quería que no figuraran hombres cumbres del pasado. Entonces tomé la pluma y me preparaba a escribir cuando..., cuando...

—Cuando... ¿qué, mi querido Eusebio?

—Los genios del pasado se presentaron a mí en un inmenso tropel. Todos ellos reclamaban el derecho de figurar en mis escritos pues no se consideraba ninguno de ellos inferior a Dante Alighieri.

“Entonces escribí y ellos, esos que se han citado en mi escrito, aprovecharon la oportunidad para que sus nombres fueran inmortalizados. Al mismo tiempo sentí cómo los otros genios agradecían y ya se retiraban satisfechos. Así, pues, de Voltaire a Goethe, pasando por Lutero, por Nietzsche y Tintoretto, los genios todos de la humanidad se han retirado de mi lado y me han agradecido el sitio que ahora ocupan en esta Zambafusa.

Después de esta explicación que me dio Eusebio, no tuve más que reanudar mis felicitaciones y decirle:

—Eusebio, ahora estás en paz con todos los hombres que han descollado en este mundo; ahora ya podrás entregarte a nuevas Zambafusas que llevarán tu nombre a alturas inimaginables. Y, en esas alturas, te encontrarás con los genios del pasado que te han de saludar llenos, plétóricos de agradecimientos.

Él me respondió:

—Lo sé, Onofre, y puedes creerme que ya considero a esas lumbreras del pasado como verdaderos amigos míos.

—Entonces, Eusebio, ¡un pisco por esas lumbreras amigas!

—Has dicho muy bien: ¡un pisco por esas lumbreras!

Aquella noche dormí profundamente. Tengo la certeza de que esos genios invocados por la pluma de Eusebio Palena, velaron mi sueño mientras mi intestino digería pausadamente esos ricos churrascos que habíamos comido con Polinesia y ese buen pisco final.

201

He pasado un día con mis grandes amigos Teodoro Yumbel y su mujer Albania Codahue. Me he separado de un genio que ahora se codea con las lumbreras del pasado; justo es que mis deseos se hayan dirigido hacia el otro humilde y silencioso, hacia el otro que trabaja día y noche por acercarse a los que genios y lumbreras han sido.

He llagado, pues, a casa de Teodoro. Allí estaba el hombre junto a su mujer, a Albania Codahue, allí estaban en su gabinete y, apenas me vieron, no pudieron esconder el inmenso placer que mi visita les producía.

Se está bien en casa de Teodoro Yumbel. Todo en ella es armonía y es calma. Albania Codahue contribuye a llenar todo este ambiente de vida llena y ella no hace nada; apenas se mueve y hace que las cosas cumplan su cometido dirigidas por su presencia.

¡Qué cambio, qué contraste con Eusebio Palena! Es salir de ese codeo permanente con los genios que retumban junto a él; sí, retumban y sólo se alejan unos instantes para que Polinesia Loncotoro devore sus churrascos. Aquí, diría yo, es una película tomada con cámara lenta. Cualquier movimiento de ellos lleva una eternidad en él y, a través de esta eternidad, veo, por sus balcones, una ciudad lejana, una ciudad irreal que, en primer plano, levanta las cruces del cementerio Apostólico.

Teodoro Yumbel tomó unos papeles de un cajón de su escritorio. Me pidió que oyera lo que en ellos había.

—No es nada mío —me advirtió—, nada. Son ideas de otros, de muy lejanos hombres que

ya no existen. Las he ido recogiendo por todos los lados. Así no pierdo el contacto con aquellos que, como yo, han pasado su vida en cosas algo más elevadas que el corriente de los mortales. Y esto, puedes creérmelo, me reconforta y hace que los días pasen y pasen sin sentirse.

—Teodoro —le dije—, puedes hacerme ver esas anotaciones que has hecho. Quiero que ellas me sumerjan en ese mundo en que a ti te sumergen. Te escucho.

Con voz suave y lejana, mientras Albania, sin hacer ni un solo movimiento, nos preparaba algo que comer, Teodoro leyó:

Aquel que cultiva su campo no piensa en hacer el mal.

(CICERÓN)

Retírate en ti mismo; practica a menudo este retiro del alma; en él te renovarás.

(MARCO AURELIO)

El talento se forma en la soledad; el carácter, en la sociedad.

(GOETHE)

Ayúdate; el cielo te ayudará.

(LA FONTAINE)

Amar, es encontrar en la felicidad ajena su propia felicidad.

(LEIBNITZ)

Estar descontento de sí mismo es el verdadero signo de la virtud.

(PLAUTO)

El pasado es la lámpara colocada en la entrada del porvenir.

(LAMENNAIS)

Sólo sé que nada sé.

(SÓCRATES)

Las grandes almas sufren en silencio.

(SCHILLER)

La palabra es de plata; el silencio es de oro.

(RIVAROL)

Ni los mismos dioses pueden luchar contra la estupidez.

(SCHILLER)

No hay acomodamiento con la conciencia.

(SAINT-SIMON)

La paz del corazón es el paraíso del hombre.

(PLATÓN)

Donde hay mucha luz, hay mucha sombra.

(GOETHE)

Conócete a ti mismo.

(SÓCRATES)

Nadie puede decirse feliz antes de su último día.

(SOLÓN)

Quedamos en silencio. ¿Qué podría hablarse? Es mejor callar. Me asomé nuevamente al balcón. Vi una ciudad que debería llamar como todos la llaman: San Agustín de Tango. Pero ya no era esa ciudad. La voz de Teodoro la había transformado en otra ciudad que ahora yo veía por primera vez. Sabía, por cierto, el nombre de todo cuanto veía y divisaba hasta lejos, muy lejos, hasta el cielo que, no sé por qué, vino a mí o yo fui a él.

Teodoro habló hojeando esos papeles que tenía en su mano:

—Aquí he copiado otras palabras que a veces leo; a veces quedan largo tiempo sin ser leídas. Aunque he de decirte, Onofre, siempre las leo, siempre llegan a mí. Óyelas. Son de Peladan, de su obra *Cómo devenir artista*. Allí Peladan escribe:

El espíritu humano nada puede concebir de irreal y de inexistente en sí: ninguna idea puede nacer del cerebro del hombre. El más allá, tomado en el sentido más vasto, contiene las realidades de nuestros sueños, las matrices de nuestras nociones: toda relatividad concebida por el hombre supone un absoluto que refleja.

Seguimos en silencio: Teodoro, Albania, yo, San Agustín de Tango, el mar, la cordillera, los océanos, las altas montañas, los desiertos, las profundidades que desembocan en los cráteres de los volcanes, la Tierra entera y los cielos poblados de estrellas, todo, todo...

Callemos... Silencio...

En este mutismo le pregunté:

—¿Qué día es hoy?

—¿Hoy...? —me preguntó a su vez—. No lo sé.

Albania respondió:

—Hoy es martes.

Yo sentía el mundo pequeño, pequeñito. Ese gabinete en que estábamos lo sentía grande, inmenso. Aunque me di cuenta de que ya no había proporciones. Éramos tres seres que nos habíamos detenido unos pocos instantes en el rodar del mundo.

Pocas veces, acaso ninguna vez, había yo sentido tan fuertemente esta separación con cuanto me rodeaba. Teodoro me dijo:

—Has hecho bien en venir; deberías hacerlo más a menudo.

Respondí:

—He venido sin saber por qué. Algo ha venido y yo lo he seguido. Por eso estoy aquí.

—Te comprendo. Has tenido un alto en este rodar. Por eso San Agustín de Tango ahora es diferente para ti.

Respondí:

—Sí; has dicho bien.

Callamos. Silencio. Pregunté:

—¿Qué escribes por ahora?

Él respondió:

—*La Comadreja invisible*.

Nuevo silencio. Al fin insinué casi desde otro mundo:

—Veremos si un día puedes leerme algo.

Desde ese otro mundo Teodoro me respondió quedamente:

—Sí; algún día algo te leeré.

Me indicó una bandeja con picatostes que Albania —¿quién otra podría haber sido?— había puesto sobre la mesa; me dijo:

—Sírvete.

—Gracias —respondí y me serví; luego se sirvió Albania; luego se sirvió Teodoro y comimos los tres.

El mundo no tenía dimensión alguna. Los picatostes eran enormes y lo llenaban todo. Sentí que pasaba un auto. Oí un súbito sonar de miles de sirenas. Me asomé una vez más y vi a una vieja que trataba de cruzar la calle.

Teodoro repitió el pensamiento de Cicerón:

“Aquel que cultiva su campo no piensa en hacer el mal”.

Yo entonces, recordando haberlo leído en alguna parte, dije, no sé si a mis amigos o al mundo o a lo que fuera:

“Si quieres ser feliz un día: emborráchate.

Si quieres ser feliz seis meses: cástate.

Si quieres ser feliz toda tu vida: cultiva tu jardín”.

Luego agregué espontáneamente:

—Quiero ir al parque del Obispo Lomocura, el parque que es la continuación del Zoo San Andrés. Tú... ¿lo conoces, Teodoro?

Él respondió:

—Sí; he ido una que otra vez hasta él; Albania lo conoce bien y mucho se place bajo sus árboles.

—Hasta pronto, Albania.

—Hasta pronto, Onofre, y que sea verdad esto de “pronto”.

—Sí; será verdad. Hasta pronto, Teodoro.

—Hasta pronto, amigo.

Y salí de la casa de ellos.

202

¡El Zoo de San Andrés! Respiré su entrada como se respira un convite para ir al más allá. Cuestión de atravesarlo —y atravesarlo rodeado de fieras— y veré los primeros árboles de ese parque tan famoso, tan único, que es el Parque del Obispo Lomocura.

Apenas habría andado unos cuantos pasos por el Zoo de San Andrés, cuando fui detenido por Mamerto Masatierra. Iba en compañía de otro sujeto a quien me presentó de inmediato. Era éste don Gualterio Carahue, un verdadero sabio en materia de animales y a quien se acababa de nombrar Director Supremo del Zoo de San Andrés.

—Les dejo a ustedes, buenos amigos —nos dijo Mamerto—. Con la charla de don Gualterio Carahue se verá usted, don Onofre, obligado a exclamar varias veces: “¡Inefable!” que

es mi exclamación favorita aunque no se encuentre con nosotros el bueno de Macario Viluco. ¡Adiós, amigos míos! E instruya usted, don Gualterio, al señor Boroa sobre las sin par reformas que ha introducido usted aquí en este Zoo.

En realidad yo no había visto como es debido este Zoo. Con la voz de don Gualterio Carahue aquello tomó un aspecto nuevo, inusitado, que me dejó punto menos que lelo.

—Venga usted por aquí —me pidió don Gualterio—. Voy a mostrar a usted la nueva sección, recientemente inaugurada bajo mi tutela, de serpientes, tortugas y saurios.

Me dejé guiar por el señor Carahue. Él habló sin parar mostrándome los miles de animales que allí había. Había un público numeroso que admiraba todo aquello con verdadero entusiasmo. El señor Carahue me habló así:

CARAHUE

Vea usted, señor Boroa, este camaleón cornudo. Lo he traído hasta acá con ciertas dificultades pero ahora, verá usted, parece sentirse como en su propia casa.

Y aquél es un sauromalo que pasa sus horas así inmóvil, tal vez sintiendo la vida del cosmos resonar en sí mismo. Sí, creo que todo el cosmos se refleja en él pero en forma vaga. Nosotros los hombres hemos perdido el poder de percibir esas primitivas y oscuras imágenes del mundo externo. Este sauromalo parece que vive en ellas.

Y aquí tiene usted una culebra sopladora y allí verá usted una culebra pollera, también conocida con el nombre de elafis moteada.

Ésta es una víbora venenosa con sus grandes colmillos acanalados. ¿Ése? Pues ése es un anolis, pequeño saurio de brillantes colores, como puede usted ver. Y allí tiene usted un ave dentada. A su lado verá usted un reptil volador. Estas son cascabeles enanas. ¡Qué contraste hacen ellas con esas enormes boas de no menos de seis metros de largo!

Este es un caimán. Siempre inmóvil. Yo lo llamo "el caimán soñador". De pronto se mueve un poco a gran velocidad y vuelve a su quietismo.

Usted comprende, señor Boroa, aquí vivo en un mundo que nada tiene que ver con el nuestro, aquí se vive con la resonancia de otra manera de existir.

Veo que a usted le interesa esta manera de vivir. ¿Verdad?

Voy a llevarlo entonces a una sección que no ha mucho he inaugurado en este Zoo. Sígame, amigo, y verá usted algo que le va a sorprender de verdad.

Pase por aquí. Eso es. Descienda unos cuantos pasos. No se preocupe de la gente que visita y admira a estos saurios y serpientes que acabo de mostrarle. Baje otro poco. Eso es. Despídase usted de cuanto lo ha rodeado hasta ahora. Lo llevo a otro mundo que se pierde en las edades ya pretéritas. Avancemos por aquí. Ya vamos a estar entre los animales del pasado, ya vamos a estar.

Ahora cúbrase usted los ojos; así, de ese modo. Esperemos unos pocos segundos y...

¡Abra sus ojos, quítese la mano que los cubría!

Hice como Gualterio Carahue me había indicado y miré hacia todos lados. En realidad no volvía en mí. Los paisajes, ahí bajo el Zoo, se multiplicaban hasta lo infinito y, en cada rincón de ellos, había un gran, un enorme animal antídiluviano. Carahue esperó que yo me rehiciera de mi estupor. Luego me tomó del brazo y me habló quedamente.

Vea usted lo que avanza allí. ¡No, amigo, no es un elefante! Vea tan sólo el tamaño de sus colmillos y considere la altura del animal. Ese es un mastodonte americano que habitaba en otros tiempos por ahí donde ahora se halla la ciudad de Nueva York.

Le aconsejaría a usted que se abrigara cuanto le sea posible. Vamos a ver al carnero almizcleño. Sí, por cierto, quedan aún algunos ejemplares de ellos en Groenlandia. ¿Siente usted mucho frío? Ha de pasar pronto aunque antes de ir a regiones más cálidas quiero que vea usted a estos rinocerontes lanudos. Por cierto, amigo mío. Usted ha de referirse a esos dibujos que hay en las cavernas de España y Francia cuando estos rinocerontes lanudos servían de modelo a los hombres que habitaban tales regiones hará unos veinticinco mil años. Ahora aquí los mantengo yo y, de verdad, parece que se sienten perfectamente.

¡Lindo animal es ése! Le ha llamado a usted la atención este ejemplar de bisonte longicornio. Me costó un triunfo traerlo hasta acá. Algunos murieron. Los restantes se han multiplicado normalmente pero han hecho una cosa que yo llamaría rarísima: sus crías. Se lo voy a decir a usted:

Nacen crías que no se desarrollan más allá del tamaño de un perro faldero; hay otras que crecen hasta alcanzar la altura de 9 y 10 y más metros aún.

¡No, no tema nada, señor Boroa! Es un animal muy manso que en todo puede pensar menos en hacer daño. Naturalmente; su tamaño es imponente y siempre ha sido así. Se le ha llamado perezoso gigantesco. En verdad, tiene usted razón, es gigantesco. Pero verá usted que sólo se alimenta de hojas y frutos de esos árboles enormes que puede usted ver por doquier. Y vea, señor, a los perezosos gigantes como se acercan a ellos y comen tranquilamente.

Aquel que se mueve ahí es un gliptodonte, enorme también, semejante a un tanque, ¿no es verdad? Y aquellos que corren y hacen cabriolas son una serie de tricornios. No, no hacen daño alguno. A veces usan el cuerno que llevan sobre la nariz para defenderse de otros animales que suelen atacarlos.

¡Esto es lo que yo quería que usted viera! ¡Un baluquiterio! ¿Había visto alguna vez un animal más enorme? A su lado parecemos casi unos microbios. Es más alto que una jirafa y mayor que el más voluminoso de los mamut.

Pasemos sin hacer ruido. Es un tiranosaurio, una bestia feroz. Ahora duerme. Ahora bosteza. ¿Vio usted esos colmillos que tenía en su boca? Pasemos y reposémonos un rato aquí en este escaño.

Había calma en torno nuestro. De cuando en cuando se oían alaridos agudos y especies de ronquidos potentes y cortos. Por el cielo pasaban volando unos reptiles voladores que se cruzaban con reptiles alados y con unas bellísimas aves primitivas.

Después de solazarme con este ambiente cuajado de reptiles y de aves primitivas, dije a Gualterio Carahue:

Yo

Me ha mostrado usted, señor Carahue, verdaderas maravillas que nunca habría pensado que se hallen bajo el Zoo de San Andrés. Quisiera ahora llegar al Parque del Obispo Lomocura. Pero antes me va usted a dejar que le diga que nunca había conocido un zoólogo tan eminente como lo es usted, señor Carahue.

CARAHUE

Es mucha su amabilidad, señor. Voy ahora a acompañar a usted hasta la salida de estos fondos de nuestro Zoo. Caminemos por aquí; eso es. Ahora trepemos junto a estas raíces. Yya lo ve usted, señor, estamos nuevamente en pleno Zoo de San Andrés. Recordará usted también, señor, que hemos encontrado a una serie de gentes que visitaba esos animales del pasado. Vienen a este Zoo y pasan luego a sus profundidades oyendo las explicaciones que les dan varios zoólogos. Vienen de la Ulpif, vienen de más lejos, de todas las ciudades de la República y aun vienen del extranjero.

Yo

Con ello le rinden a usted, señor Carahue, un muy, muy merecido homenaje. Estamos rodeados de cosas inauditas que uno ni sospecha que hay aquí. ¡Es admirable cuanto usted me ha hecho ver! Y por ahora me voy al Parque del Obispo Lomocura.

CARAHUE

Le deseo a usted un buen solaz bajo esos inmensos árboles que lo han hecho famoso. ¿Conoce usted bien la salida de este Zoo? Allí hay una pequeña puerta que lo llevará a usted a la calle Santa Gadea del Cid. Al frente encontrará la entrada, una de las tantas entradas, de ese famoso parque. ¡Adiós, señor, y que lo pase muy bien!

Yo

¡Adiós, señor Carahue! Le deseo que siga usted con el mismo ahínco trabajando en esos subterráneos de nuestro Zoo. ¡Adiós!

203

Me encontré en la pequeña callejuela Santa Gadea del Cid. Casi no había tránsito. Por encima del tejado de unas casitas vi que asomaban las altas copas de los árboles del Parque del Obispo Lomocura. Penetré en aquel parque. ¡Qué solemnidad había en aquel que ahora me pareció un bosque, un inmenso bosque! Vi algunos paseantes; luego volvió la calma. Vi que los árboles se mecían un poco con un ligero viento que soplabá allá arriba conservando la calma aquí abajo, por donde yo me paseaba. De pronto ese leve susurro del viento se precisó y formó una melodía. Me detuve y grité:

—¡El hombre Martín Quilpué!

Un minuto después lo veía pasar, sereno, impertérrito, silbando *El Bolero* de Maurice Ravel. Iba ataviado como tenía yo costumbre de verlo: sombrero calañés gris claro con cinta negra; traje, vestón azul marino con rayas blanquecinas; camisa blanca rayada de azul; cuello de pajarita; corbata violeta con pintas ocre; zapatos negros rebajados de cuero de potro; calcetines grises algo más oscuros que el sombrero. Y por todas partes se esparcía un olor de agua de Colonia de la Farmacia Universo, calle Chacabuco 1142.

Pasó y su melodía silbada hacía la alegría, la euforia, de miles de sílfides que, junto a ninfas y sirenas, la bailaban desenfrenadas.

Yo, a su paso, vociferaba agitando las manos:

—¡Viva, viva, el hombre Martín Quilpué!

Quise seguirlo y correr mi destino junto a este hombre. Pero del grupo que lo acompañaba, se destacó una náyade y, sin pronunciar palabra, me indicó un angosto sendero

que arrancaba en sentido contrario de ese grupo que ya se perdía siguiendo los acordes de *El Bolero* de Maurice Ravel.

Miré el sendero y comprendí que se me ordenaba, desde muy alto, seguirlo sin titubear. Agradecí a la náyade y por él me engolfé. La náyade me siguió. Caminamos un poco. Por fin me mostró un inmenso, un colosal ombú y se hizo humo mientras a lo lejos se perdían los últimos acordes del silbido del hombre Martín Quilpué.

Quedé entre los troncos de aquel ombú. Reinaba una calma completa a torno mío. Luego, poco a poco, el aire se solidificó y, con estupor, con regocijo, vi que aparecía Colomba de este aire así solidificado. Exclamé:

—¡Colomba! ¡Colomba!

Ella me miraba muda y hierática. Una serie de animalillos y de aves se desprendieron de aquellos troncos y, lentamente, se alejaron de allí. Vi unos pangolines y unos basiliscos y algunos cusumbos; vi una pipistrela que voló junto a mí; vi un ave del paraíso y unas lindas avutardas. Todos se alejaron y nos dejaron solos, solos, a ella, a Colomba y a mí.

Alcancé a pensar, con la velocidad del rayo, que aquellos animalejos y aquellas aves que se habían retirado de los troncos de ese ombú, eran, a no dudarlo, aves y animalejos cuyo verdadero domicilio se hallaba en los fondos del Zoo de San Andrés junto a ese señor que acababa de conocer, don Gualterio Carahue. Pero no pensé más: la sonrisa de Colomba me había subyugado y caí de rodillas ante ella.

Entonces, sin mover los labios, pude expresarme y así me expresé:

Yo

¡Oh, Colomba, ahora te he llamado y ahora te invoco! Tú sabes cuanto me ha ocurrido aquí en estas alturas, aquí en la superficie. Sentía una necesidad imperiosa de llegar a éste que se me antoja un enorme bosque.

Sabía que en él aparecerías tú.

Aquí estás. Mi invocación ha sido oída.

Junto con aparecer tú, mi Colomba, ha aparecido la imagen de ese cínico de Darío Valdepinos. Ahí está, en mi casa, junto a mi hermano Pedro. Y pasa sobre él un llamado que él no oye.

Dime, Colomba, ¿cuántos llamados pasarán junto a nosotros?

Estoy cierto: deben pasar muchos, muchísimos. Este mundo debe ser un perpetuo llamado que nosotros no oímos pues nos hallamos solicitados por otras miles de pequeñas cosas que nos distraen.

Ahora siento un formidable llamado sonando junto a mí. Suena y suena, retumba. Yo no lo oigo. Tal vez este llamado sea el hallarme de hinojos junto a ti, mi Colomba.

¿No nos llaman a todos?

¿No oyes tú ese llamado permanente, ese llamado que allí está?

Pedro dice:

—Bebamos un ajenjo como esos que bebíamos allá en París.

Pero, no; él ha preferido beber un vinillo tinto. Todos hemos bebido un vinillo tinto. Y el llamado resonaba, hacía crujir la casa; hacía crujir el mundo entero. Nadie lo oía a pesar de que todos vivían en un crujido permanente.

Ya te lo he dicho, Colomba: nadie lo escucha y todos siguen. Pues es difícilísimo lograr descifrarlo, lograr sacar de él ese llamado que es para nosotros y nada más que para nosotros.

Por eso yo voy al centro de la Tierra.

Es el llamado que ha sonado junto a mí. Te veo y me recojo ante ti, mi Colomba. Dejo de pensar; ni una idea cruza por mi cerebro, ni una sola. Tú me preguntarás la causa de ausencia de ideas. Te la diré; óyeme bien:

Estás tú frente a mí y ello basta.

Como estás ahora, aquí en este bosque de Lomocura. Como estás aquí y bien podrías estar en cualquier parte.

¡Te he encontrado y ello basta!

Te he encontrado... Eso basta...

Porque no hay comunicación alguna entre nosotros. ¡Guarda tu silencio! Yo, aquí y de rodillas, guardaré el mío.

Después, allá en casa, en Fray Tomate, en la calma de mi gabinete silencioso, trataré de transcribir nuestras relaciones, desmenuzándolas hasta llegar a las pequeñas variaciones de tono que hemos puesto en nuestras... ¿osaré poner la palabra "conversaciones"? Releeré luego lo que he escrito, lo releeré una y mil veces.

No, no hablamos nada. Traduzco en un idioma corriente, en un idioma al ras de los cementos y adoquines de las calles, lo que he sentido junto a ti y la bondad con que tú, Colomba, me recibes.

Entonces cruje cuanto es posible que pueda crujir. Cruje un muy pequeño momento y los cementos y adoquines alejados un instante... vuelven, vuelven y yo camino por ellos evocando vagamente estos momentos en que he estado junto a ti.

Como ahora siento que voy caminando. Veo las calles, veo las avenidas, los parques como veo este parque de Lomocura. Y veo a esos barrigones, hombre y mujer, que por aquí se pasean ajenos a cuanto los rodea, sin ver ni haber visto jamás a esos pangolines y esas avutardas... Es que charlan sobre las empleadas y sobre la que ha de quedar en casa cuidando al niño mientras ellos vayan a la fiesta que dará... que dará... para esperar el día siguiente... el almuerzo... la empleada... los medicamentos que hay que tomar y tomar varias veces al día... pues ahí viene el médico... sí, es mejor que el niño haya quedado en cama... cruce por el parque de Lomocura... la calle Santa Gadea del Cid... así evitaremos cruzar el Zoo de San Andrés... ¡me cargan, me revientan esos animales que hay en sus jaulas!... naturalmente, por cierto, toda gran ciudad debe tener un buen zoológico... pero démonos prisa, mujer... tenemos los minutos contados... ¡prisa, prisa!

Porque odio, Colomba, odio, aborrezco cuanto me rodea. Odio a los barrigones que acaban de pasar como odio a esos mequetrefes cuyo bullicio hace aplanarse estos que había aquí, ¡inmensos árboles!

Ahora debo seguir los pasos de esas chiquillas que ahí van y van coqueteando con el aire y con sus propias formas. ¡Ni ven a la vieja que las ha cruzado! Y la vieja les ha ofrecido globitos... ¿No ve usted, señora, que ya no están en edad de comprar globitos? Pero la vieja insiste... insiste... insiste...

¡Colomba! ¡Colomba!

¿Dónde estás?

¡Colomba! ¿Dónde...? Por favor, ¡no me dejes solo aquí entre estos árboles que han perdido su significado!

Me echaré en ese escaño; me apoyaré en su respaldo; miraré estos árboles que me rodean. Pero... ¡por piedad!... no paséis más par de barrigones y mequetrefes y damiselas y viejas vendedoras...

¡Fuera, fuera de mí! Naturaleza: ¡te aborrezco!

Sentí que, poco a poco, se levantaba dentro de mí ese horror por la naturaleza. Todo en ella me pareció hostil, me pareció como simples prolongaciones de los barrigones, de las viejas vendedoras, de los mequetrefes y chiquilinas coquetas. Vi que estábamos sometidos a vivir bajo ese aspecto que jamás nos abandonaría totalmente.

Colomba ya no estaba entre los troncos del ombú.

Pasaron unos soldados. Se cruzaron con tres estudiantes; uno de ellos cantaba con alegría de los otros dos:

¡Ay, pa que mi alma no se pierda...

Ay, damelo-ó con lengua y toohoo!

-¿Quieren globitos...? -gritó la vieja.

-Barquillos, barquillos, a los ricos barquillos... -decía un vendedor.

Una damisela contorneante le compró unos barquillos y siguió.

Colomba no estaba; Colomba había desaparecido. Con ella habían también desaparecido las náyades y las ninfas. No había ni un basilisco ni un cusumbo. Alcé la vista: cielo entre las hojas, cielo sin una sola avutarda ni un ave del paraíso... Unos niños reían y hacían fiestas ante un par de pequeñas ardillas.

-¿Quieren globitos...?

-Barquillos, a los ricos barquillos...

Colomba ya no estaba. La naturaleza era sencillamente horripilante. Estaba yo rodeado por mis tres poderosos enemigos: la naturaleza, los animales, los humanos...

Onofre Borneo se acercó a mí y me dijo:

-¿Te gusta este parque de Lomocura? Yo lo encuentro detestable. No sé qué idea he tenido de llegar a él. Por lo demás, nunca, lo visito. ¡Pensar que hay gente que se place aquí dentro...!

El sombrero de copa de Palemón de Costamota hizo un gran círculo por los aires y, tras él, el propio Palemón argumentó:

-En los Infiernos no se embrutece a los mortales con parques ni con tonterías semejantes. En los Infiernos...: ¡o fuego o nada!

Y ambos, Borneo y Palemón, se alejaron del brazo charlando animadamente.

Yo quedaba ahí solo, abandonado en medio de esos paseantes. ¿Qué hacer? Llamé al barquillero y compré barquillos. Volví a sentarme en el escaño que había abandonado. Ya era el crepúsculo. El parque de Lomocura se vaciaba lentamente; ya no había ni globitos ni barquillos ya era el silencio que penetraba por todos lados.

De pronto fui tomado por el terror. Este terror prolongó mi vida hasta otras regiones inmensas ante las cuales me sentí pequeño, pequeñito, minúsculo, borrado. Y, a mi lado, la naturaleza creció, se hizo inmensa... mas sin aumentar ni un milímetro en sus proporciones.

Fui sacado del escaño, fui arrancado de él. Mi cuerpo allí quedó. Viví, unos momentos, en esas otras regiones.

Era una región tranquila. Yo la había frecuentado a menudo, muy a menudo. Había pasado por ella distraído, pensando en otras cosas. Era esa región la casa de Lorenzo Angol, en la plazoleta Fray Tomate. Era al lado, con sólo un piso de diferencia, de donde habito yo. Era cuestión de bajar un piso, atravesar el corredor, tocar la campanilla, pre-

guntar por Lorenzo, entrar a su escritorio y sentarse junto a él. Nada más. No había necesidad de hablar. Bastaba con elevar un tanto los ojos. Y allí estaba la entrada que llevaba a otras regiones.

Otras regiones... Ya las había visitado contigo, Diana. Pero contigo sólo había visto el umbral. Ahora era la inmensidad.

En su escritorio está ahora el retrato de su hermanita aparecido no sé de dónde. Ha ido a colocarse allí. Allí está. Cada vez que he llegado a ver a Lorenzo, lo he mirado y luego he quitado los ojos de él pues hablábamos de otras cosas, de muy diferentes cosas, que ya tú supiste y que, cansada tal vez de ellas, preferiste marcharte lejos, muy lejos para nuestra noción de las distancias; muy cerca para la noción de ellas cuando las sentimos... Jateña.

Ahora, en el parque del Obispo Lomocura, has venido hasta mí, te has puesto a mi lado y por eso llamamos ambos, tú, Jateña, y yo.

Yo estaba en San Agustín de Tango; yo estaba en el parque del Obispo Lomocura; yo estaba sentado en un banco. Tú, Jateña, estabas en todas partes, habías estado y siempre estarías...

Me levanté y partí. Crucé el zoo de San Andrés. Vi las aguas del río Santa Bárbara. Caminé por el Muelle de la Sotana. Llegué a mi casa. Subí al 6º piso. Luego me acosté y dormí profundamente.

204

Hoy he salido y he marchado el día entero.

De pronto me he encontrado en la avenida Benedicto XX. Mucha gente y un tránsito enorme. Entre esa gente, Rubén de Loa. Saludos y demás y me dijo:

—Ven conmigo. Es aquí cerca. Una pequeña tienda, recién abierta, en la que hay un sin número de reproducciones. Hoy, esas reproducciones, son sencillamente magníficas. Quiero que veas una de mi gran, muy grande admirado Pablo Picasso.

Allá fuimos. Era una reproducción de aquellos arlequines que pintó Picasso en sus mocedades. Me detuve ante él y lo contemplé un largo rato. Rubén me interrumpió diciéndome:

—¿No ves tú en esta telita todo lo que Picasso haría con el tiempo? En ella está lo primero que encontró al ir a la región donde se hallan las obras de arte esperando una voz que a ellas se acerque y les diga: "Vamos a circular por el mundo". Porque las obras están todas ellas fuera, fuera, Onofre. Y están en espera del hombre que a ellas ha de llegar y hacerlas vivir para nuestros sentidos.

Repuse:

—En realidad, Rubén, veo perfectamente lo que dices. Veo a ese pintor, a Picasso, emprendiendo esa marcha; lo veo llegar a su objetivo, lo veo pintar y...

Rubén me explicó:

—Y... Evitar los peligros que, junto a esas obras que están en ciernes, las custodian por todos lados estando alertas a la mano que a ellas les aparece una mano intrusa.

—Ha de ser un trabajo durísimo, Rubén.

—Hasta cierto punto... si tú te mantienes en tu plena conciencia; pero es un trabajo fascinador para aquel que ha dejado su conciencia y ataca en ese mundo superior. Los que

lo consideraban un intruso, ya no lo consideran como tal. Por el contrario: lo ayudan a parir para la vida aquello que tal esperaba. Tal ha sido, no lo dudo, el caso de este gran pintor que es Pablo Picasso.

Nos separamos y seguí mi marcha. Cerca de la Plaza de la Casulla me encontré con Eusebio Palena y con su mujer, Polinesia Loncotoro.

—¡Oh, mi querido y gran Onofre! —me gritó, apenas me hubo visto, lleno de entusiasmo—. Esta vez no te voy a invitar hacia donde ambos caminamos. Vamos al bar Quichuelo donde, según mi mujer, se preparan los mejores churrascos que es posible preparar. Yo no he vacilado en acompañarla pues he sentido que una Zambafusa ronda junto a mí. Ya lo comprenderás tú, mi buen Onofre: ella debe comer todos los churrascos que pueda y entonces, entonces... ¡la Zambafusa vendrá a mí!

—Y ese día —agregué— mi invitarás a beber un buen pisco.

—Sí; te invitaré en el bar Quichuelo.

—Será un pisco como nunca se ha visto otro.

—Has dicho la verdad absoluta, Onofre, pues esta Zambafusa que ronda junto a mí sobrepasará los límites del genio.

—Por ella iré a beber un pisco anticipado.

—Y verás, Onofre, que él, en nombre de mi futura Zambafusa, irá a ser un aperitivo no igualado.

No habría andado más de unos pocos pasos cuando me encontré con mi gran amigo Desiderio Longotoma.

—¡Acabo de estar con Ascanio Viluco, "el borrico de mi tío", como lo llama su sobrino Macario!

Le dije con seriedad:

—Vendrás entonces lleno de honda intelectualidad. Ascanio ha de haberte sumido en profundidades... ¡que ni Dios!

Me respondió:

—Y por esas profundidades nos hemos paseado juntos. No mucho, no, no mucho rato... pues, al fin y al cabo, tú sabes, Onofre, que yo no soy hecho para vivir en profundidades ni en alturas vertiginosas. A mí, amigo, me basta con mi casa y en ella que esté mi chica, la tan buena de la Tomasa. Y, de vez en cuando, una asomadita a la Taberna de los Descalzos y... ¡basta!

—Pero háblame, Desiderio, del borrico de mi tío. Tú has de saber que ese Ascanio me interesa muchísimo.

—Con razón, Onofre. Ascanio progresa o, tal vez, siempre ha sido el hombre de ese progreso y nosotros... lo ignorábamos.

—¿En qué consiste ese progreso?

—Ascanio... ¡lee los diarios!

—¡No es posible, Desiderio! ¡Aquí hay un error tuyo!

—Lo que oyes. Ascanio lee los diarios, todos los periódicos, sin saltarse ni uno solo, desde los editoriales hasta los pequeños avisos en que se piden o se ofrecen sirvientes. ¡Todo! ¿Me oyes? ¡Todo!

—Y después de leerlos... ¿qué hace?

—Medita, medita mucho y... vuelve a leerlos.

—Ya lo pensaba yo, Desiderio, que Ascanio es un tipo formidable.

—Es un tipo superformidable. Me he entretenido en imaginarme la prensa y los tipos

que la leen hondamente. Para ello, mi buen Onofre, he puesto un punto. Este punto incluye a toda la gente que no la lee, que está todavía sin llegar a ella, la gente para la cual la prensa es algo del otro mundo. Yo no la cuento ni me preocupo de ella. Es como aquella vieja o aquel hombrecillo que van ahí o el suplementero que la vende y la usa para envolver paquetes. Luego viene otra, una muy otra categoría de gentes.

—¿Y cuál es ella?

—Es la categoría de gentes que quieren estar bien informadas y nada más. Cinco, diez minutos diarios y... basta. Con los titulares tienen de sobra. ¿No lo crees tú?

—Por cierto, es lo que creo.

—Y llegamos, Onofre, a la gran categoría, a la categoría donde reina y donde es un personaje sin igual, don Ascanio Viluco, el sin igual del borrico de mi tío. Aquí, en esta categoría, vemos leer la prensa como ella debe ser leída, ¡sí, amigo mío! Como ella debe ser leída. Y para hacer algo como ello debe ser hecho es necesario, ante todo, crear un ambiente propicio. ¡Oh, en esto, Ascanio se ha esmerado debidamente!

—¿Y cómo lo ha hecho, Desiderio?

—A ello voy. Primero: un sillón, un amplio y cómodo sillón que abra sus brazos para recibir al cliente que va a leer; segundo: una buena acomodación de la luz, que no sea ni mucha ni poca, una ventana abierta en lo alto y cerrada en lo bajo; tú me comprendes, Onofre, una ventana como las usa Galvarino Curequilla cuando se sumerge en sus estudios. Luego se carraspea unas dos veces. Y tomemos los diarios y leámoslos. Tercero: silencio en la casa pues ese enorme de don Ascanio está leyendo ¡un periódico!

Ahora, Onofre, sigo a mi casa. Siento la necesidad de ver a mi Tomasa y ella siente la necesidad de que yo me encuentre ahí mientras aprende los versos que nos recitará la próxima vez que tú llegues a vernos. ¡Oh, qué versos son esos!

—¿Qué versos son, Desiderio?

—Son los versos inmortales que escribió Rafael Pombo, él, para mí, uno de los grandes vates que ha producido este continente. Esos versos son *Rinrín Renacuajo*.

—¡Es algo colosal, amigo mío! Veo a la Tomasa peseándose, con su tan suave voz, en compañía de Rinrín Renacuajo, de doña Ratona, de su mama Ranita, de ese ratón vecino amante de francachelas y comilonas. ¡Gozaremos mucho, Desiderio, con la Tomasa y esos queridos animalitos que Pombo describe tan admirablemente bien! Y ahora, fuera de ayudar a la Tomasa, ¿qué proyectos tienes, Desiderio?

—Mira el cielo, mi buen Onofre, y verás que no hay ni una sola nube. Esta noche, pues...

—Esta noche... ¿qué?

—Miraré Antares, la fabulosa estrella. Luego dormiré junto a mi querida Tomasa.

Me fui a almorzar en el restaurante de la Basílica. Pensaba sentarme en un asiento solitario y pedir mi menú. Pero una voz me llamó desde una mesa arrinconada:

—¡Onofre! ¡Ven a sentarte con nosotros!

Obedecí. Un minuto después estábamos juntos Artemio Yungay, su mujer, Clorinda Machali y yo. Artemio me dijo:

—Vengo de meterme a las entrañas de la Tierra. Me introduje por el cráter del Tupungato. Descendí como un chiflón hasta encontrarme con ella, con Tártara Tigre.

—Artemio, has tenido un momento arrebatador. ¡Qué hermosa cosa es poder encontrarse, después de tantos años, con el espíritu de esa mujer! ¡Los recuerdos deben haber venido hasta ustedes pletóricos de vida! ¿No es verdad, Artemio?

Él me respondió:

—Sí, tal es la verdad. Revivimos en imaginación aquellos momentos de Melichaqui y ellos se llenaron de tantas bellezas que, en un instante, me sentí a punto de llorar.

—Lo veo, Artemio. Aquel amor lateral tiene que haber tomado gran parte en esos lejanos recuerdos.

—Y sobre todo, amigo, otra cosa que yo nunca hubiera creído que iba a aparecer en ese instante de que te hablo.

—¿Y cuál es ella?

Artemio meditó un rato; luego me dijo:

—Nuestros caballos que yo casi había olvidado del todo. Ellos aparecieron junto a ambos y relincharon. Quedé atónito al ver a esa Repanocha y a ese Despiporren. Al sonar sus relinchos, ella, la mujer que estaba a mi lado, ella, Tártara Tigre, se desvaneció y se borró de mi lado. Parece que los caballos la imitaron pues también desaparecieron.

—Y tú entonces, Artemio, quedaste solo, solo en las profundidades de nuestro planeta.

—No, no es así, Onofre, pues minutos, segundos después ellos, se precisaban y volvían hacia mí balanceándose en aquellos ámbitos. Los vi a los tres: la Repanocha, el Despiporren y, junto a ellos, vi y quedé lelo al verla de nuevo, a la mujer que yo buscaba que, desde muy lejos, con una voz apenas perceptible, me murmuró: “-Ama, ama a la que hoy es tu mujer, ama a Clorinda Machalí...”. Y calló; y se hizo humo. Entonces emprendí mi marcha de regreso.

Dije entonces convencido:

—Ya lo ha visto usted, Clorinda, que este viaje a las profundidades de la Tierra, ha tenido una palabra de amor para usted.

Ella repuso:

—Así es. Ya se lo he dicho a Artemio: ojalá siempre vaya a los interiores de la Tierra. Tú, Artemio, crees en lo que allá se te dice; yo, creo con lo que aquí, en esta superficie, se manifiesta a todo momento en mi interior.

Estaba yo cerca del Zoo de San Andrés. Quise echarle un vistazo, hacer renacer todos los recuerdos del pasado. El primero que se presentó a mi mente fue el de aquella vez que con la que era mi mujer nos paseábamos por él mirando las jaulas. Recuerdo que yo le mostraba a Isabel Tabunco, los diversos bichos que allí se encuentran y también recuerdo los comentarios que hacíamos. Pero un recuerdo viene a mí sobreponiéndose a los demás: la leona escapada y su lucha con el avestruz. Oí mis gritos, oí los de Isabel, vi la desbandada de gentes que huían presas del pánico. Vi todo.

Me oí yo mismo gritando:

—¡Socorro!

Oí a Isabel, mi mujer, que presa de terror gritaba:

—¡Jesús!

Y vi, en todos sus detalles, la espantosa refriega de la leona y del avestruz. Luego oigo su risa, oigo sus carcajadas, su “¡ja, ja, ja!” mientras se sostenía las costillas con sus manecitas de mármol delicado. Como digo, vi todo, hasta vi la defecación de la pobre y bravísima leona, vi la alegría del avestruz, vi las hojas del olmo gigante, vi a los espectadores que no sabían si reír o tiritar ante este singular combate y me vi casi huyendo con Isabel en busca de nuevas aventuras.

Hoy la cosa es muy diferente. Por cierto que vi un avestruz que se paseaba de un lado a otro y que se encontraba tan ausente de mi presencia como yo me encontraba ausente

de mí mismo. Y vi a una leona que dormitaba muchas jaulas más allá sin preocuparse más que de su sueño.

A una Isabel que ahora no sé dónde se halle, le murmuré con voz muy suave y lejana:
—Basta ya de sumirse en el pasado; así es que camina tú, Isabel, hacia tus quehaceres; yo iré hacia los míos.

Y salí lentamente del Zoo de San Andrés entre gente que se divertía dando maní a los monos o mirando la tranquilidad de los demás animales.

Súbitamente fui tomado por una necesidad imperiosa de llegar a casa de Lorenzo Angol. Hacia allá me dirigí, a la plazuela Fray Tomate. Antes de pasar a mi departamento pasé al de él y entré en su escritorio. Ahí estaba Lorenzo. Sobre su mesa vi abierto un libro: *Comptes bizarres*, de Achim de Arnim, el poeta alemán del siglo pasado. Sabía yo que era uno de los libros preferidos de mi amigo.

—¿Quieres leerlo? —me preguntó.

—He venido hasta tu casa con otro objetivo. Y puedes creerme que he venido rápidamente. Por el camino me he encontrado con tu primo, con el capitán Angol, que pasaba en su coche; he divisado también a Jacqueline Neuilly. Pero yo he seguido. Tenía que venir a tu gabinete.

Lorenzo comprendió y, a media voz, me dijo:

—Puedes darte vuelta y la verás.

Así lo hice y la vi. Vi el retrato de Jateña. Lo miré largamente. Después me levanté y dije:

—Hasta pronto será, Lorenzo.

—Hasta pronto será, Onofre.

Subí a mi departamento. La Zoraida me preparó un café. Yo vivía con el recuerdo de la imagen de Jateña.

205

Ascanio Viluco, el borrico de mi tío —como lo llama Macario, cada vez que lo cita—, Ascanio Viluco ha venido en mi salvación. Lo he encontrado por la calle y me ha invitado a que lo acompañe a Santiago. ¿Cómo poder negarme? Ascanio va en su coche, un auto de último modelo; Ascanio conduce muy bien. Al fin y al cabo voy a Santiago y, para ello, Ascanio es la compañía que necesito. Pero como sea, debo salir de San Agustín de Tango porque, por ahora, ya no es la ciudad que tan bien me acogía.

¡Otros aires! ¡Otro ambiente!

Exclamé:

—Sí, vamos Ascanio. Yo soy santiaguino. Hace ya mucho tiempo que no veo esa ciudad, ¡nuestra capital! ¿Cuándo dice usted?

—Mañana, temprano, tempranísimo, podemos partir.

—Mañana estaré donde usted me indique, mi querido Ascanio.

—Mi casa es el mejor sitio para juntarnos.

—Estaré en su casa tempranísimo.

—Muy bien —me respondió—. Lo espero a usted y así podrá ver nuestra capital. Las capitales deben ser siempre vistas y siempre visitadas. Mañana, de alba, partiremos.

Y partí a Santiago con Ascanio Viluco.

Íbamos ambos solos en un auto que más parecía una locomotora, por no decir, una catedral. Tema de conversación tuvimos, pues, cuanto quisimos; ¡el auto, el auto!

—Es un Buick —me dijo—. Antes tenía yo para estos viajes más o menos largos, un Packard. Ahora, como usted ve, un Buick. Pues los Buick son mejores que los Packard aunque digan lo que digan los... los... los...

—¿Los chofercillos, querrá usted decir?

—Los mequetrefes que manejan autos, los llamo así, los tan petulantes que manejan autos y que, por manejarlos, se creen una verdadera potencia.

Corríamos por las carreteras. Ascanio no cesaba de hablarme de los autos y, sin duda, un Buick era lo mejor. Yo trataba de interesarme por sus explicaciones y miraba y miraba el auto. Al ver que yo lo miraba tanto, me interrogó:

—¿Qué le llama tanto a usted la atención? ¡Aaah! ¡Ya sé! Usted piensa en el otro coche que tengo allá en San Agustín de Tango, ¿no es así? Pues puedo explicar a usted la existencia de ese otro coche.

—No, no —respondí—, no era eso lo que...

—Calle, amigo y oígame usted bien. Lo que voy a decir a usted debe tomarlo como un sabio consejo. Es un consejo que le da un hombre que en materia de autos... sabe una enormidad. Para circular dentro de las ciudades, un pequeño coche, uno pequeñín; para hacer viajes largos, uno grande y potente, como éste que ve usted. Claro que es lo mejor. Pero en las ciudades... ¡Oh, no! En las ciudades debe tenerse, como tengo yo, un auto, ya le he dicho, pequeñín que pueda luchar con el enorme tránsito que hay en ellas. Y para ello es mejor buscarse un autito europeo. Los yanquis no hacen esos tan pequeños autos. Es que allá las cosas están mejor organizadas que aquí. Yo tengo para la ciudad una pequeñita citroneta; antes tenía un Fiat minúsculo. Pero prefiero la Citroën. Por lo demás, se la aconsejo a usted el día que quiera tener un auto. Pues los autos...

“... los autos... los autos... los autos...”

Ya cerca de Santiago creía fallecer al oír hablar tanto de estos cacharros. Las ansias de llegar pronto me dominaban. Oía hablar de bujías, de partidas automáticas, de neumáticos... y qué sé yo.

Por fin llegamos. Santiago me apareció como el cielo ha de aparecerle a un escapado de los infiernos.

—¿Dónde quiere usted que lo deje? —me preguntó Ascanio.

—En el Hotel Imperia, si es usted tan amable.

—Bien —contestó—, lo dejaré en el hotel Imperia. Yo seguiré hacia el barrio alto donde tengo mi nueva casa. Uno de estos días lo invitaré a usted.

—Tantas gracias.

—De nada.

Y llegué al hotel Imperia, llegué —¡por fin!— libre de Ascanio Viluco y viendo la ciudad de Santiago como entregándoseme entera.

¡Entera, toda mía! San Agustín de Tango había perdido todo interés para mí; mis amigos de allá ya no me decían nada o, al menos, era lo que yo creía. Aquellos que habitan el fondo de la Tierra se me habían alejado a distancias inconmensurables. Y mis medios no me permitían emprender viajes lejanos, a otras tierras y ver otros mundos. No había más: Santiago.

Ahora ya estaba en la capital. El hotelito Imperia es un buen hotel, con todo el confort

necesario. Sus dimensiones son pequeñas. Se está en él como en su propia casa. Su situación es céntrica pues se halla en la calle Monjitas. Mi primer golpe de vista fue magnífico. La primera mañana, al despertar y tomar mi desayuno en cama, me sentí dichoso y me pregunté varias veces qué hacía yo en aquella ciudad de San Agustín de Tango. Con esta pregunta me levanté y me eché a andar por las calles. Hacía ya largos años que no veía esta ciudad. La miré lleno de emoción. Noté que ella me miraba de igual modo a mí. Nos hemos mirado, por largo rato, como escondiendo las cosas que teníamos que decirnos. Así caminé.

A cada momento le decía casi en voz alta:

—Mis miradas tienen un objetivo que, de pronto, te lo he de decir y te lo he de repetir mil veces.

Y sonreía.

Pero la ciudad de Santiago parecía no oír mi voz o no querer contestarme. De pronto me di cuenta de que ella vivía ocupadísima, con otros designios y otros fines. Yo estaba un tanto de más allí en Santiago. Me di cuenta que a nadie conocía, que la gente me era indiferente, que eran sombras de gentes que pasaban sin preocuparse de mí. Me sentí súbitamente solo y triste. Involuntariamente llamé al hombre Martín Quilpué. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez porque es un hombre que pasa y pasa por los sitios más inesperados; bien podía pasar por estas calles repletas de gentes, de autos, de micros. Entonces grité:

—¡Hombre Martín Quilpué! ¡Ven, ven, asómate y silba ese Bolero de Ravell!

Pero... nada. El hombre Martín Quilpué no pasó. En su sitio una voz me volvió a mí, una voz que pasaba presurosa:

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿Desde cuándo por aquí?

—Desde ayer.

—¿Tienes teléfono? Te llamaré y podremos comer juntos.

Le di el teléfono del Hotel Imperia y el tipo se alejó tan rapidísimo como había aparecido. ¿Quién era este sujeto? Pensé un rato y al fin di con su nombre: Agustín Cochamo. Sí, él era; yo lo había conocido en una época lejana pues Agustín Cochamo había estado un tiempo en el colegio conmigo.

Me detuve unos instantes en una esquina, en pleno centro. Pasaron unos tipos que hablaban como tratando temas seriesísimos. Uno le decía al otro:

—He preferido un Studebaker y, te aseguro, estoy muy contento con él. Lo prefiero al Chevrolet que tenía antes.

Y se perdieron entre la multitud mientras aparecía la sombra de Ascanio Viluco y a su vez me hablaba de autos. Di media vuelta y me alejé en otro sentido, en un sentido cualquiera. De pronto me hallé con dos lindas damiselas que conversaban animadamente. Una decía:

—Ahora sí, m'hija linda, ahora sí. Estos nuevos Ford que han llegado son verdaderamente regios. Yo ahora no puedo dejarlo más que unos pocos momentos. Lo dejo y... el volante me llama y a él me precipito.

—Pues yo —alegaba la otra— no tenía esa locura por los autos, no la tenía. Ahora... ¡claro que sí! Con el Jeep que tiene mi amigo Silvestre Dollinco, ¡ay! salimos a hacer excursiones por todas partes y gozamos, gozamos, linda. Fíjate que hasta lo duro que son los Jeep se me olvida cuando corremos y corremos.

—Es que Silvestre Dollinco te quiere, m'hija, te adora.

—¡No! Qué ocurrencia! Me convida porque no le gusta andar solo en su Jeep. Te

prometo que no es nada más. Y además mi papi me ha ofrecido comprarme un autito cuando sepa manejar. Y Silvestre me enseña el manejo. Ya sé pasar de primera a segunda y a tercera. ¡Es algo ideal!

Yo pensaba y me preguntaba:

¿Dónde está Diana, mi Diana Papudo? Y si estuviera aquí mi amigo Lorenzo Angol, ¿dónde está su Alsina Cochoa?

¡Nada, nada! Me encontré en el Parque Forestal y me dirigí a ver el río Mapocho para compararlo con el río Santa Bárbara. Este río no había más que atravesarlo y uno se encontraba con Diana... Ahora, no. Es la soledad absoluta y una soledad cuajada de gente que va y viene, gente preocupada de sus autos y de la luz verde para atravesar o la luz roja para dejar pasar los autos.

¡Los autos, los autos! Es, sin duda, la locura colectiva.

—Salud, amigo; tiempo hacía que no nos veíamos.

—Salud, mi querido Edmundo; gusto de estrechar su mano. ¿Qué es de su vida?

Nos saludamos, pues, con Edmundo Dollinco, hermano de Silvestre y mucho menor que él. Sin hallar qué decirle, mostré el Mapocho y manifesté el desagrado al ver ese hilito de agua, mientras pensaba yo en mi Diana allá tras el caudaloso Santa Bárbara.

—¡Qué se preocupa usted del agua que trae el Mapocho! —dijo Edmundo—. Hay que vivir como se pueda y, le aseguro a usted, que en Santiago se puede vivir... de rechupete.

—¿Y cómo se logra vivir así?

Miró Edmundo para todos lados y me sopló al oído aunque estábamos solos:

—Teniendo un cacharro. ¡Es la gran solución, amigo mío!

—¿Cree usted que un simple cacharro es suficiente?

—Sí, mi querido Onofre, un simple cacharro. Pero pasemos a un bar cualquiera y ahí le contaré el descubrimiento que he hecho y que por lo demás han hecho muchos amigos, todo el mundo: el cacharro y ¡basta!

Pasamos a un bar que ni recuerdo cómo se llamaba. Edmundo miraba los autos que pasaban y, a veces, sonreía. Entramos y pedimos dos tragos. Edmundo entonces me dijo confidencialmente:

—Tener un cacharro es la gran cosa, sobre todo a nosotros que tanto nos gustan las cabritillas. Porque las cabras son algo magnífico en esta ciudad y en todo Chile. Yo conozco una que ya no es tan cabra que digamos pero se acicala de tal manera y tiene un modito de andar que usted no le echaría más de unos veinte años a lo más. Se llama... se llama...

Bajó la voz, miró para todos lados y me susurró:

—Pola Peñaflor.

Levanté mi copa y dije:

—Por Pola Peñaflor bebamos este trago.

Él continuó explicándome:

—Usted ha de comprender, amigo, que el cacharro es la gran cosa, la gran cosa. Desde luego a las mujeres les gustan tanto los autos como a nosotros así es que no se hacen de rogar. Entonces las invita usted a dar una vuelta, al Parque Cousiño, por ejemplo y... y...

—Comprendo, comprendo... Todo sucede como en un lecho.

—Y yo, amigo, vivo en un pequeño departamento. Si las llevo a él, es la ruina porque no hay una sin dos... ¿Entiende usted? Si hay una tiene que haber dos y entonces ella, pongo en el caso a esa Pola Peñaflor, aparecerá con su maletita la segunda o tercera vez que me vaya a visitar. ¿Y qué hace usted con esa maletita en su propia casa? ¿Qué hace

usted? En cambio con el cacharro la cosa está solucionada. Así es que no hay más que escoger: o el cacharro o la maletita. Y yo estoy... ¡por el cacharro!

Mientras hablaba con Edmundo Dollinco vi pasar, serio arrogante, a Palemón de Costamota. Iba con Tadeo Lagarto; ninguno de los dos hablaba ni una palabra. Pasaron sin verme, digo yo, o mejor sería decir que pasaron fingiendo no verme.

Así pasó un día; luego pasó otro día; luego, otro más. Yo iba al hotel Imperia tarde ya de noche. Dormía toda la mañana. Al fin me despertaba modorriento y pensaba en Anacleto Ibacache que vivió en este mundo obsesionado con la idea de tener que vestirse cada día para luego tener que acostarse.

Entonces salía. Días iguales. Repetía miles de veces el:

-Adiós.

-Salud, viejo.

-Chao.

-¡Hola, Cochamo!

-¿Qué tal, Silvestre?

-Buenos días -murmuré apenas mientras me descubría respetuoso ante la figura de Pola Peñaflore que me sonrió y saludó.

Al fin entré en un bar. Creo que era un bar inglés, en la calle Banderas. Allí pedí un pisco, luego pedí un segundo pisco, luego seguí bebiendo. La gente entraba y salía. Yo estaba en una pequeña mesa, en un rincón. La silla frente a mí estaba vacía. De pronto alguien la tomó, la retiró un tanto, luego se sentó en ella y, sin más levantó una copa -no la mía- y exclamó:

-¡Salud!

Yo, contento de tener un compañero junto a mí, respondí:

-¡Y mil veces salud!

Frente amí estaba Onofre Borneo. Me golpeó un brazo y me dijo a media voz:

-Debemos beber, querido y buen Onofre, debemos beber mucho. ¿No lo crees tú? Porque en la bebida está la salvación. Lo que dijo ese amigo tuyo, Edmundo Dollinco, lo que dijo sobre el cacharro y los paseos al Parque Cousiño con una cabrita que así no puede traer su maletita hasta casa, todo eso son simples paparruchas y nada más. ¡Bebamos, Onofre, bebamos! En esta bebida está el secreto de la tan buena vida que puede hacerse aquí, aquí en Santiago. Pues Santiago es un manantial de recuerdos. ¿No te acuerdas que aquí vivió ese que es tu gran amigo, Rubén de Loa? Sí, vivía por allá en la Recoleta. Y vivía también Lorenzo Angol y Rosendo Paine y Desiderio Longotoma con la Tomasa que conoció allá en Curihue cómo se conoce una gallina.

¡Bebamos, amigo, bebamos más y más! Y hace poco tú considerabas esta ciudad como una tumba. ¿Es posible? Ve cómo todo el mundo vive y se agita. Hace un instante, ¿a quién viste pasar en un auto? ¿Ya se te ha olvidado?

-No, Borneo, no lo he olvidado. Pasó en un auto el amor de ese que es mi amigo, de Lorenzo Angol. Pasó Alsina Cochoa. Y sobre los autos yo pienso y pienso muchas, muchísimas cosas. Ahora que he olvidado qué marca era. Tal vez era un Chandler o un Oldsmobile.

-¡Da lo mismo, Onofre! El caso es que Alsina Cochoa vivía y que Lorenzo daría la mitad de su vida por ir con ella. Debes, de inmediato, convencerte de que eres tú, tú Onofre Boroa, el que estás muerto. Pero estando conmigo, con Onofre Borneo, resucitarás y mil veces resucitarás.

Salí de aquel bar lleno de entusiasmo. Ahora saludaba a las personas conocidas con un ademán de gran amistad. Otro trago me era indispensable. Así llegué al bar Oriente, en la plaza Baquedano. Y, de pronto, todo cambió para mí, por breves instantes, pero cambió, pues vi claramente a Boroa, lo vi como un ser distinto y que, como tal, me contemplaba con lástima.

Quise llamarlo, quise que me hiciera compañía. Pero Boroa estaba fuera del alcance de mi voz, Boroa hacía ahora lo que todos los habitantes de San Agustín de Tango habían hecho conmigo, es decir, alejarse, alejarse a distancias planetarias. Pero un nuevo trago todo lo calmó. Pensé en otras cosas, encontré amigos, reímos todos juntos y seguimos bebiendo y bebiendo.

Luego vi a Onofre Borneo, el bienvenido de Borneo. Le pregunté de inmediato:

—¿Qué fue lo que hice el otro día al escribir a mi hija Carmen, mi hija que está en Londres? Porque recuerdo muy bien que le decía que aquí yo me hallaba solo y sin hallar qué hacer. Sí, le decía que todo estaba clausurado para mí, que no tenía dónde vivir, que mis amigos habían desaparecido, que Fray Tomate ya no me decía ni media palabra, que soy un pájaro que vuela y vuela y no halla un sitio donde estabilizarse.

Borneo me respondió:

—Hiciste simples tonterías y nada más. Tomemos otro trago y ya olvidarás lo que has escrito. ¡Ea, barman! Sírvame un aguardiente con cinzano! Y tú, Borneo, ¿qué vas a tomar? ¡Ea, barman! sirva otra aguardiente con cinzano.

Los tomé ambos. Y entonces vi que San Agustín de Tango vivía pletórico, vi que todo allí estaba pleno de vida, que era Boroa el que se había ausentado no sé dónde; vi que aquella ciudad me esperaba tan llena como estaba Santiago y que sólo la falta caía en mí por no saber hallar esa vida plena.

206

Mi carta a Carmen había partido hacia ya varios días cuando regresé a San Agustín de Tango. Regresé contento y volví a ver todos esos sitios con verdadera alegría. Mi departamento de allá de Fray Tomate lo encontré grande, espacioso y lleno de alegría. La Zoraida me recibió afablemente y, para festejarme, me preparó un buen café. Sobre la mesa de mi escritorio encontré una carta. Era una carta de Londres, de mi hija Carmen. La toqué sin abrirla. Por la noche, estando ya en cama, la leí.

Era la contestación a una carta mía en la que, además de decirle que yo me encontraba solo y sin hallar qué hacer, le pedía que me buscara un título para esto que estoy escribiendo. La primera parte se llama *Umbral*; la segunda, *Dintel*. ¿Y el total? Sobre este punto Carmen me contestó:

En cuanto al título de su libro, *La Puerta* me parece no sólo el más acertado sino un título excelente. *Bajo el Pórtico* suena un poco rebuscado. Por lo tanto *La Puerta* no sólo es el mejor sino que además es muy sugestivo y encierra, a pesar de su gran simplicidad —o quizá por ella misma— un contenido profundo: una puerta que se abre o que se cierra puede ser un símbolo muy poderoso; ¿no le parece? Luego lo invito a ponerle ese título con mi total aceptación.

Naturalmente no vacilé ni un solo instante. ¡Tenía el título para esto que escribo! El total de estas páginas se ha de llamar: LA PUERTA.

Seguí la lectura. Me hablaba de mil cosas, de su vida en Londres, de los amigos que tenía, de sus compañeras de trabajo, de sus siempre buenos recuerdos de París, etc. y etc. Por fin tocaba el punto de mi soledad, de mi falta de una casa donde poder vivir a mi gusto. Sobre esto, Carmen me decía lo siguiente:

Me dice usted también que es un pájaro que vuela y vuela sin casa... Pero, ¿no sabe usted que la verdadera casa, la única, está en nuestro corazón? Piense en ¡cuánta gente con suntuosos palacios podría llorar por no tener casa! ¿Y por qué no sentirse libre y feliz como un pájaro que vuela sabiendo que en esa casa de su corazón están todos los seres que quiere y que lo quieren? Esa es la verdadera casa. La otra, con cuatro murallas, es casa temporal. Y yo y la Mami y tantos otros... ¿tenemos Casa? Sin embargo, así volando de un lado a otro, ligadas por lazos tan fuertes a los seres queridos, se siente una libre, sin amarras exteriores, sin calor artificial, todo dentro, todo en el corazón allí donde todo es eterno. Eso es la libertad y no reconocerlo es no reconocer el gran amor de Dios. Así pues, mi Papo tiene una casa inmensa, cálida y acogedora; ¿no lo sabía? Y es libre como debe serlo el escritor que escribe páginas de un libro que se llama *La Puerta*, ese libro escrito por un pájaro que vuela justamente porque es un pájaro que vuela.

Esto, de pronto, me hace pensar en el Budismo Zen. Siempre me ha interesado y acabo de comprar *Introducción al Zen*, de Suzuki; ¿lo conoce usted? Es la gran (...) del desapego. Sentir justamente que uno es un pájaro que vuela sin apego a lo temporal, ni siquiera apego a la mente, a cualquier idea... ¡Qué ejercicio de libertad, de gran sabiduría! ¡La clave de la felicidad!

Me parece, Papito, que, a pesar de las fallas de nuestra naturaleza y temperamento —nadie es perfecto—, se puede llegar a ese total reconocimiento de que la vida que vivimos es profunda, densa, feliz y eterna en la medida que nos separamos de todo lo que, aparentemente o convencionalmente, se llama vida: es decir, desapego de títulos, posición, riqueza, ambiciones, posesiones, aún amor y hogar, que no es en vano que el Señor dijo que por Él se deja padre, madre y esposa...

Como todo lo espiritual, esto debe vivirse en el plano interior donde se desprende uno de todo lo exterior para llegar a la desnudez misma del ser. Allí se encuentra una con que es ese pájaro que vuela y vuela... Entonces hay que sentirse feliz, con una alegría grave.

Así, mi Papo, que nunca más oiga yo que usted siente tristeza por no tener casa. Recuerdo que hace mucho tiempo le escribí: "Estamos los dos conversando instalados en la eternidad...". Esta es nuestra casa; instalémonos en ella que es la única donde no existe la soledad. Lo demás es vano y pasajero. Y su libro es LA PUERTA de su casa.

Es hora de terminar. Me despido, Papito, con miles y miles de besitos, blancos como la nieve de este hemisferio, de su hija.

Carmen

Leí varias veces esta carta. Su fecha era: 4 de febrero de este año, es decir, 1963. Luego la guardé en mi cartera. A cada rato me sorprendía llevándome una mano hacia ella.

Quise hablar sobre esta carta, quise gritar anunciándola a todo el mundo. Una voz me dijo:

—Silencio...

Quedé sorprendido ante esta voz. Ella prosiguió:

—... Y no prediques...

Luego repitió varias veces:

—No predicar... ¡NO PREDICAR!

La ciudad de San Agustín de Tango, toda ella, se acercó a mí. Se acercó con sus cientos de miles de personas. La ciudad, allá, de Santiago, hizo otro tanto. Luego sentí que el mundo entero se aproximaba y sólo pedía no ser más que uno conmigo.

La voz dijo:

—Baja hacia el fondo de la Tierra...

Respondí:

—Sí, bajaré hacia el fondo de la Tierra.

207

No habría caminado más de diez pasos cuando me encontré con Saturnino. Al parecer esperaba. Apenas me hubo visto me abordó y, sin más, me explicó:

—Debe usted ir al bosque del Obispo Lomocura. Allí hay cómo bajar hacia el fondo de la Tierra. No necesita usted ir a la isleta del Olor a Santidad. Vaya, pues, al bosque del Obispo Lomocura y podrá usted bajar sin la menor dificultad.

—Pero he de decirle, Saturnino, que ese bosque es bastante grande y es fácil perderse en él. ¿Cómo quiere usted que halle una entrada si, en verdad, no lo conozco en sus partes tan misteriosas?

Él entonces refunfunó:

—Pero usted conoce al hombre Martín Quilpué. Ese hombre va a pasar frente a usted silbando lo que siempre silba. Sígallo. Cuando él calle entonces estará usted en la entrada o bajada que lo ha de conducir a ver al finado de Celso. Porque Celso quiere hablar con usted. ¿Me oye?

—Por cierto, Saturnino, le oigo. Y ahora mismo seguiré su tan sabio consejo.

—No, no se trata de seguirlo ahora mismo. Ese hombre llamado Martín Quilpué pasará silbando por el parque dentro de unas tres o cuatro horas más. Tiene usted tiempo. Paséese mientras tanto y vea a sus amigos. Después, el parque y las profundidades de este planeta de la Tierra.

—Veo, que es usted, Saturnino, un amante de estas profundidades. ¿Las visita usted mucho allá en Saturno?

Él me respondió:

—En Saturno no hay profundidades. En Saturno todo es uno y nada más que uno. Todo el mundo está en esas que usted llama las profundidades como está en la superficie porque, repito, allá todo es uno y nada más que uno. Y ahora le recuerdo a usted: en unas tres o cuatro horas más vaya usted al bosque o parque que ya le he citado, el del Obispo Lomocura, y espere al hombre Martín Quilpué y sígallo hasta que deje de silbar. Entonces mire para todos lados y sabrá qué hacer. Vuelvo a repetir: tres o cuatro horas más. La

hora... Es cosa ridícula... En Saturno no hay hora ni nunca la ha habido. Nos regimos de otro modo y no vivimos pendientes de esos que ustedes llaman relojes. Y me voy, me voy...

Saturnino desapareció entre la gente que pasaba. Allí quedé yo sin saber qué hacer. Tenía ante mí tres o cuatro horas vacías. A Saturnino yo le creía cuanto me avanzaba. Ver algún amigo, a un amigo cualquiera. Pero. ¿a quién? Caminé otro poco. A los pocos pasos una voz me detuvo: ¡Desiderio Longotoma!

Apenas me vio se precipitó y me saludó efusivamente.

—Te convidó a casa, te convidó a almorzar. Prepararé unos huevitos a la copa y en la mesa habrá no pocos picatostes, de esos exquisitos picatostes que prepara la buena de la Tomasa. Y lo devoraremos todo, todo —¿me oyes?— y luego, luego...

—Ya lo veo: luego oiremos a la Tomasa declamar esos versos de Rafael Pombo, *Rinrin Renacuajo*.

Me dijo mientras se frotaba las manitos:

—Espera, espera, Onofre, espera; ya vendrá ese sapito a los labios de mi Tomasa. Y vendrá con Ratico y los demás. Por ahora tiene otras cosas que nos va a recitar una vez que hayamos engullido nuestro almuerzo.

Nos dirigimos, pues, a su casa y almorzamos con gran apetito. La Tomasa estaba radiante. Cuando hubimos terminado nos dijo:

—Ese sapito ya lo oirás cuando vengas, Onofre, otra vez a casa. Por ahora te voy a recitar a Lupercio de Argensola, aquel poeta aragonés de principios del siglo XVII o fines del anterior. Siempre se me confunden un tanto esos siglos en que tuvieron la idea de vivir esos poetas. Bueno... ¿los declamo?

—¡Por cierto, Tomasa! —clamamos ambos.

Y sin más, la Tomasa, de pie en medio del saloncito, guardó unos instantes de silencio y luego prorrumpió con los versos de Argensola:

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Constuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
De jase las paredes, de oro el techo,
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas
O al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa o con violento insulto,
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

Aplaudimos con entusiasmo, tanto Desiderio como yo. Pero yo me sentí llevado, por la voz de la Tomasa, a lejanos años de mi infancia, al colegio donde me eduqué, al Instituto Nacional. Allá nos hacían recitar estos versos de Lupercio de Argensola. Yo los había

Caminé por las calles. Di una y mil vueltas por los mismos sitios. Poco a poco me iba encaminando hacia el Zoo de San Andrés; cuestión de cruzarlo con la mayor lentitud posible para así esperar las horas que me separaban de la pasada del hombre Martín Quilpú por el parque del Obispo Lomocura.

En el Zoo me senté frente a una jaula de trichahues. Me divertía mirándolos.

—Veo que te gustan esos loros trichahues —me observó el gran amigo que es Eusebio Palena—. A mí también me gustan como me gustan todos los animales y aves que hay aquí. He venido ahora último casi todos los días pues bajo la influencia de ellos, puedes mil veces creérmeme, me inspiro debidamente. ¿No es así mi querida y tan dulce Polinesia?

Ella respondió:

—Sí, así es. Bajo la proyección de estos animales, las Zambafusas surgen en tu cabeza como un torrente.

—Y entonces yo te convidó con churrascos a porfía!

—Como ya me has convidado hoy día.

—Porque esta Zambafusa lo merecía; ¿no es verdad?

—Sí, es la mayor verdad que se ha desprendido de tus labios. Deberías leerla a tu admirador Onofre.

—Sí, Eusebio, debería usted leérmela junto a estas jaulas de animales inspiradores.

Nos acomodamos en un banco y Eusebio Palena leyó su Zambafusa.

Zambafusa N^o 28

La negreta es un ave palmípeda. El ornitorrinco es un monotrema. Por eso yo exclamo siempre:

Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido
Como lo fue Lanzarote...

Me detuve entonces a cuatro pasos de Petia y ella, sin más, me devolvió el dinero, el escaso dinero que le quedaba. Con toda la prudencia, con la prudencia llevada al máximo, le relaté ese episodio del bigotudo. Pescar en esas condiciones no vale la pena. Muy interesante, igualmente, era la vida de los simples soldados o aún del pequeño pez abollado, rojo y negro, cual el caminar de ese Gavrik durante el verano.

¡Qué enorme y desierta escalera! Le di, lleno de euforia, la mano a mi Petia; mientras reinaba el silencio completo y profundo durante el último, el postrer cuarto de la Luna.

La corte de Gunther está en el mismo camino de Siegfried. ¿Qué puedo yo sacar de esto? Es verdad que San Pablo nos da una vislumbre de la evolución posterior.

Bramó, en aquel instante, un basilisco. Con pavor huyeron las liebres y, a carcajadas, rió una lepidosirena. El puma esperó; el tejón aulló; la garzota tiritó; el armadillo se refugió en sí mismo; el manatí tembló cuatro veces y murió; yo, exhausto, clamé a Esopo me devolviera a Petia. Pero ella, mi Petia, respondió:

—Déjame terminar las tareas domésticas y, verás, me mostraré comunicativa.

Lanzarote, al oír esta blasfemia, cogió su tan brillante espada y, con ella desvainada, partió a Noruega, partió, partió.

Difícil es, por cierto, discutir esta analogía pues nada sabemos de las sensaciones de aquellas tan sutiles maniobras de la *Osmia ferruginea*. Pero yo no desdeño la puesta en libertad de esta avispa en casos de esta índole con el menor esfuerzo posible y las necesarias cualidades de mi Petia adorada.

Porque todos podemos ser la alquimia de la vida. ¿No es verdad, mi Petia? Ella responde:

—Sí; tal es la verdad.

—Y tú ¿qué piensas al respecto, Polinesia?

Ella me respondió:

—Ambas tenemos un nombre que empieza por P. Cae entonces de hinojos y ora ante nosotras y ante los cientos de animales que nos rodean.

Caí de hinojos y de hinojos siempre estoy ante esa tarde otoñal que se avecina. Amén... Amén... Amén...

Eusebio Palena quedó agotado después de su lectura. Los loros trichahues gorjeaban ahora con redoblado ardor. Polinesia, la tan bella Polinesia Loncotoro, se enjugaba el rostro con su pañuelo. Y decía a cada instante:

—Tu Zambafusa, querido maridito mío, me ha abierto nuevamente el apetito; ahora devoraría otro y otro churrasco más...

Yo también me hallaba transportado a regiones inefables y veía que todo el Zoo de San Andrés había tomado otro aspecto con la voz altisonante de mi amigo Eusebio. Al fin pude exclamar:

—¡El genio no existía antes de que tú cogieras la pluma! ¡Ya ha llegado hasta nosotros y se ha radicado en esta ciudad de San Agustín de Tango! ¡Te felicito y te felicito miles de veces!

Polinesia intervino:

—Es muy natural que, después de volver a oír esta Zambafusa, los churrascos hayan venido hasta mí. ¿No es verdad? Quisiera ir a un bar cualquiera, al bar Lovento o al bar Andilla...

—¡Claro está, clarísimo está! —grité—. Eusebio, es la alta razón la que ha proclamado Polinesia. Después de una obra inmortal como esta sin igual Zambafusa, no te queda otra: invitarnos a comer todos los churrascos imaginables...

Al fin Eusebio pudo hablar y dijo:

—Gracias, amigo, gracias. Aunque, en realidad, no debería yo agradecer esto que es la verdad misma y que brilla más fuerte que la luz del Sol. Me he codeado con los genios de las letras; luego los he sobrepasado; por fin he tocado el cenit de las letras. Y, desde él, la inspiración se ha derramado sobre los mortales. Pero ¡cuánto sacrificio ello me ha costado! Me paseaba por este Jardín Zoológico, me paseaba en éxtasis. De cada jaula oía yo una voz que me llamaba. Yo trabajaba en cómo, para mí mismo, llamar esta gran Zambafusa que sentía se avecinaba. ¿Lanzarote? ¿Petia? No, ninguno de estos nombres me satisfacía pues quería que fuese un nombre de estos seres que nos rodean. ¿Animales? También dije: ¡No! Este nombre está denigrado. ¿Aves? Claro está, "aves" sería mejor. Y me encontraba, en ese momento, frente a una pequeña laguna, una laguna vacía. Las aves volaban en torno de ella. El agua, inmóvil. De pronto el agua onduló, el agua siguió ondulando. Puse aten-

ción y vi, vi, con estos ojos vi, la cabeza de un enorme, de un colosal hipopótamo que aparecía. Con esta aparición cayeron las aves. Me contenté con el número que ella tiene; pues quise ser medido como a los genios conviene.

—¡Admirable, Eusebio, admirable! —volví a gritar.

—Entonces ven con nosotros a comerte un churrasco.

—Imposible, grandioso amigo; tengo que ir al bosque de...; tú sabes, el bosque aquí cercano. Así es que me despidió y dejó en tus manos todas mis felicitaciones más estruendosas.

Él me respondió:

—Buen paseo. Ojalá esos magníficos árboles del parque del Obispo Lomocura se confabulen todos ellos y derramen sobre ti la inspiración necesaria.

Polinesia agregó:

—Entonces iremos a comer ese churrasco que no ha podido comer ahora con nosotros. Agradecí a ambos y me despedí.

Minutos después estaba a la sombra de esos árboles. Me detuve unos instantes y respiré hondamente el aire puro de allí. Caminé unos cuantos pasos y me encontré con Lorenzo Angol.

—Hace bien encontrarse contigo, Lorenzo —le dije—. Pues he leído o me han leído una obra genial y ello me ha cansado un tanto. En cambio aquí es la paz, la santa paz.

Y le expliqué a Lorenzo el consejo que había recibido de ese habitante de Saturno que me aseguraba tendría una larga conversación con Celso una vez que hubiera visto al hombre Martín Quilpué. Era un panorama espléndido el que se me avecinaba.

—Yo, en cambio —me dijo Lorenzo—, he venido a este parque con intenciones casi como las tuyas. Pero... pero...

—Pero... ¿qué?

—Lo primero que he visto ha sido la figura de Palemón, de ese Palemón de Costamota que hacía largo tiempo no veía. Me ha saludado y luego me ha hecho una proposición que me ha hecho reír.

—¿Qué proposición?

—Hacerme su verdadero amigo suyo y entonces él me daría el poder de poder ver a cualquier mujer, a la que yo escogiera, completamente desnuda o en paños menores...

¿Has visto?

—Y tú, Lorenzo, ¿qué respondiste?

—Respondí con el saludo habitual de Palemón asegurándole que era su siempre su seguro servidor y me retiré. Después pude muy bien disfrutar de las bellezas de este parque.

—Y ahora ¿qué vas a hacer?

—Ahora dirigirme a mi casa y seguir en mi trabajo.

—Adiós, Lorenzo.

—Adiós, Onofre.

De pronto oí el silbido del hombre Martín Quilpué, oí las notas de *El Bolero*, de Maurice Ravel. Un minuto después pasaba frente a mí y yo, sin más y conservando una distancia prudente, lo seguía.

Súbitamente dejó de silbar. Miré para todos lados y vi a Celso entre el follaje. Me acerqué a él. A lo lejos oí que *El Bolero* recomenzaba.

Bajamos o subimos... El mundo que me rodeaba perdió sus direcciones. Como me perdí yo mismo y, a mi lado, se perdió Celso o el que fuera. Sin embargo reconocí su voz muda. Esta voz me dijo... Pero, ¿puedo expresarme así, diciendo, "me dijo"? Tal vez diría con mayor propiedad: "se dijo".

—Estamos equivocados sobre el más allá. Tienen sobre él una idea hecha con las nociones terrenales. Por lo tanto se le considera como una prolongación de la vida que sucede en el tiempo. He ahí el error.

Creo que era yo, yo el que habló de esta manera; yo o, acaso, Celso. O acaso se habló y mis oídos... mis oídos... La voz seguía:

—La vida terrestre no tiene mayor importancia. No debes nunca olvidar que ella está dirigida por la mente pensante. A esta mente le obedecemos; a esta mente seguimos; ella nos dicta y ella dicta según la *última* experiencia. Por eso existen los coleccionistas de experiencias.

Y la voz preguntó:

—¿Cómo puede ser esta vida una parte de la inmensidad que ella es? La inmensidad... la inmensidad...

Siguiendo esta palabra callé. Casi comprendí algo pero fui, de inmediato, distraído; me sentí desdoblado. El ambiente que me circundaba fui yo mismo. Este ambiente no podía ser el fondo de la Tierra porque la palabra "fondo" no existía.

La palabra "fondo" dejó de sonar.

Yo miraba absorto cuanto me rodeaba:

Eran terrenos abruptos, terrenos desiertos. Y cerros, cerros y más cerros que ya estaban junto, dentro de mí, ya se alejaban a inconmensurables distancias.

Árboles... algunos árboles. Bosques, inmensos bosques. Y el mar; el mar igual... Por lo tanto el mar era una ilusión mía y nada más que una ilusión mía.

Pero esos bosques, esas selvas me atraían. Quería ir a ellas y en ellas balancearme mojándome con las aguas del mar, de ese inmenso océano que ahora hacía se pequeño y, con mis dedos, podía yo apretarlo y restregarlo por mi pecho.

Era mejor seguir uno de esos caminitos que se internaban por los cerros y luego se perdían, se perdían... Pensé:

"Un caminito que se pierde...".

No; los caminitos y los caminos y las carreteras jamás se pueden perder porque ellas son la obra del hombre, del hombre, sí, ¡del hombre!

Es decir, es la obra mía porque yo soy un hombre como lo son todos cuantos me rodean, desde el más alto, desde el genio de los genios... hasta el más miserable, el que va caminando por uno de esos caminitos que se pierden en los cerros.

De pronto oí nuevamente la voz que zumbaba junto a mí. Presté oídos. La voz murmuraba, luego gritaba, luego volvía a un simple zumbido. Repetía siempre:

—Esta vida es otra cosa... Esta vida es otra cosa...

Yo le contesté:

—Lo sé. Tú, voz, te esfuerzas en hablar en mi idioma para que yo pueda comprenderte. Ahora te he comprendido; verás que puedo repetir lo que acabas de manifestarme: "Esta vida es otra cosa".

Como confirmación a esto que yo no me cansaba de repetir, el panorama que me rodeaba empezó a cambiar agitándose en todos los sentidos. Desaparecieron aquellos caminitos entre los cerros; ellos fueron tragados por este movimiento. En un momento fue aquello una desolación total. Vi que el océano avanzaba. Me sentí perdido. Las olas se agigantaban y casi llegaban a mis pies. Me cubrí los ojos con ambas manos y me acurruqué junto a una piedra que percibí a mi lado. Un sonido bronco me taladraba los oídos. Creí enloquecer. Un esfuerzo, me enderecé, eché las manos atrás y abrí los ojos. Y vi:

Algo se formaba junto a mí, algo se formaba hasta lejanas distancias. Se formaba con velocidad inaudita, se alzaba, crecía.

¡Una ciudad!

Crecían los edificios; se colocaban unos al lado de otros; así formaban calles y grandes avenidas; había un convento y, junto con verlo, redoblaron sus campanas; había también grandes parques que llenaban los terrenos baldíos creciendo con una pasmosa velocidad y extendiendo sus sombras por todos lados. Por esas calles y avenidas empezaron a circular los vehículos, cientos, miles de autos de todas las marcas que, sin duda, causarían la admiración de Ascanio Viluco.

¿Qué será de este hombre que tanto conoce en autos? Macario lo llama el borrico de mi tío pero, después de todo, no es tan borrico como pretende su sobrino. Pero allí va el sobrino, va en compañía de Mamerto Masatierra y ambos charlan animadamente. De seguro le da ocasión para que Mamerto lance sus:

—¡Inefable, inefable cuanto usted dice, Macario!

Pero ya han desaparecido tragados por el movimiento de esta gran ciudad. Un movimiento que yo conozco, que sé de memoria. Porque he vivido largos años aquí, en esta ciudad. Pues esta ciudad nacida de la nada es... es... es...

¡San Agustín de Tango!

Me inclino ante tu presencia y te agradezco haberme cobijado en mi propia casa. Pues ésta es mi casa, aquí es el 6º piso de la plazuela Fray Tomate. Aquí es mi casa y, un piso más bajo, habita mi gran amigo Lorenzo Angol.

¡Te saludo, Lorenzo! ¡Salgamos, debemos ir a ver las aguas del cauteloso río Santa Bárbara! Tomaremos un botecito y, en él, remando suavemente, avanzaremos pasando bajo el puente de Los Concilios Ecuménicos; luego pasaremos bajo el puente del Fruto Prohibido; y luego bajo el puente de la Serpiente Tentadora; así llegaremos al puente de la Catedral y divisaremos, al fondo, los árboles de la Isla del Olor a Santidad.

¡Será muy hermoso, Lorenzo Angol! Sin más bajaré y hablaremos, mucho, muchísimo. Sí, bajaré pero la escalera ha devenido larga y en vano avanzo. Tal vez esta parte de la ciudad no ha terminado aún de formarse debidamente. Pero, por fin, he llegado. Eran ideas mías que esto había cambiado. Toco la campanilla y entro. Ahí está mi viejo amigo, ahí está de pie y escucha, pues se oye un tango que transmite un lejano fonógrafo. Yo había olvidado que Lorenzo ama los tangos y que, con su melodía, él siempre se eleva a regiones muy altas. Me ve y me hace signos de guardar silencio. Luego me dice a media voz:

LORENZO

Silencio, Onofre, silencio. Oigamos esta tan linda melodía que me balancea por épocas que no preciso pero que sé son épocas mías.

Yo

Sí, oigámosla.

El tango pasó y volvió a reinar el silencio. Caminamos ambos un poco más, caminamos

con cuidado pues aquello era, nuevamente, algo parecido al fondo de la Tierra. Por fin nos acomodamos en unas piedras. Había un ruido permanente que atribuí a los fuegos que, sin duda, hervían por todos lados. Pero nosotros nada veíamos, nosotros estábamos en la paz más absoluta.

LORENZO

He estado unos instantes con Lumba Corintía. Es por eso que estoy contento cuando, en realidad, debería estar lleno de aprensiones pues he ido a Santiago y ahí no me he sentido bien; me cansaba al andar y tenía que ponerme a descansar en cualquier parte. Al fin he ido a visitar un médico que, muy atentamente, me examinó con mucha atención; luego visité a un segundo médico y, te diré la verdad, visité a un tercer médico. Todos estuvieron totalmente de acuerdo. Los tres me dijeron:

—Deje usted el tabaco... ¡no fume más!

Yo

¿Qué hiciste tú entonces? ¿Dejaste el tabaco? ¿Cómo es que no esperaste un poco más para consultar aquí en San Agustín de Tango al doctor Hualañé?

LORENZO

El tiempo me apremiaba porque es algo horrible este cansancio que, a cada rato, me tomaba. Y yo quería llegar sin ningún mal, volver sano para juntarme con Benilde Panilonco. Después de todo... ¿qué importancia tiene un cansancio? No podía ser a causa de mi edad pues ahora, el 25 de octubre, voy a cumplir sólo 64 años; no es, mi querido Onofre, una edad para sentirse sin ánimos de poder andar. Así es que cualquier médico me era indiferente. Recuerdo que tomé mi paquete de cigarrillos y lo rompí y lo eché lejos de mí.

Y caminé entonces, mi buen Onofre, caminé por las calles de esa ciudad de Santiago. Te aseguro que me sentí más liviano y más lleno de vida. Tú lo has de comprender; ¡hasta olvidé a nuestro médico, el doctor Gil Hualañé!

Sin embargo algo pensaba yo, algo me rondaba en la cabeza, algo, algo que no me dejaba ni un momento.

Yo

¿Qué era ello, Lorenzo? ¡Ya lo veo, ya lo veo! Era el ansia de encender un cigarrillo y aspirar el humo... ¿No es verdad?

LORENZO

No, no era eso. Lo que yo hacía era otra cosa.

Yo

¿Qué era? ¡Dímelo, por favor!

LORENZO

Era un gesto espontáneo que me ocurría a cada momento y que, siguiéndolo, un llamado imperativo que me gritaba con toda su voz:

—¡Alto!

Y yo obedecía, yo me doblegaba a esa voz y seguía mi marcha.

Yo

¿Cuál era ese gesto?

LORENZO

Era el gesto que hacía mi mano derecha para introducirse en el bolsillo en que acostumbraba a llevar los cigarrillos y sacar el paquete. Esto duraba todo el tiempo. De

noche, cuando me hallaba ya en mi cama, igual cosa: a cada momento mi mano iba hacia el velador y quería coger el paquete que yo acostumbro a dejar sobre él.

Tal fue mi experiencia para dejar los cigarrillos. Al fin, tú has de comprender, renuncié a tales trapisondas que se me antojaron una verdadera chacota que me hacía a mí mismo. ¡Basta ya! –les grité y encendí un cigarrillo que ahí, en mi cajón, había quedado olvidado.

Así volví a fumar y ahora sigo encendiendo un cigarrillo dejando que este gesto se haga con toda espontaneidad, que se haga sin que en él intervenga para nada, nada, ni una pizca de reflexión.

Ahora fumo, fumo como siempre, Onofre. ¿No querrías tú compartir un cigarrillo conmigo? No olvides que estamos a miles de metros de la superficie así es que el fuego es cosa que a nadie ha de asustar.

Yo

Te acepto. ¡Venga un cigarrillo!

Una llama, como traída por manos invisibles, avanzó hasta nosotros y ambos acercamos nuestros cigarrillos a ella. Así fumamos. Y fumamos. ¡Qué delicia es fumar cuando, sobre el tabaco, ha caído una prohibición médica. Pues –yo pensaba– esta prohibición no es verdadera. Es sólo una moda... ¿podré decir así?... No; diré mejor que es una voz de mando como cuando se oye, turbando la quietud de las calles, se oye y se oye, y aquello atruena, y luego vuelve a oírse desde la voz de un capitán que va adornado con charreteras y con plumas, hasta nuestros pobres oídos que nada han tenido que hacer en esta cuestión, nada de nada... se oye:

–Atención... ¡firr...!

He puesto sólo dos letras finales, es decir, sólo dos “r”. Y ahora atruenan esas letras. Porque nuevamente me hallo en el fondo de la Tierra.

Y uniéndome al pensamiento de Lorenzo, uniéndome bien a él hasta no tener más que una mente pensante, una mente, nada más que una y nada más...

Camino por las calles de nuestra capital, camino de prisa pues el doctor me espera y puedo perder la hora; he de tomar un taxi y así he de llegar a la hora. Un médico; luego serán dos médicos; y luego serán tres médicos... Y en ninguna parte encontraré al grande y clarividente doctor Gil Hualañé.

–¡Rápido, rápido, chofer!

Tal vez la velocidad del auto haga llegar la ciencia de este tan sabio doctor y la incorpore en la mente de este que voy a consultar.

Primer médico:

–Señor Angol, debe usted dejar inmediatamente el tabaco. Usted habrá visto, por los diarios, que en Inglaterra, donde tanto, tanto se fumaba, ha sido prohibido...

Y Lorenzo pregunta esperando una negativa aún más rotunda:

–¿Puedo beber alcohol, doctor?

Y el médico responde:

–Sí, hombre, sí, sí; beba cuanto quiera pero... con moderación, ¿me oye?, con moderación.

Segundo médico:

–Señor Angol, debe usted dejar inmediatamente el tabaco. Usted habrá visto, por los diarios, que en...

Y Lorenzo responde:

-Sí, doctor, he visto.

Y el médico:

-¡Ya lo ve usted! Y los ingleses saben mucho en materia de los excitantes que el hombre ignorante...

Tercer médico:

-Señor Angol, usted no debe beber ni una, ¿me oye?, ni una copa más en su vida. El alcohol es el peor enemigo del hombre.

-¿Y puedo fumar, doctor?

-Naturalmente, fume lo que quiera, pero... moderación...

Y Lorenzo clamaba por el doctor Hualañé... Y por el tan sabio del doctor Pitrufrquén, el doctor Lucas Pitrufrquén, su compañero y gran amigo, gran amigo, gran amigo...

LORENZO

De pronto noté que empezaba a estar tomado por la máquina de los médicos y de los farmacéuticos... Me habían tomado suavemente, sin que yo lo notara en lo más mínimo. Me presentaban la cosa de una manera tan dulce, tan... ¿Cómo poder explicártelo? La cosa me era de una lógica que no admitía ni la menor réplica. En vano yo, en mis momentos de mí mismo, gritaba y llamaba:

-¡Doctor Hualañé, doctor Hualañé!

Pero el doctor Gil Hualañé no respondía. O si lo hacía, ¿sabes tú cómo era su respuesta? ¿Lo sabes, Onofre?

Yo

Lo ignoro totalmente, Lorenzo. ¿Cómo lo hacía?

LORENZO

Anteponiendo entre mi ser desorbitado y un ser lleno de salud, anteponiendo la distancia que separa a Santiago de San Agustín de Tango. Veía los alrededores de la capital y, por ellos era velozmente precipitado hasta llegar a Quillota. Ahí me detenía, sí, Onofre, me detenía. Y me sentía como un animal, como un simple caballo que había visto en La Canterra, como un caballo que mira y desea y vuelve a mirar y a desear y, al fin, queda ahí impertérrito guardando para su interior las ansias que lo carcomen. Pues es un caballo que se encuentra con dos asnos en un potrero inculto, yermo. Al lado, separado sólo por un canal no muy grande, hay otro potrero lleno de pasto. Estos tres animales llegan junto al canal y miran. Dos o tres minutos después los dos burros han atravesado el canal y comen, comen hasta saciarse. El caballo ha quedado en el potrero inculto y jamás se le habría ocurrido buscar un sitio que pudiera ser atravesado. ¡Jamás!

Pasado Quillota... Pasado Quillota... ¡era la gloria! ¡Era esa magnífica ciudad de San Agustín de Tango! Aparecía el bosque, el tan hermoso bosque de Guayacán, ese bosque que tantos recuerdos trae a mi mente. Son recuerdos que tú también has de tenerlos. ¿No es verdad, mi buen Onofre?

Yo

Siempre recuerdo, no sé por qué, el villorrio de Guayacania. Veo la estación de los ferrocarriles, veo a un Jefe de Estación que ya debe haber muerto, veo, en fin, veo mucho y veo, sobre todo, los crepúsculos llenos de brisas de mar, de un mar que desde ella no se ve pero que perfuma la atmósfera.

LORENZO

Y tras este bosque, ¿no ves el bosque de Lemolemo? ¡Y el río Tulcamar que los atraviesa; y, a lo lejos, el volcán, el enhiesto volcán Coscorrón! Lo veo desde La Canterra,

claro está que bastante lejos. Es necesario un día límpido, sin una nube, y se ve el volcán Coscorrón. Pero dejemos estas evocaciones de paisajes que en aquellos momentos, mientras iba de médico en médico, se me agolpaban en la cabeza. Pues siempre había un señor o una señora o una niña o un cabro cualquiera que me hablaba y me hablaba para hacerme ver que yo debería y debería tomar ese medicamento. Pues si no lo tomaba, ¿qué pretendía? No, mi buen Onofre, era imposible negarse. Debía tomar esas obleas y debía bajarme los pantalones para que un hombre me enterrara una aguja.

Onofre, así cayó Boroa, así se perdió Boroa. Ahora era Borneo el triunfante, era quien ordenaba y mandaba. He tomado los nombres que tú les has puesto a esos personajes que hay en nosotros. Yo, creo, los llamé Lorenzo, Lorenzuelo y qué sé yo. El caso es que dominaba aquel que debería dormir de un sueño profundo y jamás despertar.

¡Doctor Hualañé! ¿Dónde estás?

Porque es algo horrible, te lo repito, cuando uno se siente tomado por el cuerpo, cuando es el cuerpo el que dirige. Nuestro ser superior está doblegado; nuestro ser superior está como un lacayo al servicio de este cuerpo que se acerca a los animales.

¡Ahí va, ahí va! Nuestro cuerpo que se va, se va. Y tú, de atrás, *tienes* que mirarlo y seguirlo. El cuerpo hace y deshace a su manera. Lorenzuelo llama y llama a aquel que va al fondo de la Tierra y ve a Lumba Corintia; a aquel que ya yo no sabía si existía de verdad. Es la caída sin remisión. Veía a este Lorenzuelo del brazo con ese Borneo que a ti te visita. Juntos querían ir de farra; Borneo era quien proponía y Lorenzuelo no quería, no quería; estaba fatigado y ya las farras nada le decían. Llamaba a Anam y Anam no respondía.

Caminemos Onofre, por esta calle. Es la calle de la Parroquia o es la calle de los Serafines. Déjame ver. Es la calle de los Salmos.

—Unos pasos y estaremos.

Donde debemos estar; sí, donde debemos estar; donde debemos y deberías tú, grande y soberbio Borneo, siempre deberías estar...

Estar... estar... o sea; ser, ser, SER.

209

Pero... Pero... Porque estas son las calles de San Agustín de Tango. Estamos a un paso del Convento de los Jerónimos. Y hace apenas unos segundos estábamos Lorenzo Angol y yo a muchos miles de metros bajo la superficie.

¿Cómo es esto posible?

Y tu voz ha cambiado, tú no hablas con tu acento peculiar. Tú no estás aquí conmigo, no estás, ¡no estás!

¡Lorenzo! ¡Lorenzo! ¡Lor... en... zo...!

Alguien me miraba sonriente. Avanzó alargándome la mano. Y dijo:

—Palemón de Costamota un leal y sincero servidor de usted.

Y yo le respondí de inmediato, alargándole también mi mano, y dándole mi nombre y prometiéndole ser su leal y sincero servidor, sí, leal y sincero.

Pero logré reponerme y, sin más, le espeté una pregunta, una pregunta que se me figuró mordaz y hasta hiriente. Fue la siguiente cuestión que espeté:

—¿Por qué estoy aquí, Palemón? ¡Hable, hable! ¿Por qué?

Él se inclinó y, sonriendo, repuso:

—Porque iba usted a mi casa, mi distinguido amigo; porque quería usted charlar conmigo. Es por eso y nada más. ¿Lo duda usted? Ha de...

—¡Silencio, silencio!

—Ha de recordar usted que yo habito, en esta bella ciudad, en la calle de El Pecado Mortal, a un paso de aquí. ¡Ea, caminemos del brazo! ¡Así, así!

Y del brazo caminamos. Ambos reíamos. Tanto reímos que, al fin, Palemón tuvo que confesar que siempre una buena compañía causa una profunda hilaridad. Y agregó:

—Sólo los necios consideran la buena compañía según los temas que tratan.

Y yo respondí:

—Sí, sólo los necios.

Y él me hizo una venia y extendió la mano para indicarme la puerta de su casa. Al mismo tiempo murmuró:

—Adelante, fiel amigo, adelante.

Y yo:

—Mil gracias.

Él me miró sorprendido y me arguyó:

—¿Por qué sólo mil gracias? ¿Por qué no un millón? Y bien, muy bien podrían ser dos y tres millones... ¡Qué! Billones, trillones, cuatrillones de gracias. Entonces el cielo se cubriría de una densa nube agradecida. Esta nube vendría hasta nosotros y nosotros en ella viviríamos y en ella beberíamos y en ella nos repletaríamos el tubo digestivo con manjares deliciosos. Pero, ¡no! Debemos entrar en mi casa y, en ella, nos acomodaremos debidamente.

Yo murmuré ahora:

—Sí, debidamente.

Y debidamente nos acomodamos. Él, Palemón de Costamota, estaba ahí; yo estaba más acá. A veces nos cambiábamos y, entonces, él era el que estaba donde yo había estado y yo estaba en el sitio que él había ocupado.

Pensé:

“El sitio que él había ocupado... El sitio que él...”

Su voz se hizo dura, severa y exclamó:

—Yo nunca, yo jamás he ocupado un sitio pues yo siempre estoy en todo lugar. ¿Me ha oído usted?

Con cierto temor respondí:

—Sí, he oído, mi... mi... ¿Cómo debo llamar a usted? ¿Debo decir “mi distinguido amigo” o prefiere usted “Palemón de Costamota” o tal vez con el título suyo de usted, es decir, Rey de las Tinieblas y de los planos... de los planos... de los planos...

Palemón se contentó con prevenirme que yo no podría conocer esos planos y menos aún penetrarlos debidamente y menos aún llegar a ser uno con ellos y menos aún...

Pero aquí lanzó una potente carcajada. Reía y reía. Yo lo miraba abismado sin comprender. Pero él seguía con su risa. Al fin tuve que preguntarle:

—¿De qué ríe usted, Palemón? Voy a llamarlo así desde ahora en adelante. Repito entonces: ¿de qué ríe usted, Palemón?

Él se contentó con decirme:

—De la poca penetración de sus ojos de usted; nada más. Pues ha sido tal la fuerza de

mi casa que usted ha quedado embelesado, y mil veces embelesado, contemplando las imágenes que la adornan sin ver... sin ver...

-¿Qué cosa?

-Sin ver este panorama soberbio que nos rodea.

-¿Qué panorama?

-Usted ha preferido contemplar esas imágenes que hay en mis muros. Sí, lo ha preferido usted. Y tiene toda la razón. Son, en verdad, sumamente interesantes; ellas reflejan lo que los hombres han pensado de mí durante una larga, larguísima época de su larga, larguísima historia. Ahí tiene usted, por ejemplo, un dibujo que representa cómo me veían los iniciados de Egipto; este dibujo lleva el número I. Y luego, después del número I, viene el número II: el Diablo en la Biblia; después el número III: el diablo en la Cábala que es seguido por el número IV: el diablo según las religiones occidentales; y el número V que representa a mi persona en las religiones orientales; y el número siguiente, el VI, el diablo de los feichistas; y el número VII: el diablo de los satanizantes; y el número VIII, yo mismo ante los luciferianos; y el número IX: mi persona según los llamados ocultistas; y el número X: mi persona en el Tarot clásico; y el número XI: yo mismo en el Tarot moderno; y el número XII: dice que es el diablo en el Grimorio; y el número XIII: el diablo de la brujería; y el número XIV: yo en el...

Interrumpí a Palemón:

-¡Basta, basta ya! ¿Qué puede importarme a mí lo que representan esas imágenes? Usted habla por hablar y nada más. ¡Calle, calle se lo pido y déjeme a mí en paz!

Palemón pareció no escucharme pues me dijo mostrando con amplio gesto esas imágenes:

-Son veintidós; podrían haber sido muchas más porque yo hago con la imaginación de esos hombres y de mujeres, y de monjes y de meditativos y de ancianos y de niños y de viejas y de los que sueñan en sus noches de pesadillas y de aquellos que...

-¿Va usted a terminar alguna vez, mi señor de Costamota?

-Bien, sincero amigo, voy a terminar. Me pasaré yo por alto en la representación que se me hace en el Sabat pero voy a sonreírme de esta representación mía en gente que hay que someterla a las prácticas del exorcismo; ¿no le parece a usted? Y en el siguiente dibujo, el número XVI, deberíamos consultar a su amigo Saturnino pues se trata de la visión de una lerva en un espejo saturniano. Pero veo que usted calla, mi señor Onofre Borneo... ¿Por qué?

-Habrá querido decir Boroa; porque yo soy Boroa y no soy ni lo seré jamás un Borneo. Es Boroa el que va al fondo de la Tierra y se entrevista con Colomba, con la sin par Colomba. ¿Me ha oído usted?

-Colomba... Es una bellísima, una reluciente hada. Comprendo a usted, querido amigo, que se sienta arrebatado ante la aparición de la más bella de las hadas. Por eso es que no ha de querer usted que ahora le muestre este dibujo, el número XVII, y menos que lea la leyenda que hay bajo él. Voy a leer esta leyenda para mí solo y nada más que para mí solo.

Palemón me dio vueltas las espaldas y, con su busto, ocultó este dibujo. Pero yo pude leer y oír esa leyenda como si estuviera grabada con muy grandes letras frente a mí. Decía: "Para ciertos pensadores religiosos, el hada es una forma de la demonialidad; el hada y el diablo se ocupaban en conjunto de los maleficios".

—Palemón —exclamé—, quiero irme, quiero volver al centro de la Tierra y no verlo más a usted. Yo conversaba con mi amigo Lorenzo Angol y sólo esperaba terminar esta charla para irme tras de la sin par Colomba. Así es que me marchó, Palemón. ¡Iré a verte, Lorenzo, y juntos, si tú quieres, iremos al fondo de la Tierra! ¡Ahí verás a Lumba Corintia y yo veré a Colomba! ¡Me marchó, me marchó! ¡Adiós, Palemón, adiós!

Él se volvió y, haciendo una gran reverencia, me dijo:

—Lo acompañaré a usted porque yo siempre acompaño a los que han sido y son mis seguros servidores y amigos.

—Yyo estaré muy contento de tener la suya como compañía. Pero Lorenzo me hablaba. ¿Querría usted hacer audible su voz, Palemón?

Me respondió:

—Lo hará... Pero antes deje usted que me despida de esas bellas imágenes que de mí han hecho.

Sin más se puso de pie y, dirigiéndose a las cinco que aún no había mencionado, exclamó con voz potente:

—¡Adiós Mefistófeles que tientes a Fausto! ¡Adiós diablo de las novelas que eres un esqueleto de frac y con sombrero de pelo en tu mano! ¡Adiós terrible íncubo que atormentas a tu presa en medio de las terribles pesadillas que lo carcomen! ¡Adiós diablo pentacular con tu estrella negra! ¡Adiós diablo de las creencias contemporáneas que así te ven las gentes de nuestra época!

—Nos podemos marchar ahora, mi sincero amigo. Mi plan es muy simple: quiero oír a Lorenzo que me hablaba de varias cosas y luego quiero, después de haber oído esa voz amiga, sumirme en el fondo de la Tierra. Así no lo veré a usted más, Palemón. Por lo tanto...

—¿Qué cosa, amigo? No puede usted responderme... ¡Ja, ja! Yo se lo explicaré y le ruego me oiga con atención:

“Usted estaba en el fondo de la Tierra, en las cercanías de ese fondo donde desaparecen los puntos cardinales. Yo he llegado a su lado y con mi poder, que es enorme, he transformado cuanto le rodeaba y le he traído a mi casa, calle de El Pecado Mortal. Para ello he levantado esta ciudad y la he llenado de tránsito. La he repoblado con sus mejores amigos. ¡Mire, mire quién va ahí! ¡Y mire quiénes los siguen! ¡Todos se hallan aquí junto a usted!

Pasaba por la calle Facundo Doñihue; luego vi a Teodoro Yumbel con su mujer Albania Codahue; luego pasó el doctor Gil Hualañé; luego, entre gente que yo no conocía, vi a Eusebio Palena que se alejaba con Polinesia Loncotoro, sin duda, tras de un buen churrasco; luego, de un gran auto que se detuvo unos instantes, bajó doña Claudia Puchuncaví. Al fin me aburrí y no pude menos que vociferar:

—¡Ya lo sé y lo sé perfectamente! ¡Le repito a usted una vez más que me voy y me voy! ¿Me oye usted, Palemón, me oye usted?

—Sí, amigo, le oigo a usted —me contestó amablemente—. Pero antes quería que se diera usted cuenta de la magnitud de mi poder pues se encuentra usted en medio de la ciudad de San Agustín de Tango porque yo lo he querido. Yo he querido sacarlo a usted de donde se hallaba con Loranzo Angol y yo he querido traerlo a mi casa y hacerle ver esos dibujos

que representan las concepciones que de mí han tenido las gentes de este globo terráqueo. Así confiará usted en mi poder. Pues conmigo son una sola y única cosa la superficie de la Tierra y su fondo. Con mi poder desaparecen todas las Colombas que pueden haber. ¡Yo mando, yo mando! A mí, pues, hay que obedecerme. ¿Quería usted seguir su charla con Lorenzo Angol? Bien, la seguirá usted. Aguce sus oídos y contemple cuanto le rodea, contémplo y vuelva a contemplarlo... vuelva a contemplarlo... vuelva a... sí, sí, vuelva...

Miré hacia todos lados, me desesperé, restregué mis manos y dije a mi amigo Lorenzo Angol que, sentado ante su mesa, se había puesto a escribir:

—Lorenzo, creo que me había dormido. Pero ya ha pasado. Ahora puedo escucharte con toda tranquilidad.

Él me respondió:

—No importa que te hayas dormido un momento. La vida es muy agitada en esta ciudad y comprendo perfectamente que te hayas dormido o adormilado unos instantes. Yo aproveché tu sueño para anotar algunos datos, nada más. Ahora podemos seguir nuestra charla.

210

Yo

Es lo que espero, Lorenzo, háblame y háblame mucho. Aquel hombre, tú sabes, Palemón de Costamota, ha aprovechado mi pequeño sueño para llevarme a ¡qué sé yo dónde!

LORENZO

Te hablaba yo de esos doctores que vi allá en Santiago. La frase de ellos me resonaba a cada momento: “Usted no debe fumar porque fumar es peligrosísimo”.

¿Me oyes? Pelagosísimo... Estamos rodeados de peligros. Creo que la única parte en que no los hay es aquí, en el fondo de la Tierra. ¡Aquí estamos más allá de las cosas peligrosas!

Pero, junto con oír la voz de Lorenzo, resonaba en mis oídos, como un zumbido, la voz de Palemón de Costamota. Había en ella algo de irónico; había, a veces, una franca mofa dirigida a mí y que yo me veía obligado a compartir con mi amigo. ¡Sí, sí! Palemón se mofaba y en vano lo buscaba por todos los recodos de aquel fondo de Tierra; sólo veía muy largos corredores y un continuo fuego que pasaba y se apagaba y volvía a pasar.

De pronto dejé de escuchar a Lorenzo; la voz de ese diablo lo llenaba todo. ¡No había duda alguna! Él se estaba encajando demasiado en mi propia vida. Avanzaba en vano hacia los muertos. Su voz seguía y seguía. Al fin me detuve y grité:

Yo

¡¡Vete, vete!! ¿No ves, acaso, que estoy con mi gran amigo, con Lorenzo Angol, y que juntos estamos bajando a los confines de nuestro planeta? ¿No lo ves? ¡¡Responde!!

Y para ahuyentarlo, evoqué las palabras que había leído hace poco siguiendo el consejo de Lorenzo. Empecé en voz baja; luego mi voz subió y subió de diapasón. Yo vociferaba las palabras de ese que tanto me había entusiasmado, de Maurice Nicoll, en su obra *Tiempo vivo*.

“Vayamos más lejos y procuremos concebir cómo el tiempo puede ser una dimensión. Supongamos que recorremos esta dimensión como se recorre un camino. Viajamos de ayer hacia hoy día, y de hoy día hacia mañana, a lo largo de una distancia que nos parece inexistente. Estamos separados del ayer por esta distancia que es una distancia de tiempo. Ahora podemos darnos cuenta de que la distancia en el espacio no significa no-existencia. Londres dista de París un intervalo de tantos kilómetros. A lo largo de esta distancia se extienden tierra, mar, ciudades y gentes, y si recorremos esta distancia las podremos ver. Y aun cuando no podamos verlas, creemos que existen. Creemos que las dimensiones conocidas contienen su existencia. Pero en cuanto al tiempo no tenemos la misma creencia. Creemos que la distancia del tiempo es sinónimo de aniquilación, de no-existencia. No podemos viajar a lo largo de ella a nuestro antojo. Hoy día estoy en mi habitación, lo mismo que ayer. Pero me encuentro separado de ayer por un intervalo de tiempo. Me encuentro en la misma habitación, pero en una parte distinta del Tiempo. No puedo estar en la misma parte del Tiempo, y para mi pensamiento natural no sólo ha desaparecido, sino que se ha esfumado en algún cesto de basura, en alguna nada. Si reflexiono acerca de ayer, acerca de aquella parte del Tiempo ante la que yo ahora me encuentro en una relación completamente distinta y acerca de la cual pienso en términos de *fué*, lo haré pensando que ya no existe, quizás con cierto alivio, pero de todos modos con cierto sentimiento de que mi vida ya no está más allá, en esa parte del Tiempo, sino únicamente aquí, en hoy día. Todo cuanto dije ayer no lo tomaré en serio salvo en cuanto ello afecte mis intereses de hoy, porque al ayer no le daré la calidad de *es*.

Sentí que el mundo de los muertos se había acercado a mí. Ahora había desaparecido Palemón de Costamota. Ahora Lorenzo y yo bajábamos con lentitud y otro ambiente nos envolvía.

LORENZO

Tu memoria, Onofre, se ha vivificado. Junto a esas palabras de Maurice Nicoll, veo que es otro el ambiente que ahora te rodea.

Yo

Es otro el ambiente, Lorenzo; es *mi* ambiente el que ha venido con Nicoll; pues este hombre es enorme y, con sus palabras, siempre me voy a parajes muy altos, muy altos...

LORENZO

Nicoll... Me haces reír. Porque pienso en su nombre y no puedo dejar de juntarlo con el nombre de la mujer que ama Rosendo Paine, la mujer del opio, Nicole. Ambos han de estar en un reino maravilloso: ¿no lo crees tú?

Yo

¡Por favor, Lorenzo, no me distraigas! Ya estoy tomado por este nuevo mundo, ¡el mundo nuestro! Ya empieza a desintegrarse el mundo de allá arriba y, en estas profundidades, volvemos a encontrar la unidad que tanto y tanto perdemos en la superficie.

Pero, ¡fíjate! ¿Será Baldomero Lonquimay? ¡Sí, él es!

Ambos nos cubrimos los oídos pues un formidable BRTTTTTTTTTTTTTT nos taldró y nos atravesó de parte a parte. Pensé en Celso y lo invoqué. ¡Nada! Baldomero ocupaba todo, todo. A veces creo que subíamos; luego era la clara impresión de descender. Me di cuenta de que pasábamos por túneles estrechos. Luego eran grandes túneles donde ardía el fuego. El fuego me envolvía y, pude ver, que a Lorenzo le ocurría otro tanto; pero no sentíamos daño alguno. Luego percibí una serie de almas que quedaban indiferentes a nuestro paso. La voz de Lonquimay nos detuvo. Su capa dio varias vueltas y oímos que gritaba:

—¡Alto! Escuchadme debidamente. El amor me ha salvado; el amor ha aparecido aquí en estos fondos terráneos transformándolos en un cántico que ha rodeado a ella, a ella la más bella de cuantas mujeres existir puedan.

“¡El amor! ¡El amor! ¡El eterno amor que reina más allá de esos momentos de la vida terrenal!

—Y... ¿a quién ama usted, gran Baldomero?

Él, en vez de responder, lanzó otro formidable BRTTTTTTTTTTTTTT y, sin más, voló por los aires, se perdió unos pequeños instantes y volvió a aparecer a nuestro lado. Entonces exclamó:

—¡A Proserpina, la mujer de los Infiernos! ¡Aquí ella vive, sí, sí, aquí! Y tengo que hacerme entender por vosotros usando ese tan nefasto vocabulario que usáis allá, allá, allá... de donde venís ambos. Pero quisiera hablaros lentamente. Con la lentitud podréis entenderme mejor. Y es lo que desea Proserpina. Pero debo huir, un solo instante y no más, debo huir, huir y huir. Y en estos revoloteos la he de hallar y entonces caeré, ¡una vez más aún!, caeré a sus tan lindos pies. ¡Oh, Proserpina, oh, oooh, ooooooh!

Y Baldomero Lonquimay huyó, huyó, hasta que nosotros lo perdimos de vista. Pero instantáneamente estuvo junto a nosotros. Nos miró un largo rato; guardó silencio; nosotros igualmente. Por fin murmuró:

—Proserpina...

Lorenzo respondió:

—Proserpina...

Y yo agregué:

—La mujer de los Infiernos.

Baldomero entonces dijo:

—Es la reina de los Infiernos; es la mujer de Plutón que, en una ocasión, la robó; es la hija de Júpiter y de Ceres y ella ha tenido una serie de hijas, una serie de hijas, una serie de hijas, una serie de...

—Lorenzo —exclamé—, haz callar a este hombre de Baldomero.

Baldomero repuso:

—Soy el silencio mismo pues a mi amada no le gusta la gente que habla demasiado. Así es que... ¡silencio!

Nosotros repetimos:

—Silencio...

—Hacéis bien. Nuestro mutismo hará que reposen sus hijas, las Erinias o, si preferís, las Furias. Con su sueño no se apercibirán de mis amores con la bella Proserpina. Y yo dudo cuál sería el impacto que ellas tendrían al ver a su madre juntando los labios con éstos que son míos. Tal vez sería un impacto de horror y entonces Tisífone clavaría su

puñal en mí; Alecto me envolvería en llamas; y del cabello de Megera se desprenderían esas serpientes e inyectarían sus colmillos en los restos de mi carne, ¡sí, de mi carne que habría recobrado su sensibilidad para hacerme sufrir! Yo, mancebos, no quiero sentir los estertores de esa que fue mi carne y que ya se pierden putrefactizándose. Debemos dejarla en el sosiego. Pues ella no volvería a amarme comprendiendo que yo era un mísero ser que me someto a esa lamentable vestidura como vosotros, ¡oh Lorenzo de los Angololis, oh Onofre de los Bornamolís!, como vosotros aún la lleváis y, al llevarla, quedáis a millones de millas de estos amores sublimes que yo, ¡por fin!, puedo tener y gozar en medio del regocijo y del júbilo en que se complace Proserpina con este que aquí veis, con Baldomero, con Lonquimay, el ser que defrauda todo atentado en contra de él lanzando un formidable: **BRITTTTTTTTTTTTTT** que los aires atruena.

Y sin más, nuestro amigo lanzó su grito y, con la repetición de las "r", se perdió abriendo enormes huecos en esas paredes que se volteaban a todos lados dejándonos estupefactos de pavor.

Así perdimos de vista a Baldomero Lonquimay o a lo que de él quedaba en esos antros de la Tierra. Todo se cerró junto con él pasar bufando su terrible grito y allí quedamos ambos en un silencio absoluto.

—Este silencio es espantoso, Onofre, espantoso —me dijo mi amigo—. Hablemos algo pero no permanezcamos en él.

—Sí, hablemos —respondí—. Tú eres el hombre con la palabra así es que háblame de algo, de cualquier cosa.

Meditó unos instantes; por fin dijo:

—Mi mente vuelve a esos médicos que vi en Santiago. Te he de confesar que, en un momento, comprendí que era un deber no fumar. Pues tenía yo que dominar este cuerpo, tenía que aplacarlo; ¡que no me molestara más anteponiendo sus deseos a los que, de verdad, son los míos! Pues es necesario que esté en silencio y cumpla bien su cometido. Tú has de comprender, Boroa...

—Has hecho bien en llamarme Boroa y no llamarme Borneo. ¡Te lo suplico que nunca más tú nombres ese nefasto nombre de Borneo!

—Así lo haré, puedes estar cierto. Ahora reina la paz otra vez en estas profundidades; ahora veo que tengo un sin número de cosas que hacer, que pensar y solucionar. Pero no debo forzarme; debo dejar que ellas resuenen libremente en mí. Debo aprovechar todos mis momentos de no-inteligencia que generalmente despreciamos. Tal es una enseñanza de Krishnamurti, tal es el consejo que no se cansa de repetir.

—He tratado de seguirlo, de cumplirlo con toda la fidelidad que me sea posible. Pero apenas lo intento, veo que he penetrado uno de esos momentos en que uno aguza su inteligencia. He comprendido que es esto lo malo. Lo he comprendido y entonces caigo en uno de esos momentos en que sólo la inteligencia trabaja. Y yo me miro como a un ser inteligentísimo y así me observo.

Yo

Es lo que me ocurre a mí también: me desdoble y me veo yo como a un ser aparte y, entonces, lo contemplo y lo voy siguiendo en todas sus altas y bajas. Al fin termino preguntándome quién —¿me oyes, Lorenzo?—, quién puedo ser yo.

LORENZO

Es lo que me ocurre a mí. Y aquí me detengo; no puedo seguir adelante. Pues ¿qué respuesta puedes tú dar a esta interrogación? ¿Cómo voy a saberlo yo? Piensa que mi

ignorancia es enorme; estoy dominado por ella. No sé si un ave es superior a un pez; no sé si ambos son superiores a un gusano; no sé si todos ellos son superiores a una flor, a una planta. Y, del otro lado, están las piedras y los arcángeles...

¿Qué puedo hacer, Onofre?

Sólo puedo callar y elevar mi pensamiento hacia ella, hacia ti, mi Lumba Corintia.

Ahora caminamos hacia ella; ahora he de verla y, como tú, sin pronunciar palabra alguna, he de decirle que me ayude a salir de este infierno de ignorancia en que me hallo. Espero siempre que su voz me ha de sumir en uno de esos momentos no-inteligentes y que, entonces, va a resonar el momento supremo trayéndome una solución.

Pero... pero... temo siempre, Onofre, siempre, siempre...

Yo

¿Qué temes, Lorenzo? ¿Temes, acaso, que otro momento de inteligencia superior venga a perturbarte en tus ansias de caer en el silencio sagrado de la no-inteligencia?

LORENZO

Sí, eso temo. Temo el modo cómo va a presentarse este tremendo momento. Es lo que temo. Pues ha de llegar como un momento grato, gratisimo; ha de llegar con una sonrisa en sus labios y con una mirada entre coqueta y tímida. Así se ha de presentar Alsina, Alsina Cochoa. La veo venir, la veo cómo se aproxima a mí y cómo toma mi mundo para que juntos huyamos de esos momentos en los que suena la paz —¿me oyes, Onofre Boroa?—, la paz, esa paz sagrada que los hombres sumidos en los otros hombres, desprecian y arrojan lejos.

Veo a Alsina, la veo cómo se balancea con otras y otras mujeres... Y soy tomado por ellas. Me desespero y sólo quiero lanzar mi maldición. Pero no puedo hacer ni el menor gesto... Alsina ya no está junto a mí. Pues he salido y me paseo por las calles. Me paseo y veo, de pronto, a una chica que pasa luciendo unas piernas maravillosas. No puedo más y la sigo, la sigo. Por fin me detengo y veo, veo...

Veo y me detengo...

Un mundo negro ha caído sobre mí. Pues me encuentro sin ningún amigo, sin nadie. Es la soledad absoluta. Pues veo que lo que hacemos es una pantomima de amistad. Tal es lo que hacemos... Sí, tal es... Y es lo que ahora estamos haciendo tú, Boroa y yo... Una pantomima y nada más.

Yo

¿Crees tú, de verdad, que tal es la condición en que tenemos que vivir, que todo no es más que esa pantomima de que tú hablas?

LORENZO

Sí, tal es lo que creo.

Ahora bajamos, ahora entramos en estas profundidades de la Tierra. Vamos juntos, lado a lado. Sin embargo... ¡Hay un abismo inmenso entre nosotros! Las medidas a que estamos acostumbrados allá en la superficie de nuestro planeta, no pueden, ni aproximadamente, darnos la magnitud de la separación que hay entre nosotros.

Cada cual vive su mundo y nada más que su mundo.

¿Por qué has caído en ese silencio, Onofre?

Yo

Pienso en otra cosa o tal vez en algo que tus palabras me han evocado. Pienso en este descenso que, créemelo, yo ambicionaba locamente. Aquí creía yo que íbamos a

estar unidos en ese silencio que nos traen y nos muestran los que ya han abandonado la superficie terrestre.

Ahora veo que no es así. ¡¡Estamos solos, solos, Lorenzo, y el creer que algo de externo puede habernos ayudado, es una paradoja, es un error!!

Ambos seguimos bajando sin pronunciar palabra. Miraba a Lorenzo y pude ver, no sé cómo, pero pude ver que él había sido tomado por un remolino de mocosas y, a la cabeza de este remolino, estaba ella, estaba Alsina Cochoa. Y este grupo de infinitas, de miles de millones de mocosas, lo confundían, lo hostigaban, lo acosaban.

Al fin me contagié con sus males y me sentí yo también confundido. Le dije:

Yo

No hay un solo hombre que, durante los siglos de vivencia en esta Tierra, haya hecho avanzar ni un ápice la felicidad de los humanos.

LORENZO

No seas pesimista, Onofre. Tal vez los hay y en mayor número del que tú, y yo también, puedas imaginar. Pero si queremos encontrarlos debemos dirigir nuestros pensamientos y nuestra manera de ser hacia los sabios del Oriente.

Quedé meditando sobre esta palabra que vi llena de promesas. Pero eran promesas que se perdían muy lejos, en lejanías que databan de antes de nuestro nacimiento. Más valía no pensar más en ellas. Sin embargo seguía resonando: Oriente... Oriente...

Iba a pronunciarla, iba a dejar que ella se escapara de entre mis labios pues sentía un placer en hacerla sonar en medio de aquello que nos rodeaba por todos lados; de aquello callado, sin un solo rumor, de aquello que era el silencio mismo; un silencio que se hizo palpable, real y colocó su presencia haciéndonos ver la inutilidad de tratar de mencionarlo, de hacerlo más real... para nosotros. Era hacerlo perder lo que ahora comprendía yo que él era de verdad.

El Oriente se alejó y quedó, al alejarse, junto a nosotros. Fuimos uno con él. Sentimos ambos la necesidad de caer de rodillas. De rodillas sería más fácil ser tragados por esta paz y así fundirnos en... en... en...

Pero, ¿qué pasa?

Un bullicio ensordecedor llegó hasta nosotros y nos paralizó. Los muros, las galerías, los precipicios, todo, todo, volvió a vivir y a moverse.

Es decir, todo murió. Murió y Lorenzo y yo, al morir, recobramos la vida de la superficie; para todos... ¡vivimos!

Había llegado, a nuestro lado, una serie...

¡¡de muertos!!

¡Muertos! ¡Muertos!

¿No era tras ellos que había descendido por las cavernas de la Tierra? Sin embargo sentía un miedo indomable que me había paralizado. Quise llamar a mi amigo Lorenzo Angol. Miré para todos los lados, miré rápidamente: Lorenzo había desaparecido. Y los muertos venían sobre mí, pasaban por mi lado, pasaban por entre mis carnes y luego se alejaban sin separarse de mi lado.

-¡¡Lorenzo!! -grité.

Una voz me respondió:

-¡Uuuuy! ¡Qué maneras de vociferar tienes tú, Onito, qué maneras horribles! Ya lo he dicho cientos de veces: tus manías terráqueas no se te pasarán jamás! Y, sin embargo, sólo piensas en abandonar esa tan linda ciudad de San Agustín de Tango para meterte aquí dentro. ¿Es posible una cosa semejante?

Quise responderle y explicarme debidamente; pero Maribel, como Lorenzo hace algunos instantes -¿no serían siglos?-, había huido o se había esfumado o se había escondido en aquel mundo que yo cada vez entendía menos.

-¡¡Maribel!! -grité y avancé unos cuantos pasos.

Quedé otra vez solo, solo por unos poquísimos instantes. Pero ella volvió a presentarse ante mí. Sonrió; luego me murmuró con una voz muy débil, diría, lejana:

-¿Qué te pasa, Ono mío? Parece que esto que te rodea te tuviera completamente tomado. Ya ni recuerdas a tu buena amiga Teodosia ni a la que fui antes, mucho antes, cuando nos encontramos con...

-Sí, lo recuerdo, Maribel. Veo una plaza y usted avanza. Camina lentamente. Creo que Lorenzo me dijo que era usted su hermana, ¿no es verdad?

-¡Oh, calla, por favor! ¡Siempre sigues apegado a esos momentos que ya han pasado! Y no ves, Ono mío, esta cantidad, esta fabulosa cantidad de seres que, a tu lado, están estáticos.

Estáticos... Volví a mirar y vi un movimiento que yo llamaría espantoso. Ellos subían para luego bajar y volver a subir y pasar de un lado a otro, pasar por encima y por debajo de mí. ¡Era algo peor que espantoso!

Volví a llamar con todas mis fuerzas:

-¡¡Lorenzo!! ¡¡Maribel!!

Luego junté todas mis fuerzas y grité:

-¡¡Celsol!

Nada; silencio; paz de tumba. Y digo "de tumba" recordando lo que nosotros llamamos "tumba" en aquello que consideramos... sí... que consideramos... que consideramos...

Vi a un fraile. Lo miré fijamente y lo reconocí. Murmuré:

-Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe.

Me incliné ante su figura.

Fray Canuto se detuvo o, al menos, creí yo que se detenía. Y supe que me hablaba así aunque ni un murmullo vino a turbar una nueva paz que se había producido:

-Yo era llamado allá en el Convento de los Jerónimos con un nombre que, de seguro, tú has de recordar perfectamente.

Dije:

—Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe.

Él prosiguió haciéndome entender sin que sus labios nada articularan:

—El que-todo-lo-sabe nada sabía. Yo divisaba una alta, una muy alta sabiduría y a ella me apegué. En su búsqueda trabajé los tan largos años que viví en aquel convento.

Le pregunté:

—¿En qué consistía esa alta sabiduría?

Él me respondió:

—En borrar de mí toda cosa que pudiera venir del intelecto; en hacerla desaparecer y que, de este modo, yo fuera guiado en todos mis actos únicamente por la bondad. Con esta bondad, cuando ella me visitaba y me hacía obrar, yo respondía, yo indicaba lo que me parecía justo. Los monjes que me rodeaban vieron que había una alta sabiduría en mis palabras. Ellos obedecieron y me pusieron ese apodo con que quedé bautizado.

—Comprendo lo que decís, fray Canuto Que-Todo-Lo...

Mas, ¿qué ocurría? Me restregué los ojos para aclarar mi mirada; traté de despabilarme; me afirmé a una pequeña roca que había allí junto a mí y miré hacia todos los lados posibles: una nueva, una portentosa algazara retumbaba por todos lados. Me afirmé a esa pequeña roca y agucé mis ojos para penetrar esas especies de tinieblas que me habían rodeado. Y vi, sí, vi claramente, vi al alcance de mi mano o a distancias enormes... No lo sé; pero es el caso de que vi y muy claramente:

Una ciudad, una antiquísima ciudad y yo en medio de ella. Era una ciudad que yo había conocido en un tiempo remoto. En ella los hombres se peleaban, arremetían los unos contra los otros. Uno de esos hombres calló a mi lado traspasado por una flecha. Me lancé hacia él y lo tomé en mis brazos. Él entreabrió sus ojos y clavó su mirada en mí. Una suave sonrisa se dibujó en sus labios. Yo exclamé al reconocerlo:

—¡Zacarías Punitaqui!

Y su cuerpo volvió a morir en mis brazos. Volví a gritar:

—¡Zacarías! ¡Zacarías Punitaqui!

Su cuerpo se esfumó en mis manos, su cuerpo desapareció como ya habían desaparecido otros seres, vivos o muertos, como Lorenzo Angol y como su hermanita, Jateña, ahora con el nombre de Maribel, y como Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe y como Palemón de Costamota. Pues Palemón me había mareado con aquel sueño que *creí* tener; Palemón había estado junto a mí y había hecho, con sus poderes diabólicos, nacer y crecer la ciudad de San Agustín de Tango.

Pero oí su voz que me llamaba:

—¡No he desaparecido, Onofre Boroa! ¡Aquí estoy! ¡Aquí, aquí estoy expurgando mis tantas faltas cometidas allá, allá en la vieja ciudad de Antioquía!

Volví a mirar en torno mío y tuve que advertir a Punitaqui:

—La ciudad de Antioquía está aquí, Zacarías; es ésta, ¿no lo ve usted y no ve la tremenda guerra que hay junto a nosotros? Ahí veo el alma de Mister Edinburgh como veo también el alma de ese que yo conocí como Liberio Barón.

La voz de Zacarías me indicó entonces:

—Allí también está el alma de Sulpicio Calatambo...

—... que conversa, si puedo explicarme así, con, con Eufobina Colliguay, la que dejó nuestra superficie a causa de un accidente de automóvil. ¿Lo recuerda usted, Zacarías Punitaqui?

—No sólo lo recuerdo sino que lo vivo a todo momento. Pues aquí somos todos uno

solo, un solo ser que va dejando la falsa, la tan falsa idea de que somos separados y nada tenemos que hacer los unos con los otros.

Pensé que, en verdad, el intelecto nos lleva a una separación demasiado grande, nos lleva a vivir encerrados en nuestro propio ser rompiendo siempre esa unidad que debería unirnos. Pensé que tal ha de haber sido la sabiduría de Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Y un rayo de luz me atravesó.

Esta luz se expandió. Con su resplandor se me borró la vieja ciudad de Antioquía. Su resplandor iluminó ahora la silueta muda de Jacobo Boehme. Era una silueta que desprendía de todo su rededor una sonrisa plácida que me llenó el espíritu de bienandanza.

Alcé los brazos y exclamé con verdadera euforia:

—¡Te bendigo a ti, Boehme, como a esos que contigo están!

Y vi entonces, nuevamente lleno de pavor, que Boehme formaba uno solo, nada más que uno, con Hermes Trimegisto, con Confucio, con Zoroastro, con Buda, Platón, Sócrates y, sobre ellos, con Cristo.

Retrocedí unos pasos ante este espectáculo, retrocedí volando por los aires que se me antojaron sólidos ahí donde me hallaba. Y entonces caí a la visión de Shakespeare y de Cervantes y Miguel Ángel quienes, haciendo un gesto, abrieron unos que me parecieron grandes telones y... lleno de fervor vi aparecer la Edad Media en la que Dante Alighieri reinaba soberano.

Quise clamar, clamar con todas las fuerzas de mis pulmones. Pero me detuve pues otra vez el pavor me había tomado, un pavor ciego, un pavor horrible. Me turbé, me confundí y perdí mi facultad de pensar y de juzgar las cosas con serenidad. Entonces huí, huí como un pobre desalmado creyendo que a veces subía y que iría a caer nuevamente en la superficie; creyendo otras veces que bajaba y que pronto me hallaría junto a la voz de Celso, del inmenso Celso. Y Celso, sin más, me indicaría el sitio único donde ella se encuentra, ella la sin par Colomba.

Colomba... —pensé y corrí, corrí.

Corrí por paisajes inconcebibles. A veces eran paisajes del fondo de la Tierra; a veces, paisajes de la superficie. Aquí volvía a ver los sitios que me son habituales allá en San Agustín de Tango. Varias veces creí encontrarme con Desiderio Longotoma y quise acercarme a él para llegar hasta su casa y ver a esa Tomasa Paipote de Longotoma, su cara mujer, y pedirle que declamara *Rinrín Renacuajo*, mientras nosotros tomaríamos un trago cualquiera.

Pero, no. De nuevo estaba junto a precipicios indescritibles y a unas llamaradas que me envolvían mas sin quemarme. Yo seguía mi carrera desenfrenada, la seguía y la seguía. De pronto me estrellé con Lorenzo que, al parecer, corría a su vez desorbitado en aquellas profundidades.

Nos detuvimos frente a frente. Le dije de inmediato:

—¡Habla, Lorenzo, habla! Dime cualquier cosa pero no dejemos que este silencio con ruidos repentinos nos confunda.

Él me respondió:

—Tú sabes, Onofre, que he bajado para ver a Lumba Corintia. No la he visto aún; pero he visto a Maribel, es decir, a mi hermanita Jateña. Al verla comprendí que yo llevaba algo que siempre me había acompañado y que me era necesario comunicárselo a ella.

—¿Puedes decírmelo a mí, Lorenzo?

—Por cierto; te lo diré.

—Te oigo.

Lorenzo me habló de este modo:

—Soy yo un pequeñín. Veo a Jateña y sueño con ella; le imagino miles, cientos de miles de historias. Pero una de estas historias es la que yo prefiero. La prefiero a tal punto que, sin poder más, se la cuento un día a mi madre, a doña Emiliana Octay. Onofre, ¡a ella, a ella, la acabo de ver!

—¡A tu madre!

—Sí, a mi madre. Le dije: “—¿Recuerdas, mamá, cuando yo era un chiquitín y mucho me costaba abandonar la cama donde había pasado la noche? Es que pensaba en mi hermanita, en tu hijita, mamá. Y es muy curioso lo que yo podía imaginar sobre ella estando en la cama”. Ella, mi madre, me ha preguntado: “—¿Y qué imaginabas, Lorenzo?”.

—Es lo mismo que yo te iba a preguntar, mi querido amigo.

—Ahora verás: Me la imaginaba de coronel de un formidable ejército, un coronel serio e impertérrito. Porque te diré que en aquellos tiempos, un coronel era para mí más que un general. Este coronel, Onofre, siempre llevaba pantalones dorados, de un oro que brillaba a todas luces. Y pasa este coronel avanzando a pasos lentos. ¡Todo el mundo se cuadra a su paso! ¡Todo el mundo saluda! Y es el silencio absoluto en torno a este paso. Así quedaba yo viendo a Jateña que caminaba lentamente; y en mis oídos resonaban los gritos de admiración que aquel público, muy quedamente, le prodigaba. Tú, Onofre, de seguro debes haber tenido sueños parecidos; ¿no es verdad?

Respondí:

—Sí; los he tenido cuando era yo también un chiquitín. No sé de dónde había sacado que los viejos se ponen de más en más chicos. Esto lo creía yo a pie juntillas. Entonces me veía viejo, muy viejo, un viejito que cada día se hacía más y más pequeñito. Hurgaba por todos los rincones de la casa, rebuscaba por las soleras de los pisos. Y me empequeñecía siempre, siempre, más y más. Al fin llegué a ser tan minúsculo que nada me costó introducirme por la cueva de unos ratones. Entré, Lorenzo, y bajé hasta lo que yo creía era el fondo de esta cueva. Una voz me paralizó: “—¿Quién vive?”. Y, sin más, apareció el amo y señor de esos lares que me miró severamente. “—¿Quién es usted?” —pregunté. Y él me respondió: “—Soy el Rey Pericote”. Puedo asegurarte que ésta, la amistad con el Rey Pericote, fue una de mis más duraderas y queridas amistades.

Reímos ambos. Era algo grato traer a la memoria esos recuerdos de nuestro pasado. Me acordé de ese proverbio irlandés que recomienda una buena carcajada como una de las buenas curas que debe tener presente todo médico. Lorenzo también la recordó y volvimos a reír, a reír mucho.

Y junto con nosotros vimos la figura de Celso que nos contemplaba con una sonrisa vaga de franca aprobación.

212

Celso hizo un gesto mostrando hacia una lejanía, creo que frente a nosotros. Comprendí que no era a mí a quien se dirigía. Lorenzo se volvió y siguió ese como rayo de visual de Celso. Luego exclamó:

—¡Sí, sí! ¡Ella es, Lumba Corintia!

Y como tomado por unos brazos invisibles, fue arrancado de nuestro lado. Voló, voló. Al final, allá muy lejos, lo vi que caía de rodillas ante la figura de Lumba Corintia. Luego ambos desaparecieron y yo volví mis ojos hacia la imagen de Celso.

No sé cuánto tiempo estuvimos juntos. Estábamos en el silencio absoluto. Ni una vibración se produjo. Estábamos estáticos. Sin embargo Celso habló, Celso se manifestó. Aquí irán estas manifestaciones traducidas por mí a palabras.

CELSE

Te diré lo que a ti te preocupa, lo que es un permanente motivo conductor de tus pensamientos, lo que es un verdadero leitmotiv de tu vida. Cuando este motivo no se presenta con claridad a tu intelecto, tú sabes que está cerca, tú sabes que él dormita y que pronto volverá a ti.

Lo has dicho bien, es esa igualdad de los hombres cuando hablamos éticamente. Sí, Onofre, porque los hombres son y han sido siempre iguales.

Piensa en momentos pasados, piensa en la historia; existen los mismos defectos de dureza y crueldad y los mismos arrebatos de una bondad sin límites; existen las mismas incertidumbres y los mismos actos de fe. Nada cambia.

Contempla este dibujo y medita sobre él.

Celso hizo un dibujo con fuego mas un fuego que no lastimaba los ojos. Era un triángulo isósceles; su base era ancha; sus lados se perdían en casi una punta. Luego trazó sobre él una serie de rayas paralelas, casi al lado las de arriba, más separadas las de abajo; de modo que las de arriba tenían un espacio muy pequeño; las de abajo tenían un espacio inmenso, tomando en cuenta los lados de este triángulo. Entonces Celso dijo:

Allí, en ese pequeñito espacio allá en el extremo del triángulo, están los hombres de la bondad. Acá, junto a su base, están los hombres que bien podríamos llamar "monstruos". Pero no debes creer, mi buen Onofre, que aquel hombre que ha nacido en la parte baja, junto a la base del triángulo, será siempre un mal hombre; como tampoco debes creer que aquellos que se hayan en la cúspide han de ser hombres perfectos. Pues los hombres van y vienen de la cúspide a la base y siempre están en un permanente movimiento.

Onofre, ¿no te ocurre a ti una cosa semejante?

Tú vas de lo peor a lo mejor; luego vas de lo mejor a lo peor. A lo peor lo llamas Borneo; a lo mejor, Boroa.

Es porque no logras incorporarte en la vida. Quedas siempre algo lejos y quedas contemplándola. Una determinación, ante eso que contemplas, te parece un esfuerzo enorme. Mejor es meditar sobre ello; es lo que haces; desvarías sobre ello. Meditar es más serio.

Pero has de saber que todo en el mundo *ya* es y siempre *ya* ha sido; siempre *está*. Ahora tú debes caminar hacia ello y debes ir viendo y viviendo cada trozo que aparezca. Estos trozos pueden aparecer a otros en un sentido inverso; en todo caso, diferente al tuyo. Y lo que han presenciado es igual.

Tú has sentido la necesidad de encaminarte a una unidad, ¿no es verdad? Sí, veo que lo reconoces. ¿Por qué no has ido hacia ella? No, Onofre, no es por eso. Tú ves la unidad como cosa inmensa y, por eso, no te atreves a atacarla, es decir, a sumirte en ella.

Aparece, entonces, el intelectual. Aparece un hombre a quien se le puede engañar... se le puede postergar... Sí, ¡dejemos la cosa para más tarde!

Yo veo una serie de seres que se albergan en ti. El principal de ellos es Onofre Borneo. Tú lo quieres, lo quieres enormemente. Pues Borneo te balancea en el mundo de la próxima obra que has de hacer. Es el pretexto, esta próxima obra, nada más que el pretexto. Porque los artistas deben vivir de este modo; ellos deben hallar un placer en la multiplicidad.

Una voz, una voz sonora, se dejó oír en este momento. Me detuve; Celso también se detuvo y fijó lo que era su vista en mi persona. Reconocí lo que esta voz expresaba; eran palabras de *El Tiempo Vivo*, de Maurice Nicoll. Yo las había leído un poco tiempo atrás. Estas palabras decían:

"La múltiple naturaleza del hombre la describe Plutarco diciendo que '...cada uno de nosotros está hecho de diez mil estados diferentes y sucesivos, de un montón de unidades, de una multitud de individuos'. Y Plutarco subraya que, careciendo de unidad, nosotros nunca verdaderamente *somos*.

Esto se describe muy bien en un artículo recientemente publicado: 'Una persona es una asamblea. Esta asamblea consiste de muchas *dramatis personae* llegadas de todas partes, animadas por distintas inclinaciones y que persiguen distintos fines. Algunas veces suele levantarse una de ellas, pronuncia un discurso o hace una obra; luego se sienta y permanece en silencio, sin moverse, en tanto que otra a su vez, habla y obra. Otras veces son varios los personajes que se levantan juntos, se apoyan los unos a los otros en sus discursos y combinan sus actividades. A menudo también aquellos que se levantan no están de acuerdo entre sí, discuten ferozmente, pelean, se anatematizan. A veces la asamblea se torna tumultuosa, y todos los miembros se ponen de pie y pelean frenéticamente. Esto es una persona, y así es como es cada uno de nosotros.

Y puesto que somos una asamblea, el desarrollo interior y el logro de la unidad no pueden tomarse como cosas o hechos separados. Lo uno implica lo otro. A menos que logre una unidad interior, no puede el hombre tener un Yo, no puede tener voluntad. El concepto de voluntad en relación a un hombre que no ha logrado una unidad interior es completamente artificial. La totalidad de la vida está hecha de pequeñeces a las que obedecemos y servimos continuamente. Nuestro Yo cambia como un caleidoscopio. Cada acontecimiento externo que nos toca, cada emoción que surge súbitamente, se convierte en el califa de una hora, comienza a construir y a gobernar y, a su vez, queda inesperadamente depuesto y le reemplaza alguna otra cosa. Y la conciencia interior, sin tratar de dispersar los ilusorios designios creados por la agitación del caleidoscopio y sin comprender que en realidad el poder que decide y actúa no es ella misma, lo aprueba todo y se refiere a estos momentos de la vida en que hay diferentes fuerzas externas en movimiento, como dice Ouspensky: 'Esto es Yo, esto es Yo'".

CELSE

He visto tu rostro, mi buen Onofre. Tú has oído esa voz y, al mismo tiempo, tu mente ha marchado hacia un amigo tuyo, ha marchado hacia Rubén de Loa. Porque es lo que siempre él repite:

“Las cosas *están* y uno *vía* a su alrededor”.

Onofre: ¡Hay que tener el valor de ir hacia ellas!

Así, así. ¡Marcha, Onofre! Pero no te distraigas con Diana, con la chiquita de Diana Papudo. Ella hace este trabajo que te han evocado las palabras de Nicoll, lo hace inconscientemente, lo hace con la pureza que hay siempre en un corazón aún virgen.

Yo

¡Diana! ¡Diana! Tu marcha será ahora ir desprendiéndote, cada vez más, de esta diafanidad que ahora te envuelve. Es por eso que ahora te venero y me inclino ante tu inocencia.

Y ahora siento, Celso, que todo lo que es inocencia, llega hasta mí. Sólo quiero vivir en ella. Porque todo está rodeado de esa pureza absoluta que es, acaso, lo que siempre he ambicionado en mi vida.

¡Pureza! ¡Inocencia! Puedes creerme, mi querido Celso, que tal es lo que siempre he ambicionado y hacia lo cual mi vida, el fondo de mi vida, ha querido realizar

CELSE

Entonces, Onofre, mira hacia allá. Con la visión que tendrás irás hacia ese punto que añoras... Volverás a tus primeros años y podrás estar, ahora conscientemente, en ese punto que te hace falta. ¡Mira, Onofre!

Miré y vi a mis padres, a ambos, que allí estaban, mudos, estáticos, como estaría, sin duda mi Colomba. El ambiente que los envolvía era de un sin igual silencio. Ante ese silencio me recogí.

Yo

¡¡Papá!! ¡¡Mamá!! Te veo Eleuterio Borneo; te veo Trinidad Calama. Y siento cómo los afanes que os dabais junto a mi niñez, todavía perduran, todavía siguen infundiéndose en mí.

Sí; veo las preocupaciones que habéis tenido; siento cuán mal me he conducido con vosotros. Ahora os pido que me perdonéis y que, juntos empecemos otra vida en la cual yo seré un reflejo, nada que un reflejo, de vuestras conciencias y de vuestras experiencias que sabían más, mucho más, que yo.

Y ellos se borraron entre nubes que parecían de cielo puro. Vi, entonces, a mi abuelo paterno, a don Manuel Antonio; a su lado pasó mi abuela, doña Josefa; luego vi a don Giovanni, mi abuelo materno, y a doña Flora, su mujer.

No pude ver más. Creo que vi también a mi tío José Pedro. Me pareció ver a ese “pájaro verde” que fue causa de su muerte. Y no vi más. Caí en una inconsciencia completa.

De pronto abrí los ojos. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que perdí el conocimiento? No lo sé. Todo estaba tranquilo y ni un murmullo había en torno mío. Lo primero que noté fue la ausencia de Celso. Estaba yo solo, sin un alma que llegara junto a mí. Pero

una voz me trajo a esa realidad que existía, que allí estaba, ¡por cierto!, que allí reinaba como en todas partes.

—¡Hola! ¡Onofre!

—Hola... —respondí casi sin darme cuenta y miré: Lorenzo estaba a mi lado y me llamaba.

—¿Cómo, tú! ¿De dónde vienes; dónde estabas?

Él me respondió:

—He estado con Lumba Corintia; también he estado con Celso.

—¿Con Celso? Él ha estado conmigo y juntos mucho hemos charlado.

—Celso también estaba conmigo y también ha charlado mucho, mucho conmigo. Tiene el don de la bifurcación. Pero déjame hablarte de todo lo que he oído y de todo cuanto he dicho, ¿quieres?

—Naturalmente. Lorenzo, te escucho.

LORENZO

Lumba Corintia me habló de su muerte, en 1951, allá en Boston. Fue una muerte, según ella, como son la mayoría, por no decir todas las muertes. Es algo imperceptible. Quedó en silencio sintiendo que algo acababa de acontecerle. Pero esta transición de la vida a la muerte es una continuidad sin nada de un ex-abrupto.

Vio, apenas hubo muerto, a un ser a su lado, a un ser que se presentó con su figura de la Tierra, a un ser igual a los que, a diario, vemos circular por todas partes.

Ella le dijo a este ser que, según calculé, no era otra que el Florencio Naltagua de aquellos tiempos, el que hoy se llama Celso, ella le dijo:

—¿Qué llora toda esa gente, por qué se afana y me distrae con tantos lamentos y gritos?

Ese ser, que vamos a llamar Celso pues supe luego que era él, ese ser le respondió:

—Esa gente llora y se afana lanzando lamentos porque tu cuerpo ya no es, porque ha pasado a otra etapa.

Entonces ella había preguntado:

—¿Y por qué no lo dejan tranquilo? Pues siento que tengo muchas nuevas cosas que hacer y de qué preocuparme. Sus gritos, sus gemidos me retienen junto a eso que fue un cuerpo y nada más que un cuerpo que yo usé.

Y ella había sentido los deseos de ir y de volver a ir a ese hotelito que frecuentaba conmigo y, en él, entregarse en mis brazos. Luego sintió los deseos de salir y pasear por las calles llevando el recuerdo de esos momentos felices que acababa de pasar.

También había sentido los deseos de ir donde sus amigos, de ir y estar con ellos y con sus amigas también. Entonces volvía hacia Celso, tú has de comprender, Celso que no se separó de ella durante largo tiempo.

Yo

¡Es un enorme ser ese Celso! No puedes saber cuánto me ha ayudado en estos descensos que hago a las entrañas de la Tierra. Pero dime, Lorenzo, ¿cómo supo Lumba Corintia que aquel que le hacía compañía era Celso? Si mal no recuerdo ella murió antes que Celso y ahora, según tú cuentas, están juntos.

LORENZO

Sí, ella murió antes... según nuestra manera de medir el tiempo. Nosotros lo medimos por los calendarios y nos aferramos a ellos. Allá, allá en el mundo que sigue, los calendarios no cuentan, no existen. Ella, como todos nosotros, ha estado en el mundo que

nosotros llamamos “el más allá”, ella ha estado siempre, ha vivido en él siempre también. Pero esta materia nos atrae y nos llama y nos fuerza a creer que nosotros somos cosas que nos deslizamos por el tiempo. Ahora bien, tú me has preguntado cómo ella supo que su amigo de ahora era Celso, ¿no es verdad?

Yo

Sí, tal te he preguntado.

LORENZO

Celso lo dijo. Tuvo él que darse un nombre, un nombre que correspondiera a algún conocido de Lumba Corintia durante su permanencia en la Tierra. Ella lo veneraba en la Tierra. Él, entonces, optó por ese nombre. Tú debes fijarte que Lumba Corintia acababa de morir así es que todos los defectos de la superficie estaban todavía vivos en ella.

El primer impulso que tuvo fue francamente de allá. Le dijo a Celso, le dijo, le pidió espontáneamente:

—¡Celso! ¡Quiero ir a ver a mis amigos y amigas, quiero hablar con ellos, con todos! ¿Por qué no me llevas? ¿Por qué...? Los he visto varias veces pero... nebulosos, casi borrados, diría. Les he hablado y ellos no me han oído y, si me oían, creían que era la imaginación de ellos y nada más; creían que era un recuerdo; creían que me habían evocado.

Celso le explicó dónde se hallaba y le hizo ver la grandeza de este nuevo mundo. Ella, poco a poco, llegó a verlo. Tengo que usar estas expresiones como ser “poco a poco”. No sé explicarme de otro modo ni podría hacerlo. Tendría que cambiar mis ideas sobre este “tiempo que pasa y se va”; tendría que morir y entonces ¡vería! Y tú también verías, Onofre; ambos veríamos... Pero no podemos. Debemos contentarnos con lo que somos, debemos tener fe y... esperar.

Yo

Esperemos, Lorenzo, esperemos.

Ambos esperamos. Sentí que, por un momento, estábamos fuera del tiempo. Y puedo asegurar que salirse de este suceder, que abandonar la idea de “hoy, ayer, mañana” es algo francamente engorroso y que a uno lo confunde. Por eso le pedí a Lorenzo que volviera a hablar, ¡que hablara! Sí, su charla me llevaría al mundo que no habíamos abandonado. Él accedió y habló. El fondo de la Tierra volvió a ser una serie de galerías que se alejaban y se perdían; volvió a aparecer el fuego; volvió todo aquello a moverse, a derrumbarse y a volverse a construir. Era como un océano en ebullición y, por este océano, ambos marchábamos lentamente y, diría, con dulzura.

LORENZO

Algo ronda siempre junto a mí con su presencia invisible y silenciosa. Me ataca, sí, me ataca... pero no es un ser ni un fantasma. ¡Es una idea o, acaso, es el no poder formular con claridad una idea.

Ya lo ves: ella ahora ha venido hasta mí y me hace repetirla a todo momento. ¡Es una idea estúpida, de esas que hacen una especie de refrán que todo el mundo repite!

¿Quieres que te la diga? Bien; allá va:

“No hay mal que por bien no venga”.

La digo y, acto continuo me digo con absoluta seguridad:

—No, no es así. La verdad es otra o, acaso, las dos son la verdad. Te lo voy a decir. Óyeme bien:

“No hay bien que por mal no venga”.

Aquí veo a mi doble. Eso es, como tú ves a menudo a Borneo que se mezcla en tus ideas y te confunde. Porque el verdadero Lorenzo está más de acuerdo con la primera de estas frases. ¡Sí, sí! ¡Con la primera de ellas! La digo y... ¡renazco!

¡Cómo! ¿No conoces tú a Clotario Toconzo? ¿Es posible, Onofre? Es un joven, un joven que quiere escribir pero que no se decide, no y no, porque... porque... Y me pregunta lleno de angustia, casi con lágrimas en los ojos: “¿Qué puedo hacer?”.

Pues yo le aconsejé que escribiera eso, eso justamente; le aconsejé que hablara de sus dudas, de su desorientación y de los tormentos que ella le causa. Se lo he repetido miles de veces. Al fin le he gritado:

—¿Pero crees tú que hay que encontrar *fuera de ti mismo*? ¿Esperas un temita ya hecho y entonces transcribirlo?

Luego he meditado:

“¿Hasta cuándo se va a trabajar para la publicidad?”

Y he sentido, junto con formularme esta pregunta, que ella, mi Lumba Corintia, me aprobaba desde su mundo.

Pero estoy hablando cosas que deberíamos tratar allá, allá lejos, en la superficie. No estoy a tono con este ambiente que nos rodea. Estoy bajo él; siento, todo el tiempo, el llamado de la superficie. Yo quisiera encerrarme en mí mismo y entonces encontrar esa fuente viva que me inspire. Pero el público nos ataca y parece que siempre nos pidiera o nos diera su opinión.

¡Quiero encerrarme en mí... en mi *caramela*! ¿Recuerdas, Onofre, que así lo llamábamos allá en Curihue, durante aquellos días que fuimos los huéspedes de mi primo el capitán?

Entonces trabajar olvidando el resto...

Pero de allá me llaman todo el tiempo. Ni Lumba Corintia ha logrado alejarme y mantenerme aquí dentro de las entrañas de la Tierra. Me siento aquí como si estuviera en un sitio cualquiera de allá de la superficie. ¡Es así, Onofre, es así!

Yo

Es lo que me ocurre a mí también. Estoy a estas profundidades como si estuviera en Fray Tomate, como si estuviera allí un día cualquiera y más bien aburrido. Nos estamos pareciendo mucho, demasiado, mi querido Lorenzo. ¿No crees que deberíamos de ser más independientes?

LORENZO

No lo creo; esto no podemos hacerlo pues tiene que hacerse solo. Si lo hacemos, iríamos a la falsedad; entraría la voluntad personal y es ella la que hay que evitar. Dentro de poco podrás consultarlo con Colomba. Ella te lo dirá, te lo hará ver, mi buen Onofre.

Pero tendrás que escucharla con toda la intensidad que te sea posible. ¡Echa lejos tu distracción y contráete a sus palabras! Pues tú —como yo por lo demás— no te detienes, no te contraes lo suficiente. Somos iguales en eso, iguales, Onofre. Seguimos siempre en el suceder. Estamos demasiado tomados por Borneo y por Lorenzuelo. Ellos son los llamados que a todo momento llegan a nuestros oídos. Tal es la verdad, Onofre, tal es.

Yo

¡Un recuerdo me ha venido súbitamente! Ha sido, a no dudarlo, una de esas impresiones cotidianas que siempre nos vienen y, de pronto, nos asaltan. Oye, Lorenzo:

Es un día invernal y hace frío, mucho frío. Y yo me deprimó, yo caigo con toda mi moral. Como caigo también cuando tengo que esperar a alguien y ese alguien no llega.

Ahora pienso que el mundo es otro; pienso que ¡el mundo es inmenso! Dobleguémosnos ante esta inmensidad.

Así nos hallaremos en el fondo de la Tierra.

LORENZO

¡Anam! ¡Anam! ¡¡Anam!! ¡Ven hacía mí, tú Ángel y Amigo! Así podremos marchar, todos juntos, hacia las entrañas de la Tierra. Porque he sentido que debo volver hacia Lumba Corintia. Una voz me lo dice; una voz interna me obliga a ello.

Recuerdo lo que tú has dicho, Mahatma Gandhi:

El único tirano que tolero es la tenue voz que me habla en lo íntimo de mi ser.

¡Quiero ir hacia el reino del arte! Ir hacia ese silencio que me ha de llevar al éxtasis.

¡Salir de este mundo y verlo desde gran distancia!

Lumba Corintia me ha dicho, después de hablarme de su muerte y de los trastornos que había sentido:

–Lorenzo, no olvides que nuestro destino lo traemos de una época antinatal.

Al recordar sus palabras, la superficie se ha alejado. Ahora ya puedo estar en el estado de ánimo que es necesario en estos fondos terráqueos.

Ahora vas a repetirme, Lumba Corintia, lo que sólo escuché a medias. ¡Habla, habla! ¡Soy todo oídos!

Lorenzo empezó a alejarse de mi lado. Vi, entre nubes, a Lumba Corintia. Lorenzo se acercó a ella. Oí su voz mientras los contemplaba desorbitado.

LUMBA CORINTIA

Todos esos momentos que pasé en la Tierra, retrocedieron y formaron un solo conjunto. Éste se llenó de poesía, de una poesía del pasado y fue algo grande y útil.

Así es, Lorenzo, así son nuestros recuerdos del pasado. En ellos se ve que tenían una finalidad y por eso se rodean de una poesía que llamaría yo *provechosa*.

Los momentos malos son llamadas o necesidades del cuerpo, o sea, del suceder del tiempo.

¡No lo olvides, Lorenzo, no lo...!

Y su voz se perdió hablándole a su viejo amor y siguió tras ella.

Quedé solo; quedé en la soledad absoluta, en la soledad total.

La soledad total...

Quisiera darme a entender sobre esta frase, tal cual yo la sentí. Tal cual ella es. Es algo para lo que no encuentro las palabras que sean necesarias; todas ellas me son aproxima-

das, me son relativas, me son "más o menos", me son simples reflejos de algo que todos sabemos y llevamos en el fondo pero que jamás hemos vivido realmente. Y hay que vivirlo, hay que dejar que penetre y nos envuelva en su profundo ser.

A mi alrededor... nada. Y aquí, nuevamente, quisiera tener otro, otro vocabulario para darle su alcance a esta palabra de "nada". Ya no había fondos de la Tierra ni fondos de cosa alguna, ya todo era diferente a una forma cualquiera que debe siempre dividirse en su parte de superficie y en su parte de fondo; ya no había semejanza con nuestra manera de juzgar los objetos pues todos los objetos habían desaparecido y yo me hallaba, lo repito, solo, solo, inmensamente solo sin otra compañía que yo mismo y este yo mismo también había huido muy lejos, a tales distancias que, a veces, me parecía estar a mi lado, estar dentro de mí, ser yo... Y siendo yo, ¿qué podía esperar?

Así me apareció la ciudad de San Agustín de Tango, así me aparecieron sus calles y avenidas y el río Santa Bárbara; así fueron sus casas y, entre éstas, aquella que hay en Fray Tomate, donde yo habito y que tiene unos balcones por los que me asomo.

Asomarse... ¿Cómo podría asomarme ahora? Tenía la impresión de que todo se encontraba dentro de mí mismo. ¿Y qué quería decir esto de "dentro de mí mismo"?

Antares estaba a mi lado -¡no!; Antares era yo mismo. En vano pensaba que era inmenso, inmenso... ¿Qué significaba esta palabra de inmenso? El extremo de una uña de mi dedo meñique era, sí, tan grande como Antares, era mayor aún, era como los espacios por donde se halla Antares. Yyo, yo, soy mayor que toda la uña, que todas las uñas de todos los dedos que ha habido, que hay y que podrán haber en este mundo y en todos los mundos posibles en la eternidad de los siglos, de los milenios, de los milenios, de los millones y más millones de milenios, de... de... de...

De cuando no haya tiempo ni medidas, de cuando nada pueda ser medido porque las medidas son todas falsas, inexistentes. Porque yo no soy... Sin embargo ¡soy!

Súbitamente oí una voz; diría, mejor, se oyó una voz que perforó esa nada de soledad. Esta voz dijo:

-¿Quién eres?

Mi instinto fue más fuerte que todo y respondí:

-Soy; ¡soy! ¡¡soy!

Mi instinto siempre me obligó a moverme y a buscar. Sentí este instinto como una bestia que en mí se hubiera incrustado y ahora me obligará a hacer todo lo que una bestia haría en tal caso. Por eso grité "soy" y por eso volví a gritar una vez más:

-¡¡¡Soy!!!

La bestia tomó mi cabeza, mi cabeza que yo creía haber perdido de tanto tiempo atrás -pero, pregunté, ¿existen las cabezas y yo, por lo tanto, tengo una?- y la hizo girar hasta que dos ojos se posaron y se clavaron. Entonces la bestia cogió mi boca y mi boca gritó mientras se alzaban un tanto mis manos:

-¡Celso!

Y caí en el silencio más absoluto. Pero era un silencio diferente al que acababa de rodearme pues ahora era *mi* silencio; era yo, criatura delimitada, concisa, criatura con nombre y apellido que los conocidos saludan al pasar cuando va por las calles y le gritan: "¡Hola! ¿Qué tal?", criatura como todas las criaturas que hay en el mundo y que se pasean...

Pero... ¡basta! Quiero decir, tan sólo, que el silencio anterior había sido total, total -¿se me entiende?-, un silencio en el que yo había estado introducido, sí, introducido y tragado por él como una pequeña sabandija es tragada por las mandíbulas, por las dos y por las

tres y las cuatro, cinco, seis... No; son sólo dos mandíbulas las que tragan a las sabandijas, sólo dos. Así había sido yo tragado por esa nada viviente... por la nada.

—La nada es el Todo, Celso, eso es; he ido al Todo.

Celso habló con su voz que es la suavidad misma:

CELSO

Es la lógica la que ha pronunciado estas palabras y la lógica no eres tú. La lógica es como esa sabandija que acabas de sentir que en ti se incrustaba. Así se ha incrustado en ti esa lógica, así te la han incrustado los sabios profesores de este mundo. Y tú la has aceptado sin que haya habido ni el menor titubeo de tu parte.

¡La lógica! ¡Santa palabra!

Su santidad nos ha acostumbrado a regirnos por ella y a considerar que su empleo es el máximo de toda perfección.

Ahora yo te pregunto:

—¿Por qué no puede haber otra lógica que contradiga a ésta que empleamos?

Yo te digo:

¡Sí, la hay! Abre tus ojos y la verás. Ya la has visto un paso más allá de esa nada que te acaba de envolver.

Aunque no puedas precisarla ni menos cogerla. Pero ella hace sonar un verdadero estrépito allá lejos. ¿No es verdad? Ante él te empequeñeces. Basta evocarla, basta tratar de pensar y guiarse según esta lógica invisible.

Yo

Ante esta lógica invisible quedo estático. Ha desaparecido todo cuanto me rodea; han desaparecido todos los paisajes aunque de ellos han quedado los suficientes rasgos para no negar su existencia. Sé que existen. Sé que allá, en la superficie, existe San Agustín de Tango y veo sus alrededores con el balneario de Pompita, con el puerto de Noriol y, ligeramente al Norte, con el puerto del manganeso, Curacopque. Sé que allí están esas ciudades y veo el río Santa Bárbara que lentamente derrama sus aguas en el mar. Como veo también el bosque de Guayacán y el bosque de Lemolemo. ¿No crees tú, Celso, que ambos bosques se juntan para sostener en las alturas al volcán Coscorrón? Este volcán quiere ver hasta muy lejos, quiere ver hasta las más lejanas ciudades y los más lejanos fundos como ese Melichaqui, el fundo de Yoni, de Agripina Romeral; y el fundo de Taulemo, el fundo de Marul Carampangue. Sí, mi querido Celso, el Coscorrón lo ve todo, ciudades, fundos, montañas, valles, desiertos, mares, todo, todo. Pero yo nada veo. Es acaso porque ya estoy lleno en la otra lógica que debe bastarse a sí misma.

CELSO

Tú, Onofre, has visto únicamente los símbolos de esas ciudades y montañas y valles y desiertos y demás. Ahora te encuentras frente a una realidad mil veces más profunda, una realidad que se ajusta mejor con la nueva lógica.

Dime, Onofre Boroa, ¿sientes tú la necesidad de poner siempre un ambiente que rodee?

Yo

No, ahora no lo siento. Antes, sí; antes me nacía espontáneamente; cada cosa hacía crecer su ambiente; era ello algo imprescindible. No lograba imaginar algo fuera de todo ambiente.

Ahora, a tu lado, veo que él, ese ambiente, es algo superfluo...

CELSO

Ves que él puede ser como puede no ser; ves que puede llegar a la inmensidad como hacerse pequeño.

Pero necesitas trabajar mucho pues hay algunos que nacen en un animal ya domesticado y manso sobre el cual es fácil cabalgar; pero hay otros que nacen sobre un animal indómito, salvaje y tal es tu caso. Tienes que pasar la mitad de tu vida calmando a este animal; tienes que... ¡domar al animal!

Fija tu pensamiento en los egrégores. ¿Crees tú que en ellos hay una lógica semejante a la que vosotros seguís en la superficie?

¡Sí! ¡Lo has sentido! Porque has visto la posibilidad de una lógica diferente que nada se preocupa de la nuestra. Dime cómo la ves.

Yo

No, Celso, no puedo hablar. Sólo quiero oír tu voz, quiero que hables guiado por la lógica mayor, la lógica de los egrégores. ¡Habla, por favor! Déjame a mí penetrarme en tus palabras que han de ser guiadas por esa lógica mayor. ¡A ella quiero que me lleves!

CELSO

Estoy, Onofre Boroa, de lleno y siempre en los egrégores. Ellos son inmensos; ellos cubren todo, penetran todo y nosotros no somos más que un pequeño reflejo que se arrastra por el mundo. A veces, mientras vivimos en ese mundo de la superficie, tenemos un llamado lejano de esto pensante y enorme. Entonces se oye la voz del hombre que ha recibido ese llamado. Ese hombre predica. Por lo general no es oído; recibe la mofa ante sus palabras. Y los hombres vuelven al mundo, vuelven a preocuparse de sus afanes terrenos. En ellos se embriagan y olvidan el gran momento que acaban de tener. Es lo que puedo decirte.

Tu mayor trabajo consiste en poder deshacerte del medio ambiente que te rodea. ¡Llegar al trabajo puro!

¡Llegar al trabajo SIN INTENCIÓN!

Porque la intención es la que todo lo carcome. Pues ella te separa, te aleja y te hace creer una inmensidad cuando sólo estás triturando pequeños.

Tú has muerto siempre, Boroa. Vista con la lógica mayor, tu vida ha sido un permanente morir. Morir es el punto álgido de vivir. Pero se cree que morir es un fin. ¡No! Morir es un punto intenso pues nuestra vida total está hecha de las tantas muertes que van junto a nosotros.

La muerte se prolongó por la historia de la humanidad y resuenan y resaltan los momentos intensos de su historia. Morir es una sumersión en el total del que nos habíamos separado para... ya te lo he dicho... triturar pequeños.

Aquí comprenderéis que UNO ES TODO; comprenderéis que no existe la separatividad.

Lo he dicho también pero debo volver a repetirlo:

Todo nuestro error es querer hacer caber en una vida de ochenta o más años todo cuanto ocurre, todo cuanto viene de los egrégores y que nos suena como un débil murmullo. No olvides que LA VIDA ES ETERNA. ¡Sí, Boroa, sí! Pero no lo es en el sentido de duración temporal. No lo es en el sentido de: hoy, ayer, mañana. Es una duración que rebasa este estado de pensamiento.

Yo

Me has hecho retroceder, Celso, al hablar así. He sentido la idea de la eternidad. Pero, junto con sentirla, se me ha presentado Borneo que me ha susurrado sin que

haya medios de negarle ni de poner en duda cuanto ha avanzado... ¡No, Celso! ¡No ha habido medios y veo que hay que obedecerle! Escúchame, Celso, escúchame:

Borneo me ha susurrado que yo no debo olvidar que mañana tengo que ir a... y tengo que anotar sobre... y tengo que conversar con... y tengo que averiguar eso de... y tengo, y tengo, y tengo... ¿Cómo es posible que hayan bastado tus palabras para traer a mi lado a ese vil hombre de Borneo?

Siento, Celso, cómo Onofre Borneo protesta y arguye con mil argumentos para quedar y tomar él, nada más que él, el mando supremo.

CELSO

Onofre Boroa debe callar. Boroa debe dejar que ambos discutan y hasta se peleen y debe, entonces, retirarse a otro plano.

Un plano inmenso. Un plano de la otra lógica y de la más pura diafanidad.

Tú has estado en ese plano; tú has vivido en él. ¡Recuérdalo, mi buen Boroa!

Yo

Un plano de la otra lógica, un plano en el que vivir es morir... Sí, Celso, he vivido en él por cortos instantes, pero he vivido en él con... Diana. Luego tuve que hacer y anotar y visitar y ¡qué sé yo!

Pero yo viví con Diana en la otra región. Como vivió Lorenzo con Alsina. Tenemos este punto común, Lorenzo y yo: Diana y Alsina. En un momento pensé y me detuve a pensar: ¿Quién había procedido aquí? Pues pensé que había sido Borneo y pensé que había sido Lorenzuelo el que había corrido tras de Alsina.

Pero... ¡no, Celso, no!

Diana vivía en esa diafanidad absoluta y, al sentirla en ella, se echaba sobre la cama y cerraba sus ojos. Yo, entonces, la besaba.

Y oía cómo borneo huía, huía. Sentía como sintió Lorenzo al ver a Lorenzuelo que escapaba y lo dejaba a él de rodillas frente al cuerpecito diáfano de la linda Alsina.

CELSO

Ante el cuerpo casi desnudo de Diana, caíste con veneración y ella trajo la diafanidad. ¡Fue tu gran actitud! No siempre la mantienes. A veces tiembles, a veces te desganas y el hastío te toma. Recuerda, Onofre, las tempestades, recuerda los cielos grises y las nubes espesas que se avecinan. Sientes tú el noumeno, es decir, el otro ser viviente. Entonces tiembles.

Has sentido igual cosa ante las máquinas, has sentido a los autos que sufren. Has visto en ellos una separación; porque hay autos que son orgullosos y, al serlos, tienen miedo porque piensan en que la muerte los vigila y está pronto a saltarles encima. Porque los coches todos van pidiendo compasión. Sólo se distraen pequeños instantes.

Tú los has visto implorando compasión. El chofer sigue su curso entretenido manejándolo.

Porque el chofer es del auto. Casi todos los hombres pierden su calidad de tales al ser ésta tragada por los motores y por las carrocerías y por los neumáticos y demás.

Tú recuerdas a Ascanio Viluco. Él no es una excepción; él es de hoy día.

Pero sigamos nuestra marcha, Onofre. Debemos marchar. Tú tienes un objetivo; debes ir a él. Sigamos; yo te acompañaré pues sé que, como ser llamado "vivo", debes estar sometido al tiempo; debes caminar siempre para alcanzar a alguna persona o a alguna cosa.

Porque Borneo te domina. Boroa sólo vive en tu mente. Es una doble personalidad que hay en ti, personalidad lejana. Es por eso que varias veces has pensado:

“¿Y si yo te dominara? Dejarte hacer lo que tú quieras y decirte: ¡hazlo! Vivir entregado a tu voluntad...”

No lo puedes hacer pues Boroa está detrás, está en el otro mundo. Claro está que Borneo ha de ganar muchas vueltas. Creyó, una vez, que ganaría, que la vida principiaría para él. Sí, eso es; esa vez Borneo alcanzó a cantar triunfo y tus manos se estrecharon en los brazos de Diana.

Te has puesto serio al oír ese nombre: Diana Papudo...

Borneo te hizo ver, como un relámpago, el porvenir que a ambos les aguardaba. Y viste un mundo de tinieblas, de tinieblas negras. Pues viste el porvenir de Diana... ¡Otro porvenir que nada tenía que hacer con el tuyo!

En Diana había, como hay en todos, dos personas: la voluntariosa y que ha de hacer su vida en medio de sus semejantes; la que, con serenidad e inconscientemente, se entrega a la voluntad de los grandes egrégores y, entonces, todo el mundo huye, huye, huye... lejos de ti y de ella. El diálogo es en aquel momento:

—Diana, ¿te gusta?

Ella responde:

—Sí...

Es lo que alcanzan a perforar los oídos y puede llegar al mundo. La verdad es más alta; la verdad es inmensa.

Dejemos a Diana Papudo en paz; dejémosla que haga su vida. ¿No oyes, acaso, el tumulto de la gente que la rodea? Déjalos y piensa en otras cosas. Sí, pensemos en otras cosas, pensemos en la gran dicha que hay aquí donde no hay máquinas. Tú no habías pensado en esto: AQUÍ NO HAY MÁQUINAS.

Porque las máquinas es una obra de los egrégores que hacen circular en la superficie. Y los hombres obedecen y fabrican máquinas y más máquinas. Los hombres no ven la unidad que hay en esta obra de los egrégores; ellos sólo ven puntos separados y... ¡por eso se pelean! Por eso nacen sus discrepancias. Por estas discrepancias es que ellos trabajan y se... ¡hacen amigos!

O se hacen ¡enemigos!

¡Terribles enemigos!

Ya esto que te hablo te es algo hueco. Ya no tiene significado para ti. El significado ha quedado atrás, ha quedado allá en la superficie; ya no puede resonar en ti.

Te hablo...

Nada resuena...

Falta una mente que lo coja...

De pronto me dormí. Nada más recuerdo. Tengo que haberme dormido. La voz de Celso se apagó. Sí, sí, vamos a dormir... Pero debe decirse: “vayamos a dormir”. Vamos, vayamos... Conjugaciones del verbo que es “ir”; porque “ir” es un verbo.

Y enredado en este verbo me dormí.

Hasta que un melodioso silbido llegó a mí y me despertó. Una melodía que yo conocía: *El Bolero*, de Maurice Ravel.

Me incorporé aunque no estaba tendido. Estaba de pie y estaba solo. Celso

había desaparecido como se desaparece en esas profundidades: acercándose más a uno, acercándose hasta ser la otra persona uno mismo y uno mismo ser la otra persona.

Pero ahora:

¡¡El hombre Martín Quilpué!!

215

Lo vi. Junto con verlo corrí. El terreno se puso escabroso de inmediato. Me costó un gran esfuerzo avanzar unos pocos pasos. Me doblé, me encorvé. Y él, el hombre Martín Quilpué, pasaba tranquilamente, pasaba ufano e indiferente, siempre tocado con su vestimenta habitual. Ahora iba seguido por una infinidad de duendes o de larvas que coreaban su silbido moviendo unos apéndices que parecían brazos. Era un espectáculo único que me dejó abismado. Grité con todas las fuerzas:

-¡¡Hombre Martín Quilpué!! ¡¡Detente un segundo!! ¡¡Me cuesta avanzar!! ¡¡Pero... ya voy, ya voy!!

Mas él no me oyó; él siguió rodeado de sus duendecillos y se distanció de mí, puso distancia entre nosotros. Volví a gritar:

-¡¡Eh!! ¡¡Aquí no hay distancias, no las hay, hombre Martín Quilpué!! ¡¡Eh, eh, eh, eh!!

Nada... Se alejaba siempre y creí que se me perdería.

Entonces corrí. Ya el terreno era liso, regular. Corrí, corrí. Pero él seguía con su paso cadencioso y lento. Sin embargo la distancia que nos separaba iba en aumento, crecía hasta lo infinito.

-No debe importarme este hecho, no, no debe importarme -dije en voz alta.

Y seguí mi carrera desenfrenada.

Él se perdía por estos paisajes que me parecieron tenebrosos, horripilantes. No había nadie, absolutamente nadie, en torno mío; únicamente la soledad total. Y esta soledad del fondo de la Tierra, no puede tener parangón con lo que nosotros llamamos "soledad" en la superficie: una persona está con nosotros y luego se marcha y nosotros quedamos solos. Porque lo vemos irse, porque crea distancia entre ambos. Tendría que correr y alcanzarlo. Pero no puedo hacerlo porque tengo que ir... y tengo que ver... y ya es de noche, una noche negra y sombría... y ahí viene otro conocido...

Nada de eso sucede aquí pues aquí es la soledad total. Podríamos estar rodeados de gentes y más gentes y estas gentes podrían hablarnos y palmotearnos con cariño. La soledad total no habría cambiando en nada.

Yo seguía corriendo, seguía mi carrera loca. De pronto vi que el hombre Martín Quilpué ya no estaba en ninguna parte como no estaban tampoco esos duendecillos que lo acompañaban. Yo seguía y seguía corriendo hasta que moderé mi velocidad. Sí, la moderé y quedé detenido. Miré para todos lados y vi que estaba en la calle San Tiburcio esquina de la calle de El Cardenal. Un poco más atrás corría el río Santa Bárbara. Y un poco más adelante... ¡éffa se me presentó!

Me estremecí al verla y grité una vez más, grité más fuerte que lo que había gritado al hombre Martín Quilpué:

—¡Diana! ¡¡Diana!! ¡¡Diana mía!!

Ella me saludó con indiferencia y me dijo:

—Buenos días.

—¿Adónde vas, Diana?

No contestó. Agregó únicamente que salía a pasear como todas las mañanas, a juntarse con sus amigas y que iría a la iglesia un rato, un rato, y que después volvería a su casa, como la hacía casi todos los días. Luego dijo:

—Ahora me voy. Estoy un poco atrasada. Adiós.

Contesté:

—Adiós... Diana, Dia-na...

Ella se alejó siempre indiferente. La vi que se juntaba con otra chica y que, juntas, se iban, se iban y se confundía con la ciudad enorme. Pues pasaban los autos y los peatones y el río Santa Bárbara corría con lentitud. Algunos pequeños vaporcitos lo cruzaban. Pasé por el puente de la Catedral. Este es el Hotel de los Vicarios; y el otro es el Palacio del Juego; atrás está el Gran Teatro Musical. Yaquel que se pierde entre brumas es el Convento de los Jerónimos... con la islita del Olor a Santidad casi al frente... la Islita que, entre sus matorrales, tiene una entrada oculta, muy oculta, que a quien la perfore... ¿Se puede "perforar" una entrada? Se pueda o no se pueda, por esa entrada se va hacia el fondo de la Tierra y...

¡Estás tú, Colomba!

Estás sola, sin nadie que te acompañe... ¡Sola! Pero yo iré hacia ti y, al verte, caeré de rodillas ante ti. He perdido mucho tiempo aquí en estas galerías subterráneas. Quiero estar contigo.

Por este túnel me encaminaré. Avanzaré sin volverme, con tu imagen frente a mí. Ya los lados que ocurra lo que a esta Tierra se le ocurra y vuelva a ocurrírsele. Yo... ¡adelante!

¡Nadie se cruzará en mi camino! Todo el mundo ha desaparecido y por eso yo puedo avanzar, avanzar sereno. Los precipicios se abren y se cierran a mi lado; los precipicios despiden enormes llamas que me envuelven. Son llamas de una materia viscosa que súbitamente se endurece como el hierro y, al mismo tiempo, se ablanda y corre como el agua del río Santa Bárbara, ese río que dejé allá, allá, haciéndole compañía a mi Diana... ¿Mi Diana? No; ya no es mía, ya es de la vida que pasa y pasa con toda su gente, gente que, rara vez, llora un poquitín y mueve los ojos para ver si la ven que llora ella, sí, esa señora, doña Claudia Puchuncaví con su taller elegantísimo.

¡No! ¡Es preferible este fondo de Tierra! Aquí está Celso, el gran amigo que, sin mover esos labios que ya no tiene, puede hablar maravillas. Y aquí está el querido de don Irineo Pidincó y está...

Pero... ¿quién es aquel que pasa?

Va con una chica y le habla y trata de convencerla de algo que ella no quiere oír. Sí, es él.

—¡Eh, Lorenzo! ¡Lorenzo Angol!

Lorenzo se ha vuelto y la chica ha escapado lejos, muy lejos, donde no la volverá a ver. Exclamó:

—¡Ha partido Alsina Cochoa! Nada le critico... ¡Qué quieres, mi buen Onofre! Alsina

tenía ya que empujar a hacer su vida pues ya no es una chica. ¡Adiós, adiós, mi preciosa Alsina!

Yo lo acompañé en su adiós. Y murmuré:

–Adiós, Diana...

Vi que estos “adioses” se alejaban de nuestro lado, se alejaban lentamente e indiferentes. Eran como el hombre Martín Quilpué. Pero este hombre llevaba otra finalidad que las que tenían esas chicuelas que acababan de irse, irse, irse... Volví a murmurar:

–Es, Lorenzo, la edad; dentro de poco voy a tener 70 años.

–Y yo –me contestó Lorenzo–, voy a cumplir 64.

–Juntos sumamos 134 años. Es un bonito número.

–Aun en este fondo de la Tierra, 134 años son 134 años.

–Y aquí el tiempo no debe contar, el tiempo no es esa serpiente que se estira y vuelve la cabeza para ver si todos la siguen tras ella, si todos caminan y, sobre todo, para ver...

–Ver... ¿qué, Onofre?

–Ver que ninguno se ha distraído sumiéndose en una especulación sobre el suceder de lo que no sucede.

–Pues esto del tiempo es una ilusión nuestra.

Y seguimos avanzando sobre un tiempo que no pasaba, un tiempo que era sin alargarse ni acortarse, un tiempo que se dilató a todas las lejanas estrellas que ahora se hallaban junto a nosotros y, en ellas, Maribel estaba... Maribel estaba... ¡Oh, Maribel estaba!

Lorenzo ya no estaba.

Estaba Maribel.

Maribel sonreía y el tiempo se detuvo para convertirse en aquella serpiente que avanza dando vueltas la cabeza para cerciorarse de que todos vienen y siguen preguntándose algunos qué puede significar este seguir sobre algo inexistente.

–¡Ono! ¡Onito! ¿Estás de nuevo aquí?

Respondí:

–No, Maribel, no estoy ni aquí ni en ninguna parte porque ahora yo soy y, al ser, el mundo ha perdido sus dimensiones. Puedo asegurar a usted, Maribel, que así es y nada más que así.

–¡Uuuuuuuuuuuuy! –exclamó ella y ocultó su rostro tras los hombros, tras uno tras otro–. ¡Eres terrible, Ono mío! ¡Qué de tan terribles ideas se te han metido en la cabeza! ¿Te las ha evocado la superficie terrena? Contesta, Ono mío.

Contesté:

–Me las ha evocado este suceder estático en que ahora, junto a usted, me encuentro. Como hace un rato me encontré con...

–¿Hace un rato? Francamente no te he entendido, Ono. Dime, ¿quieres?, dime sin equivocarte: ¿Estás en la superficie o la has abandonado?

–Estoy con usted, Maribel, y en usted veo que es ahora, en este momento, Teodosia Huelén y... y...

–Sí; esa soy y sigo siendo: ¡Jateña!

–Sabrás entonces cuánto te quiero, mi Jateña. Vengo hasta este fondo de la Tierra –tú lo sabes– a ver a Colomba y, además...

–Además... Además, ¿qué, Ono mío?

–Vengo a verte, a divisarte a ti, Jateña.

Ella me miró largo rato, no sé si con mucha seriedad o fingiéndola pues a cada momento me aparecía una sonrisa burlona que sobre ella revoloteaba. Al fin exclamó:

—¡Cómo! ¿Tú crees, Ono, en la diferencia que pueda existir en este fondo terráqueo y la superficie?

Medité unos instantes y dije lleno de convicción:

—Creo que ahora la veo a usted, mi Maribel-Jateña. Que este fondo terráqueo y la superficie sean iguales o totalmente diferentes, es cosa que me es secundaria. Aquí estoy, aquí la veo a usted y puedo remontarme a ese pasado en que la vi marchando y tratando de jugar y causando la adoración de su hermano Lorenzo. ¡Ese momento yo siempre quiero revivirlo!

—¡Uuuuuuy! Tu elocuencia es magnífica, Ono, magnífica! He sentido deseos de revolotear por estos ámbitos junto con escuchar esa elocuencia soberbia. ¡Sí, voy a revolotear y voy a ver si tú, Ono, ves una semejanza entre este fondo y la superficie! ¡Me voy, me voy! Y verás cómo quedo siempre al lado tuyo...

Y Maribel revoloteó alejándose y acercándose a mí. Por fin se borró de mi vista y otra vez me encontré en la soledad. Pero ahora veía que, en torno mío, había una serie de gentes, de muertos, como los llamamos allá en la superficie. ¿En la superficie? No, no podía ser pues Maribel me había preguntado muy extrañada, o muy regocijada en su fondo, si yo seguía creyendo en la enorme diferencia entre el fondo de la Tierra y lo que hay fuera de él; muy lejos, lejísimos...

Pero no podía concentrarme y caer en meditación. Esos muertos que ahora me rodeaban me hacían presión y partían, lejos, lejísimos, con mi mente.

Se la llevaron. Los vi con ella. Yo conocía a algunos de esos muertos, conocía al que fue mi admiración allá, al anciano de Bárulo Tarata. Allí estaba Bárulo Tarata y se dedicaba con tesón a hacer pensar ese cerebro que había sido mío. Jacqueline, la tan hermosa Jacqueline de allá del fundo de Curihue, estaba con él y ponía igual tesón al trabajar en mi cerebro. Adalberto Huachipato pasaba y pasaba junto a ellos. Al mismo tiempo miraba un caballete y pude comprender que estaba en el fondo del mar, en el taller de Rubén de Loa. Al mirarlo aparecía Ponciano Chacarilla. Luego, por unos muy pequeñísimos instantes, se borraban todos ellos y los demás fallecidos que los acompañaban. Y yo sentía entonces que sus ojos se posaban sobre mí y me obligaban a meditar.

Al fin me senté en un ancho diván que allí había. Los fallecidos hicieron un gran círculo en torno mío. Sentí que debía decir mis dudas y los íntimos pensamientos que no sé si eran ahora los míos o si en mi cerebro habían quedado.

Los fallecidos se retiraron un tanto; a veces se borraban y, luego, volvían aparecer. Pero uno de ellos, desprendiéndose de los restantes, se acercó a mí y ahí quedó observándome con serenidad.

Era Celso. Dijo muy suavemente:

—Te escucho, mi buen Onofre, te escucho.

Junto con oír su voz, caí a tiempos, para mí, remotos. Volví a esa época cuando acababa de regresar de Europa, de Francia, mejor dicho, y me hallaba aquí en Chile descentrado y viendo en cuanto sucedía a mi lado, algo que contrastaba con lo que había dejado.

—Celso, no quiero volver a esos tiempos.

Él, sin mover los labios, murmuró:

—Lo pensado y creído por ti en aquellos tiempos, ha dejado una serie de residuos en tu mente. ¡Sácalos y haz que circulen llenos de la vida que entonces tenfan!

Medité un rato. Luego dije:

—Veo un papel amarillento y en él veo mi letra. Me veo yo mismo inclinado sobre ese papel y escribiendo. Es en Santiago donde estoy. Santiago... Sí; estoy en casa de mis padres, Esmeralda 644. Estoy en la que llamábamos la antesala. Al lado están los salones. Yo pienso en Francia, esa Francia querida que, creo entonces, no volveré a ver nunca más. Pues ha estallado una guerra. Allá se matan, se atacan y se devoran. Pero algo ha cambiado esta guerra: acaba de suceder la batalla del Marne. ¡Hay una esperanza entre aquellos montones de ruinas! La que va a ser mi mujer, me mira y me sonrío. También llega un instante la linda Jacqueline; me saluda y sale con Isabel. Yo vuelvo de lleno a Francia que, allá, se sacrifica y sufre. Yo pienso en... en... en... Celso, quisiera tener ese papel junto a mí. Así podría saber exactamente lo que pensaba en aquella época pues no es nada de la guerra, no, no sobre ella, es más bien sobre... sobre...

Y Celso, sin más, me alargó un papel amarillento mientras murmuraba con cierta autoridad:

—Lee.

Obedecí y leí:

He leído mucho, sobre todo a Rudolf Steiner. Me gusta Steiner. Habla de la evolución personal. Ella es mental-astral. La primera es fácil de conseguir; la segunda, difícil, difícilísima.

La primera la da la educación; la da el estudio, el leer y meditar sobre lo leído; es decir que ella reposa sobre uno, se colorea según uno. Ella es como los bitters que son uno mismo en forma de bitter. Y su dirección de fondo queda imprimida según *uno*. Uno le da ubicación, uno le da valor. Este "uno" es el valor intrínseco de cada ser. Esto cambia difícil, difícilmente, cambia con mucha dificultad. Pues su evolución la da, en gran parte, la influencia invisible, la que flota en la atmósfera y que es el factor común del estado de espíritu de la totalidad. Es lo que los medios hacen, trabajan sobre la segunda evolución: la del sentimiento.

Entonces tomo yo una obra y la asimilo para darme un movimiento.

En Francia hay concordancia entre la obra y el medio; éste es el punto a) que da la sensación de perfección en uno y da buen resultado. El punto b) es un punto más perfecto, más culto; la obra le da a uno un resultado máximo pues cae sobre materia adecuada.

En Chile es lo contrario tanto en a) como en b). Por eso uno experimenta la sensación de vacío y viene la impresión de estar manejando cadáveres... La falta de sentido en las obras, de un sentido que se recuerda sin poder hacer revivir.

Aquí está la clave de la diferencia entre los chilenos y los viajeros; la clave que, naturalmente, los chilenos no pueden ni podrán entender.

Este estado de espíritu medio es ajeno a la voluntad. Se filtra, posee y todo cuanto a él cae lo colorea. Es lo que me pasa ahora: leo, leemos y, sin querer, siento en mi lectura un rumbo francamente mediocre...

¡Es fatal, es desesperante!

Por esto es que me atrae la guitarra popular y los bailes *de pata en quinchu*. En ellos veo una expresión, un justo alzamiento, una plenitud que, por analogía, me evoca todos los valores absolutos.

Estaba yo solo, completamente solo. Celso había desaparecido o estaba junto a mí en estado invisible. Todos se hallaban ahí, junto a mí, pero invisibles: Bárulo Tarata, Jacqueline, Isabel, Adalberto Huachipato, Ponciano Chacarilla... Todos. Y estaba Rudolf Steiner y estaba yo, yo, en la antesala de mi vieja casa donde, sonriente y benévola, mi madre me miraba y me enviaba, sin formularla, su bendición.

Todo el mundo estaba y vivía; los del presente, los del pasado, los que han de venir...

—¡Colomba! —grité en el más absoluto silencio.

Una sonrisa contestó mi grito.

216

Ante esta sonrisa sentí que todo se calmaba junto a mí y que yo volvía a ser yo mismo. Porque la vi, muda y hierática. Una suave sonrisa se posaba sobre ella. Todo el resto callaba. Ya no había ni paisajes ni galerías ni precipicios. El fuego no ardía. Era la paz absoluta. Y yo empecé a crecer dentro de mí mismo. Una pregunta me guiaba. La formulé y oí su respuesta.

Yo

Colomba, creo que mi parecido con Lorenzo, con mi viejo amigo Lorenzo Angol, se está acentuando demasiado y que ya somos un solo ser. ¿Es esto verdad, Colomba?

COLOMBA

¿Encuentras algo mal en que dos seres que van hacia un mismo fin, que tienen una común inquietud, vayan teniendo un parecido que se acentúa? No te preocupes por ello. Sigue tu camino y deja que el mundo resuene en vosotros. Su resonancia llegará también a mí y así podremos marchar, así podremos seguir sin ser jamás perturbados.

Pero esta semejanza está fuera de vosotros mismos. Conténtate con saber que ella está y que ella vigila vuestros pasos en este mundo. Y vigila los pasos de Lorenzo. Vosotros veis que hay una fuerza muy alta que os hace marchar.

Dime, Onofre Boroa, dime:

¿Por qué escribes tú? ¿Qué te impulsa a dejar un testimonio de cuanto ocurre en tu mente?

Yo te lo diré:

Es la marcha hacia la paz sublime. Esta paz sólo la podrás encontrar vaciando lo que hay en ti. ¿No es verdad? ¡Sí, sí! Celso, por lo demás algo te ha dicho de semejante a lo que ahora te digo yo.

Al escribir te conectas con un mundo que tú quisieras retener muy junto a ti y que fuera la morada de siempre de la que jamás saldrías.

Y para llegar a esta morada, tú sientes que tienes que vaciarte entero, que dentro de ti no quede ni una gota de lo que ha sido tu pasado.

¡Tú sientes que debes liquidar todo eso! ¡Tú quieres deshacerte de todo ello de modo que nada quede en ti y entonces sabes que encontrarás esa paz divina que en un sitio se halla!

Porque sabes muy bien que es imposible llegar a ese reino de paz llevando dentro un

sin número de ideas que no han sido debidamente canceladas y que luego te llamarían a todo momento y te producirían un verdadero desasosiego.

No se puede entrar en aquel reino con cosas de este que llamaría un reino pues es el reino de la purificación.

Cancela tu vida, Onofre, y una vez cancelada... podrás inclinarte a esa paz sublime.

Yo

Debo obedecerte, Colomba; debo inclinarme ante tus palabras y debo, sobre todo, obedecer, pues es la palabra que todo lo reúne —¿me oyes?—, todo, todo: *obedecer*.

COLOMBA

¿Qué es lo que hace Onofre Borneo? Tiene un nombre que ocupa media Tierra... ¡Borneo! Con este nombre está muy satisfecho; él le basta; él es grande: ¡Borneo! Se siente pleno con él. Lo que hace entonces es *desobedecer*. Y tú... ¿qué haces mientras tanto?

Yo

Me sonrojo al confesarlo. Lo que yo hago es... es, entre ambos, ¡mirar!, ¡mirar! Y de aquí nace la pregunta que siempre me asalta: ¿Quién soy yo? Dímelo, Colomba: ¿quién soy yo? Porque soy, a veces, un Borneo satisfecho; luego soy un Boroa que se arrepiente y sufre con el recuerdo de aquel que había sido.

COLOMBA

Boroa es el que siente, el que siente con toda profundidad y, al sentir, una añoranza nace en él.

En cambio Borneo es el que calcula y saca cuentas para anotar; es el que saca consecuencias y, con cierta displicencia superior, las anota, las clasifica muy en orden.

Hasta que, de su profundo sueño, Boroa empieza a despertar. Es una pequeña luz que ha llegado hasta él, o un pequeño ruido. Al fin se despabila, se restriega los ojos y mira:

La santa paz, la quietud absoluta está frente a él.

Tú clamas entonces y hasta haces ademanes de coger esa visión que has visto. Clamas, clamas...

Yo

¡Lo sé, Colomba! Yo desesperado al sentir esas ansias que me han tomado y reconociéndolas como verdaderamente mías, clamo, ¡clamo!, sí, Colomba, clamo... cla...mo...

COLOMBA

Oriente...

Yo

O...rien...te... Después de haber escuchado a Celso he sentido la necesidad de correr hasta ti, Colomba, y sin que me digas ni una palabra, me asegures con la mirada de tus ojos, que tengo razón al querer irme, alejarme para siempre de este ruido que aquí nos azota por todos lados. Y echándolo a un lado y otro lado, encontrar de pronto al hombre serio que allí estaba cubierto por los ruidos que surgían en torno de él. Pero él, ese hombre, no se ha dado cuenta de que ahora hay otro hombre que sólo pide ser su aprendiz, que sólo pide doblegarse ante su sabiduría y que nunca se cambie una palabra entre ambos pues, Colomba mía, pues...

COLOMBA

El Oriente es quietud. Respiremos esta quietud. Guardemos el silencio frente a ella.

Pero hoy día esa quietud está escondida, está muy lejos y hay que buscarla y hay que, sobre todo, saberla encontrar. Hay que ser tenaz y no desmayar jamás ante los sinsabores que se puedan presentar. Hay que decirse siempre: ¡Adelante, adelante! Y así marchar.

Nada debes cambiar en tus modales. Debes ser siempre el mismo que la gente ha conocido. Tus gestos deben continuar iguales; aún debes hacer los chistes que te sean habituales. ¡Deja que Borneo haga, a su vez, su vida! Y tú contéplalo. Contéplalo con la buena voluntad que ahora has de tener.

Así, de pronto, aparecerá en tu vida, un sabio de allá del gran Oriente. Os miraréis ambos. No pronunciaréis palabra alguna. Pero tú sentirás que ahora te hallas frente a uno que viene de la sabiduría de Hermes Trimegisto, de Confucio, de Zoroastro, de Buda, de Lao Tsé, de Cristo.

Callarás y venerarás. Tus amigos serán los mismos de siempre. A todos ellos los saludarás, con todos ellos harás chistes y siempre chistes. Ellos se balancearán en torno tuyo; el Oriente permanecerá atrás, permanecerá mudo y hierático.

Porque el Oriente te espera, Onofre Boroa. ¡Marcha hacia él! Es la vida que se desarrolla en la quietud interior.

Yo

¡Cuánto siento lo que hablas, Colomba! Sé, sé muy bien que lo que dices es la verdad superior, la que yo siempre he de seguir. Pero..., pero...

COLOMBA

Pero... ¿qué? ¿Qué te impide ir a ella?

Yo

¡No te rías! ¡Guarda tu serenidad! Me impide una serie de cosas que a todo momento me asalta. Por ejemplo me lo impide... la independencia de los pies. ¡No te rías, por piedad!

Pues los pies son independientes; ellos no están regidos por la mente pensante; ellos no obedecen a la fuerza que bulle en mí. En esto de los pies soy como Lorenzo Angol, soy como mi amigo Lorenzo Angol. Pues ambos estamos sujetos a esta independencia cuando los pies pertenecen a una mujer, ¡sí!, a una bella mujer que atina a pasar cerca de nosotros.

Pasa, pasa... ¿La ves, Colomba? Sus ojos vuelan por todo el rededor de ella; de pronto se detienen rápidamente en cualquier cosa de ella misma; una mano viene en su ayuda y, displicentemente, arregla ese pequeño desperfecto que había en su vestimenta; y sigue, y sigue, y saluda, y ríe... Como todo ser humano que pasea.

Pero... ¡los pies, Colomba mía! La imagen me asalta de aquellos 170.000 pasos que hubo, cierta vez, allá en La Torcaza... Tú debes recordarlo... Y había un pequeño pajarito muerto... ¿Lo recuerdas. Lo veo todo, todo. Y el árbol que cubría al pajarito... ¡Qué, qué hermoso era todo aquello, mi Colomba! Y soñaba con tus pies. ¡No! soñaba con los altos tacones que los adornaban y que marchaban sobre mí. Un sueño como sé que también ha tenido Lorenzo. Porque somos muy, muy amigos. Compartimos nuestras sensaciones y los pensamientos que de ellas se desprenden; que se desprenden y vuelan en torno, en torno, en torno...

Colomba, tengo una confusión en mí. Hay más de dos personajes en mí. Todo bulle en mí... En mí... Mí... Mí...

¿Cómo puede ser natural que me haya quedado atascado en expresión tan... tan... trivial, diría yo?

¿Qué me ocurre, Colomba?

COLOMBA

Ocurre, simplemente, que él ha retrocedido. ¡No! Debes callar, debes obedecer. ¡Silencio! Respeta su retroceso. Y ha de venir...

silencio...

completo...

y así nos entenderemos... nos

entenderemos...

entendere...

enten...

ent...

Vino el silencio absoluto. Vino aquel silencio tras el cual yo había partido y en cuyo seno quería albergarme. Todo desapareció. Yo mismo me sentí, a la vez, desaparecido. Colomba se convirtió en una inmensa sonrisa. Sobre ella vagaban extremos de frases que volvían a su sitio de origen y reaparecían en otro extremo que volvía a ser el mismo.

No puedo traducir debidamente lo que entre nosotros se habló o se musitó o se pensó; y no sé, no lo sé, si ello tuvo realidad fuera o dentro de mí.

Trozos llegaron a mi conciencia. Trozos y nada más; trozos que luego se perdieron pero que algo recuerdo de ellos.

Voy a copiarlos aquí:

Era la voz de ella, de Colomba, la que traía estas... ¿Podré decir "voces"? ¿Sería su voz? Era una voz que dijo:

LA VOZ:

Él ha retrocedido. Tú te has desviado. Pero él, Blas Emar, está siempre en su sitio y Juan Emar debería estar...

...en oración ante él.

Tiene que marchar hacia ese sitio... como marcha Rubén de Loa hacia las telas que luego reproduce. ¡Ese sitio! ¡Ese sitio!

Marcha... Onofre, marcha... No lo olvidés:

Blas Emar...

Y es lo importante... Blas Emar...

Borneo debería emplear su gusto por la observación, fijándola en este personaje y viendo cómo el otro, Boroa, se acerca a él...

Debes desinteresarte ante las cosas que atraen al mundo.

¡No! No puedes estar siempre llamado por esos espectáculos. No te entiendo...

¿Por qué vas a estar atraído por ellos como son atraídas las moscas por un manjar?

Casi fuiste, ¡casi fuiste, Boroa!

Era la fiesta, la gran fiesta: el ballet mexicano... la ópera china... la película tal que todo el mundo comentaba... y la conferencia cual que sirvió de tema por, por... varios días... y esa carrera de automóviles...

Te hundías en el barro. Por las noches, encima de ti, brillaban las estrellas.

No consultas al ser que llora dentro de ti, al ser que pide y pide que también hagas algo, algo, algo... que a él pueda interesarle. Como debería interesarte Desiderio Longo-

toma cuando, entre una poesía declamada por la Tomasa, se asoma a su balcón, finge mirar la calle y está mudo contemplándolas, a ellas, a las estrellas, allá, allá, muy alto, tan alto, tanto...

Me lo has repetido muchas veces... Creo que vienes a mi lado a repetírmelo. Es una especie de juramento que haces... ¿Valdrá la pena jurar y jurar?

Voy a decirte tu juramento:

Vaya donde vaya iré con mi vida completa. ¡Sí, ha de ser de este modo! Pues no ha de quedarse jamás mi vida, jamás, sola y atrás. Es lo único que pido, lo único que ambiciono en el fondo.

Al mismo tiempo agregas que es imposible, completamente imposible, llegar a anotar lo tanto, tanto que se hace y se piensa en un día. Y también que es imposible soportar lo tanto, tanto que hay que hacer.

Esto lo has dicho siempre, lo has dicho a todo el mundo. Pero una vez... una vez... una vez que hablaban todos de otras cosas, cosas ajenas a temas —¿podré decir “profundos”?—, en fin a temas que son de tu gusto, alguien dijo, no sé si al pasar o porque era un punto que mucho le preocupaba, que un escritor... ¿Qué escritor sería...?

¡Ya lo sé! Era James Joyce. Sí, mi buen Onofre... ¿Boroa o diré Borneo? Diré Onofre Boroa. Ante ti oíste que se decía que este escritor, James Joyce, había escrito unas páginas que tú, sin conocerlas, consideraste sencillamente sublimes. Pues él había escrito todo, todo, cuanto por su mente había pasado y había olvidado el tema que trataba, había partido llevado por su mente hacia donde ella quisiera ir... Había dejado su mente en plena libertad; la había dejado marchar sola, sola... En la soledad... ¿Me oyes, Onofre? Sola... soledad, soledad... Allá brillan las estrellas...

Quise hablar, quise “rebatir”, quise levantar mi voz. Sonreí pues pensé:

Así habrá dos voces y, al haberlas, se podrá crear la unidad en la multiplicidad.

De este modo caminé y caminé; de este modo seguí avanzando. Ya ni sé cómo eran los sitios que yo atravesaba. Sus palabras me resonaban y me iban haciendo compañía. Sonaba siempre su voz, esa voz querida que a mí llegaba. Y ella decía:

LA VOZ:

Has sentido, tú, Onofre, que podrías, a todo momento, ser tomado por la vida. Esta vida que, agazapada, se yergue y observa todos los monumentos de tu existencia para saltarte encima.

¡Cómo! ¿No la ves, Onofre? Está ahí, al frente tuyo; está a tu derecha; está a tu izquierda, está tras de ti; está arriba; está abajo, está en todas partes porque ella es parte de ti mismo.

¡Sí! Esta vida quiere tomarte para que juntos sigan en el rodar de los días.

¿Tienes, acaso, un dolor?

Onofre...; un dentista lo hará pasar... Cuestión de ir a verlo y contarle tu mal. Manfredo Angachilla, el amigo de tu amigo, de don Irineo Pidinco. Pero no hace falta llegar hasta él. ¡Está tan, tan lejos! Y aquí tienes, en tu bolsillo, un calmante. ¡Viva este muy exquisito calmante!

Lo tomarás... Eso es... Lo tomaré... Yo lo tomaré... Porque yo soy yo. Colomba ha

quedado atrás en el fondo de la Tierra. Ahora no hay más que este camino a la superficie y yo que siento siempre un dolor a las ruedas. ¿Un dolor?

¡No! ¡No! El calmante ha hecho su efecto y ya no duelen. ¡Viva!

Guardaré la cajita en que venía, la guardaré como un recuerdo de esta bajada a las profundidades. ¡Y te la mostraré, Colomba, cuando vuelva a tu lado!

Mas... ¿qué es esto? Esto estaba en mi bolsillo. Veamos:

Es una foto, una foto que me acuerdo donde fue tomada: en la capital, en Santiago, en el Parque Forestal. Son mis hijos... Sí, lo veo claramente aquel día en que, un amigo, nos tomó la foto...

La foto ha traído el mueble sobre el cual yo la había puesto un día. El mueble ha traído, ante mi vista, su contenido, todos los papeles que en él guardo. Lo veo: fue la vez que fui a Santiago, que fui a buscar ese mueble y llevarlo a San Agustín de Tango. Quería estar con todos mis papeles en la casita de Fray Tomate. Porque yo tengo mucho que hacer y todavía no he hecho lo suficiente.

Ahora se levanta ante mí todo eso que tengo que hacer. ¡Es algo horrible! ¡Una vida en el enclaustramiento con papeles y más papeles frente a mí! Pero yo no puedo enclaustrarme porque están mis hijos y mis nietos y mis hermanas y mis amigos y todo ese mundo que necesito ver y saludar y conversar con ellos, con todo ese mundo que necesito, necesito y necesito...

Pero aquella voz se eleva y, con una insistencia permanente, me murmura, a veces, me grita, otras veces, que me fije en las entrañas de la Tierra.

Obedezco y me vuelvo:

Ahí va caminando y subiendo hacia la superficie uno que reconozco como un pobre Onofre al que no atino a ponerle el apellido que ha de corresponderle. Pues puede ser que sea Onofre Boroa que cumple su cometido de volver a la superficie a hacer lo que su destino le obliga a hacer; o puede ser que sea Onofre Borneo que, hastiado ya de ver a esa Colomba, quiere ahora olvidar cuanto existe en estas profundidades, quiere olvidar todo y sumirse en la dulce charla de los amigos, la dulce charla acompañada de algunos tragos... ¡en el olvido!

Pero la voz sigue.

—Toda tu vida ha estado llena de errores. Has despreciado, has mirado de arriba a bajo —¡no lo olvides!— al que ahora es tu buen amigo, a Teodoro Yumbel, al marido de Albania Codahue, ese hombre que siempre ha trabajado y ha buscado y se ha inquietado.

¡No! ¡No lo niegues! Recuerda ese satánico desprecio porque no se acostumbraba con la vida parisiense, la vida que trepidaba al lado de ustedes todos, de Lorenzo Angol, de Anacleto Ibacache, del gran revolucionario de Hilario Quinchao, del vividor de Ramiro Lampa y de la misma Nora de Bizerta y Ofqui y de esa belleza que siempre fue Biandina Tarata.

Tú, a veces, apenas saludabas a Teodoro Yumbel y seguías hacia otros, hacia otros puntos, a encontrarte con Rubén de Loa y a discutir con él algún problema de estética. Y allí quedaba Teodoro, el Teodoro, sentado en una terraza de un café de Montparnasse, tomándose su cerveza y añorando su casita de Punta Breñal... ¿La recuerdas, mi buen Onofre? Una casita insignificante donde Teodoro se encerraba y donde soñaba con la que era su prometida en aquellos tiempos, con Albania Codahue. Albania estaba entonces en San Agustín de Tango, estaba lejos y, seguramente, también pensando en él.

¿No desprecias ese absurdo que fuiste? En aquel momento, Teodoro amaba. Por lo tanto estaba mejor.

¡Amar...! Es lo que desearías siempre; ¡amar! Amar cualquier cosa, cualquier momento, amar cuanto nos rodea. Y sigue marchando, mi buen Onofre Boroa. Porque tú ahora eres Boroa como lo es también ese otro que trepa por entre los vericuetos de las profundidades terráneas. Aquel que anhela llegar pronto a la ciudad y encontrarse con sus amigos. Con Desiderio Longotoma, por ejemplo y mirar esa cara de satisfacción que siempre muestra. Pues él siente, creo yo, siente la pequeñez nuestra frente a la astronomía. Tú, Onofre, has sentido la necesidad de considerar el lado infinitamente pequeño sabiendo, sí, sabiendo que tienes un amigo que contempla las estrellas. Así sientes que estás en el centro: lo inmenso y lo pequeño, lo minúsculo.

Pero dime, Onofre Boroa, ¿crees tú que una estrella sea en realidad enorme? ¿Lo crees tú?

Tal vez lo sea, tal vez... Porque nosotros le prestamos una gran entidad y porque no percibimos la continuidad, es decir, porque sólo percibimos fragmentariamente.

Desde el momento en que se percibe la continuidad... cesa lo tan grande y... lo tan pequeño. Todo ello se reduce al hecho de que pensemos en grande y en pequeño. Enfocando, entonces, la conciencia en ese "pensemos", se es ni grande ni pequeño y quedan a igual distancia esa piedra que toca con su índice aquel que trepa desde el fondo de la Tierra y que yo también puedo tocar... y la lejana estrella de Aldebarán.

Pero yo te quiero, yo te amo, mi Diana Papudo.

Quando ese hombre llegue a la superficie, tal vez te vea y quede mudo contemplándote. Tú seguirás tu vida y tu marcha hacia... hacia otra esquina de calles pues prefieres ver a tus amiguitas que dejar que yo te vea.

¡Te has ido, Diana Papudo!

Pero yo quiero verte; yo me precipito sobre ese hombre que trepa y prepararé con él.

¡Alla voy!

¡Adiós, mi Colomba!

Por este sendero se llega al hueco que hay, entre matorrales, en la isleta del Olor de Santidad.

¡A ese recoveco voy! Pues quiero circular por las calles de San Agustín de Tango. Y de pronto te divisaré, mi Diana Papudo...

217

Cae aquello que volaba muy alto y oía una voz, caigo al lado de Onofre Boroa y ambos, ahora convertidos en uno solo, nos encontramos en un largo socavón. Hay una abertura en él y me asomo y atisbo por ella. Se ven enormes campos alumbrados por una luz crepuscular. Veo una silueta en ellos, una silueta que se aproxima. La reconozco y la saludo agitando mi mano:

—¡Don Irineo, don Irineo Pidincó!

Me ha oído a no dudarlo pues, a su vez, me saluda con entusiasmo.

—¡Oh, mi señor! —exclama—. Usted perdonará pero oso afirmar que no hay placer semejante al de hallarse cara a cara con usted, mi tan distinguido señor don Onofre.

Un minuto después estábamos juntos. No sé por dónde él había llegado hasta mi lado pero el hecho es que estábamos juntos.

Y estaba siempre igual, idéntico. Pues es algo que no llego a comprender cómo es que los ya fenecidos, al encontrarse con uno que aún vive, toman de inmediato, con una justeza sorprendente, todos los rasgos que fueron los suyos durante este paso por la vida... ¿Por la vida...? En fin, como sea y sigamos con don Irineo.

Yo
¡Está usted muy bien, don Irineo! ¡Oh, es un real placer encontrarse con usted!

Iba a decir que... "ni un día ha pasado por usted". ¡Qué quiere usted, amigo! La costumbre, esa maldita costumbre de que el tiempo que pasa se ha de meter en todos nuestros actos.

PIDINCO

¡No importa ello nada, mi señor, nada, nada! Nosotros no nos preocupamos de esas cosas que veo, si oso decirlo, si oso expresarme así, siempre les preocupan a ustedes inmensamente. Esa es la palabra: inmensamente.

A mí, puede usted creerme, se me borran más y más esas cosas, sí, esas cosas. Pero es raro... No logro encontrar la clave de ello...

Muy raro, muy raro, muy...
Yo

¿Qué es lo raro que encuentra usted, don Irineo? ¿Es, acaso, este ambiente y estas oscuras galerías que parten en todos los sentidos imaginables?

PIDINCO

¡Oh, no y mil veces no, señor mío! Yo, puedo asegurárselo a usted, no veo ninguna galería oscura. Porque eso de la oscuridad eran cosas habituales, diría yo, corrientes cuando estábamos allá. Pero aquí... ¡oh, no, mi señor, no y no! Pero si usted insiste en ver galerías oscuras... Bien, véalas y oso pedirle que viva usted en ellas, eso es, señor mío, viva usted en ellas. Así verá usted más claro lo de allá... lo de allá... Aunque no hay mucha diferencia de sitio entre ese allá y este aquí; no la hay, mi señor. ¿Le parece a usted un poco extraña esta manera de expresarme?

¡Oh, le pido a usted me perdone, mi distinguido señor don Onofre, le pido a usted que me perdone! Tantas y tantas, eso es, tantas y tantas.

Sí, mi señor, sí; he pensado... Yo no habría dicho así, no. Yo habría dicho, si usted permite: "Se ha pensado en mí...". O mejor aún, habría dicho: "He llegado a un punto en el cual estaba este pensamiento...".

Naturalmente, por cierto, don Onofre, es igual y, desde el momento en que nos entendemos... Porque nos entendemos muy bien, muy bien.

Sí, mi señor, es lo que he hecho ahora último. ¡Ah, ah! Usted se admira, sin duda, de mi retentiva para poder hablar con vocablos y con giros de allá... Eso es, llamo "de allá" a los que están en la etapa en que se halla usted, mi señor don Onofre. Pero le decía a usted que he pasado, este último tiempo, visitando los lugares que me originaban ciertas ideas que luego yo traducía lo mejor que podía.

¡Justamente, señor mío, justamente! Veo los momentos en que lo pensé, en que esas ideas llegaron a mí. Y yo me dije de inmediato y así pude formularlo, si no ve usted inconveniente... ¿No, no lo ve usted? Bien, señor, entonces voy a explicárselo a usted, eso es, voy a explicárselo a usted:

El Sol, señor mío, nació después que la Tierra y, cuando nació, vino hasta nosotros,

hasta esta Tierra y se puso a girar en torno a ella. No es como dicen los que se dicen sabios allá en la Tierra...

¿Por qué digo "allá en la Tierra"? ¡Cómo! Usted permitirá que no logre comprenderlo debidamente. ¿La Tierra? ¿La Tierra...?

¿Por qué se ha de pensar siempre en ella? Y si usted, usted, mi señor don Onofre, es un ser, sí, eso es, un ser que ahora le ha tocado estar más conectado con eso que llaman Tierra que con cualquier otro punto de este... de este... de este...

¡Eso es, señor mío, eso es! Universo, es la palabra con que allá se designa todo esto, es decir la parte que ustedes logran coger, y no muy bien, de este... este... Sí, sí, lo sé: universo.

Pero le hablaba de ese Sol que viajó hacia la Tierra. Por cierto, no cree usted en ello; lo comprendo, lo comprendo. Es tal vez una osadía mía hablar de ello con usted, don Onofre. Y... y... ¡ya debería yo tener experiencia, ya debería tenerla! Porque, una vez lo hablé con uno que allá llaman "un verdadero sabio". Tal vez lo haya conocido usted. Es don Navarino Huechuraba, muy distinguida persona, por lo demás. Imagínese que don Navarino Huechuraba adora, hasta la locura lo que yo tanto adoraba allá, allá. ¡Sí, señor mío, eso es! ¡Los garbanzos, los garbanzos!

Pero volvamos al tema que yo osaba exponer ante usted, mi buen señor, es decir de ese acercamiento del Sol a la Tierra. Eso es... Le expliqué a este sabio Huechuraba lo que yo había... previsto, sí, previsto. Él me escuchó muy seriamente, muy seriamente. A pesar de que acababa de contraer matrimonio. ¡No, no, no era con ella! Era con doña Murcia Calafquén... Eso es, mi señor, doña Murcia, doña Murcia Calafquén, prima hermana de don... ¡Oh, usted me disculpará, mi señor! Con su enorme sapienza podrá muy bien, muy bien...

Eso es, mi señor. Ya lo ve usted que sé apreciar los méritos que hay allá, en eso que ustedes llaman planeta, pequeñito planeta, en el que brillan sapiencias tan grandes como la de usted, mi señor don Onofre, sí, como la de usted. Es cuestión de que me encuentre con alguno de allá, usted disculpará, e inmediatamente los recuerdos, todos ellos afluyen a mi mente, es decir, afluyen a aquello que en aquel planeta llamábamos mente.

Pero le hablaba yo de ese sabio, del señor Navarino Huechuraba; eso es, Huechuraba. Le hablaba también de su esposa, doña Murcia, eso es, doña Murcia Calafquén. ¡Qué curioso, en verdad, qué curioso!

Se lo diré a usted, mi sapiente amigo. Este sabio lo comunicó a sus amigos y ellos rieron de buena gana, de muy buena gana. Hasta que uno de ellos dijo, uno de ellos manifestó medio en secreto, que eso se debía a su matrimonio. Pues, parece, que estos sabios creyeron en que eran ideas de él, del sabio, éstas que el Sol había venido a la Tierra y no la Tierra que se había desprendido del astro rey.

Pero, de pronto, ¡no y no! Ellos, todos al unísono, culparon a la señora Murcia de esta idea. ¿De mí, pregunta usted? ¡Nadie, nadie se acordó, nadie! ¡Eran ideas de doña Murcia Calafquén!

No, no lo crea usted, mi sapiente amigo. Me reí y levanté los hombros. Recuerdo que, por la noche, fui tomado por un apetito voraz, eso es, voraz. Y me comí grandes cantidades de garbanzos. ¡Oh, qué ricos estaban, mi señor don Onofre! Tan ricos estaban que convidé al doctor, mi vecino, que viniera a gustarlos. Llegó, pues, este doctor, usted debe recordarlo, el doctor Manfredo Angachilla, un cirujano y dentista, además. Los dos, entonces, devoramos esos garbanzos.

En eso estábamos cuando sonó el timbre. Fui a abrir yo mismo y... Usted disculpará, mi señor, me encontré, cara a cara, con... con...

¡Sí, señor mío, sí! ¡Una guaxa venía a verme!

Por supuesto, señor mío, voy a decírselo a usted. Esta guaxa era doña Paulina Corcho, nada menos que doña Paulina Corcho.

¡Ah, ah! Me fijé y pude darme cuenta de lo que había ocurrido. Pues tras esa Paulina alcancé a ver a esa mujer, la vecina del tan sabio dentista, de don Manfredo Angachilla. ¿No la recuerda usted? Era una mujer rubia, vestida de tules, la mujer que es una pianista sorprendente y que creo yo, lo creo tan sólo, embriaga al doctor y dentista Angachilla haciéndole oír una música verdaderamente maravillosa, sí, eso es, maravillosa.

Pues señor, le decía a usted, que ambas mujeres llegaron hasta mi casa y nos saludamos con mucha cortesía. Y sin más... oso decir a usted que se sentaron cómodamente y mostrando, mostrando... Usted me ha de comprender, don Onofre... Eso es: las piernas, las piernas, señor mío, hasta un punto que sobrepasaba todo el decoro que es posible tener. Yo me turbé un tanto y no supe qué hacer. Ofrecí un poco de trago pero no hallé botella alguna. El doctor Angachilla fue a su casa a buscar una, sí, señor, a buscar una.

Entonces yo pregunté a esta pianista rubia:

—¿Cómo se llama usted?

Respondió sin levantar la vista de una revista que hojeaba:

—Imogenia.

—¿Y su apellido de usted?

Alzó la vista y, junto con ella, la alzó también Paulina Corcho. Yo, mi señor y con el permiso de usted, temblé, pues vi que ellas se convertían en guaxas y vendrían a mí. Estaba yo solo, señor mío, pues el dentista, don Manfredo Angachilla, ya se había retirado.

Me pasé la mano por aquel que tenía yo y que tal vez usted ha de recordar: un cráneo medio calvo. ¡Es claro! Su sapienza es enorme, mi señor, y oso repetir que ella es inmensa. Hice de tripas corazón y hablé de ese sol que se acercó, en remotas épocas, a éste que llamamos su satélite. Cité al sabio, a don Navarino Huechuraba, y a su esposa, doña Murcia Calafquén. Me puse a discurrir parapetado tras un sofá. Sí, señor, parapetado y temiendo que, de un momento a otro, ellas saltaran sobre mí. Pero el timbre me salvó pues sonó. Corrí a abrir la puerta y, con gran placer, vi que era la señorita Teodosia Huelén, la que hoy se hace llamar Maribel. Tras ella venía mi amigo Viterbo Papudo. Los hice entrar y... ¡pasado, pasado el peligro de ser poseído por las guaxas!

Así es, señor, así es. Me acuerdo de todo ello perfectamente, sí, perfectamente. Es algo que acaba de pasar. Pues... pues... voy a osar decirle a usted que ello acaba de pasar o está pasando todavía. Porque nada se borra, nada se pierde, todo es y subsiste. Es lo que he aprendido desde que me hallo aquí en este mundo lejano y cercano a la Tierra.

Pero acaso para usted, mi señor, sea algo dificultoso entender por qué llamo yo "mundo lejano y cercano" al planeta que usted habita. Es claro, es claro. Para usted este planeta está aquí y usted se encuentra en sus profundidades. Para mí... él está en todas, en todas partes y tanto estoy en él como me hallo en las estrellas más lejanas, en ésas que ustedes llaman Sirio, Betelgeuse, Régulo, Capello y muchos otros nombres que los sabios les han puesto. Es así, mi señor, y recuerdo muy bien a Antares. ¿Desearía usted estar en él? ¿No, no lo desea usted?

Lo comprendo, señor mío. Tiene usted que ir a la que llama la superficie y, ahí, con-

versar con esa de amigos que estarán dichosos de encontrarse con usted pues aprecian su alta sapiencia.

¡Oh, tantas y tantas, don Onofre! Yo intuía algo, algo me hacía dudar de la realidad que me rodeaba. Por eso llamé "intrusos" a los hombres todos que viven y viven sin jamás interrogarse qué es lo que ocurre en torno a ellos. Ahora empiezo a ver con claridad cuanto me rodeaba. Ahora oigo las notas que al piano arrancaba la señorita de los tules, la señorita Imogenia Chacalluta.

¡Cómo! ¿No le había yo dicho que tal era su apellido? Es que ya todo lo que se refiere a la época terrestre, se me confunde un poco, eso es, un poco. Pero su alta sapiencia... ¡Oh, por cierto, mi señor, por cierto!

Tal vez lo distraigo yo un poco, don Onofre. Usted tiene otras cosas que hacer y tiene que estar en el planeta que llaman Tierra. Eso es... Tierra. Verá usted a don Desiderio Longótoma... ¡Lo recuerdo siempre con gran afecto! Pues él, si oso explicarme así, ya atisba esto que ahora se llama relatividad y por eso contempla las estrellas... Yo creo que el señor Longótoma las ve a su lado, casi de poder tomarlas con la mano. En fin, mi señor, como sea...

Tiene usted razón, señor mío; es una gran persona ese ilustre y tan ilustre caballero, don Romualdo Malvilla. Porque trabaja mucho, muchísimo. No se puede beber eternamente, no, no se puede.

¡Y no olvida usted a la Tomasa, don Onofre, no la olvide usted! Por cierto, la conocí allá en Curihue, ese Curihue cuyos días siguen pesando con un ritmo de eternidad... Jacqueline..., don Rosendo Paine..., el capitán Angol... y don Lorenzo... y ese chino Fa... Ese chino es un gran compañero mío ahora. Pero siento, me permito poder comunicárselo a usted, mi señor, siento la necesidad de no ser más un majadero con usted, don Onofre.

¡Deseo que le vaya a usted muy bien, mi señor! Ya está usted cerca de la llamada superficie. ¡Oh, tantas y tantas! Yo... ¿Yo?

Yo vuelvo a mi estado de aquí. Ya nada tengo que hacer con ese mundo que usted frecuenta, mi señor. Ahora me voy a recostar en medio de estos ámbitos, tal vez cerca del Alfa del Centauro o allá, en aquella que ustedes llaman un mundo fuera del mundo, es decir, en la constelación de Andrómeda.

¡Adiós, mi señor!

¡Vuelva a la superficie que ya pronto no nos separaremos más!

¡Adiós!

Y don Irineo Pidenco desapareció, don Irineo se volatilizó. Yo quedé, pues, nuevamente solo y con una larga galería subterránea ante mí.

218

Estoy, por fin, nuevamente en Fray Tomate. ¡Allá quedó el bueno de don Irineo Pidenco, quedó contento por su nuevo estado! Ya para él son simples recuerdos lo que le sucedió aquí en la Tierra y, por eso me es un placer oírlo hablar del sabio don Navarino Huechuraba, de su esposa, doña Murcia Calafquén, de aquella pianista que tanto figuró durante su vida, doña Imogenia Chacalluta.

Más al fondo... ¡Estás tú, mi Colomba! Y antes, te veo a ti, mi gran Celso. Oigo nuestra conversación y pasa el hombre Martín Quilpué silbando *El Bolero*, de Maurice Ravel. Te veo a ti también, mi gran amigo Lorenzo Angol. Se balancean todos en mi memoria, todos: Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe, la linda Maribel, Sulpicio Calatambo, Baldomero Lonquimay con su amor loco por Proserpina, la reina de los Infiernos; en fin, todos ellos giran y giran en mi mente y llegan a adornarme aquí en mi escritorio de Fray Tomate.

Salgamos. Iré a encontrarme con quien sea, iré a reanudar esta vida de la ciudad de San Agustín de Tango; sí, salgamos.

Mi intención fue de llegar a la islita del Olor de Santidad pues por ella había yo aparecido después de mi larga estadía en las profundidades de esta Tierra. Caminé, pues, en una mañana llena de sol, de aire fresco, en una mañana primaveral a pesar de encontrarnos en el rigor del invierno; caminé alegre, caminé dichoso.

En la calle de la Penitencia, frente al Museo de la Historia, una voz me detuvo llamándome:

—¡Ea, Onofre, ea! ¡Qué suerte es la de encontrarte! Pensaba, justamente, en ti pues, pues...

Y el hombre se golpéo su vestón indicando su bolsillo y guiñándome un ojo con aire entendido. Inmediatamente le dije:

—Ya veo lo que allí llevas, mi querido Eusebio Palena. Es, sin duda, una Zambafusa, tu última creación. ¿No es así?

—Has adivinado, Onofre —me respondió—. Aquí la llevo. Ahora sería cuestión de encontrarnos con mi mujer, con Polinesia. Ella ya debe hallarse en el bar Celona; si no está ahí, estará en el bar Bado. ¡Los churrascos...!, tú comprendes. Pero esta vez, bien los merece pues mi Zambafusa merece comer y beber hasta la saciedad.

—¡Adelante, entonces, mi gran amigo! Debemos ir a ver a tu mujer, a Polinesia Lonco-toro de Palena, y, mientras tú lees y yo te escucho con sendos piscos frente a nosotros, ella sabrá dar de baja a los mejores churrascos que haya en este mundo.

Minutos más tarde estábamos en el bar Celona; después estábamos en el bar Bado y en él nos encontrábamos con Polinesia. Saludos y demás y ella dijo:

—Quiero un churrasco.

Él lo pidió y luego, probando su pisco, leyó como sigue esta gran Zambafusa.

Zambafusa N° 29

Estudiemos una forma de analogía que ha sido empleada pero, antes supongamos que fuese posible probarle a los sentidos que nadie puede ver lo que llamamos el pensamiento.

—¿Es posible, Dios mío? —pregunté.

De un salto dejé la cama, me abalancé a la puerta y la abrí. Avanzó un cumbileco y, a media voz, manifestó moviendo una mano:

—Moscú se despierta; las campanas repican para la misa primera. Pues son antepasados de animales soberbios que, muy concretamente, sostienen que tales sentimientos los aburrirían.

Entonces, con una lucidez que la asombra, Olivia caminó por esa ruta de los recuerdos y se vio, años más tarde, de espaldas sobre la cama soltando enormes

chorros de agua hacia un potrero que deslinda con los suburbios de San Agustín de Tango.

Rodó de su anular el prodigioso anillo con una perla y dos diamantes. Olivia preguntó:

—¿Por qué se va usted?

El cumbileco respondió:

—Podríamos conversar. Pues urge transformarnos radicalmente si podemos comprender lo que es. ¿Lo comprende usted?

Ella contestó de inmediato:

—Lo comprendería si hablara usted en chino.

Y él habló como se le había pedido:

“Au siècle de saint Louis, c'est le rabbins Jéchiélé, électricien remarquable et doublement détesté de sots pour son génie surprenant. Disons quelques mots a cette heure des rayons...”

¡Alto, alto! Con el ruido del motor, los pequeños timbales se asustaron y cruzaron el camino veloces como ratas. Las ocarinas comprendieron. Yo... lloré.

Olivia no volvía en sí al ver cuán bien habían comprendido el chino del cumbileco. Entonces ambos se abrazaron. Pero yo estaba furioso. Había realizado un esfuerzo especial para encontrarme allí con toda puntualidad. Un día sin compromisos era precioso para ser despreciado. ¡Cuántas veces lo había y lo había oído! Pero ellos no se declararon culpables ni traidores. Recuerdo, eso sí, que las grandes, las enormes puertas fueron cerradas. No me había sentido bien la víspera. Pero ahora sentí que yo era un escritor de dilatado prestigio. Y así fue y así será, será, será.

—¡Admirable, admirable! —grité lleno de euforia.

—Esta Zambafusa la considero yo una obra atinadísima. Puedes creerme que me encuentro satisfecho con ella.

Era la verdad. Se lo dije de inmediato y, sin más, le agregué lo que para mí era un mérito que sobrepasaba cuanto se pueda decir, un mérito a todas luces.

—Eusebio, tu Zambafusa, esta del número 29, raya en lo milagroso. Imagínate que esas frases dichas por el cumbileco en chino, en puro ¡idioma chino, idioma que yo desconozco, las comprendí íntegras, las comprendí enteras, como si ellas estuvieran dichas en francés. ¡Raya ello en lo milagroso! Te lo vuelvo a repetir y no me cansaré de repetirlo siempre y en todo lugar: ¡milagroso! ¿No opina usted lo mismo, mi querida Polinesia?

Ella respondió:

—Quiero otro churrasco.

Y Palena exclamó llamando al camarero:

—¡Otro churrasco! Y a nosotros tráiganos dos piscos más. Cuanto a esa comprensión del idioma chino... ¡Amigo, son las sorpresas que ofrece la literatura genial!

—Tú lo has dicho, mi querido Palena. Es la genialidad que sale y rebasa por todos lados. La genialidad que llegó hasta Olivia, esa Olivia a quien el idioma chino le fue comprensible.

Eusebio Palena quedó un rato en meditación y luego manifestó:

—La literatura nos guía por su propia cuenta y ora nos hace visitar a los grandes genios que ya han pasado por estos mundos como ora nos precipita a un porvenir en gestación. Esta vez yo he ido a ese porvenir y por eso escribí que yo era un escritor de dilatado

prestigio. Y como tú vez, mi querido y buen Onofre, puse, al final de esta Zambafusa, la frase clave, la frase que todo lo encierra...; pues no debes olvidar que..., que...

Sorbió un poco de pisco y vino el silencio. Polinesia devoraba su churrasco. Me atreví a interrogar a Eusebio:

—¿Qué es lo que no debo olvidar?

Él respondió lacónico:

—Que aquello será, será, será.

—¡Jamás lo he dudado, mi querido Eusebio!

—Entonces... ¡bebamos otro pisco y ofrezcamos otro churrasco a nuestra compañera siempre fiel!

—¡Eso es! ¡Bebamos y comamos churrascos en cantidad!

Palena se puso de pie y, alzando su copa, proclamó con verdaderas ínfulas, tanto que un cliente se volvió hacia nosotros:

—Levanto mi copa por el pasado que ya ha pasado y que se halla en lejanas regiones. ¡Allá estás tú, pintor Van Aken; allá estás tú, columpio de las Niñitas; allá estás tú, serie de páginas de aquello que titulé "Cierta vez"! Ahora debéis callar y mirar y veréis que las grandes Zambafusas ocupan el sitio que vosotros, buenos escritos, ocupasteis en lejanos tiempos. ¡Por vosotras, Zambafusas, bebo y bebo y ofrezco churrascos! Zambafusas, churrascos y piscos... ¡es una hermosa combinación!

Me puse de pie y, sin más, le di un fuerte abrazo. Estuvimos a punto de llorar al sentirnos unidos por las letras que destilaban hasta nosotros su inefable poder.

Polinesia manifestó:

—Quiero otro churrasco.

Naturalmente no le fue negado. Acudió el camarero y se puso a sus órdenes trayéndole luego su pedido.

De pronto me sentí fatigado y unas imperiosas ganas de salir me tomaron. Me levanté y pretexté algo que me obligaba a abandonar tan grata compañía.

Salí, pues. Iba con la cabeza bullente de alta literatura. Apenas me encontré en la calle me calmé un tanto y vi que las Zambafusas se alejaban y yo volvía a ser el mismo sujeto que siempre había sido.

Caminé sin rumbo. Mis pies me guiaron. Ellos se dirigieron a la calle de La Excomuniación, a casa de mi amigo Desiderio Longotoma.

219

Estamos en el saloncito de Desiderio; estamos solos. La Tomasa ha salido y volverá más tarde. Él está siempre alegre, siempre contento y, diría, feliz.

LONGOTOMA

He leído en un periódico lo siguiente:

Si quieres ser feliz un día, emborráchate; si quieres ser feliz seis meses, cástate; si quieres ser feliz toda tu vida, cultiva tu jardín.

Mi buen Onofre, es lo que yo hago: cultivo mi jardín. Por eso voy siempre adelante y por eso... ¡me río!

Te comprendo, amigo mío, es muy justa tu pregunta:

¿Qué es cultivar su jardín?

Amigo, es el optimismo, el gran optimismo que siempre debe ser nuestra meta. En este optimismo está el oír recitar a la Tomasa. ¡Oh, ya volverá de sus pequeños trajines, ya volverá! Y cuando esté aquí oírás, de sus labios, dicho por ella... *Rinrín Renacuajo...*

Es mejor, Onofre, ¡mejor!

¿Qué, qué es lo que hacen los demás? ¡Eso es, amigo mío! Es una verdadera manía que los ha tomado a casi todos: la velocidad y más velocidad y siempre más. Es lo que yo me pregunto: ¿para qué quieren llegar a las antípodas en unas pocas horas? ¿Para qué? Y podrás darte cuenta que nada tienen que hacer en esas famosas antípodas.

Sí, a veces lo prefiero: hablar y hablar dándole una inmensa, una colosal importancia a lo que es el diario vivir de nuestros vecinos. ¡Me he divertido una enormidad! Éramos varios los que ahí estábamos, varios. Nos paseábamos lentamente por La Costanera, en Pompita, ese magnífico balneario aquí cerca. Yo los oía conversar. Daban dos pasos y se detenían para bien explicarse. Uno decía:

—Esa casa que veis allí, es ahora del señor A. Se la compró al bueno de B que, en el fondo, es buena persona.

—¡Qué, hombre por Dios! ¿Buena persona, llamas tú? A este B lo engañó su mujer, la tal señora C.

—¡No, hombre, no! Si esa señora era más seria que una monja. Te lo puedo asegurar. La que lo engañó fue la señora D, que fue su querida y que era diablasa.

—¿Cuál? ¿La casada con E? Pero si E falleció y no hace mucho tiempo. Era rico este E. Era propietario de todas esas casas que hay pasado la calle Tal. Imposible verlas desde aquí. Tendríamos que ir más allá del Hotel Miramar. Entonces las veríamos.

—Este E... ¿Fue él el que hizo un viaje a Europa con F y con su hija? ¡Sí, sí! Ya me acuerdo.

—No amigo. Usted confunde con G. Con él fue a Europa y a los Estados Unidos. Buena, muy buena persona este G.

—¿Se quedó en los Estados Unidos?

—No, no; volvió y ahora vive en Valparaíso.

—¿No es en Concepción donde vive?

—No, en Valparaíso. Tú confundes con H, con el gran H. Que es una muy buena persona y bastante ricachón.

—¿Se casó este H?

—Naturalmente. Se casó con esa admirable muchacha que es la I. Admirable, de verdad y muy hacendosa. Pero se dedica a sus hijitos y de ahí no la sacan ni con una yunta de bueyes. Pero son felices y se avienen muy bien, muy bien...

Amigo Boroa, estas conversaciones siguieron interminablemente. Lo que es yo... ¡gozaba! Tanto es así que no me hice de rogar para acompañarlos a ver a don J; un señor que tiene, con su familia, una casita allí en Pompita.

Llegamos y fuimos muy bien recibidos. Apenas nos sentamos... se oyó la radio. Parece que era un homenaje que se nos hacía. Bien... oigamos esa radio. Pero pensándolo bien, la cosa es ligeramente complicada, pues si alguien hubiera imaginado un aparatito así y así y que transmitiría a grandes distancias cuanto se le quiere hacer decir... Tú habrías dicho, mi querido Onofre, y lo habrías dicho a quien hubiera querido escucharte:

—¡Oh, qué cosa portentosa!

Pues esa cosa portentosa ya ha llegado y ahora cualquier pelafustán tiene su aparatito de radio y la pone en marcha para que haga el mayor ruido que pueda hacer.

Naturalmente que no la oyen, no, no la oyen. Ellos, estos propietarios de radios, hacen y siguen haciendo su vida habitual preocupados de miles de otras cosas. Pero la radio... ¡Ah, mi amigo, ella es sagrada!

Porque es el afán de hacer bajar las cosas, de ponerlas al alcance de todo el mundo... Y no se fijan que el camino debiera ser totalmente a la inversa: los hombres deben subir hasta aquel terreno de los tesoros.

Pero no sucede así. ¡No, mi amigo, jamás! Fíjate en este punto y nada más: La gente de radios no habla de ella. La deja que suene y no hay más. Mientras sonaba allá en esa casa de Pompita, ¿qué crees tú que se hablaba? De la radio, ¡nada! La conversación de todos esos señores y señoras era sobre los tópicos corrientes, los que se hablan todos los días. Recuerdo que, en aquel momento, empezó a llover un poquitín, una llovizna que luego cesó. Pues un señor, el señor K, declaró con solemnidad:

—Esta llovizna pasará y vendrá el buen tiempo; no olvidemos que después de un tiempo malo, vienen siempre los bonitos días.

Y la charla siguió y siguió. La radio atronaba entre músicaailable y avisos de propaganda. Y se hablaba de otra cosa, de otra cosa.

¡Ah, ah, ah! Se hablaba de un literatoide español, ya fallecido, un literatoide que tuvo la idea de poner una casa editorial. Con esto, mi buen Onofre, ganó grandes cantidades de dinero y coronó su obra literaria con dólares a porfia. ¿Qué te parece?

Yo

Me parece, Desiderio, que tal es la finalidad de todos los literatoides, por no decir, de los litaratos. Ahí está ¡el dinero! ¡Sometámonos a él! Y siga la cosa, siga siempre. Dicen algunos que esto se debe a la influencia de las máquinas. ¿Lo crees tú? Porque todo es una máquina gigantesca. Por asociación de ideas ello me hace preguntarme: “¿Qué estarán haciendo los egrégores?”.

LONGOTOMA

¡Oh, por piedad, mi buen amigo, por piedad te lo pido! No te remontes a esas alturas tan, tan... ¿Diré “bajas”? ¿No puedes conversar con términos más adecuados? Al fin y a la postre no somos más que dos buenos ciudadanos que aprovechan este día para charlar un rato... ¡Y tú con tus “egrégores”!

Yo

Es que debo decirte que nosotros, los hombres, no somos más que el último resorte que se mueve en esta máquina, en esta obra monumental.

¡Déjame seguir, Desiderio, déjame! Pues tener genio es apercibir un poco el movimiento de esta obra. No vemos la *unidad* de ella. Vemos puntos separados y nada más.

De aquí vienen nuestras discrepancias.

LONGOTOMA

Y ya que hablaste de asociación de ideas... tú, Onofre, me has provocado una, una formidable. Es el canto de una cueca, de una buena cueca, que dice:

Quisiera ser un resorte
Pa agrandarme y achicarme
Y quear del mismo porte...

¿Qué tal mi asociación de ideas? ¡Y ha venido otra! Otra que nos pondrá a la altura de las alturas. Es una penetrante idea que no sé si es mía o de otro; pero es una gran verdad. Óyela bien, mi querido y buen Onofre, óyela bien:

El hombre se aprovecha de la inteligencia del perro y de la imbecilidad del caballo.

Pero esto no quita, ni nada puede quitarlo, que estamos todos en un laberinto sin igual. Hace pocos días veía yo a una madre, rodeada de gente llamada grande, y se dirigían todos a unos chicos y les hablaban y les reconvenían y les daban dulces y qué sé yo. Pues todo esto, mi buen Onofre, en... en... ¡otro idioma! En otro idioma que sólo para la gente mayor es comprensible. Para los chicos... era el misterio absoluto.

Pensé, entonces, en nuestro formidable amigo, en nuestro colosal amigo, en Ascanio Viluco. Pensé en las veces que lo había visto, en esas tantas veces.

Ahí está don Ascanio; todos deberíamos decirle "don". Está en su casa y... lee. Porque Ascanio es el hombre que más lee en este mundo, el que más y más a fondo lee.

¿Te extraña esto que te digo? ¿Por qué?

¡No, amigo mío, no! Ascanio se lee, todos los días, la prensa diaria entera, ¿me oyes?, entera, ¡entera! Y no sólo la de aquí, la de San Agustín de Tango. ¡No y no! También se hace llegar la prensa de Santiago y qué sé yo.

La lee y guarda silencio. ¡Silencio! No la comenta con nadie. Se diría que queda rumiándola durante largas horas...

¡Qué quieres tú, Onofre! Leer los diarios es como meterse de pleno en los peores chismes de una casa de comadres. Pero son chismes impresos, ¿me oyes?, impresos. Ya aquí está su grandiosidad.

Es lo que yo creo también; sin duda; evidentemente...

Revivir otra vez el pasado... Porque ellos han sido pequeñitos y, cuando lo eran, tomar un periódico y sumirse en su lectura... ¡Oh...! ¡Era lo que Mamerto Masatierra llamaría: ¡inefable!

Con razón su sobrino, Macario Viluco, lo llama "el borrico de mi tío".

Sí, lo creo una gran persona a este Macario. Me divierte enormemente. Sí, después de visitar a Rubén de Loa, casi siempre pasa por aquí y me hace largas visitas. En ellas me expone lo que ha alegado en el taller. ¡Y el tipo se acalora, puedes creérmelo, se acalora y alega y alega! Naturalmente, viene, la mayoría de las veces, con el inefable de Mamerto.

En fin, mi gran Onofre, ¡yo gozo hasta lo indecible con estas visitas que me hacen ambos!

¡Gozo y gozo! ¡Hay que gozar en esta vida! ¿No lo crees tú?

Yo

¡Cuánto te quiero, Desiderio Longotoma! Porque creces y creces a cada momento. ¡Cómo! ¿Me preguntas por qué, de qué manera creces? Te lo diré:

Porque has dejado caer los accesorios; ¿me entiendes?; ya no y no existen para ti. Los accesorios...

Esos accesorios con que se rodean los demás... ¡Insoportable, mi buen amigo, insoportable!

Me lo han dicho miles de veces, millones de veces... Que yo soy un cínico... ¿Por qué? Tal vez me comparan con el cínico de Valdepinos. ¿Qué será de él? Hace mucho tiempo que no oigo ni una palabra sobre su persona...

¡Ya lo creo! ¡Simpatiquísima persona. Sobre todo me gustaba cuando hacía girar su ojo a velocidades inauditas. ¿Lo recuerdas? Fue él que más contribuyó a alegrar esos días que pasamos con el capitán, el gran capitán Angol.

Pero yo debería estar ya jubilado, sí, jubilado. Viviría tranquilo y gozaría aún más de mis 70 años que ya se acercan, se acercan.

En fin... ¡No me arrepiento de nada, nada!

Pero tengo que ir a votar y tengo que hacer una serie de cosas insignificantes para ponerme al día con estos llamados "deberes cívicos". ¡Tonterías, mi buen Onofre, de las cuales hay que reírse! Y es lo que yo hago: reírme con cada tontería que aparece en mi vida. Tal vez por esto me llaman el cínico, como a Valdepinos. Es que he de decirte que me cargan, me revientan, esos hombres que siempre se están forzando por adquirir enormes cualidades. Sí, Onofre, sí... ¡me cargan, me fastidian hasta lo indecible!

Justamente, Amancio Cunco, el medicastro de las vitaminas. Y el pintor Zócimo Taltal, el casado con Vulcania Milotoro. Y ese revolucionario de Gavino Cuncumén. Y el otro... ¿cuál es su nombre? ¡Ah, ya lo sé! Misael Reñaca, eso es, eso es.

Sí, sí, mi gran amigo, todos ellos son hombres que se han propuesto llegar a altas cualidades. Unos no quieren ser más carnívoros, quieren alimentarse únicamente de verduras; otros se han dicho y se han propuesto no mirar más a las mujeres... Y hay que verlos cuando se encuentran con una, sobre todo si es guapa... ¡Ooooh, mi buen Onofre! Por cierto, miran para otro lado y no hay más.

Es aquí cuando yo estoy cierto de que el astuto de Palemón de Costamota ha de refocilarse pues ha llegado el momento de inyectarles a esos sujetos ciertas tendencias, ciertas tendencias... Sí, eso es... Si no van a la masturbación, andan muy cerca de ella. Palemón, puedes estar cierto, no suelta el bocado que esos tipos le han ofrecido.

Así es con los ebrios. No hay uno solo que no se diga que ésta es la última copa que van a beber. Y la beben.

Esto, ¿te pasaba a ti también?

Las altas cualidades deben llegar a uno sencillamente, sin que haya ni el menor esfuerzo voluntarioso. Deben llegar y entonces, tú verás, se come poca carne si la carne no apetece desordenadamente; se pasa al lado de las bellas mujeres, uno las mira y luego se sorprende pensando en otra cosa; sin querer se prefiere beber una limonada a un trago fuerte cualquiera. Y nuestro rostro no cambia, seguimos siendo siempre los mismos, siempre con un rostro alegre y llenos de contento.

Pero... ¡cambiemos de tema! Haces bien en mirar a mis libros. Ahí está *Triángulo Infernal*, una novela policial que ahora estoy leyendo, sí, leyendo. Es su autor Edgar Lustgarten, un inglés, es decir, un gran autor. Deja que te muestre, Onofre, las líneas que he subrayado, las que subrayé anoche. Aquí están. Oye bien:

En muchos crímenes y en la mayor parte de las catástrofes, hay un terrible momento en que la víctima, que puede haber estado completamente insospechada, percibe que esa desgracia terrible le está ocurriendo a ella. El tiempo para comprobarlo puede ser muy corto, pero el impacto que produce es invariable-

mente tremendo. No importa quién sea; el experimentado adicto a las lecturas y espectáculos de emociones, en cuya vida mental el asesinato es un familiar lugar común, se ve sorprendido por maleantes una noche en una calleja oscura y leyendo una actitud de violencia en sus ojos; la joven virgen, de sexo alerta, que se entretiene cada semana con las historias de los periódicos dominicales, y se ve detenida en un paseo por el campo, para saborear por sí misma la dolorosa vergüenza de la violación; el viajero habitual que se preocupa por los desastres ferroviarios y que de pronto siente la conmoción del desastre, mientras alza sus brazos inválidos y la masa de hierro corre por encima de él... Todos esos, aunque sólo sea en la fracción de un segundo, experimentan una horrible conmoción en el alma: la destrucción de su creencia de toda la vida de que tales cosas, aunque ocurran, no les iban a ocurrir a ellos. Y hasta el final, la incredulidad se mezcla con su temor, y muchos enfrentan la ruina, la calamidad y la muerte, todavía medio convencidos de que su tragedia es sólo una ilusión mala.

¡Ahí tienes, mi gran amigo Boroa, algo que me ha hecho soñar y meditar mucho, muchísimo! Pues es lo que ocurre a cada momento, en todas partes. Tú tomas uno de estos libritos policiales y, puedes estar seguro, segurísimo de que encontrarás párrafos como el que te acabo de leer.

He estado con damas intelectuales, muchas veces, mi buen Onofre. Me han preguntado si soy un admirador de Shakespeare, de Dante, de Cervantes. Yo les he respondido:

—Como a ustedes les guste. Pero ahora soy un gran admirador de ese autor de novelas policiales que se llama Lustgarten pues me ha hecho divagar sobre mi futura muerte en un accidente espantoso...

Todas esas damas han respondido:

—¡Ooooooh! ¡Ooooooh!

Porque tal es la verdad. ¡Las novelas policiales son estupendas! Asomémonos a mi balcón y veamos cuál de esos autos que pasan será el que pondrá fin a nuestros días. ¡Asómate, Onofre! Es en eso en lo que voy a entretenerme ahora.

Pero... ¿Qué veo? ¡La Tomasa que viene! ¡Ella es! ¡Ya todas las catástrofes posibles han desaparecido; sí, han desaparecido!

¡Eh! ¡Tomasa! ¡Ven! Aquí está Onofre Boroa y espera que tú le recites lo que le has prometido recitar. ¡Ven! ¡Apresúrate!

220

¡La Tomasa! Apenas había transpasado el umbral, la campanilla volvía a sonar y, tras ella, se presentaban Artemio Yungay y su buena compañera, Clorinda Machalí.

—¡Te hemos seguido, Tomasa, porque sabíamos a qué venías a esta casa!

Ella rió y proclamó:

—Pero si ésta es mi casa. ¿No puedo tener libre acceso a ella?

—¡Sí, sí! —gritamos todos—. Libre acceso siempre que... Sí, siempre que...

Ella hizo un disimulado mohín y preguntó:

—¿Rinrín Renacuajo, tal vez?

Y su pregunta fue contestada con un clamoroso clamor de aprobación lanzado por nuestras cuatro gargantas al unísono:

—¡¡Por cierto, por cierto!!

Entonces la Tomasa se puso en medio del saloncito y nuestros ojos se clavaron en ella. Ella dijo:

—Voy a recitarles a todos ustedes y al universo también, esos magníficos versos de Rafael Pombo que se intitulan *Rinrín Renacuajo*. Un pequeñito silencio y... ¡allá van!

El hijo de Rana, Rinrín Renacuajo,
Salió esta mañana muy tieso y muy majo,
Con pantalón corto, corbata a la moda,
Sombrero encintado y chupa de boda.
“¡Muchacho, no salgas!”, le grita mamá,
Pero él hace un gesto y orondo se va.

Halló en el camino a un ratón vecino,
Y le dijo: “¡Amigo!, venga usted conmigo,
“Visitemos juntos a doña Ratona
“Y habrá francachela y habrá comilona”.

A poco llegaron y avanza Ratón,
Estírase el cuello, coge el aldabón,
Da dos o tres golpes, preguntan: “¿Quién es?”
“—Yo, doña Ratona, beso a usted los pies”.

“¿Está usted en casa?” “—Sí, señor, sí estoy,
“Y celebro mucho ver a ustedes hoy;
“Estaba en mi oficio, hilando algodón,
“Pero eso no importa; bien venidos son.
Se hicieron la venia, se dieron la mano,
Y dice Ratico, que es más veterano:
“—Mi amigo el de verde rabia de calor,
“Démele cerveza, hágame el favor”.

Y en tanto que el pillo consume la jarra,
Mandó la señora traer la guitarra
Ya Renacuajito le pide que cante
Versitos alegres, tonada elegante.

“—¡Ayl!, de mil amores lo hiciera, señora,
“Pero es imposible darle gusto ahora,
“Que tengo el gznate más seco que estopa
“Y me aprieta mucho esta nueva ropa”.

“—Lo siento infinito —responde tía Rata—
“Aflójese un poco chaleco y corbata,
“Y yo, mientras tanto, les voy a cantar
“Una cancioncita muy particular”.

Mas estando en esta brillante función
De baile, cerveza, guitarra y canción,
La Gata y sus Gatos salvan el umbral
Y vuélvese aquello el juicio final.

Doña Gata vieja trinchó por la oreja
Al niño Ratico maullándole: “¡Hola!”
Y los niños Gatos a la vieja Rata
Uno por la pata y otro por la cola.

Don Renacuajito mirando este asalto
Tomó su sombrero, dio un tremendo salto,
Y abriendo la puerta con mano y narices,
Se fue dando a todos “noches muy felices”.

Y siguió saltando tan alto y aprisa
Que perdió el sombrero, rasgó la camisa,
Se coló en el pico de un pato tragón
Y éste se lo embucha de un solo estirón.

Y así concluyeron, uno, dos y tres,
Ratón y Ratona y el Rana después;
Los Gatos comieron y el Pato cenó
Y mamá Ranita... ¡solita quedó!

Una ovación coronó la voz de la Tomasa.

Todos gritábamos y aplaudíamos su arte de recitar y aplaudíamos también esos magníficos versos de Rafael Pombo. ¡Pobre Renacuajito! ¡Pobre, pobrecito! Y la mamá Ranita... Había quedado solita. Era, en verdad, algo conmovedor. A punto estuvimos de soltar todos el llanto. Pero lo que, en realidad, llamó mi atención fue la actitud de Artemio Yungay. Al pobre lo vi sacar su pañuelo y enjugarse una lágrima. ¡Pobre Artemio...!

De pronto se acerca a mí y me propuso:

—Vamos, amigo, vamos. Necesito hablar contigo, necesito revivir mi vida junto a ti. Porque he vivido una enormidad en estos últimos momentos, en estos últimos días. Y estos versos que ha recitado la Tomasa, esta triste historia del pobre Renacuajito, de don Ratico y doña Ratona, los han actualizado en mi memoria. ¡Vayamos a andar un rato por cualquier lado!

Le manifesté:

—Podríamos llegar hasta el bar Acoa o al bar Baridad o al...

Él me respondió:

—A cualquiera, me es igual. Podemos también pasearnos por las calles, por las avenidas y ver el río Santa Bárbara. Caminemos, mi buen Onofre. Y tú, Clorinda, ¿qué piensas hacer?

—Me voy a casa. Allí prepararé una buena comida que, espero, ha de ser compartida por Onofre.

—No hay más que decir, amigo. Iremos a comer a casa después de haber estado unos momentos en un bar.

Salimos, Artemio, Clorinda y yo después de felicitar otra vez más a la grande, a la inmensa Tomasa.

221

Clorinda partió a su casa, calle de la Inquisición. Artemio me tomó de un brazo y nos fuimos lentamente, sin hablar, buscando más por el olfato un sitio acogedor. De pronto Artemio Yungay exclamó:

—¡Onofre! Estamos a un paso de la Taberna de los Descalzos. A ella podemos ir y para otra vez serán esos bares de que hemos hablado. Vamos a ella. Allí lo pasaremos mejor que en ninguna otra parte; puedo asegurarlo.

Estamos, pues, en la Taberna de los Descalzos. Nos sentamos con comodidad y pedimos sendas limonadas pues Artemio no bebe alcohol. ¡Vengan, pues, las limonadas! Y él se puso a hablar o a discurrir no siendo interrumpido por mí más que de tarde en tarde y sólo por alguna palabra. Así habló y así trajo a su memoria cuanto le había acaecido durante este período que yo no lo había visto. Eran muchas cosas pues Artemio... Pero dejemos, será mejor, la palabra a él:

YUNGAY

Me he movido inmensamente, mi buen Onofre. No he pasado ni un momento sin moverme. He estado en la superficie de este planeta, la superficie, como tú la llamas, y he bajado a las profundidades de la Tierra. Alguien me llamaba desde ellas. Sí, alguien me hacía señas y, al fin, yo obedecí.

Eso es, Onofre, has dicho justo: Tártara Tigre.

Sí, fui solo. Clorinda, siempre bondadosa, no quiso entremeterse en estas andanzas mías. Fui, pues, solo. Me introduje por el volcán Picoldo. Vi allá, a mis pies, el Cajón del Lepomande. Recuerdo que lo saludé con la mano. Y entré, Onofre, por el cráter del Picoldo, a largas, a larguísimas galerías. Eran así para mi vista. Para mis pasos no lo eran pues era yo llevado por alas. No te extrañes. Tú, tal vez, has experimentado esta ligereza de nuestro cuerpo cuando es... cuando es una *ella* quien te llama y te espera.

Seguí, pues, seguí volando. Hasta que una silueta se materializó y me susurró al oído:

—¿No me conoces, mi querido Artemio?

La miré y la reconocí: era Eustaquia Zepeda. Agregó:

—Pronto encontraremos a Tártara Tigre. Te espera bajo enormes y tupidos abedules. Hago bien en prevenírtelo, porque podrías tener una muy fuerte impresión al verla siempre hermosa, siempre magnífica.

Era la verdad. Ahí estaba Tártara Tigre. Su actitud era despaciosa, era de una lentitud que, sólo de contemplarla, me hizo sentirme de una velocidad fuera de sitio. Me calmé. Y adoptamos esa actitud calmosa.

Ella estiró un brazo lentamente. Abrió la mano. De ella cayeron una serie de páginas que me apresuré en cogerlas. Tal vez puse más de una hora, según como se mide el tiempo aquí, para tenerlas en mi poder.

Te lo voy a decir: eran mis antiguos cuentos, eso que viví en una época lejana: *Chuchezuma y Maldito Gato*.

Me impresioné.

Me acerqué bien a ella, me incliné y le besé sus pies. Esto me hizo recordarte a ti, mi buen Onofre, cuando te encuentras frente a Colomba. Y allí quedé.

Tártara Tigre hizo entonces otro movimiento con su otro brazo y de su mano cayeron las páginas de aquellas cartas que escribí a Eustaquia Zepeda. ¿Las recuerdas?

En ellas pedía, imploraba... Eso es, Onofre. Imploraba el santo permiso de llegar a su tumba, a su tumba, en el Cementerio General de Santiago, y poder unirme a ella, a Tártara Tigre, en el silencio de una noche del camposanto. Una corriente eléctrica me corrió a lo largo de mi costado.

Quedé inmóvil. Entonces ella dijo, ella ordenó:

—Ven y ponte a mi lado. Haz como en aquellos tiempos de la avenida de los abedules. ¡No temas! ¡Ven!

Fui; obedecí.

Y así quedé junto a ella, a Tártara Tigre. El mundo desapareció para mí. Pero ella siguió:

—No es ahora como en aquellos tiempos. Ahora debes recordar tu pasado. ¡Hazlo revivir! ¡Que aparezca!

Aquí, mi querido Onofre, la cosa cambió. Tártara Tigre desapareció; Eustaquia Zepeda hacía ya rato que se había esfumado. No había nadie junto a mi persona. Y era el silencio absoluto.

De pronto vi que mi ser entero se iba a épocas pasadas. Quedé atónito ante este desdoblamiento de mi persona. Pero lo observé con atención.

Estaba yo en una casa de campo, una casa que había olvidado pero ahora aparecía tal como había sido o como, seguramente, sería aún. Tú debes saber, eran las casas de un fundo, de Lo Lircaya. Tal vez lo conozcas tú, Onofre. Veo sus casas, largas, a la sombra de dos grandes encinas. Allí estoy yo, estoy echado en una mecedora y oigo el canto de los pájaros. Pues es de día y brilla el sol. Una voz me vuelve a mí:

—¿Qué haces, Artemio?

Contesto:

—Lo que tú vez, reposo y... sueño.

—Entonces te haré compañía.

Y ella vino a mí. ¡Ah, ya lo sospechaba yo! A esta "ella" yo la había olvidado. ¿Quién era? Te lo diré:

Era Paulonia Lircaya. Estaba yo veraneando en su fundo. Aquél era el fundo de su padre que lo había heredado del abuelo de esa niña, de don Domiciano Lircaya. Pues estos Lircaya habían sido, y creo que aún lo siguen, grandes propietarios agrícolas.

Estaba yo, pues, con Paulonia Lircaya. Estábamos solos bajo esa encina, la mayor de ambas. Y yo estaba terriblemente enamorado. ¡Sí! Amaba a Paulonia desesperadamente.

Ella, creo, se mofaba de mí.

Pero aquello desapareció.

Entonces caí en el fundo de La Cantera, el fundo de nuestro gran amigo Lorenzo Angol. Tú lo conoces bien, Onofre. Allí estoy yo, allí vivo, puede decirse, solo pues Angol viene a veces, se ocupa de sus cosas, de sus letras, de los trabajos campesinos y qué sé yo.

Vivo solo. Y estoy mal, Onofre, muy mal.

Paulonia ronda cerca de mí. Paulonia está lejos, está en esta ciudad, en San Agustín

de Tango. Y yo escribo a aquella ingrata, es decir, hago un diario. En este diario el centro es ella.

¡Ella! ¡Paulonia! ¿Me entiendes?

Aquí están esas páginas. Las traigo conmigo. Déjame buscarlas y te las leeré. No, no están aquí. Ahora recuerdo. Las he dejado allá en mi mesa, en un cajón. Tú vendrás a comer con Clorinda y conmigo. Entonces las verás esas páginas que a veces me hacen reír y otras veces me sumen en una pena indescriptible.

Marchemos a casa.

Aquí estamos, calle de la Inquisición. Entremos: pasa tú primero. Eso es. Sube a mi escritorio; ahí me reuniré contigo de inmediato.

¡Eh! ¡Clorinda! ¡Ya estoy con Onofre aquí! ¿Qué nos has preparado para la comida?

Artemio se me separó un momento y luego volvió diciéndome que tenía un exquisito menú. Se presentó también Clorinda y corroboró la exquisitez de lo que comeríamos. Luego Artemio dijo:

No sé si lo preparado sea de tu gusto. Cuncunas con lagartijas en salsa de tomates. ¿Te gusta? ¡Cuánto me alegro! De postre tendremos bizcochos con mermelada y luego tomaremos una rica taza de café.

Pero estábamos allá, en el fundo de La Cantera. Comamos rápidamente y te las leeré enseguida. Pasemos al comedor.

En realidad es delicioso. Haz hecho bien, Clorinda, de abrirnos el apetito con esta sopilla de... ¿De qué es? Sí, sí, de patitas de jacamar. Es realmente rica; tú lo has dicho, mi buen Onofre. Yo también; prefiero estas cuncunas con lagartijas. ¡Oh, por supuesto, por supuesto! No hay nada mejor que estos bizcochos con mermelada. Y ahora tomemos nuestro café. Sí, sí, ya iremos a mi escritorio, ya iremos y te leeré lo que anoté allá, en el fundo de Lorenzo.

¿Te gusta de verdad? Tal vez... Mal no está. Tú comprenderás que paso la mayor parte de mis días encerrado aquí. Naturalmente, cuando no estoy viajando, cuando ya no me siento agujoneado por las altas cumbres cordilleranas. O, a veces, por los desiertos. Pero te hablaba de mi permanencia en La Cantera. Aquí está ese diario. Óyelo bien, Onofre, óyelo bien:

Año de 1912.

ENERO 4. La Cantera.

Por fin todos mis asuntos se han liquidado con una gran desilusión pero que me ha librado de una desdicha enorme.

He terminado con ese falso amor. En menos de unas cuantas horas todas las mentiras se han desenmascarado y la verdad ha aparecido. Mis sueños se han venido al suelo. Ya no tengo *esa* preocupación atormentadora.

¡Al fin me veo libre de todo peso! ¡Y estoy libre de esa que tomé por una mujer honrada!

Con un mundo nuevo dentro de mí y con un pequeño equipaje he llegado a este fundo. Son las 11 de la noche. Un silencio sepulcral me rodea. Estos campos y casas duermen serenos en la majestad de la noche. Allá muy lejos las ranas cantan su monótona canción y uno que otro perro ladra de cuando en cuando. Y

yo... envuelto en una melancolía imposible de definir, quiero soñar en la nueva vida que me espera y no lo puedo; quiero recordar esos tiempos pasados y... ¡no lo logro! En vano trato de coordinar una sola idea.

ENERO 5

¡Los recuerdos! Antes llenaban mi vida y alimentaban mis sueños de niño; hoy los arrojo lo más lejos que puedo y huyo de ellos como de un terrible peligro. Pero esos recuerdos llegan a mí y me torturan.

Hoy, muy temprano y estando aún en cama, oía cantar los pájaros, gritar las vacas, correr los caballos, todo ese concierto de las mañanas del campo y que, tantas veces, había escuchado lleno de ilusiones, lleno de cariño por Paulonia o en vísperas de pasar un día entero con ella y de ver su imagen adorada.

Entonces, lo mismo que cuando oigo una música de otros tiempos, me parece transportarme a otras épocas, me siento en una vida pasada que ya se abraza... Pero luego se vuelve en sí y el contraste de hoy y de ayer, nuevamente nos acorcha.

Esos instantes repentinos en que nos alejamos de los momentos actuales para volver a lo que ya pasó, esos instantes que ahora aborrezco, son los que mantienen los cariños muertos o los que uno trata de matar... Y fue tan grande en mí ese cariño que estoy olvidando y fueron tantas las dichas que ya nunca más volverán.

ENERO 6

Por el tren de la tarde llegaron varios amigos. Entre ellos estaba Procopio y estaba el alegre de Lucas. Pena, aburrimiento y demás, son estados de ánimo opuestos al carácter de Lucas. No hay mejor compañero de viaje. Por lo demás, Lucas piensa, piensa mucho... ¿Pensará? O, tal vez, no piensa nada. Pues, frente a él, hablé de mi obsesión, de mi sueño dorado.

Lucas cambió de tema y me miró extrañado. En vano yo repetía:

—¡Oh! ¡El Chimborazo! ¡Y el Pomarape! Y pienso siempre en el Everest que es, figuraos, os ruego, más alto que el Aconcagua. El Monte..., ese Monte Blanco, es una miniatura a su lado. ¡Todos los montes que hay en el mundo! Tal es y ha sido siempre mi sueño, pues...

Procopio interrumpió:

—Podríamos cambiar de tema...

Se habló de no sé qué. Y yo no pude pronunciar tu nombre, ¡oh, Paricutín!, ¡oh, Krakatoa!, ¡oh, Riñinahue!

Pero algún día a ellos iré.

ENERO 8

¡Paulonia! El amigo de tu infancia, el que tanto te amó, el único que ha derramado lágrimas por ti, ha muerto para siempre y ya nunca más lo verás, ¡nunca más!

ENERO 9

La caída de la noche, Lucas, Procopio y yo, la esperamos en el fondo del huerto tendidos en el pasto, comentando un paseo que tal vez daremos, a almor-

zar en este fundo con mujeres de vida alegre. El peligro es grande pero los goces que lo esconden también son grandes. Estamos ya casi decididos a proceder.

¡Siempre es lo mismo! ¡Peligros!... ¡Goces y...! ¡Misericordia!...

ENERO 11

No desearía otra cosa que poder escribir todo lo que siento y pienso.

Hoy, hace un año, venía a este mismo fundo y escribía un diario para Paulonia y creyendo que me quería. Ahora, ¡no! Este diario... nadie, nadie lo verá...

ENERO 12

A cada rato siento el llamado de los tan altos picachos. Me salen al encuentro. Sobre todo el Paricutín. Pues a él iremos, ¿oyes?, iré contigo, mi Paulonia. Porque mi vida no puede seguir así. ¡Tengo que juntarme con mi Paulonia! Entonces juntos realizaremos un... un... ¡inmenso amor!

¿Cómo irá a ser este amor? Me aparece muy extraño. Junto a él aparecen dos caballos, dos grandes caballos que nos llevan, nos llevan... tal vez volando hasta las cumbres de todos, todos esos montes cordilleranos.

Los caballos, lo sé, no trepan por las montañas. Pero los nuestros, ¡prepararán!

Paulonia... Yo te quiero, te adoro...

ENERO 14

Por el tren de la tarde, regresaron a la ciudad Lucas y Procopio.

Procopio, mi antiguo y querido amigo, es uno de esos seres encerrados en un círculo. Pero no es un tonto, por el contrario, es inteligente. Mas nunca ha pensado en todo, nunca ha estado en esos momentos de concentración en los que se percibe lo trascendental. Por su alma pasan las penas, las alegrías, impresiones y emociones, sin dejar huellas de ninguna especie. Él vive y nada más.

ENERO 15

Hoy he querido pensar en ella y no lo he logrado. Me siento satisfecho del rumbo que han tomado las cosas.

¿Cómo llegar a conocerme? ¿Habrà alguna vida que me tenga siempre lejos de Paulonia? ¿O estaré destinado a no poder olvidarla nunca por completo?

¡Qué lucha atroz es la que tiene que emprender la razón para lograr dominar al corazón que me lleva a mi desgracia!

Artemio Yungay cerró su cuaderno y no quiso seguir leyendo. Me dijo de pronto, después de que guardamos un largo silencio, y me lo dijo con tono fuerte:

YUNGAY

He oído el *Rinrin Renacuajo*. He visto a la Tomasa declamarlo. Desde sus primeras sílabas, sentí, sí, Onofre, sentí un llamado, un llamado a mi pasado. ¿Por qué esos versos de Pombo, me lo han traído? ¿Por qué?

Nada ellos tienen que hacer con mis amores desdichados, o que yo consideré como tales, con mis amores con Paulonia. Pero... así fue. Me sòmeto.

Ahora junto esos versos y su declamación con lo que he hablado con Tártara Tigre.

Evoco sus palabras. La veo allá, en los ámbitos profundos de la Tierra y oigo sus palabras. Pues ella me ha hecho vivir en mi pasado, de modo que nada quedara olvidado y todo fuera revivido por mí.

¡Así he revivido mis amores contigo, Paulonia!

Luego cayeron al olvido. Y la Tomasa, declamando ese Rinrín, ese Renacuajo, sin sospecharlo, los actualizó y los hizo vivos, diría, casi actuantes.

Sí, tienes razón, Onofre. El pasado con Paulonia ha quedado totalmente cancelado. Algo habría en ella; algo había en mí. Ya nada queda. Ha terminado.

¿Tártara Tigre, preguntas tú? Ella ha devenido mi perfecta; mi verdadera amiga. ¡Eso es, exactamente! Está en el que llamamos "el otro mundo". Bien, yo tengo amistades en el otro mundo.

Somos iguales, Onofre. Tú tienes a Colomba; yo, a Tártara Tigre.

¡Cómo! ¿Qué me ha dicho, Tártara Tigre?

Ello cae de su peso. Oye bien y no te distraigas:

Ella me ha dicho que ya mi vida de enloquecimiento ha terminado. Ahora... ¡calma, paz! Ahora debo mirar junto a mí. Es decir, volvió a repetirme lo que ya una vez me había dicho. Volvió a decírmelo.

Tal es lo que manifestó: Clorinda Machalí.

Y Clorinda Machalí ha tomado, sin sospecharlo, otro carácter y otra actitud ante mí.

Ahora estamos bien, bien juntos. ¡Somos uno!

Por eso bendigo a Tártara Tigre; por eso recuerdo con cariño a Paulonia Lircaya. Por eso la amo, sí, te amo, mi grande y sublime Clorinda... Clorinda... ¡Clorinda!

222

Hoy ha sido un día lento, largo. He caminado por las calles y he pasado aquí en Fray Tomate. Luego he vuelto a salir. La voz de Artemio Yungay me ha perseguido todo el tiempo. Con su voz sonaban los nombres de aquellos caballos que a él y a Tártara Tigre, los llevaron a cumplir su amor lateral. Los vi claros, con toda nitidez, a esos caballos, internándose por la solitaria avenida y luego esperando mientras comían y relinchaban. ¡Qué lindo fue!

Ahora veo ante mí una serie de casas y más casas. Es la calle de La Eucaristía y, aquél, es el Viejo Teatro del Hablar. Caminemos y caminemos. Pero... ¿en qué sentido? Mejor será volver a mi casa y, en ella, reposarme hasta que algo suceda o hasta que no suceda nada de nada. Ahí está el Puente de los Concilios Ecuménicos. Atravésémoslo y subamos a mi departamento, subamos una vez más para luego... volver a bajar.

La vida es, francamente, aburrida. Aquí está mi casa y un piso más bajo está el departamento de Lorenzo Angol. Me gustaría charlar con él, charlar de cualquier cosa y así, charlando, mofarnos de este tiempo que tanto tarda en suceder. Pero... Lorenzo tiene que estar en su casa o, a lo mejor, se ha marchado a La Cantera; si está, él tiene que estar con la labia indispensable para matar este hastío que me invade.

—¡Hola! ¡Qué tal, Lorenzo! Pensaba, justamente, en ti y a tu departamento me dirigía.

—Estaba yo sentado aquí, en este banco, y también pensaba en ti y te llamaba. Subamos a mi departamento.

—¿Tienes algo especial que contarme?

—Tengo un alto de papeles, de notas, de observaciones y qué sé yo y, en verdad, quiero mostrártelos, quiero leerlos en alta voz.

—Bien, Lorenzo, subamos.

Un rato después estábamos en el escritorio de mi amigo. Nos acomodamos debidamente. Lorenzo sacó, de uno de sus cajones, una gran carpeta y la extendió sobre su mesa. Luego dijo:

—Aquí están, Onofre. Voy a leerlos en alta voz, voy a leerlos como vayan apareciendo. No busques un tema determinado pues son notas que he hecho a medida que vivía. Han quedado mucho tiempo ahí y ahora han despertado de su sueño.

Un minuto después, Lorenzo leía:

¡Qué frágil es el cerebro humano! ¡Siempre está acechado por un sin número de fuerzas! Hay que defenderlo siempre si se quiere que él se mantenga con rigidez.

Que tenga que ser rígido... ¡Maldición humana! Cuando se quiere hacerlo dúctil, atacan las mil malas fuerzas que nos espían,

Los objetos familiares, nuestras zapatillas, nuestro cenicero y cigarrillos, nuestra libreta y nuestro lápiz, ¡a qué distancias, en realidad, abstractas, llenas de horror por su abstracción, se me presentaban a cada momento!

¿Cómo los demás hombres no enloquecen ante esos objetos que se presentan ante ellos y cómo no enloquecen ante ellos?

¡Es que se han afinado con lo irreal!

Para mí es horriblemente exasperante tener que vivir entre "ilustraciones condicionadas". Ilusiones que le obligan a uno a aceptar... para poder circular. Entonces me pregunto:

¿Para qué circular?

Es que también es exasperante que sólo circulando sea permitido columbrar la realidad.

Nuestra época de París, la época de los artistas, época de asombro, de despertar, más que ante la realidad, ante una visión que uno mismo se ha forjado. Torrentes de vida que entran en un ser abismado ante tanta grandeza. Y todo ello envuelto en una esperanza hacia una vida mejor, una vida feliz, dentro de una voluptuosidad disfrazada por el arte y las grandes misiones.

Creo que siempre Europa ha sido el sitio de la revelación. Allí sucedería todo. Cuando el viaje estuvo a punto de realizarse y luego estuvo a punto de no realizarse, fijé mis aspiraciones en La Canterana.

¡La Canterana! Allí haría yo cosas sencillamente maravillosas. Y no sólo en letras sino también: tendría un criadero de conejos y un criadero de perros galgos y una colección de insectos, tendría tantas y tantas cosas que el anuncio de su realización, de la realización de ese viaje, me desalentó. Pero de pronto, por una palabra cualquiera, como ser el recuerdo de ese olor de bóveda de los pisos bajos del Louvre, todo mi ser se precipita hacia Europa. Surge un panorama, aunque indeciso, lleno de felicidad y que me evitará la molestia de vivir así, física, materialmente.

Poco a poco viene la liberación: el amor por Jenara Linares que pasa y pasa también el amor por Vivencia Pocuro; queda sólo un árbol, allá en Rapilermo. Lo veo, amarillo en otoño. Bajo su sombra hay gente que conversa: Florencio Naltagua habla con ese maestro de paleontología, Mardonio Pilmaiquén.

Y aparece, súbitamente, el gran Stramuros. Es un gran amigo de Vitelio Doñihue, el pintor. Yo me hago amigo de Vitelio y visito su taller, un lindo taller, rue du Bac. ¡El otro lado del Sena que hasta entonces había estado vedado para mí! Pues yo había vivido en París en grandes hoteles y mis frecuentaciones eran de la colonia sudamericana. Ahora iría a ver el verdadero París. Y conozco, un día, al gran pintor, a Rubén de Loa. Habla mucho con Vitelio y con Mardonio; habla también con Florencio. Yo los escucho y sueño con sus palabras.

Aparece cierta vez Anacleto Ibacache. Me gustó su manera de expresarse. Lo convidé a que saliéramos juntos y él aceptó.

Hicimos grandes paseos y mucho conversamos.

Él me evocaba más de lo que decía. Yo lo escuchaba en silencio. Sus frases caían en mí y allí fructificaban. Entonces el mundo se llenaba de grandezas. Ya me era indiferente vivir en París o en alguna ciudad de Chile.

A ti, Anacleto, te debo en gran parte mi desenvolvimiento como hombre de letras. Pues tú producías un eco en mi ser, y este eco partía lejos y yo lo miraba abismado.

Me preguntan:

—¿Qué vas a hacer mañana?

Respondo:

—Mañana voy a escribir una serie de notas que tengo en mi cabeza y luego voy a hacer esto y aquello y aquello y lo de más allá; después voy a... Y etc. etc. etc.

Ahora le preguntan a Mañana:

—Y tú, día de Mañana, ¿qué vas a hacer durante tu suceder? Veo que piensas hacer una serie de notas y... (Todo cuanto yo he dicho que haría mañana).

Deduzco:

No insistir demasiado ni en Yo ni en Mañana. Hay que ir a una justa componenda que deje a ambos que... ¡hagan su vida!

Es lo que debe hacer el hombre que sabe.

Me dan pena los niños..., me dan pena las mujeres..., me dan pena los ancianos..., me dan pena los hombres todos... ¡Sí, todos!

Miro principalmente a los que están alegres y también miro a los que están indiferentes.

Al fin veo que son simples *receptáculos* de Dolor. A veces son reprimidos, latentes...

Dolor que es, a mi modo de ver, única prueba irrefutable de grandeza, de inmensa grandeza, de más allá, de conexión con lo infinito consciente.

Yo no veo los paisajes. Yo, ante la naturaleza, veo feo. ¡Sí y mil veces, sí! Comprendo que aquello es muy hermoso, que es grandioso. Pero no sé qué hacer con todo aquello. Me sobra. Prefiero siempre a las obras de la naturaleza, las obras de los hombres. Prefiero una catedral gótica a todos los crepúsculos del universo. Prefiero una orquesta de negros a todos los sauces llorones del globo. Frente al océano bravío, admiro, me conmuevo, siento cómo me late el corazón y, a veces, llego a sentir los ojos humedecidos. Pienso que no es posible vivir así con vida tan sosegada. Pienso que hay que hacer algo, hacer cosas, hacer grandes cosas. Y entonces, salgo a grandes pasos tras los hombres.

Recuerdo cuando iba cierta vez a caballo por un cajón cordillerano entre dos inmensos, fantásticos farellones áridos, chorreados de nieve. ¡Qué silencio! ¡Qué silencio absurdo! Porque soplabla el viento... sin mover nada. Sólo se llevaba a unos cuantos pajaritos tan sumamente minúsculos que, al verlos irse entre aquellas piedras sin fin, me eché a reír.

Pero acto continuo, arrugué el ceño. No era posible reír en medio de inmensidades reales como jamás Dante, ni ningún humano, había soñado.

Mas, ¿qué hacer? Me sentía diluir por todos los poros. Añoraba una habitación sombría, una mesa, una estampa. ¡Y una ventanita allá arriba, junto al techo! Teníamos aún, antes de llegar a nuestro campamento, no menos de dos horas de marcha. Me decía:

“Voy a llegar hecho líquido, hecho gas...”.

Cuando de pronto, pude alcanzar cierta cohesión molecular y hasta intelectual. Al ver la punta última de esos picachos, me puse a pensar:

“Cuando llegó don Pedro de Valdivia a estos mundos, ellos estaban iguales; cuando Leonardo da Vinci cavilaba sobre sus cuadros, ellos estaban iguales; cuando Cristo predicaba, ellos estaban iguales; cuando Platón meditaba, ellos estaban iguales; cuando los egipcios, en ese maravilloso Egipto...; cuando la edad de Piedra...; cuando el tiempo ya no es tiempo para mí...; cuando...”

Entonces me aferré a los hombres, a sus obras y pesares.

Y pude llegar entero al campamento.

Sin embargo me gusta navegar. ¡Mirar el mar desde la cubierta superior o atisbarlo y respirarlo desde un ojo de buey cerca del mar! ¡Cosa estupenda! ¡Qué de variedades, de estados de ánimo, de vida!

Pero... ¡no, no! Veamos claro:

No es tanto el mar; es el barco. Es el hecho de que los hombres construyan barcos, los echen al agua y naveguen. Es, sobre todo, el hecho de encontrarme yo tomando parte en aquel hecho. Amo rabiosamente esos mares lisos, ese azogue espeso e inmóvil que con cuidado y voluptuosidad rompe la proa del barco; amo los mares verdes y arrugados, cubiertos de espumas fugaces que ahuecan el cerebro; amo el mar de tinta azul, tinta espesa y ondulante; amo el mar que no se ve, el mar agazapado bajo la neblina. ¡Amo la naturaleza cuando es de agua!

¡No, no! Veamos claro:

Amo todo eso porque mi cuerpo, este cuerpo que ahora bebe una copa en la Taberna de los Descalzos, allá en las aguas se prolonga en un palo de mesana, en un palo de trinquete, en anclas, en brújulas, en vida diferente a las de calles ahogadas y campos polvorientos con ladridos de perros.

¡Eso es! ¡Vida diferente! ¡Más probabilidades de vida para el hombre!

¿Y el sur de Chile?

Naturalmente yo grito también como todos los demás. ¡Esos lagos, esos picachos nevados, esas selvas impenetrables! Hay que ver cómo gritó. Pero... ¿qué quiere usted que yo haga con todo ello? ¿Qué? Desde luego, no puedo entusiasmarme hasta el paroxismo ante esas lejanías. Tengo espíritu de miniaturista, de miope. Lo que me es totalmente imposible tocar con las yemas de los dedos, me deja un cierto vacío en el corazón. Pues por mucho que me guste, no puedo dejar de pensar en aquello, acercándose, es, bajo todo punto de vista, radicalmente diferente a como lo estoy viendo.

A veces me acerco. Entonces llego casi al éxtasis ante las mil sinuosidades de un tronco, ante la forma de una hoja diminuta, ante un pequeño sapo pataleando en una charca.

A lo más, como obra de Dios, acepto la desolación: el mar, las pampas, los bosques, los desiertos. Allí, por lo menos, frente a la planicie y al cielo limpio, se puede, imaginativamente, construir lo que a uno se le pase por la cabeza. Es decir, obras de hombres y nada más. Dejando a Dios de lado, mandándolo a su sitio.

¡Que se ocupe de las nebulosas, que se ocupe más allá de las nebulosas! Tal vez ello le interese. Pero aquí, en nuestra Tierra, basta con que nos dé un suelo donde asentar, donde empotrar nuestros anhelos de construcción y creación; basta con que nos dé un cielo inmóvil donde recortar nuestros arabescos.

¡Y basta!

Callamos un rato. Lorenzo revolvía papeles y más papeles. Por fin tomó uno y me hizo comprender que era algo imposible.

–Si quieres te lo leo –me dijo.

–Por supuesto –respondí.

Luego agregó:

–Tengo una serie de apuntes que ahora ni yo mismo logro descifrar. Lo peor del caso es que recuerdo con qué alegría fueron escritos. Ahora... misterios y misterios.

–Lee, Lorenzo. Me sumiré en esos misterios.

Y Lorenzo leyó lo que sigue:

Fuerza de voluntad y lo que ella ha de ser; un deseo como es el de respirar bajo el agua o el de saber lo que está ocurriendo muy lejos.

Todo está llegando pero acaso con cierto retardo. Llega y yo, sobre ello, como distraído. Es ahora cuestión de doble persona, es decir: a) yo hoy; b) el llegado.

Algo me hace pensar en la flor Dedal de Oro con su doble cuando se entornan los ojos hacia el Sol. Y problema mío es si poner al “llegado” delante o detrás de mí. Detrás, empuja y ayuda; adelante... ¡sabe sólo Dios o Satán adónde podrá llevarme!

Lentamente el pánico de haber *deseado* otro ser, otra manera, otra esencia para la vida. Un deseo escondido que trabaja y pide desde muy atrás, apenas visible y sólo de tarde en tarde. Pero fuerte por la tenacidad sorda y laboriosa. Allá escondido para que su lenta labor no fuese a ser perturbada por el torrente de los deseos diarios que golpeaban desvirtuándolo. Y ahora va llegando, llegando... Tengo miedo. Se acerca...

Deseos: calma laboriosa, no atracción por frivolidades, mujeres y más mujeres.

Deseo de antes que ahora temo, deseo que pude haber tenido, que creo tuve pues me parece que ronda en un sitio lejano: ciego o sordo, succédeme formidable catástrofe, o muerte de un ser tan querido... ¡Ahora: ¡no, no hay necesidad puesto que deseos de vida profunda ya se han realizado!

¿Se han realizado? No lo sé. Sé que aquí están cual buenos servidores. Pero hay algo como que les falta un ambiente, un medio apropiado, toda una vida exclusiva para ellos.

Siento que todos los deseos, ¡Dios mío!, avanzan, avanzan, van a cogerme...

Lorenzo dijo:

–Como esta nota hay toda una serie. En realidad no me gusta o tal vez me gustaría si lograra descifrar lo que ella dice de verdad. Prefiero estas otras. Escúchalas, Onofre:

Los hombres no están hoy más lejos de las supersticiones que los hombres medievales. Están lo mismo. Sólo que ahora están amarrados, suspendidos, diría, por largos hilos que son sostenidos por otros hombres, poquísimos, impidiéndoles así darles curso, propagarlas, poner demasiado acento sobre ellas.

Están, los suspendidos, como embrutecidos, como si fuera una droga, por la verdad. Es todo.

Los hilos pueden cortarse de un momento a otro...

Esto lo he pensado al ir en bote acercándome al muelle de Arica, y al oír al botero contar los vuelos, las idas y venidas de las aves marinas que: "saben más que los cristianos" (dicho por el botero). A cada momento veía aparecer a un Dios o Monstruo terrible, ahora en espera y replegado, para reconquistar sus dominios perdidos.

Luna y mar de lago espeso. Allá lejos, a babor, las luces de tres barcos de guerra. ¡Qué ganas, qué ansias de volar hasta ellos y en ellos vivir! Algo del fondo de mi sangre: ¡ser en navíos!

Navegar es como recordar una gloria que fue, es "los hombres caídos que recuerdan a Dios". Y el fono de los marineros canta, de pronto, *Santa Lucía*... ¡Oh, Italia! ¡Cómo te escupen, cómo te gargajean los niños que nos conducen hacia la cultura!

Aparece veloz un pasajero que grita:

—¡Vengan, vengan a ver el oso!

Es una nube inmensa frente a la Luna. En realidad es un oso grotesco y bonachón en el cielo. Se mueve, se deshace y... se convierte en un colosal perro ñato que mira al revés del oso.

El perro, con gran júbilo de los pasajeros ingleses, se convierte en Gran Bretaña. Abajo, a ras del horizonte, cuchilladas de relámpagos.

Hace calor, un calor lento, grueso, cariñoso.

La Luna vuelve a aparecer. Aparece, brilla... ¡Estaba allá, en Liverpool!

Gran Bretaña, ya sin Liverpool, ya sin luz, se va, se va, se va como enorme algodón solitario.

La impresión que produce un sitio al vérselo por primera vez. Un sitio o una ciudad, una casa, un panorama.

Hoy recuerdo la que me causó este hotel el primer día. Esa impresión no se vuelve a repetir nunca más.

La primera vez que uno sorprende un sitio es como sorprender a una mujer desnuda que, junto con apercibirnos, se cubre. Con la diferencia que uno sabe qué es y dónde está ahora lo que se ha escondido a la mirada; mientras que con el sitio se escapa para siempre lo que mostró de súbito y se ignora adónde se ha ido ni qué fue.

Muestra una particularidad especial en sus proporciones, particularidad que luego se desvanece para que las proporciones se amolden, se encaucen junto a todas las que uno ha conocido hasta ese momento.

El sitio se hace entonces habitual y uno empieza a circular dentro de él sin estupor. Porque es algo de estupor, algo de decirse: "¡No puede ser!"; o bien: "¡Qué cosa extraña!".

Tal es lo que revela en ese primer instante, como si distraído, sin advertir que se le mira, estuviese tal cual es y, al verlo uno de tal modo, no puede sino sentir el estupor de la extrañeza.

Porque un sitio así es hijo, fruto entero de una cabeza humana con todas las que la rodeaban e influían. Deja ella escaparse, con la desnudez de la inconsciencia, mil sutilezas, mil honduras que se pegaron a los muros, se extendieron por las calles, se perfilaron contra el cielo.

Ver de golpe las particularidades y honduras de otras cabezas, verlas de pronto junto a la de uno, es un choque, un vaivén, un desequilibrio súbito por el remezón. De ahí el

estupor; de ahí también el recuerdo –vago por la rapidez– de que el sitio confió un aspecto extraño, diría, humano y viviente. Luego este aspecto se recoge en la materia para convertirse en esa casa, en ese hotel, en aquella ciudad.

Viene con la pereza el hábito de considerarlo todo como si siempre hubiese sido existente y natural.

Guardo, entre mis recuerdos, la impresión inusitada que me dieron las primeras ciudades españolas que visité. Cuando tuve que hacer el rápido trabajo de equilibrar mis proporciones adquiridas con las proporciones de esas ciudades. El choque de ambas proporciones, me hizo sentir, por un instante, las divergencias del pueblo hacedor de tales ciudades, como si, al verlo en sus contrariedades conmigo mismo, se me mostrara desnudo.

Años más tarde, al volver a España, recordé que una vez, hacía mucho tiempo, había visto instantáneamente en profundidad lo que ahora se me mostraba en planos recortados sobre el cielo.

Así ha sido siempre, sea con cada sitio que veo por primera vez, sea con cada sitio que vuelvo a ver después de larga ausencia.

Cuando volví a Santiago, en 1923, después de muchos años en Europa, el primer trabajo que tuve que emprender fue habituarme a las proporciones de mi casa:

“Lo que creía inmenso era ridículamente pequeñito; lo que creía de proporciones normales era descomunal...”.

Junto con ver bailar la casa entera y yo volcarme en su interior, comprendí que mi vida toda iría a ser, desde ese momento, regida por otros principios, encaminada hacia otros fines.

Lo que hasta entonces había considerado de suma importancia, sentí que se haría pequeño hasta lo ridículo.

Un año, dos años, tres, pasé inhabituado, crujiendo cada vez que me dejaba coger por un engranaje cualquiera. Pasé todos esos años culpando a mil personas y cosas de esa permanente destemplanza. Pero luego me convencía de que no era tal persona ni tal cosa, la causa de ello. Era el total, era la manera de desenvolverse la vida aquí, era una cosa sutil de la mentalidad de todos y de ninguno, era todo eso lo que discrepaba con la mentalidad mía, era esa mentalidad general que, al manifestarse en una casa, hacía a los patios demasiado limitados o los hacía enormes a tal extremo que yo no podía soñar con patios como yo quería soñar.

Hoy, más que sentir, sé que mientras esté en este hotel, nada podré hacer de bueno. Esforzándome lograré, tal vez, fabricarme una vida, a mi parecer, fecunda y sentir todos los síntomas propios al buen camino.

Lograré creer que avanzo... pero una duda me asaltará siempre y, por muy satisfecho que me halle, me impedirá llegar a la plenitud.

Un día, lejos de este hotel, al recordar y ver lo hecho en él, tendré que decirme:

“¡Dios mío, en lo que me hallaba en ese entonces!

Sí, así es porque está el recuerdo de la impresión que me produjo el comedor la tarde del día en que llegué. Ese día comprendí que habituarme, lograr aquí una vida normal, sería someterme.

Bajo el régimen de esta arquitectura en sus intenciones secretas en el vasto comedor sin gracia, estarán obrando sobre mí muchas mentalidades, muchas directivas, que se descompartirán con la fatalidad total. El rechazo, la repugnancia ante el comedor del primer día,

sé que no fue algo sin causa; por el contrario, fue el momento en que las verdaderas causas se mostraron nítidas. Lo que hoy me alarma es que cada vez que entro en el comedor, no le hallo nada de particular ni de extraordinario.

Ha muerto Leonel Peldehue. He ido a su casa, una casa fría, desmantelada, donde parece que se está de paso. Suerte de campamento en adobes con justo lo indispensable para mantenerse y, eso indispensable, algo sucio. Como un pájaro evitando el temporal en un hueco cualquiera.

Así ha terminado este poeta, un gran poeta.

Una diferencia, para nosotros, entre Chile y Europa es que en Chile vamos periódicamente al cementerio a dejar a algún amigo.

Durante los funerales: Es casi de noche; nuestros coches, todo el tiempo, zampusaban en el barro. Era aquello aburrido y pesado. No sabía yo si el amigo que me acompañaba lloraba o bien si iría, súbitamente, a mostrarme la finalidad de este cortejo.

A una vuelta vi la carroza dibujarse en negro contra un cielo gris sucio. Una carroza que trotaba, que trotaba siempre. Estuve a punto de llamar la atención de mi amigo pero dudé cómo hacerlo. Quise decirle: "¡Pobre Leonel!" o indicarle el efecto de la carroza contra el cielo. Si hubiese tenido mi amigo el buen propósito de comprenderme, habría podido decirle cualquiera de las dos cosas y habría estado seguro de que habría despertado su curiosidad.

Pero temía que así no sucediera. Seguramente él temía de mí una cosa igual. Sentíamos la desconfianza de ir en ese coche. Éramos los hombres adoradores de esa cultura subentendida y no definida. Podríamos sorprendernos, atraparnos, a la menor frase descuidada. En todo caso quería yo que mi amigo compartiera ese espectáculo que producía en mí un sentimiento imposible de registrar.

Le golpeé el codo y se lo indiqué sin hablar. Movi6 la cabeza en signo de haber visto. No dijo nada.

Dos policías, dos carabineros, a caballo, en las tinieblas, por el barro. Al pasar a su lado, son dos mocosos sobre caballos cocheros.

En los funerales, por cada intelectual, había tres oficiales de policía. Expresión de esa supremacía que los lazos familiares tienen en Chile.

Ante el deber familiar, los oficiales de policía, que mucho tenían que hacer, abandonaban sus tareas y concurrían a los funerales. Yo pensaba que Leonel Peldehue jamás había conocido ni un solo oficial. Pero los oficiales tenían caras tristes.

En la avenida que conduce al cementerio, avenida oscura y llena de barro, nosotros seguíamos, en un coche, la carroza. Había una luz, pasó un chiquillo en burro que estaba para engañar a todos esos turistas ávidos de color local.

¡Pobre Leonel Peldehue!

¡Oh, qué hermoso país es éste donde la mayoría discute aún si el arte tiene razón de ser y donde los hombres refinados, habiendo ya solucionado doctamente tal problema, cavilan sobre la misión que al problema y al progreso económico y político del país hay que darle para ir adelante!

Casitas bajas, de dos pisos a lo más. Detrás de cada cual había siempre un picacho fabuloso que atisbaba hacia la calle.

Por esas calles voy marchando yo...

Ahí terminó Lorenzo Angol de leer sus notas pasadas. Se sintió fatigado y quiso descansar. Yo lo felicité y me marché. Lorenzo me había hecho pasar el negro hastío que me había tenido preso durante el día. Ahora un ánimo mejor me había tomado. Ahora quería salir y estaba dispuesto a afrontar cualquier cosa que pudiera sucederme.

Anduve por el centro y, en realidad, nada se presentaba. A cada momento me decían y yo contestaba:

—¡Adiós, viejito!

—Salud... ¿Cómo te va?

—¡Chao, m'hijo!

Por fin me hallé en la Avenida del Todopoderoso. El día se puso frío y una ligera llovizna empezó a caer. La gente desapareció como por encanto. Pero una melodía cortó los aires y la alegría volvió a mi ser. ¡Era el hombre Martín Quilpué!

Silbaba y, como siempre, su tema era *El Bolero*, de Maurice Ravel. Caminaba impertérrito, los ojos fijos ante él. Tras él, una serie de viejitas lo escoltaban y tarareaban los acordes de Ravel. Pero él... ¡nada! Seguía y seguía. Una voz llegó hasta mí y me hizo detenerme. Esta voz exclamaba:

—¡Maldito tiempo! ¡Esta llovizna va a aumentar y quedaremos mojados como si saliéramos de una piscina!

—¡No, no, mi querido Eusebio! Lo que hay que hacer es guarecerse en un bar cualquiera y allí pasar el rato.

Eusebio Palena me respondió:

—Es que el bar al cual tengo que ir está lejos de aquí. En él me espera Polinesia y ya debe estar devorando sus churrascos. ¡Ea, prisa, mi buen Onofre, prisa!

—¿A qué bar quieres ir? —le pregunté.

—Al bar Onesa. Ahora es una especialidad en churrascos. Así es que... ¡prisa, amigo, prisa!

—Pero antes quiero que me prometas leerme una nueva Zambafusa.

—¡Por cierto! Llevo aquí la Zambafusa N° 30. Creo que no está del todo mal. En fin, tú me darás tu opinión apenas te la lea.

Minutos más tarde entrábamos en el bar Onesa. Allí saludaba yo a doña Polinesia Loncotoro de Palena y ella me contestaba con la boca rellena de ricos churrascos. Palena gritó:

—¡Eh, camarero! Como de costumbre, ¡dos piscos del mejor que tengan en casa! ¿Estamos, mi buen Onofre?

Vacilé unos instantes y luego respondí:

—Sí, mi amigo, estamos... apenas me tome un traguito de ese buen pisco que nos traerá el camarero.

—¡Aquí viene! ¡Un sorbo y... adelante!

—¡Eso es! —exclamé.

Bebimos y Eusebio Palena leyó como sigue:

Sólo la combinación de un riguroso dominio propio mañana se lamentará por razones siempre aclarantes de la garganta. Porque son espantosos problemas interiores para que no sean unos justamente lo contrario.

Los asuntos que agitan hoy a la humanidad es la discusión producida en los tres colores diferentes: negro, rojo, verde. Pues la cocina es un vulgar truco en las artes. Y es porque a ellos les gusta jugar a los soldaditos. Y cada cual queda contento con su propia personalidad.

Tal es el esfuerzo del sudor. ¿No es lo mismo en los regimientos? Nunca cambia nada aquí.

-¡Que no beba y que se levante temprano!

Así podrá comer un churrasco y podrá contestar a la bella Polinesia. Pues el Papa, el gran Papa, Juan XXIII, ha muerto. Entonces guardemos silencio y engulamos otro churrasco. ¡Sí, sí, otro y otro más!

Pero oigo una voz que predica:

-Es en esta forma como se puede explicar la velocidad limitadora de la luz. Y se puede explicar la doctrina de la recurrencia en el momento de la muerte. Pues el hombre que evoluciona, recuerda.

Tales son las principales combinaciones en el verso español y en el pentagrama que ellos, los griegos, usaron junto al alto poeta que hoy los está mirando.

Yo, entonces, comí grandes cantidades de un rico maíz y, ante este hecho, Polinesia dijo y volvió a decir con aire austero:

-¡Zoóforo milenario!

Yo repliqué:

-Debemos ir a mi amigo que sabrá apreciar la calidad de esta Zambafusa.

Y es por esta razón que ahora estamos en este bar, el bar de las bellas luces irreales y, no por eso, menos deslumbrantes.

Todas las bellas ensordecedoras abrieron sus pétalos y las mandrigalas lloraron. Pues en lo alto formóse un cúmulo y volaron todos los más hermosos tucanes menos aquel que contempla las obras de nuestro pintor Rubén de Loa. Propuse entonces a mi mujer:

-Comamos una zarzaparrilla.

Pero ella respondió:

-Dábale arroz a la zorra el abad.

Y yo, en plena euforia, loco por esos tan hermosos versos, los copié en mi cuaderno y luego los leí al revés. Ellos dieron lo que voy ahora a recitar:

"Dábale arroz a la zorra el abad..."

Ambos nos contemplamos y nos amamos y, por eso ella pidió otro churrasco y yo tomé una copa de jarabe.

Eusebio Palena dobló y luego guardó en su bolsillo esta soberbia Zambafusa. Yo quedé lelo al ver hasta dónde podía ir el genio de mi amigo. Era esto, simplemente, arrebataador. Ahí vi yo cuántas cosas podían entrar en tan pocas líneas: los asuntos que agitan hoy a la humanidad; la combinación de colores; el truco en las artes y esos niños que juegan a los

soldaditos; la buena mesa con sus zarzaparrillas; la botánica con sus ensordecedoras; aquel abad que a la zorra daba arroz; en fin, tantas y tan grandes cosas que no pude menos de gritar con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡¡Admirable, Eusebio, admirable!!

Polinesia sonrió, le tomó la mano y luego murmuró:

—Ahora sí que voy a comer otro churrasco.

Eusebio Palena no cabía más de contento. Pidió churrascos y bebidas para todos; pero nos advirtió:

—Yo no debiera ni comer ni beber más, no, no lo debiera.

—¿Por qué, Eusebio?

Él respondió:

—Porque esta Zambafusa, la que lleva el número 30, me ha forzado a hacer un enorme esfuerzo. Mi ser entero yace fatigado al tener que releer esas líneas que he escrito. ¡Comamos y bebamos, sí, comamos y bebamos aunque yo reviente!

Así lo hicimos y, una vez que terminamos, propuse yo ir a dar un par de vueltas por las calles céntricas de la ciudad.

—¡Muy bien! —clamó Palena.

—¿Y usted, Polinesia?

Yella respondió haciendo un pequeño mohín:

—Esta vez estoy satisfecha y ya no comeré más churrascos hasta la próxima Zambafusa de mi caro esposo.

Los tres salimos a pasear, a mirar a la gente, los autos, los camiones, los autobuses, todo aquello que hacía un ruido ensordecedor. Así llegamos lentamente, viendo las vitrinas y lanzando, de cuando en cuando, un “chao” o un “salud, amigo”, a la calle de Los Seminaristas, a ese viejo palacete colonial que ellos tienen.

Nos acomodamos en el viejo salón que ellos ahí tienen, un salón sombrío en el que cuelgan, desde el techo, viejos retratos de antepasados sostenidos por no menos viejos cordones.

Eusebio Palena respiró hondamente el aire vetusto y allí quedó sin moverse hasta que Polinesia Loncotoro apareció y le dijo:

—Eusebio, me voy a reposar unos momentos. Te dejo con un buen admirador de tus Zambafusas. Pero comprenda: esos churrascos que he devorado me han sido más que suficientes.

Y Polinesia desapareció. Eusebio entonces me manifestó:

—Estás tú en el sitio que inspira mis Zambafusas: este salón de los viejos tiempos coloniales. Pero, ya lo habrás notado, nada, nada copio de él. Él es la inspiración y eso es todo. Ahora, por ejemplo, revolotean mil cosas en mi mente. Veo que algo se forma dentro de mí. Este techo altísimo, esos cuadros antiguos, esta tan rica alfombra, todo, todo, me lo está mandando. Yo lo recibo y... y... ¡Ah, mi gran Onofre! Y...

—Y, ¿qué? —pregunté.

Él vociferó:

—¡Ya vendrá, ya vendrá! Estas antigüedades que nos rodean, me están mandando a la calle y, en esas calles, la Zambafusa ha de aparecer y destilará por mi pluma. Porque la gente habla y habla y tú alcanzas a coger extremos de frases. ¡Ah, ah, ah! Ten un poco de gente y... ¡¡verás, verás!!

—Sí —repliqué—, ¡¡veré, veré!!

Era ya algo tarde así es que me di toda la prisa necesaria. Ya deberían estar en el taller de Rubén de Loa nuestro profesor de castellano y geografía, Mamerto Masatierra, y el hombre que siempre trae un problema que gusta exponer ante el dueño del taller.

En efecto, la bulla era inmensa cuando yo llegué. Macario exponía su tesis y Mamerto le ayudaba con sus eternos: "¡Inefables!"

Rubén escuchaba tranquilo; Lucila Volcán se afanaba sirviendo el té y preparando los picatostes. Apenas Macario me hubo visto, saltó hacia mí y exclamó:

—¡Oh, aquí está Onofre! Usted será el juez de esto que estoy alegando. Pues parece que el señor Masatierra no quiere dar su brazo a torcer, no, no lo quiere. Y es algo tan claro como el agua que es clara, el agua clarísima.

—¿De qué se trata, mi buen Macario? —pregunté.

Macario carraspeó, pidió silencio con su mano y luego expuso lo siguiente:

—Yo sostengo, a pesar de los "inefables" de don Mamerto, que el hombre tiene dos facultades importantísimas. La primera es la de poder acordarse; la segunda es la de poder olvidar. Y esta última es a todas luces, de una importancia grandiosa, diga lo que diga ese borrico de mi tío.

Yo interrogué de inmediato a Macario:

—¿Qué es lo que alega su tío, es decir, su señor tío, respecto a la facultad de olvidar?

Macario me respondió:

—La niega pues no cree en ella. Considera que olvidar está mal, muy mal y que uno debe recordarlo todo.

Mamerto exclamó:

—¡Inefable!

Y Macario respondió:

—Si a usted, señor Mamerto, le parece esto inefable... pues bien, no tengo nada que decir. Pero ello no quita que mi tío sea un perfecto borrico por mucho que conozca en los autos que hay que tener y que los cuide como a niñas hermosísimas. ¡Allá él con sus autos! Pero... ¿por qué se ha de mezclar y atacar esa facultad de olvidar que todos tenemos y que nos enorgullecemos de ella?

Rubén intervino:

—Haría usted muy bien en darnos algunas luces sobre esta preciosa facultad de olvidar. Puede usted crearme que, al menos yo, ardo entero de deseos de conocerla.

Macario repuso:

—Muy bien, amigo mío, y voy a darles una somera explicación sobre ella, si no tienen ustedes inconveniente.

Todos replicamos:

—¡¡Ninguno!!

Y Macario, entonces, se explicó:

—Si no tuviéramos la capacidad de olvidar, de echar lejos, muy lejos de nosotros, cuanto nos ocurre, la vida nos sería punto menos que imposible. Pues nos quedaríamos detenidos por un hecho cualquiera, un hecho insignificante y, este hecho, detendría nuestra natural evolución. Por eso digo y repito: ¡Olvidemos, olvidemos lo que no sea francamente importante!

No pude impedirme de gritar:

—¡Muy bien Macario! Marcharíamos todos aplastados bajo el peso de miles de recuerdos que de nada nos servirían. Y tendríamos que espantarlos como a moscas para poder ocuparnos de lo que realmente sería de nuestro provecho. ¡Muy bien, Macario!

Y Macario prosiguió:

—Ahora que les hablo a ustedes de este punto, me ha venido un recuerdo que yacía olvidado. Se los voy a decir: Fue en Noriol, a un paso de aquí, nuestro puerto y hace de ello muchísimos años. No sé por qué estaba yo allí pero es el hecho de que me paseaba por el puerto mirando las naves atracadas a los muelles y viendo el ir y venir de tripulantes y pasajeros que pasaban bajo las grandes grúas. Así llegué a un pequeñito parque que hay allí, una especie de jardincillo, y me senté a descansar en el único banco que hay allí. Un minuto después llegaba a mi lado el abogado, Bruno Camarones, ya un hombre de edad pero siempre activo y dinámico. Se sentó conmigo y nos pusimos a charlar de cosas sin importancia. Mientras así charlábamos, este Camarones que, no sé por qué razón, llevaba en su mano un palito, se puso, con él, a hacer rayas en la tierra, a hacer una especie de dibujo. Luego nos separamos y no lo volví a ver. Mas al día siguiente volví a mirar los barcos y grúas y, sin querer, me encontré nuevamente en ese banco del día anterior. ¡Y allí estaba el dibujito que había hecho don Bruno Camarones! ¡Ese dibujo, en la tierra, que yo había olvidado completamente! ¡Ahí estaba, amigos míos! Y yo me quedé absorto contemplándolo.

“Esto, señores y amigos, fue una obsesión para mí. Pues esas rayas estaban destinadas a desaparecer de mi memoria y una simple casualidad las volvía a traer a ella. ¿Para qué? ¿Con qué fin volvían a vivir en mi memoria?

“¡No, no había ningún fin! ¡Era una simple inutilidad y nada más! Pero la cosa no se detuvo allí pues, junto a esas rayas que don Bruno había dibujado en la tierra, yo pude ver y vi, claramente vi, las mil cosas que había pensado y que revolotearon por encima de mi mente. Era aquello como una invitación a aferrarme a ellas. Otra vez pregunto: ¿Para qué; con qué fin me pedían ir a ellas?

“Lo voy a decir, señores y amigos: Lo hacían para meterme en sus dominios y para que yo me sumiera en ellos dejando de lado a cualquier otro pensamiento que pudiera interesarme. Y allí me tendrían ustedes ahora, allí, ocupado con las rayas de don Bruno Camarones, que habían sido hechas sin saberlo él mismo por qué razón. Y yo... ¡ah, el fiel servidor de ese mundo que no y no me interesa! ¡Mejor es, sin duda, haberlo olvidado!

Mamerto, que había escuchado en silencio y con atención esta disertación de Macario, se levantó bruscamente y exclamó:

—¡Inefable, mil veces inefable es esta facultad de olvidar!

Macario repuso:

—Gracias a ella yo soy ahora quien soy pues ese mundo que don Bruno había rayado en la tierra, ya jamás ha vuelto a presentarse en mi memoria y puedo ahora vivir como a mí se me antoja y no como esa parte llamada subconsciente había querido imponerme.

—Entonces yo repito —clamó Mamerto— que esto es ¡inefable!

Rubén de Loa avanzó lentamente; traía en sus manos dos platos con picatostes que había preparado Lucila Volcán. Dijo:

—Macario, su labia ha despertado la mía. Estoy plenamente de acuerdo con usted sobre las ventajas que muchos de nuestros recuerdos se vayan a sus dominios y no nos importunen. ¡Comamos y bebamos un café! ¡Es lo que tenemos que hacer ahora! Luego, mi labia

que usted ha desatado, mi gran Macario, se explayará debidamente. ¿Estamos todos de acuerdo?

Y todos respondimos:

—¡De acuerdo!

Rubén, entonces, habló así:

DE LOA

Aquí he dibujado esta rama, una rama que se bifurca en dos. La rama de la izquierda representa, para mí, la ciencia; la de la derecha, la religión. El que va por una de ellas únicamente, llega a un punto límite, deja, por lo tanto, una oscuridad sin alumbra. Si quiere, desde allí, decir la verdad, decir la palabra total, genera un error.

¿Ir entonces por ambas ramas?

No basta. Pues quien vaya por ambas sabrá más, mucho más, pero, a la vez, generará dos errores.

¿Qué hacer?

La cosa estará resuelta cuando aparezca la rama tercera, una bifurcación que ha de unir a las dos anteriores, cerrando ese hueco de lo alto. Y todo esto es para llegar a saber qué es la vida, qué es el hecho de ser.

Pero ahora se me preguntará:

—¿Y el arte? ¿Por qué han figurado sólo la ciencia y la religión?

Yo respondería:

—El arte no es para saber, no es para conocer. El arte es la vida misma, es la interrogación del problema que se trata de resolver.

Hay que ver con sinceridad lo que se ama; hay que ver lo que nos atrae con fuerza subyugadora. No hay que amar nada *a priori*. Por ejemplo yo amo y sobre todo he amado, la pintura, esa pintura de los primitivos italianos como he amado la escultura de los egipcios y he amado... el boxeo. Recuerdo que abandonaba pinceles y paleta para ir para asistir a un pugilato que se anunciaba; y corría, corría con mis amigos y gritábamos y aplaudíamos y silbábamos con los miles de aficionados que nos rodeaban. Así olvidaba yo mis preocupaciones pictóricas. Así se iban y se iban estas preocupaciones y sólo volvían días después; muy raramente volvían enseguida.

La tarea de uno no consiste en buscar amores de acuerdo con un amor teórico. ¡No! Consiste en admitir todos, todos los amores para llegar a saber cuál es el ideal real de uno.

Podrán ellos ser muy contradictorios. Pero lo son en apariencias y nada más; pues siempre hay un lazo de unión. Este lazo de unión es el número de orden de cada personalidad.

¡Descubramos ese número de orden! Una vez que él ha sido descubierto, se ha hallado la clave.

Un día yo creí amar desenfrenadamente la música. Otro día no la amé más y he seguido, hasta hoy, sin asistir a los conciertos, sin ocuparme de ellos. La charla sobre música me es terriblemente, me es horrorosamente fatigosa. Cuando la oigo... llego a sentir una cierta nostalgia por esas veces que corría y corría con los amigos para asistir a una noche de fiesta boxeril.

Yo creía también amar la naturaleza. ¡Oh, la naturaleza! ¡Sí, a ella la amaba! Prueba que sólo aspiraba a alrequeque. En este campo, tomaba un caballo y me internaba por

bosques, por valles, por montañas, por pequeños puebluchos que aparecían súbitamente como si fueran vivientes y se movieran.

Un día empecé a comprender que la naturaleza estaba en mí mismo, dentro de mí mismo y que yo no tenía más que volver los ojos hacia mi interior y así descubriría cuanto me afanaba en buscar en... en..

Ustedes han de comprender. Pues yo quería huir y huir. Quería hacer un cómplice a la naturaleza y que así, juntos ambos, huyéramos hacia... ¿Hacia dónde?

Se me huyó.

Sí, se me huyó. Mi familia partía a Europa. Yo partía con ella. Todos nos íbamos a esa vieja tierra de arte y nada más que de arte. ¡Arte, arte!

Allá fui libre. Allá pude hacer cuanto quise. Allá tuve mi primer maestro. Tal vez ustedes van a reír cuando les diga quién fue ese que ahora, y entonces también, llamé mi "primer maestro".

Fue... ¡Tulio Azapa!

Fue él, el hermano de Tiburcio Azapa, el hombre que es ejemplo como amor a los demás hombres, el hombre de pureza idealista, el hombre que siente la revolución social como yo quisiera que muchos, muchos, la sintieran. Tiburcio y Tulio son dos verdaderos hermanos a quienes une un ideal común. Pues Tulio está impregnado del amor, del amor, de ese amor que también quisiera ver más extendido y... sobre todo, más reconcentrado en las personas. Sí, reconcentrado... hasta el punto de hacerlas olvidar cuanto les pueda suceder fuera del arte. ¡Todo ello olvidado!

Yaquí debo hablar de la publicidad... del éxito.

¡Fuera todo ello!

He aquí un camino errado. Sí, un camino errado que muy pocos artistas se escapan de él. Es el cebo de las artes. Y, créanlo, que parece inherente al cultivo de ellas.

Nosotros, Tulio y yo, queríamos huir de él. ¡Sí, huir y huir! Y nos pusimos a conversar sobre este punto.

Nos fuimos, en nuestras conversaciones, a lejanos, muy lejanos períodos del arte. Vimos unas estampas del arte egipcio, esas tan bellas imágenes que siempre me han quedado grabadas. Luego vinimos a esta época y anduvimos por las exposiciones de hoy. Visitamos los museos de arte contemporáneo. Leímos cuanto cayó a nuestras manos. Mucho tiempo quedamos en suspenso ante el sentido de la muerte que representa, en sus pinturas, Charles Cottet; también quedamos absortos ante Ménard y su idílica grandiosidad de la antigua Grecia. ¡Y esa orquestación de colores de Besnard! Tras ellos habla, en una serie de entrevistas, Auguste Rodin. Yo pregunto:

—¿Por qué los artistas no practican estas cosas?

Tulio me responde:

—Todos las practican y luego guardan silencio en la meditación que ellas les traen. Pero todos los artistas las saben, estas tan y tan grandes cosas. Todos saben y... callan. Pero ¿crees tú que hay alguno que ignore que un blanco en sombra puede ser más oscuro que un negro en luz, en sol?

Lo del blanco y el negro... ¿ponerlo en duda? Ni lo pensé ni lo verifiqué. Pues lo necesitaba, tenía que serme cierto para que fuera como un grito de rebelión, el pasaporte que me permitiría seguir siempre más alto.

Vivo durante esta época y respecto a la vida de París, lejos y solo. Con Tulio hablaba de cuando en cuando o, a veces, él me hablaba a mí. Así, al pasar, cambiábamos nuestros

hallazgos. Paso el día entero con mis libros y mis libretas. Encerrado en el taller de Tulio paso ante mi caballete haciendo croquis y colocando a mi modelo bajo diferentes luces para que un día, un día —¿cuándo irá a ser ese día?— aquello se despierte de ese sueño que ahora le he impuesto.

Pero Tulio Azapa ha desaparecido. Ha partido de viaje; se ha ido a Italia. Yo he quedado solo, he quedado entre los muertos y los grandes principios. En la soledad de un campo inmenso he fijado el sitio de mi futuro taller, uno enorme, mucho mayor que éste que ahora pueden ustedes ver aquí, éste que se hace chiquitín al lado de aquel que soñaba yo en ese campo inmenso. Tenía que ser un taller silencioso, sólo con zumbidos de insectos. Pero... ¡todavía no, no y no! Pues ya ha de venir. ¡Esperemos y abramos bien los ojos ante este mundo que ahora nos rodea!

Voy a los sitios donde se reúnen los artistas. Era la época de Montparnasse. La Rotonde... La Coupole... Aquel Café Select... Y ese serio y vetusto Dome... El barrio lleno de artistas que van y vienen y charlan o meditan sentados en un banco o en una terraza. Las muchachas alegres, las modelitos, un trago, otro trago. ¡Ea, bebamos! Y soñemos, soñemos mucho.

Amigos míos, en el fondo yo pintaba poco. Tulio me sobrepasaba enormemente. En mí había algo que me retenía, que parecía sujetar el pincel cada vez que lo acercaba a la tela.

Al fin me di cuenta de lo que me ocurría. Voy a decírselos a ustedes. Era lo siguiente: Hay que empezar desde el principio cada vez que se ha dejado de pintar.

Aquí no cabe el reposo. Pues ese principio se aleja de uno con el tiempo. Si se han dejado muchos días sin pintar ya el recuerdo de lo que se ha adquirido mientras se pintaba se ha borrado, se ha perdido en nebulosas. Es por eso que ahora no dejo un día sin tomar los pinceles y sin que ataque a la tela. Trato de vivir en la pintura. Es así como veo que ese mundo donde viven las obras del arte ansiosas de ser representadas, se acerca a mí, o yo me acerco a él, y puedo recorrerlo en paz.

Cuando había estado en esas regiones me sentía con nuevas fuerzas. Entonces salía, salía. Pero de pronto era cogido por el ansia de volver a París. Y volvía.

Al fin nos instalamos, Tulio Azapa y yo, en un pequeño taller. Se hallaba en el barrio apartado más cerca de Saint Germain. Íbamos al centro de la ciudad, íbamos a menudo. Vez por media visitábamos Notre Dame; la otra vez por media, el Louvre. Y cada diez o quince veces, dábamos una vuelta por la ciudad misma.

Así vivimos largo tiempo; así, sin quererlo, empecé a pintar y nada sujetó mi mano frente a la tela.

Los pintores buscan cómo hay que hacer; no buscan cómo son las cosas que ellos deben hacer. Van para fuera y no se fijan que hay que ir para adentro.

Los surrealistas encerraron en una fórmula la subconsciencia. Por esto pudo Vitelio Doñihue, dejando libertad a la mano y al material, alcanzar la subconsciencia como si ello se ensayara por primera vez, es decir, con frescura y naturalidad.

Si un hombre obrara en algo con una mente hecha para otra cosa, sería un loco. Si un artista tuviese la concepción de un militar e hiciera arte —es decir, si él empleara los materiales y los medios artísticos como los emplearía un militar— sería encerrado en la casa de locos.

Una vez, frente a mí y a unas cuantas personas, Aliro Gorbea nos habló del valor de las ciencias, esas ciencias que, según el ocultismo, sólo estudian los primeros planos del

mundo físico. Esto, dijo, él, dijo este Aliro Gorbea, es la disciplina: saber dónde se está y cómo se está. Pueden estos planos ser los más densos, lo que no quita que así pueden aparecernos a nosotros; pueden ser los más sutiles vistos desde otro punto de vista.

De todos modos nada nos podemos saltar; todas las puertas hay que abrirlas. Si dejamos algunas cerradas, es dejar campo a la ensoñación, a poblar ese vacío con imaginaciones fantasmagóricas, es, como generalmente se dice, *tapar hoyitos*.

Estas imaginaciones...

Ellas quedarán como un huevo que, tarde o temprano, tendrá su larva que crecerá e inundará las regiones puestas a una seria, muy seria disciplina.

Así avanzaremos siempre llevando un mundo en que hay una nota discordante que todo lo manchará. La disciplina científica es lo primordial.

¿Por qué puede ella significar que toda otra puerta ha de quedar cerrada?

Sobre lo que hay "más allá" debe contestarse:

-No lo sé.

Y no debe pensarse más en ello. Pero el rigor con que la ciencia ataca es único, es un permanente llamado al orden. Nada crecerá debidamente si no ha pasado por todas sus etapas. Lo primero de ellas es el rigor científico. Todo sabio debería estar rodeado de ese "no sé qué" y no aventurarse a dar opiniones que salgan de sus esferas. Pero negar la eficacia de éstas... ¡error!

Así se explicó Aliro Gorbea, al menos, así recuerdo que fue lo que explicó. Yo sigo cuanto puedo a estos hombres de ciencia. Pero se me pierden en sus lucubraciones. En todo caso, Gorbea me hizo sumirme en especulaciones artísticas y los pinceles, esta vez, se acercaron a mí y las telas se pusieron dóciles.

Algo sonaba en mí. Al fin pude definirlo en estas palabras:

"La contemplación artística debe ser igual a la contemplación científica; si no lo es... no vale nada".

Pocos días después fui al campo. Porque ahora estoy nuevamene en este país. Ya se hallan muy lejos aquellos tiempos en que me encontraba con Tulio Azapa en la dulce Francia y en que vivíamos entre Notre Dame y el Louvre.

Ahora es el campo chileno, allá en Lo Gay, el fundo que fue de nuestro amigo Florencio Naltagua que ahora, en el otro mundo, es conocido con el nombre de Celso.

-¿No es así, mi buen Onofre?

Claro está, lo sé, lo sé muy bien. Tú frecuentas esos ámbitos del más allá. En ellos puedes oír la voz del ahora Celso. Yo la oí allá en su fundo. Es decir... oí su voz en las aguas que corrían por todos lados. Él estaba a mi lado y, a nuestros pies, corrían unas acequias que luego llegaban a un pequeñito lago donde se revolían para seguir su curso. De pronto vi y lo exclamé a gran voz:

-¡Oye, amigo mío! ¡Oye Florencio! Las aguas no son ya más transparentes ni benévolas; ahora son trágicas, ahora se revuelcan en gestaciones. ¡Míralas y podrás verlo también!

No sé si Florencio las vio. Florencio era un hombre que todo lo sabía y, en su sonrisa, pude apreciar que esas aguas eran un constante dominio donde él conectaba los hechos de esta vida.

Pero no es todo de este color en la vida que yo hago. En ella hay altas y bajas. Claro está, esa época de París fue muy, muy hermosa y está llena de recuerdos gratos. Por lo demás, creo que toda vida de aprendizaje, ha de ser así. Allí nos juntamos todos, los tantos artistas que viajaban desde este país. Allí llegó el barrigón de Zócimo Taltal, llegó pletóri-

co, mil veces pletórico de... de... ¿qué? Creo que del hecho de llamarse Zócimo y de apellidarse Taltal.

Me habló mucho. Él apenas había llegado y ya sabía todo lo que hay que saber sobre la gran ciudad. Pero... habló y... ¡nada de París! Veía en todas partes a gente que hacía lo imposible por poder poner los principios a la orden de los... grandes principios. Al fin no lo vi más.

Mas llegó también Ubaldo Masafuera, el revolucionario, ese crítico que todos ustedes han de conocer. ¡Ubaldo es un gran, un enorme crítico! No hay más que imaginarse al mundo lleno de seres como él... y la obra se hace hacedera.

Volvamos a Chile, amigos míos. Volvamos a esta ciudad, a San Agustín de Tango y dejémonos mecer por las aguas del río Santa Bárbara; veamos nuestra plaza con el hemión que siempre la vigila; veamos el Convento de los Jerónimos y sus parques; veamos la Catedral y la avenida Benedicto XXX y el Ayuntamiento y la Taberna de los Descalzos y las cárceles, tanto la Católica como la que es llamada Prisión Legal, en fin, aquí estamos y no podemos negar que estamos bien.

Pero... pero... pero...

Sí lo voy a decir. Tiene San Agustín de Tango sus lados negros, negríssimos. ¡Oh, no! ¡No voy a creer que sólo los tenga esta tan bella ciudad, no! Esos lados negros, negríssimos existen en todas partes. Es cuestión, tan sólo, de saberlos evitar. Y es lo que yo creía saber pero, en realidad, no lo sabía.

Sí, sí, se los voy a decir. Lo mejor es nombrarlos con sus nombres completos. Ellos son: Zócimo Taltal... y... y... ¡su mujer!

¡No, amigos míos, no! Zócimo ya hace tiempo que enviudó y, una vez que enviudó... ¡se volvió a casar! Sí, amigos, así ha sido la cosa, Zócimo Taltal se ha vuelto a casar. Naturalmente, muy bien, espléndidamente bien... según él. ¿Por qué? Se los voy a decir a media voz. ¡Sí, por eso! Zócimo no quería saber nada con estas chilenas que, parece, hay muchas, demasiadas aquí en Chile. Es lo que quería pues basta ya de esas chilenas. Así es que el hombre fue al sitio donde reposan los que se han ido, se inclinó ante su tumba, lloró unas muy tiernas lágrimas y regresó a su casa. Así, pues, terminó la existencia de Vulcania Milotero.

Pero Zócimo no es para vivir solo su alma, ¡oh, no! Ya se los he dicho: Zócimo se volvió a casar. ¡Qué extraño me parece que no lo hayan sabido ustedes!

¿Con quién? -Hacen bien en preguntármelo. ¡Basta ya de chilenas! ¡Zócimo quiere una europea! Una mujer cuya sola presencia lo lleve a esos países que él ha visto y no ha vuelto a ver. Zócimo escogió una... italiana, de ese país que todos los que algo tenemos en la sangre de ideal por la belleza, ese país que todos nosotros añoramos. ¡El país ideal, el país soñado!

Sí, por cierto, voy a decírselos a ustedes. Zócimo contrajo sus nuevas nupcias con doña Moreta Savona, es decir, con la que hoy es doña Moreta Savona de Taltal.

Desde entonces... entregarse al arte de bien pintar. Porque se hacen ahora grandes retratos de no menos grandes personajes y, de cuando en cuando, pequeñas telas en que él cree volcar el fondo de su personalidad.

¡Telas y más telas! Sí, causan la admiración, dejan lelo y ahí queda lelo... el admirador. ¡Cómo! ¿Tampoco lo conocen ustedes? ¿Es posible? ¡Un hombre que admira a doña Moreta Savona y que la admira con mucha razón pues doña Moreta lo admira a él! ¡Ah y mil

veces ah! Debieran conocerlo ustedes a este hombre, hombre que es a todas luces imponente y que es pintor por añadidura. ¿No caen?

Voy a nombrarlo y... debiéramos todos ponernos de pie al oír su nombre. Es don Ramberto Catapilco.

Ahí están los tres: Zócimo Taltal; su mujer, Moreta Savona; el amigo de ellos, Ramberto Catapilco. Y los tres se quejan amargamente, casi lloran pues estamos tan lejos, tan lejos, tan lejos y aquellos que allá están... están tan cerca y pueden todo verlo... ¡Oh, bella y arrebatadora Italia!

En cambio estamos aquí, aquí en San Agustín de Tango, estamos rodeados de volcanes y de océanos infinitos. El Marmolejo y, a un paso, el Picoldo; un poco más al Sur, el Coscorrón. Y después, el Aconcagua y después el Tupungato y después... después... ¡Oh, no, no, por favor! Miremos, será mejor, del otro lado y demos la espalda a esos montes o volcanes o puertas que nos impiden irnos a ese lindo país de Italia. Nos damos vuelta y... el ruido de las olas y más olas que, según doña Moreta, deberían reventar al revés pues así se irían hacia Italia, ¡hacia Italia! Y ella agrega:

—Me iría contigo, Zócimo, iríamos juntos. Y usted, Ramberto, también iría con nosotros... ¿No es verdad, mi Zócimo; no es verdad, amigo nuestro?

Y ambos responden:

—Sí, tal es la verdad.

Y allí quedan un largo rato en silencio. Hasta que doña Moreta anuncia la hora de comer, de comer algo, algo, no como se come, no y no, allá en Italia... ¡Oh, qué rica es la comida en ese país en el cual... en el cual... siempre nos está mirando Giovanni da Fiesole, comamos lo que comamos...!

Comamos, comamos cualquier cosa. Aquí hay que comer y hay que llenarse los intestinos con... comida. Pues aquí no es como allá, allá en Italia. ¿Recuerdas, Zócimo, recuerdas...?

Pero... ¡no! Zócimo no va a recordar. Hablemos nosotros, será mejor, amigo Ramberto. Y agrega:

—Miren, fíjense, estos raviolis están hechos a la manera tan exquisita que se hacen en Nápoles... ¿Te acuerdas, Zócimo?

Naturalmente, Zócimo se acuerda. Y se acuerdan ambos... Como se hacían en Nápoles y en Roma y en Florencia...

En fin, he ido una serie de veces a comer con ellos. ¡Qué, pero qué quieren ustedes que yo haga! Una muy vieja amistad me une con Zócimo así es que tengo... En fin, tengo... Felizmente ellos ya no vienen a este taller. Ustedes comprenderán que mi pintura... En fin, el caso es que ya no vienen pero yo, ya les he dicho, tengo y debo asistir a sus comidas.

¡Oh, no lo crean, no! Moreta es socialista y terrible socialista. ¿Zócimo...? No, no lo creo. ¿Ramberto? ¡Por supuesto, socialista, ya lo creo, socialista!

Pero ahora estamos comiendo. ¡Qué de guisos! Y pensar que yo estaba invitado para hablar de arte y de arte y nada más que de arte... No, señores, se habla de comida y se recuerda las buenas panzadas que se han dado allá, allá, allá en Italia. Porque ese país es uno de los pocos en que se come como se debe comer. Pero Ramberto no está de acuerdo, no, no lo está. Ramberto ha estado en Francia y en Francia... ¡ah, señores, en Francia...! Estas papitas son verdaderamente exquisitas... ¿Le gustan a usted, don Rubén? En su casa yo las he comido y allí me dieron la receta. Pero hablemos del arte, del arte de la pintura, de Rafael Sanzio y de esa maravilla que es Botticelli. ¡Todos en Italia son maravillosos!

Pero interviene don Ramberto:

—Francia es, hoy día, el primer país de cultura pictórica.

—¡Ay, no lo creo! Porque en Italia... ¿No comería otro poco de esta carne? Es lo que se come, y mucho, en el partido. Es rica, ya lo creo, riquísima. En el partido se come muy bien. Siempre todos los socialistas han comido divinamente.

Y dice Zócimo:

—¡Y con estos precios de hoy día...!

Ramberto aprueba:

—Es un escándalo esto de los precios hoy día...

Y doña Moreta interviene:

—No sean exagerados, por Dios, apenas he gastado lo mismo que... Pero hablemos de pintura. En Italia, hoy día, se hacen cosas...

—No como en Francia —asegura Ramberto—; no como en Francia...

Pero Zócimo alega convencido:

—Tanto en Francia como en Italia se hacen cosas mejores que en este país de Chile. Aquí, en Chile, están los colores demasiado caros y ya casi no se puede pintar.

—Es verdad —confirma Moreta—. Una debiera ser comunista...

—Es lo que he pensado yo varias veces —declara Ramberto.

Pero Zócimo interviene:

—¿Comunistas...? ¿Para qué? Se ve que ustedes no están de lleno en la pintura. Yo soy pintor y nada más. Tengo que pintar y esto me toma todo el tiempo. Ahora, nada más que ahora, tengo que terminar el retrato que le estoy haciendo a don Higinio Romeral, el hijo de don Plácido Romeral y casado ahora con doña Salaberga Huintil. Es un trabajo que me quita todo el tiempo de que dispongo. Por lo tanto me digo y repito: ¡Allá esos partidos comunistas y socialistas y demás! ¿Yo? ¡Pintar y nada más que pintar! Pues don Higinio es hombre que mucho sabe en esto de la pintura y quiere, por lo tanto, un retrato suyo en que esté igual, igualito. ¡Y eso es la pintura! ¡Nada de los pintores italianos que hacen de eso que ahora llaman "pintura abstracta". No, nada de eso pues se trata de que el parecido esté y siga estando siempre igual, igualito. ¡Nada de francesadas ni de italianadas ni cosas hoy a la moda! ¡Nada, nada!

—Pero... ¿cómo puedes hablar así, Zócimo mío? —intervino doña Moreta—. Parece que ya se han ido de tu memoria esas maravillas que hacen los pintores italianos. Recuerden, por favor, recuerden: Edmondo Bacci y Cesare Peverelli y Mario Bionda y...

—Y los franceses, ¡los franceses! —declara Ramberto—. No, no y no, no deben ustedes olvidar que el cubismo nació en Francia y que del cubismo viene todo.

Pero Zócimo exclama:

—Eso del cubismo... ¡es una porquería! Ya ven ustedes lo que ha seguido después: el existencialismo y el abstractismo y ¡vaya uno a saber qué más cosas raras y estúpidas! Yo hago el parecido, el más perfecto parecido y nada más.

Pero Moreta rebate:

—Giuseppe Capogrossi hace maravillas como las hace también y a todo instante, Roberto Crippa. ¡Esos son pintores! Y no necesitan recurrir al parecido ni nada por el estilo.

Y Ramberto Catapilco declara:

—Es que vienen de los franceses y... ¡no hay más!

—¡No, señor! Son italianos y nada más que italianos.

—Pero sus padres y sus hermanos, hermanos menores, son franceses y nada más que

franceses. Porque es en Francia donde se halla el reino de las artes. La prueba la tenemos en Picasso...

—¡Oh, qué horror! ¡Picasso es español, señor mío, español!

—Pero educado en Francia y, gracias a su educación, ha podido hacer lo que hace.

—Picasso no es capaz de hacer un parecido perfecto como el que hago yo ahora con el retrato de don Higinio Romeral.

—Pero comámonos una empanadita; o acaso usted prefiere comerse un poco de este jamón; o estas sardinas que tanto me recuerdan mis días de la vieja Italia. Están, eso sí, demasiado caras.

—Como los colores y los pinceles. No sé adónde iremos a parar.

—Pero ahora tengo que salir, tengo una enormidad de cosas que hacer; usted me disculpará, Rubén; lo mismo le pido a usted, mi tan querido Ramberto Catapilco. Hoy se reúnen los socialistas así es que tengo que estar allí. ¡Hasta pronto, Zócimo! Y acuérdate y no lo olvides: ¡Italia, Italia, Italia!

—Y la madre del arte de hoy: ¡Francia, Francia, Francia!

—Ustedes pueden pelearse el día entero. Yo... yo... No me preocupo de esos países mientras pueda lograr un parecido exacto. Es lo único que me preocupa, lo único.

Y doña Moreta Savona de Taltal salió precipitadamente. Minutos después yo la imitaba y salía a mi vez.

Ahí tienen ustedes, amigos míos, una de las tantas visitas que tengo que hacer para visitar a Zócimo Taltal. Debe haber quedado convencido de que hemos comido conversando de arte.

Tal vez hemos conversado de arte, tal vez... Pero el caso es... ¡He regresado dichoso a la calle de La Tiara! Y ahora puedo pasar largo tiempo sin ir a visitar a mi amigo Zócimo Taltal, a su mujer doña Moreta Savona y sin encontrarme con ese don Ramberto Catapilco, el hombre amante de la comida y del arte pictórico de la tan bella Francia.

225

Hoy estamos a 10 de agosto de 1963. Es un día invernal. Todo es gris y, a cada momento, llueve. He salido a caminar por las calles, envuelto en mi impermeable y mi bufanda. La gente va de prisa y se contentan, a nuestro paso, con mover una mano. Ya no hay esos tan amables "chaos" ni esos "salud, viejito" ni esos "adiós, cómo te va" ni nada de todo eso. Pasamos bajo los paraguas y seguimos.

De pronto veo a Romualdo Malvilla, el gran Malvilla hoy día un perfecto temperante que mira con cierta misericordia a los que aún siguen bebiendo. Pero el tiempo que hace, no lo ayuda a ser tan, tan misericordioso, pues me dice:

—De buena gana me tomaría un buen trago.

—Te acompaño, mi querido Romualdo; este tiempo invernal pide y pide mucho trago. Me responde tan sólo:

—Es que no lo apetezco. Ya ves tú: dejar una vieja costumbre, tiene también sus inconvenientes. Pero el trago me repugna. Lo he dejado definitivamente y compadezco esos momentos en que sólo vivía para él. Pues el trago sirve para que uno...

—Para que uno, ¿qué cosa, Romualdo?

—Vamos, Onofre, a mi casa. Una buena calefacción reemplazará las bebidas que me apetecieron por un instante. Vayamos a la calle de la Parroquia y ahí podremos charlar un poco.

—Bien —respondí—. ¡Adelante y venga la calle de la Parroquia!

Minutos después estábamos instalados. Allí estaba Laponia Socaire, que nos atendió debidamente. Romualdo me dijo:

—Onofre, la bebida sirve para que a uno nada le importe nada. Tal es su grandeza. Pero es una grandeza que luego pasa y pasa y se esfuma y entonces viene el decaimiento del caso. Pero ha sido una mirada a regiones superiores, a regiones mayores. Y yo me pregunto: ¿y después? Aquí está la clave de la cosa: ¿y después?

Yo le respondí:

—Tal es la verdad, tal es el interrogativo que se presenta y que nos agarrota. En ese “después” está el secreto. Pues no se puede mirar en vano a esas regiones si acaso no se tiene la fuerza de volver a ellas.

Malvilla manifestó:

—Porque siempre sucede lo mismo, aún durante la euforia que produce el alcohol. Uno se pregunta, sí, se pregunta de súbito, instantáneamente: “¿Subiré en este momento o bajaré?”. Para esos casos no queda más que un remedio y es... es...

—Es ¿el qué, Romualdo?

—El que yo aplicaba: ¡seguir bebiendo y no hay más! Pero al día siguiente reaccionaba pues una idea se implantó en mí con verdadera fuerza, una idea que me persiguió a todo momento. ¿Sabes tú cuál?

—Lo ignoro, Romualdo.

—Te lo diré, entonces. Escúchame bien: Quise hacer vivir mi cuerpo, que él viviera; es decir, dejarme llevar por los arranques que me impusiera. Pero mi cuerpo ya no me obedeció. Pensé, por cierto, en el trabajo de los egrégores. Onofre, los egrégores estaban ocupados de otras cosas pues no oyeron mi llamado. Tuve que someterme a su voluntad. Y entonces empezaron a circular junto a mí, una serie de ideas que me asaltaban y se retiraban. Recuerdo que pasó el fusilamiento del Chacal y tuve el convencimiento que a ello habría llegado yo si hubiera seguido con mi práctica del alcohol. Sí, habría podido llegar a matar una serie de criaturas y después olvidarlas. Pensé también, pensé...

Un apresuramiento empezó a tomarme. Me sentí de más allí con mi amigo Malvilla. Necesitaba salir y seguir andando por las calles de San Agustín de Tango. ¿Para qué? Nada especial tenía que hacer pero era una voz inflexible, una voz inapelable que me obligaba a levantarme y salir.

Al fin se lo dije a Romualdo:

—Romualdo, me voy, tengo que irme. Necesito moverme y alargar las piernas. ¿Me acompañas, Romualdo?

—Perdóname —me respondió—, pero yo quiero quedarme aquí con Laponia, con mi buena de Laponia Socaire. Tú, ¡anda, amigo, anda y pasea por estas calles!

Me despedí y salí a caminar, pensaba yo, a caminar hacia... ¿Hacia dónde? No lo sé pero tuve que salir y salir.

Habría apenas marchado unas tres o cuatro cuadras, cuando me encontré, súbitamente, con Desiderio Longotoma. Avanzaba con su buen amigo Jabalí Batuco, ambos del brazo y, por sus ademanes, vi que venían enredados en una ópera lírica.

Cuando me vieron ambos gritaron:

—¡Alto, amigo, alto enorme Boroa! Evocábamos trozos de esa música sin par, esa música de Bellini, *Norma*. Y hemos descubierto que ella permite libertad absoluta a la mente.

—¿Cómo así? —interrogué.

—Voy a explicárselo a usted, amigo mío. Ambos cantábamos o, si usted prefiere, tarareábamos esos compases admirables. Y, sin ponernos de acuerdo, estábamos en regiones profundas y lejanas a esa tan linda música. Yo, yo, Jabalí Batuco, estaba con la hermosa y pura de Virginia Rapel. Pero no lo crea usted que la veía en uno de sus pasados bailes; no y no. La veía en una calle de esta ciudad, la veía cuando iba de compras o qué sé yo; me ve, la veo y nos detenemos y nos estrechamos la mano. ¡Nada de bailes ni cosas por el estilo! ¡Era la mujer, la bellísima mujer, la sin par Virginia Rapel! No pude más y le dije:

—“Virginia... *Io t'amo*”!

“Ella riendo de buena gana, me respondió:

—“Y yo también, Jabalí, lo amo locamente.

“Y ambos reímos y reímos a no poder más porque, en realidad, les voy a decir algo que, espero, se ha de guardar como un secreto. Y ello es que también amo hasta más allá de la locura a... a... oh...

—¿A quién ama usted de esa manera, mi querido Jabalí?

Él respondió seriamente:

—A Praxedes Bagdad. Y esta música de Bellini acompaña, en verdad, magníficamente a estos amores míos. ¡Pensemos en Bellini y en nada más que Bellini!

Desiderio Longotoma interrumpió nuestra charla sobre esas dos beldades preguntándome si Rubén de Loa no había hablado sobre ese tucán que tiene la vieja del lado y que es el mayor crítico de sus obras pictóricas. Tuve que responderle:

—Ni una palabra, Desiderio. Rubén habló únicamente de ese sin igual pintor de Catapilco de Moreta Savona y de otros amigos y nada más. Pero sigue en tus pensamientos que acompañaba la música de Bellini, sigue, amigo mío. Y, ¿cuáles eran esos pensamientos tuyos?

Se detuvo unos instantes, luego reanudó su marcha y exclamó:

—La música de Bellini es infinita, Onofre, infinita. A mí me mecía en medio de la Revolución francesa. ¡Sí, sí! Pasaban, con sus acordes, pasaban Robespierre y Dantón y Desmoullins y Marat y el pobre Luis XVI. ¡Esa revolución, amigos, que...!

Ambos lo miramos y esperamos. Al fin Desiderio completó su frase diciendo convencido:

—Amigos, la revolución francesa se hizo para libertar a Francia de la tiranía de los reyes y someterla a la tiranía de los conserjes. ¡Eh, eh! Más *Norma* y vengan también los *Puritanos* y esa inigualable *Sonámbula*. ¡Cántelas usted, Jabalí Batuco, cántelas, que yo...!

—¿Usted, amigo Longotoma, usted...?

—Yo me voy a entregar a traer a mis recuerdos las páginas sin igual de *Adiós al crimen*, la sin igual novela policial del sin y sin y, repito, sin igual autor Donald Henderson.

Así seguimos los tres un buen rato, hasta que, de pronto, fui saludado con una cortesía sin igual: Palemón de Costamota se inclinaba ante mí y modulaba un:

—Seguro servidor y amigo. Veo que va usted a su casa y yo lo felicito por esta determinación suya. Pero, no olvide, tiene usted en mí, a un, repito, seguro servidor y, sobre todo, amigo leal y sincero hasta lo indecible.

Me detuve y le respondí:

—También tiene usted en mí a un muy leal y seguro servidor.

—¡Oh, tantas gracias! —respondió él.

—No tiene usted causa alguna para agradecerme —respondí yo.

Y nos volvimos a saludar. Mientras tanto Desiderio y Jabalí ya se habían alejado. Miré a mi alrededor y miré hacia el cielo. ¡Qué cosa hermosa! Brillaba el Sol y no había ni una nube. La gente se había multiplicado por mil y era una profusión verdaderamente loca la que se precipitaba por las calles.

Seguí mi marcha. Distribuí mis saludos a diestra y siniestra. Entraba por una calle cualquiera y luego pasaba a otra calle. El cierto caso es que, de pronto, vi que Palemón de Costamota venía a mi lado y me hacía compañía. Exclamé al verlo:

—¡Qué bien, amigo Palemón, qué bien! No se puede, en verdad, caminar solo en medio de este alegre montón de gentes que se precipitan por todos lados. ¡Hágame usted compañía y sigamos a una parte cualquiera! ¡Sigamos, señor de Costamota!

—Es curioso —me contestó él—, muy curioso que a usted le guste tanto esta cantidad de gente. Yo iba a proponerle otra cosa, sí, otra cosa que me parece mejor que esta gente que se mueve sin saber, en realidad, para qué se mueve.

—¿Qué me iba a proponer usted, mi querido Palemón?

—Asomarnos, unos pequeños instantes, a la puntilla de Pompita, nuestro balneario, y, desde esa puntilla, contemplar el océano, el inmenso océano, y ver las embarcaciones que pasan.

Dije solamente:

—Pompita está demasiado lejos.

Él me contestó:

—Pompita está aquí al lado; Pompita está muy cerca; Pompita es ésta, ésta y nada más que ésta.

En verdad, estábamos en Pompita. De pie, en el extremo de la avenida de la Costanera, contemplábamos el océano inmenso. La gente, como en San Agustín de Tango, iba y venía. Es Sol brillaba con una fuerza esplendorosa. Yo respiraba, tragaba el aire lleno de sales. Palemón me insinuó:

—¿No le gustaría a usted, mi querido don Onofre, ver unas muy lindas embarcaciones sobre estas aguas?

—¡Por cierto, Palemón, me encantaría!

—No tiene usted más que mirarlas frente a usted. ¡Mírelas!

Ahí estaban estas bellísimas embarcaciones. Pasaban. Una de ellas se dirigía a Noriol; la otra venía de Noriol. La primera de ellas, la reconocí de inmediato, era el Gutapercha; la segunda, el Carcajada. Se cruzaron frente a nosotros; alzaron sus pabellones hasta el extremo de sus palos; pitearon para saludarse y, en medio de mi alborozo, las vi perderse a izquierda y derecha de mi persona, perderse lentamente y desaparecer.

—Maravilloso ha sido esto, señor de Costamota, ¡maravilloso!

Él me respondió:

—Debería usted leer un diario de hoy. Aquí tengo uno. Léalo.

Y me alargó un número de El Imprevisto, un número ya abierto, y con su índice me indicaba un párrafo. Lo leí y vi que en él se anunciaba que uno de los barcos, el Gutapercha, zarpaba en esos momentos de Lisboa; vi, además, que el otro barco, el Carcajada, entraba al canal de Panamá.

—Sin embargo, amigo Borneo —porque así lo llamaré siempre—, usted acaba de verlos deslizarse por las aguas que hay al frente suyo. ¿No es así?

—Así es, así ha sido, amigo Palemón. Ante esta fuerza de usted, me inclino y puedo repetirle que tiene usted en mí al más seguro y leal servidor que hay en estos mundos.

Palemón hizo una gran reverencia y luego, solícito, agregó:

—Amigo, gran amigo Borneo, le pido a usted que vaya unos pocos momentos a su casa, a Fray Tomate. Manifestaciones de mi poder sin igual podrá usted ver en su propio departamento. Si usted quiere puedo yo acompañarlo durante las pocas cuadras que de su casa lo separan.

—Pero... Parece que usted ha olvidado que nos hallamos en el balneario de Pompita.

—Abra usted bien sus ojos y verá que, sin que usted lo notara, hemos vuelto a San Agustín de Tango. ¿Lo ve usted?

—Sí, lo veo —respondí—. Estamos en la calle Pentecostés, sí, estamos frente a los almacenes San Fructuoso y Compañía Limitada. Es decir, estamos a un paso de mi casa. Quiero irme a ella, si no ve usted inconveniente mayor.

—¡Ninguno, ninguno! Yo le haré compañía y así aprovecharé y volveré a aprovechar para asegurar a usted que soy su seguro y muy seguro servidor de usted.

—Y yo aprovecharé para repetirle que tiene usted en mí un leal servidor.

Avanzamos por la calle del Pentecostés, avanzamos lentamente. Quise decirle unas palabras a Palemón de Costamota pero me hallé solo, sin nadie a mi lado. Miré para todos lados. ¡Nadie! Ese tan seguro servidor mío había desaparecido. No me quedaba más que seguir mi marcha. Bien, sigámosla. Cuando, de pronto, vi que venía en sentido contrario, el doctor Gil Hualañé:

Lo saludé con efusión. Siempre experimento un placer enorme al encontrarme con él. Él, igualmente, me saludó con alta cordialidad. Me dijo, mirándome socarronamente:

—Amigo Boroa, yo no soy más un médico, no lo soy.

—¡Cómo! ¿Y qué es usted, doctor?

Me respondió:

—Soy un artista. ¿Le extraña a usted esto que le avanzo?

—A usted siempre le creo a pie juntillas cuanto me diga. Es, pues, un artista. ¿Podría yo preguntar en qué sentido se considera usted en el dominio de las artes?

Repuso:

—Por cierto y hace usted muy bien en preguntármelo. Soy un artista porque la medicina es igual al arte. La medicina no es ni nunca ha sido una ciencia. No lo olvide, amigo, ella es ¡un arte! Tiene las mismas alternativas que el arte, las mismas altas y bajas y el mismo sistema de trabajo. Porque en ella se trabaja con la intuición, amigo mío, sí, con la intuición.

—¿Y en qué sentido se hace este trabajo?

—La palabra lo dice claramente. ¿O, acaso, ha olvidado usted lo que es la intuición?

—¡No, doctor, no lo he olvidado! Pero... no entiendo...

—Piense un momento en cómo trabaja un artista, un verdadero artista. ¿Lo ha pensado ya?

—Sí, lo he pensado.

—Bien, amigo, así trabajo yo y dejo a los clientes con la boca abierta. A esto agregue usted ese cuartito que hay en mi despacho, ¡santa palabra! Pues el chicote me ayuda enormemente. Y el doctor Lucas Pitrufquén es un as, ¡un as!, dentro de ese cuartito. Lo es a tal punto que ahora, Tadeo Mangual, el médico legista, piensa, y muy en serio, instalar un cuarto semejante en su despacho.

-¡Lo felicito, doctor, lo felicito!

-Entonces... sigamos nuestra marcha. ¡Adiós, amigo mío!

-¡Adiós, doctor, adiós!

Tenía que llegar a casa. Palemón de Costamota me había dicho que, una vez en ella, vería, vería, vería...

Vería... ¿qué?

Debo darme prisa y avanzar. Ya estoy en el comienzo del Muelle del Abad y, en aquel rincón, está la tienda del chino Pey. Me gustaría saber si aún es del chino que era una simpática persona, era muy simpática...

¡Prisa, prisa! Atravesar el puente de Los Concilios Ecuménicos y estaré, ¡sí!, ya estoy en la Plazoleta Fray Tomate. Allí está el número 2. Trepar por las escaleras, no por el ascensor. No quiero ascensores hoy día. ¿Por qué? No lo sé pero subiré a pie.

Ese es el departamento de Lorenzo Angol. Un piso más y estaré en el mío.

Éste es. No se oye el menor ruido. Cierro es que la Zoraida salía hoy día. Sí, salía. Está solo mi departamento.

Voy a entrar en él.

Abro la puerta y estoy dentro. Cierro la puerta y avanzo unos pocos pasos...

De pronto, ¡veo!

226

Veo una larga, larguísima galería que descende. Hay una luz que la alumbraba aunque no logro saber de dónde proviene. El silencio es total. Siento que mi soledad no es menor. Y allí quedé, sin moverme. Quise gritar para ahuyentar de algún modo ese, en realidad, terrible silencio. Recuerdo que abrí la boca. Fue inútil. Ni un grito, ni un pequeño murmullo, pude expeler. Allí, pues, quedamos el silencio, la soledad y... yo.

De pronto una voz surgió y me pareció que atronaba en mis oídos, una voz que me era familiar:

-¡Ono! ¡Ono! ¿Otra vez te encuentras aquí? ¿Qué haces, grande y querido amigo?

Me rehice y ahora, sí, pude articular unas palabras:

-¡Maribel! Usted se halla aquí, en mi departamento. Cierro es que puedes hacer cosas que para nosotros, los terráqueos, son en realidad incomprensibles. Pero... ¿qué quieres, Maribel? Me habría imaginado cualquier cosa menos el hecho de encontrarte aquí.

Ella me miró con una mueca que no podría saber qué significaba, si acaso era de reproche o de fingida sorpresa. Al fin vino hasta mi lado, me tomó de una mano y se puso a hablar.

MARIBEL

¿Estás bien, Ono querido? Creo que mejor sería que nos sentáramos en ese sofá, el sofá que, ¡tantas veces!, te ha servido para dar curso a tu imaginación. Y así podrás encontrarte nuevamente en tu departamento, en la plazoleta Fray Tomate, un piso, nada más que uno, más alto que tu amigo Lorenzo Angol.

¡Ea, Ono! Siéntate y charlemos. Pero... ¿qué te pasa?

¡Ooooh! ¡Siempre la misma cosa! El menor cambio que ocurre y que aparezca mofarse

de las leyes que ustedes han logrado sentar, el menor cambio os trastorna. Porque veamos, Ono mío:

Tú ya te habías habituado a introducirte por el cráter de un volcán, sea el Llaima o el Riñinahue y, a veces, has ido a volcanes muy lejanos. ¿No recuerdas tus idas al Vesubio? ¡Oh, y ese lindo Paricutín! Te trasladabas hasta ellos casi, casi sin pensarlo y encontrabas lo más natural del mundo estar, de pronto, en el cráter de uno de esos volcanes.

Sí, sí, sí. Lo sé igualmente bien que tú mismo. Sé que, muchas veces, preferías buscar en los pequeños arbustos de la isla del Olor de Santidad. Te gustaba mucho ese cambio: está en medio de los automóviles y microbuses y de pronto, cuestión de minutos, estás en un comienzo de profunda galería, de profundo socavón... Y ya no hay más ruido. Porque has entrado de lleno en las profundidades...

Sí, te comprendo muy bien, mi Ono querido. Las profundidades que se van y se pierden en cosas, en cosas... ¡uy, me llega a dar un cierto miedo al evocar esas cosas! Porque es terrible, ¿no lo crees tú, Ono, Onito mío? ¡Ea, contesta y no te quedes ahí como un monumento de seriedad!

Yo

Maribel, puede usted creerme porque le voy a hablar desde el fondo de mi corazón, desde el fondo de mi alma, desde el fondo de mi esp... sí, eso es, de mi espíritu; pues puedo asegurar a usted que he leído en un libro, no recuerdo ahora cuál, pero lo he leído, que el espíritu es más hondo y más lejano y más profundo que el alma... Sí, lo he leído aunque no estoy seguro de que sea así. A lo mejor es lo contrario; pero sea como sea, yo le hablo a usted... ¡la verdad, la verdad más que profunda!

Esta es mi verdad:

Maribel, estando en su compañía de usted... ¡todo es maravilloso, todo es inenarrable! Usted me transforma, usted me saca de ese tan tedioso medio en que me veo obligado a vivir como vive un animal cualquiera, y usted me lleva al mundo de las esperanzas infinitas. Tal es mi verdad; como tal la deposito ante usted, Maribel.

MARIBEL

¡Uy, Onito, uy! Estás de una elocuencia maravillosa, de una elocuencia... ¿Te ofendería si la llamo... si la llamo... terráquea? ¡Es increíble lo que esa Tierra logra infundir en los que la habitan! ¡Fórmulas y fórmulas y más fórmulas...!

Ono, me aburres. ¡Basta ya de tu mentalidad de allá arriba, sí, basta ya! Mira a tu alrededor, será mejor, míralo y trata de comprender lo que te ocurre.

¿Dónde te hallas, Ono, dónde?

¡Contesta, contesta! ¿Dónde te hallas? ¿Qué ves que has quedado mudo y al parecer, sin sentido? ¡Habla! Si no te explicas...

Yo

Si no me explico.... ¿qué pasaría, Maribel?

MARIBEL

Me perderías de vista y quedarías en la más terrible soledad, la soledad... poblada de millones de seres que han sido como tú y que no se comunicarían contigo pues ya tienen bastante de esos recuerdos terrestres. Y te vuelvo a preguntar: ¿dónde te hallas y qué ves?

Yo

Me hallo, con usted al lado, en un hermoso parque, hermoso como jamás había visto.

Veo también, Maribel, a esos millones de seres que van y vienen, van y vienen. O están quietos. Es, acaso, una ilusión mía el verlos ir y venir. Debe ser una ilusión mía y nada más. Pero... pero...

¡Oh! ¡Es ella, ella; es Lumba Corintial! ¿Y Lorenzo? ¿Dónde está Lorenzo Angol?

Maribel: está a su lado y no la ve. Lorenzo sueña. Lorenzo cree que puede soñar y que sus sueños no salen fuera de él. Está... Sí, está completamente aislado de la verdad y, tal vez, por eso ha encendido un cigarrillo. ¿No lo crees tú, Maribel?

Pero te he tuteado. Déjame... ¡No! Déjeme usted, Maribel, volver a nuestro acostumbrado modo de tratarnos.

Eso es, eso es: guardemos silencio. Mi charla interrumpe esta vida que se desenvuelve aquí. Guardo silencio. Me doblego ante tu presencia. ¡oh, Celso! Hazme caminar por estos senderos que ahora me parecen nuevos.

Yo nunca he estado en ellos, nunca. Pues me he bifurcado y estoy en todas partes a la vez. Sí, Celso amigo, esta es la Plaza, es tu Plaza, la llamada Plaza Dominus Vobiscum. Ahí está el Portal Colonial y, en él, la entrada a tu casa. ¿Quién la ocupará ahora? No lo sé; lo ignoro totalmente. Pero... ¡Ya lo sé!

Ahora habita en tu casa un señor... de día y en medio de los demás que lo rodean. ¿De noche? También es un señor hasta que llega la hora de acostarse. Y él se acuesta satisfecho pues su mujer está a su lado y es una mujer guapa, guapísima. Están juntos en la cama y él la besa, ambos se besan y luego... ¡Oh, no, no! ¿Por qué me he distraído y he empezado a discurrir sobre cosas que nada, nada, me importan? ¿El señor, ese señor que habita tu casa no quiere acostarse o quiere acostarse? Porque no es un señor como tú, mi noble Anacleto Ibacache, tú que siempre te preocupabas, allá en la Tierra, de ese terrible hecho de tener que levantarse y luego acostarse y luego volver a levantarse y volver a acostarse. Y mientras así lo hacías... Elsa se iba muy lejos, se arrastraba por las pequeñas piedras que hay en los campos y jugaba con las hojas ya desprendidas de los árboles y, en ellas, depositaba, su belleza, su inmensa, su inenarrable belleza.

IBACACHE

Yo siempre tuve una franca intuición de esta vida que ahora es la mía. Por eso fui pintor y por eso llamé a la más alta inspiración que viniera hasta mí. Ella, naturalmente, vino. Otros pintores miraban mis telas y murmuraban entre sí: "¿Qué le ha dado a Ibacache por pintar tonterías así...?".

¡Y mira, mira, Onofre, mira lo que nos rodea! ¡Esas piedrecillas y esas hojitas caídas que luego barren con una escoba...! Lo que no se cotiza allá en la Tierra, ya lo ves, Onofre, es lo grande, es lo sublime en estos mundos. Piedras... hojas secas... Y un hombre, uno que en su memoria han quedado los recuerdos de los llamados de los otros mundos, un hombre las vuelve a contemplar. Y ya verás con toda claridad, que este mundo, en sus primeras etapas, es hecho según las imágenes que de él nos habíamos hecho durante nuestro paso por la Tierra. ¡Nuestras imágenes que, a menudo, nos sumergen en las visiones más bajas que nos asaltaban a todo momento!

Yo

¡No, Anacleto, no hables así! Porque éste tiene que ser el momento de hallarnos con las visiones sublimes que allá nos asaltaban y que pronto se iban y sólo nos dejaban un vago recuerdo de su presencia. Al fin y a la postre nosotros, lo que hacemos en la vida, es la carrera tras esas visiones. ¡Tal es nuestro gran problema, Anacleto!

IBACACHE

Sin embargo... Oye, Onofre: tú, tal vez, no recuerdes bien los que se llaman "los primeros años"; ¿verdad? Cuando eras un pequeñín y tu madre o las amigas de tu madre te llamaban, junto a otros niños, y les contaban largas, larguísimas historias que vosotros escuchabais en el más completo silencio.

¡Qué lindas historias eran aquéllas! Pero luego eran achacadas al olvido pues al lado estaban las historias serias y...

Yo

¡Por favor, Anacleto, no continúes que yo recuerdo muy bien todo aquello! Esas historias se llamaban *Cuentos de Hadas*. Me han contado tantos de esos cuentos...

IBACACHE

Tantos que has olvidado o que el tiempo se ha llevado con él. Onofre, en esos cuentos estaba toda la realidad posible, la que pronto, muy pronto volveríamos a encontrar y a ver con otros ojos. De ellas no quedaba más que una que otra piedrecilla, más que una hojita caída que, al mirarla con detención, volvía su rostro hacia ti y correspondía a tu mirada.

¡Como te mira el arte entero, mi querido Onofre, entero! Ve esa tela que tú mismo has puesto ahí. ¿La ves? Guarda silencio, silencio y ¡ójela! Pues tu casa la has decorado muy bien. Lástima que los tantos ajetresos del vivir no te dejen tiempo para reconcentrarte en tus muros y así meditar. Pero tú no me oyes, Onofre, tú estás pendiente de esos ruidos que surgen y atraviesan estos ámbitos. ¿Cuál es el ruido que ha cautivado tu atención?

Yo

Es un ruido que ya se me ha hecho, diría, habitual pues siempre que bajo a estas profundidades, él pasa y pasa cerca de mí. ¿No lo oyes, Anacleto? Es un permanente y, a veces agudo, a veces bajo, un permanente: "Brrrrrrrrrrrrrrrrrr...". Y el productor de este ruido es un hombre que corre desenfrenado tras él, que corre como quien ha perdido todo dominio sobre sí y que, entonces, es víctima del sonido que él mismo produce. ¡Oh, mi pobre Baldomero Lonquimay! Te diré con franqueza, Anacleto, que yo no sé si Baldomero huye o es perseguido por ese tremolar de su propia voz. Hay momentos en que estoy cierto de que él va tras el ruido; hay momentos en que lo veo huir de ese ruido que por su boca se aleja y se pierde. ¿No lo oyes tú también, Anacleto Ibacache?

IBACACHE

No, no llega él a mis oídos, Onofre. Pero no te inquietes por ello. Otras cosas me han de ocupar ahora, es decir, me han de ocupar siempre y es en ellas en las que mi ser entero se afana. Pero te noto inquieto, amigo mío. ¿Qué te ocurre?

Yo

Quiero moverme, quiero estirar mis piernas, quiero, diría, hacer un poco de ejercicio caminando por donde sea. Sí, eso es: voy a caminar por esa calle que alcanzo a divisar por el balcón. Encuentro que es una linda calle. Y... ¡oye, oye, Anacleto!

¡Anacleto! ¡Anacleto Ibacache! ¿Dónde te hallas?

Anacleto Ibacache ya no estaba junto a mí. Había desaparecido y yo me hallaba solo en mi departamento de Fray Tomate. No alcancé a pensar más y me precipité al balcón. Y vi. ¡vi! ¡vi! Fue una enorme felicidad para mí ver que, por la plazoleta, pasaba el hombre Martín Quilpué, siempre igual, siempre con su mirada fija ante él y siempre correctamente vestido. De sus labios se elevaba el silbido

que le es habitual: *El Bolero*, de Maurice Ravel. Una serie de curiosos personajes, una serie de hombres, de mujeres, de chicos y de ancianos, lo seguían cantando el acompañamiento de su silbido. Y unos perritos pequeños, pequeñitos, iban junto a ellos y ladraban con innegable alegría.

—¡Adiós, hombre Martín Quilpué! ¡Adiós! —grité con todas mis fuerzas.

Él, sin nada oír, siguió su camino y su silbido era lo único que se destacaba en medio de esa batahola endiablada.

Estábamos en el cráter del volcán Quizapu. Tenía yo que subir un poco, un poquito más y gozaría de esa vista sin igual que aquel monte, desde su cumbre, siempre depara a sus observadores. Pero me sentía fatigado y tuve que apoyarme en una piedra que allí había. Con este reposo mío perdí de vista al hombre Martín Quilpué; sólo llegaron a mí los últimos acordes que él silbaba acompañado por las voces de esos hombres, mujeres, niños y ancianos que iban junto a él. También oí algunos ladridos de los perritos que lo seguían.

De pronto mi sorpresa llegó al máximo pues, de otro recoveco, vi que aparecía, marchando con una agilidad que sus años desmentían, el doctor Gil Hualañé. De inmediato corrió hacia mí y, un minuto después, charlábamos así:

DR. HUALAÑÉ

¡Oh, gran amigo! Veo que ama usted las grandes vistas panorámicas. Tiene usted toda la razón imaginable, toda la razón, pues, después de contemplar estas vistas que se presentan ante nuestros ojos... ¡oh, amigo mío!, no hay mal que pueda perdurar junto a nosotros. ¡Mis felicitaciones, amigo, mis más fervientes felicitaciones!

Yo

Doctor, doctor, sí, por cierto, le... le... le agradezco a usted sus palabras; pero es el caso de que yo mismo ignoro por qué razón me hallo aquí. Tal vez ha sido el hombre, sí, el hombre Martín Quilpué el que me ha traído hasta estas alturas, tal vez. Pero ahora se me ha perdido y... y... aquí estoy, doctor, sin saber qué hacer ni hacia dónde dirigirme.

DR. HUALAÑÉ

¡Ea, amigo, sigamos y sigamos! ¡Cómo! ¿No sigue usted? ¿Quiere quedarse ante estas maravillas? Tiene usted toda la razón, amigo mío. Pero yo, voy a tener que abandonarlo y voy a seguir mi camino. Le recomiendo que suba a esa piedra gigante que hay ahí, sí, esa piedra, y verá usted las maravillas de las maravillas extendiéndose a pérdida de vista. ¡Salud, pues, por este estupendo Quizapu! Y me voy, me voy. En mi consultorio me esperan unas grandes cantidades de clientes. Y me temo que el doctor Pitrufluquén no dé abasto estando solo. Usted me ha de comprender, amigo mío: el chicote, el chicote. ¡Me marchó, me marchó! Y suba a esa piedra, a esa, y suba lentamente. A su edad, amigo, no hay que hacer esfuerzos exagerados. El corazón hace su vida y nosotros hacemos la nuestra, la nuestra, y... ¡que no se peleen ambas vidas, que sigan de acuerdo, de acuerdo siempre! ¡Adiós, amigo, adiós!

El doctor Gil Hualañé partió, partió. Y, otra vez, me encontré solo en esas, a mi parecer, terribles alturas. Todo zumbaba a mi alrededor. Digo "zumbaba" pues, en realidad, no hallo otro vocablo apropiado. Y luego una pregunta me asaltaba a cada momento:

"¿Qué estoy haciendo ahí en la cumbre del Quizapu?"

LONQUIMAY

¡Silencio! Mancebo, recogeos en vos mismo y orad por ella, orad por Clea Purén que sigue viviendo en una ilusión. He dicho y repito: recogeos y os pido que respiréis estos aires llenos de lo que los aires ha de llenarse cuando ellos no existen.

¡Pues éstas no son esas negras galerías que veis, mancebo de las mancereías o manceberías o mancebeberías! Estas son, son, son...

¿Qué son, Onofrum Borneum? ¿Qué son?

Yo

Baldomero Lonquimay: son las calles de mi ciudad, son las calles de San Agustín de Tango. ¡Sí! Las reconozco y no quiero salir de ellas nunca más. Aquí viven mis amigos, ¡todos mis amigos!

¡¡Ea!! ¡¡Vengan esos amigos míos!!

Esperé unos instantes. No aparecía ninguno. Era la soledad, ¡otra vez más! Miré hacia todos los lados posibles. Me veía a mí mismo prolongándome por nuevas y negras galerías. Hice un gesto para impedir que esta tan clara prolongación continuara. Pero una parte mía no me obedeció y se fue, se fue... Y, yo de atrás, la seguí hacia donde quisiera llevarme, hacia donde quisiera.

Una voz me detuvo:

PIDINCO

¡Oh, cuánto honor es encontrarme con usted, sí, con usted, mi distinguido señor, cuánto honor! Me parece muy bien que se acostumbre usted a venir a estos mundos que, a mi modo de ver y si oso expresarme así, son superiores, si me permite, a aquellos que tiene usted la costumbre de frecuentar allá, allá abajo, como dicen algunos, sí, algunos.

Yo

Es manera de expresarse y nada más, don Irineo. Decir de un modo o de otro modo... ¡es lo mismo! Pero, en verdad, es que esta parte del mundo me parece superior a la otra parte.

PIDINCO

Si usted lo ha dicho, mi señor, no tenemos más que callar y creer, callar y creer. Eso es. Y, sin nada alegar en favor ni en contra, pasearnos, sí, eso es, pasearnos por estos paisajes que son, a mi parecer, sencillamente, sencillamente... ¿fabulosos? Creo que es la mejor palabra para designarlos. ¿O acaso "grandiosos"? Usted, mi señor, con su gran sapienza, ha de comprender lo que a mí me va y me sigue ocurriendo y cada... ¿Diré "día" o mediré ese tiempo que hay allá con las llamadas "horas"? Como sea, señor mío, me va ocurriendo que cada día me encuentro más desconectado de aquella parte de la Tierra en que usted habita. Ya poco la recuerdo, poco, poco, salvo cuando mi memoria va hacia esos que fueron para mí exquisitos y muy exquisitos garbanzos.

Yo

Lo recuerdo, don Irineo. ¡Cuánto gustaba de ellos! Es que, en realidad, es uno de los platos que yo también prefiero, que devoro con apetito.

PIDINCO

¡Oh, lo que siempre yo he dicho, señor mío! Esto es fruto de su alta sapienza. La gente que está destinada a seguir su vida en estos mundos, esa gente...

Yo

Esa gente, ¿qué cosa, don Irineo?

PIDINCO

Esa gente ama los garbanzos locamente. No lo digo, no, por mi persona. Esto que a mí me ocurrió, ha sido una pura coincidencia y nada más.

Yo

Pero siempre los ha de recordar usted, don Irineo, y su apetito se ha de abrir aunque hoy día ya no pueda usted tragarlos como lo hacía en aquellos lejanos días en que era usted un habitante de la Tierra. En todo caso hizo usted muy bien en ser un gran adepto a esos ricos leguminosos.

PIDINCO

Por cierto, mi señor, por cierto. Pero los garbanzos se van, se alejan y ya sólo forman un recuerdo confuso en mi mente que se mezcla con otros que... que... parece que se aferraran en mí y no quisieran soltarme. Me refiero, mi señor, a esas que fueron las terribles Guaxas y que me atacaban en todas partes, sí, en todas las partes posibles. Pero, en fin, ya ha pasado todo ello, sí, ha pasado y no creo haya de volver, no, no lo creo. Ahora me plazco en medio de estos magníficos panoramas cambiantes, sí, eso es, cambiantes que por todos los lados vienen a mí. ¿Osaría preguntar a usted, mi señor don Onofre, si ellos son también perceptibles para su persona? ¿Lo son, mi señor, eso es, lo son?

Yo

A veces me son perceptibles, don Irineo, pero, en general, se me esfuman y los pierdo de vista. Esto se mueve y se mueve demasiado. A veces me he encontrado en el fondo de esta Tierra; a veces me he encontrado en plena ciudad de San Agustín de Tango. Me gustaría que usted me charlara y así creo que vendría la calma en mí. Sentémonos, don Irineo, sentémonos. ¡Ya lo ve usted! Estamos ahora en mi pequeño departamento de la Plazoleta Fray Tomate. ¡Hábleme, don Irineo, hábleme! Había usted mencionado a aquellas tan terribles Guaxas. Sé que ahora no atacan, pero ¿las recuerda usted siempre, amigo mío?

PIDINCO

¡Oh, señor mío, ya no queda en mi memoria terrena más que el recuerdo de algunos de sus nombres! Y estos nombres veo que se van y se van. Paulina Corcho... Eufobina Colliguay... Y recuerdo siempre a Julieta Pehuén y, sobre todo, a Biandina Tarata. Junto a ellas surgen una serie de... ¿podré decir "animalejos"? Sí, eso es: animalejos: los cumbilecos y las escolopendras y los que yo tanto temía en un principio, es decir, los leucoterios. Pero ¿qué podían hacerme, qué? No, no me hicieron nada; eran simples recuerdos de la superficie, como usted, don Onofre, la llama. Pero, mi señor, yo vivía allá como ya se lo he dicho a usted varias veces: vivía yo como un intruso, eso es, un intruso. Como viven la mayoría de los seres, por no decir, todos los seres. Salvo usted, mi señor, que es siempre salvado por su sapienza, eso es, su sapienza.

Y ahora debo marcharme, debo seguir mi vida de estos mundos. ¿No lo cree usted, don Onofre? Oso preguntárselo pues tengo la más absoluta certeza de que su sapienza lo hará comprender, sí, lo hará comprender mi premura, eso es, mi premura.

Yo

Dejo a usted toda la libertad posible, don Irineo, toda la libertad. Jamás me ha molestado usted, jamás. Puede usted hacer a su antojo y la próxima vez que nos veamos...

Don Irineo Pidinco ya no estaba junto a mí. Yo estaba solo en mi gabinete de Fray Tomate. Vi un gran socavón que se formó como para llevarse a don Irineo. Por él se metió y luego se borró.

Corrí a mi balcón y me asomé: no cabía la menor duda: era mi ciudad con su aspecto ordinario. Pasaba gente en todas direcciones, pasaban autos; todo igual.

De pronto vi a Eusebio Palena que llegaba a casa y vi que el hombre venía radiante. Esperé unos instantes. Sonó, al fin, el timbre y fui a abrirle. Desde mi balcón a la puerta de entrada mediaba un pequeño trecho. Lo traspuse y, mientras así lo trasponía, te vi a ti, ¡a ti!

Te vi, mi adorable Colomba...

227

Te vi y pude conversar contigo. Pero no me detuve; seguí mi marcha hacia Eusebio Palena. Un minuto, ¡qué!, medio o un cuarto de minuto después, estrechaba yo su mano y una charla se entablaba entre nosotros. Pero en ese cortísimo instante, ¡hablamos, sí, hablamos, Colomba y en él cupo lo que es necesario de mucho tiempo en las conversaciones de cada día!

Allí estabas tú, Colomba. Estabas de pie y estabas muda. Una muy pequeña sonrisa vagaba por tu rostro. Ante ella me incliné y caí de rodillas. Pero avanzaba hacia mi puerta pues ya el sonido del timbre de Eusebio Palena había sonado en mis oídos.

No ha mediado más de un cuarto de minuto entre oír el timbre y estrechar su mano. En ese brevísimo plazo, brevísimo en la vida de cada día, el tiempo mío se agigantó y en él cupo lo que necesita mucho, mucho tiempo, en nuestra vida cotidiana.

Instantáneamente me sentí bifurcado: un hombre que vive con este tiempo; otro tiempo que vino a vivir en el otro hombre.

Tiempo corto, cortísimo. Mas en él había cabido toda mi vida. Cada paso que daba obedeciendo al llamado de Palena, se agigantaba junto a mí y llenaba todos los ámbitos que me rodeaban... No, diría yo que me habían rodeado y que ahí estaban sobre mí pero sin manifestarse.

Ahora se manifestaban. Ahora ahí estaban presentes y se abrían inmensos ante mí.

Mis piernas avanzaban hacia la puerta. Yo veía a Palena que me esperaba del otro lado. ¡Oh, Palena! ¡De seguro que traes una nueva Zambafusa, la número 31 y que aquí, en mi departamento me la vas a leer ¿no es verdad?

Y yo estoy ante ti, mi Colomba, sin moverme, sin hacer ni el más leve movimiento. Estamos en la mudez pletórica de palabras; estamos en un silencio que nos lleva al sitio en el cual termina el tiempo y todo vive en la eternidad. Porque es en esa eternidad en la que vivo contigo, mi Colomba. Vivir allí no impide que mis pasos vayan hacia la puerta y hagan entrar a ese inmenso Palena que ahora me ha de traer la gloriosa Zambafusa de su espíritu creador.

—¡Hola, Eusebio, qué bien que hayas venido hasta casa!

—Sí; apenas he terminado esta Zambafusa, tu recuerdo me ha venido y me he precipitado a Fray Tomate.

—¡Cómo! ¿Vienes solo? ¿Y Polinesia Loncotoro?

—Tú me has de comprender, Onofre. Cuando oyó esta Zambafusa fue tal su entusiasmo que su apetito se abrió y yo, encantado, le ofrecí todos los churrascos habidos y por haber.

—Así es que ella devora churrascos ahora.

—Sí, tú lo has dicho, querido amigo. Ella ha quedado allí en el Bar Celona y allí devora sus churrascos.

Pero yo camino a la puerta. Oigo la voz de Rosendo Paine. Oigo la voz de Nicole Chaumont. Y Rosendo me dice con cierta indiferencia, me dice entre dos pipas de opio que fuma:

—¡Oh, Rosendo...! Disculpa, quise decir Onofre. ¿Crees tú que una equivocación de nombres, poner el mío en vez del tuyo, tenga una importancia que pueda contarse? ¡No, mi amigo, no la tiene! Porque veo, con una transparencia completa, cómo tu vida está cargada de miles de achaques.

—Sí, tal es la verdad, Rosendo: miles de achaques.

Él se incorpora un poco. Yo creo que es la presencia de Nicole la que lo ha hecho incorporarse. Pero ella duerme, duerme en el opio. Rosendo me pregunta:

—¿Por qué no vives en nuestra paz absoluta?

Colomba me responde:

—Es lo que siempre yo te he dicho, mi buen Onofre. Pero...

—Pero... ¿qué, Colomba?

Ella responde envolviendo en su respuesta esa sonrisa:

—Onofre, ¡no vayas nunca al opio! Onofre, ¡ven hacia mí!

Yo le respondo:

—Es lo que deseo, mi Colomba, es lo que deseo: ¡poder ir hacia tí y, una vez junto a tí, no cambiar más, allí quedar!

.....

Palena ya estaba en casa. Palena me invitaba al bar Celona. En él hallaríamos a Polinesia, pediríamos unos piscos, y entonces él me leería su Zambafusa número 31. ¡Yyo vería a qué profundidades él se había lanzado! ¡Sí, lo vería!

—Andemos, Onofre, andemos.

—Sí, andemos, Eusebio. Puedes creerme que ardo en ganas de penetrarme en esa Zambafusa.

.....

Yo vivía sobre el recuerdo de aquel momento, rapidísimo momento mientras iba de mi sitio a la puerta y hacía pasar a Eusebio Palena.

Recordaba que, en ese momento, había yo ido a la eternidad...

Ahora, ese momento, se había ido a su sitio; ya no estaba en mí. Yo lo contemplaba desde el sitio en que él, ese recuerdo, me había dejado... Me había dejado abandonado y no teniendo como vida más que un recuerdo lejano que seguía su vida sin mí, en el sitio en el cual yo quería estar. Pues en él estabas tú, mi Colomba.

.....

Es el bar Celona. Allí estamos los tres.

Allí estamos Polinesia, Eusebio y yo. Ella devora un churrasco y nos explica entre sus mascadas:

—Hoy no he almorzado. Hoy no he probado ni las pancutras ni el guiso de porotos. Comí el postre y nada más, nada más. Así es que creo tener derecho a nutrirme ahora aquí.

Eusebio le responde:

—¡¡Por cierto, amor mío! ¡Nútrete bien nutrida! Lo que es yo... yo voy a leer a mi amigo mi última Zambafusa, la Zambafusa 31, la que ha penetrado a otras regiones... al parecer vulgares, al parecer de todos los días. Pero ¡no es así, no y no! En estas luchas literarias, ya te habrás fijado, Onofre, que aquello que es al parecer de una indescriptible vulgaridad, es... ¡oh, amigo!... es lo que deslinda con aquello que se halla... ¡ay, Onofre!... en los límites de aquello que ya no tiene límites. Pero permíteme unos muy cortos instantes. ¡Ea, camarero, ea! ¡Venga usted hasta esta mesa! Y tráiganos dos piscos, dos grandes piscos que ya pediremos otros dos más. Y tú, Polinesia, ¿querrías otro churrasco?

—Gracias, no. Estoy satisfecha y me voy a ir de compras. Queda usted, amigo mío, frente a una gran obra de mi esposo. ¡Ojalá ella sea de su agrado! ¡Adiós, adiós!

Y Polinesia desapareció y yo sentí que otro ámbito caía sobre el Bar Celona. Dije entonces:

—Recuerdo, Eusebio, que tú me hablaste de esta nueva y enorme Zambafusa que ya proyectabas. Fue la última vez que nos hemos visto, lo recuerdo perfectamente. Ibas tú a lanzarte por nuevas vías, ibas a sumirte en no sé qué cosas muy nuevas, ibas...

—Amigo, te pido silencio y te pido atención. ¡Y verás, Onofre, verás! Ahora bebe un traguito, si te place, y... ¡escucha!

.....

Eusebio leyó. Yo pensaba en ti, mi Colomba; yo te veía cerniéndote sobre mí. Porque ahí estabas, muda y serena. Entonces exclamé:

Quieta, Colomba, quieta...

Y el pasado vivió; el pasado llegó hasta mi lado y ambos fuimos uno solo. Pero todo lo veía claramente: el Bar Celona, la gente que entraba y salía; los autos que pasaban por fuera, los camareros, en fin, todo. Y veía a Eusebio Palena, a Eusebio frente a mí con sus papeles en sus manos y su boca echando fuera esa Zambafusa nacida de las calles, del vivir cotidiano de una ciudad.

Sin duda estaba yo bifurcado: una parte mía estaba allí en el bar con Eusebio; otra parte estaba en el cielo que tú, mi Colomba, habías abierto ante mí. Pues te veía mientras caminaba a abrir la puerta; te veía siempre en silencio y sonriente.

Palena leía, Palena llenaba el bar con su voz. Yo escuchaba, en verdad, absorto. Colomba ahí estaba, inmóvil.

Zambafusa N^o 31

Esta es la calle por la cual yo avanzo. Yo avanzo porque todas las calles son iguales. Lo son en esta ciudad y en todas las ciudades del universo. En ellas él habla, ella

habla, ellos hablan, ellas hablan. Y yo vuelo por encima de sus frases como vuela el avecilla por encima de los verdes que quedan abajo.

Él dice, ella dice, ellos y ellas dicen:

—Vámonos por abajo, oye.

Él responde, ella responde, ellos y ellas, a su vez, responden:

—No, es mejor ir por arriba.

Otros dicen:

—Economizan en la ropa y ese dinero...

Y todos dicen:

—Y a Francisco yo lo encuentro de lo más antipático; no le he podido encontrar esa simpatía que le encuentran todos; no, no lo he podido jamás.

Y otro:

—Yo, te diré, con ese sueldo me siento, en realidad, feliz.

—¿Vamos a estar aquí parados hasta las 6 de la tarde? No, no; podíamos irnos a la casa, sí, sería mejor.

—Cualquiera de los cajeros del frente le pagará, cualquiera...

—El sábado fui a ver a don Emilio; salió la empleada y yo le dije que había estado enfermo; ella debe haber comprendido, ¿no crees tú?

—Va a hacer un año, en pocos días más, sí, va a hacer un año.

—Eso era antes. Sí, mi linda, antes. Cuando era muy sonriente; pero lo que es ahora, anda así... así... No creas que te exagero: así y sin mirar a nadie.

—Él estaba comenzando a hacerlo todo como se debe hacer.

—Y estas elecciones presidenciales van a ser unas de las más...

—Llegó, creo, por ahí en febrero o en marzo, según me parece; no estoy bien seguro...

—¡Ay, qué bien estás así, mi linda! ¡Muy, muy bien! Deberías andar siempre así, siempre...

—Si este bárbaro casi dio la vuelta al mundo entero.

—Yo, te diré, le aconsejé que viera a un clínico, a un buen clínico, y se dejara de estar oyendo pequeños consejos...

—El tren sale a las 4 y 25 minutos, en punto.

—Yo, todas las mañanas, empiezo por comerme un par de huevos y después...

—No tenemos para qué ir tan rápidos. Tiempo tenemos. Andemos con lentitud.

.....

Noté que Eusebio Palena estaba pálido. Felizmente había terminado de leer su magistral Zambafusa N^o 31. Guardé silencio frente a él. Él suspiró y creyó oportuno explicarme:

—Onofre, he podido leer hasta el final. Pero, he de decirte, que ya no podía más. ¡No es en vano que un hombre, que un simple mortal, como soy yo, después de todo, no es en vano...!

—¿Qué cosa, mi querido Eusebio, qué cosa?

Él pidió una botellita de jugos de frutas. La tomó de un sorbo, de uno solo. Por fin, creo, se rehizo y habló:

—No es en vano, Onofre, que un simple mortal se sumerja a estas tan terribles profun-

didades donde sólo el genio, el supergenio, es capaz de penetrar. Porque yo he abandonado la inspiración divina y he oído la inspiración de todos los días, de todos, de... ¡todos! ¿Me oyes?

—Por cierto, Eusebio, te oigo y es tal el arrobamiento en que tú me has hundido, que siento las palabras atajadas en mi garganta. Te ruego que sigas disertando sobre esta Zambafusa. Yo sólo puedo asegurarte que ella ha pasado cuantos límites se creía poder poner a la inteligencia humana.

Él me miró y dijo:

—Gracias.

Yo respondí:

—No tienes por qué agradecerme. Es el corazón el que ha hablado.

Él repitió:

—Nuevamente van mis gracias.

Yo dije:

—De nada.

Él, entonces, insistió:

—No lo olvides, mi gran Onofre, no lo olvides: el supergenio me ha visitado y me ha llevado a la charla cotidiana de los transeúntes que van por las calles, que van por las avenidas, que van por las carreteras, que navegan, que vuelan, que ni un solo minuto están en paz. Pues ellos son los transeúntes y nada más. ¿Y nosotros? Yo te lo pregunto: ¿Y nosotros?

Quedamos un momento en silencio. Yo me preguntaba:

“¿Y nosotros?”

De pronto dije a Palena:

—Tu Zambafusa es más que genial, amigo mío, pues ella nos hace vivir en eso terrible que vivimos y... despreciamos. Ella nos lleva a nuestro ambiente que siempre respiramos, nos sumerge en la atmósfera de todo momento. ¡Has hecho muy bien en alejarte de aquello que es divino! ¡Muy bien has hecho, Eusebio!

Luego él se fue apresuradamente. Algo de Polinesia lo obligaba a marcharse. Allí, pues, quedé solo. Luego salí a mi vez y marché por las calles. Me detenía de cuando en cuando para oír hablar a esos que pasaban junto a mí: Palena había observado magistralmente lo reflejado por su Zambafusa Nº 31. ¡Y todos hablaban y hablaban y volvían a hablar!

De pronto me vi acosado en esa atmósfera que me rodeaba. Caminé, entonces, más de prisa. Sentía que un dedo me empujaba y yo quería salir de allí donde me hallaba. Pasaron dos señores que avanzaban con lentitud; uno le decía al otro:

—Dejé todo lo que estaba haciendo y, sin más, me mandé mudar...

Pero unas damas, que iban en sentido contrario, alegaban muy diferentes cosas:

—La niña era tan, tan sumamente buena, mira, que es una muy terrible pena que...

El dedo seguía empujándome. Yo seguía obedeciendo.

Así me encontré, súbitamente, en la puerta del bar Boteo. Tuve que decirme:

—Aquí he de entrar.

—¡Hola...! No te había visto. ¿Vas a entrar al bar Boteo? Yo vengo de estar en él y sirven muy, muy bien. Voy a venir siempre, siempre.

—Es lo que me han dicho, que está muy bien.

—¡Hasta pronto, amigo! ¡Ya nos encontraremos aquí otra vez!

—¡Hasta pronto!

Entré. El ambiente era el mismo que en otros bares. Felizmente no conocía a nadie; todos me eran clientes desconocidos. El tipo que salía había sido tragado por la ciudad. Estaba, lo repito, solo.

Solo...

La soledad que sentía salió de mí, salió e inundó mis alrededores. Los inundó de tal modo que vi que el bar Boteo desaparecía a su vez. Sólo había a mi lado una luz, una luz de eternidad. En ella me sumergí.

Desde ella pude decir... suavemente... sin producir ni una sola trepidación en la atmósfera:

—Colomba... ¡Colomba!

Pasó rápidamente un camarero; pasó un cliente; pasaron muchos clientes...

Yo... Esa luz y tú, Colomba.

228

En esa luz nos sumergimos. Todo desapareció a mi lado. Sólo, sólo sabía que te amaba. ¡Sí, Colomba, te amaba! Pero... ¿era yo el que te amaba? Pues hubo una total bifurcación en mi ser, como acababa de haberla al ir a abrir la puerta a mi amigo Palena. Una parte de mi ser se hallaba en aquella luz; otra era consciente de cuanto me rodeaba. Y esta parte iba de un punto a otro, en una carrera tal vez vertiginosa. Y se balanceaba en todo cuanto en mi mente bullía, a veces; en todo cuanto pienso en silencio y con mucha calma, otras veces.

Pero pronto salía de ese estado moviente. Entonces volvía aquella luz. Tú aparecías nuevamente, tú *me* aparecías y te veía ahí, cerca de mí, dentro de mí. O era yo el que me expandía, me dilataba y perdía toda conciencia de mí mismo.

Ahora que escribo sobre este recuerdo, me encuentro sin las palabras que puedan traducirlo. Porque en realidad no era yo o, acaso, era totalmente yo. Sentía, sí, una sensación de movimiento, sentía que había pasado a otro mundo, que en él estaba, que en él era. Y me reconocía completo, total. Sentía que este reconocimiento me habría hecho gritar, clamar:

—¡Este soy yo, yo!

Pero, junto a mí, imperaba la *inmovilidad*.

Era la paz absoluta.

Era tu presencia, Colomba; o era yo mismo que era dentro de tu presencia.

En todo caso era, lo repito, la inmovilidad absoluta la que producía tu existencia.

Tu existencia que se dilataba o se restringía. Pues el mundo había cambiado. En este nuevo mundo veía yo lo que me acababa de acontecer viviendo en un torbellino bullicioso. Llegaba hasta mí y junto a mí revoloteaba. Pero sin personajes. Llegaban las ideas y ante mí se hacían presentes.

Así apareció Eusebio Palena y, junto a él, como cosa primera, su Zambafusa número 31, la que le vino al oír a la gente que va por las calles y comenta y comenta miles de cosas. Así forma un techo que se nos viene encima, un techo que nos estruja. ¿Es ello posible?

¡No, no! Pues ahí avanzan esos dos señores y uno dice:

-Dejé todo lo que estaba haciendo y, sin más, me mandé mudar...

Y aquel de Palena dice y repite hasta el cansancio:

-Yo, te diré, con ese sueldo me siento, en realidad, feliz.

Tú, Colomba, ahí sigues, ahí seguimos los dos. Pero esta terrible Zambafusa me tiene preso y agarrotado.

-¡Colomba! -grito-. ¡¡Colomba!! Veo ahora que nuestro trabajo principal consiste en abrir un hueco y así poder ver más allá. ¡Eso es, eso es!

Eso es... Eso es... Eso es...

Tuve que meditar un momento, tuve que reunir mis ideas que, me parecía, habían tomado demasiada, sí, demasiada libertad en mi mente. Pues... pues... ¿qué era lo que así era?

A mi alrededor todo era un caos. Era un caos dentro de esa tan completa inmovilidad que reinaba soberana. Era un caos pues todo se movía y cambiaba: había túneles, inmensos socavones como yo había visto tantas veces en el fondo de la Tierra; había socavones que se introducían en el bar Boteo y todos ellos se transformaban en mi escritorio de Fray Tomate. Y pasaba San Agustín de Tango, pasaban sus calles, sus avenidas, sus parques y jardines y todos, sin excepción, bañados por las aguas del río Santa Bárbara. Aguas que llegaban hasta mí, que me envolvían entero, me sumergían, pasaban con el balneario de Pompita, con el puerto de Noriol y sus barcos, y allá, con Curacopque que derramaba grandes cantidades de manganeso. Allá lejos veía a Punta Breñal; al lado estaba Itoquito y, un poco más lejos, Illaquipel. Entre ellos estaba el fundo de Taulemo; veía sus casas, sus grandes corredores y tú, Marul, ¡linda Marull!, te paseabas por ellos. Eras los corredores mismos.

Los corredores mismos...

¡Avanza Marul, avanza! Iremos a ver a Florencio Naltagua, al que hoy es Celso. ¡Cómo! ¿Lo ignorabas tú? Claro está; lo comprendo. Te diré por qué razón lo ignorabas: porque cerca ya, relativamente, se halla el Cajón de Lepomande. Cerca, el Picoldo; un poco al Norte, el Marmolejo y, a sus pies, la... la... ¡Casa Maldita!

Sonreí ante esta Casa Maldita. ¿Por qué sonreí?

¡No, no, mal hecho haber sonreído! Necesitaba seriedad, una muy profunda seriedad. Pues todo ello ha vuelto a desaparecer; sólo ha quedado la luz, la luz, ¡la luz!

Yyo estaba en ella y se me había escapado... Con ella te habías escapado tú, Colomba, tú... Pero, ¿puedes escaparte tú? No, no lo puedes; no tengo más que cambiar mi mirada y... ¡ahí estás!

Vuelve la inmovilidad. Vuelve la quietud. Yo desaparezco. Yo me inclino. Tú creces. Tú ocupas todo. No queda un rincón sin que en él no esté tu presencia llenándolo todo.

¡Colomba! ¡¡Colomba!!

Quiero hablarte. Mi voz calla. Pero quiero hablarte. Hablarte de cualquier cosa, de cualquier cosa. ¿Cómo voy a saber yo lo que puede esconderse entre mis labios?

No lo sé; lo ignoro totalmente.

Entonces debo hablar. Entonces deben mis labios hablar.

Tú has sonreído. Tu sonrisa es, para mí, una orden. A ella debo obedecer.

A ello obedezco.

Colomba, escucha, puedes escucharme. Pues ahora estoy sin tiempo. ¡Como estás tú, Colomba!

Me vas a escuchar, ¿no es verdad? Quiero salir de ese mundo en que vivo, en que estoy

obligado a vivir. Claro está, tú has vuelto a sonreír pero con otra sonrisa, sí, con otra. Y con cada sonrisa tuya te alejas de mí lado. ¿Comprendes? ¡Te alejas de mí lado!

¡No, no, no! Queda ahí donde estás. Yo hablaré porque siento que es la única manera de retenerte. Aunque... aunque...

¡Ea! ¡Silencio! ¡Que nada perturbe nuestro alrededor! Hablemos de lo que pasa cada día, de lo que vemos y oímos cada día... ¿No lo crees tú, Colomba?

Hablemos... ¡de lo que venga!

De lo que venga y... de lo que pasa... Eso es... Pero, ¿qué es lo que pasa?

¡Sí, sí, sí! Pasan muchas cosas, pasan enormidades de cosas. Por ejemplo, hace un rato, un ratito, he estado con Eusebio Palena. Y este Eusebio me ha dejado abismado con una Zambafusa que acaba de escribir. Tú podrías leerla y, tal vez, nada encontrarías en ella, nada de nada. Pero... pero...

Algo me confunde, Colomba. Viene, a cada instante, la imagen de Desiderio Longotoma y vienen imágenes de Pompita. ¡Él había hecho antes esta Zambafusa! Cuando se paseaba con amigos por la Costanera de aquel balneario y hablaban de las casas que allí se veían y de quienes eran ahora y de quienes habían sido y de quienes serán en el tiempo y de... de...

Tú has de comprender, mi Colomba. Desiderio es un gran tipo, un formidable tipo. Sólo que... Él oyó eso que me dije y no se le ocurrió escribirlo; no, no se le ocurrió. En cambio Palena, lo escribió y muy bien, admirablemente bien.

En este caso estoy con Eusebio Palena por encima de Desiderio Longotoma. O tal vez, es lo que ahora pienso, tal vez...

Pero calla, Onofre, calla por piedad. ¿Estás al lado de esa que es tu ideal, para hacer comparaciones literarias entre dos amigos tuyos? ¿Es ello posible?

Debo callar. Debes perdonarme, mi Colomba. Guardemos un momento de silencio. Pues ahora que no hay túneles ni galerías interminables; ahora no hay calles ni paseos; ahora no hay un escritorio en Fray Tomate. No hay nada, nada...

Porque estás tú, Colomba, y porque yo quiero penetrar en tu diáfano limbo. En él quiero penetrar y en él quiero quedar siempre.

¡Atrás, atrás mundo que me rodea!

Estoy contigo, Colomba.

Seguiré contigo, Colomba.

Y una bendición, tú lo verás, caerá sobre nosotros.

¡Silencio!

Hablemos, hablemos sin que nuestros labios hagan el menor movimiento. Hablemos como si estuviéramos en el fondo de este planeta.

Pero no puedo hablar. ¡Y debo hablar!

Tú me comprendes, Colomba. Debo expresarme, debo vaciarme ante tu figura. Por eso... guardemos silencio.

Y las palabras afluyen a mí apenas pronuncio esa palabra, esa sagrada palabra de silencio.

Si ellas afluyen... ¡que salgan!

¡Salgan, salgan todas ellas!

Ahora pueden salir y yo, yo... ¿me has entendido? Las miraré de aquí y las veré salir y hacer las piruetas que se irán tras de uno o dos o tres señores que esperan oír frases y más frases nuestras.

Así tendrán tema para conversar... Tendrán tema para matar un día más en esta existencia.

¡De eso se trata, mi Colomba, de eso: de matar cada día que aparece, que despunta allá lejos y que viene sobre nosotros!

Porque estos días son nuestros enemigos, nuestros más terribles enemigos. Pero son enemigos benévolos. Sí, lo digo y puedo repetirlo cuantas veces sea necesario. Voy a repetirlo:

—¡Sois días benévolos los que pasáis junto a nosotros!

Porque no hay uno solo —¿me oyes, Colomba?— que no traiga con él su pesar. Y lo da, lo da. Son verdaderas montañas de pesares las que nos rodean por todos lados, por todos, ¡por todos!

Por eso yo estoy aquí a tu lado. Pero... hablemos, hablemos de eso que circula por las calles de fuera y por las calles de dentro nuestro cerebro.

¿Qué afán tengo yo de dividir y clasificar las cosas?

¡Fuera ese afán!

Hablemos, mi Colomba, hablemos.

Quiero hablarte de vagar por las calles, es decir, de callejear. Yo, y mis amigos, lo llamábamos el arte de "navegar". Salíamos y así navegábamos y navegábamos, sin rumbo, sin objetivo alguno. Y esto nos gustaba, podría decir nos arrebatava, por el hecho de que no sabíamos adonde íbamos ni menos aún qué objeto llevábamos al navegar en esta forma. Pero un día, un día, Colomba mía, yo dejé de navegar por nuestras calles. No quise navegar más, no y no. Pues recordé que así salía yo por las calles de París y luego quedaba abismado ante la variedad que aquella ciudad me presentaba a cada momento.

En cambio aquí... ¿qué?

Piensa que era en Santiago donde practicábamos este arte de la navegación. ¿Qué podríamos haber hallado en él? Aun en San Agustín de Tango... ¿Qué?

Era mejor seguir y seguir y siempre seguir... caminando y, como única conversación, maldiciendo nuestro destino.

¡Ah! Porque es muy hermoso caminar y maldecir el destino. Sobre todo cuando la cosa marcha bien, perfectamente bien... ¿No lo crees tú, mi Colomba? Y hay un amigo, hay dos amigos y hay tres que van con nosotros... maldiciendo. Así pasa la ciudad entera bajo nuestros pies. Al fondo está París; al fondo está nuestro sueño, nuestro sueño dorado...

Pero estoy en Chile, estoy aquí, Colomba.

Aquí estamos, Colomba. Guardemos un momento de silencio. Debes callar. Yo también callaré. Porque estamos en Chile y, pronto, he de regresar a esa vieja Europa.

Estoy en Chile. He venido por poco tiempo. Como en todos mis viajes anteriores —pues he venido tantas y tantas veces—, como en todos ellos, traía la resolución de pasar la mayoría del tiempo en el campo, todo el tiempo, ¡todo!, pasarlo en el campo. Pues teníamos un campo, un fundo. Y un fundo... era Chile; la ciudad era Francia, era Italia, era Europa entera. Era allá lejos, muy lejos. Caminemos. Caminemos por la ciudad, por Santiago. Y no olvidemos de maldecir y de recordar.

Al campo no iba; apenas pasaban algunos días allá en el fundo. El campo... me incita a una vida sosegada, una vida de mucha meditación. Veo cuanto he soñado en otros tiempos; veo cosas que, por su mismo fracaso, me son antipáticas y, a veces, hasta dolorosas. Esas cosas empiezan a levantarse, a levantarse poco a poco, empiezan a asomarse cuando menos lo espero, tras de un árbol o a la vuelta de un camino.

Pues he perdido el hábito de escribir y aún el de pensar. Por cierto yo culpo a la lejanía del viejo mundo. Cada una de esas ideas que se asomaban por entre el follaje o que me alcanzaba en el ladrido de un perro... Colomba, las dejaba allí solas en el campo, las dejaba abandonadas.

Este hecho concluía por excitarme los nervios y por darme un penoso sentimiento de reproche hacia mí mismo, de remordimiento.

Claro está, Colomba, claro está: a veces empezaba a escribir; pero no seguía. El hecho de tomar el lápiz ante una hoja blanca, me precipitaba hacia otros mundos. ¿Qué mundos? —has de preguntar tú, mi Colomba. Te lo diré:

El mundo del pensar, el mundo de deducir, de asociar ideas, ese mundo de goces muy intensos que nace de un esfuerzo noble...

Hoy, no. Ahora, no. Ahora es penoso, es sencillamente matador.

¿Por qué he dicho "hoy, no"?

Me he transportado a esos tiempos lejanos y, créeme, los estoy viviendo en este momento mismo.

En este momento no existe el tiempo, Colomba.

Porque tú estás junto a mí.

Pero, a cada momento huyes, a cada momento te vas y desapareces. Ya aquí quedo solo, quedo reintegrándome a mi vida animal. Como vive un perro, como vive un topo, como vive todo aquello que cree vivir porque se refríega en la tierra.

¡No! ¡Hablemos, Colomba, hablemos! Ya he ido contigo a mi antiguo fundo y... y... y... Al ir contigo he visto las ideas que se asomaban tras los árboles y a la vuelta de los caminos.

Porque estoy encerrado en aquello que... ¿Podría llamarlo "mi pasado"?

No; yo no creo en el pasado. Tampoco creo en el futuro. Creo solamente en la unidad del tiempo. ¿Me oyes? Pero... ¡basta, basta! Quiero volver a la vida cotidiana y poder verla, a esa vida, con tu presencia sobre mí. Esa vida que se desarrolla y que, encima de ese desarrollo, todos creemos marchar y disfrutar de ese desarrollo...

Llego a reír ante estas creencias nuestras. Sin embargo la vida cotidiana es, es, ¡es!

El otro día, hace muy poco, me encontré con un señor belga y nos hicimos muy amigos. Se llamaba Jacques. Un hombre que viaja y viaja todo el tiempo; la prueba es que yo me encontré con él aquí, aquí en San Agustín de Tango. Pasamos a una cafetería. Ahí nos sentamos y charlamos mucho, mucho, muchísimo. Bien; Jacques me dijo que ahora pensaba viajar más todavía pues iría a Groenlandia y a Paraguay; sí, mi Colomba, iría a esos sitios pues eran los sitios que sonaban, a sus oídos, con un sonido de exotismo incomparable. Entonces él, sí, ese Jacques, escribiría, copiando del natural, unos viajes, unos viajes... ¡Óyeme, mujer mía, óyeme! Escribiría unos viajes... Me llego a reír ahora... Pero, ¡no! Jacques, después de visitar el Paraguay y Groenlandia, escribiría —y no lo olvides, copiándolo todo del natural—, escribiría... ¡viajes *irreales*!

¿Has visto, Colomba mía?

Le dije sencillamente:

—Avíseme, amigo, cuando logre escribir algo irreal, avíseme.

Y le di mi parecer, mi parecer que, no lo dudo, ha de ser el parecer tuyo también. ¿No es verdad, Colomba?

Sí, voy a explicarte este parecer, voy a explicártelo:

Colomba, escribir algo irreal es imposible, ¡imposible! Porque lo irreal no existe. ¡No, no existe, Colomba mía!

Sólo puede existir, fuera de lo real, de la verdad, sólo puede existir la equivocación, el error. Si evitamos los errores, si decimos que 6 por 8 es 47; si decimos que Noruega tiene por capital el Cabo de Buena Esperanza; si decimos... No me hagas citarte aun más errores; con estos basta... Pero, pero...

¿Por qué digo que tú me haces citar errores, que tú me haces decir verdades; que tú...?

¡Oh, Colomba! Déjame hablar una palabra más y callaré.

Quería decir que cuanto de irreal se cree hacer es sólo un pequeño desliz hacia una nueva realidad, hacia un nuevo enfocamiento de esa que llamamos la realidad.

¿No lo crees tú, mi Colomba?

Podría y desearía pasar mi vida entera haciéndote esta pregunta, haciéndotela siempre. Pero hacerla estando a tu lado y sin mover los labios. Porque no hay necesidad de hablar, no, no la hay.

Guardemos, pues, silencio, silencio.

Pero, sin duda, estoy bifurcado. Siento que hay una parte en mí que se entremezcla en cuanto quiero llegar al silencio, a ese silencio mantenido por tu presencia, Colomba. He dicho "silencio", sí, eso he dicho. ¿Y sabes tú qué ha aparecido ante mí?

¡Un recuerdo, un recuerdo! Voy en un barco, en un trasatlántico enorme. Yo, en él, soy muy amigo de... en fin, poco importa de quién sea; en fin, somos muy amigos, ese peruano y yo. Porque él era un peruano. Y, cierta vez, hablando como siempre hablábamos, le dije que los fríos en Chile, sí, aquí en Chile, los fríos invernales, eran, sencillamente, horribles. Entonces él me preguntó sobre los medios de calefacción que teníamos. Y yo le respondí, con una real desfachatez que todavía me asombra:

—Ahora, en Chile, no se siente frío porque empieza a haber, por todos lados, calefacción central. Antes sí, antes era insoportable, antes, en tiempos de la Colonia. Pero tampoco se sentía porque había grandes braseros por todas partes. En cambio hubo una época, que yo recuerdo, en que los braseros ya habían pasado de moda y aun no aparecía la calefacción como la hay ahora; una época que, por tal causa, nos petrificábamos y que, naturalmente, siempre vive en nuestros recuerdos...

Yo no recuerdo esa época. Pero, a veces, es necesario mentir y mentir mucho. Así le menté a este peruano. Después miré para otro lado, miré el barco entero y no pude menos de decirme:

"Es muy simple hacer el magnífico paralelo entre un barco y un ser viviente. El puente que ve, las máquinas que laten, las calderas que digieren, el casco que sostiene y abriga, los marinos con sus brújulas e instrumentos que piensan y calculan y ¡qué sé yo!

"Muy sencillo y magnífico. Pero dentro de este paralelo, ¿qué somos nosotros los pasajeros? ¿Qué soy yo que medito sobre obras literarias, que leo la historia de los Médicis y que amo a una mujer? Porque yo estoy en el barco; esto nadie lo puede negar. ¿Y qué es aquel pasajero y esa señora que mira el océano? Porque también están en el barco...

"¡Ah! Eso es lo que habría que averiguar. Y sobre todo averiguar qué es esa mujer que yo amo y esos Médicis que ya murieron y que están y no están en el barco... Y cuando todo ello se sepa, se adelantará una enormidad sobre la psicología humana y, a lo mejor, sobre la construcción de los barcos.

¿Por qué te hablo así, Colomba mía?

¿Por qué hablo de cosas antiquísimas? Sé, naturalmente, que con ello hago revivir mi vida. Mi vida... Pero, ¿sé yo, acaso, qué es mi vida? Yo sé que aquí estoy, que aquí pienso y

medito... ¡No! Sé que aquí *se* piensa y *se* medita y que estos pensamientos y meditaciones, después de existir junto a mí, entran en mí y yo los escribo.

Y siento esa lucha entre los dos seres que hay aquí, aquí, ¿me entiendes, Colomba?, aquí frente a tu paz sagrada.

¡Eso es, eso es! Tu sonrisa me ha hecho sumergirme en un vasto campo que yo había menospreciado, es decir, que vivía como todos los seres viven, sintiéndolo muy al fondo pero viviéndolo sin penetrarlo hasta su plenitud. Voy a hablarte de este vasto campo; sí, voy a hablarte de él.

Pero... movámonos, Colomba, cambiemos de sitio... ¿Quieres?

¡Mira, mira! Podríamos internarnos por esa negra galería que allí asoma. Por ella marcharíamos lentamente y tú, Colomba, me llevarías hasta ese dominio tuyo, ese dominio donde desaparecen los puntos cardinales. ¡Vayamos a él!

Si en él no hay puntos cardinales, podremos salir de este tan mísero planeta. Y junto con salir de él tú me harás volar por los espacios siderales. ¡Volaremos juntos, Colomba mía!

Volaremos más allá de toda atmósfera hacedora de agua, hacedora de lluvias, de lluvias que se transforman en barro al contacto de la tierra. Así es que no pensaremos más en esos truenos, en esos relámpagos y en esos granizos que han de caer. Dejaremos en plena tranquilidad nuestros paraguas y nuestros sobretodos impermeables y nuestras bufandas y los charcos en las calles y los autos que, al pasar, salpican y nos empapan.

Porque ahora siento frío, mucho frío, Colomba mía. Es un frío que me lo transmiten los pobres de esta Tierra, aquellos que tienen que soportar el agua que se cuele por sus techos y el viento helado filtrándose por las rendijas.

¡Huyamos, Colomba mía, huyamos!

Esos pobres me persiguen y me miran con unos ojos en los que hay un reproche. ¡Sí, Colomba, hay un reproche mudo! Hay un feroz reproche porque la olla está vacía y no hay con qué llenarla...

Nosotros comemos todos los días. Ellos, no. Y un niño debe comer siempre, debe alimentar su cuerpo, sí debe alimentarlo.

¿Por qué pienso en esta miseria que en todas partes está? ¿Por qué? Claro está que mucho he hablado de ella. Y alrededor de nuestra charla, estaba el fantasma de la política.

¡Sí, sí, sí! El fantasma sonreía. Déjame decirte una cosa, mi Colomba: ese fantasma era, era... ¿sabes tú quién era?

¡¡Era Palemón de Costamota!!

Palemón va de grupo en grupo, va donde sea que se junten estos politicastros y, muy bajo, muy bajo, les insinúa, con plena convicción, que exploten esta miseria sin casas, casas en el barro, casas con ollas vacías...

Volvamos a guardar silencio, Colomba mía. El hecho de haber pronunciado ese nombre, ese nombre de Palemón de Costamota, me obliga a callar. Callemos... Silencio...

Estamos en medio de los espacios siderales. Debemos recogerlos. Veamos nuestro tamaño; atisbemos el tamaño de lo que pasa junto a nosotros. ¡Son las estrellas! ¡Las inmensas estrellas!

¿Serán, de verdad, tan grandes? Yo estaba al borde de entrar a regiones de una grandiosidad... de una grandiosidad... Sí, tal es la verdad... Pues hablaba de los pobres y tenía la intención de hablarte de los niños, ¡los niños!

Quería hablarte de ese momento por el que todos hemos pasado. Ese momento que aquí, aquí, aquí está y... aquí se lamenta pues no se le ha dejado vivir libremente y florecer.

Otra vez ha venido la sombra de ese Palemón de Costamota. Ha venido en medio de ese tan espantoso bullicio de vítores. Son gritos destemplados. Son caras de ebrios los que gritan y vitorean de ese modo.

No, no; recojámonos, Colomba, recojámonos lejos de esa multitud que pasa vitoreando. Porque yo también tengo hijos, tengo hijos y nietos y ahora tengo un bisnieto. ¿Te extraña esto que te digo? ¿Te extraña, Colomba? Es, tal vez, porque tú no lo has visto. Si lo... si lo... ¡oh, si lo vieras! Y vieras también a mi nieta, su madre, junto a él. ¡Es un espectáculo hermosísimo!

Puedo asegurarte que es un espectáculo tan inmenso como lo son estos astros que pasan y pasan junto a nosotros.

Ahora me doy cuenta de la existencia de todos ellos.

Que vivan... Que sigan viviendo... Que alguna vez contemplen estos mundos que nos rodean, Colomba mía, y, al contemplarlos se dibuje ante ellos un gran signo de interrogación.

Callemos. Estamos nuevamente en Fray Tomate. Ahora Fray Tomate ha quedado bendecido porque tú has venido hasta él. Sí, Colomba, sí, este es Fray Tomate, es mi rincón. El bullicio de fuera me sigue hasta acá y trepa por las escaleras. Varía veces tengo que detenerme, sacar mi pañuelo y sacudirlo mientras vocifero:

—¡Atrás, atrás, volved a vuestro mundo y dejadme en paz!

Lorenzo Angol, más de una vez, se ha asomado a su puerta, me mira y me pregunta fingiendo una gran sorpresa:

—¿Qué te ocurre, Onofre, que gritas de esa manera?

Yo, entonces, me rehago y le contesto:

—Lorenzo, es el bullicio de las calles que quiere subir hasta mi departamento y en él quiere instalarse.

Entonces gritamos los dos. ¡Oh, deberías vernos gritando, vernos a ambos furiosos luchando contra esas huestes de Palemón que, con empeño se afanan en penetrar a nuestros pequeños rincones...!

Porque saben que en estos pequeños rincones, saben que ellas no son ni serán jamás recibidas. Aquí sólo tienes libre entrada, tú, tú, mi Colomba

229

Yo siempre espero encontrar aquí, en este pequeño rincón de Fray Tomate, espero encontrar la paz, la paz sagrada. Es por eso que repito, cada vez que traspaso este umbral, unas frases que he amado tanto y que amo todavía.

Te las he dicho muchas veces. Tú me dijiste, una vez, que ellas podían ser mi lema pero, al mismo tiempo, sonreíste con esa misma sonrisa que siempre se dibuja en tus labios. Yo no sé si esa vaga, esa equívoca sonrisa, es una muestra de desprecio hacia mi persona o si es una esperanza que, muy al fondo, guardas.

Pero déjame recitar esas palabras. Son ellas de Mabel Collins; te he hablado muchas veces de ella. Pero, te lo pido, que me dejes recitarlas una vez más:

La paz que debes buscar es esa paz sagrada que nada puede turbar y en el seno de la cual el alma crece como crece la flor santa en las lagunas inmóviles.

¡Ahora, sí, ahora ésta es mi habitación! Entra en ella con mucha suavidad, Colomba; así; entra, entra. Y puedes sentarte donde te parezca. Porque tú eres la dueña, la reina, entre estos cuatro muros que parecen limitarnos cuando, de verdad, son rutas que van y que van lejos, tan lejos que, puedes creérmelo, no hay necesidad de hacer ni el menor movimiento para que todo el universo esté con nosotros.

Yo me sentaré a mi vez. Así. Estamos ambos sentados, Colomba.

¿No sientes tú que se han cortado todos los senderos que van al mundo, a lo que se llama el mundo?

Sin embargo allí hay un pequeñito túnel. Sí, por cierto, es un túnel retorcido, alambicado. Cuando lo veo, créeme que siento unas terribles nostalgias por los otros túneles, esos que me llevan hasta tus reinos, Colomba. Pero este pequeñito me lleva hasta mi amigo, mi amigo el grande Lorenzo Angol. Es justo que ahora lo recuerde, pues tú estás aquí. Debo traer a mi presencia a aquellos que sé que me quieren y que yo quiero también. Por ejemplo: Desiderio Longotoma, el hombre que siempre me trae a este —¿oyes?—, a *este* mundo y me trae sonriente, jocosos, aleg...

Sí, Colomba, estamos aquí.

¿Aquí?

Sí, Fray Tomate número 2, en el sexto piso; Lorenzo, en el quinto. En los demás pisos... ¡no sé quiénes han de vivir! Tal vez son personas diferentes unas de otras, tal vez ni se conocen entre ellas. He visto algunas veces, al pasar, a algunos...

¡¿Ves, Colomba, ves?!

Te lo había advertido yo mismo, sí, yo mismo: en mí hay dos personas, dos, ¡dos! Una de ellas es la que sabe todas las necesidades que nos rodean y, si no las sabe, trata de averiguarlas y de estar bien al tanto de ellas. La otra... no lo sé, Colomba, no lo sé; pues debería estar aquí, adorándote, y este, este escritorio o gabinete o especie de saloncito, debería haberse convertido en un templo.

Un templo... Y yo sería en él... Tú guiarías la existencia de aquel que existe en él... Él sería todo y, al ser todo, nada, nada, quedaría ajeno a quien sabría ocuparlo.

Allí lo veo, ¡te veo, templo divino!

Pero algo me retiene y no deja traspasar su umbral. Tengo que permanecer aquí y tengo que repetir, ¡una vez más!, las mismas, las idénticas cosas que te he repetido!

Esto está mal.

Ya veo: debo empuñarme, hacerme diminuto, debe... debe... la humildad guiar mis pasos.

Así avanzaré; así llegaremos a nuestro templo.

¡Vengan las cosas cotidianas! ¡Venga mi trabajo cotidiano!

¿Estos papeles, este alto de papeles?

Me haces reír, mi Colomba. Estos papeles... Te lo diré... Pero, ¿por qué siento deseos de decírtelo a media voz? Bueno, si tal es el deseo que ha venido, obedeceré a él. Nadie nos oye, nadie. Lo sé muy bien; sí, sé que estos muros ahora son muros públicos. Pero te diré lo que son esos papeles:

Ellos son mi obra... Ellos son cuanto he escrito... Ellos...

Empecé, hace ya muchos años, por llamarlos UMBRAL. Sí, en él aparecías tú, junto a Bárbara, allá en la Cantera. Esa primera vez que te vi cuando tú estuviste muda y hierática y cuando había un pajarito muerto... ¿Recuerdas?

Después, lo que escribía, creció. Sí, creció con toda razón pues tú ocupaste un primer lugar. Y yo me pregunté:

—Colomba... ¿en un “umbral”?

Y yo me contesté:

—No; Colomba debe estar más alto. Este libro se ha de llamar: DINTEL. ¿Y cómo he de llamar a los dos juntos?

Escribí a mi hija, a Carmen, a mi hija que estaba en París. Le preguntaba por un título para ambos.

Ella me respondió:

LA PUERTA.

Pero esta “puerta” se agigantó súbitamente. Yo retrocedí ante ella. Claro está, pensando en ti, trepé hasta su “dintel”. Pero... desde él caí, caí al “umbral” y en él me he quedado.

¡Sí, sí, Colomba! Si yo estuviera en el dintel ya no tendríamos nada que hablar, ya no viviría yo ansioso por hallar estos instantes que paso junto a ti.

Esto que escribo será, pues, UMBRAL.

Así lo siento más restringido, más cerca de mi tamaño; así encuentro que hago el verdadero homenaje a tu persona.

Tú... ¡sigue en el dintel!

Yo trataré de alzar los ojos y trataré de adivinar lo que se derrama de tu persona hasta mí.

Ahora pienso en mi hija Carmen. Tú me perdonarás, hijita mía, tú me perdonarás por haber vuelto al principio, a esos lejanos y tan lejanos tiempos en que tomé la pluma por primera vez y empecé escribiendo a: “Guni querida”.

Tal vez tú, Palemón de Costamota, estuviste mezclado en todo esto; tú lo quisiste agrandar hasta que él me devorara. Pero ahí estabas tú, mi Colomba, y tu mirada y esa sonrisa que vagaba en tu rostro... Colomba... sí, me han llevado a mi tamaño. Al haber vuelto a ese UMBRAL, he hecho algo bien contigo, Carmen; contigo, allá lejos, Guni; y, de rodillas te digo *contigo, mi Colomba*.

Déjame ahora explicarte algo, algo tras lo cual lucho todo el tiempo. Sí, déjame explicártelo:

Colomba:

Hay gentes que trabajan PARA; ahí, encerrada en esa palabra, está el objetivo del correr de sus plumas. Creo que nunca, jamás, debe trabajarse *para*.

Tras esta palabra está Palemón de Costamota; y está... aquel que llamaba yo Tadeo Lagarto. Si éste se aleja de este “para”... ¡oooooh, el látigo silba y se hunde en sus carnes!

¿No ves tú, Colomba, cuánto hay tras esta palabra? Tras ella está... está... está...

Y ahora veo lo que está que pasa, que pasa desfilando. El cielo está lleno de diplomas, de medallas, de manos calurosas que felicitan, de mujercitas que se sienten halagadas por estrechar esa mano entre las suyas.

Él sonríe...

Él opina...

Él dictamina y orienta...

Oigo un murmullo que zumba. Veo a las gentes que adulan y veo estas adulaciones que salen de sus bocas y se mecen sobre la testa del hombre que sonríe y sonríe y sonríe siempre.

¡¡Sonreír!!

La sonrisa es un arma de dos filos: es la suprema grandeza y es la última miseria.

Porque se sonríe como sonríen los discípulos de Palemón. Esta sonrisa marca el rostro y va para dentro, va a una sala de festines que todos llevamos dentro. Al entrar ella ahí... ¡oh, qué gran fiesta se produce! La sonrisa se troca en risa; la risa, en carcajadas. Y cada cual traga y traga esas sonrisas con un cóctel...

¡Es divertido, Colomba mía!

Divertido... Pero tú sonríes también y, ante esta sonrisa, yo callo, yo enmudezco.

Tu sonrisa tiene otro significado; ella debiera ser la que siempre, siempre, guiara nuestra marcha. Con ella... ¡oh, yo trabajaría una enormidad!

Colomba: trabajaría lejos de esa palabra "para"; Colomba, trabajaría... PORQUE.

Porque hay que trabajar... Sí... Tenemos que cumplir nuestra misión en este mundo.

Pero... ¡cuidado, cuidado con ese "para"!.

Son los dos aspectos que ello presenta: "porque" y "para". Debemos alejarnos del "para". Nadie notará nuestra ausencia de los tan grandes dominios que él ocupa. Pues el mundo está lleno, lleno, de gente y más gente que sólo desea llegar... sí, eso es... llegar...

Llegar... ¿Llegar dónde, Colomba?

Yo te lo diré:

Llegar... es esta Tierra. Pues al llegar en ella se borra hasta la última posibilidad de que esta Tierra continúe.

Estamos en La Torcaza, Colomba. Hoy no hay pajaritos muertos. Hoy todos ellos viven y cantan. La Torcaza está alumbrada con los últimos rayos solares.

Sentémonos aquí; bajo este corredor; frente al jardín.

¡Ahí viene, ahí viene! Ha venido a verte, Colomba. Míralo en el suelo, míralo como pasa. Es la sombra enorme de un pájaro también enorme. ¡Qué lindo es, lindo, este conjunto que forman el pájaro y su sombra! Él vuela allá arriba; ni siquiera sospecha lo que él hace aquí abajo, a nuestra altura.

Su sombra pasa, pasa y vuelve. Su sombra trepa por los árboles. Su sombra desaparece. Su sombra vuelve a pasar...

¡Miremos arriba, Colomba, miremos!

Es el pájaro. ¿Lo ves? Es un gallinazo. Aquí hay muchos de estos gallinazos, hay casi tantos como aguiluchos. Dicen que andan tras los pollitos... ¿Lo crees tú? Yo sí, lo creo porque hay que creerlo.

Un gallinazo, un aguilucho... Después veremos los discos, esos inenarrables discos voladores. Parece que ya se han asomado a este planeta. Y vienen de otros planetas. ¿Vendrán de Saturno? Un día lo pregunté a Saturnino; él nada respondió; al fin dijo:

—En Saturno no hay discos voladores.

Yo le alegué:

—Es una lástima pues si los hubiera, habría con su aparición sobre esta Tierra, ¡oh, Saturnino!, habría una súbita ampliación de nuestra conciencia. Ya no pensaríamos más tonterías como lo hacemos ahora. ¡Oh, pensaríamos cosas inenarrables! ¿No lo cree, no lo cree usted, Saturnino?

Él tampoco respondió pero dijo:

—A vosotros los terráqueos les toca ir a Saturno; no a nosotros venir hasta acá. Yo soy una excepción. Pero si fuerais a Saturno, no veríais nada, nada de nada. ¿Me comprendéis?

Respondí:

—En realidad no lo comprendo porque... porque...

—Tenéis los ojos mal habituados; tenéis que doblegarlo todo a los ojos. Por eso es la manía de poner las cosas lejos, muy lejos. Y Saturno esta aquí, aquí.

Pero yo quiero hablarte de otros temas, mi Colomba. Aquí, tal vez, lo pueda, en estos socavones profundos. Tal vez ellos estén más cerca de Saturno.

Siento, sin embargo, la presencia de Palemón de Costamota. Él me ha acompañado todo el tiempo. ¡Escondámonos, Colomba!

¡Fuera Palemón! ¡Vete, vete!

Tú no puedes estar junto al reino de Colomba.

Palemón tuvo una genuflexión y luego se enderezó mostrando una gran amabilidad.

Me murmuró:

—Palemón de Costamota, un fiel y seguro servidor de usted.

Yo respondí:

—También tiene en mí, Onofre Boroa, un fiel servidor de usted.

Él me miró con extrañeza y me preguntó:

—¿Ha cambiado usted de nombre? Creo que ha dicho usted un muy feo nombre que no calza con la verdad. ¿No es usted el señor Onofre Borneo?

Me puse altivo y declaré:

—Soy... soy... Bor... En fin, soy como usted quiera llamarme, mi querido Palemón. No vamos a discutir por un apellido.

Él repuso:

—Tiene usted razón. He estado completamente terráqueo. Por eso me he aproximado a usted. Pues esta Tierra presenta, algunas veces, una serie de cosas que son dignas de interés. Por ejemplo, esa, esa niñita... sí, que usted amó con pasión... ¿Cuál era su nombre?

Respondí:

—Diana Papudo.

—Eso es, Diana Papudo. Yo la conocía antes que usted, mi buen amigo, sí, antes que usted. La conocí y pensé que ella podría ser una magnífica Guaxa. Entonces no medité más, la convertí en una verdadera Guaxa y... y... Bueno, usted sabe tan bien lo que ocurrió, sí, lo sabe usted a las mil maravillas. ¡Oh, era hermoso ver a una... Guaxita, Guaxitita, Guaxititita! Y usted tras ellas...

Pero volví a gritar:

—¡Fuera Palemón! ¡Vete, vete!

Y lo grito ahora también; pues ¿qué tengo yo que hablarte sobre este representante de otras esferas que nada tienen que ver con tu altiva presencia?

Hablemos, Colomba, hablemos en el silencio total. Dejaré que pasen por mi mente las ideas que quieran pasar. Tú las escucharás.

¡Oh, mira Colomba, quién viene ahí! Sí, porque es ella.

¡Maribel, Maribell! ¡No puedes imaginarte el placer que experimento al verte junto a mí! ¿Y Colomba? ¿Dónde está?

Colomba ha desaparecido. No, no, ahí está, ¡ahí está!

Colomba, sonriendo siempre, se ha sentado. Es la primera vez en mi vida que la veo sentada. Un gato ha venido a ella, un gato que, roncando, ronroneando suavemente, ha trepado sobre sus faldas. Y ella pasa su mano sobre la cabeza y bajo la mandíbula inferior de ese gato. Entonces el gato aprovecha para hacer un lujo de gestos estéticos. Estos gestos veo que hacen la admiración de Colomba.

Así está bien, mi Colomba. Pues está junto a un gato, el animal que siempre he admirado por su silencio, por esa paz que derrama junto a él.

Ahora me pregunto:

¿Cómo he podido hablar de *Dintel* si yo no estoy más que en el umbral de estas visiones?

Maribel ha esperado esta contemplación mía, de Colomba y el gato, mirándome con ese aire que a mí me parece equívoco. Pues no sé si él encierra una pícaro mofa o... o...

Al fin no puedo más y grito:

—¡Maribel, Maribel! Junto con verte se ha consolidado este mundo en el que ahora me hallo. Tú has ayudado a ello. Déjame agradecerte inclinándome de rodillas ante tus pies.

Maribel rió y me dijo:

—¡Uuuy, Ono, uuuy! Todo se podrá olvidar en ti pero... pero...

—¿Qué cosa, Maribel?

Maribel estaba rodeada de un algo que era risa, risa, carcajada, un algo que la nimba, un algo que sólo podía llevar a la alegría más perfecta.

Exclamé entonces:

—Usted puede llevarme a volar, a reducir las distancias que nos separan de cuanto nos rodea. Maribel... ¿por qué no vamos ambos a Aldebarán o a Pegaso? Ya Colomba se ha retirado y está con ese gatito que usted, sin duda, ha alcanzado a ver. Esto es un permiso que ella me otorga para que yo pueda salir por la atmósfera y volar y volar a distancias lejanísimas. ¿No es verdad, Maribel?

—¿Aún estás con esas distancias, Ono querido? ¡Eres incorregible!

—¡No, Maribel, no! Usted cree que esto de las distancias es una manía mía y nada más. Yo puedo asegurar a usted que no hay tal. Es, tal vez, mi condición, esa que usted llama mi condición terráquea. Pues ha de fijarse usted... ¡Maribel! ¡¡Maribel!!

Nuevamente me hallaba solo, en una completa soledad que no encuentro cómo describir. Maribel se había esfumado. Pero, cerca de mí, sentí la presencia de Colomba. Ante esta presencia me incliné y, otra vez más, sentí su mano sobre mí. Al mismo tiempo, sin pronunciar ni una palabra, supe que me decía:

—Sigue hablando, Onofre, descárgate de cuanto ronde en ti, sea a tu lado o sea más lejos. Ya Maribel te lo acaba de decir: “¿Aún estás con esas distancias?”. ¡Olvida, Ono, esas distancias! Debes ser una unidad, nada más que una unidad que atisbe lo que ronda cerca de ti. ¿No sientes a tus amigos, a todos esos que están a menudo contigo allá en San Agustín de Tango, no lo sientes que ellos te han llenado de ideas que ahora necesitarías vaciar?

—¡Colomba! ¿Por qué has dicho “allá” al referirte a esta ciudad? ¡Estamos en ella, Colomba, en ella!

Ella murmuró:

—Mira.

En realidad estábamos fuera, fuera, lejos, muy lejos de nuestra ciudad. Estábamos en una bóveda negra y nadie junto a nosotros.

Entonces Colomba habló:

COLOMBA

Recógete, Onofre. Te hallas frente a un momento solemne de la vida. Habrá muchos así. No, no lo creas. Pues cada uno es diferente a los anteriores.

¿Me has entendido?

Un amigo, un gran amigo tuyo ha muerto; un gran amigo tuyo ha seguido su existir. La gente, a su lado, lo llora.

Recógete, Onofre.

Ha muerto Eduardo Barrios.

Ahora se agolpan a tu memoria los momentos pasados junto a él. ¿Ves tu fundo, La Torcaza? Ahí están ambos; él administra ese fundo y a ti te gusta oír las explicaciones que te da sobre su trabajo.

Luego juegan dominó, ese dominó inventado por ustedes dos, el que llaman "dominó torcacino". Has hablado de él, sí, en esto que escribes y prometiste dar a conocer las reglas de ese juego. Ahora, seguramente, te has de preguntar:

—¿Para qué?

No se volverá a jugar nunca más ese dominó. Tú has de pensar:

—Que sus reglas se vayan con Eduardo...

Luego salían a caballo. Poco hablaban. Pero estaban ambos contentos de ir lado a lado.

Después... después...

Onofre, ¡recógete y deja que esa continuación de la vida resuene en ti! Mientras tanto: ¡silencio!

Y ahora van y vienen tus ideas. Ellas se atropellan; ellas recorren tu mente como encontrando que es un espacio demasiado pequeño. Tú puedes mirarlas. Acaso puedas coger una de ellas y traerla a tu lado. La mirarás; acaso la disecarás; acaso irás a tu cuaderno de apuntes y anotarás algo para... para... ¡que no se te olvide, Onofre! Pues han de venir otros tiempos llenos de una calma mayor y entonces...

Bueno; sí; guardemos silencio; eleva tu pensamiento al amigo que acaba de... Iba a decir: "desaparecer". Naturalmente, ese amigo ha desaparecido para tu visión cotidiana. Ahora podrás caminar por calles y campos sin él. Pero él estará a tu lado, ¿no es verdad? Sí, Eduardo Barrios estará siempre a tu lado, siempre.

Habla, Onofre. Piensa, Onofre. Que yo pueda coger tus ideas, las que van, las que giran, las que se acercan y, ojalá aquellas que se han ido lejos, muy lejos.

Pero aquí veo que te turbas. Tú crees que hay que sumergirse en verdaderas profundidades y que entonces, una vez sumergido, hallarás las ideas. ¡No! Ese es un error.

No hay profundidades. Todo es y es tal cual es.

La inteligencia te perturba.

¿No es verdad?

Yo

Has dicho, Colomba, la inteligencia. Yo te preguntaría qué es, sí, qué es la inteligencia. Hay días en que la veo por todas partes, la veo como un tropel de... ¿enanitos o de gigantes? En fin, la veo que nos rodea por todas partes y que no hay más que abrir los ojos y ella brilla ante nosotros. Pero hay otros días en que es vano buscarla; hay otros días en que ella ha desaparecido y no se la ve por ninguna parte.

Así me ocurre: días de gran inteligencia; días en que todo el mundo es torpe y todos los seres parecen arrastrarse como se arrastran las cuncunas.

Pero yo he admirado y siempre he admirado la inteligencia.

Yo he vivido, Colomba, en contemplación de este mundo lleno, lleno de inteligencia. Yo, mil veces, me he detenido a contemplar a un ser diciéndome para mis adentros:

—He ahí un hombre inteligente...

Y luego he dicho:

—He ahí otro hombre inteligente...

Y otro y otro y otro más.

Yo, anhelante ante esta visión, he sentido que en mí se acrecentaba mi soledad.

¡Me he sentido como el único hombre que puede tener de todo, de todo, salvo eso que se denomina: inteligencia!

Colomba, la inteligencia es una maquinita que se nos pone aquí dentro. Creo que es una maquinita que nada tiene que ver con eso que llamamos “nosotros”. Una maquinita que quiere, que necesita salir a flote y que nosotros seguimos con ojos que miran con curiosidad. ¡Sí, sí, Colomba mía!

Naturalmente, no todos. ¡No, por cierto! La mayoría, creo yo, trata de domesticarla, de tenerla bien sujeta a su lado. Por eso es que miran y miran, por eso es que atisban... ¡Que no se vaya, que allí quede, que no se deje tomar por sus anhelos de carreras desenfrenadas!

Entonces el hombre marcha, marcha y marcha. Su espina dorsal ahora está recta pues todos sus atributos están a sus órdenes y todos ellos obedecen a sus voz de mando.

Por eso marcha, por eso marchan todos los hombres... Yo, mi tan querida Colomba, me entretengo viendo marchar a estos hombres.

¡Ahí van, ahí van! Llevan una cadena en sus manos; a ella va... va... ¿Irás, Colomba? Sí, digamos que va bien atada la inteligencia. ¡Oh, bien atada! Ahora no hay peligro de que se escape! Sin embargo ella se escapa y siempre se escapa y se ha escapado.

Allá está, allá... Está con otras inteligencias que también se han escapado. Allá están todas juntas y juntas hacen una segunda vida, sí, una segunda vida más activa y que resuena por todos los ámbitos del universo.

¡Oh, me hace reír pensar en esto! ¿No ves a ese señor, a ese señor cualquiera, señor como todos, que se levanta, hace sus trajines, ama de cuando en cuando, luego se acuesta y, creo, tiene sueños, sí, muchos sueños? Ese señor que jamás cambiará que siempre hará su vida perfectamente igual...

No, Colomba, algo le ha molestado y ahora ese señor se da vueltas y parece buscar algo que él mismo no sabe qué es. Tantea sus bolsillos... se acomoda el sombrero... se mira una vez más al espejo... ¡No, no es nada! Y sale por las calles y cumple con todos sus trajines. ¡Sí, él es, él es! ¡Ese que va ahí y que saluda y vuelve a saludar! Ese que ahora está serio y consulta grandes papeles.

Eso que le molestó unos instantes, ya no molesta. Pues fue algo como un aleteo de su inteligencia que vivía su vida con otras, con muchas otras inteligencias que, como ella, habían perdido su dueño que está ocupado en saludar y ver grandes papeles...

Pues las inteligencias viven solas —¿me oyes?—, solas o es tal vez nosotros que las llamamos solas porque hemos perdido el contacto con ellas. ¡¡Sí, Colomba!!

Viven solas... Por eso es que la cantidad de inteligencia en este mundo es siempre igual, siempre enorme... a veces lejos, a veces... cerca de nosotros.

¡Ahí está esa inteligencia! Ahí está muda, ajena al mundo de las pasiones. Como estás tú, mi Colomba... Yo trato de acercarme a ti...

Tienes razón. Sí; esta es la tragedia de los hombres que tratan de avanzar, de los que tratan de salir de este cuerpo.

Esto, Colomba, no creas que es una idea mía, no. La he hablado con Tiburcio Azapa.

Lo recordaré siempre. Tiburcio es un hombre que, cuando habla, deja siempre su huella en nosotros. ¡Es un grande, un enorme personaje! Claro está, es el hermano de Tulio, el pintor, el que estuvo metido en el movimiento del "pampantumismo"... ¡aquellos tiempos, Colomba! Pero yo te hablaba de su hermano, de Tiburcio, el revolucionario. Y te hablaba de él pues él creía en la inteligencia, creía ciegamente y hasta la veía encima de nosotros y esperando a los hombres que vinieran hasta ella.

Por eso es, Colomba, por eso es... Te lo diré en voz baja aunque sé que no hay nadie aquí junto a nosotros... Por eso es que entró en el Partido Comunista. ¡Sí, sí, era cuestión de entrar y vería ese reino de la inteligencia actuando a todo momento!

Entró y... luego se retiró... Ya Tiburcio no es del partido ni nada quiere saber con ese ni con ningún partido. Ahora Tiburcio camina y camina, sale de su casa y vuelve a ella y, de cuando en cuando, tiene largas conversaciones con gente de cualquier lado. Entre esta gente, cierta vez, estuve yo.

También he charlado mucho con él, con Rubén de Loa. Pero eran charlas diferentes. Yo tengo la costumbre de anotarlas, sobre todo cuando Rubén habla en presencia de Macario Viluco y de Mamerto, el gran Mamerto Masatierra. Notas sueltas, notas que vienen a mi memoria, que vienen súbitamente.

Ahí las dejo, ahí... Pero un día cometí el error de leerlas a un personaje que me había ido a ver. ¿Quién era este personaje? Te lo diré, mi Colomba: era Cicerón Haití, el hombre admirado por Ascanio Viluco.

Por cierto, por cierto, Cicerón oyó la lectura de mis notas con suma gravedad. Carraspeó varias veces. Al fin me dijo:

—Veo difícilmente al amigo Rubén de Loa en lo que usted me ha leído; sí, difícilmente, pues no logro ubicar a Rubén en las notas que usted me ha leído. Creo que usted ha improvisado al leerme eso que me ha leído. Está mal lo que usted me ha leído. Yo tengo otro concepto de Rubén y creo conocerlo bien. Yo tengo... yo tengo... yo tengo...

En fin, mi Colomba, Cicerón habló y habló largo rato.

Al fin se marchó. Quedé solo allá —¿allá?—, o aquí en Fray Tomate. No lo sé; quedé sin ti, mi mujer amada; quedé sin ubicación y balanceándome no sé si por los aires o al ras de esta terrible tierra inmundada...

¿Por qué te extraña que la llame de este modo? Por cierto que no siempre es así. Ahora es una tierra divina pues ella pasa, para manifestarse, a través de tu persona.

¡Pero volvamos a Rubén de Loa, volvamos a él!

Medité.

Cicerón Haití me había espetado un ejemplo clásico de lo que yo llamaría... "la cosa esencialmente literaria".

Pues el literato se cree en la necesidad de hacer coincidir todo el tiempo a su personaje, hacerlo coincidir con lo que ha hecho un momento antes, es decir, que no haya contradicción de ninguna especie entre sus actos. Como si uno, Colomba, pudiera tener esa coincidencia en sus propios actos, como si uno coincidiera siempre en su propia vida.

Y uno no coincide, Colomba mía; uno obra guiado por esas inteligencias unidas allá lejos.

Lo que sucede a menudo es que un personaje de la vida se atreve a vivir sólo una parte de su persona, la parte más de acuerdo con la sensatez de su medio y no se atreve a vivir la otra, esa otra que resuena desde lejos, de ese mundo en que viven las inteligencias desamparadas aquí abajo.

Tal no es el caso de Rubén de Loa pues Rubén vive plenamente. ¿No lo crees tú, mi Colomba? ¡Oh, sí! No tienes más que recordar aquel tucán que agita las alas cuando se le pone frente a una tela de mi amigo Rubén. No tienes más que recordar cuando ha escuchado en silencio a Macario Viluco y, de pronto, su labia ha despertado y, entonces, nos habla desde otro mundo.

Por lo demás, Colomba, el artista tiene tendencia a tomar un solo aspecto del tema que tiene entre manos. Así, cree él, que le da mayor carácter. Así lo hace seguir por la línea trazada en un principio. Así, aquel que lo vea luego y lo juzgue, quedará plenamente satisfecho al ver que la unidad de lo tratado ha sido una y única durante el principio y hasta el fin.

Tal era lo que Cicerón Haití ha buscado y ha querido encontrar en las notas que, sobre Rubén de Loa, le he leído. Cicerón no vio al personaje como lo he visto yo y como lo ve ese tucán al agitar sus alas.

Pero Colomba, ¿dónde estamos ahora?

He divagado, he hablado dejándome guiar por un impulso que, a su vez, era guiado por esas inteligencias lejanas que han logrado acercarse a mí y tocarme. Ahora sólo sé que ese dintel, eso que llamé DINTEL, debe desaparecer. Tu presencia, visible o invisible, me obliga a quedar en un UMBRAL y sólo pensar vagamente en la otra parte elevada, donde tú moras, esa parte que yo aspiro y en la que sueño siempre.

Seguiré, pues, la enumeración que debo, esa enumeración que empecé cuando empecé a escribir todo esto. El DINTEL lo soñaré, sí, lo soñaré, será una finalidad que alguna vez puede ser que alcance.

Tú, Colomba, me lo has pedido; yo te he obedecido.

La próxima página será la número 5301. Aquel DINTEL retrocederá y aguardará. Hacia él caminaré.

Estoy nuevamente en San Agustín de Tango. Avancemos por esta calle y veremos qué nos ocurre.

230

Parece que nada va a ocurrir. La ciudad está igual, por cierto, igual pero yo llevo dentro de mí un cansancio súbito que me ha cogido entero. He saludado a algunos conocidos; me he detenido para dejar pasar el tránsito; he atravesado las calles cuando he visto la luz verde; las he atravesado sin saber, en verdad, para qué las he atravesado. Me he acercado y me he alejado de Fray Tomate. Al subir por sus escaleras me he cerciorado de que Lorenzo Angol está ausente. Luego he vuelto a bajar. Cada diez pasos me he detenido y he llamado, creo que en alta voz:

-¡Colomba!

Luego he seguido mi marcha. En un momento divisé a Eusebio, al inmenso hombre de las Zambafusas. Iba con Polinesia Loncotoro. Iban ambos muy del brazo y sin hablar. Sentí un aroma de churrasco pero ahí quedó la cosa y no los abordé. Luego divisé a Artemio Yungay que avanzaba con Clorinda Machalí. Casi me junté con ellos pero tomaron un microbús y los ví alejarse.

De pronto, como venido del cielo, un hombre me dio una palmada en la espalda y vociferaba:

—¡Hola, gran Onofre, hola! ¿Hacia dónde te encaminas?

Respondí:

—Hacia ninguna parte, Desiderio; camino sin rumbo y, creo, que es este pequeño venticillo el que dirige mis pasos. Ahora último mucho me he movido pues he estado con Colomba, la sin par Colomba. Hemos estado en mi departamento, hemos estado bajo las profundidades de la Tierra, hemos viajado mucho, mucho... y todo ello, puedes creérmelo, sin hacer ni un solo movimiento.

Desiderio Longotoma se detuvo y me miró. Al fin gritó:

—¡Magnífico, magnífico, mi querido y buen Onofre! Yo, ahora, haré el papel de esa Colomba y tú, Onofre, tú...

—Yo, viajaré contigo e iremos hacia donde tú quieras llevarme.

Me tomó de un brazo. Inmediatamente noté que mi marcha se aceleraba. Desiderio se encaminaba hacia su casa, calle de la Excomuni6n. Me dijo a media voz mientras sus ojillos reían:

—La Tomasa nos espera y, con ella, nos esperan los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. He de decirte, Onofre, que estos hermanos me encantan y, recitados por la Tomasa, ellos son el más perfecto ideal. ¡Ya lo verás, Onofre, ya lo verás!

Después me agregó en voz baja:

—La vida, a veces, es admirable, mi buen Onofre. Ayer tuvimos un día admirable, un día de cielo despejado y, por la noche, pudieron presentarse a nuestra vista todas las estrellas imaginables. Yo las contemplé largo rato; la Tomasa acababa de recitarme esos versos de los hermanos Álvarez Quintero; y yo —¡Ah, Onofre!— tenía bajo el brazo un nuevo libro policial: *Crimen en la buhardilla*, de Sydney Fowler. ¿Qué más desear?

—En verdad, ¿qué más? —contesté.

—Y ahora, Onofre, oiremos nuevamente a mi buena Tomasa, la oiremos y le aplaudiremos como ella se lo merece. ¡Adelante, mi enorme Onofre!

—Pero... un momento, Desiderio —le advertí—, un momento y déjame mirar, una vez más, a este mundo que pasa y pasa, que se dirige sin saber hacia dónde... pero que tiene que pasar. ¡Es algo increíble, verdaderamente increíble! Estamos en la calle del Rosario casi esquina de la calle Ruega-Por-Nosotros-Los-Pecadores; a un paso se halla la Taberna de los Descalzos; aquellos son pequeños almacenes; hay casas también... ¡Ve cómo sale y entra gente en ellas! Desiderio, te lo repito, es algo increíble... Y pasan autos y, cada cual, con su chofer... y siguen pasando...

Desiderio me preguntó algo sorprendido:

—¿Qué es lo que encuentras increíble en esta gente que pasa y sigue pasando como todos los días? ¿Qué?

Respondí:

—No, Desiderio, no; no está aquí la cosa... ¡No, no puede ni jamás a podido, estar aquí la cosa!

Él se echó a reír y, al fin, me dijo:

—¡Cómo! ¿Tú creías, entonces, que veías *la cosa*...?

No supe qué contestar; quedé mudo. Pero Desiderio continuó:

—¡No, mi amigo, no! Para atisbarla... necesitarías ante todo, ante todo —y óyeme bien!—, necesitarías...

-¿Qué, Desiderio, qué Desiderio Longotoma...?

Él guardó silencio unos pocos segundos y, al fin, me espetó:

-...aprender a reír y a reír de buena gana.

Su frase me entró como una daga. Guardé silencio y, así, ambos mudos, llegamos a la puerta de su casa.

Llegamos y todo cambió. En lo alto de la escalera vi una mano que se agitaba deseándonos la bienvenida: ¡La Tomasa!

Un torrente de palabras vino hasta mí. Quise decirle mil, diez mil cosas y todas ellas se precipitaban en mi boca. Pero algo le dije:

-Tomasa, estoy contento, feliz. En primer lugar porque la he vuelto a ver; en segundo lugar, porque he simplificado lo que estoy escribiendo; ya no hay ese dintel y ese umbral que usted sabe; ahora sólo hay un único... ¡Umbral! y luego porque oiré su voz, su voz recitando y esto es bastante para poner a cualquiera en el colmo de la felicidad.

Ella sonrió y me murmuró:

-Yveo, Onofre, que tanta felicidad te ha hecho olvidar que nos tuteábamos... ¿Por qué?

-No, no y no. Te tuteo como siempre te he tuteado. y... ¡Adelante con esos versos de los Álvarez Quintero!

-¿Tanto te gustan esos hermanos poetas...?

-A decir verdad, no. No son de mi predilección. Pero al pasar por tus labios, Tomasa...

-¡Tienes razón, Onofre! A mí tampoco me vuelven loco. Pero...

-Pero... ¿qué? -preguntó la Tomasa a Desiderio. Y éste repuso:

-Al pasar por tus labios... ¡ya veremos, ya veremos!

Y sin más, la Tomasa, de pie en medio del saloncito y en medio de nuestro silencio absoluto, recitó así:

Era un jardín sonriente;
era una tranquila fuente
de cristal;
era, a su borde asomada,
una rosa inmaculada
de un rosal.

Era un viejo jardinero
que cuidaba con esmero
del vergel,
y era la rosa un tesoro
de más quilates que el oro
para él.

A la orilla de la fuente
un caballero pasó,
y a la rosa dulcemente
de su tallo separó.
Y al notar el jardinero
que faltaba en el rosal,
cantaba así, plañidero,
receloso de su mal:

-Rosa la más delicada
que por mi amor cultivada
nunca fue;
rosa la más encendida,
la más fragante y pulida
que cuidé;
blanca estrella que del cielo
curiosa de ver el suelo
resbaló;
a la que una mariposa
de mancharla temerosa
no llegó.
¿Quién te quiere? ¿Quién te llama
por tu bien o por tu mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?
¿Tú no sabes que es grosero
el mundo? ¿Que es traicionero
el amor?

¿Que no se aprecia en la vida
la pura miel escondida
en la flor?
¿Bajo qué cielo caíste?
¿A quién tu tesoro diste
virginal?
¿En qué manos te deshojas?
¿Qué aliento quema tus hojas
infernals?
¿Quién te cuida con esmero
como el viejo jardinero
te cuidó?
¿Quién por ti sola suspira?
¿Quién te quiere? ¿Quién te mira
como yo?
¿Quién te miente que te ama
con fe y con ternura igual?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?
¿Por qué te fuiste tan pura
de otra vida a la ventura
o al dolor?
¿Qué faltaba a tu recreo?
¿Qué a tu inocente deseo
soñador?
En tu frente limpia y clara

espejo que te copiara
¿no te di?
Los pájaros escondidos,
¿no cantaban en sus nidos
para ti?
Cuando era el aire de fuego,
¿no refresqué con mi riego
tu calor?
¿No te dio mi trato amigo
en las heladas abrigo
protector?
Quien para sí te reclama,
¿te hará bien o te hará mal?
¿Quién te llevó de la rama,
que no estás en tu rosal?

Así un día y otro día,
entre espinas y entre flores,
el jardinero plañía
imaginando dolores,
desde aquel en que a la fuente
un caballero llegó,
y a la rosa dulcemente
de su tallo separó.

Aplaudimos tanto Desiderio como yo. La Tomasa poseía el don de elevar cualquier poesía que pasara por sus labios, a alturas vertiginosas.

—¡Muy bien, Tomasa, muy bien! —grité—. Esta vez te has superado pues has hecho de esos versos de *Amores y Amoríos* algo que de verdad nos ha fascinado.

Desiderio vociferó:

—¡Ya lo he dicho yo! Esos versos no son de mi mayor deleite, no lo son. Pero, al pasar por tu boca, Tomasa mía, ellos me han hecho viajar hasta aquellos tiempos, allá en el fundo de Curihue, cuando tú, como una gallinita, te agachaste y dejaste amplio campo a mi tan desbocada lascivia que se explayara a su antojo. ¡Bravo, Tomasa!

—Pero... pero...

—Pero, ¿qué, Tomasa? —indagamos ambos.

Ella nos miró, no sé si sonriente o con un dejo de reproche, nos miró y luego nos manifestó:

—No quisiera que hoy día te vayas, Onofre, y no quiero que tú te duermas, Desiderio, con el son de estos versos. Quisiera declamar y declamar otros versos más, otros versos que nos lleven a otras regiones, otros versos que nos balanceen por otras facetas de la mentalidad humana. Así dejaremos en paz a ese caballero que, una vez, a la rosa...

Y los tres gritamos:

—“... de su tallo separó...”.

—¿Qué piensas declamarnos ahora, Tomasa mía? —preguntó Desiderio.

Ella no respondió. Se colocó simplemente en medio del saloncito y con voz trémula, nos dijo:

-Voy a recitar a Fray Luis de León, el poeta del siglo xvi. Ya deben haber oído sus versos
De la vida del campo. ¿Les gustaría volver a oírlos?

Ambos consentimos diciendo:

-¡Por cierto!

Y la Tomasa, entonces, declamó así:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes del estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspe sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura ni encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado
si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo,
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio esta atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,

libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con su manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combativa antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, el cielo suena
confusa vocería
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me baste, y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrazando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de yedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

Aplaudimos, naturalmente aplaudimos. Pero algo faltaba pues no eran esos aplausos frenéticos que habían acompañado los recitales anteriores de nuestra amiga la Tomasa. Felizmente ella tuvo que partir, tuvo que ir a esas eternas correrías de las mujeres. Así es que quedamos solos, en el saloncito, Desiderio Longotoma y yo.

Callamos.

Al fin él me dijo guiñando un ojo:

—Sé en qué piensas, Onofre, sé que aquello no te abandona...

Era la verdad... Aquello no me abandonaba, aquello seguía tras de mí como una bestia molesta y pegajosa.

Porque yo había atisbado *la cosa*. Y esa cosa ahora me perseguía y, a cada momento, se filtraba dentro de mí. No pude más y tuve que decir en alta voz:

—No está aquí la cosa... No puede, ni jamás ha podido, estar aquí la cosa...

Entonces caí en un verdadero sueño. Tuve la idea de que yo lo seguía a él y que él se entretenía llevándome a distancias inimaginables para luego traerme a ras de cuanto ocurría junto a mí

Desiderio marchaba a mi lado. Creo que, de pronto, se alejaba y se perdía de mi vista. Pero volvía a aparecer y nosotros seguíamos nuestra marcha.

Pero... pero... ¿era Desiderio? Sí, tenía que serlo. Lo tomé varias veces del brazo para cerciorarme. ¡Era él! Aunque a veces era Celso, a veces era Colomba, a veces era Baldomero Lonquimay, a veces eran ellos todos juntos los que revoloteaban en mi cabeza. Y cada cual traía un ambiente que le era propicio...

Así viajé... Así anduve por todos los lados posibles. Así entré a los sitios más extraños. Así me encontré en las calles de mi ciudad. Así estuve en Fray Tomate. Así salí de él para hallarme otra vez junto a Lorenzo Angol. Así, de pronto, me encontré en mi cama y así... me dormí.

231

Caminábamos ambos. También charlábamos de cuando en cuando. Luego Desiderio desaparecía para volver de pronto e interrumpir una charla que había comenzado con otro ser. Así pasaba el río Santa Bárbara y, sobre él, pasaban los botecitos y la gente que iba en ellos; pero esta vez no me parecían ir de paseo; me daban la impresión de ser gente que iba de prisa y, naturalmente, me pregunté hacia dónde irían. No pude contestar a esta pregunta. Y seguí mi marcha hasta que, en la Avenida del Agua Bendita, me descubrí y saludé. Encuentro que saludé dignamente; ella, igual me respondió con dignidad.

—¿Sabes quién es? —pregunté a Desiderio.

Me respondió:

—Una de las tantas que tú conoces...

Contesté:

—No, no, Desiderio. Quien acaba de pasar llevaba un trozo de mi pasado y, ahora, se ha ido con él. Ella es..., ella es...

—¿Quién es? —me interrogó indiferente.

Yo respondí con verdadera pasión, tal vez una pasión algo exagerada para contrarrestar esa indiferencia de él:

—Ella era... ¡Huinchita Pin!

Un enorme socavón se extendía ante mí, un socavón que reconocí no pertenecer a este mundo. Pues todo él se convirtió, súbitamente, en una voz suave y potente a la vez:

—Habrías perdido gran parte de tu vida.

Quedé mudo de estupefacción, quedé mudo unos instantes, hasta que al fin pude exclamar:

—¡Celso, Celso!

Y me incliné ante su figura venerada. Él me dijo:

—Sigue tu marcha y a nada temas. Encontrarás a una serie de amigos. Habla con todos ellos pues debes interesarte en las vidas que ellos hacen. Así verás que la diferencia existente entre esta vida y la que ha de seguir, no es tan grande. Lo es sólo para aquellos que ha permanecido aferrados a la creencia de esta vida como única, vida que empieza de la nada y va hacia un punto final.

—Celso —pregunté—, ¿encontraré a Colomba?

Él me respondió:

—Sigue tu marcha.

—¡Sí, sí, la seguiré!

Íbamos por la calle de las Profecías. Ahí estaba mi vieja casa. Reconocí todas sus partes.

Le dije a Desiderio:

—Aguarda unos instantes pues quiero ver la entrada, la grande y famosa entrada para mí. Por ella he pasado más de mil veces, ¡qué!, diez mil veces por lo menos. Una mirada viene ahora muy bien.

Di la mirada y... no saqué nada en limpio. Entonces dije a mi amigo Desiderio:

—Lo pasado, pasó y no hay más.

Él me repuso:

—Te felicito por tu profunda filosofía. Debemos, pues, seguir por esta calle, la calle de las Profecías. ¡Adelante!

Pero me detuve súbitamente. Los aires eran cortados por un muy conocido silbido mío, por la armonía de *El Bolero* de Maurice Ravel. No había autos ni buses ni gente que lograra perturbar la pureza de aquellas notas, pues ellas sobrepasaban cuanto ruido pudiese hacer la gente que sigue a sus ocupaciones. Dije entonces a media voz cogiendo del brazo a Desiderio:

—¿Lo oyes, amigo, lo oyes? Porque es él, él y nadie más que él quien atruena así por encima de estos ruidos verdaderamente más que hoscas, ruidos, al fin y al cabo, de la gente que pasa...

Desiderio sonrió y me argumentó:

—Como los ruidos que hacemos nosotros dos, Onofre, que, por muy pequeños que te parezcan, contribuyen también a aumentar...

—De acuerdo, de acuerdo, amigo, y no hablemos más que quiero detenerme para verlo pasar. Yo siempre me he detenido ante el paso de... ¡el hombre Martín Quiñué!

Me detuve, mientras Desiderio silbaba no sé qué, me detuve y pude verlo pasar: iba como siempre, los ojos fijos ante él, sin ser perturbado por nada, nada. Caminaba en sentido contrario al nuestro y así se perdía entre las multitudes y así se me perdió él, él, el hombre Martín Quilpué y mis ojos cayeron sobre sus seguidores. Pues éstos eran varios, me atrevería a decir, muchos que, a su vez, silbaban también acordes de aquel bolero. Muchos... ¿hombres? O, acaso, eran mujeres... No, eran hombres o eran de un sexo mediano, de ese sexo que hace falta en nuestra organización humana. Porque no se me venga a decir que existen los ascetas y que en todas partes los hay...

—No, Desiderio, los ascetas es otra cosa muy diferente pues tú debes fijarte en que...

Pero Desiderio no me escuchaba; Desiderio saludaba alegremente a un conocido que se había acercado a él. Un conocido... ¿Quién era? ¡Claro está, era también conocido mío, un gran conocido! Él era... Eusebio Palena.

Palena puede esperar, Palena, sin duda, quiere leernos su grande y última Zambafusa y, además, ya me ha divisado así es que me la leerá sin remedio. Mis ojos, pues, siguieron clavados en los seguidores de el hombre Martín Quilpué:

Ya lo he dicho, eran muchos y, todos ellos, eran bajos, eran muy bajos, no alcanzando el mayor de ellos a una altura de 1 metro y 30 centímetros. Iban envueltos en unas especies de túnicas blancas y así seguían a aquel que parecía ser su jefe acompañándole en la melodía de Ravel. A nadie miraban, a nadie. Estaban, en esto, bien correspondidos pues nadie tampoco se fijaba en ellos. Pero una voz me interrumpió, una voz que vino a sacarme de ese espectáculo que yo contemplaba lleno de interés. Esta voz gritaba:

—¿Vienes o no vienes, Onofre!? ¡¡Aquí está Eusebio Palena que te espera...!!

Volví, de inmediato, donde ellos. Palena me dijo apenas me hubo visto:

—¡A ti te esperaba, Boroa, amigo mío, a ti! Si usted, Desiderio, quiere participar de este gran momento, puede creérmelo que lo acepto de inmediato.

Longotoma se inclinó sonriente y advirtió a Palena:

—¡Oh, lo quisiera, amigo mío, lo quisiera! Pero tengo unas cosas que hacer... Así es que usted me perdonará.

Palena repuso:

—Lo lamento hondamente. Tú, Boroa, lo reemplazarás y te invito a que vayamos al Bar Budo donde nos podremos encontrar con Polinesia, mi mujer. ¡Ahora es el Bar Budo el que está de moda...! Bien, allá iremos y allá, mientras Polinesia come sus churrascos, te leeré mi última Zambafusa, una Zambafusa en la que creo haber superado cuanto puede ser superado.

Un momento después, Palena y yo entrábamos al Bar Budo y yo me inclinaba ante Polinesia Loncotoro. Ella se limitó a decirme:

—Muy bien que hayan ustedes venido a este bar que es donde se comen unos de los mejores churrascos.

Le respondí:

—Lo tendré muy presente, mi señora, pero esta vez creo que una cerveza me será suficiente.

Palena, entonces, sin vacilar llamó al camarero y le pidió:

—¡Dos cervezas!

Luego extrajo de su bolsillo un papel que estiró debidamente ante él mientras se aclaraba la voz carraspeando. Sin más me leyó esta tan admirable Zambafusa que yo coloqué entre las obras imperecederas de la literatura de hoy día:

No era en aquel momento "El Aguila Negra".

Un pasillo; otra puerta; la calle...

-¡Ahora, Mirta, ahora!

Miraba las carteleras anunciadoras del gran espectáculo de aquella noche.

Él pensaba siempre en una mujer en la niebla.

Entonces perdió el conocimiento; pues sería imposible negar o querer satisfacer a medias una petición de aquel grande y famoso profesor.

La Torre de Babel representa la cultura. Esto yo no lo olvido y aquí está presente.

Vio que Amparo me miraba fijamente. Corrió entonces hacia el zoóforo y llegó junto a varios amigos de la fonda.

-¿Quién le manifestó que podía entrar y no salir de allí?

Amparo, después de almuerzo, anunció su irrevocable intención de ir a ver a su hermana. Pero no llegaría yo a afirmarlo pues deseaba ocultar todo para no herirlas. ¡El temor espantoso a la arterioesclerosis!

Yyo era observado todo el tiempo por un terrible ganelón. Lo miré cara a cara y exclamé:

-Hasta muy pronto...

Él me respondió en el idioma alemán más puro que jamás he oído:

-*Arrivederci...*

Nos hicimos una venia y me alejé. Pero un opódimo me detuvo alzando una mano de doncella que pronto vi como una mano de un temible y muy severo mudéjar.

Subí, entonces, a la torre de Babel. Mirta me acompañó mientras Amparo agitaba su pañuelo. Y nos gritaba pletórica de deseos de zampusar un hermoso evanto que lucía en su anular:

-*Aufwiederschen...*

Respondí:

-Hablas tú el idioma moscovita con una verdadera corrección que muchos chinos la envidiarían y llorarían ante esta torre.

Pero esta torre es un alminar.

Yo debo, pues, callar. Este silencio mío irá hacia otros fines y harás amigo del sin par e inimaginable amigo que allí lo espera y siempre lo ha esperado.

Tras este amigo voy yo ahora, ahora y:

¡A-ho-ra!

Ante la lectura de esta Zambafusa, quedé estupefacto. El sudor de la más auténtica admiración bañaba mi frente. Me sequé con mi pañuelo. Vi que Eusebio Palena también se hallaba cubierto de sudor admirativo. No tuve más que dirigirme a Polinesia Loncotoro:

-¿Qué le ha parecido a usted esta genial Zambafusa?

Ella me respondió:

-Quisiera comer otro churrasco.

Y Palena se dirigió de inmediato al camarero:

-Queremos un churrasco y dos cervezas más.

Yo no llegaba más que a articular una palabra:

–Portentoso..., portentoso...

Polinesia comía su churrasco; Eusebio Palena guardaba, bien doblada, esta Zambafusa y carraspeaba a cada momento. Por fin bebió su cerveza de un trago y me dijo:

–Amigo mío, esta cerveza me ha venido muy bien pues puedes creer que, al releerla, he vuelto a vivir momentos de alta conmoción del intelecto pues debes haberte fijado que hay, en mi Zambafusa, algo, algo verdaderamente difícil de traducir a las letras.

Y las galerías seguían y seguían, interminables, vacías. A lo lejos oía yo una voz que me hablaba de la Zambafusa que acababa de escuchar. Hacía bien esta voz en contarme cuanto le había costado llevar al papel estos conceptos que mostraban los conocimientos que tenía su autor sobre otras lenguas que se hablaban aquí en la Tierra, lenguas que me evocaban a Dante Alighieri charlando con Goethe, en una amena charla de la cual yo trataba de coger algunas frases. ¡Qué bien charlaban aquellos dos hombres! Pero ahora estaba yo interrumpido todo el tiempo con la charla de Eusebio Palena. Yo lo sabía, con toda claridad, lo sabía, y podía seguirla pero... pero... Tenía que decir a cada instante:

–Portentoso..., portentosos...

Y era, en realidad, lo que se sentía en el Bar Budo evocando esas palabras de la Zambafusa número 32. Ya ni siquiera me fijaba en aquel exquisito churrasco que devoraba Polinesia Loncotoro; bebía mi cerveza y seguía en la repetición de esas palabras. Hasta que, de pronto, sentí la imperiosa necesidad de ausentarme y de dejar tan grata compañía. Sentí el bullir de las calles, con sus gentes y sus vehículos, con todo lo que llena una gran ciudad como es San Agustín de Tango.

Me levanté y exclamé, sin más:

–Me marchó, sí, me marchó; después de una genial Zambafusa, debe venir la soledad. Señora, encantado de su compañía; Eusebio, te diré, en el que ahora es la mitad de tu idioma: *aufwiedersehen*.

Él, alargando su diestra, me contestó:

–*Arrivederci*.

Y salí, salí a las calles, salí a mezclarme con ese tropel de gentes que parecían no tener fin en ninguna parte. Así caminaba yo sintiéndome un simple número pero... pero... no atinaba a saber qué número era en verdad.

“Un número... un número... soy un número...”

Así me decía a cada instante y, al decírmelo, sentía que un verdadero goce me llenaba todo íntegro. Y reía, reía. Hasta que una mano me tomó del brazo. Miré. Era, nada menos, que Ascanio Viluco.

–¡Hola, don Ascanio, que gusto de...!

Me advirtió de inmediato:

–No debe usted llamarme “don Ascanio”; ese “don” está de más... Dígame “Ascanio” y ello es bastante.

–Muy bien, Ascanio, le llamaré a usted así.

–Muy bien, Onofre, yo también lo llamaré así.

–Entonces puedo repetir lo que acabo de decir.

–Sí, puede usted, Onofre, repetirlo.

–Es un alto gusto para mí encontrarme con usted, Ascanio.

–Y para mí no es menor el gusto que experimento al encontrarme con usted, estimado

Onofre. Porque usted es un hombre que se preocupa de lo que laboran los demás. Y esto está muy bien. Lástima es que eso laborado no siempre alcance una verdadera altura.

-¡Qué quiere usted, Ascanio, hay que contentarse con lo que...

-Usted siempre dice la justa nota; por eso lo estimo yo tanto.

-Tantas gracias.

-No hay de qué.

Y ambos caminamos juntos unos cuantos pasos, hasta que Ascanio me dijo asombrado y abriendo grandes ojos:

-¡Qué bonita, qué linda esa mujer que viene ahí!

-En realidad, es muy hermosa.

-Y aquel que va allí es uno de los croupier del casino.

-Ah, sí, un croupier del casino.

-¿Hacia dónde se dirige usted ahora?

-Voy a ver a un amigo que trabaja aquí cerca y después iré donde el peluquero.

-¡Ah, sí, comprendo! Espere usted un buen rato que, en este momento, los peluqueros están llenos de clientes. Mejor sería ir mañana.

-Sí, tal vez sería mejor; iré mañana. Ahora pasaré a ver a mi amigo que trabaja, justamente, aquí.

-¡Hasta pronto, Onofre!

-¡Hasta pronto, Ascanio!

Espere unos minutos y pude seguir mi marcha sin esa tan alta y grata compañía.

232

Ya solo me interné por una calle cualquiera. Caminé sin rumbo, caminé deteniéndome ante una vitrina o ante un viejo que pasaba o ante una bella mujerzuela. Mentalmente, a cuanto veía, le murmuraba:

-Aufwiedersehen...

Otras veces le murmuraba:

-Arrivederci...

Y me encontré, súbitamente, nada menos que con el doctor, el gran doctor Gil Hualañé. En su compañía pude hacer algunos buenos pasos y vine a dejarlo en la puerta de su consultorio, calle del Escapulario, después de haber ambos acompañado al doctor Mangual al suyo, calle Juicio Final.

¡Todo lo que habla el doctor Hualañé me es de mi agrado! Pasaría horas y horas oyendo su charla aunque fuera de medicina, materia que yo apenas conozco. Esta vez hablaba el doctor de su propia vida, haciendo recuerdos de antaño. Decía:

-Yo, mis buenos amigos, sólo recuerdo por referencias a aquellos que he atendido más allá del plazo de los 75 años. No lo recuerdo como algo que me haya sucedido a mí. Sin embargo sé naturalmente, sé y muy bien lo sé, que viví en tiempos pasados, ya remotamente pasados. A veces aparece un recuerdo vago, sí, algo vago y veo, al charlar con otras personas, que hay una diferencia esencial en la consideración de nuestros pasados. Para las demás personas es algo que han oído, que les han contado; para mí es algo que resuena en mi interior y sé que es algo íntimamente ligado a algo eterno que hay en nosotros.

Y los tres nos descubrimos al unísono pues pasaba en aquel instante y en sentido contrario, la tan bella de doña Nora de Bizerta y Ofqui.

Por fin quedé solo nuevamente, caminando por esas calles todas repletas de gentes y de autos. Pero una voz me sorprendió y, otra vez, estuve al lado de Desiderio Longotoma. Sin más, se aferró de mi brazo al tiempo que me decía:

–No te soltaré, Onofre, no te soltaré pues tendrás que venir conmigo hasta mi casa y en ella... ¡ah, en ella...!

–Lo sé – repuse –, lo sé: en ella oiré la voz de la Tomasa que me va a recitar algunos hermosos versos.

–¡Justo, justísimo, lo has dicho, Onofre! Encaminémonos hacia la calle de la Excomunión y oirás, oirás... ¡Oh, lo que vas a oír!

Minutos más tarde entrábamos a casa de Desiderio y encontrábamos a la Tomasa.

–Nada de grandes saludos y no perdamos el tiempo. Después os saludaréis, después de... de... de... ¡Tú lo sabes, mi Tomasa!

–Después que yo haya recitado. ¿No es eso lo que querías decir, mi Desiderio? Veo que te gusta lo de otros tiempos así es que a esos tiempos nos iremos. Y espero que a ti también, mi querido Onofre...

–¡Oh, Tomasa! –exclamé– ; si es por tu boca que oiré lo que vas a decir, ¡que sea de cualquier tiempo! Siempre será hermoso pues tú sabes dar a eso que recitas, sabes darle... sabes darle...

Desiderio me miró entre festivo y furioso y, por fin exclamó:

–Bueno, he pedido un momento de silencio y él parece que mucho a ti te cuesta acordarlo pues tú, Onofre, siempre estás...

–¡No, no, Desiderio! Puedo prometer que ni una sílaba más saldrá de mis labios.

La Tomasa, entonces, fue a su rincón acostumbrado y, desde él, nos recitó lo siguiente:

Es un romancero español el que ahora voy a recitarles a ustedes; se llama *El Infante Arnaldos*.

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de seda,
la jarcía de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,

arriba los hace andar;
las aves que van volando
al mástil vienen posar.
Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
-Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar-.
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
-Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.

Aplaudimos con verdadero entusiasmo. ¿Qué podrá importarme a mí el infante Arnaldos? Por supuesto, ¡nada! Sin embargo, pasando este infante por boca de la Tomasa, creí, en un momento, que nada había más importante en mi vida para mí.

Luego ella se retiró y salió. Quedamos solo Desiderio y yo, bien sentados en su saloncito, con una pequeña copa a nuestro alcance y con buenos cigarrillos. Entonces empezó, entre ambos, una memorable charla que, a mi modo y alcance, voy a tratar de resumir aquí.

LONGOTOMA

Ahora, Onofre, bien podríamos ir al San Lito, o a Las Tres Chimeneas, o a La Taberna de los Descalzos, o a cualquier sitio así. Y antes, distraernos un poco paseando por estas hermosas calles. Aunque... aunque... creo que estamos mejor aquí en casa. ¡Qué diablos, mi buen amigo! Los años nos van pesando a todos sin excepción. Recuerdo ahora a nuestro amigo Ascanio Viluco cuando venía a casa y me decía solemnemente, puedo asegurarlo, como quien dictase una ley para la humanidad entera: "Ya los días están poniéndose más cortos y ya las tardes están refrescando..."

Era su signo de partida. Yo esperaba su ausencia y, puedes creerme, minutos después partía a mi vez en busca de aventuras. ¡Sí, amigo, sí! Aventuras... Hoy podrían traérmelas todas, todas las aventuras posibles y las vería durante un par de minutos y después volvería a pedir a mi Tomasa que recitara una poesía o me metería a leer un poco de una revista cualquiera. Como, por ejemplo, del *Reader Digest*. Ya lo digo, ¡a eso he llegado! Y gozo, puedes creerme, gozo como un loco. Debo estar rodeado de... de...

Yo

¿De qué puedes estar rodeado, Longotoma, santo Dios? Tú te rodeas nada más de lo que a ti te gusta, te gusta y te hace reír. ¡Eres un ser feliz, un ser sin complicaciones ni ajetreos mayores! Y tienes, como compañera, nada menos que a la Tomasa...

¿Qué más se puede pedir? ¿Qué más...?

LONGOTOMA

Se podría pedir aún, Onofre, se podría pedir. ¡No te rías por lo que voy a decirte! Se podría pedir... una... una radio. Me has de entender perfectamente; una radio es lo que falta aquí para completar el cuadro que quiero hacer pero que, felizmente, no haré jamás. ¡Nada de cuadros conmigo, nada! Los cuadros están bien para aquellos que les gusta sumirse en profundidades que yo, con muy alta filosofía, he puesto a un lado. Para aquellos... ¡como tú, mi buen amigo! No creas que nada te reprocho, nada. Cada cual

con sus gustos y necesidades y todos juntos, ¡oh, todos juntos! formemos esa gente que pasea por las calles y luego va a su casa a dormir...

Pero esto de las radios me obsesiona, Onofre. Sí; es una verdadera obsesión. Y cuando digo "radio" veo a Ascanio Viluco...

¡Ascanio Viluco...! Es todo un tipo o, mejor sería llamarlo un subtipo. Y le colgaríamos una grande, una inmensa radio en su espalda y, así, lo lanzaríamos a marchar por estas calles. Pero yo te hablaba, mi buen Onofre, de aquellos que han de rodearme, una serie de amigos que piden que haya alguien en este mundo que ponga el acento, sí, que lo ponga y reponga en aquellos que los grandes señorones desprecian pues ellos miran desde alturas inconcebibles, sí, amigo, inconcebibles, alturas que ni siquiera sospechamos, ni siquiera imaginamos hasta dónde pueden elevarse, alturas y alturas y alturas que hoy en día se hacen pequeñitas pues los aviadores están batiendo... ¡y cómo las están batiendo...! esas que antes considerábamos alturas... Pues mira tú un cerro cualquiera, uno no muy alto: de abajo se ve de forma respetable; tomas luego un avión y... ¡ha desaparecido ese cerro!

¿En qué te entretenéis, Onofre, mientras te hablo? ¿Qué es? ¡Ah, es el *Readers Digest*...! Ya veo lo que quieres preguntarme, ya lo veo que se acerca. No, mi querido amigo, no es mi lectura predilecta ni por asomos. Sin embargo, sin embargo dice ciertas cosas que son verdaderamente magníficas... ¿No lo crees tú? Es una revista igual a ésta donde lo he leído. Allí decía una frase que atribuía al general De Gaulle, sí, hombre, al general De Gaulle, el actual presidente de Francia. ¿Qué decía? Pues te lo voy a decir, te lo voy a decir más o menos, más o menos, pues tú lo has de saber igualmente bien que yo y si te lo cuento ahora... lo sabrás más o menos dentro de pocos instantes. ¡Qué diablos, Onofre, la edad sigue y sigue para todos! Bueno, pero este general decía:

¿Cómo puede gobernarse un país que posee más de 700 clases de quesos diferentes...?

Yo

¡Oh, magnífico, Desiderio, magnífico! Es ésa una frase que debería ser esculpida en mármol de... de... de... ¿Cómo es la palabra para designar un mármol de esos admirables que tanto se usaron en otras épocas? ¿Carranza...o Carrasca...o Carrancua...?

En fin, no lo sé aunque siempre, puedes crérmelo, lo he sabido y muy bien sabido. Pero... gocemos, será mejor de esta espléndida vista que tienes desde tu balcón, una vista que...

LONGOTOMA

Por favor, por piedad, ¡no y mil veces no! Es el defecto que tiene esta ventana o balcón: hacer algo horrible de lo que podría ser estupendo. A mí, Onofre... ¡me cargan las lindas vistas, me cargan! En ellas es traer lo vulgar, lo horripilante a cosas que podrían ser modestamente encantadoras. Pues dime, Onofre, ¿encuentras tú que hay algo mejor, más completo, como vista, que estos edificios que han sido hechos de cualquier modo, como ellos querían salir y sin tener detrás la mente colosal de un arquitecto genial? ¡Horror y cientos de veces horror a la arquitectura, digamos, dirigida! Sí, mi Onofre, lo repito: ¡Horror y... espanto!

ÍNDICE

DINTEL	
DINTEL 1	2809
DINTEL 2	3071
DINTEL 3	3337
DINTEL 4	3597
DINTEL 5	3867

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIONES DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

1990-1996

- Revista *Mapocho* N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho* N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172, págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Pedro de Oña. *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Lidia Contreras. *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre 1995).
- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).

Colección Fuentes para el estudio de la Colonia

- Vol. I. Fray Francisco Xavier Ramírez. *Coronación Sacro-Imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II. *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, Prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).

- Vol. iii. *Protocolos de los escribanos de Santiago. Primeros fragmentos 1559 y 1564-1566*, transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, en prensa) dos tomos.

Colección Fuentes para la historia de la República

- Vol. i. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. ii. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. iii. *Discursos de José Manuel Balmaceda*, Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. iv. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. v. *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. vi. *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. vii. *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

- Vol. i. Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central. Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. ii. Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. iii. Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. iv. Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. v. Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. vi. Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. vii. Ricardo Nazer Ahumada, José Tomás Urmeneta. *Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. viii. Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930)*. Visión de las elites (Santiago, 1994, 259 págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. i. *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. ii. *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. iii. *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. iv. *Domíngolo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. v. *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).

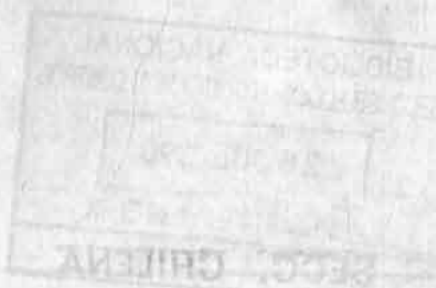
- Vol. vi. *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. vii. *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. viii. *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, C + 4.134 págs.), cinco tomos.

Colección de Antropología

- Vol. i. Mauricio Massone. Donald Jackson y Alfredo Prieto. *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. ii. Rubén Stehberg. *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. iii. Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores). *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. i. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M. *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 61 págs.).



Se terminó de imprimir
esta primera edición, de quinientos ejemplares,
en los talleres de *Impresos Universitaria, S.A.*
San Francisco 454. Santiago de Chile
en el mes de julio de 1996.